13525

H.
69

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO DECIMOCUARTO.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO DECIMOCTAVO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION
NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XVIII.

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1863.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C.....	D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L.....	D. Antonio Lopez.
C., B. C., B. S. C..	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F.....	Conde de Fabraquer.
G. A.....	Gutierrez Andrés (D. José).
J. B. de R.....	D. Joaquin María Bover de Roselló.
M. B.....	D. Manuel Béjar.
S. B.....	Sanchez Biedma (D. José).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

PI

PI (Fr. Antonio), natural de Colliure, obispado de Elna. Siendo catedrático en la universidad de Barcelona, muy estimado por su ilustracion y sus conocimientos, se despidió del servicio para vestir el hábito de monje. Los conselleres, conociendo la falta que hacia y lo difícil que sería reemplazarle, procuraron disuadirle de su propósito, diciéndole que si le parecia poco el sueldo que disfrutaba, se le aumentaria hasta donde quisiese, con tal que no abandonase su cátedra, pero nada bastó para disuadirle, porque le movian más altos y más ciertos intereses; y vistió el hábito de la órden de S. Gerónimo, en el monasterio de Vall de Hebron. Aunque se dice que escribió varias obras, no se sabe cuáles fueron éstas, porque su modestia acaso le impidió publicarlas. Solo se conoce una comedia titulada *La batalla de D. Juan de Austria en Lepanto*, que escribió en versos latinos y que representaron sus discípulos con gran aplauso en las escuelas. En 1785 se conservaba un ejemplar de dicha comedia en el citado monasterio. Se ignora el año de su muerte. — M. B.

PI (Fr. Francisco). Fué monje de S. Gerónimo en el monasterio de Vall

de Hebron, donde desempeñó por dos veces el cargo de prior, igualmente que el de definidor é historiador general de su sagrada Religion en los reinos de España. Escribió una obra muy curiosa con el siguiente título: *Memorias venerables de los más insignes profesores del instituto, que plantó en la Iglesia su Doctor Máximo el grande P. S. Gerónimo, renovadas por Fr. Francisco Pi;* Barcelona, 1776, un tomo en fólio. Se ignora la fecha de su muerte.—M. B.

PI (Fr. Gaspar), religioso agustino, natural de la ciudad de Perpiñan, en cuyo convento tomó el hábito á principios del siglo XVI. Fué elegido provincial de su Religion en el capítulo general celebrado en Pádua en 30 de Mayo de 1533, cargo que desempeñó con buenos resultados, mereciendo no solo el afecto de los religiosos, sino tambien de los principales personajes de su época, pues el afamado emperador Cárlos V le nombró confesor suyo, ejerciendo este empleo muy á satisfaccion no solo del monarca, sino de los numerosos pueblos que aquel regia, que tuvieron ocasion de comprender las grandes virtudes y capacidad de este prelado en los beneficiosos consejos que dió al árbitro entónces de los destinos de ambos mundos. Mas no se dirigieron estos solo al gobierno de tan vasta monarquía, sino que intentó á la vez, si bien no pudo llevarlo á cabo, la reforma de su Orden, para lo que contando con el apoyo del Rey-Emperador, obtuvo el nombramiento de reformador general de la provincia á favor del P. Mtro. Fr. Juan de Vergara, religioso agustino del convento de Salamanca, quien era á la vez inquisidor de Valencia, y comenzó á trabajar en una reforma que habian llegado á hacer necesaria las vicisitudes de los tiempos, y todavía más los naturales cambios que produce el trascurso de algunos siglos despues de la muerte del fundador y sus inmediatos sucesores, herederos de todo el fervor de la primitiva observancia. Trabajaron, pues, el P. Pi y el P. Vergara en este objeto con ardoroso y santo celo, sin poder, empero, conseguir su intento, por lo que hubieron de abandonarle, consagrando sus esfuerzos y conocimientos el P. Pi á otras tareas no ménos útiles que gloriosas, en que se hallaba ocupado cuando ocurrió su fallecimiento en 1538 en el referido convento de Perpiñan, en que residia y de que habia sido prior repetidas veces.—S. B.

PI (Fr. Juan Bautista). Fué natural de Palamós, y vistió el hábito religioso en la órden de S. Agustin. Vivia por los años 1695. Escribió la *Vida de S. Bruno*, impresa en Barcelona en 1680. De las escasísimas noticias que se tienen de este religioso resulta que fué orador famoso, regular poeta, y que imprimió muchas obras de devocion, sin manifestar su nombre, entre las que es notable la citada *Vida de S. Bruno*, escrita en metro castellano y con algunos dísticos latinos. Hace más notable esta obra la circunstancia de estar adornada con varias láminas grabadas en cobre por el mismo autor. Las

fechas de su nacimiento y muerte, así como las demás particularidades de su vida, no han podido descubrirse.— M. B.

PI (P. D. Narciso). De las escasísimas noticias que han podido adquirirse de este escritor, resulta que era monje cartujo en el monasterio de *Scala Dei*. Por su apellido y el punto de su residencia se cree fuese natural de Cataluña, sin poder fijar el pueblo, ni las épocas de su nacimiento y muerte. Escribió en latin la historia de su monasterio y las vidas de algunos monjes, que se conservaban manuscritas en la biblioteca del mismo, y que no han llegado á publicarse. — M. B.

PI JOAN (D. Francisco), obispo electo de Gerona. Fué natural de Massanes de la Selva, en Cataluña, é hijo de una distinguida familia. Inclinándose por vocacion á la carrera eclesiástica, se ordenó de sacerdote apénas hubo concluido los estudios, obteniendo al poco tiempo un canonicato en la santa iglesia de Lérida, y luego otro en la de Gerona, el cual se hallaba disfrutando por los años 1626. En 18 de Setiembre de 1645 tomó posesion del arcedianato de Besalú, á tiempo que Cataluña se habia sublevado contra el rey de España, poniéndose bajo la proteccion del de Francia, que envió sus tropas en auxilio de los rebeldes. Invadidos por los franceses todos los puntos del Ampurdan, Pi Joan, que era un ardiente defensor de los derechos del rey legítimo, demostró su patriotismo en el sitio de Gerona, tomando una parte muy activa en la defensa, por la cual despues de la toma de la plaza quedó prisionero y fué desterrado á Langüedoc, donde el cabildo de Gerona le socorrió abundantemente en sus apuros y necesidades. Sabiendo el Rey los actos de patriotismo y de adhesion que le profesaba el arcediano Pi Joan, le tuvo presente para sus adelantos en la carrera eclesiástica, y en 10 de Enero de 1658 le nombró auditor de la Rota. El cabildo de Gerona le felicitó por esta honrosa y merecida distincion, que él habia aceptado únicamente por obediencia y agradecimiento al monarca; y así fué que en la primera ocasion favorable que se le presentó hizo renuncia de su cargo al año y dias de su nombramiento, en 11 de Enero de 1659. Pero constante el Rey en favorecerle y elevarle, le presentó para la silla episcopal de Gerona, vacante por muerte de D. Bernardo Cardona. La presentacion fué confirmada por el Pontífice; y cuando se estaban aguardando las bulas falleció repentinamente, dejando defraudadas las esperanzas de los que habian creido obtener el goce de tan sabio y virtuoso pastor. Murió el dia 18 de Noviembre de 1659, y fué sepultado en la capilla de S. Bernardo y Sta. Marta de la catedral de Gerona. El capítulo de la misma resumió en sí las atribuciones de la sede vacante, y entre los que nombró para vicarios, fué uno D. Jaime Pi Joan, hermano del difunto y sacristan mayor de la mencionada santa Iglesia catedral. — M. B.

PIA (Santa), mártir. Murió esta Santa en Africa, sacrificada por confesar la fe de Jesucristo, hácia el año 302 de la Redencion, con otros compañeros, entre ellos S. Pablo, S. Geroncio y S. Cato: la Iglesia la recuerda el 19 de Enero con todos sus compañeros. — C.

PIA (Camila). Esta santa heroina era natural de Saboya é hija del noble Gilberto Pio ó Picci. Habiendo quedado huérfana muy jóven y dueña de un crecido patrimonio, en vez de ceder á los halagos del mundo y á los placeres que generalmente ocupan á la juventud y á la hermosura, determinó apartarse de todos los objetos mundanos; y al efecto solicitó permiso para fundar un convento de la órden de S. Francisco en la ciudad de Carpi, invirtiendo en esta fundacion su cuantiosa legítima. El papa Inocencio IV, por sus apostólicas letras, fechas 28 de Julio de 1484, concedió el solicitado permiso, y el monasterio quedó fundado bajo la advocacion de Sta. Clara, siendo Camila la primera religiosa que en él tomó el velo. Desde este convento pasó luego al del Santísimo Cuerpo de Cristo, de la ciudad de Cremona, el dia 4 de Julio de 1500, en el cual hizo una ejemplarísima vida, descansando en el Señor el 28 de Julio de 1512. Su cuerpo fué sepultado en un decente mausoleo, permitiendo Dios que por la santidad de su vida se verificasen algunos milagros, tanto en los religiosos como en los seglares, que acudian á rogar al Altísimo por la intercesion de su sierva, mereciendo que se le tributase un reverente culto hasta que el Sumo Pontífice decidiese ponerla canónicamente en el número de los bienaventurados, cuya decision no se ha verificado hasta nuestros dias por causas que no podemos penetrar. — M. B.

PIACENTINI (Dionisio Gregorio), sabio filólogo y anticuario. Nació en Viterbo (Estados Romanos), el año 1684. Abrazó muy jóven la vida monástica, ingresando en la órden de S. Basilio, en la que se dedicó al profundo estudio de la lengua griega y de las antigüedades. El crédito que adquirió fué causa de que se le llamase á Roma para encargarle una cátedra de griego; y habiéndola desempeñado por espacio de algunos años, volvió al retiro de su convento, donde murió el dia 3 de Diciembre de 1754. Durante su permanencia en Roma (1734), publicó un tomo en 4.°, conteniendo el *Epitome græcæ paleographiæ et de recta græci sermonis pronuntiatione dissertatio.* Esta obra es á la vez un compendio y un suplemento de la Paleografía del P. Montfaucon. En la primera parte el autor expone su opinion sobre el orígen y los progresos de la escritura griega, presentando el cuadro de las diversas formas de letras, indicando las principales bibliotecas que contienen manuscritos en aquel idioma. La segunda parte, dividida en seis capítulos, trata de la pronunciacion. En 1747 publicó tambien en 4.°, en la ciudad de Roma, la *Diatriba de sepulcro Benedicti IX in templo monasterii Criptæ Ferratæ* (Grotta Ferrata), *detecto in quâ ejusdem pontificis Pius obitus vindica-*

tur, *etc.* En 1751 publicó su *Commentarium græcæ pronuntiationis notis in veteris inscriptionis nunc primum editas, locupletatum.* Dedicó esta obra al sabio helenista el P. Federico Riffemberg, quien bajo el nombre de *Mirtius Sarpedo* habia enviado á la Academia Arcadiense una crítica del sistema sobre la pronunciacion de la lengua griega que aquella Academia publicára. Otra de las obras de Piacentini es la que tituló *De sigillis veterum græcorum; et de Tusculanum Ciceronis nunc Cripta ferrata disceptatio.* Esta obra, llena de recuerdos y escrita con notable erudicion, no vió la luz pública hasta despues de muerto su autor. Se publicó en 1657, y ocupa un tomo en 4.°—M. B.

PIACESKI (Pablo). Este prelado, conocido tambien por su nombre latino de *Piacesius*, fué, segun Catean-Calleville, obispo de Przeingel ó Premislaw, en el siglo XVII, bajo el reinado de Segismundo III. Escribió con arrogancia una historia de Polonia desde Esteban Battori, que publicó en 1646, y como sus enemigos se aprovechasen de algunas proposiciones aventuradas que sentó en su obra, le acusaron con cargos tan graves, que lograron se le encerrase en una prision, en la cual murió. El aborrecimiento y la más terrible venganza persiguieron tambien á su familia despues de su muerte. Además de su *Crónica* compuso una obra titulada: *Praxis episcopalis*, manual sumamente útil para los predicadores polacos. Mr. Laboreur en su *Viaje de Polonia* le elogia mucho, y lo mismo Amelot y Bayle en el *Diccionario crítico.*—A. C.

PIALES (Juan Jacobo), sabio canonista. Nació en el año 1720 en Mur de Barres, en la Rouergue; hizo muchos y muy buenos estudios y se unió con estrecha amistad al abate Mey, quien le aconsejó se dedicase á la carrera eclesiástica, lo que no le impidió que por sus muchos conocimientos fuese recibido en 1747 abogado en el parlamento de París, donde adquirió la fama de ser el hombre más versado en su tiempo en los negocios eclesiásticos. Segun el dicho del sabio Camus, no hubo letrado que dictase más número de consultas que él, y se dice dictar, porque parece que Piales habia perdido la vista, segun se expresa en el catálogo que sigue á sus cartas sobre la profesion de abogado. Sobrevivió cerca de treinta años á esta desgracia, y murió en Paris en 4 de Agosto de 1797. Su piedad, su caridad y su modestia fueron tan notables como sus talentos. Dejó publicadas las obras siguientes: *Tratado de las colaciones y provision de beneficios*; 1754, ocho volúmenes en 12.°—*De las provisiones de la corte de Roma á título de prevencion*; 1756, dos tomos.—*De la devolucion y de las vacantes de derecho pleno*; 1757, seis volúmenes.—*De las encomiendas y de las reservas*; 1758, tres tomos.—*De las reparaciones y construcciones de iglesias y de otros edificios*; 1762, cuatro tomos. Camus dió con consentimiento del autor una edicion muy aumentada de esta última obra; París, 1788, cinco volúmenes.—M. B.

PIAMON, abad de los Solitarios de Egipto, conocido en la *Historia Eclesiástica* por haber llevado limosnas á algunos de los monjes de este país que habian sido relegados por el emperador Valente á las provincias del Ponto y la Capadocia. Piamon vió en el mismo viaje á los solitarios desterrados á Armenia.—S. B.

PIAMON (Santa), virgen, cuya fiesta celebra la Iglesia griega el 3 de Marzo, y de la que Paladio dice únicamente que vivia sola con su madre en una aldea de Egipto, ocupada en hilar, y no comiendo más que una vez al dia. Pero que por esta santa vida mereció los dones de profecías y milagros.—S. B.

PIAMONTE (Fr. Leandro). Fué natural de Milan y de muy ilustre sangre, la que hizo más ilustre áun con sus virtudes. Siguió la carrera de las letras, y habiendo cursado con grande aprovechamiento la filosofía y la teología, mereció por su aplicacion y por las dotes con que la divina gracia le favoreciera, la estimacion de cuantos le conocian, y mereció que el santo arzobispo de Milan, S. Cárlos Borromeo, prendado de su virtud y compostura, le admitiese entre los domésticos de su bien arreglada familia. Su genio dulce y su propension al bien fueron causa de que el Santo le distinguiera con su proteccion, á la que correspondió aprovechando muy bien los ejemplos y lecciones que de su señor y maestro recibia. Habiéndole acompañado en un viaje que hizo á Roma, en vez de ocupar su atencion con las grandezas de aquella ilustre capital, con sus monumentos admirables, restos unos de la gentilidad y archivos otros de los tesoros de la religion católica, ocupóse en meditar sobre la omnipotencia del Altísimo y sobre la felicidad que proporciona servirle acertadamente en este mundo, puesto que así puede gozarse de su presencia en el otro. Visitando el templo de los Santos Apóstoles, concibió la idea de abandonar el mundo con sus riesgos y peligros, y decidido del todo, determinó abrazar la más áspera de todas las reglas monásticas, y al efecto eligió la de los Capuchinos ó Menores Observantes. Dirigiéndose, pues, á la provincia de Santo Angelo de Roma, y desnudándose de todos los afectos seculares, emprendió la nueva senda que la gracia le deparaba. Admitido ya en la seráfica familia, y con motivo de una vision que tuvo, en la que se le apareció un religioso difunto cercado de celestes resplandores exhortándole á seguir con fe y esperanza su nuevo estado; esmeróse en el cumplimiento de la regla y en la práctica de la virtud, sabiendo que hay un Dios tan grande que paga con usura la más mínima obra que se hace por su amor. Cuando llegó á profesar, como le veian tan adelantado en los estudios, le mandaron ordenarse de sacerdote para emplear sus talentos en servicio de la Orden y en beneficio de las almas. La virtud que más resplandecia en él entre otras fué la de la humildad, siguiendo en esto al pacientísimo cordero sim-

bolizado en Jesucristo, y en observancia de la cual, no obstante haber llegado á verse constituido en la dignidad de prelado, desempeñó siempre los oficios más bajos y humildes de la comunidad, sin que esto redundase en desdoro ó menoscabo suyo, ántes por el contrario servia de muchísimo ejemplo á los novicios y de grande consuelo á los religiosos ancianos y padres graves de la Orden. Del mucho amor que prefesaba á Dios, nació el ardentísimo cariño que tenia al prójimo, y así todos los hombres, cualquiera que fuese su estado, clase y condicion, hallaban en él las amorosas entrañas de un padre y el amparo eficaz de un generoso protector. Este amor al prójimo demostrábase sobre todo en el odio que á la murmuracion profesaba. Nunca faltan por desgracia personas que, aunque arregladas y justas al parecer, se hallan tocadas del vicio de la murmuracion, vicio que la sociedad para mejor disfrazarle ha dado en llamar crítica en su político lenguaje. Cuando alguna de estas personas hablaba mal de otra ó la criticaba delante de Fr. Leandro, él en vez de despreciar al murmurador y de escucharle con indiferencia, mostrábale semblante triste, y le indicaba que con aquella conversacion le habia causado grave pena, recordando las palabras que acerca de la murmuracion dice el P. S. Agustin: *Si oyes con rostro alegre al que murmura de tu prójimo, das nuevo aliento y licencia al murmurador para que prosiga; mas si por el contrario le oyes con rostro triste y pesaroso, el murmurador no continuará, porque nadie dice de buena gana lo que de mala se le oye.* Llevando por delante tal máxima, cuando alguno de sus subordinados caia en tan repugnante error, manifestábale con severo rostro su desagrado, y obligábale á que con el elogio del criticado subsanase la pérdida que la murmuracion pudiera haber causado su honra. Tan justo como era para los demás, se manifestaba rígido consigo mismo. Domábase la carne con ásperas disciplinas á fin de tener sujeto á este enemigo el más peligroso de todos los que asaltan al hombre, puesto que siempre le lleva encima. Comia ménos aún de lo indispensable para su subsistencia, y los breves ratos que se entregaba al sueño, eran para disponer su cuerpo á una prolongada vela. Pocos ejemplos podrán darse de una penitencia tan asperísima como la suya y de tanto rigor, pues tomaba diariamente una disciplina en memoria de la sagrada pasion de Jesucristo y en imitacion de sus dolores y tormentos; otra por la satisfaccion de sus propias culpas; otra por las benditas ánimas del purgatorio; y por la noche concluia este sangriento ejercicio administrándose otra por las necesidades espirituales y temporales de los bienhechores de la Orden. Tan dura penitencia, continuada por un largo espacio de tiempo, arruinó su salud y abrevió sus dias llevándole muy pronto á gozar el premio de sus virtudes. Murió en el convento de Rodi en el año 1617, y en demostracion del alto sitio que en la gloria le habia tocado, aparecióse algunos dias despues de su

feliz tránsito á un religioso de acreditada virtud cercado de extraordinarios resplandores, cuyo religioso atestiguó en debida forma la certeza de la aparicion.—M. B.

PIAMONTE (Fr. Tomás). Se ignora la fecha del nacimiento de este religioso; únicamente se sabe que fué natural de Valencia y franciscano descalzo en el convento de S. Juan de la Ribera; fué muchos años predicador misionero, lector en teología y definidor de la provincia. Murió el año de 1813, estando Valencia ocupada por los franceses. Escribió una obra titulada: *Los siete Dolores de María Santísima nuestra Señora, ponderados en siete pláticas para el Septenario doloroso;* de la cual se hicieron dos ediciones, una en 1802, por Francisco Burguete, y otra en 1807 por Salvador Fauli, ambas en 8.°— M. B.

PIANELLA (Santiago). Era italiano y vivia á fines del siglo XV. Estuvo casado con la beata Gentile, y fué uno de los hombres más bárbaros y crueles de su tiempo, no profesando género alguno de religion, y gozándose en hacer todo el daño que podia á sus domésticos y á sus vecinos. Su santa esposa sufria con paciencia y suma resignacion los malos tratamientos que le ocasionaba la conducta de su marido, rogando continuamente á Dios tocase su corazon y cambiase sus ideas. Los ruegos de la bienaventurada fueron oidos y aceptados. Pianella de la noche á la mañana se halló completamente cambiado; su genio duro y cruel se trocó en dulce y humano, y empezó á practicar ejercicios piadosos, á frecuentar los templos y á recibir los santos sacramentos, muriendo algunos años despues de su conversion con la envidiable tranquilidad de los justos, viéndose aquí cumplida aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: *La mujer fiel santificára al marido infiel.* — M. B.

PIANETTI (Gaspar Bernardo), cardenal de la santa Iglesia Romana. Nació en Fessi en la Marca de Ancona (Estados Pontificios) el dia 7 de Febrero de 1780 de una familia noble y distinguida, y recibió su educacion en Roma en el colegio-seminario titulado *Nazareno*, donde hizo los estudios necesarios para aspirar á la gerarquía eclesiástica, completándolos en la Academia destinada en Roma para la educacion de los que se dedican al sagrado ministerio. Llamado por una ardiente vocacion al servicio de los altares, tomó desde muy jóven la determinacion de consagrarse al Señor. Ni su derecho de primogenitura, ni la grande riqueza de que su familia se hallaba dotada, y que él debiera disfrutar algun dia, fueron bastante para hacerle variar de opinion. Su idea contrariaba las miras de su familia, y por lo tanto se le negó el consentimiento para que se hiciese eclesiástico, concediéndosele únicamente á fuerza de sus repetidas instancias cuando cumplió veintidos años de edad. Entónces le mandaron á Macerata recomendado al obispo monseñor Strambi, célebre por la santidad de sus costumbres, por las que ha mere-

cido la calificacion de venerable que hoy dia goza, á fin de que examinase al jóven y se asegurase de la firmeza de sus propósitos. Despues de un largo y concienzudo exámen, el Obispo declaró á la familia que la vocacion de Gaspar Bernardo era formal y provenia de Dios sin duda alguna. Acto continuo le confirió él mismo todas las sagradas órdenes, incluso el sacerdocio, y en 6 de Agosto de 1827 el jóven tuvo ingreso en la prelatura con la dignidad de notario apostólico; mas poco tiempo despues se vió precisado á abandonar á Roma y vivir al lado de su familia alejado de toda clase de negocios á causa de la invasion francesa é ínterin duró la ocupacion de la ciudad eterna. Vueltas las cosas á su estado normal, el 22 de Diciembre de 1814 fué nombrado ponente del *Buon Goberno*, y el 22 de Marzo del año siguiente entró en el número de los prelados que componian la congregacion ó consejo destinado á recibir y examinar los informes que los obispos remitian acerca del estado de sus iglesias. En 1816 fué nombrado asesor del gobierno de Roma, y desempeñó este destino por espacio de cuatro años, durante los cuales cumplió por tres veces las obligaciones de progobernador, desempeñando además el cargo de ponente de la signatura de gracias, protonotario consultor de la sagrada Congregacion de Ritos y presidente interino del Tribunal del Tesoro por ausencia del tesorero. En 4 de Junio de 1820 se le nombró auditor de la Rota, evacuando tantos informes y consultas, que sus decisiones, impresas en 1832, forman tres gruesos volúmenes en fólio. El papa Leon XII le habia llamado en 5 de Julio de 1826 para los obispados de Viterbo y Toscanella, y quiso consagrarle por sí mismo, como en efecto lo verificó en la iglesia de Sta. María de los Angeles el dia 13 de Agosto del mismo año. Dicho Pontífice le nombró visitador de la abadía *nullius* de S. Martin en Viterbo, y últimamente el papa Gregorio XVI, despues de haberle reservado *in petto* el 23 de Diciembre de 1839, le proclamó cardenal de la santa Iglesia Romana del título de S. Sixto, el dia 14 de Diciembre de 1840, en el mismo consistorio en que fué agraciado con la púrpura el obispo de Imola, Mastay Ferreti, hoy soberano pontífice. El cardenal Pianetti ha dado á su diócesis excelentes constituciones, y ha establecido la vida en comun de los monasterios de religiosas sujetos á su jurisdiccion. Tambien ha formado excelentes reglamentos para el seminario diocesano, sobre el cual veló con una solicitud verdaderamente paternal. Celoso por la educacion de la juventud, y sobre todo por la de los que se dedican á la carrera eclesiástica, ha protegido los estudios científicos y religiosos abriendo cuatro escuelas públicas elementales, para cuya direccion hizo venir los hermanos de las escuelas cristianas. En 1846 tomó parte en el cónclave en que fué elegido nuestro santísimo Padre Pio IX, y en esta época fué cuando principió la grande obra de la vasta y hermosa iglesia de Santa Rosalía de Viterbo, contribuyendo en gran parte al gasto, y satisfaciendo

por su cuenta todo el importe de la fachada. Aun cuando siempre estuvo atento al ejercicio y cumplimiento de sus deberes, no teniendo otra mira que hacer bien; aunque era un modelo de equidad y rectitud; y aunque sus diocesanos hallaban en él al padre más que al señor, no se libró de sufrir las consecuencias de la revolucion italiana de 1848, viéndose precisado á abandonar su Iglesia y á refugiarse en Gaeta al lado de la Majestad caida. Vuelto á su diócesis en 1849, ya no salió de ella más que para asistir á la solemne declaracion del dogma de fe de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen María, celebrada en Roma en 8 de Diciembre de 1854. — M. B.

PIANONUS (Lorenzo). Nació en Pádua en 12 de Octubre de 1571, y estudió bellas letras y derecho en su famosa universidad. Habiéndose inclinado al estado religioso y recibido las sagradas órdenes, fué cura de San Salvador, y obtuvo varios empleos compatibles con su ministerio. El cardenal Francisco Barberini le hizo canónigo de Treviso. La vida tranquila y retirada que hacia, y el desahogo de su destino, le permitió dedicarse con fruto al estudio de las antigüedades, siendo su único afan reunir medallas, bustos y otros objetos arqueológicos, de los que llegó á tener una hermosa coleccion, igualmente que una excelente biblioteca. Contó entre sus amigos á casi todos los sabios más famosos de su tiempo, con los cuales sostuvo una activa correspondencia científica acerca de los objetos de su estudio favorito. Murió tocado de la peste en Pádua, y fué enterrado en la iglesia de S. Lorenzo, donde sus amigos le levantaron un magnífico sepulcro, con un elocuente epitafio. Dejó varias obras, casi todas escritas en latin, que, por no haberse publicado, se ignora de qué trataban, aunque es de suponer que lo hicieran de los asuntos que con preferencia le ocuparon toda su vida.—M. B.

PIAÑANO (Fr. Antonio). Este bienaventurado fué lego, pero se halló dotado de la más alta perfeccion. Vivió ciento doce años, y era uno de los primeros religiosos que habian entrado en la Orden Seráfica cuando se hizo la reforma de los capuchinos, y así aprendió á observar el rigor y la penitencia de los santos reformadores. Los ratos que le dejaban libres el ejercicio de la oracion y el servicio del convento, los consagraba á ocupaciones de caridad, y así los religiosos acostumbraban decir que Fr. Antonio estaba ó en el coro orando ó en la caridad trabajando. Su obediencia era extremada, y despues de Dios el superior era á su vista el objeto más digno de respeto y veneracion, y oíale por lo tanto como á un oráculo, haciendo al punto cuanto le ordenaba por muy árduo y dificultoso que pareciese. Habiéndole ordenado que partiese de su convento de la Marca de Ancona á otro muy distante, en ocasion de que por las recias y muy continuadas lluvias, un riachuelo que cruzaba de mar á mar, muy manso ordinariamente, habia cre-

cido hasta el extremo de no ofrecer vado á los pasajeros, no impidió esta circunstancia que Fr. Antonio obedeciese sin dilacion, y habiendo llegado á la márgen del entónces caudaloso rio, acordóse de lo que en casos semejantes acaeciera á algunos santos y bienaventurados, y así encomendándose fervorosamente á Dios, echó su manto en las alborotadas ondas, y púsose encima de él. Sirviéndole de segura barca el débil sayal, llegó á la opuesta ribera del rio, sin que el manto conservase la más leve señal de haberse mojado, y cumpliendo su comision, repitióse á la vuelta el prodigio con notable asombro de cuantos le vieron ocurrir. Aunque estaba ya en la decrépita edad, no abandonó Fr. Antonio las austeras costumbres, por más que su prelado y los otros religiosos le excitaban á que no trabajase tanto, y á que tomase alimentos más confortantes de los que generalmente usaba. A estos caritativos consejos respondia, que el que tan cercano estaba de morir, era inútil que comiese, y que su único deseo era acabar aquella dilatada vida que le separaba del goce de su Criador. Aunque por su humilde condicion de lego parece no debia gozar mucho crédito, fué muy grande el que mereció á toda clase de personas, algunas de ellas muy principales, que tuvieron á grande honor comunicarse con él, siendo una de estas personas Francisco María II, duque de Milan, el cual hallándose afligido por falta de sucesion, y expresándoselo á Fr. Antonio, éste con profética luz le anunció que no solo tendria hijos, sino que ántes de su muerte se veria reproducido en nietos, como en efecto sucedió. En medio de sus austeridades y de las privaciones que en su larga vida se impuso, no padeció Fr. Antonio la más leve enfermedad, y el fin de su dilatada carrera se asemejó á las lámparas que se extinguen por falta de combustible. Descansó en el Señor el año de 1617, con una tranquila muerte, sin experimentar el dolor más mínimo, y exhalando su último suspiro en un apacible sueño. —M. B.

PIARISTA (S. José Calasanz el). Véase Calasanz (S. José). Fundó el glorioso S. José una piadosa y caritativa asociacion, cuyo ejercicio era reunir por las calles á los niños para darles leccion en su casa; y tomando sin duda por utilísima esta idea, el pontífice Gregorio XV fundó en 1624 la Congregacion de los Piaristas ó pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pias. Los Piaristas hacen voto de enseñar gratuitamente á los niños pobres, y particularmente en Austria y en Hungría tiene esta Congregacion muchos colegios, en todos los cuales enseñan á los pobres, como sucede en nuestras Escuelas Pias españolas; de suerte que nuestros escolapios vienen á ser unos verdaderos Piaristas, y el primero de ellos su glorioso fundador S. José de Calasanz. — C.

PIART, canónigo. Este eclesiástico de los regulares de S. Salvador de Lorena, y abad regular de Domevre, es conocido por sus obras, entre las

que algunas son bastante buscadas. Ignorándose su nacimiento en cuanto á la fecha, se le cree hijo de Lorena, y no diciendo los autores nada relativo á los primeros años de su vida, tenemos que concretarnos á las pocas noticias que nos da de él Mr. Lecuy en la *Biografía universal* de Michaud. Fué uno de los principales promovedores de la beatificacion de *Pedro Fourier*, fundador de esta Congregacion, habiendo pasado cerca de veinte años en Roma solicitándola. Dom Calmet le cree autor de las descripciones de las ceremonias hechas tanto en Roma como en Lorena, en Mattincourt, en Toul, en Domévre y en otras partes, con motivo de esta beatificacion. Este abad dió una edicion del *Imago boni Parochi, seu Acta præcipue parochialia beati Petri Forrerii;* Nancy, 1731, en 8.°, cuya obra se habia ya impreso en austriaco en Viena. Escribió la vida del bienaventurado Pedro Fourier en seis libros, pero la dejó sin imprimir, lo que fué una desgracia, pues que nadie como él, que pasó tantos años estudiando sobre la vida de este siervo de Dios, podia escribir mejor su vida, y otros se habrán aprovechado de sus trabajos. Murió Piart en su abadía de Domévre entre el año 1740 al 1750, pues que no ha podido averiguarse fecha fija. — C.

PIAT (Abate Nicolás), literato estimable. Nació en 1690 en Chateau-Roux cerca de Joinville (Francia). Hizo sus estudios en el colegio de Sta. Bárbara de París, y concluidos que fueron recibió el grado de profesor en artes, y algun tiempo despues obtuvo una cátedra de retórica en el colegio de Plessis. En 1736 Rollin, profesor de elocuencia latina en el colegio Real de París, le designó para suplirle en su cátedra, y el abate Piat se mostró digno de reemplazar á tan distinguido maestro. Honrado por dos veces con el cargo de rector de la universidad, fué nombrado últimamente secretario de la misma, cargo que desempeñó con el mayor celo y esmero hasta 1754, en que sus continuas enfermedades le obligaron á presentar la dimision. Propuso á Leveau para sucederle en su cátedra del Colegio Real, y murió el dia 22 de Setiembre de 1756, á los sesenta y seis años de edad. Al profundo conocimiento de las lenguas griega y latina, unia un gusto puro y una brillante imaginacion. Durante su primer rectorado (1733) la universidad declaró que el compendio de la *Historia Universal*, por Turselini, adolecia de algunas máximas harto erróneas; pero el abate Piat le justificó de esta acusacion en su discurso titulado: *De interdicenda in scholis horat. Tursellini epitome*, el cual se imprimió con el decreto de la facultad y á continuacion de la sentencia del parlamento de Paris, fecha 3 de Setiembre de 1771, que condena la misma obra. Los demás discursos escritos ó pronunciados por Piat han quedado inéditos. Algunas composiciones suyas se hallan insertas en la *Selecta Carmina quorumdam universitatis professorum*. Tambien escribió algunas producciones en versos franceses, entre las cuales se cita una comedia

titulada *Los Malcontentos*, que mereció los elogios de Baron, aunque se ignora el éxito que tuvo y áun si llegó á ponerse en escena. El abate Piat habia formado el proyecto de continuar la *Historia de la Universidad de París*, escrita por César Du Boulay, mas no llegó á ejecutarlo.—M. B.

PIATI (Guillermo). Este distinguido varon, perteneciente al órden de Sto. Domingo, y que reunia á una suma piedad una extremada erudicion y profunda sabiduría, floreció por los años de 1539 y era sufragáneo del arzobispo de Leiden, Juan, cardenal de Lotaringia. Habia sido ántes lector de sagrada teología en varios conventos de la Orden; y en atencion á sus distinguidos méritos y á su vida ejemplar, el papa Paulo III le nombró obispo de Tarbes, sufragáneo del arzobispado de Tolosa, en Francia, siendo consagrado en el antedicho año 1539, y recibido en su diócesis con general aplauso y satisfaccion. Dedicóse á fomentar los intereses espirituales de la grey encomendada á su cuidado, velando por la integridad de la fe en aquellos fatales tiempos en que la herejía dominaba la mayor parte de los pueblos de Europa, teniendo en Francia uno de sus centros principales. En su tiempo se concluyó el famoso puente construido sobre el rio Garona, que fué bendecido por su mano en el año 1543, y durante su administracion espiritual dedicó varias iglesias fundadas bajo la advocacion de Sto. Domingo. Demostró su celo por la religion y su deseo por la salud de las almas, con la solemne publicacion del anatema contra los que blasfemasen el sagrado nombre de Dios, de la Santísima Vírgen María y de los Santos, á la vez que concedia indulgencias á los fieles que alabáran y bendigesen tan piadosos como venerandos objetos. En prueba de la extremada devocion que tenia á la pasion de nuestro Señor Jesucristo, publicó la obra titulada: *Missa de agone Christi, vulgo dicta*; Tolosa, 1547, la cual lleva el siguiente epígrafe: *¿Quis est iste qui venit de Edom?* Piati murió en la ciudad de Tolosa el dia 17 de Febrero de 1550. Los cronistas de su Orden no dan noticia del país de su naturaleza, pues su apellido da lugar á dudas acerca de si sería italiano ó francés.—M. B.

PIATI DE ALBANO (Fr. Juan), franciscano. Fué natural de Italia, y habiendo tomado el hábito de la estrecha observancia de S. Francisco, llegó á ser uno de los reformadores de la Orden en la provincia de Nápoles. Fué consumado teólogo, hábil predicador, y desempeñó el cargo de padre de la provincia reformada de Bohemia. Publicó una excelente obra titulada: *Sermo sermocinationis pro agonizantium consolatione*; Nápoles, 1670, un tomo en 8.°—M. B.

PIATON (S.), mártir. En el reinado del emperador Maximiano Hercúleo, año 286, padeció el martirio en Tournay el glorioso S. Piaton, de nacion italiano y presbítero de la iglesia de Roma, el dia 1.° de Octubre en que le

recuerda la Iglesia. Su delito para con los gentiles fué el haber ido á predicar el Evangelio á las Galias, y penetrando en la Bélgica, haber convertido á la fe de Jesucristo todo el territorio de Tournay. En tanto que los apóstoles de los trevirienses y de los tongres esparcian la luz del Evangelio por las selváticas comarcas de la segunda Germania y hasta las fronteras de los Nervienses, otros obreros evangélicos, formados por el jefe de la Iglesia, que habian salido de Roma al mismo tiempo, atravesaron los opulentos paises de la Galia romana ó togata para penetrar en los pueblos de las riberas del Somma y del Marna. Las persecuciones contra los cristianos, que empezaron por órden del feroz emperador Neron y que continuaron casi sin tregua hasta Constantino *el Grande*, debilitaron, si no extinguieron á fuerza de empaparse en la sangre de los confesores, la llama de la fe incesantemente renovada. A cada instante nuevas legiones de apóstoles venian á llenar las filas de los mártires sobre la ensangrentada brecha, y el cielo solo puede enumerar los innumerables testimonios de fe que se dieron en esta larga y cruel prueba. Arrebatando la persecucion de Severo, á principios del siglo III, á S. Ireneo de Lyon y á otros fieles de la cristiandad transalpina, la apénas naciente Iglesia galicana se quedó sumamente debilitada. Heridos los pastores, las dispersas ovejas no se atrevian á presentarse á la luz del dia; y el cristianismo, á la manera de una débil luz que centellea en una lóbrega oscuridad, parecia extinguirse en medio de las tinieblas de la idolatría; este estado de lamentable desfallecimiento, y áun pudiera decirse de agonía, duró, segun S. Gregorio de Tours, hasta el año 250. Viniendo de Roma en este año nuevos apóstoles, vivificaron las cenizas casi apagadas del fuego sagrado, y encendida de nuevo la antorcha de la fe, la religion cristiana se reanimó en las Galias. Estos nuevos apóstoles, segun nos cuenta la historia, fueron Graciano, Trofino, Paulo, Saturnino, Austromoine, Marcial y Dionisio; pero áun cuando todos eran obispos, ninguno trajo silla designada. S. Dionisio ó *Denys* llevó más léjos que sus compañeros sus conquistas apostólicas; pues que pasando de ciudad en ciudad y de villa en villa, atravesando las lagunas, pantanos y selvas de la antigua Galia, llegó hasta Lutecia, ciudad cuyo nombre nos recuerda una laguna fangosa en medio del Sena, cortada por algunas filas de casas; trescientos años despues este pueblachon pantanoso llegó á ser la corte del rey Clovis y la capital del primer imperio del mundo. Piat ó Piaton fué uno de los discípulos de S. Denys que le siguieron para ayudarle en su conquista evangélica. Era este buen discípulo natural de Benevento, en Italia, y procedia de una familia patricia colmada de los más brillantes favores de la naturaleza y de la fortuna. Una educacion especialmente cristiana habia desarrollado y pulido tan preciosas cualidades. Su elegante y esbelto talle y su bella figura, segun las *Actas de los Santos*, le distinguian

entre todos los jóvenes de su edad; la sabiduría inspiraba y dirigia sus palabras; su moderacion cautivaba el aprecio general, y en las ocasiones que convenia, sabia desplegar la mayor energía y la más decidida resolucion; pero la cualidad que más le distinguia y que eclipsaba el brillo de todas las demás, era el menosprecio con que miraba todas las grandezas de la tierra. Elevados siempre sus ojos al cielo, enseñaban las afecciones elevadas y santas de su alma; su lenguaje respiraba la beatitud celeste; sus piadosos deseos avivándose á medida que avanzaba en edad, y que la experiencia de la vida le apartaba de vez en más de la tierra, le volvieron enteramente hácia su Creador y resolvió consagrarse á la salvacion de las almas. Fué tan extraordinaria desde un principio su caridad, que no reservando más que su indispensable traje, distribuyó á los pobres todas las rentas de su pingüe patrimonio. En fin, deseando dar hasta la última gota de su sangre por Jesucristo, resolvió consagrarse al apostolado de las Galias, en donde la persecucion, casi tan violenta como en Roma, prometia á los que se dedicaban á este piadoso y santo ejercicio combates más fructuosos y una muerte cierta. Sucedia esto al principio del siglo III, en la época en que Diocleciano acababa de asociar al imperio á Maximiano Hercúleo y á Galerio, dos hombres, ó mejor dos mónstruos, dignos asesores del perseguidor más cruel y perseverante que han tenido los cristianos, pues que se contaron en un mes más de diez mil mártires. Solo el Egipto, en los diez años que duró la persecucion, cuenta ciento cuarenta y cuatro mil víctimas cristianas, y las demás provincias no pagaron ménos tributo. El prefecto Rectiovaro se encargó de la persecucion en la Galia Belga. Hizo este mónstruo su entrada en Tréveris el 3 de Octubre, y en el mismo dia hizo perecer á Thyrseo y á sus compañeros, gloriosos restos de la legion Tebana; al siguiente dia á Palmatius con los demás magistrados de la ciudad, y en el tercero inmoló víctimas de ambos sexos. Mandando á sus satélites que recorriesen los campos, les ordenó asesinasen sin distincion á cuantos cristianos cogiesen, y que abandonasen sus cadáveres á las aves de rapiña y á las fieras, y lo llevaron hasta tal punto de crueldad, que la sangre de las víctimas enrojeció las aguas del Mosela hasta trece millas de la ciudad. Gracias al celo y á la actividad de los compañeros de S. Denys, no debia el tirano encontrar menor cosecha en el Occidente de las provincias belgas. Habiéndose fijado el obispo de Lutecia, habia enviado hácia el Norte en los paises de los Atrebatas, de los Nervienses y de los Morinses la flor de sus intrépidos obreros. Ordenado de sacerdote San Piaton, ántes de separarse de su obispo se dirigió á Tournay, ciudad antigua y una de las principales capitales de la nacion de los Nervienses. En cuanto llegó a ella Piaton, atacó con energía la supersticion de muchos de sus habitantes, y secundando maravillosamente el esplendor de su virtud

la natural elocuencia de su predicacion. Desde los primeros dias de su arribo hizo numerosas conversiones, y no dejó de prever que aquella reciente cristiandad no tardaria en ser sometida á la prueba de fidelidad. Exhortaba de dia y noche sin descanso á su rebaño, fortificándole por el ejemplo de todas las privaciones y todo género de paciencia, y si hemos de creer á un antiguo cronista, del que hace mencion sosteniendo su opinion el sabio bolandista Stiltin, S. Piaton habia convertido más de treinta mil paganos en Tournay y sus cercanías, cuando estalló la persecucion contra los cristianos de esta comarca. Llegó el feroz prefecto Rectiovaro á Tournay el año 287, y deseando morir el pastor en medio de su rebaño, sus exhortaciones fueron más frecuentes y vivas al acercarse el peligro. A este fin recorria los campos para sostener y alcanzar sus ovejas dispersadas por los paganos, y en tan santa ocupacion le prendieron los satélites del prefecto. Muchos de sus compañeros y discípulos fueron asesinados inmediatamente á su vista, y en cuanto á él, Rectiovaro quiso divertirse en su suplicio, y las puntas de fierro que el glorioso S. Eloy encontró en el cuerpo del mártir, indican la atrocidad de los tormentos que le dieron y que sufrió S. Piaton ántes de que le cortasen la cabeza, con lo que alcanzó sus deseos de morir por Jesucristo, y de alcanzar á precio de su sangre la gloriosa corona del martirio. Aquí debiéramos dejar la biografía de S. Piaton, porque aquí termina en efecto con arreglo á su vida natural; pero como su vida espiritual continua en el cielo, y puede decirse le alcanza la gloria que adquirieron tambien sus dichosos compañeros S. Crisolo, S. Fuscieno y S. Victorico, de los que apénas se hace mencion en la obra, vamos á continuar este artículo con todo lo perteneciente á éstos, tenidos como S. Piaton como los fundadores de la fe en Occidente y Mediodía de las provincias belgas. Nació en Armenia S. Crisolo, de familia real al parecer, y los rápidos progresos que hizo en el estudio de las Santas Escrituras, y sobre todo sus precoces virtudes, aumentaron el esplendor de su nacimiento. Promovido por su piedad y talento al episcopado, le reveló una vision que Dios le llamaba á evangelizar á otros pueblos y especialmente á la Galia. La persecucion entónces estaba en todo su vigor, y esto le confirmó más en su empeño. Saliendo de su patria para llevarle á cabo, al pasar por Roma, se dignó confirmarle el vicario de Jesucristo en su generosa mision. Fué evangelizando por todo el camino, hasta que llegó con S. Piaton y otros al país de los menapienses. Deteniéndose en la ciudad de Verlenghem y en sus cercanías, estableció en aquel país el teatro de sus trabajos; pero no tardaron en dar contra él sus enemigos, que aprisionándole, le martirizaron en el mismo año que á S. Piaton: la ciudad de Comines le considera su patrono celestial, y como tal le venera y festeja anualmente. En tanto que S. Quintin evangelizaba en las riberas de la Som-

me, Victorico y Fuscieno lo hacian en el país de los morinsios y muy especialmente en Terouanne, su capital, cuya ciudad pagó en 1555 los brillantes sucesos del duque de Guisa en la Lorena, haciéndola desaparecer Cárlos V, emperador de Alemania y rey de España, de entre las ciudades de la comarca. La llegada del sanguinario prefecto Rectiovaro destruyó los felices éxitos de esta naciente mision. Fuscieno y Victorico volvian de Terouanne á Amiens, en donde esperaban hallar á S. Quintin para regocijarse con él del buen éxito de sus predicaciones, cuando saliendoles al encuentro en el camino un viejo llamado Gentieno, les detuvo diciéndoles que Quintin habia abandonado á Amiens. Preguntándoles despues quiénes eran y de dónde venian, le respondieron: «Somos soldados de Jesucristo; hemos venido de Roma con Quintin para arrancar á los pueblos de las Galias de la idolatría y del pecado;» palabras que dichas con la mayor sencillez, hicieron correr las lágrimas de los ojos de aquel buen anciano. «Hace tres dias, les dijo el buen »viejo llorando, que un aviso del cielo me impele á convertirme á vuestro »Dios y á confesar á Jesucristo con todo mi corazon. ¡Ay de mí! continuó »temblando como un azogado, llevais sobre vuestro seno el signo del Cruci»ficado; sabed, pues, que el impío Rectiovaro ha ordenado á sus satélites »prender y encerrar á todos los cristianos que encuentren, y por lo tanto »os suplico, padres y señores mios, vengais á mi choza aceptando la hospi»talidad de vuestro servidor, á descansar algunos dias;» y dicho esto les condujo hácia una pequeña poblacion, á legua y media de Amiens, en el camino de la Lutecia, la cual se llamaba Sama, villa ennoblecida con la sangre de los mártires y conocida hoy con el nombre de S. Fuscieno. Luego que el tirano Rectiovaro estuvo en Amiens, llegó á sus oidos la noticia de los prodigios de que eran teatro Sama y sus cercanías, desde la llegada de los expresados compañeros de S. Piaton. Haciéndose conducir inmediatamente á la cabaña de Gentieno, dijo á este anciano: «Temerario, ¿quién te ha dado »tanta audacia para que me ocultes á dos hombres rebeldes que predican »contra los dioses del Imperio? — Soy cristiano, le respondió el ilustre neó»fito; todo mi deseo hoy consiste en morir por Jesucristo, y si es preciso »para comprarte esta dicha un nuevo crímen contra tus dioses y contra los »tiranos, toma...» y sacó al propio tiempo de la vaina una espada que era impotente en su anciana mano, por lo que el infame tirano, ciego de cólera le mandó inmediatamente cortar la cabeza. A la vista de esto, los apóstoles se entregaron por sí mismos á los soldados pidiendo la muerte; pero deseando Rectiovaro hacer su suplicio más atróz, les mandó conducir atados á la ciudad, y sentado en su tribunal, rodeado de sus verdugos y del tímido pueblo, les preguntó: «Victorico y Fuscieno, ¿qué dioses adorais? Y los santos respondieron inmediatamente y sin titubear: Adoramos y confesamos á

Jesucristo coeternal al Padre, nacido, segun la carne, de las purísimas entrañas de María siempre vírgen, para rescatar al género humano, pues es criador y Señor del cielo y de la tierra.—Insensatos, les replicó el prefecto lleno de cólera, sacrificad á los dioses, y si no vais á morir.— «No te»memos la muerte como quiera que nos la deis. Irritado el cielo por tus cri»menes, te ha quitado la inteligencia de la verdad y de la justicia; eres un vil »esclavo del infierno, un lobo carnívoro, y en fin, un ministro feroz de la »iniquidad y de la tiranía.» Sofocado de rabia Rectiovaro, les mandó encerrar en un calabozo infestado, en el que los santos con la mayor alegría oraban exclamando: «Señor, Jesus nuestro, verdadera luz anterior á todos los »siglos cuya mano ha medido los cielos; que con un solo dedo balanceas la »tierra; que caminas sobre querubines; que sondeas los abismos; que tienes »los tesoros de los vientos y de las tempestades; que mandas levantar tu sol »sobre los buenos y sobre los malvados y caer vuestro rocío sobre justos é in»justos: recibid, Santo Dios, nuestras almas, y no nos dejeis abandonados á »nuestras débiles fuerzas en estos momentos en que de todo corazon desea»mos morir confesando vuestro nombre.» Sed de sangre tenia Rectiovaro, y por lo tanto no podia suspender por mucho tiempo el suplicio de sus víctimas. Dirigiéndose á la prision hizo detener á los verdugos, y les mandó diesen tormento á los valientes que le habian insultado, desobedeciendo sus órdenes. Se les atravesaron las manos y las orejas con anillas y puntas de hierro, despues les mandó atravesar las cabezas con largos clavos hechos ascua, les hizo arrancar los ojos, que fijos siempre en el cielo, parecia contemplaban la corona del martirio que les aguardaba; y en fin, cansado el tirano de tantas atrocidades, les mandó cortar la cabeza, y el hacha del verdugo les arrebató el débil hálito de vida que les habian dejado los tormentos, volando las benditas almas de Victorico y Fusciano al seno de su Dios á recibir el premio de su heroismo. Añade la historia que el mismo dia del sacrificio de estos mártires, Rectiovaro se volvió loco, que una luz celeste brilló sobre los cuerpos de los mártires, y que los cristianos arrebataron al anochecer sus cadáveres del sitio del suplicio para enterrarlos decorosamente y hacerles unos honrosos funerales.—B. C.

PIATTI (Gerónimo). Este noble jesuita italiano nació en Milan el año de 1547; y despues de haber recibido una esmerada instruccion, sintiéndose llamado al servicio de Dios en el claustro, entró en la Compañía de Jesus el 24 de Abril de 1568, en donde no tardó en distinguirse por su piedad y por el progreso que hizo en sus estudios. El P. Aquaviva, que era general de la Orden, le nombró su secretario para las cartas latinas, porque escribia esta lengua con la mayor pureza. Encargado del noviciado, tuvo como maestro director bajo sus órdenes al glorioso S. Luis Gonzaga. Murió este religio-

so el dia 14 de Agosto de 1591, á los cuarenta y cuatro años de edad. Aficionado al estudio y á escribir, se conocen de él las siguientes obras: *De bono status religiosi libri tres;* Roma, 1590; Venecia, 1591. Este libro es muy útil á todos los que se dedican al claustro, porque les manifiesta sus excelencias, y así es que fué traducido en muchas lenguas, siendo la mejor italiana la que hizo el P. Benito Rogacci con el título: *L'Ottimo stato di vita cioe il religioso;* Roma, 1725; á la cabeza de esta traduccion se halla una noticia biográfica sobre Piatti: *De cardinalium dignitate et officio tractatus;* obra que dedicó al cardenal Piatti su hermano, que se imprimió muchas veces ántes y despues de su muerte, siendo la mejor edicion la que hizo en Roma Juan André Tria el año 1746, llenándola este sabio napolitano de preciosas notas: *De bono status conjugalis.* Habiendo escrito el autor esta obra en papeles sueltos, se tomaron por inútiles, y se perdieron la mayor parte; cosa sensible, pues que hubiera sido muy curioso saber cómo habia bonificado el matrimonio quien tan hábilmente habia defendido el celibato, teniendo por la mejor de las vidas la religiosa. — C.

PIAZA (Julio). Nació en 13 de Marzo de 1663 en Forli, en los Estados de la Iglesia. Fué nuncio apostólico en Bruselas por espacio de cuatro años y medio, al cabo de los cuales volvió á Roma llamado por el papa Inocencio III, que le nombró miembro de la Cámara apostólica. Desempeñó despues la nunciatura en los cantones suizos católicos, en Colonia y en Polonia; fué tambien enviado como nuncio extraordinario á Viena, y en 1710 se le nombró para el obispado de Faenza. El papa Clemente II le hizo cardenal en 1712. Murió el dia 24 de Abril de 1726, á los sesenta y tres años de edad. Fué notable por su sabiduría, por su candor y su desinteres, y por otras nobles cualidades que le hicieron muy apreciable para cuantos le conocieron y trataron. — M. B.

PIAZZA (P. Benito), llamado tambien *Plazza*, jesuita siciliano, nació en Siracusa á últimos del siglo XVII, y se distinguió en la Compañía por sus talentos y virtudes. Enseñó durante muchos años teología en Palermo, donde fué prefecto de estudios, y por último censor y consultor de la Inquisicion de Sicilia. Dejó un gran número de libros notables, por la piedad y la ciencia en que abundan: *Il Purgatorio, istruzione catechista dello stato e pene del Purgatorio, e de' rimedi apprestatici da Dio in questa vita, a fin de sodisfare si per noi, come per i nostri defunti al debito di quelle pene contracte per i peccati etc.*, Palermo, 1754. Algunos escritores han creido que este libro tenia mucha semejanza con el del P. Acebedo: *Christianorum in sanctos sanctorum reginam, eorumque festa, imagines religiosas, propensa devotio à præpostera cujusdam scriptoris reformatione, sacræ potissimum antiquitatis monumentis ac documentis vindicata, simul et illustrata etc., accesserunt*

Jesuchristi monita maximè salutaria, de cultu dilectissimæ Matris Mariæ debito exhibendo, à ducensi doctore olim proposita; Palermo, 1751, en 4.° Esta obra fué dirigida contra la *Regolata divozione de' christiani*, publicada en Venecia en 1747 por el célebre Muratori, bajo el seudónimo de *Lamindo Pritannio*, escrito en que se halla semejanza con el libro de Adan Wiclenfedt, intitulado: *Monita salutaria B. M. Virginis ad cultores suos indiscretos*, condenado por un decreto de Roma de 15 de Junio de 1679. Muratori, tan piadoso como sabio, no habia tenido de seguro la intencion de quitar á la Santísima Vírgen nada de lo que le es debido; pero quizá no habia consultado bastante á los piadosos autores reconocidos por la Iglesia que han hablado del culto debido á María Santísima: *Causa Immaculatæ Conceptionis B. V., sacris testimoniis utrimque allegatis, et ad examen theologico criticum revocatis, agitata et conclusa: accedit Sancti Petri argorum episcopi oratio, in conceptionem sanctæ Annæ, ex græcis mss. edita;* Palermo, 1747, y Colonia, 1751. *Lettera al Padre Fra Daniello Concina, dell' ordine de' predicatori, in riposta a due impugnazioni da lui falte nell' opera contra gli ateisti*; Palermo, 1755, en 4.°, y Venecia, 1756. Concina habia atacado algunos puntos de la obra de Piazza contra *Lamindo Pritannio*, el P. Piazza le respondió en esta carta: *Dissertatio anagogica, theologica, parænetica de paradyso, opus posthumum, etc., accedit Josephi Mariæ Gravinæ caput quintum et ultimum de electorum hominum numero, respectu hominum reprobatorum*; Palermo, 1770. Esta edicion de Gravina fué prohibida por un decreto emanado de Roma, su fecha 22 de Mayo de 1772. El P. Piazza ha dejado otras obras inéditas, ya de teología, ya de controversia, todas las cuales atestiguan su saber y su piedad. Murió segun unos en 1761, pero segun otros en 1765, á la edad de cerca de setenta años. — S. B.

PIAZZA (Cristóbal), franciscano italiano. Tomó el hábito en el convento de su Orden, en Nápoles, y fué desde luego un modelo de religion por las grandes virtudes que atesoraba su piadosa alma. Durante su carrera y estudios manifestó las mejores cualidades, de manera que sus superiores no tuvieron inconveniente en consagrarle al ministerio de la predicacion, que era uno de los principales de la Orden Seráfica. En él manifestó desde luego sus buenas dotes, practicando lo mismo que aconsejaba; y convirtiendo más fieles con sus ejemplos que con sus predicaciones. Recorrió toda la Italia en diferentes misiones, llevando autoridad y bulas apostólicas, y consiguió su objeto, devolviendo al seno de la Iglesia á muchos que se habian separado de él por debilidad ó ignorancia, y atrayendo á muchos pecadores extraviados por sus pasiones ó por el torrente de la general corrupcion. De regreso en su convento fué nombrado guardian, cargo que desempeñó con el mayor celo, haciéndose amar de sus subordinados, y extendiendo

entre ellos ese amor á la observancia de las reglas de su instituto, que ha sido el sosten de todas las Ordenes religiosas, y sin el cual no han tardado en desaparecer, perteneciendo únicamente á la historia. Sus esfuerzos en esta ocasion no tardaron en ser premiados con superiores cargos, y así fué nombrado custodio de su provincia, definidor y áun provincial, puestos todos de la mayor importancia, y en que llevó á cabo sus grandes proyectos de engrandecimiento de su Orden, que dotó con numerosas casas, y estableció en diferentes ciudades, donde apénas era conocida todavía. Parecia llamado al gobierno de su Religion, cuando su mucha edad ó quizá sus deseos de prepararse para una santa muerte, le hicieron renunciar todos sus destinos, retirándose al fondo de su convento, en donde permaneció los pocos dias que le quedaron de vida consagrado á la oracion y á la penitencia. Poco despues falleció, atribuyéndosele algunos milagros, pero brillando despues de su muerte tanto ó más que habia brillado en vida por sus grandes virtudes, por las que merece especial mencion de su Orden en 15 de Noviembre. — S. B.

PIAZZA (B. Erasmo), religioso franciscano de la provincia de Sicilia, célebre por su vida y virtudes. Desde muy jóven dió pruebas inequívocas de las grandes cualidades de que se hallaba adornado y le habian de convertir en uno de los elegidos por la gracia para ser en la tierra vivos templos de la fe cristiana. Sus padres, que le amaban con la mayor ternura, no deseaban, en verdad, que se dedicase á la vida religiosa, pero él, lleno de ardor y celo, la abrazó con ese entusiasmo de que hay pocos ejemplos y que tanto ha contribuido á la gloria de la religion de Jesucristo. Sus virtudes desde que tomó el hábito eran tan generalmente reconocidas, que sus mismos superiores se hacian un deber en dar testimonio de ellas y presentarle, aunque en secreto, como modelo á sus hermanos. Humilde, caritativo, modesto y animado del mayor celo por la salvacion de las almas, sus ejercicios eran la oracion, la penitencia y la asistencia al púlpito y confesonario, haciendo grande fruto entre los pecadores más endurecidos en los caminos de la perdicion. Asistia con frecuencia á los hospitales, y no se desdeñaba en prestar á los enfermos los servicios más humildes, contribuyendo con esta caritiva obra á que muchos siguiesen sus huellas y se formasen sociedades que se dedicaban á la asistencia de los enfermos, mejorando de este modo en mucho su suerte y la de los que por curiosidad ú otro móvil se dedicaban á este objeto olvidando las vanidades humanas con gran provecho espiritual suyo y á veces de su familia é intereses. Recogia numerosas limosnas de personas caritativas, las que unas veces les entregaba por sus mismas manos, y otras ponia en las de los directores de los hospitales, para que procurasen su conservacion y mejora. Estas y otras muchas virtudes, que sería largo enumerar,

le merecieron, áun en vida, la fama de santo, que conserva áun despues de su muerte, siendo citado su nombre y memoria por su religion en 4 de Noviembre. — S. B.

PIAZZA (Francisco), célebre canonista. Su verdadero apellido era Platea, y nació en Bolonia hácia el fin del siglo XIV, año 1392. Despues de acabar la carrera de jurisprudencia recibió el lauro doctoral en esta facultad y fué honrado con varios empleos. En 1424, teniendo ya más de treinta años, abrazó la vida religiosa, tomando el hábito en la Orden de los hermanos Menores franciscanos. Poco despues y habiéndose preparado convenientemente, recibió el grado de doctor en teología. Su talento para el púlpito habia extendido su reputacion por toda la Italia, y el papa Eugenio IV le encargó de recoger las limosnas de los fieles destinadas á la guerra proyectada contra los turcos. Murió en Bolonia en 1460, y fué enterrado en la iglesia de S. Pablo del Monte. Sus excelentes tratados de derecho canónico fueron leidos por mucho tiempo en las cátedras y consultados por los más hábiles jurisconsultos. Todos ellos se han reunido en un volúmen bajo el título *Opus restitutionum usurarum ex excommunicationum*. La primera edicion, hecha en Venecia en 1472 en 4.°, es muy solicitada en razon de su fecha; y las de Pádua, 1473, y de Colonia, 1474, se han hecho sumamente raras. Laserna Santander ha descrito estas obras en su *Biblioteca escogida del siglo XVI*. Orlandi cita en sus *Escritores bolonienses* varias obras de Piazza que circulaban impresas, y las cuales son: *Sermones*, un *Tratado del Matrimonio*, y la *Summa mysteriorum christianæ fidei*. La edicion de esta última obra, que se dice hecha en Pádua el año 1473, ó es imaginaria ó se ha perdido enteramente. — M. B.

PIAZZA (Gandolfo), franciscano. Este religioso, uno de los que tomaron el hábito de la Seráfica Orden cuando aún se hallaba en sus principios, era natural de un pueblo llamado Binasco, en el territorio de Milan, y pertenecia á una distinguida familia denominada Piazza ó Plaza. Apénas habia salido de la adolescencia, cuando llena su alma de santo ardor y vocacion decidida por la vida religiosa, abandonó el mundo con todas las ventajas que podia ofrecerle, y recibió la humilde túnica de los hijos de S. Francisco en un convento recien fundado en la isla de Sicilia. Hizo sus estudios en el mismo, y salió muy aventajado en la ciencia de dirigir las almas por el camino de la salvacion, logrando notable fruto con sus elocuentes sermones, á los que unia el persuasivo ejemplo de su virtud. Fué un modelo de rigidez y de penitencia, y puede decirse que reunió en sí todas las austeridades y mortificaciones que se advierten diseminadas en las vidas de varios distinguidos y santos varones. Empezando por la mortificacion de la carne, diremos que no contento con cubrir su débil cuerpo con una simple y delgada túnica, se le ciñó de un áspero silicio que nunca se quitaba, aunque se hallase

enfermo ó extenuado. Parco siempre en la comida, aumentaba su abstinencia en los dias de ayuno, no tomando otra cosa que pan y agua; y respecto al descanso apénas dormia lo más indispensable para sostener la existencia. Fijábase tanto en las delicias celestes, y hallaba un placer tan grande en la oracion y contemplacion, que despues de estar predicando todo el dia y no obstante llegar cansado al convento, en vez de entregarse al reposo acudia á la iglesia, pasando en ella largas horas tan sumido en la contemplacion de la Divinidad, que no sentia el cansancio ni le abrumaba la fatiga. Resplandeció asímismo por la pureza de su casta alma y por la humildad y estricta observancia de la pobreza, llevando esta virtud á tan alto grado de perfeccion, que cuando iba á predicar en las misiones no solo pedia por caridad su alimento, sino que ni áun consentia ir á morar en ninguna casa de su Orden, prefiriendo buscar su albergue en el hospital ó refugio de los pobres pordioseros. Habiendo ido á predicar una cuaresma en la ciudad de Politi, en Sicilia, le fué revelado el instante de su muerte, á cuyo trance se preparó con místico ardor y con fervientes actos de piedad. Murió el sábado santo del año 1260 en el hospital de S. Nicolás de la ciudad antedicha con las más claras señales de bienaventuranza, pues en el acto de volar su benditísima alma al cielo se tocaron por sí solas todas las campanas de las iglesias, segun refieren varios testigos oculares. Su cuerpo fué sepultado con grande honra en la iglesia mayor, donde por muchos años se le veneró como santo, por haberse obrado en su sepulcro grandes y repetidos milagros. La Orden Franciscana le cuenta tambien en el número de sus santos, consagrándole rezo el dia 27 de Setiembre.— M. B.

PIAZZA (B. Girolamo), capuchino italiano, cuya memoria celebra su Orden en 4 de Mayo. El *Martirologio Franciscano*, al ocuparse de este siervo de Dios, únicamente nos dice que se distinguió mucho por sus virtudes y santa vida, y que fué un modelo de perfeccion. Más explícitos otros autores, aseguran que desde el instante en que tomó el hábito comenzó á servir de ejemplo á sus compañeros por su continua penitencia y asiduidad en la oracion. No habia género de mortificacion que le fuese extraña, ideando las más peregrinas y rigurosas para mortificar su cuerpo y domar su carne, venciendo así las pasiones, á quienes miraba como el mayor de sus enemigos que le hacian continua y cruda guerra. Consiguió de esta manera tal imperio sobre sí mismo, que era la admiracion de los demás religiosos, quienes miraban con grande asombro sus extraordinarios ejercicios. No era ménos maravillosa su oracion, no cesando de dia ni de noche de alabar al Señor, de quien tenia una vida que le habia consagrado por completo. Con tan buenas disposiciones no es extraño que apénas Paulucio de Trincis inauguró la reforma, fuese uno de los que corrieron á abrazarla y de los que con más

ardor trabajaron en su fomento. Muchas dificultades tuvo que vencer en aquellos principios en que tan combatidos fueron los capuchinos por sus hermanos los observantes, de quienes procuraban separarse para plantear en su primitivo rigor la observancia de su regla, que creian degenerada de su fervoroso orígen. En estos principios fué en los que Piazza manifestó todo su celo, é hizo revivir no solo dentro del claustro, sino tambien fuera de él, los ejemplos de los antiguos ermitaños de la Tebaida. Humilde por naturaleza y por conviccion, no solo sabia sufrir las injurias, sino que enseñaba y aconsejaba á sus hermanos que las sufriesen, y con solo estas armas supo vencer la tempestad que una y otra vez se levantó contra su nueva Orden. Despues de muchas dificultades, y que ya vió conseguido el resultado que él y sus hermanos tanto ambicionaban, recogió su espíritu el Señor probablemente en el mismo dia que le celebra la Religion Seráfica. — S. B.

PIAZZA (B. Nicolás), franciscano francés de la provincia de París, donde se distinguió desde su juventud por sus virtudes y buenas cualidades, siendo una de las más firmes columnas que tuvo el cristianismo en el siglo XVI en que la herejía, ora vencida, ya triunfante, acechaba la ocasion para hacer sus víctimas en el seno de la Iglesia católica á que habia jurado una tan injusta como cruda guerra. Desde el instante en que tomó el hábito el Padre Piazza, cuyo carácter y costumbres eran irreprensibles se propuso atacar de frente á la hidra que amenazaba devorar á aquella sociedad tan corrompida como extraviada. Comenzó una série de predicaciones en que obtuvo con frecuencia el mejor éxito haciendo muchas conversiones y logrando sobre todo en sus disputas con los hugonotes vencerlos repetidas veces demostrando la falsedad de sus doctrinas. Crecia con esto su reputacion y era mirado como un oráculo en toda la provincia, pero al mismo tiempo los herejes le miraban como su más encarnizado enemigo y acechaban la ocasion propicia para sacrificarle á sus iras y vencerle con el hierro, ya que no podian con las palabras. No ignoraban esto los superiores del P. Piazza y le trasladaron á diferentes conventos, mas éste, léjos de desanimarse por la persecucion de que era víctima, en cada casa á que era trasladado manifestaba su ardoroso celo continuando en sus predicaciones y dando continuos ejemplos de religion y piedad. No le acobardaba la muerte, ántes bien deseaba sacrificar su vida por la religion del Crucificado y la salvacion de las almas, á que le inclinaba su gran caridad y las necesidades de su época que él ántes que nadie habia procurado reconocer y satisfacer. Pero su mismo ardor, su grande entusiasmo y su constancia, no tardaron en valerle la corona del martirio que tanto ambicionaba. En una revolucion los herejes, que no podian triunfar en París donde el rey y la mayoría de los señores eran católicos, se lanzaron al campo haciendo víctimas de su furor á cuantos

combatian su secta. Entraron en el convento de Sta. María de la Piedad, donde se hallaba el P. Piazza, á quien martirizaron en 22 de Mayo de 1560, dia en que su Orden recuerda su memoria. —S. B.

PIAZZA (Pablo). Nació este profesor de pintura y capuchino en Castel-Franco el año 1557, habiendo sido educado y amaestrado en el arte de la pintura por Santiago Palma el *Jóven*. A pesar de los triunfos que le proporcionaba su arte, abandonó el mundo y sus vanidades por la estrechez y humildad del claustro, y tomó el hábito de capuchino, cambiando su nombre por el de Cosme, sin que este nuevo estado le privase dedicarse á la pintura, que era su pasion favorita. Aunque como hemos dicho fué discípulo de Palma, sus obras tienen poca semejanza con las de su maestro, pues hábil práctico, supo formarse un estilo especial que le pertenece exclusivamente y por el cual son conocidas fácilmente sus obras. No le distinguió en sus cuadros el vigor, sino su modo de hacer tan libre á la par que seductor, que entusiasmó á Paulo V, al emperador Rodolfo y al dux de Venecia Friuli, que le hicieron ejercitar su talento artístico en las muchas obras que le encomendaron. Venecia y varias otras ciudades de esta república poseen muchos de sus frescos, y algunos de sus lindos cuadros al óleo. En Roma, en muchos aposentos del palacio Borghese se ven adornos bizarros y de extraña originalidad del pincel de este hábil capuchino; y la gran sala de este palacio está adornada con bellas composiciones suyas, sacadas de la vida de Cleopatra, conservándose en el capitolio el descendimiento de la cruz, que es una de sus obras maestras. Murió este célebre capuchino, pintor, el año 1621, dejando parte de su habilidad á su sobrino y discípulo Andrés Piazza, que habiendo hecho grandes progresos, obtuvo hasta tal punto la proteccion del duque de Lorena, que le honró dándole título de caballero. Cuando este pintor volvió de Roma, que fué donde le enseñó su tio el capuchino, ejecutó en la iglesia de Castel-Franco, su pueblo, el gran cuadro de las bodas de Caná que se tiene por su mejor obra, y murió en este punto el año 1670. Habiendo dado razon del artista capuchino y su discípulo y sobrino, no podemos dejar de decir alguna cosa del célebre pintor pariente suyo, Calixto Piazza, pintor de la historia veneciana, que naciendo en Lodi á fines del siglo XV, fué uno de los más distinguidos discípulos del Ticiano. Recorrió este famoso artista toda la Italia, dejando por todas partes pruebas que proclaman su talento artístico. En la iglesia colegial de Codogno pintó una Asuncion y dos retratos de los marqueses de Tribulzi que no serían indignos del pincel de Ticiano. En la iglesia de la *Incoronata*, en Lodi, pintó tres capillas y cuatro bellos cuadros para cada una. Dejándose seducir este artista por la manera de hacer de Giorgion, pintó en este estilo el cuadro de la iglesia de S. Francisco de Brescia, que representa á la Vírgen rodeada de muchos

santos, y que pasa por la más bella obra del arte que posee entre otras del mismo esta ciudad. Crema, la catedral de Alejandría y Lodi poseen tambien algunos bellos cuadros de su diestro pincel, siendo sobre todo los frescos que se ven de su mano en esta última ciudad los que proclaman muy alto su talento artístico. Dice Mr. Périci al hablar de este pintor en su biografía que el primer cuadro que se conoce de él lleva la fecha de 1524; que el gran cuadro de las bodas de Caná, que pintó en Milan, tiene la de 1545, y que en 1556 pintó en el refectorio del convento superior de religiosos de S. Mauricio dos cuadros sobre tela, y tres frescos en la iglesia inferior. Ignórase la época de la muerte de este célebre pintor en los autores que hemos consultado, y aconsejamos á los que deseen más noticias suyas que las busquen entre los pintores de la escuela veneciana. — B. C.

PIAZZI (Félix). Fué natural de Parma, y tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de dicha ciudad, donde más tarde desempeñó el cargo de lector en teología. Fué varon distinguido en piedad y letras, y vivia por los años de 1579, en cuya época escribió con lenguaje claro y elegante estilo un libro que se publicó bajo el título siguiente: *Rosario de la sacratísima Vírgen Madre y piadosa Señora nuestra, con las imágenes, declaraciones, contemplaciones y afectuosas oraciones para cada uno de sus misterios, seguido de afectuosas oraciones, con una extensa instruccion acerca de esta devocion, y noticia de las muchas indulgencias y señalados dones espirituales que con ella se obtienen;* Bolonia, 1579, un tomo en 12.° — *Instruccion cristiana*, que no llegó á publicarse, segun el cronista de la Orden Rovela, y que se conservaba manuscrita, aunque se ignora en qué punto. Estas obras se hallan escritas en italiano. — M. B.

PIAZZI (P. José). Nació este célebre astrónomo el 16 de Julio de 1746 en Ponte de la Valtelina, que á la sazon formaba aún parte de la Confederacion Helvética. Su padre Bernardo y su madre Francisca de Artaria pertenecian á familias muy bien consideradas. Recibió José su primera educacion en Milan en los colegios de Calchi y de Brera, teniendo por maestros á los célebres Tiraboschi y el P. Beccaria, con otros no ménos sabios que ocupaban entónces con justicia las primeras cátedras el primero, y el segundo las de filosofía y matemáticas. Como á pesar de lo que le halagaba el estudio de las letras y de las ciencias profanas, se sintiese con vocacion á la vida devota y contemplativa, tomó el hábito de religioso en la órden de Teatinos, convento de S. Antonio, y en seguida fué á Roma á estudiar teología. En aquella capital del orbe católico, bajo la direccion de los PP. Jacquier y Lesueur, se aplicó con tanto afan al estudio de las ciencias exactas, que inspirando confianza al P. Jacquier, le comisionó muchas veces de hacer los cálculos que se ven en sus obras. Luego que recibió las órdenes sagradas fué á enseñar filo-

sofía á un convento de su Orden en Génova, y la libertad con que expuso sus opiniones en las tésis públicas puso en alarma el celo de los dominicos, y hubiera tal vez experimentado los rigores de una persecucion religiosa si no se hubiese sustraido á ella, yéndose á la isla de Malta, en donde el gran maestre Pinto le nombró profesor de matemáticas de la universidad. Disuelta ésta por el gran maestre de S. Juan de Jerusalen, sucesor de Pinto, Piazzi se volvió á Roma á recibir órdenes de sus superiores, los cuales le mandaron á Rávena con el doble carácter de profesor de filosofía y de director del colegio de Nobles. Nuevas tésis le pusieron segunda vez en guerra con los teólogos; pero éstos se contentaron con murmurar de él por entónces. A pesar de esto se le creyó digno de reemplazar al predicador de Cremona, adonde se habia retirado desde que los Teatinos renunciaron á la administracion del colegio de Rávena. Nombrado lector de teología dogmática en el convento de S. Andrés *della Valle* en Roma, tuvo por compañero de enseñanza en él al P. Chiaramonti, que despues fué papa con el nombre de Pio VII, el cual le conservó de pontífice la misma amistad que les unió en el claustro. Aceptando Piazzi en 1780, por los consejos del P. Jacquier, la plaza de profesor de matemáticas sublimes en la Academia de los Estudios de Palermo, reformó en ella el método de enseñanza por las obras de Wolff y de Mayer, haciendo familiares las de Locke y de Condillac, que casi se conocian allí. Resolviendo el rey D. Fernando IV de Nápoles fundar un observatorio astronómico en Palermo, conoció que el P. Piazzi era el único hombre que habia en su reino capaz de poderse encargar de su direccion; y haciéndole la proposicion de pârte del Rey, manifestó que no podia aceptar el honor que se le dispensaba si no se le permitia ir ántes á ejercitar prácticamente la astronomía con los instrumentos de más fama, y daba la facultad de hacer construir los que le fuesen más necesarios. Como todo se le concediese, salió para París en Febrero de 1787, é instalándose en casa de Lalande, que le puso al instante en relaciones con Janrat, Bailly, Delambre y Pingré, se aprovechó en el mes de Octubre siguiente de la partida de Casini, Mechain y Legendre, encargados de determinar las diferencias de los meridianos de París y de Greenwich, para visitar la Inglaterra, en donde se unió íntimamente con Maskeline, Herschel, Vinci, y sobre todo con Ramsden, al que confió la construccion de sus instrumentos. Frecuentando el observatorio de Greenwich, en él observó el eclipse solar de 1788, el que explicó por medio de una memoria, que se publicó en las *Translaciones filosóficas*. Deseando librarse de la incertidumbre en la cual los cuartos de círculo dejan pendiente el ánimo de un observador, obligó á Ramsden á construirle un círculo vertical de cinco piés de diámetro, acompañado de un azimutal (otro tambien vertical) y dividido con la precision de que este constructor era solo capaz en aquel

tiempo, á cuyo fin iba diariamente á presenciar los trabajos del artista. Descontento de la lentitud de Ramsden, imaginó halagar su amor propio por medio de una carta dirigida á Lalande sobre las obras de este óptico; y esta estratagema produjo el efecto que se propuso en ella, pues que Piazzi tuvo la satisfaccion de ver terminado su gran círculo ántes de lo que creia, obteniendo además un instrumento de paso, un sextante y algunas otras máquinas de segundo órden. Pretendió el ministerio inglés que el círculo pertenecia á la clase de los descubrimientos, y que siendo así debia sujetarse á los derechos prohibitivos de Inglaterra; pero Ramsden protestó que si esta era una nueva invencion, el mérito era de Piazzi, cuyas instrucciones habia seguido en la ejecucion. Esta noble y honrosa declaracion obvió todas las dificultades; y Piazzi volvió á Sicilia á fines de 1789, llevándose consigo todos sus instrumentos. En 1790 empezó por órden del rey D. Fernando IV á disponer para observatorio la grande y sólida torre del palacio real en Palermo, y al cabo de un año se terminaron las obras, y pudo Piazzi ya en 1792 publicar el resultado de sus primeras observaciones, habiendo pronunciado en este intérvalo ante la Academia de los Estudios un sabio y notable discurso sobre la ciencia astronómica. En seguida publicó la descripcion del Observatorio de Palermo, que es el más meridional de Europa despues de haberse destruido el de Malta en 1789 por un incendio. Las observaciones que en él se hacian tenian un interés particular, que se acrecentaba tanto por la perfeccion de los instrumentos, cuanto por la actividad, habilidad y saber del astrónomo. Persuadido de que la exacta posicion de las estrellas fijas es la única base verdadera de la astronomía, emprendió Piazzi la tarea de hacer un nuevo catálogo de ellas. Francisco Lalande en Francia, Cagnoli en Italia, de Zach, Henry y Barry en Alemania, habian hecho trabajos parciales sobre este particular, fundándose en la posicion de las treinta y seis estrellas que Maskelyne habia señalado á los astrónomos como términos seguros de comparacion; Piazzi, por el contrario, creyó no deber fiarse en los resultados de una simple observacion, en que la menor inexactitud de parte del observador, la más pequeña imperfeccion en los instrumentos, son accidentes demasiado probables para ser rechazados como inadmisibles. Sabia tambien que si Flamstead, Mayer y Lemonnier hubiesen puesto más constancia en sus observaciones, hubieran quizás quitado á Herschel el honor de descubrir el planeta Urano. Estas observaciones le hicieron volver muchas veces sobre una misma estrella ántes de fijar su posicion, y solo despues de este penoso pero exacto método fué cuando Piazzi acabó su gran catálogo primero, que contiene seis mil setecientas cuarenta y ocho estrellas, el que publicado en 1803, fué coronado por la Academia de Ciencias de Francia y acogido con admiracion por todos los astrónomos de Europa. El

primer resultado de este sistema fué el descubrimiento de un nuevo planeta, el octavo, que abrió camino á nuevas conquistas en el cielo. Examinando Piazzi el 1.° de Enero de 1801 la estrella 87 del *Catálogo zodiacal de Lacaille*, entre la cola del *Aries* ó el Carnero, primero de los signos del zodiaco, y el *Tauro*, que es el segundo, percibió una estrella de octava magnitud, que observó cuidadosamente. Su costumbre de rectificar las observaciones que hacia, le hizo reparar al siguiente dia una diferencia en la posicion del pequeño astro, que tuvo en un principio por un nuevo cometa. Comunicó sus observaciones á Oriani, el que viendo que este punto luminoso no tenia la nebulosidad de los cometas, y que habia quedado estacionario y retrógrado en tan pequeño espacio, á la manera de los planetas, calculó los elementos en la hipótesis de una órbita circular; y no se engañó, pues que esta hipótesis no tardó en confirmarse por otros astrónomos, en cuyo caso Piazzi dió al planeta el nombre de *Céres Ferdinandea*, á pesar de que Lalande fué de opinion de que se denominase sencillamente *Piazzi*, del nombre de su descubridor. Quiso el rey de Nápoles perpetuar este acontecimiento por medio de una medalla de oro con la efigie del astrónomo; pero modesto Piazzi en su mismo triunfo, suplicó al Rey que el importe de este presente se emplease en un ecuatorial, que faltaba en el Observatorio. Continuó con perseverancia este sabio religioso las obras que habia empezado, y ni los cuidados y observaciones que exigia su gran catálogo, ni los trabajos que habia exigido el descubrimiento de *Céres*, ni áun una fiebre que le atormentó cuatro años seguidos, pudieron apartarle un instante de sus estudios. Empezábase casi generalmente á desconfiar de la posicion señalada por Maskelyne á muchas estrellas fijas; pero Piazzi estaba demasiado empeñado en sus pesquisas para pensar en rectificar las obras de los demás, y por lo tanto encargó á Mr. Cacciatori, el más distinguido de sus discípulos, el comparar directamente las principales estrellas con el sol. No se limitaba este trabajo á las treinta y seis estrellas de Maskelyne, abrazaba ciento veinte, que fueron las que sirvieron de base al nuevo catálogo. Acabó Piazzi este trabajo en 1814, y se vió con admiracion que habia extendido sus pesquisas á siete mil seiscientas cuarenta y seis estrellas. Obligado Piazzi por sus amigos y por sus discípulos, se ocupó en la redaccion de muchas memorias, que destinó á las diversas Academias de que fué miembro, desempeñando al propio tiempo las misiones que le encomendaba el gobierno, entre ellas la formacion de un código métrico para establecer la uniformidad en los pesos y medidas de Sicilia. Este trabajo fué precedido de un *Ensayo*, que se publicó en 1808, y de una *Instruccion* para uso de los curas. Durante el corto período constitucional de esta Isla, se consultó á Piazzi sobre una nueva division territorial, la que decretada por el Parlamento sobre el informe de este astrónomo, se conser-

vó áun despues de la destruccion del régimen político representativo en Sicilia. El cometa de 1811 dió á Piazzi ocasion de manifestar sus ideas sobre la naturaleza de estos cuerpos. No los supuso de una formacion contemporánea á la de los planetas, creyendo más bien que se forman de tiempo en tiempo en la inmensidad del espacio, y que se disipan en seguida poco más ó ménos que los metéoros ó globos que se engendran y desaparecen en la atmósfera terrestre; y teniendo tal opinion no debe extrañarse del poco caso que hizo de la observacion de los cometas. En 1817 fué llamado Piazzi á Nápoles para que examinase los planos del Observatorio que habia fundado Murat en las alturas de Capodimonte, é hizo en ellos muchas variaciones, segun la cuenta que dió de ellos en una obra que se imprimió. Reemplazado inmediatamente en la direccion de este Observatorio por su discípulo Cacciatore, volvió á Palermo, en donde tomó parte activa en los trabajos de una comision encargada de la Instruccion pública en Sicilia, país que consideró siempre como su segunda patria, y que no quiso abandonar á pesar de las brillantes ofertas de Napoleon, que deseaba fuese á ocupar un puesto en la universidad de Bolonia. El P. Piazzi habia recogido una série no interrumpida de observaciones solsticiales, desde 1791 á 1816, para determinar la oblicuidad de la ecliptica, y comparándolas con las que se ejecutaron en 1750 por Bradley, Mayer y Lacaille, encontró que esta oblicuidad experimenta una diminucion de cuarenta y cuatro segundos por siglo. A pesar de su avanzada edad, habia vuelto de Palermo á Nápoles hacia un año, y acababa de presentar un nuevo proyecto de ley sobre los pesos y medidas, cuyos modelos habia ya hecho construir, preparado las tablas sinópticas y empezado la de reduccion, cuando le alcanzó la muerte el 22 de Julio de 1826, despues de una corta enfermedad, en la que se apresuró á pedir los auxilios de la religion que le fueron dados por uno de sus antiguos amigos, el célebre arzobispo de Tarento Capece Latro: murió á los ochenta años de edad. De la manera que lo dejó ordenado en su testamento, su cadáver fué enterrado en la iglesia de S. Pablo, aneja al convento de los Teatinos, y la mayor pompa fúnebre presidió á sus honras, habiéndosele levantado una estátua en bronce y un magnífico sepulcro.—Las últimas disposiciones de Piazzi fueron una nueva prueba de su amor á la ciencia: legó su rica biblioteca y sus máquinas al Observatorio de Palermo, con una renta anual para la manutencion de un discípulo. Disfrutaba este sabio de una reputacion y consideracion legítimamente adquiridas por sus inmensos trabajos, diciendo Delambre de él, que la Astronomía le debia más que á todos los astrónomos desde Hiparco hasta nuestros dias. Fué director general de los observatorios de Nápoles y de Palermo, miembro de la comision de Instruccion pública en Sicilia, presidente de la Academia de Ciencias de Nápoles; miembro de las de Turin,

Goetinga, Berlin y S. Petersburgo; y asociado extranjero del Instituto de Francia, de la Sociedad Real de Lóndres; miembro ordinario de la Sociedad Italiana; corresponsal del Instituto de Milan y de otros muchos cuerpos científicos. Diversas Academias le votaron medallas de honor, y muchos soberanos le concedieron pensiones. Dotado de una ardiente imaginacion y de un espíritu penetrante, encontró muchas veces solo por la fuerza de su pensamiento verdades que parecian deber ser el fruto de una larga experiencia. Unidas estas ventajas á una paciencia inalterable en el trabajo, explican el progreso verdaderamente extraordinario que dió á la ciencia. En cuanto á la vida privada, se dice que fué franco en demasía y visiblemente colérico; pero que le pasaban fácilmente sus accesos, no dejando despues huella alguna. En los últimos años de su vida interrumpió todas sus relaciones científicas, no correspondiéndose más que con Oriani, al que profesó una sincera amistad, y el retrato de este sabio adornaba su sala de estudio, predileccion que estaba justificada, no solo por servicios personales, sino tambien por lo mucho que merecian los talentos del astrónomo milanés. No habiendo sido comprendido Piazzi en la creacion del Instituto de Bolonia entre los treinta miembros pensionados, indignado Oriani de este olvido, escribió al secretario una carta, en la cual trazó una rápida exposicion de todos los trabajos de su ilustre cofrade, pidiendo que se le acordase para reparar esta injusticia una suma sobre los fondos señalados al Instituto, declarando que si no podia hacerse así, estaba él pronto á renunciar la pension que se le habia asignado. Leida la carta de Oriani en sesion de 1.° de Julio de 1804, no surtió efecto alguno, porque las alabanzas que en ella daba al *Catálogo de las estrellas* excitaron la envidia de Antonio Cagnoli, que logró se rechazase la reclamacion, cuyo desaire no olvidó jamás Piazzi, así como tampoco la generosa instancia de Oriani, al que vivió agradecido toda su vida. Las principales obras que se conocen de este sabio religioso astrónomo son las siguientes, de las que nos hablan De Angelis y Alby René en el artículo compuesto por ambos para la *Biografía universal* de Michaud. *Resultado del cálculo de las observaciones del eclipse de 3 de Junio de 1788, hechas en diversos lugares de Europa;* impreso en las *Transacciones filosóficas* el año 1789 en el tomo LXXIX.—*Cartas sobre las obras de M. Ramsden, de la Sociedad Real de Lóndres, dirigidas á M. Lalande;* impresa en el *Diario de los Sabios* de Noviembre de 1788, y reimpresa en la traduccion hecha por Lalande de la obra de Ramsden, titulada: *Machine à diviser*: las obras anteriores estan escritas en lengua francesa.—*Discurso recitado al abrirse por primera vez la cátedra de astronomía en la universidad de los Estudios*, en italiano; Palermo, 1790, en 4.° En este discurso trazó Piazzi rápidamente la historia de la astronomía.—*Della specola astronomica di Palermo*, obra dividida en seis libros, de

los que los cuatro primeros aparecieron en 1792, el quinto en 1794, y el sexto en 1806, tres volúmenes en fólio. Esta obra fué continuada por Nicolás Cacciatore, sucesor de Piazzi en la direccion del Observatorio de Palermo.—*Sull' orologio italiano ed europeo*; Palermo, 1798, en 8.°, asunto que fué nuevamente tratado en el *Diario de Ciencias y Artes de Sicilia*, en Abril de 1824, llevando por fin ambas memorias demostrar las ventajas de los relojes arreglados á la europea.—*Risultati delle osservazioni della nuova stella scoperta il primo gennajo* 1801 *nell' Osservatorio di Palermo;* Palermo, 1801, en 12.°—*Præcipuarum stellarum inerratium positiones mediæ, ineunte seculo XIX, ex observationibus habitis in specula panormitana ab anno* 1792 *ad annum* 1802 *y* 1805, en fólio; pareció una segunda edicion de este catálogo en 1814 con el mismo título, pero con adiciones y correcciones considerables, que valió al autor la medalla creada por Lalande; teniéndose por obras maestras los prefacios de estas dos ediciones.—*Memoria sull' obliquitá dell' eclittica*, obra coronada por la Sociedad Italiana, que se insertó en el tomo XI de sus *Actas*: Piazzi publicó en 1818 en la misma coleccion un suplemento á esta memoria.—*Memoria sulla processione degli equinocj dedotta della inclinazione delle stelle*, que se imprimió en las *Efemérides astronómicas de Milan* en 1804.—*Ricerche sulla parallasse di alcune principale stelle*, publicada en las *Actas de la Sociedad Italiana* en el tomo XII.—*Sulla misura dell' anno tropico solare;* idem, el tomo XIII.—*Saggio sui movimenti propri delle stelle fisse*, en las *Actas del Instituto italiano*, tomo I.—*Sistema métrico per la Sicilia, presentato á S. M. della diputazione di pesi e misure;* Palermo, 1808, en 8.°—*Istruzioni directa ai parocchi all' occasione della nuova legge succi pesi e misure*; Palermo, 1810, en 8.°—*Legge nella quale si stabilice l' uniformitá de i pesi e delle misure in tutto il regno di Sicilia*; Palermo, 1810.—*Codice metrico siculo diviso in dui parti*; Catania, 1812, en fólio menor.—*Della cometa di* 1811; Palermo, 1812, en 8.°—*Lezioni elementari di astronomia all' uso del regio Osservatorio di Palermo;* idem, 1817, dos volúmenes en 8.°—*Solstici osservati e calcolati*, publicado en las *Memorias del Instituto del reino Lombardo-Veneto*, 1814 y 1815, en el segundo tomo; Milan, 1821. Consignó Piazzi en este escrito observaciones hechas con la mayor escrupulosidad, exactitud y casi sin interrupcion desde 1791 hasta 1816.—*Sull' aberrazione della luce e sulla mutazione dell' asse terrestre*, en el tomo I de las *Actas de la Academia de Ciencias de Nápoles.—Ragguaglio dell' Osservatorio di Napoli eretto sulla colina di Capodimonte;* Nápoles, 1824, en 4.°, con láminas. Rindiendo Piazzi homenaje á la memoria del astrónomo Zuccari, que fué el primero que concibió el plan de este Observatorio, y obtenido se decretase su ejecucion, explica las razones de los cambios que creyó deber introducir en el primitivo proyecto cuando se le confió la direccion de los trabajos, cuyos cambios tuvieron por princi-

pal fin combinar la solidez del edificio con la conveniente disposicion para los instrumentos y la comodidad de los astrónomos. — *Discorso su i progressi dell Astronomia*, impreso en el *Diario de Ciencias, Letras y Artes de Sicilia*, en Abril de 1824. Otros muchos manuscritos dejó el P. Piazzi, y un diario de observaciones que llevó por espacio de cuarenta años. En 1798 habia tambien establecido en la catedral de Palermo un meridiano, que describió su discípulo Cacciatore en el *Diario* ya citado en Agosto de 1824. El elogio de Piazzi se escribió por M. Xavier Serofani, y se imprimió en 8.° en 1826 en la Imprenta Real de la ciudad de Palermo, capital de la Sicilia.—B. C.

PIBON, obispo de Toul, pasó por uno de los prelados más sabios de su época, aunque ha dejado muy pocos escritos para juzgar de su mérito. Nació en Sajonia, de padres distinguidos por su condicion. Su padre se llamaba Thietmar, y su madre Dúctica ó Duguerca. Pibon fué puesto desde su primera juventud bajo la direccion del Dr. Annon, que llegó á ser arzobispo de Colonia, y uno de los principales hombres de la iglesia de Alemania. Hizo bajo la direccion de este hábil maestro todos los progresos que entónces podian hacerse en las letras divinas y humanas. Despues de lo cual entró en el cabildo de la catedral de Halberstat donde su mérito y su virtud le hicieron ascender sucesivamente á todas las dignidades de aquella Iglesia, excepto al episcopado. Habiendo llegado su fama á noticia de Enrique IV, rey de Alemania, le llamó á su corte, y le nombró su primer capellan y canciller. Pibon fué elegido para reemplazar á Udon, obispo de Toul, despues de su muerte acaecida en 1609. Viendo, sin embargo, que ignoraba la lengua del país, temió no obtener resultado alguno en su diócesis, y pensó formalmente en abandonarla. Pero armándose de valor, comenzó á estudiarla y consiguió hablarla bastante bien para darse á entender; lo que fué mirado como una especie de milagro, pues tenia á la sazon cerca de sesenta años. Brillaron en él todas las virtudes propias de los santos y de los grandes obispos. Su celo le llevaba á llenar infatigablemente todos los deberes de su ministerio. Asíduo á los oficios divinos así de noche como de dia, no se consagraba ménos á obras de caridad para con los prójimos, los cautivos, los enfermos, los extranjeros, las viudas y los huérfanos. Se ocupó tambien de mejorar su iglesia catedral, de edificar en ella una torre con dos campanas, de enriquecerla con reliquias y vasos sagrados y de embellecer la ciudad episcopal con hermosos edificios. Corrian á la sazon circunstancias harto aciagas con motivo de las turbaciones que agitaban á la Iglesia y al Imperio. Pibon se manifestó siempre partidario decidido de su príncipe, no faltando jamás á lo que debia á la Santa Sede. Habiendo asistido en 1076 á la famosa asamblea de Utrecht, salió furtivamente de ella en cuanto vió que se trataba de obrar contra el papa Gregorio VII. No pudiendo soportar por más tiempo

esta division, emprendió una peregrinacion á Jerusalen para no ser testigo de ella, y la llevó á cabo en 1089 en compañía del conde Conrado y de algunos otros príncipes. Cuando pasó á su regreso por Constantinopla, fué recibido honrosamente por el emperador Alejo Comneno, que le regaló un fragmento bastante grande del madero de la verdadera cruz. Habiéndole colocado en un relicario de gran valor, le depositó Pibon en su catedral, y no pensó más que en efectuar la promesa de abrazar la profesion religiosa que habia hecho á Dios en el ardor de su devocion al visitar los Santos Lugares. Eligió á este efecto la abadía de S. Benigno de Dijon, pero su clero y su pueblo, de quienes era extremadamente querido, apénas lo supieron, enviaron diputados al Papa para que le obligase á volver á tomar el gobierno de su Iglesia. El piadoso obispo obedeció á las órdenes que recibió, y continuó ejerciendo las funciones episcopales hasta 23 ó 25 de Noviembre de 1107. Era entónces sumamente anciano, pues habia entrado en el episcopado á la edad de cerca de sesenta años, y pertenecia á él hacia treinta y ocho. Fué enterrado en la capilla de Santa María Magdalena, que habia erigido y fundado en su catedral. Pibon no fué solamente un insigne bienhechor de esta Iglesia catedral, sino que apénas hubo monasterio en su diócesis al que no procurase algunas ventajas. Pudiendo mirársele como fundador en parte de las abadías de S. Leon y de Chaumonsey, establecidas durante su episcopado para canónigos regulares. No nos quedan en la actualidad de este grande obispo más que dos pequeños escritos relativos ambos á la historia primitiva de estas dos abadías. El uno, que se halla dirigido á todos sus diocesanos, contiene el reglamento de lo que habia establecido y queria se observase respectivamente en lo sucesivo entre Chaumonsey, que no habia sido erigida aún en abadía, y la de S. Leon, que acababa de ser fundada y cuyo primer abad habia confirmado y bendecido. Este reglamento es del año 1094, el veintitres del episcopado de Pibon. El otro escrito, posterior en muchos años al anterior, es una carta del papa Pascual II, en la que le manifiesta el autor el ardiente deseo que tenia hacia mucho tiempo de emprender un viaje á Roma, y que su mucha edad no le permitia llevar á cabo. El motivo de este viaje era recibir del Pontífice Romano la absolucion de sus pecados, costumbre muy general en aquella época. Pero el principal objeto de la carta era obtener del Papa la confirmacion de la traslacion que habia hecho al monasterio de Chaumonsey del derecho que tenia sobre la iglesia parroquial de aquel lugar, sobre la cual habia entónces entre Chaumonsey y la abadía de Remiremont diferencias que continuaron por algun tiempo todavia. Existen otros muchos monumentos de nuestro prelado, pero que pertenecen á su piedad más bien que á su literatura, aunque ésta haya tenido mucha parte en ellos, sobre todo si, como debe presumirse, es él mismo quien los ha dictado.

Consisten en un gran número de cartas y otros actos públicos en favor de las iglesias, de los monasterios y prioratos, de que ha sido el bienhechor. A los sentimientos de piedad que en ellos dominan, se halla unida tan notable manera de expresarlos, que anuncian un hombre de talento y saber. Se han perdido algunas cartas dogmáticas de Pibon, que no carecerian de utilidad si existiesen todavía. No existe en particular la que escribió al papa Urbano II para consultarle sobre diferentes puntos que parecieron tan interesantes á este Pontífice, que quiso que fuesen discutidos y resueltos en un concilio, que se celebró en Roma en 1093. No nos queda más que la respuesta de esta asamblea, dividida en siete artículos ó capítulos, tantos en la apariencia como eran las consultas de nuestro prelado. Tratan de la minoría, del concubinaje de los clérigos y de sus consecuencias. Pibon presidió la ceremonia de la segunda traslacion de las reliquias de S. Mausin, uno de sus santos antecesores, y su historia fué escrita algunos años despues por un monje que se llamaba tambien Pibon. Pero este escritor era un simple monje de la abadía de S. Mausin, y por consecuencia muy diferente del obispo de Toul; que no se hallaba todavía en el mundo.—S. B.

PIBUSK (Juan), sacerdote secular. Era natural de Inglaterra y nació de padres católicos en la época en que se hallaba en su mayor vigor la herejía en la Gran Bretaña. Habiendo manifestado Pibusk desde muy jóven una decidida vocacion hácia la carrera eclesiástica, y deseando servir á Dios más dignamente que en su patria, donde el culto católico se habia proscripto como un crímen, pasó á Francia, é hizo sus estudios en el colegio de Douay recibiendo allí las sagradas órdenes del sacerdocio. Honrado con el cargo de misionero volvió á Inglaterra á predicar la verdadera fe á sus obcecados compatriotas, sumidos en las tinieblas del error y de la herejía. Su celo evangélico, su santa intrepidez y el heróico desprecio que manifestaba hacer de la vida, cuando se trataba de la honra de Dios, fueron causa de que los enemigos de la fe se ensañáran contra él aún más que contra los otros, por la circunstancia de ser del mismo país que aspiraba á reducir al conocimiento de la razon y de la verdad. Así pues, en la furiosa persecucion suscitada contra los católicos en el año 1601, y sin otro motivo que ser sacerdote de la Iglesia Romana, fué encarcelado, juzgado sumariamente y condenado á muerte, cuya sentencia sufrió con la paciencia de un mártir en público cadalso el dia 11 de Febrero del mencionado año. —M. B.

PIC (Juan). Petreius en su *Biblioteca Cartusiana* hace mencion de un religioso cartujo de este nombre, natural de París, el que dice vivia en el siglo XVI, y que escribió unos comentarios sobre el *Cantar de los Cantares*, libro de la *Sagrada Escritura*, cuyos comentarios publicó José Badius en el año 1524.—A. C.

PIC (Luis), cardenal de la santa Iglesia Romana. Nació el dia 9 de Diciembre de 1668, y fué el cuarto hijo de Alejandro Pic, duque de la Mirándula y de Ana Beatriz de Este, hija de Alfonso III, duque de Módena. Dedicado á la carrera eclesiástica, desempeñó el cargo de maestro de la Cámara pontificia en el reinado de Clemente XI. Fué nombrado patriarca de Constantinopla en 1706, mayordomo de Su Santidad en 1707, y cardenal en 1712. Murió en Roma el dia 10 de Agosto de 1743. — M. B.

PIC (Luis). Solo se sabe que fué obispo de Limoges é hijo del Señor de la Mirándula y conde de Concordia, Luis Pic, y de Blanca María de Este. La familia de los Pics en Italia es muy antigua, y sus condes de Concordia estaban considerados príncipes del imperio desde Francisco Pic, que fué nombrado vicario del imperio en la ciudad de Módena por el emperador Luis IV, lo cual produjo su muerte y la de dos de sus hijos. — C.

PIC (Magdalena). Entre las religiosas franciscas del convento de Sta. Clara de Florencia aparece una de este nombre, la cual fué hija de Galeotti Pic, señor de la Mirándula y conde de Concordia, y de Blanca María, hija de Escipion de Este y hermana de Juan Francisco, que siguió en el condado á su padre, y de los siguientes condes Federico y Luis. — C.

PICA (Vagnocio), sacerdote. Este ilustre eclesiástico era natural de Ripatrausona, ciudad de la Marca de Ancona en los Estados Pontificios, donde nació por los años de 1586. Desde pequeño mostró tal aficion á las letras y adelantó tanto en ellas, que á la edad de catorce años se dedicaba á enseñar á los pequeños la lectura, escritura y doctrina cristiana, manifestando al mismo tiempo una suma piedad y devocion. Inclinándose á la carrera eclesiástica, recibió las primeras órdenes, y siendo ya diácono y obteniendo el competente permiso, predicaba todos los domingos al pueblo con aplauso notable y gran fruto de las almas. Habiéndose ordenado de presbítero, el obispo de Ripa, Mons. Poggio, que conocia y apreciaba su virtud y su talento, le dió el curato de la parroquia de St. Angelo en la misma ciudad. Consagróse Pica, entre otras cosas, á desterrar de su grey los vicios que la infestaban y alguna vez, en fuerza del celo que le distinguia por el cumplimiento de sus sagrados deberes, expuso su vida á trueque de lograr la salvacion de sus amadas ovejas. Durante su larga carrera parroquial tuvo mucho que sufrir, á causa de los disgustos que le dieron y calumnias que le levantaron los que, mal hallados con que les reprendiera su viciosa conducta y les privára de los medios de pecar, procuraban hostigarle para que abandonase la parroquia y y los dejára en el libre ejercicio de sus desórdenes; pero todo lo sufrió con sin igual paciencia, porque jamás decayó su fervor un solo punto, saliendo triunfante de cuantas infundadas delaciones hicieron contra él, porque su buena conducta y la fama que merecia, abogaron siempre en su favor. Eri-

gió en su iglesia la congregacion del Oratorio romano en 1615, y por espacio de veinticinco años fué prepósito de esta fundacion con notable aplauso y edificacion universal. Se distinguió por su prudencia, y tuvo el don de profecía, pues vaticinó á Mons. Carlos de Arcolins, cuando todavía era niño, el capelo con que más tarde le agració Inocencio X. Rico de merecimientos, ilustrado con multitud de buenas obras y aclamado generalmente por varon santo, descansó en paz el dia 11 de Diciembre de 1642, á los cincuenta y seis de su edad. —M. B.

PICARD (Abrahan), protestante de Caen convertido por Veron hácia 1630.—S. B.

PICARD (Benito). Fué religioso capuchino: nacio en Toul (se ignora la fecha) y murió en Enero de 1720 de cerca de cincuenta y siete años. Escribió varias obras históricas muy apreciables sobre la Lorena, y una en latin titulada: *Ordinis seraphici monumenta nova illustratio:* en la que se comprende la sinópsis histórica, cronológica y topográfica de los progresos de la órden de S. Francisco.—M. B.

PICARD (Juan). Fué natural de Beauvais, y canónigo regular de S. Víctor en Paris. Vivió á principios del siglo XVII, y poseyó una erudicion poco comun y profundos conocimientos de que dió muestras en los apuntes que dejó para escribir una obra sobre las epistolas de S. Bernardo y otros escritores ascéticos. Murió en 1617; varios autores hablan de él con elogio, y sienten su prematura muerte, pues por los trabajos preliminares que tenia hechos, auguraban que hubiera ocupado un distinguido lugar entre los sabios de su época. —M. B.

PICARDA (Constanza). Esta santa doncella que murió mártir de la castidad, era natural de Florencia é hija de un rico ciudadano. Por su hermosura y sus virtudes, así como por los grandes bienes de fortuna que poseia, fué solicitada por los más principales caballeros, y su padre se la otorgó en matrimonio al que le pareció más conveniente. Cuando notificó á la pura vírgen su determinacion, ella que habia resuelto consagrarse á Dios y no admitir otro esposo, se afligió grandemente, y por más que resistió manifestando á su padre el voto que en el fondo de su alma tenia hecho, no pudo lograr cosa alguna, pues aquel la intimó estuviese pronta para de allí á pocos dias pronunciar los votos nupciales. Afligida la casta vírgen, y no queriendo faltar á su divino Esposo, huyó de la casa paterna sin decir nada á persona alguna, y se refugió en el monasterio de Monticelo, fundado por Santa Clara, donde creyéndose segura é ignorada tomó el hábito de la Orden, viviendo algunos dias en dulce tranquilidad entregada á los espirituales ejercicios. Cuando su padre llegó á saber lo ocurrido, enfurecióse en alto grado, como asimismo su hijo primogénito, procurando entre los dos, ya

con promesas, ya con amenazas, sacar á Constanza del convento para cumplir su palabra. Mas no pudiendo hacer cambiar de opinion á la doncella, é instigados por el demonio de la cólera, no dudaron en arrojarse á acometer un atropello, y así, acompañados de doce hombres y prevenidos de escalas, entraron una noche en el convento y la sacaron atada, llevándola á su casa, donde inmediatamente celebraron las interrumpidas bodas. Verificado el casamiento, retiróse Constanza á su cámara, y postrándose de rodillas y vertiendo amargas lágrimas rogó á su divino esposo Jesucristo, que atendiendo á su vocacion, no permitiese que hombre alguno mancillase su pureza, suplicando al mismo tiempo la desfigurase de manera que inspirára asco y horror al esposo que contra su voluntad le habian dado, porque preferia la muerte y los más atroces tormentos á quebrantar el voto pronunciado. Manifestóse entónces para ejemplo y escarmiento de los hombres la suma omnipotencia de Dios, pues al acabar su oracion la tierna vírgen se cubrió de espantosas llagas que criaban multitud de gusanos y expedian un hedor intolerable. El matrimonio, como es de suponer, no se consumó; pues ni su esposo ni otra persona alguna se atrevió á aproximarse á ella. Fueron vanos é inútiles cuantos humanos remedios se le quisieron aplicar, porque la enfermedad no cedió un punto, sufriendo Constanza con la mayor alegria y resignacion aquella incómoda dolencia, que le duró ocho dias, al cabo de los cuales espiró, volando su purísima alma al cielo á recibir el premio de su castidad y á celebrar las nupciales fiestas con su amante Jesucristo. Conoció entónces su familia cuán mal habia hecho en querer arrebatar á Dios lo que ya tenia por suyo, y así cubriendo el cuerpo de la castísima vírgen con el hábito de Santa Clara, conforme ella lo habia solicitado, la devolvieron al convento que eligiera para su morada, en el cual se la enterró con las demás religiosas, considerándola como una de ellas, pues aunque pertenecia al estado de casada, la violencia con que se efectuó el matrimonio y el no haberse consumado fué causa de conceptuarla como una vírgen del Señor. La fama de este milagro, ocurrido por los años de 1280, y la heróica castidad de esta doncella hicieron mucho ruido en Italia, y los poetas cantaron en hermosos versos tan sorprendente prodigio, y el famoso Dante consagró á Constanza un recuerdo en los libros II y III de su *Purgatorio*. — M. B.

PICARDET (Juan). Nació en Dijon hácia el año 1725. Siguió la carrera eclesiástica y fué nombrado cura de Neuilly, donde dividia su tiempo entre el estudio y el desempeño de las funciones de su sagrado ministerio. Su genio dulce y su amor á la humanidad le hicieron muy á propósito para la educacion de la niñez. Benéfico en sumo grado, repartia entre los pobres sus escasas rentas, y su modestia igualaba á su erudicion. Fué miembro de la Academia de Dijon, y murió en esta ciudad en 1792, dejando escrita una

obra titulada: *Ensayo sobre la educacion de los niños*, que se imprimió en 1756. Tambien dejó inédita otra, que llevaba por título: *Los dos Abdolónimos;* historia sacada de Quinto Curcio, muy propia para instruir á la juventud, é inspirarla los sentimientos de una sana moral. Se imprimió en 1799. Su quebrantada salud le impidió terminar una importantisima obra, que tenia principiada y que debia llevar por título: *Grande apología ó refutacion de todas las herejías nacidas despues del orígen del cristianismo.*—M. B.

PICART (Francisco), doctor de la Sorbona. Nació en París en 1504, y murió en la misma ciudad en 1556. Fué dean de San German de Auxerre, y señor de Artilli y de Villeron. Se distinguió por su celo y por su sabiduría. El P. Hilarion Costa, mínimo, ha escrito su vida. Se le atribuye un libro singular y raro, titulado: *La disputa de un jacobino y de un franciscano sobre cual de estas dos religiones es la mejor*, el cual se imprimió en 1606, en 12.°—M. B.

PICART (Abate J.) Nació en la Fleche (Francia) en 1620, y habiendo en su juventud obtenido un beneficio simple, cosa muy comun en aquella época, y que generalmente le obtenian los hijos segundos de las familias bien acomodadas, y que no teniendo derecho al mayorazgo atendian á sus necesidades por este cómodo medio, se dedicó al estudio de la astronomía en el que hizo notables progresos. Observó en compañía del famoso Gassendi el eclipse de sol el 15 de Agosto de 1645, y escribió en union de su socio el resultado de la observacion de aquel fenómeno. Fué profesor de astronomía en el colegio de Francia y miembro de la Academia de Ciencias desde su fundacion. Hizo un viaje á Oraniemburgo para determinar la longitud y latitud de su célebre observatorio. Cuando se dispuso la construccion del de París, el ministro hizo llamar por su consejo al astrónomo italiano Casini, á quien se encomendó la direccion de la obra. Picart murió en 1684, dejando publicadas las obras siguientes: *Historia celeste en* 1641.—*Medida de la tierra*; 1651.—*Viaje á Oraniemburgo*, 1680.—*Conocimientos de los tiempos;* y otras no ménos importantes.—M. B.

PICAUDI (Aimerico). Un *Cántico en honor de Santiago de Compostela*, conservado en los manuscritos bajo el nombre de Aimerico Picaudi de Parthenai-le-Vieux, y un *Itinerario de los peregrinos que iban á Galicia*, nos dan ocasion de hablar por primera vez en esta obra de la importancia que tenia este viaje en la edad media, y cómo fué el orígen de las cruzadas, pues como dice muy bien un autor, que nos servirá de guia en este trabajo, los peregrinos pacíficos de Santiago de Galicia parecen haber sido por largo tiempo los auxiliares de los peregrinos armados de Jerusalen. Segun las antiguas tradiciones, Carlomagno, cansado de vencer y de convertir infieles, solo se ocupaba de su descanso, cuando distinguió en el cielo un camino de

estrellas, comenzando en el mar de Frisia, pasando desde allí, segun dice, entre Francia y Aquitania, y atravesando la Gascuña, el país vasco, la Navarra y Castilla hasta Galicia, donde estaba todavía desconocido el cuerpo del Santo. Hacia ya muchas noches que estaba admirando este camino estrellado, sin comprender porqué se presentaba á sus ojos, cuando vió por último un caballero montado en un caballo blanco, y le oyó que decia: «¿Qué »quieres, hijo mio?—¿Quién eres, Señor? dijo Carlomagno.—Soy, contes»tó la aparicion, el apóstol Santiago, hijo del Zebedeo, hermano de Juan el »Evangelista, elegido con él en el mar de Galilea para predicar la fe á las na»ciones, muerto despues por la espada de Herodes y cuyo cuerpo está oculto »en el fondo de Galicia, subyugado vergonzosamente por los sarracenos. Tú »eres quien debes librarme de manos de los moabitas. Ese camino de estrellas »que has visto en el cielo te indica el camino que debes seguir á la cabeza »de un numeroso ejército, y que seguirán despues de ti todos los pueblos, »cantando los elogios de Dios y los milagros de los Santos.» Tal es poco más ó ménos, ya en el texto latino, ya en las grandes crónicas de S. Dionisio, el principio del libro atribuido al arzobispo Turpin, de esas antiguas fábulas que el respeto de que las rodearon muchos siglos no ha impedido al público juzgar con severidad. Podrian tambien encontrarse siguiendo sus huellas y comparando las diferentes copias de esta singular leyenda, las interpolaciones que de edad en edad han venido á aumentarla y desfigurarla. Quizá se probaria que los partidarios y los promovedores de la peregrinacion á Galicia, son los verdaderos autores de las ediciones más modernas en que se la coloca bajo la proteccion del gran nombre de Carlomagno, proclamado desde entónces vencedor de los sarracenos, conquistador de Jerusalen poco despues, y algunas de las cuales no parecen más que de los siglos XII y XIII, cuando ya la via lactea se llamaba el camino de Santiago. Todavía se encuentran en muchas bibliotecas gran número de manuscritos que los peregrinos de aquel tiempo llevaban en sus largos viajes hasta España, y que sin estar compuestos siempre de los mismos documentos, se asemejan por lo comun á las Gestas de Carlomagno, enriquecidas con todos los suplementos en honor de Santiago, la historia de la traslacion del Santo, la de sus milagros, las reliquias que se visitaban y los himnos que se cantaban en el camino. Estas dos últimas partes del *Manual de los Peregrinos*, los *himnos* y el *itinerario* nos parecen ménos conocidas que las demás, y no habiendo sido hasta aquí objeto de ningun artículo que conozcamos, vamos al ménos á dar el exámen de algunos de estos textos, que se podrán creer instructivos, y que ignoramos se hayan publicado hasta ahora en nuestro país. Cuando llegaba el momento en que iban á partir á Galicia los que tenian que cumplir un voto, una penitencia, una sentencia del juez, ó simplemente satisfacer su devocion,

quizá solo su curiosidad, se reunian en grandes partidas, y con la escarcela y el bordon benditos, se encaminaban bajo la direccion de algun sacerdote de la diócesis ó de algun solitario venerado en el país, cantando himnos que estaban con frecuencia escritos en latin. Uno de estos cánticos, con el nombre de *Aimerico Picandi*, es el que nos han trasmitido los manuscritos del siglo XIII y ha dado orígen á este artículo. Du Cange, al designar un *Aimericus Picandi* como autor de un cántico latino en honor del apóstol Santiago, remite al manuscrito 608 de la biblioteca de S. German de los Prados. Existe, en efecto, en la Biblioteca Real de París esta recopilacion, que lleva en la actualidad el número 1306 del archivo de S. German, y comprende entre otros documentos el *Rhythmus* de Aimerico. Mas no es esta la única copia; sin hablar de otras que pueden conservarse en París y en otros países, se halla reproducido con el nombre del mismo autor en un manuscrito del antiguo archivo, signatura 3.550. La comparacion de estos dos textos que parecen ser del siglo XIII, hecha por M. Victor Le Clarc, nos ayudará á fijar desde luego la verdadera lectura de esta pequeña obra, que ha estado inédita hasta el presente. Aimerico Picandi, es decir, hijo de Picandi, parece haber sido natural de Poitou. El manuscrito 35.550 le dá por sobrenombre, primero de *Partuniaco*, despues de *Partiniaco veteri*, y el manuscrito de S. German, que le llama lo mismo la segunda vez, habia comenzado por decir de *Particiniaco veteri*. A pesar de estas alteraciones, podemos conocer siempre á Parthenai-le-Vieux, cerca de diez leguas de Poitiers, en un país célebre entónces por su devocion á Santiago. Un acta conservada en los dos manuscritos y que se encuentra todavía en algunas otras recopilaciones semejantes, nos dice algo más: es la carta de un papa llamado Inocencio, carta confirmada por el testimonio y la signatura de muchos cardenales, en que se recomienda á la veneracion de todos los fieles de la Iglesia el libro del papa Calixto que ha dado á Santiago de Galicia por rescate de su alma Aimerico Picandi de Parthenai-le-Vieux, llamado tambien Olivier de Isanville, de Sta. María Magdalena de Vezelai, y en que se amenaza con anatema á todo el que se atreva á inquietar en el camino de Santiago á los portadores de este libro, ó á robarle de la basílica del Apóstol. No puede dudarse que el libro de que aquí se trata sea la historia de la traslacion y de los milagros de Santiago, el Mayor atribuida por largo tiempo al papa Calixto II, copiada en toda su extension en los dos citados manuscritos; ¿pero quién es este papa Inocencio? De aquí depende la época que se puede asignar con cierta apariencia de verdad á Aimerico Picandi. El P. Mariana, que trascribe este acta y otras muchas del mismo valor en su *Disertacion sobre la llegada de Santiago á España;* Casimiro Oudin, que examina con bastante crítica las mismas cuestiones; Florez, que cita y aprueba la bula, creen que lleva el nombre de Ino-

cencio II, papa entre 1130 y 1143. Como los manuscritos de que se han tomado estas noticias no aumentan el guarismo, sería quizá permitido vacilar todavía entre Inocencio III, de 1198 á 1216, é Inocencio IV, de 1243 á 1254. La apostilla de los cardenales es tan variable en las diferentes transcripciones, que no es de ningun auxilio para fijar una fecha. Todas estas dudas han podido contribuir á hacer guardar silencio hasta el presente sobre el autor del *Rhythmus*. Hay motivo para creer que los sabios hubieran trabajado más en resolverlas, si la mayor parte de los documentos comprendidos en estos manuscritos y los que se les parecen, no hubieran sido dados hace mucho tiempo como obras supuestas. Se ha conjeturado que podrian tener por autor al B. Juan, primer abad de Bonneval y despues obispo de Valencia. Aimerico Picaudi, tan recomendado por la carta pontificia, ¿no tendria algun derecho para ser contado tambien entre los que han podido tener parte en sus piadosas invenciones? Lo creeriamos si todos los títulos que se le dan no fuesen en apariencia los de un gran personaje. La lectura que prefiere Mariana, sin duda por su manuscrito de Zaragoza, *quem etiam*, suprimiendo más abajo *dicitur*, hace desaparecer una parte de las dificultades, y no restaria entónces más que saber quién puede ser Olivier de Isauville. Pero áun cuando conforme á otros manuscritos, y á pesar de lo que hay de improbable en esta acumulacion de nombres, Aimerico y Olivier no fuesen más que una sola persona, se podria mirarle siempre no como autor de los largos escritos de incierto orígen que llenan estas recopilaciones, sino dejarle al ménos sin demasiada inverosimilitud, una obra más corta y más fácil, estos cuarenta y tres versos conservados con su nombre:

Ad honorem Regis summi, qui condidit omnia,
Venerantes jubilemus Jacobi magnalia;
De quo gaudent celi cives in suprema curia,
Cujus festa gloriosa meminit Ecclesia.

Super mare Galilee omnia postposuit;
Viso rege, ad mundana redire non voluit;
Sed post illum se vocantem pergere disposuit,
Et precepta ejus sacra predicare studuit.
Hermogeni et Phileto Christi fidem tribuit,
Et Josiam baptizavit, et uim ergo prebuit.
Olim Jhesum transformatum vidit patris numine,
Pro quo mortem ab Herode sumpsit fuso sanguine,
Cujus corpus sepelitur in terra Galecie,
Et petentes illud digne sumunt vitam glorie.

Jam per totum fulget mundum divinis miraculis :
Qui viginti viros olim solvit ab ergastulis,
Scedulaque peccatoris deleta apparuit;
Matris natum jam defunctum ad vitam restituit,
Hic defunctum urbi sue à Cisera detulit,
Quem bis senas per dictas una nocte contulit.
Hic suspensum post triginta dies vite reddidit,
Et fisonum ferro tectum de abysso eruit,
Presulemque mavi mersum per verticem tenuit,
De excelsa arce saltans vir sanus ereptus est;
Per crusille tactum miles saluti redditus est;
Sanitati post vindictam Dalmatius datus est;
A prostrata arce sane mercator egressus est,
Militemque custodivit à suis sequentibus;
Liverabit virum egrum pressum à demonibus;
Peregrino pictavensi asinumque tradidit,
Interfectum à seipso ad vitam restituit,
Et altaris valvas clausas comiti aperuit,
Stephanoque servo Dei ut miles apparuit,
Virum captum comes spatha ledere non potuit.
Hic contractum membris raptum erexit humiliter;
Vinculatum solvit virum tredecies dulciter.

Hec sunt illa sacrosancta divina miracula,
Que ad decus Christi fecit Jacobus per secula.
Unde laudes Regi regum solvamus alacriter,
Cum quo leti mereamur vivere perenniter.
Fiat, amen, alleluja, dicamus solemniter,
E ultreja esus eja decantemus jugiter.

« En honor del Rey Supremo, creador de todas las cosas, celebramos »con alegría y veneracion las grandezas de Santiago, que habita con los ciu»dadanos del cielo, y del que la Iglesia perpetua la gloriosa fiesta. — Des»que hubo en el mar de Galilea reconocido al Rey del universo, abandonó »todo por seguir los mandatos de su Señor, y se puso á predicar sus santas »leyes. Enseñó la fe nueva á Hermógenes y á Fileto ; bautizó á Josías, curó »á un enfermo. — Vió despues al Hijo trasfigurado por el poder del Padre, »y murió por el filo de la espada de Herodes. —Su cuerpo fué sepultado en »la tierra de Galicia, y los que le visitan dignamente comienzan una vida »de gloria. —Desde antiguos tiempos sus divinos milagros le hacen brillar

»por toda la tierra. Su voz liberta veinte cautivos; bórrase el papel en que »un pecador ha confesado su crímen; una madre ve revivir su hijo ya »muerto. Un peregrino que acaba de espirar es trasportado por él á Compos- »tela, y anda en una sola noche doce jornadas de camino. Otro, ahorcado »injustamente, resucita al cabo de un mes. El frison cubierto todo de hierro »es arrancado del abismo; el prelado ahogado se encuentra vivo en su bu- »que. El mismo Apóstol es quien da á un caballero fuerzas para vencer á los »turcos. Sostiene por los cabellos al peregrino que iba á perecer en las olas: »preserva de la muerte al que se habia lanzado de lo alto de una ciudade- »la: un dálmata es rescatado de la esclavitud y curado; un comerciante sale »sin peligro de una alta torre, que se hunde; un combatiente es sustraido á »una multitud de enemigos que le persiguen. El mismo Santo ha lanzado los »demonios del cuerpo de un poseido; ha devuelto su amo á un peregrino »del Poitou; ha hecho revivir al que se habia suicidado; ha abierto á un con- »de las puertas cerradas del altar, y se ha dejado ver, bajo la armadura de »un caballero, á Esteban, siervo de Dios. Gracias á él, el conde vencedor »no ha podido herir al conde prisionero con su espada; el paralítico se ha »levantado y echado á andar; otro cautivo ha visto romper sus cadenas trece »veces. — Hé aquí los milagros que ha hecho Santiago por la gloria de Cristo »á través de los siglos. Den gracias nuestros cautivos de alegria al Rey de los »reyes, cerca del cual deseamos obtener la vida eterna. Digamos solemne- »mente, *Fiat*, *amen*, *alleluja*, y no cesemos de cantar *ultreja esus eja.*» — El poeta, si se puede llamar así al que ha hecho esta rima latina, se contenta únicamente con abreviar la relacion de la traslacion de Santiago y la de sus milagros, producciones equívocas del siglo XII, que ya se apresuraban todos á copiar en tiempo de Giberto de Gemblours, muerto en 1208, y hácia las cuales nuestros piadosos antecesores manifestaban demasiado aprecio, á pesar de la pretendida carta del papa Inocencio, en que el pretendido libro del papa Calixto es declarado *verbis veracissimus*, *inter ecclesiasticos codices authenticus*. Encontramos en los versos de Aimerico los principales personajes, los tres discípulos que Santiago *el Mayor* tuvo en Jerusalen, el obispo Hermógenes, el arcediano Fileto y Josías el senescal de Herodes, *Herodis dapifer*. De los otros nueve, pues tuvo doce, dejó dos en España, donde vino á predicar el Evangelio, y los otros siete que le acompañaron á su regreso á Judea, condujeron su cuerpo á Galicia despues de su martirio. Aquí comienza la larga série de los milagros que deben señalar su poder; los veinte prisioneros españoles que arranca de los hierros de los moabitas ó de los sarracenos; la historia del penitente italiano, que no habiendo podido encontrar absolucion en ninguna parte por un crímen que parecia imperdonable, va á Compostela, pone encima del altar una carta en que confiesa

el crímen, y le ve de repente borrado en aquel papel misterioso por intercesion de Santiago; el jóven francés, de quince años, nacido en 1108, resucitado y devuelto á su madre; el peregrino, procedente de Lorena, que muere en el camino al pie de los Pirineos, y á quien el mismo Santo traslada á caballo á su iglesia de Santiago de Galicia, andando en solo una noche el camino de doce dias; el peregrino de Utrech, ahorcado como culpable y resucitado treinta dias despues, porque no merecia ser ahorcado, suceso referido tambien por Vicente de Beauvais, Cesáreo de Heisterbach y casi lo mismo por Marineo Sículo: otros tantos testimonios tomados de todas las naciones de la benevolencia del Santo hácia los peregrinos de Compostela. Habria motivo para admirarse de que entre este grande número de devotos viajeros el cantor de Santiago olvidase á sus compatriotas del Poitou; se guarda bien y alude en uno de sus versos á la maravillosa aventura de uno de este país, que en 1100, durante el gobierno del célebre conde de Poitiers Guillermo IX, partió con su familia en peregrinacion á Galicia, y se quedó viudo en Pamplona, siendo despojado despues por un huesped hasta de la bestia de carga que llevaba sus dos hijos pequeños; pero encuentra á un habitante de Compostela, que es bastante bueno para prestarle su asno, llega á la ciudad santa, reconoce á su bienhechor en el mismo Santiago, y se apercibe á su regreso á su casa de que un ángel era el que habia tomado aquella forma para facilitarle el cumplimiento de su voto. El copista del manuscrito de S. German, donde no se halla este verso *Peregrino Pictavensi*, no era de seguro del país. Uno de los versos siguientes, *Et altaris valvas*, recuerda el milagro que se verificó en Compostela en favor de un conde de S. Gillés, llamado Pons, que habiendo llegado demasiado tarde para encontrar todavía abiertas las puertas, no del altar sino de la capilla donde descansaba el cuerpo del Apóstol, obtuvo por su celo y su fe que se abriesen por sí mismas para él y para otros doscientos caballeros. En el último verso parece que estas palabras, *E ultreja esus eja* carecen de sentido; las del manuscrito de San German, *ultreja eus eia* no parecen ménos ininteligibles; y en efecto, se encuentran algunas veces al fin de los cantos eclesiásticos, sencillos sonidos para marcar el ritmo que no seria siempre prudente el pretender explicar. Millin se ha convencido de que hizo mal en buscar el *evohé* de las bacantes en las letras del canto llano *e u o u a e*, que representan las vocales de *seculorum amen*. Sin embargo, en estas palabras extrañas, *ultreia esus eia*, que no parecen ofrecer más que meros sonidos, se halla el refran de un canto popular de las guerras santas, que no conocemos más que por un cronista milanés del siglo XII, Landolfo de S. Pablo (*cantilenam de Ultreia*, *Ultreia cantaverunt)*, y que encontramos en la forma vulgar al fin de cada una de las coplas que se atribuyen por algunos críticos á la dama de Fayel en ausen-

cia del castellano de Conci, que habia partido para Palestina.

Diex! quant crieront Oultré!
Sire, aidies au pelerin
Per cui sui espoantée;
Car felon sunt Sarrasin.

En cuanto al mérito literario de esta composicion, sea de Aimerico ó de otro cualquiera, se habrá juzgado sin duda que no es de un órden muy elevado. Se habrá encontrado sencillez y precision; los milagros del Santo parecen bastante regularmente colocados. Se habrá extrañado sobre todo el carácter bélico del cántico que cantan á coro los peregrinos; nosotros, sin embargo, vemos en él no al humilde pescador del lago de Genezareth, sino al apuesto caballero que se apareció á Carlomagno, el protector de la órden de caballería, que ha consagrado su nombre; que auxilia á todo hombre de armas que le invoca, y que da fuerza para vencer á los moros, y como se demuestra en un verso que se dice poco despues, es ya el jefe perpétuo de la Europa armada contra ellos. Los peregrinos, que repitiendo estas expresivas letanías encontraban medio de distraer las fatigas y peligros de un penoso viaje, debian desear repetir lo que hizo este Santo caballero por los fieles de todas clases y de todos los países que les habian precedido en este camino, y cantar al héroe del cielo que podia todavía en un momento dado combatir á su lado. Hácia las últimas palabras lanza el grito militar *Ultreja*, que es el grito francés *En avant*, que da una nueva idea de la semejanza entre los peregrinos á Santiago de Galicia y los guerreros de las Cruzadas. En los dos manuscritos se lee otro *Rhythmus* en honor del mismo Santo, que comienza por *Zebedei majori filio*, y concluye en el verso cincuenta y dos por *Christo semper sit laus et gloria*. Pero siendo anónimo este poema, lo mismo que casi todas las obras de estos dos volúmenes que llevan el nombre del papa Calixto, ó pertenecen al número de las que pasan por suyas, tales como el *libro de la traslacion de las reliquias de Santiago*, el de sus milagros y las Gestas de Carlomagno, por Turpin, en que el Santo se aparece al héroe para llamarle á Galicia, como se apareció despues al rey Ramiro I ántes de la batalla de Clavijo; no hay motivo ninguno para dejar de contar estos versos rimados entre las obras dudosas que llevan su nombre. Tal era, al ménos, la opinion de los redactores del *Catálogo* impreso de la Biblioteca Real de Francia, que designan tambien este artículo del manuscrito 3.550: *Callixti papæ Rhythmus de eodem*. Es verdad que este poema, inferior al de Aimerico, y en que solo se cuentan con bien poca habilidad uno ó dos milagros, parece bastante indigno del ilustre Pontífice; pero no es de seguro inferior á muchos de los

escritos que se han querido honrar con su nombre, y que nuestros antecesores han juzgado con esa crítica rigurosa que no consintió en elogiar malas obras, aunque fuesen útiles por otra parte, ni admitir piadosos fraudes aunque su fondo fuesen buenas acciones. Las reliquias de Santiago *el Mayor*, de que no se habló por primera vez en Compostela hasta 808 ú 816, en el tiempo en que precisamente se afirmaba la dominacion de los árabes, esas reliquias que han inspirado el canto que se acaba de leer, no tardaron en efecto en llegar á ser objeto de las más célebres peregrinaciones para todas las naciones cristianas. En los dos manuscritos en que se encuentra este canto, y á los que deben asemejarse mucho otros que llevan el nombre del papa Calixto, hay una especie de guia para uso de los peregrinos que venian á España, obra anónima y poco conocida, de que no hablan los Bolandistas, como tampoco del cántico de Aimerico Picaudi sucede á la crónica del falso Turpin sobre Carlomagno, y á otros documentos más modernos que la acompañan algunas veces, como el milagro del conde Rolando ó Rotolando, que con una simple oracion hace caer en su presencia los muros de Grenoble; como la relacion atribuida á Calixto de la muerte y de la invencion del cuerpo del arzobispo Turpin; como la historia de un jefe sarraceno llamado el *Altumior* de Córdoba (el *Aumaçour* en las grandes crónicas de Francia), que llega á asolar á Compostela, pero que concluye por convertirse; como un capítulo, por último, que lleva en ambos manuscritos el número XXXVII de la crónica de Turpin, dirigido contra los pueblos de Navarra, á quienes se hace descender de tres razas infieles enviadas por César á España: *Navarra*, dice el autor, *non vera progenies*. Se presenta entónces el itinerario ó la guia de los peregrinos con este título: *De corporibus sanctorum, qui in itinere sancti Jacobi requiescunt, que à peregrinis ejus sunt visitanda*. No es fácil adivinar por qué el antiguo catálogo de los manuscritos prescinde de esta obra, diferente en realidad de la del falso Turpin, aunque parezca casi del mismo estilo y de la misma época que muchos de los capítulos que se le atribuyen. La biografía de Calixto II, al hablar de las diferentes obras atribuidas á este Papa, no menciona tampoco este escrito de que han hecho uso los cronistas, y que no carece de interés para la historia de las antigüedades. Consistirá esto sin duda en que se habrá creido que forma parte ó de la leyenda sobre Carlomagno, ó de la relacion de los milagros de Santiago. Esta última opinion fué generalmente adoptada en España en tiempo del P. Mariana, que habia recibido de Zaragoza un manuscrito bajo el nombre de Calixto, dividido en tres libros: el primero *De miraculis B. Jacobi;* el segundo *De translatione B. Jacobi;* y el tercero *De itinere ad B. Jacobum*. Todavía existen estos tres libros, pero el último está separado de los primeros por una larga copia de las *Gesta Caroli-Magni*, de las que es contado en el índice como el capítulo XXXVIII.

Mariana, que admite al papa Calixto como autor de los dos primeros, salvo algunas interpolaciones, no puede resolverse á dejarle el tercero, porque no lleva su nombre como los otros dos, y porque se halla plagado de muchos errores evidentes. « Si el libro de que habla este autor, dice Victor Leclerc, fuera »igual al nuestro, podemos asegurar que no contiene ménos equivocaciones »que todo lo que le precede. Reconocemos, sin embargo, con gusto, como »Mariana, que ha sido escrito más tarde, y nos parece que no se le puede »colocar en esta historia ántes del siglo XIII. » Cualquiera que sea el orígen del itinerario de Santiago, además de lo que refiere con respecto á la antigua topografía de Francia, interesa todavía más por las numerosas pruebas que da de la relacion íntima entre la peregrinacion á Galicia y las Cruzadas, pues el camino que hace seguir á los fieles es como un camino militar, que los conduce desde luego á un campo de batalla, y donde encuentran á cada paso los honores hechos á los que han combatido en otro tiempo con los sarracenos. Así el peregrino que hace su viaje por el camino de Saint-Gilles, *per via Ægidianam*, despues de haber venerado en Arlés á S. Trofimo y San Cesáreo, y en Trinquetaille, al otro lado del Ródano, la columna teñida todavía de la sangre de S. Ginés desde que fué atado y decapitado en ella como mártir, y desde donde transportó con sus manos su cabeza y su cuerpo al otro lado del rio hasta la basilica de S. Honorato, donde descansa el cuerpo, miéntras que la cabeza, descendiendo por el Ródano hasta el mar, fué á abordar bajo la direccion de un ángel á la ciudad de Cartagena en España, que continúa ilustrando con sus milagros; el peregrino, despues de estas primeras estaciones, debe ir á ver además de esto aquel vasto campo de muertos, *qui dicitur Aylis campis (Elysii campi)*, tan rico en vasos de mármol, en sarcófagos cubiertos de esculturas y de inscripciones latinas, ó escritas, dice el autor, en lenguas inexplicables: *dictatu inintelligibili*, y como este campo fúnebre poseia entónces siete iglesias ó capillas, se le invita á mandar decir en ellas Misas, porque hay ciertamente allí confesores y santos que no le olvidarán en el dia del juicio. En un pasaje de las canciones de Gesta sobre Guillermo au Court Nez se puede ver una alusion á lo que dice aquí de la llanura de Elyscamps el *Manual de peregrinos*, ó al ménos á su costumbre de visitar esta llanura.

Ains puis cel ior, que Iesucrist fu nez,
Ne fut tel chaples ne tel mortalites,
Come le ior en Ales chans sor mer.
Del sanc des cors fu toz vermeus li prés;
Encor le voient li pelerin assez,
Qui á Saint-Iague ont le chemin torné.

El autor del *Itinerario* hace con motivo de estas sepulturas la observacion de que hay cuatro santos que no han querido nunca abandonar el sitio donde fueron enterrados: Santiago en Compostela, S. Martin en Tours, S. Leonardo en Limoges y S. Gil en la ciudad que lleva su nombre. El rey de Francia Felipe, añade (y se supone que sea Felipe Augusto que en todas sus conversaciones solia citar los huesos, el brazo y la lanza de Santiago), intentó en otro tiempo hacerlas trasladar á Francia, pero no pudo conseguir nunca sacarlos de sus tumbas. Cuando el peregrino sigue el camino de Tolosa, *viam Tolosanam*, es preciso que visite el cuerpo de S. Guillermo, el intrépido compañero de Carlomagno, el que convirtió Nimes y Orange á la fe cristiana, y que condujo el madero de la verdadera cruz al valle de Gelona (Saint-Guillem du Desert), donde se hizo ermitaño, y su memoria se celebra el 5 de las calendas de Junio, es decir, el 28 de Mayo; la fecha de todas las fiestas se recuerda de este modo á cada paso para que no falte nada á la direccion del peregrino. En el mismo camino visitará, siguiendo la corriente del Herault, á los santos mártires Tiberio, Modesta y Florencia, muertos en la persecucion de Diocleciano. En Tolosa no debe olvidarse de S. Saturnino ó Sernin, arrastrado por toros bravos hasta una milla del Capitolio, y que tiene en la actualidad cerca de allí una soberbia basílica, cuyos canónigos observan la regla de S. Agustin. Esta basílica es de últimos del siglo XI; pero no se habla aquí ni de las reliquias honradas desde entónces en Tolosa con el nombre de Santiago, ni de tantas otras llamadas así en diferentes puntos de Francia; para los peregrinos y su guia no puede haber en este momento otro Santiago que el de Compostela. Los borgoñeses y los alemanes, que venian por el camino de Puy, *per viam Podiensem*, deberian acordarse de Sta. Fe, virgen y mártir de Agen, que tiene una hermosa iglesia en el valle de Corques en Rouergue, dirigida por monjes de S. Benito, y delante de la cual corre una fuente cuyos efectos son admirables. En Perigueux visitarán á S. Front, obispo y confesor; en Orleans el madero de la verdadera cruz, el cuchillo que se puso en la mesa el dia de la cena, y el cáliz de que se servia el obispo S. Euberto, cuando apareció una mano misteriosa en el altar, imitando todos los actos del celebrante; en Tours, la magnífica tumba de S. Martin y su grande basílica, construida sobre el plano de la de Santiago; en Poitiers la sepultura no ménos admirable de S. Hilario, del que el autor recuerda con entusiasmo la ciencia y los milagros; en S. Juan d'Angeli la cabeza de S. Juan Bautista traida de Jerusalen, y que en este largo viaje hizo en tierra y en mar muchos milagros, para los que se remite al libro que trata de su traslacion, *ut ejus translationis codex refert*; en Blaye á S. Rolando, mártir, que no es diferente del paladin Rolando, contado entre los doce pares de Carlomagno, *De nume-*

ro XII pugnatorum, cuyo olifante ó cuerno de marfil se conserva en S. Severino, en Burdeos, y cuyos huesos depositados en Blaye son uno de los tesoros de la iglesia dedicada á S. Romano, su antiguo compañero de armas; en las Landes de Burdeos, á Belin y otros santos mártires; Olivier, Gaudellold, rey de Frisia; Ogier, de Dinamarca; Cuartan, de Bretaña; Garin, de Lorena y otros pares de Carlomagno muertos en España peleando contra los sarracenos en defensa de la fe, y reunidos en la misma tumba; un poco más léjos la iglesia de los santos mártires Facundo y Primitivo, edificada por el mismo Carlomagno, allí donde se cubrieron de hojas sus lanzadas hundidas en la tierra. Segun la leyenda de Turpin, en que se refiere este último milagro, los guerreros muertos en Roncesvalles se hallan enterrados tambien en Belin, en los Landes, en Blaye y áun en la llanura de Arlés; la guia de los peregrinos de Santiago al conducirlos con preferencia á estas tumbas, manifiesta bastante la intencion de unir la peregrinacion de Compostela al gran nombre de Carlomagno y á las guerras europeas contra los musulmanes. Se habrá notado quizá que el autor de estas direcciones para la marcha de los peregrinos hace dar largos rodeos á los de Borgoña y Alemania; pero además del deseo de hacer venerar algunos nombres ilustres por las guerras contra los infieles, ha debido creer que pues venian de tan léjos, alargarian con gusto su camino para ver un número mayor de lugares sagrados. Hubiera podido hacerles pasar tambien por Angers, donde se lisonjeaban de poseer el cuerpo de Santiago, si no hubo por el contrario intencion de alejar estas pretensiones rivales, como se ha observado ya con motivo de Tolosa. Angers, por otra parte, no estaba segura de la autenticidad de sus reliquias, puesto que el historiador de Anjou, Claudio Menars, se vió reducido á confesar que si no era Santiago el Mayor, era al ménos el Menor; solucion poco satisfactoria, á la que se aplicó esta regla de derecho: *Semper in obscuris, quod minimum est sequimur*. Por último, despues de tantas piadosas estaciones, llegaban los peregrinos á España; pero es sensible que el autor no se detenga más que un instante para recomendar se visitase el cuerpo de S. Isidoro en la ciudad de Leon, y que continuen en seguida su camino derecho á Compostela. Inmediatamente despues de estos consejos dados á los peregrinos de Santiago de Galicia, es cuando se hallan trascritos los versos latinos ritmados de Aimerico Picaudi, como para reunir en el mismo volúmen el catálogo de las reliquias de los santos que deben venerar en el camino y los cantos que pueden servirles para proclamar por sí mismo la confianza en la proteccion del mayor de todos. A los diferentes documentos de estas recopilaciones de los siglos XII y XIII, verdaderos manuales del peregrino que han debido hacer con frecuencia el viaje de Compostela, puede unirse un postrero testimonio, sin el cual no

hubieran bastado tantas advertencias y exhortaciones; la sancion de la autoridad eclesiástica expresada por la bula verdadera ó supuesta en favor de los portadores de este libro, y los certificados del legado Alberico y de otros muchos cardenales que le declararon legal, auténtico, muy hermoso y muy bueno para la gloria de Santiago. Pero estos atestados no tienen más fuerza que la que les comunica el espíritu del siglo, y entónces la tenian inmensa. La fe daba á esta multitud de escritos incoherentes una singular unidad. La fe es la que coloca al extremo de cada camino, á través de tantas naciones y de lenguas tan diferentes, la tumba de un santo; al fin de cada narracion maravillosa, este refran solemne, que no se oye sonar sin cierta emocion: *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris;* y por último, garantía de cada suceso, de cada palabra, la voz del Papa, que es como el eco de la de Dios. Esta fuerza que arrastraba entónces á los príncipes y á los pueblos á las peregrinaciones, habia comenzado muy temprano al mismo tiempo que la veneracion hácia las reliquias de los santos y la confianza en las oraciones que se iban á hacer sobre sus tumbas. La más distante y la más atrevida de estas peregrinaciones, la de las Cruzadas, coincide con el mayor fervor de la de Santiago, la que no menciona ningun monumento seguro ántes de la invasion de los moros en 712. Se diria que han sido inspiradas ambas por un instinto político, tanto como por un movimiento religioso; ambas han podido contribuir á salvar la Europa del yugo musulman. Parece al ménos que el generoso pensamiento que hizo de Carlomagno un libertador de los Santos Lugares, sea tambien el que hizo aparecer á Santiago al mismo príncipe para animarle á combatir á los sarracenos de España, y el que en las leyendas sobre el apóstol de Compostela repite á cada paso los nombres de Carlomagno y de Rolando. Este pensamiento es tambien el del papa Juan VIII, que por la misma carta, bastante dudosa quizá, pero no inverosímil en esto, en que permite al rey de Asturias hacer la dedicacion de la iglesia de Santiago, acabada hácia 872, y consagrada con la reunion de un concilio, le exige buenos caballos árabes con armas para combatir tambien á los infieles. Quizá se hallarán peregrinos á Santiago desde el siglo IX. Se duda al ménos en colocar en el décimo el viaje de Gotescale, obispo del Puy, que en 951 abandonó su diócesis «para ir á implorar léjos el sufragio del apóstol Santiago,» como dice el copista de un libro que llevó el obispo de Galicia: *Sancti Iacobi apostoli suffragium humiliter imploraturus.* Y en efecto, aunque el honor y la ventaja de poseer el cuerpo ó al ménos la cabeza de Santiago hayan sido disputadas á Compostela; en Francia por Tolosa, Angers, Sain-Wars de Arras (el mismo París tuvo posteriormente un dedo del Apóstol), en Italia, por Verona, Venecia, Pistoya, la aldea de Zibiti entre Venecia y Milan, y por otros

muchos lugares de Flandes, Bélgica y Alemania, la peregrinacion de Galicia parece ser la más antigua de las que ha sido objeto Santiago. Indudablemente era ya muy general en el siglo X para que el historiador árabe que refiere con más detalles, segun las crónicas contemporáneas, la expedicion de Almanzor contra Galicia en 997, se explique así: «La ciudad de S. Jacobo »es para los cristianos lo que es para nosotros la Kaaba, un lugar de pere»grinacion, donde se viene desde la misma Roma, y áun de más lejos.» Refiérese despues, cómo devastó Almanzor al país, derribó la iglesia y puso un guardia á la tumba del Santo para que no fuese profanada. La peregrinacion se renueva con frecuencia en el siglo XI y es muy numerosa. Jamás habia tenido el Santo tanto poder. La célebre *Historia de Compostela* fué escrita en los primeros años de este siglo. En 1120 la piadosa ciudad, episcopal desde mucho ántes, es elevada por Calixto II al rango de metrópoli. Cinco años despues la emperatriz Matilde, hija del rey de Inglaterra Enrique I, y viuda de su primer marido Enrique V, al regresar otra vez á su país, llevó á su padre, ignórase cómo, una mano del Santo, «lo que fué, dice un cronista, una pérdida irreparable para el reino de Francia.» En 1137, Guillermo X, conde de Poitiers, duque de Aquitania, hace la peregrinacion y muere en la iglesia misma del Apóstol, miéntras se cantaba la pasion. En 1154 un peregrino mucho más poderoso, á quien la Tierra Santa habia dejado amargos recuerdos, el rey de Francia Luis *el Jóven*, emprende el mismo acto de devocion, y una carta de Ermenganda, vizcondesa de Narbona, se halla fechada al regreso del Rey: *Sub Ludovico, francorum rege, de sancti Jacobo redeunte.* Hallamos tambien á mediados del mismo siglo, en el cartulario de S. Pedro de Chartres, estas noticias de cuya clase no seria difícil recoger otras muchas: *Dono patris sui qui in itinere sancti Iacobi defunctus extitit.* En 1159, Tibaldo V, conde de Blois, parte para Galicia, como más tarde en 1172 Felipe de Alsacia, conde de Flandes. En 1161 Fernando II, rey de Leon, instituye ó confirma, y aprueba la Santa Sede el 1175, la Orden de Santiago, encargada como los caballeros de S. Juan en Oriente, de defender á mano armada á los peregrinos, y cuya divisa era: *Rubet ensis sanguine arabum.* Este pequeño número de hechos, algunos de los cuales pueden añadirse á los que han recogido los Bolandistas, bastan para recordar que la tumba de Compostela era entónces la más visitada despues del santo sepulcro de Jerusalen. En el capítulo XIX del libro atribuido á Turpin sobre Carlomagno, hay un paralelo bastante brillante, escrito quizá en este siglo, entre las tres sedes apostólicas santificadas por la predicacion y por la sepultura de S. Pedro, Santiago y S. Juan; es decir, Roma, Compostela y Efeso. Pedro ocupa el lugar de honor, el medio; y como la madre de los dos hijos del Zebedeo habia pedido y obtenido que estuviesen sentados en

el reino de los cielos, el uno á la derecha de Jesus y el otro á la izquierda; este voto se halla en la actualidad cumplido en la tierra. Roma está en medio, Compostela á la izquierda y Efeso á la derecha, reinan despues sobre el mundo cristiano. Pero es preciso confesar que la particion comenzaba á no ser igual entre las tres grandes metrópolis. Juan y el mismo Pedro no podian luchar ya contra Santiago. En los siglos XIII y XIV se encuentran á cada momento peregrinos en este camino. En 1224, Juan de Bierme, rey de Jerusalen y emperador despues de Constantinopla, y en 1246 Raimundo VII, conde de Tolosa, toman el baston de peregrino de Santiago. El héroe de las últimas cruzadas, Luis XI, segun Joinville reverenciaba á monseñor Santiago al igual de Santa Genoveva. Los jueces de entónces sentenciaban á algunos acusados á hacer la peregrinacion de Santiago de Galicia y á volver con buenas cartas. Este viaje, como el de Roma y el de Ultramar, son una excusa legítima de la ausencia. En 1253, el hermano franciscano Guillermo Rubruquis, encuentra en el fondo de la Tartaria á un monje nestoriano que le habla de ponerse en camino para Santiago de Galicia. Hugo IV, duque de Borgoña, acababa de cumplir la peregrinacion, cuando murió en 1272. Dante nos refiere que los que iban ó volvian de la casa de Santiago, se llamaban por excelencia los peregrinos: *In modo stretto non s'intende pellegrino, se non chiva verso la casa di San Iacopo, ó riede.* En Froissard se trata con frecuencia de ir á visitar la iglesia del varon Santiago. En 1127 la reina Juana de Evreux, tercera mujer de Cárlos *el Hermoso*, dió á los cofrades de Santiago, un dedo del Santo, despues de haber puesto la primer piedra de su hospital en París, destinado á los peregrinos y cuyo sello hasta el siglo pasado se presentaba á Santiago y á Carlomagno. Habia tal costumbre de presentar reunidos estos dos enemigos de los infieles, que cuando el emperador Cárlos IV fué á París en 1378, el rey Cárlos *el Sabio* le regaló dos grandes frascos de oro que tenian en relieve la imágen de Santiago enseñando á Carlomagno, dice la crónica de Francia, *el camino de España por revelacion*, y añaden que estos frascos se parecian por su forma á las conchas de los peregrinos. El Santo deberia estar revestido de su mejor armadura. El arte religioso le habia representado desde las primeras épocas, como á otros mártires con el instrumento de su suplicio, con la espada, se equivocaron en la significacion del símbolo, y por esta espada se le armó caballero. Sus peregrinos combatieron tambien con frecuencia, y en más de una ocasion tomaron, con auxilio de los reyes de Castilla y Leon, alguna ciudad musulmana. Alonso XI fué á recibir la caballeresca acolada del mismo Apóstol. La peregrinacion á Galicia, animada con tales recomendaciones y tales ejemplos, apoyada en título dudoso, pero que no examinaban, no ejerció, sin embargo, áun en sus mejores dias, un as-

cendiente igual sobre todos los espíritus. Es cierto que no se atrevieron á atacarla de frente, ni tocar al orígen de la tradicion; no fué hasta mucho despues cuando el jesuita Guillermo Cuypers, el autor de la gran *Vida de Santiago*, inserta en las *Actas de los Bolandistas*, sin dejar de conocer que es poco probable que el templo de Hércules, en Cádiz, haya sido derribado por el hijo del Zebedeo, se vió obligado á sostener contra el cardenal Baronio y el dominico Natal Alejandro, la predicacion de Santiago en España, contra Tillemon y otros muchos la invencion del cuerpo del Apóstol en Compostela. Discusiones tan atrevidas hubieran llenado de admiracion á los peregrinos del siglo XIII, pero quizá se encuentra ya su gérmen en esta carta de un ilustre prelado del siglo XV, del arzobispo Hildeberto, á Foulques, conde de Anjou y del Maine, que queria partir para Santiago de Galicia. «Entre los talentos que el padre de familia distribuye á sus siervos, ningun »doctor cuenta el de correr el mundo; y habitando S. Hilario cerca de Jeru»salen, no fué más que una vez para que no pareciese que despreciaba los »Santos Lugares. —Me direis quizá: he hecho un voto y me hago culpable »si falto á el. Pero considerad que sois vos quien se ha ligado en ese voto, y »que es Dios quien os ha impuesto la carga de gobernar vuestros pueblos: »ved si el fruto que sacais de ese viaje compensará la pérdida de la inter»rupcion de vuestros deberes. Si este último bien es sin comparacion mayor, »como no se puede negar, permaneced en vuestro palacio, vivid en vues»tros estados, administrad justicia, proteged á los pobres y á las Iglesias.» Esta leccion se dirigia á los príncipes. En cuanto á la muchedumbre que iba por los caminos orando ó combatiendo, habia tambien inconvenientes y se han manifestado con frecuencia, aunque se hayan exagerado quizá los desórdenes que podian acompañar á estas peregrinaciones lejanas, sin tener bastante en cuenta el cambio que operaba algunas veces en el fondo de las almas el aspecto del templo del Santo, de aquellos lugares rodeados de tanta gloria y con tanto ardor deseados. Este efecto moral era grande; no citaremos más que una prueba de él, extractada de una obra donde de seguro no se irá á buscarla; es un cuento antiguo del que hay muchas versiones, como de la mayor parte de estos apólogos de la edad media, pero que parece, cualquiera que sea su primera forma, haberse unido despues por un lazo roto ya, á uno de los romances más populares en tiempo de nuestros abuelos, al romance de la zorra. «Un leal caballero acababa de entrar en »España con un fiel escudero para ir á Santiago. Parte por la mañana tem»prano y espera llegar por la tarde á Miranda de Ebro. La zorra, por su »parte buscando aventuras, ó yendo quizá tambien á Compostela, cruza »por el camino que habia tomado el caballero. —¡Hé ahí, exclama éste, una »hermosa zorra! —Yo, señor, dice el escudero, en los países que he recorri-

»do ántes de entrar en vuestro servicio, las he visto, por la fe que os debo, »de un tamaño mucho mayor, y alguna de ellas tan grande como un buey. »Buena pieza, responde el caballero, para un hábil cazador; y continua »caminando en silencio. Despues levantando de repente la voz: Señor, Dios »nos libre hoy á los dos de la tentacion de mentir ó nos dé fuerza de reparar »nuestra falta para que podamos pasar el Ebro sin dificultad. El escudero, »sorprendido, le pregunta á qué viene esta súplica. —No sabes, le responde »su amo, que el Ebro que hay que pasar para ir á Santiago, tiene la cuali- »dad de tragarse al que ha mentido durante el dia, á ménos que no se en- »miende? Llegaron al Zadorra. —¿Y es ese, señor, el rio?—No estamos »léjos.—Miéntras llegamos, señor, puedo deciros que la zorra que yo he »visto que era quizá más que del tamaño de una vaca.—¿Qué me importa »tu zorra? Poco despues dijo el escudero: —¿El que vamos á pasar ahora á »nado no será el que.....? —No, todavía no.—De todos modos, señor, esa »zorra de que hablaba, no era si no me acuerdo mal, mayor que una oveja. »A la vista de la sombra de las montañas que comienzan á extenderse, el »peregrino aprieta su caballo y descubre por último á Miranda.—Hé ahí el »Ebro, dice: y el término de nuestra primera jornada.—Ah, mi buen amo, »exclamó el escudero, os aseguro que aquella zorra no era mucho mayor »que la que hemos visto esta mañana.» Esta febril influencia de la aproxi- macion del lugar santo y el temor de llegar á él en estado de pecado, ha de- bido reproducirse más de una vez. Pero ciertamente nuestros padres debie- ron debilitarse en las creencias de siglo en siglo, y cuando por la declara- cion de 1.° de Agosto de 1738 se prohibió á los peregrinos armados ó desar- mados ir á Santiago ó á otro lugar, salir del reino sin permiso expreso del rey y la aprobacion del obispo diocesano, bajo la pena de ser condenados á galeras perpetuas como vagabundos; es probable que desde mucho tiempo ántes el efecto moral de las peregrinaciones habia cambiado por completo. Los peregrinos de Santiago sobrevivieron todavía á los de las Cruzadas. Hoy unos y otros no pertenecen más que á la historia. —S. B.

PICAULT DE LINCRE (Juan), monje cartujo, llamado en su religion el her- mano Moisés, segun la costumbre de esta Orden de mudar el nombre de los indivíduos cuando en ella toman el hábito. Sus hechos merecen eterna men- cion, porque como dijo el ángel á Tobías, es preciso ocultar los secretos de los reyes, pero se deben publicar las obras de Dios, para que los que las sepan le den gloria y alabanzas. Bajo este principio creemos deber refe- rir aquí las maravillas de la gracia en la persona del hermano Moisés para honra de Dios y edificacion de los que estén informados de ellas. Debe ade- más creerse que el ejemplo de este verdadero penitente, cuya conversion fué tan profunda como lo habia sido su alejamiento de Dios, segun la palabra

del Profeta, solo toca á los pecadores y es una voz secreta que dice al corazon de cada uno de ellos: *Seguidle en su penitencia como le habeis seguido en sus extravíos*. El hermano Moisés, llamado en el mundo Picault de Lingre, natural de Climon y de una honrada familia, vió la primera luz el año 1663. Perdió á su padre desde su más tierna infancia, y fué educado por su madre, cuya piedad no pudo ganar nunca el espíritu de su hijo, que por su mal natural inutilizó todos los cuidados que se tomaba para formarle en el santo temor de Dios. Para consolarla se la habia asegurado, aunque gratuitamente, que habiendo visto á su hijo cuando solo tenia cuatro años un religioso de grande piedad, habia asegurado que los últimos años de aquel niño serían felices. En vano se le referia que su hijo se habia abstenido con frecuencia de comer por la mañana para darlo de limosna á algun pobre, y que entregaba con gusto á los que veia necesitados el pan que se le caia en su casa de las manos: esta afligida madre bendecia á Dios para lo futuro, pero sentia con mucha viveza sus actuales dolores. Veia á su lado un hijo caprichoso, raro é iracundo, que le hacia verter lágrimas continuamente. Como este niño era de una complexion robusta, presumia que los vicios serían la consecuencia de su temperamento. Cuidadosa por este motivo de los intereses de su hijo, decidió dedicarle al estudio de las ciencias para suavizar la dureza de su espíritu. Pero el capricho de este jóven le hizo ir de ciudad en ciudad y de colegio en colegio á Climon, Saumur, Tours, Pontlevoye y Poitiers, llegando hasta el extremo de que nadie quiso encargarse de la educacion de este discípulo incorregible. En todas partes dió pruebas de su natural ferocidad. Su brutalidad no perdonaba á nadie, ni aún á sus profesores y condiscípulos. En vez de no relacionarse más que con eclesiásticos virtuosos, sus mayores amigos eran los más desarreglados. Se podian contar sus dias por sus quimeras más bien que por sus progresos en la ciencia ó en la virtud. Escalaba para salir los muros de los colegios como si fuesen una prision: y para colmo de malignidad, desechaba siempre con aire desdeñoso los consejos de su madre con tanta obstinacion, que viéndose despreciada esta virtuosa mujer, no tenia otro recurso que la oracion, el ayuno, la limosna y las lágrimas. Se constituyó, pues, en lo sucesivo en madre de los pobres, viviendo entre ellos y aliviándolos en sus miserias para obtener del cielo que no pereciera su hijo y que no fuese esclavo del demonio. Dios diferia, sin embargo, el escuchar sus votos y no le dejaba otro consuelo que el que encontraba en la esperanza de su misericordia y en los consejos y oraciones de algunas personas piadosas. A medida que su hijo crecia en edad, sentia tambien crecer sus dolores. La sabiduría divina, que la purificaba por medio de los sufrimientos, permitia para aumentar sus méritos, que los motivos de afliccion se sucediesen unos á otros, y quizá tan de cerca como las aflictivas nuevas

que se llevaban al santo Job. De los parientes y amigos de esta madre afligida decian los unos: Nos interesa demasiado todo lo que os pertenece, para no manifestaros lo que pasa en vuestra casa: vuestro hijo ha arrebatado el honor á una persona de vuestro servicio; vuestro hijo, celoso de las buenas cualidades de su hermano y quizá de vuestra predileccion, le amenaza como otro Esaú con quitarle la vida; vuestro hijo, estudiante en Orleans, se ha batido en la sala de armas contra los principales de la ciudad; se ha fugado; se ha mandado prenderle; es preciso evitar una condena. —Otros añadian poco tiempo despues: Madre de dolores, sentimos en el alma vuestra afliccion; vuestro hijo, recientemente empleado, ha vendido ya su destino para vivir con más libertad. Se niega al ventajoso matrimonio que se le propone para sacarle de su desenfrenada y licenciosa vida. ¿Sabeis que se ha querellado con una compañía de cómicos, porque ha creido que le habian puesto en escena? Ha herido á algunos; sus amigos le han abandonado; toda la compañía ha caido sobre él; la providencia le ha salvado milagrosamente de sus manos. Son personas que aprecian mucho el interés, alguna suma de dinero les impondrá silencio.— Por todas partes no oia más que noticias desconsoladoras, cuestiones criminales, pensecuciones, escándalos. Aquella virtuosa mujer respondia á todos: Hágase la voluntad de Dios; bendito sea su santo nombre: todos los males de Israel fueron permitidos por su providencia por razones que nos son desconocidas. Sin embargo, estas eran para ella otras tantas espadas de dolor que le traspasaban las entrañas. Cien veces en el exceso de su dolor sentia haberle llevado en su seno: cien veces exclamaba: «¿Seré yo, pues, Dios y Señor mio, madre de un condenado?» Retirándose despues á su oratorio, se deshacia en lágrimas delante de la imágen de nuestro Salvador pendiente de la cruz. «Vos me haceis la gracia, Dios mio, le decia, de asemejar mi vida en cierta manera á vuestra pasion; pero sostenedme en mi tristeza, no me abandoneis. Vos os quejasteis de que vuestro padre os habia abandonado, lo que debia verificarse para la consumacion de vuestro sacrificio: vos teniais, por otra parte, la fortaleza de un Dios. No me sucede á mí lo mismo: yo soy todo debilidad, apoyadme, sosténgame vuestra mano caritativa. Ved la abundancia y la amargura de mis lágrimas. Quisiera poder mezclarlas con vuestra adorable sangre. Haced un baño saludable de ambas, en que se digne vuestra bondad borrar los crímenes de un hijo desnaturalizado. Le he visto, sin embargo, algunas veces ejercer la misericordia con los pobres, con mis criados enfermos; le he prometido, mediante vuestra divina gracia, que la tendriais para con él algun dia. No me desmintais, Señor; no me desmintais. Pues habeis dicho: Bienaventurados son los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.» Tantas lágrimas y tantos gemidos hacian mirar á esta desconsolada madre como á otra Mónica

que lloraba á su Agustino. No se la daba otro nombre en todo el país y se la repetian estas palabras, que fueron dichas á aquella Santa con motivo de S. Agustin: *No es posible que perezca un hijo que cuesta tantas lágrimas.* Estas palabras se vieron en realidad cumplidas, pero no tan pronto como se deseaba. Este hijo, pues, tan ingrato á las lágrimas de su madre, al llegar á la edad de treinta años fué revestido del cargo de preboste provincial de la Turena, es decir, un empleo que fué para este demente, durante cerca de diez años, una funesta y continua ocasion de satisfacer, repentina y casi impunemente, su avaricia, su injusticia, su embriaguez, su lubricidad, su venganza; en una palabra, de llevar hasta el exceso la depravacion. Como toda su vida no era más que una série de desórdenes y desarreglos, para quitarle de la presencia de su familia, á la que deshonraba con su conducta, se obtuvo del Rey, por medio del mariscal de Estrees, á quien se hallaba aliada, un empleo en las colonias, pero jamás se pudo conseguir que lo aceptase. Tuvo, sin embargo, que hacer un viaje á París para obtener las patentes necesarias para su prebostazgo. ¿Cómo se prepara para hacerse favorable la condestablia? Por un acto de brutalidad. La víspera de su partida maltrata á un oficial de correos, sin considerar que la última oficina es una especie de lugar sagrado en que debe respetarse la autoridad del soberano. El marqués de Miromeuil, intendente de la provincia de Turena, informado de sus violencias, le negó durante todo un año una certificacion de buena vida y costumbres. Esta afrenta hubiera debido llamar su atencion si hubiese sido sensible á su propio honor. Miéntras estuvo en la capital de Francia, donde fué para obtener su nombramiento, malgastó una parte de su patrimonio en el juego y en la embriaguez, y por un motivo insignificante armó una querella en su morada con un soldado de caballería ligera, que era de su país, y le hirió peligrosamente. Se asegura que le hizo conducir en casa de un cirujano, despreciando el peligro, pero su valor no fué en esta ocasion más que una temeridad, un capricho, un acto de furor. Despues de haber obtenido sus patentes, volvió á Tours, donde supo que se trabajaba contra él en París por este último suceso. Pero sus amigos consiguieron zanjar este asunto á fuerza de dinero. Apénas se le hubo puesto en posesion de su cargo de preboste, cuando fué sorprendido prevaricando. Recibió órden de los mariscales de Francia de marchar de Tours á París para darles cuenta de sus costumbres irregulares y de sus concusiones. Aunque anduvo el camino en diez y seis horas para manifestar de este modo su pronta obediencia, no por esto dejó de sufrir la reprimenda que merecia. Pero ni los consejos, ni las afrentas le hicieron cambiar nunca de conducta. Esta variacion se hallaba reservada á la mano del Omnipotente, á la divina gracia del Salvador. Apénas estuvo de regreso en su país, cuando volvió á entregarse al juego, á la

avaricia, á las violencias y al libertinaje. Volviendo una tarde á su casa muy inquieto por haber perdido una suma considerable, hizo pagar su disgusto á su criado, á quien encontró á la entrada de la casa y le rompió la cabeza con su espada. La sangre que corria de sus heridas no fué suficiente para enternecerle, y quizá le hubiera matado si no le hubiesen quitado la espada. El resto de su vida se halla todo lleno de acciones semejantes; parecia un hombre vendido al pecado, para beber como si fuesen agua toda clase de iniquidades, y para servir de prueba del abismo en que se cae cuando aleja uno de sí la proteccion de Dios. Seria muy largo referir detalladamente la cadena continua de crímenes procedentes unos de otros por los que el demonio le tenia cautivo y esclavo para lanzarle en los mayores desórdenes. Vale más decir, en una palabra, que no tenia ni honor ni religion; que no habia inocente á quien no condenase su avaricia, ni culpable que no fuera absuelto por dinero. Habiendo sido frustrada en una ocasion su insaciable avaricia por la prudencia de una persona muy elevada, la mandó prender inmediatamente. Nadie le excedia en habilidad para engañar por medio de fraudes ó mentiras, y en saber vender la justicia por grandes cantidades de dinero, poniendo en libertad á los culpables. Por un asunto harto frívolo se querelló con un miembro de la Academia, le coge, le arroja al fuego con extremada brutalidad, y esto fué origen de que se le insultase públicamente en canciones difamatorias. Acompañaba sus violencias con juramentos tan execrables y blasfemias tan horribles, que hacia estremecer á los más determinados. Este hombre, condenado al pecado en cierta manera, comete acciones tan vergonzosas que el pudor obliga á callarlas. Por último, no habia en su país calle, café, plaza, casa pública, casa de familia, ciudad, aldea, camino real, que no hubiera manchado este demente con sus excesos, sus violencias ó sus prostituciones. Se hallaba tan desacreditado, que en cuanto entraba en una reunion, hombres y mujeres interrumpian bruscamente su conversacion con diversos pretextos, para evitar el hacer relaciones con un ciudadano tan malvado. La Providencia no le abandonaba, sin embargo, tenía continuamente los ojos fijos en este criminal. Le preservó de muchas desgracias en que debia perecer su mano invisible. Durante la noche, y en un estado de embriaguez, atacó en las calles de Tours á dos ciudadanos. Uno de ellos recibió muchas heridas en el brazo y huyó por evitar la muerte. Nuestro hombre se dirigió al otro para atacarle, pero dió un paso en falso y cayó. Aprovechando éste una ventaja inesperada, le dió en la cabeza tres ó cuatro sablazos, que dejaron al preboste reducido al último extremo, de manera que hubo necesidad de hacerle la operacion del trépano y sacarle muchas esquirlas del cráneo. Durante el curso de su enfermedad hubiera debido considerar en su llaga la profundidad de la de su corazon, dirigirse

al médico supremo, aplicarse el remedio necesario para recobrar la salud del alma más bien que la del cuerpo, y hacer despues un uso mejor de la vida. Pero estas reflexiones eran demasiado santas para un hombre que no escuchaba más que la voz de sus intereses personales y la de sus pasiones. Apénas restablecido, no piensa más que en la ocasion de vengarse. Preséntasele la ocasion durante la noche. Encuéntranse el preboste y el ciudadano que le habia herido. Este, para evitar á su enemigo, se mete en una calle que por desgracia no tenia salida. Hallándose sin recurso en aquella extremidad, apénas le queda tiempo para ocultarse detrás de un monton de estiercol, con que se cubre lo mejor que puede. Nuestro demente le persigue espada en mano, le busca por todas partes, pasa y repasa muchas veces cerca de él sin distinguirle de lo ciego que le tenia el furor. Cree que se ha salvado por alguna puerta falsa y se retira. Disgustado de haber sido herido sin poderse vengar, recurre á la calumnia, recurso ordinario de las almas viles que tienen autoridad. En público, queja tras queja, largos informes, pretextos aparentes contra ambos ciudadanos; se le ha querido asesinar en el ejercicio de su cargo, miéntras buscaba desertores. Sus clamores y sus procedimientos aturden á los parientes de ambos ciudadanos, se apodera de ellos el temor. Para apaciguarle se le ofrece una suma considerable, responde que no era el hombre que vendiese su sangre tan barata, y que que queria dos veces más, pronunciando de este modo su propia sentencia. La suma hubiera arruinado á los dos ciudadanos, que recobrando su valor, juegan el todo por el todo. Su causa es buena, se les hace justicia. El preboste conoce ya que pierde el proceso. Declarado avaro, injusto y violento, se le abandona á la vergüenza y á la infamia. Hé aquí otras pruebas de la proteccion de Dios á este pecador que era tan indigno de ella. No nos detendremos en la temeridad de que hizo alarde cuando paseó á caballo por la muralla que separa el Loira de los fosos de la ciudad de Tours, que, no siendo más que de unos dos pies de ancho, se hallaba muy deteriorada. No hablo de la ocasion en que cayó sin herirse de la altura de doce á quince pies, con su caballo bajo un arco del puente San Avertin. Estos sucesos no son en realidad extraordinarios. Hé aquí uno cuyas consecuencias parecen milagrosas. Apoyado en el parapeto del castillo de la Bourdaisiere, en las cercanías de Tours, falta la piedra que le sostenia y cae siguiéndola de cerca al foso, que tiene la profundidad de treinta pies. Se le cree muerto ó próximo á espirar. Bajan para socorrerle algunos eclesiásticos, pero se admiran de encontrarle sin herida alguna. Se asegura que lo mismo le sucedió en otra ocasion. Todos estos favores del cielo debian conmoverle y hacerle meditar sobre si mismo; no hace, sin embargo, más que endurecerse y no corresponde más que con la más negra de todas las ingra-

titudes. Uno de sus acreedores, que tenia tierras suyas en prendas, fué á Tours y le dirigió algunos cumplimientos de esa clase que no agradan mucho á los deudores. Avísame, dijo el preboste á su criado, del dia en que debe regresar ese hombre. Lo que decia con el designio de ir á esperarle al paso y matarle de un pistoletazo. Pero este criado, que conocia á su amo, no quiso obedecer su órden. Mas de qué manera recompensó este bárbaro la prudencia de su sirviente? Un dia en que habia bebido con exceso en Amboise, donde se hallaba de teniente, perdió al juego una suma considerable. De regreso á su morada se arroja de repente sobre este ayuda de cámara, le hiere peligrosamente, y si no le hubieran detenido le hubiera muerto sin duda. Por un sentimiento poco comun á su brutalidad reconoce su falta, y le manifiesta su pesar y su dolor de haberle maltratado de la manera que lo habia hecho. Este momento de humanidad no le duró largo tiempo. Pocos dias despues de este suceso entra en la posada de la Savoniere, á dos leguas de Tours, y pide de beber; no le sirven tan pronto como creia merecerlo, se incomoda, jura y coge un ladrillo lleno de agua y se lo arroja á la cara á la huéspeda, que estaba enferma y recien parida. El susto, unido á la frescura del agua, la ocasionan un ataque de nervios, se desmaya; se la cree muerta. En el mismo instante un gran número de las personas que habitaban en aquel lugar se arrojan sobre él, le desarman, le encierran en un cuarto durante la noche, quizá le hubieran matado á palos ó entregado á la justicia, si la mujer no hubiera dado señales de vida, y si algunos amigos del preboste, avisados de la situacion en que se encontraba, no hubieran suplicado á aquellas gentes le soltasen. ¿Qué podria esperar de este hombre sin compasion ninguna madre, en el estado más triste á que las reduce la naturaleza, cuando habia ultrajado tantas veces á la que le habia llevado en su seno; habiendo querido una vez en su furor y rabia arrojarla en medio de una grande hoguera? A este acto de brutalidad pueden añadirse otros dos. Despues de haber satisfecho su pasion al vino, insulta á un caballero; se levanta de la mesa, toma una pistola, pues tenia siempre dos en los bolsillos, y le hubiera inmolado á su furor, si uno de sus amigos abrazándole en aquel momento, no hubiera impedido esta violencia. Pocos dias despues de este suceso, no habiéndole salido como pretendia algunos negocios de la mariscalía, que le habian llamado á Amboise, es decir, que no habia obtenido una buena cantidad, pues se le acusó siempre con fundamento de vender su cargo, necesita vengarse en alguien, y elige á su portero, que sin duda no habia querido entrar en estos misterios de iniquidad. Para castigarle por su virtud, se dirige contra él con la espada desnuda; evita éste el golpe, pero recibe otros muchos en la cabeza, de que estuvo próximo á la muerte. Hemos aquí, por último, llegado al suceso más importante. Fué

su orígen un hombre á quien se encontró muerto cerca de Amboise. Se dirigió á aquel sitio con la mariscalía y formó el proceso. Un caballero del castillo de Vendome le mandó que le fuese á dar cuenta del asunto. El preboste respondió que no hallándose presentes los señores de Vendome, no debia dar cuenta á nadie de sus acciones. El caballero fué á buscarle y le trató mal de palabra. Nuestro preboste le amenazó ponerle preso. Este caballero se dirige á la ciudad de Tours donde se une con los enemigos del preboste, le insulta y se vuelve al castillo. El preboste parte, va á detenerle en las calles de Amboise y le trae preso á la ciudad de Tours. Este logra evadirse de la prision, y una tarde ataca al preboste con ventaja y le hiere aunque ligeramente. En tal situacion sobreviene un incidente. El preboste habia dado de sablazos á un criado suyo llamado Poitevin, y se esparció el rumor de que habia muerto á consecuencia de las heridas. Va la justicia á su casa, pero halla al criado vivo y fuera de peligro. El caballero de los señores de Vendome, que les habia presentado sus quejas, insiste en las violencias hechas á su persona y en la falta de respeto á sus altezas. Presentada la queja, los mariscales de Francia dan un *Veniat* al preboste para que fuese á darles cuenta de sus malversaciones. Corre su criado á Climont para avisar á la madre de su amo, que le da quince pistolas para el viaje de su hijo, mas este criado es robado en el camino y este robo retarda el viaje de su amo. Los mariscales, que le creian contumaz, reiteran sus órdenes y las dirigen al preboste general, uno de los hombres más honrados de la provincia, á quien ha mirado siempre el otro como su enemigo secreto, por algunas cuestiones ocurridas con motivo de sus cargos. Despues de haberle avisado por sí mismo el preboste general y haberle hecho avisar muchas veces por medio del abate Roulin, tio del preboste provincial, para que obedeciese las órdenes de los mariscales de Francia, le manda comparecer ante él para recibir de su mano las órdenes de los mariscales. Obligado á obedecer el preboste provincial, despues de haber pasado bebiendo toda la noche en una taberna con sus archeros, va á casa del preboste general á las siete de la mañana, y en el camino hace que le sigan su escribano y algunos archeros, con el designio, decia, de coger á un prisionero. Viéndole escoltado el preboste general, creyó que iba á insultarle y se pone á gritar: «A mí; se me quiere asesinar!» En el mismo momento salen de su morada muchos archeros apostados, que rodean al preboste de Turena, y el general con la espada en la mano le conduce á las prisiones de Tours. Algunos dias despues se envió de París al teniente criminal, el procurador del Rey y el escribano de la condestablía para interrogarle como culpable, y se mandó que fuese trasladado de la prision de Tours á la del fuerte del Obispo en París, lo que se ejecutó. Durante su prision, que duró tres años, se vió abandonado

de todos, no recibió ningun socorro ni de amigos ni de parientes, excepto de la hermana del prior de San Hilario, que le asistió muchas veces en su cautiverio. Entónces fué cuando sabiendo esta persona piadosa que se hallaba falto de todo por su mala conducta, resolvió llevarle alguna cantidad de dinero. Pero á consecuencia de lo que habia oido no se atrevió á acercarse á él por sí misma, diciéndose: «Si me matará este diablo?» y entregó la limosna á una tercera mano para hacerla llegar hasta él. ¡Qué nuevo motivo de afliccion para su virtuosa madre! Teme que su hijo muera en una prision, y quizá de una manera que deshonre á su familia. Reducido á este lamentable estado, recurre á las oraciones, busca consuelo en el Evangelio, que nos ha dejado Jesucristo como remedio de nuestros dolores. Encontrando en él el milagro que hizo el Salvador en la ciudad de Nain, creyó hallarse retratada allí tan al natural, que mezclaba sus lágrimas á las lágrimas de aquella afligida viuda. Aquel hijo muerto, la viudez de aquella mujer, una multitud de pueblo que lloraba su pérdida, la compasion que tuvo Jesucristo; estas palabras del Hombre Dios: «No lloreis: jóven, levantaos, yo os lo mando.» La resurreccion de este muerto que el Hijo de Dios entregó vivo á su madre; el esplendor de este prodigio y las bendiciones que el pueblo daba al Salvador; todo este amontonamiento de circunstancias se le aplicaba á sí misma y á su hijo: estos dos estados de muerte y vida que la representaban la muerte espiritual y quizá la temporal de aquel libertino y el deseo que tenia de que Dios le resucitase con su gracia: todos estos objetos la herian de tal manera, que sentia en su corazon alegría y tristeza á la vez. Pero puso con tanta resignacion todos sus pensamientos y todos sus movimientos en manos del Señor. Despues de pasar tres años en una mansion tan triste como la del fuerte del Obispo, salió, por último, el hermano Moisés por una sentencia que ordenaba al preboste de Turena vender sus bienes para el pago de deudas contraidas y para otras cosas. Reducido así á la última extremidad, despojado de sus bienes por una série de malos negocios, despreciado de los pueblos, odiado de sus parientes, juzgado indigno de ejercer por más tiempo empleos cuyo objeto es asegurar la tranquilidad pública: obligado á abandonarlos por una sentencia lanzada en tan triste estado, envia á M. Menaut, prior de S. Hilario en Tours, hombre de probidad, antiguo amigo de su casa, y director entónces de su madre, su poder para venderlos, lo que se ejecutó desde luego. La detencion de tres años en una oscura prision le habia dado tiempo de reflexionar sobre su vida pasada, pero esto no bastaba todavía para hacerle prudente. Tanta verdad es que la prudencia de un hombre es un don del cielo. El hombre no la ve nacer entre las ruinas de su fortuna; no se forma de los despojos de las riquezas y de los empleos. No se necesitan otras pruebas más que la vida desbor-

dada que llevó todavía en París la persona de que se trata. Habia recibido quinientas libras, que le habia ahorrado el prior de S. Hilario al vender sus cargos de preboste, etc. Las malgasta en pocos dias al juego y se retira despues á vivir en casa de un hombre que se habia casado con una de sus criadas, establecida en esta ciudad. Este hombre toma por él todos los cuidados que son imaginables, hasta le da como verdadero amigo consejos saludables sobre su mala conducta. Este ingrato paga segun su costumbre sus buenos oficios; sus ultrajantes injurias y sus terribles amenazas obligaron á aquel hombre á prohibirle la entrada en su casa un año despues. De manera que nuestro preboste depuesto, sin dinero, sin empleo, sin virtudes, se ve reducido á buscar gentes de su clase, se une á vagabundos y trafica como ellos en diamantes, relojes, cuadros, etc. Llénase de horror á esta noticia toda la familia. Represéntanse los parientes las consecuencias más funestas y los suplicios más vergonzosos. Su madre consternada siente las últimas amarguras del dolor. Ve á este hijo en peligro á cada momento de perder la vida en el pecado, de perderla quizá de una manera infame, lo que le hace redoblar sus austeridades y sus oraciones. Entónces fué cuando abismada en la tristeza repetia con frecuencia en presencia del prior de San Hilario: «¿Con que soy madre de un condenado? Por qué me teneis, divino »Señor, tanto tiempo sobre la tierra? Castigadme, lo consiento; pero no me »anonadeis.» Deshaciéndose entónces en lágrimas: «¿Veré yo, Dios mio, pe»recer á mi hijo por la mano? ¿Y qué mano, Señor? Ahorradme este tormen»to. No hay amargura que no prefiera á esta. Acordaos que en los últimos »momentos de vuestra pasion gustasteis la hiel y vinagre que se os presen»taba, pero rehusasteis beberla. Esta fué la parte de vuestro cáliz que me »dejásteis: la acepto con todo mi corazon, pero salvad á mi hijo. Este des»graciado va á perderse si no le tendeis la mano; no permitais que perezca »en el naufragio de que se halla amenazado. Dejaos enternecer. Decid una »vez más, Señor, á una madre afligida lo que dijisteis á la vuestra: *Mujer, »hé ahí vuestro hijo.*» Sus lágrimas y los movimientos de su corazon fueron escuchados: tuvo el consuelo de ver á su hijo separado de la compañía de aquella clase de gentes, que se hallan siempre en vísperas de verse sorprendidos en algun hecho criminal. Pero la más peligrosa de todas sus compañías eran sus malos hábitos, que le seguian por todas partes. Va de París á Tours á recoger la herencia de un tio canónigo. Al mismo tiempo visita á su otro tio el abate Roulin, en cuya casa permaneció cerca de seis meses á ruegos del prior de S. Hilario; pero por medio de una accion impropia de un hombre honrado se apodera de una carta firmada por el abate Roulin, que llena poniendo sobre la firma una cantidad de quinientas libras pagaderas al portador. Habia heredado setecientas ú ochocientas libras de su primer tio: las

puso en Nantes en manos de un banquero, destinándolas para su viaje á Quebec, donde debia pasar en el navío Gallaut. Un poco ántes de partir de Tours para América puso en manos del prior de S. Hilario, pues no tenia confianza en nadie más que en él, la suma de dos mil libras que habia retirado de la herencia de su tio y de la venta de dos cargos de archero que le correspondian. La víspera de su partida á Nantes retiró mil francos de este depósito para equiparse; pero habiendo encontrado dos ó otres de sus antiguos amigos de juego, perdió durante dos ó tres noches en las bancas de Tours ochocientas ó novecientas libras, no atreviéndose á presentarse durante el dia, lo que le puso en una especie de rabia y de desesperacion, viéndose sin dinero y no atreviéndose á pedir el resto de su depósito al prior de S. Hilario, que habia tomado grande ascendiente sobre su espíritu. Viendo, sin embargo, el prior que diferia el partir de Tours, y habiendo sabido esta pérdida, le dice marche de la ciudad y le da ochocientas libras; pero el prior de S. Hilario quedó sorprendido al ver que aquel hombre tan ávido de dinero le obliga á conservar á pesar suyo la suma de trescientas libras, diciéndole que si muere en el mar servirá aquel dinero para hacer rogar á Dios por el descanso de su alma, y que si vuelve á Tours no le vendrá mal el encontrar aquella cantidad. El mariscal de Estrées, virey de América, le habia aconsejado fuese á este país. Para animarle todavía más le envió cartas de recomendacion para los gobernadores, á fin de que se le emplease. Extendido ya el rumor, se regocijan el público y su familia de que su ausencia sea, ó libertar á la Turena de un mal ciudadano, ú ocultarle el resto de la vida escandalosa de un hombre declarado indigno de llenar ningun cargo importante en una provincia poblada por hombres civilizados, tranquilos y virtuosos. Acepta el partido. Se dirige á Nantes para embarcarse con sus cartas. En un principio procuró descontar su letra de quinientas libras, pero inútilmente. Miéntras se preparaba á hacerse á la vela, nuestro pretendido americano fué á una casa de juego, donde perdió todo su dinero, lo que sabido por el prior de S. Hilario le envió sus trescientas libras para que se embarcase sin dilacion. Así era como la Providencia rompia uno tras otro los lazos que le unian á la tierra, é hizo fracasar de esta manera su designio para sustituirle con otro más importante y el único necesario. Podia observar en el Océano, cuyos límites tocaba, la imágen de todos sus crímenes, caprichos, infidelidades, furor, desbordamientos, agitacion de su corazon, turbacion de su conciencia y los vapores groseros de sus pasiones que oscurecian su espíritu, pues el corazon del impío es semejante al mar irritado. Podia aplicarse el sentido de estas palabras que el Criador pronunció contra este elemento y decirse á sí mismo: « No irás más allá; aquí se romperán las olas de tu orgullo; aquí se terminarán los arrebatos de una vida agitada por to-

dos los crímenes.» Estas ideas debian presentarse naturalmente á su espíritu, pues la Providencia no habia levantado todavía el velo que cubria los ojos de este pecador. Este hombre endurecido necesitaba un postrero golpe de la mano del Todopoderoso. Recibió al fin este con la triste noticia de una muerte que le arrebataba la única persona capaz de separar el rayo suspendido sobre su cabeza. Supo en Nantes la muerte de su madre, señora de una virtud consumada, que solo tomaba parte en su desgracia y se interesaba en su salvacion. Esta pérdida le obligó á volver á Turena, en un estado de consternacion que acabó con el desarreglo de su vida y comenzó la obra de su penitencia. Pasáronse en la amargura los dias de esta triste semana, en el retiro y las lágrimas. Como era caritativa con los pobres, sufrió todo el peso de la pobreza con una constancia digna de los primeros cristianos. Habiéndose reducido á sí misma á una módica pension por consejo del prior de San Hilario, su director espiritual, se retiró entre los pobres; murió entre los pobres, en el brazo de la pobreza, con el corazon más separado todavía de los bienes de la tierra que lo estaba ella en realidad por la mala conducta de su hijo. «Dos dias ántes de su muerte me dirigí á su lado, dice un her»mano suyo, autor de las memorias que han servido para formar esta bio»grafía; le pregunté en qué podia serle útil y si le daba algo pena.—Hermano »mio, me dijo, no necesito nada, gracias á Dios; todavía me queda un poco »de dinero, de que dispongo en mi testamento. Bien sabes que la indigencia »no me ha inquietado nunca; siempre he adorado los decretos de la sabi»duría divina. Solo me han afligido los desórdenes de mi hijo, que es quien »me ha hecho pasar la vida entre dolores; pero puedo aseguraros para vues»tro consuelo y el mio, que ya nada siento, y que tengo sin saber porqué »una especie de confianza en que se convertirá.» Despues, dejando de hablar, se recogió durante algunos momentos; ya por un violento deseo, ya por un movimiento del cielo, dijo muy alegre: «Sí, hermano mio, recibi»rá el golpe de gracia.—Despues de haber mediado algunas palabras de edi»ficacion por ambas partes, me retiré triste y alegre. Iba á perder una her»mana muy virtuosa y muy razonable, y esperaba ver entrar en el buen »camino á un sobrino que era el oprobio de la familia. Dos dias despues es»piró esta segunda Mónica. Puede decirse que los desórdenes del hijo han »contribuido á la santificacion de la madre, y que las lágrimas de la madre »han obtenido la conversion del hijo.» ¿Quién no admirará la sabiduría y la bondad de Dios en el arrepentimiento de este gran pecador? Su caritativa mano ha roto todas las cadenas y ha arruinado todos sus proyectos. Habíanse vendido sus empleos, confiscado sus tierras, disipado su dinero, su honor estaba manchado, irritados sus parientes, indignado el público, muerta por último su madre, y la cólera de Dios le amenazaba por todas partes.

¿En que lugar hallaria un asilo? En los brazos de su misericordia, único y verdadero recurso que quedaba á este pecador. Despues de los diferentes obstáculos que puso á los movimientos de la gracia, no le restaba más que volver como el hijo pródigo á la casa de su padre; no le quedaba más que prosternarse á sus piés y decirle con toda la efusion de su corazon: ¡Padre mio, he pecado contra el cielo y contra vos, tened misericordia de mí!— Y no se diga que desprovisto el hermano Moisés de todos los recursos humanos no le quedaba ningun otro partido; esto no es raciocinar con exactitud. Se hallaba todavía en el vigor de su vida, era valiente hasta la temeridad, y un padre y protectores le ofrecian un empleo en la carrera militar. Se hablará más cristianamente si se considera que todo lo bueno y malo que sucede entra en los designios de la Providencia, y que la sabiduría de Dios preside á todos los sucesos ocasionados por el vicio y la virtud. Fué, pues, la enormidad de sus faltas, la necesidad de expiarlas por medio de la penitencia y los consejos de un director ilustrado, los que le decidieron á abandonar el mundo y á elegir la casa más austera de la Iglesia; á su regreso á Nantes sintió nacer en su corazon el deseo del hijo pródigo, cuya licenciosa vida habia imitado en la disipacion de sus bienes, en sus escándalos y en sus desgracias. Su dificultad era encontrar una casa religiosa donde se dignáran recibirle. Se dirige á M. Menaut, cura prior de S. Hilario de Tours, su antiguo amigo y pastor, para contarle el designio que tenia de romper todo comercio con el siglo, y para consultarle sobre la eleccion de un lugar de retiro. Tuvo en un principio alguna inclinacion hácia los capuchinos; habíanle conmovido la austeridad de su vida y su hábito penitente. El prior de S. Hilario le hizo presentes dos cosas: «En primer lugar, le dijo, teneis cerca de cuarenta »años, es demasiado tarde para que estudieis teología; no teneis bastante »ciencia para ser sacerdote; no sereis recibido más que como lego, lo que os »disgustaria. En segundo lugar, como la regla de S. Francisco obliga á ir á »la cuestacion á las ciudades y al campo, os veriais expuesto en el mundo, y »quizá os daria la tentacion de volver á él. Os aconsejo, pues, presentaros »en la Trapa, no hay casa religiosa que os convenga tan bien.» Esta confianza era demasiado séria, y este aviso demasiado grave para no merecer muchas entrevistas. Como este pecador no tenia la menor idea de las constituciones de esta ilustre reforma, consagró el prior cierto tiempo, durante la cuaresma, para explicar sus máximas y prácticas. Tan pronto le manifestaba las santas costumbres de esta dichosa soledad, la austeridad, el fervor, la caridad, la humanidad, la obediencia y todas las virtudes que en ella se ejercen, como le referia la vida y la muerte de muchos eminentes religiosos de esta ilustre abadía, cuya historia se halla en manos del público, y que habiendo vivido como él algunos años en el libertinaje, se habian convertido

en discípulos predilectos de Jesucristo, de manera que su penitencia habia edificado mucho más que escandalizado su desarreglada vida. Deducia de todo este discurso que no habia en la Iglesia retiro más á propósito para expiar los pecados, y que la série de ejercicios que se suceden sin interrupcion, ocuparian tan completamente su vida, que le sostendria en el amor de todos los deberes. Interesábanle estas variadas narraciones; su corazon se enternecia cada vez más por las ventajas que le hacia esperar este pastor, llegando hasta verter lágrimas. ¡Qué fortuna para este hombre que habia hecho verter tantas lágrimas á su madre y á otras familias! No podia cansarse de abrazar á aquel virtuoso sacerdote, de darle gracias porque le ayudaba á renunciar al mundo, á romper todo comercio con los hombres, á elegir aquella soledad para vivir en ella como verdadero penitente. Estas conversaciones no eran infructuosas; producian un secreto bien en su alma y efectos que admiraba el público. Reconciliarse con sus parientes; volver á la amistad de los que habia ofendido sobre la tumba de su madre; mandar decir misas por su descanso; dar limosnas con esta intencion; recomendar que se educára á su sobrino en la santa piedad; confesar que no hay más bienes verdaderos que los de la gracia y la salud; ¿no son estos ya los primeros frutos de una penitencia comenzada, y estos primeros frutos los que deseaba el Señor? La visita que hizo á su tio materno en su casa de campo tiene algo de singular. Este, que ignoraba la conversion de su sobrino, le esperó á pie firme, porque habia amenazado matarle, por haberse negado á socorrerle durante su detencion en el fuerte del Obispo. Sorprendióse agradablemente al oir á su sobrino que no hablaba más que de cosas edificantes, y que se enternecia por la pérdida que habia sufrido de la más virtuosa y la más caritativa de todas las madres. A su regreso á Aviñon, devuelve al abate Roulin su billete de quinientas libras, poniéndole en manos del prior de S. Hilario, amigo comun, y le suplica le obtuviese el perdon de su falta. Despues da cuenta de todos sus pasos al prior de S. Hilario. Este sabio y prudente director, para ayudarle en los progresos de la gracia, decia en sus conversaciones á este pecador ya contrito, todo lo más afectuoso que su caridad podia inspirarle: «Vuestra buena madre, á quien habeis hecho verter tantas lágrimas por vuestro libertinaje, á pesar de los ejemplos de penitencia y de piedad que os ha dado durante su vida, ha pedido á Dios mil veces vuestra conversion; yo era, como sabeis, el depositario de su conciencia y de todos los dolores que vuestro desarreglo y el mal estado de vuestros negocios le han ocasionado. No cesaba, sin embargo, de repetir esta oracion, con el rostro puesto en la tierra, y no pocas veces en mi presencia: «¡Dios mio, no permitais que mi hijo se pierda para siempre! Sí, »Salvador mio, que todos los bienes de la tierra se aniquilen para él; pero no

»le negueis los de vuestra gracia y su salvacion. Que pierda todo lo que po»see en este mundo, siempre que salve su alma. Que muera ántes en su pri»sion (esto decia en la época en que os hallabais en el fuerte del Obispo), »consiento en ello siempre que salga de sus pecados y de sus malos hábitos. »Pido esta gracia á vuestra misericordia, ántes que comparezca en el tribunal »de vuestra justicia.» A esta relacion, el corazon de este hombre á quien habia comenzado á iluminar la gracia, se fundia como si fuese de cera, segun la expresion del profeta Rey. Los suspiros y los sollozos que se le escapaban, animaban al prior de S. Hilario que continuaba su relacion. «Recuerdo que vuestra madre redobló sus oraciones y sus votos durante la enfermedad de que murió. Despues de haber recibido los santos sacramentos con disposiciones dignas de ser imitadas por todos los fieles, sus palabras y sus gemidos se dirigian á vos. Dispuesta á morir se hallaba más ocupada de vuestra salvacion que de la suya. Para consolar á esta mujer virtuosa y resignarla con la voluntad de Dios, le decia yo algunos meses ántes de que muriese: «Madre de dolor, »esperad siempre! No es creible que un hijo por el que habeis vertido tantas »lágrimas, ofrecido tantos votos y oraciones, sea abandonado del Señor. Si »no teneis el consuelo de verle durante vuestra vida contrito y penitente, es »una gracia que el Señor os reserva para el otro mundo. Le vereis quizá en »Jesucristo siendo un santo religioso, un modelo de penitencia. El Salvador »tendrá compasion de él, ha vertido toda su sangre por esta oveja descarria»da; la gloria del Hombre-Dios consiste en manifestar su misericordia. Con»fiad, pues que sois una segunda Mónica, en que vuestro hijo se convertirá »como otro Agustin. Ofreced, pues, á Jesucristo el sacrificio de vuestra vida »para obtener la conversion de este pecador.» Apénas hubo acabado el prior este discurso, cuando todos aquellos objetos á la vez sostenidos por la gracia, derribaron en tierra á aquel hombre ya vacilante. Quiero decir, que se postró en la posicion más humilde y exclamó: «Dios de misericordia, hacedme la misma gracia que á S. Agustin. Mi detestable vida es mil y mil veces mas criminal que la suya; pues no ha habido pecado en el mundo que yo no haya cometido con la más negra malicia que se pueda imaginar, con la más monstruosa de todas las ingratitudes.» Esta última conferencia de piedad fué en la semana santa, época en que la bondad de Dios vierte con más abundancia sus gracias sobre los fieles, á las nueve de la noche, en la iglesia de S. Hilario y á solas, circunstancias que favorecian el curso de sus lágrimas y que daban á sus suspiros una entera libertad. El prior le dejó durante algun tiempo en aquel estado de humillacion. Habiéndole despues ayudado á levantarse, le hizo comprender que la misericordia divina no tiene límites para los que vuelven á ella de buena fe, que si se hallaba resuelto á perseverar en su designio hasta el fin de sus dias, olvidaria el Señor su vida

pasada y le trataria como á David, como á S. Pedro, como á S. Agustin. Permanecieron juntos en la iglesia hasta media noche, hablando del placer que se experimenta en volver á Dios, cuando se ha separado uno una vez de él. Estas conferencias hicieron verter tantas lágrimas á este hombre, que M. Menaut, que dirigia á muchos penitentes hacia ya treinta años, ha confesado despues que no ha visto verterlas nunca en tanta abundancia á ningun penitente como á éste en los quince dias que siguieron á la Pascua. ¡Cuán grande es vuestra compasion, divino Salvador! ¡Cuán tierno es vuestro corazon para la ceguedad de los pecadores! Este hombre escandaloso os ha crucificado de nuevo siempre que ha pecado: vos, sin embargo, superais en misericordia la extension de su depravacion; cuanto más os ha insultado, con tanta más abundancia dejais correr vuestra preciosa sangre sobre su persona, y por un exceso de bondad colmais con vuestros grandes beneficios su alma criminal, en una época en que los cristianos celebran la memoria de vuestra vida en la cruz y de vuestra vida en la gloria, para representarnos sin duda lo que pasa en su interior. Imágenes muy vivas en efecto de los dos estados de este pecador convertido. Cargado de crímenes, era el oprobio de la tierra y el objeto de la cólera del cielo; despojado de sus pecados, va á convertirse en la gloria de sus penitentes y objeto de la alegría de los bienaventurados, porque enterrado con Jesucristo en el tiempo de la pascua, resucita con Jesucristo poco despues. Dichoso el pecador á quien haga Dios la misma gracia. El martes, por último, despues de la octava de Pascua, aquel santo sacerdote, el fiel precursor que habia preparado tan bien el camino del Señor, da á su penitente una carta para el Rdo. P. Abad de la Trapa. Inflama el celo á este nuevo discípulo, parte de la ciudad de Tours, solo y á pie, durante un deshielo, sin despedirse de nadie, y anda cerca de treinta y cinco leguas de camino entre lodo, lluvias, torrentes, piedras, hoyos y fosos para dirigirse á la Trapa. ¿Podrá decirse ya de él que las grandes aguas no apagaron su caridad? ¡Qué grande fué la sorpresa de los superiores que le recibieron á la entrada de la casa, al ver á un hombre de elevada estatura, de una fisonomía espantosa, de una mirada terrible, de rostro largo, estrecho, arqueado, con un aire que manifestaba desde luego todo lo que llevaba en su alma! Vestidos usados, mojados, rotos, manchados hasta las espaldas; las piernas arañadas, los pies ensangrentados. ¡Qué espantoso objeto! Nunca se vió uno semejante en aquella casa, compuesta de muchas naciones de Europa. Declaró el motivo de su viaje, se le presentó al Rdo. P. Abad, que habiéndole examinado durante algunos dias, le recibió á ejercicios con una caridad extraordinaria. En aquella soledad es donde propiamente hace su morada esta reina de las virtudes. Daremos aquí su descripcion, por ser quizá la primera vez que se trata de ella en esta obra, y es muy conveniente,

dice el abad Rancé, á los pecadores para secundar los designios de Dios para su salvacion. Su palacio inspira por su sencillez un santo temor; sus mismas avenidas imprimen un profundo respeto; sus cortesanos, bajo un aire de indiferencia, estan todos llenos de celo. Sus súbditos, en un silencio continuo, descubren con su inviolable fidelidad la medida de sus afectos. Sus enemigos no se atrevian á acercarse por temor de que no les arrebatase su estimacion. Si se les escapa alguna invectiva contra sus costumbres, que aparentan ignorar, les perdonan sin pena todos sus esfuerzos. Una santa emulacion hace pretender á sus súbditos francamente ó en presencia de su soberana, los empleos más humildes de su corte; pero por una delicadeza bien entendida, no los concede más que á sus más activos favoritos. Ninguna intriga, ninguna agitacion turba la paz de aquel pueblo querido del cielo. Aunque los límites de este pequeño reino sean muy estrechos, es una tierra de promision en que no cesa de correr la leche y la miel de la palabra. Y en los alimentos que sirve diariamente, aunque insípidos para todos excepto para sus súbditos, encuentran en ellos un gusto mejor que en el del maná del desierto. ¡Pueblo afortunado que habitas esta tierra de bendicion, no hay verdadero fiel que no envidie tu dicha! El penitente cuya historia escribimos, fué admitido en el número de los súbditos de aquel pequeño reino de la caridad. Encendióse su celo, su fervor en llenar sus deberes fué tan ardiente, que se le creyó digno de tomar el hábito; sintió una alegría tan viva, que no pudiéndola contener su corazon, se le permitió comunicarla á su confidente, el prior de S. Hilario, y dar parte á su familia en la carta siguiente, en que dice el abad Rancé no quiso alterar nada, tanto por respeto á su virtud como por fidelidad á la historia. «No ha sido por olvido por lo que me he »retardado el honor de escribiros, sino por la esperanza que tenia de explicaros el feliz término de mi viaje. Dios me ha hecho la gracia de conducir»me en ocho dias á la abadía de la Trapa, donde el Rdo. P. Abad ha tenido »la caridad de recibirme. He tenido el honor de presentarle vuestra carta, y »habiéndole declarado el designio que tengo de seguir la regla de su casa, »despues de haber postulado algun tiempo, se me hizo la gracia de darme el »hábito el sábado despues de la víspera de la Ascension. Os aseguro que »no en vano se halla extendida por todo el universo la santa repu»tacion de esta abadía; es un paraíso terrestre en que reinan y flore»cen continuamente las virtudes, los ejemplos y la santidad. La vida »es más bien de ángeles que de hombres. Encuentro este puerto de salvacion »tan favorable para mi alma, que alabo á Dios por la gracia que me ha he»cho de haberme conducido á un asilo tan saludable. Le suplico me haga »digno de él para conservarme el resto de mis dias.» El resto de esta carta no contiene más que cumplimientos á su familia y comisiones que no inte-

»resan al lector. La termina con estas palabras: «Me alegraria poder enviaros »á decir mi profesion como mi toma de hábito. — Soy vuestro humilde ser»vidor *Fr. Moisés*, novicio de la Trapa. Domingo de Pentecostés, 1704.» Este nuevo solitario acaba de pintarse ya á sí mismo en su carta. Se mira como salvado de un naufragio, como escapado de las manos del demonio; está lleno de reconocimiento para con Dios, porque su bondad infinita le ha llevado al puerto y vertido sobre él los rayos de su gracia. A favor de esta divina luz distingue que tocaba á las puertas del infierno. Siente desde luego la misma impresion que un viajero, que caminando en una noche oscura, se ve de repente á la luz de un relámpago al borde del abismo. Tempestades, oscuridades, precipicios, peligros por todas partes para el hermano Moisés. El trueno de un Dios amenazando déjase oir. La presencia de sus pecados le llena de horror. Está asustado de que marchaba con seguridad hácia la region de la muerte; se estremece de la oscuridad de las tinieblas, que le robaban la luz del Sol de justicia. Iluminado por este primer rayo, comienza por ponerse en gracia con Dios, por recurrir al remedio general que ha establecido el Salvador en su Iglesia. Busca en los pliegues de su conciencia todos los pecados, casi innumerables, que ha cometido ó hecho cometer durante su vida. No tarda en llevar á los pies de su confesor una declaracion humilde y sincera de sus faltas. Se prohibe por cierto tiempo el uso de los sacramentos, que habia ó descuidado, ó desdeñado, ó profanado; acompaña á esta declaracion una resolucion firme y constante de gemir el resto de sus dias. Caido cien veces en el crímen ántes de su retiro, contrito cien veces despues de su retiro, vuelve al tribunal de la penitencia para acusarse de él, y cien veces, aunque absuelto, sus palabras entrecortadas con lágrimas y sollozos no permiten se le pueda oir, y se le manda retirarse. Así con una gracia abundante, un corazon tierno, un cuerpo robusto, un espíritu convencido de sus necesidades y de la profundidad de sus llagas, se entrega todo entero á la penitencia. Ayunar, velar, orar, acostarse en el duro suelo, vivir de legumbres, trabajar en el suelo; el cilicio, la disciplina, la cadena de hierro; nada debilitaba su firmeza. Tanto como habia amado su cuerpo de la manera desarreglada que inspira el mundo, tanto le odiaba ahora con ese santo odio que Jesucristo recomienda á sus discípulos. Se quitó una parte de su alimento, y no se concedia más que lo que la necesidad no podia negarle para impedirle caer desfallecido; de manera que sus superiores se vieron obligados á reprimir su celo demasiado ardiente. Le obligaban por obediencia á tomar un poco de alivio para remediar á males pasajeros; obedecia desde luego. Pero avergonzado de disminuir sus mortificaciones insultaba á su cuerpo, diciéndole con sus maneras duras é impolíticas : «Espera, aguarda unos dias, yo te lo haré pagar con usura; te costará caro;» y cuan-

do se hallaba restablecido añadia : « Ahora ya eres mio, es preciso que me »la pagues; nada de quejas, nada de murmullos por parte tuya, y nada de »cuartel por la mia. Te se ha acariciado en demasía los dias pasados, se »ha tenido demasiado cuidado de ti en el mundo, contemos ahora. Es pre»ciso que pagues los intereses y el capital. Mañana te regalaré con una bue»na cadena; al dia siguiente te acariciaré con una excelente disciplina. Ten»drás una buena comida al otro con un delicioso potaje con sal y agua. No »tengas cuidado : yo me encargo de ti. » Fiel entónces á su promesa, no vacilaba en cumplirla. La cadena, la disciplina, el silicio, el ayuno redoblado, los más penosos trabajos, eran, por decirlo así, los ejecutores de la divina justicia que le obligaban á pagar de una manera desapiadada. Como la moderacion que guardaba en otro tiempo en los placeres era hundirse en ellos sin moderacion, la medida de su amor á la penitencia fué amarla sin medida. Hacíalo hasta con refinamiento, pues tenia un instrumento de mortificacion para cada dia de la semana. Un religioso de la Trapa, á quien sus enfermedades no permitian trabajar en la tierra, se distinguió en la invencion y en la ejecucion de esta clase de instrumentos. Fabricaba con alambre pequeños silicios, cuyas extremidades terminan en puntas muy agudas. Cosiéndolas en un pedazo de tela, traza la figura de todos los instrumentos de la pasion, y las pone en manos del Rdo. P. Abad para ejercitar el celo de los más ardorosos. Habiéndolos visto el hermano Moisés, siente tanta alegría como si hubiera encontrado los más ricos despojos. Los miraba como un pequeño almacen de armas propias para combatir su cuerpo. Los pidió y los obtuvo de todas clases; se servia de ellos segun los dias con grande fervor : hoy la corona de espinas, mañana la cruz, al dia siguiente la lanza ó los clavos. Se los aplicaba en el pecho para tener una idea clara y distinta. He visto la cruz, dice el abad Rancé, es de dos pulgadas y media de ancho por doce de largo; todo se halla cosido en una tela blanca del tamaño de media hoja de papel. Como reservaba para el viernes el manjar más delicado, decia á su cuerpo el jueves por la noche : « Mañana, mañana, te regalaré bien; te preparo una cosa muy exquisita. » Se quejaba algunas veces al Rdo. P. Abad de que aquellas puntas no eran buenas, y que se doblaban contra su malhadada piel. Si fuera posible explicar el tono sencillo que acompañaba á sus quejas, se daria un gran realce á su historia; pero como el asunto es imposible, pues la elocuencia no sabe pintar los sonidos como tampoco la pintura los movimientos, es preciso que la imaginacion del lector supla en todas las partes donde habla. Reconocerán los sabios del mundo en medio de estas austeridades al preboste de Turena? ¡Que! Aquel furioso, armado siempre de hierro y de fuego para hacer daño, se halla al presente cargado de instrumentos de mortificacion? Aquel voluptuoso, que

buscaba el refinamiento en los placeres, por temor de que el mismo hábito no se los hiciese insípidos, teme no parecer hoy acostumbrarse al mismo género de penitencia, y no sentir con bastante fuerza sus efectos? Quién podrá reconocerle en este estado de abatimiento? Solo los que adoran al Hombre-Dios ultrajado, azotado, coronado de espinas, son los que estan convencidos de que la vida de un penitente es una vida de dolores, y que se necesita ser conforme á Jesucristo padeciendo, para reinar un dia con Jesucristo glorioso. La penitencia establecida para el hombre pecador debe ser exterior é interior. Ayunos, vigilias, maceraciones, esto no es más que el exterior. El espíritu y la voluntad sumisas, las pasiones cautivas, la continua violencia que se hace á los movimientos desarreglados del corazon, es lo que se llama propiamente el alma de la penitencia. Bajo esta idea general se pinta el interior del hermano Moisés: su exterior se hallaba animado de espíritu de compuncion. Suspiraba, lloraba casi en todas partes. La iglesia, el claustro, el dormitorio, todo resonaba con sus sollozos: no habia lugar ninguno en toda la casa que no estuviera evidentemente regado con sus lágrimas. La violencia que hacia á veces para contenerse delante de sus hermanos, le causaba otro género de dolor. Pero en su celda, donde creia que no le oian, daba entera libertad á sus lágrimas y á sus gemidos. Prosternado allí á los pies del Crucifijo, bañaba la tierra con sus lágrimas, con tanta abundancia, que formaban como dos pequeños arroyos, lo que se notó muchas veces cuando le sorprendia otro religioso. Su dolor era la causa de sus lágrimas, como sus lágrimas á su vez necesitaban su dolor. Prestábanse ambos los motivos que les provocaban mútuamente. Su dolor le hacia con frecuencia mezclar sus lágrimas con su bebida; sus lágrimas hacian lanzar rugidos á su dolor como el profeta penitente. Veíanse correr las unas, se oian resonar los otros, y ambos juntos enternecian á los hermanos, hasta el punto de que lloraban con él á veces. Deciasele en vano: «Sois un indiscreto, turbais el reposo de vuestros hermanos.» No comprendia nada de este lenguaje: creia no haber hecho ruido; semejante á un hombre que sale de un profundo sueño, lo habia todo olvidado, se hallaba abismado en el dolor. Esta compuncion era sin duda un don del cielo, pues le duró hasta la muerte. Las sentencias que habia puesto en su celda para tener presente en su memoria la pasion del Salvador, excitaban en su alma afectos tan opuestos, que se le veia de un momento á otro lleno de alegría, consternado de tristeza, temblando de temor, animado de esperanza. Volviendo despues en sí mismo, era preciso que su atencion ahogára todos aquellos movimientos. Las frecuentes aspiraciones, los gritos que se le escapaban, hacian presumir que era de la partida del amor divino, y que el dolor no obraba solo en su alma. Se hubiera dicho en lo sucesivo de este corazon enternecido, que sentia los

efectos de la esposa de los Cantares, cuando habiendo encontrado á su esposo, á quien habia buscado largo tiempo, esclamaba: «Ya he encontrado este divino objeto, no se me escapará ya.» Esta compuncion producia el fervor y ánimo que le llevaban á emprenderlo todo. No se dejaban de secundar estas buenas disposiciones por la grande necesidad que tenia de hacer penitencia. Se le miraba con ménos consideracion que á los demás por esta razon. No se le dispensaba ningun género de trabajo. Era preciso llevar ó mover una carga muy pesada; el hermano Moisés debia hacerlo. Era preciso ocuparse en obras que hacian muy penosas el frio y el calor; se encargaba de ellas al hermano Moisés. Era el hijo mal mirado, destinado siempre á los casos más peligrosos. En cuanto le decia un superior: Hermano mio, ayudadme á esto, haced esto, id á tal lugar, el hermano Moisés partia al instante con la cabeza baja. Cuando al salir del trabajo entraba en su celda bañado todo de sudor, para tomar algunos momentos de reposo, se llenaba de reconvenciones. «Desgraciado, decia á su cuerpo, que me has hecho ofender tanto á Dios; »¿necesitas buscar aún la comodidad? ¡Cadáver corrompido, abismo de ma»les! ¿no sería mejor lanzarte en una cloaca?» Se puede decir que envidiaba la situacion del santo Job, para que estando despojado de todos sus bienes como él, cubierto de llagas como él, pudiera llenarse de úlceras que le hiciesen semejante á Jesucristo azotado, de quien era la figura el paciente Job. Aunque indiferente á todos los trabajos, le agradaban unos más que otros, como si fuese su trabajo favorito, al que se dedicaba con más gusto. Era este el de tirar de una carretilla de estiercol para el jardin ó cualquiera otra parte. Cuando tiraba de ella, parecia aumentarse su placer. Se acordaba entónces de que habiendo vivido en el mundo como el caballo y el mulo, que no tienen inteligencia alguna de las cosas divinas, merecia ser colocado en lugar de las bestias delante del Señor y delante de los hombres. Al verle en tal estado humillar su antiguo orgullo y domar su carne, se notaba en su continente la humildad del pecador condenado al trabajo y la alegría del hombre penitente cuyas penas serán compensadas. El ejemplo de los primeros superiores, al frente siempre de la comunidad en todos los trabajos más humillantes y repugnantes á la naturaleza, era una razon que animaba poderosamente al hermano Moisés á mortificar su carne y á domar su espíritu. Como discípulo de Jesucristo, buscaba los empleos más bajos, los más penosos, los más viles, y como verdadero discípulo de S. Bernardo, comprendió desde luego que la humildad consiste en hacerse indigno de todos los placeres, de todos los honores, en no buscar más que el oprobio y la mortificacion, en desear los desprecios, las afrentas y los sufrimientos. Hubiera referido todos los dias con gusto los más vergonzosos desarreglos de su vida pasada. A un hombre dispuesto de esta manera, el capítulo le sirve de

hermoso campo para obtener la satisfaccion que desea. Todos los términos que empleaba no tendian más que á atraerle la reputacion de un insensato, de un hombre sin virtud. A pesar de los esfuerzos que se hacian para imponerle silencio, descubria siempre algunos sucesos de su vida desarreglada y escandalosa; tratarse á sí mismo de malvado, de ébrio, de impío, eran sus más familiares expresiones. Pero animados siempre sus hermanos de esa caridad que cubre las faltas de su prójimo, se atenian á la bondad de su corazon más bien que á la fuerza de sus palabras. Aunque estaba muy deseoso de oprobios, se moderaba, sin embargo, su celo. No se tomaba nunca ocasion de su vida pasada para humillarle (pues en la Trapa nunca se obra de esta manera), sino solo de sus faltas diarias, en que caia con frecuencia á causa de su poca aptitud y de la falta de destreza para las funciones exteriores. Algunas veces se afectaba el hablarle con dureza y con una especie de indignacion, y con frecuencia se le amenazaba con arrojarle del monasterio. Aun á veces estas palabras iban acompañadas de penitencias, que no eran ménos mortificantes. El hermano Moisés lo sufria todo con una paciencia increible, y con la sincera confesion de que no seria nunca más que un objeto de escándalo para la comunidad. Léjos de excusarse, se confesaba más culpable. Declaraba nuevas faltas para atraerse nuevas reprensiones. Se le hacian reconvenciones, deseaba que se le hiciesen todavía más, pues parecia que era insaciable. Era una especie de combate singular entre el superior que presidia y el hermano Moisés. Aquel le dirigia golpes humillantes, éste no respondia más que con estas palabras: «Es verdad.» El primero acudia á todos los tratamientos más duros recomendados por la regla y establecidos por el uso; el otro, más fecundo todavía, replicaba: «Soy un malvado, un abismo de pecados. Sí, abismo, verdadero abismo, un malvado que merece ser arrojado del monasterio.» Vencido el superior de esta manera, salia del combate lleno de una santa confusion, ó si volvia á tomar las armas, el hermano Moisés hacia se le cayesen de las manos, diciendo: «Si, padre mio, he merecido el infierno cien mil veces; he cometido más pecados que granos de arena hay en el mar.» Era preciso hacerle callar por temor de que á fuerza de edificar no escandalizase. Su manera de expresarse era tan natural y sencilla, que no se podia sospechar doblez ó afectacion, de lo que en efecto era incapaz. «Confieso tambien, dice el abad Rancé, que me es imposible »pintar su carácter; solo diré que se ven algunos vestigios de él cada vez »que se refieren sus propias palabras. A pesar de su sencillez, se acusaba en »términos tan humillantes, con un continente tan contrito y tan penetrado »de lo que decia, con tantas lágrimas y sollozos, que enternecia á la comu»nidad y cortaba la palabra á los superiores: tan conmovidos estaban de una »compuncion tan viva y de una humildad tan profunda.» El año de su novi-

ciado pasó así en la práctica de las virtudes. No faltaba más que una prueba para asegurar á los superiores que le pedia Dios para la Trapa; era conocerle á fondo en una enfermedad, caso de que el Señor se la enviase, porque sirve para juzgar de si un novicio es llamado ó si no tiene vocacion. Veamos cómo este hombre tan robusto es atacado de una penosa enfermedad que le da á conocer enteramente. El mal parecia incurable, era un resto de sus excesos. Tenia las entrañas tan dañadas, que exhalaba un olor capaz de inficionar; lo que le ha hecho confesar muchas veces despues, que sin la caridad de la Trapa no habia ningun recurso para su salvacion, pues su enfermedad era un obstáculo invencible para vivir en comunidad. Con frecuencia hablaba de ella para manifestar su reconocimiento. La Providencia le volvió la salud con un remedio violento. Sin la misericordia de Dios, el hermano Moisés hubiese vuelto al mundo para volver á sus antiguos desórdenes. Pero no lo permitió la bondad del Señor. Fué siempre el mismo, humilde, piadoso, obediente, y lo que es todavía más, paciente y contrito. De manera que por una gracia particular de Dios salió de la enfermería como el oro del crisol, más puro de espíritu y de cuerpo que lo que habia entrado. A pesar de todas estas disposiciones, á pesar de todas estas pruebas tan exactas, hallándose ya próximo á espirar el año de noviciado, ocurrieron dos obstáculos para su profesion; se representó al Rdo. P. Abad que el hermano Moisés, aunque sinceramente convertido, no era un sugeto propio para la religion, porque las leyes de la Iglesia prohiben recibir en el monasterio á gentes cargadas de deudas, por las que se le podria buscar, lo mismo que á las personas de mala reputacion en el público; que el recibir un novicio comprometido en cualquiera de estos dos casos, seria obrar contra la voluntad de Dios, que se manifiesta por las disposiciones de la Iglesia. Parecian tan justas estas razones, que habiendo ido un hombre de mérito á la Trapa algun tiempo despues de su profesion, aseguró que se admiraban en el país de que hubiera sido recibido sin miramiento alguno á estas dificultades, y que se murmuraba públicamente. El Rdo. P. Abad respondió con mucha prudencia y penetracion, que las deudas de este novicio no eran un obstáculo legítimo para su recepcion, porque sus acreedores, que sabian que estaba en la Trapa, no le pedian nada, y que reconociéndole insolvente, estaban convencidos de que seria inútil inquietarle. Añadió que la mala reputacion del hermano Moisés no podia tampoco impedir su recepcion, pues siendo sincera su conversion, su grande penitencia la satisfacia plenamente; que la Trapa se hallaba en posesion hacia cuarenta años de servir de refugio á los grandes pecadores; que habia recibido algunos más disfamados que él, cuya recepcion habia bendecido Dios; que seria muy cruel enviar al mundo á un hombre que se perderia en él infaliblemente, miéntras que se-

gun todas las apariencias se salvaria en la Trapa. Por último, que el caso de este novicio era extraordinario, que en razon de sus circunstancias se hallaba exceptuado de la ley, y que así no podia dispensarse de recibirle, sin embargo de que no se apresuraria para mayor seguridad. Tal fué la resolucion que tomó el Rdo. P. Abad. Retardó cuatro meses la profesion de este novicio. No le agitó ninguna sospecha, ni ninguna inquietud; adoraba la voluntad de Dios en todas las cosas. Espirado el plazo, fué recibido con consentimiento de la comunidad; sobre lo que es notable la circunstancia del tiempo. Habia tomado el hábito el 4 de Mayo, dia de la fiesta de Sta. Mónica, y profesó al año siguiente el 28 de Agosto, dia de la fiesta de S. Agustin, lo que se hizo sin intencion ni designio. El hermano Moisés lo observó por sí mismo un año despues. Así fueron escuchados los votos de su madre, esta segunda Mónica, y recibió su hijo, como S. Agustin, el golpe de gracia de que habia tenido ella presentimiento poco ántes de su muerte. Extremada fué la alegría de este nuevo profeso. Se consagró más que nunca al cuidado del edificio evangélico que habia comenzado á fundar, no sobre arena, sino sobre la firmeza de una roca. Al salir del siglo, el temor y el dolor eligieron el lugar á propósito para construir este edificio; durante su noviciado formaron su plan la sabiduría y el consejo de sus superiores; la penitencia y la humildad del novicio echaron los cimientos; le dieron la mano todas las virtudes para levantarle de la tierra, miéntras la justicia del Todopoderoso presidia á esta obra. Despues de su profesion consolidó la fe sus muros; afirmó la espezanza las columnas; dió la última mano el amor divino, el celo, el fervor, la fidelidad; la observancia de los estatutos sirvió de riqueza y adornos; su espíritu fué el sacerdote, su corazon la víctima y el altar, y la gracia fué la guardiana. No perdió, sin embargo, de vista la justicia de Dios, la enormidad de sus crímenes; y la alta idea que tenia de la majestad divina y del rigor de sus juicios eran objetos que se hallaban siempre presentes á su espíritu. Sabia que no se debe dejar de temer por los pecados, aunque esten expiados, aunque se hallen perdonados. Se creia un insecto vil y rastrero, que habia tenido la audacia de elevarse contra la grandeza del Ser soberano; un temerario, que no habia temido ni su poder ni su justicia; un insensato, que no habia hecho caso alguno del juicio, del infierno, de la eternidad, de la cólera de un Dios vengador, y cuyo soplo hubiera podido aniquilarle á cada paso que daba en el crímen. El peso de estos pensamientos, que llamaron por largo tiempo su atencion, le hubiera anonadado, si la mano de la misericordia no hubiera disminuido su peso. La llamó, pues, en socorro suyo, y se ocupó de las bondades infinitas del Salvador. Se hallaba en el trabajo, en el capítulo, en el refectorio, pensaba más en este divino maestro que en lo que hacia en aquel mismo momento.

Variedad de acciones, diversidad de trabajos, multitud de personas que no podia evitar, nada le alejaba de este objeto tan consolador. Se hallaba tan profundamente conmovido, que repartia su alimento con Jesucristo, pobre en la persona de los que son sus miembros. Durante los siete ú ocho meses de ayuno, no se sirve á la colacion más que dos ó tres onzas de pan seco. El hermano Moises, aunque de un apetito que correspondia á su colosal estatura, tenia todavía que hacer regalos. Cortaba este pan en dos partes, de que no reservaba más que una; la otra la dividia en otras dos, la primera de las cuales destinaba á Jesucristo, y la segunda á sus pobres. Se le manifestó que en vez de abstenerse y repartir el pan, debia tomar más de lo que se sirve á los otros, á causa de su corpulencia. Despues se le preguntó por qué partia su pan en tres pedazos. Respondió, que pues se habia enriquecido á expensas de Jesucristo y de sus miembros, á quienes habia robado con tanta frecuencia, era justo que los alimentase entónces con su sustento. ¿No se podrá decir que aquellos dos últimos pedazos de pan merecen los mismos elogios que los dos denarios de aquella mujer de que se habla en el Evangelio? Lo que debe admirarse más en la aplicacion continua al hermano Moisés, es que todo pasaba en él sin dificultad, sin arte, sin método, por el puro efecto de un santo hábito que habia formado la gracia en su corazon. Confesó algunas veces con la sencillez de un niño esa perpétua atencion, en lo que no se necesita creerle sobre su palabra, pues su conducta es la mejor garantía. Parecia en todo consagrado á un determinado pensamiento, recogido, sério, modesto y con los ojos bajos. De esta grande atencion á Dios nacia naturalmente su union con este Ser Supremo, y su oracion interior que no interrumpia casi nunca. Suplicaba al Señor en todas partes, como le adoran los ángeles en todos los lugares. Llevaba consigo su oratorio en que se encerraba sin ser apercibido más que del Padre celestial. Como esos espíritus bienaventurados gozan en todas partes de la presencia del Señor, el campo, el claustro, el dormitorio, el refectorio le servian como otras tantas iglesias en que no cesaba de adorar á Dios. Hasta sus lecturas se convertian en oraciones y meditaciones. Hallaba tanto gusto en leer las acciones y las máximas de Jesucristo en el Evangelio, que se detenia en cada línea sin querer ir más lejos; las que eran para él otros tantos altares en que su fe inmolaba á su razon, en que se enternecia por reconocimiento sobre la bondad del Salvador. Un solo capítulo le detenia ocho dias, sin que le fuera posible adelantar, porque á cada paso adoraba, bendecia, daba gracias á Jesucristo ó se ocupaba de las maravillas que ha operado Dios por este divino Salvador: estas reflexiones y estos actos le consumian todo el tiempo. Dios de grandeza y de majestad, puede ser que un hombre sin literatura guste en los libros sagrados de suavidades y dulzuras que los soberbios, por doctos que sean, no podrian

descubrir? Señor, que habitais una luz inaccesible á la vana curiosidad de los sabios, comprendo por este ejemplo que habeis ocultado vuestros misterios á los sabios del siglo, que no se los habeis revelado más que á los pequeños, y que vuestro santo espíritu no reposa con complacencia sino sobre las almas que son verdaderamente humildes. Si el hermano Moisés oraba con una atencion continua en todos tiempos, en todos lugares, puede calcularse cuál seria su fervor durante el oficio divino. Allí era donde su espíritu y su corazon, enteramente vacíos de los afectos de la tierra, se llenaban de las gracias del cielo. Despues, como dos vasos sagrados y llenos de un perfume que quemaba su reconocimiento delante de Dios, la efusion de su alma por nuestros misterios, la alegría de su corazon por el adorable sacrificio, le tenian tan recogido que le hubieran dicho que no habia en el mundo nadie más que Dios y él. De ahí esa fe viva que le decia interiormente que asisten los ángeles al divino sacrificio de nuestros altares para adorar á Jesucristo, y que se hallan dispuestos á aniquilarse, si lo exigiese, para reparar los ultrajes que hacen los libertinos á la gloria de este Hombre-Dios: esta fe viva que le hacia unir los actos de sus adoraciones al culto que le rinden esos espíritus bienaventurados, á fin de suplir con su respeto la imperfeccion de sus homenajes. De aquí aquel profundo recogimiento que edificaba á todos los que le veian cuando se acercaba á la adorable Eucaristía, ó adoraba á nuestro Señor manifiesto en el altar durante la Misa mayor. Se apoderaba entónces un silencio profundo de todos sus sentidos. Se hubiera dicho que la majestad del Hombre-Dios le habia abismado en el centro de la tierra. El respetuoso espanto que le inspiraba su divina presencia, le hacia entrar en cierto modo en la nada, para dejar á la corte celestial y á sus hermanos, que creia ser ángeles, el derecho de adorarle, invocarle y publicar sus maravillas; homenajes que un pecador debe reputarse siempre indigno de hacerle, y cuyos actos no debe omitir nunca á pesar de su indignidad. Tales eran las disposiciones de este virtuoso solitario en el templo del Señor. En particular no podia recitar más que dos ó tres salmos cada dia; lo hacia con tanta uncion que cada versículo era para él una gota de esencia que le perfumaba por largo tiempo. Reconviniéndole un superior por su lentitud, le dijo: «Si no sacais á vuestros hermanos del purgatorio, recitando el salterio como está mandado para cada religioso que se muere, se deberá tambien dejaros en él cuando os toque vuestro turno. ¿Y cómo podreis satisfacer á los diez salterios que debemos decir todos los años en particular por nuestros amigos, nuestros parientes y nuestros bienhechores?» Replicó que hacia todo lo posible por recitar más; pero que Dios excitaba en su corazon á cada versículo afectos á los que creia debia corresponder. Acostumbrado á esta clase de meditacion no tenia otros libros que la Sagrada Escritura, la *Imitacion de*

Jesucristo y la regla de su Orden. ¿Necesitaba más un hombre á quien el cielo, la tierra y el mismo Dios servian de libro? No queria otra luz para dirigirse en sus lecturas más que las luces de la gracia, ni otra guia que su fe en los lugares oscuros, donde inmolaba sus propios conocimientos á la majestad de Dios. Los hombres son muy insensatos, decia, teniendo el Nuevo Testamento en las manos, en consultar tantos comentarios y paráfrasis. Sean dóciles y fieles en practicar las instrucciones de nuestro divino Maestro; llegarán bien pronto á ser los más sabios de sus discípulos. Debe escuchársele con la disposicion de aquellos primeros cristianos á quienes alimentaba por si mismo con esta palabra de vida; no se sentirá ni indiferencia ni disgusto hácia este alimento delicioso: expresiones y sentimientos dignos de un S. Bernardo. Despues añadia levantando su libro: «Sí, divino Jesus, os protesto que reverencio vuestra palabra tanto como vuestra carne adorable, os adoraré siempre oculto en este volúmen sagrado, tanto como si tuviera la dicha de gozar de vuestra presencia en el cielo: pensamientos y movimientos que confesaria el mismo S. Agustin. El fuego celestial que abrasaba el corazon del hermano Moisés, recibia nuevos aumentos diariamente. Se hallaba tan ocupado del objeto de su amor, que con frecuencia no se apercibia de lo que se hacia en rededor suyo. ¿Tocaba la campana para llamar á algun ejercicio? Se levantaba en el momento para dirigirse al sitio de costumbre, donde permanecia algunas veces inmóvil; tenia oidos y no oia; ojos y no veia. Como la regla del monasterio obliga á abandonarlo todo en el momento en que suena la campana, se le advertia algunas veces que habia quedado más tiempo que el de costumbre en el lugar donde se hallaba en oracion ó meditacion. Humillábase desde luego, pero se veia bien que la voz de Jesucristo, que hablaba á su corazon, reclamaba su atencion entera. Aniquilado siempre en presencia de su Divina Majestad no tenia ojos más que para leer en su libro y para mirar la tierra. Recogido siempre en continua contemplacion de Dios, le hacia distinguir entre los demás, hasta cuando iba al refectorio, donde segun la práctica del monasterio se debe ir con el mayor recogimiento posible, lo mismo que cuando los fieles se acercan á la comunion. Como su corazon no bastaba para la extension de su amor, deseaba multiplicarse para dar más espacio al fuego divino que le devoraba. Hubiera increpado con gusto á todos los pecadores por su insensibilidad, pero pecador él tambien, se creia indigno de llenar una funcion tan respetable. Se contentaba con hacer votos para su conversion. No bastaba el dia á sus oraciones, y consumia una parte de la noche; cuando se acostaba como lo ordena la regla, podia decir con la esposa de los Cantares: *Duermo, Señor, pero mi corazon vela.* Si despertaba, le ocupaba la recitacion de los salmos hasta la hora de maitines. Se formó la costumbre,

que no hubiera interrumpido sin la prohibicion de un superior, que veia sus consecuencias, y que le ordenó únicamente hacer algunos actos de adoracion y de amor en la interrupcion de su reposo y volverse á dormir al instante. Era tan puntual, que si sucedia que se hubiera dejado de adorar á Dios, en el momento mismo en que despertaba, hubiese gemido amargamente, y se acusaba de ello como de un gran pecado. ¿No es justo, decia, ofrecer al Criador que nos ha dado el ser, la vida, el tiempo y que nos promete la eternidad, ofrecerle los primeros momentos de cada dia, el primer suspiro de nuestro corazon, el primer pensamiento de nuestro espíritu, el primer acto de nuestra voluntad: verdaderas primicias de frutos que debemos tambien al Hombre-Dios, nuestro soberano sacerdote? La razon de todas estas gracias proviene de la sabiduría de Dios, que resiste á los soberbios y se comunica á los que son humildes. Cuanto más se abismaba este religioso en la humildad, con mayor profusion le honraba el Señor con sus favores. Ser humilde delante de Dios por conviccion y por espíritu, ser humilde delante de sus hermanos para buscar los empleos más abyectos, humilde á sus propios ojos para sentir el peso de sus pecados y los efectos de su gracia; tales fueron las causas que le merecieron la presencia continua del Señor y todos los beneficios que son sus infalibles consecuencias. Enajenacion, frialdad, desden, su corazon no conocia estos movimientos. El disgusto, los murmullos, la impaciencia, eran términos desconocidos para él. No veia en sus hermanos imperfecciones ni faltas; todo en ellos le parecia bueno, perfecto, excelente. Con los ojos fijos siempre en sus debilidades, cerrados siempre para las del prójimo, no pensaba de los demás nada que no fuese bueno, no veia en sí mismo nada más que lo malo. Practicando asi esta máxima de S. Benito, tomada del Evangelio, confesarse de corazon lo mismo que de boca el último y el menor de todos: *Son santos*, decia cuando hablaba de sus hermanos; *en cuanto á mi no soy más que un miserable.* Inflamábase su ardor cuando tenia que suplir á alguno. En cuanto le decia su superior: Hermano mio, subid al refectorio por uno que está enfermo ú ocupado; abrazaba en seguida las rodillas al superior, le besaba las manos y le respondia: Gracias por el honor, Padre mio, ¡cuán obligado os quedo! Como miraba á Jesucristo en sus hermanos, tenia un doble placer: el uno de aliviar á aquel á quien suplia, el otro de servirle en la persona de los religiosos por aquel doble servicio. No hay expresiones, dice Rancé, para dar una idea exacta del respeto que tenia á sus superiores y de su profunda veneracion al Reverendo P. Abad. Le miraba como el órgano de Dios, por cuya boca daba sus oráculos. Como ocupa en el monasterio el lugar de Jesucristo, y está revestido de su autoridad, el hermano Moisés le escuchaba casi con la misma atencion que hubiera tenido á Jesucristo. Le obedecia con tanta sumision y

prontitud, que si le hubiera mandado arrojarse al agua ó al fuego, es creible que lo hubiese hecho sin vacilar. Era tan viva su fe por la autoridad de los superiores y tan completa su reverencia al P. Abad, que habiendo sufrido durante muchos dias un violento dolor de cabeza, fué á manifestárselo al Rdo. P. Abad, como lo prescribe la regla. Se puso de rodillas delante de él. Entónces el Rdo. P. Abad le hizo la señal de la cruz en la frente, diciéndole: Id, hermano mio, y os curareis. Tuvo fe, creyó tan vivamente, que al instante cesó su dolor y no volvió más. ¿Podia despues de este sensible beneficio dejar de amar la obediencia y la humildad? Las practicó tan perfectamente que se miraba delante de sus hermanos como una bestia de carga, que llevando á espaldas todo lo que se quiere poner en ellas, adelanta, vuelve, retrocede ó se detiene, segun su voluntad. Satisfecho de todo, sumiso á todo, indiferente á todo, el hermano Moisés no se quejaba ni raciocinaba nunca. Seguia con lealtad los consejos de los superiores que le dirigian. Humilde á sus propios ojos, fué recompensado con una gracia cuyos ejemplos son muy raros. Habiéndose amortiguado sus desarreglados movimientos, y estando agonizante en su interior el cuerpo del pecado, el hombre viejo casi no respiraba ya. Agitado en otro tiempo, se hallaba entónces casi tranquilo. Despedazado por sus pasiones, no sentia ya sus ataques. Aquellos torrentes que hicieron tantos destrozos habian cesado ya de correr; apaciguáronse aquellos impetuosos vientos, calmáronse aquellas intestinas revoluciones. Jesucristo ha lanzado de aquella alma legiones de demonios. Poseia en un grado eminente las virtudes cristianas, las virtudes religiosas. Hacia todas sus prácticas con más inclinacion, placer y facilidad que habia seguido el torrente de sus desarreglados movimientos. ¿Os cuesta trabajo, le decian, practicar las austeridades de la Trapa? — No, no, replicaba, no me cuesta trabajo alguno. Todas son tan sencillas y fáciles que me parece no hago penitencia. Un desgraciado como yo, que se ha unido con tanta frecuencia al pecado, necesitaria otro género de vida.» Con semejantes disposiciones, este hombre insensible al desprecio, paciente en los trabajos, temperante y casto, y si puede decirse, añade el autor tantas veces citado, exento como los mismos ángeles de esos primeros movimientos de capricho ó de cólera que se escapan á los más virtuosos en los casos imprevistos, siempre igual, tranquilo siempre, gozaba de una paz tan grande que es difícil tener otra más completa en la tierra. Agitaciones, tentaciones, alternativas de uncion ó de sequedad, desigualdad de humor, transportes de alegría, abatimiento de tristeza, temor, deseo, impaciencia, parece que estos diversos sentimientos se hallaban desterrados de su alma para dejarle gustar la paz que Jesucristo promete á las personas que son humildes, cuando dice: Aprended de mí que soy blando y humilde de corazon, y hallareis el reposo en vuestras

almas. No quiere esto decir que fuese absolutamente insensible; pero amaba, y cuando se ama, todas las penas parecen ligeras. Así, ayunar, velar, orar, trabajar, obedecer, todo lo hacia con alegría porque amaba. Sentia que en su corazon el amor habia tomado el lugar del temor. Su conciencia le daba este testimonio, y por una consecuencia necesaria, la muerte, el juicio y el infierno se podia decir que apénas los temia. Si se le preguntaba: «Hermano mio, ¿no temeis á los demonios? Los demonios, replicaba, no los temo de ninguna manera, ántes bien los miro como insignificantes insectos.» Por qué? Porque habia llegado á un eminente grado de caridad. ¿Qué llevaba, pues, al tribunal de la penitencia? Pues caia en el pecado, pues nadie es impecable en la tierra, y el justo cae siete veces al dia, ¿cuál era, pues, la materia de sus confesiones? Eran de la naturaleza de esas que se pueden revelar despues de la muerte de un penitente, lo mismo que sus virtudes para llenar á los pecadores de una confusion saludable. Sin temor de violar el sello del secreto, publicaré, dice Rancé, lo que se me ha dicho al oido. Todas sus faltas se reducian á quejarse de que no cumplia su regla con todo el fervor que merece, y que no se acercaba á los sacramentos con toda la devocion que debe tener un cristiano. Hé aquí, sin embargo, una falta pública con que creyó que habia escandalizado á la comunidad. Le llamaba un converso que tenia su mismo nombre de Moisés. Tuvo curiosidad de conocerle. Se levantó para mirarle, y apercibiéndose un momento despues de su falta, concibió tanto dolor que al fin del capítulo fué á buscar al Reverendo P. Abad, le suplicó le oyese en confesion, y le protestó que si le negaba esta gracia, no osaria aproximarse á los santos misterios. ¡Qué delicadeza de conciencia! Tomó un mosquito por un camello aquel pecador que se tragaba anteriormente, sin escrúpulo, un camello por un mosquito. Tambien se cita otro de sus pecados sobre la curiosidad. Como todo es grande en la Iglesia á los ojos de un fiel, no hay nada pequeño en el estado monástico á los ojos de un verdadero penitente, así no debe dejar de referirse un hecho que teniendo su grado de mérito, tendrá en el cielo su recompensa. Dos golondrinas edificaron un nido en la celda del hermano Moisés. Se acusó de haber tenido muchas veces curiosidad de mirarle, sin haber, sin embargo, manifestado nunca la tentacion. Con la sencillez de un niño fué á dar parte de esta nueva al Rdo. P. Abad, y le dijo recriminándose: ¿Cómo puede ser que animales tan inocentes quieran habitar con un hombre que ha perseguido á todo el mundo, y que no perdonó nunca ni á la viuda ni al huérfano? Esta tentacion era para él un enemigo doméstico: no podia evitarla. Presentábase todos los dias á su espíritu, y siempre tomaba ocasion de ella para mortificarse. Para vencerla se decia á sí mismo, como lo confió á sus superiores: «Desgraciado pecador, despues del mal uso que has hecho con tanta frecuen-

»cia de tus ojos ¿eres tú quien debe dirigir la vista á esos pájaros que no han »ofendido nunca al Criador, y que le bendicen á su modo durante toda su »vida?» Vencida su curiosidad con estas reflexiones, dejó crecer y partir á toda la cria sin mirarla una sola vez. Preveo, continua el abad Rancé, que ciertos espíritus que no acostumbran á usar género alguno de mortificacion tratarian de puerilidad esta penitencia. Quizá tendrian razon si el hermano Moisés no la hubiese hecho más que de esta manera. Pero sin repetir lo que he dicho para probar lo contrario, si supieran lo que es una comunidad de religiosos exactos hasta en las cosas más pequeñas, en que se expian las faltas más ligeras con postraciones y poner el rostro en tierra, admirarian su atencion á los más pequeños cuidados. Si se supiera que les está prohibido tener la menor diversion en sus celdas ó en otras partes, y que al verlos siempre recogidos en si mismos se les tomaria por ídolos del paganismo que tienen ojos y no ven; se admiraria al ménos lo que no se quiere imitar, y se convendria en que despues del silencio perpétuo, no hay nada mayor ni más propio para favorecer el recogimiento interior, que ojos que cautivan la curiosidad en las menores ocasiones. Tales eran, pues, los pecados del hermano Moisés. Tambien aseguraron el P. Abad y el P. Maestro, confesores suyos, que no hallaban en él materia de absolucion. Confesaron, sin embargo, que vertia por lo comun muchas lágrimas en el confesonario, y que era tan vivo su dolor, que se hubiera dicho que padecia paroxismos, pues perdia la palabra y la respiracion. A éstos sucedian los sollozos. Se le escapaban gritos tan agudos, que era necesario obligarle á retirarse por temor de que causára algun desórden en la iglesia. Si se le preguntaba: ¿No habeis formado algun juicio desventajoso de vuestros hermanos ó de los novicios con motivo de alguna ligereza que se les haya escapado? Respondia: «¡De mis »hermanos! Si son santos que me cubren con su proteccion delante de Dios »para apaciguar su divina cólera; sin sus méritos me anonadaria su justicia.— »¿No teneis pensamientos de complacencia ó de vanidad?—¡Ay! decia, de »dónde podrian nacer? A qué se dirigirian? A la vanidad, yo que soy el »oprobio y el desecho de los hombres; yo que no merezco más que execra»cion!—¿Teneis sin duda distracciones en el coro durante el Oficio divino?— »Es verdad; pero pasan con tanta rapidez como los relámpagos, que se encien»den y se apagan casi en el mismo instante. Los arrojaba de si como se es»pantan las moscas, cuando meciéndose en el cáliz de ciertas flores las asusta »un ligero movimiento de la mano.—¿No sentis ningun movimiento de im»paciencia, de repugnancia ó de disgusto cuando se os reprende por vuestra »pereza ó poca habilidad en los trabajos?—Aun cuando se me tratase como »una bestia estúpida, ¿qué motivo de queja podria formar, pues no podria »saber nada bueno, sino á fuerza de golpes?—¿Comeis quizá con glotonería?

»No he puesto cuidado: entro en el refectorio con disgusto de verme obli»gado á alimentar un gusano.» En efecto, no iba allí más que por necesidad. Se le mandaba con frecuencia tomar más alimento de lo que tomaba: era necesaria una órden expresa para obligarle á comer fruta; aún elegia la más pequeña y echada á perder de toda la que se servia. «Por último, ¿no »teneis deseo de volver al mundo, de vivir entre placeres y en libertad?—No »pienso en ello más que un niño que acaba de nacer. No hago más caso del »mundo y sus vanidades que si no existiese.» Si se recomendaba alguno á sus oraciones le respondia: «¡A mis oraciones! Yo estoy pronto á verter mi sangre por mis hermanos y por todos los cristianos; ¿pero que pida yo por ellos? ¡yo!» y se retiraba lleno de confusion. Respondia siempre con tanta sencillez, que de ningun modo se dejaba de creer proviniese esto del estado de su corazon. Es verdad que el hermano Moisés tenia las mismas disposiciones en su noviciado; pero como se juzga siempre con incertidumbre del fervor de los novicios, cuyo celo es con frecuencia tan equívoco, apénas se tenia cuidado de él. Miéntras que siendo profeso, y apresurando el paso para caminar de virtud en virtud, dió inequívocas seguridades de una conversion sincera, pues entónces llegó á ser un objeto de admiracion para todo el mundo. Por numerosa que fuese la comunidad de la Trapa, no hay nadie que no encontrase en esta religion algo que imitar. Uno de ellos decia en el transporte de su asombro ántes y despues de la muerte de este virtuoso solitario: «Me creeria feliz si hubiera podido despues de treinta años de penitencias »llegar al grado de perfeccion á que ha llegado en tres años el hermano Moi»sés, pero me hallo muy distante de él.» Aunque le hiciese hablar así su humildad, es cierto, sin embargo, que no es posible adquirir tantas virtudes en un siglo con las ordinarias gracias. Si Jesucristo en su pasion fué un divino perfume que se exhalaba delante del trono de su Padre, puede decirse que el penitente que le imita en sus sufrimientos es de buen olor delante de los hombres. Podrá muy bien vivir en la oscuridad, pero el esplendor de sus virtudes no dejará de saltar al exterior. He pintado, dice el abad Rancé, al hermano Moisés bajo esta idea general, y no podia dejarse de admirar á este hombre tan mortificado, que cantaba con un fervor singular, y cuyo recogimiento cuando se acercaba á la sagrada comunion tenia una expresion angelical. Desde el principio de la Misa en que debia comulgar, se hallaba tan penetrado de la grandeza del misterio, que temblaba; pero con ese temor respetuoso natural á los poderes del cielo. Ocupado enteramente de la majestad de Jesucristo, no podia consagrarse á otra cosa. Ya no se le oia cantar, como si hubiera sido aniquilado. Apénas entraba en el santuario, su espanto cedia el lugar al amor. Semejante á un niño lleno de afecto que va á comer á la mesa de su padre, sentia en su corazon movi-

mientos de confianza y de alegría que no se podrian explicar, y gustaba inefables placeres y consuelos. Veíase en su rostro cierto aire de piedad, que provenia de estas disposiciones interiores, y que interesaba á los extraños, que viéndole desde la tribuna querian desde luego conocerle; y cuando sabian su nombre aumentaban su sorpresa. «¿Es este, decian, aquel gran pre»boste, aquel hombre cuyas costumbres eran tan desarregladas? ¡Qué gran»de es la misericordia de Dios! Este cambio solo puede provenir de la mano »del Todopoderoso.» Sucedió una cosa semejante cuando hablándole el Reverendo P. Abad á la puerta de su celda, donde habia un hombre de la primera calidad, el hermano Moisés, que le creia solo, manifestó sus miserias y las gracias del Señor para con él. Mezcló su discurso con tantos suspiros, lágrimas y sollozos, que habiéndolos oido este hombre de primera calidad, exclamó en cuanto hubo partido: «Hé aquí un religioso abismado en la humildad: ¡qué abrasado está en el amor divino! Es un prodigio.» Puede añadirse á esto la autoridad de un ilustre prelado, que no dejaba escapar nada á su penetracion. Hallándose un dia por casualidad el obispo de Seez en la Cartuja en la conferencia de los religiosos, habló de las diferentes maneras en que el Señor se ha manifestado á los hombres; probó que en aquella abadía hacia en pequeño lo que habia hecho en grande en favor de los judíos y cristianos. Descendiendo despues á ejemplos particulares, pintó la fisonomía y el fervor del hermano Moisés en estos términos figurados: «¿Es posible que la misericordia del Señor haya encendido tanto fuego en una zarza erizada de espinas?» Este hermano era todavía más extraordinario en esto. Estimado de todos, no lo percibia. Se le admira, se le honra, miéntras él se cree digno de ser pisoteado; se le considera como un modelo de perfeccion, se mira como un monstruo delante de los hombres, como un abismo de miserias y de iniquidades delante del Señor. Superior en esto á sí mismo, pues es más digno de admiracion el no conocer las virtudes que el poseerlas. Este penitente muerto al mundo, muerto á sí mismo, silencioso en todas las cosas, bastante frecuentado en las materias de salvacion, carecia de expresiones para publicar las maravillas del Señor en su persona, semejante al Profeta que decia: *Venid y escuchad, y os referiré á los que temeis al Señor las gracias de que ha colmado mi alma.* Buscaba ocasiones para hablar con sus superiores, la vivacidad de sus discursos y sus reiterados suspiros marcaban la atencion de su reconocimiento y descubrian un corazon inflamado de amor. Era tan grande la fuerza de este amor, que se notaba la impresion en su cuerpo y en sus hábitos. Creia tener en el pecho una hoguera que le ocasionaba un suave ardor, tan vivo y agradable al mismo tiempo, que excitaba en lo exterior de aquella parte un continuo sudor, de que se hallaba mojado todo su hábito. Como no creia natural este ardor, un dia en que no le sentia, se asustó,

creyendo que Dios le habia abandonado por alguna falta que se habia escapado á su memoria. Habiéndose dirigido entónces al Rdo. P. Abad para descubrirle su pena, fué consolado, y Dios volvió á mandar su acostumbrado calor. De aquí sin duda aquellas palabras inflamadas, y aquellos ardientes suspiros que le eran tan frecuentes. De aquí aquellas conversaciones llenas de amor, y que hubieran quizá dado materia á otras muchas sobre diversos asuntos. De aquí aquella fecundidad de expresiones sobre los beneficios de Jesucristo, y aquella efusion de corazon acompañada de sollozos cuando le dirigia la palabra. No puedo, dice el abad Rancé, dejar de hacer aquí un extracto de las materias de sus conversaciones, en que se descubrirán los caractéres de su ingenio y la bondad de su corazon, aunque no hubiese hecho todavia más que tres años de penitencia, y careciera completamente de estudios. —Vos sois, mi buen Jesus, de quien he recibido las gracias, que nunca podré admirar lo suficiente. Vos habeis manifestado en mí vuestra misericordia. Vos me habeis sacado del fondo del infierno. Vuestra caritativa mano me ha arrancado, sí, arrancado de las garras y de la boca del leon infernal, de ese leon que me iba á devorar y que me arrastraba ya con él en los abismos. ¿Cuánto reconocimiento no os debo por un beneficio tan grande, mi amado Redentor? ¿Pero con qué puedo pagaros, yo que no tengo otro patrimonio que la imperfeccion y el pecado? No puedo ofreceros más que vuestros propios favores, manifestando que habeis ostentado conmigo la grande paciencia con que escuchais á los pecadores, para que estos infractores de vuestros mandamientos tiemblen como yo en presencia de vuestra justicia, vuelvan como yo á los brazos de vuestra misericordia. Me habeis concedido un perdon que no tenia derecho de esperar; ¿si me le habeis concedido á mí, á quién se le negareis? Me habeis buscado aunque rebelde, ingrato é impío; me habeis obligado á volver á Vos, me habeis recibido con tanta ternura como recibe un padre á un niño mimado y bien nacido; á mí, que fuí siempre el más desnaturalizado de todos los hombres para con mis padres, y el más criminal de todos para con vuestra divina majestad.— Tales son los fragmentos de sus conversaciones ó meditaciones, que se han procurado reunir para darlos una forma determinada. Tales son sus propias palabras, en que el espíritu y el corazon hablan á su vez; palabras vacías, sin embargo, del ardor y del celo que recibian de su boca; palabras que pronunciaba con un gesto rudo y extraño, que le habia dado la naturaleza y de que el arte ignora ó desprecia las reglas, que no dejaba sin embargo de causar profunda impresion. Los mismos superiores estaban admirados. Hallaban consuelo á su lado en una época en que procuraba consolarse con ellos. Admiraban los prodigios de Dios en un alma indigna anteriormente de sus beneficios. Aunque de un exterior repugnante,

feo y triste, frecuentaban con placer su compañía. Le escuchaban con respeto, porque se hallaba animado del espíritu de Dios, y el buen olor de sus virtudes encubria la fealdad de su cuerpo y la suciedad de su traje. Despues de tantos pecados expiados con una vida tan penitente y entre tantas virtudes adquiridas en tan poco tiempo, terminó el Señor los dias de su fiel siervo. Lo principal porque se echó de ménos su persona, fué por la edificacion que daba al llenar todos sus deberes. Una vida más larga hubiera dado más ejemplos que imitar, pero la mano de Dios cogió este fruto ya maduro para la eternidad. Ocho dias ántes de que muriese, fué á buscar al Rdo. P. Abad, hallándose en buena salud en la apariencia, pues no faltaba á ningun ejercicio, y cantaba en el coro con su acostumbrado celo. Ya, sin embargo, porque se sintiese algo indispuesto, ó porque le hubiera dado Dios algun presentimiento de su muerte, dijo al Rdo. P. Abad: «Conozco que Dios me llama y que no me queda más que muy poco tiempo de vida. —Si Dios os llama, le contestó el Rdo. P. Abad, esperadlo todo de su misericordia; pero despues de una penitencia tan corta, no os lisonjeeis de ir al cielo sin pasar por el purgatorio. — ¡Ah, Rdo. Padre mio, le replicó, ¿está bien en un hombre como yo pretender este último favor? Sería injusto y Dios es justo. Es preciso que su justicia se ejerza conmigo. ¡Qué gracia! ¡Qué fortuna, si en lugar de precipitarme en los infiernos, como tantas veces lo he merecido, se contenta con enviarme al purgatorio! Sí, mi Rdo. Padre, estaré en el purgatorio hasta el dia del juicio, y más allá si es preciso. Me condenaria con gusto á mí mismo; merezco bien ir allí, pues es necesario sufrir, es preciso satisfacer á la justicia divina.» Cuatro ó cinco dias despues comenzó su enfermedad por una violenta calentura. Aunque su indisposicion parecia todavía ligera, se le llevó sin embargo á la enfermería, donde el Rdo. Padre Abad y los superiores le fueron á visitar constantemente. Tres horas ántes de espirar, le dijo el Rdo. P. Abad que su enfermedad podria tal vez ocasionarle la muerte, á lo que exclamó él: «¡Qué dicha para mí! ¡Qué favor!» Estando un superior á su lado una hora despues, le dijo el hermano Moisés: «Padre mio, me marcho. — ¿Dónde vais? le preguntó el superior. — Voy al cielo. — El P. Maestro entró á verle cerca de media hora ántes de su muerte, y como hablase de la dicha de poseer á Dios: ¡Oh! mi buen Jesus, dijo el enfermo. — ¿Dónde está el buen Jesus? le preguntó el Padre. El hermano Moisés le contestó: Está en mi corazon por el tiempo y la eternidad.» A las seis de la tarde le dejó el enfermero lleno de vigor y de fuerza y sin apariencia alguna de lo que iba á suceder. Volviendo un cuarto de hora despues para darle un remedio, le halló sin movimiento y sin vida, con los ojos y la boca cerrada, como si alguno despues de su muerte le hubiera prestado este caritativo servicio. Fué la fortuna de este ilustre penitente el

morir así pocos dias despues de haber recibido la sagrada Eucaristía. El Señor que le trató siempre con misericordia, le dió una especie de muerte repentina, pero que no puede llamarse imprevista despues de una penitencia muy austera. Síguese de esto que la sabiduría divina quiso ahorrarle la vista de sus pecados, los horrores de la muerte, el temor de los juicios de Dios y los tormentos de la eternidad en los instantes más terribles. Debemos así presumir que los rigores de su penitencia hicieron su muerte muy preciosa á los ojos del Señor. Una persona muy piadosa ha dicho estas palabras acerca de ella: « A pesar del profundo respeto que tengo á los sacramentos »de la Iglesia, si pudiese elegir entre morir sin su socorro, pero con las »mismas disposiciones del hermano Moisés, ó morir en la disposicion en »que ahora me encuentro despues de haber recibido todos los sacramentos, »elegiria sin vacilar una muerte semejante á la de este hermano.» Dios quiso manifestar por sí mismo la misericordia con que le habia juzgado. Pues este hombre, en quien todo fué repugnante, feo y espantoso en su rostro durante su vida, tomó un aire enteramente opuesto despues de su muerte. Apareció con una hermosura que sorprendió á todo el mundo, y se quedó tan bello, que teniendo el aspecto de un hombre dormido, más bien que de un hombre muerto, los que le miraban no podian dejar de admirarle. Tal fué la licenciosa vida del hermano Moisés, preboste provincial de la Turena. Tales fueron su penitente vida y muerte en la abadía de la Trapa. Escandaloso ántes de su profesion, habia sido el oprobio de su familia y la vergüenza de los fieles; penitente despues de su retiro, hizo honor á la religion y á la gracia de Jesucristo. Almas justas, que perseverais en el bien, borrad desde ahora de vuestra memoria pecados que ha olvidado el mismo Dios. ¿Pensais todavía en ellos para condenar á este pecador, á pesar de las virtudes que se os acaban de detallar y que el Señor ha recompensado sin duda? Sabed que Jesucristo prefiere en este mundo y en la eternidad los pecadores convertidos á los justos, que perseverando en la justicia, no le aman con tanto ardor como estos verdaderos penitentes. En cuanto á vosotros, pecadores, si habeis leido la relacion de tantos crímenes expiados, avergonzaos de no reparar los vuestros. Si habeis admirado las maravillas de Dios en este penitente, id á beber en la misma fuente de la misericordia. Todavía no estan secos los torrentes de su gracia; siempre hallareis abiertas las llagas de Jesucristo; os tenderá sin cesar la mano para recibiros, siempre que sigais en su arrepentimiento á este gran pecador, á quien habeis imitado en sus extravíos. ¡Soberano pastor de nuestras almas, concluyo esta historia, dice el abad Rancé, para declarar que mis vigilias serán recompensadas en mucho más de lo que yo puedo esperar, si contribuyen á volver á vuestro rebaño una ó más ovejas extraviadas! — S. B.

PICAZO (Fr. Juan), franciscano de la regular observancia. Este religioso cuya patria se ignora, residia á principios del siglo pasado en el convento de Franciscanos de la ciudad de Alcalá de Henares. Era profesor de sagrada teología y predicador de la Orden. Publicó en el año 1727 la oracion fúnebre pronunciada en las solemnes exequias celebradas por Fr. Francisco Fajardo, de la provincia de Castilla, é igualmente escribió y dió á luz en 1730 en la antedicha ciudad de Alcalá un pequeño opúsculo, titulado *Ejercicio práctico de las virtudes.* —M. B.

PICCADORI (Juan Bautista), superior general de los clérigos regulares menores. Nació en Rietti de una honrada familia, y tomó el hábito á los catorce años de edad, siguiendo en el convento la carrera literaria. Fué encargado por sus superiores de enseñar la teología y la filosofía; y no teniendo aún veinticinco años, se presentó á un concurso abierto en la *Sapienza* (Roma) para obtener una cátedra de moral que se hallaba vacante. Propuesto en primer lugar entre todos los opositores, la obtuvo y desempeñó hasta el fin de sus dias con notable distincion. Desempeñó tambien el cargo de párroco en las iglesias de S. Vicente y Sta. Anastasia: fué calificador del Santo Oficio, consultor del *Index*, miembro del Colegio filosófico y de otras muchas sociedades literarias. Tuvo á su cargo varios negocios importantes en la Orden, de la cual le nombró superior el papa Leon XII en el mes de Setiembre de 1826. Empleó los últimos años de su vida en hacer que floreciesen las letras y las virtudes cristianas en la congregacion de su cargo, y murió el 25 de Diciembre de 1829, á los sesenta y tres años de su edad, en el convento de S. Lorenzo *in Lucina*. Dejó escritas las *Instituciones de Etica ó de Filosofía moral*, y se disponia á publicar las *Instituciones del Derecho de gentes*, cuando la muerte le impidió verificarlo. —M. B.

PICCARDO (Juan), franciscano. Era francés, ignorándose á punto fijo el lugar de su nacimiento, aunque se cree fundadamente por el sobrenombre que tomó debia haber nacido en algun pueblo de la Picardía. Floreció á últimos del siglo XV, y escribió varias obras notables de las que solo se han conservado las siguientes: *Thesaurus theologorum quatuor libros Sententiarum correspondens doctorum et magistrorum in sacra pagina professorum, decisionem complectens resolutive et in pluribus probative modo competentius silogizandi non ignorantibus.* Esta obra fué declarada de suma utilidad en el capítulo general de la Orden celebrado en Mántua el año 1503, y se imprimió en el siguiente. *Apología pro mendicitate et perfectione evangelica opus resolutiones aurearum in libros Aristotelis.* —*Resolutiones aureæ in Schotum, Petrum de Candia et Dorbellum.*—*Subsidium in summam angelicam*; manuscrito que se halla en la Biblioteca Barberina en Roma.—*Notæ in libros S. Bernardi*; impreso en Pavía en 1615, un tomo en fólio.—*Divi Anselmi Archiepisco-*

pus Cantuariensis opera omnia notis illustrata et aliquod novis opusculis adjuncta; Colonia, 1612, en fólio. —M. B.

PICCINARDO (Serafin), italiano. Nació en el año 1634, de una familia distinguida, y fué educado con esmero, manifestando desde niño una grande aficion al estudio y una disposicion asombrosa para las ciencias; adelantó con tanta rapidez, que muy pronto tuvo conocimiento de los más distinguidos autores, consagrándose con especialidad al estudio de las antigüedades. A fin de dedicarse con más sosiego al aumento de su instruccion, determinó apartarse del siglo para asegurarse una existencia tranquila, y al efecto ingresó en la religion de Predicadores, pronunciando sus votos en la ciudad de Bolonia, donde dió principio á los estudios de filosofía y teología. Interin que cursaba estas ciencias, sostuvo varias tésis de filosofía tomística delante de los cardenales Lomellino y Farnesio, legados apostólicos que fueron en Bolonia, y á presencia de un numeroso y escogido auditorio, mereciendo los aplausos de la multitud, y obteniendo el lauro académico en *Artes*, y el nombramiento de profesor de filosofía. Desempeñó esta cátedra por espacio de tres años en Verona y otras ciudades, siendo al mismo tiempo censor y consultor del Santo Oficio. Obtuvo luego una cátedra de teología que sirvió con el más cumplido éxito. En 1666, y por órden del maestro superior Fr. Juan de Merinis, fué promovido al grado de maestro de teología para toda la provincia lombarda, concediéndole los derechos, privilegios y exenciones acostumbrados. Habiéndose divulgado muy pronto por la Italia entera la fama de su buen nombre y sabiduría, el Senado de Venecia le llamó en 1669 para encargarle la explicacion de varias ciencias en la famosa universidad de Pádua; y habiendo aceptado, explicó con singular aplauso y aprovechamiento de sus discípulos, filosofía, moral y metafísica. Tenia Piccinardo una imaginacion tan viva y una fuerza de comprension tan grande, que al punto se enteraba de las cuestiones que le proponian, resolviendo sin demora las mayores dificultades. Su facilidad en expresarse y el suave tono que empleaba, usando de una purísima diccion latina, seducia y arrebataba el ánimo de los oyentes. Su feliz memoria y su pericia en las ciencias y en las antigüedades se revelaba al punto, ora hablando, ora escribiendo. El general de la Orden, Fr. Juan Rocaberti, le volvió á llamar á Bolonia para desempeñar su antigua cátedra de teología, y despues le instó á que pasase á Roma; pero habiendo sido atacado de una grave enfermedad, tuvo precision de marchar á su pueblo natal con objeto de restablecerse. Obtenida su curacion, regresó á Pádua, encargándose de las mismas cátedras que ántes desempeñaba, inaugurando las explicaciones con una elegantísima oracion latina, que causó la admiracion de todos. Escuchábasele con avidez cuando explicaba, porque no solo trataba de la teología y filosofía to-

mística, que eran la base de sus lecciones, sino que adornaba estas ciencias, además de su florido estilo, con innumerables citas y lugares, así de la Sagrada Escritura como de los Santos Padres y de los antiguos autores griegos y hebreos. Permaneció en este terreno enseñando y escribiendo hasta que le sobrevino la muerte. Falleció en la dicha ciudad de Pádua el año 1695, dejando escritas las obras siguientes: *Philosophiæ dogmaticæ peripateticæ christianæ libri novem in patrocinium Aristotelis hac in osores ejusdem. Tom. I continet quatuor libros priores: —I. Apologeticum properipateticus; —II. Analyticum contra Academicam sectam; —III. in Parmenidicam; —IV. in Democritam. In quibus simul nupera opinabilium licentiæ universorum confusio et atomorum inanitas confulatur, et strictim in apocrisim exhibetur præ cæteris Thomæ Campanella, Chrisostome Alagnano, Renato Descartes, Pedro Gassendi, Juan Bautista Van Helmon, Francisco Caro et aliis hujusmodi neotericis in Aristotelem novatoribus labor ex integro. I. Liber præsertim primus omnibus peripateticis utilissimus. II. Philosophiam etiam et canonistis. III. Metaphysicis simul et dialecticis. IV. Phisicis ac Medicis peridoneos ut index subsequens indicabit*; Pádua, 1671, un tomo en 4.° de 451 páginas. Al principio se halla inserta la oracion pronunciada por el autor en el año 1669 al inaugurar sus explicaciones en la universidad de Pádua. — *Apocrisis Seraphicis Piccinardi pro scholasticis permissis, scilicet usque ad aras peripateticæ atomiste perculsi.* Esta obra, segun explica su autor, es una consecuencia precisa de la antecedente: se imprimió en Pádua en 1676, y forma un tomo en 4.° de 428 páginas. — *De approbatione doctrinæ Sancti Thomæ Aquinatis, libri septem tribus comprehensi tomis.* Fué impresa esta obra en Pádua en el año 1683, en tres tomos en 4.° dedicado el 1.° al ilustre Senado de Venecia, y el 2.° y 3.° á los procuradores de S. Márcos, Gerónimo Badasona y Nicolás Beniero. En 1683 tenia ya preparado un curso completo de filosofía y teología, que formaba siete volúmenes; pero desgraciadamente no llegó á publicarse por causas que son desconocidas, y decimos desgraciadamente, porque segun aseguran los que conocieron este trabajo, hubiera sido muy conveniente para desterrar de las escuelas la difusa y hasta perjudicial filosofía antigua, que hacia perder el tiempo en inútiles discusiones á una multitud de lucidos ingenios, con menoscabo de los verdaderos intereses de la ciencia. Tambien escribió un volúmen de poesías latinas ó italianas, que no se han publicado, y cuya existencia se sabe por haberle citado Gregorio Leti en su *Italia regnante*.
M. B.

PICCINOLO (B. Angelo), religioso dominico, cuya memoria celebra su Orden en 6 de Abril. Habíase distinguido extraordinariamente por sus virtudes y milagros, y fué desde luego mirado en su época como un prodigio de penitencia. Asiduo en la oracion, no cesaba de dia ni de noche en elevar

su alma á Dios pidiéndole por la salvacion de las almas y considerándose él tan humilde, que no se atrevia á pedir por sí propio. Sus superiores, que conocian sus virtudes, le emplearon en diferentes cargos, todos los cuales desempeñó con acierto y celo; pero el B. Angelo preferia el retiro de su celda á vivir en medio de unas dignidades que habia rehusado constantemente. Dedicóse así á diferentes obras de caridad, siendo todo para todos y haciéndose acreedor al afecto y consideracion de sus hermanos, á quienes atraia las bendiciones de los pobres y afligidos. Visitaba continuamente los hospitales y servia á los enfermos en todas sus necesidades, esmerándose en cuidar de su alma todavía más que de su cuerpo, recurso de que la tranquilidad de conciencia es el mejor medio para recobrar la salud en los hombres agitados por grandes pasiones. Libre de su abrasado soplo, sabia sin embargo combatirlas hasta calmarlas, y su dulzura y persuasion consiguió con frecuencia triunfos más gloriosos que los más duros y crueles castigos. Ayudábale en esta santa obra la gracia especial que habia recibido de la Providencia, con cuyo auxilio pudo vencer todos los tormentos de la vida en su larga carrera. Así fué que desde entónces el B. Angelo Piccinolo fué mirado como santo, y su muerte considerada como el premio de las dichosas acciones que habia llevado á cabo en la tierra. Corrió el pueblo á ver su cadáver deseando apoderarse de sus restos para reliquias, y fué necesario emplear toda clase de precauciones para evitar los desórdenes que eran frecuentes en estos casos, habiendo, sin embargo, que vestirle diferentes hábitos, quitándoselos despues y repartiéndoselos al pueblo, que se retiró con esto contento y satisfecho. Enterrado con la mayor solemnidad, se hicieron despues varias traslaciones de su cadáver, hallándole siempre entero é incorrupto. La crónica de su Orden asegura que su sepulcro fué ilustrado con diferentes milagros. —S. B.

PICCIONI (Fr. Eusebio). Fué natural de Caller, en la isla de Cerdeña, y perteneció á una familia oriunda de Pisa. Tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de Santa Catalina de esta ciudad, donde hizo sus estudios y obtuvo el lauro académico. Vuelto á su patria, dirigió por algunos años la cátedra de prima de teología en la universidad de Caller, y por su elocuencia mística fué nombrado misionero apostólico y recorrió con este carácter toda la isla de Cerdeña. A causa de su completísima instruccion y de su genio apacible y conciliador, fué encargado por el gobierno en su país de desempeñar varias é importantes cómisiones. Se ignora el año y punto de su muerte; pero vivia por el de 1676, segun consta del siguiente opúsculo que publicó en idioma italiano. *Coloquio entre Jesucristo nuestro Señor y el B. Enrique Suson, del Orden de Predicadores, sacado de su vida y obras espirituales y nuevamente impreso por el P. M. Fr. Eusebio Piccion, oriundo*

de Pisa y natural de Caller, del mismo Orden, y hoy maestro de prima en la principal universidad de Caller, misionero apostólico régio en todo el reino de Cerdeña é hijo del convento de Santa Catalina vírgen y mártir de la magnífica ciudad de Pisa; Luca, 1676.— M. B.

PICCOLOMINI. Este célebre Cardenal, más conocido con el nombre de Santiago Amanati, y que tan célebre aparece en la historia literaria de Italia en el siglo XV, nació en Luca en 1422. Inclinado al estudio desde niño, no tardó en dar pruebas de capacidad, y cuando ya instruido en los primeros pasos del saber humano, estuvo en disposicion de empezar la parte sublime de su instruccion, fué mandado á Florencia, en donde tuvo la dicha de que fuesen sus maestros Cárlos y Leonardo de Arezzo, el anciano Guarino de Verona, y Gianozzo Manetí. Luego que volvió á Roma en 1450, el cardenal Capranica le nombró su secretario, en cuya clase estuvo durante muchos años con tal estrechez que parecia un mendigo. Sacóle de tan miserable estado el pontífice Calixto III, que le nombró su secretario apostólico, en cuyo destino tuvo lugar de dar á conocer su talento y sus vastos conocimientos. Subiendo á la silla de S. Pedro el papa Pio II, le cobró tanta aficion, que adoptándole como miembro de su familia, le dió el nombre de Piccolomini, que era el de esta, y no contento con hacerle obispo de Pavía en 1460, veinte meses despues le creó cardenal, por lo que se le llamó por el vulgo el cardenal de Pavía. Ménos favorecido fué Piccolomini en el pontificado de Paulo II; pero volvió á la gracia de la Santa Sede en el de Sixto IV, cuyo papa le nombró legado de Perusa y de la Umbría, obispo de Tusculum y despues de Luca. Cayendo enfermo este cardenal en 1479, tuvo la desgracia de que le asistiese un médico tan ignorante, que le hizo tomar un narcótico tan fuerte que en pocas horas le sumergió en el profundo sueño de la muerte. Este sabio príncipe de la Iglesia católica dejó en sus obras pruebas de su capacidad literaria, que vamos á exponer para su gloria. Continuó en sus *Comentarios* la historia de su época, empezada á escribir por el papa Pio II, tomando esta historia desde el dia 18 de Junio de 1464 hasta 6 de Diciembre de 1469; el estilo, en obsequio á la verdad, debemos decir que es ménos elegante, pero por otra parte tiene, como las obras de Pio II, las esenciales cualidades de la historia. Esta obra se imprimió por la primera vez en Milan en 1506 con setecientas ochenta y dos cartas, unas del mismo autor, y las otras dirigidas á este, y además la vida del cardenal escrita por Santiago Volterra que habia sido su secretario, apareciendo la edicion con privilegio de Luis XII, rey de Francia, que entónces era duque de Milan. Despues del privilegio se encuentra una carta del cardenal de Pavía al cardenal Jorge de Amboise, ministro del Rey, en la que le dice que ha reunido los *Comentarios* á las *Cartas* para dedicarle en una ambas

obras; pero esta fué una invencion del editor, que pretendió de este modo lisonjear al cardenal Amboise, pues que este no obtuvo el capelo sino diez y nueve años despues de la muerte del cardenal de Pavía Santiago Amanati. Piccolomini habia compuesto otras obras que han quedado inéditas ó que se han perdido y estas fueron, segun Ginguerse en su biografía, las siguientes: *Vida de los Papas*, obra que se perdió ú ocultó aun viviendo el autor sin que haya vuelto á aparecer. *La Legacion del cardenal Capranica á Génova.—Comentarios sobre la Historia universal* de su tiempo, diferentes de los impresos. — Tratado *De officio Summi Pontificis et Cardinalium*, que cuenta el P. Labbé entre los manuscritos de la Real Biblioteca de París.— *Homilías, arengas y oraciones pronunciadas en público*. Compuso tambien este Cardenal versos latinos como se ve en algunos fragmentos de sus *Cartas*, teniéndosele en esta parte como poeta ménos dulce que ingenioso, pero siempre de buen sentido. —B. C.

PICCOLOMINI (Ambrosio). La familia italiana Piccolomini es originaria de Roma y se estableció en Siena en el siglo VIII, en donde tuvo parte en el gobierno de la república. Silvio Piccolomini, que de su mujer, Montania Scali tuvo por hijos á Silvio que le sucedió; á Odelina, que casó con Luis Vitelli, y á Bartolomea Piccolomini, que casó con Nicolás Loli; tuvo por nieto al hijo de éste Gregorio Loli, el cual fué tan querido secretario del pontífice Pio II, que le adoptó en la familia de Piccolomini, cuyo apellido tomó su posteridad, en la que se cuenta al papa Pio III. Ambrosio, de quien tratamos, fué hijo de Juan Piccolomini de Aragon, príncipe de Val-Real y de Leonora Lofredi, hermana de Marco Antonio III, último príncipe de Maida, duque de Laconia. Fué Ambrosio abad de Olivet y se ignora la fecha de su nacimiento y de su muerte: tuvo un hermano llamado Domingo, que fué religioso teatino. — A. C.

PICCOLOMINI (Ascanio). Sabio prelado italiano. Se hizo célebre en su juventud tanto por sus talentos como por su virtud y su celo en fomentar la pureza é integridad de la disciplina eclesiástica. Nombrado en 1579 coadjutor del arzobispo de Siena, obtuvo en propiedad la silla en 1588. Ocupóse hasta su muerte, ocurrida en 1597, en hacer útiles reglamentos para la administracion de su diócesis. Fué miembro de la Academia de la Crusca, bajo el nombre de *Offerto*. Publicó una edicion de las *Memorias de Eneas Silvio* (Pio II) en 1584 en Roma, y en 1594 dió á luz en Siena, bajo el nombre de *Juan Gobelin* una coleccion de poesías. De todas las obras que dejó escritas solo se ha impreso la siguiente: *Avertimenti civili extracti da sei primi libri di Cornelio Tacito*. Este libro impreso en Florencia el año 1609 va precedido de la vida del autor, escrita por Daniel de la Ermita. Fué hijo este prelado de Silvio Piccolomini, señor de Sticiano, gran prior de Pisa, que dis-

tinguiéndose en las armas, fué muy considerado por Fernando de Médicis, gran duque de Toscana, que le hizo su gentilhombre, y de Violante Gerini. Hay autores que ponen su muerte ya en el siglo XVII, y que dicen que fué en 1629, cuando sucedió en la silla de Siena á su tio, de este mismo nombre, que habia sido arzobispo de Rodas y que habia muerto en 1597. Nosotros creemos que en vez de un prelado que aquí aparece son dos, tio y sobrino de un mismo nombre, y así aparecen en bastantes *Diccionarios biográficos*. M. B.

PICCOLOMINI (Bernardo). Este prelado fué hijo de Andrés Tudeschini Piccolomini, hermano del papa Pio III y de Inés Farnesio, del que solo se sabe que fué hermano del cardenal Juan de esta ilustre familia, y obispo de Teramo en el Abruzo y despues de Sessa.—A. C.

PICCOLOMINI (Celio). Nació en Siena el año 1609. Fué hijo de Alejandro Piccolomini y de Lucrecia Ugurgieri. Dedicado á la Iglesia, á cuyo fin hizo sus estudios, se ordenó de sacerdote, y ya en esta clase fué nombrado arzobispo de Cesaréa, en cuya categoría fué á Francia de nuncio apostólico. De esta corte volvió á Roma en donde se le dió el empleo de secretario de Breves, y por último el pontífice Alejandro VII en 1664 le creó cardenal de la santa Iglesia católica y arzobispo de Siena en 1671. Murió este príncipe de la Iglesia el 24 de Mayo de 1681 á la edad de setenta y dos años.—A. C.

PICCOLOMINI (Francisco). Fué natural de Siena en Italia, y perteneció á la noble familia que tantos varones célebres dió á la Iglesia y al Estado. Entró muy jóven en la Compañía de Jesus, y enseñó la filosofía en el Colegio Romano, sacando muy aventajados discípulos, entre ellos al famoso Juan Berchmannum. Fué despues catedrático de teología escolástica, y desempeñó el cargo de secretario de la Compañía. Obtuvo el nombramiento de visitador para la provincia de Sicilia, desempeñando igual destino en Milan, donde se cree murió sin que conste el año. Publicó en Roma en 1640 un *sermon de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo*, que habia predicado en 1620 delante del pontífice Paulo V.— M. B.

PICCOLOMINI (Juan Todeschini). Nació el 4 de Octubre de 1475 en Castiglione, siendo hijo del señor de esta ciudad, hermano del papa Pio III, nieto de Nanné Tadeschini y de Laudamia Piccolomini, señor tambien de la Pescaria y de la isla de Giglio, capitan del pueblo armado de Siena en 1489, y su madre Inés, hija de Gabriel Francisco Farnesio. Fué Juan arzobispo de Siena en 1503 y creado cardenal en 1517, alcanzando el puesto de decano del Sacro Colegio de Cardenales, en el que murió el dia 21 de Noviembre de 1537. —A. C.

PICONI (Fr. Bernardino), capuchino. Fué natural de Francia y muy probablemente de Paris; pues en el convento de esta ciudad tomó el hábito y

siguió los estudios llegando á ser en el mismo lector ó catedrático de sagrada teología. Desempeñó el cargo de ministro provincial de su Orden, y descolló por su conocimiento en las divinas letras. Dió á luz las luminosas obras siguientes, que citan con grande elogio los bibliógrafos de la religion. *In epistolas D. Pauli triplex expositio, nempe annalytica paraphrastica litteralis;* Paris, 1703, en fólio. Tambien publicó en francés el compendio de la antedicha obra en tres volúmenes en 12.°, impresos en Paris en 1706 y repetidos en 1714. Escribió, por último, otra obra titulada: *Expositionem evangeliorum tripartitam*, de la cual hablan con mucho elogio las *Memorias de los sabios* de Treboux, correspondientes al año de 1710. —M. B.

PICENO (Angelo de). Era natural de la ciudad de dicho título, en la Marca de Ancona, y tomó el hábito de la Orden de S. Francisco en el convento de San Antonio de Rietti, donde vivia por el año 1595. Perteneció á la clase de los legos, pero fué tanta la perfeccion que adquiriera con su ejemplarísima vida y su virtud tan extremada, que con notable asombro de su tiempo se vió que casi no estaba sujeto á la mayor parte de las necesidades que aquejan á la triste humanidad; por lo cual se creyó, segun dicen los cronistas de su Orden, que pudiera ser el espíritu de un ángel encerrado en el cuerpo de un hombre, idea confirmada por su santísima muerte y por la vision que tuvieron algunas religiosas del convento de Santa Clara de la misma el dia de su fallecimiento, en que vieron ascender al cielo su purísima alma. Ocurrió su feliz tránsito el dia 17 de Junio, sin que conste el año, en cuyo dia hace mencion de él el Martirologio de la Orden.—M. B.

PICENO (Fr. Antonio de), franciscano. Fué natural de la ciudad de su sobrenombre en la Marca de Ancona, Estados Pontificios, y perteneció á la órden de los Menores Franciscanos, floreciendo por el año de 1480. Hízose notable por su claro ingenio y disposicion para la poesía, lo cual le hizo colocarse en un ventajoso lugar entre los más célebres poetas de su tiempo. Escribió una obra en elegantes versos latinos sobre Dante Alighieri, cuya obra, que segun los bibliógrafos de la Orden era notable por la erudicion con que se hallaba escrita y por las sanas máximas que contenia, es completamente ignorada en estos tiempos, creyéndose con sobrado fundamento que se ha perdido ó que no llegó á imprimirse.— M. B.

PICENO (Marcos de). Era natural de la ciudad de aquel título, y ántes de entrar en la religion profesaba la medicina con el título de doctor, y se hallaba ligado con los vínculos del matrimonio. Deseando asegurar su salvacion, huyendo de las peligrosas vanidades del mundo, logró persuadir á su esposa que hiciera lo mismo; y abandonando los negocios domésticos, tomó ésta el velo en el convento de Sta. Clara de la ciudad de Ascoli, y él recibió el hábito de los Menores Franciscanos en el monasterio de Fabriano, esme-

rándose en ser un modelo de virtud y penitencia, ejercitándose en la continua oracion y en la práctica de la caridad. Desempeñó el cargo de guardian en el convento de Piceno; pero su celo por la salvacion de las almas le hizo abandonar este empleo y recorrer toda la Italia, ilustrándola con sus sermones, y persuadiendo al pueblo con la eficacia de sus palabras á practicar la misericordia en favor de los pobres desvalidos, que hallaron en Fr. Marcos su padre y su providencia por espacio de cuarenta años que ejerció con grande piedad el ministerio de la predicacion. Fué amigo y compañero del V. Fr. Jacobo de la Marca, y estuvo dotado del don de profecía, habiendo predicho el dia de su muerte. Hallándose en el convento de Vicenza la víspera de la dominica de Pasion, tomó por su voluntad los santos sacramentos que la Iglesia administra á los moribundos, aunque él parecia hallarse muy sano. En seguida que los tomó púsose á leer en voz alta la pasion de nuestro Señor Jesucristo; y cuando llegó á aquellas palabra *Et inclinato capite emisit spiritum*, bajó su cabeza y entregó el alma al Señor con la mayor tranquilidad el dia 19 de Marzo de 1496. Su cuerpo fué sepultado en el convento de S. Blas de la dicha ciudad de Vicenza, donde se tenia en mucha veneracion, la que se aumentaba cada dia por los continuos milagros que se obraron en su sepulcro, y que constaban en las ofrendas y elocuentes versos con que el agradecido pueblo conmemoraba los beneficios recibidos.— M. B.

PICENO (Fr. Pacífico). Este siervo de Dios era natural de la ciudad de Piceno en la Marca de Ancona, de donde tomó el sobrenombre. En su juventud fué tan esclarecido poeta, que comunmente le apellidaban *el rey de los versos*, y mereció por sus obras que el emperador Federico II le agraciase con el lauro de la poesía. Habiendo oido hablar de las virtudes y milagros de S. Francisco de Asís, entró en deseos de verle y oirle; y marchando á Ancona, fué á una iglesia donde el Santo predicaba, y estando oyéndole se quedó elevado, presentándosele en el cielo una vision en la que aparecian dos espadas puestas en forma de cruz y cercadas de rayos resplandecientes, cuya vision le dejó absorto y confundido; y habiéndose acercado á S. Francisco á pedirle la explicacion del prodigio, supo que aquellas espadas significaban la ira divina de la eterna justicia pronta á caer sobre los culpables pecadores; pero que se cruzaban en señal de misericordia, porque el brazo de Dios quedaba desarmado con las oraciones de sus siervos. En vista de tal explicacion determinó abandonar el mundo, y recibió el hábito de los Menores Franciscanos de manos del santo fundador, el cual le impuso el nombre de Pacífico, atendiendo á que huia del bullicio del mundo para buscar al Señor en el retiro de los claustros y en la paz de la vida religiosa. Tuvo lugar su conversion en el año 1212, siendo Fr. Pacífico tan favorecido en apariciones sobrenaturales, que en muchas ocasiones vió sobre la frente del

seráfico Padre el grande y simbólico signo del Thau, que con variedad de colores adornaba cuando aparecia su venerable semblante. Habiendo ido en compañía de S. Francisco á Treviso, entraron en la iglesia de S. Pedro de Bevanio, donde le dijo el Patriarca que queria pasar la noche orando y que le dejase solo. Fr. Pacífico obedeció y fué á pedir hospitalidad al refugio de los leprosos. A la mañana siguiente volvió á la iglesia; y como hallase aún al seráfico Padre orando delante del altar, púsose él tambien en oracion cerca del coro á fin de poderle ver. Pero en empezando á orar fué Fr. Pacífico arrebatado del espíritu al cielo, donde vió muchas sillas vacías, siéndole revelado que aquellos asientos eran los que habian dejado vacantes los ángeles rebeldes cuando fueron precipitados al abismo, y se hallaban destinados para los humildes de corazon, debiendo S. Francisco por la humildad y la inocencia de su vida ocupar el asiento de que fuera lanzado el soberbio Lucifer. Cuando Fr. Pacífico explicó la vision al Santo, éste quedó confuso por ver que merecia tanto crédito de bondad, y dijo al entusiasta religioso: «¿Cómo podrá ser eso que me dices, hermano mio, siendo yo el hombre más pecador de todo el mundo?» Debiendo el seráfico Patriarca en 1216 enviar varios compañeros suyos á diversos puntos del mundo á predicar y promover su instituto, fué elegido Fr. Pacífico para marchar á Francia en compañía de otros varios, siendo nombrado despues que obtuvieron licencia de fundar un convento en París ministro provincial, y siendo el primero que desempeñó este cargo en las Galias, cuyo destino sirvió con el mayor celo é inteligencia, gobernando la provincia hasta su muerte; y despues de haber observado una ejemplarísima vida y de propagar la Orden, fundando varios monasterios, descansó en el Señor en el convento de Sens el dia 10 de Julio de 1219, siendo enterrado en dicho convento en un sepulcro aparte, sobre cuya lápida se esculpieron las palabras siguientes: *Bajo esta piedra se hallan guardados los sacros huesos del B. Pacífico, de la Orden de los Menores, que fué el primer ministro de la misma en Francia.*—M. B.

PICERLIO (Fr. Ricardo), franciscano. Fué natural de la ciudad de Rietti, en Italia, y tomó el hábito de la regular observancia de S. Francisco en la ciudad de Nápoles. Fué muy notable por su disposicion para la música, la que cultivó con notable éxito; floreció á mediados del siglo XVII, y escribió y publicó en 1630 un tratado en idioma italiano bajo el siguiente título: *Espejo primero y segundo de la música.* —M. B.

PICH (Fr. Berengario), del órden de la Merced. Era natural de Cataluña y pertenecia á la ilustre familia de aquel apellido que produjo la rama aragonesa, conocida por el de Pin, y cuyos individuos eran infanzones del reino. Tomó el hábito de nuestra Señora de la Merced en la ciudad de Barcelona, y por su virtud, piedad y sabiduría mereció obtener el distinguido car-

go de superior en el convento de Játiva, donde florecia por los años de 1317. — M. B.

PICHARDO (Fr. Francisco). Fué natural de la ciudad de París, y habiendo tomado el hábito de la Orden de los Menores Observantes, siguió los estudios, saliendo muy notable en el conocimiento de la filosofía, sagrada Escritura y teología. Fué graduado de doctor en la famosa universidad de la Sorbona, y dedicándose á la carrera del púlpito y á la produccion de varias obras, alcanzó muy grande fama. Escribió unas *Enarraciones sobre los Evangelios*, de las que hablan con elogio los bibliógrafos de su Religion. Ignórase el punto y época de su muerte. — M. B.

PICHEREL (Pedro). Moreri en su *Gran Diccionario histórico y geográfico* nos da noticias de este sabio eclesiástico del siglo XVI, al que alaba extraordinariamente Mr. de Thou, considerándole como uno de los más célebres de su época, y de la propia opinion fué Teodoro de Bese, á pesar de estar imbuido en los errores de Calvino. Nació Picherel cerca de Ferté-sous-Jonare, en Brie, y fué sacerdote tan instruido que sabia como su lengua patria el griego, el hebreo y el latin. Colomies ha dado á Picherel un puesto distinguido en su *Francia Oriental*, y cuenta de él Mr. Thou, que cuando regresó de Suecia fué á verle, y que áun cuando ya contaba setenta y nueve años de edad, estudiaba aún catorce horas por dia. Murió este estudioso eclesiástico en 1590 en un pequeño priorato de la abadía de Essomes, de la cual dice era monje el P. Lelong en su *Biblioteca Sagrada*. Algunos protestantes han pretendido hacerle pasar por correligionario suyo, pero lo desmienten sus obras. Andrés Rivet, teólogo de Leyden, recogió sus *Opúsculos teológicos* escritos en latin, y los imprimió en 12.° en Leyden, en 1629; lo que lamenta Mr. Colomies en su *Biblioteca escogida*, por lo desfigurados que se publicaron. Picherel compuso tambien otras obras sobre la Santa Escritura, de las que, entre otras, se ha impreso la titulada *In Cosmopoëiam ex quinque primis Genesees capitibus paraphrasis*; París, 1579, en 4.°—A. C.

PICHET (Fr. Pedro). Este religioso del órden de S. Francisco pertenecia al convento de Sta. María Magdalena de la ciudad de Falecia, en la Normandía, y era un célebre predicador por los años 1561. Cuando los herejes calvinistas se apoderaron de esta ciudad, instigados por su mortal odio á la fe católica, derribaron el convento y aprisionaron á varios religiosos, á quienes con halagos y amenazas procuraban apartar de la creencia verdadera y reducirlos á sus perversas doctrinas; pero hallándolos firmes é invariables, los condenaban á morir en espantosos suplicios, facilitándoles de este modo la corona del martirio. A Fr. Pedro Pichet, por su cualidad de orador sagrado, le hicieron sufrir mayores tormentos; pues habiéndole llevado á la plaza pública, le tuvieron colgado un largo espacio de tiempo, haciendo mofa y es-

carnio de él; y por último, para ridiculizar más nuestros sagrados dogmas le clavaron en una cruz, en cuyo suplicio exhaló su último suspiro el dia 28 de Julio del año 1561, en cuyo dia le conmemora el Martirologio de la Orden.—M. B.

PICHI (Juan Bautista). Fué natural de la Marca de Ancona, en los Estados Pontificios; profesó en la órden de PP. Predicadores en el convento de la ciudad de Parma, y fué varon distinguido en la doctrina teológica, haciéndose notable por su grande erudicion en otras ciencias. Desempeñó varios cargos del tribunal de la Inquisicion en las ciudades de Parma, Cremona y Pavía, siendo inquisidor general en la de Milan. Murió desempeñando este cargo, en 1711. Habiéndose dedicado al cultivo de la poesía, se le contó muy pronto entre el número de los amenísimos poetas de la Italia. Escribió un poema, que se ha impreso repetidas veces, y que lleva por título *Arpa celeste*, cuya primera edicion fué hecha en Parma.—M. B.

PICHIUS (Fr. Pedro). Nació en la Umbría, Estados Pontificios, y tomó el hábito del órden de Predicadores en la ciudad de Roma, donde hizo sus estudios, saliendo muy notable, así en la lengua hebrea y otras varias, como en la teología y toda la disciplina eclesiástica, hallándose dotado al mismo tiempo de una elocuencia poco comun. Fué su maestro en teología el sabio Fr. Agustin Galaminio, á quien despues hizo cardenal Paulo V bajo el título de Sta. María de Araceli. En un capítulo general, celebrado en Roma en 1612, fué Pichius aprobado por el mismo Paulo V como predicador catequista para los hebreos, que habitaban la ciudad santa; y tanto se esmeró en persuadirlos con sus pláticas y sus escritos, que muchos entraron en el gremio de la Iglesia verdadera, recibiendo las aguas del bautismo. Aunque se ocupó por espacio de más de veinte años en este santo empleo, no descuidó por eso de practicar con fruto el ejercicio de la penitencia, poniendo todas sus miras en identificarse con Dios y en prepararse con una buena muerte la eterna bienaventuranza. Logró esta santa idea descansando en paz en el Señor en el año 1637, y dejó las siguientes muestras de su sabiduría y su piedad, que son al mismo tiempo otros tantos monumentos de su ingenio. *De partu virginis Deiparæ adversus judæos libri tres;* Roma, 1621, en 8.°—*Epístola á los hebreos de Italia, en la cual se demuestra la locura de su penitencia y de su expectacion en el Mesías*; Roma, 1622, en 4.°— *Tratado de la pasion del Mesías contra los hebreos*; Roma, 1618, en 4.°—*Necia doctrina de los hebreos con su refutacion*; Roma, 1625 y 1650, en 8.° Todas estas obras se hallan escritas en idioma vulgar, ó sea en italiano, para mejor inteligencia de las personas para quienes se escribieron.—M. B.

PICHLER (Gui ó Weit, y en latin *Vitus*). Este famoso teólogo jesuita nació en Berkhofer de Baviera. No diciéndonos los autores que hemos con-

sultado la fecha de su nacimiento, tenemos que limitarnos á señalar el siglo XVII por aquel en que vió la luz, pues que ya floreció á principios del XVIII. Sábese por Mr. Picot, á quien seguimos en este artículo, que fué profesor de derecho canónico en la universidad de Dillingen durante algunos años, de la que pasó en 1716 á la de Munich, en cuya ciudad murió el dia 25 de Febrero de 1736. Las obras que han quedado de este autor son las siguientes: *Iter polemicum ad Ecclesiæ Catolicæ veritatem;* Ausburgo, 1708, en 4.° — *Teologia polemica;* Ausburgo, 1719, en 4.°— Esta obra, que se ha reimpreso muchas veces, es de controversia, dedicada á refutar á los incrédulos y á los protestantes, y á esclarecer las cuestiones sobre las que los últimos se separaron de la doctrina católica. *Jus canonicum secundùm quinque Decretalium titulos explicatum;* Ingolstadt, 1738, en 4.°; Pesaro, en Venecia, 1758, dos volúmenes en fólio. Esta edicion póstuma se debió al sabio Zacarías, que corrigió por las últimas Constituciones de los Papas la edicion que Pichler habia publicado en vida. Zacarías añadió á los Prolegómenos un apéndice sacado de las *Prænotiones canonicæ*, que Juan Doujat habia publicado en París en 1687. Al fin del tomo II se ve la Apología que el P. Zech hizo contra Concina de la opinion de Pichler, que fué su maestro, sobre la autoridad de las leyes del príncipe, y la refutacion de una respuesta á esta Apología por el mismo Concina. *Epitome juris canonici juxta decreta;* Ausburgo, 1749, dos volúmenes en 12.°— Mensel atribuye tambien á Pichler una *Historia de los emperadores de Alemania*, en latin, impresa en Viena, en 4.°, en 1753, cuya obra atribuyen otros autores á José Pichler, con el que se confunde fácilmente á Gui en varias obras. — A. C.

PICHÓ Y RIUS (D. Pedro). Nació en Valencia el dia 24 de Junio del año de 1767, y fué bautizado en la parroquia de S. Martin. Estudió en la universidad de aquella poblacion filosofía y teología, y en 1784 obtuvo por oposicion una beca en el colegio de Sto. Tomás de Villanueva. En 1789 recibió el grado de doctor en teología en la universidad de Orihuela, y á fines del mismo año se le confió la cátedra de matemáticas del Real Seminario de Nobles de aquella ciudad, del que fué vicedirector desde 1790 hasta 1792 en que tomó las sagradas órdenes á título de patrimonio. La Junta de Educacion de S. Felipe de Játiva le nombró catedrático de elocuencia y director de los Estudios públicos de aquella ciudad. En 1806, con noticia de sus buenas cualidades y esmero para la enseñanza, se le nombró por Real órden director del Seminario patriótico fundado en aquel punto. En 1812, á causa de la entrada de las tropas francesas en Valencia y sus cercanías, y negándose á reconocer el gobierno impuesto por el invasor, se trasladó con su seminario á Ibi; y en estas montañas permaneció hasta 1.° de Abril de 1818, en que volvió á S. Felipe, donde murió el dia 14 de Noviembre de 1819. Tuvo la

satisfaccion de ver acabado y perfectamente organizado su seminario, al cual consagrára toda su aficion y sus desvelos, y que solo se sostuvo en las criticas circunstancias de aquel tiempo, por el buen crédito, nombre y sabiduría de su director, y por su tacto especial para la enseñanza. No obteniendo subvencion, ni auxilio alguno por parte del gobierno, mantuvo su establecimiento únicamente con el producto de las pensiones alimenticias que pagaban los educandos; luchando, por lo tanto, con mil inconvenientes, y viéndose Pichó sumido en la estrechez y casi en la indigencia; circunstancias, que á pesar de su firmeza de ánimo y su resignacion, contribuyeron á acelerar su muerte. Su celo por la educacion pública, su esmero por la enseñanza, y sus deseos del bien general fueron las únicas miras que le guiaron. Desprendido y desinteresado, no cuidó de solicitar ni de procurarse renta alguna eclesiástica para vivir; y así es que murió tan pobre como honrado. Fué ameno poeta, elocuente prosista, de fecunda imaginacion y de rectas ideas. Aunque escribió muchas obras sobre diversas materias, solo se han publicado las siguientes: *Introduccion á la sabiduría;* escrita en latin por el doctor Juan Vives, y traducida en verso castellano; Valencia, imprenta del *Diario*, 1791, en 4.° — *Los Pescadores, idilio*; Valencia, 1795, en la misma imprenta. — *La tranquilidad, égloga;* Valencia, 1798, impresa por Monfort. — *Sermon predicado en la colegial de S. Felipe en las fiestas del centenar*, que se celebran en los dias 2, 3, y 5 de Agosto de 1800; Valencia en dicho año, por Monfort, en 4.° — *Lecciones de bellas letras, ó colecciones de opúsculos*, que contienen: 1.° *Prospecto de esta coleccion;* —2.° *Reflexiones sobre el estudio de la Gramática general;* — 3.° *Gramática general;* — 4.° *Lecciones de etimología latina;* Valencia, por Monfort, año 1818, en 4.° Además, en las actas de la Academia de Valencia correspondientes al año de 1795, se hallan impresas, como obras suyas, la *Silva* de la pág. 29, y los endecasílabos de la 146; y en las actas de 1804 la *poesía* de la pág. 38. Tambien en las actas de la Real Sociedad Valenciana de 1801 se encuentra una *poesía* suya á la pág. 134; en las de 1802, otra á la pág. 90; y en las de 1803 otra á la 84. Asímismo es debido á su pluma el *Discurso sobre la educacion* que se encuentra en las actas de la mencionada Sociedad correspondientes al año 1818.—Cuando murió tenia preparadas otras varias obras, que no publicó por escasez de recursos, y que indudablemente hubieran contribuido á acrecentar su buen nombre. — M. B.

PICHON (Benito), sacerdote, natural de la ciudad de Valencia. Nació en 21 de Marzo de 1665. Fué beneficiado de la parroquia de S. Pedro Mártir y S. Nicolás, doctor en sagrada teología, cura de la parroquia de S. Miguel y notario comisario de la playa y mar de Valencia por el tribunal de la Inquisicion. En 21 de Noviembre de 1710 tomó posesion de un canonicato en

la santa Iglesia metropolitana, y desempeñó los empleos de calificador y juez ordinario del mismo Santo Oficio. Fué gobernador del arzobispado por ausencia de D. Andrés Orbe y Larreategui, en cuyo nombre habia tomado posesion de la mitra de Valencia el 15 de Junio de 1725. En 1720 habia reintegrado el rey D. Felipe V á dicha ciudad en el ejercicio del patronato de la escuela, gracia conseguida por el canónigo Pichon, que para obtenerla habia empleado todo el influjo de que disponia en la corte, que era bastante grande. El ayuntamiento, en virtud de esta gracia, y queriendo mostrarse agradecido, le nombró rector de la universidad en 20 de Julio del citado año. Fué varon de admirable constancia en las adversidades, de mucho ánimo en las empresas, y benéfico para todos sus amigos. Pocos le trataron que no quedáran prendados de su benevolencia, ya por ver favorecidas sus pretensiones, ya por algun agasajo ó beneficio que recibiesen. Murió en Valencia el dia 5 de Marzo de 1742, á los setenta y nueve años de edad. Publicó un *Sermon del beato Pio V papa y confesor*; impreso en Valencia, 1698, por Jaime Bordazar. Este sermon fué predicado en el colegio que llevaba el nombre del mismo Santo el dia que tomaron posesion de él los PP. Clérigos Menores, á quienes generosamente se le habia cedido su fundador el arzobispo Don Fray Juan Tomás de Rocaberti. Tambien es obra de Pichon un libro que se publicó con este título: *Certificado por el cual consta resumidamente la fundacion, progresos y preeminencias de la Real Cofradía de Nuestra Señora de la Seo, hospital de pobres sacerdotes de la presente ciudad de Valencia; devocion y culto que han dado algunos santos y personas de señalada virtud á la sacratísima imágen de la Virgen María, que en ella se venera, y especiales favores y milagros con que ha socorrido á sus devotos.* Esta obra salió á luz en Valencia en 1732, con la firma y autorizacion del licenciado Jacinto Gargallo, notario apostólico y archivero de dicha Real Cofradía, por haberse creido conveniente hacerlo así, para dar mejor crédito á la fundacion. Pero, en obsequio de la verdad, debemos consignar que la idea de dicha fundacion, la formó el citado Pichon, que contribuyó mucho á su constitucion y adelantos. Tambien es autor de un elogio del pintor Palomino, en que le alaba mucho por el acierto con que ejecutó las obras de pintura en el presbiterio de la iglesia de S. Juan del Mercado de Valencia; elogio que se imprimió al frente de la explicacion que el mismo Palomino hizo de sus trabajos, y que se publicó en el año 1700. — M. B.

PICHON (Fr. Francisco). No obstante que este religioso franciscano desempeñó en su tiempo los cargos más graves, que se le concedieron en atencion á su mérito y reconocida ilustracion, son escasísimas las noticias que acerca de él han podido adquirirse. Unicamente se sabe que vivia á mediados del siglo XVII; que era lector jubilado en el convento de su Orden en

Madrid, y que desempeñaba el cargo de examinador sinodal del arzobispado de Toledo y censor teológico del supremo tribunal de la Inquisicion. Escribió la obra *De Deo incarnato;* impresa en Toledo en 1659, un tomo en 4.°; y la *De Matrimonio*, impresa en fólio en 1664. Su muerte debió ocurrir á fines del mencionado siglo XVII. —M. B.

PICHON (Juan), jesuita. Nació en Lyon (Francia), en 1683 y entró en la Compañía en 1697. El rey Estanislao de Polonia, fundó con una magnificencia verdaderamente real una mision en la Lorena, y para dar principio á la fundacion puso los ojos en el P. Pichon y le encargó que la dirigiese, en atencion á las pruebas de celo y actividad que habia dado en la provincia. Notando este misionero que muchos fieles se abstenian de frecuentar la sagrada eucaristía, extraviados por las falsas ideas y opiniones de algunos innovadores, compuso el tratado de *El espíritu de Jesucristo y de la Iglesia en la frecuente comunion*, publicado en 1745, en cuya obra, queriendo combatir los nuevos errores, dió en otros errores contrarios. Este libro causó mucha sensacion. Los jesuitas fueron los primeros que le desaprobaron, y además de ser condenado por muchos obispos de Francia, la congregacion del *Index* le condenó tambien en Roma en 1748. Convencido el autor de los errores que cometiera, solicitó se celebrase un acto público, que tuvo lugar en Strasburgo el 24 de Enero 1748, en el cual se retractó de lo que habia dicho, y condenó su propia obra. En seguida fué relegado como en clase de destierro á la Auvernia, y de aquí pasó á Sion en el Valais, llamado por el obispo de esta ciudad, que compadecido de su desgracia deseaba protegerle. Fué gran vicario y visitador general de aquella diócesis, y murió en el ejercicio de sus funciones el dia 5 de Mayo de 1751. —M. B.

PICHON (Fr. Tomás), religioso mercenario, natural de Valencia donde se distinguió por sus estudios, siguiendo con universal aplauso una brillante carrera. Desempeñó diferentes cátedras y obtuvo los grados concedidos por su religion, que apreció siempre en extremo su grande erudicion y sus buenas cualidades para la oratoria sagrada y profana. Fué uno de los oradores más afamados de su época, tanto por su saber como por sus religiosas costumbres, valiéndole su fama y virtudes los más elevados puestos en su Orden, que desempeñó con celo y acierto y no pocas ventajas de su religion. Fué sucesivamente comendador de los conventos de la ciudad de Teruel, del Puig, cerca de Valencia, y del de la misma ciudad, cargos todos en que dejó bien asentada la grande reputacion que desde antiguo habia obtenido y en que se hizo acreedor á superiores ascensos, siendo nombrado provincial de la provincia de Valencia, cargo para el que fué posteriormente reelegido en prueba de lo satisfechos que de sus buenos oficios habian quedado sus hermanos, que miraban en él una de las más firmes columnas de la órden de la Reden-

cion de Cautivos, como no tardaron en manifestarlo muy en breve, cuando siendo necesario nombrar visitador general de la isla de Cerdeña, que tenia grande importancia para la Religion Mercenaria, le enviaron á aquel país para esta honorífica comision que desempeñó de una manera satisfactoria, como no podia ménos de esperarse de su acrisolado celo y acreditada piedad. Ejerció tambien otros empleos, como el de calificador del santo tribunal de la Inquisicion de Valencia y examinador sinodal de aquel arzobispado, dando en ellos pruebas inequívocas del talento que siempre le habia distinguido. Inútil es decir tomó parte en diferentes redenciones, y áun fué redentor general una y otra vez, correspondiendo en este puesto á la confianza de los que para él le habian nombrado, y prestando eminentes servicios á los cautivos cristianos. Murió en el convento del Puig á 16 de Enero de 1701, habiendo escrito la obra siguiente: *Sermon en la traslacion de la santa imágen de nuestra Señora de los Desamparados de la ciudad de Valencia á su nueva capilla*; Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1668, en 4.°—S. B.

PICHON (Tomás Juan), doctor en teología. Nació el año 1731 en Mans; y despues de recibir las órdenes, se agregó á Mr. Arrincour, obispo de Perpiñan, en cuya diócesis permaneció por espacio de dos años, y al cabo de ellos, marchó á París donde se ocupó en escribir algunas obras. Vuelto á Mans, obtuvo una canongía en la Santa Capilla, y el obispo le nombró superior general de todas las comunidades de mujeres que radicaban en su diócesis. El hermano del rey de Francia, noticioso de su mérito y conocimientos, le nombró historiógrafo ó cronista de la ciudad de Mans. La revolucion que sobrevino, le privó de los beneficios de la corte; pero era tal la consideracion con que le miraban y el aprecio en que todos le tenian, que el gobierno revolucionario en 1791 le ofreció la plaza de obispo constitucional, cuya oferta rehusó por no faltar á los principios que en sus publicaciones habia sostenido. Pero la fuerza de las circunstancias le obligó á aceptar más tarde la plaza de administrador del Hospital general, que desempeñó hasta ocurrir su fallecimiento en 18 de Noviembre de 1812. Dejó gran número de obras publicadas é inéditas, entre las cuales son notables las siguientes: *La razon triunfante de las novedades, ó ensayo sobre la incredulidad;* París, 1758.— *Tratado histórico y crítico de la naturaleza de Dios;* París, 1758.— *El Inmaterialismo opuesto al Materialismo*; opúsculo contra Rousseau; Bruselas, 1763. —*La física de la historia ó consideraciones generales sobre los principios elementales del carácter y temperamento natural de los pueblos;* La Haya, 1766.—*Memoria sobre el abuso del celibato en el estado civil*; Amsterdan, 1766. —*Memoria sobre los abusos de los matrimonios;* 1766.—*Derechos respectivos del Estado y de la Iglesia*; Aviñon, 1766.— *Estudios teológicos;* 1767. Algunos de los escritos de Pichon merecieron

la desaprobacion de varias personas religiosas y timoratas, porque despertaban escrúpulos en su conciencia. Sin embargo, no se le puede acusar de otra cosa que de su excesiva ligereza para tratar asuntos muy graves. *Principios de Religion y Moral extractados de las obras de Saurin;* 1768. El fondo de esta obra es de Durand, que el año precedente habia publicado en Lausana *El espíritu de Saurin.—Consagracion y coronacion de Luis XVI, con un Diario histórico de lo ocurrido en estas ceremonias é investigaciones sobre la consagracion de los antiguos reyes de Francia;* Paris, 1775. Pichon fué el autor del *Diario;* pero el resto de la obra es de Gobet.—*Los argumentos de la razon en favor de la Religion y del Sacerdocio;* 1776.—*Exámen del hombre de Helvetius;* el mismo año. Aunque son dignos de alabanza el celo del abate Pichon y su amor al trabajo, es censurable que algunas veces se dejase llevar de los extravíos de su imaginacion y que en varias de sus obras sostuviera ciertas paradojas que no dan grande idea de su juicio.—M. B.

PICHONNEAU (Fr. Jacobo). Fué natural de Tours, en Francia, y tomó el hábito de los Mínimos de S. Francisco de Paula, siendo muy jóven, dedicándose despues que entró en la Orden á los estudios, llegando á ser un consumado teólogo. Habiendo obtenido por sus méritos ser nombrado ministro provincial de la de Tours, asistió con este carácter al primer capítulo general celebrado en Aviñon en 1578, donde se acordó formar una coleccion de todo lo aprobado en los capítulos generales, determinando las actas que se habian de observar, y cancelando las que no estaban en uso. Encargóse de este trabajo el mencionado P. Pichonneau, y emprendiéndole con notable esmero y asiduidad, pudo darle terminado en el mismo año, imprimiéndose en la dicha ciudad de Tours. Es obra notable por la sencillez y claridad con que se halla redactada, y de la cual hablan con elogio todos los escritores bibliógrafos de la Orden. Los cronistas de ella no hacen mencion de este aplicado religioso más que por esta circunstancia, y así se ignoran todas las particularidades de su vida, ásí como el punto y la fecha de su muerte.—M. B.

PICHOT ó PICOT (Pedro). La ciudad de Paris en 1738 fué la cuna de este religioso. Hizo sus estudios en esta poblacion en el seminario de S. Nicolás-du-Chardonet, recibió las órdenes sagradas, y tomó el hábito en la comunidad de sacerdotes de S. Sulpicio. Sobreviniendo la revolucion, rehusó prestar juramento á la constitucion civil del clero, y tuvo que ocultarse para librarse de la persecucion. Luego que se restableció la tranquilidad, sirvió momentáneamente con algunos otros eclesiásticos en la iglesia del antiguo convento del Cármen, y cuando tuvo lugar la restauracion, el cardenal de Perigord le nombró cardenal de S. Denis, ocasion en la que el abate Pichot era dean de los sacerdotes de la comunidad de S. Sulpicio. Murió el 10 de

Marzo de 1823, y ha quedado de su pluma la obra *Eloge de Cristophe de Beaumont, archevêque de Paris*, que compuso cuando murió este prelado, pero que no se imprimió hasta el año 1822 que lo hizo en 8.°—C.

PICIGHITON (Fr. Mario). Nació este ilustre sacerdote en Picighiton, pueblo situado en el término de Cremona, cerca del rio Adda, de padres honrados y devotos, cuyo principal deseo y único estudio consistia en practicar las virtudes, sobre todo la de la caridad, repartiendo su hacienda entre los pobres necesitados, y hospedando con sumo amor á los capuchinos y á otros religiosos mendicantes que accidentalmente pasaban por el lugar. Crióse Mario con tan buenos ejemplos á la vista, y no los desaprovechó por cierto; pues aunque tan niño, ya tenia grandes aspiraciones de virtud y santidad. Jamás se reunia con los de su edad para dedicarse á juegos frivolos é inútiles pasatiempos, porque solo cuidaba de asuntos formales y de negocios divinos. Sus únicas diversiones eran la oracion, y todos los sábados tenia gusto en formar una reunion de muchachos, á los que llevaba á la puerta de su casa, donde habia una imágen de la Santísima Vírgen, ante la cual, puestos todos de rodillas, cantaban la letanía como por diversion. Estos preludios y anuncios de perfeccion fueron creciendo por la edad; y siendo ya adolescente se ejercitó en continuas obras buenas, confesando y comulgando con mucha uncion y frecuencia, y haciendo las limosnas y demás actos de caridad que le era posible. Cuando llegó á cumplir los veinte años pidió el hábito de la órden de los Capuchinos en la ciudad de Milan, el cual le fué concedido y entregado por el P. Provincial Fr. Apolonio de Bresa. El mortal enemigo de los hombres le hizo padecer gran número de tentaciones durante su noviciado, encaminadas todas á quitarle la aficion de la vida religiosa y á hacerle abandonar el claustro; mas él con invencible fortaleza resistió todas las infernales sujestiones y logró triunfar del enemigo, pronunciando los solemnes votos, y consiguiendo que desde el punto y hora en que profesó desaparecieran las tentaciones. Deseando llevar su evangélica vida al más alto grado de perfeccion, mortificó su cuerpo por mil medios, y observó rigurosamente las prescripciones de la más estrecha pobreza. Así pues, además de los ayunos frecuentes, su abstinencia no tenia límites, pasando el dia con una pequeña escudilla de alimentos. Su hábito era sencillo y sin túnica, llevando siempre el más viejo y remendado que se hallaba en todo el convento; y en su celda no habia otros objetos que una cruz y un *Breviario*, componiéndose su cama de cuatro estrechas tablas con un poco de paja encima, donde reposaba muy brevísimos instantes. Fué tan observante de la castidad, que murió vírgen y sin mancha carnal alguna, pues no habló nunca con mujeres, y áun dirigia muy pocas veces la palabra á una hermana que tenia. Su humildad era tan extremada, que se juzgaba indigno de que le encargasen áun los

oficios más humildes de la comunidad; y en la obediencia nadie le excedia, pues no solamente ejecutaba lo que le ordenasen los superiores, sino tambien lo que le insinuára el último religioso. Su oracion era tan continua, que se le pasaban dias y noches enteras haciéndola, y jamás se hallaba ni satisfecho ni cansado. Reunió, pues, en sí todas las perfecciones y virtudes que constituian al varon religioso, mereciendo que por su especial devocion á la augustísima Vírgen, esta magnánima Señora le favoreciese con distinguidas mercedes. Resplandeciendo en él luces tan claras de virtud y sabiduría, la Orden le nombró comisario general para la provincia de San Luis, cuyo gobierno desempeñó más tarde con título de provincial. Fué luego guardian de la casa-convento de Herva, en la provincia de Milan, donde por intercesion de la Santísima Vírgen se obró el milagro de proveer de pan á la comunidad un dia que por la abundancia de nieve no habian podido salir los limosneros á hacer la colecta y el convento se hallaba sin el preciso sustento. Promovió y dirigió la fábrica de un convento en Picighiton, pueblo de su naturaleza; y miéntras que se construia, tambien proveyó milagrosamente de pan á los trabajadores. Hallóse dotado del don de profecía, y entre otras cosas anunció su entrada en la religion á varias personas que no tenian ni remotamente pensamiento de hacerlo; practicó varias curas milagrosas y prestó infinitos consuelos. Finalmente, despues de haber vivido muchos años ilustrando la Orden con sus virtudes, marchó á Picighiton á ser guardian del nuevo convento, y en él enfermó de una apostema que se le formó en la cabeza, y que le mortificó con asperísimos dolores por espacio de siete ú ocho meses, notándose, sin embargo, que en aquella dolencia nada habia de repugnante, pues contra toda regla física y natural, en vez de podredumbre manaba de la úlcera un humor que exhalaba grato perfume. Probó Dios de este modo su paciencia, y hallándole inalterable le llamó para sí á disfrutar el premio de su virtud en la eterna bienaventuranza. Murió en el mismo lugar de su nacimiento el año 1603.— M. B.

PICKARDI (Juan). Perteneció á la órden de Predicadores, sin que se sepa á punto fijo el año y lugar de su nacimiento, aunque en sus escritos y en algunas disposiciones de la Orden relativas al nombramiento de vicarios para las provincias se dice que era natural del ducado de Leuctemberg, en Alemania. En 1308 se sabe que era bachiller en teología y que se hallaba en París, de donde fué enviado como vicario á la provincia Teutónica ó de Alemania, de cuyo cargo se le relevó para volver á París á recibir el grado de licenciado en la dicha facultad, lo que tuvo efecto en el año 1314. Por espacio de dos años desempeñó una cátedra en el colegio de S. Jacobo en la mencionada ciudad de París. Despues de este tiempo ya no se vuelve á hacer mencion de él; pero se sabe que en atencion á su mérito y sabiduría fué en-

cargado por el emperador Enrique VII de desempeñar algunos graves negocios. Escribió: *Sermones quadragessimales, dominicales et sanctorum per annum*, de los cuales es notable, segun algunos críticos de su Orden, el sermon de la natividad de la Santísima Vírgen, que lleva por tema: *Fons parvus crevit in fluvium*. Tambien escribió: *Summa theologica*.— M. B.

PICKENGHAM (Osberto). Nació en Inglaterra y se dedicó al servicio de Dios, tomando el hábito de carmelita, diciéndonos Pitseus en sus *Escritores ingleses*, y Alegre en su *Paraíso de los Carmelitas*, que fué doctor de la universidad de París en el siglo XIV, y que escribió sobre el *Maestro de las Sentencias* y varios tratados de teología. Murió este religioso el año 1330 de nuestra era.— A. C.

PICO (Domingo del). Fué aragonés (se ignora el punto donde nació). Profesó en la Religion Franciscana y obtuvo el grado de doctor en teología. Desempeñó en los conventos de su Orden los cargos de vicario y comisario general, y tambien fué prefecto en la provincia de Aragon. Hallándose en Bélgica el César Cárlos V, noticioso de su virtud y mérito, quiso agraciarle con algunos cargos honoríficos; pero él se excusó, para no abandonar el retiro de los claustros, con su avanzada edad y delicada salud. Escribió las obras siguientes: *Trilogium sive ejus primam partem.—De ordinaria conversione peccatoris recedentis á Deo patre in parabola Lucæ à Salvatore proposita conciones;* Zaragoza, 1549, en fólio.—*Declarationum super visionibus Apocalypsis*. Tambien escribió: *Funiculum apologetico*, cuyo argumento se ignora por no haberse publicado, y únicamente se sabe que la escribió por una carta dirigida á D. Miguel May, vicecanciller de la corona de Aragon, cuando le envió el *Trilogium*. No se sabe á punto fijo la época de su muerte, pero se colige que debió ocurrir en el año 1545 ó poco despues, en Madrid; pues en el citado año escribió desde esta poblacion su última carta el citado vicecanciller, con quien habia mantenido por espacio de muchos años una activa y continuada correspondencia, ya sobre asuntos literarios, ya respondiendo á varias consultas que aquel señor le hacia, en atencion á los extensos conocimientos que al P. Picó adornaban. — M. B.

PICO (Fr. Juan), religioso franciscano, natural de Monforte, en el reino de Valencia y diócesis de Orihuela: sus padres Lorenzo Picó y Beatriz Arcilla, labradores honrados y de buenas costumbres, le educaron en la piedad, sin que les costase esto mucho trabajo, pues era naturalmente inclinado á la virtud. «Guardóle el Señor desde su niñez, dice la crónica de su Orden, del »contagio vicioso del mundo. Tapóle los oidos á las blandas sirenas de los en»gañosos deleites para que no creyese su atractiva dulzura, disimulado el »escollo y donde peligra la nave incauta de la juventud. Dióle con la candi»dez colúmbica una prudente sagacidad para recatarse del mal y dar vue-

»los remontados al bien, tener el veneno irascible para resistir á los vicios, »y las entrañas sin maliciosa hiel para no inficionar la conciencia. Fué siem»pre tan pura y tan santa la de este escogido de Dios, que parece no vivia »en carne, segun eran sus propiedades angélicas. Refierelas con admiracion »Fr. Mateo Gurrea, religioso de la provincia de S. Juan Bautista, el cual ha»biendo sido su padre espiritual, estando todavía en el siglo, certifica: que »en mucho tiempo que le confesó no hallaba nunca materia de que poder »absolverle, de lo cual quedaba confuso, viendo un mozo de gallarda pre»sencia, al ir floreciendo los años, no mezclarse en la zizaña del vicio, vivir »en tierra retirado del mundo, conversar en los cielos entre el comercio y »tráfago de los hombres, haber enderezado la naturaleza torcida para no in»clinarse á la culpa con el peso de los apetitos. Siempre, dice, cuando era »secular le vi compuesto, muy morigerado y devoto, siendo ejemplo y de»chado de virtud á los demás mancebos de aquella tierra, inclinándolos al »amor y servicio de nuestro Señor, y empleándose con ellos en ejercicios »santos de oracion, devocion, disciplinas y mortificaciones en la iglesia de »su pueblo. Y en muchas ocasiones y necesidades de agua, y asimismo por »las cuaresmas, él y un compañero venian á pie descalzo al convento de So»rito (que hay media legua de tierra montuosa y áspera) á hacer pias depre»caciones á la Reina del cielo, y de otras compañías que no eran semejantes »á estas huia con gran diligencia por no inficionarse con ellas, creyendo que »de las conversaciones y amistades profanas no tendrá que temer el peligro »el que supiese andar por el pendiente hielo sin deslizarse, ó llevar al cos»tado las llamas sin que le imprima su calor el fuego.» Hallábase inflamada su alma en los amores del divino Esposo, por lo que despreciaba todo lo terreno; pues nunca sin el fuego de la caridad se vence el de la torpe lascivia, porque aunque, como dice un autor, el amor celestial es suave llama que enciende, es dulce rocío que templa, marea que refresca y fuente cristalina que lava; con todo esto, porque á veces no le bastan las espinas á la rosa para no ser cortada y marchita, si no está en huerto cerrado, determinó el agricultor soberano trasladarle al jardin de la religion, muro inexpugnable de la virtud. Inspiróle el estado de penitencia donde queria que le sirviese, y obedeciendo pronto á su llamamiento, pidió el hábito en la provincia de S. Juan Bautista, y habiéndoselo dado en el convento de S. Diego de Murcia, por el mes de Noviembre de 1688, teniendo veintinueve años de edad, procedió en el año del noviciado con tal fervor y celo en el cumplimiento de la regular disciplina y fervoroso anhelo de la perfeccion, que con gusto grande de la comunidad hizo á su tiempo la profesion, celebrando con sumo gozo aquella felicisima cautividad que hace siervos voluntarios de Cristo. Seis meses habian transcurrido desde que el siervo de Dios vivia en el claustro con

grande aprovechamiento de espíritu, cuando tuvo una penosa enfermedad que le condujo á las puertas del sepulcro; durante ella dijo al confesor Fray Gerónimo Teruel que habia tenido una aparicion, la que le dió grande consuelo y llenó su alma de gozo, haciendo desde entónces superiores propósitos de cumplir perfectamente las obligaciones de su profesion, como le habia exhortado á ello la Virgen nuestra Señora y su Seráfico Padre S. Francisco, comunicándole con su divina presencia tanta eficacia y virtuoso aliento, que desde luego comenzó á hacer una vida admirable, adornada de las más heróicas virtudes. La primera y principal que procuró obtener este siervo de Dios, fué la sólida y profunda humildad, postrero pero indispensable escalon para subir á la cumbre de la perfeccion. Reputábase como indigno de habitar en la casa del Señor, y no solo se contaba como el menor de sus siervos, sino que se confundia de estar entre ellos; pero al paso, cuanto más se degradaba y envilecia, más debia ser exaltado, no habiendo cosa más elevada que la humildad; pues solo ella no apetece subir, y despreciando lo que está sobre sí acaba por hacerse superior á todo. Sentia cualquier honra y aprecio como si fuese un agravio, no solo por el riesgo de la vanagloria, sino por la ofensa de la verdad, la cual pocas veces es fiel, pesada de los juicios humanos. En lo que hallaba mayor consuelo era en el empleo de los oficios despreciables y viles: no tanto por ser más competentes á su estado humilde, como por juzgarlos á propósito para su persona; y cuanto era mayor el abatimiento de la ocupacion se hacia más suave y fácil. Acreditó tambien Fr. Juan su grande paciencia en las muchas ocasiones que para ello se le ofrecieron; pues por más disgustos que le diesen, reprensiones con que le injuriasen, enfermedades ó trabajos que padeciese, jamás le notaron turbacion ó ceño, y siendo así que era de natural colérico, en todas las dificultades manifestaba un rostro alegre y sereno, y con mucha suavidad y prudencia atajaba cualquiera ocasion de disgusto, y si acaso por inadvertencia ó descuido causaba á sus hermanos la más mínima pena, les pedia perdon con mucha humildad. «No parece, continua el cronista, que tengamos »que ponderar su desnudez y grande pobreza; pues no se compadece ser hu»milde y paciente, y no ser muy pobre de espíritu: á lo ménos al que yo no »viese muy desposeido y desapropiado de todo y gustoso en las necesidades, »no diria que tenia humildad ni paciencia; pues no sabe sufrir ni humillar»se el que no sujeta sus apetitos á la estrechez de las cosas precisas y se goza »en la privacion de ellas mismas. Quien viera al siervo de Dios Fr. Juan cu»biertas las carnes con solo un hábito de sayal grosero, descalzos por tierra »los pies, entre las angostas paredes de una estrecha celdilla, sin más trastos »ni alhajas que unas tablas con un pellejuelo sobre que dormia, una estampa »de papel y una cruz de palo ante quien hacia oracion, sin duda que veria

»en él aunadas la humildad, la paciencia y pobreza. Estas mismas virtu»des para resguardo y custodia suya le estimulaban á la penitencia.» Fué en esta extremado y casi inimitable. Su ordinario sustento, á pesar de ser un hombre de grande robustez y estatura, era un poco de pan y agua, como lo notaron cinco dias continuos los compañeros que tuvo á su lado en el refectorio, salvo alguna vez y en las fiestas principales, que añadia al pan alguna fruta, no comiendo carne jamás. De cuyo rigor y aspereza, compadecido un religioso, le dijo en cierta ocasion: «Hermano Fr. Juan, ¿por qué no come y »acude á su necesidad, que me parece tiene obligacion á ello, pues traba»ja tanto? A lo cual con grande fervor respondió: Hermano mio, hasta que »no sujete este cuerpecillo al espíritu y no se rebele contra mí cuando le pare»ce, no le he de dar descanso alguno ni ha de comer más de una vez al dia, y en »ella una sola cosa. Dóime á Dios y así veremos si se puede domar. Si yo su»piera y estuviese cierto de que no se habia de rebelar sino estar rendido al »espíritu, yo le tratára y alimentára mejor, y así, miéntras no lo esté, no lo »he de hacer, ni comerá más de lo que le doy.» —Hacia grandes mortificaciones, y con frecuencia públicas, aunque estas eran ménos, respecto de las interiores y ocultas. Era, en fin, tan austero consigo, que la crónica refiere multitud y algunos muy curiosos casos de la manera en que desempeñaba esta virtud, que omitimos por evitar prolijidad. Apénas dormia, y admirándose de ello un religioso le dijo en cierta ocasion: «¿Cómo es posible, »hermano Fr. Juan, que con el gran trabajo que entre el dia lleva, no le »rinda el cansancio y pueda pasar durmiendo tan poco? A lo cual le contestó: »que Dios, nuestro Señor le ayudaba por lo mucho que se habia dispuesto »y batallado por vencer el sueño, especialmente en las casas que habia es»tado de obra, donde si de noche no se hurtaba algun rato al descanso para »la oracion, de dia habia poco lugar.» A las vigilias, que eran su reposo de noche, sucedian los oficios activos del dia, empleándose siempre en los más trabajosos, sin dar ni un breve rato á la ociosidad, pues cuando no tenia otra cosa que hacer, ayudaba á cualquier religioso á lo que le mandaba. En medio de los ejercicios penosos en que continuamente se ejercitaba el siervo de Dios Fr. Juan, era tal la quietud y serenidad de su espíritu y tan grande su alegría interior, que llevaba el semblante hermoseado de una risa honesta y un agrado apacible, que consolaba el verle. Atribuian esto los religiosos á la continua presencia que llevaba de Dios, refiriéndole todas sus obras y no perdiéndole de vista en ellas, y así el Señor, que es fuente de inmensa dulzura, comunicaba tanta á su alma, que le salia al exterior y se le adivinaba en el rostro, no pudiendo contenerse en el pecho, aunque sin duda procedia de esta; tambien se descubrió otra causa que manifestó el mismo siervo de Dios á un religioso amigo suyo, llamado Fr. Silvestre Laus. Díjole

pues: «que andando al principio de su conversion con alguna inquietud y »escrúpulos de la vida pasada, por consejo de su confesor hizo una confe»sion general, para la cual se preparó con el mayor cuidado, dolor y contri»cion que pudo, y habiéndola hecho, quedó con gran satisfaccion en su »alma de que todos los pecados y culpas que habia cometido hasta entón»ces, se los habia borrado y perdonado Dios, y que así lo confiaba de su in»finita misericordia y bondad por la gracia que le habia dado para no volver »jamás á ofender gravemente, y el don de consuelo y alegría espiritual que le »concedió.» Conocíase ser esto así en la inocente vida, pureza de alma y gran justificacion de costumbres con que siempre le vieron vivir en la religion; y que de esta rectitud y justicia naciese aquel júbilo, con que á todos tiempos y en todas acciones andaba, no se debe dudar. Podemos atribuir tambien su continua paz é inalterable gozo á la estrecha mortificacion de sus naturales pasiones, y especialísimamente á la negacion de sí mismo y admirable resignacion y obediencia que tuvo, pues solo el que sabe domar los desordenados afectos de su propio querer y sentir, no siente estímulos que le aflijan, y así con el vencimiento de su voluntad se regocija. «Mucho vale, »dice la crónica, la propia industria y alcanza el virtuoso estudio, pues re»petidos actos vienen á conseguir el hábito de cualquiera virtud, pero cuan»do las propias fuerzas desconfian de sí, y con humildes y fervientes rue»gos acuden á Cristo, bien nuestro, fuente de todas las virtudes y gracias, »para que como á pobres y flacos, su largueza nos las comunique por este me»dio, sin duda alguna se alcanzarán con más brevedad y con ménos peligro »de persecucion, pues sabe el alma que no las adquirió por sí misma, sino »que todo el bien le vino de arriba, y fué graciosa dádiva del Padre de las »luces. A este abundantísimo erario y tesoro de magnificencia divina acu»dia nuestro Fr. Juan como pobre mendigo á pedir lo que necesitaba, é »instando con ardorosas súplicas, conseguia sus santos deseos. Uno de ellos »fué abrazar la santa obediencia, como segura áncora que no deja vacilar »el libre albedrío, sino que con feliz prision le asegura en el puerto.» Concedióselo liberal el Señor, como él mismo se lo refirió á Fr. Alonso de Requena, diciéndole que más que por el gusto, por la prontitud con que procuraba ejercitarse en ella, recibia singulares consuelos en la oracion, dándole á entender el Señor cuán acepta y agradable le era, y qué holocausto tan suave y precioso. Por lo cual, aunque estuviese gozando de aquellos mismos celestiales favores en regalada contemplacion, en oyendo la voz de la obediencia, iba de Dios á Dios, hallándole más propicio y benévolo en el obedecerle que en el sacrificio. Jamás sentia contradiccion en cosa alguna de la obediencia, siendo así que se le ofrecieron muchas, muy ásperas y dificultosas, pero todas las allanaba el grande afecto con que las ponia por obra, siendo la viva

fe que tenia en la santa obediencia, premiada por Dios con maravillosos favores. La caridad que tuvo este siervo de Dios fué tan heróica, que deseó dar la vida y padecer martirio por Jesucristo con muy vehementes ansias; afecto de que se satisfizo el Señor, aunque no le concedió el llevarle á cabo, haciéndole cumplir sus deseos con otros géneros de padecimientos. Tuvo tambien grande ansia por sentir los dolores de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, en parte, pues dice el cronista que le dió un accidente en un pié, que le afligia y atormentaba mucho, tanto que estándose curando una vez y preguntándole un religioso qué era lo que hacia, él respondió: «Pedíle al Señor que me diese á sentir los dolores de sus clavos, y dóime á Dios que me ha oido, pues me ha dado este mal.» Hallándose, pues, como reprimido aquel fuego de su caridad encendida, buscaba desahogo y respiracion en el amor de las criaturas. Contemplaba en ella la divina imágen, y deseando que fuesen muy conformes á su natural hermosura y no la deformasen los vicios, exhortaba á todos á la guarda de los mandamientos divinos con un celo muy abrasado; proporcionando muy directamente al estado de cada uno las amonestaciones que les hacia. Para lo cual le daba muy buena ocasion su cargo, pues á todos cuantos se llegaban á él, con su apacible trato, santa conversacion y modestia, los dejaba muy edificados, y era modo comun de hablar así entre la gente noble como la ordinaria de la ciudad de Valencia, el decir: Vamos á S. Juan de la Ribera á ver al Santo portero. —Llegaron en una ocasion á hablarle dos doctores muy bien reputados, y comenzando una larga conversacion con Fr. Juan, les habló tan altamente de Dios y con tal estilo y autoridades, tan bien traidas y dichas en latin sin haberlo aprendido, que admirados de ver que en un religioso lego y sencillo resplandeciese tanto la sabiduría divina, se quedaron confusos, marchándose tratando por el camino de cuán diferente es el entendimiento ilustrado por el don de piedad y luz del divino amor, que por los estudios humanos y curiosas investigaciones, que áun cuando llegan á tratar de Dios, hablan de él como quien le miró de léjos, mas no como quien le ha gustado y sabe cuán manso es. —Esta diferencia hay entre el amor divino y humano, que los que aman á las criaturas, cuanto más fuego las inflama la voluntad, ménos luz sienten en la razon, pero los que aman á Dios, al paso que el afecto se enciende, resulta de la amorosa llama claridad al entendimiento, y moviéndose el labio segun los sentimientos del corazon, hablan dulce y profundamente del bien que por experiencia conocen. En otra cosa tambien se distinguen estos dos amores: que el humano cela y defiende que la cosa amada no se comunique, y el divino cuantos más partícipes y consortes tiene, más se goza y juzga feliz. Uno y otro se manifestó muy bien en la grande elocuencia con que hablaba de Dios el mismo Fr. Juan, y en el ansia con que deseaba que todos gozasen de

su amado, induciéndolos á buscarle y servirle. Exhortaba á los religiosos á la perfeccion y guarda puntual de su regla. De la cual y de todas las costumbres y ceremonias santas de la religion, fué celosísimo observador y verdadero hijo. Enseñaba á los pobres la doctrina cristiana, no solo para que la supiesen sino para que viviesen conforme á ella. Manifestábase asimismo el celo que tenia de la salvacion de las almas, cuando venian penitentes á pedir confesores. Recibíalos benignísimamente alabándoles su buen propósito, y ofreciales confesor muy á gusto, con que los animaba y dejaba muy consolados: iba luego á los confesores, y procuraba prepararlos manifestando el gran servicio que hacian á Dios en reconciliar con Su Majestad á aquellas almas, porque murió de amor y las redimió con su sangre. Disponia á ambas partes de esta suerte para que cada cual por la suya se dispusiese para la gracia. Juntamente con el ardor de la caridad que le traia tan solícito en el bien espiritual de los prójimos, le acompañaba el piadoso anhelo y cuidado de socorrerlos en lo corporal. Era en esto tan generoso, que por acudir á las necesidades de los pobres, dejaba su racion ordinaria y se pasaba con pan y agua y á veces algunas frutas. Jamás se comia la racion de carne, y desde luego la guardaba para algun pobre. Sustentó con ella durante mucho tiempo á una mujer muy necesitada. Todos los dias preparaba la comida que se repartia á los pobres, con tanta caridad y cuidado que á veces estaba mejor sazonada que la que comia la comunidad. Cualquiera regalo que le daban para él, se le repartia en el acto á los necesitados y enfermos, y generalmente hacia oracion por ellos á nuestro Señor y con particular instancia por aquellos que le solian dar más ocasiones de pena. Por el amor con que acudia siempre á los pobres fué tan querido de ellos, donde quiera que estuvo, como si fuese su verdadero padre, y cuando supieron su muerte le lloraron como puede suponerse, y con mucha razon, pues miéntras vivió el piadoso varon áun en años más trabajosos y estériles, no llegaba á ellos el hambre, y no pocos dias daba de comer á ciento sin otras limosnas extraordinarias. Es evidente que solo podia hacer esto por disposicion de la Divina Providencia, como él mismo lo confesó á un religioso llamado Fr. Vicente Pila, el cual siendo todavía seglar y pretendiendo tomar el hábito en la Religion Seráfica, conversando un dia con el siervo de Dios Fr. Juan, dijo: que habiendo ponderado en la plática el continuo milagro que nuestro Señor hace en proveer de lo necesario á los que por él lo dejaron todo, con mucha sinceridad y pureza le dijo: «Mio hermano Vicente, si no hubiese de ser religioso no le des»cubriera lo que quiero decirle, mas para que conozca cuánto nos ama »nuestro Señor y el cuidado que tiene de sus siervos, sepa que cada mañana »me da el refitolero lleno aquel capacho de pan, y de él voy dando todo el »dia á los pobres, así cuando á la hora de comer les reparto la olla, como

»despues entre dia, y dóime á Dios que muchas veces hallo el capacho á la »noche lleno de pan, que lo provee nuestro Señor milagrosamente, por que »no falte con que consolar á los pobres.» No sé, dice el autor tantas veces citado, si era por consolarle á él ó por remediarlos á ellos, el hacer la bondad divina este repetido milagro; pues más le afligia al piadoso Fr. Juan la compasion de sus necesidades que á ellos mismos el padecerlas, y especialmente cuando las veia en personas honradas y vergonzantes. Eran muchas las que á él acudian, así hombres como mujeres, que viendo que era tan caritativo, reservado y prudente, le daban parte de sus desgracias con grande confianza. Sentia profundamente cuando no podia hacer lo que deseaba para remediarlas, y se creia por esto más desgraciado que ellas. Llegó en una ocasion á la portería una señora que se habia visto en la prosperidad y se hallaba entónces en tan grande miseria que carecia áun de la ropa necesaria para cubrir su cuerpo, por lo que le pidió alguna cosa para vestirse. Lleno de compasion y movido de la caridad, se fué luego á buscar á un religioso á quien fiaba los secretos de su conciencia y las necesidades de su espíritu, y le dijo: Sepa, hermano, que ha llegado á la portería una mujer honesta que ha gozado abundancia de bienes, y ahora se halla sin que cubrir las carnes, pide que le dé algun remedio: ¿podréle dar los hábitos por amor de Dios? Respondióle el religioso que no habia inconveniente en que lo hiciese así, pero que naturalmente el guardian no lo llevaria á bien por tener que suplir la falta con algun recargo para los devotos. No dejó de hacerle fuerza y convencerle esta razon, pero animado de la caridad, dijo: Dóime á Dios, qué es lo que he de hacer? ¿He de faltar á necesidad tan extrema por no disgustar al prelado? Hallábase por lo tanto confuso, cuando recordando que tenia en la celda algunas telas nuevas que le habian regalado, fué muy alegre por ellas y se las dió á la pobre mujer diciendo: «Santa mia, estos paños me habian dado, tómelos y remédiese como pudiere, que yo quisiera hallarme con otra cosa más conveniente para suplir su necesidad.» Dándola más consuelo con sus palabras llenas de ternura que con la misma limosna que le hizo. Consagrábase este siervo de Dios con frecuencia á la oracion, llevando siempre en su interior esta antorcha que le iba iluminando el entendimiento y encendiendo la voluntad. De manera que dia y noche, á excepcion del tiempo que dormia, que seria cuando más de unas tres horas; no se alejaba un momento su corazon de sus divinas influencias, y como la quietud y silencio disponen tanto para recibirlas, velando despues de maitines hasta por la mañana, mereciendo que el espíritu divino le colmase de sus dones y misericordias. Muchas fueron las revelaciones y apariciones que tuvo en estas ocasiones, aumentándose con ellas su fervor y devocion y la profunda reverencia con que veneraba al Santísimo Sacramento, que fué

causa de que se abstuviese durante algun tiempo de recibirle diariamente, juzgándose indigno de llegar con tanta frecuencia á aquella sagrada mesa cuyo manjar divino es propio solamente de los ángeles; pero el Señor, que gustaba comunicarse más á su humilde siervo, le alentó con una vision para que comprendiese que era su voluntad que le recibiese todos los dias, y deponiendo desde entónces todos los escrúpulos, convertido todo el temor en amor y su tímido recato en mayor preparacion de pureza y filial respeto, comulgaba todos los dias. Refirióselo el siervo de Dios á un religioso amigo suyo, hablando de la comunion cotidiana, y le dijo todavía más, ponderando los bienes espirituales que por ella consigue el alma: Hermano Miguel, dóime á Dios que cuando comulgo todos los santos vienen.» Con lo que parece quiso decir ó que todos asistian á su Majestad soberana como fuente que es de la gracia, ó que en ella venia la santidad de todos. ¿Fué mucho, continua el cronista, que con tan especiales ilustraciones y singulares regalos como su alma sentia á vista de aquel sacramento inefable, perseverase con tan pio afecto en su divina presencia, y no hallase ausente de ella reposo? Fué muy notado en esto que nunca le vieron desocupado de las cosas de la obediencia, que no le hallasen en la presencia del Santísimo Sacramento. Toda la noche le estaba asistiendo, y en tocando al alba con una devota sed y piedad, empezaba de nuevo á reverenciarle, ayudando cuantas Misas podia con tan humilde y afectuosa veneracion, que manifestaba con evidencia cuán viva tenia la fe y cuán inflamada la caridad. Era muy devoto de María Santísima y de su Concepcion Inmaculada, tuvo gran piedad en el culto y veneracion de los Santos, de quienes recibió especiales favores y visitas muy familiares, que aunque por lo general ocultaba, pero solia referir alguna vez con tanta sinceridad y pureza que no se descubria en ellas el menor indicio de presuncion, ni un asomo de vanagloria, y en su estilo y modo de hablar se conocia bien su humildad, pues reputándose á sí mismo por el mayor pecador del mundo, los tenia á todos por buenos y los llamaba santos. Tuvo espíritu de profecía y á veces le eran reveladas las cosas ausentes como si las tuviese delante de los ojos. Además de estos favores celestiales le honró Dios en su vida con algunos milagros, que se refieren largamente en las crónicas de su Orden, y áun en la vida particular que hay de este siervo de Dios, pero que omitimos porque no nos parecen bien probados y porque sus raras virtudes fueron la mejor prueba de su santidad; por lo cual en todas las partes que estuvo, fué venerado y estimado de toda clase de personas y en particular de las más ilustres, siendo una de ellas D. Fray Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Valencia, que le miró con grande cariño y confianza, sentándole á su mesa y tratando y consultando familiar y secretamente con él, y estimaba tanto su conversacion que yendo á

verle el siervo de Dios despedia las visitas para hablar con él, lo que, aunque parezca extraño, era bastante natural, pues aunque lego y sencillo, en la conversacion del siervo de Dios brillaba tanta sabiduría divina que era un consuelo oirle hablar del Señor. Juzgábase él tan indigno de estas honras y aplausos, que habiendo ido un dia á la portería del convento de San Juan de la Ribera de Valencia el Marqués de Tavara, que era entónces virey de aquel reino, y habiendo hablado con el siervo de Dios Fr. Juan con gran devocion y aprecio, decia despues éste con mucha gracia. Dóime á Dios que me ha llamado el Virey padre nuestro, siendo un pobre religioso lego. Fué muy estimado y querido en la ciudad de Loja, donde no solo le miraban como santo, sino que le cortaban como á tal el hábito para reliquias, y cuando salió de aquella ciudad, fué muy sentida su partida, creyendo todos que les faltaba su único consuelo y amparo. Determinó el Señor recompensar sus fieles méritos y coronar del digno premio sus esclarecidas virtudes, y para que se dispusiese mejor le reveló el dia de su muerte, como se lo dió á entender á dos religiosos, aunque con algunos rodeos; pero al fin se verificó como lo habia profetizado, muriendo el dia de S. Ildefonso del año 1623, despues de haber recibido los santos sacramentos con singular devocion y ternura, siendo enterrado en el convento de San Juan de la Ribera de Valencia y venerado su sepulcro y cuerpo por los fieles á quienes favoreció despues de su muerte, como lo habia hecho en vida, con diferentes milagros segun en un principio indicamos. —S. B.

PICO (Fr. Pablo). Nació en la provincia romana en el sitio denominado Borgo di San Sepolcro, y tomó el hábito de la Orden de Predicadores en el convento de Sta. María de Minerva, en Roma, donde cursó los estudios. Fué maestro en sagrada teología; perteneció á la congregacion del Indice, y el papa Gregorio XIV le nombró su secretario en 1591, desempeñando este cargo con sumo aprecio del mencionado pontífice y de sus sucesores Clemente VIII y Paulo V, probando siempre que era un celoso y útil ministro de la fe. Paulo V le elevó al gobierno de las iglesias unidas de Montecorvino y Benevento el dia 20 de Julio de 1613. Desempeñó su nuevo cargo por espacio de nueve años con pastoral vigilancia, pasando á mejor vida el año 1622, dejando escrita la siguiente obra: *Index librorum prohibitorum cum regulis confectis per patres à Tridentina sydodo delectos auctoritate Pii IV primum editus, postea vero à Sixto V auctus, et nunc demum auctoritate Clementis VIII recognitus et publicatus. Instructione adjecta de exequendo prohibitiones decreto de qua sincere emendandi et imprimendi libros ratione*; Roma, 1596. Este libro se halla en la Biblioteca Real de París. — M. B.

PICO DE LA MIRÁNDULA (Juan), de la Compañía de Jesus. Perteneció este santo jóven á la noble familia que dió al mundo el pasmo de sabiduría del

mismo nombre. Nació en Milan á 20 de Febrero de 1660, y fué hijo del duque Galeoto Pico y de María Cibo, de los príncipes de Massa. Habiendo muerto su padre ántes que su abuelo, al fallecimiento de éste, ocurrido en 1637, heredó el ducado su hermano mayor Alejandro; y Juan, aunque rodeado del esplendor de una corte y de las abundancias de un palacio, supo vivir retirado del mundo, al cual trató de abandonar para consagrarse á Dios. Afirmándose cada dia más en su proyecto se lo participó á su hermano, pidiéndole, como jefe de la familia, permiso para ingresar en la Compañía de Jesus, á la que tenia mucha aficion por haber sido educado con los padres de la misma. Su dicho hermano rehusó al pronto darle la autorizacion solicitada, porque hallándose muy apegado á las afecciones mundanales, amigo del fausto y del brillo, y ocupado en solicitar casamiento, no podia figurarse que un jóven de las circunstancias de Juan, tratase sériamente de abandonar el siglo, pues creia que aquella idea sería efecto de alguna sugestion ó de un fervor pasajero. Mas viendo que Juan persistia, no opuso ya resistencia, y le dejó marchar á Novara, donde habia noviciado. Salió el jóven de su palacio entre las bendiciones y lágrimas de sus criados y vasallos, que le estimaban sobremanera, y que le fueron acompañando hasta el colegio de la Compañía, donde le recibió el P. Provincial Alejandro Boseli, con el mayor cariño y atencion. Empezó sus pruebas con gran fe y devoto entusiasmo, sin echar de ménos su anterior grandeza, porque esperaba tener otra mayor, y sin recordar su antiguo estado más que para despreciarle de nuevo. Deseando humillarse, y con pretexto de hacer ejercicio, que decia convenirle despues de una enfermedad que padeciera, solicitó permiso del superior para asistir á la enfermería, cargo el más penoso de todos por la natural repugnancia que las humanas miserias inspiran. Bien conoció el superior la idea que le impulsaba, pero lleno de santo gozo al ver tanta humildad en un señor tan elevado, le concedió lo que pedia. Encargóse Juan de la asistencia de un anciano, que se hallaba paralítico, y le cuidó con inimitable amor, auxiliándole no solamente con los remedios corporales, sino entreteniéndole con su amena conversacion, consolándole en sus aflicciones y exhortándole á sufrir con resignacion sus calamidades. Ya hemos dicho que habia recibido su primera educacion con los PP. de la Compañía; estos le enseñaron la oracion mental y los ejercicios de S. Ignacio, y así en vez de aprenderlos en el noviciado, se dedicó á su práctica desde el primer dia. En uno de sus muchos períodos de oracion le asaltó un grave escrúpulo. Figuróse que una voz interior le decia que no se hallaba con bastantes fuerzas para aspirar á la perfeccion de su estado, y tanto pudo en él aquella consideracion, que casi estuvo resuelto á abandonar la Compañía; pero los consejos de su confesor, con quien consultó el caso, y que le demostraron, que aquel

escrúpulo era tal vez una sugestion del enemigo, le infundieron el suficiente ánimo para continuar por la senda de la mortificacion y acompañar á Cristo con su cruz. Resuelto ya á no abandonar la Compañía, y tomando por intercesora á la Santísima Vírgen el dia de la Asuncion de esta augusta Señora, hizo voto solemne de no admitir dignidad humana fuera de la religion, renunciando para siempre el ducado de la Mirándula, caso que por falta de su hermano le llamasen á la sucesion. Depuesta ya toda mira respecto de las grandezas caducas, y no queriendo se le guardase consideraciones de ninguna clase, principió á estudiar con los otros novicios la retórica y la filosofía, distinguiéndose entre todos por su aplicacion y sus adelantos. Aproximándose el tiempo de la profesion, el duque su hermano procuró apartarle de la vida monástica, y al efecto hizo multitud de tentativas, que todas fueron inútiles, por lo cual recurrió al expediente de llamarle á su palacio, con pretexto de tratar un grave asunto. Juan se negó á salir del colegio, y solo lo hizo en cumplimiento de la obediencia cuando el superior se lo ordenó. Vuelto á la corte de su hermano, éste le recibió con el mayor cariño, y le hizo mil halagüeñas reflexiones, para que abandonando el claustro permaneciese en su compañía. Creyendo que ejerceria alguna influencia sobre su ánimo las consideraciones mundanas del aumento y esplendor de su noble familia, le hizo presente que si Dios no le daba sucesion en su matrimonio, quedaba extinguida la rama, persistiendo él en seguir su vocacion; pero todo fué inútil, el virtuoso jóven se negó respetuosamente á dar gusto á su hermano en lo que le proponia, y vivió en el palacio en el mismo retiro y con la misma austeridad que si permaneciese en el colegio, no asistiendo á ningun acto público, á ninguna diversion, y pidiendo audiencia cuando queria ver al duque como el último de sus vasallos. Quejábase de esto amorosamente su hermano, y le rogaba que viviese como á su clase convenia, á lo cual respondia Juan: «Yo te ofrezco cumplir con el carácter de señor, que me dió mi nacimiento, siempre que tú tengas poder bastante para anular el voto que hice de renunciar mi grandeza.» Viéndole tan decidido, le ofreció solicitar del Pontífice alguna notable dignidad eclesiástica, que pudiera algun dia hacerle vestir la púrpura; pero él le suplicó que tampoco lo hiciese, porque se hallaba decidido á no admitir ningun elevado cargo, por creerle incompatible con la humildad que se habia propuesto observar. Deshechas de este modo todas las combinaciones del duque, no hubo más medio que dejarle volver á su colegio, y así se verificó, abandonando para siempre su antiguo palacio y volviendo al retiro y á la oscuridad de su humilde celda. Para calmar la inquietud del duque, que temia ver extinguida la rama de su noble familia, quiso Dios darle cumplida sucesion desde el dia en que Juan renunció absolutamente al mundo, y le dotó con varios hijos va-

rones y hembras, que enlazándose más tarde con las principales familias de Italia, le dieron la numerosa posteridad, que ha llegado hasta nuestros dias. Juan entre tanto pasó al Colegio Romano á cursar la teología. Llegado á la ciudad eterna tuvo una larga conferencia con el general de la Compañía, dándole cuenta de todo lo sucedido, dejándole admirado de la heróica resolucion que tomára, tanto más recomendable, cuanto mayor era el brillo de la posicion que habia abandonado; escollo de que todos no hubieran sabido libertarse, y mucho ménos un jóven, que se hallaba en la edad de la ilusion y la esperanza. Hasta la hora de su muerte no se divulgó el resultado de aquella conferencia. Entónces se supo que aquel angélico mancebo, temiendo que su ánimo flaquease, ya por la natural debilidad humana, ya por las cariñosas instancias de su hermano y demás familia, pedia continuamente á Dios con especiales oraciones le sacase de esta vida para evitar el angustioso trance de faltar á su vocacion. Ejemplo admirable de virtud, pues más que la existencia estimaba la perseverancia. Grande heroicidad, sin duda alguna, es exponer la vida por defender las convicciones, pero más exceso heróico es tambien, sin duda, pedir la muerte por excusarse un riesgo. Su deseo fué mayor desde el punto y hora que entró en el Colegio Romano, donde se guardan los restos del ángel humanizado que hoy se venera en los altares; de aquel bendito jóven, que por la humilde sotana de la Compañía de Jesus dejó la púrpura de los reyes, de S. Luis Gonzaga en una palabra. Ardiendo en el ferviente amor divino, y tomando por intercesor á dicho angélico jóven, cuya vida procuraba imitar, pedia Juan á Dios le concediese la gracia de morir como Luis en el estado de estudiante. El cielo permitió al fin viese cumplidos sus deseos. Cursando segundo año de teología, hallándose en el de 1660 y cuando la Compañía fundaba grandes esperanzas en su talento y penetracion, le sobrevino una afeccion de pecho, que degenerando en fiebre ética consumió muy pronto al indivíduo, entregando Juan su alma á Dios con entero conocimiento, con tan tiernos afectos y tan dulce conformidad, que no daba lugar á que se dudase del sitio preeminente que iba á ocupar en la gloria. Al salir del mundo tenia veinticinco años cumplidos. La consideracion de su glorioso triunfo templó el dolor y enjugó las lágrimas de su noble familia y de los jesuitas, que hubieran quedado inconsolables al ver tantas esperanzas arrebatadas y tantos deseos frustrados. Pero quedaron dando mil gracias á Dios, que les dejaba en la ejemplar vida y muerte del jóven estudiante un ejemplo de constancia y de la estima en que la vocacion debe tenerse. Para perpétua memoria y sin duda con objeto de rendir un cariñoso tributo de admiracion al que puede decirse que sucumbió víctima de sus deseos de no faltar á la santidad de sus promesas, en su partida de defuncion, que se guarda en los archivos del Colegio Ro-

mano, se estampó la siguiente nota: *Contra la voluntad del duque su hermano quiso y logró entrar en la Compañía de Jesus.*—M. B.

PICOLOMINI (Alejandro). Nació en Siena en 1508. Fué arzobispo de Patras *in partibus* y coadjutor del arzobispo de Siena. De precoz inteligencia y de una disposicion extremada para las ciencias, puede decirse que las abrazó casi todas, pues fué hábil en la filosofía, en la teología, en la medicina, en la jurisprudencia y en la poesía. Dejó escritos algunos tratados de moral y de filosofía, que prueban su elegante locucion y sus profundos conocimientos; entre sus obras es célebre la titulada: *De la crianza y educacion de las mujeres*, obra que fué traducida al francés y que su mismo autor condenó algunos años despues de publicada. Murió en 1578. Las graves ocupaciones de su destino y la importancia del cargo que desempeñaba no le impidieron dedicarse, además del estudio de la filosofía y á la redaccion de las obras de esta facultad, en la que se mostró partidario de las doctrinas de Aristóteles, á la composicion de algunas obras de amena literatura. Perteneció á la célebre Academia de los *Infiammati* de Pádua. El catálogo de sus obras es el siguiente: *Filosofía moral.—Teórica de Piannetti.—La institucion del hombre.—La institucion del Príncipe cristiano.—De la grandeza del agua y de la tierra.—Paráfrasis de la retórica de Aristóteles.*—La obra ántes mencionada *De la crianza de las mujeres.*—Dos comedias tituladas: *La Alejandra* y *El amor constante.—Tratado sobre la estrella fija.—Idem de la esfera.—Coleccion de sonetos.*—Traduccion de la *Poética de Aristóteles*, y otras ménos importantes.—M. B.

PICOLOMINI (Fr. José), franciscano. Era italiano y tomó el hábito de los Menores Observantes en el convento de Sienna, donde desempeñó el cargo de maestro de sagrada teología. Escribió: *Exercitia spiritualia pro Chordigeris confratribus.* Se ignora el año en que floreció este religioso y si llegó á publicarse su obra, pues no consta en la *Bibliografía* de la Orden que haya llegado á imprimirse.—M. B.

PICONNE (Ignacio). Se ignora el pueblo de su nacimiento, pero se supone que fuera en la ciudad de Nanci, por haber recibido en el convento de la órden de Sto. Domingo de este punto el hábito de religioso siendo aún muy jóven, habiendo profesado el dia 18 de Agosto de 1649. Estudió con tanto fruto, que al terminar su instruccion fué nombrado catedrático de filosofía para los seglares en el convento de Abbeville, y despues enseñó públicamente la teología por espacio de algunos años en Ambieu, y más tarde en los estudios generales de París, situados en el convento de S. Honorato. Posteriormente fué elegido prior de la casa de Abbeville. Predicaba con bastante elegancia y era sumamente amable en el tribunal de la penitencia, sacando por estas circunstancias notable fruto del púlpito y del confesonario

para la salud de las almas. Murió de más de ochenta años el dia 12 de Marzo de 1713, habiendo escrito y publicado la notable obra siguiente: *El Cristianismo esclarecido para afirmar la fe y nutrir la piedad de los fieles;* primera parte, 1694, en 8.° La segunda parte se publicó en 1695; pero la tercera no llegó á ver la luz por haber sobrevenido la muerte de su autor, aunque consta que al ocurrir ésta la tenia ya revisada para darla á la imprenta, hallándose, hacia ya ocho años, aprobada por los censores de la Religion. — M. B.

PICORNELL (Juan), religioso Observante del convento de Palma. Fué catedrático de filosofía y teología en la universidad literaria de Mallorca y custodio de esta provincia. Murió el dia 27 de Abril de 1789, de edad de setenta y cuatro años, y dió á luz en 1760 y 1762, en la imprenta de Frau, cuatro tomos en 4.° de ideas predicables con este título: *Puerta sagrada que con la célebre exposicion del P. Nicolás de Lira ofrece libre entrada á las postilas evangélicas.* Dejó manuscritas muchas obras sobre la Inmaculada Concepcion de la Vírgen. — J. B. de R.

PICOT (Miguel José Pedro). Nació este excelente escritor religioso en Neuville aux Bois, pequeña ciudad situada á cinco leguas de Orleans, el dia 24 de Marzo de 1770. Perteneció á una familia muy considerada. Su padre, que fué notario y procurador, á una probidad y piedad extraordinarias unia un entendimiento muy claro y una gran fecundidad de ingenio. Luego que cumplió diez años fué confiado con su hermano mayor á la direccion del abate Picot, su tio paterno, sacerdote que fué del Oratorio, y á la sazon canónigo de la colegiata del Santo Sepulcro en la ciudad de Caen, que les hizo seguir los cursos de la universidad. Muy tenaz fué la memoria de Miguel, lo que hacia que aprendiese con dificultad, pero tuvo la suerte de que aprendida una cosa no volviese á olvidarla. Destinándosele al estado eclesiástico fué tonsurado á la edad de trece años, en virtud de dimisorias del obispo de Orleans, siendo su tonsurador Monseñor de Cheylus, obispo de Bayeux. Volvió al seno de su familia el año 1785, y poco despues entró en el seminario de Orleans, que entónces le tenian los PP. de S. Sulpicio, á los que tomó Picot tanto afecto y cariño, que no solamente se lo manifestó durante su vida, sino que se lo probó en su testamento. Terminó ántes de los veinte años los cursos ordinarios de teología, pero como era aún demasiado jóven para recibir las órdenes, se le nombró profesor del pequeño seminario diocesano de Menug-sur-Loire. Aproximándose la tempestad revolucionaria, llegaron á ser borrascosos los tiempos para la diócesis de Orleans bajo un obispo como Jaurente d'Orgeval, cuya conducta es bastante conocida. Obligándose en Menug-sur-Loire al juramento á los jefes del seminario, Picot, siguiendo el ejemplo del abate Landais, su director, rehusó

prestarle, y dejando el hábito religioso volvió á Neuville, en donde su familia aplaudió su resolucion. Su padre, que iba frecuentemente al castillo de Montigny, perteneciente al conde de Rochechouart, le procuró una entrevista con el abate Edgeworth, confesor de Luis XVI, que estaba oculto allí con el nombre de Essex; esto fué en 1795, poco tiempo despues de la catástrofe del 21 de Enero. El jóven Picot acogió con avidez y ternura todo lo que aquel santo sacerdote le dijo del Rey mártir y de su hermana Madama Isabel. En este tiempo, el padre de Picot, que era procurador síndico de la poblacion, fué avisado por un gendarme de que se habia decretado su prision por haber facilitado la fuga á un realista, y á fin de no caer en las manos de sus enemigos huyó precipitadamente. Acompañó á su padre Picot hasta la ciudad cercana, en donde pensó despedirle creyéndole ya seguro; pero al llegar á ella le informaron que se habia dado tambien órden de prenderle, porque comprendido en la primera requisicion no se habia presentado, añadiéndose en la denuncia que estaba comprendido en la falta de su padre, lo que segun él mismo confesó á Mr. Badiche, que escribió su biografía en la universal de Michaud, al que seguimos, fué cierto. Sus dos jóvenes hermanos corrieron á advertirle del peligro que corria si regresaba á Neuville, y á fin de librarse de él, áun cuando no tenia pasaporte, se dirigió á París, adonde llegó felizmente con su padre, y en donde encontraron un seguro asilo en el hotel de las Indias, situado en la calle du Mail. Merece contarse un rasgo de probidad de que fueron ambos objeto en este meson. «No os pido vuestro secreto, les dijo un dia la posadera; pero va hoy á visitarse mi casa, seguidme y yo os proporcionaré la libertad luego que se haga la visita.» En efecto, por el cuidado de esta buena mujer fueron sustraidos á las consecuencias de esta pesquisa, que se renovó tres veces en el mismo mes. Cediendo el jóven Picot á los consejos que se le dieron de sufrir las exigencias de la ley, tuvo al presentarse la facilidad de elegir su cuerpo, prefiriendo el servicio de mar al de tierra, sin saber por qué, segun dijo despues. Pidió un seguro de camino para Brest, adonde llegó despues de haber andado á pie el camino y de haber experimentado muchas incomodidades y arrostrado no pocos peligros: fué esto en el mes de Noviembre de 1793, y no tardó en recibir la órden de embarcarse. Dos buques habia prontos á hacerse á la vela para Cancale, á las órdenes del hijo del almirante que habia sido de Luis XVI, Mr. de Thevenard. En cuanto llegó á bordo fué testigo Picot de una penosa escena. Habia entrado en las calles de Brest y adoptado por compañero de viaje á un sacerdote de la diócesis de Orleans, que habia tomado el partido de sustraerse á los rigores de la época, enganchándose en la marina, y habia sido destinado al mismo viaje que él. Al dejar el bote saltó el sacerdote el primero sobre el buque, y á pesar de su disfraz tuvo la desgracia de que le reconociese un jó-

ven marinero, que exclamó: «Calla, este señor gordo es el abate Turpin, cura de mi pueblo, el cual me dió la primera comunion.» En cuanto dijo esto el marinero prendieron al cura, al que metieron en la cárcel, en donde estuvo tres años. No estaba Picot tan perfectamente disfrazado que su continente eclesiástico no le hubiera comprometido alguna vez; pero felizmente el capitan del buque era muy bueno y humano, y acogiéndole con afabilidad, luego que supo que la revolucion era la que le habia puesto en aquel estado, le recomendó al timonel y le prestó algunas atenciones. No poseyendo el comandante gran instruccion, siempre que escribia la órden del dia ó algun parte entregaba el escrito á su protegido para que se lo corrigiese, y despues lo volvia á copiar con las enmiendas que le habia hecho. En cambio sentaba á Picot á su mesa, habiéndole presentado ántes á su estado mayor como á hijo de uno de sus amigos, lo que hizo que su posicion fuese ménos penosa. Al llegar á Cancale fué atacado Picot de una enfermedad contagiosa que se declaró en la division de Thevenard, que diezmó sus marinos y fué necesario improvisar un hospital á media legua de S. Maló, y hallándose sufriendo en él Picot, fué visitado por Mr. Deviller, antiguo empleado de las oficinas de marina, con el que habia contraido amistad en Brest y que estaba entónces agregado á la secretaría del agente marítimo en S. Maló. Luego que se puso mejor, fué á vivir á la casa de este amigo, y en ella se hallaba cuando el infame Lecarpentier, representante del pueblo, reuniendo á sus empleados en la oficina, desde una silla, adonde se subió para que le oyesen mejor, anunció la muerte de Robespierre que habia sido guillotinado el dia 28 de Julio de 1794. Picot fué llamado á Brest, y su amigo Devillers le quiso embarcar en una fragata en cualidad de agente de contabilidad, favor que rehusó, temiendo se le obligase á prestar juramento, y en lugar de la plaza que se le propuso aceptó el empleo de instructor de marineros sobre una corbeta, destino que nada le ocupó, porque no se le proveyó de libros, papel ni plumas, por lo cual no dió leccion alguna. Fué con su buque á las costas de Irlanda, que se mandaron observar, y estuvo mucho tiempo en el mar sin saltar en tierra. En 1795 ejerció las funciones de empleado extraordinario en la oficina de armamentos de Brest, aprovechándose de su servicio en las oficinas para hacer observaciones y estudios sobre las guerras marítimas desde 1777 á 1783, preparando despues los materiales para escribir la historia de esta guerra, pero su trabajo no llegó á terminarse. Fiel á los principios que habia recibido de su familia y en el seminario, practicaba Picot en su nueva posicion los deberes religiosos cuanto podia, y en Brest ayudaba la misa que celebraba secretamente un sacerdote en la casa que estaba alojado. Licenciado del servicio en 1797, volvió en Febrero á Neuville-aux-Bois, y si bien no pudo volver á tomar sus costumbres ecle-

siásticas, volvió al ménos á emprender sus ordinarios estudios, aplicándose muy especialmente á conocer la historia eclesiástica del siglo XVIII. Prueba el gusto y capacidad de Picot para las minuciosas pesquisas de un erudito, la adquisicion que aún muy jóven hizo de la voluminosa coleccion de las *Noticias eclesiásticas*, repertorio del jansenismo, en la que la rectitud de su talento supo encontrar preciosos hechos que observar. Poco despues de su vuelta se le nombró preceptor del único hijo de Mr. Dechampvallin, y con este motivo se fijó en Orleans; pero se alteró de tal modo su salud el año 1800, por el sarampion que le atacó en tan avanzada edad para esta enfermedad, que no pudo continuar el estado eclesiástico. No obstante de que empezó á ocuparse de la literatura, su aficion le llevó siempre hácia los estudios á que habia tenido grande amor; y así es que recogió notas importantísimas sobre las cosas eclesiásticas, que le sirvieron para las memorias de que despues hablaremos, y así es que se determinó por Emery, superior de S. Sulpicio, que se pusiese en relacion con el abate Boulogne. Unos pocos meses del año 1806 se encargó Picot de la educacion particular de los niños del príncipe de Beanvan, pero los abandonó para entregarse de lleno á sus trabajos literarios. En 1806 apareció la primera edicion de sus *Memorias para servir á la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, cuya obra fué tan bien recibida, que se la puede considerar la base de su reputacion. Escritores religiosos, tales como Barruel y Boulogne, le admitieron á su amistad, y éste último, redactor de un periódico mensual dedicado á la defensa de la religion y de las santas doctrinas, le recibió por colaborador, y le sucedió en esta carrera tan honrosa como peligrosa en aquella época. Prohibióse este periódico en 1811 por la policía del emperador Napoleon Bonaparte, y en la inaccion forzada en que se encontró Picot con este motivo, fué cuando concibió la idea de ofrecer su pluma á la *Biografía universal*, á cuyo fin escribió el artículo Diderot y despues otros que han aparecido sucesivamente áun despues de su muerte; cuyos artículos, como puede verse en la expresada obra, son exactísimos y ricos de datos en cuanto á los personajes eclesiásticos que se prometió esclarecer. Ya hemos dicho que los trabajos de Picot le granjearon la estimacion de muchos hombres distinguidos, y no podemos dejar de contar entre ellos á los Frayssinous, los cardenales Caprara y Maury, el baron de Santa Cruz, el marqués de Fortia de Urban y otros muchos. Despues de la supresion de su periódico tomó parte en varias obras y periódicos, y dió lecciones de literatura á los jóvenes que quisieran aprovecharse de sus vastos conocimientos. A la vuelta de los Borbones, desde el mes de Abril de 1814, Mr. le Clerc, que habia impreso el antiguo periódico dirigido por Picot, empezó la publicacion francesa en París del *Amigo de la Religion y del Rey*, y éste fué encargado del nuevo periódico. Estaba entre los colaborado-

res M. F. de Lamennais, que solo dió unos pocos artículos para los primeros tomos, y fué tan estrecha la amistad que contrajo Picot con él, que le dió consejos y áun le ayudó en su publicacion *Essai sur l'indiference*, de la que predijo un buen éxito. Empero bien pronto fué testigo Picot de los deplorables efectos obrados sobre este célebre escritor por la vanidad y la lisonja, de suerte que se vió precisado á tomar en su periódico la defensa de la verdad y de la sana filosofía; pero á pesar de lo que han dicho algunos en contrario, no fué ni precipitado ni apasionado en sus ataques, que precedieron á todos los de los demás periódicos. Picot logró que su periódico *El Amigo de la Religion* fuese considerado como el órgano oficial del clero, lo que le proporcionó honrosos sufragios hasta del Pontífice, que al manifestarle oficialmente su satisfaccion, le mandó de regalo un preciosísimo rosario y un rico camafeo, objetos siempre dignamente apreciados por su piedad, tan viva como sincera. Por otra parte fué el blanco de los ataques del jansenista Siloy y de los nuevos partidarios de Lamennais, ya en *El Memorial católico*, ya en *El Porvenir*. Fué tal la opinion que alcanzó Picot y su periódico, que resolvió publicar éste tres veces por semana desde 1.° de Agosto de 1830, lo que llevó á cabo algunos dias despues de los que duró esta revolucion, que derribó á Cárlos X de Borbon, para sentar sobre el trono de Francia á Luis Felipe I de Orleans. Reapareciendo *El Amigo de la Religion* con este mismo título despues de los acontecimientos, prometió seguir defendiendo sus principios y conservarlos con toda fidelidad. Despues de la revolucion tuvo Picot diversas polémicas que sostener contra algunos diarios que, como *El Amigo de la Religion*, al servicio de la verdad y de la Iglesia se lisonjeaban de conocer mejor su época y las necesidades del momento; el tiempo ha demostrado si tenian razon ó no; pero lo que no puede negarse es que la parte sana y reflexiva del clero y de los escritores religiosos suscribieron siempre á los sentimientos de Picot y de su periódico. Casi agotada la segunda edicion de las *Memorias eclesiásticas* que habia publicado Picot en 1815, y á fin de dedicarse á hacer una tercera edicion por consejo de sus respetables amigos, y en especial de los PP. Sulpicios, renunció la redaccion del *Amigo de la Religion*, que fué confiada el dia 1.° de Octubre de 1840 á un redactor seglar instruido en las meterias de que trata este periódico. Muy avanzado llevaba el trabajo de sus *Memorias*, pues que habia llegado al fin del último siglo, cuando murió repentinamente el dia 15 de Noviembre de 1841; sin embargo, su muerte puede decirse no habia sido imprevista, pues que un accidente que habia tenido ántes le habia obligado á tomar algunas medidas de precaucion. Aun cuando Picot habia abandonado la carrera eclesiástica despues de tonsurado en una época en que todo era permitido, se conservó celibato, llevó una vida sencilla, muy arreglada, y se entregaba con mucha fre-

cuencia á prácticas de piedad. Hacia tambien muchas juiciosas limosnas, era miembro de la Obra de la Propagacion de la Fe católica, congregacion tan loca é injustamente atacada y calumniada por los hipócritas del partido revolucionario en los últimos años de la restauracion. Las exequias de Picot se hicieron en su parroquia de S. Sulpicio, y asistió á ellas una multitud de amigos que habian sabido apreciar sus buenas cualidades, y lloraban la pérdida que con su muerte habian experimentado la religion y la literatura eclesiástica. Al dar razon de las producciones de Picot debemos empezar por *El Amigo de la Religion*, dando á conocer las fases de su historia, siguiendo en esto á su biógrafo Badiche. En un principio apareció este periódico publicando dos números por semana, siendo la primera publicacion de esta clase que se presentó en espíritu moderado en una época de reaccion. Monsieur Niel-Saint-Etienne debia tener la mitad en esta empresa; pero separado por los demás, publicó en despique algunos años despues *La Francia Cristiana*, al mismo precio de suscricion, en la misma forma y en el propio intervalo que se publicaba *El Amigo de la Religion*. Contenia al principio *El Amigo de la Religion* un artículo de fondo, despues noticias eclesiásticas y por último diversas noticias políticas y literarias, de suerte que, como lo decia en su portada, era á la vez un periódico religioso, político y literario. No tardó en ser, como ya lo hemos dicho ántes, el diario oficial del clero, debiendo hacerle la justicia de confesar que guardó esta posicion en medio de las muchas publicaciones de este género que fueron apareciendo con más ó ménos exito. Muchos colaboradores ayudaron al redactor principal, que jamás firmó sus artículos, y entre ellos no podemos ménos de citar en el primer año á los Sres. de Lecuy, de Genorde, de Lamennais y Frayssinous, que dieron algunos artículos; despues los Sres. Affre, Receveur, de Chatenay, de la Couture, Dauance y Trevaus le prestaron una cooperacion más sostenida. Deben nombrarse tambien al expresado Badiche, á quien vamos siguiendo, y á Bellemare, que dirigió el periódico durante una larga enfermedad que sufrió Picot, y que quedó de redactor ordinario teniendo á su cargo la parte que se daba con el nombre de *Mélanges*, en donde lucia siempre este fecundo ingenio con aplauso de sus lectores, no obstante sus muchas veces pesada monotonía. Sucediendo á Picot, Mr. Henrion en la direccion del periódico, supo mantenerle en el camino que llevaba desde su creacion. Fué precioso *El Amigo de la Religion* por la reseña extensa que hacia sobre los principales personajes eclesiásticos, y sobre los que habian tomado una parte principal en los asuntos religiosos á fines del último siglo y principios del actual. Sin embargo del carácter dulce y pacífico que distinguia á Picot, no dejaba de prestarse algunas veces á la agresion, pues por otra parte era materialmente imposible pudiese evitar toda polémica en

la carrera en que se habia lanzado. Además de las ligeras reyertas que sostuvo con *El Memorial religioso*, con *Las Tablillas del clero* y con *La Francia cristiana*, que al fin de algunos años de una honrosa existencia cayó en las manos del liberalismo y llegó á ser al morir un diario irreligioso, tuvo Picot que sostener combates más serios con *El Memorial católico*, dirigido por los sectarios de Lamennais, y despues de la revolucion de Julio con *El Porvenir*, en el que no dejan de ser bastante comunes los errores, y por lo tanto bien conocidos. Los colaboradores de ambos periódicos trataban á Picot con sobrada acritud; pero el tiempo, la reflexion de los hombres verdaderamente instruidos y sinceramente religiosos, y la conducta de Roma, han hecho justicia á Picot. La lucha más peligrosa que *El Amigo de la Religion* tuvo que soportar fué la que comenzó contra el periódico titulado *El Universo religioso*, más de temer entónces para Picot que lo fué despues. Uno de los medios que tomó para resistir á este nuevo antagonista fué hacer diaria su publicacion, innovacion que estuvo á pique de comprometer su existencia, por lo que volvió á su antigua costumbre de publicarse tres dias por semana. *El Amigo de la Religion* llevaba de ventaja al *Universo* su moderacion y la sabiduría de su marcha y de sus principios, y que cuando Mr. Henrion se encargó de continuarla, llevaba ya esta publicacion formados ciento diez volúmenes en 8.° Por último, *El Amigo de la Religion* es la coleccion más preciosa que se ha publicado de materias útiles á la historia eclesiástica de este siglo, conteniendo además artículos literarios de sana crítica, porque Picot consultaba prudentemente y recibia con modestia las observaciones que se le hacian. Debió tambien este periódico una parte de su buen éxito á su prioridad de existencia, á su forma, al precio módico de sus abonos, y en fin, á las materias de que trataba, que rara vez salian del nivel de los conocimientos de la mayoría de sus lectores. Y en fin, *El Amigo de la Religion*, que se consultará aún por mucho tiempo, mantendrá á Picot una reputacion literaria más duradera que la que dió *El Mercurio* á su fundador Doneau. En 1830 *El Amigo de la Religion y del Rey* se expuso á grandes peligros por parte del gobierno revolucionario, y tuvo que suprimir la última parte de su título. A pesar de esto su lenguaje no fué hostil al gobierno de esta época, y es bien seguro que *El Amigo de la Religion* respetó siempre á la autoridad, y en esto fué muy prudente y sabio. Se conservan de Picot además de sus escritos en el expresado periódico las obras siguientes: *Mémoires pour servir à l'histoire ecclesiastique pendant le XVIII siecle*. La primera edicion se publicó en 1806, y cualquiera que fuese el mérito de esta obra debia tener y tuvo un brillante éxito. La segunda, infinitamente superior á la primera, se publicó en 1815 y 1816 en cuatro volúmenes en 8.°, y continuó hasta el año 1815. Esta es ménos polémica, ménos teológica que las famosas

Memorias cronológicas y dogmáticas del P. d'Avrigny, de las que parece ser una continuacion. El cuarto volúmen es una lista cronológica de los escritores del siglo XVIII considerados religiosamente, y dado como suplemento á las *Memorias* es útil; pero en sentir de Mr. Badiche la parte histórica es débil y la bibliografía superficial é incompleta, y áun cuando Picot parecia no apercibirse de esta falta, fué muy sensible á la crítica que de esta parte le hizo Mr. Feletz. Si hubiera dado la última mano á la tercera edicion que corrigió, hubiera sido una verdadera obra nueva; pero la muerte le privó, como hemos dicho, de verla terminada.—*Vie de dames françaises;* un volúmen en 12.° La parte histórica de este libro es de Picot; pero lo demás es anónimo, á pesar de que fué publicado por Jauffret, obispo de Metz, que es el autor de los diálogos.—*Mélanges de philosophie, d'histoire, de morale et de litterature.* Esta coleccion, que compone nueve volúmenes y medio en 8.°, fué empezada por el abate Boulogne, que fué despues obispo de Troyes, es casi toda de Picot.—*Notice sur la vie et les écrits de M. Emery;* folleto en 8.° Este opúsculo viene á ser un acto de gratitud hácia el superior de S. Sulpicio por lo mucho que habia contribuido éste á que Picot brillase en la carrera de las letras.—*Essai historique sur l'influence de la Religion en France pendant le XVIII siecle;* París, 1824, en dos volúmenes en 8.° Viene á ser esta obra una especie de suplemento á las *Memorias d'Avrigny* acerca de la misma época, porque Avrigny no ha tratado las materias contenidas en el *Ensayo histórico*, que se tiene por la mejor obra de Picot y en la que se ve al autor en su elemento, pues que este libro es un conjunto de historia y de piedad. En 1827 y en los siguientes años fué encargado Picot de las ediciones de las *Obras de Boulogne*, obispo de Troyes, á las que acompañó un cuadro político y religioso de la Francia en tiempo del Directorio, y una reseña histórica sobre la Iglesia constitucional desde su orígen hasta nuestros dias. Estos dos trabajos, los que forman un volúmen en 8.° de 166 páginas, componen una obra especial interesantísima. Además de cuanto llevamos dicho aquí, Picot ha cooperado á muchas publicaciones literarias, escribió en el periódico de los curas, que apareció en tiempo del Imperio, en el suplemento del *Diccionario Histórico* de Feller y en la *Biografía Universal*, en la que hizo importantes servicios, no solo por los muchos artículos que escribió en ella sino por los preciosos datos que dió á los editores, por las enmiendas y modificaciones que hizo en los artículos de algunos colaboradores más eruditos tal vez que él, pero ménos firmes en la ortodoxia. Picot fué algo inclinado en un principio á las opiniones ultramontanas, pero modificó su lenguaje en el *Amigo de la Religion*. Los pontífices Leon XII, Pio VIII y Gregorio XVI le honraron con lisonjeros breves, y le hicieron comendador de la Orden de S. Gregorio *el Grande*, y caballero de la espuela de oro. El P. Guardian de

los Santos Lugares le mandó el diploma de caballero del Santo Sepulcro. Sabia Picot perfectamente la historia eclesiástica de los dos últimos siglos, y tenia conocimientos en literatura; pero en las ciencias, segun Badiche, era muy poco profundo, y á esto debe atribuirse su repugnancia por las mejoras introducidas últimamente en las casas de educacion. Sus antagonistas afectaban ver en él un opositor á todo lo que fuese progreso y con esta suposicion han procurado ridiculizarle. A su fallecimiento fué á parar á S. Sulpicio, porque así lo dejó mandado en su testamento, una gran parte de su rica biblioteca. Hemos terminado las noticias que Badiche recogió para la historia de este hombre especial, al que hemos considerado entre los eclesiásticos, porque si no terminó esta carrera, no faltó jamás á las costumbres de tal, desde que fué tonsurado; y porque la religion le debe importantísimos servicios, obras muy meritorias y una piedad edificante. —B. C.

PICOT DE CLORIVIERE (Abate Pedro), exjesuita, cura de Páramo cerca de S. Maló despues de la supresion de su Orden, pero en la que volvió á entrar en 1815. Nació en Bretaña hácia 1735, y murió en París en la casa de los jesuitas, calle des Postes, el 5 de Enero de 1820. Escribió: 1.° *Consideraciones sobre el ejercicio de la oracion y meditacion;* por P. J. P., autor de la *Vida de M. de Monfort;* París, viuda de Nyon, 1802 en 12.°—2.° *Ejercicios de devocion á S. Luis Gonzaga*; traduccion del italiano, 1785. — 3.° *Explicacion de las epístolas de S. Pedro;* por M. P. D. C. A. J.; París, librería de la Compañía tipográfica, 1809, tres volúmenes en 12.° Es una obra excelente, dice un bibliógrafo, y digna de ser más conocida. — 4.° *El modelo de los pastores ó extracto de la vida de M. Sermio, cura de una aldea en la diócesis de Tours.* Con algunas cartas sobre diferentes asuntos interesantes, y algunos escritos que se han encontrado entre sus papeles despues de su muerte, recogidos y publicados por M. P.****; París, Valade, 1779, en 12.° —5.° *Práctica de la oracion mental puesta al alcance de todos los verdaderos fieles;* Lila, 1818. Segunda edicion; Lion, Russand, 1822, en 32.°—*Vida de Luis María Grignon de Montfort, misionero apostólico; fundador de los misioneros del Espíritu Santo, y de las hermanas de la Sabiduría*; dedicada á Madama Victoria. Saint-Maló y París, Dalalain, 1785, en 12.° Este autor pasa por serlo de otras obras anónimas impresas sin lugar de impresion, pudiendo citarse entre otras las *Conferencias sobre los votos.* La biografía de este autor puede verse en el artículo *Cloriviere*, pues aquí solo hemos puesto la bibliografía por ser más extensa y completa que ninguna de las conocidas.—S. B.

PICQUET (Francisco). Nació en Lyon (Francia) en 12 de Abril de 1626, y fué el último de los tres hijos varones del banquero Picquet y de Ana Monneri. Sus dos hermanos mayores entraron en la Orden de los Carmelitas descalzos, y dos de sus hermanas tambien murieron religiosas. Desde muy

niño se hizo notable por su piedad y por sus deseos de instruirse. Acabado el estudio de la filosofía, principió á viajar, recorriendo gran parte de Italia y Francia, volviendo á su patria en 1650, despues de adquirir un gran caudal de conocimientos. Habiendo quedado vacante en 1652 el consulado de Alepo, en Siria, fué nombrado para desempeñarle apénas contaba veintiseis años de edad, debiendo este nombramiento á la influencia de las personas que se interesaban por él, en atencion á sus buenas cualidades y á la fama que disfrutaba de honradez, inteligencia y conocimiento en toda clase de negocios. En aquel tiempo en que las relaciones internacionales no se hallaban tan extendidas como en el dia, y en que los países sujetos al dominio de los otomanos eran casi pueblos desconocidos, ó por lo ménos inaccesibles para el resto del mundo, porque la diferencia de religion impedia el mútuo trato; el cargo de cónsul en aquellos países era de suma importancia, y no se concedia con la facilidad que hoy se concede. En Setiembre de dicho año de 1652 marchó Picquet á tomar posesion de su destino, siendo recibido en Alepo con notable aplauso, principalmente por los comerciantes, que de su rectitud y firmeza esperaban el amparo de sus derechos, tan frecuentemente atropellados por las autoridades turcas. Pronto se ganó con su amabilidad y sus buenas disposiciones la voluntad de las personas cuyos derechos defendia, y el mismo bajá de Alepo, á quien más de una vez resistió cuando pretendia alguna cosa fuera de justicia, le concedió su estimacion y le nombró cadí ó juez para entender en todos los asuntos civiles y criminales que ocurrieran entre los cristianos del país. En su doble empleo hizo muchos servicios, no solo á sus compatriotas y correligionarios, sino hasta á los mismos turcos. Manifestó sobre todo su prudencia y su tacto para los negocios políticos en la sublevacion del Bajá, ocurrida al principio de su consulado, y cuyos malos efectos neutralizó con su prudencia, acertadas disposiciones y buenos consejos, logrando que en poco tiempo se restableciera la paz. Noticioso de su mérito el gobierno de la república de Holanda, le nombró tambien su cónsul en Alepo. No solo fomentó el comercio de los países que representaba, sino que tambien se consagró á extender la fe católica en aquel país como celoso misionero, teniendo el consuelo de que un gran número de cismáticos volvieran al seno de la Iglesia verdadera. Habiendo tenido varias conferencias con un eclesiástico llamado Andrés, concibió el gran proyecto de traer á la obediencia del Papa á los maronitas y algunos otros pueblos de la Siria que vivian separados de la comunion romana. En uso de sus atribuciones revistió á Andrés del carácter de arzobispo, y le envió á exhortar á los cismáticos. No perdonando medio ni fatiga para deshacer las dudas de aquellas gentes, logró Andrés reducir á la mayor parte de los que profesaban la herejía, obteniendo la abjuracion de

Macario, patriarca de los griegos, el cual, movido de los buenos ejemplos que notaba en el cónsul, y excitado por su piedad y su virtud, prestó obediencia á la autoridad del Papa. El buen éxito de su cristiana empresa hizo que Picquet formase la idea de tomar las sagradas órdenes, y de consagrarse al servicio de las almas; y al efecto en 10 de Diciembre de 1660 se ordenó por mano del arzobispo Andrés. Acto continuo solicitó se le relevase de su destino, y aunque el gobierno francés repugnó el hacerlo, por lo útil que le era tan aventajado representante, no pudo resistir á sus continuas instancias, y á principios del año 1662 envió para sustituirle á Mr. Baron de Marsella. Sale de Alepo en los primeros dias de Enero de dicho año, causando un dolor universal con su partida, porque era el padre de los pobres y el protector de todo el mundo. Pasó á Roma llamado por el papa Alejandro VII, que deseaba enterarse del estado de la religion en Siria, y le dejó completamente satisfecho con la extensa relacion que le hizo. Habiendo vuelto á su patria recibió el grado de diácono, en Marsella, de manos de su obispo Esteban Puget. En esta época se asoció con Mr. Nicole, y le ayudó en su gran obra sobre la perpetuidad de la fe en la Iglesia bajo el sacramento de la Eucaristía. Sostuvo miéntras vivió una activa correspondencia con este sabio, remitiéndole en sus cartas multitud de documentos curiosos, y noticias interesantes relativas á las iglesias orientales. Teniendo en cuenta los conocimientos que habia adquirido por su larga permanencia en la Siria, el superintendente de Hacienda, Mr. Colbert, le consultó muchas veces, por órden de la corte, acerca de los importantes negocios comerciales de los franceses en Oriente. En 13 de Julio de 1664 recibió el diaconado y el sacerdocio, y aunque el soberano quiso premiar su mérito, rehusó admitir los pingües beneficios que le proponian, así como renunció el consulado de Alepo, que nuevamente le ofrecieron, contestando á las instancias de la corte que aquel cargo era incompatible con el ministerio sacerdotal. Huyendo de los honores que le rodeaban y de las distinciones de que querian colmarle, volvió á Lyon, su ciudad natal, donde, dando ejemplo de humildad y de pobreza, pasó á vivir al hospital de los cristianos de Levante, ocupándose en cuidar á los enfermos, y socorrer á los peregrinos que iban ó venian de la Tierra Santa. A pesar de su repugnancia en admitir todo cargo, fué nombrado en 1674 vicario apostólico de Bagdad, y al año siguiente obispo de Cesarople, en Macedonia, dependencia del patriarcado de Constantinopla, siendo consagrado en Aix en 26 de Setiembre de 1677, á la edad de cincuenta y dos años. Revestido de tan elevado carácter, pasó nuevamente á Siria con el cargo de visitador de las iglesias cristianas de Alepo, Trípoli, Monte-Líbano y demás que se hallan diseminadas en aquellas regiones, cargo que desempeñó con su acostumbrado celo, no perdonando fatigas persona-

les ni gasto material para conseguir el esplendor del culto, la propagacion de la religion y el bienestar de los súbditos cristianos, que, viviendo en medio de los turcos, cuyo fanatismo religioso es bien conocido áun en nuestros dias, en que la civilizacion tiende á destruir los odios que en lo antiguo se profesaban los sectarios de diferentes creencias, se hallaban á cada paso expuestos á mil vejámenes y persecuciones. Picquet, escudado con el gran nombre que la Francia habia sabido conquistarse bajo el gobierno del célebre Luis XIV, consiguió que los adoradores de la cruz viviesen tranquilos y exentos de los disgustos que en otras épocas los afligieran. Por su larga estancia en la Siria y los profundos estudios que habia hecho de las costumbres y lenguas orientales, se le creyó el más á propósito para representar al Rey cerca del sofi de Persia, en cuyo destino prestó, como siempre, importantes servicios á su patria. No tuvo la satisfaccion de exhalar en ella el último suspiro; pues la Providencia quiso que muriese en aquellos climas donde tanto habia trabajado, y entre aquellos cristianos á cuya defensa y consuelo tan activamente se consagrára. Murió en Hamadan, cerca de Ispahan, capital de la Persia, el dia 26 de Agosto de 1685, á los cincuenta y nueve años de edad. Su vida, en que detalladamente constan sus viajes, trabajos y servicios, fué impresa en París en 1734, siendo el único y merecido tributo que su patria pudo rendirle; puesto que nunca quiso admitir la más leve recompensa, ni la más pequeña distincion de las muchas que le ofrecieron; pues desvelándose y trabajando por sus convicciones y no por el mezquino interés, se creyó bastante recompensado con la tranquilidad de su conciencia y con la gratitud de los séres que amparaba y defendia. — M. B.

PICQUET (Francisco), misionero. Nació en Bourg en Bresse, en 6 de Diciembre de 1708. Desde la edad de diez y siete años empezó la carrera de las misiones en Francia, y á los veinte el obispo de Sínope, sufragáneo de la diócesis de Lyon, le concedió permiso para predicar en todas las parroquias del Franco Condado y en las demás de su jurisdiccion. Habiendo entrado en la congregacion de S. Sulpicio, le encargaron la instruccion de los recien convertidos, pero su celo por la religion y su genio activo le hacian desear más vasta carrera, más extenso campo en que ejercitar sus fuerzas. Su vista estaba fija más allá de los mares, y con la imaginacion se lanzaba entre los naturales de aquellos pueblos, que aunque sujetos ya al dominio europeo, carecian aún de las ventajas que proporcionan la verdadera creencia y la civilizacion del antiguo mundo. Por fin se le consiguieron sus deseos, pues en 1735 se le nombró para formar parte de una mision que pasaba á la América Septentrional. Despues de trabajar algun tiempo en comun con los demás misioneros, se le juzgó digno de formar por sí mision aparte y de acometer nuevas empresas. Hácia el año 1740 se estableció cer-

ca de un lago inmediato á las poblaciones de los algonquines, Nipissing y salvajes de Temiscaming, paso indispensable de todas las naciones del Norte que bajaban por Michilimakinac al lago Huron. Picquet se dedicó á la instruccion moral y material de aquellos indios, como igualmente á su defensa. Era la época en que la rivalidad inglesa empezaba á manifestar deseos de apoderarse de las posesiones que la Francia tenia colindantes con las suyas. Picquet, previendo lo que despues sucedió, y aprovechándose de los instintos belicosos de aquellos salvajes, les dió la instruccion militar que sus fuerzas, estado y conocimientos le permitian, enseñándolos no solo á estar á la defensiva, guarneciendo sus poblaciones con buenos reductos, sino poniéndolos en el caso de atacar al enemigo cuando llegase la ocasion. Proporcionóles al efecto toda clase de auxilios y les proveyó de armas de fuego, único afan de los salvajes del Norte de América, que, á diferencia de los mejicanos y otros pueblos donde arribaron los primeros conquistadores, no se aterraron por el estampido del cañon cuando por primera vez se empleó contra ellos, y se sirvieron de tan formidables máquinas, así como de los mosquetes, tan bien como los europeos cuando pudieron adquirirlos. La conducta de Picquet y los servicios que proporcionaba, le ganaron la voluntad de todos aquellos pueblos, con los cuales sostenia una activa correspondencia, principalmente con los iroqueses y los hurones, á los que excitaba á someterse á la autoridad del rey de Francia. Pronto se cumplieron los pronósticos de Picquet; pues en 1742 se declaró la guerra, y entónces pudo conocerse lo que valia la adhesion de los salvajes para conservar aquellos remotos dominios á la corona de Francia. Dirigidos por Picquet, que tomó parte en todas las expediciones, dieron los primeros golpes á los ingleses, y gracias á él y á la guerra de cazadores que se hacia al enemigo, éste no fué jamás dueño sino del terreno que pisaba. La ciudad de Quebec debió por dos veces la salvacion á Picquet y á su ejército de salvajes. Hecha la paz, excitó el misionero al gobernador del Canadá La Galisonière para establecer la mision de la Presentacion cerca del lago Ontario. Esta mision fué la más útil de todas, por estar en el camino de los pueblos en que los ingleses dominaban, y que durante la guerra habian mandado de continuo á molestar á los franceses. En ménos de cuatro años floreció tanto el nuevo establecimiento, que se llegaron á reunir más de ciento cincuenta familias. Acostumbrado Picquet á la vida activa de la campaña, y deseoso de ganar almas para Dios y pueblos para la patria, dió en canoa la vuelta al caudaloso lago Ontario, penetró en las posesiones inglesas y se ganó la amistad de los salvajes que las poblaban. En 1753 dió la vuelta á Francia donde compuso muchas Memorias sobre el modo de organizar la situacion política y económica del Canadá, á fin de que aquellos dominios reportasen mayores

beneficios á la corona, y las presentó todas al ministerio de Marina. Al siguiente año, no hallándose bien con la tranquilidad de la corte, ni obteniendo el éxito que de sus Memorias se habia propuesto, regresó á sus misiones de América. Encendida otra vez la guerra en 1755, los salvajes, dirigidos por Picquet, destruyeron todos los fuertes situados al Norte del lago Ontario. Pero en la batalla en que el general Montcalm y la mayor parte de sus oficiales perdieron la vida, y que dejó el Canadá á merced de los enemigos, el misionero estuvo á pique de caer en manos de los vencedores. Acompañado de veinticinco franceses y de un pequeño destacamento de salvajes, que atentos á su seguridad se iban relevando á medida que llegaban á poblacion diferente, atravesó por el alto Canadá á Michilimakinac, pasó el Michigan y arribó por las orillas del Illinoys á Nueva Orleans, donde pasó veintidos meses ocupado en conciliar los ánimos y en excitarlos á nuevas empresas. Los ingleses, ya en plena posesion del Canadá, trabajaron mucho para hallar á Picquet, á quien llamaban el *Jesuita del Oeste*, pues estaban firmemente persuadidos que un hombre como él no podia ménos de pertenecer á la Compañía, que en todos los terrenos ha dado tantas pruebas de actividad, celo y arrojo. A cada momento temian verle presentarse á la cabeza de nuevas tropas, y no se hablaba más que de él y de la buena suerte que le asistia; pero sus últimos esfuerzos fueron inútiles, y se vió precisado á abandonar la América y regresar á su patria, pasando algunos años en París, y ejerciendo su ministerio en todas las partes que el arzobispo de esta ciudad lo juzgaba necesario. Las Juntas del Clero le ofrecieron una gratificacion de mil doscientas libras; pero él la rehusó, y tomando solo una pequeña suma, se retiró á Bourg, estableciéndose cerca de la poblacion en una especie de cabaña. En 1777 hizo un viaje á Roma, donde ya su reputacion le habia precedido. El Santo Padre le recibió con las mayores muestras de distincion y de aprecio; y cuando fué á tomar su vénia para regresar á su país, procuró disuadirle del viaje, diciéndole que un misionero de las circunstancias que en él concurrian y que tantos servicios habia prestado á su religion y á su país, no debia abandonar nunca la capital del Mundo cristiano, permaneciendo en ella como uno de sus mejores ornamentos. Picquet, firme en su propósito, rehusó cuantas ofertas se le hicieron para detenerle, y volvió á su humilde cabaña. Murió en Verjon el año 1781. El astrónomo Lalande, su compatriota, escribió la vida de este misionero, que se halla al principio del tomo XXIII de las *Cartas edificantes*, edicion de 1786.—M. B.

PICQUETE (Pedro), sacerdote de la Compañía de Jesus. Nació en la ciudad de Niza, y fué hijo de honrados y católicos padres, que le enviaron á estudiar á Camber, donde habia colegio de jesuitas y en el cual estudió hu-

manidades, filosofía y teología, saliendo tan aprovechado, que mereció el mayor aprecio por parte de sus profesores. Resuelto á dejar el mundo, tomó el hábito en la Orden del seráfico Padre San Francisco, y ordenándose de sacerdote, principió á trabajar con notable fruto en la viña del Señor. Pero teniendo sumo cariño á la Compañía por haberse educado en ella, abrigaba sumos deseos de pasarse á la misma. Pero se tocaba el notable inconveniente, ó mejor dicho, invencible escollo de que las constituciones de dicha Compañía prohiben admitir en su seno á los que hayan vestido, aunque solo fuese por una hora, el hábito de otra religion. Sin embargo, su ferviente deseo le hizo allanar tan grande inconveniente, pues acudiendo á Roma y presentándose al Pontífice obtuvo la licencia para mudar de religion, y fué admitido con sumo placer en la noble fundacion de S. Ignacio. El celo de este varon apostólico no tuvo límites, y con su bondad supo ganarse los corazones de toda clase de personas como se vió claramente en el motin ocurrido en Aviñon, en cuyo colegio se encontraban furiosos los herejes por creer que los PP. Jesuitas influian con el Papa para que se estableciese en la ciudad el tribunal de la Inquisicion, se amotinaron contra los referidos Padres y asaltando el colegio con algunas piezas de artillería, dispararon varios tiros y dieron muerte á algunos religiosos que caian en sus manos. Medrosos todos, no se atrevian á salir á la calle; pero el P. Picquete lo hizo sin más defensa que la sagrada cruz que llevaba en las manos, y conferenciando con los amotinados, logró que se retirasen, tanto por el convencimiento que les inspiró con sus palabras como por la veneracion que le profesaban á pesar de ser herejes, terminando así este conflicto con grande júbilo de la ciudad y sobre todo del colegio. Ocupóse con gran fruto en la predicacion y con gran aprovechamiento de las almas, y puso el sello á sus trabajos apostólicos, sacrificando su vida en aras de su amor á la humanidad. A principios de 1591, y con motivo de las guerras civiles de Francia, dispuso el papa Gregorio XIV que se fortificase la ciudad de Aviñon para seguridad del condado venusino, que era patrimonio de la Santa Sede. Con este objeto envió á dicha ciudad un cuerpo de ejército para guarnecerla. Atravesaron las tropas por algunos pueblos donde habia epidemia; y cuando llegaron á Aviñon, varios soldados habian muerto y otros estaban tocados de la dolencia, la cual consistia en unos grandes tumores, que al abrirse exhalaban un humor que inficionaba cuanto tocaban. El contagio se difundió por toda la ciudad, poniéndola en un terrible conflicto y ocurriendo en pocos dias infinidad de desgracias. Entónces se vió cuánta era la caridad y eficacia de la Compañía de Jesus, pues como sucede en todas las ocasiones del peligro, los Padres se afanaban para administrar los últimos sacramentos á los moribundos, enterrar los muertos, recoger los huérfanos y auxiliar á las viudas. El P. Picquete fué

uno de los más celosos é infatigables, y como siempre se hallaba en los sitios donde era mayor el peligro, fué atacado de la enfermedad, y aunque se hicieron todos los remedios posibles, quiso Dios premiarle con la palma del martirio, y le llevó para si yendo su muerte acompañada de circunstancias y patentes señales, que hicieron comprender que aquella bendita alma habia ido á ocupar directamente el sitio que en el cielo le correspondia. M. B.

PICT (Juan), canónigo de la abadía de S. Victor de París, conocido por una sola carta muy interesante para la historia de esta abadía, en la que pide al venerable hermano Pedro, canónigo de S. Martin de Troyes, le manifieste lo que sabe sobre las reliquias de S. Victor de Marsella. Hé aquí un extracto de la respuesta del hermano Pedro: «El emperador de Constantinopla, Calo »Juan (Juan Comneno de 1118 á 1143), queriendo fundar una iglesia en ho»nor de S. Victor de Marsella, obtuvo del obispo de esta ciudad una parte de »la cabeza del Santo. Cuando los latinos tomaron á Constantinopla en 1204, »Garmier, obispo de Troyes, de quien yo era, dice Pedro, el capellan, se »apoderó de esta reliquia y de algunas otras. Dió despues á Pedro para re»compensarle por sus servicios el fragmento de la cabeza de S. Victor, »acompañado con los correspondientes certificados para probar su orígen. »Pedro le trasmitió poco despues al arzobispo de Sens, Pedro de Corbeil, y »el arzobispo, á ruegos de Juan, abad de S. Victor de París, le cedió una »parte al ménos. La recibimos, añade Pedro, en procesion y con alegría, el 12 »de Abril.» La relacion del canónigo se creyó redactada hácia 1205. Es verdad que la carta no lleva fecha, pero no carece de datos para encontrarla por conjetura. Constantinopla fué tomada y saqueada en 1204; el obispo Garnier murió en aquella ciudad el 14 de Abril de 1216. Tambien se indica que el arzobispo Pedro de Corbeil y el abad Juan no existian ya: la muerte del primero fué en 1222 y la del segundo en 28 de Noviembre de 1229. Puede por lo tanto designarse esta correspondencia como del año 1230, y de seguro no es anterior. —S. B.

PICTAVIENSE (Fr. Bernardo), capuchino. Era francés y pertenecia á la provincia de Turena. Fué excelente predicador, misionero apostólico, varon muy versado en las sagradas Escrituras, muy hábil para tratar puntos de controversias de la fe, y muy celoso de la pureza de la religion y del esplendor de la Iglesia. Escribió varias veces contra los novadores de su tiempo, combatiendo las heréticas doctrinas con extraordinaria fuerza y elocuente intrepidez. Publicó en 1660 una obra titulada: *Conclusiones reales dirigidas á los superiores de la religion Reformada.* —M. B.

PICTAVIENSE (Gualterio). Este santo varon, llamado tambien Gualterio de Bruges, por ser natural de esta ciudad, tomó el hábito en el convento de

Franciscanos de Pictavia, donde hizo sus estudios, llegando á obtener el grado de doctor en teología. Fué electo ministro de la provincia Turonense, siendo general de la Orden el venerable P. Bonagracia, y despues, aunque lo rehusaba mucho, fué elevado á la silla episcopal de Pictavia, teniendo que resignarse con la voluntad del pontífice Nicolás III, que le mandó aceptar el obispado bajo pecado de inobediencia, tomando en 1279 posesion de dicho cargo, que desempeñó con el mayor celo, resplandeciendo por su elocuencia en el púlpito, su beneficencia con los pobres y por la notable santidad de su vida. En muestra de su inocencia y como indicio de la bienaventuranza que le esperaba, vióse alguna vez, cuando administraba los santos sacramentos, una blanca paloma encima de su cabeza. Tuvo don especial para curar milagrosamente las enfermedades de cuartanas, parálisis y otras dolencias. Volvió la vista á algunos ciegos, y á un religioso que estaba atacado de una antigua epilepsia le devolvió enteramente la salud. Habiéndosele suscitado un litigio por parte de Bertrando, arzobispo de Burdeos, sobre jurisdiccion eclesiástica, defendió los derechos de su diócesis con tanto calor, que Bertrando no le perdonó lo que juzgaba una ofensa; y así, cuando fué elevado á la silla pontificia bajo el nombre de Clemente V, le depuso de la sede episcopal y le mandó, en calidad de recluso, al convento de Pictavia, donde habia recibido el hábito. Gualterio apeló de esta injusta sentencia, pero habiéndosele devuelto su cédula de apelacion sin querer darla curso, Gualterio se resignó á padecer en silencio y permaneció detenido en el convento, donde murió el dia 13 de Enero de 1307, habiendo rogado á sus hermanos le pusieran la cédula de apelacion en la mano derecha y le enterrasen con ella. Verificóse como lo pedia, y habiendo venido dos años despues el papa Clemente al monasterio en union de la Curia Romana, por haber oido hablar del extraño deseo de Gualterio, mandó abrir el sepulcro en presencia de varios obispos, cardenales y muchos prelados. Hallóse el cadáver entero é incorrupto con el pergamino donde estaba escrita la apelacion estrechado fuertemente en la mano. Mandó el Pontífice que se le quitáran para leerle, pero nadie pudo separar los dedos que le retenian. Clemente ordenó al cadáver que se le entregase bajo santa obediencia, pero el cadáver permaneció inmóvil. Volvió el Pontífice á requerirle para que le diese el pergamino, ofreciendo devolvérsele en cuanto lo hubiese leido, y con notable asombro de los circunstantes el difunto abrió la mano y soltó la cédula, la cual leyó atentamente el Pontífice y vió que contenia la apelacion de la injusta sentencia que habia dado al tribunal divino, ante el cual se le emplazaba en un dia fijo, á fin de que respondiera de aquella determinacion. Admirado y confuso Clemente, volvió la cédula al difunto y mandó que cubriesen la sepultura; pero el emplazamiento siguió adelante, y al cumplirse el término fijado murió el Pon-

tifice. La vida de Fr. Gualterio estuvo ilustrada con varios portentos, además de los ya dichos. Hallándose una vez en grande apuro por la escasez de dinero para socorrer á los pobres, hizo un contrato con un mercader extranjero que accidentalmente llegó á su presencia y que le adelantó una respetable suma, de cuyo acto se formalizó la correspondiente escritura; mas al poco tiempo, habiendo mirado la obligacion, se halló que estaba cancelada como si se hubiese verificado el pago, sin que el mercader volviese cuando se venció el plazo prescrito, por lo cual se creyó que habia sido un ángel en forma humana. El sepulcro de Fr. Gualterio se veia frecuentemente visitado por los enfermos, que encomendándose al siervo de Dios, encontraron allí el remedio para todas las dolencias que habia curado durante su vida; y era tanta la fama de santidad que disfrutaba entre los religiosos del convento Pictaviense, que por espacio de muchos años se enseñaba en el refectorio de este convento con gran veneracion á los fieles devotos una pieza ó celdilla donde estuvo el bienaventurado obispo durante su reclusion, y á la cual denominaban la celda de S. Gualterio.—M. B.

PICTAVIENSE (Fr. Pedro), capuchino. Fué natural de la Turena, en Francia, y varon sabio y piadoso. Floreció por los años 1670, desempeñando con notable aplauso y acierto los cargos de ministro provincial y definidor general de la Orden. Publicó una obra en cuatro tomos, impresa en París en 1671, en idioma francés, titulada: *Dias místicos.*—M. B.

PICTET (Benedicto), teólogo. Nació en Génova en 1655, perteneciendo á una familia distinguida, la que le proporcionó una educacion correspondiente á su clase y á los destinos que en lo futuro estaba llamado á ocupar en la sociedad. Correspondió el jóven Benedicto á los desvelos de sus padres, y puede decirse que voló de triunfo en triunfo, pues tales fueron los primeros pasos que dió en su carrera literaria. Terminada ésta con extraordinario éxito, emprendió, para terminar su instruccion, diferentes viajes á Inglaterra y Holanda, en los que elevó sus conocimientos á un extraordinario grado de perfeccion, haciéndose acreedor al aplauso de los sabios, en cuyo número no tardó en contarse. Cuando pocos años despues regresó á su patria, obtuvo la mejor acogida de todas las clases de la sociedad, y no tardó en ser nombrado profesor de teología, cargo que desempeñó con extraordinaria reputacion. Toda Italia envió á sus más ilustres hijos á escuchar sus lecciones, no atreviéndose á llamarse teólogo el que no habia sido discípulo suyo. Pero estos triunfos no tardaron en verse anublados por la más cruel de las desgracias. Benedicto, que habia consagrado su vida entera al estudio, que además de las tareas propias del profesorado consagraba el resto del dia y áun la mayor parte de la noche á la confeccion de diferentes obras, verdaderos modelos de elocuencia y saber que eran leidos con gusto en toda la Europa cristiana,

por hombres y mujeres, por sabios é ignorantes, cayó enfermo del exceso del trabajo, y una grande languidez vino á acelerar su muerte, acaecida en 1724. Dejó un gran número de obras en latin y francés, que se citan todavia con aprecio por los autores extranjeros. Las principales son las siguientes: 1.ª *Teología cristiana*, en latin, en tres volúmenes en 4.°, cuya mejor edicion es la de 1721.—2.ª *Moral cristiana;* Génova, 1710, ocho volúmenes en 12.°—3.ª *Muchos escritos de controversia.*—4.ª *Tratado contra la indiferencia en las religiones;* Génova, 1711, en 12.°—5.ª *Cartas.*—6.ª *Sermones*, 1697 á 1721.—S. B.

PICTOR (Pedro), poeta latino. Ignóranse los detalles de la vida de este poeta, que era canónigo de S. Omer. Sanderus no le cita en su Biblioteca. Foppens le menciona en la suya, que contiene las de Andrés Valerio y de Sivert. Montfaucon le cita tambien, pero sin decirnos nada sobre su vida ni su persona. Sábese únicamente que es autor de un poema en versos hexámetros sobre la sagrada Eucaristía, *Carmen de Sacramento altaris*, que se ha atribuido á otros autores; y se puede asegurar con alguna verosimilitud, como veremos bien pronto, que florecia hácia 1170. Juan Busée insertó completo este poema en la edicion que publicó de Pedro de Blois, á quien le atribuye. Goussainville, que ha dado á luz una nueva edicion del mismo Pedro de Blois, cometió la misma falta. El P. Beaugendre ha insertado tambien en la edicion de las obras de Hildeberto el poema *De Sacramento altaris*, atribuyéndole á este autor. A pesar de estas diferentes opiniones, es indudablemente cierto por los testimonios de Foppens, de Montfaucon, del abate Lebeuf y del Padre Hugo Matthoud, que cita un fragmento de este poema de veintisiete versos, que pertenece á Pedro Pictor. El manuscrito de donde está tomado tiene el epígrafe siguiente: *Magistri Petri Pictoris, canonici sancti Audomari, de Sacramento altaris.* Hugo Matthoud habia tratado á este autor, segun se deduce de sus notas sobre Roberto Pullus, y cita algunos versos suyos sacados de los capítulos ó divisiones 10, 11 y 12, que se encuentran en efecto en las dos ediciones de Goussainville y de Beaugendre. Matthoud los habia tomado de un manuscrito de la abadía de S. German de los Prados, que habia pertenecido anteriormente á la abadía de Corbie, en la diócesis de Amiens. Cita estos fragmentos como parte de un poema intitulado: *De Sacramento altaris*, que llevaba en este manuscrito el nombre y calidad del autor, indicadas con las palabras: *Carmen Petri Pictoris, canonici sancti Audomari.* «El P. Lebrun, del Oratorio, que ha escrito mucho sobre la Misa, se hallaba dispuesto, dice el abate Lebeuf, á restituir este poema á su verdadero autor Pedro Pictor, del país de Artois, y se disponia á comparar este manuscrito, que perteneció en un principio á la abadía de Corbie, con el de la biblio»teca de Colbert, número 6327, que contiene la misma obra, cuando le sor-

»prendió lo muerte.» El P. Lebrun hubiera podido ahorrarse este trabajo; no tenia más que abrir la edicion de las obras de Hildeberto, y hubiera visto que el P. Beaugendre ha publicado este poema con el nombre de este prelado, por el mismo manuscrito que queria consultar. Comparándole con la última edicion de Pedro de Blois publicada por Goussainville, se nota que de Beaugendre contiene despues de todo lo que el otro, un pequeño poema de ciento sesenta versos hexámetros, que lleva el título de *Liber de Sacra Eucharistia. Cur panis et vinum in Sacramento Corporis et Sanguine Domini refferatur, et cur aqua admisceatur.* El autor demuestra que el sacramento de la Eucaristía es el complemento de todos los sacrificios antiguos, insuficientes para justificarnos.

Quod nec Abel, nec Melchisedec, nec victima legis
Fecerat, hoc fecit nostri victoria regis
Idem quippe Deus et præsul et hostia factus.

Despues de este pequeño poema hay en la edicion de Beaugendre seis versos elegiacos, en que pretende el autor explicar porqué se dicen tres misas el dia de Natividad. Sus razones son completamente alegóricas y parecen poco inteligibles si no se nota la correspondencia simétrica de las palabras entre los cuatro últimos versos, artificio que era entónces muy de moda, y que se miraba como una belleza poética de primer órden. Hé aquí los seis versos á que aludimos:

In natale sacro sanctæ solemnia Missæ
Quid signent, aut cur tres celebrentur habe:
Nocte prior, sub luce sequens, in luce suprema
Sub Noe, subque David, sub cruce sacra notant:
Sub Noe, subque David, sub Christo sacra fuere,
Nox, aurora, dies, umbra, figura, Deus.

Los manuscritos atribuyen estos versos á Hildeberto, y se encuentran en el de Colbert, de que ha hablado el abate Lebeuf; despues de estos seis versos, hay un prólogo de doce versos hexámetros; el poeta exhorta en ellos á los devotos del santísimo sacramento de la Eucaristía á leer su libro, en el que dice haber escrito con brevedad lo que debe creerse del cuerpo de Jesucristo. «Este libro, añade, es necesario á todos, pero en particular á los sacerdotes.»

His ut discant, nec ignorent quid debetur homini
Qui cum Juda, male sodit sacramenta Domini.

Ninguno de los pasajes que acabamos de citar se halla en la edicion de pedro de Blois; pero contiene un fragmento mucho más notable y que no tiene nada ménos que doscientos versos hexámetros: no podia formar parte de la edicion de Hildeberto, y hubiese bastado para desengañar al editor, pues el autor se menciona muchas con su nombre de Pedro, nombre que solo era comun á Pedro Pictor y Pedro de Blois. El título de este prólogo anuncia que el autor invoca en él á la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para poder escribir dignamente los misterios de la sagrada Eucaristía. Esta oracion comienza con un pequeño exordio, en que reconoce que Dios debe ser el principio y fin de todas las acciones razonables:

Omnibus in factis, incœptis atque peractis
Debet præponi Deus humanæ rationi,
A quo ditatur ratio, res cuncta creatur,
Ut nostris fautor sit principiis, sit et auctor,
Principium verum Deus est, et clausula rerum,
Quo sinè quod cœptum fuerit, finitur ineptum

En la oracion á las tres personas de la Santísima Trinidad dirige el autor estos tres versos al Padre Eterno, el último de los cuales, segun la costumbre arriba observada, está lleno de palabras que completan el sentido de otros tantos nombres colocados en el verso precedente:

Carminis esto mei Dux et via materiei.
Materiam, *metrum*, mendacia, *prospera* Petrum,
Præsigna, *forma*, remove, *concede*, renorma.

El poeta se nombra por segunda vez:

Duritiam frange Petri, petra, duramque tange
Corda.

En cuanto al poema que se halla en verso rimado en coplas ó párrafos, es enteramente semejante á excepcion de algunas variaciones en la edicion del P. Beaugendre y en la de Goussainville. Aun este último, que no ha hecho, como hemos dicho ya, más que copiar la edicion de Busée, ha puesto á su frente la adicion de Busée al lector. Busée dice en ella, que cuando daba la última mano á su trabajo, se le llevó la copia de un antiquísimo manuscrito de la biblioteca de Saverna, pertneciente al príncipe Cárlos de Lorena, obispo de Metz y de Estrasburgo, que contenia este poema y llevaba á su

frente el nombre de Anselmo, arzobispo de Cantorbery; le pareció merecia ver la luz pública; tanto á causa de la antigüedad del manuscrito, como por consideracion al respetable prelado cuyo nombre llevaba, le puso al fin de las obras de Pedro de Blois para impedir que se perdiese. Al examinarle de cerca, reconoció sin embargo que esta obra no era de S. Anselmo, pues el autor se llamaba á sí mismo Pedro repetidas veces en el prólogo. Manifiesta despues los motivos que le han hecho atribuirla á Pedro de Blois, motivos muy fútiles al presente que se conoce su verdadero autor. Manifestaremos uno solamente, que nos descubre el tiempo en que próximamente escribia Pedro Pictor. El manuscrito en que encontró Busée este poema, llevaba el título de *Pequeño Jardin de delicias: Hortulus deliciarum*. Habia pertenecido anteriormente á Herradis ó Herrade de Lamperg, abadesa del monasterio de Hohemburgo, que habia edificado en 1181 el monasterio de Tratteuhnsen. La *Nueva Galia cristiana* cita á esta abadesa en 1178, y dice que vivia aún en 1196. Puede deducirse de aquí que Pedro Pictor debió componer su obra hácia 1170, poco más ó ménos, y áun quizá ántes. Busée dice que lo grosero de su estilo y las faltas gramaticales no le apartan de creer que Pedro de Blois es autor de este poema; pues no es á él sino al siglo en que vivia á quien deben atribuirse los términos bárbaros que contiene, lo mismo que sus demás opúsculos. Estos versos no tienen nada de poético en efecto, son prosáicos hasta el exceso, llenos de faltas contra la rima y áun contra las reglas de la gramática. El mal estilo, por no decir lo grosero de la versificacion, debia haber hecho juzgar á Beaugendre que este poema no podia ser de Hildeberto. En la edicion de Pedro de Blois contiene seiscientos treinta y ocho versos. Se halla dividida en veinte y seis capítulos, y en la de Hildeberto en otros tantos párrafos; en ambas ediciones tiene un sumario bastante exacto y preciso á la cabeza de cada uno. Estos sumarios son del poeta y se encuentran en los dos manuscritos que hemos citado; son iguales con algunas ligeras diferencias que no alteran el sentido. — S. B.

PIDOU Saint-Olon (Luis María). Nació en París en 1637. Tomó el hábito de Clérigos regulares Teatinos en Roma, donde profesó en 1652. Enviado á Polonia como misionero apostólico, partió en compañía del P. Galano en el mes de Setiembre de 1663, y en Mayo del siguiente año llegaron á Leopol, donde ocurrió la muerte del citado Padre, dejando solo á Pidou encargado exclusivamente de todos los negocios de la mision. En el mismo año 64 tuvo la satisfaccion de ver realizado el proyecto que formára de agregar á la Iglesia romana los cismáticos armenios que existian en Polonia. Estudió detenidamente su lenguaje, lo cual le sirvió de mucho en lo sucesivo, pues el profundo conocimiento que adquirió de él hizo que fuera el primer teatino francés empleado en las embajadas de Rusia, Constantinopla, Ar-

menia, y señaladamente de Persia, donde llenó todas las funciones de su sagrado ministerio con mejor intencion que resultado. El papa Inocencio XII le habia nombrado en Julio de 1687 obispo de Babilonia; pero las circunstancias impidieron que fuese consagrado hasta siete años despues. En 9 de Mayo de 1694 se celebró su solemne consagracion en la ciudad de Hamadan, punto que habia elegido para su residencia como el más á propósito para cuidar de su diócesis, sin abandonar el cargo que desempeñaba á la vez de cónsul de Francia. En 1709, hallándose colmado de años y de achaques, escribió á la corte de Francia pidiendo que le relevasen de su cargo; pero el gobierno, que con dificultad hubiera hallado con quien poder reemplazarle, le rogó permaneciese en su puesto, dándole por coadjutor al obispo de Agathópolis, Gothien de Galliesen, quien en 1712 murió en la ciudad de Ispahan. Pidou permaneció á pesar suyo en esta poblacion, pidiendo continuamente á Francia enviasen otro cónsul, porque su edad y sus dolencias le impedian que sirviese á la Religion y al Estado. Habiendo quedado paralítico en 1715, murió en Ispahan en un convento de Carmelitas descalzos en 1717, siendo ya de más de ochenta años. En su tiempo tuvo lugar la célebre embajada de Fabre y Michel. Antes de morir pidió para el abate Richar, que despues de la muerte del obispo de Agathópolis habia ido á Persia, el destino que él dejaba vacante. En el archivo del Ministerio de Negocios extranjeros se conservan muchas cartas de Pidou, que contienen varios é interesantes detalles para la historia de Oriente; pero donde se manifiesta que sus esfuerzos no habian obtenido de los armenios el mismo resultado en Persia que en Polonia, es decir, su incorporacion á la Iglesia romana. Su traduccion de la liturgia armenia se publicó en Paris en 1726 en el tomo III de la *Explicacion literal de las ceremonias de la Misa* por el P. Lebrun. Pidou habia compuesto una corta relacion de los principios, progresos y estado de la mision apostólica de los armenios en Polonia, Valaquia y provincias circunvecinas, y de la creacion del Colegio Pontifical en Leopol para la nacion armenia bajo la direccion de los Clérigos Teatinos regulares. Esta obra, que lleva la fecha de 1669, no ha llegado á imprimirse, y se conserva manuscrita en la biblioteca de S. Silvestre de Montecaballo en Roma. — M. B.

PIE (Fr. Francisco). Este religioso, del órden de Predicadores, es conocido tambien con el nombre latino de *Pica*. Era francés de nacion, y se dice que habia nacido y profesado en la Bretaña. Las escasas noticias que apuntamos estan sacadas de la *Biblioteca de escritores franceses de la órden de Sto. Domingo*, en la cual consta que publicó la siguiente obra: *La confesion general sacada de los santos doctores de la Iglesia;* Paris, 1570. — M. B.

PIECK (Nicolás), guardian del convento de Recoletos de Gorcamia, en los Países-Bajos y jefe de los ilustres mártires de esta ciudad. Corria la época

de las guerras civiles y religiosas, que por espacio de tantos años ensangrentaron el territorio belga, flamenco y aleman, y en las que los sectarios de la herejía tan pronto propalaban sus errores por medio de la predicacion como los sostenian con la fuerza de las armas. Guillermo de Mark, uno de los principales herejes sacramentarios, secta que negaba la existencia real de nuestro Señor Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, puso sitio á la ciudad de Gorcamia, y la tomó á viva fuerza en 9 de Julio de 1572. Pieck, que á la sazon tenia solo treinta y ocho años, cayó en poder de Guillermo, en compañía de diez y ocho sacerdotes, y religiosos, cuyos nombres son los siguientes: Gerónimo de Werts, Teodoro de Embden, Nicasio de Hesius, Wilteadus Danus, Godofredo de Marvel, Antonio de Wert, Antonio de Ornaer, Francisco le Roy, Pedro de Asch, Cornelio de Wich, Leonardo Wechelius, Nicolás Popelia, Godofredo Duneus, Juan de Orterwisch, Adrian Becauus, Santiago Lacopo, Andrés Walteni y Juan de Colonia. Llevados á presencia del vencedor, este fanático, que juzgaba hacer un acto meritorio ganando prosélitos para la causa del error, excitó á sus cautivos á que abandonando los principios religiosos hiciesen profesion de la herética creencia. Vanas é inútiles fueron las sugestiones de aquel impío. Los valerosos defensores de la fe católica, resueltos á verter por ella hasta la última gota de su sangre, no solamente desoyeron los halagos y las amenazas del opresor, sino que le demostraron la fealdad del error en que se hallaba encenagado, confundiéndole con sólidos argumentos y con incontrovertibles razones. La cólera de Guillermo subió de punto al ver que no podia vencer la fortaleza de aquellos heróicos varones; y echando mano de la fuerza brutal, último recurso propio de los tiranos que carecen de razon, determinó renovar en ellos las escenas de los primeros tiempos del cristianismo, ideando horribles tormentos para hacerles sucumbir. Atados de dos en dos como viles salteadores, sin darles alimento alguno, descubiertas sus cabezas y bajo la influencia del terrible sol de Julio fueron sacados de Gorcamia, y conducidos á una pequeña granja cerca de Briel, seguidos de un vil populacho, que los ofendia con sus dicterios y los maltrataba arrojándoles piedras é inmundicias, no faltando entre aquella chusma algunos verdaderos creyentes que compadecidos de los generosos mártires iban á presenciar sus últimos momentos y á tomar lecciones de valor y heroismo cristiano. En todo el camino no cesaron los religiosos de predicar, asegurando y sosteniendo la real presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento y la supremacía del Papa, objetos de odio mortal para los sectarios de la herejía. Llegados al lugar del martirio y no siendo posible á sus verdugos imponerles silencio, pues miéntras conservaron la voz continuaban predicando, les abrasaron con teas encendidas las narices y la boca, y suspendiéndolos por los piés los tuvieron largo

rato en tan terrible posicion, y terminaron, por fin, su doloroso martirio segándoles la garganta. Todos sufrieron el martirio con increible constancia, con tanta alegría, porque veian abierta la gloria para recibirlos. Solo á un hermano recoleto, á la vista de la muerte, le faltó el valor, y apostatando conservó la vida, mas á los pocos dias fué ahorcado por haber cometido un robo. Las reliquias de aquellos ilustres mártires, recogidas secretamente á hurto de los verdugos por algunos fieles cristianos, fueron llevadas á varias iglesias de los Países-Bajos católicos y expuestas á la veneracion de los fieles, habiéndose obrado muchos milagros por su intercesion. En 14 de Noviembre de 1675 el papa Clemente X los colocó en el número de los santos, mandando celebrarles fiesta en el dia aniversario de su martirio. La *Historia de los Mártires Gorcomienses* se publicó en Douay en 1603 escrita por Estius.—M. B.

PIEDAD (Fr. Antonio de la). Fué natural de Lisboa, donde tomó el hábito de los Menores Observantes, y siguiendo los estudios llegó á ser un hábil teólogo y muy instruido en la cronología. Desempeñó los cargos de calificador del Santo Oficio y definidor de la provincia de Sta. María de la Rábida. Publicó la siguiente obra: *Speculum pœnitentium et cronica provintiæ S. Mariæ à Rábida;* Lisboa, 1726, un tomo en fólio. Ofreció publicar la segunda parte, pero no llegó á ver la luz pública, probablemente por habérselo impedido la muerte, de la que no consta la fecha.—M. B.

PIEDAD (Fr. Cristóbal de la), mercenario descalzo. Nació en el año 1568 en Canjáyar, lugar pequeño de las Alpujarras de Granada, obispado de Guadix. El apellido de su familia era Tristan, que conservó al tomar el hábito de la observancia de la órden de la Merced de la ciudad de Baza, á 7 de Junio de 1597. Cuando se fundó la reforma de la Descalcez se pasó á ella, ingresando en el convento de Osuna en el mes de Febrero de 1610, tomando entónces el sobrenombre de la Piedad, y dejando el apellido que hasta entónces habia llevado, tomando dicho sobrenombre en obsequio á la Santísima Vírgen de aquel título, de quien fué devoto en extremo. Aunque perteneció á la clase de los legos, por no haber recibido instruccion ni hecho ningunos estudios, fué de tan santa vida y arregladas costumbres, que le ilustró Dios con infinitos dones, causando admiracion á los mayores religiosos de su tiempo. Murió en el convento de S. Lúcar, con notable fama de santidad, en 7 de Junio de 1634, teniendo sesenta y seis años de edad y cincuenta y cuatro de religion.—M. B.

PIEDAD (Francisco de). No han podido hallarse noticias algunas acerca de este autor, que publicó un libro titulado: *Teatro jesuítico-apologético*. Con sobrado fundamento se cree que bajo este nombre se ocultó un escritor anónimo; mas por el contexto de la obra, por el profundo conocimiento que

muestra en ella de los distinguidos varones y de los asuntos de la Compañía de Jesus, así como por la profunda erudicion que en toda la obra se advierte, puede asegurarse que era un sacerdote de la referida Compañía. — M. B.

PIEDAD (Fr. Martin de la), religioso franciscano lego de la provincia de S. Gregorio de Filipinas, donde tomó el hábito y profesó despues en 3 de Marzo de 1584. Distinguióse desde luego por su continua oracion, á que se dedicó con tanto fervor, que deseoso del mayor culto y reverencia debidos á la Majestad divina, no solo era incansable en la asistencia á la iglesia para ayudar las misas y en el coro para las divinas alabanzas, sino que aprovechando cuanto podia las horas, buscaba á Dios en la iglesia ó en el retiro de su celda, donde su virtud estuviese bien empleada para que los prójimos hallasen remedio de sus dolencias, y á Dios se le siguiese la gloria. Condújole su inclinacion al hospital de los Naturales de Madrid, donde aumentó el crédito de su antigua fama. No solo se sujetó al enfermero mayor de aquel establecimiento, que era el V. Fr. Juan Clemente, en lo perteneciente á la enfermería, sino tambien en lo más importante para su alma, venerándole como director de su espíritu. Sometióse por completo á la obediencia de este Padre, admitiendo las reglas que él le daba, y juntos tenian sus horas de oracion y de penitencia; pero con la direccion de su maestro empleaba Fr. Martin otras y añadia otros rigores de mortificacion y de penitencia, pareciéndole que eran obras de piedad que merecia su cuerpo, con lo que no solamente imitaba las virtudes del maestro que le dirigia, sino que procuraba excederlas en lo que estaba á su alcance. Era tan activo en la práctica de su cargo en la enfermería, que quedó muy acreditado por esta virtud, «porque, como dice el cronista, aunque en la quietud solitaria de la oracion y espirituales tareas, vivia como en los átrios del Señor, gozando la mejor porcion de las delicias de María, acordándose de las miserias ajenas de este valle de lágrimas, salia su piedad tan impetuosa á los oficios de Marta, que se conocia la firmeza de la caridad que le movia.» Casi tanto ó mejor que los del cuerpo procuraba aplicar á los enfermos los remedios del alma, dando consejo á los cristianos de salud eterna para que limpiasen más y más sus conciencias y purificasen sus almas, sin cuya prévia diligencia no se ocupaba de las curas corporales. Proponia á los gentiles las verdades de nuestra fe católica, y les abria el camino para la salvacion eterna, ya con palabras persuasivas, ya con piadosas obras, curándoles sus enfermedades con tanto amor y caridad, que se ganaba por completo el afecto de sus corazones. Cuanto más paciente era su caritativa piedad, tanto más solícita era para el remedio de las miserias ajenas, siendo tal su eficacia en esto, que por aliviarlas no perdonaba trabajos ni fatigas, aunque fuese á costa de vida propia, que es la caridad más acendrada. Puso esta virtud en práctica en una

grande peste que hubo en su tiempo en la ciudad de Manila, de que perecieron muchas familias. Llenóse el hospital de enfermos, de manera que no bastando el número de camas, se recogian en los rincones y suelo; pero no pudiendo llegar á más la piedad de los enfermeros, pues morian unos y se contagiaban otros, y prevalecia su caridad, porque quiso Dios conservarlos para el consuelo universal de tantas desgracias. Entónces fué cuando aumentó Fr. Martin sus ejercicios espirituales, aumentando los ayunos á pan y agua y las demás penitencias, llegando á tal extremo que tuvo necesidad Fr. Juan Clemente de valerse de su autoridad para evitar las terribles consecuencias que no podian ménos de esperarse en una época de peste. Pero el piadoso enfermero, sin abandonar sus continuos ejercicios, servia cada vez con mayor celo á los apestados, áun en las cosas más mínimas, dirigiendo sus humildes oraciones á la divina Majestad, para que como dueño absoluto de la vida y de la muerte, dispusiese de la suya segun su voluntad soberana. «Por re»sulta de esta ocurrencia, dice la crónica, propuso ante el divino tribunal »esta humilde y especial súplica. Que si estaba decretada en la mente eter»na su muerte absoluta, de la enfermedad de aquella muerte contagiosa, se »dignase su piedad infinita de mandar suspender el golpe de la guadaña, has»ta que apagado el incendio de aquella peste mortífera, se evacuase de apes»tados la enfermería, para que nunca estuviese su piedad ociosa, ni los en»fermos careciesen de toda su posible asistencia. Dió la Majestad divina tan »gratos oidos á esta caritativa resignada súplica, que manteniéndole en todo »el tiempo de la peste con robustas fuerzas, llegó el tiempo de quitárselas »cuando la peste estaba ya extinguida y su piedad completa. Para Fr. Martin »solo habia estado escondida, y hasta este tiempo guardada por la divina Pro»videncia, y le asaltó la misma enfermedad que habia causado tan comunes »tragedias, cuando Fr. Martin estaba desocupado y tenia limpia su enferme»ría, en que se vió haberle Dios concedido lo que le tenia suplicado con tan»ta ansia.» Pues fatigado su cuerpo por sus continuos trabajos, y no ménos debilitado por sus grandes penitencias, se postró en la cama, sujetándose á las medicinas, aunque sabia que no habia medicamento contra su cercana muerte, la que dice el cronista sabia por revelacion divina. Dispuesto, pues, con los santos sacramentos y altas consideraciones en que traia continuamente empleada su alma, se preparó para recibir la corona de justicia que confiaba en la Providencia le estaba preparada. En uno de los desmayos, creyó la comunidad que habia espirado ya; pero volviendo de él con alegría, dijo á los religiosos «que no se inquietasen, porque no habia de morir hasta que al sábado inmediato se cantase la misa de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, segun la costumbre y solemnidad de aquella provincia.» Llegó el sábado prenunciado, y á la predicha hora, y habiendo en-

tonado el Gloria de la misa, llamó el enfermo al enfermero con voces muy alentadas, pero alegres y festivas, y le dijo: «Que estaba viendo á la Reina »de los ángeles, María Santísima, Señora nuestra, á nuestro Seráfico Padre »S. Francisco, y á S. Antonio de Pádua en su compañía, y á otro compañe»ro que no conocia ni se le reveló quién era. Que fuese esta aparicion y vi»sion sobrenatural y divina, continua el cronista, lo remito rendido al juicio »de nuestra santa madre la Iglesia, pero las señas no son malas; porque »recayendo sobre un varon de virtudes tan heróicas, ni se siguió impureza ó »soberbia, ni otra mala consecuencia alguna contra la piedad cristiana, con»tra la religion católica, ó contra las costumbres. Antes bien quedó con espi»ritual alegría en su alma, que le hizo prorumpir en voces y demostracio»nes gozosas, cuando su alma consolada y tranquila, sus virtudes más con»firmadas y su anhelo más vivo á unirse con Dios en la gloria.» Continuó con esta serenidad su agonía, hasta que se acabó de cantar la misa de nuestra Señora. Asistió la comunidad á la recomendacion del alma y á su tránsito á la gloria, que fué á poco tiempo de acabada la misa, en la enfermería del convento de Manila, año de 1790, en cuya iglesia se le dió honorífica sepultura. — S. B.

PIEDADE (Francisco). Fué natural de la ciudad de Lisboa, y entró en el órden de Predicadores, siendo destinado cuando aún pertenecia á la clase de novicios, á las misiones de los dominios portugueses en las Indias Orientales. Hizo su solemne profesion en el convento de Goa, y ocupóse largo tiempo en anunciar el Evangelio á los pueblos infieles y en procurar su conversion. Verificó diferentes viajes á Europa y á la India, empleado en las funciones de su sagrado ministerio. Concibió la idea de escribir una obra que llevaba por título: *Expositiones selectæ sanctorum Patrum, doctorumque clasicorum in totum historiale utriusque paginæ textum collectis et conceptis prædicabilibus applicatæ.* No llegó á publicarse de esta magnífica y extensa obra más que la primera parte de las tres de que debia constar, la cual se publicó en Nápoles el año 1634 en un tomo en fólio. — M. B.

PIEDRA (Fr. Casimiro). No hay noticias del año ni lugar de su nacimiento, pero se supone que sería en Villareal, en el reino de Valencia; pues fué expuesto recien nacido á la puerta del convento de Carmelitas de aquella villa, donde se crió y educó en la clase de los que llamaban *hijos del convento.* Desde sus primeros años manifestó suma aplicacion al estudio, inclinándose á la vida religiosa, al retiro y á la oracion. Tomó el hábito en 6 de Enero de 1654, y profesó en 7 de Marzo de 1655. Habiendo sido trasladado al real convento de su Orden en la ciudad de Valencia, desempeñó por muchos años los cargos de maestro de novicios y de subprior. Ocupóse en coordinar la librería del convento, formando curiosos y abundantes índices

que se conservan en cuatro grandes libros, escritos todos de su mano y con magnífica letra. Murió en 9 de Octubre de 1707, de edad de setenta años. Dejó escritas en un tomo en 4.°, que se conservaba tambien en la librería, las obras siguientes, todas de sumo interés y trabajo, en idioma latino, y que no han visto la luz pública: *Ceremonial de los divinos oficios, segun la regla de los hermanos de la Santísima Virgen del monte Carmelo, conteniendo el nuevo Misal y el nuevo Breviario, recopilado el año del Señor 1594.—Calendario de las fiestas, en el cual se encuentra noticia de todos los santos con el oficio de cada uno, extractado de varios autores, y decretos de la S. R. C.*, escrito en 1694. —*Calendario perpétuo en setenta tablas para encontrar la indiccion romana, el áureo número, la epacta, la letra del martirologio, la dominical y las fiestas movibles en un espacio indefinido de años.* Además se conservaba en dicha librería un gran tomo en fólio del mismo autor, que contenia un Calendario perpétuo, especial para la Orden Carmelitana, y que constaba de treinta tablas con multitud de noticias interesantes, cálculos exactísimos y claras demostraciones de cuantas materias abrazan los trabajos de esta naturaleza, obra que prueba la paciencia de este religioso y los continuos estudios que tuvo que hacer para coordinar los diferentes asuntos que eran necesarios para presentar concluida una obra tan completa.—M. B.

PIEDRA (Juan de la), *Joannes à Lapide*. Conocido por estos dos nombres aunque su verdadero apellido era Heynlin. Nació en Alemania ó más probablemente en Basilea. Fué á estudiar á la universidad de la Sorbona, en París, donde desempeñó el cargo de pretor de los estudios por los años 1467. En 1470 sucedió á Fichet en el rectorado de la universidad, y fué el que llevó á Francia los primeros impresores que se dedicaron en Europa al arte tipográfico. Tambien profesó la teología y enseñó la gramática, teniendo por discípulos á Juan Reuchin y al célebre impresor Amerback. Despues de haber brillado en París, marchó á Basilea con objeto de enseñar la filosofía de Aristóteles. Nombrado para una canongía en esta ciudad, hizo dejacion de algunos beneficios que disfrutaba, y tuvo una gran parte en la fundacion de la universidad de Tubinga, creada en 1477, y en ella fué el primer catedrático de teología. Volvió luego á Basilea, donde desempeñó varios cargos, y en 1482 entró en la religion de los Cartujos. No por renunciar al mundo habia renunciado á las letras; y así desde el fondo de su retiro tomó parte en las ediciones que dió al público Amerback de las obras de S. Ambrosio, publicadas en tres tomos en fólio el año 1492, y que lleva á la cabeza del primero una carta de la Piedra al editor. Tambien dispuso y corrigió las obras de S. Agustin publicadas en 1506 en nueve volúmenes en fólio. Juan de la Piedra murió á principios del siglo XVI, aunque la fecha no

puede fijarse con exactitud, sabiéndose únicamente con certeza que vivia por los años 1496. La más conocida de sus obras es su *Resolutorium dubiorum circa celebrationem missarum occurrentium*, impresa en Basilea en 1492 y en Colonia en 1500 y 1506. Pero lo más curioso de todos sus escritos es la disertacion titulada *Conclusiones aut propositiones phisicales*, compuesta con motivo del aerólito, que cayó en Hensisheim el dia 7 de Noviembre de 1492 y que pesaba dos quintales y medio; por esta disertacion, tan apreciada de los sabios parece que se le dió el sobrenombre de la Piedra con que es conocido en el mundo literario. En dicha disertacion ofrecia publicar una obra titulada: *Athenæ Rauricæ*; pero no consta que haya visto la luz pública.— M. B.

PIEDRABRUÑO (Leon). Era natural de Florencia y tomó el hábito de la órden de los Menores Franciscanos en el monasterio de Escarlino, de manos del bienaventurado Fr. Tomás de Florencia, y bajo la direccion de este sabio y virtuoso maestro aprendió la perfeccion y la virtud que corresponden á los religiosos de la clase de los legos. Fué tan singular en la penitencia que generalmente no comia más que una vez al dia, sin probar jamás la carne, lo que unido á otras asperísimas mortificaciones, fué causa de que cayera gravemente enfermo, padeciendo con motivo de sus continuas vigilias una grave afeccion á la cabeza, por lo cual le ordenaron los médicos que no se levantase de noche para asistir á los maitines, á lo que él se negó obstinadamente, diciendo que por nada faltaria á aquella obligacion y costumbre que tenia contraida desde que entrára en la Orden, costumbre que no abandonó hasta la época de su muerte. Despues de completas se iba á la iglesia, donde permanecia largas horas en oracion, puestos los brazos en cruz, llorando por los pecados del mundo, y perseverando en este ejercicio muchas veces hasta despues de los maitines, hora en que se entregaba al descanso por algunos breves instantes. Ni los rigores del invierno ni el cansancio del verano le hicieron cambiar este género de vida. Desde la hora de prima hasta la de comer, perseveraba en la iglesia, ayudando á las misas y practicando otros devotos ejercicios. Despues de haber trabajado treinta años, tanto en la vida activa como en la práctica de la oracion, le concedió el Señor tal gracia de contemplacion y tal quietud de alma, que muchas veces pasaba siete horas de rodillas contemplando los divinos y celestiales misterios. Tambien estuvo dotado del don de profecía, en lo que se vió más claramente el favor de la divina omnipotencia, puesto que la sencillez de su alma no daba lugar á creer que sus pronósticos fueran producto del conocimiento que tuviese en los negocios del mundo. Una de las profecías que hizo y que acreditaron su especial don, fué la siguiente. Cuando los turcos asaltaron la isla de Rodas en el año 1480, se bajaron algunas galeras con tropas de desembarco á

las costas de Italia, y saltando á tierra en el puerto de Otranto, más de ocho mil turcos se hicieron fuertes en la ciudad, esperando que el Gran Señor les enviase refuerzos para continuar apoderándose de otros lugares. El Sumo Pontífice Sixto IV, lleno de pavor con esta ocurrencia y afligido por la escasez de recursos en que la Iglesia se encontraba, llamó al P. Fr. Angel de Clavario, vicario general de la Observancia, para que con su celo y fervor por la causa de la religion predicára la cruzada contra los infieles, excitando á los príncipes y señores de Italia á que echasen del país los perniciosos enemigos del Estado y de la fe. Cuando sus exhortaciones habian logrado que levantára un considerable ejército, ocurrió la repentina muerte del Gran Turco; por lo cual, no esperando ya el socorro los invasores de Otranto, ni queriendo aguardar la acometida de los cristianos, abandonaron rápidamente su conquista, reembarcándose para Constantinopla. El dia que ocurrió este suceso se hallaba Fr. Leon en el coro, y de repente salió de él lanzando su rostro vivos y gloriosos resplandores y exclamando: Buenas nuevas, buenas nuevas; ahora salen los turcos de Otranto y nunca más volverán. A poco tiempo llegó la noticia confirmando el profético anuncio. Murió este siervo de Dios por el año 1482 en el convento de Beballia, donde se halla sepultado.—M. B.

PIEDRAMELLA (Fr. Vicente). Este sacerdote era natural de Valencia, y perteneció á la órden de los Capuchinos, en la que fué notable por la austeridad de sus penitencias. Además de mortificar su cuerpo con asperísimas disciplinas, se impuso la privacion de carne y pescado, manteniéndose únicamente con algunas yerbas y legumbres, pasándose á veces dos dias sin tomar cosa alguna de alimento. Durante su vida jamás se echó para dormir, verificándolo algunos cortos instantes sentado sobre las tablas de la cama y sin cubrirse con la manta, aunque hiciese mucho frio. Resplandecian en él las virtudes de la humildad, la obediencia y sobre todo la caridad; pues habiendo en su convento de Valencia un religioso enfermo con una llaga tan asquerosa que nadie se atrevia á llegar á él, Fr. Vicente se encargó amorosamente de asistirle y cuidaba con esmero de su limpieza y curacion. Por su ejemplar virtud fué nombrado maestro de novicios en el convento de Santa María Magdalena, y despues guardian del mismo, ocurriendo cuando desempeñaba este último cargo el suceso de un novicio, que engañado por el espíritu infernal, que se le presentó bajo la forma de nuestro Señor Jesucristo, trató de quitarse la vida para alcanzar la palma del martirio, segun le persuadiera el enemigo comun. Cuando ya estaba con una soga al cuello para ejecutar su mal designio, tuvo Fr. Vicente revelacion del suceso, y acudiendo sin tardanza logró impedirle, haciendo ver su ceguedad al novicio. Profetizó la muerte de un religioso y despues la suya propia, y falleció en la

ciudad de Valencia, con notables muestras de gloriosa predestinacion, en el año 1608.—M. B.

PIECHAPAGANA (Beato Antonio de), religioso franciscano, célebre por sus milagros y virtudes. Pertenecia á una ilustre familia y se habia casado siendo todavía estudiante de leyes, á cuya carrera se le destinaba; pero abandonando su esposa y la casa paterna en que vivia, tomó el hábito de religioso menor, emprendiendo el camino de la sencillez, pobreza, obediencia y humildad. El Señor le reveló la hora de su muerte, que se verificó en Spoleto en 1313 en el convento de S. Francisco, y se dignó ilustrar su tumba con gran número de milagros. La Orden Seráfica menciona á este religioso en 15 de Mayo.—S. B.

PIEDRARUBIA (Fr. Eugenio). Este santo capuchino fué predicador ántes de hallarse ordenado de sacerdote, inspirado por la divina gracia que quiso demostrar en él hasta dónde llega la celeste omnipotencia. Era natural de la Marca de Ancona, y desde muy jóven entró en un convento de los Menores Observantes, donde desempeñaba el empleo de corista. Habiendo el general de la Orden, Fr. Mario de Fosarcinio, tratado de visitar los conventos de la Religion, llevó en su compañía á Fr. Eugenio y á otros varios. Llegaron en la tarde de un dia de fiesta á una aldea en cuya plaza estaban los habitantes divertidos unos en lascivos bailes, otros en interesados juegos de los que se suscitaban disputas y pendencias, y los más entregados á la gula y la disipacion. Afligióse el santo general á vista de aquel espectáculo, y vuelto á sus compañeros de viaje les dijo: «Aquel de vosotros que »más inspirado se halle por la divina gracia, tome la palabra y diríjase á ese »pueblo, para que en vez de ocupar un dia santo como éste en sus juegos, »bailes y comidas, invencion todo y lazos del demonio, acuda al templo á »asistir á las vísperas, empleando en santas oraciones el dia del descanso, »procurándose la eterna salvacion en vez de comprometer su alma ocupán»dose en tan perjudiciales diversiones.» Ninguno de la compañía de Fr. Mario se atrevió á obedecerle, pues no sabian qué sermon pudiera llamar la atencion de aquel pueblo que tan distraido se hallaba y tan encenegado en sus viciosas distracciones. Santamente enojado el apostólico varon al ver la cobardía de sus compañeros, se volvió al jóven corista Eugenio, y le dijo: «Ea, hijo mio, á ti encomiendo esta empresa, entra en ella con ánimo es»forzado, y ya con exhortaciones, ya con amenazas, segun el cielo te las »inspire, afea á esa gente sus culpables diversiones y haz que las abandone »portándose con más reverencia en un tan sagrado dia.» Admirado quedó Fr. Eugenio de oir la comision que le encargaban á él, despues de haberla rehusado los religiosos más competentes. Sin embargo, como sabia que la obediencia es la principal virtud de los de su clase, pidió la bendicion al pre-

lado, y despues de recibirla de rodillas, atravesó por medio del concurso, colocándose en un sitio eminente, donde empezó á predicar, animado de superior espíritu, contra la profanacion de los dias sagrados, haciendo ver á los que tan mal se entretenian, la riguridad del juicio divino y lo expuestos que se hallaban á su eterna condenacion. Los habitantes de la aldea empezaron á oirle, llevados primero por la curiosidad por tan inesperado suceso, y más atentos despues á sus razones, se confundieron y atemorizaron en unos términos, que abandonando sus perniciosas distracciones, acudieron en tropel á la iglesia á pedir misericordia. Gozoso el general, en vista de tan increible resultado, dijo al inspirado corista: Anímate á estudiar, hijo mio, y cultiva por medio de las letras la gracia que el cielo te ha dado para expresarte, pues desde ahora te concedo permiso para que te dediques al santo ejercicio de la predicacion, seguro de que te portarás de manera que tus discursos redunden en gloria de Dios y aprovechamiento de las almas. Dió Fray Eugenio humildes gracias á su general, por la merced que le hacia, y dedicóse con afan al estudio de los libros necesarios para aprender la forma de la humana sabiduría; y decimos la forma, porque la esencia reside solamente en Dios que la comunica á sus predilectos. Pero aunque Fr. Eugenio se dedicaba con mucho afan al estudio de las sagradas letras, tenia una obra á la vista sumamente elocuente, aunque muda, á la cual consultaba de continuo pidiéndola consejos, fuerzas é instruccion. Esta obra era la devota imágen de un crucifijo, ante la que meditaba de dia y de noche, infundiendo las meditaciones en su ánimo ilustracion más perfecta, ardimiento más superior, eficacia más grande y conceptos más sublimes para excitar y convencer á los pecadores, que los que pudieran enseñarles los más selectos y eruditos libros de la antigua y de la presente edad. Pronto corrió por toda Italia la fama del nuevo predicador, y como era público que acompañaba la práctica al consejo, preparándose á los sermones con rigurosa penitencia y continua oracion, sus discursos merecian tanto crédito, que no solamente el público del sitio donde predicaba acudia, sino que los vecinos de tres y cuatro leguas á la redonda iban en tropel para oirle, llegando á suceder muchas veces, que sedientos de doctrina los oyentes, y no satisfechos con haberle oido un sermon, íbanse tras del predicador cuando éste peregrinaba de pueblo en pueblo para oirle de nuevo, y así es que siempre llevaba tras de sí un séquito numeroso. Y no se crea que este afan de oirle nacia del deseo de recrear los oidos; no, los sermones de Fr. Eugenio carecian del adorno de las dotes oratorias y de las imágenes brillantes que tanto cautivan la atencion del que las oye: hallábanse adornados únicamente de aquella gracia divina, de aquel indefinible encanto, que llegando al alma, persuade y convence, y así cada una de sus pláticas era un triunfo, porque infinitos

pecadores borrando con arrepentidas lágrimas las manchas de las pasadas culpas, quedaban resueltos á enmendar los desórdenes de su vida. Noticioso el obispo de Módena de la gracia especial que á Fr. Eugenio asistia para sacar las almas del abismo de la culpa, pidió al general de la Orden que le concediese aquel prodigio de virtud para trabajar en su diócesis en la reduccion de los pecadores y en la propagacion del Evangelio. Conseguida esta inestimable gracia, comenzó Fr. Eugenio su evangélica tarea en todos los pueblos del ducado modenés, obteniendo los más satisfactorios frutos, porque excediéndose á sí mismo, no solo ilustraba á los fieles con su viva voz, sino tambien con su santa vida, dándoles diarios ejemplos con ella, de lo que admirado el obispo no cesaba de repetir que Fr. Eugenio era un varon celeste, y que se hallaba animado del mismo espíritu que inflamó á los Apóstoles en el dia de Pentecostés. No solo le otorgó Dios la gracia de la palabra divina, concedióle tambien el don de componer discordias y de apaciguar alborotos. Hallábanse algunos pueblos de la jurisdiccion de Módena hacia ya mucho tiempo agitados por la enemistad de algunas personas grandes y consideradas, y tanto era el incremento que las disensiones tomaban, que se temia la perdicion de las familias de los ciegos contendientes. Muchas veces habian tratado de componer aquellas discordias ciertos graves personajes, pero sin que adelantáran cosa alguna. Mas habiendo empeñado á Fr. Eugenio en esta empresa, se vió con los enemistados, logrando convencerlos y dejarlos unidos con los vínculos de la paz y en la más perfecta concordia. Otro ejemplo se vió de su gracia particular para componer las discordias en la ciudad de Ascoli en la Marca de Ancona. Hacia ya mucho tiempo que esta poblacion se hallaba dividida por dos bandos ó facciones, profesándose los ciudadanos que á ellos pertenecian el más profundo y mortal odio con grave perjuicio de los bienes comun y particular. Llegó Fr. Eugenio á la ciudad en ocasion que se temia un rompimiento, no obstante que para evitarle y conciliar los ánimos habian apurado todos los medios algunas personas graves é influyentes. El guardian del convento donde Fr. Eugenio fué á parar, y que era uno de los que más habian trabajado, aunque inútilmente, para apaciguar el tumulto, rogó al siervo de Dios tomára á su cargo el arreglo de aquellas diferencias, puesto que siendo la ciudad tan devota de los capuchinos era una lástima se hallase expuesta á la ruina y á la destruccion. Obedeció Fr. Eugenio, y habiéndose dispuesto con la oracion, previno tambien sus tropas para la batalla. Tomó doce novicios del convento, y poniéndoles una cruz sobre el hombro, una calavera en la mano y un hueso de difunto en la boca, les mandó que de dos en dos y con paso mesurado le fuesen siguiendo por las calles hasta la plaza principal, donde estaban reunidos muchos ciudadanos de los dos bandos, disponiéndose coléricos para el combate.

La novedad de aquel espectáculo llamó la atencion de las gentes, que en gran número empezaron á seguir la devota procesion, tanto por ver cuál era su objeto, cuanto por oir al estimado predicador; el cual habiendo llegado á la plaza, principió á declamar contra el infernal vicio de la discordia, causa de la caida del arcángel, y por consecuencia de la ruina del mundo. Puesto que todas nuestras desgracias tienen por origen el odio mortal que el enemigo profesa al hombre, que puede lograr una salvacion que á él le está negada. Luego encarándose con los jefes de los bandos, los exhortó á reconciliarse, poniéndoles delante la cruz en que por dar la paz al mundo y por establecer la fraternidad de los hombres quiso morir el Hijo de Dios, y concluyó por demostrarles en aquellos huesos y aquellas calaveras la instabilidad de las cosas humanas; pues no hay ventura, odio, partido ni opinion á quien la muerte no acabe y destruya con la mayor velocidad. El elocuente discurso del predicador llegó al corazon de aquellos obcecados enemigos. Su furia se disipó como las tinieblas ante los rayos de un sol brillante, y derritiéndose su ardimiento en compungidas lágrimas, depusieron las armas, abrazáronse en presencia del siervo de Dios y una durable paz y amistad verdadera fué el término de la contienda temerosa. No solamente movia los ánimos con la predicacion, no solo desde el púlpito infundia celestial gozo en los corazones: cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa, su voz sonora y sus tiernos ademanes conmovian á la multitud, y cuando levantaba los ojos al cielo ó cuando extendia sus manos sobre el pueblo para bendecirle, las almas de los fieles sentian ese placer intenso, ese gozo inefable que el sacerdote justo experimenta, cuando poniéndose en contacto con la Divinidad tiene en sus manos á todo un Dios sacramentado. Manifestóse siempre propicio el Señor á los ruegos que le dirigia. En una ocasion enfermaron todos los religiosos del convento donde Fr. Eugenio se hallaba, de una especie de epidemia, y solo quedó libre el siervo del Señor, demostrando entónces cuán grande era el amor y la caridad que á sus hermanos profesaba. El solo atendia á curarlos, á asistirlos, consolarlos y además á buscar lo necesario para su alimento y medicinas, pidiéndolo de limosna. Improbo era su trabajo, sin duda, mas resistíalo con paciencia y sin quejarse y no sintió el exceso de su fatiga sino al advertir que la enfermedad le iba atacando. Afligido, no por él sino por sus hermanos, apénas sintió los primeros anuncios de la dolencia, acudió al universal remedio de la oracion, y postrado en el altar mayor de la iglesia ante el Santísimo Sacramento le dirigió esta ferviente súplica: «Siervos tuyos son, ¡oh buen Jesus! Siervos é hijos tuyos los que estan padeciendo esta comun y grave dolencia. Si dispones que yo tambien la padezca, »aunque soy el más indigno de todos, no tendrán ellos ni quien los asista ni »quien los cuide. Ruégote, pues, Señor, que te compadezcas de nuestra ge-

»neral afliccion y no permitas que todos perezcamos destituidos de humano »socorro.» Muy breve fué la oracion, pero llevada con más brevedad al cielo en alas del ángel de la caridad, halló eco en la divina clemencia, y cuando Fr. Eugenio volvió al convento, del que habia salido, no obstante su debilidad, en busca de los precisos socorros, halló á todos los religiosos buenos y sanos reunidos en el coro y cantando las alabanzas al Señor por la salud que milagrosamente les habia devuelto. Gozoso Fr. Eugenio, los acompañó en su santo regocijo, y postrándose en tierra, adoró á aquel excelso poder, que así favorece á los que tiene bajo su cuidado. No le alcanzó á él, sin embargo, toda la gracia que para los demás habia logrado. Inflamósele una mejilla con un tan maligno humor, que el cirujano manifestó no haber otro remedio más eficaz que aplicarle el hierro y el fuego. La curacion era muy dolorosa, y así Fr. Eugenio, temiéndola en cuanto á lo físico, rogó á Dios que le apartase de aquel sufrimiento; pero terminó su ruego con las palabras de nuestro divino Redentor en el huerto, pidiéndole que sin atender á la súplica se hiciese su santísima voluntad. La humilde oracion tuvo el éxito anhelado. Instantáneamente se le fué disminuyendo la inflamacion del rostro, que habia crecido hasta el extremo de ponérsele deforme, y cuando vino el cirujano á practicar la dispuesta operacion, quedó absorto de hallarle completamente curado, por lo cual, no habiendo razon humana que autorizase tan repentina curacion, declaró que solo podia haberse obrado por la celeste mano del Señor. Esta fué la única enfermedad que Fr. Eugenio padeció en su dilatada carrera. Habiendo llegado á una edad muy avanzada, le atacó una calentura lenta, que aunque muy insignificante en la apariencia no dejó de conocer era la enfermedad que debia llevarle al sepulcro. Hasta que llegó su último dia, y no obstante la mucha debilidad que le aquejaba, iba, segun le era posible á la iglesia á buscar á Dios para recrearse en los gozos celestiales. Llegada la hora de rendir el comun tributo á la naturaleza, recibió los santos sacramentos con fervorosa uncion, exhalando su espíritu con la mayor paz y tranquilidad. Murió en el convento de Capuchinos de la ciudad de Bolonia, el año 1615. La inmensa concurrencia que asistió á sus honras fúnebres, demostró harto bien el aprecio que los fieles hacian de sus méritos y sus virtudes. —M. B.

PIEDRARUBIA (Fr. Jácome). Fué natural de Montefeltro, en la Marca de Ancona, de humilde familia, pero muy esclarecida en virtudes. Entró en la órden de los Capuchinos, y se penetró tanto del espíritu de la Religion así que tomó el hábito, que muy pronto fué un dechado de perfeccion religiosa, por lo cual un cronista de su Orden le aplicó aquellas palabras del Evangelio: *Fué una luz que lucia y ardia* (Joan., V, 35); pues no solamente ardia en el amor de Dios y del prójimo, sino que alumbraba á las almas para que hu-

yesen del vicio y conocieran la verdad. Reconocida su integridad y atendiendo á su talento, se le confirieron varios cargos en la comunidad, llegando á obtener por unanimidad de votos el de provincial en la Marca, cuyo cargo desempeñó con el mayor acierto y amor hácia sus hermanos, y con la mayor aspereza respecto de sí, adoptando una penitencia tan rigurosa, que por espacio de cuarenta años ayunó á pan y agua, mortificándose hasta el extremo de no probar la fruta, á pesar de ser muy aficionado á ella y de tenerla constantemente á la vista. Fué este ayuno de utilidad milagrosa, pues hallándose visitando los conventos de su Orden, llegó al de Lors, cuyos religiosos habian descuidado observar el ayuno de la cuaresma de la Epifanía, llamada la bendita en la órden de los Capuchinos, la cual, aunque no la dejó como precepto el seráfico fundador, la observaban todos los religiosos por libre voluntad. Los del convento de Lors, que se hallaban sanos, robustos y lucidos, tuvieron vergüenza de ver á aquel anciano, más decrépito aún por las austeridades que por la edad, tan débil que apénas podia tenerse de pie; y por unánime acuerdo volvieron á observar la interrumpida cuaresma. La honestidad del P. Piedrarubia era tan notable, que habiéndole mandado los superiores dirigir la conciencia de una señora principal de Ancona, en varios años que desempeñó este ministerio no la vió una sola vez el rostro, y no la conocia sino por la voz, evitando de este modo hasta la más mínima ocasion de comprometer la pureza de su alma. Era tan observante de la pobreza evangélica, que en su celda y en su persona solo habia lo meramente indispensable, y áun esto muy escaso y de ínfima calidad. En las visitas que hacia á los conventos, como viese alguna cosa que desdijera de la dicha santa pobreza, al punto la reformaba ó prohibia. Su humildad no tenia límites, pues sin embargo de su dignidad trabajaba en la huerta y en la cocina para ejemplo y humillacion; y su caridad corria parejas con las demás virtudes, pues no solamente amparaba con abundancia á los pobres, sino que con un generoso perdon olvidaba las injurias. Habiéndole delatado á la Inquisicion un fraile díscolo, Fr. Jácome escribió al superior de su convento, diciéndole que si queria hacerle una gran merced favoreciese á aquel fraile en cuanto pudiera. Estas virtudes y el ejercicio casi continuo de la oracion hicieron que fuera un hombre superior á los demás, dotado de angélica perfeccion, y mereciendo que Dios le comunicára el espíritu de profecía, pues vaticinó su muerte y predijo que ocurririan en la cristiandad grandes y espantosos sucesos. Así sucedió en efecto: él murió pocos meses despues de hecha la profecía en la ciudad de Ascoli en el año 1586, y en seguida ocurrió la invasion de Italia por las compañías de bandidos, que comprometiendo la vida y las haciendas de toda clase de personas, las hacian vivir en la mayor inquietud y ansiedad, y cuyos horrores no terminaron hasta que la sabia táctica y la firmeza

de Sixto V puso la mano en el negocio. Ocurrieron tambien los tumultos de Francia, la muerte de los duques de Guisa, el levantamiento de casi todo el reino contra Enrique III, y el asesinato de este monarca por el alevoso Jacobo Clemente, indigno fraile de Sto. Domingo. Sobrevinieron luego las guerras religiosas en el mismo país, que solo terminaron cuando Enrique IV hizo solemne abjuracion de la herejía, desarrollándose al mismo tiempo una terrible hambre en toda la Italia, ocurriendo el gran desbordamiento del Tíber, que inundó á Roma hasta el extremo de tener que andar en barcos por las calles, y la extraordinaria subida del mar Adriático, que casi anegó la ciudad de Venecia. Finalmente, se vió en el año 1590 el extraordinario espectáculo de ocupar en el trascurso del mismo la sede apostólica tres pontífices, que fueron Sixto V, Urbano VII y Gregorio XIV.—M. B.

PIEGALE (B. Diego de), religioso franciscano á quien menciona Gonzaga al hablar del convento de Sta. Catalina, vírgen y mártir, cerca de Cariñena, que era el 13.° de la provincia de Aragon, con estas palabras: «Este lugar »separado de los reglares, floreció constantemente por sus buenas costum»bres y regular disciplina, habiendo en él muchos graves religiosos, nota»bles en toda clase de santidad. Brilló por largo tiempo entre ellos, por su »grande religiosidad, el P. Fr. Diego Piégale, cuya humildad, piedad, cari»dad y paciencia, unidas á las demás virtudes religiosas, eran admirables, »por lo cual fué durante su vida mirado por todos con grande estimacion, y »mereció despues de su muerte especial sepultura.» — S. B.

PIEGALE (Herculano). Era natural de la provincia de Etruria, y tomó el hábito de S. Francisco en la ciudad de Luca, donde muy pronto se dió á conocer por la pureza de sus costumbres y la elocuencia de su predicacion. Generalmente versaban sus sermones sobre la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, de la cual fué devotísimo. Predicó tambien con notable éxito en Pisa y en Florencia, consiguiendo aplacar las disputas que frecuentemente ocurrian entre estos dos pueblos, y que daban lugar á sangrientas luchas y lamentables contiendas. Pasó al Oriente en compañía de Fr. Alberto Sarciano, que iba con el carácter de legado, y se empleó algun tiempo en union de los Padres de la Tierra Santa, en los trabajos que trae consigo la conservacion y culto de los santos lugares de Jerusalen. Vuelto á la Toscana, se distinguió por la austeridad de su vida y por su increible abstinencia. Pasábase muchos dias sin comer, manteniéndose con la sagrada Eucaristía, que tomaba en el santo sacrificio de la Misa; el cual celebraba todos los dias con sumo recogimiento y devocion, recreando su alma en la contemplacion de aquellos santos misterios. Su alimento, por lo comun, era pan y agua, y algunos domingos tomaba por extraordinario unas pocas yerbas ó legumbres. Contentábase con llevar un hábito casi siempre desgarrado, debajo del cual se

ponia un áspero silicio, mortificándose el cuerpo con disciplinas cruelísimas, velando la mayor parte de la noche, ocupado en la oracion y meditacion, sin descansar más que algunos breves instantes; y derramando abundantes lágrimas por los pecados de los hombres. Cuando sobrevino la peste en Florencia, asistió á los enfermos con el mayor celo y caridad, obrando Dios algunos milagros por su intercesion y humildes ruegos. A sus cuidados y diligencias se debió la construccion del convento de S. Francisco de Castronuevo, en el cual, despues de haber brillado con su santísima vida, rindió el último suspiro y descansó en el Señor. Su cuerpo fué enterrado en un paraje donde á causa de la mala construccion del edificio, estaba manando el agua continuamente, y sin embargo, aunque permaneció allí por espacio de cinco años, se le halló entero é incorrupto cuando se le exhumó para trasladarle á más decente sepultura, lo cual causó en todos los que lo vieron notable alegría y veneracion. Ocurrió su fallecimiento el dia 24 de Mayo de 1451.—M. B.

PIEL (Luis Alejandro), arquitecto y religioso dominico. Nació el dia 20 de Agosto de 1808 en Lissieux, de una familia de comerciantes establecida en aquel punto. Habiendo perdido á su madre á la temprana edad de seis años, y no pudiendo su padre por sus muchas ocupaciones atender á darle la educacion que su desahogada posicion le permitia, le puso en un colegio, donde se hizo notar ménos por su aplicacion que por un talento precoz de observacion y por la ausencia de todo deseo de competir con sus condiscípulos. Aunque consiguió varios premios que le dieron bastante importancia, se mostró casi siempre muy indiferente á estas distinciones, que ejercen por lo regular una grande influencia en el ánimo de los niños. A la edad de trece años una catástrofe imprevista ocasionó la bancarrota de su padre y le dejó privado de todos sus bienes. En tal apuro y con un ánimo superior á su edad, tomó la determinacion de abandonar los estudios y trasladarse á París á buscar algun medio de procurarse la subsistencia sin ser gravoso á su familia. No le fué posible hallar más colocacion que la que le ofreció un antiguo corresponsal de su padre, que tenia un establecimiento de especiería, y en el cual, forzado por la necesidad, entró Piel con el modesto cargo de comisionista. Su alma grande y sus generosas aspiraciones no le permitieron acostumbrarse á las mezquinas costumbres mercantiles, ni tomar gusto á las pesadas operaciones del comercio, profesion á propósito únicamente para hombres en cuya mente domine solo el cálculo, y de ninguna manera las brillantes ideas que son el alimento de la vida intelectual. Piel, para distraerse un poco de los molestos trabajos en que diariamente se ocupaba, se dedicó al cultivo de las letras en sus ratos de descanso, componiendo algunas poesías, de las que remitió varias al famoso Beranger, el popular poeta de

Francia, á quien todos los hombres y todos los partidos profesaron durante su larga vida el más cariñoso afecto por sus virtudes y su modestia. Las poesías de Piel eran la expresion del estado de su alma. Respirando amargura y melancolía en todos sus versos, dejaban entrever la esperanza de un bien desconocido, y daban una prueba de que el alma del poeta es superior á la del resto de los hombres, puesto que presiente la existencia de una felicidad que no se encuentra en el mundo. Beranger leyó los ensayos poéticos del jóven, le prodigó sus elogios y le alentó para continuar en aquella carrera, que si no proporciona comunmente ventajas materiales, es al ménos un fecundo manantial de goces para el alma. Disgustado Piel completamente del comercio, dejó á París y volvió al lado de su padre, quien le propuso entrar como amanuense en el estudio de un pariente suyo, el notario Orbac. Piel accedió; mas trascurridos algunos meses de ensayo, tambien se cansó de aquella ocupacion, muy parecida á la del comercio por la uniformidad de su marcha y su total falta de contrastes. Abandonado el estudio curial, le preguntó su padre qué pensaba hacer, puesto que ninguna ocupacion le agradaba, y él contestó sin vacilar, que pensaba ser arquitecto. Todas las reflexiones que su padre le hizo para disuadirle de su idea fueron inútiles: en vano le demostró lo largo y costoso de esta carrera, su falta de recursos para seguirla y el mucho tiempo que tardaria hasta poder vivir desahogado con sus productos. Todo fué inútil. La verdadera decision de Piel estaba tomada y debia cumplirla. A fines de 1832 volvió otra vez á París, y entró en el número de los discípulos de Mr. Debret, cuyo taller frecuentó más de un año, trabajando con este arquitecto, de quien más tarde debia ser el antagonista, combatiendo con sumo ardor las ideas y principios artísticos que profesaba. Piel preferia á la sociedad de sus camaradas de taller la de los discípulos de Mr. Ingrés, presintiendo la futura reputacion de muchos de ellos, simpatizando con todos, porque llenos como él de respeto por los antiguos maestros condenaban sin piedad la impotencia del arte moderno y se preparaban á resucitar las sanas tradiciones artísticas de la edad media. Su pasion por las artes no le estorbó á Piel asociarse al movimiento intelectual de la época, y fué uno de los más constantes discípulos de Mr. el Dr. Bucher, cuyas palabras y cuyos escritos, aunque no muy ortodoxos, contribuian á dirigir los pensamientos de la juventud hácia los grandes principios del catolicismo. Preocupado con sus ideas de arte y de religion, Piel tomó una gran parte en los esfuerzos hechos por la escuela católico-filosófica del presente siglo para hermanar la grandeza del arte con el esplendor del culto. La arquitectura gótica, personificacion genuina de la idea cristiana, llamaba particularmente su atencion, y su mente se hallaba de continuo ocupada con ideas gigantescas, no soñando más que con planes de iglesias y restauracion de catedrales.

En 1835 emprendió un viaje á Alemania, donde queria consultar la arquitectura del tiempo presente, calcular la aceptacion que podrian tener al otro lado del Rhin las ideas francesas, é interrogar, en fin, á los monumentos para saber cómo y cuándo principiaron á convenirse los dos pueblos para marchar juntos por el camino del arte. Visitó á Strasburgo, Friburgo, Constanza, Schaffaushen, Munich, Ausburgo y Nuremberg, regresando á París muy satisfecho de sus investigaciones, bien persuadido de que la decadencia del arte se dejaba notar más en Alemania que en Francia, y que los alemanes marchaban bastante detrás de los franceses. La creencia de Piel estaba basada sobre un sólido fundamento. Es un hecho innegable que los pueblos modernos, y principalmente aquellos donde no predomina la idea católica, no producen ya las gigantescas concepciones de los pasados siglos, en que los artistas eran, como ha dicho un celebre escritor moderno, *poetas que escribian sus inmortales obras sobre piedra.* El protestantismo, esa religion de los especuladores y de los egoistas, podrá producir palacios de cristal destinados á exposiciones de objetos mercantiles, frágiles edificios que se construyen hoy para desaparecer mañana, sin dejar un leve rastro del sitio que ocuparon; pero no construirá ya edificios parecidos á las catedrales de París, Reims, Tours, Sevilla y Toledo, ni basílicas como la de S. Pedro en Roma, ni monasterios como los del Escorial. La imaginacion que solo se ejercita en sumar el debe y haber de los libros de caja, que encierra todas sus aspiraciones en el fondo de una arca de dinero, no puede remontarse á los etéreos espacios, ni tiene valor suficiente para atreverse á luchar con las nubes; apegada á la tierra, no tiene deseos de remontarse hasta los cielos. Hé aquí la razon de por qué los pueblos modernos no construyen más que viviendas estrechas y mal sanas, que mejor que habitaciones pudieran llamarse sepulcros y calabozos: hé aquí las nuevas ciudades, las cuales no presentan sino informes moles de edificios agrupados, sin que descuelle sobre ellos una de esas torres tan hábilmente caladas por la mano del artista, uno de esos campanarios cuya elevada aguja parece que va á perderse en el inmenso horizonte; construcciones que, por muy acostumbrados que estemos á verlas, siempre nos agrada contemplar, porque despiertan en nuestra alma ideas de otro tiempo, recuerdos de un gran pasado. El viaje á Alemania, publicado en *El Europeo* en 1836, hizo fijar sobre Piel la atencion pública, y mereció que Mr. de Montalembert le indicase como uno de los amigos del arte católico. Publicó en seguida una *Revista crítica sobre la iglesia de la Magdalena*, la cual ocupó dos artículos en *El Salon* de 1837, acreditado periódico artístico y literario. Los escritos de Piel se distinguen por una noble franqueza, por sus pensamientos justos y elevados, y por un estilo lleno de fuerza y de calor. En el mismo año, segun manifestó á sus amigos,

pensaba hacer una *Iconografía* de las iglesias góticas de París, obra que indudablemente hubiera sido muy notable, considerada bajo el doble punto de vista artístico y literario; pero no llevó á cabo tan útil pensamiento. Despues de haber restaurado el palacio de la prefectura de Auxerre, fué llamado á Nantes en el citado año 1837 por el cura de la parroquia de S. Nicolás, que deseaba reconstruir su iglesia bajo un plan más vasto del que presidió á su construccion y siguiendo el gusto y estilo de la edad media. Para esta obra se asoció Piel particularmente con los arquitectos Thomaseo, refugiado italiano, y con H. Requedat. El primero de estos dos sugetos se hallaba dotado de una inteligencia elevada, y el segundo de una alma verdaderamente angelical, siendo sus costumbres, por lo tanto, lo más austeras, y sus principios los más ortodoxos. La sociedad de tales hombres hizo avanzar á Piel en el camino de la verdad, porque de las discusiones artísticas pasaban á las religiosas; y aquellas tres almas, dotadas de unas mismas ideas, llegaron por fin á comprenderse y á identificarse. No solamente arrojó Piel de su espíritu los errores que en él habian dejado las lecciones de la mundana filosofía, sino que varió enteramente de conducta, reformando sus costumbres, que hasta entónces no habian sido más severas ni más arregladas que las de la mayor parte de la juventud. Esto era una preparacion para el gran partido que muy en breve habia de tomar. Continuamente y á fuer de hijo respetuoso, escribia á su padre haciéndole depositario con infantil confianza de todos sus pensamientos. En una carta, fecha en Nantes, á 31 de Diciembre de 1837, le habla así de sus trabajos. «Otro de mis proyectos »es escribir varios artículos para la *Enciclopedia*. Ya tengo preparado uno »sobre Vitruvio, que enviaré muy pronto á mi querido *Europeo*. Tambien »dispongo de algunos apuntes sobre los números impares del Antiguo Tes»tamento, que me servirán para un trabajo simbólico de los números de »todas las antiguas tradiciones, y que conducirá á esclarecer uno de los »misterios más escondidos hasta ahora de la síntesis de las catedrales católi»cas. Por no poder abandonar la costumbre de escribir, consigno diariamen»te en el papel todos los buenos pensamientos que me ocurren. He traducido »alguna vez, como ejercicio, del latin al francés y del italiano al latin. Mis »trabajos sobre el primer idioma han sido la version de algunas discusiones, »traducidas del griego por Rufino, autor que nos ha dejado varias vidas de »los Padres del desierto; y respecto del italiano he traducido algunas estro»fas del *Purgatorio* y del *Paraíso* del Dante.» Terminado el plan de la iglesia de S. Nicolás, Piel, cediendo á un movimiento de vanidad artística, se empeñó en hacer un viaje á París para enseñar la obra á su padre. Tenia éste en su compañía á la única hermana de Piel, jóven dotada de las más raras virtudes, y con objeto de no separarse de las dos prendas más queri-

das de su alma, estableció el arquitecto un taller en la calle de Cloitre-Notre-Dame, á fin de poder contemplar todos los dias y á todas horas la vieja catedral, objeto particular de sus estudios, y de la que se proponia hacer una extensa monografía. La continua observacion que estaba haciendo sobre aquel precioso monumento, le permitió advertir muchos destrozos hechos en él por las manos vandálicas de los que se gozan en maltratar lo que no comprenden, y para evitar su repeticion los denunció al Comité histórico, al prefecto de policía y al Ministerio de Instruccion pública, contribuyendo eficazmente á que se adoptasen algunas medidas de precaucion, que aunque incompletas, dieron por fin algun resultado. Entre los trabajos de que Piel fué encargado en el año 1838, merecen citarse un modelo de púlpito para la catedral de Sens y el plano de una pequeña iglesia gótica que debia construirse en las inmediaciones de Portanlier. Dichos trabajos, retribuidos muy escasamente, apénas le bastaban para cubrir sus más precisas atenciones, y vivia con la mayor estrechez; situacion que sufrió resignado sin dejar que ni áun sus más íntimos amigos se apercibiesen de ella, pues á nadie queria molestar ni vivir á expensas de ninguno. Por aquel tiempo concibió el P. Lacordaire el pensamiento de restablecer la órden de Hermanos Predicadores y Requedat, el amigo íntimo de Piel, que residia en París hacia algun tiempo, fué uno de los primeros que respondieron á aquella generosa idea, y partió á Roma para tomar el hábito de Santo Domingo. Aunque aquella decision no era muy extraña, atendidas las ideas y las virtudes de Requedat, el ejemplo de su amigo impresionó fuertemente el ánimo de Piel, y le afirmó más y más en la práctica de las virtudes cristianas. Relacionóse con el P. Lacordaire, y habiendo merecido ser confidente de sus pensamientos, fundó en París en 1839, por inspiracion de dicho Padre, la cofradía de artistas bajo la advocacion de *S. Juan Evangelista*, de la que fué el primer prior ó presidente. El fin principal y objeto de esta fundacion es, segun las expresiones del reglamento, «la santificacion del arte y de los artistas por la fe católica, y la propagacion de la fe católica por el arte y los artistas.» En dicho año 39 acabó Piel el plan de una iglesia para Riens-les-Uciers en el departamento de Doubs, y formó otro para la iglesia de Lissieux, su pueblo natal, donde á la sazon residia, asistiendo á su hermana que se hallaba enferma hacia algunos meses. La enfermedad de esta tuvo por término su muerte, y entregó su alma al Criador entre los sentimientos más afectuosos de piedad cristiana, y haciendo actos llenos de ternura y devocion. Piel, que la habia asistido con fraternal amor durante su pertinaz dolencia, quedó edificado con aquella santa muerte; pues aunque sus ideas religiosas no estuviesen tan arraigadas en él como lo estaban, y aunque fuera el escéptico más descreido, la vista de la conformidad y áun de la alegría con que su

hermana dejaba este mundo de miserias, le hubiera convencido de que existe otro mundo mejor, libre de engaños y de padecimientos. En su consecuencia se resolvió á abandonar el mundo y á consagrarse á Dios por el resto de sus dias. Tomó esta decision precisamente cuando Mr. Guizot estaba próximo para encargarle de una mision artística en Sicilia; pero ni el aspecto de la gloria ni de la fortuna lograron seducirle y hacer que abandonase su proyecto. En el mes de Abril de 1840, despues de haberse despedido tiernamente de todos sus amigos, y como un hombre que jamás debe volver á verlos en este mundo, tomó el camino de Roma, acompañado de otro jóven que participaba de sus ideas. En dicha ciudad encontró á Requedat, que ya le llamaba el hermano Pedro, y que sintió una inefable alegría al ver la sana determinacion que su amigo habia tomado. Este entró en el convento de Santa Sabina, y seguidamente fué enviado á Bosco, junto á Alejandría, en el Piamonte, para acabar su noviciado, en el cual se portó con la mayor aplicacion, mansedumbre y humildad, mereciendo por esto la estimacion de sus superiores y el cariño de sus cohermanos. El dia 28 de Mayo de 1841 hizo su solemne profesion y recibió el hábito de Santo Domingo, tomando el nombre de Pio en honor del santo Papa Pio V, fundador de aquel convento. Ya religioso se entregó voluntariamente á las mayores austeridades, y ejecutó tales actos de áspera penitencia, que su salud llegó á alterarse, imitando en esto á su amigo Requedat, cuya vida habian acortado las mencionadas penitencias. Piel, aunque débil de cuerpo, tenia mucha fuerza de alma, y lleno de esperanza en la misericordia divina, ofrecia al cielo sus sufrimientos y esperaba el eterno descanso por término de ellos. Agotadas sus fuerzas materiales, fué atacado por la muerte el dia 19 de Diciembre de 1841, y exhaló su último suspiro con un fervor digno de los primitivos tiempos de la Iglesia. Uno de sus amigos, Mr. Teysier, le consagró como último y tierno recuerdo de su amistad, una noticia biográfica impresa en París en 1843, á continuacion de la cual se hallan insertos algunos de sus trabajos con el título de *L. A. Piel reliquiæ*. Estos trabajos son: 1.° *Fragmentos de un viaje arquitectónico á Alemania.*—2.° *Salon de* 1837.—3.° *Revista de las nuevas iglesias de París: la Magdalena.*—4.° *Declamacion contra el arte pagano.*—5.° *Carta á Mr. G. C. Trebutien, conservador adjunto de la Biblioteca de Caen.* En dicha noticia biográfica se hallan insertas varias cartas de Piel á sus amigos y parientes, notables todas por la expresion de sus sentimientos y por la dulzura de su estilo. Para terminar estos ligeros apuntes biográficos pondremos el retrato de Piel, hecho por dicho Mr. Teyssier ántes de su entrada en la religion. «Yo no he visto jamás un »tipo más perfecto de artista: sus cabellos, de un hermoso negro de ébano, »adornaban su frente llena de nobleza y majestad. Todas las partes de su

»fisonomía estaban armónicamente dispuestas, y jamás hombre alguno ha »manifestado en sus miradas con más fuerza y energía los sentimientos que »queria trasmitir al espíritu de los demás. Sin ser hermoso agradaba. Cierto »aire de elegancia, repartido en toda su persona, hacia de él un cumplido »y galan caballero, aunque su mediana estatura dejaba algo que desear »para la completa perfeccion de su cuerpo.»—M. B.

PIENCIA (Sta.), mártir. Fué esta santa una doncella francesa que habiendo tenido la dicha de tratar al glorioso S. Nicasio, obispo de Ruan, fué convertida á la religion cristiana y bautizada por el santo prelado. Practicando la virtud, vió con dolor martirizar á S. Nicasio y sus compañeros, y depositados que fueron en una gruta sus restos, la Santa iba muchas veces á visitarlos y orar en la gruta fúnebre; pero encontrada en ella un dia por los gentiles, y no pudiendo lograr prestase culto á los falsos dioses, la degollaron inhumanamente: la Iglesia la recuerda con S. Nicasio el dia 11 de Octubre.— C.

PIENTINI (Angelo). Era natural de Consignano, en Italia, y profesó en el convento de S. Marcos, de PP. Predicadores de la ciudad de Florencia. Desempeño el cargo de catedrático de teología en la Academia Florentina, siendo contado en el número de los doctores de ella, en el año 1585. Fué de pequeña estatura y de cuerpo débil, pero de ánimo fuerte, de excelente memoria, de gran consejo y dado siempre á pensamientos sublimes. Asistió con otros teólogos á la consagracion de Antonio Altavita, de Alejandro de Médicis y del cardenal Delfino, y dirigió con probado celo varias casas de su religion de la provincia romana. Murió en Florencia en el mes de Octubre de 1589, y fué sepultado en la iglesia del convento de S. Marcos. Escribió y publicó las siguientes obras: un *sermon sobre la grandeza de los Santos.*— Otro de las *grandezas del Jubileo del Año santo*; impreso en Brescia, en 1575. Otro de las *excelencias del Rosario;* Florencia, 1585 y Bergamo, 1638.—*Piadosa relacion de la más memorable obra hecha en Roma el año del Jubileo,* 1575; Viterbo, 1577.— *Tractatus de jubilæo in quatuor libros distinctus;* Roma, 1575, Venecia, 1600.—*Demostracion de los errores de la pérfida secta mahometana, en cinco libros, ó sea el Alcoran reprobado por el P. Angel Pientini de Corsignano;* Florencia, 1588; Roma, 1596; Florencia, 1603.—*Diez sermones de la verdadera grandeza;* Florencia, 1589.— M. B.

PIENTRE ó Pintre (Fr. José). Fué natural de la ciudad de Burgos y religioso en el órden de la Merced. Pedro de Alba, que le conoció personalmente, dice, en su *Militia Conceptionis*, que era de ingenio esclarecido y aventajada ciencia, superior á su edad, todo lo cual demostró en las obras que escribió, y son las siguientes: 1.ª *De Conceptione Virginis Mariæ, dignissimæ matris Dei opusculum in quo nonnullæ clausulæ tomisticæ ad examen reductæ experiun-*

tur. — 2.ª *De imperio beatæ Virginis Mariæ*; Madrid, 1665, un tomo en 4.° 3.ª *Meditaciones cotidianas.* — 4.ª *Viridarium Marianum de confessoriis sollicitantibus tractatus;* Madrid, 1676, en 4.° — M. B.

PIER (Fr. Sebastian), dominico. Fué catedrático de la universidad de Cervera, teólogo profundo y buen humanista. Tuvo trato y comunicacion con los más sabios profesores de lo universidad de Tolosa, en Francia. Es conocido por las obras siguientes: 1.ª *Oracion fúnebre pronunciada en las exequias de la reina Doña María Amalia, esposa de Cárlos III.* — 2.ª *Cuestiones teológicas*, explicadas á sus discípulos, que forman dos tomos, y que por desgracia se conservan manuscritos. Los que han visto esta obra dicen que es notable por su claridad, su buen método, sana doctrina y pura ortodoxia. Murió por los años de 1776. — M. B.

PIERA (D. Alejandro). Nació en 1654 en el pueblo titulado Iglesuela del Cid, sito en las bailías de Cantavieja, en Aragon. Siguió la carrera eclesiástica en la universidad de Zaragoza, en la que se distinguió por su aplicacion é ingenio, y recibió el grado de doctor en teología. Habiendo vuelto á su villa natal, obtuvo el beneficio de la parroquia de la misma, cuyo modesto empleo sirvió hasta su muerte ocurrida en 1735, ocupándose en la cura de almas y en la composicion de algunas obras, de las que solo llegó á publicarse la siguiente: *Torre de David: historia de nuestra Señora del Cid, venerada en los términos de la villa de Iglesuela; noticia del castillo del Cid, junto á que fué hallada distante media legua de la misma villa; de su antigüedad y cosas memorables de ella.* Obra interesante por los monumentos antiguos de que trata, y por los puntos históricos que ventila, y que tienen conexion con dichos monumentos. Forma un tomo en fólio de 617 páginas. M. B.

PIERA (Fr. Ignacio de). Fué natural de Cataluña y probablemente de la ciudad de Gerona, pues tomó el hábito de capuchinos en el convento de la mencionada Orden, en dicha ciudad. Pertenecia á la clase de los legos, y tuvo el cargo, por poseer este oficio, de atender al cuidado de los telares donde se fabricaba el tosco sayal para los hábitos de los religiosos. Aplicábase con las manos á este mecánico ejercicio, y meditaba al mismo tiempo con el espíritu en la grandeza de los goces celestiales, y así á los varios aprendices que para enseñarles el oficio tenia, adiestrábalos no solamente en él, sino que procuraba sacar aventajados discípulos de santidad, dedicándose con especial cuidado á demostrarles cuanto podia conducir á su espiritual aprovechamiento, poniéndoles siempre á la vista ejemplos de virtud, y haciéndoles continuas y piadosas exhortaciones. Habia, pues, convertido su taller en una especie de iglesia, donde él y sus aprendices rezaban diariamente y en coro las letanías de la Santísima Vírgen y el Oficio parvo, aña-

diendo algunas veces los salmos penitenciales y el oficio de difuntos, para que miéntras el cuerpo estaba ocupado en la tierra, volase el espíritu al cielo. Terminada la obra del dia, en vez de entregarse al descanso ó al recreo inmediatamente, uno de los religiosos leia el punto sobre que debia versar la meditacion, y puestos todos de rodillas, descansaban de sus fatigas contemplando la grandeza de la Divinidad. Como el primer mérito y la mayor virtud de Fr. Ignacio fué la oracion, á la cual se habia enteramente consagrado, cuando se hallaba fuera del convento observaba igual método en cuanto le era posible, invirtiendo las mismas horas en rezar, y si no le era posible detenerse á hacerla de rodillas, recogia su espíritu y oraba mentalmente, no queriendo perder un solo instante. Si para darles algun alivio permitia á sus subordinados que hablasen, bien en el taller, bien en el camino, la conversacion habia de versar necesariamente sobre cosas espirituales, pues tal era su afan y su deseo de no perdonar la más leve ocasion, ni el más pequeño motivo de poder tributar alabanzas al Omnipotente. No le permitia su amor á la pobreza gastar en tiempo alguno sayal nuevo, á pesar de los que diariamente salian de sus manos, pues contentándose con el hábito más usado, á fuerza de remiendos le iba sosteniendo, y pasábase con solo el hábito, sin gastar túnica nunca, aunque el temporal fuera muy rigoroso. Por el ejercicio de tantas y tan excelentes virtudes, se concilió el aprecio y veneracion no solo de los religiosos que estaban bajo sus órdenes, sino el de los Padres más graves y considerados, que se complacian en ver tan admirable perfeccion. Habiendo enfermado, conoció que su dolencia era muy grave, y que indudablemente Dios le llamaba para sí. Conformóse con su divina voluntad, y derramando tiernas y afectuosas lágrimas, recibió la sagrada eucaristía. Acompañáronle en su llanto sus amados hermanos, aunque con bien diferente motivo, pues si él lloraba de gozo por haber llegado al término de su carrera, ellos sentian la inestimable pérdida que en la tierra experimentaban con aquella fatal muerte. Cuando llegó al ministro provincial la noticia de su fallecimiento, exclamó: «Si yo me hallára en aquellos antiguos tiempos en que á los prelados tocaba juzgar acerca de la santidad de los que morian bajo su obediencia, declarára muy digno al religioso que hemos perdido de ser colocado en el número de los santos.» — M. B.

PIERA (Fr. Jacinto de). Era natural de Cataluña, sin que conste el punto donde nació ni donde profesára. Era sacerdote y predicador de la órden de los Menores Observantes ó Capuchinos, y fué muchas veces guardian y definidor de su convento, presentando con este motivo á sus subordinados un vivo ejemplo de la perfeccion religiosa, autorizada con sus virtudes y con la exacta observancia de la regla. La perfeccion de este varon ilustre consistió en el ejercicio y práctica de las más heróicas virtudes, entre las cuales des-

collaba la más profunda humildad, caridad ardiente y extremado celo por la religion. Fué dicha humildad llevada á tan alto grado, y procuraba de tal modo huir de toda la humana honra y vanos aplausos del mundo, que cuando fué guardian y definidor no se atrevia á salir á la calle, temiendo recibir hasta los saludos que por su clase merecia, no queriendo se le tributase ninguna señal de respeto que pudiese indicar superioridad, temiendo que áun el más leve humo de vanidad llegase á inficionarle el espíritu. Cuando fué definidor, dispuso el P. Provincial se congregasen todos los que estaban constituidos en dignidad en un convento algo apartado del suyo para tratar varios asuntos importantes de la comunidad. En el camino por donde debian pasar se hallaba el palacio del conde de Centellas, que habia deseado mucho conocerle y tratarle por la fama que corria de su virtud y santidad. Sabiendo, pues, que iba de camino, se dispuso á recibirle con gran pompa y agasajo. Habiendo llegado Fr. Jacinto solo con su compañero, como un simple religioso, al palacio del Conde, le recibió éste con todo el amor que acostumbraba á recibir y hospedar á los demás religiosos, y sin conocerle le preguntó si habian de venir por aquel camino todos los Padres definidores, á lo que Fr. Jacinto contestó que acaso tomarian otro más breve. Manifestóle entónces el Conde lo mucho que sentia no parasen en su casa los más autorizados y antiguos Padres de la Orden, pues así le privaban del gusto de conocer á Fr. Jacinto Piera, de quien habia oido cosas dignas de aprecio y admiracion, y deseaba tratarle por tan buenas nuevas como de él habia recibido. «¡Oh señor! dijo entónces el varon insigne, cuán mal os han informado »de mi. Yo soy el sugeto que deseais conocer, y os afirmo que teneis delante »al hombre más vil y más ínfimo de toda la sagrada familia. No puedo, sin »embargo, dejar de agradeceros la buena voluntad y afecto con que me »honrais, y pido á Dios os lo recompense con temporal y eterna salud.» Habiendo dicho estas razones huyó de aquella casa, temeroso de la honra que querian tributarle. Siendo guardian, y aun despues de haberle nombrado definidor, acostumbraba á levantarse de la mesa ántes que nadie para ocuparse en fregar los platos y esmerarse en ejercer otros actos de humildad, deleitándose en ellos mucho más que en el desempeño de elevados cargos y prelacías, cuyas dignidades aceptaba siempre con repugnancia y forzado solo de la santa obediencia, portándose en su desempeño más como amante padre que como rígido superior. Velaba con sumo cuidado y atencion por la conveniencia corporal y espiritual de sus subordinados, y en viendo á alguno de ellos enfermo, al punto acudia á su alivio y regalo, suministrándoles por su propia mano los remedios y los alimentos, y cuanto juzgaba provechoso para su completa sanidad. Su caridad se dejaba notar hasta en lo más mínimo, pues cuando volvia al convento de predicar por los pueblos, lo cual

generalmente sucedia ya bien entrada la noche, no permitia que el corista que habia llevado por compañero se levantase para despertar á la comunidad á la hora del coro; y á fin de que descansára un rato más, se levantaba él á cumplir con este ministerio; y conforme era el primero que despues de su frugal comida dejaba la mesa, así tambien era el que ántes acudia á los maitines, sin que jamás pidiera dispensa para esta obligacion, la más penosa sin duda de cuantas impone la regla á los constituidos en religion. Habia dispuesto tan bien sus horas, que sin faltar al cumplimiento de las obligaciones de superior, acudia de dia y de noche á todas las horas destinadas á la oracion y demás ejercicios espirituales. Cuando los religiosos se juntaban para desempeñar algunos oficios mecánicos, tales como limpiar legumbres ó barrer las calles de la huerta, acudia Fr. Jacinto á presidir los trabajos para impedir se malgastase el tiempo en inútiles conversaciones; y uniendo la práctica al ejemplo no solo tomaba una parte activa en las labores, sino que proponiendo algunas místicas cuestiones hacia que sus subordinados aprovechasen con utilidad el tiempo, logrando mover con sus exhortaciones los afectos del amor divino. Llegó, por fin, el caso temeroso para otros de que el Señor llamase á las puertas de su siervo, y le encontró vigilante y pronto á seguirle. Despojado de todos los afectos y negocios mundanales, y atento solo á los negocios del cielo, entregó el alma á su Criador en el convento de Vineo, del que era guardian, ofreciéndose á la muerte con el mayor gozo y alegría despues de recibir los santos sacramentos. Advirtióse con notable asombro de todos y admiracion del médico que le habia asistido, que contra toda regla natural quedó su cadáver, no solo libre de la comun deformidad, sino que desaparecieron de su semblante hasta las arrugas que la edad y los padecimientos habian impreso en él. Convencido con devota fe el médico de que el alma que habia residido en aquel privilegiado cuerpo no podia ménos de hallarse gozando de la eterna bienaventuranza, pidió con mucho afan que le diesen el rosario del difunto, y cuando le hubo obtenido dijo muy alegre que ya llevaba allí el remedio de todas las dolencias humanas, y que ya no le eran necesarios sus estudios ni su ciencia para sanar á los mortales. En efecto, su devota esperanza no salió fallida, pues curó á un gran número de enfermos con la sola aplicacion del rosario de Fr. Jacinto, encomendándolos al mismo tiempo á la divina misericordia.— M. B.

PIERCE (Tomás), teólogo inglés. Nació en 1622 en el Wilsthire, é hizo sus estudios en la universidad de Oxford, siendo recibido de maestro en artes en el colegio de la Magdalena en 1644. Cuando ocurrió la revolucion en Inglaterra, que presentó el doble carácter de política y religiosa, y cuya primer consecuencia fué el trastorno general del reino y la muerte en público cadalso de su rey Cárlos I, Pierce tomó el partido de este soberano, lo

cual motivó que en 1648 perdiese la plaza que disfrutaba en el dicho colegio de la Magdalena. Poco despues obtuvo la plaza de ministro en la parroquia de Brigton, la cual desempeñó viviendo oscurecido durante la dominacion de Cromwel. Al tiempo de la restauracion y á la subida de Cárlos II al trono, sus servicios fueron altamente recompensados, pues fué agraciado con la plaza de capellan de S. M., canónigo de Cantorbery, prebendario de Langford y prefecto del colegio de la Magdalena, donde la revolucion le expulsára y donde á su vuelta recibió con toda solemnidad el grado de doctor en teología. Algun tiempo despues, conociendo que su genio no era á propósito para el destino de rector, hizo dimision de él; y por su favor en la corte fué nombrado el año 1675 dean de Salisbury, en cuyo destino murió el 28 de Marzo de 1691. Pierce tuvo mucho conocimiento de los autores antiguos y modernos, y era muy versado en las ciencias, tanto eclesiásticas como civiles. Estaba dotado de suma elocuencia y predicaba muy bien en varios idiomas, sobre todo en el inglés. Pero el estilo de sus escritos tiene más de afectacion que de naturalidad. En 1685 sostuvo una ruidosa disputa con el Dr. Setheward acerca de á quién correspondia hacer el nombramiento de las dignidades de Salisbury. Pierce sostenia que al Rey, y su contrincante que al Obispo. Escribieron los dos largas disertaciones para defender su opinion; y aunque de la pluma de Pierce salieron algunos doctos escritos, éstos no han llegado á publicarse, ignorándose tambien si dejó escrita alguna obra.—M. B.

PIERERIUS (Fr. Jacobo), fraciscano. Fué natural de la ciudad de Pistoya, en Italia, y habiendo tomado el hábito de los Menores Observantes, llegó á ser un célebre predicador y obtuvo los cargos de confesor y teólogo del gran duque de Toscana Cosme II, de sus hijos Fernando II, Carlos, Matías y Leopoldo. Publicó las siguientes obras: *Contradictiones in prologum primum et secundum sententiarum Schoti;* Florencia, 1521, un tomo en 4.°—*Sermones sobre la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen María,* predicados en el año 1602 é impresos en Florencia en 1616.—*Vida del venerable Padre Evangelista Marcellini,* la cual no consta que se haya publicado. Piererius murió en Florencia en el convento de Todos los Santos el año de 1635.—M. B.

PIERIO (S.), confesor, sacerdote de Alejandría que dirigia la escuela de esta Iglesia en la época en que era su obispo Theonas, es decir hácia el año 265; obtuvo tan grande reputacion por los discursos que dirigia al pueblo, que le llamaban el nuevo Orígenes. Se hizo tambien recomendable por su amor á la pobreza, por la austeridad de su vida y por los conocimientos divinos y humanos de que se hallaba adornado. Asegúrase con particularidad que sabia con grande perfeccion la dialéctica y la retórica. Algunos

han creido que murió martirizado, pero otros aseguran que sobrevivió á la persecucion de Diocleciano, y pasó en Roma el resto de su vida. Una víspera de pascua explicó la profecia de Oseas en un sermon muy largo que existia aún en tiempo de Focio, que asegura haber leido tambien un volúmen de las obras de Pierio, dividido en doce libros, uno de los cuales era sobre el Evangelio de S. Lucas. Nada nos queda de este autor, únicamente sabemos que en su discurso sobre Oseas hablaba de los querubines que puso Moisés en el arca y de la piedra que puso Jacob bajo su cabeza cuando quiso descansar en su viaje á Haram. En su libro sobre S. Lucas probaba que la reverencia ó irreverencia hecha á la imágen del Santo, recaia en el que ella representa, y parece sostener, como Orígenes, el error de la preexistencia de las almas. Focio dice que su doctrina sobre la Trinidad era ortodoxa en lo relativo á las personas del Padre y del Hijo, aunque admite dos naturalezas y dos sustancias, porque parece que no se servia de estos términos más que para significar las personas; pero que la manera de que hablaba del Espíritu Santo era peligrosa, porque decia que su gloria era menor que la del Padre y del Hijo. Pero sabido es que Focio acusó injustamente á Theognosto de error sobre la divinidad del Hijo á causa de algunas maneras de hablar que no convenian con las de su siglo, sin tener presente que aunque los antiguos hayan hablado con cierta variedad, el fondo de su doctrina ha sido siempre el mismo, y seria una injusticia exigir de ellos que hubieran hablado con tanta exactitud y con tanta precaucion como los que han vivido despues del nacimiento y de la condenacion de las herejías. Pero este, segun la observacion de un hábil crítico, es el defecto ordinario de Focio, que viviendo en un siglo en que se habian explicado los misterios y en que se hablaba con mucha exactitud, ha condenado á los antiguos casi en general con grande severidad. Por lo tanto se debe con mucha más razon atenuar la censura que hace de la doctrina de Pierio sobre la divinidad del Espíritu Santo, al reconocer que el lenguaje de este Padre, por ser diferente del de los escritores del siglo IX, podia ser conforme con la manera de hablar del III y de los anteriores. Focio añade, refiriéndose al estilo de Pierio, que era claro, puro y flúido, semejante á un discurso improvisado, y que usaba con frecuencia bellas figuras colocadas con mucho acierto en sus respectivos lugares. La Iglesia recuerda su memoria en 4 de Noviembre.—S. B.

PIERIUS VALERIANUS (Juan Pedro Bolzani), célebre escritor, perteneciente á la antigua y noble familia de Bolzani. Nació en Belluno, estados de Venecia. Habiéndose quedado en muy tierna edad sin padres y falto de recursos, sufrió toda clase de trabajos y miserias, viéndose reducido al extremo de tener que servir como criado doméstico. Tuvo, por fin, la suerte

de encontrar á un tio suyo religioso, profesor que habia sido del papa Leon X, que compadecido de su situacion se encargó de él y le dió las primeras lecciones de literatura. Progresó tanto en las ciencias, por efecto de su mucha disposicion, que en pocos años se halló en estado de recibir las sagradas órdenes. Tuvo por amigos á los literatos más célebres y á todas las personas más distinguidas de Roma, favoreciéndole en particular el célebre cardenal Bembo. Tambien consiguió la estimacion de los papas Leon X y Clemente VII, que en repetidas ocasiones quisieron darle pruebas del afecto que le profesaban, ofreciéndole destinos de utilidad é importancia, entre ellos el obispado de Justinópolis, que rehusó por no distraerse del estudio y de sus tranquilas ocupaciones. Prefiriendo una honrosa medianía, se contentó con una plaza de protonotario apostólico, con el desempeño de varias comisiones que los pontífices le encomendaron. Murió en Pádua en 1588 á los ochenta y un años de su edad. Por su continua aplicacion al estudio y su asiduo trabajo pudo dejar escritas un gran número de obras, de las que citaremos como más principales: *Los Geroglíficos;* comento latino sobre las letras de los egipcios y otros pueblos de la antigüedad, de la que se hicieron dos ediciones, una en 1567, en fólio, y otra en 1626 en el mismo tamaño; esta última hecha con gran lujo y profusion de grabados, de la cual publicó un compendio en 1606 Enrique Scheewalenberg, en la ciudad de Leipsik. Otra obra que dejó inédita, titulada *De infelicitate litteratorum*, se publicó en 1620 en Venecia á expensas del cardenal Lollini, que conservaba el manuscrito original en su biblioteca. En 1573 publicó y dedicó al cardenal Hipólito de Médicis, que habia sido su discípulo, el opúsculo nominado *Pro sacerdote barba apologia;* escrito curioso lleno de noticias interesantes acerca de la costumbre de rasurarse los sacerdotes la barba y el cabello. Tambien aparecieron despues de su muerte las *Antigüedades de Belluno*, impresas en Venecia en 1620. Trabajó además diversas lecciones sobre Virgilio, y varias poesías latinas que prueban su erudicion y buen gusto. Aunque Bolzani fué bautizado con el nombre de Juan Pedro, su tio y preceptor Sabelio se le cambió en el de Pierius, por alusion á las musas *Prierides* en latin, de las cuales daba señales de ser el favorito; haciéndole de este modo, por una costumbre muy admitida en aquel tiempo, y cuya importancia no comprendemos en el dia, llevar un nombre que recordaba á los grandes poetas de la antigüedad.—M. B.

PIERONA (Petronila). Era natural de Immeluerdengem, villa de Flandes, hija de padres humildes y de escasa fortuna. A la edad de diez y siete años entró en el convento de Gundavi, fundado bajo la tercera Orden de San Francisco, dedicándose en él al servicio de Dios y á la práctica de la oracion, rogando por la salvacion de los hombres tan fervorosamente y vertiendo tan

amargas lágrimas por los pecados del mundo, que sus ojos aparecian con frecuencia bañados en sangre, porque ya no tenian llanto que derramar. Era muy obediente á su superiora y muy observante de la verdadera pobreza, poniendo todo su estudio en conservar inalterable su castidad y en huir de los peligros á que la exponian las tentaciones de la carne. Deseando vivir en un absoluto retiro, para meditar con más sosiego en la muerte y la eternidad, fué á vivir con licencia de su abadesa en una ermita construida en el cementerio de S. Nicolás, extramuros de la poblacion, donde permaneció encerrada mucho tiempo, negándose á todo trato humano, haciendo vida austerísima y perfeccionándose en la santidad. A pesar de vivir tan retirada, fueron muchas las personas que acudieron á suplicarla intercediese con Dios para alcanzarles el remedio de sus males ó de sus necesidades, á lo cual no la permitia negarse su caridad: y así fueron muchos los milagros que se obraron por su intercesion. Hallábase al mismo tiempo dotada de tan alta y sobrenatural penetracion, que conocia los pensamientos del que la hablaba, así como las intenciones y demás secretos del corazon humano; con cuyo conocimiento consiguió la salvacion de muchos pecadores, que volvian en sí á vista de tan claros y palpables ejemplos del divino poder. Murió el dia 16 de Marzo de 1472 á los cincuenta años de su edad.—M. B.

PIERQUIN (Juan). Nació el año 1672 en Carloville (Reims), donde su padre ejercia la profesion de abogado. Hizo sus estudios en la ciudad de Reims, hasta obtener el grado de bachiller en teología, y habiéndose ordenado de sacerdote, fué cura por espacio de cuarenta años de la pequeña poblacion de Chatelet-sur-Aisne, diócesis de la citada ciudad de Reims, en cuyo punto murió en 1742, á los setenta años de edad. Sin descuidar el cumplimiento de las funciones pastorales, y valido del sosiego que el *Presbiterio* (casa del párroco) le permitia, escribió diversos tratados sobre objetos de curiosidad y ciencias físicas, tales como: *sobre el color de los negros; sobre la evocacion de los muertos; —sobre el sábado de las brujas; —sobre las trasformaciones mágicas; —sobre el canto del gallo; —sobre el peso de la llama; sobre la prueba de la inocencia por la inmersion, etc.* Publicó sus obras físicas y geográficas en París, 1744, un tomo en 12.° Ellas ofrecen cosas singulares, de las cuales las mas son imposibles; otras, aunque más factibles, no serian útiles ni interesantes en el dia de hoy por los adelantos que las citadas ciencias han experimentado. Tambien escribió y publicó una *Vida de San Juvin*, impresa en Nanci en 1742, y una disertacion *sobre la Encarnacion del Verbo*, que vió la luz pública en Amsterdam el citado año de 1742.—M. B.

PIERRE (Cornelio) *Cornelius à lapide* en latin. Célebre comentador de la sagrada Escritura. Nació en Bocholo, en la campiña de Lieja, en 1566, é ingresó en la Compañía de Jesus consagrándose al estudio de las lenguas, bellas

letras, y sobre todo de la Escritura santa. Despues de varios sucesos que le ocurrieron en Roma y en Lovaina, murió en la primera de éstas ciudades en 12 de Marzo de 1637, á los setenta años de edad y con fama de santo. Su cuerpo se enterró en un sepulcro aparte, para distinguirle en caso de tratarse de su beatificacion. Dejó escritos diez volúmenes de comentarios de la sagrada Escritura, llenos de excelentes cosas y de muy sana doctrina. El juicio y crítica del autor no igualan á la vasta erudicion que despliega en esta obra, ni á los profundos conocimientos que demuestra. Los sabios estiman más que el resto de sus comentarios, la parte que contiene el *Pentateuco* y las *Epístolas de S. Pablo*. La mejor edicion de sus obras es la de Amberes, principiada en 1681, y que consta de diez tomos en fólio. — M. B.

PIERSON (Nicolás), hermano converso de la reforma premostratense. Nació en Aspremont en 1692 y murió en 1760. Se ha hecho célebre por su talento para la arquitectura, por el gran número de monumentos religiosos de que formó los dibujos y dirigió las construcciones. Los principales son, la bella abadía de Sta. María en Pont-de-Mousson, el pórtico y torres de la iglesia de Estival, la iglesia de Bongebal y el palacio episcopal de Toul. Uno de sus proyectos era reconstruir de nuevo la antigua abadía de Jandese, pero no lo llegó á efectuar por no haber recibido de la municipalidad y del obispo los auxilios que necesitaba. — M. B.

PIETRA (Enrique). Fué natural de Placencia, en el ducado de Parma, y en sus primeros años se dedicó al comercio en casa de un negociante llamado Alejo Bettini. En medio de los expuestos tratos de la contratacion y del comercio, oyó Pietra la voz interior que en su alma hablaba llamándole á mejor estado, y cual el publicano Mateo, abandonó al punto el tráfico para caminar en pos del Señor. Su conversion fué debida al casual conocimiento que hizo con S. Felipe Neri, el cual le excitó á que abandonando el mundo, se dedicase á la carrera eclesiástica, como en efecto lo hizo, entregándose al estudio y ordenándose de sacerdote. Habiendo entrado en la congregacion de S. Felipe Neri, recien fundada por éste, le tomó tanto afecto el Santo, que siempre le tuvo consigo en la casa titulada S. Gerónimo de la Caridad. Fué Enrique tan adelantado en la imitacion del espíritu de su maestro, que por su medio se aumentó mucho la congregacion de la Doctrina cristiana, establecida en Roma, y á sus instancias se reformaron muchos conventos de monjas, reduciéndose á la más estrecha observancia, verificando otra multitud de buenas obras encaminadas todas á la reformacion del culto divino y del estado eclesiástico. Los biógrafos de San Felipe Neri citan repetidas veces con grande elogio á Pietra, y dicen que el Santo se valia de él para las más árduas empresas que ocurrian. Murió en la mencionada casa convento de S. Gerónimo á fines del siglo XVI. — M. B.

PIETRALBA (B. Delfina), religiosa franciscana. Muerto su legitimo esposo, celebró su matrimonio con Jesus, tomando el hábito de las Clarisas, donde se distinguió tanto por sus virtudes, que mereció brillar por sus milagros tanto en vida como en muerte. Hizo algunas curas prodigiosas, y su alma voló finalmente al cielo; sepultado su cuerpo en el claustro del monasterio de nuestra Señora de Pietralba, que dista mil setecientos pasos de Barcelona. Exhumado su cuerpo á los cuatro años, fué encontrado entero é incorrupto; exhalando la más suave fragancia. La Orden Seráfica celebra su memoria en 6 de Junio.—S. B.

PIETRA Santa (Silvestre), de la Compañía de Jesus. Este ilustre varon era italiano, sin que conste el punto de su nacimiento. Perteneció á la Compañía de Jesus, de la que era sacerdote profeso, muy hábil teólogo y que se hallaba adornado de las virtudes recomendables de la prudencia y de la rectitud. Vivia en Roma por los años 1646, época en que el instituto benéfico de las Escuelas Pias se hallaba padeciendo los mayores trastornos y amenazado, si no de una total extincion, al ménos de una reduccion tan grande en sus constituciones y en su objeto, que podia muy bien decirse quedaba reducido á la nulidad. Los varios émulos que esta institucion tenia y las secretas cábalas que desgraciadamente nunca han faltado en todos tiempos y entre las más santas y honorables corporaciones, motivaron los falsos informes elevados á la santidad de Inocencio X, quien redujo el instituto al estado de congregacion de sacerdotes seglares, en cuyo estado permaneció hasta el año 1669, en que Clemente IX la reintegró en su antiguo estado de votos solemnes. Durante el largo período de veintitres años, permaneció la benéfica institucion amenazada de su completa ruina; pues la disposicion del mencionado sumo pontífice Inocencio X daba lugar á creer que su idea era la total supresion de una Orden que siempre han respetado y sostenido los hombres ménos afectos á los monacales, conservándola áun en los tiempos de mayores trastornos y decadencia. El breve del Sumo Pontífice quitaba á la Orden su forma de comunidad, separando los miembros de la cabeza y privándoles de la union necesaria entre sí, puesto que concedió facultad á sus individuos profesos para pasar á otras religiones de las aprobadas por la Santa Sede y negaba la facultad de admitir novicios, con lo cual parecia indudable que la religion de las Escuelas Pias vendria á extinguirse por sí misma. Sin embargo, la mano de Dios no abandonó el sosten del vacilante edificio que tan robusto debia ser y pasar á los futuros tiempos; y si permitió, para probar á aquellos humildes sacerdotes, semejantes contrariedades, fué para mejor aquilatar su virtud y su constancia, y de ninguna manera para permitir la destruccion de aquel benéfico y útil cuerpo; útil bajo todos conceptos, ya se le considere social ó ya religiosamente. Sin embargo, como en

su reconocida infalibilidad la Santa Sede no puede errar nunca, puesto que sus decisiones no estan basadas solamente en su superior criterio, sino tambien en las consultas que evacuan los varones competentes en árduos casos elegidos, los Sumos Pontifices que entendieron en el delicado negocio de la reduccion, encargaron su conocimiento á la congregacion del Santo Oficio, quien para mejor proveer, sin prevenciones ni parcialidad de ninguna especie, nombró visitadores que examinasen el estado de la Orden, su régimen interior y el comportamiento de sus individuos, y que informando á la mencionada Congregacion la ilustrasen, para que ésta, comparando los informes con las quejas, obrára con la justicia y rectitud que á todos sus actos preside. Nombráronse al efecto personas totalmente extrañas á la Orden, desapasionadas por lo tanto, y las cuales al mismo tiempo adornaban las cualidades de suma prudencia y reconocida sabiduría. El primer visitador fué el P. Agustin Waldini, de los Clérigos Regulares, persona de tan elevado carácter como de profunda humildad y reconocida virtud. Este, despues de visitar el noviciado y el convento de S. Pantaleon de Roma, emitió un informe tan favorable, que hizo fluctuar el ánimo de los que se inclinaban á favorecer la supresion de la Orden. Pero la gloria de reivindicar el instituto de la Madre de Dios, fué alcanzada por el segundo visitador, el sabio jesuita Silvestre Pietra Santa, que por renuncia del P. Waldini entró á desempeñar este cargo. Aunque las noticias que tenemos de este ejemplar y justificado varon son tan escasas que no es posible hacer un completo artículo biográfico, su nombre es harto notable y muy digno de figurar en las páginas de la *Biografía Eclesiástica*, por las circunstancias en que se halló y por el luminoso informe dado en el asunto de los PP. Escolapios. Cierto es que su buen deseo no produjo el inmediato resultado que anhelaba; pero cuando Clemente IX reivindicó la Orden, despues del largo trascurso de veintitres años, túvose presente el informe de Pietra Santa, el cual creemos verán con sumo gusto nuestros lectores, tanto porque es un documento algo desconocido para la generalidad, cuanto porque en él hallarán los que lo ignoren un sucinto compendio, que da no obstante idea muy completa del instituto que hemos llegado á conocer y á admirar. Hé aquí el documento.—«La religion de las Escuelas Pias tuvo principio en el pontificado de Clemente VIII. Despues Paulo V la erigió en Congregacion de votos simples; y finalmente, Gregorio XV la elevó á religion con voto de profesion, y confirmó sus constituciones particulares, que se hallan insertas en la Bula pontificia, habiendo sido ántes examinadas y aprobadas por la sagrada Congregacion de Obispos y Regulares, siéndole concedidos y comunicados todos los privilegios y preeminencias de los Mendicantes. El objeto de esta institucion es instruir á los niños en la doctrina cristiana, en la lectura, escritura y cuentas, como

se expresa en la citada bula de Paulo V y en la de confirmacion de Gregorio XV. A más de estos extremos se les concede facultad para enseñar retórica, casos de conciencia y todas las ciencias á los novicios de su religion. Los que han dicho que estos Padres no pueden hacerlo y que carecen de facultades, han incurrido en un grave error, nacido sin duda de no haber visto sus constituciones ni sus privilegios. Hállase esta religion muy extendida por Italia, y tambien se encuentra fundada en Alemania, Polonia y España. Hay en ella (en la época del informe) cerca de quinientos religiosos, de los cuales doscientos veinte son sacerdotes, doscientos diez clérigos y ciento sesenta hermanos operarios, pasando de cuarenta las casas de la religion. Los ministerios de enseñar los practican de balde y sin estipendio alguno; hacen cuarto voto de enseñar por amor de Dios. Tienen austeridad en el hábito, que es de paño grosero; profesan mucha pobreza en los aposentos, camas y comida, ejercitándose en varios rigores de regla á más de las fatigas diarias que les ocasionan los gravámenes de las escuelas, de los que no es el menor acompañar á los discípulos á sus casas. Júntanse á la oracion mental por espacio de dos horas y media por mañana y tarde, sin perjuicio de otras oraciones vocales que en el trascurso del dia acostumbran á hacer. Por algunas dificultades que han ocurrido en la práctica de las constituciones, como sucede muy frecuentemente en los principios de todas las religiones, han tenido algunas visitas apostólicas de prelados; y últimamente, por breve expedido por Urbano VIII á 9 de Mayo de 1643, me ha sido encomendada la visita de esta religion, juntamente el exámen de su gobierno, que se ha debido ejercitar al principio con cuatro nuevos asistentes nombrados, y despues con un superior diputado para este efecto con breve particular, y el cual es el P. Esteban de los Angeles. De este modo se ha gobernado la religion desde que por decreto de la sagrada Congregacion del Santo Oficio, dado en presencia del papa Urbano VIII á 15 de Enero de 1643, fué el Padre José de la Madre de Dios (Calasanz), su fundador, suspenso del generalato, y los cuatro primeros asistentes quedaron privados de sus oficios. Terminada la visita principal, que yo hice en Roma, tanto en la cabeza como en los miembros de esta religion, y habiendo tenido por cartas noticia de las otras provincias de Italia, formé una relacion que presenté á VV. EE., en la cual expuse lo que me pareció conveniente para evitar cualquiera desórden ó desconcierto. Entre tanto, por singular misericordia de Dios nuestro Señor, no ha ocurrido en la religion ningun caso grave de inobservancia ni defecto público que haya causado escándalo á los de fuera ó mancha á la misma religion, ni ha llegado á mi noticia ningun notable exceso que se haya cometido en daño grave de la caridad ó en perjuicio de los tres votos esenciales, y particularmente el de castidad. En cuanto á la obediencia se ha

conseguido lo que ordenó la Congregacion del Santo Oficio en el decreto arriba citado; esto es, que quedára reducida á la obediencia de Roma la provincia de Toscana, la cual se resistia á obedecer al P. Marzo, su provincial, habiendo tenido yo muy buena correspondencia por parte de la de Florencia. Se ha supuesto que hubiera alguna repugnancia en recibir por superior de la religion al P. Esteban de los Angeles, teniendo esta voz orígen en algunos apasionados contra la Orden; pues lo cierto es que yo recibí cartas de todas las casas de la religion, en que me decian que lo admitian por superior y que lo aceptaban sin reparo. Solo aquí en Roma se halló alguna repugnancia para reconocernos, á él por superior y á mi como visitador. Pero los descontentos son pocos, y sus nombres se contienen en la lista que se presenta á Monseñor Asesor, los cuales, sacándolos de Roma con la suprema autoridad de VV. EE., no servirán de obstáculo para el mejor acomodamiento. Al mismo tiempo conviene advertir que estos Padres son muy deseados por varias comunidades religiosas, á las que por su instituto pueden ayudar notablemente; porque á más de enseñar sin interés, piedad y letras á la juventud, se aplican á oficiar en la iglesia, sirviendo á los fieles con las misas y confesiones. Por esta causa se hallan legados pios asignados para fundaciones de esta religion, y varios obispos y príncipes desean su aumento, y muy particularmente el serenísimo y potentísimo Rey de Polonia. Se suplica por lo tanto á VV. EE. permitan que se acepten nuevas fundaciones, y den facultad para vestir el hábito á muchísimos que en varias partes de Europa lo desean y lo solicitan con instancia. Tambien debo exponer á la consideracion de VV. EE. que en el Agosto próximo se cumplirán diez años (este informe es de 1645), desde que la sagrada Congregacion del Santo Oficio ordenó por medio de su decreto que no se admitiesen novicios en la Orden hasta nueva deliberacion, de lo cual ha provenido no haber suficiente número para proveer de maestros y oficiales las casas, en lugar de los que faltan por muerte, indisposicion ú otros motivos. Se debe igualmente, para comun satisfaccion de la Orden, que sea reintegrado en su cargo el P. General, dándole un vicario por razon de su edad, que ya va tocando á los ochenta y ocho años, diputando tambien seis padres, uno por cada provincia, los cuales examinarán bien y detenidamente las ordenanzas y rigores del instituto, para que VV. EE. y la Sede Apostólica aprueben lo que juzguen conveniente y practicable á todo el cuerpo de la religion.» Tal fué el informe que el Padre Pietra Santa elevó á la Congregacion del Santo Oficio despues de dos años que se hallaba ejerciendo el cargo de visitador en el instituto de las Escuelas Pias. Su mision, aunque tan justa y bien desempeñada, no podia sin embargo ser del agrado de todos los individuos de la Orden, y mucho ménos de aquellos pocos á quienes cita en su informe y que apetecian novedades.

Estos, pues, elevaron á la superioridad un memorial en contra de Pietra Santa, al que contestó dirigiendo una epístola á todos los Padres de la Orden, en la que para vindicarse de los inmerecidos cargos que le dirigian, hace la apología del instituto, rinde tributo á la virtud y santidad de muchos de sus ejemplares varones, y encomia sobre todo las altas prendas del humilde y piadoso José de Calasanz, á quien tuvo el consuelo de conocer y de tratar. — M. B.

PIETRA SANTA (Silvestre), en latin *Petra sancta*. Nació en Roma en el año 1590, y entró en la Compañía de Jesus en el de 1608. Despues de haber hecho profesion, enseñó por espacio de tres años las humanidades y la filosofía en Fermo y en la Marca de Ancona. Pedro Luis Caraffa, gobernador á la sazon de esta ciudad, y despues cardenal de este mismo nombre, prendado del talento y virtudes del jóven sacerdote, le tomó por su confesor y le llevó consigo cuando fué á Colonia á cumplir el cargo de nuncio apostólico. Durante su permanencia en Alemania, Pietra Santa compuso dos opúsculos titulados: *Iter Fuldense ad visitationem ejus cœnovii, et iter Moguntinum, etc., ad electionem archiepiscopi;* los dos se imprimieron en Lieja en 1627 y 1629, aunque ninguno lleva su nombre. Habiendo regresado á Italia, fué por algun tiempo rector del colegio de Loreto, fijándose despues en Roma, donde se concilió la estimacion de los más altos personajes. Fué elegido por el Pontífice para hacer el elogio fúnebre del emperador Fernando II en las exequias que se celebraron en honor de este monarca; y aunque el orador no tuvo más que una noche para preparar este trabajo, le desempeñó tan cumplidamente, que el Pontífice, en cuya presencia le recitó, se manifestó muy complacido. El elogio fúnebre se imprimió en Roma en 1637, con suma elegancia, en un cuaderno en 4.° — Piedra Santa fué atacado de mal de piedra, y hubo precision de hacerle la operacion de la talla, de cuyas resultas falleció en 8 de Mayo de 1647. Las obras de Pietra Santa son las siguientes: 1.ª *Varios escritos de controversia* contra los protestantes Pedro Molina y Andrés Ribet. — 2.ª *Sacræ Bibliorum methaphoræ et ex iis documenta morum centuria*; Colonia, 1631, en 4.° — 3.ª *De simbolis heroicis libros IX;* Amberes, 1634, en 4.°, con láminas. — 4.ª *Tesseræ gentilicæ ex legibus fecialum descriptæ;* Roma, 1638. — Estas dos últimas obras, que tratan de ciencia heráldica, son muy curiosas, y se han hecho sumamente raras. Se tiene á Pietra Santa como el inventor del ingenioso medio de señalar con puntos y rayas los colores del escudo, método adoptado generalmente en Europa por los grabadores heráldicos, y que ha llegado sin alteracion ni mejora hasta nuestros dias, lo cual es una prueba de su incontestable utilidad. Tambien son suyas las obras: *Thaumasia veræ religionis contra perfidiam sectarum;* Roma, 1643 al 1655, tres volúmenes en 4.°, de los cuales el últi-

mo fué publicado despues de la muerte del autor. Igualmente es suya la *Vita Roberti cardinalis Belarmini*, traducida de la que escribió en italiano Santiago Fatigati, notablemente aumentada; Lieja, 1626, en 4.°, y Amberes, 1631, en 8.°, como asimismo la *Vita Gregorii X, Pont. Max.*, traducida tambien del italiano é impresa en Roma en 1654, en 4.°, obra póstuma. En 1631 hizo imprimir en Amberes, en 8.°, una nueva edicion de las obras de Edmundo Campiant. Pietra Santa reunia á sus profundos y variados conocimientos una diccion elegante y una pureza de lenguaje, muy poco comun, en sus escritos latinos, que son dignos de figurar al lado de los de los autores clásicos, siendo una prueba de su mérito los elogios que le prodigaron los más notables escritores que en su tiempo florecian en diferentes estados de Europa. Enrique Dupuy, en su *Vindiciæ circuli nebaniani*, le llama *cœlestis ingenii æternæque eruditionis vir*; J. V. Rossi (Heryteus) ha hecho grandes elogios de él en su *Pinacotheca*, y el P. Southwell le ha consagrado un extenso artículo en su *Bibliotheca Soc. Jesu*. — M. B.

PIETRO (Camilo di), cardenal de la santa Iglesia romana. Era hermano de Miguel, el piadoso é intrépido cardenal cuya biografía va á continuacion; y nació en Roma el dia 19 de Enero de 1806. Creado cardenal y reservado *in petto* en el consistorio secreto de 19 de Enero de 1853, fué proclamado como tal cardenal, perteneciente al órden de los presbíteros, en el consistorio, tambien secreto, celebrado por su santidad Pio IX en el Vaticano el dia 16 de Junio de 1856. Antes de recibir la púrpura cardenalicia habia ocupado la silla arzobispal de Berito y desempeñado la nunciatura apostólica en el reino de Portugal. — M. B.

PIETRO (Miguel di), cardenal. Este varon eminente fué el más ardiente consejero de Pio VII, y se hizo notable en Francia por atribuírsele la redaccion de la bula de excomunion fulminada contra los fautores de la expoliacion de la Santa Sede y ocupacion de los Estados Romanos. Tratándose detenidamente en la biografía del papa Pio VII de todos los grandes sucesos ocurridos al principio de este siglo, nos ocuparemos aquí tan solo acerca de los más principales y que se hallan relacionados con la persona del Cardenal. Nació en Albano, cerca de Roma, en 18 de Enero de 1747, é hizo sus primeros estudios en el seminario de aquella villa, donde su padre era uno de los comerciantes más ricos de la poblacion, y que con otros contribuia á sostener aquel establecimiento de enseñanza. Vino á terminar su carrera á la capital, y concluida con brillante resultado, ingresó en el estado eclesiástico. El sabio y desgraciado Pio VI, que poseia el don de conocer á los hombres al primer golpe de vista, que apreciaba los talentos de cada uno, y que procuraba utilizarlos, distinguió notablemente á di Pietro, y le abrió el camino del porvenir, nombrándole secretario de la Congregacion, fundada con

motivo de las excisiones que agitaban á la Iglesia, y de que era causa el obispo de Pistoya, Ricci, que pretendia introducir en la piadosa Toscana los errores del jansenismo. Unido di Pietro con el sabio Gerdil, trabajó en la redaccion de la bula *Auctorem fidei*, donde se condenan los actos del sínodo presidido por Ricci, y publicó en seguida contra aquellos mismos actos una luminosa memoria, que anunciaba su gran talento y su disposicion para la dialéctica. Nombrado obispo de Isaura *in partibus* y consultor de la Inquisicion, se quedó en Roma como delegado de Pio VI, de quien recibió instrucciones, cuando este anciano pontífice fué bruscamente arrebatado por órden de Napoleon, de la silla pontificia para conducirle á Florencia y Valence y morir en el destierro. Pietro demostró en aquellas circunstancias desastrosas el mayor tino, la conducta más prudente, y obró con el más exquisito tacto en todos los asuntos que tuvo á su cargo. Exaltado al poder Pio VII el año 1800, su crédito y su favor aumentaron extraordinariamente, siendo nombrado Patriarca de Jerusalen, y recibiendo el capelo en 9 de Agosto de 1802. Encargado particularmente de trabajar en el Concordato francés de 1801, procuró que este documento fuese una obra maestra, donde se conciliasen todos los extremos sin menoscabo de la autoridad pontificia, del esplendor de la fe y de los intereses del país para quien se formaba. Conociendo di Pietro todas las ventajas que Roma podia obtener de aquel tratado para bien de la religion, se esmeraba mucho al formarle, y examinaba con mucha circunspeccion la más pequeña circunstancia ántes de consignarla definitivamente; detencion de que varias veces se quejó el Pontífice, instigado por las reclamaciones del prelado Castiglone, que poseia su confianza y que deseaba la pronta terminacion del Concordato. El cardenal Gonsalvez, secretario de Estado, se quejaba tambien de la lentitud de di Pietro, cuyo celo, dice, se veia en precision de estimular continuamente, porque no trabajaba todos los dias. Pero Gonsalvez era un hombre de ideas muy ligeras, muy apegado á las cuestiones políticas del siglo, y no comprendia el mérito de la circunspeccion de di Pietro, que, profundo canonista y sumamente instruido en la historia del Papado en sus relaciones con la historia política, estudiaba muy detenidamente la crítica situacion del Pontífice en aquella azarosa época. Cuando por uno de esos muchos caprichos, que distinguieron al agitador de Europa, quiso éste que el Pontífice en persona colocase sobre sus sienes la usurpada corona de Carlomagno, di Pietro acompañó al Padre Santo á París, asistiendo á las suntuosas ceremonias con que se celebró la consagracion de aquel hombre tan extraordinario, de quien dice Chateaubriand, que no se sabe cómo admitirle entre los soberanos del mundo, ni cómo arrojarle de entre ellos. La parte de negocios relativa á las reclamaciones de Roma le fué confiada á di Pietro, que entónces tuvo ocasion de

ligarse en estrecha amistad con Monseñor Sala, auditor de la Nunciatura y despues cardenal, de quien fué amigo hasta el fin de su vida. Cuando Napoleon depuso la máscara con que aún encubria sus ambiciosos designios, cuando las persecuciones contra la Iglesia romana se declararon francamente, di Pietro recibió el cargo de redactar varias piezas diplomáticas para responder á los ataques de los innovadores, y envió informaciones á Monseñor Maury, que habia hablado en términos muy fuertes contra la autoridad pontificia. Pietro revisó la bula de excomunion que el Pontífice tuvo precision de lanzar, pero no fué su autor precisamente. Alguier, en una conferencia particular que tuvo con di Pietro, dijo algunas palabras sobre aquel terrible documento que se preparaba, y por las respuestas del Cardenal se figuró que el autor de la bula era él; y trasmitida su creencia á París, se tuvo por válida muchos dias en varios ministerios, y señaladamente en el de policía, que por sistema afectaba tener opiniones contrarias al de relaciones exteriores, donde se creia que el cardenal Pacca era el autor del célebre documento, idea de que se hallaba imbuido el mismo Napoleon, cuyo gobierno, á pesar de sus inmensos recursos, de su sagacidad y de su bien montada policía, no pudo descubrir quién era el verdadero autor de la célebre bula, que por más que la impiedad afectase despreciarla, no dejaba de inquietar la conciencia de las personas contra quienes se habia fulminado. Hallándose di Pietro con los demás cardenales en París en 1809, fué nombrado representante del Colegio para asistir al matrimonio civil de Napoleon con la archiduquesa de Austria; pero se negó obstinadamente á asistir á las ceremonias del matrimonio religioso. El gobierno, siempre en la creencia de que era el autor de la inolvidable bula, le confinó á Semur, en la Borgoña, en union de los cardenales Gabrielli y Oppizoni, donde la policía los vigilaba cuidadosamente. Despues de la paz de 1813 di Pietro reclamó por medio de Pio VII el permiso para venir á Fontainebleau á reunirse con el Pontífice; permiso que le fué concedido sin reparo, porque su conducta durante el confinamiento, la dulzura que demostró en medio de sus conflictos y las palabras resignadas siempre, al mismo tiempo que respetuosas, hácia Napoleon, habian hecho creer al duque de Rovigo que di Pietro se inclinaba al partido imperial, y que podrian inducirle á servir de instrumento para que Pio VII asintiese á suscribir el inicuo Concordato de 25 de Enero. Mas estos erróneos cálculos fueron bien pronto deshechos. A las primeras palabras que pronunció el Cardenal al presentarse al Santo Padre, conoció éste que di Pietro venia con objeto de animarle á protestar, á resistir y á fortificar su ánimo vacilante cuando ya empezaba á ceder. El cardenal Pacca no nombra en su *Memoria* al varon piadoso que induce al Pontífice á celebrar el santo sacrificio de la Misa, deber de que el Papa habia creido poder abstenerse á causa de su in-

menso dolor en aquellos atribulados dias. Pero aquel varon era di Pietro, que aconsejó al Pontífice ejerciese aquel sagrado deber, ofreciendo el sacrificio incruento al Dios de las misericordias, para hallar de este modo el alivio de sus penas. El Pontífice, debilitado por tantos sufrimientos, no podia sin meditar mucho adquirir aquel grado de certidumbre que disipa las indecisiones; mas di Pietro le aconsejó que en aquellas circunstancias mostrase una opinion pronta y decidida. El parecer de otros cardenales, manifestado espontáneamente, fué idéntico al suyo, y Pio VII terminó con felicidad y sin menoscabo de su dignidad elevada la notable empresa en que se hallaba comprometido. Algunas personas que veian en publico á di Pietro sério, tímido y hablando muy poco, se figuraban que su genio era corto y su inteligencia limitada; pero se engañaban mucho. Aquel Cardenal estaba dotado de un espíritu fino, de una inteligencia muy desenvuelta y de una excesiva prudencia, lo que le evitó tomar parte en las disputas que ocurrian á menudo entre el Papa y el secretario Gonsalvez. Despues de la restauracion de 1814, y restaurado tambien ya el Papa en la plenitud de sus derechos, di Pietro fué encargado de ventilar los negocios eclesiásticos de Francia. Opúsose fuertemente á la revocacion del Concordato de 1801, que defendia con poderosas razones, por ser á su juicio el más conveniente y el más digno que se habia formado, y al mismo tiempo el más á propósito para conciliar los intereses de la nacion para quien se habia hecho con los de la Santa Sede. Pero los manejos diplomáticos habian exigido la anulacion del tratado, y el cardenal Gonsalvez tenia mucho interés en celebrar otro nuevo. Celebróse, en efecto, el Concordato de 1817. Cuando el documento volvió de París, no pudo Gonsalvez contener su alegría é hizo alarde de ella delante de di Pietro, alabando su obra, defendiéndola con teson y prefiriéndola á la de 1801, en que tanta parte habia tenido. Mas di Pietro, afligido con aquella muestra de orgullo humano, no dijo más palabras que las siguientes: «Acatemos la voluntad divina, que ha permitido la realizacion de este negocio.» Viendo Gonsalvez el profundo silencio en que di Pietro quedaba, exclamó imprudentemente: «Nosotros hemos vencido á los jacobinos tricolores, nosotros venceremos tambien á los jacobinos blancos.» Palabras que á no haberlas repetido en los salones de la duquesa Devonshire, delante de muchas personas, no podia creerse las pronunciase un sugeto de su clase y categoría. Cumple para gloria y honra de di Pietro, que consignemos aquí un acto de su vida, digno de que la historia le conserve como un testimonio de afecto y abnegacion. Cuando consintió en aparecer como autor de la célebre bula de excomunion, exponiéndose á todas las consecuencias y sin rehuir ninguno de los cargos que se le hicieron, ni evitar la responsabilidad, lo hizo por un sentimiento de caritativo afecto hácia el P. Fontana, primitivo y verdadero autor de la mencio-

nada bula. En 1821, al levantarse una mañana el buen pontífice Pio VII, dijo á las personas que le rodeaban: «¿Qué dolores serán los nuestros en este mes de Julio?» A poco tiempo el decano del Sacro Colegio de Cardenales le anunció la muerte de di Pietro; muerte que el Papa lloró de todas veras, honrando así la memoria del hombre que fué un conjunto de talento, modestia, resignacion y valor. Despues de los grandes servicios que habia prestado en 1794, 1799, 1801, 1809 y 1814 no podia olvidar las importantes negociaciones de 1817 y 1819, y no podia tampoco dejar de honrar al hombre grave que no cedió jamás á un movimiento irreflexivo, cuya cabeza fuerte y espíritu invencible habian hecho de él uno de los consejeros más esclarecidos de la Santa Sede por espacio de tantos años. Para dar una muestra de su tacto y finura y de su buen modo de producirse con las gentes, citaremos una anécdota de su vida. Al terminar una conferencia que habia tenido con varios obispos constitucionales, y no queriendo herir la susceptibilidad de nadie con sus propias palabras, les dijo: «Señores, escuchad á uno de vuestros »obispos, el de Marsella. Este antiguo hijo de la Santa Sede ha dicho en una »de sus obras: *La Iglesia de Dios es como el ojo: si una pequeña mancha cae »sobre él se oscurece toda su claridad.* Lo mismo sucede con el cuerpo ecle»siástico: si un pequeño número de los individuos pertenecientes á él es »tachado de impureza, todo el esplendor del cuerpo se oscurece.» De este modo les echó en cara su imprudente disidencia con las propias palabras de uno de los mismos disidentes. Tambien debe quedar consignado que la célebre carta escrita por Pio VII al emperador Napoleon la víspera de ser consagrado, fué idea de di Pietro y redactada por él mismo. Una gran parte de los *Zelanti* (1) le habian propuesto influir para que ascendiese al pontificado en la primera vacante; pero él no quiso acceder nunca al ruego de sus amigos ni prestar su consentimiento, respondiendo á todas las invitaciones que le hacian que para la obtencion de un cargo tan grave, de un puesto el más elevado del mundo, no habian de mediar cábalas ni influencias secretas, pues ya que la dignidad pontificia se concedia por eleccion al que se juzgaba más digno, los títulos únicos para obtenerla debian ser la humildad más reconocida y la virtud más eminentemente practicada. — M. B.

PIFERRER (Dr. D. Domingo). Fué cura de S. Vicens dels Horts, diócesis de Barcelona, en cuya universidad habia estudiado la jurisprudencia y la teología, donde recibió el grado de doctor. Tuvo estrecha amistad con los sabios Finistra y Mayans; y aunque no consta que escribiese ninguna obra por sí, hay fundamentos para creer que trabajó en compañía de aquellos escritores en alguna de las muchas producciones que dieron á luz. Gallissá en

(1) Llámanse así en Roma los individuos pertenecientes á una congregacion que blasona de profesar y observar en toda su pureza los dogmas de la religion.

el apéndice á la vida de Finestra hace mencion de este sacerdote, de quien no tenemos más noticias. —M. B.

PIGAFFECTA (Fr. Gerónimo), italiano y del órden de Predicadores. Se ignora el punto y año de su nacimiento; sabiéndose únicamente que habia tomado el hábito y profesado en la ciudad de Vicenza, donde vivia por los años 1530. Fué varon de dulces costumbres y de apacible genio, elocuente orador, amenísimo poeta y muy versado en el arte de la música, por cuyas cualidades era, segun dice un cronista de su Orden, las delicias de su comunidad. Ignórase el año de su muerte. Escribió, segun se dice, una obra titulada: *In sacras litteras utilissima opera*, cuyo contenido se ignora; y tambien se citan como producciones suyas un volúmen de oraciones ó discursos varios y otro de versos heróicos. —M. B.

PIGENAT (Francisco), sacerdote famoso en tiempo de las guerras civiles de Francia, llamadas de la liga. Era natural de Autun, y habia hecho sus estudios con los jesuitas. Cuando se declararon rotas las hostilidades entre la corte y los partidos, se afilió, á imitacion de otros muchos eclesiásticos, en el partido que combatia al Rey, y fué íntimo amigo de Bouchart, Commelet, Feu-Adent, Lincestre y demás predicadores fogosos de aquellos tiempos de desórden. Juan Ferrieres, cura de S. Andrés de los Campos, se hallaba gravemente enfermo, y no permitiéndole sus dolencias atender al desempeño de las funciones de su sagrado ministerio, resignó por el mes de Setiembre de 1588 su curato en el señor Legay. Pero sus feligreses, á pretexto de que no se habia contado con ellos para este cambio, se negaron á admitir al sustituto y le arrojaron tumultuariamente de la parroquia, poniendo en su lugar á Pigenat, que se habia hecho notable entre la multitud por sus predicaciones sediciosas. El se prestó sin repugnancia á la intrusion, que no fué la última de aquel tiempo, pues Lincestre, otro exaltado liguero, fué provisto del curato de S. Gervasio de una manera no ménos ilegal. Pigenat, ya en posesion de aquel curato, redobló su celoso furor en defensa de la causa por que abogaba, y habiendo adquirido gran crédito entre los facciosos, fué nombrado individuo del Consejo de los Cuarenta. No perdió ocasion de declamar contra el gobierno real, y de concitar los ánimos del pueblo para mantener viva y ardiente la llama de la discordia. Fué uno de los que firmaron el decreto, por el que se degradaba de la regia dignidad á Enrique III, declarándole indigno de ocupar el trono de Francia. Despues que fué asesinado el duque de Guisa, cabeza principal y alma de la liga, celebró en su parroquia unas solemnes exequias y pronunció la oracion fúnebre, en la que comparaba al duque con los mártires, pintando á Enrique III con los más feos colores, poniéndole en parangon con los tiranos más odiosos. Las guerras civiles, que se consideraban no solo bajo el punto de vista político, sino

tambien bajo el religioso, presentaron multitud de ejemplos del lamentable estado á que llega la degradacion de los pueblos cuando se dejan seducir por fanáticos jefes. Uno de estos ejemplos fueron las ridículas procesiones en que sacrílegamente se mezclaban las prácticas religiosas con las miserias de partido. Pigenat, que habia acudido en primer término á todas ellas, quiso para singularizarse llevar al extremo la ridiculez y la indecencia, formando al efecto una procesion, á cuya cabeza marchaba sin más ropa que la camisa, seguido de todos sus feligreses, á quienes obligó á presentarse de la misma manera. Despues del asesinato de Enrique III por el fanático Jacobo Clemente, en el sitio de París, el rabioso celo de Pigenat fué en aumento, profesando un mortal odio á Enrique IV, sin que pueda creerse fuera la causa el profesar aquel príncipe las doctrinas protestantes; porque siguió odiándole del mismo modo despues que hizo la abjuracion de sus errores. Esta abjuracion del Rey, que se impuso como condicion para subir al trono, destruia los proyectos de la liga, que ya no tenia razon alguna para continuar funcionando. Pigenat, destruida la asociacion, á la que debia el haber salido de la oscuridad, alzó más el grito y dijo en sus sermones que la abjuracion del monarca no habia de considerarse como válida, porque era hija de las circunstancias y de ningun modo del convencimiento: sostuvo que el Papa no podia absolver á Enrique, y que si lo hacia, el mismo Papa debia ser excomulgado. No tuvo, sin embargo, el dolor de ver el triunfo completo del rey bearnés, pues murió el año 1590 y Enrique no verificó su entrada triunfal en París hasta 1594.—M. B.

PIGHINESIA (Apolonia). Esta vírgen, digna esposa de Jesucristo, era oriunda de Bolaterra, y tomó muy jóven el hábito de la Orden de S. Francisco en un convento de monjas Clarisas de la Toscana, donde vivia por los años de 1560. Era tan amante de la mortificacion y deseaba tanto identificarse con su celestial Esposo, procurando imitarle, que pedia humildemente al Señor la hiciese sentir los cruelísimos dolores que experimentó el bienaventurado S. Francisco al verificársele la impresion de las sacratísimas llagas de Cristo. Obtuvo por sus ruegos la mencionada gracia, y no solamente la aparecieron las llagas del Redentor como al santo Patriarca, sino que sufrió hasta su muerte unos indefinibles dolores, llegando á ulcerársele las llagas que se la llenaron de gusanos, exhalando al mismo tiempo un pestífero olor que impedia se aproximase nadie á ella. Pero con una extremada paciencia y con una santa resignacion, sufrió aquella terrible prueba que por otra parte era una señalada gracia del Altísimo. Murió en 24 de Mayo de 1563, y apénas hubo espirado, y como una clara señal de la bienaventuranza que gozaba, quedó su cuerpo, no obstante sus anteriores padecimientos, flexible y hermoso, despidiendo un suavísimo perfume. —M. B.

PIGHINI (Sebastian), nació en Reggio (Italia). Desde sus más tiernos años manifestó una aficion decidida para el estudio, y á fin de satisfacerla abrazó la carrera eclesiástica para dedicarse en la tranquilidad del retiro á la idea que le dominaba. Cursó la facultad de derecho, en la que adquirió conocimientos poco comunes, y despues de haber sido canónigo de Cápua, pasó á Roma, donde el papa Paulo III le agració con una plaza de auditor en el tribunal de la Rota. Sucesivamente fué nombrado obispo de Terentina, despues de Alife, y últimamente nuncio apostólico cerca del emperador Cárlos V. Terminada esta mision, pasó á desempeñar el arzobispado de Siponte. Julio III le diputó para asistir al concilio de Trento; y satisfecho de la conducta que habia observado en él, de la elocuencia que manifestára y de lo bien que habia servido á los intereses de la cristiandad, le nombró cardenal á su regreso y le dió otros notables empleos que le hicieron sumamente considerado de todos sus contemporáneos. Murió en Roma, á los cincuenta y cuatro años de su edad, el 1.° de Diciembre de 1553. —M. B.

PIGHIUS (Alberto). Nació en Kempen, en los Paises Bajos, y estudió en las universidades de Lovaina y de Colonia, recibiendo en esta última la borla de doctor en teología. El año 1620, hallándose en Roma, escribió un *Tratado sobre el modo de reformar el calendario eclesiástico*, y se le dedicó al papa Leon X, así como una *Apología de la Astrología*. Escribió tambien varios opúsculos ó folletos contra los autores de los falsos calendarios, que andando en manos del vulgo, extraviaban la opinion pública, llenando la imaginacion de las gentes sencillas de falsas ideas y de crasisimos errores. Escribió tambien contra los herejes Melanchton, Bucet y Calvino, habiendo visto sus escritos el papa Adriano VI, á quien acompañára en clase de familiar. Cuando estuvo en España, siendo cardenal de Tortosa, le mandó llamar para darle personalmente el parabien por el buen desempeño de sus obras. Clemente VI y Paulo III le dieron tambien señaladas muestras de su aprecio. Dedicó á este último Papa su célebre obra *De assertio hierarchiæ ecclesiasticæ*, dedicándole igualmente en 1538 una *Apología del Concilio de Trento*, escrita por órden del dicho Pontífice, quien le dió en recompensa dos mil ducados y el beneficio de S. Juan Bautista, de Utrech, que á la sazon se hallaba vacante. Murió en 24 de Diciembre de 1563, dejando escritas varias obras, entre las cuales merecen ser citadas las siguientes: *De Missæ Officio.* — *De libero hominis arbitrio et divina gratia.* — *Diatriba de actis VI et VII synodi. Explicatio controversiarum, etc.*— M. B.

PIGHIUS (Esteban), sobrino por línea materna de Alberto Pighius. Nació en Kempen, patria tambien de su tio, en el año 1520. Hizo dos viajes á Italia, y á su vuelta le dieron una plaza de escolar en la colegial de Xantes, de la que luego fué canónigo. Pasó el resto de sus dias compartiendo el tiempo

entre la oracion y el estudio, y murió el dia 19 de Octubre de 1604. No hubo persona que en su tiempo supiese más de antigüedades romanas. Justo Lipsio le califica de otro Tito Livio por la elegancia de su estilo y sus profundos conocimientos. Publicó los *Anales de la ciudad de Roma*, escritos en latin é impresos en Amberes de 1599 á 1615, y que constan de tres tomos en fólio, y el *Hercules proditus;* Amberes, 1587, que es una descripcion de su viaje á Italia, y que está lleno de notables observaciones sobre las antigüedades romanas y germánicas. Tambien dejó otras obras notables por su erudicion, algunas de las cuales se han insertado en las *Antigüedades griegas de Gronario*, tomo IX. — M. B.

PIGMENIO (S.) mártir. Era sacerdote del órden de los Presbíteros, y natural de Roma. Cuando ocurrió la terrible persecucion de Juliano el *Apóstata;* cuya primera disposicion fué decretar que se abriesen los templos de los falsos dioses y se renováran los nefandos y abolidos sacrificios, Pigmenio fué el primer sacerdote que alzó su voz contra aquellas primeras disposiciones, predicando públicamente la necesidad de mantener la supremacía de la Iglesia cristiana, excitando al mismo tiempo á los romanos á que no obedeciesen los decretos imperiales ni rindieran culto á los mentidos simulacros de la gentilidad. Preso por este motivo, y acusado ante los cónsules Juliano y Salustio, nombrados para juzgar á los confesores de Cristo, que otra vez volvieron á ser denominados enemigos de los dioses y de la patria, se le condenó á que le precipitasen en el Tiber con una gran piedra atada al cuello, cuya sentencia fué ejecutada el dia 24 de Marzo del año 363. Este presbítero fué el primero que rindió su aliento por la fe en la mencionada persecucion, obteniendo que la Iglesia le cuente en el número de los mártires por su valor y su generoso sacrificio. —M. B.

PIGNATELLI (Esteban), cardenal de la santa Iglesia romana. Era natural de Siena, y pertenecia á la ilustre familia de aquel apellido que tantos hombres grandes ha dado á la Iglesia y al Estado. Fué creado cardenal en 1621 por el sumo pontífice Paulo V, bajo el título de Santa María in Via. Murió al año siguiente 1622. —M. B.

PIGNATELLI (Fabricio). Este sabio jesuita napolitano, muerto en 1656, es conocido por una disertacion, donde intenta probar que S. Bartolomé y Nathanael son una misma persona. Este escrito se publicó despues de muerto el autor bajo el siguiente título: *De apostolatu B. Nathanaelis Bartholomæi*, impreso en París, año 1660, en un tomo en 8.°—M. B.

PIGNATELLI (Fernando María), cardenal de la santa Iglesia romana. Fué natural de la ciudad de Nápoles, donde nació en el año 1770. Ingresó en la órden de Teatinos, de la que salió para desempeñar el arzobispado de Palermo. Fué hecho cardenal en 1839 por Gregorio XVI, y murió en el año

1853. Este personaje es notable por haber sido uno de los individuos del alto clero, que presenció todos los acontecimientos notables ocurridos en Europa desde la revolucion francesa de 1789, siendo el que más sumos pontífices y soberanos temporales ha llegado á conocer, asistiendo á todas las persecuciones y triunfos de la Iglesia, desde Pio VII hasta el IX del mismo nombre, y á todos los trastornos ocurridos en la ciudad eterna, desde la invasion de Bonaparte hasta la revolucion de 1848. Era por lo tanto la historia viviente de dos medios siglos de movimiento y de trastorno. Poseyendo una instruccion poco comun, una memoria feliz, un sano criterio y una reconocida imparcialidad para juzgar los hombres y á los sucesos, fué consultado más de una vez por los publicistas europeos, y las noticias, que con la mayor amabilidad se prestaba á dar á cuantos le consultaban, han servido de mucho para fijar con exactitud algunos puntos históricos de fines del siglo pasado y de la mitad del presente. — M. B.

PIGNATELLI (Francisco), cardenal de la Santa Iglesia Romana. Fué natural de la ciudad de Nápoles, y pertenecia á la ilustre familia de aquel apellido, cuya circunstancia, unida á su virtud y á su instruccion, hizo que se le confiáran, durante su carrera eclesiástica, muchos y muy distinguidos puestos. Fué nuncio apostólico en Polonia, obispo de Sabina y de Porto de Ancio y arzobispo de Nápoles. El papa Clemente XI le creó cardenal en el año 1703. Murió siendo decano del Sacro Colegio. — M. B.

PIGNATELLI (Francisco María), cardenal de la Santa Iglesia Romana. Fué natural de la ciudad de Nápoles, y pertenecia á la misma familia de la que salieron los cardenales, cuyos apuntes biográficos hemos consignado. Nació en el año 1744, hizo en Roma sus estudios, recibiendo en esta ciudad las sagradas órdenes, y fué creado cardenal por el papa Pio VI en el año 1794. Fué uno de los que siguieron á aquel pontífice cuando fué arrancado de su silla y trasportado á Francia, y participó de los disgustos y aflicciones de aquel moderno mártir de la fe, muerto en país extranjero. Vivió, sin embargo, este Cardenal lo suficiente para ver la paz de la Iglesia y el triunfo de la religion católica, volviendo á Roma, donde murió en el año de 1815. — M. B.

PIGNATELLI (Lucio). Fué natural de Nápoles, de la nobilísima familia del mismo apellido y hermano carnal del que con el nombre de Inocencio XII ascendió á la silla pontificia. Habia nacido en 1614, y desde muy jóven entró en la Compañía de Jesus, donde se portó con tan gran celo, con tan heróica caridad, que pareciéndole estrecho campo la Europa para trabajar en el aumento de la fe cristiana, quiso llevar á otros climas el conocimiento del verdadero Dios, prefiriendo la oscura vida y la ignorada muerte del misionero al esplendor de la vida pública y al goce de las altas dignidades, que por su

nacimiento y sus conexiones pudiera prometerse. En vano su familia quiso apartarle de aquella determinacion; él permaneció inflexible, y habiendo solicitado la competente licencia fué destinado á las misiones de Oriente. Dirigióse á Portugal con ánimo de embarcarse, pero no halló buque en disposicion, y de dia en dia se le fueron presentando tantos obstáculos é inconvenientes, que por fin hubo de suspender el viaje y se volvió á Italia. Fué nombrado rector del Colegio Romano, y de este cargo pasó al de provincial de Nápoles, dando en todas partes señaladas pruebas de su celo, caridad é ilustracion. En la horrorosa epidemia que experimentó la ciudad en el año 1656 fué atacado de la dolencia por asistir continuamente á los enfermos, y no obstante los remedios y cuidados que se le prodigaron murió á los pocos dias, víctima de su celo y amor al prójimo. — M. B.

PIGNATELLI (D. Ramon). Nació en Zaragoza el dia 18 de Abril de 1734, y fué hijo de D. Antonio y de Doña Francisca Moncayo, de la familia de los condes de Fuentes, emparentados además con la distinguidísima del mismo apellido en Italia. A los diez años de su edad pasó á Nápoles en compañía de su padre, que iba encargado de una honrosa comision, y desde allí fué á Roma, donde entró á estudiar en el Colegio Clementino. Pronto se dió á conocer ventajosamente por su talento y aplicacion, dando muestras de sus adelantos en presencia del pontífice Inocencio XII y de varios cardenales de la familia Pignatelli. Vuelto á su patria, pronto se dió á conocer por su ilustracion en las ciencias, literatura y bellas artes, descollando sobre todo en el conocimiento de la jurisprudencia eclesiástica, de la que obtuvo la borla de doctor en la universidad de Zaragoza en el año 1755, siendo rector de ella posteriormente en el de 1763, 1783, 1784 y 1793. En 1753 el sabio pontífice Benedicto XIV le habia concedido una canongía en la metropolitana de la misma ciudad, acompañando á la concesion una carta autógrafa de Su Santidad, llena de las más lisonjeras expresiones hácia el mérito y talento de Pignatelli. En 1764 le nombró S. M. regidor de la Real casa de Caridad de la mencionada poblacion, y aquí manifestó cuánto era su cariño para con los pobres y seres desvalidos que en ella se albergaban, y cuán grande era su celo para procurarles mayores beneficios y aumentar el esplendor de la casa. Contribuyó eficazmente á que se agregase á dicha casa la plaza de toros para hacer mayores los productos destinados á sostenerla, y tambien reedificó la mayor parte de la mencionada casa, empezando la obra en el año 1777, é inclinó el ánimo del arzobispo D. Agustin de Lezo, con quien tenia estrecha amistad, para que consignase notables limosnas al establecimiento de su cargo. Tuvo gran parte, con su buen gusto y sus consejos, en la formacion del plano del nuevo palacio arzobispal. S. M. le condecoró con la cruz pensionada de Cárlos III, y en 1772 le hizo protector del

canal Imperial de Aragon, y del Real de Tauste en 1780. En 1771 admitió la presidencia de la Junta preparatoria para la instalacion de la Academia de Nobles Artes en Zaragoza, y la Real de Madrid, de igual clase, le hizo académico honorario. En 1776 fomentó el establecimiento de la Sociedad económica de Amigos del País en la antedicha ciudad, siendo nombrado censor perpétuo de ella. Conociendo la importancia de una institucion que tantos beneficios reporta á los pueblos, consagró todos sus desvelos para el aumento de la misma y para la propagacion de los conocimientos que son la base de su instituto. Tambien trabajó en extremo para que prosiguiesen las obras del canal, de las que logró ver concluidas diez y seis leguas. En 1786 fué admitido socio de la Real Vascongada. El cabildo de Zaragoza le dió honoríficos empleos y varios cargos y comisiones delicadas. Una de ellas (1777), visitador de la vacante del arciprestazgo de Belchite. Murió en Zaragoza el 30 de Junio de 1793, con general sentimiento de todos los apreciadores del verdadero mérito é ilustracion, y la Universidad le celebró solemnes honras. Las obras que escribió son las siguientes: *Una erudita oracion en la distribucion de premios hecha por la Real Academia de Nobles Artes de Madrid en 25 de Julio de* 1788. Versa sobre la dignidad y excelencia de ellas y el sumo aprecio que siempre han merecido sus profesores. Se imprimió de órden de la Academia. — *Otra docta y elocuente oracion*, hecha cuando fué nombrado censor de la Real Sociedad Aragonesa, quedó manuscrita. — *Discurso en que se ponderan las ventajas de la navegacion del rio Ebro, satisfaciendo á las objeciones y reparos que propusieron en el año* 1738 *los ingenieros ordinarios D. Bernardo Lana y D. Sebastian Rodulfe, en el plano que levantaron de órden del rey D. Felipe V.*—*Discurso sobre la obligacion que tiene todo fiel vasallo español de concurrir al logro de los deseos y providencia del Rey nuestro señor para el bien del Estado por medio de las sociedades.* Leido en la primera Junta general de la Sociedad Aragonesa para la adjudicacion de premios, en 4 de Noviembre de 1787. — *Diversos planes y diseños sobre los adelantamientos del Canal Imperial de Aragon, con explicaciones, instrucciones y prevenciones experimentales.* — *Respuesta á las objeciones y dificultades expuestas por los herederos de diversos términos de la ciudad de Zaragoza, á que domina el referido Canal Imperial.*—*Solucion á otras dificultades pertenecientes al mismo Canal Imperial.* — *Relacion completa de este Canal en todo su curso, desde los términos de Fontellas, en Navarra, hasta los de la Zaida.* — *Navegacion y plan comprensivo de la comunicacion del mar Océano en el Canal Imperial de Aragon, hecho de órden de S. M. y presentado al mismo monarca en* 1786. — *Proyecto de navegacion del mismo Canal, reglado y aprobado por S. M.*; impreso en Zaragoza en la imprenta Real. — *Método y órden de esta navegacion*, impreso en Zaragoza en 1789. — *Verificacion del Real Canal de*

Tauste y otros papeles relativos á los dos referidos Canales y á la fábrica de la Real casa de Misericordia de Zaragoza.—M. B.

PIGNATELLI (D. Vicente). Pertenecia á la ilustrísima casa de los condes de Fuentes, y nació en la ciudad de Zaragoza. Fué admitido desde muy jóven en la ínclita y militar Orden de Jerusalen, y siguió por inclinacion la carrera de las armas con destino á la Real marina, en la que llegó á ser capitan de fragata. Cuando el mundo le brindaba con la gloria y la fortuna, cuando tenia delante de sí un porvenir embellecido por la distincion de su noble carrera, cambió de repente de ideas, y sin manifestar la causa que le habia impulsado, se ordenó de sacerdote. Con la correspondiente licencia obtuvo la dignidad de arcediano de Belchite en la santa Iglesia metropolitana de Zaragoza, y pasó luego á Madrid nombrado capellan mayor del Real convento de la Encarnacion. Fué prior de la órden de S. Juan, en la que tenia el título de comendador de Encinacorba, y despues visitador del sacro convento de la villa de Caspe. Su noble nacimiento, su fina educacion y la fama de sus virtudes hicieron que el monarca desease tenerle en su compañía, y al efecto le nombró sumiller de cortina en su Real oratorio. Amante de la ilustracion, reunió una selecta y copiosa librería, y protegió y estimó á los literatos honrados y virtuosos. Desde su más tierna edad habia manifestado una decidida aficion al dibujo, y dedicándose á cultivar el noble arte de la pintura, se dió muy pronto á conocer como hábil paisajista, segun lo demuestran sus obras, muy estimadas de los inteligentes. Su mérito resalta más, porque en la época en que brilló, las artes se hallaban bastante atrasadas, y la pintura, sobre todo, despues del floreciente estado á que llegára bajo el reinado de Felipe IV, decayendo en el de su sucesor, llegó á oscurecerse en los primeros años del de Felipe V, por el estragado gusto de algunos autores, viniendo al estado de postracion de que no salió hasta que la paz general de Europa permitió á los artistas y literatos recobrar el tiempo perdido por las guerras que pusieron á España al borde del precipicio. Pignatelli, al mismo tiempo que consumado profesor, era tambien un protector decidido de las artes, y ansioso de protegerlas más y fomentarlas, solicitó del rey Fernando VI permiso para establecer una academia de dibujo y pintura en Zaragoza, y cedió generosamente para instalarla una casa de su propiedad. Nombrado en 1767, sin que él lo solicitase, solo por su mérito y por el buen nombre adquirido, individuo de la Academia de Nobles Artes de Madrid; obtuvo sucesivamente todos los destinos de aquel ilustre cuerpo, llegando á ser viceprotector, cargo que desempeñó hasta la época de su muerte. Alterada notablemente su salud, se creyó que el aire del país natal podria restablecerle; pero desgraciadamente no sucedió así; pues trasladado á Zaragoza, hizo su mal notables progresos, y murió en 5 de Setiembre

de 1770, siendo sepultado en el panteon de nuestra Señora del Pilar. Escribió y dió á luz una *Oracion en la distribucion de premios concedidos por S. M. á los discípulos de la Academia de las Tres Nobles Artes en Madrid*, hecha en 31 de Agosto de 1766; obra llena de erudicion y de patrióticos sentimientos. — M. B.

PIGNATELLI DI BELMONTE (Domingo), cardenal de la santa Iglesia romana. Nació en la ciudad de Nápoles el año de 1730, y perteneció á la órden de los PP. Teatinos, y habiendo sido electo para ocupar la silla arzobispal de Palermo, fué creado cardenal por el sumo pontífice Pio VII en el año de 1802, muriendo en el siguiente, desempeñando el antedicho ministerio arzobispal. — M. B.

PIGNEAU DE BEHAINE (Pedro José Jorge). Nació en 1741 en Origni, diócesis de Lyon (Francia), y siguió por vocacion la carrera eclesiástica, entrando muy jóven en un convento de misioneros de los que se destinan para la conversion de los infieles. En 1762 fué enviado á Cochinchina, donde se distinguió por su celo en difundir la fe católica, y por su esmero en ganar para Dios las almas de aquellos ciegos naturales. En premio de sus fatigas y desvelos fué nombrado en 1770 obispo de Adran *in partibus*, y coadjutor del obispo de Canahet. Con su amabilidad logró captarse el aprecio del soberano de Cochinchina Nguyen-anh, quien le hospedó en su palacio, teniéndole siempre en su compañía, escuchando sus consejos y mostrándose muy propicio á que se introdujesen en sus estados la religion y las costumbres civilizadoras de Europa. Pero estos buenos propósitos fueron destruidos por la sublevacion de un hermano del monarca, que en 1786 se levantó contra su autoridad, encendiendo una guerra civil que dió por resultado el destronamiento de Nguyen-anh, que se vió precisado á abandonar la capital de su reino y á refugiarse en una provincia lejana, seguido de algunos pocos parciales, entre los que se contaba el misionero Pigneau. Condolido éste de la situacion del soberano que en los prósperos tiempos le habia concedido su aprecio y su amistad, pasó á Francia, y presentándose á Luis XVI, le pidió socorros para restituir á Nguyen-anh en el trono que le habian usurpado. Aunque su peticion fué oida, y aunque el bondadoso Luis acordó prestar los auxilios que se le pedian, las dilaciones y los trámites que estos negocios traen consigo, hicieron que ántes que la expedicion estuviese en estado de marchar, llegase á Francia la noticia de no ser ya necesario el socorro. Acosado Nguyen-anh en el asilo á que se acogiera, y temiendo por su vida, tomó la determinacion de refugiarse en las posesiones francesas de la India, y al efecto marchó á Pondichery y se presentó al gobernador, conde de Conway, quien juntando algunas tropas marchó en persona á Cochinchina en compañía del destronado Rey. Aunque el ejército del usurpador era excesivamente

superior al reducido cuerpo europeo, la instruccion y la disciplina de éste logró destruir en la primera batalla el poder del enemigo. Nguyen-anh fué restablecido en su trono y en la tranquila posesion de sus dominios. Pigneau, al saber estas noticias, abandonó la Francia para no volver jamás á ella, pues la espantosa revolucion que ocurrió poco tiempo despues le impidió verificarlo. De vuelta en Cochinchina encontró en Nguyen-anh la misma deferencia y amistad que en otro tiempo, pues agradecido á los sacrificios que habia hecho en favor suyo el obispo de Adran, le colmó de honras y distinciones, teniéndole á su lado hasta que este digno prelado falleció en 1799.— M. B.

PIGNOU (Lorenzo). Nació este religioso en Sena en el siglo XIV, y sintiéndose con vocacion tomó el hábito en la órden de Sto. Domingo. Compuso desde el año 1394 una crónica, que no llegó á imprimirse, en la que hay muchas cosas singulares pertenecientes á la historia de Francia. Esta crónica, guardada en S. Victor, tiene varias copias en otras bibliotecas. En la primera parte da los santos de la Orden, en la segunda los demás santos, y en la tercera los que han sido promovidos á dignidades fuera de la Orden, los generales y provinciales de Francia, los que se han hecho célebres por sus escritos, y además un *Compendio histórico de los capítulos generales y de los provinciales en Francia*, obra de la que se sirvió mucho el P. Echard hasta el año 1411, en que la deja pendiente Pignou. Este religioso fué prior de Sens en 1403, y Felipe *el Bueno* le tomó por su confesor siendo duque de Borgoña, nombrándole obispo de Bethleem en 1425. Siendo obispo compuso su obra *Del principio de la señoría y de los diversos Estados*, la cual se conserva en París, á la que añadió una traduccion francesa de Durand de San Porcain sobre el mismo asunto. Despues fué nombrado obispo de Auxerre, del que tomó posesion en 4 de Marzo de 1435; pero no fué á este obispado hasta 1440, en el que asistió al capítulo general de su Orden, de cuyos privilegios fué conservador. Murió este prelado en 1446 en su ciudad episcopal, de bastante edad, pues que nos dice Echard que empezó á escribir á los cincuenta y un años.— A. C.

PIGNORIA (Lorenzo). Este anticuario nació en Pádua en 1581, en cuya ciudad estudió humanidades y filosofía en el colegio de la Compañía de Jesus, frecuentando por espacio de cuatro años los cursos de jurisprudencia civil y canónica para dar gusto á su padre. Marco Cornaro, obispo de Pádua, le tomó por secretario luego que conoció su capacidad, y le persuadió á que abrazase el estado eclesiástico. Acompañó á este prelado á Roma en 1605, y en aquella ciudad pasó dos años ocupado en examinar antigüedades, visitando bibliotecas y museos, y no descuidando nada que pudiese proporcionarle conocimientos. A su regreso á Pádua se le encargó la direccion de diferentes ca-

sas religiosas, y fué nombrado despues cura párroco de la iglesia y feligresía de S. Lorenzo. No obstante el celo con que supo desempeñar su ministerio, se consagró en sus ratos de ocio al estudio de las antigüedades, y las obras que publicó no tardaron en adquirirle una justa reputacion. Ofrecióselo la cátedra de bellas letras de la Academia de Pisa; pero la rehusó á pesar de las instancias del célebre Galileo. El cardenal F. Barberino hizo se le diese en 1630 un canonicato en la catedral de Trevisa, dispensándole la residencia; pero disfrutó poco de esta gracia, porque murió de una enfermedad epidémica el 13 de Junio de 1631, siendo enterrado en el pórtico de la iglesia de S. Lorenzo, en donde su amigo el senador Domenico Molino le hizo levantar una tumba, en la que se escribió un epitafio muy honroso. Pignoria fué uno de los principales miembros de la Academia de los Ricovrati, y mantuvo una gran correspondencia con los hombres más sabios de su época, como el cardenal Baronio, el presidente Thou, Mr. Peirese, Vicente Pinelli, Meursius, Vossius, Heinsius, Nicolás Rigaud, Pinelli, Ericius Puteanus, Velfer, Contareno, Grutero, Scioppius y Dominico Molino, procurador de S. Marcos, ya citado. Poseia una preciosa coleccion de objetos de artes, antigüedades, y manuscritos griegos y latinos, de que Tomasini dió una lista con su elogio. Además de las notas sobre los *Emblemas de Alciato*, la *Jerusalen* del Tasso, las *Imágenes de los Santos* de Vicente Cartari, la *Historia de Alberto Musato*, y de algunos otros opúsculos citados en las *Memorias de Niceron*, nos han quedado de este autor las obras siguientes: *Vetustissimæ tabulæ hierogliphycis Ægiptiorum litteris, etc.*; Venecia, 1605, cuya curiosa disertacion fué reimpresa con el título de *Characteres ægyptii* en Francfort el año 1608, en una edicion adornada con láminas grabadas por Teodoro de Bry. Esta obra apareció de nuevo con el nombre de *Mensa Isiaca* en Amsterdam el año 1669. Los monumentos publicados en la *Mensa Isiaca* habian sido publicados ya por Vico, y se refieren á una mesa de bronce de cinco pies de largo sobre tres de ancho, cubierta de un barniz, sobre el que se han trazado figuras cuyos lineamientos los forman incrustaciones de plata. Esta mesa fué comprada, despues del saqueo de Roma en 1525, por un particular, que se la vendió al cardenal Bembo, desde cuyo gabinete pasó al del duque de Mantua, de donde desapareció en 1630, cuando la toma de esta ciudad por las tropas imperiales, é ignorándose por más de un siglo el paradero de esta alhaja de la antigüedad, fué por fin hallada en el gabinete del rey de Cerdeña en Turin, sin que jamás se haya podido averiguar quién y cómo se la llevó á aquel sitio. La conquista del Piamonte llevó esta célebre mesa á París, en donde se la vió en el gabinete de antigüedades por espacio de muchos años; pero al fin fué devuelta al rey de Cerdeña en 1815. Esta mesa ha sido objeto de estudio de los más célebres anticuarios, habiéndola

examinado despues de Vicco y de Pignoria los PP. Kircher y Montfaucon, Jablomkhi y Caylus, habiendo todos hecho y publicado sus opiniones, siendo la de Pignoria que las figuras representaban las ceremonias de un sacrificio del rito egipcio, que es la opinion que consideramos más acertada.—*Magna Deum matris idæa et Attidis initia, ex vetustis monumentis nuper Tornaci Nerviorum erutis;* Paris, 1623, en 4.° Esta descripcion de antiguos monumentos en los alrededores de Tournay se ha reimpreso en Venecia en 1624, y en 1629 en la traduccion latina de la misma obra por Havercamp, tomo VII de su *Tesauro de antigüedades griegas.—De servis et eorum apud veteris ministeriis commentarius.* El autor habia dedicado esta obra á Marco Velser, que la hizo imprimir en Augsburgo en 4.° en 1613; se reimprimió en Pádua en 1656 en 4.°, y en Amsterdam en 1674 en 12.°, siendo considerado este tratado, á pesar de ser tan difuso, como uno de los mejores en su género.—*L' origine di Padova;* Pádua, 1625, en 4.°, con láminas en el tomo VI del *Tesoro de antigüedades de Italia,* obra llena de erudicion y de sana crítica. Habiendo probado Pignoria que Julio Paulo, célebre jurisconsulto, no fué de Pádua sino de Roma, las razones en que se apoyó fueron combatidas por el P. Angel Partenari, religioso agustino, cuya querella produjo escritos de una y otra parte, cuyos títulos declara Apostolo Zeno en las notas sobre la *Biblioteca de Fontanini.—L' Antenore, ovvero dicharazione e illustracione del sepolcro di questo fondatore di Padova;* Pádua, 1625, en 4.°, con láminas; en esta obra combate la opinion que atribuye á este héroe troyano, tenido por el fundador de Pádua, un sepulcro encontrado en esta ciudad, y cuya forma y arte pertenece á la edad media.—*Miscella elogiorum;* Pádua, 1626, en 4.°—*Symbolorum epistolicorum liber, etc.;* Pádua, 1628 y 1629, en 8.°—*La vita di Santa Jiustina virgene e protomartire Padovana;* Pádua, 1626, en 4.°—*Antiquissimæ picturæ quæ Romæ visitur, de ritu nuptiarum typus explicatus;* Pádua, 1630, en 4.°, y en el tomo I del *Tesauro de antigüedades de Italia. — Strenæ variæ nov-antiquæ;* en 4.° En la *Raccolta di lettere inedite* se encuentran muchas cartas de Pignoria; esta coleccion está impresa en Venecia en 1744. Los que deseen más noticias sobre este sabio prelado anticuario pueden consultar los *Diccionarios de Moreri y de Chausepie*, las *Memorias de Niceron*, su elogio por Tomasini en el segundo tomo de sus *Elogios de varones ilustres*, y en la edicion de 1669 de la *Mensa Isiaca*, debiendo nosotros á Mr. Weis, que recopiló todas las noticias dadas por estos autores, el no haberlas tenido que buscar, sirviéndonos para la redaccion de este artículo de este autor y del Moreri.— B. C.

PIGOT (Enriqueta). Fué natural de Inglaterra, donde se habia adquirido una notable reputacion literaria con sus bien escritas obras. Pertenecia á la Iglesia protestante; pero su aficion al estudio fué causa de que se aficionase á

la lectura de los autores católicos, eligiendo Dios este camino para infundir en su corazon la gracia divina é iluminar su nublado entendimiento con las claras luces de la fe. Penetrada de las verdades católicas y convencida de la supremacía de la Iglesia romana sobre la reformada, abjuró el protestantismo en el año 1844, consagrando desde entónces su pluma y su talento á escribir en defensa de la Iglesia, que la cuenta en el número de sus más predilectos hijos. Esta conversion puede considerarse como uno de los más brillantes triunfos del catolicismo, por haberse verificado en una época en que áun los mismos que han nacido en el seno de la comunion romana hacen alarde de su impiedad y de su cinismo irreligioso.—M. B.

PIKEL (Juana María Carolina), protestante, nacida en Ginebra en Enero de 1794, ingresó en el seno de la Iglesia católica en Agosto de 1832. Desde muchos años ántes habia concebido el pensamiento de dar este paso, lo que hizo de la manera más consoladora para todos los que le presenciaron.—S. B.

PILAR (Fr. Francisco del). Fué monje gerónimo en el Real convento de S. Bartolomé de Lupiano, donde tomó el hábito y profesó en 1616. Su apellido en el siglo era Hurtado y de una muy noble familia de la ciudad de Zaragoza. En su juventud se habia dedicado á la música, en la que salió tan aventajado, que perteneció á la Real Capilla, siendo muy distinguido por el rey Felipe IV, que le trataba particularmente con notable estimacion. Cuando dejó su plaza para vestir el sagrado hábito, el Rey lo sintió en extremo, y le hizo muchas instancias á fin de que no abandonára su servicio. Pero nada fué bastante para hacerle cambiar de determinacion, pues le movian impulsos más superiores que los mezquinos intereses humanos. Habiéndole oido cantar los comisionados que trajeron de Roma el capelo para el cardenal Espinosa, le instaron mucho para que se fuese con ellos, ofreciéndole una plaza en la capilla pontificia; oferta que él desechó, agradeciendo la merced, porque estaba muy bien hallado en la tranquilidad de su convento, donde vivió con gran sosiego, dedicándose á escribir varios papeles muy curiosos sobre la música, que fueron muy apreciados por los inteligentes. Dejó publicado un librito muy singular, como dice uno de sus biógrafos, el cual trataba tambien de la música, y sirvió de mucho para los que en su tiempo se dedicaban al estudio de este arte.—M. B.

PILAR DE ZARAGOZA (Nuestra Señora del). Habiéndonos arrastrado dulcemente nuestra piedad y el amor que profesamos á la Vírgen Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra porque tal herencia la dejó su Divino Hijo en su testamento dictado desde el árbol de la Cruz y sellado con su sangre santísima en el Calvario, á honrar á la Señora desde que nos hemos encargado de la direccion de esta obra, en sus principales advocaciones; siendo en nuestra España una de las principales, si no la primera, la del Pilar de Zaragoza,

faltariamos á nuestro propósito suprimiendo escribir la cronografía é historia de esta imágen sagrada y de esta gloriosa festividad, que nos recuerda la celestial escena que tuvo lugar, para dicha de España, en las riberas del Ebro, cuyos protagonistas fueron, por un lado, la Vírgen Santísima cuando se dignó visitar nuestra patria aún en carne mortal, y por el otro nuestro glorioso patron el apóstol Santiago, que recibió de la Señora la órden de levantarla el primer templo de la cristiandad dedicado á su santo nombre, entregándole aquel milagroso pilar sobre el que veneramos su divina imágen. Además, el nombre de Pilar, tomado del de esta santa efigie, es adoptado con placer por las damas españolas y áun por los religiosos, y muchas y muchos son los que se han santificado con él; razon por la que, aunque no hubiera otra más fuerte que es la que dejamos indicada, nos obligaria á explicar esta voz en este diccionario de nombres de eclesiásticos y varones ilustres en la Santa Iglesia Católica Apóstólica Romana. Muchas son por cierto las obras que se han escrito por los fieles amantes de la gran Madre del Crucificado en nuestra España y en el extranjero; pero últimamente nos ha dado una preciosa *Historia crítica y apologética de la Vírgen nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y de su templo y tabernáculo, desde el siglo primero hasta nuestros dias*, nuestro querido amigo é ilustrado y piadoso redactor de esta Biografía Eclesiástica, el Dr. D. Mariano Nougués y Secall, que resume, enmienda, ilustra y esclarece cuanto se sabe y se ha dicho sobre este particular; y á esta obra y á nuestra razon y pobre criterio vamos á entregarnos para la confeccion de este artículo, que dedicamos á la Vírgen Santísima en su advocacion del Pilar, patrona de Aragon y de nuestra especial devocion, llevando por principal norte en nuestro humilde trabajo la mayor honra y gloria de Dios, obsequio á su santa Madre, edificacion de los fieles y de nos mismo, y la gloria de España, de quien la Vírgen Santísima es el blason más magnífico y más honroso, y el apóstol Santiago y la doctora Santa Teresa de Jesus los más bellos soportes de tan divino escudo nacional. Empezaremos nuestro relato por el bellísimo y poético cuadro con que en honor á la Vírgen empieza su historia del Pilar el piadoso señor Nougués. —«Entre las delicias de la re»ligion católica, dice nuestro piadoso amigo, entre los medios moralizadores »que propone, uno de ellos, quizá de los más poderosos, es la devocion á »la Vírgen, á la Madre de un Dios humanado. La Vírgen, emblema de la »pureza, milagro y última realizacion de la perfectibilidad humana, es un »nuevo eslabon entre el cielo y la tierra, entre la pequeñez y miseria del »hombre y la sublimidad del Omnipotente. La pura doncella contiene los »impetus de sus pasiones poniendo los ojos en aquella alma inmaculada que »fué destinada *ab æterno* para ser un vaso de honor y de gloria.... Las niñas »tiernas, las jóvenes inocentes, invocan desde sus primeros años á la Vírgen,

»que la Iglesia apellida *Reina de las Vírgenes*, y levanta al cielo sus cándidas »manos, mirando como norte para que no naufrague el bajel de su virtud á »ese lucero refulgente, á María, la Madre del Salvador. La casta matrona »mira tambien á la Vírgen como su guia, y cuando estrecha entre sus bra»zos el fruto de un amor ennoblecido por la religion, recuerda que una »Vírgen fué tambien madre sin perder su pureza, y que gozó las dulzuras »de la maternidad, y las ve santificadas por una religion divina, y dirige »sus ruegos á la Madre de Dios para que la conserve un hijo querido, dicién»dola en sus oraciones, que ella fué tambien madre y que no puede olvidar »las amarguras que experimenta la que teme la pérdida de las prendas de su »cariño. Pero si las pierde, si la muerte extiende su sombrío velo sobre ellas; »si ve aquellos miembros infantiles envueltos en el sudario, todavía su áni»mo no decae, y ve en la Vírgen una madre que en el cielo les prodigará ca»ricias celestiales. El jóven fogoso, en cuyo pecho bulle la sangre y ruge el »huracan violento de la lascivia y de las malas inclinaciones, se mejora en sus »deseos, se purifica en sus aspiraciones, sin más que orar á la Vírgen, que »derrama sobre las almas un bálsamo de devocion, una uncion santa, prepa»racion celestial para la gracia y para la virtud. El hombre que ha llegado á »la ancianidad, halla en la devocion á la Vírgen su refugio, su asilo, porque »la considera como una medianera piadosa; y cuando llegan los mortales, de »todos sexos y edades, al trance desastroso de la final disolucion del cuerpo, »se someten resignados á este tremendo desenlace, fijando su vista, anublada »en las sombras de la agonía, en la Vírgen, que tambien murió, pero que »murió para volar al cielo y asentar allí un trono de misericordia en favor de »la humanidad miserable. La devocion á la Vírgen forma, pues, las delicias »de las primeras edades, el sosten de su flaqueza en las épocas tempestuosas »de las pasiones, y el consuelo de la ancianidad en los últimos momentos de »la vida.» Despues de este bello trozo de inspiracion de amor á la Madre del Crucificado, no podemos ménos de confesar con su autor de que es respetable la tradicion de la venida en carne mortal de la Vírgen á Zaragoza, y de que por expreso mandato suyo se levantase la capilla del Pilar, en la que se venera su santa y milagrosa Imágen hace más de diez y ocho siglos. Esta es la creencia de los verdaderos fieles, y «seríamos, dice Chateaubriand en su »*Genio del Cristianismo*, dignos de compasion, si queriendo someterlo todo »á las reglas de una razon severa, condenáramos con rigor esas creencias que »ayudan al pueblo á soportar los pesares de la vida y le enseñan una mora»lidad que no le sería dable aprender nunca en las mejores leyes.» Tiene razon este autor francés: «que el pueblo es mucho más sabio que los filóso»fos, y que es cosa bien digna de aprecio que todas nuestras acciones esten »llenas de Dios, y que estemos siempre rodeados de sus milagros. Cada

»fuente, cada cruz puesta en un camino, cada suspiro del viento por la no»che, trae consigo un prodigio. Para el hombre que tiene fe es la naturale»za una constante maravilla..... Felices mil veces los que creen. No pueden »sonreirse sin contar con la duracion perpétua de esta alegría: no pueden »llorar sin pensar que van á secarse sus lágrimas; lágrimas que nunca son »perdidas, porque la religion las deposita en su urna y las presenta al Eter»no Padre.» El hombre necesita de consuelo, á cada paso en este proceloso mar de las pasiones, y cuando cree, le encuentra en las imágenes santas de su devocion, y privarle de ellas sería la mayor de las iniquidades, porque sin este consuelo sería inevitable su desesperacion, y como el culto que en su deseo presta á la imágen le rinde á la Madre de Dios, poco importa que el simulacro tenga una historia más ó ménos cierta, más ó ménos sublime en su tradicion. Dice el piadoso aragonés D. Manuel Vicente Aramburu en su *Historia del Pilar*, citada por el Sr. Nougués: «Es constantísima »tradicion, recibida y contestada no solo en esta ciudad (Zaragoza), sino »tambien en toda la Europa y fuera de ella, que en el año 40 de Cris»to, nuestro Redentor, dominando el Imperio Romano y á esta dichosa »ciudad de Zaragoza, entónces su colonia, Cayo Calígula, y estando predi»cando el Evangelio en esta misma ciudad augusta el Apóstol Santiago el »*Mayor*, á tiempo que oraba con sus discípulos á las orillas del Ebro, á me»dia noche del dia 2 de Enero, segun la venerable Madre María de Jesus de »Agreda, se le apareció llena de majestad y acompañada de muchos ángeles »que la cantaban diversos motetes de alabanza, en carne mortal, María »Santísima, Madre de Dios, Reina del cielo y amparo de los pecadores, tra»yendo algunos de los espíritus angélicos á su sagrada Imágen, que hoy con »tanta felicidad veneramos, y á una columna de jaspe, y que le mandó al »Apóstol que en aquel lugar dedicase á Dios una capilla á honor suyo, y co»locase en ella aquella devota efigie sobre la columna, prometiéndole su pro»teccion para esta ciudad, para este reino y para toda España, y duracion »de aquel propiamente su prototipo, y del Pilar y la fe católica en esta afor»tunada poblacion; y al momento el santo Apóstol, ayudado de sus discípu»los, erigió una pequeña capilla de ocho pasos de ancho y diez y seis de lar»go, en la que colocó el sacrosanto simulacro sobre la columna.» Así cuenta la tradicion constante esta historia, y del propio modo la refieren los innumerables escritores que han tratado sobre esta piadosa creencia, por más que no falte alguno que la desfigure ó altere de alguna manera, ya por ignorancia, ya por convenirle así. El hecho es que la creencia está fija en esta parte, y que se refiere á una escena de las más grandiosas y sublimes que abraza el cristianismo, escena que ningun otro pueblo que el español puede presentar, cual es haber merecido el altísimo honor y la especial gracia de que

la Madre de todo un Dios se dignase visitarle, y fijar el punto en que habia de colocarse el trono sobre el que le es grato recibir nuestras adoraciones, alcázar divinal que fué el primer templo levantado á su culto, templo que jamás se ha cerrado desde su fundacion y que ha resistido á las borrascas terribles religiosas, bélicas y políticas que ha experimentado la siempre católica España, desde que la iluminó la antorcha del Evangelio. Esta piadosa creencia, no se opone, como dice el Sr. Nougués, á la fe católica, ni á las buenas costumbres, ni á la razon ni á la historia, y cuando el fin es tan útil y provechoso á las almas fieles, contrariarla es faltar á la piedad y destruir la dicha de los creyentes, sin que el incrédulo saque más ventajas que el mal que ha hecho; mal que un dia ha de lastimar su alma, porque la duda le corroerá primero el corazon, y hará despues en la última hora su desesperacion, porque deseará volver á un camino, que destruido por él, no podrá sustentarle. No hay medio alguno en materias de religion, ó es necesario creer por completo, ó afirmarse en no creer, lo cual por fortuna pocas veces sucede; pues que el medio entre estos extremos es un verdadero infierno en vida, y en especial en la terrible hora de la muerte, para el que se halla en tan lamentable estado. La tradicion del Pilar está bajo la regla sapientísima que el gran P. S. Agustin establece cuando dice: «Que si las tradiciones no son contra las buenas costumbres, ni expresamente contra la fe católica, se deje á los creyentes en su buena fe y no se les perturbe mayormente cuando contribuyan á santificar la moralidad y á emprender una vida mejor.» El apóstol Santiago el Mayor, llamado el hijo del trueno por el ardor de su fe, fué uno de los apóstoles más allegados al Salvador, del que era deudo como hijo de María Salomé, compañera inseparable de la Vírgen Santísima; y así es que en el Tabor, y en cuantas magníficas escenas se presentó Jesucristo como Dios, en todas se halló Santiago, que despues de la muerte de su divino Maestro corre como un rayo á llevar el Evangelio por la Judea, por España, y tiene la gloria de ser el primer mártir del apostolado, el primero que imita al Redentor, dando su sangre por la salud del género humano. Y siendo esto así, ¿qué de extrañar es que María Santísima distinguiese á su deudo más que á los demás apóstoles, viniendo á visitarle á España y á encargarle de tan honrosa mision? La tradicion es en todos los pueblos la base de la historia, pues que sin ella nada sabriamos de los tiempos antiguos, en los que no estando descubierta la escritura, ni áun la monumentaria ni simbólica, no era posible consignar los hechos sino en la tradicion. Por esta razon, dice Nougués, que en la historia la enseñanza de la tradicion es con alma y sin ella la de la escritura, cuya opinion se acomoda á la doctrina de Tertuliano cuando dando el nombre de alma á la tradicion dice: «Primero es el alma que la letra, y la palabra que el libro, y el concepto que la

pluma.» Y tan en esto ha estado siempre la Iglesia católica, que ha considerado y considera la tradicion como una fuente purísima de la fe, y no puede ménos de ser así, cuando vemos, como sucede en la del Pilar, que una creencia ha venido de generacion en generacion, siglos y siglos, sin haber sufrido alteracion alguna desde el primero en que se cimentó. Moisés, al morir, encomendó al pueblo de Dios se conservase la historia tradicional; la tradicion nos ha enseñado la religion de los Patriarcas; S. Pablo se la encomendó á los de Tesalónica; y como sin ella no habria historia antigua, no ha habido escritor que no la haya recibido con agasajo, y que no la haya prestado el debido homenaje. La tradicion de la venida á España de nuestra Señora la califica el P. Murillo de apostólica, originándola del apóstol Santiago, y la Misa que se cantaba antiguamente en la fiesta de la dedicacion del Pilar, manifiesta la aprobacion de los prelados, toda vez que en ella se hacia la historia de esta venida; y como esta tradicion es universal en casi todo el orbe católico, el cardenal Aguirre, en el tomo I de los *Concilios españoles*, la juzga una de las tradiciones eclesiásticas que más creencia merece por su antigüedad, y por haberse confirmado por muchos siglos por los privilegios de los pontífices. En el siglo XII aparece un testimonio auténtico de que existia el templo del Pilar, pues que D. Alonso, *el Batallador*, rey de Aragon, al conquistar á Zaragoza en 1118, consta asistió á los maitines, y que el papa Gelasio II expidió una bula concediendo indulgencias á los que diesen limosnas para la reparacion de este templo, bula de que se valió el obispo Librana para dirigirse á este fin á los fieles de todos los pueblos del catolicismo; luego era creencia comunmente conocida y admitida de todos los cristianos. — Dispuso el cánon VIII del concilio de Antioquía, celebrado ántes del año 53 de nuestra era, que se coloquen en las iglesias las sagradas imágenes en columnas ó cipos, lo que así se observó en la imágen de nuestra Señora del Pilar poco despues del mandato, siendo ésta imágen y su postura de pie sobre la columna desde los tiempos más remotos, el ejemplo que se saca por los autores para probar la antigüedad de colocar de este modo las efigies en los templos. Cita el P. Murillo, Aramburu y otros autores, lápidas inscripcionales halladas en una obra hecha en el antiguo muro de Zaragoza el año 1608, por las que se prueba que ya en el siglo II de nuestra era existia el templo del Pilar, porque con relacion al año de 196, se conoce por estos monumentos que ya entónces se habia dilatado la capilla del Pilar, y á este siglo se atribuyen las comunicaciones subterráneas con el santuario, lo cual prueba que habia culto ya en este siglo. La existencia de S. Félix y S. Valero, obispos de Zaragoza, confirman la antigüedad del templo del Pilar en el siglo III con obras incontestables; pues que consta que en él labró el segundo la sala llamada Valeriana, renovada des-

pues por el canónigo Jaime de Ayerve, de lo cual hablan muchos autores, así como de la posibilidad de que á pesar de la persecucion que en este siglo hizo Diocleciano á los cristianos, quedase libre de la destruccion este templo como lo quedaron otros. El poeta Aurelio Prudencio, que floreció en el siglo IV, al cantar en piadosos versos las glorias de los diez y ocho mártires de Zaragoza, se refiere al Pilar sin duda al sacar á S. Vicente mártir de entre el clero mitrado de los Valeros. Llegada la irrupcion de los pueblos bárbaros del Norte en el siglo V, el ilustre español Lucio Dextro, hijo de S. Paciano, obispo de Barcelona, dice que Dios libró de estas plagas á la iglesia de Zaragoza, así como salvó á la casa de Nazaret de las iras de los hebreos, y la casa en que se hospedó S. Gregorio Nacianceno en Constantinopla, la cual consagró con el nombre de Anastasia en 378, y se reedificó en 459. Confirma la existencia de la santa capilla del Pilar en el siglo VI la procesion que se verificó, segun el P. Zaragoza, en la ciudad el año 542, en la que dice llevaba el obispo Juan la estola de S. Vicente mártir, en la guerra contra el rey de Francia Childeberto, de lo que habla S. Gregorio Turonense, autor del siglo VI, cuya reliquia se guardaba en el templo del Pilar, del que era levita y arcediano, y de la cual se dió una parte al rey de Francia, que la pidió cuando levantó el sitio de la ciudad, reliquia que existe y se venera en París en el templo de S. German. Al siglo VII pertenece, segun el mismo autor, la misa propia de la Virgen del Pilar, de que hemos hablado, en la que se hace la historia de su santa venida á Zaragoza; y en el privilegio del rey godo Chindasvinto al hijo del conde Sergio, Avito de Orense, sobre unas tierras en Cea, al hacerse en él mencion de las iglesias fundadas por Santiago, la primera que se cita es la del Pilar, traido por el ángel en honor á Sta. María. Consta tambien que en este siglo presidió S. Braulio, obispo de Zaragoza, en esta santa capilla. Por los autores se sabe y áun prueba por algunos, que invadida Zaragoza por los árabes, que se hicieron dueños de la península luego que el rey Rodrigo fué vencido en las riberas del Guadalete, junto á Jerez, los musulmanes toleraron el culto á los cristianos en la iglesia del Pilar, en la cual no siguió viviendo el obispo Bencio, que huyó con las reliquias á Rivagorza, pero sí su clerecía y los cristianos en su parroquia, que fué cercada, y en ella establecieron la insigne cofradía de la Vírgen del Pilar. Atestigua el historiador Ferreras, con pruebas, la existencia de la santa iglesia del Pilar en el siglo IX, cuando cuenta la rebelion de los cristianos contra los árabes de Zaragoza el año 826, por los muchos tributos con que les cargó Alderraman II, rey de Córdoba; siendo tambien seguros comprobantes lo que se dice de los obispos de Zaragoza Senior y Heleca; pues que el primero colocó en la iglesia del Pilar el cuerpo de S. Vicente, y el segundo fué extrañado de ella en tiempo de Alfonso III *el Magno*, y asistió en 899

al concilio Compostelano, y en 900 al de Oviedo, manifestando el benedictino Aimon, escritor del siglo X, que el expresado obispo Senior, al depositar en la iglesia del Pilar las reliquias, la hizo matriz de todas las de Zaragoza. En el siglo XI, año de 1045, segun Ferreras, la proteccion que D. Ramiro Sanchez dió al rey moro de Zaragoza, fué con condicion de que residiese en la ciudad un obispo que asistiese á los cristianos muzárabes, y por lo tanto ya se ve al obispo Paterno II residir en la ciudad despues de ciento cincuenta años que los prelados no la ocupaban, lo cual solo duró hasta el año 1098, en que venciendo á los almohades los almoravides volvieron á lanzar á los obispos de Zaragoza, lo cual causó la muerte del obispo Bernardo, el nombramiento del obispo D. Pedro Librana por el rey de Aragon D. Alonso *el Batallador*, y la bula de 10 de Diciembre de 1118, en la que el papa Gelasio II concede indulgencias á los que diesen algo para reparar las iglesias destruidas por los sarracenos, en cuya bula se acredita la existencia del templo del Pilar bajo la dominacion de los sarracenos. Al entrar el Rey con su ejército en Zaragoza se dirigió al templo del Pilar, adonde asistió á maitines, que cantaron los clérigos que servian aquel templo entónces ya ruinoso, que reedificó el obispo Librana con las muchas limosnas que recogió al efecto: á este siglo corresponde el *Breviario Cæsaraugustano*, que despues se imprimió en 1491. En la puerta de la iglesia del Pilar se encontró en el siglo XIII el sepulcro de S. Braulio, y en este mismo el obispo Hugo de Mataplana hizo varios reparos en este templo el año 1295; y como en este tiempo se concediesen ciertas franquicias y privilegios á los que viniesen en peregrinacion al templo del Pilar, año 1299, aumentóse la devocion de los forasteros y extranjeros á la sagrada Imágen, y venian en gran número atraidos de la gracia de la tradicion antigua, que se hallaba y halla extendida por todos los países. Fué tan reverenciada ya la Vírgen del Pilar en los pueblos católicos en el siglo XIV, que en muchos se levantaron altares y áun capillas en su obsequio, entre las que debemos mencionar la que en Arenas, pueblo de su diócesis, fundó el obispo de Avila, en 1395, D. Santiago Fuencumplida, el cual vino como peregrino á Zaragoza á visitar á la Señora en su templo. Doña Blanca de Navarra, reina de Sicilia y esposa en segundas nupcias de Alonso V de Aragon, visitó por gratitud el templo del Pilar, y no solo fundó en Pamplona la cofradía de nuestra Señora del Pilar, si que tambien creó el año 1433 la órden de María Santísima del Pilar. En este mismo siglo, año 1435, se incendió el templo, quedando intacta solamente la capilla é imágen de la columna, reedificándole la familia de los Torreros. Vuelve á aparecer en este siglo la historia tradicional de la venida de la Vírgen á Zaragoza, en los escritos que en 1447 presentó el obispo de Barcelona D. Martin García; en la bula de indulgencias que en 25 de Setiembre de

1456 expidió el papa Calixto III; en la carta de gracias que en 26 de Octubre de 1459 concedió á la iglesia del Pilar el rey D. Juan II de Aragon; en el estatuto que para la celebracion de la octava y fiesta del apóstol Santiago hizo la santa Iglesia metropolitana en 1471; y en la donacion que hizo á la Vírgen el rey D. Fernando V de Aragon, del collar de oro que llevaba en Barcelona, cuando el 7 de Diciembre de 1492 le dió una terrible cuchillada un loco, cuya espada le hubiera segado el cuello, segun Zurita, á no estorbarlo dos eslabones que quedaron partidos al golpe. Recuérdase tambien la tradicion en el siglo XVI, con motivo del litigio ejecutoriado en 1502 contra el arzobispo D. Alonso de Aragon á favor de la iglesia del Pilar en el privilegio que en Medina del Campo dió á 18 de Abril de 1504 D. Fernando *el Católico*, en el que dice no hay católico en el Occidente que ignore la venida de la Vírgen en carne mortal á Zaragoza, llamando á la iglesia del Pilar la primera iglesia de España, en cuyo documento dice se inscribe cofrade del Pilar, cuyo ejemplo imitó toda la nobleza de Zaragoza; en la bula que en 1529 dió Clemente VII, en la que llama tambien al Pilar la primera iglesia de España; y en la historia que el cronista de Valencia y predicador apostólico de Paulo III, Pedro Antonio Beuter, halló en Roma en 1546 de la expresada aparicion en el templo de Minerva. Sostuvo la tradicion el siglo XVII en la sentencia dada en 1605 por la corte del justicia de Aragon á favor del Pilar, sobre el modo de proceder en córtes y demás congregaciones esta iglesia y sus capitulares; en la carta que el sínodo de 1614 y 1618 escribió á Paulo V; en la sentencia del Zalmedina de Zaragoza de 1637, en la que se dice que la iglesia del Pilar es angélica y apostólica, erigida con la presencia corporal de la Madre de Dios, y por su mandado, por el apóstol Santiago en el tiempo del nacimiento de la Iglesia católica. En este mismo siglo, á 13 de Octubre de 1640, hizo voto la ciudad de guardar fiesta el 12 de Octubre en memoria de la aparicion. El 27 de Mayo de 1642 nombró Zaragoza por patrona á la Vírgen del Pilar. En 1644 se verificó el hallazgo de las conchas y veneras al abrir la zanja para colocar el rejado de plata. El 10 de Mayo de 1651, Madrid publicó la tradicion del Pilar con motivo de la gran fiesta y procesion que hizo al trasladar á la iglesia de Monserrat, hospital de aragoneses, que hoy existe en el mismo sitio, plazuela de Anton Martin, la imagencita del Pilar que aún en el dia se venera con entusiasmo por los madrileños en su capilla, con cuyo motivo se corrieron toros en la plazuela de Lavapies, cuyo producto se destinó á la fábrica de la capilla. El 17 de Setiembre de 1679 murió el segundo D. Juan de Austria, y dejó mandado en su testamento que su corazon se depositase en la capilla del Pilar, á cuya imágen tuvo especial devocion. El pontífice Clemente X mandó en 9 de Febrero de 1675, que el 12 de Octubre se celebrase en Zaragoza, en memoria

de la aparicion, procesion general de igual solemnidad que la del Corpus, y estableció la union de la iglesia del Pilar con la catedral de la Seo, estableciendo por su bula, á instancia de la reina Doña María de Austria, madre y tutora de Cárlos II, un solo capítulo con residencia alternada en ambas iglesias, lo que viene haciéndose desde entónces sin interrupcion. En 9 de Junio de 1680 el pontífice Inocencio XI concedió indulgencia plenaria á todos los que asistiesen á la fiesta de la Vírgen del Pilar. Segun consta en el archivo de la iglesia de la Seo, en 1680 las Córtes del reino de Aragon acordaron pedir á la Santa Sede oficio propio de la Vírgen del Pilar con la historia de su aparicion, lo que con ellas suplicaron el Rey y el cabildo; y por último, en 1681, dia del apóstol Santiago, el arzobispo D. Diego Castrillo puso por su propia mano la primera piedra en el nuevo templo del Pilar, comprendiendo en él la santa capilla. El siglo XVIII no se presenta ménos fecundo en datos históricos que el anterior; pues que el rey D. Felipe V, *el Animoso*, empezó su reinado haciendo gracias á la santa capilla, y en los años 1704, 16 y 19, unido á los arzobispos y al cabildo, repitieron las súplicas á Roma para que se concediese el rezo pedido, hasta que Su Santidad le concedió para la fiesta de la dedicacion de la iglesia, en 7 de Agosto de 1723, lo que celebró la universidad de Zaragoza con el famoso certámen literario, que publicó el P. Fr. Tomás Magdalena con el título de *Aliento fervoroso, respiracion festiva, voz sonora y culto circunstanciado*. El P. Hebrera no dió cuenta de las fiestas celebradas tambien en 1717 con motivo de haberse concluido el nuevo templo; y en Marzo de 1720, Felipe V concedió la creacion de una cofradía de Esclavos de la venida de María Santísima sobre el Pilar de Zaragoza, en la que la Reina y el Príncipe de Asturias se inscribieron, á los que siguió toda la nobleza zaragozana. Echó el papa Clemente XII, como dice el P. Zaragoza, el último sello á la aparicion de nuestra Señora, concediendo en 1730 el oficio propio para la fiesta de la conmemoracion de la venida de la Señora, y ya parece empeño impío el que nadie dude de lo que tan larga tradicion nos ha trasmitido y tantos Pontífices han confirmado. El siglo XIX en que vivimos, si no más santo, sí ménos hipócrita y más franco que algunos de los anteriores, presenta brillante por su parte la historia del Pilar, y los famosos sitios de Zaragoza son testimonios del poder que ejerce la santa tradicion en pechos aragoneses, para los que la Vírgen del Pilar es el Paladion celestial que los vigoriza, enorgullece y da valor para acometer las más arriesgadas empresas y llevarlas hasta lo imposible. La santidad de Pio IX, que rige actualmente la navecilla combatida, pero siempre firme, de S. Pedro, y nuestra piadosísima reina Doña Isabel II, han engrandecido la historia del Pilar con relacion á este siglo, estableciendo seis beneficiados más que en la de Sevilla en la iglesia del Pilar, y cuatro más que en la de Toledo, lo cual

arguye respeto á la santa tradicion y devocion á María Santísima, en la que nadie gana á nuestra Reina, que fia en ella toda su ventura y la de su reino, y que se la considera deudora de cuantas glorias han adquirido sus pueblos bajo su cetro maternal. Expone el piadoso autor Nougués, nuestro querido amigo, en el capítulo XI de su *Historia del Pilar*, observaciones crítico-filosóficas muy juiciosas sobre la falta de documentos esplícitos en los primeros siglos acerca de esta tradicion, que debe consultar el que pretenda enterarse á fondo de esta materia. Dejando nosotros para los que esto hagan el exámen de la *Historia del Pilar* que se atribuye al venerable obispo Tayon, y su refutacion, vindicacion y objeciones á que esta controversia dió lugar, vamos á ocuparnos ligeramente, siguiendo al indicado autor, de la venida y predicacion del apóstol Santiago, que es un justificante comprobatorio de la tradicion del Pilar. «Si Santiago no vino á España, si no predicó en la península, no puede creerse de ningun modo que la Vírgen se le apareciese. Así que la tradicion aragonesa depende de otra verdad, al paso que la tradicion de la venida de la Vírgen es un comprobante de aquella.» Habiendo consignado ya la fuerza histórica de la tradicion solo añadiremos con el Sr. Nougués una reflexion en su apoyo, y es de que la tradicion inmemorial por sí sola constituye un título respetable, pues que hay varias verdades que admite la Iglesia sin más que este mérito, como la virginidad de S. Juan, el establecimiento de la cátedra de S. Pedro en Antioquía y en Roma, y otras. «La tradicion no exige autores coetáneos que acrediten su principio, pues que entónces no seria tradicion, sino historia.» Habiendo recibido los apóstoles el precepto de predicar por todo el mundo, y no habiendo muerto Santiago hasta la segunda persecucion, suscitada en la Judea contra los apóstoles en el año 44 de nuestra era, tuvo tiempo de venir y predicar en España; por lo que esta tradicion no contraría de manera alguna á la historia. Y la tradicion de la venida de Santiago no es solo de la Iglesia española, sino de toda la cristiandad, de Oriente á Occidente; y hé aquí por lo que vienen desde los tiempos más remotos á España multitud de peregrinos extranjeros á visitar el santo sepulcro del Apóstol. A la tradicion se agrega el dicho de S. Gerónimo, que cita á España entre los pueblos en que predicaron los apóstoles, señalando á los hijos del Zebedeo, S. Juan y Santiago, el Ilírico y la España; y constando la predicacion del primero en aquel primer pueblo, no hay duda de que fué Santiago el que vino al segundo. Afirma en su opúsculo *De duodecim Apostolis* expresamente S. Hipólito, que escribió en el siglo III, la venida de Santiago á España, cuya opinion confirma S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, en su libro *De ortu et obitu Patrum*; S. Braulio, obispo de Zaragoza, S. Julian, obispo de Toledo, S. Beato, el venerable Beda, y otra multitud de autores, liturgias, oficios de santos, historias antiguas de los primeros siglos y de los

posteriores que cita como comprobantes el Sr. Nougués, que termina su alegato de bien probado con la autoridad del célebre crítico D. Juan Francisco Masdeu, que dice en su *España Romana*, á la página 204 del tomo VIII: «Santiago *el Mayor* fué el primer maestro de los españoles, y parece que en »el poco tiempo que estuvo en España visitó la Galicia y una pequeña porcion »de Portugal, y tomando de aquí por el Oriente, prosiguió el viaje por Leon »y Castilla la Vieja hasta el centro de Aragon; y luego, encargando á dos dis»cípulos que continuasen su predicacion apostólica, se volvió con otros siete »á Jerusalen, en donde Herodes le hizo cortar la cabeza el año 43 ó 44 de la »era cristiana, bajo el imperio de Claudio.» Temeridad sería con comprobantes semejantes negar la venida á España del apóstol Santiago, y confesada ésta, sirve de fundamento fuertísimo á la tradicion del Pilar. La lápida citada por el P. Florez en el tomo III de su *España Sagrada* como hallada en Clunia, prueba que desde mediados del siglo I de nuestra era estaba ya floreciente el cristianismo en España; y Aurelio Prudencio, príncipe de los poetas cristianos, que escribió en el siglo IV, nos pone de manifiesto la cristiandad de nuestros antepasados desde el principio de la ley de gracia, pues que afirma que Zaragoza tuvo mártires en todas las persecuciones de los emperadores romanos contra los cristianos; y siendo la primera la de Neron, á los 64 años de Jesucristo, puede colegirse que ya Zaragoza profesaba en gran parte la fe del Crucificado cuando la primera persecucion, y ésta no pudo enseñarla sino Santiago, pues que los apostólicos enviados á España por San Pedro y S. Pablo llegaron despues, y ya encontraron levantada la iglesia del Pilar y gentes que entendiesen la doctrina. «La universalidad de la tradicion, »dice Nougués, es un argumento muy poderoso, porque cuando una especie »se halla difundida por toda una nacion, cuando la han creido y la creen »infinidad de generaciones sin vacilar, no puede suponerse error en el en»tendimiento de tan crecido número de personas; pero esta universalidad »es más digna de respeto cuando la creencia no es simplemente del vulgo, »sino de personas ilustradas, de sugetos que se han dedicado al estudio, y »que tienen crítica, inteligencia y buena fe.» Sin contar los cronicones de Dextro, Heleca, Luitprando, Juliano Perez, Hamberto, Hispalense, Marco Máximo y otros, pasan de ciento trece los autores respetables, segun prueba Aramburu, y de ellos los noventa y tantos extranjeros, que refieren como cierta la tradicion de que vamos tratando, lo que corrobora la opinion de este autor que dice: «que apénas tiene la Iglesia entre las tradiciones eclesiásticas otra más uniformemente admitida en el orbe católico;» la lista ó catálogo de estos autores la hallará el curioso en la *Historia del Pilar* del Sr. Nougués, á la página 146. Trata despues el piadoso autor de los testimonios de respeto y veneracion que dieron á la Vírgen del Pilar las córtes aragonesas;

de los milagros obrados por la Señora; de la extension de su culto, que prueba la generalidad de la tradicion; y de otra porcion de cosas de que nos abstenemos hacernos cargo, porque no cumple al propósito que nos hemos hecho en este artículo. Diciéndonos Minucio Félix, al que han seguido algunos autores, que los primitivos cristianos no tenian templos, han deducido de aquí los que atacan la tradicion del Pilar, que Santiago no pudo hacer el que se le atribuye; pero á esta objecion responde victoriosamente Noug. con hechos incontestables, y entre ellos cita el siguiente texto de Filon, autor judío que escribió en el siglo I de nuestra era: «Tienen los cristianos en todos los pueblos una casa consagrada á la oracion, donde retirados celebran los misterios de honesta y casta vida.» Y no podia ménos de ser así, porque si como con mucha razon dice el Sr. Nougués, el cristianismo lleva consigo una enseñanza y un culto, una y otro no podia darse sino en el sitio destinado á este fin, y éste no podia dejar de ser templo de adoraciones. ¿Qué fué el cenáculo, en el que los apóstoles recibieron al Espíritu Santo, sino el primer templo de la cristiandad, santificado primero por Jesucristo, que instituyó en él el sacramento de la Eucaristía, y confirmado despues por el Espíritu Santo para iluminar con la divina gracia á los primeros príncipes de la Iglesia? Y los primeros concilios que celebraron los apóstoles, en los que se honró la memoria de su divino Maestro, ¿qué fueron sus locales sino templos, santuarios sagrados, en que se fijaron las leyes gubernativas y administrativas á que dió lugar el código divino, que selló con su sangre el Salvador del mundo, código que conocemos y veneramos con el nombre del Evangelio, de la ley de gracia? Confirma S. Pablo el dicho de Filon, llamando á las casas en que se reunian los fieles en el primer siglo, iglesias, casas dominicas, casas de oracion ú oratorios. Templo fué el que en la Galia Bélgica levantó S. Lino, mandado allí por S. Pedro á predicar el Evangelio en el año 69, al protomártir S. Esteban; los llamados Títulos en Roma, iglesias edificadas por S. Anacleto, papa, el año 113 de nuestra era; y la de Clunia cerca de Osma, en España, de la cual ya dejamos hecha indicacion en este artículo. ¿Y qué fueron sino templos las catacumbas en Roma, adonde se reunian en los tres primeros siglos de la Iglesia los fieles á orar para librarse de la persecucion de sus verdugos, y adonde llevaban á ocultar los cuerpos de los mártires despues de sacrificados? Aún más sabido es que desde la muerte del emperador Valeriano, en que no fué ya tenaz la persecucion, es decir, desde el último tercio del siglo III, ya el culto cristiano empezó á tolerarse, hasta el punto de poderse ir estableciendo la disciplina, y de dividir en parroquias al efecto la ciudad de Roma. En este tiempo ya hubo algunas iglesias públicas, y muchas hubo en las casas particulares, establecidas en las salas llamadas *triclinia*, en que los romanos ricos acostumbraban recibir sus

amigos por la mañana. Probado esto, ¿qué de extrañar es que el apóstol Santiago levantase un oratorio, que pudo quedar oculto para los gentiles como lo estuvieron muchas iglesias de Roma en los dos primeros siglos, al cual acudiesen los fieles zaragozanos á implorar la divina misericordia por mediacion de la Vírgen Santísima en su advocacion del Pilar? Solo la impiedad refinada, ó el espíritu de contradiccion de ánimos inquietos que buscan su lucimiento en combatir las cosas que más prosélitos tienen, porque de este modo creen hacerse más célebres, puede negar que los cristianos tuvieron templos desde los primeros tiempos de su establecimiento. Zaragoza tuvo la dicha de ser el primer pueblo que levantase templo á María, y esto mismo da márgen á los ataques de los impios ó controversistas de mala ley; pero sus tiros se han estrellado en el amor de los aragoneses á su santo simulacro, á su privilegiado templo, y en la fuerte roca de la creencia del pueblo español, al que se halla asociado en esta cuestion todo el mundo católico. Esta Imágen santa del Pilar y su célebre santuario constituyen la gloria de Zaragoza, su mayor grandeza, su renombre cosmopolita, y hasta la consideracion que tiene por su riqueza y por el heróico valor de sus naturales. A estos objetos queridos de Aragon se debe esa multitud de peregrinantes que de lejanas regiones vienen á rendir culto á la gran Madre de Dios en su primitivo templo, y la infinidad de conversiones que se han verificado á la vista de la santa imágen del Pilar, ante que el incrédulo ha salido creyente, el débil fortificado, y el indiferente conociendo que hay un Dios, y que habiéndole, debe haber un culto que le rinda homenaje, siquiera por gratitud de lo mucho que le debemos. Pocos entran en la santa capilla del Pilar que no queden elevados á la vista de la santa Imagen en un éxtasis que les recuerda un Dios creador y salvador, un padre dulce y clemente, un juez severo y justo, y una madre cariñosa siempre pidiendo á su santísimo Hijo por los pecadores, que son hijos queridos por quienes y para quienes emplea toda su influencia á fin de salvarlos de la muerte eterna. Por mí sé decir, que si no incrédulo, porque jamás tuve la desgracia de perder la fe ni áun de dudar sobre ninguno de los puntos que abraza, sí algun tanto tibio en las prácticas religiosas, fuí á Zaragoza hace más de veinticinco años á asuntos particulares, y cual jóven que todo lo desea ver, más por curiosidad que por piedad, entré en la santa capilla del Pilar. ¡Dios mio, Vos solo podriais explicar lo que pasó en mi alma en aquel dichoso instante para mí! Y Vos, Madre mia, podriais decir cómo y con qué fuerza os introdujisteis en mi corazon sensible, que os recibió en él con un gozo que jamás habia experimentado, gozo en el que se encendieron las cenizas casi apagadas de la esperanza y de la caridad en un fuego que me abrasaba, haciéndome en aquel momento el hombre más feliz de los mortales. Feliz, mil veces feliz me hicisteis aquel

dia, Madre mia, dia el más grande de mi existencia, que recordaré hasta la muerte, y que quiero recuerde mi posteridad para que os alabe y dé gracias, como yo os las doy, por la incomparable dicha que me proporcionasteis. Bendito el dia en el que visité á Zaragoza por vez primera, que fué el que vi tu santa Imágen, pues que al entrar en tu santuario quedó á sus puertas el antiguo vestido de mi alma, que salió de él vestida con el nuevo que me prestó tu divina caridad; mi corazon entró llagado y emponzoñado, y salió cicatrizadas sus heridas y mejorado de sus dolencias con el bálsamo de tu gracia. En aquel dia feliz me proporcionaste un ángel de ventura que supo en el sacramento de la penitencia acallar mis temores, lavar antiguas manchas, abrir las puertas de mi corazon á la esperanza, y sobre todo enseñarme el verdadero camino de la gracia, en el que tú, Madre mia, eres la mejor guia; mantenme en él y no me abandones, pues que el enemigo de Dios y del hombre me acecha, me persigue y me amenaza á cada instante para arrastrarme á sus abismos, y pues que tú me salvaste una vez, Madre amantísima, guárdame para que sea tuyo siempre en este mundo y en la eternidad. Sí, el mismo autor que esto escribe debió á María en su especial capilla del Pilar dicha tan grande, ¿cómo no ha de creer en que habrán muchos ántes y despues que él recibido mayor ó igual beneficio? No es extraño esten los zaragozanos tan orgullosos con su imágen y templo del Pilar, y tan ufanos los aragoneses con su celestial patrona, cuando tanto entusiasmo y veneracion excita en los que no son naturales de tan dichoso país, si bien les alcanzan sus glorias como españoles, y áun á todos los fieles que visitan el santuario; Zaragoza, sin este, perderia su celebridad y su mayor grandeza é importancia; y el Aragon el blason más glorioso, noble é ilustre de su escudo, pues que el Pilar es la principal pieza que le constituye. Dedica el Sr. Nougués, en su *Historia del Pilar*, la segunda parte á describir la santa Imágen del Pilar y su capilla, con cuanto puede ilustrarla, formando la historia completa de todas sus glorias y vicisitudes en quince largos capítulos, de los que vamos á tomar lo que más cumpla á nuestro deseo de dar una sucinta idea á nuestros lectores sobre estos particulares. — Empezando por el Pilar, el P. Murillo en su obra *sobre la milagrosa fundacion de la Angélica Capilla del Pilar*, dice á la pág. 103: « Tiene el Pilar poco más de dos varas de alto, y está cubierto de un forro de bronce bien labrado, de suerte que por la parte interior de la capilla no se puede ver cosa alguna; mas por la parte de afuera, adonde llegan á adorarla las personas devotas, está descubierto un espacio redondo, poco mayor de la palma de la mano, donde se ve que es de jaspe, y se puede llegar á adorar con los labios. No ha muchos años, añade, que estaba del todo descubierto; mas por librarse de la importunidad de personas graves, devotas, que pedian de él algunas reli-

quias, y con esto se iba disminuyendo, se tomó acuerdo de forrarlo todo de bronce, y fué acuerdo muy acertado. Sobre lo alto de él esta puesta la santa Imágen inmediatamente sin basa alguna. Es una figura de dos palmos de alto; la materia de ella es madera, y habiéndola reconocido y mirado por todas partes, no hay en toda ella parte adonde haya llegado la carcoma, ni otra cosa que la haya gastado, que en tantos años es una cosa bien milagrosa. Tiene el rostro harto gracioso y notablemente modesto, y apénas podré decir con certidumbre de qué color es; porque en algunas partes parece jaspeado, segun está desigual el color..... Tiene un niño desnudo en los brazos, y de muy buena hechura, el cual tiene asentada la una pierneciilla sobre la otra con harta gracia. En la mano izquierda tiene el niño un pájaro apretado con ella, y el bracito derecho extendido por sobre el pecho de la Vírgen y asido con la manecilla el manto. Tiene la Vírgen corona real en la cabeza, aunque harto pequeña, y el ropaje es de muy gentil talla y dorado. Está vestida con harta honestidad, porque la ropa no tiene el cuello escotado, como le pintan generalmente, sino cerrado con unos botoncillos hasta lo alto de la garganta. Tiene la ropa ceñida con una correa, y toda la figura de la cabeza á los pies es muy proporcionada. Descúbrese parte de los zapatos, los cuales son muy agudos de punta, y no tiene pedestal donde asiente la planta, sino que remata en el mismo ropaje. Este es á la letra el retrato de la santa Imágen, aunque como siempre la tienen adornada con mantillos muy ricos, mudándolos cada dia, segun los colores que tiene ordenados la Iglesia, no se echa de ver desde fuera cosa alguna del ropaje propio de la figura, sino solo el rostro de la Vírgen y el del niño que tiene en los brazos, que por ser tan pequeño apénas se puede juzgar por su hechura.» Nos contentariamos con esta descripcion; pero no podemos prescindir de dar razon tambien de la que hizo en 1739 el P. Alberto Faci, en sus *Imágenes aparecidas en Aragon*, que lo hace del modo siguiente: «La Imágen tiene media vara aragonesa ménos un dedo; su rostro es lleno, hermoso y grave; en sus mejillas se distingue la mezcla del carmin, sin que parezca desigual el color ni semejante esta variedad del jaspe; sus ojos estan algo bajos, que aumentan la gravedad del semblante; la nariz pequeña; la boca con proporcion graciosa; ciñe sus sienes una corona de siete puntas piramidales, rematando en flores, en la cual aún no ha podido el largo tiempo desvanecer los matices de las piedras que la adornan. La vestidura es tan ceñida que no se puede ver la garganta, rematando los cabellos cerca del cuello de ella; abróchase con unos botoncitos, y ciñe su cintura una correa ancha, cuyo extremo encubre el manto, que sustenta con la mano derecha, y aunque se ve mucha parte de la túnica, no llega á ella la correa. La vestidura y manto son dorados, y está el oro tan conservado que pueden envidiar su

realce los artífices de nuestro siglo. Descúbrense los extremos de los pies, cuyo calzado concluye en punta. El niño Jesus está desnudo y sin corona, y lo tiene la santa Imágen en su lado izquierdo, como lo tiene la milagrosa de Loreto. Extiende el niño Jesus su brazo derecho por el pecho de la Vírgen asiéndose á su manto; con la mano siniestra tiene un pajarillo, tomándole por la mitad del cuerpo; el color no se distingue, pero el cincel explicó el temor de aquella avecilla erizándole las plumas. Las piernecitas estan cruzadas, poniendo la izquierda sobre la diestra con rara honestidad. Planta la sacratísima imágen de nuestra Señora con tanta gala y artificio, que pondrá en cuidado al más diestro pincel que la copiase; porque la perfeccion de todo el distorno es tan hermosa y agraciada, que será difícil delinear su airoso movimiento, y como dice Amada, nadie ha podido jamás bien copiarla. La materia de que fué formada la santísima Imágen, es madera, tan incorrupta, que jamás se la conoció carcoma alguna, y este es uno de los milagros que aquí se admiran despues de tantos siglos.» A todo lo expresado sobre la imágen del Pilar, añade Aramburu, que la columna es de jaspe, de dos varas de alto, que descansa en una piedra que la continúa algo oscura sobre otra más clara, fijada en una basa redonda, y ésta sobre un plano de piedra como la que circuye toda la obra; que la columna está cubierta de bronce y sobre el bronce plata, cuyas dos cubiertas llegan hasta el pie de la santa Imágen, que está colocada en la columna sin otra seguridad, y así, como tambien lo dijo Murillo, dice que jamás se ha encontrado polvo en su rostro. Entre los tres autores citados puede el lector considerar el retrato de la santa Imágen nuestra Señora del Pilar; pues que si algo se ocultó al primero, lo añade el segundo, y por último el tercero añade lo que á ambos les faltó sobre el Pilar en que descansa. Fundada la santa capilla por Santiago, conjeturan los autores que permaneceria durante todo el primer siglo tal y cual la hizo el Apóstol, y que se salvaria de las persecuciones por singular providencia de Dios. Segun la opinion del P. Murillo, la capilla primitiva debió ser menor que la que se hizo despues, pero que ni el Pilar ni la imágen de la Vírgen, se movieron del sitio en que la fijó el Apóstol. Aramburu pretende probar con el epitafio del levita ya citado, que tiene la fecha de 196, que en el siglo II debió ya ensancharse la primera capilla, y con este motivo cita Nougués las razones y pruebas que da aquel autor para opinar así. Conjetura nuestro amigo, que al repararse las iglesias bajo el imperio de Constantino el *Grande*, lo harian los zaragozanos de la suya, y que á esto se referiria el lábaro constantiniano, que se encontró en el templo antiguo, ignorándose la forma en que se haria la reedificacion. De suponer es que hasta la irrupcion de los sarracenos se hiciesen en este templo algunas mejoras, si bien despues debió descuidarse el cuidado de su fábrica, toda vez que hallándola ruinosa el obispo

Librana, que murió en 1129, de quien ya hemos hablado, tuvo que recurrir á los fieles de la Iglesia universal para reedificarla. Otra reedificacion nos recuerda la historia en el año 1292 por el obispo Hugo de Mataplana, la que duró hasta el año 1435 en que se quemó esta iglesia, sin que el fuego llegase á la santa Imágen. Con las limosnas de la reina de Navarra Doña Blanca, esposa de D. Juan II, que recogió el canónigo obrero Manuel Domingo Galve, volviéndose á reedificar la santa capilla, cuya descripcion hace Nougués en el capítulo V de la segunda parte de su Historia, tomada de la que hizo el P. Murillo en el libro de que ya hemos hablado, insertando tambien la que de la misma hace el Dr. Blasco de Lanuza.—Acerca del templo antiguo del Pilar, que no debe confundirse con la capilla ó santuario de la Vírgen, le describe el P. Murillo, diciendo: «El año 1515 se reedificó una iglesia tan suntuosa, de nave tan bien hecha y una bóveda tan artificiosamente enlazada y sembrada de tantas flores hermosísimas de oro, que nos representa un cielo tachonado de estrellas. Ni faltan piedras que parezcan zafiro, porque en el enrejado del coro las hay de jaspe tan resplandeciente, que parecen espejos; con encajes de piedras de otros colores y cornisas doradas, con otras mil cosas que levantan de punto; y dentro de él hay tres órdenes de sillas, tan majestuosas y bien labradas, que sin duda es uno de los mejores de España. El retablo es de alabastro finísimo, de figuras asi grandes como pequeñas perfectísimamente acabadas. Debajo del altar mayor, en un arca de mármol, está el cuerpo de S. Braulio.» Lanuza, en sus *Historias de Aragon*, añade á lo dicho sobre este particular: «El templo es muy capaz, arrimado por un lado á la santa capilla ó al claustro que hay delante de ella, y por el otro á la grande y vistosa plaza que decimos del Pilar, es de una nave muy ancha y larga;» en lo demás, con poquísima diferencia dice lo propio que Murillo.—Hecha mencion de la capilla y templo antiguo del Pilar, vamos á seguir al Sr. Nougués en esta narracion, enterando á nuestros lectores de la historia y descripcion del actual santuario del Pilar, debido á la religiosidad del rey Cárlos II, último vástago de la dinastía austriaca, y aún más á la de su hermano natural D. Juan de Austria, Virey y Capitan general de Aragon, que tenia una entusiasta devocion á nuestra Señora del Pilar. «Llegando á Zaragoza el rey D. Cárlos para ser jurado por los aragoneses en 1677 y celebrar córtes, quedó tan devoto de la Vírgen, que apénas volvió á Madrid, llamó á concurso á los arquitectos para que le presentasen planos para levantar un digno santuario á nuestra Señora. Presentadas que fueron las plantas, eligió el Rey la hecha por el célebre arquitecto D. Francisco de Herrera, caballero del hábito de Santiago, y viniendo á Zaragoza, dispuesto todo al efecto, se colocó la primera piedra el dia de Santiago de 1681 por el arzobispo D. Diego de Castrillo, dis-

poniéndose al efecto una gran funcion. El Rey, no contento con haber dado para empezar esta fábrica 4200 pesos, concedió por veinte años las pingües rentas de la encomienda de Alcaráz, del órden de Calatrava. Prosiguióse, dice Aramburu, á quien copia Nougués, la obra, y como su planta llevaba la idea de incluir dentro del nuevo templo la santa capilla, previendo que era preciso acelerar cuanto se pudiera su mitad, en que se comprendia, segun su traza, su presbiterio y el sitio del altar mayor, para en estando hecha trasladar á ella el Santísimo de la nave que servia de Iglesia catedral, y derribando ésta, poder continuar en su sitio la obra, y erigir las cuatro columnas dentro de las cuales habia de edificarse, como se edificó, el tabernáculo, se aplicó el mayor desvelo para acelerarla; pero como su construccion dependia de limosnas, y era tan costosa, no pudo lograrse este devoto anhelo hasta el año 1718 en que concluida la mitad del templo, se trasladó á ella el Santísimo con la mayor solemnidad, cuyas fiestas escribió el P. Hebrera, cronista de Aragon y de la Orden Seráfica. Trasladado el Santísimo á la nueva no concluida iglesia, luego se derribó la antigua, y en su terreno se continuó la fábrica hasta que se puso en estado de poderse erigir la nueva santa capilla, para la que se suscitaron nuevos proyectos y no pocas dificultades. Cometió el rey Fernando VI á su arquitecto D. Ventura Rodriguez el cargo de idear una suntuosa y nueva capilla, y viendo la pobre decoracion que el templo tenia, empezó por adornarle del modo que se ve en su mitad, no habiéndose terminado del todo esta ornamentacion por falta de fondos al efecto. La longitud de todo el templo, segun el P. Hebrera, en su parte exterior es de seiscientos sesenta y cinco palmos: que todo el templo tendrá doce columnas áticas, proporcionada su robustez al peso gravísimo que han de sustentar; que ocho tienen veinte palmos de diámetro y treinta las cuatro que sostienen la cúpula; que la longitud de la nave principal es de trescientos sesenta cinco palmos y la latitud de ochenta y cinco; que las laterales son de menor latitud (sesenta palmos), pero de igual longitud, añadiendo á estas dimensiones el fondo de las capillas, que es de cuarenta palmos de diámetro; que la sala capitular es de cincuenta palmos de longitud y cuarenta de latitud; la sacristía de ochenta y cinco de longitud y cuarenta de latitud, y la sala de oracion de sesenta y ocho y cuarenta. El altar mayor de este gran templo es de alabastro, de estilo gótico y con buenas esculturas, obra del escultor valenciano Damian Forment, educado en Italia en la célebre escuela de Donatelo. Compártese en tres partes este retablo; en el de en medio se halla la Asuncion de nuestra Señora, ejecutada en alto relieve, con figuras de trece y más palmos, entre las que es notable la de Santiago; y las de los lados representan el nacimiento y la presentacion del Niño Dios en el templo, de la misma materia, de alabastro, siendo infinitas las labores y adorno que

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

completan el retablo. Empezada su construccion en 1509 con limosnas de los reyes D. Felipe y Doña Juana y de la vireina de Sicilia, Doña Beatriz de Lanuza y Pimentel, no se acabó hasta 1515, habiendo costado diez y ocho mil ducados, cantidad bien pequeña para el mérito de tan grande obra. — Ya descrito el templo actual del Pilar y hecha su historia, fáltanos terminar esta con la del nuevo tabernáculo ó sea la actual santa capilla. Como se hubiera tomado por una profanacion el mover el Pilar y la Vírgen del sitio en que los pusiera el apóstol Santiago, la formacion de los planos para respetar esto y que se disimulase el que el santo simulacro no quedase en el centro de la capilla como parecia regular, requeria mucho estudio y talento por parte de los arquitectos, y así es que todos fracasaron, ménos D. Ventura Rodriguez, director de la Academia de Artes de S. Fernando y arquitecto de cámara del Rey, que fué el único que resolvió el problema que se tenia por casi imposible. Propuso Rodriguez que en el centro se colocase una estatua de María Santísima, al natural y como si viviese, sobre un grupo de ángeles y nubes, y á su diestra otras de Santiago y de los siete convertidos en accion de estar orando, á los que indica nuestra Señora que adonde está la sagrada Imágen ha de quedar colocada y se la ha de formar la capilla.— Aprobado tan feliz pensamiento por Fernando VI y por el cabildo, y como no habia dinero para tan ostentosa obra, empezó el Rey por dar doce mil duros, y siguióle en generosidad el arzobispo de Zaragoza D. Francisco Ignacio de Añoa y Busto. Encargóse la parte de piedra al artista flamenco D. Juan Bautista Perlet; la de pintura á D. Antonio Gonzalez Velazquez, pintor de cámara; y la escultura se repartió además en D. José Ramirez de Zaragoza, á quien se encargó la direccion de la obra; D. Manuel Alvarez, de Salamanca; D. Cárlos Salas, de Barcelona, y los tallistas aragoneses Don Juan de Leon y D. Leon Lozano. Todo así preparado, se puso la primera piedra debajo del Pilar, por el arzobispo Añoa, el 3 de Diciembre de 1754, á cuyo fin se sacaron de allí los corazones de D. Juan de Austria y del arzobispo D. Manuel Perez de Araciel y Rada, los que con sus cajas se hallan hoy en uno de los nichos del panteon que está bajo el altar de la Vírgen de la columna; siendo de notar, que á pesar de esta grande obra, ni la columna ni la Vírgen se movieron de su lugar, ni un solo dia se dejaron de celebrar las misas en su altar, si bien éste se mudaba por necesidad muchos dias. Consignóse este hecho con letras grabadas en una inscripcion puesta en la primera piedra, que cita el Sr. Nougués, y siguiendo la obra con celeridad, terminóse la capilla en poco ménos de ocho años. Las aras de los altares se consagraron el 21 de Setiembre de 1762 por el obispo auxiliar, y despues arzobispo de Tarragona, D. Juan Lario Lancis, y el de 1764 pudo darse por concluida; habiéndose gastado, segun Aramburu, hasta entónces doscien-

tos veinte mil pesos, de los que los ochenta y seis mil trescientos diez y nueve los dió el arzobispo Añoa, y que además se gastaron veinticinco mil seiscientos cincuenta en la sacristía, coro, panteon y las grandes ventanas, vidrieras y adornos. Falleció el arzobispo Añoa en 26 de Febrero de 1764, ántes de terminar la obra, y fué enterrado en el panteon de la santa capilla, á cuya fábrica tanto contribuyó; y continuando la obra, el dia 28 de Agosto de 1765 bendijo las estatuas de los dos altares el dean D. Antonio Jorge, mereciendo aplauso en esta preciosa obra del tabernáculo del Pilar, tanto D. Ventura Rodriguez que la ideó, cuanto D. José Ramirez que la ejecutó. El santuario, tabernáculo ó santa capilla del Pilar tiene la figura oval por su interior, con tres ingresos. En las cuatro bóvedas, las tres fueron pintadas por D. Francisco Bayeu, y expresan las glorias de la letanía de la Vírgen *Regina Virginum*, *Confessorum y Sanctorum omnium*, y otra su cuñado D. Francisco Goya, que expresa el *Regina Martyrum*. «Quedando enteramente cerrado al Poniente el tabernáculo, forma la capilla, bajo la gran cúpula del templo, otro templecito muy hermoso, como está en Italia la santa casa de Loreto dentro de su catedral.» El Sr. Nougués copia en su obra la descripcion de esta famosa capilla del Dr. Aramburu al pie de la letra, y lo propio vamos á hacer nosotros en este lugar, creyendo hacer en ello un bien á los que deseen conocer el tabernáculo, guiar á los que vayan á verle para que no pasen desapercibidas sus bellezas, y honrar de este modo más á la Vírgen Santísima, dando á conocer al propio tiempo el mérito de los artistas que le dirigieron y trabajaron. — «Levántase el tabernáculo sobre un prolongado plano; pues teniendo de costado á costado ciento nueve palmos de diámetro, con los macizos, desde la testera interior, donde estan los altares, hasta su entrada principal, solo tiene, tambien con los macizos, noventa y nueve y medio: estas son su longitud y latitud, y siendo su circunferencia de seiscientos ochenta y seis palmos, su altura es de ciento tres y ocho y medio dedos. El órden que guarda su arquitectura es del mayor gusto; pues los pedestales son del toscano, las basas, columnas y capiteles del corintio, y el cornisamento del jónico; y así, de ello resulta un compuesto lleno de majestad y hermosura. Tiene tres magníficas entradas principales y seis pequeñas en los espacios de las intercolumnas, las que estan repartidas con la mayor proporcion. Su zócalo es todo de jaspe de Ricla, pueblo de este reino, cuyas negras manchas no sé si diga que son lunares que hacen su belleza más agraciada. Desde el zócalo suben para sostener las columnas y pilastras, los pedestales con sus basas, netos, cimacio y contrazócalo de piedra de la Puebla de Alborton, tambien pueblo de este país, cuyo color vago, que imita en algun modo al de la ágata, hace que parezca más preciosa, y son el zócalo y pedestales de nueve palmos y ocho dedos y medio de alto. Cargan

sobre ellos las basas de las columnas y pilastras de bronce dorado de molido, de palmo y medio de elevacion, adornadas graciosamente con un feston de laurel, y en ellas se sostienen las treinta y cuatro columnas y otras tantas pilastras, de veinticinco palmos de elevacion, que son de jaspe de Tortosa, mármol tan hermoso como conocido y el más propio para este sagrado edificio; así porque su primer fundamento fué el jaspe, como lo fué del tabernáculo de Dios, que vió misteriosamente S. Juan en su Apocalipsi, como porque teniendo tal fundamento, del mismo modo que en éste, debe ser de jaspe la piedra de que principalmente ha de erigirse y adornarse.—Las columnas y pilastras son todas de una pieza, y siendo las más de las columnas acicaladas y redondas, y las otras partidas, ya por mitad de su grueso, ya por el cuarto; las doce pilastras tambien son enteras, y las demás solo su mitad ó su tercio, lo que hace de más gusto su distribucion. De sus capiteles de bronce, hoy solo se ve su desnudo, porque por no haber medios, les falta su ornamento y dorado. Los entrepaños y contrapilastras se han labrado de un jaspe muy sólido, de Tabuenca, poblacion asímismo de esta provincia, que aunque se semeja al de Ricla, la mayor viveza de sus colores le hace ser más brillante y más terso. El arquitrabe y cornisa de este cuerpo es de piedra de la Puebla, y su piso de jaspe de Tortosa, y se guarda la misma regla en los frontispicios y témpanos de los tres arcos horizontales de las entradas principales del tabernáculo. Para adornar esta soberbia fábrica hasta la cornisa, se reparten por todo su contorno interior y exterior diez y seis puertas, de las que algunas tienen uso para subir á su cerramiento y para entrar en el recinto reservado, en donde estan los altares; y fijándose sobre las cuatro que tienen los dos costados por de fuera, unas cartelas airosamente cortadas y compuestas de diversas piedras, por diferenciar el adorno, coronan las otras doce otras tantas medallas de mármol de Carrara, con marcos de piedra de la Puebla, de la que tambien son las jambas, dinteles y cornisas de las puertas, siendo los fondos de sus vacíos de jaspe verde de Granada.—En los relieves de las medallas se representan con mucho acierto los principales misterios de la vida de nuestra Señora, y son obra de D. Manuel Alvarez y D. Cárlos Salas; y en los de las puertas, que son de bruñido nogal, varios geroglíficos alusivos á nuestra gran Reina, en los que ha sabido lograr D. José Ramirez que el primor con que estan trabajados les dé mas alma que los cuerpos y figuras que nos significan su concepto.—En la testera interior del tabernáculo estan colocados los tres altares: en el de en medio, entre dos de las grandes columnas, se ve como ya se dijo, la estatua de nuestra Señora al natural sobre un grupo de nubes y serafines, rodeada de resplandores, y entre todos los alados espíritus, sobresale un gallardo mancebo que principalmente la sostiene, con un escorzo tan extremado, que puede tenerse por

apuro de la habilidad. — Al lado del Evangelio está el altar de Santiago y sus siete convertidos en accion de orar y atender á la seña de la estatua de María Santísima, con la que les indica que donde se halla la santa Imágen le han de erigir y dedicar la capilla.—Todas estas estatuas con sus ornatos y cuatro muchachos que airosamente se colocan sobre los arcos de los nichos de los altares de la sagrada Imágen y Santiago, son tambien de mármol de Carrara y escultura de D. José Ramirez; y como estos dos altares hacen entre sí simetría, se han aseado sus dos nichos con unos pabellones y unas tallas doradas muy delicadas y exquisitas, que cuando la piedad dé caudales han de ser de bronce dorado de molido. — El nicho de nuestra Imágen soberana está todo cubierto de cristales y tachonado de brillantes refulgentes estrellas, y como el fondo imita al más hermoso lapislázuli, parece un pedazo de cielo, y así digno trono de un simulacro, que fué traido por sagradas inteligencias. Da majestad y belleza á este adorno un resplandor de plata, guarnecido de pedrería, que circuye la santa Imágen, y sobre él en el mismo nicho hay un dosel de plata, muy bien labrado, cuyo remate es un ángel con una espada en la diestra, para recuerdo del que escribe la V. María de Jesus de Agreda que la sirve de guarda. La ara en que está la santa Imágen la rodea una barandilla de cuatro mil onzas de plata, en cuyos balaustres triunfa el arte de la preciosidad, y por delante del presbiterio de los tres altares, guardando para memoria la distancia de los diez y seis pasos de longitud y ocho de latitud de la primitiva santa capilla, corre otra barandilla, cuya basa y cornisa son de piedra de la Puebla, y sus pilastras de jaspe de Tortosa, embutidas en sus vaciados de planchas de plata, levantados en ella de bajo relieve varios atributos de nuestra Señora; y en sus balaustres, que son asimismo de plata, hace ver sus aciertos igualmente el cincel: encima de la cornisa hay fijados muchos candeleros, y en las principales festividades se sobreponen unas azucenas felizmente imitadas, lo que hace mayor y más vistosa la iluminacion. Es el peso de la plata de las dos barandillas, azucenas y candeleros diez seis mil onzas; su coste veinticinco mil pesos; su artífice D. Domingo Estrada, natural de esta ciudad augusta, cuyo mérito se hará inmortal con esta obra. Estas barandillas se han hecho con caudales que dejó para ellas el Dr. D. Félix José Amada, canónigo que fué de la santa iglesia del Pilar, excelente letrado y sugeto muy erudito, y tan devoto de nuestra santa Imágen, que no contento con haber dado á la luz pública en un libro el compendio de sus milagros, de cuyas selectas noticias ya me he valido varias veces, destinó un fondo tan crecido con tan piadoso fin, lo que no he querido pasar en silencio, pues una accion tan gloriosa y tan pia es digna de eterna memoria, como ni tampoco dejar de prevenir que estos veinticinco mil pesos no van incluidos en los doscientos veinte mil que se

han gastado en el tabernáculo. Este es el adorno interior de este asombro de la arquitectura hasta su cornisa; el exterior hasta la misma de sus cuatro fachadas, en la que está la principal entrada y mira al norte, y en las dos de los costados se reduce á dos puertas entre unas medias pilastras, en cada una de ellas, que sostienen en sus cornisillas; las de la entrada dos medallas, y las de los costados las cuatro cartelas que ya dijimos, y á sus tres arcos horizontales con sus frontispicios; y en la que sirve de espalda á los altares, á cuatro de las pilastras grandes y seis de las medias y terciadas, á dos de las enteras columnas que tienen en medio el medallon en que se ha de figurar en mármol de Carrara la gloriosa Asuncion de María Santísima, á otras dos puertas con sus medallas y á dos crecidos cartelones en que se han de poner dos inscripciones, en que se dará noticia de la tradicion y de los principales bienhechores de esta piadosa fábrica, motivo por que aún no se han esculpildo en sus lápidas, pues por el mucho caudal que falta aún puede alguno hacerse benémerito de que se incluya entre ellos. A su diestra está el adoratorio del santo Pilar, y esta fachada con el tiempo aún se espera que sirva de altar mayor para el templo, y áun por eso en el medallon de su centro se ha de colocar el mismo misterio que tiene por titular el que hay ahora, pues aunque éste es de alabastro y de muy buena y no antigua escultura, impide la vista del tabernáculo desde lo más principal de la iglesia, y como está á poca distancia, le quita tambien el lucimiento; lo que y la mayor magnificencia con que quedará el presbiterio para las funciones sagradas, se tiene por justa causa para poner en ejecucion este pensamiento. En este mismo cuerpo se han construido: una sacristía para que se revistan los señores prebendados para decir muchas misas, que celebran para mayor culto de nuestra Señora en su santa capilla; un tránsito ó entrada para los sacerdotes que se revisten en la sacristía grande, que se describirá, que tambien las celebran todos los dias, y dos secretas escalarillas para dar comunicacion al alto exterior de esta obra cuando fuese preciso. Así sube este costoso edificio hasta su cornisa; y desde ella no solo se continúa, sino que se excede su preciosidad y primor, aunque su fábrica no es toda de piedra, porque la acertada extrañeza de su cerramiento, y lo delicada y ricamente que está adornada, bastaba para hacerle primorosamente precioso. Se elevan, pues, para erigirle desde las ocho grandes pilastras interiores cuatro arcos torales, que forman el tabernáculo y le cierran con cuatro cascarones y pechinas, cuyos marcos son de doradas y entalladas molduras, y sus espacios unas medallas de bajo relieve de estuco, de unos ángeles sobre nubes con instrumentos músicos de mano de D. José Ramirez. Los cascarones llevan su repartimiento de cinchos, que cargan sobre los macizos de las columnas, y estan llenos de cuadros con molduras. En los entrepaños que dejan los cinchos en los cascarones, en el

que cae sobre los altares, hay dos medallas en óvalo con bajos relieves de estuco, de niños con papeles de música, como que estan cantando; y en los otros tres, que hay encima de las entradas principales, una medalla de la misma figura en cada uno con juegos de muchachos, que tienen varios músicos instrumentos; y estas cinco medallas las ha labrado D. Juan de Leon. Por los vacíos de los óvalos, cinchos, molduras y cuadros de los propios cascarones se esparcen follajes dorados de bajo relieve, y en la parte superior de ellos se ha formado en cada uno un tragaluz, que sigue su forma oblícua. Las gargantas de los tragaluces se guarnecen con una moldura con tallas, cuyo friso está sembrado de hojas de roble, y el encuentro que hace esta porcion de obra con los arcos se convierte en delicadas volutas. Corona este bello cuerpo un arquitrabe de piedra de la Puebla, y su friso va orlado de coronas de roble, que cada una tiene en su centro una estrella. En el arquitrabe descansa la media naranja, cuya figura, que principia en un óvalo, recibe con ocho cinchos que la siguen, bien distribuidos y adornados como los de abajo, el anillo de arriba. En los entrepaños de estas ocho fajas hay ocho espirituosas ventanas; su luz la circundan unos marcos de talla, que tienen en la parte superior unas cabezas de querubines de estuco, y los entrepaños que dejan, se llenan de follajes como los de los cascarones, al mismo estilo, pero de distinto dibujo. — Espira la media naranja en un anillo de talla, cuyo diámetro y forma son de regulares proporciones, y en su friso se enlazan unas cándidas azucenas; desde el anillo se eleva la linterna, que sirve de corona á toda la obra, y consta de cuatro cartelas, que con sus movimientos y estar doradas, le dan por dentro muy buena vista.—Con esta idea y hermosura está dispuesto el cerramiento por lo interior, pues por afuera no solo no son inferiores sus ornatos, sino que aún son de mayor estudio y acierto, porque llevando por lo exterior el mismo repartimiento de cinchos, se diferencian en que sus fajas son doradas, guarnecidas de piedras ovales verdes, y los vaciados de los campos de medias tintas. Tambien se reparten cinchos dorados por los cascarones y molduras, y sus entrepaños se visten de escamas de color aplomado. Las porciones de arcos que se descubren, imitan al jaspe de Tortosa; pero los cuatro cartelones que reciben sus encuentros son de piedra del mismo jaspe, y sobre cada uno de ellos carga un crecido pebetero dorado, geroglífico de la oracion. — Las pechinas que quedan en esta parte, despues de dejar su márgen proporcionada imitada al jaspe verde, lo que les da más belleza por la variedad. En las cuatro fachadas sobre la cornisa y en los macizos que cargan en las columnas, hay repartidos, á dos por cada una, ocho pedestales de jaspe de Tortosa, que sostienen las estatuas de S. Gerónimo, S. Isidoro, S. Braulio, S. Julian, arzobispo de Toledo, Beda (que se distingue con el título de Venerable), San

Benito de Liébana, presbítero, S. Antonino de Florencia, y Sto. Tomás de Villanueva; y se ha tenido por muy propio colocarlas, porque aseveran en sus obras la venida y predicacion del apóstol Santiago á España, y porque dependiendo de esta verdad, que es indisputable, la de nuestra tradicion, era justo que se ilustrase un obelisco, que se erige en su memoria, con las efigies de unos santos tan célebres, y que afirman su principal fundamento. A los frontispicios de las mismas fachadas sirven de remate unas cruces con repisas doradas, y á los lados dos grandes ángeles como que las dan adoracion. — En los macizos del arquitrabe donde asienta la media naranja, hay en pie ocho ángeles, dos en cada frente, que con los símbolos que los distinguen, indican los ocho primeros coros de las gerarquías celestes; pues uno, con un corazon encendido en el pecho, representa el de los Serafines; otro, con la *Biblia* en las manos, al de los Querubines; otro, con un globo que incluye un triángulo equilátero con el nombre de Dios, Jehová, al de los Tronos; otro, con una cartela con el lema *Quibus dominor, agenda præcipio*, al de las Dominaciones; otro, en accion de movimiento, empuñando una espada desnuda y sustentando la columna de los israelitas, al de las Virtudes; otro, con un dragon sujeto á sus plantas, al de las Potestades; otro, con un cetro en una mano y dos coronas reales en la otra, al de los Principados; y otro, con un pliego en la diestra, con el mote *Majora nuntio*, al de los Arcángeles. He puesto cómo se han simbolizado los ocho coros, así para que se celebre la propiedad, como para que se comprenda que así aparecen más vistosas sus estatuas. Las cuatro ventanas grandes de la media naranja se hermosean con niños de varios escorzos, que tienen en sus manos coronas de estrellas y de rosas, palmas, y atados de azucenas; y los tragaluces con molduras y tallas. — Para recibir la linterna hay un zócalo proporcionado, y las cuatro cartelas que las forman, son en su extremidad á modo de volutas, y se resaltan de un arquitrabe, ciñéndolas cuatro querubines, que con sus alas abrazan todo su cuerpo. Sobre los macizos de la arquitrabe asientan cuatro pequeños pebeteros, que sirven de encuentros á otras cuatro cartelas de figura opuesta á las de abajo, y uniéndose sus volutas, mantienen una repisa con una grande cruz á la romana, en que remata toda la obra. — Esta ostentosa máquina logra el complemento de su perfeccion en la extraña idea y preciosidad de su pavimento, pues además de ser todo de jaspes y mármoles finos de Italia, por fabricado en Génova (lo que aunque no se pensó al principio, como ya dije, se tuvo despues por más acertado), se delinea en él con varios embutidos la misma planta del tabernáculo, de modo que en él parece que reverberan los cuerpos de arriba; el repartimiento de los arcos es de mármol blanco, y sus frisos de jaspe verde; los cuatro cascarones y tragaluces tambien son del mismo mármol, y en sus

campos, cinchones y fajas se distribuyen muchos adornos, á más de unas estrellas y rosetones de jaspe amarillo, siguiendo el propio rumbo el anillo de la media naranja, y colocándose en su óvalo, cuyo cuerpo es verde, un estrellon de jaspes pajizo y manchado, que forman su claro oscuro con la contraposicion de sus colores, y entre sus rayos se ven unos vástagos con unos tulipanes amarillos. La porcion restante, que corresponde á la media naranja, lleva la misma figura de sus ventanas, apareciendo sus marcos blancos, y en sus centros, que son verdes, estrellas pajizas. No es fácil dar á entender su delicadeza y buen gusto en su descripcion, y así los que no lo vean, se habrán de satisfacer con lo que se ha insinuado, pues en algun modo es bastante para que se comprenda la grata impresion que precisamente ha de hacer en la vista el maridaje de tan bien enlazados objetos.— Ya se dijo que el tabernáculo se situó en medio de cuatro columnas ó machones; estos estan ya corregidos segun la nueva ideada arquitectura del templo mayor, como tambien los cuatro arcos que descansan en ellos, y las cuatro pechinas que forman sobre las que cargan la grande cúpula, debajo de la cual se erige el tabernáculo. Por el anillo de la cúpula corre una barandilla dorada, y á su pie la adorna un feston de laurel, asímismo dorado, que la circula, sostenido de diversos grupos de muchachos de estuco. — En la cúpula y su linterna estan pintadas al fresco, por D. Antonio Gonzalez Velazquez, la venida de nuestra Señora á esta ciudad, la primitiva santa capilla, en el acto de estarla fabricando el apóstol Santiago y sus discípulos á las riberas del Ebro, con tan caprichosa distribucion y con tal valentía y acierto, que las figuras, ráfagas, nubes y boscajes de que se compone su pintura, siendo partes del arte, se mienten producciones de la naturaleza; que es lo más que puede hacer el pincel. En la parte superior de la linterna y en el centro de un golpe de resplandores, abultado con tal propiedad que casi deslumbra al que le mira, se coloca al Espíritu Santo, expresado en una cándida paloma, símbolo con que se nos significa desde que en el Jordan, segun los sagrados evangelistas, se dejó ver en esta forma al bautizar el Bautista á nuestro Redentor, y en las pechinas se han pintado las cuatro mujeres fuertes, que fueron sombras en la antigua ley de nuestra Reina soberana.—Junto á los dos machones que estan hácia la entrada principal de la frente del tabernáculo, hay dos suntuosas escaleras con sus barandillas, cuyas cornisas y basas son de piedra de la Puebla, y sus balaustres de jaspe de Tortosa, y todas estan labradas de mármol negro de Calatorao, y descendiendo por ambos lados á un espacioso descanso, fenecen en una que termina en el suelo de un grande subterráneo, que es donde está edificado el panteon. Este sigue la misma planta del tabernáculo, y enfrente de la escalera hay un altar, todo de mármol negro, con

su zócalo; y su mesa está suelta y aislada, la que se adorna en los funerales; corre por toda su circunferencia el repartimiento de pilastras, muros, entrepaños con sus basas y arquitrabes correspondientes, y asímismo de sus arcos y bóvedas; en sus espacios hay setenta y dos sepulcros de mármol negro, cuyo oscuro funesto color produce un melancólico recuerdo de su destino, aunque lo bien dispuesto de su arquitectura hace bien visto y áun agradable al mismo horror con que atemorizan. Enfrente de la entrada principal del tabernáculo, y á proporcionada distancia, está hácia el Oriente su coro, que es una muy crecida y magnífica capilla, de mucha más elevacion que sus colaterales y las demás del templo, cuyo fondo es cuarenta y cuatro palmos, y su anchura ochenta y cuatro: en sus dos costados sobre cuatro columnas de mármol negro con basas y capiteles de jaspe, descansan dos balconcillos ó tribunas para que estén los músicos en las sagradas funciones de la santa capilla; en su testera, á la propia altura de las tribunas, se ha de poner un grande órgano que sirva para las mismas funciones, y su parte interior y las de los costados las ocupa una bien labrada sillería de lustroso nogal, adornado de tallas y remates para el cabildo y clero, y aún falta mucho para finalizarla segun su diseño, pues se tienen todavía que hacer sus principales adornos que no se han podido construir por la escasez de tiempo y del caudal. Hácia el costado del tabernáculo que mira al Norte, á igual distancia que el coro, y enfrente de su principal entrada, se ve la sacristía, lo que á la parte de la iglesia tiene una graciosa portada que consta de jambas y pilastras de jaspe de la Puebla, y una columna de mármol negro á cada lado, cuyas basas son de mármol blanco, los zócalos de piedra de Ricla y los capiteles de alabastro; en las columnas carga el cornisamento de piedra de la Puebla, y el friso y témpano del frontispicio es de jaspe de Tortosa, sirviéndole de ornato una cabeza de serafin entre unos colgantes de flores de alabastro. —La figura de la sacristía viene á ser un cuadrilongo, pues tiene ochenta y ocho palmos de longitud y sesenta y seis de latitud. Enfrente de la puerta se descubre una crecida ventana, debajo de la cual hay un escudo que asienta sobre los cajones donde se guardan los ornamentos, sostenido de dos niños bronceados, como sus tallas, y en su campo, que es azul, se leen de letras de oro las oraciones, que se comprenden en el Misal para los sacerdotes cuando se revisten para decir misa; á sus dos lados se ven dos grandes espejos, á los que hacen frente otros dos en los de la puerta de la sacristía; en los centros de los dos costados de ella, en el de la derecha hay un armario que sirve de guarda-joyas para la santa Imágen, y en el de la siniestra otro para custodia de sus alhajas de plata; ambas por la parte exterior se adornan con unas jambas, y sobre ellas con una imposta, y tienen puertas de nogal sembradas de muchos bajos-relieves alusivos á sus

destinos, en los que brillan sumamente la idea y la habilidad. Abiertas las del guarda-joyas, se presentan luego á la curiosidad las que encierra, colocadas en un óvalo cercado de tallas doradas, cuyo campo es de terciopelo carmesí, con tal simetría, que á un golpe de vista se logra verlas todas y poder fácilmente graduar, estando juntas y con órden, su preciosidad y primor. Lo mismo se consigue en el armario de la plata, porque tambien está puesta con simetría. En los entrepaños que dejan los armarios, hay cuatro puertas de la misma labor que la de ellos; la una es de un oratorio reservado con un altar de plata de un Niño Jesus, por si alguno quiere decir secretamente misa; la otra es del retrete, en donde estan los cajones en que se tienen los mantos de la santa Imágen, la otra del de lavamanos, cuya taza es de mármol blanco, como tambien su adorno, con embutidos de jaspe de Tortosa; y la otra de la escalera que sube á la habitacion de los capellanes. Sobre estas cuatro puertas descansan cuatro cartelas de estuco con atributos de nuestra Señora, mantenidos de querubines, todo de bajo relieve; y encima del resalte que hace el arquitrabe hácia la puerta principal, y dos armarios de las joyas y plata, se distribuyen tres cuadros de distintos sucesos de la historia del apóstol Santiago, y hácia las otras cuatro puertas y cuatro espejos, ocho más pequeños de grupos de muchachos.—Los cuatro ángulos se rompen con cuatro pilastras oblícuas, que reciben la cornisa que circunda toda la sacristía, y el cielo raso que la sirve de techo, en el que con un gran marco entallado y dorado se adorna otro cuadro muy crecido de la aparicion de Santiago á caballo en la famosa batalla de Clavijo, y esta pintura y las de los otros cuadros son de mano de D. Joaquin Inza. — El pavimento es de jaspes de este reino, taraceados y distribuidos con un primor exquisito, lo que da á esta obra mayor hermosura. Antes de finalizar este capítulo, por que nada se omita, es preciso advertir que habiéndose considerado que si se colocaban las lámparas en la antigua santa capilla dentro del tabernáculo, á más de ser embarazo para que campeasen su arquitectura y adornos, con el tiempo se tiznaria la brillantez de sus piedras, se determinó distribuirlas pendientes de unas bien labradas cartelas de hierro, doradas á sisa, por el contorno que hacen al tabernaculo las paredes de la iglesia mayor y se han puesto en esa forma, con lo que se consigue que al mismo tiempo que sirven de culto á la sagrada Imágen, se evite en la noche la oscuridad en todo aquel gran recinto.» El Sr. Nougués inserta despues de esta relacion las seis inscripciones latinas que se pusieron en la santa capilla, cuya planta explicada da en su obra. Extracta en seguida la grande relacion que hace el P. Murillo de las excelencias de la santa capilla, y nosotros no podemos ménos de seguir su ejemplo, discurriendo con su guia sobre este particular. Es su primera excelencia el haberse fabricado de órden

expresa de la Vírgen por el apóstol Santiago, ayudado de sus discípulos, habiendo llevado al efecto los ángeles el Pilar, símbolo de firmeza y perpetuidad. Su antigüedad es otra excelencia, por ser el primer templo cristiano levantado en el mundo; de modo que si Dios mandó erigir á Salomon el primer templo de la antigua ley, la Vírgen ordenó se levantase el primero en la nueva de gracia, que fué el de Zaragoza, cuyo sitio vino en persona á señalar, dejándonos su divina Imágen sobre una columna. Tambien es excelencia de este santuario la de ser el primero del cristianismo en que tuvo lugar la veneracion de las imágenes públicamente, pues que no consta haya habido imágen venerada ántes en el cristianismo que la del Pilar. Que prometiendo la Señora ayudar con su intercesion á los que la rueguen, se ve diariamente cumplida su divina promesa, de lo cual somos buenos testigos, pues que en este santuario, abriéndosenos los ojos del alma á la luz de la gracia, que apénas divisaba nuestra debilidad, recibió nuestro pobre corazon el consuelo que deseaba, y encendido en amor á María Santísima alcanzó una felicidad que desconocia en las prácticas de la piedad y en la contemplacion de los divinos misterios, que pedimos á Dios nos aumente, y á su Santísima Madre que nos auxilie y ampare como hasta aquí, para que no volvamos á caer en la indiferencia, ni se debilite ni en un átomo nuestra piedad, ántes bien se aumente cuanto pueda ser y más pueda contribuir á la mayor honra y gloria de Dios y de su santa Madre y bien de nuestra alma. ¿Y no son excelencias, y grandes, haber tenido por primer obispo un S. Atanasio despues de un Santiago apóstol, Máximo, S. Braulio, Tayon, Bencio y otros no ménos célebres? Empero la excelencia por excelencia de este santuario es sin duda la perpetuidad prometida por la Vírgen, que dijo que aquel Pilar permaneceria hasta el fin del mundo, y que jamás faltarian en Zaragoza adoradores de Cristo; y hé aquí por lo que escapó de la general destruccion de templos cristianos por Daciano, y porqué le respetaron los árabes. Mas ¿cómo no habian de respetarle cuando, segun opinion de eruditos y piadosos escritores, le defiende el ángel Custodio, razon por la que se llama angélica á la santa capilla, si bien pudo tomar este nombre de las legiones de ángeles que piadosamente se supone acompañaron á la Vírgen en su venida en carne mortal á Zaragoza? Muy oportuno está el Sr. Nougués, cuando en el capítulo XIV de la segunda parte de su *Historia del Pilar* nos recuerda la coincidencia de las fechas del culto de la Vírgen con hechos principales de nuestra historia nacional: el 2 de Enero es aniversario de la venida en carne mortal de la Vírgen, como llevamos dicho, y el 12 de Octubre el de la dedicacion de su templo del Pilar; pues bien: el 2 de Enero de 1492 se rindió Granada á los Reyes Católicos, quedando libre España del yugo musulman despues de siete siglos de continua lucha, y el 12 de Octubre del mismo año descubrió Cristóbal Colon

para España la primera tierra de América, siendo tambien coincidencia se bautizase en 12 de Octubre nuestra reina Doña Isabel II *la Caritativa*, que ha vencido tambien á los moros en Africa, y que ha vuelto á recobrar parte de aquella primera América descubierta por su progenitora Isabel I *la Católica*, á quien imita en piedad y á la que excede en caridad y grandeza. ¿Y no pueden achacarse piadosamente estas nuestras glorias á recompensa del culto que tributan los católicos españoles á la Vírgen? Somos de la misma opinion que Nougués, de que si todo es casual para los hombres no lo es para Dios, que todo lo tiene sujeto á su voluntad divina. Grande es el entusiasmo que tienen los aragoneses, y en especial los zaragozanos, á la Vírgen del Pilar; entusiasmo que reprenden algunos autores por idolatría, y otros por supersticioso; pero en realidad ni de lo uno ni de lo otro participa, sino del verdadero amor que profesan á la gran Madre de Dios, á quien tanto deben y á la que veneran en aquella su Imágen, así como un buen hijo se extasía y se enternece á la vista del retrato de la madre ausente, ó que ya no existe, besándole algunas veces con trasporte recordando la realidad, sin que por esto tema ser acusado de idólatra. El culto de las imágenes, tan combatido en los primeros siglos por los iconoclastas, y cuya cuestion ha costado tanta sangre á la cristiandad, está reconocido y áun encomendado por la Iglesia católica; y por lo tanto nos dispensamos de hacer su apología, máxime cuando tantas veces hemos ya hablado de este asunto en esta misma obra, y en la Vírgen del Pilar no ven los aragoneses, así como todos sus devotos, más que una imágen querida de la verdadera que está en el cielo, que es á la que rinden adoracion cuando se postran á orar ante su sagrado simulacro; por lo cual no hay tal supersticion, y así lo prueba extensamente y con incontestables razonamientos el Sr. Nougués al empezar la tercera parte de su expresada *Historia*. Por todas partes las medallas, estatuas y estampas del Pilar son tan buscadas y deseadas, que podrian contarse á millones, no ya los objetos, sino las fanegas de estatuitas, anillos, medallas y simulacros de plata que han hecho los plateros solo de Zaragoza, y por miles las carretadas de resmas de estampas, que han impreso las prensas españolas y extranjeras, de la imágen de esta Imágen, pues que en ningun pueblo del orbe cristiano, y en especial del católico, creemos deje de hallarse, siendo multitud las veces que en mayor ó menor tamaño, en más ó ménos rica materia, le ha reproducido y reproduce cada dia la escultura, y le consigna en tablas y lienzos la pintura. Y cuando tantos millones de veces se reproduce esta santa Imágen de mil modos y por todos los pueblos católicos, ¿podrá ponerse en duda su excelencia? ¿No es ésta una prueba fuerte é incontestable de la santidad del orígen de este santo simulacro? ¿Cómo es que no sucede otro tanto con otras imágenes de la Vírgen en sus advocaciones de gran celebridad, al ménos en tan prodi-

gioso número? Preciso es confesar á vista de esto y de cuanto llevamos expuesto en este artículo, que la imágen del Pilar tiene privilegios sobre las demás imágenes, ya por ser la más antigua y el simulacro de la Señora que primero se ha venerado, ya por otras causas á que no alcanza nuestra limitada penetracion. Muchas veces se ha procurado pintar con exactitud este divino simulacro de María Santísima; pero pocas veces creemos se haya conseguido mejor que últimamente por el virtuosísimo D. José Mendez, pintor de cámara del Rey consorte de la Reina Doña Isabel II, D. Francisco de Asís, que por mandato de este soberano fué á Zaragoza; y preparado convenientemente por el sacramento de la penitencia, y despues de pedir de todas veras á Dios, por conducto de la Señora, le guiase la mano para retratar en el papel á la que tenia grabada con fuego en su alma, hizo esta magnífica estampa, que costeada por el Rey fueron regalados despues sus ejemplares á la obrería y á las personas piadosas más notables de la corte. Concebido el pensamiento de sacar esta copia por la piedad del Rey, que aplaudió su augusta esposa, entusiasta amante de la Vírgen, y ejecutada por un diestro pintor, bien conocido en la córte áun más que por sus bellas obras por su acendrada piedad, una virtud á toda prueba y por su devocion á la Vírgen, creemos que Dios y su Santísima Madre han bendecido su obra, puesto que es la mejor copia que todos confiesan se ha hecho en estampa de la Vírgen del Pilar. «El culto, dice Nougués, es un testimonio público, solemne é inequívoco de la fe, y la fe es un don de Dios, una inspiracion celestial. Así, que cuando vemos que todo un pueblo con un constante teson, una inalterable asiduidad, asiste á un templo y de generacion en generacion reproduce sus manifestaciones majestuosas á la Vírgen del Pilar, no puede ménos de reconocerse que hay algo de divino, ó cuando ménos de sobrenatural, en esta conducta, en este entusiasmo que ni envejece ni se debilita. Cambian los gobiernos, se varian las creencias políticas, la impiedad despliega su bandera, y el templo del Pilar siempre permanece incólume, y sus devotos no cesan de tributar á María Santísima sus afectuosos obsequios.» Y no es solo en España donde se verifica esto: el culto del Pilar se extiende no solo por Europa, si que tambien por toda la América, el Africa, el Asia y la Oceanía católica, y bien podriamos probarlo con datos irrecusables; pero concretándonos á Zaragoza, vamos á seguir al piadoso autor expresado para dejar consignado en este artículo el culto que la Vírgen recibe en el primer templo levantado en la cristiandad en su obsequio. El culto en la santa capilla del Pilar es diario, solemne y extraordinario, y daremos razon de él en estas tres secciones.—*Culto diario.* Media hora ántes de amanecer se reza la salutacion angélica por el capellan primero, y acto continuo se canta la santa Misa de Infantes por cantarla éstos todo el año, ménos los sábados y festividades principales de la Vírgen, al-

gunas del Señor, y la de S. Juan Bautista, que asiste la capilla de música. Terminada la Misa de Infantes, comienzan las misas rezadas sin interrupcion unas tras otras hasta las nueve, en que principian las de hora, celebrándose de media en media hasta las doce inclusive, y al dar principio á la primera misa despues de la de Infantes, empieza el rosario llamado de la Aurora, rezándole el capellan y contestándole los devotos con el pueblo, siendo éste el que ántes con tal título salia por las calles. Antes de dar principio á la misa de doce sale el capellan primero con capa de coro y reza la salutacion angélica. Concluida la misa, sigue siempre la sagrada Imágen expuesta á la veneracion de los fieles con la misma iluminacion, que se reduce, por lo ménos, á seis luces ante la Imágen y cuatro en los dichos dos altares que hay dentro de la misma santa capilla; las cuales se encienden ántes de comenzar la Misa de Infantes, y no se apagan hasta que se cierran las puertas de la iglesia, que es en todo tiempo dos horas despues de anochecer. Todos los dias del año va procesionalmente el cabildo desde el coro á la santa capilla á hacer conmemoracion de la Santísima Vírgen, cantando, despues de vísperas, el himno *Ave Maris Stella*, y despues de maitines la antífona *Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum*, que es la que, segun tradicion, cantaban los ángeles acompañando á la Vírgen en la noche de su venida, y diciéndose la oracion propísima del Pilar: *Omnipotens æterne Deus, qui Sacratissimam Virginem Matrem tuam, etc.*, que es la que se pone en la misa de la Vírgen. Al toque de oraciones de la tarde, vuelve á salir el capellan primero con capa de coro, acompañado de los infantes, y comenzando por la salutacion angélica, cantan aquellos una salve y los gozos de la Vírgen, terminando con el santo Rosario que reza el capellan y contesta el pueblo. Finalizado éste, comienzan los devotos del santo Rosario á rezar sus cuatro primeros misterios, cantando el último al rededor de la santa capilla con estandartes y faroles, ya que no se les permita salir por las calles como antiguamente y como exige la fundacion hecha por D. Antonio Solanas, terminando con la letanía y algunas letrillas á la Vírgen. En todos los dias de cuaresma se cantan por los infantes los Dolores de la Vírgen, acompañados de un hermoso armonio regalado para esto por un devoto, y en los domingos, miércoles y viernes asiste á cantarlos, además de los infantes, la capilla de música. *Culto solemne* es el de cuaresma, de que acabamos de hablar, y el de la festividad de la venida de la Vírgen, el de la dedicacion del templo el 12 de Octubre y otras fiestas de la Señora. *Culto extraordinario:* puede considerarse tal las fiestas votivas que á cada paso consagran los devotos á la Señora, y las grandes iluminaciones que los fieles hacen en la capilla, en las que se encienden gran número de luces, á cuyo fin está todo dispuesto. —Parécenos que no disgustará al lector insertemos en este lugar lo que el Sr. Nougués, por sí y otros autores

á quienes copia, dice acerca de la Misa de los Infantes que se canta diariamente en la santa capilla del Pilar, porque es de mucho interés religioso é histórico el que se repitan estas cosas para que no se olviden. — «Habiendo reseñado como uno de los primeros actos del culto esta misa, nos parece del caso mencionar todas sus particularidades. Esta funcion religiosa tiene no se qué de poético y de original; aún no ha rayado el dia, aún los crepúsculos no han anunciado con su tibia y débil luz la aparicion del sol, cuando el eco severo de las campanas de la catedral resuena en medio del silencio por todos los ángulos de la ciudad Augusta; parece que una lengua de bronce recuerda á los zaragozanos que tienen un deber que cumplir, y es tributar culto á la Vírgen ántes que llegue la luz del dia, porque esta Señora vino en alas de su amor á ser su amparo y su presidio entre las sombras de la noche. El viajero que recorre las calles para ir á tomar el carruaje, observa una extraordinaria agitacion: al toque de las campanas de la catedral, se abren y se cierran de seguida una porcion de puertas; hombres, mujeres, jóvenes y ancianos salen de sus casas, y auxiliados de la escasa luz de un farol ó de una pequeña linterna, se dirigen al santuario del Pilar. Así como el toque de llamada hace que veamos llenas de soldados las calles próximas al cuartel, así tambien el toque á Misa de Infantes siembra las avenidas del templo de nuestra Señora de una multitud de devotos; pronto se les ve postrados ante la adorable Imágen. El que entra en el templo se siente inspirado por un sentimiento de respeto y de devocion: una série de lámparas de plata á los dos lados de las paredes disminuye la oscuridad, y en medio de ellas, en el tabernáculo, las velas que rodean el simulacro de la Vírgen reproducen su claridad en los pulimentados mármoles que reflejan sus rayos como un espejo, y que causan en los diamantes de la corona de nuestra Señora una porcion de cambiantes que halagan la vista y sorprenden al que se postra en el santuario. Propiamente parece entónces la Vírgen á manera de un faro colocado en medio de los mares, que brilla sobre sus aguas; es en realidad la estrella de la mañana. A poco se oyen las voces de aquellas tiernas criaturas que se levantan del lecho para cantar las alabanzas de esta Madre celestial, alabanzas que parecen más agradables saliendo de la boca de séres que no han sido contaminados por el vicio, que conservan la estola de la inocencia. — La Misa de Infantes es, pues, el primer culto que se tributa á la Vírgen en Zaragoza, el primer acto de piedad con que se honra á la Patrona de Aragon, el primer paso que dan muchos hijos de la ciudad Augusta, que vuelven despues á sus casas gozosos con el consuelo de haber principiado el dia con un acto de amor y religion. En medio de su libre ejercicio se recuerda la época de las catacumbas y de la persecucion. No es extraño, pues, que la Misa de Infantes excite y haya excitado vivamente la atencion de los fie-

les. —Aunque ignoramos el principio, aunque no sabemos fijamente la época en que comenzó una devocion tan recomendable, no puede ménos de convenirse en su antigüedad, cuando observamos la fecha de ciertas liberalidades que prueban la existencia de este culto. Mediante escritura otorgada en 15 de Diciembre de 1672, ante el notario del cabildo D. José Sanchez del Castellar, D. Gerónimo Gersi, genovés, mercader, vecino de Sevilla, fundó las misas del sábado y festividades de nuestra Señora, con la cantidad de veinticuatro mil seiscientos ochenta y dos sueldos jaqueses, á cuya suma, por haber parecido ténue la distribucion que se hacia, añadió quinientas libras más el canónigo D. Francisco Jalve en 15 de Abril de 1687, cediendo un censo de esta suma impuesto sobre las acequías del Rey en Calatorao. En la escritura de redotacion se mencionan las festividades, que son: la Purificacion, Anunciacion, Visitacion, Patrocinio, Presentacion, Concepcion, Expectacion y S. Juan Bautista, y se puntualizan las distribuciones. —Todavía en el año de 1763 el Sr. Don Miguel de Sesé, canónigo de la metropolitana, fundó la Misa de la venida de la Vírgen Santísima á Zaragoza, cediendo al efecto una casa, parroquia de S. Pablo, callizo del Seron. La misa de Infantes se celebraba ántes de estas fundaciones, que solo tenian por objeto aumentar la solemnidad con la asistencia del canónigo celebrante y músicos, consistiendo la distribucion de todos en sesenta y ochos sueldos jaqueses. —Así lo convence lo que dice el P. Arbiol, página 184, que habla de ella como de una cosa antiquísima, diciendo que se ofrece cada dia por los que ayudan con sus limosnas á conservar el culto, y de seguida añade: «Todos los oficiales y artesanos que desean prosperar sus casas y familias, son puntualísimos en esta primera misa de nuestra Señora del Pilar, y no se hallan defraudados en sus deseos, porque á más de enriquecer sus almas con esta santa devocion, hallan que se les luce el trabajo, y se conoce que la Vírgen Santísima echa la bendicion en las obras de sus manos; y con un poco de limosna que ofrecen por la mañana á la soberana Reina, reciben ciento por uno, y en ellos se verifica lo que dice la divina Madre piadosa, que quien madruga para buscarla, ciertamente la hallará para su consuelo y remedio: *Qui mane vigilant ad me, invenient me.* Y hallando á María Santísima se halla la vida de todos modos: *Qui me invenerint, invenient vitam.* — Nosotros añadiremos, que principiar el dia con la oracion es principiarle con la meditacion, y el hombre que medita no se pervierte. La falta del discurso embrutece al género humano, éste se sublima y perfecciona cuando piensa en Dios, conoce su destino y naturaleza, y reflexiona sobre las verdades de una religion civilizadora y á la que el mundo debe sus adelantos.» Un artículo dedica el expresado autor á dar razon de los infantes de honor, rasgo

que denota el entusiasmo y fe aragonesa, por lo que no queremos dejar de insertarle íntegro como el anterior. — «Los aragoneses, y sobre todo los zaragozanos, no se contentan con ofrecer en las aras de la Vírgen sus bienes en cuantiosos donativos, pasan más adelante, van á ofrecer sus hijos. Apénas hay madre que llegada su convalecencia, no se presente con el fruto de sus entrañas en el templo del Pilar, y no haga subir hasta los pies de aquella Reina celestial á su prole, poniéndola bajo el amparo de la Patrona de Aragon. Arbiol (Reflexion X, pág. 189) habla de la costumbre de que los primeros pasos que den los niños despues de calzados, sean dentro del rejado de plata de la Reina de los ángeles y á sus pies. Es un espectáculo tiernísimo ver á un infante, esto es, á un niño de seis á diez años, vestido de sotana color de grana y roquete, llevando en sus manos una criatura que sube á que preste homenaje á la Vírgen; la madre mira, preñados sus ojos de lágrimas, esta escena tiernísima, y levanta su corazon invocando las bendiciones del cielo sobre el hijo de su cariño. — A esta costumbre ha seguido otra igualmente tierna, respetuosa y encantadora. Son muchas las familias que solicitan con empeño que sus hijos se vistan con el traje de infantes para servir á la Vírgen dentro del balaustrado de la santa capilla; servir á la Vírgen lo miran como un honor, y han juzgado que este acto de piadosa devocion debe atraer sobre sus familias una infinidad de venturas. — De esta laudable costumbre ya habló el P. Arbiol (Reflexion X, pág. 183 y siguientes) en estos términos: A más de los infantes músicos, que sirven en la santa capilla para todo lo referido, asisten tambien otros niños de la gente noble de Zaragoza, que sus virtuosos padres los destinan al servicio de la Reina de los ángeles en llegando á la edad de siete años, para que la Vírgen los guarde y los haga felices. Estos angelitos llevan el título de infantes de nuestra Señora, su traje decentísimo y donoso. Llevan sobre su propio vestido una sotana ó túnica talar morada, y sobre ella un roquete primoroso y limpio, que les llega hasta medio cuerpo, y una sagrada Imágen de nuestra Señora del Pilar, pendiente del cuello sobre el pecho, con una cinta de seda de buen color. Es un traje hermosísimo y devoto. La primorosa y vistosa túnica que el patriarca Jacob hizo á su querido hijo Benjamin, no seria tan agraciada como la de estos señoritos infantes. — No tienen exclusion, añade, para este devoto obsequio los estimables hijos de otros caballeros y nobles que tienen su domicilio fuera de Zaragoza..... El empleo sagrado de estos felices niños, infantes de la Reina del cielo, es asistir á las misas que se celebran en la angélica y apostólica capilla, y al medio dia ya estan libres y desocupados. Regularmente duran un año en este dichoso empleo, y algunos perseveran más, conforme á la voluntad y devocion de sus padres. A fines del siglo pasado obtuvieron esta gracia un hijo del conde de Sástago,

el primogénito del duque de Villahermosa, un hijo del marqués de Lazan, otro del marqués de Artasona. En 1808, uno del Excmo. Sr. D. Matías Gil y Fernandez, y en años posteriores uno del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli, y ántes su primogénito; otros del marqués de Ayerve, del conde de Fuentes, de la duquesa de Abrantes y de Linares, el actual conde de Robres, que siguiendo este ejemplo destinó tambien á este servicio dos hijos suyos. Impulsado de igual devocion, obtuvo asímismo este honor el autor de esta Historia para su único hijo varon D. Alvaro Nougués de Torremilano.—Esta es una gracia que concede el cabildo, si solicitada con memorial considera que el que la pide es acreedor á su otorgamiento por sus circunstancias y piedad. Los jóvenes á quienes se concede, solo asisten los dias festivos, ó en que no tienen escuela; se hacen á sus expensas el traje de infantes, y que para servir en la santa capilla es igual en la forma y color al de los demás, aunque sean de más finura las telas y más ricos los encajes; pero tienen un traje especial para las procesiones, que consiste en una sotana de seda de espumillon morado, raso, del mismo color que las mangas; bonete tambien morado de seda, y un roquete largo y ajustado, sin mangas, de tul ó encaje.»—Y pues que vamos tomando, con licencia de nuestro buen amigo el señor Nougués, algunos capítulos de su bellísima obra, no dejarán de agradecernos los lectores piadosos, lo hagamos de los V y VI, en que da razon de las principales fiestas de la santa capilla, y en especial de la festividad del Pilar. —«La primera festividad es la de la venida de la Vírgen á Zaragoza, á la que asiste el Ayuntamiento; los maitines de Reyes, que se cantaban antiguamente con música y que duraban cuatro horas; publicacion de la bula con asistencia de todos los canónigos de las dos residencias y del Ayuntamiento; Anunciacion de nuestra Señora con asistencia del Ayuntamiento y procesion del Portillo; la de los Santos convertidos el 15 de Mayo; la de Santiago y Santa Ana, con asistencia del Ayuntamiento; la de la Asuncion y Natividad de nuestra Señora, el dia 12 de Octubre, con asistencia del Ayuntamiento, sermon y procesion general, celebrándose despues la Octava; la del dia del rezo; la del Patrocinio de nuestra Señora; la de la Inmaculada Concepcion, con asistencia del Ayuntamiento, y la funcion de desagravios en la dominica infraoctava de la Purísima.—En 5 de Setiembre de 1798 hubo una deshecha tempestad en Zaragoza, que arrojó muchos rayos; cayó una centella en el templo del Pilar, que giró por la angélica capilla sin causar daño á los devotos que estaban rezando el rosario; desde entónces en igual dia se cantan con música el Rosario, la letanía y la Salve en dicha capilla, en conmemoracion de aquel suceso.—El culto más solemne es el dia 12 de Octubre; vamos pues á reseñarlo. Hay dias que parece que inspiran ideas plácidas y halagüeñas, en que el sol se presenta más brillante, la luz se muestra á

nuestros ojos más pura, y creemos que hasta el ambiente que respiramos está impregnado de aromas, y circulan á nuestro derredor ángeles de consuelo y de paz. No dirán sino que este es el concepto de los habitantes de Zaragoza y de muchos de los aragoneses en los dias de la festividad del Pilar. Apénas suenan las doce del dia 11 de Octubre, cuando la campana del reloj mayor principia desde la elevada y elegantísima torre apellidada *Nueva*, con compasados y no interrumpidos golpes, á anunciar al pueblo el regocijo con que debe alborozarse para solemnizar la fiesta de su Patrona. Turbas de forasteros invaden á Zaragoza y recorren sus calles, mostrando muchos con una atónita sencillez su admiracion por las grandezas de la ciudad. Vése, no sin asombro, una inmensa variacion de trajes y tocados: al lado del montañés, calzado de abarcas y vestido en disposicion de desafiar al frio, se ve el airoso continente del aragonés de la tierra llana, que muestra su bien contorneada pierna religada simétricamente con las cintas que sujetan una alpargata ligera y graciosa que apénas se engarganta en el dedo pulgar del pie, ceñida la cintura con la faja de estameña morada, ribeteada de galon carmesí y pendiente del lado derecho el cordon de la navaja. En Aragon, los trajes y los colores de los vestidos distinguen las comarcas; y en la festividad del Pilar, que es una fiesta nacional de este antiguo reino, se distingue el habitante de la serranía de Albarracin con su chaqueta y calzon anacarado, el de la de Teruel con iguales prendas azul celeste; los de los pueblos poco distantes de la capital con su traje negro y fajas blancas ó de seda; y los de la capital ordinariamente con su vestido de pana. Las mantas, imitacion desfigurada del alquicel morisco, tienen tambien sus diferencias, asi como el traje de las mujeres. Esta confusa muchedumbre recorre las calles á impulsos de la curiosidad, ó siguiendo los gigantones y enanos, vulgarmente cabezudos, que van por todas ellas difundiendo la alegría y el espanto, precedidos y seguidos de un batallon de muchachos que no teniendo escuela, se avanzan cuando los cabezudos se acogen bajo el presidio de los gigantes, ó huyen en confuso tropel cuando aquellos mónstruos se irritan á consecuencia de las injurias que les dirige aquella turba infantil. Entre tanto, una multitud de personas se dirige al templo de nuestra Señora, ora, pasea, se admira, y cuando llega la noche, se reza con religiosa solemnidad el Rosario, y se cantan los gozos á María Santísima. Una brillante iluminacion en todas las casas difunde la claridad y la luz por toda la ciudad. Antiguamente no habia calle que no tuviese su altar con un golpe de música, ni casi tienda donde no se hallase la imágen de nuestra Señora rodeada de luces. En la actualidad ha cesado este culto de barrio, esa demostracion especial de devocion, quedando tan solo en algunas calles la costumbre de hacer una iluminacion vecinal con panderos y faroles además de la general de las casas. — Llega el dia 12 de Octu-

bre, y el templo de nuestra Señora, desde la Misa de los Infantes, es frecuentado por una muchedumbre numerosa. Las misas se suceden en todas las capillas; las campanas de la torre, las de la santa capilla y demás altares que con repiquetes continuos llaman á los fieles á oir el santo sacrificio, ó les excitan á la adoracion en el *Sanctus* ó al alzar; el ruido de los pasos de los que caminan dentro y fuera de la iglesia; el sordo murmullo de la gente de la plaza, los gritos de los vendedores, que se perciben á lo léjos, y el de los gigantes y su música, compuesta de una gaita y un tamboril, forman un confuso rumor que produce en el alma hondas impresiones.—Se celebra poco despues con solemne aparato la funcion de iglesia; por la tarde la procesion, á que asisten todas las parroquias y el Ayuntamiento, agolpa toda la poblacion y los forasteros á las calles de la carrera, y por la noche el Rosario general, en que se transportan por brazos vigorosos, faroles que cansarian á gigantes y que parecen hechos para Polifemos, termina el culto del dia: todos se retiran fatigados al lecho; los unos para emprender de temprano su viaje á la plaza de toros, ó á sus pueblos; otros para dirigirse al templo á continuar sus rezos, y muchos para realizar por completo sus transacciones mercantiles. ¡Oh dias venturosos en que esta fiesta presentaba á mi alma una idea risueña, una esperanza de felicidad! Léjos de mi patria, de la ciudad en que se meció mi cuna, consagro un recuerdo á la memoria de dias tan felices que no volverán ya: y desde aquí envio mi oracion y mis suspiros á la Reina de los ángeles, á quien la fe de los aragoneses considera como su compatricia y la habitadora eterna de la capital de Aragon.» Multitud de indulgencias tienen concedidas los Pontífices á este santuario y su santa Imágen; enriquecen tambien el tesoro de la gracia las de muchos príncipes y prelados de la santa Iglesia católica, de todas las que el Sr. Nougués da un sumario en su obra, que dice deber á un devoto que clasificó metódicamente las bulas, breves, indulgencias y privilegios que forman el caudal de que pueden aprovecharse los amantes de la Vírgen en su sagrada advocacion del Pilar. Clemente XIV, en 24 de Noviembre de 1771, concede perpétuamente indulgencia plenaria á favor de las almas del purgatorio por quienes se apliquen todas las misas que se celebren en los altares de la capilla. Benedicto XIV, en su bula de Febrero de 1745, concedió que el sábado santo despues de los oficios se celebre misa rezada en la santa capilla. ¿Quién podria contar las ofrendas y limosnas que de tiempo inmemorial se han hecho y hacen al santuario del Pilar? Aún hoy en que por desgracia la impiedad ha echado tan hondas raíces entre nosotros, no falta jamás la ofrenda de cera por los fieles á nuestra Señora; y multitud de luces la alumbran diariamente y á todas las horas, siendo muchas las iluminaciones completas de la capilla que se hacen. Nunca salen los sacerdotes del Pilar de las sacristías para de-

cir misa en el santuario, sin ir pisando toda clase de monedas que arrojan al pie del altar de la Señora los fieles, al través de la magnífica verja de plata que cierra el presbiterio. Las fundaciones piadosas hechas desde muy antiguo en obsequio de la Señora en su santuario son bastantes, y su importe, segun Nougués que da razon de ellas y de sus virtuosos autores, pasa de un millon de reales, que por ser de inevitable cumplimiento, presentan un presupuesto especial que sostiene este culto de la Señora.—La fe ardiente de los aragoneses y su amor á la Vírgen ha sido la causa de las hermandades y órdenes del Pilar, que son muchas desde los tiempos más remotos, y á la Historia del Sr. Nougués puede acudir el que desee conocerlas con todos sus detalles, siendo de notar la Orden de caballeros y de damas, establecida por la reina Doña Blanca de Navarra en 1433, la que se componia solo de quince caballeros con el Príncipe, en memoria de los quince escalones que subió la Vírgen para presentarse al templo, y de nueve dueñas con la Reina, recordando en este número los nueve meses que llevó en su purísimo vientre al Redentor: dió la Reina á los caballeros y señoras de esta Orden por distintivo una banda azul con un pilar de oro esmaltado de blanco, rodeado con el lema en letras de oro: *A ti me arrimo*, divisa que no podian excusarse de llevar en las vigilias y fiestas de nuestra Señora, segun lo prevenian sus estatutos, que se insertan en el tomo IV, parte segunda, capítulo XIII, núm. 3 de los *Anales de Navarra* por el P. Moret y continuados por el P. Aleson. Por cuantas vicisitudes ha pasado Zaragoza en los tiempos antiguos y modernos ha pasado tambien el templo del Pilar y su santa capilla de la Vírgen, y en todas ellas se ha salvado y sido el refugio de los fieles en los dias de mayor tribulacion. Guerras con los extranjeros, con los convecinos cuando el Aragon era independiente de la corona de Castilla; y en fin, guerras civiles desastrosísimas han hecho sentir á la heróica é inmortal Zaragoza los rigores y azares de tan calamitosos tiempos, siendo allí más encarnizados y empeñados los combates por la natural bravura y tenacidad de sus hijos; no obstante esto, el templo de la Vírgen, sostenido en la fuerte columna de la fe católica de los aragoneses, de que es divino símbolo su Pilar, ha resistido como fuerte roca á todos los embates de la guerra, de la impiedad y de las pasiones sin ser hollado por la planta vencedora del impío, ni profanado impunemente por nada ni por nadie. En los célebres sitios que á los principios del presente siglo inmortalizaron á la ciudad invicta y á sus esforzados y valientes hijos, la inmensidad de bombas que destruyeron y pulverizaron gran parte de la ciudad respetaron este templo y santuario, que, como dice el Sr. Nougués, se conservó su santa capilla salva é incólume de tantos riesgos, y sirvió de centro de reunion á las familias que fueron á buscar en aquel santo lugar su consuelo y su refugio; habiendo capitulado la ciudad

solo cuando, tomado ya el arrabal por los franceses, colocaron estos las baterías frente al templo del Pilar; en cuyo caso, más que la fuerza, rindió á los bravos defensores de Zaragoza la piedad, temerosos de que el fuego enemigo profanase y destruyese el santuario de su Vírgen. Mucho temieron los aragoneses que los que tan irritados entraban por su valerosa resistencia, saqueasen las alhajas de la Vírgen, y la Junta de Gobierno de la ciudad, para aplacar á Lannes y á sus oficiales, se vió obligada á regalarle doce joyas preciosas del joyero de la Vírgen, que describe Nougués en la cuarta parte de su libro, cuyo valor estaba tasado en ciento veintinueve mil cuatrocientos once pesos y medio, siendo las dos más preciosas alhajas que se dieron un corazon con un cisne y dos polluelos al lado, compuesto de mil novecientos diamantes brillantes, donacion de la reina de España Doña María Bárbara de Portugal, tasada en un millon de reales, y una corona de oro, guarnecida de diamantes, rubíes y topacios, expresion del arzobispo D. Juan Saez de Buruaga, que costó treinta mil duros. Recibió el impío general Lannes este forzoso regalo, que bien pudiera calificarse de robo; pero no lo disfrutó por mucho tiempo, pues que á los dos meses murió con acerbos dolores de resultas de haberle arrebatado una pierna un cacho de metralla en la batalla de Esling. ¿Y se creerá esto casual por los que creen verdaderamente en la justicia de Dios? No, los que consideren que siempre ha de haber expiacion, segun nuestras creencias, no podrán ménos de ver en esto un castigo del cielo contra aquel que no temió enriquecerse á costa de objetos consagrados á la gran Madre del Crucificado, y que fueron fruto de la piedad de los fieles. Dió este pecador el escándalo, ¡y ay de aquel que le produce! Más le valiera no haber nacido. La Vírgen del Pilar redimió en esta ocasion á los zaragozanos con su tesoro, librándoles de un saqueo ó de otros males iguales, y este pueblo fiel y creyente vió á sus enemigos orgullosos, ir á doblar la rodilla ante la Vírgen del Pilar y á rendirla homenaje en el *Te Deum* que celebraron en su templo. ¡Cuán grande es la misericordia de Dios! ¡Cuán cariñosa su santísima Madre con nosotros; pues por pecadores que seamos, siempre está abogando en nuestro favor ante el trono de las misericordias! En nuestras recientes convulsiones políticas en el presente siglo, pudo zozobrar tambien el tesoro de la Vírgen del Pilar; pero la Señora tocó el corazon del jefe político D. Florencio García Goyena, cuando al acercarse el ejército francés en 1823 para derribar el sistema constitucional, se trató de ocupar la plata de las iglesias, y evitó que las alhajas de la Señora experimentasen un nuevo peligro, y acaso que corriera de nuevo con abundancia la sangre aragonesa. Posteriormente ha pasado Zaragoza por muchas revoluciones, causadas por las turbulentas oleadas de las pasiones políticas, pero todas se han estrellado en las puertas del templo de la Vírgen

del Pilar, pues que «en Zaragoza, cuando se trata de la Vírgen del Pilar no hay más que una opinion, que es la de que se respete cuanto directa ó indirectamente corresponda al santuario, y no se le cercene nada de cuanto pueda contribuir á su esplendor y grandeza.» En todas las convulsiones políticas, los revolucionarios mismos se han parado ante el templo del Pilar á rendir homenaje á la Señora con alegres músicas y cantares con el mayor entusiasmo, «entusiasmo que no han podido apagar los rencores políticos, ni las ilusiones que acompañan á ciertas ideas. Todos se afanan á dar, nadie quiere quitar nada á la Vírgen; la Vírgen perdió parte de sus alhajas en la invasion francesa, como se ha dicho; con motivo de la supresion de los diezmos, perdió una pension perpétua de mil treinta libras jaquesas, que en 1687 le concedió Inocencio XI sobre los frutos y rentas de la mitra de Zaragoza, como tambien los temporales que posteriormente Benedicto XIV y otros sumos pontífices concedieron sobre la misma mitra y sobre las de Albarracin, Huesca, Tarragona y Teruel; pero á pesar de estas privaciones, si bien las obras no adelantan como adelantarian en épocas de desahogo, el culto no ha cesado, y se presenta su continuacion como la de uno de los milagros que rodearon siempre á un santuario que cada dia atrae más la devocion de los fieles.» — Con muy preciosa piedad, manifiesta el Sr. Nougués la conveniencia de la conclusion de la obra del magnífico templo del Pilar, los medios que podrian adoptarse para ello, y mejoras que se podrian verificar, opinion que fortifica con la de Ponz, y con las que estamos muy acordes, y no podrán ménos de estarlo cuantos fieles calculen los bienes que han de resultar y los males que con estas medidas pueden evitarse. Muy magnífico es ostente el joyero de la Vírgen del Pilar tantas alhajas, no tanto por su valor, cuanto porque acredita la generosidad y piedad del pueblo español; pero como esto sea un adorno secundario, y pudieran sobrevenir desgracias como en 1809, en que se robasen por guerras, ó un descuido en que una mano sacrílega atentase y se apoderase de este tesoro, cosa no imposible en una época en que apénas pasa dia que no nos cuenten los periódicos el robo de los vasos sagrados y alhajas de alguna iglesia, siendo multitud de ellas las que de diez años á esta parte se han robado, creemos muy piadosa la opinion de que dejando al Pilar las más indispensables joyas para adornar con grandeza á la Señora en sus principales festividades, se rifasen las demás entre los fieles, que elevarian en sus pujas mucho sus valores, y con su producto se continuasen las obras que faltan para terminar el templo tan magnífico como famoso en toda la cristiandad, siguiendo en las obras las disposiciones propuestas por el célebre arquitecto D. Ventura Rodriguez, que si aún faltase dinero, es bien seguro que la piedad de los españoles completaria hasta lo necesario. Creemos, que debiéndose todo á Dios, en nada mejor pue-

de el hombre emplear las piedras y metales preciosos que en el adorno de las imágenes y de sus altares; pero en vista de los ataques que la codicia, hermanada con la impiedad, dan diariamente á esta clase de riqueza, tanto para evitar el sacrilegio y el escándalo que tanto daño hace á la cristiandad, cuánto para evitar los delitos de esta especie, sentimos no ser prelados, ó tener influencia suficiente cerca de la Santa Sede, para hacer emanar de ella una disposicion prohibiendo el uso de metales y piedras preciosas en las iglesias, máxime hoy que con el metal Chritof puede sustituirse á la plata con tanta propiedad y con igual lucidez, y con el Ducley al oro. Si esto se hiciere, ¿de cuántos escándalos y crímenes no se libraria la cristiandad? Vendidas ó reducidas á moneda esa multitud de alhajas que se reunen en los templos, á pesar de los saqueos que en ellos ha hecho la impiedad en el presente siglo, podrian repararse muchas fábricas que estan deterioradas ó amenazan ruinas, pues que ántes son los templos que los adornos, pues que éstos no son necesarios y aquellos son indispensables para el culto cristiano. Somos de opinion, conociendo el religioso carácter de nuestro pueblo, y en especial la parte de Aragon, que áun sin tocar á las alhajas del Pilar, si se pusiera empeño en ello, con una buena direccion, podria terminarse áun en los tiempos que corremos el templo del Pilar con solo limosnas; porque, ¿qué español se negaria á ello? Y sin ser español, si, como en otro tiempo, se dirigiese el arzobispo de Zaragoza para este fin á los demás pueblos católicos, ¿dejaria de encontrar apoyo en ellos, siendo así que el culto del Pilar está tan extendido? Creemos que no, porque confiamos tambien mucho en el apoyo que para todo presta la Señora á sus buenos hijos para cuanto tiende á la mayor honra y gloria de Dios; y si no, hágase la prueba, y estamos bien seguros de que no ha de hacerse esperar mucho tiempo el buen éxito; tal es la fe que nos anima al considerar, sobre todo, el gran poder de Dios, que no puede ménos de complacerse en los obsequios que los fieles tributan á su bendita Madre, á la coredentora del género humano, á aquella que por gloria de su excelso Hijo y para la suya fué concebida en gracia sin pecado original, y que siendo Hija de Dios, fué al propio tiempo su Madre y su Esposa, misterio que venera el católico con entera fe y en cuya creencia se deleita. — Antes de dar fin á este artículo réstanos decir que en la reunion de prelados que con motivo de la canonizacion de los santos mártires del Japon y el Bto. Miguel de los Santos, hubo en Roma en Junio de 1862, los prelados españoles, entusiastas de la más ilustre gloria de su nacion, y contando que los fieles se complacerian mucho en que por toda España resonáran los mismos himnos de alabanza que en honor á María, bajo la gloriosa advocacion del Pilar, se cantan en Zaragoza durante toda la octava de esta fiesta, pidieron á Su Santidad y obtuvieron el que fuese fiesta con rito doble de primera

clase, y que se celebrára la octava, lo cual se verificará desde el año próximo, por no haberse podido disponer muchas cosas indispensables para que se verifique en el presente. — Hemos llenado, en nuestra pobre opinion, el objeto que nos propusimos al empezar á escribir, que fué primeramente la mayor honra y gloria de Dios y de su bendita madre la Vírgen María, nuestra segura guia en el camino que conduce á la vida eterna; el instruir á los que lo ignoren de las excelencias é historia del magnífico templo del Pilar de Zaragoza y de la santa capilla de nuestra Señora, y dar á conocer la preciosa *Historia del Pilar* de nuestro querido amigo y redactor con nosotros de esta obra, el piadoso magistrado D. Mariano Nougués y Secall, obra que ha merecido un bellísimo informe á la Academia Española de Arqueología y Geografía, de que tenemos la honra de ser director facultativo y el Sr. Nougués académico de número y vicesecretario, dado por el capellan de honor de S. M. y académico de honor, D. Genaro Sanz, cuyo informe, leido en plena Academia presidida por su académico de mérito y protector augusto S. A. R. el Sermo. Sr. Infante de España D. Sebastian Gabriel de Borbon y de Braganza, gran prior de la ínclita Orden de S. Juan de Jerusalen, fué aprobado, y por el que se dieron al Sr. Nougués los plácemes de este cuerpo científico como autor de tan precioso como piadoso libro. Consulten esta obra los devotos de la Vírgen del Pilar, y seguramente que al edificarse y confirmarse en su amor, no podrán ménos de agradecernos el consejo.—B. S. C.

PILASTRE (Pablo). Es conocido tambien por el apellido de Güelduci, nació en la ciudad de Florencia sin que conste el año, y tomó el hábito de la Orden de Predicadores en el convento de Sta. María Novella de la misma ciudad, donde hizo sus estudios, distinguiéndose, cuando los hubo concluido, por su elocuencia para la predicacion. Habiendo pasado á Roma, fué nombrado prior de Sta. María de Minerva por los años de 1311, mereciendo que el cardenal Nicolás de Prato, cuando fué nombrado arzobispo, le llevase consigo en el año 1313 con objeto de enriquecer su iglesia con aquel apostólico varon, que sabia explicar tan bien la divina palabra y los principales dogmas de nuestra sagrada religion. No pudo, sin embargo, disfrutar mucho tiempo de la merecida honra que le dispensára el cardenal patriarca, pues una muerte prematura le arrebató en el mismo año 1313. Dejó escrito: *Annotationes in Novum Testamentum, aliæ in Philosophiam Aristotelis.*—M. B.

PILATO (Poncio). Este nombre, que lleva consigo una marca de execracion y de ignominia, hace concebir cuando se pronuncia una idea lúgubre y espantosa, de cuya influencia, áun á pesar nuestro, no podemos sustraernos. Más de diez y ocho siglos hace que diariamente mil y mil veces, en mil distintos países y en mil diferentes lenguas, se hace mencion del débil y pusilánime juez del Redentor del universo. Donde quiera que los labios cris-

tianos pronuncien el símbolo de la fe, allí se oye el nombre de Pilato: y cuando tantas generaciones han pasado, cuando tantas memorias se han perdido, cuando solo las personas instruidas recuerdan los héroes y capitanes de los pasados siglos, Pilato vive aún en la memoria de todas las gentes, y hasta el inocente niño y el pobre campesino saben su nombre y execran su memoria. Varían sobre manera los muchos autores que acerca del presidente de la Judea han tratado. Al fijar el punto de su naturaleza, unos le hacen romano, de noble alcurnia y perteneciente á la clase ecuestre, fundándose, los que tal afirman en que el nombre de Poncio era muy comun en Roma, y en que su sobrenombre ó apelativo parece de orígen latino. Otros dicen que nació en lo que hoy llamamos Helvecia ó cantones suizos. Otros, y entre ellos Sixto de Siena, que fué natural de Lyon, en Francia, hijo bastardo de padre noble y de la hija de un molinero; y por último, el P. Vivar asegura que su naturaleza fué en España en la ciudad de Tarragona, llegando hasta afirmar que en esta poblacion habia familia descendiente de él. Pero sea cual fuese el fundamento de estas opiniones; lo cierto es que conforme siete ciudades de Grecia contendieron para que se declarase el honor á cada una de ser patria de Homero, así todas las poblaciones, donde se supone haber nacido Pilato, rehusan esta infamia, por lo cual no es fácil que se fije su verdadera procedencia. No debió, sin embargo, pertenecer á una familia vulgar, ni hallarse en una posicion mezquina, cuando obtuvo el elevado destino de presidente de la Judea; pues sabido es que para desempeñar tales cargos no se nombraba en Roma sino á los sujetos de nobleza conocida y de fortuna notable. Dícese que Pilato era hombre humano y afable; que bien por esta circunstancia, ó bien por no dominar Roma en Judea por derecho de conquista, se portaba con los naturales de una manera que no daba lugar á quejas, ni por consiguiente á las sublevaciones que tan comunes eran entre los hebreos contra las autoridades. En quieta posesion se hallaba de su destino cuando ocurrió la predicacion del Evangelio. No se opuso á ella, porque nada podia oponerse al que anunciaba el reino de Dios, al que recomendaba la paz entre los hombres, y al que respetando el poder establecido, aconsejaba se diese al César lo que al César pertenecia. Ménos se opuso á la entrada triunfal del Salvador en Jesusalen; porque la política romana llevaba la mira, para dominar mejor, de ser tolerante con todos los pueblos dependientes de su autoridad, halagando sus instintos, respetando sus costumbres y sufriendo hasta sus preocupaciones; acostumbrándolos de este modo á llevar, sin sentirlo, el pesado yugo de la servidumbre. Pero llegó la noche terrible de la pasion de Jesucristo. Los judíos, que aún se gobernaban interiormente por sus leyes, pero que no podian pronunciar una sentencia de muerte sin la sancion del representante del soberano, bajo cuyo dominio tácitamente se

habian puesto, despues de acusar á Jesus ante los pontífices de su ley como impostor y blasfemo; le presentan á Pilato como un revolucionario (permítasenos la expresion) como un revoltoso y un perturbador del órden, que titulándose rey de los hebreos, atenta á los soberanos derechos del César y concita los ánimos para la sublevacion y el motin. La cuestion ya varía de aspecto. Pilato, encargado de mantener el órden público y la tranquilidad en la Judea, tiene necesariamente que hacerse cargo de la acusacion. A las primeras palabras que Jesus pronuncia, conoce como juez desapasionado, la inocencia del pretendido reo; y aunque su debilidad y su temor de disgustar al Emperador y al pueblo, impiden que le dé por libre, busca todos los medios posibles, aprovecha la más pequeña circunstancia y usa el más leve subterfugio que halla á mano para salvar á aquel inocente. — «No hallo en él delito para condenarle,» exclama; y el obcecado pueblo, que á todo trance quiere se le condene, le acusa otra vez diciendo que desde Galilea á Jerusalen ha venido predicando su doctrina y alborotando las gentes. Aun de esta nueva acusacion quiere Pilato sacar partido para cubrir su responsabilidad y no cargar su conciencia. Manda que Jesus sea llevado á la presencia de Herodes, rey de Galilea, que accidentalmente se hallaba en Jerusalen, á fin de que éste le juzgue y le sentencie. Pero Herodes no quiere turbar la alegría de sus festines con la celebracion de un juicio, y mofándose de Jesus, que *no ha hecho un milagro delante de él*, se le devuelve á Pilato. Aquí entra de nuevo la perplegidad del juez; aquí manifiesta otra vez su debilidad de carácter. Para celebrar la pascua es costumbre soltar un preso de las cárceles, y no hallándose detenido ningun otro más que el ladron y asesino Barrabás, porque ya Dimas y Gestas estan condenados á muerte, el tímido juez transige con el rebelde populacho, preguntándole si suelta á Jesus ó á Barrabás.... La respuesta no es dudosa.... La opinion pública tiene ya sentenciado á Jesus. Nada importa que Pilato, creyendo aplacar la ira de los judíos y acaso con intencion de salvarle, mande azotar á Jesus para manifestar al pueblo que nada debe temer de aquel hombre, á quien se aplica el castigo guardado solo para los más viles esclavos. Nada importa que cediendo á las sugestiones de la muchedumbre, cuando ésta le amenaza con denunciarle al César, se lave las manos y entregue la persona del Salvador á sus feroces enemigos, diciendo que le juzguen y castiguen segun sus leyes. Su conducta no tiene por esto disculpa, ni su debilidad es por esto ménos vituperable. Ningun juez abandona al acusado que se halla bajo el amparo de la ley. No ve delito en Jesus, y sin embargo no le salva: conoce que es inocente, y sin embargo permite que le maltraten, le escarnezcan y le hagan sufrir una muerte anticipada. Varios autores místicos y graves expositores que hemos consultado, citan curiosas particularidades de que nos haremos car-

go, porque juzgamos que son muy dignas de referirse. Despues que Pilato abandona el pretorio, lleno de inquietud y de zozobra por la vista del espectáculo que él mismo ha hecho preparar: despues que deja abandonado á Jesus en manos de los crueles verdugos, se retira al interior de su palacio para buscar el reposo; mas ni en la tranquilidad del hogar doméstico puede encontrarlo. Salióle al encuentro su mujer *Procla* ó *Prócula*, como la llaman Flavio Dextro y Nicodemus; y refiérele la vision que en sueños ha tenido, y en la cual se le ha presentado Jesus con su verdadero carácter de Hijo de Dios, notando al mismo tiempo el triunfo de la cruz en todos los ámbitos del mundo, y le conjura para que por su parte no contribuya á la condenacion de aquel justo. Algunos autores dicen que la vision de la mujer de Pilato fué una sugestion del enemigo mortal del género humano, que por este medio juzgaba evitar la muerte que habia de darnos á todos la vida; pero nosotros creemos más bien que *Prócula* se sintió animada del espíritu profético, y que con este motivo abrió sus ojos á la verdadera luz; siendo una de las primeras personas que abrazaron el cristianismo, segun el testimonio de S. Pablo, que en su epístola á Timoteo hace mencion de ella llamándola *Claudia Prócula*, habiéndola conocido en Roma viuda ya ó separada de su marido. No solamente se presenta Pilato ante la vista del mundo como juez débil y funcionario público sin carácter; preséntase tambien bajo el aspecto jurídico como infractor de los principios más graves del derecho que se hallan consignados en casi todos los códigos de los pueblos cultos. Un jurisconsulto francés (Mr. Dupin) en la obrita que publicó, titulada *El proceso de Jesucristo*, ha pretendido demostrar las nulidades jurídicas que se cometieron en él. Nosotros no usaremos de la palabra proceso en su verdadera acepcion. Proceso ó causa es aquella en que se llenan todas las formalidades y requisitos que previene el derecho civil ó penal de una nacion civilizada. En la apariencia de juicio formado contra Jesus no hubo formalidad alguna, ni se cumplió el más leve requisito legal. Es, pues, el juez infractor de la ley en los tres casos siguientes. En ninguna legislacion, y ménos en las prescripciones del derecho romano á que debiera atenerse Pilato como representante del imperio, está permitido juzgar de noche. Pilato tuvo abierta su audiencia en la del jueves al viernes, interrogó y mandó aplicar á Jesus un castigo tan cruel é infamante como inmerecido. Pilato infringió la ley. A ningun juez se le consiente pronunciar sentencia, á ningun acusador solicitar pena sin que el delito aparezca justificado, bien por la declaracion del reo, bien por la de los testigos. Solo dos, y esos falsos, depusieron contra el Salvador. Pilato, obrando del modo que lo hizo, infringió segunda vez las disposiciones de la ley. Finalmente, el legislador prescribe que á nadie se condene sin oirle y sin permitir que se defienda. En el juicio sumarísimo de Jesus, aun-

que él no quiso contestar á los cargos que le hacian, no se le dió un defensor que lo verificase en lugar suyo. Esta infraccion es más terrible aún que las dos precedentes, porque la sentencia dictada bajo tal punto de vista se convierte en asesinato. Finalizada la sangrienta tragedia del Calvario, Pilato continuó en el gobierno del pueblo deicida. Un año habia transcurrido desde la muerte del Salvador, ó cinco segun otros autores, cuando ideó construir un acueducto para surtir de agua á Jerusalen. Esta obra era de suma importancia y exigia cuantiosos gastos. No encontrándose Pilato con suficientes recursos para concluirla, y queriendo hacer vana ostentacion de la brillantez romana terminándola á toda costa, se apoderó del tesoro del Templo, no obstante la oposicion y resistencia del Pontífice y de los sacerdotes. Los judíos, que vieron impasibles la muerte del Justo; que habian pedido cayese sobre ellos la sangre del Redentor; que habian despreciado al Hijo de Dios, no pudieron, ó no quisieron, sufrir aquel ataque á una religion caduca que estaba ya próxima á extinguirse. El pueblo hebreo se levantó en masa y tomó las armas contra la dominacion romana. Pilato al frente de sus legiones procuró sofocar el movimiento, y la rebelion, despues de sufrir grandes pérdidas, se reconcentró en Samaria. El presidente puso sitio á la ciudad y redujo á los rebeldes al último extremo. Capitularon por fin ofreciendo someterse si se les aseguraba la vida. Pilato lo ofreció deseoso de terminar la campaña; mas apénas hubo entrado en Samaria, mandó pasar á cuchillo á todos los que encontró con las armas en la mano, siendo muy pocos los que escaparon de tan horrible matanza. Esta accion fué como el anuncio de la destruccion del pueblo judío, verificada más tarde segun Jesus lo habia profetizado. Poco despues de tal suceso fué llamado Pilato á Roma para dar cuenta de su conducta. Unos autores dicen que reinando todavía Tiberio, otros que al principiar el imperio de Neron. Varian dichos autores acerca de la causa que motivó su llamada. Unos pretenden que fué con motivo de la exposicion que la Magdalena hizo al emperador Tiberio de lo acaecido con Jesus, y de que él no tenia noticia alguna, puesto que Pilato, faltando tambien á su deber, no le dió parte de aquellos graves sucesos hasta los últimos dias de su gobierno, en que le remitió la carta que más adelante citaremos, y que causó suma indignacion al César. Otros dicen que la causa de su llamada y destitucion fué la queja presentada por los notables de Samaria, que escaparon del degüello, y que le acusaron ante el Emperador por la atrocidad cometida. Tambien difieren los autores sobre la determinacion tomada contra Pilato. La opinion más comun es que el Emperador le desterró perpétuamente para Leon de Francia, donde oprimido de calamidades y remordimientos se mató por sus mismas manos. Pero Suidas, autor griego antiquísimo, en su diccionario, palabra *Neron*, á la página 220, dice que cuando era todavía jó-

ven y oia lo que se decia de Jesus, juzgaba que aún era vivo. Mas cuando supo que le habian crucificado, se llenó de ira y mandó traer á Roma presos á Anás, Caifás y Pilato. Presentados al Emperador, los sacerdotes se disculparon diciendo: que no tenian culpa de su muerte, porque le habian entregado á Pilato como representante de la ley. Tambien asistió Pedro en calidad de testigo; y enterado Neron de todos los sucesos, mandó echar de su presencia á Anás y Caifás como personas despreciables y de poco valer, é igualmente á Pedro por haber negado á su maestro, enviando á la cárcel á Pilato y ordenando que le cortasen la cabeza, en castigo de haber consentido la muerte de un hombre tan grande sin previo mandato imperial. El cardenal Tomás Jorgio refiere esto mismo, aunque con alguna diferencia, pues atribuye á Tiberio el castigo de Pilato. Dice que este Emperador, cuando recibió la carta que á continuacion transcribiremos, le hizo venir á Roma para exigirle la responsabilidad de su criminal ligereza. Aunque Tiberio se hallaba lleno de cólera, al ver á Pilato se le quitó súbitamente, levantándose de su asiento como por cortesía y saludándole con afabilidad. Por tres veces se repitió lo mismo, admirándose el Emperador de que á pesar suyo tratase así á aquel hombre á quien pensaba castigar. Mas pronto se aclaró todo el misterio; Pilato llevaba debajo de sus vestiduras la túnica *inconsútil* del Salvador, que los verdugos le habian regalado ó vendido. Dispuso el César que se la quitasen, y al punto recobró su antigua cólera, ordenando que inmediatamente le cortasen la cabeza. Hemos consignado estas opiniones, no más que como una curiosa tradicion y sin salir garantes de su exactitud. Unicamente diremos que de ella se desprende una terrible leccion para los ambiciosos gobernantes. Pilato, que por conservar la gracia del César habia contribuido á la muerte del Salvador, vino á perder esta gracia juntamente con la vida. Los críticos modernos han desmentido todas estas tradiciones, tachando de apócrifos los escritos que las contienen. En el número de ellos incluyen la siguiente carta, que nosotros trasladamos como un curioso documento; y aunque no sea verdadera, está bastante conforme con los usos de la época, y da una idea del laconismo y sencillez con que los gobernadores daban cuenta al soberano de los sucesos ocurridos en sus respectivas provincias. Esta carta la incluyó el Dr. Ignacio del Villar en su *Sylva responsorum;* Pineda en su *Monarquía eclesiástica*, parte II, capítulo XX, y se halla tambien en el libro titulado: *Discurso contra la perfidia judáica*, al fin del capítulo VII. La carta traducida del latin dice así: «Poncio Pilato, á »Claudio Tiberio, salud: A poco tiempo (lo que yo ví) aconteció que los judíos »por odio con una condenacion cruel se mataron á sí y á su posteridad, por»que teniendo sus padres promesa de que su Dios les enviaria por una vírgen »su santo Hijo, el cual con razon seria llamado su Rey, á éste en mi presen-

»cia le envió á Judea. Y viendo ellos que daba vista á ciegos, sanaba á le»prosos, curaba á paralíticos, ahuyentaba demonios, resucitaba muertos »mandaba sobre los vientos, y á pie enjuto pasaba sobre las ondas del mar, »y hacia otras cosas maravillosas, y todo el pueblo de los judíos decia que »era Hijo de Dios, los príncipes de los sacerdotes, llevados de envidioso odio »contra él, me lo entregaron; y acumulándole muchas falsedades, dijeron »que él se hacia grande y obraba contra su ley. Yo creí que era así, y le en»tregué azotado á su arbitrio, los cuales le crucificaron y pusieron guardas »en el sepulcro; mas él (estando guardándole soldados) al tercero dia resu»citó; pero encendióse tanto contra él la maldad de los judíos, que dieron »dinero á los mismos guardas para que dijesen que sus discípulos habian »hurtado su cuerpo; pero ellos, no pudiendo callar lo que habia pasado, »testificaron que él habia resucitado, y que habian visto vision de ángeles y »que habian recibido dinero de los judíos. Escribí esto para que ninguno »juzgue otra cosa, creyendo las mentiras de los judíos.» Sin asegurar la autenticidad de esta carta, desmentida, como hemos dicho, por los críticos modernos, su antigüedad es muy respetable; pues ateniéndonos á ella y citándola Tertuliano en su *Apología*, dice que Pilato era cristiano. S. Agustin, en el *Sermon de la Epifanía*, le cuenta entre los que se salvaron; y sigue este parecer el P. Enriquez en su *Suma teológica*, explicando el símbolo de la fe, palabra *sub Pontio Pilato*. Si efectivamente Pilato convencido abrazase el cristianismo, debió ser, segun dice Flavio Dextro, cuando ocurrió la venida del Espíritu Santo, ocasion en que tantos abrieron los ojos á la luz. Para corroborar la opinion de que Pilato murió perteneciendo á la verdadera religion, se dice que además de la mencionada carta, más propia de cristiano que de gentil, hizo actos públicos que le acreditaron de tal, los cuales cita S. Justino, mártir, en la *Apología* que en favor de la religion cristiana dirigia al emperador Antonino.— M. B.

PILATUS (Leoncio), monje calabrés y uno de los helenistas más célebres que contó en su seno la Italia en el siglo XIV. Ignóranse las principales circunstancias de su vida, que han hecho despues afamada los amantes de las antigüedades y de los estudios clásicos. Se sabe, sin embargo, que fué discípulo de Barlaan, y que contribuyó en gran manera al renacimiento de las bellas letras y del buen gusto en Europa. Es reputado como el primero de los sabios helenistas que enseñaron griego en Italia á mediados del siglo ya indicado, contándose entre sus discípulos á los célebres poetas Petrarca y Bocaccio. Pilato, ó Pilatus, infatigable en saber y deseoso de prestar por completo á la posteridad el servicio que habia ya comenzado á hacerla con sus lecciones, en que generalizó unos conocimientos que no debian tardar en hacer cambiar el aspecto de los estudios y conocimientos, para ampliar éstos emprendió un

viaje á Grecia con el objeto de reunir manuscritos de la antigüedad que pudiesen ilustrar sus sucesores, y ensanchar la ya vasta esfera en que se mecia el ingenio humano; pero sorprendido á su regreso por una tempestad en el mar Adriático, le hirió un rayo terminando su gloriosa carrera por el amor á la ciencia que siempre habia profesado. Con él se perdieron sus manuscritos, mas no así las semillas del saber que habia sembrado con tanta profusion su fecunda mano. — S. B.

PILEO (Fr. Andrés). Era natural de la ciudad de Agnania, y tomó el hábito de S. Francisco en el convento de Pileo, de donde le quedó el sobrenombre. Descolló tanto por su instruccion, virtud y elevadas prendas, que el pontífice Alejandro IV le hizo cardenal en 1295; y aunque él lo rehusó mucho, se vió obligado por un especial mandato del Pontífice á admitir esta dignidad, que solo sirvió para que resplandeciese más su humildad y su pobreza, virtudes que observó sin menoscabo durante su vida. Fué tan distinguido en santidad, y eran tantos los milagros que por su intercesion se obraban, que el sumo pontífice Bonifacio VIII trató, segun se dice, de colocarle en el número de los santos, como lo hubiera ejecutado si la muerte no se lo impidiera. Murió Fr. Andrés el año 1302 en su convento de Pileo, donde fué sepultado, obrándose despues de muerto infinitos milagros, especialmente en los poseidos del demonio, pues tenia tal influencia sobre los espíritus malignos, que en llevando un energúmeno sobre su sepulcro y encomendándole al Señor por la intercesion de su siervo al punto quedaba libre. Dícese que por los ruegos de este santo varon consiguió el rey de Sicilia Cárlos I, hermano de S. Luis de Francia, que se le dispensára de padecer las penas del purgatorio, á que justamente habia sido condenado por las violentas muertes que hizo dar á Manfredo y á Coradino, soberanos de las Dos Sicilias, cuyo reino habia ocupado en virtud de la investidura que le diera el papa Clemente IV. Este notable prodigio, que prueba cuán aceptos eran para el Señor los ruegos de aquel predilecto siervo suyo, y que tan extraño parecerá en nuestros dias, se halla consignado por varios respetables autores en las crónicas de la órden de S. Francisco.— M. B.

PILEO (Guido), llamado tambien Vicentino por su patria Vicenza. Perteneció á la ilustre familia de los condes de Montebello; pero renunciando á su futura brillante posicion y á las pompas del mundo, tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo, en la que se distinguió muy pronto por su elocuencia y su sabiduría. Animado de un extraordinario celo por la religion católica, y deseando que se conservase inalterable la pureza y el esplendor de la fe, solicitó se le nombrase inquisidor general, cuando se trató de enviar á Ferrara sugetos investidos con tal carácter para contener los estragos que amenazaban causar los herejes con la difusion de sus perversas doctrinas. Fué

uno de los primeros que desempeñaron el dicho cargo de inquisidor, y en premio de los servicios prestados en él, habiendo quedado vacante la sede arzobispal de Ferrara, el papa Benedicto XI le nombró para ocuparla en 5 de Enero del año de 1304. Desempeñó el cargo pastoral por espacio de veintisiete años, consiguiendo extinguir con su celo el fuego que la herejía encendiera en muchos corazones, persiguiendo sin tregua á los sectarios de las erróneas doctrinas, logrando destruir con su fortaleza y pastoral vigilancia las últimas reliquias de la impiedad, consiguiendo al mismo tiempo reformar las costumbres públicas, que á su ingreso en el arzobispado se hallaban en el mayor abandono y en la más completa corrupcion. Cargado de años y merecimientos, descansó en el Señor en el año 1331, y fué sepultado en la iglesia del convento de Predicadores de Ferrara, al lado del sagrario, donde se le erigió un sencillo monumento cubierto con una lápida de mármol, en la que se grabó una inscripcion latina, que la destructora mano del tiempo ha borrado, sin que sea posible leerla en el dia de hoy. Dejó escrita una obra, titulada: *Margarita Bibliæ;* la cual, segun dice en su prefacio, empezó á escribirla por inspiracion del papa Benedicto XI, y no habiéndola terminado hasta despues de la muerte de éste, se la presentó á su sucesor Clemente V, de quien obtuvo la más grata acogida y la más favorable censura. Un ejemplar de dicha obra, que no hay noticia se haya publicado, se conserva en la *Biblioteca* de la Sorbona, en París, y formaba un códice en fólio, escrito con magnífica letra. — M. B.

PILET (Dionisio), cura de la diócesis de París. Fué conocido por su ferviente adhesion al partido jansenista, cuyas doctrinas profesaba, y por diversas obras que compuso en su defensa. Publicó las siguientes: *Respuesta á las cartas teológicas de la Taste*, que son en número de veintiuna. — *Un escrito en honor del diácono París.* — *Una carta sobre el discurso de J. J. Rousseau sobre el orígen y fundamentos de la desigualdad.* — *La carta de un parisien á Monseñor el Arzobispo.* — *Una traduccion de los libros de S. Agustin*; y *una disertacion sobre la indisolubilidad del matrimonio;* la cual no se publicó hasta despues de la muerte del autor. Se dice que Pilet, á imitacion de Jubet, cura de Anieres, y de algunos otros jansenistas, se permitia de su *motu proprio* introducir en la liturgia y áun en las ceremonias de la Misa, cambios é innovaciones que la autoridad competente tuvo al fin que prohibir, porque este abuso escandalizaba á los fieles y daba lugar á continuas quejas y reclamaciones. Pilet murió el dia 5 de Julio de 1772. — M. B.

PILGRIN, arzobispo de Losch, es conocido por una carta en que pide al pontífice Benedicto VII la confirmacion de los privilegios que la Santa Sede habia concedido á sus antecesores, entre otros el uso del *pallium*. Manifiesta en una carta que hubiera ido por sí mismo á Roma á pedir esta gracia, si

hubiera podido salir con seguridad de su país. Refiere al Papa la disposicion en que se hallaban los húngaros de convertirse á la religion cristiana, la necesidad de predicadores y de obispos para trabajar en la obra del Evangelio, y la imposibilidad en que se encontraba de desempeñar exactamente sus funciones en aquellos vastos países, suplicando le enviase algun auxilio. Hace despues su profesion de fe, en que explica, con tanta extension como claridad, todos los artículos del símbolo, marcando, lo que no se encuentra sino rara vez en las fórmulas de la fe de los siglos antiguos que han llegado hasta nosotros, la distincion de las tres personas de la Santísima Trinidad con los nombres relativos de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Benedicto VII, en su respuesta á Pilgrin, confirmó el reglamento que el papa Agapito II habia hecho en 948 sobre la jurisdiccion del arzobispo de Salzburgo y el de Losch. Envió el *pallium* á éste; pero no se ve que le haya prestado el socorro que le habia pedido. Su carta está dirigida en general á los obispos de las Galias y de Germania, y en particular á Roberto de Maguncia, Diotric de Tréveris, Adalberto de Magdeburgo, Gereon de Colonia, Federico de Invane, Adeldagio del Brema, al emperador Oton, á Enrique, su sobrino, duque de Baviera, y á los abades y á los duques de las Galias y de la Germania. —S. B.

PILIGRIN, obispo de Pasau. Pocas noticias nos quedan acerca de este prelado de la edad media, que se hizo célebre por la parte activa que tomó en las misiones en que entónces como ahora y siempre ha procurado el cristianismo la civilizacion de todos los países. Colocado Piligrin en una silla de Alemania, limítrofe á los pueblos todavía paganos, que habia trabajado en reducir á la fe de Jesucristo, cuando el emperador Oton II, por motivos tanto piadosos como políticos, decidió enviar á aquellas regiones un hombre dotado de las cualidades necesarias para llevar á cabo aquella santa empresa, no pudo ménos de dirigirse á Piligrin, encargándole le ayudase y proveyese á todas las necesidades de su viaje. El siervo de Dios elegido por el emperador de Alemania era Brunon, llamado el Apóstol de los prusianos, quien en efecto tuvo una entrevista con nuestro Obispo en un viaje que hizo á Hungría, y vió con satisfaccion que era ayudado en sus trabajos apostólicos por el celoso prelado que consagró su vida entera á la conversion de los infieles. — S. B.

PILIGRIN, arzobispo de Colonia, sucedió á Heriberto en esta silla. Asistió al concilio de Aix la Chapelle, en que se decretaron los medios para obtener recursos para la expedicion que pensaba emprender el Emperador contra los griegos de la Pulla. Los arzobispos de Tréveris y de Colonia acompañaron al monarca con sus tropas á Italia. Leon de Marsico dice que el segundo fué enviado á Roma al frente de veinte mil hombres para prender á Pandolfo, príncipe de Cápua, y á Athenulfo, abad de Monte-Casino,

que favorecian á los griegos, que pudo fugarse el segundo, mas tuvo la fortuna de prender al príncipe de Cápua y llevarle á la presencia del Emperador, obteniendo despues su libertad, aunque á fuerza de ruegos y de súplicas. En 1024, despues de la muerte de Enrique II, se opuso, así como otros varios obispos, por sugestiones de Gotelon, duque de la Baja-Lorena, á la eleccion que los príncipes sajones habian hecho de Conrado, el *Sálico*, para ocupar el trono de Germania. Sin embargo, al poco tiempo reconoció á este soberano, pues en el mismo año asistió á la dieta convocada por Conrado en Aix-la-Chapelle. En 1028 coronó rey de romanos á Enrique, hijo de Conrado. Este prelado falleció en 1035, y algunos autores le cuentan en el número de los santos que han gobernado la iglesia de Colonia, sin embargo de que ningun historiador se ha ocupado en referir sus virtudes. Piligrin es el primer arzobispo de Colonia que llevó el título de archicanciller de Italia.—S. B.

PILIGRINO (S.) apóstol de Hungría. Era italiano de nacion, y desempeñaba el obispado de Pádua por el año 979. En aquel tiempo los húngaros, nacion formada con los restos de los hunnos, que comandára Atila, eran el terror de la Europa, en cuyos países fronterizos hacian frecuentes irrupciones llevándose cautivas muchas familias cristianas, á quienes trataban con excesiva crueldad, prohibiéndoles entre otras cosas bautizar á los hijos que tuviesen. Mas por estos mismos cautivos empezaron los húngaros á tener alguna luz del Evangelio; y el príncipe que entónces gobernaba, llamado Geisa, que fué padre de S. Esteban, se sintió tocado de la gracia del Espíritu Santo, y mandó una embajada al obispo Piligrino, rogándole enviase sacerdotes que los instruyesen. El santo prelado quiso desempeñar por sí mismo tan grata comision, y partió á Hungría llevando consigo al bienaventurado San Wolfango y algunos otros misioneros, los que empezaron sus tareas con tan buen éxito, que en poco tiempo ganaron para la fe cristiana más de cinco mil almas, consiguiendo á la vez que ingresáran en el seno de la Iglesia todos los hijos de los cristianos que se hallaban cautivos, y que los húngaros no permitian bautizar, quedando en libertad los desgraciados prisioneros. Obtenido tan feliz resultado, Piligrino regresó á Pádua, pasando luego á ser arzobispo laureacense, en cuyo cargo murió. Varias iglesias de Europa, y principalmente la de Hungría, le tributan culto como á santo. — M. B.

PILINGOTO (Hermano). Fué natural de la ciudad de Urbino, é hijo de un mercader muy opulento. Desde sus más tiernos años se inclinó á las prácticas de la devocion y contemplacion de los misterios divinos de nuestra augusta creencia, siendo un fervoroso amante de Cristo crucificado, habiéndosele anticipado la discrecion á la edad. Viéndole de tan claro ingenio, su padre le dedicó al comercio, á fin de que le ayudase llevando los libros de

caja y el cargo del almacen. No era muy grata al jóven esta ocupacion, por opuesta á la tranquilidad con que él deseaba vivir y por lo fácil que es al comerciante caer en pecado ejerciendo su oficio; y así, en vez de encarecer sus géneros á los compradores para sacar más producto, despreciando las riquezas ocupábase en darles buenos consejos, de suerte que más parecia maestro de profesion que comerciante de drogas. Mucho sintió su padre verle tan poco inclinado al tráfico; y para más obligarle, le impidió hacer oracion y ocuparse en sus mortificaciones, teniéndole continuamente ocupado en el ajuste de cuentas y otras operaciones de su profesion. Pero el santo jóven, afligido al verse contrariado en sus cristianos propósitos, acudió al remedio universal de la oracion, pidiendo á Dios humildemente que tocase el corazon de su padre, á fin de que no le estorbára seguir amándole y sirviéndole. Oyó el Señor su humilde ruego, pues con notable admiracion suya vió Pilingoto tan cambiado á su padre, que le permitió con la más ámplia libertad dedicarse á sus predilectas devociones. Con este permiso se apartó enteramente del tráfico, y resuelto á perfeccionar en lo posible su vida, trazó el plan de conducta que se proponia seguir. Conociendo que el mayor escollo de la juventud es la sensualidad, determinó, para evitar este riesgo, no mirar el rostro á mujer alguna, apartándose todo lo posible del trato humano y no gozando otro placer que frecuentar diariamente los templos abismado en la oracion y abrasándose cada dia más en las vivísimas llamas del amor divino. Despues que su padre le concedió el anhelado permiso de entregarse á la oracion, en la primer cuaresma que sobrevino, se negó completamente á todo trato de gentes, pasándola en asperísimas penitencias, procurando imitar y seguir los pasos de nuestro Señor Jesucristo, y pareciendo por esta causa descortés á unos y falto de juicio á otros. Llegó el domingo de pasion; y enardecida su alma con la contemplacion de lo mucho que padeciera el Salvador del mundo, se vistió un saco vil de jerga de color de ceniza, y con una soga al cuello atravesó la ciudad hasta llegar á la iglesia mayor, donde postrándose á los pies de una bellísima imágen de la santísima Vírgen, empezó á confesar á grandes voces su tibieza en el ejercicio de la virtud, llorando amargamente el haber conocido tan tarde el sumo bien y pidiendo á aquella Madre de las misericordias alcanzase de su divino Hijo la gracia y auxilios necesarios para que su corazon ardiese constantemente en su divino amor. En medio de estos fervores fué arrebatado de un éxtasis, permaneciendo en él casi ocho horas inmóvil, como si fuese de piedra; y aunque muchos de los que le vieron, probaron hacer algunas experiencias, varias de ellas dolorosas, no dió muestras de sentirlas, porque su alma, unida estrechamente con su Criador, no podia atender al barro mortal y estrecha cárcel que la encerraba. Avisado su padre de tan grande novedad, fué en busca suya, y

cuando Pilingoto volvió del rapto, le dijo que desde aquel momento renunciaba al mundo, á sus pompas y riquezas, porque habia encontrado el mayor bien que deseaba, y que su único anhelo era retirarse á un desierto á hacer penitente vida. Mucho se afligió su padre; pero no queriendo contrariarle ni perderle, le dijo que no era preciso tomar tal determinacion, porque en su casa podia estar retirado haciendo sus ejercicios de piedad: que le permitiria vivir como religioso, dándole abundante dinero para que socorriese á los pobres, y consintiéndole cumplir todos los deberes de la vida que iba á imponerse. Pilingoto, que era muy obediente á su padre, accedió á todo. Vistió el hábito de la tercera Orden de S. Francisco, y se encerró en el cuarto más oscuro y apartado de su casa, donde comenzo á practicar asperísimas penitencias. Ayunaba todo el año, verificándolo á pan y agua tres dias á la semana. Usaba continuamente de silicio, no quitándosele más que para curarse las llagas, y dormia sobre el suelo algunos cortos instantes, no saliendo de casa más que para ir al templo á orar y á repartir las limosnas, y no hablando una palabra á no ser con el confesor. Mas aunque vivia tan retirado, la fama de su virtud y algunos éxtasis de que fueron testigos varias personas, le hicieron amable y venerado. Pero él huyendo de toda honra, y deseoso de que le despreciáran y le tuviesen por loco, buscó varias trazas al efecto, y una de ellas fué salirse en un crudo dia de invierno desnudo de medio cuerpo arriba con una cuerda en la garganta, y marchando á la plaza, se colocó en la picota ó rollo donde la justicia ponia á los delincuentes sentenciados á vergüenza pública, logrando así su intento, porque aquella accion fué calificada de la más insigne locura. Habiendo sido atacada su madre de una enfermedad tan larga como asquerosa, manifestó este siervo de Dios su extremada caridad; pues cuando ni parientes, ni amigos, ni áun domésticos pagados, se atrevian á llegar á la cama por el asco y repugnancia que la doliente inspiraba, Pilingoto la asistia con esmero, dándola de comer, aplicándola los medicamentos y limpiando las inmundicias y exhortándola á llevar con paciencia aquellos trabajos que Dios le enviaba, manifestando así los sentimientos de caridad encerrados en su pecho. Aunque por su humildad procuraba siempre ocultarse de todos, la Divina Providencia iluminaba la mente de muchos para que le conocieran y denunciáran como un portento de virtud. Habiéndose publicado el jubileo del año santo, determinó pasar á Roma á ganarle, y al efecto hizo su viaje á pie descalzo y con su humilde hábito de tercero. En el camino halló á unos peregrinos desconocidos, uno de los cuales dijo á los demás: «Feliz viaje se nos prepara con el buen encuentro que hemos tenido, pues ese que veis pasar es el santo Pilingoto de Urbino;» elogio que llenó de confusion á nuestro jóven, pesaroso de oir la buena fama que merecia, tan contraria

de la que deseaba. Andando las estaciones en Roma, llegóse á él una señora anciana, y le rogó que se hospedase en su casa, lo cual aceptó, porque no tenia posada ni medios para pagarla. Regalóle la buena mujer lo mejor que pudo; y estando comiendo, le dijo que hacia más de cuarenta años que ningun hombre se habia sentado á su mesa; pero que le habia movido á convidarle con su casa, porque al punto que le vió sintió un estremecimiento de alegría, como si hubiese visto á un ángel, y que juzgando debia ser un bienaventurado, le rogaba la encomendase á Dios. Avergonzado Pilingoto, la contestó que no era digno del buen concepto que de él habia formado, y que léjos de ser lo que ella suponia, era un pobre pecador necesitado de las oraciones de las buenas almas. A fin de no volverse á ver en el conflicto de oir sus propias alabanzas, huyó de aquella casa para siempre. Como habia acudido á ganar el jubileo en clase de pobre y viviendo de limosna, iba todos los dias al Vaticano á recoger la comida que de órden del Pontífice se repartia á los pobres peregrinos. Estando un dia aguardando su vez, el limosnero le dijo: «Aguarde, hermano, que despache á estos pobres, pues tengo que hablar con él.» Acabó, y llevándole á su casa, le sentó á su mesa, á pesar de que Pilingoto resistió mucho el agasajo. A la conclusion de la comida le rogó le dijese quién era y de qué país. Apénas dijo que de Urbino, repuso el limosnero: «¿De Urbino? No me digais más, porque ya sé quién sois, y me huelgo mucho de teneros en mi casa;» palabras que volvieron á llenar de confusion al santo jóven, que veia era más conocido cuando más trataba de ocultarse. Hallándose un dia comiendo con otros pobres, tocóle á su lado uno enfermo é imposibilitado, que le rogó le hiciese merced de alcanzarle un poco de agua de una fuente inmediata. Hízolo así con la caridad que acostumbraba; pero no bien el pobre llevó la taza ó escudilla á la boca, observó que lo que bebia era un generoso vino, y de improviso se halló curado de sus dolencias. Levantó el grito, anunciando el milagro y señalando á su autor; mas éste por evitar los aplausos de la multitud huyó de la ciudad á toda prisa, y regresó á Urbino, pesaroso de que le siguiese la fama cuanto más procuraba huirla. Quiso tambien la divina gracia dotarle con el don de profecía, como lo demostró en varias ocasiones; una pronosticando la conversion de un hermano suyo, que vivia con muy desarreglada conducta, y otra aquietando los escrúpulos que aquejaban á otro hermano, manifestándole que dichos escrúpulos eran sugestiones del enemigo comun. Estando en Urbino en la iglesia de S. Francisco dijéronle algunas personas, que tenian buen concepto de sus virtudes, que procurase huir de las exterioridades para evitar las murmuraciones de varios á quienes merecia la nota de hipócrita; á lo cual contestó él levantando los ojos al cielo: «¡Ay, hermanos, cuán fallidos salen los juicios de los hombres! ya está cerca el dia del desengaño, y los efectos dirán si somos hijos de

Dios verdaderos ó espúreos.» Sobrevino muy pronto su muerte, en la cual descubrió el Señor las virtudes de este amado siervo suyo, confundiendo con sus muchos milagros el atrevimiento de la malicia. Por muerte de su padre entró Pilingoto en posesion de la parte que le tocaba en la rica herencia; pero siguiendo los consejos evangélicos, la distribuyó toda entre los pobres sin reservarse cosa alguna, arrojándose en los brazos de la Providencia, adquiriendo el renombre de *apostólico varon*, y vivió en la mayor pobreza, mantenido á expensas de la caridad, á quien tan bien habia servido. Aunque procuraba por todos los medios posibles su humillacion y propio desprecio, la generalidad de las personas le veneraban, tanto por sus virtudes como por su hermosura y prendas personales, que llamaban la general atencion. Sus ocupaciones se reducian á asistir á los templos la mayor parte del dia y á visitar los hospitales, donde se dedicaba á la asistencia y curacion de los enfermos, consolándolos en su afliccion, y estimulándolos á que llevasen con paciencia sus dolores. Habiendo caido gravemente enfermo, ocupó una humilde cama en el hospital, donde tantos auxilios y consuelos dispensára á sus prójimos, y sufrió con paciente resignacion su larga y molesta enfermedad. Pidió con tiempo los santos sacramentos y los recibió con tan santa uncion, que todos los circunstantes quedaron edificados. Llegada la hora de la agonía, tuvo que sostener una penosa batalla con el demonio, deseoso siempre de la perdicion de las almas y envidioso de la inocencia que atesoraba la del santo jóven Pilingoto. Despues de un largo combate se volvió á los que le asistian y les dijo: *Albricias, que ya ató el Señor al rabioso perro.* Habló despues muchas palabras de edificacion, ponderando la suma gloria que se disfruta por el ejercicio de la virtud, y qué inmenso premio tienen algunas leves mortificaciones. Dicho esto perdió la voz, quedando con el rostro alegre y sereno, como si estuviese en algun piadoso éxtasis; así permaneció dos dias, hasta que volviendo en sí exclamó con una gran voz: *Aquí está, aquí está mi Señor Jesucristo, adoremos su majestad benignísima.* Poco despues, hallándose ya próximo á espirar, se abrazó con un devoto crucifijo, y apareciόse en el aire á vista de todos una hermosa y desconocida ave que volaba en torno de su cabeza, sin que pudiesen cogerla aunque lo procuraron, y que desapareció apénas hubo espirado Pilingoto; por lo que sospecharon que seria su ángel guardian, que habia venido á recoger la benditísima alma. Quedó el cadáver fresco, rozagante y exhalando un suavísimo aroma, que impregnó toda la sala. Poco ántes de morir rogó Pilingoto que le enterrasen en el convento de S. Francisco; mas aunque los religiosos de él pidieron el cuerpo, el hospital se le negó, alegando su derecho, y le dieron sepultura en el cementerio de los pobres. Pero comenzando el Señor á efectuar en este sitio una multitud de milagros por la intercesion de su siervo, no

pudiendo contener el hospital la multitud de gente, y reconociendo la injusticia hecha á los PP. de S. Francisco en negarles lo que tan de derecho era suyo, determinó la ciudad que se les entregase el santo cadáver, y se mandó hacer en el convento una suntuosa capilla con un bien decorado altar, donde se colocó el cuerpo del bienaventurado, que al desenterrarle se halló fragrante é incorrupto. La multitud que diariamente acudia al hospital á pedir á Dios el remedio de sus males sobre la tumba de Pilingoto, tomándole por intercesor y medianero, acudió en seguida al templo con la misma pretension y con tan buen éxito siempre, que fueron innumerables los milagros que obró la Divinidad, los cuales, además de los documentos legales que los acreditan, se hallan demostrados con pinturas y exvotos, que manifiestan los ciegos y tullidos que han recobrado su vista y sus miembros, los cautivos que han quebrantado sus cadenas, y los moribundos que se han visto libres de la segur de la parca. Los cronistas de la órden de S. Francisco no han fijado con exactitud las épocas de la vida y muerte del hermano Pilingoto; pero consta que vivia en el primer tercio del siglo XV.— M. B.

PILINSKI (Eustaquio), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Lituania en Polonia, y nació por los años 1613. Este celoso operario de la viña del Señor fué muy devoto de la Santísima Virgen, teniendo su delicia en construirla altares, que adornaba con esmero, rindiéndola de este modo el culto más obsequioso. Gobernó algun tiempo las congregaciones formadas bajo la advocacion de María Santísima, y fué un hábil jurisconsulto muy versado en el derecho peculiar de Polonia, por lo cual le deseaban adquirir muchos colegios, tanto por su fervorosa piedad como por sus extensos conocimientos en toda clase de negocios. Hallábase en el convento de la ciudad de Pinsko cuando ocurrió la invasion de los fanáticos y crueles cosacos. Aquellos bárbaros pertenecian á una raza indómita, que habitaba en las montañas próximas al Boristenes en estado medio salvaje y profesando la más ridícula idolatría; pero como eran muy valientes y aptos para la guerra, el rey de Polonia Esteban Baltori procuró atraerlos á su servicio por los años de 1576, y habiéndolo conseguido, les dió jefes para instruirlos y les señaló por residencia la ciudad de Tretimirow. Su génio indomable no pudo resistir por mucho tiempo la sujecion y la disciplina, se sublevaron repetidas veces contra el soberano, y concluyeron por volver á sus montañas y cavernas, viviendo del pillaje que hacian en los bosques y poniéndose simultáneamente al servicio de Rusia ó de Polonia, segun quien mejor los pagaba. Algunos sacerdotes griegos cismáticos los instruyeron en la religion, pero al mismo tiempo les imbuyeron su odio hácia el catolicismo, odio que más tarde produjo lamentables resultados, pues como toda pasion mala, los cosacos le abrigaron en su corazon, creciendo cada dia su profundo horror á los que profesaban la ver-

dadera creencia. Este horror se alimentaba con las excitaciones de los cismáticos rusos, que no podian sufrir con paciencia las conversiones que diariamente conseguian los Padres de la Compañía, atrayendo al seno de la Iglesia latina infinidad de personas, no solo del comun del pueblo, sino tambien de la más elevada nobleza rusa. Los cosacos, guiados por su instinto al robo y valiéndose de los disturbios que ocasionaba en Polonia la disputa sobre la posesion del trono vacante, invadieron en repetidas ocasiones aquel desgraciado país quemando los pueblos, saqueando las casas y cometiendo todos los atropellos de que es capaz la desenfrenada licencia de unos bárbaros que desconocen todos los principios de justicia y humanidad. En muy pocos años se cuentan hasta nueve irrupciones, y en todas las que hacian se ensañaban principalmente contra los PP. Jesuitas. El dia 4 de Julio de 1650, asaltaron la ciudad de Pinsko, y cuando era más grande el tumulto del saqueo y á pesar de saber el riesgo á que se exponia, salió Pilinski por la ciudad con objeto de animar á los fieles y confortarlos en aquel penoso trance. Habiéndose encontrado con varios soldados cosacos, le preguntaron si era sacerdote romano, y contestándoles afirmativamente, y añadiendo que pertenecia á la Compañía de Jesus, le sentenciaron á morir en el acto, arcabuceándole en el mismo sitio donde le habian detenido, sin darle ni el preciso tiempo para encomendarse á Dios. Tenia el P. Pilinski treinta y siete años de edad cuando logró de este modo la triunfante palma del martirio. —M. B.

PILLADE (Lorenzo). Nació en Lorena en el siglo XVI; obtuvo una canongía en Saint-Die, y se dedicó con afan al cultivo de la poesía. Calmet ha publicado uno de sus poemas en la *Biblioteca de Lorena*. Su escrito sobre *la guerra de los paisanos de la Alsacia*, publicado en Metz en 1584, puede servir no solo para instruirse de algunos sucesos de dicha guerra, sino tambien para mostrar el buen gusto de su autor. —M. B.

PILLET (P. Esteban). Este religioso franciscano de la órden de Menores, nació en S. Maló en el siglo XV. Refiérese por sus biógrafos que recibió el doctorado en la universidad de París, en donde le apellidaron *el Aguila* sus cofrades, y despues profesó la teología en Mayenza y en Metz. Conocido entre los escritores con el apodo de *Brulefer*, nombre que le granjeó el ardor con que discutia en las controversias, se adquirió tal reputacion de erudito y sutil, que Santiago Pfortzenheim en la edicion de sus obras que publicó en Basilea en 1501, le coloca inmediatamente despues de Scoto, haciendo de él el siguiente juicio: *Excellentissimus atque profundissimus humanarum divinarumque litterarum doctor, et ignitus charitate, Schoti subtilis fuit secundus*. En un principio no abrazó la estrecha observancia de su Orden; pero en cuanto la vió establecida en el monasterio de Cesambre, se unió á ella y trabajó cuanto pudo para introducirla en diversos conventos de la Orden Será-

fica. Discípulo de Forleon, franciscano de Dinan, al que habia llamado á Roma el pontífice Pio II para que sostuviese el partido de su Orden en la famosa querella entre los frailes de S. Francisco y los dominicos sobre la naturaleza de la sangre de Jesucristo; el P. Pillet tomó en la escuela de su maestro y en las obras de Scoto aquel gusto escolástico que distingue á todos sus escritos. Además de una buena disertacion que escribió contra los que hacen pinturas inmodestas de las personas de la Santísima Trinidad, se tienen de este autor las obras siguientes: *Formalitates cum argumentationibus ad eas;* Milan, 1496, en 4.°—*De venerabili sacramento et valore Missarum;* Paris, 1497, en 4.° menor: esta obrita viene á ser un discurso que pronunció en un sínodo de Mayenza.— *Opuscula varia*; Paris, 1499, en 8.°, y Venecia, 1516, en 8.° Vése en esta obra una apología contra un obispo de la órden de Menores que ridiculizaba á los frailes Observantes porque tomaban un nombre diferente del que marcaba la regla, y un *Tratado del temor servil y de los dones de Dios.* La edicion de 1499 contenia además otras obras que se imprimieron despues por separado. — *Sermones sobre la pobreza de Jesucristo y de los apóstoles*, en francés; Paris, 1500, en 4.°— *Tractatus identitatum*; Basilea, 1501 y 1507: esta es una explicacion sobre Scoto de las identidades y de las distinciones de las cosas. —*In quatuor sententiarum libros Sancti Bonaventuræ interpretatio subtilissima*; en 4.° sin fecha ni nombre de impresor. De este libro se publicó una segunda edicion en 8.°; Paris, en 1500, por Andrés Rocard y Juan Petit y aún hay otras que aparecieron aumentadas en Basilea en 1501, en Venecia en 1504 y en Paris en 1507. Lucas Wadingo, en sus *Anales de los frailes Menores*, fija la muerte del P. Pillet en el año 1499; pero Mr. Cave en su *Biblioteca Eclesiástica* dice que murió en el de 1502, en el convento de Bernau en Bretaña. —A. C.

PILLET (Sor Ana María), la hermana Simplicia. Esta religiosa nació en la ciudad de Lyon en el siglo XVII, año 1652, de una honrada familia; y dedicada por su piedad al servicio de Dios, entró en el convento de Hermanas Conversas, en donde profesó con grande alegría. Su vida en el claustro fué una série no interrumpida de éxtasis, revelaciones y prodigios, y por lo tanto los historiadores de Lyon no han podido ménos de rendirla tributo de homenaje, elogiando los raros ejemplos de virtud que dió, ya en el monasterio que edificó de mil modos, ya á la vista de los profanos que la consultaban, á los que no hacia más que inspirarles el amor de Dios y la observancia de su santa ley. Murió en Lyon esta religiosa en olor de santidad el 8 de Marzo de 1721. —A. C.

PILTON (Ana María), viuda de Guillermo Pilton, renunció al protestantismo para entrar en el seno de la Iglesia católica. Habia resistido durante mucho tiempo, pues su marido, muerto siete años ántes, se ha-

bia convertido á la edad de sesenta y dos años, y sus tres hijos hacia algunos años que habian recibido el bautismo en el hospicio de Santo Domingo.—S. B.

PILTON (Guillermo), capitan de artillería del ejército inglés, abjuró del protestantismo en la catedral de Brujas el 23 de Setiembre de 1838.—S. B.

PIMENIO (S.), presbítero. Viendo el presbítero de la iglesia de Roma San Pimenio los excesos que cometian los soldados del impío Juliano el *Apóstata*, le prendieron estos, acusándole de haber dado sepultura á los cuerpos de los mártires, y se le desterró á Siria adonde fué conducido. Volviendo de su destierro á los cinco años, como persistiese en sus obras caritativas y en su predicacion evangélica, el tirano Emperador le hizo arrojar al Tiber, en donde murió ahogado el año 303 á 24 de Marzo, que es el dia en que recuerda la Iglesia su memoria.—A. C.

PIMENIO, obispo asidonense. Este prelado, cuya patria se ignora, aunque es muy probable que fuera de la raza goda, ocupaba la silla episcopal de la antigua Sidonia, ciudad romana, situada segun el parecer de geógrafos y anticuarios en lo que hoy se llama Medina-Sidonia. Fué consagrado en el año 629 empezando á regir su iglesia por el mes de Diciembre del mismo. Entre las diversas memorias que de este Obispo se guardan, sacadas de los antiguos documentos que pudieron salvarse de la irrupcion de los árabes, consta que en el año segundo de su obispado edificó una iglesia donde colocó varias reliquias de mártires, lo cual fué probado por la inscripcion grabada en piedra que fué hallada en los términos de Medina-Sidonia. En el año 633 concurrió con S. Isidoro, arzobispo de Hispalis (Sevilla), al cuarto concilio Toledano, en el cual firmó con el número treinta y nueve, precediendo á veintitres obispos, asistiendo tambien al concilio del año 638, ó sea al sexto, donde firmó con el número veinticuatro. El año 644 hizo la dedicacion de otra iglesia por el mes de Noviembre poniendo en ella reliquias de los santos mártires Lamberto, Félix y Fabian, segun prueba la inscripcion que hace algunos años existia en la antigua iglesia llamada de S. Ambrosio, sita junto al mar, á media legua de la villa de Veger, y que se cree sea la misma que edificó este Obispo. En 646, sin duda por su avanzada edad, no pudo asistir al sétimo concilio Toledano, y envió en lugar suyo á un presbítero llamado Ubilienso, el cual le representó é hizo sus veces. Desde este año cesan en las crónicas las memorias de Pimenio, por lo que se cree debió fallecer inmediato á esta época. Se le asignan, pues, desde su consagracion hasta que faltan las noticias diez y ocho años de gobierno.—M. B.

PIMENTA DE AVELLAR Y VALENZUELA (D. Antonio), eclesiástico portugués, natural de la ciudad de Torres-Novas en la diócesis de Lisboa, jurisconsulto y doctor de la universidad de Evora, teólogo y matemático, prior

de la iglesia de San Pedro de la referida ciudad de Torres-Novas. Escribió: *Observacion del cometa del año MDCLXVI* y otras obras astrológicas del mismo género bajo diferentes nombres. *Libro de la familia de los Pimentas, Avellares y Valenzuelas.*—S. B.

PIMENTA (Juan). Nació en Santaren (Portugal) sin que conste el año de su nacimiento, ni tampoco la época en que ingresó en la Compañía de Jesus, á cuyo instituto perteneciera. Las escasas noticias que se deben á sus biógrafos, indican únicamente que estuvo encargado de la enseñanza de la juventud en Evora y en Coimbra, ignorándose tambien la clase de cátedra que desempeñaba. Murió en el año 1603, dejando varios poemas y otras obras escritas casi todas en idioma latino.—M. B.

PIMENTA (Manuel). Fué natural de la ciudad de Santaren, en Portugal. Ingresó en la Compañía de Jesus y fué ordenado de presbítero. Docto en sumo grado y en todo género de literatura, le fueron familiares gran número de ciencias. Destinado á la enseñanza de la juventud en los colegios de la Compañía, en los conventos de Coimbra y de Evora, desempeñó la cátedra de retórica. Inclinóse á la poesía, en la cual descolló tanto, que mereció ser tratado y aplaudido por los principales poetas de su tiempo. Escribió varios poemas, que publicó reunidos en dos tomos, y además trabajó una coleccion de versos latinos titulada: *Epigrammata de regibus Lusitaniæ*, coleccion que Antonio de Vasconcellos alaba mucho en su obra titulada: *Regum Lusitaniæ Anacephaleosi*. Murió en Evora á los cincuenta y seis años de edad en 1603.—M. B.

PIMENTA (P. Dr. Nicolás), jesuita portugués, natural de la villa de Santaren, en el obispado de Lisboa, hijo del Dr. Antonio Pimenta, que sirvió varios cargos, y despues de haber sido desembargador por muchos años fué uno de los regidores del ayuntamiento de Lisboa. Su madre se llamó María de Figuereido. Nacióles este hijo á 6 de Diciembre de 1546, dia de S. Nicolás, y por esta causa le dieron el nombre del santo. Entró en la Compañía en Coimbra á 2 de Mayo de 1562, procediendo siempre con buen ejemplo. Las prendas naturales que concurrieron en este Padre fueron muy aventajadas. Fué excelente maestro de retórica en Coimbra, cuatro años maestro de filosofía, que enseñó en Evora, donde tomó el grado de doctor en esta ciencia á 7 de Julio de 1586. Gobernó durante nueve años el colegio de Coimbra; obtuvo en los púlpitos el renombre de grande predicador, y ejercitó estos ministerios en las principales ciudades del reino. Predicó cuatro veces en los autos de fe: dos en Portugal y dos en la India. Pronunció discursos de grande empeño en diferentes ocasiones, entre ellas en el refectorio de la casa de S. Roque, cuando comió allí D. Teotonio de Braganza el dia que le consagraron arzobispo de Evora en la iglesia de la misma casa, teniendo

entónces por oyentes gran número de gentes ilustres, prelados é hidalgos. Era buscado para los sermones más graves y de mayor concurso por la buena fama de que gozaba. Siendo rector del colegio de Coimbra vino á Madrid, donde enfermó, siendo curado de órden de la marquesa de Castel-Rodrigo, Doña Margarita Cortereal. Recobró la salud con tan buen éxito, que volvió á poco el Padre á Portugal, donde se ocupó del oficio de predicar. Algunas veces iba á predicar advientos y cuaresmas á Villaviciosa á los serenísimos duques de Braganza, donde dejó muchos ejemplos de edificacion, y aquellos señores estimaron en mucho su virtud. Siendo en una congregacion elegido provincial en Roma, dió allí grandes muestras de su virtud, prudencia y letras. El P. General de los jesuitas le eligió por visitador de las provincias de Indias, adonde navegó en el año de 1596. En el año 1597 salió á visitar las casas de la Compañía que se hallan al sur de Goa. Pasó á Cochim, visitó á los cristianos de la costa de Travancos y Pescaria, donde habló con el santo P. Enrique Enriquez, apóstol de aquellas gentes despues de S. Francisco Javier. En Nagapatan se aposentó en la casa de la Misericordia, y se consoló mucho por estar allí sepultado el P. Francisco Perez, varon de insignes virtudes. Pidiéronle allí los de la tierra concediese la fundacion de la casa é iglesia de la Compañía, por ser en aquel sitio muy conveniente al bien de las almas y conversion del país; la concedió y se compró solar y dió comienzo á esta obra. Desde Nagapatan caminó por tierra hasta Santo Tomé, en cuya ciudad mandó fundar un seminario de niños indígenas, para que siendo bien enseñados en nuestra santa fe predicasen despues á los gentiles, y dispuso misiones á diferentes reinos para aumentar la cristiandad. Despues de visitar las santas memorias que hay en aquella ciudad del apóstol San Bartolomé y consolar á los religiosos, marchó á la ciudad de Cinga, donde tenía su corte un régulo llamado Nayque, para que pudiesen residir los Padres en su nueva ciudad de Christapatanam, edificar allí iglesia y hacer cristianos á sus vasallos, sin que perdiesen por esto las honras de que gozaban, y asignó doscientos cruzados anuales para sustento del padre que residiese en la nueva casa. Desde esta fué el Padre á ver la nueva ciudad que se estaba fundando junto al rio Velavo, donde estaban haciendo sus casas muchos gentiles. Dejó designado el lugar para casa é iglesia, y luego entró en los estados de Maduré, en cuya jurisdiccion se hallaba la corte de Pescaria. Marchó luego á Tutucurim, donde llegó á últimos de Junio, habiendo caminado por tierra un mes entero. En Diciembre de 1600, despues de haberle detenido una larga enfermedad, partió el P. Nicolás Pimenta á visitar los países del Norte, llevando consigo doce compañeros. Llegó á Chaul en Enero, despues pasó á Bazaim, donde comenzó su visita, y allí estableció leccion de casos de conciencia á peticion de los eclesiásticos, que necesitaban mucho

de ella. Hallándose el Padre en Damau, tuvo grandes impulsos de socorrer á los católicos de Etiopía, y luego envió padres á Dio para fundar allí casa de la Compañía; de este punto fué á Baçaim y visitó las iglesias de Labiete, de donde pasó á Chaul y de allí á Goa en una nave que venia de Ormutz, adonde llegó en el mes de Abril, habiendo promovido el bien de las misiones. Continuó el Padre en este cargo de visitador hasta el año 1603, manifestando siempre el grande celo que tenia por el fomento de la cristiandad. Envió misiones á Bengala y á Pegú, la corte del rey Bisnaga, y fundó las dos casas de Nagapatan y Dio. Redujo á mejor órden el colegio de Sta. Fe de Goa y en Baçaim el de la Purificacion. Quedando despues de visitador como particular, ejerció los ministerios de la Compañía hasta que fué de nuevo nombrado prepósito, y tornó á gobernar las dos provincias de la India, siendo provincial de Goa el P. Francisco Vieira, y de Cochim el P. Alberto Lacio. Comenzó el gobierno en 20 de Octubre de 1609, en que permaneció hasta 17 de Febrero de 1613. Esta segunda vez no visitó la provincia del Sur por graves razones; pero, sin embargo, no se olvidó de hacer nuevas misiones y residencias. Fundó la de Mozambique y rios de Coama en Yena y de Tete, y otras en el reino de Mogor en Cambaya, en Surrate, en Amadab y la de Trapor, que pertenecia á la fortaleza de Damau. Viéndose ya libre del gobierno, se preparó muy de veras para la última jornada; y dándole una enfermedad, quiso el Señor premiar sus virtudes. Despues de haber recibido la santa uncion, tomando un crucifijo en las manos parece que decia: «Qué buen compañero me fuiste, oh buen Jesus, en la vida! Pídoos que me lo seais tambien en la muerte, pues que en los cincuenta y dos años de religion no os ofendí mortalmente, y siempre guardé fidelidad á la Compañía.» Oyéndole decir estas palabras se les saltaron á los circunstantes las lágrimas de los ojos, considerando cuán brevemente se verian sin tan buen y santo Padre. Falleció santamente en Goa á 6 de Marzo de 1614. Estaba el P. Provincial en aquella sazon en las tierras del Norte; y apénas tuvo noticia de su muerte no pudo ménos de manifestar su grande sentimiento por la pérdida que habia sufrido la Compañía. Un seglar dijo que en la India habian muerto muchos padres graves, pero que el P. Visitador fué sin duda el más célebre y digno de todos. Otros dijeron que no solo la Compañía, sino tambien todos los estados de la India habian perdido mucho, por privarles Dios de tal ejemplo de virtudes y de hombre de tanta autoridad. Fué el primero que falleció en el colegio nuevo de Goa, donde fué llevado á la casa profesa y sepultado en la capilla mayor. Las exequias fueron tan solemnes, que no se habian hecho nunca en la India otras iguales á ningun superior de la Compañía. Asistió el virey; el obispo de Malaca, arzobispo electo de Goa, dijo la Misa é hizo el oficio con grande solemnidad,

y estuvieron presentes los superiores de las religiones con muchos religiosos. — S. B.

PIMENTEL (Fr. Domingo), español. Fué natural de Segovia y descendia de la noble familia de los condes de Benavente; tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en la mencionada ciudad de Segovia, y fué varon muy distinguido en letras, piedad y virtudes. Desempeñó una cátedra de teología con sumo aplauso y aprovechamiento de sus discípulos, siendo electo despues prior por muchos conventos de su Orden, y nombrado por multitud de votos prior provincial de toda España. Hallándose en el convento de nuestra Señora de Atocha de Madrid pronunció la oracion fúnebre en las solemnes exequias celebradas por el alma de Felipe III en el mes de Abril de 1621. En 1630 fué elevado á la dignidad episcopal de Osma, y en 1632 promovido á la de Córdoba. El rey Felipe IV le envió como embajador cerca de Urbano VIII, cuyo cargo desempeñó los años 1633 y 34, con sumo honor de España y aprecio de los romanos. En 1649 fué trasladado á la iglesia de Sevilla, y en 19 de Febrero de 1652 obtuvo la dignidad cardenalicia concedida por el papa Inocencio X. En el mes de Mayo del año siguiente volvió á Roma encargado de algunos importantes negocios, y murió en esta ciudad en el mes de Diciembre de 1653. Dejó por sus herederos á los pobres, los cuales durante su vida tuvieron en él un amantísimo padre. Fué enterrado en la iglesia de Sta. María de Minerva, en un magnífico sepulcro, obra del caballero Bernini. Se conservan de él los escritos siguientes: *Memorial de S. M. Católica que dieron al papa Urbano VIII D. Fr. Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, y D. Juan Chumacero y Carrillo, de su Consejo y Cámara, en la embajada á que vinieron el año de* 1633, *incluso en él otro que presentaron los reinos de Castilla, juntos en Córtes, el año antecedente sobre diferentes agravios que reciben en las expediciones de Roma, de que piden reformacion.* Sigue á este *Memorial* la respuesta que entregó Monseñor Maraldi, secretario de breves, de órden de Su Santidad, en satisfaccion á los capítulos referidos.— *Réplica que entregaron los mismos Pimentel y Carrillo á Su Santidad, respondiendo al descargo que se propuso en cada uno de los capítulos.* Este *Memorial* fué impreso en Roma, y su redaccion acredita no solamente los grandes conocimientos del obispo Pimentel, sino tambien su firmeza de carácter, al mismo tiempo que el exquisito tacto con que supo manejar aquella delicada cuestion.— M. B.

PIMENTEL (D. Enrique), obispo de Cuenca. Fué natural de la villa de Benavides, obispado de Oviedo, donde nació á 3 de Agosto de 1574, siendo bautizado en la iglesia parroquial del mismo punto. Fué su padre D. Juan Alonso Pimentel, octavo conde de Benavente, quien le dió la brillante educacion que á su elevada clase correspondia. Finalizados los estudios elemen-

tales obtuvo una plaza en el colegio del Arzobispo de la universidad de Salamanca, tomando el hábito en el año 1601. En el de 1606 pasó á la corte, donde el rey Felipe III le admitió en el consejo de Ordenes, condecorándole con el hábito de Alcántara, el cual recibió en el convento sacro de la religion, de manos de D. Fr. Leon de Chaves, comendador de Villas-Buenas, y del prior del convento, D. Fr. Luis Velazquez de Tineo, el dia 29 de Marzo de dicho año, profesando en 10 de Junio del siguiente en el convento de monjes benitos de S. Martin de Madrid, en manos del licenciado D. Fr. Antonio de Valencia, sacristan mayor de la Orden de Alcántara. En 1613, el sumo pontífice Paulo V le concedió un arcedianato y canongía en la santa iglesia de Jaen y en el mismo año recibió título de consejero del Supremo de la Inquisicion. En 1614 le ordenó de misa en la parroquia de Sta. María el obispo de anillo D. Juan de Avellaneda; y en 1619 el antedicho rey Felipe III le presentó para el obispado de la santa iglesia de Valladolid, siéndole concedida la gracia por el ántes mencionado pontífice Paulo V en 29 de Julio, tomando posesion en 6 de Noviembre siguiente, y siendo consagrado en el Real convento de la Encarnacion de Madrid por el presidente de Castilla, arzobispo de Burgos, D. Fernando de Acevedo, en la solemne fiesta de nuestra Señora de la Concepcion. Asistieron á la ceremonia gran número de títulos de España y personas ilustres de Madrid, ocurriendo en ella una notable y tierna escena que conmovió á todos los espectadores. Acabada la consagracion fué D. Enrique á besar la mano al conde su padre, que de ninguna manera se la quiso dar hasta haber besado la del nuevo obispo. Gobernó éste su diócesis con el mayor celo y sabiduría, procurando en todo el bien público, y colmando de satisfaccion á todos sus súbditos; pues en su afan de atender al socorro de las necesidades de los pobres del obispado, hizo muchas diligencias para que se anexionase por Real órden al obispado de Valladolid la abadía de Junquera, á fin de poder dar con el producto de sus rentas más abundantes limosnas. Ocupó dicha sede por espacio de tres años, pasando al cabo de ellos á la de Cuenca en 13 de Enero de 1622, y en 1624 el Rey le mandó que se encargase de la presidencia del Supremo Consejo de Aragon, pasando á Madrid á servir este destino por gracia especial y licencia que obtuvo de la santidad de Gregorio XV. Asistió cuatro años á la corte, pero conociendo que aquel cargo era incompatible con la quietud de su conciencia, y estimulado por otra parte del cariño que tenia á su grey, solicitó reverentemente del monarca que le relevase de tan penosa obligacion. Aunque el Rey sintió mucho privarse de sus luces, no pudo resistir al llamamiento que el Obispo hacia á la conciencia, y admitir su dimision por medio de una carta autógrafa en la que manifestaba lo muy satisfecho que habia quedado de sus servicios, nombrándole en recompensa consejero de Estado, de cuya plaza tomó posesion

jurando el nuevo cargo en manos de D. Antonio Zapata, cardenal de la santa Iglesia romana, asistiendo á algunos consejos, que se celebraron ántes de su partida. Volvió, en fin, á su iglesia, visitó por dos veces el obispado, hizo copiosas limosnas, celebró un sínodo y cumplió con todo lo que es propio de un sabio y celoso pastor. En 1642, cuando el rey D. Felipe IV pasó con su ejército á la reduccion de la sublevada Cataluña, estuvo en la ciudad de Cuenca, á la que declaró *plaza de armas*. En esta ocasion, el Obispo y su cabildo se esmeraron á porfía en obsequiar al monarca, y éste que con el trato íntimo tuvo ocasion de conocer las virtudes y apreciar el mérito de Don Enrique Pimentel, quiso premiarle, presentándole para el arzobispado de Sevilla, que se encontraba vacante. El Obispo, agradeciendo la merced que pretendian hacerle, no quiso sin embargo admitirla, y se excusó por medio de una sentida y reverente carta en que exponia al Rey, en primer lugar, la avanzada edad de sesenta y nueve años que contaba, y los achaques que le oprimian; y en segundo, el amor que profesaba á su grey, la cual no abandonaria sino para retirarse á algun paraje donde pudiera acabar tranquilamente sus dias, en vez de aceptar nuevos títulos y penosos cargos. Movióle tambien á no admitir, aunque se hubiera hallado en posicion de hacerlo, el gran sentimiento que mostraron todos sus feligreses al solo anuncio de que iban á trasladarle. Penetrado el Rey de sus elocuentes razones, y admirando tanta evangélica humildad y tan generoso desinterés, no le instó más para que admitiese. Quedó, pues, D. Enrique tranquilo en su obispado, donde murió en el año 1645, lleno de años y colmado de merecimientos. Dejó abundantes limosnas para los pobres, á quienes tanto habia amado y protegido durante su vida, y como tierno recuerdo legó al colegio del Arzobispo de la universidad de Salamanca, donde habia recibido su primera instruccion eclesiástica, la selecta librería que poseia, compuesta de más de siete mil volúmenes. La humildad de este Obispo fué más notable en él que en ninguna otra persona, pues no obstante su elevado nacimiento, no obstante haber desempeñado tan importantes destinos, haber vivido en la Corte y haberse entregado á los cuidados del mundo, gobernando la casa y estados de su padre, cuando éste pasó á Nápoles con el cargo de virey, ni su pureza flaqueó un instante, ni la ambicion desvaneció su mente. Llano y tratable, hallábase siempre dispuesto á escuchar á los que pretendian hablarle, no negándose nunca á oir á cualquier sugeto, por muy humilde que fuese, teniendo siempre preparado un abundante caudal de socorros y consuelos para los necesitados y afligidos que acudian en su busca, y que hallaban en él, no solo al padre espiritual, sino tambien al generoso padre de familias que para todos sus hijos tenia dispuestos los tesoros de su magnificencia y de su amor.—M. B.

PIMENTEL (V. P. Francisco), jesuita y uno de los operarios más ilustres que tuvo la gloriosa mision de Tonkin, hombre tenido por santo en vida y muerte. Su sepulcro es muy venerado en aquellos países y visitado por lo tanto por los cristianos, que reciben allí grandes mercedes de Dios en premio de su devocion. La patria de este excelente misionero fué la villa de Arganil en el obispado de Coimbra. Llamáronse sus padres Luis de Macedo Pimentel y Ana Caldeyra; entró en la Compañía en Lisboa á primeros de Febrero de 1648, y se embarcó para la India, donde hizo grandes servicios en los ministerios de la Compañía el año 1661. Teníale el Señor destinado para la mision de Tonkin, en la cual en pocos años cogió grande fruto. Tonkin y Cochinchina son dos reinos de tierra firme unidos al imperio de la China, á quien estuvieron en algun tiempo sujetos, y en ambos tiene el colegio de Macao ilustres misiones. En el tiempo en que el P. Francisco Pimentel se embarcó para aquel reino, no se permitia predicar allí la fe de Jesucristo, habiendo en él solamente dos de la Compañía que andaban ocultos: el P. Domingo Fuciti, italiano, y el hermano Ignacio Martins, natural del país. El P. Felipe Marino, italiano, habiendo ido en un barco de Macao, al retirarse otra vez á esta ciudad naufragó, y habiendo escapado con vida estaba aguardando ocasion para embarcarse. Los portugueses que navegaban por aquel reino, acostumbraban á llevar como por capellan á un padre, diciendo á los naturales que esta era su costumbre, y en las temporadas que se detenian podia el padre fomentar el cristianismo ó examinar el estado del país. A 4 de Marzo de 1673 llegaron á Tonkin los PP. Manuel de Ferreira, natural de Lisboa, y el P. Francisco Pimentel. Fueron disfrazados en traje de mercaderes portugueses, y con este disfraz tenian intencion de quedarse ocultos en Tonkin. Hallaron en el puerto de Hien al P. Felipe Marino, á quien los gentiles tenian con grandes precauciones hasta haber embarcacion que se hiciese á la vela para Macao. Trataron los dos Padres de cómo habian de quedarse en Tonkin, y el P. Marino resolvió quedasen en Hien en traje de mercaderes portugueses. Luego que supieron esta determinacion los principales cristianos, procuraron oponerse á ella como llena de inconvenientes. Escribieron una carta en que daban las muchas razones, todas llenas de peso, que habia para que sus padres no quedasen á las claras con tal traje, sino escondidos, y que ellos tomaban este cuidado sobre sí. Otras muchas razones, que omitimos por evitar proligidad, eran tambien muy eficaces; mas sin embargo, el P. Marino, que era el superior, fué de parecer, que ó quedasen los Padres disfrazados de mercaderes ó volviesen con él á Macao. No tardó Dios en manifestar que el parecer de los cristianos era el de su agrado y servicio, pues les cumplió sus deseos por medios no imaginados. Porque dos marineros del barco de Macao, instigados sin duda por el demonio, permi-

tiéndolo así Dios para el fin que pretendia, se presentaron al mandarin del puerto, y le dijeron cómo habian venido dos padres disfrados de Macao para quedarse en Tonkin, y le dieron al mismo tiempo las señales para que los pudiera conocer. El mandarin avisó sin demora al Rey, y éste contestó que le enviase luego á la corte á los dos Padres juntamente con el P. Felipe Marino. Mandóse á los Padres que fuesen á la corte á dar razon de sí, pues habian sido acusados. Preparáronse todos para el martirio, porque el caso era de muerte, tanto que apénas llegaron á la corte, ordenó el Rey á un mandarin que los prendiese y les siguiese despues la causa. Puso luego grillos á los PP. Manuel Ferreira y Francisco Pimentel, y al irselos á poner al P. Marino, pidió éste que le mandase tambien echar una cadena al pescuezo y otras á las manos: quedó el mandarin asombrado con esta peticion y mandó á los carceleros que quitasen los grillos al P. Marino, porque habia perdido el juicio. Con los otros dos Padres quiso el mandarin usar de las mayores crueldades y los condenó á ser azotados. Mandóles que descubriesen dónde tenian los sagrados ornamentos, y para aterrarlos mandó encender fuego y puso tenazas á la lumbre, amenazándolos con ellas y con que dentro de cuatro dias serían degollados si no hiciesen lo que les mandaba. Ya estaban desnudos para ser azotados cuando los libró Dios de este tormento, porque sabiendo una cristiana, que era dama de palacio, las crueldades del mandarin, le envió á decir que viese cómo trataba aquellos Padres portugueses, porque estaban bajo su proteccion. Viéndose amenazado, desistió el mandarin de los azotes, y mandó vestir á los Padres. Finalmente estando ya el barco de Macao para partir, mandó el Rey sacar á los Padres de la prision para que se embarcasen todos tres, y envió á decir á los mismos Padres que no volviesen más á Tonkin que no podia portarse bien con ellos si caian otra vez en manos de los mandarines. Embarcados los Padres, trataron los cristianos de buscar algun camino para que uno de los dos por lo ménos quedase oculto en Tonkin. Un cristiano, que vivia junto al mar, se ofreció á esconder al P. Manuel Ferreira, porque no se atrevió á hacerlo con los dos. Dióse órden de que saliendo el barco al mar para hacer el viaje, el Padre fuese de noche en el batel á cierto lugar donde le estarian esperando los cristianos; pero como el barco salia ya tarde, se ordenó al P. Manuel Ferreira que no saliese de aquel puerto hasta cierto tiempo, porque si acaso sucediese que arribase el barco y no pudiera continuar el viaje por causa del temporal, volviese el batel á traer el Padre al barco, para que en entrando en el puerto no se le echase de ménos. Ejecutóse todo como se habia dispuesto. El P. Manuel Ferreira esperó en el lugar designado, llegó el barco y el batel volvió á recoger al Padre y se metió en el puerto. Cuando hubo de partir el barco, creyeron los cristianos que de la misma manera podia quedarse tambien el Pa-

dre Pimentel. Saliendo por lo tanto el barco por la tarde, se llegó de noche á tierra y dejó á los dos Padres. Los cristianos, que los aguardaban, los recibieron con singular caridad y amor, y los llevaron á una aldea llamada Bodia, cuyos habitantes eran todos cristianos; allí quedó el P. Francisco Pimentel. El P. Manuel Ferreira fué atravesando con grande riesgo todo el reino hasta llegar á la provincia de Neghean, que confina con la Cochinchina. Estuvo allí por espacio de dos años teniendo cuidado de todos aquellos cristianos y bautizando por su mano más de cuatro mil almas. Era el P. Ferreira hombre de muchas virtudes y gran talento. Despues pasó, de órden del Soberano Pontífice, de la India á Roma con el venerable mártir P. José Candoni, pero se quedó en Portugal, donde permaneció hasta volver otra vez á su provincia, diciendo algunas veces para consuelo de los oyentes, que habia bautizado con sus manos más de veinte mil almas. En dos años confesó el P. Francisco Pimentel y bautizó á tantos en la provincia de Leste, que falleció de cansancio más bien que de otra enfermedad alguna á 5 de Setiembre de 1675, á la edad de cuarenta y cuatro años. Fué extraordinario el sentimiento de la cristiandad, que le veneraba por santo. Dice la crónica, «que en la hora de su muerte se le apareció Jesucristo nuestro Señor y María Santísima, en compañía de muchos santos, vestidos todos de blanco, para llevarle consigo.» Manifestó Dios la virtud de este siervo con algunas cosas raras despues de su muerte. En el año 1682 se apareció glorioso y adornado de muchos resplandores á un cristiano llamado Rafael, natural de la aldea de Ba, donde está enterrado su cuerpo. Pidióle el piadoso Padre que trasladase sus huesos de la caja en que los tenia enterrados á otra de piedra en que quedasen depositados. Agradecido Rafael al Padre por habérsele aparecido con tanta gloria y haberle hecho á él y no á otro tan singular favor, le prometió ejecutar luego lo que le decia; por lo que mandó hacer un sepulcro de piedra, y despues de hecho, desenterró la caja de madera en que se hallaban los huesos y los pasó á la sepultura de piedra con grande respeto y reverencia, enterrándole en el mismo lugar en que se hallaba la de madera. Creyendo Rafael que habria algun misterio en haber mandado el bendito Padre pasar sus huesos de la caja de madera al sepulcro de piedra, sintió dentro de sí un impulso superior, y determinó abrir la caja para saber el efecto. En 1689 asistiendo muchos cristianos que habia convidado con este fin, desenterró el sepulcro, y levantada la tapa, que tambien era de piedra, hallaron un aceite claro y líquido con que se hallaban frescos los venerables huesos. Admirado de tan nuevo prodigio, examinaron si habia podido haber entrado agua por alguna parte á la caja, ó algun otro licor que se convirtiese en aceite, y no hallando, por más exámenes que hicieron, parte alguna de la caja por donde pudiese entrar humedad, por estar muy bien tapada y embetunada, convi-

nieron todos en ser óleo milagroso, manado de los mismos huesos, los cuales daban además muy buen olor y fragrancia, y que este era el fin por que el Padre habia pedido á Rafael pasase sus huesos á la sepultura de piedra. Juzgaron que tan soberano óleo no podia dejar de tener efectos milagrosos que redundasen en bien de todos. En efecto, recogiéronle en diferentes vasos, y habiéndole aplicado en algunas enfermedades como postemas, tumores, etc., siempre han curado los pacientes. Tambien se ha observado que siempre que se acaba el bálsamo y se vuelve á abrir el sepulcro del Padre, se encuentra lleno del mismo óleo, habiéndose repetido esta operacion diferentes veces y obrado siempre los mismos efectos milagrosos. Refiere este suceso con grandes y notables particularidades, en la *Historia del Noviciado de Lisboa*, tomo IV, capítulo 88, el P. Franco, añadiendo los nombres de los diversos padres de la Compañía, que con una ú otra ocasion han tenido la de observar este fenómeno. —S. B.

PIMENTEL (P. Ignacio), jesuita portugués. Nació en Fermozelhe, en el campo de Coimbra, junto al rio Mondego. Entró en la Compañía, en Coimbra, á 11 de Junio de 1695. Despues de haber hecho los votos en Lisboa, donde fué á estudiar letras humanas, por enseñarse allí entónces en el noviciado de la Compañía, continuó por algun tiempo más su carrera á consecuencia de una duda que ocurrió sobre su edad, hasta que la hubo concluido con notable aprovechamiento. Un Padre, condiscípulo suyo en Lisboa, y que le trató familiarmente hasta su muerte, escribió despues de ella al P. Provincial Manuel de Andrade lo siguiente acerca de las virtudes de este santo Padre: «Fué el P. Ignacio Pimentel, siendo estudiante, muy comedido, modesto y devoto, y parece que no sabia otro camino más que el de la iglesia á la celda y de la celda á la iglesia, visitando siempre en estas idas y venidas á nuestra Señora del Salvador, que se halla cerca del colegio. Entró en la Compañía á los trece años, y con tal inocencia de costumbres, que en la confesion general que hizo, no solo no tenia culpa grave, sino ni áun cosa *notabilitater disforme in genere veniali*. Y tengo por cierto que conservó por toda su vida esta inocencia y gracia bautismal. Para mortificarse más en el noviciado, andaba con santo é indiscreto fervor en los dias de grande frio sin vestido, y algunas veces fué necesario enviarle á comer segunda vez, porque la primera no lo habia hecho. Se dedicó al estudio de la lengua griega con tal ahínco, que por sí solo y con grande trabajo llegó á traducir á Homero, y salió tan eminente en esta lengua, que le era tan fácil componer y entender griego como á cualquiera otro componer latin. Fué uno de los mejores humanistas de la provincia, y excedió en filosofía y teología á algunos de sus contemporáneos, en las cuales era tan profundo, que parecia más bien maestro ó lector ejercitado en las cátedras por muchos años, y por esta causa en

nuestras dudas recurriamos todos á él para que las aclarase. Tenia grandes conocimientos en la moral, adquiridos con el estudio continuo de los autores, porque estudiaba todos los dias siete horas por lo ménos, algunas veces nueve y diez; y porque le reprendia yo de este exceso, me contestaba, que como estudiante de la Compañía estaba obligado á estudiar todo el tiempo que pudiese, y que el estudio le servia de recreo y placer. Muchas veces no iba por la noche al refectorio para tener más tiempo de estudio, contentándose con un bocado de pan y un poco de agua para conciliar el sueño cuando se acostaba la comunidad. Tenia gran cuidado en dar á Dios todo el tiempo destinado para la oracion; además de esto le encontré muchas veces en oracion, siendo para él tiempo de meditar y hablar con Dios el que para los otros religiosos era de recreo ó reposo. Nacia de aquí, como de su fuente, aquella caridad y amor para con todos, de manera que en el corazon de este bienaventurado Padre no habia ni entraban razones particulares, porque tenia siempre delante de los ojos el precepto de Jesucristo: *Hoc mando vobis, ut diligatis invicem.* De la misma fuente de oracion nacia aquella humildad verdadera con que se portaba con todos. Excusó de recibir la borla de maestro en artes, que le mandó dar nuestro Rdo. Padre, y procuró con gran deseo del Rdo. Padre, como tambien de V. R., que le dejase vivir libre de estas y otras dignidades de la religion. Nunca le oí palabra poco compuesta; nunca le ví airado, ni descubrí en él ninguna señal de impaciencia; nunca se quejó, no siendo para él motivo bastante lo que era excesivo para otros, y tal vez para toda la comunidad. No salia palabra de su boca que fuese dañosa á otros, y decia que el hablar de los defectos ajenos, aunque notorios, era falta contra la caridad, especialmente cuando con hablar no podia ponerse remedio. Buenas muestras dió de este silencio y sufrimiento cuando la religion le puso por maestro algunos dias, y le mandaron ir á palacio á dar alguna satisfaccion al señor Obispo. Ni le faltó para enseñar á otros la paciencia y naturales escrúpulos de los que con gracia divina alcanzó en breve tan feliz victoria, que solo hacia escrúpulo donde está bien que se haga. Estuvo con ánimo entero y sereno cuando le dieron la nueva de la muerte de sus padres, como si no lo fuesen ó á la edad de quince años, que entónces tenia, no fuese capaz de estos sentimientos. Era exactísimo en las ceremonias de la misa, que decia todos los dias con la puntualidad y gravedad que requiere la Iglesia en un digno ministro del altar. Acudia con diligencia al confesonario, y le agradaba ejercitar este ministerio de la Compañía. No se apartaba de la presencia de Dios que la Compañía enseña á sus estudiantes; conviene á saber, saludar con la oracion angélica á la Vírgen nuestra Señora, de quien era grande devoto. Siendo maestro, tenia delante de sí una pequeña imágen de nuestra Señora, en papel, invocando al comenzar sus trabajos á esta su

mejor y más fiel musa, y me confesó un dia que recurriendo á esta soberana Señora cuando se veia afligido ó apurado con lo mucho que tenia que hacer, ejecutaba en ménos de dos horas lo que no podia llevar á cabo en muchas de estudio. Era naturalmente compasivo, de lo que yo pudiera dar algunos ejemplos. Fué muy devoto y diligente en ganar indulgencias, y ganaba todos los dias las que concedió Paulo V con grande liberalidad á los religiosos que visitaren su iglesia. Cuando le dieron el viático por segunda vez, le preguntó el confesor un poco ántes si queria confesarse; á lo que respondió que no tenia de qué; lo mismo le contestó otra vez. Tenia el dia partido por horas, de manera que no le quedaba un minuto que no tuviera que hacer. Parecia en todo, y era tenido por ángel. Enseñaba griego á sus discípulos, asistiendo su maestro el P. Franco, para que le guardasen el debido respeto al dar sus lecciones. Al principio, cuando comenzó á estudiar, manifestaba una dificultad al parecer insuperable, pero brevemente obtuvo de la viveza de su ingenio una grande aptitud y facilidad, cual requieren las letras humanas; de manera que enseñó la primera clase en Coimbra con notable reputacion. En su última enfermedad, refiriendo algunas particularidades de su conciencia, añadió que procuraba no ser profeso en el cuarto voto y preguntó qué parecia éste su propósito. Viendo su confesor el espíritu de donde esto provenia, le dijo: «Que lo mejor era poner se con la mayor indiferencia en manos de la obediencia, que hiciese ella lo que juzgase por conveniente.» Respondió que lo mismo le habian dicho los demás, á quienes habia comunicado este punto. Entre las demás prácticas, dijo haber hecho voto de no pretender cátedras ni directa ni indirectamente. Añadió, que el recogerse á su celda en las horas de hablar, que no nacia, como creian muchos, de deseos de estudiar, sino para huir de ciertas prácticas que enfrian la caridad en las comunidades; y como que no tenia otro desahogo, se lo procuraba con los libros. Despues de acabar el estudio de la teología con la aplicacion que sin encarecimiento queda dicha, porque hubo maestro de teología que dijo que el P. Pimentel sabia tanto como un lector, le enviaron á la residencia de nuestra Señora de Lapa. Por ser el clima malo, por la frialdad de las tierras, y estar el Padre muy débil de fuerzas, cayó enfermo en breve. Mandáronle á buscar luego del colegio, pero tenia ya una calentura continua, de la que no tardó en morir en el colegio de Coimbra, á 25 de Febrero del año 1714. La opinion de su virtud fué general en el colegio, teniéndole todos por bienaventurado. Muchos, en lugar de encomendarle á Dios, se encomendaron á él como á santo. Otros le aplicaron los sufragios condicionalmente, pareciéndoles no le serían necesarios. No faltó quien dijese prudentemente, hallarse pronto á jurar que en toda la provincia no habia otro más observante y religioso delante de Dios y de los hombres.»—S. B.

PIMENTEL (Luis). Perteneció á la Compañía de Jesus, y fué destinado á las misiones de la China, en cuyo punto permaneció muchos años. Siendo la época en que los PP. de la Compañía lograron la más benévola acogida por parte del Emperador de aquel remoto país, y en que se les permitia fundar iglesias y establecer misiones en puntos que hasta entónces estaban vedados á los europeos, el P. Pimentel pudo recorrer muchos pueblos, enterándose de las costumbres y usos de aquellos naturales, reuniendo curiosos apuntes, cuya publicacion hubiera sido muy interesante y de suma utilidad en aquellos tiempos en que la Europa tenia formada, respecto de la China, una idea que colocaba á esta region en el número de los paises maravillosos. Tambien escribió Pimentel la *Historia de Mindanao* (Islas Filipinas), cuya obra no se sabe si llegó á ver la luz pública. — M. B.

PIMENTEL (María de Mesquita), portuguesa. Era religiosa profesa en el monasterio llamado de las Cellas de Coimbra, del órden del Cister. Escribió un poema titulado: *De la infancia de Cristo*, en competencia de otro escrito por Elena Silvia, religiosa del mismo convento, y que se denominaba: *De passione Domini*. Dicho poema se imprimió en Lisboa en 1639.— M. B.

PIMENTEL (Timoteo). Fué natural de Lisboa y perteneció á la órden de los Carmelitas, siendo en varios conventos de su Religion profesor de sagrada teología, y obteniendo el título de maestro. Fué tambien uno de los predicadores más célebres de su tiempo y poseyó un gran caudal de erudicion, reuniendo á una elocuencia poco comun una suma facilidad para la poesía. Escribió en latin, portugués y español algunas obras que revelan su ilustracion y su ingenio. Habiendo ocurrido la revolucion de Portugal de 1640, fué comisionado por el gobierno del duque de Braganza para acompañar á D. Francisco Melo al congreso de Ratisbona celebrado en 1641, en cuya comision sufrió varios accidentes, siendo detenido y preso en la ciudadela de Milan, de donde consiguió fugarse. Vuelto á Portugal, separado ya completamente entónces de la corona de Castilla, vivió tranquilo hasta su muerte, ocurrida en 1651. Sus obras son las siguientes: *La honda de David, ó sean cinco sermones del Santísimo Sacramento contra los judíos*, dedicados al cardenal Barberini, impresos en Roma en 1631, y reimpresos en Barcelona en el mismo año.— *Panegírico de S. Juan Evangelista*; Barcelona, 1631. — *Colegio Real de Cristo, esto es, pláticas de Cristo Salvador y de sus Apóstoles.— Instruccion de los novicios.—In epistolam ad Timotheum commentaria piissima cum moralitibus.—Vitam S. Mariæ Magdelenæ;* escrita en versos hexámetros y pentámetros, la cual dedicó al papa Urbano VIII.—*Instruccion militar*. Esta obra, segun dicen algunos bibliógrafos, fué escrita en portugués, pero no llegó á publicarse, y se ignora por lo tanto su contenido, que no dejaria de ser curioso, atendiendo el carácter de su autor y la clase á que pertenecia,

tan incompatible con el asunto que revelaba el título de dicha obra.— M. B.

PIMENTEL Y ZÚÑIGA (Doña María de la Almudena). Esta señora es uno de los mejores ornamentos de la M. N. y M. H. villa de Madrid, donde tuvo su cuna y se hizo notable por sus virtudes poco comunes y por su ejemplar conducta. Nació el dia 9 de Mayo de 1676, y fué bautizada en la parroquia de Sta. María la Mayor de la Almudena, por cuya razon se le puso el nombre de la sagrada titular. Fué la última de los once hijos que tuvieron los señores D. José Pimentel Requesens y Doña Francisca Zúñiga Dávila y Guzman, marqueses de Povar y de Mirabel. Recibió una educacion cristiana, y desde muy niña dió muestras de llegar á ser la mujer fuerte que nos describe la Escritura, pues además de su extremada devocion y de su caridad sin límites para con los pobres, con el trascurso del tiempo descubrió un entendimiento claro, una capacidad ilimitada y suma facilidad para aprender todo cuanto la enseñaban, uniendo á estas buenas cualidades una modestia angelical, un ánimo fuerte y una constancia sin límites para resistir las tribulaciones. Pronto corrió por los altos círculos de la corte la noticia de sus méritos por lo estimada que era de toda clase de personas, y la reina Doña María Luisa de Saboya, esposa de Felipe V, que gustaba de rodearse de personas tan virtuosas como ella, la nombró dama de honor, llegándola á cobrar tanto cariño, que jamás queria separarla de su lado; pero deseando su bienestar y sus adelantos, la casó en 1703 con el Sr. D. Luis Rubí Mosen y Bracamonte, marqués de Fuente el Saz, siendo los reyes los padrinos de la boda y celebrándose la ceremonia en la Real capilla de palacio. En su nuevo estado dió esta señora muestras y ejemplos de virtud aún más acrisolada que siendo soltera. Empleaba el tiempo en la oracion y en la frecuencia de sacramentos, y sin negarse al trato con las gentes de su clase, huia de los saraos y diversiones en que otras señoras de la alta nobleza malograban sus noches y no aprovechaban sus dias. Doña María se levantaba con el alba para asistir á los primeros oficios divinos, en los que empleaba la mayor parte del dia, sin que dejase uno solo de visitar á Jesus sacramentado para ganar el jubileo de las cuarenta horas, repartiendo abundantes socorros entre los pobres que se hallaban á la puerta de las iglesias, así como entre los que concurrian diariamente á su casa. Por las noches reunia á sus criadas y doncellas, y despues de rezar el santo Rosario y de leer algun libro piadoso trabajaban en comun, haciendo labores para los pobres de los hospitales, y cosiendo vestidos para niños huérfanos y desvalidos. Muchas veces se veia á esta señora, despreciando el riesgo que pudiera correr, respirando la atmósfera nauseabunda de los hospitales, recorrer las salas y pararse á la cabecera de los enfermos, repartiéndoles auxilios y consuelos, y exhortándolos á sufrir sus males con resignacion y con paciencia. Pero donde más brillaba su caridad, observando los preceptos de

esta virtud, que es más grande cuanto con más sigilo se practica, era en las cuantiosas limosnas que distribuia entre personas honradas y de buenas familias, que habian venido á la desgracia con motivo de las guerras y trastornos ocurridos en España á principios del siglo XVIII. Despues que hubo quedado viuda, y que se vió libre de las trabas necesarias que su elevada clase le imponia, se humilló hasta lo sumo en la tierra para ser ensalzada en el cielo. Depuso las galas cortesanas y se vistió humilde y pobremente. Era tan devota del alto misterio de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, que fundó y tomó bajo su proteccion la congregacion de Esclavos de la Santísima Vírgen bajo el título del Olvido, establecida en el convento de San Francisco el Grande, á cuya comunidad tuvo tanto afecto, que en los últimos años de su vida vistió el hábito de la tercera Orden. Murió á fines de 1741 con una muerte correspondiente á su vida, sentida de todos sus conocimientos y llorada amargamente de los pobres, á quienes llamaba sus hijos y á quienes no solo socorria, sino que muchas veces, en fuerza de su ardiente caridad, los sentaba á su mesa y estrado. Fué enterrada en la capilla de nuestra Señora de los Dolores del Colegio Imperial, donde tenia su confesor, que lo era el P. Mtro. Juan Ignacio de Uribe. La Esclavitud de la Vírgen del Olvido la celebró solemnes honras en el convento de S. Francisco el dia 6 de Junio de 1742, diciendo la oracion fúnebre Fr. Baltasar Antonio Mozo, predicador general de dicho convento. La mencionada oracion, donde largamente se conmemoran las virtudes de la ilustre difunta y sus actos caritativos, fué impresa en el referido año.—M. B.

PIMIENTA (H. Fr. Diego), coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, se hizo notable en la horrorosa epidemia que desoló á Murcia en el año de 1648. Hallábase el colegio hasta en sus patios y galerías convertido en hospital, porque ya faltaban casas donde acoger los enfermos y brazos que los asistieran. No salió del colegio el H. Pimienta como otros padres á prestar socorros; pero harto tuvo que hacer con los apestados que se hallaban á su cargo, pues desempeñó él solo el oficio de muchos. Entónces se demostró cuánta era la caridad que albergan en sus corazones todos los que pertenecen al instituto fundado por S. Ignacio. Multitud de enfermos sucumbian por falta de socorros y por no tener quien los cuidase, y se observó que los que estaban asistidos por los Padres, eran los que más pronto convalecian y los que ménos tributo pagaban á la epidemia. El H. Pimienta asistia él solo á la cocina y enfermería, y cuando todo el mundo huia de los dolientes por temor del contagio, él los servia á la mano, y muchas veces cuando les atacaba el frenesí se abrazaba con ellos por que no se maltratasen. En muchas partes los que por necesidad de su oficio tenian que tratar á los apestados, les daban la comida ó las medicinas en una pala por el temor del

contacto, mas Pimienta servia con su propia mano el alimento ó las bebidas á los más postrados; poniéndoselas en la boca y sosteniéndoles miéntras bebian. Con tan asíduos cuidados logró la salvacion de muchos; y tanto que los médicos públicamente decian que si los PP. Jesuitas pudiesen asistir á todos los enfermos, hubiera sido muy corta la mortandad y muy pequeño el estrago. El H. Pimienta obtuvo el premio de su caridad, pues el dia 8 de Junio de dicho año 1648 fué atacado de la peste y falleció á las veinticuatro horas conservando su entero conocimiento, lo que no sucedia á la generalidad de los enfermos, porque todos le perdian muchas horas ántes de morir, y cuya circunstancia le permitió entregar su alma al Criador, haciendo fervorosos actos de piedad. Parece que Dios agradeció el sacrificio de este héroe de la caridad, recibiendo su vida como una expiacion de las culpas generales, pues á los pocos dias de su muerte se purificó el aire y fué cediendo el contagio. Aunque su vida careció de esos accidentes y alternativas que hacen interesantes las biografías de los hombres célebres, creemos que el nombre de Pimienta es digno de ocupar un sitio en los anales de la historia, entre los que se han adquirido una reputacion por su talento ó sus virtudes: pues llamando Dios á los hombres por diferentes caminos, tan digno de memoria es el que muere en el cumplimiento de los deberes que la religion y la caridad le imponen, como el que procura vivir en las páginas del libro que ha escrito ó en la relacion que sus apasionados han hecho de sus acciones esclarecidas. — M. B.

PIMILIANO, obispo de Cesaréa en Capadocia, fué uno de los prelados más grandes, más ilustres y más sabios de su época; era originario de Capadocia é hijo de padres célebres por su nobleza, pero manchados por las supersticiones del paganismo. Se cree que fué convertido á la fe por Orígenes, hácia el que conservó siempre una extraordinaria consideracion y respeto. En el año duodécimo del reinado de Alejandro, el 231 de Jesucristo, Pimiliano se presentó en la Iglesia con grande esplendor, y no es dudoso que fuese honrado por entónces con la dignidad episcopal, pues asistió al concilio de Icona, reunido por aquel tiempo. Habiéndose retirado Orígenes á la Palestina para evitar la persecucion de su obispo Demetrio, S. Pimiliano iba á pasar algunas temporadas á su lado para aprovecharse de sus luces y de su doctrina. Se invitó tambien á ir á Capadocia por el bien espiritual de su Iglesia, y toda aquella provincia se unió á él para suplicar á Orígenes fuese á visitarla y á residir en ella por algun tiempo. Se ve en efecto que Orígenes se hallaba allí hácia el año 235, y que pasó dos años oculto en casa de una doncella llamada Juliana, á causa de la persecucion de Maximiliano. Sin duda fué hácia aquel tiempo cuando Pimiliano dió á conocer á Orígenes á Atenodoro y otros santos de los más célebres de aquella época, con quien

vió constantemente unido en las más estrechas relaciones. Infestando en 251 el cisma de Novaciano la iglesia de Antioquía, Pimiliano, Heleno de Tarso y Teotisto de Cesaréa en la Palestina, invitaron á S. Dionisio, obispo de Alejandría, á asistir con ellos á Antioquía para hacer cesar la division. Ignórase si llegó á celebrarse este concilio; pero es positivo que habiendo rechazado todas las Iglesias unánimemente el cisma y la herejía de Novaciano hácia el año 256, S. Pimiliano fué uno de los que más se alegraron por la paz que habia obtenido la Iglesia. Pero la disputa ocurrida el mismo año con motivo del bautismo de los herejes, excitó nuevas turbaciones entre los obispos. Pimiliano, fundado en una costumbre que sostenia haber sido siempre la de Capadocia y sobre la decision del concilio de Icona, á que habia asistido, sostenia que se debe volver á bautizar á los herejes. El papa S. Esteban se opuso á esta práctica, y declaró que no comunicaria más con Pimiliano, ni con Heleno de Tarso, ni con otros muchos obispos que eran de la misma opinion. Ignoramos lo que hizo Pimiliano al saber esta excomunion; pero habiendo recibido á últimos de otoño del año 256 una carta de S. Cipriano por medio del diácono Rogaciano, le da una respuesta, que tenemos todavía, y es testimonio, que aunque de una opinion enteramente contraria á la de San Esteban sobre el bautismo de los herejes, le estaba, sin embargo, unido por los vínculos de la caridad, y reconoce que este santo Pontífice se hallaba lo mismo que él en el seno de la Iglesia, única y católica. Algunos autores atribuyen á este Padre la historia del niño Cirilo, martirizado en Cesaréa, en la Capadocia. S. Basilio cita muchos discursos suyos, sin manifestar el número ni el objeto. Preciso es que S. Gerónimo no haya tenido conocimiento de ellos, pues no pone á Pimiliano en el número de los autores eclesiásticos. Cuando se hallaba en camino para dirigirse á Antioquía al concilio que se habia convocado allí contra Pablo de Samosata, á últimos del año 269, murió en Tarso. Habia obtenido grande reputacion en los dos reunidos en aquel lugar contra este hereje. Poseemos todavía la carta sinodal de el de 269, á que le impidió asistir la muerte, como se ha dicho ya; esta carta le representa como el principal agente en este negocio. Tambien hemos escrito, dicen los Padres, á Dionisio, obispo de Alejandría, y á Pimiliano de Cesaréa en Capadocia, de feliz memoria. El primero ha escrito á Antioquía, y ha dirigido su carta á la Iglesia sin saludar al autor del error. El segundo ha venido dos veces á Antioquía, y ha condenado la nueva doctrina. Lo que sabemos y atestiguamos nosotros, que hemos estado presentes á estas asambleas, como lo saben tambien otros muchos. Habiendo prometido Pablo cambiar de opinion, le creyó Pimiliano, y esperó que el negocio se podria terminar sin que sufriese perjuicio la religion. Pero fué engañado por la perfidia de un hombre, que habia renegado de Dios. — S. B.

PIN (Du), ministro protestante de la diócesis de Rodez, convertido en 1625. —S. B.

PIN (Guido de la Tour du), religioso dominico nacido en 1231 ó 32, pues apénas tenia quince años en 1246, cuando tomó el hábito, y apénas habia cumplido los diez y ocho en 1250, cuando fué elegido obispo de Clermont. Esta promocion tan precoz de un sugeto que no se ve recomendado por ningun mérito personal de alguna importancia, no se explica más que por la elevada categoría de su familia. Pertenecia por su padre Alberto á la casa de los señores de la Tour du Pin, y por su madre Beatriz á la de los Delfines de Viena. No es nada probable, por más que se haya dicho lo contrario, que San Luis hubiese favorecido una eleccion tan mundana. Este príncipe se hallaba entónces en Egipto y su madre Blanca, regenta del reino, instada para que perdonase al jóven electo los derechos de regalía, declaró que no lo consentiria, atendido á que el permiso de nombrar semejante prelado no se habia obtenido desde un principio. Se conserva en el *Tesoro de las Cartas* una escrita por el Obispo en Octubre de 1290, que recuerda la negativa de la Reina y que promete, si se prueba que debió pedirse el permiso, hacer una reparacion tal como plazca al Rey imponerla. Otros documentos del mismo archivo atestiguan que Guido tomó parte en los asuntos de su época en Langüedoc, Castilla é Inglaterra. Como obispo suscribe desde 1250 las cartas de Luis IX; en 1254 recibe á este príncipe en su iglesia catedral; al año siguiente es uno de los prelados que dirigen al Rey la peticion de una restitucion completa de los bienes eclesiásticos. En 1268 es llamado á ocupar la sede metropolitana de Lyon; pero Clemente IV, sin dejar de manifestarle afecto y estimacion, no cree conveniente confirmarle en la dignidad de primado de las Galias. Asistió como obispo de Clermont al concilio de Aurillac, celebrado en 1278: siendo un error que haya sido designado con el nombre de Guillermo en las actas de esta asamblea publicadas por el P. Martenne. Escribió al Papa en 1283 en favor de los canónigos de Albi, é hizo en 1289 su testamento, cuya principal cláusula es el reparto de sus libros entre los PP. Dominicos, sus antiguos hermanos, y el cabildo de la nueva iglesia de Saint-Flour. Habia reedificado la suya y recibido con este motivo una carta de S. Luis acompañada de muchos piadosos regalos, un fragmento de la verdadera cruz, una espina de la santa corona y otras sagradas reliquias. En el registro de la catedral de Clermont y en la Galia Cristiana, se encuentran los detalles de los actos administrativos que han llenado los treinta y seis años del episcopado de Guido du Pin: adquisiciones, cesiones, transacciones, compromisos, contestaciones, comisiones, quejas y sentencias. Este prelado murió en 1286 el 28 de Febrero, segun un necrologista, y el 2 de Marzo siguiente, segun otro: un tercero dice el 4 de las calendas de Enero, que es el 29 de Diciem-

bre. Asegúrase que fué enterrado en su iglesia catedral. El epitafio que le consagraron los dominicos no cubrió nunca su tumba, sirviendo únicamente para ilustrar su retrato. Además del libro de *Estatutos sinodales*, atribuido á Guido de la Tour du Pin, parece haber compuesto algunos *Sermones*, de que existian, segun se dice, dos copias manuscritas en el convento de PP. Predicadores de Clermont. Estos *Sermones*, que no han llegado á publicarse, los *Estatutos*, que apénas contienen disposicion alguna notable y algunas *cartas* ó *billetes* de menor importancia, parecen los únicos títulos literarios del obispo Guido du Pin. —S. B.

PIN (Jorge). Escasas son las noticias que se hallan acerca de este escritor. Fué natural de un pueblo cuyo nombre se ignora, en la diócesis de Rennes, y debió nacer por el año de 1599. Murió en 6 de Octubre de 1659. Perteneció á la Compañía de Jesus, y se hizo notable por las disputas que sostuvo con los partidarios de Jansenio. Escribió una obra titulada: *Apología de los casuistas contra las calumnias de los jansenistas*, que fué publicada el año 1657. El papa Alejandro VI condenó esta produccion, mereciendo igual suerte por parte de muchos obispos de Francia y por la facultad de teología de la universidad de París. —M. B.

PIN (Juan du). Debió nacer á principios del siglo XVI, no sabiéndose el año á punto fijo, en la ciudad de Tolosa. Fué discípulo del famoso Pedro Berald, autor de la *Vida de Sta. Catalina de Sena*. Se ordenó de sacerdote, y habiéndose relacionado con las personas más influyentes de la corte, fué nombrado obispo de Reims, el año 1530. Tuvo íntima amistad con el famoso Erasmo de Rotterdan y con el ilustrado cardenal Sadolet. Dejó escrita una obra titulada: *De vita aulica*; notable por su elocuencia y por el conocimiento profundo de la política de su tiempo. Murió en el año 1538. —M. B.

PIN (Luis Elías du). Nació en París en 1657, de una antigua familia originaria de la Normandía, y recibió la primera educacion bajo el cuidado de su mismo padre. Desde luego manifestó una grande inclinacion por las bellas letras y por las ciencias abstractas. Despues de haber concluido sus estudios de humanidades y de filosofía en el colegio d'Arcourt, abrazó el estado eclesiástico y recibió la borla de doctor en teología en la universidad de la Sorbona en 1684. El tenia preparados los materiales para su *Biblioteca universal de autores eclesiásticos*, de la cual publicó el primer tomo en 1686. Los ocho primeros siglos de la Iglesia estaban contenidos en él, pero la libertad con que habia emitido su juicio acerca del estilo, la doctrina y otras cualidades de los escritores eclesiásticos, disgustó á Bossuet, que elevó sus quejas á Harlay, arzobispo de París. Este prelado obligó á Du Pin á dar una retractacion de un gran número de proposiciones contenidas en su obra, muchas de las cuales eran susceptibles de tomarse en un sentido favorable. El

autor se sometió á todo lo que exigieron de él, con la esperanza de que la obra no sería suspendida; y efectivamente en 16 de Abril de 1693 se le permitió continuarla, sin más condicion que cambiar el título. Esta obra inmensa, capaz de ocupar ella sola la vida de muchos hombres, no le estorbó de dar al público otros muchos escritos sobre materias importantes: la actividad de su genio suplió á todo. Fué comisionado en la mayor parte de los negocios de la facultad; desempeñó una cátedra de filosofía en el Colegio Real, y trabajó durante muchos años en el *Diario de los Sabios*. Fué además el consejero predilecto de muchos escritores de su época, á quienes sirvió en diferentes ocasiones, ya corrigiendo ó acabando las memorias de unos, ya dando importantes avisos á los otros. Sin embargo de esta multiplicidad de ocupaciones, él encontró el medio de descansar una parte del dia en la sociedad de sus amigos. Nacido con un carácter dulce y sociable, jamás rehusó escuchar á ninguna persona que le buscase. La tranquilidad de su vida se vió turbada por el asunto del *caso de conciencia*, pues fué uno de los doctores que firmaron este caso. Su decision le hizo perder la cátedra y salir de la capital. Desterrado á Chatellerant en 1703, obtuvo su vuelta á condicion de retractarse; pero no pudo volver á obtener su plaza de profesor en el Colegio Real. Clemente XI solicitó de Luis XIV esta especie de castigo, pues en el breve que dirigió á este monarca, llama al doctor Pin hombre de perversas doctrinas y culpable de muchos excesos hácia la Santa Sede. Pin no fué más afortunado bajo la regencia; se hallaba ligado en estrecha amistad con el arzobispo de Cantorbery, y sostenia con él una activa correspondencia. Sospechóse algun misterio de esta correspondencia, y en 10 de Febrero de 1719, se le ocuparon todos sus papeles. Algunos biógrafos de Pin copian las siguientes palabras de Lafitan, obispo de Sisteron, que reconoció aquellos papeles: «Yo me hallaba en el palacio Real en el momento que los llevaron »(los papeles), y en ellos se vió que decia, que los principios de nuestra fe »pueden adaptarse á los principios de la religion anglicana; y avanzaba hasta »decir, que sin alterar la integridad de los dogmas puede abolirse la confesion »auricular, no hablar de la trasustanciacion de la Eucaristía, destruir los »votos de religion, abolir el ayuno y la abstinencia de cuaresma, prescindir »del Papa, y permitir el matrimonio de los sacerdotes.» Los enemigos de Pin pretenden que su conducta se hallaba conforme con su doctrina, que estaba casado, y que su viuda se presentó á recoger su herencia. Si el célebre doctor era tal cual nos le pintan, el Papa estuvo bastante moderado en las calificaciones que le dirigió; pero nada hubo más falso que aquellos rumores escándalos. El proyecto de reunion de la Iglesia anglicana con la Iglesia romana no fué nunca un misterio; era más bien el fruto del espíritu conciliador de Du Pin, que una consecuencia de su propension al error. El car-

denal de Noailles y el procurador general del Parlamento de París, Joli de Fleury, habian aprobado aquel pensamiento. Se sabe de muy buena parte, y por personas que habian visto los proyectos de Du Pin con ojos ménos fascinados que los del obispo de Sisteron, que no habia nada en sus escritos que pudiese parecer sospechoso al teólogo más juicioso y moderado. Por las mismas razones de paz y de concordia fué consultado durante la permanencia en Paris del emperador Pedro I de Rusia sobre algunos proyectos de reunion que desgraciadamente no llegaron á tener efecto. En fin, sea cual fuere el juicio que se forme de su modo de pensar y de su conducta, no se le puede negar un espíritu puro, preciso, metódico, inmensos conocimientos debidos á sus muchas lecturas, una memoria feliz, un estilo á la verdad poco correcto, pero fácil y bastante noble, y un carácter ménos ardiente que el que de ordinario se atribuye á los escritores del partido á que él estaba afiliado. Este hombre célebre murió en París en 1719, á los sesenta y dos años de su edad, siendo su muerte vivamente sentida por sus amigos y por el público. Vincent, librero editor de sus obras, honró su memoria colocando sobre su tumba una losa de mármol, con un epitafio compuesto por el célebre Rollin. Las principales obras de este laborioso escritor son las siguientes: *Biblioteca de Autores eclesiásticos*, que contiene la historia de la vida de cada uno, el catálogo, la crítica y la cronología de sus obras, tanto de las que se conocen como de las que ya se han perdido; el sumario de lo que contienen, un juicio sobre el estilo y la doctrina, y la enumeracion de las diferentes ediciones que de estas obras se han hecho. Forma esta Biblioteca cincuenta y ocho volúmenes, y se reimprimió en Holanda en diez y nueve volúmenes en 8.° — Cellier ha dado una obra del mismo género, que es más exacta, pero cuya lectura no es tan amena. Du Pin juzga siempre sin parcialidad y sin prevencion, y su crítica sale siempre airosa de las preocupaciones del vulgo; mas la viveza con que trabajaba le hizo cometer un gran número de faltas. Los últimos volúmenes no estan escritos con el mismo cuidado que los anteriores. Los principales errores de que se le acusa, en detrimento de su obra, son los siguientes: 1.° de querer disminuir el culto de hiperdulia, que rinde la Iglesia á la Madre de Dios; 2.° de favorecer el nestorianismo; 3.° de disminuir las pruebas de la primacía de la Santa Sede; 4.° de atribuir á los Santos Padres algunos errores acerca de la inmortalidad del alma y sobre la eternidad de las penas del infierno; 5.° hablar de éstos con poco respeto; y algunos otros de menor importancia. Publicó una edicion de las obras de Gerson, en cinco tomos en fólio. — *Tratado del poder eclesiástico y temporal. Compendio de la historia de la Iglesia*; cuatro tomos en 12.° — *Historia profana*; seis tomos. Esta obra y la precedente, escritas á la ligera, carecen de exactitud. — *Biblioteca universal de historiadores*; dos tomos, segun el plan

de su *Biblioteca eclesiástica*; pero no llegó á concluirse esta obra. — *Historia de los judíos desde Jesucristo hasta el año* 1710; siete tomos en 12.°— Esta obra fué escrita por el ministro Basnage; pero Du Pin se la apropió, haciendo en ella algunos cambios y variaciones. — *De antiqua Ecclesiæ disciplina. Liber Psalmorum.* — *Tratado de la doctrina cristiana y ortodoxa*; un tomo en 8.°, que era el principio de una teología cristiana, que no llegó á continuar. — *Tratado histórico de las excomuniones.* — *Método para estudiar la Teología*; excelente obra, reimpresa en 1769, corregida y aumentada por el abate Dinouart, y otras varias de menor importancia. — M. B.

PINA (P. Fr. Agustin), religioso de la órden de ermitaños de S. Agustin, fué natural de la villa de Jericá, é hijo de Juan Pina y de Isabel Gil, tomó el hábito de esta Religion en el convento de su propia patria, donde profesó en 20 de Noviembre de 1639. Distinguióse mucho por su piedad y virtud, cualidades que le merecieron el afecto de sus superiores y por las que fué elevado á diferentes cargos, en los que manifestó el celo de que se hallaba poseido por el fomento y esplendor de su Orden. Desgraciadamente vivió poco tiempo, de manera que los grandes ejemplos que pudieran esperarse de su virtud y humildad solo fueron confirmados por su santa muerte, debida á su excesiva caridad. Era sacristan del convento de Castellon de la Plana cuando se declaró una terrible peste en Valencia y otros lugares de aquel reino en 1647, la que invadió por segunda vez la villa de Castellon en 15 de Mayo del año siguiente de 1648, y duró hasta 13 de Diciembre. Mas desgraciadamente, y cuando ya creian habia desaparecido, la vieron sobrevenir inopinadamente por tercera vez aquellos desgraciados habitantes en 1650, y por cuarta y última en Mayo de 1652. En estos cuatro periodos se habia manifestado el P. Pina extremadamente celoso por servir á los angustiados vecinos, brindándose, lleno de caridad, á servir voluntariamente en el hospital de los contagiados y administrarles los santos sacramentos. Desempeñó esta peligrosa comision con muy buenos resultados, mereciendo las bendiciones de muchas familias, que le miraban como un ángel descendido del cielo para consuelo de la humanidad; mas repentinamente, hallándose ocupado en este piadoso ministerio, cuando ya comenzaba á ceder la peste, fué acometido de esta enfermedad, y en 13 de Agosto de 1652 falleció en el mismo hospital que habia sido testigo de sus heróicos sacrificios y veia ahora volar su alma, mártir de la caridad, al trono del empíreo.—S. B.

PINA (Fr. Esteban de), religioso mercenario, comendador de Elche en 1324. Ignóranse las verdaderas circunstancias de la vida de este prelado, que no dejó de alcanzar alguna celebridad en su época, debida sin duda á los servicios que prestó á su Religion y á su patria en la redencion de cautivos, objeto principal de su instituto. Como indica su apellido, debió ser va-

lenciano y tomar el hábito en alguno de los conventos de este antiguo reino, probablemente en el de Elche, en cuya prelacía le vemos figurar cuando se hallaba en el apogeo de su carrera, por decirlo así, pues ni ántes ni despues suena su nombre en las crónicas. Sábese, sin embargo, que era un varon instruido y piadoso, y que se distinguia por su celo en la observancia de la regla y por su amor á las prácticas piadosas. En una época en que nuestro país era continuamente ensangrentado por la lucha que sostenian los cristianos para arrancar á los mahometanos, sus antiguos conquistadores, el suelo de que tan injustamente los habian desposeido, Pina tuvo ocasion de probar la religiosidad y valor nunca desmentidos de los religiosos de su Orden, tomando parte en la reconquista, y contribuyendo á los adelantos de sus compatriotas en la ocupacion de su territorio. No fué ciertamente en el campo de batalla donde más se distinguió la órden de la Merced, aunque sus caballeros seglares más aún que á la oracion se consagrasen á pelear con los moros; pero no por eso debe negarse que esta Orden, en union á las demás religiosas que casi al mismo tiempo se fundaron en nuestro suelo, contrajeron grandes méritos para con la posteridad, y mucho mayores la de que nos ocupamos, que sobrevivió en cierta manera á las otras cuatro, porque cuando aquellas habian terminado su mision, ésta se lanzó á hacer redenciones al otro lado de los mares, acometiendo empresas mucho más peligrosas que las que habia llevado á cabo hasta entónces. Mas á esta sazon no vivia ya el comendador Pina, que debió fallecer hácia 1340.—S. B.

PINA (Juan de). Nació en Madrid el año 1582, y despues de recibir una educacion esmerada ingresó en la Compañía de Jesus en 1602. Se hizo notable en el púlpito, y desempeñó varios cargos en la comunidad, siendo uno de ellos el de rector y despues provincial en la de Toledo. Murió en 1657. Ocupado constantemente en el estudio, poseyó el conocimiento de todos los Santos Padres griegos y latinos, de los cuales hizo un extracto en que empleó la mayor parte de su vida, pues se dice que ocupaba la enorme extension de cien volúmenes en fólio de 500 páginas cada uno, escritos todos de su mano, obra que no llegó á ver la luz pública. Tambien escribió unos *Comentarios del Eclesiástico* en cinco tomos, que se imprimieron en Lyon (Francia), desde 1630 á 1649, y unos *Elogios de la Santísima Virgen*, en dos volúmenes, tambien en fólio, todos ellos escritos en latin.—M. B.

PINAMONTI (Juan). Nació en Pistoya el año 1632, é ingresó en la Compañía de Jesus en 1657. Fué el constante y fiel amigo del célebre P. Señerí, y por espacio de veintiseis años dividió con él los trabajos apostólicos. Habiendo sobrevivido á éste, pasó más de diez años desempeñando solo las mismas funciones que ántes llenáran juntos, sin que decayese un solo punto su celo por la religion y su deseo por la salvacion de las almas. Por su virtud

y su vida ejemplar mereció la confianza de la duquesa de Módena, de quien fué director espiritual, desempeñando igual cargo con respecto á la persona de Cosme III, gran duque de Toscana. Escribió varios opúsculos en latin y en italiano, muchos de los cuales obtuvieron por su mérito la distincion de ser traducidos á diferentes idiomas. El más notable es el publicado en francés por el P. Courbeville bajo el título de *Director en los caminos de la salvacion, ó lecturas cristianas sobre los obstáculos para obtenerla;* impresa en Maestrich en 1791. Tambien es notable *La Sinagoga desengañada*, donde se prueba con argumentos tan precisos como fuertes la verdad del cristianismo y se confunde la ceguedad de los judíos. Otro de sus opúsculos, que tambien mereció mucha aceptacion, es el que lleva por título *Exorcista rite instructus, seu methodus accurata omne maleficiorum genus probe ac prudenter curandi*, en el cual se halla el discernimiento y la prudencia, en union del respeto que se debe á las prácticas de la Iglesia en un asunto tan grave. De todas estas obras se hizo una buena edicion en Venecia por Pezana el año 1742, reuniéndolas todas en un tomo en 4.°, á cuya cabeza se halla un extracto de la vida de Pinamonti. Este, despues de una existencia llena de merecimientos, entregó su alma al Señor el dia 25 de Junio de 1705 en la ciudad de Orta, diócesis de Novara. — M. B.

PINAMONTI (Juan Pedro), jesuita italiano, vivia á principios del siglo XVIII, y aunque no hay más noticias de él, se hizo notable por sus obras *La Religiosa in solitudine*, *L' Speechio*, y otras varias, que fueron traducidas al francés por el P. Courbeville, de la misma religion.— M. B.

PINARIO (Gonzalo), obispo de Viseo en Portugal. Por su talento y profundos conocimientos en la política de su tiempo mereció que su soberano le encomendase la delicada mision de representarle en la corte de Francia, cargo que desempeñó por espacio de diez años, en los reinados de Francisco I y Enrique II. Vuelto á Portugal, pasó el resto de sus dias en su primitiva diócesis, ocupándose en recopilar con cuidado las ordenanzas sinodales de sus predecesores. Murió en 1567 á los setenta años de su edad. — M. B.

PINAROLO (Fr. Gaspar), capuchino. Fué natural del Piamonte y pertenecia á una ilustre familia, en la que se contaban prelados, nobles y patricios, y muchas personas ilustres, así en las letras como en las armas. Fué varon de profundos conocimientos, de grande celo por la propagacion de la fe, de ánimo esforzado y de evangélica doctrina. Sus superiores le enviaron como misionero apostólico á varios puntos de la Suiza, donde imperaba la herejía luterana, y logró con sus ejemplos y sus elocuentes palabras explicar á los habitantes la verdad de las doctrinas ortodoxas, penetrándoles de ellas y consiguiendo restablecer en su antigua pureza los tradicionales ritos de la Iglesia romana. Murió en el año 1621, y dejó manuscrita una obra titulada:

Manuale, seu directorium pro usu missionarum, la cual no consta haya llegado á ver la pública luz.— M. B.

PINART (Miguel). Nació en Sens en 1660, de una honrada familia, que le destinó al estado eclesiástico, y murió en París en 1717. Aplicóse con ardor al estudio de la historia, de las lenguas, de las antigüedades y de la bibliografía. El buen éxito de sus obras le hizo obtener una plaza en la Academia de las Inscripciones. La coleccion de esta sociedad científica contiene diversas memorias de este autor. Su *Disertacion sobre las Biblias hebráicas* es muy estimada por su exactitud y por las excelentes investigaciones que contiene.— M. B.

PINATORIO (Fr. Valeriano de), religioso capuchino natural de Berna. Pertenecia á una noble familia de este país, de que era el único vástago, y deseoso más bien de salvar su alma que de conservar su casa, renunció todas sus riquezas y bienes de fortuna, y abrazó la pobreza evangélica. Vistió en la flor de su juventud el hábito seráfico y comenzó á distinguirse desde luego por un gran desprecio de sí mismo, un celo ardiente por la observancia regular y tan notables virtudes, prudencia y costumbres, que le elevaron desde luego á las primeras dignidades de su provincia. Era en efecto un hombre de recta intencion, de ánimo sencillo, de rara pureza y de grande compostura y modestia sin afectacion de ningun género. Motivos fueron estos más que suficientes para que fuese elegido, sin faltarle ningun voto, para el gobierno de su provincia, de que fué tres veces ministro; pero su ánimo se dirigia única y exclusivamente á arbitrar medios para volver al seno de la Iglesia católica á los pueblos que de ella se habian separado, y así, apénas le nombró el capítulo provincial guardian del convento de Pinacola, y comenzó á ejercer este cargo, viendo que los enemigos de la fe hacian continua y árdua guerra á los católicos de los pueblos próximos á aquella casa, se propuso con el mayor celo luchar contra la herejía, empresa que no acometió hasta despues de haberse preparado con ayunos, mortificaciones y continuas oraciones. Despues de este buen principio, salió á 1.° de Agosto de 1595, pobre, humilde y descalzo, acompañado de otro religioso, y llegaron á los confines de Petruxia y S. Martin. Habian llegado aquellos pueblos á tan lastimoso estado, que ni los clérigos daban la instruccion conveniente á los feligreses católicos, ni éstos manifestaban señales de pertenecer á semejante religion, pues aunque habia muchos que no se hallaban contaminados con el error de la herejía, estaban, sin embargo, tan acostumbrados á sus máximas, que se podia temer no acabasen por seguirlas por completo, mayormente cuando faltos de buenos sacerdotes y privados por mucho tiempo de los sacramentos, iban perdiendo el ánimo poco á poco, hallándose próximos á caer en un abismo comun con los protestantes. Lo primero que hizo Fr. Va-

leriano fué tener con ellos frecuentes pláticas, procurando desvanecer las dudas que habian infundido en su ánimo los herejes y afirmándoles en las verdades de nuestra religion. Respiraron los católicos con las palabras de este varon apostólico, y comenzó á crecer el número y devocion de los que oian sus exhortaciones y doctrina, de que por mucho tiempo habian carecido. Concurrian todos los dias al santo sacrificio de la Misa, frecuentaban los sacramentos de la penitencia y eucaristía, y en fin, se hallaban completamente trasformados, venerando á Fr. Valeriano como á ángel bajado del cielo. Confirmados ya los católicos en la verdadera religion, penetró en las ásperas montañas de los herejes con ánimo superior á las dificultades del camino y á las que pudieran oponerle sus constantes enemigos. Para vencerlos, apénas encontraba uno, se paraba y entablaba conversacion con él para ver si con sus exhortaciones podia atraerle á su designio, y de este modo consiguió que muchos abjurasen la herejía y abrazasen la religion católica. Mas comprendiendo que no habia operarios suficientes para tan vasta empresa, acudió á los obispos y príncipes seglares pidiéndoles su ayuda en aquella obra. Pasó con este motivo á Turin y tuvo diferentes conferencias con el duque de Saboya, nuncio de Su Santidad y arzobispo de aquella diócesis, manifestando á todos sus deseos y las dificultades que encontraba en llevarle á cabo por sí solo, y estos, apénas oyeron al siervo de Dios, le dieron las más plenas facultades, concediéndole al mismo tiempo su proteccion para que continuase en su tarea y llevára mayor número de capuchinos si lo juzgaba necesario. No satisfechos con esto, escribieron de consuno al Soberano Pontífice recomendándole el celo, virtud y prudencia de Fr. Valeriano, para que con autoridad apostólica pudiese llevar á cabo más fácilmente aquella nueva conquista. Clemente VIII, que gobernaba á la sazon la Iglesia romana, expidió un diploma y breve para que estableciesen los capuchinos su predicacion apostólica en la Galia Cisalpina. Recibidas estas facultades apostólicas y elegidos más religiosos, penetró en aquellas montañas, que recorrió por completo iluminándolas con las luces del Evangelio y las verdades de la religion católica, arguyendo en pláticas públicas y piadosas con los jefes de la herejía. Mas el ánimo de este celoso misionero no se contentaba con esto, pues pretendia además apoderarse de las iglesias y templos de los católicos que les habian usurpado los herejes, profanándolos, y por este motivo fueron tantos los peligros á que se expuso, tantas las ocasiones en que intentaron sus adversarios quitarle la vida, que pareció á todos milagro el que él y su compañero se librasen de las manos de los herejes. No tardaron, pues, en volver las iglesias al poder de los católicos, llamándoles de nuevo las campanas, que por tanto tiempo habian enmudecido, á oir sermones, misa y asistir á las demás solemnidades religiosas sin poder impedirlo sus enemi-

gos, pues cada dia se aumentaba el número de los fieles, y su frecuencia á los santos sacramentos. Algunos herejes, llevados de su ejemplo y oyendo la explicacion de las doctrinas católicas en que se refutaban sólidamente sus errores, distinguiendo la verdad de la mentira, se apresuraron á abjurarlos y á abrazar nuestras doctrinas. Habiéndose consagrado por mucho tiempo á estos penosos ejercicios con grande provecho y fruto, dejó á algunos religiosos para que continuasen su empresa, y marchó al capitulo general con el P. Fr. Querubin Maurianense de Saboya, llevado del deseo no solo de cumplir con un proyecto que le imponia la obediencia, sino de promover las misiones. Así, apénas hubo llegado á Roma, se presentó al vicario de Jesucristo y le expuso los peligros que corria la Iglesia y áun la Italia entera si no procuraba por todos los medios imaginables desterrar la herejia que se habia apoderado y dominaba en los valles subalpinos; manifestó lo que habia hecho y los medios que tenia ideados para conseguir tal objeto, si encontraba los auxilios necesarios. Oyóle con satisfaccion el Soberano Pontífice, y reunidos en consistorio los cardenales, se decidió establecer en aquel país una mision de capuchinos, nombrando vicario apostólico al P. Valeriano, para que teniendo más latas facultades, pudiese obtener mejor el logro de sus intentos. Favorecido por la autoridad pontificia, salió de Roma y pasó al Piamonte, llevando consigo gran número de religiosos tan acreditados por su virtud como por sus conocimientos. Grandes fueron los progresos que hizo muy en breve con tan poderosos auxiliares, pues con su doctrina, celo y prudencia consiguió se publicase un edicto para que en todo el territorio de la Valinsena se observase la fe católica, desterrando la herejía. Aunque como ministro provincial de su Orden se veia con frecuencia obligado, segun su regla, á visitar toda su provincia, no abandonó por esto las misiones, ántes bien, como quien se creia obligado como vicario apostólico y ministro provincial, tan pronto pasaba de claustro en claustro dando ejemplos de virtud y humildad á los religiosos, como marchaba al campo de los herejes, obligandoles á ceder las armas con sus argumentos y razones, satisfaciendo todas las necesidades y despachando todos los negocios con una actividad que apénas hubieran podido hacerlo áun los hombres más jóvenes y robustos. Finalmente, despues de haber conquistado para nuestra religion considerable número de almas y conseguido el establecer las misiones dejando á los capuchinos encargados de su desempeño, seguro de que le llevarian á cabo con su acostumbrada actividad y vigilancia, fué atacado en Génova de una fiebre maligna, á cuya violencia comprendió no tardaria en perder la vida. Despues de haber recibido con grande devocion los santos sacramentos y exhortado á los religiosos en una breve plática á la mejor observancia de la disciplina, entregó su espíritu al Criador en 1618. —S. B.

PINAUL (Mateo). Nació este hombre singular en Chateau-Gautier á principios del siglo XVII. Fué sucesivamente, segun dicen los autores que de él han tratado, jesuita y de la Congregacion del Oratorio. Volviendo al mundo, apartándose del claustro, se dedico al estudio de la jurisprudencia, y su mérito le elevó á la dignidad de primer presidente del Parlamento de Tournai; que se erigió en 1688, y que pasó á Douay en 1691. Escribió las obras siguientes: *Historia del Parlamento de Tournai*, que contiene el establecimiento y progresos de este tribunal, con los edictos, ordenanzas y reglamentos concernientes á la justicia, cuya obra se publicó en 4.°, en Valenciennes, en 1701. En esta obra se da al autor el nombre de Consejero del Rey en todos sus Consejos y presidente. —Una *Coleccion de los decretos de este Partamento. La Coutume de Cambrai commentée;* impresa en Douay, en 4.°, en 1691. A. C.

PINAZO (Fr. Antonio). Nació el dia 26 de Setiembre de 1750, en la masía del Chopo, término y parroquia de la villa de Alpuente, obispado de Segorbe y provincia de Valencia. Fué hijo de Bruno Pinazo y de Antonia Ferraris, honrados labradores, que disfrutaban una posicion bastante desahogada, y descendian de una familia muy notable. Estudió primeras letras y rudimentos de gramática en el colegio de la ciudad de Segorbe, y fué á continuarlos en el de S. Pablo de Valencia con los PP. Jesuitas, los cuales, viendo su penetracion y su talento, procuraron adquirirle para la religion; y habiéndose mostrado él con mucha inclinacion á hacerlo, le vistieron la sotana de la Compañía de Jesus. Al ocurrir la expulsion de los religiosos de esta Orden, era novicio en la casa de Torrente, y aunque por las órdenes del Gobierno podia haberse quedado allí, quiso seguir la suerte de sus superiores y partió con ellos á Italia, donde, aunque de temprana edad, se dedicó con ardor al estudio de las ciencias. Estudió las lenguas latina, griega y hebrea, la filosofía, las matemáticas, las teologías escolástico-histórica, polémico-dogmático-crítica y moral, derecho canónico, historia eclesiástica y profana, hallando un placer y una distraccion, despues de tan árduas tareas, en cultivar la poesía. En 1777 recibió en Ferrara por mano del Ilustrísimo Sr. Obispo de Cuers, las órdenes sagradas del subdiaconado, diaconado y sacerdocio. Por espacio de muchos años desempeñó la cátedra de filosofía en el Gimnasio Real y Liceo de Mántua, y en 1784 fué nombrado regente é inspector de los Reales Estudios, cargo que desempeñó por término de quince años. Como regente suplió muchas veces las cátedras de matemáticas, lógica, metafísica y teología. En premio de sus obras literarias, y más que todo por el honor que hacia á su patria en los países extranjeros, el rey de España le señaló una pension igual á la que disfrutaba como religioso exclaustrado; y más tarde cuando ocurrió la ocupacion de la Italia por los

franceses y la instalacion del gobierno cisalpino, obtuvo tercera pension de la munificencia de S. M. C., en remuneracion del sueldo de catedrático que disfrutaba y que habia perdido por haberse negado á prestar el juramento que el nuevo gobierno le exigia, lo que obligó al gobierno español á recompensar de aquel modo su acendrada fidelidad y patriotismo. Fué censor de la clase de matemáticas en la Academia de Ciencias y Bellas Artes de Mántua, y en más de una ocasion aquel escogido cuerpo aplaudió sus doctas memorias, considerándole siempre como uno de los miembros más aventajados de la corporacion. Perteneció á las Academias de Pádua, á la Cisalpina, á las de Basilea, Filareti, Milan, Turin, y á la famosa de los *Arcades de Roma*, donde se llamaba *Hiparco Epireo*, pastor árcade de la colonia Virgiliana de Mántua. En 1804 fué nombrado profesor de lógica y metafísica en el Seminario de Nobles de Parma. En 1814, de historia y elocuencia sagrada en el Conciliar de Mántua. En 1816, censor régio de imprentas y libros, y últimamente en 1818 era profesor de lengua griega y hebrea, examinador sinodal y rector de estudios en el Seminario Tridentino de Mántua. Tuvo el honor de acompañar á la reina de Etruria en el viaje que esta señora hizo á Roma, á cuya ciudad consagró Pinazo sus últimos estudios. Volvió á Mántua, y cuando trataba de abandonar para siempre la Italia, para restituirse á su patria, fué arrebatado por la muerte el dia 27 de Marzo de 1820 á los setenta años de su edad. Todas las clases de la sociedad sintieron la pérdida de aquel varon tan esclarecido por su talento como por sus virtudes, y que fué un conjunto de buenas prendas, entre las que sobresalian la afabilidad, la lealtad, la honradez y la franqueza. Sus amigos celebraron sus exequias con gran pompa, queriéndole rendir este último tributo. La condesa Zanardi, que le estimaba mucho, mandó á la casa mortuoria sus coches y sus criados vestidos de gran gala, y quiso que el cadáver fuera sepultado como un individuo de su familia en el panteon de la misma, que estaba en Pallidano, cinco leguas de Mántua; y allí fueron trasladados con gran pompa los restos de Pinazo, celebrándole un solemne oficio. La memoria de este varon esclarecido no solo es honra del pequeño lugar de Alpuente, donde vió la luz primera, sino tambien de toda España, pues en sus obras dió á conocer la superioridad del talento privilegiado de los hijos de la Iberia. Pinazo era de buena figura, viva imaginacion, genio alegre y complexion sana y robusta, lo que le permitió gozar una vida larga y exenta de dolencias. Sus costumbres irreprensibles y su humildad extremada hicieron que le apreciasen todos cuantos le conocian. Tuvo amistad y correspondencia con muchos literatos y grandes hombres de su época, y por fruto de sus cincuenta años de trabajo dejó infinitos discursos, disertaciones, memorias y otras obras de las que citaremos aquellas cuya existencia hemos podido averiguar.—

Disertaciones físicas; Verona, 1788. En una de ellas examina los fenómenos físicos para aplicarlos á la agricultura y hacerlos útiles á los usos de la sociedad. — *Dissertatione sull' influenza delle lettere é delle science nello stato civile è politico dell' nazion*; Verona, 1792, en 8.° — *Dissertationi sopra i ventaggi della pubblica educazione è della sua influenza sulla societá;* Verona, 1792, en 8.° — *Dell' utilita de premi publici;* Verona, 1792, en 8.° — *Della cognizione che' ebbero le antichi genti è i pagani filósofi dell' existenza i poi è necessita di uno speziale divino socorso à ben fare di dottori cristiani distinto poi col peculiare adattfalo nome di gratia dissertatione;* Verona, 1797, en 8.° Esto es: «Disertacion acerca del conocimiento que tuvieron las naciones antiguas y filósofos paganos de la necesidad del auxilio divino para obrar bien.» Esta obra está dedicada al cardenal Mattei, arzobispo de Ferrara. — *El Rayo*, poema en español con notas eruditas para su mejor inteligencia; Mántua, 1802, en 4.° Se imprimió á expensas del rey de España Cárlos IV, á quien está dedicado. — *Oda á la paz*, en español; Verona, 1863. — *Ode tricolos tetrastrophos in laudem Xaverii Bettinelli de mortui.* Esta obrita está incluida en la que circuló impresa con el título de *Prose é poesie in morte del cabalieri Saverio Bettinelli*; Mántua, 1808. — *Analisi del cantico di Mosé*, Venecia, 1813. — *De panegyrica oratione habita Mantuæ in ædibus venerabilis Seminarii Tridentini, etc.;* Mántua, 1814. En esta obra da lecciones para formar con elegancia una oracion panegírica sagrada, y se la dedicó á su sobrino D. Abdon Pinazo, canónigo lectoral de Segorbe. — *Los Cielos;* poema con notas para su mejor inteligencia; Valencia, 1821 (obra póstuma). — *Ensayos sobre el poema didáctico;* Ms. — *Discurso sobre la influencia de la moda en las letras*; Ms. — *De la dignidad y deberes del Magisterio*; Ms. Muchas poesías laudatorias á las glorias de su patria, renovacion de sus leyes y venida de su Rey. — *Lettera al Ch. Abb. Tiraboschi in defessa d'alcuni punti dell'opera dell' Abb. Andrés Origini, etc.* — *Dissertatione sulla posibilitá è sulla la maniera di liberari la campagna della graynuolla.* Explica de qué modo puede lograrse preservar los campos del granizo. — *Dissertationi sopra alcuni buoni effetti che nascono da temporali.* — *Dissertatione sulla luce é colore del sol.* — *Electricismus*, poema latino. — *El Filipo*, poema español. En esta obra habia tratado de separarse de las reglas y de las formas del poema clásico para demostrar que podia hacerse un magnífico poema sin usar las figuras mitológicas, tan comunes en todos ellos; y que podian sustituirse con ventajas por imágenes sacadas de nuestro sistema político y religioso. Todas las obras que hemos citado sin año de impresion han quedado inéditas. El Seminario Tridentino de Mántua trataba de imprimir sus *Lecciones de Elocuencia sagrada*; pero se ignora si llegó á tener efecto tan loable determinacion. — M. B.

PINCHAR (Pedro). Fué natural de Caen y descendiente de una noble familia de Normandía. Siendo muy jóven se relacionó con un religioso de la órden de la Santa Cruz de Lieja, que accidentalmente se hallaba en Caen, y tanto se aficionó á la vida religiosa por las relaciones que le oia, que cuando regresó á su país se empeñó en seguirle, á pesar de la oposicion que encontró en su familia, y de los ruegos con que pretendieron disuadirle de su propósito. Despues de tomar el hábito y ántes de efectuar su profesion, terminó su carrera científica en la universidad de Lovaina, donde recibió el grado de doctor en teología. Dedicado al púlpito, adquirió gran reputacion por sus predicaciones, y recorrió gran parte de la Bélgica y de Francia. Vuelto á Caen, fué elegido prior del convento de aquella ciudad, donde compuso un libro titulado: *De vestibus nuptialibus*, que es una explicacion mística de los hábitos de su Orden. En 1372, hallándose en Huy, emprendió la gran obra de la reformacion de su Orden; y apoyado en la autoridad y amparo del rey Cárlos VI, visitó los conventos de Francia pertenecientes á su instituto, corrigiendo los defectos que en ellos encontraba y restableciendo la regla á su antiguo esplendor y pureza. Ocurrió en su tiempo la grave diferencia de Urbano y Clemente, que se disputaban el pontificado, en la que él tomó una parte muy activa, no declarándose á favor de ninguno de los dos competidores, atento únicamente á los intereses de la Iglesia y á la tranquilidad del Estado, haciendo cuanto pudo para que cesase el lamentable cisma que por tantos años dividiera á la cristiandad. Murió en Brabante en el convento de Sta. Agueda en el año 1382.— M. B.

PINCHON (Guillermo). Nació en Saint-Alban, cerca de Lamballe, por los años 1175. Desempeñó el priorato de Saint-Brienne, y fué nombrado canónigo de Saint-Gratient en la ciudad de Tours. Por sus virtudes y su vida ejemplar mereció en 1220 ser elevado á la silla episcopal de Saint-Brienne. Opúsose con firmeza á las pretensiones del ambicioso Pedro Maucler, y defendió con peligro de su vida los derechos de la iglesia que gobernaba, aunque por esto se vió obligado á huir de su diócesis por sustraerse de la persecucion suscitada en contra suya. Habiendo encontrado un seguro asilo en Poitiers, desempeñó por algun tiempo el cargo de coadjutor del obispo, que se hallaba enfermo. Vuelto á su diócesis por haber cesado la causa que motivára su salida, se dedicó á la restauracion de la catedral de Saint-Brienne, y á mejorar la suerte de los muchos infelices que habia entre sus administrados. Murió en 29 de Julio de 1234 con fama de santidad, opinion general que pronto se convirtió en certidumbre por varios milagros ocurridos con algunos enfermos, que teniendo formado tan buen concepto del obispo Guillermo, iban á orar ante su sepulcro y á pedirle el remedio de sus males. Noticioso el Papa de estos prodigios y recibida la competente in-

formacion, le canonizó por su bula de 15 de Abril de 1247, y le colocó en el número de los santos bajo el nombre de S. Guillermo. Su vida, escrita por un autor que apareció llamarse Le Chauve, arzobispo de Bourges, fué publicada por Surius y reproducida por el jesuita Soller en la *Coleccion de los Bolandos* (dia 7 de Julio). El P. Lelong dice en su *Biblioteca histórica de Francia* que el verdadero autor de la vida del Santo es el mismo papa Inocencio IV, y se apoya para sentar esta opinion en un pasaje donde se cita la genealogía de la casa de Fiesque, á la que pertenecia el Pontífice, y asegura que éste habia querido rendir, escribiendo la vida de S. Guillermo, un testimonio de amistad al prelado breton, á quien conociera y tratára mucho tiempo; pero no estando bien demostrado este aserto, hay fundamento para creer, siguiendo la opinion de los Bolandos, que el verdadero autor de la mencionada vida era un arcediano de la catedral de Saint-Brienne, pues no consta hubiese existido ningun arzobispo de Bourges con el nombre de Le Chauve, lo que prueba que fué un pseudónimo con que se cubrió el redactor de la historia, que es de escaso mérito literario.—M. B.

PINCHONA (Bonifacio), del órden de Predicadores. Ignórase la patria de este religioso, aunque algunos escritores le hacen natural de Cremona y otros de Piceno, en la Marca de Ancona. Unicamente se sabe que pertenecia á la provincia romana, lo cual consta en las actas de varios capítulos generales, á los que concurrió Pinchona comisionado por su provincial para dar su dictámen en los graves asuntos que en aquellas asambleas se ventilaban. Las fechas de las actas de los mencionados capítulos son de los años 1346 y 47; y de ellas resulta que era varon de grande ingenio y de insignes conocimientos en la teología, por lo cual le colocan los cronistas de su Orden entre los Padres más notables de ella. No consta que escribiese alguna obra y tampoco se ha consignado el año de su muerte.— M. B.

PINCIANO (Angel). Fué natural de Valladolid, donde tomó el hábito de la Seráfica Orden y siguió carrera científica, cursando con notable aprovechamiento la teología y los derechos civil y canónico. Salió célebre predicador, distinguiéndose por su notable erudicion y sus profundos conocimientos. Unido con Fr. Juan de Guadalupe y Fr. Pedro Melgarejo trató de reformar la Orden en España, purgándola de los vicios y defectos que la hacian ménos estimable, empresa que le costó muchos trabajos, infinitos riesgos, grandes tribulaciones y penosísimos viajes. Pero su gran paciencia, su fuerza de ánimo y su perseverancia no le abandonaron en treinta años, que empleó en solicitar y plantear la reforma, sin que por un solo instante desistiese de su proyecto. Fué muy dado á la oracion, á la austeridad y á la penitencia, y muy rígido observador de la pobreza. Habiendo sido electo ministro provincial para la de S. Gabriel, y hallándose desempeñando este cargo, murió en

Roma, con la mejor opinion, en los últimos dias de Julio de 1531. —M. B.

PINCIANO (Fr. Antonio), mercenario. Este sabio religioso fué natural de Valladolid, y tomó el hábito de la órden de la Merced y Redencion de cautivos en el convento de aquella ciudad en el último tercio del siglo XIV. Era hijo de padres de humilde estado, así en la fortuna como en la nobleza, ignorándose el apellido de su alcurnia; pero fué tan estudioso y de tanta virtud, que con estas cualidades se adquirió el distinguido nombre que acaso por su familia le faltaba, haciéndose muy conocido y estimado en toda España. Algunos biógrafos de la Orden dicen que Pinciano era el apellido de sus padres, pero los más estan conformes en que él lo tomó por el lugar de su naturaleza y profesion religiosa. Despues de haber estudiado con grande aprovechamiento en la universidad de Salamanca y en otras partes, saliendo consumado teólogo, se dedicó á la carrera del púlpito, obteniendo tanto aplauso de los que le oian, que llegando su fama á los oidos de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, le hicieron su capellan y su predicador, ejerciendo algunos años este destino y siendo conocido con el nombre del gran predicador Pinciano. A la muerte de los Reyes Católicos, sus protectores, Fr. Antonio se retiró del bullicio de la corte al silencio de su celda, donde ocupado en los piadosos ejercicios de la mística lectura y la oracion, acabó santamente sus dias por los años de 1524 á 25. — M. B.

PINEDA (Fr. Cipriano). Era natural de Córdoba y nació por los años de 1545. Tomó el hábito en la órden de los ermitaños de S. Agustin, en la que fué maestro de teología y expositor de la Sagrada Escritura, cuyas materias explicó en el colegio de Osuna. Fué confesor del duque del mismo título, y murió, de más de cien años, en el de 1646 ó principios de 1647.

PINEDA (Fernando). Varon de graves costumbres, adornado de relevantes prendas y poseedor de no comun literatura, perteneció á la religion de Santo Domingo, y fué muy grande su devocion á la Santísima Vírgen; por lo cual, deseoso de propagar y fomentar su culto, escribió un libro titulado: *La Cofradía del Santísimo Rosario*; en el que explica su orígen, historia, modo de ofrecer esta devocion á la Santísima Vírgen, gracias espirituales, que se obtienen, y favores que se han logrado practicándola. Este libro se publicó en Bélgica, y fué dedicado al duque de Albano. Tambien escribió, hallándose en Nápoles en el convento del Espíritu Santo, una obra en idioma italiano, porque le fueron familiares varias lenguas, titulada: *Modo de vivir bien;* la cual, traducida al latin y al francés, circuló mucho en su tiempo. Ignórase el año de su muerte. — M. B.

PINEDA (Fr. Juan de), franciscano. Fué natural de Medina del Campo, en Castilla la Vieja, y tomó el hábito de la regular Observancia en el convento de la ciudad de Salamanca. Fué varon muy estudioso, que se dice no ha-

ber existido autor moderno ni antiguo, sagrado ó profano, que él no hubiese leido, y causa admiracion que despues de haber escrito una multitud asombrosa de cartas, le quedase tiempo suficiente para leer tantos libros y producir al mismo tiempo las obras que dió á luz, tanto en latin como en el idioma patrio. Murió ya octogenario, cerca del año 1590, en el convento de su pueblo natal, Medina del Campo, en donde yace enterrado. Sus obras más importantes son las siguientes: *Monarquía eclesiástica*; *historia universal de todo el mundo, dividida en treinta libros y cinco volúmenes.* Esta interesante obra, en que se da razon de todas las monarquías, imperios y repúblicas desde su orígen, de todos los príncipes y personas notables, y en que se hace la historia de la Iglesia cristiana desde Adan hasta los tiempos del autor, es de suma erudicion y trabajo, pues le costó revisar y extractar una coleccion de más de mil cuarenta autores. Se publicó primeramente en Salamanca, y se hizo una nueva edicion en Barcelona en el año 1606, en un tomo en fólio. Otra de sus obras es la *Agricultura cristiana;* en treinta y cinco diálogos, publicada en dos tomos en fólio en Salamanca el año 1589. En esta ingeniosa y útil obra se exponen con suma novedad y admirable artificio los fundamentos de la creencia católica. En la primera parte se contiene cuanto pertenece á la instruccion civil y á las virtudes políticas y sociales; y la segunda comprende las materias sagradas, entre las cuales son notables las siguientes: *De los preceptos del Decálogo*; — *De las virtudes morales y teologales*;—*De los pecados*;— *Del símbolo de los Apóstoles, del Niceno y de S. Atanasio*; —*De la Oracion dominical*;—*De la Salutacion angélica*; —*De la vida y la muerte*; — *Del Antecristo*; — *Del juicio final, penas del infierno y glorias del paraiso.* Igualmente publicó en Salamanca, en 1574, la *Vida de San Juan Bautista*, escrita con bastante erudicion, y la *Exposicion de la Salutacion angélica*, de la cual se hicieron dos ediciones, una en Barcelona, año de 1596, y otra en Salamanca en 1634. Dejó escritas además otras importantes obras, de las cuales unas han visto la luz, y otras permanecen ignoradas ó acaso se hallan perdidas. Entre ellas citaremos de las que existen memoria: *Ecatompea;* dos tomos en fólio, que se conservaba manuscrita en la librería del convento de Medina del Campo, y es una coleccion de sermones, cuya primera parte contiene los correspondientes desde la primera dominica de Adviento hasta la de la Resurreccion del Señor; y en la segunda se hallan los sermones de témporas y los de los santos con la exposicion de los evangelios correspondientes al resto del año, desde la dominica de la Resurreccion á la primera de Adviento. — *De vicios y virtudes*; un tomo en fólio.— *Contra los ambiciosos.* — *Vision deleitable;* versos castellanos con glosas.— *Miscelánea de diversas materias.*—*El paso honroso de D. Suero de Quiñones.* Este libro se imprimió en Salamanca en 1588. Además escribió Pineda las

siguientes obras en latin: *Alveolos quatuor de exceptionibus, seu locorum communium.* — *Pentalogum juniorum prædicatorum.* — *Commentaria in decem primos Psalmos Davidicos.* — *Commentaria in Threnos Jeremiæ* —*Commentaria in libros methaphysicales.* —*Commentaria in Simbolum.* — *Convivium nobilium.* —M. B.

PINEDA (Fr. Juan). Fué natural de Vitoria, sin que conste el nombre de sus padres ni las particularidades de los primeros años de su vida, pues segun aparece de los libros de entradas de la religion de los Hospitalarios de S. Juan de Dios, cuando tomó el hábito solo expresó su nombre y naturaleza. Habiendo vivido algun tiempo en Roma, donde se le proporcionó ir por ciertos asuntos de su familia, y teniendo concluidos sus estudios, tomó el hábito en el convento de los Hospitalarios de dicha ciudad, que se denomina de S. Juan Colabita, que es el segundo que de la mencionada Orden se estableció en Italia. Habiendo vuelto luego á España, vino á parar á Sevilla al convento llamado de la Paz; en el cual, quedó admitido y donde se portó como un varon de ejemplar virtud, manifestándose muy deseoso de que todos fueran lo mismo. Deseando el aprovechamiento de las almas, y á fin de inclinar el ánimo de todos á que marchasen por la senda del bien en los ratos que la oracion y el cuidado de los enfermos le dejaban desocupado, leia vidas de santos, y conservándolas con admirable memoria, se las referia despues á los dolientes, tanto para distraerlos en sus largas horas de soledad y sufrimiento, como para exhortarles á imitar las acciones de los siervos del Señor. Era de genio muy dócil, y de tanta candidez que creia cuanto le decian áun cuando fuese un absurdo; por lo cual algunos mal intencionados se burlaban de él y le engañaban. Cuando le advertian que no diese crédito tan fácilmente á todo género de dichos, respondia: «Todas las cosas posibles se deben creer, segun S. Gerónimo, y con dos testigos se hace una plena probanza: los otros no deben engañarme á mí, pero yo debo creer cuanto me dicen.» Fué tan amante de la santa pobreza, que jamás poseyó cosa alguna; pues todo cuanto tenia lo daba al punto de limosna. A pesar de haber andado de viaje por tantos y tan diversos países cercado de riesgos y peligros, no perdió la virginidad ni jamás se puso en peligro de comprometer su pureza, don inestimable, privilegio admirable, concedido á muy pocos, y que prueba mejor que nada la santidad del que la posee. Por su continencia en todo y su arreglada conducta, y á pesar de sus muchas penitencias, llegó á una edad muy avanzada y murió sin dolor, y casi sin padecimientos anteriores, en el año 1626. Enterrósele con palma y corona en muestra de su castidad, quedando su cuerpo como si estuviera vivo, dando con esto seguro indicio de que su alma reposaba en las celestes mansiones. M. B.

PINEDA (Fr. Juan de), del órden de S. Agustin. Nació en la ciudad de Sevilla, y fué hijo de D. Juan y de Doña Juana de Mendoza. Desde niño manifestó mucho valor y ánimo belicoso; y arrastrado, cual otros muchos, por el deseo de correr aventuras y de adquirir riquezas, pasó á la conquista de las Indias, donde se hizo célebre con las hazañas que llevó á cabo en servicio del Rey en la provincia de Chile. Habiendo tenido un disgusto con otro caballero, fueron tantas las disputas que ocurrieron entre los amigos de uno y otro, que llegaron á formarse bandos y parcialidades, causando varias muertes y sensibles desgracias. Para acabar con estas disensiones, que cada dia presentaban un aspecto más alarmante, el gobernador de Chile prendió á D. Juan de Pineda y á su émulo, y mandándolos juzgar, fueron sentenciados á muerte. Viéndose en aquel terrible apuro, volvió en sí el mal aconsejado jóven, y detestando su mala vida pasada, hizo voto de consagrarse á Dios si salvaba su existencia. Oyó el cielo sus ruegos, y tocando el ánimo del gobernador, se conmutó la pena de muerte en la de destierro perpétuo, en atencion á los servicios prestados por aquellos caballeros, y por el arrepentimiento que mostraban, mandando á cada uno á diferente punto para que no pudieran encontrarse. D. Juan de Pineda fué destinado á Lima; y apénas llegó, solicitó y obtuvo el hábito de la órden de S. Agustin, profesando el dia 6 de Abril de 1560. Aplicóse en seguida al estudio de las sagradas letras con mucho afan, imponiéndose en ellas con suma brevedad, mereciendo por su grande aprovechamiento que le nombráran predicador apostólico en 1566. Recorrió el país, internándose en las poblaciones de los sitios idólatras y salvajes, y consiguió atraer á muchos de ellos al gremio de la Iglesia católica. Obtuvo algunas prelacías, fué definidor en un capítulo provincial y presidente en otro. Distinguióse por su austeridad y penitencia, mortificando su cuerpo y sus sentidos con notable rigor, y padeció mucho tiempo una grave y dolorosa enfermedad, en la que tuvo ocasion de ejercitar su paciencia y cristiana resignacion. Murió en el convento de Nazca sin que conste el año del fallecimiento.—M. B.

PINEDA (Fr. Juan de). Nació en la ciudad de Granada el dia 8 de Setiembre de 1666, siendo sus padres D. Diego de Pineda y Doña Beatriz Rivera, personas de ilustre sangre y de regular fortuna, lo que les permitió dar á su hijo una esmerada educacion. A los diez y ocho años de su edad, y dando muestras de muy recto juicio, determinó abandonar el mundo por la vida religiosa, y eligió la órden de los Hospitalarios como la más á propósito para servir á Dios, puesto que en ella no solo se practica la oracion, sino tambien la caridad en muy grande escala, asistiendo á los enfermos afectados de las dolencias más repugnantes y asquerosas. Accediendo los padres á la piadosa intencion de su hijo se practicaron las oportunas diligencias y

conseguido el permiso que la religion le dió para que tomase el hábito en el hospital de nuestra Señora de Gracia de la ciudad de Murcia, pasó á este punto, donde fué recibido por el padre prior de aquel convento, Fr. Benito Gonzalez, que le impuso el tosco sayal de los hospitalarios el dia 30 de Setiembre de 1684, haciendo su solemne profesion el dia 4 de Octubre del siguiente año. Apénas hubo profesado y empezado á dar muestras de la capacidad y notable ingenio con que el cielo le dotára, procuró la religion cultivar estos elevados dones, ocupándole en los empleos menores y en los trabajos de alguna inteligencia que ocurrian en la comunidad, á fin de que pasando por todos los grados de la enseñanza, pudiera llegar á ser un consumado maestro. Desempeñó tan bien los cargos poco importantes, que se hizo muy pronto lugar para que le encomendasen otros más árduos. Hiciéronle prelado superior del hospital de Ciudad-Real, y luego del de Orihuela, cargos con los que suplió la edad que no tenia para desempeñar el de prior, para el que es necesario contar treinta años cumplidos. En su consecuencia fué por dos veces prior del hospital de Talavera, otras dos del de Madrid y luego de los de Guadalajara y de Rioseco. En 1695 fué elegido en capítulo ministro provincial para la de Castilla, y finalizado este cargo, salió electo procurador general en el capítulo de 1698, permaneciendo en este oficio hasta 1701, en que se le agració con el puesto de secretario general. Cumpliendo los deberes de este importante destino se hallaba en 1704, cuando celebrándose un capítulo general y atendiendo los electores á las recomendables prendas que le adornaban de religioso, discreto, afable, dócil y bien intencionado, juntándose á ellas su reconocida ilustracion y conocimiento de los asuntos de la Orden, le nombraron general, siendo el 19.° de la religion hospitalaria. Motivo de júbilo fué para todos los indivíduos de ella este nombramiento, pues aunque todos los que ántes de él habian obtenido aquella elevada dignidad, procuraron los aumentos del instituto, el generalato del P. Pineda se hizo notable á causa de las extraordinarias circunstancias de guerras, desastres y miserias que ocurrieron en España á principios del siglo XVIII, y en las que la religion hospitalaria, además de contribuir como las otras órdenes con lo que el Gobierno la pidiera para los gastos de la guerra, tenia la sagrada obligacion de mantener los enfermos, cuyo número aumenta siempre á medida que crecen las públicas necesidades. No obstante la estrechez y penuria de los tiempos, al principio de su gobierno fundó en la ciudad de Logroño un hospicio que muy en breve llegó á ser hospital, y en el año 1714 estableció otro en la villa de Linares; y para terminar felizmente su carrera, á los doce años de su gobierno, en 1716, consiguió ver acabada la capilla donde actualmente se venera la milagrosa imágen de nuestra Señora de Belen, en el hospital llamado vulgarmente de Anton Mar-

tin, en la villa de Madrid. Su muerte debió ocurrir al finalizarse el primer tercio del último siglo, lo cual no podemos fijar con exactitud por no haber hallado noticias fijas. — M. B.

PINEDA (Juan de). Este docto jesuita nació en la ciudad de Sevilla, de una familia muy ilustre, y como desde niño se encontrase con vocacion al claustro y á la vida contemplativa, entró en la órden de S. Ignacio cuando apénas contaba los catorce años, y desde entónces emprendió el estudio de los libros sagrados con una pasmosa asiduidad. Dedicándole á la enseñanza sus superiores, enseñó en diferentes colegios, distinguiéndose por la profundidad y variedad de su doctrina y por lo bien orgánizado de sus métodos, lo cual le valió el aprecio de sus cofrades, que se le aficionaron tambien mucho por su modesto y afable carácter. Ofreciéndose mandar á Roma un diputado que defendiese los intereses de la Compañía en la provincia de Andalucía, eligieron los jesuitas á Pineda como el más á propósito para llenar con buen éxito esta mision. Volvió á España el P. Pineda, é inmediatamente fué nombrado consultor general del Santo Oficio, comisionándole para que, visitando todas las bibliotecas, sacase de ellas cuantos libros creyese nocivos para sus doctrinas y tendencias. Murió este sabio jesuita en Sevilla el 27 de Enero de 1637. Fué tambien este religioso muy versado en la historia, y distinguido orientalista; y como mantuviese una estrecha amistad con el célebre Andrés Scoto, éste publicó á instancia suya la version de la *Catena græcor. Patrum in Proverbia Salomonis*, de Teodoro Pettar. Dejó Pineda numerosos escritos y las siguientes obras: *La Monarquía Eclesiástica ó Historia universal del Mundo desde la Creacion. — Commentarius in Job.—Salomo prævius sive de rebus Salomonis regis, libri octo.—Commentarius in Ecclesiastem.—Memorial relativo á la santidad y virtudes heróicas del santo rey D. Fernando III. — Index novus librorum prohibitorum et expurgatorum;* y otros libros interesantes sobre diversas materias.— A. C.

PINEDA (P. Miguel), jesuita japonés, natural de Amacusa, desde su entrada en el instituto se distinguió mucho por su humildad, obediencia, caridad y celo por la conversion de sus compatriotas. Seguia con el mayor placer todas las órdenes de sus superiores, siéndole fáciles áun las más penosas y cumpliéndolas con un celo superior á todo elogio. Creíase el último de todos sus hermanos, y así lo manifestaba en sus hechos haciendo penitencias públicas y particulares de grande edificacion para la comunidad y todos los cristianos de aquel país, que acudian á él en sus dudas y dificultades, porque se las explicaba con un tino, acierto y ternura que le granjeaban su afecto y cariño. Dedicado á la conversion hizo grande fruto con sus predicaciones, recorriendo todo el territorio, corriendo muchos peligros y obteniendo grandes ventajas para el cristianismo y la Compañía, que brillaba por su celo

y decision por la defensa de las doctrinas del Crucificado. Tenia grandes deseos de obtener la corona del martirio, y estuvo á punto de conseguirlo en las diferentes persecuciones que se promovieron en el Japon durante su vida. En una de ellas fué desterrado á Manila, donde permaneció muy poco tiempo, no permitiéndole su sincera fe vivir tranquilo miéntras morian sus hermanos víctimas del cruel despotismo y la intolerancia de los verdugos. Volvió por lo tanto al Japon, donde vivió durante mucho tiempo oculto, siendo muy buscado y perseguido, pues aunque sus compatriotas tenian un grande interés en no descubrirle, le descubrian sus obras, que llegaban con mucha frecuencia á noticia de los perseguidores. Temiendo, por último, el patron que le hospedaba que le prendiesen en su casa, le echó de ella en una noche tempestuosa, y no teniendo donde acogerse ni queriéndole admitir nadie por ser sacerdote cristiano, enfermó gravemente y murió en Nangasaqui en Setiembre de 1633 durante la persecucion de Jogun. —S. B.

PINEDA Hurtado de Mendoza (D. Juan), eclesiástico sevillano, discípulo del colegio de S. Clemente de Bolonia, donde obtuvo el grado de doctor, y fué catedrático de ambos derechos y despues de vísperas de sagrados cánones. En Nápoles, donde se trasladó despues y permaneció hasta su muerte, fué primero auditor general, juez criminal despues de la curia de la Vicaría, y senador, por último, de Santa Clara. Murió en Diciembre del año 1655, dejando la obra siguiente: *Prolem ægidianam*, ó varones ilustres del colegio de Bolonia; Nápoles, por Gil Longo, 1632, en 4.° — S. B.

PINEDO (Fr. José Alonso). No consta el año que nació este sabio religioso. Perteneció al órden de Santo Domingo, y fué prior del convento de Santo Tomás de Madrid. Publicó en el año 1759 un libro titulado: *Breve explicacion de las ceremonias de Semana Santa*, obra que aunque la titula breve es de sumo mérito por dar á conocer completamente el significado de cada una de las ceremonias que en dicha semana santa celebra la Iglesia y que la mayoría de los fieles no comprende, con cuya explicacion hizo este Padre un verdadero servicio á los concurrentes al templo en tales dias. Adicionó su obra además con unas meditaciones sobre la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, sacadas de las obras del venerable P. Fray Luis de Granada del órden de Predicadores. El libro del P. Pinedo se halla escrito en lenguaje claro y sencillo al par que elocuente, y las explicaciones que en él da dejan satisfecha la curiosidad del lector, que queda completamente enterado de lo que se le dice: notable mérito en un tiempo en que nuestra literatura estaba en la lamentable postracion que todos saben y de que solo empezó á levantarse á fines del último siglo. Se han hecho varias ediciones de la citada obra. Se ignoran más circunstancias de la vida de su autor, pero tenemos á la vista una edicion de la antedicha obra, hecha en 1771 en Ma-

drid, en la imprenta de D. Manuel Martin, y costeada por este impresor, la cual se dice ser nuevamente enmendada y añadida por el referido Padre, siendo de suponer, en vista de esta circunstancia, que aún vivia en el último tercio del siglo XVIII. — M. B.

PINEDO (Dr. D. José Ortiz de), canónigo de la santa iglesia catedral de Toledo. Fué natural de la villa de Espejo en la provincia de Alava, donde nació en el año 1775. Empezó sus estudios en Irache y los continuó hasta terminarlos en la ciudad de Toledo, donde siguió la carrera de jurisprudencia ó sea de derecho, recibiendo en dicha universidad el grado de doctor y ordenándose poco despues de sacerdote. Con este carácter desempeñó varios cargos de jurisdiccion eclesiástica, entre ellos el de vicario de Alcaráz en el mismo arzobispado. Obtuvo luego una plaza de capellan de los Reyes Nuevos de la santa catedral, y posteriormente fué nombrado canónigo de la misma. Tambien obtuvo el cargo de contador mayor de rentas decimales; perteneció al Consejo de la Gobernacion del arzobispado; fué juez colector de espolios y vacantes, subdelegado de la Santa Cruzada y examinador sinodal; destinos todos que prueban su suficiencia, su actividad y sus costumbres morigeradas, por las que mereció el aprecio de sus conciudadanos y la confianza de sus jefes superiores. Fué un completo sacerdote, honrado, caritativo, celoso y exacto en el cumplimiento de sus sagrados deberes. Hallándose sumamente enfermo y achacoso en 1849, y contando ya setenta y seis años de edad, se agravaron sus dolencias, y entregó su alma al Criador, despues de recibir todos los santos sacramentos con suma edificacion. M. B.

PINEDO (Mateo). Escasas noticias se tienen de este religioso. Unicamente se sabe que pertenecia al órden de los Minimos, en el convento de Madrid, donde publicó en 1651 la *Vida del glorioso fundador S. Francisco de Paula;* en un tomo en 8.° — M. B.

PINEDO (Fr. Miguel), religioso dominico de la provincia de Aragon, y probablemente natural de Zaragoza, donde tomó el hábito en uno de los conventos de su Orden, en que hizo sus estudios y siguió una carrera que llegó á ser una de las más aventajadas de su época. Reunia Fr. Miguel las mejores disposiciones para el estudio, siendo en extremo aplicado y laborioso, de manera que desde un principio se captó el aprecio de sus compañeros y superiores que procuraron elevar á aquellos puestos de la Orden que creian más adecuados á sus años y capacidad. Por todos pasó el P. Pinedo con notable ventaja del convento que gobernó y áun de la religion, que comprendió tenia en él uno de los sugetos llamados á desempeñar con mejores resultados sus más notables puestos, si la muerte no cortaba inesperadamente el brillante porvenir que le auguraba su mérito. Léjos de disminuirle le

aumentó Fr. Miguel de año en año con la práctica de todas las virtudes y la adquisicion de nuevos conocimientos, que le iniciaron para popularizar su nombre y hacerse tan célebre en el púlpito como no se podia ménos de esperar de su vasta capacidad y no vulgares conocimientos. Los que habia adquirido en la escolástica y Escritura Sagrada, merecieron tanto aprecio de todos los generales de la Orden, que procuraron adelantarle en su carrera, y así llegaron hasta concederle el provincialato de la provincia de Aragon, puesto el más elevado á que se podia aspirar entre los naturales de aquel país, que habian vestido el hábito de Sto. Domingo. Manifestó Fr. Miguel sus buenas cualidades para este cargo, que desempeñó con celo y acierto, siendo tan grande su cordura como extraordinaria su actividad, admirable su ejemplo, y digno, por último, su gobierno de las mayores alabanzas. No pudo terminar el plazo que le estaba designado para servir el provincialato, porque la edad le tenia bastante achacoso, y habiendo ido á Valencia á celebrar el capítulo intermedio, despues de haberle celebrado, falleció en aquella ciudad á 2 de Junio de 1576. —S. B.

PINEIRO (D. Juan), obispo de Calahorra. Fué natural de Villena en el reino de Valencia, y nació en 15 de Agosto de 1598. Estudió la gramática en su pueblo natal, la retórica en Valencia y artes y teología en la universidad de Alcalá de Henares. Graduóse de doctor de la última facultad en la universidad de Osma, y dió principio á su carrera eclesiástica, dedicándose al ejercicio de la predicacion, en la que fué muy eminente, á los veinte y dos años de su edad, predicando por primera vez una cuaresma en Valencia en la parroquia de S. Andrés. Tomó el hábito de colegial en el mayor de S. Ildefonso de Alcalá el año 1623, habiendo desempeñado ántes el curato de S. Martin en Segovia, siendo tambien visitador de este obispado. Desempeñó una cátedra de artes en la antedicha universidad de Alcalá, y sustituyó varias veces la de teología. En 1624 volvió á Valencia, y predicó otra cuaresma en la parroquia de S. Juan del Mercado. En Setiembre de 1626 obtuvo la canongía magistral del púlpito de la santa iglesia catedral de Leon, y en 1628 hizo oposicion al canonicato tambien magistral de Cuenca, cuya posesion obtuvo en 6 de Abril de dicho año. En 1630 se le nombró calificador del Supremo Consejo de la Inquisicion. En 1640 predicó algunos sermones delante del rey Felipe IV en la Real Capilla de palacio, con notable aceptacion del monarca y de la corte. En 1642, hallándose el mismo Rey en Cuenca, con motivo de su expedicion á Cataluña, predicó otro sermon, que dió á conocer sobradamente al monarca el caudal de talento que aquel sacerdote atesoraba, y en su virtud desde Molina de Aragon le presentó para el obispado de Calahorra en 23 de Julio de aquel año, deseoso de que sus letras, virtud, ejemplar vida y cristiano celo redundáran en beneficio de las

almas. Pasó Su Santidad la gracia el dia 13 de Julio de 1643, y fué consagrado en el Real convento de S. Gerónimo de Madrid á 4 de Octubre del mismo año por D. Pablo Duran, arzobispo de Tarragona, siendo notable la ceremonia por haber asistido á ella los obispos de Ispahan y de Siria. Gobernó Pineiro su diócesis con la inteligencia y sabiduría que de su talento podia esperarse, y murió de edad muy avanzada, sin que nos sea posible fijar con exactitud la fecha, por la absoluta falta de noticias que tenemos sobre este particular. — M. B.

PINEIRO (Rodrigo), obispo de Oporto. Nació en la villa de Barcellos en la provincia de Entre Duero y Miño, en Portugal, hácia el año 1481, y fué hijo de Diego Pineiro, *desembargador do pazo*, dignidad que equivalia á la de oidor ó consejero. Desde su niñez manifestó mucho ingenio y suma aplicacion, descollando en el estudio de la latinidad y la retórica por la propiedad, elegancia y facilidad con que manifestaba sus conceptos. Despues de estudiar la filosofía cursó los derechos civil y canónico, en los que recibió el grado de doctor; y consagrándose al estado eclesiástico, obtuvo el presbiterado y fué agraciado con el cargo de varias abadías pertenecientes al patronato Real, tales como la de Ferreiros, Fugodiño y S. Martin de Soago. En el año de 1532 fué diputado de la Inquisicion general y ascendió al obispado de Agran, en las Islas Terceras, en 1548; pero no pasó á desempeñar este cargo por juzgar el Rey más conveniente conservarle en Portugal, á causa del gran talento que manifestaba para la expedicion de los negocios, y le nombró por lo tanto gobernador de Lisboa, nombramiento que fué generalmente aplaudido por recaer en una persona de tanta autoridad, virtud y sabiduría. En fin del año 1550 quedó vacante el obispado de Porto, y el Rey tuvo á bien agraciar con este cargo á D. Rodrigo, aunque era ya sexagenario; pero su excelente salud, su robusta constitucion y extraordinaria agilidad le hacian apto para el desempeño de cualquier cargo, por muy penoso que fuera; lo que acreditó gobernando esta iglesia por el largo espacio de veinte años, dando muestras durante este período del vigor de su espíritu y de lo prodigioso de su memoria. Luego que se encargó del gobierno de la diócesis dió principio á una obra correspondiente á la grandeza de sus pensamientos, y fué la célebre quinta de Santa Cruz de Maya, situada á legua y media de Porto, posesion digna de su elevada clase, en la cual hizo construir varias casas, fuentes, jardines y otros objetos de honesto y útil recreo, siendo tal su magnificencia, que inspiró á dos célebres ingenios de la época, Alvaro Cadoval y D. Manuel de Faria y Sousa, los cuales escribieron dos poemas heróicos, uno en latin y otro en portugués, que fueron muy celebrados y en los cuales describian las maravillas de aquella construccion, al mismo tiempo que encomiaban las virtudes y buen gusto del Obispo, á cuyas

expensas se publicaron las mencionadas obras. En esta notable fábrica medió la singular circunstancia, para mayor honra de Pineiro, de que éste no la construyó en beneficio propio, pues cuando se concluyó tenia cerca de ochenta años, y no esperaba por lo tanto disfrutarla mucho tiempo, como así lo expresó él mismo en una carta dirigida al antedicho Cadoval, en la cual manifestaba su generoso pensamiento de preparar aquella agradable mansion para el bienestar de los obispos sus sucesores. Tuvo la suerte y el gusto de conocer y tratar á S. Francisco de Borja, que estuvo en Porto por los años de 1560. Sabiendo el Obispo que el santo compañero de Ignacio de Loyola se habia albergado en el hospital de los pobres de Sta. Clara, fué al punto á visitarle, brindándole con su palacio, á fin de que pudiera estar con toda la comodidad y regalo; pero no lo pudo conseguir, logrando solo que admitiese algunos socorros, á fin de pasarlo ménos mal. Igual pretension que D. Rodrigo obtuvieron los principales personajes de la ciudad, prendados del afectuoso trato de los jesuitas, y presagiando el provecho que les resultaria de que se estableciese su instituto en Portugal, rogaron á S. Francisco dejase allí dos ó tres padres para dar principio á las fundaciones; y habiendo convenido en ello, dió el obispo Pineiro licencia para que tuviesen convento é iglesia, como se efectuó muy en breve, colocando el Santísimo Sacramento en la casa que les dieran el dia 10 de Agosto de 1560, por lo cual se puso el nuevo colegio bajo la advocacion del santo mártir Lorenzo, predicando en la funcion el V. P. Ignacio de Acevedo, que diez años despues murió valerosamente por Cristo en union de otros cuarenta compañeros, todos jesuitas, á manos del corsario hereje Jacobo Soria, que se hallaba al servicio del rey Enrique de Navarra cuando éste aún no se habia convertido al catolicismo. Ocurrieron despues mil estorbos y graves inconvenientes para que la fundacion siguiese adelante, como generalmente sucede en todos los principios; pero la buena voluntad y firmeza del Obispo destruyó cuantos inconvenientes se presentaban, quedando todo en la mayor tranquilidad. Viendo Pineiro los buenos frutos que la predicacion de los jesuitas reportaba, les concedió en el año 1563 la abadía de Sta. María del Valle en el distrito de Feira, para que se fueran manteniendo Despues que se hubo concluido el santo concilio de Trento, convocó el arzobispo de Braga D. Bartolomé de los Mártires á todos sus sufragáneos para un sínodo provincial, que empezó en 8 de Setiembre de 1566 y duró hasta Marzo del siguiente año. Asistió á él D. Rodrigo, quien por su notable sabiduría, larga experiencia y dilatado gobierno espiritual fué consultado con el mayor interés en las árduas cuestiones que se suscitaron acerca de la reformacion de las costumbres y mejor gobierno de las iglesias. Terminado el sínodo, regresó D. Rodrigo á su diócesis, donde mejoró la fábrica de la catedral, pues viendo que el techo del crucero era de

madera, y se hallaba expuesto al fuego y á la ruina, hizo bóveda de piedra, compensando el crecido gasto que tuvo con la hermosura, limpieza y duracion de la obra. Sin embargo de estar siempre ocupado en trabajos y empresas que le producian grandes dispendios, no se olvidaba del socorro de los pobres, pues no sería disculpable en verdad que hiciese casas de recreo faltando el auxilio á los necesitados. Para todo le dió abundantemente la Providencia; y además de las limosnas que diariamente daba á todos los que acudian á sus puertas, mantenia gran número de viudas y doncellas honradas, evitando con su cristiana generosidad el riesgo de muchos pecados. Como era sumamente aficionado á las letras, tuvo particular gusto en comunicarse con los más célebres literatos de su época y en amparar á los que estaban necesitados, los cuales en justo agradecimiento de sus favores han trasmitido á la posteridad el nombre del generoso Obispo. Cadoval, que le debia infinitas mercedes, le llama frecuentemente su *Mecenas*. D. Juan Rodriguez Sá de Meneses le dedicó unos elegantes versos latinos en que le denominaba *padre de los poetas, amparo de los pobres y gloria de Porto*. El tierno y desgraciado Camoëns le celebró tambien en un soneto, inserto en la centuria segunda, núm. 30, de sus obras. Además de lo mucho que favoreció á la institucion de la Compañía de Jesus, patrocinó tambien la fundacion de los Capuchinos, que en el año 1569 empezaron á establecerse en Portugal en una quinta llamada de Valdeamores, en el partido de Gaya, que les cedió generosamente D. Blas Pereira, natural de Porto, caballero del hábito de Cristo, y su mujer Doña Mencía de Paez. Cargado ya el prelado de años y rico de merecimientos, fué llamado á gozar el premio de sus virtudes, muriendo en Porto el año 1572, reinando D. Sebastian, último rey de Portugal por entónces.—M. B.

PINEL (Padre). Nació en la parte francesa de la isla de Santo Domingo á fines del siglo XVII, y profesó en la Congregacion de los Padres del Oratorio. Enviado á Francia por sus superiores, tuvo á su cargo en varios colegios de la Orden la enseñanza de los niños y de los criados, cargo que señaladamente desempeñó en Juilly y en Vendome, donde residia por los años 1736. La doctrina que empleaba y difundia no parecia muy compatible con las funciones que desempeñaba, y por esto se le privó de continuar en el magisterio. La Congregacion del Oratorio habia aceptado la bula y obedecia sumisa las prescripciones del formulario que en ella se señala; mas Pinel, ó resentido por su destitucion ó guiado por sus convicciones, protestó contra todos los actos de la Congregacion con tal fuerza, que se creyó necesaria su expulsion de ella. Verificada ésta, Pinel realizó toda la fortuna que poseia en su patria, y la destinó á la propagacion de lo que llamaba la gran obra; es decir, la predicacion de sus errores. Se le conoció como jefe de una especie

de agitadores que por largo tiempo difundieron sus doctrinas, principalmente en el Mediodía de la Francia. Se cree que el juicio de Pinel, sobreescitado con las contradicciones y contratiempos que habia experimentado, no se hallaba en su completa integridad, y tomaba por verdades las ilusiones de su imaginacion calenturienta, creyendo firmemente, entre otros delirios, hallarse próxima la venida de S. Elías y el reinado de los mil años. Recorrió el país difundiendo tales ideas, acompañado de una mujer llamada la hermana Brígida, á la que habia sacado del Hôtel-Dieu de Paris. Para acreditar sus doctrinas publicó un escrito titulado: *Horóscopo de los tiempos, ó conjeturas sobre el porvenir*. Sus exageradas ideas le ocasionaron muchos disgustos y persecuciones; y habiendo caido enfermo de peligro en un pequeño lugar, acabó sus dias casi privado de socorros. Murió el dia 15 de Noviembre de 1777. Dejó una parte de sus bienes á la hermana Brígida, que regresó al hospital de donde saliera, y firmó una retractacion de sus locuras, abominando los escandalos que con ellas habia promovido. El P. Pinel ha dejado una obra titulada: *De la supremacía del Papa*; de la cual hizo una edicion en latin y francés, en Lóndres, en 1770, y otra en el mismo año solo en francés, precedida de un aviso del editor en respuesta á un artículo inserto en la revista, titulada *Las Novedades eclesiásticas*, de 22 de Marzo de 1770, que se ocupaba acerca de esta obra. En ella ataca Pinel las opiniones insertas en la carta de Meganck, en que este doctor del capítulo de Utrech sostiene que la primacía de S. Pedro y sus sucesores es no solo un derecho de honor, sino tambien de jurisdiccion. Pinel sostiene, por el contrario, que S. Pedro no tuvo jamás autoridad alguna sobre los demás apóstoles, y que la supremacía del Papa no procede de derecho divino, ni tiene verdadera y legal jurisdiccion humana, hallándose por lo tanto desnuda de todo fundamento. —M. B.

PINELI (Fr. Gregorio). Nació en Cantararo, pueblo de la Calabria, el dia 19 de Junio de 1591, y fué hijo de Polivio Pineli y de Julia Merigelle. Recibió en el bautismo los nombres de Francisco Antonio; mas despues, cuando profesó en la órden de Predicadores, se impuso el de Gregorio. Tomó el hábito de la mencionada Orden en el convento de Monte Alto el dia 8 de Febrero de 1611, pasando despues de terminados sus estudios á varios conventos de la provincia, donde enseñó con notable éxito, obteniendo la honra de ser condecorado con el lauro del magisterio en 1631. Fué teólogo del cardenal Finolardo, vicario del cardenal Vicente de Fierencela, abad de S. Angelo de Fachinelli y de Sta. Sofía de Benevento por el cardenal Camilo de Astalli. El año 1665, hallándose en Roma, fué atacado de una melancolía tan grande, que, yendo diariamente en aumento, llegó á trastornarle el juicio; cuya dolencia, segun se sospechó, le sobrevino á consecuencia de ha-

berle suministrado algun veneno. Conducido desde el palacio del cardenal Fierencela al convento de Sta. María de Minerva, se le colocó en la enfermería; y atacado un dia de un frenético acceso, y burlando la vigilancia de los criados y enfermeros, se arrojó por una ventana muriendo á consecuencia del golpe en el año 1667. Dejó escritas las obras siguientes: *Política cristiana;* puesta en brevísimos documentos útiles á cualquiera persona que desee vivir arregladamente, con un breve método para conservar la salud del cuerpo, recogido de muy graves autores. Esta obra, escrita en italiano, se imprimió en Roma en 1655. — *Stimulus charitatis omnibus peregrinantibus ad cœlestem Jerusalem utiles ac necessarius;* Nápoles, 1636. — *Lectiones et excursus super canticum Magnificat*; el cual no llegó á imprimirse, y se conservaba manuscrito en el convento de Sta. Catalina de Formello de la ciudad de Nápoles. — M. B.

PINELL (Fr. Esteban). No se sabe de qué punto era natural, pues le hallamos ya en los apuntes biográficos que poseemos, siendo sacerdote de la casa-mision de Barcelona. Fué varon muy espiritual y muy celoso por el bien de las almas, á cuya direccion se consagró muy especialmente, como lo prueban las obras que dió á luz para instruccion de los fieles, y que llevan los títulos que siguen: *Camino del cielo ó Consideraciones purgativas é iluminativas sobre las máximas eternas y sobre los sagrados misterios de la pasion de Cristo nuestro Señor, para cada dia del mes;* traduccion del italiano, Barcelona, 1769, en 12.° — *Ceremonias de la Misa rezada.* — *Sagrado ceremonial de la Semana Santa.* — *Manual de ceremonias romanas.* — *El alma desolada.* — *Traduccion del mes de Mayo.* Tambien puso en castellano los *Sabios y pios discursos de un alma devota, deseosa de su eterna salvacion*, que escribió en francés Mr. Guizain, sacerdote de la casa de S. Sulpicio, en París. Esta obrita vió la luz pública en Barcelona, en un tomo en 8.°, el año 1778. — M. B.

PINELLE (Luis), nació en Monclat (Francia). Siguió la carrera eclesiástica, y despues de haber sido subarcediano de Bourges, dean de S. Martin de Tours, y canónigo canciller y gran vicario de París, fué elevado al episcopado el 4 de Noviembre de 1510 sucediendo á Juan de Pierrepont. Su eleccion ofreció muchas dificultades, por haber sido tachada por varios de los excrutadores; pero al fin, mediando sentencia del arzobispo de Sens, tomó posesion del arzobispado en 19 de Marzo de 1511, haciendo su entrada pública en la capital de la diócesis en el mes de Julio del mismo año. Este prelado habia sido maestro en el colegio de Navarra en 1497, y á él se debió la conclusion de la biblioteca de este colegio, donde durante el año 1505 enseñó la teología. En el año anteriormente dicho de 1511, el cardenal arzobispo de Ruan le dió poder para efectuar la reforma de los conventos de

S. Severin, de Chateau Landon, en la diócesis de Sens, de S. Calixto de Cisoin, en la de Tournai, y de nuestra Señora de Libri en la de París. Ocupóse con asiduidad en este negocio; reunió un capítulo general en Libri, donde se publicaron los estatutos que habian de asegurar la dicha reforma, y murió en 2 de Enero de 1516. Este prelado fué muy querido en su diócesis por el esmero y rectitud con que desempeñó todas las funciones de su elevado ministerio. —M. B.

PINELLI (Domingo). Nació el año 1541, y fué de tan precoz inteligencia, que á los catorce años empezó á estudiar el derecho en la universidad de Pádua, hallándose pronto en estado de enseñarle. Dedicado al estado eclesiástico, pasó á Roma en 1564, siendo apénas de veinte y tres años de edad. Por recomendacion de personas influyentes, el papa Pio V le hizo refrendatario de la signatura, y Gregorio XIII le nombró comisario apostólico para dirimir una contienda que tenian los vecinos de Narni y de Terni sobre cuestion de límites de territorio de sus respectivos pueblos, y que por espacio de doscientos años habia sido un continuo semillero de pleitos, gastos y disputas. Enterado Pinelli de todos los antecedentes, y tan hábil jurisconsulto como diestro componedor, supo, sin faltar á lo que el derecho prescribia, conciliar los ánimos de los que disputaban, y dar al negocio una solucion que los dejó á todos contentos. A su vuelta á Roma, y en presencia de aquel que podia llamarse triunfo, atendiendo al largo espacio que durára la disputa, se le dió el obispado de Fermo, por indicacion y á instancia del cardenal Pereti que en alto grado le estimaba. Fué despues auditor de la Rota, clérigo de la capilla del Papa, y vicegerente del cardenal Camarlengo Cornero. Hecho papa el cardenal Pereti en 1585, admitió á Pinelli en el Sacro Colegio, en atencion al buen desempeño que hizo de la nunciatura de España. Poco despues de su elevacion al cardenalato, ocurrió una sublevacion en la Romania, y Pinelli, que á su talento diplomático unia la firmeza de carácter y las dotes que distinguen á un valeroso guerrero, fué investido del cargo de legado, y destinado á las provincias sublevadas con plenos poderes para obrar segun fuera necesario para reducir á los revoltosos por medio de la persuasion, ó si esta no bastaba, para someterlos con la fuerza de las armas. Decidido á no usar del rigor sino en el último extremo, segun se lo aconsejaba su carácter y su humanidad, al mismo tiempo que tomaba disposiciones belicosas, trataba con las cabezas de la rebelion para restablecer la paz turbada. Logró, en efecto, su designio, y sin recurrir á violentos medios, la tranquilidad fué restablecida. Vuelto á Roma, el Papa le nombró jefe de la armada naval, arcipreste de Sta. María la Mayor, y le comisionó para acabar el tomo VII de las *Decretales*, que Gregorio XIII habia principiado. Murió en 9 de Agosto de 1661. Escribió un *Tratado sobre la autori-*

dad del Papa, que se conserva manuscrito en la Biblioteca del Vaticano, y una relacion de los procesos que se formaron para las canonizaciones de Santa Francisca, viuda romana, y de S. Cárlos Borromeo. — M. B.

PINELLI (Lucas). Nació en Melfe, del reino de Nápoles, y perteneció á la noble familia genovesa de los Pinelli. Se ignora la fecha de su nacimiento, pero debió ser en el siglo XVI. Tomó el hábito en la Compañía de Jesus, y dedicándole sus superiores á la enseñanza, explicó teología en Ingolstad y en Pont-Mousson; compuso varias obras de piedad y de teología de que Moreri no da noticia alguna al citarle, y murió en Nápoles en 25 de Agosto de 1607. — A. C.

PINELLI (Valentin). Nació este religioso en Génova, capital de su antigua república, perteneciendo á la familia de Pinelli, cuna de las veinte y ocho nobles. No se sabe cómo fué á España, pero sí que fué fraile en la ciudad de Sevilla, en el monasterio de S. Leandro, de la órden de S. Agustin, Fué muy conocedor de la lengua latina, en la que escribió varios tratados en prosa y verso, siendo uno de ellos el *Elogio de Santa Ana, madre de la Virgen Santísima*, el cual se imprimió en aquella ciudad en 1601. Se ignora las fechas de su nacimiento y muerte, pero floreció en el siglo XVI. — A. C.

PINELO (D. Agustin), canónigo de la santa catedral de la ciudad de Sevilla. Fué natural de la misma, donde hizo sus estudios y recibió la investidura sacerdotal, habiendo nacido en el año 1570. En 1595 obtuvo un canonicato en la mencionada iglesia catedral, que le sirvió más que para contentar su vanidad de hombre, para satisfacer sus deseos de bienhechor, pues habiendo ya invertido en limosnas su patrimonio, que ascendia á cuarenta mil ducados, solo anhelaba tener más medios para repartir socorros á los pobres, y así fué que cinco mil ducados, á que ascendian sus rentas, no los aplicaba á otras cosas que al socorro de los menesterosos. Distinguióse por la continua oracion, á la vez que por sus asperísimas penitencias. Dirigió con prudente celo algunas casas de religiosas, y murió en la antedicha ciudad de Sevilla en el mes de Abril del año 1630. Fué sepultado á expensas de su sobrino D. Lucas Pinelo en el convento de monjas Agustinas, costeándole un sencillo sepulcro con un epitafio latino conmemoratorio de sus virtudes. De todo el gran patrimonio que hemos dicho heredó de sus padres, y del que pudo reunir con las cuantiosas limosnas y rentas que disfrutó durante su vida, no dejó más que algunos efectos, cuyo valor ascendia á poco más de quinientos ducados. — M. B.

PINELO (Arias), portugués, jurisconsulto distinguido, sustituto en un principio en Salamanca de los catedráticos Antonio Gomez y Martin Azpilcueta Navarro; transcurridos algunos años, su grande ingenio produjo á su patria los más admirables frutos. Juan III, rey de Portugal, le nombró pro-

fesor de derecho civil en la universidad de Coimbra, enseñando despues durante diez años derecho canónico en el mismo establecimiento. Pasó despues á Salamanca con Manuel Acosta, donde se distinguió continuando en las mismas enseñanzas, hasta que fué llamado por el rey de Portugal, quien le puso al frente de la universidad de Lisboa, lo que consta por las palabras de Manuel Suarez de Rivera en el prólogo de la edicion de Venecia de los comentarios de Pinelo á la obra *De rescindenda venditione*. Pinelo murió asesinado, segun refiere el toledano Juan Merelo en un elegantísimo epígrama que insertó Scoto. Algunos suponen á este autor eclesiástico. Muchos españoles ilustres han hecho su elogio, entre los que se cuenta Diego de Covarrubias, que dice: «No puedo ménos de admirar la laboriosidad é inteligencia de Arias Pinelo en registrar toda clase de escritos.» Quesada, en su libro de *Cuestiones de Derecho*, dice de él: «Aquel ilustre anciano Arias Pinelo.» Gaspar Baeza, en su obra titulada *Decima tutoris*, escribe: «Pinelo, varon notable, insigne amante de la virtud, digno de toda alabanza por su mucha y atenta lectura, y grande cuidado y juicio en la investigacion de toda clase de escritos.» Juan García expone tambien el juicio formado de Pinelo por los más doctos jurisconsultos de su siglo en los *Commentariis de Nobilitate*, glosa VI, §. 1.°, núm. 51 al fin. Por último, su discípulo el ya citado Manuel Suarez, le llama con frecuencia, *doctísimo y diligentísimo investigador del Derecho; doctísimo, gravísimo y diligentísimo intérprete del Derecho*. Sus obras son: 1.ª *Ad rubricam et Leg. II C. de rescindenda venditione Commentarii;* obra impresa por primera vez en España, segun Nicolás Antonio, y despues en Venecia con notas del doctísimo Manuel Suarez de Rivera, 1570, en 4.°; Francfort, 1596, en 8.°; y Rintelli, 1667, en 4.°—2.ª *De bonis maternis Commentarius;* impresa primero en España, y despues en Francfort por Nicolás Barco, 1585. Esta obra se publicó tambien en Salamanca por Matías Gast, 1573.—S. B.

PINELO (Sor Valentina). Nació en Sevilla, sin que conste el año, aunque se cree debió ser á la mitad ó último tercio del siglo XVI. Sus padres eran de reconocida hidalguía, y estaban emparentados con el célebre cardenal Antonio Pinelo. Cuando Valentina cumplió cuatro años la pusieron á educar en el convento de S. Leandro, de religiosas agustinas; y descubrió tanto ingenio y tal disposicion para el cultivo de las letras, que la dedicaron al estudio de la lengua latina, en el que salió consumada. Habiéndose aficionado á la vida religiosa, ya no quiso salir del convento, y tomó el hábito, haciendo su profesion á los veinte años de su edad, observando toda su vida una piedad sin límites y una estrecha observancia de la regla monástica. Dióse á la lectura de libros sagrados, y así adornó su entendimiento no solo de sublime instruccion, sino tambien de piadosas ideas. Profesaba tal devocion á

la bendita Sta. Ana, madre de nuestra Señora, que deseando tributarla un reverente obsequio, escribió su vida en cuatro partes, la cual se imprimió en Sevilla en 1601. Dedicóse al estudio de la poesía, en la que tambien brilló, y llegó á formar una buena coleccion de composiciones que ofreció dar á luz, pero que no llegó á publicar. Ignórase el año de su muerte.— M. B.

PINET (P. José). Era francés, aunque se ignora el punto donde nació. Pertenecia á la Compañía de Jesus, y por su rara virtud, ilustracion y relevantes prendas fué destinado á las misiones de la América francesa. Los PP. Jesuitas, que con razon pueden considerarse como los civilizadores del Nuevo Mundo, hacian continuamente descubrimientos de pueblos salvajes, que se hallaban sumidos en las más espantosa al par que ridícula idolatría, y á fuerza de trabajos y desvelos procuraban sacar del estado de ceguedad á aquellas pobres almas para iluminarlas con la verdadera luz. El P. Marquet, costeando rio arriba las aguas del Misisipí, acababa de descubrir el país de los Ilineses; pero no gozó el fruto de este descubrimiento por haberle sobrevenido una prematura muerte, y dejó la continuacion de su trabajo al Padre Gabrier, á quien vino á ayudar Pinet en sus tareas apostólicas. Estos misioneros gozaron larga vida entre aquellos salvajes, logrando identificarse con ellos y comprender su lenguaje hasta reducirle á reglas, y formar diccionarios y gramáticas, cuyo estudio sirvió de mucho á los misioneros que más tarde arribaron á aquellas regiones á trabajar en la propagacion de la fe. El Padre Pinet tuvo la satisfaccion de ver terminada y establecida sólidamente la mision católica en el país de los Ilineses el año 1702, sin experimentar más obstáculos que los que le opusieron los médicos ó charlatanes, que ántes eran los árbitros del país, y que desde la introduccion del Evangelio perdian los emolumentos y regalos que ántes disfrutaban, y con los que pasaban una vida tranquila y abundante, pues la sabiduría de los misioneros hizo conocer á los naturales del país la ignorancia y ninguna habilidad de aquellos pretendidos doctores. Pero en fin, viendo que no tenian otro recurso, sometiéronse como los demás, y la mision existió por mucho tiempo en un estado próspero y floreciente. Las demás circunstancias de la vida del P. Pinet, así como el año de su fallecimiento, no constan en los apuntes biográficos de la Compañía de Jesus.— M. B.

PINGARRON (D. Manuel Martinez), presbítero. Se sabe que este eclesiástico era natural de Madrid, por pertenecer á la venerable congregacion de S. Pedro Apóstol, en la que fué admitido en junta de 28 de Mayo de 1738. Desempeñó varios cargos en ella, y obtuvo el de capellan mayor en 1774. Tambien fué agraciado con una plaza de capellan de la Real capilla de San Isidro, en S. Andrés, y atendiendo á su reconocido mérito é ilustracion, S. M. le nombró bibliotecario de su real librería, donde llegó á ser el mas

antiguo de los cuatro de número. Murió en 21 de Diciembre de 1777. Fué este eclesiástico varon benemérito, de muy sanas costumbres, vida arreglada, genio dulce, trato agradable y muy instruido en todo género de letras. Tradujo del francés las obras siguientes: *Costumbres de los Israelitas y costumbres de los Cristianos*, escritas por el abad Fleury; dos tomos en 8.°, impresos en Madrid, 1757. De esta obra hizo otra edicion en Barcelona, en 1769, el señor obispo D. José Climent, añadiendo al principio una carta pastoral en la que recomendaba su lectura á todos sus feligreses; y posteriormente se ha hecho otra tercera en Madrid, por Gomez Fuentenebro, en 1860, un tomo en 8.° mayor. — *Obligaciones de los amos y de los criados*; tambien de Fleury; Madrid, 1741, en 8.°—*Ciencia de las medallas*, del P. Jovert, ilustrada notablemente por el baron de la Bastil, y adornada por el traductor con un erudito prólogo; Madrid, 1777, dos tomos en 4.° con láminas.—M. B.

PINGRE (Alejandro), sabio astrónomo. Nació en París en el mes de Setiembre de 1711. Hizo sus estudios en el colegio de los Genovevistas de Senlis, y á los diez y seis años entró en esta Congregacion, en la que fué mas tarde profesor de teología. Hallándose en Roma, hizo conocimiento con el famoso Le Cat, quien le excitó para que estudiase la astronomía, en cuya ciencia hizo notables y rápidos progresos. La observacion del paso de Mercurio en 1753 le valió el título de corresponsal de la Academia de Ciencias de París, de la que más tarde fué socio de mérito. Obtuvo la plaza de bibliotecario de Santa Genoveva y el título de canciller de la Universidad. Formó parte de la expedicion enviada en 1760 á los mares de la India para observar el paso de Venus sobre el disco del sol. En 1767 pasó á Holanda con objeto de rectificar los relojes marinos del Rey y de Berthoud; y en fin, hizo algunos viajes científicos á bordo de la *Isis* y la *Flora*, en los años 1769 y 1772; viajes que tenian por objeto el aumento y esplendor de los conocimientos geográficos y astronómicos. En premio de tantos servicios, el Rey le nombró de vuelta de sus viajes científicos geógrafo de la marina en la plaza del sabio Delisle, destino que desempeñó hasta su muerte, ocurrida en París en 1.° de Mayo de 1796, á los ochenta y seis años de su edad. Dejó escritas las obras siguientes: *Estado del cielo*; almanak náutico para 1754, 55, 56 y 57, cuatro tomos en 8.° — *Memoria sobre los descubrimientos hechos en el mar del Sur ántes de los últimos viajes verificados por los franceses al rededor del Mundo*; 1778, en 4.° — *Cometografía ó tratado histórico y teórico de los cometas*; 1783, dos tomos en 4.° — En esta obra, que es la mas importante de su autor, se encuentran hábilmente calculadas las órbitas de todos los planetas conocidos. — *Una traduccion de la obra astronómica de Manilio. Historia de la astronomía en el siglo XVII*; 1795, en 4.° — Tambien publicó, como editor, las *Memorias del abate Arnaldo de Andille*; 1756, tres to-

mos en 8.°, y de la undécima edicion de la *Geografía de Buffier*; 1789, en 12.° Se citan detalladamente sus observaciones en las *Tablas de la Academia de Ciencias*, en las *Memorias de Trevoux* de los años 1769 á 1775, y en la *Biblioteca astronómica* de Lalande. El elogio de Pingré escrito por Prong se insertó en las *Memorias del Instituto* (seccion de ciencias físicas y matemáticas), y la noticia de su vida se halla en el Mercurio del 10 de Prairial, año IV, tomo II, página 217, y en el *Almacen enciclopédico*, año II, tomo I, página 342. — M. B.

PINHEIRA (Catalina), portuguesa. Fué religiosa en el convento de Jesus de la ciudad de Aveiro. Escribió la vida de la santa princesa de Portugal, Doña Juana, hermana del rey D. Juan II. Citan á esta monja con elogio, Juan Lopez, en su *Historia del órden de Predicadores*, tomo III, y Abraham Bzovius en el tomo XVIII de sus *Anales eclesiásticos*. — M. B.

PINHEIRO (D. Antonio). Fué natural de Porto de Moz, obispado de Leiria, en Portugal. Su familia, que era muy distinguida, y que ocupaba una posicion ventajosa y desahogada, le envió á cursar en la célebre universidad de París. Despues de terminar sus estudios, desempeñó una cátedra de retórica en el colegio de Santa Bárbara, segun otros de S. Barbe de aquella capital, hasta que el rey D. Juan III, noticioso de su mérito y de su profunda instruccion, le hizo volver á Lisboa, nombrándole preceptor de su hijo. Quedó tan satisfecho de los adelantos que el jóven príncipe hacía bajo la direccion de tan hábil maestro, que habiendo abrazado éste la carrera eclesiástica y queriendo recompensar sus servicios, le nombró sucesivamente su limosnero, su predicador, su historiógrafo y guardasellos. El rey D. Sebastian, penetrado de su mérito, le nombró obispo de Miranda y poco despues de Leiria. Los profundos conocimientos de Pinheiro, su larga permanencia en la corte y el detenido estudio que habia hecho de los hombres y de las cosas le facilitaron los medios de ser un hábil político. Cuando el rey D. Sebastian, alucinado con las falaces promesas del destronado emperador marroquí, trató de pasar al Africa á prestar los auxilios que se le pedian, Pinheiro manifestó al Rey todos los riesgos é inconvenientes de aquella expedicion, y trató de disuadirle para que no se llevase á efecto. Pero el monarca, jóven, lleno de ardor marcial, henchido de esperanzas, deseoso de gloria y alentado por otros jóvenes, que conceptuaban muy fácil la conquista del imperio, desoyó los sanos consejos de Pinheiro; y habiendo insistido éste, cayó en la desgracia del príncipe, retirándose á su obispado. El éxito fatal de la jornada probó cuán fundados eran los temores del obispo de Leiria. Despues de la fácil toma de Arcila, con que el rey D. Sebastian inauguró la campaña y que le sirvió de estímulo para continuarla con ardor, se internó confiadamente en los desiertos y abrasados arenales de la Libia, donde cercado de

inmenso número de moros, luchando con los rigores del clima, y con la falta de recursos, fué completamente derrotado, quedando su ejército disuelto y hallando él la muerte en el campo de batalla ó en la esclavitud, fin de todos modos oscuro, puesto que ningun historiador ha logrado adquirir datos fehacientes para asegurar cuál fuese el verdadero término de su vida. Por la muerte de D. Sebastian, ó por su desaparicion, quedó vacante el trono de Portugal; y áun cuando tenia muchos pretendientes, se sobreponia á todos el rey Felipe II de España, tanto por el inmenso poder de que disponia, como por el derecho que juzgaba asistirle á causa de ser hijo de una infanta portuguesa. Los magnates, los grandes señores, que formaban el gobierno provisional de Portugal, al ver la actitud de D. Felipe que á marchas forzadas se dirigia á tomar posesion de la corona lusitana, más como conquista que como herencia, trataron de detenerle en su ambiciosa senda, conjurándole á que por lo ménos guardase las fórmulas del derecho y de la justicia. Para esto era necesario valerse de una persona competentemente instruida, acostumbrada al trato de las córtes, y conocedora de los manejos de la política. En aquella ocasion volvieron los ojos á Pinheiro, y revistiéndole con el elevado carácter de embajador, le enviaron cerca de Felipe II, suplicándole se dignára suspender su marcha y esperar la resolucion de los jueces nombrados para decidir cuál fuese el personaje digno de obtener la corona portuguesa. Desempeñó Pinheiro la comision con su acostumbrado celo, con su inimitable tino, aunque no con el mejor resultado. Felipe II, el soberano que aunque mereció el sobrenombre de *Prudente* no podia sufrir que nadie se le opusiera, y que por otra parte se creia la personificacion del derecho, no reconociendo, segun sus mismas expresiones, otra superioridad sobre él que la de Dios, escuchó con desden la embajada de que Pinheiro era portador; y dando por terminada su comision, le volvió á enviar á Portugal, donde le siguió muy en breve á tomar posesion de aquel reino sin aguardar el resultado de las decisiones de teólogos y jurisconsultos. Disgustado Pinheiro por el éxito de su mision diplomática, se retiró de la vida pública sin volver á mezclarse en ningun asunto, y murió en Lisboa á fines del año 1583 ó principios del 84. Dejó escritas varias obras, de las cuales la más importante es un *Comentario sobre Quintiliano*, impreso en Venecia en 1567. —M. B.

PINHEIRO (Francisco). Nació en Gobea, diócesis de Coimbra (Portugal). Perteneció á la Compañía de Jesus, y recibió el grado de doctor en teología en la universidad de Évora, donde desempeñó la cátedra de esta ciencia por un largo espacio de tiempo. Publicó la obra: *De censo et emphiteusis tractatum;* Coimbra, imprenta de Manuel Diaz, año de 1655, en fólio. Murió siendo rector del colegio de la Compañía en Coimbra, hácia el año 1661.

PINHEIRO (D. Gonzalo). Fué natural este eclesiástico de la ciudad de Setubal, en Portugal, hijo de padres nobles, los que despues de haberle hecho estudiar en Lisboa, le mandaron á la célebre universidad española de Salamanca. Consagrado sacerdote, fué nombrado canónigo de la santa iglesia de Évora, por concurso, y despues consejero y obispo de Zasim. El año 1536 fué enviado á Francia como ministro, para terminar las diferencias que habia entre esta nacion y Portugal; y en Bayona ejerció todas las funciones episcopales durante cinco años. Se portó con tal habilidad en esta negociacion diplomática, y dejó tan satisfechas y contentas á ambas córtes, que D. Juan III, de Portugal, le nombró en 1542 su embajador cerca del rey de Francia Francisco I. Fué muy dado al estudio de las lenguas griega y hebrea, y no descuidó el de las ciencias. A su regreso á Portugal, en 1552, fué nombrado consejero de Estado; y al año siguiente, obispo de Viseo. Gobernando esta diócesis, recogió las ordenanzas sinodales de sus antecesores, que reunió en coleccion, embelleció considerablemente su iglesia, y mereciendo con justicia el título de padre de los pobres, murió santamente, llorado de sus diocesanos, en Noviembre de 1567, á la edad de setenta y siete años. — A. C.

PINHEIRO (Luis). Fué natural de Aveiro, y sacerdote de la Compañía de Jesus. Es conocido por la historia que escribió en lengua portuguesa, titulada: *Historia de nossa senhora de Carquere ó sucesso do milagro que obrou no primeiro rey de Portugal D. Alfonso Henriquez.* De este autor no habló nada el último continuador de la *Biblioteca de los Jesuitas*, por cuya razon no han podido encontrarse más noticias que las referidas. — M. B.

PINHEIRO (Fr. Martin), religioso lego de la órden de Sto. Domingo, célebre por sus virtudes y santidad. Era portugués, y tomó el hábito en el convento de Santaren, donde se distinguió mucho por la singularidad de su alma y pureza de costumbres, siendo en la opinion de todos juzgado y tenido como santo. Enfermó mortalmente en el mes de Diciembre, y el dia de Santo Tomás le sobrevino un accidente que pareció que estaba acabando, no solo á los religiosos que le cuidaban con grande caridad, sino tambien al médico Fr. Gil, que fué llamado para verle. Convencido de que espiraria en breve, en lo que no tenia duda, como tampoco la tenia en que, desatada aquella alma del cuerpo se iria volando á los brazos del Criador, recordando que un grande santo, llamado tambien Martin como él, hallándose en semejante apuro, quiso acabar en una postura que descubriese el cielo y la parte del Oriente, diciendo que estaba así mejor, porque separada el alma del cuerpo, se iria por el camino derecho, llamó á un enfermero y le dijo al oido, que hiciera otro tanto con nuestro Martin. Parecia y era imposible que lo oyese nadie en la casa, y ménos quien estaba penando con las ansias

de la muerte. Mas de repente, dice la *Crónica*, despierta al que daban por muerto, y levanta la voz como vuelto del otro mundo, diciendo: *Padre Fray Gil, no muero ahora; pasarán cuatro dias ántes de que vaya al cielo.* Y se verificó puntualmente como lo dijo; porque en el dia del glorioso nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, en la hora que se comenzaba á entonar en el coro el invitatorio *Christus natus est nobis;* voló su alma al cielo para ayudarle á cantar á los ángeles. — S. B.

PINI (Hermenegildo). Nació en Milan en 1741, y perteneció á la Congregacion de sacerdotes de Saint-Paul, llamados Barnabitas, que se dedican especialmente á la enseñanza de la juventud. Su decidida aficion á las ciencias naturales, y el continuo estudio que hizo de ellas, fueron causa de que saliese una verdadera notabilidad, y de que contribuyese mucho á aumentar el brillo y celebridad del colegio de S. Alejandro, donde fué profesor de física y mineralogía. Fundó un museo de nistoria natural, que enriqueció con los objetos recogidos á sus expensas en muchos viajes que hizo. Durante la dominacion francesa en Italia fué nombrado inspector general de Estudios, miembro del Instituto de Italia y caballero de la Corona de hier ro. Este religioso falleció en Milan en 3 de Enero de 1825, dejando varias obras, de las cuales citaremos las siguientes: *Observaciones mineralógicas sobre la mina de hierro de Rio en la isla de Elba;* Milan, 1777. — *Memoria sobre las nuevas cristalizaciones del feldespato y otras particularidades del granito;* escrita en francés, Milan, 1779, en 8.° — *De venarum metallicarum excoctione.* Esta obra se ha publicado muchas veces; la conceptuaba él como la principal de cuantas habia escrito, y la mejor edicion es la de Viena, hecha en 1785, en dos tomos en 4.° — *Viaje geológico por diversos puntos meridionales de Italia;* Milan, 1802, en 8.° — *Reflexiones analíticas sobre los sistemas geológicos;* Milan, 1811, en 8.° — Pini trató principalmente en esta obra de combatir á Breislack, que en su introduccion á la geología habia emitido la opinion de que el flúido primitivo del globo era ígneo; y Pini, fundándose en la cosmogonía de Moisés, sostiene que era acuoso. Breislack habia afirmado en la misma obra que la existencia de los fósiles orgánicos era debida á una elevacion del mar sobre su nivel ordinario. Pini, por el contrario, dice, que este fenómeno se explica mejor atribuyendo su causa al diluvio universal, segun se consigna en el Génesis. — M. B.

PINI (Márcos Pio), era natural de Venecia, y vivia por los años de 1655 en el convento de Sto. Domingo en la mencionada ciudad, donde habia tomado el hábito, siendo por entónces un elocuente predicador y maestro de sagrada teología. Cuando Jorge de Aubuson, arzobispo de Embrum y luego de Metz, fué enviado de embajador á Venecia por Luis XIV en 1660, pidió al maestro general de la Orden, Juan Bautista de Marinis, un sábio teó-

logo que le acompañase á París, y Pini obtuvo esta distincion. Hallándose ya en Francia con el arzobispo, predicó delante de la reina Teresa de Austria, esposa de Luis XIV, en idioma español, con general aplauso; y al año siguiente de 1661 lo verificó en la iglesia de Predicadores de la calle de San Honorato dos veces cada semana durante toda la cuaresma, á presencia de un lucidísimo concurso, en el que se hallaba el arzobispo su patrono, el cardenal Celio Piccolomini, nuncio de Su Santidad Alejandro VII cerca del Rey Cristianísimo, y otros varios príncipes y señores distinguidos. Poseia el idioma español tan perfectamente como el italiano, por cuya circunstancia se trató de enviarle con una importante comision á España, cargo que se excusó de admitir por haberle llamado á Roma á predicar en el adviento y la cuaresma del siguiente año. Ignórase la época de su muerte. Escribió y dejó publicada una obra con el siguiente título: *Sermones* (dos en italiano y dos en español) del M. Rdo. P. Fr. Marcos Pio Pini de Venecia, doctor en teología de la provincia de Lombardía, del órden de Predicadores, teólogo del Ilmo. y Excmo. Sr. Arzobispo y príncipe de Embrum, embajador del Rey católico, predicados á S. M. C. la Reina y á otros grandes en las iglesias de la misma Orden; París, 1661, en 4.°, los cuales son: en español, 1.° *Sermon que se predicó en la fiesta de la Presentacion de la Madre de Dios*, delante de Doña Teresa de Austria, reina de Francia y de Navarra, en la iglesia de Santiago de París, del órden de Predicadores; 2.° *Sermon que se predicó en la fiesta del angélico doctor Sto. Tomás de Aquino*, en la iglesia de los PP. Predicadores del convento de S. Honorato, en París. En italiano: *Sermon predicado el primer dia de cuaresma* en la iglesia de S. Honorato á presencia de los primeros personajes de la corte. — 2.° *Sermon sobre la fe*, predicado en la referida iglesia de S. Honorato á instancias de varias personas virtuosas. — M. B.

PINI (Rodulfo). Era francés, y se ignora el punto y el año de su nacimiento. Tomó el hábito de la Orden del Cister, y profesó en el convento de Igniaco, del que llegó á ser abad. Pasó luego á desempeñar igual cargo en el monasterio de Claraval, en el año 1224, desempeñándole por espacio de ocho, siendo nombrado despues obispo anginense, y con posterioridad arzobispo de Leon en Francia. No constan los demás accidentes de su vida, ni el año y lugar de su fallecimiento, pero debió ocurrir este en Claraval, puesto que allí fué sepultado delante del altar del Salvador y al lado de la madre de S. Bernardo. — M. B.

PINIANO (S.), esposo de Sta. Melania; es conocido en la historia eclesiástica por haber acompañado á esta santa y su madre Albina á un viaje que hicieron á Palestina, con cuya ocasion visitaron á S. Cirilo, patriarca de Alejandría en 417. — S. B.

PINIANO, procónsul de Asia al principio del imperio de Diocleciano, persiguió violentamente á los cristianos. Tuvo por sucesor á un tal Queremon, que se distinguió por su extremada crueldad con respecto á los discípulos de Jesucristo. Habiendo sido herido este hombre por la mano de Dios, pereció de una manera terrible. Piniano contrajo una enfermedad tan peligrosa, ocasionada por el temor, que los médicos desesperaron de salvarle. Su mujer Lucina envió á llamar á S. Antimo y S. Sisino, que le curaron milagrosamente. Piniano se convirtió, y puso en libertad á todos los cristianos que tenia presos. Al volver de Asia á Italia, llevó consigo á los santos confesores que le habian convertido con otros muchos cristianos; pero habiendo llegado á saberse esto, los dispersó por sus tierras, que eran muy grandes, pues era extraordinariamente rico, á pesar de lo cual no tardaron todos en recibir la corona del martirio.—S. B.

PINIOLA, hermana de S. Hilario, obispo de Arlés y esposa de S. Lope, obispo de Troyes, es conocida en la historia eclesiástica por la parte, aunque escasa, que tomó en los hechos de aquel célebre prelado. S. Lope nació en la ciudad de Toul en la Lorena, donde se distinguió no solo por sus virtudes, sino tambien por su saber y su elocuencia, pues tenia muy buen ingenio y habia estudiado en las escuelas de los retóricos. Despues de siete años de casamiento con Piniola se separaron ambos de comun consentimiento para llevar una vida más perfecta, retirándose S. Lope á Lerins, donde le recibió S. Honorato bajo su direccion. Al cabo de un año salió de Lerins, al mismo tiempo que S. Honorato. Verificóse esto en 426, en que pasó á Macon. Hallábase en esta ciudad cuando vinieron á buscarle para colocarle en la silla episcopal de Troyes en Champagne, despues del fallecimiento de S. Urso, ocurrido, segun todas las apariencias, el 25 de Julio de 426. Reunidos en 429 los obispos de las Galias para elegir personas capaces de combatir á los pelagianos, que corrompian las iglesias de la Gran Bretaña, pusieron los ojos en S. Lope, y le nombraron con S. German de Auxerre, á quien el papa S. Celestino habia elegido ya para esta empresa. Al llegar á esta isla hallaron los pueblos reunidos para recibirlos por haber sido predicha su llegada por los espíritus malignos, que arrojaron del cuerpo de los poseidos. Los pelagianos procuraron desde luego no entrar en disputa con los dos obispos; pero avergonzados de condenarse al silencio, consintieron en una conferencia. Hablaron los primeros, y despues de haber discurrido por largo tiempo, les respondieron con tal energía San Lope y S. German, que les dejaron sin poder replicarlos. Como el pueblo manifestase su alegría por medio de grandes aclamaciones, un hombre que tenia la dignidad de tribuno presentó á los santos obispos su hija mayor, de edad de diez años, que estaba ciega. Dijéronle éstos que la presentase á los

pelagianos, quienes se unieron al tribuno para pedir al obispo la curacion de la niña. Hicieron ambos una corta oracion, é invocando despues S. German á la Santísima Trinidad, aplicó á los ojos de la ciega el relicario que llevaba generalmente al cuello, y en seguida recobró la vista. Con este milagro y otros muchos establecieron estos dos santos en Bretaña la fe católica. S. Lope, á su regreso á Troyes, continuó en lo que se habia ocupado desde que era obispo, instruyendo sin cesar á su rebaño en los medios de salvacion, é ilustrando con la luz del Evangelio á los que se hallaban todavía en las tinieblas de la ignorancia. Uno de sus diocesanos, llamado Galo, abandonó á su mujer y se retiró á la Auvernia. S. Lope escribió á Sidonio, obispo á la sazon de Clermont, con una energía tan grande acompañada de dulzura, que asustado Galo y conmovido al mismo tiempo, tomó en seguida el camino de su país, con el designio de reunirse á su mujer. No tenemos esta carta, pero conocemos su mérito por el efecto que produjo y que S. Sidonio representa en estos términos: «¿Qué puede haber más apreciable que una reprimenda que obliga al pecador á buscar en su penitencia un poderoso remedio contra su mal, no teniendo nada que decir contra el que se le ha hecho reconocer?» Atila, despues de haber pasado el Rhin en 451, habia asolado ya muchas ciudades de las Galias, cuando se vió obligado á abandonarlas por la victoria que Aecio obtuvo sobre él con el socorro de los godos y de los francos. La ciudad de Troyes, que se hallaba sin defensa, careciendo hasta de murallas, temia la aproximacion de los bárbaros; pero S. Lope supo hacerse respetar tan bien por Atila, que este príncipe cruel le obligó á acompañarle hasta el Rhin para la conservacion de su propia persona y de su ejército, y despues de haberse recomendado á sus oraciones le envió á su ciudad episcopal. A su regreso encontró S. Lope que los habitantes de Troyes habian abandonado sus habitaciones para retirarse á lugares en que estuviesen á cubierto de la persecucion de los enemigos. Queriendo reunirlos se retiró el mismo santo Obispo á una montaña llamada Satiscon, cerca de quince leguas de la ciudad de Troyes, donde permaneció dos años, pasando despues á Macon. Se hallaba, á lo que parece, en Autun á últimos del año 453, cuando S. Eufronio, que acababa de ser elegido obispo, recibió una memoria de Talasio, obispo de Angers, sobre algunas dificultades relativas á la disciplina eclesiástica. Talasio preguntaba en esta memoria, que envió por medio de un subdiácono llamado Arconcio, qué diferencia habia en la celebracion de los oficios divinos entre la víspera de Pascua y las de Navidad y de la Epifanía. Preguntaba además qué regla debia observarse en el matrimonio de los clérigos inferiores, y si era permitido ordenar á los que fuesen bígamos. S. Lope y S. Eufronio respondieron que la diferencia de estas vísperas consistia primeramente en que la de Pascuas comenzaba

por la tarde y no llegaba más que á la mañana, miéntras se empleaba en las de Navidad ó Epifanía la noche entera, ó al ménos la última parte de la noche más próxima á la mañana; en segundo lugar, que en cada una de estas vísperas habia lecciones propias á los misterios, es decir, que durante las vísperas de Navidad se leian los lugares de la Escritura que anunciaban el nacimiento del Mesías; en las de Epifanía los en que se hablaba de su manifestacion; y durante las vísperas de Pascuas los lugares que tenian relacion con la pasion. Las lecciones de todas estas vísperas se tomaban tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. La víspera de Navidad habia además la particularidad que se mezclaban las lecciones de la Sagrada Escritura con el cántico de los Salmos. A la segunda pregunta respondieron que era costumbre permitir en ciertas ocasiones la ordenacion de los bígamos para porteros, pero nunca para subdiáconos, ni áun para exorcistas; que no se permitia que los que eran ya exorcistas ó subdiáconos pasasen á segundas nupcias; que si sucedia que se casasen con una segunda mujer se les privaba no solo de su ministerio, sino tambien de la comunion; que algunas veces se ordenaba de subdiáconos á hombres casados, y que se los toleraba sin separarlos de sus mujeres; que con respecto á los grados superiores, á quienes los cánones prohibian el uso del matrimonio, procuraban no elevar á ellos más que á los que no tenian este estado. El uso particular de la iglesia de Autun era que se prohibiesen las segundas nupcias hasta á los porteros. Y porque estos dos obispos no obligaban á los subdiáconos á la continencia, no permitian que se acercasen al altar para recibir la paz que debian darse mútuamente en el sagrario; pero los permitian acercarse al altar para dar ó recibir alguna cosa del diácono. Por lo demás, protestan ambos á Talasio que si algun otro obispo puede hacer observar en su Iglesia una disciplina más exacta que ellos, elogiarán lo que no han podido llevar á cabo por sí mismos, porque procederá en mayor honra de Dios. Tenemos tambien una carta que escribió S. Lope á S. Sidonio para congratularle por su promocion al episcopado. Hacia ya cuarenta y cinco años que ocupaba S. Lope la silla de la iglesia de Troyes, cuando fué promovido S. Sidonio á la de Clermont de Auvernia. Así su carta debe ponerse hácia últimos del año 471. Está llena de pruebas de amistad y afecto. Aunque manifiesta su alegría porque S. Sidonio haya pasado de las dignidades mundanas, es decir, de la prefectura al episcopado, le hace mirar este ministerio como un ministerio de humildad, que no le será honroso sino en tanto que descienda más profundamente debajo de todos sobre los que habia estado elevado anteriormente por las dignidades que poseia en el siglo. Se le hace considerar tambien como un ministerio laborioso, que le obliga indispensablemente á hacer valer su talento para instruir á sus pueblos en las cosas divinas, más que los habia

hecho valer en el manejo de los negocios públicos. Quiere que en vez de discursos pomposos de una elocuencia mundana, no oigan de su boca más que lo que podria animarlos á tomar parte por su conducta en los sufrimientos de Jesucristo y á llevar una vida enteramente celestial. «Conozco, añade, que se »acerca el momento de mi muerte; pero me parece que reviviré en vos, no »dudando dejar tras mí un obispo capaz de ser el sosten y el consuelo de la »Iglesia. Pedid por mí, para que terminando mi vida en manos del Señor, »concluya la obra que me ha impuesto, y emplee al ménos para él los dias »que me quedan despues de haber empleado tantos, lo que es una desgracia »para mí, en cosas que no debia. Pero tengo confianza en el Señor, porque »está lleno de misericordia.» Esta carta, que se ha publicado por primera vez en el *Spicilegio* de Dom Lucas d'Achery, se halla en el *Suplemento de los Concilios* de Lalande. Encontró en S. Sidonio los sentimientos de piedad que tendia á inspirarle, como se ve por la respuesta que dió á S. Lope. «Si »es, le dice, permitido á criminales haceros justicia, á vos que sois el mo»delo y la regla de las costumbres, la columna de las virtudes, un espíritu »lleno de dulzura, pero de una dulzura verdadera, porque es santa; ¿cuánto »no os debo por haber querido curar por medio de vuestras exhortaciones »las llagas de un gusano tan despreciable? Vos no habeis perdonado medio »para alimentar con vuestros santos consejos un alma gastada y llena de todo »género de debilidades. Vos me habeis provisto del tesoro de vuestra grande »caridad, la medida de la humildad que me es necesaria para mi curacion.» Parece por otra carta de S. Sidonio á S. Lope que habia recibido otras suyas que se han perdido. No tenemos ninguna de las que parece que escribió á S. Ruricio; se cita una que escribió, segun se dice, á Gibulilo, rey de los alemanes, para pedirle la libertad de los pueblos que habia conducido cautivos á Brienne, en la Champagne. El autor de la vida del Santo no dice lo que le sucedió despues de su viaje á Macon en 453; pero la carta que le escribió S. Sidonio despues del año 471 para recomendarle una persona avecindada en Troyes, deja lugar á duda de que S. Lope volvió allí despues de su viaje de Borgoña. — S. B.

PINITO (San), obispo y confesor. Fué este Santo natural de Creta ó de Candía, y dedicado á las sagradas letras, llegó por su piedad y saber á ser consagrado obispo de Ginocea. Sus escritos en favor de la religion cristiana acreditaron el gran fondo de sabiduría de que Dios le habia dotado, y su carta al glorioso S. Dionisio, obispo de Corinto, es un claro testimonio de su elocuencia, de los grandes conocimientos que tenia en la literatura sagrada y de su santidad. Floreció este Santo en tiempo de los emperadores Marco Antonio Vero y Lucio Aureliano Commodo, á fines del siglo II: la Iglesia le recuerda el dia 10 de Octubre. — C.

PINIUS (P. Juan), jesuita. Nació en Gante en 1678, y se distinguió desde luego por su grande capacidad y notables virtudes. Sus padres deseosos de fomentar las buenas cualidades que brillaban en su hijo, le dedicaron á una carrera literaria, en que hizo tan rápidos progresos, que bien pronto fué la admiracion de sus maestros y condiscípulos; pero cuando la fortuna le brindaba con el más halagüeño porvenir, cuando todo sonreia á Juan con una carrera de triunfos que con tan buen éxito habia comenzado, abandonó de pronto sus risueñas esperanzas por seguir la vida del claustro, entregándose á los ejercicios de piedad y devocion que nunca habia abandonado desde sus primeros años. Eligió la Compañía de Jesus, justamente celebrada por los eminentes varones que ha dado á la Europa civilizada. Uno de ellos, si no de los más famosos, quizá de los que con sus sólidos trabajos han contribuido más á su bien sentada reputacion, fué el P. Juan Pinius. Desde el instante en que comenzó á habitar entre los hijos de S. Ignacio de Loyola, deseando hacerse acreedor á la honra que le habian hecho al admitirle en su seno, no solo procuró seguir constante en la práctica de todas las virtudes en que siempre se habia distinguido, sino que abandonando aquellos estudios más propios del mundo que del claustro, y que solo sirven para fútil adorno de la sociedad, se consagró á trabajos más sólidos y duraderos y que, aunque desapercibidos del vulgo, merecen el aplauso del hombre profundo y pensador. Inútil es decir que sus superiores dedicaron á Pinius á la enseñanza y que en ella obtuvo los mejores resultados, siendo muy apreciado en su patria, de la que fué uno de los más distinguidos profesores de su época. Desempeñó tambien otros cargos, á cual más honrosos todos, sin abandonar por eso sus tareas literarias y ser uno de los más dignos hijos de la Compañía de Jesus. Lleno de años y de méritos murió en 10 de Mayo de 1749, dejando muchas obras inéditas y siendo muy conocido por la activa parte que tomó en la edicion de las *Acta Sanctorum* de Amberes, que enriqueció con muchas disertaciones. — S. B.

PINKISPIANI (Fr. Ambrosio), religioso capuchino de la provincia de Tirol, predicador de la corte imperial de Viena y maestro de dogmas. Pocas son las noticias que tenemos de este religioso, á quien dedica un largo artículo la crónica de su Orden, deteniéndose más en hablar de los milagros que acaecieron despues de su muerte, que de los hechos por que se distinguió durante su vida. He aquí la relacion que hace al tratar de este religioso, que trascribimos temerosos de equivocarnos en la apreciacion que pudiéramos hacer de las prendas de este padre. Encendióse en Herbípoli tan terrible peste, que cebada en las tropas militares por momentos iba sepultándolas. Para socorrer á los apestados, en cuanto la oficiosa caridad dictase, acudieron con acelerada prontitud nuestros religiosos de aquel con-

vento, entre los cuales se señalaron en fortaleza de ánimo, los referidos padres Fr. Ambrosio, que nombrado maestro de dogmas contra los herejes, logró por muchos años correspondientes triunfos. Fr. Clemente, que siendo canónigo reglar de S. Agustin, pasó á nuestra congregacion y acababa de ser guardian en Austria, y Fr. Ramon, que ántes de pasar á nuestra religion fué monje de S. Benito y prior del convento de Tuldembaz; estos constantísimos varones, entre otros muchos, no prevenidos con triacas ni otros medicamentos, sino solo con la caridad de Jesucristo, tomaron á su cargo el cuidado de los enfermos. No es decible el gozo de estos cuando vieron á los capuchinos, que venian á su asistencia, por la cual regocijados áun los de mayor peligro, celebraron la venida con todas demostraciones de afecto, esperando lograr el alivio deseado y el consuelo. Ni tampoco se puede explicar la piedad caritativa y celo con que los religiosos, enternecidos con las demostraciones de los enfermos, se emanciparon á su asistencia, burlando todos los peligros y riesgos del contagio. Introdúcense con los apestados asistiendo á los moribundos, confesando y administrando los demás sacramentos á los desahuciados, sirviendo el alimento y medicinas á los enfermos: pasando con ellos en dulces coloquios y esfuerzo de sus ánimos los dias y las noches: hasta que satisfecho el Señor con los méritos de tanta piedad, les concedió lo que tanto deseaban, que era morir entre aquellos afligidos: y así en un mismo dia enfermaron todos tres: en un mismo dia recibieron todos los santos sacramentos, y en un mismo dia acabaron consumidos de peste la vida temporal para eternizarse en la gloria. Termina la crónica esta relacion refiriendo que los citados religiosos se aparecieron despues de su muerte al obispo de Herbípoli y á una religiosa bernarda, hermana de Fr. Clemente, quienes por esta aparicion quedaron convencidos de la felicidad que gozaban en la mansion de la eterna bienaventuranza. —S. B.

PINKOVICS (Carolina). Se convirtió al catolicismo é hizo profesion de fe durante la Misa solemne del dia de la Asuncion de 1842, en presencia de una inmensa muchedumbre de gentes, en la iglesia principal de Pesth, en Hungría.—S. B.

PINNA (Fr. Juan). Era francés y vivia á fines del siglo XVI, perteneciendo á la órden de los Mínimos de S. Francisco de Paula, en la que desempeñaba el cargo de celoso, ó sea procurador de todo lo que concernia al aumento y esplendor de la Orden. Hízose notable este religioso por la pretension que entabló en la Curia romana, siendo sumo pontífice Paulo V el año de 1618, solicitando se concediese á la Orden el permiso y facultad de pintar en cualquier forma y parte las imágenes de los varones antiguos y modernos de la Orden, que hubiesen muerto con fama de santidad. Examinada la pretension, fué concedido el permiso con algunas restricciones respecto á

los que no estaban declarados beatos por la Santa Sede, y cuya santidad solo constaba por los dichos ó testimonios de algunas personas graves y de respeto, así seglares como religiosos. Grande mérito contrajo el P. Pinna en su empresa, y por esto su Orden le aplaude en las crónicas, pues merced á sus cuidados pudo la religion de los Mínimos trasladar al lienzo y al papel las imágenes de muchos santos y varones ilustres, que yacian ignorados, acrecentándose con este favor de la Santa Sede, no solo la devocion de los religiosos por poseer á poca costa y venerar el recuerdo de los que ilustraron la Orden con sus talentos y sus virtudes, sino que tambien se estimuló el deseo para imitarlos en esta vida y llegar á obtener la bienaventuranza que ellos gozaban en la otra. Estas son las únicas noticias que hemos podido encontrar en las memorias de la religion, siendo muy notable la opinion de los cronistas, que no solo no han consignado más particularidades de la vida de este religioso, sino que ni áun cuidaron de fijar la época y el punto de su fallecimiento. — M. B.

PINNO, obispo de Egipto, conocido por una carta que le escribio Galiano en 262, despues de haber vencido á Marciano, en que les permite, lo mismo que á sus compañeros Dionisio, Demetrio y otros obispos, volver á ocupar los lugares destinados al culto de Dios, que les habian quitado durante la persecucion. — S. B.

PINO (Bernardo), canónigo de Cagli, en Italia, donde se distinguió mucho por sus estudios, saber y elocuencia. Destinado desde su juventud á una carrera literaria, brilló en ella por su grande aplicacion y no vulgar capacidad, haciéndose acreedor á los aplausos de sus maestros y condiscípulos, muchos de los cuales le profesaron hasta su muerte la más entrañable amistad y cariño. Siguió la carrera eclesiástica, en que se distinguió por sus grandes conocimientos en teología, en cuya ciencia escribió diferentes obras que ha hecho olvidar el trascurso de los tiempos. Tambien obtuvo grande celebridad como predicador, y muchos de sus sermones merecieron los honores de la estampa. Honrado con la amistad de diferentes prelados italianos, obtuvo una canongía en Cagli, de donde hubiera sido promovido, si la muerte no hubiese venido á cortar sus futuras aspiraciones cuando daba las más lisonjeras y halagüeñas esperanzas. En sus obras, escritas con grande dulzura y uncion, se nota, más áun que su saber, una profunda y sólida piedad que hizo fuesen leidas en su época con gusto y se hiciesen de ellas diferentes ediciones. Principalmente se conocen de este autor una coleccion de *Sermones*, en particular sobre las festividades de María Santísima, que son aún hoy repetidos en los púlpitos de Italia. Sus *Tratados de teología* no obtienen el mismo aprecio despues de las muchas obras que se han publicado sobre esta materia. — S. B.

PINO (V. P. Juan del), presbítero de la parroquial de S. Pedro de Córdoba. Era natural de la misma ciudad, y en ella estudió y recibió las sagradas órdenes. Fué sacerdote verdaderamente apostólico, de puras costumbres, de ejemplar vida, religioso para con Dios, y muy celoso de la honra de los santos. Era tan devoto de los de su patria, que á él se le debe en gran parte el aumento del *Nuevo Breviario de Córdoba*, por el gran cuidado y sumo esmero que puso en recoger noticias y escribir vidas de santos de que no se hacia memoria en él. Se distinguió tambien por su ejemplar virtud y su desinterés, pues decia todos los dias la Misa del alba en S. Pedro, sin exigir retribucion, aplicándola siempre por el ánima del purgatorio que más necesitada estuviese. Fué director espiritual del P. Roa, el cual hizo honorífica mencion de él en su *Santoral*, impreso en Córdoba el año 1615. Murió en la mencionada ciudad, gozando de muy buena fama, en el de 1606. —M. B.

PINO (Fr. Lucas del). Este religioso era natural de la provincia de Burgos, sin que conste el pueblo, y tomó el hábito del Orden de la Santísima Trinidad en el Real convento de la ciudad capital en el año 1554, segun consta del libro de profesiones, siendo muy jóven todavía; habiendo verificado su solemne profesion el dia 8 de Setiembre del año siguiente, fiesta consagrada á la natividad de la Santísima Vírgen María. Antes de entrar en la religion habia dado muestras de su virtud y buenas inclinaciones, teniendo vocacion decidida para el estado eclesiástico, por lo cual, con deseos de servir á Dios en la Iglesia, estudió la filosofía y despues la teología con notable aprovechamiento. Miéntras cursaba estas ciencias, no tomó de su escaso peculio más que lo indispensable para vivir, y el resto de su asignacion lo repartia entre los pobres necesitados, ejercitándose desde muy temprano en la práctica de las virtudes, que tanto habian de distinguirle. Salió tan hábil teólogo, que noticioso de su mérito el venerable cabildo de la catedral de Burgos, le rogó se ordenase para alistarle en su claustro, á lo que él accedió de buena gana aunque Dios le llamaba por otra parte. Tocado interiormente de la gracia, y atendiendo á la invisible voz que le llamaba, reflexionó que podia servir á Dios más acertadamente en el claustro, y como puede decirse que no obraba por impulso propio sino movido de más superior fuerza, no tuvo que hacer eleccion, sino que directamente se encaminó á la provincia de la Santísima Trinidad, pidiendo humildemente el hábito, que le fué otorgado despues de un prolijo y detenido exámen por el ministro provincial, el docto maestro Fr. Juan de Aguilera, quien tuvo un motivo de satisfaccion en admitirle, cuando del exámen resultó comprobado el buen crédito que el jóven Pino disfrutaba en Burgos. Verificada la profesion y habiéndose hecho cargo los superiores de su instruccion y talento, le eligieron para el destino de maestro de novicios, nombramiento que le causó notable admi-

racion y sorpresa, pues nunca creyó echáran mano de él habiendo en la provincia tantos á quienes juzgaba más dignos. Desempeñó su cometido con el mayor cuidado, estableciendo en su cátedra las explicaciones sobre la sólida base del temor de Dios, pues estaba muy íntimamente persuadido de la verdad de aquella máxima que declara consistir en esto solo la verdadera sabiduría. A más de este cargo, desempeñó en la religion otros varios, aunque siempre admitió con repugnancia todos los puestos honoríficos, haciéndolo solo por mera obediencia. A fin de ponerle apto para cualquier ministerio, le mandaron recibir los grados de presentado y de maestro, con objeto de condecorarle al mismo tiempo por su mérito. Estuvo encargado dos veces del gobierno del Real monasterio de Burgos, saliendo en aquel tiempo de él excelentes y esclarecidos discípulos que ilustraron la Orden, brillando despues en luces y en santidad. Teniendo como siempre tenia presente al recto juez de vivos y muertos, desempeñó su delicado encargo con el mayor celo y justificacion, obrando en todo con arreglo á las severas leyes de la capacidad y de la justicia. Consagróse tambien con esmero á la reparacion de las quiebras que el tiempo habia hecho en la fábrica del convento, y por sus cuidados se construyó un hermoso archivo para custodiar los papeles y los de la redencion, conociendo mucho la importancia de tales documentos. Aunque llegó el P. Pino á la avanzada edad de noventa y cinco años, no decayó un momento su fervoroso celo por la observancia de la regla, ni se le conoció tibieza ó abandono en el ejercicio de la penitencia. Vestia túnica de gruesa estameña, asistia en todo tiempo á los maitines de media noche y decia misa á las siete de la mañana, siendo el primero que entraba en el coro, pasando despues en él cuando todos los demás habian salido, muchos ratos en oracion. Frecuentemente se administraba disciplinas y llevaba ceñido un asperísimo silicio. Además de los dias de precepto, ayunaba indefectiblemente los viernes y sábados y todo el adviento de la religion, que empieza en el domingo más próximo á S. Martin y acaba en la vigilia de Natividad, ayunando tambien toda la cuaresma. Además de los rezos y oficios generales, tenia repartida la semana de la manera siguiente: lunes, rezaba el oficio de difuntos; mártes, el de la Santísima Trinidad; miércoles, el de los ángeles; jueves, del Santísimo Sacramento; viernes, de la pasion de Jesucristo; y sábado, de la Vírgen Santísima. Era tan dado al retiro, que no acertaba á salir del convento, pasándose muchas veces seis meses sin que pisára la calle, y en ocasiones ni áun de su celda salia á no ser á los actos más precisos de la comunidad. Para abismarse más en el retraimiento que le hacia aparecer como un fraile cartujo, habia compuesto un distico latino, que colocó sobre la puerta de su humilde morada, como una elocuente leccion y ejemplo de cristiana perfeccion. El distico era el siguiente: *Pax est in cella,*

foris autem plurima bella. Si pacem quæris nunquam à cella egrederis. Ya hemos indicado de qué modo invertia la mañana; expliquemos ahora cómo empleaba el resto del dia. Despues de las vísperas se encerraba en su celda, y hasta las completas leia en algunas obras espirituales ó escribia sobre varios puntos de doctrina que él mismo practicaba; consagrándose tambien á la composicion de los dos tomos que dejó escritos bajo el título de *Itinerario del hombre cristiano para el cielo*, en el cual se trata de los caminos que ha de tomar si quiere acertar con la celestial Jerusalen y bienaventuranza eterna. Esta obra, que desgraciadamente no ha llegado á ver la luz pública aunque el P. Pino la dejó perfectamente concluida, y en disposicion de darse á la prensa, es citada con elogio por los cronistas de su Orden, que dicen encontrarse en ella cuanto necesita saber y practicar el sabio y el ignorante para llegar sin contingencia al feliz logro del último fin. Nada faltó al padre Pino en su vida para demostrar cuán útil era á la religion y á sus prójimos. Además de la práctica que hemos dicho hacia de todas las virtudes, por su sabiduría y conocimientos fué consultado con mucha frecuencia en todos los casos árduos que en la provincia ocurrian, y para esmaltar más la preciosa corona de sus merecimientos, en el año 1594 le mandó el Padre provincial de Castilla, Fr. Juan Bonifaz, pasára á Argel á verificar una redencion general, la que hizo en efecto despues de muchos trabajos, fatigas y peligros sacando de las negras mazmorras y de los pesados hierros de la esclavitud á ochenta y cuatro cautivos que restituyó al seno de su patria y de sus familias, logrando tambien el notable fruto de afirmar el decaido ánimo de muchos infelices esclavos y de sacar algunos moros de los errores de su falsa secta. Aproximándose ya el último instante de su vida, dispúsose á volar al seno del Señor, á quién tan bien habia servido en este mundo, y elevando su espíritu abrasado en el incendio del divino amor hácia su amante dueño, Jesucristo, espiró tranquilamente despues de haber purificado su inculpable alma con los santos sacramentos y de haber dado á los hijos que dejaba sobre el mundo sabios consejos y luminosas advertencias, á fin de que arreglando su vida pudieran llegar á verse en la patria celestial. Ocurrió el feliz tránsito de este apostólico varon en el año 1624. Y el que vivió tan retirado del mundo, fué tan favorecido del público en su muerte, que por espacio de algunos dias, que el santo cadáver se halló expuesto á la pública veneracion, no estuvo un momento desocupado el templo de los muchos devotos que acudian ansiosos de contemplarle. — M. B.

PINON (Santiago). Fué canónigo de la iglesia de París, y se hizo notable en el siglo XVI. Fué hijo del consejero del Parlamento del mismo nombre, autor del famoso poema latino *De anno romano*, y de otras varias obras. Pinon fué tambien elegante poeta latino, y escribió muchos tratados así en

prosa como en verso. La literatura le debe una magnífica edicion de las obras de Plutarco, traducidas por Amiot, y que se publicaron en cuatro tomos. Pinon, en su entusiasmo por la literatura antigua, abonó los gastos de la impresion, que se hizo á toda costa. Se ignora el año de su muerte. — M. B.

PINOS (Fr. Arnaldo), religioso dominico de la provincia de Aragon, á quien algunos cronistas no han vacilado en dar el dictado de santo, llamándole otros beato únicamente, sin que nos digan los hechos en que fundan semejante asercion; pues de Fr. Arnaldo Pinos solo sabemos que tomó el hábito en el convento de Puigcerdá, perteneciendo á la antigua é ilustre familia de su apellido, cuyas armas se encontraron algunos siglos despues en su sepulcro como diremos luego. Distinguióse por su virtud desde novicio, y dió pruebas de su celo, propio de los elegidos por la gracia y llamados á gozar de la bienaventuranza en las mansiones eternas. Excelente religioso, honráronle sus superiores y amáronle sus compañeros; y él se desveló por corresponder á los favores de los unos y á las atenciones de los otros, llegando á ser el favorito en una comunidad donde habia muchos varones muy distinguidos por su santidad y virtud. Aventajólos á todos Fr. Arnaldo, segun la fama que conservó por largo tiempo, y ha llegado hasta nosotros; pues como dice la Crónica, resplandeció en milagros, así en vida como en muerte, lo cual es una prueba inequívoca de la grande veneracion con que siempre fué mirado. Su muerte ejemplar influyó en gran manera sin duda á esta reputacion, que se conservó por largo tiempo, del glorioso Fr. Arnaldo, quien fué enterrado en medio del capítulo del convento, y cubierto con una grande lápida donde se lee la inscripcion siguiente:

In hoc jacet tumulo sub lapide marmoreo frater qui nominatur et cognominatur Arnaldux Velox. Frater hìc sepultus, complevit antiquus, annum jubileum, orans seno per Deum..... atque secum trahat peccatorum secum. Qui obiit anno Domini 1370, *ætatis suæ septuagessimo.*

Este letrero ha dado márgen á las siguientes explicaciones del cronista: «Que el siervo de Dios cumplió el año de jubileo:» viene bien con lo que despues se añade, «que siendo de edad de setenta años murió en el de 1370, pues de ello se infiere que nació en el año 1300, que fué de jubileo. Y así, sus años los contó por aquel año de jubileo el que compuso el letrero, como nosotros contamos los nuestros por el de la Natividad de Jesucristo. En la misma piedra se hallan dos escudos, y en el uno un *Agnus Dei*, y en el otro una piña, por ser de la noble casa de Pinos.» Algunos años despues fueron exhumados sus restos, y colocados en una caja de madera donde se hallan pintados los mismos dos escudos y el martirio de S. Esteban, á cuyo santo reconoce por patrono la casa de Pinos, con motivo de un maravilloso favor que recibió por su intercesion en épocas muy remotas. Esta

urna permaneció durante algunos siglos en un lugar elevado en la pared de la capilla mayor, entre el altar y la puerta de la sacristía, donde se ven todavía muchas piñas pintadas que estaban alrededor del sepulcro. Sus restos fueron trasladados despues á la sacristía, donde se han conservado hasta épocas muy modernas entre las reliquias del en aquella época célebre convento de Puigcerdá.—S. B.

PINÓS (Gerardo de). Pariente este sanjuanista de los grandes maestres de la órden Odon y Rogerio, fué encargado por el pontífice Juan XXII de ir á obligar á los dos grandes maestres de la órden de San Juan de Jerusalen á que fuesen á Roma. En 1315 un desgraciado cisma destruia la ilustre órden de los caballeros de San Juan, y el Papa se empeñó en remediar este mal, y este fué el motivo por que llamó á los dos contendientes, nombrando gobernador de la Orden á Pinos durante el interregno. Queriéndose aprovechar los musulmanes de las disensiones que dividian en dos bandos á los caballeros, trataron de apoderarse de la isla de Rodas; pero el ánimo esforzado y prudencia de Gerardo Pinos, rechazó con éxito para la Orden á los infieles. Habiendo sabido que Orkhan Ghaci, hijo de Ottoman, ó sea Osman I, habia reunido las familias de los antiguos habitantes de Rodas, y se acercaba á la isla para restablecerles en sus propiedades despues de expulsar á los caballeros, armó las galeras de la religion hospitalaria, y tomando su mando y direccion, atacó las de los infieles, las derrotó, y desembarcó en la isla de Episcopia, en donde habian desembarcado las familias destinadas á repoblar la isla de Rodas, é hizo pasar á cuchillo á los jefes de la rebelion. Habiendo convocado el papa en Aviñon á los priores y caballeros de la Orden en 1319, se eligió por gran maestre á Helion de Villeneuve, en cuyo caso Gerardo Pinos dejó el generalato provisional y continuó sirviendo á la Orden con celo y valor hasta que murió: de esta misma noble familia de sanjuanistas fué tambien Juan de Pinos ó de Pins, obispo de Rieus.—B. C.

PINÓS (D. José), fué rector de Balsereny, obispado de Vich, y por mucho tiempo asistió como familiar al ilustrísimo obispo Fr. Marimon. Dejó escrito un *Catecismo* en dialecto catalan, muy útil para las clases populares, y un *Curso de moral*, que no han llegado á publicarse. Habiendo asistido algun tiempo á la vicaría castrense, tuvo ocasion de hacer algunas observaciones, que dieron por resultado la obra que imprimió con el título siguiente: *Cristianas y políticas instrucciones para bien premiar las tropas*.—M. B.

PINÓS ó PINS (Odon de). Fué este gran maestre de la órden de San Juan de Jerusalen el XXIII desde la fundacion de esta ínclita y militar Orden. Fué vástago de una familia noble catalana llamada de Pinós, que vino á establecerse con el tiempo en Langüedoc. Caballero Odon de la lengua de Provenza, su mérito y virtudes le elevaron á la alta dignidad de gran maestre de la

ínclita Orden cuando esta residia en Chipre, despues de dejar la Tierra Santa, y sucedió á Juan de Villers el año 1297, en cuyo alto puesto manifestó que las virtudes y buenas cualidades de un particular no son siempre presagio seguro de las que constituyen un buen jefe. Sus largas y constantes oraciones y un retiro casi perpétuo de los negocios, le hicieron descuidar los asuntos y gobierno de su Orden, y se le acusó de no ser favorable, ni de auxiliar y alentar como debia á los caballeros de la Orden en sus empresas armadas, únicos medios de existencia que tenian despues de haber perdido los bienes que poseian en la Palestina. Tomando en consideracion el papa Bonifacio VIII la denuncia que le hicieron los caballeros, que pedian con fuertes instancias la deposicion del prior, le invitó en 1300 á ir á Roma para que conferenciasen, y como Odon sabia mejor obedecer que mandar, se dirigió á la capital del mundo cristiano, pero cayendo enfermo en el camino, murió ántes de llegar á Roma. —B. C.

PINOS ó PINS (Rogerio de), XXIX Gran Maestre de S. Juan de Jerusalen, residiendo ya la Orden en la isla de Rodas. Sucedió en 1355 á Pedro de Cornillan. Noticioso el Papa de que el príncipe Santiago de Saboya, el único soberano de Europa, que aún poseia algunos dominios en la Tierra Santa, trataba de vender el principado de Acaya, creado cuando la dominacion de los cruzados, encargó á Pins que le adquiriese, con objeto de ver si le era posible conseguir la reduccion de aquellos súbditos infieles á la obediencia de la Sede Apostólica. Celoso Pins por el esplendor de la religion, verificó el trato lo más ventajosamente que le fué posible, logrando en efecto que la mayor parte de los nuevos vasallos abandonáran la falsa religion de Mahoma para seguir la verdadera creencia. Pins, que era de la lengua francesa (1), celebró un capítulo en Aviñon para arbitrar medios de proporcionarse recursos, puesto que la Orden, por sus continuas luchas con los mahometanos, se hallaba siempre escasa de dinero para subvenir á los crecidos gastos que le ocasionaron sus empresas. En este capítulo además se hicieron reglamentos muy útiles. Pins suprimió el destino de gran comendador de España por creerle innecesario, puesto que en sesenta años habia estado vacante, sin que se notára la necesidad de proveerle. En 1355 hizo reformar los estatutos de la Orden, y los mandó traducir del francés al latin, y remitió un ejemplar á todos los grandes priores para su conocimiento y observancia. Prohibió que éstos, particularmente los de Italia, proveyesen, como lo venian haciendo, las encomiendas vacantes, sentando como principio que esta facultad, así como tambien la de nombrar los sugetos que ha-

(1) Los caballeros de S. Juan de Jerusalen, despues de Malta, estaban divididos en lenguas, segun la nacion á que pertenecian; y así se decia, caballeros de la lengua francesa, castellana, aragonesa, inglesa, italiana, etc.

bian de ocupar las vacantes ocurridas en los conventos de la Orden, correspondia exclusivamente al Gran Maestre. Hizo tambien una ordenanza particular, en que disponia que los hermanos sirvientes de armas, ó soldados, pudiesen ser admitidos en el rango de caballeros cuando por sus acciones heróicas, buena conducta y servicios prestados á la Orden, fueran dignos de este honor, pues hasta entónces solo se les consideraba como soldados á quienes se paga, sin concederles ningun derecho ni ascenso. Pins murió en 1365, con gran sentimiento de sus caballeros, y particularmente del pueblo de Rodas, que le apellidó *el Limosnero*, á causa de los muchos socorros que distribuia entre los pobres. Le sucedió en su cargo de gran maestre Raimundo Berenguer, natural del Delfinado, en cuyo país radica su noble familia. Fué Rogelio el XXVIII maestre desde la creacion de la Orden, y originario de la misma familia catalana del gran maestre de la propia Orden Odon de Pinós.—M. B.

PINS (Juan de). Este prelado, llamada *Pinus* en latin, nació en 1470 de una familia antigua de Langüedoc, que ha dado dos grandes maestres y un vicario general á la veneranda Orden de Malta, hoy de caballeros de San Juan de Jerusalen. Quedando huérfano aún muy jóven, se encargó uno de sus parientes de darle educacion, y despues de haber frecuentado las universidades de Tolosa, Poitiers y de París, fué á Bolonia á atender á las lecciones de Felipe Beroaldo, llamado *el Antiguo*, uno de los profesores más sabios de su época, el cual le dirigió y dió conocimiento de las lenguas antiguas. Volviendo á Tolosa el año 1497, en el mismo abrazó el estado eclesiástico, y volviéndose al lado de su maestro Beroaldo, al que cobró la mayor aficion, estuvo con él hasta que recogió sus últimas instrucciones. Cuando regresó á su patria, fué nombrado consejero eclesiástico en el parlamento de Tolosa; pero como hubiese conocido su gran capacidad el cardenal Duprat, le obligó á que le acompañase á Italia, haciendo se le diese una plaza en el Senado de Milan. La prudencia y habilidad que manifestó en el ejercicio de este cargo le valieron la confianza de Luis XIII, que le mandó de embajador suyo á Roma y á Venecia, en cuyas córtes se captó el aprecio general. Francisco I le volvió á mandar á Venecia, y durante su permanencia en esta ciudad adquirió un gran número de preciosos manuscritos, con los que enriqueció la *Biblioteca* que acababa de formarse en Fontainebleau. Recompensóle el Rey sus servicios, nombrándole en 1520 obispo de Pamiers; pero obstáculos que ni el Rey ni el Papa pudieron vencer no le permitieron tomar posesion de esta silla, por lo que en 1523 fué traslado á la de Rieux. Desde aquella época se entregó Fins enteramente á los cuidados que exigia la administracion de su diócesis, en la que consiguió floreciesen las buenas costumbres y las letras. El año 1527 fundó en Rieux la colegiata de S. Eparch,

cediendo á los canónigos una parte de sus propias rentas. Demasiado ilustrado para que pudiese faltarle la indulgencia, no tuvo que impedir la ejecucion de las medidas demasiado severas tomadas por el parlamento de Tolosa contra el desgraciado Dolet. Murió Pins en Tolosa el dia 1.° de Noviembre de 1537, siendo su busto uno de los que adornan la sala de los ilustres tolosanos, honor de que fué digno por su talento y por la generosa proteccion que dispensó á los sabios. Pins estuvo en correspondencia con Erasmo, Sandolet, Luis el Rey ó Regius, y con otros muchos hombres ilustres, todos los que le prodigaron sus elogios. Dice Erasmo que el estilo de este prelado se acerca al de Ciceron, y que hubiera llegado á su perfeccion si no le hubieran impedido el estudio las graves ocupaciones de su cargo. J. Volteius, que le dedicó el tomo III de sus *Epígramas*, nos dice que Pins trabajaba en una traduccion latina de las *Historias de Dian*, la que la muerte le privó terminar. Conócense de este sabio prelado las siguientes obras en francés, y otras en latin: *Algunos epígramas latinos en honor á Urcens Codrus*, que se insertaron en la coleccion de las obras de Urcens.— *Vida de Sta. Catalina de Sena*; con la de *Felipe Beroaldi* (en latin); Bolonia, 1505, en 4.°— La *Vida de la Santa* se insertó tambien en la coleccion *De Claris fœminis*, que atribuyen equivocadamente algunos autores á Pins. —*S. Rochi Narbonensis legenda; ad calcem accedit libellus qui inscribitur: Allobrogica narratio;* Venecia, 1516, en 4.°; y en París, por José Badius, en el mismo año y forma. Ambas ediciones son ya muy raras. El opúsculo titulado: *Allobrogica narratio* es una traduccion del romance del muy valiente París y de la bella Viena, hija del Delfin. — *De vita aulicâ libellus;* impresa en 4.° en Tolosa. — El jesuita P. Challon, publicó: *Memoires pour servir à l'eloge historique de Jean de Pins;* con una coleccion de muchas de sus cartas, las que se publicaron en Aviñon y en Tolosa en 12.° en 1748. Esta curiosa obra contiene algunas inexactitudes, que asegura Weis han sido corregidas en las *Memorias de Trevoux.*— C.

PINSAR (Ibo), del órden de Predicadores. Fué natural de la Bretaña, en Francia. Estudió en el colegio de Santiago de la ciudad de París, en el cual obtuvo el grado de licenciado en sagrada teología por los años de 1622 y 1623, habiendo estudiado este último año en la Sorbona, y al año siguiente recibió el primer lauro escolástico entre otros treinta y un licenciados de su misma Orden. En 1625 partió á Corentin á desempeñar una cátedra de teología, que sirvió por espacio de treinta años, en cuyo intervalo de tiempo administró muchos conventos de Quimper, restauró varios antiguos y maltratados edificios, adornó otros y prestó inmensos servicios, no solo en los asuntos espirituales, sino tambien en los temporales. Habiendo regresado á París, en 1649, obtuvo el cargo de segundo prior del convento de Santiago,

en el cual murió el dia 13 de Abril de 1652, á los sesenta y tres años de su edad. Fué sepultado en la dicha iglesia, junto á las gradas del altar mayor, poniéndole una lápida con una elegante inscripcion latina. Escribió y publicó las obras siguientes: *Trofeos de la piedad, ó defensa de muchas personas eminentes en dignidad y santidad de vida*; París, 1634. — *Voto de nuestra Señora de las Buenas Nuevas.* — *De la delegacion de los religiosos ó exámen y relacion del poder legítimo que tienen los religiosos privilegiados de entender en las confesiones de los seglares en todo tiempo y en todo lugar, con las declaraciones de la sagrada Congregacion del Concilio sobre la constitucion del papa Gregorio XV, y muchas bulas y decretos concernientes á las misas de fiestas y domingos, las visitas, los entierros, etc.*; Paris, 1648. — M. B.

PINSOCHI (Valerio). Este sacerdote era natural de Roma y por sus conocimientos é ilustracion obtuvo la plaza de fiscal de la Vicaría pontificia, cuyo cargo desempeñaba por los años 1596. En aquella época acababa de establecerse en la capital del mundo cristiano la primera casa de los Clérigos menores, órden fundada por S. Francisco Caracciolo á costa de mil fatigas, trabajos y penalidades. Como toda institucion nueva, fué muy combatida y tenia algunos adversarios. Uno de ellos fué Pinsochi, el cual miraba con tan malos ojos á los nuevos religiosos, que habiendo encontrado un dia en la calle á Alonso Capitelo, el único lego que hasta entónces existia en la comunidad por cuya razon siempre iba solo á pedir limosna y á los demás negocios necesarios, le dijo con grande aspereza. «Vos que andais vagante y solo por Roma, ¿no estariais mejor bogando en una galera?» A lo cual el religioso contestó con suma humildad. «En efecto, V. S. ha dicho la verdad y aun ha dicho poco. Eso y mucho más merezco, pues soy el peor religioso del mundo.» Esta contestacion y la compostura del pobre hermano llamaron la atencion del fiscal, y reflexionando acerca de la gran virtud que en él se encerraba, le tomó tanto aprecio que desde allí en adelante le trató con grande intimidad, extendiendo su afecto á la Orden á que pertenecia, legando para muestra de él una casa que poseia en Loreto, á fin de que se hiciese un hospicio destinado á los religiosos que fuesen en peregrinacion á visitar aquel devoto santuario. Por cuya razon la referida órden de los Clérigos menores le considera como uno de sus fundadores. —M. B.

PINSSONATT (Santiago). Fué profesor de lengua hebrea en la universidad de París desde 1683, cura de San Salvador, doctor en teología y censor real de libros. Se distinguió en el siglo XVII por su piedad, modestia y erudicion. Se ignora el punto de su naturaleza; pero hay fundados motivos para creer que nació en Chalons-sur-Saonne ó en sus cercanías. Pasó toda su vida consagrado al estudio y á las funciones del ministerio sacerdotal. Publicó una gramática hebrea, muy apreciable, y una obra titulada *Consideracio-*

nes sobre los misterios y las palabras de Jesucristo, de que se hicieron dos ediciones. Murió en 1723 á la edad de setenta años. Legó su numerosa y escogida librería al convento de San Cárlos de los Padres de la Doctrina cristiana de París. Al principio de las grandes disputas teológicas que por varios años duraron en Francia publicó un folleto, titulado *la Viuda de Sarepta*, que fué perfectamente acogido, tanto por su mérito literario como por el asunto de que trataba. — M. B.

PINTO (Fr. Antonio). Era portugués de nacion y tomó el hábito del órden de S. Francisco en el convento de la villa de Cazalla, provincia de Sevilla por lo civil, y de los Angeles por la religion. Salió muy aprovechado en los estudios, muy elocuente predicador y muy celoso de la salvacion de las almas, por lo cual se vió muy asaltado del demonio con repetidas tentaciones, las cuales procuraba combatir por medio de asperísimas penitencias. Llevaba siempre á raiz de la carne un silicio formado de ásperas cerdas y sogas de esparto; sustentábase únicamente con pan y agua, y toda la noche la pasaba en el coro ocupado en la oracion, abrasándose en el amor divino, mereciendo que por su alta virtud le comunicase Dios su santo espíritu y le agraciase con repetidos favores, entre ellos el don de profecía, pues anunció la hora de su muerte, descansando en el Señor con notable fama de santidad el dia 23 de Julio de 1575. Su cuerpo fué enterrado en el dicho monasterio de Cazalla; y al cabo de veintiocho años, que se descubrió casualmente, se le halló entero é incorrupto. — M. B.

PINTO (Antonio Iscida). Fué natural del Japon y acogido en su niñez por los PP. de la Compañía, les cobró tal afecto que jamás queria separarse de ellos ni salir de la casa de la mision. Como era de genio vivo y manifestaba mucha disposicion, le dieron estudios de que se aprovechó en extremo llegando á cursar hasta la teología y siendo ordenado de sacerdote. La Compañía cobró con usura los beneficios que le habia dispensado, pues como práctico en el idioma y costumbres de aquellos paises fué muy útil para la predicacion, y en los trece años que permaneció desempeñando las funciones del sacerdocio convirtió á muchos de sus paisanos con sus frecuentes exhortaciones. Las autoridades del país, enemigas del nombre cristiano y furiosas de ver que no solamente él habia dejado el culto de los falsos ídolos, sino que tambien excitaba á muchos para que le abandonasen, en una de las muchas persecuciones que se suscitaron contra los misioneros se apoderaron de su persona, y le llevaron preso á la cárcel de Nangasaki, donde le tuvieron más de dos años, haciéndole sufrir largas penalidades y tormentos para que abandonase la fe de Cristo. Muchas veces le pusieron en el potro hasta desencajarle los huesos, le echaron aceite hirviendo y azufre encendido en las coyunturas y le hicieron sufrir otros martirios de este género, hasta que no-

tando su invencible constancia y que por nada cedia, le quemaron vivo públicamente á fuego lento el dia 3 de Setiembre de 1632, teniendo sesenta y tres años de edad. — M. B.

PINTO (Francisco), súbdito portugués, nació en 1583 en Fernambuco, en el Brasil. Deseoso de ganar almas para el cielo, entró en la Compañía de Jesus, y se dedicó con afan al estudio de las lenguas y dialectos de los diferentes pueblos bárbaros que poblaban los puntos aún desconocidos y sin conquistar del Brasil. A los veinte y ocho años cayó gravemente enfermo, llegando el caso de administrarle los últimos sacramentos por creer inevitable su muerte. Hallándose en esta disposicion, fué á visitarle el Padre Prepósito, Fr. José de Encheta, y hallándole dispuesto á entregar su alma al Redentor, le dijo que por entónces no lo haria, porque aún no habia sufrido el martirio para obtener la gloria, y que era preciso trabajar mucho en la viña del Señor. En seguida le mandó que se levantára, se vistiese y fuese á hacer oracion á la iglesia. A pesar de su extremada debilidad, Pinto hizo lo que le ordenaban, y habiendo ido al templo y hecho oracion ante el Santísimo Sacramento, se halló sano de sus dolencias. Para cumplir la voluntad divina, significada por boca del Prepósito, Pinto marchó sin pérdida de tiempo hácia los pueblos bárbaros acompañado de algunos brasileños convertidos, y llevando varios presentes de objetos necesarios á la vida para atraerse la voluntad de los indios á quien deseaba convertir. Grandes fueron los trabajos y fatigas que le originó la expedicion, pues le fué preciso vadear caudalosos rios, atravesar pantanos encenagados y cruzar montes y selvas inaccesibles, temiendo á cada momento ser atacados por las fieras que abundaban en aquellos bosques, y padeciendo muchas veces hambre, pues los pocos comestibles que habian sacado de Fernambuco, y que se reducian á una corta porcion de harina y carne salada, se les concluyeron muy pronto, y fué preciso mantenerse con frutas y yerbas silvestres y con la caza y pesca que alguna vez cogian los brasileños de la expedicion. Estos les sirvieron de mucho para convertir los indios bravos; pues como hablaban el mismo idioma, y muchos eran conocidos, con facilidad se rendian á los halagos del Padre y escuchaban la voz de la razon, conviniéndose á vivir con la dignidad de hombres los que ántes se hallaban sumidos en la triste condicion de animales montaraces. Volvió Pinto á Fernambuco satisfecho de su ensayo y ansioso de repetirlo. Deseaban los PP. Jesuitas reducir al gremio de la Iglesia los pueblos bárbaros de una region situada más allá del rio de la Plata, y al efecto, comisionaron al P. Pinto y al P. Figuera. Proveyéronse de lo necesario para emprender la santa campaña, llevando algunos vestidos y varios instrumentos de hierro, tan necesarios en aquellos países donde falta este metal aunque está abundante el oro. Satisficieron los gastos de

la expedicion el P. Provincial Francisco Cardinio y el gobernador del Brasil, Diego Botella. En 1607, al principiar el año, emprendieron su viaje acompañados de algunos naturales del país que iban á buscar. Despues de una corta travesía por mar continuaron el viaje los Padres á pie y apoyados en sus báculos. Les fué preciso atravesar espesos bosques, donde persona humana no habia penetrado todavía, y en los que era preciso abrirse un camino á fuerza de brazos cortando con el hacha el ramaje y la maleza; así es que tardaron un año en andar poco más de cien leguas. En tan largo tiempo y con tan inesperadas dilaciones se les concluyó la escasa provision que llevaban, viéndose precisados á mantenerse con las yerbas silvestres de los bosques. Luchando con mil peligros y barrenando, si así puede decirse, los montes, llegaron á las montañas de Ibipiana, lugar situado á unas cien leguas del rio Marañon. Tres solos pasos habia practicables para entrar en aquellos pueblos bárbaros, y estos se hallaban defendidos por hombres semejantes á fieras y que profesaban un odio mortal á los misioneros, única cosa que habian tomado de la llamada civilizacion europea; pues los herejes ingleses y holandeses, enemigos declarados de España, consiguieron introducirse entre aquellos naturales, facilitándoles armas, licores espirituosos y otros artículos tan apetecibles por aquellos salvajes, haciéndoles concebir con sus sugestiones horror mortal al nombre cristiano. Estos salvajes eran los tapucas, especie de caribes que continuamente estaban en guerra con los pueblos vecinos, á fin de hacerlos prisioneros para devorarlos en sus horribles festines. Probaron los Padres á ganar con algunas dádivas á los que guardaban los puntos de entrada para que les permitiesen pasar adelante, y al efecto mandaron á alguno de los que iban en su compañía y que conocian el lenguaje del país; pero su comision fué vana, ni los quisieron oir, ni aceptaron lo que les presentaban. Lo mismo sucedió en el segundo puesto; mas aquí, insistiendo los enviados en que les permitiesen la entrada, ponderando las ventajas que de recibir á los Padres obtendrian, se enfurecieron tanto los bárbaros, que mataron á dos de ellos, reservando á un mozo de diez y ocho años para que los guiase donde estaban los misioneros. Indecisos estos, no sabian que hacerse; formaron unas barracas que les sirvieron de abrigo, y esperaron allí lo que la Divina Providencia dispusiera, rogando continuamente á Dios les permitiera llevar á feliz término su hasta entónces desgraciada empresa. Era el 11 de Enero de 1608, y hallándose los Padres rezando en la barraca, sintieron un gran tumulto de voces. Salió Pinto á ver quien lo motivaba, y vió que de las montañas bajaba una multitud de bárbaros armados de flechas y mazas, los cuales con espantosos gritos se aproximaron al Padre. Este se adelantó hácia ellos, y por medio de los intérpretes trató de aquietarlos con mansas palabras. En vano los indios cristianos

dicen á los bárbaros, que los Padres solo quieren su bien, y que solo han ido allí para labrar su felicidad. Ellos no hacen caso: arrójanse sobre el Padre Pinto, matan á un indio que tratando de defenderle se pone delante de él, y dan al sacerdote con un leño en la cabeza. Cae Pinto á impulsos del fuerte golpe, y la multitud en masa se echa sobre él, destrozándole á palos el cráneo. Entre tanto el P. Figuera se hallaba tan engolfado en el rezo de las horas, que no se apercibió de lo que pasaba, hasta que un niño de los que llevaban en la compañía le gritó en lengua portuguesa: «¡Padre! ¡Padre! guardad la vida.» Con este aviso huyó y pudo ganar los bosques, donde acompañado de otros fugitivos y oculto entre la espesa maleza, pasó algunos dias lleno de angustia y padeciendo la necesidad que es consiguiente. Dueños del campo los salvajes, robaron los vasos sagrados con que los Padres decian misa y las pobres alhajas que para hacerles regalos llevaran. Antes de retirarse á sus guaridas, diéronse á buscar al P. Figuera con objeto tambien de asesinarle; pero la Divina Providencia no permitió que le encontráran, y regresaron á su país cansados de hacer pesquisas. Cuando el Padre se apercibió de la marcha de los salvajes, fué recogiendo á los suyos que andaban dispersos por el bosque, y volviendo al lugar del sacrificio, levantaron el destrozado cadáver, y lavándole cuidadosamente, le envolvieron en una red á falta de una mortaja, enterrándole junto á un peñasco y señalando el lugar con una tosca cruz de madera. Uno de los leños con que hirieron su sagrada cabeza fué llevado á Fernambuco para consuelo de los fieles y reliquia de la Compañía. Así acabó oscuramente para el mundo, aunque con gloria para su alma, aquel varon esclarecido. Escribió detalladamente su vida el P. Patermina, y el P. Yarrich incluyó sus noticias en el tomo III del *Tesauro índico*. — M. B.

PINTO (Francisco), obispo electo de Porto en Portugal. Fué hijo de Gonzalo Pinto de Vaz y de Doña Isabel Bolelho, señores muy calificados de Villareal, en la provincia de Tras-os-Montes. Hizo sus primeros estudios en el colegio pontificio de S. Pedro de la ciudad de Coimbra, saliendo muy aprovechado, y recibió el grado de doctor en cánones, con lo que quedó apto para desempeñar cualquier elevado destino. Reuniendo cuantas buenas condiciones podian desearse para adelantar en una carrera, cuales eran la nobleza de su cuna, su reconocida ilustracion y sus elevadas conexiones, tuvo además la suerte de estar en Madrid un tio suyo, llamado D. Pedro Pereira, que ocupaba una elevada posicion y que se sirvió de su influjo para proteger al sobrino, el cual sucesivamente obtuvo por su mediacion los destinos de diputado de la Inquisicion y de la mesa de conciencia y órdenes. Pasó luego á Roma con el cargo de agente de la corona de España, llevando una comision para el pontífice Paulo V, la que desempeñó satisfactoriamente, reci-

biendo á su vuelta como recompensa el destino de *desembargador do Pazo*, ó sea gobernador del Consejo de Portugal. El Infante-cardenal, D. Fernando de Austria, le nombró gobernador del gran priorato de Ocrato, perteneciente á la órden de S. Juan, y juntamente de la abadía de Alcobaza, de donde dicho Infante era gran prior y abad comendatario. Despues de haber desempeñado estos cargos con notable aceptacion, resultó vacante el obispado de Porto; y atendiendo el rey D. Felipe IV á sus méritos, instruccion y servicios, le nombró para desempeñarle á principios del año 1640. Confirmó su presentacion el pontífice Urbano VIII; y despachadas las bulas, tomó posesion de su nuevo cargo, aunque sin disfrutarle mucho tiempo por los acontecimientos políticos que sobrevinieron; pero consta que gobernó algunos dias por una imposicion que hizo sobre la mitra de quinientos mil reis á favor de su sobrino el P. Fr. Juan Pereira, religioso benito, que disfrutó la pension muchos años despues de la muerte de su tio. Hallábase éste en Madrid accidentalmente á fines del mencionado año 1640, cuando ocurrió el levantamiento de Portugal contra España, el cual dió por resultado tras una dilatada guerra la separacion de las dos coronas, no siéndole posible á Pinto pasar á residir á su Iglesia, tanto por la dificultad de las comunicaciones como por la prevencion con que miraban los portugueses á todos los que se hallaban adheridos al partido del rey de España. Falleció Pinto en Madrid en los primeros meses del año 1641, y fué enterrado en la iglesia del colegio de S. Antonio de los Portugueses, de donde era cofrade.—M. B.

PINTO (Hector), religioso portugués. Se ignora el punto de su nacimiento, pues solo se sabe que profesó en la órden de S. Gerónimo, que fué catedrático en la universidad de Coimbra, y que falleció en el año 1584. Escribió unos comentarios sobre los profetas Daniel, Ezequías, Isaías, Nahum y sobre las *Lamentaciones de Jeremías*, que se publicaron impresos en Lyon (Francia), en 1590. Hizo tambien dos tratados de la vida cristiana, que por su mérito obtuvieron la distincion de ser traducidos al francés, los cuales se publicaron en los años 1581 y 1584.—M. B.

PINTO (D. José Jorge Amador). No constan más noticias de este sugeto que las que se han podido adquirir en los libros de entradas de la venerable congregacion de S. Pedro Apóstol, de los sacerdotes naturales de Madrid. De ellos resulta que en 23 de Setiembre de 1685 hizo memorial para ser admitido como congregante, expresando ser natural de esta Corte, requisito indispensable segun los estatutos para solicitar el ingreso, hallarse en su mayor edad y pertenecer á la clase de presbíteros. Su admision fué resuelta en 6 de Diciembre del mismo año. Fué encargado de varias comisiones de la Congregacion, que desempeñó con sumo celo y esmero, sirviendo con mucho amor y caridad á los enfermos congregantes acogidos en el hospital de la

asociacion. Murió en el mes de Octubre de 1709, y se le dió sepultura en la iglesia de nuestra Señora de Monserrate, situada en la plazuela de Anton Martin. Es conocido por una obra que tituló : *Llantos imperiales de Melpómene régia; que llora la muerte de Doña Mariana de Austria, mujer del Sr. D. Felipe IV, en las exequias que en el Colegio Imperial de esta Corte la hicieron los PP. de la Compañía el dia 12 de Julio de* 1696. Este escrito, que á pesar de su pretencioso título no pasa de ser un papel, como entónces se llamaba á los folletos de muy pocas hojas, se resiente de la corrupcion del gusto literario, y pertenece á la escuela gongorina; sin embargo, es obra muy curiosa por la descripcion que hace de las exequias, relacion de la grandeza que asistió, y por varios pormenores que hoy dia sirven para conocer las costumbres de la época. Segun el uso de entónces, acompañan laberintos en verso, epitafios y otra multitud de invenciones, que prueban el buen ingenio de su autor. Se imprimió el mismo año 1696, en 4.°—M. B.

PINTO (P. Juan), jesuita portugués, natural de Carquese en el obispapado de Lamego. Llamábanse sus padres Francisco Botella y Lucrecia Teixeiro. Entró en la Compañía en Coimbra, á 13 de Mayo de 1575, teniendo la edad de diez y seis años. Fué su principal cuidado, durante toda su vida, el estudio de la perfeccion. Despues de su muerte se le encontraron dos memoriales; uno que era como despertador de sus buenos propósitos; otro que le mandó hacer su confesor para que, en vista de las mercedes que le habia hecho el Señor, se animase más y más á servirle. Los biógrafos transcriben estos dos memoriales, diciendo lo hacen para que se vea el incansable cuidado que tuvo este santo hombre de su alma, como porque tienen en sí y se ven bien, cuán útiles sean semejantes alabanzas á los que tratan de unirse con Dios. En el primero, despues de decir el dia, mes y año de su entrada en la Compañía, continúa así: «En el año de 1584, inspirado nuestro General del Espíritu Santo, alcanzó de Su Santidad un jubileo para que los de la Compañía se renovasen en espíritu, confesándose generalmente, y recogiéndose casi todos, para cuyo efecto me recogí yo tambien en Coimbra en el mes de Junio de ocho dias, é hice una confesion general, principalmente de los nueve años próximos, quedando muy tranquilo y satisfecho. Esto, además de dos confesiones que habia hecho en la Compañía en los años anteriores. El 1.° de Agosto de 1586, estando en Braga, hice el segundo jubileo que nuestro P. General impetró de Su Santidad, confesándome de todo despues que hice el otro jubileo de Coimbra. Para hacer esta confesion me recogí á hacer ejercicios una semana, y al cabo de ella me confesé, quedando muy tranquilo y sin turbacion alguna de conciencia. En el año 1588 se hizo en este reino un jubileo por el Espíritu Santo, que habia concedido Su Santidad un año ántes en favor de los que pelean contra los herejes, el cual

hice en Braga, y me confesé, sin quedar con escrúpulo alguno. En el año de 1592, á 5 de Marzo, me ordené de misa para decirla el dia de Pascua, me recogí la semana santa, y fué grande la suavidad, consuelo y propósito de perfeccion con que me visitó Dios en aquella semana, meditando su sagrada pasion. En el año de 1594, á 21 de Marzo, me avisaron para ir con el obispo D. Luis de Cerqueira al Japon. Fuí de Coimbra á Lisboa en ménos de tres dias. El 3 de Abril del mismo año me confesé con el P. Alvaro Lobo en general, y en particular de los ocho años anteriores y algunos escrúpulos, quedando muy tranquila mi conciencia: y á la verdad, así fué; porque aquella confesion fué hecha por razon de los preparativos para embarcarme, sin hacer exámen de conciencia. Me quedé, sin embargo, porque me fué mandado que no me fuese en virtud de santa obediencia. En los fines del año 1599 tuve en Coimbra una semana de ejercicios, á fin de alcanzar el jubileo que nuestro P. General impetró de Su Santidad: tuve mucho sentimiento de Dios y deseos de perfeccion. En particular hice tres propósitos: primero, de ser muy familiar con mi Dios; segundo, de no decir nunca mal de nadie, y mucho ménos de los superiores, ántes bien excusar á los otros; tercero, indiferencia á cualquier obediencia, y aceptar lo peor. De estos tres propósitos me examinaba diariamente hasta sentirme aventajado con la gracia divina en estas virtudes. En Agosto de 1598 tuve una semana de ejercicios espirituales, y tomé con paz de conciencia el santo jubileo que alcanzó nuestro P. General de Su Santidad. A 5 de Diciembre de 1599 hice profesion de cuatro votos en Coimbra, precediendo confesion general de todo el tiempo de Compañía, que eran veinticinco años. Hice esta confesion con muchas lágrimas y firmes propósitos y deseo de renovarme y de ser otro hombre, y me examiné hasta alcanzar el efecto. Quedé sin escrúpulo alguno, muy satisfecho y descargado de todo en mi conciencia, ó lo que de mi parte podia hacer. En las ferias del 1604 me corregí algunos dias y confesé generalmente, disponiéndome para hacer el jubileo, que concedió para los de la Compañía el papa Clemente, de cualesquiera escrúpulo de todos los años precedentes. En el año de 1605, con motivo del jubileo que concedió en el principio de su pontificado el papa Paulo V, me confesé generalmente, y depuse todos mis escrúpulos con satisfaccion, é hice tres firmísimos propósitos de que haré particular exámen. Primero, pureza evangélica; segundo, de adelantarme en la oracion; tercero, de poner freno á la lengua: escogí para esto por mis maestros y abogados al B. Padre Ignacio y S. Antonio, portugués. En el mes de Julio de 1606 me recogí á ejercicios por espacio de ocho dias, recordando todos mis pecados y vida, me confesé de todos mis escrúpulos, y quedé tan tranquilo de conciencia, dándome Dios grande voluntad para ejecutar aquello de San Pablo: *Cum autem feretus sum*

vir, evacuavi, quæ erant parvuli, precediendo en la vida espiritual con mayor perfeccion. Dióme Dios deseos interiores de alcanzar ser instrumento, de cumplirse en mí toda su santa voluntad. Fundé para la vuelta á la vida, viéndome de casi cincuenta años, una escala de Jacob para el trato familiar con Dios de continuo. Los dos lados de esta escala, amor de Dios y del prójimo: los dos términos supremos ó puntos mas elevados, fe y esperanza: los dos extremos ínfimos, conocimiento propio y abatimiento de sí mismo. Tres clases de grados para el mayor. Primero, humildad para la libertad de espíritu; segundo, paciencia de mortificacion para la limpieza del corazon; tercero, oracion para direccion de perfecta obediencia. Haré todos los dias exámen de cuanto sé. En el año 1608 enfermé en Coimbra, y me confesé como si hubiese de morir, aunque no hubo este peligro, y quedé muy satisfecho. En el mismo año, á 1.° de Noviembre, hice el santo jubileo que concedió Su Santidad por las necesidades de la Ig lesia y depuse mis escrúpulos. En el mes de Julio de 1610 me recogí á ejercicios una semana, y me confesé generalmente de los dos años anteriores, y de todos los escrúpulos, como si estuviera en artículo de muerte, y quedé muy satisfecho. Toda esta semana dije misa de nuestra Señora y algun santo, y de la Pasion una vez para alcanzar perdon de mis pecados. Hice dos peticiones: primera, confirmad, Señor, lo que obrasteis en mí; segunda, cuando me falten las fuerzas, no me abandoneis. A 2 de Febrero llegué al colegio de Oporto, dia de la Purificacion de nuestra Señora, para suceder al rector P. Jácome de Medeyros, y tomé por patronos á María Santísima y á S. Lorenzo. A 20 de Enero de 1612, despues de una semana de ejercicios, hice confesion general, quedando con la conciencia tranquila.» Hasta aquí la primera memoria, la cual dice su biógrafo que transcribe para que se vea mejor cómo procuraba su perfeccion y se andaba purificando de continuo, y disponiéndose para la hora de la muerte. Y no obstante haber hecho tantas confesiones generales, dijo á un padre poco antes de morir, estando todavía sano, que ántes de salir de Oporto habia de volver á hacer confesion general. Acordándose el Padre de esto, hallándose ya enfermo, y rezelando que se aumentase el mal, le manifestó que si se queria consolar con una confesion general, aquella era la mejor ocasion. Contestóle que ya estaba todo hecho, porque se habia confesado muy despacio con un padre, preparándose para morir. La segunda memoria contiene algunas notables mercedes y favores que recibió de Dios como en premio de lo mucho que le procuraba agradar. Dice así: «Estas cosas me mandó escribir mi confesor para que si me hallase en alguna ocasion disgustado, me acordase de las mercedes que me hizo Dios nuestro Señor, y me animase así siempre á servirle, exhortándome á mí mismo y hablando con mi alma. Acuérdate, alma mia, ahora que estás triste de los goces y ale-

grías que te comunicó nuestro Señor. Ahora es tiempo de ejercitar los buenos pensamientos que con tantas cosas deseabas padecer por amor del mismo Señor, cuando deseabas verte en alguna ocasion para vencer al mundo, diablo y carne, y pelear fuertemente contra la propia voluntad. Acuérdate, alma mia, que prometer y no cumplir no es de personas leales á Dios ni á su religion. Con estos ó semejantes pensamientos me esforcé, trayéndolos á la memoria muchas veces para comunicar con Dios nuestro Señor; pero sobre todo, de lo que más caso haré, será acordarme de cuánto consuelo me comunicó Cristo nuestro Señor, ocho ó diez veces, tan sensiblemente, que parecia que todo mi cuerpo y alma se derretia cada vez que me acordaba de una representacion viva que se me representó en sueños. Parecíame que me hallaba en una iglesia en que habia entrado muchas veces, donde habia una imágen de Cristo nuestro Señor, que le representaba de catorce ó quince años, y otra de S. Gerónimo. Llegándome yo á él, le suplicaba que rogase á Cristo nuestro Señor que tuviese á bien mostrárseme de la manera que le representaba la imágen, y me pareció que la imágen se descendió de repente del altar y se llegó alegre á mí, y comenzó á hablar con nosotros, y la suavidad que sentia, era por estar cerca de aquel benigno Señor, y tocar sus ropas aunque fuese poco, y ponerme á su sombra. De allí á poco me dijo el bendito niño: Vamos á caminar; y me llevó por un camino tan estrecho, que no tenia más de un palmo de ancho; pero era muy derecho y estaba cercado por ambas partes de matorrales, hasta llegar al extremo, donde encima de una rosa habia un árbol muy grande, y detrás un profundo precipicio. Mandóme el Señor sentarme sobre unas piedras que estaban desprendiéndose. Yo me senté, y conociendo que las piedras se resbalaban bajo mis pies, comencé á pedirle que me valiese. Díjome el Señor entónces que me levantase, y añadió, llevándome hácia otra parte, que se queria ir al cielo, con lo que me entristecí; mas no atreviéndome á contradecir su divina voluntad, le supliqué me alcanzára dos virtudes de su Padre Eterno, conviene á saber: castidad y caridad; á lo que el Señor, como que me reprendia y lo extrañaba, me dijo: ¿No me pides obediencia? Y yo avergonzado, arrojándome á sus pies, se la pedí y así se fué. Otra vez tambien, en el dia de Navidad del año 1580, á media noche, en la capilla de los hermanos de Coimbra me visitó el divino Niño muy tiernamente, llorando yo muchas lágrimas, viendo aquel cuerpecillo en que estaba encerrado el Señor, el Creador del mundo, la gloria de los bienaventurados, el Rey de los cielos y de la tierra, que estaba temblando de frio sin compasion de los hombres por quienes aquello padecia. Así decidí tenerlo todo en poco por el amor de este Señor, y no amar las cosas bajas, pues él no las amó. No fué menor otra visita que me hizo en el mes de Mayo del año 1580, cuando despues de la muerte

de un hermano, sintiéndome conmovido interiormente, alcancé del P. Rector licencia para hacer oracion y penitencia á media noche en la capilla de los hermanos, donde se hallaba entónces expuesto en público el madero de la Santa Cruz por las necesidades de este reino. Comencé allí mi oracion, é hice otros ejercicios desde las diez á las doce. Allí me consolé mucho llorando casi todo el tiempo que allí estuve mis pecados, imperfecciones y poco crecimiento en la virtud, teniendo tantos medios en la Compañía para progresar en ella mucho. No puedo explicar cuán fácil me pareció allí el camino de la virtud, cuán suave el modo de vivir y el instituto de la Compañía, y cuán alegre el servicio del Señor, y esto con un grande propósito de perfeccionarme, principalmente en las reglas, y hacerme verdadero hijo de la Compañía, fiel á Dios en todo y agradable á los hombres en cuanto no se interpusiese la honra de Dios. Y así decia al mismo Señor estando en aquel lugar: Señor, aquí os ofrezco mi corazon, mi alma y todo cuanto hay en mí: sea todo vuestro, haced de mí un instrumento digno de serviros. Señor, Vos veis mi alma, y me parece que con todas mis fuerzas deseo hacer vuestra voluntad. Tengo por imposible no me ayudeis en cosa tan justa, como es serviros, á quien todas las criaturas sirven y todos los ángeles adoran. Hágase en mí vuestra voluntad. Si aprobais que os sirva de otra manera, hágase vuestra voluntad con tal que nunca me desampareis, ni me dejeis confiado en mis propias fuerzas. Despues de una larga enfermedad, me sentí por una parte compungido, y muy consolado por otra, y fué de esta manera: Recogidos ya todos para dormir, estando ya muy flaco y débil de la calentura, y triste con los padecimientos, se me ocurrió que cuál seria la causa, por que permitia Dios que fuese yo afligido de aquella manera, y revolviendo en mi conciencia, me pareció claramente, y me pareció que la causa principal era la flojedad con que procedia, habiendo precedido muchas inspiraciones buenas de que pudiera ayudarme; por lo tanto, con lágrimas y amargura intrínseca del corazon, me arrojé á los pies de la divina Majestad, y decidí velar de allí en adelante por mí, ser eficaz en mis obras, y muy exacto en cumplir las reglas de la Compañía, y pensando esto por un buen espacio de tiempo, me dormí consolado. Acordándome por la mañana, se me volvió á representar el mismo pensamiento con que me dormí, y deteniéndome en él largamente, me ocurrió otra cosa no ménos notable sobre aquella enfermedad, aunque hallándome sorprendido de muchas maneras, pedí al Señor con muchas lágrimas, que me perdonase. Lo que más me consoló en aquella meditacion fueron las palabras del salmo: *Sacrificium Deo Spiritus contribulatus, cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* Porque por una parte me veia humillado con la enfermedad, y por otra me hallaba culpado interiormente, por ser yo causa de ella. Resignándome yo de esta manera, en

las manos del Señor, que hiciese de mí lo que quisiere acerca de mi vida ó muerte, le pedí firmemente la salud, proponiéndome enmendarme con su ayuda, y poco despues comencé á convalecer. En el año 1683 me hallé muy consolado y tiernamente conmovido, y muy iluminado interiormente, estando aquella noche en oracion delante de un pesebre que habia hecho por devocion un hermano de la casa, y fué tanto más provechosa para mí aquella visita del Señor, cuanto más necesidad tenia de ella. Porque bien te acuerdas, alma mia, que habia dias que andabas triste y no sabias de qué, y tanto que muchas veces te pusiste á pensar que no era posible, sino que este Señor estuviese muy apartado de ti por tus pecados, y no sentias sino confusion y tristeza; y bien te acuerdas que aquella noche te hallaste resucitado, soplando otros vientos y alejándose las nubes. No olvides, alma mia, los dos propósitos más firmes que entre otros hiciste: uno, de procurar la virtud de la humildad; y otro, de ejercitarte mucho en la santa paciencia, viendo cuán necesarias te eran estas dos virtudes.» Esta es la segunda memoria. Habiendo preparado toda su vida su alma para la muerte con tanta diligencia, bien se deja ver que moriria como justo. Sobreviniéndole la última dolencia, nunca se notó en él inquietud alguna, excepto las que llevan consigo los dolores. Oyendo al viático, ántes de recibirle hizo profesion de la fe; dijo al Señor palabras muy amorosas, y que tenia especial consuelo en morir en su compañía; pidió al Señor perdon de los defectos que habia cometido en servicio snyo, y pidió tambien á los presentes perdon de sus faltas é ignorancias, diciendo que deseára siempre hacer bien á todos. En el sacramento de la uncion iba respondiendo al sacerdote. Estando el dia ántes de morir tan débil, que no se le encontraba ya el pulso, continuó con vida hasta la mañana siguiente, en que sucedió que por yerro el despertador hizo levantar á las cuatro á la comunidad creyendo que eran las cinco; y yendo un Padre entónces á la celda del enfermo, le preguntó si estaban los padres y hermanos levantados, y habiéndole contestado que sí, manifestó alegría, y luego empezó á entrar en la agonía, como quien solo esperaba que estuviesen dispuestos sus hermanos para orar por él y fuesen á oir Misa, como fueron en efecto, luego que espiró con suma paz y quietud. Fué su muerte en el colegio de Oporto, á 16 de Octubre, á las seis de la mañana, del año 1613. Ápenas se divulgó la noticia de su muerte por la ciudad, fué grande el sentimiento de todos, porque era muy amado de grandes y pequeños. El obispo envió á preguntar la hora en que debia enterrársele para asistir á la ceremonia, como lo hizo. Concurrió á su entierro todo lo principal de la ciudad y mucha gente del pueblo, porque todos tenian de su virtud la estimacion que merecia, y habia grande opinion de ella. — S. B.

PINTO (V. M. María de la Madre de Dios), religiosa benedictina de la

Congregacion Cisterciense. Ignóranse los años de su nacimiento y muerte, y la época de consiguiente en que floreció; sábese empero que se distinguió mucho por su santa vida y religiosas virtudes desde el instante en que entró en el monasterio de Santa María Magdalena en la villa de Yepes, diócesis de Toledo. Su amor á la observancia de la regla, sus constantes penitencias y prácticas de mortificacion la atrajeron el afecto y respeto de sus superioras y compañeras, que la miraban como una religiosa de intachable vida y costumbres. Caminaba cada vez con más apresurado paso María por el camino de la perfeccion, llegando á ese grado á que es dado arribar á pocos mortales, por lo que era constantemente consultada aun por personas conocidas por su acrisolada piedad. Tenia en ella fundada su Orden sus esperanzas, y no tardó en efecto en manifestarlo, elevándola á diferentes cargos, todos los cuales desempeñó con celo y acierto, correspondiendo á la confianza en ella depositada. Trataba entónces su religion de llevar á cabo varias fundaciones para dar nuevo ensanche al favor de los fieles que acudian en gran número á poblar sus claustros, y puso los ojos en María que fué enviada con este objeto á la villa de Pinto, donde fundó un monasterio que puso bajo la advocacion de la Inmaculada Concepcion, de cuyo misterio era especial devota. Vióse en esta ocasion todo el mérito de la humilde religiosa, que entregada á cortos recursos y casi sin otra confianza que la Providencia, llevó á cabo una de las empresas más difíciles que puedan encargarse á una mujer que desde su primera juventud ha pasado su vida encerrada entre las paredes de un solitario y oscuro claustro. Nombrada por los servicios que entónces prestó y más todavía por sus grandes méritos y virtudes abadesa de aquel monasterio, le gobernó con grande celo y acierto, distinguiéndose por su piedad y prudencia. Murió miéntras se hallaba desempeñando este cargo, aunque probablemente despues de haber sido trasladada á su primer monasterio de Yepes, donde su cuerpo se conservaba incorrupto.—S. B.

PINTO (Fr. Pedro), mercenario descalzo. Nació en la ciudad de Jerez de la Frontera el dia 17 de Enero de 1590. Fueron sus padres Antonio Pinto y Mencía Jimenez y Solano, sugetos muy distinguidos de aquella ciudad. Bautizáronle en la parroquia de S. Miguel, y despues de haber recibido una educacion cristiana y esmerada se inclinó á la vida religiosa, y mediando la circunstancia de tener algun grado de parentesco con el venerable P. Fr. Alonso de Jesus, de la órden de la Merced, tomó el hábito de esta esclarecida religion de mano del mencionado religioso en el convento de Huelva, donde era presidente interino, el dia 26 de Enero de 1615. Tomó Pinto el sobrenombre de los Angeles, y profesó al año siguiente de su entrada en manos del P. Fr. Alonso de la Magdalena. Despues de profeso pasó al convento de San Lucar, á peticion de los duques de este título, que se le tomaron mucha

aficion, cuando le conocieron de novicio. Una de las mejores pruebas de su virtud y arreglada vida fué el haber vivido por espacio de treinta y siete años en este convento sin que ningun prelado hubiera tenido motivo para trasladarle de él en visita ni fuera de ella, sin haber dado tampoco nunca causa para que le reprendieran. Por su gran doctrina, amabilidad y buen consejo en el tribunal de la penitencia fué muy estimado de los habitante s de aquella ciudad, siendo su muerte muy sentida de todos y principalmente de sus religiosos, á quienes con sus ejemplos y exhortaciones consolaba y alentaba para llegar á la cumbre de la perfeccion. Pasó á gozar de la eterna vida el dia 7 de Octubre de 1655. Es digno de notarse el cuidado que ponia en procurar el mayor lustre y fama de la religion, y por tanto como en su dilatada permanencia en esta casa todos los religiosos que murieron en ella pedian que les asistiese en su última enfermedad, á lo cual se prestaba con mucho gusto, procuraba informarse en las confesiones que oia de algunas particularidades notables de cada uno acerca de su vocacion, ejercicios espirituales, favores que de Dios habia recibido y otras cosas por el estilo, á fin de anotarlo y escribirlo para que algun dia se publicáran á mayor gloria de Dios y honra de aquellos siervos suyos. Por este ingenioso medio descubrió muchos méritos ignorados y muchas virtudes ocultas, que dejó consignados en sus apuntes de que más tarde se valieron los cronistas de la Orden. Trabajo sumamente útil que á haber sido imitado por otros, prestára mucha luz y notable conveniencia para la mayor y más acabada redaccion de la *Biografía Eclesiástica*. — M. B.

PINTO (P. Fr. Tomás), religioso dominico. Tomó el hábito en el convento de Coimbra y despues de haber trabajado mucho en la Orden y obtenido en ella el grado de presentado, fué nombrado inquisidor de las Indias en el tribunal de Goa. Embarcóse en la nave Santiago por Abril de 1585. Era almirante en este viaje Fernando de Mendoza, é iba en la misma nave. Pasado con buen tiempo el cabo de Buena Esperanza, fueron á encallar desgraciadamente en los bajíos que llaman de la India, llevados de las corrientes ó por equivocacion del piloto. Grande fué su confusion al verse embarrados en tierra en medio del mar, sin vista de tierra ni costa por ninguna parte. Aumentó el terror y el desconsuelo el ser de noche y persuadirse que no llegarian con vida á la mañana siguiente. Las personas piadosas y temerosas de Dios, viendo lo inminente del peligro, acudieron á los remedios santos y últimos del alma. Pero mucha la gente, grande la confusion y el desaliento, y tanta la prisa que tenian todos por confesarse, que hubo algunos que atemorizados ó temerosos de la muerte comenzaron á confesarse públicamente y en alta voz. Acallólos el Inquisidor, reprendiendo, rogando y animando, y sentándose con su compañero Fr. Adrian de S. Gerónimo, fué tal la prisa

que se dieron ambos y unos PP. de la Compañía de Jesus, que ántes de amanecer estaba confesada toda la gente, que pasaba de cuatrocientas cincuenta almas. Estos trabajos fueron mucho mayores para el Inquisidor, que en la confusion de aquella noche recibió una grande herida en la cabeza por haberle caido encima un aparejo de una entena, á que por entónces no supo ó no pudo dar otro remedio más que cubrírsela y apretársela con las manos. Y como no era tiempo de buscar alivio ni descansar, estando expuestos á cada momento á ser tragados por el mar, emplearon el resto de la noche hasta por la mañana en hacer pláticas y animar á la gente á conformarse con lo que Dios fuere servido disponer. Serenóse en tanto un poco el mar y el viento, y fué descubriendo la luz del dia á los miserables náufragos el lamentable estado en que se encontraban. Trató de salvarse el capitan mayor Fernando de Mendoza en el esquife, y se embarcó con un corto número de personas. Procuraron hacer lo mismo en el batel algunos hidalgos con otras personas de calidad. Para poder hacer esto con órden y quietud era preciso apoderarse de las armas de muchos que estaban ya apercibidos y no querian soltarlas, convencidos de que les podrian valer para alcanzar por fuerza algun lugar en cualquiera embarcacion que se arreglase, aunque no se le quisiesen dar voluntariamente. Era tan grande el respeto que tenian todos al Inquisidor, que le confió el capitan elegido para este viaje que hiciese algun trato con los armados. Dióle esta comision, que tuvo los resultados que esperaba, porque usó con ellos tan buenos términos que se dejaron vencer todos, y unos entregaron las armas y otros que se negaban en un principio, no podian hacerlo en cuanto se las pedia el Padre. De toda la gente referida no pudieron entrar en el batel más que cincuenta y tantas personas. No fué ménos importante el cargo que se le dió allí al Inquisidor despues de embarcados. Fueron tan pocas las provisiones que se pudieron reunir en aquella desesperada situacion, que si faltaba un despensero religioso y prudente, se hallaba próxima una perdicion mucho más desesperada, cual es la del hambre. Dióse este cargo al Inquisidor y por la cantidad con que cada uno se contentaba, se comprende bien lo poco que se puso en el batel para todos; no recibian en todo el dia más que un puñado de bizcocho y un poco de mermelada, que habiéndose embarcado para remedio de los enfermos vino ahora á servir de sustento á los sanos; dábaseles además una copa de vino no muy grande y aguada. Comenzaron su navegacion en busca de una costa, y cupo desde luego una nueva obligacion al mismo Padre, que fué cuidar de que estuvieran despiertos los marineros que velaban por la noche, siendo esto de la mayor importancia en el nuevo viaje, pues cualquier descuido podria hacerlos perder inevitablemente. Pero todos estaban muy necesitados de sueño y de descanso por los grandes trabajos que habian

pasado en la nave; y aunque el Padre se hallase en igual caso, decidió vigilar por sí mismo y hacer vigilar á los que gobernaban. Navegaron así durante algun tiempo, pero se veia claramente que hacian muy poco camino, porque sobrecargado el batel de la mucha gente que llevaba, no podia adelantar, y además el poco mantenimiento que habia amenazaba con un nuevo género de naufragio, si no se daba órden para aliviar la embarcacion y navegar más expeditamente. Celebróse consejo, y se resolvió que pereciesen algunos por no acabar todos, lo que se ejecutó luego. Meditaban el que parecia más inútil por la edad, fuerzas ú otras circunstancias; le mandaban subir á bordo, donde atadas las manos le lanzaban al mar. Así aliviaron la carga y aumentaron la comida. Pero no se puede pasar en silencio, por honor á la caridad fraternal, lo que sucedió en esta ocasion con dos hermanos. Tocó al más viejo la suerte de ser arrojado al mar, y se preparaban ya para la ejecucion de esta sentencia, cuando se presentó el otro haciendo la heróica propuesta de que era más razonable que muriese él, que era más jóven y su vida importaba poco, que no el sentenciado, que como de más edad era el amparo y remedio de una madre y dos hermanas que tenian ambos, y su pérdida dañaria á muchos. Conmoviéronse los corazones de espanto y piedad, y admiráronse del valor y desprecio de la muerte, donde tan caro se compraba el huir de ella. Pero fué aceptado el partido y arrojado desde luego al mar en lugar de su hermano, donde sin duda hubiese perecido, si no hubiese acudido Dios en su ayuda, haciendo que sus manos mal atadas se desatasen á la caida, y dándole fuerzas y aliento para seguir al barco nadando por más de tres horas, venciendo las arrebatadas corrientes é invocando siempre á Jesus y á su bendita Madre, al cabo de ellas movió á piedad á los compañeros, y fué recogido en el batel. Al cabo de ocho dias tomaron tierra en la costa brava de la Etiopía oriental, habitada por los bárbaros, gente de color negro y cabello revuelto, llamados *cafres* vulgarmente. Libres del miedo del mar, comenzaron á experimentar los males de la tierra, y porque no les durase mucho el placer de verse en ella, fueron asaltados en el mismo dia por una nube de cafres, siendo despojados de la poca ropa que llevaban y hechos prisioneros. El Inquisidor, que se resistió á entregar su vestido, obligado por la honestidad religiosa, recibió dos heridas de azagaya. Padecieron allí toda clase de miserias, de hambre, de calores que los abrasaban de dia, y de frios que les helaban y entorpecian los miembros de noche, y llegaron con este tratamiento despues de lo mucho que habian sufrido en el mar á un estado tal, que murieron gran parte de ellos, quedando los demás tan flacos y débiles, que el P. Fr. Adrian de San Gerónimo anduvo buscando quien le quisiese ayudar á enterrar los muertos; y por no haber encontrado quien le acompañase en esta piadosa tarea por carecer de

fuerzas para ello, tuvo que enterrarlos á todos por sí mismo. Vamos á decir, aunque parezca ajeno de este lugar, la manera con que se salvaron los de la nave, porque redunda en honra de Dios y de su santa cruz. Fué el caso que apartado el batel ó esquife de la nave, quedaron esperando la muerte los que allí se hallaban, la que debia sobrevenirles en la hora en que la fuerza del mar acabase de destrozar la cubierta de la nave; animáronse quince ó diez y seis hombres con el sotapiloto, y juntando algunas tablas y otras maderas lo ménos mal que pudieron, hicieron una balsa. Saltaron en ella los más atrevidos, pareciendo á los que quedaban que no habia más remedio que dilatar un poco el fin de la vida, ó ir á buscar una muerte segura é inevitable. No era mayor la confianza de los que se arriesgaron, porque la balsa con el peso de la gente iba toda por debajo de agua, sin ningun remedio para descansar, y el sustento era una pera en conserva por racion diaria y ménos de medio cuartillo de vino con agua salada. Desesperada situacion que solo podia tener remedio favorecida, como lo fué, por el auxilio divino. Llevaba uno de los náufragos al cuello una pequeña reliquia del santo madero de la verdadera cruz; arrójala al mar con toda la fe de un verdadero cristiano atada en un cordel, como timon de la balsa, y con tal auxilio fueron navegando, ó andando milagrosamente, por espacio de trece dias hasta llegar á tierra. Publicóse la maravilla despues que se reunieron en Mozambique, y el Inquisidor la investigó jurídicamente de los de la balsa, y encontró que era cierto y verdadero, sin que discrepase ninguno, y como tal se publicó para gloria de aquel Señor que hizo en otro tiempo su barca y remedio para salvar al mundo entero de aquel leño teñido con su sangre. El P. Fr. Tomás pasó con su compañero á la India, donde vivió algunos años, sirviendo su cargo en Goa, y se halla enterrado en el capítulo del convento de su Orden en aquella ciudad. Fr. Adrian, su compañero, tuvo ánimo para experimentar por segunda vez los peligros del Océano, llevado del amor á la patria, donde terminó al fin su laboriosa vida.— S. B.

PINTO DE FONSECA (Manuel), gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen. Era portugués, y cuando fué promovido al gran maestrazgo en 18 de Enero de 1741, ejercia los cargos de vicecanciller y baile de gracia. Ocho años despues, en 1749, se descubrió en Malta una terrible conspiracion contra la Orden, el gran Maestre y el gobierno, tramada por muchos prisioneros turcos, entre los que se hallaba un bajá ó gobernador de Rodas, llamado Osman. Formaban tambien parte del complot dos judíos y cuatro griegos, junto con el capitan de la fragata Nazaret. El suplicio á que se condenó á los culpables, y las medidas que se tomaron para inspeccionar en lo sucesivo la conducta de los esclavos, pusieron al gobierno al abrigo de iguales atentados. Este acontecimiento aseguró mucho el gobierno de la Or-

den y aumentó el poder del gran maestre Pinto, quien léjos de hacer mal uso de él, le empleó en diferentes empresas, que fueron todas á cual más gloriosas para la religion. Tambien contribuyó mucho al embellecimiento de Malta, que adornó con varios hermosos edificios. Murió en 24 de Febrero de 1773, á la edad de noventa y un años y siete meses. Fué el primer gran maestre que llevó la corona cerrada.— S. B.

PINTO DE VITORIA (Fr. Juan). Nació en Fouchan, en las islas de la Madera (posesiones portuguesas). Habiendo venido á España, vistió el hábito carmelitano en la ciudad de Valencia, profesando en esta religion y siendo prefecto de la Orden en el convento de dicha ciudad, desempeñando el cargo de visitador en las provincias de Aragon y Andalucía. Obtuvo el grado de doctor teólogo y escribió las obras siguientes : *Gerarquía Carmelitana y gloria de los santos del Monte Carmelo, con sermones para los dias de sus fiestas*; Valencia, 1616.—*Vida del V. P. Mtro. Fr. Juan Sanz, del órden de nuestra Señora del Cármen;* Valencia, en el mismo año.—*Vida de las hijas espirituales del V. P. Fr. Juan Sanz;* id.—*Vida del príncipe de Macedonia, Pedro Angelo Zerco Bichio, ó Fr. Angelo, religioso del Cármen;* Valencia, en el mismo año, y otra edicion en Zaragoza en 1679. Se ignora el año de su muerte.— M. B.

PINTOR (Sor Luciana), religiosa agustina, natural de Valencia, donde tomó el hábito en el convento de Sta. Tecla. Concluido el año de su noviciado, hizo su profesion emprendiendo una vida tan penitente y austera que fué mirada como modelo por toda la comunidad. Fué tan amante de la observancia de la regla y constituciones de su Orden, que jamás cometió la menor falta en su cumplimiento, consultándola en sus escrúpulos y descuidos las demás religiosas. Mortificábase continuamente y evitaba el hablar lo mismo que el salir de su celda, que solo hacia cuando le era forzoso, y esto no sin precauciones, para evitar cualquiera indiscrecion hija del descuido. Maceraba su cuerpo con todas las prácticas propias de la más rigurosa penitencia y ayunaba con mucha frecuencia, añadiendo á los ayunos marcados en la regla, otros voluntarios, propios de su grande piedad y devocion. Empleó muchos recursos para vencer su complexion delicada y débil, consiguiéndolo á fuerza de constancia y mortificaciones. Fué tan obediente, que no solo escuchaba y ejecutaba con grande prontitud y buenos deseos las órdenes de sus superiores sino que deseaba la indicasen algun objeto en que poder servir á sus iguales y áun á sus súbditas. Jamás faltó, aunque cargada de años y enfermedades, á ningun acto de la comunidad, y fué tan amante de la pobreza, que nada queria ni tenia sino á Jesus crucificado. Sus demás virtudes han merecido larga mencion á los cronistas de su Orden que no dejan de encomiar su gran religiosidad y piedad, citando al mismo tiempo algu-

nos éxtasis y arrobos con que en premio la visitó su divino Esposo. Enferma, por último, de una dolorosa enfermedad, que padeció con grande resignacion y paciencia, falleció en 1655 despues de haber recibido los santos sacramentos y ganado la mejor fama con su santa muerte igual á su virtuosa vida.—S. B.

PINUCIO, uno de los treinta y siete mártires que dieron su sangre en Egipto por la fe, y de los que ha publicado Ruinart las actas auténticas, que á continuacion trascribimos: «Testimonio dado á la divinidad de Jesucristo por Pablo, Pansio, Dionisio, Thonio, Horpres, Horo, otro Dionisio, Ammonio, Bessamon, Agatho, Recumbo, Bartamo, Sarmatho, Proteo, Orion, Colucio, Didymo, Plesio, Arato, Theonas, Hippeas, Romano, Saturnino, Pinucio, Sarapion, Papias, Bastamonio, Panthero, otro Papías, Dióscoro, Heron, Potamon, Petecio, Ecomeno, Zótico, Ciriaco y otro Ammonio. Se vió á este cuerpo de bravos soldados de Jesucristo marchar con la cabeza baja al martirio. El juez se asustó, se turbó y casi perdió el sentido. Pues todos eran personas distinguidas de las primeras familias de Egipto, y que sostenian el esplendor de su nacimiento con el de sus riquezas. El Espíritu Santo los esparció por todo el Egipto y formó de ellos como cuatro compañías, que envió á las cuatro partes de la provincia para anunciar la palabra y el conocimiento del verdadero Dios, y para llevar á los pueblos que se hallaban todavía en las tinieblas la luz y la verdad. Los unos marcharon hácia Oriente, los otros hácia Occidente; éstos hácia el Mediodía, aquellos hácia el Septentrion. Pero la mayor parte de los habitantes de estos diversos países, amando su ignorancia y sus tinieblas mucho más que la ciencia de la salvacion, que estos ilustres predicadores iban derramando por todo el camino, no mirándolos más que como hombres ordinarios, caian sobre ellos, los cargaban de cadenas como á personas que tenian malos designios ó que enseñaban una doctrina perniciosa, y los maltrataban de muchas y diferentes maneras. La noticia de esta mision llegó bien pronto á oidos del gobernador de Egipto. Encolerizóse en un principio y encendiendo la cólera la crueldad, siguió voluntariamente el parecer de su consejo y envió por todas partes soldados con órden de llevarle á aquellos santos misioneros, que hallándose sin embargo animados todos del mismo espíritu, de la misma fe y de la misma voluntad, se habian esparcido por todo el Egipto y le rodeaban en cierto modo, enseñando á los hombres el camino para llegar á la vida eterna. Reconocian todos por jefe á Paulo, quien por su celo y ardiente caridad tenia mucha semejanza con el Apóstol de todas las gentes. Seguíale Pansio, iba detrás Dionisio y Thonio, Horpres y Horo marchaban despues de ellos en una situacion casi igual, y eran seguidos á poca distancia de otro Dionisio, de dos Ammonios y de Agatho. Correspondió á aquellos la parte orien-

tal del Egipto; y éstos, que trabajaban recorriendo los lugares más septentrionales, no cedian á los primeros ni en capacidad, ni en piedad, ni en celo apostólico. No es decir que no hubiese una especie de rivalidad entre ellos, pero consistia esta en ver quién estableceria mejor y más pronto el reino de Jesucristo. El jefe de esta segunda partida era Recumbo con Bartamo, Sarmatho, Proteo y Orion, que brillaba extremadamente entre sus compañeros Colucio y Didymo, á los que se habian unido Plesio y Arato. La tercera partida, que recorria el Mediodía, tenia á su cabeza á Theonas, á quien seguian Hippeas, Romano y Saturnino: Pinucio y Bartamo se habian unido á él, y tampoco le abandonaron Sarapion, Papías y Panthero. La parte Occidental se hallaba dividida lo mismo que las otras tres; tenia, como aquellas, sus doctores y sus profetas: el segundo Papías, Dióscoro, Heron y Potamon, que tenian por adjuntos á Petecio, Ecomeno, Zótico, Ciriaco y Bessamon. Estos treinta y siete enviados del Señor trabajaban con mucho éxito en todo el Egipto. Animábales una noble y santa emulacion, procurando todos distinguirse por su amor más ardiente á Jesucristo, y por una indiferencia más grande de la vida. Recorrian, pues, las ciudades y las aldeas, y decian á los pueblos á quienes reunian: «Consolaos, nuestros queridos hermanos, »si las verdades que os anunciamos os han sido desconocidas hasta aquí, la »ignorancia no es pecado más que cuando se ignora lo que no se debe ignorar. Ahora que os hemos manifestado vuestros errores, que habeis renunciado á ellos, deploremos todos juntos la ceguedad de nuestros padres, »las profundas tinieblas en que han vivido, la larga série de sus extravíos, »los precipicios en que han sido arrojados ántes que el Hijo de Dios abandonase el seno del Padre. Pero, por último, no queriendo el Padre retener más »á su Hijo, le dió permiso para descender del cielo á la tierra y vestirse de »nuestra naturaleza. El Hijo, teniendo este permiso, se apresuró á bajar á »hacerse hombre. Comenzó por predicar las grandezas de su Padre; despues »predicó sus propias grandezas, su divinidad y su filiacion, confirmando »con sus acciones lo que habian predicho de él los profetas, y autorizando »al mismo tiempo sus acciones con el testimonio de los mismos, que no habian dicho ni escrito nada más que lo que les habia dictado su espíritu, pues »ántes de que viniese á enseñar por sí mismo su doctrina y á promulgar su »ley, habia enseñado esta doctrina y dado esta misma ley por medio de sus »profetas.» Así es como nuestros santos misioneros iban plantando la fe en Egipto: hacian entrar en el buen camino á los que se extraviaban, instruian en los misterios de la religion á los que hallaban dóciles, y purificaban de sus pecados á los que los confesaban. Advertido, sin embargo, el gobernador, como hemos dicho, de los progresos que hacian en toda la extension de su gobierno, y habiendo enviado por todas partes soldados para prender-

los, fueron todos arrestados y presentados á este juez. Empleó en un principio para obligarlos á sacrificar los halagos y las promesas. «Evitad una muerte cruel, les decia, libraos de los tormentos que os amenazan, acomodaos al tiempo, pues por último será preciso sacrificar ó morir.» Tomando Paulo la palabra en nombre de todos, contestó: «Sabemos con toda seguridad que es preferible morir á sacrificar, así no nos perdoneis.» A esta declaracion pronunció el juez la sentencia de muerte contra todos treinta y siete. Condenó al fuego á los que habian predicado la fe en Oriente y en Mediodía. Mandó cortar la cabeza á los que habian predicado en el Septentrion, y en cuanto á los que la habian anunciado en Occidente, les hizo crucificar. Pero para hablar con más exactitud, fué menor su castigo que la proteccion que dieron desde entónces á Egipto, pues divididos siempre en cuatro partidas velan continuamente en los cuatro cantones de la provincia con mayor caridad y celo que durante su vida.» —S. B.

PINUFIO. Este santo varon se hizo notable por haber sido compañero de S. Gerónimo, y uno de los primeros que ingresaron en el convento de Bethleem, fundado por el santo doctor, y se hizo más notable aún por su incomparable humildad. Era natural de Egipto, presbítero y superior de un gran convento de monjes situado junto á la ciudad de Panefisis. Viéndose honrado en extremo, tanto por su edad como por su carácter y sabiduría, y pareciéndole grande escollo para su eterna salud la continua loa que le tributaban, determinó huir donde no le conociesen; y al efecto depuso el hábito y vestido de seglar, y se fugó del monasterio marchándose á la Tebaida. Habiendo llegado al convento de los Tabenesiotas, pidió el hábito, seguro de que allí no sería conocido. El superior del convento, viéndole anciano y achacoso, y pareciéndole que no le serviria de nada, no quiso recibirle al pronto; mas fué tanto lo que rogó y suplicó, y tantas las fervorosas instancias que hizo, que por librarse de sus importunidades le admitió, encargándole el cuidado de la huerta. Tomó Pinufio este cargo con el mayor placer, y le desempeñó con excesivo gozo y esmero, ejercitándose á la vez en otros trabajos humildes y mecánicos, y alabando á Dios que le permitia vivir oculto é ignorado. Buscábanle entre tanto sus monjes por todas partes; y habiendo llegado uno casualmente al monasterio de Tabena, reconoció al superior en el humilde hortelano, y dijo á los monjes la clase de persona que tenian ocupada en aquel despreciable empleo. Confundidos los cenobitas, se arrojaron á los piés del prelado, suplicándole les perdonase el bajo concepto que de él habian formado, y volviéronle á su convento con gran pompa y consideracion. Mas Pinufio, deseoso de hacer penitencia y acostumbrado ya á huir de la vanidad humana, no quiso continuar en el cargo que desempeñaba, y se fugó de nuevo de Panefisa marchando á Bethleem, donde pasó

el resto de sus dias oculto en el monasterio de S. Gerónimo, á quien descubrió su intento de vivir desconocido de todos y entregado á los ejercicios de la piedad más austera. — M. B.

PINY (Alejandro), religioso de la órden de Santo Domingo, más distinguido por la santidad de su vida y sus edificantes costumbres que por las varias obras salidas de su pluma. Nació en Barcelonette, pequeña poblacion del condado de Niza, entre Francia é Italia, y desde muy jóven manifestó su decidida vocacion hácia la carrera eclesiástica. Profesó en la citada órden de Santo Domingo, y terminados sus estudios, fué enviado á Aix, en la Provenza, donde desempeñó una cátedra de filosofía y teología con notable aceptacion, obteniendo los más felices resultados. El muy reverendo P. Juan Tomás de Rocaberti habia obtenido, siendo general de la Orden, que el rey Luis XIV le diera permiso para traer al colegio-convento de Santiago de París dos religiosos de cada provincia, de notoria sabiduría, mérito reconocido y sanas costumbres, para formar una comunidad, donde se observase con todo rigor la regla, y se conservára pura y exacta la disciplina. El P. Piny fué uno de los elegidos, y se le destinó á la enseñanza de los jóvenes estudiantes; cargo que desempeñó con el mayor esmero y exactitud por espacio de seis años. Fué nombrado superior del convento en el año 1676, y permaneció en este destino hasta 1692, en que el P. General le permitió retirarse á la casa noviciado de Saint-Germain, á instancias suyas y con objeto de reponer algun tanto su salud bastante quebrantada con motivo de sus continuas vigilias y de sus asiduos trabajos apostólicos. Repuesto algun tanto, y no permitiéndole su celo evangélico permanecer ocioso un instante, miéntras hubiese almas que consolar y conducir por el camino de la salvacion, volvió á París con destino al convento de la calle de San Honorato, que fué su último cambio de domicilio. En todas partes donde el P. Piny residiera habia dado grandes ejemplos de virtud, piedad y humildad, demostrando al mismo tiempo la riqueza de su espíritu. Continuó en esta casa su tarea de edificar las almas, siendo un dechado de todas las virtudes cristianas y religiosas, trabajando sin descanso en la santificacion de los fieles, tanto por medio del tribunal de la penitencia, como por sus exhortaciones públicas y particulares, y en la direccion de varias casas que le fueron confiadas en la ciudad y en varios puntos de la diócesis. Desempeñando estos santos ejercicios, que no quiso dejar de cumplir á pesar de su avanzada edad y de las fatigas que le causaban, y resistiendo los consejos que se le dieran para que al ménos suspendiera sus tareas durante el crudo invierno de 1709, murió el dia 28 de Enero de dicho año á las seis de la tarde. En la mañana del mismo dia habia celebrado la última misa, confesando á muchas personas y confesándose él mismo. Solo estuvo tres horas en cama, y murió

con la tranquila resignacion de los justos, contando sesenta y nueve años de edad. La lista de sus obras, publicada por el P. Echard, es la siguiente: *Cursus philosophicus thomisticus ubi conclussiones singulæ ex principiis tribus expositis, deductæ sillogisticæ*; cinco tomos en 12.°; Leon, 1654. Los dos primeros contienen la lógica, el tercero la metafísica, y el cuarto y quinto la física.—*Quæstiones agitatæ inter Thomistas et Molinistas, modo resolutæ scholastico et rythmice versibus decantatæ*; Leon, 1666.—*Summæ angelicæ Sancti Thomæ Aquinatis, compendium resolutorium*; Leon, 1680, cuatro tomos en 12.°—*Vida de la madre María Magdalena de la Santísima Trinidad, fundadora de la Congregacion de nuestra Señora de la Misericordia, destinada para la instruccion de las almas*; Leon, 1680, en 8.°—*La llave del puro amor, ó el secreto para amar á Dios*; Leon, 1682, en 12.°—*La oracion del corazon*; París, 1683, en 12.°—*Retiro en el puro amor, ó en el abandono en la voluntad divina*; París, el mismo año, en 8.°—El P. Colonia, jesuita, pretende que en esta obra se hallan contenidos varios errores, semejantes á los de Malabal, el P. Falconi y el abate Estival, y acusa al P. Piny de haber caido en el quietismo. Además de estas obras escribió Piny muchos *Actos de fe, de adoracion y prácticas devotas*, y los imprimió en hojas sueltas, que repartia gratuitamente entre los fieles. El catálogo de sus obras se puede ver con más extension y con abundantes detalles en el tomo II, página 772, del libro *Scriptores Ordinis Prædicatorum*, recopilado por el P. Echard.—M. B.

PINYTHUS, obispo y confesor. Véase Pinito (San).

PINZI (José Antonio). Este numismata y literato nació en Rávena en 1715, y abrazando el estado eclesiástico fué profesor de bellas letras en el seminario arzobispal, en cuyo destino se granjeó el aprecio y estimacion de sus superiores. Conociéndose su numen poético por algunas composiciones en verso que publicó, fué admitido en la Academia de los *Informi*, en donde como discurso de ingreso leyó el elogio de Nicolás Oddi, su fundador, y un poema latino relativo á los servicios hechos á las ciencias por este prelado. Poco despues fué nombrado secretario de Monseñor Lucci, nuncio apostólico, al que acompañó en sus legaciones á Colonia y á Madrid. Al morir su protector, le honró con su confianza Monseñor Juan Bautista Caprara, su sucesor en la nunciatura de Colonia, y con tal motivo, volvió á esta ciudad. Dividió Pinzi su tiempo entre sus deberes y el cultivo de las letras, y trabajaba un poema titulado *Viaggio poetico*, cuando le alcanzó la muerte el año 1769, el dia 17 de Febrero. Contó Pinzi entre sus amigos al sabio Pacciudi y á Apóstolo Zeno. Además del elogio de Oddi, de que hemos hecho mencion, se conservan de este autor las obras siguientes: *De Nummis ravennatibus dissertatio singularis*; Venecia, 1750, en 4.°—*Appendix ad dissertationem de Nummis*; idem, 1751: esta disertacion se insertó por Ange-

lasi en su coleccion *De nummis Italiæ*, tomo III, y el apéndice en el tomo IV: ofrece muy curiosas noticias. — *Dissertazione epistolare sulla letteratura Ravennate*; Rávena, 1749, en 8.° — *Dissertazione nella quale si dimostra che la cittá di Ravenna non é stata Colonia, ma municipio de i Romani*; inserta en la coleccion de la Academia de esta ciudad, el año 1767. Dejó inéditas: *Disertaciones sobre el Pallium y sobre los Dioses que se veneraban en Rávena con culto particular*; una *Vida de Gerónimo Rossi*, historiador ravenés; los primeros cantos de su descripcion poética del Universo, y una coleccion de cartas latinas dirigidas en 1746 y en 1768 al abate Ferri, catedrático de elocuencia de Faenza. Mr. Weis aconseja en su artículo sobre este escritor, que se consulte sobre su vida y escritos el tomo II de las *Memorias de los escritores de Rávena*. — A. C.

PIÑANO (Juan de). Era natural de Cosenza, y en su juventud se dedicó al estudio de la jurisprudencia con ánimo de seguir la carrera del foro. Estando una noche entregado al descanso, oyó una voz entre sueños que le decia: «Abandona, hijo, la intrincada red de las civiles leyes que te aprisionan, y sigue sin tardanza el camino de la regla que los capuchinos profesan.» Despertó al oir esta voz, lleno de un santo temor, y poniéndose de rodillas, suplicó á la Santísima Vírgen María le inspirase lo más conveniente para lograr su salvacion. Concluida la oracion, volvióse al lecho á continuar su interrumpido sueño, y cerca ya del amanecer, oyó la misma voz que le decia: «Abandona esos libros que son ahora tu perenne cuidado y que pueden conducirte al abismo, y abraza y sigue la regla del seráfico instituto, como hace poco se te dijo.» Con tan claros avisos, ya no dudó el jóven el abandonar los goces y deleites del mundo, y presentándose al P. Provincial de los Capuchinos de Cosenza, le dió cuenta de lo sucedido, recibiendo en seguida el hábito, y siendo admitido á las probaciones de costumbre. Permaneciendo inalterable, profesó á su tiempo, y por su cualidad de letrado se le ordenó de sacerdote y llegó á ser predicador. Aunque en el siglo habia descollado por sus conocimientos en las humanas ciencias y en los asuntos profanos, jamás quiso mezclarlos con los divinos, y así desnudando á todos sus sermones de la falsa erudicion y de los mentidos y estudiados adornos retóricos, predicó con llano estilo las verdades de la religion, logrando inflamar con su persuasiva elocuencia los corazones en el divino amor que encendia el suyo. Floreció en la religion con grandes virtudes, y entre otros celestiales dones gozó el de profecía, anunciando naceria en su familia un niño, que se llamaria Juan como él, llegando igualmente á ser capuchino. El pronóstico se cumplió cuando el venerable habia pasado á mejor vida, acreditándose más de tal manera el anuncio. Habiendo obtenido el cargo de guardian, y debiendo celebrarse un capítulo general, al que debia concurrir por

su empleo, repentinamente hizo renuncia de él; y preguntándole la causa de tan inopinada determinacion, dijo: «que debiendo morir muy en breve, aunque entónces se hallaba disfrutando de completa salud, ni debia conservar cargo alguno, ni prepararse para asistir al capítulo, sino disponerse para más largo viaje.» Murió, en efecto, en el mes de Agosto de 1617 en el citado monasterio de Cosenza. — M. B.

PIÑAQUE Y ABADÍA (D. Fr. Jaime). Nació en Zaragoza de una distinguida familia en el año 1670. Vistió el hábito de carmelita observante en el convento de dicha ciudad el 6 de Agosto de 1685, y en él profesó y continuó sus estudios. Recibió la borla de doctor en teología en la universidad de la misma poblacion, y en ella fué catedrático de Escoto desde 14 de Setiembre de 1699 á 17 de Octubre de 1703, y catedrático de Biblia desde 7 de Octubre de 1710. Tuvo por la religion el magisterio de la provincia, y el rey D. Felipe V apreció tanto su talento en oratoria sagrada, que le nombró su predicador. Fué calificador de la Inquisicion de Aragon, y del consejo de la suprema de España, y su Orden le empleó con fruto en muchas honrosas comisiones. Fué presentado por S. M. para el obispado de Gaeta, y elegido por la Santa Sede en 1730, gobernando aquella iglesia con suma prudencia y caridad. Murió en la dicha ciudad de Gaeta en 1737. Fué tan estimado por la religion á que pertenecia este varon esclarecido, que su convento le tributó el honor de poner en el claustro su retrato de cuerpo entero con el escudo de armas de su noble familia, que es un pino en campo de azur, con una estrella de plata encima, y un castillo con otra estrella encima, tambien de plata. Escribió: *Piedra de toque al memorial presentado al ilustrísimo reino de Navarra junto en Córtes*; papel de actualidad, publicado en 1703. —*Oracion panegírica á la Santísima Vírgen del Pilar de Zaragoza*; Barcelona, 1709, en 4.°—*Oracion panegírica de Santo Tomás de Aquino*; Barcelona, 1710, en 4.°— *Varios sermones* manuscritos, que se quedaron en su convento de Zaragoza, y que fueron muy buscados por su erudicion, predicándose multitud de veces así en los conventos de su misma Orden como en otros extraños, que deseaban aprovecharse de la evangélica doctrina en ellos contenida. — M. B.

PIÑAS (P. Baltasar de). Fué natural de Cataluña, sin que conste el pueblo, é ingresó en la Compañía de Jesus en la provincia de Aragon, viviendo aún S. Ignacio, del cual fué muy estimado. Desde novicio se consagró de todas veras á buscar la perfeccion por medio del estudio y de las prácticas piadosas. Desempeñó una cátedra de artes en Gandía, y tuvo por discípulo al célebre P. Gerónimo de Ripalda. Era entónces el tiempo de la mayor observancia en la religion, tanto que solo se comian algunas pocas yerbas y legumbres; y porque el P. Piñas, á causa de la humedad, habia puesto un

pedazo de estera á la cabecera de su cama, se la mandaron quitar, reprendiéndole severamente por aquella falta de mortificacion. Fué enviado con el P. Francisco Antonio á fundar la Compañía en Cerdeña, pero no pudiendo embarcarse por estar la mar muy alborotada, permanecieron algunos dias en Barcelona viviendo de limosna en el hospital, enseñando la doctrina cristiana á los niños y ejercitándose en otros actos apostólicos. Fué esta detencion providencia del cielo; porque andaban entónces por el mar quince naves de piratas turcos, que indudablemente los hubieran cautivado. Embarcáronse cuando sobrevino la bonanza, y llegaron felizmente á la isla de Cerdeña, donde edificaron tanto con su pobreza, modestia y compostura en celebrar los divinos oficios, que comunmente los llamaban los santos. Empezó á predicar el P. Piñas en la cuaresma, que vino á poco de su llegada, en la iglesia mayor con tanto celo y fervor, que la gente acudia en tan gran concurso que no se habia visto otro igual en mucho tiempo en aquella isla. Sus palabras eran tan elocuentes, y penetraban tanto en los corazones, que, arrepentidos los pecadores, se rendian completamente á los deseos del misionero, lográndose por este medio muy pronto la reforma de las costumbres. Un caso maravilloso que sucedió, demostró el sumo cariño que le tenian. Cayó enfermo el P. Piñas á causa de las muchas fatigas que tomaba en sus predicaciones, cuando aún estaba en la mitad de la cuaresma, causando general sentimiento esta novedad y haciéndose publicas demostraciones de pena y rogativas por su salud. Un hombre piadoso, sintiendo todo el fruto que se perdia el tiempo que estuviese el Padre postrado en el lecho del dolor, suplicó fervorosamente al Señor que pasase á él la enfermedad que padecia su siervo, á fin de que éste pudiese continuar la gran obra interrumpida. Oyóle el Señor: instantáneamente le dió la enfermedad que aquejaba al Padre, causando notable gozo y admiracion este suceso cuando se hizo público. Prosiguió el Padre en su tarea de reformar las costumbres, y desterró varios abusos, siendo uno de ellos el que los mercaderes hacian de celebrar tratos ilícitos; y el otro, la costumbre que tenian las mujeres de no oir misa en un año entero cuando moria padre, hermano ó pariente. Abrió escuelas para la crianza de la juventud; fundó dos colegios, el Calaritano y el Saritano, é hizo tanto y tan bueno, que generalmente se le llamaba el ángel y apóstol de la Cerdeña. Volvió á España, y se halló en la fundacion del colegio de Zaragoza, donde sufrió los efectos de la cólera del populacho, que, excitado por el demonio y por los enemigos de la fe, se ensañó contra los PP. Jesuitas, insultándolos groseramente, pintándolos por las esquinas bajo ridículas formas, y apedreándolos cuando se atrevian á salir en público hasta encerrarlos en su casa. Esta persecucion obligó á los Padres á abandonar la ciudad inhospitalaria, aunque á poco tiempo vol-

vieron á ella á instancias del mismo pueblo, que tanto los habia ultrajado y que los colmó de aplausos y bendiciones, señaladamente al P. Piñas, que era uno de los más ofendidos. Pasó luego al Perú, siendo ya de cincuenta años; y estando en la ciudad de los Reyes, hoy Lima, predicó con tanto éxito que las gentes acudian á oirle desde los pueblos inmediatos, y no bastando la iglesia para contener á los oyentes, predicaba en la plaza pública, asistiendo muchas veces el mismo virey, que lo era D. Martin Enriquez, cosa muy poco acostumbrada entre aquellos señores, el cual decia: «que la mayor merced que el Señor le habia hecho, era haberle permitido oir al P. Piñas, pues por su medio habia conseguido ilustrar el entendimiento y adquirir luces para hacer una buena confesion;» porque el Padre sabia pintar con tan vivos colores la enormidad de los pecados, que áun las personas de ménos ilustracion los conocian y los detestaban, comparándole todos con S. Vicente Ferrer y con el apóstol S. Pablo por el ferviente espíritu con que predicaba. Pasó luego á Quito á continuar las fundaciones; y habiendo establecido el colegio de esta ciudad, fué electo procurador en el capítulo provincial celebrado en la misma, y destinado á Roma para solicitar operarios que trabajasen en la viña del Señor en aquellas apartadas regiones. Desempeñó su encargo tan satisfactoriamente, que el general le concedió llevase por provincial al Perú al santo varon Baltasar Alvarez, que se hallaba en Zaragoza, lo que no tuvo efecto, porque se alzó un general clamor en toda la provincia á fin de que no se le llevasen, partiendo en su lugar los PP. Juan de Atienza y Juan Sebastian; y en los pliegos que llevaba de Roma el P. Piñas, iba él mismo nombrado provincial sin saberlo. Desempeñó este cargo con sumo esmero y cuidado; y siendo ya de setenta y dos años de edad, marchó á Chile en compañía del P. Luis de Valdivia á fundar la mision, como en efecto lo hizo, dejando á Valdivia por superior, y regresando despues á Lima, sufriendo muchos trabajos por el mar á causa de las tormentas y sus achaques. Sin embargo, todavía vivió veintidos años, consagrado á labrar el bien de las almas, y murió á los noventa y cuatro de su edad y setenta y dos de religion.—M. B.

PIÑERO (Fr. Clemente), del órden de S. Agustin. Perteneció á la órden de los Ermitaños, y fué natural de la ciudad de Valencia, siendo bautizado en la parroquia de Santa Cruz, y fueron sus padres Ascensio y Juana Rodriguez. Cuando tuvo la edad competente, tomó el hábito de S. Agustin en la mencionada ciudad de Valencia en el año 1617. Estudió con gran aprovechamiento la filosofía la teología y demás ciencias eclesiásticas, y salió eminente teólogo y muy elocuente poeta, tanto latino como castellano. Despues de pasar algunos años en el retiro del claustro, siendo un ejemplo de virtud y moderacion, se dejó vencer de un mal pensamiento, abandonando

la vida monástica, engolfándose en los placeres y desórdenes del vicio. Faltándole los recursos á poco de su salida del convento, se vió en la precision para ganarse la subsistencia de tomar plaza en una compañía de cómicos. Como era tan hábil poeta, compuso varias comedias y tragedias, que fueron muy aplaudidas, y cuyo éxito contribuyó á envanecerle y á hacerle perseverar en el camino del error. Sin embargo, en medio de su vida poco arreglada, no olvidó nunca los buenos principios que recibiera, ni las puras doctrinas que en la religion habia aprendido, como lo demostrará el siguiente caso. Parando con sus compañeros en una ciudad donde debian dar algunas representaciones, observó que unos herejes sostenian una acalorada disputa con varios católicos sobre un artículo de fe. Acudió al punto Piñero á presenciar aquel acto, que tantos atractivos tenia para él por ser su antigua profesion, y notando que los argumentos de los herejes iban haciendo alguna impresion en sus contrincantes, acaso por ser poco instruidos, recordó que su obligacion era defender los derechos de la fe cuando se viese atacada, y dispúsose á sostener el punto que se discutia. Como era tan hábil teólogo deshizo muy en breve los argumentos contrarios, y confundió enteramente á los enemigos de la verdadera Iglesia, siendo por esta razon objeto de sus persecuciones, pues no pudiendo vengarse de él de otro modo, á falta de razones, le insultaban con obras cuando le veian, dándole golpes y tirándole piedras. Entre tanto el Señor, que por tan variados caminos llama á sus criaturas y procura volver al redil las ovejas descarriadas, tocó su corazon con una de las circunstancias que ménos podian esperarse. Hallándose en la ciudad de Zaragoza representando una tarde la comedia de *S. Agustin*, al llegar á la escena de la conversion del Santo, la voz misteriosa de *Tolle, lege*, resonó con tal fuerza en su corazon, que como si verdaderamente se hallára en la situacion del sabio obispo de Hippona, volvió en sí, y reconociendo toda la gravedad de sus culpas, determinó mudar de vida, y al efecto, aquella misma noche abandonó la compañía de los farsantes, temeroso de flaquear en su nueva determinacion. Volvió á presentarse en el convento de Valencia, donde manifestó tan grande arrepentimiento y derramó tantas lágrimas, que convencidos los superiores de la sinceridad de sus propósitos, y penetrados de su enmienda, le volvieron á admitir, haciendo uso del más bello atributo que á los constituidos en dignidad les está conferido, cual es el de perdonar al que se arrepiente y admitir al que desea volver al cumplimiento de sus abandonados deberes. No desmintió Fr. Clemente su buen propósito, y fueron tan grandes los actos de penitencia en que se ejercitó, que bastaron para borrar en poco tiempo la memoria de sus pasadas faltas y desórdenes. Continuamente se hallaba postrado en oracion, se aplicaba durísimas disciplinas, y ayunaba frecuentemente con mucha rigidez, dedicándose

con particular atencion á ilustrar las almas, y á procurar sacarlas del cieno del pecado, haciéndose por esta razon tan célebre en el púlpito como lo habia sido en el teatro. Por su virtud y por la acreditada disposicion que manifestó para el gobierno, le hicieron sucesivamente prior de los conventos de Jericá y del de S. Telmo de Vinaroz, pasando despues de desempeñar estos cargos con la mayor prudencia y sabiduría á la ciudad de Cantavieja, en la que predicó con notable aplauso y fruto para las almas dos cuaresmas seguidas, haciendo tantos y tan meritorios actos, que obtuvo de la suprema bondad le fuera revelada la hora de su muerte. En su consecuencia, habiendo llegado la tercera cuaresma, y hallándose predicando, se despidió de los ciudadanos de Cantavieja, de quienes era muy estimado, anunciándoles que muy en breve los abandonaria para pasar á la otra vida. Así sucedió, en efecto, y despues de una brevísima enfermedad, voló su alma á gozar el premio de sus virtudes el dia 24 de Setiembre de 1663. Fué enterrado en la sepultura de los clérigos en la iglesia parroquial de Cantavieja, con todo el honor debido á su clase y á sus virtudes, y habiéndose abierto ocho años despues de su muerte la dicha sepultura para enterrar otro cadáver, hallaron el de Fr. Clemente entero é incorrupto, con la barba y el cabello crecidos, y el semblante natural, como si acabase de espirar, lo cual sirvió de mucha alegría y consuelo á los fieles por advertir de este modo cuán seguro es el premio que la Divinidad reserva á los que cumplen sobre la tierra las leyes y los preceptos de la religion y de la virtud. — M. B.

PIÑERO (Luis). Fué natural de Portugal; se ignora el punto donde nació, y solo se sabe que existia en la Compañía de Jesus en 1620 en clase de sacerdote. Perteneció á las misiones del Japon; y á su regreso á Europa, hallándose en el Colegio Imperial de Madrid, escribió la obra titulada: *Relacion del suceso que tuvo nuestra santa fe en los reinos del Japon desde el año de* 1612 *hasta el de* 1615 *imperando Cubosama;* impreso en Madrid en un tomo en fólio el año 1617. — M. B.

PIÑUELA (Fr. Pedro de la), franciscano. Era natural de la ciudad de Méjico, donde tomó el hábito de la regular observancia de la órden de San Francisco, siguiendo los estudios en la misma ciudad; y habiéndose distinguido por su piedad y sabiduría, fué enviado á las misiones de la China con el cargo de comisario provincial. Llegó á aquellas apartadas regiones en el año 1676, é internándose en el país, predicó el Evangelio en la provincia de Fokien, donde convirtió muchos idólatras y erigió cuatro iglesias, que gobernó por sí mismo algunos años. Pasó despues á la de Kuantug, donde igualmente edificó cinco iglesias, convirtiendo tambien muchas almas á la fe, estableciéndose últimamente en el convento de los misioneros de la ciudad de Canton, en el que ocupado en el desempeño de su cargo de comisario

y en la produccion de varias obras, acabó sus dias por el mes de Julio del año 1704. A causa de su larga permanencia en el país logró adquirir un profundo y exacto conocimiento de la lengua china, consagrando todas sus fatigas y desvelos á la propagacion de la fe, cuyo aumento procuró, así con la predicacion como con las obras que escribió, que aunque no fueron muchas tienen el doble mérito de ser todas ellas de una reconocida utilidad, y de haber sido escritas en medio de las graves molestias y penosos cuidados que le ocasionaba la mision. Véase aquí la lista de las que han llegado á nuestra noticia. *Catálogo de los religiosos de nuestro Padre S. Francisco, que han entrado en el imperio de la China á predicar la fe de Cristo desde el año 1559 al de 1700.— Disputas con los gentiles sobre la ley de Dios.—Ejercicios de S. Pedro Alcántara, con adiciones.— Diferencia entre lo temporal y lo eterno.—Breve explicacion de las indulgencias.— De la piadosa devocion á las ánimas del Purgatorio.— Catecismo de la Doctrina cristiana dispuesto en preguntas y respuestas, con oraciones para la confesion y comunion y otros piadosos ejercicios.—De las virtudes de algunas yerbas y piedras de la China.— Regla de la Orden Tercera de S. Francisco.— Gramática china con su correspondencia en español.* — Los misioneros de su Orden colocaron en su sepulcro un elegante epitafio latino, conmemoratorio de sus virtudes y de sus trabajos apostólicos y literarios. — M. B.

PIO I (S.). Fué natural de Aquileya y sucedió en el pontificado á S. Higinio. Su eleccion tuvo lugar el dia 9 de Abril del año 156. Este Pontífice, que por su piedad y virtud mereció el nombre de Pio, vivió en los reinados de Adriano y Antonino, y áun llegó á conocer el de Marco Aurelio. La dulzura de los dos últimos emperadores, que les granjeó el título de *Piadoso* al uno y de *Filósofo* al otro, permitieron al jefe de la Iglesia cristiana vivir en una tranquilidad inalterable, y gozar un pontificado ménos turbulento y azaroso que los anteriores. Aunque su nombre se cita en el *Martirologio Romano*, la palabra mártir no debe tomarse en su verdadera acepcion, puesto que no ofreció su vida ni vertió su sangre en defensa de la verdadera religion. Se le denomina mártir por los combates morales que sufrió, y por los disgustos que le causaron las herejías que expresaremos. La historia no nos ha trasmitido más hecho importante de este Pontífice que su decreto disponiendo se celebrase siempre en domingo la Pascua de Resurreccion, para evitar la confusion con que en varias iglesias se celebraba; decision aprobada terminantemente mucho tiempo despues en el concilio de Nicea. Hay motivos para creer que Pio I trabajó en compañía de S. Justino, mártir, en la *Apología* que en favor de la religion cristiana se presentó al emperador Antonino, valiéndose tambien de la cooperacion de este Santo para combatir las perniciosas doctrinas de los herejes Valente y Marcion. El primero era un

platónico exaltado, que resentido de que no le hiciesen obispo, empezó á difundir sus errores, que consistian en mezclar la *Theogonia de Hesiodo* con el *Evangelio de S. Juan*, único que adoptaba, formando una mezcla religiosa muy parecida á la de Basílides y la de los gnósticos, propalando además infinidad de locuras, tales como el admitir hasta treinta dioses, y asegurar que la humanidad de Cristo fué tomada en el cielo y no en las entrañas de la Vírgen. Marcion aseguraba que habia dos dioses, uno bueno y otro malo; negaba la resurreccion de los muertos, condenaba el matrimonio como ilícito, y no creia digno del bautismo al que no hiciera voto de castidad y continencia. Estas ideas, reflejo de las creencias religiosas de los indios y de los persas, eran muy comunes en aquellos tiempos. El cristianismo, aunque bastante extendido, se hallaba aún muy inmediato á su orígen, y la mitología romana y griega, dominante en todos los puntos del mundo sujetos al imperio de los Césares, no bastaba ya para satisfacer los deseos y aspiraciones de los pueblos desde que una voz divina anunció la *Buena Nueva*, é hizo conocer dogmas que condenan la opresion y la tiranía, y hacen de seres abyectos y degradados hombres inteligentes y libres. Hé aquí la causa de todas las herejías que mortificaron á la Iglesia en sus primeros siglos. Los innovadores temerarios, deseosos de gloria y anhelando hacer prosélitos, aspiraban á fundar muchas y nuevas religiones; y tomando por base la cristiana como la más racional y la más posible, la mezclaban con ritos de las otras, eligiendo siempre los que más pudieran halagar las pasiones de la multitud, y la presentaban á los pueblos, que deseosos de una religion producto del cielo y de ninguna manera obra de los hombres, oian con anhelo y adoptaban los principios de los que se decian depositarios de la verdadera creencia. El pontífice Pio no tuvo que sufrir solo las consecuencias de la herejía propalada por los dos ilusos que dejamos mencionados; al ocupar la sede apostólica se encontró ya con los errores de Carpocras, Cerdon y Montano, y contra las perniciosas máximas de todos estos heresiarcas tuvo que esgrimir las armas de la fe y emplear su persuasiva elocuencia. El ímprobo trabajo que esto le ocasionaba, el continuo celo que desplegó para mantener íntegro el sagrado depósito que se le confiára, fué causa de las tribulaciones que sufrió, de las penas que le afligieron y de los disgustos que le abrumaron. Murió en 167, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de once años, segun algunos autores, aunque otros, entre ellos Lenglet du Fresnoy, solo le dan nueve años de pontificado. El P. Pagi dice que ocupó quince la cátedra de S. Pedro, y Fleury en su *Historia eclesiástica* queda en la incertidumbre; pero la opinion más segura, atendidos los emperadores que alcanzó, es la que fija en once años su gobierno. Fontanduz, historiador de Aquileya, discurre con detencion sobre la historia de Pio I, y sostiene la autenticidad de varias

cartas que le son atribuidas. Este mismo autor ha dado á conocer la existencia de S. Hermes, hermano del citado Pontífice. Le sucedió S. Aniceto. El nombre de Pio, que indica mansedumbre, humilde corazon é intencion benéfica, ha sido adoptado tal vez como presentimiento por los pontífices que más han tenido que sufrir los embates del siglo y las turbulencias de los estados. Desde S. Pio I, nacido cuando tambien nació el cristianismo entre los horrores y las angustias de las perscuciones de la Iglesia, hasta Pio II, que sube al trono de la capital del mundo cuando principia otra nueva edad y cuando amenazan nuevas turbulencias, media un espacio considerable de tiempo. Sin embargo, jamás un pontífice ha tomado este nombre sin que surjan graves acontecimientos y fatales ocurrencias. En el curso de estas biografías tendremos ocasion de demostrar la verdad de nuestro aserto, admirando los ocultos medios y los diversos caminos de que la Divina Providencia se vale para llevar á cabo sus inexcrutables juicios y sus altísimos fines.—M. B.

PIO II. Nació en la ciudad de Corsignano, pequeña poblacion de la Toscana, el año 1405. Perteneció á la noble familia Piccolomini, de la que tantos héroes y grandes hombres han salido; y se le impusieron los nombres de Eneas Silvio. Su familia, poseedora de bastantes recursos, le dió la más brillante educacion, imponiéndole en cuantos conocimientos eran posibles en aquella época. El jóven Eneas correspondió dignamente á los desvelos y sacrificios de sus padres, haciendo notables progresos así en las ciencias profundas como en las amenas letras. Aunque su ánimo generoso y su gran corazon parecian muy á propósito para carrera ménos pacífica, su aficion al estudio le hizo adoptar la eclesiástica, presintiendo sin duda la elevacion á que un tiempo llegaria. Su amabilidad y sus extensos conocimientos, unidos á su ilustre nombre, le granjearon la estimacion general, el aprecio de sus superiores y la amistad de las personas más distinguidas de Roma, que le protegieron para el mayor adelanto de su carrera, sobresaliendo mucho en esto el célebre é influyente cardenal Domingo de Capránica. Vino Eneas Silvio al mundo en la situacion más turbulenta para la Iglesia y para el Estado; el cisma de Occidente tocaba á su fin, pero por lo mismo eran más ágrias las cuestiones y más continuos los trastornos. Muerto Pedro de Luna, antipapa contra Martino V, fué electo en su lugar D. Gil de Muñoz, canónigo de Barcelona, que se denominó Clemente VII; mas habiendo depuesto al poco tiempo las insignias pontificales ante el legado apostólico, cardenal de Foix, en el concilio provincial celebrado en Tortosa en 1429, y obtenido el obispado de Mallorca, quedó Martino V en quieta posesion de la Sede Apostólica.—Este Pontífice, exaltado al poder en el concilio de Constanza para suceder al fugitivo Juan XXIII (Baltasar Cozza), aprobó todo lo

que se actuára en el referido concilio, el que dispuso, entre otras varias cosas, que en caso de un cisma como los pasados, acudiesen á los padres del concilio los Papas que se nombrasen por ambos partidos, cuyos padres tendrian facultad para decidir, como verdaderos representantes de la Iglesia, cuál es el Pontífice á quien corresponde usar legítimamente este título; lo cual no quiere decir, como algunos han supuesto, que el concilio general tenga autoridad sobre el Papa en tiempo del cisma, pues su autoridad y sus atribuciones únicamente se limitan á resolver la legitimidad del Pontífice, porque en muchos casos se presentaban los dos elegidos á un mismo tiempo con iguales derechos, al parecer, y con poderosas razones para ser cada uno tenido como verdadero. Esta doctrina fué aprobada despues en el concilio de Basilea, y nos permitimos hacer la pequeña digresion que dejamos expuesta, porque está unida á la biografía del Pontífice que nos ocupa y enlazada con sus actos ulteriores. — Eugenio IV en 1431 convocó el concilio de Basilea, anunciado ya en el de Constanza, con objeto de ventilar las graves cuestiones que á la sazon ocurrian. Eneas Silvio, que solo contaba veintiseis años, obtuvo una de las plazas de secretario por mediacion de su protector el cardenal Capránica. — Grande tacto y no pequeña dosis de prudencia se necesitaba para no errar en aquel famoso concilio. Una de las principales causas que habian movido á convocarle era la union de la Iglesia griega á la latina, union tantas veces anunciada y jamás conseguida, y la terminacion del lamentable estado del Oriente, ocasionado por su cisma. Siendo la situacion de Basilea sumamente incómoda para los diputados griegos por su distancia de los puertos, acordó el Papa trasladar el concilio á Ferrara como punto más céntrico y conveniente para todos. Algunos padres del concilio llevaron tan á mal esta traslacion, que no quisieron asentir á ella; y aunque el Pontífice declaró terminado el concilio desde Ferrara, y dió por nulo cuanto en él se ejecutase despues de su clausura, la temeridad de los disidentes y el espíritu cismático que aún animaba á muchos de ellos llegó á tal extremo, que continuaron reunidos y citaron y depusieron al Papa, que estaba en legítima y pacífica posesion de su cargo, y eligieron en su lugar á Amadeo, duque de Saboya, que habia renunciado el siglo para entrar en la órden de los Ermitaños de S. Agustin. El nuevo antipapa, aunque repugnó mucho admitir la dignidad, cedió al fin y tomó el nombre de Félix V. Eneas Silvio, que se habia dado ya ventajosamente á conocer en el mencionado concilio de Basilea con sus luminosos escritos, aceptó la plaza de secretario que cerca de su persona le concediera el antipapa Félix, aunque la desempeñó por poco tiempo, pasando á Roma al lado del legítimo Pontífice y teniendo la satisfaccion de ser recibido con la consideracion que merecia su ilustracion y su talento. — Entre tanto, y corriendo el año de 1438,

principió el concilio de Ferrara, presidido por dicho pontífice Eugenio IV asistiendo Juan Paleólogo, emperador del Oriente, el patriarca de Constantinopla, los soberanos europeos, representados por sus embajadores, y más de ciento cincuenta obispos entre griegos y latinos. El Imperio griego, que ántes de la ocupacion de Constantinopla por los cruzados latinos se habia hecho odioso al mundo civilizado por su mala fe, sus continuas é injustificables revoluciones, sus crímenes inauditos y sus perpétuos motines, despues de su restauracion continuó siendo antipático, aunque tomára distinto rumbo. Empeñados todos, desde el Emperador hasta el último sacerdote, en vanas disputas teológicas y en continuas luchas con la Iglesia romana, fué perdiendo la dignidad imperial el poco prestigio que en Occidente gozaba. Los príncipes cristianos, sujetos á la obediencia del Pontífice romano, no podian mirar con buenos ojos un imperio que negaba la supremacía del pastor universal; y por otra parte, teniendo bastante que hacer en sus dominios para sostenerlos y conservar la paz en medio de las turbulencias que agitaban á la mayor parte de los estados de Europa, no podian tampoco acudir á conjurar la tempestad que ya rugia contra el imperio de Grecia, contra la nueva Roma, que parodia de la antigua y heredera de sus vicios y desórdenes, habia de sucumbir bajo el peso de otra irrupcion de bárbaros. Los turcos, dueños ya de la Persia y de la Siria, estaban llamando á las puertas de Bizancio, y sus ligeros buques empezaban á cruzar por las tranquilas aguas del Bósforo. Juan Paleólogo, el penúltimo emperador, despertó de su letargo oyendo la voz del peligro; conoció que su alejamiento de Roma y la desunion de las dos iglesias eran la causa de su próxima ruina, y para evitarla, determinó presentarse en el concilio de Ferrara, tanto para someterse á la autoridad de la Iglesia verdadera, cuanto para granjearse los auxilios de los príncipes europeos. Empezó el concilio disputando sobre los dogmas del purgatorio y bienaventuranza de los santos, sosteniendo la discusion por parte de los griegos los doctores Marcos de Efeso, Balsamon y otros; y por los latinos los cardenales Cesarino y Albergato; Andrés, arzobispo de Rodas, del órden de Santo Domingo; Juan de Montenegro, provincial de Lombardía, del mismo Orden; Pedro Perquerio, franciscano, y Juan de Santo Tomás, agustino; los cuales desplegaron tanta elocuencia, usaron tantos y tan convincentes argumentos, que convencieron á los griegos y les hicieron confesar la verdad de los puntos en que dudaban. Habiendo sobrevenido peste en Ferrara, se trasladó el concilio á Florencia en 1439; y estando ya ventiladas las tres últimas grandes cuestiones por las que se sostenia el cisma griego, se verificó la completa union de la Iglesia disidente. Confesaron los griegos la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo, como dimanada de un solo principio. Ordenóse que los sacerdo-

tes de Oriente y Occidente se conformáran con el uso de sus respectivas iglesias respecto al pan ácimo ó fermentado, y se declaró que el Pontífice de Roma era la única cabeza de la Iglesia universal, teniendo la primacía el Patriarca de Constantinopla sobre todos los demás patriarcas del Oriente.— Uniéronse tambien á la Iglesia católica, á la par de los griegos, los armenios y los abisinios; pero no duró mucho tiempo el gozo que á la cristiandad causaron aquellos sucesos. El espíritu cismático se hallaba muy arraigado en los doctores de Grecia; su gusto por la polémica religiosa no decaia, y las disputas teológicas eran ya una necesidad en aquel pueblo ciego y voltario, que abandonando sus verdaderos intereses precipitaba su ruina. Márcos de Efeso volvió á predicar los antiguos errores, y con su fatal elocuencia arrastró el ánimo de los demás, que retractaron cuanto en el concilio confesáran. Rota la buena armonía, la union quedó sin efecto, y el cisma del Oriente solo acabó con la ruina del imperio. Muerto Eugenio IV, y exaltado al poder Nicolao V en 6 de Marzo de 1447, el antipapa Félix renunció su dignidad y su pretendido derecho á los pies del verdadero Pontífice, quien le honró tanto, que le dejó el uso de varias insignias pontificales; aprobó cuanto habia ejecutado, reconoció como legítimos todos los cardenales que creára, y le hizo vicario y legado apostólico perpétuo en toda la Saboya. Así terminó felizmente el último cisma de la Iglesia occidental, sin que por fortuna haya vuelto á suscitarse otro alguno. — Continuaba en Roma, entre tanto, Eneas Silvio muy protegido del Pontífice, cuando ocurrió la venida del emperador Federico VI, que fué á la capital del mundo cristiano con objeto de recibir, segun antigua costumbre, la corona imperial de la mano del Pontífice. Habiendo conocido á Eneas y prendado de su mérito y de sus escritos, se le llevó consigo, en clase de secretario, cuando regresó á Alemania en 1442. Le concedió el premio de la poesía, que era una corona de oro, y le envió como embajador á Roma, Nápoles, Milan, Bohemia y otros puntos; cargos que desempeñó con grande esmero, y que le sirvieron de mucho para lo sucesivo, pues así logró un perfecto conocimiento de las costumbres y manejo de las córtes, y cuando llegó á ser soberano pudo regirse por sus propias inspiraciones, sin tomar consejos ni pareceres de nadie.— Vuelto definitivamente á Roma, le concedió el Pontífice el arzobispado de Trieste, y poco despues el de Sena, enviándole con el cargo de nuncio apostólico otra vez á Austria, Bohemia, Moravia y Silesia. Eneas cumplió con su acostumbrado celo la comision que se le encargára, particularmente en las dietas de Ratisbona y de Francfort, que se reunieron á sus instancias, como representante del Pontífice, para promover una cruzada contra los turcos. Los soberanos invitados se adhirieron al propósito; pero suscitándose dudas y dilaciones, no tuvo efecto la cruzada. — Entre tanto, y reinando

en Constantinopla el último emperador de los griegos, Constantino Paleólogo, tuvo lugar la invasion de la Grecia por los mahometanos. Despues de algunos combates de vario éxito, el infeliz Emperador fué perdiendo poco á poco sus dominios; y en 1453 el turco Mahomet II se presentó delante de Constantinopla, sitiándola por mar y tierra. Construyó sobre el Bósforo varios reductos para estorbar la introduccion de los socorros, que no habian de llegar; y despues de cincuenta y cuatro dias de sitio, en la noche del 29 de Mayo, el enemigo se apoderó de los arrabales de Constantinopla. La ciudad cristiana amaneció esclava de los turcos; el voraz incendio, la gritería de los vencedores y la media luna elevada en lugar de la cruz sobre el templo de Santa Sofía, anunció á los aterrados habitantes el fin del imperio, fundado con tanta gloria por Constantino, *el Grande*, y que tan desgraciadamente acababa en el otro Constantino. La soldadesca desenfrenada recibió tres dias para el saqueo; y no contentándose con el despojo de los templos, monasterios y casas particulares, destrozaron las imágenes, violaron las vírgenes y pasaron á cuchillo cerca de cuarenta mil personas. El infeliz Emperador, abandonado de todo el mundo y prefiriendo la muerte á la ignominia de la servidumbre, se arrojó casi solo en medio del tumulto, donde rindió su último aliento; reconocido su cadáver, le cortaron la cabeza, y colocada en la punta de una lanza la pasearon por los sitios más publicos para insulto y terror de los cristianos. De este modo se cumplió la profecía del papa Nicolao, que viendo la obstinacion de Constantino en no querer cumplir las estipulaciones del concilio de Florencia, le habia amenazado con los castigos del cielo. — Honda sensacion, terror profundo causó en Europa la catástrofe del Imperio griego. El papa Nicolao, ya que no le fué posible hacer otra cosa, acogió á los sacerdotes y á los artistas griegos fugitivos, que diseminándose por todos los países, prepararon la época del renacimiento de las artes; centinela avanzado de la civilizacion, hizo recoger sin reparar en el precio todos los manuscritos que pudo hallar en la Grecia, tanto de escritores sagrados como profanos, á fin de que no pereciesen con motivo de la invasion de los turcos; pues sabido es que esta raza fanática, muy diferente de la civilizada árabe, no reconocia más libro que el Koran, y entregaba al fuego todos los demás escritos. El dolor que causó al Pontífice la pérdida de Constantinopla, le ocasionó una enfermedad de melancolía, que le llevó al sepulcro el 24 de Marzo de 1455. — Puede asegurarse, sin género de duda, que la pérdida de Constantinopla fué debida al abandono en que la dejaron los príncipes de Occidente. Sean cuales fueren las causas que hubieran hecho odioso al mundo aquel desgraciado imperio, habiendo llegado al último extremo, y cuando el Pontífice, que como representante de la cristiandad era el soberano más ofendido sin duda alguna, levantaba su voz augusta, de-

mandando un socorro que él solo no podia prestar, todos los príncipes de las potencias cristianas debieron acudir de consuno á salvar la causa de la civilizacion y de la fe. De este modo se hubieran neutralizado los efectos de la preponderancia turca, y evitado los futuros conflictos que ocurrieron en Europa. — Más político Mahomet II que los príncipes occidentales á cuya apatía debia la rica presa que disfrutaba, y deseoso de cimentar su poder, hizo de Constantinopla la capital del imperio, concedió á los cristianos el libre uso de la religion, y permitió que el Patriarca residiese en la ciudad, dándole el privilegio de presentarse en las ocasiones solemnes montado sobre un brioso corcel de las caballerizas imperiales ricamente enjaezado; privilegio tanto más honorífico, cuanto que el Patriarca era el único cristiano que podia disfrutarle. — A Nicolao V sucedió Calixto III. Este Papa, conocedor del mérito de Eneas Silvio, y en premio de los servicios prestados á la causa de la religion en las diversas y árduas comisiones que desempeñára, le honró con la púrpura cardenalicia. Muerto Calixto III á los tres años de pontificado, y reunido el cónclave, todos los votos fueron, sin excepcion, para Eneas Silvio, que fué elegido pontífice, sin disturbios y sin la más leve oposicion, el dia 20 de Agosto de 1458, siendo recibida su elevacion con la mayor alegría por el pueblo y la nobleza, y celebrada con magníficas fiestas, pues siendo persona tan conocida, todos esperaban de él un reinado de los más prósperos y felices. — Pronto conoció Pio II (pues este nombre tomó Eneas á su exaltacion al pontificado) todo el peso de su nueva dignidad. Las circunstancias eran, en efecto, las más críticas. Aunque el cisma de Occidente habia terminado, quedaban en muchos corazones varias reliquias de él, y era preciso obrar con mucho tino y con un tacto muy exquisito para estorbar que se reprodujeran escenas como las anteriores. Los concilios de Constanza y de Basilea habian consagrado, entre un buen número de puntos importantes, algunas máximas y disposiciones contrarias á la autoridad de los pontífices; una de ellas la que dejamos arriba apuntada, de que el concilio tuviese poder para decidir acerca de la legitimidad del Papa que se nombrára, caso de que hubiese quien apelase al enunciado concilio en contra del nombramiento. Pio II repugnó confirmar la validez de esta decision y de algunas otras, y declaró que en lo sucesivo el Pontífice era la única autoridad superior y competente, y amenazó con la excomunion á los que en cualquier caso apelasen del Papa al concilio. Aunque esta decision era opuesta á lo que ántes sintiera, juzgó muy conveniente tomarla para evitar las turbulencias que pudieran ocurrir, y que son tan frecuentes en todo cuerpo numeroso, donde nunca faltan partidos y pareceres diversos. Esta resolucion del Papa no fué generalmente admitida al pronto por todas las potencias seculares. Francia, sobre todo, y su rey Cárlos VII, que se

creia obligado al concilio de Basilea, por no haber puesto en duda su legitimidad cuando ocurrieron las guerras civiles, se resistia á las instancias de la Santa Sede, y no acababa de reconocer la autoridad omnímoda del Papa, tanto más que de reconocerla quedaba anulada la pragmática sancion por la que el rey de Francia tenia derecho para proveer todos los obispados de sus dominios sin conocimiento ni dependencia del Pontífice. Este, despues del fallecimiento de Cárlos VII, continuó las negociaciones con su hijo Luis XI, quien á pesar de su aparente celo por la religion y de su respeto al jefe de la Iglesia, siguió su política ordinaria, oscura y vacilante, haciendo promesas que nunca cumplió, y celebrando tratados, que siempre procuraba eludir. La ocasion, pues, no era á propósito para terminar las disputas con un arreglo conveniente, y el concordato propuesto no pudo tener efecto hasta mucho tiempo despues. — Viendo Pio II que no era posible arreglar los negocios eclesiásticos tan pronto como deseaba, dirigió sus miras á un asunto que, aunque al parecer temporal, estaba íntimamente enlazado con los intereses de la Iglesia. Tenia el Papa fijos sus ojos en Constantinopla, porque su situacion frente á las costas de Italia le hacia presentir invasiones no muy remotas. Recordaba que cuando los sarracenos eran dueños de Sicilia, muchas veces habian pisado el territorio de la Iglesia; y desde las ventanas del Vaticano habian podido ver los Pontífices en diversas ocasiones á los hijos de Ismael descendiendo de las alturas que rodean la ciudad sagrada. Tal vez su perspicaz imaginacion le hizo preveer llegaria un dia en que los adoradores del profeta, dominando ya en el Asia, y teniendo en Constantinopla la llave de la Europa, vendrian á acamparse ante los muros de Viena. La preponderancia turca le causaba mortales rezelos. Su instruccion militar, tan decaida en el dia, era entónces una de las más adelantadas del mundo, pues nadie los aventajaba en el arte de sitiar plazas, y su brillante marina se conceptuaba como invencible. Pio II conoció que de lanzar al turco de Constantinopla pendia tal vez la futura tranquilidad del mundo y el perpétuo dominio de la fe católica. Hizo un llamamiento general á las potencias europeas, y citó á los soberanos á una asamblea en Mántua para el año 1463. En ella el Pontífice hizo oir su elocuente voz, como Urbano II en el concilio de Clermont, y ponderó la necesidad de levantar una cruzada. Pero sea que la causa de Constantinopla fuese una causa maldita, sea que los tiempos habian cambiado mucho, el grito de *Dios lo quiere*, dado en la primer cruzada, no halló eco en el corazon de los príncipes cristianos. Unos se excusaron friamente y con fútiles pretextos, y otros aplazaron el armamento para más adelante. Ninguno comprendió toda la importancia de la medida que Pio II los excitaba á tomar, y se necesitó casi un siglo para convencerlos. Fué necesario que tuviesen lugar las piraterías

de los turcos y argelinos, las frecuentes invasiones en las playas descuidadas de la cristiandad, el cautiverio de infinitas personas y las orgullosas amenazas de los sultanes, para que se comprendiese la necesidad de abatir su soberbia y de lanzar, si era posible, á los sectarios de Islam de la cautiva reina del Bósforo. A la Santa Sede y á Pio II le cabe la gloria de haber iniciado un pensamiento que, aunque malogrado por entónces, vino á realizarse despues bajo la influencia de la misma Santa Sede y con la intervencion de otro Pio, que logró ver humillada la arrogancia sarracena en las aguas de Lepanto. No se desanimó el Pontífice con el mal éxito de su empresa; su corazon era muy grande, su ánimo muy esforzado; y recordando que á la par de representante del Rey del cielo era él mismo rey de la tierra, determinó acometer solo el gran proyecto, y áun resolvió deponer la tiara para cubrirse con el casco. Señaló el año siguiente (1464) para marchar con una expedicion sobre Constantinopla, é invirtió el tiempo que faltaba en disponer la escuadra, levantar las tropas de desembarco y en procurarse recursos, sirviéndole de mucho para el objeto la cantidad de ciento cincuenta mil doblones, que su antecesor Calixto III habia reunido á fuerza de economizar en sus gastos, y que destinaba al mismo fin de la guerra contra los turcos. Lista ya la expedicion y próxima á darse á la vela, marchó el Papa al puerto de Ancona á ponerse á la cabeza de la escuadra. Pero el destino de Constantinopla era permanecer cautiva. Una calentura maligna se apoderó del Pontífice y le hizo sucumbir el dia 14 de Agosto de dicho año 1464, á la edad de cincuenta y nueve años, y seis de pontificado. La Sede apostólica vacó solo diez y siete dias y la ocupó Paulo II. — Aunque el pontificado de Pio II fué tan corto, no por eso careció de gloria, ni es ménos digno de ocupar un preeminente lugar en los anales apostólicos. Como príncipe temporal, le enaltece su grande idea de la expedicion formada, y que á su muerte quedó completamente disuelta dejando frustradas las esperanzas que la generalidad de la cristiandad habia formado. En su tiempo ocurrió la célebre controversia de dominicos y franciscanos sobre declarar si la sangre que Cristo derramó en su pasion gozó ó no de la union hipostática. Débese á Pio II la sentencia pronunciada sobre la posesion del reino de Nápoles, que se disputaban varios soberanos, declarando corresponder el derecho á Don Fernando I, hijo bastardo de Alonso V de Aragon, á quien Juana de Nápoles, que se hallaba sin sucesion, habia adoptado por hijo. — Las obras de Pio II, escritas en su juventud, entre las cuales se hallan muchas y muy buenas poesías, á las que debió la corona de oro con que dijimos le agraciára el emperador de Austria, fueron publicadas el año 1484 en Roma, en un tomo en 4.°, y en 1551 se hizo una magnífica edicion en Basilea, contenidas en un tomo en fólio. Al principio del libro se encuentra

su vida, ó mejor dicho sus memorias; pues se cree con sobrado fundamento que él mismo las redactó, aunque aparecen escritas bajo el nombre de *Juan Gobelin.* — M. B.

PIO III. Antes de su elevacion se llamaba Francisco Todeschini. Fué natural de Sena é hijo de una hermana de Pio II, quien por esta circunstancia le permitió tomar y usar el apellido de la familia Piccolomini y le concedió el capelo, aunque era demasiado jóven. Desempeñó Todeschini varios cargos en los pontificados de los sucesores de su tio. Su genio dulce, que le hacia más á propósito para vivir en el silencio de un claustro que para mezclarse en los negocios del mundo, le obligó á vivir retraido y ajeno á todas las cuestiones que se suscitaron en su tiempo. Contempló impasible los ruidosos acontecimientos del pontificado de Alejandro VI (Borgia). Los crímenes ejecutados por la familia de aquel Papa, sobre cuya conducta, siquiera por respeto á la elevada dignidad de vicario de Jesucristo que le adornaba, se ha visto la historia precisada á echar un denso velo. Presenció tambien las guerras de la Romanía, suscitadas por la ambicion pública de Francia y España, y sostenidas por la ambicion secreta del apóstata César Borgia, hijo de Alejandro VI; deploró la funesta muerte de este Pontífice, y entre los triunfos de las armas españolas, acaudilladas por el inmortal Gonzalo de Córdoba, llegó á ver el singular espectáculo de la terminacion de la edad media y el principio de la moderna, que tan fecunda habia de ser en ruidosas escenas y en notables acontecimientos. La unidad religiosa parecia haberse realizado en Europa con la expulsion de los últimos restos del Islamismo de los muros de Granada. Los cismas se creian terminados para siempre, y la nueva civilizacion, tendiendo por do quiera su majestuoso vuelo, hacia formar felicísimos presagios. Un nuevo mundo se habia presentado á los ojos atónitos del orbe antiguo. La navegacion, animada con tal descubrimiento, adquiria más importancia; las artes florecian, saliendo del olvido en que las sumiera la irrupcion de los bárbaros del Norte, y las ciencias, fomentadas por el maravilloso arte de la imprenta, que aunque recien nacido se extendia y generalizaba con rapidez, difundíanse por todas partes, llevando á todas en mil reproducciones la expresion del pensamiento, aunque desgraciadamente como arma de dos filos sembraba, sí, la ilustracion, pero llevaba tambien en su seno el gérmen de las futuras revoluciones, que muy en breve conmoverian á la Iglesia y al Estado en sus más sólidos fundamentos. En estas circunstancias fué llamado Francisco Todeschini á ocupar el sólio pontificio en 22 de Setiembre de 1503, treinta y cinco dias despues de la muerte de Alejandro VI. Su eleccion fué muy pacífica, pero intencionada segun varios autores. Los sucesos del pontificado anterior habian excitado mucho los ánimos, y la idea dominante de César Borgia, que por un momento

creyó realizar, tenia muchos partidarios. Esta idea, agitada largos años ántes, es la que aún se agita en nuestros dias. La Italia, dividida en pequeños Estados, en los que dominaban todas las clases de gobierno desde el más absoluto hasta el más democrático, aspiraba á realizar su unidad, porque de la division no surgian sino continuas luchas y fatales conflictos, como lo demuestran sus perpétuas guerras de república á república, de ducado á ducado y áun de familia á familia. La Italia se conceptuaba, pues, como un cuerpo sin cabeza y anhelaba adquirirla; pero aquella cabeza era Roma, donde habia un soberano á cuyos derechos solo podia atentar un ciego usurpador, que atropellase por todo y que desafiára impasible á todas las potencias del mundo, porque el soberano de Roma es el representante de aquel Soberano que reside en el cielo, y á quien por las mismas potestades del mundo se le llama Rey de reyes. Atentar, pues, á los derechos del Rey-Pontífice era atentar á los derechos de la Divinidad, y esto no podian consentirlo los pueblos que siguen y profesan la verdadera creencia. No obstante, el hombre que debia acometer tamaña empresa estaba en el mundo. César Borgia, cuya orgullosa divisa era *Aut Cesar, aut nihil*, habia concebido el proyecto, que mereció la aprobacion de su padre, de declararse soberano de Italia; y resucitando el muerto y dividido imperio, colocar su trono en Roma, dejando al Pontífice el título de *primer Obispo de la cristiandad*. Este proyecto quimérico y absurdo, aunque no muy imposible, fué deshecho á tiempo por todas las potencias, á quienes no convenia ni la preponderancia de Italia ni la humillacion de la Sede Apostólica. Pero por muy quimérico, por muy absurdo, por muy irrealizable que fuese, no dejaba de tener numerosos partidarios que se trasmitian de generacion en generacion esta idea, que ha llegado sin alterarse hasta nuestros dias. Los autores del pensamiento aguardaban para realizarle, como ocasion favorable, los interregnos de los pontificados, pues en aquella ocasion en que la Santa Sede se hallaba vacante, y casi puede decirse sin gobierno, se empleaban todos los recursos y se escogitaban todos los medios para sublevar al pueblo romano en favor de la idea dominante, calculando que dueños los revolucionarios de la capital, el triunfo era seguro en todas las poblaciones. La oculta faccion que á la sazon representaba la mencionada idea, y que animada con los tristes excesos del pontificado antecedente trataba de dar el gran golpe de Estado, necesitaba un pontífice débil que no se les opusiese; y la dulzura y la mansedumbre de Todeschini los incitó á elevarle á la cátedra de S. Pedro. Elegido como hemos dicho, y en agradecimiento sin duda á su tio y protector, ó bien por la coincidencia que ha acompañado siempre á todos los pontífices de aquel nombre, tomó el de Pio III. Al verificarse su coronacion y al quemar, segun costumbre, delante de él las estopas, símbolo de la inconstancia de las cosas

del mundo y de la brevedad de la vida, al oir las palabras del ministro que decia: *Santísimo Padre, así pasa la gloria de este mundo*, se conmovió hasta el extremo de verter abundantes lágrimas. Esto fué un presagio: veintiseis dias despues, en 18 de Octubre de 1503, Pio III habia fallecido. Atribuyóse su muerte á una úlcera antigua que tenia en una pierna, pero se sospechó que el veneno diera fin á su existencia. Las sospechas tienen muchos grados de certidumbre: el tósigo de los Borgias circulaba por todas partes, y las miras de los partidos pudieron acaso influir en aquella catástrofe, ó ser causa de ella para realizar sus intentos á la sombra del interregno y de la confusion que produciria; pero si tal fué su idea, cometieron un crímen inútil. El 10 de Noviembre del mismo año ascendió al pontificado el papa Julio II, varon eminente, de ánimo esforzado, que sosteniendo en una mano las llaves de S. Pedro y esgrimiendo con la otra la espada de Pablo, impuso á los revolucionarios y se hizo respetar de todos sus enemigos. —M. B.

PIO IV. Era milanés y se llamaba Juan Angelo de Médicis, perteneciendo á la ilustrísima familia de este nombre, que ha contado soberanos en Italia. Nació el dia de Pascua de Navidad del año 1494. Su hermano mayor fué el marqués de Mariñan, lo que contribuyó mucho á los adelantamientos en su carrera y á su futura elevacion, por las muchas y buenas relaciones que su dicho hermano y el gran nombre de su familia le hicieron adquirir. Desempeñó el cargo de protonotario apostólico en tiempo de Clemente VII, y fué muy favorecido del cardenal Farnesio, despues pontífice con el nombre de Paulo III, quien le encomendó el desempeño de varias comisiones importantes, le premió con pingües beneficios, y le dió la última prueba de su afecto nombrándole cardenal en 8 de Abril de 1549. Su carácter severo y su propension al mando fueron causa de que el pontífice Julio III le nombrase legado apostólico con destino al ejército levantado contra el duque de Parma, que pretendia apoderarse de varias posesiones en los Estados de la Iglesia. No mereció tanto favor por parte de Paulo IV, aunque se ignora la causa, porque este Pontífice era un buen apreciador de los hombres rectos y de los genios privilegiados é instruidos; cualidades que le hicieron merecer el dictado de *Padre de los pobres y protector de las musas*. Muerto Paulo en 18 de Agosto de 1559, y despues de cuatro meses y algunos dias de interregno, fué elegido Médicis por pontífice, y tomó el nombre de Pio IV, teniendo lugar su eleccion el dia segundo de la Natividad de aquel año. Refiérese que pocos dias ántes de verificarse el escrutinio, y hallándose los cardenales muy indecisos para hacer el nombramiento, entró una paloma blanca por una ventana del edificio donde se celebraba el cónclave, y revoloteando, fué á posarse sobre la habitacion que ocupaba el cardenal de Médicis, cuya circunstancia, tomada como un aviso superior, fué causa de que todos los vo-

tos se inclinasen á favor suyo.—En críticas circunstancias ascendió á su elevado puesto. Su antecesor Paulo IV habia trabajado mucho para extender la propagacion del tribunal del Santo Oficio, institucion que los turbulentos y las gentes de mal vivir no podian mirar con buenos ojos; por lo que se suscitaron varios motines promovidos y amparados por el cardenal Caraffa, hermano del Pontífice, y por el príncipe de Palliano. Paulo IV contuvo con su prudencia y sus acertadas medidas aquellos desórdenes, que no pasaron de amagos; pero despues de su muerte y á favor de la confusion del interregno, los revoltosos hicieron público alarde de sus deseos, teniendo lugar algunas manifestaciones harto significativas contra el tribunal de la Fe y contra los indivíduos que le formaban, produciendo multitud de escándalos y causando algunas desgracias en la poblacion. Pio IV en los primeros dias de su mando trató de cortar de raíz aquellos males, lo que produjo otra nueva manifestacion ó, mejor dicho, motin contra su autoridad. Los jefes y promotores eran, como hemos expresado, el cardenal Caraffa, á quien su mismo hermano Paulo IV se habia visto en la precision de echar de Roma, y el príncipe de Palliano. Pio IV demostró en aquella ocasion toda la energía de su carácter y toda la severidad de su genio. Vencidos los revoltosos en las calles de la ciudad, cayeron prisioneros los jefes del motin y multitud de los ilusos á quienes habian arrastrado. Recto juez el Pontífice, y humano á la par respecto de sus súbditos, no quiso que el rigor de la ley, como generalmente sucede, cayera sobre los infelices instrumentos de la asonada. Perdonó generosamente á los prisioneros cogidos con las armas en la mano; pero ni los ruegos de personas influyentes, ni las consideraciones de familia, ni la elevada clase á que pertenecian los jefes de la sedicion, bastó á impedir la ejecucion del castigo. El Pontífice permaneció inexorable. A los que, animados por el acto de clemencia que ejecutára con los indivíduos del pueblo, fueron á pedirle el perdon de los jefes, les contestó: «que su deber era no dilatar la pena respecto de ellos, porque la cabeza es responsable de lo que las manos ejecutan.» En su virtud el cardenal Caraffa sufrió la pena de muerte en garrote, en el castillo de Sant-Angelo, y el príncipe de Palliano fué degollado en la cárcel de Torre-Nuova, única gracia que se pudo alcanzar del Pontífice, evitándoles la ignominia de morir públicamente. Este escarmiento contuvo á los revoltosos, y el Papa se halló en disposicion de atender más pacíficamente á los negocios de la cristiandad. Los turcos, que habian logrado apoderarse de la isla de Rodas echando de ella á los caballeros de San Juan, que ocuparon la de Malta, cedida generosamente por el emperador Cárlos V, fueron á sitiar con una poderosa armada aquel albergue de los caballeros de la Cruz, poniéndolos en grave apuro. Pio IV les proporcionó los socorros que le fué posible, y dirigió una encíclica á todos los prínci-

S.^{te} PIO. V.

pes cristianos, excitándoles para que no dejasen perder aquel pequeño baluarte de la fe, último asilo de los valientes guerreros, resto glorioso de los conquistadores de la Siria, de los libertadores del sepulcro del Salvador. Sus ruegos, como los de su antepasado Pio II, no obtuvieron éxito satisfactorio, porque los príncipes á quienes iban dirigidos se cuidaban más de sus luchas personales que de auxiliar á los oprimidos. Al mismo tiempo que el Pontífice procuraba oponerse á los progresos de los turcos, trabajó tambien en la extirpacion de las herejías que pululaban en Francia y en Alemania, y al efecto hizo que continuase el suspendido concilio de Trento, y logró verle felizmente terminado en 1563, á instancias de su sobrino S. Cárlos Borromeo, á quien habia dado la púrpura cardenalicia. Deseando sostener en toda su pureza la integridad y la moralidad de la administracion, corrigió varios abusos que en épocas anteriores se habian introducido en la curia romana. Celoso al mismo tiempo del esplendor de la fe, depuso y quitó la púrpura al cardenal Castiglioni, que profesaba la herética doctrina de Calvino, y que en vez de arrepentirse, contrajo matrimonio y se pasó á Inglaterra, haciendo alarde de su vergonzosa impiedad. Entre tanto, la isla de Malta continuaba asediada por los bárbaros, que cada dia la estrechaban más, y el Pontífice, viendo que por sí solo no podia salvarla, y que sus ruegos eran ineficaces para que otros soberanos más poderosos lo hiciesen, cayó enfermo de melancolía y murió el 9 de Diciembre de 1565. Tuvo el consuelo de recibir los santos sacramentos por mano de su santo sobrino Cárlos, que no le abandonó un instante durante su enfermedad, y en cuyos brazos entregó el ánima al Redentor. Al ocurrir su fallecimiento contaba sesenta y dos años de edad, habiendo ocupado la Sede Apostólica cinco años, once meses y cinco dias. Profesó extremado cariño á toda su familia, y colocó á sus parientes en elevados puestos, de lo cual le hacen un cargo algunos historiadores comparando esta predileccion con la imparcialidad de Adriano VI y Sixto V, que nada quisieron hacer en favor de sus parientes, porque siendo de esfera humilde, temian ensoberbecerlos si los elevaban; prefiriendo el buen parecer á los afectos de la sangre, y no queriendo distraer en gastos propios un patrimonio del que solo se consideraban meros administradores. La Sede Apostólica vacó en ménos de un mes, ascendiendo á ella el quinto Pio, cuyo glorioso reinado puede verse á continuacion. —M. B.

PIO V (S.). Si no tuviese la Iglesia otra prueba de su institucion y fundacion divina, bastarian las biografías de tantos personajes ilustres, que sin derechos de familia, sin bienes, sin influencia y muchas veces desde el oscuro y humilde nacimiento se han abierto paso para llegar á ocupar un trono, empuñar un cetro y ejercer el pontificado en todo el mundo. Así sucedió á Miguel Ghisleri, nacido de padres pobres, pero cuidadosos de dar á

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE [illegible]

su hijo, á quien un dia conoceria el mundo por S. Pio V, la más esmerada educacion, no pudiendo permanecer muchos años en el lugar de su naturaleza, llamado Bosco, junto á Alejandría, pues no cabia en tan pequeño círculo el que habia de llenar con su nombre todos los ángulos de la tierra. Marchó en efecto á Bolonia, donde guiado por su espíritu religioso, entró en la órden del patriarca Sto. Domingo, asistiendo á la universidad; y muy jóven, por su gran talento llegó bien pronto á desempeñar las cátedras de filosofía y teología. Todas las crónicas de este respetable y eminente dominico se ocupan de las célebres conclusiones que defendió en Parma contra los luteranos y calvinistas, confundiéndolos con su poderosa lógica y raciocinio, no ménos que con su admirable elocuencia, consiguiendo enaltecer de una manera nueva y sorprendente la autoridad pontificia. La fama de su ciencia y de su virtud le habia conquistado ya el alto aprecio de ser considerado como una de las lumbreras de la sabia órden de Predicadores: y el papa Paulo IV ansiaba por llevarle á Roma y ocuparle en los primeros puestos de la Iglesia: y así es, que nombrado inquisidor general de Lombardía y despues comisario de Roma, desplegó su celo y su inteligencia, confirmándose la alta opinion que se tenia generalmente formada de sus talentos como orador y como hombre de Estado. El papa Paulo IV hizo tan alta apreciacion de sus méritos, señaladamente de los que contrajo en Como y en Bérgamo, que le obligó, por bien de la Iglesia á que aceptase el obispado de Nepo. Investido ya con el carácter episcopal, desplegó tal celo y tal virtud apostólica, que era presentado á los ojos del mundo católico como el tipo de los prelados. Rigorista y estrecho para sí mismo, era indulgente y tolerante con los demás. Su carácter dulce y manso, pero enérgico y firme, le hicieron granjearse el amor y el respeto de todos sus feligreses, llorando todos tiernamente cuando el Sumo Pontífice por imperiosa necesidad de la Iglesia le trasladó al obispado de Subri, á fin de que su gran talento y pureza de costumbres llenára cumplidamente la mision apostólica cerca de aquella diócesis, donde tan necesaria era su entereza y energía contra los herejes; calidad que segun algunos historiadores le hizo tan grandemente estimable á Paulo IV, que le elevó al cardenalato y tomó el nombre de cardenal Alejandrino, por hallarse cerca de Alejandría el pueblo de su naturaleza; y el título de Santa Sabina, que fué el de la creacion de cardenal de la Santa Iglesia Romana, y obtuvo el nombramiento de inquisidor general del mundo cristiano. Era el año 1565, y hacia veintiocho dias que la Santa Sede se hallaba vacante por muerte de Pio IV, cuando reunido el cónclave de cardenales, fué elegido Sumo Pontífice, no sin que los romanos temiesen la severidad de sus principios; pero el gran Pio V, que fué el nombre que tomó, les dijo adivinando su temor: «Más llorareis mi muerte que mi eleccion.» — Al trazar los rasgos biográfi-

cos del nuevo Rey-Pontífice, no podemos ménos de volver á recordar la humildad del religioso dominicano; pues por esta virtud se hizo tan conocido de todos, que presagiaban desde luego era llamado á ser, además de pontífice en la tierra, un santo en el cielo. Sobre la constante oracion y diario culto á la Santísima Vírgen, se ocupaba en visitar los hospitales, servir por sí mismo á los pobres, curar á los enfermos y consolarlos con sus discursos llenos de bondad; muchas veces se le veia abrazar con ternura á aquellos más repugnantes por sus males y por el estado asqueroso de las enfermedades. — Estos humanitarios y grandemente caritativos ejercicios no le impedian emplear muchas horas en el despacho de todos los negocios del orbe católico y en buscar todos los medios para que reinase el órden en todas partes. Por sí mismo indagaba dónde se hallaban los hombres de talento y de carrera, para recompensarlos y elevarlos á las dignidades, sin que la acepcion de personas tomára parte en ninguna de las elecciones que hizo. Se cuenta que de veintiun cardenales que creó, no hubo ninguno que no se hubiera hecho notable por su erudicion, su piedad y otras altas dotes que los hicieran dignos de hallarse al frente de los altos puestos de la Iglesia y del Estado. Esta precisa condicion de los grandes príncipes la poseia heróicamente, y así es que el don de eleccion de personas le tuvo siempre, porque buscaba el mérito y no el favor. — En medio de tanta piedad y celo tanto en el régimen general de la Iglesia, no dejó de tener émulos y críticos, que tacháran sus disposiciones, muy señaladamente la bula *in cœna Domini*, la que si bien como contraria á los soberanos y á sus legítimos derechos fué suplicada y encontró gran oposicion; sin embargo, la historia reconoce que la publicacion que de esta bula hizo Pio V no tuvo más razon que su mucho celo por la integridad de la unidad católica, siendo bien ajeno de la voluntad del Pontífice la parte odiosa y recriminadora que pudiese exasperar los ánimos y turbar la paz de los fieles. Autores muy imparciales le han hecho la más cumplida justicia, asegurando que la intencion de S. Pio V era pura é hija de las opiniones que tenia formadas sobre la grande extension de la autoridad pontificia. Su mucha piedad y profunda erudicion le hicieron respetable hasta de sus mismos enemigos. En la célebre batalla de Lepanto, de tan gloriosos recuerdos para nuestra España, tuvo una parte muy activa con sus tesoros, con sus sabios consejos y con sus fervientes oraciones á la Santísima Vírgen, ante cuya imágen se hallaba orando cuando recibió la inspiracion de la derrota de los turcos por nuestro gran capitan D. Juan de Austria, imágen que el mismo S. Pio V regaló al rey de España, y se conserva en el monasterio del Escorial, habiendo estado en poder de nuestros Reyes, y en el Oratorio particular de S. M. el Rey D. Francisco de Asís, por espacio de algunos años, enriqueciéndola con piedras de gran valor. — Cuando se

preparaba S. Pio V para destruir completamente la potencia otomana, cuando habia recibido grandes sumas para los gastos que ocasionára la guerra, y cuando esta gigantesca empresa estaba á punto de llevarse á cabo, quiso Dios nuestro Señor no pudiera ejecutarla, cogiéndole la muerte el dia 1.° de Abril de 1572, dia de duelo para Roma y para toda la cristiandad. Dejó muchos y muy buenos escritos, y entre ellos el *Catecismo* que lleva su nombre, y sobrevivirá á todas las obras teológico-morales por su método, su órden y doctrina tan ortodoxa como clara é inteligible. — El sultan Selin II, al saber su muerte, considerándole como su más formidable enemigo, mandó se hicieran en todo el imperio tres dias de regocijos públicos; pues comprendia que su celo y gran talento eran capaces de abatir el poder otomano y arruinarle para siempre. Aunque murió Rey-Pontífice, vivió siempre como un religioso; y la ejemplaridad de su vida le atrajo la inmarcesible corona de santo. —M. B.

PIO VI (papa). Esta es la segunda vez, y bien pudiéramos decir la tercera, que escribimos la vida de Pio VI, pontífice de los más ilustres y combatidos, cuyo reinado estuvo lleno de tribulaciones para la Iglesia católica y para las naciones cristianas, puesto que en esta época se derramaron por los enciclopedistas las semillas que han germinado y crecido al calor de continuas revoluciones y trastornos políticos, y producido frutos amargos y dulces á la vez, y áun podemos añadir todo lo malo y lo bueno que agita hoy á nuestra sociedad religiosa y civil; y decimos así, porque si bien el genio del mal se ha desencadenado y tomado el demonio preponderancia sobre alguna parte de la humanidad, esto mismo ha avivado la fe de los creyentes, los que, en guardia contra las asechanzas del enemigo, han fortificado su creencia y aprendido á hacerle frente sin temor alguno, le combaten sin tregua y se preparan á vencerle con la fe y constancia que les procura su verdadero amor, su esperanza en el Dios de las misericordias, y su certidumbre en que han de cumplirse exactamente las promesas del divino Maestro, en cuyo caso, por más que arrecie la tormenta, el íris de paz vendrá sobre la Iglesia de Dios para que los humildes sean exaltados, y derribados los poderosos temerarios que hayan insultado su justicia. Con sobrada razon dice el sabio Pascal que si la Iglesia se ha visto muchas veces próxima á su ruina, siempre ha venido Dios en su auxilio, sosteniéndola por uno de aquellos golpes extraordinarios que acreditan á la mísera humanidad su omnímodo poder, la extension de su grandeza. La Iglesia, añade el expresado autor, se ha mantenido sin doblarse ni torcerse bajo la voluntad de los tiranos; y si esto nos lo enseña tambien la historia, que, como sienta un autor, es el fanal de los siglos, la leccion de los pueblos y el monumento duradero de la instabilidad de los hombres y del poder de Dios, de fe es creer que lo que fué es

y será en cuanto á la Iglesia, que prevalecerá incólume hasta la consumacion de los siglos; porque ni hubo, ni hay, ni habrá enemigos bastante fuertes para poder vencer á su decidido é invencible defensor. Han sucumbido las monarquías más fuertes, á pesar de los esfuerzos que se han hecho para sostenerlas; á su vez han caido tambien las repúblicas más acreditadas y poderosas, y los colosales imperios cayeron tambien destrozados al embate del huracan de las pasiones; todas las creaciones del hombre han sufrido alteraciones más ó ménos grandes desde la redencion del género humano por Jesucristo nuestra luz; pero todos los esfuerzos del infierno no han podido prevalecer contra su Iglesia, que en medio de las más deshechas borrascas y de las más horrorosas tormentas ha quedado firme sin variacion, y brillante y pura como su divino autor. « La Iglesia, dice un piadoso autor anónimo, no es obra del hombre, ni caduca como él; no experimentará la suerte de aquellas instituciones que no tienen sino hombres por defensores y apoyo. En vano el ateismo filosófico ha desencadenado contra ella todas las pasiones destructoras; en vano el ángel de las tinieblas, ministro de las venganzas celestiales, ha hecho la guerra á los santos y devastado su heredad por el hierro y por el fuego; en vano lobos devoradores se han hecho dueños del rebaño, han inmolado ó dispersado sus pastores, y se han apoderado con mano armada del santuario. Rechazados por un brazo invisible, por la opinion pública, por la justicia lenta, pero severa, que el tiempo lleva siempre consigo; el ángel de las tinieblas, los lobos devoradores y los impíos han quedado sin fuerza ante la majestad de la religion. La religion es aquella roca inmoble, cuya cima toca al cielo, cuyos fundamentos se pierden en el centro de la tierra, y contra la cual las oleadas del mar se estrellan como espuma. Sus feroces perseguidores se han devorado á sí mismos; y vencedores de los tronos de la Europa, han sido vencidos por esta religion, de la que querian hacer una nada, segun la expresion de S. Pablo. Todos los culpables rapiñadores de las riquezas del santuario, estos hijos de muerte, embriagados con la sangre de los profetas, han caido cada uno á su vez bajo la mano del Dios de las venganzas, y la Iglesia ha sobrevivido. El fuego de las tribulaciones no ha hecho más que consumir la mezcla impura con que el tiempo y las fragilidades humanas habian podido mancharla, y ha dado un mayor brillo á su divinidad. Ante tan gran milagro, la piedad reconocida adora la verdad de las palabras sagradas, de que jamás dudó, que fué lo que le obligó á exclamar á Juliano *el Apóstata: ¡Oh Galileo! Tú has vencido.*» En todos tiempos, desde que Pedro *el Pescador* estableció la cátedra de la verdad en Roma, cátedra que por la vez primera se fundára sobre el Calvario en donde el divino Maestro enseñó la verdadera doctrina de salvacion en que se instruyó el príncipe de los Apóstoles, el punto adonde dirigie-

ron siempre sus tiros la impiedad, fué la cátedra apostólica, la Santa Sede, escollo de todas las herejías, y contra cuyo fuerte ha dirigido sus tiros la filosofía mundana, pues que los modernos sectarios de Satanás no han hecho ni hacen otra cosa, como dice un autor, que seguir las huellas de Focio, Juan Hus, Socino y Lutero. Siendo el Pontífice el vicario de Jesucristo, su imágen sobre la tierra, no debe extrañarnos que no pudiendo el enemigo llevar su aleve mano á la majestad de todo un Dios, pretenda humillar á su representante, creyendo en su loco frenesí alcanzar una victoria si tal lograse; pero por fortuna de la humanidad y gloria de los fieles, así como siempre que el demonio intentó vencer la firme fortaleza de la Iglesia, se volvieron en daño suyo cuantos tiros dirigió contra tan inexpugnable roca; esto mismo le sucederá siempre que lo intente, porque nadie osará llevar su mano aleve á la sagrada piedra fundamental del catolicismo, sin que experimente los terribles efectos de la cólera divina. Ruja cuanto quiera la impiedad, apreste cuantos pertrechos quiera, invente proyectiles diabólicos, todo se estrellará en la firme columna que sostiene la Iglesia de Dios, ¡y ay de aquel que produzca el escándalo...!

Mediado estaba ya el siglo XVIII cuando fué elevado al pontificado el célebre Pio VI, mártir de la impiedad de su siglo excitada por los enciclopedistas, que pretendieron y consiguieron á la larga variar la índole de la sociedad; pero que nada pudieron contra la religion del Crucificado, sino acrisolarla más y más con sus inícuas ideas y con sus impías persecuciones y sacrílegas invenciones. «La Providencia, que queria herir pero no aniquilar á Israel, puso á la cabeza de la Iglesia un Pontífice segun sus designios; modelo de piedad como de sabiduría, inaccesible al error, que sabia discernirle bajo los velos artificiosos con que se cubre; que unia cualidades pastorales superiores á las pasiones humanas, virtudes consoladoras que exigen el respeto y fuerzan á sus mismos enemigos á que las admiren; capaz por la extension de sus luces como por la efusion de su caridad, de llevar á todas partes socorros y consuelos, de sostener á un tiempo el peso de nuestros dolores y los suyos, y de dar, en fin, al mundo asombrado el segundo ejemplo de una vida expiatoria, muriendo por los suyos y rogando por sus verdugos. En la eleccion que Dios hizo de la persona de Braschi para gobernar su Iglesia en estos tiempos deplorables, es fácil reconocer que queria mantener la fe católica en su independencia y majestad.» Despues de este preliminar, que hemos creido indispensable ántes de entrar en materia, vamos á exponer ligeramente cuanto han dejado consignado los autores, y hemos oido repetir á los que aún le alcanzaron, sobre la vida de este venerable Pontífice, honra del pontificado, gloria del catolicismo, y cuyas virtudes no pueden oir sin aterrorizarse aquellos que siguen las impías

máximas de sus verdugos, que si bien en corto número, por fortuna, atendiendo al de los fieles, no dejan de agitar actualmente á nuestra sociedad, induciendo á los ignorantes á cometer en el actual pontífice Pio IX los desmanes que sus inicuos maestros cometieron en Pio VI.

De pobres pero de nobles padres nació Pio VI en Cesena, ciudad de la Romaña, el 27 de Diciembre de 1717. Desde sus más tiernos años el niño Juan Angel Braschi, que este fué el primer nombre del Pontífice, dió pruebas de gran talento y de una capacidad extraordinaria para cualquier carrera noble á que quisiera dedicársele; la Providencia le tenia designado para el servicio del altar, y su inclinacion le llevó desde luego al estado eclesiástico. Aún de muy corta edad, le mandaron sus padres á Roma bajo los auspicios del cardenal Ruffo, amigo de su familia, cuyo príncipe cuidó de su educacion é instruccion con el cariño de padre. Admirado el Cardenal de sus precoces adelantos y de la sabiduría que brillaba en todos sus actos, profetizó su porvenir; y para ponerle en camino de hacer fortuna, se le propuso al gran Benedicto XIV, que entónces gobernaba la Iglesia, para secretario, alto empleo que le confirió este Pontífice, que llegó á tomarle tal cariño y á confiar tanto de su capacidad, que muchas veces le pidió consejo en los asuntos más graves. Premió Benedicto XIV el mérito de su secretario confiriéndole un canonicato de S. Pedro; y al darle la noticia le manifestó que si él empezaba su fortuna, estaba seguro de que sabria acabarla por sí mismo, en lo que profetizó con acierto su porvenir. Muerto Benedicto XIV no perdió por eso Braschi la consideracion que tenia en la corte pontificia, pues que elevado á papa el cardenal Rezonico, que tomó el nombre de Clemente XIII, conocedor de sus brillantes disposiciones y de su virtud, le nombró auditor de la Cámara apostólica y despues tesorero de la misma.

Un acontecimiento extraordinario turbó la paz de este pontificado, y en cierto modo de la Iglesia, y él empezó á acibarar los dias de Braschi, que en su superior talento conoció que este suceso era precursor de una terrible tempestad. «El fogoso marqués de Pombal, ministro del rey de Portugal, habia sublevado toda la Europa contra la Compañía de Jesus. Chalotais y Chauvelin, sus asociados, hacian entónces resonar la Francia con las más graves acusaciones contra sus miembros y contra su instituto. Los filósofos decian: *Nosotros atacaremos en vano la religion miéntras que subsista su más firme antemural.* Los reyes, los parlamentos y los filósofos se habian coligado para destruirlos. Clemente XIII, su más ardiente protector, tuvo el dolor de verlos arrojados de Francia, de España, de Nápoles y de Portugal. El los acogió en Roma, y miéntras vivió hallaron en su proteccion un asilo contra la persecucion general de que se habian hecho el objeto. En vano las córtes solicitaron el breve de su supresion; en vano la Francia creyó arrancarle privando al Papa

del condado Venusino; nada pudo hacerle ceder, pues que Clemente XIII rehusó animosamente firmar un decreto que creia dictado por la pasion, y al que su conciencia no habia suscrito.» La aficion que tenia Braschi á los jesuitas le hizo sentir doblemente este golpe, que resaltaba tanto más cuanto que, como él decia, se pagaban con ingratitud los importantes servicios que desde su creacion habian prestado á la religion, á las ciencias y á los mismos estados que los perseguian; y deseando hacer algo en su favor, aconsejó conservar la Compañía y reformar su instituto; pero áun cuando se aceptó por la Francia, no pudo llevarse á efecto, porque se opuso á ello su general Ricci. Elevado á la cátedra de S. Pedro el cardenal Ganganelli, que tomó el nombre de Clemente XIV, en 1769, este Pontífice le retiró su confianza, deponiéndole del destino de tesorero de la Cámara, que por tantos años sirvió con la mayor pureza; desgracia que se atribuyó principalmente á su adhesion á los jesuitas, de cuya comunidad tenia acogidos algunos en su palacio, y sostenia á otros con notable liberalidad. Empero si el Papa quitó á Braschi la tesorería, conocedor de su mérito, le elevó al principado de la Santa Iglesia Romana creándole cardenal, como si presintiendo que habia de sucederle por la voluntad de Dios, tratase de facilitarle el camino para llegar á tan alta dignidad.

Muerto el pontífice Clemente XIV á poco de haber extinguido la Compañía de Jesus (golpe que asombró á la cristiandad, y que hizo decir al filósofo rey de Suecia que habia licenciado la guardia imperial de su reino, el principal sosten de la Santa Sede) se reunió el cónclave para nombrarle sucesor el 5 de Octubre de 1774. Los cardenales Stoppani, Conti, Simoni, Malvezzi, Negroni y el español Zelanda, fueron los candidatos que se ofrecieron con más probabilidades en un principio; pero la política invadió aquel terreno y cambiaron muchas veces en poco tiempo las opiniones, como en todas las cosas en que el hombre toma parte, por más elevado y sublime que sea su ministerio. Dividióse el cónclave entre los amigos de las coronas poderosas de la cristiandad y los puristas, que querian sostener el honor é independencia del Sacro Colegio, á los cuales llamaban *zelanti*. A la cabeza de éstos militaban los cardenales Colonnas, Rezonico, sobrino de Clemente XIII, Castelli y Bufalini, y á la de aquellos el cardenal Bernis, ministro de Francia, y Moñino, conde de Floridablanca, que lo era de España. Inclináronse los zelanti á Marco Antonio Colonna, á Castelli y á Boschi, todos hombres de sólida ciencia, y muy celosos por las prerogativas é inmunidades de la Santa Sede. Las coronas estaban divididas: España presentaba al tímido cardenal Pallavicini, pariente de su primer ministro de Estado, Grimaldi; Viena al intolerante Vizconti; y la Francia á Braschi, que disfrutaba entre sus compañeros la reputacion de un espíritu modesto y conciliador, de un prelado

ilustrado entre las coronas y de un hombre virtuoso entre los romanos. Desde el 5 de Octubre de 1774 hasta el 13 de Febrero se agitaron en el cónclave graves cuestiones por parte de ambos partidos; pero logrando al fin ponerse de acuerdo, y cediendo España la primera en sus pretensiones, se dispuso todo para la eleccion. Verificóse el último escrutinio el dia 14, y salió elegido por todos los votos el cardenal Braschi, que tomó el nombre de Pio VI, diciendo á los que se extrañaron de que eligiese este nombre, que pues la Iglesia habia puesto en el número de los santos á Pio V queria caminar por sus mismos pasos para alcanzar la felicidad de que aquel disfrutaba. Proclamada en la capilla Paulina la eleccion, oró de rodillas con gran fervor, y dirigiéndose despues á los cardenales les dijo: «Venerables Padres, habeis terminado vuestra mision, pero cuán desgraciado ha sido para mí su resultado.» En seguida se verificó la ceremonia de la adoracion, terminada la cual fué dirigiendo expresiones de aprecio y de amor á los cardenales todos, los que quedaron muy satisfechos de la eleccion que habian hecho, máxime al ver confirmar en sus destinos á los cardenales que tenian cargos. Sabida por el pueblo romano la eleccion, hizo locuras de alegría, recorriendo las calles victoreándole y encendiendo grandes luminarias. Pio VI le hizo distribuir socorros, y todo fué contento y alegría. Empezó este Papa su pontificado castigando el despilfarro y celando los ramos de administracion, lo que le valió el aplauso general, á pesar de las maléficas imputaciones de Gorani, que tanto le injurió en su obra contra los sacerdotes y en favor de la filosofía enciclopedista volteriana. Aficionado á las antiguas obras del arte y decidido protector de los artistas, puso su empeño en embellecer á Roma y dotarla de curiosidades que la engrandeciesen. A este fin levantó grandes salones al rededor de la famosísima estátua de Apolo de Belvédere, que habia contribuido á establecerla en un monumento que él dirigió en el pontificado de Clemente XIII, y erigió en ellos el Museo Pio-Clementino, reservándose para enriquecerle el derecho en la compra de todos los objetos antiguos que se descubriesen; y haciendo excavaciones en Otricoli bajo la direccion del religioso Carrara, que le proporcionaron muchas preciosidades del arte y costumbres antiguas. La aficion del Papa á las antigüedades y lo mucho que pagaba por los objetos que se le presentaban, fué causa de que por todas partes se hiciesen excavaciones, que enriquecieron el Museo expresado hasta el punto de que pudiera considerársele con justicia como el primero del mundo en su género. Visitóle el rey Gustavo de Suecia en 1783, y quedó admirado de tan bella coleccion, que se empezó á publicar en este mismo año bajo los auspicios de Pio VI, con preciosos grabados de Luis Mirris y sabias descripciones y explicaciones del erudito Vizconti, cuya publicacion en fólio se suspendió al VI tomo en 1792 al empezar las agitaciones

en Italia. El año 1782 hizo restaurar la entrada del Quirinal, que fué su palacio de verano, levantó el obelisco cerca de la Escala Santa, colocándole entre dos estátuas ecuestres, por lo que se denomina desde entónces á aquel sitio *Monte-Caballo*, obras que disminuyeron mucho la miseria de los jornaleros, causada por la carestía de los comestibles. Con este mismo objeto, y á fin de prestar mayor utilidad al comercio, decoró y fortificó el puente de Ancona, que declaró franco, proveyéndole de un buen faro, é hizo reparar el arco de Clemente XIII; mandó construir la magnífica sacristía de la iglesia de S. Pedro, que tenia una indigna de tan suntuoso templo, cuya majestuosa obra se terminó en 1785; la abadía de Subiaco, gruta en un principio de S. Benito y cuna de las órdenes monacales de Occidente, y de la que fué abad Pio VI, fué reconstruida y dotada con una parte de las alhajas y vasos preciosos que pertenecieron al colegio de los Jesuitas; mandó construir y puso las primeras piedras de la bella poblacion de S. Lorenzo el Nuevo en el camino de Viterbo á Roma; mandó restaurar las estatuas antiguas y reparar los caminos, suprimiendo el enojoso derecho de peaje; fundó en S. Pedro *in Montorio* la fábrica de indiana y la fábrica de lana de S. Juan de Zoccoletta, en las cuales se ocuparon muchos jóvenes de la clase pobre; y en fin, creó en sus estados hospicios y casas de beneficencia, que acreditaron su caridad. Como si todo esto fuera poco para acreditar su pontificado, emprendió y llevó á cabo el desagüe de las lagunas Pontinas, obra colosal que superó á las romanas, tanto por su dificultad cuanto por los beneficios que ha prestado á la humanidad. El territorio llamado Agro-Romano, inundado por los desbordamientos de los rios Amasenus y Useus hacia siglos, no pudo jamás beneficiarse por los romanos, que durante su colosal poder hicieron desesperados esfuerzos por conseguirlo, y en especial bajo los reinados de los cónsules Claudio *el Ciego* y Cetego, y los emperadores Julio César, Augusto, Trajano, del rey godo Teodorico, y de los papas Leon X y Sixto V. Destinado sin duda Pio VI á poner la primera piedra y dar cima á tan colosal empresa, despreciando los consejos que se le dieron en contrario y haciéndose superior al sarcasmo de la multitud, que creia que el Papa arrostraba un imposible, solo por hacerse de persona superior á todos, visitó en Abril de 1780 las lagunas. A la vista de estos grandes focos de infeccion se confirmó más en su propósito de librar á Roma de sus pestíferos miasmas; y encargando las obras á ilustrados conocedores, que hoy llamariamos ingenieros, no volvió á Roma hasta que vió inauguradas las obras con grande actividad y buena direccion. Empezados los trabajos se descubrió á poco el acueducto de Terracina y la via Apia, obra magnífica romana que ocultaba el légamo y el cieno; y la constancia del Papa hizo practicable bien pronto el bonito camino de Roma á Terracina, que quedó terminado en 1786, á pesar

de las inundaciones que experimentó en su construccion; y despues le prolongaron los napolitanos hasta Capua. Lástima que la revolucion evitase fundar en este mismo sitio de las lagunas la ciudad canalizada que se propuso Pio VI; entónces Italia hubiera tenido dos Venecias.

No solo se dedicó Pio VI, despues de cumplir sus sagrados deberes como vicario de Jesucristo, á las tareas que acabamos de enunciar, si que tambien se ocupaba mucho del buen gobierno de sus súbditos como soberano; y así es que persiguió á los estafadores, remedió muchos abusos, áun providenciando en contra de su propia familia; favoreció el comercio y la industria á costa de su propio peculio; castigó con mano fuerte á los criminales de todas clases, y levantó á los judíos del Chetto de Roma las leyes represivas, que tocaban en el ridículo por lo mismo que no se cumplian, sujetándoles á otras más humanitarias. A pesar de tantos bienes hechos á su pueblo, no le faltaron á Pio VI calumniadores que se cebasen con saña en su ilustre nombre con ánimo de desacreditarle, y muy especialmente le achacaron favorecer el nepotismo con todo empeño; empero la historia verdadera nos enseña, que si bien este Pontífice favoreció á su familia, ni fué con el exceso que otros, ni sus sobrinos abusaron tampoco de su situacion como suelen hacerlo los nepotes.

Cuando Pio VI fué exaltado á la silla de S. Pedro, dirigia el gobierno de Nápoles el célebre Tanucci, antiguo profesor de Pisa, muy afecto á los reyes, y enemigo declarado de las inmunidades eclesiásticas, al que llamó Cárlos III de España, cuando fué rey de Nápoles, para confiarle la reforma de algunos abusos monásticos. Nombrado Tanucci presidente de la regencia que quedó en Nápoles á la salida para España de Cárlos III, durante la menor edad de su hijo Fernando IV, abolió el feudalismo para humillar á los grandes, en lo que creemos hizo un bien, y se empeñó en despojar á la Santa Sede de sus derechos espirituales y de sus posesiones temporales, en lo que hizo un mal incalculable que trajo terribles consecuencias. Secuestró á Clemente XIII el estado de Benevento á pretexto de la proteccion que prestaba á los jesuitas, perseguidos por él sin tregua, y se dispuso á ir conquistando cuanto poseyesen los vicarios de Jesucristo. Calificando Tanucci de ridícula la costumbre de visitar durante el jubileo las cuatro iglesias principales de Roma, publicó un edicto en 1776 diciendo que la misma indulgencia se ganaba visitando las iglesias de Nápoles. Acto continuo suprimió de su propia autoridad setenta y ocho monasterios en Sicilia, reunió en uno varios obispados, hizo que el Rey proveyese las abadías sin contar con el Papa, y mandó á los obispos que por sí mismos nombrasen los curatos que vacasen en sus diócesis, y no se sabe adónde hubiera llegado, si Cárlos III desde España, á solicitud de Pio VI, no hubiera detenido al ministro en su

descabellado plan, influyendo en el rey su hijo. La tregua no tardó en romperse, pues habiendo vacado el arzobispado de Nápoles, Fernando IV se empeñó por consejo de Tanucci en nombrarlo, y Pio VI no quiso alterar por estos la tranquilidad pública. Alentado el impío ministro con esto, intentó crear un colegio de cardenales independiente del romano, pero no lo consiguió, y en su defecto suspendió en 1777 la presentacion de la hacanea, tributo anual de cuarenta mil florines y un caballo blanco, que pagaba Nápoles á la Santa Sede la víspera de la fiesta de los Santos Apóstoles, impuesto por Cárlos de Anjou como prueba de gratitud por lo que le ayudó Roma á la conquista de este reino. El embajador de España conde de Floridablanca medió en este asunto en nombre de su soberano; hizo que se restableciese en 1778 este tributo, pero con una restriccion que, con ingratitud de los soberanos de Nápoles, hacia olvidar el orígen de este homenaje. Poco duró la tregua del Papa con la rebelde corte de Nápoles, pues que el año 1781 se arrebataron al primero muchas abadías, á pretexto de negarse á conceder el capelo al arzobispo de Nápoles, se declararon independientes de sus generales en Roma á las órdenes religiosas de Nápoles, se atribuyó Fernando IV el nombramiento de todos los obispos de su reino, y amenazó al Papa con convocar un concilio para que emancipase enteramente al reino de la autoridad del Romano Pontífice.

Como todo esto anunciaba un cisma, el afligido Pio VI, para impedirle, nombró una congregacion de cardenales y con su decision mandó á Nápoles al cardenal Beruci, representante de Francia, que pudo conciliar algun tanto los ánimos entre los magnates; pero empeñados el caballero Acton y el marqués de Caraccioli en que se suprimiese completamente la prestacion de la hacanea, consintió el Papa, y se firmó la paz en 1789 con la condicion expresada y con la de que en lo sucesivo no se llamaria vasallo de la Santa Sede el rey de Nápoles: los reyes visitaron al Papa con este motivo, y obsequiándolos éste magníficamente, quedó por entónces todo concluido.

Antes de pasar más adelante, nos parece decir alguna cosa acerca de la filosofía moderna, causa de las desgracias de este Pontífice, y de los trastornos por que pasó la sociedad europea en el siglo pasado y áun en el presente, á cuyo fin nos valdremos de alguna parte de lo dicho sobre este particular por un biógrafo anónimo de Pio VI.

«El filosofismo, dijo con razon Mr. Lernaitre, es el disolvente universal.» Despues de la extirpacion del arrianismo y de la extincion de las guerras civiles encendidas por la pretendida reforma de Lutero y de Calvino, gozaba la Europa cristiana del triunfo pacífico de una religion fortificada con los reveses, y que parecia volver á tomar un nuevo lustre por la brillantez de los nuevos genios que la habian defendido y de los grandes pon-

tífices que gobernaban la Iglesia. Vanas disputas teológicas no habian excitado sino discusiones pasajeras, fáciles de calmar luego que se les dió ménos atencion é importancia. Pero un nuevo sistema de impiedad, nacido de la corrupcion de las costumbres y del orgullo de los que se tenian por iluminados, despues de haberse ocultado sordamente desde principios del siglo XVIII en ciertas clases de la sociedad, se difundió en seguida á favor de la licencia general que sucedió al desenfreno del lujo y de la lascivia. Ocultando sus tiros, hácia la mitad del mismo siglo, con una máscara ménos espantosa, se presentó con confianza bajo el dulce nombre de tolerancia y de humanidad. Alentado con sus progresos, su dulzura hipócrita se mudó en libertad de pensar y en odio del fanatismo, ó sea de toda religion; en fin, el odio, distintivo y carácter de la impiedad, estalló audazmente contra todas las opiniones religiosas y verdaderamente humanas, y ya fuerte en número de partidarios, se formó una secta formal con el título de filosofismo. Por esta nueva secta, la religion de Cristo, que es la filosofía del amor, se puso en guerra con la filosofía del odio, y así como la primera habia triunfado por medio de la caridad, la segunda no podia alcanzar victorias sino trastornando al género humano. La intencion de esta nueva orgullosa sociedad fué destruirlo todo para establecer su poder sobre las ruinas de la antigua. Para conseguir sus fines, apeló á la mentira, á la calumnia, al error y á la blasfemia; atacó las verdades santas del Evangelio como principios de supersticion, y los principios políticos como axiomas de tiranía, pues que fundó su imperio sobre el caos aquel impío apostolado. Estos nuevos sectarios se valieron hasta de las artes para iniciar su impiedad con obscenas pinturas; y con máximas benéficas que destruian la caridad, trataron de deslumbrar á los espíritus débiles, procurando no separar jamás el fanatismo de la verdadera religion para que no se conociese la pureza de ésta. Con imposturas agradables se procuró agradar á los débiles, y con el método y la reflexion á los espíritus graves, sembrando la duda por todas partes. Todo se puso en juego para infiltrar el veneno con que se pretendió matar la sociedad cristiana: poesía, novela, historia, elocuencia, erudicion, diccionarios, y diarios políticos y literarios; todo respiraba los miasmas de la corrupcion y de la impiedad: males de que por desgracia no está aún libre nuestra actual literatura tampoco, porque no faltan secuaces de aquellos impíos, que hayan heredado sus tendencias disolventes y sus malévolas intenciones. El gérmen de la independencia fermentó el espíritu de los pueblos, en los que el vértigo de la impiedad los arrastró á la revolucion, porque los gobiernos monárquicos y los reyes no supieron quitarse á tiempo la venda que cubria sus ojos: no nos atrevemos á calificar si los tendrán hoy más abiertos á la vista de los principios disolventes que, como en la épo-

ca á que nos referimos, se agitan, al paso que hacinan materiales para producir un incendio que todo lo abrase á un tiempo.

«A medida que la impiedad conmovia los altares, se deshacian ó rompian los lazos que sujetaban al hombre á sus deberes, y el edificio social se veia desmoronar á paso rápido. Aquellos semifilósofos presentaban á la sociedad europea como rebaños de hombres ignorantes, agobiada bajo el yugo del sacerdocio que la engañaba, y de los soberanos que la tiranizaban; pues que predicaban que la concordia de las potestades religiosa y civil era una liga formada contra la libertad y la humanidad.» En el *Ensayo sobre el Despotismo* dijeron á las naciones: «Comisionados vuestros son los reyes, que podeis destruir cuando mejor os parezca.» Y en el *Sistema de la Naturaleza* dijeron al pueblo: «Entregaos á vuestras inclinaciones, la virtud es una quimera y la vida eterna una mentira.» De este modo se abria la sima de la anarquía al propio tiempo que se arrancaban las profundas raíces de la religion: al volverse á oir hoy, si bien más vergonzantemente, estas infames máximas, recuerden los hombres por la historia los horrores que produjeron en el siglo pasado, y vean si les estará bien no combatirlas con valor cuando empiezan á volver á asomar la cabeza. Desgraciada sociedad si vuelven á entronizarse: aquel ensayo tomaria en el dia mayores proporciones y más estabilidad, puesto que estaria sostenido no solo por la impiedad, sino tambien por la indiferencia religiosa que tantos prosélitos cuenta en esta época. Si, como sienten los mas profundos estadistas, las leyes son ineficaces sin costumbres, tambien es innegable que sin religion no hay costumbres. Entre los crímenes, muchos se escapan de la actividad de las leyes, siendo así que no puede citarse uno solo de quien la religion no sea juez. Las leyes, por mucho que se estudien al formarlas, siempre dejan vacíos por cubrir, y estos solo puede llenarlos la religion. Multitud de delitos domésticos, de vicios ocultos y de acciones reprensibles no tienen leyes penales en el código civil; pero las tienen y bien claras y terminantes en el código de la religion, al que estan sometidas las conciencias áun de los que hacen más gala de incredulidad, pues que llega ese dia fatal, en que las leyes divinas imperan con todo su vigor en el corazon del hombre, que no puede de modo alguno evadirse de ellas.

«Con los mejores príncipes, decia Rousseau, no ha podido la filosofía hacer bien alguno que no le haga aún mejor la religion, y esta ha hecho mucho bien que la filosofía no sabria hacer.» Así es que la religion católica, sosteniendo las costumbres, sostiene las leyes y los gobiernos que las veneran, razon por la que, áun prescindiendo de su divino orígen, las consideraciones políticas por sí solas, invitan á conservarla, pues que sin necesidad de otro auxilio manda inspirando, hace un placer de la obediencia, une á

los hombres con los vínculos de la caridad, y siendo su cetro el del estado, estriba en una base comun. A los que para desacreditar al cristianismo han querido ó pretendido probar que su moral es idéntica á la de las demás religiones puede retárseles á que presenten otra que, como la católica, haya puesto por precepto indispensable el perdon de las injurias, que la víctima inocente ruegue por el perdon de sus verdugos, que prohiba al hombre la desesperacion y el suicidio, y que pruebe mejor una providencia en todos los sucesos del mundo. Ninguna otra religion ha fijado mejor las obligaciones que tiene el hombre con sus semejantes, ella ha reunido todos los estados sin confundirlos, y haciendo actos de piedad el trabajo, la fidelidad, el valor y la obediencia en esta vida, concede recompensas por estas cualidades en la eterna. Solo la religion cristiana tiene la gloria de haber vencido al despotismo, haciendo que desaparezcan sus horrores, la esclavitud, el menosprecio de la humanidad y la ferocidad de las costumbres del paganismo. «Nosotros debemos á la religion cristiana, dice Montesquieu, en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra un cierto derecho de gentes, desconocido anteriormente, que la sociedad no sabrá reconocer demasiado.» La religion cristiana en su culto formaba parte de nuestra antigua constitucion, sus leyes tuvieron efectos civiles en el estado, sus ministros tenian en él sus derechos, y ese patrimonio y una estrecha cadena unia al cristiano con el ciudadano; y por esta razon no podia atacarse á la religion sin turbar el órden público y sin atentar á la paz del Estado y á la felicidad de los pueblos; por lo cual el filósofo que dogmatizaba venia á ser el enemigo de Dios, y el enemigo de Dios lo era de los hombres y de la sociedad de este modo constituida. La filosofía con sus hechos ha producido la irreligion, consecuencia que calificaron algunos por acusacion fanática. «En efecto, mírese como se quiera, no podrá negarse de modo alguno que la impiedad ha producido la revolucion;» el trono se ha desplomado con el altar; la apostasía y la anarquía han confraternizado y se han sentado sobre las ruinas del altar y del trono. Apoderados los filósofos del poder, su mentida humanidad y libertad arrojaron la máscara que las ocultaba, y oprimiéndolo todo, su libertad, su humanidad se ha bañado en torrentes de sangre humana: de este modo lo harán siempre esos falsos apóstoles que acarician á la víctima para devorarla cuando no pueda defenderse; y así es que unos pocos años de sistema filosófico han hecho más víctimas y causado más daños á la humanidad, que en muchos siglos los pueblos más ignorantes y feroces. «Ilustrada la Europa con las luces filosóficas en el siglo pasado, se conmovió hasta en sus cimientos; y lo que debe extrañar aún más que el vértigo popular, es el de los gobiernos tantas veces avisados de las maquinaciones de la filosofía, y que no por esto dejaron de abrigar en su seno la víbora que buscaba el sitio del corazon para

picarle con mayor seguridad; por desgracia no se hace hoy dia tampoco más caso de estas tendencias que en el siglo pasado, y por lo tanto no deben extrañarse iguales, si no peores, resultados. La filosofía penetró en el consejo de los príncipes, y procuró sentarse á su lado; los magistrados, alucinados por mil causas, opusieron una débil resistencia á las invasiones de las ideas disolventes de los filósofos, y pasaban con benignidad hasta los folletos que consagraban el regicidio; y así es que de diez soberanos que murieron desde el principio de la revolucion de los enciclopedistas hasta 1814, cuatro por lo ménos fueron víctimas de las doctrinas filosóficas. Recompensado con largueza el arzobispo de Tolosa por su plan de reforma eclesiástica, la abolicion de la Iglesia en Francia fué resultado de la misma doctrina. Los bienes del clero eran codiciados, y el asunto de su enajenacion embargó todos los ánimos y hasta los gobiernos de los pueblos católicos, y en fin, de paso en paso la revolucion filosófica disolvente se acercó hasta las gradas de la santa sede de San Pedro, á fin de que derribada que fuese, terminase del todo con su cabeza visible en la tierra la religion del Crucificado, pretendiendo los enciclopedistas en su loco frenesí dar un mentís al Dios de la justicia, que prometió lo que no puede faltar, que su Iglesia subsistiria hasta el fin de los tiempos incólume á pesar de los esfuerzos del infierno. El virtuoso y sabio Pio VI, que gobernaba la nave de la santa Iglesia católica cuando el filosofismo se habia entronizado, conocia muy bien en su ilustracion el punto principal á que se dirigian todos los tiros de la impiedad; pero conociendo bien sus deberes y firme en ellos, se ofreció en sacrificio al Eterno Padre, si fuese necesario, ántes que consentir por su parte el menoscabo de las prerogativas de la Iglesia de Jesucristo, que debia custodiar y defender como su fiel vicario y legítimo representante sobre la tierra. Iguales desdichas rodean hoy por distintos caminos, pero con igual fin, si bien más simulado, á nuestro venerable pontífice Pio IX, por los sucesores genuinos de los enciclopedistas, como si estuviese reservado á los papas de este nombre ser los mártires de la moderna impiedad; empero si bien podrán triunfar de hombre los sectarios de Satanás, sus tiros se estrellarán contra la inexpugnable roca de la Iglesia, que, como siempre, saldrá tanto más pura y brillante, cuanto más arrecie la tormenta, para confusion de sus enemigos presentes y leccion severa para los que pretendan imitarles.

Hecha esta digresion, que hemos considerado necesaria para que no se extrañen los acontecimientos que tenemos que recordar, volveremos á continuar los sucesos de la vida de Pio VI, en que estamos empeñados.

Reinaba á la sazon en Alemania el emperador José II, émulo de Federico II rey de Prusia, cuya reputacion como guerrero y como hombre de gobierno y de privilegiada capacidad ha llegado hasta nosotros. Olvidando

el Emperador la buena armonía que reinó entre Roma y Viena en tiempo de María Teresa, y los beneficios hechos al imperio por la Santa Sede en la persona de Maximiliano, hijo de aquella, al que contra la voluntad de Francia, España y Prusia nombró coadjutor del arzobispado de Colonia y del obispado de Munster por el elector y los dos cabildos, no estando ordenado *in sacris*, se puso frente á frente del Pontífice, no queriendo tener en cuenta servicio tan importante: era filósofo, y como tal se creyó dispensado de la gratitud. El gran Federico, á quien pretendió imitar José II, habia caido tambien en poder de los filósofos por su amistad con el impío Voltaire, apóstol de los enciclopedistas; y queriendo á todo trance llenar el mundo con su nombre, pretendió conseguirlo por medio de la literatura, y hallando en sí mismo, en su errada opinion, bastantes recursos para poderse pasar sin ella, escribió en 1777: *Que el pueblo para ser contenido no necesitaba el freno de la religion.* José II, al tratar de imitar á Federico, lo hizo en todo lo que podia ser perjudicial, y muy poco en lo que pudiera hacer la felicidad de sus pueblos, y así fué que en cuanto subió al trono imperial, buscó la ocasion de humillar al Papa y de poner en práctica sus planes filosóficos. No tardó esta en presentarse, pues no creyendo Pio VI deber hacer los honores fúnebres á la emperatriz María Teresa, en su capilla, por ser mujer; este fué el pretexto que se buscó para romper con Roma, entrometiéndose en las atribuciones de la Iglesia, protegiendo á los protestantes, y prohibiendo recibir novicios en los monasterios, cuyas órdenes obligó á seguir á la Lombardía, en donde suprimió muchos conventos. Federico escribia en 1767 á Voltaire, hablando de los conventos: «Es preciso destruir estos asilos del fanatismo: el momento ha llegado: la Francia y el Austria están empeñadas: en vano han agotado todos los recursos de la industria para pagar sus deudas: el cebo de las ricas abadías y conventos bien dotados, es incitador. Representándoles el daño que los cenobitas hacen á la poblacion de sus estados, y al mismo tiempo su poder para deshacerse de ellos apropiándose los tesoros de aquellas comunidades, que no tienen sucesores, yo creo que se les determinaria fácilmente á intentar esta reforma; y es de presumir, que despues de haber disfrutado de la secularizacion de algunos beneficios, su codicia engulliria el resto. Todo gobierno que haga esta operacion será el amigo de los filósofos.» Estas máximas, que no tardaron en producir el efecto deseado, las siguió el emperador José II con exageracion, pues que se abrogó la facultad de nombrar los obispos y dignidades eclesiásticas, y puede decirse que abolió en sus estados toda intervencion del Papa en los asuntos de la Iglesia. Viendo Pio VI que eran infructuosas todas sus amonestaciones para detener al Emperador en el mal camino que habia emprendido contra la Santa Sede, tomó la heróica resolucion de ir en persona

á Viena, y así se lo anunció, con asombro de la Europa, en un breve dado en Roma el 15 de Diciembre de 1781. El Emperador disimuló su sorpresa, contestándole una carta notable en la que le hizo ver no solo que no variaria por nada de resolucion, si que tambien que no podia asegurarle fuese recibido con las atenciones y veneracion debidas á su alta dignidad; pero el Papa no varió su determinacion de esto, á pesar de las reflexiones que para que desistiese del viaje le hicieron sus sobrinos y los cardenales de Bernis y Borromeo, y el caballero D. José Nicolás de Azara, representante de España. Cuando éste le manifestó que podria el ministro Kannitz hasta burlarse de su dignidad, le respondió el virtuoso Pio VI: «¿Qué me importa que el ministro me ridiculice, si logro mover el corazon de su amo? ¿No sabemos que debemos parecer insensatos por Jesucristo?»

Determinado á partir para Viena, celebró el 25 de Febrero de 1782 un consistorio, en el que encargó al cardenal vicario Colonna el gobierno durante su ausencia; suprimió la bula *Ubi Papa, ibi Roma*, á fin de que si sucumbia en el viaje, pudiese tenerse el cónclave en Roma. Ordenó, que durante su ausencia estuviese expuesto el Santísimo Sacramento en las principales iglesias de Roma, y que en la misa se dijese todos los dias la colecta *pro Peregrinantibus*; mandó acuñar ochocientas medallas de oro con los apóstoles San Pedro y San Pablo en el anverso y su busto en el reverso, y llamando á su sobrino el conde Braschi le entregó su testamento. El 26 de Febrero, por la noche, bajó á los sepulcros de los Santos Apóstoles, imploró su asistencia con el mayor fervor, y celebró el oficio divino. Al dia siguiente, muy temprano, fué á la capilla del Vaticano, de allí pasó á la iglesia de S. Pedro en donde oyó misa, y en la bella sacristía que él habia enriquecido, se despidió de los príncipes del Norte (Pablo I de Rusia y su esposa), que acababan de llegar á Roma. La salida de Pio VI fué una verdadera ovacion de lágrimas y de plegarias al cielo, por parte de sus súbditos, que pedian á Dios le concediese un viaje feliz y un feliz éxito en su piadosa empresa. En Otrícoli se despidió de la grandeza de Roma y del cuerpo diplomático de las naciones, que le acompañaron hasta aquel punto, y en Cesena, lugar de su nacimiento, se despidió de su familia. En Imola recibió el Papa el 8 de Marzo el homenaje del duque de Parma y de dos delegados del rey de Cerdeña, que fueron á saludarle en su nombre, y en Ferrara supo por un enviado del Emperador que se adelantó á recibirle, que estaba ya en Roma la respuesta del Emperador á su último breve, en la que persistia en no ceder en nada de sus decisiones á la Santa Sede. En la orilla del Pó encontró el *Bucentáuro*, que le habia preparado el Senado de Venecia, en el que fué hasta Udina, última ciudad de esta república, habiendo sido una entusiasta ovacion la que tuvo en su travesía por todo el estado véneto, en el que los prelados y los

ministros de todas las naciones católicas le rindieron respetuoso homenaje. Desde que entró en los estados del Emperador hasta que llegó á Viena, en donde hizo su entrada como en triunfo el 22 de Marzo, llevando en su coche al Emperador y al príncipe Maximiliano, su hermano, que habia salido á recibirle á algunas millas de la capital, el pueblo, ansioso de recibir su bendicion, pobló los caminos y las poblaciones que atravesó. El Papa se apeó en el palacio imperial, en cuya capilla se cantó un *Te Deum* por su feliz arribo, y despues fué á alojarse en el palacio de la difunta reina de Hungría, que le estaba preparado.

Temiendo el Emperador que la presencia del Papa en su corte pudiera desbaratar sus planes de reformas, prohibió á los obispos de su imperio ir á Viena miéntras estuviese allí el Papa, y mandó á los guardias de su alojamiento no dejasen entrar á ver á Pio VI más que á personas muy conocidas, y que impidiesen se le diesen memoriales; de suerte que vino á constituirle en una especie de prision. Hecha la visita al Emperador y á su hermano el príncipe, el dia 25, fiesta de la Anunciacion de la Vírgen, fué á decir misa á Capuchinos y bajó al panteon de la familia imperial en donde oró. Pio VI presidió todas las ceremonias de la semana santa con una pompa que jamás volverá á verse en Viena, y el Emperador y su hermano recibieron de sus manos la comunion pascual, lavando el Pontífice en el mismo dia los pies á doce ancianos, que entre todos componian más de diez siglos. Oficiando el dia de pascua en la iglesia de S. Esteban, se hizo con tal magnificencia que el pueblo de Viena quedó asombrado y vió todo el esplendor que ostentaba la cabeza de la Iglesia católica, y fué tal el gentío que acudió de todas partes del imperio para tener la dicha de recibir la bendicion del vicario de Jesucristo, que no habiendo suficientes alojamientos, tenian que quedarse en las calles muchos forasteros y se temió faltasen las subsistencias.

Llegado el caso de las conferencias solicitadas por el Papa con el Emperador para arreglar los asuntos de la Iglesia, á las cuales asistió el célebre ministro Kannitz; despues que Pio VI expuso sus razonamientos, apoyados en la doctrina de la Iglesia, el Emperador eludió entrar en la cuestion, diciendo que no siendo teólogo, no podia entrar en esta discusion, que le diese por escrito sus pretensiones, y las remitiria al exámen de sus teólogos, confirmándole que no estaba en idea de retroceder en el camino que habia tomado en cuanto á sus iglesias y conventos, y que su canciller, que era el expresado ministro, más aferrado filósofo que su amo, le daria más explicaciones si las queria. En vano, cediendo algun tanto de su alta dignidad, pretendió el Papa entrar en explicaciones con el ministro Kannitz; este hombre impío y grosero faltó con el Papa hasta en aquello que exige la buena educacion, pues que ni áun le visitó, y procuró siempre eludir entrar en cues

tion con el venerable Pontífice. A pesar de que no acompañaban al Papa más que cuatro cardenales, celebró un concilio en Viena para hacer dos cardenales, y á él asistió el Emperador, que mandó imprimir el discurso que pronunció Su Santidad en la parte en que le elogiaba. Viendo Pio VI que nada adelantaba y que su viaje habia sido infructuoso, determinó volverse á Roma, y el Emperador lo dispuso todo para despedirle con la mayor magnificencia. Mandó poner á su disposicion para el viaje una suntuosa carroza, le regaló un riquísimo pectoral, el cual admitió Pio VI, diciendo que no le admitia para él y sí para la Santa Sede, á fin de que poniéndosele sus sucesores en las grandes solemnidades, reconociesen en todo tiempo su benevolencia imperial. Mandando José II á Pio VI un diploma nombrando á su sobrino príncipe del Santo Imperio, relevado de los grandes gastos que traia esta gracia, se le devolvió suplicándole reservase esta gracia para otra ocasion, diciéndole que no queria se le acusase de haber ido á Viena más para elevar á su familia que para abogar por los intereses de la Iglesia. El emperador José II puso en juego para despedir al Papa cuanto la etiqueta tiene de más pomposo, y él y su hermano le acompañaron hasta una legua fuera de Viena, en cuyo punto se abrazaron, prometiéndole el Emperador pagarle la visita, promesa que agradó á Pio VI, porque le hizo concebir la esperanza de alcanzar en Roma lo que no habia podido lograr en Viena. Inmenso fué el gentío que llenó los campos de la salida de Viena; de todo el imperio habian acudido familias enteras, y á todas echó su paternal bendicion con el mayor amor el jefe de la Iglesia. A pesar de todo lo que hemos dicho, la visita del Papa á Viena no fué del todo infructuosa, pues logró detener algunas reformas, si bien tuvo á su vez que hacer al Emperador ciertas concesiones, ofreciendo José II á Su Santidad que durante su pontificado permanecerian las cosas como lo estaban en cuanto á los obispados y beneficios en Lombardía, porque estando cercanos al patrimonio de S. Pedro, podia interesarle más el que así quedase.

El viaje del Papa en su regreso á la capital del orbe católico fué un verdadero paseo triunfal, pues que en todas las poblaciones por que pasó, las autoridades y hasta los príncipes rivalizaron en prodigarle obsequios y atenciones, y al entrar en Roma, el entusiasmo de su pueblo rayó en locura, pues que nada se perdonó para acreditarle el gozo que inspiraba su feliz regreso.

En un consistorio celebrado el 23 de Setiembre de 1782, manifestó cuanto habia sucedido en su viaje, y el resultado de su negociacion con el Emperador. Agitábanse en Roma dos partidos enteramente opuestos y cuyas doctrinas, en aquellos tiempos como hoy, son á cual más peligrosas: el uno defendia la impiedad y desconocia en la mayor parte de los casos el poder

del Papa, y el otro pretendia que todos los reyes y los pueblos dependiesen de su autoridad en lo temporal. Este último partido, tan fanático como frenético, se atrevió á insultar al Papa en un anónimo colocado sobre su reclinatorio, diciéndole, que siendo el más ínfimo de los sacerdotes habia destruido lo que Gregorio VII, el más grande de ellos, habia establecido; Pio VI, llevando con paciencia este ultraje, escribió debajo de esta insultante comparacion: «El reino de Jesucristo no es de este mundo; el que distribuye las coronas celestiales no arrebata las que son perecederas. Demos al César lo que es suyo y á Dios lo que es de Dios.» Quitándose por fin José II la máscara, publicó un edicto en el que se llamó á sí mismo el supremo tutor de la Iglesia y el administrador de sus bienes temporales, en lo cual no hizo más que imitar á Enrique VIII cuando se hizo pontífice en la Gran Bretaña. Por este edicto quitó á la Dataría el nombramiento de los obispos del Milanesado y Mantuano, suprimió, considerándolos inútiles, los monasterios apropiándose sus rentas, se encargó del nombramiento de los beneficios, cuya provision pertenecia al Papa, en lo que le imitaron algunos príncipes del imperio; por edicto de 8 de Marzo de 1783 prohibió celebrar más de una misa á un tiempo en cada iglesia, y por otro de 26 de Abril reformó las prácticas de todas las iglesias de sus estados, entrometiéndose en todo lo respectivo al culto, de tal suerte, que mereció que le llamase Federico *el Grande* el sacristan coronado. El Pontífice, sin embargo de todo esto, seguia con el Emperador su correspondencia á disgusto de los embajadores de Francia y España, que le manifestaban á cada paso lo mucho que se rebajaba en esto su alta dignidad, á lo que les contestaba, que no hay bajeza nunca en la humildad cuando se trabaja en servicio de Dios. Nombrado el prelado Vizconti por el Emperador arzobispo de Milan sin la concurrencia de la Santa Sede, á pesar de lo que habia prometido en Viena, Pio VI le envió un breve en el que empleó con energía el lenguaje que le convenia como jefe de la Iglesia. En vista de este breve, José II se decidió á volver al Papa su visita para arreglar este asunto, y con esta idea salió de Viena el 6 de Diciembre de 1783, y entró con el nombre de conde de Haga en Roma el 23 del mismo mes, apeándose en casa de su embajador el cardenal Herzan. En cuanto llegó, mandó un recado al caballero D. José Nicolás de Azara, embajador de España, á quien conocia desde 1769, rogándole le indicase uno de los teatros en donde pudiesen verse aquella noche; Azara le señaló su propio palco en el teatro de la Opera. Recibida esta contestacion, se hizo conducir el Emperador por su ministro al Vaticano, en donde aún se ignoraba su llegada; de suerte que Pio VI no tuvo más tiempo que salir del modo que le cogió á recibirle. Despues de haber conversado un rato amigablemente, bajaron juntos á la iglesia de S. Pedro, en donde el Papa ofreció un reclinatorio al Em-

perador al lado del suyo, pero éste se excusó modestamente de este honor, y se arrodilló á orar dos pasos detrás del Pontífice. Asistiendo José II al teatro donde le esperaba Azara, fué visitado por el rey de Suecia, que hacia poco habia llegado á Roma, y por otros varios personajes de los que procuró desasirse cuanto ántes para hablar con Azara. Ya solos estos dos colosos en aquella época, cada uno por su estilo, el Emperador le dió cuenta del rompimiento con Roma que tenia proyectado, con el cual se trastornaba la disciplina de la Iglesia, plan que llevó á cabo despues la Francia y que en alguna parte han imitado otros estados, lo cual ha causado arroyos de sangre, habiendo llegado hasta el punto de ser degollados los ministros del Señor hasta en el santuario. Azara, ilustre español, cuya gran capacidad y talento nadie ha puesto en duda por más que se haya pretendido juzgar mal sus intenciones, trabajó mucho para convencer al Emperador de lo descabellado de su temeraria empresa, haciéndole ver los peligros en que pondria á la religion, á la Europa entera y áun á la persona del Papa y la suya propia, y si no lograron convencerle del todo sus razones, moderó mucho sus exigencias y salió de aquel lugar con disposiciones ménos hostiles.

Varias conferencias tuvo el Emperador con el caballero Azara y con el cardenal de Bernis, embajador de Francia, en los seis dias que estuvo en Roma, y una muy animada con el Papa, en la que ambos hicieron valer sus derechos y pretensiones; y saliendo despues para Nápoles, dejó encargado á su embajador, el cardenal Herzan, un convenio firmado, por el que el Papa debia cederle el nombramiento de los obispos de Lombardía, documento que no tuvo efecto alguno. Volvió de Nápoles el Emperador, y las gestiones pendientes se acaloraron; pero el Papa venció por fin al filósofo soberano en la cuestion sobre los obispados del Milanesado, y más bien avenidos despues de esto, salió José II de Roma dejando contento al Papa y á los romanos, y el cardenal Vizconti fué al fin propuesto por el Pontífice para la la silla arzobispal de Milan, con lo que, sin perjudicar los derechos de la Santa Sede, se libró la Iglesia de un grave disgusto.

La satisfaccion que experimentó Pio VI por la avenencia con el Emperador, se aumentó con los obsequios que le hizo Gustavo III, de Suecia, cuyo rey habia permitido á los católicos de sus estados el ejercicio público de su religion, suspendido hacia doscientos cincuenta años desde Gustavo Wasa; y con la noticia oficial de la conversion de cuatro obispos jacobitas del patriarcado de Antioquía, de sus cleros y de gran número de legos. Invadida la Alemania por el filosofismo de la época, todo era confusion en las ideas religiosas, que diariamente causaban disgustos á Pio VI, llegando el caso de formar cuatro arzobispos una especie de congreso en Ems, cerca de Coblentza, en el que se deliberó sobre cuestiones que canónicamente per-

tenecen á la Santa Sede. Tan pronto como se enteró el Papa de este faccioso congreso, le hizo frente con la mayor energía por medio de sus disposiciones, y los proyectos que allí se forjaron se eclipsaron ante la imponente actitud del sucesor de S. Pedro y las determinaciones del emperador José, que contentándose con inquietar insensiblemente á la Iglesia, no consintió se la atacase tan abiertamente en sus estados. Fueron desertando tantos magnates y prelados de las banderas de la Iglesia por afiliarse á las levantadas por el filosofismo, que parecia hallarse en el mayor peligro y próxima á triunfar de ella el ateismo y la incredulidad; pero, como dice un autor, no fué la Alemania de donde vinieron las tinieblas á envolverla por algun tiempo, pues las pasiones combatieron allí á las pasiones, la independencia vino á oponerse á los estragos de la independencia, y los obispos no queriendo sujetarse más á los metropolitanos que éstos á la Santa Sede, no pudieron conciliarse con los jefes de la insurreccion de Ems. Llegada que fué en este tiempo la revolucion francesa, la Alemania se detuvo en su marcha reformadora, espantada de los hechos de aquella desde sus principios.

Siguió el emperador José II su sistema religioso, reformador hasta el fin de su reinado, protegiendo con su tolerancia á los protestantes de Hungría y desplegando de tal modo en los Paises Bajos su proselitismo filosófico, que varió todo, hasta el culto, y no dejó nada en su debido lugar; lo cual llenó de amargura el alma sensible y religiosa de Pio VI, y puso en consternacion las conciencias de los fieles, á lo que contribuyó mucho la creacion de un seminario general en Lovaina, con el objeto de que se formase la instruccion con arreglo á las ideas irreligiosas que dominaban en la corte, y para crear una falange capaz de resistir á los que se oponian á las innovaciones del Emperador. Encontrando obstáculos el Emperador para que los demás seminarios se sometiesen al de Lovaina, inclusa la universidad, se trató de llevarlo á cabo por la fuerza; pero al llegar las tropas, catedráticos y estudiantes se fugaron, y esto atrajo graves disgustos, pues que entronizada la revolucion en el reino de Francia, el Brabante siguió su ejemplo, y al principio de 1790 los estados de Namur, de Brabante y de Limburgo se unieron á la provincia de Flandes, restablecieron la universidad de Lovaina, volvieron á los frailes á sus conventos, y nombraron al arzobispo de Malinas presidente de aquella confederacion. La Alemania ardia en una lucha religiosa que amenazaba producir un grande incendio, y el moribundo emperador José II, que toda su vida habia causado amarguras al Papa, acudió á él procurando evitar que los males que habia ocasionado su imprudencia y filosofismo en los Paises Bajos tomasen mayores proporciones. Pero cuando Pio VI, olvidándolo todo, se preparaba á dar los auxilios de que podia disponer al soberano filósofo José II, este desgraciado innovador murió el 20 de

Febrero de 1790, dejando su imperio en la más espantosa anarquía religiosa.

A la muerte de José II subió al trono del imperio por eleccion Leopoldo, gran duque de Toscana, su hermano, y conociendo lo que le convenia en la situacion deplorable que encontró los estados, dió un decreto desaprobando todo lo hecho en Bélgica por su antecesor, y ofreciendo á los insurgentes entero olvido de lo pasado. Anunció desear estar en buena armonía con Roma; restableció muchas instituciones religiosas; hizo entender que no se mezclaria en asuntos espirituales, que sobre esto se dirigiria á los obispos, y que no permitiria que ningun tribunal usurpase sus derechos. Viendo que los llamados patriotas religiosos de Bélgica no querian deponer las armas, ni hicieron caso de la amnistía que les concedió, mandó atacarlos al general Beuder, el que en muy pocos dias reconquistó la Bélgica sin disparar un fusil, quedando apaciguado el país desde el 2 de Diciembre de 1790, en que dicho general entró en Bruselas; todo lo cual fué muy satisfactorio para Pio VI, que viendo el estado irreligioso en que se iban poniendo los pueblos católicos, no hacia más que orar y llorar amargamente, pidiendo á Dios remedio para tantos males.

«La filosofía moderna (dice un anónimo traducido al español por el ilustrado presbítero Bermejo) hidra terrible, introducia el espanto y el terror en todos los corazones que no habia inficionado con su veneno. Proscripta en Francia por el sabio Fleury, habia sido acogida por un monarca del Norte, que tuvo la imprudencia de establecer en el seno de sus estados una especie de colegio de ateismo. Desde allí se lanzó sobre toda la Europa, y se apoderó del espíritu de casi todos los tronos de esta parte del globo. Por todos lados rodeaba al de Luis XVI, pero sin haber podido jamás sentarse sobre él con este príncipe. Sabido es cómo le ha castigado sus desprecios y aversion.» Ella habia envuelto en sus redes á este mismo Leopoldo, que al subir al imperio, supo zafarse de ellas con energía. Antes de reconocer su error el duque de Toscana habia causado muchos sentimientos á Pio VI desde su elevacion al pontificado, aconsejado por Scipion Ricci, obispo de Pistoya, muy celoso de las doctrinas luteranas y calvinistas. Empezó el inesperto Leopoldo por reformar las órdenes religiosas de motu proprio, proscribir imágenes imitando á los iconoclastas y resucitando sus ideas á medias, suprimiendo fiestas y amenazando con el cisma si el Papa no sancionaba sus impías ridiculeces. Abandonado este Gran Duque á los consejos del expresado Obispo, le dejó hacer en Pistoya todas las ridiculeces y escándalos que le sugirió su loca impiedad, y así es que en este estado quedaron suprimidas las fiestas del Corazon de Jesus, las estaciones del *via crucis*, la confesion auricular, diez y siete conventos, y mandó se aboliese la lengua latina en la Misa y que se dijese en italiano. Alentado con que Pio VI no le excomulgaba, lo que no

hizo este moderadísimo y paciente Pontífice por amor á la paz, lo tomó á debilidad y aconsejó y obtuvo de Leopoldo la reunion de un sínodo, cuya autoridad reemplazase á la de Su Santidad. Convocado el sínodo se reunieron en el palacio Pitti diez y ocho entre arzobispos y obispos, de los que la mayor parte estaban reputados de piadosos y ortodoxos de purísima doctrina, los cuales, entre los que se contaban los arzobispos de Florencia, Pisa y Sena, negaron su voto á la descabellada reforma de Ricci. Advertido el pueblo de la herejía de su obispo Ricci, invadió furioso su palacio y quemó cuanto en él encontró, prorumpiendo en mueras, y no hizo poco en poderse librar del furor popular, acogiéndose al palacio de su soberano, en el que ó por generosidad ó por hipocresía pidió gracia para sus perseguidores, que fueron presos y despues perdonados. Creado por el Gran Duque superintendente de los bienes de los monasterios suprimidos, Ricci admitió el cargo, mas no el sueldo señalado; pero siguió su predicacion contra Pio VI diciendo á todos que Leopoldo tenia una cabeza que sabria reemplazar á la del Papa. Instigado el Gran Duque contra el Pontífice, se empeñó en dar un obispado á un jansenista amigo suyo, pero Pio VI se resistió á nombrarle con energía; mas esta negativa misma fué causa de la caida del impío obispo de Pistoya de la gracia del Duque por insinuacion del emperador José II, que aconsejó á su hermano que no diese tanto valor á sus consejos. Como el Gran Duque permitiese que la prensa de Toscana escribiese contra la Santa Sede, Pio VI prohibió su introduccion en Roma, y esto produjo el decreto de 20 de Setiembre de 1788, en el que abolió Leopoldo la jurisdiccion de la nunciatura en sus estados, prohibiendo además toda apelacion á la Santa Sede. Volviendo Ricci á la gracia soberana, ya no guardó miramiento alguno con Roma, hizo imprimir las actas de su sínodo, añadiéndose una memoria injuriando á la corte de Roma. No contento Leopoldo con afligir de este modo á Pio VI, se dispuso á arrebatarle por medio de las armas el ducado de Urbino, que pretendia haber sido usurpado por los papas á sus antecesores y como á la fuerza solo podia oponer Pio VI oraciones y súplicas al Dios de las misericordias, para aplacar algun tanto á Leopoldo mandó suspender la quema, por mano del verdugo, de los libros publicados por el obispo de Pistoya, sentencia que habia dado la congregacion de cardenales nombrada para juzgarlos. Al subir Leopoldo al trono imperial por muerte de José II, cambió la escena en el imperio como hemos visto, y tambien en Toscana. La Regencia provisional del ducado restableció todo lo que habia suprimido Leopoldo, y como el nuevo Gran Duque no participaba de las ideas de su padre, desterró á un convento al obispo de Pistoya, haciéndole ántes dimitir el obispado, lo cual puso en noticia del Papa asegurándole su adhesion y amor á la Santa Sede, cosa que consoló mucho á Pio VI, cuyo sensible cora-

zon se hallaba contristado con las disensiones que la filosofía moderna suscitaba por todas partes para prepararse al gran golpe social y religioso que habia concebido para trastornar por completo la sociedad europea.

Jamás se habia visto un pontificado tan combatido por los suyos como lo fué el de Pio VI; parece que se habian congregado todos los estados católicos para hacer guerra sin tregua á la cabeza visible de la Iglesia, que las ovejas se habian concertado contra su pastor, y que la nave sagrada se habia convenido en echar á pique al delegado pescador, al consagrado piloto. Pero qué es de extrañar? Nunca como entónces la filosofía impía habia tenido un poder más extenso, ni mejor organizados sus escuadrones para dar el ataque, ni mejor dispuestas sus baterías para asestarlas contra la Santa Sede sobre cuyas ruinas cifraba su gloria, porque de su ruidosa caida creia seguro su triunfo sobre la religion del Crucificado, desconociendo que esta fuerte roca es inexpugnable, y que á pesar de todas las fuerzas reunidas del infierno ha de permanecer incólume hasta la consumacion de los tiempos; porque así lo prometió todo un Dios, cuya palabra no puede faltar ó dejaria de serlo.

Hacia medio siglo que la filosofía moderna trabajaba sin tregua contra la religion invadiendo las córtes y hasta sentándose en los tronos; daba entera libertad á todas las pasiones, eximia del yugo de los escrúpulos, y, como dice un autor, «hacia pedazos el puñal de los remordimientos; se habia ocultado bajo la mitra; habia descendido hasta las últimas clases del pueblo; habia penetrado en los cláustros, en los colegios y en los seminarios; y en fin en todas partes se habia hecho prosélitos.» Véase, pues, el grande enemigo que desde que subió á la silla de S. Pedro tuvo que afrontar Pio VI, contra quien dirigia sus tiros desde todos los lados. Nápoles, Toscana y Viena, ya hemos visto como se portaron con el jefe de la Iglesia; la católica España, ménos inficionada que ninguna en las ideas filosóficas que rodaban solo en la cabeza de unos cuantos magnates, tambien afligió algun tanto su corazon en la cuestion de los jesuitas; Portugal en este mismo asunto le dió su punzada, que hubiera sido cruel si el ministro Pombal no hubiera sucumbido pronto, y lo propio hizo el Brasil, cuyo príncipe filósofo arrebató la muerte ántes de que pudiera llevar á cabo mayores trastornos contra la Iglesia; la república de Venecia se le mantuvo siempre hostil y revoltosa; Módena le hubiera combatido con las armas para arrebatarle á Ferrara, si las potencias no lo estorbasen; y en fin la Francia, que durante la lucha de las expresadas naciones con la Santa Sede no dió á esta más que satisfacciones, gracias á la religiosidad y aversion al filosofismo de su desgraciado rey Luis XVI, en cuanto éste sucumbió, rompiendo todos los lazos sociales y religiosos, dió á Pio VI el golpe de gracia como si hubiese ido reuniendo los proyectiles de los

demás pueblos para arrojarlos con los suyos de una vez contra el virtuoso Pontífice.

En medio de tan graves disgustos, algunas satisfacciones suspendieron por momentos el martirio que causaban en el sensible corazon del Santo Padre: la parte de América emancipada (Estados-Unidos) aunque protestante en su mayor parte, le pidió en 1789 un obispo para su iglesia católica; la Siria y la Suecia aumentaron el número de los católicos y guardaron atenciones al vicario de Jesucristo; la Prusia, mandada por Federico *el Grande*, prometió respetar las propiedades eclesiásticas y lo cumplió, acogiendo tambien á los jesuitas en su reino. Catalina II, aunque cismática, protegió en Rusia á los jesuitas creyéndolos necesarios para la educacion de la parte eclesiástica de sus estados, y mantuvo con Pio VI una correspondencia filial, concediéndole cuantos derechos tenia sobre los católicos de su imperio. La Polonia amó al Pontífice, y excepto algunas dificultades, que se salvaron, se portó con relacion á este afecto filial; y así fué que cuando la Polonia vió abolido el culto en Francia, declaró en 28 de Setiembre de 1790 en un acto solemne, que la religion del estado polaco sería la católica; y jamás tuvo que quejarse del duque de Parma, con el que no tuvo entrada la filosofia que alejó de sí como perniciosa. En fin, puede decirse que Pio VI fué martirizado por sus propios hijos los católicos, y considerado y hasta venerado por los más poderosos jefes de las religiones contrarias á la Iglesia católica, por sus enemigos.

Con mucha razon dice, refiriéndose á esta época y á este Pontífice, un ilustrado autor francés de la *Vida de Pio VI*, que tradujo al español el ilustrado sacerdote Bermejo, del que hemos tomado parte de nuestro escrito: «En otro tiempo, por un abuso que estamos léjos de querer justificar, era la Santa Sede una ciudadela que dominaba todos los soberanos, y desde la cual se lanzaba alguna vez el rayo que hacia pedazos sus tronos. En estos últimos tiempos, por un exceso contrario, era el punto de vista hácia el que se dirigian todas las baterías de la autoridad temporal, pues las agresiones que experimentaba cada dia no dejaban á sus defensores lugar para respirar.» Si pretendiéramos hacer un paralelo entre estos tiempos que describimos y los en que vivimos, y entre Pio VI y Pio IX, que hoy rige la combatida nave de S. Pedro, ¿cuántos puntos semejantes no encontraríamos? Entónces, como ahora, se combatió por la impiedad á la Santa Sede, y contra Pio IX se lanzan los dardos de este mónstruo enemigo de la religion del Crucificado, como se lanzaron contra Pio VI, que dejó á este sucesor de su nombre trazado el camino del martirio. Empero, así como entónces Dios vino á sostener su Iglesia y á confundir en el polvo á sus soberbios y poderosos enemigos, el mismo fin deben esperar los que hoy la combaten, y los que hayan osado ó se atrevan aún á llevar su sacrílega mano al arca santa,

porque nadie ofenderá impunemente la majestad y omnipotencia de Dios.

La aficion que Pio VI tenia á los jesuitas, á quienes protegió cuanto pudo, le proporcionó muchos disgustos con las cortes católicas en que imperaba la casa de Borbon, que habia alcanzado la supresion de la Compañía de Jesus de su antecesor Ganganelli, ó sea Clemente XIV; pero la decidida proteccion que prestaron á estos religiosos Federico, *el Grande*, de Prusia, y la magnífica Catalina de Rusia, á pesar de las complicaciones en que le envolvió esto con aquellas córtes, llenó su alma de gozo, porque vió sostenida, si no en pueblos católicos, una institucion de la que habian salido tantos sabios y que habia producido tan grandes santos como S. Ignacio de Loyola, su fundador, y S. Francisco de Borja, duque de Gandia, ambos españoles ilustres. La España, al seguir el torrente revolucionario contra los jesuitas, fué ingrata y falta de patriotismo á la vez, pues que la Compañía de Jesus que destruyó fué una creacion suya, que por orgullo siquiera, ya que no fuese por piedad, debia conservar, mostrándose agradecida á las grandes conquistas y extension de territorio que le proporcionaron con su predicacion y doctrina estos granaderos de la religion y de la monarquía, como con mucha razon los calificó el impío Voltaire.

Otro pontífice ménos animoso que Pio VI hubiese estado acobardado todo su pontificado á la vista de tantas contrariedades como se le suscitaron, y de tan graves cuestiones religiosas como afligieron á la Iglesia, combatida en su época por casi todas las naciones católicas á pretexto de reforma de disciplina; pero el papa Braschi, al paso que lloraba diariamente á causa de los estragos que causaba la impiedad, no se amilanó nunca, y poniendo en Dios su confianza, hizo frente á la tempestad, no con la fuerza que da la desesperacion y el amor propio vejado, sino con la energía que proporciona á los justos la humildad cristiana asociada á los deberes y á los principios religiosos que deben defenderse áun á costa de la vida. Al propio tiempo que Pio VI se ocupaba de defender los derechos de la Iglesia y las prerogativas de la Santa Sede, tan combatidas por todos los Estados, no olvidaba el embellecer á Roma con cuanto pudiera hacerla digna de su grandeza. Al Museo Clementino, formado á sus instancias en la habitacion que ocupó el papa Inocencio VIII por Clemente XIV, unió el suyo, llamado *Musæum Pium*, haciendo al efecto un magnífico edificio al lado de aquel; y en ambos museos se reunieron de órden suya, por el célebre anticuario Vizconti, multitud de preciosas obras artísticas del antiguo, extraidas de las excavaciones que promovia su aficion á esta clase de estudios. Legó á Cesena, de donde era natural, su biblioteca, dotándola de los suficientes fondos para que fuese pública. Valiéndose de la disposicion arquitectónica de Antenori, levantó sobre sus pedestales las dos enormes estatuas ecuestres

que á los lados del obelisco que habia descubierto en los cimientos de San Roque el año anterior hacen frente al palacio Quirinal. Abolió todos los privilegios de los lugares de refugio para los criminales, que, como herencia del paganismo, conservaban algunos templos, haciendo que se prendiese á los criminales en donde se encontrasen; y tambien privó á los cardenales y los legados *à latere*, en virtud de la bula de Clemente XII, de dar salvoconductos á los criminales que se acogian á su proteccion. Levantó á Clemente XIV el magnífico sepulcro que eclipsó los suntuosos de Farnesio y Leon de Médicis en la iglesia de S. Pedro, cuyo monumento hizo se considerase al famoso escultor Canova como el Miguel Angel del siglo XVIII. En 1792 beatificó á Benito José Labre, boloñés, que murió en 16 de Abril de 1783, religioso del órden Cisterciense. Jamás se ostentó en Roma con mayor magnificencia las ceremonias religiosas pontificales que en su tiempo, las que describe el autor inglés Juan Moré como la cosa más notable que podia presentar el culto en todas las religiones. Establecido el año 1300 por Bonifacio VIII el jubileo del año santo, para que se celebrase cada cien años, cayó en este pontificado el año 1775 (así como tambien el de exaltacion), y Pio VI le hizo celebrar con una magnificencia jamás vista. En fin, en todo fué grande este pontificado, hasta en las desgracias.

Hemos llegado al punto culminante de nuestra tarea, á la parte más interesante y aflictiva, en que empieza el martirio de Pio VI, tan hábilmente preparado por sus enemigos, y la desgracia de no pocos poderosos de los que ayudaron á éstos en sus intrigas y maldades.

La cristianísima Francia, como hemos dicho, no habia entrado en la conflagracion de las demás potencias católicas para afligir al Pontífice; su piadoso y desgraciado monarca habia guardado á Pio VI todas las atenciones que se merecia su elevada categoría como jefe de la Iglesia, y áun cuando el filosofismo habia hecho en este país una gran conquista hasta en el gobierno, no logró sentarse en el trono con Luis XVI. A pesar de esto, la Francia, que siempre fué la protectora de la Santa Sede, habia de ser su verdugo más encarnizado, y á este fin se fueron llevando poco á poco las cosas por los filósofos enciclopedistas. Juzgó conveniente Luis XVI reunir á la órden de Malta los religiosos de S. Anton, órden creada en 1095 junto á Viena del Delfinado por el caballero vienés Gaston, para la asistencia de los enfermos que padecian la enfermedad llamada entónces fuego de S. Anton, los cuales se distinguian por una T que llevaban en el pecho y sobre el hombro; y esto, que tuvo lugar en 1775, causó el primer disgusto que la corte de Francia dió á Pio VI por la resistencia que en cierto modo puso á la manera con que se hizo. No fué ménos aflictivo para el Pontífice el escandaloso proceso al cardenal Rohan y su prision en la Bastilla, por haber sido acusado de fal-

sedad y de estafa, cuyo Cardenal se sometió á ser juzgado por el parlamento de París contra el privilegio que le prohibia ser juzgado como príncipe de la Iglesia solo en Roma; y el cual, convencido de ligereza, de imprudencia y de prodigalidades vergonzosas, fué desterrado de Francia. No conociendo muchos prelados franceses el daño que hacian á la Iglesia y el que podia resultarles á ellos mismos, se alistaron en las banderas del filosofismo, y áun se asociaron á d'Alembert y á Voltaire, enemigos públicos de la religion, como miembros de la Academia Francesa. No se pararon á considerar que la carrera de las innovaciones es resbaladiza; que no se para en ella siempre que se quiere; que frecuentemente se va más léjos de lo que se desea, y que este involuntario ímpetu termina en una terrible caida por lo general. Ensayada la elocuencia destructora de los novadores en los monjes, que poseian bienes inmensos, los mismos prelados filósofos no tenian reparo en sacrificarlos para la salvacion del clero; pero se engañaron, pues que esto no hizo otra cosa que aumentar el apetito de los filósofos, preludiado en 1787 en la confiscacion de los Celestinos, que habia sido fundada en el siglo XIII por S. Pedro Moron, y de la comunidad de Cluni, establecida el año 910 por el abad Bernou en Cluni, obispado de Macon en la Borgoña. Al propio tiempo que se lanzaba á los religiosos de sus casas, se concedia á los protestantes un estado civil en Francia, y sin embargo la prudencia y moderacion de Pio VI en tan delicadas circunstancias fué elogiada hasta de los mismos filósofos.

Convocada en Francia la famosa Asamblea de los Notables, en ella empezaron á desenvolverse los gérmenes que causaron la destruccion de la monarquía, allí vertió su mortífera doctrina el espíritu reformador, destructor por esencia: se suprimieron las annatas, tributo que el clero francés pagaba al jefe de la Iglesia, considerándole los enciclopedistas como tributo vergonzoso y ridículo, de cuya supresion ninguna ventaja tuvo el tesoro público, pues que redundó exclusivamente en beneficio de los propietarios. Deseando la Asamblea llegar al fin que se habia propuesto, el 2 de Noviembre de 1789 declaró que todos los bienes del clero pertenecian á la nacion, golpe que sufrió Pio VI con la mayor prudencia y resignacion, por más que se destrozase su alma, ya demasiado lastimada. Un diputado de Aviñon propuso á la Asamblea la reunion de este condado á la Francia, y en seguida se decretó así, quitando al Papa su posesion: reclamó Pio VI ante el juicio de las naciones; pero estas callaron, como lo han hecho en estos tiempos con Pio IX, al que se han arrebatado las legaciones, y se resignó fiando solo en Dios su causa. Hasta aquí vemos á Pio VI devorar en silencio su acerbo dolor, pero llegó un momento en que no pudo permanecer mudo, porque de quedar en él hubiera hecho traicion á los intereses de la Iglesia. Establecida por la Asamblea una nueva constitucion del clero, la que se obligaba á

todos los eclesiásticos á prestar juramento, á mantener las nuevas ordenanzas impuestas, cuya resolucion sancionó el Rey, armándose el Pontífice con los rayos de la Iglesia, publicó el breve con que la Santa Sede hiere con el anatema los atentados contra la religion católica y la constante fe de la Iglesia, el que publicado el 2 de Marzo de 1790 fué acatado por todos los obispos fieles á la doctrina católica, á quienes se mandó. Envalentonada la Asamblea y deseando dar el último golpe á la religion, abolió el 10 de Agosto de 1792 el culto, y desde entónces los ejercicios de piedad fueron mirados como crímenes, y la impiedad, la profanacion y la blasfemia se tuvieron por actos de civismo. Desde que empezó esta persecucion la mas cruel y encarnizada que ha sufrido la Iglesia católica desde su establecimiento, no cesó Pio VI de llenar sus deberes paternales; al paso que consolaba á los unos, exhortaba á los otros, recordaba sus deberes á los que se extraviaban, elogiaba á los valientes defensores de la fe, respondia á todas las cuestiones que se le proponian, esparcia con sus breves la luz evangélica y la instruccion, proveia á cuantas necesidades podia; y al propio tiempo que anatematizaba las impiedades de los revolucionarios, imponia á los realistas que á pretexto de defender la religion ejecutaban actos indignos de ella. La dulzura con que Pio VI, como cariñoso pastor, llamaba á sus ovejas extraviadas, ensoberbecia más á los jacobinos franceses, los que quemando sus retratos en las plazas, sentian mucho no poderlo hacer con su persona. ¡Qué diferencia entre el furor impío de estos mónstruos y la moderacion de Pio VI!.... Al paso que aquellos degollaban sin piedad á los fieles, solo por serlo, éste perdonaba la vida á Cagliostro, que con ánimo de revolucionar á Roma y destituir al Papa habia ido á la corte pontificia, en donde fué denunciado por su mujer Lorenza Feliciani, llamada en Francia Serafina, contentándose con condenarle á prision.

En la ciudad santa se aumentaba diariamente el número de franceses, y en particular sacerdotes, que huyendo de sus verdugos venian á acogerse bajo el manto de San Pedro; Pio VI los recibia con el mayor cariño, procurando su consuelo por todos los medios posibles, contándose entre las personas ilustres que vinieron á guarecerse á su sombra las tias del desventurado Luis XVI y el abad Maury, apóstol verdaderamente de la religion, á quien Pio VI concedió el capelo en premio del heroismo con que habia peleado por la fe de Jesucristo.

Viendo las potencias los estragos que la revolucion causaba en Francia, y queriendo evitar el contagio, se coligaron y empezó esa lucha tan desastrosa y sangrienta que conmovió la sociedad europea entera, á últimos del siglo XVIII y principios del presente, guerra en que no tomó parte Pio VI, pues que demasiado débil para suministrar tropas, y pobre para

ayudar con dinero, se contentó con levantar las manos al cielo para implorar misericordia. Envalentonados los franceses que vivian en Roma con las ideas revolucionarias que triunfaban en su país, y especialmente los jóvenes artistas, se consideraban dispensados de guardar al gobierno del Papa las consideraciones debidas hasta el punto de concitar al pueblo contra ellos, lo que obligó al Pontífice á asegurar á algunos para librarlos de su furor; pero esto suscitó nuevas complicaciones, porque el Directorio francés pidió la libertad de los arrestados con insultos y amenazas. Creció el descaro de los franceses en Roma al ver que el Directorio favorecia sus intentos, y se atrevió á insultar á todos los que no querian secundarlos. Enséñanos la historia, y bueno será recordarlo en la época actual, que los franceses han inspirado en todos tiempos una fuerte aversion á los italianos por su ligereza é indiscrecion, lo que unido en esta ocasion á la impiedad y al menosprecio á la religion que ostentaban, aumentó la antipatía con que el pueblo romano los miraba, antipatía que Pio VI no podia evitar, así como tampoco debia dejar de reprimir los excesos de los franceses, á fin de que los romanos se contuviesen no viendo que quedaban impunes.

Careciendo la República Francesa de embajador en Roma, el que tenia en Nápoles mandó á la ciudad santa á su secretario Mr. de Basseville para que representase á Francia. Entró este funcionario en Roma acompañado de Floste, mayor de la escuadra de Nápoles, adornados con la cucarda tricolor. Recibiólos el Papa con agasajo, y lo propio su ministro de Estado, pero los romanos no fueron tan complacientes, pues que desde su entrada les manifestaron el desagrado que su presencia les causaba. Los artistas de la Academia Francesa en cuanto se vieron con un representante de su país que los protegiese, decidieron quitar del edificio las armas de los Borbones para poner en su lugar las de la república, y como no faltase quien divulgase la noticia por el pueblo, éste empezó á reunirse con ánimo de evitar ó castigar aquella manifestacion. En esta ocasion Basseville y Floste se paseaban en coche por entre la multitud que se iba agrupando, á la que miraban con aire altanero, haciendo gala de sus cucardas tricolores. No pudiendo sufrir el pueblo el aire orgulloso de aquellos republicanos, por un instinto natural ó instigado por los que figurar quieren de jefes en los motines, empezaron á apedrear al coche y áun á dirigirle algunos tiros con armas de fuego. Conociendo Basseville ya demasiado tarde su imprudencia, mandó al cochero que se dirigiese á su casa á todo escape. Su orgullo mal comprimido le obligó á hacer frente á los amotinados, pero asestando uno de estos contra él su fusil, cayó atravesado de una bayoneta, y en este estado le condujeron moribundo á un cuerpo de guardia inmediato. Sitiados por el populacho enfurecido los artistas franceses en el palacio de la Aca-

demia, hubieran perecido todos, si por un lado el caballero Azara, embajador de España, á quien el pueblo consideraba mucho, no corriese en su auxilio, y el Papa no tomase instantáneas y enérgicas providencias para evitarlo. Apaciguado el motin por las tropas pontificias y encargándose Azara, á ruegos del Papa, de proteger á los revoltosos artistas, éstos salieron de Roma aquella noche en carruajes del caballero y con salvoconductos que asegurasen sus personas. Grande fué la afliccion de Pio VI por este funesto acontecimiento, cuyas fatales consecuencias preveia, y de su órden se publicó un edicto llamando al órden y conminando con severas penas á los sediciosos. El caballero Azara cuidó de que se diese decorosa sepultura á Basseville é hizo, por decirlo así, de padre de los franceses que se hallaban en Roma, los que en mucha parte debieron la vida á su proteccion, así como el Papa tuvo que agradecerle que se calmasen algun tanto los ánimos de sus súbditos.

Conociendo Pio VI que el suceso que acabamos de referir habia de llamar contra Roma los ejércitos de la república, ejércitos que marchaban de victoria en victoria, máxime cuando las riquezas de Roma incitaban á los demagogos deseos de cebarse en ellas como carnívoras aves que la acechaban, no olvidando que debia sostener el doble carácter de jefe de la Iglesia y de soberano de Roma, levantó tropas, puso sus plazas en estado de defensa, y guarneció sus costas, á pesar de que conocia que todo seria poco para resistir á tan formidable enemigo. Como el espíritu revolucionario tiene siempre fácil entrada en el ignorante pueblo, éste, que tan indignado se mostraba contra los franceses, buscaba ocasiones de bullanga en todo, y valiéndose el año de 1795 de la prohibicion de celebrar el carnaval, que para evitar males se habia impuesto, se amotinó contra algunos poderosos que supieron librarse de su furor con un poco de oro, y saqueó algunas casas de varios particulares, é hicieran más si la fuerza pública no lo dispersase. «Llegadas las cosas á este punto, dice un autor, el Pontífice hizo todo lo que la experiencia y la sabiduría humana pueden imaginar para salvar un estado en los bordes de su ruina.» Exhausto de recursos el erario, Pio VI vendió sus carrozas y sus mejores caballos para atender á las necesidades de sus estados y sostener el crédito del papel moneda que se habia visto precisado á crear; conducta que contrastaba con la observada por los patriotas franceses, que se aprovechaban del descrédito de los asignados para aumentar su fortuna.

Dueños los franceses de Milan y de la Lombardía, buscaban un pretexto para arrojarse sobre el patrimonio de S. Pedro, que son hoy como entónces los sueños dorados de los enemigos de la Santa Sede, y no tardó mucho tiempo éste en presentarse. Acusóse al Papa ante el Directorio francés de que no solo habia permitido el paso por sus estados á tropas napolitanas que se

dirigian al Milanesado, sino que las habia dado guias y proporcionado víveres, lo que efectivamente se hizo por la imposibilidad de evitarlo, y esto bien lo sabian los mismos que le acusaban de haber roto su neutralidad por este acto. Viendo Pio VI lo próxima que estaba la tempestad que contra él se dirigia desde el principio de la campaña de 1796, buscó todos los medios propios para conjurarla. «Perplejo en la eleccion de mediador, dice uno de sus biógrafos, puso los ojos en el caballero Azara, embajador de España, y seguramente que no podia valerse de un negociador más grato á los republicanos, y más capaz de desarmar á un vencedor irritado. La corte de España era entónces amiga y aliada de la República Francesa. Su ministro tenia toda clase de derechos á la estimacion y confianza del Directorio. Azara era uno de esos hombres extraordinarios cuyo genio se eleva sobre los perjuicios de su país y de su siglo, y cuya alma es bastantemente grande para sacrificarse á la felicidad de la humanidad; ellos pueden engañarse en sus sistemas; el entusiasmo de la virtud los seduce alguna vez, pero sus intenciones son puras; y aunque comunmente hagan mucho mal, se les perdona, se les compadece, y áun algunas veces se les admira en consideracion al bien que querian hacer. Azara, dotado de un espíritu vivo, grande, penetrante, cultivado con un gran número de conocimientos y madurado con profundas meditaciones, templaba la fogosidad de un genio activo y de una imaginacion ardiente con la sabiduría y la prudencia de un hábil negociador. Su carácter era dulce, agasajador, pero al mismo tiempo firme é inflexible; superior á las viles y bajas pasiones que subyugan las almas vulgares, lleno de honor y de generosidad, fiel á la amistad, compasivo con el desgraciado, y cortesano sin bajeza, hombre que poseia sobre todo el arte grande de unir el rigor de los principios con los deberes de la sociedad; él era al mismo tiempo amigo de la corte de Roma y del gobierno francés, respetado de los realistas y de los republicanos, de los devotos y de los filósofos; reunia en derredor de sí todos los partidos, cosa que es quizá el más bello triunfo de la verdadera virtud. Las nuevas opiniones, á las que parecia aficionado, no habian alterado su probidad natural; bien diferente de esos aventureros en quienes el patriotismo no es más que la máscara de la ambicion y de la avaricia, y que no hallan en las revoluciones otra ventaja que la impunidad de todos los crímenes. Tal era el caballero Azara, al cual creyó el Papa poder dirigirse con confianza, aunque por otra parte no hubiese entre ambos conformidad alguna de sentimientos sobre la religion y la política; pero los dos estaban unidos por la virtud; este lazo comun que une á los hombres cualesquiera que sean los principios de su educacion. El embajador de España ostentaba en Roma todo el aparato de un soberano; su palacio y todas sus pertenencias formaban una especie de república independiente, de la que él

era el jefe; tenia su guardia y áun sus gentiles hombres. Una poblacion de catorce mil almas era protegida por su autoridad, dirigida por su influencia y por sus órdenes; y era tal el respeto que inspiraba á toda la ciudad, que nadie se hubiera atrevido á violar sus inmunidades y sus privilegios. Los grandes de Roma, los príncipes de la Iglesia se hallaban honrados con su favor, y los que no le amaban se veian obligados á temerle. El pueblo esperaba de su habilidad y de su prudencia el fin de los males que sufria. El caballero Azara se mostró digno de la confianza general, aceptó el glorioso encargo de mediador, al cual era llamado por la voz pública, y salió para Milan con el designio de aplacar el resentimiento de un jóven vencedor, en quien la fama ponderaba la justicia y la clemencia tanto como sus talentos guerreros. Napoleon Bonaparte, jóven corso, que por su talento habia llegado á ser nombrado jefe del ejército francés en Italia, é instrumento de Dios para castigar los delitos de los pueblos y de los reyes que tanto habian ofendido su omnipotencia, y para que se ejercitasen los fieles en la fe de Jesucristo y de la moral cristiana; talento privilegiado, que á su voluntad habia de cambiar la faz de Europa, dividir sus estados y acabar con una sociedad caduca para que la sucediese otra nueva, y en fin, llenar el mundo con su nombre hasta que Dios castigase su soberbia; este hombre singular, salido de la revolucion para entronizarla y despues aniquilarla, era el Goliat moderno que venia contra el humilde David, que careciendo de la famosa honda y de la certera piedra del antiguo, habia de quedar vencido en lo material, pero triunfante en lo espiritual, dando el ejemplo más sublime de sufrimiento y de resignacion católica, vigorizando con él la fe de los fieles, aniquilando con él el filosofismo de la edad, y fortificando con su doctrina y mansedumbre la fortísima columna de la Iglesia. Siguiendo hoy los pasos evangélicos de Pio VI nuestro actual pontífice Pio IX, ¿no alcanzará iguales resultados? La fe nos hace concebir fundadas esperanzas de que así suceda, y de que la impiedad quedará al fin vencida, al paso que cayendo los soberbios del solio que han escalado, sean exaltados los humildes que sufren.

La carestía de los materiales levanta al pueblo de Roma, que pide pan al Papa; pero éste halla el medio de satisfacer su hambre y de calmarle, y como al propio tiempo el caballero Azara saliese á encontrar al enemigo para verde entablar negociaciones amistosas, el pueblo rodea su coche, le conduce como en triunfo hasta las puertas de la ciudad, y jamás embajador se vió más victoreado y aplaudido. Pero los progresos de las armas francesas eran mucho más rápidos que la marcha de las conferencias. Miéntras que el caballero Azara empleaba su elocuencia en favor de la Santa Sede, los franceses se apoderaban de los fuertes de Urbino en los confines del Milanesado, y en seguida cayeron sobre Bolonia, Ferrara y Ancona, que sin resistencia reci-

bieron al vencedor. Tan pronto como se supo en Roma la cercanía del ejército francés victorioso, los revolucionarios de esta ciudad intentaron trastornar el órden y el gobierno; pero Pio VI supo calmar la agitacion y contener á sus súbditos rebeldes. Azara logró calmar la cólera del vencedor con su talento, elocuencia y energía, pasando no pocos peligros para llegar y seguir despues el cuartel general de Bonaparte, pues que llegando á los campos de Lodi, y en el momento de estarse dando una accion, su coche fué destrozado á balazos y se salvó de la muerte milagrosamente. Por más que despues de largas conferencias con Napoleon hizo Azara para ajustar en Bolonia una paz duradera entre Francia y Roma, solo pudo alcanzar un armisticio, que detenia la marcha del ejército contra la ciudad eterna, contra la voluntad de jefes y soldados, pero que imponia duras condiciones que el caballero no pudo de manera alguna suavizar, porque aún parecian demasiado benignas á los franceses y á su jefe. Por este contrato se quitaban al Papa las legaciones y Ferrara, como con Pio IX acaba de hacerse en la presente época; se exigia una contribucion de quince millones, y Su Santidad debia entregar á los comisarios franceses las pinturas, estátuas y objetos antiguos que designasen. Ciertamente que este armisticio era demasiado caro, pero entregada Roma á discrecion del enemigo, lo que no se llevase podia considerarse un don generoso: despues de roto el armisticio, ya se vió si este era ó no beneficioso.

A pesar de las cualidades del caballero Azara, de que nos hemos hecho cargo, no podemos dejar de manifestar que tenia en Roma muchos enemigos, los cuales acusándole ante aquel mismo pueblo que tanto le ensalzó y victoreó cuando salió á detener en su marcha al coloso francés, que se dirigia á devorar la ciudad santa, lo que consigió con su talento, y detener las ideas de impiedad que ostentaban los franceses, le hicieron creer que Azara los habia vendido; y así es que á los vivas de entusiasmo anteriores, sucedieron los mueras de venganza contra el negociador, acreditándose una vez más lo poco que puede confiarse en el entusiasmo popular, que tan pronto como se produce se apaga, viniendo en un volver de cabeza su inconstancia á arrastrar al ídolo que hacia un momento veneraba. El Papa inclinó la cabeza bajo el yugo del armisticio, porque vió que era necesario someterse á él ó perecer, y el 28 de Junio mandó á París á su nuncio Pieranchi como ministro plenipotenciario. ¿Cómo satisfacer los millones impuestos á los Estados Romanos, cuando el erario se hallaba exhausto y el pueblo pobre? ¿Habia de saquearse á los súbditos con una enorme exaccion? Esto hubiera sido más fácil; pero el benéfico Pio VI quiso á todo trance respetar en esto á su pueblo, y acudió á otros medios. Reunido un consistorio, propuso hacer uso del tesoro sagrado reunido en el castillo de San Angelo desde Sixto V para

atender á las más urgentes necesidades de la Iglesia; y como jamás se habia presentado una ocasion más urgente, así se acordó: pero todo el dinero que proporcionó este tesoro, apénas alcanzó al pago del primer plazo. Para efectuar los demás, Pio VI, con el más profundo dolor, echó mano de las ricas alhajas de las iglesias de Roma, fruto de piadosos regalos de los fieles, y como tampoco bastasen, tuvo que acudir á demandar la limosna de los poderosos, que en verdad no se hicieron sordos á su llamamiento, pues que solo el príncipe Doria entregó quinientas mil libras romanas.

Estando para llegar los comisarios franceses que habian de recibir el rescate del Pontífice y de su pueblo, temiendo la indignacion popular, presentó Pio VI con la mayor dulzura en una proclama el armisticio, no como una vejacion onerosa, sino como un favor del cielo, pues que desde luego era mejor perder una parte que el todo; y conminó con grandes penas á los que insultasen á los franceses. Saliendo Azara á peticion del Papa á Ponte-Molle á recibir al ciudadano Miot, embajador de la república de Toscana, entraron juntos en Roma precedidos de un correo francés, y escoltados por un escuadron de caballería. Miot fué recibido por Pio VI y por su gobierno, los cardenales y magnates como el embajador de una gran potencia; y cuando llegó el comisario Cacaut y los demás de su clase, se empezaron en la embajada de España las conferencias para cumplimentar las condiciones del armisticio.

El pueblo de Roma estaba dividido en dos partidos á cual más peligrosos: el uno seguia la opinion de los que, exagerando un celo indiscreto por la religion, aborrecian á los franceses y deseaban exterminarlos; y el otro, imbuido en las ideas filosóficas, deseaba destruir todo lo existente para medrar en la revolucion. Ambos partidos, por distintos motivos y con aspiraciones diversas, hacian la guerra al Papa y á su gobierno, y Roma se fué poniendo en un estado de anarquía y de inquietud difícil de remediar al gobierno. Amotinándose el populacho, perdió todo temor y respeto, y hubiera arrastrado el comisario Cacaut á su paso por Spoleto de vuelta de Florencia, si la suerte no le salvára. Diariamente se repetian las asonadas, que tuvo siempre la habilidad de conjurar el embajador de España, por cuyo consejo puso Pio VI por cabeza del gobierno al cardenal Busca, hombre de carácter enérgico á la par que dulce y conciliador. Empeñóse el Directorio en no confirmar el armisticio, miéntras que Pio VI no retractára solemnemente sus breves como contrarios á los derechos de las naciones, exigiéndole declarase se habia engañado al darlos, haciendo una alta traicion á los intereses de la religion de que era jefe; llegado este caso, ni Pio VI ni la congregacion que nombró al efecto, vacilaron en dar una respuesta digna y negativa como lo exigia el catolicismo; y si bien el Pontífice en esta alta dig-

nidad se decidió á padecer el martirio con humildad como soberano temporal, á pesar de lo insignificante que conocia ser la fuerza de que podia disponer contra tan aguerrido como victorioso enemigo, lo dispuso todo á la defensa, y aguardó á que se ostentase la voluntad de Dios en aquella terrible lucha.

Interceptando Napoleon una carta del ministro cardenal Busca, en la que dirigiéndose al cardenal Balni, le decia lo que pensaba de la República Francesa con toda libertad y franqueza, la tomó por pretexto para romper con Roma, y el 1.° de Febrero de 1797 declaró roto el armisticio, apoderándose en seguida con la velocidad del rayo de Imola, Forli y Cesena, patria de Pio VI. Siguiendo sin detenerse, se apoderó de la Romaña, del ducado de Urbino, de la Marca de Ancona, entrando en Tolentino el 18 de Febrero. La riquísima iglesia de Loreto fué saqueada llevándose los impíos todas sus preciosas alhajas, donaciones de los fieles de muchos años, esparciendo la voz de que eran piedras falsas los innumerables diamantes de que la Vírgen estaba cubierta. Preso en Ferrara el arzobispo cardenal Mattei por haber predicado al pueblo que no se dejase seducir de las ideas impías de los franceses, Napoleon le puso en libertad mandándole á Pio VI para que le hiciese desistir de sus intentos si no queria perderse por su obstinacion, y tal fué la elocuencia con que el cardenal supo interesar al Papa y á los cardenales, que volviendo á Tolentino se firmó la paz de este nombre. En el tratado se estipuló que el Papa pagaria treinta y un millones, mil seiscientos caballos enjaezados, una pension á la familia de Basseville, haciendo un tratado de comercio con Francia, admitir guarnicion francesa en Ancona, y que la Romaña gozase las ventajas del gobierno republicano. El tratado de paz no evitó choques sangrientos entre los italianos pontificios y los franceses, ni remedió la anárquica situacion de Roma que diariamente causaba graves disgustos á Pio VI. La España vino por entónces, como en tantas otras ocasiones, á dulcificar algun tanto las amarguras del Pontífice, mandándole para que le consolasen á los prelados, cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo; Despuig, que lo era de Sevilla, y Muzquiz de Seleucia y confesor de la Reina. El espíritu revolucionario crecia en Roma por momentos hasta el punto de que la guardia del Papa no fuera ya solo un artículo de lujo, sino una cosa indispensable para librar su persona de los tiros públicos y secretos de los impíos. Llegando á Roma José Bonaparte, hermano de Napoleon, como embajador de la república, los patriotas cobraron doble esfuerzo, y los realistas aumentaron su odio contra los franceses. A fin de librarse Pio VI de lo que le inquietaba la nueva República Cisalpina, la reconoció mandando al efecto un ministro; pero no bastó esto para calmarla, porque pretendia aumentar su territorio á costa de los estados del Papa; sin embargo, Pio VI,

supo vencerles con un breve pacificador, y despues fueron los cisalpinos amigos de Roma. Por más que nos pese y lo hayamos retardado, vamos á entrar en la parte más lastimosa de la vida de Pio VI, en la cual su martirio se hizo sentir con doble fuerza. Puede decirse que el trono pontifical no existia más que en el nombre desde el célebre armisticio, pues que Roma era un caos en el que combatian los elementos más opuestos procurando aniquilarse unos á otros. El mayor número de los romanos era afecto á la religion y al Papa, pero esta masa era inerte y pasiva, como lo es siempre en todas partes la que desea el órden; la otra parte de los naturales se componia de gentes perdidas, sin religion y sin fe los más, que deseaban una revolucion para medrar á su sombra. Porcion de extranjeros de esos que, heridos por sus crímenes, buscan en otros países la seguridad que por sus maldades les niegan las leyes del suyo, atizaban el fuego de la discordia y provocaban al desórden; y como este tiene mucho aliciente para los perdidos y para aquellos que fian su fortuna en una mudanza de gobierno, los discursos de los demagogos eran aplaudidos con entusiasmo. A todos estos elementos favorables á la revolucion se unia el descrédito en que habia caido el papel moneda romano y la carestía excesiva de los víveres en un pueblo acostumbrado á vivir con poco por la baratura de estos, de suerte que Roma, que poco ántes parecia el paraiso terrenal por la felicidad en que vivian sus habitantes bajo el paternal gobierno del vicario de Jesucristo, vino á ser un infierno abreviado para todos sus moradores pacíficos. Sin embargo de todo, era tal el respeto de este pueblo á su religion y al jefe de la Iglesia, al que consideraba inocente de cuanto pasaba, que no hubiera jamás osado atreverse á sacudir el yugo de su soberano legítimo, si la discordia no hubiera inflamado los corazones. Muchos de los que se habian alistado en las banderas revolucionarias, no era por su afecto á los franceses, aborrecidos en el país, sino para robar á su sombra y quedar impunes. Para estos, la libertad era una desenfrenada licencia y la facultad de violar las leyes divinas y humanas, y deshonraban tanto á la república á que se afiliaron, cuanto á su nacion. Entre los revolucionarios habia una francesa llamada Brousse, que decia públicamente que el cielo se habia cansado de la tiranía é injusticias de los Papas, cuyo imperio estaba agonizando. Creyéndose los revoltosos protegidos por el embajador José Bonaparte, se reunian en clubs tumultuariamente, en donde los más energúmenos excitaban las pasiones bastardas con sus diabólicos discursos. En fin, llegó el dia 28 de Diciembre de 1797 y se insolentaron de tal modo los revoltosos, que fué preciso tomar contra ellos rigorosas medidas, mandando el gobierno emplear la fuerza pública para poner coto á sus demasías. Fuése que el club revolucionario celebrase sus sesiones en el mismo palacio de Bonaparte, como pretenden algunos, ó que los clubistas se

guareciesen á él huyendo de los soldados pontificios que los perseguian, lo cierto es que se trabó un combate sangriento entre la tropa y los revoltosos en la calle, zaguan y escaleras del palacio de la embajada francesa. El general Dufort, que vivia con Bonaparte, próximo á casarse con una sobrina suya, lleno de fuego y de valor, se arrojó temerariamente sable en mano contra los soldados del Papa, y no tardó en caer muerto atravesado por las bayonetas. A la vista de esto, se retiró la tropa por no hacer más víctimas, y el embajador de España Azara, que acudió en cuanto supo la novedad á casa de José Bonaparte, nos dice en sus Memorias que subió las escaleras del palacio pisando cadáveres ó moribundos. En vano fueron las reflexiones y razones que hizo y dió el caballero Azara á Bonaparte para calmar su furor; éste escribió amargas quejas al cardenal Doria Pamphili, ministro de Estado del Papa; y áun cuando por medio de Azara, que corrió del Vaticano á la embajada de Francia con su coche por medio de la confusion que ofrecia Roma en aquella fatal noche, en que se disparaban tiros por todas partes sin otro objeto que alborotar, se les ofreció dar por el gobierno cuantas satisfacciones quisiese, no fué posible reducirle á quedarse en Roma, y se retiró á Toscana con toda su familia, dejando al cuidado de Azara todo lo perteneciente á la embajada. Azara dió sepultura al general Dufort, y procuró calmar los ánimos para que la plebe no se ensañase con los franceses que habia en Roma, aconsejando al Papa y á su gobierno lo que debia hacerse para amenguar en lo posible el furor de la República Francesa, y contener la revolucion que amenazaba acabar en Roma con todo lo existente. José Bonaparte escribió desde Florencia al Directorio, dándole cuenta de este fatal suceso de un modo tan patético, que excitando un entusiasmo universal, produjo, como dice un autor, sobre los corazones republicanos el mismo efecto que el puñal de Lucrecia en el pueblo de la antigua Roma.

No bien recibió el Directorio de la República Francesa la noticia de lo sucedido en Roma, en cuyo caso renovó la memoria del asesinato de Hugon de Basseville, muerto en la conmocion popular de que ya hemos hablado, cuando mandó al general Berthier, que se hallaba en Milan, que marchase inmediatamente contra Roma. Acusó el Directorio al gobierno del Papa ante el Cuerpo legislativo de Francia como asesino del general Dufort, y que habia insultado la dignidad de la Francia en su embajador, comparándole con el gobierno de Tiberio. Véase en esta acusacion puesto al Directorio en contradiccion, como dice un autor de una biografía de Pio VI, con Juan Santiago Rousseau, pontífice por decirlo así de la revolucion, cuando dice en el libro IV de su *Emilio*: «Nuestros gobiernos modernos deben incontestablemente al cristianismo su más sólida autoridad y la menor frecuencia de sus revoluciones: el cristianismo los ha hecho ménos sanguinarios, y esto se prueba por

el hecho, comparándolos con los gobiernos antiguos. La religion, más bien conocida, al mismo tiempo que ha desviado al fanatismo, ha dado más dulzura á las costumbres europeas. Esta mudanza no es obra de las ciencias, porque en las partes en donde han brillado no ha sido más respetada la humanidad. Las crueldades de los egipcios, de los atenienses, de los emperadores de Roma y de los chinos lo acreditan. ¡Cuántas obras de misericordia han sido obra del Evangelio!» Lenguaje bien diferente es este del de Merlin y del de la Reveillere; pero era necesario destronar al Papa y todo era permitido á este fin.

Llegó el general Berthier á las puertas de Roma sin que nadie le estorbase el paso, y se detuvo á fin de que se le rogase la entrada, pues, como dijo al príncipe de Belmonte que le fué á recibir como diputado, el ejército francés venia de paz y no de guerra, y áun cuando Pio VI conocia el ardid, viendo inútil toda resistencia y deseoso de evitar la efusion de sangre, se sometió á las condiciones que se le impusieron. Los patriotas romanos, que vieron cumplidos sus deseos, enviaron á Berthier una diputacion invitándole á entrar en Roma, y dando por sentado que este era el voto nacional, tomó posesion de la ciudad. «Desde el momento que puso el pie en ella, fué enteramente abolido el antiguo gobierno: el Papa, consumido de dolores y de enfermedades, permaneció quieto en su palacio, esperando con resignacion la suerte que le tuviera reservada el vencedor, sin embargo, no abandonaba todavía las funciones de su ministerio y habiendo llegado el dia de su exaltacion al pontificado, resolvió celebrar segun costumbre en la capilla Sixtina. En ella recibió sentado sobre su trono los obsequios de sus cardenales el dia 15 de Febrero de 1798, época en que puede fijarse el fin de su reinado, que acabó del modo más brillante y solemne.» En este solemne acto se hallaba Pio VI, cuando entró á interrumpirle el calvinista suizo Haller, comerciante quebrado de París, notificándole en nombre del gobierno del pueblo soberano que éste habia recobrado su soberanía, y que desde aquel momento le destituia del trono, no reconociéndole ya por su jefe temporal. «El Pontífice levantó sus ojos al cielo, juntó las manos, y adoró los decretos de la Providencia que le probaba con tan cruel revés.» Licenciándose en seguida sus guardias, las relevaron las tropas francesas, y quedó Pio VI en manos de sus enemigos, de las que ya no salió hasta su muerte. Teniendo la insolencia el general Cerboni de presentarle una cucarda tricolor para que se la pusiese, le dijo con gravedad Pio VI. «Yo no usaré de otro uniforme que aquel que me ha dado la Iglesia. Teneis poder sobre mi cuerpo, pero mi alma está fuera de vuestros tiros. No necesito pension; un baston de báculo y un sayal, bastan al que debe morir con el silicio y sobre ceniza. Adoro la mano del Omnipotente que castiga al pastor y á las ovejas; podreis quemar las habitaciones de

los vivos y los sepulcros de los muertos; pero la religion es eterna, existirá despues de vosotros como existia ántes, y su reino se perpetuará hasta el fin de los tiempos.» De este modo terminó el poder temporal pontifical, á mano de los mismos franceses que hacia 1043 años le habian establecido: ¿les estatará reservado igual golpe en el siglo presente á los hijos de S. Luis, ó volverán por su cristianismo á enmendar aquella falta, asegurando el poder temporal de los Papas tan combatido hoy? El tiempo nos aclarará estas dudas. El general Cerboni puso los sellos de la república en todos los objetos propios de Pio VI, llegando el desacato hasta llevarse el comisario un cajon de tabaco en polvo que tenia para su uso.

A pesar de haber asegurado á Pio VI el general Berthier que se le respetaria como cabeza de la Iglesia, pues que solo se le quitaba el poder temporal, como su presencia en Roma molestase á los comisarios franceses y aún más á los republicanos romanos, se resolvió desterrarle y áun conducirle prisionero fuera de la santa ciudad, y así se le notificó. Pio VI manifestó su deseo de morir al pie del sepulcro de los Santos Apóstoles, pero el impío Haller, encargado de notificarle, le dejó sin esperanza alguna; y como al pedirle le entregase los tesoros le dijese el Papa que el tratado de Tolentino le habia arrebatado cuanto poseia, le pidió los dos anillos que tenia en las manos. Sacando el Pontífice el uno se le entregó diciéndole: El otro debe pasar á mi sucesor; pero insistiendo aquel con amenazas, el anillo del Pescador, sello de los Papas, pasó á poder de aquel desalmado, que advirtiendo no era de gran valor se lo devolvió al dia siguiente. En vano se excusó el Papa con sus ochenta y dos años y la enfermedad que padecia para salir de Roma, pues que Haller le dijo descaramente que sino salia voluntariamente le sacarian á la fuerza. Arrojándose Pio VI á los pies del crucifijo que tenia en su cuarto, recobró en la oracion el valor que parecia haberle abandonado al recibir la fatal noticia de su destierro, y volviéndose á presentar despues con serenidad á sus familiares, les dijo: «Dios quiere que nos sometamos con resignacion á sus decretos.» Dedicóse en las últimas horas que estuvo en Roma á asuntos de su ministerio y á cuanto interesaba á la religion, consagrando á la oracion la noche víspera de su marcha. Hallábase oyendo misa cuando aún no habia aclarado el dia, y los furiosos soldados de la república entraron á obligarle á salir, temiendo que si le sacaban de dia se amotinase el pueblo. Y como el venerable y caduco Pio VI no bajase las escaleras del Vaticano tan de prisa como deseaban sus verdugos, el infame Haller le metia prisa con palabras indecorosas y soeces; de este modo arrojaron de su palacio y de la silla de San Pedro al vicario de Jesucristo los mismos franceses que en dias de más piedad habian establecido un reino en que ejerciese su autoridad pontificia con la debida independencia, como si estu-

viese reservado á la Francia borrar las hojas de oro de su historia religiosa con borrones del infierno, y manifestar la inconstancia con que se le caracteriza con un acto tan impío como impolítico y cruel. En el paso de Pio VI por la Iglesia de San Pedro, sufrió mil insultos de los que le conducian al reparar el dolor con que fijaba su vista en ella. La noche de la salida de Pio VI de Roma era tempestuosa. Solo acompañado de su médico y de unas pocas personas de su familia, en un desvencijado coche, atravesó la ciudad á la luz de dos hachones hasta la puerta Angélica, en que se hicieron cargo de su persona dos comisarios franceses, se encaminaron hácia Viterbo: entre tanto el pueblo, que supo bien pronto lo que sucedia, acudió al Vaticano pidiendo á gritos su pastor; pero las fieles ovejas fueron dispersadas por aquellos lobos armados. Llegó Pio VI á Monterosi, y allí pasó la primera noche, oyendo la algazara que tenia la guardia que le custodiaba con una prostituta que llevaron para más atormentarle. Al siguiente dia, que era miércoles de ceniza, pasó el Papa en Viterbo, alojándose en el convento de los Agustinos. Mucho ántes de que llegase, le anunciaron las campanas de Monte-Fiascone, en el que le esperaban multitud de gentes. En la separacion de los estados de la Iglesia de la Toscana, sitio llamado Paglia, los habitantes de la comarca corrian de todas partes pidiendo la bendicion al ilustre prisionero. Llegó á Sena el Pontífice, en donde apercibido el pueblo de no hacer demostracion alguna le recibió en silencio, pero vertiendo lágrimas y manifestando en sus semblantes afligidos el dolor que les causaba ver en aquel deplorable estado al jefe de la Iglesia. Alojado Pio VI en el convento de los Agustinos, se dedicó á la oracion y no salia de su celda sino para visitar las iglesias de la ciudad, en las que edificaba á todos con la humildad y fervor con que oraba. Se ocupó en este sitio en escribir dos breves, para el emperador de Alemania el uno, y el otro para el de Rusia, en los que á pesar de su edad y de lo agitado y convulso que le tenia la desgracia, hizo brillar su elocuencia. En esta ciudad tuvo el consuelo de ver al caballero Azara, embajador de España, que abandonaba á Roma por haber sido nombrado embajador cerca de la República Francesa, el cual le proporcionó grandes consuelos, diciéndonos el caballero en sus Memorias, que concertaron entre ambos la bula para el nombramiento de su sucesor, para la que él mismo recogió firmas de muchos cardenales dispersos en varios puntos. El embajador de Inglaterra, condolido de la injusticia con que se perseguia á aquella ilustre víctima, sin reparar en la diferencia de sus religiones, acudió á rendir homenaje al Pontífice, y una ilustre dama inglesa le ofreció la tercera parte de sus rentas, generosa oferta que no aceptó.

El Directorio francés no cesaba de dar disposiciones humillantes para el Papa; estaba dirigido aquel infernal gobierno en materias religiosas por el

furioso Reveillere-Lepeaux, uno de sus miembros, el cual habia fundado la secta teofilantrópica, que deseaba establecer sobre las ruinas de la religion católica, pero que no consiguió llevar adelante, porque sus mercenarios apóstoles se dispersaron tan luego como se dejó de pagar la soldada que se les habia señalado para establecer aquella farsa. El cielo quiso tambien probar á Pio VI en su afliccion con un accidente extraordinario: el 25 de Mayo de 1798, á los tres meses de su permanencia en Sena, sobrevino un violento temblor de tierra, y conmovida la casa en que le habian alojado, el techo de su cuarto se hundió, siendo un verdadero milagro que el Santo Padre no quedase bajo de las ruinas. Como la casa quedase resentida, se condujo al Pontífice fuera de la ciudad, á una casa á la que daba el vulgo el nombre *del Infierno*, lo que fué causa de burlas contra su santa persona, por lo que se le trasladó á la Cartuja, cercana á Florencia. Los reyes de Cerdeña y el duque de Toscana y su familia le visitaron en esta mansion, cuya entrevista fué tiernísima, particularmente la del rey destronado con el de Roma, tambien sin reino como él, que al verle á sus pies le dijo: «Todo es vanidad, amado príncipe, ambos lo experimentamos; todo es vanidad, ménos el amar y servir á Dios; elevemos nuestra vista al cielo, que en él es adonde podremos hallar tronos que no podrán quitarnos los hombres.» Los príncipes quisieron convencerle les siguiese á Cerdeña, que este era el deseo del Directorio; pero Pio VI se excusó con su ancianidad y achaques, y se despidieron desconsolados de que no hubiese aceptado su hospitalidad. Como el Directorio tenia encargado impidiesen todo lo posible el que visitasen al Pontífice, y muchos no lo hacian por temor, sobraba el tiempo á Pio VI para escribir esas cartas edificantes que han dado á conocer su talento y su acendrada piedad. Temia tanto el Gran Duque á la policía francesa, que llegó á proponer al embajador de la república Mr. Resuhad, furioso protestante, que vigilase el interior de la casa del Papa, á lo que se negó, siendo más considerado, en medio de ser un hereje, que aquel tímido soberano católico.

La presencia del Pontífice en Italia no tenia tranquilo al Directorio, que veia visiones á cada instante, y temia pudiese levantarse el país en su favor; y así es que ordenó al duque de Toscana le hiciese salir de sus estados, lo cual tuvo que hacer, á pesar de la resistencia que opuso en un principio. Sin el suceso de Bernadotte en Viena, se le hubiera llevado al convento de Moëlk, cerca del Danubio; pensóse en España, pero el Rey no quiso fuese allí sin ciertas condiciones, que no aceptó el Directorio, por lo que volvió á tratarse de llevarle á Cerdeña, diciendo aquellos inhumanos: «Que pues tenia fuerzas para decir Misa todavía, bien podria sufrir la deportacion.» Todas estas vejaciones, que no podian contrabalancear las cartas consolatorias que todos los soberanos y príncipes católicos le escribian, ocasionaron al Papa

una grave enfermedad, que le puso á las puertas del sepulcro. Todos se asustaron por la proximidad de su muerte ménos Pio VI, que deseaba morir en tierra amiga consagrada por la religion, no léjos de la ciudad santa y del sepulcro de los Santos Apóstoles. Mejorado Pio VI de su enfermedad y conforme en embarcarse para Cerdeña, en cuyos piadosos reyes hubiese hallado cuidados y consuelos, se opuso á ello el embajador de Francia al saber que el Mediterráneo estaba cubierto de buques ingleses, que podian apoderarse de una presa que les hubiera sido muy útil contra la república; pero como no se juzgase prudente tenerle tan cerca del sitio de la guerra, se sacó el 27 de Marzo de 1799 á Pio VI de Florencia. Marchando errante de choza en choza y de pueblo en pueblo, escoltado por unos pocos soldados, llegó al castillo de Gambarini, á tres millas de Bolonia. Al entrar el Papa en esta ciudad, que tanta parte habia tomado en la revolucion, se le recibió con el mayor respeto por el pueblo, que le acompañó hasta el palacio de España, en el que se alojó, y lo propio hizo cuando al siguiente dia se le sacó de aquel albergue por una escalera tan estrecha, que fué necesario bajarle por los piés y la cabeza como si fuera un cadáver; inhumanidad que causó lágrimas hasta á los mismos guardias francesas que le escoltaban. Llegó Pio VI á Parma, y su primer acto fué hacer comprar un hermoso caballo, que regaló al oficial de la escolta por las atenciones que le habia guardado durante el viaje. Trece dias le dejaron descansar en esta ciudad, en la que fué obsequiado por el cariño del infante de este estado y de su familia, y en ellos se ejercitó en la oracion y en la piedad, que fueron siempre sus favoritas ocupaciones. Contento estaba Pio VI de que le dejasen sus enemigos al lado de un soberano tan virtuoso, cuando vino á turbar su reposo un comisario francés, que en la noche del 12 de Febrero le vino á notificar de una manera tan grosera como indigna, que se preparase á partir dentro de cuatro horas. Los austriacos se habian acercado á Parma, y este era el motivo de la precipitacion. El Papa se resistió á salir de la ciudad en un principio; pero considerando que su resistencia podia traer la perdicion del príncipe y costar alguna sangre, se resignó no sin que esto agravase su dolor y su salud algun tanto, máxime cuando supo que no habia de seguirle el virtuoso cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo y ministro de España, que no le habia abandonado hasta entónces, porque los comisarios se lo impidieron, negándole los pasaportes. Emprendido el viaje, le recibió en S. Domino el Obispo con las mayores atenciones, y allí tuvo el consuelo de que le visitase el cardenal Valenti, que estaba tambien proscripto y habia sufrido mucho de los impíos filosofantes de la época. Al siguiente dia le recibieron en Plasencia, capital del ducado de este nombre, los clérigos de la congregacion de S. Lázaro, de cuya casa salió al dia siguiente para emprender el camino de Milan; pero

un parte recibido en el camino obligó al comisario á volver el Papa á Plasencia, porque se temia una sorpresa de los austriacos, los que estuvieron algunas veces á punto de rescatarle en este largo viaje. Al volver á Plasencia el oficial que mandaba la escolta, trató de evitar la vista del pueblo en lo posible, conduciéndole por la ronda; pero tuvo que desistir de su empeño al ver la hostil decision del pueblo, que se opuso á ello. A la mitad de la siguiente noche se le sacó por el camino de Turin, y en Crescentino vió al cardenal Martiniana, obispo de Verceli, que fué el último príncipe de la Iglesia que vió en esta peregrinacion forzada, y en el camino de Turin su coche era detenido á cada paso por la multitud, que demandaba su paternal bendicion. Llegado que fué á la ciudad, se le alojó en la ciudadela y no en el palacio del Rey, como parecia razonable y propio; y como supiese que ni aún allí se le dejaria descansar, ni pudiese averiguar adónde habia de terminar su viaje, levantó á Dios su corazon y se resignó á su voluntad soberana. Llegó á Chiavane, en donde se agolpó por verle un inmenso gentío; y aunque el principal magnate ofreció su casa al Papa, se le alojó en un mal meson.

Deplorable en verdad era el estado de Pio VI en este viaje; imposibilitado de valerse por sí mismo, tenia que subírsele y bajarle al coche y conducirle agarrado cuando se le llevaba á algun lado; pero su paciencia contrastaba con la impaciencia de sus verdugos, y resignado con la voluntad de Dios, ni una palabra, ni una queja manifestaba su sufrimiento, ántes por el contrario su noble presencia expresaba más satisfaccion que pena, más amabilidad que desagrado; era un mártir que se consolaba en el tormento y que gozaba en padecer por su Dios. Sin embargo, la vista de los formidables montes de Ouls le hicieron olvidar el recibimiento que en Turin le hiciera su obispo y el clero, segun se debia á su alta dignidad, y perdiendo algun tanto su serenidad, exclamó: «Es imposible que yo pueda pasar más adelante, quitadme aquí la vida, que lo prefiero á morir en el camino;» pero su resistencia pasó como un relámpago, y poniéndose en manos de Dios se entregó á la disposicion de sus verdugos. Siendo imposible caminar en coche, los familiares del Papa montan en mulas, y el Santo Padre es encerrado en una silla de manos, conducida á trozos de camino por porcion de aldeanos alquilados al efecto. «¡Qué espectáculo, dice su biógrafo, ofrecia el venerable Pio VI atravesando el horrible monte Génevre á hombros durante cuatro horas, por una senda estrecha, entre espantosos precipicios que hielan de espanto las almas más intrépidas...! El frio era tan intenso, que compadeciéndose del Papa los oficiales piamonteses, le ofrecieron sus pellizas para que se resguardase de la nieve y de la escarcha; pero él con la mayor dulzura les decia: «No tengo frio, hijos mios, el Señor me defiende visiblemente en medio de estos peligros; ánimo, amigos mios, pongamos en Dios

nuestra confianza.» Los campesinos de aquellas asperezas despreciando el frio, la nieve y los peligros, corrian gritando pidiendo al Papa su santa bendicion, y él se la otorgaba muy satisfecho de ver su solicitud, dirigiéndoles palabras de consuelo.

La tierra de Francia se presenta por fin á los ojos del Pontífice, y mil ideas, á cual más tristes, debieron agolparse á su imaginacion en vista de los malos tratos que le causaba aquel pueblo en otro tiempo tan amigo de la Santa Sede, como cruel y enemigo de ella en esta época. Entrando en su primer pueblo, Brianzon, fué alojado en una miserable casa, más propia para un establo que para que morase en ella ni un instante el jefe de la Iglesia católica, que permaneció en ella cerca de dos meses, pues que aunque la intencion fué encerrarle en la ciudadela, se desistió de esta mala idea porque sus ruinosos torreones carecian de puertas y ventanas.

Faltaba á Pio VI sufrir un golpe áun más cruel y aflictivo para su sensible corazon que el que le causára tan funesto viaje, éste fué la separacion de los fieles amigos y servidores que le habian seguido, tan necesarios para su cuidado material y para su consuelo. Acusados de mantener inteligencia con los enemigos de la república, el Directorio dió órden de que no se dejasen al lado del Pontífice más personas que las puramente indispensables para su servicio, y así fué que se alejó, llevándolos escoltados á Grenoble, al cardenal Spina, arzobispo de Corinto, y á todos los demás amigos del Papa, que quedó inconsolable despues de su partida. A los pocos dias, á pesar de que los médicos manifestaron su temor de que muriese en el camino, el comisario francés sacó al Papa y á sus servidores de Brianzon en unos malos coches, para Valencia del Delfinado adonde se fijó su residencia. Pasó sin detenerse la ciudad de Embrun, y aunque en Sabina una señora principal le ofreció su casa, fué alojado en una casilla de un aldeano, á la que mandó la señora un sofá para que descansase con más comodidad de la fatiga de tan penoso viaje. Los habitantes de la ciudad de Gap salieron á recibirle en general, conduciéndole á manera de triunfo, y en los tres dias que allí estuvo se mantuvo el pueblo agrupado á su alojamiento, pidiéndole á cada instante su bendicion; y lo mismo sucedió en Vizille, en donde se hospedó en el palacio de una dama de Grenoble que vino á este fin á aquella poblacion.

El entusiasmo de los franceses es siempre excesivo, tanto para lo bueno cuánto para lo malo, y nada les detiene cuando inflama sus corazones. A más de una legua de la ciudad de Grenoble salió este pueblo á recibir á Pio VI, que desde allí entró en la capital entre una doble fila de gente de todas clases, sexos y condiciones, que le siguieron como un cortejo, victoreándole y pidiéndole su bendicion; de suerte que en una entrada triunfal prevenida al efecto, no hubiera alcanzado mayor ovacion. El comisario trató de alejar

la multitud de la casa de madama de Vaux, que le habia hospedado; pero hubo de rogar al Papa que se dejase ver de la multitud, temiendo que ésta se revolucionase contra él. Allí tuvo el gusto de abrazar á los amigos que se habian separado de su compañía en Brianzon, y experimentó muy grande satisfaccion al recibir á D. Pedro Labrador, al que mandaba el rey de España de embajador cerca de su persona, el cual fué causa de las muchas atenciones que se le tuvieron en este último viaje. La concurrencia no se cortó desde Grenoble á Tullins, cuyo camino en muchas partes se veia sembrado de flores por niñas vestidas de blanco, que se las arrojaban al coche tambien, cuando se veian bendecidas por la mano de aquel respetable anciano, digno sucesor de S. Pedro, que imitando á Jesucristo, veia con placer se le acercasen los niños. Salió de Tullins el dia 11 de Julio para trasladarse á San Marcelino; y áun cuando el calor era excesivo, quiso más bien sufrir el polvo y el sol, que privar de su vista á los campesinos y de recibir su bendicion, debiendo confesarse para satisfacer á la justicia que los gendarmes de Isera, que le escoltaban entónces, se portaron como verdaderos católicos guardando al Pontífice y haciendo guardar á todos las atenciones que se le debian. En S. Marcelino entró el 12 de Julio, dia en que se celebraba la fiesta de San Pio, con cuyo motivo le regalaron á su llegada un ramillete de flores; pero fué tan extraordinaria la concurrencia, que temiendo los comisarios una demostracion hostil, hicieron creer que el Papa llegaba enfermo y que no podia salir á bendecirles. Escoltado por los gendarmes de la Drome, ménos complacientes que los anteriores, salió el dia 13 para Romans, y como los comisarios quisiesen impedir al Papa se asomase á bendecir al pueblo, éste llegó á manifestarse tan imponente, que si no les hubiese bendecido, el impío carcelero lo hubiera pasado muy mal; alojado Pio VI en la casa de un impio que estaba dispuesto á insultarle, fué tal su sorpresa y conmocion al verle, que se arrojó á sus pies, los besó y se arrepintió de sus pecados.

Llegó por fin Pio VI el 14 de Julio á Valencia del Delfinado, en donde Dios habia dispuesto terminase completamente su peregrinacion sobre la tierra. Conducido á la habitacion del gobernador, se cerraron las puertas, y como estuviesen los aposentos que se le destinaron desprovistos de muebles, las señoras de la ciudad los enviaron. Hemos visto que el viaje de Pio VI desde Roma á Valencia fué un triunfo continuado, de modo que el Directorio, en vez de conseguir su objeto de desacreditar la dignidad del Pontífice, logró aumentarla, y en vez de hacer que los franceses se burlasen de él, reanimaron sin quererlo con su venerable presencia los sentimientos de piedad que estaban á punto de extinguirse en la cristianísima Francia. Ya tenemos al paciente pastor en el punto á que la impiedad le habia confinado; ¿le dejaron descansar ya, contentándose con los tormentos por que le han hecho

pasar? ¿Se habrá ya saciado la revolucion de hacer padecer á un rey á quien ha destronado y del que nada puede temer? Consentirá que acabe sus cortos dias en paz? ¡Ah, que la revolucion nunca se sacia cuando entra en las vias de la persecucion, y la impiedad jamás se harta de víctimas y siempre la parecen pocos los tormentos cuando levanta el suplicio para los mártires...! El Consejo administrativo de Valencia quiere sustituir á los verdugos que venian atormentando al Papa, y empieza por arrebatarles su víctima, declarándole su prisionero. El comisario se resiste y da parte al Directorio, pero el Consejo manifiesta á éste la necesidad de tal medida para contener la tranquilidad pública, y con este pretexto prohibió á todos ver al Santo Padre sin que estuviese el comandante de la plaza ó uno de sus oficiales, encargando á Su Santidad que se guardasen bien sus familiares de hacer ni decir nada que pudiese alimentar el fanatismo de los unos ó promover la animadversion de otros. Dado un bando en que se publicaron estas y otras prescripciones, los administradores de la ciudad visitaron al Papa, que les recibió con amabilidad. Encerrado en su habitacion de piso bajo en la ciudadela, solo salió en los dos meses que vivió allí al pequeño jardin que habia en ella, á donde se le sacaba en una silla con ruedas, pues que la grande hinchazon de sus piernas no le permitia dar un paso. Ocupábase en orar y leer libros piadosos, y en escribir respondiendo á lo que se le consultaba como á vicario de Jesucristo, lo que hacia con un aplomo que parecia milagroso en su edad, achaques y situacion. A pesar de la prohibicion, no dejaban de visitarle grandes y pequeños; y en la hora de comer lo hacia siempre Labrador, el embajador de España, al que mandaba sentar segun la etiqueta de costumbre con esta nacion, al que veia siempre con satisfaccion, regocijándose con aquel jóven enviado del único reino católico, que en aquella sazon podia manifestarle su afecto; por su medio dirigia al gobierno francés sus quejas y sus peticiones. A pesar de que un anciano tan achacoso podia dar poco que temer á sus enemigos, temiendo el Directorio que la proximidad de la Italia pudiese producir algun movimiento que les arrancase su ilustre presa, decretaron el 4 de Agosto que Pio VI fuese trasladado á sus propias expensas, á Dijon, en la Borgoña, y notificada que le fué esta sentencia, exclamó lleno de dolor: «No quieren ni áun dejarme morir aquí en paz.» Consolándole su familiar M. Marotti, le decia que su resignacion en aquella ocasion era la más gloriosa época de su pontificado; y le contestó Pió VI: «Ciertamente que son grandes mis padecimientos corporales, pero ¡cuán mayores son las penas del espíritu: los cardenales, los obispos dispersos.... Roma.... mi pueblo.... la Iglesia.... esto es lo que me atormenta de dia y de noche. ¡Ah en qué estado voy á dejarlos!»

Tantas fatigas, un viaje tan largo y tan penoso, y tantas penalidades,

habian acabado con la naturaleza de Pio VI, que se asombraba asímismo de haber podido resistir tanto. Empero como á pesar de todo no podia hacerse ilusiones veia próximo su fin, y para prepararse á él, rezaba con fervor todas las mañanas las letanías de la Vírgen María, por las tardes el santo rosario con la familia, y aunque casi todo el dia le empleaba en la oracion, por las noches rezaba los Salmos, procurando unir sus trabajos y su resignacion á los de Jesucristo para que fuesen meritorios. Si su cuerpo se resistia á su voluntad, pues que si se levantaba volvia á caer sobre el sillon, porque las piernas se negaban á sostenerle, su alma por el contrario estaba en su mayor vigor, y aspirando solo á abandonar la cárcel corruptible que la retenia, veia hasta con gozo destruirse ésta á pasos agigantados. Los deseos del infame Directorio francés, que hubiera visto con gusto morir en medio de un camino al Pontífice de aquella Iglesia que él habia suprimido, no pudieron cumplirse, porque Dios lo tenia dispuesto de otro modo, y ante su voluntad soberana todo es nulidad entre los hombres que son la nada comparados con el todo que constituye su grandeza. Estando durmiendo la siesta Pio VI el 19 de Agosto, fué atacado de un vómito violento que solo le dió tiempo para hacer sonar la campanilla colocada á la cabecera de su cama: acudieron todos los que oyeron la llamada, y se le encontraron privado del sentido. Mandóse venir inmediatamente de Grenoble á un médico en quien confiaba el enfermo, y pronosticó mal desde que le vió; pero aún la naturaleza hizo un esfuerzo y llegó á recobrar el conocimiento, y como viese cercano su fin, lo primero que habló fué que le llevasen su confesor, y se preparó para recibir al Señor en su aposento y depositarle en su alma á fin de purificarla y prepararla para el viaje á la eternidad. Eligióse el dia 27 de Agosto para suministrar el santo viático á Pio VI, y desde aquí vamos á seguir estrictamente á su anónimo biógrafo hasta su muerte, pues que de modo alguno podriamos mejorar su relato.

El Papa mandó le vistiesen sus ornamentos pontificales, y que se le bajase de la cama y sentase en una silla, á fin de recibir á Jesucristo con el decoro debido cuando se dignase llegar á visitarle. Cubierto de sus hábitos, sus sacerdotes se colocan á sus lados con hachas de cera encendidas, y á presencia suya hace Pio VI la profesion de la fe católica, apostólica, romana, que es costumbre hagan los sucesores de S. Pedro en el lecho de la muerte. En seguida pide á Jesucristo conserve en Roma la antigüedad y pureza de la fe, y que vuelva á Francia la religion, la paz y la felicidad que habia perdido. El cardenal Spina, arzobispo de Corinto, vertiendo lágrimas, se acerca al Santo Padre, y preguntándole en presencia de Jesucristo si perdona á sus enemigos, Pio VI, levantando los ojos al cielo y fijándolos despues en el crucifijo que tenia en sus manos, respondió lleno de amoroso fuego: «Con

todo mi corazon, con todo mi corazon.» Habia bendecido á sus enemigos al entrar en Francia, y no podia ménos de hacerlo al salir de este lugar de miserias para ir á una mansion en la que no sufriria más deportaciones su reposo. Al siguiente dia recibió la extremauncion de manos del mismo prelado, con piedad tan tierna y tan edificante sumision á la divina voluntad de Dios, que admiró á todos los que lo presenciaron. Arreglados de este modo los asuntos de su alma, se ocupó el santo Pontífice en otro deber, en el de dejar arreglados los negocios temporales. Hizo formar un codicilo á fin de que se supiese su última voluntad, en el que no olvidó la gratitud que debia á los generosos compañeros que le acompañaban en su cautiverio, á los que sentia en el alma dejar abandonados en un país extraño; y daba la mano á todos los que se acercaban á su lecho, manifestándoles su afecto.

Conservó el paciente Pio VI enteramente libres sus facultades intelectuales casi hasta espirar, y áun tuvo alientos para rezar el rosario en la noche del 27 al 28 de Agosto, y hacer despues sus oraciones de costumbre con los que le acompañaban. Habiendo puesto en la mañana cruces y rosarios sobre su lecho, aún pudo consagrarlas con su bendicion. Al medio dia del 28 empezaron las palpitaciones y congojas precursoras de la muerte, é hizo llamar á su alrededor á las personas que componian su familia y al arzobispo de Corinto. Entónces, con la mayor ternura se despidió de ellos, y con el santo crucifijo en una mano, y apoyándose con la otra en uno de sus familiares, dió una triple y última bendicion á todos los que arrodillados al pié de la cama lloraban amargamente. Entrando el Pontífice poco despues en la agonía, el arzobispo le dió la bendicion papal que en Roma se da á todos los papas en este estado, y despues de haberla recibido Pio VI, mandó llamar á su capellan para que le rezase las oraciones por los agonizantes, á las que acompañó con entereza, teniendo siempre la cruz en la mano, y haciendo se dijesen con lentitud las palabras para comprender mejor su espíritu. Luego que las oraciones acabaron, y creyendo el capellan que quedaba sin conocimiento, se retiró muy angustiado; pero advirtiéndolo Pio VI, hizo señales para que volviese, y verificándolo se continuaron las oraciones, y hasta el momento crítico se esforzó el Santo Padre en repetirlas. Durmióse por fin en el seno del Señor apaciblemente Pio VI el 29 de Agosto de 1799, á la una y veinticinco minutos de la noche, á los ochenta y un años, ocho meses y dos dias de edad, y á los veinticuatro años de pontificado, en lo cuál excedió á sus predecesores. La revolucion político-religiosa logró en este dia un señalado triunfo, pero esta victoria la dejó herida de muerte. Ensañóse contra un Papa cuyas virtudes nadie desconocia, y esto mismo fué sin duda lo que más la obligó á perseguirle, porque no hay nada que más irrite al crimen que la virtud, de la que en todos tiempos es y será encarni-

zado enemigo. El talento que desplegó Pio VI durante su gobierno, como soberano de Roma, en los terribles tiempos en que le tocó dirigir la nave del Pescador, no podrá ménos de hacer se le considere entre los buenos soberanos que profesaron la ciencia del gobierno, por más que lenguas maldicientes hayan dicho lo contrario; y como jamás se halló príncipe más combatido por los mismos que le llamaban padre y señor, quisiéramos haber visto en su lugar á los que contra él se ensañaron, para que nos hubiesen dejado pruebas de su ciencia en tan borrascosos tiempos. Su amor al bien público se manifiesta á las claras en la grandeza de sus empresas útiles y benéficas todas; y áun cuando solo pudiéramos presentar la colosal del desagüe de las lagunas Pontinas, sería lo suficiente para inmortalizar su nombre. Si de los beneficios, como soberano de Roma, le consideramos como vicario de Jesucristo, ¿podrá negársele á Pio VI un distinguido lugar entre los más santos é ilustres? La Iglesia, teniendo en cuenta sus muchos y magníficos actos piadosos, su constante perseverancia en los buenos principios, su adversion al pecado, su acendrada caridad y amor á Dios, su resignacion cristiana en la adversidad, su paciencia en el sufrimiento, y su magnanimidad para con sus mismos verdugos, no podrá menos de contarle entre los pontífices más esclarecidos. La muerte lenta y cruel que le dieron los filosofantes y su sistemática é impía persecucion, que fué una larga y dolorosa agonía en la que le hicieron beber el cáliz de amargura, le colocan entre los gloriosos mártires de la religion católica; presentándole grande, verdaderamente grande á los ojos de la Iglesia los ultrajes, humillaciones, é insultos y malos tratamientos que sufrió con la más heróica resignacion, desde que subió al pontificado, por pueblos y soberanos católicos, y muy especialmente desde que empezó la revolucion francesa hasta el fin de su vida.

Tan luego como murió Pio VI, el arzobispo de Corinto dió parte al gobierno civil y militar de la plaza. La administracion pasó á ver el cadáver, que hizo abrir á su presencia despues de certificar de su muerte dos médicos, y embalsamándole despues á la vista de D. Pedro Labrador, embajador de España, y de la familia del Papa, las entrañas se pusieron aparte para reunirse á las de sus predecesores, depositadas en Roma desde Sixto V en la capilla de S. Vicente y de Sta Anastasia, parroquia del palacio pontifical de Monte-Caballo. Colocadas allí despues en un decoroso monumento, se lee en él el siguiente epitafio:

Sancta Pii Sexti redeunt præcordia Gallis:
Roma tenet corpus, nomen ubique sonat.

Se levantó acta de todo. Verificado esto, se vistió el cadáver de pontifical, y colocado en una caja de plomo en la que se metieron un peso duro

español y medio de la misma nacion, dos papes y un groso, acuñadas todas durante su pontificado, se rodeó la caja con seis cintas sobre las que se pusieron el sello de la administracion municipal, el del comandante de la plaza, el del embajador de España, del arzobispo de Corinto, del prelado Caracioli y del secretario del Papa. Cerrado que fué el ataud, el prelado Maratti, á peticion de todos, puso sobre él la siguiente inscripcion (1):

HIC SITUS EST
PIUS SEXTUS, PONTIFEX MAXIMUS,
OLIM JOANNES ANGELUS, BRASCHIUS, CESENAS,
QUI DIUTURNITATE PONTIFICATUS,
CÆTEROS OMNES PONTIFICES PRÆTERGRESSUS,
ECCLESIAM REXIT ANNOS XXIV, MENS. VI, DI. XIV,
DECESSIT SANCTISSIME VALENTIÆ,
DIE XXIX AUGUSTI. ANN. MDCCXCIX.
IN ARCE IN QUA OBSES GALLORUM CUSTODIEBATUR,
DUM ANNUM AGERET LXXXI, MENS. VIII, DI. II.
VIR ADMIRANDA ANIMI FIRMITATE
ET CONSTANTIA
IN LABORIBUS MAXIMIS PERFERENDIS,

Se colocó la caja de plomo dentro de otra de madera, y se la llevó á la capilla de la municipalidad, en donde quedó depositado. Sobre los efectos que habian pertenecido á Pio VI se pusieron los sellos, y todo quedó bajo la salvaguardia de la municipalidad de Valencia. Debe añadirse á lo expresado, que cuando supo el pueblo la muerte del Pontífice fué en masa á la capilla, y con lágrimas de dolor cubrieron de flores su tumba, tocando á ella rosarios, cruces, pañuelos, pues todos quieren tener alguna reliquia de aquel santo varon, que gritan que es un mártir. Solo habia quedado al Papa de su esplendor pontifical unas pocas ropas y algun lienzo, y sobre todo este pequeño y humilde ajuar se echó el fisco, pretendiendo pertenecia á la nacion, á pesar de habérselo afeado el embajador español; y así es que muchos familiares volvieron á Italia con el desconsuelo de no llevar nada de lo que el Papa les habia legado en premio de su fidelidad y buenos servicios. Habiéndose quedado en Valencia el arzobispo de Corinto, que habia pedido

(1) Aquí yace Pio VI, Pontífice máximo, llamado ántes Juan Angel Braschi, nacido en Cesena, el cual, habiendo excedido á todos los otros papas por la duracion de su pontificado, gobernó la Iglesia veinticuatro años, seis meses y catorce dias. Murió santísimamente en Valencia el dia 29 de Agosto del año de 1799 en la ciudadela, en que se le guardaba como rehen de los franceses, á los ochenta y un años, ocho meses y dos dias de su edad. Varon de una admirable fortaleza de alma y de una rara constancia para sufrir los más grandes trabajos.

al Directorio se entregasen á los criados del Papa los legados que éste les habia dejado, se aprovechó de la circunstancia de pasar por allí el general Napoleon Bonaparte á su regreso de Egipto. Presentándose á él, le suplicó apoyase la peticion de los legatarios del Papa, y prometiéndoselo, lo cumplió cuando llegó á dominar al infame Directorio, haciendo desaparecer un gobierno que tan cruel persecucion hizo á la Iglesia católica, cuya verdadera religion abolió para crear una farsa insostenible por lo ridícula, ya que no fuese por perjudicial á la sociedad en general, como pretendian hombres tan malos como los falsos profetas é inicuos apóstoles de la diosa de la Razon, que al volverse á entronizar la verdadera razon, que es la católica, cayó como los ídolos del paganismo, hecha mil pedazos, arrastrando en su caida á sus malvados sacerdotes.

Apoderándose Napoleon I del consulado de la República Francesa, y deseando granjearse el aprecio de los católicos, que en su mayor parte habian permanecido fieles á su creencia, dió un decreto en 9 de Nivoso, en el que mandó se diese al desgraciado Pio VI la sepultura á que tenia derecho como jefe que habia sido de la Iglesia de Jesucristo, y que se le hiciesen los honores fúnebres debidos á su rango como vicario y como á soberano temporal que fué de Roma. Esta providencia, que fué aplaudida por todos los pueblos católicos, y la que volvió á abrir al culto cristiano las iglesias de Francia, pusieron á Napoleon I en tan buena opinion, que apoyado en ella, pudo terminar con la democracia rabiosa de su país y cimentar otra vez la monarquía, creando un trono en el que subió para dirigir los destinos de la Francia; trono que tal vez hubiera pasado á su familia sin la interrupcion que ha sufrido, si hubiese seguido como empezó en favor de la Iglesia, y no la hubiese ofendido despues en la sagrada persona del sucesor de Pio VI: el que toca al arca santa perece irremisiblemente al fuego de sus rayos; bueno será que no olviden esta leccion y las demás de este género que da la historia, los príncipes católicos, que pretendan vivir y morir conforme á las santas leyes del Evangelio respetando todas sus consecuencias. Entre todos los pontífices romanos con ninguno puede compararse mejor que con Pio VI nuestro actual Santo Padre Pio IX. Igual en nombre, empezó éste como aquel su pontificado en tiempos sumamente borrascosos; testas coronadas católicas afligieron á aquel, reyes tambien afligen á éste; destituido fué Pio VI por los impíos republicanos, é igualmente lo fué Pio IX, si bien por poco tiempo por fortuna, por los republicanos modernos; la impiedad asestó sus tiros contra aquel; la misma arroja sus dardos al presente, si bien con más hipocresía que entónces; mártir fué aquel de la revolucion de los imperios y de la reforma de los enciclopedistas volterianos; mártir es hoy Pio IX de la ambicion de algunos de

PIO VII.

sus más amados hijos y de las ideas socialistas enmascaradas con la careta del patriotismo. Un embajador de España, siempre amigo de la Santa Sede, libró del saqueo á Roma, y siendo el amigo querido de Pio VI, le hizo importantísimos servicios que ha consignado la historia para honor de nuestra patria y gloria del caballero Azara. Otro embajador español, Martinez de la Rosa, libró un dia á Pio IX de caer en poder de los republicanos. Un Napoleon figuró en aquellos tiempos como el coloso del siglo que afligió á Pio VI; otro Napoleon dispone hoy por su colosal poder de los destinos de la Italia, con la diferencia de que éste aparece el defensor del Papa y ocupa al efecto á Roma con sus tropas; Pio VI murió al fin deportado y confinado en un pueblo de Francia, ¿estará tambien reservado á Pio IX morir en el ostracismo, léjos del sepulcro de los Santos Apóstoles? En tal caso no dudamos de su santidad y virtud, que quien lleva un pontificado tan igual en muchas cosas al de Pio VI, sabrá imitarle, si no superarle, en valor, constancia y resignacion para confusion de los enemigos de la santa Iglesia católica. ¡El cielo quiera que no se repitan sobre este particular en este siglo las impías escenas del último año del anterior contra el venerable Pio VI, sino que reconociendo sus enemigos el mal que hacen á las ovejas persiguiendo al pastor, vengan á reunirse todas en cordial armonía al santo redil de la Iglesia, para elevar al cielo, en coro, himnos de reconciliacion y de paz, que reunan bajo un lazo de amor á todos los pueblos católicos con la cabeza visible del catolicismo!

Cumpliéndose la órden de Napoleon Bonaparte, primer cónsul de la República Francesa en aquella época, llegaron á Roma los restos de Pio VI; y fueron colocados en la basílica de San Pedro el 18 de Febrero de 1802, poniéndose sobre su sepulcro la siguiente inscripcion:

PIUS VI. P. M.
A VALENTIA APUD RHODANUM
AD BASILICAM SANCTI PETRI
SOLEMNITER TRANSLATUS,
DIE XVIII FEBRUARII MDCCCII.
B. S. C.

PIO VII, papa. Murió el Papa mártir, pues tal puede considerarse á Pio VI, en su prision de la fortaleza de la ciudad francesa de Valencia del Delfinado el dia 29 de Agosto de 1799, prisionero de los impíos revolucionarios franceses, que echaron un feo borron en las brillantes hojas de su cristianismo con esta criminal conducta que observaron con el vicario de Jesucristo, con el legítimo sucesor de S. Pedro. Huérfana de su verdadero

pastor la Iglesia católica, y revolucionadas contra ella una porcion de sus predilectas ovejas, parecia llegado el caso del fin del catolicismo contra el que se habia levantado la más espantosa persecucion precisamente por la nacion que más habia contribuido á ensalzarle y que más habia hecho para honrar á su cabeza visible en los antiguos tiempos; empero como la Iglesia estriba sobre la firme columna de Jesucristo, contra quien no hay ni puede existir poder humano capaz de conmoverla, los embates de Satanás en esta ocasion fueron tan miserables como lo serán siempre, y la Iglesia triunfó al fin de sus más implacables enemigos, quedando purificada, si puede decirse así, despues de tan terrible persecucion y más fuerte y grande, si cabe, que ántes de ser combatida. Al Papa mártir de la impía demagogia francesa sucedió un Papa digno del pontificado y de sucederle, que dotado de una gran fuerza de voluntad luchó con energía en el terreno de la razon con el vigor de un soldado afortunado, que por algunos años fué árbitro de Europa, á la que sujetó en la mayor parte á su capricho de grado ó fuerza: este varon singular, este Pontífice magnánimo fué Pio VII, de quien vamos á tratar en vista de lo que de sus hechos y cualidades nos habla la historia de su tiempo, los muchos biógrafos que de este Papa se han ocupado, y de lo que nos ha dejado dicho acerca de su vida su ilustrado historiador el caballero Artaud, representante de Francia en Roma en la época de su pontificado, y de consiguiente testigo de muchos de los sucesos que refiere, al que seguiremos en la parte que debamos y que más convenga al esclarecimiento de la verdad y á nuestro propósito.

Nacio Pio VII en Cesena, poblacion de la legacion de Forli, el dia 14 de Agosto del año de gracia 1742. Fué hijo de los condes Escipion y Juana Ghini, de antigua y muy ilustre nobleza. Pusiéronle por nombre en la pila bautismal Gregorio Bernabé, nombre que llevó en el siglo con el de Chiaramonti. Desde sus más tiernos años, en los que recibió una esmerada educacion, se le conoció una notable inclinacion á las cosas de la Iglesia, inclinacion que declinó en una decidida vocacion por la vida religiosa y contemplativa, y así es que desde luego se dedicó á los ejercicios del claustro. Emprendiendo sus estudios en Parma y decidido á vivir en religion, tomó el hábito en la órden de S. Benito el dia 11 de Agosto de 1758. Habiendo sido elegido pontífice su pariente Pio VI, de gloriosa memoria, en ocasion en que el ya profeso P. Gregorio leia teología en el convento benedictino de S. Calixto de Roma, se columbró que el buen benedictino no quedaria olvidado en su convento, pues que además de su parentesco con el nuevo Papa se hacia ya notar por su capacidad, virtudes y talento. Así sucedió en efecto, pues que deseando el justificado Pio VI evitar algunos disgustos que causaban al P. Chiaramonti sus hermanos de religion, le nombró abad honorario del monasterio, con-

cediéndole todos los honores y privilegios de tal dignidad, pero con sujecion al abad titular del mismo. Grandes disgustos causaron estos honores al agraciado, al que persiguieron doblemente sus envidiosos compañeros durante la peregrinacion apostólica que hizo Pio VI á Alemania; pero tan luego como regresó el Pontífice á Roma y fué informado del proceso que se habia formado al Abad, su pariente, por los infundados celos de sus émulos, llamó á sí el expediente. Constaba este de una acusacion que se hacia al P. Gregorio, de haber impugnado con alguna desenvoltura los castigos que daban á los profesos de la Orden algunos prelados; á lo que él contestaba que no habia razon para exigir de ellos ciertas desusadas prácticas, y deseaba que se dulcificase este sistema de ejercicios, manifestando que era muy fácil abusar de un espíritu dominador, confundiendo intenciones puras é inocentes con la apariencia de culpas no cometidas, y solo supuestas por la calumnia y el error. La candidez de las respuestas del P. Chiaramonti, el buen ejemplo que ofrecia su conducta y la reserva y dulzura que usaba para con sus acusadores, llamó mucho la atencion del Pontífice, que reconoció en él no solo un literato profundo y un canonista instruido y prudente, sí que tambien un verdadero sábio, y un celoso monje, que sabia cumplir con sus deberes. Como el verdadero saber encuentra siempre émulos bastardos que envidiosos de no alcanzar á la misma altura, procuran desacreditarle para amenguar en cuanto puedan su valor, los envidiosos monjes que perseguian á nuestro abad, se empeñaron en lanzarle del monasterio, poniendo en juego medios nada conformes con las virtudes que deben imperar en el cláustro, y solicitaron fuese desterrado. Ofendido el Pontífice con esta pretension maliciosa contra un religioso, que en su convento de San Pablo de Roma trabajaba con celo en lo respectivo á su regla, cuidando al propio tiempo voluntariamente de la biblioteca, contestó á los peticionarios con la dignidad que convenia á su alta y sagrada gerarquía, prometiéndoles que le haria abandonar á Roma; pero que esto no le rebajaria un ápice de su soberano aprecio, ni le perjudicaria en su carrera: el P. Chiaramonti fué nombrado en efecto obispo de Tiboli por Pio VI, que quiso darle en esto una prueba del amor que le profesaba y consolarle de la persecucion. Como esta gracia anunciaba la púrpura, cambió de tal modo el aspecto de los enemigos de Chiaramonti, que no faltó entre ellos quienes se retractasen de la acusacion confesando el error en que se hallaban, de suerte que quedó su reputacion completamente bien sentada. Aprovechóse el papa Pio VI de lo bien acogida que habia sido la promocion del obispo de Tiboli para prodigarle las gracias á que su mérito le hacia acreedor, y como ocurriese por entónces el fallecimiento del cardenal Biondi, tio de Su Santidad y obispo de Imola, le trasladó á este obispado, creándole cardenal el dia 14 de Febrero de 1775,

eleccion que fué muy aplaudida por todos los que conocian el mérito del virtuoso benedictino, al que se consideraba ya entónces como un prelado moderado, humilde, caritativo, y reflexivo, al propio tiempo que enérgico y valiente cuando se trataba de las prerogativas de la Iglesia, como lo acreditó en la cuestion de jurisdiccion que sostuvo contra el cardenal Spinelli legado en Ferrara, á quien venció en la contienda ante el Sacro Colegio que le dió una satisfaccion completa. «Entre tanto, dice el caballero Artaud ya citado, la revolucion francesa ocupaba la atencion de la Europa. De la destruccion casi total de todo el órden establecido en aquel reino, se pasó á cometer toda clase de crímenes, á violar el palacio de sus reyes en el ataque de 10 de Agosto de 1792, á la proclamacion de la república, á los asesinatos de Setiembre, al cadalso de Luis XVI en la plaza y á la desastrosa prision del hijo de este monarca. Con el fallecimiento de esta última víctima, pasaba la sucesion al hermano mayor de su infeliz padre (Luis XVIII), que residia en Verona, el cual alegó ante Pio VI sus derechos á la corona de Francia; Pio VII presenció muchos de los disgustos que pasó su antecesor en esta crísis, que conmovió y trastornó la Europa, y pudiera decirse el mundo entero, y áun tuvo que sufrir sus consecuencias como prelado y como cardenal y en especial cuando se trabó la sangrienta y obstinada lucha entre franceses y austriacos, y más todavía cuando se entronizó en Italia la democracia más libertina é impía que se habia conocido hasta entónces. El que quiera formar más cabal idea en esta misma obra de los tiempos que recorremos, puede leer al propio tiempo que esta biografía la de Pio VI, y habrá conseguido en lo posible su deseo, bastándonos decir en este lugar que hecho el armisticio de Bolonia en 23 de Junio de 1696, y el tratado de paz de Tolentino de 19 de Febrero de 1797, entre el atrevido corso Napoleon Bonaparte, general de los ejércitos franceses en Italia, y los delegados del Papa por la mediacion del caballero Azara, representante de España en Roma, los compromisos y exigencias á que obligó, fueron las primicias de las desventuras que no tardaron en caer sobre Roma y sobre su soberano, el paciente Pio VI. En efecto la revolucion alzó la cabeza en Roma á la sombra de los soldados del Directorio republicano de París, que queria á todo trance despojar del todo al Papa, y los lamentables sucesos de Diciembre de 1796 trajeron á los franceses á Roma, mandados por el general Berthier, en Febrero del año siguiente, en cuyo mes se proclamó la república, se destituyó al Papa, y se le condujo prisionero á Siena, de allí á Florencia, y últimamente á Valencia del Delfinado, donde murió el citado dia 29 de Agosto de 1799, á los ochenta y un años, ocho meses y dos dias de edad y veinticuatro años, seis meses y catorce dias de pontificado; de suerte que, despues de San Pedro, ha sido el papa que más tiempo ha gobernado la Iglesia católi-

ca. Como es consiguiente, los gravísimos sucesos de Roma conmovieron á todo el orbe cristiano, que vió amenazada la religion de ese último golpe, y hubiérase temido su extincion si esta hubiera podido ser y no estuviera prometida su conservacion á perpetuidad por el mismo Jesucristo, á quien sigue siempre en su nacimiento, muerte y gloriosa resurreccion. Esparciéndose el terror por todos los estados de la Iglesia y por las legaciones, todo fué confusion, desórden y temores; y Chiaramonti, que previó los males que iban á seguirse, procuró consolar á su rebaño, encargándole la prudencia y sobre todo el amor de Dios, talisman infalible con el que adquiere y conserva el católico la salud del alma, la tranquilidad de la conciencia, don inestimable, que perdido es la mayor desdicha del que experimenta este mal, resignacion en la adversidad, y valor para defender la ley santa del Evangelio, sin más armas que las que ella misma nos suministra, y en fin, preferir la muerte á la negacion del Señor de los señores, que son los deberes que nos impone el nombre de cristianos con que nos honramos. El pueblo entero de Imola, viendo la borrasca que se extendia por Italia, pedia al Cardenal reglas para conducirse en tan terrible temporal; y el celoso prelado publicó el dia de Natividad una homilía, de la cual se valieron despues sus enemigos para denostarle en el cónclave de 1800, y en la cual Chiaramonti estuvo muy feliz en la primera parte que se le atribuye, que es la dogmática, y desacertado en la segunda que todos creyeron de sus tímidos consejeros, que faltaron en ella á la prudencia y á la historia y manifestaron desconocer su situacion y el carácter de los vencedores.

Muerto Pio VI, mártir de la más impía y escandalosa persecucion, legando al que le sucediese el precioso anillo, que ya prisionero en Florencia le regaló la reina Clotilde, esposa del expulsado rey de Cerdeña Carlos Manuel IV, y hermano del desgraciado rey de Francia Luis XVI, cuyo anillo era lo único de valor que poseia aquel soberano destronado, se reunieron los cardenales en Venecia para elegir nuevo papa el dia 1.° de Diciembre del mismo año 1799. Favorecióles para esta reunion la ausencia del general Bonaparte, que habia ido á conquistar á Egipto, y los descalabros que los franceses, mandados por Scherer, sufrian en Italia; y así es que llegaron á reunirse treinta y cinco cardenales en cónclave, quedando aún en varios puntos de Europa otros once, que no pudieron concurrir por diversas causas. Dividido en dos partidos el Sacro Colegio, capitaneado el uno por el cardenal Braschi, sobrino de Pio VI, y el otro por el cardenal Antonelli, siendo el cardenal Bellisomi el candidato del primero, y el cardenal Mattei el del segundo. Deshecha la combinacion primera, se divagó entre los cardenales Valenti, Gerdil, Antonelli, Albani y Mauri; pero tomando parte con calor el prelado Consalvi, secretario del cónclave, venció á todos los partidarios

con su elocuencia, y á los ciento cuatro dias de cónclave, que fué el 14 de Marzo de 1800, se verificó el escrutinio, que dió por resultado haber sido nombrado papa por unanimidad el cardenal Chiaramonti, cuyo carácter dulce, afable, moderado é independiente merecia todas las simpatías, y cuyo saber no podia ponerse en duda. Lugar era este de manifestar cuánto hizo y suplicó el Benedictino cuando vió fijarse sobre él las miradas de sus compañeros para que no recayese en él la eleccion; pero como esto nos obligaria á dar á este escrito mayor extension que la que estamos obligados á guardar, solo diremos que fué el cardenal más difícil de convencer, y que el prelado Consalvi necesitó más de dos semanas para vencerle con su elocuente razonamiento, y para desvanecer los escrúpulos que oponia el humilde Benedictino, que por su benigno carácter vino al fin á rendirse á los deseos de los demás. Quien tan buenos servicios habia hecho en el cónclave no podia quedar sin recompensa, y así fué que Chiaramonti ofreció el capelo á Consalvi, el que no tardó en recibir con él el alto destino de secretario de Estado, en el que se mantuvo siempre. No habiendo agradado al Austria el nombramiento del cardenal Chiaramonti para el pontificado, porque no era de los en que podia confiar más la corte de Viena, se opuso á que el nuevo Papa se coronase en la iglesia de S. Marcos, razon por la que le coronó el 21 de Marzo el cardenal Antonio Doria y su hermano José, jefe de la órden de cardenales diáconos, en la iglesia de S. Jorge, en donde tomó el nombre de Pio VII, como para que un mismo nombre completase la historia del pontificado, ó por mejor decir, del soberano de Roma en su muerte y resurreccion política. Establecido el gobierno pontificio segun lo permitian circunstancias tan azarozas y en un país extraño, en el que no ejercia el soberano de la Iglesia dominio alguno temporal, dirigió una encíclica el nuevo Papa á todos los cardenales y prelados del catolicismo en 25 de Mayo, de la que no queremos dispensarnos de trascribir el siguiente párrafo, por lo bien que pinta su carácter y la situacion de aquella época. «Profunda es la tristeza, dice, y vivo el dolor que experimentamos al considerar á nuestros hijos que habitan en Francia, por quienes sacrificariamos nuestra vida si pudiera este sacrificio obrar su salvacion. Una circunstancia amengua y mitiga nuestro sentimiento, y es la energía y constancia que muchos habeis ostentado, y que han imitado tantas personas de todas edades, sexos y condiciones. Su valor para no mancharse con el juramento ilícito y culpable, y seguir obedientes á los decretos y sentencias de la santa Sede Apostólica quedará eternamente grabado en nuestra memoria, así como la crueldad renovada de los tiempos antiguos con que se ha perseguido á estos cristianos fieles.» Pio VII, aunque cercado de enemigos, cumplia con sus deberes sin que nada le intimidase. Tratóse de hacer al Papa residir en Viena; pero el Austria no quiso retener-

le, y creemos no hubiera podido, áun cuando hubiese puesto su empeño en ello. Embarcóse el Papa el 6 de Junio en una fragata austriaca; pero habiéndose descuidado los encargados de suministrarla los mantenimientos, tuvo que desembarcar en Pésaro, y desde allí se dirigió á Roma. Desembarcando en Ancona el 21 de Junio, fué saludado con salvas de artillería por todos los buques que estaban en el puerto, y especialmente por la escuadra rusa, á la que habia ordenado el emperador Pablo I tributase al Pontífice los mismos honores que á su persona. Al ver el pueblo á su soberano se entusiasma, y lleno de alegría desengancha los caballos del coche que se le tenia preparado, y atando á él cuerdas adornadas con cintas de colores, le conducen victoreándole al palacio del cardenal Ranuzzi, que aguardaba impaciente al nuevo Papa. Despues de decir Misa al siguiente dia en el altar de la Vírgen y de S. Ciriaco marchó á Loreto; y como un comisario austriaco tratase de entrar en contestaciones con Pio VII sobre la ocupacion de las legaciones por las tropas austriacas, se desentendió de esta cuestion por entónces, y continuó su viaje á Roma. Los franceses y los republicanos habian abandonado esta ciudad á consecuencia del corto número á que habian quedado reducidos, y atribuyéndose los napolitanos esta conquista, vieron con disgusto la llegada del Papa, que les privaba de mandar á sus anchas en la capital del orbe cristiano, que guarnecian. Llegó Pio VII á la ciudad eterna, que le recibió con entusiasmo, colocando un arco triunfal en el mismo punto en que los republicanos habian presentado una corona al general francés Berthier cuando la invadió; y como los napolitanos tenian tiranizado al pueblo, vió éste su libertador en su soberano natural, y se declaró ya tanto en su llegada contra los que á título de amigos le oprimian, que fué necesario que se mandase evacuar la ciudad á las tropas de Nápoles, que se retiraron á Benevento y Pontecorvo, provincias de los Estados de la Iglesia en territorio napolitano. La bula *Post diuturnas* fué el primer acto de Pio VII al tomar posesion de la silla de S. Pedro, bula que no tardó en caer en desuso por lo inoportuno de algunas disposiciones, segun el caballero Arnaud. La llamada *moneta erosa*, toscamente fabricada por la República, en cuyo tiempo desapareció el papel-moneda, era muy perjudicial á la clase pobre, se recogió con pérdida de millon y medio de escudos para el tesoro, y el pueblo alabó esta determinacion, dando ostensibles muestras de gratitud á su soberano por el gran beneficio que le habia hecho con retirarla de la circulacion.

Ganada por Napoleon la famosa batalla de Marengo el 14 de Junio del mismo año, casi toda la Italia quedó de algun modo sujeta al coloso del siglo. Empero este gran poder de Napoleon fué presagio de mayor seguridad en cierto modo para Pio VII, pues que á los pocos dias del expresado triunfo manifestó al obispo de Verceli, que lo era el cardenal Martiniana, su de-

seo de vivir en amistad con el Papa, y el de restablecer la religion en Francia. Alegróse tanto el Pontífice al saber esta noticia, que inmediatamente hizo al secretario Consalvi escribir al Cardenal, dijese al primer cónsul Napoleon que accederia muy gustoso á una negociacion cuyo objeto era tan respetable, tan conveniente á su ministerio apostólico, y tan conforme á las miras de su corazon. Y á fin de que pudiese seguir las negociaciones un miembro efectivo del Sacro Colegio, el 10 de Agosto dió el capelo á su ministro de Estado el prelado Consalvi, y mandó al efecto á París al cardenal Spina, arzobispo de Corinto, que cerró los ojos en Valencia del Delfinado al virtuoso y perseguido Pio VI. «Un breve del 13 de Setiembre comunicó á todos los obispos franceses las esperanzas del Pontífice; se propuso un concordato, y en Marzo de 1801 envió á Roma el primer Cónsul, en calidad de ministro plenipotenciario, al Sr. Cacault, su colega en Tolentino, muy conocido por hábil diplomático; llegó éste á su destino el 8 de Abril, y al dia siguiente fué presentado al Papa por el cardenal Consalvi, que lo hizo tambien de Mr. Artaud, secretario de la legacion, que escribió despues la vida de este Pontífice, como ya hemos dicho. Empezadas las negociaciones, éstas se detenian con disgusto de Cacault en discusiones teológicas, lo que aprovechaban los gabinetes extranjeros para indisponer á la Francia con Roma, en lo que trabajaba con empeño, por medio de su ministro Ghisleri, el Austria, y Fernando IV rey de Nápoles, cuyo representante, el caballero Acton, procuraba secretamente impedir el concordato con Francia. Cansóse Napoleon de las dilaciones que causaban en Roma las cuestiones expresadas, y mandó á su ministro se retirase de Roma si en el término de tres dias no se firmaba el concordato proyectado en París, y que á la sazon discutian ambas córtes. Al recibir esta órden, conoció Cacault las graves consecuencias que para Roma y áun para el mundo católico podia traer un rompimiento entónces entre los dos poderes, y los inconvenientes de un concordato hecho con precipitacion, y conferenciando sobre esto con el Cardenal ministro, le convenció á ir á París con ámplios poderes para hacer el concordato, en tanto que obedeciendo él la órden del primer Cónsul, se retiraba á Florencia, dejando en Roma á su secretario encargado de la legacion. Grande fué la sorpresa de Pio VII cuando su ministro y Cacault le manifestaron la órden del primer Cónsul, y la determinacion política que habian tomado para salir lo mejor posible de aquel conflicto; y convencido de las razones de aquellos dos hombres de estado, si bien vertiendo lágrimas y demandando el auxilio de Dios, consintió en la partida á París del cardenal Consalvi, al que dió sus ámplios poderes, y éste y Cacault salieron para Florencia. Siguió el Cardenal á París, en donde á consecuencia de una imprudente carta de confianza que habia escrito al caballero Acton, que le hizo

traicion, haciéndola llegar á Napoleon, fué recibido friamente por éste; pero no tardó en cautivarle con su talento y con el apoyo de Cacault, que escribió una carta desde Florencia al Cónsul, en disculpa de aquel, que le acredita de uno de los hombres más hábiles en política de su época; amigo ya Napoleon de la sirena de Roma, que así llamaba al Cardenal despues que conoció su astucia y capacidad, se redactó, por fin, el convenio, ó sea el concordato de 1801, para el que se estudió el que se hizo entre el pontífice Leon X y Francisco I de Francia. Por este concordato, firmado en París el 15 de Julio, el gobierno de la República Francesa reconoció por religion de la gran mayoría de los franceses la católica, apostólica, romana; el restablecimiento del culto público católico en esta nacion, que estaba proscripto por la revolucion, y todo lo relativo á él y á un país católico, con clero subvencionado en todas sus categorías por el Estado. Permitióse por él hacer nuevas fundaciones en las iglesias, y se reconocieron al primer Cónsul de la República los mismos derechos y prerogativas que disfrutaba el antiguo gobierno de Francia. Firmado ya el concordato y señalado el dia en que el cardenal Consalvi debia entregarle en audiencia pública al primer Cónsul, se dirigió aquel en hábito cardenalicio de toda ceremonia al palacio de los cónsules, y recibido con la dignidad que correspondia al soberano que representaba, entregó la copia del tratado que se exige en estos casos, tratado que es una de las glorias más sólidas y á nuestro entender la más brillante de Napoleon, pues que volvió á Francia su natural religion, dando la mayor satisfaccion y alegría á los fieles á quienes habia obligado la revolucion, que tantos mártires del cristianismo habia hecho, á ocultarse para tributar sus alabanzas y hacer preces al verdadero Dios. Fuese por política como algunos sospechan, pues que este golpe maestro le afirmó en el poder, ó por verdadera creencia, este acto le honra mucho y hace ménos ostensibles los defectos que se le atribuyen y los males que causó su carácter guerrero, altivo y caprichoso.

Antes de volver á reunirse el cardenal Consalvi con su soberano, que le aguardaba impaciente, nos parece que no estará demás dar una idea de las personas que rodeaban al Pontífice, porque además de que algunas han de figurar despues en nuestro relato, dará á conocer tambien el carácter de Pio VII. Al marchar á París el cardenal Consalvi, quedó haciendo sus veces de secretario de Estado el cardenal José Doria, que por cierto no era muy amigo de aquel, razon por la que no gozaba del aprecio del Pontífice. «Rodeaban á éste despues del cardenal favorito, y disfrutaban de su buena y paternal amistad, monseñor Bertazzoli, administrador del obispado de Imola, que se habia reservado el Pontífice personalmente, cuyo prelado pacífico y cortés, pero de débil carácter, era muy apreciado de Su Santidad. Prestó al car-

denal Chiaramonti el dinero que necesitaba para concurrir al cónclave de Venecia, porque el obispo daba á los pobres todos los meses la mitad de sus rentas. Solia decir Pio VII que si era dicha el haber salido elegido Papa, lo debia en parte á aquel prelado, y añadia: «Sin la generosidad de Monseñor Bertalozzi, el cardenal obispo de Imola hubiera carecido de medios para emprender el viaje á Venecia como correspondia á su dignidad; apénas le hubiese alcanzado el dinero para ir á pié como un peregrino, con sus conclavistas y algunos criados.» Otro de los amigos del Papa era el Sr. Marconi, que le abrió tambien su bolsillo en las necesidades, por lo que le recompensó con un pingüe destino; de suerte que se ve con ambos ejemplos y otros que pudiéramos citar, que la gratitud era una de las principales cualidades de este Pontífice. Aconsejaban tambien á Pio VII el cardenal Pacca, promovido á la púrpura en Febrero de 1801, hombre de talento, distinguido literato, de amable y blando carácter, pero firme y decidido en sus opiniones religiosas, y el cual habia sido nuncio en Alemania y Portugal. Monseñor di Pietro, consumado teólogo; monseñor Menochio, prelado fervorosísimo; durante algun tiempo el cardenal Maury que abandonó despues la corte por su obispado de Montefiascone; el cardenal Antonelli, al que perdonó el Papa, por su arrepentimiento, la guerra que hizo en el cónclave en un principio á su eleccion, y el cardenal Aurelio Roverella, al que se agradeció ser de los primeros y más decididos electores del Papa. Todos estos señores veian con celos al favorito cardenal Consalvi, y si bien no se le atrevian de frente, hacian por robarle el cariño del Pontífice, valiéndose de rumores esparcidos sobre trastornos que tenian por objeto obligar á Pio VII á abandonar á Roma y pasar á Malta, conquistada por los franceses el 5 de Setiembre de 1800, y tratábase de sublevar al pueblo, repitiéndose exageradamente entre la plebe la siguiente sátira, que suelen repetir los romanos cuando se disgustan:

Pio (VI) per conservar la fede,
Perde la Sede.
Pio (VII) per conservar la Sede,
Perde la fede.

Sátira que solo tiene gracia en italiano; pero que era injustísima contra Pio VII. Los agitadores procuraban impedir á todo trance se llevase á cabo el concordato, é incitaban al pueblo contra los franceses presentándole estampas alusivas á la desgraciada muerte de Luis XVI, y esparciendo noticias alarmantes, en lo cual trabajaba mucho el caballero Acton por cuenta de Nápoles, cuya corte no queria de modo alguno que el primer Cónsul se amistase con el Pontífice. Sabedor el cardenal Consalvi por sus parciales de las

tramas que se le urdian en Roma, regresó á ésta en cuanto pudo, é hizo que el Papa firmase el concordato, lo que se verificó el 15 de Agosto, siéndolo en París el 8 de Setiembre. Fué nombrado legado *à latere* para llevar á cabo el restablecimiento del culto en Francia el cardenal Caprara, elevado al capelo por Pio VI el 8 de Junio de 1792, y Mr. Cacault volvió á ocupar su puesto en Roma. Como por el artículo 3.° del concordato se exigia la dimision de los antiguos obispos de Francia, al poner en práctica esta disposicion por medio de un breve dado el 15 de Agosto de 1801, se resistieron muchos obispos de los emigrados, lo que afligió al Papa considerablemente, al paso que le llenó de satisfaccion la sumision á sus órdenes de muchos otros, que en bien de la religion se apresuraron á obedecerle. Suscitáronse exageradas dificultades por los romanos acerca de la reciprocidad de presentes que se hacen en todos los tratados diplomáticos; pero venciólas la buena intencion de Pio VII y del representante de Francia á pesar de las instigaciones de los descontentos, que buscaban un rompimiento por este medio.

Llegando á París el Cardenal legado, el primer Cónsul confió en la buena fe de los romanos, y así es que escribió espontáneamente al Papa noticiándole la paz ajustada entre Inglaterra y Rusia, los tratados firmados entre Portugal y Turquía, suplicándole interviniese en la eleccion de un nuevo gran maestre de la órden de Malta, y ofreciendo dirigir sus peticiones al rey de Nápoles para que le restituyese los principados de Benevento y Ponte-Corvo, que no queria abandonar el caballero Acton, y aconsejando al Papa levantase tropas para ocupar á Ancona; le hablaba de los bienes nacionales vendidos por la República Romana y recobrados por la Cámara Apostólica, prometiendo reembolsar una cuarta parte de las sumas satisfechas por los compradores. Esta carta llenó de confianza al Papa y á los partidarios del concordato, y mortificó á sus contrarios. Encargóse al Sr. Portalis todo lo relativo al restablecimiento del culto en París, lo que retardó la negativa de algunos obispos á dimitir, á pesar de lo que trabajaba la corte de Roma por conseguir lo hiciesen, mas con prudente reserva, porque comprendia bien el sacrificio que se exigia á aquellos prelados. La respuesta dada por el Papa á la carta del primer Cónsul, que remitió el ministro Talleyrand en 10 de Octubre y de que ya hemos hablado, acredita el talento del cardenal Consalvi por su buen lenguaje, sus razonamientos y lo bien que discute en ella, con rara precision y admirable claridad de estilo, todos los puntos tocados en la de Bonaparte. No queremos dejar de insertar en este lugar lo que dice acerca de la órden de Malta, porque tocándose en ello á España y perteneciendo nosotros á la inclita órden de San Juan, que es la misma, conviene se consigne en esta obra española cuanto relativo á la Orden pasó en aquella época. Dice así: «Respecto del negocio de Malta nos manifestais deseos de que

intervengamos para con las diversas córtes de Europa, á fin de reorganizar la Orden, á la cual va á restituirse la isla. Conformes estan los votos de nuestro corazon con vuestros planes para restablecer aquella Orden segun los términos de sus estatutos. Es verdad que no podemos contribuir á este objeto sino en el modo que conviene al jefe de la religion católica; y en este sentido hemos respondido no solo á Rusia sino tambien á España. A nuestro secretario de Estado hemos mandado que os comunique con más minuciosidad, ora por medio de nuestro Cardenal legado, ora por vuestro ministro residente aquí, lo ocurrido recientemente en esta materia, y hemos declarado nuestra intencion. Hasta ahora no es nuestra situacion la mejor para intervenir con fruto en tal negocio: por una parte, presenta la España un gran obstáculo, porque á no obtener la separacion que ha solicitado, se opone á toda medida dirigida á dar un jefe á la Orden; y por otra, varias potencias católicas siguen diverso rumbo. Sin embargo, haremos de nuestra parte los esfuerzos posibles para el buen logro de nuestros deseos y conciliacion de los pareceres contrarios, y nos lisonjeamos de que la feliz circunstancia de la paz general facilitará nuestras tareas.» Por este párrafo se ve el respeto que aún se tenia á España en aquella época, y el estado en que se encontraba la órden de San Juan ó de Malta en las lenguas de Castilla y de Aragon, que vinieron á depender del rey de España despues de la pérdida de Malta por la Orden; en cuyo estado se encuentran hoy, estando á la cabeza de la lengua de Castilla su gran prior el Sermo. Sr. Infante D. Sebastian Gabriel de Borbon y de Braganza, y de la de Aragon, como gran castellan de Amposta, el Sermo. Sr. Infante D. Francisco de Paula Antonio de Borbon, padre del Rey consorte de Isabel II, nuestra soberana, á quien obedecen estas lenguas.

Deseaba Pio VII que las cenizas de su virtuoso y desgraciado antecesor reposasen con las de los demás soberanos pontífices en Roma, y así es que por el mismo correo que llevó al primer Cónsul la carta de que acabamos de hacer mencion mandó el cardenal Consalvi la órden al cardenal Caprara para que pidiese con empeño el cuerpo de Pio VI, enterrado en el cementerio de Valencia del Delfinado, confiriendo el cargo de acompañarle á Roma, si Bonaparte accedia á ello, al cardenal Spina, arzobispo de Corinto, que se preparaba para volver á Italia. Habiendo concedido el primer Cónsul la traslacion del cuerpo de Pio VI, salió con él el cardenal Spina hácia Roma sin aparato alguno, avisando á Pio VII, que hizo se dispusiese el recibimiento debido á tan precioso depósito. En tanto que llegaban á Roma los restos del Papa mártir de la revolucion, se hicieron trasladar á la iglesia de los Santos Apóstoles los restos de Clemente XIV, depositados á la izquierda de la capilla del coro de S. Pedro, porque allí habia de colocarse el cuerpo de Pio VI, á cuyo fin se hizo dar fe del reconocimiento del cuerpo al notario Lorenzini, que habia extendido el acta

de inhumacion en Setiembre de 1774, cuya traslacion se verificó el 21 de Enero de 1802. Deseando el cardenal Consalvi que se recibiese por todos los romanos el cuerpo del pontífice Pio VI con todos los honores que se le debian como jefe que fué de la Iglesia católica y soberano de Roma, se dispuso todo al efecto, empezando por condecorar á Cánova, cuyos importantes consejos se pidieron en aquella ocasion, con la espuela de oro, condecoracion sumamente honorífica cuando la confiere el mismo Papa con un breve razonado y especial. Poco ántes de morir Pio VI habia confirmado la cláusula de su testamento, en que pedia que sus restos mortales fuesen trasladados, si Dios lo permitia, bajo el sepulcro de los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo, ante el cual habia orado tantas veces durante su vida; y como sabiendo esto el cardenal duque de York lo dijese al Papa, éste, para cumplir su voluntad y satisfacer los votos de su corazon, hizo al primer Cónsul la reclamacion de que acabamos de hablar. Muchos fueron los fúnebres homenajes que se rindieron en el camino á los restos de Pio VI, y al aproximarse á Roma se anunció que se observarian, entre otras, las mismas ceremonias prescriptas en 2 de Febrero de 1733 para la traslacion de Benedicto XIII, general de los dominicos, desde el palacio del Vaticano á la iglesia de Sta. María de la Minerva; y para dirigir la pompa fúnebre fueron nombrados Monseñor Luis Gazzoli, auditor general de cámara, y Monseñor Lante, tesorero general, al que encargó el Papa tomase de su bolsillo todo lo necesario para que la fúnebre fiesta fuese lo mejor posible. De todas partes mandaban ofrendas de telas, cirios, ornamentos y mil otras cosas que se regalaban para dar mayor majestad á la funcion, distinguiéndose en sus magníficos dones el príncipe Doria, y no excusándose de rendir este homenaje ni áun los representantes de los pueblos católicos que á la sazon se hallaban en Roma, lo cual causó mucha satisfaccion á Pio VII. Muchos señores principales y distinguidos eclesiásticos salieron á recibir á aquel digno pastor, que imitando á Jesucristo habia sabido sacrificarse por sus ovejas, siendo mártir de la impiedad y de la locura revolucionaria, que se cebó en esta víctima santa é inocente, cuyas virtudes y paternal carácter todos habian admirado. Llegó la comitiva al pueblo de la Storta el 15 de Febrero, aniversario precisamente de la exaltacion de Pio VI al pontificado, y allí le recibió vestido de pontifical el cardenal Antonelli, penitenciario mayor y obispo de Oporto, el cual dijo las preces, y al siguiente dia la misa de cuerpo presente. Desde aquel pueblo algunos cuerpos de las tropas del Papa dieron la guardia de honor y escoltaron el cuerpo. Siguió la comitiva, y el dia 16 descansó en el palacio del duque de Bracciano, no distante de la puerta del Pueblo, y el 17 de Febrero al alba anunció la artillería el principio de la fúnebre ceremonia. Llenóse de tropas la gran plaza del Pueblo, y una multitud de gentes de todas clases inundaba

las calles y llenaba los pórticos, balcones, ventanas y terrados, ansiosa de rendir homenaje á su paso al Pontífice que habia salido prisionero de aquella ciudad, y que, si muerto en el cuerpo, volvia triunfante de sus enemigos, á los que habia vencido con su humildad y perseverancia en la fe; por lo que se le consideraba con una corona más brillante en el cielo que la que llevára dignamente en la tierra, corona que fué para él de espinas, como la de su divino Maestro el Rey de los reyes. Salieron las guardias nobles del Papa para formar al rededor del féretro, que tenia más de doce pies de alto y más de ocho de ancho, adornado de damasco con franjas de oro, y encima un paño de tela de oro bordado de terciopelo negro, en cuyos cuatro ángulos se veian las armas de Pio VI con esta leyenda: *Pius P. P. VI. P. M.*, sobre cuyo centro habia un almohadon, en el que descansaba la tiara. Rompiendo el fuego la artillería del castillo de Santo Angelo á la una de la tarde, empezaron á clamorear todas las campanas de Roma, y al propio tiempo se abrieron las puertas y empezó á andar la fúnebre procesion. Cuatrocientas personas con hachas encendidas precedian y seguian al féretro. Los alumnos y huérfanos del hospicio de S. Miguel abrian la marcha, despues iban las órdenes religiosas por su órden en ceremonias de esta clase. A éstos seguian todos los curas de Roma, los canónigos de nueve colegiatas, los cabildos de cuatro basílicas menores y el clero de las tres basílicas patriarcales, Santa María la Mayor, el Vaticano y S. Juan de Letran. Seguia el vicegerente y el *luogotenente* oficial y ministro del cardenal vicario, que precedian al cardenal Spina, arzobispo de Corinto. Venian despues el *baronaggio* romano, el mayordomo del Papa, los obispos, los protonotarios apostólicos, los auditores de la Rota, los abreviadores y los refrendatarios, montados todos en mulas enlutadas, y por último el resto de la corte de Su Santidad y el príncipe Altieri á la cabeza de la guardia noble, y los regimientos de la guarnicion en Roma con armas á la funerala, la artillería con los cañones cubiertos con crespon negro, la caballería y los coches de los embajadores y de toda la nobleza romana. El castillo de Santo Angelo hizo los honores al pasar por él el féretro, disparando sus baterías. El cardenal de York, arcipreste de la iglesia en que habia de depositarse el cuerpo, cuya cruz parroquial fué la única que se llevó en la procesion, debia recibir el féretro; pero Pio VII quiso presenciar el acto, y acompañado del Sacro Colegio practicó las primeras ceremonias religiosas prescriptas en el Ritual, concluyendo con una solemne bendicion. La guardia noble y la suiza tuvieron que abrir filas para dar paso por delante del catafalco á más de treinta mil personas, que ocuparon el templo, haciéndolas retirar por las naves laterales. Trasladóse la caja de encina, dentro de la cual estaba la de plomo que contenia el cuerpo, á la gran capilla del coro, acompañándola cantando el *Miserere* el cabildo de S. Pedro.

Colocada la caja en medio del coro, en donde se hallaban todos los cardenales, dijo la absolucion Monseñor Pedro Francisco Galeffi, ecónomo y secretario de la fábrica; reconocióse en seguida el cuerpo, viéndose que los sellos estaban intactos. Abiertas ambas cajas, se vió que el cuerpo estaba todo entero, y solo la cara, y en especial la nariz, habia sufrido algo con el contacto del plomo, porque equivocadamente le habian traido boca abajo. Cerca de las manos se halló la inscripcion latina escrita por Monseñor Marotti al tiempo de la inhumacion, en la que se indicaba el lugar de la muerte del Pontífice, siendo notables algunas palabras de que sin duda no tuvo noticia el Directorio. «Tan cierto es, dice sobre esto el caballero Artaud, á quien seguimos, que áun á la vista de los tiranos más feroces se puede dejar consignada su perfidia á la posteridad.» Estas palabras eran:

IN ARCE IN QUA
OBSES GALLORUM CUSTODIEBATUR.

Cerca de las rodillas se encontró una bolsa con unas pocas monedas acuñadas durante su pontificado, y como se le habia enterrado con la sotana blanca y la estola encarnada, se le pusieron las vestiduras pontificales y el pálio, y se metió otra bolsa de raso encarnado con todas las medallas del pontificado por el tesorero general. Cerrándose la caja de plomo se soldó sobre ella la siguiente inscripcion:

PIUS VI. P. M.
A VALENTIA APUD RHODANUM
AD BASILICAM SANCTI PETRI
SOLEMNITER TRANSLATUS
DIE XVIII FEBRUARII MDCCCII.

Púsose sobre la caja de madera el sello del cardenal duque de York, arcipreste; del cardenal Doria, procamarlengo de la Santa Iglesia; de Monseñor Gavotti, mayordomo del Sacro Palacio y el del cabildo de S. Pedro; y verificado todo esto, el notario del Sacro Palacio leyó de rodillas el acta de reconocimiento que acababa de extenderse; entre los muchos extranjeros que asistieron á esta ceremonia se encontró la archiduquesa Mariana, hermana del emperador de Alemania.

Colocáronse las cajas sobre el catafalco erigido en medio de la nave mayor, entre los altares de la Vírgen y de S. Gregorio. Delante de la confesion de S. Pedro se construyó un altar para celebrar el sacrificio de la Misa, y delante de la estatua de bronce de S. Pedro se preparó un trono para el Santo Padre; y por fin, se dispuso la iglesia con tribunas y estrados para las personas augustas, nobleza y señoras romanas y extranjeras. Más de mil

misas, pagadas de su bolsillo por el Papa, se celebraron desde el amanecer el dia 18, para cuyo solo dia declaró altares privilegiados todos los de la iglesia de S. Pedro. El cardenal Antonelli, que fué el primero creado por el difunto Pio VI, cantó la misa en presencia del Papa y del Sacro Colegio, estando aquella santa iglesia llena de un inmenso gentío que asistia á las fúnebres ceremonias, á las que acudió tambien el ministro de Francia Mr. Cacault, acompañado de dos suizos y del camarero secreto de capa y espada. Majestuosa se presentó la iglesia de S. Pedro en este dia. Torrentes de luz, dice Mr. Artaud, salian del catafalco; casi todos los habitantes de la ciudad arrodillados; las aldeanas de los pueblos inmediatos adornadas de vestidos variados y brillantes, que hacian mucha visualidad en medio del luto universal; aquel Sacro Colegio revestido de un aspecto grave y austero, y por último, el Soberano Pontífice, que entónces más parecia estar en el cielo que en la tierra, y aquella magnífica música que respondia á la voz del celebrante; todo esto formaba un conjunto magnífico y sorprendente áun á los ojos que estuviesen acostumbrados á ver las grandezas mayores de la tierra. Encargado de la oracion fúnebre monseñor Joaquin Tosi, un silencio sepulcral sucedió á su primera palabra; hizo el elogio del difunto Papa en buen latin, con suma correccion, elegante estilo y en una forma atrevida, aunque moderada y metódica, realzándole su clarísima y sonora voz y su buen decir. Acabada la oracion, dijo las preces Pio VII, acompañado de los cardenales duque de York, Mattei, Archetti y José Doria. Terminó la ceremonia colocándose el cuerpo de Pio VI donde habia dejado dispuesto, y Roma agradeció al Pontífice los justos honores dispensados á su virtuoso antecesor, mártir de la revolucion y de la impiedad.

Siendo Roma verdaderamente el centro de los artistas en donde se reunen, ya mantenidos por el gobierno pontificio, ya por los soberanos de todas las naciones católicas y de otras comuniones, ejercen una poderosa influencia moral en la ciudad eterna, y así es que todos los poderosos se esfuerzan en obsequiarlos, en lo que dejaron buenos ejemplos el famoso caballero Azara y el cardenal de Bernis, embajadores de España y de Francia. A la sazon sobresalia entre los numerosos artistas el célebre escultor Cánova, á quien habia distinguido tanto el caballero español Azara, cuyo artista hizo una magnífica estatua de Perseo con la cabeza de Medusa, la cual compró el Papa despues de haber sabido que por no tomarla su tesorero sin consultarle, se habia vendido en el extranjero; acto de proteccion á las artes, que le conquistó el aprecio de los artistas y de sus apasionados, los cuales tuvieron un banquete para celebrar la paz, al que asistió el embajador de Francia, que sabia bien que el diplomático que aprecia y protege á los artistas en Roma tiene su crédito más seguro.

Hablábase de trastornos que habian de suceder para lanzar de Italia á los franceses, y el Papa encargó á sus agentes vigilasen sobre el órden público, y como la gente estaba cansada de revolucion y la Francia se hacia temer, no pasó de hablillas de los unos y de temor de los más por entónces; así se lo expresó al primer Cónsul su ministro el famoso Talleyrand, á quien pidió se informase sobre la certeza de aquellos rumores. No marchando los asuntos eclesiásticos en París con paso muy firme, el primer Cónsul pidió informe sobre el estado de la cuestion, y sobre las medidas que debian tomarse para tranquilizar á los que profesaban otros cultos; y el 9 de Marzo se le contestó con un notable documento, en el que se le aconsejaba que la situacion religiosa y política de la Francia exigia que se prestase proteccion á todos los cultos en que estaba dividida, áun cuando se hubiese declarado que la católica era la de la mayoría de los franceses en el último concordato; y que sin embargo que eran pocos los demás cultos, y que estos se sostenian por un reducido número de personas, todos debian gozar de la misma independencia. A este dictámen y al proyecto de decreto que con arreglo á él se le presentó, contestó Napoleon que faltaba el juramento que deberian prestar los ministros del culto protestante y las elecciones de los mismos, y que deberia oponerse á que los consistorios reunidos fuera del territorio de la República nombrasen para las plazas vacantes en él, autorizando á este fin el establecimiento de un consistorio en el suelo francés. En esta observacion, tan juiciosa como política de Napoleon, se ve que no amaba á los protestantes.

El Museo central de Artes de Francia y varios propietarios que habian comprado á los franceses muchos de los objetos artísticos confiscados en tiempo de la revolucion en Roma, y que habian quedado sellados en ella, reclamaban del primer Cónsul dispusiese se les entregase. El primer Cónsul, reservando para el Museo el famoso Antinóo colosal y varias piezas de la coleccion Albani, acordó la entrega de las demás, dejando en manos del Papa la resolucion definitiva. Negóse el gobierno del Papa, apoyado por el embajador de Francia Mr. Cacault, á la entrega de los objetos de que se trataba con buenas razones, y el gobierno francés no recibió la negativa de buen grado; pero á pesar de esto y de lo que le instaron los periódicos revolucionarios para que llevase á cabo el despojo, no tuvo consecuencia alguna por entónces. Llegó el general Murat á Roma y fué obsequiado fastuosamente, primero por su padre político el embajador Cacault, y despues por el príncipe Camilo Borghese en su lindísima villa Borghese; habiendo quedado prendado este general de la finura y cortesanía de los romanos, y muy especialmente del príncipe, que casó al siguiente año con la viuda del general Leclerc, hermana de Bonaparte, en lo que tuvo mucha parte Murat. A pesar de que se publicó en Francia el concordato el dia 18 de Abril de aquel año,

el gobierno de la República dió algunas sillas episcopales á algunos obispos constitucionales, y ciertos artículos orgánicos no acordados con el legado pontificio el cardenal Caprara; lo cual disgustó tanto á Pio VII, que hizo se manifestase al primer Cónsul su desagrado y sentimiento de que se faltase tan pronto á lo pactado, y mandó no se cantase el *Te Deum* en S. Pedro por la terminacion del concordato hasta que se regularizase segun las formas romanas lo hecho por el gobierno francés; el embajador Cacault, á quien el Papa habia regalado su retrato en una caja guarnecida de brillantes, semejante á las que se regalaron en París á los que firmaron el concordato, apoyó á Pio VII en estas reclamaciones, al paso que pidió se le mandesen sus credenciales, pues que sin ellas se hallaba desautorizado en Roma.

Entre tanto ocurrian en la corte de Cerdeña revoluciones políticas. La santa reina Clotilde habia muerto en Nápoles despues de haber dado pruebas de la piedad más ejemplar. El Papa no pudo ménos de verter algunas lágrimas en memoria de aquella virtuosa Reina. A los tres meses de su muerte Cárlos Manuel, inconsolable de este contratiempo, quiso retirarse á un convento y abdicó la corona en favor de su hermano el duque de Aosto, que tomó el nombre de Victor Manuel IV, reservándose el primero el título de rey y una pension de quinientos mil pesos con obligacion de aumentarla el nuevo monarca si mejoraba la situacion de la familia. Dividida la nueva corte en dos partidos, uno papal, por decirlo así, y el otro napolitano, ambos trabajaban por que triunfasen sus principios; y la verdad es que necesitaba un apoyo del Papa, porque teniéndole se conseguia entónces el de Francia, de quien tanto tenia que esperar y que temer á la sazon aquel estado. Volvióse á agitar la cuestion sobre el nombramiento de un gran maestre para Malta, en lo que estaba empeñado el primer Cónsul para cumplir el artículo X del tratado de paz de Amiens, y entablado el asunto, no se contó con España, segun el caballero Artaud, porque hallándose algo ofendida la corte de Roma de las pretensiones del ministro Vargas, habia un obstáculo aparente en la persona del príncipe de la Paz (el favorito de Cárlos IV, Don Manuel Godoy), á quien propuso años ántes el caballero Azara para gran maestre de Malta. Algo hubo efectivamente de esto, pero el caballero Azara solo hizo una indicacion forzada, resistiéndose el mismo caballero á que Napoleon apoyase su propia persona para gran maestre de la Orden, de que era bailío, como lo dice en sus *Memorias*, que con la *Vida* de este famoso diplomático y literato aragonés hemos publicado en los años 1847 las primeras, en un tomo en 4.°, y la segunda (1848 y 50) en dos en fólio menor.

Aconsejando el sagaz ministro Talleyrand que complaciese al Papa, porque era muy conveniente tenerle á su favor en aquellas circunstancias, mandó el Emperador que se restituyesen á la Santa Sede los principados de Benevento

y de Ponte-Corvo que mantenian por usurpacion los napolitanos, y nos parece no estará demás hagamos, aunque á grandes rasgos, la historia de estos estados de la Iglesia ántes de pasar adelante, máxime en unos tiempos en que, como en aquellos, se han arrebatado al soberano de Roma tantos de sus territorios, y se pretende arrebatarle los demás, inclusa la misma Roma. Aboin, rey de los lombardos, era dueño en 551 de nuestra era de una parte de Italia, y para conservar sus conquistas fundó tres grandes ducados; el de Friul, el de Spoleto y el de Benevento. Creóse este último con el objeto de atacar á Roma y rechazar los ejércitos de los emperadores griegos hácia la parte más meridional de la península. No tardaron los duques de Benevento en declararse independientes, y por espacio de más de quinientos años dictaron leyes á la mayor parte del reino actual de Nápoles. Grimualdo II, duque de Benevento, que reinó desde 806 á 818, se resistió á Carlomagno, con quien hizo las paces en 812, mediante un tributo que ascendió á veinticinco mil sueldos de oro. En 1076 Roberto Guiscard, primogénito de Tancredo en segundas nupcias, atacó á Pandulfo VI, duque de Benevento, le arrojó de su principado y se le dió á Gregorio VII. Tal es el título de posesion que justifica el derecho del Pontífice á este ducado; cuenta ya aquella cerca de ocho siglos de antigüedad hasta el dia. En 1081 acababa Roberto de batir al emperador Alejo Comneno en persona delante de Durazzo, y repentinamente se volvió hacia Occidente, donde oia la voz de Gregorio, que imploraba su auxilio contra Enrique, rey de Germania, el primero que tomó el título de rey de los Romanos y fué emperador con el nombre de Enrique IV, en 1085. Roberto Guiscard acude con sus normandos, liberta á Gregorio y confirma la donacion de Benevento En 1265 ajustó el papa Clemente IV un tratado con Cárlos de Anjou, y dió á este príncipe, hermano de S. Luis, rey de Francia, la investidura del reino de Nápoles y de Sicilia. Pusiéronse estas condiciones: herederos únicamente los descendientes de Cárlos, de ambos sexos, sin ley Sálica, y á falta de ellos, la corona habia de volver á la Iglesia; la corona de Sicilia incompatible con el imperio y con el dominio de Lombardia ó de Toscana, y la reserva anual de un tributo, que consistia en un palafren blanco (orígen de la hacanea blanca), que llevase en dos gavetas ocho mil onzas de oro; finalmente, el subsidio de trescientos caballeros mantenidos al servicio de la Iglesia tres meses del año, la entrega de Benevento con su territorio y la conservacion de todas las inmunidades eclesiásticas al clero de las Dos Sicilias; de antemano se pronunció la destitucion de cualquier rey descendiente de Cárlos que no observase las expresadas condiciones. El papa Pio II reconoció en 1458 como rey de Nápoles á Fernando, hijo de Alfonso *el Magnánimo*, mandando que le consagrase el cardenal Latino Orsini, y aprovechó esta coyuntura para hacer

respetar las antiguas posesiones de la Iglesia; fijó el tributo que los reyes de las Dos Sicilias debian á la Santa Sede y que no pagaban hacia mucho tiempo, y cuidó de que se le restituyesen Benevento, Ponte-Corvo y Terracina. Poseedor de Nápoles Cárlos V, no rehusó el tributo, y dejó á los Papas dueños de Benevento y de Ponte-Corvo, y así es que en un despacho de Mr. Sillery, embajador de Enrique IV de Francia en Roma, se dice con fecha de 22 de Junio de 1599 lo siguiente, segun Mr. Artaud: «La víspera de San Pedro, el embajador de España, de rodillas ante el Pontífice, dijo en español: S. M. Felipe III, rey de las Españas, de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalen, presenta á vuestra Santidad la hacanea y siete mil ducados por el censo que se le debe á causa del reino de Nápoles; desea larga vida á vuestra Santidad para bien de la cristiandad, y que quiera Dios que por muchos años reciba este censo. —Levantóse el fiscal y en idioma italiano declaró que se aceptaba el pago sin perjuicio de los derechos de la Santa Sede y de Su Santidad á los reinos de Nápoles y de Sicilia que pertenecian á la Iglesia en plena propiedad. El papa Clemente VIII respondió en latin, que recibia con gusto el censo enviado por el rey de las Españas á causa del reino de Nápoles: que deseaba al Rey y á su esposa toda prosperidad y que les concedia su bendicion. Esta ceremonia se verificó en la nave mayor de la iglesia de San Pedro, colocado el Papa en su *Sedia gestatoria*, estando á su alrededor el Sacro Colegio y los embajadores extranjeros.» A principios del último siglo, en la guerra de sucesion ocurrida en España, hubo en Roma un acontecimiento que renovó los derechos que nuestros reyes reconocian en los Pontífices. El duque de Uceda, embajador del rey católico Felipe V, y el cardenal Jarson, ministro de Francia, pidieron á Clemente XI diese á este príncipe la investidura de Nápoles y Sicilia, prometiendo España cumplir las condiciones antiguas, ménos lo que concernia á la ley Sálica. En cuanto supo el paso que se habia dado el conde de Lamberg, embajador de Leopoldo I, solicitó del Papa la misma gracia en favor del archiduque Cárlos, hijo del Emperador, de suerte que se vé que el tratado del tributo subsistia el año 1701, es decir, 436 años desde que se hizo, y que fué objeto de serias diferencias entre el poderoso Luis XIV de Francia y el no ménos potente emperador de Alemania. Pugnando ambas naciones, la Francia por España para obtener la investidura ofreció al Papa las dos provincias del Abruzzo, situadas á las inmediaciones de sus estados; pero el Papa, sosteniendo su derecho de investidura, declaró que era preciso que las potencias no reconociesen más que un rey de España para que él le diese la investidura de Nápoles y Sicilia: el duque de Uceda logró rendir el homenaje al fin por su rey Felipe V. Esta importante cuestion ha sido siempre objeto de serios debates de los soberanos de Nápoles con Roma, por lo que se ve con cuánta razon escribia el fa-

moso ministro Choiseul al cardenal de Bernis. «Los soberanos son hombres que viven y mueren; pero los negocios no varian con el cambio de aquellos.» Y cómo Roma está persuadida siempre de esta verdad, aunque en la época sobre que escribimos no daba señales públicas de enojo por el cumplimiento de la hacanea, defendia con teson sus derechos de soberanía sobre Benevento y Ponte-Corvo.

Volviendo á la cuestion de Malta, aparece que Napoleon no queria para gran maestre ni al príncipe de la Paz, propuesto por España, ni á un aleman, prefiriendo fuese italiano que dispusiese libremente de sus acciones, y ya iba á nombrarle Pio VII, cuando lo suspendió un incidente que vino á ser favorable al Papa y que preparó Bonaparte por ulteriores miras. Fué este la órden terminante que en 22 de Mayo dió el primer Cónsul para que se entregase al Papa Benevento y Ponte-Corvo, lo que unido á varias conferencias habidas con el ministro de Francia Cacault, fué causa de que se cantase el *Te Deum* en la iglesia de San Pedro por la publicacion del concordato y restablecimiente de la religion católica en Francia, cuya fiesta se celebró el dia de la Ascension, para mayor solemnidad, en la basílica de Letran, dando el Papa desde la *loggia* la bendicion pontifical al pueblo. Pasando por Roma, de regreso de Nápoles, el general Soult con varios oficiales, fué recibido con su esposa con suma benignidad por Pio VII. Convino por fin Nápoles en dejar al Papa en pacífica posesion de los referidos ducados ó principados protestando sin razon, pues que se fundaba en derechos que no tenia, para mantener abierta la disputa y volver á la usurpacion en cuanto se le presentase una ocasion favorable. Suscitáronse diferencias entre Francia y la corte de Roma sobre el nombramiento de cuatro cardenales que deseaba Napoleon tuviese el clero francés, que ninguno tenia ya en el Sacro Colegio, fundándose en el derecho que tenia Francia, así como España, Alemania y Portugal, y con estas naciones antiguamente Polonia y Venecia, que habian terminado su vida política como estados independientes: el Pontífice dirimió la contienda con mucha prudencia concediendo al clero francés los capelos. Continuóse el debate entre ambas cortes sobre el nombramiento del gran maestre de Malta, que habia de suceder al depuesto Hompesch que solicitó volver á su puesto infructuosamente, y despues de muchas cuestiones diplomáticas, congregaciones y dictámenes, nombró gran maestre el Pontífice al bailío de la Orden Ruspoli, hermano del príncipe de este título, caballero del Toison de oro y que habia sido embajador en Viena, eleccion que aplaudieron la mayor parte de las naciones, si bien no fué muy á gusto de España y Portugal. Gran satisfaccion tuvo Pio VII cuando el primer Cónsul, cumpliendo el tratado de Tolentino, le entregó la ciudad de Pésaro que no fué comprendida en la República Cisalpina, satisfaccion que aguó en cierto

modo la noticia que le dieron de que las rentas de que podia disponer el gran maestre de Malta, no solo no cubrian los gastos sino que excedian estos muchísimo de los ingresos, habiendo perdido la mitad de las rentas con la supresion de las tres lenguas francesas, por lo que era materialmente imposible que aquel soberano de la Orden pudiese sostenerse ni mantener á ésta con la dignidad y decoro que correspondia á S. M., y ostentosos y gloriosos antecedentes. El carácter conciliador de Pio VII ayudó al embajador Cacault á vencer la repugnancia del célebre escultor Cánova, que se resistia á ir á París á hacer la estatua de Napoleon que se le habia encargado; porque, como dijo al embajador francés, «Bonaparte es el que ha destruido mi patria (Venecia), y despues la ha abandonado al Austria; aunque aquí paso trabajos, nada pido á los poderosos; desconozco los artificios de la política; y finalmente, me cogerá el invierno y moriré entre las nieves de París.» Fué preciso amenazar á Cánova con desterrarle de Roma para que consintiese en ir á servir al primer Cónsul; y cuando se decidió, se le encargó de una secreta comision política para mantener las buenas relaciones entre la República Francesa y el gobierno del Papa. Habiendo muerto el cardenal Luchi, benedictino de profundo saber, grande helenista, que habia publicado más de doscientas obras sobre la literatura griega, cuya pérdida sintió en extremo Pio VII, que le habia dado el capelo y le apreciaba mucho; volvió á agitarse la cuestion de los capelos, y el Papa se halló en gran conflicto, pues que siendo solo las vacantes ocho, Francia pedia cuatro, las otras se debian á España, Austria y Portugal, y se necesitaban dos más, uno para Cerdeña y otro para Venecia, habiendo además nombramientos *in petto* que convenia publicar: la gran diplomacia y talento de Mr. Cacault ayudó mucho al Pontífice y á su ministro Consalvi á encaminar este negocio por el pronto por vias conciliadoras y pacíficas. Logrado un breve para la venta de bienes eclesiásticos por la República Italiana, solicitaron igual gracia las repúblicas de Luca y la Liguriana, y Pio VII, por amor á la paz y temiendo mayores males para la Iglesia si lo negaba, concedió los breves que se pedian al efecto, en cuya negociacion medió como principal agente Mr. Cacault. Entusiasta de Pio VII por sus virtudes el caballero veneciano Cornaro, le regaló un magnífico palacio en Venecia con la excelente coleccion de cuadros que contenia, y Napoleon le hizo igual expresion de dos bergantines de guerra, llamados *San Pedro* y *San Pablo*, á fin de que sostuviese el comercio de sus Estados, cuyos buques fueron llevados á Civita-Vecchia. Concedió el Pontífice á la tripulacion de los dos buques la audiencia que le pidieron, mas al ver entrar tanto militar y marinero en su cámara con el embajador de Francia, se sorprendió; pero repuesto, les regaló rosarios para que los diesen á sus madres y hermanas, elogió la bizar-

ría y denuedo de los soldados franceses, y dijo á Cacault que recomendase en su nombre al primer Cónsul los ascensos del comandante de aquella gente, Mr. Dornaldegny, y que pidiese á éste hiciese venir á Roma á los marinos para que viesen las fiestas de Pascua. Deseando Pio VII que el primer Cónsul fuese haciéndose cada vez más amigo de Roma, encargó á los cardenales el 1.° de Diciembre le felicitasen en las Pascuas; y haciéndolo todos, incluso Busca y Fabricio Ruffo, los mayores enemigos de Napoleon, éste les contestó con la mayor afabilidad, y de todo esto se valió Mr. Cacault para estrechar más las relaciones amistosas entre ambas córtes.

Comunicada que fué al bailío de Malta Ruspoli, que se hallaba en Escocia, por el caballero Bussi, que habia sido nombrado gran maestre soberano de la Orden, aquel no lo admitió y renunció por escrito, en la persuasion de que habian de hallarse obstáculos insuperables para restablecer la Orden en los términos convenientes. En cuanto supo esta renuncia Napoleon, solicitó del Papa nueva y pronta eleccion, lo que ofreció Pio VII, que llegó á persuadirse de que la Inglaterra dificultaria todo lo posible la devolucion de la soberanía á la órden de S. Juan. En este estado las cosas, como el Santo Padre habia convidado á los marineros franceses á ir á Roma los dias de Pascua, los obsequió; é invitándoles á asistir á las solemnes ceremonias de la Iglesia, los agentes de las demás potencias pidieron igual gracia, incluso Cassini por sus rusos, y á todos les fué concedido, si bien con disgusto á estos cismáticos. Ya próximo el momento del sacrificio, se advirtió que los moscovitas no se arrodillarian en la consagracion y elevacion de la hostia, y que entónces se daria un escándalo al pueblo, que podria traer consecuencias, pues que siendo tan altos y permaneciendo en pie en aquel acto solemne, no podrian ménos de ser vistos de todos. A fin de evitar semejante paso, el cardenal Consalvi hizo de modo que pasasen los franceses delante de los rusos, y arrodillándose á un tiempo como si fueran un solo hombre al elevar la hostia, los rusos hicieron al propio tiempo una profunda inclinacion por una especie de movimiento de simpatía, y se celebró la adoracion muy á gusto y devocion de los católicos.

Dice con mucha razon el caballero Artaud, que al hablarse del reinado de un pontífice hay que figurarse que cada dia ocurren multitud de negocios, pretensiones y dificultades. «No llega á Roma correo alguno, añade, que no conduzca casos imprevistos, porque en ella se reunen los votos y consultas de todo el universo.» En efecto, así es y no puede ménos de ser, siendo el Papa el vicario de Jesucristo, encargado de atar y desatar en los asuntos graves de conciencia, el dispensador de las gracias de la Iglesia y el que prepara la escala santa en la mayor parte de los casos para que muchos pecadores puedan subir al cielo. Uno de estos asuntos graves vino á afligir

el ánimo de Pio VII en los momentos en que habia experimentado el placer de que en aquella Pascua hasta los cismáticos se acomodasen en la famosa iglesia de S. Pedro á las prácticas católicas, como acabamos de ver. Al entregar al cardenal arzobispo de Corinto los habitantes de Valencia del Delfinado el cuerpo de Pio VI, exigieron se les devolviesen las entrañas para depositarlas en su iglesia, gracia que el Papa les habia concedido; y el 29 de Diciembre salió un prelado de Roma para Civita-Vecchia con la comision de entregar al comandante del bergantin *Alcion* este apreciable depósito, para que le trasladase á Valencia á su vuelta á Tolon. Mucho sentimiento causó al Papa esta exigencia de los franceses del Delfinado, apoyada por el gobierno de la República; y lleno de dolor, el último deber fúnebre que le restaba para manifestar su amor y gratitud á Pio VI tuvo lugar con devotas é imponentes ceremonias. Los franceses al recibir las reliquias del finado Pontífice las hicieron los honores de soberano. A la influencia que por tantos años tuvo en Roma España, y muy especialmente en los pontificados de Clemente XIII, Clemente XIV y Pio VI, en los que fué el caballero D. José Nicolás de Azara, por decirlo así, el árbitro de los destinos de Roma, y el palacio de España una corte dentro de la corte pontificia, sucedió en el pontificado de Pio VII la influencia francesa; y siguiendo en política Mr. Cacault los pasos de nuestro aragonés Azara, le sustituyó en todo, y hasta en hacer su palacio la reunion de todas las personas más distinguidas que visitaban la ciudad eterna; pero le faltó aún mucho para llegar á merecer tantas honras y grandezas como nuestro compatriota, que tuvo el cariño de los papas y el aprecio de los soberanos. Buenas fiestas llaman los romanos á la costumbre de etiqueta de dar las Pascuas y felicitarse con motivo de la entrada del año nuevo, y el Papa, al recibir este año al cuerpo diplomático, tuvo la satisfaccion de ver lo que se le consideraba ya por todas las naciones, pues que hasta los cismáticos y los protestantes le felicitaron, pidiéndole concordatos para sus súbditos cristianos los embajadores de Prusia y de Rusia. Hallábase el Pontífice en los sesenta años de edad, pero en buena salud y con la cabeza sumamente despejada, y así es que estudiaba por sí los negocios con el mayor detenimiento, no fiándose del todo á sus ministros y consejeros en los que le proponian. Destinado al cardenalato Monseñor Bayane, francés y decano del Tribunal de la Rota romana, trató de darle un sucesor. Era y es la Rota un tribunal de excepcional jurisdiccion, que se compone de doce jueces, llamados *auditores*. En un principio la Rota solo juzgaba en los pleitos de súbditos del Papa, solo la componian italianos; pero como venian á ella negocios de los principales estados católicos, se resolvió nombrase España dos auditores, uno Alemania, otro la Francia y que los demás fuesen italianos, á saber: tres romanos, uno toscano y uno de Perusa alternativamente;

un milanés, un boloñés, un ferrarés y un veneciano. Los cuatro extranjeros son presentados por sus naciones respectivas y declarados perpétuos durante su vida. Habiendo avisado Pio VII al embajador de Francia que se podia proceder á proponerle un auditor, el primer Cónsul presentó á Mr. Joaquin Javier Isoard, á quien queria mucho, porque era el encargado de todos los Bonapartes que pasaban de Córcega á París, porque aunque de léjos pertenecia á la familia, y el Papa le nombró el 1.° de Enero de 1803. El 17 del mismo mes preconizó Su Santidad cardenales á los prelados franceses José Fesch, arzobispo de Lyon, á Juan de Dios Raimundo de Boisgelin, arzobispo de Tours; á Esteban Hubert Cambaceres, arzobispo de Ruan, y se reservó *in petto* á Monseñor Bernier, nombrando al propio tiempo arzobispo de Udina al veneciano clérigo reglar Pedro Antonio Zorzi. Nombró otros prelados para diversas iglesias, y expidió un breve el 22 de Enero, en que anunciaba á Napoleon habia encargado á Monseñor Doria como delegado para que llevase á París los capelos de Bayane y de los otros tres cardenales nombrados.

Volvióse á poner sobre el tapete en los gabinetes de Europa el asunto del gran maestrazgo de Malta, vacante, y como Rusia, Francia, Austria y hasta Nápoles insistiesen con empeño en esta demanda, nombró Pio VII gran maestre de la Orden al bailío Tomassi, toscano de nacion, que vivia en Sicilia, al que llevó su nombramiento el comendador de la Orden, caballero Bussi. Aceptó el bailío la dignidad que se le habia conferido, y de Nápoles le ofrecieron una corbeta para conducirle á Malta: España y Rusia no vieron de buen grado esta eleccion; pero al fin se conformaron y cesaron en sus exigencias. El gran maestre Tomassi nombró al comendador Bussi en 15 de Marzo su teniente comisario en Malta, mandándole se trasladase á tomar posesion de las Islas y á gobernarlas, pues que en ellas el gobierno inglés no cesaba en poner dificultades que molestaban á Francia y á Roma, teniendo que entender el primero acerca de las reclamaciones de los que habian adquirido bienes nacionales.

Cayó enfermo el Padre Santo, y prohibiéndole por algun tiempo hablar los médicos, propalaron los noticieros que se habia quedado mudo; pero la noticia duró bien poco para que pudiese hacer el efecto que se propusieron, porque mejorando pronto Su Santidad, dió con sus siempre dulces á la par que graves palabras un solemne mentís á los que le habian motejado. Mucho afligió á Pio VII saber que un hombre del pueblo, loco ó con intencion, por sí ó en comision, habia insultado y escalabrado de una pedrada al ministro francés Mr. Cacault, hombre sumamente apreciado en Roma y que tanto habia hecho en favor del pontificado y de su persona; pero como el prudente ó más bien político Mr. Cacault hizo correr el rumor de que se habia caido, para evitar conflictos y sacar mayores ventajas en favor de su país con este

motivo, si bien se mandó á galeras al criminal por este y otros delitos, el Papa y el gobierno guardaron la misma reserva que Cacault, que se presentó como si tal cosa hubiese sucedido y muy risueño en el palacio de Monte Caballo á los ocho dias. Este motivo y su misma reserva dió al embajador francés tal ascendiente, que logró mucho de lo que deseaba, y gobernó á Roma, por decirlo así, á su antojo. Al presentarse el comendador Bussi á tomar posesion de Malta por el nuevo gran maestre, el general Ball, gobernador de la isla, se negó á la evacuacion de las tropas inglesas que mandaba, y ántes por el contrario, se advirtieron síntomas de no querer abandonar esta presa á pesar de los tratados. En efecto, la Inglaterra se propuso ser hostil á la Francia y mantener en su poder no solo Malta, sino tambien Barca y el cabo de Buena Esperanza, y segun aviso del ministro Talleyrand, se disponia á apoderarse de la isla española de Menorca. Cundieron por Roma los rumores de guerra que procuró desvanecer Cacault, que al paso que trabajaba en esto, hizo levantar en S. Luis de los franceses de Roma al escultor Maximiliano, un cenotafio al célebre cardenal de Bernis, que habiendo disfrutado tantos honores en vida, murió en medio de la revolucion en la mayor escasez ú olvido; su cadáver fué conducido á la iglesia catedral de Nimes.

La retirada de Roma de Mr. Cacault puede considerarse la aurora de nuevas desgracias para Roma y para Pio VII, pues que iba á faltarles un hombre sabio, astuto y prudente, que sabia contener á su gobierno cuando trataba de desbordarse, y á la corte pontificia cuando preveia que sus disposiciones podian traerla daños. El ministro francés Talleyrand no podia sufrir con paciencia que Mr. Cacault contrariase algunas de sus disposiciones respecto á los asuntos con Roma, razon por la que aconsejó á Napoleon que volviese la legacion romana á estar como ántes, representada por un cardenal; accediendo el primer Cónsul, si ya no fué él mismo el que así lo pensó, nombró por embajador al cardenal Fesch, arzobispo de Lyon, que salió para su destino. Decia muy frecuentemente Cacault, que jamás se replica impunemente á los que mandan, y si lo hubiera ignorado, la conducta que con él se observaba se le hubiera enseñado. Por más que la órden de separacion de la embajada fuese muy lisonjera para Mr. Cacault, al que no solo se le dejaba el mismo sueldo que disfrutaba, sino que se le prometia emplearle inmediatamente en otra legacion importante; el cariño que tenia á Pio VII y á Roma, y los males que preveia, le causaron mucho sentimiento que su sagaz política supo ocultar. Asombrado el Papa y su ministro Consalvi al recibir la noticia, escribieron á Cacault en los términos más afectuosos, manifestándole su sentimiento al saber iba á dejar á Roma. Agravóse la pena que causó al Santo Padre la mudanza repentina del embajador de Francia con la exposicion que recibió de Lóndres firmada por treinta y siete obispos

franceses y por Mr. de la Tour, obispo electo de Moulins, con fecha 6 de Abril, titulada: *Expostulaciones canónicas y respetuosísimas dirigidas á nuestro Santísimo Padre Pio VII, Papa por la Divina Providencia, sobre diferentes puntos pertenecientes á la iglesia de Francia.* Eran estas unas reclamaciones, que podian considerarse hechas por un concilio numeroso y sobre las que dice el caballero Artaud, que las copia en su citada *Vida de Pio VII* al tomo I, que en pocas páginas se halla en resúmen la sabiduría de los Santos Padres, los magníficos beneficios de la unidad, la definicion más tierna de la paz de Jesucristo, la sublime erudicion de Baronio y de Benedicto XIV, los puros preceptos de Pio VI, y finalmente las primeras exhortaciones de Pio VII, que suavemente se le recuerdan; obra importante, añade el mismo autor, que deben consultar los que deseen conocer á fondo las negociaciones que precedieran á las bases del concordato de 1801. Viendo el Papa el estado religioso en que se hallaba la Alemania, proyectó una especie de organizacion para la gerarquía católica en aquel país. Consultó el Papa en cierto modo al primer Cónsul sobre este particular, pidiéndole le auxiliase en aquel asunto que tanto importaba al catolicismo; pero no nos dice Mr. Artaud si logró contestacion ni lo que se hizo sobre este particular. Nombrado secretario de la legacion francesa en Roma Mr. de Chateaubriand, este célebre literato cuyas obras nos deleitan y admiran, se alojó con el mismo Sr. Artaud, á quien venia á sustituir, el cual le presentó á todas sus relaciones, elogiando su talento y acompañándole á ver cuantas preciosidades encierra Roma para que las conociese bien. Despues del secretario llegó á la ciudad eterna el embajador francés, cardenal Fesch, que no se avino muy bien con su antecesor Cacault en los asuntos que tuvieron que entender juntos; y por último, este y Artaud salieron de Roma regalados y despedidos con lágrimas por Pio VII, que temia los conflictos que habia de causarle una legacion que desconocia las costumbres y asuntos de la corte romana de todo punto.

Dice muy acertadamente Artaud, por lo que diariamente nos enseña la práctica: «Que los nuevos empleados, tanto en las legaciones como en los demás cargos, afectan regularmente obrar al contrario que lo hicieron sus antecesores, rutina que tiene el peligro de que si el relevado acertaba, es indispensable el error en el que sucede;» y esto fué lo que entónces sucedió en Roma, en donde el cardenal Fesch se propuso diferente rumbo que el que llevó su sabio antecesor, sustituyendo á la conciliadora política de éste la tirante suya, cuya cuerda se rompe las más veces por su propia naturaleza. Queria el elector de Baviera, que de concierto con el Papa, se fijase el número de obispos necesarios para el culto católico, y tambien el territorio de las diócesis, poniendo por condicion para que este arreglo se hiciese á su nombre la toma de posesion en lo temporal, cada vez que hubiera institu-

cion, y que los obispos prestasen juramento de fidelidad á los soberanos en manos de la autoridad superior administrativa del territorio en que se hallase la catedral. Al mismo tiempo pedia un arzobispo residente en Munich, cuatro sufragáneos en puntos que designó, y que entre el obispo de Ratisbona y el arzobispo de Salzburgo se dividiese la jurisdiccion que tenian ambos en los estados electorales. Y en fin, despues de otras cosas, exigia que Su Santidad aprobase un proyecto de liturgia, en todo conforme á la romana; pero no eran estos los asuntos de que se ocupaba esta Corte. No se llevaban muy bien el embajador y Chateaubriand, y como en sus disputas tuviese que mediar en las repectivas á las etiquetas romanas el cardenal ministro, y éste diese la razon al primero, se indispuso con el secretario, de lo que se suscitaron desavenencias y palabrerías en Roma y en París. Reclamó en esta última corte el nuncio cardenal Caprara contra los artículos orgánicos ingeridos en el concordato por medio de una nota; pero nada alcanzó con esto, porque el campo que trataba de vencer estaba defendido con pasion y animosidad, y tenia el apoyo de un cisma moderno muy distante de su extincion. Francia buscaba en la más mínima cosa un *casus belli* para Roma, y todo eran reclamaciones, tan pueriles algunas de ellas, que descubrian á primer golpe de vista el objeto por que se hacian, que no era otro que el ir preparando el rompimiento para ulteriores planes, á fin de que no fuese tan violento y causase ménos escándalo. Habia mandado á Francia Mr. Cacault, ántes de su salida, ciento cuarenta cuadros, entre los que solo habia uno apreciable de la Madona (la Vírgen Santísima), pintado en tabla, atribuido por el inteligente Wicar á Rodulfo Ghirlandio, de Florencia, que solo habia costado unos 900 reales, y creyéndolos los ingleses de gran mérito, los cogieron en el buque que iban y los llevaron á Lóndres, en donde dieron que reir mucho estos isleños, entusiastas hasta de lo que no entienden, por los subidos precios á que pagaron mamarrachos que solo habian costado seis pesetas; pero no por eso dejaron de ser reclamados por la Francia como presa de mala ley. Creia la Francia que Mr. Vernegues era comisionado de Rusia, en Italia, y como vertiese palabras contrarias á la República en Roma, pidió el primer Cónsul al Papa le mandase arrestar y deportar. Alarmóse el cuerpo diplomático al saber se intentaba atacar á un súbdito de la Rusia; pero el Papa, que tenia que mirar por su propio decoro y por la seguridad de los que vivian bajo pabellones extranjeros que confiaban en su buena fe, se negó á aquella exigencia, sin embargo que sabia que era quitar una piedra más al apoyo que podia prestarle el jefe de la nacion Cristianísima, y á pesar de las amenazas que hizo á su gobierno su violento representante. Como no pudo ménos de arrestarse á Vernegues, la Rusia reclamó enérgicamente contra Francia y áun contra Roma, que tuvo al fin que ceder á la Francia. En cuanto

supo Chateaubriand la muerte del duque de Enghien, muerte que asombró á la Santa Sede más que las desgracias pasadas, hizo dimision de su secretaría de embajada, y se retiró para no volver á servir á un gobierno que permitia los más escandalosos desmanes, de suerte que la legacion de Francia quedó sin secretario en Roma.

Un proyecto inmenso, una gigantesca imaginacion, un exceso de ambicion colosal, habia sugerido á Napoleon la idea de fundar en Francia un trono imperial, á lo cual contribuyó, y no poco, la debilidad de las demás potencias de Europa, las negociaciones de Amiens, en que la Inglaterra se brindó á reconocerle por rey, si bien con indecorosas condiciones que aquel, á pesar de su desmedida ambicion, no pudo aceptar. Habiéndolo preparado todo Bonaparte á este fin, el Senado le declaró Emperador de los franceses el 18 de Mayo de 1804, é inmediatamente concibió la idea de ser consagrado por el Papa, á cuyo fin comunicó sus instrucciones al cardenal Fesch y lo manifestó en París al legado cardenal Caprara. El Papa, que como toda Europa se asombró de la elevacion del atrevido corso al trono de Carlomagno y de Pipino, al ver que se le exigia irle á consagrar, se afligió mucho y resolvió aconsejarse del Sacro Colegio, viendo á la nave de S. Pedro, que lanzada en alta mar, estaba expuesta á una próxima y deshecha tormenta. Reunidos en consistorio los veinte cardenales más influyentes, se discutió el punto de si habia de pasar el Pontífice á París á consagrar y coronar al Emperador de los franceses, y tambien se consultó sobre el juramento que se ordenaba al Emperador acerca de los cultos, y despues de una gravísima discusion, nada se resolvió en conclusion, y el Pontífice se decidió, por bien de la Iglesia y por la paz, á dar gusto á Napoleon bajo las condiciones siguientes, que tomamos de la vida de éste por Mr. Artaud.—1.ª «A fin de que se justificase de algun modo la ausencia de Su Santidad de Roma, y el retraso de los negocios que á esto se seguiria indispensablemente, el Emperador, en el despacho que dirija convidándole para este viaje, debe manifestar, además del deseo de ser ungido y coronado por sus manos, la imposibilidad de trasladarse á sus estados de Italia para concluir los negocios eclesiásticos que se ventilan á instancias de Su Santidad, teniendo por más ventajoso tratarlos verbalmente si le hace el honor de pasar á París; logrando más pronto la definitiva en todos, y á satisfaccion de Su Santidad y bien de la santa Iglesia; cuya carta se proponia la llevasen á Roma dos obispos para dar más importancia á la peticion.—2.ª S. M. I. tendrá á bien asegurar en ella al Papa, que le dará favorable acogida cuando evidencie que algunos artículos de las leyes orgánicas exceden en mucho á las libertades de la Iglesia de Francia, y á las más avanzadas peticiones del antiguo gobierno. Es igualmente preciso que los obispos rebeldes se reconozcan ó pierdan sus sillas. Además se ha de

verificar el concordato proyectado para Italia, suprimiendo las leyes orgánicas de la consulta de Milan, y revocando los acuerdos de Moreau Saint-Mery, que intentan rehabilitar las leyes condenadas por Clemente XIII.—3.ª Cuanto á la recepcion del Papa en Francia, Su Santidad se entrega completamente á la religiosidad y grandeza de alma del Emperador; pero seria desairada su dignidad, si no se tratára de observar el ceremonial romano para la consagracion.—4.ª El Papa recibirá á todos los obispos con igual cordialidad y benevolencia, á excepcion de aquellos que se han resistido á su paternal alocucion ó al atestado del obispo de Orleans, ó por último, contra el decreto de institucion canónica producido por el cardenal Caprara, legado, y han manifestado posteriormente poco respeto sobre las decisiones de la Santa Sede en los asuntos eclesiásticos de Francia. Protesta que no recibirá á madama Talleyrand, para que no se crea autoriza su matrimonio, que jamás reconocerá.—5.ª El Santo Padre saldrá de Roma cuando se le señale por el Emperador, pero desearia hacerlo en el otoño por causas que se exponen.» Remitióse esta comunicacion al Emperador, que en 15 de Setiembre de este año de 1804 contestó lo siguiente: «Santísimo Padre: Los felices efectos que ha causado en las costumbres y el carácter de mi pueblo el restablecimiento de la religion cristiana, me induce á rogar á V. B. que me confiera otra nueva prueba del interés que toma en mi suerte y en la de esta grande nacion, en una de las más importantes circunstancias que ofrecen los anales del mundo. Ruego á Vuestra Santidad se sirva venir á dar el carácter conveniente de su religion á la ceremonia augusta de la consagracion y coronacion del primer Emperador de los franceses. Esta ceremonia adquirirá el mayor brillo posible, cuando se practique personalmente por Vuestra Santidad; atraerá hácia mí y en favor de mis pueblos la bendicion de Dios, cuyos decretos arreglan á su voluntad la suerte de los imperios y de las familias. Vuestra Santidad conoce el afecto que hace mucho tiempo profeso á su augusta Persona; y de ahí inferirá el placer que esta ocasion me produce, dándole nuevas pruebas. Rogamos á Dios, Santísimo Padre, conserve su vida muchos años, para el régimen y gobierno de nuestra santa madre la Iglesia.—Vuestro devoto hijo, *Napoleon*. — Colonia 15 de Setiembre de 1804.» — Para llevar esta carta á Roma fué comisionado el general Cafarelli, hombre de dulce trato, que se habia alegrado mucho con el concordato, por lo que fué recibido por el Papa con mucha benignidad el dia 19 de Setiembre. Habiendo muerto en Roma Gandolpho, secretario de la legacion francesa, que habia sucedido á Chateaubriand, fué vuelto á nombrar para este destino Mr. Artaud, que llegando á Roma el 17 de Octubre cuando ya estaba decidido el viaje del Papa, nos informa de muchas circunstancias que sin esto ignorariamos. Tanto el Pontífice como su ministro Consalvi se alegraron mucho de la vuelta de

Artaud, al que consideraban, con razon, amigo de la Santa Sede y de Roma. Decidido Pio VII á emprender su viaje, reunió en consistorio á los cardenales el 29 de Octubre, y dirigiéndoles la palabra, les dijo: «Dios nos es testigo: Dios, en cuya presencia hemos abierto humildemente nuestro corazon: Dios, á cuyo excelso trono hemos levantado muchas veces nuestras manos para que despachase favorablemente nuestras plegarias y se dignase asistirnos; que en nuestras pobres obras no deseamos más que llenar nuestros complicados deberes, ninguna otra que la gloria suya, el acrecentamiento de la sagrada religion, la salvacion de las almas y el cumplimiento fiel del ministerio que nos ha confiado, aunque no somos dignos de él. A vosotros apelo, venerables hermanos; sabeis todo lo ocurrido, os lo hemos claramente explicado, para tomar varias veces vuestros consejos, así como nada hemos reservado de cuantos sentimientos abrigaba nuestro corazon. Por tanto, concluido este asunto con el divino auxilio, y entregado con toda confianza en nuestro Dios y Salvador, emprendemos con ánimo tranquilo el viaje que varias causas han exigido. El Padre de las misericordias bendecirá, segun esperamos, nuestros pasos, y hará que esta época sea memorable por los aumentos de la religion y de su gloria.» Despues de esto citó el Pontífice el viaje á Viena de Pio VI, y manifestó que lo dejaba todo dispuesto con prudencia para que el curso de los negocios, ni la administracion, ni los intereses de la Santa Sede, sufran retraso alguno, asegurándoles, que el Emperador habia declarado que sus intenciones se encaminaban al engrandecimiento de la santa religion del Crucificado. La tardanza del Papa en emprender su viaje, empezaba á dar que sospechar á los franceses é impacientaba á Napoleon, al que muchos acosaban haciéndole concebir ideas irritantes, que solo sabia desvanecer con su prudencia Mr. Fontanes, que le inspiraba sentimientos religiosos, por lo que se cuenta que le decia que en París no habia nadie que tuviese juicio más que él. Contento Napoleon al saber la determinacion del Papa, que se disponia á salir de Roma, le escribió la siguiente carta: «Santísimo Padre: He nombrado á Monseñor el cardenal Cambaceres, al senador d'Anville y al maestro de ceremonias Salmatoris para que salgan al encuentro á Vuestra Santidad, y manifiesten mi filial afecto á su augusta persona en reconocimiento de la grande prueba que Vuestra Santidad me concede del mismo afecto. Precisamente he escogido estas personas, porque conocen más particularmente la estimacion que Vuestra Santidad me merece. Tengo los mayores deseos de que Vuestra Santidad concluya felizmente su viaje, y á nuestra vista poder significar el gran concepto que he formado de sus virtudes, y felicitarme con Vuestra Santidad de los servicios que ambos hemos prestado á la religion. París 1.° de Noviembre de 1804.—Vuestro devoto hijo, *Napoleon.*»

El famoso ministro Talleyrand en esta ocasion tuvo una larga correspondencia con el cardenal ministro del Papa, encaminada especialmente á dar confianza á éste para que determinase su viaje sin temor de que le hiciesen sufrir en Francia las reliquias que aún quedaban de la revolucion. En este sentido y con esta intencion decia en una de sus cartas: «El culto católico ha vuelto á ostentar su pompa exterior á la sombra de las leyes que le protegen, como á los demás, y de las particulares franquicias que goza. Todas las instituciones civiles reciben el sello religioso: los bautizos, los esponsales, son consagrados por sus ceremonias respectivas; los funerales, que fueron prohibidos, se han restablecido por la generosa prudencia de un gobierno que aprovecha todos los medios de emulacion para la virtud, áun despues de la existencia de los que la practiquen, con lo cual se va purificando y consolidando la opinion pública. El Padre Santo considerará á la Francia como país conquistado, y su presencia cimentará mejor las máximas religiosas con su influencia personal y con el ejemplo que presenta su vida pura, amable y digna de imitarse.»

Determinada ya por Pio VII su salida de Roma, expidió un decreto el dia 1.° de Noviembre, concediendo al cardenal Consalvi el gobierno político de Roma con todas sus facultades. A las siete de la mañana del dia 2 pasó el Papa á oir misa á la iglesia de San Pedro, en la que estuvo despues mucho tiempo en oracion, y á las nueve salió por fin de Roma por la puerta Angélica. El pueblo se extendió á los dos lados del camino por más de una legua, victoreándole á su paso con entusiasmo. El dia 3 llegó la comitiva á Radicofani, en donde salió á felicitar á Su Santidad el cardenal Maury, el que le rogó que cuando estuviese en París fuese un dia á decir misa, sin anunciarse, á la iglesia que fué de los Carmelitas, en que habian perecido muchos sacerdotes, lo que al fin no pudo verificar el Pontífice. Componíase la comitiva de los cardenales Antonelli, Borgia, Di Pietro, Caselli, Braschi y Bayane, y el cardenal Fesch como ministro de Francia. Acompañaban tambien los prelados Bertazzoli, capellan del Papa; Menochio, sacristan; Fenaya, vicegerente; y Devoti, secretario de breves para los príncipes; Monseñor Gaboti, mayordomo, y Monseñor Altieri, maestresala. Como prelados domésticos iban: M. Testas, secretario de cartas latinas; Calderoni, secretario de legacion; el P. Fontana, secretario de la Propaganda; Mr. Zucché, maestro de ceremonias; y Mr. Speroni, crucífero, con otros sacerdotes. Los seglares de la comitiva eran: el duque de Braschi, sobrino de Pio VI y uno de los que firmaron el tratado de Tolentino, el príncipe Altieri y el marqués Sacchetti, mayordomo mayor y aposentador. Por último, algunos oficiales de secretaría, un médico y un cirujano, y delante y detrás del coche del Papa quince criados. Al llegar á Florencia, recibió á Pio VII la reina de

Etruria, infanta de España, con el mayor respeto, y solicitando su apostólica bendicion le hospedó suntuosamente. Habiéndose declarado en Liorna una epidemia, se quiso detener al Papa en Florencia en tanto que se ponian cordones sanitarios entre Toscana y Bolonia, pero el Pontífice no lo consintió, con lo que evitó la malicia con que un inglés dió este consejo para evitar que fuese á Francia al tiempo que deseaba para cumplir su palabra, áun cuando esta le habia sido exigida con violencia, y que volviese á Roma por temor de llevar á ella el contagio. A fin de evitar todo peligro, en vez de entrar en Bolonia fué por Pistoya á Módena, y el 13 de Noviembre llegó á Turin, desde donde escribió al emperador Napoleon I, quien le contestó el 20, manifestándole que saldria á recibirle á Fontainebleau. Así sucedió en efecto, pues llegando á este punto el Papa el dia 25, le recibió en Saint-Heren, adonde llegaron seis carrozas acompañadas de mamelucos, entrando en la primera el Pontífice y el Emperador, que le cedió la derecha. Entrando de este modo en la poblacion, la guarnicion les hizo los honores, y á la puerta del palacio los recibió el cardenal Caprara con toda la servidumbre imperial, y juntos subieron la escalera dorada, á cuyo final se dirigió el Papa con sus servidores á las habitaciones que le estaban preparadas, y el Emperador á las suyas. Descansando un poco Su Santidad, pasó á visitar al Emperador y á la Emperatriz, y cuando regresó á su estancia, recibió á los ministros y á los grandes oficiales del Imperio. Devolviendo la visita el Emperador al Papa aquella misma tarde, conversaron durante media hora, y como despues de salir el César, le manifestase uno de sus familiares extrañeza por haber visitado á la Emperatriz, le dijo: «Hagamos esto más por la Francia. Si tenemos con su gobierno alguna disension, que no sea por simples etiquetas; además que cuando uno viaja, se gasta ménos que en Roma.» Obsérvase en estas palabras, así como en otras muchas que Pio VII profirió, que eran fruto de su prudencia, moderacion y amor á la paz. El dia 28 de Noviembre entró Pio VII en París, y el 30 se le presentó una diputacion del Senado, presidida por Mr. Neufchateau, que le arengó diciendo, entre otras cosas, «que la consagracion de los príncipes cristianos empezó en Europa, introducida por los monarcas franceses á imitacion de las costumbres que el pueblo hebreo tenia en sus primitivos tiempos. Que en la ley antigua era la uncion de institucion, y que áun cuando no lo era en la actualidad, los príncipes franceses la habian considerado como cosa de mucha importancia, razon por la que querian que los menores actos civiles se santificasen por medio de la religion, añadiendo al freno público que imponen las leyes civiles, el poderoso y secreto freno de las conciencias; que por eso con mucha razon deseaban que los grandes actos políticos se revistan con aquella pompa que garantiza como esculpido en el cielo lo que se escribe en la tierra.» Arengó

tambien á Su Santidad Fontanes, presidente del Cuerpo Legislativo, el que segun Artaud, lo hizo con aquella delicadeza, claridad, regularidad y método, y con la eleccion de palabras armoniosas, felizmente colocadas, que abundan en sus escritos, que fué el primer profeta literario que anunció las glorias de Chateaubriand. Entre las cosas que dijo este excelente orador á Pio VII, que le escuchaba con grande atencion, deben notarse las siguientes: «Cuando el vencedor de Marengo concibió en medio del campo de batalla el glorioso designio de restablecer la unidad religiosa, devolviendo su antiguo culto á los franceses, preservó á la civilizacion de una inminente ruina: este gran pensamiento ocurrido despues de la victoria produjo el concordato, y el Cuerpo Legislativo, de que me cabe el honor de ser órgano cerca de V. B., convirtió aquel pacto religioso en ley nacional: dia memorable y fausto, tanto á la sabiduría del estadista como á la fe del cristianismo. En él principió la Francia, detestando enormes errores, á dar al género humano las lecciones más útiles: parece que reconoció que todos los pensamientos irreligiosos son tambien impolíticos, y que el atentado contra el cristianismo lo es igualmente contra la sociedad. El restablecimiento de la antigua religion preparó inmediatamente el de un gobierno más propio de los grandes estados y el más conforme á los hábitos de la Francia. El sistema social se arruinó por las inconstantes doctrinas de los hombres; y la doctrina de Dios, inmutable como él, le ha restaurado. En lo antiguo, la religion civilizó á los pueblos bárbaros, y hoy era más difícil reparar sus ruinas que establecer su cuna; este beneficio le debemos á dos prodigios. La Francia vió nacer á uno de estos hombres extraordinarios que aparecen en algunas épocas para salvar los imperios que se arruinan, y al propio tiempo se han descubierto en Roma, brillantes sobre el solio de S. Pedro, las virtudes apostólicas de la primera edad del cristianismo. Los más copiosos aplausos deben hacerse sentir en favor de un Pontífice cuya dulce autoridad penetra en todos los corazones, cuya sabiduría y piedad distinguen lo que es permitido al curso de los negocios temporales, de lo que es inherente á los intereses de la religion católica. Esta augusta religion viene á consagrar los nuevos destinos del Imperio francés, y toma el mismo giro que en el siglo de los Clodoveos y los Pipinos. Todo cuanto la rodeaba ha variado, ella sola no ha mudado. A su presencia se concluyen las familias de los reyes como las de de los súbditos; pero entre los escombros de los tronos derribados y las gradas de los que los reemplazan, siempre se descubren las disposiciones divinas, que son en todo tiempo obedecidas.» Enternecido el Pontífice, echó la bendicion á Mr. Fontanes. Despues tocó en turno arengar á Pio VII á Mr. Fabre de l'Aude, que se presentó á la cabeza de diez y ocho tribunos, y aunque se temia que fuese turbulenta y apasionada, fué, por el contrario, lo más

moderada posible y lo más halagüeña para el Pontífice, al que se alabó por las prudentes y convenientes reformas que habia hecho en Roma, respetando las buenas cosas que para mejor gobierno de los estados de la Iglesia políticamente habia hecho é iniciado la revolucion, recordándole lo mucho que en alguna ocasion habia hecho en favor de los franceses, la buena organizacion que habia dado á la administracion de las rentas públicas, la salvadora ley de que los grandes propietarios estuviesen obligados á cultivar sus tierras y ceder por un módico arrendamiento las sobrantes; la libertad que habia dado al comercio, que necesita ser libre como el aire: el arreglo de la moneda, haciendo desaparecer la falsa y la falta; el establecimiento de fábricas, que en Roma y Civita-Vecchia habia hecho para sostener á los pobres de los hospicios; su gran caridad hácia los pobres, para los que era cuanto poseia, sin reserva alguna para sí ni para su familia; y por último, son notables estas palabras: «A pesar de las pérdidas considerables que ha sufrido, siempre será Roma la patria de las bellas artes; porque sin desatender sus importantes ocupaciones, V. B. hace excavar en Ostia y en el lago Trajano, compra todas las obras maestras que se proporcionan, ha despejado el arco de Septimio Severo y va descubriendo la via Capitolina. ¡Majestuosa época! Apénas han sido bastantes diez siglos para producirla. Vuestras virtudes, Santísimo Padre, merecian esta recompensa; como que Dios os escogió para consumar la obra más útil á la religion y á la humanidad.» Pomposos fueron estos discursos pronunciados con más ó ménos buena intencion y creencia en las profecías y votos que en ellos se hicieron; pero lo cierto es que unas y otros salieron falsos, y solo quedó de ellos una memoria para la historia, y la verdad pronunciada por el presidente Fontanes cuando dijo hablando de la religion, que todo habia desaparecido al rededor de la religion ménos ella. Sí, todo desapareció: las promesas del pueblo revolucionario francés y de su caudillo hácia el Papa, que tuvo aún mucho que sufrir del llamado cristianísimo pueblo por excelencia; desapareció el afortunado coloso del siglo con toda su grandeza para morir desterrado y prisionero en una triste isla, cumpliéndose aquel admirable prodigio, que nos recuerda María Santísima en el *Magnificat*, de que nos habla el evangelista S. Lucas.

*Fecit potentiam in brachio suo: * dispersit superbos mente cordis sui.*
*Deposuit potentes de sede; * et exaltavit humiles.*

Así fué en efecto; el Señor se cansó y derribó á Napoleon del trono, destruyó su gobierno como lo habia hecho con el de la impía república y exaltó á Pio VII sacando triunfante á la Iglesia de todos sus enemigos; y esta será la historia que se repetirá en todos los tiempos, pues que jamás han de preva-

lecer contra la Iglesia de Jesucristo las puertas del infierno. Los ministros de Napoleon asistian á todos los obsequios que se hacian á Pio VII, más como hábiles comediantes, á los que se encarga el buen desempeño del papel que se les ha obligado á representar, que como verdaderos católicos arrepentidos ó fieles, en quienes imperan las sanas creencias cristianas; y no será acaso malicioso sospechar que el mismo Emperador participaba de la accion cómica de sus ministros, pues que los hechos posteriores nos han de hacer dudar de la sinceridad de sus protestas hácia el Pontífice en esta acasion, siendo muchos los franceses comediantes en las dramáticas escenas de París, que representaron papeles más ó ménos difíciles; en tanto que la gran mayoría de esta cristianísima nacion veia en Pio VII al verdadero vicario de Jesucristo, ante el cual se prosternaban con fervorosa devocion, creyéndose felices si lograban recibir la apostólica bendicion del digno sucesor de San Pedro, soberano legítimo, por delegacion de Cristo, de la Iglesia católica, apostólica y romana, al que se habia obligado á ir á coronar el orgullo de un soldado afortunado que buscaba en la Iglesia, por la razon de la fuerza, el apoyo que no le concedian sus derechos por la voluntad de Dios para ocupar el trono que usurpaba. Los que por semejantes medios suben al poder de los estados deben esperar de seguro igual suerte que el cautivo de Santa Elena, porque la justicia de Dios no puede faltar, por más que algun que otro ejemplo nos haga ver que la divina justicia consintió pasase desapercibida su providencia en la tierra para castigo de los hombres, pues que el que se libra de ella en el mundo no tendrá igual gracia delante de Dios.

Todo dispuesto para la coronacion del emperador Napoleon I, se señaló para efectuarla el dia 2 de Diciembre del año de 1804, que recorremos. Salió Su Santidad de las Tullerías, para efectuar la consagracion, con el boato correspondiente á su dignidad; y apeándose en el átrio de la iglesia metropolitana, fué á vestirse á la habitacion arzobispal. Pasó poco despues al templo con capa y tiara en medio de los cardenales diáconos asistentes Braschi y Bayane, yendo delante el cardenal asistente Antonelli, y despues el cardenal Caselli, como diácono del Evangelio, con dalmáticas. Empezó la ceremonia rezando tercia el Papa sentado en su trono, y despues llegó Napoleon y la emperatriz Josefina su esposa. Preguntando Pio VII á Napoleon si prometia mantener la paz en la Iglesia de Dios, contestó: *Profiteor*. Pusiéronse de rodillas Napoleon y Josefina, y el Pontífice los consagró, diciendo en seguida el Papa la oracion pidiendo á Dios fuese el protector de la viuda y del huérfano, que destruyese la herejía que se oculta y la que se manifestaba en odio al nombre cristiano; y al cantarse, *el cetro de vuestro imperio es cetro de rectitud y de equidad*, Napoleon subió al altar y tomando la corona imperial la puso sobre su cabeza, y en seguida cogió la de la emperatriz y se la

colocó á Josefina. Acto continuo los quinientos músicos profesores, que componian la capilla, cantaron el *Te-Deum*, composicion, como la Misa que se cantó aquel dia, del célebre maestro Pasiello, y terminado que fué tan solemne acto, Su Santidad y el Emperador con sus respectivas córtes volvieron á sus habitaciones en el mismo órden que salieron de ellas. Esta ceremonia, tan deseada por el Emperador, no mereció se hablase de ella en el periódico oficial del gobierno, ni en ningun documento emanado de éste, de suerte que solo se daba algun indicio en la fachada de las casas consistoriales, en que se leia en una lápida: *Rubicone transgresso, abstinet Roma*, pues que una mala relacion que se publicó en el siguiente año, y que está llena de inexactitudes, fué obra de un particular que buscó algun dinero por este medio. En tanto que Pio VII coronaba al Emperador en París, se ignoraba en Roma su llegada, y no se supo nada hasta que cayó en el lago Bracciano, por permision divina ó casualmente, el globo que por mandato del ayuntamiento de París elevó el aereonauta Mr. Garnerin, el dia 16 de Diciembre en que festejó á los Emperadores por su coronacion, globo que recorrió las trescientas leguas en veintidos horas, y que fué objeto de curiosas profecías y de no pocas anécdotas.

Habitaba el Pontífice el pabellon de Flora de las Tullerías, en donde daba audiencia á cuantos la solicitaban y despachaba los negocios más urgentes que se le consultaban; pero su alma no estaba tranquila, porque de Italia le escribian siempre anunciándole trastornos, por lo que reclamaban apresurase su vuelta. Una desgracia nueva vino á afligir el sensible corazon de Pio VII. En la noche del 31 de Enero al 1.° de Febrero, el rio Tíber salió de madre con tal ímpetu y de tal modo, que inundó la parte baja de la ciudad de Roma, hasta la calle del *Orso*, dejando sumergidos no pocos habitantes y ganados de las cercanías, y aislados sobre los tejados de las calles inundadas porcion de hombres, mujeres y niños que habian podido salvarse en ellos. El cardenal Consalvi, gobernador de la ciudad eterna, fué su providencia en aquella triste ocasion, pues que sin descansar hizo distribuir pan á los pobres aislados por medio de barcas, yendo él mismo á repartirlo á muchos vestido de cardenal, ejemplo que siguieron algunos señores y muy especialmente el jóven príncipe Aldobrandini. Más de mil aldeanos, aislados por las aguas en los palacios y casas de campo inmediatas á Roma, necesitaban de igual socorro que los de la ciudad, y muchos señores y caritativos eclesiásticos, despreciando los inminentes riesgos que corrian, proveyeron á esta urgente necesidad llevándoles mantenimientos de boca. El 2 empezaron á bajar las aguas lo que causó la alegría general, pero como al retirarse dejasen, como en la inundacion de 1750, un cieno espeso, fué necesario emplear todos los brazos en desalojar este mal huésped á la madre

del rio, y en la direccion de esta importante operacion se acreditó por su actividad y acertadas disposiciones el cardenal Consalvi, que para aliviar la suerte de los que más habian sufrido en la inundacion, les hizo distribuir socorros en metálico; por lo cual y todo lo que habia hecho en beneficio de los pobres se conquistó el aprecio de los romanos, y se afirmó en el poder, pues que Pio VII, consolado al ver que su ministro habia sabido llenar sus deberes, cumpliendo por él con su querido pueblo, supo agradecérselo toda su vida.

Pretendió el canciller mayor del Imperio Germánico, que habia vuelto á Ratisbona despues de la coronacion, que Mr. Bernier fuese nombrado legado *à latere* en la dieta, precisamente cuando Pio VII habia fijado su salida de París para el 15 de Marzo. Habíase pedido ántes para esta comision á Monseñor de la Guenga, que despues fué papa con el título de Leon XII, y esto produjo un conflicto, en el que mediaron notables informes y escritos de Mr. Portalis sobre las peticiones eclesiásticas del Papa; de éste acerca de los asuntos políticos del Estado Pontificio, y del Emperador en respuesta al del Papa; escritos que puede consultar el curioso en la *Vida* de este Pontífice por el mencionado caballero Artaud, traducida tan exactamente al castellano por Justino Mantuano, que la publicó en dos tomos en 4.° en Madrid, el año 1838, y de la que tomamos lo que más conviene á nuestro propósito en esta biografía. Las dilaciones á que dió lugar esta controversia detuvieron al Papa en Paris más de lo que deseaba, y áun llegó á creerse prisionero de Francia, y á sospechar queria detenérsele en ella cuando oyó á un alto funcionario del Estado proponerle: fijar su residencia en Aviñon; aceptar el palacio de París destinado á su arzobispo con el nombre de papal; separar en aquella ciudad un barrio, como lo está en Constantinopla, donde el cuerpo diplomático habitase, y con iguales privilegios. La propuesta ciertamente no era del Emperador; pero no habia podido hacerse sin que tuviese conocimiento de ella, y el cuerpo diplomático llegó á ocuparse de este asunto. La respuesta del Papa á tan monstruosa proposicion fué la siguiente: «Todo está previsto. Dicen que nos impedirán la salida de París, privándonos de la libertad. Antes de salir de Rōma, hemos firmado una abdicacion en regla para que valga en el caso de que se nos aprisione; este documento no se halla al alcance del gobierno francés, le tiene en Palermo el cardenal Pignateli; y cuando estallen los proyectos que se trabajan, lo que únicamente queda en vuestras manos es un miserable monje benito, que se llamará Bernabé Chiaramonti;» respuesta que acredita el talento previsor y dignidad de Pio VII. Dos hombres distintos se advertian en Napoleon, segun el caballero Artaud y lo que sabemos por la historia en los asuntos religiosos. Habia veces que demostraba un exacto juicio, pronto, fácil y dócil para aconsejarse

cuando el asunto le era desconocido, y entónces admitia con gusto se le dirigiese, y ejecutaba el consejo con la fuerza que presta la conviccion; otras, su inquietud y orgullo le detenian en la decision; envidiaba las funciones sacerdotales, y deseaba, al parecer, ser pontífice en la paz, así como era emperador y general en la guerra; de modo que sus determinaciones sobre materias religiosas ofrecian por lo comun tantas contradicciones, que presentaban en él dos individuos, ó sean dos distintas voluntades en uno solo, lo cual tenia alarmadas las conciencias de los amantes de la Iglesia y del pontificado.

Sabedores en Roma de todo lo que pasaba en París, temieron por la libertad del Pontífice, y solo el talento del cardenal Consalvi pudo evitar una demostracion contra la Francia, que en aquellos momentos hubiese sido un *casus belli* muy perjudicial al Pontífice. A este fin distraia el cardenal ministro á los romanos, fomentando las sociedades de tono, en las que se obsequió mucho á su paso á la célebre Madama Stael, que fué recibida en la Academia de los Arcades, y permitiendo diversiones al pueblo. A este fin hizo que se celebrasen las Pascuas, como si Su Santidad estuviese en Roma, en cuyas fiestas solo se suprimió el coro de *Ecce sacerdos magnus*, que canta la capilla pontifical cuando entra en la iglesia el Pontífice en la *sedia gestatoria*, y las demás ceremonias que á su soberana y sagrada autoridad se dirigen; tambien se suprimió este año la iluminacion de la gran cruz de la Iglesia mayor el viernes santo, iluminacion que produce un admirable efecto de claro-oscuro, que sorprende á cuantos visitan en este dia la iglesia de San Pedro.

Dada por Pio VII la enérgica respuesta de que hemos hecho mencion al que se atrevió á proponerle quedarse en Aviñon, Napoleon dió aquella misma noche las órdenes para que saliese el Papa de París aprovechando lo benigno de la estacion, lo cual, como se habia resistido ántes, nos da lugar á sospechar que no era extraño á la referida proposicion. Al dar el Emperador las órdenes para la salida del Papa y honores que habian de hacérsele por los pueblos que pasase, determinó ir á coronarse á Milan como rey de Italia, y así es que ambos salieron de París con poco tiempo de diferencia. Los pueblos cercanos á París salian tumultuosamente al camino á pedir al paso la bendicion al Papa, que se la daba con el mayor amor, y en Leon le obsequió magníficamente el cardenal Fesch. Cuando Pio VII llegó á Parma el 2 de Mayo, escribió á Napoleon dándole gracias por los honores que de su órden le habian tributado las autoridades en todos los pueblos franceses por que habia atravesado, y recomendándole eficazmente al general Lesuire, á quien apreciaba por la buena conducta que habia observado en Imola, en donde le habia conocido. Napoleon contestó el 9 del mismo mes, desde Mi-

lan, deseándole un feliz arribo á Roma, pero desentendiéndose de su recomendado. Obsequiado el Papa á su paso por Florencia, siguió á Roma, en donde todo estaba preparado para recibirle, y desde esta ciudad á Viterbo no cesaron las ceremonias religiosas; pero no salieron á su encuentro las legaciones en cuerpo por haberse así convenido. Entró por fin Pio VII en su capital el dia 16 de Mayo, en medio de una multitud de gentes que le vitoreaban con el mayor entusiasmo; y segun las órdenes, el coche en donde iba se dirigió desde Ponte-Molle á la iglesia de S. Pedro para dar gracias á Dios por su feliz llegada. Recibió al Santo Padre en el pórtico el cardenal príncipe de Yorck, á pesar de sus ochenta años, y ambos se apretaron cordialmente las manos. Luego que Su Santidad dió la bendicion á la multitud que llenaba la basílica, se acercó al altar para hacer oracion, y considerando que se veia en su querida iglesia, á los ciento ochenta y cinco dias de su salida, quedó como extático por tanto tiempo, que la multitud estaba admirada; pero notando el cardenal Consalvi que se hacia de noche, y no estando la iglesia preparada para iluminarla de repente, tocó al Pontífice, que volviendo en sí, le dijo que su éxtasis era de alegría, y levantándose le condujeron en silla de manos á su habitacion, en la que le aconsejaron se retirase á descansar sin admitir á nadie, y así lo hizo. Aquella noche se iluminó la ciudad, y el Senado dió en el Capitolio un magnífico convite en que se reunió la nobleza romana y el cuerpo diplomático.

Animada fué la audiencia que al siguiente dia dió el Papa. A todos mostraba las medallas que se habian acuñado en su honor en París, y contaba el establecimiento hecho en esta ciudad de las Hermanas de la Caridad para asistir á los enfermos, instituto que se proponia establecer en todos los países católicos. A este tiempo escribió el Papa á Napoleon la feliz terminacion de su viaje, y dándole noticia de la volubilidad del elector de Ratisbona, que habiendo propuesto ántes á Monseñor la Guenga para legado *à latere*, venia proponiendo ahora al obispo de Orleans. Contestóle satisfactoriamente el Emperador, que le era indiferente este nombramiento, y que cualquiera que fuese elegido sería auxiliado por su gobierno para que las negociaciones concluyesen á su gusto; pero al hacer al Papa esta concesion, vino con una exigencia que no pudo ménos de afligir á éste. Era el caso que el hermano menor de Napoleon, Gerónimo Bonaparte, de edad de diez y nueve años, sin más licencia que su voluntad, se habia casado en América con una protestante llamada Patterson, hija de un negociante de los Estados-Unidos; y que habiendo venido á París con ella conociendo su yerro, el Emperador habia dispuesto que aquella señorita partiese á su país, declarando por sí nulo el matrimonio por serlo ante las leyes. Napoleon exigia del Papa una bula de nulidad para este matrimonio, remitiéndole una memoria del cardenal Ca-

selli y otras de su especie, que podrian dar luces á esta cuestion. En esta notable carta decia Napoleon: « Fácilmente sería que se declarase en París (la nulidad), porque esta Iglesia reconoce por nulos semejantes contratos; pero prefiero que venga de Roma la bula, aunque no fuera más que para ejemplo que deben aprovechar las personas Reales que quieran contraer matrimonio con protestantes. Esto lo deberá hacer en secreto Vuestra Beatitud, para que en cuanto yo sepa su conformidad mande publicar la revocacion civil. » Al propio tiempo que esto escribia Napoleon, mandaba al Papa una magnífica tiara y un preciosísimo camafeo, que representaba la continencia de Escipion. Dió el Pontífice las gracias al Emperador por estos presentes, y en cuanto á lo de la nulidad del matrimonio que se pretendia, en cuyo favor habia ya en Roma un agente de los Estados-Unidos encargado de sostener los derechos de la familia Patterson, que no dejaria tambien de apoyar la Inglaterra, se halló Pio VII en un conflicto. Y despues de haber estudiado detenidamente la materia, de haberla consultado y de haber pedido el auxilio de Dios por medio de la oracion, contestó á Napoleon en una carta, que permanecerá como una explicacion razonada de las doctrinas de la Santa Sede sobre la indisolubilidad del matrimonio, áun cuando se contraiga entre un católico y un protestante, carta que publica integra Mr. Artaud, tantas veces aquí citado. En esta carta son de notar para la cuestion los siguientes párrafos: «Desde luego la disparidad del culto, considerado por la Iglesia como un impedimento dirimente, no se verifica entre dos personas bautizadas, aunque la una de ellas no pertenezca á la comunion católica. Este impedimento no tiene lugar sino en los matrimonios contraidos entre un cristiano y un infiel. Aunque los matrimonios entre católicos y protestantes son abominables por la Iglesia, ella, sin embargo, los reconoce válidos y los tolera... La Iglesia, léjos de declarar nulos, en cuanto al vínculo los matrimonios celebrados sin el consentimiento de los padres y de los tutores, aunque reprobándolos, los ha declarado válidos en todos tiempos, y muy especialmente en el concilio de Trento.» El Pontífice terminó su carta pidiendo excusas al Emperador por no poder complacerle, dando un decreto contrario á las máximas de la Iglesia, de las que no podia separarse, como lo sería pronunciarse sobre la invalidez de un matrimonio, que segun lo tiene Dios declarado, ningun poder humano puede disolver. Nada contestó Napoleon al Papa sobre esta negativa; pero se hicieron sentir los efectos de su amor propio resentido y de su orgullo en los reglamentos que publicó en Milan para la organizacion del clero en Italia, y en otras disposiciones por el estilo, que disgustaron mucho á Pio VII, por lo que mediaron contestaciones entre ambos poderes. El 27 de Junio dió cuenta el Santo Padre en un consistorio á los cardenales de todas las circunstancias de su viaje á Francia, y de las cere-

monias de la consagracion y coronacion del Emperador en un discurso, en el que con la mayor sencillez y claridad manifiesta todos los hechos, y da á conocer las dotes que le distinguian. Remitido este discurso á Napoleon, hizo suprimir de él para su publicacion lo relativo á María Luisa de Borbon, reina de Etruria é infanta de España, y á su mujer la emperatriz Josefina, diciendo: «Que en las cartas y discursos de los Papas jamás deberia hablarse de mujeres;» lo que uniéndolo con su conducta posterior puede hacer sospechar que ya habia concebido en aquella ocasion la idea de divorciarse. Obsequió el Pontífice á Mr. Brigode, gentilhombre, y á Mr. Durosnel, caballerizo del Emperador, que de órden de éste le acompañaron en el viaje, recomendándoles por su buen comportamiento con él; y de ellos se valió el cardenal ministro Consalvi para llevar sus cartas á Talleyrand, con cuyo ministro habia entablado una íntima amistad, muy útil para el curso de los negocios entre ambas córtes. No obstante esta intimidad, un suceso desagradable empezó á resfriar estas relaciones por una ligereza del embajador de Francia, cardenal Fesch. Fingiéndose súbditos franceses dos que lo eran del Papa, asesinaron á dos italianos; y en el momento se corrió la voz, creyéndose franceses á los asesinos; pero averiguada la verdad, el gobierno procuró arrestarlos. El cardenal Fesch creyó hallar aquí un motivo de hacer ver su celo, y escribió á la corte que el gobierno nada le habia dicho de esto, y que exigia se fusilase á los dos asesinos en el término de ocho dias. Esta nota afligió mucho al Papa, que mandó acelerar las diligencias para que asegurasen á los culpables; y como no se le contestase, el cardenal Fesch, que tenia un carácter muy violento, escribió al cardenal Consalvi en este estilo, mediando entre ambos una perjudicial polémica. Para mayor complicacion, Luciano Bonaparte, hermano de Napoleon, con quien estaba en desacuerdo y enemistad, se hallaba refugiado en Roma, protegido por el Papa y por su ministro, lo que no veia bien el Emperador, al que queria dar gusto el cardenal Fesch, y entre una y otra cosa mediaron cartas entre los ministros de ambas córtes, que no podian ménos de producir desagradables crísis. En estas circunstancias murió Mr. Cacault en su hacienda de Clison, en Bretaña, agobiado de disgustos, y el Papa no pudo ménos de manifestar su sentimiento por la pérdida de un buen amigo, que tanto bien le habia hecho durante su mision en Roma como embajador de la República Francesa.

Principiada la guerra entre austriacos y franceses, aquellos perdieron la batalla de Ulma el 19 de Octubre, y se entregaron desfilando por delante del emperador Napoleon, el que ántes de pasar á Viena ordenó á sus tropas que ocupasen á Ancona, cosa que sintió extraordinariamente el Papa, al que no se pasó el menor aviso, y así se lo manifestó á aquel en una carta que le dirigió el 13 de Noviembre de 1805. Desembarcando los rusos en Nápoles, y

ganada por los franceses la famosa batalla de Austerlitz, se mandó al cardenal Fesch por el general Berthier, que si los rusos avanzaban se retirase á Bolonia, manifestándole que pronto iria al reino napolitano un ejército de cuarenta mil hombres. No llegó este caso por firmarse la paz en Presburgo el 26 de Diciembre, quedando por uno de sus artículos unida Venecia al reino de Italia, todo lo cual afligió mucho al Papa, que preveia males gravísimos y grandes complicaciones en los asuntos eclesiásticos. Despues de la batalla de Austerlitz, en la que Napoleon venció á dos emperadores, escribió al Papa en contestacion á la suya una violentísima carta, fechada en Munich el 7 de Enero de 1806, en la que se le amenazaba y se declaraba abiertamente contra el cardenal ministro Consalvi. Contestó el Papa inmediatamente en los términos más dignos á su clase y categoría, deshaciendo los cargos que se le hacian y dando las razones más terminantes acerca de su negativa á la disolucion del matrimonio de Gerónimo, queja que hábilmente tocó Napoleon en la suya, y defendiendo paternalmente con la justicia á su ministro Consalvi del odio que se suponia abrigaba contra el cardenal Fesch, embajador de Francia, y suplicándole que pues era dueño de Italia, reintegrase al patrimonio de S. Pedro del territorio que le usurpára la revolucion y evacuasen sus tropas á Ancona, que no podia soportar su mantenimiento. Aun cuando esta notable carta hizo impresion en Napoleon por la nobleza, valor y resignacion cristiana que en ella manifestó el Pontífice, á los quince dias la contestó de una manera tan contradictoria que no es posible calificarla exactamente. En ella decia Napoleon al Papa entre otras cosas: «Yo tengo más cuidado que vos de la religion; la abandonais al sufrimiento, pero dejadme obrar; seré más prudente, más hábil, aún más piadoso que vos. Yo no solamente soy el guerrero del siglo; si pudiera ó estuviera en mi mano no dejaria perecer las almas.» No podemos ménos de insertar en este lugar algunos párrafos de esta carta especial, que al poner de manifiesto la ambicion y soberbia de Napolon y su solapada hipocresía, servirá para conocer sus intentos y los sufrimientos del paciente Pio VII. «Todo podia arreglarse, dice el Emperador, marchando en derechura sin intrincarse en el laberinto de la política, ni guardando muchas consideraciones con las potencias, que al aspecto de la religion son heréticas y no pertenecen á la Iglesia, y respecto á los negocios temporales se hallan distantes de V. B., no pueden protegerlos, y solo sirven para causar daños. La Italia toda me obedecerá; yo no tocaré en nada á la independencia de la Iglesia. Haré pagar los gastos que mis tropas ocasionen. Entre V. B. y yo haremos un tratado fundado sobre esta base: en los negocios temporales guardará la Santa Sede conmigo los mismos miramientos que yo la guardaré en los eclesiásticos, y que se abstendrá de inútiles manejos con los herejes, enemigos de la Iglesia, y po-

tencias que no pueden hacer á V. B. bien alguno. *V. B. es soberano de Roma, pero yo soy su Emperador;* todos mis enemigos deben serlo suyos, y pareceria lo contrario si V. B. permitiese en su capital á ningun agente del rey de Cerdeña, ni á inglés, ruso ó sueco, ni entrase en sus puertos buque alguno que perteneciese á estas potencias. Como á jefe de nuestra religion, guardaré siempre á V. B. la deferencia filial que le he manifestado en todas circunstancias; pero no hay que olvidar que Dios se quiso valer de mi brazo para restablecerla, y no puedo sin afliccion ver sus intereses comprometidos por las lentitudes de Roma, donde nada se concluye, y dejar que perezcan las almas, verdadero fundamento de la religion, por vanos intereses políticos y prerogativas de la tiara. A Dios responderán los que dejan en la anarquía á la Alemania; los que tanto protegen los matrimonios protestantes, y quieren obligar á mi familia á que haga enlaces mistos; los que retardan la expedicion de bulas para mis obispos, y dejan mis diócesis en anarquía; gastan seis meses para que entre un prelado en ejercicio, y bastan ocho dias. Por lo que hace á Italia, hice todo lo que podia por los obispos; he consolidado los intereses de la Iglesia, y no he quitado nada espiritual: lo mismo que en Milan haré en Nápoles y en todas partes donde llegue mi dominio. No me desdeño de la concurrencia de los hombres dotados por un celo verdadero por la religion y de conferenciar con ellos; pero si en Roma se pasan los dias, por una culpable inercia, en no hacer nada, pues he recibido la mision de Dios de mirar, despues de tantos trastornos, por la religion, no puedo omitir lo que me parezca útil para la salvacion de las almas. Me consta, Santísimo Padre, que V. B. quiere lo bueno; pero se halla rodeado de gentes que no le quieren, que adolecen de malos principios, y que en vez de remediar los males en los momentos críticos, lo que hacen es fomentarlos, llenando de embarazos su remocion. V. B. se acordará de lo que le dije en París; si se hubiera hecho, ya estaria reorganizada la religion en Alemania y no en el mal estado que tiene allí y en Italia. Todo se habria hecho de acuerdo con V. B. y perfectamente. No cabe en mi carácter que haya trascurrido un año en lo que puede hacerse en quince dias. No puede dormirse mucho para elevar al clero al punto en que le he puesto, para dar publicidad al culto, reorganizar en Francia la religion, de manera que no hay país donde se haga por su medio tanto bien, donde sea más respetada y goce de más estimacion. Los que digan á V. B. otra cosa, le engañan y son sus enemigos; lo que podrán hacer es atraerse desgracias que serán muy funestas.» Vése aquí claramente que mejor que el célebre José II de Alemania algunos años ántes, Napoleon se convierte en pontífice contra el verdadero pontífice, y toma el incensario al propio tiempo que la espada, recorriendo toda la escala eclesiástica, desde el papa al monacillo, dictando dis-

posiciones á la Iglesia sin necesidad de consistorios ni concilios, apoderándose á un tiempo de las llaves de S. Pedro para abrir á las almas, á su modo, las puertas del cielo, y de la espada de S. Pablo para dar golpes á diestro y siniestro al que se resista á someterse á su soberana voluntad; pero, qué mucho, si se considera el enviado de Dios y el que ha recibido la mision de redimirnos cual otro Salvador? Empero esta atrevida hipocresía no era más que la careta con que ocultaba su desmedida ambicion y su soberbia, que se dirigia nada ménos que á dominar el mundo entero, en la idea que rodó en su cabeza, que pues que solo habia un Dios en el cielo, no debia haber más que un Rey en la tierra, y ese habia de ser él, que tanto se afanó inútilmente por alcanzar la monarquía universal, con la que sin duda soñaba. Dios atajó su soberbia como atajó la de Alejandro *el Grande*, la de Julio César y la de todos los soberbios que intentaron ascencer hasta el sol; pero derretidas sus alas como á Icaro, cayeron á la tierra á confundirse en el polvo de que salieron: igual fin tendrán siempre todos los soberbios hasta la consumacion de los siglos. Si comparamos algunas de las expresiones, y mejor las intenciones, que revela la anterior carta, con lo que hoy sucede en Italia, con la actual crisis en que se halla nuestro santo padre Pio IX, cuyo nombre parece destinado al martirio por las convulsiones políticas, y con la actitud de la Francia y sobre todo de la llamada union de Italia en estos momentos, ¿no podremos sospechar que la actual revolucion italiana haya seguido con diferente antifaz el misma plan trazado por Napoleon I? Muchos puntos de semejanza encontramos entre Pio VI y Pio VII y nuestro Pio IX en cuanto á las circunstancias que los rodearon, y por lo que respecta al plan político y áun religioso que se siguió entónces y sigue en el dia. Dios, en su divina misericordia, salve hoy como salvó ayer al pontificado y á la Iglesia de nuevos males, y puesto que ésta ha de prevalecer á pesar del poder del infierno, que sea en paz, prosperidad y ventura.

Así las cosas, el oficioso cardenal Fesch escribió directamente al Papa, en nombre de Francia como embajador, una apremiante nota pidiendo la expulsion de los súbditos rusos, suecos, ingleses y sardos de Roma y de todos los estados de la Iglesia; y como el cardenal ministro le contestase que Su Santidad se entenderia sobre esto particularmente con el Emperador, Fesch se dirigió confidencialmente á Pio VII con inclusion de la nota. El Pontífice, al ver un cardenal que apremiaba á su señor espiritual por servir con indiscreto celo á su señor temporal, quiso darle una severa leccion sin faltar en nada á la recíproca dignidad de ambos, y le contestó diciéndole: «Que todo soberano es dueño de tratar con otro soberano un negocio importante sin el intermedio de agentes diplomáticos;» lo cual no sentó bien al orgulloso ministro de Francia en Roma, al que por otra parte se acusaba de lenti-

tud en París. Contestó el Papa en 21 de Marzo de 1806 á Napoleon á su terrible carta con la moderacion propia del vicario de Jesucristo, manifestándole las justas razones que tenia para no poder acceder á sus deseos, y que veia con extrañeza su pretension sobre el imperio de Roma. Dícele, con respecto á su demanda de lanzar de Roma á los extranjeros y de cerrarles sus puertos como se le exigia: «Nos es imposible complacerle, no tanto por nuestros intereses temporales, cuánto por los espirituales, esencialmente unidos á nuestro carácter de jefe visible de la Iglesia. Nos, vicario del Verbo eterno, que no es el Dios de las disensiones sino el de la concordia, que bajó al mundo para desterrar los enconos, predicar la paz tanto á los vecinos como á los distantes, segun las expresiones del Apóstol, de ninguna manera podemos desviarnos de su doctrina sin contradecir la mision que nos ha confiado. No es voluntario en Nos, es de Dios, cuyo lugar ocupamos en la tierra, el precepto de mantener la paz con todo el mundo, sin distincion de católicos, herejes, de próximos y lejanos, de los que esperamos ventajas y de los que solo esperamos males. Para hacer lo que V. M. solicita, necesitamos faltar á nuestros deberes á Dios. Cierto es que no nos debemos entrar en el laberinto de la política, que es justamente lo que hacemos; mucho ménos en un estado de guerra que tenga solo fines políticos, en que no se ofende á la religion, y en la que se halla mezclada una potencia católica. En una palabra, la necesidad de resistir una agresion hostil, ó de defender la religion, si la vieron peligrar, ha podido autorizar á nuestros predecesores justa ocasion de salir de su pacífico estado; y si alguno de ellos, por debilidad humana, se ha extraviado de estas máximas, lo afirmamos con verdad, su conducta no será jamás seguida por Nos.» Largas y juiciosas consideraciones sigue haciendo Pio VII á Napoleon sobre este particular en su notabilísima carta, y al tratar en ella del imperio de Roma, que pretende, entre otras muchas cosas que le dice para rechazar esta pretension, se expresa así: «Hablemos sin rodeos, dice V. M. que no llegará á tocar á la independencia de la Iglesia, y que Nos somos el soberano de Roma, y en seguida decis que toda la Italia estará sujeta á vuestra ley. Quiere equivaler á esta propuesta: Si llenais mis deseos, conservareis una apariencia de soberanía; pero si entendeis que Roma, como parte de la Italia, se halle á vuestro mandato, el dominio temporal de la Iglesia queda reducido á un feudo y muy servil, porque el verdadero é independiente se destruye de hecho. Al titularse V. M. Emperador de Roma, respondemos que el Pontífice no reconoce en sus estados poder superior al suyo; que ningun Emperador tiene derecho á Roma desde que llegó á esta soberanía un Pontífice, y tantos siglos han mediado hasta Nos en posesion pacífica. Ningun príncipe reinante goza de tan antigua posesion y sucesion.» (¡Cuánta semejanza entre Pio VII y Pio IX en estos

momentos: la energía de aquel y el fin que tuvieron sus enemigos, debe alentar á éste para sostener sus derechos y aguardar igual término en favor de la Iglesia y del pontificado.) Sigue despues el Papa manifestando á Napoleon, que hay un Emperador de romanos; pero que éste es solo un título de honor del emperador de Alemania, reconocido por toda la Europa y hasta por él mismo como soberano de Francia; que Carlomagno solo se nombró patricio romano cuando recibió el título de abogado y defensor de la Iglesia; que con respecto á que los enemigos suyos debian ser los del Pontífice, lo tenia por una indicacion repugnante á su carácter; «porque no nos permite el pontifical y el sacerdotal considerar como á tales, ni áun á los que se apartan del centro de nuestra union religiosa;» y en fin, termina disculpando á la Curia romana de las acusaciones que la dirige.

Nombrado José Bonaparte, hermano de Napoleon, rey de Nápoles por la voluntad de éste, entró en aquel reino á tomar posesion con un poderoso ejército, é inmediatamente partieron de la nueva corte las noticias de que la Santa Sede se trasladaria á París ó á Aviñon; que los estados de la Iglesia se repartirian entre este reino y el nuevo de Italia; que se secularizaba la órden de Malta, y que se autorizaria á los sacerdotes para que pudiesen casarse. Voces que llenaban de afliccion el corazon del Pontífice, que preveia los grandes males que podian sobrevenir sin el auxilio de Dios á la Santa Sede; angustia que ahoga hoy á nuestro santo padre Pio IX, que se encuentra en casi idéntica posicion, pues que la impiedad pretende arrojarle de Roma, unir sus estados al nuevo reino de Italia, obra tambien en cierto modo de un tercer Napoleon, y que ve cometer mil desafueros contra la autoridad que Dios le diera á naciones que sin embargo se llaman y tienen por católicas. Creyóse Napoleon un Alejandro verdaderamente al oirse comparar con él; pero se engañó de medio á medio, porque si aquel pudo llamarse sin contradiccion hijo de Júpiter en una sociedad idólatra, el nuevo Alejandro intentó en vano hacerse tener por hijo de Dios en el poder en un mundo católico, que tenia un Jesucristo, único y verdadero hijo de Dios é igual á él en poder y sabiduría. Empieza desde esta crísis una alarma en toda la cristiandad, que conmueve todas las conciencias, y Roma se agita temiendo graves males, explicándose su agitacion en aquella célebre sátira, que viene á decir, traducida al castellano, sin la gracia que tiene en su propio idioma: «Napoleon y el Pontífice se han desunido; cañones por un lado y por otro; rayos en el Oriente y en el Poniente. Dios da la victoria á sus hijos un poco más tarde algunas veces, pero siempre se la da.» Verdad que se vió confirmada pocos años despues en el orbe católico, y que volverán á ver nuestros hijos áun en el presente siglo con respecto á los embates que hoy experimenta la Santa Sede.

Reemplazado por Mr. Alquier el cardenal Fesch en la embajada de Francia en Roma, y al despedirse éste de Su Santidad, estuvo ménos respetuoso de lo que debiera como cardenal y como representante de una gran nacion; pero fué tan bien contestado por el prudente Pio VII, que no dejaria su conciencia de experimentar los dolores de su merecido castigo. El nuevo embajador Alquier se presentó hostil desde luego, como no podia ménos de ser, y asi es que dijo al cardenal Consalvi en la cuestion del nuevo rey de Nápoles: «Que si el Papa no reconocia al rey de Nápoles José Bonaparte, Napoleon no reconoceria á Su Santidad como príncipe temporal, pero que con el jefe de la Iglesia tendria las mismas consideraciones que tuvieron Carlomagno, Luis IX y los demás príncipes más religiosos, salvo no dejar que minorase los derechos temporales ni la integridad del imperio. Reclamando el rey José, de su hermano Napoleon, que uniese á su reino los principados de Benevento y Ponte Corvo, que pertenecian á la Iglesia, el Emperador desestimó la peticion, y dió el primero á su gran chambelan y ministro de relaciones extranjeras Mr. de Talleyrand, y el segundo al mariscal Bernadotte en recompensa de sus servicios, ó más bien, segun se decia entónces, para contrariar sus inclinaciones republicanas. Estas concesiones, unidas á las demás exigencias, hicieron que el embajador Alquier encontrase obstáculos invencibles en sus pretensiones sobre el reconocimiento del rey de Nápoles por el Papa. Como se creia que el cardenal ministro Consalvi era el que manejaba á su antojo á Pio VII, el gobierno francés le hacia una cruda guerra, y el Papa, que no queria que se le tuviese por un maniquí fácil de manejar contra su voluntad, á pesar de lo que debia y queria á su ministro, se determinó á relevarle, y así se lo significó á Alquier, diciéndole: «Le daremos un sucesor, y por eso nuestra opinion no variará. Todos los puntos importantes de nuestros estados son ocupados sucesivamente por las tropas del Emperador, á quienes no podemos ya mantener áun con la creacion de nuevos impuestos. Os prevenimos que si quieren apoderarse de Roma, rehusaremos la entrada del castillo di Santo Angelo. Nosotros no haremos resistencia alguna; pero vuestros soldados tendrán que romper las puertas á cañonazos. La Europa verá cómo se nos trata, y nosotros probaremos al ménos que hemos obrado conforme á nuestro honor y á nuestra conciencia. Si se nos quita la vida, la tumba nos honrará, y seremos justificados á los ojos de Dios y en la memoria de los hombres.» Digna respuesta de un Pontífice tan virtuoso, que no podrá ménos de ser imitada por todos los que como él esten poseidos de la importancia de su sagrada mision como jefes de la Iglesia católica. Era la mejor respuesta que en el dia puede dar Pio IX á los que combaten su poder temporal, pues que las circunstancias son tan idénticas, que si entónces habia un cardenal Consalvi contra quien se dirigian los tiros de los enemigos

del pontificado, hoy hay un cardenal Antonelli, blanco de los mismos dardos, y aunque arrojados por diversas manos, lo son con la misma intencion. Napoleon procuró sincerarse con el Papa sobre la usurpacion de los expresados principados, á pretexto de haber sido siempre motivos de reyertas entre Roma y Nápoles, que los habia arrebatado muchas veces; pero el Papa le contestó con templanza, mas enérgicamente, sosteniendo sus derechos. Admitida la dimision del ministerio que hizo el cardenal Consalvi el 17 de Junio, le reemplazó el Papa por el cardenal Casoni, antiguo vicelegado de Aviñon, y despues nuncio de España, que tenia setenta y cuatro años, cuyo ministro siguió estrictamente con Francia la misma política de resistencia que su antecesor. Comunicado á Pio VII el advenimiento al trono del rey de Holanda, respondió, que profesando el rey Luis la religion de los católicos, esperaba protegeria su culto en aquel reino. El cardenal Fesch fué nombrado coadjutor sucesor del elector archicanciller, dignidad alemana, que aconsejó el Papa se solicitase el consentimiento de Francisco II, emperador de Alemania.

Insistiendo el embajador francés Alquier en que se cerrasen los puertos á los extranjeros y amenazando con que los franceses ocuparian todas las fortalezas en cuanto tocasen tierra algunos enemigos, el Papa lo negó por escrito; y cuando Mr. Alquier fué personalmente á hacerle las mismas proposiciones, le dijo: «Puesto que vosotros sois los más fuertes, haced lo que os sea útil ó lo que os parezca conveniente. Cuando querais, sereis dueños de nuestros estados y dispondreis como tales á vuestra voluntad de todos los recursos que pueden ofrecer; S. M. puede cuando quiera ejecutar sus amenazas y hacerse dueño de cuanto poseemos. Estamos resignados á todo, y pronto, si él lo quiere, á retirarnos á un convento ó á las catacumbas de Roma, á ejemplo de los primeros sucesores de S. Pedro:» respuesta humilde pero enérgica que desconcertó á Altieri que conoció que la resolucion de Pio VII era inalterable. El emperador de Alemania Francisco II declaró á la faz de Europa el 6 de Agosto, que abandonaba la corona del Imperio Germánico que le agobiaba, y que en lo sucesivo se llamaria solo Francisco I, emperador de Austria, con lo cual cedia el título de Roma que deseaba Napoleon.

Los complicadísimos asuntos políticos y religiosos que le cercaban, ni las angustias que padecia en tal laberinto de cosas, no le impedian á Pio VII para hacer cuantos beneficios podia, y en medio de tantas cosas diferentes como le rodeaban, se acordó de honrar á los artistas académicos de las bellas artes de S. Lucas. A este fin expidió un breve el 23 de Setiembre por el que fundó la órden caballeresca de Moro, ó sea de Moretto, cuya condecoracion habia de conferirse á cada presidente de la Academia que lo fuese por tres años: consistia ésta en una cruz con la cabeza de moro en el centro, pendien-

te de una cinta roja bordada de negro, distincion que agradó mucho á los artistas, los cuales manifestaron su gratitud al Pontífice.

Las violencias que se hacian al Papa, levantaron la Calabria contra los franceses, á cuyo frente se puso el brigadier de Fernando IV rey de Nápoles, canciller D. Felipe, lanzando una terrible proclama en la que excitaba el patriotismo de todos los italianos; pero Napoleon habia vencido en Jena, en donde hizo cuarenta mil prisioneros, y entrando en Berlin el 27 de Setiembre, el 21 de Octubre declaró en bloqueo las islas británicas, y declarándole la guerra Rusia el 28 del mismo mes, entró triunfante en Varsovia el 19 de Diciembre, de suerte que arreció la tempestad y el horizonte se cubrió de negras y terribles nubes que amenazaron descargar sobre Europa destructores rayos. Dió el Papa órden al cardenal de reclamar contra el decreto de Berlin de que hemos hablado, y sabido esto en el cuartel general de Ostrolenka, enfureció á los enemigos del pontificado; pero encargado de contestarle el virey de Italia, lo hizo en términos muy respetuosos.

Un gran suceso ha tenido lugar en Roma en el año que escribimos esta biografía, ha ensalzado el pontificado de Pio IX, que le ha verificado en medio de la borrasca que amenaza sumergirle entre sus olas, con la mayor calma y presencia de espíritu, y con la misma solemnidad que en los tiempos más prósperos y bonancibles para la corte pontificia: hablamos de la apoteosis cristiana, en la que en Julio del año de 1862 Pio IX, en nombre de Jesucristo á quien representa en la tierra legítimamente, ha canonizado á los gloriosos mártires del Japon y al bendito trinitario Miguel de los Santos. Otro suceso semejante ocurrió en la misma ciudad eterna en 1807, en el que Pio VII verificó otra apoteosis al propio tiempo que todos los elementos políticos y revolucionarios se volvian contra él, sin hacer caso de los sarcasmos de los impíos ni de los rayos del Júpiter francés que le amenazaban. Sin acordarse los impíos, que le criticaban, de sus profanas apoteosis en que consagran en el panteon la memoria de los hombres de partido más que de los que lo merecieron por su verdadero mérito y sus virtudes, truenan contra las canonizaciones de la Iglesia, sin duda porque las creen tan apasionadas como las suyas que, en lo general, son hijas del entusiasmo de un momento que cambia con la mayor facilidad, viniendo al poco tiempo á ser despreciado el que ayer fué ensalzado, y siendo héroe para unos el que aparece un traidor ó un malvado para otros. « La Iglesia en estos asuntos, dice un autor, procede con muy diferente espíritu de consecuencia y de verdad. Un primer exámen permite la admision á la beatificacion, pero la canonizacion definitiva no se pronuncia generalmente sino despues de un siglo. Es cierto, por otra parte, que esta ceremonia es la más solemne que puede celebrar un papa, y la que más que otra alguna debe reanimar

el celo de los fieles. Todos pueden aspirar á esta sublime recompensa. El pastor, la jóven sencilla, el rey, el guerrero, el simple clérigo, el oscuro religioso, y hasta el nombre del misionero, mártir en las Indias, es tambien presentado por sus compañeros á este honor. Ni Clemente XIV ni Pio VI habian celebrado esta solemne fiesta, pero Pio VII dijo: «Todavía somos pontífice quizá por algunos meses, apresurémonos á la celebracion de una fiesta, en que la tiara, la misma tiara que un hijo ingrato nos regaló en otro tiempo, pueda todavía ponerse en nuestra cabeza.» Verificóse la canonizacion de Sta. Coleta, de nacion francesa, y de otros cuatro bienaventurados con el mayor órden y solemnidad, á pesar de haber acudido á Roma multitud de gentes y de lo excitados que se hallaban, que es lo propio que ha sucedido en este año en la canonizacion de los mártires del Japon, porque cuando abre Dios los cielos para mandar á su vicario las gracias de su justicia y de su misericordia en tan solemnes ocasiones, hace que se suspendan los furores del infierno, para que goce la Iglesia con tranquilidad la dicha de ver aumentado el catálogo de sus héroes con nuevos y gloriosos paladines. El 28 de Febrero de 1805 habia dado Pio VII una bula, en la que erigia la catedral de París en basílica menor, en consideracion á que desde el siglo III de nuestra era gozaba del título de catedral y pontifical, y que fué erigida en metrópoli por Gregorio XV, y á que fué visitada varias veces por Pio VII con toda su corte durante su permanencia en París; y como Napoleon tan pronto determinaba el plan de una batalla como se ocupaba en proyectos de diferente índole y en dar disposiciones gubernativas, como si estuviese en la mayor paz con todo el mundo, en el campo de Finkenstein ordenó se publicase en Francia la expresada bula.

Murió el cardenal príncipe de York en Roma el 15 de Julio de 1807, y con él se extinguió la familia de los Stuardos, antiguos reyes de Escocia. En su testamento, que publicó por primera vez Mr. Artaud en la *Historia de Pio VII*, el cual resulta hecho en Frascati el 15 de Julio de 1802, se firma Enrique, rey, y en él expresa sus derechos á la corona de sus mayores, protestando contra la usurpacion de la dinastía reinante. Una medalla hecha en Roma por este príncipe le declara en sus leyendas Enrique IX de Escocia. Parece que Napoleon al saber la muerte de este último vástago de los Stuardos dijo: «Si hubiera dejado un hijo de ocho años siquiera, yo le hubiera repuesto en el trono de la Gran Bretaña.» No queriendo Pio VII exasperar al coloso favorito de la fortuna, que tan ingrato se le iba volviendo, mandó se fuesen pagando los gastos que fueran haciendo las tropas francesas durante su permanencia, á pesar de lo mucho que importaban y se habia ya pagado. Cuando con tal generosidad obraba el Papa, Alquier le apremiaba diciéndole que Napoleon estaba indignado de las amenazas que se le hacian de exco-

mulgarle y de declararle sin derecho al trono, y pedia sus pasaportes si no se le daba una respuesta conveniente, y al cardenal Caprara los poderes necesarios para tratar en París todos los negocios. A este lenguaje respondió el Papa sin alterarse: « Nosotros hemos hecho todo lo posible por que exista una buena correspondencia y concordia, y estamos dispuestos á hacer lo mismo en lo sucesivo, siempre que se conserve la integridad de los principios, con respecto á la cual somos inflexibles. Solo así obraremos en conciencia, y sobre esto nada obtendrán de nosotros, áun cuando nos desollasen; somos de un carácter capaz de permanecer incontrastables más que nunca cuando se nos amenaza y se nos quiere inspirar terror; nada tememos, á todo estamos dispuestos. » No queria Napoleon ya escribir al Papa, pero deseoso de argumentar con él, lo hacia por medio del virey de Italia, el que le pasaba copias de las cartas, en las que el Emperador se llamaba siempre el protector de la religion, al paso que atacaba terriblemente á su jefe, porque no se amoldaba á sus caprichos. Nombrado el célebre Talleyrand vice grande elector, fué reemplazado en el ministerio de relaciones extranjeras por Monsieur Champagny, que tuvo que empezar por rechazar al cardenal Litta, nombrado por el Papa en reemplazo de Caprara para negociar en Paris, porque aquel no era del agrado de Napoleon, que propuso á Monseñor de Bayane. La Europa toda presentaba á la sazon un aspecto imponente; pero Napoleon, triunfante en todas partes, á todos los pueblos imponia, á pesar de sus coaliciones. Se hizo correr la voz de que Pio VII, que consintió en que Bayane le representase en París, queria hacer emperador de Occidente á Napoleon, lo que jamás supo el Pontífice, que sin duda lo hubiera rechazado. Tambien se intentó otra vez que Su Santidad expresa ó tácitamente tomase cartas en el segundo matrimonio del príncipe Gerónimo Bonaparte con una princesa de Wurtemberg, lo que le noticiaron en la esperanza de que al hablar de este matrimonio tocase al primero, y si nada dijese, dar por confirmado el segundo; pero el Pontífice, que vió el lazo que se le tendia, supo librarse de él repitiendo lo que tenia dicho sobre el particular. Al pasar á Venecia Napoleon, mandó Pio VII á Milan á los cardenales Caselli y Opizzoni á cumplimentarle en su nombre; pero esto no evitó que los agentes del Emperador hiciesen todo lo posible para ver de amedrentarle, á fin de que cediese á las exigencias del vencedor, que tan fácilmente habia dispuesto de los estados de la antigua república de Venecia.

Defendiendo Bossuet el poder temporal del Papa, tan combatido en el pontificado de Pio VII, como lo es hoy, aún con más empeño, en el de Pio IX, dijo con aquella prudencia y sabiduría que todos han reconocido en este hombre grande, honor y gloria de la santa Iglesia católica: «Quiso Dios que esta Iglesia, madre comun de todos los reinos, no dependiese en ade-

lante de ninguno de ellos en lo temporal; y que el sitio donde todos los fieles deben conservar la unidad, á su vez se hallase superior y exento de las parcialidades que causan los diferentes intereses y envidias en asuntos del estado temporal. Independiente la Iglesia en su cabeza de todo poder terreno, se halla en estado de ejercer con más libertad, y para el bien comun y con la proteccion de los príncipes cristianos, esta celestial magistratura de gobernar las almas, teniendo en su mano la balanza en su fiel, en medio de tantos imperios, muchas veces enemigos, y conservar así la unidad en todo el cuerpo social, ya por sus decretos inflexibles, ya tambien por sabias condescendencias.» Nos parece que no puede darse mejor ni más convincente razon de la utilidad general del poder temporal, que debe tener siempre la Santa Sede, y el contrariarla es falta, ó de sentido comun, en cuyo caso debe compadecerse al que se encuentre en este triste estado y enseñarle, si es posible, para que aprenda á conocer la razon, ó de impiedad ó malicia, que hay necesidad y áun obligacion de combatir en todos los terrenos para aniquilar tan destructoras ideas. Recordó el cardenal Casoni esta doctrina, que se expuso á Napoleon, que no la ignoraba; pero cegado por la ambicion, la razon en esta materia no era para él más que un obstáculo que se oponia á sus deseos y caprichos, y que por lo tanto era necesario ocultar de todo punto ó pasar por encima de ella á todo trance. Determinado el Emperador á ir adelante en sus proyectos, sin escrúpulo alguno que le detuviese, mandó á sus tropas ocupar á Roma, si bien con el pretexto de ser de tránsito para Nápoles, y como despues de la protesta que se hizo á nombre del Papa, se presentase á este el embajador francés y el general Miollis el 3 de Febrero, con ánimo de acordar medios de ocupacion, Su Santidad les dijo con energía, «que ninguna negociacion era posible en aquellas circunstancias, porque se consideraba prisionero miéntras que las tropas francesas estuviesen en Roma.» Asombrados los ministros extranjeros en la ciudad eterna del atropello cometido por los franceses, lo pusieron en conocimiento de sus respectivas córtes, noticiándoles al propio tiempo que Pio VII, encerrado en su palacio de Monte Caballo, manifestó al cuerpo diplomático, que le rogó pasease para bien de su salud, que no saldria de allí miéntras ocupase á Roma un ejército extranjero. Cayó enfermo el ministro cardenal Casoni, y fué nombrado pro-secretario de Estado el cardenal José Doria, cuyo primer decreto fué suspender las fiestas del carnaval de aquel año, para evitar conflictos entre el pueblo y las tropas francesas. No accediendo el Pontífice á una nota sofística de Napoleon, pidió Alquier sus pasaportes, y lo mismo tuvo que hacer su sucesor Lefebvre quedando encargado de la legacion y de todo el general Miollis. Este empezó por hacer incorporar á la fuerza las tropas pontificias á las francesas, y despues echó de Roma, como extranjero, al

cardenal Doria, por lo que el Papa nombró su ministro al cardenal romano Gabrielli, mandando al cardenal Caprara, su legado en Francia, pidiese sus pasaportes y abandonase á París. El general Miollis arrestó el 21 de Abril al gobernador de Roma Monseñor Cabalchini, que desde su prision escribió al Papa una respetuosísima y tierna carta, cuyas copias, que se reprodujeron maravillosamente, fueron quemadas en gran número por la policía francesa: esto no impidió que llegasen por los amigos de la Santa Sede á todos los pueblos católicos. El Papa mandó que sus soldados usasen la cucarda blanca y amarilla, que sería la señal de los que le fuesen fieles, y con esto y exponerse en las estamperías el retrato de Luis XVIII, que debia ser rey de Francia, los que rasgaba la policía donde los encontraba, empezó el descontento á tomar grande incremento en Roma. Declaráronse perpétuamente reunidas al reino de Italia y de Nápoles las provincias de Urbino, Ancona, Macerata y Camerino, porque el Papa no habia querido reconocer á los nuevos reyes de Italia y de Nápoles, ni declarar guerra á la Inglaterra, y porque decia Napoleon que la donacion de Carlomagno se hizo en provecho de la cristiandad, y no para el de los enemigos de nuestra santa religion: no puede darse mayor impudencia, descaro ni hipocresía. Como el cardenal Gabrielli presentase una protesta contra estos desafueros, fué arrestado inmediatamente y sellados todos sus papeles áun en el mismo palacio del Papa. Igualmente sellaron los papeles y echaron de Roma al cardenal Riganti, secretario de la Consulta, y prendieron al fiscal general Monseñor Barberi, al que reclamó sin fruto el cardenal Pacca, que habia sido nombrado ministro interino por Su Santidad.

Reuniendo Pio VII, el 11 de Julio, un consistorio con todos los cardenales que aún habia en Roma, en el que pronunció su célebre alocucion, titulada *Nova vulnera*, dando cuenta del estado en que se hallaba la Iglesia y el pontificado, protestando con toda solemnidad contra tantas violencias, manifestándose dispuesto á perder la vida por la salvacion de su pueblo, y conjurando al Emperador por el Dios vivo á que aparte la desolacion de la casa de Israel, y no se acomode á pérfidos consejos, que con pretexto de extender su dominacion temporal, le acarrean su perdicion eterna. De la misma manera y por la propia usurpacion que Napoleon habia nombrado rey de las Dos Sicilias á su hermano José, por decreto de 6 de Junio le nombró rey de España, porque aquel reino le cedió á Joaquin Murat por otro decreto de 14 de Julio; pero estos nuevos reyes habian de sucumbir bien pronto como el orgullo del que les habia dado en estos estados participacion de sus rapiñas, rapiñas que se encargó la valiente España de arrebatarle, siendo la primera que humillase sus siempre vencedoras águilas, la que enseñase á los demás pueblos avasallados cómo deben librarse de tiranos invasores, y por último,

la que asombrando al mundo en su gloriosa lucha de la independencia, fué la principal causa de que cayese este coloso del pedestal en que le colocára su audacia y la fortuna, para que se hiciese mil pedazos: este heróico ejemplo de nuestra patria sirva á dar á conocer al mundo que los tiranos opresores conquistadores de los pueblos, no imperan más que lo que quieren los oprimidos, por mucha que sea su fuerza y saber.

Viendo los franceses que el ministro cardenal Pacca no les era favorable, mandaron al mayor Muzio á darle órden de que dejase el ministerio; noticioso de esto el Papa por un aviso, vino al punto en que el oficial notificaba al cardenal, y dirigiéndose á él le dijo: «Decid á vuestro general que estoy cansado de sufrir tantos ultrajes é insultos de un hombre que todavía se llamará católico;» y en seguida mandó al cardenal que no le obedeciese, y tomándole de la mano, se le llevó á su habitacion diciendo que para arrancarle de su lado tendria el general que romper las puertas y atropellarle, en cuyo caso se imputarian al general las consecuencias de tan inaudito exceso. Dió órdenes para que no se recibiese al general Miollis, ni á su estado mayor á felicitarle las Pascuas, ni permitió las diversiones, y en tanto el cuerpo diplomático, unos por temor que eran los más, y otros por participar de las ideas francesas, se contentaban solo con dar cuenta á sus respectivas córtes, y pasar insulsas notas al ministro del Papa, á excepcion del ministro de España, Vargas, que con gran valor rechazaba el orgullo del gobierno francés, y con no ménos generosidad se ofrecia en cuanto podia al afligido Pontífice. Ocupándose Napoleon en recorrer España, en donde sus tropas no poseian más que el terreno en que pisaban, y éste siempre con peligro, pues que se las cazaba como á conejos, ó por mejor decir á dañinas alimañas, escribió desde la villa de Benavente, en 1.° de Enero de 1809, á su ministro Champagny, que si el Papa, segun costumbre, le mandaba los cirios de la Candelaria como á los demás soberanos, dijese á su agente en Roma que no los recibiese, pues que ni él, ni el rey de España José, los querian, y que mandase á decir á los reyes de Nápoles y de Holanda, que tampoco los admitiesen, pues que él se le haria dar bendito por su párroco, que sería tan santo como el que bendice el Papa, puesto que puede haber en el infierno papas y clérigos. El agente Ortoli, al comunicar esta resolucion, guardó á Pio VII las debidas consideraciones; el Papa ni su ministro no se ocuparon mucho de este desaire, y siguieron impertérritos en sus decisiones.

El valor y energía con que el Sr. Vargas, ministro de España, protestaba de las violencias de los franceses en defensa del Papa, no podia ménos de tener consecuencias; y así es que el 23 de Junio se notició al cuerpo diplomático, que este señor y los auditores de la Rota españoles Gardogni y Bardagi

y Azara, sobrino del célebre ministro de España en Roma, el caballero Azara, de quien hablamos extensamente en nuestra biografía de Pio VI, habian sido presos por las tropas francesas como enemigos del Imperio. En el consistorio que habia celebrado el Pontífice el 16 de Marzo habia sido preconizado monseñor Pradt, arzobispo de Malinas, promovido de Poitiers, y los negocios eclesiásticos seguian todos su curso en la Curia romana porque el Papa no se detenia en otras consideraciones que en las del cumplimiento de su deber.

En tanto que esto pasaba en Roma, Napoleon en Viena se ocupaba, al propio tiempo que en proporcionar laureles á su ejército, en deshojar la laurea de la Iglesia, y quitándose del todo la careta hipócrita que habia llevado hasta entónces con más ó ménos intencion, dió en el campo imperial de esta capital el 17 de Mayo un decreto, por el que reuniendo al Imperio francés los Estados del Papa, declaró ciudad libre é imperial á Roma; por este decreto las tierras y dominios del Papa habian de aumentarse hasta que produjesen dos millones de francos de renta líquida, de los que habia de aposesionarle una Junta de hacienda consulta, para plantear el sistema constitucional que habia de regir desde 1.º de Enero de 1810. Ocupado en la defensa de Mántua el general Miollis, no pudo poner tan pronto como quisiera el decreto en ejecucion, y el Papa y el cardenal Pacca, que lo sabian todo, se prepararon para tan terrible golpe de usurpacion disponiendo una bula propia de las circunstancias que publicar para advertir á la Europa del desacato, de la protesta de la Santa Sede y de otras cosas que exigia la dignidad de un Pontífice atropellado por la impiedad y por la soberbia de un ambicioso, atrevido y afortunado soldado. Asustaba al general Miollis la bula de excomunion, que decian tenia preparada el Papa, y la temia tanto más, cuanto que contaba con pocas tropas, y como se viese precisado á cumplir las órdenes del Emperador, mandó el 10 por la mañana al cardenal ministro un pliego diciéndole, que yéndose á cambiar el gobierno de Roma, esperaba que Su Santidad se concretase á una simple protesta, pero sin publicar la bula de excomunion. A las diez de la mañana y al estruendo de los cañones, se abatió el pabellon pontificio que tremolaba en el castillo di Santo Angelo, y se enarboló el francés, publicándose el decreto de expoliacion por toda la ciudad á son de trompeta. Encontrándose el Papa y su ministro buscándose uno á otro, dijeron á la vez las palabras de Jesucristo en la cruz: *Consummatum est.* El Papa estaba tranquilo y procuraba tranquilizar á los que le rodeaban, leyóse el decreto imperial, y acercándose á la mesa, firmó una protesta que estaba prevenida, la cual se fijó en las esquinas aquella noche. Levantando Pio VII los ojos al cielo como para pedirle auxilio, mandó dar curso á la bula de excomunion encargando

al cardenal ministro cuidase de que no fuesen descubiertos sus emisarios, pues que si alguno de ellos perdiese la vida por esto quedaria inconsolable. Tomáronse tan bien las medidas que á las pocas horas se extendió la bula por toda la ciudad con espanto del gobernador francés, gracias á la destreza de un tal Mengacci que las fijó en los sitios acostumbrados y en las puertas de las tres basílicas. Un romano arrancó una de las bulas de la iglesia de San Marcos y la entregó á Miollis, el que ántes de dar cuenta á Saliceti, presidente de la Consulta, la mandó por extraordinario al Emperador. En esta bula, cuyo título es *Quam memoranda*, no se nombra á Napoleon; pero se le considera comprendido entre los promotores de todos los despojos que experimentó la Santa Sede. El Papa se encerró en su palacio, dejando custodiadas las puertas por los suizos. Reuniéronse los desafectos al Papa en la noche del 5 de Julio con ánimo de asaltar el palacio, y apoderarse de Pio VII, alistándose el primero un criado suyo llamado Bassala, á quien habia despedido de su servicio por ladron. Llamó el general Miollis al general Radet, que se hallaba en Toscana, para que viniese á sacar de Roma al Papa, á cuyo fin lo dispondria todo, y áun cuando al pronto este jefe se negó á ello, convino al fin, y llevando unas pocas fuerzas de reclutas napolitanos, el 5 de Julio acometió la empresa que se le confió, á cuyo fin formó su plan, que fué aprobado por el gobernador. Recibida una órden de Miollis para prender al cardenal Pacca, y si se oponia el Padre Santo tambien á éste, al que conduciria á Florencia, Radet mandó que á una hora dada todas las tropas convenidas dieran el asalto al palacio pontificio, mandando guardar todas las puertas de las iglesias para que no pudiesen alarmar la ciudad tocando las campanas. A las dos y treinta y cinco minutos de la madrugada del 4 de Julio se dió el asalto al Quirinal por los esbirros, la gendarmería unida á la tropa y algunos italianos rebeldes. Hecho esto con gran maña, los suizos no se percibieron de ello hasta que ya estaban dentro del palacio, en cuyo tiempo á la voz de *traicion y á las armas*, se dispusieron á la defensa al propio tiempo que se echaron á vuelo las campanas. Derribada la puerta principal, entraron Radet y Syri con sus tropas, que dispersaron los grupos que encontraron, y pasando á la sala de las Santificaciones ó del trono, en donde se encontraban los suizos, los hicieron rendirse, con lo cual pudieron llegar hasta la habitacion en que estaba el Pontífice con algunos cortesanos: lo siguiente vamos á tomarlo de la obra del mismo general Radet y del cardenal Pacca, de quien tambien lo tomó Artaud ya citado, si bien lo haremos en extracto. Empieza éste por manifestar lo mucho que respetaba la sagrada persona, su triste situacion al tener que cumplimentar una órden severa que no admitia excusa, y de la conmocion que sintió al encontrarse con el Santo Padre, rodeado de parte del Sacro Colegio, y continúa Pacca manifes-

tando la prisa con que el Papa y él se vistieron, y cómo derribadas las puertas de la habitacion les encontró Radet y sus soldados. Habíase puesto el Papa al levantarse el anillo que regaló á Pio VI la reina Clotilde y que tenia en el dedo aquel cuando murió, y al entrar los invasores se levantó de su sillon y se puso en pie detrás de una mesa, y á sus lados se colocaron los cardenales Pacca y el español Despuig con los demás prelados y familiares que allí se encontraban. El general Radet, con semblante pálido y voz alterada, se disculpó con el Pontífice lo mejor que pudo de lo que hacia para cumplir las órdenes del Emperador, y que á nombre de éste le pedia renunciase la soberanía temporal de Roma y demás Estados, y que de no hacerlo así se veia obligado á conducirle á casa del gobernador Miollis, quien le anunciaria el destino que le esperaba. Contestóle el Papa con la mayor serenidad, que si él creia de su obligacion cumplir las órdenes del Emperador por haberle prestado juramento, él se creia aún mucho más obligado á defender los derechos de la Santa Sede; á lo que se habia ligado por muchos juramentos. «Por lo tanto no podemos, no debemos ni queremos ceder ni abandonar lo que no es nuestro, porque del dominio temporal propio de la Iglesia no somos más que un administrador. Podrá el Emperador hacernos pedazos, pero nunca logrará esto de Nos; y despues de lo que por él hemos hecho, otro mejor reconocimiento esperabamos.» Preguntando el Papa si habia de ir solo, le respondió Radet que podia acompañarle el cardenal Pacca, y dispuestos ambos momentáneamente salieron de palacio, montando en un coche de los llamados bastardellas, que estaba rodeado de tropas, y en vez de ir á casa del gobernador, como habia dicho Radet, se les sacó de Roma camino de Florencia, sin más equipaje que la ropa puesta; por lo que el Papa dijo á Radet que le habia engañado, y sin más recursos que tres reales que llevaba el Pontífice y treinta y tres maravedises su ministro, cosa que á ellos mismos excitó á risa en medio de su afliccion. A la siguiente noche se publicó en Roma, á nombre del Papa, un edicto que se habia dejado preparado, que venia á ser la despedida de un tierno padre de sus hijos, en el que recordaba cuando Jesucristo dijo á S. Pedro: «Ya sereis viejo y alargareis vuestras manos y vendrá uno que las amarre, y en esta forma os llevará adonde no querais;» pidiendo el Papa á sus fieles ovejas, imitasen en aquella ocasion con fervor á los fieles del primer siglo del cristianismo cuando vieron á S. Pedro entre prisiones, en cuyo caso no dejaron de rogar á Dios por su supremo Pastor.

Por más oculta que se llevaba á Toscana la persona del Papa, no pudo ménos de ser conocida en su tránsito, y en Monterosi salieron muchas mujeres, que imitaron á las de Jerusalen: á la vista del Papa se golpeaban el pecho gritando: «Nos quitan al Padre Santo,» por lo que Radet hizo

echar las cortinillas del coche y siguieron sin que nadie advirtiese quién iba en él. Permitieron descansar al Papa en un meson de Radicofane, donde reposó en una malísima cama que el cardenal Pacca ayudó á hacer á una criada; como al amanecer del 7 de Julio quisiese el general Radet continuar el viaje, el Pontífice se obstinó en no salir de allí miéntras no llegase su comitiva. Llegó esta por fin en dos coches á la montaña, compuesta del cardenal Doria, Juan Soglia capellan, el cirujano Ceesarini, el ayuda de cámara José Monaghi, un cocinero y un palafrenero. Al salir, á las siete de la tarde, Radet no pudo impedir que el Papa diese al pueblo, que se reunió allí, la bendicion, que recibió con el mayor entusiasmo lo mismo que todos los pueblos de Toscana por donde pasó, y caminando toda la noche llegó al alba del 8 á Sena, en donde no se le permitió bajar por temores pueriles y le llevaron á Poggibonsi, en donde se pasaron las horas de mayor calor. La premura con que Radet hizo á los postillones que marchasen, para librarse de multitud de gentes que se agolpaban pidiendo al Santo Padre la bendicion, hizo que volcase el coche en que se le conducia, y rompiéndose una rueda fué arrastrando la caja gran trecho, habiendo caido el Papa debajo del cardenal Pacca. La multitud corrió en su auxilio, y levantando el coche en el aire, un gendarme abrió las puertecillas, sacando el pueblo al Papa en brazos, postrándose á sus piés todos los que le veian, y procurando acercársele para besarle los piés, á pesar de los malos tratamientos que les daban los soldados para separarlos. El general Radet cayó en un estercolero y se puso perdido de inmundicia. Sosegada la multitud, que hubiera acabado con la escolta á media palabra del Papa ó de su ministro, Pio VII y Pacca siguieron el viaje en un miserable carricoche que llevaba el cardenal Doria; y en él y venerado por los habitantes del país que atravesó, llegó á la cartuja de Florencia, y en ella fué recibido por el coronel de gendarmes Lecrosnier, que prohibió á todo el mundo, incluso á los monjes, visitar al Papa. Encerraron á este señor en el mismo aposento en que diez años ántes habia sido custodiado su antecesor Pio VI, y se le dispuso el mismo lecho que sirvió á éste. Elisa Baccochi Bonaparte mandó á ofrecer al Papa cuanto se le ocurriese; pero al amanecer del siguiente dia esta misma gobernadora mandó al oficial Mariotti con órden de conducir con premura al Papa á Alejandría, no permitiendo le acompañase el cardenal Pacca, lo que se ejecutó sin dar más tiempo á Pio VII que para despedirse de éste y pedir un *Breviario* al prior de la Cartuja; á los demás de la familia del Pontífice se les permitió acompañarle, y á Pacca se le ofreció conducirle por Bolonia á Alejandría.

El general Miollis, en cartas de 6 y 7 de Julio, dió cuenta del rapto del Papa y de todo lo que habia hecho para mantener la tranquilidad pública en sus estados de Roma, contando las cosas á su modo. Seis dias

duró el viaje del Pontífice á Alejandria, adonde llegó el 15. Escenas tiernísimas pasaron durante este viaje, que dieron á conocer al Santo Padre que aún le quedaban fidelísimas ovejas que le amaban, y que á media palabra suya le hubieran sacado de las manos de los sayones que le escoltaban. Cerca de Génova llegaron dos literas; en una entró Su Santidad y en otra el cardenal Doria, siguiendo á pie el resto de la comitiva; y embarcándose á poco todos en una falúa, al romper el dia se hallaron en S. Pedro de Arenas, al otro lado de Génova, desde donde emprendieron el camino por Rochettes y Novi hasta Alejandría, en donde fué alojado el Papa en casa del piadoso Castellani, cuyos señores prodigaron á Pio VII los cuidados más esmerados. A los tres dias de descanso continuó el Pontífice el viaje por Mondovi, en cuya ciudad salieron las comunidades religiosas á recibirle procesionalmente, y desde aquí acreció tanto el entusiasmo, que la escolta temió más de una vez que los piamonteses le arrebatasen el ilustre prisionero. Al entrar en el primer pueblo francés, las autoridades vecinas, so pretexto de conservar el órden, se acercaban al Santo Padre para besarle los piés y las manos, y manifestarle su sentimiento de verle en aquel estado, á lo que Su Santidad se manifestaba agradecido. «Solo dos asistencias, dice Artaud, encontró Napoleon en el continente: la Santa Sede y España;» (y por cierto que se lo agradeció bien), y en Grenoble se encontraron éstas, por decirlo así. Hallábase en esta ciudad en depósito de prisioneros la valiente guarnicion de la siempre heróica ciudad de Zaragoza de Aragon, y como el catolicismo y el respeto á la Santa Sede son gloria de los nobles españoles, solicitaron aquellos valientes soldados se les permitiese salir á esperar al Papa al camino. Logrado que fué esto, tan luego como los españoles vieron á Pio VII, se arrodillaron á un tiempo, como si fueran un solo hombre. Al repararlo Pio VII inclinó el cuerpo hácia la ventanilla del coche, y con semblante gozoso, satisfecho y lleno de ternura echó sobre estos atezados héroes su apostólica bendicion, que recibieron ellos con la mayor devocion, dándole un entusiasta viva. Toda la ciudad imitó á los españoles, y Mr. Gerard, encargado de la custodia del Papa, lo alojó decentemente, pero no permitió viviese con él el cardenal Pacca, que ya se habia reincorporado á la comitiva. Estando en esta ciudad dos vicarios del cardenal Fesch, presentaron á Su Santidad de su parte ofrendas de todas clases y letras á su órden por más de cien mil francos, cuyo generoso y respetuoso acto agradeció mucho Su Santidad. Salió repentinamente el Papa para Valencia del Delfinado, en donde no se le permitió visitar el monumento erigido á Pio VI, y de aquí fué trasladado á Aviñon. Sabido es que hasta el principio de la revolucion habia pertenecido esta ciudad á la Santa Sede, por lo que no deberá extrañarse fuese recibido en ella con tanto entusiasmo el augusto prisionero, que fué necesario sacarle

de ella cuanto ántes para que no le arrebatase la inmensidad de gentes que acudió victoreándole; y para que no pereciese toda la escolta á manos de los aviñeses. En Aix y en toda la Provenza ocurrieron escenas semejantes. La ciudad de Niza preparó fiestas para recibir á Pio VII, que se sorprendió agradablemente al ver el homenaje que se le rindió á su entrada en esta ciudad, en cuyo puente se apeó, pues el pueblo dividido por clases, y los oficios con sus respectivas herramientas é instrumentos, se presentaban en admirable órden victoreándole á su paso; los sacerdotes con sus hábitos sacerdotales le recibieron igualmente á la puerta de la ciudad. Aquí tambien se presentó la España á rendir homenaje al vicario de Jesucristo en la augusta persona de su infanta, la religiosísima reina de Etruria, que con sus dos hijos recibió de rodillas frente al puente á Su Santidad, que la consoló y levantó del suelo con el mayor cariño. Subiendo al coche Pio VII, encontró sembradas de flores las calles por que marchaba; todas las noches que aquí permaneció le dieron serenatas y se iluminó toda la ciudad, permitiendo el comandante Baisard que le visitasen cuantos quisiesen. Supo una señora que habia de seguir el Papa su viaje por entre las montañas, é hizo iluminar á su costa el camino por la noche con lamparillas, ejemplo que fué seguido por toda la cornisa del poniente por muchas personas piadosas, y áun por algunas autoridades. Cuatro dias pasó el Papa en Savona en la casa de la noble familia Santon, pero al quinto se hizo salir al Obispo de su palacio para que le ocupase el Pontífice, concediéndosele recibir y convidar á comer en suntuosa mesa á quien quisiese, señalándose cien luises mensuales á cada familiar, y dándose órden en correos para que llevase á Su Santidad cuantas cartas se le dirigiesen.

Al propio tiempo que se verificaba la prision del Papa, ganó Napoleon el 6 de Julio la famosa batalla de Wagram, y el 14 de Octubre se firmó en Schoenbrun la paz entre Austria y Francia, lo que agradó á Pio VII cuando lo supo, segun afirmó Mr. Chabrol, prefecto del Montenotte, que le guardó muchas consideraciones, lo propio que hizo el general Berthier. Encargado éste de explorar el ánimo de Pio VII si volvia á Roma, oyó de su propia boca que haria lo propio que habia hecho, y que no teniendo armas para defender lo temporal, usaria, como hasta entónces lo habia hecho, de las espirituales, como sus predecesores. Llegando Napoleon el 26 de Octubre á Fontainebleau, trató de que se compusiese una memoria acerca de las negociaciones de Roma, cuyas bases dictó, y pidió una lista de todas las excomuniones lanzadas por los papas. A consecuencia de esto, el 1.° de Enero de 1810 la policía de Roma se apoderó de los archivos de los tribunales y congregaciones eclesiásticas y de la Penitenciaría, y se recogieron los sellos, entre ellos el anillo del Pescador, que tenia Monseñor Gregorio, delegado del Papa, para que

pudiese expedir las bulas, breves y demás documentos que lo exigiesen. Habiéndose declarado por las ideas del nuevo gobierno de Roma el obispo de Citta de la Pieve, el general Radet le dió las gracias, diciéndole entre otras cosas: «Si el Padre Santo es el vicario de Jesucristo, Napoleon *el Grande* es el de Dios; él quiere que nosotros sepamos respetar el culto y los ministros de los altares. Así lo haremos, procurando llenar este deber con firmeza y con gozo, porque está grabado en las conciencias; pero no consentiremos jamás se perturbe el gobierno temporal de nuestro glorioso soberano.» Este mismo general, que tenia el anillo del Pescador, publicó que él sellaria los documentos que se presentasen pidiendo este requisito, y así lo hizo. El senado consulto de 7 de Febrero de 1810 reunió al Imperio los estados de Roma, en cuyo caso se desposeyó á todos los funcionarios del Papa. Vuelta á pedir la lista de las excomuniones por Napoleon, le mandaron una que contenia ochenta y cinco, desde la dada por S. Anastasio contra el gobernador de Libia en 393, hasta la dada por Pio VII en 10 de Junio de 1809, que no se le puso en lista; pero esta lista estaba aún con muchas faltas y sin razonar convenientemente. Casóse el emperador Napoleon con la archiduquesa Maria Luisa, áun viviendo su mujer Josefina, á la que repudió al efecto. El 1.° de Abril se celebró el matrimonio civil, y á él asistieron los trece cardenales residentes en París, y el 2 en la sala del Louvre tuvo lugar la ceremonia religiosa, á la que no asistieron los purpurados, cosa que ofendió tanto á Napoleon, que los desterró de la corte, mandando por su decreto del 5 que en lo sucesivo se abstuviesen de la púrpura, de la cual se les despojó, y que vistiesen solo de negro, en cuya despótica determinacion hizo más que de pontífice. Hallándose un dia reflexionando sobre su suerte Pio VII, se halló agradablemente sorprendido con la visita del caballero Lebzeltern, agente austriaco que habia sido en Roma y enviado en esta ocasion por su gobierno para arreglar con él asuntos concernientes á la diócesis de Viena. Como el diplomático Meternich hubiese interesado al caballero austriaco para que procurase ver de conciliar al Papa con Napoleon, tuvo Lebzeltern largas conferencias con Pio VII sobre este particular; conferencias que escribia á Meternich y que publicó Mr. Artaud, en las que se ven siempre la firmeza de carácter del Pontífice, resuelto á la paz si, pero de manera alguna á perder ni uno solo de los derechos de la Santa Sede. Proponiéndose en Roma el juramento por el nuevo gobierno á los eclesiásticos, solo le prestó el obispo de Tívoli. Muerto en París el cardenal Caprara el 21 de Julio, con quien no estaba bien el Pontífice, Napoleon trató de ver de formar un partido entre los cardenales que pudiesen empeñar al Papa á ceder; pero dividido el Sacro Colegio en partidos obstinados en la cuestion del repudio de la emperatriz Josefina y del matrimonio con la Archiduquesa, no pudo conseguirlo. Llamó

Napoleon al célebre Cánova á París para que hiciese la estatua de la emperatriz María Luisa, su mujer, y llegando éste el 10 de Octubre, solicitando desde luego volverse á Roma, en las conferencias que tuvo con los emperadores les manifestó el estado de la ciudad eterna bajo su mando con notable libertad; defendió los monumentos que querian traer á Francia, y áun defendió á Pio VII y al papado con franqueza. Cuando Napoleon dijo á Cánova que los venecianos se habian embrollado tambien con el Papa, se atrevió éste á decirle: «Pero no tanto como lo está V. M. con Su Beatitud.—Es verdad, replicó, porque en Italia siempre obra el Papa como aleman. Sí señor, tengo sesenta millones de súbditos y de ochocientos á novecientos mil soldados y cien mil caballos; ni los romanos tuvieron tantas tropas como yo. He dado cuarenta batallas; en solo la de Wagram se tiraron cien mil cañonazos, y esta misma señora que teneis aquí presente (la Emperatriz), y entónces era archiduquesa de Austria, se hubiera regocijado con la noticia de mi muerte.—Es mucha verdad, replicó María Luisa.» Cánova renunció el empleo de senador de Francia que le ofreció Napoleon, y se volvió á Roma habiendo hecho cuanto pudo en favor del Papa.

Tres bulas publicadas por el Papa y mandadas al arzobispo de París, cardenal Mauri y al arcediano de Florencia Corboli, declarando en una de ellas nula toda institucion hecha por los obispos entre sí, irritaron tanto al Emperador, que confinó, desterró y aprisionó á los cardenales; mandó se examinasen los papeles del Papa, y se selló cuanto tenia escrito; y el 7 de Enero de 1811, aprovechándose del paseo del Papa, entraron en su gabinete y le registraron escrupulosamente, llevándose cuantos papeles y libros encontraron, hasta el *Breviario* y el *Oficio de la Vírgen*. Desapareció el conde Berthier dejando un mayordomo interino, que notificó á todos que, incluso el Papa, solo recibirian para sus gastos en lo sucesivo cada uno cinco paolis por dia (9 ½ reales), medida que no surtió el efecto que se prometieron sus autores, porque los fieles de Savona proveyeron al Papa y á su familia de cuanto podian necesitar. El prefecto del departamento recibió órden, y comunicó al Papa el 14 de Enero de 1811 lo siguiente: «El abajo firmado, en cumplimiento de las órdenes de S. M. I. y R. Napoleon, Emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la confederacion del Rhin, etc. se halla encargado de notificar al papa Pio VII, que se le prohibe comunicar con ninguna iglesia del Imperio ni súbdito del Emperador, pena de desobediencia por su parte y por la de ellos, que cese de ser el órgano de la Iglesia católica el que predica la rebelion, y aquel cuya alma es toda de hiel; y pues no hay modo de enseñarle prudencia, verá que S. M. es bastante poderoso para hacer lo que otros predecesores suyos, y deponer á un Papa.—En Savona. El Pontífice sufrió este grosero insulto de un prefecto que le amenazaba, y

hablaba como lo podria hacer con los muchachos un ignorante maestro de escuela, y solo le atormentaba la idea de cómo valerse en lo sucesivo para dar á los fieles lo que del tesoro de sus facultades pudiesen necesitar. Habiendo acordado la comision eclesiástica en París que la iglesia de Francia debia proveer lo conveniente á su conservacion, hizo el Emperador parecer ante él á fin de Marzo al Consejo eclesiástico, entre cuyos vocales habia cardenales y obispos, y despues de hacerles esperar más de dos horas, se presentó con gran aparato diciéndoles: que estaba decidido á emplear contra Su Santidad las más fuertes providencias, girando todo su discurso sobre hechos falsos y principios erróneos. Preguntando Napoleon despues al eclesiástico Emery, qué pensaba de la autoridad del Papa; este digno sacerdote, sin turbarse y con el valor que da la religion y la conviccion de su doctrina, le contestó: «Señor, no puedo tener otra opinion en este asunto, que la que enseña el catecismo que por órden vuestra se da en todas las iglesias del Imperio. En él hallamos despues de esta pregunta: ¿Quién es el Papa? esta respuesta: Es el jefe de la Iglesia, vicario de Jesucristo, á quien todos los cristianos deben obediencia, porque á la manera que ningun cuerpo puede vivir sin cabeza, tampoco el de la Iglesia sin que obedezca á quien está obligado por derecho divino. Sorprendióse Napoleon, pero siguió escuchando. «Nos obligan en Francia á sostener los cuatro artículos de la declaracion del clero, sin embargo que la doctrina debe recibirse íntegra, así en el mismo preámbulo de esta declaracion leemos que el Papa es el jefe de la Iglesia y á quien todos los cristianos debemos obediencia; y añádese que estos cuatro artículos, establecidos para la asamblea del clero, no son tanto establecidos para limitar la autoridad del Papa, como para impedir que no le falte la suficiente y esencial.» Siguió en este estilo defendiendo la autoridad pontificia, y concluye diciendo, que si, como se decia, se convocaba un concilio, no tendria valor alguno si el Papa le mandaba disolver. Vencido se manifestó Napoleon en este punto, y replicando que no se oponia al vicariato que el Papa habia recibido de Jesucristo, pero que el poder temporal se le habia dado Carlomagno, y él, que era su sucesor, se le queria quitar porque no usaba bien de él, y distraido en la administracion temporal, descuidaba sus funciones espirituales. Preguntando á Emery sobre esto, el virtuoso sacerdote, citando la declaracion del clero, defensa hecha por el célebre Bossuet, autor muy respetable para Napoleon, dijo con aquel eminente escritor: Sabemos bien que los pontífices romanos y el órden sacerdotal han recibido por concesion de los reyes, bienes, derechos y áun principados que poseen legítimamente y con la misma firmeza que los demás hombres. No ignoramos que estas posesiones, como dedicadas á Dios, deben ser sagradas y que no se puede, sin incurrir en sacrilegio, ocupar ni quitar ni dar á los

seglares. Si se concedió la soberanía de Roma y de los estados que de ella dependen á los pontífices romanos, fué con el fin de que la Santa Sede, más libre y autorizada, ejerciese su potestad en todo el universo. Felicitamos por tanto, más que á la silla apostólica, á la Iglesia universal por esta posesion, y pedimos á Dios de todo corazon, que en todo evento este principado sagrado permanezca siempre santo y salvo.—Cuando la Europa era gobernada por muchos señores, replicó Napoleon, eso era verdad; pero ahora ¿qué inconveniente hay de que se halle sujeto á mí, pues toda la Europa me reconoce como su único dueño?— Pudiera ser, le respondió Emery, que los inconvenientes que tenia Bossuet no se verificasen en el reinado de V. M. ni de su sucesor; pero V. M. conoce tan bien como yo la complicada historia de las revoluciones, y lo que existe hoy no es preciso que exista en adelante; en cuya mudanza tendrian lugar los temores que el prelado preveia.» Como los prelados hablasen más que en su deber de tales en el lenguaje de la adulacion, Napoleon les dió el castigo diciéndoles, que siempre le obligaban á dar pasos inútiles, haciéndole pedir al Papa lo que no debia concederle, y les volvió la espalda diciendo á los que le insinuaron que Emery le habria disgustado: «Os engañais, habló como un hombre que sabe su obligacion, así me gusta que me hablen; si el Sr. Emery no piensa como yo, debe decirlo libremente.» La verdad expresada con energía en los grandes negocios, gusta hasta á los mismos contra quienes se dirige, porque es la verdadera voz de la conciencia, y la vil adulacion, por lisonjera que sea al que la desea, siempre se presenta con la monstruosa careta de la maldad ó de la mentira. Segun lo dijo á su tio el cardenal Fesch, Napoleon trató en lo sucesivo de consultar con el virtuoso Emery los negocios eclesiásticos; pero este buen sacerdote, agobiado de sus ochenta años y condolido del estado en que se hallaba la Iglesia, murió á los pocos dias de aquella célebre sesion, en que solo él supo cumplir sus deberes católicos, teniendo la felicidad de terminar sus dias de la manera más gloriosa á la faz del mundo, y grandemente meritoria para el cielo.

El orgulloso Emperador, no cediendo de su empeño de avasallar al Papa, publicó en un estilo bastante soldadesco una circular convocando á los obispos de Italia para un concilio nacional. Reunido éste en París, nombró presidente al cardenal Fesch. Empezando por el juramento, todos los congregados aguardaban el del sobrino de Napoleon; pero el cardenal Fesch pronunció el juramento que prescribe la bula de Pio IV: «Juro y prometo una verdadera obediencia al Pontífice romano;» igual juramento que hicieron en sus manos los demás prelados. Esta noble y franca conducta del cardenal presidente reparó todas sus faltas anteriores. Diputó el concilio varios prelados á Su Santidad, que le hizo algunas concesiones aisladas, siendo este el

primer paso retrógrado de Pio VII, dado en medio de amarguras y de angustias. Proponiéndose el concilio decidir que las mitras solo pudiesen estar vacantes un año, y que si el Papa no hacia la institucion á los seis meses de reclamarla, el metropolitano ó el más antiguo prelado de la provincia procediese á ella en favor del obispo electo, fueron nombrados para que el Papa consintiese en ello seis cardenales en comision, que fueron á Savona al efecto. Esta caravana sagrada, segun la llamó el cardenal Pacca, á la que se agregó el arzobispo de Edessa Bertazzoli, capellan del Papa, llegó á Savona á principios de Setiembre, en ocasion de que los buques ingleses merodeaban aquellas costas con ánimo de salvar al Papa, lo que no pudo tener efecto porque sus custodias redoblaron su vigilancia. Las astucias del cardenal Antonio Roverella, que imponia á los demás, lograron al fin de muchas súplicas y debates que Pio VII no solo consintiese que se enviasen las bulas de confirmacion con las antiguas fórmulas á diferentes obispos, sino que aprobó y confirmó por medio de un breve que se diese á la prensa el decreto de reunir el concilio, que se tenia en París, en el cual reconocia el Papa lo que en París se hizo sin su presencia ó la de delegado, presentándose como gozoso del suceso, conceptuándolo provechoso, y adoptando el decreto de Napoleon para convocarle como si fuese un *motu proprio* suyo, porque descubre en él un testimonio nuevo de la devocion filial que la Iglesia galicana conserva á la Santa Sede, que es lo mismo, dice con razon Mr. Artaud, que obligar al herido á que bese la espada con que le atravesaron el corazon. Por más que sea doloroso decirlo, Pio VII bajo la impresion del sable descendió en esta ocasion mucho de su dignidad en su deseo de lograr á toda costa la paz de la Iglesia, prestándose por las sugestiones maliciosas del cardenal Roverella, á declararse autor inmediato y consejero de un decreto subversivo del principal derecho de la Iglesia, y esto con expresiones de satisfaccion y de gozo. El mismo Napoleon, á quien favorecia el breve, se encargó, por decirlo así, de castigarle por esta falta; pues que no quiso aceptarle. Ocupado Napoleon en la guerra de España y en la dolorosa expedicion de Rusia, cuyas naciones habian de causar su ruina y el restablecimiento de los estados que habia usurpado, dejó descansar al Papa, su víctima, hasta el 9 de Junio de 1812. En esta fatal noche, tercer aniversario de aquella en que le notificaron el despojo que se le hacia de sus Estados, avisaron á Su Santidad iba á internársele en Francia, y que mudase de traje para que no fuese tan conocido por el camino. Saliendo el dia 10 de Savona, llegaron á media noche, despues de un penoso viaje, al hospicio de Mont-Cenis, incorporándosele cerca de Turin Monseñor Bertazzoli, que no volvió á abandonarle. A pesar de haber caido gravemente enfermo el Papa en el hospicio, y de haber recibido la extremauncion en la

mañana del 14, se le obligó á marchar la siguiente noche, y andando de dia y de noche, llegaron el dia 20 á Fontainebleau, en donde le alojaron en una casa particular, superando Pio VII estos trabajos en su ancianidad y gravedad con una extraordinaria fortaleza. Por espacio de muchas semanas se vió precisado el Pontífice á guardar cama, y á ella vinieron á visitarle algunos de los cardenales que se hallaban en París, á los que denominaban rojos por no ser afectos del todo al Papa, al paso que llamaban negros á los contrarios; tal vez se derive de esto el dictado de negros que el año 1823 se dió por los realistas en España á los liberales ó constitucionales. Mucho instaron al Papa los cardenales rojos para que contemporizase con Napoleon, poniéndole de presente lo que la Iglesia y él mismo sufrian, y los peligros que podria acarrear á la misma religion su obstinacion; pero perdieron el tiempo, porque Pio VII no hizo confianza alguna de ellos, y persistió en sus opiniones; la casa de Montmorency y otras muchas familias de París dieron al Santo Padre pruebas inequívocas de veneracion y de amor.

Habiendo sido funestísima para Napoleon la campaña de Rusia, entró en Fontainebleau de regreso, á los cinco meses de estar en ella Pio VII, é inmediatamente y con la actividad y talento que le distinguia, empezó á reparar sus pérdidas con nuevas conscripciones, y excitando á su belicosa nacion para que hiciese nuevos sacrificios. Conociendo que el gran número de verdaderos católicos de la Francia le aborrecia por su conducta con el Papa, trató de hacer algo en su favor, y empezó por mandarle á uno de sus gentileshombres, como es costumbre entre soberanos, para que le cumplimentase en su nombre y se informase del estado de su salud. El Papa correspondió á esta cortesía mandando al cardenal Doria á cumplimentar á S. M. I. Cediendo algun tanto de su orgullo el Emperador, convino en que volviesen á abrirse las negociaciones con el Papa, y al efecto comisionó á Duvoisin, obispo de Nantes, que presentó al Pontífice las siguientes proposiciones: «1.ª El Papa y los sumos pontífices, ántes de ser elevados á esta dignidad, prometerán no mandar ni hacer cosa alguna que se oponga á las cuatro proposiciones de la Iglesia galicana. — 2.ª El Papa y sus sucesores no tendrán derecho á nombrar en adelante más que un tercio del Sagrado Colegio. Los príncipes católicos nombrarán los demás. — 3.ª El Papa reprobará y condenará por medio de un breve la conducta de los cardenales que no han querido asistir á la ceremonia sagrada del matrimonio de Napoleon con la emperatriz María Luisa. En el caso de hacerlo así, el Emperador los perdonará y permitirá que se reunan á S. B., con tal que acepten y firmen dicho breve; exclúyese de este perdon á los cardenales di Pietro y Pacca, a quien nunca se permitirá esten á su lado.» Di Pietro fué el redactor de la bula de excomunion que se promulgó en el ministerio de Pacca. Empezadas las conferencias, se puso

tan grave el Pontífice, que se temió por su vida, en cuyo caso avisado el Emperador, se presentó en Fontainebleau con la Emperatriz la noche del 19 de Enero de 1813, y abrazando y besando en el rostro á Pio VII, le habló con la mayor amistad y afecto, que dió muestras de agradecer el Padre Santo, no pudiendo comprender en el estado en que se hallaba, si todo esto era solo un mero cumplimiento ó traia designios de alguna trascendencia. Al siguiente dia volvió á verle el Emperador, y se asegura que en una de estas visitas el Emperador se produjo muy violenta y groseramente con el Papa, segun se dijo entónces. Sin embargo de todo esto, aprovechándose los sectarios de Napoleon de la postracion del Pontífice, y sin saber éste lo que firmaba, pues fué engañado, firmó el concordato de 1813, que no tuvo ni podia tener valor alguno, y en el que se acredita el abuso de la fuerza contra un Papa cautivo y moribundo. Por este tratado abandonaba el Papa la soberanía de Roma y consentia en quedarse en Francia ó donde el Emperador quisiese mandarle. Se puso en libertad á todos los cardenales, sin excepcion, regalando magníficamente el Emperador á los que habian logrado se firmase el concordato, y mandó se cantase el *Te Deum* en todas las iglesias de sus extensos dominios. Luego que el Emperador partió de Fontainebleau, y que fueron llegando los cardenales que habian sido libertados, entre los que di Pietro hizo conocer al Pontífice los artículos del concordato que habia firmado, cayó en tal amargura y postracion éste, que no pudo decir misa en muchos dias, y solo se reanimó al volver á ver al cardenal Pacca, al que dijo que los cardenales le arrastraron á la mesa para que firmase. Llegó despues el cardenal Consalvi, al que Pio VII habia vuelto á nombrar su ministro para entablar un nuevo tratado con el gobierno imperial, y el Papa le abrazó enternecido. Quiso el Pontífice que cada uno de los cardenales pusiese por escrito su parecer sobre los artículos del concordato, y aconsejase lo que mejor le pareciese, entregándole en propia mano las cédulas. A pesar de estar dividido el Sacro Colegio, como hemos dicho, entre rojos y negros, todos entregaron al Papa el voto por escrito que les habia pedido. Como puede fácilmente concebirse, fueron distintas las opiniones, si bien casi todos convenian en la nulidad del concordato tal y cual estaba y se habia hecho. Despues de muchas conferencias y de graves discusiones, en las que siempre triunfó la elocuencia y saber del cardenal Consalvi, se acordó aconsejar al Papa la revocacion del concordato, dictámen que oyó Pio VII con la mayor alegría, bendiciendo á Dios, á quien le parecia oir estas palabras inspiradas: «Sigue marchando por donde yo te envio, y habla siempre lo que yo te mande.» Libre el Papa de la fiebre que le habia postrado y recobrando su antiguo valor, se dispuso á enmendar en buena salud y en la plenitud de sus facultades intelectuales, el error que habia cometido falto de éstas y en un

estado moribundo, cumpliendo una terrible penitencia que deben imitar todos los católicos que de cualquier modo hayan faltado á sus deberes.

Para no exponer á ninguno de los cardenales, Pio VII escribió por sí mismo el documento y copia que habia de remitirse al Emperador, revocando el concordato último, que fué una carta en la que se le viene á decir de la manera más terminante, despues de las más delicadas razones y con la mayor habilidad diplomática, que revocaba el concordato por ser contrario al espíritu de la Iglesia de Dios en lo divino y en lo humano. La mañana del 24 de Marzo llamó Pio VII al coronel Lagorsse, y entregándole el pliego para el Emperador, que contenia la revocacion del breve, le encargó con firmeza y tranquilidad que al instante le llevase personalmente. En seguida fué llamando uno á uno á los cardenales en audiencia privada, y les fué diciendo lo que contenia su carta, manifestando no les habia reunido en cuerpo por huir de reuniones numerosas y públicas, y en dos dias fueron informados de la revocacion y de sus ideas, y en la alocucion ratificó Su Santidad la anulacion del breve dado en Savona y el último concordato. «¡Bendito sea el Señor, concluia la alocucion, que nos conserva su misericordia! Porque él solo nos quita y da la vida. Ha tenido á bien humillarnos con una saludable confusion; pero al mismo tiempo nos ha sustentado con su mano todopoderosa, dándonos sus auxilios para cumplir nuestro deber en esta escabrosa ocasion. Cargamos exclusivamente con la humillacion para bien de nuestra alma. Exaltemos, honremos y glorifiquemos al Señor á quien es debido este homenaje hoy y siempre, y hasta la consumacion de los siglos.» Despues de esto Pio VII adquirió su vigor y antiguo valor prodigiosamente.

La estrella feliz de Napoleon habia declinado mucho de su altura, sus brillantes destellos se iban acortando y perdiendo luz, y todo anunciaba un próximo eclipse, que se hizo sentir desde que estrechó la prision del Papa en que empezó á decaer la gloria de sus ejércitos; el matrimonio con María Luisa, á pesar de lo ventajoso, no llenaba sus deseos, las llamas y hielos de Moskow y el valor heróico de los hijos de Pelayo y del Cid, llenaron de consternacion á las más brillantes tropas del continente; y aniquilado un ejército valiente, ya no era difícil prever que los nuevos sacrificios que consintió la Francia, aunque lograsen los exagerados laureles de Liitzen, era para perderlos definitivamente en Vitoria y en Leipsick. Napoleon, naturalmente supersticioso, empezó á temer que su estrella se eclipsase y que la fortuna le abandonase, y la carta del Papa le debió inspirar una especie de terror á juzgar por los resultados. Dícese que aconsejado por un mal clérigo que se declarase jefe absoluto de la religion y del estado, rechazó este mal consejo diciendo: «Eso seria apedrear los vidrios; y se contentó con estrechar más al Pontífice para que solo los cardenales comunicasen con él, des-

terrando á Ausona repentinamente al cardenal di Pietro, y amonestando á los demás de entrar en negociaciones aunque se lo mandase el Papa, órden que todos rechazaron. El 19 de Febrero y 25 de Marzo se publicaron en los diarios del gobierno dos decretos imperiales. El uno declaraba el concordato ley del Imperio, y el otro hacia obligatoria esta ley á todos los arzobispos, obispos y cabildos del Imperio y del reino. En vista de estos decretos, Pio VII hizo una alocucion para el Sacro Colegio, en 9 de Marzo, repartiéndosela á todos ellos como con la anterior habia hecho. Y haciéndose en ella mencion de estos decretos y de la prision de di Pietro, amonesta á los metropolitanos á que no respeten un acto no consumado que estaba revocado, pidiendo al Emperador se concierte un tratado fundado en bases que puedan conciliarse con los deberes de la Santa Sede. Pensó sabiamente Su Santidad en la necesidad de una bula para el futuro cónclave, si Dios queria que sucumbiese en medio de tantas aflicciones, y haciendo por sí mismo la primera minuta, la entregó á los cardenales que la formaron á su satisfaccion: no fué necesaria como para su eleccion la hecha por Pio VI, pero esta prevision acredita su amor á la Iglesia y lo que deseaba librarla de todo conflicto. Habituado Pio VII á la humildad claustral en que habia vivido cuarenta y dos años, jamás tuvo boato en su persona, dormia en un humilde lecho y comia como penitente, de modo que los malos tratos de sus prisiones en nada le mortificaron físicamente, ántes bien eran muy de su agrado pues que le mantenian en su antigua costumbre y le proporcionaban continuar, sin poner de su parte, sus voluntarias mortificaciones; jamás mandó con imperio á sus criados, que queria como á hijos, ántes él se servia en la mayor parte de las cosas por no incomodarles, y así es que él mismo se componia la ropa, se quitaba las manchas y cepillaba.

Ganada por Napoleon la batalla de Liitzen el 2 de Mayo, la emperatriz María Luisa mandó al Papa uno de sus pajes á noticiarle la victoria de su esposo, y el Papa la contestó con alguna frialdad agradeciéndole la comunicacion; quejándose al propio tiempo de la conducta que el gobierno guardaba con él y del mal trato que se le daba en su misma habitacion. Habiéndose sabido que iba á reunirse en Praga un congreso para tratar de la paz general, escribió Pio VII al emperador de Austria Francisco I, reclamando á la faz de Europa sus derechos, los de la Santa Sede y del Estado Romano, cuya carta fué entregada por medio del cardenal Severoli, nuncio de Su Santidad en Viena. Por un medio indirecto se trató de volver á entablar negociaciones entre el Papa y Napoleon, para lo cual se propuso al Pontífice nombrase un cardenal legado cerca del Emperador; pero éste hizo decir á la extraña mediadora Ana Bignole, dama de honor de la Emperatriz, que ya no era tiempo y que París no era lugar en que pudiesen discutirse

los asuntos de la Iglesia. Iguales contestaciones se dieron á monseñor Fallat de Beaumont, obispo de Vaison en el Estado Veneciano, en las dos veces que fué encargado de esta mision, pues áun cuando en la segunda, 18 de Enero de 1814, se ofreció al Papa la ciudad de Roma y las provincias hasta Perugia, el Pontífice contestó que no firmaria tratado alguno sino en Roma, concluyendo con que lo único que deseaba era volver á esta ciudad, y que nada necesitaba y que sería conducido por la Divina Providencia; «por lo demás podeis asegurar al Emperador que Nos no somos enemigo suyo; la santa religion nos lo prohibe: amamos la Francia y cuando estemos en Roma verá que lo justificamos.»

Aguardábanse grandes sucesos en la corte pontificia despues de esta negativa, y no se hicieron esperar mucho, pues que llegando de París el coronel Lagorse, adonde habia sido llamado con urgencia, trayendo con él varios coches, manifestó á los cardenales que tenia órden de conducir al Papa á Roma. Notificado el Papa, y temiendo aún algun nuevo engaño, llamó á los cardenales el 23 de Enero de 1814, y despues de oir su misa, habiéndosele notificado que ninguno de ellos habia de acompañarle, pues que solo se le permitia llevar á monseñor Bertazzoli, les dijo que el cardenal decano Consalvi tenia un documento, todo escrito de su mano, en el que se les daba sus instrucciones, las cuales se les comunicarian á su tiempo; y despues de manifestarles que los creia fieles á sus juramentos y defensores de la Santa Sede, concluyó diciéndoles: «Os mandamos expresamente que no os presteis á ningun convenio ni tratado sobre lo espiritual ó temporal de la Santa Sede, porque ésta es nuestra firme y absoluta voluntad.» Todos los cardenales, con lágrimas, prometieron al Santo Padre fidelidad y obediencia á sus soberanas órdenes, despues de lo cual, y de hacer Su Santidad oracion en la capilla del palacio, subió con Bertazzoli en el coche que le estaba destinado, siguiéndole en otros su médico Porta, un cirujano mandado por el Emperador, y detrás los más indispensables criados. Condújose al Pontífice por la Motte-Benvran, Bribes, Montauban y Casteldaunari, en cuyo punto varias señoras solicitaron su bendicion. Al pasar el Ródano por el puente de barcas los habitantes de Beaucaire y Tarascon le vitorearon, lo cual significaba que el Mediodía de la Francia amaba al Papa, y que la estrella de Napoleon descendia rápidamente á su ocaso. La victoria abandonaba á Napoleon, á quien se habia cansado de proteger, porque habiéndose atrevido á tocar el arca santa, ya no era protegido de Dios. Los extranjeros, deseosos de vengar los ultrajes que les infiriera el orgulloso corso, habian invadido toda la Francia, y ya cercaban su capital, cuando estalló en París una revolucion que les abrió las puertas, y en seguida se estableció un gobierno provisional que publicó el siguiente decreto el 2 de Abril. «Sabiendo con dolor el gobierno

provisional los obstáculos que halla el regreso del Papa á sus estados, y deplorando la continuacion de los ultrajes que Napoleon Bonaparte ha hecho sufrir á Su Santidad, manda que se remuevan aquellos al momento, y que en todo el tránsito se hagan á Su Beatitud los honores que le son debidos, encargando la ejecucion de este decreto á todas las autoridades civiles y militares competentes. — Príncipe de Benevento. — Duque Dalberg. — General Conde Bournonville. — Jacourt. — L'Abbé de Montesquieu. » Trató con el mayor respeto el virey de Italia á Su Santidad, facilitándole los medios para pasar á Parma y á Cesena, y como en esta ciudad le pidiese Joaquin Murat, rey intruso de Nápoles, una audiencia, se la concedió. Dícese que enseñando Murat al Papa una copia de la peticion, que decia habian hecho los romanos para que se les concediese los gobernase en lo sucesivo un príncipe seglar, la cual entregó á Pio VII para que viese los que la firmaban, éste sin leerla la arrojó á la lumbre, en donde desapareció en el instante. En 11 de Abril Luciano Bonaparte escribió al Papa desde Inglaterra, felicitándole por su vuelta á Roma, y pidiéndole para él y su familia la bendicion; diciéndole que aunque diez años perseguido por su hermano Napoleon, no podia ménos de sentir el rayo que Dios habia descargado sobre él, pero que le perdonaba y pedia al Señor le reconcilie con la Iglesia. Desde Cesena escribió el Papa el 30 de este mismo mes felicitando á Luis XVIII, diciéndole por final: « Señor, los reinos de la tierra son pasajeros, el de los cielos es únicamente estable. Os rogamos que abrais los ojos para ver bien esa constitucion ántes de firmarla. Despues de haberos recomendado los intereses de la religion, nos creemos obligados á recomendaros los estados de la santa Iglesia. Lo que es del César al César, y á Dios lo que es de Dios. Las potencias aliadas, con aplauso del mundo, parecen animadas del mismo deseo, y de ellas esperamos se nos reintegre, á pesar de los obstáculos que pueda suscitar el que ocupa en este momento nuestra capital y la mayor parte de nuestros estados. » Este era Joaquin Murat; y en posdata reclama los archivos que se le arrancaron con violencia. ¿Tendrá que repetirse aún en este siglo esta significativa carta? No lo permita Dios que suceda, para bien de la Iglesia, del pontificado y de la paz y tranquilidad de Europa y del catolicismo. En Ancona, los marinos desengancharon los caballos y tiraron del coche en que iba el Papa, siendo victoreado con entusiasmo. En Osimo, una escolta de honor le acompañó hasta Loreto, y en esta ciudad mandó se admitiese en Roma benignamente á Leticia Bonaparte y á su hermano el cardenal Fesch, que tan valientemente prestó el juramento de Pio VI. Tomaron posesion de Roma los comisarios del Papa, á los que devolvieron todas las alhajas, dinero y pontificales que se habian ocultado en 1809. Cruzáronse pliegos entre el Papa y Luis XVIII, rey de Francia, ya restituido á sus derechos, que

prometia mantener las relaciones amistosas como sus antecesores con la Santa Sede.

Hizo Pio VII su entrada solemne en Roma el 24 de Mayo, y es imposible pintar el entusiasmo con que le recibieron los romanos. Lo primero que hizo Su Santidad, fué dirigirse á dar gracias al Todopoderoso á la iglesia de San Pedro, en donde recordó con lágrimas su última bendicion al pueblo el dia en que se le arrancó de aquella su querida capital. Encontró su aposento magníficamente amueblado, y dió nuevamente gracias al Señor de las misericordias por la que habia tenido de su santa Iglesia y de él mismo. *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace. — Quia viderunt oculi mei salutare tuum*, decia á cada paso Pio VII lleno de gozo al verse en aquella silla, de donde le habia lanzado la impiedad y la soberbia de uno de sus hijos.

Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles. Cayó el soberbio Napoleon I, el que se creia invencible, el que creyó avasallar al mundo entero con su poder, el hijo mimado de la fortuna, como caerán todos los soberbios, como caerán todos los tiranos que intenten esclavizar á la humanidad hollando sus derechos, insultando su valor y pisoteando sus leyes; como caerán en fin, pulverizados, cuantos engreidos con su grandeza, fundada en el efímero imperio del infierno, se atrevan á insultar á Dios persiguiendo á su santa Iglesia y persiguiendo á su vicario en la tierra, delegado por su omnipotencia para dispensar sus gracias, cuidar de su fiel rebaño y defender sus divinos derechos, al cual fué concedido el atar y desatar para que lo que atase ó desatase en su nombre en la tierra, fuese atado ó desatado en el cielo. Mírense los soberbios en el espejo que les presenta la historia en Napoleon I, persiguiendo á la Iglesia y á Pio VII, y tiemblen ante la suerte final que en la tierra y en la eternidad pueden esperar si no se arrojan á los pies de la misericordia divina confesando sus pecados y demandando en tiempo su perdon; y confie nuestro santo padre Pio IX, por más tribulaciones que le hagan pasar los impíos hijos de aquellos que persiguieron á Pio VII su antecesor, que hoy le persiguen, que Dios le asiste y le sostendrá con la inmaculada Iglesia que gobierna por su voluntad divina, y confundirá en el polvo mundano y despues en los profundos abismos del infierno, á los que con la hipócrita careta de amigos de una Iglesia que desconocen y á la que ultrajan, le persiguen y atormentan para robarle unos estados que dió á la Santa Sede la piedad cristiana, para que tuviese la independencia y libertad de que debe disfrutar el jefe del catolicismo, el genuino y legítimo representante de Dios en la tierra, segun la ley santa del Evangelio. Los milagrosos sucesos de París, destruyeron el colosal poder de Napoleon I, que fué á ocultar su humillada soberbia á la isla de Elba. El Papa fué poco á poco recobrando sus estados;

mantuvo como legado en París cerca de los aliados al cardenal Consalvi, haciendo el cardenal Pacca en Roma de pro-secretario, y á Monseñor La Genga, papa despues con el nombre de Leon XII, le encargó felicitar á Luis XVIII. Notables son por demás las instrucciones que Talleyrand envió al embajador francés cerca de la Santa Sede, Persigny, y lo es tambien la nota que el cardenal Consalvi dió á los ministros de las potencias aliadas, porque en ambos documentos se descubren los intentos que contra la Santa Sede abrigaba Napoleon, y cuanto relativamente á Roma habia pasado con Francia en el periodo de diez y siete años, á fin de que Luis XVIII pudiese obrar con arreglo á esta instruccion, que se completaba con la nota de Consalvi; pero excusamos insertar ambos escritos en este lugar por su extension, y puede verlos el curioso en la Vida de Pio VII por el citado caballero Artaud, al propio tiempo que el grande elogio que hace de Napoleon como guerrero y como estadista; cualidades que todo el mundo le reconoce, siendo nosotros de opinion que si hubiera sido ménos soberbio y ambicioso, y más religioso, hubiera conquistado en la historia el primer puesto entre los héroes del mundo.

Decretó Pio VII, á instancias del cardenal Pacca, en bula de 7 de Agosto, el restablecimiento de los Jesuitas, por los que se interesaba la Rusia; y el 2 de Setiembre prestó juramento de fidelidad á la Santa Sede, en manos del mismo cardenal, Luciano Bonaparte, hermano de Napoleon, que fué creado príncipe de Carino. Reuniendo el Papa el Sacro Colegio el dia 26 de Setiembre, pronunció un discurso, que es la verdadera historia de su pontificado, alocucion que era muy deseada, y que fué acogida con aplauso en Roma y en toda la cristiandad. Quince príncipes de ambos sexos componian la familia real de los Borbones de Francia al empezar el año de 1815, y á todos mandó Su Santidad los cirios de la Candelaria, para volver con ella á la costumbre que la Santa Sede tuvo con sus antecesores y observa en esta solemnidad con todos los príncipes cristianos.

Nuevos temores vienen á turbar el reposo de la corte romana cuando se ocupaba de su reorganizacion y de reparar los desastres causados por la revolucion. El dia 26 de Febrero, á las ocho de la noche, abandonó Napoleon Bonaparte la isla de Elba, embarcándose para el continente con mil hombres de su guardia en nueve barcos pequeños. Crecen los temores en Roma al ver invadir al rey intruso de Nápoles Joaquin Murat el territorio de la Iglesia, y el Papa salió precipitadamente de Roma el 22 para Livorno, dejando encargado el gobierno de Roma á una junta compuesta del cardenal de la Somaglia y seis prelados, y siguiendo su camino, se embarcó en el golfo de Spezzia para Génova, seguido del cuerpo diplomático extranjero. Llegó Napoleon á París de una manera milagrosa el 20 de Marzo, y el 4 de Abril

escribió Mr. Cailancourt, ministro de relaciones extranjeras de Napoleon, al cardenal Pacca, una carta manifestándole que el Emperador habia atravesado la Francia en los brazos de sus pueblos, que el trono real habia caido, y la familia de los Borbones abandonado el territorio sin que para su defensa se vertiese una sola gota de sangre, y pidiéndole asegurase al Papa los deseos que le animaban de vivir en paz con todos los pueblos, pues que el Emperador se prometia hacer consistir el honor en la conservacion de la paz, colocando ésta bajo la salvaguardia del honor. El mismo Napoleon escribió directamente á Pio VII con la propia fecha, manifestándole su afecto filial, y expresándole en particular lo mismo que oficialmente hacia su ministro. Al cardenal Fesch se dieron credenciales como embajador en Roma, al que se encargaba declarase al Papa que el Emperador no tenia ninguna mira sobre su dominio temporal, y en cuanto á lo espiritual que se conformaba con la bula de Savona. Estas cartas no llegaron á tiempo y por lo tanto no fueron contestadas. Avanzando á este tiempo el rey intruso de Nápoles Murat contra los austriacos, fué vencido en Reggio, Tolentino y Macerata, y se vió precisado á huir á Nápoles, en donde no podia sostenerse mucho tiempo. Dejando Pio VII á Génova volvió á Roma, en donde fué recibido con fiestas, y por eso el ministro de Napoleon dijo á éste ántes de partir para Bélgica: «La Santa Sede es esencialmente neutral; no puede, sean cuales fueren las turbulencias políticas, renunciar á sus comunicaciones con una potencia cristiana, y sus deberes como jefe de la iglesia pueden impedirle tomar parte en las pasiones de las demás potencias.» La embajada del rey de Francia llegó á Roma y trajo lo estipulado el 9 de Junio en el congreso de Viena, y con respecto á la Santa Sede el ministro Talleyrand mandó á Mr. Persigni la nota siguiente: «Artículo 103 del Congreso. Las Marcas con Camerino y sus dependencias, lo mismo que el ducado de Benevento y el principado de Ponte-Corvo, son devueltos á la Santa Sede, la cual entra en posesion de las legaciones de Rávena, de Bolonia y de Ferrara, excepto de la parte de Ferrara situada á la orilla izquierda del Po. S. M. I y R. Apostólica y sus sucesores tendrán derecho de poner guarnicion en las plazas de Ferrara y de Comacchio.» Al cardenal Consalvi se debia mucha parte de la consideracion tenida á la Santa Sede por las potencias aliadas, y así es que se le esperaba en Roma con deseos de tributarle un homenaje digno de la gratitud á que se habia hecho acreedor. El gobierno toscano tomó posesion de la isla de Elba el 19 de Agosto, tratando con distincion á los soldados franceses que en ella habia, los cuales vertieron lágrimas al saber que su Emperador sufria con resignacion su confinamiento en el destierro de la isla de Santa Elena, en donde le encerraron los ingleses sus implacables enemigos, á quienes se entregó con más generosidad que la que estos tuvieron

con él. El cardenal Fesch, la madre de Napoleon y otros de la familia Bonaparte fueron acogidos en Roma cariñosamente por Pio VII, que castigaba con beneficios á su familia al que tan cruelmente le habia perseguido.

Volviendo segunda vez Luis XVIII á París, en donde fué recibido con doble entusiasmo que la primera, Pio VII le felicitó en carta de 22 Julio, á la que contestó el Rey inmediatamente en el sentido más filial y católico, de suerte que en ciento treinta dias de distancia dos caudillos, el uno armado de la fuerza y el otro de sus derechos, pedian para la Francia al Pontífice de la Iglesia universal la bendicion apostólica; Dios abatió á los soberbios y ensalzó á los humildes. En la alocucion que dirigió Pio VII á los cardenales el 4 de Setiembre, expresó su gratitud al emperador de Rusia, reyes de Prusia, Inglaterra y Suecia y á los demás soberanos que se habian manifestado afectos á la Santa Sede, todos los cuales tenian en Roma sus ministros, incluso España, á quien representaba el Sr. Vargas, preso largo tiempo por Napoleon, y cuya constancia habia sido admirada hasta por sus propios carceleros, concluyendo por manifestar su aprecio al cardenal Consalvi, que tanto habia hecho por la Santa Sede. Cárlos IV y su esposa María Luisa, reyes de España, confinados en Roma por Napoleon, que se habian alejado de esta ciudad, volvieron á ella y fueron recibidos paternalmente por Pio VII, restableciendo la concordia de estos con su hijo Fernando VII, que libre de su prision por Bonaparte en Valencey, habia sido recibido en su reino de España con el mayor entusiasmo. Desembarcando Joaquin Murat á principios de Octubre en Pizzo, plaza de la Calabria Citerior, léjos de producir el entusiasmo que sin duda se propuso, fué arrestado y juzgado por un tribunal militar nombrado al efecto, que haciéndole cargo de sus desacatos en Vincennes contra los Borbones, del célebre 2 de Mayo, en Madrid, en donde hacinó las víctimas y de donde echó la familia real á carretadas, de haber usurpado el trono de Nápoles, y de haber hecho sacar prisionero de Roma á Pio VII, le condenó á muerte, la que sufrió fusilado con mucho valor, habiendo manifestado ántes sentimientos de religion. *Et deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles*, volvemos á repetir al ver como Dios vengó con su mano de justicia al pueblo de Madrid, cuya sangre vertiera Murat en abundancia, olvidado de que habia un Dios que habia de vengar al heróico pueblo que diezmaba. No pudiendo quedar olvidados los buenos servicios hechos á favor del pontificado cerca de Napoleon por el célebre escultor Cánova, se le comisionó para demandar al gobierno francés los objetos artísticos que habia arrebatado á Roma la revolucion francesa; pero sus primeras peticiones fueron desatendidas. Insistió con empeño, y á fin de conseguirlo mejor, cedió en nombre del Papa á la Francia la estatua colosal del Tiber, la Palas de

Veletri: la Melpómene y otros varios objetos y logró su deseo que fué elevar á Roma todo lo demás, por lo cual recibió las gracias de Pio VII, que en cuanto á las cesiones hechas, le dijo por escrito que habia adivinado su voluntad y sus deseos.

Volvió Roma á sus antiguas costumbres, y los aduladores á sus mañas, pretendiendo oscurecer los importantes hechos de los cardenales Consalvi, Pacca, la Fontana, di Pietro y los Gregorios, los más fieles al pontificado en la terrible crísis por que habia pasado, para hacer resaltar servicios que ellos no habian hecho, pues que los más se habian humillado á Napoleon, ó por temor ó por el vil interés, que es la leccion que nos dan en todos tiempos los miserables aduladores y los egoistas, que carecen de alma grande para arrostrar los peligros, que se ponen siempre del lado del que vence, áun cuando su opinion sea distinta y su deseo el más depravado contra el mismo á quien adulan. Varias fueron las reclamaciones que se hicieron al Papa sobre bienes usurpados, á todas las que satisfizo convenientemente; y habiendo recibido cartas del rey de Francia, en las que le manifestaba su deseo de volver á la Iglesia de este reino la organizacion que necesitaba para llenar su santo destino, y facilitar á sus pueblos el ejercicio de la religion católica; y pidiéndole un legado que llevase poderes con la extension necesaria al efecto, acordó con los cardenales el modo de satisfacer á esta peticion del modo más digno á la Santa Sede. Relevado el embajador de Francia en Roma, Mr. Persigny, por el conde de Blacas, ántes de terminar sus funciones fué testigo de una promocion de veintiocho cardenales, entre ellos el animoso Monseñor de Gregorio, el P. Fontana, y los prelados Genga, Caloppi, Severoli, Jorge Doria y Castiglioni. Fernando, rey de las Dos Sicilias, se opuso al tributo de la hacanea, de que ya hemos hablado ántes y en la biografía de Pio VI, entendiendo este derecho puramente político y temporal, que la Iglesia de Roma creia fundado, y que el Rey no podia ni debia creerlo así sin lesion de su independencia, derecho primitivo y constitutivo de toda soberanía. Entabláronse sérias contestaciones sobre este tributo, objeto siempre de disgustos entre Roma y Nápoles, manifestándose por esta corte que fué establecido en época en que el feudalismo era el principio constitutivo del derecho público; que en ella nacieron los feudos oblatos, especie de servidumbre voluntaria, que en aquellos tiempos era compensada con grandes ventajas; que la Iglesia se ha conformado siempre con los tiempos y con los sistemas de derecho público en todo lo concerniente á sus derechos temporales, y que cuando el Imperio Romano era señor del mundo, la Iglesia estuvo sujeta; que destruido el Imperio, ella se hizo con justo título potencia temporal, adoptando en sus estados las formas feudales, porque entónces todo era feudo. Que por los medios que hacen crecer y decrecer los estados

y las soberanías, la Iglesia creció y decreció; y que la posesion de sus estados está siempre amenazada de los sacudimientos imperiosos que el sistema general del siglo ha dado á los gobiernos. Y en fin, que lo que es temporal para la Iglesia se conforma al siglo y á las circunstancias. Nótase á la simple lectura de esta comunicacion mucha parte de los principios de la escuela sofística, que ha exagerado diferentes razonamientos de Filangieri, cuyos principios se conoce inculcaba al rey Fernando de Nápoles su primer ministro Médici.

Publicó Pió VII el 6 de Julio su *motu proprio* precedido de una introduccion en que se trata de uniformidad de sistema, de centralizacion de poderes, de la independencia de la autoridad judicial, de la division del territorio en provincias y distritos, y de la responsabilidad de los agentes públicos. En esta ley se ve que se tomó mucha parte de la buena administracion francesa establecida por Napoleon, y como la bondad de las cosas fué siempre alabada por Pio VII, respetó en Roma todo lo bueno que en administracion hicieron durante la usurpacion las autoridades francesas, que no fué poco si hemos de hacer severa justicia, y hasta algunas de las instituciones que crearon, entre ellas la utilísima de bomberos. Restablecidos los conventos suprimidos, se les entregaron sus libros, que se habian depositado en el palacio de la Propaganda, institucion que el mismo Napoleon mandó conservar por medio de un decreto. Accediendo Pio VII á las instancias de Luis XVIII, cuyo ministro el conde de Blacas acosaba al Papa para un nuevo concordato, firmó Pio VII el dia 25 de Agosto de 1817 un tratado de catorce artículos, como el que se llamó despues concordato de este año, el que acompañó al Rey con una carta en que se quejaba de la conducta para con la Santa Sede de algunos obispos franceses, y se reclama Aviñon y su condado, que prometió devolver el desgraciado Luis XVI. Volvióse á abrir el 25 de Agosto en Roma la iglesia francesa de los mínimos llamada la Trinidad del Monte, y que habia sido fundada en 1492 por Francisco de Paula y á costa de Cárlos VIII, que habia destinado á cuartel la revolucion, y encontrándose entre sus escombros al reedificarla la piedra sepulcral de Claudio de Lorena, se colocó en la nave, cerca de la capilla en que Daniel de Volterre habia pintado al fresco el descendimiento de la cruz, obra que, segun el Poussino, es una de las tres más bellas composiciones que existen en el mundo. Mediando el célebre Talleyrand, antiguo arzobispo de Reims y Richelieu, se hicieron nuevas proposiciones por Francia á Roma para el arreglo de la iglesia galicana, en ocasion de que la corte de Nápoles acusaba al Papa sobre el referido asunto de la hacanea. Suspendióse por enfermedad de Pio VII dar solucion á aquel asunto, y se contestó á Nápoles sobre el suyo manifestándole al Rey que en 1806 ofreció por medio de su ministro el duque de Gra-

vina, la prestacion del censo de la hacanea con la publicidad acostumbrada, todos los años ó siempre que así se estimase conveniente; y manifestándole lo absurdo de la doctrina que para negarse al pago de este tributo se sentaba ahora, recuerda los beneficios hechos por la Santa Sede al reino de Nápoles, y especialmente en las últimas crísis en que se negó á reconocer á los reyes intrusos: el rey Fernando contestó á Su Santidad lo mucho que sentia que en su carta de 26 de Julio hubiera algunas expresiones que le disgustasen, pues le consideraba, como debia hacerlo todo católico, como uno de los pontífices más admirables que han ocupado la silla de S. Pedro.

Entusiasta el Pontífice de las hermanas de la Caridad, hacia lo posible por que se introdujesen en toda la cristiandad para que cuidasen de los enfermos en los hospitales. Se le habia hecho concebir la idea de que delante de los enfermos la mujer italiana no tiene bastante valor y fuerza moral para someterse á tanta fatiga; que la alemana es demasiado sumisa y condescendiente; que la inglesa no carece de humanidad ni de entusiasmo, pero que es demasiado casta; y que la francesa poseia la destreza, la confianza, la resolucion, el mandato amable y la piedad severa, cualidades indispensables en semejante oficio: Su Santidad no habia sido informado del carácter de nuestras españolas, y por eso estaba por las francesas para hermanas de la Caridad; pero si las hubiera conocido y visto ejercer su oficio de enfermeras, seguramente que no las hubiera pospuesto á las francesas, porque nadie las iguala en aquellas dotes, y sobre todo en el ejercicio de la caridad sin vanidad, porque nace con ellas, en cuya virtud son heroínas á quienes ninguna otra nacion aventaja, y en la piedad sin afectacion, en la que sobrepujan á las más avanzadas del orbe católico.

Entregado el cardenal Consalvi á poner la Iglesia en el mejor estado posible, organizó la fuerza armada, procuró mantener con Inglaterra la mejor armonía, y ver de conservar con el Austria, que se iba resfriando, buena amistad, por lo que el 26 de Enero de 1817 se firmó un tratado para el arreglo de los negocios eclesiásticos relativos al clero de Viena, la venta de algunas tierras de su iglesia y la navegacion del Pó. Arregló los asuntos con Baviera y con el Piamonte; pero no pudo entenderse con Nápoles, cuyo rey cambió su título por el de rey de las Dos Sicilias, persuadiéndose de que este nuevo título seria suficiente para evitar las demandas de la corte de Roma sobre la investidura y el tributo de la hacanea, lo cual causó una protesta del Pontífice respecto á los derechos de la Santa Sede sobre el reino de Nápoles, á lo que contestó aquel Rey: «Que no reconocia en sus estados otros derechos al soberano Pontífice que los que tenia como jefe de la Iglesia sobre todos los católicos. El rey Fernando VII de España solicitó y obtuvo en estos momentos, una bula que le permitia imponer una contribucion extraordina-

ria de seis millones sobre el clero de su reino por espacio de seis años. Perseguido el cardenal Mauri, obispo que fué de Montefiasconi y autor de la preciosa obra sobre la elocuencia del púlpito y del panegírico de S. Luis, por sus émulos, que le acusaban de desafecto al Papa porque no quiso seguirle á Génova, murió de pesar, por decirlo así, en 11 de Mayo de 1817, y el Papa, que jamás olvidó su conducta en el cónclave de 1800, hizo enterrar en la Iglesia nueva, entre los célebres cardenales Baronio y Jáuregui, á uno de los eclesiasticos más ilustrados de Francia y que más importantes servicios habia prestado á la religion y á la monarquía. El 11 de Junio, el embajador de Francia, Blacas, y el ministro cardenal, firmaron la convencion conocida con el nombre de concordato de 1817, por cuyo artículo 2.° quedó anulado el concordato de 1801; se abrogaron en cuanto fuesen contrarios á la doctrina y leyes de la Iglesia los artículos llamados orgánicos, hechos sin anuencia de Su Santidad en 1802; se mandaron unir á las diócesis los territorios de las antiguas abadías llamados *nullius*, y se dictaron otras providencias para el arreglo de la iglesia galicana. El 19 de Julio publicó el Papa una bula confirmatoria del expresado convenio, elogiando mucho á la Francia; el 9 se celebró el concordato hecho con el Piamonte; Luis XVIII, con acuerdo de las cámaras, publicó el concordato como ley del Estado, y el 16 de Febrero de 1818 se concluyó un concordato con las Dos Sicilias, favorable á los intereses de la Iglesia; todas estas satisfacciones que recibia Pio VII, no tardaron en ahogarse en los disgustos que le causaron la continuacion de las negociaciones con Francia, nacion que siempre ha sido la que más satisfacciones y amarguras á un tiempo ha dado á la Santa Sede, de la que esta nacion se ha llamado siempre la protectora, áun en las épocas en que más le ha afligido y perseguido.

Murió en Roma la reina de España María Luisa, y de pena á los catorce dias su esposo el rey Cárlos IV, llegando la noticia el 14 de Enero de 1818, cuando iban á celebrarse los funerales de estos, de haber muerto en Madrid la noche de Navidad la reina Doña Isabel de Braganza; de suerte que en pocos dias perdió Fernando VII, rey de España, á sus padres, á su esposa y á un hijo, pues que la Reina murió de parto; el Papa manifestó al Rey su sentimiento de la manera más tierna, y las exequias que se celebraron en Roma por estos soberanos fueron de las más suntuosas que se han conocido, pues que la pompa española, como dice Mr. Artaud, jamás se habia ostentado más grandiosa, el que añade que el embajador Vargas hizo los honores en unas exequias que recordaron las más brillantes y magníficas de los Reyes Católicos: las que el famoso caballero Azara dispuso en la misma Roma á la muerte de Cárlos III de España, fueron tambien suntuosas y dignas de tan gran rey y de tan magnífica nacion. Poco despues murió tambien en Roma el

padre del rey de Cerdeña, Cárlos Manuel IV; pero áun cuando este humilde soberano dejó dicho en su testamento que se le enterrase *more pauperum*, no lo consintió Pio VII, y se le hicieron tambien ostentosas exequias.

Todas las potencias querian valerse de los talentos y de la disposicion sobrenatural del cardenal Consalvi para arreglarse con Roma, y á este sabio ministro se debe mucha parte de las ventajas que consiguió la Iglesia en todos los países en esta época, y el que se arreglasen felizmente, ó al ménos con no tanta acrimonia, los asuntos eclesiásticos; pero es preciso confesar que la Francia, á pesar de la bondad y piedad de Luis XVIII, fué la más tenaz en los convenios, si bien acabó por ceder algun tanto de sus exigencias, arreglándose con Pio VII, que tuvo en ello una grande alegría.

Mucha satisfaccion causó á Pio VII la buena recepcion que tuvo en París Monseñor Machi, su nuncio; pero la deplorable muerte del duque de Berri, á manos de un infame asesino, le contristó sobremanera. El rey Jorge III de Inglaterra le consoló por el respeto que le manifestó al mandarle un embajador, expresándose en términos tan respetuosos que eran desconocidos en la diplomacia inglesa. Estallando en Nápoles una revolucion, tuvo el Rey que prestar juramento á la Constitucion que se le impuso, y Roma perdió Benevento y Ponte-Corvo, que le arrebató la revolucion, contra la que se pronunciaron los ministros del Norte. El Austria se puso en guardia contra los acontecimientos de Nápoles, y Pio VII se propuso guardar neutralidad en esta contienda, que le afligia por las consecuencias funestas que podria tener una nueva guerra. La España habia tambien verificado en 1820 su revolucion política sometiendo al rey Fernando VII á la Constitucion promulgada en Cádiz en 1812, durante su cautiverio en Francia; y negándose el ministro en Roma, Vargas, á prestar juramento al nuevo código, habia renunciado su legacion; de suerte que todo anunciaba nuevas contiendas políticas y sus consiguientes desastres. Viendo el gobierno pontificio que se preparaba el rompimiento entre Nápoles y Austria, temiendo nuevos conflictos para el Papa, á fines de Febrero de 1821 hizo prepararle habitacion en Civita-Vecchia, en donde podria estar al abrigo de la escuadra francesa en todo evento. Al pasar á Nápoles, los austriacos intentaron acampar en Roma; pero se opuso el Papa, y no se les permitió entrar en la ciudad, por lo que tuvieron que acampar en sus cercanías. Invadiendo por fin á Nápoles los austriacos, entró en su capital el rey Fernando IV, y en seguida fueron devueltos á Roma los estados de Benevento y Ponte-Corvo. Sujetada la revolucion de Nápoles y del Piamonte, solo quedó el nuevo sistema constitucional en España, en donde no tardó tampoco en sucumbir bajo el peso de cien mil franceses, que mandados por el duque de Angulema, invadieron la Península, en donde les ayudaron á vencer, más que todo, las impolíticas reyertas de los mismos

constitucionales entre sí, y las muchas partidas de realistas que armó la llamada Junta apostólica que auxilió los trabajos de invasion de la cuádruple Santa Alianza, formada para derrocar los gobiernos constitucionales y afirmar el despotismo. Muerto el bailío Giovanni, teniente del maestrazgo de Malta, la órden de S. Juan de Jerusalen nombró en su lugar al comendador Busca, que acababa de ser nombrado bailío de Armenia, y el Papa confirmó su eleccion.

La muerte del cardenal di Pietro, subdecano del Sacro Colegio, que tantos y tan importantes servicios habia hecho á la Iglesia, afligió mucho á Pio VII y á toda Roma, y no le entristeció ménos la noticia de la muerte de Napoleon en Santa Elena, poco tiempo despues que el mismo Papa habia pedido al gobierno inglés dulcificase la cautividad del gran guerrero; permitió que el cardenal Fesch, sobrino de aquel que fué su enemigo, le hiciese el funeral correspondiente, diciendo con este motivo expresiones tiernas y generosas que acreditan la bondad y grandeza de su alma.

El 3 de Agosto anunció el Papa en una alocucion la conclusion del concordato con la Prusia, en el que dijo: «El rey de Prusia, aunque no profesa la religion católica, ha tendido una mano segura y benigna á los católicos, cuyo número se ha aumentado despues del restablecimiento de la paz.» En 13 de Setiembre, á peticion de la corte de Viena, publicó el Padre Santo la bula contra los carbonarios, en la cual trabajaria sin duda el cardenal Consalvi, que á pesar de la calentura que le devoraba, trabajaba en la cama, sobre una mesita que le ponian, con la misma asiduidad que si disfrutase de la mejor salud: ésta en el Papa al cumplir los ochenta años era vigorosa, lo que consolaba á todos sus amigos. Volviéronse á suscitar con Francia algunas cuestiones con motivo de la supresion de trece obispados; pero nombrado Montmorency ministro de Estado por Luis XVIII, Blacas arregló con Consalvi este negocio, que concluyó el nuevo embajador de Francia Laval Montmorency. Murió el célebre escultor Cánova por este tiempo, y el Papa y Roma entera prestaron con su sentimiento y honras fúnebres un justo homenaje al ilustre artista; esta pena se modificó con las fiestas que se hicieron al rey de Prusia, que visitó á Pio VII, que le obsequió con la dignidad que á ambos convenia.

Diez cardenales creó Pio VII en el consistorio de 10 de Marzo, entre los que fué uno el célebre capellan de Su Santidad monseñor Bertazzoli. Veinticuatro años llevaba Pio VII de pontificado, y áun cuando algo débil, parecia que no habia que temer por su vida, si bien en la firma que echó para anunciar al rey de Francia la preconizacion del cardenal La Fare, que hizo el 16 de Mayo de 1824, se notaba ya que la mano obedecia mal á su voluntad. Sin embargo, el cardenal Consalvi, que se hacia conducir á la cá-

mara, despachaba con Su Santidad todos los negocios graves, y ambos ancianos, aunque achacosos, daban á entender por lo que producian y por la actividad con que despachaban los negocios más importantes, que se hallaban en el mayor vigor físico y en la entera y libre disposicion de sus facultades intelectuales; empero habia llegado al término de su viaje la vida mortal de Pio VII, y pasar de aquel punto no era posible, porque no hay poder humano capaz de resistir la voluntad de Dios.

Habia paseado en coche y á pie Pio VII el dia 6 de Julio, y habiendo despedido la servidumbre para conversar con su auditor, se quedó solo cuando éste salió de su aposento, lo cual tenia dicho á los criados el cardenal Consalvi que nunca sucediese. Queriendo levantarse solo, no pudo sostenerse y cayó entre la mesa y su sillon en el pavimento de mármol, recibiendo todo el golpe en el lado izquierdo. A las voces que dió, acudieron los criados que le condujeron á la cama, y avisados los médicos le registraron y declararon se habia roto la pierna izquierda por el muslo. Aun cuando ocultaron la fractura al Santo Padre, que pasó muy agitado toda aquella noche, él mismo pidió el viático. Siguió el Papa sufriendo de su caida, dando que temer por su vida á los romanos, cuando una catástrofe horrible acabó de consternarlos. La noche del 15 al 16 del mismo mes, la célebre iglesia de S. Pablo, extramuros de la ciudad, cuyo convento habia habitado tantos años Pio VII, fué presa de las llamas: empezó el incendio á la una de la noche, y á las seis de la mañana habia ya desaparecido la magnífica techumbre de cedro que habian respetado quince siglos, viéndose entre las abrasadas ruinas una parte de las ciento veinte columnas que sostenian aquel templo, uno de los más imponentes, de los más vastos y de los más ricos monumentos del universo: su incendio se atribuyó al descuido de un plomero, que trabajaba en reparar las canales del tejado; del propio modo y por causa casi idéntica ha perecido en Madrid en los dias que esto escribimos (1862), parte de la magnífica iglesia de las Descalzas Reales, palacio que fué del emperador Cárlos V, en cuyo incendio pereció el magnífico retablo del famoso pintor, escultor y arquitecto español Becerra. Sabida en Viena la debilidad del Papa, el Emperador le mandó del más exquisito y añejo vino de Tokay que tenia en su bodega, y Luis XVIII, al ser notificado del resultado de la caida, hizo mandar á Roma inmediatamente una cama mecánica que permite levantar á un herido sin atormentarle. Puesto Pio VII en esta cama, conoció notable alivio y mandó diesen cien doblas de oro al correo que la habia conducido.

Hasta el dia 18 estuvo Pio VII bastante tranquilo, pero el 19 se pronunció el delirio, en el que se le oia á cada paso las palabras: *Savona, Fontainebleau*; y otras veces se le oian voces latinas y de los salmos, por lo que se le creia siempre rezando. Por la noche no fué ya posible que tragase alimento algu-

no, y agravándose cada vez más, espiró el 20 de Agosto de 1824, á las cinco de la mañana, á la edad de ochenta y un años y seis dias; despues de un reinado de veinticinco años, cinco meses y seis dias, llorado de todos los verdaderos católicos.

Como las exequias de Pio VI fueron más bien un oficio solemne que unas exequias dignas de un pontífice, el pueblo de Roma, desde la muerte de Clemente XIV en 22 de Setiembre de 1774 y la eleccion de su sucesor, no habia presenciado exequias pontificales ni cónclaves. Reconoció el cardenal Pacca, en el órden que prescribe el ceremonial romano en estos casos, el cuerpo de Su Santidad, como camarlengo que era, y en esta cualidad tomó posesion, en nombre del Sacro Colegio, del palacio pontificio y del gobierno del Estado. Despues recibió del prelado camarero mayor el anillo del Pescador y los demás sellos y anillos del Pontífice difunto, cuyos anillos debian inutilizarse en la primera reunion de cardenales. La campana grande del Capitolio anunció al propio tiempo al pueblo la muerte del Pontífice, á cuya señal respondieron con sus clamores todas las campanas parroquiales. El jefe del barrio, Rione de la Regola, puso en libertad, segun antigua costumbre, diez y ocho hombres y cuatro mujeres de los presos de las cárceles por delitos ligeros. Volvió el camarlengo á su palacio, escoltado ya por la guardia suiza que debia acompañarle siempre que saliese ántes de la apertura del cónclave, pues que en el interregno obtenia los mismos honores del Papa, y hasta la moneda de sede vacante tenia que llevar sus armas: no interrumpiéndose solamente las funciones del cardenal penitenciario y del secretario de breves, que siguen como si no faltase pontífice, todos los demás consejos, tribunales y autoridades cesan, pues que reasume sus facultades el Sacro Colegio.

Embalsamado el cuerpo de Pio VII, se llevaron sus entrañas, sin aparato alguno, á depositar á la iglesia de Sta. Anastasia, y el cuerpo, vestido de sotana blanca, estola y cruz pectoral, quedó expuesto en cama imperial en una de las salas del palacio Quirinal, cuyo interior custodiaban la guardia noble instituida por este Papa al principio de su reinado, y los suizos guardaban el exterior. Al siguiente dia 22 se trasladó el cuerpo del Papa al Vaticano, con gran pompa, acompañándole toda la corte romana y la guarnicion de Roma de todas armas, llevándose en una litera con dosel, tirada por dos mulas, y con la cara descubierta y la cabeza cubierta con el sombrero pontifical, pero sin que los sacerdotes fuesen vestidos en traje de iglesia ni cantando, pues solo rompia aquel silencio una música guerrera fúnebre. El pueblo romano, entre el que se veian cuantos extranjeros habia en la ciudad, inundaba las calles de la carrera en el mayor órden y silencio: la misma compostura y respeto guardó la multitud en todos los funerales.

Reuniéronse los cardenales, y áun cuando algunos trataron de ofender al cardenal Consalvi, Fesch le defendió con energía, con aplauso de los demás que conocian su mérito y le admiraban. Encargóse al cardenal Somaglia el oficio de *Fabricciere*, para que arreglase todo lo concerniente al cónclave. Acto contínuo la Somaglia, decano, manifestó habia recibido de su antecesor el cardenal Mattei, un pliego con órden de no abrirle hasta que, muerto el Papa, se reuniese el Sacro Colegio: quitó el sello, y se encontraron dos breves escritos por Pio VII en Fontainebleau. En el primero ordenaba el Papa á los cardenales se reuniesen inmediamente bajo la presidencia del cardenal decano, y derogando todas las constituciones antiguas, en atencion al imperio de las circunstancias y á los peligros de la Iglesia, eligiesen en el término más breve un Papa á pluralidad de votos; y en el segundo se daban las mismas disposiciones, pero en este pedia el Papa para consagrar la eleccion, en conformidad de las costumbres antiguas de la Iglesia, las dos terceras partes de los votos. Monseñor Mazio, secretario del Sacro Colegio, que era depositario del tercer breve de Pio VII, que bajo secreto él mismo habia redactado en Octubre de 1821, y en él el Papa mandaba se procediese á la eleccion inmediatamente despues de su muerte, y por aclamacion, si fuese posible, sobre el cuerpo espirante, y en fin, que esta eleccion se hiciese en secreto sin esperar á los cardenales ausentes, sin prevenir á los ministros extranjeros, sin informar á sus córtes y sin ocuparse de los funerales ántes que el acto fuese consumado. Mucha sensacion causó al Sacro Colegio este último breve, pero todos convinieron en que á la sazon no eran iguales las circunstancias en que hizo el breve Pio VII bajo la impresion de las revoluciones de España y del Piamonte. Celebráronse los funerales del Papa, llamados *novendiali*, porque duran nueve dias, con la acostumbrada pompa, y terminados, rompióse el sarcófago de Pio VI, llevándose su cuerpo á la capilla del coro, y sellada la caja de plomo que contenia el de Pio VII, habiendo colocado dentro las medallas acuñadas bajo su pontificado, le subieron al lugar que habia ocupado Pio VI sobre la puerta de una tribuna de la capilla de los canónigos, y le cubrieron en el acto con un sarcófago de yeso que debia adornarse despues.

Habia profetizado el cardenal ministro Consalvi, que seguiria de cerca á su señor, y así fué, pues no le sobrevivió más que cinco meses. Mandó en su testamento que se vendiesen todos los ricos presentes que habia recibido de los soberanos, y que su importe se emplease en terminar muchas fachadas de las iglesias de Roma, y en erigir un sepulcro á Pio VII, su bienhechor, en la iglesia de San Pedro, cuyo monumento se ejecutó por el excelente escultor comendador Thorwaldsen, en el que se representa al Papa sentado en un sillon entre la *Fuerza* y la *Moderacion*, cualidades que resumen su pontificado.

Terminaremos esta larga, pero interesante biografía, recordando algunos hechos de Pio VII que le ensalzan, y de los cuales no hemos hecho mencion ocupados en otros más graves y trascendentales. Por direccion del sabio abad Fea, se emprendieron en su pontificado las excavaciones de Ostia que fijaron su verdadera situacion. En este reinado se allanó el suelo del arco de Constantino y de Alejandro Severo; se limpió el *Forum* romano; se construyó la fuente de Monte-Caballo; se levantó el obelisco de Monte-Pincias; se regularizó la plaza de San Pedro y hermoseó la del Pópulo; se sacó de entre ruinas el Forum de Trajano, cuya obra empezaron los franceses; edificó nuevos salones en el Vaticano y la parte llamada *Braccio nuovo;* se hicieron obras ménos notables en la biblioteca del Vaticano, en cuyas paredes se pintaron por artistas medianos escenas de la vida de Pio VII, y entre ellas su prision en el techo. Bajo el reinado de Pio VII, Monseñor Mai encontró en esta biblioteca una gran parte de la *República* de Ciceron, y se aseguró al famoso escultor Cánova una dotacion de cuatro mil escudos que este grande hombre distribuia entre los artistas romanos y extranjeros. Como Pio VII fué magnífico protector de las ciencias, de las letras y de las artes, los romanos se esmeraron en reproducir sus facciones, y así es que existen una multitud de grabados que le representan, de los que son los mejores los que tuvieron por modelos los de las medallas hechas por Cerbara y por Girometti, ó por los preciosos retratos que le hicieron los famosos pintores Wicar, que le hizo para Mr. Cacault, David en el cuadro de la coronacion de Napoleon en París, y Lawrence que le sacó por órden del rey Jorge IV de Inglaterra. En cuanto á la verdadera fuerza de nuestra religion, dice con razon el caballero Artaud, ya citado, la *unidad*, que bajo Pio VII ha confundido en uno solo los votos de tantas naciones, aunque combatiéndose entre sí, repetimos la profesion de Bossuet y de Fenelon. « ¡Oh santa Iglesia romana, madre de las iglesias, y madre de todos los fieles, Iglesia escogida de Dios para unir sus hijos en la misma fe, nosotros creeremos siempre en tu unidad con lo íntimo de nuestras entrañas! ¡Iglesia romana, ojalá me olvide de mí mismo ántes que olvidarme de ti! Unamos á esta ilustre confesion de Bossuet la siguiente exclamacion del célebre Fenelon: ¡Oh Iglesia romana, oh ciudad santa, oh querida y comun patria de todos los cristianos! No hay en Jesucristo ni griego, ni escita, ni bárbaro, ni judio, ni gentil; todo es un solo pueblo en vuestro seno, todos son conciudadanos de Roma, y todo católico y romano. ¡Hé aquí el grande árbol plantado por mano de Jesucristo! Toda rama que se desprenda de él, se marchitará, se secará y morirá. ¡Oh madre, cualquiera que es hijo de Dios, lo es tambien vuestro! Despues de tantos siglos, aún sois esposa fecunda y haceis que nos visite vuestro esposo en todas las extremidades de la tierra! ¿Pero de

qué proviene que tantos hijos desnaturalizados desconozcan hoy á su madre? ¡Qué! ¿El sagrado lazo de la *unidad* que debe hacer de todos los pueblos un solo rebaño, y de todos los ministros un solo pastor, será el pretexto de una funesta division?»

Al terminar la vida de Pio VII el caballero Artaud, de la que hemos tomado cuanto nos ha parecido conveniente en los lugares que le citamos, confia en que las desgracias ocasionadas á la Santa Sede, en la persona de Pio VII, no volverian á oprimir á los Pontífices; que los poderes civiles y politicos sabrian respetar siempre el poder religioso, que se contiene él mismo en sus justos límites, y no entiende en mandar sino en donde mandan los dogmas, ni en arreglar, sino en donde deben intervenir la disciplina y las leyes de la Iglesia. Pero cuánto se engañó en su confianza este pio y verídico historiador: pocos años despues se levanta el huracan de la impiedad, agitado por las viles pasiones, que sacan su fuerza y poder del infierno para insultar á Dios, y buscando una víctima nueva en la Iglesia de Jesucristo, otro Pio se le presenta en quien cebar sus furores, otro Pio, que generoso vicario del Señor de los señores, empieza su pontificado por hacer beneficios para recoger ingratitudes; otro Pio, que ve atacar la Iglesia por la impiedad, que es lanzado por la revolucion de sus estados, Roma en anarquía y bombardeada, arrebatadas sus legaciones, disputado su poder temporal, enemigos á los soberanos que debieran serle más amigos y que, como Napoleon I y Joaquin Murat de Nápoles, se ocultan con la careta hipócrita de una religion que no comprenden ó no quieren comprender, para herir al Pastor á despecho de las fieles ovejas y derramar la afliccion y la amargura en la Iglesia católica arrojándole de Roma, y promoviendo acaso el cisma más espantoso. Sí, nuestro santo padre Pio IX ha pasado y pasa por las mismas amarguras de Pio VI y Pio VII, como si estuviese reservado á los Pios el martirio del pontificado, y por eso nos hemos detenido tanto en esta biografía, para que pueda hacerse bien el paralelo entre ambas épocas y los dos últimos Pios. Solo nos queda á los verdaderos católicos la esperanza en la crisis que atraviesa el pontificado en estos momentos, de que se cumplirá la profecía con que termina su obra el caballero Artaud: *El ejemplo de Pio VII no será perdido: se le imitará despues de su muerte, y el martirio siempre ha llamado al martirio.* Tambien confiamos, persuadidos en que ha de cumplirse la promesa hecha por Dios, de que la Iglesia subsistirá incólume contra las puertas del infierno, en que para dicha del paciente y virtuoso Pio IX, que rige la zozobrante navecilla de San Pedro, honor de la religion católica y mayor honra y gloria de Dios, el Pontífice romano, vicario de Jesucristo en la tierra, triunfará con su firmeza y constancia de todos sus enemigos, para que se cumpla otra vez aquel *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*, á

fin de que Pio IX y nosotros podamos decir con Simeon, y con Pio VII en la iglesia de San Pedro cuando volvió de su emigracion forzada: «*Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace: Quia viderunt oculi mei salutare tuum.*» — B. S. C.

PIO VIII, papa. Grandes y buenos recuerdos dejó á su muerte el pontífice Leon XII, á quien sucedió el Papa de que vamos á tratar, pues que no solo aumentó el gremio de los fieles, logrando que algunas iglesias de Asia volvieran á unirse al catolicismo reconociendo el cisma en que estaban, si que tambien dotó á Roma de cinco colegios para la enseñanza pública bajo la inspeccion de una Junta de los más ilustrados cardenales, restableció en el Vaticano la imprenta pontificia para que se imprimiesen obras que honrasen á la religion, é hizo grandes mejoras en las iglesias y otros edificios públicos, todo lo cual hizo fuese muy sentida su muerte anunciada de antemano por él á pesar de la robustez de que disfrutaba. Habiendo vacado la cátedra de S. Pedro de tan ilustrado como virtuoso Pontífice, el que le sucediese encontraba mucho que hacer para no desmerecer en su sucesion del que tan dignamente habia ocupado tan elevado como santificado puesto. Reunido el cónclave para la eleccion de nuevo pontífice, la política de las naciones católicas metió su mano como siempre en este importantísimo asunto, deseando cada una de por sí que la fuese favorable la eleccion recayendo en aquellos que por su nacimiento ó simpatías habian de prestar los mayores beneficios. Bueno fuera que los pueblos católicos se convenciesen del mal que hacen en que intervenga la política mundana en las cosas de Dios, y que dejasen obrar en tales casos libremente la conciencia de los príncipes electores de la Iglesia; puesto que, tomen las medidas que quieran, nunca ha de ser más que lo que el Señor de los señores tenga dispuesto, por más que la intriga trabaje para hacer mundano un acto que participa de la Divinidad. La España, cuya opinion pesa tanto, y más entónces, en las preparaciones del cónclave, apoyaba con empeño á los cardenales Gregorio y Pacca, á quienes protegia decididamente por medio de su embajador; pero los ministros de Austria y de Francia lograron vencer los sufragios á favor del cardenal Francisco Javier Castiglioni, que les era afecto, y fué proclamado papa con el nombre de Pio VIII, que tomó á su exaltacion el dia 31 de Marzo de 1829. Era natural este Pontífice de Castiglioni en Cingoli en la Marca de Ancona, y perteneciente á una de las más nobles familias del pais. Sus buenas disposiciones para el estudio le permitieron hacer bien pronto admirables progresos en las ciencias, y en especial en las sagradas letras, que aprendió con el célebre canonista Devoti, con quien mantuvo despues una estrecha amistad, escribiéndole las eruditas notas de su famosa obra *Instituciones canónicas*. Sumamente versado y conocedor de los sagrados cánones, fué consultado siempre sobre este parti-

cular por los pontífices Pio VI y Pio VII, que le tuvieron por su mejor amigo. Durante la terrible revolucion francesa, que llevó á Italia la guerra y la desolacion, en cuya época era obispo de Monte-Alto, sufrió con paciencia evangélica las persecuciones y las amenazas, sin descender jamás de su dignidad como prelado, y más de una vez mereció ser citado como modelo de perseverancia en las buenas máximas; y como ejemplo de carácter católico y de subordinacion á las leyes santas de la Iglesia, que supo defender con energía. Admirable fué su resignacion cuando Napoleon Bonaparte, general del ejército francés en Italia, le desterró á Milan, luego á Pavía y por último á Mántua; pero áun cuando se mandó á los agentes de policía le espiasen, supo siempre cautivarlos con su virtud y buen carácter, de suerte que acababan por venerarle. Restablecida la paz y vuelto Pio VII á la posesion tranquila de su vicariato, le elevó á la alta dignidad cardenalicia y le nombró obispo de Cesena, mereciendo ser consultor del cardenal Consalvi, y despues fué elegido prefecto de la Congregacion del Indice. La caridad en que rebosaba su sensible corazon tuvo lugar de manifestarse en cuanto Pio VIII ocupó la santa sede. Su primer acto fué distribuir al pueblo más de cinco mil escudos, dar dotes á las pobres huérfanas, proteger á los industriales y devolver gratuitamente muchos efectos empeñados en el Monte de Piedad á los pobres que habian buscado en él el socorro de sus necesidades, ejemplo seguido muchas veces por la reina de España Doña Isabel II, que tiene en ello suma complacencia. Nombrando secretario al cardenal Albani, se rodeó de los cardenales más ilustrados, y dió igual ejemplo de humildad que su antecesor, lavando en su palacio los pies á doce sacerdotes peregrinos de diversos pueblos, sirviéndoles despues humildemente la comida con el mayor cariño, costumbre que tanto ensalza el dia de jueves santo á los prelados y reyes cristianos que lo ejecutan, y muy especialmente á los de España, que no dejan jamás de practicar tan piadoso ejercicio. Lastimándole mucho la indiferencia religiosa, que es el mayor mal que puede venir sobre los que estan afiliados á la religion del Crucificado, doctrina que favorecen los fracmasones y que separándoles del espíritu de Dios, los aparta de las bases positivas de la enseñanza y santas prácticas de la Iglesia, dirigió una enérgica enciclica contra las sociedades bíblicas y contra esos conciliábulos tenebrosos en que se ofende á la religion y procura socavar sus sólidos cimientos. Con esta misma idea renovó el anatema contra los malos libros que tanto daño hacen á los fieles. Hecha la paz entre rusos y turcos, intervino con tanta solicitud en favor de los armenios católicos perseguidos, que no solo logró les devolviesen sus bienes confiscados y el permiso de volver á sus hogares, sino que les permitiesen tener un prelado que dirigiese su instruccion católica y las prácticas religiosas. El emperador del Brasil, á quien compelió con la santa ley del Evan-

gelio á este fin, abolió la esclavitud dando libertad á los siervos. Experimentó una gran alegría al ver libre á Irlanda y conquistado en 1830 á Argel, en donde los franceses, sus conquistadores, introdujeron la fe católica, al paso que libraron al Mediterráneo de las piraterías de los sarracenos. La caida del trono de Cárlos X de Francia afligió su sensible corazon por las desgracias que se sucedieron y los trastornos que preveia en daño de la paz de la Iglesia y de los estados; y no contribuyó poco á amargar sus últimos dias la insurreccion de Varsovia que tantas desgracias causára. Aumentáronse con estos disgustos los achaques de Pio VIII considerablemente, y cayendo en una grave enfermedad, falleció con la paz del justo el dia 30 de Noviembre de 1830, á los sesenta y nueve años de edad, y al año y ocho meses de pontificado, en que reinó en Roma una paz de que hacia tiempo no disfrutaba. Embalsamado el cadáver de este Pontífice, fué sepultado en la iglesia de S. Pedro, habiendo dejado una buena memoria en toda la cristiandad, por su piedad, caridad, justificacion y clemencia. — C.

PIO IX (Juan María Mastai Ferretti). Fué elegido el doscientos cincuenta y nueve sucesor de S. Pedro en el año de 1846, y su pontificado iba á ser uno de los más notables en los anales del catolicismo. El papa Gregorio XVI tenia ochenta y un años en el de 1846, pero tenia una constitucion fuerte. Ningun síntoma revelaba la proximidad de su fin. En los últimos dias del mes de Mayo una ligera indisposicion, que parecia al principio de poca importancia, presentó de repente alarmantes síntomas, y el 1.° de Junio, entre nueve y diez de la mañana, habia dejado ya de existir Gregorio XVI. El colegio de cardenales, compuesto de cardenales-obispos, presbíteros y diáconos, constaba en aquel momento de seis obispos, cuarenta y ocho presbíteros y nueve diáconos; sesenta y tres entre todos: cinco nombramientos reservados *in pectore* en 1845 y dos capelos vacantes, completaban el número de setenta, exigido por los estatutos orgánicos del Sacro Colegio. En cuanto á las opiniones políticas, los cardenales se dividian en tres grandes fracciones: los que deseaban las reformas, los que sin desecharlas absolutamente las juzgaban por el momento peligrosas é inoportunas, y los que estaban firmemente resueltos á mantener el estado presente de las cosas bajo el gobierno del cardenal Lambruschini, ministro apoyado por el Austria, y que esperaba suceder en el pontificado á Gregorio XVI. La opinion enemiga de las reformas poseia todos los cargos de la administracion y la proteccion del Austria, cuyos soldados ocupaban dos de las principales fortalezas de los Estados Romanos, y contaba en sus filas á la mayoría de los cardenales, teniendo á su cabeza á Lambruschini, secretario de Estado hacia quince años. El partido liberal ó de las reformas, en corto número, no tenia confianza sino en un solo hombre, empero este hombre era de poca salud, el cardenal Pascual Gizzi, hombre estimado del pue-

PIO IX.

blo que habia hecho prueba de sus talentos en varias nunciaturas, y que se oponia abierta y enérgicamente á toda medida de reaccion. El 14 de Junio iba á reunirse por fin el cónclave: cincuenta y cuatro cardenales se hallaban presentes; la mayoría comprendia la importancia de una pronta eleccion. El radicalismo italiano agitaba profundamente los Estados Romanos, y por otra parte era preciso evitar el dar tiempo al Austria para usar de su derecho de exclusion. De las tres potencias católicas que tienen esta formidable prerogativa, la Francia, el Austria y España, ésta última no podia ejercerla, por no hallarse reconocida por la Sede Apostólica la reina Isabel II. El Sacro Colegio se dirige al palacio Quirinal, donde debe permanecer encerrado hasta dar á la Iglesia huérfana un nuevo Pontífice. En la capilla Paulina se habian levantado cincuenta y seis tronos el dia 15, los ocuparon los cardenales, y comenzó el primer escrutinio. Sacáronse á la suerte los tres escrutadores, y los tres enfermeros encargados de recoger en las celdas los votos de los enfermos. Numerados los electores, los tres primeros números que saliesen de la urna debian designar á los escrutadores segun el órden de sus funciones; el primero el encargado de abrir las cédulas; el segundo el de escribir los votos, y el tercero el de leerlos en alta voz. El nombre del cardenal Mastai por un capricho inconcebible de la suerte, salió el tercero; á él le tocaba, pues, el proclamar los votos. La tarde de este mismo dia, en que debia finalizar la orfandad de la Iglesia, ábrese de nuevo el escrutinio á las tres de la tarde. Mastai está en su puesto pálido y tristemente preocupado. Habia pasado en oracion el tiempo que habia trascurrido entre los dos escrutinios. Un imponente silencio reina en la augusta asamblea. Mastai lee su nombre diez y siete veces sin interrupcion. Tiembla su mano, desfallece su voz, y cuando el segundo escrutador le presenta las cédulas, sus ojos apénas ven, porque le aterra y estremece su propia y futura grandeza. Mastai se levanta y marcha á su asiento sostenido por dos de sus colegas. El escrutinio se habia concluido, y con la última cédula habia leido su nombre treinta y seis veces, dos veces más que el número rigorosamente exigido para la mayoría. Inmediatamente el Sacro Colegio confirma el resultado del escrutinio por una aclamacion unánime; empero el nuevo Pontífice se habia arrodillado, y todos permanecieron en pié en silencio respetando su oracion. En aquel momento los doseles que coronaban los tronos en donde se sentaban los cardenales, se bajaron repentinamente á excepcion de uno solo. Los miembros del Sacro Colegio no hacian ya parte de la soberanía; esta, toda entera, se hallaba concentrada en un solo hombre: la Iglesia tenia su cabeza, ¡habia un papa en aquella asamblea, y este papa era Pio IX! Mastai no era conocido sino de algunos huérfanos de la clase trabajadora, y la masa inmensa del pueblo no se interesaba por él. Lo rápido de la eleccion, lo imprevisto de

su nombramiento, la ninguna parte que en él han tenido las potencias influyentes en otros cónclaves, dan á la eleccion de Pio IX un carácter divino y providencial.

El 13 de Mayo de 1792, en Sinigaglia, en latin *Senegallica* ó *Senagallia*, antiquísima ciudad del ducado de Urbino, incorporada á los Estados Romanos desde principios del siglo XVII y antigua colonia romana, cuyo obispado habia sido inmediatamente sometido á la Santa Sede desde fines del siglo V, nació de la familia de los condes de Mastai-Ferretti, familia cuya nobleza se remonta al siglo XIII, un niño que recibió los nombres de Juan María. Educado por su madre en la piedad, se dedicó á la literatura, y de edad de once años entró en el colegio de las Escuelas pias de Volterra, que contaba entre sus directores al célebre Orselli, y al P. Arcángel Bacci, hombre de rara y extensísima erudicion y doctrina. Rápidos fueron los progresos que en seis años hizo el jóven Mastai en la literatura, en la física y en las matemáticas. En sus estudios mostraba una aplicacion, sagacidad y juicio superiores á su edad; empero mostraba tambien un carácter resuelto y decidido; cuando creia tener razon difícilmente cambiaba de parecer; así es que sus compañeros de estudios le amaban y respetaban á la vez, porque sabia mejor que nadie reconocer y apreciar los defectos y cualidades de sus camaradas. La infancia de Mastai no habia sido marcada por ninguna aventura extraordinaria, un solo suceso interrumpe la monotonía de los recuerdos de su infancia. Jugando un dia cerca de un estanque, acometido repentinamente de un vértigo, privado de conocimiento cae en el agua, donde infaliblemente se hubiera ahogado sin la asistencia de un jóven pastor que, habiéndole visto caer, se precipita detrás de él en el estanque y lo salva. Este accidente revelaba una terrible enfermedad que debia servir para conducirle al alto destino que en sus profundos misterios le reservaba la Divina Providencia. En 1811 el emperador Napoleon dió un decreto para la formacion de regimientos con el título de Guardias de honor. Esta tropa escogida reclútase en todos los departamentos del imperio, desde Hamburgo á Roma, desde Amsterdan á Venecia. La ciudad de Sinigaglia da su contingente, y uno de los hijos del conde Mastai, Juan María, de edad de diez y nueve años, forma parte de él. El jóven guardia sirve en el primer escuadron del primer regimiento con franceses, porque este cuerpo se habia reclutado en los departamentos del Norte, del paso de Calais, de la Somma, del Sena y en los departamentos de Italia. El guardia de honor Mastai se muestra en el regimiento lo que habia sido en el colegio: buen soldado, excelente camarada. Aun existen antiguos guardias del primer escuadron, que conservan buen recuerdo de Mastai. Despues de la caida del Imperio francés, Juan María Mastai titubea sobre la carrera que ha de seguir. Pio VII, puesto en libertad en Fontainebleau á fines de 1813, marcha directa-

mente á Roma, en donde toda la ciudad le recibe en triunfo; empero donde todo tenia tambien que organizarlo, faltándole dos poderosos elementos de organizacion: dinero y hombres. El tesoro pontifical estaba exháusto y el personal de su gobierno dispersado por toda la extension del Imperio francés. El conde Mastai Ferretti, personalmente conocido de Pio VII, viene á Roma, bajo su alta proteccion, á solicitar del príncipe Barberini, comandante superior de los Guardias nobles, una plaza en este cuerpo distinguido. El príncipe rehusa acceder á su peticion, porque no conceptua suficiente la robustez del jóven Mastai para las fatigas del servicio; empero sus dificultades ceden ante el interés que Pio VII manifiesta por su protegido, y Mastai logra ser admitido en la primera vacante que ocurriese en los Guardias de Corps del Pontífice. Mastai aguarda que una vacante le llame al servicio, y se consagra en Roma á recorrer los lugares célebres de la ciudad reina del mundo, tratando de ocupar el tiempo segun las excelentes disposiciones de su corazon. Habia en 1817 en Roma un modesto establecimiento de beneficencia, que habia atraido particularmente la atencion y el interés del jóven conde; el establecimiento era el de Tata Giovanni. Un dia, á la hora acostumbrada, el jóven conde Mastai no se presenta en Tata Giovanni; en vano los huérfanos, que le aman con ternura, aguardan hasta la hora de cenar. En la calle, un jóven presa de una violenta convulsion, está á pique de ser atropellado por un coche; aquel jóven era el amigo de los pobres, era el conde Mastai, á quien entran en el hospicio sin conocimiento. En breve sábese este accidente, y el príncipe Barberini expone á Pio VII que su protegido, atacado de una enfermedad epiléptica, no puede formar parte de los Guardias de Corps. Las esperanzas de Mastai se desvanecen, la carrera militar se cierra para él; empero entónces decide consagrarse enteramente á Dios; siente su corazon lo que jamás habia sentido; recuérdase el vértigo de S. Pablo, y pregúntase á sí mismo, si cuando se agitaba en las piedras de la calle con la convulsion, no le habia hablado una voz, como habló diez y nueve siglos ántes al Apóstol de las gentes! Mastai renuncia al mundo. Durante tres años conságrase al estudio de la teología bajo la direccion del abate Graziosi, en la Academia eclesiástica, y sus visitas entónces á Tata Giovanni son más frecuentes que ántes; lo que habia emprendido como hombre de mundo, por bondad de su corazon, lo continúa como apóstol. Mastai siéntese inesperadamente curado del mal que le habia cerrado las puertas del mundo, y determina irrevocablemente su vocacion al estado eclesiástico. En 28 de Marzo de 1823 es nombrado canónigo supernumerario en la iglesia de Santa María *in Lata*. — En 1823, el gobierno pontifical resolvió enviar á Chile, en la América Meridional, un vicario apostólico para la solucion de las cuestiones relativas al clero de aquellas paises. — El 3 de Julio de 1823 sale de Roma esta legacion,

Llega á Génova Mastai á bordo de la fragata *Eloisa*, y apénas toca en esta ciudad, sabe la muerte de Pio VII, cuya pérdida le aflige profundamente, pues no podia olvidar que Pio VII habia sido más que el amigo de su padre, más que el protector de su juventud, pues le debia la nueva vida que habia abrazado. La mision no tuvo resultado alguno y volvió á Europa sin haber podido remediar los males que afligian á la iglesia de Chile. El conde Mastai habia tocado en las extremidades del globo, habia visitado las naciones más cultas y vivido entre pueblos semibárbaros; habia experimentado las arbitrariedades del despotismo habia sufrido las persecuciones de repúblicas anárquicas. Su corazon se habia fortificado en la escuela práctica de la desgracia. Admitido en la prelatura romana, que confiere á sus miembros el privilegio de llegar á las más altas dignidades y á los primeros cargos del gobierno pontificio, fué nombrado presidente del célebre hospicio de S. Miguel en Rippa-Grande. El abate Mastai, que durante siete años habia vivido entre los pobres de la clase menesterosa, despliega en este gran teatro que se ofrece á su caridad inmensa, las grandes cualidades que le habian adquirido la admiracion de los pobres en Tata Giovanni, el mayor órden, la mayor actividad, el más puro desinterés. En el consistorio de 21 de Mayo de 1827, Leon XII eleva al conde de Mastai Ferretti al arzobispado de Spoleto. Cinco años rige Mastai la iglesia de Spoleto, dejando en ella admirables recuerdos de su administracion, tan paternal como ilustrada. Su palacio estaba siempre abierto para los hombres de todos los partidos y de todas las opiniones, á todos dispensa la bondad y la dulzura que atesora su corazon. Gregorio XVI, en el consistorio de 17 de Diciembre de 1832, lo trasladó al obispado de Imola. En vano las personas notables de Spoleto vienen en diputacion á Roma para suplicar al Papa que les conserve su antiguo pastor. En 1839, Gregorio XVI lo declaraba *in pectore* en el consistorio de 23 de Diciembre, y lo proclamaba cardenal del título de S. Pedro y S. Marcelino en el de 14 de Diciembre de 1840. El nuevo Cardenal no vió en esta nueva y eminente dignidad, sino un motivo más para redoblar su ardor y su caridad en favor de los pobres y desvalidos. Todos los años se dirigia el santo Obispo á los retiros que para el clero habia establecido en el Piratello. Un correo habia llegado á Imola el 6 de Junio de 1846; el Obispo no se hallaba en su palacio, sino en el retiro, exhortando á su clero; su mayordomo le entrega los despachos en que le participan que Gregorio XVI no existia ya; Mastai sale de Imola, á cuya iglesia no debia volver jamás. Llega á Roma el 14; entra el 15 en cónclave, y el 16 es proclamado pastor de todas las iglesias del mundo católico, y va á ceñir la triple corona de padre de los príncipes, guia de los reyes sobre la tierra y vicario de Jesucristo.

El 17 de Junio, á las nueve de la mañana, una inmensa multitud cubria

la plaza del Quirinal, aguardando ansiosa la proclamacion del nuevo Pontífice. ¡El nuevo Papa iba á presentarse por primera vez á su pueblo! En frenéticos aplausos prorumpió la muchedumbre, que admira su fisonomía llena de nobleza y de dulzura, y la conmocion que se nota en su semblante lleno de amabilidad. Venciendo su emocion, da su bendicion al pueblo romano y al mundo todo. Hallábase visiblemente conmovido, lágrimas corrian de sus megillas al contemplar desde el balcon del palacio más hermoso del mundo la multitud inmensa postrada á su presencia. Sabia que en aquella hora todo el mundo católico se inclinaba bajo su mano, que hombres que jamás le habian visto, que no le verán jamás, que no sabian áun su nombre, que no hablaban su lengua, que habitaban al otro lado de los mares en las extremidades de la tierra, le mirarian desde entónces como su padre, obedecerian su ley, que ninguna fuerza material les imponia, como la de su señor espiritual. Sentíase el más augusto, el más poderoso entre todos los hombres; manifestábase al pueblo en toda su gloria entre el sonido de las trompetas y el estruendo de los cañones, como Dios en Sinaí en medio de los relámpagos y rayos; y despues, al volver la vista á sí mismo, se encontraba tan débil, tan pobre, tan perecedero como los demás mortales en comparacion del Dios de quien era vicario sobre la tierra. La tarde de aquel mismo dia el Papa tomó posesion de la basílica del Vaticano, y el 21 de Junio se coronó solemnemente en la misma iglesia, en presencia del Sacro Colegio, de los embajadores de los príncipes y del pueblo romano. Apénas instalado en el palacio Quirinal, redujo á lo más estricto sus gastos particulares. Ajena su alma de toda ambicion para su familia, no piensa sino en los rigorosos deberes que su elevada posicion le impone. El nepotismo de los papas, esa plaga que en todos los siglos ha afligido al pueblo romano, es rechazado con el mayor vigor por él; y llega á tal punto su virtud que prohibe á su familia establecerse en Roma, y manda que un hijo de su hermana, jóven oficial de su ejército, no reciba ascenso alguno y sea tratado como los demás. Dedica sus primeros momentos al volver al Quirinal á dar noticia á las potencias extranjeras de su elevacion al trono pontifical y al exámen de las reformas que se proponia verificar. Con la rapidez del viento corre por toda Roma y se difunde á las provincias que Pio IX no solo seguirá en el gobierno un método opuesto á su predecesor, sino que ofrece comenzar su reinado con una amnistía. Las cárceles se hallaban llenas de detenidos políticos; cuantos acuden á implorar la clemencia del Papa, obtienen su perdon. Creian que Mastai se contentaria con tener el gobierno espiritual y que abandonaria el temporal en manos de algunos ministros de la Sacra Asamblea. Pio IX tenia más alta idea de sus deberes: obispo, habia sido un apóstol; papa, era á la vez rey y pontífice y no queria declinar en nadie esta doble responsabilidad.

Para acallar á los cardenales, para vencer las preocupaciones en que se hallaban, quiso discutir con ellos el principio y las bases de la importante medida de la amnistía. Con la conviccion que abrigaba su corazon, con la dulzura que respiraban todas sus palabras, combatió todas las observaciones que le hicieron, y parecian todos convencidos; empero en el momento de la votacion todas las bolas contenidas en la urna aparecen negras: entónces Pio IX toma una resolucion; quita de su venerable cabeza el solideo blanco, y colocándolo sobre las bolas negras, les dice con firmeza: *¡Todas son blancas!* Desde aquel momento la amnistía fué una medida irrevocable. El 16 de Julio de 1846, al mes justo de su eleccion, Pio IX da el decreto de amnistía. El decreto se fijó á las siete de la noche; sábese al momento en la ciudad; en todas partes se forman grupos y lo leen á las luces de las antorchas. *¡Al Quirinal, al Quirinal!* gritan de todas partes. Inmediatamente la multitud se pone en marcha, y en un momento masas compactas y numerosas ocupan la gran plaza del palacio. Millares de voces demandan la presencia del Papa; el pueblo queria verlo. Pio IX se presenta en el balcon y da la bendicion á su pueblo; millares de antorchas reflejaban sus rayos de luz sobre los rostros diversos de miles de hombres, mujeres, niños y ancianos; todos juntos lloraban y gritaban de alegría. Pio IX se hallaba afectado al ver aquellas demostraciones. A la mañana siguiente, con motivo de la fiesta de S. Vicente de Paul, fué el Papa á la iglesia de los Lazaristas; todas las calles se hallaban suntuosamente colgadas, adornadas de banderas con los colores del Pontífice; el suelo se hallaba cubierto de flores. Al retirarse el Papa en su coche al Quirinal, una multitud de jóvenes en medio de la plaza Colonna desengancharon los caballos y arrastraron con sus brazos la pesada carroza pontifical. En vano el modesto Pontífice rechaza este homenaje; en vano grita que degradan su condicion de hombres; el entusiasmo habia llegado á un punto indescriptible. Apénas se tiene noticia en las provincias del decreto de amnistía comienzan las fiestas en todas partes. Bolonia coloca en su plaza el busto de Pio IX. Ancona hace grabar sobre una columna de mármol el decreto en letras de oro para evitar que lo arranquen algunos miserables, como habian osado hacerlo en medio de la oscuridad de la noche. Otro de los primeros actos de su administracion fué resolver afirmativamente la cuestion de los caminos de hierro en el interés del comercio y de la industria de los Estados pontificales. Nombróse una comision de hombres especiales que diesen impulso á esta idea, estableciendo una línea de Roma á Civita-Vecchia, otra de Civita-Vecchia á Ancona y otra de Roma á las fronteras del reino de Nápoles. Los primeros actos de la administracion del Papa habian excitado la atencion de la Europa. Luis Felipe, queriendo conocer exactamente el carácter de Pio IX, hace que su hijo el príncipe de Joinville

pase á Roma á cumplimentarle en su nombre. El príncipe de Joinville queda prendado del carácter de Pio IX, como todos aquellos que han tenido la dicha de hablar con él, áun por una sola vez.

La fiesta de la Natividad de la Vírgen, el 8 de Setiembre, es en Roma no solamente una fiesta religiosa, sino tambien nacional, y es costumbre que los papas vayan á celebrar en la iglesia de Sta. María del Pópolo este dia. La fiesta del 8 de Setiembre de 1846 jamás ha tenido, ni tendrá tal vez, otra igual ni semejante en los anales del pueblo. De todas las ventanas se arrojaban flores que cubrian la carroza del Papa, la cual adelantaba muy lentamente en medio de las olas de la multitud de gente, porque habian acudido aquel dia á la ciudad de Roma las poblaciones de las ciudades y los campos de las diversas partes de los Estados de la Iglesia; precedian al coche del Papa multitud de jóvenes que llevaban ramas de olivas y banderas con los colores pontificales. La multitud, que llenaba las calles, los balcones y hasta los tejados, gritaba con todas sus fuerzas victoreando al Pontífice. Roma habia resuelto hacer de este paseo del Santo Padre una marcha triunfal, y una suscricion abierta anticipadamente habia proporcionado los medios. El arquitecto Felipe Chiconetti habia levantado un arco de triunfo á la entrada de la plaza, por debajo de cuyo arco debia pasar el Pontífice. Todos los tiranos de Roma habian tenido arcos de triunfo y estatuas en vida: ¡justo era que Roma consagrase uno al que aclamaba como su libertador! Pio IX al volver de su ovacion al palacio Quirinal, da su bendicion al pueblo, y más de treinta mil almas reunidas en la inmensa plaza, callan instantáneamente y caen de rodillas, miéntras el Pontífice pronuncia su bendicion con los ojos llenos de lágrimas y las manos alzadas al cielo. En medio de sus preocupaciones por las reformas políticas y administrativas, el Papa ocupa muchos dias en visitar de incógnito, y sin ser aguardado, los principales establecimientos de Roma. Vuelve á ver el hospicio apostólico de San Miguel, de que habia sido tan celoso administrador. Príncipe, la suerte del soldado le merece una particular atencion. La administracion de justicia en Roma era lenta y defectuosa: nombra una comision de jurisconsultos, elegidos entre los abogados más distinguidos de los Estados pontificios, para que coordinen las leyes y los reglamentos, y le presenten las bases de un nuevo Código civil, criminal y de procedimientos. La popularidad inmensa que en poco tiempo habia adquirido el Papa asusta al Austria. Cada medida de reforma que adopta producia una nueva manifestacion de entusiasmo por parte del pueblo. Estas manifestaciones podian llegar un dia á ser peligrosas. El pueblo contraia el hábito de reunirse, de entenderse y de sitiar en masa frecuentemente las avenidas del palacio: debia llegar un dia en que agitadores hábiles, sin más que decir una palabra y hacer una señal, podian

cambiar estas pacíficas demostraciones en tumultuoso desórden; las masas, hasta entónces tan sumisas, que llegaban al monte Quirinal á recibir postradas la bendicion del Pontífice, debian venir un dia á demandar la separacion de los dos poderes, la destruccion de la obra de Constantino y de Carlo-Magno. Publicóse una circular, no sin haber precedido una fuerte discusion entre el Pontífice y su ministro, previniendo al pueblo que el Papa deseaba se evitasen estas frecuentes manifestaciones, que *suspendian los trabajos* y ocasionaban grandes gastos á los pueblos, invitándoles á que aguardasen tranquilamente la adopcion de las medidas que el gobierno se proponia dictar para el bien del país. El Papa, aprovechando las vacaciones de Octubre, marchó á visitar las ciudades inmediatas á Roma. Un mes hacia que el Pontífice se hallaba fuera. A su vuelta, no obstante la circular sobre manifestaciones públicas, el pueblo en masa sale á su encuentro, lo recibe con palmas y olivas y con entusiasmados vivas, y el Pontífice da signos visibles del placer que experimenta al encontrarse nuevamente con su pueblo. Su entrada en la ciudad de Roma fué una entrada triunfal. Roma desde entónces continuó en sus manifestaciones, y la circular que las prohibia, quedó de hecho y para siempre anulada. La dulzura que habia manifestado en esta ocasion el respetable Pontífice, debia algun dia causarle grandes amarguras. Era increible el entusiasmo que inspiraban las virtudes de Pio IX. Por todas partes se elevaban voces al cielo rogando por la conservacion de su vida; la más ligera alteracion en su semblante causaba la mayor inquietud. En todas las grandes reformas que habia emprendido y debia continuar, el Pontífice procede segun las inclinaciones de su corazon. Algunos creian que contaba, en la árdua empresa que habia acometido, con el poder de la Francia, empero cuando se concluyeron las negociaciones del matrimonio de la reina Isabel II y de su augusta hermana, heredera presuntiva del trono español, el embajador francés, conde de Rossi, fué llamado á París para recibir instrucciones. El gobierno francés, que no habia dudado romper la cordial inteligencia que le unia con el gabinete de Lóndres, por ver al duque de Montpensier colocado en la primera grada del trono de España, trató de atraerse para en caso de rompimiento el concurso de Austria, y abandonó la línea política que habia seguido hasta entónces en los negocios de Roma. Vióse entónces el Papa abandonado de todos; empero, cobrando fuerzas en la meditacion y en la oracion, resolvió llevar adelante su propósito. El dia 8 de Setiembre de 1846 celebró la solemne toma de posesion de la silla apostólica en la iglesia de San Juan de Letran. En aquel mismo dia dirige el Pontífice una encíclica á todos los obispos del orbe católico, que puede considerarse como su programa espiritual, implorando de la divina clemencia la plenitud de las luces para el gobierno de la Iglesia, concediendo un jubileo

temporal. Al abandono en que se halla el Pontífice, á los obstáculos que oponen á su marcha los amigos del anterior gobierno, que su espíritu tolerante habia conservado en los empleos públicos, se agregan tambien los elementos. La escasez de la cosecha, la inminente falta de cereales aumentan extraordinariamente el precio del pan, y asoman el hambre y la miseria. Hace comprar por su cuenta en Odesa grandes cantidades de trigo, y obtiene del Sultan que en sus puertos sean preferidos á los de cualquiera otra nacion para cargar el grano los buques pontificios. Apénas ha salvado á su pueblo del hambre, descarga la providencia sobre él otro azote más terrible y repentino. El 10 de Diciembre, las continuadas lluvias y la nieve derretida por un fuerte viento austral, hacen que el Tiber salga de madre y anegue la parte baja de la ciudad. En tan miserable infortunio, Pio IX no puede contener las lágrimas; víveres, dinero, todo lo que podia ser útil á los inundados, lo manda inmediatamente de su palacio del Quirinal. Cuesta gran trabajo á los de su corte el que no abandone su morada y vaya á los cuarteles inundados por el agua á socorrer las víctimas y á animar á sus salvadores. La carestía de los víveres habia producido desórdenes en algunas provincias; Gezi y Fimne-Esino habian sido teatro de desórdenes ocasionados por el temor del hambre. Pio IX promulgó una amnistía que se extiende sin excepcion á todos los que se habian comprometido en estos movimientos. No se limita su paternal cuidado solo á los estados de que es soberano temporal, su ardiente caridad alcanza á todo el mundo católico. Horrorosamente conmovido por la miseria terrible de Irlanda, por el hambre que diezma la poblacion de aquel país tan católico, el Papa abre en Roma una suscricion á cuya cabeza se coloca contribuyendo con mil duros, invita á los ricos de sus estados y manda celebrar en la iglesia de San Andrés de la Valle, durante tres dias, un piadoso ejercicio implorando la misericordia del Señor sobre aquella desgraciada nacion. Los sermones, que tenian por objeto promover la caridad de los fieles, eran predicados en tres diferentes lenguas. La caridad del Papa fué recibida con entusiasmo, y los obispos católicos de Irlanda le escriben reconocidos á nombre del pueblo, y toda la nacion inglesa admira el espíritu evangélico del Pontífice, y su elogio se pronuncia hasta en las cámaras. En el consistorio de 25 de Diciembre hace los primeros nombramientos de cardenales. Para evitar se repitiesen los funestos efectos de una carestía, prohibió en 1.° de Enero de 1847 la extraccion de cereales en sus estados. Visita privada y repentinamente la mayor parte de los conventos para asegurarse de que se observa en ellos la disciplina eclesiástica, y recorre los hospitales de Roma dejando muestras de su generosidad en aquellos asilos del dolor. En el hospital de San Jacobo se detiene en la sala de hombres, y á vista de un enfermo próximo á exhalar el último suspiro, se aproxima á su lecho, y

con apostólica caridad dobla su rodilla, y recomienda su alma á Dios para que le lleve á la paz y al reposo del justo. Un modesto sacerdote lleno de celo y de piedad, habia establecido, hacia muchos años, con el concurso de la autoridad eclesiástica, en la iglesia de San Andrés *della Valle* unos ejercicios espirituales durante la octava de los Reyes. Todos los ritos diversos, los griegos, los armenios y los sirios, acudian á celebrar una misa, y todos los dias se predicaba en diversos idiomas. El P. Ventura, elocuente predicador, el amigo entónces del Pontífice, se habia encargado el dia último de la predicacion italiana. Un inmenso auditorio dirige la vista al púlpito donde habia de aparecer el elocuente teatino. Habíase terminado el rosario y ansiaban todos ver al orador en la sagrada cátedra, cuando un movimiento inusitado se notó en todos; la sorpresa y la admiracion de la inmensa multitud llega á su colmo al ver aparecer en el púlpito, en lugar del padre Ventura, al papa Pio IX. A ejemplo de Leon *el Grande* y de Gregorio *el Grande*, el piadoso Pontífice habia creido de su deber tratar de corregir una mala costumbre del pueblo romano; esta costumbre es la blasfemia. Dificilmente se encontrará una nacion, cuyo pueblo bajo pronuncie imprecaciones contra la Divinidad más horrendas y aterradoras. ¡Cuánta animacion! ¡cuánta piedad respiraban las palabras de su santa predicacion! No se recordaba ejemplo semejante hacia muchos siglos; parecia al pueblo oir á un papa de los tiempos de la primitiva Iglesia. La majestad del Pontífice, templada por la expresion de dulzura y de gracia que forma el carácter de Pio IX y que resplandece en su apacible rostro, causaron en todos una impresion imposible de describir. La influencia moral del Papa sobre las poblaciones de sus estados es inmensa, extraordinaria. En todas partes sus palabras y su ejemplo sofocan las discordias, calman los odios y producen la paz. Las reformas sucesivas que el Papa concede á sus estados excitan la animadversion del partido absolutista, al paso que animan á los estados vecinos. La Suiza se declara contra la existencia de los jesuitas, armándose Friburgo, Berna siguiendo su ejemplo con mayor ardor, y Lucerna llamando á las armas á todos sus contingentes. En el Piamonte, en la Lombardía y en Venecia hay una agitacion general, notándose más particularmente los síntomas de inquietud en el reino Lombardo-Veneto. En Toscana, en Pisa, en Liorna, en Nápoles, en Sicilia, anúncianse tambien síntomas de descontento; la misma capital de Austria lo muestra por los actos de su gobierno. La Dinamarca, la Germania entera se ocupan con calor de las reformas políticas; en Prusia se manifiesta más claramente el antiguo gérmen liberal, y en Francia se anuncian tambien movimientos que comprimen la política y la fuerza de Luis Felipe; los periódicos de Roma son prohibidos en Milan y en todos los estados del Austria. La fama del Pontífice excita

no solo la atencion de los pueblos sino la admiracion de los reyes. No solo el hijo de Luis Felipe viene á saludarle y á admirar personalmente su gloria, sino que van tambien la reina de los Países Bajos con su hijo Alejandro, el príncipe Valentino de Mónaco, el príncipe Maximiliano de Baviera y la reina María Cristina de España, á quien acogió el Pontífice con la benevolencia y altas consideraciones á que era acreedora esta soberana, que en el momento que recibió el cetro de mano de su moribundo esposo, para regirlo interinamente, comenzó su gobierno de una manera parecida á la del Pontífice, abriendo las puertas de la patria á los que por diez años anduvieron errantes mendigando el pan extranjero, y dotando á su patria de instituciones liberales como el Pontífice proyectaba hacerlo. No solo este punto de contacto mediaba entre la excelsa princesa y el jefe visible de la Iglesia Pio IX; la série de los acontecimientos posteriores debia asimilarlos aún más: Pio IX debia probar más tarde, como María Cristina habia probado ya, la ingratitud de los hombres á quienes habia dado una patria y una libertad de que estaban privados. No solo los príncipes de la cristiandad prestan el homenaje de su admiracion á Pio IX. Por una de esas revoluciones de que la historia no ofrece acaso ejemplo alguno, pero de que Dios solo se reserva la inteligencia y la explicacion; el sucesor de los califas, el descendiente de Mahomet II y de Soliman *el Grande*, el que habia proyectado llevar sus genízaros á San Pedro, envia á Roma un embajador para que se presente á Pio IX, al sucesor de Urbano II, predicador de la primera cruzada, de Pio V, que habia hecho coligar la Europa entera contra la potencia de los osmanlies, y que habia reunido todas las marinas europeas contra las escuadras turcas! Chekib-Effendi, embajador de la sublime Puerta en la corte de Viena, pasa á Roma en nombre del sultan Abdul-Medjid á felicitar á Pio IX por su elevacion al pontificado. El dia 14 de Junio, la media luna, la enemiga más constante de la cruz de Cristo, rinde un homenaje al vicario de Jesucristo. Era una cosa prodigiosa en Roma ver á un embajador musulman, venir á tratar con el jefe del cristianismo los grandes intereses de esta religion en el Oriente. Roma no habia visto un embajador turco en su recinto desde que Bayaceto en 1490 dirigió su embajador á Inocencio VIII para interesarle en favor de su hijo prisionero de los caballeros de Malta.

En su conferencia con el enviado del Gran Turco, acuerda el Papa el restablecimiento del patriarca latino en Jerusalen para hacerle el tutor natural de los católicos, y para encargarle de exponer sus agravios al divan y demandar su remedio. Así Pio IX hace no una simple innovacion, sino una revolucion verdadera en las tradiciones del Oriente. Así la Francia, el Austria y la Rusia perdian con esta medida el protectorado de las provincias del Danubio y de la Armenia; protectorado que habia sido ineli-

caz, porque en 1840 se habian separado los drusos y los maronitas. La Inglaterra sola era la que apoyaba al Papa en esta cuestion, viéndose ¡cosa singular! defendido el Pontífice, el jefe de los católicos por la Inglaterra protestante y por el jefe del islamismo.

Quedó el Gran Turco tan satisfecho de este arreglo, que queria dotar ricamente al nuevo patriarca, empero el Papa rehusó su dotacion para no colocarle bajo la dependencia de la Puerta. Pio IX busca para tan elevado cargo al P. Valerga, misionero en la Mesopotamia y en la Persia, con la obligacion de residir en Jerusalen, cuyo patriarcado existirá ya en lo sucesivo de hecho y de derecho. El Papa consagró con sus propias manos en la capilla Paulina del Quirinal al nuevo patriarca, y le dió sus instrucciones para regir los cristianos de la Siria.

Roma carecia de una municipalidad, y el Pontífice nombra en los primeros dias de Enero una comision encargada de redactar el proyecto de una magistratura económica administrativa popular para esta ciudad, y mejorar al mismo tiempo las de las demás de sus estados, que disfrutaban ya de este beneficio. Otra comision es nombrada para establecer el alumbrado de gas en la ciudad. Los romanos habian manifestado sus deseos de tener una prensa periódica, y aguardaban el decreto que les concediese esta libertad. Desde el principio de 1847 aparece en Roma *El Contemporáneo*, *La Bilancia*, *La Palade*, *El Itálico* y otros muchos periódicos. En vano el embajador de Austria y el de Francia indirectamente, representan al Papa los inconvenientes de una prensa sin garantías *ni cauciones*. El ministro Gizzi, hombre legal por excelencia, consigue del Papa, en 12 de Marzo un decreto estableciendo la prévia censura; empero el Papa que estaba por la latitud de la prensa, se reserva el nombramiento de los censores, y su eleccion fué la más segura garantía para los escritores. El movimiento y la efervescencia de los espíritus en la Italia, ocasionado por la marcha progresiva del gobierno pontifical, comenzó á inquietar al gabinete de Viena, siempre rezeloso, siempre temblando por su reino Lombardo-Veneto. El conde de Lutzow, embajador de Austria en Roma, acumulaba nota sobre nota y unia las amenazas á las representaciones. El embajador francés lo apoyaba indirectamente. Metternich piensa hacer una pequeña demostracion sobre las fronteras, y al saberse en Roma que diversos cuerpos de tropas imperiales se aproximan á las fronteras de los Estados Pontificios, es grande la exasperacion, háblase en los momentos de entusiasmo hasta de marchar en masa contra los austriacos.

El cardenal Gabriel Ferretti, primo hermano del Papa, que habia sido elevado al cardenalato por Gregorio XVI en 1839, suplica á su pariente y soberano que le conceda el gobierno de las ciudades de Urbino y Pésaro, las más inmediatas á las posesiones austriacas. Ferretti, jóven aún, habia ser-

vido en el ejército francés hasta el segundo destierro del emperador Napoleon. En 1831, obispo de Rietti habia defendido su ciudad contra los insurgentes liberales; poniéndose al frente de las tropas, presentándose en el campo de batalla y batiendo á los rebeldes.

Quince años ántes habia peleado con las armas en la mano contra los principios liberales; empero el advenimiento de Pio IX al trono le habia reconciliado con el partido liberal. Obtiene el nombramiento que demanda, y al mismo tiempo (en Marzo) marcha al gobierno de Ferrara el cardenal Luis Ciacchi, que ya habia sido ántes gobernador de Roma. Ferrara era una de las legaciones de más importancia, porque su fortaleza se hallaba guarnecida por los austriacos. El Papa, que habia entrado en comunicaciones oficiales con el Sultan, esperaba que la Inglaterra protestante le enviase á Roma un embajador oficioso; miéntras que sus cámaras borraban de su constitucion la prohibicion que desde los tiempos de la reina Isabel habia de tener comunicaciones con la Santa Sede.

Hace desaparecer en sus estados los vestigios de la legislacion excepcional de la edad media contra los judíos, legislacion que se opone á la tolerancia del siglo en que vivimos, y que ya en otras naciones se habia derogado. Suprime la degradante ceremonia con que se abren las fiestas del carnaval, obligando á los restos del pueblo de Israel á ir al Capitolio y pagar una contribucion entre los silbidos y las burlas del pueblo. Encerrados en uno de los cuarteles más húmedos y mal sanos de la ciudad, no son libres de fijarse en otros puntos, y grandes puertas de hierro les dejan encerrados desde 1555 por disposicion de Paulo IV (Carrafa) apénas las campanas de la ciudad tocan las oraciones hasta el alba. Las ideas de tolerancia no estaban al alcance del fanatismo de los transtiberinos, y la piedad del Pontífice estuvo á punto de ser funesta al pueblo israelita. Armanse y resuelven atacarlos en su cuartel, dando fin de su existencia: no quieren concebir que todos son hermanos, que la última palabra de Cristo en la cruz fué de perdon, su último suspiro un legado de misericordia, que su vicario en la tierra, Pio IX, se propone cumplir, y miran á los judios como seres malditos.

Hacia doce años que las funciones del gran rabino se hallaban vacantes en el Gheto de Roma por no haber permitido su provision Gregorio XVI. Pio IX permite que Moise-Israel-Kassan venga del Oriente para instruir á sus hermanos de Roma; lo recibe afectuosamente en el Quirinal, y le recomienda que vele con la más tierna solicitud sobre los judios romanos. Kassan, uno de los hombres más sabios entre los israelitas, va á la sinagoga, y despues de tomar posesion de su sacerdocio, poeta y hombre de tradiciones bíblicas, sube á la tribuna y entona en la lengua hebrea un cántico digno de Moisés, de Isaias y de Simeon en honor de Pio IX.

El dia 14 de Abril otorga á su pueblo la reforma más importante, la *Consulta de Estado*. Bajo este nombre viene á establecerse una especie de cámara de diputados, debiendo componerse de un cardenal presidente, con el título de cardenal presidente de la Consulta de Estado, y un prelado vice-presidente, de veinticuatro consultores de Estado, cuatro por Roma y su comarca, dos por la provincia de Bolonia y uno por cada una de las otras provincias; reservándose el Papa el nombramiento del cardenal presidente y del prelado vice-presidente y tambien el nombramiento de los consultores sobre ternas de candidatos que debian presentar los respectivos consejos provinciales por medio del presidente de la provincia. La promesa de la Consulta de Estado era el paso más avanzado de las reformas del Papa, era el boceto de una cámara constitucional que más tarde se habia necesariamente de convocar. Grande impresion causó en el pueblo la lectura de semejante edicto, preparan una pública manifestacion, y las turbas fueron, como de costumbre, al Quirinal á victorear al Pontífice, y no se retiran hasta despues de recibir su bendicion.

Poco á poco iba desapareciendo el antiguo régimen con que habian sido gobernados los romanos: un solo ministro hasta entónces, como en los antiguos tiempos, dirigia la máquina del estado. El 14 de Junio un decreto ordenó la organizacion de un Consejo de Ministros. Este decreto era solo una innovacion, preludio de que en breve se formaria un ministerio propiamente dicho, en que pudieran tener lugar las personas seculares.

Un año habia trascurrido desde que Pio IX habia ocupado el trono de San Pedro: diverso era el aspecto de Roma del que presentaba á la muerte de su sucesor Gregorio XVI. El partido liberal, cuyo nombre osaba apénas pronunciarse entónces, se manifestaba ahora lleno de vida y de esperanza, y una agitacion casi organizada estaba anunciando que no pasaria mucho tiempo sin que en los Estados Pontificios se viesen en toda su latitud las instituciones constitucionales. La libertad en la discusion de las ideas, los escritos de la imprenta llevados al más alto punto de libertad, no obstante que existia la institucion de la censura, todo esto habia dado orígen á que los hombres se dividiesen colocándose en diversas posiciones; habíanse creado los partidos. El dia 17 de Junio, aniversario de la elevacion del pontífice Pio IX, los habitantes de los diversos barrios de Roma, adonde habian acudido los representantes de las provincias con sus banderas, van al Capitolio, y desfilan por delante de él, llevando á su cabeza el cuerpo militar de la Guardia cívica, existente áun en tiempo de Gregorio XVI y compuesto á lo más de cien hombres, con una magnífica bandera que los boloñeses habian regalado al pueblo romano. Detrás de este cuerpo organizado formaban las turbas de todos los cuarteles de la ciudad, marchando militarmente despues

los representantes de las ciudades convidadas. Dirígense todos al monte Quirinal, donde el pueblo se presenta al Pontífice formado en órden militar, haciéndole comprender claramente con sus palabras y en el continente militar, al tiempo que van á felicitarle por el aniversario de su elevacion, que quieren la formacion de una Guardia nacional, formacion que de hecho tenian ya, porque en casi todas las manifestaciones que habian precedido cada barrio tenia su bandera. En este dia las turbas se habian presentado como siempre; empero ántes de desfilar cantaron delante del Pontífice el himno llamado del *Vexillo* ó de la bandera, himno que fué denominado nacional; y despues, atravesando en masa y militarmente la ciudad entera, pasando por delante de todos los cuerpos de guardia de los Carabineros y de la línea, condujeron la bandera á la iglesia de Santa María de los Angeles, las Termas de Diocleciano, en donde el cardenal Ballufi, el primero de la creacion de Pio IX, bendijo con el Santísimo Sacramento á la multitud despues de haber cantado el *Te Deum*.

La Guardia nacional no era en Roma una institucion nueva. En 1798 la establecieron los republicanos franceses, y la conservó Pio VII á la vuelta de su largo destierro en 1814, viéndose imposibilitado de poner sobre las armas diez y ocho mil hombres, *contingente que de él exigia* el Congreso de Viena. Los sucesores de Pio VII redujeron los batallones de la Milicia cívica que aquel habia conservado, y bajo el reinado de Gregorio XVI no quedaban más que *cien hombres*; pero sin el derecho de nombrar sus oficiales, y como el solo recuerdo de una institucion de que habia disfrutado en otro tiempo la ciudad. El pueblo habia pedido la organizacion de la Guardia cívica. El Papa la habia hasta cierto punto consentido, escuchando y recibiendo afablemente la demostracion del dia de su aniversario. El ministro Gizzi se oponia á la adopcion de esta medida por un decreto, y el Papa queria que su publicacion fuese precisamente para el aniversario del dia en que concedió la amnistía. En vano el ministro hace presente al Pontífice que con las armas en las manos del pueblo se ponia á merced de las turbas inconstantes siempre, y el dia en que, además de cansados de tantas exigencias, su conciencia le obligase á resistir alguna, seria arrojado de Roma por los mismos hombres á quienes iba á entregar los fusiles para defenderle. No queriendo, pues, cargar con la responsabilidad de semejante acto, ofreció su dimision. Fué nombrado en su lugar el cardenal Ferretti, legado de Pésaro y primo del Pontífice. El armamento de la Milicia nacional fué recibido con el mayor entusiasmo; empero la impaciencia popular, que no conocia límites, viendo que pasaban algunos dias sin abrirse el alistamiento, creyó que esto era debido á las intrigas del partido contrario, y empezó á culpar en alta voz á los principales funcionarios. El pueblo abrió el alistamiento por sí mismo,

y en breve las numerosas turbas acudieron á inscribirse en los diversos barrios.

Aproximábase el aniversario de la amnistía, y tratábase de celebrarle por el pueblo con tres dias de festejos públicos, colocándose en la plaza del Pópolo la estatua colosal del Pontífice. Corre repentinamente el rumor de que los mal avenidos con las reformas del Papa, los partidarios del absolutismo, preparan turbar las fiestas de la amnistía excitando una revolucion en que, apoderándose de la persona del Papa, y encerrándole en un punto de las provincias, restablezcan el órden de cosas que las disposiciones de Pio IX habian hecho desaparecer.

Dirigidas por los clubs las turbas populares, cuya justicia es siempre tan bárbara como ejecutiva, resuelven el asesinato. La noche del 15 de Julio turbas numerosas marchan á San Andrés de la Valle para hablar al P. Ventura; y como si fuese una medida ordinaria de gobierno, le proponen que el pueblo, cuyo nombre usurpan siempre los revoltosos de todos los países, ha decidido matar á la mañana siguiente varias personas. El P. Ventura marcha inmediatamente al Quirinal, y entera al Papa de los peligros que amenazan á su pueblo. Encarga el Pontífice al P. Ventura que tranquilice las alarmadas turbas, y aquella misma noche salen de Roma Nardoni y Grasettini. Lambruschini halla un asilo en el palacio mismo del Pontífice, y á los tres dias parte para su arzobispado de Civita-Vecchia.

Grande era el terror en que se hallaba la ciudad de Roma. Ocultáronse la mayor parte de los inscriptos en las listas de proscripcion, y algunos buscaron su seguridad constituyéndose espontáneamente prisioneros en el castillo de Santo Angelo, miéntras que el populacho buscaba, sediento de venganza, á los otros, sin cuidarse de averiguar su culpabilidad, y sin más crímen que el haber sido designados como traidores por cualquier enemigo particular. La fuerza de línea se hallaba consignada en los cuarteles, y el pueblo, dueño de la ciudad, tenia patrullando su nueva Guardia cívica. El cardenal Ferretti llega de su legacion de Pésaro á Roma en la noche del 16, ignorante de los sucesos que agitaban á la ciudad, y al entrar por la puerta de Pópolo las turbas que recorren la ciudad detienen su carruaje, y le cuentan los peligros de que dicen han salvado la ciudad. Las fiestas con que debia solemnizarse la amnistía quedan suspendidas por precaucion.

El dia 17 el cardenal Ferretti inaugura la direccion de su ministerio, dando las gracias al pueblo romano por la moderacion que habia manifestado en la crísis por que atravesára; y citando el pasaje del decreto de amnistía en que Pio IX declara que la justicia es el primero de los deberes, ofrece que se hará justicia severa de los enemigos del órden, disponiendo la formacion de causa, y dando las gracias en nombre del Papa á los soldados

y oficiales de la Guardia cívica, reconociendo con aquel nombre á los jefes que los ciudadanos en los momentos de efervescencia habian nombrado por sí mismos. Desde entónces la Milicia cívica, áun ántes de salir su reglamento, supo oficialmente que tendria el derecho de elegir á los que debian mandarla.

El dia 19 de Julio, cuando Roma áun no habia vuelto en sí de la pasada agitacion, llega un correo extraordinario de Ferrara, que participa que los austriacos se habian apoderado de la ciudad. El Austria, segun los términos del artículo 103 del congreso de Viena, tenia derecho de poner guarnicion en las dos plazas pontificales de Ferrara y Comachio. La guarnicion austriaca ocupó militarmente la ciudad, sin avisar al legado y desoyendo sus protestas contra la audaz violacion del artículo 103, que si bien concede la facultad de tener guarnicion en la ciudadela de Ferrara al emperador de Austria, no le concede, empero, ningun derecho sobre la ciudad.

La conducta del cardenal Ciachi mereció los mayores elogios. Abriéronse alistamientos voluntarios, y se organizó la reserva de la Guardia cívica, ocupándose todos los dias los habitantes en ejercicios guerreros. Por todas partes no se oia más que el ruido del tambor; parecian renovarse los antiguos tiempos de Roma, y diariamente se creaban nuevos batallones. Finalmente, el clero forma una asociacion, bien sea por entusiasmo, bien por miedo á la exaltacion que agita á los espíritus, y se obliga á una contribucion mensual para el armamento de la Guardia cívica. La milicia, improvisada en Roma, se organiza en todos los Estados Pontificios. El ministro cardenal Ferretti, en los dias 20 y 21, visita los cuarteles de la Guardia cívica, y se manifiesta el más celoso partidario y protector de esta institucion.

Las armas que en las diversas manifestaciones habia adoptado el pueblo en sus banderas, pasan á ser las de la milicia de Roma: la loba dando de mamar á los gemelos, emblema de recuerdo gentílico, que solo representa la prostitucion y el fratricidio. La moderna Roma no existia, porque descendiese de la sangre de los romanos antiguos, porque pueblos tan elevados en nobleza y en valor como aquel han desaparecido por el trascurso de los tiempos. La Roma de hoy es la Roma de Pedro y de Pablo, que establecieron en ella la sede de la verdadera religion, mantenida milagrosamente por sus sucesores, de los que dos de ellos, S. Leon y S. Gregorio, la salvan, uno de la crueldad de Atila, otro del furor de Genserico; ciudad lavada, purificada y regenerada por el bautismo de sangre de millares de mártires, ciudad enriquecida por los pontífices, que han hecho más por su engrandecimiento y civilizacion bajo las alas misteriosas de la paloma, que hicieron jamás los *divinos* emperadores bajo el triunfante vuelo de sus águilas.

El dia 30 de Julio, el gobierno, para dar regularidad á la Guardia ci-

vica, formada de la manera tumultuaria que hemos indicado, publica su reglamento, declarándola obligatoria para todos los ciudadanos desde los veintiuno hasta los sesenta años, concediéndoles el libre nombramiento de sus oficiales y jefes, y dando á esta institucion la extension más democrática, pues solo se excluia de ella á las personas que no pudiesen probar su irreprensible conducta política y su adhesion al gobierno pontificio. Las continuas manifestaciones al Quirinal habian producido la costumbre de asociarse el pueblo, el cual se habia organizado por barrios; y al año, sus reuniones desordenadas en un principio presentaban todo el órden y aspecto militar. Eran la continuacion de los pretorianos de los Césares.

Es un hecho inconcuso en la historia, y de ello nos ofrecen repetidos ejemplos la Francia y la España, que en todas las partes del mundo donde ha habido una revolucion, á los pocos meses de haberse emprendido una marcha nueva, ya los gobiernos no son dueños del movimiento, sino que corren arrastrados por la violencia del mismo. La revolucion de Francia en sus primeros años nos presenta á Luis XVI.

Pio IX habia dado espontáneamente la amnistía; habia iniciado las reformas; habia prometido la Consulta de Estado; arma la Milicia nacional; la revolucion, cuya sed es inextinguible como la del hidrópico, le demanda despues de la Consulta de Estado la Constitucion; otorgada la Constitucion, la Constituyente italiana; y cuando se niegue á ella, le hará abandonar la ciudad eterna. Una medida al parecer administrativa, empero que debia influir mucho en la suerte política de la Italia, inaugura el Pontífice, de acuerdo con el rey de Cerdeña Cárlos Alberto y el duque de Toscana, firmando las primeras bases de la liga aduanera italiana el 2 de Agosto. La agitacion se mantenia constantemente viva con los escritos sediciosos é incendiarios que todos los dias se publicaban sin someterse á la censura, y que salian de prensas clandestinas, contra las que el gobernador publicó un severo edicto.

Pio IX, queriendo dar una prueba del placer con que miraba la institucion de la Guardia cívica, les concede que en los dias festivos den la guardia del cuartel Real, y el 5 de Setiembre permite al primer batallon haga el servicio en su palacio del Quirinal, donde les da un espléndido refresco y les admite á besar su santo pié. Los vivas que hasta entónces habia dado el pueblo romano, habian sido solo á su Pontífice. En este dia, en la calle del Corso, la más pública y hermosa de Roma, á la hora del paseo público, se dan vivas á la Constitucion, y este grito es repetido diversas veces, dando márgen á que el ministro publicase una notificacion alabando á los romanos, á quienes suponia ajenos de semejantes ideas, exhortándolos á mantenerse en la actual tranquilidad, y ofreciendo proceder contra los pocos que habian

proferido estos gritos de sedicion. La revolucion debia ser fiel á su pasado y á su porvenir; debia, arrojada sobre el plano inclinado de las concesiones, seguir la ley eterna de los cuerpos físicos, debia constantemente por la ley de gravedad llegar á su centro. La historia del mundo no debia quedar desmentida en Roma. Debia de dar al Pontífice-Rey las mismas pruebas de gratitud que habia dado á todos los monarcas del mundo.

Las reformas políticas de Roma, la cabeza del mundo cristiano, hechas por el Pontífice, conmueven al mundo. Iban á abrirse las esclusas de la revolucion, y sus devastadoras ondas á precipitarse sobre el universo entero. Las naciones, furiosas, ciegas, marchan como poseidas de un vértigo feroz, y la anarquía parece va á enseñorearse de la tierra. La ocupacion de Ferrara, la irritacion que muestra á su noticia el pueblo romano, y la rapidez con que se arma, precipitan los sucesos que temia el gabinete de Viena. El gran duque de Toscana adopta el primero la política del Papa, y el 4 de Setiembre dota á sus súbditos de instituciones análogas á las del pueblo romano, instituciones que no podian mantenerse en aquel estado; preludio inevitable de más lata libertad; principio de una série de forzadas concesiones. En Luca, el pueblo se levanta pidiendo al Duque iguales instituciones; empero el movimiento es comprimido, y los agitadores encerrados en los calabozos de Viareggio. Al dia siguiente el pueblo marcha al encuentro del príncipe, y clama tumultuosamente por la libertad de los prisioneros. Los antiguos ministros del Duque son forzados á presentar su dimision, y Cárlos Luis de Borbon promete solemnemente al pueblo darle iguales instituciones que las que tenian sus vecinos de Toscana. Poco tiempo despues Cárlos Luis de Borbon abdica su poder y cede su principado á la Toscana, mediante una fuerte pension. Estas noticias exaltan el ánimo de los romanos. El dia 8 de Setiembre, al marchar segun la antigua costumbre el Pontífice á la iglesia de Santa María del Pópolo, en cuya plaza se habia colocado la estatua colosal que debió servir para las fiestas de la amnistía, no fué marcha, sino un paseo triunfal y una continuada ovacion. La Guardia nacional, formada en cuadro, recibe las bendiciones del Pontífice en medio de las aclamaciones de la multitud y le acompaña al palacio del Quirinal, desde cuyo balcon vuelve á bendecirlos. Las preferencias marcadas que el ministro Ferretti concedia á la Guardia nacional, excitaron la rivalidad y celos de las tropas de línea y de los Carabineros. El Pontífice manda á su ministro que visite los cuarteles de línea y de los Carabineros, y el fuerte de Sant-Angelo.

El abate Vicente Gioberti, que con sus escritos habia difundido las ideas de libertad en la Italia, excitando los ánimos á la independencia y escribiendo contra la Compañía de Jesus; Gioberti, cuyo nombre repetian con aplauso los liberales de toda la península itálica, es aplaudido públicamente en las calles

de Roma. El conde Terencio Mamiani, cuyos talentos eran conocidos en Italia por su Historia de la Filosofía antigua, orador distinguido, poeta de gran nombre, se hallaba desterrado por haber tomado una parte muy activa en los movimientos liberales en la época de Gregorio XVI. La amnistía del Pontífice exigia de los amnistiados la palabra de honor de vivir dóciles y sometidos á su gobierno. Mamiani rehusó someterse á esta condicion; esperaba sin duda que los sucesos le hiciesen volver á Roma sin condicion alguna, y afectaba aparecer así más grande que tantos ilustres proscriptos como habian admitido la generosidad y clemencia de su príncipe. Llega esta á tal punto, que Pio IX le concede venir á Roma, y áun le recibe en su palacio del Quirinal con la mayor afabilidad, reconviniéndole con la admirable dulzura que forma su carácter, porque aún quiere permanecer rebelde á pesar suyo, y ofreciendo abrirle sus brazos cuando Dios quiera conducirle á ellos. Mamiani debia ser muy pronto el alma de la revolucion que iba á agitar á Roma y á lanzar de su seno al Sacerdote-Rey, al Santo, por haber practicado la justicia y sacrificádose por sus pueblos.

El ejemplo de la Toscana y de Luca agita el reino de Nápoles; el monarca de Turin observa una dudosa neutralidad en las cuestiones políticas; empero ambos pueblos se conmueven, y miéntras que el monarca de Turin cede al movimiento popular, el rey de Nápoles hace fusilar á los rebeldes, pone á precio la cabeza de sus jefes, y declara que no quiere oir nada en tanto que dure la insurreccion. Módena, Parma y Milan presentan tambien síntomas marcados de inquietud.

El 2 de Octubre fijase en las calles de Roma el *motu proprio* para el establecimiento del Municipio romano que habia sido encargado á una comision el 2 de Marzo. El Pontífice quiere dar á Roma, como dice en el preámbulo de su decreto, el esplendor antiguo de su representacion comunal, creando un Consejo y un Senado que deliberen y ejecuten todas las resoluciones en los diversos ramos de la administracion municipal. El decreto que ponia los intereses materiales de Roma en manos de sus principales ciudadanos, excita la alegría y el entusiasmo del pueblo que, como de costumbre, se trasporta en masa al Quirinal, recibe la bendicion del Pontífice, y recorre dando alegres vivas la ciudad espontáneamente iluminada. Al dia siguiente repítense iguales demostraciones por la mañana y por la noche.

La rivalidad entre la Guardia cívica y la tropa de línea existía; podia de un momento á otro surgir un conflicto, que ensangrentase las calles de Roma. La preponderancia que habia tomado la Guardia cívica, las contínuas distinciones de que era objeto por parte del gobierno romano, humillaba á la tropa de línea. Creen, pues, que una fiesta patriótica, un paseo militar, es el medio de hacerles fraternizar, y disponen esta funcion en la pradera de la

Farnesina, vastísimo recinto que se extiende entre las pendientes del monte Mario y el puente Molle. El Pontífice quiere tomar una parte en esta fiesta nacional, y bendecir á la vez todos sus hijos reunidos. El 8 de Octubre es el dia señalado para esta funcion patriótica; y los catorce batallones de la Guardia cívica, la tropa de línea y los Carabineros, se forman todos en el mismo campo de batalla, en donde mil quinientos años ántes el cristianismo habia triunfado, en donde Constantino habia agrupado sus tropas al rededor del Lábaro, consiguiendo aquella famosa victoria, que cambió la religion del imperio. El Pontífice desde la terraza del jardin del Vaticano presencia este espectáculo, y da la bendicion á su ejército reunido, que le aclama con entusiasmo, colocado entre el sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo, y el campo de batalla de Constantino, estas dos grandes etapas del cristianismo.

El mes de Octubre es consagrado en Roma á las vacaciones: ciérranse los tribunales; suspéndense los trabajos en los diversos ministerios, y ¡cosa inconcebible! el Estado queda en una completa parálisis. El Pontífice aprovecha esta época para visitar las ciudades de Albano y Castell-Gandolfo, y el puerto de Ancio, cuyas ruinas examina diligentemente, y en donde ordena importantes reparaciones. En todas partes es recibido con iguales aclamaciones. Miéntras todos descansan, el Pontífice constituye definitivamente en el 15 de Octubre la Consulta de Estado, decretada ya en el 14 de Abril, y la que teniendo ahora verificadas todas las elecciones, convoca de fijo para este dia. Imponderable es el entusiasmo que despliega el pueblo romano, apénas se promulga este decreto. El himno de Pio IX, ese cántico nacional debido á la lira de Rossini, el cisne de Pésaro, que habia enmudecido por tanto tiempo, es cantado delante del Quirinal, y repiten sus coros más de cien mil personas, cuyos ecos atronadores penetran hasta el palacio del Pontífice. Sale éste al balcon y á su presencia rinden las banderas, y un profundo silencio acoge las palabras y la bendicion del Pontífice, á que responden despues millares de frenéticos gritos de entusiasmo y alegría.

El 2 de Noviembre hizo el Papa los nombramientos para el Municipio y el Senado romano. El 4 de Noviembre, segun la costumbre de todos los años, el Pontífice va á la iglesia de S. Cárlos del Corso, en honor del santo arzobispo de Milan. Este dia, entre las aclamaciones al Papa, se oyen en el pueblo gritos y aclamaciones al reino Lombardo-Véneto, que ocasiona grandes rezelos al Austria. La prensa seguia excitando y manteniendo cada vez más viva y fuerte la agitacion en los ánimos. La censura era una cosa puramente nominal: los censores no se atrevian á condenar nada en política, limitándose casi sus funciones á vigilar sobre la pureza del dogma: sabian que el Pontífice estaba por la latitud en la prensa.

Los preliminares de la liga italiana, asentados el 2 de Agosto último, eran para la diplomacia europea un golpe terrible, y el Pontífice no queria detenerse en solo los preliminares, sino queriendo fijarla establemente, hace que la concluyan y firmen monseñor Carboli Busi por parte de Roma, el conde de S. Marzano por la Toscana, y el caballero Martini por la Cerdeña, en Turin el 3 de Noviembre, autorizados por Pio IX, Cárlos Alberto y Leopoldo II. Fernando de Nápoles y Francisco de Módena no entran en ella, á pretexto de tomarse tiempo para deliberar; empero todos conocieron que era una negativa. Este acto con respecto al punto de vista de la unidad italiana, es el más importante que se habia adoptado hasta entónces, el Pontífice comenzaba para la Italia el edificio que la Prusia por el Zollverein construyó para la unidad alemana. Los Estados Sardos, el gran ducado de Toscana y los Estados de la Iglesia, no formarán más que una sola potencia con respecto á las aduanas. Bien pronto esta liga hizo suspirar por otra, que asegurase la independencia de toda la Italia bajo una misma mano, y que reuniendo los veintidos millones de sus habitantes, la devolviese su antigua gloria y nacionalidad. Juzgaban unos que el llamado á tan alta empresa era el Pontífice, que habia iniciado las reformas liberales; juzgaban otros que esta empresa estaba reservada á la espada de Cárlos Alberto, quien más tarde, arrastrado por iguales ideas, tal vez por no comprometer su corona, debia exponer en los campos de batalla sus ejércitos y sus recursos, y á cambio de un momentáneo relámpago de gloria y de victoria, ser acusado de traidor un dia por los mismos que le destinaban para libertador de la Italia.

Llegó un dia en que Roma comenzó á asimilarse á las naciones constitucionales. La Consulta de Estado entra el 15 de Noviembre en posesion de los derechos que el Soberano Pontífice le habia conferido por su circular de 14 de Abril y su decreto de 15 de Octubre. Los diputados de las provincias son recibidos por el Papa en la sala principal del Quirinal. El Pontífice desde su trono los invita á ocuparse de las necesidades de los pueblos, y recibe las gracias de aquellos nuevos representantes del pais; da su bendicion á la nueva asamblea, y la invita á comenzar inmediatamente sus trabajos. Una grande demostracion del pueblo romano celebró aquella noche tan fausto suceso, recorriendo las calles de Roma á la luz de las antorchas, y llevando las banderas de Toscana y de Cerdeña, con la corbata de los colores italianos, verde, blanco y encarnado, cantando el himno de Pio IX y dando fervientes vivas á este Pontífice y á las ligas aduanera é italiana. Los representantes de Leopoldo y de Cárlos Alberto se asomaron á los balcones de sus palacios y redoblaron el entusiasmo de la multitud con su presencia. Marchó tambien el pueblo á festejar al lord Minto, rico par de Inglaterra, que viajando por Italia, llega á Roma con particulares instrucciones de su

gobierno, siendo el representante oficioso de una reina protestante, que por la constitucion de su país no podia entrar en comunicacion con la Santa Sede sin perder por aquel hecho todos los derechos á su corona.

Al lado de la Consulta de Estado, Pio IX crea otro cuerpo, que podia mirarse como el plantel de los empleados públicos; el cuerpo de los auditores de la Consulta de Estado. Roma acaba de entrar de hecho en el gobierno representativo. A la Consulta de Estado se habia sometido la revision de las más importantes leyes, entre ellas la de la libertad de la imprenta. Los enemigos de las reformas se hallaban aterrados y se agitaban sordamente. El cardenal Lambruschini, que en el movimiento popular de Julio habia hallado un asilo al lado del mismo Pontífice, hasta que el 16 pudo marchar con seguridad á su obispado de Civita-Vecchia, se hallaba allí en una posicion crítica: temia que en cualquier movimiento popular encontrase ménos recursos de defensa en una ciudad pequeña y aislada, que en la populosa Roma. Suplica, pues, al Pontífice le permita volver á la ciudad eterna, y contra el dictámen de las personas que se oponen á esta medida, Pio IX no quiere transformar en un verdadero destierro la ausencia del antiguo ministro de Gregorio XVI, de un anciano que habia por tanto tiempo ejercido el poder, y que sufria todas las humillaciones que lleva consigo el odio popular. La reforma gubernativa acabó de completarse el dia 29 de Diciembre, sustituyendo por un decreto al antiguo Consejo de Ministros un ministerio constitucional, en el que por primera vez se limita la autoridad de los ministros, cuyas decisiones habian sido hasta entónces sin apelacion, y se les declara responsables. Todos los ministros pertenecian á la prelatura; empero dentro de muy breve plazo el poder debia pasar todo entero á manos de los seculares.

Habia llegado el 1.° de Enero de 1848. ¡Grandes reformas se habian hecho en el de 1847! Preparábase el pueblo, como en los años anteriores, á trasladarse al Quirinal para cumplimentar á Pio IX. El punto de reunion era el consabido, el de siempre, la plaza del Pueblo; la hora la del anochecer, porque el pueblo romano estaba acostumbrado á hacer todas sus demostraciones al resplandor de las antorchas. Pronto ya á marchar el pueblo, la alarma se esparce entre las turbas, noticiosas de que el palacio de Pio IX se hallaba rodeado de fuerza armada, y dispuestas las tropas á impedir la llegada del pueblo hasta allí. El pueblo estaba en posesion, como hemos visto, de llegar libremente hasta las puertas del palacio de su soberano, y de verle salir, en medio de sus frenéticos aplausos, al balcon. Así pues, el furor del pueblo no conoce límites. Agítanse las masas, y un conflicto inminente iba á estallar entre la fuerza pública y las turbas populares. El senador de Roma, príncipe Corsini, jefe de la magistratura popular ejecutiva constituida re-

cientemente en la organizacion del Municipio romano, marcha á verse con el Pontífice y vuelve en seguida á pacificar á las turbas, manifestándoles que Pio IX se halla plenamente tranquilo, convencido de la fidelidad é inalterable sumision de los romanos, á los que al dia siguiente se reservaba dar una prueba de su benignidad. Las tropas que guarnecen el Quirinal reciben órden de volver á sus cuarteles, y el monte queda libre para el tránsito de los carruajes y de las gentes del pueblo, que en gran muchedumbre se presentaron ante el palacio.

Al dia siguiente, 2 de Enero, el pueblo presenció su victoria. Pio IX habia prometido pasar por delante de los cuarteles de la Guardia cívica sobre las tres de la tarde. Apénas ha salido el Pontífice de su palacio, de repente la magnífica calle del Corso aparece adornada con cien banderas y llena de un extraordinario concurso. Al entrar por la plaza del Pópolo muchos pelotones de cívicos rodean su carroza y los sigue una inmensa muchedumbre. Ciceruacchio salta sobre la trasera del coche del Pontífice y despliega una grande bandera blanca y amarilla, colores del Papa, en la cual estaba escrito: *Santo Padre, fidattevi del popolo.* Atronadoras eran las aclamaciones que resonaban por todas partes. Pio IX se hallaba conmovido; y al llegar al cuartel del segundo batallon, situado al principio de la calle de las Tres Fuentes (*Tre Fontane*), á la falda del Quirinal, suplica que se calme el entusiasmo y que callasen los excesivos vivas, porque se sentia indispuesto. Cuántos combates, cuánta angustia no sentiria el corazon del venerable Pontífice al escuchar aquellos aplausos, que en su alta sabiduría debia conocer eran preludio de sangrientas escenas. Su marcha, su paseo triunfal en la apariencia, no era su triunfo, era el triunfo del partido que la noche ántes habia obligado á retirar las tropas del Quirinal. Calla efectivamente el pueblo, y con religioso silencio le acompaña hasta el patio de su palacio. Al bajar del coche da las gracias cortesmente á las turbas, y les ruega hagan saber á las demás que necesitando reposo no podia dar desde el balcon la bendicion acostumbrada. El pueblo se hallaba satisfecho, habiendo conseguido la desaprobacion de las medidas que le impidieron el dia anterior su aproximacion al Quirinal. En aquel mismo dia la magistratura romana publicó una proclama, escrita en el sentido más liberal y progresista, que puede considerarse como una profesion de principios, y jurando sus individuos emplear todo su entendimiento, toda su vida y su firme voluntad en sostenerlos.

Al estado de intranquilidad y sorda agitacion en que se hallaba Roma se agrega la falta de recursos, aumentados considerablemente los gastos con el armamento de la Guardia cívica. En vano proponen algunos á Pio IX que disponga de los bienes eclesiásticos para atender con el producto de su venta á las necesidades públicas; en vano le pintan que en las graves urgencias

que aquejaban al Estado bastaria reservar una pequeña parte á los que se habian dedicado á la vida eclesiástica y religiosa, disponiendo de la supérflua; resistió el Papa constantemente esta medida, y se apeló á un empréstito como en los tiempos de Gregorio XVI. La casa de Haute suministró un millon de escudos, ó sean veinte millones de reales, si bien á mejores condiciones que los que en otra época habia hecho la casa de Rostchild.

El cardenal Ferreti se manifestaba eminentemente popular. Llevaba tan adelante su condescendencia, que hasta habia sentado algunas veces á su mesa al agitador Ciceruacchio, teniendo que sufrir, y áun celebrar con risa, los arranques patrióticos del grosero tribuno. Al brindar en una comida con el ministro de Estado en su villa del monte Soracte, Ciceruacchio habia dicho: «Bebo á la salud de vuestra Eminencia y de nuestro Padre Santo, pero por los dos solos; los demás son unos galeotes (*galeotacce*).

Diversas veces habia el cardenal Ferretti propuesto á su primo y soberano la necesidad de que le confiriese un poder absoluto y discrecional para mudar todos los empleados del Estado. Pio IX era enemigo de toda clase de reacciones, y aunque en vano, trató de moderar el ardor de su ministro, que se dejaba arrastrar demasiado por el curso de los sucesos. Insistió el ministro, y presentando su dimision la noche del 20 de Enero, fué la última de su primera existencia política. Partió de Roma y marchó á Rávena en calidad de legado de aquella ciudad y provincia.

El ministerio del cardenal Ferretti, ménos previsor que el de Gizzi, mimó á los agitadores, los sentó á su mesa, y no tuvo vigor para sostener sus órdenes... preparó muchos de los dolores y de las tempestades que iban á descargar sobre la cabeza tan clemente y venerable de Pio IX, de esa cabeza que no es dado olvidar á los que han tenido la dicha de haberla visto y contemplado. Palermo, la capital de la Sicilia, habia oido las concesiones de Pio IX, de Leopoldo, de Cárlos Alberto, y esperaba tal vez obtenerlas del mismo modo de la mano de su rey: empero llevada de su impaciencia, el 12 de Enero empuña las armas, combate contra los soldados napolitanos con toda la rabia, con todo el furor que inspira la antigua antipatía entre estos dos paises; establecen un gobierno popular, desechando las concesiones que para terminar la revolucion les hace mas tarde el rey de Nápoles; y en la ebriedad de una victoria completa, á la vista de sus plazas regadas con su sangre, y en presencia de las barricadas que habian levantado cubiertas con los cadáveres de sus habitantes, proclaman la constitucion del rey Fernando, y constituyen un gobierno provisional. Palermo fué la primera ciudad de Italia que llevó más adelante la revolucion plantando la bandera tricolor.

El ejemplo de Palermo, los continuos movimientos que se observan en Nápoles mismo, hacen por fin que el Rey otorgue á sus súbditos una constitu-

cion. El Senado romano invita en un edicto al pueblo á celebrar el acto singular de Fernando con una iluminacion general en la ciudad. Las turbas se reunieron como de costumbre en la plaza del Pópolo, y con las banderas pontificales, napolitanas y tricolores, marcharon cantando el himno nacional hácia el Capitolio. Al pasar por delante del convento de los Jesuitas, gritaron: ¡viva Ganganelli, viva Gioberti, viva la Italia! Un jóven pintor de la Sociedad de las Bellas Artes, al llegar al Capitolio ató la bandera tricolor de la Italia á la mano derecha de la estatua ecuestre de Marco Aurelio. Un frenético aplauso resonó entónces en todas partes, jurando dar la vida en defensa de aquellos colores de la libertad italiana.

La agitacion se habia constituido ya en el estado normal de la ciudad de Roma. Admitida la dimision del presidente del Consejo de Ministros, el cardenal Gabriel Ferretti, nombra Pio IX para reemplazarle al cardenal José Bofondi, que llega á Roma el 17 de Febrero. Su ministerio debia ser tan breve como borrascoso. El primer negocio que debia tratarse en Consejo de Ministros, cuya presidencia acababa de tomar, debia producir una gran conmocion popular. Tratábase de la adquisicion de algunos cañones para el ejército, y este negocio, votado favorablemente por la Consulta de Estado, habia pasado al Ministerio, cuyo consentimiento solo faltaba. El 8 de Febrero propagan por toda Roma con una admirable celeridad que el proyecto sometido á la aprobacion del Consejo de Ministros habia sido desechado en la sesion de la noche del 7. *¡El Ministerio es traidor!* fué el grito que resonó por todas partes, pronunciándose los nombres de algunos ministros como los más responsables de esta negativa; y sin enterarse de la certeza de la acusacion, sin oir consejo alguno, no solo admitieron como inconcusa esta opinión de traicion, sino que á la caida de la tarde se forman numerosos grupos en la plaza Colonna, y estos grupos se aumentan considerablemente y toman un carácter más amenazador á la entrada de la noche, reforzados con los artesanos que salen de sus trabajos.

Al dia siguiente se observa en la ciudad una mal reprimida tristeza, una profunda agitacion. Públicamente se pregunta porqué el Papa no ha procedido á la destitucion de sus ministros, como si estuviese obligado á licenciarlos inmediatamente y en el acto á la primera peticion de las turbas. El Ministerio cuya destitucion con tanta impaciencia deseaba el pueblo, era el mismo que habia dado tantos decretos reformadores; empero el aspecto amenazador que presentaba el pueblo, hábilmente dirigido por personas que no se mostraban á la luz del dia, era más bien que contra las personas de los ministros, con el objeto de ver las carteras de estos en manos de los seglares. El motivo que producia el movimiento no era tampoco de aquellos que podian afectar é interesar grandemente á las masas.

Asombrosa es la rapidez con que estas pasan de los transportes de indignacion á los del júbilo y la alegría, segun el impulso que reciben de sus directores. El 10 de Febrero el augusto Pio IX publica una alocucion ó encíclica, en la cual con palabras de un padre afectuoso que ama y quiere ser amado, abre su benéfico corazon á sus súbditos y les demuestra que comprende sus altas esperanzas; como pontífice bendice á la Italia, en su santísima bendicion usa de las expresiones más nobles y conmovedoras. Embriagados los romanos de alegría á la lectura de la alocucion, reúnense á las siete de la tarde en la plaza del Pópolo, y poco despues dirigen su marcha hácia el Quirinal. Con desprecio de las órdenes recientísimas de los jefes de la Guardia cívica, que prohibian la reunion de los soldados con el pueblo, marchan doce pelotones de cívicos armados con sus sables; sigue despues el batallon de niños de la Esperanza; en seguida una porcion de secciones del pueblo, mezcladas con los soldados de línea, viniendo tambien un peloton de eclesiásticos, todos con tres banderas á la cabeza, la pontificia en medio, á sus lados dos tricolores y con la cruz italiana al pecho. Llegan al Quirinal cantando el himno nacional; preséntase en el peristilo del palacio Pio IX, y hace señas de querer hablar.

La plaza, fuera de lo acostumbrado, se halla libre de carrozas y de los caballos de los dragones; no corre la gran fuente, y cesa la perpétua armonía de los dos inmensos caños que se oyen murmurar en la mitad del dia y en medio de la multitud, lo mismo que en las noches silenciosas se oyen resonar las cascadas en el desierto. El silencioso pueblo aguarda ávidamente las palabras del príncipe, que con voz lenta y sonora, porque la voz de Pio IX es bellísima, les dice: «Antes que la bendicion de Dios descienda sobre vosotros, sobre el resto de mis estados, y lo repito áun, sobre toda la Italia...» A semejantes acentos, el pueblo, conmovido, manifiesta su entusiasmo, tanto era el afecto y la emocion con que hablaba Pio IX. «Pido que todos esteis concordes y que mantengais la fe que habeis prometido al Pontífice....» Un grito universal *¡Sí, lo juramos!* imitó la detonacion del trueno, durando algunos minutos esta interrupcion. Despues Pio IX continuó: «Advierto, sin embargo, que no se levanten más esos gritos, que no son los gritos del pueblo, sino de unos pocos, y que no se me haga ninguna peticion contraria á la santidad de la Iglesia, porque *no puedo, no debo, no quiero admitirla.* Con esta condicion, con toda mi alma os bendigo.» Esto dicho, bendice al pueblo y se retira á su estancia. El Papa, al hablar al pueblo, no aparecia como otras veces acompañado de algun cardenal y los prelados. En el gran balcon del Quirinal resplandecian con los reflejos de las antorchas los brillantes cascos y las blancas cimeras de los nacionales.

Antes de salir al balcon el Pontífice habia reunido el estado mayor de la

Guardia civica, y les habia recomendado el órden publico y la vigilancia, participándoles tambien que instituiria una comision, para que además de reunir todos los proyectos de reformas, propusiese ella las que considerase necesarias, prometiendo finalmente dentro de la misma semana la secularizacion de algunos ministerios; pero exigiendo que se le dejase en libertad de hacer por sí mismo todos los beneficios á su pueblo. Este aguardaba con ansiedad el efecto de las promesas del dia 8 de cambiar dentro de la misma semana algunos ministros. El 12 de Febrero, tres ministros eclesiásticos ceden sus carteras siendo reemplazados por seglares. Tal fué el orígen y el principio de la entrada de los seglares en el ministerio de Roma. El Pontífice instituye una comision que le presente en un término breve una reforma de Constitucion compatible con la autoridad del Pontífice y con las exigencias del dia. Esta comision es toda eclesiástica. Intimidados los príncipes de Italia con las formas gigantescas que iban presentando los deseos y demandas de los pueblos, transigieron con sus súbditos y convinieron en otorgarles una Constitucion. Los primeros que la otorgaron fueron: Fernando rey de Nápoles, Cárlos Alberto de Cerdeña, y el gran duque de Toscana. Grande fué la alegría de los romanos al saber que Leopoldo habia concedido una Constitucion á su pueblo, formando así el tercer reino constitucional de la Italia. Toda la noche se pasó en demostraciones de alegría, llevando la bandera tricolor delante del palacio del ministro de Toscana.

Las reformas de Roma habian variado el sistema político de gobierno y dado más latitud á la libertad de los romanos; empero las agitaciones con que iba acompañada, los síntomas de revolucion que se anunciaban de cuando en cuando, produjeron una parálisis general en los negocios, cuyas primeras víctimas fueron por consiguiente los artesanos. Los ricos suspendieron los trabajos, y en la espectativa de un porvenir incierto, retiraron de la circulacion sus capitales; la clase media, limitando sus goces, disminuyó sus gastos, reduciéndose á la mayor economía; y la clase ínfima, falta de todos los medios de subsistencia, presentaba más de un peligro para la seguridad del Estado. El Pontífice nombra el 18 de Febrero una comision, compuesta de siete personas de la mayor popularidad, para que hagan una cuestacion por toda la ciudad en favor de las clases menesterosas. Una oferta espontánea de quinientos duros es la primera que se presenta á nombre del Pontífice, cuyas generosas liberalidades le habian reducido á él mismo á la clase de verdadero pobre.

Una grande amargura comprime el angustiado ánimo del Pontífice Rey, porque á pesar de sus promesas terminantes de dar una Constitucion á su pueblo, es tal la impaciencia de los que dirigen la agitacion de éste, que le preparan á actos positivos de insubordinacion, si en breve no obtenian de

él instituciones iguales á las que habian sido arrancadas á Fernando de Nápoles, Leopoldo de Toscana y Cárlos Alberto de Cerdeña. El Pontífice juzga conveniente reunir el cuerpo entero de la Guardia cívica, y hablarla el domingo 20 de Febrero. En el átrio grande del Belvedere, cerca del palacio Vaticano, forman en cuadro los batallones en número total de diez mil hombres. Jamás Roma habia visto reunidas, despues de muchos siglos, en tanto número las legiones de sus propios soldados. El Pontífice les dirige pocas palabras, quejándose de la injusticia de los que desconfian de sus promesas, recomendándoles la tranquilidad pública, y mostrándose altamente satisfecho de su comportamiento y actitud militar.

La Guardia cívica se retira, y el Pontífice torna al Quirinal, no ya á reposar, sino á dar las disposiciones que creia necesarias en el alarmante estado de cosas en lo interior y en el complicado que presentaban en lo exterior. Pio IX no temia la guerra; mas para conservar prudente la paz, ordena que se cree un centro de ejército, que se forme un campamento, y que hábiles capitanes extranjeros vengan á adiestrar sus tropas en los ejercicios militares. Pio IX se asombraba él mismo de las indefinidas y gigantescas proporciones que su pacífica reforma habia tomado en toda Italia, y trató de poner todo su cuidado en consolidar la paz universal. Trabaja noche y dia incesantemente con los ministros y con las comisiones, y es un milagro que su salud preciosa no se quebrante con las contínuas vigilias y el mucho trabajo. Nuevas circunstancias debian venir á acrecentar la agitacion en los Estados romanos, y á corroborar de una manera fuerte y poderosa los elementos de revolucion que dominaban en la capital del mundo cristiano.

La Francia, que en las tres jornadas de Julio habia levantado sobre el pavés revolucionario, y aclamado por su rey ciudadano á Luis Felipe de Orleans, la Francia, tambien en tres dias del mes de Febrero, derroca en un movimiento popular el trono que habia alzado diez y ocho años ántes, y proclama en su lugar la república. A la revolucion de Paris iba á responder inmediatamente la revolucion en todas partes. Viena, Berlin, la Italia, Inglaterra, la España. Solo estas dos últimas naciones se resisten al impetuoso torrente de la revolucion, cuyas esclusas habia abierto el movimiento de Paris, y que precipitando sus olas sobre el mundo parecia iban á sumergirlo. La Inglaterra, firme en sus tradiciones seculares, apoyada en una numerosa aristocracia, sofoca la rebelion de los cartistas. La España con un gobierno enérgico reprime los movimientos sediciosos que ensangrientan las calles de Madrid y de Sevilla, y lucha al mismo tiempo contra los enemigos dinásticos en Cataluña y Valencia. Todos los tronos del mundo se conmueven, excepto los tres ocupados por tres princesas, Victoria, Isabel II y María de la Gloria. Viena y Berlin sucumbieron al primer golpe de la revolucion. El

mundo todo vió con asombro levantarse una república en Francia, la Italia creyó asegurada su causa.

La impaciencia por la publicacion de la Constitucion se revela de una manera mas fuerte é imponente. Acusábase altamente la dilacion del Pontífice, olvidándose de que él, ántes que la Francia hubiese tremolado el estandarte de la república, ya habia proclamado en Roma, esclavizada por tantos siglos, las ideas de la libertad. Bolonia envia una diputacion á Pio IX para que no retarde la publicacion de la Constitucion, las demás ciudades de los Estados romanos le dirigen tambien apremiantes representaciones; en Roma mismo se redacta una instancia cubierta de millares de firmas; y una comision del Ayuntamiento se presenta al Pontífice, á quien debia necesariamente herir en su interior la ingrata impaciencia de sus pueblos; empero les promete que dentro de pocos dias concederá la Constitucion que tan incesantemente reclaman.

La revolucion de Francia habia ensanchado el círculo de las esperanzas de los revolucionarios. Sus demandas eran ya más exigentes; algunos de ellos aspiraban nada ménos que á restablecer la antigua república romana. Difícil era la posicion de Pio IX á vista de los graves sucesos que agitaban la Europa. Su doble dignidad de soberano temporal y de Pontífice le colocaban casi en lucha consigo mismo. El Pontífice debia velar por el depósito que habia recibido de sus antecesores; los Estados pontificios no eran su patrimonio, eran el patrimonio de toda la cristiandad, dados por Constantino y Carlomagno al jefe de la Iglesia, para que pudiera ser independiente, para que ninguna traba, ningun obstáculo pudiese influir en las decisiones espirituales que el mundo cristiano habia de obedecer. Así es que todos los estados del mundo pueden ser constitucionales, en todos puede el monarca ejercer su poder en participacion con el pueblo; en Roma el Papa jamás.

Convocó el 10 de Marzo un consistorio de cardenales, á los que comunicó el proyecto de Constitucion para oir su opinion sobre la misma, escuchó el dictámen de aquella augusta asamblea de la Iglesia, á fin de tomar ya una resolucion definitiva. Las grandes crísis políticas, producen necesariamente grandes cambios; así es que el ministerio Bofondi hace dimision el 10 de Marzo, y el cardenal Antonelli es nombrado en su lugar presidente del Consejo de Ministros. Jóven aún Antonelli, y muy hábil, habia hecho sus estudios con brillo en el Archi-Gimnasio Romano; y despues de haber recorrido los diversos cargos de la prelatura, fué delegado en Viterbo el año de 1834, y despues subsecretario del Ministerio de lo Interior, y tesorero general á la salida de Antonio Tosti, que lo habia sido todo el reinado de Gregorio XVI. Reunidos los nuevos ministros, publicaron una profesion de fe, franca, en un lenguaje enteramente del progreso y liberal.

El consistorio en que debia tratarse de la adopcion definitiva de la Constitucion se celebró el 12 de Marzo, y duró largo tiempo. El pueblo corrió al Quirinal, ansioso de observar el continente de los cardenales que iban á prestar su asentimiento á tan grave decision. Creian que casi todos los cardenales serian contrarios á la adopcion de esta medida, empero la Constitucion queda adoptada: el 14 de Marzo, dos dias despues del consistorio, se publica el estatuto fundamental del gobierno temporal de los Estados pontificios. Por él se les dotaba de un perfecto régimen constitucional.

La ciudad entera, áun ántes de analizar el tenor del mismo estatuto, prorumpe en grandes aplausos á Pio IX; y una inmensa multitud, mezclada con soldados de todas armas, con religiosos y hasta con una turba de mujeres, llevando al pecho la cruz italiana tricolor, marchan al Quirinal á dar gracias al soberano, de quien reciben la apostólica bendicion; el pueblo se retira despues, y la ciudad entera aparece iluminada y turbas discurren por todas partes con hachones encendidos cantando el himno nacional hasta el amanecer. Viene á perturbar estas manifestaciones de alegria y á entristecer aún más el corazon de Pio IX un aluvion del Tíber, ocasionado el 15 de Marzo por las continuas lluvias, quedando inundada la parte baja de la ciudad, y señaladamente el claustro israelítico. Los prodigios de caridad de Pio IX se reproducen en esta ocasion nuevamente y su celo excita el de la magistratura romana. Apénas cesa el aluvion, marcha para Pésaro y el campamento el tercer batallon de fusileros, en medio de las aclamaciones del pueblo, llevando los colores nacionales todos al pecho para combatir á los austriacos. Rápidamente iban á sucederse los acontecimientos; y el Pontífice, agobiado con tantos negocios de tan diversa índole, pasaba incansable de unos á otros, sin que le detuvieran los obstáculos ni las dificultades.

El dia 21 de Marzo llega á Roma una noticia de una importancia inmensa. El 14 en Viena habia estallado una revolucion. El edificio colosal que Meternich habia sostenido con su poderosa mano por espacio de más de medio siglo, habia venido á tierra; el viejo canciller, cuya política habia derribado el gran poder de Napoleon, que habia comprimido con mano fuerte todas las revoluciones de la libertad, tuvo que huir; y el Emperador con su familia, sitiado en su propio palacio, abandona fugitivo su capital, busca un asilo en una provincia fiel y lejana, y recibe la ley de las turbas amotinadas del pueblo y de los estudiantes, que constituyen un gobierno provisional.

La noticia de la revolucion de Viena al penetrar en las provincias sometidas al Austria, lleva consigo la insurreccion, que estalla en todas partes por donde pasa. No es solo el espíritu de imitacion, tan poderoso siempre, el que influye en la sublevacion espontánea de los italianos del Norte. Tratábase ántes de todo de anticiparse al momento en que por concesiones libera-

les el Austria procurase amortiguar y combatir los esfuerzos de las poblaciones á la independencia. Este pensamiento unánime determina una sublevacion general desde el Tesino al Adriático, y provocadas por la misma causa las dos revoluciones de Venecia y Milan, estallan casi simultáneamente. La constante aversion de los romanos contra el gobierno austriaco, tanto tiempo reprimida, suelta sus diques, y las turbas populares marchan en confuso tropel á la plaza de Venecia, penetran en el palacio del embajador, conde de Luzow, á quien no bastan á defender de los insultos del pueblo ni más de veintiseis años de residencia en aquella ciudad, ni el haber sido por tanto tiempo su casa el asilo y el consuelo de los pobres. Inmenso fué este dia el número de las turbas, porque los trabajadores y artesanos de todas clases recibieron sus salarios, y fueron enviados por sus amos á participar de la comun alegria. Reunidos en el punto ordinario, la plaza del Pueblo, se dirigen al Capitolio cerca de veinte pelotones capitaneados por Ciceruacchio; siguen dos pelotones del batallon de niños de la Esperanza, de los individuos de los círculos Romano y Popular y de algunas mujeres del pueblo, y pasan nuevamente por el palacio de Venecia, de donde habian arrancado pocas horas ántes las armas, cantando el himno nacional, colocan sobre su puerta una grande bandera italiana. A la vista de esta descubren todos la cabeza, saludándola con vivas á la revolucion *tedesca*, á la heróica Viena y á la nacion austriaca! Subieron al Capitolio, y desde allí se dirigieron al *Colosseo*, monumento el más grande que existe en la antigua Roma. El P. Alejandro Gavazzi recitó en aquel lugar, donde aún humea la sangre de los mártires, un discurso en que dió rienda suelta á su fogoso y atrevido carácter; y el doctor Massi improvisó una cancion en honor de las revoluciones y de Pio IX. El Ministerio, el 22 de Marzo decretó que en lo sucesivo las banderas romanas estuviesen adornadas con los tres colores italianos; y el comandante de la Guardia cívica ordenó tambien que sobre los uniformes de esta se llevasen asímismo los colores italianos en forma de cruz.

Un estro guerrero se habia apoderado de todos los ánimos; por todas partes no se gritaba más que *á las armas, para libertar la patria comun, la Italia, de la opresion extranjera!* En medio de este entusiasmo un correo extraordinario, que llega la noche del 22, consterna los ánimos, noticiando que el emperador de Austria habia prometido una constitucion, la libertad de imprenta y la organizacion de una Guardia nacional; y que el pueblo de Viena deponiendo toda rivalidad, lo habia nuevamente saludado por su emperador. Fernando I habia cedido ante la revolucion. Su corona debia permanecer poco tiempo sobre su cabeza! La noticia de haberse apaciguado la capital del Imperio austriaco con las concesiones y libertades que le ha-

bia otorgado el emperador Fernando, destruye muchas esperanzas; empero pasando rápidamente de estos sentimientos á los hechos, se dispone la movilizacion de los cívicos voluntarios, abriendo un alistamiento durante el dia 22 y su noche para disponerse á marchar á Bolonia. El dia 23 parten estos batallones, formados con toda premura, al mando del coronel Bini, en medio de los aplausos de una inmensa muchedumbre. Al mismo tiempo, el edicto de las autoridades anunciando que se abren suscriciones para el armamento y vestuario de estos voluntarios hace que se recojan numerosas cantidades, porque los príncipes romanos, bien sea por patriotismo, bien sea por miedo y deseo de asegurar sus cuantiosos bienes, entregan crecidas sumas. Esta legion voluntaria de ciudadanos soldados y de los estudiantes de la universidad de Roma, ascendia únicamente á mil doscientos hombres, cantidad insignificante para el entusiasmo que se manifestaba en Roma. La irritacion de los espíritus era grande en toda Italia. El 17 de Marzo llega á Venecia la noticia de la Constitucion concedida por el emperador de Austria á todos sus súbditos. El gobernador conde de Palfy proclama aquella misma noche esta noticia en el teatro, y á su grito de *viva Fernando, rey constitucional*, contesta la muchedumbre: *¡viva la Italia!* Estas dos aclamaciones presentaban con toda claridad la cuestion. Al dia siguiente el pueblo se reune en la plaza de San Marcos, combate valerosamente por espacio de dos dias, se apodera del arsenal, asesina al almirante austriaco MarianoWich, y arroja de su suelo á los austriacos proclamando la república el dia 19, nombrando presidente á Maccini.

El círculo Popular, el dia 27, al saber estas noticias, va á la iglesia de San Marcos, donde hace cantar un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Altísimo por la libertad de Venecia. Despues la multitud, con muchas banderas á su cabeza y cantando el himno de la Union, segun costumbre, apénas llega la noche se dirige con actitud amenazadora en dos formidables grupos á la casa profesa de Jesus y á la iglesia de S. Ignacio, é intiman á los jesuitas en medio de las más terribles amenazas, que en el término de tres dias evacuen sus conventos, porque su presencia era incompatible en un país constitucional. El Ministerio sin fuerza para defenderse, empero no queriendo obedecer las órdenes tumultuosas del pueblo, publica un decreto por el que el Papa permite que la Compañía de Jesus se aleje de sus estados, dejando el hábito religioso y abandonando sus conventos y casas. El Pontífice, que habia adoptado esta medida, habia tomado tambien providencias para que encontrasen en los puertos de sus estados recursos y buques en que embarcarse. La mayor parte lo hicieron en Civita-Vecchia, y de allí pasaron á los estados de América. La Compañía de Jesus, restablecida en Roma en tiempo de Leon XII, fué expulsada nuevamente bajo el aparente pretexto de

una licencia. Venecia habia sacudido el yugo del extranjero, habia proclamado su independencia y su libertad. Milan en los dias 18 y 19 levántase tambien en masa contra la guarnicion austriaca, combate con el valor que inspiran la desesperacion y el amor á la independencia, y arroja de la ciudad á la guarnicion. El anciano cuanto valiente general Radetzky no puede resistir al ímpetu excesivo de una poblacion entera, y saca al campo sus soldados. Toda la Brianza se halla en una completa insurreccion. Módena arroja de su seno al duque reinante, lo mismo que á los *Tudescos*, y constituye un gobierno popular. El mismo dia 27 el conde de Rignon, encargado de una comision especial por el rey de Cerdeña, llega á Roma con noticias favorables, declarando que á la cabeza del movimiento italiano para sostener la independencia de la península itálica, iba á colocarse el rey Cárlos Alberto, quien con este objeto habia dirigido una proclama á sus pueblos. El entusiasmo revolucionario adquiere grande incremento en Roma con la llegada de otra noticia importantísima. Berlin se habia sublevado y batido las tropas del Rey. En ninguna nacion parecia más fácil el establecimiento de una Constitucion. Parecia que Dios habia retirado su mano poderosa de las naciones, y que se habia apoderado de ellas un vértigo fatal, una fiebre violenta, cuyas pulsaciones se revelan por un violento sacudimiento. La amnistía dada por Pio IX al inaugurar su pontificado contenia algunas excepciones. Varios de los exceptuados habian ya experimentado la clemencia del Pontífice-Rey, empero aún quedaban fuera veintiseis indivíduos. Un decreto de 29 de Marzo borra enteramente esta excepcion, y les permite volver libremente y sin condiciones á su patria. El comandante de la Guardia cívica determina reforzar la fuerza de ella creando una division de artillería. Las provincias de los Estados pontificios, á imitacion de Roma, forman tambien legiones de voluntarios, siempre escasas en número, y las dirigen igualmente sobre el campo de batalla. La expulsion de los jesuitas reanima las esperanzas de los que quisieran ver extinguidas todas las órdenes religiosas, y en la noche del 31 de Marzo aparecen sobre todas las puertas de los conventos grandes carteles anunciando satíricamente *que se alquilan aquellas casas*. Todo sonreia por un momento á la causa de la independencia italiana. Pio IX promulga un edicto el 30 de Marzo, en que invita á todos los creyentes á atribuir únicamente á la Providencia Divina los sucesos actuales de la Italia. Aquel escrito fué recibido con universal júbilo y veneracion. Con brillantes auspicios comenzaba la revolucion de Italia. Los romanos se hallaban llenos de contento; hasta un suceso ajeno á la política, que habia contristado profundamente al Pontífice, regocija la ciudad de Roma. Las noticias de Viena no solo habian reanimado por un momento el ardor de los romanos, sino que algunos emigrados polacos, que habiendo encontrado los

años anteriores un asilo en aquella ciudad, creyeron, en medio de la agitacion universal que conmovia la Europa, llegado el momento de hacer algo por su patria, armáronse para combatir por ella. El dia ántes de su marcha reciben en un banquete una bandera tricolor italiana, con las armas de Pio IX, bandera que aceptan con la mayor emocion, que besan respetuosamente y que juran desplegar en medio de todos los peligros, sobre los campos de batalla cerca de la heróica Varsovia.

Una crísis financiera, espantosa, terrible, habia aquejado la Francia, la Inglaterra, la Alemania y la España. La agitacion de la Europa habia producido necesariamente una parálisis en las operaciones comerciales. La Banca romana se resintió de este golpe, y voces insidiosas aconsejaron que se realizasen repentinamente todos los billetes que habia emitido. Oprimida la Banca con tantas é imprevistas demandas de realizar, no pudo satisfacer sus pagos. En vano los directores de la Banca romana invocan la memoria de su antiguo crédito, y reclaman la confianza del público, procurando calmar sus temores; la Banca hubiera quebrado infaliblemente, si el Gobierno no hubiera venido en su ayuda. El ministro de Hacienda decreta que el recibo de los billetes del Banco sea obligatorio para todos durante tres meses, en cuyo tiempo el Gobierno tomaria una medida. El numerario, ya escaso entónces, desaparece enteramente, porque la Banca romana habia emitido billetes de la cantidad de un escudo (20 reales), dos escudos, cuatro escudos, cinco escudos y así sucesivamente. El término de tres meses era demasiado corto; así es que el público vió en esta promesa un engaño, pues que el Gobierno necesitaba sustituir al Banco otro establecimiento, que desempeñase las primeras operaciones. A los desastres financieros que afligen al estado se agrega otro peligro grave, que compromete por unos momentos la tranquilidad pública, pero que al fin puede reprimirse. Una gran multitud de trabajadores se reune en la plaza de los Santos Apóstoles, profiriendo tumultuariamente expresiones de venganza. La insolente turba componíase la mayor parte de vagos y de criminales. En aquella misma noche se hacen unas doscientas prisiones, y con esto la tranquilidad queda restablecida. La idea de la liga Italiana era el pensamiento dominante de los pueblos, quienes conocian que sin ella serían nulos cuantos esfuerzos hiciesen, para obtener la independencia de la península itálica. Los soberanos estaban dispuestos á concederla. Pio IX, el padre de la libertad de Italia, el que primero habia iniciado el sistema de las reformas, era el hombre más propio para presidir á esta federacion. Fernando de Nápoles habia prometido nombrar sus representantes para ella, y así lo anuncia en una proclama á sus súbditos, firmada el 9 de Abril, al mandar, cediendo á las instancias de sus pueblos, parte de sus soldados para que al lado del rey Cárlos Alberto

combatan por la independencia de la península. La esperanza de esta liga exalta el ánimo de los romanos, que noticiosos de que cerca de Roma, en la vecina Tívoli, existian algunos de los jesuitas que habian salido de la ciudad en el mes de Marzo, propalan que allí se está formando un *sonderbund*, para valernos de la acostumbrada frase, y tratan de marchar á Tívoli para arrojarlos á la fuerza. El obispo de Tivoli, para evitar una sangrienta catástrofe, ordena de oficio la salida de los jesuitas, incautándose de sus bienes y sus casas. La tempestuosa ondulacion política en las actuales circunstancias presenta una especie de fantasmagoría para fascinar á los pueblos. Los diversos representantes de los estados italianos iban á constituirse en una dieta ó liga, y la voluntad unánime de todos los pueblos de la Italia era que fuese presidida por Pio IX. Ya el rey de Nápoles, como lo habia prometido, habia enviado á Roma sus representantes, los que habian llegado el 18 de Abril y presentádose en el Quirinal; eran los príncipes del Colubrano y del Parano; el coronel Gamboa, Casimiro de Lielbo, el duque de Prato Palavicino y los dos secretarios Rugiero Bonghi y Alfonso Dragoneti. La Sicilia entra tambien en la liga; empero como se considera estado independiente de la Italia, elige sus representantes separadamente de Nápoles, y manda á Roma á La Farina, al baron Pisani y á los dos hermanos Amari, personas todas que se habian distinguido mucho, tomando una parte activa en la rebelion de su país. Se empezaba á ver en perspectiva ese gran sueño de la liga italiana, ese pensamiento irrealizable de la revolucion, por el que se habian conmovido los pueblos, y que iba á ocasionar muy luego en Roma una verdadera revolucion. Roma iba á pasar por nuevas vicisitudes. Roma, llena de belicoso entusiasmo, queria que Pio IX, vicario de un Dios de paz, armase su brazo y saliese á combatir contra los austriacos, los descendientes de aquellos bárbaros bajo cuyo yugo habia sucumbido en otro tiempo. La Italia toda creyó un momento vencer al extranjero, y asentándose sobre los Alpes mirar á los vencidos enemigos y tornar á su antiguo esplendor. Todos los pueblos de la Italia proponian en su pensamiento, y designaban en sus ensueños de unidad y de independencia, el trono de la Italia reunida en el antiguo Capitolio de Roma. A esto se dirigian todos los esfuerzos; á esto tendian todos los deseos; así se pronunciaba unánimemente la opinion pública, hábilmente dirigida por los agitadores de todos los reinos de Italia. Lo que constituia la situacion apurada de Pio IX, eran los dos deberes, las dos existencias que se concentraban en su persona. Príncipe italiano, su corazon no podia ménos de latir por la libertad, por la independencia de su país. Pontífice, su reinado se extendia sobre toda la tierra; y ministro de un Dios de paz, debia garantirla á todo el mundo; no podia separar la religion de la política..... ¡Comprendió su mision divina, no quiso soplar el

fuego de las sangrientas discordias entre los pueblos de la cristiandad! ¡No quiso lanzar el grito de guerra á las naciones furiosas y ciegas que rugian desencadenadas á sus piés! ¡No quiso que apareciesen abrazadas la religion y la democracia revolucionaria! Sabia que su auréola de popularidad iba á desaparecer, y que los gritos de muerte iban á reemplazar á los cánticos de alabanza. ¡Vicario de Jesucristo, quiere cumplir la mision que éste trajo al mundo, la paz! En esta situacion, el Pontífice reune el 29 de Abril el consistorio de los cardenales, para hablar de la guerra actual de Italia. Para hacer esta guerra más regular, tratábase de que el Pontífice la intimase legalmente. Roma aguarda con el mayor interés la decision del pensamiento que domina en todos los ánimos. En aquellos momentos el Pontífice publica una encíclica, que apénas se fija en Roma excita el mayor descontento. En ella rehusa declarar la guerra. Este documento es el más importante de la historia de Pio IX. Era cerca del anochecer del 29 de Abril, cuando se anunció al pueblo. Estaba la encíclica escrita en latin, y era necesario una traduccion para que fuese comprendida de todos. En la mañana del 30 aparece ya traducida, y con observaciones y notas. Con un movimiento de asombro interróganse mútuamente las gentes que se encuentran en las calles: un disgusto general se manifiesta en los ánimos, y se presentan claramente síntomas de agitacion amenazadora; reúnense inmediatamente los casinos y los círculos, y combinando las ideas, establecen que se reuna una comision que tome en cuenta la universal agitacion política. Al medio dia el Ministerio hace dimision en masa, para demostrar al pueblo que era extraño á la publicacion de la encíclica, dejando así descubierta y sin defensa alguna la persona del Pontífice. Reúnense entónces los coroneles de la Guardia cívica, y formulan apresuradamente una representacion al Papa, comisionando al senador Corsini y al coronel príncipe Doria para que la presenten á Pio IX. Estos admiten el cargo, y en el interin se constituye una Junta popular, que derrama sus órdenes por todos los cuarteles de la Guardia cívica, se apoderan de las puertas de la ciudad, con órden expresa de prohibir la salida á todos los cardenales, como si por ser prelados fuesen sospechosos; refuérzanse las guardias de las cárceles, y se reparten armas á todos los habitantes que se presentan; finalmente, apodéranse en el correo de todas las cartas dirigidas á los cardenales, colócanlas en un saco, y las mandan al Capitolio para examinarlas y ver si mantenian alguna correspondencia política, especialmente aquellos que ocupaban los primeros cargos del estado, como propalaban los agitadores del pueblo. El rencor de éste y las amenazas callan en un momento al recibir la respuesta del senador Corsini y del príncipe Doria, quienes despues de haber visto al Pontífice, aseguran que habian ofrecido tomar en consideracion las observaciones que se le habian hecho y proveer sobre ellas.

Pio IX habia hecho semejantes promesas el dia 8 de Febrero, sus promesas habian sido cumplidas; nadie, pues, podia dudar de su sagrada palabra. La agitacion continuaba; la encíclica quitaba toda esperanza de que el Papa declarase la guerra. Culpábase á las personas que rodeaban á Pio IX, y exigieron que fuesen separados de sus cargos públicos, como lo consiguieron en aquella misma noche de temor y de incertidumbre, en la que se presentaron ya á cara descubierta, dictando las resoluciones y decretando el movimiento de las masas, el conde Terencio Mamiani y Pedro Sterbini. Hasta entónces solo habian dado la cara los hombres del bajo pueblo. Esta noche se manifiesta ya, y se revela á las claras, era llegado el tiempo en que los que progresivamente habian dirigido las agitaciones de Roma recogiesen el fruto de sus tenebrosos trabajos. Proclamábase que la encíclica era una protesta escrita de querer anular todo cuanto el Pontífice habia hecho. Como príncipe, sabia que habia amado demasiado la independencia italiana, y que en el principio se habia intentado obtenerla por los medios moderados y suaves de la reforma, procurando evitar una sangrienta guerra, no rehusando empero la defensa de sus estados, como lo probaba el armamento de Roma, los soldados que habia mandado al ejército, y las bendiciones que les habia dado; la revolucion, sin embargo, no tiene en cuenta nada de cuanto habia hecho el Pontífice, y grita rebelde contra aquel sacerdote y aquel santo, que habia el primero iniciado las reformas desde el Quirinal; contra aquel Pontífice, que habia incurrido por ellos en las reprensiones de los fariseos y de los grandes políticos, y que habia sufrido el vituperio de los sabios del mundo. ¡Cuán tristes y dolorosos pensamientos no debian agitar su alma, viendo por un lado las amenazas de sus pueblos, olvidados de sus beneficios: viendo por otro las amenazas de los obispos de Alemania, que hicieron llegar á su noticia, que si se declaraba la guerra, se separarian del jiron de la Iglesia católica, renovando la escena de la separacion de Inglaterra en los tiempos de Enrique VIII! Pio IX se hallaba, pues, como Rey, amenazado de la revolucion; como Pontífice amenazado del cisma; la eleccion no era dudosa para el generoso corazon del vicario de Jesucristo. Pio IX habia querido dar á conocer claramente sus intenciones, queria que nadie pudiese equivocarse sobre ellas, que á nadie le fuese dado interpretarlas. Pudiera haber callado, pero prefirió incurrir en la reprobacion de algunos á ocultar sus propios designios; sufrió que le llamasen traidor, como lo hicieron algunos periódicos de Toscana, á trueque de no quererlos engañar. Todo lo habia previsto; empero no podia sin gravísima pena callar. Él no debia, como Celestino V, Bonifacio VIII, Gregorio VII, Inocencio III y Alejandro III, aguardar el largo trascurso de los siglos para ser juzgado; la generacion actual puede juzgarle rectamente, y le dará sin duda el renombre que le han conquistado sus virtudes. Publicada la

enciclica, créense muchos abandonados, vendidos, presa ya de la política vencedora del Austria; no quieren oir las voces de la prudencia, y buscan el remedio fuera del Quirinal. La enciclica del 29 de Abril marca una nueva faz en la historia de Pio IX. En ella como Pontífice proclamador de la paz, objeto de todos sus deseos y solicitud paternal, la paz inculcó; como soberano temporal abandonó toda la gloria ó el vituperio que pudiera seguirse de la guerra de la independencia italiana al rey del Piamonte, si bien contribuyendo á ella con todos los medios que ponia en poder de éste; como príncipe temporal, no puede tampoco hacer más que dejar á sus súbditos en libertad de prestarse, segun su voluntad, á la misma guerra italiana.

La agitacion cunde á todas las provincias de los Estados romanos; pero en la ciudad de Benevento, que aunque enclavada en el territorio napolitano es perteneciente á los Estados del Papa, el marqués Salvatori Savarini se subleva el 15 del mes de Abril con parte del vulgo, fortificándose en el palacio, oponiéndose á la revolucion que en Roma coartaba la independencia y la libertad del Papa. Costó la vida á varios cívicos el poderla rendir, y solo despues de muchas descargas el comenzar á incendiar el palacio fué lo que le obligó á entregarse. En medio de tantas angustias amanece el 1.° de Mayo. Aún no era de dia, y ya en todos los acostumbrados lugares de la ciudad se ve fijada una alocucion de Pio IX, en la que se cumple la promesa de declarar mejor su voluntad. Todos corren á leerla ávidamente; pero no era más que la segunda edicion de la enciclica, y estaba dirigida al pueblo romano. A las cuatro de la tarde hay una imprevista alarma; tocan la generala por todas partes; reúnense los batallones de la Cívica en sus cuarteles, y la agitacion se propaga de calle en calle, de barrio en barrio. En el palacio del Quirinal, al lado del Pontífice, para cubrirse bajo su augusto manto hay siete cardenales: Antonelli, secretario de Estado y presidente del Consejo de Ministros, que acababa de hacer dimision, el cual vivia por su empleo en el palacio pontificio: Ferretti Mastai, Lambruschini, Mattei, de la Genga, Gizzi y Patricio, vicario general de Su Santidad. Los cardenales que no habian podido refugiarse en el Quirinal se hallaban errantes, escondidos, huyendo del furor de las turbas; solo Pio IX se hallaba tranquilo en medio del peligro. El conde Terencio Mamiani era realmente en aquel dia el dueño de Roma; sus inspiraciones eran dócilmente obedecidas por los jefes de las masas populares. El Pontífice hizo, pues, llamar á su palacio al conde Mamiani, y le encargó la composicion definitiva del ministerio, haciendo marchar al mismo tiempo en posta para el campo del rey Cárlos Alberto al doctor Cárlos Farini, como su encargado extraordinario, con una importante comision, recomendándole la seguridad de la causa nacional de Italia, fiar la suerte y la proteccion de las tropas italianas que combatian en el reino Véne-

to y en la Lombardía á la mediacion del Rey, y singularmente la vida y el destino de algunos legionarios cruzados que habian caido prisioneros de los austriacos. Creyendo realmente cambiada la política de Roma, los ministros napolitanos, elegidos expresamente para proceder de inteligencia con Pio IX en la liga ó dieta italiana, mandaron al Rey sus dimisiones. La noche del 2 de Mayo los batallones de la Guardia cívica se retiraron, quedando en sus cuarteles considerables refuerzos; las turbas del pueblo recorrieron las calles aclamando á Cárlos Alberto, á la Italia, y cantando himnos nacionales. Apénas amanece el dia, piensan todos en el nuevo Ministerio y en las condiciones con que aceptará su cargo. Durante aquella noche, el conde Mamiani habia declarado en todos los círculos que su pensamiento dominante era la guerra contra el Austria, y que asociaria á su ministerio personas que tuviesen iguales ideas. El conde Mamiani logra al fin componer su ministerio, á cuya cabeza coloca como presidente del Consejo de Ministros, para los negocios eclesiásticos únicamente, al cardenal Ciacchi, hombre respetabilísimo, prudente, docto, de ejemplar virtud. Ausente el cardenal Ciacchi, porque era legado de Ferrara, se encargó interinamente de su puesto el cardenal Antonio Francisco Orioli, que vivia retirado de los negocios en el convento de los Santos Apóstoles, de la órden de S. Francisco, cuyo hábito vestia. Compuesto así el nuevo Ministerio, emite su programa político, redactado por el conde Mamiani, franco, explícito, exclusivamente italiano, manifestando que podian francamente obrar, porque hallándose concentrada en el cardenal presidente sola la parte de los negocios eclesiásticos, ningun sacerdote podia ya en lo sucesivo ingerirse en los negocios temporales, fiados exclusivamente á los demás ministros. Entre tanto, la encíclica es objeto de observaciones y representaciones de Sicilia, de Venecia, de Lombardía y de Toscana. El primer acto del ministerio Mamiani es la publicacion de un decreto ministerial, ordenando la formacion de un cuerpo de reserva de seis mil hombres, considerando las condiciones actuales de la Italia y las exigencias de la guerra. Los capitanes extranjeros que el gobierno pontificio habia demandado para la instruccion de sus tropas, particularmente á la Cerdeña el 18 de Febrero, llegaron á Roma el 6 de Mayo, y fueron los coroneles piamonteses Rovero y Wagner, que comenzaron inmediatamente á adiestrar en las armas á todos los voluntarios. Asegurado en el poder el nuevo Ministerio, un decreto del ministro de lo Interior determinó que las Guardias cívicas abandonen los puestos de que se habian apoderado en la anterior conmocion; empero negándose á abandonar el castillo, porque no les seria fácil volverlo á tomar en otra ocasion, el Ministerio deja á la Guardia cívica en posesion de esta fortaleza, y dueña por consiguiente de la ciudad de Roma. En las provincias en tanto se entregan, á imitacion de Roma, á los mayores excesos.

Rasgan públicamente la enciclica del Papa, dirigen representaciones contra su contenido, y la provincia de Pésaro y Urbino envia á Roma los dos hermanos del Soberano Pontífice, personas de edad y de juicio, para que les manifiesten el voto universal, que desea la continuacion de la politica anteriormente adoptada. Llegan á Roma el 7 de Mayo los condes José y Gabriel Mastai; y son recibidos por grandes grupos, llevando banderas tricolores, y algunos pelotones de la Guardia cívica los acompañan hasta su alojamiento. Una de las cualidades que desde muy jóven habia formado el carácter de Pio IX era la firmeza, sin degenerar en terquedad, y que una vez determinado á una cosa, una vez adoptada una resolucion en su conciencia, nada en el mundo es capaz de hacerle desistir de ella. Así sucede en este caso, la mision de sus hermanos queda sin efecto. El programa del ministerio Mamiani era un programa de guerra; así es que todos los dias aparecian decretos para la organizacion de los cuerpos de ejército. Las legaciones, á cuyo frente se habian hallado siempre cardenales ó prelados, fueron conferidas á seculares. El cuerpo diplomático, residente en Roma, se presenta al Pontífice para felicitarle por haber visto salir ilesos los derechos de su soberanía de aquella crísis, habiendo informado ántes á sus respectivos gobiernos de los grandes peligros que habia corrido su sagrada persona. Una flotilla austriaca apareció por el mismo tiempo en el Adriático. Con arreglo al Estatuto fundamental, en que se prometia la fundacion de un Consejo de Estado, nómbranse el 10 de Mayo los individuos de él. En Nápoles, el dia 14 de de Mayo, debian reunirse las Cámaras. El Rey exige de los diputados el juramento de no alterar la Constitucion que habia otorgado el 29 de Enero. Los diputados resisten apoyados en la Guardia nacional que sostiene su pretension. El Ministerio da su dimision, y el Rey cede, pero los diputados en sesion permanente piden se consigne esta concesion en un decreto. Pásase la noche en mensajes, y á la mañana del 15 las tropas y una gran parte del pueblo atacan las barricadas que ha levantado la Guardia nacional: dura el ataque desde las diez de la mañana hasta la noche, las barricadas son deshechas á cañonazos, corre la sangre, las calles quedan cubiertas de cadáveres, la Guardia nacional es vencida y desarmada, la Cámara de los diputados es disuelta, y reprimida fuertemente la revolucion. Un extraordinario estupor se apodera de los agitadores romanos; la revolucion lanza en toda la Italia un grito de indignacion. En Génova arrancan las armas de Nápoles del consulado, y las queman en la plaza pública; los romanos, demasiado cerca de un rey que contaba con un ejército fiel, respetan sus armas, pero le llaman en sus gritos *il Ré Bomba*, el Rey Bombeador. Segun la antigua costumbre, el papa Pio IX fué el dia 26 de Mayo con toda la pompa solemne pontificia á la iglesia de Sta. María in Valiceya, llamada la Iglesia Nueva, para honrar

la memoria de S. Felipe Neri; empero esta vez no le aclaman ya las turbas; un silencio profundo reina en la muchedumbre. Defensor de la paz Pio IX, resuelve enviar cerca del emperador Fernando de Austria á Monseñor Morichini, con proposiciones de transaccion; empero miéntras el Romano Pontífice emplea los medios de conciliacion con el Austria, sus ministros promueven con todas sus fuerzas el armamento del estado. Habia indudablemente un marcado desacuerdo entre el Pontífice y su Ministerio. Cárlos Alberto *habia cedido* al impulso de su pueblo, más para salvar su corona que para adquirir otras nuevas, declarando la guerra al Austria. La victoria habia coronado sus primeros pasos, parecia que nada debia resistirle, las tropas imperiales huian delante de él; pero los pueblos que acababan de proclamar su independencia, en lugar de reunir todos sus esfuerzos para lanzar del suelo italiano al extranjero, se consumen en mezquinas intrigas y rivalidades, y dan lugar á que los austriacos conquisten en breve lo que les arrancaron en el primer momento de entusiasmo por la libertad.

El dia 5 de Junio da principio á la nueva época política de Roma, y se abren sus Cámaras, si bien no con la solemnidad que Roma habia presenciado en la inauguracion de la Consulta de Estado y del Municipio romano. El mismo dia de la apertura de las Cámaras, un decreto del Pontífice concede más latitud á la libertad de imprenta quedando abolida la censura. El cardenal Altieri, delegado por el Pontífice para verificar la apertura solemne de las dos Cámaras, sale del Quirinal y va al palacio de la Cancillería, donde estaban reunidos ambos cuerpos. Leido el discurso de apertura, y declaradas abiertas las sesiones, torna al Quirinal siendo saludado en su tránsito por los gritos de *¡viva Pio IX! ¡viva la Italia!* La Cámara de los diputados no se halló en número suficiente para deliberar hasta el dia 9. En este dia tuvo efecto su primera sesion, y en ella el conde Mamiani, ministro de lo Interior, lee el programa del gabinete: «Si el gobierno constitucional no existiese, dijo, seria necesario inventarlo para Roma por el doble carácter de su soberano.» Aludia sin duda á que Pio IX habia publicado la encíclica, en la que como jefe del catolicismo, fiel á su deber de cristiano, condenaba la efusion de sangre, y como soberano temporal dejaba obrar á sus ministros. El conde Mamiani era de hecho el presidente del Ministerio. Su palabra, algun tanto apagada, es elocuente. Su discurso se redujo á elogiar al Pontífice, que habia comprendido no podia existir el bien de los pueblos sin la libertad. Resumiendo su discurso, dijo: «El Papa no quiere la guerra, pero la deja hacer, y así se hará miéntras se dispute á los italianos sus fronteras naturales, y la facultad de constituirse en una sola y misma familia.» Con respecto á la Francia, dijo que el más grande tal vez de los infortunios que pudieran suceder á la causa de la nacionalidad italiana, seria la demasiada-

mente calorosa y activa amistad de esa gran nacion. Por estas palabras rechazaba toda idea de intervencion, que ántes de muy poco habian en vano de solicitar las Cámaras. El conde Mamiani se retiraba de la tribuna entre los aplausos de la muchedumbre y de los diputados; cuando el príncipe del Canino, Bonaparte, se levanta y pide la palabra preguntando al Ministerio si el programa que acababa de oirse era solo la opinion política del Ministerio, ó la expresion exacta de la política del soberano. Un murmullo general de desaprobacion acoge esta intempestiva pregunta, lanzada para hacer estallar públicamente la division entre el soberano y los ministros, empero el conde Mamiani vuelve á subir á la tribuna y pronuncia estas solemnes palabras: «Declaro que el programa es la obra colectiva del Ministerio, afirmo tambien que ha sido ántes sometido al Papa, y aceptado y aprobado plenamente.» Estrepitosos aplausos y gritos de ¡*viva Pio IX!* resuenan en el salon de la Cámara al oirse esta declaracion; el entusiasmo era como en los primeros dias de su pontificado. El alto Consejo, presidido por Muzzarelli, oye en silencio el mismo programa hecho por Marchetti, el ministro de los Negocios extranjeros. Miéntras que Mamiani y sus amigos eran aplaudidos furiosamente en las Cámaras y por los agitadores que los habian elevado al poder, miéntras que los animaban á que llevasen adelante sus pensamientos de revolucion, tratándose ya por algunos de vender las propiedades de la Iglesia y los bienes de los jesuitas, la masa del pueblo se mostraba poco dispuesta á estas medidas, y de dia en dia se hacia temer una reaccion violenta.

Un grande descalabro habia sufrido entre tanto la division romana: la ciudad de Vicenza habia caido en poder de los austriacos el 11 de Junio, siendo atacada por ellos en número de treinta mil hombres con sesenta cañones. El general Durando, falto de municiones, tuvo que capitular, y las tropas pontificales salieron de la plaza con armas y bagajes, bajo la expresa condicion de retirarse á la otra parte del Pó, y de no tomar parte en la lucha durante tres meses. La derrota de Vicenza consternó á los romanos, y algunos cívicos, que habian tomado con gran entusiasmo en un principio las armas, vuelven á Roma unos por hallarse comprendidos en la capitulacion del gegeneral Durando, y otros se dispersan bajo el pretexto de que la enciclica del Papa no les permite llevar las armas. Los romanos preferian las conversaciones del foro á las fatigas de la guerra; y, como en los tiempos de Ciceron, les agradaba más arengar en las plazas y en los círculos, excitando intrépidamente con sus discursos á la guerra contra la opresion de la patria, y tronando con indignacion contra los que querian invocar un socorro extranjero, porque la Italia debia libertarse á sí misma. La *Italia fará da se* habia dicho en un momento de entusiasmo Cárlos Alberto, y su palabra habia hecho fortuna, se habia convertido en divisa de los agitadores.

El dia 28 de Junio el diputado Sterbini, redactor del *Contemporáneo*, abogado de carácter audaz y que ambicionaba el poder, que más tarde le veremos arrebatar en un tumulto popular, propone á la Cámara al discutirse la contestacion al discurso de apertura que manifieste sus deseos de que el Pontífice tome la iniciativa, y sea el promotor de una dieta italiana que se reuna en Roma, la sola ciudad digna de ser el centro de la unidad italiana. Esta proposicion es adoptada casi por unanimidad. La Cámara se ocupa tambien de una cuestion incidental. Suponiendo que por haber decretado la Asamblea Nacional de Francia el 16 de Junio la movilizacion de trescientos batallones de Guardia nacional, trataba de intervenir en los asuntos de Italia, los romanos, cuyas legiones acababan de ser derrotadas completamente en Vicenza, se manifiestan altamente contrarios á la intervencion; propalan que muy en breve tendrian sus enemigos que pedirles humildemente la paz, y añaden que si los franceses entran en Italia no encontrarán en ella una tierra hospitalaria. ¡Ridículas baladronadas en hombres que debian reconocer su impotencia para luchar con sus terribles enemigos; que apénas trascurrido un mes iban á pedir humildemente la intervencion!

Un gran suceso acontece en Francia en los últimos dias de este mes; suceso que debia influir ahora en Europa, como habia influido en Febrero la proclamacion de la república. La Francia, que al proclamar ésta habia formado un gobierno provisional, asociando á él hombres apénas conocidos, y entre ellos un obrero, inaugurando de este modo la aristocracia del proletariado; la Francia tambien habia desencadenado en ella misma y en toda Europa los elementos de desórden. Habia arruinado sistemáticamente la industria oponiendo al nombre de la *fraternidad* el interés de las clases obreras contra el de sus amos. Para animar la desercion de los talleres privados, abrió talleres nacionales; amenazó el capital bajo todas sus formas, y forzó al numerario á ocultarse; la ruina pública se añadió á las ruinas particulares. La disolucion de la sociedad parecia inminente. La Francia, sin embargo, el primer uso que hace del voto universal es el nombramiento de la Asamblea Nacional, de aquella asamblea que uno de los ministros del gobierno provisional habia osado amenazar públicamente en un decreto si no correspondia al voto de los revolucionarios, anunciando que París concluiria con esta falsa representacion. La tentativa tuvo lugar; la Asamblea fué invadida, y su invasion fué el preludio de las más grandes calamidades. Un ejército para la insurreccion existia en los talleres nacionales. Amenazado de disolverse, dirige contra la sociedad entera el más formidable ataque que ha presenciado jamás el mundo. De la misma necesidad de la defensa sale un gobierno más enérgico, que comienza la obra de la reparacion; el general

Cavaignac es investido de la dictadura sobre el mismo campo de batalla, en las mismas calles de París, en medio de las imponentes barricadas, rodeado de los cadáveres de los soldados y de los generales, á quienes habian respetado las guerras del Imperio y de la Argelia, teñidos con la sangre del santo arzobispo de París, que muere inmolando su vida por llevar palabras de paz y de conciliacion á los furiosos que intentan desde las barricadas destruir la sociedad por sus cimientos. Triunfa, por fin, el órden en París; y este costoso triunfo se hace bien pronto sentir en toda Europa, así como pocos meses ántes se habia hecho sentir la revolucion de Febrero.

En este intermedio, los austriacos habian ocupado, aunque momentáneamente, por un dia, á Ferrara; y esto esparció la alarma y la consternacion entre los exaltados de Roma. La Cámara de los diputados dirige una interpelacion al Ministerio sobre la entrada de los austriacos en Ferrara. El conde Mamiani se lamenta de que el prolegado de Ferrara haya entrado en relaciones con el comandante austriaco de la fortaleza, y haya arreglado las cosas segun su deseo y necesidades: «Parece, dice, que la Providencia quiere hacernos sentir el precio infinito é inestimable de la independencia, esta independencia debe costarnos muchas fatigas, muchos sudores, muchas lágrimas, mucha sangre; pero cuanto más nos cueste, más la apreciaremos; preciso es creer que la lucha no debe todavía cesar, y que nuestro estado no sea aún el Edem de la Italia.» Frenéticos aplausos acompañan á las palabras de Mamiani desde las galerías del pueblo y desde los bancos de los diputados. El príncipe de Canino, Bonaparte, propone que la Asamblea se declare en sesion permanente, y pida al Papa que declare la guerra al Austria, convocando en Roma una dieta italiana. La Cámara, declarada en permanencia, nombra una comision que redacte una exposicion al Papa, pidiéndole la declaracion de la guerra. Leida inmediatamente en la Cámara esta exposicion, redactada por Sterbini, es aprobada por unanimidad y al dia siguiente se determina llevarla al Pontífice. La respuesta de Pio IX podria excitar una tempestad; todo hacia temer que las masas, impulsadas por los partidarios de Mamiani, por la faccion belicosa, se abandonasen á las mayores violencias, empero Pio IX se hallaba firme en su doble cualidad de pontífice cristiano y de príncipe temporal; como vicario de Dios rehusaba la declaracion de la guerra; como soberano dejaba á sus súbditos libres de tomar las armas, no encadenaba sus brazos, ni les impedia que formasen batallones de voluntarios saliendo á campaña; rehusaba solamente cometer un acto personal de hostilidad, que su conciencia miraba con justo título como incompatible con la cualidad de padre comun de todos los cristianos. La nacionalidad italiana, amenazada en su resurreccion y reducida á la defensiva, colocaba al padre espiritual de toda la cristiandad, al soberano temporal

que reinaba en Roma en una situacion crítica. El Ministerio, las Cámaras, una parte de la poblacion reclamaban á gritos la guerra; el parlamento romano habia deliberado mezclado con las turbas del pueblo. El Papa, sin embargo, manifestaba la mayor firmeza en aquella crisis, y se propone arrostrarlo todo, ántes que dejar de ser el conciliador universal entre los príncipes de la cristiandad.

La situacion de la Italia era muy triste. Cárlos Alberto, que despues de las insurrecciones de Venecia y de Milan se habia visto arrastrado por su mismo pueblo, la Cerdeña, á constituirse en el campeon de la independencia italiana, Cárlos Alberto á quien la victoria habia sonreido en las primeras acciones, y que venciendo las rivalidades y las intrigas de los revolucionarios de Milan, y más tarde las de los de Venecia, habia conseguido la incorporacion de estas provincias á su reino. Cárlos Alberto las ve, en lugar de unirse y entenderse armándose contra el enemigo comun, hacer alarde de un patriotismo bastardo, y perder un tiempo precioso para la libertad en sus querellas particulares. El rey de Nápoles despues de la revolucion de su capital el dia de la apertura de las cámaras, vióse precisado á llamar á sus tropas para salvar su corona. Todo el peso de la guerra recayó entónces sobre el rey del Piamonte, que rechazado del Mincio sobre el Oglio, del Oglio sobre el Adda, del Adda sobre Milan, y de Milan sobre Novara, el Piamonte se ve obligado á replegarse sobre sí mismo, y se prepara á los últimos esfuerzos si precisos fuesen. Cárlos Alberto se muestra más rey que general. El pensamiento de conservar la corona de hierro que levantára con la punta de la espada, le obliga á cometer la imprudencia de retirarse sobre Milan. En vano los generales se oponen, el Rey mismo estaba convencido de la falta que cometia; pero queria dar á los milaneses una prueba de su fidelidad reconocida combatiendo bajo sus murallas; Milan no habia preparado ni víveres ni municiones; Cárlos Alberto se ve precisado á abandonar esta poblacion y sale de ella entre las maldiciones del pueblo amotinado, que atenta á su vida llamándole traidor. Con gran trabajo logra salvarse de su frenético furor. Los austriacos entran allí inmediatamente. El viejo mariscal Radetzki tomó sus posiciones despues de una campaña que honra tanto á su táctica como á su valor. El rey de Cerdeña concluye un armisticio, que es el preludio de un arreglo definitivo: la mediacion de las potencias iba despues por un tiempo indefinido, y entablando lentas y pesadas negociaciones, á suspender los efectos de la guerra. El general Welden iba á penetrar en las legaciones pontificias anunciando que lo hacia para restablecer el órden.

El Papa, firme, inflexible en los principios que habia proclamado en su enciclica, se negaba constantemente á toda declaracion de guerra, al paso

que estaba decidido á defender á todo trance sus estados. La lucha con sus ministros era diaria, tenaz, obstinada. El ministerio Mamiani hizo, pues, su dimision, y le fué admitida. Sin embargo, el Ministerio, á pesar de su dimision, continuaba tomando disposiciones guerreras, y anunció á las Cámaras en la sesion del dia 5 que si en un término muy breve no se constituia otro gabinete, como convenia á la salud del estado, vista la gravedad de las circunstancias, para que no quedase el poder constitucional sin quien lo ejerciese, propondria medidas extraordinarias legitimadas por la urgencia. La asamblea entera acogió con grandes palmadas de aplauso estas palabras. Esta era una usurpacion del poder ministerial; la dimision de Mamiani habia sido admitida el dia 2 de Agosto, y aunque el Papa no habia formado aún el ministerio, lo habia anunciado solemnemente al pueblo. Organizase éste definitivamente el dia 7 bajo la presidencia del cardenal Soglia, ministro de Negocios extranjeros seglares y eclesiásticos. La ocupacion de Ferrara y de Bolonia por el general austriaco Welden fué una nueva tea arrojada en medio de la efervescencia permanente que debia agitar los ánimos del pueblo y de la Cámara. No se concibe por qué derecho y con qué objeto el general austriaco se habia permitido una agresion impolítica é inútil despues de la retirada del ejército piamontés, y fuera del círculo de las operaciones militares, contra un soberano que arrostraba los mayores peligros por no lanzar en medio de la agitada Italia el grito de guerra. Los ministros de Francia y de Inglaterra en Florencia protestaron inmediatamente contra esta incalificable violacion, y mandaron un comisionado al general Welden; pero una colision sangrienta estalla en Bolonia, indignada por la injusta ocupacion de los austriacos. El general Welden quiere imponer condiciones rigorosas á la ciudad como castigo, exigiendo que para la reparacion de los insultos hechos á algunos militares austriacos desamparados se le entreguen los autores de dichos actos, ó en su lugar seis rehenes escogidos entre las personas notables, hasta que fuesen descubiertos y castigados los perpetradores, señalando el perentorio término de dos horas para la entrega, en cuyo grave conflicto el prolegado Rianchetti, con un valor heróico digno de los antiguos romanos, resuelve trasladarse al campo austriaco, sacrificándose por sus conciudadanos. Al salir al campo, las barricadas y el fuego de la fusilería le impiden cumplir su heróico propósito, porque el pueblo de Bolonia se habia sublevado en masa el dia 8, habia atacado á la division austriaca posesionada de una altura que domina á la ciudad, y la poblacion habia quedado victoriosa. El general se preparaba ya á bombardear la ciudad; pero fué detenido por la llegada de la notificacion de los ministros extranjeros residentes en Florencia. Apénas estos mismos detalles llegan á Roma, cuando el Papa y sus nuevos ministros envian al general Welden una intimacion formal de eva-

cuar los Estados pontificios bajo la amenaza de la declaracion de guerra, y de apelar á las potencias amigas de Su Santidad. Agítase el pueblo al saber estos tristes acontecimientos. El Corso y las principales calles se hallan ocupadas por las turbas populares, que resuelven marchar á casa del embajador de Francia para reclamar tumultuariamente la intervencion de esta nacion, intervencion contra la cual pocos dias ántes la lengua no tenia bastantes anatemas cuando creian que se bastaban ellos solos para conquistar su independencia. Los ministros publicaron un manifiesto, haciendo ver cuáles eran las verdaderas intenciones de Pio IX. Los comisionados nombrados por el Papa partieron con el cardenal Marini para intimar la evacuacion inmediata del territorio pontifical; pero Roma, precupada y agitada hasta ver el desenlace del ataque de los austriacos, recibió pocos dias despues la noticia de que estos se habian alejado de aquella poblacion, en donde el pueblo habia hecho prodigios de valor. El mismo gobierno austriaco desaprobó altamente las operaciones del general Welden, y lo separó del mando de su division por haber osado invadir las Legaciones. Miéntras el Pontífice se hallaba combatido por tantas agitaciones políticas, no descuidaba los intereses de la Iglesia en general. Una grave cuestion con el emperador de las Rusias, rey de Polonia, sobre el establecimiento de las diócesis católicas romanas es terminada del modo más ventajoso para los cristianos de aquellos vastos dominios en un concordato comprensivo de 31 artículos, que anunciaba el Pontífice á los cardenales reunidos en consistorio el 3 de Julio.

Desde la muerte de Fernando VII, rey de España, se hallaban interrumpidas las relaciones oficiales de la Santa Sede con el gobierno de su hija Doña Isabel II. Pio IX hacia más de un año que habia enviado á la corte de Madrid como delegado suyo al arzobispo de Tesalónica Juan Brunelli, el que cesando en el carácter de delegado, transitorio por su naturaleza, despliega su carácter de nuncio apostólico de Su Santidad, y el dia 22 de Julio reconoce el gobierno de la Reina Católica de España, anudando las relaciones con la Santa Sede por quince años interrumpidas. Un mes más tarde D. Francisco Martinez de la Rosa, antiguo presidente del Consejo de Ministros de la Reina Católica, presentaba en el Quirinal sus credenciales al pontífice Pio IX como embajador de Isabel II. Las agitaciones continuas de Roma, los peligros á que cada dia se hallaba expuesto el Pontífice-Rey, cuya firmeza le hacia resistir á las exigencias de las turbas, hicieron que apénas reconocida la reina de España por él, el vapor de guerra español *Lepanto* se estacionase en las aguas de Civita-Vecchia. Preveíase entónces ya por el gobierno español que podria llegar un dia en que la demagogia arrojase de la ciudad santa á Pio IX. Las primeras instrucciones que recibe el embajador español en Roma son asegurar, en nombre de

la católica reina de las Españas, que en todo evento tendria Su Santidad un asilo seguro en sus dominios. Los sucesos de Roma en los meses de Mayo y Agosto habian sido demasiado graves para que no llamasen la atencion del gabinete español, y en él se habia tratado hasta del lugar donde en un caso debia fijarse la residencia del Pontífice. Por una de esas combinaciones extraordinarias de la suerte, el Consejo de Ministros designó la ciudad de Palma en Mallorca, esa ciudad donde veinticinco años ántes habia encontrado un calabozo, cuando, desconocido sacerdote, iba á llevar á las regiones de América una mision de paz y de conciliacion. El Ministerio, retirados los austriacos de las Legaciones, expide el 24 de Agosto una circular á las autoridades, previniéndoles que ya no es necesaria ni urgente la formacion de nuevos cuerpos de ejército, mayormente despues del armisticio celebrado entre Cárlos Alberto y el Austria, en el que se habian presentado como mediadoras la Inglaterra y la Francia, lo que hacia prometer que las hostilidades no se renovarian ya más. Invita tambien á todos los ciudadanos que habian tomado las armas para rechazar la invasion extranjera, á que las entreguen en los almacenes del estado, para evitar las facciones y los desórdenes en los Estados de la Iglesia. La prensa romana se mostró altamente severa contra estas tendencias del Gobierno á desarmar los cuerpos formados anteriormente, y á no querer tomar parte en la guerra de la Independencia. En Roma habia una junta llamada de armamento y defensa que apoyada por las declamaciones de los periódicos resiste estas medidas. Los agitadores comprendian perfectamente que el sistema de desarmar los cuerpos irregulares formados en los momentos críticos de la invasion, tendian á hacer que el estado entrase en un órden normal. La Cámara de los diputados, nombrada bajo la influencia del ministerio Mamiani, la Cámara que habia apoyado en un todo su espíritu guerrero, molestaba todos los dias al Ministerio con continuas interpelaciones, y los discursos de muchos de los diputados tendian claramente á desautorizar sus medidas. El Papa, sin embargo, no hacia caso alguno de sus reclamaciones, por ser sobre objetos ajenos á sus atribuciones legislativas. Así es que no dió curso alguno á la peticion de intervencion de la Francia pedida unánimemente por la Cámara. Llamado á la Cámara el cardenal Soglia para dar explicaciones, se excusó de asistir pretextando hallarse enfermo. En la sesion del 11 de Agosto interpela Sterbini al presidente de la Cámara sobre el éxito de la peticion viendo que el ministro no se presenta, y contesta que habiendo ido en persona á preguntar al Cardenal Ministro, este le habia manifestado que el Papa habia ordenado guardar la peticion como ilegal é inadmisible. En aquella misma sesion de 11 de Agosto el conde Mamiani presenta tres proposiciones, que son adoptadas casi por unanimidad. Primera, que se anuncie públicamente en todas las poblaciones

que la patria está en peligro. Segunda, que se decrete un levantamiento en masa. Tercera, que se ordene á todos los obispos y curas que prediquen el armamento para la independencia de la Italia. El conde Fabri, ministro de lo Interior, leyó el 25 de Agosto en las Cámaras el decreto del Soberano Pontífice, por el cual quedaban suspensas y prorogadas las sesiones hasta el dia 15 de Noviembre. El Ministerio habia sido un ministerio de transicion. En los momentos de mayor angustia, cuando el ministerio Mamiani apoyándose en la mayoría de las Cámaras y en las vociferaciones de las masas populares, queria obligar á Pio IX á que desmintiendo la enciclica de Abril se pusiese á la cabeza de la demagogia, y declarase la guerra al Austria, se habia dirigido el Pontífice para rogarle que se encargase del ministerio al conde Pelegrino Rossi, embajador que habia sido en Roma de Luis Felipe. Rossi resiste una y otra vez las súplicas del venerable Pontífice. Conoce que aunque nacido bajo el bello sol de la Italia, naturalizado en Francia, representante muchos años en Roma de aquella nacion, sería mirado como extranjero, y explotarian los partidos esta cualidad; empero Pio IX está resuelto á tener un ministro raro y precioso en aquellas circunstancias. El armisticio concluido entre el Austria y la Cerdeña habian variado el aspecto político de la Italia. La conducta de Pio IX se hallaba justificada por los sucesos. Las sesiones de la Cámara se hallaban suspendidas, parecia llegado el momento de reorganizar el estado, conmovido con tantas y continuadas agitaciones, y cerrar para siempre la puerta á la revolucion. El conde Rossi cede al fin á las instancias de Pio IX, y organizó un ministerio, siempre bajo la presidencia del cardenal Soglia, en los primeros dias de Setiembre. A este ministerio llamó Rossi diputados que habian sido celosos partidarios de Mamiani, pero que en el poder se portaron noble y lealmente secundando sus planes, llamó tambien á dos cardenales para acallar el descontento del clero. Era, pues, un ministerio de conciliacion. Roma se hallaba sordamente agitada por los clubs. Las legaciones daban signos marcados de revolucion. En Bolonia, las turbas del pueblo que habian tomado las armas bajo el pretexto de ayudar á la expulsion de los austriacos y defender el territorio pontificio, no quisieron dejarlas pasado el conflicto, á pesar de la circular del Ministerio, miéntras que los hombres honrados las habian inmediatamente entregado; así es que los proletarios quedaron dueños de la ciudad, imponiendo contribuciones, saqueando las casas de los ricos, y asesinando cruelmente á los moderados y á cuantos se oponian á su despotismo. Todos los dias se publicaban nuevas listas de proscripcion por aquellas turbas de sicarios. La opulenta, la sabia, la célebre Bolonia gemia víctima del puñal asesino: su aristocracia se hallaba sometida al yugo de unos cuantos frenéticos. Con escándalo las tropas de línea presenciaban estos asesinatos; hasta que habiendo

las turbas perpetrado el de un individuo del cuerpo de Carabineros, estos vengan la muerte de su compañero haciendo una gran carnicería en aquellos sicarios, que por algun tiempo se contienen aterrados. El nuevo gabinete se constituyó bajo la presidencia del cardenal Soglia, aunque en realidad el alma de él era el conde Rossi. El 22 de Setiembre publica su programa político, el más propio para inspirar confianza, tan distante de las ideas revolucionarias de Mamiani, como de las de una reaccion, declarando que se proponia marchar por el camino de las reformas, tan gloriosamente trazado por Pio IX, y que su norma no sería otra que el Estatuto fundamental del estado. Mamiani habia proclamado en sus escritos, en sus discursos, el principio de la soberanía popular. La declaracion franca y solemne del nuevo Ministerio condenaba este principio. Los agitadores conocen que la hora de su poder ha pasado, el mismo conde Mamiani pierde la esperanza por el pronto de continuar conmoviendo á Roma, y se aleja á Turin, donde en union del abate Gioberti va á lanzar nuevos combustibles para abrasar la Italia, y á disponer desde aquella capital los planes de trastorno que han de volver muy pronto á abrirle el camino del poder. El ministro Mamiani habia obtenido de la Cámara de los diputados el permiso para la creacion de una legion extranjera. El conde Mamiani se habia propuesto traer á Roma la legion de los refugiados polacos, esa division que se halla constantemente al servicio de todos los demagogos del mundo; esta legion hubiera sido un instrumento poderoso de revolucion en Roma. El nuevo gabinete, aprovechándose de la concesion con tan pérfido fin obtenida por Mamiani, contrata algunos regimientos de suizos, tropas que en todas partes han cumplido fielmente sus juramentos. La imprenta se halla en el más alto grado de libertad; los periódicos salian sin garantías, sin depósito, sin caucion alguna: el conde Rossi hizo efectivas las precauciones que la misma ley habia señalado para el ejercicio de esta importante libertad. Aunque el órden no se hallaba totalmente restablecido, porque la sociedad romana habia sido fuertemente conmovida, los ánimos se hallaban al parecer tranquilos, y el Ministerio preparaba en silencio sus proyectos para lo futuro. La tranquilidad presente no se hallaba, sin embargo, asegurada; los revolucionarios romanos tenian fijos sus ojos en los sucesos de Alemania, donde la revolucion iba á presentarse en su apogeo y á desplegar todos los sangrientos horrores de la anarquía.

Pocos sucesos presenta la historia de Roma en los meses de Setiembre y Octubre: empero los períodos más bellos de la vida de los pueblos son aquellos en que su historia es ménos interesante. Casi todos los sucesos que dan un interés palpitante, dramático, á los anales de las naciones, se componen de las desgracias que estas han experimentado. Así pues, miéntras que pacífica y lentamente el conde Rossi procura reconstruir la administracion del

estado en Roma, la revolucion hace rápidos y espantosos progresos en casi toda la Alemania. Agítanse, como poseidos de un furioso vértigo, los pueblos que habitan desde el Báltico al Adriático, desde el Rhin hasta el Danubio. La república no es bastante á sus ardientes deseos de trastorno; el socialismo aparece como la gangrena al fin de las enfermedades. Sus pretensiones insensatas arrastran á bandas de fanáticos por las calles con las armas en la mano, y al ruido de los tambores van á imponer decretos comunistas haciendo celebrar su presentacion con forzadas iluminaciones. La reaccion en las naciones ha sido rápida, fuerte, decidida. Los demagogos no se han limitado á pedir la libertad, han ido más allá, han llegado á poner en cuestion las bases de la sociedad, y las naciones han sentido un movimiento de contraccion. Roma, al parecer tranquila, oculta en su seno grandes gérmenes de revolucion, comprimidos como los elementos que comprime en sus entrañas la tierra, y que se manifiestan en algunos puntos por la explosion de los volcanes. Rossi habia concebido el proyecto de hacer triunfar en Roma el órden y el sistema representativo, libertándola de la influencia de las turbas, que ántes dictaban su ley en las calles y plazas. Roma por espacio de dos meses goza de la mayor tranquilidad, é iba introduciéndose poco á poco el órden en la administracion pública, verificándose con lentitud, empero sin sacudimientos, la separacion tan difícil entre lo espiritual y lo temporal, sin destruir las prerogativas del Papa. El partido anarquista, comprimido en sus proyectos por el genio poderoso de este ministro, que iba realizando en la administracion las teorías administrativas y económicas que con tanto aplauso de la Europa habia proclamado desde su cátedra en el colegio de Francia; el partido anarquista vuelve sus ojos hacia la Cerdeña, en donde espera encontrar un poderoso auxiliar para poder romper un dia la cadena que habia sujetado sus infernales proyectos. Mamiani se habia trasladado á Turin, en donde los partidarios de la guerra, derrotados en las Cámaras, transportan su accion fuera del parlamento, porque allí se hallaban en minoría. Gioberti, que habia tenido que retirarse del Ministerio del Piamonte cuando el rey Cárlos Alberto tuvo que aceptar el armisticio, es el alma de esta cruzada que habia predicado, y se dedica á promover la agitacion en los ánimos con toda la actividad de su carácter, colocando á la cabeza como presidente al conde Mamiani, quien desde Turin dirige sus proclamas á toda la Italia intentando sublevarla y renovar la guerra. La Sociedad Nacional comienza por dirigirse á la Asamblea Nacional de Francia, publica un acta federal para los diversos estados italianos y propone una ley electoral, indicando las formas con que debian ser elegidos los miembros de esta asamblea. Todo esto estaba fuera de los poderes legales; así es que una multitud de aventureros sin mision alguna, sin más que la eleccion improvisada de los

miembros de los clubs, se hacen los representantes de esta dieta, destinada á revolucionar la Italia entera.

Cárlos Alberto tenia fuerzas suficientes para poder reprimir estas ideas; los partidarios de ellas buscan otro país donde hacerlas dominar, logrando por un movimiento revolucionario que suban al poder en Toscana. Toscana, país pacífico, que poseia ya instituciones liberales, y verdaderamente paternales, ántes de la institucion del régimen parlamentario. La Toscana posee un puerto, Liorna, que debiendo su principio, como la ciudad de Roma, á ser un asilo abierto para todos los vagos de la tierra, no ha crecido empero como aquella y sido la señora y dominadora del mundo, sino que se ha estacionado en sus principios. Liorna ha abierto su puerto franco á todos los hombres que las naciones arrojaban de su seno, y de la reunion de todos estos hombres ha formado un pueblo que es, con muy pocas excepciones, la flor y nata de la canalla del mundo. Allí se habian reunido de los cuatro extremos del Mediterráneo todos los espíritus turbulentos, todos los agitadores pagados y los Condottieri revolucionarios. Esas heces de los facciosos gobiernan el populacho de Liorna; y el populacho de Liorna hace temblar á la Toscana. Así es que á pesar de la repugnancia del gran duque contra la voluntad pronunciada del Consejo general de Florencia, un motin de Liorna, motin suscitado por una imperceptible minoría, ha bastado para imponer á la Toscana con la amenaza de que Liorna, despues de haber arrojado su guarnicion, se disponia á marchar sobre la capital. El 21 de Octubre se representa en Liorna una farsa revolucionaria dirigida por su gobernador Montanelli, y en la que cada uno se habia distribuido los papeles.

Los agitadores de Roma sacaron grandes fuerzas de esta revolucion, y poniéndose en activa correspondencia con Montanelli encontraron un punto de apoyo. El triunfo tan fácilmente adquirido por el motin de Liorna, despierta los deseos del partido anarquista de Roma; mas aquí un ministerio firme desconcertaba todos sus planes. El general Zucchi, nombrado ministro de la Guerra, habia aceptado el puesto peligroso que le designára el Pontífice. Hombre de valor, severo en la disciplina militar, era un elemento temible para los revolucionarios, en cuyos cálculos habia entrado por mucho la desmoralizacion en que se encontraba el ejército del Papa. Tratan, pues, á toda costa de impedir su llegada á Roma. Apénas desembarca en Civita-Vecchia el dia 25 de Octubre, una turba de amotinados trata de impedirle que prosiga su camino; pero el general manda hacer fuego á un destacamento de línea, y los amotinados, acostumbrados hasta entónces á no encontrar resistencia, huyen despavoridamente. Llega á Roma el ministro y trata de consagrarse enteramente al sosten del órden y á la reorganizacion

del ejército. En Bolonia la fermentacion se presentaba ya de una manera más ostensible. El populacho, que como hemos anteriormente manifestado habia conservado las armas despues de haber arrojado á los austriacos en el mes de Agosto, hacia aún sentir duramente su dominio y tenia en una continua opresion á los hombres honrados, impotentes para resistirle. El 10 de Noviembre marcha el general Zucchi en posta, llega inopinadamente á aquella ciudad, revista las tropas de línea y los Carabineros, y á muy pocos dias, en las altas horas de la noche, cerca repentinamente el barrio de Bolonia en donde vivian la mayor parte de los agitadores, cuyas casas eran un verdadero arsenal de armas; los reduce todos á prision, se apodera de las armas y al amanecer del dia siguiente se encuentra la ciudad de Bolonia que puede ya respirar libre, porque los sicarios que la habian oprimido habian sido todos desarmados. El dia 15 debian abrirse las Cámaras. La calma, es verdad, reina en Roma, empero era la calma sofocante que precede á las grandes tormentas cuando la tierra está cargada de electricidad. La presencia del general Zucchi fué de gran provecho para los habitantes de Bolonia; empero dejó expedita la accion de los agitadores de Roma. El ministro Rossi se encontraba solo en ella, y podia decirse que en él se encontraba el gobierno entero. Un solo golpe de puñal podia concluir con el gobierno de Roma. Era el único medio de poder vencer á este hábil ministro, ántes de que expusiese en las Cámaras y desarrollase su sistema de gobierno, que hubiera atraido la aprobacion general; los clubs lo acordaron y se prepararon á ponerlo en ejecucion desde luego. El dia señalado fué el 15 de Noviembre. Los *idus* de este mes fueron tan fatales para el conde Rossi, como lo fueron en aquella misma ciudad los *idus* de Marzo para César; éste pereció en el Senado, aquel en el umbral de la Cámara. En ambos casos los asesinos se retiraron tranquilamente por medio de la muchedumbre, quedando Roma quieta y sosegada, pero bajo el imperio del puñal. La prensa habia preparado y acalorado los ánimos. El plan aparente era silbar al Ministerio á su entrada en el parlamento y apoyar con vociferaciones el ataque que los diputados se proponian dar al ministro, condenando el decreto del Pontífice en que se le concedia el derecho de naturalizacion en los Estados romanos. La plaza de la Cancillería se hallaba llena de gente, entre ella una gran parte por curiosidad. El conde Rossi á la una fué á ver al Papa, y desde allí, solo en su coche, acompañado del subsecretario de Hacienda, se dirigió al palacio de la Cancillería, al atravesar cuya plaza fué recibido por los gritos y silbidos de la inmensa multitud que la poblaba. Hizo entónces apretar los caballos y el carruaje entró al galope en el pórtico del palacio. Rossi, con la mayor serenidad, se apea de su coche, uno de los espectadores le da con un baston un empujon en el costado, y al movimiento natural de retirada y volver la cara

hácia aquel lado, un voluntario le tira al cuello una estocada con la daga, cortándole la carótida izquierda y atravesándole de parte á parte. Un lago de sangre inunda el suelo, mancha las paredes y á algunos de los circunstantes que estaban próximos, y el ministro cae muerto casi instantáneamente. Los pocos soldados que habia allí para conservar el órden de los carruajes, abandonan sus puestos y se retiran, y los asesinos marchan con la mayor tranquilidad delante de la multitud. Horrible era la tranquilidad en que permanecia en la plaza la inmensa muchedumbre; solo podia encontrarse una cosa más horrible aún la impasibilidad que presentaba el interior de la Cámara de los diputados. En la Cámara circula al momento la noticia, porque el desgraciado Rossi recibe los primeros aunque inútiles cuidados del médico Pantaleoni, que era diputado. Ni la menor muestra de agitacion, ni la conmocion más mínima se nota en aquella asamblea: léese el acta de la sesion anterior, pásase la lista de los diputados, y no habiendo número suficiente para deliberar se levanta la sesion. El embajador español, Martinez de la Rosa, corre inmediatamente al Quirinal y se presenta al Papa. Consuela al venerable Pontífice en los primeros momentos de dolor que le causa la pérdida de su fiel consejero y primer ministro, y le reitera las ofertas de apoyo y de auxilio que tantas veces le habia ofrecido en nombre del gobierno de la Católica Isabel. La muerte de Rossi habia sido decidida en el Círculo Popular y se ejecutó con una precision y una puntualidad calculada. El único hombre de gobierno era Rossi; muerto éste, el poder pasó de hecho á aquel club. El terror más grande se habia apoderado de todos los buenos. Los asesinos se hallaban libres; discurrian por los cafes, y en todas partes habia una horrible tranquilidad. Los ministros huyen unos, ocúltanse otros. La tarde del 15 se pasó en la más completa inaccion por parte del Gobierno, miéntras que el Círculo Popular trabaja activamente, y sus agentes recorrian los cuarteles preparando una fraternizacion de las tropas con las masas del pueblo. Apénas llega el anochecer, el Círculo Popular sale precedido de una bandera tricolor, con hachas encendidas, dando gritos, y se dirige al cuartel de los Carabineros á darles las gracias porque no habian hecho fuego á los asesinos de Rossi. Los gritos eran: *¡Viva la libertad! ¡viva la Constituyente! ¡bendita sea la mano del que mató á Rossi! ¡viva el puñal del nuevo Bruto!* Nosotros vimos este grupo, que apénas llegaria á cien personas, recorrer tranquilo las calles de la capital del mundo; dirigirse á los cuarteles, donde fué acogido con aclamaciones por las tropas, marchar y volver seguido de grandes grupos de ellas al palacio de Fiano, donde se hallaba situado el Círculo Popular. Allí indistintamente mezclados cívicos, soldados, gentes del pueblo y hasta extranjeros, se aprobaban á gritos y por unanimidad las disposiciones que indicaba Sterbini, presidente de aquel club, disposiciones acordadas

anteriormente entre unos pocos, pero que con esta farsa se revestian con el carácter y el nombre de deliberaciones del pueblo. Acordóse el programa fundamental que debia regir al nuevo Ministerio; Ministerio que trataba de imponerse al Papa; Ministerio formado sobre el cadáver aún caliente y palpitante del ministro á quien habian alevosamente asesinado. Así terminó la jornada del miércoles 15 de Noviembre en Roma. Habia comenzado por un asesinato horrible, y terminado por la preparacion de una revolucion que debia arrancar de hecho al Papa su poder temporal.

Miéntras las turbas discurrian ébrias de vino y de entusiasmo por las calles y plazas de Roma, cuatro penitentes negros sacaban del palacio de la Cancillería á las dos de la noche, en el silencio, un cadáver, y lo conducian al cementerio de Sancti-Spiritus para arrojarlo en secreto á la fosa comun. ¡Aquel cadáver era el de un mártir, el del conde Rossi! y lo llevaban secretamente, cual en otro tiempo los primeros cristianos habian enterrado á sus mártires, para no exponer sus restos á la profanacion de los revolucionarios, cuyo odio no se habia detenido en el sepulcro, y proyectaban arrastrarlo por las calles, si se le hubiesen decretado los honores fúnebres debidos á su alta clase. Ninguno de los periódicos condenó el asesinato, como no lo habia condenado la Cámara, ántes bien tributaron los mayores elogios al asesino, llamándole el nuevo Bruto. Grande era la agitacion popular que se notaba desde por la mañana del 16. Los diversos cuerpos de las milicias de todas clases corrian sin armas á reunirse en la plaza del Pueblo. Los diferentes círculos acudieron con sus estandartes y banderas, acudieron tambien los oficiales; y ¡cosa inconcebible! acudieron hasta los mismos generales. Formados en columna, mezclados todos confusamente, los de la Guardia cívica con los Carabineros y el pueblo, precedidos de una música que tocaba un himno militar, se pusieron en marcha siguiendo al estandarte del Círculo Popular, donde se hallaban escritos en un gran pliego de papel los nombres de los que el Papa debia nombrar ministros, y los principios fundamentales acordados la víspera en el Círculo Popular, á saber: 1.° promulgacion del principio de la nacionalidad italiana; 2.° convocacion de la Constituyente, y formacion de un acta federativa; 3.° cumplimiento de las deliberaciones de la Cámara de diputados con respecto á la guerra de la independencia; y 4.° completa adopcion del proyecto de Mamiani del 5 de Junio. Dirígense desde allí al Quirinal, donde llegan cerca de las dos de la tarde; llena con su inmensa multitud aquella plaza, donde el pueblo estaba acostumbrado á victorear tantas veces á su soberano por los beneficios que espontáneamente le habia dispensado; allí le habia aclamado por la amnistía, por el Estatuto, por el establecimiento de la Guardia ciudadana, por la igualdad ante la ley, por la entrada de los seglares en la administracion pública, y por tantas

otras concesiones con que le habian ido lentamente desgarrando el manto de Pontífice y de Rey; hoy venian á que les arrojase la tiara, para arrastrarla por el fango. Al primer rumor de peligro y de agitacion, el cuerpo diplomático habia acudido á colocarse al lado del Pontífice. La diputacion de los representantes de las turbas del pueblo, acompañada de algunos miembros del Círculo Popular, entró en el palacio pontificio, y fué recibida por el cardenal Soglia, quien trasmite las palabras de ella al soberano, que ofrece tomar en consideracion la peticion del pueblo, confiando en tanto la composicion del nuevo ministerio á Galletti. Sale éste á la plaza, y anuncia al pueblo la respuesta del Pontífice. Miéntras habla, reina un profundo silencio, pero la respuesta no merece el agrado de las turbas, y con voces desaforadas gritan: *¡No! ¡no! ¡que se concedan al instante las peticiones del pueblo!* El tumulto toma unas proporciones gigantescas; los gritos son terribles, atronadores. La diputacion entra nuevamente para significar al príncipe los deseos de la muchedumbre. Penetra la diputacion en el interior del palacio Quirinal; pero como tras de ella quieren tambien penetrar las masas populares, la guardia suiza cierra la puerta grande del palacio pontificio, dejando solamente abierto un postigo. Esta guardia, más de magnificencia que de seguridad del Pontífice, esta guardia tradicional que viste aún el pintoresco uniforme de los tiempos de Julio II, dibujado por Miguel Angel, logró contener las turbas. Al pié de la escalera del reloj encuentra la diputacion á los embajadores reunidos de España, Francia, Rusia y Baviera, y su presencia impone á los comisionados de las turbas; porque el Pontífice, á quien creian solo, se hallaba rodeado de los representantes de la Europa. ¡Allí estaban para protegerle! Momentos ántes, el Pontífice habia preguntado al embajador de España, cuáles eran las instrucciones que tenia para un caso semejante? «Poner á disposicion de Vuestra Santidad, le contestó conmovido Martinez de la Rosa, todo el poder, todos los recursos de que puede disponer la Reina Católica de las Españas.» Iguales seguridades dieron á Su Santidad los representantes de las demás naciones. La diputacion tuvo una breve conferencia con el príncipe, en la que Galletti llevaba la palabra. El Papa mostró la mayor firmeza, negándose á lo que le pedian, y resuelto á sufrir las consecuencias que pudieran resultar de su negativa. El postigo del palacio se cierra enteramente. La fermentacion llega á su colmo; álzanse gritos horrendos en todas partes, y la diputacion que se hallaba dentro del palacio no puede salir; pero á fin de comunicar al pueblo la última respuesta, Galletti sube sobre el torreon que flanquea el palacio por un costado y anuncia al pueblo la decision del Pontífice. Un grito general de *¡á las armas!* sucede instantáneamente; los cívicos y soldados blanden al aire sus espadas; la plaza del Quirinal presenta el espectáculo de la mayor confusion, y algunos arrojan piedras contra las

ventanas del palacio, pidiendo con gran gritería que se abran las puertas. En la última del palacio, que mira á la Puerta Pia, reunen una porcion de faginas y las ponen fuego; los bomberos del Quirinal le apagan fácilmente, pero los suizos, al verse atacados, ponen inmediatamente en estado de defensa el palacio, construyendo barricadas en el interior de las puertas, y áun cuando la guardia de los suizos no se halla armada sino de alabardas, echan mano de algunas antiguas espingardas que se conservaban en el palacio, y con ellas hacen fuego desde las ventanas. El grito de *¡A las armas!* resuena nuevamente, y la plaza queda vacía en un momento, para llenarse despues con nuevos hombres armados, que acudian por todas partes. Los tambores de los catorce batallones de la Guardia cívica esparcen la alarma por todas las calles tocando la generala. La grande plaza del palacio Quirinal se hallaba completamente llena de gente, que disparaba de cuando en cuando sus fusiles sobre el palacio del Pontífice, empero éste permanecia en tanto inflexible en su resolucion de no ceder á las demandas del pueblo. Una de las balas disparadas por las turbas penetra en uno de los aposentos del palacio y hiere en el corazon á Monseñor Palma, secretario latino del Papa. Uno de los domésticos se presenta al Pontífice, se arroja á sus pies, y le anuncia la catástrofe. Queda un momento suspenso el venerable Pontífice; pero su valor no se contrasta ni se intimida, y se retira un momento á su oratorio para pedir por el eterno descanso del alma de aquel fiel servidor suyo. ¡Cuán tristes y dolorosos pensamientos debieron vagar por su alma, cuando de rodillas en su oratorio, solo con su conciencia, cara á cara con la imágen de su Dios, de quien él era el vicario, se preguntase á sí mismo dónde iria á parar aquel pueblo furioso y ciego que rugia como una bestia desencadenada á las puertas de su palacio! Contra ellas asestan tambien frenéticos el cañon llamado S. Pedro, que habian traido con grande algazara del castillo de Sant-Angelo. ¡Aquel cañon habia saludado la amnistía, y lo volvian ahora contra la casa del perdon! ¡Este cañon lo servian con mecha encendida el diputado Bonaparte, príncipe de Canino, y su hijo! El Círculo Popular, durante todo el movimiento, se constituye en una especie de gobierno popular, compuesto de Sterbini, Vicenguerra, Spini y Pinto; estos dos últimos, redactores de *La Época*. Desde entónces el movimiento se concentró y tuvo una direccion; todas las órdenes partieron de esta Junta, y en todas partes fueron obedecidas. Ni un empleado siquiera, civil ni militar, resistió ni dió su dimision; todos se adhirieron inmediatamente á las disposiciones de esta Junta. La tropa de línea que guardaba el arsenal llamado *la Pillota*, abre las puertas al pueblo, que se apodera en un momento de cuantas armas se custodiaban en aquel depósito, saqueando además cuantos objetos se hallaban allí de armas antiguas y preciosas. Ninguna voz romana se

alza en su defensa, ninguno se levanta para defender el palacio pontifical, guardado apénas por setenta ancianos suizos; presentando un espectáculo vergonzoso aquellos soldados pagados por el Papa, que marchaban contra su palacio á las órdenes de sus jefes, de los cuales ni uno solo faltó; aquella aristocracia romana, enriquecida y ennoblecida por los Papas, con la espada desenvainada al frente de los batallones de los nacionales, sin que uno solo de sus individuos se separase de sus filas y fuese á interponer su honor y su cuerpo entre la revolucion y Pio IX, noble romano como ellos mismos. La conducta de los príncipes y de la aristocracia romana está perfectamente significada en el Evangelio, en aquel discípulo tímido que nos refiere el historiador de la pasion del Hombre-Dios, que envuelto en una sábana blanca el dia de la prision de Jesus, le seguia á lo léjos para ver en qué paraban las cosas: *Sequebatur à longe ut videret finem.* Por una órden del Círculo Popular se manda proceder á la prision de todos los cardenales; pero éstos, desde los primeros momentos de la revolucion, acostumbrados por los anteriores movimientos á ser señalados como las primeras víctimas, habian abandonado sus casas y ocultádose al furor de sus enemigos. Resuelve el Círculo Popular enviar una tercera diputacion al palacio á las siete y media de la tarde, con el encargo de que el Pontífice respondiese ántes de las nueve. El abogado Galletti vuelve al palacio á las ocho, tiene una conferencia con el Pontífice, y á las ocho y media aparece sobre el torreon y anuncia al pueblo que el Papa ha cedido á sus deseos, nombrando el ministerio acordado en el Círculo Popular, y refiriéndose para la adopcion de las bases que se le habian presentado á la deliberacion de las Cámaras. El Papa habia cedido tratando de evitar la efusion de sangre por todos los medios posibles. «Todo, dijo delante de los mismos embajadores, debe ir cediendo á este principio; pero declaro á la Europa y al mundo entero, que no tomo parte, que no entiendo tomarla en los actos del gobierno, á los que quiero permanecer enteramente extraño, habiendo prohibido que se sirvan de mi nombre y que adopten en los actos del gobierno la fórmula ordinaria *con aprobacion de Su Santidad.*»

La triple corona del Pontífice se habia arrastrado por el lodo, su palacio habia sido asediado, porque Pio IX se habia negado á las exigencias de la revolucion que queria levantase su bandera contra la de todos los reyes; porque queria que la Iglesia se volviese con grato amor á la democracia, como en otro tiempo se habia vuelto á la barbárie, que tocase con su cruz á esa feroz y salvaje matrona, y hubiera reinado. Pio IX habia rehusado asociar á ella la cruz; la democracia se habia mostrado más indócil que la barbárie, y no se habia postrado en su presencia como Atila ante Leon I, habia asaltado su palacio y lo habia regado con la sangre de sus propios

servidores; no habia doblado ante la religion su cabeza. Las turbas habian triunfado completamente; y ébrias de alegria y de vino recorrian las calles de la ciudad eterna, como en otro tiempo la hija del rey Servio Tulio habia recorrido las calles de la misma ciudad haciendo pasar su carro sobre el cuerpo asesinado de su anciano padre tendido en el suelo. Cuenta el historiador, que detenidos los caballos, el criado que conducia el carro mostró á su ama el sangriento obstáculo que detenia su marcha; empero Tulia, prosiguiendo la carrera, guió sus caballos sobre estos restos sagrados; y dice el mismo historiador, que llegó á su palacio manchada con la sangre de su padre..... *Partem sanguinis ac cædis paternæ..... contaminata ipsa repersaque....* Lo mismo la revolucion romana al través de la sangre, de la muerte y del asesinato, impia Tulia, con los cabellos tendidos, y la imprecacion y la blasfemia en la boca, pasea por Roma su carro triunfal sobre el cuerpo de su padre. ¡Nada la detiene; ni la magnitud del crímen, ni la santidad de la víctima! La noticia del asesinato de Rossi es recibida en Liorna con el mayor entusiasmo. Enarbólase la bandera tricolor sobre la cúpula de la catedral é iluminase la ciudad. En Génova es acogida tambien la muerte de Rossi con demostraciones marcadas de alegria, que honran poco la religiosidad y cultura de aquel pueblo.

La noticia de los atentados cometidos en Roma por el pueblo, asesinando al ministro y atacando la libertad personal y la inviolabilidad del Papa, excitan la mayor indignacion en Francia; y el general Cavaignac inmediatamente determina enviar á Civita-Vecchia una expedicion de tres fragatas con una brigada de 3500 hombres, para proteger la libertad del Pontífice, á quien habian abandonado su ejército y su pueblo; al mismo tiempo envia á Mr. Courcelles con instrucciones para asegurar al Papa toda la proteccion de la Francia. La Asamblea Nacional en la sesion del 30 de Noviembre se ocupa especialmente de este negocio: todos los diputados condenan unánimemente la conducta ingrata y alevosa de los romanos, y Montalembert hace oir su elocuente y poderosa voz en favor de Pio IX, haciendo ver que el insulto recibido en su sagrada persona ha sido recibido por doscientos millones de almas esparcidas por toda la superficie del universo, no solamente en Irlanda, España, Polonia, en Europa en fin, sino hasta en las misiones de la China y en los desiertos del Oregon. La Asamblea á los acentos elocuentes de Montalembert, con que deploraba la muerte del ministro Rossi y anatematizaba á sus asesinos, respondió con las más vivas aclamaciones y adoptó una resolucion, aprobando las medidas de precaucion tomadas por el gobierno francés para asegurar la libertad del Santo Padre. ¡Se hallaba de hecho destituido de su poder temporal Pio IX! Solo, abandonado en el desierto Quirinal, ni el estado mayor de la tropa, ni ninguno de los nobles ni

de los príncipes fueron á consolarle y á tributarle un solo homenaje al dia siguiente del grande ultraje que habia recibido. Solo el cuerpo diplomático habia vuelto á su lado, habia procurado consolarle, y le habia encontrado acompañado de los cardenales Antonelli y Soglia. El embajador Martinez de la Rosa lo acompaña constantemente y consuela, empleando sus poderosos talentos, su larga experiencia probada en las más terribles vicisitudes de su honrosa vida. Los setenta suizos, que con tanto valor se habian defendido en la tarde y noche del 16, fueron relevados en la madrugada del 17 por la Guardia nacional; y habiendo entregado su vestuario y armamento, se les dejó en libertad de retirarse. Doloroso fué al Pontífice verse privado de su guardia. Consideróse preso en su mismo palacio desde aquel instante, y así es que no volvió á salir hasta el momento en que fugitivo se alejó de la ciudad de Roma. El Ministerio, aunque salido del Círculo Popular al que debia su elevacion, no tenia el poder más que en el nombre, el poder de hecho residia en el Círculo, que se habia constituido en su tutor. Los agitadores se mostraban impacientes por la reunion de las Cámaras; pero pasan tres dias sin poder reunirse estas, porque léjos de juntarse el número suficiente de diputados, muchos se apresuran á mandar sus dimisiones por no asociarse á los actos revolucionarios; fué preciso la enérgica amenaza del puñal para conseguir que la Cámara no se disolviese por sí misma. El reinado del terror se hallaba en Roma en su apogeo. Podia decirse que su situacion era la misma que describe el poeta Alfieri, al hablar en su tragedia de Virginia del terror que pesaba en Roma durante la dominacion de Apio y los decenviros. Por desgracia el número de los decenviros era ahora mayor; componíanlos las turbas del Círculo Popular, dirigidas por Sterbini y conducidas por Ciceruachio. El Papa permanecia obstinadamente encerrado en su palacio; considerábase preso en él. Solicita Mamiani presentarse al Papa, pero no es recibido, bajo el pretexto de hallarse indispuesto el Pontífice. Sabia éste que la primera disposicion de Mamiani era presentar en la Cámara el proyecto de la Constituyente italiana. El Papa permanecia obstinadamente encerrado en su palacio ajeno á los negocios públicos, y todo hacia creer que muy en breve abandonaria la ciudad de Roma para no verse precisado á sancionar medidas repugnantes á su conciencia ó expuesto á nuevos ultrajes. En efecto, á las diez de la noche del 24 el Pontífice abandona la capital del cristianismo y dirige sus proscriptos pasos á buscar un asilo hospitalario á la sombra de alguna bandera católica, en donde pueda reposar su venerable cabeza, huyendo de Roma, de aquella ciudad que habia llenado con la paz y con su caridad.

El Papa habia concertado su fuga de antemano con los individuos del cuerpo diplomático, y la evasion habia sido convenida para la noche del 24.

El embajador de Francia llegó al anochecer al Quirinal en ceremonia, con su coche de gala, y pidió ver al Papa. Fué introducido en el gabinete pontifical, cuya puerta se cerró en seguida. Creian todos en conferencia al Pontífice con el embajador francés, miéntras que el Papa, cambiando de vestido, se disfraza de paisano, cubre su cabeza con un sombrero redondo de ancha ala, y sale por un corredor estrecho con una palmatoria en la mano, dirigiéndose á las habitaciones interiores. Algunos instantes despues el embajador Harcourt, que se halla con la mayor ansiedad hasta ver el éxito de su temeraria empresa, oye ruido en el corredor y no puede ménos de estremecerse, considerando que tal vez su proyecto ha sido descubierto y que la fuga del Pontífice iba á ser imposible. Pio IX tenia la mayor serenidad y la mayor sangre fria, habia vuelto á su cámara, no porque ningun obstáculo hubiese detenido sus pasos, sino porque habia olvidado su caja de tabaco. Pio IX hace tanto uso del tabaco en polvo como Federico II y el emperador Napoleon. Tranquiliza al embajador, y éste permanece algun tiempo encerrado solo en el gabinete para darle tiempo á que verifique su evasion. A las ocho de la noche sale Harcourt, manifestando á los domésticos del Pontífice que fatigado éste se habia retirado para meterse en cama. Vuelve despues á la embajada, y sube inmediatamente en un coche de camino para marchar á Civita-Vecchia, donde llega á las dos de la madrugada y se embarca en el vapor de guerra *Thenare*, admitiendo á su bordo al embajador de Portugal, y se dirigió á Gaeta donde llegó el mismo dia que el Papa. El Papa subió en coche y salió sin excitar la menor sospecha, reuniéndose en S. Juan de Letran con el conde de Spaur, ministro de Baviera. Una media hora despues de haberse separado de Harcourt dejaba á Roma. En Albano los ilustres fugitivos encontraron á la embajadora de Baviera, al cardenal Antonelli y á D. Vicente Arnao, primer secretario de la legacion de España, que habia salido por la mañana de Roma, y lo aguardaban allí todos con una silla de posta: marcharon inmediatamente. En una de las paradas bajóse el Papa, y á pocos momentos pasó un peloton de carabineros romanos, cuyo sargento dirigió la palabra á Pio IX diciéndole: «Tarde viajais, señor abate, pero hace buen tiempo, el camino está seguro y no teneis nada que temer hasta Terracina: buen viaje.» Pio IX le saludó con la mayor sangre fria y serenidad. Antes de llegar á Gaeta el embajador de Baviera tomó el camino de Nápoles, quedando solo el Papa con Arnao y el cardenal Antonelli. Alojáronse en el hotel Ciceron, modesta posada, donde conservaron el más rigoroso incógnito, entregando sus pasaportes al jefe de la gendarmería, que aunque los halló en regla, observando el aire misterioso de que se rodeaban los tuvo por sospechosos y procuró vigilar la casa. Grande fué la admiracion del sargento de los gendarmes, cuando al dia siguiente el rey de Nápoles llegó con

el embajador de Baviera, y apénas ve al sargento le grita: «Llevadme pronto, pronto á la posada donde se encuentra el Santo Padre.» El rey de Nápoles dió la más completa acogida y hospitalidad á su santo huesped, poniendo á su disposicion su palacio, sus tesoros, su ejército. Toda su familia acudió á Gaeta á festejar su nuevo huesped; y fué tambien el príncipe Alejandro, heredero del autócrata de todas las Rusias. El embajador español Martinez de la Rosa habia salido á las cinco de la tarde del mismo dia 24 de paseo en el coche ordinario con dos caballos, y así se habia dirigido á Civita-Vecchia. El Gobierno español habia enviado en el mes de Mayo un vapor, el *Lepanto*, á las aguas de Civita-Vecchia. Aquel vapor habia permanecido allí algun tiempo; pero á pretexto de la poca seguridad del puerto, su capitan Alarcon se habia retirado por órden del gobierno á Barcelona, no obstante las reclamaciones del embajador español. Martinez de la Rosa aprovechó el paso para Nápoles de uno de los paquetes, el *Virgilio*, que hacen el tránsito del Mediterráneo, y fué conducido á Nápoles con todos los honores debidos á su alto rango, enarbolando el pabellon español en el tope del buque. Desde Nápoles pasó inmediatamente Martinez de la Rosa á Gaeta, donde fué recibido por el Papa con las mayores demostraciones de amor. El embajador español habia manifestado en los dias críticos la mayor decision. El Papa no podia desconocer el afecto que le habia demostrado, los riesgos que habia corrido el digno representante de la nacion española, él habia sido el intérprete fiel de los deseos de la Reina Católica y de sus pueblos, y en su persona quiso agradecer estos servicios Pio IX, concediéndole el dia 27 el gran cordon de su Orden, distincion que hasta entónces no habia tenido extranjero alguno, y sí solo algunos dos ó tres príncipes romanos. El embajador de Baviera conde de Spaur, recibe con igual fecha la misma lisonjera distincion. El Papa fijó su estancia en Gaeta. Nombra al cardenal Antonelli su ministro, para que pueda entenderse con las naciones de la cristiandad, y todos los representantes de estas potencias acuden á aquella ciudad, residencia temporal del vicario de Jesucristo. Los cardenales acuden á rodear su trono, y Pio IX se ocupa en su destierro con el mismo afan, con la misma asiduidad que en Roma, en el gobierno de la Iglesia universal y en el de sus estados, presa de la más desenfrenada demagogia.

Todos ignoraban la fuga del Pontífice en Roma. Solo á la mañana siguiente, 25 de Noviembre, el marqués de Sachetti, furriel mayor de los palacios pontificios, entregó al Ministerio una carta que el Pontífice le habia dejado, concebida en estos términos: «Marqués Sachetti: Fiamos á vuestra »notoria prudencia y honradez que prevengais de nuestra partida al minis»tro Galletti, empeñándole con todos los otros ministros no tanto para que »defienda nuestros palacios, cuanto las personas adictas á nuestra servidum-

»bre, que ignoraban totalmente nuestra resolucion. Nos interesamos tanto »en esto, porque, lo repetimos, nuestros familiares ignoraban todos nuestro »pensamiento. Tambien recomendamos de todo nuestro corazon, y deseamos »la quietud y el órden de la ciudad entera, 24 de Noviembre de 1848.— »*Pius P. IX.*» Divulgada la noticia por la ciudad, un movimiento de estupor se apoderó de todos los ánimos. Los tambores tocaban la generala por todos los barrios, y la Guardia cívica se reunió instantáneamente para conservar el órden, que no se turbó ni un solo instante: la magnitud del suceso habia helado la sangre de todos. El Ministerio se presentó en la Cámara, que se declaró en sesion permanente, dividiéndose en tres secciones que alternativamente se relevaban. El Ministerio declaró prontamente que ejercia el poder en nombre del Soberano Pontífice; y de la carta de éste al marqués de Sachetti saca un título de legalidad para ejercer sus atribuciones. Los hombres más exaltados, entre ellos el príncipe de Canino, creen que es llegado el momento de establecer un gobierno provisorio y proclamar la república; pero el Ministerio con mano firme reprime sus intentos y conserva un órden admirable en la ciudad. El Gobierno despliega la mayor actividad para impedir que un movimiento de reaccion sucediese al primero de estupor que ocasionó la ausencia del Papa. Las iglesias todas de la capital del mundo cristiano se hallaban llenas de fieles, y preces unánimes se dirigian en los templos al Eterno por que Dios salvase al Pontífice en la tempestad que corria, y por que volviese pronto á templar con su paz y su caridad la ciudad eterna, teatro de tan sangrientas discordias. Apénas se supo en Roma que el Papa habia fijado su residencia en Gaeta, los cardenales y prelados, que no habian podido huir ántes de su salida, se dirigen por diversos caminos á aquella ciudad. Mamiani conocia lo falso de su posicion: preveia los sucesos que dentro de muy pocos dias debian arrollarlo, y gastar en el movimiento rápido de la revolucion la reputacion grande con que las masas lo habian elevado al poder. Así es que impide toda manifestacion en la prensa contra la persona del Pontífice; afecta en sus discursos en las Cámaras y en las proclamas el mayor respeto hácia su sagrada persona, y lleva la afectacion hasta el punto de hacer que la Guardia cívica siga cubriendo todos los dias la guardia del palacio Quirinal vestida de gala y con bandera; esfuérzase, en fin, por todos los medios en mantener la tranquilidad pública; ningun signo exterior revela en los primeros momentos al pueblo la ausencia de su soberano. El Círculo Popular era el foco de la revolucion. Pónese de acuerdo con los demás círculos políticos de las provincias, miéntras que el Ministerio envia tropas á las fronteras de Nápoles, rezeloso de la actitud que podia tomar el Pontífice, y temeroso de que el rey de Nápoles lanzase su ejército sobre los estados de Roma. El Papa el dia 27

de Noviembre protesta nuevamente contra la violencia inaudita y sacrílega que habia sufrido el 16, y declara que todos los actos nacidos de ese estado de coaccion no tenian fuerza ni legalidad alguna, nombrando una comision gubernativa que dirigiese durante su ausencia de Roma los negocios públicos. En la Cámara interpelado el Ministerio sobre si era cierto y auténtico el documento firmado en Gaeta, contra la evidencia de los hechos Mamiani se esfuerza en defender la libertad de los actos del Pontífice, y probar que su fuga ha sido únicamente efecto de las intrigas de los diplomáticos. En la sesion de la noche del 3 de Diciembre la Cámara de los diputados declara nula la protesta y decreta: 1.° que los ministros actuales continuarán ejerciendo sus funciones hasta que no se disponga de otra manera; 2.° que una diputacion de su seno será enviada inmediatamente cerca de Su Santidad para invitarle á volver á Roma; 3.° que la alta Cámara será invitada á hacer una declaracion análoga, y á reunir algunos de sus miembros á la diputacion que se envie al Pontífice; y 4.° que una proclama se dirija al pueblo de Roma y Estados pontificios para informarles de las medidas tomadas por las Cámaras, y otra proclama á los Guardias cívicos para invitarles á proteger eficazmente el órden público en todas partes. Antes del nombramiento de esta comision Mamiani habia podido persuadir al furriel mayor de los palacios del Pontífice, marqués Sachetti, á quien el Papa habia encargado que participase al Ministerio su fuga, para que pasase á Gaeta á fin de determinar al Papa á que volviese á Roma. Conocia el conde Mamiani que el principal plan, el pensamiento colosal de la revolucion no podia llevarse á cabo sin que el Pontífice le diese su sancion. Era éste el despojo de los bienes inmensos del clero, y no se atrevian á poner su mano sobre ellos, porque sabian que nadie se presentaria á comprarlos sin que el Pontífice hubiese dado, aunque hubiese sido á la fuerza, su consentimiento; lo que interesaba á la revolucion era salvar las fórmulas. El dia 5 de Diciembre vuelve á Roma el marqués Sachetti, que despues de grandes dificultades habia logrado llegar hasta la presencia del Pontífice; y habíale expuesto en vano la comision que le confiára el conde Terencio Mamiani, porque Pio IX, que tantas pruebas habia dado de su firmeza, no le contestó más, sino que habia ya provisto á los negocios de Roma, nombrando una comision de gobierno. El Papa se manifestaba inflexible.

La opinion general de Europa era unánime en condenar los atentados de los romanos, y á porfia todas las naciones se disputaban, apénas tenian conocimiento de la salida del Pontífice de Roma, el ofrecerle un asilo hospitalario, abriéndole todos los pueblos sus brazos, todos los reyes sus palacios, deseando que viniese entre ellos, para poder enjugar con mano respetuosa y filial las lágrimas que en un momento de delirio y frenesí le habia hecho

derramar la ingratitud de Roma. Repúblicas y monarquías, fieles á su historia, se apresuraban con igual empeño. La reina de España hacia marchar sin demora, y ponia á disposicion del Pontífice el vapor *Leon*, al mando del capitan Sivila, el que se reune al *Lepanto*, en el puerto de Gaeta el 5 de Diciembre, y hace al mismo tiempo preparar un palacio en Mallorca para que si gusta fije allí su morada. En Francia al primer rumor de que se dirige á aquella nacion la cabeza visible de la Iglesia, el ministro de los Cultos marcha á Marsella para recibirle á su llegada, y van tambien á su encuentro varios prelados venerables de aquella nacion, disponiendo su Gobierno que sea recibido con una pompa y honores, que recuerdan los tiempos en que su antecesor Pio VII vino á colocar sobre las sienes del guerrero del siglo, Napoleon Bonaparte, la corona del Imperio. El Gobierno francés veia con júbilo y deseaba la llegada de Pio IX, para que su presencia fuese la consagracion de la nueva república. La Asamblea durante toda la sesion del 2 de Diciembre aguarda la comunicacion de un despacho telegráfico que anunciase la llegada del Pontífice á Marsella: áun los hombres más contrarios, se hallaban dispuestos á tributar á su entrada en Francia al ilustre Pontífice todos los respetos debidos á su alta posicion, á su grande infortunio; homenaje sincero y verdadero, inspirado á la vez por la fe y por la libertad. La manifestacion pública de la opinion en Francia y en la Europa entera, hacen que en Roma, en la sesion de la Cámara de los diputados del 6, se dirijan al Ministerio interpelaciones con motivo del lenguaje duro, severo, con que el jefe del poder gubernativo en Francia habia condenado la revolucion romana. El conde Mamiani responde en un discurso, manifestando con toda su fuerza la más grande reprobacion contra las pretensiones que atribuye á la Francia, de querer intervenir con las armas en los negocios interiores de los Estados romanos, y manifiesta que se han tomado todas las medidas, á fin de impedir en Civita-Vecchia el desembarco de los extranjeros, oponiéndoles una resistencia desesperada. Pio IX habia llegado á Gaeta: habia seguido una activa correspondencia con el presidente de la República francesa, general Cavaignac, dándole las gracias por las generosas ofertas, que á nombre de aquella nacion, hija primogénita de la Iglesia, le habia hecho, manifestándole sus sentimientos personales, y esperando que se le ofreciera una ocasion en que poder esparcir en el suelo francés por su propia mano las bendiciones del Señor. El Pontífice en Gaeta continuaba rodeado de la consideracion y del respeto general. La diputacion que las Cámaras habian acordado dirigirle, no tuvo éxito alguno, por no haberse permitido llegar á sus indivíduos á Gaeta, ni penetrar en el territorio napolitano. No pudiendo la diputacion cumplir su mision, volvió á Roma; hizo redactar un acta de estos hechos en la misma línea de las fronteras de Nápoles, y dió

lectura de ella en la Cámara. Grande sensacion causó en esta la noticia del resultado de la comision. El partido democrático se hallaba altamente dividido. Los más exaltados querian la inmediata destitucion del Papa como soberano temporal; otros se contentaban con una Regencia ó Junta de salud pública, que reasumiese todos los poderes, dejando la cuestion de la soberanía temporal del Pontífice á la decision de la futura Constituyente italiana. La comision de gobierno que el Papa habia nombrado en su protesta de 27 de Noviembre no cumplió su mision, ni correspondió á la confianza de su soberano. Nada hizo por constituirse: no se trasladó á otro punto, ya que en Roma no tenia valor para desplegar sus poderes. Bolonia le ofrecia un asilo seguro. En la sesion del 11 de Diciembre la Cámara votó el establecimiento de una Junta provisional de gobierno en ausencia del Papa. Las provincias habian tomado poca parte en la revolucion de Roma. El Círculo Popular, centro de la revolucion, se habia puesto en comunicacion con los clubs y los círculos de las provincias, y habia hecho que le dirigieran exposiciones adhiriéndose al movimiento los círculos de Forli, Bolonia, Ancona, Perusa y Terni, así como tambien iguales exposiciones á la Cámara, felicitándola por su actitud noble y patriótica. El poder del Círculo Popular era ahora inmenso. Al antiguo que ejercia desde el ataque del Quirinal, habia añadido el que le daban algunos millares de extranjeros y de italianos de otros estados, llamados expresamente por él para formar un núcleo de los exaltados, y poder dirigir las masas á actos de violencia. Estas masas turbulentas se daban á sí propias el nombre de pueblo romano, y los agitadores que las hacian mover se atribuian toda la soberanía. Esto es lo que sucede en todas partes en semejantes circunstancias. Una nueva peripecia iba á presentarse en el drama revolucionario. El 17 de Diciembre el Círculo ordena una gran demostracion para reclamar la convocacion de una Asamblea constituyente, que deba votar sobre la forma de gobierno que se ha de establecer. Una turba de cerca de dos mil hombres organizados se dirige al Quirinal, en donde se hallaba el Consejo de Ministros. Una diputacion de ocho miembros se presenta ante él, y demanda la convocacion inmediata de la Constituyente. Los Ministros responden que la concesion de esta peticion no depende de su sola voluntad, que el pueblo debia dirigirse por la via de una peticion á la Cámara. Las turbas que se hallaban delante del palacio se retiraron entónces, citándose para el dia inmediato. Al dia siguiente, 18, la Guardia cívica se habia puesto sobre las armas, y ocupaba militarmente toda la ciudad; pero habia manifestado la tarde ántes, cuando habia apelado á ella Mamiani, que deseaba la convocacion de la Asamblea constituyente. A la apertura de la sesion de la Cámara, Mamiani declara que el Ministerio daba su dimision, convencido de no poder dominar la gravedad de las cir-

cunstancias, y careciendo de accion para gobernar en el momento mismo en que se traspasaban los límites establecidos en la Constitucion, de donde ellos tenian su poder. Mamiani, cuyas palabras ántes eran recibidas con frenéticos aplausos, es en aquel momento oido con indiferencia. Los hombres en las revoluciones son como las olas de un mar agitado, las unas empujan y se precipitan sobre las otras, hasta estrellarse sucesivamente sobre las rocas. Mamiani se ve precisado á ceder el poder, casi tan odiado como dos meses ántes lo habia sido por las turbas el desgraciado Rossi. Nuevos tribunos iban á apoderarse del poder. La Junta provisional nombra un nuevo Ministerio. La Junta Suprema del Estado organizó el nuevo Ministerio, se consagró á presentar inmediatamente en las Cámaras el proyecto de convocacion de la Constituyente italiana. La convocacion de esta asamblea era el término de la revolucion de Roma. Llevaba consigo la negativa ó al ménos la suspension del poder temporal del Soberano Pontifice, hasta que esta Constituyente se hubiese pronunciado sobre la existencia de este poder, é instituido las leyes fundamentales, en virtud de las cuales deberian gobernarse en lo sucesivo los Estados romanos. Así era inmensa la gravedad de un hecho semejante.

El Papa, apénas sabe en Gaeta la resolucion de las Cámaras, organizando un gobierno provisional por haberse negado á recibir á los diputados romanos, protesta enérgicamente, considerando la institucion de esta Junta como una usurpacion de sus poderes; la declara desnuda de toda especie de autoridad, y ordena á sus súbditos que no obedezcan sino á la comision instituida por él el 27 de Noviembre. El Ministerio romano presenta á la Cámara el 26 de Diciembre el proyecto de ley para la convocacion de la Constituyente. Muchos diputados, instruidos del gravísimo negocio que iba á agitarse en la Cámara este dia, mandan anticipadamente su renuncia. La Cámara romana comprendió cuán impotente era para luchar contra la agitacion popular, que en su frenético ímpetu no habia respetado el trono del vicario de Cristo, asentado sobre la tierra hacia diez y nueve siglos; pero no quiso prestarse á la ridícula farsa de dar un colorido de legalidad al acto más grave de la revolucion. La Cámara no habria tenido bastante resolucion y firmeza para rechazar el proyecto que la presentaban, así es que la mayor parte de los diputados habian ido abandonando la sala. La sesion por lo mismo habíase levantado, y señalado el presidente para aquella misma noche la discusion del proyecto de la Constituyente presentado por el Ministerio. La Cámara romana, que tan hostil se habia manifestado al Papa; que tan débil habia sido con los asesinos, que no se habia atrevido á condenarlos despues de haber manchado con la sangre de un ministro su recinto; que habia suscrito débilmente todos los proyectos presentados por Mamiani y Sterbini, no debia

volver á reunirse más. Este Ministerio iba á proclamar la Constituyente como una medida de salud pública. El dia 29 de Diciembre proclama el Ministerio la Asamblea constituyente, y el 30 disuelve la Cámara de los diputados. Pio IX habia dirigido por dos veces su voz á sus extraviados súbditos. El padre habia llamado á sus hijos, esperando que volviesen á sus brazos abiertos siempre para recibirlos. Ni una sola palabra de indignacion habian proferido sus labios abiertos siempre para el perdon. Esperaba que su pueblo, por quien tanto habia hecho, de quien tantas pruebas de amor habia recibido, se separaria de los que en su ciego frenesí osaban proclamar los derechos del hombre hollando los derechos de Dios, y querian establecer en lugar de la prudente libertad que él les habia otorgado, la libertad de la demagogia sobre las ruinas de la religion, y hacer leyes dictadas por las pasiones, por la inspiracion del sacrilegio. Queria Pio IX áun á sus mismos instigadores, á los que le habian arrojado del Quirinal dejarles por todo castigo los remordimientos de su ingratitud. Habia tolerado las injurias, los sarcasmos, los ultrajes hechos contra su sagrada persona; empero no podia tolerar el despojo de la soberanía del pontificado: esta soberanía era propiedad de la Iglesia, y ningun Pontífice es árbitro de renunciarla, ni de dejarse despojar de ella. Debia usar y usó de las armas que la misma Iglesia habia puesto en sus manos, y el dia 1.° de Enero de 1849 fulmina contra los revolucionarios de Roma el rayo del Vaticano separándolos de la comunion de la Iglesia. Iguales fúnebres ecos se repiten en todas las iglesias de la ciudad eterna. La consternacion se apodera del ánimo de los fieles, y los revolucionarios ántes que la consternacion del pueblo se convierta en indignacion, é intente sacudir el yugo de opresion en que le tienen los que el vicario de Cristo ha declarado réprobos, y ha marcado su frente con el anatema, como Dios marcó al fratricida Cain, intentan una demostracion para intimidar aún más el aterrado pueblo. Asaltan la casa del vicario de Roma, recogen todos los ejemplares de la tercera protesta del Papa, los arrancan de las iglesias y llevan la profanacion hasta sepultarla en un lugar inmundo, poniendo la inscripcion de *¡Aquí yace la excomunion de Pio!*

La noticia de los sucesos de Roma habia alarmado el mundo católico. La Francia se habia preparado, como hemos visto, á recibir con respeto, con veneracion, hasta con júbilo, al Pontífice-Rey, si dirigia á ella sus proscriptos pasos; y el nuevo presidente de la república, Luis Napoleon, no ménos celoso que Cavaignac, apresta en Tolon una escuadra y un ejército que hagan triunfar en Roma, entregada al furor de los asesinos, la causa de la religion y de la libertad. El 25 de Abril desembarcan las tropas francesas en Civita-Vecchia, y al mismo tiempo se dirige á los Estados del Papa una brillante

division española al mando del general D. Fernando Fernandez de Córdova, la cual desembarca en Gaeta el 27: fortaleza que recuerda las glorias españolas. El Papa bendice con entusiasmo estas brillantes tropas auxiliares. La expedicion francesa se adelanta á Roma, ansiosa de coger por sí sola los laureles de la victoria. Todo hace creer al general Oudinot, general en jefe de las tropas francesas, que no iba sino á llenar una mision de paz, y que las puertas de la ciudad eterna se abririan sin resistencia ante sus tropas; empero los revolucionarios resisten la entrada del ejército francés, no preparado para un asalto, y tiene que retirarse y aprestarse á un sitio formal. El general francés declara que entraria en Roma á todo trance, comprometido ya el honor de sus armas. Hizo saber al mismo tiempo para conservar su legítima influencia, que no admitiria ninguna cooperacion extranjera sobre el teatro principal de la accion. En vano el rey de Nápoles y la reina de España piden que sus tropas concurran materialmente al restablecimiento del Papa en su cualidad de soberanos católicos; la Francia no acepta su concurso sino como cuerpos de observacion ocupando los Estados pontificios miéntras los franceses se reservan el tomar á Roma para vengar la derrota que habian sufrido sus armas al presentarse con tan poca prevision ante sus muros. El ejército español impide que Garibaldi con sus tropas de aventureros penetre en el reino de Nápoles é insurreccione aquel país. El 5 de Febrero se habia reunido la Constituyente romana. El 9, deseosa de llevar á efecto sus trabajos, proclama la república en Roma y declara abolido el poder del pontificado. Nombra un triunvirato de Mazzini, Armellini y Saffi. El 1.° de Julio el triunvirato de Mazzini, Armellini y Saffi, despues de haber sido derrotados en varios encuentros, de haber llenado de escombros á Roma, y haber destruido magníficos edificios para una inútil defensa, deja el mando; se nombra uno nuevo cuya principal mision es negociar un armisticio, que no obtiene, y Roma tuvo que entregarse á discrecion, entrando en ella las tropas francesas al mando del general Oudinot, que envió las llaves de la ciudad santa el 3 de Julio. ¡Así terminó á los cinco meses esta nueva república romana!

El 1.° de Agosto se proclamó oficialmente el restablecimiento del gobierno pontifical, quedando encargada una comision de tres cardenales de gobernar en Roma en ausencia del Papa. Los cardenales comenzaron por anular todos los decretos del gobierno republicano, y restablecer la administracion tal como existia. La Francia queria para Roma ciertas instituciones, lo que hizo conocer el presidente de la República Francesa por medio de una carta que envió con su ayudante Edgardo Ney, en la cual pedia una amnistía general, la secularizacion de la administracion, el código Napoleon y un gobierno liberal. El Papa no habia querido volver inmediatamente á Roma, temeroso de

las exigencias de la Francia, y por no estar directamente bajo el influjo de esta potencia. Aún hizo una concesion el 12 de Setiembre: dió un *motu proprio*, prometiendo varias reformas administrativas y concediendo una amnistía, si bien con grandes excepciones. El Papa no volvia á Roma, á pesar de las instancias de la Francia, porque sus consejeros temian sin duda que no estuviese bastante libre su accion á la sombra de la bandera francesa. El Papa desde Gaeta habia ido á Pórtici, donde habia permanecido hasta el 4 de Abril. Consintió al fin en volver á su capital, siendo escoltado por el rey de Nápoles y por los generales que mandaban las tropas francesas, austriacas, españolas y napolitanas, que le habian restablecido en su poder temporal. Pio IX siguió el camino de Terracina, donde fué acogido con grande entusiasmo; continuó su viaje por Velletri, é hizo su entrada solemne en Roma el 12 de Abril (1850). Cumplido ya su grande objeto, la division española regresó á su patria pocos meses despues. El Papa, para recompensar la hospitalidad que habia recibido del rey de Nápoles, le concedió el título de *Rey Pilísimo* y el privilegio hasta entónces reservado solo á la Francia, al Austria y á la España de la *exclusiva* en el cónclave para la eleccion de pontífice, prerogativa importantísima. El 10 de Setiembre organiza el Papa los ministerios y crea un Consejo de Estado y otro de Hacienda. La aplicacion de estas leyes orgánicas suscita dificultades en el Sacro Colegio, y la fraccion aristocrática, dominada por las antiguas tradiciones, y temiendo que estas instituciones, tan poco peligrosas en sí, pudiesen acarrear nuevas desgracias, vió con malos ojos la entrada de los seglares en los negocios del estado pontifical. Mazzini entre tanto refugiado en Lóndres establece un empréstito, y en Roma mismo se cogen numerosos agentes que circulaban estas acciones de veinticinco francos, destinadas á formar un capital para insurreccionar la Italia. Mazzini es uno de los miembros más influyentes del Comité central democrático europeo establecido en Lóndres.

Concluye Pio IX los concordatos de España y Toscana, devolviendo á la Iglesia de estos país una posicion por largo tiempo perdida. En España despues de la revolucion la suerte del clero era precaria. El concordato español reconoce la religion católica con exclusion de toda otra; promete mantenerla perpétuamente con todos los derechos y prerogativas de que debe gozar, segun la ley de Dios y las disposiciones canónicas; da una intervencion al clero en la enseñanza secular, colocándola bajo la vigilancia de los obispos y de los prelados; constituye la dotacion del clero, habiendo obtenido en favor de la Iglesia la confirmacion solemne de lo que posee y el derecho de poder adquirir, no pudiéndose hacer ninguna separacion ni reunion sin el consentimiento prévio de la Santa Sede. El dia 24 de Setiembre de 1850 da una bula en que establece la gerarquía eclesiástica en Inglaterra, á cuya ca-

beza coloca como primado y arzobispo de Westminster al cardenal Wisseman inglés, nacido casualmente en nuestra hermosa ciudad de Sevilla. La llegada de esta bula produjo una indecible agitacion en toda Inglaterra. Hubo motines y demostraciones públicas injuriosas al Papa y á los cardenales, tomando la cuestion religiosa un aspecto sumamente grave. Los inconvenientes que pudiera suscitar el catolicismo y la disolucion de que se creyó con razon amenazada la Iglesia anglicana inquietaron tanto al gobierno, que el lord Jhon Rusell tuvo que publicar el 4 de Noviembre un enérgico manifiesto para tranquilizar los ánimos. Pio IX continuó prestando toda su atencion á restablecer los elementos de su gobierno destruidos por la revolucion, y en mirar por los grandes intereses de la cristiandad.

En medio de los dolores y de las preocupaciones de su destierro habia pensado en realizar una grande y santa obra, la declaracion del misterio de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María como dogma de fe. Habia escrito con este motivo á todos los obispos del mundo católico para pedirles con el socorro de sus oraciones su parecer y pensamiento íntimo sobre la decision que se proponia dar él mismo. La sublime apelacion de Pio IX halló un eco lejano hasta en las últimas extremidades del globo. De Levante á Poniente, de Oriente á Occidente, todos los obispos escribieron al Pontífice supremo para felicitarle por su noble iniciativa, y asegurarle que sus pueblos recibirian con transportes de alegría y simpática adhesion la consagracion auténtica de una verdad que todos miraban ya como cierta, y de una devocion fundada sobre todas las tradiciones del cristianismo. Feliz al ver responder á sus deseos y á sus pensamientos los deseos y los pensamientos de sus hermanos en el episcopado y de todos los fieles de la Iglesia; Pio IX, animado en el ejercicio temible y sublime del poder soberano de que fué el depositario desde el dia de su eleccion, no pensó más que en pronunciar un solemne decreto que pusiese término á todas las incertidumbres y revistiese esta verdad con su infalible autoridad. El dia 8 de Diciembre de 1854 fué el señalado para verificar esta declaracion, uno de los más grandes hechos religiosos que conmovieron jamás las almas cristianas desde la fundacion de la Iglesia. Los primeros pastores del pueblo fiel habian sido prevenidos é invitados á ir á Roma para rodear al Soberano Pontífice en aquella grande y feliz circunstancia. En la mañana del 8 de Diciembre la ciudad santa contaba dentro de sus muros ciento noventa y seis cardenales, arzobispos y obispos. Hallábanse entre ellos diputados de todas las partes del mundo. Habian venido muchos del fondo de la China, otros de las Américas y algunos hasta de la Occeanía. Nuestra España se hallaba dignamente representada en este augusto senado por varios obispos, entre ellos el cardenal arzobispo de Toledo y el prelado de Salamanca. Jamás la Iglesia católica habia decretado un triunfo más brillante

á la Vírgen María desde el dia para siempre célebre tambien, el 22 de Junio del año 431 de la era cristiana, en que los padres del Concilio de Efeso, protestando contra las doctrinas del impío Nestorio, proclamaron que María era realmente la Madre de Dios. Pio IX, el doscientos cincuenta y nueve sucesor del grande Apóstol, habló, y doscientos millones de católicos han sometido su alma y su corazon respondiendo con la palabra de la fe: *Creido*. ¿Qué gloria hay semejante á esta gloria? La tierra no la da áun á sus más favorecidos. Pertenece á los cielos, es una participacion de la gloria y de la suprema bienaventuranza.

Los franceses han continuado ocupando la ciudad de Roma desde el año de 1848, en que la recobraron de los revolucionarios para restaurar el trono del Pontífice-Rey, y no es fácil calcular, segun los sucesos que oculta el porvenir de Europa, cuánto tiempo durará esta ocupacion. Sin ella, los sucesos dolorosos á que ha dado márgen la guerra de Italia y la revolucion que ha sido su consecuencia, hubieran arrojado nuevamente de la ciudad eterna al santo pontífice Pio IX. Sometida la Lombardía y el reino Lombardo-Véneto al Austria, y comprimidas las tentativas de conquista que hicieron abdicar en los campos de Novara su corona al rey de Cerdeña, el campeon de la unidad italiana, é ir á morir en un retiro en Oporto, el Austria continuó dominando casi toda la Italia con su política tradicional y con la arbitrariedad á que le daba derecho el Congreso de Viena. Desde los Alpes al Adriático, el gobierno austriaco no cesaba de proporcionar á la revolucion, siempre pronta á estallar, nuevas simpatías y nuevos auxiliares, excitando más terribles cóleras; miéntras que el Austria meditaba una invasion, el Piamonte, amenazado en su independencia, se armaba, y desde el principio del año (1859) ya el emperador Napoleon, con un lenguaje cuya moderacion y firmeza expresaba dignamente las intenciones del gobierno imperial, declaró que al mismo tiempo que deseaba la paz, la Francia estaba resuelta á defender á su aliado, el rey Victor Manuel. Entónces se adoptó el proyecto, ya agitado hacia algun tiempo, de un congreso europeo, y la Inglaterra, la Rusia y la Prusia propusieron su intervencion. Los diplomáticos discutian y fijaban los preliminares de esta prudente mediacion, cuando la más inesperada noticia vino á destruir dolorosamente toda esperanza de una solucion pacífica. El Austria, que se habia adherido á la celebracion del Congreso, rechazaba virtualmente este medio de conciliacion, declarando de repente que los estados italianos no habian de tomar parte en él. Al mismo tiempo se presentaba en Turin un ayudante de campo del emperador de Austria intimando al rey de Cerdeña que volviese á poner su ejército en el pié de paz y que licenciase á los voluntarios. Se daba el plazo de tres dias para contestar, y si la respuesta era negativa ó dilatoria, las hos-

tilidades habian de seguir inmediatamente. Entre tanto los hechos hablaban más alto que las palabras, y ochenta mil austriacos venian ya marchando para unirse á las tropas aglomeradas á orillas del Tesino. El Piamonte rechazó con energía, y la Inglaterra, Rusia, y despues la Prusia, protestaron contra la conducta de Austria. La Francia contestó poniendo en movimiento sus tropas, cuyo mando estaba confiado á los principales generales del imperio. Entre los apiausos de las poblaciones y acompañados con los votos y la confianza de la nacion, partieron los soldados franceses, unos para cruzar los Alpes, y otros para embarcarse en Tolon para Génova, anunciándose la resolucion del Emperador de ponerse al frente del ejército, todo lo que hizo que en diferentes puntos de la península italiana se enarbolase la bandera de la independencia. Jefes superiores del ejército toscano se presentaron al gran duque para pedir alianza con el Piamonte, miéntras que la bandera tricolor flotaba ya en la ciudadela. El gran duque, despues de haber expuesto la situacion al cuerpo diplomático, partió con su familia, y Victor Manuel fué declarado dictador de Toscana durante la guerra, siguiendo luego este ejemplo, pero sin colision, Masa y Carrara. En Parma, una manifestacion de los habitantes en favor de la causa nacional decidió á la duquesa á ausentarse con los príncipes, instalándose al instante un gobierno provisional en nombre del rey Victor Manuel. La duquesa volvió llamada por las tropas, pero hubo de ceder segunda vez á los deseos del pueblo, y abandonar de nuevo el ducado de Parma. Aunque un poco más tarde, le llegó tambien su vez á Módena de enarbolar la bandera de la independencia italiana. La guerra estalló con la invasion del territorio del Piamonte por los austriacos en los dias 29 y 30 de Abril. Penetraron por tres puntos diferentes: por Gravellone, por el Lago Mayor, que cruzaron, y por el Tesino que atravesaron, y pronto los primeros cuerpos del ejército ocuparon á Mortara, Novara y Vercelli. El rey Victor Manuel habia salido de Turin con su estado mayor para ir á tomar el mando del ejército piamontés, la vanguardia del ejército francés penetraba en Turin, y el 3 de Mayo se fijó en toda la Francia la proclama del Emperador, anunciando iba á ponerse al frente del ejército. Conforme lo habia anunciado el emperador Napoleon, salió de París el 10 de Mayo entre las aclamaciones del numeroso pueblo que obstruia la carrera hasta el embarcadero del camino de hierro, y la misma ovacion se repitió en todas las ciudades por donde pasó el tren imperial hasta Marsella. Allí se embarcó para Génova, donde fué recibido el dia 12 con el mismo entusiasmo, y con flores y arcos de triunfo. El Emperador salió para Alejandría, donde fijó su cuartel general, y una de sus primeras órdenes fué recomendar á los jefes de los cuerpos la disciplina severa, que es una de las admirables tradiciones del ejército francés, y una parte de su fuerza y de su superiori-

dad. Despues de algunos reconocimientos sobre Casale, los austriacos fijaron su cuartel general en Mortara, y tomaron definitivamente posicion entre Pavía y Vercelli, donde se fortificaron, teniendo cubierto el frente por el Pó y el Sesia. Desde que los dos contrarios ejércitos se avistaron, la primera acometida fué de los austriacos, que el dia 20 de Mayo atacaron á la primera division francesa mandada por el mariscal Forey; pero tambien en este dia la Francia obtuvo su primera victoria en Italia, y allí, en Montebello, nombre glorioso desde los tiempos del primer imperio. La derrota de Montebello decidió á los austriacos á emprender un movimiento definitivo de retirada hácia la orilla izquierda del Pó y hácia las posiciones que les servian de apoyo para concentrar sus fuerzas. Las operaciones de los aliados concurrian á precipitar este movimiento. El paso del Sesia por las dos brigadas del general Cialdini hizo que las avanzadas piamontesas se adelantasen bastante del otro lado del rio. Victor Manuel y su ejército, sostenidos por la division del general Trochu, le pasaron el dia 30 de Mayo, y á este movimiento habian de seguir sin duda ninguna combates encarnizados. El más notable fué el de Palestro, donde los austriacos, despues de haber perdido sus posiciones, quisieron recobrarlas; pero el Rey, con la cuarta division, no solo supo sostenerse por mucho tiempo, sino que tomando la ofensiva rechazó y persiguió al enemigo, cogiéndole mil prisioneros. Llegado ya el momento de poner en ejecucion los planes que el emperador Napoleon habia concebido, hizo que se dirigiesen los regimientos de la Guardia á Vercelli, donde fijó su cuartel general. Entre tanto el resto del ejército, ejecutando un rápido cambio de frente á retaguardia sobre el ala izquierda, vino á rebasar la derecha mal cubierta de los austriacos, que la habian descuidado para proteger con sus principales fuerzas el ala izquierda, aparentemente amenazada. Allí se dió una gran batalla, y despues de esta memorable victoria, que valió con justicia al general Mac-Mahon el título de duque de Magenta, ya el ejército aliado tenia el Piamonte libre de austriacos y abiertas las puertas de Milan, y todo esto á los cinco dias de haber salido de Alejandría. Las noticias de estas victorias excitaron en París y en toda la Italia grandes demostraciones de regocijo, y la inmediata consecuencia fué la insurreccion de Milan y la retirada de los austriacos hácia Lodi y Pavía en 6 de Junio. La retirada de los austriacos se verificó con tal precipitacion, que dejaron abandonados los víveres, las municiones, las cajas del ejército y hasta cuarenta y un cañones de bronce. Los austriacos, siempre en retirada, evacuaron á Stradella y se retiraron al otro lado del Pó, volando los puentes. Libre la Lombardía de los austriacos, hizo muchas demostraciones á los ejércitos aliados y envió mensajes á los monarcas. Entre ellos ninguno tan trascendental, ni que tanto merezca citarse, como el acta de la municipalidad de Milan, declarando la anexion de la Lombar-

dia al Piamonte, y que fué presentada por aquella corporacion en el cuartel general al rey de Cerdeña en presencia del emperador Napoleon. El dia 8 de Junio hicieron su entrada triunfante en Milan el emperador Napoleon y el rey Victor Manuel, y fácil es concebir la entusiasta acogida que tendrian en la poblacion. Despues de la batalla de Magenta, los austriacos evacuaron sucesivamente á Plasencia, Bolonia, Reggio, Brescella y Módena, seguidos de cerca por las tropas aliadas. El dia 12 de Junio el Emperador traspostó su cuartel general á Gorgonzola, haciendo echar dos puentes de barcas sobre el Adda, y reparar los que habian sido cortados por el enemigo. La operacion se ejecutó, no sin dificultades, y apénas estuvieron echados los puentes, los franceses continuaron su movimiento, y los piamonteses pasaron el rio por Vaprio hasta llegar á Sezio. Napoleon llegó hasta Bergamo y Victor Manuel á Brescia, donde ya habia entrado Garibaldi. El 18 llegó á Brescia el Emperador de los franceses, y cuando se supo que los austriacos habian evacuado á Montechiaro, los franceses avanzaron hasta dicho punto, donde se restableció la antigua columna, recuerdo de la batalla de Castiglione, que los austriacos habian echado por tierra. Siguieron los aliados avanzando y haciendo reconocimientos afortunados, mas por entónces se supo que el emperador Francisco José venia á ponerse al frente de su ejército, y esto hizo conocer que la lucha se empeñaba cada vez más, y que los austriacos ántes de encerrarse en su famoso cuadrilátero, querian dar otra nueva y más formal batalla, y esta fué la batalla de Solferino, tan brillante para los franceses como la de Austerlitz. El fruto de la batalla de Solferino fué que los austriacos abandonasen todas las posiciones que intentaban defender en la orilla derecha del Mincio, y que sin impedir el paso del rio se retirasen hácia Verona. Los franceses pasaron el Mincio el 25 de Junio, y los piamonteses avanzaron hasta Peschiera el 1.° de Julio; pero estas operaciones fueron seguidas casi inmediatamente del armisticio concluido entre los emperadores Napoleon III y Francisco José el 7 de Julio. El armisticio se convirtió en una paz definitiva firmada por los dos emperadores en Villafranca, en la que se estipulaba la cesion de la Lombardía á Napoleon III, que á su vez la cede al rey de Cerdeña, y el establecimiento de una confederacion de todos los estados de Italia bajo la presidencia honorífica del Santo Padre, reuniendo en un solo cuerpo los miembros de una sola familia, conservando cada estado su autonomía ó independencia, y volviendo á ellos los soberanos que en los momentos de estallar la guerra habian sido arrojados de sus tronos. Los plenipotenciarios de Austria, Francia y del Piamonte se reunieron en Zurich, país neutral completamente, y convirtieron en un solemne tratado los preliminares que se habian ajustado en Villafranca. Las tropas francesas evacuaron la península italiana, y las austriacas permanecieron bajo un pié formidable

de guerra, apoyándose en las fortificaciones del famoso y terrible cuadrilátero.

Apénas los estados de Italia vieron arrojados de su seno á los antiguos dominadores, los austriacos, cuando todos áun cuando su suerte se habia decidido en la paz de Villafranca, declararon que se anexionaban á la Cerdeña, y proclamaron por su soberano al rey Victor Manuel, que por su parte favorecia estos movimientos que imposibilitaban la ejecucion del tratado. En medio de la conflagracion general, habia permanecido sin agitaciones el reino de Nápoles, que en paz por muchos años habia adquirido un alto grado de prosperidad y un inmenso desarrollo en todas las fuentes de la riqueza pública. Dificil era que Nápoles permaneciese quieto al contacto de aquel volcan revolucionario, cuya lava corria y se extendia por todas partes. Un hombre que ha llegado á ser célebre, un condotiero moderno, que anteriormente habia luchado por la independencia de Italia, y despues, sofocada la revolucion de los años pasados, le habia llevado su espíritu inquieto y aventurero á las regiones de la América del Sur, Garibaldi, emprende, contando con los auxilios de la Cerdeña, hacerse dueño del reino de las Dos Sicilias. En el mes de Abril de 1860 hizo que estallase una insurreccion en Palermo y en Mesina en la isla de Sicilia, y aunque estos movimientos fueron comprimidos en las ciudades, no fué fácil á las tropas del Rey sufocarlos en las montañas del interior, adonde se refugiaron los sublevados, y donde presentaron una enérgica resistencia. Garibaldi, reuniendo unos mil quinientos voluntarios entre los jóvenes más exaltados y entusiastas por la independencia italiana, se embarcó en Génova y marchó á Sicilia á favorecer los esfuerzos de la revolucion. Dos fragatas napolitanas, que vigilaban las costas de la isla, le dieron caza al dirigirse hácia Marsala, y llegaron á tiempo de evitar su desembarco; entónces, cuando iba á romper el fuego la plaza para evitar saltasen á tierra los aventureros, unos vapores ingleses que se hallaban anclados en el puerto, pidieron una tregua de dos horas para que pudiesen retirarse á bordo los oficiales que habia en tierra. De esta tregua se aprovechó Garibaldi y los suyos para desembarcar. A esta infraccion tan visible de las leyes de la guerra en una nacion aliada como era Inglaterra, se debió los rápidos progresos de la revolucion de Sicilia. Los insurrectos que perseguian las tropas napolitanas vinieron á unirse á Garibaldi, que, aclamado general en jefe y dictador por donde pasaba, marchó contra la capital. El 11 de Mayo habia desembarcado, el 14 batia á los napolitanos en Calatafini, y el 15 en Alcano; despues haciendo una falsa retirada, logra que salga en persecucion suya la guarnicion de Palermo, que en el momento que se ve libre de las tropas se subleva, y Garibaldi, volviendo contra los enemigos, sostiene el movimiento y entra en Palermo el 27. En las calles de la capital se traba un terrible combate; mas á pesar del valor y

fidelidad de las tropas napolitanas, Garibaldi triunfa definitivamente y organiza un gobierno provisional. Dueña la insurreccion de la ciudad de Palermo, faltábala aún apoderarse de Mesina, y para la conquista de esta importante plaza reunió Garibaldi todos sus recursos, recibiendo nuevos refuerzos de Génova, donde se hallaba establecida una junta para prepararlos y mandárselos, proporcionándole los medios para llevar adelante su empresa. El 21 de Julio, á cinco leguas de Mesina, dió un combate en Milazzo, y las tropas napolitanas mandadas por el capitan Boscho tuvieron que capitular, despues de haberse batido con valor durante todo el dia. Dueño ya Garibaldi de Mesina y de toda la Sicilia, en su ardor revolucionario trata de lanzarse á la conquista de Nápoles con sus voluntarios, y marcha al continente itálico, donde encuentra no menores simpatías que en la isla, á las que debe grandemente la realizacion de su proyecto. Llega á Calabria, y con admirable rapidez consigue entrar en Nápoles, de donde tuvo que salir apresuradamente el rey Francisco II con su familia, y despues de varios combates refugiarse en la plaza de Gaeta. Abandonado de su ejército este infortunado Rey, habiendo visto además con dolor en un solo dia desertar toda su escuadra, que pasó al servicio de Victor Manuel, sostiene en Gaeta un largo y mortífero sitio, esperando en vano que Francia y las demás potencias interviniesen en su favor. Nápoles, imitando lo que habian hecho los demás estados de Italia, decreta su anexion al Piamonte, y el rey Victor Manuel, cuyos soldados se habian unido á las bandas de Garibaldi para dominar el país, hizo su entrada en aquella capital como soberano elegido por el sufragio universal. Dictador hasta entónces Garibaldi de las Dos Sicilias, abdicó su dictadura, y las bandas de sus voluntarios se refundieron en el ejército piamontés. Gaeta, despues de haberse defendido mucho tiempo heróicamente, se rindió cuando Francisco II vió la ciudad hecha un monton de ruinas, y adquirió la certidumbre de que no debia esperar el auxilio de la Francia, cuyos buques estaban allí presenciando el sitio, no para prestarle socorro, sino como meros espectadores de aquel terrible hecho. Tuvo, pues, que retirarse á Roma, donde al lado de Pio IX encontró un asilo, recibiendo una generosa hospitalidad de aquel santo Pontífice, á quien años ántes él la habia ofrecido en la misma plaza de Gaeta, último punto donde habia sostenido con tanta gloria el pabellon de su dinastía y mostrado que era digno de ser rey. Si los esfuerzos que hizo y el valor que demostró á lo último Francisco II los hubiese desplegado desde los primeros dias de la invasion de Garibaldi, no hubiera tenido la aventurera expedicion de éste el éxito prodigioso que alcanzó y que apénas se concibe. Vanamente Victor Manuel protestaba ser ajeno á esta expedicion que le hizo dueño de Nápoles. Con la conquista de esta ciudad, la adquisicion de la Lombardía y

las anexiones de Toscana, la Romanía y los ducados de Parma, Plasencia y Modena, llegó el rey de Cerdeña á tener bajo su mando más de doce millones de habitantes. Aumentado así su territorio, creyó el gobierno francés que era llegado el momento de poder redondear sus fronteras adquiriendo los territorios que, situados á la vertiente occidental de los Alpes, pertenecian geográficamente á la Francia y políticamente al Piamonte, es decir, Niza y Saboya. La reclamacion de la Francia fué atendida por el deber de gratitud que ligaba al rey Victor Manuel con el emperador Napoleon, con cuyo poderoso auxilio habia sostenido la campaña y á cuya sombra se habia engrandecido, dependiendo de su voluntad enteramente la conservacion de la situacion en que se hallaba colocado; se acordó, sin embargo, que se consultase el voto de las poblaciones interesadas, y por el nuevo sistema del sufragio universal, invencion de las revoluciones modernas y cómodo instrumento para hacer lo que se quiera, la Saboya y Niza entraron para siempre en el dominio de la Francia, cambiando de este modo el rey de Cerdeña sus nuevas adquisiciones por la cuna de su gloriosa dinastía.

Parecia llegar el momento de que se realizase el sueño de la unidad italiana que por tantos siglos ha agitado á los italianos desde los tiempos de César Borgia hasta nuestros dias; mas estrellábase la realizacion de este proyecto en la adquisicion de Venecia, que el Austria parece dispuesta á no ceder jamás, y en la posesion de Roma, la capital natural del reino de Italia. Comenzaron los piamonteses por atacar las poblaciones y ciudades de los Estados pontificios y hacer que, con el apoyo de la admirable invencion del sufragio universal, se declarasen anexionadas á la Cerdeña, y proclamasen por su soberano á Victor Manuel. Roma misma hubiera sido atacada por ellos á no contar dentro de sus muros con un ejército francés que, aunque por su corto número hubiera podido ser vencido por las fuerzas italianas, era el representante del inmenso poder del emperador de Francia Napoleon III, á cuyo apoyo debia Victor Manuel la grandeza que habia adquirido, y de quien esperaba la terminacion de la constitucion del reino itálico, dándole esperanzas de conseguirlo la facilidad con que aquel habia abandonado la ejecucion del tratado de Zurich, descuidando el establecimiento de la confederacion italiana, el solo medio posible de que pudiera llevarse á efecto algun dia la unidad de la Italia. Grandes han sido las amarguras por que ha pasado el papa Pio IX: ocupadas sus provincias por los patriotas italianos, y reducido solo á la ciudad de Roma, se ha visto sin recursos y ha necesitado para proporcionárselos acudir á un empréstito en todos los países católicos. Para proteger el territorio que le quedaba, admitió á su servicio una legion de voluntarios extranjeros, organizada por el bravo general Lamoriciere, con ánimo de rechazar la fuerza con la fuerza. Con efecto, invadidos los Estados de

la Iglesia por las tropas del rey Victor Manuel, el Pontífice vió su hermosa causa sucumbir en la sangrienta jornada de Castellfidardo, donde agobiado por la inmensa desproporcion de las fuerzas enemigas, fué derrotado el intrépido general Lamoriciere, que tanta gloria habia conquistado en los campos de Africa. Los franceses que guarnecen á Roma se limitaron y limitan únicamente á la guarda de esta ciudad, dejando casi llegar á sus puertas sin rechazar los ejércitos piamonteses. En tanto el Papa, víctima de la vacilante política del emperador Napoleon III, se veia todos los dias acosado para que accediese á arreglos que no podia el Pontífice-Rey admitir, porque depositario de la autoridad temporal que recibió de su predecesor, deber suyo es conservar á su sucesor el patrimonio de la Iglesia tal como se constituyó desde los tiempos de Carlomagno, sin que una débil concesion suya pudiera nunca perjudicar el derecho de aquella. Amenazado con que de no ceder le abandonaria el ejército francés, se resignó á ello, manifestando que despues que ellos saliesen de la ciudad eterna marcharia tambien él, pobre peregrino, á buscar un asilo en cualquiera de las naciones católicas, cuyas simpatías le acompañan en todos los momentos de sus aflicciones, y cuyos esfuerzos han sido vanos hasta hoy, estrellándose en el poder de la Francia, si bien ésta ha proclamado que sostendrá el pontificado católico. Escribimos en el dia 1.° de Diciembre de 1862, y en esta época parece que la política del emperador Napoleon, vacilante, incierta é indecisa hasta hoy, propende poderosa y decididamente en favor del pontificado, debiéndose esta resolucion del moderno César á la influencia de su augusta esposa la española Eugenia de Guzman, condesa de Teva y madre del príncipe imperial que un dia debe ocupar el trono de la Francia, y que fué presentado en la pila del bautismo por el ilustre pontífice Pio IX; porque su corazon de católica y de madre la hace presentir que el único medio de asegurarle el trono y perpetuar su dinastía estriba en la union íntima de la Francia con el pontificado, leyendo en el pasado el terrible ejemplo del gran Napoleon I, que en vano luchó con él, y que el pontífice Pio VII, su prisionero en Fontainebleau, volvió triunfante á Roma, dando en ella un generoso asilo á la familia del mismo Bonaparte cuando toda la Europa le rechazaba y le enviaba á morir sobre la roca de Santa Elena, encadenado allí cual nuevo Prometeo.

El 1.° de Junio de 1862, con motivo de la canonizacion de unos santos mártires del Japon y de un bienaventurado religioso español, Fr. Miguel de los Santos, el Pontífice reunió en Roma la mayor parte de los obispos y prelados de la cristiandad, y aprovechando aquella gran reunion, especie de concilio, determinó que la Iglesia, representada por ellos, hiciese una gran manifestacion en el sentido de conservar intacto el poder temporal de ella; manifestacion de que no necesitaba su firmeza, empero que daba gran fuer-

za á la resolucion con que siempre habia procedido, como se ha demostrado mas de una vez en la presente biografía.

La impaciencia de los revolucionarios italianos por poseer á Roma, contando con la aquiescencia del ejército francés de ocupacion, á los que les animaba y esperanzaba la marcha vacilante de Napoleon, decidió á Garibaldi, con asombro de toda la Europa y contra la creencia universal, con un puñado de aventureros organizados en Sicilia á penetrar en el territorio napolitano, resuelto á dirigirse á Roma é intentar llevar á cabo una empresa inconcebible, de que no es fácil pueda darse razon la imaginacion más extravagante. Era llegado el momento en que se viese claramente si procedia de acuerdo con el rey de Cerdeña Victor Manuel; y si las palabras y protestas de éste de ser ajeno á la expedicion contra Roma eran tan sinceras, como las que dos años ántes habia pronunciado cuando el célebre guerrillero fué en pocos dias á conquistarle el reino de Nápoles: verdad es tambien que el emperador Napoleon no hubiera permitido el ataque de Roma á Victor Manuel, á quien con una sola palabra podia hacer descender del alto poder en que se hallaba colocado y del soñado trono de la Italia unida. Este último dió órden á su ejército de perseguir á Garibaldi como enemigo del estado y del reposo público. No creia el guerrillero afortunado que tropas italianas hicieran fuego contra él; empero, alcanzado en Aspromonte, fué batido, dispersada su banda, hecho él prisionero y encerrado en la fortaleza de Spezzia, donde ha estado durante un mes entre la vida y la muerte á consecuencia de una herida que recibió en aquel encuentro. Pio IX, tan digno del nombre que lleva por la piedad que reina en su corazon, además de los grandes infortunios que le arrojaron á una tierra extranjera, y que despues de su vuelta á Roma le han mantenido allí como prisionero, viendo desgarrarse á pedazos el manto magnífico del pontificado, tiene que devorar amargamente todas las calumnias, todas las contradicciones propias de los grandes hombres, que no son generalmente comprendidos ni apreciados en su patria ni en su siglo. Los hombres apegados á las antiguas tradiciones y enemigos de la libertad, con boca sacrílega acusan á Pio IX de haber sido el fautor de las revoluciones, lo mismo que siglos ántes habian acusado á Paulo III, pontífice tan piadoso como grande hombre de estado, de partidario de la herejía de Lutero por haber usado en la bula de la palabra misma *reforma*, á cuya voz se habia conmovido su siglo. Pio IX, con la misma intencion de Paulo III, habia articulado en este siglo de revoluciones la palabra de *libertad*. Paulo III habia pasado casi por un luterano, Pio IX por algunos ha sido mirado como un demagogo; pero la historia imparcial, que ha vengado á Paulo III, vengará tambien á Pio IX, uno de los soberanos que más bien han merecido de la religion y de la humanidad.

Pio IX al subir al trono conoció las tendencias de su siglo, vió que un gran cataclismo amenazaba al mundo en el momento en que muriese Luis Felipe, ese monarca ciudadano que por espacio de diez y ocho años con mano hábil y fuerte habia encadenado las pasiones revolucionarias que rugian en el seno de la Francia. Todas las naciones debian conmoverse necesariamente al suceder este gran acontecimiento; Pio IX quiere prepararse á él, y hacer que dotado su pueblo de instituciones moderadas y liberales no tuviera que agitarse, porque nada tuviese que desear cuando sonára para el mundo la hora de la revolucion. La historia de nuestro siglo XIX se halla escrita en la del siglo XVI. En aquella época, hombres que á grandes talentos reunian grandes infamias y grandes crímenes, tomaron en boca la palabra *reforma* y trastornaron el mundo cristiano. En nuestros dias, hombres del mismo temple con la palabra *libertad* han puesto en combustion el mundo político. Los heresiarcas del siglo XVI amaban tan poco la reforma como los revolucionarios de nuestros tiempos aman poco la libertad. En la boca de los primeros la palabra reforma, lo mismo que la palabra libertad en boca de los segundos, no era más que un pretexto, una mentira, una impostura. Armados con estas mágicas palabras, los unos han querido destruir la Iglesia, los otros la sociedad. Unos y otros no han dejado más que ruinas al pasar por el mundo; y dueños del campo de batalla, se han mostrado los unos los cristianos más impios y corrompidos, y los otros los hombres más déspotas, crueles é intolerantes. La sociedad, en el siglo XVI como en el siglo XIX, sufria un mal estar, una atonía, una perturbacion secreta que exigia un remedio pronto y eficaz, y cualquiera que por su audacia, su ciencia ó su genio se presentase á ofrecerlo, estaba seguro de ser escuchado. Los escándalos y los abusos de los eclesiásticos acumulados en los siglos precedentes al XVI hacen de la reforma una necesidad universal en la Iglesia. Las injusticias, la arbitrariedad, el despotismo de los hombres políticos trasmitidos por los siglos anteriores al nuestro, han hecho tambien una necesidad de la libertad. En el siglo XVI la herejía de Lutero, que amenazaba sumir en sus impuras aguas la Europa entera, no puede detenerse sino cuando la Iglesia, adoptando la palabra misma de la herejía, gritó tambien *reforma* por boca del gran pontífice Paulo III, y cuando más tarde en el gran Concilio de Trento, se articuló tambien la gran palabra de *reformatio;* y esta promesa, esta esperanza de una verdadera reforma dada por la Iglesia, hirió de muerte la falsa reforma proclamada y ofrecida por la herejía, rompió el talisman terrible, la mágica palabra con que habia ilusionado á los pueblos. La herejía de Lutero y de Calvino se estacionó únicamente en aquellos pueblos que habian fundado sobre ella su constitucion y sus dinastías; empero dejó de hacer nuevas conquistas. La revolucion en

nuestro siglo debia dar la vuelta al mundo, y no podia ser detenida en su marcha devastadora por los tronos, sino cuando los reyes adoptando la misma palabra, gritasen como ella: *libertad*. Esta palabra es tan mentirosa en boca de los demagogos como lo fué la palabra *reforma* en boca de los herejes. Los gobiernos que satisfacen las necesidades reales, sensibles y evidentes de los pueblos los libertan de las seducciones de la demagogia, y lo mismo que la sabia reforma ejecutada por la Iglesia desterró la herejía, del mismo modo una prudente libertad concedida por los gobiernos desarma las revoluciones, y este es el modo único, seguro é infalible de terminarlas y prevenirlas. Hé aquí porqué Pio IX en el momento que subió al trono pontifical proclama, inaugura y pone en práctica con el más feliz succso estos principios. Padre más que soberano de sus pueblos, se habia anticipado á los deseos, habia conocido las necesidades de su siglo, y revestido de su doble carácter de pontífice y de rey, habia dado continuos ejemplos de caridad y de justicia evangélica, de las que es el custodio y el intérprete. Pio IX habia demostrado lo que diez y nueve siglos ántes habia proclamado á la faz del mundo Jesucristo, que la libertad es inseparable de la religion, que la libertad sin la religion es la anarquía. Dios en sus insondables juicios quiso que el mundo presenciase la catástrofe prevista para la muerte de Luis Felipe áun ántes de que esta sucediese, y condenó á éste, como ántes habia condenado á Napoleon, á que sobreviviéndose á sí mismo, presenciase el juicio de la posteridad. La revolucion, como un torrente impetuoso, inundó el mundo, conmoviéronse los tronos, agitáronse los pueblos, llevároнse más allá de lo justo las ideas de libertad, de progreso, y del exceso mismo ha nacido en todas partes la reaccion. El único país del mundo que parecia deber salvarse del cataclismo universal era Roma, porque su santo Pontífice habia unido á la libertad la cruz de Cristo, y la cruz eleva, ennoblece, santifica y conserva todo lo que se sienta á su sombra. La religion y la libertad se hallaban estrechamente unidas con un lazo indisoluble al pie de la cruz, sirviéndose mútuamente de sosten y de apoyo por la autoridad del Pontífice; el puñal de los demagogos ha cortado este lazo, y la libertad sin la religion se ha convertido necesariamente en lo que debia ser: la anarquía, que es el despotismo de las turbas.

La revolucion de Roma ha recorrido rápidamente todas sus fases. Habia comenzado por un asesinato en la Cámara, por atacar el palacio de Pio IX, el gran bienhechor de la ciudad eterna, por imponer un ministerio acordado por las turbas sobre el cadáver sangriento, palpitante de su ministro Rossi: ¡habia hecho huir de su recinto para evitar al mundo el escándalo de un gran crímen al Pontífice Rey, y habia terminado por declararle depuesto de su soberanía, convocando una Asamblea constituyente y soberana!.....

¡Roma se hallaba bajo el imperio del puñal! El puñal era el ídolo de Roma, y fiel á sus tradiciones, adoraba al ídolo á quien tantas veces habia adorado. Desde su orígen hasta hoy, en la antigüedad y en los tiempos modernos, el puñal es su arma favorita, ejerce un grande influjo en sus destinos, y figura constantemente en su historia. Colonia de bandidos en su orígen, Roma, que debia ser un dia la señora del universo, comienza como la sociedad humana por un fratricidio. ¡El puñal de Rómulo le da los reyes asesinando á Remo! El puñal de Colatino le da su libertad, traspasando el pecho de Lucrecia violada por Tarquino, y proclamando la república cimentada con la sangre de los hijos de Bruto. El puñal de otro Bruto concluye cinco siglos más tarde con la libertad, asesinando á César, que lleva á la tumba la libertad de Roma. Así el puñal sangriento aparece en las dos más grandes épocas de su historia. Bajo de él debia nacer y sucumbir la libertad. Alzóse el despotismo de los emperadores, y el puñal es por lo regular el término ordinario de su existencia. La libertad vuelve á aparecer en Roma llamada por Pio IX, y el puñal de los asesinos la asesina nuevamente en el templo mismo de las leyes, y Rossi lleva consigo á la tumba la libertad de Roma en los idus de Noviembre, como César la habia llevado en los idus de Marzo. Roma es la ciudad de la gloria y de las conquistas, empero es tambien la ciudad de los grandes crímenes. Al abandonar nosotros en el 8 de Diciembre de 1848 aquella ciudad, que años ántes habiamos visto tan animada y floreciente; al tender por la última vez nuestras miradas por sus desiertas calles, al mirar cerrados todos los palacios de los príncipes de la Iglesia, abandonados el Vaticano y el Quirinal, al contemplar la consternacion de sus gentes, al leer sobre sus rostros el asombro, el temor al puñal, el miedo á su futura suerte, nos pareció al salir por las puertas de Roma para tornar á nuestra patria, oir los cantos de Jeremías, que saliendo de su tumba despues de tantos siglos de silencio, alzaba su voz para repetir al mundo sus aflictivos poemas, en que terriblemente anunció la destruccion y ruina de Sion. *¡Oh! ¿Cómo esta ciudad, ántes tan populosa, se halla tan desierta y triste? ¿Cómo la reina de las naciones, la que los pueblos venian desde muy léjos á admirar, se asemeja á una ciudad desolada? ¿Cómo la soberana de tantas provincias es hoy tributaria de los que la oprimen? No cesa de llorar toda la noche, y su continuo llanto y sus lágrimas han surcado sus mejillas..... Las calles de Sion lloran su soledad, nadie acude á la solemnidad de su templo. Su suelo está desierto, rotas sus puertas, consternados de dolor los sacerdotes.....* Agólpase á nuestra mente, miéntras se nos figura oir la voz de Jeremías, el recuerdo de los infortunios de la ciudad eterna, y nos asalta el temor de los que tiene que sufrir. El mundo no olvidará jamás el nombre de los poderosos conquistadores, que llevaron tantas veces el hierro

y el fuego á su sagrado recinto. El primero el feroz Alarico, á la cabeza de sus godos, cerca estrechamente la ciudad de las siete colinas, y aguarda á que la hambre y la peste hayan destruido la mitad de sus defensores para pactar con ella. Preséntansele embajadores, exige de ellos todo el oro, toda la plata que la ciudad contiene. — Rey, le dicen los enviados del pueblo ¿qué nos quedará? — La vida, respondió el bárbaro, sin pensar que Roma no contiene más que cadáveres. Se aleja por algun tiempo, pero es para volver muy pronto más inexorable que nunca. Un monje corre á su encuentro á implorar el perdon de la ciudad. — No, responde el brutal conquistador, no puedo detenerme, siento dentro de mí un poder irresistible que me arrastra, que me impele á arruinar esta ciudad. — Por tercera vez, en fin, se presenta el mismo Alarico; el hambre es aún segunda vez auxiliar, y la ciudad que habia sometido el mundo, dice S. Gerónimo, pereció de hambre ántes que por la espada. Apénas hallaron algunos descarnados espectros los vencedores á quienes imponer su pesado yugo. Despues de Alarico, rey de los godos, preséntase Atila, rey de los hunos. ¡Atila que se proclama á sí mismo el azote de Dios! La toma de Milan exalta su orgullo, anima la ambicion de sus soldados, pero un decreto del Altísimo suspende su devastadora carrera. Detiénese inquieto en su tienda. El santo pontífice Leon viene á implorar su clemencia. — No sé porqué, dice, me han conmovido las palabras de este anciano: — y se retira. Otro conquistador llega. ¡Genserico, rey de los vándalos, que cuarenta y seis años despues que Alarico viene á incendiar y destruir cuanto entónces perdonó el furor de los godos! La metrópoli del imperio no está rodeada sino de un tropel de godos, alanos, hérulos, que componen los ejércitos del estado á sueldo de los emperadores. Un hombre se alza en medio de estas hordas indisciplinadas, un hombre de desconocido orígen, Odoacro; soldado audaz, entra victorioso en la ciudad de los Césares, abole sobre el mismo Palatino el título de emperador, y hace revivir el nombre de rey en la ciudad de Rómulo. ¡Trono mal asegurado! Teodorico á la cabeza de los ostrogodos entra tambien en Roma, y lleva á hierro y sangre su recinto tantas veces ya destruido. Totila, llamado rey de los ostrogodos, viene á su vez á sitiar las murallas de la ciudad sagrada. En vano el emperador Justiniano y el heróico Belisario corren á defenderla, Totila abre una brecha, precipita por ella torrentes de soldados en la ciudad. Saquea, degüella, incendia y comete tantos estragos que hace olvidar las anteriores invasiones, y no se retira de Roma sino despues de haber expulsado de la ciudad á todos sus habitantes, y convertido la capital del universo en una inmensa y horrible soledad. Así se fueron sucediendo los destructores de Roma, ministros de la venganza del eterno. Otros le seguirán aún. Cárlos V y el condestable de Borbon renovarán en el asalto y saqueo de Roma los hor-

rores de Alarico y de Totila, y añadirán al estrago la profanacion y la burla; viéndose aún hoy las profundas cicatrices que dejaron en la ciudad y en los más magníficos templos. Los exarcas de Rávena la humillaron, las familias rivales de la edad media se batieron en sus murallas y se lanzaron mútuamente á la cabeza destrozados capiteles, obras maestras rotas y mutiladas. En nuestros mismos dias otro Breno inundó con sus victoriosas huestes la ciudad eterna, derribó el trono pontificio, y reemplazó con las águilas rapaces la misteriosa paloma que al fin tornó á anidar en el Vaticano y Quirinal, huyendo aquellas á fijar su mansion en la roca abrasadora de Sta. Elena. ¡Plaza á otros conquistadores!.... ¡Plaza á la Europa entera! que si en el siglo XI cuando el feudalismo habia arraigado á los hombres en el suelo tan fuertemente como los castillos de que por do quier estaba erizada la tierra, se alzaron á la voz de Pedro el Ermitaño y se lanzaron al Asia á conquistar la tumba de Cristo, y todos quisieron partir, nobles y villanos, jóvenes y viejos, abandonaron castillos y cabañas; hoy no dejarán perecer el trono de Cristo en la tierra, ese trono que cuenta diez y seis siglos, levantado por Constantino y Carlomagno. El poder temporal de los pontífices es un hecho indispensable en el mundo. Su trono cuenta diez y seis siglos de existencia. Napoleon lo destruye un momento, y lo alza despues él mismo convencido de esta gran verdad. La independencia del Soberano Pontífice está bajo la salvaguardia de todos los católicos. Roma con sus monumentos levantados con los tesoros de la Europa entera, Roma, centro y cabeza de la cristiandad, pertenece á los cristianos más que á los romanos mismos; Roma no puede ser la capital del soñado reino de Italia, porque es la capital de todo el mundo cristiano, y no ocupará jamás su trono de un modo permanente príncipe alguno, porque sobre este trono ha colocado Dios á su vicario sobre la tierra. —C. de F.

PIO DE CAPUA (Beato), franciscano italiano cuya memoria celebra la religion Seráfica en 1.° de Setiembre, haciendo al mismo tiempo mencion de sus virtudes y hechos que le merecieron el lugar que ocupa entre los varones más ilustres por su santidad de aquella Orden. Nacido de una ilustre familia, desdeñó desde luego las ventajas que le ofrecia una noble cuna por consagrarse al servicio de Dios en la religion Capuchina, en que dió muchos ejemplos de humildad y amor á Dios y al prójimo. Firme en la senda que se habia trazado, hizo gran número de misiones recorriendo los principales lugares de Italia, y procurando atraer á sus paisanos de la senda de perdicion en que los tenia extraviados el espíritu de su siglo corrompido. Consiguiólo con frecuencia, acompañándole las bendiciones de los pueblos y de las familias, á quienes prestaba inmensos beneficios en su obra regeneradora; pero en alguna ocasion estuvo á punto de perecer víctima de los ataques de los im-

pios, que le persiguieron con encarnizado celo, viendo el fruto que sacaba áun de sus mismos partidarios y la vergüenza y confusion que hacia recaer sobre sus errores y doctrinas. Pero el beato Pio no se desanimaba por sus continuados ataques, y continuó en su santa empresa lleno de gloria, que conquistó más que para sí para su religion, en la que hacia recaer todos los beneficios y ventajas que le concedia la Providencia. En sus últimos años obtuvo algunos cargos en su Orden, los que solo aprovechó para ejercitar á sus hermanos edificándolos con sus ejemplos y religiosidad. Atribúyensele algunos milagros que una tradicion piadosa no ha desmentido nunca, y por los que se veneró durante mucho tiempo en su patria el lugar donde se hallaba su sepultura, acudiendo á ella en las épocas de calamidades y otras desgracias públicas, seguros de que Dios les librará por la intercesion de este su bienaventurado compatriota, de castigos que sobre ellos habia enviado. Su memoria así ha sido muy venerada no solo por los Franciscanos sino de toda Italia. — S. B.

PIO DE MILAN (Beato), capuchino italiano, célebre por sus grandes virtudes, las que le merecieron ser mirado como uno de los varones que más ilustraron su siglo con su santidad. Desgraciadamente las crónicas se detienen más en referirnos sus milagros que los hechos por que mereció que la Divina Providencia le honrase con sus favores. Consta, sin embargo, que desde el instante en que tomó el hábito se distinguió por su caridad, obediencia y humildad. Asiduo en la oracion, pasaba las noches enteras en el coro adorando al Santísimo Sacramento y sumido en altas contemplaciones y algunas veces en maravillosos éxtasis. Refiérense algunos de estos, bastante extraordinarios, que ha conservado la piadosa tradicion, y los expondriamos con gusto á vivir en otro siglo ménos escéptico que el nuestro. Por ellos mereció ser mirado áun en vida como santo, y aunque el humilde religioso huia constantemente de la vista del público, no por eso dejaba de ser buscado y consultado en las circunstancias más graves y difíciles, cuya solucion se dejaba con frecuencia á sus oraciones, tanta era la fe que se tenia en lo mucho que valian para con Dios sus méritos. Propusiéronle para diferentes dignidades, todas las cuales rehusó, contento con vivir en el fondo de un claustro y entregado á sus favoritas oraciones; áun en su misma Orden no quiso cargo alguno, convencido de que así llegaria con más facilidad al camino de la perfeccion por que ansiaba caminar, y la que habia trabajado tanto para obtener, consiguiéndolo, dice la crónica, pues era mirado como modelo por todos sus hermanos, que le respetaban y veneraban por sus grandes cualidades, creyéndole, y con razon, llamado á ser una de las lumbreras de su religion y de toda la cristiandad. Murió tan santamente como habia vivido, siendo enterrado con la mayor solemnidad y gran concurso de pueblo que acudió á pres-

tar este último servicio á sus restos mortales, procurando obtener algunos objetos como reliquias, los que repartian los Padres de lo poco que habia dejado, pues vivió siempre en la más estrecha pobreza segun el espíritu de su Orden, á las principales familias de Milan, que los miraron como un verdadero tesoro. La Religion Seráfica celebra su memoria en 2 de Setiembre. —S. B.

PIO DE MILAN, religioso italiano de la Orden Seráfica; pasó á Filipinas, donde fué predicador de la santa provincia de Valencia, de la Observancia regular, siendo luego incorporado á la del Santo Evangelio de Méjico, y admitido por último en la descalcez franciscana. De este siervo de Dios tenemos escasas noticias, pudiendo afirmar más bien que carecemos de ellas, pues ninguna consta por relaciones fidedignas. Por lo que hace á sus virtudes, hallamos que fué espejo purísimo de perfeccion, verdadero retrato del Seráfico Padre y muy celoso de su santa regla. En su trato con las criaturas fué en extremo afable y simpático; en la predicacion y en cuanto se referia á la cura de las almas, apareció siempre incansable áun en medio de su avanzada edad de más de setenta años, y si queremos averiguar hasta qué punto se excedió en santo amor de Dios, hallamos que fué esta la superior de todas sus virtudes, que poseyó en grado heróico y eminente, como nos lo acreditan los frecuentes éxtasis á que se vió elevado en sus oraciones. Tan dado fué á la contemplacion y tanto fruto sacó de ella, que le bastaba fijar su mirada ú oido en un ser cualquiera de la creacion para sentirse completamente absorto, admirando á Dios con su inmenso poder y sabiduría. Cítase en confirmacion de este aserto, que hallándose cierto dia tratando de un asunto de importancia con un seglar, acertó á cantar un pajarillo no léjos del sitio que ocupaba el siervo de Dios, el cual permaneció mudo y arrebatado por los trinos acordes de aquel canto ó melodía, é interrumpiendo á poco á su interlocutor le dijo: «Hermano, alabemos á Dios, pues aqueste animalito nos da tan dulce ejemplo.» Dicho lo cual, permaneció en éxtasis delicioso con santa y devota admiracion del seglar con quien departia. ¡Oh sublime y santa caridad cristiana! exclama el cronista en esta ocasion. ¿A quién sino á ti debió sus raptos de divina contemplacion este bienaventurado? ¿Qué otro sentimiento más que un puro y acendrado amor de Dios pudo traerle tan absorto y extático? Muestras son estas de que prescinde justamente una causa de canonizacion, pero que ayudan mucho y se estiman por efectos de sublime y heróica oracion, resultado maravilloso del ejercicio de todas las virtudes. Aspirando, sin embargo, el siervo de Dios al aumento de perfeccion, obligado por la caridad de Dios y del prójimo, quiso ingresar en la descalzez franciscana, donde, por complacerle en un todo, le destinó el P. Custodio Alfaro para ir á doctrinar las provincias de Panay

y de Zebri, distante aquella sesenta y cuatro leguas de Manila y esta noventa y dos, dándole por compañero á Fr. Alfonso de Medina. Despues de haber recorrido ambas provincias con grande emulacion y celo, fijó su asiento el siervo de Dios en Zebri, y allí continuó en su ardiente caridad administrando la doctrina y los sacramentos, ya de dia, ya de noche, sin reparar tampoco en si estaba ó no cansado. De esta manera vivió aquel celoso misionero hasta 1780, en que fué llamado por la obediencia para el capítulo custodial, donde fué elegido por guardian de Manila. Grande debió ser su sentimiento por la ausencia en que quedaba de sus indios, mas vino en parte á moderarle su pronta obediencia y el amor que profesaba á la religion. Posesionado ya de su nuevo cargo, mantuvo la más estrecha observancia de la santa regla, como vigilante celador, sin permitir que descaeciese por el menor desliz, debiendo ser tambien muy grande el empeño y teson que mostró para ello, pues que todos los que escribieron de él han convenido en esto mismo con la mayor particularidad. Pero llevó más adelante su celo, haciéndole extensivo asimismo á la puntual observancia de todas las ceremonias, que ya en el coro, ya en los demás actos de comunidad habian de guardarse, en especial tratándose de las rúbricas del altar; al efecto y para que las guardasen con mayor veneracion, explicaba estas ceremonias á sus religiosos con gran claridad, y en cada una su particular representacion, sin perjuicio de ayudarlos tambien con su propio ejemplo en la práctica. Cuando descubria en las rúbricas algun desman ó inadvertencia, solia decir que habia gran lástima de los que bien en el coro, bien en el altar, no atienden nunca á lo que dicen con la voz, ni se paran en lo que hacen, ni han consideracion del sitio en que estan; que era trabajo perdido cuánto hacian de aquella suerte, pues que no merecia premio; que tales culpas eran dignas de lástima, pues por descuidarse en lo ménos, en lo cual no hallarian de seguro gusto alguno espiritual, perdian lo más, que consistia en una muy alentada y crecida retribucion de Dios. Por esto á su vez, siempre que el siervo de Dios rezaba en el coro ó fuera de él lo hacia con tal devocion, prorumpiendo muchas veces en afectuoso llanto y compuncion espiritual, que al hombre más distraido imponia santo respeto, obligándole á levantar su corazon hasta Dios. Si por acaso ocurria un incidente cualquiera que le obligase á orar fuera de comunidad, se colocaba siempre de rodillas, esforzando aún más su santa contemplacion, tal vez por suplir la falta que le impedia asistir á la comunidad, y nunca se dispensó de otro tanto, ni por su ancianidad ni por el cansancio de sus continuos y largos viajes, ni por las fatigas de la predicacion. Y como fuese uno de los más convincentes argumentos para convertir á la gentilidad, entre la cual vivia, el tomar el siervo de Dios un breviario, hincarse de rodillas y dar comienzo al oficio divino

con su acostumbrada pausa y devocion, sin embargo de que llegase fatigado de sus largas excursiones á los montes para catequizar y administrar el santo bautismo, hacia consistir su descanso en darse todo entero á las alabanzas de Dios, poniendo admiracion y respeto en aquella nueva cristiandad. En el año de 1781 se dió la ocasion de arribar á las islas una mision, y nuestro bienaventurado encontró coyuntura para servir á su humildad renunciando con la guardianía el cargo de superior, por creer no fuese ya necesario á la comunidad, y tornóse con sus indios, llevando por compañero á uno de los religiosos llegados últimamente. En la guardianía le sucedió Fr. Vicente Valero, comisario de la nueva mision. Con feliz éxito vió, pues, cumplidos sus fervientes votos, y sintió reanimársele el espíritu, abatido ya por los años. Corrió desalado al encuentro de su querida nueva cristiandad, cuyas raíces asentó el primero, y echó pronto de ver que le era preciso valerse de cuanto aliento pudiera disponer á fin de reparar los estragos y menoscabos que habia sufrido con la ausencia de su buen pastor. Mas como aquellos naturales estuviesen hondamente poseidos del genio angelical del siervo de Dios, y sin haber olvidado los maravillosos ejemplos de su virtud, logró fácilmente la reforma que desde luego se propuso, consiguiendo en poco más de seis meses reducirlos al buen camino. En este tiempo quedó su compañero suficientemente impuesto para la administracion espiritual de aquellas gentes, y ya por esta razon, ya tambien por la escasez que habia de misioneros en Ilocos y Pangasinan, destinó la obediencia á nuestro siervo de Dios para aquella cristiandad, hácia la cual voló, sin atender á la distancia, en alas de su acendrada caridad. Aquí se halló con el V. Ayora, y ambos comenzaron á emularse en virtudes y celo apostólico, ya que tambien eran naturalmente émulos por la edad. Empleados en aquellas conversiones con ánimo resuelto y varonil, cogieron copiosísimos y sazonados frutos por igual, pues que uno y otro venerables ancianos, no parece sino que hacian punto de virtud en no permitir que aquel aventajára á éste en exactitud, caridad y espíritu evangélico. La muerte tan solo dió al V. Ayora el vencimiento sobre su émulo, el cual permaneció contemplando con envidia la gloria obtenida por su vencedor, pero Dios nuestro Señor fué servido consolarle no mucho despues, enviándole en el año 1782 la muerte propia de los justos, que le alcanzó en un pueblo llamado San Francisco de Agóo, situado en los términos ó confines de Pangasinan. Próximo ya á rendir á Dios su espíritu y careciendo de compañero que le ayudase á bien morir, por sí mismo se preparó al dichoso tránsito, entonando cánticos de alegría y alabando al Señor, porque rescataba su alma de los engaños del mundo y su cuerpo de la pesada carga de la senectud. Instruyó á los indios para que le amortajasen con su propio hábito ó sayal, y les ordenó que cosiéndole al pecho una cruz le en-

terrasen luego en aquella forma, todo lo cual ejecutaron fielmente aquellos, si bien con el sentimiento que es de inferir por la pérdida de su queridísimo pastor. Tratándose al cabo de quince años de trasladar las reliquias del siervo de Dios, se descubrió su cuerpo en perfecto estado de conservacion sin que el hábito ni la cruz hubiesen recibido el menor daño. Los PP. de San Agustin que sucedieron luego á los de S. Francisco en la administracion de aquellas islas, jamás consintieron en ser despojados de los restos mortales de este bienaventurado, ántes por el contrario los retuvieron apreciándolos como reliquia de gran valor. Como obra de este religioso cita Nicolás Antonio la titulada: *Camino celestial de los Terciarios de S. Francisco*, impresa en Lisboa por Mauricio Vicente de Almeida en 1731, en 12.° — S. B.

PIO DE SABOYA (Alberto). La gran piedad de este virtuosísimo príncipe de Carpi merece bien el lugar que le damos en esta obra, pues que si bien no fué eclesiástico de oficio, murió como los justos, habiendo observado una vida religiosísima y hecho importantes servicios á la Iglesia, perteneciendo además á una familia en que se contaron muchos eclesiásticos y cardenales ilustres. Empero ántes de tratar de él cúmplenos hacer una ligerísima reseña de su ilustre familia. La antigua é ilustre casa Pio de Saboya es la de los príncipes de Carpi, muy célebre en Italia, cuyo orígen remontan los genealogistas hasta Constantino *el Grande*, entroncándola con una hija de Constancio, llamada Eurídes ó Euridice de Sajonia, si bien es más probable que la diera orígen Pio, hijo de Manfredo, cuya familia se dividió en diversas ramas. Hablan los historiadores de dos Manfredos Pios de la época de la condesa Matilde, que ambos fueron grandes capitanes que se distinguieron en diversas ocasiones en las tropas de la Iglesia bajo el emperador Federico I. Lleva tambien esta casa el nombre y armas de Saboya por Luis, duque de Saboya, que habiendo recibido grandes servicios de Alberto Pio, señor de Carpi, en la guerra que sostuvo contra Francisco Sforcia y en consideracion tambien de que traia su orígen de la casa de Sajonia, le permitió, así como á Galeas Pio, su hermano, y á Marco y Luis Pio, sus sobrinos, y á sus descendientes varones, llevar el nombre y armas de Saboya por sus cartas de 27 de Enero de 1450, segun Guichenon en su *Historia de Saboya*. Sus descendientes fueron príncipes de Carpi, cuyo principado perdió Alberto Pio, que murió en Paris; pero volvió á adquirirle su hermano Lionello Pio, que fué padre del cardenal Rodolfo Pio, de Trajano, de Constancio y de Manfredo, hijos que tuvo en dos matrimonios. A esta casa pertenecen los cardenales Cárlos Pio de Saboya, el marqués de Castel Rodrigo y grande de España, Pio de Saboya y Corte Real, hijo de Gilberto, hermano del cardenal Cárlos y otros muchos de este apellido, segun Sansovino en sus *Casas Ilustres*, Guichardin, Pablo Jove, Leandro Alberto, Sponde y otros autores,

historiadores y genealogistas. Nació Alberto Pio de Saboya, príncipe de Carpi, en Italia en el siglo XVI. Fué hombre de una piedad ejemplar y de una sólida virtud, valiente, generoso, honrado y sabio. Habiendo estudiado bajo la direccion del célebre Aldo-Manucio, le emplearon en Roma los emperadores Maximiliano I y su sucesor Cárlos V en calidad de embajador cerca de los pontífices Julio II, Leon X y Clemente VII, y por su autoridad, que así lo pidió, se dió en 1517 por el papa Leon X el capelo de cardenal á Adriano Florent, que fué despues el papa Adriano VI. Hallábase Alberto en Roma cuando esta ciudad fué tomada por las tropas de Cárlos V el año 1527, y los que no respetaron á la augusta persona del Papa tampoco tuvieron consideracion de la suya; y habiéndole aprisionado, salió de su encierro con mucho trabajo y fué á refugiarse á Francia. Olvidando el emperador Cárlos V los muchos servicios que le habia hecho el príncipe de Carpi, le arrebató todos sus bienes y se los dió á Próspero Colonna, lo cual unido á habérsele muerto un hijo, le afligió de tal modo, que falleció en París de la peste el año 1531, habiéndose enterrado su cadáver en el convento de S. Francisco, y sobre su sepulcro se elevó su estatua en bronce. Algunos autores ponen su muerte en 1536, pero estos lo confunden con la fecha en que sus herederos le levantaron el suntuoso sepulcro en la iglesia de Franciscos de París. En las adiciones á la Historia de Nicolás Gilles se lee con relacion al año 1530 lo siguiente: «A este mismo tiempo murió en Tournelles, en París, el conde de Carpi, y fué llevado á enterrar con hábito de S. Francisco á la iglesia de los Franciscanos.» Dejó Alberto escritas varias obras, una de ella contra Lutero y otra contra Erasmo; dividida ésta en veintitres libros, se imprimió á un tiempo en Venecia y en París el año 1531. Juan Sepúlveda escribió una apología de Alberto contra el mismo Erasmo titulada: *Autopologia pro Alberto Pio, comite Carpensis, in Erasmum*, siendo muchos los hombres eminentes que le han elogiado por su virtud y piedad.— B. C.

PIO DE SABOYA (Cárlos). Perteneció este príncipe de la Iglesia católica á la noble familia de los príncipes de Carpi en Italia. Nació en Ferrara en el siglo XVI, y despues de haberse distinguido en la carrera eclesiástica fué creado cardenal en 1604 por el pontífice Clemente VIII, que le dió tambien el obispado de Albano y despues el de Ostia. Ejerció la legacion de la Marca y la de Urbino; llegó á ser decano de los cardenales y murió el 1.° de Junio de 1641, á la edad de setenta y cuatro años. Su cuerpo fué enterrado en la glesia de los Jesuitas de Roma. Véase ALBERTO DE SABOYA.— C.

PIO DE SABOYA (Cárlos), sobrino del anterior. Nació en Ferrara, tambien en el siglo XVI, y dedicado á la Iglesia, como su tio, fué creado cardenal por el papa Inocencio X el año 1652. Fué obispo de Sabina, protector de los reinos y estados hereditarios del Emperador, y tambien de los estados de la

corona de Aragon y de Nápoles. Murió en Roma el 14 de Febrero de 1689 á la edad de sesenta y siete años, y fué enterrado cerca de su tio en la misma iglesia, segun Sansovino, en las *Casas Ilustres de Italia*.—C.

PIO DE ZERLO (B. Miguel), religioso franciscano del convento de Viena, en el Delfinado, donde se distinguió por sus muchas virtudes y milagros. Floreció hácia 1370, y se dice fué discípulo del patriarca S. Francisco de Asís, cuyos hijos celebran la memoria de aquel su predilecto hermano en 11 de Marzo.—S. B.

PIO (D. Francisco), obispo de Santo Domingo en la isla del mismo nombre. Fué natural del arzobispado de Toledo, é hijo de D. Cristóbal y Doña Agustina Tellez. Su padre era licenciado en derecho y persona que merecia mucha consideracion por su probidad y su sabiduria. Obtuvo el cargo de corregidor de la villa de Torrijos, en cuyo punto nació el personaje que nos ocupa, siendo bautizado en la parroquia denominada de S. Gil, de la misma poblacion. Hizo sus primeros estudios en la universidad de Toledo, é inclinándose á la carrera eclesiástica, pasó á la de Salamanca á cursar cánones, viniendo otra vez á la de Toledo, donde se graduó de licenciado. Fué colegial del de S. Bernardino de la mencionada ciudad, y recibió las sagradas órdenes de manos del obispo de Troya D. Melchor de Vera y Soria. Desempeñó una cátedra de leyes en la antedicha universidad de Toledo, y sucesivamente obtuvo los cargos de visitador y vicario general de la ciudad de Baeza, y por último una canongía en la santa iglesia de Segovia, desempeñando en la misma el cargo de provisor. Hallándose cumpliendo este destino, en ocasion que se encontraba vacante el obispado de Santo Domingo, fué presentado para él en 1648 por el rey Felipe IV, que se hallaba noticioso de sus méritos, ilustracion y evangélicas virtudes. Hizo el juramento de fe en manos del nuncio de Su Santidad, Monseñor Julio Rospigliosi, y pasó á tomar posesion de su apartada diócesis, la que rigió por una larga temporada con la mayor aceptacion, obteniendo el aprecio y veneracion de sus subordinados. Las noticias que poseemos de este Obispo son muy escasas, y no consta en ellas positivamente el año de su muerte, que debió ocurrir ya casi á fines del siglo XVII.—M. B.

PIO (Fr. Juan Miguel). Nació en Bolonia, y en la misma ciudad se consagró al servicio de Dios, tomando el hábito y pronunciando sus votos en manos del reverendo P. Fr. Juan Maria Capalla, prior entónces del convento de Sto. Domingo de dicha ciudad, en el año 1589, siendo todavia adolescente. Dotado de un genio vivo y con notable aplicacion para el estudio, no reparaba en fatigas ni en desvelos, y no fué ménos distinguido por su piedad, que por su exacta observancia de la disciplina eclesiástica y regular. Enseñó muchos años teología en varios conventos, y obtuvo el lauro del

magisterio en 1618, con aprobacion del capítulo general celebrado el dicho año, en cuya época se hallaba de definidor. El papa Urbano VIII le nombró por entónces inquisidor general de Milan, donde fué el terror de los herejes. Desempeñó el cargo de prior provincial en las dos Lombardías, y el de prefecto de las mismas, por breve apostólico dado en Roma á 12 de Marzo de 1639, cargo que desempeñó hasta su muerte ocurrida en 1644. Fué muy aficionado á escribir las cosas de su Orden, y publicó varias obras sobre asuntos históricos de la misma, las cuales son las siguientes, escritas en idioma italiano. *Vida de los varones ilustres del órden de Sto. Domingo*, en que compendiosamente se trata de los santos, beatos, beatas, pontífices, cardenales y vicecancilleres de dicha Orden: Bolonia, 1607 en fólio. En 1620 hizo una segunda edicion aumentada y corregida.—*Segunda parte de la misma obra;* en la que se trata de los generales, arzobispos, obispos, maestros del Sacro Palacio, escritores y otros dignos personajes del órden de Sto. Domingo, con una breve noticia de la órden de los concilios, de los sumos pontífices, de la congregacion de Roma; de los privilegios y gracias pontificias concedidas á los hermanos y religiosos de la muy santa congregacion del Rosario, de la Cruz y del nombre de Dios, con una relacion de muchas fundaciones de conventos de religiosos de ambos sexos, y noticia de varios casos notables ocurridos en la Orden: Pavía, 1613.—*De la noble y generosa progenie del P. Sto. Domingo en Italia;* dos libros en que se trata de la fundacion de los conventos y monasterios de la órden de Predicadores, erigidos en Italia durante el tiempo que vivió este Santo, en cuya obra se halla la vida de todos los varones ilustres por su bondad, santidad y doctrina, que han pertenecido á estos conventos, con una noticia de todas las imágenes milagrosas, reliquias sagradas, sepulcros y epitafios más notables de los hombres célebres que se hallan en los templos de los mismos conventos; con una noticia de casi todas las casas del sobredicho órden, que existen en Europa y en las Indias: Bolonia, 1615, en fólio.—*Vida y muerte del venerable P. Mtro. Fr. Serafin de la Porreta, del Orden de Predicadores, muerto en opinion de santidad, en el convento de Sto. Domingo de la ciudad de Bolonia, el año de 1614, el dia 2 de Enero;* Bolonia, 1615.—*Vida de S. Guillermo, duque de Aquitania.*—*Vida de la B. Lucia de Narni, de la órden tercera de Sto. Domingo:* Bolonia, 1620.—*Vida de Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa*, 1618. Además tenia preparados gran número de materiales para una voluminosa obra, que habia principiado á escribir y que llevaba por título: *Historiam conventuum omnium ordinis per universum orbem et summam casuum conscientiæ.*—M. B.

PIO (Lotario). Era italiano y no consta el año ni el punto de su nacimiento. Tomó el hábito de la órden de S. Benito en el monasterio de Monte

Casino, de donde salió acreditado en santidad y virtudes para el convento de S. Severino de Nápoles, del que llegó á ser prior, gobernándole con grande esmero y celo, reformando cuantos asuntos y costumbres halló dignos de enmienda. Noticioso de su mérito y virtudes el sumo pontífice Gregorio XIII, le nombró obispo de Fundo, en la Campania, y desempeñando este cargo, murió con acreditada fama de bienaventuranza el dia 31 de Diciembre de 1592.—M. B.

PIO (Rodolfo), descendiente de los príncipes de Carpi. Nació en Roma y fué hijo de Lionello Pio. Estudió en Pádua, y recibió en Roma las sagradas órdenes. Clemente VII le dió el obispado de Faenza, y le envió de nuncio extraordinario á Francia. A su vuelta á Roma, fué sucesivamente obispo de Girgenti, Nola y arzobispo de Salerno. Paulo III le hizo cardenal en 1535, y le volvió á enviar á Francia tambien como nuncio extraordinario. En virtud del alto poder que representaba, intervino en las diferencias suscitadas entre Francisco I y Cárlos V, y contribuyó no poco á que se verificase la famosa entrevista que estos dos soberanos tuvieron en Niza el año 1539, de la cual surgieron los preliminares de una paz tan necesaria para las dos potencias, que tanto tiempo hacia se estaban arruinando con continuadas luchas, movidas las más veces por muy fútiles pretextos. Fué nombrado despues legado gobernador de la Marca de Ancona, donde hizo ver, con su ejemplo y su acertada administracion, cuál debe ser la conducta de un gobernador eclesiástico. Aumentó notablemente el esplender del templo de Loreto, fortificó el puerto de Ancona, reformó los abusos que se habian introducido en los gobiernos de sus antecesores, y se dedicó sobre todo á que la administracion de justicia se hiciese con toda la pureza é integridad que son necesarias, pues desgraciadamente la mayor parte de los jueces, guiados solo por el aliciente del lucro, desatendian los negocios cuando pertenecian á pobres, ó cuando los litigantes no los ganaban con dones. Tambien restableció la policía interior de la ciudad para su seguridad y aseo, é hizo cuanto le fué dable para asegurar sobre firmes bases la tranquilidad y bienestar de la provincia. El Papa le llamó á Roma para encomendarle el gobierno de la ciudad (1543) durante la ausencia que se vió precisado á hacer con objeto de asistir á una entrevista con el Emperador, la cual tuvo lugar en Bruselas, entre Parma y Plasencia. En los siguientes pontificados el cardenal Pio desempeñó varios destinos, siendo legado apostólico en la corte de España, gobernador del patrimonio pontificio y protector de varias órdenes religiosas. Durante su vida fué sucesivamente obispo de Alba, Frascati, Porto y Ostia, siendo tambien decano del colegio de cardenales, último cargo que desempeñó. Sus virtudes, su mérito, su sabiduría y la estimacion general que habia sabido granjearse, le hubieran elevado induda-

blemente á la silla pontificia, pues contaba con multitud de simpatías entre todos los miembros del cuerpo cardenalicio; pero murió el dia 10 de Mayo de 1564, á los sesenta y cinco años de su edad. Su cadáver fué enterrado en la iglesia de la Trinidad del Monte. Pio V le hizo elevar un magnífico mausoleo de mármol, donde se ve aún la estatua del Cardenal y un elocuente epitafio conmemorativo de sus virtudes y de sus servicios. Cárlos Pio, su sobrino, fué tambien hecho cardenal en 1654 por el papa Inocencio X, y murió en Roma en 14 de Febrero de 1689, á los sesenta y siete años de su edad, siendo obispo de Sabina, protector de los reinos y estados hereditarios del emperador de Austria, de la corona de Aragon y de las iglesias de Nápoles. Fué enterrado tambien en la Trinidad del Monte, cerca del sepulcro de su tio. — M. B.

PIO (Teobaldo). Era francés de nacion y poseia el condado de Champagne, viviendo á principios del siglo XII. Fué muy estimado de los reyes, y aunque por su dignidad acudia frecuentemente á palacio, no era aquel su elemento y anhelaba ménos bullicio y ménos pompa y esplendor. Ocultaba bajo la púrpura y las joyas un ánimo humilde y devoto, portándose como el más ejemplar religioso; siendo tan caritativo que todos sus súbditos le aclamaban con el epíteto de *Pio*. Usando bien de las muchas riquezas que Dios le habia concedido edificó algunas iglesias, restauró otras que amenazaban ruina, fundó varios monasterios dotándolos con abundantes rentas; pero en lo que más se esmeraba era en el socorro de los huérfanos, viudas y pobres desvalidos. Lució su caridad sobre todo en el socorro y auxilio de los infelices leprosos, á quienes en aquella edad se trataba con la crueldad más grande, porque temiendo el contagio de tan horrible enfermedad se arrojaba de la poblacion á los atacados de ella, obligándoles á vivir en unas chozas en despoblado. Teobaldo, que no veia en ellos más que los pobres del Señor, iba diariamente á visitarlos, socorrerlos y consolarlos. Uno de aquellos infelices, alentado con la caridad y generoso trato del bienaventurado Conde, se atrevió á poner su casilla frente del palacio para disfrutar el primero de los beneficios que les prodigaba. Los criados de Teobaldo quisieron apartar de allí aquel mal vecino; pero el Conde no lo consintió y todos los dias visitaba al leproso, dándole el socorro acostumbrado. Durante una corta ausencia de Teobaldo murió el enfermo continuando su choza en pie, porque ni áun á derribarla se atrevieron por temor de la contagiosa dolencia. Cuando el Conde volvió, ignorante del suceso, su primer cuidado fué ir á visitar al enfermo. Entró en la pequeña cabaña y halló al leproso donde acostumbraba á estar, y habiéndole hablado y socorrido como de costumbre volvió á su palacio, donde le dijeron que su protegido habia muerto, por lo cual conoció que el que acababa de ver y hablar era sin duda Jesucristo, que habia

querido premiar su caridad tomando aquella forma para dejarse socorrer del caritativo Teobaldo, lo cual le animó más á continuar favoreciendo á los pobres, que representan la persona de Jesus. Aproximándose ya á la vejez y queriendo terminar divinamente una vida dedicada á la virtud, se consagró Teobaldo enteramente al Señor, recibiendo la blanca cogulla en el monasterio de Claraval, de la órden de San Benito, donde acabó santamente sus dias. Fué tan dado á la oracion que muchas veces ocurrió estarse toda la noche haciéndola de rodillas permaneciendo inmóvil y absorto en la contemplacion, como si careciese de sentidos hasta que la luz del sol le hacia recordar despertándole de aquel dulcísimo sueño. Tenia sumo deleite en ejercitarse en los oficios humildes, y servia como un doméstico á los demás religiosos venerándoles como á sus padres y señores. Supo por revelacion divina la hora de su muerte, y habiendo recibido con la mayor efusion de devocion y ternura los santos sacramentos, descansó en paz en el dicho monasterio de Claraval el dia 18 de Octubre de 1156. — M. B.

PIOLA (Dominico). Nació en la ciudad de Génova en el año 1492, ignorándose á qué clase de familia pertenecia, pues como cuando entró en la religion hospitalaria de San Juan de Dios, esta se hallaba aún en su orígen, y el santo Patriarca solo anhelaba hacer prosélitos que le ayudasen en sus caritativas tareas, no cuidaba de pedirles razon circunstanciada de su procedencia, bastándole saber para sus fines que venian desengañados del mundo y deseosos de adquirir la perfeccion en el ejercicio de la caridad. Ni su congregacion, por otra parte, se hallaba tan bien organizada todavía que tuviera tiempo de llevar libros de entradas, filiaciones y demás requisitos que luego se plantearon conforme se hacia en las otras religiones. Siguiendo los impulsos de los divinos juicios, vino Piola desde su patria á Granada, donde segun costumbre de los de su nacion, que en aquel tiempo tenian monopolizado en España el ejercicio del comercio, se empleó en el tráfico de mercader. Adelantó tanto en sus negocios que adquirió un capital muy respetable, y se casó muy honradamente. Seguíale la fortuna en todas sus empresas, y veia con esto cumplidos sus deseos, porque era ambicioso en sumo grado y cuanto más adquiria más deseaba adquirir. Comerciaba ya muy en grande, y su fortuna crecia rápidamente, mas á pesar de su riqueza era tan enemigo de hacer limosnas que nunca dió á un necesitado el más mínimo socorro. Hallábase por aquel tiempo en Granada el bienaventurado San Juan de Dios, que á costa de mil trabajos y sufriendo mil necesidades habia empezado á fundar el mayor edificio de la caridad sobre el débil fundamento de su pequeño hospital. Como el número de los pobres enfermos era mayor que el de las limosnas, á pesar de que Dios hacia la costa, y el bienaventurado varon sabia con su cuidado y diligencia hacer de lo poco mucho para el

socorro y auxilio de todos los que estaban bajo su amparo, nunca le faltaban apuros y ahogos, pues como gozaba de algun crédito en la ciudad, cuando no le daban limosnas para cubrir sus atenciones, veíase precisado á buscar dinero á préstamo y á contraer algunos empeños. Habiéndose vencido el plazo de uno y debiendo satisfacer en breve tiempo la cantidad de treinta ducados, le fué preciso salir de su casa en busca de ellos. Era la hora del medio dia, y como la de comer, la ménos á propósito para el objeto; porque en tales ocasiones se excusaban muchos con el pretexto de hallarse á la mesa. Bien lo sabia el Santo, y discurriendo dónde iria, se acordó del avariento Piola, y determinó ir allá no obstante la mala fama que gozaba, poniendo su confianza en Dios, aunque sin esperanza alguna en aquel hombre tan rico como inhumano. Movido, pues, del soberano impulso que le guiaba y que le elegia por instrumento para sacar aquella alma de las garras del pecado, llegó á casa del mercader, y sin hacerse anunciar, aunque con humilde cortesía y modesto talante, pasó hasta la pieza donde Piola y su mujer estaban sentados á la mesa. La mujer, que como todas era poco dadivosa y muy connaturalizada con las costumbres de su marido, le recibió con notable enfado, considerando que á aquellas horas no podia ir á otra cosa que á pedir, y con muy malos modos se levantó de la mesa, diciendo que no les dejaba comer sosegadamente un bocado, y que se entraba por las casas ajenas como si fueran propias, debiendo tener presente que la santidad no era incompatible con la cortesía, y añadiendo otras razones de este género se quiso retirar dejando al Santo algo confuso con tal recibimiento. Pero su marido la detuvo, y preguntando á Juan de Dios qué se le ofrecia, éste contesto que venia á suplicarle le hiciese merced de prestarle treinta ducados que le hacian falta para salir de su empeño y socorrer á sus pobres. Si furiosa se puso la mujer al ver interrumpida su comida, doble furia se apoderó de ella al oir la peticion, y empezó á lanzar injurias contra el humilde religioso, que la escuchaba sin alterarse y armado de la más evangélica paciencia. Contúvola su marido, y preguntó á Juan de Dios: «Y bien, Padre, si yo os prestase ese dinero que me pedis ¿á quién me dareis por fiador?—A éste, respondió el bienaventurado, sacando una imágen del niño Jesus que llevaba en el pecho, á este Señor, que es la más segura fianza.» Despidió la imágen al sacarla tantos y tan vivos resplandores, que la mujer quedó absorta y confundida; todos los de la casa enternecidos, y Piola tan cambiado, que exclamó sin vacilar: «Con ese fiador, no solo daré los treinta ducados, sino tambien toda mi hacienda.» Dióle al Santo el dinero que pedia, y herido vivamente su corazon con el prodigioso suceso, desde aquel dia procuró cambiar de vida para lograr ponerse en el camino de la salvacion. Fuertemente impresionado con el suceso de que fué testigo, empezó á visitar diariamente á Juan de

Dios, pasando largas horas en el hospital, asistiendo á los enfermos y dando abundantes limosnas para su socorro. Bien deseára quedarse en la compañía del santo padre de los pobres, pero las obligaciones de su mujer y de su casa le detenian, pues aunque alguna vez instó á aquella, tocada ya de la divina gracia, para que deshaciendo el nupcial vínculo abrazáran ambos el estado religioso, ella no quiso acceder, tal vez porque Dios no la llamaba por aquella senda. Mas este inconveniente quedó allanado al cabo de algun tiempo, falleciendo la esposa sin dejarle hijos ni otras obligaciones á que atender. Libre, pues, del único embarazo que tenia para lograr su designio, despues de haber cumplido Piola con lo que debia á la memoria de la difunta, cerró su tienda, recogió sus haberes, y para disponer de ellos llamó á Juan de Dios, rogándole le ayudase en todo, porque todo habia de pasar por sus manos. Pagadas sus deudas y cobrados sus créditos, aún le quedó bastante hacienda. Recompensó largamente á los criados que le habian servido, hizo algunas mandas, y el resto lo cedió íntegramente al hospital para socorro de los pobres. Practicadas todas estas diligencias, y habiéndose quedado pobre en obsequio de los necesitados, se fué al hospital del Santo y le pidió humildemente el hábito de la Orden, manifestándole que solo deseaba consagrarse de todas veras al cuidado de los enfermos y á la práctica de la virtud. Diósele el bendito Patriarca, gozoso sobremanera por adquirir tan milagrosamente un hombre, que por sus antecedentes y su talento debia ser el más bello ornato de la caritativa asociacion. A los pocos dias de estar en el hospital, se conoció el superior impulso que allí le habia conducido, porque asistia á los enfermos con tanta caridad, con tanto amor y tanto esmero como el glorioso Padre, animándolos, curándolos y exhortándolos continuamente para que llevasen con paciencia sus dolores y se encomendasen á Dios, ofreciéndole aquellos trabajos en desagravio de sus culpas, haciendo propósito de enmendarse y cambiar de vida cuando recuperasen la salud. Se dedicó con preferencia á pedir limosna por las calles, haciendo él sólo el trabajo de dos ó tres hermanos, obrando en esto con mucha cordura, porque como era tan conocido y tuvo tantas relaciones interin vivió en el siglo, los que le conocieron tan sobrado y ahora le veian hecho pobre voluntario, los que le vieron cubierto de sedas y terciopelo y ahora vestido de un tosco sayal, arrostrando las inclemencias del tiempo cuando ántes gozaba de tanto descanso y comodidades, conmovíanse en alto grado y le daban tantas y tan buenas limosnas, que el hospital llegó á verse interin él desempeñó el cargo del petitorio, muy abundante de todo y muy desahogado de empeños. Siguió Dominico Piola el camino de la penitencia con tan santo afan, que aunque la oracion era su principal empleo, no dejaba de hacer cuantas obras fuesen meritorias para Dios. Vivia con mucha fatiga y cansancio, ocu-

pándose de dia en la cura, asistencia de los enfermos y recoleccion de las limosnas; y por la noche, en vez de entregarse al comun descanso, mortificaba su cuerpo, privándose del sueño, descansando algunos breves instantes sobre una pobre estera, y esto únicamente tres veces á la semana, pues las noches de los restantes las pasaba en devotos ejercicios y práctica de penitencias. Llevaba siempre ceñido un áspero silicio; el cual se puso el mismo dia que tomó el hábito, sin volvérsele á quitar, pues al amortajarle se le hallaron puesto, y ayunaba con mucha frecuencia además de los dias prescritos por la Iglesia y las reglas monásticas. Fué tan devoto de la Santísima Vírgen, que no pasó dia, despues de su conversion, sin que la rezase el santo Rosario con singular afecto y ternura. Cuando alguna pena ó grave afliccion turbaba su ánimo, postrado ante esta augusta Señora, ofrecíala sus tribulaciones, para que intercediendo con su divino Hijo, le diese el consuelo apetecido; y así es que siempre salia consolado y satisfecho. En pasando por delante de alguna imágen de la excelsa Señora ó en oyendo pronunciar su bendito nombre, bajaba humildemente la cabeza, rezando una Ave María. Contaba ya cincuenta y seis años de edad cuando el Señor le llamó á su presencia, á fin de darle el premio de los méritos que habia contraido en su servicio auxiliando á los pobres, imágen suya, por espacio de veinte años consecutivos en los hospitales que el bendito Juan de Dios estableció en Granada, pues en todos ellos estuvo este siervo de Dios, desde el de la calle de Lucena, donde tomó el hábito, hasta el de la calle de S. Gerónimo donde falleció, pudiendo decirse que paso á paso siguió toda la marcha de la santa fundacion. Fué muy estimado del santo patriarca Juan de Dios, tanto porque éste veia en él un hijo de conversion, cuanto porque de continuo se hallaba á su lado ayudándole y asistiéndole. En la noche que el Santo tuvo con el demonio la gran refriega que se refiere en su vida, fué el primero que entró en su celda y que vió al enemigo vencido saliendo por la ventana, centelleándole los ojos y echando fuego por la boca. Asistió al Santo en su última enfermedad y dichosa muerte, y tomando sus lecciones y siguiendo sus ejemplos, se previno con tiempo para su último instante, y llegado éste, murió tranquilamente despues de recibir todos los sacramentos en el año 1564. Está puesto en el número de los varones ilustres que murieron en el convento-hospital de S. Juan de Dios de Granada. — M. B.

PIOMBO (Fr. Sebastian). Nació en Venecia en 1485. El apellido de su familia era Luciani, pero se le conoce con el sobrenombre del Piombo, por la razon que abajo expresaremos. En sus primeros años manifestó grande aficion hácia la música, á la que pensó dedicarse en un principio; pero luego la abandonó para tomar lecciones de pintura con el famoso Juan Bellini. Dedicóse con tanto afan á este noble arte, con especialidad al género de re-

tratos, que muy en breve llamó la atencion pública con los que salian de su pincel, y que contribuyeron á formar su futura reputacion. Habiendo retratado á un rico comerciante de Siena, que accidentalmente se hallaba en Venecia, éste quedó tan satisfecho del trabajo, que se le llevó consigo á Roma, encargándole la decoracion de las salas de la magnífica casa que poseia en aquella ciudad. Cumplió Sebastian su encargo con todo el esmero y perfeccion peculiares de sus obras, consiguiendo no solo el cuantioso premio que el comerciante le diera, sino tambien hacerse conocido en la que, siendo la capital del mundo cristiano, era tambien por entónces (siglo de Leon X) la capital del mundo artístico. Miguel Angel, el atrevido arquitecto de S. Pedro; el autor de aquella soberbia basílica, la única del orbe, el émulo del inmortal Rafael, que no perdonaba ocasion de eclipsar la gloria de su rival, vió los trabajos del Piombo, y al punto conoció cuánto prometia aquel jóven para las artes y cuán grande partido podria sacarse de él. Solo diremos para encarecer el mérito de Sebastian, que el gran maestro no se desdeñó de darle parte en sus lienzos. Habiendo pintado Rafael el magnífico cuadro de la Ascension, Miguel Angel, deseando sobrepujarle, y á fin de que el triunfo fuera más glorioso, puesto que el que se oponia á aquel gran genio era un jóven casi desconocido, dió á Sebastian la idea para su cuadro de la *Resurreccion de Lázaro*, en el cual puso dos grupos enteros de su composicion. Esta obra, tenida como la maestra del Piombo, causó la admiracion de Roma, y puso á su autor al nivel del grande artista con quien pretendiera competir. Igual aceptacion mereció su *Martirio de Sta. Agueda*, que puede colocarse al lado de las mejores obras de aquel tiempo. Lo que constituye el principal mérito del Piombo es la perfeccion de sus figuras y el colorido de sus retratos, que parecen dotados de vida. Los del poeta Pedro Aretin y del pontífice Clemente VII se tienen hoy como un modelo del arte. Queriendo este Papa recompensar el mérito de Sebastian, le nombró su guardasellos, cargo que él admitió, tomando para poder desempeñarle el hábito eclesiástico. Desde esta época se retiró de la vida de los talleres, dedicándose al estudio, y consagrando sus ratos de ocio al cultivo de la poesía, escribió algunas composiciones que no han llegado á publicarse. Ignórase la causa de no haber vuelto á tomar los pinceles para producir alguna obra maestra; solo pintó á fuerza de instancias alguno que otro retrato, entre ellos el del cardenal Julio Gonzaga y el del papa Paulo III. En S. Pedro en Montorio se conserva una *Flagelacion de Jesus*, pintado al óleo sobre piedra por un procedimiento de su invencion, desconocido hoy y perdido para las artes. Murió en 1547. El sobrenombre del Piombo con que es conocido, parece que se le dió á causa del cargo que desempeñaba, pues sabido es que los sellos de las bulas pontificias estan grabados ó impresos en plomo.—M. B.

PIONIA, mártir. Era originaria de Tesalónica, y aunque de padres gentiles que vivian todavía cuando padeció el martirio, se hallaba adornada de todo género de virtudes y se ocupaba noche y dia en leer la Sagrada Escritura de que tenia un gran número de volúmenes. Habiendo publicado Diocleciano el año 303 el primer edicto de la persecucion, que mandaba quemar todos los libros sagrados, abandonó en compañía de otras amigas su país, padres y bienes, dejando ocultos ántes de partir los libros que tenian y se escondieron en las montañas. Fueron, sin embargo, descubiertas y detenidas y enviadas al gobernador llamado Dulcedio, con una carta de Casandro, que decia: «Sabed, señor, que Agathon, Agape, Pionia, Irene, Casia, Felipe y Eutiquia no quieren comer de lo que se ha inmolado á los Dioses.» El gobernador mandó leer esta carta en su presencia, y despues dijo dirigiéndose á Agathon: Tú que ibas á los sacrificios segun la costumbre de los que estan consagrados á los Dioses ¿por qué no has comido de estos sacrificios? —Agathon respondió: Porque soy cristiana. — Dulcedio contestó: ¿Te mantienes todavía en esa resolucion? —Seguramente, dijo Agathon.— Dulcedio hizo la misma pregunta á Agape y á Pionia y respondieron que creian en Dios vivo. Interrogada Irene sobre el mismo punto, dijo que el temor de Dios la impedia obedecer á las órdenes de los emperadores y de los Césares. Casia dijo que queria salvar su alma; Felipa y Eutiquia que preferian morir á comer de las carnes del sacrificio. Sabiendo el gobernador que Eutiquia estaba viuda hacia cerca de siete meses, la preguntó de quién estaba embarazada; á lo que contestó: Del marido que Dios me habia dado.—La exhortó á obedecer el edicto de los emperadores; y contestó que no queria obedecer, porque era cristiana, sierva del Dios todopoderoso. Como las leyes romanas no consentian que se atormentase á las mujeres que estaban en cinta, mandó el gobernador que se la pusiera en prision hasta que pariera. Interrogó por segunda vez á Agape y Pionia, y les preguntó quién las habia conducido á abrazar aquellas locuras: á lo que dijeron que Dios todopoderoso y su Hijo único nuestro Señor Jesucristo. Viéndolas tan resueltas, condenó á ambas á ser quemadas é hizo poner en prision á Agathon, Casia y Felipa hasta nueva órden. Ignórase lo que fué de ellas. Mandó que pusiesen tambien á Irene, pero despues que fueron consumidas por el fuego Agape y Pionia, la mandó llamar á su presencia y la dijo: Tu locura se deduce de tu conducta de haber querido guardar hasta ahora tantos pergaminos, libros, memorias y escritos de todo lo que ha sucedido á los cristianos. Te los han presentado, tú los has conocido, aunque has negado constantemente tenerlos. Hay que castigarte, no me niego, sin embargo, á usar todavía alguna indulgencia, si quieres inmolar á los dioses y comer de los sacrificios. —Irene le contestó: De ninguna manera: de ninguna manera, por

ese Dios todopoderoso que ha creado el cielo y la tierra, el mar y todo lo que tienen, pues se amenaza con el fuego eterno á los que renuncian á Jesus, el Verbo de Dios. —Entónces la dijo el gobernador: ¿Quién te ha convencido á guardar hasta hoy estos libros y estos escritos? — Irene le dijo: El Dios todopoderoso que nos ha mandado amarle hasta la muerte; por este motivo no nos hemos atrevido á hacerle traicion, y hemos preferido ser quemadas vivas y sufrir todo lo que hubiera podido sobrevenirnos á descubrir tales escritos. — El gobernador la dijo: ¿Quién sabia que esos escritos estaban en la casa donde tú habitabas? — Irene respondió: Nadie lo sabia más que Dios todopoderoso á quien nada se halla oculto; pues nos ocultamos de nuestros criados lo mismo que de nuestros mayores enemigos por temor de que no nos acusasen. — El gobernador repuso: Cuando habeis vuelto de las montañas ¿leiais esos escritos delante de alguien? — Irene contestó: Se hallaban en nuestra casa y no nos atreviamos á sacarlos de ella, por esto teniamos un grande dolor de no poder leerlos noche y dia, como habiamos hecho siempre hasta el año último que los ocultamos. — El gobernador no quiso hacerla sufrir desde luego el último suplicio, pero mandó que fuese expuesta completamente desnuda en un lugar infame, y que no se la diese otro alimento que un pan diario, prohibiendo á los soldados dejarla salir. — Despues añadió: Que se saquen esos escritos de los cofres y de las arcas de Irene. — La Santa fué expuesta en el lugar en que habia mandado el gobernador, pero por la gracia del Espíritu Santo que la protegia, ni un hombre se atrevió á acercarse á ella, ni decir una sola palabra que pudiera dar pena á su modestia. Dulcedio la hizo conducir de nuevo delante de su tribunal, donde despues de haberla interrogado, viendo que perseveraba en su piedad hácia Dios, la condenó á ser quemada viva como á sus otras dos hermanas. Los soldados la condujeron al mismo lugar donde aquellas habian sido martirizadas, y habiendo encendido una hoguera la mandaron subir. Irene se arrojó al fuego sin vacilar, cantando salmos y alabando á Dios. Verificóse este suceso el 25 de Marzo durante el noveno consulado de Diocleciano y el octavo de Maximiano, es decir el año 304 de Jesucristo. — S. B.

PIONIO (San), mártir. Nació este bienaventurado en Esmirna en el siglo III de nuestra era al parecer. Su grande fe, su piedad y las virtudes cristianas que practicó con el mayor celo, le granjearon el aprecio de los fieles que le elevaron al sacerdocio en la santa iglesia de Esmirna. Ardiendo su corazon en amor de Dios y en deseos por la salvacion de las almas, se dedicó á predicar la fe católica fundada en la santa ley del Evangelio, y lo hizo con tan buen éxito, que arrancó con su elocuencia multitud de almas abocadas al abismo del infierno. Sus escritos iluminaron con la divina gracia el pais que ilustraba en la religion con su ejemplo y doctrina; y á fin de ase-

gurar mejor las conquistas que hacia diariamente al catolicismo, publicó unas apologías de la fe católica que en aquellos tiempos fueron admiradas por los sabios. Llamaron de tal modo la atencion de los gentiles estos escritos, que temieron no acabáran por hacer tantos prosélitos que los avasallasen, y á fin de contener el mal para ellos y acelerar el bien que destinaba Dios á Pionio, le aprisionaron y atormentaron cruelmente, pretendiendo abjurase de su creencia y escribiese en elogio de los falsos dioses. Léjos de atemorizar á Pionio la muerte cruel con que le amenazaron, fué la espuela que avivó sus deseos de unirse cuanto ántes á su Dios, haciéndose merecedor y digno de la corona del martirio, y por lo tanto, no solo despreció y maltrató á los ídolos de los gentiles, sino que continuó, desde su prision, animando á sus fieles ovejas con sus exhortaciones. Irritó esto de tal modo á sus inícuos jueces, que le mandaron martirizar horriblemente; pero como ni áun esto le obligase á callar, le clavaron en un grueso madero, y le arrojaron á una grande hoguera, en la que murió con otros quince compañeros que imitaron su fe y constancia, razon por lo que la Iglesia hace conmemoracion de todos estos mártires el dia 1.° de Febrero. El año de su glorioso tránsito fué el de 251 de nuestra era. —B. C.

PIOPERA (Estéfano). Este religioso, que florecia á fines del siglo XV, era natural de la ciudad de Mediolano, y pertenecia á la religion de Sto. Domingo, siendo tan devoto de la Santísima Vírgen que no solo escribió, segun dice Alberto Brandano, un libro con el título de *Rosario beatæ Mariæ Virginis*, sino que tambien hizo que se imprimiese en el año 1500 otro tratado del *Rosario* escrito por Miguel Francisco de Insulis, sin que consten más noticias de este religioso en las crónicas de su Orden.—M. B.

PIOR (S.), anacoreta. Fué natural de Egipto y renunció al mundo siendo todavía jóven, prometiendo á Dios al abandonar la casa paterna no volver á ver á ninguno de su familia. Trascurridos cuarenta años, deseó verle una hermana suya y comenzó desde luego á idear un medio para poder llegar á su presencia. Pero como no pudiese conseguirlo, se presentó al obispo de aquella diócesis, suplicándole escribiese á los santos padres que vivian en la soledad para que manifestasen á su hermano que queria verle. Obligado éste por la obediencia, se puso en camino con un compañero y fué á casa de su hermana, donde al llegar dijo estas palabras: « Pior tu hermano ha venido, y se halla ante tu puerta. » Al oir el ruido que hacia esta al abrirse creyendo que salia su hermana, cerró los ojos y la llamó por su nombre diciéndola: Yo soy tu hermano Pior, yo soy, goza cuanto quieras de mi presencia. Cuando la creyó ya satisfecha, se puso en oracion, y no pudiendo su hermana persuadirle á que se levantase, volvió á entrar en su casa bendiciendo á Dios. Pero él continuó todavía por mucho tiempo en oracion delante de

la casa, ántes de retirarse á su secreta soledad. De este padre se refiere tambien el milagro de que abrió un pozo en el lugar en que vivia, cuya agua era muy amarga, á pesar de lo cual no usó de otra en toda su vida, estando contento con ella, manifestando así su grande paciencia unida á las demás virtudes. Despues de su muerte quisieron muchos monjes vivir en aquella celda; pero á pesar de sus grandes deseos ninguno pudo habitarla un solo año. Pues en aquel lugar reina siempre el más grande terror y carece de todo solaz. —S. B.

PIOVANO (Fr. Juan). Era natural de Recto en la provincia de los Abruzzos, y tomó el hábito de los Mínimos de S. Francisco de Paula en la ciudad de Toscana. Haciendo profesion de humildad áun ántes de vestir la sagrada túnica, pidió la de lego, no considerándose digno de obtener el sacerdocio, aún cuando era bastante instruido y de muy noble familia, en lo cual empezó á demostrar la alta perfeccion que un tiempo le adornaria. Desde el primer dia que estuvo en la religion dió claras señales de su justificada vida, pues aunque procuraba oscurecer sus méritos sobresalian á pesar suyo todas sus acciones sobre las de los demás religiosos, demostrando un fervoroso celo por el servicio de Dios, una exacta observancia de su regla, profunda obediencia á sus superiores y caridad sin límites hácia sus prójimos, siendo tan igual en todas estas virtudes que difícilmente podria conocerse cuál de estas aventajaba á las demás. Al poco tiempo de concluir el noviciado le mandaron pasar al convento de Paula, en el que fué recibido con notable alegría y santo regocijo, porque hasta allí habia llegado la fama de sus virtudes, y él tuvo un placer no ménos grande por ofrecérsele ocasiones de servir á nuestro Señor con más ahinco, puesto que en dicho convento se conservaban vivas, como otros tantos elocuentes ejemplos, las virtudes, penitencias y actos sublimes del santo padre fundador. Empezó desde luego á imitarle en las austeridades é hizo tanta y tan severísima penitencia, que áun los religiosos más graves quedaban absortos y edificados. Entre otros actos de mortificacion el principal fué abstenerse casi completamente de comida; pues en los veinticuatro años que vivió desde su ingreso en el convento de Paula, no tomó otra cosa que pan negro y duro y un poco de agua, y esto solamente una vez al dia; y á fuerza de instancias de sus superiores, y casi obligándole por obediencia tomaba en el dia de reconciliacion, que se acostumbra á hacer en esta Orden siete veces cada año, un poco de pescado, mas en tan corta cantidad, que más que regalo era aumento de penitencia. Macerábase el cuerpo con asperísimas disciplinas, y eran estas tan sangrientas que los sitios destinados para ejecutar tal penitencia se hallaban constantemente matizados con su sangre. Jamás se quitó un áspero silicio, y cubríase con un hábito sumamente viejo y remendado, y fué tan

extremado en la pobreza, que nunca poseyó otra cosa que este hábito y su rosario. Su celda participaba de la riqueza del traje, pues solo habia en ella una estampa de papel pegada á la tapia, un crucifijo, cuatro tablas por cama y una piedra por cabecera, la cual á fin de que pareciese almohada estaba cubierta con un trozo de áspero sayal. Fué singularísimo en la oracion y meditacion, pues casi toda la noche se la pasaba orando, sin dar al cuerpo más descanso en el sueño que el estrictamente necesario para no desfallecer y poder continuar en sus espirituales ejercicios. A pesar de tantas privaciones su salud era excelente, y su alegría natural se asemejaba á la de esos felices hijos del mundo que llegan á disfrutar de todos los gustos y placeres, y nadie á primera vista pudiera decir que se ejercitaba en tantas y tales mortificaciones. Miéntras la santa obediencia no le ocupaba en obra alguna, empleábase en la oracion, bien en el coro, bien en la capilla del santo fundador que estaba en la huerta, y era la ermita que habia edificado con sus propias manos cuando dió principio á la fundacion de la Orden. Pronto cundió la fama de las virtudes del ejemplar religioso fuera del convento, y la voz popular empezó á aclamarle varon justo llamado del Señor. Era muy grande la multitud que acudia á pedirle le encomendase á Dios para alcanzar el remedio de sus necesidades ó el alivio de sus dolencias. El consolaba á todas las personas que acudian y á varias las reveló algunos sucesos futuros, entre otras á los duques de Florencia, á quienes previno se apercibiesen para hacer el camino de la eterna vida, ocurriendo su muerte en el término que la prefijó. A muchas mujeres que tenian devocion de acudir al convento poniendo por intercesor al santo Francisco de Paula, para que el cielo les concediera hijos, Fr. Piovano les anunciaba el éxito de sus deseos, y asimismo profetizó á varios religiosos que serían prelados, encontrándose muy ajenos de hacer la pretension para obtener tal nombramiento, advirtiéndoles al mismo tiempo que procurasen vivir arreglada y santamente, porque en el cargo que iban á encomendarles tendrán que sufrir tormentas más grandes que las que sufren en un proceloso y alborotado mar. Estas virtudes, que atestiguaban claramente lo muy favorecido que era del Señor, unidas á otros varios milagros obrados en la curacion de enfermos y salvacion de peligros, le granjearon tal fama de santidad, que cuando ocurrió su dichosa muerte, acaecida el dia 14 de Noviembre del año 1607, fué extremado el concurso que acudió á sus funerales, compuesto de todo lo más distinguido de la nobleza y de gran número de gentes del pueblo, deseosos todos de venerar su santo cuerpo, llegando á tal extremo la devota impaciencia de los concurrentes, que le despedazaron el hábito, teniéndose por dichoso el que lograba alcanzar alguna pequeña parte de él para conservarla como preciosa reliquia. Enterráronle los religiosos, no con sentidas quejas ni compungidas lágrimas, sino ento-

nando alegres himnos de alabanzas á Dios, pues con harta claridad conocian que su bendita alma se hallaba disfrutando los eternos goces de la gloriosa bienaventuranza. Habiéndose ocurrido abrir su sepulcro tres años despues de su muerte, se halló el cadáver entero é incorrupto, exhalando un suavísimo olor, y así se conservó por muchos años venerado de los fieles, sin faltar más que la sancion apostólica para tributarle el culto público que á los santos corresponde.—M. B.

PIPERION (S.), mártir. Solo se conoce á este Santo por el Martirologio, en el que se dice que padeció martirio por ser cristiano, con los santos Heraclio, Zosimo, Cándido y otros veinte compañeros, dudándose de si su martirio fué en Cartago ó en Alejandría. La Iglesia le recuerda el dia 11 de Marzo con sus compañeros. —C.

PIPERNO (Isaac), judío de Roma, de veintinueve años de edad, se convirtió al catolicismo el 24 de Enero de 1829. Monseñor della Porta, patriarca de Constantinopla y vicegerente de Roma, le administró los sacramentos del bautismo y la confirmacion. Su padrino en la pila fué Monseñor Oliverio Kelly, arzobispo de Tuam, en Irlanda, y de confirmacion M. Nicholson de Dublin. El vicegerente dirigió una exhortacion al recien convertido, que fué admitido á la sagrada eucaristía. —S. B.

PIPERNO (B. Reginaldo), religioso dominico, cuya memoria celebra la órden de Predicadores en 19 de Junio. Siendo todavía muy jóven, tomó el hábito Fr. Reginaldo en un convento de Italia, distinguiéndose desde luego por sus grandes virtudes. Pocos modelos podian presentarse tan completos de amor á la observancia regular como el religioso que nos ocupa. Fiel imitador del patriarca Sto. Domingo, no se separaba un ápice de su regla, procurando la siguiesen en un todo los demás religiosos, por mirarla como el mejor guia para su felicidad en esta vida y la eterna. Así es que se le cita como ejemplo en esta clase, y nunca quiso ir más allá so pretexto de perfeccion, ni quedarse de esta parte por temor de traspasar los límites impuestos. Fué por lo tanto digno de la mayor veneracion, y su Orden recordará siempre su nombre con el placer propio de los que han llenado su carrera de un modo satisfactorio y laudable. Asegúrase que hizo diferentes milagros, pero no estando aprobados por la Iglesia, nos abstenemos de referirlos dejando á la piadosa tradicion que haga de ellos el uso que crea más conveniente; pues no es este el único siervo de Dios de quien hallamos mencion en los anales y diarios de una religion, sin que en sus breviarios y libros de rezo se haga de él conmemoracion alguna, por lo que nos vemos precisados á admitir con cierta reserva las noticias que con la mejor intencion, pero con extraordinaria candidez, han dado autores muy dignos de consideracion por otra parte. En cuanto al B. Reginaldo, es indudable que se distinguió por sus virtudes

religiosas; que fué, por decirlo así, un hijo predilecto de la órden de Santo Domingo, y que llenó su destino con tan buenos resultados, que mereció especial mencion de la mayor parte de los historiadores que se han ocupado de los hombres ilustres de esta antigua y esclarecida religion. Ignóranse más circunstancias acerca de su vida, viéndonos limitados al pequeño cuadro que más bien por falta de noticias que de buenos deseos dejamos trazado en las anteriores líneas. — S. B.

PIPIA (Agustin). Nació en Orestan, en el reino de Cerdeña, en 1.° de Octubre de 1660, y tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo despues de haber estudiado teología. Hallándose en Roma, y protegido por el cardenal Casanate, fué nombrado en el mes Mayo de 1711 secretario de la congregacion del Indice. Desempeñó los principales cargos de su Orden, siendo electo general en 31 de Mayo de 1721. El papa Benedicto XIV, de su misma religion, le propuso en un consistorio para los obispados unidos de Osimo y Cingoli, en la Marca de Ancona. Relevado á su instancia de este cargo, el mismo Pontífice, que le estimaba sobremanera por sus recomendables circunstancias, le hizo cardenal de la Santa Iglesia Romana en 20 de Diciembre de 1724. Continuó desempeñando el generalato de su Orden, hasta que por un breve de Su Santidad fué llamado para asistir á un capítulo general de su Orden, celebrado en el convento de Sta. María de Minerva. Recibió el capelo en un consistorio público celebrado el dia 23 de dicho mes y año, y fué consagrado el 31 en la capilla interior del dicho convento por mano del mismo Papa, asistido de los obispos de Gravina y Giorena, todos dominicanos. En 1725 se le concedió el título de presbítero de S. Sixto el Viejo; y en el mismo año asistió al concilio celebrado en S. Juan de Letran, partiendo en seguida de Roma para tomar posesion de su obispado. En 1726 fué nombrado protector de las ermitas de la Puerta Angélica, y en el mismo año el rey de Cerdeña le nombró igualmente protector de los conventos de su Orden en el reino, con la pension de cuatro mil escudos sobre los obispados del mismo. Fue nombrado en 27 de Setiembre de 1727 protector de la congregacion de Valleumbrosa, y en Abril del siguiente año renunció el obispado en favor del cardenal de Noailles, obteniendo en cambio el título de Santa María de Minerva, de que tomó posesion en 21 de Marzo de 1729. Hizo esta permuta á instancias del Pontífice, que toda su vida le profesó la más verdadera amistad, y que deseaba tenerle constantemente á su lado. Murió en Roma á 21 de Febrero de 1730, á los sesenta y nueve años de su edad y cinco de cardenalato, ocurriendo la notable coincidencia de fallecer pocas horas despues que su protector y amigo Benedicto XIV, pudiendo decirse que ya no le era posible vivir, faltando el que tan constante amistad le profesára. Sus exequias se celebraron con gran pompa en la capilla de Sta. María de Miner-

va, en donde fué sepultado. Profesó tanto cariño á la Orden á que perteneciera, que para demostrárselo en su postrer instante, legó todos sus efectos y bienes de que podia disponer á tres conventos de la mencionada Orden, que fueron el de Orestan, donde habia tomado el hábito; el de Mallorca, donde profesára, y el de Santa María de Minerva en que habia recibido el título de general. — M. B.

PIPIN (Francisco). Fué religioso de la órden de Predicadores, y floreció en el siglo XIV. Se ignora el año de su nacimiento así como su patria; pero se cree que debió ser natural de Boloña, en cuyo punto profesó. Por espacio de muchos años recorrió la Palestina, Egipto, Siria y Constantinopla. Escribió en latin la relacion de sus viajes, describiendo particularmente y con gran sinceridad los sitios venerables que descubriera, y donde se habian obrado los misterios de nuestra redencion. El manuscrito que la contenia, se conservaba en la biblioteca del duque de Este. Tambien tradujo al latin la famosa *Historia de los reinos y costumbres orientales*, del célebre viajero veneciano Marco Polo, que éste escribiéra en su idioma vulgar. Igualmente tradujo al latin la *Historia de la conquista de la Tierra Santa*, escrita en francés por Bernardo Trosories, autor que vivió á principios del siglo XIII, y que se cree fuera testigo ocular de lo ocurrido en las cruzadas. Muratori, en sus obras, tomo IX, ha dado á conocer una crónica latina de Pipin, que comprende desde el año 1176 hasta 1314. Se ignora la época de la muerte de este religioso. — M. B.

PIPINI (Fr. Enrique), franciscano. Fué natural de los Países Bajos flamencos, y tomó el hábito de los Menores Observantes de la órden de San Francisco en el convento de la ciudad de Antuerpia, donde hizo sus estudios, consagrándose con gran éxito á la predicacion. Ardia en su pecho con tanta fuerza la llama del amor divino y el deseo de la perfeccion cristiana, que caminando gradualmente de virtud en virtud procuraba siempre hacerse mejor de lo que era. Es imposible describir la elocuencia con que predicaba, y que formó su celebridad en varias ciudades, y señaladamente en Antuerpia, donde el grandioso templo del convento de los Capuchinos, en que anunciaba la divina palabra, apénas era capaz para contener la multitud, que acudia ansiosa de escucharle, pudiendo afirmarse con seguridad que ningun orador de su tiempo logró reunir tan numerosa concurrencia. Aunque sus sermones eran predicados con el mayor fervor, este se aumentaba cuando con notable espíritu y santa indignacion declamaba contra los herejes, que por entónces tenian conmovida toda la Bélgica con sus perniciosas doctrinas, lo cual fué causa de que le tomasen un mortal odio y juráran su perdicion. En el año 1554 pasó á Inglaterra, cuando Felipe II fué á Lóndres á contraer matrimonio con la princesa María, hermana del rey Eduardo; y

continuando su apostólica tarea de la predicacion, logró reducir al gremio de la Iglesia católica á muchos que se habian apartado de él con motivo del cisma suscitado por Enrique VIII. Vuelto á Antuerpia, fué nombrado vicario y guardian de su convento, y desempeñó tambien el cargo de ministro provincial de la Alemania inferior. El rencor que los herejes le profesaban llegó á manifestarse con hechos cuando estalló en Bruselas la herética rebelion. Buscáronle con ansia para quitarle la vida, y se vió precisado á huir, muriendo en Castelberg (Alemania) el año 1580, ignorándose si natural ó violentamente. Dejó escritas varias obras apreciables, de las que solo se publicó una coleccion de sermones bajo este título: *Sermones per totum annum circulum.*— M. B.

PIPINO. Era hijo natural del emperador Carlomagno, habido en una dama llamada Himeltrunda. Gozaba en la corte de su padre de la consideracion debida á su alto nacimiento aunque ilegítimo, y desempeñaba un distinguido puesto en el ejército. Algunos malcontentos trataron de conspirar contra el soberano, y para dar algun color á sus perversos intentos se valieron de la circunstancia de haber contraido Carlomagno matrimonio con Fastrada, mujer de genio altivo y duro, y poco simpática á los franceses, tanto por dicha cualidad como por ser extranjera. Necesitando los rebeldes un personaje que hiciese de cabeza, lograron persuadir á Pipino que se pusiese al frente de ellos, á lo cual asintió sin pesar la enormidad de su delito, y principió á buscar, en union de los conjurados, una ocasion favorable para matar á su padre y quedar dueño absoluto del Imperio. Tenian lugar estos sucesos en el año 972. No atreviéndose los rebeldes á poner públicamente en ejecucion su designio, tanto porque el Emperador era generalmente amado, como por ser un valeroso guerrero que aniquilaria de un solo golpe sus intentos, acordaron valerse del engaño para atraerle á una celada donde perdiese la vida. A fin de convenir el medio con que lo efectuarian, se reunieron de noche con gran secreto en la iglesia de S. Pedro de Ratisbona, donde por entónces se hallaba la corte. Quiso la suerte que la noche destinada para la junta estaba velando en una capilla un sacerdote presbítero, llamado Fardulfo, natural de Lombardía, el cual retirándose á un paraje oculto en cuanto sintió á los conjurados, se enteró de toda la trama, recogió nombres y señales, y saliendo de la iglesia con la mayor presteza, fué, no obstante lo intempestivo de la hora, á dar parte al Emperador, quien sorprendido é irritado acudió con gente armada á la junta de los rebeldes, prendiéndolos á todos, que aterrados confesaron su delito. Hizo Carlomagno un ejemplar castigo en los cabecillas de la conspiracion; mas á Pipino le perdonó la vida, atendiendo no solo á los lazos de la familia, sino tambien á haber sido víctima de la seduccion. Pero como su grave atentado no debia quedar sin correctivo, le mandó en clase de preso

á la Helvecia al convento de S. Galo, del órden de S. Benito. En la reclusion de este convento meditó detenidamente el desgraciado Príncipe sobre la enormidad de su delito, y contrito y arrepentido de todas veras, y tocado al mismo tiempo de la gracia, solicitó con humildad el perdon de su culpa, significando á su padre y soberano el deseo que tenia de acabar en el claustro los dias que de vida le restaban. Aplaudió el Emperador su buen intento y le perdonó de todas veras. Pipino, abandonando la pompa y majestad en la tierra, tomó el humilde hábito de los hijos de S. Benito en el convento de S. Salvador de Prumia, donde se hizo notable por la santidad de sus costumbres, por sus asperísimas penitencias, y más que todo por su profunda humildad; pues habiendo tratado, sea por su elevado orígen, sea por su virtud, de elegirle prior, él lo resistió tenazmente, diciendo que jamás tomaria el más leve mando, porque su vida no era bastante para llorar el atentado que habia querido perpetrar por conseguir el poder. Murió, pues, de simple monje, dejando bien purgada su culpa en este mundo con sus asperísimas penitencias. Sus cenizas descansan en el citado monasterio de S. Salvador de Prumia. Algunos historiadores han confundido á Pipino *el Monje* con Pipino rey de Italia, hijo tambien de Carlomagno; pero éste en primer lugar era habido en el legítimo matrimonio del Emperador con la princesa Hidelgarda, y la causa de la equivocacion consiste en que el mencionado rey Pipino habia fundado el célebre monasterio de S. Cenon, del órden de S. Benito, procediendo de aquí el afirmar algunos que tomó el hábito de la mencionada Orden. — M. B.

PIPINO (Francisco). Fué natural de Bolonia, y floreció por los años de 1300, perteneciendo á la órden de Predicadores. Es notable por la traduccion que hizo del italiano al latin del *Viaje* ó *Itinerario de Marco Polo al Oriente;* trabajo que verificó á ruego de sus hermanos y de órden de sus superiores, quienes así lo decidieron en el capítulo celebrado en Roma el año 1302, á fin de que sirviese de guia á los que ignoraban la lengua italiana y especialmente á los PP. misioneros que pasaban á la Tierra Santa, tanto á predicar la divina palabra y extender la fe cristiana en aquellas apartadas regiones, como á consolar y confortar á los fieles, que gemian bajo el pesado yugo de la dominacion sarracena. Con esta obra hizo Pipino un verdadero servicio á toda la cristiandad; porque siendo el idioma latino el que más generalizado se hallaba entre las personas doctas, y áun entre las medianamente instruidas, ponia al alcance de todas, sea cual fuere la nacion á que pertenecieran, el conocimiento de la obra del intrépido navegante veneciano, que tanto aprecio merecia en Europa, hasta que nuevos descubrimientos y nuevos navegantes vinieron á eclipsar su mérito. Deseoso Pipino de conocer los países que se describian en la obra que tradujera, y de re-

correrlos para servicio de Dios y para instruccion propia, pidió y obtuvo el permiso de trasladarse á Palestina, donde no solo se aplicó á consolar á los cristianos y á fortalecerlos en la fe, sino que se dedicó igualmente á escribir un itinerario propio de la Tierra Santa, el cual por espacio de muchos años sirvió de guia, á causa de su mucha exactitud, á los misioneros y peregrinos. Murió en Palestina en el año 1320 cuando se disponia á volver á Europa. Se tienen de él el citado *Viaje de Marco Polo*, escrito bajo este título: *Iter Marci Pauli, Veneti, ex italico latino versum;* del cual se sacaron varias copias que se conservaban manuscritas, una en S. Juan de Pádua, en un *Códice* en 4.°, otra en la *Biblioteca* de Brandemburgo, y otra en la *Real* de París. No se ha impreso más que uno de estos *Códices*, el de Brandemburgo, que dió á luz Muller en 1671, en un tomo en 4.° — Su *Itinerario*, que se titula: *Tractatus de locis Terræ Sanctæ visitatis per Fr. Franciscum Pipinum de Bononia, ordinis Prædicatorum, anno* 1320. — Este *Viaje* se conservaba tambien manuscrito en el convento de Bolonia, y no consta que se haya publicado. — M. B.

PIPO (Juan), sacerdote secular. Era natnral de Harlem, en Holanda, y habiendo seguido la carrera eclesiástica y ordenádose de sacerdote, fué agraciado con el curato de una pequeña poblacion, llamada Manaserdam, en la que por espacio de algunos años desempeñó sus deberes con gran celo y religiosidad, esmerándose en procurar la salud espiritual y el sosiego de las ovejas encomendadas á su cuidado. Tocóle vivir en los azorosos tiempos en que aquellos desgraciados países se veian afligidos por las cruentas guerras civiles y religiosas, las cuales aunque desolaban al país, daban ocasion por otra parte á que los esforzados confesores de la fe católica manifestasen con ejemplos diarios toda la grandeza de esta fe y todo el valor que ardia en el ánimo de sus defensores. Habiendo invadido la parroquia una desenfrenada turba de herejes calvinistas, y enterados de la virtud evangélica y celo que por la religion habia demostrado Pipo, se apoderaron de su persona y quisieron hacerle apostatar ú obligarle al ménos á que celebrase algunas ceremonias segun el herético rito; pero hallándole firme é inalterable en la fe, prefiriendo la muerte á la apostasía, le sacaron al campo, y atándole á un palo, le hicieron blanco de sus arcabuces, procurando con diabólica furia herirle en parte donde mortificándole, no le hicieran morir de pronto. Sufrió este martirio aquel esforzado adalid de Cristo con la mayor constancia, proclamando á voces la dignidad de los augustos dogmas católicos, ínterin le duraron los alientos, rindiendo por fin su espíritu en manos del Criador el dia 2 de Marzo del año 1571. — M. B.

PIPRE (Fr. Luis de) capuchino. Era francés y floreció por los años 1640 en el convento de Génova. Escribió y publicó en el idioma patrio un libro

titulado: *Cuatro obligaciones de los párrocos;* el cual se imprimió en Antuerpia en 1635, y en París en 1657. — M. B.

PIQUER (Antonio). No hay más noticias de este escritor, sino que perteneció á la Compañía de Jesus; mas por su apellido y por haber residido gran tiempo en el reino de Aragon, se supone que debia ser natural de Valencia. Se dió á conocer por una interesante y devota obra, titulada: *Diario ó Calendario de la Santísima Vírgen, Señora nuestra;* Zaragoza, 1654, en 4.°— M. B.

PIQUER (P. Mtro. Buenhijo). Perteneció á la órden de los Servitas. Fue catedrático de filosofía en la universidad de Barcelona en los mismos años que lo fué el Sr. Armañá, despues obispo de Tarragona, con quien tuvo una estrechísima amistad. Se ignora si escribió alguna obra, pero se hace honorífica mencion de él, porque en union del referido Sr. Armañá trabajó mucho hasta conseguir que se desterrase de las escuelas la filosofía escolástica, introduciendo el gusto por la moderna, que tantos beneficios ha proporcionado á la ilustracion en general. — M. B.

PIQUER (D. Francisco), uno de los sacerdotes que por su modestia y beneficencia ha dejado perpétuamente su nombre en los fastos humanitarios de España. Sin que reseñáramos su vida, sus costumbres, sus estudios y su mérito como capellan de honor de S. M. D. Felipe V, y capellan mayor de las Descalzas Reales, bastará considerarle como fundador del Real Monte de Piedad de Madrid para hacer interesante la biografía de este personaje, que por esta fundacion se ha hecho célebre, estableciendo una de las obras que más ejerce la caridad en favor del menesteroso y desvalido. Nació en la villa de Balbona, obispado de Teruel, en el reino de Aragon, á 4 de Octubre de 1666, y despues de haber hecho sus estudios eclesiásticos se ordenó de sacerdote y pasó á la villa y corte de Madrid, donde mereció se le nombrára capellan cumplidor de una capellanía fundada en las Descalzas Reales por la emperatriz Doña Margarita de Austria, que vivió y murió en este Real Monasterio. Desde sus primeros años dió muestras de tener un corazon benéfico y compasivo. Todos sus pensamientos y obras eran dirigidas á mejorar la condicion del pobre y asegurar un medio por donde sin gravámen ni vejámen alguno se socorrieran los desgraciados y no experimentasen la amargura de las privaciones, poniendo á la vez para tan gran proyecto un dique á la usura, que arruinaba en vez de socorrer, empobrecia en vez de auxiliar al menesteroso. Su vida ejemplar y caritativa le habia granjeado en la corte el aprecio general, y era tal la respetabilidad y estimacion que se habia adquirido, que al plantear su colosal pensamiento de establecer un Monte de Piedad en el que sin interés alguno se socorriese con préstamos á cuantos recurriesen á esta casa, vió con asombro que desde el rey D. Fe-

lipe V hasta el último y simple fiel secundáran sus piadosas miras. El capellan de S. M. Piquer mandó hacer una caja donde colocó por su mano la limosna de un real de plata en el dia 3 de Diciembre de 1702, é invocando el sagrado nombre de la Santísima Vírgen nuestra Señora de la Piedad, dijo: «Sea este el orígen y fundamento de un Monte de Piedad, que socorra á los menesterosos y se oponga á los usureros;» y ¡oh prodigio de la fe y ardiente caridad! A los pocos dias la caja colocada en su misma casa se habia llenado de dinero, y eran infinitas las limosnas que se le entregaban para tan santo y digno objeto, acrecentándose hasta el punto de que en el año de 1713 vió colmados sus deseos, y trató ya de organizar un establecimiento que habia de ser el primero de España en socorrer sin tregua al pobre y prestar sin interés alguno al necesitado. Al efecto presentó al señor rey D. Felipe V las constituciones aprobadas por su ministro D. Pedro de Larreategui y Colon para que las formalizase y pusiese bajo su especial patronato Real, como lo hizo S. M. en 3 de Abril del año 1713, contribuyendo el mismo rey D. Felipe V á la fundacion de una manera generosa y desprendida. Principió cediendo la casa actual en que hoy se halla el establecimiento, para que en ella se fabricasen sus oficinas y se labrase una capilla para colocar la imágen de nuestra Señora del Monte de Piedad, á cuya invocacion, como á la de las benditas Animas del Purgatorio, de especial devocion del Sr. Piquer, se debia tan santo pensamiento y la realizacion de una tan piadosa obra. En la Real y primitiva fundacion se lee un pasaje que prueba la fe y religiosidad del fundador, dice: «Lo más singular es que habiendo (el dicho D. Francisco Piquer) mandado hacer una imágen de María Santísima, para que á su proteccion estuviese esta obra pia, colocándola en el templo que se radicase, y dudando la advocacion que la daria, la redujo al juicio de la suerte, confiando en Dios dispondria por este medio conforme á su voluntad, y echando en un cántaro muchas cédulas con diferentes títulos y entre ellas una sola del Monte de Piedad de las benditas Animas, barajadas las cédulas salió por primera y segunda vez esta del *Monte de Piedad*, sirviendo de ternura al referido D. Francisco y de aliento para proseguir con lo empezado hasta tener el consuelo de verlo en perfeccion, como así lo consiguió con tan poderoso auxilio, quedando establecida esta piadosa casa bajo el patronato Real, con todas las formalidades civiles y canónicas, siendo nombrada una Junta especial que la gobernase, y poniendo por la fundacion misma la direccion y administracion general del establecimiento al cargo del capellan mayor que es ó fuere de las Descalzas Reales, en cuyo monasterio é iglesia, por ser de patronato familiar de los reyes, se fundó el patronato del Monte de Piedad, con cláusula de presidir la Junta superior la persona que nombrára el Rey patrono en su representacion, y la presidencia

de la Junta directiva y particular el capellan mayor de las Descalzas, tanto por estar fundado en su iglesia, cuanto por ser sucesor del Sr. Piquer, fundador.» Este benéfico personaje dirigió por sí mismo el establecimiento con el especial nombramiento de S. M. el Sr. rey D. Felipe V por espacio de algunos años, y logró crear una obra, que no tan solo no ha decaido, sino que ha sido bendecida por Dios, apareciendo hoy mismo como una vigilante providencia, que cuida del menesteroso y desgraciado. La actual Caja de Ahorros de Madrid vino á acogerse á su sombra, y con su crédito, siempre creciente, consigue ópimos frutos en favor del artesano laborioso, que con sus ahorros forma capital con el corto descuento que hace el Monte á los que empeñan sus alhajas y sus efectos, resolviendo en sus mútuas operaciones un problema social y una gran cuestion de bien público. Cuando en alas de la caridad cristiana marcha un pensamiento, siempre se le ve firme é incontrastable; porque ella sola tiene el señalado privilegio de engrandecer y perpetuar sus monumentos. Así el genio benéfico de Piquer logró cimentar un asilo de socorro y de empréstito, que parecia increible que un solo real destinado á la caridad habia de ser cimiento de los muchos millones que despues de un siglo derrama sobre tantos miles de personas desgraciadas socorridas en sus apremiantes necesidades. Bien merece el gran éxito del pensamiento y trabajo de Piquer que su nombre sea colocado al lado de los grandes españoles del siglo XVII, que le vió nacer y adelantándose á él mismo. Aunque murió á 13 de Setiembre de 1739 llorado de los pobres y bendecido de todos, vivirá eternamente en los fastos de los hombres ilustres que han honrado la religion y su patria. — M. B.

PIQUER (D. Gregorio Joaquin). Fué natural de la ciudad de Valencia, donde nació el dia 12 de Marzo de 1754. Recibió las aguas del bautismo en la iglesia de S. Nicolás, obispo; y finalizadas las primeras letras, siguió carrera literaria en la universidad de su patria, obteniendo sucesivamente los grados de bachiller y maestro en artes, y bachiller y doctor en teología. Desde que empezó su carrera, nada debió al favor para sus adelantos en la misma, pues todos los grados y beneficios que obtuviera, fueron debidos á su indisputable mérito y ganados por rigorosa oposicion. En 1769 la hizo á una beca que se hallaba vacante en el Colegio mayor de nuestra Señora de la Presentacion, fundado por Sto. Tomás de Villanueva, y consiguió alcanzarla. Observóse en la vida de este eclesiástico una particular circunstancia, y es que jamás logró lo que pretendia sino á fuerza de mucho tiempo, trabajo y disgustos, como si el cielo hubiera querido poner á prueba su paciencia, que la tuvo muy grande. Por ocho veces hizo oposicion para lograr una de las cátedras de filosofía que se hallaban vacantes, y por fin consiguió una en 1778, sacando con sus lecciones discípulos muy aventajados. Habiendo logrado un bene-

ficio en la parroquia de S. Andrés, se ordenó inmediatamente de sacerdote para servirle; pero el obispo le mandó de ecónomo á un pueblecito de la provincia. Al poco tiempo volvió á la capital, nombrado por S. M. capellan de la ciudadela de Valencia y cura castrense de la plana mayor de la misma. Firme siempre en su idea de ganar plazas por oposicion, hizo siete á canonicatos vacantes en la catedral y otra para uno de Segorbe, y aunque nada logró, sus ejercicios fueron muy notables y aplaudidos por la numerosa concurrencia que asistió. Por fin sus servicios llamaron la atencion del Sr. Obispo Compagny, tan apreciador de las buenas letras como amigo de premiar á los que las profesaban, y le agració con una canongía que habia quedado vacante en la catedral por renuncia de D. José María Cardona. Mas sin duda para no desmentir su destino de no lograr beneficio ni empleo hasta el último momento, tampoco pudo tomar posesion de esta plaza por los inconvenientes que se ofrecieron á causa de la coaccion que ejercian sobre las personas y las cosas las autoridades francesas, que dominaban en la ciudad. Hasta el año 1815 no consiguió que se le expidiera el Real despacho para tomar posesion de aquel destino, que solo gozó cinco años, pues murió en el de 1820. Estuvo dotado de una feliz memoria, viveza, penetracion y mucha verbosidad, por lo cual acudia á sus sermones mucha gente notable, que quedaba prendada de su evangélica uncion y de su gracia particular. Escribió lo siguiente: *Sermon del V. Juan de Rivera, patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia, en la fiesta que celebró el reverendo clero de S. Andrés apóstol en la iglesia del Real colegio de Corpus Christi el dia 30 de Agosto de* 1797.—*Sermon predicado en la fiesta celebrada en el convento de la Corona de religiosos Franciscanos Recoletos de la ciudad de Valencia, en desagravio de la Vírgen nuestra Señora por el desacato hecho á su imágen con la invocacion de los Desamparados el dia 22 de Diciembre de* 1799. — *Oracion fúnebre pronunciada en las exequias dispuestas de órden del ilustrísimo cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia por su difunto prelado el Excelentísimo, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Fr. Joaquin Compagny, celebradas en 11 de Marzo de* 1817. Tambien publicó sin expresar su nombre, la *Vida, virtudes y martirio del venerable P. Fr. Joaquin Royo, religioso del órden de Sto. Domingo, hijo del Real convento de Valencia, sacada de las memorias que existen en la sagrada congregacion de Propaganda fide;* Valencia, 1791, en 4.° Segun dicho de su amigo el P. Andrés de Valdigna, con quien comunicaba muchas de sus ideas, estaba escribiendo con grande esmero un tratado de filosofía moral cristiana con el designio de mejorar la escrita por su pariente el médico Piquer; pero el manuscrito de esta obra debió extraviarse, porque cuando murió no se halló entre sus libros y papeles, ignorándose por lo tanto su forma y su plan, aunque á

juzgar por sus anteriores escritos, debia sin duda ser una produccion muy importante. — M. B.

PIQUER (D. Juan Crisóstomo), presbítero. Nació en la ciudad de Valencia en el siglo XVIII, y fué hijo del célebre doctor D. Andrés Piquer, médico de Cámara de S. M. Estudió en la universidad de su patria, y se graduó de doctor en teología, pasando luego á establecerse en Madrid, donde fué capellan del Real monasterio de la Visitacion de Sta. María, de Religiosas Salesas. Murió en 1811, dejando escritas las obras siguientes: *Oficio parvo de nuestra Señora*, puesto en paráfrasis castellana; Madrid, 1784, en 4.° En esta traduccion ocultó su nombre, y aunque lo declaró despues, lo hizo como editor en la segunda impresion de 1786. En la página 169 se halla la explicacion de los salmos del oficio de nuestra Señora, segun los comentarios de Calmet. Hasta el dia de hoy se han hecho muchas ediciones.— *Oficio y Misa de difuntos*; Madrid, 1819, en 4.° — *Obras póstumas del doctor Don Andrés Piquer, médico de S. M.*; Madrid, 1785, en 4.°, mayor.—*Historia de la vida de nuestro Señor Jesucristo*, escrita en francés por Mr. Nicolás le Tourneux y traducida al castellano; Valencia, 1787, dos tomos en uno en 4.°— M. B.

PIQUER (Fr. Manuel), religioso de la órden de San Gerónimo en el monasterio de la Murta de Barcelona. Fué uno de los primeros que tomaron el hábito en aquel monasterio, que gobernó como prior durante algun tiempo. Su pureza y sencillez rayaban en el extremo de que jamás creyó ni pensó mal de su prójimo, virtud tan rara en su época como en todas las que la han precedido y seguido. Esta condicion natural en el santo religioso, dice el P. Sigüenza que nacia de dos causas; la primera su misma candidez, que le hacia creer á todos de su misma condicion, como dice de lo contrario un proverbio antiguo, y la segunda que nunca olvidaba la sentencia de San Pablo acerca de los juicios hechos ántes de tiempo. Debemos hacer por lo tanto la observacion de que si esta virtud es inapreciable en cualquiera, lo era tanto más en el puesto que este religioso ocupaba como prior, por tener la ocasion de hacer juicios aventurados ó por lo ménos abrigar sospechas que hicieran á los religiosos andar siempre en zozobra. Cuanto mejor piensa un superior de sus subordinados, más procuran estos corresponder á su reputacion y mejorarla si es posible; así como de nada se cuida el hombre que ha perdido su opinion, así viendo que por solo esta cualidad muchos viéndola perdida se arrojan al crímen, y otros por ganarla se hacen héroes, se comprende bien cuánto importa tener buena opinion de todos, y hacerlos creer al ménos cuando esto pueda ser así, que se les tiene por buenos para que no se precipiten al mal. Creyéronse siempre muy afortunados sus religiosos en ser dirigidos por él, y correspondian á sus paternales cuidados con

una solicitud filial superior á toda ponderacion. De la misma manera le amaban y respetaban los extraños; pero no le faltaron envidiosos, no de su virtud, sino de su fama, que no podian obtener y quisieron manchar con la calumnia, como si pudiera caber mancha en la reputacion del defensor de todos. Estaba á la sazon el principado de Cataluña envuelto en sangrientas guerras y discordias, y algunos que observaron habia luz toda la noche en la celda del santo prior, le acusaron ante el capitan Rodrigo de Bobadilla, que se hallaba con sus gentes en aquellos alrededores, diciendo que empleaba la noche lo mismo que sus religiosos en hacer pólvora para los enemigos. El celoso capitan quiso averiguar la verdad del caso ántes de pasar á vias de hecho, y para conseguir su designio buscó un medio para pasar toda la noche escondido cerca de la celda del P. Prior, haciéndole Dios sin duda este beneficio, pues presenciando los ejercicios piadosos y santas oraciones del humilde religioso, no tardó el militar en corresponder á su llamamiento y confesar todas sus culpas. No mucho despues, cuando ya no se hallaba este capitan por aquellos contornos, acudieron los enemigos, y la gente del pueblo quiso salir á pelear con ellos; pero se lo estorbó el P. Prior poniéndose en medio de ellos y manifestándoles cuánto mejor y más fácil les era defenderse desde sus casas siendo pocos y estando mal prevenidos. Dábales voces todavía cuando llegaron los enemigos y le dirigieron los más furiosos golpes, pero la Providencia no permitió le hiciesen daño alguno, por lo que comprendiendo el favor especial con que el Señor le asistia, le dejaron volver tranquilo á su convento. Divulgáronse estos dos casos y otros análogos que le sucedieron durante su vida, y creció de manera su fama que era mirado como santo en todo el país, en cuya opinion murió en brazos de sus religiosos, que lloraron por mucho tiempo la pérdida de tan cariñoso padre no sabiendo cómo llenar el vacío que entre ellos habia dejado. —S. B.

PIQUER (Sor Mariana), religiosa agustina natural de la villa de San Mateo, tomó el hábito en el convento de Sta. Ana de su patria, donde profesó en 2 de Enero de 1603. Su vida en los cuarenta y ocho años que estuvo en la religion fué modelo que admiraban todas las religiosas, no sabiendo qué elogiar más en ella si su humildad ó su paciencia, su silencio ó su caridad, su asiduidad en la oracion y demás virtudes con que las edificaba, mirándola y venerándola todas como á santa. Pasaba su vida encerrada en su celda, consagrada á santas ocupaciones, ó en el coro donde se entregaba constantemente á la oracion. Mortificábase con continuos ayunos y vigilias, dura cama y otras maceraciones que observaba con grande rigor. Comulgaba todos los dias con tan fervoroso espíritu, que, como dice la crónica «iba toda absorta y enamorada, como una celestial mariposa abrasándose en las llamas del divino amor. Muchos fueron los favores, continúa el mismo autor, que hizo

el Señor á su sierva, así en la oracion como en la comunion; pero como era tan callada no los dijo á nadie, porque publicó allí mismo el confesor con lágrimas de ternura el prodigioso suceso de que fueron tambien testigos oculares las religiosas que estaban presentes.» Este suceso se halla reducido á que, hallándose próxima á la muerte, el crucifijo con que la auxiliaba su padre confesor movió la cabeza como en señal de que era segura su salvacion. Parece que esta santa imágen se conservó por largo tiempo con grande veneracion en el convento de la villa de San Mateo, atribuyéndole la piadosa tradicion éste y otros prodigiosos casos, que omitimos, porque aunque proceden de personas de reconocida buena fe y sanas intenciones no han obtenido que sepamos la aprobacion de la autoridad eclesiástica. La Madre mariana Piquer murió en 1650, dejando edificadas á las religiosas de su santa vida y todavía más santa muerte.— S. B.

PIQUER (Madre Sor Perpétua), religiosa agustina natural de Orihuela. Sus padres, José Piquer y Juana Martinez, la acostumbraron desde muy jóven á las prácticas de la más sólida piedad, que aprendió tan bien la niña que comenzó desde luego á resplandecer en muchas y grandes virtudes, en particular en la humildad, oracion y penitencia. Estas cualidades, que no tardaron en ser conocidas en toda su ciudad natal, la valieron el afecto de todas las personas distinguidas de la poblacion y en particular de la V. Madre Sor Juana Guillen, tan célebre en aquella época, quien habiendo probado su espíritu y conocido los buenos resultados de la venturosa senda por que caminaba, la animó á entrar en la religion pagándola el dote y proporcionándola los demás recursos necesarios para ser religiosa. Tomó, pues, el hábito de la órden de San Agustin en el convento de Orihuela, donde profesó en 25 de Diciembre de 1607, dando desde luego inequívocas muestras de las grandes virtudes de que se hallaba adornada. Tomó por modelo á la referida madre Juana en todos los ejercicios de virtud y penitencia, siendo profundísima en la humildad, puntual en la obediencia, extremada en el silencio y no ménos en la penitencia. Maceraba continuamente su cuerpo con silicios y disciplinas, mortificábale con diarios ayunos; y se preparaba de este modo para mejor vida, siendo en esta modelo de todas las virtudes con que las almas privilegiadas se hacen merecedoras de los grandes favores con que las galardona la Divina Providencia. Asidua en sus santos ejercicios, despreció todas las tentaciones y aflicciones con que se veia con frecuencia perseguida, atribuyéndolas al enemigo comun del reposo humano. Murió siendo muy anciana en 1669 obteniendo la corona, digno premio de sus gloriosas virtudes.— S. B.

PIQUER (Valero). Fué natural de Villarluengo en el reino de Aragon. Perteneció á la Compañía de Jesus, y habiéndose dedicado al estudio de las

literaturas latina y española, en las que salia muy aventajado, tuvo á su cargo, por espacio de cinco años, la cátedra de aquellas asignaturas en las escuelas públicas de la Compañía en Zaragoza. Murió á 7 de Enero de 1654. Escribió en versos latinos con suma elegancia y puro lenguaje las obras siguientes: *Tempe Florœ christianœ;* cuatro libros.—*De lacrymis sancti Petri*, en tres elegías.—*Sanctissimi Patris Ignatii virtutis*, en varios metros. Tradujo tambien del latin el *Diario ó Calendario de nuestra Señora*, escrito por el P. Belinghem, el cual se publicó en Zaragoza en 1654. El Sr. Amat, al ocuparse de este docto jesuita en sus *Escritores catalanes*, hace mencion de su última obra, diciendo que tradujo al español el *Diario de la Virgen María*, que escribió en latin Antonio Belinghem con muchas adiciones, cuya obra imprimió en Zaragoza en casa de Miguel de Luna el año 1654, en cuya noticia se refiere al tomo II, pág. 259 de la *Biblioteca* de Nicolás Antonio. — A. C.

PIQUET (Antonio), llamado *el hermano Querubin*. Nació este santo religioso en la ciudad de Lyon, en Francia, el año 1618. Desde muy niño fué tan dado á la piedad, que se presentia la que habia de tener cuando aprendiese á conocer las verdades del Evangelio. Hizo sus estudios en su patria bajo el cuidado de sus padres, que se gloriaban de tener un hijo que todos envidiaban por su virtud y admiraban por su precocidad evangélica. No teniendo más pensamiento que servir á Dios y deseando consagrarse enteramente á él, cuando llegó á los catorce años manifestó á su familia su propósito de retirarse del mundo. Sus padres, que le amaban con pasion, y que tenian puestas todas sus esperanzas en su talento para que le encumbrase la fortuna, procuraron disuadirle de su propósito; pero nada fué capaz de lisonjearle más que el servicio de Dios en el claustro, y decidido tomó el hábito de religioso el año 1633 en la órden de Carmelitas descalzos, en donde su nombre fué el de Querubin de la Madre de Dios. La conducta que observó en el claustro manifiesta bien á las claras que su vocacion venia del cielo. Brilló en las escuelas y en el púlpito, y le afectaban tan profunda y piadosamente las verdades de la religion, que jamás hablaba de ellas sin verter lágrimas. Poseia el arte de formar á los jóvenes en la virtud y hacérsela amable. Los religiosos de su Orden reconocen deberle la mayor parte de los grandes hombres que han tenido en Francia, y hay en su vida rasgos de una constancia heróica. Los últimos treinta años de su vida fueron verdaderamente de dolor, pues que experimentó de cuantas clases de dolores es susceptible la humanidad. Ya estaba tan extendida su reputacion de santidad cuando murió el año 1680, que el pueblo corrió anheloso á la iglesia de los Carmelitas á besarle los piés.— B. C.

PIQUET ó PICQUET (Claudio). Nació este religioso franciscano en Dijon

hácia la mitad del siglo XVI, y desempeñó durante muchos años el cargo de lector en teología y en filosofía, habiendo merecido por su saber se le eligiese para las primeras dignidades de su Orden en la provincia de Borgoña. Ignórase, dice Weis, la época de su muerte, pero debió suceder despues del año 1621. Cónocense de este religioso las siguientes obras: *Commentaria super evangelicam Fratrum Minorum regulam et S. Francisci testamentum;* Lyon, 1597, en 8.°, y en ella se encuentra el catálogo alfabético de los religiosos más eminentes en piedad que hasta su época habia producido la Orden Seráfica.— *Provinciæ S. Bonaventuræ, seu Burgundiæ Fratrum Minorum Regular. Observant. ac Cœnobiorum, ejusdem initium, progressus et descriptio;* Tournon, 1610; Lyon, 1617; Tournon, 1621, en 8.° La última edicion se halla aumentada con una respuesta del autor al P. Foderé, que le acusaba de haberse apoderado de sus *Memorias* en la época en que fué guardian de Challon y de no haber completado su trabajo. Wadingo atribuye tambien al P. Piquet una *Vida del papa Clemente IV,* cuyo manuscrito dice se conservaba en una biblioteca particular de Lyon.— C.

PIQUIGNI (Bernardino). Este religioso capuchino es solamente conocido por haber publicado en 1703 una *Explicacion de las epístolas de S. Pablo,* en las que reunió el análisis, la paráfrasis y el comentario. Es reputada por la obra más buena y más útil para la inteligencia de las famosas epístolas del Apóstol de las gentes. Algunos críticos dicen que para realizar esta gran obra se sirvió en mucha parte del célebre comentario de Estius sobre dicho Apóstol. Ignórase la patria y los antecedentes de este autor. Unicamente se sabe que murió en el año 1711.—M. B.

PIRATRO (Fr. Benito de). Este santo religioso fué uno de los primeros que tomaron el hábito de la observante órden de S. Francisco y mereció la confianza del santo Patriarca, llegando á ser su amigo fiel, su perpétuo compañero y su predilecto confidente, siendo su confesor al mismo tiempo. El era el que le asistia en todas sus enfermedades, y el que celebraba en su presencia el santo sacrificio de la Misa cuando la enfermedad no le impedia que lo hiciese. Varon de tan profunda doctrina como santidad, muy pronto llegó á distinguirse entre todos los religiosos de la Orden. Habiendo asistido al seráfico Padre en su última dolencia, fué encargado por éste de echar la postrera bendicion á sus hijos, y de comunicarles las notables instrucciones que el Patriarca les hacia. Su paciencia y conformidad con los decretos de la Providencia no tuvo límites, pues aquejado de un violento mal de estómago, le resistió con la más santa conformidad hasta su muerte, ocurrida en 28 de Octubre de 1226, en el mismo mes y año que el Serafin humanado pasó desde las miserias del mundo al celestial descanso de la gloria.—M. B.

PIRERIO (Gerónimo). Fué natural de Portugal, y perteneció al órden de

Predicadores, sin que conste el convento en que radicaba, ni el año en que floreció. Segun algunos cronistas de su religion, se le nombró obispo de Salenus ó Salónica *in partibus*, y fué sufragáneo del cardenal obispo de Évora D. Enrique, infante de Portugal. Era varon de mucha doctrina y de gran erudicion evangélica, mereciendo ser muy aplaudido por su elocuencia en el púlpito. Escribió, segun se dice, una obra titulada: *Tractatus de resurrectione dominica et de illius tempore.* Otro *De sacramentis Ecclesiæ*; y muchos sermones de santos que se ignora si se han publicado. — M. B.

PIRES (P. Alvaro), jesuita portugués, de quien dice su biógrafo que autorizó más la Compañía con sus ilustres virtudes, que con la nobleza de su sangre, que fué de la primera de Portugal. Fué natural de la ciudad de Lisboa; llamóse su padre Bernardino Rivero Pacheco, hidalgo muy celebrado por sus gloriosas hazañas en el famoso cerco de la fortaleza de Mazagan, en Africa; su madre era de igual nobleza, y se llamaba Doña María de Villena. Entró en la Compañía en el colegio de Coimbra á 10 de Marzo de 1586, de diez y seis años de edad, siendo maestro de novicios el P. Vasco Pires, cuyas virtudes, que fueron muchas como en su lugar referiremos, tomó por ejemplo sus acciones. A un espíritu de humildad unió el de santa pobreza, deseando siempre lo peor de la casa; y cuando se le daba una cosa nueva para que la vistiese, la deslustraba ántes de ponérsela, de tal manera, que parecia haberle servido ya muchos años. Una cosa que se refiere como prodigio en la vida del P. Vasco Pires aconteció con este novicio suyo. Cuando entró en la Compañía no sabia más que los principios de la gramática, y estando un dia en conferencia sobre las cosas santas el maestro con sus novicios, mandó al hermano Alvaro Pires que dijese en portugués una homilía de S. Juan Crisóstomo que se hallaba en latin, y para este ejercicio abrió el libro y se le puso en las manos. El novicio, con ciega obediencia, sin atender á su ineptitud, la leyó y tradujo toda con tanto acierto y perfeccion, como pudiera hacerlo quien entendiese y supiese bien la lengua latina. Tuvo el P. Alvaro Pires gran celo por el bien de las almas, y para adelantar su aprovechamiento espiritual instituyó muchas congregaciones, y fomentó mucho una; siendo rector del colegio de Braga, cooperó tanto á la fundacion de otra, que puede ser nombrado como uno de los principales fundadores. Tuvo muchos años á su cargo dos de la iglesia de San Roque, siendo tan estimado y amado de todos los congregantes, que le llamaban su verdadero padre. Una de las cosas de más utilidad que instituyó el P. Alvaro Pires, fué la comunion general en los cuartos domingos de mes que estableció en la casa de S. Roque, de que se siguió extraordinario fruto para las almas; pues los que comulgaban eran muchos; y hubo ocasiones en que llegaron á diez y ocho, y otras á veinte mil, las personas que re-

cibian en aquel dia al Señor, contesándose unas en S. Roque y otras en diferentes conventos de aquella ciudad, pero yendo todas á comulgar á aquella casa para ganar la indulgencia plenaria. Esta comunion se celebró durante mucho tiempo con grande concurso, aunque no tanto como en las épocas primitivas, porque á imitacion suya se fueron introduciendo jubileos en otras iglesias de la ciudad en los demás domingos del mes. Recayendo siempre todos estos frutos espirituales en crédito del P. Alvaro Pires, que fué el primero que introdujo estos jubileos, que tuvieron principio en el año 1617 en la casa de S. Roque, y despues se extendieron á otros muchos colegios de la Compañía de la provincia de Portugal. Para los gastos que con este motivo ocurrieron, negoció la piedad de este Padre limosnas para los cuartos domingos de los primeros tres años, no faltando despues nunca personas devotas que hicieran los gastos necesarios con toda piedad y grandeza. El P. Alvaro Pires fué grande bienhechor de la casa de S. Roque, no solo por las limosnas que se la dieron por respeto suyo, sino por las que hizo él mismo de su patrimonio, que heredó siendo ya religioso. Renunciólo ántes dos veces en sus dos hermanos, pero como muriesen ambos y tornase á recaer el mayorazgo en el P. Alvaro Pires, le conservó con licencia de sus superiores para sustentar con él á su madre, que era como queda dicho señora muy principal y afecta á la Compañía, pero no muy rica en bienes temporales. Fué muy asiduo en el confesonario, así en los dias de fiesta como en los de semana, ocupándose solo en confesar hombres, porque nunca quiso confesar mujeres; se dedicaba en especial á las confesiones de jóvenes, que por su edad y riquezas vivian más libremente, consiguiendo mucho fruto; y como le tenian mucho respeto, así por su virtud como por su calidad, apreciaban mucho sus santos avisos. Algunas veces consiguió desvanecer algunas dificultades, de que se podian seguir perjuicios públicos si hubieran llegado á tener efecto. Ultimamente, lleno de años y merecimientos fué á morir en la casa de S. Roque á 2 de Abril de 1641, teniendo setenta y dos años de edad y llevando cincuenta y seis en la Compañía. El sentimiento que ocasionó su muerte fué igual al amor que le tenian todos los que le conocian y trataban. De todo hace mencion el P. Tellez en la parte segunda de la *Historia de la provincia de Portugal*, cuando habla de los padres graves, santos y doctos que se ejercitaron en la casa de S. Roque en el ministerio de enseñar la doctrina, en que se ocupó muchos años el P. Alvaro Pires. El P. Franco inserta una carta suya, en que refiere una extraordinaria conversion, que se verificó miéntras explicaba la doctrina en Lisboa, y promulgando en cierta ocasion una indulgencia alcanzada para todos los que al dar las horas del reloj rezasen una Ave-María. Esta carta dice en la forma siguiente: «Fué »la promulgacion de esta indulgencia el dia de nuestra Señora de la Encar-

»nacion con notable concurso de gente, como hacia mucho tiempo que no »se reunia. Hallóse entre ellos un famoso ladron, que á pesar de no tener »más de treinta años de edad, habia hecho muchas fechorías en casi toda »Europa, en Roma, Nápoles, Milan y otras varias ciudades de Italia, y en »casi todos los lugares de España, con muchas muertes de hombres que »eran conocidos, y otros que se ignoraban, pasando entre muertos y heri- »dos de ciento treinta las víctimas de este malvado, sin contar otras muchas »de ménos importancia, y otros muchos crímenes que no se pueden referir, »yendo á Portugal á ejercitar el mismo oficio. Tocóle Dios en el corazon tan »de veras, que salió llorando de la doctrina, continuando en este llanto toda »la noche hasta el otro dia, que hizo confesion general, quedando tan tro- »cado que predicaba á los otros, y una persona que, como él era el capitan »de los ladrones, era la que los recogia, se convirtió por las amonestaciones »del buen ladron, se confesó conmigo y echó de la casa á todos los de que »tenia sospecha de que no se habian de convertir. Con esto nos quiso la Vír- »gen consolar y animar. En las docrinas, en las escuelas, en las casas, hasta »en el castillo los que estaban de guardia ponian los papeles en que se ha- »llaban las jaculatorias de la devocion á María Santísima, teniendo uno de »ellos cuidado de avisar cuando daba la hora. Con esto se va extendiendo »cada vez más esta devocion, y ya nos piden papeles para toda la ribera del »Tajo.» Hasta aquí parte de su carta, de la que se infiere que este Padre fo- mentó mucho la devocion de rezar en obsequio de la Reina de los Angeles al dar la hora una Ave-María. — S. B.

PIRES (P. Antonio), jesuita portugués, á quien el P. Nadasi en su *Annus dierum* llama Antonio Pirias, fué coadjutor espiritual. Era de tan débiles fuerzas que no le quisieron admitir por esta causa en la Compañía, pero á pesar de las negativas que le daban, no por eso dejaba de continuar pretendiendo. Diciéndole los médicos que si entraba lo más que podria vivir serian tres ó cuatro años, respondió, he de vivir en la Compañía y he de vivir más que vuesas mercedes; lo que se cumplió, porque fué recibido en la Compañía y vivió en ella cuarenta y ocho años. No le gustaba el trato con sus parientes; tuvo tres años cerrada una carta que le dieron de un hermano suyo, de la que se servia para cubrir el tintero. Sirvió en dos pestes con grande edificacion, en las que yendo muchas veces á caballo para acudir con presteza á los lugares necesarios, tomaba con frecuencia los cuerpos muertos sobre el arzon de la silla y los llevaba á sepultar. Siempre vivió con grande edificacion; el dia ántes de morir pidió licencia al P. Ministro para retirarse más temprano, y añadió que le agradaria no subiese el Rector, si no fuese que le pidiesen para alguna confesion, pues en este caso no dejase de enviarle. Su muerte fué en el colegio de Évora, á 2 de Noviembre de 1608.

Algunos años despues se abrió su sepultura para enterrar en ella otro religioso, y encontraron, dice el P. Franco, todos los huesos unidos, y como un hermano fuese á levantarlos por debajo de los brazos, quedó con las manos llenas de sangre. Y medió otra cosa rara, y fué que salió una suave fragancia que se difundió por todos los corredores del colegio. —S. B.

PIRES (P. Antonio), jesuita portugués y el sexto de los primeros padres que fueron de fundadores á la provincia del Brasil. Nació en Castelobranco en el obispado de la Guardia. Llamábanse sus padres Pedro Fernandez y Catalina Fernandez. Entró en la Compañía en Coimbra á 6 de Marzo de 1548. Siendo todavía novicio, pasó al Brasil con el P. Manuel de Nobrega. Era este religioso muy humilde, segun lo manifiestan sus cartas. Refiriendo cómo la mayor parte de ellos andaban ocupados en el bien de las almas, acudiendo á diferentes lugares, dice de sí mismo: «Yo tenia cuidado de la casa, y me he ocupado en esto hasta ahora, por no ser para más.» Yendo en el año 1551 el P. Manuel de Nobrega á la capitanía de Fernambuco, se le llevó consigo. Llegaron allí el mes de Julio y comenzaron á tratar de mejorar las costumbres de la tierra, que se hallaban muy estragadas. Apénas llegaron los Padres, se comenzaron muchos á apartar de las ocasiones en que estaban perdidos, imaginando que llevaban los Padres poder para castigarlos: por esta causa los negros y los esclavos los llamaban vicarios temibles, por el miedo que se les tenia. La mayor parte de los hombres no comulgaban por estar en pecado mortal, pues habia en la tierra cincuenta ó más negras, sin contar las que se hallaban en las haciendas, que habian traido los blancos de las aldeas para usar mal de ellas, y porque no fuese el pecado tan grande las hacian primero cristianas. No sabian los Padres cómo poner coto á esto, porque quitándoselas, ellas se volvian á las aldeas á vivir en el gentilismo, estando como estaban bautizadas, y si no se apartaban, unas y otros se hallaban en pecado. Habia entre ellas una muy antigua entre los blancos, á la que obedecian todas las demás. Esta andaba con una vara en la mano y tenia cuidado de reunirlas para la doctrina. Un dia se levantó ésta dos ó tres horas ántes, y pregonaba en voz alta la llegada de los Padres, animando á las demás y diciendo que ya habia llegado el dia, porque hasta allí siempre habia sido de noche, que abandonasen sus males y pecados y se hiciesen buenas cristianas. Muchas de estas fueron á la casa de los Padres, y poniéndose de rodillas decian con mucho dolor, que hasta entónces así ellas como sus hijos habian sido todos salvajes, y que por amor de Dios las enseñasen y doctrinasen. Comenzaron los del país con el cuidado que les daban los Padres á cambiar de costumbres, y dice el Padre que la gente comenzó á renacer, en comparacion de los males que ántes habia: siendo necesario al P. Nobrega volver á Bahia, dejó allí al P. Antonio Pires para recoger el

fruto que se habia sembrado. Hablando de esto á los hermanos de Coimbra, les dice: «Llegado el tiempo en que era necesario se fuese el P. Nobrega á visitar otras casas, me dejó solo para que viéndome se acordasen de él; porque le temen y reverencian tanto, que por él me tienen acatamiento y reverencia y tanta obediencia y crédito como á su propia persona. Estaban aguardando, porque el Padre les dió esperanzas de enviarles un religioso letrado y predicador, porque la fama de prelado es aquí muy conveniente. Ahora cuando tuvieron noticia del Obispo y que no venia ningun Padre en su compañía, quedaron muy desconsolados, como lo quedé yo tambien, por estar solo y servir para poco.» Teníanle todos grande amor, tanto que no estaban contentos si no le veian dia y noche. Si le acontecia estar ocho dias fuera de aquel sitio, cuando volvia iban todos á visitarle, como si llegase entónces de Portugal, quejándose de que los dejaba solos. Ordenóle el Padre Nobrega que predicase, lo que dice él que hizo no sin sentimiento, sino por ser órden superior, pues este Padre no era de carrera, y solo la obediencia le hacia vencer las dificultades. Contando el fruto que hacian sus trabajos, dice: «Esta capitanía es tierra de mucho trafago, y donde todas las personas tienen muy descuidadas las cosas de piedad, que solo se han de mejorar á fuerza de virtudes y de ningun modo con mi ejemplo. Ahora dicen que se van mejorando, y he oido decir á hombres que tienen los ojos muy abiertos, que despues que venimos á ella, de las diez partes de los pecados que en ella habia, han desaparecido las ocho. Y asi hace cuatro ó cinco años que no llovia aquí; y este año ha llovido tanto, y recogieron tanta cosecha, que es asombroso, y ya los de la tierra estan persuadidos que no llovia por causa de sus pecados. Muchas cosas ha obrado Dios en esta tierra, mediante vuestras oraciones. Algunas veces he ido á algunas aldeas, que estan dos ó tres leguas de esta poblacion, donde tengo mucho crédito y hacen lo que les mando hacer en cuanto está en ellos. Una vez me ofrecieron una grande cantidad de mijo, porque convencí á un indio, que se puso á argüir conmigo sobre su religion y quedó vencido. Lo que visto por un anciano, comenzó á predicar por toda la aldea que me trajesen mijo, y me pusieron delante lo suficiente para mantenerme un año. Les manifesté que no les iba á enseñar por que me diesen nada, pero que lo que ofrecian á Dios me lo trajesen á casa que se lo daria á los pobres. Cuando llegué á casa ya me estaba esperando uno de los principales de otra aldea, que venia con siete ú ocho negros cargados de mijo. En los domingos y fiestas decia misa á los esclavos, haciendo mucho fruto. Todos los domingos de la cuaresma salia en procesion con ellos, que serian cerca de mil, cantando la letanía. Por la tarde los enseñaba la doctrina, sirviéndole de intérprete una mujer de las principales y más ricas de la tierra. Hablando de ella, dice así: «Y no os

admireis, hermanos, de que os diga que á pesar de ser tal, anda embriagada de aquel entusiasmo de que se embriagaban los Apóstoles, pues hace lo que muchos hombres no se atreverian á hacer por lo que padecerian. Con esta mujer confieso á algunas indias cristianas, y creo que es mejor confesora que yo, porque es muy virtuosa. Encomendadla mucho á nuestro Señor.» En este tiempo en que estaba el Padre en Fernambuco, llegó procedente de Portugal, como obispo del Brasil, D. Pedro Fernandez Cerdeña, el cual despachó luego provision al P. Antonio Pires para que visitase en su nombre aquella capitanía, lo que él hizo por obediencia á su superior y despues volvió á Bahía á dar cuenta del estado de las cosas al obispo y á su superior. Dejó con su ejemplo y doctrina edificada á aquella tierra y con deseo de tenerle allí en su casa propia los de la Compañía. Este Padre trabajó mucho algunos años adelante en el bien de los indios. En el año 1560 acompañó al P. Provincial Luis de Gra en una muy fervorosa y fructuosa visita que hizo á las aldeas de los indios. Asistió en la isla Japárica donde estuvo á punto de ser quemado, como lo fué la iglesia y casa próxima á las cuales moraba; porque una sacerdotisa idólatra, resentida de que no la creian los indios por ser cristianos, ó de que su marido se habia apartado de ella por hacerse cristiano, prendió fuego á la iglesia de noche, el cual tomó tan pronto incremento, que apénas tuvieron tiempo el Padre y sus compañeros para salir, llevando consigo una caja en que se hallaban el cáliz y los ornamentos. Hizo otras muchas cosas en grande servicio de Dios, de que no se tiene noticia, como tampoco del tiempo y lugar en que falleció; su biógrafo el P. Franco dice que no quiso pasar en silencio lo que supo de él y sus compañeros, para que le correspondiese la conveniente alabanza, porque todos fueron hombres dignos de que Dios los eligiese para fundar tan gloriosa provincia y ganar tantas almas para el cielo. Y tambien porque cuando la historia trate de estos hechos utilice estas noticias, en que se hallan sin duda detalles dignos de memoria. Asi en la primera parte de la historia del Brasil hay muchas cosas tomadas de las crónicas de los Padres de la Compañía, que su autor no despreció por pequeñas, ántes bien siguió en muchas partes, al tratar de esta provincia, á la historia general de la Compañía. En aquellos primeros tiempos se escribian muchas cartas por los Padres y hermanos, de los servicios que se hacian allí á Dios, y éstas se publicaban en Portugal en varias obras que existen todavía. —S. B.

PIRES (V. Fr. Fernando), religioso dominico del convento de Santaren en Portugal, donde tomó el hábito siendo ya de edad muy avanzada. Cuando comenzó esta nueva Orden á establecerse en aquel reino, era el V. Fr. Fernando chantre de la iglesia de Lisboa y no pensaba en realidad en abandonar un estado en que la fortuna le brindaba con un brillante porvenir.

Pero Dios, *que*, como dice la Crónica, *sabe cómo y cuándo ha de rendir las almas que quiere sean suyas*, rindió por otro camino su rebelde obstinacion. Súpose con grande admiracion en todo Portugal la conversion de un Fray Gil, muy célebre en las crónicas de Santo Domingo, y cuya principal fama consistia entónces en las ligerezas propias de una inesperta juventud. Era éste pariente muy cercano y amigo muy íntimo de D. Fernando, quien al instante que oyó la noticia la tomó como un aviso favorable con que le llamaba la piedad divina, no obstante que sus antiguos hábitos y envejecidas costumbres luchaban por conservarle en su primitiva situacion; pero siendo más poderoso el impulso de la gracia, dió el primer paso para lograr la inspiracion de esta misericordia, haciendo reflexiones sobre su vida. Consideróse en los últimos momentos de ella, en que todo son dolores, pesares y amarguísimos remordimientos de conciencia, y así con santa resolucion, tratando con el desprecio que merecia á su propia flaqueza, fué al convento de Santaren y pidió el hábito con muchas lágrimas, humildad y devocion. No fué menor la ternura con que los santos padres se le dieron, admirando y glorificando la piedad, que por tan extraordinarios caminos acostumbra á atraer á sí á las almas que viven separadas de su amor. Luego que D. Fernando se vió con el hábito, procuró imitar en sí las virtudes de aquellos venerables religiosos, padres por el ejemplo y hermanos por la profesion: y así como el caminante que habiendo perdido algun tiempo de su jornada duplica el paso para llegar al término de ella; considerando el anciano Fr. Fernando el mucho tiempo que habia perdido, caminaba á todo correr para cuanto ántes recobrarle. Edificábase todo el convento de ver aquel anciano convertido en un novicio, y á pesar de las canas que cubrian su cabeza, lleno de fuego su corazon para seguir la austera senda de su instituto. Cuando profesó habia adelantado ya mucho en el camino de la perfeccion, estando acostumbrado á las mortificaciones de la Orden y procurando avanzar cada vez más en la virtud, de manera que llegó á ser célebre su nombre en todo el reino é hizo mucho aprecio de su persona el rey Don Sancho, siendo uno de los individuos que eligió como testigos calificados en la concordia con el arzobispo de Braga, como consta de su firma, y le hubiera empleado en otros negocios si no fuese por los grandes deseos que manifestó Fr. Fernando de vivir en el retiro, como quien conocia su seguridad y penetraba por antigua experiencia el grande obstáculo que son las ocupaciones de los palacios para la virtud y el recogimiento. Prosiguiendo, pues, en el convento la vida regular, no faltaba en nada á las obligaciones comunes, ántes no satisfecho con el trabajo de ellas, aumentaba otros muchos ejercicios de penalidad y mortificacion, y aunque su cuerpo se hallaba decaido y flaco, no disminuia por esto sus penitencias. Vivió así algunos años siendo ejem-

plar admiracion de aquella casa, y cuando estaba más engolfado en sus santos amores, quiso galardonarle el Señor llevándole á gozar el fruto de aquellas fatigas, que igualaron en poco tiempo á lo que obraron otros en muchos años. Acometióle una enfermedad que sufrió con generosidad y paciencia, y comprendiendo segun todos los indicios que se acercaba la muerte, pidió y recibió los santos sacramentos con devotas lágrimas y tiernas demostraciones. Vivia entónces en aquella casa el ya indicado Fr. Gil, de cuya prodigiosa conversion fué como consecuencia la de Fr. Fernando. Llegándose pues Fr. Gil á preguntarle cómo se encontraba, le respondió con un semblante lleno de gozo y alegría: «Mi padre Fr. Gil, muy bien; porque sé ciertamente que para mí no hay infierno, que le cerró la misericordia de mi Jesus,» y espiró sin hablar más palabra. Reuniéronse los religiosos, como es costumbre, á rezar el oficio de difuntos, y miéntras repetian los salmos, que tiene á este fin designados la Iglesia, Fr. Gil repetia muchas veces el salmo *Laudate Dominum de cœlis*, que es el que canta la Iglesia en la muerte y funerales de los párvulos, celebrando la feliz entrada de estos dichosos espíritus en la gloria, y decia Fr. Gil que no estaba en su mano hacer otra cosa, porque le parecia haber tenido Fr. Fernando una muerte muy sosegada, y que esto, despues de una vida tan inquieta, no podia provenir de otra causa más que de haber purificado las manchas de la culpa con el fuego del amor y las aguas de la penitencia. Que aquella grande confianza con que falleció era sin duda una evidente prueba de que la caridad sosegó las inquietudes y sobresaltos que en la hora de la muerte causa el recuerdo de los pecados. El libro de los óbitos del Real monasterio de Santa Cruz de Coimbra, hace memoria de la muerte del V. Fr. Fernando con estas palabras: *Obijt domnus Fernandus Petri frater Prædicatorum, quondam cantor Ulisbonensis, Kal. Aprilis;* y no constando en él sino las personas de eminente virtud, esta memoria es otra pueba de la de Fr. Fernando. Por mucho tiempo se conservó en el convento de Santaren una grande veneracion á las virtudes de este religioso, no solamente por ser hijo de aquella casa, sino mucho más por los importantes ejemplos que dejó á los que le sucedieron en adelante en tomar allí el hábito. — S. B.

PIRES (Francisco), jesuita portugués, natural de Sirolico en el obispado de la Guardia; entró en la Compañía en Coimbra en 24 de Febrero de 1548. El P. Anchieta hizo su elogio de la manera siguiente: «El P. Francisco Pirés »vivió siempre en la Compañía con todo el ejemplo de virtud, ocupado con »el prójimo en confesiones, predicaciones, enseñar niños y otros ministe»rios de la Compañía con mucho fruto. Marchó de misionero al Brasil, don»de aunque no llegó á aprender el idioma del país, por medio de intérpretes »ayudó mucho á los naturales en las doctrinas, y principalmente en oir con-

»fesiones, en lo que era muy asiduo. Fué superior en muchas residencias »de la costa, y hallándose en Puerto Seguro, á poco de su llegada á la ermita »de nuestra Señora, que es de la Compañía, les hizo nuestra Señora la merced »de abrir milagrosamente aquella fuente tan afamada por toda la costa del »Brasil, en que se hicieron y hacen muchos milagros, sanando á muchos de »diversas enfermedades, por lo que iban de algunas partes de la costa en »romería á buscar la salud, y otros para el mismo efecto cruzaban á buscar »agua de ella. Fué rector del colegio de Bahía por algunos años poco des- »pues de su fundacion, y habiendo andado por todas las residencias de la »costa, ejercitando los ministerios de la Compañía con mucha satisfaccion, »volvió á ser llamado al referido colegio y enfermó en el camino por su mu- »cha edad y trabajos que habia pasado. Despues de muchos dias que estuvo »con esta enfermedad en el colegio, manifestando grande paciencia y alegría, »y con muchos coloquios con nuestra Señora, de quien era devotísimo, mu- »rió dejando muy edificados y consolados á los hermanos en Enero del año »1586.» — S. B.

PIRES (B. Gregorio), sacerdote portugués, fué uno de los últimos sacer- dotes católicos que quedaron en la Abisinia despues de la partida ó la muerte de los misioneros, cuando la cruel persecucion que Basílides, régulo del país, suscitó contra los católicos. — S. B.

PIRES (Vasco). Nació en la ciudad de Elvas, una de las principales del reino de Portugal, viniendo al mundo el año de 1546, llamándose sus padres Vasco de Alcántara y Margarita Pires. Tomó de su padre el nombre de Vasco y de su madre el apellido de Pires. Siendo todavía de poca edad fué á estu- diar á la universidad de Coimbra, y estando aún en la clase de gramática, fué recibido en la Compañía por su buena índole. Entró en ella á 15 de Agosto de 1760, teniendo catorce años de edad; pero siendo tan inocente por sus costumbres que no se le habia pegado ninguno de los vicios propios de su edad. Fué novicio en Coimbra y era ejemplo de todos los que se halla- ban con él en la probacion. La inocencia con que resplandeció en el novi- ciado la conservó toda su vida, como lo manifestaron los que le conocieron. Terminó su noviciado, sirviéndole el nuevo estado como de estímulo para adelantar más en las virtudes; en el tiempo que fué maestro de novicios re- petia muchas veces á sus discípulos que se convenciesen de que todo lo que aprendian en el noviciado era para toda la vida, que la casa de probacion no era otra cosa más que una oficina del espíritu, en que cada uno toma la forma de perfecto religioso; que debian no olvidar nunca lo que habian aprendido y ejercitado en el noviciado, y que cada vez se debian ir perfec- cionando más como uno que aprende un arte mecánico, que no solo conser- va las reglas del arte que oyó á su maestro, sino pone todo su cuidado en

perfeccionarse tanto con el ejercicio, que acaba por ser tan buen maestro que puede enseñar á los demás. Estudió letras humanas, filosofía y teología con mucha satisfaccion, despues le hicieron profesor de las lenguas griega y hebrea, pero viendo los superiores sus buenos procedimientos y la notable capacidad que tenia para ser un excelente maestro de novicios, le pusieron por compañero del P. Gerónimo de Costa, maestro de novicios en el colegio de Coimbra; en cuya ocupacion dió ejemplos muy notables de virtud, lo que era muy natural en el P. Vasco Pires. Tan bien se habia aprovechado de los buenos consejos que le diera el P. Nadal, que referia mucho que este Padre, siendo él todavía niño, le dijo que se entregase por completo á la virtud, porque si echa raíces en los tiernos años, despues cuando crece la edad va ella creciendo tambien espontáneamente. Pocos meses estuvo de compañero del P. Maestro de novicios, pues enviado por la obediencia el P. Gerónimo Costa para maestro del noviciado de Evora, ordenó al P. Vasco Pires que quedase de maestro de novicios en Coimbra. Ejerció esta ocupacion por más de doce años con general edificacion de aquel santo colegio. Despues fué removido por las causas que luego veremos, con admiracion de cuán delicadamente se obraba en aquellos tiempos en que el espíritu de la Compañía se hallaba en su primitivo fervor. Desde Coimbra fué enviado al colegio de Oporto, no sin admiracion y general sentimiento de todos los que se hallaban en el colegio de Coimbra. En la despedida, que fué un domingo por la tarde, 9 de Julio de 1589, hubo en todo el noviciado y colegio una general y casi inevitable confusion. Llegó á tanto este exceso, que el P. Rector del colegio, que habia ejecutado la órden de sacar al P. Vasco Pires, manifestándose arrepentido de todo lo que se habia obrado y de privar al colegio de un hombre tan generalmente apreciado, dijo: «Estaba convencido de la grande estimacion que por sus virtudes tenia el P. Vasco Pires en este colegio, pero nunca creí que llegase á lo que veo. — Entre otras palabras de queja y sentimiento no faltó quien dijese en esta partida lo del Profeta: *Defecit gaudium cordis nostri, versus est in luctum chorus noster.* En aquel santo colegio duró el dolor por mucho tiempo. Con ocasion de la congregacion provincial, que se celebró al año siguiente de 1590 en la casa de S. Roque, partió el P. Vasco Pires de Oporto para Lisboa en 17 de Marzo del mismo año, hizo el camino á pie y peregrinando. Fué esta la última congregacion á que asistió, terminada la cual ordenó el Padre Provincial que quedase por prefecto de espíritu en el colegio de S. Anton. Habia generalmente la conviccion de que se hallaba destinado para rector del mismo colegio, ocupacion á que no se acomodaba fácilmente su humildad. Es de creer por esto que alcanzó de Dios con sus oraciones cortase los hilos de esta disposicion de sus superiores, sacándole de esta vida para no verse en

peligro de semejantes dignidades quien habia dado tantos ejemplos de humildad, en particular en la principal ocupacion que tuvo, que fué en la de maestro de novicios, en que se empleó toda su vida sin que desatendiese ni el más pequeño ápice de ella. Cuando veia que un novicio no se ajustaba con sus obligaciones, no se descuidaba en despedirle, pues era mejor hacerlo entónces que en los años sucesivos, cuando no podia hacerse sin gran detrimento y desdoro para la Compañía. Era muy exacto en observar las prescripciones con los que pretendian entrar en la Compañía, y á los que carecian de los requisitos necesarios, los desengañaba luego, y no les daba su voto; pero los que hallaba con buenos talentos, trabajaba mucho por sus adelantos. No consentia de ningun modo que pidiesen ó aceptasen sus novicios reliquias, cuentas, imágenes benditas ú otras cosas semejantes de devocion de los padres ó hermanos del colegio. El P. Francisco Ros, de la Compañía de Jesus, que fué despues en la India arzobispo de Serra, tenia grande cariño á un novicio á quien ofreció una hermosa reliquia: pidiendo el hermano licencia para aceptarla, le reprendió gravemente el P. Vasco Pires, diciéndole que diese las gracias al P. Ros, y le agradeciese el favor que le queria hacer, pero que no le aceptase porque podria serle más necesaria al Padre en la India, añadiendo que queria á sus novicios pobres áun en las cosas de devocion, en que tambien podria peligrar la pobreza ó desdorarse por lo ménos. Hallándose una vez en una plática particular, se trató de lo que tenian los que se hallaban presentes para ofrecer al Niño Jesus en el pesebre, y dijo el P. Pires que no tenia más que ofrecerle que un corazon ardiendo en su divino amor. No consentia en los novicios ceremonias ni otra cosa que trascendiese á hipocresía ó á lisonjera benevolencia, queriendo en ellos llaneza y sencillez religiosa. Por la confianza que de ellos hacia, se holgaba de que los padres graves y hermanos antiguos del colegio fuesen en las horas de recreo y de reposo á hablar con ellos como iban muchas veces, con grande consuelo de los novicios y edificacion de los que los trataban. Así es que el mismo obispo de Coimbra D. Alonso de Castelobranco y D. Fernando Martin Mascareñas, rector entónces de la universidad é inquisidor general despues, iban al noviciado para ver, oir y tratar á los hermanos novicios por el buen concepto que tenian de su buena educacion y de la virtud de su santo maestro. Para que obrasen con edificacion cuando salian fuera de la casa, les decia se convenciesen de que los seglares miraban todas sus acciones. Todo su cuidado consistia en que se perfeccionasen en la observancia del instituto de la Compañía, porque decia que estando los unos bien instruidos, instruirán á los demás, y se iba así perpetuando la exactitud de la observancia en su primer fervor. Lo que más recomendaba por esto en sus cartas á los que habia educado, era que se conservasen en los santos propósitos del noviciado. Para que tuviera

efecto este santo consejo, les repetia el amor con que los habia instruido y el gran placer que en esto le daban, pues no podian tener otro mayor en esta vida. Entre los avisos santos que daba para el tiempo futuro, era uno que el que fuese llamado á consulta, se habia de imaginar como una persona á quien no tocaba nada de lo que iba á tratarse para poder obrar desembarazada, libre y justamente. En la educacion de los novicios fué tan temido con reverente respeto como amado de todos. Los novicios hubieran querido no pasar sin él un solo instante, y no habia para ellos mayor pena que el que estuviese por algun motivo algunos dias fuera de casa, y lo sentian de manera, como si debiesen no volverle á ver nunca. Refirió un Padre antiguo que habia sido novicio suyo, que yendo á una peregrinacion, tuvo el pensamiento de que cuando volviese no habia de encontrar vivo á su P. Maestro, y tuvo una tristeza tan profunda que en toda su vida la experimentó igual, y en llegando al colegio, fué su primera palabra preguntar al portero cómo estaba el P. Maestro. Respondiéronle que bien, y le sobrevino tan excesivo gozo, que no solo se vió libre de la tristeza que habia padecido hasta entónces, sino que tuvo tan grande placer, que no se acordaba haberle tenido mayor en toda su vida; y no solo le tenian este amor cuando eran novicios, sino tambien despues que hacian sus votos, y todavía más cuanto más antiguos eran en la religion, por lo que iban con frecuencia al noviciado á consolarse con él y á comunicarle todas sus particularidades, tomando sus consejos como si fueran todavía novicios suyos. El reverente temor que le tenian no provenia de que hablase ó tratase á los novicios con ningun género de imperiosidad; para amonestar á todos, bastaba la más pequeña palabra en que manifestase claramente su disgusto por alguna accion digna de reprension. Este reverente temor no se le tenian solo miéntras se hallaban en el noviciado bajo de su direccion, sino tambien cuando eran ya del colegio; lo que más sentian en las penitencias de sus faltas que se les imponian en el refectorio, era que las supiese el P. Vasco Pires, y tenian ménos temor cuando al imponerles aquellas penitencias no se hallaba él en la mesa. Cuando avisaban á algunos para las penitencias, juzgando que disminuirian su pena en cierto modo si las sabia ántes el P. Vasco Pires, iban con grande sumision á manifestarle su desgracia y la falta en que habian caido y por que se les habia avisado para hacer penitencia pública. Procuraba que los novicios estuviesen siempre en comunidad, y que no se singularizasen en nada, por lo que no les daba licencia para hacer sus devociones en el tiempo destinado para el recreo, dábales muchos consejos, así para que se gobernasen en lo espiritual como en lo temporal, los que son tan útiles y santos que no es bien los pasemos en silencio. Los que se dirigen á encaminar á la vida espiritual eran los siguientes: «Observaremos dos máximas, primera, no ha-

cer nada que desagrade á Dios; segunda, no hacer cosa que desdiga de nuestra religion. Poniendo la vista en lo que dejamos atras, y en lo que nos queda por hacer en adelante, nos apresuraremos á aprovechar mejor el tiempo venidero que lo que nos hemos aprovechado en el que ya pasó. Procuremos, donde quiera que nos hallàremos, ser muy fieles á nuestra religion, persuadiéndonos que depende de nosotros su buena ó mala opinion conforme á lo que nos viesen obrar los hombres. No haremos paréntesis ni descanso en el discurso de nuestra vida, estando ya recogidos ó distraidos, ya devotos ó indevotos, sino que siempre procuraremos ser los mismos en nuestro buen procedimiento. Nos haremos muy familiares con Dios, como quien anda en su presencia, sustentándonos siempre entre dia con el fervor de la oracion. No esperemos consuelo ni quietud en nuestras almas, miéntras llevemos encubierta alguna cosa que desagrade á Dios y escondida al superior ó al Padre espiritual. No dilatemos ni pospongamos los ejercicios espirituales, como la oracion, en cuanto nos fuese posible, haciendo estas cosas en su propio tiempo y lugar; ordenemos nuestros placeres de tal manera, que solo gustemos ó nos disgustemos por lo que nos lleve ó nos aleje de Dios, cuando el superior nos ordene alguna cosa, que nos parezca difícil é incompatible, no acudiremos luego con una excusa, sino que manifestando querer hacerla, manifestemos voluntad de ejecutarla si fuera posible. Para habituarnos á la perfecta observancia de nuestra regla, procuraremos ejecutar una puntualmente cada dia. Para andar en todo al revés del mundo, encubriremos lo que hubiese en nosotros de notable y manifestaremos lo defectuoso, porque esto lo encubre el mundo cuanto puede y aquello lo ostenta más de lo que debe. Cada dia nos mortificaremos por lo ménos diez veces en cosas grandes y pequeñas, y en el exámen por la noche haremos sobre esto particular reflexion. La incomodidad de las cosas en la Compañía es hermana de la pobreza, y no seremos perfectos en esta, si nos falta en aquella el sufrimiento. No dejaremos de cumplir lo que nos manda la santa obediencia por cualquier otro acto, por muy espiritual que sea, como oracion, misa etc., porque á todos se prefiere la obediencia. Por graves, antiguos y letrados que seamos, no haremos ménos caso de las reglas, de lo que lo haciamos siendo todavía novicios. En la confesion sacramental ó cuenta que damos de la conciencia al superior ó prefecto espiritual, comenzaremos siempre por lo que nos haga más peso en la conciencia. Huiremos siempre de amistades que no nos llevan á Dios, y nunca haremos caso de ellas. Andemos en verdad con Dios, cumpliendo sus preceptos completamente con la Compañía, no faltando á los ejercicios espirituales y demás obligaciones; con nosotros, guardando nuestras obligaciones y votos; y los deberes con el prójimo, no ofendiéndole en nada y ayudándole en todo

lo que pudiésemos. No haremos cosa en ausencia de los superiores, que no hubiéramos de hacer en su presencia, ó que nos pesaria si llegase á su noticia. Ayudaremos cuanto pudiésemos al prójimo, mas no defraudando nunca nuestra alma de su porcion espiritual. Como cada dia nos hace Dios mercedes de nuevo, nos hemos de esmerar tambien cada dia en hacer alguna cosa de nuevo ó aventajada por su amor, repitiéndola muchas veces para animarnos más á su servicio.» Tales son los santos consejos que daba el V. Padre en órden á la buena direccion espiritual. Unámoslos ahora otros no ménos provechosos para dirigir á un perfecto religioso en lo que toca á lo temporal. Dicen así: «No nos excusaremos ni le hurtaremos al cuerpo el trabajo y ocupaciones cuando nos lo ordene la obediencia. No nos ofreceremos para ocuparnos en cosas exteriores que suelen distraer, pero no dejaremos de hacerlas cuando el superior nos ocupe en ellas. Lo mismo ejecutaremos en las cosas que son difíciles y traen consigo algun honor. En las prácticas ordinarias no haremos comparaciones de las cosas de un colegio en competencia con las de otro para criticarlas ó alabarlas. Pecaremos ántes de políticos que de lo contrario en quitarnos el bonete, pasar por una puerta y no tomar puesto. Cuando vayamos á la celda del superior, llamaremos á la puerta ántes de entrar, y así en su puerta como en las otras, al abrirlas nos certificaremos bien de si nos dicen *entrad* ó *esperad*. En la mesa no preguntaremos la comida que se nos pone, ni diremos despues si está bien ó mal guisada. Al servir la mesa nos levantaremos el vestido á ejemplo de Jesucristo nuestro Señor, que se quitó su vestido para lavar los piés á los apóstoles. Y no nos sentaremos en el refectorio, pues los criados no lo hacen cuando sirven á sus señores, que de esta manera hemos de mirar á los padres y hermanos. Aunque pobres nuestros vestidos, esten limpios, no rotos ni descosidos; remendados sí. Preciémonos mucho así en el comer como en lo demás, de andar con la comunidad, salvo en la necesidad de pedir otra cosa, y acordémonos que nuestros antiguos padres la estimaban y la reverenciaban tanto, que la llamaban la santa comunidad. Miéntras rezamos ú oramos procuraremos tener mucha compostura en lo exterior, no haciendo nada que desdiga de lo interior que ejercitamos. En la mesa observaremos mucha limpieza, y el lugar en que comamos quedará muy limpio. Las faltas que debemos decir de los otros al superior no las diremos como quien acusa ó está apasionado en contra de aquella persona á quien acusa. Si vemos que el superior castiga, reprende ó trata con rigor á alguno de nosotros, no tendremos por esto ménos amor al castigado ó reprendido. En la conversacion familiar no diremos palabras que escandalicen, ni ménos chanzas que disgusten ú ofendan á alguien. Procuraremos ser concertados en todo en la celda, en el oficio y en cualquier otra cosa que estuviere á nuestro cargo, para que el descuido en

el exterior no arguya pereza en el interior. Cuando vayamos de un colegio á otro, no contaremos las cosas que pasaban en el que estábamos anteriormente, excepto las que puedan servir para edificacion. Nos convenceremos de que nuestra más continua estancia y residencia debe ser en la celda, á que debemos aficionarnos mucho. Delante del superior y religiosos ancianos no debemos hablar si no se nos pregunta, y esto poco y con recato. Para con los superiores no haremos diferencia alguna, sino siempre que los veamos les haremos la debida reverencia, á ejemplo de S. Doroteo, que se descubria ó bajaba la cabeza siempre que pasaba por delante de la puerta del prelado.» Con estos y otros santos avisos, escritos unos como los que aquí ponemos y otros de palabra, instruia este santo religioso á sus novicios, para que con el tiempo fuesen todos perfectos religiosos de la Compañía. Fué el P. Vasco Pires muy diestro en conocer los espíritus y deshacer las ilusiones, discernir lo natural y el genio de cada uno, y así le aplicaba desde entónces los remedios de que se debia valer en adelante para moderar las propensiones de la naturaleza. Siempre que conocia las inclinaciones y lo obtenia con facilidad, les acudia luego con remedios contrarios, y trabajaba tanto con el que las tenia, que solia obligarle á la enmienda. En las quintas y demás recreos es donde más especialmente se manifestaba el carácter de cada uno, porque entónces con más libertad se descubre, y las acciones no tienen nada de disimulo, saliendo naturalmente por aquellos afectos ó impulsos á que propenden, los que el Padre procuraba remediar conforme lo exigian. Tuvo grande virtud para aliviar los ánimos inquietos y turbados con escrúpulos; nadie se acercó á él á comunicarle sus tentaciones, que con sus santas palabras no recibiese alivio en la molestia que le tenia oprimido, por lo que era muy buscado no solo de los religiosos, sino tambien de los estudiantes y catedráticos de la universidad de Coimbra, que tenian grande concepto de su extraordinaria virtud. Todos los novicios estaban en la creencia de que Dios descubria los interiores de cada uno á su santo maestro, y que si se atrevia alguno á encubrirle alguna cosa de su conciencia se la vendria él á decir; trataban por lo tanto con él en esta materia como quien sabia ya lo que le iban á descubrir. Veíase en todas sus acciones el grande amor de Dios que ardia en su pecho; decia que de todas las palabras de S. Pablo las que le causaban más devocion eran aquellas de *Nostra autem conversatio in cœlis est;* y no ménos las de S. Francisco Javier cuando hablaba de Dios y decia: *¡Oh amores de mi ánima!* De este amor nacia el que tenia á todos; á sus novicios amaba más que un padre á sus hijos; decia que su noviciado era para él como un relicario muy apreciado, que llevaba siempre en el pecho. Una de las veces que fué á la congregacion de Lisboa recibió en la Compañía á un estudiante, y cuando le dió la noticia de haber sido admitido en la

Compañía, dijo á los padres y hermanos: *Qué buena pieza llevo para mi relicario.* Tenia grande cuidado de la honra ajena, por lo que decia á los hermanos que si les preguntaba alguna vez algun seglar porqué se habia despedido á este ó aquel sugeto, respondiesen únicamente: *Porque así pareció á la Religion;* porque si el que preguntaba era persona entendida, comprenderia que no se le habia despedido sin causa; y si era otra clase de gente, no estaba bien darle cuenta de lo que pasaba, ni convenia disfamar á la Religion diciendo que le despidieron por faltas, ó por no servir para ella, pues se culpaba á sí misma recibiendo tantos con tan poca eleccion, que tenia que despedir á muchos de ellos. Muchas veces despues de acostados los novicios iba por las celdas viendo el vestido de cada uno, si le hacia falta alguna cosa ó si la necesitaba, y luego al dia siguiente los mandaba proveer de todo lo que en esta materia les faltaba. Doliase de las aflicciones de los novicios mucho más que de las suyas propias; por unas palabras que dijo uno de ellos, descubrió que tenia el propósito de no descubrir algun mal ó indisposicion que padecia; reprendióle ásperamente, y le mandó que en doliéndole, por poco que fuese, se lo hiciera saber luego. Todos los dias tenia designado cierto tiempo para orar por los que se despedian de la Compañía, para que los librase Dios de caer en ofensa suya, pues vivian en el mundo con tantas ocasiones de pecar. Tuvo grandes deseos de embarcarse para la India, para consagrarse completamente á la conversion de los gentiles, y significaba con frecuencia este su deseo con estas palabras de S. Pablo: *Exeamus ergo extra castra.* Siempre que se arrodillaba hacia la siguiente oracion: *Dios mio, tened compasion de todo el mundo.* Dejó escrito en el cuaderno donde apuntaba sus pensamientos espirituales, que Dios nuestro Señor le habia comunicado el deseo de hacer bien á todos y mal á ninguno, animándose con lo que habia dicho el papa Leon: *Que si por algo se alegraba ser papa, era por hacer á todos el bien que pudiese.* En la Misa, en el memento de los difuntos, pedia á Dios le llevase de esta vida para estar en la otra penando en el purgatorio por sí y por todas las almas que se hallaban allí, para que fuesen luego á ver á Dios y quedase él satisfaciendo por ellas en cuanto Dios fuese servido. Tenia mucha devocion á las benditas ánimas del Purgatorio, por quienes oraba con frecuencia, como lo hacia tambien por los que estaban en artículo de muerte, á quienes ayudaba con sus oraciones. Así como este santo Padre era todo amor para con el prójimo, así era generalmente amado de todos los que le conocian y trataban. Buena prueba es de esto que siendo en Coimbra profesor de las lenguas griega y hebrea, teniendo setenta y tantos discípulos y siendo todavía sacerdote mozo, no se querian confesar con ningun otro padre sino con el padre maestro Vasco Pires, en quien respetaban á un hombre que tenia poco de la tierra y mucho del cielo, con quien co-

municaban todos sus interiores, siendo discípulos, y de quien recibian los remedios necesarios para la mejora de la vida. Dos virtudes, que son la pureza y obediencia, decia el P. Vasco Pires que era el pan con que se sustentaba y conservaba la Compañía; decia que la miga del pan era la santa obediencia y que la pureza era la corteza, con cuya reunion se deja ver la buena sustancia del pan; y que estas granjeaban entre los seglares grande respeto á todos los de la Compañía y les daban confianza para tratarlos en órden á su aprovechamiento espiritual. No es explicable el placer que tenia en que todos los religiosos fuesen muy circunspectos en las materias relativas á la pureza. Por esto acostumbraba llamar religion angélica á la Compañía. Fué muy honesto en todas sus acciones, y se veia en ellas, no sin general edificacion, una inocencia más bien angélica que humana. Fué muy exactísimo en la santa obediencia y todos le tuvieron por modelo de obedientes. Muchas veces estando haciendo algunas pláticas á los novicios era llamado por el superior, y luego interrumpia la plática para cumplir con la obediencia. Avisado de la hora en que debia ir á alguna consulta, se anticipaba á ir á esperar á la puerta del superior, mandaba otras veces á un hermano que le avisase un cuarto de hora ántes para evitar cualquiera retardo. Agradábale mucho lo que sobre esto habia dicho el P. Francisco Navarro: «Que el verdadero obediente debe ser como el niño que no sabe ni hace mas que lo que le mandan.» Y así procuró siempre el P. Vasco Pires imitar en su obediencia la inocencia de los niños, acudiendo en todo con prontitud y á ojos cerrados. Repetia muchas veces en sus pláticas lo que le habian contado los padres que iban á la India: les dijo en la despedida el P. General Everardo, cuando les echó la bendicion: *Obedite, et facite quod vultis*, porque verdaderamente solo anda á su voluntad el que se conforma en todo con la obediencia. Tenia por cosa muy dañosa excusarse un religioso sin grande causa de lo que le mandaba la obediencia, como tambien el quejarse de si le mandaban cosas muy difíciles, debiendo advertir que estos son los caminos por donde Dios nos quiere henchir de mercedes. Decia de sí que era extraordinario el júbilo de su alma, cuando renovaba un concierto que habia hecho con Jesus, que era: Haced vos de mí, Señor, lo que quisiereis, que yo no me ocuparé ya en nada mio, estando tan pronto aquí como allí y dispuesto siempre para estar donde me pusiere la santa obediencia, que yo, Señor, no soy más que *servus tuus et filius ancillæ tuæ*. Decia que el religioso que deseaba proceder con acierto debia ser animoso en lo que le ordenaba la obediencia, sin mezclarse en investigaciones ajenas de su deber, y que en aquello en que intervenia debia de obrar con grande rezelo, porque la obediencia nos guarda por sí sola, y sin ella siempre corremos peligro. Tenia tanta confianza en los ejercicios y disposiciones de la santa obediencia,

que le era imposible errar, guiándose únicamente por ella. Por esto nunca se le oyó palabra en que manifestase disgusto en esta materia, aunque la obediencia fuese difícil y trabajosa. No era menor la estimacion en que tenia la santa pobreza: por el grande amor con que la miraba, aborrecia todo lo que no le era de primera necesidad, como relojes, imágenes curiosas y de valor y otras alhajas que nunca tuvo ni usó, porque decia que estas cosas embarazan los afectos y sentimientos espirituales del alma, que deseaba tener separada de todas las cosas caducas, y decia suspirando: «¡Oh Compañía de Jesus, que bien te está toda la pobreza que profesas! ¿Qué mas quieres, alma mia, que la santa comunidad que nos da todo lo necesario?» Procuraba llevar siempre los vestidos más pobres, pero en su pobreza era muy limpio y aseado y tenia cuidado de que fuesen lo mismo los hermanos; por eso ántes de las fiestas principales como Navidad, Pascuas, Pentecostés, Asuncion de nuestra Señora, procuraba componer y arreglar sus hábitos para salir con ellos limpios en las fiestas, y en cuanto se acercaban, así los novicios como él se ponian otros más cortos, sirviéndoles esta mortificacion corporal como preparacion para la fiesta en cuya víspera se hallaban. Para animar á los hermanos al amor de la santa pobreza, les decia se acordasen de los hombres desgraciados que tenian los vestidos más usados y rotos sin hacer caso por esto de lo que pudiesen decir lo que les vieran, porque el tal traje, decia, conviene con su triste situacion, y seria cosa de risa ver á un pobre vestido con lujo; y pues los individuos de la Compañía eran pobres por amor á Jesucristo, se debian preciar de ir vestidos como pobres.—Con motivo de la peste que hubo en Portugal en 1581, salió el P. Vasco Pires con todos los novicios del colegio de Coimbra para el monasterio de Casquere, que está cerca de Lamego y es del mismo colegio. Permanecieron allí hasta que se terminó la epidemia, durmiendo los hermanos en colchones y otros en jergones, y en todo este tiempo el P. Vasco Pires durmió siempre en un jergon sin consentir distincion ninguna, excepto la de tener dobles incomodidades que los demás y sentir más los efectos de la santa pobreza. Cuando los superiores, atendiendo á su necesidad, le mandaban dar alguna cosa especial de comer, la repartia con los novicios; y casi siempre lo hacia así comiendo él tan poco, que los superiores para evitar esta incomodidad le enviaban algunas veces á comer á la mesa de los padres. Del amor de esta virtud nació aquel santo propósito que observó siempre de ir á pie á las congregaciones desde Coimbra hasta Lisboa, peregrinando con algunos hermanos novicios, trabajo que en el P. Vasco Pires era mucho mayor que lo sería en otro con motivo de las pocas fuerzas de su mortificado cuerpo. Celebrándose congregacion provincial en la casa de S. Roque, en el año 1584, partió á ella con dos hermanos novicios, uno de los cuales

era el hermano Manuel de Veyga; no quiso aceptar cantidad alguna para el camino, padeciendo en esta jornada muchas incomodidades, durmiendo en el suelo, comiendo de lo que le daban de limosna, teniendo que detenerse á cada instante, pues no estando los caminos por causa de la lluvia ni áun para andar á caballo, él los anduvo á pie hasta llegar á Lisboa con grande trabajo y falta de lo necesario. Llevó consigo los dos hermanos para dejarlos estudiando en San Anton; pero como dispusiesen los superiores que fuesen otra vez á Coimbra, los avisó que estuviesen preparados para ir todos tres. Sabiendo esto el P. Provincial Sebastian de Morales, le detuvo, mandándole que fuese á caballo y llevase consigo á D. Francisco de Noroña, hijo de los señores de Villaverde, que estaba admitido para entrar en la Compañía, y debia pasar por casa de su madre para recibir su bendicion. Viéndose así frustrados sus designios, mandó el P. Vasco Pires á los hermanos que le esperasen en Santaren á la vuelta de su jornada para dejar allí las caballerías é ir á todos á pie. Súpolo el P. Provincial, y mandó á los hermanos, que ó no fuesen á Santaren, ó que de ir, no se detuvieran allí á esperar al Padre Vasco Pires; hiciéronlo así con grande sentimiento del Padre por no poder lograr la buena ocasion que se le presentaba de sufrir los padecimientos anejos á la santa pobreza. En 1590, en que hubo tambien congregacion en Lisboa, se hallaba el P. Vasco Pires en la ciudad de Oporto, y como fuese allí á curarse el hermano Manuel de Veyga, que se hallaba enfermo, suplicó al Padre le acompañase desde Oporto hasta Coimbra, y que por su indisposicion iria á caballo y él le acompañaria á pie. Tuvo esta pretension con el hermano Veyga toda una cuaresma, quien por el respeto que le tenia, le dijo que no veia inconveniente en consentir lo que deseaba su reverencia. Sabiendo el P. Juan Alores, que era entónces rector de aquel colegio, esta determinacion, procuró impedirla, y se compuso con el médico para que dijese que el hermano Veyga corria grande peligro y no podia hacer aquella jornada. Sintiólo mucho el Padre, y eligiendo por compañero á un estudiante, que se hallaba recibido en la Compañía, fué con él á pie peregrinando hasta Lisboa. En oyendo algun ejemplo de edificacion, se decidia luego á imitarle, ya fuese de religioso ó de seglar: oyó decir de unos seglares que no murmuraban ni consentian se murmurase en su presencia, y le agradó tanto esta conducta, que hizo propósito de imitar siempre tan buen ejemplo. Aconsejaba con frecuencia á los novicios que no hablasen mal de nadie, el cual, como dice un autor, no aconsejaba sino lo que acostumbraba á hacer. Se tuvo por cosa cierta que el P. Provincial Sebastian de Moraes, electo obispo del Japon, viéndose obligado á dilatar su salida por no haber llegado su sucesor, pretendió hacer viceprovincial al P. Vasco Pires. Cuando le envió á llamar, no dejó de mirarse como una cosa extraordinaria que por muchas diligencias que se hi-

cieron no le pudieron encontrar; cuando pareció despues, entró con él en su celda el P. Provincial y los oyeron porfiar allí dentro al P. Provincial para que aceptase el P. Vasco Pires, y á éste para hurtarse á la honra con que se le brindaba. Quedó finalmente el campo por el P. Vasco Pires, que estuvo tan alegre aquel dia como no lo habia estado nunca, y hubo quien le vió con las manos levantadas al cielo y le oyó decir: «Gracias á Dios que me ha librado de una grande tribulacion y apuro en que me habia metido.» Tuvo el P. Sebastian de Moraes grande estimacion y concepto de la virtud del Padre Vasco Pires; por eso comunicaba con él los asuntos más interesantes, así del gobierno como de su conciencia, y cuando iba de visita al Colegio de Coimbra, una de las primeras cosas que hacia era ir á la celda del P. Vasco Pires, donde se detenia por largo espacio de tiempo, descansando de las molestias del gobierno con la conversacion de súbdito tan religioso y santo. Hallándose el P. Vasco Pires en el colegio de S. Anton, recibió patente para ser rector de dicho colegio. Despues que la recibió se sintió muy afligido, y siendo naturalmente alegre, se veian en él señales de su tristeza. Daba muchos suspiros en la celda, que se oian fuera de ella con estas palabras. «Señor, Señor, quitadme ya de la tierra, y llevadme con vos, Dios mio y Señor;» y otras palabras semejantes. Excusóse con el reverendo P. General; y las razones que le dió, fueron entre otras: Que él como hacia muchos años que vivia entre novicios, ignoraba el modo de desempeñar los demás ejercicios de la Compañía, como es el acudir por la noche á las confesiones de los enfermos, visitar cárceles y galeras y otras cosas semejantes, y como no se habia ocupado en estos ejercicios, no tenia la experiencia suficiente para mandárselos desempeñar á otros; por lo tanto suplicaba á S. P. le dejase ocuparse en ellos por algunos años, que con esta experiencia seria despues más á propósito para cumplir mejor con las obligaciones de rector. No se supo lo que le respondió el Padre General; pero todos estos proyectos se frustraron con la muerte del P. Vasco Pires, y muchos creyeron que su muerte fué en aquella ocasion efecto de sus oraciones, para evitar los apuros en que podia verse si le obligasen á aceptar aquel ó cualquiera otro gobierno. Tuvo este siervo de Dios grande conocimiento de la miseria de todas las cosas de este mundo. En la memoria de sus pensamientos espirituales dejó escrito el concepto que tenia de ellas con estas palabras: «Desearia poder adivinar, porqué los hombres de este siglo son tan vanidosos y orgullosos como los llamó el santo mártir D. Gonzalo. ¡Oh qué principio es este, mi buen Jesus, para conocer bien lo que hay en ellos y lo que hay en vos, Señor mio.» Decia que de los hombres, el menor era el mejor, se referia en esto al P. M. Avila, que visitando á los grandes señores para consultar sus dudas satisfaciéndolas, se levantaba diciendo: «Señores, si no hay más yo tengo necesidad del tiempo para mi

salvacion.» Y así los despedia. Ponderando las palabras del salmo LXI, *Divitiæ, si affluant, nolite cor apponere*, decia se habia de entender no solo de las riquezas que se poseen, sino de todas las cosas que alejan de Dios, y á este desapego de todas ellas, llamaba *andar con el mundo de levante*; diciendo que no habia nada en el mundo de que no debiese separarse el hombre por amor de Dios. Consideraba á este propósito el modo vulgar de que se explica el mundo cuando se desconfia de la vida de alguno, diciendo que está en las manos de Dios, de manera que cuando se quiere indicar que no se desconfia de su vida se dice que está mejor, ó que se halla de este ó del otro modo; pero cuando se quiere indicar que está en el último extremo, entónces se dice que está en las manos de Dios. « ¡Oh Dios mio, exclamaba el P. Vasco Pires, qué grande error es el suyo! ¿Dónde mejor, dónde tan bien, dónde con certeza de la vida eterna, sino en vuestras misericordiosas manos, á las cuales decia David: *In manibus tuis sortes meæ?*» Decia ser grande señal de predestinacion morir un hombre vivo y no muerto, y que morian viviendo, aquellos que sin verse obligados por la muerte lo dejaban todo por amor de Dios; y que los que lo dejaban todo cuando la muerte les sacaba de esta vida, eran muertos que verdaderamente morian. Otra de las virtudes que más distinguieron al P. Vasco Pires fué la de la paciencia; nunca le vieron incomodado, ni se vió en él ningun gesto ni movimiento que manifestase indignacion: no salia de su boca queja alguna: todas las penas que tenia las ocultaba en su interior, sin proferir palabra alguna que indicase su sentimiento. En las ocasiones que tuvo de padecer se esforzaba con el ejemplo de Jesucristo, á quien dieron más que sufrir aquellos á quienes habia hecho mas favores y beneficios. Cuando le mandaron que dejado el cargo de maestro de novicios fuese al colegio de Oporto, no manifestó el menor sentimiento, y á los pocos dias se puso en camino para el colegio de Oporto, ocasionando su despedida en el colegio de Coimbra muchas é inconsolables lágrimas como se dijo en otro lugar. Hizo esta jornada con grandes incomodidades, porque fué solo y sin provision alguna. Llegó tan acabado al monasterio que tenia en Pedroso la Compañía, que certificó el P. Pedro Gonzalvez, procurador de los monasterios del colegio de Coimbra, que llegó el Padre más bien muerto que no vivo, porque pasó todo aquel tiempo sin dormir ni comer y sufriendo otras incomodidades. Siendo estas tantas y en hombre tan poco merecedor de ellas, que si se le hubiesen dado á otro hombre de ménos suposicion, hubieran sido miradas como excesivas, jamás se oyó en su boca palabra alguna sobre este asunto; pero lo que no hizo él, lo hicieron las lágrimas y quejas de todo el colegio de Coimbra. En cuanto llegó á Oporto recibió al P. Rector del colegio de Coimbra, que era la causa de todos sus sinsabores, la siguiente carta, que insertamos aquí, porque es el modo

mejor de hacer ver la igualdad de ánimo con que obró en toda esta tormenta. Dice así: — «Muy Reverendo Padre en Cristo: *Jesus, pax Christi.* Acuér»dome con frecuencia de V. R. y se lo aseguro en presencia de Dios, que estoy »cierto rodeará á V. R. de muchos que le recuerden el amor que siempre le »tuve; auméntanse tambien estos recuerdos con muchas cosas de V. R., que »rara vez se me olvidan, y hasta el tema que tengo para las prácticas de esta »sexta feria, es el despertador que acostumbraba á tener V. R. en el reverso »de la puerta de su celda, en aquellos buenos tiempos en que decia lo de San »Pedro: *Fratres, satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, et lec»tionem facialis.* Por lo demás nada me falta, todo me sobra, bendito sea »Dios y bendita tan santa Compañía: así cuando recuerdo alguna vez los cui»dados y el cargo que tenia, me torno poeta y canto:

Inveni portum, mea sors, mea cura valete:
Nil mihi vobiscum, ludite nunc alios.

»Me alegro en el alma cuando en las cartas que me escriben esos hermanos »dicen cuán buen padre hallan en V. R. No recuerde V. R. que fueron cosa »mia, sino mirando por ellos, reflexione en aquella afabilidad y conmisera»cion, *quæ tecum crevit ab infantia.* Me encomiendo mucho á los santos sa»crificios de V. R.—Oporto, 10 de Febrero de 1590.—De V. R. hijo en Cris»to, *Vasco Pires.*» Siempre que se ofrecia hablar de este superior, lo hacia con grande crédito suyo y de sus cosas, estimándolas todas como si hubiera recibido de él mil favores. Hemos referido las mortificaciones que sin desearlas, tuvo el P. Vasco Pires, ahora referiremos algunas de las muchas que hacia por su voluntad. Acostumbraba á decir que cada uno de nosotros tiene su cruz, que es aquella cosa hácia la que siente mayor repugnancia, y que todas las mañanas al levantarnos debiamos tomar esta cruz sobre los hombros, diciendo de buena voluntad: *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per sanctam crucem tuam redemisti mundum.* Hablando con la santa mortificacion decia. «Nadie huya de vos, querida de mi Señor Jesucristo, porque siempre me habeis de alcanzar como me aconteció una vez que huí de vos.» En la memoria de sus pensamientos espirituales dice el P. Vasco Pires que le sucedió una cosa muy triste para su crédito y reputacion, y que se le ocurrió comunicarla al superior para que le tuviera por necio; pero que volviendo en sí determinó callarla, porque estas eran las mortificaciones más provechosas, porque no tenian cosa alguna de *coram vobis.* Una de las mayores mortificaciones que hizo por su propia voluntad, fué cuando yendo de Oporto á Lisboa, al pasar por el colegio de Coimbra, en que habia vivido tantos años y donde era tan querido de todos, teniendo en su

interior un grande deseo de entrar en aquel colegio, le consagró á Dios y continuó su camino sin entrar en él; sabido esto por el P. Rector Nicolás Pimenta, le escribió al camino suplicándole no privase á todo aquel colegio de la esperanza en que se hallaba de gozar de su presencia y ver aquel que era padre de todos, cuyas saludables memorias se habian avivado en gran manera con la ausencia que desde ocho meses hacia del colegio de Coimbra; y para que lo hiciese con más comodidad le envió caballería, así para volver al colegio como para continuar su jornada; pero no quiso aceptar esta oferta por no desistir de su santo propósito de hacer el camino á pie. Todo lo explica mucho mejor que nuestras palabras la carta que escribió al P. Rector, que por no ser muy larga, podrá tener cabida aquí. «Muy reverendo en »Cristo Padre: *Pax Christi*. Dejo á Jesus tan excesivo amor: yo estoy dias »hace en probar lo que tengo enseñado, y una de mis lecciones es dar á Dios »lo más gustoso. Y porque el postrarme á los religiosos pies de V. R., del »P. Jorge Rijo y demás padres y hermanos me era sumamente gustoso, lo »dejé y ofrecí á Jesus. Viendo que los deseos me estimulaban y casi obliga»ban á ir á ese sagrado Colegio, para que no me venciesen del todo, hice »voto de no ir donde tan íntima y cordialmente estoy y estaré los dias de mi »vida, por lo que ya no puedo hacer. Llevo mucho que llorar en vista del »tan cordial amor de V. R., y para pedir al cielo que se perpetue por ma»chos años la vida y salud de V. R. para gloria de nuestro Señor y amparo »de nuestra Compañía, que tanto depende de las partes de V. R. Yo voy »bien y lleno de tantos favores del cielo á la sombra de mi bordon, que me »acasiona tantos placeres como los que tuvo mi padre amantísimo por el buen »P. Dom Ignacio, que vino de Braga á pie á la consagracion de Almeirin, »y el P. Hanay que fué de Flandes á Roma á la congregacion general, tam»bien á pie, siendo de edad de setenta años, placeres que experimentaron to»dos ellos lo mismo que yo, por los muchos que Dios les habia comunicado. »El divino Jesus dé á V. R. lo que más le deseo. — Casconha, etc. — De V. R. »hijo en Cristo, *Vasco Pires*.» — Fué tan continuo en la oracion, que puede decirse de él que toda su vida fué una oracion perpétua. No se le caian nunca de la memoria las palabras de D. Gonzalo, mártir de la Compañía de Jesus: *que no es posible vivir sin orar*. Además de las horas ordinarias que estan designadas para este santo ejercicio, en todas las demás buscaba siempre á Dios con el pensamiento. Tomaba por despertador suyo las horas y cuartos del reloj, y en todas hacia actos particulares de amor de Dios con jaculatorias especiales, pero principalmente desde el medio dia hasta las tres, en que Jesucristo nuestro Redentor estuvo en el santo madero de la cruz. Examinaba todas las horas en conciencia, á imitacion del P. S. Ignacio. Su mayor recreo en la quinta era levantar los ojos al cielo, suspirar con grande

afecto por la presencia de su amoroso Dios. Otras veces se sentaba en la yerba ó al pie de algun árbol, escuchando la música de los pajarillos y repitiendo muchas veces las palabras del salmo: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum: concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.* Salia como inflamado de la oracion, diciendo tenia por paraiso en esta vida el tratar á Dios tan familiarmente como á un muy íntimo amigo, dándole cuenta de todo lo bueno y lo malo que pasaba en su alma, conformándose en todo con su divina bondad, concluyendo por decir: *Perdit quod vivit, qui sic non vivit.* Dejó escrito en sus pensamientos espirituales, que tenia grande consuelo en la quinta feria santa, cuando contraponia los oprobios que padeció Cristo de los judíos en aquel dia, con la honra y veneracion con que es ahora tratado de los cristianos. Bien se comprende que todas estas virtudes debian estar unidas con una grande devocion á nuestra Señora. Decia que todos la debiamos tener por madre y tratarla con la confianza que un hijo de una notabilísima matrona acostumbra á tratar á su madre, procurando ajustarse en todo á su voluntad. Para tener el P. Vasco Pires amor á alguna persona, era como razon forzosa saber que tenia especial devocion á esta soberana Señora. Merecia principalmente su predileccion el misterio de su Concepcion purísima, por la singular devocion que tenia á esta prerogativa de la Señora, la llamaba su único arrimo, celebrándole con todo el fervor que estaba á su alcance. Su ordinario ejercicio era hacerse presente con la consideracion á todos los lugares en que se hallaba la Señora con su unigénito Hijo, como en el nacimiento en Egipto y casi en otros lugares y ocasiones; pero en el tiempo en que nos representa la Iglesia á Cristo en el Jordan y en el desierto haciendo penitencia, ausente de su madre que se hallaba en Nazaret; entónces fingia el buen siervo de Dios ser un correo de ambos, y ya se figuraba estar en Nazaret dando noticias á la Señora de su amoroso Hijo, ya en el Jordan ó en el desierto llevando al Hijo noticias de la Madre, y andaba tan embebido en este ejercicio, que no le detenia en el camino ningun amor de las criaturas: cuando se figuraba estar en Nazaret, ya sentia deseos de estar en el desierto con el Señor, y cuando se avistaba con éste, deseaba ya verse otra vez en Nazaret con la Vírgen. Deseoso siempre de gozar de la vista de ambos, decia como sentido: *Positus in medio, quò me vertam nescio.* En el colegio de S. Anton dijo al P. Juan de Abreu, que habia sido novicio suyo, que siempre en el dia de nuestra Señora recibia de Dios algun favor espiritual, y que en aquel año habia recibido unos agudos dolores, de que enfermó y vino por último á morir. Los dolores que le sobrevinieron los tuvo siempre por un beneficio singular, diciendo que despertaban en su alma un intenso conocimiento de lo que Cristo habia padecido por su amor. *Versasti in infirmitate lectum meum.* Además de la devocion general que tenia

á todos los santos, hacia todos los dias especial conmemoracion de aquellos santos que habian entrado en aquel dia en el cielo, ya fuera de los que la Iglesia celebra culto público, ó de los otros amigos de Dios que sin tener este culto estan gozando de su presencia. Cuando pasaba por delante de las imágenes de los santos, les hacia una reverencia é invocaba su patrocinio. Era tan devoto de los santos y mártires de la Compañía, que hablaba de ellos en casi todas sus pláticas, y recomendaba la imitacion de sus piadosos ejemplos. Fué el primero que introdujo en la provincia la costumbre de hacer memoria de ellos y celebrar su fiesta en los dias respectivos, haciendo en sus vísperas especiales penitencias, y para enfervorizar más á los hermanos novicios con las limosnas que recogió, mandó pintar trece cuadros muy propios y devotos de los mismos santos mártires, con los que formaba una capilla en los dias de su fiesta. Esta innovacion de celebrar á los mártires de la Compañía ántes que la Iglesia los celebrase como tales, que practicaba el P. Vasco Pires, no tardó en desaparecer, siendo causa de ello los decretos de los soberanos pontífices que prohiben se dé culto público á los siervos de Dios ántes de que los canonice ó beatifique la Iglesia. Tenia particular devocion á S. Ignacio de Loyola y á toda la Compañía de Jesus, por cuyos aumentos hacia diariamente muchas oraciones. Decia que deseaba poner la boca donde pusiese los pies cualquiera de los de la Compañía. A todos los que enseñaba encomendó siempre con el mayor encarecimiento que no hiciesen nunca cosa por la que pudiera desprestigiarse el nombre de la Compañía, cuya honra debia traer en las niñas de sus ojos. De todos los misterios de la vida de nuestro Señor Jesucristo, el que llamó más su atencion y afecto fué el del santo nacimiento, que celebraba con extraordinaria ternura; con este motivo compuso aquel devotísimo discurso sobre este misterio, que se repartia todos los años en la capilla de la Compañía ántes de comenzar la misa de media noche. El P. Vasco Pires le leyó primero á sus novicios, haciéndolo con muchas lágrimas suyas y de todos los que se le oyeron leer; anduvo escrito de su mano muchos años, hasta que en el de 1675, el P. Antonio de Rego, que fué asistente de la Compañía, le hizo imprimir en Roma con una estampa al principio, en que se representa á este santo varon asistiendo con sus novicios al Niño Dios. —De las palabras de este Santo Padre, podemos decir con toda seguridad que eran inspiradas por Dios; sus palabras iban acompañadas de prudencia y de espíritu. En las exhortaciones domésticas y en las predicaciones que hacia, para que no hubiese defecto alguno en sus palabras, decia que las ponia todas en la llaga del costado de Jesucristo y las sacaba de allí bañadas en su sangre. En las consultas en que habia de dar su voto, recurria siempre al Santísimo Sacramento para que le diese luz en órden á votar con acierto. Las pláticas ordinarias las encaminaba siempre á

cosas de piedad. Si hablaba con seglares, los convencia conforme á la ocasion, ó á examinar su conciencia, ó á confesar sus pecados, leer libros espirituales y á otros ejercicios santos. En las ocasiones en que por tratarse con muchos tenia que oir quejas, lo arreglaba siempre de modo que quedase el quejoso consolado y no ofendido en lo que habia dado materia para la queja. Lo que hacia con más circunspeccion cuando los resentimientos traian su origen de las disposiciones de los superiores, cuyo decoro queria se conservase ileso, como cosa sagrada y digna de veneracion. Cuando comprendia que estaba alguno disgustado, le entretenia primero con otras conversaciones, con las que echaba agua en el fuego, y daba despues lugar á que le comunicase sus negocios; costumbre que tomó este santo varon del P. General Diego Lainez que lo practicaba así. Jamás salió de sus labios palabra picante ó burlona. Tenia odio á las conversaciones en que se refieren novedades, y las llamaba turbadoras del reposo; porque oyendo por casualidad algunas de estas, se encontró luego falto de su recogimiento interior y como admirado de un efecto que no habia esperado; por lo que decia: *nunca más, nunca más.* Para evitar las ocasiones en que pudiese oir contar noticias, se apartaba en cuanto le era posible de conversaciones á que asistian muchos. Las cartas que escribia rebosaban todas devocion, y fuese cualquiera la persona á quien escribiese, observaba la misma costumbre de poner cosas espirituales para encaminarlos así á todos á Dios. Tuvo tan grande concepto de la virtud del P. Vasco Pires aquel admirable varon y maestro de la santa doctrina, el P. Ignacio Martius, que cuando durante la congregacion el P. Vasco Pires se hallaba en S. Roque, el hermano Manuel de Veyga, que era uno de los novicios con que habia venido á Coimbra, fué una tarde á acompañar al santo P. Ignacio Martius á casa de un señor principal, á quien iba á hablar sobre un negocio del servicio de Dios, que al despedirle le dijo por qué no autorizaba su Reverencia la santidad milagrosa de cierta persona, tenida por entónces por santa, aunque no lo era segun se vió despues. A lo que contestó el P. Mtro. Ignacio: «Que no servia él para autorizar santidades, pues era un gran pecador, pero que sería mucho mejor no hiciese tanta ostentacion de sus milagros, pues Cristo Señor nuestro, exento de toda vanagloria, encubria muchas veces sus propios milagros, prohibiendo se divulgasen.» Al volver al Colegio dijo al hermano Veyga: «En la Compañía no hemos de tratar de hacer milagros, sino del ejercicio de las virtudes sólidas, que si hiciese milagros el P. Vasco Pires, vuestro maestro, como santo y virtuoso que es, vos y los demás novicios habiais de andar luego á caza de milagros, para hacerlos como vuestro maestro, y cuando no pudiérais llegar á hacerlos verdaderos, los habriais de hacer fingidos, y así se daria al través con el caudal de sólidas virtudes que exige la Compañía de nosotros. Basta para milagros

con las mortificaciones, humildad, obediencia, caridad y demás virtudes que se piden en un cristiano y en un religioso.» No se vió accion en él que desdijese del estado de perfeccion que profesan los hombres religiosos. Muchos, deseosos de ver si correspondian sus obras con la buena opinion que tenian de él todos, se pusieron de propósito á explorar todas sus acciones, así pensadas como imprevistas, á ver si traspasaba alguna de ellas los límites de que depende la virtud; pero siempre las hallaron ajustadas con las de los varones más perfectos. Ningun hombre desea tanto la vida como deseaba la muerte el P. Vasco Pires; suspiraba casi continuamente por la muerte para verse con su Dios, repitiendo con bastante frecuencia las palabras de San Ignacio de Loyola: *¡Quam sordet terra, cum cœlum aspicio!* Y fijaba á menudo los ojos en el cielo como quien deseaba con ánsia verse fuera de la tierra. En las Memorias de sus pensamientos espirituales dejó escritas muchas palabras, que manifestaban este su gran deseo: «¡Oh que cosa tan penosa, dice, es la vida! ¡Oh, cuánto deseo verme ya en otra vida fuera de esta! ¡Oh, mi buen Jesus, y cuándo terminará esta vida presente! ¡Qué pesar debia ser para los santos antiguos pasar en esta vida tantos centenares de años!»—Sentia con especialidad estos deseos cuando decia misa y despues de haber comulgado, y así se disponia como si hubiese de ser aquel el último dia de su vida, consejo que daba con frecuencia á los novicios. De este santo deseo nacia el traer una porfiada demanda con Dios solicitando con grande instancia, ya por medio de la Virgen Santísima, á quien tomaba por particular abogada en este negocio, ya por la intercesion de los santos, á quienes tomaba por sus valederos para con Dios. Le concedió el Señor, por último, su demanda, dándole una enfermedad de que se le llevó al cielo. Hacia cuatro meses que se hallaba en el colegio de San Anton desempeñando el cargo de prefecto espiritual, cuando le dió una enfermedad que le puso en pocos dias en lo extremo de la vida; era de pocas fuerzas, y tenia estas tan débiles con las muchas penitencias, que llegó en breve á tal extremo, que los médicos desconfiaron de su vida. Luego que lo comprendió, indicó el Padre á los superiores tendria grande consuelo, como profeso que era, en morir en la casa de San Roque, como en casa de pobres. Consultóse á los médicos sobre si la mudanza le sería nociva, y con su dictámen se le concedió lo que pedia, que fué para él de grande placer. Fué llevado á la casa de San Roque, donde le recibieron los padres y hermanos con grande caridad y benevolencia, alegrándose de tener allí á un hombre tan santo. Asistiósele con la caridad que aquella comunidad lo acostumbraba con sus enfermos, aumentando tanto más la asistencia cuanto mayor y más grave era la enfermedad, en la que el P. Vasco Pires solo trataba de prepararse para la muerte, que tanto habia deseado toda la vida. Recibió con grande afecto el Santísimo

Sacramento, diciendo al Señor en tiernísimos coloquios, entre otras, las palabras siguientes: «Mucho me holgára, Dios mio, de poder hablar más despacio con vos, pero no me lo permiten los dolores, ya lo haré en otra ocasion, segun lo espero de vuestro amor, aunque no lo merezco.» Sobreviniéndole un accidente se abrazó con un crucifijo diciendo: «Señor, no os pido la vida, solo os pido que me deis un poco de descanso para acordarme de vos.» No queria le visitasen, diciendo que en aquella hora solo deseaba ser visitado por Jesus. Habiendo ido despues á besarle la mano un hermano que habia sido novicio suyo, le pidió algun aviso espiritual, á que contestó el Padre: «Lo que os digo, hijo mio, es que no dejeis nada para esta hora.» Crecia cada vez más la enfermedad y no obedeciendo á remedio alguno se desconfió totalmente de su vida. En este tiempo se entretenia el santo Padre con Cristo crucificado, dirigiéndole muy devotas palabras, y dándole gracias por haber conseguido lo que pidiera con tantas ánsias durante toda su vida. Recibida la extremauncion con grande paz y sosiego, como quien moria en el ósculo del Señor, le entregó su dichosa alma á 21 de Setiembre de 1590, á las tres de la tarde. Fué su muerte muy sentida en toda la provincia, porque edificaba á todos con sus virtuosos ejemplos, y la mayor parte de ella habia sido instruida por sus santos preceptos. Hubo religioso en el colegio de Coimbra, que habiéndose lavado ya las manos para celebrar misa cuando le dieron la noticia de la muerte del P. Vasco Pires, saltándosele las lágrimas de los ojos, se fué á hacer oracion al Santísimo Sacramento, sin poder probar bocado de pan en aquel dia por el grande sentimiento que padecia. Fué sepultado en el crucero de la iglesia de San Roque en el panteon número 3. Seis años despues de su muerte se abrió la sepultura para enterrar en ella á otro padre, y se halló entero el cuerpo del P. Vasco Pires, con los ornamentos con que habia sido enterrado sin dar olor alguno; su carne y cabellos se hallaban en el mismo estado que en el dia en que le dieron sepultura, por lo que se los cortaron los padres para reliquias. Dejáronle en aquel panteon, y echando cal encima, pusieron en el mismo el cuerpo del otro padre, que era tambien hombre virtuoso y se llamaba Diego Ferraz; de los cuales dijo el hermano Francisco de Mendoza, que era maestro en el colegio de San Anton: «Ibamos á enterrar á un santo, y hallamos en el mismo panteon otro todavía entero.» Influyó en que se mirase esto como maravilloso, decir los padres moradores de aquella casa que habian experimentado que la tierra de aquel sitio gastaba con brevedad los cuerpos que se metian en ella por más gruesos y corpulentos que fuesen.—Esta es la vida y muerte del santo P. Vasco Pires, modelo de maestros de novicios y de religiosos perfectos; el cual empleó toda su vida en el ejercicio de las virtudes, sirviéndole de aliento todos los buenos ejemplos así en los de la Compañía como en otras personas, porque

en esta materia fué este santo Padre como la abeja, que de todas partes recoge con que hacer su panal de miel; hasta se aprovechaba de todo lo que veia en sus novicios, preciándose de ser discípulo de los que enseñaba. Apuntaba con diligencia algunas de las cosas más singulares que hacian, para alabar á Dios, como dijo á un padre que habia sido novicio suyo, por los favores con que animaba á sus siervos. Todo lo que se ha escrito se ha tomado de la vida que compuso de este siervo de Dios, cuarenta y cuatro años despues de su muerte, el P. Manuel Veyga, que habia sido novicio suyo, manuscrito que se conservó por mucho tiempo en el convento de Lisboa, encuadernado con grande lujo y adornado con el retrato de este Padre al principio, y al fin con una carta de letra suya. En otros manuscritos se ha tratado tambien de este religioso; y de las obras impresas de la Compañía de Jesus, se le menciona principalmente por los PP. Franco, Rivadeneira y Nieremberg, aunque muy brevemente este último por falta de noticias.—S. B.

PIREZ Seco (Leon), portugués, de la Compañía de Jesus. Nació en Tomas ó su territorio; y escribió en castellano, segun Nicolás Antonio, una obra con el título siguiente: *Tratado de si es pecado decir misa sin rezar maitines.* Salamanca, 1610.—S. B.

PIRIS (Bernardo Cirilo), carmelita mallorquin. Nació en Mahon á 14 de Julio de 1792, abrazó el instituto carmelitano, vistiendo el hábito en el convento de su patria, y en 1820 fué creado lector de filosofía: siete años despues se le dió una cátedra de teología, y en 13 de Agosto de 1832 obtuvo el grado de doctor en esta facultad. Ha desempeñado en su convento los cargos de regente de estudios, prior y visitador, y en 1834 dió á luz en Mahon, imprenta de Pedro Antonio Serra, en un tomo en 4.° de 386 páginas: *Arte de enseñar yaprender la lengua latina, ó sea Gramática completa, dividida en cuatro partes: etimología, sintáxis, ortografía y prosodia.* La etimología va contenida en el arte menor y las tres restantes en el arte mayor.—J. B. de R.

PIRMIN (S.), obispo y confesor. El dia 30 de Noviembre recuerda la Iglesia católica á S. Pirmin, el que habiéndose distinguido mucho en las letras sagradas, fué elevado á prelado, siendo el obispo XXII meldense. La devocion que tuvo á los santos Apóstoles le condujo á Roma á visitar su sepulcro, en ocasion de que era vicario de Jesucristo y soberano de Roma Juan VII, cuyo papa se apasionó de tal modo al Santo al ver su talento y santidad, que le hizo muchas honrosas distinciones, conservándose entre ambos desde entónces una grande amistad. Murió este Santo en paz el año 703 de nuestra era.—C.

PIRO (Francisco Antonio), religioso de la órden de los Mínimos y autor

de varias obras filosóficas. Nació en la ciudad de Cosenza (Italia), á principios del siglo XVIII. Despues que abrazó la carrera eclesiástica, se entregó con mucho ardor al estudio de todos los sistemas filosóficos conocidos, entre los cuales le sedujeron tanto las doctrinas de Loke, que las adoptó en un todo y las imbuyó á sus discípulos, cuando estuvo encargado de la enseñanza. Las hipótesis del que llegó á mirar como su maestro y su guia llegaron á ejercer tal influencia sobre su ánimo, que no volvió á consultar ningun autor filosófico, y admitió como teorías ciertas todas las suposiciones del que adoptára por favorito. Bajo tal influencia escribió el libro titulado: *Reflexiones acerca del orígen de las pasiones;* libro que mereció una favorable acogida por parte de los sectarios de la filosofía moderna, que empezó á desarrollarse en el primer tercio del pasado siglo, pero cuya doctrina fué condenada por la Inquisicion, que prohibió la obra, mandando á Piro destruyese todos los ejemplares. Poco tiempo despues concibió el proyecto de refutar los principales errores de Bayle, que en su *Diccionario histórico* habia no solamente aducido los argumentos de los maniqueos, sino formado otros nuevos tan perjudiciales como erróneos. El fruto de este pensamiento fué la obra publicada en Nápoles en 1749, titulada: *Del orígen del mal contra Bayle, nuevo sistema antimaniqueo.* En ella se afana en demostrar la teoría de que la sabiduría de Dios se halla conciliada con el orígen y la naturaleza del mal, y considera todos los géneros de males como otros tantos medios necesarios para que la virtud pueda existir; y su principal argumento se reduce á demostrar que la virtud no se conoceria si no tuviese que sostener luchas y arrostrar peligros para poder manifestarse triunfante. Este sistema, que no es más que una modificacion de los de algunos filósofos antiguos, entre ellos Plutarco, los cuales sostenian que los males vienen á ser verdaderos bienes, encontró gran número de contradictores. Piro respondió á las censuras que llovieron sobre él, con una multitud de opúsculos sosteniendo sus doctrinas. Murió en Nápoles cerca del año 1765.—M. B.

PIROMALLI (Pablo), dominicano. Fué natural de Calabria, ignorándose el pueblo de su nacimiento y la época en que abrazó la vida monástica. Habiendo estudiado con esmero las lenguas orientales, en las que hizo notables progresos, fué destinado á las misiones de Oriente. Pasó largo tiempo en Armenia, donde tuvo la satisfaccion de reducir al gremio de la Iglesia católica muchos cismáticos y varios herejes eutiquianos, logrando reducir hasta al mismo arzobispo armenio, que en un principio le escuchára con bastante desvío y desagrado. Tambien estuvo ocupado en difundir la doctrina evangélica en las misiones de la Georgia y de la Persia. Por órden de Urbano VII estuvo con el carácter de nuncio apostólico en Polonia, donde las disputas teológicas entre los católicos y los disidentes armenios, que se

hallaban allí en gran número, habian promovido una grave agitacion que Piromali procuró y logró calmar. Volviendo por mar á Roma á dar cuenta de su comision, fué sorprendido y apresado por unos corsarios berberiscos, que le llevaron á Túnez, donde padeció todos los trabajos y miserias inherentes á la esclavitud, hasta que fué rescatado por los PP. de la Merced, dirigiéndose acto continuo á la capital del mundo cristiano á dar cuenta al jefe de la Iglesia del resultado de su comision. El Papa le dió públicos testimonios de su estimacion, y le volvió á enviar á Oriente. En 1655 fué nombrado obispo de Nackchivan, y despues de haber gobernado esta iglesia por espacio de nueve años, regresó á Italia donde fué elevado á la silla episcopal de Bissignano, reino de Nápoles, en cuyo destino murió el año 1667. Piromalli es autor de muchas obras de controversia y de teología y de dos dicionarios, el uno latino-persa y el otro armenio-latino. Tambien escribió una Gramática armenia y un Directorio ó guia, muy estimado por lo conveniente que es para el estudio y comprension de los libros de aquel idioma.—M. B.

PIROT (Edme). Nació en Auxerre en 12 de Agosto de 1631. Se ignoran las circunstancias que acompañan á los primeros años de su vida, pero sus biógrafos nos le presentan perteneciendo ya al estado eclesiástico, siendo doctor de la Sorbona, profesor en esta universidad y teólogo muy estimado en su tiempo. Habiendo sido nombrado examinador de libros teológicos y de las tésis sobre esta ciencia, entendió en todos los negocios que se suscitaron con motivo de la herejía de Molinos, el fundador de la secta de los quietistas, que tantos prosélitos llegó á hacer en España, Francia é Italia. Asociado con Mr. Harlay trabajó en la censura de Madame Gujon, y fué encargado de interrogarla. El sabio Fenelon, arzobispo de Cambray, le eligió para examinar y censurar su obra de las *Máximas de los Santos*, y se asegura que despues de algunos cambios hechos en el manuscrito y consentidos por el autor, concluyó Pirot por decir que este libro era todo de oro. Al poco tiempo ocurrió la célebre disputa de Fenelon y Bossuet. Pirot, declarándose partidario del último, se pronunció fuertemente contra aquella misma obra que tan favorable censura le mereciera; retractó sus primeras declaraciones, y publicó otra nueva censura, fecha 16 de Octubre de 1698, firmada por sesenta doctores. En la Historia de Fenelon y Bossuet puede verse detenidamente la historia de esta cuestion. Pirot desempeñó el cargo de canónigo de la catedral de nuestra Señora de París, y obtuvo la dignidad de canciller de la misma iglesia. Murió en la mencionada ciudad el dia 4 de Agosto de 1713. No dejó impreso más que un discurso latino pronunciado en la Sorbona; pero se conocen muchos manuscritos suyos, de los que se circularon repetidas copias. Entre ellos se cuenta una relacion de las últimas veinticuatro horas de la célebre envenenadora marquesa de Brinvilliers, ejecutada en 1676.—Una

Memoria sobre la autoridad del concilio de Trento en Francia, de la cual se hace mérito en la correspondencia de Bossuet y de Leibnitz cuando fué remitida al filósofo aleman. Tambien hizo muchas notables correcciones en el *Compendio de los principales tratados de Teología*, *escrito por le Tourneux*, y produjo algunos otros escritos que se citan en la *Historia de Fenelon*.—M. B.

PIROT (Jorge). Nació este jesuita en la diócesis de Rennes el año 1599, y murió el 6 de Octubre de 1659. Fué autor de la *Apología de los Casuistas contra la calumnia de los Jansenistas*, obra escrita en francés que se publicó en 1657, y que fué condenada por el papa Alejandro VIII, por muchos obispos de Francia y por la facultad de teología de París, segun se ve por la *Historia eclesiástica del siglo XVII* de Dupin, en el tomo II, y en las *Memorias cronológicas y dogmáticas del abate Avrygny*, con relacion al año de 1659.—C.

PIRRHING (P. Enrique), jesuita aleman de últimos del siglo XVII, muy conocido y apreciado por sus obras de teología y derecho canónico, de cuyas ciencias habia hecho un notable y profundo estudio, adquiriéndose una reputacion verdaderamente europea. Merecíala, en efecto, tanto como por sus obras por sus grandes cualidades, que eran de esas de que rara vez se presentan dos ejemplos en un mismo siglo, sirviendo de modelo al suyo el P. Pirrhing. De haber nacido un siglo ántes, todas las historias de su Orden se hubieran complacido en referir su vida y dar públicos testimonios de los hechos de este varon ilustre, uno más en el largo catálogo de los muchos con que cuenta la Compañía de Jesus. Pero cuando él brilló, habian muerto ya los PP. Nieremberg y Rivadeneira, y no tiene por lo tanto nada de extraño que sus hechos sean poco conocidos, prefiriendo los bibliógrafos hacer la enumeracion de sus obras á referir las circunstancias de su vida. Consta, sin embargo, que fué tan notable por sus virtudes como por su saber, y que obtuvo varias cátedras y áun cargos en su instituto, los que desempeñó con grande acierto y celo, mereciendo el aprecio y la confianza de sus superiores. Quizá hubiera sido llamado á superiores destinos, si su amor al retiro para perfeccionar las obras de que se ocupaba constantemente no le hubieran tenido apartado de toda comunicacion y trato, el que no deseaba interrumpir sino en ocasiones muy graves y solemnes; así generalmente amado y dejando una reputacion que le sobrevivió por mucho tiempo, falleció á últimos del siglo XVII, habiendo publicado: 1.° *Jus canonicum nova methodo explicatum, adjunctis aliis quæstionibus, quæ ad plenam titulorum cognitionem pertinent;* Dilligen, 1674 y 1722, cinco volúmenes en fólio. Los canonistas aprecian mucho esta obra y la miran como clásica en las materias de que trata. El tiempo y los libros del mismo género que se han publicado no han disminuido su reputacion. Se reimprimió en Venecia en 1759.—2.° *Facilis et succinta SS. Canonum doctrina;* Venecia, 1693.—S. B.

PIRRO. Fué monje griego y profesó los errores del monotelismo, á pesar de los cuales y con motivo de las graves disputas y excisiones que ocurrieron en Constantinopla durante el siglo VII entre los ortodoxos y los herejes de diversas sectas, fué elevado á la silla patriarcal de la capital del Imperio. Convencido de haber tomado parte en el motin que dió por resultado la muerte del emperador Constantino, fué depuesto de su cargo y desterrado al Africa. En el punto á que fué destinado contrajo amistad con un santo varon llamado Máximo, quien en las varias conferencias que tuvieron logró convencerle de su error y de sus falsas opiniones. Resuelto á abjurar, pasó á Roma; y presentando al papa Juan IV su profesion de fe por escrito, fué recibido en la comunion católica y destinado como sacerdote á Rávena. Vivió allí algun tiempo tranquilo; mas reincidiendo luego en la herejía, volvió á difundir con más fuerza sus errores, haciendo numerosos prosélitos. Apurados todos los recursos que el Pontífice usó para reducirle, y siendo inútiles todos los ruegos y exhortaciones que se le hicieron para que no continuára difundiendo su falsa doctrina, pues á todas las amonestaciones contestaba con la mayor altanería y desprecio, reunió el Pontífice en Roma un sínodo, en el cual fué condenado y privado del sacerdocio. Terrible é imponente fué el acto de pronunciar su sentencia, pues el Papa, justamente irritado con la relacion de los crímenes que del proceso resultaban, mojó la pluma en un cáliz consagrado para firmar la condenacion del hereje, diciendo que solo con sangre de Cristo debiera firmarse la sentencia del que tanto le ofendiera. Pirro, valiéndose de los disturbios y continuas revueltas que distinguieron á casi toda la época del Bajo Imperio, y apoyado por muchos parciales suyos, fué restablecido en el patriarcado de Constantinopla en el año 652, disfrutándole solo por espacio de cuatro meses y algunos dias, dejando con su muerte lugar á un discípulo suyo, llamado Pedro, que continuó difundiendo la perniciosa doctrina de su antecesor.—M. B.

PIRRO (Roque), célebre historiador. Nació en 1577 en Neto, reino de Sicilia, y siguió la carrera científica con objeto de dedicarse al ministerio sacerdotal. El mismo dia que terminó sus estudios, que fué el 4 de Febrero de 1601, recibió en Catania el grado de doctor en teología, y obtuvo el lauro académico en un certámen abierto al efecto, por un discurso que mereció todos los votos de los jueces. Perteneciendo ya al estado eclesiástico, fué nombrado capellan del Rey, canónigo de Palermo y tesorero de la capilla Real. Consagró la mayor parte de las obvenciones que sus destinos le proporcionaban á fundaciones piadosas y al socorro de los menesterosos. Fué tan devoto de la Santísima Vírgen, que hizo construir á sus expensas en la parte inferior del palacio de Palermo una capilla dedicada á la augusta Señora, y la decoró con suma magnificencia. Dotó cuatro prebendas en el capítulo de

Neto, y ofreció cuantiosos dones á los hospitales y otras casas de caridad. La predicacion y el estudio ocupaban su tiempo, dedicándose especialmente á poner en claro la historia eclesiástica de su patria, trabajo que fué muy apreciado por los sabios á causa de su utilidad y de su notable mérito. El rey Felipe IV de España, á quien por entónces pertenecia la Sicilia, le nombró en 1634 historiógrafo del Reino. Murió en 8 de Setiembre de 1651, á los setenta y cuatro años de su edad. Entre sus obras merecen citarse las siguientes: *Los Sinónimos*; Palermo, 1694, en 8.° Cuando escribió este libro y se publicó por primera vez, no tenia más que quince años, y mereció tan buena acogida, que habiéndose acabado la primera impresion al poco tiempo, hizo otras dos en 1637 y 1649. Tambien publicó en 1595 la *Historia del glorioso S. Corado Piacentino*; impresa en un tomo en 8.°, en Palermo. Estas obras, publicadas en tan tierna edad, empezaron á formar su reputacion, siendo señales patentes de lo mucho que podia esperarse de él. Formada ya su opinion, terminados sus estudios y con más recto juicio, escribió la *Chronologia regum penas, quos Siciliæ fuit imperium post exactos Saracenos*; Palermo, 1530, un tomo en fólio. Esta obra fué refundida en la que escribió despues titulada: *Notitiæ Siciliensium ecclesiarum*, impresa en Palermo desde 1660 á 1663, y que forma tres tomos en fólio. Volvió á reimprimirla con adiciones considerables en tres tomos, igualmente en fólio, en los años de 1644 al 47, y la publicó con este nuevo título: *Sicilia sacra disquisitionibus et notitiis illustrata libros quatuor*. El mérito de esta obra se comprueba no solo por las tres numerosas ediciones que de ella hizo, sino tambien por haber merecido el honor de ser inserta en el *Thesaurus antiquitatum Italiæ*, tomo X. El sabio Antonio Mongitori hizo otra edicion de esta obra, notablemente corregida y aumentada, en 1733, en dos tomos en fólio. Pirro se ocupaba, no obstante su avanzada edad, en reunir notas importantes y detalles curiosos para formar la historia de Sicilia durante la edad media; y cuando la muerte le sorprendió, tenia ya reunido un considerable número de materiales para tan interesante obra, que indudablemente hubiera arrojado mucha luz sobre la época que pretendia describir. Estos apuntes han llegado á conocerse, pues el citado Mongitori, á cuyas manos vinieron, los extractó todos y los compiló en su *Notitia regiæ et imperialis capellæ S. Petri, sacri et regii palatii Panormitani*; publicada en 1716, en un tomo en fólio. Para mayor detalle sobre las obras de Pirro puede verse el tomo II de la *Biblioteca sicula*. El ya enunciado Mongitori dice que tenia en su poder un manuscrito autógrafo del autor que nos ocupa, y el cual contenia *los Anales de Palermo*. — M. B.

PIRUNTUS (N.). Fué natural de Terracina, en el reino de Nápoles. Siguió la carrera eclesiástica, y mereció honrosos cargos de la corte romana; pues

bajo los pontificados de Urbano IV y de Clemente IV, fué legado gobernador de Campania y rector de la marina pontificia. Recibió el capelo cardenalicio bajo el título de S. Cosme y S. Damian y de la clase de los diáconos. Desempeñó el cargo de vicecanciller de la Santa Iglesia Romana, y murió por los años 1625. —M. B.

PISA (Fr. Alberto de). Cuando el V. P. S. Francisco predicaba en Italia la observancia de la santa pobreza y virtudes evangélicas. Alberto, natural de Pisa, se alistó con otros muchos en la sagrada milicia del Serafin humanado por los años de 1211. Distinguióse por su humildad y observancia de la asperísima regla, y mereció que el santo fundador le distinguiera, encomendándole muy importantes comisiones. Fué el constante compañero de Fr. Angelo Pisano en las fundaciones de Francia y de Inglaterra, y quien habiendo renunciado el cargo de provincial, que desempeñaba en 1719, tuvo un digno sucesor en su amantísimo dueño y amigo. Llamado despues por el P. S. Francisco á la Alemania, donde desempeñó el destino de provincial en le Teutónica en el año 1223 en reemplazo de Cesáreo Spirense, siendo nombrado para igual destino en la de España y elevado al generalato de la Orden en 1239, cuyo nombramiento fué confirmado por el papa Gregorio IX en el capítulo general celebrado en Roma en dicho año. Fué varon distinguido por su probidad y su sabiduría, de notable perfeccion, de gran celo y de muy rara virtud en todo. Murió en el mismo año de su elevacion en el mes de Setiembre sin que conste á punto fijo el dia, aunque todos los cronistas de su Orden dicen que fué en los inmediatos á la fiesta de la Natividad de la Santísima Vírgen. Su muerte fué generalmente sentida, no solo por los religiosos de su Orden, sino tambien por el Sumo Pontífice, que conocia y apreciaba sus singulares virtudes. Fué, como se ha dicho, uno de los primeros religiosos de la Seráfica Orden, y tambien uno de sus primeros provinciales, habiendo sucedido en este cargo en España al venerable P. Juan Pariente. Por esta razon, y considerándole como uno de los fundadores, hace la Orden especial mencion de él en su Martirologio el dia 21 de Setiembre.—M. B.

PISA (Fr. Antonio). Fué natural del valle de S. Juan, en la provincia de Florencia, y tomó el hábito de los Menores Franciscanos en la ciudad de Pisa, de donde le quedó el nombre. Fué varon muy estudioso y docto en sumo grado, poseyendo gran memoria, suma percepcion y notable ingenio, siendo muy observante al mismo tiempo de las prácticas de su regla, mereciendo por lo tanto el aprecio general. Fué tan observante de la santa pobreza, que nada absolutamente poseia, más que su hábito, y ni áun libros quiso tener; pues su prodigiosa memoria le sirvió de biblioteca y escribia sus sermones, ya en pedazos de papel que recogia por la calle, ya en los sobres de las cartas que los demás religiosos arrojaban. Sus elocuentes sermo-

nes producian notable fruto, pues todos se encaminaban á inculcar á sus oyentes el deseo de practicar la virtud, y así excitaba á los ricos á ejercitarse en las obras de misericordia, vistiendo los desnudos y dando de comer á los hambrientos. A los pecadores les exhortaba para que volviesen al camino recto de que se habian separado, logrando que muchos, convertidos de todas veras, abandonasen el mundo para tomar el hábito de la religion. Igualmente exhortaba á los príncipes y magistrados, á fin de que lanzando de sus dominios á los judíos conservasen puro é inalterable el esplendor de la fe. Fué el primero que trabajó para recoger á los religiosos de la observancia que estaban algun tanto distraidos, predicándoles á entrar de lleno en el cumplimiento de sus deberes. Hallándose predicando en la ciudad de Pisa la cuaresma del año 1482, ocurrió su dichoso tránsito, pudiendo decirse que falleció en la santa empresa de procurar la salvacion de las almas. Antes de ser enterrado su cuerpo, mereció que el pueblo le venerase como á santo, pues se arrojó á quitarle pedazos de su pobre hábito, única alhaja que poseyera en el mundo, y que estimaron como preciosa reliquia los que obtuvieron algun trozo. Tal era y tan grande la fama de santidad que habia merecido. — M. B.

PISA (Bartolomé de), nombrado así por ser, segun parece, natural de la ciudad de aquel nombre, conforme aseguran algunos autores de diccionarios biográficos, de los cuales muchos le han confundido con otro del mismo nombre, debiendo tenerse presente para la debida exactitud, que el Bartolomé de Pisa que nos ocupa perteneció á la órden de Sto. Domingo, al paso que el otro era franciscano, y nació poco tiempo ántes de la muerte del dominico, acaecida en 1347. Muy escasas son las noticias que se tienen de este escritor religioso, y si su nombre ha merecido pasar á la historia, es por la circunstancia de verse impreso su libro, titulado *Summa de casibus conscientiæ*, poco despues de la invencion de la imprenta; siendo por consiguiente uno de los primeros libros que produjeron las prensas establecidas en Colonia. La Serna Santander dice que esta obra se imprimió el año 1471 por segunda vez, asegurando lo mismo Cornelio de Benghem, y aunque los PP. Echard y Quetif hablan de otra edicion hecha en 1472 en París, se cree que esta no es efectiva por no haberse visto los ejemplares de esta fecha, y se supone que los Padres lo afirmaron de su propia autoridad. El autor dejó varios manuscritos, que se guardan en diferentes bibliotecas, todos los cuales llevan su nombre y el año de su fecha, que por lo comun es el de 1338, fecha que se reprodujo cuidadosamente en los libros impresos, como igualmente su nombre; sin duda para que no se confundiera con su homónimo, expresándolo así en la obra titulada: *Documentis antiquorum opus morale editum diligentia Albertus Clari;* Treviso, 1601, en 8.° —

Esta obra y la *De casibus concientiæ* son las únicas que aparecen impresas: pues aunque los Padres antedichos citan seis ó siete manuscritas, solo se han visto tres en la Biblioteca Real de Paris, que se hallan en el indice bajo el nombre de Bartolomé de S. Concordio, nombre con que el autor era conocido en el claustro. — M. B.

PISA (Fr. Bartolomé de), religioso de la órden de S. Francisco. Fué natural de la ciudad de Pisa, de donde tomó el nombre cuando entró en la religion, dejando el de su familia, que era Bibónico. En su más florida edad se consagró al servicio de Dios en la seráfica familia, donde profesó con general alegría de toda la comunidad, consagrándose con el mayor afan al estudio, sin perder de vista el cumplimiento de los ejercicios de virtud y el medio de alcanzar su salvacion, que es en lo que consiste la verdadera sabiduría. Salió muy profundo teólogo, y la religion, á fin de que no fuese estéril su sabiduría, le destinó á explicar como catedrático á varias ciudades; y así lo verificó en Pádua, Bolonia, Sena, Pisa y Florencia, recogiendo abundantes frutos de su doctrina y sacando muchos y aventajados discípulos. En el ejercicio de la predicacion fué varon eminente; pues además de su persuasiva elocuencia, se hallaba dotado de las cualidades personales que hacen perfecto y agradable á un orador. Sus sermones le dieron gran resultado, porque como unia la práctica al ejemplo, fueron infinitas las conversiones que efectuó de almas endurecidas en el pecado. Predicaba sobre todas las cosas acerca de la pobreza evangélica, cuya virtud practicaba de tal modo, que cuando escribia sus sermones, por no gastar papel, usaba una especie de libros de memoria, donde á imitacion de las tablas de los antiguos, se podia fácilmente borrar lo escrito para escribirlo de nuevo. Sus hábitos fueron siempre los más usados y más humildes, y su alimento tan escaso como frugal. Tenia mucha devocion de ir todos los años en peregrinacion al convento de Asís, donde está el cuerpo del glorioso patriarca, y hacia este viaje á pié descalzo, predicando como misionero por los pueblos, que salian á oirle en masa, sacando notable fruto de estos apostólicos viajes. Por su santa vida y ejemplares virtudes mereció que el Señor le concediese la gracia de verificar milagros, cuya facultad disimulaba aplicando á los dolientes una reliquia que siempre llevaba consigo, de quien era muy devoto, y que pertenecia al bienaventurado S. Gerardo, expresando para huir de toda alabanza que los prodigios se obraban por virtud de esta reliquia y no por su gracia. Tuvo don particular para expeler los demonios del cuerpo de los poseidos, y tambien curó varios inválidos y restituyó la vista á muchos ciegos. Cargado de merecimientos, y habiendo llegado á cumplir la respetable edad de cien años, pasó de esta mortal vida á la eterna de la gloria con notable conmocion de la ciudad de Pisa y de los pueblos circunvecinos, cuyos habitan-

tes publicaban en voz alta las virtudes y santidad de aquel siervo del Señor. Fué enterrado en la iglesia del convento de S. Francisco, al pie del altar donde se veneran las reliquias del bienaventurado S. Gerardo, de quien siempre fué tan especial devoto. Escribió varias obras, cuyos títulos se han perdido, ya por el trascurso del tiempo, ya por la incuria de los cronistas, no quedando memoria más que del famoso libro *De las Conformidades*, obra en que hace un paralelo de la vida de S. Francisco con la de Jesucristo, cuya obra, aunque fué aprobada por los padres de su Religion, se vió controvertida y furiosamente atacada, no solo por los herejes de aquel tiempo, sino tambien por varios sabios teólogos de otras comunidades religiosas, aunque con muy poca razon, segun dicen los cronistas de la órden de San Francisco. — M. B.

PISA (Bernardo de). Fué natural de la ciudad del mismo nombre en Italia, y floreció á mediados del siglo XII, perteneciendo á la religion de San Benito, cuyo hábito habia tomado en el monasterio de Claraval, teniendo la honra de ser discípulo del gran patriarca S. Bernardo. Habiendo ocurrido en Roma la revolucion de los arnaldistas y los graves disturbios que trajo por consecuencia, S. Bernardo escribió una epístola á los romanos afeándoles su conducta y exhortándolos á entrar en las vías de la razon. Esta carta fué llevada á Roma por Bernardo de Pisa, y presentada al papa Eugenio III. Publicada que fué surtió tan buen efecto, que los sublevados se apartaron de sus jefes, volviendo á la obediencia del Sumo Pontífice, quien en premio de tan alto beneficio, obtenido por la grande sabiduría de Bernardo, agració al portador de la epístola creándole cardenal del título de S. Cosme y S. Damian, á pesar de que por su excesiva humildad rehusaba Pisa esta notable distincion. Honrado con la dignidad de príncipe de la Iglesia, volvió á Claraval, donde acabó santamente sus dias, ignorándose la fecha. Este religioso es notable no solo por la circunstancia de haber merecido tal honra, sino tambien por la simplicidad de sus costumbres y su excesivo desinterés, pues uno de los cronistas de su Orden, Juan Salesbariense, dice que jamás admitió presente alguno, y que no habia persona alguna en el mundo que pudiese decir le habia entregado plata ni oro. Virtud notable en aquellos trabajosos tiempos, en que los eclesiásticos estaban generalmente acostumbrados á admitir regalos de toda especie, áun á trueque de incurrir en el pecado de simonía. — M. B.

PISA (Francisco de). Era italiano y no aparece el punto en donde vió la luz, ni el año de su nacimiento. Recibió el hábito de la órden de Santo Domingo y profesó en la ciudad de Pisa, de donde tomó el sobrenombre. Fué enviado á las misiones de Oriente, y ejerció el cargo de predicador en el Asia, Persia y parte de la Tartaria. Murió en el año 1323, habiendo es-

crito : *Epistolam de martyrio quatuor FF. Minorum et de ministerio illis in vita ac post mortem à Fr. Jordano præstito.* — M. B.

PISA (Francisco de). Fué natural de Toledo, doctor en artes y sagrada teología ; recibió las órdenes sagradas y obtuvo una capellanía en la catedral de aquella ciudad con destino á la capilla muzárabe fundada por el cardenal Cisneros, en la cual se conserva aún la costumbre de celebrar el oficio divino segun el rito gótico, cargo honorífico por los privilegios y exenciones que tienen los sacerdotes pertenecientes á dicha capilla. Pisa se dió á conocer por varias obras importantes que dió á luz, fruto del retiro y del sosiego que su destino le permitia, aunque sus ocupaciones posteriores y el cargo de canónigo que se le concedió despues en la catedral de Segovia, le impidieron concluir algunas de las obras principiadas. He aquí el catálogo de ellas : *Historia de Toledo*, primera parte, impresa en 1605 en un tomo en fólio. Aunque el autor pagó el tributo comun á las preocupaciones de su época en materias literarias, haciendo alarde en esta obra de una erudicion inconveniente, intercalando muchas historias fabulosas y noticias poco verosímiles, es obra muy importante y que puede servir de guia para escribir una buena historia de la antigua capital de los godos. Esta obra la dejó sin concluir. — *Historia de la gloriosa vírgen y mártir Sta. Leocadia*, impresa en Toledo en 1589 ; algunos críticos han calificado esta obra del mismo modo que la anterior. — *Tablas de las ceremonias y oficio muzárabe*, impresa en dicha ciudad por Pedro Rodriguez en 1593. En 1613 se hizo edicion. Una y otra son en fólio. Más importante que las anteriores puede decirse que es esta produccion, pues además de contener todo el Ritual gótico, se da noticia del orígen de este oficio eclesiástico, único en el mundo, cuyo sostenimiento se debe á la ilustracion y munificencia del sabio cardenal Cisneros, que quiso perpetuar en la iglesia primada de las Españas la existencia de aquel recuerdo histórico religioso. — *Catálogo de los Santos ó varones insignes de la tercera órden de S. Francisco, su aprobacion y alabanza, con el Sumario de las indulgencias espirituales de que participan los que las siguen* ; 1617, en 4.° — *Estímulo de la devocion, ó Suma de ejercicios espirituales;* 1586, en 12.° — *Comentarios in Aristotelis libros de anima ;* 1576, en Madrid. — *Manuale ad sacramenta ex Ecclesia ministranda ;* Salamanca, 1683. — *Officium Sancti Dominici Silensis ;* Toledo, 1599. — Dejó inédita la obra *Summam casuum conscientiæ, sive commentarios de Sacramentis*, y sin concluir la *De sacris ritibus et ceremoniis in divum Thomam et Sacras Scripturas.* Murió en 1616, á los ochenta y tres años de su edad, siendo, como hemos dicho, canónigo de la catedral de Segovia, en cuyo destino gozaba de sumo aprecio y consideracion. — M. B.

PISA (Fr. Gaspar de). Era italiano, aunque se ignora el punto de su na-

cimiento. Tomó el hábito de la sagrada órden de los Menores Observantes de S. Francisco en la ciudad de Pisa, en cuyo convento siguió los estudios, desempeñando despues el cargo de maestro de teología. Escribió un *Tratado sobre el Maestro de las sentencias*, y un tomo de *Sermones cuaresmales* en lengua toscana. — M. B.

PISA (Jordan de). Era italiano, sin que conste el paraje donde nació, pues tomó el sobrenombre de Pisa en atencion á haber recibido el hábito de Santo Domingo y profesado en el convento de Santa María de Novella de dicha Orden en la ciudad de Pisa. Tambien se ignora el año en que pudo nacer, sabiéndose únicamente que florecia á principios del siglo XIV; pues el cronista Leandro Alberto le cita por los años 1310, presentándole como un varon distinguido por la santidad de sus costumbres, é ilustre por sus virtudes y por su vida ejemplar. Murió en la ciudad de Placencia el dia 14 de Setiembre de 1311, regresando de Francia adonde habia ido con una comision de la Orden. Por la fama de haber fallecido en olor de santidad y por algunos milagros que le atribuyeron sus hermanos de religion, dispusieron trasladar sus restos desde Placencia á Pisa, donde fueron colocados en un decoroso sepulcro junto al altar de S. Pedro en la iglesia de Santa María de Novella. La memoria de este varon no se ha divulgado tanto como debia, porque la incuria de los cronistas y el trascurso del tiempo han hecho que se pierda la noticia de muchas de sus acciones y no pocas de sus pláticas y homilías, en cuyo género se distinguió particularmente. Sin embargo, la diligencia de algunos hermanos de su Orden hizo que se conserváran varios sermones, entre los cuales merecen citarse los siguientes: uno predicado en la iglesia de Santa María de Novella el dia 3 de Marzo de 1304, miércoles de Ceniza, bajo el tema: *Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritæ tristes.*—Otro predicado en la misma cuaresma del propio año y en la mencionada iglesia bajo el tema del Génesis: *In principio creavit Deus cœlum et terram.* Estos sermones se hallaban en un hermoso códice escrito de gallarda letra, y que contenia otros varios de diferentes autores, el cual se conservaba en la biblioteca del convento de Predicadores de la ciudad de Florencia. En la librería de la antedicha casa de Sta. María de Novella se guardaba tambien otro códice en fólio, escrito en idioma italiano, cuyo título manifiesta que contiene todos los sermones predicados por el P. Jordan durante la citada cuaresma del año 1304. Poseen copias de estos códices la Biblioteca Real de Paris y la de Médicis de la ciudad de Florencia, segun aparece de los índices que revisaron detenidamente los PP. Echard y Quetif, cronistas bibliógrafos de la órden de Sto. Domingo. — M. B.

PISA (B. María de), religiosa dominica de la Orden Tercera. Nació en Pisa de padres nobles, distinguiéndose mucho por su gentileza y hermosura,

así era que vestia constantemente con el mayor lujo, preciándose de llevar adornos que aumentaban gracias á su elegante presencia. Casóse á los catorce años de edad con un caballero, que la dejó en el palacio de sus padres para tomar parte en la guerra que se hacian entónces los duques de Mántua y Milan, pero María no permaneció por mucho tiempo en la morada de sus suegros, retirándose á la de sus padres por causas que no nos refiere el biógrafo. Asistia diariamente á los oficios divinos del convento de los PP. Dominicos donde predicaba á la sazon el varon apostólico V. Fr. Tomás de Sena. En uno de sus sermones inspiró el Señor á María la luz divina, que le hizo comprender la vanidad de las grandezas humanas, lo inconstante de lo terreno, la brevedad de la vida y lo incierto de la hora de la muerte; fué á su casa llena de la gracia que habia depositado el Señor en su corazon, y comenzó desde luego á disponerse para una confesion general, paso el primero que debe dar todo hombre que camina por la senda de la virtud. No tardó en poner en ejecucion su pensamiento, y fortalecida con nuevos favores de la Providencia, á los pocos dias al regresar á su casa de oir el sermon del predicador ya expresado, se retiró á su oratorio y con nuevas luces, que comunicó Dios á su alma, se quitó los vestidos y adornos que llevaba, y llena de una santa impaciencia los arrojó todos al suelo haciéndolos pedazos. Sabido esto por su madre la reprendió, diciéndola, que cuando debia acompañar á sus dos hermanas que se hallaban próximas á casarse y animarlas á vestir galas y joyas no estaba bien se las quitase ella; á lo que contestó María aunque con suma modestia: «A mis hermanas no les faltará lo que necesiten para casarse, y á mí me falta el tiempo para dar en la cuenta y llorar el empleado en vanidades.» Murieron muy en breve sus hermanas y con este desengaño se confirmó María cada vez más en sus santos propósitos. Eligió por confesor al referido V. Fr. Tomás, al cual rogaba y suplicaba siempre con repetidas instancias la enseñase el modo y manera en que podria agradar más á nuestro Señor. Desde el dia de su conversion y renuncia que hizo de las vanidades mundanas dió principio á un continuo y riguroso ayuno. Nunca comió carne, y para que tomase este alimento cuando se hallaba enferma, era necesario que se lo mandase su confesor. Dormia siempre vestida, mortificándose con gusto de esta manera por serla muy sensible el dormir así en su natural delicado y pocos años. Usaba constantemente un silicio y otros instrumentos de mortificacion, que no se quitó nunca, ni se los vieron hasta despues de su muerte, haciendo con tanto disimulo estos ejercicios de penitencia, que nadie de la familia tuvo noticias de ellos; tomó el hábito de la órden tercera de Sto. Domingo, que la vistió su propio confesor, asistiendo á este acto lo más distinguido de su patria y en particular el religioso dominico Fr. Juan, arzobispo de Ragusa y cardenal de la Santa Iglesia Ro-

mana; profesó en el mismo dia é hizo los tres votos, aunque no solemnes, de obediencia, pobreza y castidad conyugal. Desde el instante en que llevó públicamente el santo hábito, se dedicó con la mayor asiduidad á la oracion, ya en la iglesia de su Orden, ora en su oratorio particular. Para quedar pobre á imitacion de Jesucristo, Señor nuestro, renunció en su madre cuanto tenia, distribuyendo parte con su licencia entre los pobres. Su humildad era tan grande como su obediencia, ejecutando con la mayor exactitud cuanto se la mandaba sin replicar nada, y siguiendo de la misma manera con la mayor puntualidad los consejos de su padre espiritual. Su castidad fué angelical, excediendo quizá esta virtud á todas las anteriores y perfeccionándola con una abrasada caridad, pues por amor á su prójimo y para que estos conocieran y amáran á Dios, deseaba que su confesor fuera á predicar y convertir infieles, posponiendo su consuelo y ventajas al bien espiritual de sus prójimos, y aunque conocia la falta que le hacia su venerable Padre, consentia en privarse de este consuelo en beneficio de los extraños. La venerable Sor María vivió así con este fervor y penitencia por espacio de cuatro años hasta que enfermó gravemente durante una epidemia que recorrió toda la Italia. En su enfermedad tuvo diferentes apariciones, que le indicaron la felicidad que en la otra vida le estaba preparada. Los que se hallaban presentes á su tránsito rezaron la recomendacion del alma, y al llegar á la súplica que dice: *Líbrad, Señor, el alma de vuestra sierva, como libraste á Santa Tecla de los tres tormentos*, contestó la enferma: *Amen*; y añadiendo: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, la recibió Jesucristo y llevó al cielo como se cree piadosamente. Sepultaron su venerable cuerpo en la iglesia del *Corpus Christi*, que lo es de religiosas terciarias de la órden de Santo Domingo. Su cadáver exhalaba un olor suavísimo, que no percibió sin admiracion el grande concurso que acudió á venerarla. Un año despues cuando abrieron su sepulcro le hallaron entero é incorrupto, como el mismo dia en que murió, y exhalando el mismo suave olor que ántes de darle sepultura.— S. B.

PISA (Pedro de). Nació en Italia y tal vez en la ciudad de donde tomó el nombre, lo cual se ignora, porque en su profunda humildad y resuelto como estaba á abandonar todas las vanas pompas y distinciones del mundo, jamás indicó cuál era su patria, ni el nombre de su familia. Debió nacer á mediados del siglo XIV, lo que tampoco es seguro; pero se conjetura así porque cuando empezó á distinguirse era hombre de madura edad. Llamándole su vocacion á seguir á Cristo por la senda de la mortificacion y pareciéndole que la vida de los claustros, áun la más austera y rigurosa, todavía se hallaba adornada de alguna comodidad, puesto que al fin los religiosos viven al resguardo de las inclemencias del tiempo bajo el techo de los monasterios, se propuso fundar una órden de las más austerísimas, basada en

las que observaban los solitarios de la Tebaida en los primeros tiempos de la Iglesia; y al efecto hallándose en Urbino el año 1380 y asociándose con algunos que deseaban, como él, consagrarse á Dios apartándose del mundo, estableció la comunidad llamada de los ermitaños de S. Gerónimo, los cuales vivian en los lugures yermos á imitacion del gran Doctor de la Iglesia, habitando en pequeñas ermitas construidas por ellos mismos, sujetos á un superior, aunque sin tener regla fija ni particular y sin hacer profesion, rigiéndose únicamente por las constituciones que Pedro de Pisa les dió y que sus sucesores continuaron haciendo observar. Esta Orden, aprobada por los Sumos Pontífices, siguió gobernándose de la misma manera hasta el papa Pio V, que obligó á todos los que entrasen en ella á hacer profesion como se verificaba en las demás religiones. No consta la época en que murió el fundador Pedro de Pisa.—M. B.

PISA (Pedro de), llamado asi por el lugar de su nacimiento. Este italiano fué agente en Francia del soberano pontifice Alejandro III, hácia el que no se hallaba muy bien dispuesta una parte del clero francés. Pedro de Pisa, despues de haberle nombrado dean de Saint-Aignau de Orleans, se dedicó á preparar y arreglar las jornadas para un viaje, que pensaba el Santo Padre hacer á Francia. Alejandro III le recompensó sus servicios; una bula de 1162 concedió grandes privilegios á la iglesia de Saint-Aignau, y el dean fué empleado honrosamente en muchos negocios de la mayor importancia. Pero aquí no vamos á considerarle más que como autor de cuatro cartas impresas en la *Coleccion de historiadores de Francia*. La primera de 1162 se halla dirigida al papa Alejandro, invitándole á manifestarse mas severo con los obispos morosos. «Tiempo es ya, dice Pedro de Pisa, de que la iglesia de Roma recobre su antiguo poder.» La segunda está escrita á un hombre y una mujer, que no estan designados más que por las iniciales F. T. Es una esquela de ocho líneas en que el dean les da gracias por un dinero que han prestado por recomendacion suya. «Veo, les dice, por la experiencia y por las obras, que sois verdaderos amigos mios.» El clérigo á quien se halla dirigida la tercera, tampoco está designado más que por la inicial T. Pedro de Pisa se queja amargamente de los obstáculos que impiden su correspondencia con este clérigo. «De mil cartas, le dice, no recibís más que una sola.» De este pasaje se deduce las muchas cartas que se han perdido de Pedro de Pisa. La cuarta y última de las que han llegado hasta nosotros, está escrita á Hugo, obispo de Soisons. El dean de Saint-Aignau se queja en ella de un clérigo, llamado Felipe, empleado en la Secretaría del Rey, y que no acepta ninguna de las citas que se le proponen, so pretexto de la multitud de negocios que le ocupan y que ni áun le permiten prever los momentos que tendrá libres. Pedro de Pisa murió en 1196: se presume así, porque desde este año no se

encuentra ninguna mencion suya en las actas de Saint-Aignau. Se ha supuesto algunas veces, sin embargo, que vivió hasta 1178. En el volúmen décimo de la coleccion de historiadores de Francia hay dos cartas de Alejandro III dirigidas á Pedro de Pisa y al cabildo de Saint-Aignau, la una de 1167, y la otra de Mayo de 1176. —S. B.

PISA (Pedro de). Este religioso y otro cohermano suyo, llamado Domingo de Pistoya, eran profesos en el convento de S. Marcos, del órden de Predicadores, de la ciudad de Florencia, ignorándose en que época tomaron el hábito así como la mayor parte de las circunstancias de su vida. Los cronistas de su Orden han hecho especial mencion de ellos, únicamente por ser dos hábiles tipógrafos en la época en que el arte de la imprenta acababa de salir de las manos de su inventor. Ejercieron estos religiosos su profesion en la imprenta establecida en el mencionado convento de S. Marcos, la cual produjo multitud de ediciones que algunos bibliógrafos hacen subir á doscientas cuarenta, de excelentes libros místicos, en los cuales seguramente tomarian parte los indivíduos que motivan este artículo biográfico, aunque solo lo dejaron consignado expresamente en el libro que se publicó con este título: *Leyenda de Sta. Catalina de Sena*; Florencia, en el convento de Padres Predicadores, por mano de los dos religiosos Domingo de Pistoya y Pedro de Pisa, año 1477, un tomo en 4.° —M. B.

PISA (Nicolás de). La poca exactitud de los cronistas de la época, que generalmente se detienen en digresiones inútiles sobre asuntos de escasa importancia, cuidándose muy poco de la consignacion de fechas, tan necesarias para fundar las biografías, ha hecho que ignoremos la patria y año del nacimiento de este religioso dominico, como nos sucede con otros varios, y que no sepamos tampoco sus antecedentes ni el tiempo en que ingresó en la religion, y en que pronunció sus votos. Nos le presentan ya siendo padre profeso en el convento de S. Marcos de la ciudad de Florencia, constando solo que era italiano, debiendo suponerse por el sobrenombre con que se le distingue, que profesó ó que por lo ménos estuvo en el convento de dicha órden de Predicadores de la ciudad de Pisa. Vivia á fines del siglo XV, y debió morir á principios del XVI. En la biblioteca del dicho convento de S. Marcos se conservaban inéditas las siguientes obras suyas: *Expositio orationis dominicæ per sermones prædicabiles et alii sermones Fr. Nicolai Pisani ordinis FF. Prædicatorum relicti at eodem quæ composuit eos conventus S. Marci de Florentiæ Ord. Præd. Sermonis de quibusdam sanctis scriptis à fratri Nicolao Pisani, patre venerabili. Sermones dominicales et de sanctis.* Todos estos se hallan reunidos en un códice en fólio, en cuyo principio se leen las siguientes palabras: *Hic liber est conventus S. Marci de Florentiæ Ordinis Prædic. scriptus manu Fr. Nicolao de Pisa.* Conservábase en la mencionada

librería otro códice que contenia lo siguiente: *Sermonarium Fr. Nicolai Ordinis Prædic. Expositio super Miserere mei Deus, et super sermonem dominicum, edita et scripta á venerabili fratre Nicolao Pisani Ord. Prædic.*— M. B.

PISA (Rainerio de). Nació en la célebre ciudad del mismo título, el cual tomó por sobrenombre al profesar en la sagrada Orden de Predicadores, no constando cuál fuese el apellido de su familia. Pronunció sus votos solemnes siendo muy jóven todavía en los primeros años del siglo XIV. Fué varon distinguido en el claustro, y aspiró á conseguir la perfeccion de la vida monástica, ya dedicándose al estudio de las ciencias eclesiásticas, ya practicando varios ejercicios de virtud. Murió en el año 1351 con notable fama de santidad. Escribió varios tratados sobre asuntos teológicos, sobre interpretacion de algunos puntos de la Sagrada Escritura y sobre derecho canónico. Todas sus obras se coleccionaron bajo el título de *Pantheologia*, y muchos de los tratados que contenia esta coleccion se dieron á luz poco tiempo despues de la invencion de la imprenta, como lo prueba el ejemplar que vieron los PP. Echard y Quetif, cronistas de su Orden, el cual ejemplar no tenia lugar ni año de impresion segun se acostumbraba en los primeros dias del arte tipográfico.—M. B.

PISAKIO (Lorenzo), jesuita. Fué natural de Silesia, y por espacio de diez y ocho años desempeñó el cargo de rector de un colegio de la Compañía con notable esmero y con general aceptacion. Atendido su carácter, se le mandó al ejército católico, que hacia la guerra en Alemania contra los herejes, para auxiliar á los moribundos y prestarles todos los socorros que pudieran nececitar. En una batalla dada en los campos de Leipsik, un jefe de los protestantes le vió confesar á un herido; y prendiéndole, le preguntó quién era y á qué religion pertenecia. Sabiendo que era sacerdote de la Compañía, le mandó blasfemar de la Santísima Vírgen; pero en vez de hacerlo Pisakio, prorumpió en alabanzas de esta augusta Señora, por lo que irritado el hereje le dió una cuchillada en la cabeza, y atravesándole el cuerpo con dos balas le quitó la vida en 22 de Noviembre de 1642.— M. B.

PISAN (Luis). Nació en Sassetor, lugar situado á dos leguas de la abadía de Fecamps en 1646. Profesó en la congregacion de S. Mauro en 6 de Mayo de 1669, y murió en la abadía de Saint-Ouen de Ruan en Mayo de 1726. Se hizo célebre por la publicacion de una obra titulada: *Tratado histórico y dogmático de los privilegios y exenciones eclesiásticas*, la cual hizo circular sin poner lugar de impresion, nombre de impresor, aprobacion, licencia, ni otra alguna de las formalidades en aquel tiempo exigidas para dar á luz algun escrito.— M. B.

PISANI (Francisco). Fué veneciano, y llamado por antonomasia *el Cardenal de Venecia*. Recibió el capelo de manos del papa Leon X, y fué nom-

brado arzobispo de Narbona en 1517. Cuando supo la toma de Roma y la prision del papa Clemente VII por las tropas españolas al mando del duque de Borbon en 1527, fué tan grande su afliccion, que sufrió un terrible ataque y estuvo á punto de sucumbir. Durante la cautividad del Papa celebró un concilio en Narbona para ventilar algunos graves negocios eclesiásticos, y el Pontífice aprobó cuanto en él habia tratado. Pasó luego á Roma y murió siendo dean del colegio de Cardenales en 1564. Fué obispo de Pádua, Albano, Frascati, Porto y Ostia. Coronó á los sumos pontífices Marcelo II y Paulo IV, y dejó una grata memoria de su mérito y sus virtudes.—M. B.

PISANI (Luis). Fué natural de Venecia. Despues de elevado al sacerdocio y por cesion de su primo Francisco Pisani, fué nombrado obispo de Pádua. El papa Pio IV le envió al concilio de Trento, donde se distinguió por su elocuencia y su sabiduría. A su regreso á Roma obtuvo como recompensa el capelo de cardenal y la plaza de presidente de la Cámara Apostólica, destino que renunció al poco tiempo de obtenerle, retirándose á Venecia, donde murió en el año 1570.—M. B.

PISANO ó DE PISA (Alfonso). Nació en Toledo en 1527. A los veintiseis años de su edad, habiendo cursado filosofía y siendo licenciado en medicina, renunció al mundo ingresando en la Compañía de Jesus. Enviado á Roma á continuar sus estudios, cursó la teología, recibiendo el grado de doctor en esta facultad. En sus ratos de ocio hizo una traduccion muy esmerada de Aristóteles, que mereció sumo aprecio. Pasó luego á Ingolstadt en Alemania, y residió varios años en un colegio de la Compañía en Polonia, desempeñando una cátedra de teología. El cardenal Baronio, en sus *Anales*, tomo VI, hace el elogio de Pisano diciendo que fué varon doctísimo, notable por la modestia de sus costumbres, insigne conocedor de toda la literatura de su tiempo, célebre filósofo y orador. Escribió en latin las obras siguientes: *El primer Concilio general de Nicea*, dividido en cuatro libros, impreso en Colonia, en 8.°—*Tratado de la abstinencia y de la continencia, del ayuno y la delectacion en la comida*, impreso tambien en Colonia, en 1587, en 8.°—*Tratado de cuestiones y controversias de fe.*—*Respuesta católica á la carta de Jacobo Niemorenski sobre la Iglesia y el Pontífice;* 1587, en Posnania.—*Breve refutacion de ciento trece errores de los sectarios del siglo acerca de los siete sacramentos de la Iglesia;* Posnania, 1587, en 4.° Pisano murió en 1597, siendo de edad de más de setenta años, en la ciudad de Kalich, reino de Polonia.—M. B.

PISANO (Angelo). Era natural de la ciudad de Pisa en la Etruria. Ignórase el año de su nacimiento, pero debia ser de alguna edad cuando tomó el hábito de los Menores Franciscanos, en cuya Orden entró á causa de haber oido predicar al bienaventurado S. Francisco de Asis. Tan notable se hizo

por su sabiduría, piedad y humildad, que el bendito fundador le comisionó para pasar á Francia en 1216, con objeto de fomentar el establecimiento de la Orden, llevando en su compañía á Fr. Pacífico, que fué el primer provincial nombrado para las Galias. Habiendo obtenido Pisano licencia para construir un convento en París, fué nombrado guardian de él, y al poco tiempo custodio de la provincia. Creciendo la fama de su santidad y de su aptitud para los negocios, el fundador le mandó pasar á Inglaterra, en compañía de Alfonso de Pisa y de otros religiosos, para establecer la fundacion, yendo nombrado el dicho Alfonso para primer provincial. El dia 3 de Mayo de 1220 llegaron á Lóndres, y habiendo merecido una favorable acogida del monarca Enrique III, y de todos los prelados ingleses, empezaron á extender el instituto franciscano por aquellos dominios. En muy breve tiempo fundaron algunos conventos, ingresando en ellos y profesando la humilde regla de los Menores muchos obispos, abades, monjes y no pocos sabios maestros de teologia. Fr. Angelo llegó á merecer la confianza del Rey y de sus consejeros, trabajando muchísimo en diferentes ocasiones para arreglar las cuestiones y disputas, que con gran frecuencia se suscitaban entre el soberano y los magnates del pais. En tan meritorios empleos, y practicando al mismo tiempo las más austeras penitencias y la más acrisolada virtud, pasó á la eterna vida el dia 13 de Marzo de 1233, falleciendo en el convento de Oxford con fama notable de santidad, la cual se confirmó con varios milagros. Fué enterrado en lugar aparte dentro de una caja de madera. Despues de algunos años quisieron los frailes trasladar sus restos á más honorífico sepulcro, y encontraron que sus carnes se habian convertido en una especie de bálsamo de sin igual fragancia, y que sus huesos blancos y tersos sobrenadaban en aquel licor, lo cual causaba notable contraste con la caja que se habia corrompido por el trascurso del tiempo, de modo que al levantarla con poco cuidado se quebrantó derramando por el pavimento aquel precioso líquido, que dejó por muchos dias un incomparable perfume. Los huesos fueron colocados con gran reverencia y solemnidad en el mausoleo preparado al efecto, donde se conservaron con mucha estimacion por un espacio indefinido de tiempo.—M. B.

PISANO (Enrique). Era natural de la ciudad de Pisa, y vivia en Roma por los años 1145. El pontífice Eugenio III, deseando premiar su talento y sus virtudes, le creó cardenal bajo el título de los santos Nereo y Aquileo, y fué el que más legacías desempeñó en su tiempo, en que los viajes eran tan expuestos y tan penosos, y el que más comisiones importantes y delicadas llevó á cabo. No fué solamente el papa Eugenio el que hizo uso de su talento para emplearle; sus sucesores le encargaron tambien de varias comisiones. Adriano IV le envió cerca del rey de Sicilia con una embajada de conside-

racion, y despues con otra á Federico I, emperador de Alemania, que mal quisto con el Pontífice, descargó su cólera contra el legado, mandando aprisionar á Enrique y sus compañeros, que sufrieron infinitos trabajos hasta recobrar su libertad. El papa Alejandro III le colmó de honras y mercedes, enviándole á Francia con motivo del cisma que se habia suscitado, y que Enrique logró componer y terminar satisfactoriamente, sosteniendo los derechos del Sumo Pontífice. Tambien pasó á Inglaterra donde tuvo estrecha amistad con el santo mártir Tomás de Cantorbery, quien solamente aceptó el arzobispado por las insinuaciones y consejos que le dió este Cardenal. Pisano llegó á una edad muy avanzada, y murió en Roma sin que nos haya sido posible averiguar el año. —M. B.

PISANO (Francisco). Fué natural de Palermo en la isla de Sicilia y perteneció á la tercera órden de San Francisco, pero saliendo de ella por causas que se ignoran, se ordenó de sacerdote y fué sucesivamente arcipreste y canónigo, protonotario apostólico y comisario de la Inquisicion en Sicilia. Murió en el año de 1663. Escribió y publicó una obra titulada: *Considerationes de excellentia et regia sobole S. Augustini, ex elogio et profussionibus SS. Patrum et Doctorum in epitome decerptas;* Palermo, 1654, en 4.° Tambien dejó escrito un *Tratado sobre la administracion de los Sacramentos*, que no llegó á publicarse. —M. B.

PISANO ó Pizaño de Palacios (Alvaro). — Véase Palacios (Alvaro Pizaño de).

PISARO (Fr. Juan Bautista) religioso franciscano de la provincia de San Gregorio de Filipinas, donde se distinguió mucho por sus grandes virtudes y los servicios que tuvo ocasion de prestar en aquellos países. Estuvo encargado de la fundacion, gobierno del convento de Macao y direccion de su comunidad y novicios, á los que educó en el primitivo rigor de la observancia de su regla, sin que por esto descuidase la asistencia al hospital de aquella ciudad, el continuo ejercicio de la predicacion y confesion y conversion de los gentiles que vivian en aquel suelo, siendo al mismo tiempo universal consuelo de todos los cristianos. Era muy á propósito para enseñar y poner en práctica lo que enseñaba, y por esto fueron muchos los novicios que recibió y grande el aprovechamiento de ellos con su santo ejemplo, pues no parecian novicios, sino varones ejercitados desde muchos años ántes en toda clase de actos de virtud. En poco tiempo aprendian mucho, dice la crónica, con solo ver á nuestro Fr. Juan, porque sus obras eran la mejor leccion. Apreció en gran manera aquella ciudad sus grandes cualidades, porque con él logró la conversion de muchos gentiles á nuestra santa fe, la reduccion de muchos pecadores á buena vida y costumbres, para lo que Dios le habia dotado de gracia especial, y así consiguió arrancar á mu-

chos de los escollos del mundo, llevándolos al seguro puerto de la religion. Trabajó tambien con buen éxito en la mejora y reedificacion del nuevo convento, que llevó á cabo en los términos que lo exigian las cada vez más crecientes necesidades. Pero viendo los macaneses el aprecio que entre el pueblo gozaba el P. Juan Bautista, y temiendo que la grande extension que á su fundacion habia dado sirviese para que se apoderasen los castellanos de Macao arrojando de aquella plaza á los portugueses, que les servia de escala para la China, Japon y la India Oriental, decidieron obligarle á abandonar á Macao pero no empleando en un principio más que los medios decorosos que á su dignidad correspondian. Presentósele, pues, un caballero portugués que á decir del cronista le dirigió las siguientes palabras: «R. Padre, la experiencia que ya tiene V. P. de nuestro sano proceder ha manifestado la fina reverente devocion de nuestra nacion al sagrado hábito de nuestro santo y llagado Serafin. La fundacion de este convento está publicando lo devoto y piadoso de esta ciudad, pues con sus frecuentes limosnas se erigió, se amplió y se mantiene hoy en bastante número de comunidad. Los numerosos concursos que acuden á él, dicen bien el gran concepto que hacen de su santidad y aprecio de los siervos de Dios que habitan en su estrechez, y que es de la comun edificacion el instituto, la vida y el lugar en que todos, como verdaderos católicos, alabamos á Dios de que nos haya visitado con favor tan singular. La ninguna repugnancia de toda esta ciudad para condescender á cuanto le propone V. P. es indicio claro de la reverencia que todos tienen á su venerable persona y virtud, y de cuánto le deseamos todos obsequiar y complacer. Y todo esto junto es argumento evidente del deseo grande que todos tenemos de la permanencia y aumento de lo que sirve de tanta gloria á esta ciudad y á nuestra nacion, que en punto de religion ha tenido tan sentados sus créditos desde la antigüedad, que sus conquistas han sido por la dilatacion de la santa fe. Este solo deseo y sincero fin es el que nos movió á que estuviesen los religiosos castellanos libres de toda contradicion en tierra que es de la jurisdiccion de Portugal, y con su amparo lograse los incrementos que todos deseamos tan gloriosa fundacion, interesándonos todos en la filiacion de la Seráfica Religion y en obsequio de tan verdaderos hijos de San Francisco como son los de la descalcez. Frustróse nuestro sano fin, porque la fortuna adversa desgració los medios de su consecucion, y conjurándose los elementos contra una resolucion de tanta piedad, nos dieron la mala hora que nunca dejaremos de llorar. Esta la quisieramos ahora reparar los que tenemos la especial incumbencia de mirar por el bien comun. Y considerando que lo mismo que anhelamos, que es la permanencia y aumento de esta fundacion, no tiene la necesaria seguridad sin el amparo del Sr. Virey de la India Oriental, siempre estamos temerosos de perder lo mis-

mo que deseamos conservar y fomentar: y fuera bueno que V. P. hiciese la diligencia que frustró la fatalidad, quedando al cuidado de nuestra devocion su trasporte á Goa con toda la decencia mayor, pues solo con la representacion de la venerable presencia de V. P. confiamos la felicidad y el buen éxito de lo que á todos nos está bien.» Este discurso del portugués, continúa el mismo cronista, no fué sino un ardid de nuestro enemigo comun para atajar tanta cristiandad como habia de resultas de la que ahora empezaba á crecer, pues no solo le amedrentaba el valiente espíritu de nuestro Pisaro, sino que se reservaba de sus efectos, sabiendo que se habia de arrojar hasta á la muerte con la mayor intrepidez, y que la Iglesia de Dios se extenderia por la gentilidad perdido el miedo á padecer y á morir, creciendo el número de franciscanos descalzos en Macao. Pero Fr. Juan Bautista Pisaro, que no ignoraba la doctrina celestial que dió nuestro Redentor á todos los varones apostólicos, encargándoles la simplicidad de la paloma para no engañar, y la sagaz prudencia de la serpiente para que no puedan ser vencidos por los engaños de los demás, conoció que era astucia infernal la del hidalgo portugués, pues por grande que fuese el odio de la nacion, las consecuencias serian mucho mayores de lo que podia proponerse el mismo portugués, y asi con su prudencia, modestia y humildad acostumbradas, dió respuesta á su razonamiento con esta breve cuanto firme resolucion: «Cierto es que la vocacion divina que nos guió á la seráfica descalcez y al archipiélago de Filipinas, tan distante de nuestro patrio solaz, fué para la conversion de la infidelidad y por ella padecer y morir: y que para hacer cierta, como nos encarga S. Pedro, nuestra vocacion y eleccion, dimos el primer asalto á la ciudad de Canton mi difunto prelado, mis compañeros y yo, y dimos las primicias de nuestro padecer por amor á la católica fe que quisiéramos propagar; pero cuando pudiéramos haber logrado este fin, ó el de nuestras vidas, que hubiera sido nuestra última felicidad, nos privó de ambas dichas el caviloso mal fundado temor de Macao, y aunque de sus ciertos desengaños da verdadero testimonio este convento con su fundacion, le dará eternamente de su inconstancia nuestro santo prelado con su intempestivo fin. Pero esto no puede ignorarlo V. ni se le oculta á Dios, que como padre proveerá de remedios segun la necesidad. Yo no puedo negar los repetidos favores de esta piadosa ciudad, en que conozco visible la mano de Dios; porque, ¿quién soy yo para poderlos merecer y retribuir, si aquí no obrára como padre de pobres su Majestad? Con que mi propio tributo es mi propia confesion, con la que rindiendo las debidas gracias á Dios, le encomiendo de corazon á toda esta ciudad, que es mi único posible modo de agradecer lo que ocupára á mi comunidad y á mi. Este conocimiento de mi propia inutilidad, es preciso que tambien lo tenga V. y cualquiera que se precie de hombre de razon y me reconozca

súbdito pendiente de ajena voluntad, pues estando esta fundacion sujeta al custodio de Filipinas, y de consiguiente al provincial de la santa provincia de S. José, no puedo yo tomar grave determinacion por mí, que á mí solo se me ha encargado este convento para su aumento y direccion, y esta sin faltar á la obediencia no la puedo dejar. Doy el que fuese conveniente el ir yo personalmente al señor Virey, pero esta conveniencia se debe posponer á la mayor necesidad. Esta está tan patente á los ojos de toda la ciudad como lo está á los de V., pues siendo este convento un nuevo jardin que se empieza á cultivar, que está lleno de nuevas y tiernas plantas, aún no capaces para dejarlas á su libertad; con el peligro de que fácilmente se pueden secar ó se pueden torcer y que necesitan de una esmerada vigilancia de jardineros hábiles y de satisfaccion, no habiendo aquí más jardinero que yo, aunque yo sea tal, ¿cómo tengo de desamparar el jardin que la obediencia me encargó, y que, como V. dice, y dice bien, son las niñas de los ojos de esta devota ciudad? Sería la muy sensible el ausentarme yo, pues con mi ausencia todo se habia de perder faltando la contínua direccion á las plantas y al jardin: y sobre faltar yo aparentemente á mi religiosa obligacion, se perderia una obra de tanto lustre para esta ciudad y en que tiene puesto el corazon, y esta no puede ser la mente de la ciudad, como ni la mente de Dios que se pierda el último fin de la conversion por desamparar yo mi convento y mi comunidad. Arbítrense otros medios de mayor proporcion en que mi sentido agradecimiento les pueda servir, pues estoy imposibilitado á obedecerles en esto de salir yo de Macao, pues es en grave detrimento de mi conciencia con claridad, siendo contra la voluntad de Dios, contra la de mis prelados, contra la de esta ciudad y contra la del bien comun.» Comprendió muy bien Fr. Juan, de dónde provenia toda esta intriga, y decidido por lo tanto á desarmarla, puso doble empeño en educar á la juventud, instruir á los novicios en la observancia de la regla, enseñándoles con su ejemplo y doctrina toda clase de virtudes, y alentándoles á seguir el camino de la perfeccion, para que si llegase él á faltar pudiesen seguirlo sin su ayuda y auxilio. Continuó al mismo tiempo en sus predicaciones con mucho más fervor que ántes, por lo que los portugueses, viendo les habia salido mal su primer intento, trazaron otro nuevo plan para hacerle salir de la ciudad; pero el P. Pisaro, que como apostólico varon habia fundado toda su gloria en padecer por la cruz, manteniéndose en su primera resolucion, concluyó por decir: «Si me metieran en la cárcel los señores hidalgos de Macao, daré en ella á los presos gentiles noticias de le verdadera ley, y á los cristianos saludables doctrinas para el arrepentimiento de sus culpas y para su salvacion, y así estaré ocupado en lo mismo que deseo yo. Si me quitasen la vida, que es á cuanto puede llegar, moriré por Cristo y por su fe, que es lo que vine á predicar; y de cual-

quier modo que dispongan de mí, siempre vendré á conseguir lo mismo que deseo yo.» Firme, pues, en este propósito, y deseoso de conseguirle, se puso á impetrar el auxilio del cielo, empleando para ello las más rigurosas penitencias. Empezó á ayunar con tanta austeridad, que solo comia yerbas silvestres y sin cocer, cambió el hábito de sayal en otro de cerdas tejidas, dejó la celda que tenia para habitacion, y se recogia de noche en un hueco debajo de una escalera comun, acostándose en el duro suelo y teniendo por oratorio lo retirado y oculto del lugar. Sin faltar además á acto alguno de la comunidad, salia á la cura y asistencia del hospital y á los ejercicios de confesion y predicacion, con mucho más espíritu, fervor y libertad que anteriormente. Amábanle tiernamente muchos de la ciudad, edificados de su grande virtud, y áun intentaron hacer las paces entre ambos partidos; mas viendo los de Macao que ni con estratagemas, ni con ruegos, ni con amenazas, podian rendir su corazon ni atraerle á su voluntad, se valieron del mismo exceso de su virtud, suponiendo se hallaba demente, procurando manchar su opinion para impedir continuase ganando ánimos con sus continuos ejemplos de edificacion. Decian segun el cronista: «Con sus locuras nos perturba la paz de la ciudad, y esto no lo podemos permitir siendo un daño comun; y pues no han bastado los medios prudentes que se han tomado para su reduccion, el castigo es el que le ha de reducir.» Y firmes en su resolucion se fueron al convento, poniendo en prisiones al V. Juan Bautista, cuya paciencia, léjos de humillarse por esto, se creyó con verdad ensalzada y triunfante. Atado con una gruesa cadena le arrancaron de los brazos de los novicios y religiosos, que defendian á su padre y pastor con lágrimas y súplicas, y le trasladaron á la nave que tenian preparada para su salida, entregándole al capitan para que bajo su responsabilidad le entregase al Virey. Acompañábale en esta ocasion Fr. Antonio de Santo Tomé, que era uno de los religiosos que habian profesado en Macao y le amaba con filial cariño. Verificábanse estos sucesos en 1581, que fué en el que salió la nave del puerto de Macao, comenzando desde aquel momento á mejorar la suerte del P. Juan Bautista, pues habiéndole quitado la cadena con que tan injustamente se hallaba aherrojado, le dieron la debida veneracion y se echaron á sus pies, pidiéndole perdon por los malos tratamientos que le habian hecho sufrir. Asistianle con el mayor esmero, y aunque Fr. Juan solo admitia lo más preciso, procuraba recompensárselo con sus santos ejemplos y continua predicacion, pagándoles á todos sus buenas obras con las reglas que les daba para vivir bien. Caminaron así hasta Malaca en la mayor amistad y compadecidos de sus trabajos sus compañeros de viaje, ó edificados de su gran paciencia y santidad, y convencidos de la injusticia con que se le habia tratado; apénas saltaron en tierra hicieron tales

elogios de su santidad y de la maldad de sus émulos, que los moradores de Malaca le miraron como siervo de Dios, y áun ántes de conocerle y apreciar su virtud salieron á recibirle hasta el navío, dándole las mayores muestras de veneracion. Entró, pues, en la ciudad en medio de un lucido acompañamiento, aunque su humildad hubiera deseado negarse á las honras que le hacian; hubo de ceder, sin embargo, lo que no hizo en punto al hospedaje, pues eligió el convento de Sto. Domingo, agradeciendo su oferta á los que le habian prometido admitirle en su casa. Estaban, pues, esperando la salida de los navíos que habian de ir á Goa, y en que habian de ser llevados á presencia del Virey, cuando llegó á vista de Malaca una nave que, procedente de Cochin, se dirigia al puerto de Macao. Iba en ella por cabo superior y nombrado capitan mayor de esta ciudad un caballero portugués, llamado Arias Gomez de Miranda, quien se detuvo en Malaca todo aquel año y parte del siguiente, hasta que prosiguió su viaje á tomar posesion del puesto que se le habia últimamente concedido. Presto comprendió este caballero las molestias que se habian hecho sufrir en Macao al V. Padre; supo los motivos de tan escandalosos sucesos, y convencido de que habian sido originados del odio oculto bajo las apariencias del celo y la virtud, le pareció que hacia un gran servicio á Dios y al nuevo Rey en amparar la inocencia y santidad de aquel que estaba venerado como santo en la opinion comun, y llevarle consigo á Macao, donde con la autoridad de su cargo le hiciese restituir en el puesto que le habian usurpado los de aquella ciudad. Con esta resolucion fué á visitar al P. Pisaro su nuevo protector, no tardando ambos en hallarse unidos por los vínculos de la más estrecha amistad. Trataron muy maduramente la referida resolucion, que dejó Fr. Juan en manos del caballero portugués, dándole infinitas gracias por su celo, piedad y devocion. Comprendió éste su grande virtud, y le dió en público el aprecio que merecia, visitándole con frecuencia, confiándole secretos de importancia, y dejando á su dictámen la evacuacion de muchos negocios; de manera que fué el instrumento visible de que se valió el Señor para que los moradores de Malaca enmendasen los yerros de los de Macao, dándole muchas más honras de las que allí le habian privado. Suplicaron predicase algunos sermones en el tiempo que se detuviese en aquella ciudad, y haciéndolo él con el celo, espíritu y libertad que acostumbraba hacerlo en Macao, mereció de justicia la aceptacion comun y el séquito de su doctrina, convenciéndose de que no era demencia su santo fervor, ántes por el contrario fueron grandes los frutos que recogió en aquella ciudad. Visitábanle todos, lo mismo el Obispo que el capitan mayor y los religiosos de mayor categoría, y todos le veneraban como á perfecto varon, consultándole por su sabiduría y prudencia. Hallándole al fin el sugeto más competente y á propósito para las circunstancias que entónces corrian, se

valieron de él para que preparase los ánimos para la jura de Felipe II como rey de Portugal, que debia hacerse en aquella ciudad y tenia acobardado á su gobernador, quien solo por la grande autoridad y buen concepto que allí gozaba el P. Pisaro esperaba el buen resultado de su comision. No se engañaron en este juicio los que le habian formado, porque lo fué disponiendo todo con tanto acierto, que no tardaron en reconocer á Felipe II por su legítimo soberano, jurándole y dándole la obediencia de tal con grande alegría y aumento en la reputacion del P. Juan Bautista. Valióse de ella el siervo de Dios para obtener buen éxito en una pretension que casi desde su llegada habia entablado con el obispo de aquella ciudad: consistia ésta en la fundacion de un convento de su Orden. Insistiendo hospedarse en uno que á ella no pertenecia, y en el que de consiguiente tenia que variar sus costumbres para seguir prácticas completamente distintas, obtuvo del Obispo le diese por habitacion, todo el tiempo de su residencia en Malaca, una ermita que se hallaba en un montecillo fuera de los muros de la ciudad, con la advocacion de nuestra Señora de la Bocachina; lo que se le concedió retirándose á aquella ermita, donde con gran júbilo de su corazon, apartado del mundo, se empleaba en el culto de la imágen de la Madre de Dios, en alabanzas divinas y santa contemplacion, saliendo de allí Fr. Juan á otros ejercicios que le dictaba su caridad. Como todas sus obras eran de edificacion universal y de utilidad comun, no tardó en convenir el mismo Sr. Obispo en que fundasen allí otro convento como el de Macao, de lo que se alegró el P. Pisaro, admitiendo la fundacion en nombre de la custodia de Filipinas y de su madre la santa provincia de S. José, dejando la direccion en manos del Sr. Obispo. Hizo este tan buenos oficios con la ciudad, que dieron todos su consentimiento sin tardanza alguna, comenzando así á establecerse la custodia de S. Gregorio. En el mismo año de 1581 salió de la Iglesia catedral una solemne procesion, en que iba el Obispo con su clero, los PP. de la órden de Sto. Domingo y de la Compañía de Jesus, con todo el acompañamiento de lo más noble de la ciudad, y llevando á nuestros dos religiosos á la ermita que les servia de habitacion, les dieron la solemne posesion de aquel lugar, con toda la formalidad que se acostumbra en tales casos, y cambiando á la ermita el nombre de María con el de su esposo el patriarca S. José. Comenzada así esta fundacion, no tardaron los devotos en manifestar su caridad por medio de sus limosnas, siendo éstas tan frecuentes que con ellas pudieron respirar los religiosos y hacer un convento de su humilde habitacion. Construyeron la iglesia con pobreza, hicieron algunas estrechas celdas y otras habitaciones de tablas, y establecieron los ejercicios monásticos en la mejor forma que les fué posible. Recibió el P. Juan Bautista á algunos novicios que se le habian presentado pidiéndo el hábito

seráfico, y procuró instruirlos con eficacia y brevedad en la perfecta observancia de su santa regla y excelentes costumbres de su Religion, previendo lo que no debia tardar en suceder. Consiguió en efecto enseñarlos tan en breve á caminar por la senda de la perfeccion, que podian muy bien servir á otros de guia en el camino de la perfeccion religiosa. Alegróse mucho la ciudad con la nueva fundacion, y miraba con tal cariño al P. Fr. Juan que no podia avenirse con la idea de su pérdida. Pero llegado el tiempo de la partida del capitan mayor de Macao, no tuvo más recurso que marchar á aquella ciudad, á pesar de las grandes diferencias que hubo entre los de Malaca para concederle el permiso. Hallábase ya en esta sazon ordenado de misa su buen compañero el P. Fr. Antonio de Sto. Tomé, y dejándole para gobierno de los novicios y fomento de aquella fundacion, se embarcó para Macao á mediados del año 1582. No fué en esta ocasion de lo más feliz su travesía, pues levantada una furiosa tormenta, arrojó el navío á las costas de la China con tan grave detrimento, que tuvieron que saltar en tierra y detenerse hasta el mes de Julio para hacerle componer. Llegaron en el mes de Agosto á Macao, siendo en un principio recibidos con grande aplauso, el que se aumentó cada vez más, borrándose por completo la memoria de los sucesos pasados. Con no ménos ternura y regocijo le recibieron los religiosos, pues le veneraban como á padre, y no tardaron en volver á dedicarse á sus antiguos actos y ejercicios espirituales con la mayor paz y quietud, porque habia cesado la persecucion con la union de las dos coronas de Castilla y de Portugal, y queriendo aprovechar este suceso en beneficio de los progresos de la religion del Crucificado, comenzó á trabajar en el vasto proyecto de la conversion del imperio de la China, dedicándose á aprender aquel idioma, no sin algunas dicultades por su extremada ancianidad. Con este objeto fundó además un colegio ó seminario cerca de su convento en que se pudiesen educar niños y proveerse de todas las naciones que se hallasen allí para que instruidos en la doctrina evangélica y misterios de nuestra santa fe, pudiesen comunicarlos cada uno en su propia patria y nacion, y extender así la doctrina de Jesucristo por toda la redondez de la tierra, segun el celo que tuviesen por la salvacion de las almas. Mas fueron tantos los impedimentos y dificultades que se presentaron á este proyecto, que tuvo que modificarle en gran manera para poder llevar á cabo su realizacion. Hizo edificar dentro de la misma clausura del convento una habitacion de bastante capacidad y de bastantes celdas, aunque pequeñas para habitacion; y de los pobres chinos japoneses y sianeses que acudian á mendigar á la portería recogió hasta unos veinte, los que le parecieron más dóciles y de mejor inclinacion, y los distribuyó para vivir en las celdas. Les daba de comer y vestir y les enseñaba los misterios de nuestra santa fe y ley del verdadero

Dios, aprendiendo él al mismo tiempo el idioma chino en sus conversaciones con ellos. Apénas estuvo algo práctico en esta lengua, quiso aprovechar las ocasiones que se le presentaron para llevar á cabo su fin de pasar á la China y emprender la predicacion del Evangelio en aquel país; pero nunca se lo quisieron permitir los de Macao, diciendo que se irritarian los mandarines chinos con la predicacion de la nueva ley, y se perderia el trato, comercio é intereses de Macao. Este exceso de zelo volvió nuevamente á perder al P. Pisaro, contra quien no tardó en haber diferentes quejas por su instancia en embarcarse para emprender la mision de la China, por la que fué enviado á Malaca como custodio de aquella provincia y guardian de aquel convento que habia él fundado, y que gobernó hasta que tomaron posesion de él los religiosos portugueses, que envió desde Lisboa con este objeto el general de su Orden. Sensible le fué este inesperado golpe, mas abrigándose en la virtud de la paciencia, que era su principal escudo, y aceptando el derecho que se le concedia de elegir el domicilio que gustase, pidió se le concediese pasar á la provincia de S. José, en Castilla, donde habia tomado el hábito y de donde era natural, pretextando su ancianidad y cansancio, pero con el oculto designio de volver á Filipinas ó la China para emprender las misiones, objeto principal de sus deseos. Consiguió, pues, emprender su viaje en 1585, llegando á Europa á principios de Agosto, cuando estaban ya convocados los vocales para el capítulo provincial que se debia celebrar brevemente, como con efecto se celebró en 29 de Setiembre. Encontró en la corte al procurador de su Orden y provincia de Filipinas, con quien trató de poner un remedio á las desmedidas pretensiones de los religiosos portugueses de apoderarse de los conventos fundados por los castellanos, y en efecto, habiendo acordado ambos contener estos desmanes, se presentaron al Rey, quien mandó se devolviesen los monasterios á sus primitivos poseedores y fundadores, remitiéndose las órdenes convenientes á Fr. Juan de Plasencia, custodio á la sazon de aquella provincia. No pararon aquí los esfuerzos del V. Pisaro, pues sabiendo que se trataba entre los Padres del capítulo la desmembracion de la custodia de Filipinas que llevaron á cabo despues, y siendo quizá el de mayor representacion de todos los religiosos de aquellas regiones que se hallaba entónces en la península por su ancianidad, letras y virtud, siguió al P. Procurador, uniéndose ambos para como experimentados tratar á fondo una cuestion que debia obrarse con la mayor gravedad y con toda la buena fe que el asunto requeria. Decidido éste por el capítulo, miéntras el procurador continuaba tratando se erigiese en provincia la segregada custodia, el P. Pisaro se consagraba á la salvacion de las almas, dirigiendo sus miras al vasto imperio de la China, y buscando misioneros y medios para asegurar su tránsito. Apénas llegó á la corte, Felipe II tuvo

noticia de las grandes virtudes de este siervo de Dios que se habia retirado al convento de S. Bernardino, abrazando la reforma de los descalzos, y aumentando sus ayunos y mortificaciones, sus ejemplares y rigorosos ejercicios y su oracion y contemplacion, sin que por todos estos actos se dispensase de asistir á los de comunidad y coro, ni se privase de proseguir con zelo en sus negocios, y de predicar continuamente contra los vicios. Reprendia los vicios con su acostumbrada libertad y eficaces invectivas, y como á la dureza de sus represiones acompañaba la amabilidad de su genio, fueron tantas las conversiones que obtuvo como fruto de su mision, que se consolaba con esta tarea del retardo de sus demás negocios, y pasaba el tiempo en ocupaciones útiles, ya que intentaban hacérsele perder las dilaciones de los ministros. De manera que, como dice la Crónica, cuando su pretension de China permitia algun hueco de tiempo, éste para la predicacion era muy á propósito; pensando ésta, lograba ratos más propios para el coro y santos espirituales ejercicios, y solo para las diversiones de la corte nunca halló tiempo desembarazado. «Este varon apostólico, continúa el mismo autor, estando en España, predicó contra el falso profeta que entónces era creido en España, y dijo el santo Fr. Juan Bautista con espíritu profético que tenia el demonio, y no se engañó, porque despues se descubrió el pacto que con él tenia.» Palabras que real y verdaderamente no puede decirse á qué se refieren, pues el escritor antiguo de quien las tomó el historiador de los misioneros de Filipinas nada más dice, y éste se contenta con trascribir la noticia sin hacer otras investigaciones. Con la fama que habia adquirido en la corte con su predicacion y ejemplos, era amado de sus hermanos los religiosos. Amado de los seglares, sin que sirviese de refugio á su humildad el silencioso retiro de S. Bernardino, de donde solamente salia movido de su caritativo zelo. Llevado de éste, que reputaba por siglos los instantes de tardanza, se presentó en una audiencia que le habia concedido Felipe II, quien viendo que su pobre, humilde y penitente aspecto correspondia á su fama, le recibió con la veneracion que han acostumbrado siempre á hacerlo con los eclesiásticos los reyes católicos, con el agrado correspondiente á su religion, afecto al instituto descalzo, y con el tierno afecto debido á tan venerable sugeto. Dió gratos oidos á sus indicaciones, y le prometió su real proteccion para el logro de una empresa tan grata á las majestades divina y humana como la propagacion, en que se interesaba tanto el acrecentamiento de su corona como su católico zelo. Tan bùen juicio formó aquel monarca de la gran prudencia y santidad del V. Pisaro y de la grande eficacia de sus oraciones y ejercicios santos, que se encomendó á ellos de todo corazon, rogándole que echase su bendicion al principe D. Felipe, su hijo, que reinó despues con el nom-

bre de Felipe III, lo que ejecutó con la sumision de humilde vasallo y con el fervor y fe de ministro del Altísimo; y quitándose una cruz de palo que llevaba siempre colgada al cuello, dijo al Rey: «Bese V. M. esta cruz que ha dado la vuelta á todo el mundo.» Fué tal la reverencia que se infundió en el pecho del Rey que adoró y besó la santa cruz hincado de rodillas, en señal de devocion y rendimiento, ejemplo que imitaron despues el serenísimo príncipe su hijo, y muchos grandes y señores que le acompañaban. Quedó el Rey tan complacido con la obsequiosa oferta de la cruz, que encargó al V. Pisaro y encomendó á su devoto cuidado, que cuando pasase á Italia á la prosecucion de sus negocios, visitase por su intencion y en su nombre el templo de Santa María de los Angeles de Porciúncula, por no permitirle la distancia de aquel sitio y las ocupaciones de su elevada dignidad cumplir por su propia persona lo que reclamaba su piadoso deseo. Así encomendó al venerable Pisaro que ganase en su nombre y por su intencion aquella famosa indulgencia el dia 2 de Agosto en el mismo templo á que fué concedida, y que le diese para consuelo suyo pronto aviso de haberlo ejecutado así. Apreciador de sus méritos, protegió además el monarca sus negocios con toda su autoridad, siendo estos los que llenaban de méritos al siervo de Dios. Bajo su real patrocinio pasó á Italia y no olvidando su ministerio apostólico no cesó de predicar contra los vicios con sus sermones y ejemplos en cuantos pueblos hacia algun descanso de lo penoso del camino, que hizo á pie, descalzo y mendigando. Cogió copiosos frutos, porque sabia dónde y cuándo habia de sembrar el grano de la divina palabra, y habiendo cumplido con el fervor correspondiente á su agradecimiento y á lo elevado de su espíritu el deseo del Rey Católico, pasó á Roma á besar el pie al Pontífice, que lo era á la sazon Sixto V que habia pertenecido á la Religion Seráfica. Cuando vió Su Santidad á sus pies á este venerable religioso y supo que habia hecho su viaje desde Filipinas, se admiró de su extraordinario aliento por ser un anciano de cerca de setenta años. Dióle Su Santidad su bendicion en las diferentes ocasiones en que fué á besarle el pié, é informado de sus pretensiones, las escuchó benévolamente; pero como se hallase en aquel tiempo corrompida Italia por todo género de vicios, pidiendo un pronto remedio la desmoralizacion que reinaba, despachó constituciones apostólicas, y encontrando un fiel coadjutor en el V. Pisaro le instituyó predicador apostólico, para que anunciando por toda Italia la palabra divina desterrase los vicios é hiciese reinar las virtudes, para lo que creyó Su Santidad que era entónces más necesario en Italia que en la China. Tan grande fué el concepto que del V. Pisaro formó Su Santidad, que encomendó á sus predicaciones el sacar á Italia de la deplorable situacion en que se hallaba. Concedióle Su Santidad grandes gracias y jubileos, y otras amplísimas facultades en un breve apostólico que comienza

Muneris solicitudo y en que, como hemos dicho, le instituyó predicador apostólico. Correspondiendo á este cargo, predicó el V. Pisaro en las principales ciudades de Italia con mucho fervor y espíritu, y comenzó á hacer una reforma parecida á la de los descalzos de S. José en que se observase el rigor de la letra con mucha perfeccion. El Papa le concedió para esto un breve muy favorable en que le da facultad para recibir frailes conventuales, que se llamasen conventuales reformados. Pasáronse luego muchos á su Compañía, y fundó un convento en Roma, que llamó Nuestra Señora del Milagro, y otro en Génova, á que tituló de Monte Calvario, y en otras ciudades de Italia, particularmente uno en Nápoles, llamado de Sta. Lucía, donde habitó hasta su muerte. Parece que todas estas casas, lo mismo que la reforma que fundó, tenian por objeto formar religiosos para las misiones de Filipinas, China y Japon y otros reinos de gentiles. En cuanto á la mision que le habia encargado en Italia Su Santidad parece que empleó en ella un año, comenzándola el 1586 y terminándola el 1587, en cuyo breve tiempo recorrió toda la Italia, predicando en las principales ciudades y pueblos: convocó para la China á los religiosos más fervorosos y recibió algunos novicios, que colocó en varias casas y conventos que le iban ofreciendo para su intento, fundando otros como queda mencionado, y en fin, cumpliendo el mandato del Soberano Pontífice sin apartarse de las facultades que se le habian conferido en el breve apostólico. Pero sin divina asistencia no pudo trabajar tanto en tan corto tiempo, manifestándose bien á las claras que se complacia la Providencia en las obras de este reformador. «Pero adonde más resplandeció el beneplácito divino, dice Lallave, fué en Génova en la fundacion de Monte Calvario. En uno de los espesos montes que á la ciudad de Génova estan lindando, habia uno tan proporcionado para homicidios y latrocinios, que le tenian tiránicamente poseido los hombres mas facinerosos, cuyas quiebras y espesura eran las espeluncas de su abrigo. En una de estas eligió nuestro venerable siervo de Dios el sitio para la fundacion del convento; ya por quitar al demonio su antiguo domicilio, consagrándole al divino culto, y ya para coadyuvar á la mente de nuestro Papa celoso, perseguidor acérrimo de unos hombres tan malvados. Para sentar los primeros fundamentos de este edificio se abrieron profundas zanjas en una ladera de un monte desierto é intrincado, que dispuso la Divina Providencia fuesen hoyos más profundos que los que pedia una humilde iglesia y eran suficientes para un estrecho convento, para que el siervo de Dios hallase el rico tesoro que ocultaba aquel estéril campo en premio de su gran celo, y los bienhechores genoveses quedasen con su posesion satisfechos de su devocion y trabajo. En la profundidad de las zanjas se hallaron dos admirables simulacros de María Santísima, nuestra Señora, y de nuestro P. S. Francisco, sin haber memoria del tiempo en que las

ocultaron en un sitio tan retirado del humano comercio, y sin haber injuriado en tanta antigüedad á la preciosidad de estas alhajas un lugar tan contrario y tan incómodo. Llenáronse todos de gozo, como que habian hallado tan ricos tesoros escondidos en un campo. Dieron reverentes gracias al Altísimo, porque revelando tan prodigiosos secretos por los méritos de este pequeñuelo siervo nuestro V. Pisaro, quiso superabundase la gracia donde habian abundado tanto los vicios, y que con la continua veneracion de estas imágenes en una casa de religiosos, se desagraviase la Divina Majestad ofendida en aquel sitio con las pésimas costumbres de tantos hombres foragidos y perversos. Quedó con la alegre fundacion de este convento no solo aquel lugar santificado, sino todo aquel monte edificativo; porque habiendo colocado en él un *Via Crucis* los religiosos, se va subiendo para visitar sus estaciones por la ladera del monte hasta el convento, que se llamó del Monte Calvario.» Sirviéronle de mucho para estas fundaciones los copiosos frutos que en las conversiones de los pecadores cogió su fervoroso celo, obteniendo en toda Italia grande fama por sus virtudes, de manera que cuando acabó el curso de sus predicaciones apostólicas, se hallaba ya con bastante número de religiosos para probar que habia edificado y para escoger los que mejor le pareciesen para la mision de la China. Verificóse esto en 1587, época de la aprobacion y confirmacion de los PP. Conventuales de Italia, que concedió Sixto V por especial breve apostólico por estar multiplicados los conventos de los conventuales reformados, debiendo atribuirse al V. Pisaro el fomento de esta reforma en virtud del mandato de Su Santidad. Algunos autores suponen que terminada la mision y reunidos los religiosos suficientes, salió el año de 1587 de Roma para China, volviendo muy en breve á Italia para reunir mayor número de religiosos. Otros sostienen que se estaba preparando para volver á la mision de la China, con sus religiosos, pero que se quedó en Italia por motivos que debieron ser muy graves pues siendo este viaje el único anhelo de sus apostólicos trabajos, solo grandes obstáculos pudieron impedirle que le llevára á cabo. Otros autores sostienen, por último, que despues de haber fundado el convento de Sta. Lucía en Nápoles, permaneció en él hasta su muerte, lo que parece lo más probable atendida su dilatada edad. Contaba en efecto entónces más de setenta años, y corria el de 1587 en que debe ponerse la época de su fallecimiento segun los más acreditados escritores, sin que pueda señalarse á punto fijo el mes ni dia en que pasó este eminente varon á recibir la corona que merecia en premio de sus grandes trabajos y virtudes. —S. B.

PISAURA (Gerónima). Esta mujer, tan famosa por su virtud como por su sabiduría, fué hija de los duques de Urbino, y se llamó Bautista. Demostró desde su más tierna infancia tan precoz ingenio, que en vez de ocuparse en

los infantiles juegos, tan propios de su edad, se aplicó á la lectura y estudio de todo género de libros, llegando á poseer con gran perfeccion las lenguas griega y latina, y saliendo muy aventajada en la poesía; tanto que el célebre Petrarca la rogó muchas veces que dejase al mundo algunas muestras de su erudicion y su talento. Estudió tambien la Escritura sagrada y la filosofía moral, causando notable admiracion en toda Italia el ver aquella jóven sabia y hermosa, que huia de los devaneos de la edad y del siglo para buscar en las ciencias la perfeccion de la vida. Escribió en latin dos libros titulados: *De conditione fragilitatis humanæ* y *De vera Religione*; obras redactadas con tanta erudicion como elegancia, pronunciando además en varias academias muchos discursos morales y diversas oraciones á varios asuntos en lengua toscana y latina. Una de estas oraciones la pronunció delante del emperador Segismundo, con notable admiracion suya y del escogido auditorio que le acompañaba; y otra en Roma, en presencia del sumo pontífice Martino V y de todo el colegio de cardenales, dando los parabienes al mundo católico por la elevacion de este Pontífice á la silla de la universal Iglesia, y por la feliz terminacion del funesto cisma, que habia afligido á la cristiandad. El Papa la honró con su bendicion, y la colmó de gracias espirituales. Tuvo estrecha amistad y correspondencia con los hombres de letras más eminentes de su tiempo, y señaladamente con el Petrarca, que escribió un pequeño volúmen en elogio de sus obras. Sus cartas, que corrieron por mucho tiempo en Italia en manos de los eruditos, eran generalmente apreciadas por su pureza y discrecion. Casó con Galeazo Malatesta, príncipe de Pisaura, de quien tuvo una hija llamada Isabel, que fué émula y heredera de las virtudes de su madre, y que á la edad competente contrajo matrimonio con el príncipe de Camerino. Conociendo Galeazo el valor y la prudencia de su mujer, la fió no solamente el gobierno de su palacio, sino tambien el del Estado en muchas ocasiones; cargo que desempeñó con suma prudencia y con notable beneficio de sus vasallos, que la amaban como madre, respetándola como señora. Era muy caritativa con los pobres, y muy observante de las prácticas religiosas. Gastó una gran parte de su hacienda en santas fundaciones, entre las cuales tiene el primer lugar la del convento de Sta. Clara de Pisaura, bajo la advocacion del *Corpus Christi*. Habiendo quedado viuda, y hallándose sola en el mundo, puesto que su hija ya contrajera matrimonio, determinó huir de toda pompa y grandeza consagrándose á Dios y pasando el resto de sus dias en espirituales ejercicios. Al efecto distribuyó su gruesa hacienda entre pobres viudas honradas y doncellas huérfanas y honestas, dando á cada una muy regulares socorros; y despues de dejar arreglado y seguro el gobierno del Estado, salió de Pisaura para la ciudad de Fulgino, donde entró religiosa en el convento de Sta. Lucía, del órden de

Sta. Clara, renunciando tan de veras al mundo, que hasta el nombre y apellido que en el siglo llevaba los dejó, tomando el de Gerónima de Pisaura. Tres años vivió despues de haber profesado; y fué de tan ejemplar vida en el claustro, como virtuosa habia sido en el mundo, muriendo con la más acrisolada fama de santidad y bienaventuranza. —M. B.

PISAURA (Micaelina). Esta mujer especial, honra de la tercera religion de S. Francisco, nació en la ciudad de Pisaura en la Marca de Ancona, de la que tomó el sobrenombre, aunque sus apellidos paterno y materno eran Metelo y Pardin. Sus padres, tan ricos como virtuosos, procuraron dar á su hija una educacion verdaderamente cristiana, aprovechando las felices disposiciones que desde su infancia demostró Micaelina; y cuando llegó á la edad competente, deseosos del aumento y propagacion de su noble casa, la unieron en matrimonio con un jóven de la no ménos noble familia de Malatesta, el cual murió muy prematuramente, dejando á Micaelina viuda á los veinte años y con un hijo para alivio de su dolor. No quiso pasar á segundas nupcias, aunque era hermosa y rica y se veia muy solicitada; ántes bien se determinó á hacer una vida recogida y ejemplar, aspirando á la perfeccion. Al efecto recogió en su casa una mujer de crédito por sus virtudes, anciana venerable, profesa en la tercera órden de S. Francisco y que llamaban Sira, por haber peregrinado á la Tierra Santa. A esta mujer tomó por su maestra de virtudes, y procuraba imitarla en todo, sintiendo que las ocupaciones de su casa y el cuidado de su tierno hijo le impidieran dedicarse á la oracion y á la penitencia con tan continuo fervor como su maestra. Acostumbraba esta á quedarse en éxtasis; y saliendo de uno, ponderó tanto á Micaelina las dulzuras del divino amor, que enardecida ésta rogaba al Señor manifestase su voluntad para seguirla en un todo. Por consejo de Sira fué á la iglesia cierto dia, y despues de haber confesado y comulgado, se puso á los pies de un devoto crucifijo, pidiendo á Dios en sus fervientes oraciones le indicára la marcha que debiera seguir. Habiéndose quedado como elevada en la contemplacion, le pareció oir una perceptible voz, que le decia: «Micaelina, yo te desembarazaré del cuidado de tu hijo, y apagaré la llama del humano amor que te alucina. Yo traeré hácia mí al tierno infante, y tú alumbrada por la luz verdadera serás mi esposa.» Cuando volvió á su casa, alegre por una parte y temerosa por otra, halló á su tierno hijo batallando con las ansias de la muerte, de resultas de una alferecía, y pronto voló su pura alma al cielo á vivir en compañía de los ángeles, cumpliéndose de este modo la primera parte del anuncio. Libre ya de aquel estorbo y resuelta á caminar por la senda de la imitacion de Jesucristo, despreciando sus caducas riquezas y mundanas galas, vendió todas sus joyas y haciendas, y por consejo de Sira repartió su importe entre los pobres necesitados, mereciendo por este acto

de caridad, que Jesucristo se le apareciese, agradeciéndola el servicio que en sus pobres le habia hecho, y asegurándole la recompensa. Aparicion fué esta que le pagó con usura el corto sacrificio que de sus bienes habia hecho. Sus parientes, gentes mundanas é interesadas, pusiéronse furiosos contra ella al ver lo que llamaban despilfarro de la hacienda: cargáronla de insultos é improperios, y por último, hicieron correr la voz de que se hallaba loca, no pudiendo atribuir á otra causa su santa determinacion, ni conociendo el alto fin que la impulsaba. Sufrió Micaelina muy gozosa estos ultrajes, puesto que los sufria por amor de su divino esposo; y resistió aún con más paciencia los de la insolente plebe, que, viendo una señora de tan elevada clase y condicion vestida con el tosco sayal de S. Francisco, creia efectivamente que se hallaba fuera de juicio, y la corria por las calles con estruendo y algazara. Nada importaban estas demostraciones á la santa viuda, que aspirando únicamente á completar su perfeccion, se dedicaba á continuas obras de piedad, orando sin tregua, macerando sus carnes, visitando los enfermos de los hospitales, prodigándoles auxilios y consuelos y triunfando con su incomparable fortaleza de las astucias y embates del demonio, que por mil caminos trataba de vencer su inalterable virtud. Enamorada de Cristo y deseando ver y admirar los sitios en que su amado padeciera, aprovechó la ocasion de un barco que marchaba á la Tierra Santa con otros devotos peregrinos, y marchó á Jerusalen recorriendo con fervoroso ánimo los sitios en que se obraron los misterios de nuestra redencion, teniendo frecuentes raptos, particularmente en el sitio de la crucifixion; en cuyos éxtasis la comunicaba el Señor parte de los dolores que habia sufrido en la cruz, avivando así las llamas de su místico amor. Bien hubiera deseado aquella tierna paloma quedarse á vivir en las grietas del Calvario; pero tuvo revelacion de que volviese á su patria, donde su presencia era necesaria para acreditar la grandeza de Dios. Sobrevino á su vuelta una tempestad tan horrible en el mar, que juzgaron todos quedarse ahogados; pero la potente mano del Esposo guardó por entónces la vida de su amada sierva y demás compañeros de viaje, pues á ruegos de Micaelina la tempestad se cambió muy pronto en plácida bonanza. Entró en su patria, dotada ya de tan alta perfeccion, que fueron infinitos los milagros que obró en curacion de enfermos, hallazgos de objetos perdidos y varios otros, de los cuales hay setenta recogidos por informacion eclesiástica. Enfermó gravemente, y conociendo que su fin se aproximaba, dispúsose con tiernos actos de fe á dejar esta mortal vida, y despues de una corta agonía voló su bendita alma al cielo á gozar el premio de sus virtudes, dando claras y manifiestas señales á sus conciudadanos del preeminente sitio que habia ido á ocupar. Su cuerpo quedó hermoso, flexible é incorrupto, se depositó en la iglesia del

convento de S. Francisco de la ciudad de Pisaura, donde más tarde la piedad de algunos devotos suyos le erigió un magnífico sepulcro con un elocuente epitafio conmemoratorio de sus virtudes; y á cuyo sepulcro acudieron muchos enfermos y necesitados á buscar el alivio de sus males ó el remedio de sus miserias, logrando todos su objeto, como lo demostraba la multitud de presentes y de exvotos con que en prueba de su agradecimiento decoraban aquella tumba.— M. B.

PISAUT (D. Luis). Nació este religioso en Sasletot, pueblo situado á dos leguas de la abadía de Fecamps, el año 1646. Siguió sus estudios con intencion de vivir en el claustro, y profesó en la Religion Benedictina, Congregacion de S. Mauro, el dia 6 de Mayo de 1667. Fué autor de dos cartas, que se imprimieron en 1708, y que supone habia escrito á un cura de la diócesis de Orleans, á fin de persuadirle que no podia firmar el *Formulario*, usando del silencio respetuoso que debia. Tambien escribió un grueso volúmen, impreso sin nombre de lugar ni de impresion, ni fecha, ni aprobacion, ni advertencia alguna, y áun sin prefacio, titulado: *Traité historique et dogmatique des privileges et exemptions ecclesiastiques*; en el cual hizo cuanto pudo para probar la validez de su doctrina; pero se separó muy frecuentemente de ella en sus razonamientos. Esta obra fué impresa en Luxemburgo por Chevalier, y aunque se presentó perfectamente disfrazada, no obtuvo la aprobacion de su Congregacion, segun Dom le Cerf, en la *Biblioteca histórica y crítica de los escritores de la Congregacion de S. Mauro*, y en su defensa de esta *Biblioteca*, que publicó con el nombre seudónimo de *Pipar diere*. Murió Pisaut en la Abadía de S. Ouen de Ruan en el mes de Mayo del año de 1726. — C.

PISCARIA (B. Andrés), religioso dominico, llamado así del lugar de su nacimiento. Fué de humilde cuna, pero tan rico de los dones de la gracia, que siendo todavía niño, servia de modelo á sus compañeros sin molestia ni retraimiento de los juegos y bullicio propios de su edad, y su decidida inclinacion á la oracion y al retiro. Sabia además ganarse las voluntades de tal manera por sus candorosos modales y por la prudencia que manifestaba en todas ocasiones, que convencido su padre de sus buenas cualidades, no vaciló en encargarle el cuidado y negocios de la casa, pues le miraba como su Benjamin, y le amaba mucho más que á sus otros hermanos por lo mucho que les aventajaba en virtud. Este amor no tardó en granjearle el odio de sus hermanos, quienes á la muerte de su padre le persiguieron con tanta saña y crueldad, que tuvo con frecuencia que apelar á la fuga para salvarse de su furor, viéndose á peligro, sin que sus padecimientos ni los perjuicios que se le siguieron le hicieran concebir odio alguno contra sus perseguidores, ántes por el contrario, perdonándoles de todo corazon y deseando ha-

cerles toda clase de beneficios y de manifestar la humildad de que su corazon se hallaba poseido; pues habiendo decidido retirarse á pasar el resto de sus dias en el fondo de un claustro, les manifestó el amor que les tenia besándoles los pies, y dejándoles, en prueba del cariño que les profesaba, el báculo que le habia servido en sus viajes y peregrinaciones, que era lo único que le restaba ya de los bienes paternos. « De este báculo, dice el P. Amado, que plantado se convirtió en un árbol hermoso, se sirvió Dios despues para obrar un gran número de prodigios. » Con tan excelentes cualidades y buenas disposiciones tomó Andrés el hábito en la órden de Sto. Domingo, y no es difícil adivinar cuáles serian sus progresos en los primeros años de religion, y el celo y asiduidad con que prosiguió en los demás, si se medita la espinosa empresa que le encomendaron sus superiores y llevó á cabo con los mejores resultados. Fué ésta las misiones de la Valtelina, á que le enviaron sus prelados, siendo todavía muy jóven, aunque, como dice el arriba citado escritor, « los que le enviaban conocian perfectamente su espíritu, y sabian por experiencia cuán anciano era en las costumbres, y por eso le encomendaron este penoso oficio, para el que sin duda se requiere más fervor que años, y más virtudes que canas. » No salió fallida la confianza de las personas que en él la habian depositado, pues en cuarenta y cinco años de apostolado, no desmintió nunca las esperanzas que se habian fundado en él, siendo muchos sus padecimientos y trabajos, todos los cuales sufrió con gusto, satisfecho del buen resultado de sus fatigas, que le proporcionaron muchas más conversiones de con las que áun los más atrevidos habian contado. Animado por el ejemplo de su Patriarca, el grande Sto. Domingo de Guzman, regó con sus sudores toda la Valtelina y las provincias limítrofes, y llevó la palabra de Dios y los consuelos de la religion á las cumbres de las más escarpadas montañas y á las chozas más miserables, contento con sacrificar su vida y exponerse á todos los peligros de las estaciones y de la naturaleza, si conseguia ganar algun alma para Jesucristo, y dar las verdaderas riquezas de la tranquilidad, el consuelo y la esperanza en vida mejor á los desgraciados que habitaban aquellos escabrosos sitios. Alimentábase con frecuencia tan solo con castañas, á que cuando más añadia algun pedazo de maiz, sin otra bebida que el agua, sin más abrigo contra las inclemencias del tiempo que el tosco techo de una ligera cabaña, donde con frecuencia no tenia otra cama que el duro suelo, y cuando más algun haz de sarmientos que le prestaban con gusto aquellos necesitados, de quienes era el recurso y apoyo, y cuyos corazones llegó á ganar en tales términos, que le miraban todos como un apóstol, un ángel venido del cielo, el verdadero amparo y providencia de los pobres; y esta fama, que hubiera sido en extremo peligrosa para otro hombre en quien abundase ménos la virtud de la

humildad, era en extremo provechosa para este siervo de Dios que la utilizaba principalmente para adelantar sus misiones y aumentar cada vez más el reino de Jesucristo. Valíase de esta fama para ganar y conservar un benéfico dominio sobre los corazones, y de ella se servia para hacer dóciles á los más obstinados, no pudiendo resistir á las verdades que salian de sus labios, ni los herejes más endurecidos en sus errores, ni los pecadores más pertinaces. Despues de haber obtenido continuadas y gloriosas victorias contra el error y contra el pecado, perdiendo su salud y viendo desaparecer lo mejor de su vida, se retiró, siendo ya anciano, al fondo de su celda, satisfecho del fruto que habia recogido en las diferentes provincias en que habia predicado, levantando otros tantos baluartes contra la herejía, cuantos fueron los conventos y parroquias que fundó, que no lo fueron ciertamente en escaso número. En la soledad de su celda vivia consagrando los últimos dias de su vida á la oracion y recogimiento, olvidando enteramente sus méritos, ántes por el contrario haciendo continuas y frecuentes penitencias como el último y mayor de los pecadores. Su profunda humildad le impidió siempre aceptar ninguno de los cargos con que le brindaban sus hermanos, contento con vivir en medio de ellos abismado en aquella caridad que le hacia vivir única y exclusivamente para el cielo. Pidiendo de puerta en puerta el sustento para los religiosos, acto á que era muy inclinado por su excesiva modestia, llegó á los umbrales de la muerte y profetizando la hora en que ésta debia verificarse, entregó su alma al Criador entre las lágrimas y sollozos de sus hermanos el año de 1480, probablemente el 19 de Enero en que le celebra su Orden con culto y rezo, concedido por Pio VII en 1824. —S. B.

PISCIALIS (Bartolomé). Fué natural de la Lombardía, pero se ignora el punto y año de su nacimiento. Tomó el hábito de Sto. Domingo é hizo su profesion en el convento de dicha Orden de la ciudad de Bolonia. Desde allí pasó á Roma, donde desempeñó una plaza de maestro del Sacro Palacio pontificio. Por traslacion de Egidio de Galluti, desde Torrellana á la iglesia de Creta, fué Piscialis elevado á la silla episcopal, vacante en el primer punto, por el papa Juan XXII en 28 de Febrero de 1328, segun consta en el libro de actas del Sacro Colegio, donde aparece haber satisfecho el subsidio acostumbrado. Este Piscialis no debe confundirse con otro del mismo apellido, llamado tambien Bartolomé, y que fué enviado como predicador de la fe verdadera á los armenios cismáticos, por lo cual, á fin de distinguirlos se apellidó generalmente al que nos ocupa Bartolomé Parvo ó sea *el Pequeño*, del cual tenemos las obras siguientes: *Commentarium in Evangelium Lucæ Pr. oblatio justi impinguat altare.* — *Summa theologica adversus sui temporis hæreses.* — *Tractatus de pœnitentia et alter de fide.* No consta que se hayan publicado ninguno de estos tratados. — M. B.

PISCINA (Antonio de la). Fué natural de la ciudad de Florencia, debiendo nacer á mediados del siglo XIV, sin que á punto fijo conste el año. Tomó el hábito del órden de S. Francisco, y profesó en el convento de Sta. María de Gracia de la ciudad de Milan. Habiéndose dedicado á la predicacion, se hizo célebre en su tiempo, tanto por su elocuencia en el púlpito, como por la santidad de sus costumbres, sacando mucho fruto de sus trabajos apostólicos y consiguiendo notable beneficio para las almas. Murió en la dicha ciudad de Florencia el dia 14 de Noviembre de 1399. — M. B.

PISELLI (Clemente), religioso de la órden de Clérigos Regulares Menores. Nació en Olevano, diócesis de Palestina, en 25 de Octubre de 1650. Hizo sus estudios en Roma bajo la direccion de hábiles maestros, y progresó notablemente, porque tenia felices disposiciones y mucho amor al trabajo. Pocos años le bastaron para perfeccionar sus conocimientos en bellas letras y filosofía y completar su instruccion. Su primer designio, por obedecer á su padre, fué seguir la carrera del foro, mas al poco tiempo reflexionó que la agitacion de la vida pública no convenia á su genio dulce y á sus costumbres pacíficas; y como su única ambicion y su más ardiente anhelo era consagrarse al estudio, eligió la vida silenciosa del claustro como medio más á propósito de satisfacer aquella noble ambicion. Solicitó y logró ser admitido en la órden de los Clérigos Menores Regulares, donde continuó los estudios de las ciencias profundas. Apénas acabó la teología, se dedicó á la predicacion en la que adquirió bastante celebridad. Recorrió muchas iglesias de Italia, anunciando la palabra divina y recogiendo en todas señaladas muestras de la aprobacion con que le escuchaban los fieles, siendo recibido con notable aplauso donde quiera que se presentaba. La Orden le confirió muchos cargos de importancia y los empleos más honoríficos de la comunidad; y en un capítulo tenido en 1711 fué elegido procurador general de su instituto. En 1712, en atencion á la buena fama que disfrutaba, se le nombró para desempeñar una cátedra de moral en el colegio de la Sapienzia en Roma. No disfrutó mucho tiempo este honroso destino, pues á pesar de hallarse muy fuerte y robusto, un ataque apoplético le quitó la vida el dia 18 de Enero de 1715, á la edad de sesenta y siete años. Escribió y publicó las obras siguientes: *Compendio de la vida del venerable P. Francisco Caracciolo, fundador de los Clérigos Menores Regulares*; Roma, 1700, en 4.°—*Memoria histórica de los Clérigos Regulares Menores*; Roma, 1710, en fólio.—*Theologiæ moralis Summa*; Roma, 1710. Esta obra, que fué dedicada por su autor al cardenal Giudice, es un compendio tan estimable por la claridad de su método, sus sólidos razonamientos y su sana doctrina, que apénas se publicó fué honrado con la oprobacion del papa Clemente XI, que mandó declararle útil para la enseñanza. Se han hecho muchas ediciones de ella en Venecia, Bolonia y otros

puntos; y en 1762 se hizo otra en Roma en dos volúmenes, que es muy solicitada por los inteligentes á causa de su notable correccion. El P. Pedro Amice, de la misma Orden, escribió una noticia acerca de la vida y obras del Padre Piselli, su hermano de religion, la cual fué inserta en las *Décadas arcadienses*. —M. B.

PISENCIO. Fué natural de Nursia, en Italia; pertenecia á la clase de los presbíteros, y floreció por el año 250. Hallándose esta ciudad en aquel tiempo llena de judíos, pasó á ella S. Feliciano, obispo de Fulgino, y con sus predicaciones logró convertir á muchos á la fe del Crucificado, como igualmente á varios paganos. Al retirarse, y deseando que continuára en aumento su santa obra, dejó á varios jóvenes y á respetables varones ordenados de sacerdotes, para que siguieran convirtiendo á los ciegos enemigos de la fe, siendo uno de ellos Pisencio á quien honró con el título de su vicario, nombrándole jefe de aquel nuevo clero. Correspondió dignamente á la confianza que el prelado habia depositado en él, y procuró con apostólico celo la reduccion de aquellas gentes, dándoles grandes y santos ejemplos, no solo con su predicacion, sino tambien con su vida irreprensible. Consumido de trabajos y fatigas por lo mucho que se habia esmerado en cumplir sus santos deberes, descansó en paz en el Señor hácia el año 280.—M. B.

PISICELLI (Reynaldo). Nació en Nápoles hacia el año 1413, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, mereció por sus virtudes y su ilustracion ser elevado á la silla episcopal de su patria, que gobernó con la mayor prudencia, obteniendo por recompensa de sus servicios que el pontífice Calixto III, en la primer promocion que verificó de cardenales en el mes de Octubre de 1456, le agraciase con el capelo bajo la advocacion de Sta. Cecilia en el órden de los Presbíteros y en la clase de los ausentes. Murió en el mes de Julio de 1458, y fué enterrado en la iglesia catedral en un magnífico sepulcro de mármol, donde aún se lee el siguiente epitafio: *Raynaldus Pisicellus pontifici juri operam dedit mox Archiepiscopus napolitanus deinde Cardin. evasit in utroque perhumaniter versatus mirifice observatur. Decesit ætatis suæ XLIII et id clauditur anno Domini MCDLVIII.*—M. B.

PISIDES (Jorge), escritor griego en los primeros años del Bajo Imperio. Se ignora el punto donde nació, pues por las noticias que de él han podido adquirirse, resulta solo que era diácono, guarda de las cartas y refrendatario de la iglesia de Constantinopla bajo el imperio de Heraclio, por el año 640. Se tiene de él una obra escrita en versos yambos griegos sobre la creacion del mundo, conocida por los anticuarios con el nombre de *la obra de los seis dias*. Otro poema acerca de la *vanidad de la vida* tambien corre como suyo, y ambos son tan escasos de verdadera poesía como de elocuencia y cultura. Los dos poemas se hallan insertos en la *Biblioteca de los Padres*, y

se publicaron tambien en el *Corpus poëtarum græcorum*, impreso en Génova desde 1606 al 1614, en tres tomos en fólio, y volvieron á imprimirse separadamente en París en 1684. Se atribuyen á Pisides muchos sermones en honor de la Santísima Vírgen, los cuales ha publicado el P. Combefis, más como un antiguo monumento al par que curioso, que como una obra de verdadero mérito; pues no son más que un conjunto de vanas y enfáticas declamaciones, llenas de ideas ridículas y de imágenes nada propias del elevado asunto á que se consagran, y dicen los que han tenido ocasion de ver los citados sermones que no pueden leerse sin perder la seriedad. Tambien se ignora el año en que murió tan original autor. —M. B.

PISKORKI (Sebastian), ilustre polaco. Fué cura de Zabocina, despues de Prenykow y últimamente por su virtud y sabiduría se le nombró canónigo de la catedral de Cracovia. Fué preceptor de los príncipes Jacobo y Alejandro, hijos de Juan XXXIX, rey de Polonia, y desempeñó el cargo de juez del consistorio de la mencionada ciudad de Cracovia. Brilló mucho en el desempeño de estos altos puestos, tanto por su instruccion y su humildad como por la inocencia de sus costumbres. Desempeñó varias veces el honorífico destino de capellan de las monjas de S. Andrés, rector de la Universidad, procanciller y provisor de la misma; su instruccion era muy grande, particularmente en el derecho canónico, siendo por esta razon consultado en árduos y delicados negocios. Las muchas y graves ocupaciones que le imponian sus distinguidos empleos, no le impidieron dedicarse al estudio de la evacuacion de consultas y á la produccion de varias obras. Dejó escritos un libro de vidas de Santos con notas predicables, algunos tratados en honor de la Santísima Vírgen María y diversos sermones llenos de erudicion y evangélica doctrina. Colmado de años y merecimientos descansó en el Señor con muy notable fama de justo el dia 17 de Agosto del año 1702. —M. B.

PISMAN (Gerardo), era flamenco y pertenecia á la Compañía de Jesus. Habiendo sido preso por los herejes calvinistas en la ciudad de Maestrich, para vengar el odio que profesaban á aquellos esclarecidos defensores de la fe católica con una rabia infernal digna de los tiranos emperadores de Roma en los primeros tiempos del cristianismo, apuraron en este esclarecido mártir todo el exceso de su cólera y furor. Pusiéronle desnudo sobre una cruz de hierro sembrada de puas, con esposas en las manos, grillos en los pies y una argolla en el cuello, y aplicándole un gran fuego al rededor trataron de quemarle vivo; pero notando que sobrevivia á tan horroroso martirio le cortaron la cabeza y redujeron el cuerpo á cenizas. El martirio de este sacerdote tuvo lugar el dia 20 de Julio de 1638. —M. B.

PISOTO (Juan), franciscano. Fué natural de Bolonia, y siendo muy jóven tomó el hábito de los Menores observantes de S. Francisco en la mencionada

ciudad, habiéndose distinguido por su virtud y su sabiduría en el desempeño de varios cargos importantes de la comunidad. Fué elocuente predicador y muy sabio teólogo. Hallándose en Parma en el año 1528 en ocasion de estar vacante el generalato de la Orden, fué elegido para desempeñar este elevado cargo siendo el cuadragésimo octavo de los que obtuvieron tal dignidad desde la fundacion de la Orden. Por espacio de cuatro años llenó las elevadas funciones de ministro general con todo el celo, prudencia, caridad y acierto, que á las mismas corresponde. Finalizado este término, hizo renuncia para volver á la oscuridad y silencio de los claustros, donde acabó santamente sus dias sin que los cronistas de la Orden hayan fijado la época. M. B.

PISOTO (Fr. Pablo), franciscano. Fué natural de Parma, en Italia, y tomó el hábito de la regular observancia de la órden de S. Francisco en el convento de dicha ciudad. Fué varon más que medianamente instruido en casi todas las ciencias de su tiempo, y tanto por sus conocimientos como por su virtud y su piedad mereció ser nombrado ministro general de la Orden en el capítulo celebrado en Parma en 1529. Fué tambien escritor erudito y elocuente, y redactó las siguientes obras que se ignora si han llegado á publicarse. *In Threnos Jeremiæ prophetæ doctos commentarios.—In evangelia et epistolas quæ per anni circulum leguntur.—Doctarum homiliarum orationum sacrarum in sacellum pontificium habiturum.* Habiendo dejado voluntariamente el cargo de general por las muchas y graves enfermedades que le aquejaban, murió en su patria el año 1534 á los cincuenta y cinco de su edad.—M. B.

PISSA (Fr. Francisco de), franciscano. Ignórase el punto y año de su nacimiento, así como el convento donde existia; créese que viviera á mediados del siglo XVII y es conocido por una obra que dió á luz titulada: *Apología de la venerable Orden tercera de S. Francisco*, la cual publicó en un tomo en 4.°, que aunque llevaba su nombre no tenia fecha ni lugar de impresion. —M. B.

PISSEAU (Dom Benito), monje cartujo, muerto en 4 de Mayo de 1675, despues de haber estado enfermo cuatro meses de una fluxion del pecho. Era de la diócesis de Orleans y habia sido religioso trinitario. Fué durante su enfermedad tal como lo habia sido en el tiempo en que estuvo sano, es decir, que se condujo con aquella moderacion y prudencia, igualdad de espíritu y de carácter que le eran familiares. No se puede ménos de hacer observar en esta ocasion que tenia todas las cualidades de un verdadero religioso, y sin embargo las que se manifestaban desde luego en su conversacion eran una retentiva, una moderacion, una prudencia, un recogimiento, una dulzura y una igualdad tan continua en todos los casos y en las ocupaciones más difíciles, que se podria decir que toda su vida no habia sido más que una sola

accion. Era cantor y tenia cuidado de los enfermos, y desempeñaba ambos destinos con tanta aplicacion y tanta facilidad al mismo tiempo, que no olvidándose nunca de sí mismo, no se le veia ni turbado, ni embarazado, ni sorprendido, á pesar de todo lo que sucediese. Si era irreprensible y lleno de edificacion su exterior, no tenia ménos rectitud é inocencia en el fondo de su corazon; y el P. Abad, que tenia de ello un conocimiento completo por el cuidado que se tomaba de descubrirle hasta sus menores movimientos, declaró que su conciencia era tan pura, que en muchos meses apénas habia notado en ella una sola de esas faltas de que las almas más santas no se hallan exentas. Así su estado ordinario era una paz profunda y constante, ocasionada por el gusto y el sentimiento que tenia de su profesion, por la fidelidad de su vida y por el testimonio que procedia de sus obras. Lo más admirable es la tranquilidad que le concedia Dios, que era tan perfecta y se hallaba tan exenta de nubes, que parecia ser como inaccesible á todas las tentaciones. Esta grande pureza de corazon y esta libertad de espíritu tan poco comun, influia en que aunque le sobreviniese cualquiera dificultad, se hallaba siempre pronto á decir Misa, y verdaderamente desempeñaba este santo ministerio con tanta piedad y religion, que la inspiraba á todos los que asistian á ella. Veíasele algunas veces despues de haber pasado mañanas enteras ocupado en el ejercicio de sus destinos, subir al altar y celebrar Misa con una penetracion muy sensible de la grandeza de este misterio, y con el recogimiento propio de un hombre que se hubiera preparado con una contemplacion de muchos dias, y que no hubiera tenido en el mundo otra ocupacion que ésta. Poco despues de tres semanas de haber caido enfermo, habiendo ido á verle el P. Abad le dijo: «Que se alegraba fuese á visitarle, pues deseaba abrirle su corazon como á su superior y su padre, pues rezelaba que su enfermedad era mortal; pero que miraba el fin de su vida como el principio de su verdadera felicidad, que deseaba con alegría; que el mundo no le interesaba nada; que solo la eternidad merecia ser deseada, que la esperaba con impaciencia, y que nunca llegaria á ella demasiado pronto para consuelo suyo; que le suplicaba no dijese á nadie la disposicion en que Dios le habia puesto; que tampoco se sorprendiese de si en el curso de su mal no daba ninguna señal exterior, para que no siendo conocida de sus hermanos la opinion que pudieran tener de su miseria, fuera un motivo más que les obligase á socorrerle delante de Dios con sus oraciones, y á obtenerle las gracias de que tuviese necesidad.» Continuó en este estado hasta la muerte, y permaneció en un silencio rigoroso durante toda la enfermedad, en un recogimiento profundo, en una igualdad que fué siempre la misma en las diferentes alternativas de su enfermedad, y no teniendo otro consuelo que el que encontraba en la meditacion de la ley de Dios y en la comunicacion que tenia

con el P. Abad, á quien daba exacta cuenta de la misericordia que le hacia nuestro Señor. Asistia todos los dias al oficio, y comulgaba con tanta frecuencia como se lo permitia su indisposicion. El miércoles, dia de la fiesta de S. Felipe y Santiago, aunque se hallaba en extremo débil, bajó á la iglesia y oyó Misa y recibió á nuestro Señor. El sábado siguiente, que fué el dia de su muerte, aunque se habia aumentado mucho su debilidad fué á buscar al P. Abad para reconciliarse con él, es decir, para humillarse y reconocerse pecador en general, porque en realidad su conciencia se hallaba pura, y no habia nada particular de que se hubiese apercibido para creer necesaria una nueva reconciliacion. A las cinco de la tarde del mismo dia fué á verle el Padre Abad á la enfermería, y pasó á otro cuarto, porque vió que se ponia á comer. Pero no tardó en caer desfallecido; y habiendo entrado en el mismo instante para socorrerle el P. Abad, le miró fijamente, y levantando los ojos al cielo de manera que indicaba reconocimiento, sentimiento y piedad, entregó su alma al Criador. Su muerte fué repentina, pero no imprevista, pues se habia preparado á ella con una separacion voluntaria de todas las cosas, con un abandono entero de sí mismo en manos de Dios, con la participacion de los sacramentos, y con mirar, por último, desde mucho ántes cada dia de su vida como el de su muerte.— S. B.

PISTAÑA (Fr. Antonio), religioso dominico, uno de los predicadores más célebres de su Orden, en la que obtuvo grande fama por su saber y erudicion, no obstante que en ella han brillado personas dignas de ocupar un alto rango en la república de las letras. Aunque no conocido por sus obras el P. Pistaña, merece serlo por sus virtudes y trabajos en el púlpito y confesonario, en que fué sumamente asiduo con grande fruto para las almas. Italia, Francia y España fueron el teatro de sus triunfos, y en todas partes fué apreciado, así en las cortes como en los pueblos, que veian en él un sublime y enérgico campeon de la fe cristiana, un valeroso atleta consagrado á su propagacion y á su triunfo. Tal vez hubiera llegado á los primeros empleos de su Religion, si no se lo hubiese impedido su grande humildad y su vocacion especial de distribuir á los fieles el pan de la palabra divina. Obtuvo algunos, sin embargo, en que manifestó su no vulgar capacidad y lo mucho que podia esperarse de sus buenas cualidades. Mas su Orden, no queriendo contrariar su inclinacion, le dejó entregado á sus instintos, y el P. Pistaña continuó siendo, ínterin sus fuerzas se lo permitieron, el apóstol de los pueblos, el fiel conservador y distribuidor de la palabra de Dios. En sus últimos años, retirado ya á su convento y no pudiendo trabajar en la salvacion de los prójimos, se consagró á cuidar de la suya, aumentando sus oraciones y penitencias, asistiendo asíduamente al coro y demás ejercicios de la comunidad, y no descansando ni un momento por contribuir con su ejemplo á la

buena educacion de los jóvenes, en particular de los novicios, en los que veia las futuras lumbreras de su Orden y la cristiandad. Murió así lleno de años y de méritos, sintiendo no haber dado su alma por la fe de Jesucristo, ni muerto en las misiones adonde habia pretendido ir repetidas veces y no le habian dejado sus superiores, creyendo sus servicios mucho más útiles en la no pagana, pero sí extraviada Europa.— S. B.

PISTICI (Padre), religioso italiano de la Orden Seráfica, natural de Milan, donde vino al mundo en 1.° de Noviembre de 1673. Estudió en aquella ciudad al lado de un tio suyo, canonigo de la Catedral; y fueron tan extraordinarios sus progresos que excedieron las esperanzas que habia fundado en él su pariente. Despues de haber concluido su carrera literaria entró en el convento de Capuchinos, donde enseñó durante mucho tiempo humanidades y teología á los religiosos. Heredero de la biblioteca de su tio, se consagró con grande ardor al estudio, no tardando en hacer relaciones con los principales literatos de Italia, pues Milan, donde constantemente residia, era como la segunda capital de la península italiana y en donde se reflejaban las glorias de la capital del mundo. Pronto llegó el jóven capuchino á asistir á las conferencias académicas que se celebraban muy á menudo en aquella capital, y despues de haber pasado quince años enseñando á la juventud las bellezas de la poesía latina y participando de los recreos literarios de los sabios de aquella ciudad, se dedicó á enseñar la teología positiva por espacio de igual número de años, aumentando con su carácter franco y simpático y su mérito personal el considerable número de amigos que le honraban con su afecto. En el trascurso de su profesorado fué muchas veces no solo maestro sino tambien padre y protector de sus alumnos, pues á menudo les proporcionaba recursos para sufragar los gastos que no podian cubrir aquellos á quienes habia sido adversa la fortuna. Familiarizado con la lengua latina, componia con sorprendente facilidad versos latinos, y su mérito era tan evidente y reconocido, que áun los más orgullosos y llenos de pretensiones, sometian sus obras á la censura del P. Pistici, y escuchaban con admiracion la lectura de sus producciones. Este capuchino comenzó el estudio del griego en edad algo avanzada, mas no fué esto grande obstáculo para que hiciese en este difícil idioma tan rápidos progresos, que pronto se halló en disposicion de componer versos en dicho idioma. Posteriormente aprendió tambien las lenguas inglesa, portuguesa, italiana y española. En medio de tantas y tan diversas ocupaciones hallaba todavía tiempo para meditar en la Sagrada Escritura, y leer las obras de San Agustin, San Juan Crisóstomo y Santo Tomás, que eran los doctores de la Iglesia que más le interesaban. Un mérito tan relevante debia necesariamente llamar la atencion sobre este religioso, y si bien se intentó llamarle á otros centros literarios, continuó en su

propósito de residir en Milan. Solo despues de muchas instancias obtuvieron de él sus amigos que hiciese un viaje á Nápoles y dos á París; viajes que redundaron en mayor gloria suya, puesto que en ambas ciudades se granjeó el aprecio y estimacion de todos los sabios que le visitaron. Los superiores de su Orden deseaban verle figurar en algun puesto importante, de lo que era tan digno, pero sus ruegos y excusas consiguieron que le dejasen tranquilo en su vida oscura y estudiosa, habiendo únicamente sido, y eso por un corto espacio, guardian de su convento. A pesar de la debilidad de su temperamento que atribuia á un nacimiento prematuro, llevaba un régimen de vida tan arreglado, que se conservó en completa salud hasta una edad avanzada, falleciendo al fin de hidropesia el 28 de Abril de 1752. Espiró con los sentimientos más fervientes de una piedad acrisolada, viviendo en un siglo en que espíritus indomables, y que contaban adeptos hasta en el mismo seno de las comunidades religiosas, hacian alarde de romper el yugo de sus creencias. Permaneció siempre inalterable en sus ideas ortodoxas, arraigándose cada dia más en su ánimo los puros y verdaderos sentimientos de la religion católica, no permitiendo á su inteligencia tomar parte alguna en las discusiones dogmáticas que con tanta ligereza estaban en su época á la órden del dia. Admitia en su corazon cándido y tranquilo las verdades reveladas, y cerraba los ojos á toda investigacion. Habia escrito muchas obras sobre la Sagrada Escritura, pero sus continuas ocupaciones fueron causa de que quedasen todas ignoradas, pues solo se cita una que escribió en italiano siendo ya sexagenario, la que quedó inédita y llevaba el título de *Il Melazzo Sacro*. — S. B.

PISTOR (Martin). Fué natural de París, y tomó el hábito de la órden de Predicadores en el convento de Santiago de la misma ciudad, donde hizo sus estudios, recibiendo por su aplicacion y claro ingenio los grados académicos en la universidad de la Sorbona el dia 4 de Enero de 1516, en compañía de otros veinticuatro licenciados. Distinguióse entre los más nobles predicadores de su tiempo por su elocuencia y fervor religioso, é impugnó victoriosamente los errores de los herejes que tanto dieron que hacer por entónces á la Francia, confundiendo sus perversas doctrinas con la palabra y con la pluma. Escribió: *Prosopopeia, quam ideo Symmachiam dicere voluimus, quod acerrimam effingat fidelium adversus trium infestissimorum fides hostium epithesis concertationem fidei hostes tres, Calvinus, Melanchton et antithesium Christi et Romani Pontificis concionator, Martino Pistore auctore:* París, 1552. — *Postilla in Mathæum*, obra que no existe, pero que segun dicen los que la han visto se imprimió en París en 1522. — *Symmachia adversus epithesis hostium fidei cui adjuncta sunt duo coloquia adversus cæremoniarum divini cultus oppressores; Martino Pistori, dominicano auctore:* Paris, 1556.

Esta obra es una nueva edicion de la titulada *Prosopopeya*, sin más diferencia que haberle añadido los dos coloquios mencionados. — M. B.

PISTORA (Juan). Sponde nos da una muy sucinta noticia de este eclesiástico, que copia Moreri en su *Gran Diccionario Histórico y Geográfico*. Dice solo que fué abate de Baviera, y que publicó en 1544 un diálogo titulado: *De Fato et Fortuna*, y otros varios tratados que parece cita Le Mire.— A. C.

PISTORIO, sabio ministro luterano, se convirtió al catolicismo y abjuró sus errores en Abril de 1685 en manos del abate de Ralabon, vicario general de la diócesis, en la iglesia catedral de nuestra Señora de Strasburgo, en presencia de las personas más notables de la ciudad y de una inmensa muchedumbre de pueblo. El P. Dez, jesuita, rector del Seminario, sostuvo la controversia despues de la cual este ministro y otro convertido con él, declararon los motivos que les habian inclinado á este cambio, y lo hicieron en términos tan expresivos, que estas conversiones produjeron los mejores resultados. —S. B.

PISTORIO (Fr. Bernabé de). Era natural de la ciudad de Pistoya, en la Etruria, y aunque lego de profesion, la divina bondad le colmó de gracias señaladas. Unia á su extremada discrecion unas costumbres graves y una conversacion elocuente, siendo al propio tiempo afable, humilde y devoto. Ardia su alma en una caridad sin límites, la cual empleaba y resplandecia más con los enfermos y afligidos, á quienes procuraba alivio y consuelo; y muchas veces que faltó el sustento á sus hermanos de religion, él se lo procuraba mendigando. Era amantísimo de la pobreza evangélica, inimitable en la humildad y obediencia, hallándose adornado de singular castidad y pureza. Su abstinencia fué la más estrecha, y mortificaba su carne con tan ásperas disciplinas, que muchas veces regaba el pavimento con su sangre. Apénas dormia, y pasaba sus noches en la vigilia y en la oracion, sin que descansára un punto su espíritu fervoroso. Como prueba de su santidad, muchas veces vieron sus hermanos que su frente se hallaba ceñida de una auréola gloriosa. Ocupado en santos ejercicios le encontró la muerte, y descansó en el Señor el dia 12 de Julio de 1581, en el convento de S. Francisco Transtiberim en Roma, donde se encuentra sepultado. — M. B.

PISTORIO (Fr. Juan Andrés). Era natural de Toscana y oriundo de la ciudad de Pisa, de donde tomó el nombre. Pertenecia al estado seglar cuando ingresó en la religion de S. Francisco; pero ántes de tomar el hábito, ya se distinguia por su bondad singular. Estuvo adornado de una perfeccion poco comun, y por la integridad y rectitud de sus costumbres ejercia el cargo de guardian en el convento de S. Antonio de Rieti, donde se hizo notable por su austeridad y rigor para consigo mismo, siendo al propio tiempo

afable, benigno y pacífico con los demás. Su caridad respecto de los pobres no tenia límites, y la llevaba más allá de lo que le imponia la obligacion. Puso todo su estudio en purificar por medio de la oracion y de los ejercicios piadosos su cuerpo y su alma, y logró su designio á fuerza de constancia y mortificacion. Murió á los sesenta y seis años de su edad el dia 20 de Marzo, sin que conste el año, habiendo florecido por el de 1590. Su cuerpo fué sepultado en el dicho convento de Rieti en la provincia romana. —M. B.

PISTORIUS (Juan). Nació en Hesse, en Alemania. Fué criado en la comunion protestante, pero llegando á la edad de la razon, abjuró sus errores, siendo recibido en el seno de la Iglesia católica, cuyos intereses sirvió como el más celoso de sus hijos. Siguió la carrera eclesiástica, y fué nombrado canónigo de Constanza y confesor del emperador Rodolfo II. Con sus exhortaciones y sus ruegos, y más que todo con la elocuencia que supo desplegar en la demostracion de las verdades católicas, logró reducir á muchos sectarios de Lutero, y entre ellos á Santiago, gran duque de Baden, que convertido abjuró la herejía que profesaba. Compuso varios tratados de diferentes asuntos, y murió en Friburgo en 1607 á los sesenta y tres años de su edad. — M. B.

PISTOYA (Fr. Gerónimo). Era natural de la ciudad del mismo título en Italia. En su juventud fué desposado por gusto de sus padres con una doncella, que murió ántes de consumarse el matrimonio, y á vista de este desengaño trató Gerónimo de consagrarse á Dios, y al efecto recibió las órdenes menores para hacerse sacerdote y principió los estudios. Como era de una edad algo adelantada, no tenia la perspicacia ni la facilidad de la juventud, y por lo tanto fué reprobado en el primer exámen; cuya circunstancia, hiriendo su amor propio, le hizo redoblar sus esfuerzos, y en poco tiempo, á fuerza de vigilias y desvelos, logró salir un consumado teólogo y un famoso predicador, uniendo á estas cualidades una vida ejemplar y una pureza de costumbres poco comunes. Para mejor consagrarse á Dios entró en la órden de los PP. Franciscanos Observantes, en la que fué un modelo de virtud y de oracion. No obstante, deseando mayor austeridad, formó la idea de ser capuchino; y á pesar de los consejos que sus amigos y superiores le daban para disuadirle, marchó á la provincia de Toscana con otro religioso de su misma Orden, que tenia idéntico pensamiento, y ambos recibieron el hábito de mano de Fr. Antonio de Montegranario, que gobernaba entónces aquella provincia. Continuó siendo Fr. Gerónimo en la religion de los capuchinos lo que habia sido en la de los observantes, dedicándose á la predicacion, al cuidado de los enfermos, á la práctica de la oracion y de las más asperísimas penitencias. Ocupóse en predicar una temporada contra el odioso vicio de la lujuria y contra las mujeres públicas, que son el medio que le sostiene, y

logró tan buen fruto de estos sermones, que convirtió á una famosa ramera de Florencia, llamada Marieta, la cual no solo abandonó su relajada vida, sino que con su hacienda fundó un convento para refugio y amparo de las pobres doncellas desvalidas que por falta de recursos solian verse en peligro de perder la honestidad. Su estilo en la predicacion era tan sublime como elocuente; seguia en un todo la marcha y opiniones del seráfico doctor San Buenaventura, de quien era tan apasionado, que á sus instancias consiguió se hiciese una reimpresion de sus obras, que estaban casi perdidas, dando lugar á que más adelante el sumo pontífice Sixto V mandára hacer una edicion más completa, y que en todos los conventos de menores se estableciese una cátedra donde públicamente se leyese la doctrina de este santo Doctor. Por encargo de su religion enseñó Fr. Gerónimo la teología, explicándola en Florencia, Roma y otros puntos, sacando en todos ellos discípulos muy aventajados. El general de la Orden Fr. Tomás de Tiferno le envió al Concilio de Trento, donde defendió con valentía la forma de hábito de la religion, que oyeron con estimacion los Padres del Concilio, dándole notable aplauso. A su vuelta del Concilio desempeñó varios cargos importantes en la Orden. Fué varias veces definidor y provincial de la de Toscana, Nápoles y otras varias provincias, y en todas se distinguió por la pureza de su vida y rectitud de sus decisiones, no ménos que por su notable sabiduría. A pesar de hallarse constituido en dignidad, no desmintió nunca sus caritativos sentimientos, como lo prueba el siguiente caso. Caminando en cierta ocasion en un asperísimo invierno, se le abrieron á su compañero los pies con el rigor del frio. Fr. Gerónimo le tomó sobre sus espaldas, y á pesar de lo fatigado que iba, no quiso recibir en el primer convento que encontraron socorro ni refrigerio alguno, hasta que hubo curado por sí mismo las heridas de su compañero. Adquirió tanto crédito por estos actos piadosos como por su ilustracion, y así no habia caso grave ni consulta importante en la Orden que no se sometiese á su exámen y decision. Llegó la fama de sus virtudes hasta el sumo pontífice Pio V, quien le llamó á su lado, le hizo su teólogo, y habiendo experimentado el gran caudal de virtud y erudicion que en aquel varon se encerraba con motivo de varios graves asuntos eclesiásticos en que le consultó, quiso ponerle en el número de los cardenales. Pero el humildísimo capuchino le rogó que no lo hiciese, y tantos fueron sus ruegos y tales las cosas que le dijo para renunciar aquella dignidad, que el Papa se convino á no agraciarle con el capelo; mas le puso por condicion que habia de señalar una persona de su amistad y conocimiento en quien recayese aquella gracia. Rehusaba tambien Fray Gerónimo hacerlo; pero no queriendo el Pontífice ceder, eligió á Julio Sanctorio, arzobispo de Sta. Severina, varon ilustrado, de inocente vida, sanas

costumbres y fervoso celo por la religion, y á éste fué á quien el Papa agració con la púrpura destinada para el modesto capuchino. Disponíase entre tanto la expedicion que Pio V trataba de levantar, en union de otros príncipes cristianos, para abatir el orgullo de fieros musulmanes; aquella famosa expedicion en que por primera vez habia de flotar en los mares el estandarte de las dos llaves, y que daria por resultado la gloriosa victoria de Lepanto. El Pontífice mandó á Fr. Gerónimo que partiese á la isla de Candía, punto en que debian juntarse todas las fuerzas de la armada, para acompañar á veintiocho religiosos capuchinos que se mandaban á la escuadra con objeto de asistir á los fieles en la jornada, administrándoles los santos sacramentos y exhortándolos á pelear contra los agarenos. Antes de partir, como era tan devotísimo de la Santísima Vírgen, se encomendó á esta Señora, pidiéndola su ayuda, y haciendo para lograrla asperísimas penitencias. La divina Reina de los Angeles se le presentó en forma visible, diciéndole que se preparase para otro viaje más largo, porque muy brevemente habia de morir. Con este celeste aviso redobló aún más el rigor de sus penitencias; y cuando se embarcó con sus compañeros en el puerto de Liorna, anunció que no volveria más á ver aquellas riberas. Habiendo llegado á Candía, punto de su destino, encontró ya allí las galeras de los venecianos, en las que se habia declarado una enfermedad epidémica que diariamente causaba muchas víctimas. Fr. Gerónimo y sus compañeros se entregaron con sin igual caridad al cuidado de los enfermos y á su inmediata asistencia, curándolos, administrándoles los santos sacramentos, ayudándolos á bien morir, y llevando á enterrar los cadáveres cargándolos sobre sus propios hombros, sin temor ni consideracion al riesgo en que se ponian, porque estaban resueltos á sacrificar su vida por el Señor. El éxito correspondió á sus esperanzas; pues á muy pocos dias Fr. Gerónimo, que ya contaba setenta años de edad, fué atacado de la peste y sucumbió mártir de su caritativo celo, con muy visibles indicios de haber ido á gozar el premio de su austeridad y sus virtudes. Algunos años despues de su muerte, el cardenal Julio Sanctorio, que como hemos dicho ántes debió la púrpura á la eleccion de Fr. Gerónimo, y que se habia hecho protector de la órden de los Capuchinos, creyéndose obligado á manifestar de algun modo su afectuoso agradecimiento al siervo de Dios, mandó trasladar sus restos desde la isla de Candía para que reposasen en Italia. Pero no fueron tristes despojos los que se encontraron, sino su cuerpo entero é incorrupto, lo cual confirmó la idea que de su bienaventuranza se tenia. El cadáver fue conducido á Caserta, donde se le erigió un sencillo túmulo en la iglesia de los Capuchinos, á expensas del dicho cardenal Julio Sanctorio de Sta. Severina. Fr. Gerónimo escribió y publicó varias obras, entre ellas un *Tratado de las formalidades de Sco-*

to y una *Coleccion de sus sermones sobre varios artículos de fe, y en particular sobre la predestinacion.* Ocurrió su muerte en el año 1570. — M. B.

PISTOYA (Juan), nació en un pequeño lugar llamado Piscia, situado entre Luca y Pistoya, á mediados del siglo XV. Su familia era tan humilde y sus padres tan pobres, que no pudieron darle ningun género de educacion; y desde su niñez se vió obligado para mantenerse á guardar puercos en un bosque. Pero su ingenio natural, que le llamaba hácia más altas empresas, no le permitió continuar en aquella oscura vida, puesto que estaba destinado á ser un varon esclarecido en religion y en santidad de costumbres, y que un dia deberia llenar toda la Italia con la fama de su elocuencia y con la gracia especial que el cielo le suministrára para difundir la palabra divina. Unos soldados que pasaron casualmente por el sitio donde él se encontraba, le llevaron en su compañia á la ciudad de Salerno, en la cual se quedó algunos dias viviendo de limosna. Habiendo acudido al convento de los PP. Dominicos de la mencionada ciudad en busca de su diario alimento, sus bienhechores, en vista de la buena disposicion que demostraba y del ingenio que en él se traslucia, trataron de encaminarle hácia la vida religiosa. Agregóse en efecto á la citada casa, y desde allí le enviaron á la ciudad de Palermo, donde pronunció sus primeros votos, marchando en seguida á Perusa á principiar sus estudios. Muy pronto se distinguió entre todos sus hermanos, tanto por su aplicacion como por sus adelantos, debidos á su ingenio natural y á su prodigiosa memoria, la cual fué tan grande, que á los veinte años de su edad sabia toda la sagrada Biblia, comprendia su espíritu y la recitaba literalmente. Habiendo terminado sus estudios, fué enviado, con la consideracion debida, á un celebérrimo varon, á predicar por todas las ciudades de Italia, lo que verificó con tanto éxito, que en la mayor parte de los pueblos no cabia la multitud de gentes en el templo, y fué necesario que predicára en las plazas al aire libre, siendo incalculable el fruto que recogió de aquella especial gracia con que Dios le habia favorecido para mayor honra suya. Era tan grande su humildad, que en vez de envanecerse ó de lisonjearse al ménos con el triunfo que su talento le proporcionaba, procuraba huir de todos los honores que querian tributarle, y se negó á recibir los premios que le ofrecian, rehusando con la mayor firmeza el lauro del magisterio y el obispado de Aquila, que repetidas veces le suplicaron aceptase, deseando tener un varon tan eminente en la sede episcopal; pero como hemos dicho, su humildad era tan notable y tan opuesto se manifestaba á las distinciones mundanas, que estando próximo á entrar en Ragusa, supo que los ciudadanos le habian dispuesto un magnífico recibimiento, y para no tener que aceptarle, cambió de direccion y entró en la ciudad de incógnito y por la parte que no se le aguardaba. Hallábase Catania asolada por la

peste, y apénas llegó á su noticia, se presentó en la ciudad y en los sitios de mayor peligro, disponiendo se celebrasen un solemne triduo y rogativas por las plazas públicas, logrando de este modo aplacar la ira del Señor, y que se extinguiese muy pronto la epidemia. Fué muy devoto de S. Vicente Ferrer, y deleitábase en predicar acerca de la vida, hechos milagrosos y virtudes de este Santo, y siempre pedia á Dios, por la intercesion del mismo, las gracias que deseaba obtener en favor de los mortales. Murió con notable sentimiento de cuantos conocieron y apreciaron sus virtudes, en la ciudad de Luca, el dia 23 de Marzo de 1493. Fué sepultado junto al altar mayor de la iglesia de S. Roman, del órden de Predicadores de la mencionada ciudad. Se conservan de él muchos de los sermones que constituyeron su celebridad. Uno de los códices que los contiene se titula: *Sermones docti et elegantes*; los cuales segun el cronista de su órden Altamura, dividense en sermones de témporas, de los santos y de cuadragésima. En la Biblioteca de S. Juan y San Pablo de la ciudad de Venecia, se conservaba otro códice en 4.°, con este título: *Fr. Joan. de Pistorio Ordinis Prædicatorum sermones.* — M. B.

PISTOYA (Leonardo de). Era italiano, aunque á punto fijo se ignora de qué pueblo era natural, ni cuándo ocurrieron su nacimiento y su muerte. Se supone que era natural de la ciudad de Pistoya, ó que por lo ménos tomó el hábito en la misma. Los cronistas Lusitano, Pio, Fernandez, Fontana y últimamente Altamura, manifiestan que este dominico existia por los años 1280, y dicen que no es difícil averiguar el tiempo en que floreció por el lenguaje de sus escritos. Se le conoce únicamente á causa de las obras que produjo, y que segun los mencionados autores se titulan: *Summam Theologiæ tomis duobus distributam*, la cual se ignora en qué biblioteca se conserva. — *Mathematica Fr. Leonardi de Pistorio, Ord FF. Præd., videlicet tractatus de Arithmetica et de practica Geometriæ.* — *Tractatus de computo lunæ, secundum doctores Ecclesiæ. Liber editus à Fr. Leonardo, Ordinis Prædicatorum.* Estos tratados se conservaban aún por el año 1719 en la biblioteca del convento de S. Márcos de la ciudad de Florencia, sin que conste que hayan llegado á publicarse.—M. B.

PISTOYA (Fr. Marcelo). Este sacerdote era natural de la ciudad de que tomó el sobrenombre en Italia. Perteneció en un principio á la congregacion de S. Jorge, desde la que, anhelando mayor perfeccion, se pasó á la familia de los Capuchinos para ilustrarla con sus virtudes. Tomó al efecto el hábito en la referida ciudad de Pistoya, y desempeñó en su convento y en otros varios de la provincia algunos cargos que se encomendaron á su prudencia y rectitud. Persuadido de que la oracion es el medio más á propósito para alcanzar la perfeccion de la vida, entregábase con tanto afan á ella, que ordinariamente oraba siete ú ocho horas al dia; y ocasiones hubo en que oró diez y ocho con tal fervor, que permanecia sin movimiento, y tan fijo como si no

tuviese sentido alguno. Cuando se levantaba de orar tenia el rostro tan encendido y resplandeciente, que no parecia hombre del mundo, sino persona celestial. Haciendo oracion en su celda en el convento de Cortona, se observó que de la habitacion salia un resplandor tan grande como si estuviese iluminada con los rayos de un sol brillante; y cuando hubo acabado de orar quedó en vez de luz un suavísimo perfume. Eran tan frecuentes sus éxtasis, que apénas oraba solia quedarse elevado en la contemplacion de la Divinidad, manifestándose así cuan agradable es para Dios este ejercicio. Orando un dia en la iglesia de la Purísima Concepcion de la ciudad de Florencia, le vió un religioso de la órden de los Esclavos de María elevado en el aire, de lo cual dió testimonio. Padeció muchas tentaciones de Satanás, que procuraba por todos los medios imaginables apartarle de aquella meritoria ocupacion; pero con la ayuda de Dios y de su virtud logró salir triunfante, y murió con notable fama de santidad en el convento de Pistoya el año de 1610.— M. B.

PITALUGA (D. Francisco). Nació en Alicante en el mes de Mayo de 1769. Manifestó un talento tan consumado y una disposicion tan grande para el estudio, que á los quince años estaba ya perfeccionado en el latin y en la retórica, y preparado para cursar la filosofía. Sintióse desde muy temprano con vocacion para el estado eclesiástico, y queriendo ser un sacerdote adornado de toda la instruccion que tan elevado ministerio requiere, se trasladó á la ciudad de Orihuela, centro entónces de la ilustracion y emporio de las ciencias eclesiásticas. Un brillante exámen le facilitó una beca de número en el famoso colegio de S. Miguel, émulo del que existia en la misma ciudad con el propio título, y que tan grandes hombres ha dado á la órden de Predicadores. Nueve años de seminario permitieron al jóven Pitaluga instruirse completamente en ciencias filosóficas, lugares teológicos, teología moral, dogmática, escritura y oratoria sagrada, con los demás requisitos para formar un sacerdote digno de este nombre y útil para el servicio de su patria. Una de las mejores pruebas que pueden citarse para manifestar su aplicacion y talento es el haber sido elegido al concluir su carrera para defender un acto público de teología *pro collegio* en la parroquia de Sta. Justa y Rufina de la citada ciudad de Orihuela. En el antedicho seminario recibió los grados de bachiller y doctor en sagrada teología, despues de haber defendido otro acto público general de la misma facultad. Tantos méritos eran dignos de una pronta recompensa, y el cabildo eclesiástico le agració con una plaza de residencia en la insigne colegial. Con esto logró Pitaluga sus deseos, y pudo recibir las sagradas órdenes incluso el presbiterado. Más de cincuenta años abraza la vida pública de este ilustre y ejemplar sacerdote. En tan dilatado espacio de tiempo le vió Alicante consagrado constantemente al servicio espiritual de sus hijos. Teniente cura en la colegial, beneficiado en la misma,

cura ecónomo en la parroquia de Sta. María y cura propio en la de S. Nicolás, fué siempre un celoso é infatigable obrero de la viña del Señor. Dividiendo su tiempo entre el coro, el confesonario y el púlpito, apénas le quedaba un breve espacio para el descanso, espacio que él aprovechaba entregándose con avidez al estudio. La severa integridad de sus costumbres daba un subido realce á todos los actos de su vida, por lo cual fué muy difícil hallar el lunar más pequeño en la existencia pública de D. Francisco Pitaluga. En vista de su relevante mérito se le confirió, sin que él lo pretendiera, una canongía que se hallaba vacante en la insigne colegial de S. Nicolás en 1807 por el Sr. D. Cárlos IV. Pitaluga permaneció en su iglesia sin querer abandonarla, y expuesto á mil riesgos y peligros durante la invasion francesa y revoluciones que la subsiguieron. En 1825 fué unánimemente aclamado por el ilustre Ayuntamiento chantre de la misma iglesia, y dos años despues pasó á ocupar la primera silla de su M. I. Cabildo con la dignidad de dean. Ni sus nuevos cargos llegaron á envanecerle, ni el reposo que le permitia su desahogada posicion, ni los frecuentes achaques que le aquejaban, pudieron retraerle un solo dia de cumplir los deberes del servicio y las obligaciones de su sagrado ministerio. Rodeado de un numeroso clero, nadie se le anticipaba en nada; era el primero á entrar en el coro y el último en salir de él. Por espacio de más de veinte años, los postreros de su vida, dijo la primera Misa, y acto continuo se sentaba en el confesonario, y ocupaba largas horas oyendo á los fieles en el santo tribunal de la penitencia. Su celo por el culto, su caridad para con los pobres excede á toda ponderacion. Su conducta sobre este particular es digna del mayor aprecio, pues con exquisito tacto sabia excitar los sentimientos caritativos de los pechos cristianos, tanto para arbitrarse recursos con que acudir á remediar la miseria de los necesitados como para sostener el culto de su amada colegial en todo su brillo, especialmente en los amargos dias de prueba por que tuvo que pasar. Cuando á consecuencia de nuestras discordias políticas llegaron al extremo los apuros del gobierno y las necesidades de los particulares, el clero fué la primera víctima de la carencia de recursos. Pitaluga entónces, sin desanimarse y privándose hasta de lo más preciso, sostuvo el culto de su predilecta iglesia, y con certeza puede asegurarse que á no ser por su infatigable celo, por su ardiente cooperacion y por los ingeniosos medios con que supo proporcionarse recursos, muchas veces se hubieran apagado las lámparas de la célebre basílica, hubieran enmudecido sus coros, faltado sus solemnidades, y se hubiera, en fin, cerrado S. Nicolás. No permitió la Divina Providencia que tocase tan lamentable extremo, y le concedió bastante vida para llegar á conocer y disfrutar dias más tranquilos. La situacion del país mejoró notablemente; las tribulaciones de la Iglesia cedieron algun tan-

to, y pudo ver restablecido el brillo y esplendor del culto que por un instante temiera ver eclipsado. Falleció el dia 11 de Marzo de 1849, terminando con una tranquila y apacible muerte una vida llena de virtudes y merecimientos. En torno de su féretro se agruparon para llorar su pérdida mezclados pobres y ricos. Los unos deploraban el fin del que era su protector y el generoso medianero entre la desgracia y la posibilidad, del que les facilitaba recursos para secar sus lágrimas y atenuar sus padecimientos; y los otros sentian la ausencia del que, siendo un centro inagotable de virtud y caridad cristiana, llevaba donde no eran necesarios los socorros materiales los auxilios de la divina gracia, representados por esos consejos, por esos consuelos que proporcionan la paz y la tranquilidad á los ricos y á los potentados, que á pesar de estar cercados de abundancia y comodidades, no por eso dejan de hallarse muchas veces con el corazon henchido de amargura y de crudas tribulaciones. — M. B.

PITARCH (Madre Sor Gerónima), religiosa agustina, natural de Morella; tomó el hábito en el convento de su patria, donde profesó en 17 de Diciembre de 1653, resplandeciendo en todo género de virtudes desde el instante que entró en la religion. Era muy temerosa de Dios, y no obstante sus piadosas y puras costumbres, estaba siempre temblando al acordarse de la estrecha cuenta que habia de dar á Dios de todos los instantes y pensamientos de su vida. Era muy aficionada al trato y conversacion de personas espirituales y virtuosas, con las que hablaba de Dios y las cosas sagradas, rebosando en gozo su espíritu siempre que se entregaba á tan provechosos diálogos. Así siempre que se hallaba libre de las ocupaciones que le imponia la obediencia, iba á las celdas de aquellas religiosas á quienes conocia adornadas de más virtudes, y les suplicaba la leyesen algun libro espiritual, siendo estas lecturas su mayor consuelo, porque con ellas disminuia el temor de los castigos que le esperaban por sus pecados. Vivió en un constante retiro, negándose á recibir hasta las visitas de sus mismos parientes, como no viniesen á tratar de asuntos muy precisos, y algunos años ántes de su muerte se despidió con tal resolucion de toda su familia, que no quiso ver ni áun á sus sobrinas ni sobrinos, porque no la distrajesen de su fervorosa oracion y de los ejercicios con que constantemente buscaba la presencia del Señor. Y fué esto en tal extremo, dice la Crónica, que habiendo venido un sobrino suyo muchas leguas solo por verla, con las noticias que tenia de su gran virtud, no pudo lograrlo por más que lo instó. Estaba el sobrino muy desconsolado, y valióse del P. Vicario del convento, pareciendole que siendo su confesor lo conseguiria, pero tampoco pudo conseguirlo, porque habiéndola llamado el vicario se puso á temblar y á llorar tan amargamente, que la hubo de consolar diciendo: «Sor Gerónima, yo no la mando

que salga, vuélvase á su celda, que yo le despediré cortesmente, y así se hubo de volver el sobrino sin poderla ver ni hablar, alabando al Señor en su santa tía.» El extremo que observaba en guardar las demás virtudes rayaba en el mismo grado que el que, como hemos dicho, tenia en observar la anterior, siendo mirada como un modelo de perfeccion. Merecia en efecto este concepto por sus continuas abstinencias, sus prácticas piadosas y virtuosas, su angelical pureza, sus grandes penitencias y todas las virtudes monásticas en fin, que, como hemos dicho, cultivaba en su mayor apogeo y plenitud. Era muy zelosa de la observancia de las reglas y costumbres de la comunidad y fomento del culto divino, tanto que convirtió sus pocas alhajas en objetos para el servicio de la sacristía é iglesia, esmerándose en consagrar al Señor los restos de los bienes que habia poseido en el mundo. Llena de años y virtudes murió en 15 de Abril de 1699, conservándose por largo tiempo su memoria en el convento en que habia vivido con fama de santa y virtuosa.—S. B.

PITARQUE (V. Eugenia). Oriunda de una antigua é ilustre familia de Flandes, sus padres heredaron con la nobleza de sus progenitores las excelentes virtudes propias de su distinguida nobleza. Estos ilustres caballeros sustentaban diariamente en su casa veinticuatro pobres vergonzantes, siendo una comun y piadosa hospedería de los soldados españoles que habitaban en aquellos países. Acompañaban la virtud de la caridad con otras muchas virtudes morales, ayunos, penitencias y mortificaciones, de manera que cuidando más de enriquecer sus almas de virtudes, que su casa de bienes temporales, gastaban estos con los pobres, y en suplir la falta de las rentas de aquellos estados durante la rebelion, en la que emplearon más de cuarenta mil ducados. Heredóles Eugenia, más en el espíritu que en la hacienda, aunque no se hallase aquel adornado de las virtudes exteriores que tanto estiman y aplauden los hombres, porque no se descubrieron en ella afectos de devocion exterior, ayunos, penitencias, aunque ejerció muchas, ni otras de esas virtudes que solo sirven para ganar el aplauso. Pero resplandeció en ella enteramente, aunque en lo escondido de su pecho é interior de su alma, la caridad y amor de Dios, y en tan supremo grado, que pareció exceder los límites de la caridad más perfecta. Llevábala á la oracion, dice su historiador el P. Pacheco, un conocimiento propio tan verdadero, que se fué connaturalizando en ella conforme se mostraba más asídua en la oracion, pues en ella y por ella se comunica Dios, y para comunicarse queria estar á solas con el alma, segun dijo un profeta. Sentíase, pues, Eugenia sola y desamparada, pareciéndola estar fuera del mundo y allá en unas regiones no imaginadas. Originábanse de aquí unos temores y ánsias de espíritu, que la obligaban á que se levantase de la oracion y temiese volver á ella. Resistia

Eugenia cuando Dios la llamaba, huia los desamparos y soledades en que Dios la ponia; pero Eugenia se hallaba tan tocada del amor divino, que viéndose ausente de su Dios y esposo, sintió tan eficaces impulsos, que llena de ánsias la volvia á la oracion, ofreciéndose ya á las soledades y desamparos á que ántes se negaba con temor; pues fué en ella tan grande el don del conocimiento de su inutilidad, que solia decir de sí misma con grande humildad y desprecio: que no hallaba en su natural disposicion alguna para cosa buena, sino que le sentia rebelde y descarriado, y que no llegaba á admirar cosa alguna tanto de la bondad divina, cuanto que se acordase de criatura tan menguada y tan sin fruto como ella. De este humilde conocimiento nacian sus temores, cuando Dios en aquellas soledades y desamparos, como ella los llamaba, la proponia cosas que no podia alcanzar; y como se juzgaba incapaz é insuficiente para nada bueno, temia no fuesen aquellas grandezas presunciones de su fantasía. De donde venia á rezelar si aquellos desamparos en que se veia lo eran verdaderamente de la manutencion de Dios en castigo de su última presuncion. Temia Eugenia por su insuficiencia y natural rebelde, y como para sujetarle no haya medio más eficaz que el temor de Dios, segun aquel consejo del Espíritu Santo: «Teme á Dios y serviráte tu Señor de sanidad para el cuerpo y medula á tus huesos, esto es, conseguirás vencimiento de tu natural, y fortaleza para tenerle sujeto,» para que Eugenia consiguiese de sí esta victoria, aumentó Dios á sus temores otros de mayor intension. Temia por conocerse, temia por las soledades que la causaban temores, y á estos añádela Dios el de sí misma y el de su desamparo, para que así ahogada en miedos, cuando temiese ser en ellos consumida, entónces se asegurase más y se fortaleciese invencible. Causó Dios en Eugenia temores sobre temores, sobre los que ella tenia los de sí misma, con que se halló fortalecida, y con tal seguro y confianza, que ya ningunos temores podian embarazarla ni desmayarla áun de los mayores peligros, ni turbarla ningunas adversidades, ni pérdidas de los mayores bienes, ni avenidas de todos los males, con haberla sobrevenido muchos; porque de tal modo la perfeccionó aquel temor divino, que la dejó un espíritu tan alentado, que segun expresiones de su confesor, no habia espíritu semejante al de esta mujer, tan desembarazado, verdadero y fortalecido de manera que habia llegado á persuadirse que vivia más en Dios que en sí misma. De aquí procedió y se conoció bien en ella el segundo efecto del temor de Dios, que es enfrenar la inclinacion de la naturaleza, pues lo mismo que la gracia impide todo pecado é induce á su aborrecimiento, igualmente lo hace el temor de Dios que tiene la misma virtud y propiedad que la gracia. De tal manera le aborreció Eugenia, que, á pesar de tener una naturaleza rebelde, como lo afirmaba ella de sí misma, aseguraba tambien:

Que nunca con fuerza impulsiva se le habia propuesto ni habia sido inducida á pecado mortal. De donde puede deducirse que nunca le cometió, como presumian sus confesores. Pero cómo habia de cometerle, añade su biógrafo, si tanto le aborrecia que hablaba de él como de cosas extrañas y nunca usadas? Si bien decia que si Dios de su mano la dejára, fuera peor que el pecador más perdido por conocer su natural. De donde nacia atribuir todas sus obras á Dios y á sí la insuficiencia toda, pues solia decirle á Dios cuando la inspiraba con fuerza alguna cosa: «Señor, si vos no lo obrais todo, ello se estará por hacer, que de mi no hay que esperar.» Y cuando obraba la inspiracion, se admiraba, porque juzgaba que ella de sí nada hacia, sino que Dios se lo daba todo hecho. En esta tan baja estimacion se tenia esta gran sierva de Dios, y nacia todo del don de temor divino, que lo uno la humillaba como hemos visto; lo otro la detenia á no desmandarse en la vanagloria ni presuncion, ni otro género alguno de pecado, porque de todos preserva, como la preservó, el temor de Dios. Fué ilustrada tambien con una luz tan clara, con un tan profundo don de sabiduría, como se inferia de sus discursos que excedian en natural capacidad, porque era una mujer sencilla, como ella decia con particular humildad y gracia, y era porque discurria poco acerca de la sabiduría humana, pero en la divina se verificó en ella la revelacion que Cristo dijo hacia su Padre á los párvulos y pequeñuelos, negándola á los sabios y prudentes del siglo. «Yo tengo papeles suyos, dice su biógrafo, que sus confesores la mandaban escribir, y ella de suyo los escribia otras veces para pedir consejo, que nunca á cosa alguna asintió sin él, como despues veremos, en cosas grandes que Dios la daba á entender, y por falta grande que tenia de memoria (porque se la tenian suspendida en sus acciones, como tambien veremos) lo escribia luego que de la oracion se levantaba. Y tienen tanto fondo sus escritos y tanto que pensar en ellos, si bien verdades apuradas, que los más teólogos tendrian bien que hacer en buenos dias para comprender un poco lo mucho que en breve allí se vé. ¡Pues qué prudencia en sus consejos! Que los muy sabios se podrian valer de ellos para gobernarse. Yo oí decir á uno bien espiritual y docto, que se habia aprovechado más con los consejos de esta sierva de Dios en ocho meses, que en muchos años que él habia procurado aprovecharse. ¿Pues de dónde tal prudencia y sabiduría tanta en una sencilla mujer, que ni estudió ni leia mucho, porque los dolores continuos que traia de cabeza, no lo permitian? Tuvo el maestro que hemos dicho el don de temor de Dios, cuyos efectos vimos eran sabiduría y luz del cielo. Bien claro se demostró esto en las soledades en que Dios la ponia, y donde la representaba cosas tan altas, que por no alcanzarlas ella la causaban más temor por rezelarse no fuese presuncion de la altiva fantasía. Pero ¡oh misterio grande! que en aquello que su humildad y santidad

no alcanzaba, Dios se lo daba más á conocer, y se unia con ella más íntimamente. Tal estado, que es sin duda de los más perfectos, parece fué en el que Eugenia fué colocada por Dios desde sus principios, hallándose suspendida en soledades y á vista de grandezas que no alcanzaba por donde más íntimamente se le iba comunicando, dándola de esta manera más cierto conocimiento de sí, mayor y más perfecto que si se le apareciera en luces y resplandores, y por consiguiente la adelantaba como á perfecta, adelantándola en perfeccion santidad y virtudes. Estos fueron los principios de Eugenia, salgamos, pues, de ellos, y acerquémonos á lo sumo de su perfeccion. Ibala Dios poco á poco asegurando y ella subordinándose á su voluntad, si bien decia con particular gracia y humildad, que la daba Dios muy por tasa lo que le pedia, que no era nada ménos que entregarse á él por completo, renunciándolo todo sin quedarla un afecto en lo terreno, ni en los bienes, ni en los padres, ni en sus hermanos, ni parientes, y lo que más es, que ni acerca de su marido ni de su persona, salud ni sustento, sino que todo se le ofreciese y fiase de él. Esto, afirmaba, se lo decia á Dios con tanta fuerza interiormente, que parecia no la quedaba fuerza para resistir. Sentia dificultad Eugenia en cumplir esta vocacion, porque tenia marido á quien por precepto divino debia acudir con todo su amor. « Yo, decia, no podia entender cómo habia de ser esto, pero Dios, que todo lo obraba, lo dispuso así de su poderosa mano. Estando muy bien casados, y que mi marido me estimaba tanto, cuanto otro en el mundo podia estimar á su esposa, le inclinó á irse á las Indias sin tener á qué, sino solo por haberle escrito su hermano, que trataba de hacer un grande empleo para embarcarse, y él quiso acompañarle y nunca más volvió, ni supe de él en doce ce años, hasta que murió. » No quitó Dios á Eugenia su marido por solamente quitársele, sino por descuidarla el corazon de todo amor natural y mejorársele en sobrenatural y divino en órden á si mismo, y ser el solo que tuviese dominio en su corazon. Tal fué la vocacion con que llamó Dios interiormente á nuestra Eugenia, sin dejarla libertad para negarse á asentir y obrar juntamente lo que la proponian. Uno y otro hizo nuestra sierva con tan varonil resolucion, que al punto que se vió sin marido, resignando su voluntad en Dios y renunciando todo lo terreno, dejó toda su hacienda en Vizcaya y se vino á Madrid á buscar á Dios, segun la inspiraba su vocacion. Pero ¿quién dijéra ó acreditára, añade el P. Pacheco, el intento de venir á la corte á buscar á Dios? ¿En la Babilonia del mundo? Sí, que la trae Dios y viene por su órden, y aunque venga á la corte, confusion mundana, allí le ha de hallar. Porque Jesucristo fué quien llamó á Eugenia, la sacó de su casa, y la defendió así de la envidia y astutos halagos del demonio, que la tendió muchos lazos para derribar su constancia; pero salió á la defensa su

esposo divino y la sacó victoriosa y más fuerte y constante. En hacimiento de gracias y para gloria de Dios, dijo Eugenia á su confesor: «Que la habia dado Dios tal fortaleza de ánimo contra todas las tentaciones y debates del demonio, que hacia el caso de ellas, como de un perrillo que de léjos ladra, ó muestra los dientes huyendo.» De tal manera habia obrado el espíritu de Dios sobre esta su sierva, que ni la adversidad, ni el trabajo, ni la pérdida de lo que más estimase, podrá causar ya la menor desigualdad en su ánimo, y con el mismo semblante é indiferencia sentia las desgracias que el favor y buena fortuna, pues todo lo atribuia á órden y disposicion de Dios; y estaba tan resignada y conforme con la voluntad divina, que aunque viese perdidos sus hermanos y padres no la turbaria el ánimo. Establecida ya en Madrid, anduvo buscando quién la asegurase de su espíritu, que como no alcanzaba la altura por donde Dios la llevaba, vivia como medrosa y asombrada, hasta que fué á parar á manos del muy venerable P. Fr. Federico García, religioso premostratense, el cual en cuanto la oyó referir sus dudas y temores adivinó su espíritu, conociendo ser todo de Dios y de superiores ventajas á muchos muy adelantados. Aseguróla, refiriéndola como profeta, lo más que por ella podia haber pasado y la esperaba en lo porvenir, con lo que la sierva de Dios viendo ser verdad cuanto la decia, como si estuviera dentro de su espíritu, le dijo con ansioso gozo: «¡Oh Padre, que me ha leido el alma, Dios pienso que es el que habla por su boca!» Pero, qué mucho, añade el biógrafo, que Dios en él ó por él hablase, y el alma de Eugenia la leyese, si habia un mismo espíritu en los dos, el espíritu de Dios, que para haberle de conocer en otro, es fuerza que el suyo haya de ser de Dios tambien? Todo de Dios era el espíritu del P. Fr. Federico, pues tan bien conocia los espíritus que eran de Dios. ¿Pero cómo no habia de ser todo de Dios, si habia veintidos años que andaba en presencia divina, sin que se apartase de su vista una hora cabal, como para gloria de Dios se lo reveló á su confesor en ocasion que se lo pedia? De aquí nacia aquel traer los ojos tan clavados en la tierra, sin que se los viesen levantar, por no apartar un instante á Dios los de su alma. De aquí tambien aquel encogimiento de hombros é inclinacion de la cabeza, porque á vista de tanta majestad, ¿quién no habia de temer? De aquí aquella humildad tan profunda, estimándose el menor de todos, y pidiendo le ocupasen en los oficios menores de la comunidad, que si se lo permitieran, asistiera siempre al altar de acólito, y ya que esto no, por lo ménos continuamente se vistió de subdiácono estando exento de ello. De aquí aquella abstinencia tan rara, que jamás comió regalo que le diesen, que aunque le dieron muchos los daba todos á los pobres, con licencia que para ello tenia y para hacer toda clase de limosnas, siendo innumerables las que hizo; y de aquí juzgaron to-

dos quedarle las manos hermosísimas cuando murió, habiéndolas tenido en vida feas, flacas y curtidas, y despues quedaron blancas como la nieve, gruesas y hermosísimas, aclamando todos que las limosnas las habian hermoseado para indicios de su gloria. Su oracion era tan continua, que entre noche y dia ocupaba ocho horas de oracion particular, segun contaba su confesor y veia todo el convento. ¿Pero qué mucho todo esto, si jamás se apartaba de la presencia de Dios? ¿Y qué mucho tantas y tan heróicas virtudes como en él se vieron, pues que de la presencia divina nace la suma perfeccion? De todo lo dicho se infiere que el espíritu de Dios estaba en él, y que así le fué fácil y evidente casi el conocimiento del espíritu de nuestra sierva de Dios Eugenia. Con cuya aprobacion ella se aseguró y le acogió por su guia. Aunque elegido por maestro de su discípula Eugenia, este devotísimo Padre la remitió á Dios, diciéndola que solo Dios era el verdadero maestro, y solo del podia fiar el camino de un alma. Era singular sentencia de este Padre, que en la vida de espíritu no habia consejos para casos particulares, que de ciento se acertaba uno, sino que por mayor se habian de encaminar las almas al amor de Dios, y perseverancia en continuada oracion con gran fe, y dejarlas luego á que Dios las fuese enseñando, que valia más una leccion suya que cuantas pudieran dar los más entendidos. Tomó bien esta leccion la discípula y afirmó despues: «Que muchas veces Dios se lo habia intimado interiormente, persuadiéndola no buscase otro maestro, que en él se hallaba todo, que daba lo que enseñaba, lo que las criaturas no podian.» Y ya del todo persuadida, resignóse toda en Dios, que viéndose él obligado á su enseñanza, entre otras cosas que la enseñó, le propuso estas cuatro reglas:

Fiar y descuidar, amar y olvidar,
Tu camino la nada, y el servirme de balde.

En la inteligencia de la última, dice el P. Pacheco, consiste la de las demás:

Servirme de balde.

Tan de balde, añade el mismo autor, sirvió á Dios esta su gran sierva, que despues de haber dejado y renunciado su hacienda, como vimos, no hubo órden con ella que admitiese cierta ayuda de costa cada dia, que unas personas devotas trataron de situarla, sino que acudió á Dios á pedirle lo estorbase, por no tener cosa que su corazon poseyese más que él, y así se hizo, como uno y otro me consta por confesion y consulta. Bueno y santo celo fué el de aquellas devotas personas que la ofrecieron á esta sierva de Dios

el pan de cada dia, digámoslo así; pero ella no pudo en otra ocasion mostrar mejor ser tan sierva de Cristo, como en despreciarlo, declarando en esta accion que su espíritu era de Dios y que se estaba gozando en él, como en despreciar el pan que la daban en posesion; porque ¿cómo puede tener gozo en lo terreno quien está gozando de lo celestial? ¿cómo puede poner su afecto en los bienes criados quien lo tiene puesto todo en su Criador? Heredó esta sierva de Dios el espíritu de su maestro, que le amargaban las cosas todas de la tierra, porque se saboreaba en la dulzura de las celestiales. Pero junto con esto, con despreciarlo todo, y no poseer nada, lo gozaba todo, porque ¿no sería más rico el que tuviere amistad ó fuese heredero del que todo lo posee, que si, no siéndolo, poseyese alguna pequeña parte solamente? Así le sucedió á nuestra devota Eugenia, que nada tenia y de todo gozaba, porque estaba en gracia y privanza del que todo lo poseia. Proveíala Dios milagrosamente, sucediéndola en una ocasion necesitar de una cosa y enviar una persona devota á un hospital aquello mismo de que ella necesitaba, y no saber el criado el camino y llevárselo á su casa. Accion que parecerá sin duda extraña á nuestras actuales costumbres, en que entra mucho la palabrería y la fingida buena fe como moneda corriente en todo, ínterin salvando las apariencias no hay inconveniente en cometer el mayor pecado y áun todo género de delitos. Haciase todo lo contrario en aquella época, y así esta accion que vituperariamos hoy, es elogiada por el padre confesor de la V. Pitarque, que la atribuye á milagro, y aun de su biógrafo que añade tratando de ella: «Doy fe haberlo oido decir á la misma persona que lo envió sin acordarse de ella entónces cuando mandó á su criado lo llevase al hospital.» Gozó pues de todo Eugenia por confiarlo todo á la Providencia Divina con fe y confianza grande, de manera que Dios la proveia casi milagrosamente de lo mismo que ella renunciaba cuanto con mayor peligro lo hacia. Tomó bien la regla que la dió su maestro, *fiar y descuidar*, porque de tal manera fió y descuidó, que dijo repetidas veces, aunque solo á su confesor, que tenia por tan cierto en necesitando alguna cosa traérsela Dios luego, que la aseguraba más en su fe que si en sus manos la tuviese. Adelantó más Eugenia en el cumplimiento de esta regla, porque llegó adonde no alcanzó nadie y si alcanzó no pasó, pues ejecutó una accion digna de un pecho apostólico y no llevada á cabo sino por algunos santos. Y fué el hecho que oyendo en un sermon el consejo que dió Cristo á sus apóstoles de que no solo no poseyesen nada, pero que hasta se privasen de lo necesario y no tuviesen más que una túnica, tomando el consejo para sí, terminado el sermon se fué á su casa, y recogiendo cuanto tenia guardado, alhajas, joyas, vestidos de mujer casada y señora principal, lo llevó á su confesor y se lo entregó encomendándole se lo repartiese á los pobres, quedándose

ella con un solo vestido y de jerga. Accion semejante á la de San Francisco, que habiendo oido otro sermon por el estilo, se desnudó de todos sus vestidos y hacienda y se lo entregó á su padre quedándose solo con un saco. Digna es por lo tanto de todo elogio la accion de Eugenia, pues no se contentó con dejar todas sus haciendas por buscar á Dios, como en un principio referimos, sino que se despojó tambien de todo lo que habia reservado para el servicio de su persona. Parece, dice su biógrafo, que habia heredado el espíritu de su confesor el P. Federico, quien siendo estudiante en Salamanca y habiendo obtenido por oposicion un beneficio de quinientos ducados, al ir á dar gracias á Dios á la parroquia de S. Martin, sintió que le decian interiormente con fuerza eficaz que si le queria agradar lo renunciase todo y le siguiese. Conoció ser impulso de Dios y se levantó al punto de su oracion con resolucion de seguirle, y caso raro, digno de toda ponderacion, al salir de la iglesia se encontró con un religioso de la Orden Premostratense, que muchos dias ántes le habia ofrecido y convidado con el hábito; á lo que le respondió entónces, que no le habia llamado Dios, pero que si le llamase se acordaria del ofrecimiento. Encontrados, pues, los dos á la puerta de la iglesia se ofrecieron ambos los brazos; el religioso para darle el parabien del beneficio, y el estudiante devoto para darse por su hermano, pues le dijo: «No me dé, Padre, el parabien de este beneficio, sino del que Dios me ha hecho en haberme llamado para sí,» contándole lo que allí le habia sucedido, y pidiéndole le cumpliese el ofrecimiento que le habia hecho, que él estaba inclinado á ser religioso de su Orden. Y admirando el caso el dicho religioso le volvió á abrazar, no sin tiernas lágrimas de los dos, y mano á mano se fueron á nuestro colegio, sin volver á su casa ni hacer caso de lo que en ella dejaba, renunciándolo todo, casa y beneficio, por seguir la voz del impulso y llamamiento de Dios. La segunda regla que dió este Padre á la venerable Eugenia, que fué *servir á Dios sin interés de ningun género*, la cumplió con el acierto que acabamos de referir, pues amó y sirvió á Dios, no por razon de beneficio recibido, ni por esperanza de premio futuro, sino solo por ser Dios quien es. En prueba de ello, hé aquí una consulta que hizo por escrito á un P. confesor, sobre una duda que la ocurrió leyendo un capítulo de Sta. Teresa de Jesus: «Anoche, dice, lei en la santa Madre Teresa un capítulo en que encarga mucho no dejar la meditacion de la vida de Cristo nuestro bien, por alta oracion que tengan; y como yo no puedo detenerme mucho en ella, me causó alguna confusion. Y este dia, que lo era el de la Natividad de nuestra Señora, estando en la misa, me dieron á entender interiormente, que este modo de amar por donde Dios me llevaba, es mucho más perfecto; porque no se ama á Dios por ninguna cosa; no porque bajó del cielo á la tierra, no porque nació en un pesebre, no porque murió

en una cruz, ni por todo lo demás que hizo por nosotros, ni tampoco por el premio que esperó, que todo es nada en comparacion de lo que Dios merece ser amado por sí mismo, sin otra causa más que amar, y que esto era todo cuanto podia amarse; y que á quien de esta suerte ama, no le hace falta la vida de Cristo, porque le ama más desnudo, más perfecto y más sobrenatural; porque la memoria se pone en olvido, el entendimiento conoce sin discurso, sino solo con una simple noticia; y la voluntad abraza sin acto exterior ninguno. Falta ahora el parecer de V. P. para quedar del todo satisfecha, que nunca me aseguro del todo, aunque más luz tenga, hasta que mi confesor lo apruebe ó cualquiera persona de satisfaccion.» Tales son sus palabras. Lo primero que se nota en ellas es la humildad con que pide consejo no asegurándose de sí, aunque se lo enseñaba Dios, y de modo que no podia dejar de asentir á ello; en lo que manifiesta su grande virtud, porque es indicio de ella el humillarse y no confiar en su juicio sin pedir consejo. Procedia esto tambien de las dudas que la ocurrian en sus amorosas contemplaciones, pues, como hemos dicho repetidas veces, en aquellas soledades en que Dios la ponia y en que la proponia grandezas que no alcanzaba y verdades claras de que no podia dudar, mostrándosela Dios y oscureciéndose, dándose á conocer y ostentándose incomprensible, proponiéndoselo todo sin acto del natural discurso por una simple noticia, y como decia ella misma, «sin que al natural nada le repartiesen, con que se hallaba tan extraño y solo, que si le preguntasen cómo le iba, responderia iba perdido, pero que decia el alma, que ella era la ganada y que nunca tan medrada se habia visto.» Porque eran tantos, segun afirmaba, los actos de amor de Dios que obraba en aquel breve tiempo la voluntad, que ni se podian contar ni mucho ménos ponderarse, y al mismo tiempo se ejercitaban allí las demás virtudes en grado perfectísimo; la fe y la esperanza, la humildad y conocimiento de sí mismo con desprecio de sí y de todo lo criado, con una total resignacion en Dios, reverenciando su grandeza, no por obligarle á retribucion de premio sino por reconocimiento y estimacion de quien era.» Inútil es decir despues de lo anterior que Eugenia tuvo éxtasis y arrobos, si bien no tan hermosos como los de otras personas de su tiempo. «A mí me consta, dice su biógrafo, de algunos muy secretos, y llegando á averiguar de dónde nacian, preguntándola, no me dijo más, de que el alma se la arrebataba sin haber en ella precedido consideracion ni memoria de cosa alguna, solo su amor la hacia salir de sí, y amor tan acendrado como el que arriba propuso, desnudo de interés, solo por los méritos de Dios, etc.» Infiérese de aquí lo que Dios en su oracion la dijo, que quien así amase como ella amaba, no le haria falta la vida de Cristo, pues amaba á Dios con amor más puro y más perfecto, no obligada del beneficio ni interesada por premio, sino solo por ser Dios quien

es, más digno de ser amado por sí que por cuanto hizo por nosotros. Así no se contentó Eugenia solamente con el amor tan acendrado y puro en órden á Dios por sí solo, sino que tambien le manifestó por el bien de las criaturas, y en especial por la conversion de los herejes de Inglaterra. Con esta ocasion se lee en otro escrito suyo: «Que la habia dado Dios unos ansiosos deseos, y no naturales, porque estos ántes me estorban cualquier afecto bueno, sino sobrenaturales que me causan pena, aunque no me inquietan el padecer: de que si Dios me diese á escoger cuál queria más, irme luego al cielo á gozar de él, ó á padecer muchos trabajos por el reino de Inglaterra, y perder la vida por ellos, escogiera ántes pasar todo lo que viniese, y morir por ellos mil veces. Y esto, añade, no tengo en otras cosas, y por la conversion de aquel reino no se me pone nada delante.» Tales fueron los deseos de Eugenia, que llama apostólicos su biógrafo, diciendo fué la suya la caridad de S. Pablo, y tan esforzado su amor, que no pudo adelantarle más, pues amó de manera que se olvidó de sí misma por cumplir con el consejo de Jesucristo. Otros actos de divino amor no menores, sino muy superiores sin duda, manifiesta esta sierva de Dios en otros afectuosos deseos que confiesa de sí misma, pues apénas referidos los que acabamos de exponer, propone luego los siguientes, exponiéndolos con estas palabras: «Tengo, dice, otros más levantados deseos, y que me parece no está en mi mano el dejar de tenerlos, que no me contento con ser santa, como todos los que estan en los cielos, que todo eso me parece poco segun los deseos que tengo de amar á mi Dios, que en esto les quisiera hacer ventaja á todos, no por mi interés, sino porque lo merece Dios por sí mismo, sin otra causa. Pero siempre me contento con lo que me quiera dar, como no voy fundada en interés, pero la confianza no es menor que los deseos de que Dios no hará ménos en mí que hizo en ellos, ni iré ménos lograda que los demás que estan en el cielo, que como la obra no ha de ser mia sino suya, y Dios es el mismo que entónces, estoy segura que en sus manos no me dejará errar. Esta confianza no es en duda, sino cierta, más que si lo tuviera en las manos, que dellas se me podia perder, y en las suyas no puede faltar.» Atentamente consideradas estas palabras, se conoce son muestras del amor divino, fundadas en la más profunda humildad, pues Eugenia se prometia de sus deseos amor y viva fe, lo que se negaba por su poquedad é insuficiencia. Nada creia de sí esta mujer devota, pues solia decir que si Dios la dejaba á su andar, fuera peor que todos, y que si hacia algo bueno que se lo daba Dios hecho todo, que él todo se lo obraba, que ella de suyo nada hacia. Premió Dios á su sierva de tal manera por su grande amor, que la medida de él fué, segun dice su panegirista, el dolor que padeció, pues se los dió tan grandes y tan intensos en todos sus miembros, que muchas veces no podia mover brazos y manos, ni

dedos, resultando de aquí una debilidad tan grande en su naturaleza, que parecia se le acababa la vida, llegando á decir los médicos, que no entendian su mal, porque ellos solo curaban enfermedades del cuerpo y no alcanzaban de dónde procedian las suyas. Estaba continuamente triste, siendo la causa la enfermedad que padecia, porque casi siempre andaba llena de dolores y desmayos, que parecia la ahogaban, hiriendo en lo más profundo su corazon; por esta causa aunque fueron muchas sus penitencias y mortificaciones, segun se lo ordenaban sus confesores tenia que dejarlas al poco tiempo, porque enfermaba siempre y la impedian el ejercicio de su continuada oracion. Entregada continuamente á ella, no es ponderable lo que padecia en las ausencias de Dios, no encontrando consuelo en nada de lo criado. Decia algunas veces que se creia tan sola, que ninguna criatura de esta vida la hacia compañía, y que así andaba como si estuviese ella sola en el mundo, y que le parecia que si vinieran los ángeles á acompañarla, se hallaria sola con ellos, sin que la pudiese nadie aliviar en todo lo criado. Lo que hace exclamar á su panegirista en este rasgo de elocuencia, nada comun en su época de mal gusto y corrupcion de estilo. «¡Oh devota y enamorada Eugenia! que en ti considero otra amante de Cristo, la Magdalena; nadie en todo lo criado te hace compañía, en cielos ni tierra para ti no hay criatura que te pueda ser de alivio, sino ántes todos para aumentarte tus penas, porque miéntras en tu Dios no descansares, acrecerán tus dolores, y aumentaránse tus ánsias, cuánto más se dilatase la ausencia y el verte con él cara á cara.» Aumentáronse sus dolores el dia primero de pascua del Espíritu Santo, en que yéndose á confesar la halló su director en un estado tal que no podia apénas articular una palabra, aumentando desde entónces su enfermedad de manera que casi nunca se levantaba de la cama. Pero la bondad de Dios, aunque deja padecer á sus siervos, los alienta en sus fatigas con la grandeza y suavidad del premio que la propone y da á conocer por diferentes caminos. Así le sucedió á esta devota mujer, porque hallándose ya á los últimos de su vida, yendo un dia, de los pocos que se levantaba, á confesarse, dijo á su director espiritual que en medio de la soledad de su contemplacion altísima, la parecia que la habia puesto Dios en una grande altura, y tan levantada, que parecia tenia á todo el mundo debajo de sus pies, y ella tan grande que en todo él no cabia. —Dando quizá con esto á entender que ya todo el mundo, no siendo las manos de Dios, no es capaz de su espíritu; y así desde entonces continuaron creciendo sus ánsias, de manera que no hallaba quietud ni reposo en cosa alguna, ni en la oracion, ni en la comunion, hasta que se postró completamente en la cama, ignorando los médicos de dónde procediese su enfermedad. Pero caminaba para Dios, y hasta verse con él no podria tener quietud, consuelo ni alivio. Du-

róla de consiguiente su desasosiego hasta la muerte, pues hallándose ya en su último instante, y cuando por haber perdido el sentido se la juzgaba como muerta, volvió de repente sobre sí, y con un fervorosísimo afecto puso los ojos en una imágen de nuestra Señora, con quien habia tenido siempre particular devocion, y clavándolos con eficacia en ella, comenzó á mover los labios, hablando, pero sin entenderse lo que decia. Murió, pues, la V. Eugenia Pitarque cuando esperaban muchos de ella prodigios de santidad, dejando su nombre consignado en los anales de la Religion Premostratense, á que habian pertenecido sus dos confesores, uno de los cuales pronunció su oracion fúnebre en sus exequias, la que termina con un doble elogio de la confesada y del que le habia precedido en su direccion. «Muera y váyase al cielo el maestro y padre de Eugenia, el muy venerable P. Fr. Federico García. No se ostente su santidad, ni se celebren sus virtudes, aunque tanto lo intentaron obispos y personas ilustres, en fúnebres exequias, déjelas como un vivo retrato en el espíritu de su alumna y discípula Eugenia, que representándolas ella en sí misma, parecerán en los ojos de Dios y de los hombres dobladas, pues unas y otras eran suyas, de él heredadas por su enseñanza, ejemplo y doctrina.» —S. B.

PITHOIS (Claudio). Fué natural de la provincia de Champagne, donde nació en 1596. Entró muy jóven en la órden de los Mínimos, en la cual terminó sus estudios, y se dió muy pronto á conocer por sus felices disposiciones para la cátedra y para el púlpito. Siendo la época de la mayor agitacion en Francia con motivo de las guerras civiles y religiosas, cuya influencia pesaba sobre todas las clases de la sociedad, las excisiones llegaron hasta el retirado claustro en que Pithois se albergaba. Varios sucesos que tuvieron lugar, y que produjeron disputas y desazones graves, le disgustaron para continuar viviendo en el convento, el cual abandonó, declarándose partidario de la religion reformada. El duque de Bonillon le nombró su bibliotecario y le dió una cátedra de filosofía en el colegio de Sedan, el más famoso que tenian los protestantes franceses. Desempeñando este cargo murió en la referida ciudad á la edad de ochenta y cuatro años, y se asegura que ántes de espirar hizo retractacion de su apostasía, hija más bien de un momento de error y de un vengativo despique, que de sus profundas convicciones. El P. La Noue hace mencion de él en su *Chronicon generalis Ordinis Minimorum*, pág. 591, mas la aversion que le causaba aquel hermano apóstata le hizo ocultar los títulos de sus obras, que son varias y muy recomendables. Entre ellas es muy notable la que escribió con motivo de un ruidoso suceso acaecido en Lorena. María Isabel de la Cruz, viuda y fundadora de una asociacion religiosa titulada del *Refugio*, que padecia de accidentes epilépticos seguidos de continuos delirios, empezó á llamar la atencion del público, que

aseguraba estar poseida de los espíritus malignos. Nombráronse doctores eclesiásticos para examinar á la supuesta poseida, y algunos dieron una respuesta afirmativa respecto de la obsession; mas Pithois disintió del parecer de todos, y en un escrito que publicó negó que la citada Isabel estuviese realmente poseida; indicó las observaciones que habia hecho, y hasta llegó á afirmar que los accesos de la endemoniada y la especie de profecías que en sus delirios pronunciaba tenian una causa natural y un objeto intencionado. Apénas circuló este escrito, Remigio Richard, médico del duque Cárlos de Lorena, publicó otro titulado: *Respuestas á las calumnias del P. Pithois respecto á la obsession de María Isabel de la Cruz.* La obra era tan ofensiva para el Padre, estaba tan llena de insultos y de dicterios, que no pudo ménos de reclamar contra el ofensor. Abierto un proceso y tomadas declaraciones, se hicieron nuevas pruebas por ambas partes, y de ellas resultó que Richard habia inducido á la viuda á fingir aquellos actos de posesionada, dándola algunas pócimas preparadas al efecto é inspirándola las profecías, encaminadas todas á asegurar el triunfo de la religion protestante, con objeto de ganarse partidarios entre los ilusos y preocupados. Descubierta la superchería por la sagacidad del P. Pithois y puestos de manifiesto ante el público los medios empleados para sostener aquella infame invencion, el negocio varió de aspecto. Sometido Richard á un tribunal eclesiástico y convencido de ser el autor de aquel engaño, que tanta sensacion causára por muchos dias en el público, y que pudo ser causa de muchos y gravísimos males, fué condenado á la hoguera en union de una hija suya, por cómplice é intermediaria que habia sido entre su padre y la supuesta poseida. La terrible sentencia, aunque necesaria para contener futuros abusos y crímenes parecidos en una época en que las pasiones estaban tan excitadas, y en que cada partido procuraba sobreponerse á los contrarios, se ejecutó en medio de una numerosa concurrencia el dia 2 de Abril de 1622. Este escarmiento sirvió para contener á los impostores, que hubieran podido seguir aquel camino, reproduciendo escenas que al mismo tiempo que dan una triste idea de la cultura del país en que se ejecutan, redundan en descrédito de nuestra augusta religion, donde todo es pureza, sencillez y verdad, y que para cimentarse no necesita recurrir á invenciones ni subterfugios de ninguna especie. — M. B.

PITHON Coart, cura de Boissi-le-Sec, cerca de Verneuil, diócesis de Chartres. Nació en Carpentras, y reducido á la humilde condicion de un sacerdote de aldea, pasó la vida en su curato, ocupándose en varios trabajos históricos, por los que se dió á conocer. Entregado al estudio y sacando mucho fruto de él, merced á la tranquilidad de su retiro, se hizo notable por el buen gusto que campea en todos sus escritos. Reuniendo á la piedad más

acrisolada un poco de amor hácia sus semejantes, llegó á identificarse tanto con sus feligreses, que jamás quiso abandonar las ovejas encomendadas á su cuidado, no obstante que le ofrecieron mejores proporciones y partidos que el que disfrutaba, dando con esto muestras de su desinterés y caridad evangélica. Además del mencionado curato desempeñó por espacio de muchos años el priorato de Lorroux en Bretaña, y murió súbitamente en Verneuil á principios del año 1780.— M. B.

PITHOU (Pedro). Nació en Troyes en 1.° de Noviembre de 1539. Abogado general en París, estuvo á peligro de perecer en el degüello general de la noche de S. Bartolomé. Todos los hugonotes que vivian en la misma casa que él fueron asesinados; solo él se salvó huyendo, y retirándose á casa de sus amigos, y poco despues abandonó la reforma para hacerse católico. Murió el 1.° de Noviembre de 1596. Hé aquí cómo traza Pithou su retrato en su testamento: «En en el siglo más desgraciado y en el que las costumbres son más corrompidas, he procurado en lo que ha estado en mí ser justo, honrado y fiel. Sincero en mi amistad, he preferido siempre la esperanza de vencer á mis enemigos con mis beneficios, y el desprecio de las injurias al deseo de venganza. He amado siempre con la mayor ternura á mi mujer; no he sido débil para mis hijos, he respetado á la humanidad en mis criados. He detestado el vicio, áun en los que me son más queridos, y amado la virtud en todas partes donde la he encontrado, áun entre mis enemigos. He hecho todo lo que debe hacer un hombre prudente para conservar sus bienes, pero me he tomado poco trabajo para aumentar los mios. Nunca he hecho á otro lo que no he querido que se me haga á mí mismo. He despreciado todas las gracias injustas, difíciles de obtener ó venales. Enemigo de la avaricia y de las bajezas, las he aborrecido siempre, en particular en los ministros de la religion y de la justicia. He respetado siempre á la senectud y amado tiernamente á mi patria. He preferido por inclinacion el trabajo á los honores de la magistratura; he preferido ilustrar á los hombres á dominarlos. He reconócido con gran placer, por experiencia propia, que se llegaba con más facilidad y más fortuna á un objeto por medio de la rectitud y la franqueza ilustrada, que con los manejos de la astucia y de la intriga. He preferido el arte de pensar bien al de decir con belleza. He mirado como mis mejores dias los que he consagrado al estado y á mis amigos.» Dejó escrito un *Tratado de las libertades de la Iglesia galicana*, que sirve de base á todo lo que se ha escrito despues sobre esta materia. La erudicion de Pithou le mereció el título del *Varron de Francia*, era un oráculo y su nombre penetró en los países extranjeros. Habiéndole consultado sobre un negocio importante el gran duque de Toscana, Fernando, se sometió á su juicio aunque contrario á sus intereses. Los lectores que deseen conocer más detallada-

mente los hechos de Pithou pueden consultar su *Vida*, publicada en París en 1756 en dos volúmenes en 12.° por Grosley, abogado en Troyes, su patria. Este libro contiene investigaciones muy interesantes.— S. B.

PITHYRIOR (S.), abad de la Tebaida. Fué este monje uno de aquellos venerables religiosos, que en los primeros siglos del cristianismo poblaron los desiertos, fundando con sus grandes penitencias y ejemplar vida una religion que, fecundada ya por la sangre de los mártires, no debia tardar en ostentarse sobre el trono de los Césares, y dominar el antiguo y el nuevo mundo. Pero los humildes y piadosos monjes de la Tebaida, sin más pretensiones que cuidar de su salvacion, preveian bien poco, como no fuese alguno dotado del espíritu de profecía, el gran servicio que estaban prestando á la Iglesia, el porvenir y la saludable influencia que debian ejercer sus ejemplos y sus doctrinas en los destinos de la humanidad. Pithyrior fué discípulo de S. Antonio abad, y el tercer superior de aquel desierto; vivia con sus monjes en un elevado monte, teniendo por celdas él y sus compañeros las cavernas de aquellas montañas, donde, como es sabido, se dedicaban á oficios mecánicos y con frecuencia al cultivo del campo, consagrando el resto del dia á entonar himnos al Eterno y adorar los misterios de la religion. Nada más sencillo, agradable y lleno de encantos que la vida de estos solitarios, cada uno de los cuales brillaba por un don ó una virtud especial, siendo la de Pithyrior la de expeler los espíritus malignos, sobre lo que se hace grandes elogios en las vidas de los Padres de Oriente. No nos detendremos, sin embargo, á referir los casos particulares que de esta gracia de nuestro Santo hemos leido en Rosweide y otros escritores: nuestro siglo, harto descreido, no permite que nos mezclemos en tan delicadas cuestiones. El resto de su vida se halla limitado á que enseñaba á sus monjes con su ejemplo, los animaba con sus discursos al ejercicio de todas las virtudes, y procuraba en fin formarlos de manera, que no desmayase en aquel desierto el espíritu que habia él recibido directamente del grande fundador de aquel género de vida. — S. B.

PITIGIANIS (Fr. Francisco), de los Menores Observantes. Fué natural de Toscana, perteneciendo á la religion de S. Francisco, y floreció á fines del siglo XVI y principios del siguiente, descollando en la sagrada teología, siendo el más elocuente y célebre predicador de su tiempo á la vez que uno de los más fecundos escritores. Volando la fama de su sabiduría por toda la Italia, obtuvo muchas y señaladas honras y distinciones de todo género de personas, así seglares como religiosas. Fué confesor de Fernando I, duque de Etruria, teólogo de Fernando Gonzaga, duque de Mántua y de Monferrato, é igualmente su consejero. Desempeñó los cargos de definidor y ministro general de la Orden, de teólogo del obispo de Mántua y de examinador

de dicho obispado. Hábil filósofo, de sutilísimo ingenio y de recta intencion, demostró estas buenas cualidades en las siguientes obras que dió á luz: *In VIII libros phisicorum Aristotelis quæstiones et expositiones*; Venecia, 1617. — *Commentaria litteralis in Genesim scholastica methodo*; Venecia, 1615, un tomo en 4.° Esta importante obra contiene 596 cuestiones. — *Expositionem regulæ seraphicæ*; 1694, en Toscana. — *Expositionem formaliter Antonii Siretti*; 1606. — *Expositionem primi et secundi posteriorum*; 1606. — *Summam Theologiæ speculativæ et moralis ad commentaria scholastica in tertium et quartum sent. lib. Joannis Duns. Schotti in quatuor partes distributa*. En la primera, que contiene tres libros, explica completamente cuanto concierne al Verbo divino, respecto de la encarnacion, pasion, muerte y resurreccion; y en la segunda se contiene todo lo referente á la fe, á la Iglesia, al Papa, á los concilios, á la esperanza y la caridad, á las virtudes morales, á los dones del Espíritu Santo y á los preceptos divinos. Estas dos partes las publicó en Venecia en el año 1616. La tercera parte se halla dividida en cuatro libros, tratando en ellos de los sacramentos en general, y en particular de los del bautismo, confirmacion y eucaristía. Finalmente, la cuarta parte se halla consagrada á los sacramentos de la penitencia y extremauncion. Estas dos últimas partes tambien se imprimieron en Venecia los años 1618 y 1619 despues de la muerte del autor. En esta grande é importante obra se contienen y dilucidan con extrema claridad todas las dudas y cuestiones que pueden ocurrir concernientes no solo á la teología escolástica, sino tambien á los sagrados cánones, concilios y casos de conciencia, tratado todo ello con sumo conocimiento y reconocida utilidad para todos los que deban consultar las citadas materias. Por último, en el año 1669 se imprimió en Perusa, en un tomo en 8.°, otra importante obra póstuma de este autor, titulada: *Criminale canonicum seu practicam criminalem*. — M. B.

PITISCUS (Bartolomé). Nació en 1561 en Schlanne, en Silesia. Fué preceptor de Federico IV, elector palatino, y despues capellan del mismo príncipe. Murió en Heidelberg á 2 de Julio de 1613. Entre algunas obras escritas sobre disputas teológicas contra los doctores de Wurtemberg, y olvidadas al poco tiempo de haber visto la luz, son notables sus tratados de matemáticas escritos en latin, á los que debe su reputacion y que se han hecho sumamente raros. Entre las razones que daba para disculparse de los cargos que le hacian algunos por dedicarse con tanto afan al estudio de las ciencias exactas, siendo tan bueno y tan profundo teólogo, decia que el estudio de las matemáticas y la astronomía era el más á propósito para conocer y adorar la Divinidad; pues en ella se encuentra la verdad; y la observacion de la maravillosa máquina del universo, no puede ménos de convencer al ser más descreido de la existencia del supremo Autor. Habiendo observado que

en la gran obra de Rethicus (*opus palatinus de triangulis*) eran inexactas las tangentes y secantes de los últimos grados, fué encargado de corregirlas, lo que ejecutó con notable acierto, haciendo una nueva edicion de la obra, que apareció bajo el siguiente título: *Georgii Joachimi Rethici magnus canon. doctrina triangulorum ad decades secundorum sempulorum recens emendatus à Bartholomæo Silesio Pithiscus. Addita est brevis commonefacio de fabrica et usu canonis.* Los ejemplares de esta obra corregida se han hecho excesivamente raros. En 1820 no existian más que dos en París; el uno de ellos en la biblioteca del Consejo de Estado, y el otro en poder de un particular. Pitiscus es conocido además por otra importante obra de matemáticas, la que por antonomasia ó abreviacion es denominada *El Pitiscus.* — M. B.

PITKERIM (Plácido). Fué inglés y perteneció á la órden de S. Benito. Desempeñaba el cargo de capellan de la Reina que era católica; pero dominando en Inglaterra la Iglesia luterana ó reformada, estaba prohibido celebrar públicamente las ceremonias de nuestra augusta religion, única verdadera. Habiéndose Pitkerim atrevido á celebrar en público el santo sacrificio de la misa segun el rito católico, su cristiano celo le granjeó el odio de los partidarios de la herejía, que enfurecidos, no le perdonaron jamás lo que les parecia un gran insulto, y procuraron dañarle por cuantos medios estaban á su alcance; pero no hallando ninguno fácil ni asequible, guardaron su rencor hasta hallar una ocasion propicia. Ofrecióseles muy pronto, pues habiéndose descubierto una conspiracion contra la vida del soberano, lograron por medio de falsas delaciones comprender en ella á varios eclesiásticos y religiosos, siendo uno de ellos Fr. Plácido, que encerrado en un oscuro calabozo como el más vil criminal, fué juzgado con la mayor parcialidad y diligencia y condenado á muerte, cuya sentencia se ejecutó en público é ignominioso cadalso el dia 31 de Diciembre de 1679. — M. B.

PITOES (Pedro), obispo de Porto, en Portugal. Fué natural del mismo reino, aunque no consta el punto, pues sus memorias, sacadas de los archivos de la diócesis, nos le presentan ya obispo diciendo que fué consagrado por el año 1146. Durante su gobierno episcopal aumentó los bienes de la diócesis con algunas donaciones que varios fieles le hicieron, y quitó además diversos gravámenes que pesaban sobre ciertas iglesias del obispado, entre ellos el derecho llamado del yantar, que pagaban los religiosos templarios de la diócesis, cuando iba el obispo á visitar sus monasterios, y que consistia en satisfacer cierta cantidad en equivalencia á la comida que tenian obligacion de darle. Tambien sacó privilegio del rey D. Alfonso I, en 1147, para obtener el goce de la villa de Loriz, que habia sido donada á su antecesor sin que tomára posesion. Fundó un aniversario en beneficio de su alma,

que se cumplió muchos años el dia 18 de Setiembre. Gobernó el obispado hasta el año 1164, faltando sus memorias desde esta época, siendo muy probable que falleciese próximo á ella. —M. B.

PITSCUS ó Pist (Juan). Nació en Southampton, en Inglaterra. Fué hijo de Enrique y de Isabel Saudere, hermana del famoso doctor del mismo nombre, que se dió á conocer con la multitud de obras que escribiera. Juan estudió largo tiempo en Inglaterra, pasando luego á Francia. Vivió un año en Reims, donde abjuró la herejía en que se criára. Pasó luego á Roma, donde cursó siete años los estudios necesarios para recibir el sacerdocio. Investido de esta dignidad, volvió á Reims, y por espacio de dos años se dedicó á la enseñanza del griego y de la retórica. Las guerras civiles de Francia, encendidas por las cuestiones religiosas, le atrajeron graves disgustos y hasta persecuciones; pues como era conocido en Reims por haber abjurado allí el protestantismo, algunos, ó fanáticos ó mal intencionados, quisieron dudar de la rectitud de su abjuracion. Para evitar cualquier contingencia, se retiró á Pont-à-Mousont, y no creyéndose allí seguro, partió á Alemania, donde vivió un año en Tréveris y tres en Ingolstad, en cuyo punto recibió el grado de doctor en teología. Restablecida algun tanto la tranquilidad regresó á Francia, y pasó á la Lorena, donde el cardenal Cárlos le recibió con toda la benevolencia á que era acreedor por su virtud y sus padecimientos, y le agració con una canongía, que se hallaba vacante en Verdun. Antonia de Lorena, hermana del cardenal y esposa luego de Juan Guillermo, duque de Cleves, le eligió por su confesor, apénas conoció las buenas cualidades que le adornaban. Para desempeñar mejor este cargo, se dedicó al estudio del idioma francés, y consiguió aprenderle con tanta perfeccion, que pudo en breve tiempo predicar en aquella lengua. Muerta aquella princesa, se le nombró dean de Verdun, donde permaneció hasta el fin de sus dias ocupado en el estudio y en la redaccion de varias obras. Murió en 1616. Despues de su fallecimiento se publicó el libro titulado: *Illustribus Angliæ scriptoribus*, bajo el título de *Relationes historicæ et de rebus anglicis*; en la cual prodiga grandes elogios á los escritores de su país. Tambien dejó escritas las obras *De Beatitudine*, *de Legibus*, *de Peregrinatione*, *etc.* El editor de su libro *De los escritores de Inglaterra* mandó escribir su vida, y la colocó por apéndice al fin de la citada obra. — M. B.

PITT (Isabel). Esta mujer, cuya conversion fué notable por más de una circunstancia, era natural de la Inglaterra, y parienta del célebre ministro del mismo apellido. Habiendo perdido á sus padres en su edad más tierna, fué encomendada á los cuidados de una tia, la cual la educó en la doctrina de la Iglesia protestante, á cuya comunion pertenecia. Esta señora habia oido hablar muchas veces de la vida religiosa (vida desconocida en Inglaterra desde

que fué proscripta la religion católica), y habia tratado á algunas personas que la practicáran, pues aunque protestante, pasó algunos años de su infancia en un colegio católico de la Flandes austriaca, donde recibió su primera educacion. Sin ser bastante afortunada aún para poseer el alto don de la verdadera fe, estaba sin embargo llena de veneracion hácia la vida monástica, á la que estimaba profundamente. Como muchas veces hablaba de esto con cierta complacencia á su educanda, Isabel á la edad de quince años formó el deseo de ver algun monasterio de religiosas para enterarse por sí misma de su forma y de su régimen. La ventajosa opinion que habia formado por las relaciones de su tia de los institutos monásticos, hacian muy natural este deseo, aunque no pensaba abandonar la religion de sus padres, á la que estaba muy fuertemente adherida. Pero faltó á su instructora la asistencia del espíritu divino, porque no es la boca de una protestante de la que Dios se vale para atraer las almas hácia sí. Sin embargo, las palabras de la tia fueron una especie de simiente, que aunque tardó mucho en arraigarse en el corazon de Isabel, debia al cabo producir ópimos frutos. Rodeada la jóven de los encantos del mundo, poseedora de bastantes riquezas y adornada de atractivos personales, empezó á tomar el gusto á las cosas del mundo, perdiendo muy pronto de vista la idea que habia formado de retirarse á su monasterio. Hízose notar Isabel por la dulzura de sus costumbres, por su modestia y su inocencia, ínterin vivió á la vista y bajo la direccion de la que tenia en lugar de madre y á la que solamente faltó profesar la verdadera fe para ser un completo modelo de todas las virtudes. Mas así que tuvo Isabel la desgracia de perderla y de hallarse privada de su compañía, de sus consejos y lecciones cuando áun no contaba veintitres años de edad, entregóse completamente á los placeres del gran mundo, gozando de sus atractivos, cosa muy fácil para una persona de su clase y condicion, y que poseia todos los medios de satisfacer sus caprichos y deseos. Hasta la edad de treinta años no manifestó otras inclinaciones que el afan de gozar del lujo y los placeres. Véase de qué manera se principió su cambio de conducta. En 1.° de Enero de 1785, hallándose convaleciente de una enfermedad que la habia conducido á las puertas de la muerte, tuvo durante su sueño una especie de vision que describió más tarde en una carta dirigida á Mr. Rossen, cura de Santiago de Abbeville. Figuróse entrar en un convento donde todas las religiosas llevaban una cruz de plata sobre el pecho, y siendo conducida al coro las vió á todas puestas en fila y á su cabeza habia una que era el verdadero retrato de su difunta tia. Mandáronla entrar y viendo que se detenia se lo repitieron por tres veces, diciéndola y señalando á la que parecia ser la superiora. Entrad, no temais nada, en esta persona encontrareis una verdadera amiga. Tendreis el sentimiento de darla cuenta de vuestros disgustos y vuestras penas, pero

que esta dificultad no os detenga. Entró por fin, y del coro la condujeron á una pieza que la estaba destinada, cuya escalera era tan estrecha y tan pendiente, que para sostenerse se hacia necesario asirse á una cuerda que servia de barandilla. Instalada ya en aquella pieza creyó oir una voz que la decia habia de morir en ella. Este sueño la repitió por tres noches seguidas con las mismas circunstancias. A propósito de esta carta debemos decir que la señorita Pitt omitió en ella una circunstancia que despues refirió en diversas ocasiones. Al dia siguiente de su primer sueño se le contó á varias personas que fueron á visitarla y que lo tomaron por lo ridículo, riéndose grandemente de semejante vision. Ella fué tambien la primera en reirse y en considerar su sueño como un simple desvarío, que no merecia más atencion que la que se concede á los sueños ordinarios y que solo era notable por la singularidad del objeto, no produciendo, por lo tanto, otro resultado en adelante que llenar algunos huecos en las conversaciones. Mas á los pocos meses, queriendo ejercitar el Señor en Isabel sus misericordias para hacer de ella un miembro escogido de la Iglesia católica y una digna hija de San Francisco de Sales, la abrió una nueva senda bien diferente de la que habia seguido hasta entónces. Ocho meses despues de su sueño tuvo curiosidad de visitar la Francia, y formó el proyecto de pasar una temporada en este país para aprender el idioma. Consultó su idea con su compatriota que por sus muchas relaciones y correspondencia en varias ciudades del continente podia con mucha facilidad ayudarla en el proyecto. Pareciéndole bien, la recomendó á un respetable comerciante de Saint-Valery-sur-Somme, para que la recibiera en su casa. Dispuesto el viaje llegó Isabel á Saint-Valery y fué admitida con la mayor amabilidad en casa del comerciante, quien la ofreció hacer cuanto le fuera posible para que lográra el objeto que la habia conducido al país. Dos de sus hijos habian sido educados en el convento de la Visitacion de Abbeville, y hablaron tan bien de esta casa á Isabel, que esta deseó conocerla por sí misma, renovándose la idea que anteriormente formára de enterarse de lo que era la vida religiosa. El comerciante la recomendó á la superiora del convento como una inglesa que deseaba pasar algun tiempo entre las pensionistas mayores, tanto para vivir retirada como para estudiar el idioma del país. Es de notar que ella ni habia referido su profético sueño al comerciante ni acaso pensaba ya en él; y sin embargo, su ingreso en el convento era el principio para que la vision se cumpliera en todas sus partes. Ingresó en esta casa el 27 de Setiembre de 1775 y lo primero que vió fueron las religiosas que llevaban la cruz de plata sobre el pecho. Presentada á la superiora, que era entónces la señora Maison, vió en su rostro el vivo traslado del de su tia, sintiéndose tan afectada por esta semejanza, que estuvo á punto de caer desvanecida. No hizo, sin embargo, mucho caso de su sueño, porque aún tenia

su alma la incredulidad de Tomás Dídimo para atreverse á darle crédito. La vida religiosa, que segun dicho sueño debia abrazar, parecíala sinceramente contraria á la libertad inglesa en que viviera hasta entónces, y bien léjos de pensar que habia de morir en aquella casa, segun el propio sueño, desde el mismo dia de su entrada tuvo intenciones de abandonarla excitándola á ello la humildad del aposento que le habian destinado, y sobre todo la vista de la estrecha y tortuosa escalera que á la habitacion conducia. Estaba tan acostumbrada al lujoso aparato del siglo, que no podia soportar con paciencia el aspecto de su pobre celda y de los mezquinos muebles que la adornaban; por lo cual sin disimular su mal humor, y siguiendo sus primeros impulsos, quiso marchar al punto, y así se lo manifestó terminantemente á la superiora, quien la rogó dilatase algunos dias su marcha, y ella consintió, advirtiendo cada dia ir mitigándose su disgusto, y tomando por fin el partido de quedarse, aunque solamente con el objeto de aprender la lengua francesa. Resuelta ya á ser por algunos meses habitante de la casa, tenia necesidad de una persona hábil y capaz de adiestrarla en el estudio, y una religiosa se ofreció á prestarla este servicio. Las primeras conversaciones que tuvo con ella no giraron más que sobre objetos generales, pero no tardaron mucho en hablar de religion. Isabel tenia demasiado afecto á la suya para escuchar favorablemente las dudas, que sobre ella quisieran inspirarla. Creia que la reforma protestante era la más conforme á la razon y al Evangelio, y estando íntimamente persuadida que la Iglesia romana habia caido en el error y la supersticion, concluia diciendo que dicha reforma habia sido necesaria. Con todo no rehusaba nunca la discusion de los diferentes artículos que dividen las doctrinas de ambas iglesias, fundándose en que, no existiendo sobre la tierra el juicio infalible, en materias de fe puede cualquiera persona examinar y discutir si la creencia que profesa es la más justa y verdadera. Tenia además muchos deseos de entrar en el exámen de algunos puntos contrarios y los discutia muchas veces con la religiosa que la habian dado por maestra, la cual, no juzgándose competente, trajo un eclesiástico que hablaba con bastante pureza el inglés para poder explicarse y entenderse, demostrando los motivos de credibilidad que existen á favor de la Iglesia católica y resolviendo todas las objeciones que contra ellos pudieran hacerse. Isabel quedó casi persuadida por los razonamientos que se la hicieron sobre aquellas palabras de Jesucristo: *Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia.* Determinó, pues, dudando ya completamente de lo que ántes habia creido, hacer un exámen más profundo de ambas doctrinas, el cual fué bastante largo. Siempre habia creido que la Escritura era suficiente para fijar nuestra fe, pero se la demostró que por sí misma no bastaba para todos los hombres al ménos, alegan-

do las palabras de San Pedro cuando dice que en los escritos de San Pablo se encuentran algunos lugares oscuros y difíciles que los espíritus poco sólidos comprenden é interpretan mal, y suelen muchas veces ser causa de su propia perdicion. Esto la hizo conocer bien claramente que Jesucristo habia establecido una autoridad perpétua é infalible para regular nuestra fe y para determinar el sentido de los diferentes actos que constituyen nuestro dogma, cuya autoridad se halla basada en aquellas palabras de Jesucristo: *El que os escucha me escucha, el que os desprecia me desprecia.* Comprendió entónces que si la Iglesia católica ántes de la reforma estaba caida en el error y la supersticion, conforme ella habia creido, no podia desde luego ser una autoridad legítima para guiar á los fieles en la senda de la verdadera creencia, lo cual no podia conciliarse con las promesas de nuestro Señor. Tales consideraciones, sin convencerla enteramente, no dejaban de turbar bastante su espíritu y deseaba por lo tanto instruirse más á fondo en el conocimiento de la verdadera Iglesia, que á su parecer seria aquella en que se encontrase la unidad de la fe. Advirtió que esto no existia en la Iglesia protestante, puesto que cada miembro de ella se atribuye el derecho de explicar á su modo y de interpretar los diferentes textos que contienen sus dogmas, lo cual no puede ménos de provenir de la diversidad de la fe, tratándose sobre todo de aquellos lugares difíciles de que habla San Pedro, inconveniente que no se encuentra en la Iglesia romana. Esta última reflexion fué la que acabó de decidir á la señorita Pitt, haciéndola rendirse á la autoridad del catolicismo y someterse á sus decisiones. Inquietábala aún sobremanera una duda. Sentia notable repugnancia á creer el dogma de la transustanciacion, ó sea el cambio del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo en la eucaristía, repugnándola asímismo creer el dogma del purgatorio. Estas dudas fueron desvanecidas muy pronto, pues su piadoso é ilustrado contróversista la demostró, que Dios exigia de ella lo que exige de los sacerdotes en cuyos manos se obra el divino portento; esto es, creerle de buena fe, aduciendo además como pruebas complementarias algunos textos de las Sagradas Escrituras. En favor de la autenticidad del primer dogma citáronla las promesas de Jesucristo, contenidas en el capítulo VI del Evangelio de S. Juan y las palabras de la institucion: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, palabras que en el sentido natural explican completamente la doctrina católica. Isabel habia reflexionado mucho tiempo sobre estos textos, y al fin no pudo ménos de convencerse de la presencia de Dios en el sacramento, y de asentir á la autoridad de la universal Iglesia, que desde mucho ántes de la reforma habia determinado en el legítimo sentido, sin recurrir á las interpretaciones espirituales ni figuradas. Aún dudó más acerca del dogma del purgatorio, pero al cabo tambien quedó conven-

cida, tanto por el texto del libro de los Macabeos, libro que los protestantes admiten solo porque explica una antigua doctrina entre los judíos, cuanto por algunas palabras de S. Pablo y por la interpretacion que hace de la Iglesia universal. Lo que ménos difícil fué para ella es el reconocimiento de un jefe eclesiástico, sucesor de S. Pedro, y distinguido entre los príncipes temporales, así como la necesidad de la confesion y los rigores de la penitencia. Conservaba tambien algun reparo acerca del culto y honores tributados á las imágenes, mas esta duda quedó desvanecida cuando le hicieron ver claramente que dichos honores no se dirigian á la materia de que estaban formadas las imágenes, sino que se consagraban á Jesucristo y á los santos que con él reinan en el cielo, y que este respeto que los cristianos tenemos á las imágenes, podia compararse al que se tributára por un pueblo reconocido á la estatua de un príncipe célebre por su beneficencia y sus virtudes. Tambien se persuadió completamente de que la invocacion á los santos no es injuriosa á Dios ni á Jesucristo, porque nosotros solamente les suplicamos para que por sus méritos nos conceda Dios las gracias de que tenemos necesidad. En fin, despues de tantos combates y de infinitas perplejidades, no resistió Isabel por más tiempo los secretos impulsos del Espíritu Santo, y abrió sus ojos á los claros destellos de la luz. Postrada delante de un altar, hizo esta plegaria con toda la efusion de un corazon que busca ardientemente la verdad: «Señor, decia, yo quiero salvar mi alma. Si la religion protestante es la verdadera, hacedme morir ántes que abrace otra, y si por el contrario lo es la católica, dejadme la vida y concededme fuerza para abrazarla y gracia para seguirla.» Pasados algunos momentos, se levanta colmada de alegría y enteramente resuelta á hacer profesion de la fe católica que ya moraba en su alma. Todo cuanto dejamos dicho consta de la carta que la señorita Pitt dirigió al ya mencionado cura de Abbeville, pero no menciona en ella los pormenores de su abjuracion. Hé aquí cómo los explica uno de los testigos oculares. «Hallándose firme en su propósito de renunciar solemnemente la religion anglicana, señalóse el dia de la ceremonia para el 22 de Febrero de 1786. Un accidente imprevisto y acaso providencial hizo suspender el acto para el otro dia. Esta dilacion causó singular gozo á Isabel, porque precisamente el dia en que habia de ingresar en el seno de la Iglesia católica era el aniversario de su bautismo. Abjuró, pues, el 22 de Febrero, cinco meses despues de su entrada en el convento. La solemne ceremonia empieza por el *Veni Creator* que entona el señor cura de Santiago, su confesor y su catequista. Concluido el himno, el mismo sacerdote hizo un discurso en inglés, sumamente patético y análogo á la naturaleza del partido que Isabel habia tomado. En este discurso manifestó, con toda la dignidad del ministerio que ejercia en aquel momento, las gracias singulares con que

Dios la habia favorecido hasta entónces, y hace una feliz alusion al sueño que habia tenido nueve meses ántes de su entrada en el convento y trece ántes de su abjuracion, comparándole con el de S. Pedro, que se refiere en las Actas de los Apóstoles, y el cual cita largamente, haciendo una justa aplicacion de todas sus principales circunstancias. Concluida esta exhortacion dirige al público otro discurso en francés, sobre la necesidad de las buenas obras que mantienen la fe, y sin las cuales ésta no es más que una palabra vana, ó mejor dicho, una fe muerta. En seguida se recita el *Miserere*, y acto continuo Isabel hace su abjuracion con un valor, un aire de grandeza, una piedad y una modestia tan grande, que conmovió á todos los espectadores. Durante la ceremonia se vió derramar lágrimas á muchos circunstantes que, atraidos por la curiosidad, habian acudido al templo á presenciar aquel triunfo tan glorioso para la religion. Habia tambien varios protestantes ingleses, que no pudieron ménos de enternecerse á la vista de semejante espectáculo. Isabel pronuncia el *Pater noster* y pide en inglés la absolucion de las censuras, la cual le fué dada en la forma ordinaria. Siguió á la ceremonia el *Te Deum*, cantado solemnemente y despues la Misa en la cual comulgó la nueva católica con todas las demás religiosas. Hecha la abjuracion, reflexionó Isabel por mucho tiempo acerca del partido que tomaria, pues aunque se sentia inclinada á la vida religiosa, á la cual podia dedicarse sin obstáculo de ninguna especie, puesto que era enteramente libre y que para nada la molestaban sus parientes, la vivacidad de su carácter y la delicadeza de su salud la parecian, tanto á ella como á otras personas religiosas, un obstáculo para realizar el designio. Por espacio de cuatro meses consultó á Dios en la oracion y tomó consejo de las personas que la habian dirigido en el importante negocio de su salvacion, pero sin acabar de resolverse. En el mes de Abril de 1786 fué atacada de un molesto reuma, y los deseos que habia formado de tomar el velo se debilitaron algun tanto por esta circunstancia. Pero Dios quiso que aquella dolencia fuese para probarla mejor y prepararla al goce de la gracia que la destinaba. Viéndose en la precision de que por su estado de salud la dispensáran de practicar muchos puntos de la regla monástica, se creia fundadamente que no fuera el claustro su verdadera vocacion. Pero ella, animada con los ejemplos que se la citaron de muchas religiosas, cuya delicada salud se habia fortificado despues de su entrada en el claustro, entró en el noviciado, pronunció sus votos y tomó el velo el dia 8 de Julio del mencionado año 1786. Apénas hubo abrazado aquella vida se empezaron á notar los progresos que hacia en la virtud, y su salud fué fortificándose á medida que avanzaba el tiempo. No hacia dos meses que dejára el traje del siglo, cuando recibió muchas cartas de su familia en que la pedian regresase con toda urgencia á Lóndres. Aunque era muy importante el

negocio por que la escribian, se resistió á marchar durante todo el mes de Agosto, mas á la entrada de Setiembre recibió nuevas instancias, que dudó si sería la voluntad de Dios que emprendiese aquel viaje. La cuestion que motivaba su llamada, era asegurar el porvenir de una jóven inglesa, de clase distinguida, á quien habia legado todos sus bienes una de las antiguas amigas de Isabel, que acababa de morir nombrando á esta por ejecutora de su última voluntad. Asegurar una herencia á una jóven huérfana, era un servicio tan meritorio, que no podia ménos de destruir la fuérte resolucion que formára de no salir jamás del convento, y además, segun las leyes inglesas, no podia ejecutar aquella buena accion sin hallarse presente en el país. Aunque fué muy sensible para ella este contratiempo, se resolvió á emprender el viaje si los superiores acordaban que era compatible con sus nuevos deberes. Estos le manifestaron que en conciencia no podia rehusar el servicio que se le pedia, y en su vista dispuso su viaje, y partió el dia 11 de Setiembre del dicho año, no sin rogar y hacer que rogasen á Dios, que no permitiera que aquella marcha, hecha por caridad y obediencia, destruyese en Inglaterra el designio que habia concebido en Francia, y cuya completa realizacion aplazaba para su regreso. Partió, pues, acompañada del respetable pastor de quien el Señor se habia valido para instruirla, Mr. de Roussen, cura de Santiago. Llegando á Calés no pudo embarcarse por haberse movido una tempestad que duró hasta el dia 15. Por espacio de cinco dias, que estuvo detenida en el puerto, no dejó de asistir á la misa dicha por su santo guia, comulgando diariamente y aprovechándose de esta circunstancia para fortificarse más y más en la fe. Como se hallaba suficientemente instruida, el sacerdote no tuvo que tomarse otro trabajo que el de hacerla recorrer aquellos lugares de la Escritura que eran propios para sostenerla y animarla. En cuanto cesó la tempestad y despues de haber recibido la bendicion con el Santísimo Sacramento, pasó á bordo del bajel que debia conducirla á su país natal, que por última vez visitaba. Al poco tiempo de haber salido la nave del puerto, el viento se levantó de nuevo y la borrasca empezó con más fuerza que ántes. Los viajeros ingleses, cuyo número ascendia á ciento cincuenta, se hallaban sumamente consternados; pero Isabel siempre permaneció tranquila y resignada. La tormenta se hizo tan horrible que todos temieron ver llegar su último instante; pero entre la comun agitacion admiraba y sorprendia la presencia de ánimo que manifestaba Isabel. «Por vuestro aire de tranquilidad, exclama un lord, se diria que vos sois católica.—Sí, repone ella, verdaderamente soy católica y me hallo muy firme en mi fe.» Aplacada la tormenta, llegó á Lóndres sin otro contratiempo, y despues de haber terminado los negocios que á este país la conducian, regresó á Abbeville sin perder un instante. Principia otra vez su noviciado, y terminándole dichosa-

mente hace su solemne profesion y es hasta el fin de sus dias el modelo de la comunidad por su piedad y su fervor.—M. B.

PITTORIS (Juan Bautista). Nació este sacerdote en Venecia, cerca del año 1666, y es conocido por su coleccion de constituciones y decisiones pontificales de las santas congregaciones de Roma, relativas al clero. En 1704 publicó las que pertenecen á los confesores. En 1713 las relativas á los curas, publicadas sueltas por primera vez en 1689. En 1709 dió á luz las concernientes á los canónigos. En 1711 las constituciones y decisiones que arreglan la colacion de beneficios. En el siguiente año fueron publicadas las que concernian á los obispos, abades, clero regular y secular y á las órdenes militares, y en 1725 publicó algunas otras decisiones referentes al matrimonio. Esta utilísima coleccion, obra de mucha paciencia y fruto de largos años de trabajo, fué impresa por el cuidado y solicitud de Leonardo Pittoris, padre del autor, que invirtió sus caudales en ella á fin de que no quedáran olvidados los ímprobos trabajos de su hijo. Tambien es este autor de la *Vida de Benedicto XIII*, escrita en italiano y publicada en 1730, en un tomo en 4.° Asimismo escribió el *Calendario romano decenal*, con las notas y decisiones de la Sagrada Congregacion, y otra obra titulada: *De octavis festorum quæ in Ecclesia universali celebrantur;* dos tomos en 8.° Pittoris murió en Roma en 16 de Noviembre de 1748, á los ochenta y dos años de su edad. M. B.

PIVO, noble varon, natural de la provincia de Sajonia, que entónces (siglo XI) estaba sujeta á la Alemania. Floreció por los años 1004, y era tan distinguido por su sabiduría que obtuvo el cargo de secretario del emperador Enrique IV. Cuando este soberano se rebeló contra el Sumo Pontífice, Pivo, por no incurrir en la excomunion lanzada por el Papa contra Enrique y sus secuaces, abandonó al Emperador, siendo ya obispo de Tulle, bajo el pretexto de hacer peregrinacion á Jerusalen. Marchó de Alemania y visitó la Tierra Santa, tomando á su regreso el hábito de S. Benito en el convento fructuariense dedicado á San Benigno. Pero terminados los disturbios á que diera lugar la rebelion del emperador de Alemania, los feligreses de Pivo, entre los que habia dejado muy gratos recuerdos, suplicaron al Pontífice que se les volviese á enviar como obispo; y habiendo accedido el Papa á sus ruegos, Pivo salió del monasterio para su antigua diócesis, la cual gobernó con suma paz y sabiduría el dilatado espacio de treinta y ocho años, muriendo santamente de muy avanzada edad y dejando tras de sí notable fama y buen nombre.—M. B.

PIZÁ (Bartolomé), religioso dominico cuyo hábito recibió en el convento de Palma, de mano del V. Lorenzo Malferit, á 15 de Febrero de 1592. Entrado en la religion, pasó á estudiar á la universidad de Valladolid; pero hubo

de interrumpir sus cursos literarios á causa de la terrible epidemia que desoló aquella antigua corte de España. Destinado Pizá á uno de los hospitales sucios le acometió el contagio, y hallándose ya restablecido de su salud, determinó la Orden en un capítulo provincial que pasase á leer artes en el convento de Palma, como así lo verificó con feliz suceso y aprovechamiento de los ochenta discípulos que acudieron á su escuela. El P. Vicente Pons, dominico, á quien debemos esta noticia, dice que el P. Pizá fué confesor del V. P. Julian Font y Roig, y que á instancia suya se recibió informacion de su vida y milagros. Siendo prior, el grande y general Consejo de la Isla le nombró síndico de Felipe IV, y lo propio hizo el estado eclesiástico de Mallorca para solicitar de S. M. la franquicia del subsidio excusado que se le impuso. Fué consultor y calificador del Santo Oficio, cuya plaza juró á 18 de Marzo de 1606, y con este motivo el Tribunal Supremo le cometió el exámen de varias causas de fe, dando su dictámen tan á satisfaccion de los inquisidores generales que no tan solo se conformaron con él absolviendo á los reos, sino que en 4 de Noviembre de 1620 se le nombró inquisidor de esta Isla. Posteriormente fué consultado para obispo, y murió á 13 de Setiembre de 1626, dejando á su convento una multitud de memorias que inmortalizan su nombre. El cronista de los dominicos de Mallorca afirma que se le encontraron diez y nueve tomos escritos de su mano; pero no dice la materia de que trataban.—J. B. de R.

PIZAÑO (Francisco). Fué religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced y Redencion de cautivos. Tuvo el grado de doctor en teología, y desempeñó el destino de presentado en el convento de su Orden de la ciudad de Alcalá. Escribió una pequeña obra, titulada *Instruccion de la Oracion*, que se publicó en 8.° en dicho punto.—M. B.

PIZARRO (Fr. Juan). Era español, pero se ignora de qué punto fué natural, aunque por su apellido puede inferirse que naciese en Extremadura, de donde fueron naturales los célebres conquistadores del Perú que llevaban dicho apellido. Ignórase tambien el convento donde tomó el hábito de San Francisco, y solo se sabe que fué alumno de la provincia de S. Miguel. Luego que hubo recibido las órdenes sacerdotales, y que se advirtió su disposicion para anunciar la divina palabra, fué enviado á las misiones de la América. Recorrió la provincia de Yucatan, donde habiendo aprendido el idioma de aquellos indios, hizo muchas conversiones con la eficacia de su palabra. Pidió luego pasar á Nicaragua donde habia mucho que trabajar en la viña del Señor, y desde allí fué trasladado á Costarica. Prosiguiendo aquí su apostólica tarea, atrajo muchos pueblos á la fe católica, ya por medio de sus palabras, ya con el ejemplo de su santa vida, arrancando á aquellos naturales de la ceguedad en que el demonio los tenia, y haciéndoles que go-

zasen las ventajas de la civilizacion y de la vida social. Pero animado de su celo por el bien de las almas y de su deseo de aumentar el rebaño de Cristo, se internó á predicar en el país, y habiendo llegado á un pueblo que titulaban Cotis, perteneciente á los salvajes quepianos, se encontró con unos hombres tan bárbaros é inciviles, que no solamente se negaron á escucharle y á salir de su abyeccion, sino que le tomaron un mortal odio; y habiéndole encontrado un dia haciendo oracion en un bosque, le asesinaron bárbaramente, destrozándole la cabeza con sus mazas de madera. Tuvo lugar su martirio el dia 5 de Enero de 1580.—M. B.

PIZARRO Y ORELLANA (Dr. D. Francisco), obispo de Nueva Segovia en Filipinas. Nació este ilustre eclesiástico á principios del siglo XVII, de una antigua y noble familia que habia prestado grandes servicios á la madre patria en el descubrimiento de la América. Pizarro y Orellana parecia llamado á continuar el camino que le habian abierto sus antecesores; pero nacido con otro carácter é instinto prefirió el cayado á la espada, y la dulce y pacífica conquista espiritual á la ruidosa y sangrienta de las armas. No era ciertamente esta la que necesitaba entónces España, cuyos vastos dominios reclamaban más bien una prudente y preciosa administracion, que el aumentarlos en extension como habia sucedido hasta entónces. Mas para plantear esta se necesitaba en América en particular reducir á los indios al estado culto, del salvaje en que vivian, y esta reduccion en que habian fracasado todos los esfuerzos de los conquistadores, más á propósito para batirse en el campo con espada y lanza que para enseñar la doctrina á los rudos negros, fué encargada desde luego á eclesiásticos, en particular á regulares que por su orígen y costumbres se hallaban en más inmediato contacto con los sencillos indígenas. Nacido Pizarro y Orellana de una familia conquistadora, no fué nunca real y verdaderamente misionero, aunque tuvo á su cargo la direccion de las misiones. Sus estudios y carrera fueron los de un hombre llamado á ocupar las primeras dignidades de la Iglesia, y en efecto, apénas los terminó fué nombrado canónigo de la catedral de Manila, puesto que desempeñó prestando grandes servicios por sus no vulgares talentos y mucho más vastos conocimientos; á unos y otros debió el ser elevado sucesivamente á las dignidades de tesorero, maestrescuela, chantre y arcediano de aquella santa Iglesia, donde asistió á los diferentes sínodos que en aquel tiempo se celebraron para tratar del fomento del cristianismo, poco extendido todavía en aquellos países, de la civilizacion de los indios y de la administracion del país, que muy sabiamente se dejaba en parte á los eclesiásticos, atendidos los pocos talentos y ménos aptitud todavía de los seglares para dominarlos, que tampoco querian hacer en ellos una residencia estable, sino que solo se proponian enriquecerse para regresar á España y pasar una vejez cómoda

y tranquila en premio de las fatigas y penalidades que habian sufrido en los dos tercios de su vida. Los eclesiásticos, por el contrario, residian por lo general hasta su muerte en aquellos paises donde tenian sus beneficios, y en los que á veces eran promovidos á las primeras dignidades. Su utilidad era así mucho mayor, y con razon y justicia les confiaban sus soberanos una parte activa en el gobierno de un país que acababa por ser el suyo. Con este motivo tuvo Pizarro y Orellana ocasion de contraer eminentes méritos, con la presentacion que se hizo á su favor en 21 de Junio de 1680 para el obispado de Nueva Segovia, del que tomó posesion en 23 de Diciembre de 1683, gobernándole por el corto espacio de tres años, pero dando en ellos inequívocas pruebas de las cualidades que siempre le habian distinguido y manifestando un celo y afecto hácia sus ovejas que le valieron su amor y respeto. Trabajó mucho en la civilizacion de su diócesis, en la propagacion del cristianismo y en todo, en fin, lo que podian llamarse entónces los deberes de un obispo en un país recien conquistado y descubierto, y que se hallaba de consiguiente en el estado salvaje; y falleció bendecido de sus feligreses y de cuantos habian tenido la fortuna de conocerle y apreciar de cerca sus buenas cualidades, á 2 de Setiembre de 1683, siendo enterrado en su iglesia catedral. — S. B.

PIZQUEDA (Salvador), de la Compañía de Jesus. Este varon eminente por su santidad y sus virtudes nació en Ploache, reino de Cerdeña, el 27 de Octubre de 1551. Fueron sus padres Pedro Pizqueda y Francisca Riccia. Hallándose ésta próxima al parto, llegó una tarde á pedir limosna un peregrino desconocido, y habiéndole auxiliado, la dijo por recompensa que llevaba en sus entrañas un grandísimo tesoro; que pariria un hijo varon á quien pondria el nombre de Salvador, y que aunque su parto seria muy trabajoso, naciendo el niño con apariencias de muerto, no permitiera de ningun modo que lo enterrasen. La mujer refirió á su esposo lo sucedido, y le pidió lo escribiese para que en todo tiempo constára. Este lo hizo por darla gusto, aunque manifestándola no debia hacer caso de los dichos de un peregrino vagamundo. Mas llegado el caso del parto, todo sucedió al pie de la letra, y en vista de tal suceso el padre hizo bautizar á su hijo con el nombre de Salvador. Este fué el quinto hijo que tuvieron, y por hallarse su madre fuera ya de los límites de la juventud, se tuvo el nacimiento como un prodigio y el niño fué considerado el Benjamin de la familia. A los cuatro años murió el padre, y Salvador fué adoptado por un tio suyo que le dejaba heredero de su cuantiosa fortuna. Le dió una esmerada educacion, de la que el niño empezó á aprovecharse muy pronto, anticipándosele el conocimiento y el uso de la razon, pues hallándose en la dicha corta edad de cuatro años, le llevó su tio un jueves santo á visitar las iglesias, y mostrándole un devoto crucifijo le decia: «Mira,

Salvador, este es nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro padre.» Y el niño contestó: «Ya le conozco, y ya sé lo que pasó por nosotros;» respuesta que hace ver la grande alma que se encerraba en aquel pequeño cuerpo. Siendo de edad de ocho años raciocinaba ya como experimentado anciano; y segun manifestó más adelante se le ocurrió un dia, hallándose con sus compañeros, la duda siguiente: *¿Qué era yo ántes de nacer, qué eran mis compañeros, qué era el mundo ántes de ser formado?* Al punto se vió rodeado de unas espesas tinieblas, que no le dejaban ver cosa alguna y que le asustaron grandemente hasta que hubieron desaparecido. Otra vez se le figuró que veia una larga procesion formada de toda clase de personas, con luces en las manos, cantando armoniosos himnos y elevando sus ojos al cielo, donde se hallaba el Padre Eterno sobre un trono de nubes, mirando compasivo á aquellos devotos humanos. Cuando la procesion hubo terminado, Salvador volvió en sí como quien vuelve de un sueño, y se halló en la iglesia donde comunmente acudia, de lo cual coligió cuán agradable es á Dios el culto que se le rinde. Con estos principios y sintiéndose inclinado por el poder irresistible de la gracia á buscar la perfeccion de la vida humana, no es de extrañar practicase desde tan temprano los ejercicios de la más angelical virtud. Mostrábase tan celoso de la propagacion de la fe, que en vez de jugar con sus compañeros les daba lecciones de doctrina cristiana, ponderándoles la felicidad de servir y amar á Dios. Tambien daba muestras de la más sublime abnegacion en favor del prójimo, pues habiéndose caido cierto dia uno de sus compañeros en una laguna, se arrojó á salvarle con gran peligro de su propia vida. A la edad de doce años pidió á su madre y á su tio le permitiesen ir á estudiar á la ciudad de Caller, donde habia colegio de jesuitas. Al pronto lo repugnaron, en atencion á su poca edad; mas vencidos de sus ruegos, le enviaron en compañía de Pedro, su hermano mayor. Fué admitido en el aula del P. Antonio Bosque, aquel varon eminente que en el acto de morir anunció el triunfo de Lepanto, diciendo á los circunstantes: «Cantemos el *Te Deum laudamus*, porque en este momento acaban los cristianos de conseguir el triunfo de la batalla naval.» Encargóse de él dicho Padre, enseñándole con mucho amor entre otras devociones la oracion mental, ejercicio que le agradaba tanto al jóven Salvador, que ningun dia principiaba á estudiar sin hacerla préviamente. Sin mandato superior se consagró á hacer ásperas penitencias, confesando y comulgando cada ocho dias, y teniendo un placer extraordinario en acudir á las funciones religiosas todo el tiempo que le sobraba. Habiéndose fundado en el colegio una congregacion en honor de la Santísima Vírgen, eligieron los Padres doce estudiantes de los más aplicados y virtuosos para componerla, y uno de ellos fué Salvador, que mereció la honra de ser elegido por sus compañeros prefecto de la Congregacion. En

cumplimiento de sus estatutos visitaba las cárceles y hospitales, recogiendo limosnas para socorro de los pobres presos y enfermos, y en estas ocupaciones concibió la idea de separarse del mundo y entrar en la Compañía. Para esto consultó con su confesor, el P. Bernardino Ferrario, quien alabó su determinacion, haciéndole, sin embargo, notar todas las dificultades que presenta la vida monástica para los que no se hallan con decidida vocacion de seguirla, y diciéndole por fin que si persistia en su idea al terminar la filosofía, no habria dificultad en recibirle. Continuando en sus ejercicios de piedad, determinó ir en peregrinacion á un santuario bastante lejano, y verificó el viaje á pie, imponiéndose la mortificacion de ir pidiendo limosna. De este viaje sacó mucho fruto, porque aprendió á sufrir todo género de privaciones, desvíos y fatigas, y se afirmó más en su primitiva idea de renunciar completamente al mundo. Para empezar á verificarlo volvió á Ploache á pedir la licencia á su familia. Afligióse extremadamente su madre, y todos sus parientes se opusieron, manifestándole la brillante posicion que le esperaba en el mundo como heredero de la pingüe fortuna de su tio, y áun el rector de la parroquia, que le estimaba mucho, le ofreció, puesto que queria seguir la carrera eclesiástica, cederle el beneficio que disfrutaba. Nada fué capaz de hacer que Salvador desistiera de su propósito. Solo le afligió algun tanto el profundo sentimiento que manifestaba su madre; pero resuelto á seguir los pasos del que nos manda abandonar todas las afecciones humanas, procuró sobreponerse á aquella ligera emocion, y continuó rogando que no le apartáran de su idea. Sus hermanos pasaron de la persuacion á la amenaza, y dijeron que primero le matarian que permitirle entrar en la religion, porque no querian tener un hipócrita en su familia. A esto les contestó Salvador que la vida le importaba muy poco tratándose de la salvacion de su alma, y que estaba resuelto á perder aquella ántes que renunciar á vivir en Jesucristo; y concluyó su discurso poniéndose de rodillas, y pidiéndoles humildemente, con tiernas palabras y con fervorosas lágrimas, que le concediesen el anhelado permiso. Sea por efecto de sus ruegos, sea tocados por la divina gracia, le contestaron que hiciese lo que quisiera, puesto que estaba tan resuelto, y áun se ofrecieron á acompañarle hasta el colegio de los jesuitas. Despedido de su madre y demás parientes, y acompañado de dos hermanos suyos, púsose en camino; pero temiendo por algunas palabras que les oyó que tratáran aún de disuadirle, á la mitad del viaje les replicó que volviesen á Ploache á consolar á su triste y solitaria madre. Quedó solo Salvador y prosiguió su camino, sobreviniendo á poco la noche. Hallóse perdido en medio de un bosque sin saber qué partido tomar; pero de repente y cuando la oscuridad era más densa, apareció un desconocido con una tea encendida en la mano, el cual le guió hasta un lugar inmediato, y lo llevó á la casa del

cura, donde tuvo grata acogida y pasó la noche. A la mañana siguiente, despues de oir Misa y acompañado de un guia que le dieron, llegó á Caller, dirigiéndose acto continuo al colegio de la Compañía, donde fué recibido con mucho gusto por todos los Padres. Entrando en el noviciado, cumplia tan exactamente las prescripciones de la Orden, y obedecia con tal puntualidad cuanto le ordenaban, que sus superiores decian no tener igual en la ejemplar virtud de la obediencia. Hiciéronle maestro de niños, y desempeñó este penoso cargo con suma amabilidad y dulzura. Fué despues maestro de retórica, y debiendo un estudiante principal de la ciudad defender un acto público de filosofía, se indispuso de repente el maestro que lo habia de presidir, y los Padres encargaron á Pizqueda que hiciera sus veces en aquella solemnidad, encargo que cumplió á satisfaccion de todos. Era tan humilde que muchas veces, despues de los penosos trabajos de la cátedra, se quitaba la sotana y trabajaba como un mozo ordinario en las faenas domésticas de la Compañía, pidiendo ántes la competente licencia al superior. Concluido el noviciado y despues de ser profesor de retórica por espacio de tres años, fué enviado á Sacer para estudiar la teología, aprovechando tanto, que le mandaron explicar dos cursos de artes. Pizqueda era de salud muy delicada, y aunque continuamente enfermo, jamás faltó á la clase, y por espacio de un año continuó explicando, á pesar de no abandonarle unas pertinaces tercianas. Deseoso de difundir la ilustracion cristiana, áun en los dias de fiesta y vacaciones, reunia varios de sus discípulos, y llevándolos á un paraje retirado, continuaba las explicaciones y los excitaba al estudio. Los Padres llamaban á estos estudiantes los *Recoletos;* y no fué mal aplicado el nombre, porque la mayor parte llegaron á ser religiosos. Pizqueda desempeñó por espacio de diez años y medio las penosas tareas del magisterio, y á pesar de no conseguir su principal y único anhelo, que era hacerse sacerdote, jamás se quejó de no conseguirlo, ni del grave cargo que le habian impuesto. Muchas veces le dijo su confesor, que si estaba cansado de desempeñar las cátedras hablaria á los superiores para que le relevasen de aquel oficio y le ordenáran de sacerdote, á fin de que viviese con más sosiego; pero él le rogó que de ninguna manera lo hiciese, pues no queria faltar á la santa obediencia, ni pedir el sacerdocio hasta que sus superiores tuviesen por conveniente dársele. Mandáronle pasar al colegio de Busaqui, y le emplearon en predicar en la parroquia y en los lugares comarcanos, lo cual efectuó con gran aprovechamiento de las almas. Por fin, en la cuaresma de 1584, teniendo ya treinta y tres años cumplidos, y trece y medio de religion, fué ordenado de sacerdote por el arzobispo de Orestan, y dijo su primera misa en la *Dominica in albis* con las mayores muestras de ternura, devocion y santa alegria. Aunque resvestido ya del sagrado carácter del ministro del Señor, continuó la misma vida que

ántes, y áun se añadió la mortificacion de asistir y cuidar con sumo amor y esmero á los individuos enfermos de la comunidad, descansando muy poco por las noches y levantándose á cada instante para ver si se les ofrecia alguna cosa. Diciendo misa se detenia tanto tiempo quedándose como en éxtasis, que la gente ligera y poco devota solia impacientarse, por cuya razon procuraba decir en público la misa lo ménos que le era posible. Hallándose en su última enfermedad le preguntaron la causa de aquella detencion, y él respondió que al principiar el santo sacrificio sentia una emocion indefinible y un placer inexplicable, que iba en aumento hasta despues de haber consagrado, en cuyo acto se iluminaba su alma con una luz tan divina, que le parecia no necesitar el auxilio de la fe para creer en aquel altísimo misterio; pues con los ojos del alma veia á Jesus sacramentado en la hostia consagrada. Su caridad era tan grande que cuando no habia necesitados que le viniesen á pedir, él mismo iba en busca de necesidades que socorrer. Supo que dos doncellas se hallaban en tan mísero estado, que estaban á pique de perder la honra, y él al punto las proporcionó, con varias limosnas que pudo reunir, un dote regular con el que se casaron muy honradamente. Pedia tambien limosna por las casas principales para los presos de las cárceles y enfermos de los hospitales, descendiendo á los tenebrosos calabozos para consolar á los unos, y pasando largas horas á la cabecera de los otros, excitándoles á sufrir sus dolencias con resignacion. Al mismo tiempo que distribuia entre los míseros las dádivas de los ricos, él observaba tan estricta pobreza, que por espacio de treinta años llevó un solo hábito, y solo tomó otro nuevo cuando la obediencia le precisó. Al tiempo de ordenarle le dieron un breviario muy usado, del cual se sirvió, hasta que hallándose en Roma se le cambió por otro nuevo el cardenal Aquaviva, para quedarse con una reliquia de aquel evangélico varon. Mortificaba sus sentidos de tal modo, que respecto al de la vista, puede decirse que no miró jamás otra cosa con atencion y cuidado que los libros místicos y las sagradas imágenes de Jesus, de María y de sus santos. Así es, que áun cuando viajó por diversos puntos y estuvo en Roma, ciudad tan rica en bellezas artísticas, jamás pudo dar razon de los monumentos que contenia, y de las otras grandezas que todos los viajeros se apresuran á contemplar. Mortificábase el gusto con un continuo ayuno, pues aunque acudia al refectorio, solo tomaba un pequeño trozo de pan y algun plato de legumbres cocidas con agua y sal; y por último, se mortificaba el cuerpo con ásperos silicios. Llevábale ceñido por lo comun con una soga de esparto, y hallándose enfermo hubo necesidad de ponerle un emplasto. El enfermero quiso quitarle la cuerda, mas él le dijo que no lo hiciese, y que pusiera el emplasto encima. Adhirióse tanto, que al tiempo de quitársele, se arrancó la soga, haciéndole profundas llagas, y él sufrió por

amor de Dios este doloroso martirio. Tambien obtuvo el don de profecía, sobre todo despues de hacer la oracion mental ó algunos otros ejercicios espirituales. Tres años ántes de que sucediera, indicó que una persona muy notable de la ciudad sería llamada á desempeñar un elevado destino, y en infinitas ocasiones anunció la mejoría de algunos enfermos y el fin de otros, logrando con este conocimiento la salvacion de muchas almas, pues á los que veia en grave peligro los exhortaba á prepararse con tiempo. La eficacia de sus palabras era tan grande, que tratando de cualquier negocio, al punto convencia á los que le escuchaban, y asi fueron innumerables los pleitos que evitó, las disputas que compuso y los matrimonios desunidos que logró avenir. Conociendo la utilidad que reportaba á las almas el oir á los pecadores en el santo tribunal de la penitencia, se aficionó tanto á este ministerio, que jamás se negó á escuchar á persona alguna, aunque no fuese conocida, ni á prodigarla sus consuelos; y así es que desde muy temprano ocupaba el confesonario, y aunque hubiese mucha gente, no salia de él hasta que despachaba el último penitente que se presentaba. En este ministerio, el más delicado de todos los que corresponden á un sacerdote, alquirió el conocimiento de los vicios y crímenes que inficionan la sociedad, y convencido de que el mayor de todos es el público escándalo y la corrupcion de las costumbres, fué muchas veces á conferenciar con las autoridades, pidiéndolas que en obsequio de la moral pública y de la pureza de la religion adoptáran medidas represivas contra los blasfemos, las mujeres corrompidas, los jugadores y los que se entregaban á la intemperancia. Si sabia que alguna persona se hallaba en pecado, no paraba hasta que lograba verla é inducirla para que saliera de él. En su ferviente deseo de padecer por Cristo, cuando algun hermano era enviado á las misiones de las Indias sentia un verdadero dolor en no acompañarle para alcanzar la palma del martirio. Estando ya bastante cargado de años y de achaques, conservaba la misma actividad que cuando jóven, y así á cualquier hora del dia ó de la noche, estuviese dormido ó despierto, en cuanto el portero avisaba que venian á buscar un padre para auxiliar á un moribundo ó para otra grave necesidad, él era el primero que se levantaba, fuera bueno el tiempo ó fuese cruda la estacion, y acudia gustoso al punto designado, dando así un ejemplo saludable á los sacerdotes jóvenes. Cuando emprendia algun negocio en servicio de Dios era tan grande su teson, que por nada cedia hasta terminarle; despreciaba todos los obstáculos y decia que el trabajo de la perseverancia es muy corto comparado con las grandezas del premio. Muchas personas á quienes reprendia sus vicios dieron en perseguirle y calumniarle, pero todos concluyeron por venir á pedirle el perdon de sus inmotivadas ofensas. Vivian en la ciudad malamente unas mujeres protegidas por varios caballeros principales; el P. Piz-

queda fué á verlas y las excitó á que abandonasen la senda del pecado, pero irritados sus protectores, dijeron al Padre, que si no cesaba de inducirlas, le molerian á palos y le quitarian la vida. Respondióles el Padre que no dejaria de hacer lo que al servicio de Dios convenia, porque esto era ántes que nada y que tomasen si querian su vida, porque la estimaba en ménos que la salvacion de una sola alma. Insistiendo en su buena obra logró sacar á aquellas mujeres de tan lamentable estado; mas furiosos sus amantes, se pusieron de acecho en un sitio por donde habia de pasar el Padre con ánimo de maltratarle, pero al llegar éste y al querer poner en ejecucion su mal intento, quedaron como clavados en el sitio, sin conseguir mover pié ni mano, y esto lo afirmaron ellos mismos despues que se arrepintieron, conociendo y declarando la santidad de aquel siervo de Dios. Llegó, por fin, el instante en que el P. Pizqueda fué llamado á disfrutar el premio de sus virtudes. En el mes de Enero de 1624, con motivo de una comunion general trabajó tanto en el confesonario, que sus muchos achaques se agravaron, complicándose con un catarro y una pertinaz calentura. Fué preciso que guardase cama, y aunque indicó que de aquella enfermedad moriria, no quiso recibir los santos sacramentos, que trataban de administrarle, hasta que él los pidiese; solo sí rogó que le concedieran permiso para recibir diariamente la santa eucaristía á fin de alimentar su alma con aquel pan de los ángeles. Durante su enfermedad no dejó pasar un instante sin ocuparse en la oracion, descansando muy poco á pesar de la flaqueza que sentia. Cuando entraba alguno á visitarle, le pedia por favor que leyese en un libro devoto ó que le ayudase á hacer algun acto fervoroso de piedad. Habiéndole sobrevenido un desmayo, quisieron administrarle la santa uncion; pero vuelto en sí, dijo que aún no era tiempo y que él avisaria. Ni áun estando enfermo quiso dejar de mortificarse, pues aunque tenia gran sed se abstenia de pedir bebidas, ofreciendo aquellas penalidades en memoria de los sufrimientos de Jesus en el Calvario. Conociendo que su fin se acercaba pidió los últimos sacramentos, concurriendo para administrárselos todos los sacerdotes y hermanos de la casa, con lo que tuvo el acto extremado brillo y solemnidad. Recibió á Jesus sacramentado con tiernos actos de fe, y acto continuo pidió la extremauncion, contestando él mismo con suma entereza al sacerdote que le ungia. Pidió luego licencia para rogar á sus hermanos le perdonasen sus culpas y pecados, y concedido, lo verificó con tal expresion, que se enternecieron todos los circunstantes. A las cuatro de la mañana del dia de su muerte le dijeron misa, y recibió por última vez la sagrada Eucaristía. Entrando á verle el P. Gabino, que le estimaba mucho, le preguntó cómo se hallaba, y Pizqueda le respondió: «Para partirnos á Dios gracias,» y le rogó le dijese las letanías, contestando á ellas con bastante entereza; y acabadas que fue-

ron principió á entrar en la agonía. Batallando con las ánsias de la muerte, se volvió al Padre que le asistia y le dijo: «No se pueden calcular, hermano mio, las angustias que se pasan en este trance: procure ser un santo, que lo demás es delirio.» Calló un momento, y luego volvió á decir: «Sal fuera, alma mia, sal fuera y reúnete á tu Criador;» é inclinando la cabeza se quedó como dormido. Era el dia 27 de Marzo de 1624. Tenia setenta y dos años de edad y cincuenta y dos de religion. Su cuerpo, que quedó hermoso y flexible, fué revestido con los ornamentos sacerdotales y conducido á la iglesia para celebrarle el oficio de difuntos. Apénas resonaron las campanas anunciando su muerte, ampezó á difundirse la noticia por toda la poblacion, y aunque era dia de trabajo, acudió tanta multitud de gente de todas clases y estados para ver el cadáver del Santo, como le llamaban, que causaron un tan notable tumulto, queriéndole besar, tocar rosarios y medallas al cuerpo, y arrancarle pedazos de su vestido, que fué preciso sacarle precipitadamente de la iglesia y ponerle en un cuarto, bajo llave, hasta que llegase la hora de darle sepultura. No obstante estas precauciones, la piedad de los fieles y el deseo de poseer alguna reliquia, hizo que dejasen el cadáver casi desnudo; pues las mujeres con sus tijeras y los hombres con sus puñales, cortaron en pequeños trozos los vestidos y ornamentos y se los repartieron como el más preciado tesoro. Algunos avanzaron más, pues al revestir de nuevo el cadáver, se observó que le faltaban tres dedos, lo cual nada de extraño tiene que sucediera durante la confusion y el tumulto, puesto que los que estaban encargados de guardarle en el cuarto donde hubo necesidad de ponerle, llevados de su piadosa devocion, no solamente le cortaron los cabellos, sino que le sacaron las muelas y los dientes. Entre tanto, siendo ya de noche y calmada la efervescencia pública, dispúsose su sepelio. Como varon tan distinguido y para el caso de que fuese preciso hacer constar la identidad de su cadáver, se le enterró en el presbiterio del altar mayor encerrado en un ataud. Se extendieron testimonios de todo lo ocurrido, así como de algunos milagros que Dios obró por la intercesion de su siervo en los dias sucesivos á su muerte. Nosotros, acatando las disposiciones de la santa madre Iglesia, contenidas en los breves de varios Sumos Pontífices, que vedan la relacion de todo milagro que no esté autorizado como tal por la sancion apostólica, omitiremos la relacion de todos ellos, consignando solamente uno para muestra y solo como suceso. Un padre de la Compañía se hallaba baldado hacia algunos años, y cuando le llevaron la noticia de la muerte de Pizqueda exclamó: «Ahora veremos si es tan gran santo como dicen.» Y encomendándose á Dios y tomando por intercesor al difunto, pudo levantarse de la cama é ir á la iglesia para asistir al entierro. Este hecho consta con documento auténtico. El P. Pizqueda no dejó escrita ninguna obra. Si-

guiendo las huellas del Divino Maestro, que difundió su pura doctrina de viva voz, cifró toda su gloria en ganar almas para el cielo por medio de la predicacion, en vez de consignar en el papel sus pensamientos, que por lo regular no son leidos sino por las personas instruidas y pudientes. Aparte del tanto de vanidad que puede caber en escribir un libro para trasmitirlo á la posteridad, escollo en que el P. Pizqueda no queria tocar, deseaba coger el fruto al mismo tiempo que sembraba la simiente. Sus exhortaciones se dirigian á la clase más numerosa de la sociedad, á los pobres, y deseando conducirlos por el camino de la salvacion, conocia que era mejor tiempo el que empleaba en la predicacion, que el que pudiera invertir en la redaccion de gruesos volúmenes, que tardarian mucho tiempo en ver la luz pública, y que acaso nunca serían leidos por las personas que eran objeto de sus desvelos. Santa y grande es sin duda la ocupacion de escribir libros místicos; pero todos los caminos que conducen á la salvacion son buenos, y á nadie es dado penetrar los inescrutables juicios de Dios ni pedirle cuenta de los móviles que pone en juego para la marcha de los acontecimientos; por tanto, pues, aunque sintamos que el P. Salvador Pizqueda no enriqueciese la bibliografía eclesiástica con una obra tan abundante de erudicion como él era abundante de virtudes, debemos consolarnos con la idea de que trabajó en la viña del Señor acaso con más fruto que los más famosos y fecundos escritores. Sus triunfos para el mundo fueron sin duda muy oscuros, muy ignorados, pero la multitud de almas que por sus cuidados lograron ir á morar en las celestes mansiones, atestiguarán algun dia el número de sus victorias. Cuando llegue este dia prometido por boca del Espíritu Santo, en que se descubrirán muchas virtudes ignoradas, muchos crímenes desconocidos y muchas victorias ocultas, el P. Pizqueda aparecerá más triunfante que los conquistadores de Grecia y Roma, y su corona será más refulgente que la que jamás ostentaron los Daríos y Alejandros.—M. B.

PIZZA (Fr. Vitus), franciscano. Fué natural de Claramonte, en la isla de Sicilia, y tomó el hábito de los Menores Observantes de la religion de San Francisco. Siguió los estudios con notable aprovechamiento floreciendo por los años de 1580, y fué condiscípulo y compañero de religion de Felix Peretti, que más tarde ascendió al pontificado bajo el título de Sixto V. Descolló en la filosofía, teología y demás ciencias eclesiásticas, mereciendo que la universidad de Pádua le condecorase con el lauro académico y su Orden le diese el título de maestro. Cuando estuvo en Roma despues de la exaltacion al pontificado de su condiscípulo Peretti, obtuvo de parte de este las mayores honras y distinciones. Escribió las siguientes obras: *De divino et humano intellectu et de hominis sensu ex peripatheticis tractatum in cujus finis quæsitum illud, ac compositum suæ formam sit præstantiis nobiliusque collo-*

catur; Pádua, 1553, un tomo en 4.° — Dos *sermones*, uno sobre el salmo *Miserere* y otro sobre la *Misericordia divina*, escritos en italiano é impresos en Mesina, años 1567 y 1589.—*De ente et essentia tractatuum*; obra que no consta haya sido publicada. — M. B.

PIZZANO (Juan), franciscano. Era inglés y pertenecia al arzobispado de Cantorbery. Entre las escasas noticias que de este religioso se tienen, consta que dejó escrita una obra titulada: *Commentaria super sententias*, la cual se conservaba manuscrita en el convento de Franciscanos de Asís. —M. B.

PIZZERDI DE LA MADRE DE MISERICORDIA (P. Domingo), sacerdote de las Escuelas Pias. Nació este siervo de Dios en la ciudad de Saona, en el marquesado del Final, en que se distinguió mucho por sus estudios y carrera; llegando á ser uno de los abogados más célebres de aquella ciudad. Muerta su mujer, se propuso abrazar el estado eclesiástico, y para disponerse dignamente é este santo objeto á que se sentia llamado con particular y superior inspiracion, se retiró á hacer ejercicios espirituales al colegio de las Escuelas Pias de la misma ciudad bajo la direccion del V. P. Pedro Cassani. Sintiendo que su inclinacion le llamaba al terminar sus ejercicios á vestir el hábito del piadoso instituto de S. José Calasanz, que se estaba fundando á la sazon, decidió pedirle, lo que hizo efectivamente, siendo desde luego admitido en la nueva Orden religiosa. Sabido esto por un hijo suyo y estimulado del buen ejemplo de su virtuoso padre, quiso seguirle en el claustro como le habia acompañado en el mundo, y ambos recibieron en un mismo dia del año 1623 la sotana de las Escuelas Pias de mano del B. José Calasanz, que se encontraba en Final á la sazon. A pesar de que el V. Domingo contaba entónces la edad de cincuenta y seis años se dedicó al trabajo de las escuelas con admirable caridad, siendo un padre más bien que maestro de los niños que á ellas acudian, para aprender con los rudimentos de las ciencias los más necesarios para el camino de la vida, que son los de la virtud. En esta, más que en las ciencias, sacó discípulos múy aventajados, que le estimaron constantemente y sintieron en extremo su muerte que no tardó en acaecer, pues habiendo invadido una peste el Piamonte y en particular el Final y Carcasi, encendido en fervoroso celo de asistir á sus prójimos, se consagró á asistir á los apestados, administrándoles los santos sacramentos y exhortándoles cuando se hallaban próximos á la muerte á ganar la vida eterna. Premió el Señor su ardiente celo dándole la misma enfermedad de que falleció en la parroquia de S. Siro en el Genovesado, á 4 de Julio de 1631. — S. B.

PIZZI (Abate Joaquin). Nació en Roma el año 1716, y desde su juventud se dió á conocer por algunas poesías ligeras, que le granjearon la estimacion de los inteligentes. Admitido en la Academia de los Arcades, sostuvo la re-

putacion de este cuerpo literario con un gran número de composiciones en las que resalta la elegancia, la facilidad, y sobre todo una grande correccion de estilo. Por mucho tiempo fué considerado como el primer poeta de Italia á pesar de haber tantos y tan buenos en aquel país clásico de la literatura. Pero la consideracion que disfrutaba y la fama que le seguia, se disminuyó bastante con la llegada de la famosa Corina. Esta improvisadora, mujer misteriosa, que se distinguió á mediados del último siglo en Italia y poco despues en toda la culta Europa por la sublimidad de su talento poético, era al mismo tiempo un dechado de virtud, y aunque por su hermosura y amabilidad atrajo hácia sí las voluntades de toda Roma, tanto de las personas medianas como de las más calificadas, no la pudieron criticar nunca de que se mezclára en las aventuras galantes peculiares de aquella época. Pizzi, subyugado por la simpatía del genio, se manifestó como el mayor admirador de su talento, y deseoso de rendirla un público homenaje, ideó hacer coronar á aquella nueva Safo en el Capitolio, honor que raramente se ha concedido á los genios más distinguidos de la Italia. La coronacion de la poetisa se verificó con una extraordinaria pompa, con un lujo desconocido y puede decirse que fué una solemnidad pública para la ciudad. En las actas de la coronacion puede verse detenidamente el ceremonial que se observó en aquel acto, que no ha vuelto á reproducirse. El celo y actividad que Pizzi demostró en este asunto, fué causa de muchas murmuraciones, y aunque su afecto á Corina no tenia otro móvil que la admiracion, se publicaron contra él varias sátiras tan mordaces y enconadas que en más de una ocasion dijo que la coronacion de aquella mujer habia sido una coronacion de espinas para él. A consecuencia de tales sucesos vivió muy retirado hasta su muerte, ocurrida en 18 de Setiembre de 1790, dejando escritas diversas obras, entre las que mencionarémos las principales, que son: *Discurso sobre la poesía trágica y cómica:* Roma, 1772.—*La vision del Eden, poema en cuatro cantos, sacado en gran parte del Apocalipsis*; Roma, 1778. Este poema es notable por la bondad del asunto, la belleza de las imágenes y la armonía de la versificacion.—*El triunfo de la poesía*: composicion hecha en honor de Corina, y que se insertó en las actas de la coronacion, impresas en Parma en 1779. —M. B.

PIZZIMENTI (Domingo), sabio canonista nacido hácia 1720 en Mur de Bairés, en el Rouergue. Se unió á los hombres de un partido que tenia entónces grande influencia, y llegó á ser íntimo amigo del abogado Mey. Ambos dieron un gran número de consultas, y tomaron una parte muy activa en todos los negocios de la época. Murió en París en 4 de Agosto de 1789. Sus obras, que los cambios ocurridos en las materias eclesiásticas han inutilizado por completo, son en número de seis: 1.ª *Tratado de las colaciones de los be-*

neficios; ocho volúmenes en 12.°—2.ª *De la provision de la corte de Roma á título de prevencion;* dos volúmenes en 12.°—3.ª *De la devolucion, de lo devuelto y de las vacantes en pleno derecho;* tres volúmenes en 12.°—4.ª *De la espectativa de los graduados;* seis volúmenes en 12.° —5.ª *De las encomiendas y de las reservas;* tres volumenes en 12.°—6.ª *De las reparaciones y construcciones de iglesias*; cuatro volúmenes y cinco en la edicion dada por Camus. Picot, en una nota al tomo IV de las *Memorias eclesiásticas*, atribuye á este autor el tomo I de la *Historia de la fiesta de la Inmaculada Concepcion*. Este volúmen es el único que se ha publicado.—S. B.

PIZZUTTI (Juan), cardenal de la santa Iglesia romana. Fué natural de Nápoles donde hizo sus estudios y siguió la carrera eclesiástica, y habiendo pasado á Paris despues de recibir las sagradas órdenes, tuvo ingreso en la Congregacion de los canónigos regulares de S. Victor. Por su extraordinaria ilustracion, notable para los tiempos en que vivia y por los servicios que prestó en los cargos que le encomendáran, fué agraciado con la púrpura cardenalicia en el año 1155 por el papa Adriano IV, que le elevó á la categoría de príncipe de la Iglesia con el título de Santa María la Nueva, de la clase de los diáconos, siendo despues elevado á la de los presbíteros con el título de Santa Atanasia.—M. B.

PLA (Fr. Francisco). Hace mencion de este religioso franciscano Amat en sus *Escritores catalanes*, diciendo que fué natural de Sampedor y maestro de novicios en el convento de Barcelona. Se conocen de él las obras siguientes: *Regla de San Francisco resumida para el uso de los novicios.—Manual ó instruccion de novicios y recien profesos*; Barcelona, 1755. Marcillo, libro IV, pág. 555.—A C.

PLA (P. Francisco). Nació este jesuita en Mataró el dia 8 de Mayo del año 1734. Entró en la Compañía despues de haber cursado filosofía el dia 24 de Octubre de 1750, y enseñaba la expresada facultad cuando se dió el decreto de la expulsion de la Compañía. Salió de España con este motivo, y fijó su residencia en la ciudad de Génova, en donde segun el P. Dividado publicó la obra titulada: *Philosophiam politicam tribus complexam tomis*, sin que se diga nada acerca de la fecha de su muerte.—A. C.

PLA (Gerónimo), sacerdote. Nació en Fuente la Higuera, provincia de Valencia, y estudió en la universidad de la metrópoli donde adquirió un notable caudal de erudicion, así en letras humanas como en filosofía y teología; y en la misma universidad tomó el grado de doctor en la última de estas dos facultades. En 1594 empezó á leer, ó mejor dicho á explicar, dos cursos de filosofía, donde asistieron tantos discípulos atraidos por la fama de su erudicion, que no quedándole tiempo para explicarlos á todos y para asistir á las demás funciones de su ministerio, imprimió el curso de filosofía que expli-

caba. Fué vicerector de la universidad en ausencia del rector D. Cristóbal Tríbola, dean y canónigo de la santa iglesia de Valencia. Se ignora el año de su muerte. Las obras que publicó son el dicho curso de filosofía, que se titula: *Commentarii una cum quæstionibus in Porphyrii Isagogem et universam Aristotelis logicam cum libro de interpretatione;* Valencia, 1597 y 1598, dos tomos en 4.° *Commentarii una cum quæstionibus in octo libros phisicorum Aristotelis:* Valencia, 1604, en 4.°—M. B.

PLA (P. Joaquin). Nació en Aldover, obispado de Tortosa, en 6 de Abril de 1745. Despues de finalizados sus estudios vistió la sotana de jesuita. Cuando los Padres de la Compañía fueron deportados á Italia, se dedicó en aquel país al profundo estudio de las antigüedades, á que era muy aficionado, consagrándose al exámen de los célebres monumentos y al conocimiento de las lenguas exóticas, en lo que hizo notables progresos, por los que mereció muy distinguidos honores. Fué elegido bibliotecario segundo en la de la ciudad de Ferrara; en Bolonia desempeñó una cátedra de lengua caldea, y en Roma fué director de la Biblioteca Barberina, propia del ilustrado príncipe de aquel apellido y en la que dejó una obra manuscrita, que será un durable testimonio de su erudicion y de sus conocimientos especiales en el idioma provenzal. Esta obra tiene por título: *Orígen de la poesía italiana*, y en ella se dan noticias de los más celebres rimadores de tan erudita nacion. El gran duque de Toscana, Leopoldo II, le llamó con grande instancia á su corte y le empleó en la traduccion de varios códices árabes. En prueba de la universal fama que Plá habia sabido adquirirse, diremos únicamente, que el sabio abate Tiraboschi, en el pretacio que hizo para la obra *Orígen de la poesía rimada*, impresa en Madrid en 1790, hablando de las dificultades que ofrecia el imprimir dicha obra por la falta de intérpretes que poseyeran bien el idioma provenzal, dice: «Lo mismo sucederia ahora si no tuviéramos los conocimientos que nos ha dejado el eruditísimo Sr. Abate D. Joaquin Plá, el más sabio filólogo y el más docto que hoy existe en este idioma (el provenzal), y que actualmente se encuentra en Italia.» Cuando el Rey de España permitió que los jesuitas volvieran á sus dominios, Plá hizo renuncia de la cátedra que desempeñaba en Bolonia, con notable sentimiento de la Academia de aquella ciudad, pero no habiendo tenido efecto su regreso por los sucesos de que fué teatro España, pasó á Roma donde el príncipe Barberino enterado de su notable erudicion le nombró director de la riquísima Biblioteca pública que poseia, destino que aún desempeñaba en 1815. Acordada definitivamente la vuelta de los Padres de la Compañía de Jesus á España, él deseoso de ver su amada patria y sin reparar en sus achaques y edad avanzada, se puso en camino en el año 1816; pero habiendo caido enfermo en Centumellas, tuvo que volver á Roma, donde falleció en 11 de

Octubre de dicho año. Escribió: *Oda anacreontica* en griego, la cual fué inserta en la obra que se publicó en Ferrara en 1787, y que lleva por título: *Composiciones poéticas dedicadas al cardenal Romualdo Braschi, con motivo de su fausto tránsito por Ferrara*, etc. *Laudatio funebris Josephi Moñino, canonici murciani*, la cual es una traduccion en griego de la oracion española que escribió D. Juan Lozano, canónigo de Murcia, cuya traduccion fué inserta en la obra titulada *Honores sepulcrales*, impresa en Ferrara en 1788, y en cuya obra se insertó tambien el elogio de Moñino en italiano y en francés. — *Interpretaciones en lengua etrusca de varios poetas provenzales*, las cuales se incluyeron en la obra de Juan María Barbieri, titulada: *Dell' origine de la poesia rimata*, impresa en 1790. Publicó tambien la erudita carta del abate D. Juan Andrés, sobre algunas antigüedades de España, con motivo de las observaciones que hizo D. José Llanos acerca de las antigüedades arábigas de Granada y Córdoba, cuya carta, escrita desde Ferrara en 1788, se imprimió en el Memorial literario de Madrid del mismo año. En ella se da noticia del antiquísimo manuscrito de Apringio, obispo pacense ó de Badajoz, que contiene un comentario sobre el *Apocalipsis miris ex inauditis explicationibus refertum*, segun dice Moskein. Sobre esta noticia, que publicó el abate Plá, se imprimieron algunas apuntaciones por Lucas Sixto Maci en el Memorial literario de Noviembre de 1788. Las obras de Plá que no se han impreso todavía son: *Observaciones crítico-filológicas sobre exercitatio linguarum orientalium græcæ, hæbraicæ, chaldaicæ, et syriacæ, ac theses philologiæ propugnatæ à Joan. Bap. Guttard é Ricard; Valentiæ*, 1786, *sub auspiciis D. D. Joachimi Catalá et Bayer, cisterciensis monasterii valis dignæ linguæ græcæ professores.* Dicha obra es un exámen de las mencionadas tésis y ejercicios. *Reflexiones sobre la carta de D. Isidoro Bosarte, acerca del origen y significado de las voces españolas* arraez res, *que se lee en el Diario curioso y erudito de Madrid.*—*Vocabulario manual de las voces más difíciles de la antigua lengua provenzal*, traducidas al idioma español, italiano y latino. —*Idilion arabicum, canticum hæbraicum et epigramma græcum*, los cuales se habian de imprimir juntos con otros poemas de los jesuitas españoles, en elogio de Cárlos III cuando su real nuera dió á luz dos gemelos. Además, segun dicho de Masdeu, el padre Catalá se ocupaba en formar un índice de la biblioteca del ilustrado príncipe Barberini; pero no un índice como generalmente se acostumbra de autores y materias, sino acompañando al título de cada obra un breve juicio crítico de ella, principalmente de las impresas en el siglo XV, que eran bastantes, empresa colosal que parece imposible la acometiese un hombre solo, y cuya importancia es inútil encarecer, porque su utilidad es harto manifiesta, y que con sentimiento universal de los literatos europeos no ha llegado á ver la luz pública, ni tal vez á concluirse. El P. Catalá tenia

correspondencia con muchos sabios de varios países, y solo por dar gusto á los literatos de Oxford comprobó detenidamente y con muchísimo cuidado la edicion *Sixtina* de los *Setenta*, con el excelente códice griego manuscrito que poseen los PP. Carmelitas de la ciudad de Ferrara. Aunque fué tan grande la erudicion de Plá no fué menor su modestia. Sus virtudes morales eran extremadas. Con su inocencia y candor se captaba la voluntad de sus discípulos, y con su extremada afabilidad se granjeaba el aprecio de cuantos le conocian. Su humildad, que no es ciertamente la virtud que más resalta en los literatos, le hacia muchas veces ocultar su gran talento y vasta erudicion. —M. B.

PLA (Juan), sacerdote. Fué natural de la villa de la Ollería, en la provincia de Valencia. Hizo sus estudios en el real colegio de *Corpus Christi* de la capital, donde fué prefecto de dichos estudios, cursando la teología en la universidad del mismo punto, donde se graduó de doctor. Fué opositor á pavordías y canonicatos de la santa iglesia de Valencia. Obtuvo en la universidad una cátedra de retórica, que desempeñaba por los años 1692 en que le agregaron la de prosodia, cuyas dos cátedras siguió regentando con mucho acierto y utilidad de sus discípulos, hasta que obtuvo su jubilacion. Murió por los años de 1706, y dejó impresa una retórica titulada: *Oratoriæ institutiones cum prævia progymnasmatum explicatione exemplis elucidata suis*: Valencia, 1682, en 8.° —M. B.

PLA (P. Juan). Fué natural de Barcelona, y tuvo ingreso en la Compañía de Jesus cuando ésta se hallaba aún en su orígen. Manifestó mucho ingenio y disposicion para los diferentes cargos que desempeñó en ella, y por espacio de diez años sirvió una cátedra de teología en el colegio de la ciudad de Barcelona, con grande aplauso y aprovechamiento. Fué muy humilde y llano con sus iguales, muy obediente á sus superiores y al mismo tiempo muy exacto observador de las reglas de la Compañía. Profesó extremada devocion al patriarca S. Ignacio, el cual se apareció para consolarle en la hora de su muerte, ocurrida en la mencionada ciudad de Barcelona el dia 2 de Marzo de 1579. —M. B.

PLA (Pedro). Este sacerdote era natural de la ciudad de Barcelona, donde hizo sus estudios, habiendo obtenido el cargo de sacristan mayor de la catedral de dicha ciudad, cuyo destino desempeñaba en el año 1628, siendo uno de los jueces apostólicos que se nombraron para hacer las primeras diligencias en la causa de la canonizacion de la V. María de Socors, ó de Cervellon, solicitada por la nobleza de Cataluña, que representada por más de ciento sesenta distinguidos caballeros, formuló el rótulo de la mencionada canonizacion, la cual tuvo efecto reinando Cárlos II, y celebrándose con solemnes fiestas el dia 11 de Abril de 1693. —M. B.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

PLA (P. Fr. Pio). No se ha podido averiguar nada acerca de este religioso, sino que era natural de la provincia de Barcelona y que pertenecia á la órden de los Predicadores. Es conocido por haber dado á luz un discurso y sermon sobre la imágen de Santo Domingo en Soriano, y un sumario de la vida del beato Pio V, que se imprimieron en Barcelona el año 1672 en un tomo en 8.° —M. B.

PLA (Madre Sor Serafina). Religiosa agustina natural de Valencia, donde tomó el hábito en el convento de la Esperanza, distinguiéndose en todo género de virtudes, y en particular en la de la humildad, que profundizó tanto en su alma, que la sirvió de escala en el camino de la perfeccion, por el que pudo continuar mereciendo diferentes gracias, obtenidas del Señor principalmente por medio de la oracion. Fué muy devota de la sagrada pasion de nuestro Redentor, y la contemplaba y meditaba con tanto fervor y entusiasmo, que no podia ménos de derramar continuas lágrimas al comenzar este santo ejercicio, á que consagraba con frecuencia gran parte de la noche. No tenia ménos devocion á María Santísima y á su P. S. Agustin, á quienes se encomendaba diariamente en particulares devociones. Eran admirables sus penitencias, pues además de ayunar siempre que la imponia este precepto la regla de su Orden, hacia otros muchos ayunos á cual más rigurosos, maceraba su cuerpo con silicios y disciplinas, y procuraba, en fin, conservar en todo su esplendor y pureza la gracia y la virtud que habia aprendido desde su infancia y la sirvieron de compañeras en su peregrinacion en esta vida. Era decidida enemiga de la ociosidad, y procuró estar siempre ocupada, haciendo oracion por las noches cuando velaba, y consagrando los dias á la lectura de obras piadosas y á trabajos mecánicos, cuando pasadas las horas del coro quedaba libre de las obligaciones de la regla de su instituto. « Fué, dice la crónica, en la obediencia muy puntual, en la pobreza excelente, en la paciencia invencible, en la caridad fervorosa, y por decirlo de una vez, un espejo de todas las virtudes como nos lo asegura su confesor el P. Fray Baltasar Sanz, quien despues de su muerte no perdonaba elogio alguno en gloria de la difunta. » Falleció en 1648, mereciendo el premio reservado por sus virtudes como galardon á los justos. —S. B.

PLA (Fr. Tomás), franciscano, fué natural de la ciudad de Valencia, donde tomó el hábito de la órden de San Francisco, y siguió sus estudios, llegando á ser lector de teología en el convento de la mencionada ciudad. Escribió y publicó varios sermones, siendo muy notable entre ellos uno de la Purísima Concepcion, impreso en la antedicha ciudad de Valencia el año 1680. —M. B.

PLA (Fr. Vicente). Religioso valenciano, natural de la villa de Fuente la Higuera, fué maestro y catedrático de prima y artes en aquella universi-

dad donde se distinguió mucho por su ciencia y virtudes. Algunos bibliógrafos han confundido á este autor con otro del mismo nombre y apellido, que parece fué clérigo, pero nosotros, por evitar toda clase de dudas, colocaremos á ambos en sus respectivos lugares. Nuestro Fr. Vicente, escribió: 1.° *Commentarios in totum organum Logicum, et octo Physicorum libros, multa doctrina conditos.*—2.ª *Commentarii, una cum Quæstionibus in Porphyrii Isagogem, et universam Aristotelis logicam, cum libro de interpretatione.* Valencia por Pedro Patricio, 1597 y 98, en 4.°—3.ª *Commentarii, una cum Quæstionibus in octo libros Physicorum Aristotelis; ibidem*, por Juan Crisóstomo Garriz, 1604, en 4.° En esta obra se intitula doctor teólogo, y vicerector de la universidad de Valencia. De este autor han hecho mencion, aunque con escasas y opuestas noticias, Nicolás Antonio y Morla, proviniendo indudablemente de ambos las especies contradictorias que existen sobre este sujeto.—S. B.

PLACE (Claudio de la). Este sacerdote brilló como poeta latino y profesor de retórica á mediados del siglo XVII, ignorándose cuándo nació y murió por los autores en que le hemos visto citado, que aseguran fué rector de la universidad en 1652, y ántes de esto catedrático de retórica en el colegio de Beauvais. Compuso un *Tratado contra la pluralidad de los beneficios*, y otro *sobre la necesidad de residencia que tienen los obispos en sus iglesias*, á fin de explicar un decreto que dió sobre este particular la universidad de París en 1652, cuya obra se imprimió en dicha ciudad en 8.° en 1655. En 1650 se habia ya dado á conocer en un volúmen en 8.°, tambien en latin, titulado: *De Clericorum sanctimonia*, de la que publicó una segunda edicion muy aumentada en 1670, consistiendo estas adiciones principalmente en muchos escritos de autores relativos á esta materia. Como poeta latino ha dejado muchas composiciones, que fueron sumamente aplaudidas en su época, y que aún merecen igual aplauso.—C.

PLACENCIA (Bonvisio de). Este sacerdote, uno de los primeros que ingresaron en la sagrada órden de Predicadores, merece un distinguido lugar en la *Biografía Eclesiastica*, tanto por haber acompañado en vida al ínclito Sto. Domingo de Guzman, como por ser uno de los testigos que depusieron en favor de la santidad y milagros de aquel predilecto siervo de Dios en la informacion hecha de órden del pontífice Gregorio IX en el año 1233. Este religioso depuso que hacia más de catorce años que habia entrado en la Orden cuando ocurrió el fallecimiento de Fr. Domingo, á quien conociera y tratára particularmente, habiendo estado en su compañía en Bolonia en el convento de S. Nicolás, en Roma y en Milan, y que le asistió en su última enfermedad. Expresó que el Santo tenia por costumbre salirse de su celda despues que todos los religiosos se hallaban entregados al descanso, dirigiéndose á la iglesia, donde pasaba la noche; y que deseoso el declarante de sa-

ber en qué se ocupaba, le siguió á lo largo y observó que puesto de rodillas rogaba á Dios por la conversion de los pecadores con grandes lamentos y abundancia de lágrimas; y que en aquellas ocasiones, ó al ménos cuando él le vió, se le encendia el rostro en unos términos que parecia lanzaba resplandores. Igualmente afirmó que nadie podia saber en qué sitio descansaba el Santo, pues aunque tenia un lecho como los demás hermanos, jamás se le vió en él, y se creia que debia reposar algunos breves instantes sobre un banco ó sobre el suelo. Dijo que habiendo ido á Roma en compañía de Fr. Domingo, éste, apénas salian de alguna poblacion, se descalzaba, haciendo su camino con los pies desnudos, llevando sobre sus espaldas el pequeño equipaje sin consentir que su compañero le ayudase en este trabajo, no queriendo tampoco calzarse aunque pasaban por lugares en que habia muy agudísimas piedras. Asímismo depuso que durante el camino sobrevinieron unas grandes lluvias, que hicieron crecer los rios y los arroyos, y que Fr. Domingo, en vez de apurarse, entonaba con suma alegría y en voz alta el himno *Ave maris Stella*, y concluido aquel empezaba el *Veni creator Spiritus*, y haciendo la señal de la cruz sobre las aguas embravecidas, éstas se apartaban dejándole el paso libre. Afirmó tambien que cuando Fr. Domingo celebraba el santo sacrificio de la Misa, á la que algunas veces le ayudaba, le miraba al rostro, y veia correr por él las lágrimas con tanta abundancia, que no caian gota á gota sino en gruesos hilos, y que preguntándole la causa de esto, respondió que lloraba al ver la ingratitud con que los hombres pagaban el inmenso beneficio de la redencion, cuya imágen y trasunto es el mencionado sacrificio de la Misa. Tambien manifestó que cuando paraban en algun lugar para comer ó descansar, nunca expresaba su voluntad, sino que seguia la de los demás hermanos, y que cuanto más mala era la proporcion que se les ofrecia de alojamiento y comida, mayores señales de gozo se advertian en su semblante. Expuso que habiéndole asistido en una grave enfermedad que padeció en Milan, apénas cedia la fuerza de la calentura algun tanto, ya no se cuidaba de hallarse enfermo, y se ejercitaba en la oracion y meditacion como si estuviese en su completa salud; y que en estos casos no se advertia en su fisonomía señal alguna de dolencia, pues con entero ánimo hacia á sus hermanos alguna edificante plática, y luego tomaba un libro piadoso, ó pedia que se le leyesen, dando mil gracias al Todopoderoso por aquella enfermedad que le mandaba, segun su costumbre de regocijarse cuando le sobrevenia alguna tribulacion, que recibia con tanto gozo como otros reciben las felicidades. Afirmó tambien que faltando un dia el pan en el refectorio en el convento de Bolonia, y siendo dia de ayuno, hizo Fr. Domingo la ceremonia de poner delante de cada hermano su racion de pan como si realmente lo hubiera, que con semblante alegre elevó sus manos al cielo, alabó al Se-

ñor y bendijo la mesa, y que acto continuo entraron dos personas desconocidas en la pieza del refectorio con una canasta de pan y otra de higos secos, de cuyas viandas participaron abundantemente todos. Alabando las virtudes del esclarecido fundador, dijo que fué humilde en sumo grado, piadoso en extremo, misericordioso, paciente, sobrio, cuidadoso de conservar la santa pobreza y rígido observador de la regla. Depuso que jamás volvió daño por daño ni maldicion por maldicion, sino que hizo bien por mal y dió bendiciones por maldiciones. Expresó tambien que cuando fué trasladado el cuerpo del Santo del primer sitio en que se depositára al en que entónces yacia, se descubrió delante de las autoridades de Bolonia, de multitud de nobles ciudadanos, del prior provincial y de muchos religiosos, y que todos percibieron salir de aquellos restos mortales un olor suavísimo, que no tenia comparacion ni con los mayores y más delicados perfumes del mundo; olor que por sí solo demostraba el milagro que Dios estaba haciendo con aquel predilecto siervo suyo. Refirió, por último, el P. Bonvisio para mayor gloria del Santo y honor propio al mismo tiempo, que cuando él era novicio y no se habia ejercitado en la predicacion por no haber leido ni una sola página para formular una oracion sagrada, hallándose en Bolonia le dijo Fr. Domingo que debia ir á predicar á Placencia. Excusóse él con su impericia; pero el Santo le inclinó á que fuese, diciéndole con dulces palabras: *Id seguro, que el Señor será contigo, y pondrá en tu boca las palabras de la predicacion.* Obedeció el P. Bonvisio, y marchando á dicha ciudad, subió á la cátedra del Espíritu Santo, donde se sintió tan iluminado por la divina gracia, que oyendo su sermon ingresaron tres jóvenes en la órden de Predicadores. El proceso de donde se ha sacado esta declaracion se conservaba hasta hace pocos años en el convento de PP. Dominicos en la ciudad de Carcasona.— M. B.

PLACENCIA (Fr. Clemente). Nació en la ciudad del mismo título, y pertenecia á la noble familia de los Rústicos; pero dejando este distinguido sobrenombre ilustró su persona con más alta nobleza, cual es la de la virtud. Tomó el hábito del órden de Capuchinos en un convento de la ciudad de Bolonia, siendo muy jóven todavía, por lo cual le destinaron á desempeñar el cargo de corista. Fué tan devoto de la pasion de Cristo, que continuamente se hallaba meditando sobre ella, y deseoso de imitar á su divino Maestro, buscaba ocasiones, no solamente de mortificacion, sino tambien de desprecio, pues deseaba que todo el mundo le ultrajase y abatiera, para tener el gusto y el consuelo de sufrir las injurias por amor de Jesucristo. Su humildad, su paciencia, su oracion, desprecio de sí mismo, y demás virtudes que resplandecian en él, formando un perfecto religioso, eran cualidades que le hacian más digno de vivir entre los celestes coros

que entre las miserias del mundo, y así solamente llevaba ocho años de religion cuando el cielo le reclamó para coronarle de gloria. Murió en el convento de Ferrara, siendo muy jóven todavía, en el año 1597, mereciendo por sus virtudes que el mismo Jesucristo, á quien tanto habia imitado en vida, se le apareciera á la hora de la muerte para recoger su bendita alma y llevarla á descansar á las eternas mansiones: de lo cual hubo claras y manifiestas señales que no dejaron duda del preeminente sitio que ocupaba, pues al cabo de muchos años y como si Dios hubiera querido dar un público testimonio al mundo de su omnipotencia, y al mismo tiempo del aprecio con que distingue á los que en vida se esmeran por servirle, se descubrió accidentalmente el cadáver de Fr. Clemente, y se halló entero, incorrupto y con sus colores naturales, como si la mano de la muerte no hubiera ejercido en él su terrible influencia, siendo más notable este portento, porque el sitio en que habia sido enterrado era en extremo húmedo, y habia además unas filtraciones de agua, que destruian cuanto se hallaba á su alrededor. — M. B.

PLACENCIA (Fr. Constancio de). Nació en la ciudad de aquel título de donde tomó el sobrenombre, recibiendo el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de la mencionada poblacion, en el cual hizo sus estudios. Fué varon distinguido en bellas letras y muy versado en la teología mística y escolástica. Se ignoran los años de su nacimiento y de su muerte. Escribió y publicó un opúsculo en italiano con este título *Iddio solo*; Placencia, 1669. — M. B.

PLACENCIA (Fr. Luis). Fué natural de la ciudad del mismo título en Italia, y tomó el hábito de la órden de S. Francisco en la ciudad de Bolonia; pero deseoso de vivir con más austeridad observando la asperísima regla se pasó á la provincia de Roma, donde por sus virtudes y conocimientos trataron muchas veces de nombrarle provincial, cuyo nombramiento esquivó con la misma insistencia con que pretendian conferírsele, porque su humildad se resentia de que intentáran condecorarle con ningun empleo ni cargo honorífico, llegando el caso de que habiendo pretendido hacerle consentir por santa obediencia, prefirió dejar la provincia ántes que admitir la dignidad, por lo cual hubieron de dejarle en su humilde estado, ocupándose en el ejercicio de la predicacion, en el cual se deleitaba, deseoso de la salud de las almas. Despues de predicar, su fervorosa caridad le hacia acudir al confesonario á consolar á los pecadores y á conducirlos por el camino de la virtud, anhelando únicamente la salvacion de los que se hallaban sumidos en la culpa, no cuidando de comer ni de dormir, ni de llenar las demás necesidades inherentes á la triste humanidad. Murió por los años de 1487 en el convento de Campo Basso, donde se halla sepultado. Despues de

su muerte, y queriendo nuestro Señor demostrar cuán aceptable le habia sido la humilde y ejemplar vida de aquel siervo suyo, permitió que se verificasen por su intercesion algunos milagros que acreditaron su gloriosa fama, y de los cuales se hace detenida relacion en los testimonios jurídico canónicos, que al efecto se formalizaron. —M. B.

PLACENCIA (Fr. Martin), religioso lego de la órden de Sto. Domingo, en cuya muerte quiso la misericordia divina descubrir el tesoro de virtudes que habia encerrado y ocultado debajo de la tosca corteza de un lego idiota y rudo; rudo é idiota para el mundo, grande sabio delante de Dios. Gravemente enfermo de una mortal hidropesía, los pocos dias que tenia de alivio le prometian la salud que deseaba. Tuvo un dia la ocurrencia de que la enfermería era contraria á su enfermedad, que si mudaba de estancia se hallaria mejor; por lo que pidió que le sacasen de la enfermería é hizo instancias hasta tomar por valedor á su confesor y amigo, y así le trasladaron á una celda que designó, de lo que se alegró mucho: era por la tarde y tocaron á capítulo despues de las completas; parecióle al enfermero que podia dejar solo al enfermo é ir al capítulo. Fué él, y siendo más largo de lo que se esperaba, se detuvo mucho tiempo. Cuando volvió encontró al enfermo inquieto y disgustado, hablando consigo y diciendo: « Válgame Dios qué cosa tan mal hecha: ¿cómo se descuidaron tanto los porteros para que pudiese entrar una mujer por el convento y por las oficinas de esa manera? ¿Y que no hubiese quien remediase tal desórden? » Atónito el enfermero con lo que oia no sabia qué pensar, y le parecia cierto género de delirio. Llegóse á él, y el doliente comenzó á quejarse de nuevo, y le dijo que apénas le habia dejado solo entró en la celda una mujer, que por su continente y traje no vulgar parecia noble y señora. Y que no estaba dormido ni soñando, sino que se hallaba muy despierto cuando la habia visto, y aunque se admiró de verla en aquel lugar, notó que vestia de blanco y ropas de gran valor, y que en la cabeza llevaba por adorno un fino tocado que la llegaba hasta los hombros, y estuvo sentada un largo rato á su cabecera, y le preguntó su enfermedad y le animó á sufrirla con palabras graves y de mucha edificacion; con las que no negaba haber recibido algun consuelo. — Pero, añadió el enfermo, de buena gana hubiese evitado visita, y visita de mujeres á tal hora y en tal tiempo, y me admiro, hermano, cómo no la encontrasteis, pues ahora se marcha de aquí, y no puedo dar en quién pueda ser. Salió en seguida el enfermero, fué á la portería, recorrió el convento y preguntó á todos. Como no encontró quien le diese noticia de tal mujer, volvió más maravillado de lo que habia salido, y preguntó de nuevo al enfermo por saber más particularidades de la visita, que tenia ya por cosa grande y misteriosa. Llegó la noticia á su confesor, fué á verle, y oyó de su boca por extenso todo lo que hemos refe-

rido. Pero al amanecer del dia siguiente, que era víspera de la gloriosa vírgen y mártir Sta. Agueda, entró el doliente en la agonía de la muerte. Acude al santo Fr. Gil, y despues de él otros muchos religiosos, y oyó que en voz alta y alegremente decia: *Luego, luego, sí quiero morir, sí quiero y muy de prisa;* y con estas palabras acabó la vida á los 4 de Febrero de 1262. Y refiere la Historia de la órden de PP. Predicadores en la memoria que hace de este religioso, que fué parecer conforme de los padres que se hallaron presentes que la señora que le visitó fué Sta. Agueda virgen, y que la misma en sus vísperas le fué á llamar para el cielo con señales mucho más claras de quien era que el dia anterior. Lo que se infirió del resultado de la primera visita y todavia más de las últimas palabras del difunto, que fueron indicio de la otra, y ciertamente mucho más de su buena vida; y juzgaban que la santa vírgen con quien tanto habia padecido en su martirio, queria que fuese tambien mártir por su enfermedad, de lo que daba fiel testimonio el célebre dominico Fr. Gil que habia sido su confesor durante muchos años. — S. B.

PLACENCIA (Fr. Pedro). Era natural de la ciudad del mismo título, donde tomó el hábito de la órden de los Capuchinos, mereciendo por su ilustracion y gracia especial para anunciar la divina palabra, que le hiciesen predicador en la provincia de Bolonia. El papa Gregorio XIII le mandó á Argel con otros dos padres, á fin de rescatar algunos cautivos cristianos en cumplimiento de los estatutos de la cofradía del Confalon, establecida en Roma. Habiendo cumplido el encargo, volviéronse á Italia los dos religiosos compañeros de Fr. Pedro; mas éste quiso permanecer algun tiempo en Argel para asistir y confortar á los cautivos, fortaleciéndolos en la fe, para evitar el riesgo en que veia á muchos, que estaban próximos á renegar por no sufrir los malos tratamientos de que eran objeto. Fr. Pedro asistia á la pequeña iglesia cristiana permitida en Argel, y ayudaba á los sacerdotes que la servian, diciendo misa, administrando los santos sacramentos, predicando á los cautivos y socorriéndolos con las limosnas que le daban los cristianos, que nunca faltaban en el importante puerto de Argel, como punto á propósito para contrataciones mercantiles. ¡Virtud admirable de un varon evangélico! ¡Producto sublime de una religion grande y augusta, que halla medio de manifestarse entre sus más encarnizados enemigos! Era á la sazon dey de Argel Azan Bajá, moro tan humano como tolerante, que no impedia á los cristianos, ni ménos á los cautivos, el ejercicio de su religion; así pues, aquellos infelices, que rara vez disfrutaban la dicha que entónces les consentia el gobierno, acudian en tropel cuando predicaba el P. Pedro, á nutrir sus almas en la palabra divina, fuente de todo consuelo y bálsamo de todo mal; y acudian en tan gran número, que no bastando la pequeña iglesia para contenerlos á todos, se subian á las ventanas y hasta el tejado para escucharle

mejor, juzgándole no un hombre, sino un ángel ó un apóstol, quedando tan edificados de oirle, que cuando se bajaba del púlpito tenian á gran felicidad el poder llegarse hasta él y besarle las manos ó al ménos el hábito que le cubria. Sobrevino una epidemia en Argel, de esas que tan comunes son en aquellos climas, y aquí se pudo ver cuán grande era el amor que Fr. Pedro tenia á sus hermanos, y con qué caritativo celo se desvelaba por proporcionarles la salud del cuerpo y alma. Ni de dia ni de noche cesaba en el cuidado de los enfermos, aplicacion de medicinas, administracion de los sacramentos y auxilio de los moribundos. A cualquier hora se hallaba pronto, y áun cuando estuviera descansando, se levantaba apénas le llamaban para alguno que necesitase su sagrado ministerio. Volviendo un dia á la pequeña casa en que habitaba con los otros sacerdotes cristianos, despues de haber confesado á varios enfermos, se sintió atacado de la peste, lo que le causó notable alegria por el deseo que siempre tuviera de ofrecer su vida á Dios, sacrificándola en las aras de la caridad. Apénas circuló por la ciudad la noticia de que Fr. Pedro se hallaba con la enfermedad reinante, acudieron á verle multitud de cristianos, que se lamentaban amargamente de la grande pérdida que iban á experimentar. Fr. Pedro, á pesar de los terribles dolores que sufria, los consolaba á todos con tiernas palabras, exhortándoles á perseverar en la fe para verse reunidos algun dia en la patria celestial. Ocurrió en esto un caso notable, que probó el sentimiento que la Iglesia mostraba por la pérdida de aquel varon eminente. Habia en la capilla cristiana dos imágenes pintadas sobre tabla, las cuales miéntras duró la enfermedad de Fr. Pedro expelian de su rostro un abundante sudor, que se reproducia con más fuerza cada vez que los sacerdotes las limpiaban, de cuyo portento dieron testimonio en debida forma. Ocho dias vivió Fr. Pedro, sufriendo los más atroces dolores, que resistió con notable valor y conformidad, y al cabo de ellos espiró conservando su entero conocimiento, y haciendo fervorosos actos de piedad. Su cuerpo fué sepultado con la pompa que consintió la tierra en que falleciera y la pobreza de sus apasionades. Sus restos descansan en el cementerio de los cristianos, extramuros de la ciudad de Argel, y aunque no le levantaron suntuosos monumentos ni le pusieron brillantes epitafios, su memoria vivió largo tiempo en aquel país extranjero, que ilustró con sus virtudes y ennobleció con su muerte, pudiendo contársele entre el número, de los mártires, que por la caridad han sacrificado su existencia. —M. B.

PLACENCIA (Reinerio de). Era natural de la ciudad capital del mismo título en Italia, y floreció á mediados del siglo XIII. Estaba adornado de un talento poco comun, poseyendo un gran caudal de elocuencia, de erudicion y de las demás prendas que le pudieran hacer distinguido en cualquier profesion que pretendiese abrazar. Pero él abusó de estos dones de la naturale-

za, y la vanidad llenando su corazon alucinó su espíritu. Despues de haber perdido la humildad y el conocimiento de sí mismo, perdió tambien el precioso don de la fe, y ántes de consagrar su cuerpo á la penitencia y de ofrecer su pluma á la defensa de la religion, habia ya hecho con sus escritos una cruel guerra á la Iglesia. Seducido por los ministros de los herejes valdenses, llamados tambien los pobres de Leon, Reinerio se hizo defensor de sus falsos dogmas, doctor, pastor y jefe de la secta, y por una larga série de años fué considerado como su apoyo más firme. No contento con haberse separado del gremio de los católicos, empezó á combatir con todas sus fuerzas la verdad de la religion en que fué instruido desde la infancia. Su natural ardor y el falso celo que le animaba, le hizo acudir á todas partes para aumentar el número de sus sectarios. Sutil, elocuente, y con gran reputacion de doctrina y probidad, sedujo á los unos con sus escritos é inflamó á los otros con sus discursos, que aunque estaban llenos de sofismas y de sutilezas, eran los más á propósito para convencer á los ignorantes y para corromper á los que estaban debilitados en la fe. Los historiadores no nos han dado á conocer todos sus extravíos, pero al fin llegó el instante en que el Señor, que le habia elegido desde la eternidad para hacerle á la vez el instrumento y el objeto de sus misericordias, echó sobre él una piadosa mirada. Reinerio abrió las ojos á la luz de la verdad: fué convencido, cambiado y perfectamente convertido, no por las predicaciones de Sto. Domingo en España, como han dicho algunos autores, sino por el ministerio de S. Pedro Mártir, el apóstol de la Italia, que florecia á la mitad del siglo XIII. Despues de su feliz mudanza, la herejía no tuvo enemigo más intrépido ni adversario más formidable. Habiendo sido un fiel imitador de Saulo cuando perseguia á la Iglesia, quiso tambien serlo de S. Pablo en la penitencia y en la fe. Demostró el mismo ardor, la misma firmeza en predicar las verdades que habia combatido que en combatir los errores á cuya defensa ántes se consagrára. Mas á fin de aprovechar los favores que el cielo le dispensaba, y á fin de estar ménos expuesto á caer, alumbrado por sus propias luces y á impulsos de sus mismos sentimientos, pidió y recibió el hábito de Sto. Domingo, y despues de las pruebas necesarias, se le destinó en union de otros predicadores á difundir la palabra divina. Por largo tiempo ejerció tan sagrada mision con un increible fruto; sus discursos, llenos de fuerza y de erudicion, confundieron bien pronto al partido herético de los valdenses, á los nuevos maniqueos y á otros sectarios, pues conociendo Reinerio todo el veneno que sus doctrinas encerraban, y siéndole familiares la hipocresía, dogmas perniciosos, falsas máximas y todos los artificios de que se valian para difundirlas y hacerlas recibir se hallaba mejor que otro alguno en posicion de atacar con buen éxito á la herejía, desenmascararla y confundirla.

Trabajó durante algun tiempo en la viña del Señor unido á S. Pedro Mártir, á quien honró como á su padre en la fe, de quien se esforzó por imitar las virtudes, asociándose despues con el célebre Juan de Vicenza, y siguiéndole en sus tareas apostólicas. Mas á fin de que sus predicaciones tuvieran mayor crédito y para dar á su ministerio más grande autoridad, los soberanos pontífices le encargaron especialmente el cuidado de velar por la conservacion de la fe en algunas ciudades de Italia. Su vida se veia muchas veces en riesgo, pero los mayores peligros no pudieron jamás disminuir la fuerza de su celo. La pequeña ciudad de Gatha, en la Lombardía, estaba destinada á ser el centro de la herejía y el asilo de sus más fervorosos ministros. En este punto era donde los doctores de la mentira celebraban sus conventículos, y donde los prosélitos que seducian se iniciaban en los profanos misterios de la falsa creencia, partiendo de allí los seductores encargados de difundir por todas partes la anticatólica doctrina. Bien instruido S. Pedro mártir de todo lo que se hacia en aquella sinagoga de Satanás, algunas veces recorrió estos parajes á fin de ver si lograba conducir al camino verdadero á aquellos ciegos voluntarios. Habia empleado ya la fuerza de los más patéticos discursos, ya la luz en portentosos milagros para combatir el error y deshacer las ilusiones, pero solo encontró en los habitantes de Gatha una invencible obstinacion á sus caritativas solicitudes, á sus consejos, á sus súplicas y á sus prodigios. Obligado á retirarse sin haber podido conseguir cosa alguna, el Santo, sacudiendo el polvo de sus pies, predijo que esta desgraciada ciudad, tan criminal y más indócil que la idólatra Nínive, sería muy pronto cambiada, y Reinerio de Pisa fué el que cumplió algunos años despues la prediccion del bienaventurado mártir. Los sectarios y fautores de la herejía eran tan poderosos en el ducado de Milan, que lograron condenar al siervo de Dios al destierro. Este, que tan valerosamente habia despreciado las amenazas, sufria con alegría el destierro, y marchó á otra parte dispuesto siempre á hacer el sacrificio de su vida á trueque de ganar almas para Jesucristo y de reparar á costa de su sangre las pérdidas que habian causado á la Iglesia los dias de la ceguedad. Aunque los herejes que procuraron la corona del martirio á San Pedro de Verona habian destinado una gran suma de dinero para recompensar al que con un atrevido golpe les librase de las continuas investigaciones de Reinerio, éste no dejó de trabajar en descubrir los complots secretos y en desconcertar sus deseos, que tan perjudiciales eran al sosiego de la Iglesia. Los maniqueos estaban persuadidos de que apreciaba en mucho su vida y que el temor de la muerte le obligaria por fin á retirarse. Pero su esperanza quedó fallida. El celoso ministro de Jesucristo habia tomado por máxima y por regla la conducta de S. Pablo. Encargado de anunciar la verdadera salud y de combatir con las armas de la palabra todo lo que osára

levantarse contra Dios, tenia por gran mérito sucumbir por defender el sagrado depósito que le fuera encomendado. Así pues, lo que no le fué dado hacer en un tiempo ó en un lugar, lo procuró hacer en otro. Mas despues de la muerte de S. Pedro mártir, fué cuando se presentó abundante la cosecha de almas, y cuando su fiel discípulo recogió los más preciosos frutos de sus trabajos. Viéronse todos los dias un gran número de sectarios, entre ellos varios jefes y doctores, y muchos de los más obstinados en sostener los errores y perniciosos dogmas de la herejía, venir á abjurar sus creencias en manos de Fr. Reinerio, pidiendo les enseñase lo que habian de creer y practicar para merecer la entrada en la comunion de la Iglesia católica y hacerse digno de obtener la misericordia del Señor. En vista de tan satisfactorios resultados, el papa Alejandro IV honró al misionero con muchos breves, tanto para exhortarle á continuar cumpliendo con el mismo celo la comision que su predecesor Inocencio le encargára en toda la Lombardía y la Marca de Ancona, cuanto para indicarle de qué manera se habia de conducir, así con los apóstatas penitentes como con los que obstinadamente continuasen sosteniendo sus errores ó los que diesen auxilio y favor á sus ministros. Por sus letras apostólicas, fechas 28 de Diciembre de 1260, el mismo Papa advirtió á todos los arzobispos y obispos de Italia que la Santa Sede habia comisionado al P. Reinerio para trabajar en la extirpacion de las herejías en sus respectivas provincias, debiendo dichos prelados velar sobre la seguridad de este digno ministro del Evangelio, prestándole ayuda en caso de necesidad y defendiéndole contra los insultos y la mala voluntad de los herejes. Un nuevo breve apostólico, expedido en Viterbo en 21 de Julio de 1262, ordenaba á Reinerio que se presentára frecuentemente en la corte pontificia, donde su presencia era muy necesaria para consultarle sobre importantes asuntos que interesaban á la religion, y en los cuales no se dudaba que él pudiese ilustrar mucho con su sabiduría y sus conocimientos. La fecha de este último breve es una nueva prueba contra el sentir de los que han afirmado que la conversion de Reinerio tuvo lugar en el siglo XII, y desvanece al mismo tiempo la equivocacion de Mr. Dupin, que fijó la muerte de este grande hombre en 1260 ántes del pontificado de Urbano IV, habiendo ocurrido mucho tiempo despues aunque no consta la fecha con exactitud. La principal obra que Reinerio habia compuesto, y la única que nos ha quedado es la *Summa* contra los cátharos ó nuevos maniqueos y contra los valdenses, llamados tambien los pobres de Leon. Despues de hacer el elogio de la fe cristiana y de la Iglesia católica, el autor trata sábiamente acerca del orígen de las nuevas sectas, de sus dogmas, misterios, sacramentos, ministros é iglesias. Da á conocer cuáles son las señales por las que puede venirse en conocimiento de los nuevos sectarios, penetrando sus sentimientos y sus costumbres, y mani-

festando de qué modo se les debe examinar y convencerlos, corregirlos ó castigarlos. Hace observar al mismo tiempo, que segun la exacta cuenta hecha en su presencia por los jefes de los cátharos, el número de los adeptos de esta secta de ambos sexos, que se hallaban esparcidos por todo el mundo, no pasaba de cuatro mil. Esta obra, citada con elogio por los sabios, y que es en efecto de una grande utilidad para venir en conocimiento de las herejías del siglo XIII, y tener una exacta idea de todos sus dogmas, se halla inserta en la *Biblioteca de los Padres*, ediciones de París, de Colonia y de Lyon. Anteriormente habia sido impresa en Ingolstad en la Baviera, por los cuidados de Santiago Gretfert. El editor varió algunas cosas en el cuerpo de la obra é insertó varias expresiones propias de su idioma, aunque muy bien pudo encontrar aquel cambio y aquellas expresiones en el manuscrito que le sirvió de original para la impresion. Al fin del tratado se halla una adicion respecto de los hipócritas, en la que Reinerio habia emprendido la tarea de dar á conocer los errores de los herejes y los artificios con que acostumbraban á disfrazarlos. En el quinto capítulo de la *Summa*, donde el autor habla de la falsa penitencia de los cátharos, hace una humilde confesion de sus antiguos extravíos. Reconoce y declara que por espacio de diez y siete años habia estado sumido en las tinieblas de la herejía, y rinde á Dios solemnes acciones de gracias, puesto que por su infinita misericordia le habia, en fin, llamado al camino de la verdad, haciéndole abrir sus ojos á la admirable luz de la fe. A ejemplo de S. Agustin, que durante nueve años habia escuchado á los antiguos doctores de la misma herejía, Reinerio no creyó que habia hecho bastante en conocer la verdad y en someterse al suave yugo de la verdadera creencia, sino que dirigió todos sus esfuerzos y puso todo su conato en convertir á los mismos que le habian inducido al error, enseñando al mismo tiempo á los fieles los medios de evitar los seductores lazos de la herejía. Bajo este punto de vista é inspirado por tan caritativo sentimiento, se decidió á escribir la mencionada obra. — M. B.

PLACENCIA (Fr. Santiago), obispo de Vintimiglia. Los historiadores no nos han trasmitido las particularidades de la juventud de este prelado, y únicamente sabemos que fué natural de la ciudad de Placencia, en Italia, donde abrazó la religion de Santo Domingo, llegando á ser prior del convento de la misma ciudad en el año 1243 en que por fallecimiento de Gil, obispo de Placencia, fué elegido por la mayor parte del capítulo para ocupar la sede vacante. Querido del pueblo y singularmente estimado de los que sabian conocer y apreciar el verdadero mérito por su prudencia, su firmeza y su celo religioso, fué digno del elevado puesto á que habia sido destinado. Sin bargo, los que no deseaban tener un pastor tan esclarecido y tan vigilante, sobre su conducta, emplearon mil artes y mil recursos para combatir la

validez y legalidad de su eleccion, echando mano hasta de la calumnia, á fin de oscurecer la persona del elegido obispo. Sin embargo de todo el legado apostólico no dejó de confirmar el nombramiento imponiendo silencio de este modo á los enemigos de Santiago. Mas el servidor de Dios, que solo abrigaba sentimientos de paz y de humildad, no quiso dar ocasion á nuevas disputas, y presentándose al Sumo Pontífice, le suplicó humildemente le admitiera la cesion que por voluntad hacia de todos los derechos que pudieran asistirle al obispado. El pontífice Inocencio IV, á fin de procurarle el reposo que le pedia para la tranquilidad de su conciencia, aunque sintió mucho privar á la Iglesia de un prelado, cuyos talentos le eran tan conocidos, tuvo á bien descargarle del peso que le oprimia, aunque preparándole otro nuevo. En 1234 la sede episcopal de Vintimiglia, ciudad de Italia, situada en las fronteras del condado de Niza, fué ocupada por un canónigo de nuestra señora de las Viñas en la diócesis de Génova, y que se llamaba Nicolás. El capítulo de Vintimiglia le habia elegido por su obispo; la eleccion fué aprobada y confirmada por Gregorio IX. Mas algunos años despues dicho Obispo fué acusado ante la Santa Sede, de simonía, de impureza y de otros crímenes escandalosos, cuya relacion puede verse en un breve del mencionado Papa inserto por el abate Oghel en su cuarto tomo de la *Italia Sagrada*. Gregorio murió ántes de poder juzgar y castigar estos delitos; pero Nicolás, aprovechándose del largo interregno y familiarizado ya con el crímen, volvió á reincidir en sus abominables faltas. La Divina Providencia dió por fin al mundo católico un bueno y excelente pastor en Inocencio IV, cuyo primer cuidado fué enterarse de aquel olvidado asunto y habiendo encontrado al obispo de Vintimiglia culpable de todas las iniquidades de que por espacio de cuatro años le habian acusado, le depuso colocando en su plaza á Santiago de Placencia, á fin de que con su piedad ejemplar, su celo y pastoral vigilancia pusiese todas las cosas en órden y reparase el escándalo que su predecesor habia dado á los fieles. Pondremos aquí la carta apostólica del Pontífice, la cual nos dará á conocer las cualidades del personaje que nos ocupa, compensando en algun tanto el silencio que acerca de él han guardado los historiadores de la Orden. «Inocencio Papa, etc. Al capítulo de Vintimiglia salud y bendicion apostólica. La Divina Provincia nos ha elevado, aunque sin ningun mérito por nuestra parte, á la plenitud del poder, y nos hacemos un deber de partir el honor y la solicitud pastoral con las personas que se hacen verdaderamente recomendables por la doctrina, la probidad, la inocencia de las costumbres y el celo por la religion. Sabiendo muy bien que la cooperacion de tales ministros es la que hace fructificar la viña del Señor, ahuyentando de ella los raposos siempre dispuestos á arrasarla, y por cuanto los excesos de Nicolás, ántes obispo de Vintimiglia, nos

han puesto en la necesidad de lanzarle de su silla; hemos advertido que por la negligencia y la malicia de este mal pastor vuestra Iglesia está bien decaida de su primer estado, tanto en lo espiritual como en lo temporal, y no dudamos que muy pronto caeria en la última calamidad si difiriéramos por más tiempo el daros un guia, un pastor lleno del santo temor de Dios, y capaz por su prudencia, su habilidad y sus caritativas atenciones de reparar todos los males de que con tan justo motivo podeis quejaros. Habiendo consultado este árduo negocio con nuestros venerables hermanos, los Cardenales, la providencia de Dios nos ha presentado delante el hombre que buscábamos y que os damos por Obispo. Este es nuestro querido hijo Santiago, del órden de los Predicadores, hombre segun nuestra creencia lleno de honor, de sabiduría é igualmente esclarecido en la direccion de las almas y en el manejo de los negocios. Todos los que le conocen y le tratan particularmente, rinden con placer un glorioso testimonio á sus virtudes y á la pureza de sus costumbres. Recibidle, pues, con respeto y devocion como á vuestro pastor, y obedecedle con humildad como á vuestro padre. Escuchad su voz, seguid sus consejos y cumplid sus instrucciones. Nosotros estamos persuadidos de que bajo su direccion vuestra iglesia recobrará muy pronto su antigua bondad.—Dado en Roma en nuestro palacio de San Juan de Letran el 15 de las calendas de Abril (18 de Marzo) de 1244: el primer año de nuestro pontificado.» — Tres dias despues de la expedicion de este breve, queriendo el Pontífice dar á la iglesia de Vintimiglia otro motivo de consuelo, envió segundo breve al nuevo Obispo, permitiéndole usar de misericordia y dispensa con los clérigos que á pesar de las censuras llevadas por el arcediano, habian incurrido en la temeridad de pedir y recibir las órdenes del antiguo Obispo, despues que ya le habian intimado la sentencia que le suspendia de todas las funciones episcopales. El Papa, sin embargo, advertia á Santiago que hiciese una prudente diferencia entre los que habian pecado por ignorancia ó simplicidad y los que habian querido á sabiendas valerse de aquel medio reprobado para obtener la investidura sacerdotal. El piadoso obispo de Vintimiglia, despues de haber llenado por un espacio de más de siete años los deberes de un buen pastor para la edificacion y recto gobierno de su iglesia segun las intenciones del vicario de Jesucristo que le habia colocado en aquel elevado sitio, murió santamente á fines del año 1250 ó principios del 1251. — M. B.

PLACENCIA (Fr. Silvestre de), capuchino. Fué natural de Italia y acaso de la ciudad de donde tomó el sobrenombre, puesto que en ella recibió el hábito de los menores capuchinos de S. Francisco. Fué varon tan piadoso como ilustrado, y muy celoso de la honra y gloria de Dios. Pasó á mejor vida en la ciudad de Pavia el año 1619. Escribió una importante obra mística, titu-

lada : *Método para prepararse á recibir la sagrada Eucaristía*, de la cual se hicieron tres ediciones en un mismo año, y casi simultáneamente en Milan y Bolonia, lo cual prueba su extraordinario mérito é incontestable utilidad. M. B.

PLACENTINO (Fr. Aimerico), religioso dominico, natural probablemente de Placencia, en Italia, como su apellido lo indica. Ignóranse las primeras noticias de su vida, aunque se cree tomó el hábito en algun convento de su patria, donde hizo sus primeros estudios, distinguiéndose de tal manera en ellos y en especial en la teología, que fué catedrático de esta ciencia por espacio de veintitres años en casi todos los conventos de Italia, y en particular en el de Bolonia, donde era increible el número de las personas que concurrian á oir sus explicaciones y admirar su sabiduría. A sus vastos conocimientos unia un religiosísimo porte, cualidades que le merecieron grande estimacion del pontífice Benedicto XI, quien apénas fué electo por muerte de Bonifacio VIII, le dió el título de provincial de Grecia para prepararle sin duda á la promocion al generalato de su Orden, que debia verificarse en breve, como en efecto se realizó en el año 1304 en el capítulo celebrado en el convento de Tolosa, donde á pesar de los muchos rivales con que contaba Placentino y de no pertenecer al cuerpo del capítulo, asistió sin embargo á él, y salió electo por la mayor parte de los votos, alegrándose tanto el Pontífice, que escribió al capítulo un breve en que manifestaba su complacencia. El General y los definidores hicieron varios estatutos, unos relativos á la observancia, y otros á la promocion de los estudios, conociéndose en todos ellos el ingenio del nuevo General, que como educado en las tareas literarias, se consagró con grande atencion á este asunto. Deseaba el general Aimerico pasar á besar el pié al soberano Pontífice, á quien debia cada vez mayores beneficios su Orden, mas se lo impedieron por entónces graves dificultades que se presentaron en el capítulo, donde se encontraba todavía cuando ocurrió la muerte de Benedicto XI, cambiando desde entónces de aspecto sus asuntos, pues aunque aún desempeñó por espacio de ocho años su cargo, hubo al fin de acabar por renunciarle, no obstante hallarse en edad muy á propósito para continuar en su desempeño, con buena salud para sobrellevar los cuidados que no podian ménos de darle tantos sabios y virtuosos hijos como gobernaba á un mismo tiempo en el vasto campo que abrazaba su religion. Celebró su último capítulo general en Nápoles en el año 1309, donde se fijaron reglas muy convenientes para la observancia regular y el establecimiento de los estudios. Terminado el capítulo abdicó el General su autoridad, cediéndola segun la regla de su Orden en los definidores que, aceptando la renuncia, obedecieron desde entónces á Fr. Berenguer de Rodex, como vicario general, perteneciéndole este cargo como provincial de Tolosa, en cuya provin-

cia se habia decidido celebrar el capítulo siguiente. Varios motivos señalan los escritores para la resolucion de Fr. Aimerico: sostienen algunos que no le dejaban las ocupaciones del generalato todo el tiempo suficiente para consagrarse á los estudios y el cultivo de las ciencias, en que habia vivido la mayor parte de su vida, por lo que prefirió renunciar el gobierno á continuar alejado de sus placeres favoritos. Lo que es de creer, dice la crónica, porque las ciencias tienen no sé qué atractivo, en quien habiendo vencido las asperezas del trabajo, ha llegado á percibir ya la suavidad de sus frutos, que vence todos los otros afectos y deleites. Era esto más fácil en Fr. Aimerico que en otro; pues habiendo dedicado muchos años al estudio, habia llegado á connaturalizarse con él, ayudando mucho á esto la dulzura de su genio, sumamente apacible y amigo del sosiego, que no es fácil conservar entre tantos y tan difíciles negocios y cuidados, propios de quien gobernaba una religion extendida por todo el mundo, dedicada á las empresas más árduas y difíciles y llena de maestros y doctores; porque, añade el cronista, la abundancia de sugetos insignes, al paso que es lisonja del gusto, sirve de peso al cuidado, ya por la atencion que debe tener la justicia para premiar los méritos, ya por el desvelo con que debe vivir la prudencia para que no sea riesgo de la observancia el mismo esplendor de la sabiduría. Otros escritores dicen que conociendo los definidores la blandura del General, poco á propósito para mantener el rigor de las leyes establecidas á costa de tantos afanes, le propusieron que renunciase el generalato, guardando en esta propuesta el decoro que se debia á su autoridad, pues ponia en su arbitrio una accion que segun las constituciones podian ellos ejecutar por sí mismos. El General, ó porque le pedian lo que él deseaba, ó porque temió le obligasen á ejecutar por fuerza lo que podia hacer más decorosamente por voluntad, renunció con gusto el supremo magisterio de la Orden. Distantes de acontecimientos, que ni bien comprendidos son en la actualidad, no somos nosotros ciertamente quienes deben declararse jueces en este punto, dejarémos por lo tanto hablar al cronista, quien aunque con alguna candidez, se explica de la manera siguiente: «Entre estas dos opiniones nos inclinamos á la primera, porque si bien no puede negarse que el demasiado afecto con que el reverendísimo Fr. Aimerico miraba los estudios, le obligó á conceder algunas exenciones y privilegios á los que gastaban la noche y el dia en leer y meditar las verdades de las ciencias, ni este favor fué tan excesivo que se opusiese á lo religioso, ni áun cuando pasase la linea de lo prudente, pedia remedio tan violento. Bastaria que los definidores le representasen los inconvenientes que traia consigo aflojar en la observancia por promover la sabiduría, siendo cierto que la virtud es preciso y sólido fundamento para saber, y que no merecen nombre de tales las ciencias que no caminan al lado de la pureza

de costumbres. Tampoco se hace creible que el celo de aquellos Padres tardase el largo tiempo de ocho años en volver por la observancia regular, no cabiendo duda en que Fr. Aimerico comenzó á favorecer los estudios tan desde el principio de su gobierno, que áun en el capítulo de su eleccion hizo algunas ordenaciones muy favorables para estudiantes y lectores. Pero por que se conozca mejor el fundamento con que discurrimos, referiremos con toda brevedad cómo se portó este insigne maestro en su generalato, los santos y utilísimos estatutos con que premió la observancia, los fervorosos ejemplos con que practicó la regla, para que de estos principios se infiera cuál libre y espontánea fué la cesion al magisterio de la Orden.—Lo primero guardó la costumbre, entónces inviolable en la Religion, de tener capítulo general cada año, y así celebró ocho, que fueron todos los de su gobierno.— Lo segundo visitó varias provincias, no con más aparato ni conveniencia que sus antecesores; y aunque fueron gravísimas las circunstancias que ocurrieron, á todas atendió muy cuidadoso, sin que se halle queja alguna de su descuido; y no era posible faltase en tanta multitud de negocios y en siglo en que estaba muy ardiente el celo. Daba á los estudios el tiempo que le dejaban las tareas del despacho, influyendo así con su ejemplo en la aplicacion que deseaba en sus súbditos, siendo un modelo de religiosos hasta en el mismo descanso. En los capítulos que presidió, se dieron tales decretos, que de ellos se deduce que el sabio General atendia no ménos á la religion que al estudio, pues siempre se dejan ver en las leyes que promulgan las inclinaciones de los que gobiernan. Determinó en el capítulo general de Tolosa, en que fué electo, que los compañeros de los priores á los capítulos provinciales, y los de los definidores á los generales, llevasen escritas con la mayor puntualidad las determinaciones que en ellos se tomasen, y que trasladadas literalmente se notificasen á la comunidad, porque no hubiera excusa en el descuido de guardarlas. Mandó tambien que se procediese con tal templanza en las acusaciones de los seglares contra los religiosos, que ni se despreciasen, ni por ellas solas fuesen condenados, atendiendo á evitar lo que tenian de sospechosas y á examinar con madurez su causa. Prohibióse bajo severas penas que los religiosos pudiesen ir á buscar los provinciales sin anterior licencia suya, ni al capítulo general sin especial mandato ó permiso del maestro de la Orden, ó del provincial en cuya provincia se celebra. Cortóse el abuso que se iba introduciendo, de que los superiores fuesen elegidos compañeros de los priores cuando iban á los capítulos provinciales, y que los transgresores de esta ley fuesen castigados con gravísimas penas y la de privacion de voz activa, para que así no experimentasen los conventos el daño que suele producir la ausencia de los superiores. A los priores se mandó muy rigurosamente tuviesen cuidado de vestir á sus súbditos y proveerles de todo lo necesario, segun

las leyes de la pobreza, porque la falta de este cuidado no produjese en los frailes el de buscar estas cosas por sí mismos, con el gravísimo riesgo de ser propietarios; y que si sus parientes ó amigos diesen á los frailes algun dinero para vestirse no pudiesen emplearlo á su arbitrio, sino que lo entregasen al procurador, para que éste comprase el paño ó estameña de igual calidad á la que traian todos, y se mantuviese la uniformidad que en las religiones importa tanto. Con el establecimiento de estas leyes se estrenó el nuevo General, y no parece cabe omision en quien con tanta vigilancia atendia á que se guardase el rigor primitivo. Con el mismo celo atendió en los siguientes capítulos á la integridad y hermosura de la observancia. Vióse así el año siguiente en el capítulo general de Génova, donde se confirmaron las ordenaciones precedentes, y se añadieron otras que, sirviendo de estímulo para el estudio, no se oponian á la observancia. Se determinó que en todas las provincias se destinase un convento para la enseñanza de las lenguas hebrea, griega y latina; porque debiendo ser el principal estudio de la órden de Predicadores el de la Sagrada Escritura, no estaba bien se ignorasen estos idiomas, de que depende en gran parte su perfecta inteligencia. Con este mismo fin se estableció en muchos conventos una cátedra de *Biblia*, para que desde los primeros años estuviesen bien instruidos en sus santas verdades los que deben ser predicadores de oficio. En fin, concluye la *Crónica*, en todos los capítulos se hallan muchas luces del celo de Fr. Aimerico, y así creemos que no la representacion de los definidores, sino la inclinacion con que genialmente amaba la virtud, fué el impulso que le obligó á ceder la dignidad suprema de la Orden, y este único motivo señala el *Cronicon de los maestros generales* con estas palabras: *Completo demum Magisterii sui septenio, sponte officio cessit; pluribusque post annis supervivens, tandem Bononiæ, anno* 1327, *die* 12 *Aprilis, diem clausit extremum ibidem sepultus.*» El Mtro. Castillo parece ser de la misma opinion, aunque sus palabras son bastante significativas, pues dice: «Tornando á Fr. Aimerico, maestro de la Orden, en los siete años que gobernó y en los ocho capítulos generales que tuvo, se hicieron más importantes establecimientos que en muchos años ántes ni despues.— Y en verdad que aunque no hubiese hecho otro, continúa la *Crónica*, que el último con que en este capítulo de Nápoles procuró que los predicadores fuesen adornados de aquellas prendas que pide el sagrado carácter de su empleo, le debiera estar muy agradecida la Orden, y áun aplicar todo su cuidado á que se observase rigurosamente un decreto tan útil, y que habla muy de cerca con las sublimes ocupaciones de nuestro instituto. Le escribiremos con las mismas graves, religiosas y prudentísimas cláusulas con que lo refiere el P. Mtro. Castillo: «No fué ménos buena la otra ordenacion que en el mismo capítulo de Zaragoza se hizo, y ántes de él en Argentina, año de 307, y des-

pues en Nápoles, año de 311, sobre los predicadores. Que si con el celo, discrecion y espíritu que se hizo se ejecutase y guardase, ningun beneficio mayor se podria hacer al pueblo cristiano en esta parte, porque no es ménos que proveerle de buenos, santos y doctos predicadores. Quiere que sean discretos, prudentes, maduros, muy aprobados en letras y de ejemplarísima vida; y que por lo ménos hayan oido tres años de teología, y no por ceremonia y cumplimiento, sino por estudio, atencion y provecho. Que si el predicador es idiota, ó mal compuesto, en sus costumbres liviano, de poco asiento y conversacion desbaratada, no podrá hacer tanto fruto con sus sermones, cuanto daño con su vida, y no sin mengua de la doctrina y afrenta del Evangelio, que se desacredita con el vulgo por culpa del mal ministro que lo enseña. Y como el fin de la Orden sea predicar y enseñar, ninguna diligencia que se ponga en calificar las personas, que han de ejercer este oficio es demasiada; y áun todas las humanas no bastan. Porque en los inhábiles y díscolos causa el diablo tan vehementes tentaciones de predicar y confesar, que ningunas otras llegan al desasosiego y aprieto en que les pone, y al en que ponen á la religion. Y no es negocio de los que se pueden tener en poco ni tomar con descuido, porque como sea gravísima la ofensa que se le hace al Evangelio con estos ministros, procura el demonio multiplicarlos en tan gran manera, que como cerradas nubes cubran la luz del sol y no pueda el pueblo verle ni ver la luz, y los que fuesen verdaderos predicadores tampoco tengan lugar de alumbrar, andando buenos y malos desacreditados á las parejas.» Contento el P. Aimerico con verse libre de la pesada carga del gobierno, se retiró al convento de Bolonia, donde sin más cuidados que los de su aprovechamiento espiritual y sus adelantos en los estudios, renunció con la mayor indiferencia uno y otro empleo, siendo tan grande en la observancia como ilustre en el ejemplo de haberse despojado de la mayor dignidad á que podia aspirar en la religion, buscando en la quietud y la obediencia un cargo no tan ostentoso, pero mucho más glorioso para sí mismo. Continuó allí por un largo período sobreviviendo á tres generales menores suyos, habiendo llevado sesenta y un año el hábito de la Orden y recorrido esta prolija carrera entre las virtudes del religioso y las luces del sabio, dejando á la posteridad un digno nombre y falleciendo tanto más grande cuanto quiere ser más humilde. Acaeció su muerte, como arriba hemos dicho, en 12 de Abril de 1527, y fué enterrado en el referido convento de Bolonia. — S. B.

PLACENTINO (Fr. Dionisio). Fué natural de la ciudad de Placencia en Italia, de la que tomó el sobrenombre. La Orden le destinó á las misiones del Congo en Africa, á las que partió en compañía de Fr. Miguel Angel de Guatini. Las circunstancias de su viaje y el resultado de sus trabajos apostólicos

pueden verse en la obra que publicó á su regreso á Europa, y que con el título de *Itinerario al reino del Congo*, fué impresa en Bolonia el año 1678 en un tomo en 12.° — M. B.

PLACENTINO (Gandolfo). Escasas son las noticias que podemos dar acerca de este personaje, citándosele solo por haber pertenecido al colegio de cardenales. Era monje del convento de S. Sixto, fundado en Placencia (de donde tomó él su apellido) por la emperatriz Engelberga, mujer repudiada del emperador Ludovico en el año 852, destinándole para monjes del órden de S. Benito. Gandolfo mereció por su santa vida, sus puras costumbres y su extremada prudencia que la comunidad le eligiese abad, siendo el sexto que desempeñó este cargo en el referido monasterio. La fama de su virtud llegó hasta Roma, y queriéndole recompensar por su celo evangélico y por la acertada direccion de sus monjes, el papa Urbano III le hizo cardenal en el año 1187 con el título de S. Cosme y S. Damian. Murió en 1229.— M. B.

PLACENTINO (Juan). Puédese, sin temor de ser contradicho, mirar el descubrimiento del manuscrito de las leyes de Justiniano como el más importante de los acaecimientos literarios del siglo XII. Sábese que fué encontrado y robado en el saqueo de una ciudad del reino de Nápoles, en Amalfi. Su cubierta fué indudablemente lo que le salvó: chocó á los soldados que saqueaban por los variados colores de que estaba adornada: separóse el manuscrito, y la Europa recobró uno de los monumentos más preciosos de la legislacion. Pronto este libro, único entónces, escapado así de los horrores de la guerra, fué leido, copiado, comentado y llegó á ser el código universal de un gran número de pueblos. Una multitud de sabios de Francia, Alemania, España é Italia, hicieron de él durante muchos siglos el objeto de sus meditaciones y de sus vigilias. El estudio público del Digesto comenzó poco tiempo despues del descubrimiento de este manuscrito. El vencedor Lotario II se le regaló á los pisanos, que le habian secundado enérgicamente durante la guerra. Pero dió el ejemplo de adoptar desde entónces estas leyes por regla de las acciones civiles y por base de los juicios. Un edicto del mismo emperador Lotario II, extendió poco despues esta adopcion á todos los pueblos que le estaban sumisos. Un profesor de Bolonia, Warner, más conocido bajo el nombre de Fruerius, fué el encargado de enseñar las pandectas. Un francés natural de Mompeller, Placentino, fué á estudiarlas bajo su direccion, y volvió algunos años despues á su patria para dar las lecciones que habia recibido, aumentadas con sus propias luces. Un poco despues de mediado el siglo XII fué cuando Juan Placentino abrió en Mompeller la primera escuela de derecho romano que ha existido en Francia, y cayó en un grande error Pancirolo al no colocar este acontecimiento hasta 1196, pues en esta fecha hacia cuatro años que habia muerto Placentino. Dionisio Simon

atribuye el mismo error á Arturo Duck, jurisconsulto inglés, que escribió en el siglo XVII un tratado sobre el uso y la autoridad del derecho romano en los estados de los príncipes cristianos; pero se engaña, Arturo Duck no le ha cometido: puede verse el lugar en que habla de Placentino en la obra en que acabamos de indicar. La escuela del profesor francés en Mompeller no atrajo menor número de oyentes que la de Fruerio en Bolonia. Pero este comenzaba á producir algunas obras. Entre los jurisconsultos que se consagraron á este género de trabajos se encuentra á Martin Gossi de Cremona, y su antagonista Búlgaro de Pisa, á quien su elocuencia hizo llamar *boca de oro*; Rogerio, Oton, Ugolino y algunos otros. La emulacion de Placentino no fué ménos excitada por sus escritos que por la fama que tenian ya muchos como profesores; para estar más seguro de igualarlos, se encerró durante algun tiempo en el retiro de un claustro, suponiendo algunos que hasta se hizo monje, aunque la creencia general es que fué canónigo de Mompeller, donde se ocupó en preparar obras que pudieran exceder á las que acababan de publicar los jurisconsultos de Italia. El exito coronó sus esfuerzos. Despues de haber luchado con ellos por medio de sus escritos, quiso luchar tambien con el poder de la palabra y fué á dar lecciones en la misma ciudad que era el teatro de su fama, en Bolonia. Nuevos triunfos coronaron estos nuevos esfuerzos y los mismos boloneses desearon que Placentino enseñase en su ciudad. Lo hizo con una gloria á que no pudo sobrepujar ninguno de sus rivales. Su escuela atrajo tan gran concurso de oyentes, que la envidia fué reducida al silencio. Por último, volvió á Mompeller despues de cuatro años, continuó las lecciones que habia dado en un principio en Francia, y que le habian adquirido tanta ilustracion en todo el resto de Europa. Murió en esta ciudad algunos años ántes de terminar el siglo VIII, y fué enterrado en el cementerio de la iglesia de San Bartolomé, donde se lee todavía, dice Terraron, siguiendo á los biógrafos que le han precedido, una parte de su epitafio concebido en estos términos:

Jura pontificia ac cæsarea Placentinus præclare docuit;
lites placavit, etiam dubias; et secundum eadem jura juxte vixit.

El lugar en que estaba enterrado Placentino fué durante largo tiempo un objeto de curiosidad y de respeto para los viajeros ilustrados que pasaban por Mompeller. En las guerras civiles y religiosas del siglo XVI fué destruida la iglesia de S. Bartolomé, y envuelta la tumba entre sus ruinas. Permaneció así hasta 1663, en que queriendo reedificar aquella iglesia, se encontró en una mesa de mármol la inscripcion siguiente:

Petra Placentini corpus tenet hic tumulatum:

Sed petra quæ Christi est animam tenet in paradyso.
Tollitur in festo Eulaliæ vir nobilis iste
Anno milleno ducenteno minus octo.

Esta inscripcion nos conserva la fecha exacta de la muerte de Placentino: fué en 1192; el dia de Sta. Eulalia corresponde al 22 de Febrero; reinaba entónces en Francia Felipe Augusto. Nicolás Boyer *(Boerius)* en sus adiciones al prefacio del comentario de Dinus sobre las reglas del derecho pontificio: Pancirolo en su obra *De claris legum interpretibus*: Baillet, en sus *Juicios de los sabios*: Dionisio Simon en su *Biblioteca histórica y cronológica de los principales autores é intérpretes del Derecho*: Terraron en su *Historia de la jurisprudencia romana*, afirman unánimemente que Placentino era francés y natural de Mompeller. La Monnoye, sin embargo, en sus notas críticas sobre la obra de Baillet ataca esta opinion, y hace á este jurisconsulto natural de Italia. La prueba que da, y no ha podido encontrar otra, es que Placentino, latinizado *Placentinus*, quiere decir de Placencia. Se necesitarian indudablemente otros testimonios para destruir una afirmacion unánime, y no sería difícil recordar muchos hombres célebres, cuyos nombres se refieren á una ciudad, á una nacion, á un arte, etc., sin que hayan pertenecido, por esto los que los llevan á aquel pueblo ó ejercido aquella profesion. Pasquier, en sus *Investigaciones sobre Francia*, le habia supuesto ya italiano, pero sin dar ninguna prueba. Es cierto que Placentino estudió en Italia, pero no se sigue de aquí que no fuese francés. Si ha habido alguna duda acerca de la ciudad en que habia nacido este sabio jurisconsulto, los elogios que ha recibido han sido universales. Salió de la escuela de Fruerius, dice Valentin Forster en el lib. III de su *Historia del Derecho civil*, impresa en el tomo I de la Coleccion de los escritores más ilustres sobre esta materia, hecha de órden y bajo los auspicios de Gregorio XIII; salió de la escuela de Fruerius un gran número de sabios, pero el que en aquella época se conquistó mayor reputacion fué Placentino, que fué el primer profesor de derecho en Francia. Los autores de la *Galia Cristiana* le llaman el primero de los jurisconsultos de su época, *jurisconsultorum facile princeps*, y creen deber mencionar su muerte, tan notable fué entónces este acontecimiento, al describir algunas de las circunstancias de la vida de un obispo de Mompeller ó más bien de Maguelone; pues la silla episcopal no se habia trasladado todavía á la primera de estas dos ciudades. Pedro Guriel los habia dado el ejemplo en su Crónica de los obispos de esta diócesis. Llama tambien á Placentino el príncipe de los jurisconsultos, y añade que el resultado de su enseñanza fué tal, que la escuela de Mompeller tomó desde entónces el nombre del profesor que la habia ilustrado tanto: *Monspelii tanta eruditionis fama jus docuit, ut schola publica*

ab ejus nomine Placentinea juris appelletur. Todavía no habian aparecido Accurrio y Bartulo y la Suma de Placentino sobre el Código y la Instituta de Justiniano es quizá la más antigua que ha llegado hasta nosotros. Otro jurisconsulto dió grande ilustracion á la escuela de Mompeller, la más antigua de derecho romano que ha tenido Francia, la única que tenia entónces. Este jurisconsulto era Azon Portius. Nos contentamos con indicarlo, porque su biografía no corresponde á este lugar, aunque las lecciones que dió, el gran número de discípulos que formó y las consecuencias que tuvo su enseñanza le hagan acreedor á esta honorífica mencion. Atacado y perseguido por estas medianías, eternos enemigos de los hombres superiores, se vió obligado á abandonar á Bolonia, su patria, y fué al mismo lugar en que Placentino habia adquirido tanta gloria. Vacante por la muerte de este gran jurisconsulto la cátedra de profesor de derecho romano en Mompeller, fué nombrado Azon para ocuparla, y fué tal su fortuna que los mismos italianos iban á estudiar bajo su direccion. Su fama, superior á la envidia, influyó en que le llamasen sus compatriotas para llevar á la escuela de Bolonia todos los oyentes que el mérito de Azon habia hecho pasar á la de Mompeller, donde murió poco tiempo despues en 1200: no hacia por consecuencia más que ocho años que habia perdido la Francia á Placentino. Azon ha rendido más de una vez homenaje en sus escritos á las luces y á los talentos de su antecesor: le llama *præclarus et præclarus jurisperitus*. La memoria de estos dos grandes jurisconsultos es tan apreciada en Mompeller, dice Catel, en su *Historia del Langüedoc*, que hoy todavía los bedeles de la Universidad llevan la imágen de las cabezas de Placentino y de Azon, talladas en sus mazas de plata. Al hablar de la obra que le atrajo tanta reputacion, *Summa Azonis*, hace Pasquier la observacion de que utilizó mucho trabajo de Placentino. Baldo llama á Azon un manantial de leyes, un vaso de eleccion, y Jaron, jurisconsulto italiano tambien, dice que su cabeza era una embarcacion que contenia todas las leyes. Despues de haber citado á Placentino como el más ilustre de los sabios procedentes de la escuela de Fruerius, Valentin Forster indica desde luego como una de sus obras una *Suma de la Instituta y del Código;* en cuanto á este último, la *Suma* de Placentino no contenia más que los nueve primeros libros. Un jurisconsulto italiano, Roger, habia publicado ya un compendio de este código, que no habia contribuido poco á facilitar su estudio. Su éxito hizo concebir á Placentino el deseo y la esperanza de obtenerle igual, y áun de sobrepujar á su predecesor. Le sobrepujó, en efecto. La obra del jurisconsulto italiano cesó de ser leida y consultada desde que se publicó la del jurisconsulto francés. Pero éste experimentó bien pronto por sí mismo lo que habia hecho experimentar á otro. Juan Bossianus, nacido tambien en Italia, publicó un compendio de una parte de la gran coleccion de

Justiniano, y atacó tan fuertemente á Placentino, que parecia que éste era el verdadero objeto que habia tenido al escribirla. Por lo demás, manifestó ménos talento que vanidad, y no sin razon Odefroy, jurisconsulto del siglo siguiente, llama á la *Suma* de Lossianus, *ventosam summulam*; un contemporáneo le habia titulado, sin embargo, *lucerna juris*, *mundi speculum*, y su epitafio le llama *Italiæ sidus*, *flox roseus patriæ*, *decus orbis*, *gloria patrum*. Placentino publicó despues un compendio de las Pandectas y de los últimos libros del Código, si se cree á Pancirolo en su obra sobre los ilustres intérpretes de las leyes. La opinion comun es sin embargo que la *Summa* del Código, fué añadida por un jurisconsulto italiano del siglo XII, llamado Pyleus, con un tratado sobre el órden de los juicios y con algunas observaciones sobre los libros de los feudos. Pancirolo lo dice tambien al hablar de Pyleus. Quizá éste le habia hecho primero, y Placentino, á quien impidieron durante largo tiempo otros trabajos terminar este compendio, quiso acabar, por último, su propia obra, aunque lo que faltaba en ella habia sido suplido ya por otro. Placentino es autor de muchos tratados sobre diferentes partes de la jurisprudencia civil y criminal, todas las cuales se han publicado en la gran coleccion formada por órden y bajo los auspicios de Gregorio XIII, á últimos del siglo XVI. Una de ellas se titula: *De varietate actionum:* de las diferentes acciones judiciales. La obra se halla dividida en veintidos capítulos, en los que explica Placentino sucesivamente las diversas maneras de obrar en justicia, de reclamar y de hacer valer sus derechos, de proceder y de obrar segun las formas establecidas por el uso y por la ley. Todos estos capítulos tienen sumarios bastante extensos. Un segundo tratado lleva el título *de personalibus actionibus.* Se le puede mirar como una continuacion del primero, como lo indica el mismo autor. Despues de haber explicado los medios de reivindicar las cosas á que se tiene derecho, va á explicar igualmente lo que conviene á los derechos de las personas y los medios de obtener tambien justicia bajo este aspecto. Anuncia que no pretende tratar esta materia en toda su extension, pues esto le llevaria mucho más allá de los límites que se habia prescrito; pero si la proligidad produce disgusto, dice que la demasiada brevedad origina oscuridad; promete pues tener un término medio entre estos dos extremos. Unicamente las acciones personales, aquellos á quienes competen, aquellos para con los cuales se puede hacer uso de ellas, el espacio de tiempo durante el cual se puede; tales son los diversos puntos que el autor examina y discute. No es necesario, añade, que el espíritu del oyente ó del lector se fatigue en oir ó leer esta diversidad de acciones: por ellas es por donde comienza un proceso, por ellas es por donde termina, por ellas es por las que se reclama lo debido, se conserva lo adquirido, se recobra lo que se ha perdido y se puede rechazar el

agravio ó la injusticia. La obra se halla dividida toda en treinta títulos, precedidos todos igualmente de sumarios bastante extensos. Se le deben además otros tres tratados insertos en la misma coleccion. El primero se intitula: *De los senatoconsultos.* Contiene veintidos, cada uno de los cuales lleva el nombre de su autor (*Macedonianum, Velleianum, Plautianum, Syllanianum, Claudianum, Pisonianum, Trebellianum, Pegarianum, Apronianum, Tertulianum, Orficianum, Rubrianum, Trasianum, Damasianum, Artificulianum, Vincianum, Æmilianum, Vivianum, Libonianum, Turpilianum, Largianum, Sabinianum*). Precede á estos senatoconsultos un corto sumario y explicaciones quedeterminan su sentido. El segundo trata de los juicios, de cualquiera manera que puedan verificarse, por medio de árbitros ó jueces; se halla dividido en quince capítulos, precedidos todos de sumarios, que contienen otras tantas cuestiones importantes sobre el derecho civil. Inmediatamente despues, se lee: *de expediendis judiciis*; este tratado contiene veintiun títulos y no es más que una continuacion del anterior. La tercera obra lleva el título *De accusationibus publicorum judiciorum.* La componen siete capítulos. En el primero trata el autor de las acusaciones en general; en el segundo de los que no pueden acusar; en el tercero ofrece la division de los crímenes; se detiene en el cuarto en la ley Julia, que tenia por objeto la represion de la violacion y el adulterio; habla en el quinto del senatusconsulto Turpiliano y de las abolíciones. (El senatusconsulto Turpiliano se habia dado contra los que despues de haber intentado una acusacion, la retiraban, ya porque no se atreviesen á sostenerla, porque la conocian como calumniosa, ya porque no quisiesen perseguirla con la esperanza de salvar de este modo al que en un principio habian acusado.) Trata del interrogatorio en el sexto, y en el sétimo de los crímenes. El estilo de Placentino es superior al de sus contemporáneos, y al del mayor número de los jurisconsultos que le han sucedido. No es cierto, sin embargo, como dice Simon, que segun Cuyas, Placentino sobrepuja por la claridad á todos los antiguos intérpretes del derecho. Simon indica el sétimo libro de las observaciones de este grande hombre, pero Cuyas no dice parecido; la obra cuya claridad y pureza de estilo elogia es de Búlgaro, y hasta hace observar la equivocacion de los que se la atribuyen á Placentino. La última obra de este autor es el comentario enunciado bajo el título siguiente: *De diversis regulis juris antiqui, Pandectarum libri quinquagessimi, titulus decimus-septimus, cum tusco aut ex eo ducto accurate collectus et emendatus, capitulis omnibus cum suis inscriptionibus, suo etiam ordini restitutis; in eumdem titulus vetus, sed in certo auctore, brevis et elegans commentarius;* Paris, Cárlos Estienne, 1557, en 8.° El editor le cree de Placentino, aunque asegura que otros se le atribuyen á Fruerius. Placentino parece haberse en efecto declarado autor por sí mismo en el pasaje siguiente:

¿Quid ergo dicemus de hoc quod dicitur Dig. de regulis juris? Si repugnantia continet testamentum, neutrum fore ratum; sic intelligatur ut exposui in additionibus sive exceptionibus regularum. Cárlos Estienne elogia mucho esta obra; no es, dice, un simple comentario, son excelentes adiciones á las reglas de derecho. Asegura que se reconoce el estilo de Placentino, su agradable brevedad, su método y su dialéctica. Al imprimirle le dedicó al cardenal Bertrand, el primero que fué guardasellos con el título de este cargo, pues los reyes no los daban anteriormente más que en comision. La epístola dedicatoria es de 20 de Setiembre de 1552. Nos manifiesta que la obra manuscrita se habia comunicado á Juan Lucius, secretario del Rey y procurador de la reina Catalina de Médicis; que Cárlos Estienne habia obtenido permiso para imprimirla; que lo habia hecho, segun dice, porque además del mérito del latin, que es bastante puro, se han unido en ella con tanto arte las opiniones y las leyes más autorizadas, que parece no es más que una sola y única obra, y que es el autor de las reglas que ha comentado él mismo. Esta obra manuscrita se halla en la Biblioteca Imperial de Francia, número 4539, y parece de letra del siglo XIV; contiene la Suma de Placentino sobre los nueve primeros libros del Código y la de las Institutas de Justiniano.—S. B.

PLACENTINO (Fr. Siro), franciscano. Fué italiano y natural probablemente de la ciudad de Placencia, de la que tomó el sobrenombre. Recibió el hábito de la estrecha observancia de la órden de S. Francisco en la ciudad de Bolonia, y habiendo hecho sus estudios con notable aprovechamiento pasó á Roma, en cuya ciudad obtuvo por sus méritos la distinguida honra de ser nombrado lector del sumo pontífice Inocencio XII, desempeñando tambien el cargo de penitenciario en la sacrosanta basílica de S. Juan de Letran. Publicó la siguiente obra: *Dilucidatio facultatum minorum pœnitentiarum basilicarum urbis, et praxis executionum ad litteras et rescripta Sacræ Pœnitentiariæ;* Roma, 1699. Tambien publicó otro libro titulado: *Compendium admonitionis S. Gregorii papæ.* — M. B.

PLACENZA (B. Ana María), religiosa franciscana. Nació en Volaterra, siendo desde luego dotada por el cielo de todos los dones y atractivos que más agradan en su sexo y parecen como á propósito para cautivar el espíritu y corazon de cuantas personas se detienen á contemplarlos por un momento siquiera. Pero lo que más realzaba las gracias de Ana era la sólida virtud que brilló en ella desde sus más tiernos años, y dejaba adivinar una felicidad de que se encontrarian pocos ejemplos sobre la tierra. Procuraron sus padres cultivar su tierno corazon y adornarle con esos encantos tan necesarios despues para saber dirigirse en la vida. Ana recibió por lo tanto una educacion muy superior á lo que se acostumbraba en su siglo, y supo corresponder tan bien á los desvelos de su familia, que fué mirada como un pro-

digio, ó como un monstruo, segun generalmente se decia en aquella época, de saber y erudicion. Inutil es decir que tantas ventajas reunidas en una jóven de ilustre cuna, rica y hermosa, la hicieron ambicionar como uno de los mejores partidos de su época y país, y los amantes ó los ambiciosos emplearon toda clase de recursos para obtener su mano. No era ciertamente su familia extraña á estas pretensiones, y hubiera querido ver enlazada á Ana María con alguno de aquellos nobles italianos que dominaban á la sazon en aquel país, convertido por ellos en un campo de discordias y divisiones. Pero su tierna hija se hallaba muy distante de este parecer, y sin esquivar las atenciones que se la prestaban, porque se lo impedia su buena educacion, en lo más oculto de su alma ansiaba vivir en la soledad, entregada á la penitencia y la oracion, pidiendo al Señor la paz de que tanto necesitaban sus hermanos, y huyendo de sus ambiciones, cuyo solo pensamiento mancha áun el corazon más puro. Pasó así uno y otro año, é indiferente Ana María á todas las seducciones de que se procuraba rodearla, comenzó á comprender su padre, no sin dolor, que la jóven se hallaba muy distante de ambicionar un matrimonio que aumentase el lustre de sus blasones, la riqueza y esplendor de su casa. Decidió sin embargo hablarla, y ver si con la dulzura y la persuasion conseguia lo que hasta entónces no habia obtenido por medios indirectos, y admitiendo en su casa á los jóvenes de las familias más distinguidas de Volaterra. No se atrevió Ana María á contradecir á su padre, escuchó sus propuestas, medio adivinó sus planes; pero su alma sencilla é inocente, nacida para otro mundo mejor del en que habitaba, no pudo tomar parte en ellos, y en un momento de espansion no vaciló en comunicar á su madre sus verdaderos proyectos, que consistian en retirarse para siempre á un claustro y vivir oculta á las miradas de los hombres. Sumamente piadosa la buena señora, no creyó deber oponerse á los deseos de su hija, y se los comunicó á su confesor, quien los aprobó desde luego. Mas la dificultad en aquella embarazosa situacion era ganar al jefe de la familia, que más dado á los intereses mundanos que á los religiosos, en lo que ménos creia era en que su hija tuviera unos pensamientos, que indudablemente le parecian una locura en una jóven de sus circunstancias. La Providencia vino sin embargo á favorecer y á apresurar sus proyectos. Uno de los jóvenes que más frecuentaban la casa de los padres de Ana María, y que á los atractivos de juventud reunia los de la riqueza, fué herido en un desafio. Susurróse por la ciudad que la causa de esta desgracia habia sido la que más inocente se encontraba, y la madre de Ana, para poner á cubierto su honor y el de su familia, suplicó á su esposo encerrase á su hija en un convento. Hízolo éste, temeroso de alguna venganza de la parte á que suponia ofendida, y su hija vió así medio cumplidos sus deseos. Desde aquel instante fué una verdadera

religiosa, asistia á todas las prácticas de la comunidad, excedia á sus compañeras en toda clase de ejercicios de piedad y devocion, y llegó á obtener tal fama de santidad, que su padre no vaciló en dar su licencia para que tomase el velo en el convento de Clarisas de Volaterra. Y aquella jóven tan rica, tan hermosa, el objeto de todas las adoraciones, y de todos los sueños de la juventud de su ciudad natal, no tardó en ser la más humilde de las religiosas, vestida con un pobre y tosco sayal, huyendo de toda clase de adornos y vanidades, y procurando mortificar su cuerpo con todos los recursos que puede inspirar la sencilla y cándida piedad. Admiradas sus compañeras de sus grandes penitencias y continua oracion, quisieron elegirla una y otra vez por superiora, mas Ana María se negó constantemente á ello, contenta con vivir en la humilde oscuridad á que voluntariamente se habia condenado. Si en algo se distinguia era por su caridad para con sus hermanas, á las que procuraba ayudar en los ejercicios más viles á que se entregaba con cierto placer, procurando ser útil de esta manera á la comunidad. Mirábase como la última de las religiosas, y procuraba imitar el ejemplo de las que veia más adelantadas en el camino de la perfeccion, siendo así que á todas las excedia en mucho en estos actos á que da lugar la emulacion en las comunidades, á lo que la ayudaba mucho su grande humildad, de que ha sido citada por modelo. Su asiduidad en la oracion ha dado lugar á que se refieran sus éxtasis, arrobos y demás favores con que la Providencia recompensa á sus reconocidos siervos; pero estos hechos, aunque contados por autores de notoria piedad, no lo pueden ser en este lugar, pues no sabemos haya caido sobre ellos la aprobacion de la Iglesia. Podemos sin embargo asegurar positivamente que la Orden Seráfica, á que perteneció, reza de esta venerable religiosa el dia 21 de Octubre, dándola el nombre de María del Burgo, en lo que hay alguna discrepancia entre los autores. Parece que aquel dia fué el de su muerte, pues en su monasterio de Volaterra, donde se halla sepultada, se leia esta fecha en una lápida colocada sobre su sepultura. —S. B.

PLACIDIA (Santa), vírgen. Tuvo el obispo S. Leoncio una hermana llamada Placidia, que educada en el santo amor á Dios y conociendo desde muy niña la nada de las cosas humanas y la verdadera riqueza de las divinas, desde que tuvo uso de razon se consagró enteramente á Jesucristo. A fin de poder guardar mejor su voto y librarse de toda seduccion, se retiró á un sitio solitario, del que no salió en toda su vida, ocupándose constantemente en la oracion y en mortificar su cuerpo para vencer las tentaciones del demonio, diciéndose por los escritores que hacen mencion de sus grandes virtudes y de los milagros que obró Dios por su intercesion, que en la hora de su muerte la acompañaron los ángeles y condujeron su bendita alma

á la presencia de Dios, que premió su amor con un trono de gloria, segun lo merecia, por su constancia en la penitencia y su acendrada fe en las verdades evangélicas. La Iglesia la recuerda el dia 11 de Octubre todos los años, sin duda porque fué en él su glorioso tránsito. — C.

PLACIDO (S.), mártir. El año 1588 dió el célebre papa Sixto V un breve, por el que se mandó se celebrase en toda la Iglesia católica con oficio sencillo, y en la iglesia de S. Juan Bautista de Mesina con oficio doble, fiesta al glorioso S. Plácido, cuyos preciosos restos estaban depositados en esta iglesia. Y como de este gran siervo de Dios hayan hablado el cardenal Baronio en sus anotaciones del año 1598, Leon Ostiense, Tritemio, Casiano y todos los Martirologios, y áun muchos Breviarios, vamos á tomar de todos estos lo que mejor nos parezca, y de su historia por Gordiano, para dar á conocer á este Santo, modelo de virtud y de heroismo católico. Entre los más ilustres y ricos caballeros romanos habia uno llamado Tértulo, tan considerado en la corte, que no habia otro más distinguido despues de la familia imperial. Tenia Tértulo cuatro hijos, llamados Plácido, Eutiquio, Victoriano y Flavia, á los que dió una esmerada educacion religiosa. Resplandecia por su piedad y saber en esta época el gloriosísimo patriarca S. Benito, que creó una religion esclarecida en santos varones, muy distinguidos por su virtud y áun por el lugar que supieron hacerse entre los sabios. Admirador Tértulo de S. Benito, y deseando que su hijo mayor Plácido se criase en el santo temor de Dios, suplicó al Santo le instruyese por sí mismo en la ciencia de la salvacion, que es en la que más importa al hombre adquirir los mayores conocimientos. Como S. Benito accediese á las súplicas de Tértulo, quedó Plácido en su compañía, y como su inclinacion le hiciese dócil para todo lo bueno, no tardó, á pesar de su corta edad, en aprovecharse de las sabias máximas de su maestro, que le pusieron en camino de la buena ciencia. Tomóle tanto cariño S. Benito, viéndole practicar sus lecciones tan al pié de la letra, que se dedicó con empeño á formar un alma para el cielo que sirviese de modelo á los más ajustados á la ley del Señor; y Plácido, que tenia ya en el cielo su espíritu, por decirlo así, gozaba especialmente en aumentar las vigilias, ayunos y mortificaciones que se le imponian, y en medio de su lozana juventud, por su humildad, modestia, silencio, obediencia y simplicidad, parecia un viejo cenobita encanecido en las prácticas de una vida monástica. Al saber Tértulo que S. Benito iba á fundar un monasterio en Monte-Casino, le concedió diez y ocho poblaciones en Sicilia, con puertos, rios, pesquerías, bosques y molinos, y muchas tierras de labor para que con sus productos pudiese mejor llevar á cabo y sostener su piadosa fundacion. La maledicencia, que se pone siempre al paso de las buenas obras, puso resistencia á las donaciones del opulento Tértulo, procurando

algunos mal avenidos con aquellas larguezas, ocupar los territorios cedidos hasta con violencia. Al saber S. Benito la mala idea de los que se oponian á la pacífica posesion de los bienes de Tértulo en Sicilia, mandó á aquella isla á su discípulo Plácido, como la persona más á propósito, tanto por su talento cuanto por su derecho, para defender aquellos bienes y sacarlos de manos de los usurpadores. Aceptó el Santo por obediencia la comision, y con dos familiares, llamados Gordiano, que despues escribió su vida, y Donato, salió de Monte-Casino el 20 de Mayo del año 536. S. German, obispo de Cápua, le recibió con mucho placer á su paso por esta ciudad; y siguiendo despues su camino por Canosa de Apulla y Rijoles, en cuya travesía obró muchos milagros, llegó por fin á Sicilia. Recibiósele en esta isla, adonde ántes que él habia llegado la noticia de sus excelencias, como á un ángel mandado por el cielo para bien de aquella region, y áun cuando en la ciudad de Mesina trató de detenerle en su casa Mesalino, amigo de su padre, siguió adelante, excusándose con que no conviene á los monjes de modo alguno aposentarse en casa de los seglares por la diferencia de costumbres. Con la competente licencia del obispo de Mesina, que le consagró despues de concluido, hizo edificar en esta ciudad un monasterio para sus religiosos, y un oratorio dedicado á S. Juan Bautista. Continuamente S. Plácido, ocupado en la oracion, no descuidaba por esto el buen gobierno de sus monjes, á los que fervorizaba y daba ejemplos de tan rigorosa abstinencia, que ayunando á pan y agua en la cuaresma los domingos, martes y jueves, los demás dias no comia nada; jamás bebia vino; vestia siempre un áspero y punzante silicio; dormia poco y casi siempre sentado; solo hablaba cuando era indispensable, ó para consuelo de los que padecian alguna afliccion. Tan austera vida parece que debiera haberle enajenado el aprecio de sus monjes por la necesidad en que los ponia de imitarle; pero léjos de eso, no tardó en ver aumentada su comunidad con más de treinta religiosos. Los hermanos de Plácido Eutiquio, Victoriano y Flavia, que no la habian vuelto á ver desde que su padre le llevó á poder de S. Benito, noticiosos de que habia fundado un monasterio en Mesina y de lo que publicaba la fama acerca de su virtud y santidad, deseosos de abrazarle fueron á esta capital, en donde el Santo y ellos tuvieron un gran gozo de reconocerse. Hallándose juntos los cuatro hermanos en el monasterio, el capitan sarraceno Manucha, hombre feroz y sanguinario, que servia á las órdenes de Abdala, rey de Africa, invadió la Sicilia con una escuadra de cien embarcaciones, con el ánimo de hacer guerra á los cristianos. Traia el tirano capitan diez y ocho mil combatientes, y desembarcando de improviso en Mesina, acometieron al monasterio que estaba cerca de la costa. Rompieron las puertas, y entrando furiosos en aquel asilo de débiles ovejas del Señor, y atando á S. Plácido, á sus hermanos y á todos

los monjes y demás personas que en él encontraron, los condujeron á la presencia del bárbaro Manucha. Mandóles éste renegar de Jesucristo, si querian que los tratase bien; pero como todos se negasen y confesasen la fe de Jesucristo, los hizo azotar con la mayor crueldad por sus soldados y encerrarlos despues en una cárcel. Dentro de aquel recinto, prohibió que les diesen de comer, y á su vez ordenó que los apaleasen, y que colgándolos de los pies les humeasen los rostros. Mandó despues alimentarlos con cebada y agua para que no muriesen tan pronto y se prolongase su tormento, todo lo cual sufrian con paciencia y hasta con gozo, alentados por S. Plácido que les hacia repetir alabanzas al Señor. Desnuda Sta. Flavia para mejor descoyuntarla, el tirano le dijo, que cómo siendo dama principal romana no se avergonzaba de estar de aquel modo delante de tantos hombres siendo doncella; pero la Santa con la mayor serenidad le respondió: que no habia tormento que no le fuese dulce por el amor de Jesucristo, y que deseaba la muerte para lograr por su medio la vida eterna. Enfurecido el capitan, y teniendo por seguro que esto sería lo que más atormentase á la Santa, mandó á sus soldados la forzasen; pero Dios cuidó de su castidad, haciendo quedasen mancos y tullidos cuantos á ella pretendieron llegarse. Durante muchos dias fué dando á estos santos mártires diversos tormentos el feroz Manucha, y como viese la alegría con que en medio de los tormentos alababa á Dios S. Placido, le mandó dar fieros golpes en la boca con una piedra, y como esto no impidiese el que continuase las alabanzas, le hizo cortar la lengua, siendo maravilla que irritó doblemente á su verdugo el que áun despues de cortada alabase todavía á su Dios. Despues de tenerlos el feroz capitan á todos colgados una noche y atados á sus pies enormes piedras y áncoras de las naves, los mandó degollar, porque no supo ya su ferocidad qué mayores tormentos inventar para martirizarlos. Llevados á la costa, S. Plácido hizo una breve pero fervorosa oracion encomendando á Dios sus almas, poniendo de por medio la intercesion del glorioso S. Benito, y respondiendo todos amén con la mayor fe, dieron sus cuellos á los verdugos, que no tardaron en segarlos como débil mies, y sus benditas almas volaron al cielo á recibir la corona de gloria que Dios les tenia preparada. Los cuerpos de estos santos mártires estuvieron insepultos hasta que se embarcaron los infieles, lo que ejecutaron despues que destruyeron el monasterio, á excepcion de la iglesia dedicada á S. Juan Bautista. Ya en la mar los infieles, no quiso Dios que quedase impune su maldad, y levantándose una gran borrasca en el estrecho que hay entre Mesina y Calabria, todos los buques naufragaron y no se salvó ni un solo hombre. De todos los que habitaban el monasterio solo se salvó Gordiano, de quien ya hablamos al principio, por haber logrado escaparse al entrar los sarracenos, y despues que estos se

reembarcaron dió sepultura á S. Plácido en la referida iglesia, y á sus demás compañeros en el mismo sitio en que fueron degollados el 5 de Octubre del año 531, durante el reinado del emperador Justiniano. Al saber S. Benito el suceso recibió un grandísimo gozo, al ver contaba ya su naciente religion tanto número de gloriosos mártires, y un hijo de religion tan esclarecido, al que puso por modelo en ella como el héroe que más merecia la admiracion de los suyos. —B. C.

PLACIDO (San). Soldado de profesion, tuvo la suerte este santo mártir de conocer la verdad evangélica y de confesarla, de suerte que fué separado de las filas y se le condenó con algunos de sus compañeros de su misma creencia á trabajos forzados en las termas del emperador Diocleciano. Acompañábale en sus penalidades su compañero Ginés, condenado á la esclavitud como él, y ambos se fortificaron cada vez más en la fe de Jesucristo, en lo que les ayudaba y áun alentaba Anastasio, presbítero de Roma, que fué tambien aprisionado. Cansados sus verdugos de tenerles en aquellas penalidades y de no conseguir su conversion á la idolatría, fueron condenados á la muerte, que experimentaron los tres en Roma, con otros varios fieles, el año 290, razon por la que les recuerda la Iglesia el dia 11 de Octubre.—B. C.

PLACIDO, monje del Monte-Casino, célebre abadía cisterciense de Italia, donde se introdujo la reforma de esta Congregacion, que vino á dividir ó mejor dicho á aumentar la órden de San Benito, una de las más célebres de Europa, y la que en la edad media llegó á un poder de que hay pocos ejemplos en las historias antiguas ó modernas. Plácido no fué ciertamente ninguno de aquellos ricos abades, que recorrian de monasterio en monasterio, manifestando en todas partes su autoridad y su dominio; su mision fué mucho más gloriosa y pacífica, fué por decirlo así la bandera de union que debia unir á los reformados cistercienses con los antiguos benedictinos, de que parecia separarlos una innovacion que era precisamente lo que debia servir de base á su union y engrandecimiento. Este monje pobre, solo, olvidado, se propuso llevar á cabo una grande empresa, empresa imposible quizá en aquellos tiempos en que separaban inmensas barreras á unos de otros paises, en que eran tan pesados los medios de locomocion, y en que el pensamiento, si no estancado, estaba como limitado al tiempo y las circunstancias. No sin dolor habia visto Plácido que los cistercienses y los benedictinos se creian enemigos, que el triunfo de aquellos se miraba como una pérdida por estos, y que ambas congregaciones se creian opuestas, contrarias, más opuestas y contrarias que otras dos órdenes religiosas pudieran serlo entre sí. El heróico cisterciense se propuso probar lo contrario, y para ello procuró emplear dos medios; la palabra y los escritos. Comenzó pues á recorrer monasterios, y aunque no siempre bien recibido, su humildad, sus buenos ejem-

plos le ganaban desde luego una autoridad y prestigio que eran la mejor base de su naciente empresa; sus continuos viajes y visitas no tenian otro objeto que el de hablar y predicar en todas partes, hablar y predicar de San Benito y de la reforma de los monjes de Occidente, probando que los nuevos cistercienses no habian hecho más que lo que intentó el patriarca y padre de toda la religion, y habia llevado á cabo con tan buen éxito. Sus predicaciones, aunque las mismas siempre en el fondo, tenian naturalmente que variar y así de San Benito pasó á sus primeros discípulos, y de sus primeros discípulos á todos los varones ilustres de la Orden, acabando por hacer su historia y recorrer á veces en el breve período de sus discursos la relacion de sucesos acaecidos en siglos enteros, y sacados de otros tantos manuscritos sumidos hasta entónces en el polvo del olvido. Los estudios que tuvo que hacer con este motivo, le sirvieron para poner en práctica la segunda parte de su cometido, y entónces fué cuando formó un *Suplemento al tratado de los hombres ilustres de la abadía de Monte-Casino*, que era la casa matriz de toda la religion, de que entónces se multiplicaron gran número de copias, teniendo él mismo buen cuidado de dejarlas en todos los monasterios que visitaba, y cuyas copias se han publicado despues repetidas veces. Este trabajo no es ciertamente un modelo de escritos de este género por demasiado sencillo y sucinto; pero manifiesta, sin embargo, que no carecia su autor de las mejores cualidades, y que puso á prueba su trabajo y laboriosidad en una empresa más útil y laudable que provechosa y gloriosa. El suplemento de Plácido consta de treinta y un artículos ó capítulos que son muy á propósito para conocer la historia de aquel monasterio, y de los sabios que le han poblado hasta 1584, en que se verificó la muerte de Gregorio Cortés, el último de los religiosos de que se ocupa este *Suplemento*. No se conocen otros escritos de este autor, y se ignoran tambien las demás circunstancias de su vida, por lo que es presumible que despues de acometida y llevada á cabo su grande empresa, que entónces lo era en realidad, pasó el resto de sus dias en reproducir las copias de su libro, retirándose por lo tanto al fondo de su claustro, donde debió morir á últimos del siglo XVI ó principios del XVII. —S. B.

PLACIDO (Beato). Era natural de Alemania, de la provincia llamada en lo antiguo Rhetia, junto al nacimiento del Rhin. Habiéndose convertido, como otros muchos, oyendo las predicaciones de Sigisberto, monje que vivia en una ermita construida por él mismo en un lugar inhabitado, destinó su hacienda á construir un convento en el sitio donde se hallaba dicha ermita, el cual despues de erigido se destinó para monjes de la regla de S. Benito, á cuya órden pertenecia Sigisberto, y se le denominó monasterio Disertinense á causa de ser tan desierto el lugar en que se hallaba edificado. Tomó Plácido

el hábito en este convento, donde fué un ejemplo de obediencia al justo abad Sigisberto. El conde, señor de aquel territorio, llamado Victor, era un hombre codicioso y avariento, y trató de arrebatar al monasterio las pobres haciendas que poseia. Mandó Sigisberto á Plácido que fuese á verle, y afeándole su pernicioso vicio procurase atraerle á la razon. Hízolo asi el religioso, pero en vez de convertir aquella alma endurecida la irritó de tal modo que Victor no solamente le echó con ignominia de su presencia, sino que mandó tras de él unos asesinos para que le quitáran la vida. Volvióse Plácido al convento, pesaroso del mal éxito de su comision, y estando ya cerca, al atravesar un despoblado le alcanzaron los ministros del Conde, que con diabólico furor le degollaron haciéndole de este modo alcanzar la palma del martirio en premio de su obediencia. Luego que se hubieron ido, levantóse el cadáver del bienaventurado, y tomando la cabeza en sus manos se encaminó al convento, y ántes de llegar á él pidió á una mujer que estaba lavando ropa en un arroyuelo, un lienzo para envolver la cabeza, y ella se le dió entre confusa y aterrada. Llegando á presencia de Sigisberto, púsole la cabeza en las manos con notable asombro del prelado, que besando aquel trofeo de santa obediencia que el mártir le presentaba, dispuso se diese honrosa sepultura á aquel bienaventurado cuerpo, cuya alma descansaba ya en las eternas mansiones. Cuando se le estaban tributando al difunto los últimos honores se tocaron por sí mismas las campanas del monasterio. Tuvo lugar el martirio de este santo varon el dia 11 de Julio del año 630.—M. B.

PLACIDO (Venerable), abad. Era español y ejerció el antedicho cargo en el convento de nuestra Señora de Herrera en la Rioja, perteneciente á la Congregacion cisterciense de la órden de San Benito. Gobernó Fr. Plácido el referido convento con grande celo y sabiduría por espacio de treinta años, y habiendo tenido al cabo de ellos revelacion del dia de su muerte, se lo comunicó á sus monjes, rogándoles estuvieran presentes en aquel funesto trance. Cuando llegó el último dia de su vida, y hallándose ya postrado en el lecho, vió clara y distintamente, segun expresó, á S. Roberto y otros santos de la Orden que venian, como piadosamente se entiende, á llevar su bienaventurada alma al cielo. Estando, pues, todos los religiosos en derredor suyo, conforme lo habia pedido, cantando el oficio de difuntos y otras preces, las cuales él tambien acompañaba miéntras le duró la voz, rindió dulcemente su alma al Criador el dia 8 de Noviembre del año 1600. Su cuerpo fué hallado despues de mucho tiempo entero, incorrupto y expidiendo admirable fragancia.—M. B.

PLACIDO (Venerable), abad de la religion Benedictina en el monasterio del Monte la Corona de Italia. Fué natural de un pueblo llamado Fracta de

Urbino, y estuvo dotado de las más aventajadas cualidades personales, pues era de buena estatura y no menor robustez, teniendo mucha autoridad y gravedad en sus palabras y acciones. Fué muy observante de las reglas de su religion, y acostumbrándose en la casa en que habia profesado á dedicarse á trabajos de manos, los hizo con grande utilidad del monasterio, teniendo á su cargo, dice la crónica, el gobierno temporal en lo económico. Era tan sagaz y discreto que todos sus hermanos le veneraban mucho por estas buenas cualidades, las que se hallaban realzadas por sus grandes virtudes. Fué muy observante de la abstinencia, y nunca faltó á los ayunos regulares, áun estando fuera del monasterio, haciéndolos muchos dias á pan y agua. Era muy amante del silencio y dado á la oracion, á la que se consagraba dia y noche en su celda y en la iglesia del monasterio, hurtando el tiempo al descanso y no durmiendo ni áun el indispensable á la naturaleza. Parecia que la Providencia Divina le habia dotado de un don especial para componer discordias, y así cuando las habia entre sus paisanos los vecinos del pueblo de Fraeta, decian: «Vamos á ver al H. Plácido, y hagamos lo que él nos dijere.» Y en efecto, el siervo de Dios conocia tan bien sus necesidades é intereses, que no tardaba en avenirlos y hacerlos buenos amigos. Recibió grandes y especiales favores del Señor, quien quiso al fin darle el galardon de una vida tan ejemplar y santa con una enfermedad en que, despues de recibidos los santos sacramentos y de despedirse de los monjes que casi todos habian tomado el hábito de su mano, no sin general sentimiento entregó su alma al Señor en 1580, á la edad de setenta y ocho años y á los cincuenta y cinco de religion. Su elogio le hace el autor de su vida con las siguientes palabras: «Si cuanto aprovechó éste en la religion, hubiese de mostrar al lector, sería necesario un nuevo y muy largo tratado.» — S. B.

PLACIDO (Padre). Este célebre agustino descalzo, de cuyo nacimiento y patria no hemos encontrado noticia en los autores que hemos consultado, pero que debió ser francés y nacer en el siglo XVII, fué pariente y discípulo del famoso Pedro Duval. Muy entendido geógrafo, dió nombre á excelentes mapas y cartas geográficas, siendo la que más le ha acreditado la del curso del Pó, compuesta de varias hojas. En 1666 entró de religioso en el convento de Agustinos descalzos de la plaza de las Victorias en París, y el 20 de Enero de 1705 consta que fué nombrado geógrafo ordinario del Rey, en cuyo destino y convento murió el 30 de Noviembre de 1734, á la edad de ochenta y seis años. Su retrato fué pintado por un amigo suyo, que le hizo grabar, razon por lo que se le ve al frente de algunas de sus obras. Los padres de la Orden rompieron la plancha del retrato como cosa contraria á la modestia religiosa, y no falta quien haya dicho que porque no habian sido muy amigos del P. Plácido, porque no se habia querido quitar la barba con

la cual fué retratado. Adornan este retrato cuatro medallones alegóricos y divisas, en las que se da á conocer que fué predicador y geógrafo; *Via cœli et terra*. En el segundo una roca, emblema de la fuerza que en las inseparables penas de la vida viene de Dios; *Sufficientia ex Deo*. El tercer medallon representa un buque que llega al puerto, con este lema: *Mihi navigat æquor*. El cuarto manifiesta una lima que no puede mellar una serpiente, para manifestar con la voz *frustra*, que la envidia y la calumnia no pueden vencer á la virtud. —C.

PLACIDO Y SIGISBERTO (Stos.), monjes benedictinos, de quienes hace mencion su Orden en 11 de Julio, refiriendo su vida con las siguientes palabras: «Sigisberto fué irlandés, y tomó el hábito é hizo el noviciado en el monasterio de Beuchor, bajo la direccion y obediencia del abad Congell, aventajándose mucho en virtud entre los demás monjes sus hermanos. Pasó á Francia con S. Columbano, siguiendo despues á S. Galo á Alemania, donde se consagró á extender la fe católica con santo y apostólico celo. Cuando San Columbano regresó á Italia se quedó en el valle de Ursario, y atravesando despues el monte de Crispalta, bajó á la llanura junto al nacimiento del Rhin, á los Rhetos Cisalpinos, y en un lugar muy desierto á la sazon edificó una ermita con advocacion á la Madre de Dios, consagrando á su culto aquella áspera soledad, donde no tardó en edificar celdas para los monjes, convirtiendo aquellos lugares en una nueva Tebaida. No pudo este Santo permanecer oculto por mucho tiempo, porque la fama de sus virtudes y milagros, extendida por los alrededores y áun por las partes más lejanas del país, fué causa de que concurriesen á venerarle gran número de personas, que le miraban como otro S. Antonio Abad, ó como al mismo patriarca San Benito. No tardaron en presentársele muchos varones llamados por la gracia á vida más perfecta, y eligiendo algunos de ellos fundó con el auxilio de un grande muy poderoso llamado Plácido, convertido por S. Sigisberto á la fe católica y monje despues, un monasterio á que llamó Disertinense, por ser tan solitario y estar tan desierto el lugar de su fundacion. Codicioso de los bienes que á ésta habian coadyuvado un conde llamado Victor, intentó apoderarse de ellos, y Sigisberto envió á Plácido para impedirlo y afearle su intento; pero sorprendido á su regreso por los sicarios del conde, fué degollado en 630. Poco despues murió Sigisberto, obteniendo la misma fama de santo que por mártir habia merecido su compañero. — S. B.

PLACIDO DE SAN MAURO. Fué italiano y tomó el hábito de S. Benito en el monasterio Fuliense en Francia, perteneciendo á la clase de los legos. Desempeñó por muchos años el cargo de enfermero, en el cual se portó con mucha caridad y humildad en el cuidado de los dolientes, siendo al mismo tiempo de una gran mansedumbre, y muy puntual en la asistencia á los ofi-

cios divinos. Poco ántes de espirar suplicó á los religiosos que le cantáran las preces de los finados, y él les dió el ejemplo entonando el principio. Cuando le llevaron la sagrada Eucaristía se arrojó del lecho para recibirla de rodillas, lo que efectuó con tiernos y fervorosos actos de esperanza y de fe. Desde el primer dia de su enfermedad, é iluminado por la divina gracia, anunció que moriria el dia de su patron S. Mauro, y así sucedió en efecto, ocurriendo su muerte el 15 de Enero de 1616.— M. B.

PLACIDO DE SANTA ELENA (P.), agustino descalzo. Nació en París en 1649 de una familia medianamente acomodada. Habiéndose casado una hermana suya con el famoso geógrafo Pedro Duval, éste se encargó de la educacion de su pequeño cuñado, que bajo la direccion de tan hábil maestro hizo notables progresos, sobre todo en la ciencia geográfica. A los diez y nueve años tomó el hábito en la órden de S. Agustin, y ocupó su tiempo entre el estudio y la predicacion. Publicó gran número de mapas muy estimados por su exactitud, mereciendo que el rey Luis XIV le honrase con el título de su geógrafo ordinario. Murió en su convento de París, á la avanzada edad de ochenta y cuatro años, el dia 30 de Noviembre de 1734. Hizo una notable edicion del *Tratado de la esfera*, escrito por su cuñado Duval, y publicó el mapa del mismo, ó sea la *Gran Carta geográfica de Francia*, en cuatro hojas. Los trabajos del P. Plácido son : *El curso del Danubio*, en tres hojas.— *La Alemania y la Flandes francesa, la Saboya, el curso del Pó*, en cinco hojas.—*Los puertos de Francia, Italia y los Países-Bajos católicos.* El retrato de este geógrafo fué grabado por Langrois en gran fólio; mas se ha hecho sumamente raro, pues segun parece los Agustinos inutilizaron la plancha, descontentos porque el P. Plácido se habia hecho retratar con una larga barba.— M. B.

PLACIDO DE VILLALOBOS. Era natural de España y muy probablemente de Valladolid, puesto que en esta ciudad tomó el hábito y profesó en la sagrada religion de S. Benito. Teniendo noticia de que las casas que habia de esta Orden en Portugal se hallaban algun tanto desarregladas, el General de la religion, que entónces estaba en Valladolid accidentalmente, dispuso pasasen á aquel punto algunos religiosos de reconocida virtud y sabiduría, para proceder á la reforma de los conventos que lo necesitasen. El P. Plácido fué uno de los que por su mérito obtuvieron esta notable distincion; y pasando con sus compañeros al reino lusitano, dieron principio á la reforma y establecimiento de la congregacion de S. Benito, siendo nombrado general de la dicha Congregacion por el año 1550. Murió en el convento de Monserrat el dia 31 de Diciembre de 1568.— M. B.

PLACIS (María de). Era natural de Portugal é hija del marqués de Villareal. Aunque por su nacimiento, nobleza y riqueza de su familia el mundo

le ofrecia proporciones muy brillantes, ella prefirió buscar la felicidad en el silencio de los claustros y seguir á Dios por el camino de la perfeccion. Tomó al efecto el humilde hábito de la órden de S. Francisco en el convento de Sta. Clara, de la ciudad de Santarem, donde por su fe, su esperanza, su caridad y todo género de virtudes logró merecer notable fama de beatitud. Murió en el mencionado convento el dia 13 de Julio de 1563, obteniendo por su santa vida la distincion de que su nombre se conmemore en dicho dia en los Martirologios de la Orden, como una digna y virginal esposa de Jesucristo, y como una de las más bellas flores que esmaltan el franciscano jardin.—M. B.

PLACO (Fr. Andrés), franciscano. Fue natural de la ciudad de Maguncia (Alemania), donde tomó el hábito de los menores observantes, y siguió los estudios bajo la direccion del celebre P. Fr. Nicolás Hebron. Desempeñó el cargo de comisario de la Orden, y escribió y publicó las siguientes obras: *Lexicon bíblico*; importante obra impresa en Colonia, año 1543, en un tomo en fólio.—*Difficiliorum et græcarum et hæbraicarum omniusque peregrinarum dictionum in Genesi libro interpretatione*; Roma, 1694.—*Institutiones grammaticæ hæbraicæ*; Viena, 1552.—*De vocalibus et accentibus et iis quæ ad rationem legendi hæbraicè pertinent*. Ignórase el año de su muerte.—M. B.

PLAGASE (Fr. Marcos). Nació en Castellamare, notable poblacion situada cerca de Nápoles, á principios del siglo XVI, y entró muy jóven en el convento de PP. Predicadores de la mencionada ciudad de Nápoles, y que lleva el título de Real de Sto. Domingo. Estudió en el dicho convento, dando tales muestras de su clarísimo ingenio, que en breve llegó á ser lo que vulgarmente se llama un oráculo; pues nada hubo tan oscuro en las escuelas, tan recóndito en las letras, ni tan intrincado en los casos de conciencia, que él no resolviera con la mayor claridad y con una pericia digna de los más esclarecidos doctores. Fué maestro de sagrada teología, y rigió no solamente el estudio general de su convento, sino que fué agregado al colegio ó cuerpo de doctores de la universidad, de los que alguna vez fué decano, leyendo por muchos años en la cátedra de teología. Tambien fué prior del convento de S. Pedro mártir de Nápoles, y administró como prefecto la provincia del reino de Sicilia, erigiendo el convento de su Orden en su patria, Castellamare. Murió por los años de 1596, dejando escritas, pero no publicadas, muchas lecciones de filosofía y teología, las cuales se las repartieron sus alumnos entre sí: y dícese que por un largo espacio de tiempo se valieron de ellas para enseñar dichas ciencias en los colegios y cátedras, granjeándose los que las publicaban como suyas la reputacion de sabios y distinguidos autores. M. B.

PLAGIS (Fr. Antonio de), franciscano. Fué natural de Portugal y de un pueblo en la provincia de los Algarbes. Habiendo tomado el hábito de la re-

gular observancia y seguido los estudios, descubrió tanto talento y disposicion, que puede decirse fué un admirable portento en sus dias. Elocuente predicador, manifestaba al pueblo las eternas verdades con una precision tal, que convencia los ánimos más incrédulos y empedernidos, y hábil intérprete de las sagradas Escrituras, con el mayor acierto y claridad quedaban resueltas cuantas cuestiones se le proponian por muy árduas y delicadas que fuesen. Desempeñó varias cátedras en el seminario de Varatojo, y fué primer predicador apostólico del mismo. Con su ejemplo y sus pulabras supo conducir las almas por el camino de la salvacion, y en prueba de su asombrosa fecundidad dejó á los siglos futuros las notables obras siguientes: *Schola pœnitentiæ et flagellum malorum*, primera parte; Lisboa, 1683.—*Lacrymis ferentes amoris divinis;* Lisboa, 1683. —*Opera spiritualia*; 1701. Esta es una coleccion de opúsculos que llevan los siguientes títulos: *Gemitus spiritualis.— Clamoris tubæ cœlestis.—Exercitator animæ in culpa dormientis.—Soliloquia actus resignationis.—Actus varii contritionis.—Oratio ad cor Christi.—Instructiones missionarorum.— Via sacra succinta.— Quotidianum exercitium veri spiritus. Duæ auctoris orationes.—Soliloquium ad inflamandam animam.— Orationes ad Deum in desolationibus.—Luces spirituales ad directionem animarum. Schola Christi ejusque exercitia.—Scala spiritualis.—Quindecim perfectiones necessariæ ad servendum Deo.—Præparatoria ad communionem.—Verba contra tentationes dæmonum.—Renuntiatio omnimoda.—Hebdomada spiritualis. Expositio orationis dominicæ: speculum speculi ad viam unitivam.—Collactiones amoris sancti cum morte.—Signa perfecti amoris divini.—Exercitia mortificacionis per universam hebdomadam.— Oratio brevis pro sancta orationis adquisitione.— Oratio pro consecutione amoris sancti.—Opúsculo sobre el último fin y el sumo bien*, escrito en idioma vulgar. Publicó además un tomo de sermones en el año 1690. Este fecundo escritor vivia aún á principios del siglo pasado, sin que conste fijamente la época de su fallecimiento.—M. B.

PLAGIS (Catalina). Fué natural de la ciudad de Salamanca, hija de nobles padres y recibió una educacion muy esmerada, la que unida á su buen natural y precoz inteligencia la hizo, como la María del Evangelio, elegir la mejor parte, y al efecto á la edad de quince años renunció completamente al mundo, tomando el hábito de la órden de S. Francisco en el convento de las Descalzas de dicha ciudad de Salamanca, donde brilló tanto por su piedad y su virtud, como por su no comun ilustracion. Escribió varios versos espirituales de notable mérito, los cuales se insertaron en el libro de las fundaciones del mencionado convento, impreso en dicha ciudad en 1696. Catalina murió el dia 6 de Febrero del año 1717, mereciendo gran crédito y fama de santidad, por la ejemplar virtud que habia demostrado durante su permanencia en el claustro.—M. B.

PLAGIS (Sor María de). Era natural de Salamanca y vivia por los años de 1679 en el convento de religiosas descalzas de S. Francisco de la mencionada ciudad, donde obtenia notable fama por la santidad de sus costumbres, su extremada piedad y sus angélicas virtudes. A instancias de su confesor escribió su vida, que no llegó á publicarse, y una carta dirigida á la Seráfica Religion, la cual fué inserta en el IV tomo de las fundaciones del mencionado convento, impreso en el año 1696. Se ignoran las demás circunstancias de la vida de esta ejemplar religiosa. —M. B.

PLAGIS (Fr. Vicente de), franciscano. Fué natural de la ciudad de Lisboa en Portugal, donde tomó el hábito de la estrecha observancia de la órden de S. Francisco, aprovechando tanto en los estudios, que llegó á ser un consumado teólogo. Fué calificador del Santo Oficio, examinador de las órdenes militares del reino y cronista por la religion de su provincia de San Antonio de Lisboa. Floreció á mediados del siglo XVII, y escribió en latin la primera parte de la crónica de dicha provincia, que no consta haya visto la pública luz. —M. B.

PLAISANT ó PLACENCIUS (Juan Leon). Fué religioso del órden de Santo Domingo, y pasó la mayor parte de su vida en Maestrich, donde se cree murió por los años 1548. Ha dejado escrita la obra titulada; *Cathalogus omnium antistitum Tungrenium, Trayectenium et Leodiensium*; Ambéres, 1529, y Amsterdam, 1635. Esta obra es un compendio histórico de todos los obispos de Tongres y de Lieja hasta Erard, conde de la Marck. El autor, crédulo en demasía, incluyó en ella todas las fábulas que encontró en las antiguas crónicas. Tambien escribió el original poema latino, que consta de trescientos sesenta versos y que tituló: *Pugna porcorum*, el cual ofrece la particularidad de que todos los versos principian con la letra P, y á fin de que todos estuviesen en armonía, el autor se puso el nombre de *Publius Porcius*. Dicho poema se imprimió en Ambéres, en 1530, en un volúmen en 8.° —M. B.

PLAK (Francisco Jacinto). Nació en Bretaña en 1652, de una noble y antigua familia. Hizo sus estudios en París, donde recibió las órdenes sagradas, y revestido ya del carácter sacerdotal, regresó á su patria, siendo elevado por su virtud y su nacimiento á la silla episcopal de Quimper en 1707. Se le debe la construccion de la bella iglesia del seminario de esta ciudad, en la cual murió en el año 1739. La disciplina y la liturgia de su iglesia le son deudoras de los estatutos y reglamentos sinodales del obispado de Quimper, que coleccionó con sumo esmero y publicó en 1710. Tambien escribió una interesante obra, titulada: *Proprium Sanctorum diœcesis leonensis*; 1736, en 12.° A los cuidados de este virtuoso prelado se debe tambien la publicacion de la *Coleccion de Actas* de los señores cardenales, arzobispos

de Francia, en las reuniones que tuvieron para la aceptacion de la Constitucion. Estas actas se publicaron en 1714, en un tomo en 12.°— M. B.

PLAN Carpin (Juan), monje italiano. Fué compatriota y amigo de San Francisco y uno de los más infatigables é intrépidos religiosos menores de su siglo, habiéndose hecho célebre por el viaje que hizo al Asia y por la relacion que hizo del mismo. Nació por los años de 1182, en Plano Carpino, llamado hoy Plano della Maggione, localidad situada en el camino de Perusa á Cortona, y se cree pertenecia á la familia de los señores de aquella poblacion. En 1211 fué encargado de difundir por la predicacion las doctrinas de su Orden. Se le nombró provincial de la misma en Alemania, y recibió en 1230, de sus hermanos los franciscanos, la comision de asistir á la traslacion del cuerpo de su santo fundador. Tambien obtuvo la direccion de la provincia de España, y el papa Gregorio IX le envió como provincial á las misiones de Berberia. A su vuelta se le hizo custodio de su religion en Alemania. El papa Inocencio IV, que estimaba mucho sus buenas disposiciones, le envió en clase de nuncio cerca del emperador del Mogol, empresa atrevida que Carpin aceptó sin dudar y sin temor á los grandes peligros que iba á correr en aquellos tiempos atrasados, en que las comunicaciones eran tan difíciles y las travesías tan peligrosas. Este viaje tiene la notable particularidad de haber sido hecho todo por tierra á la ida y á la vuelta. Salió Carpin de Lion para cumplir el encargo del Pontífice el 16 de Abril de 1245, primer dia de Pascua, acompañado de otros dos franciscanos, que eran Esteban de Bohemia y Benito de Polonia, y de algunos cuantos domésticos, la pequeña caravana atravesó la Alemania, la Bohemia, la Polonia, y la Rusia: cruzó parte de la Siberia, pasando por medio de las tribus de los tártaros de Kief y por los campamentos de varios jefes mongoles, hasta llegar á la presencia de Batú, Kan de Kipdchak, quien quedándose con algunos individuos de los que formaban la caravana, hizo acompañar á los restantes hasta Syraordon, residencia del gran Kan Kouyouk. Siguiendo su camino llegaron hasta los últimos límites del país de los Komaus y á las riberas del rio Ural, visitaron las arruinadas ciudades del Turquestan, pasaron las tierras de los Noymanes y llegaron bien fatigados á Syraourdon, distante una media jornada de Ordac Valik, ciudad imperial de Karakorum. Llegaron á tiempo que se verificaba la eleccion de un gran Kan, y fueron recibidos por la misma Emperatriz, que los hizo la más grata acogida. Como representantes de tan alto soberano asistieron á la eleccion del de aquellos países, y habiendo desempeñado su encargo y entregado sus cartas, recibieron contestacion del gran Kan al Pontífice, escrita en latin, y volvieron á emprender su viaje, despues de haber sido espléndidamente obsequiados al estilo del país con ropones de seda, forrados de piel de martas, y con caftanes de ho-

nor. Cerca de tres años despues de su partida entraron en la ciudad de Lyon. La respuesta del gran Kan al Pontífice era verdaderamente curiosa. Estaba llena de expresiones lisonjeras hácia el P. Carpin, y rogaba que se le enviasen consagrado ya de obispo; pero desde el Ródano hasta Syraourdon hay siete mil leguas lo ménos, y Carpin se encontraba ya muy viejo y muy fatigado para emprender segunda vez aquel penoso viaje. Corria el año 1254, y sintiendo próximo su fin, se ocupó con sumo ardor en escribir la relacion de su viaje, del que se sacaron muchas copias y se hicieron diferentes traducciones. La Biblioteca Real de París posee dos manuscritos de dicho viaje, la de Leiden uno y el Museo Británico otro. Hakluyt ha publicado un ejemplar y Vicente de Beauvais consagró treinta y un capítulos á Carpin en su *Speculum historiale*. Todas las pruebas de autenticidad estan á favor del manuscrito de Leiden, que se cree ser el original, y que sucesivamente perteneció á Petan, á Duchesne y á Vossius, habiendo sido en estos últimos tiempos publicado en las memorias de la Sociedad de Geografía de París, donde hemos podido consultarle.—M. B.

PLANA (P. Dionisio). Pertenecia á la Compañía de Jesus, y era natural de la provincia de Barcelona, no constando de qué pueblo ni á punto fijo la época en que vivió, citándose únicamente por ser autor de un *Tratado Teológico* en tres volúmenes en 4.°, que en el año 1836 se conservaba aún este manuscrito en la Biblioteca episcopal de la citada ciudad de Barcelona. —M. B.

PLANA (Fr. Eugenio), religioso franciscano, célebre por su vida y virtudes. Floreció en el siglo XV, y se distinguió mucho en la predicacion, contribuyendo á propagar su Orden, por lo que obtuvo el gobierno de varios conventos por el fundador. Todos los cronistas elogian sus hechos y le mencionan de la manera más honorífica. — S. B.

PLANA (Fr. Francisco). Fué natural de la villa de la Almunia de Doña Godina, provincia de Zaragoza, y pertenecia á la órden de San Francisco, en la que fué lector de teología, cronista de la provincia de Aragon por lo que respecta á dicha Orden, y examinador sinodal del obispado de Jaca. Desempeñó tambien el cargo de guardian del convento de S. Diego de Zaragoza. Se ignora el año de su muerte, pero se sabe que existia á mediados del siglo XVIII. Se conoce de él la obra titulada: *Apologia pro immunitate collegii sancti Didaci Cæsaraugustani;* Zaragoza, 1730.— M. B.

PLANA (Gerónimo). Fué natural de la isla de Mallorca, y perteneció á la religion de Menores de S. Francisco de la estrecha observancia. Fué prefecto de su provincia de San Juan Bautista y lector en varios conventos de la Orden. Escribió y publicó las obras siguientes: *Exámen de revelaciones verdaderas y falsas de los raptos;* Valencia, 1634.— *Sermones varios;* Mallor-

ca, 1623. Murió en Mallorca en un convento de Cartujos, á cuya Orden se habia pasado. — M. B.

PLANA (Fr. Guillermo), religioso mercenario del convento de Barcelona, fué en 1317 uno de los sacerdotes nombrados para electores en el capítulo general de la Orden que se reunió entónces en la referida casa de Barcelona, y en que salió electo por maestro general de la Orden el Rmo. P. Albert. Tambien tomó parte en otros actos de su religion, en los cuales manifestó el grande celo de que se hallaba animado por su gloria y prosperidad, como no podia ménos de estarlo un religioso que como Plana pertenecia á una de las familias más nobles de Cataluña, y habia dado desde su primera juventud inequívocas pruebas de sus virtudes y vasta capacidad. Y en efecto, se hallaba dotado de ambas cualidades, como se infiere de la escasa mencion que hace de él la crónica de su Orden, aunque el P. Vargas lo hace con alguna más extension refiriendo sus grandes virtudes, á que da el merecido elogio, su caridad para con los pobres y en particular para con los cautivos, en cuya libertad trabajó con notable celo, aunque positivamente no consta fuese nunca redentor, puesto muy ambicionado, y que ni entónces ni despues se concedió con grande facilidad, por ser generalmente dos los redentores que marchaban de cada provincia, es decir, las de Castilla y Aragon, únicas que llegó á tener esta Orden miéntras el número de religiosos era naturalmente céntuplo. Así pues los beneficios hechos á los cautivos pueden mirarse más bien por limosnas que reunió para su rescate, en lo que anduvo muy acertado, que no en que tomase parte en aquel acto, objeto principal de su religion; pues no consta saliese nunca de Barcelona, ni desempeñase otro cargo que el referido de vocal en el citado capítulo. Terminó con gloria su larga carrera en su convento de Barcelona, donde fué inhumado, conservándose su memoria por largo tiempo como un modelo de perfectos religiosos. — S. B.

PLANA (D. José Boneta y). Nació en Zaragoza en 1638 de una muy noble familia. Estuvo emparentado con las más ilustres familias de Aragon contando entre sus deudos á D. Fr. Jacinto de Aranaz, arzobispo de Oristan. Siguió sus estudios en Zaragoza, y fué el primer seglar comensal del colegio de S. José de carmelitas observantes, por gracia especial de su fundador que le eligiera en 1659, y cuyo fundador, que era el P. Lumbier, despues de haber sido el maestro fué siempre el protector de Plana. Su arreglada conducta le hizo conciliar este cargo con la asistencia á la Universidad, y así adelantó á un mismo tiempo en las ciencias y en el santo temor de Dios, ayudándole mucho el hallarse dotado de una condicion suave y del genio más apacible. Acabados sus estudios, recibió el grado de doctor en teología en la universidad mencionada, y acto continuo se ordenó de sacerdote, obteniendo en 25

de Agosto de 1674 una de las raciones fundadas en la Seo de Zaragoza por D. Francisco Liñan, la que sirvió con notable piedad y celo, desempeñando al mismo tiempo varios empleos honoríficos, que se le confirieron á causa de la ejemplar conducta que siempre observó sin alterarla en lo más mínimo, y de sus desvelos por el servicio de Dios y el aprovechamiento espiritual de sus prójimos: cualidades que resaltan en cuantas obras dió á luz. Murió en 1714 dejando publicados los siguientes libros. — *Cursus philosophicus continens summulas, logicam, phisicam, libros de generatione et anima, cœlo et metheoricus per tironibus perficiendis ex cursantibus per collegam carmelitarum collegii sancti Josephi adoptatus et breviatus*: Zaragoza, 1675, en 4.°—*Vidas de santos y venerables de la religion de nuestra Señora del Cármen, de la antigua observancia*, obra dedicada á D. Juan Antonio Liñan: Zaragoza, 1680 en 4.° — *Vida ejemplar del V. P. Maestro Fr. Raimundo Lumbier, del órden de nuestra Señora del Cármen de la antigua observancia, tratado histórico y panegírico dividido en tres partes.* En la primera trata de sus virtudes, en la segunda de sus prendas, y en la tercera pone los elogios que en prosa y verso han hecho de él los mejores ingenios de España, dedicada á la ilustrísima señora Condesa de Fuentes; Zaragoza, 1687. — *Oracion continua fúnebre panegírica al reverendo P. Fr. Raimundo Lumbier*, en el solemne cabo de año que le celebró su colegio de S. José de Zaragoza. — *Gritos del purgatorio y medios para acallarlos, libro primero y segundo, dedicados á la Virgen santísima del Cármen;* Zaragoza, 1689, en 8.° Esta obra fué tan bien admitida que se reimprimió repetidas veces en España, se tradujo al italiano y al francés, y se imprimió en caractéres chinos, traducida por el padre misionero Fr. Francisco Hermosa. — *Crisol del crisol de desengaños, compendio adecuado del libro de la diferencia de lo temporal y eterno*, dedicado al Verbo Eterno encarnado; Zaragoza, 1700. Se reimprimió en Barcelona y en Madrid. — *Gritos del infierno para despertar al mundo*, dedicados á quien está en pecado mortal; Zaragoza, 1706. Se ha reimpreso muchas veces en toda España. — *Gracias de la gracia, saladas agudezas de los Santos, insinuacion de algunas de sus virtudes y ejemplos de la virtud de la eutropelia*, primera parte, dedicada á quien está en gracia de Dios; Zaragoza 1707, reimpresa despues en Madrid y otras partes. La continuacion parece que no ha llegado á ver la luz. Escribió tambien y predicó con general aceptacion muchos sermones así de cuaresma como de otros varios asuntos, y asimismo una multitud de poesías latinas y castellanas, cuya mayor parte permanecen ignoradas y que solo eran conocidas en el círculo de sus amigos, á quienes repartia algunas copias. — M. B.

PLANA (Fr. Luis). Era religioso en el convento de S. Juan Bautista de Etampes en la diócesis de París, y segun ligeramente indican algunos cro-

nistas de su Orden, nacido de ilustre sangre y uno de los que más se distinguieron en aquel monasterio por su virtud y por el fruto espiritual que de sus trabajos sacaba. Vivia en la fatal época en que la Francia se vió destrozada por las guerras religiosas á la par que políticas, y en la que los herejes calvinistas, enemigos jurados de todos los que profesaban y defendian la integridad de las doctrinas católicas, se ensañaban crudamente con los fieles que caian en sus manos. Habiendo, pues, invadido la poblacion de Etampes una banda de estos herejes, asaltaron el convento de los menores franciscanos, dispersaron á los religiosos y destruyeron el edificio hasta dejarle reducido á un confuso monton de ennegrecidos escombros. Fr. Luis, en vez de buscar su salvacion en la fuga, permaneció animoso en su puesto prefiriendo la muerte á la defeccion, y arrodillado ante las ruinas del altar donde con tanta honra y devocion se habia adorado al Señor de cielos y tierra, aguardó á los enemigos, que no tardaron en llegar en busca de aquella indefensa oveja para consumar el sacrificio. Diéronle infinitas estocadas, y abriéndole en su cuerpo mil sangrientas bocas hicieron salir su bendita alma, que voló al cielo á recibir la corona del martirio. Murió el 29 de Julio de 1568. — M. B.

PLANA (Fr. Roque). Nació en Molinos, diócesis de Zaragoza, sin que conste el año. Desde muy jóven se apartó del siglo tomando el hábito en la órden de la Santísima Trinidad, donde muy pronto se dió á conocer ventajosamente por la observancia de su instituto y por su aplicacion al estudio. Fué profesor para la Orden en toda la provincia de Aragon, y en 1739 defendió conclusiones de teología en el capítulo provincial celebrado el dicho año. En 6 de Febrero del mismo fué recibido como doctor en el claustro de la universidad de Zaragoza, en la que hizo oposicion á varias cátedras, distinguiéndose por sus brillantes ejercicios como por su facilidad en la enunciacion de la palabra divina. Fué ministro del convento de S. Lamberto de la ciudad de Zaragoza, dos veces regente de estudios, rector de su colegio, definidor de provincia, provincial por dos veces en la de Aragon, elector general, examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza y de los obispados de Lérida, Barbastro y Barcelona. En su vida privada era sumamente ejemplar y virtuoso. Fué devotísimo de Sta. Inés, y ayunaba á pan y agua en la víspera de la festividad de esta Santa. Notóse como un prodigioso favor de la dicha Santa que hallándose postrado en el lecho en su última enfermedad con una fuerte calentura que le ocasionaba un continuo delirio, se despejó súbitamente su inteligencia en la vigilia de la festividad de la indicada Sta. Inés y pudo recibir los santos sacramentos. Murió en su colegio de Zaragoza el dia 31 de Enero de 1779. Escribió y publicó: *Voz alegórica de la Iglesia en aplauso de la pureza de María Santísima en su Concepcion.* — *Oracion sagrada que pronunció en su festividad en la iglesia del convento de S. Francisco de Zaragoza,*

año 1749, imprimiéndose en el mismo y en dicha ciudad.— *Disertacion académica del buen gusto en la oratoria sagrada, ilustrada con una oracion moral que dicta el modo de oir con fruto la palabra divina*; Zaragoza, 1763. Este discurso le escribió con motivo de ser individuo de la Academia del buen gusto en las Ciencias, que se fundó en Zaragoza en casa del conde de Fuentes y bajo la inmediata proteccion de este señor. Publicó además, coleccionados en un tomo, todos los sermones panegíricos y de cuaresma que habia predicado con general aceptacion, no solo en la santa iglesia metropolitana de Zaragoza, sino tambien en otras varias del reino. — M. B.

PLANA (Isidoro), sacerdote, natural de la villa de Puzol, provincia de Valencia. Fué colegial de beca en el del Corpus Christi de la misma provincia, donde obtuvo despues los empleos de ayudante de sacristan, maestro de ceremonias y penitenciario, en cuyo desempeño continuó hasta su muerte ocurrida en 3 de Noviembre de 1729. Fué muy aficionado á escribir los sucesos que ocurrian en su tiempo, y aunque en sus libros hay muchas cosas inútiles y otras que se hallan apasionadamente escritas, en cambio contienen muchos trozos instructivos y curiosos, que pueden servir de apuntes para la historia. Las obras que se conocen de él son las siguientes: *Repertorio de varias y raras cosas sucedidas especialmente en esta ciudad y reino de Valencia y en España y otras partes.* Empieza desde mediados del siglo XVII y llega hasta el año 1727. No llegó á imprimirse, y se conservaba manuscrito en la librería del Real convento del Cármen de la ciudad de Valencia en un tomo en fólio.—*Sucesos fatales de la ciudad y reino de Valencia, ó Manual diario de lo sucedido desde el año* 1705 *hasta* 1729. Esta obra consta de cinco tomos en 4.°, escritos todos de su puño y letra, que tambien se conservaban manuscritos en el colegio del Corpus Christi.— *Origen de la fundacion del Colegio, Seminario ó Recogimiento de los niños huérfanos de S. Vicente Ferrer de la ciudad de Valencia.* Le escribió en un tomo en 4.° en el año 1720, y se guardaba tambien manuscrito en el Real convento de Predicadores de dicha ciudad. — M. B.

PLANA y Castillon (D. José). Nació en 17 de Julio de 1717 en la villa de Benavarre, de muy distinguida familia y de muy noble linaje. Estudió en la ciudad de Huesca, donde cursó las humanidades y literatura y recibió el grado de doctor en ambos derechos. En 30 de Octubre de 1753 obtuvo por merced que le hizo S. M. una racion de mensa en la iglesia metropolitana de la Seo de Zaragoza. Obtuvo despues la dignidad de arcediano de Ledesma en la santa iglesia catedral de Salamanca, y desempeñó los cargos de vicario general y provisor de esta diócesis, siendo electo obispo de Tarazona en 26 de Setiembre de 1766. En el siguiente año, y á causa de los graves sucesos que ocurrieron y que motivaron la expulsion del reino de los Padres

regulares de la Compañía de Jesus, fué llamado al Consejo extraordinario de S. M. siendo uno de los cinco prelados que hubo en su seno, y en cuyo Consejo se distinguió por su integridad y por su recto juicio en la decision de todos los asuntos que se sujetaron á su exámen, y muy particularmente en las acusaciones que se instauraron contra el Ilmo. Sr. D. José Climent, obispo de Barcelona; acusaciones de tal gravedad que no pudo ménos el Rey de mandar pasasen á ser examinadas por su Consejo extraordinario, habiendo tenido lugar este suceso el año de 1788. Terminada su mision en la corte volvió á desempeñar el gobierno de su diócesis, lo que ejecutó con paternal desvelo y tierna solicitud, mostrándose en todo muy exacto y caritativo. Murió en Tarazona el dia 8 de Mayo de 1795, y fué sepultado en la santa iglesia de la misma ciudad. Durante su administracion apostólica escribió algunas cartas pastorales y varias instrucciones para la observancia de muchos puntos de fe y cumplimiento de disposiciones de la Santa Sede, de las cuales las más importantes son las siguientes: *Carta pastoral á las superioras y demás religiosas de los conventos de su filiacion, á sus directores espirituales, etc., en satisfaccion al encargo del Supremo Consejo de Castilla, participado á 23 de Octubre de 1767, para impedir cualquiera profanacion que perturbase lo tranquilidad de aquellos claustros por causa de seduccion é induccion en órden al regreso de los regulares de la Compañía, expelidos de estos Reinos*; Madrid, 1767.—*Instruccion y forma de reglar y certificar las relaciones de los diezmos y primicias que deben sujetarse á la contribucion del excusado en el partido de la santa iglesia catedral de Tarazona en virtud de la última concordia otorgada en 22 de Enero de 1777.*—M. B.

PLANA y Circuns (Dr. D. Pedro Nolasco). Fué natural de Barcelona, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, desempeñó los destinos de penitenciario y despues el de dignidad de enfermero de la santa iglesia de Tarragona. A mediados del siglo XVIII, y siendo canónigo penitenciario, tradujo del frances la *Perfecta Religiosa*, que se publicó en 1781 en un tomo en 4.° y en la que hay que alabar el buen deseo del traductor más que el feliz desempeño; pues poco versado en el idioma castellano, su trabajo fué poco estimado por los amantes de la elegante diccion y del lenguaje castizo.—M. B.

PLANAS (Sor Juliana), religiosa dominica tan digna por sus virtudes y santa vida del afecto de sus compañeras que la hicieron por dos veces prelada, cargo que desempeñó con notable ejemplo de observancia regular, siendo en los ejercicios particulares devota por excelencia de las cinco preciosas llagas de nuestro Señor Jesucristo, venerándolas y celebrándolas con todos los géneros de devocion que sabia y podia, y ofreciéndolas su alma continuas oraciones. Andando el tiempo fué Dios servido herirla de un mal de perlesía en la lengua, que la privó del habla y vivió muda muchos años.

Falleció despues en el mismo dia de Santa Juliana en que habia nacido, viéndose en ella un caso extraordinario: volvióla el habla, y dijo á una amiga que la curaba que en aquella hora la habian traido allí cinco cerezas. Admirada la enfermera de oir nombrar cerezas en Febrero, y pareciéndola delirio de una persona que se hallaba próxima á la muerte, porfió á la enferma que no sabia lo que decia; pero la aseguró que las habia puesto debajo de la cabecera y que allí las encontraria si las queria buscar y ver. Hallándose ya reunidas otras religiosas, obligadas por la tema con que afirmaba cosa tan fuera de tino, levantaron la almohada y hallaron donde decia, en lugar de cinco cerezas, cinco gotas de sangre fresca con que se hallaba teñido el lienzo en forma de cruz, lo que las causó cierto espanto, porque áun prescindiendo del dicho de la enferma no veian de dónde podia venir allí tal sangre, y les pareció un principio del premio por su devocion á las llagas y muestra además de la gloria que por ellas esperaba.—S. B.

PLANAT (Santiago). Fué doctor en derecho canónico, y era gran vicario del obispo de Bezieres por los años 1756. Se ignoran tanto las particularidades de su vida, como el punto y fechas de su nacimiento y de su muerte, citándosele tan solo por ser autor del excelente libro que lleva por título *Schola Christi*; interesante obra ascética, de la que el abate Chomel hizo una traduccion libre en francés en 1771.— M. B.

PLANC DU TIMEUR (Francisco Jacinto). Nació en 16 de Abril de 1662, de una noble y antigua familia de Bretaña. Terminados sus estudios, recibió las órdenes sagradas en París, y fué á Quimper, en donde no conociéndose su mérito, nadie le hizo caso y lo pasó con suma estrechez, hasta que el Padre Lachaise, que habia oido hablar de él muy ventajosamente, le designó para el obispado de Quimper, al que fué llamado en Diciembre de 1707. Este prelado hizo construir la bella iglesia del seminario de esta ciudad. La disciplina y la liturgia de esta iglesia le deben las obras siguientes: *Statuts et réglements synodaux de Queimper*; Quimper, 1710, en 12.° —*Proprium Sanctorum diœcesis Leonensis*; Saint Pol de Leon, Lesieur, 1736, en 12.° Hardouin reimprimió esta obra en Quimper el año 1660. Por el celo de este buen prelado y bajo su direccion se publicó tambien la obra siguiente: *Recueil des actes de Monseigneurs les Cardinaux, archevêques de France, pour l'acceptation de la constitution avec le mandement de Monseigneur l'evêque de Queimper;* 1714, en 12.° Murió este prelado el dia 9 de Enero de 1739, y fué enterrado en su iglesia, en la que se ve un obelisco, sobre el que se halla grabado su epitafio. —A. C.

PLANCHER (Urbano). Benedictino de la congregacion de S. Mauro. Nació el año 1667 en Chenus, en el Anjou, y terminados sus estudios tomó el hábito é hizo su profesion en la abadía de Vendome en 1685, donde enseñó

algun tiempo la filosofía y la teología á los jóvenes discípulos. El talento que desplegó en la cátedra le hizo ventajosamente conocido, y fué enviado en clase de superior á un convento de Borgoña, donde se aprovechó de su carácter para visitar detenidamente los archivos del Parlamento, del Tribunal de Cuentas y de diversas abadías, de los cuales sacó una multitud de cartas y documentos tan interesantes como desconocidos. Resuelto á trabajar en la *Historia de Borgoña*, hizo dimision de todos sus cargos y empleos, y se retiró á la abadía de S. Benigno en Dijon, dividiendo el tiempo entre el estudio y el desempeño de las funciones del sacerdocio. Murió en 22 de Enero de 1750, de edad de ochenta y tres años, despues de haber publicado la *Historia general y particular del ducado de Borgoña*, con notas, disertaciones y piezas justificativas, la cual consta de tres volúmenes en fólio, que fueron impresos en Dijon desde el año 1739 al 48, alcanzando la obra hasta el de 1419 con la muerte de *Juan Sinmiedo*. Plancher se habia asociado para realizar este trabajo con Alejo Salazar, que murió en 1766, dejando manuscrita la continuacion de la *Historia de Borgoña*, comprensiva hasta la reunion de esta provincia á la corona de Francia. Mas los censores encargados de revisarla la encontraron tan difusa cuando se trató de imprimirla, que fué preciso refundirla por entero. El benedictino Merlé fué encargado por sus superiores de terminar este trabajo, como lo verificó, escribiendo el cuarto tomo, que fué publicado en 1781. Aunque esta historia se halla escrita con un tanto de acritud, en cambio es muy abundante de detalles curiosos cuya minuciosidad han criticado varios autores por creerlos innecesarios; sin embargo, es muy exacta y se halla adornada con muchas láminas, tanto más preciosas en la actualidad, cuanto que los monumentos que representan fueron destruidos en los últimos años del siglo XVIII. —M. B.

PLANCHES (Des), protestante convertido en 1641.

PLANCHET (Guillermo). Nació en Tarascon en 1736. Dedicado á la carrera eclesiástica, manifestó desde luego las más felices disposiciones para el púlpito. Despues de haber predicado en varias ciudades de Langüedoc muchos sermones, que justificaron la buena opinion que de su talento se habia formado, fué llamado á París, y se le encargó de pronunciar el panegírico de S. Luis delante de la Academia de Ciencias. Su discurso tuvo un éxito admirable, por lo cual se le rogó permaneciese en la corte para predicar el sermon de la Cena delante del Rey, y luego el de Pentecostés en la fiesta que anualmente celebraba el capítulo de los caballeros del Espíritu Santo; pero una muerte prematura le impidió cumplir estos honoríficos encargos. No se conoce ninguna obra impresa del abate Planchet, más que el *Panegírico de S. Luis*, que se imprimió á expensas de la Academia. —M. B.

PLANCHETTE (Bernardo). Nació este religioso en Auvignac de la dióce-

sis de Reims, en el siglo XVII, y á los treinta años de edad se consagró á Dios en la congregacion de S. Mauro, en la que profesó el 5 de Agosto de 1637, viviendo en esta Religion hasta su muerte, ocurrida en S. Remi de Reims el 6 de Abril de 1687, edificando con su virtud. En 1652 hizo imprimir la Regla de S. Benito, en francés y en 4.°, cuya obra dedicó á la Reina, haciendo en el tomo III el elogio de los religiosos más ilustres que han profesado la *regla de S. Benito*. El año 1671 publicó en Caen en 12.° una *Historia abreviada de los milagros que pretenden haberse hecho en la abadía de S. Pedro sur Dive por la invocacion de María Santísima*, cuyo libro es una traduccion de un antiguo manuscrito de Haimon, abad de este monasterio. Tambien se conoce del P. Planchette un tomo en 8.° de *Panegíricos*, impreso en París en 1675, pues que fué excelente predicador. Segun Cerf de la Viéville, en su *Biblioteca histórica y crítica de los autores de la congregacion de S. Mauro*, murió Planchette á los setenta y un años de edad. — C.

PLANDOLIT (D. Benito). Fué natural del principado de Cataluña, sin que conste á punto fijo el lugar de su nacimiento. Habiendo seguido carrera literaria, luego que la concluyó desempeñó el cargo de mayordomo del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, que le concedió un beneficio simple. Fué sugeto muy aplicado y estudioso, y obtuvo los votos de sus conciudadanos para diputado á Córtes. Escribió algunos artículos en varios periódicos, siendo notable entre sus producciones el discurso titulado *El Egoismo*, que leyó en la junta pública general celebrada en 23 de Noviembre de 1797 por la Real Sociedad Económica de Sevilla, el cual se imprimió en esta ciudad en 1798. No consta á punto fijo la época de su muerte.— M. B.

PLANEDIS (Fr. Ponce). Fué natural de Cataluña, y se ignora el año y punto de su nacimiento, sabiéndose únicamente que floreció á principios del siglo XIII, recien fundada la órden de Predicadores, en la que tomó el hábito. Desde que entró en la Religion se dedicó con mucho afan al estudio, saliendo hábil y elocuente predicador, ocupándose mucho tiempo en la anunciacion de la palabra divina. Eran tan conocidas sus buenas prendas y gozaba de tan general estimacion, que faltando prelado en el convento de Lérida, de la órden de PP. Predicadores, le nombraron prior, desempeñando este cargo con toda la exactitud y puntualidad que á un buen religioso competia. En su tiempo era cuando más encendida se hallaba la persecucion de la Iglesia con motivo de la perniciosa herejía de los albigenses, que tantos estragos causó en Francia, y que se habia introducido en Aragon y Cataluña, haciendo muchos prosélitos, siendo necesario tomar alguna providencia para atajar el vuelo que en España iba tomando. S. Raimundo de Peñafort, confesor del rey D. Jaime, le aconsejó solicitase del Pontífice el permiso de introducir en sus estados el Tribunal de la Inquisicion para el descubri-

miento y castigo de los herejes; y aprovechando el Rey la coyuntura de partir el Santo á Roma, le encargó hiciese en nombre suyo la peticion al Papa, que entónces lo era Gregorio IX. Habiendo llegado S. Raimundo á la presencia del Sumo Pontífice, propuso su encargo, que fué resuelto favorablemente, despachándose las letras apostólicas en Spoleto el dia 26 de Mayo de 1236, disponiendo se encargase de establecer el tribunal de la Fe Don Aspargo, obispo de Tarragona. Celoso el Sumo Pontífice del bien de la universal Iglesia, no solo concedió el permiso como hemos dicho, sino que nombró inquisidores, siendo uno de ellos Planedis, por la buena fama que merecia y los excelentes informes que de él diera S. Raimundo. Nombrado inquisidor de Urgel, cuyo territorio era el que más poblado de herejes se hallaba, empezó á desempeñar su cargo con el más santo celo y rigorosa justicia, castigando á los sectarios relapsos ó rebeldes, y exhortando á los más dóciles para salir de su error, consiguiendo muchas conversiones con su evangélica elocuencia. Deseoso de restablecer la paz á la Iglesia y devolverla el perdido esplendor, hacia continua guerra á los herejes, predicando sin descanso y arrancándoles por medio de la conviccion una multitud de partidarios, de lo que vino á engendrarse tal odio en el alma de aquellos enemigos de la religion, que resolvieron acabar cautelosamente con el celoso Planedis, ya que no les era posible dañarle de otra manera. Con efecto, habiendo ido cierto dia á predicar en el lugar de Castellbo, que era una de las principales guaridas de los albigenses, consiguieron estos ganar al sirviente que preparaba la comida; y mezclando con ella un activo veneno, privaron de la existencia al fervoroso misionero, que sucumbió mártir de la fe, á cuya defensa se consagrára tan valerosamente. Ocurrió su muerte en el año 1262, y á causa de no haberse establecido aún convento de su Orden en la ciudad de Urgel, fué enterrado en la catedral con notable pompa, acudiendo multitud de fieles á rendirle los últimos honores como tributo debido á sus méritos y sus virtudes. Más tarde y con motivo de haberse obrado por su intercesion algunos milagros, fué desenterrado y puesto en un altar á la izquierda del coro en la iglesia de la mencionada catedral, dentro de una arca magníficamente decorada. — M. B.

PLANELLA (D. Pedro), obispo de Barcelona. Se ignora el punto de su nacimiento y las primeras particularidades de su vida, sabiéndose únicamente que era obispo de Elna en 1371, de donde fué trasladado á la silla episcopal de Barcelona, tomando posesion de ella en 18 de Mayo del antedicho año por sus procuradores Francisco Botella, prior de Sta. Eulalia del Campo y Pedro de San Amancio, canónigo hospitalario de Tortosa. Llegó á tomar personalmente la posesion y á prestar el acostumbrado juramento el dia 25 de Julio de 1372. Este Obispo fué contemporáneo de S. Vicente Ferrer, y en su

tiempo, padeciéndose una grande escasez de trigo, ocurrió la notable profecía que dicho Santo hizo predicando en una plaza pública, en la que anunció la próxima llegada de algunas naves cargadas de granos, como efectivamente sucedió cuando ménos se esperaba este socorro. El obispo Planellas verificó la traslacion del cuerpo de S. Olaguer, desde la capilla vieja de San Agustin á la de los Santos Inocentes, cuya traslacion se verificó en 4 de Noviembre de 1380. En el mismo año y por el mes de Julio habia trasladado el cuerpo de Sta. María de Cerbellon á una arca nueva, mandada construir por el rey D. Pedro IV de Aragon. Murió en 22 de Mayo de 1380, y fué sepultado en el coro de la catedral, en el cual haciéndose obra el año 1616 fueron hallados sus huesos, los cuales se colocaron en una urna de piedra al lado del altar que hay en el panteon ó enterramiento de los canónigos, donde aún se conserva, leyéndose en ella la siguiente inscripcion: *Petrus de Planella episcopus Barcinon. jacet in hanc urnam, qui obiit die* 22 *Octobris anno MCCCLXXXV.* Antes de morir este prelado, hallándose gravemente enfermo y sin esperanzas de vida, tratóse de su sustitucion, y al efecto en 6 de Octubre de aquel año escribió el infante D. Juan de Aragon al capítulo, rogando eligiese ó pidiese por obispo á Juan, arzobispo turritano, consejero y confesor de su padre D. Pedro IV. Lo mismo pidió este monarca repetidas veces, y en particular por su carta fecha 4 de Noviembre, exponiendo que era falso cuanto habia propuesto al capítulo el canónigo Ramon Torrelles en nombre del Rey, para que no saliera elegido el mencionado arzobispo Juan. Instó tambien la Reina por su parte, y en 10 de dicho Noviembre ambos soberanos escribieron á los canónigos, mandándoles que dilatasen la eleccion hasta su llegada á Barcelona, amenazándoles que de no verificarlo, les confiscaria sus bienes para la Cámara apostólica. Sin embargo de las súplicas, ruegos, órdenes y amenazas, el capítulo se reunió el dia 15 de Noviembre, y de comun acuerdo, y sin tomar en consideracion la persona que recomendaban los reyes, formularon su postulacion, pidiendo en ella los veintinueve canónigos, que componian el citado capítulo, para suceder al difunto D. Pedro, al tambien obispo de Elna, Raimundo Cescales, cuya peticion aprobó el Rey á pesar suyo. Aunque hemos dicho al principio de estos apuntes biográficos que se ignoraban los antecedentes del prelado Planellas, no cabe duda de que pertenecia á una distinguida familia, pues lo confirma la cátedra episcopal que se conserva en el coro, la cual fué construida á sus expensas, siendo una obra de gran mérito artístico, y en la cual campea el escudo de sus armas. — M. B.

PLANELLAS (Fr. Gerónimo), religioso benedictino del monasterio de Monserrate y uno de los piadosos solitarios que poblaron aquel monte, donde la piedad levantó un dia uno de los monasterios más célebres de Europa

y que áun hoy es visitado con profunda veneracion por naturales y extranjeros. Gerónimo habia nacido en Barcelona, segun algunos autores, aunque otros pretenden pertenecia solo á una familia del principado, ignorándose el lugar de su nacimiento. Desde sus primeros años manifestó un gran fondo de religiosidad, que cultivaron sus padres deseosos de verle un dia honrado en el sublime ministerio del sacerdocio; pero no era en este puesto donde pensaba brillar el tierno vástago, pues sus hábitos, que desde luego se descubrieron, de amor al retiro y á la soledad, le llamaron muy luego á diferentes destinos. Siendo todavia niño, huyó con otro compañero á un monte de los más ásperos de Cataluña, y allí, sin más compañia que las fieras, sin otro alimento que las frutas silvestres, se escondieron en una caverna, donde con una estampa de María Santísima que habian llevado, hicieron una especie de ermita donde comenzaron á dar culto á la Reina de cielos, culto candoroso y sencillo, inspirado por su inocencia y nacido de su ardorosa imaginacion. Pero algun tiempo despues desapareció el compañero de Gerónimo, encontrándose éste solo, sin atreverse á salir de su ermita, temeroso de no poder volver á ella como le habia sucedido á su amigo. Mas el hambre y las necesidades de la vida le hicieron al fin abandonar aquel asilo, donde entró y salió varias veces, hasta que la casualidad le hizo encontrar un verdadero ermitaño, quien informado de sus aventuras, adivinó su vocacion y le invitó á marchar con él, llevándole á su ermita, pobre casa oculta entre el fondo de las rocas, donde Gerónimo pudo ya aprender á alabar á Dios y á su Virgen Madre con armoniosos cánticos y rezos, más conformes á las costumbres de la Iglesia que los que habia empleado hasta entónces en su solitaria caverna. No tardó el anciano en tomar amor al niño, cuya sencillez y candor le agradaba en extremo, lo mismo que la facilidad que tenia para aprender cuanto le enseñaba. No era ciertamente el ermitaño un hombre vulgar. Desgracias de familia y las prácticas piadosas de su siglo le habian hecho huir á aquel lugar léjos del mundo y de los hombres, á quienes atribuia todos sus infortunios. Pudo así dar á Gerónimo una esmerada educacion y hacerle digno de ocupar un puesto en la sociedad, de la que hasta entónces habia, aunque instintivamente, huido. Comprendió tambien el dolor que tendrian los padres de su pérdida, y procuró hacerles saber su paradero, obteniendo su permiso para que siguiese en el género de vida que habia elegido. No tardaron éstos efectivamente en concedérsele, y tal vez hubiese muerto Gerónimo en aquellas soledades, si el gran número de solitarios que poblaban entónces á España, y ciertamente no todos con fines muy piadosos, no hubiesen obligado á sus monarcas á impetrar bulas del Soberano Pontífice para obligarlos á vivir en comunidad, sometiéndose á algunas de la reglas aprobadas por la Santa Sede. Gerónimo y su segundo padre, pues tal

nombre merecia el anciano ermitaño, decidieron retirarse á Monserrate, y vivir en algunas de las ermitas dependientes de aquel monasterio. Hiciéronlo así y tomaron el hábito de la Religion Benedictina, con grande alegría del primero, que desde aquel momento pareció nacido á una nueva vida, y llegado, por decirlo así, al colmo de sus esperanzas. El anciano se retiró á una ermita conforme habian sido sus deseos, pero los Padres del monasterio se negaron desde luego á que lo hiciese Gerónimo, pues prendados de su buena voz quisieron dedicarle á la capilla de música, que desde muy antiguo y compuesta de niños á veces de las primeras familias de Cataluña, se consagraban en aquel desierto á entonar noche y dia las alabanzas de María Santísima. Hizo el jóven los más rápidos progresos en su nueva profesion, llegando á ser con el tiempo uno de los más renombrados músicos de aquel monasterio, en cuyo ejercicio hubiera tal vez muerto, si renovados con la edad sus antiguos instintos no hubiese pedido licencia al superior para vivir en las ermitas, pasando de una á otra y entregándose en ellas á toda clase de actos de penitencia y devocion. Inútil es decir las prácticas piadosas á que se entregó en esta última parte de su vida. Desde su juventud, como hemos dicho, habia amado la soledad y el recogimiento; desde su juventud habia querido consagrarse á Dios en los lugares donde solo las aves se ocupan en sus alabanzas; unia, pues, su voz á la suya en tierno concierto, y por la mañana al salir el sol y al ponerse al anochecer, se le veia sentado á la puerta de su ermita entonar sublimes cánticos, que contrastaban en gran manera con lo salvaje del lugar, al señor de la naturaleza, al que ha criado las flores y los árboles, el cielo y la tierra, el bosque y la llanura, y establecido en fin la armonía en medio del caos en que sin su divina palabra permaneceria sumido el universo. Los monjes, asomados á las ventanas del monasterio, procuraban oirle todas las noches y mañanas, sintiendo al ver que su amor á la soledad le hacia retirarse á las ermitas más apartadas, donde su voz se perdia en los espacios sin que pudiesen gozar de sus melodiosos acordes. Solo algunos dias solemnes podian hacerle bajar al monasterio para formar parte del coro en la celebracion de los oficios divinos. Conforme fué entrando en años, ni esto pudieron conseguir, y cuando á fuerza de ruegos le hicieron bajar para una solemnidad extraordinaria, anunció que aquella seria la última vez que veria á María Santísima, como en efecto se verificó, pues á los pocos dias fueron avisados de que habia muerto, dejando mandado le enterrasen, como lo hicieron, á la puerta de su ermita. —S. B.

PLANES (P. D. Bernardo). Muy escasísimos son los apuntes biográficos, que se han podido obtener de este escritor, que acaso no se citaria á no haber publicado una obra muy apreciable, titulada *Concordia mística*, que salió á luz en Barcelona en 1667. En el dia es libro muy raro,

pues solo se halla en alguna que otra biblioteca sin que nadie se haya cuidado de hacer una nueva edicion. El autor era catalan y pertenecia á la órden de los monjes cartujos.— M. B.

PLANES (V. Fr. Francisco), religioso agustino, natural de San Vicente de Rus en el obispado de Solsona. Tomó el hábito en el convento de Torrella de Mongrí para religioso de la obediencia, mas pareciéndoles al prior y padre de aquella casa que no era á propósito para servir bajo este concepto, le quitaron el hábito de lego y le dieron el de donado. Pasó en esta clase al convento de Castellon de Ampurias, donde despues de haber servido algunos meses, dijo al P. Prior Fr. Francisco Pejoan, que si no le daba el hábito de lego se iria al convento de PP. Franciscos de la misma villa, donde se le habian ofrecido. Viendo su firme resolucion consultó el prior al P. Provincial, quien le autorizó para volverle á vestir el hábito de lego, hasta que cumplido el año de aprobacion, profesó solemnemente en 1.° de Noviembre de 1676. Apénas habia hecho profesion, cuando comenzó á manifestar sus sólidas virtudes, pues era tan grande su obediencia, que por árduo que fuera lo que so le mandase lo hacia con la mayor puntualidad. Vencia las mayores dificultades por hacer alarde de la obediencia que profesaba, y así no vacilaba en andar en invierno por los montes á pie, pasando frios y todo género de necesidades y peligros por pedir limosna para el convento, y en el verano le parecia suave el sufrir los más fuertes calores con tal que lo hiciera llevado de la obediencia. Fué muy abstinente en la comida consintiendo su sustento por lo general solo en pan, y si le preguntaban que si habia comido, respondia siempre que sí, porque no le obligasen á comer. Cuando iba á pedir limosna á la fortaleza de Rosas, se hospedaba en casa de unos hermanos de la Orden, que eran proveedores de la tropa, y no tomaba otro alimento en aquella casa sino pan de municion del más comun que comian los soldados, sin que pudiesen nunca hacerle comer otra cosa. Cuando pedia limosna, nunca comia del pan que le daban para los religiosos, sino pedia un pedazo aparte, y si se le daban comia, y si no pasaba todo el dia en ayunas. Estaba tan contento cuando le daban limosna, como cuando no se la daban, respondiendo á todo con grande igualdad de ánimo: *Sea por amor de Dios;* sus ayunos eran tan rigurosos como frecuentes. Fué muy asiduo en la oracion, que hacia con grande fervor; no olvidando nunca este santo ejercicio en las casas, en los caminos, ni en los templos. Cuando iba á las postulaciones, llevaba siempre consigo una imágen de nuestra Señora de los Dolores, y apartándose del camino, ponia á la Santísima Vírgen entre unas matas, pasando largos ratos en oracion. Cuando llegaba á algun lugar despues de haber recogido la limosna y cumplido con los demas preceptos que le habia encomendado la obediencia, se iba á la iglesia á

orar, y si estaba cerrada, se retiraba á un aposento de la casa donde se hallaba hospedado, y hacia allí oracion, de manera que, como dice el cronista; el primer alimento que tomaba era el del alma en la oracion, y despues le daba al cuerpo solo pan, y muchas veces pasaba la noche en oracion delante de la imágen de María Santísima de los Dolores. «Siempre que iba á Rosas, segun un testimonio de los hermanos de la Orden, entraba el siervo de Dios al anochecer en un aposento oscuro de la casa, y diciéndole se fuese á dormir á la cama que le tenian preparada, respondia que por amor de Dios le dejasen estar allí, y se quedaba en oracion toda la noche, en compañía de la Vírgen; lo mismo hacia en los otros lugares.» Era su oracion tan fervorosa que le vieron muchas veces como en éxtasis y fuera de sí, y cuando iba el siervo de Dios á pedir limosna á la villa de Selva, se retiraba á hacer oracion á la capilla del Santo Cristo, y cuando el sacristan iba á tocar á la oracion, le encontraba trasportado todo en Dios, lo que sabido por el rector, mandaba al sacristan le dejase estar allí toda la noche y no le dijera palabra, por lo que aquel venerable rector no se cansaba nunca en elogiar las virtudes de este religioso, siendo su constante panegirista. Muchas veces, dice el cronista, proveyó el Señor al convento de Castellon de Ampurias por los ruegos de su siervo. Es el convento muy pobre, y cuando le faltaba pan para comer, enviaba el prior á Fr. Francisco á casa de un rico labrador de la villa de Ampurias, llamado Jaime Font, que era uno de los principales bienhechores con que contaba el convento en aquel país. Iba el devoto hermano, y en llegando á la casa, se encerraba en un aposento donde habia una devota imágen de nuestra Señora, y poniéndose en oracion, se arrobaba luego, y se estaba así tres y cuatro horas. Decíale Font que fuese á llevar el pan al convento, que le esperaban los religiosos para comer, y contestaba con profunda humildad: «Déjenme estar aquí por amor de Dios, que á los Padres su Divina Majestad les proveerá;» y era así que en aquellas horas, movida la gente del pueblo por un especial llamamiento del Señor, llevaba pan y demás provisiones al convento para que comiesen los religiosos. Cuando estaba en el convento, á cualquier hora de la noche que le buscasen le hallaban siempre en la iglesia en oracion. Su humildad era tan profunda, que se creia inferior al último de los hombres. En 1679, estando un ejército francés en el término de Perolada, le dijo el prior fuese á pedir limosna á aquellas tropas, lo que hizo el Venerable, trayendo bastante dinero y dos cargas de harina que le dió el general del ejército. Miéntras andaba pidiendo limosna á los soldados, algunos de ellos, que eran herejes, le dirigian palabras afrentosas, y áun insultos más groseros, todos los cuales sufria con gran paciencia y humildad. Cuando le reñia su prelado, porque tardaba mucho en volver con la limosna, se postraba en tierra y decia con profunda humildad: «Perdone,

P. Prior, por amor de Dios, que ya veo soy un perezoso.» Era en extremo penitente, siendo rigurosos y continuos sus ayunos; ceñia ásperos silicios, y dormia descansando en un arca vieja con un poco de paja y una piedra por cabecera. Fué extraordinaria su pobreza; vestia un traje remendado, tenia una celda tan falta de adornos y desalquilada, que solo tenia en ella el arca en que dormia, á que llamaba su ataud. Su escasa comida consistia solamente en pan, como ya hemos dicho, y éste en tan pequeña cantidad, que parecia vivir de milagro. Su modestia era tan grande y tan admirable su vida, que solo con tratarle se convertian muchos, áun de los que se hallaban entregados al exceso de sus pasiones. Todo el tiempo que vivió este Padre en la Religion estuvo en el convento de Castellon de Ampurias encargado de la postulacion, y procurando en todas sus mortificaciones, ayunos y ejercicios imitar á S. Nicolás de Tolentino, de quien era muy devoto. Llegada la hora en que decidió su Divina Majestad darle el premio de sus trabajos, le envió una grave enfermedad, de la que despues de recibidos los santos sacramentos con gran devocion y lágrimas, y haciendo fervorosos actos de amor, entregó su alma al Redentor en 20 de Enero de 1686, dejando tan buena opinion por su santidad y virtudes, que apénas corrió la voz de que habia muerto el siervo de Dios, acudia la gente en tropel al convento á pedir á los religiosos les dieran algun pedazo del hábito de Fr. Francisco, y los que no habian podido conseguirlo, se arrojaban al féretro, cortándole pedazos de él; besábanle otros los pies y las manos, y todos decian á una voz que habia muerto un santo, y en vez de encomendarle el alma, se encomendaban á sus oraciones, pues tal era la fama que de virtuoso tenia este religioso. «Con estas honras, dice la *Crónica Agustiniana* al ocuparse de este siervo de Dios, y asistencia de todo el pueblo, fué enterrado el humilde y despreciado, el que áun para lego no le querian en la Religion á los principios. — S. B.

PLANES (Mosen Francisco). Nació en la villa de Puzol, provincia de Valencia, sin que conste la fecha, como tampoco la de su muerte, y fué cura mucho tiempo en el pueblo de Canet. Habiendo renunciado este curato, se retiró al pueblo de su naturaleza, donde escribió una obra titulada: *Historia de la santa Imágen al pie de la cruz*, que se venera en la iglesia del referido pueblo, cuya obra lleva la fecha de 1649, y se conserva manuscrita en un tomo en 4.° en el archivo de la parroquia de la mencionada villa de Puzol.— M. B.

PLANES (Fr. Gerónimo), religioso franciscano natural de Jaca en la isla de Mallorca. Tomó el hábito en la provincia de S. Juan Bautista á la edad de diez y siete años, é hizo el noviciado y profesó en el convento de S. Juan de Ribera de Valencia, siendo su guardian Fray Juan de Moya. Fué siempre un religioso de grande ejemplo y notable celo de la perfeccion, muy rígido

en su modo de vivir. Siendo provincial dos trienios y visitando en cada uno la provincia tres veces, caminaba á pié siempre que la necesidad no le obligaba á hacer lo contrario, y á pesar de sus grandes ocupaciones y continuas fatigas, observaba tanto rigor en sus viajes como cuando estaba tranquilo en un convento. Acostumbraba á retirarse por lo comun al convento de Santa Ana del Monte, que miraba como un sitio de recreo, y allí se preparaba para las cuaresmas que habia de predicar no solo con el estudio de las letras, sino con ejercicios de penitencia, oracion y mortificacion, siguiendo en todo los rigores y austeridades de aquella casa, así en ayunos, como en maceraciones, silencio y asistencia al coro; iba con frecuencia á predicar á Jumilla ántes de que se fundase convento en este lugar, y despues que predicaba se volvia á comer á Sta. Ana, á pesar de lo penoso del camino en particular en las estaciones de frio y calor. Fué mirado siempre como uno de los varones más eruditos que hubo en su época, siendo muy versado en las Sagradas Escrituras, como se deduce del libro que publicó, titulado *Exámen de revelaciones*, lleno de notables y muy curiosos lugares de la sagrada Biblia, aplicados con no ménos profundidad que acierto, cualidades que abundan tambien en algunos de los muchos sermones que dió á luz y predicó en Mallorca. La grande reputacion que obtuvo en estos cargos y en otros no ménos elevados, no tardaron en promoverle á superiores dignidades, y así cuando llegaron á su colmo las diferencias que se suscitaron en España sobre el nombramiento de vicario general de la religion de descalzos de S. Francisco, el papa Gregorio XV le eligió, por un breve que comienza *Alias volentes*, su fecha en Roma á 22 de Febrero de 1622, vicario general de todas las provincias descalzas de España é Indias, y en caso de que muriese ántes de la ejecucion de este oficio ó ántes del capítulo general futuro, nombra en lugar suyo á Fray Juan Gimenez. Del primero, dice la crónica que fueron tan notorias las prendas de sus lucidas letras y espíritu, que con justa causa echó mano de él el Sumo Pontífice para tan superior prelacia. Porque además de ser religioso reformadísimo y de grande celo en todo lo que era rigor de observar, tenía muy larga experiencia para la práctica del gobierno, por haberle ocupado la provincia desde muy mozo en muchos y graves oficios: siendo un curso lector de artes, tres de teología con grande renombre de escolástico, un trienio definidor, y muchos guardian de las más principales casas; dos veces custodio y otras dos provincial, y en todos los negocios árduos que se le ofrecieron á la provincia sobre fundaciones y otros asuntos fué su defensor. No dejando por muchas ni graves que fuesen sus ocupaciones el ejercicio del púlpito, en que se distinguió mucho. Hallándose, pues, en el convento de San Juan de la Ribera de Valencia en Marzo de 1622, llegó á su poder el breve, hallándose bien descuidado y ajeno á tal pensamiento. Mandóse publi-

car en el acto, no sin grave alteracion de los franciscanos observantes, en particular de su comisario general Fr. Gerónimo de Sena, que habiendo obtenido especial mencion de nuncio de Su Santidad para convocar el capítulo de la provincia de San Juan Bautista y presidirle, se dirigió en el acto á Valencia, donde enterándose de lo que contenian las letras apostólicas y del nombramiento de Fr. Gerónimo Planes, comenzó á trabajar para que desistiese de la vicaría, proponiéndole algunas razones bastante especiosas; pero como el negocio exigia mucha consideracion y consejo, respondió con palabras humildes y corteses, ofreciéndole que se hallaba pronto por su parte para atenerse á lo que, consultado bien el asunto, pareciera más conveniente; y de esta manera le fué entreteniendo hasta que habiéndose celebrado el capítulo partieron los dos á Madrid, donde se presentó Fr. Gerónimo Planes al Rey y obtuvo su Real licencia para poner en ejecucion el motu proprio de Su Santidad comenzando á desempeñar su cargo. Su gobierno fué, segun algunos autores, ménos suave de lo que convenia para ganar los ánimos, porque aunque muchos le siguieron desde luego, y Fr. Diego de Vera, padre de la provincia de San Pablo, en un defensorio que hizo sobre la ereccion de esta vicaría afirma que de las siete provincias descalzas de España, las seis de ellas dieron la obediencia á Fr. Gerónimo Planes, mas no faltaron Padres religiosos descalzos, que exasperados de la severidad que comenzó á manifestar en las patentes y despacho de su ministerio, creyeron que no convenia para regirlos y se lo manifestaron al P. Fr. Bernardino de Sena, comisario general de España, que se hallaba en la Corte haciendo por sí y el procurador general de la Orden vivas instancias á Felipe IV para que hiciese suprimir ó suspender la vicaría. El inconveniente de su rigor le habian notado ya algunos de sus más decididos partidarios, y hallándose en aquella sazon en Madrid Fr. Francisco Angosto, religioso de la provincia de San Juan Bautista y persona de tanta discrecion como talento, le aconsejó que hasta hacerse dueño de las voluntades y establecer con la mayor firmeza su oficio, moderase la severidad, y lo mismo intentó persuadirle Fr. Juan de Santa María, temiendo no se malograse por su excesiva entereza lo que habia costado tanto á la descalcez; mas como Fr. Gerónimo Planes era por naturaleza severo y rígido, aprovecharon poco sus consejos, viniendo á padecer censura, dice la crónica, de que aquel su intrépido espíritu y animoso celo tenia visos de presuncion y apariencias de alguna altivez, ó á lo ménos que no era apto para la prelacía, la cual requiere que lo dulce de la caridad temple lo agrio de la sujecion, pues el yugo de Dios es suave y paternal y amorosa su ley. Tenia contra sí por una parte esta objecion, pero la que intentaba más esforzada echarle de su puesto, era la familia de la observancia, y muchos padres graves de ella tomaron la pluma y escribieron contra la nueva ereccion de go-

bierno, condenándola como division y exencion contraria á la regla, y asímismo puerta de ambicion y relajacion. Aunque debieron excederse algo en esto de palabra y por escrito, sin embargo, como algunas razones tenian realmente fuerza, se la hicieron á S. M. habiéndole informado de ellas el comisario y procurador general para que procurase evitar bien inconvenientes é inquietudes que amenazaban; y así lo primero que hizo fué dar á entender á Fr. Gerónimo Planes cuán grato servicio hacia en desistir de la vicaría, y áun hay quien asegure que para que pudiese hacerlo con crédito y honra le ofreció una mitra. Mas como era un varon verdaderamente celoso de la honra de Dios y del bien y aumento de la religion, solo esto se le puso delante, y considerando las grandes dificultades que habian tenido que vencer los descalzos en tiempos anteriores para obtener lo que ya gozaban, resistió á la propuesta, excusándose modestamente por estar interesada toda la Orden descalza en ello, y temer que cualquiera daño que se siguiese se atribuiria á su inconstancia. Temió tambien contravenir á las intenciones de Su Santidad, declaradas en sus breves y motus proprios y otras cartas, en que se instaba de órden de Su Santidad en el efecto de su vicaría. Estando, pues, firmemente decidido á no abandonarla por su propia voluntad, y viendo el Rey que no podia conseguir su intencion por este medio, dió órden para que el nuncio con su autoridad apostólica, por las justas causas que concurrian, suspendiese el uso de la vicaría en el ínterin que resultaba respuesta de la consulta que habia hecho sobre el caso á Su Santidad, lo cual por ser muy conforme á derecho no pudo negárselo el nuncio; mas disponiéndolo con prudencia, propuso á Fr. Gerónimo Planes que convendria mucho al servicio de Dios y buen ejemplo y edificacion que alzase por entónces la mano de la administracion de la vicaría, dejando su definitivo establecimiento para el capítulo general, que se debia reunir en breve en Roma, donde teniendo presentes las razones que pudiese haber en pro y en contra y representadas á Su Santidad, ó le confirmase ó le absolviese de ellas. Aceptó con gusto como quien únicamente deseaba satisfacer á sus obligaciones, y se convino en ello con el P. General Cismontano, y el nuncio dió sus letras de este convenio y otras muy favorables y honoríficas al referido Fr. Gerónimo Planes, ordenando en ellas se guardase el debido decoro á su venerable persona. Volvió despues de esto á su provincia, donde no dejó de tener que sufrir algunos disgustos y mortificaciones, los que sobrellevó con mucha humildad y paciencia, hasta que al año siguiente de 1623, por el mes de Mayo, decidió embarcarse para su patria Mallorca, con intencion de permanecer allí hasta que llegase el tiempo de la celebracion del capítulo. Llegó á aquella isla por pascua del Espíritu Santo, y con el ejemplo de su virtud y celestial doctrina, llena de erudicion, fué admirable el aplauso que obtuvo, oyéndole

y reverenciándole como á un nuevo apóstol, y tanto le inflamó el Señor en el celo del bien de las almas, que predicó en ménos de un año en diferentes partes más de doscientos sermones, algunos de los cuales se imprimieron para norte de predicadores. Hizo además de esto otros muchos servicios á aquella isla, estableció vias sanas, animó á frecuentarlas, compuso negocios muy delicados, extinguió sangrientas enemistades, redujo gran número de pecadores á la penitencia, confesándoles en general, y llevó á cabo otras cosas dignas de un varon apostólico. Dedicado á estos ejercicios esperaba el término del plazo para ir á Roma; pero sucedió que se retardó el capítulo general que se habia de celebrar en la Pascua de Pentecostés de 1624 hasta el año siguiente de 1625, por ser aquel año de jubileo, ordenándolo así el soberano pontífice Urbano VIII, que habia subido á la silla apostólica por muerte de Gregorio XV en 8 de Julio de 1628. Con este motivo suplicó Felipe IV á Su Santidad para que anulase el breve de su antecesor en que instituyó el vicariato de los franciscanos descalzos, y habiendo sometido el exámen de este negocio á una junta de cardenales, señalada para la union de la familia de la observancia y provincias reformadas de ella, por consejo suyo publicó un breve que comienza *Romanus Pontifex*, su data 15 de Marzo de 1624, en que diciendo Su Santidad ser conveniente á la sede apostólica, consideradas las cualidades de las cosas y tiempos, alterar y mudar todo aquello que para el gobierno se ha instituido, cuando no solo por experiencia sino tambien por causas superiores, se halla no resultar el fruto que se esperaba, anula y revoca los breves de su antecesor Gregorio XV, en que instituyó comisario general apostólico á Fr. Juan de Santa María, y erigió en vicario general de los descalzos á Fr. Gerónimo Planes, mandando que de allí en adelante perpétuamente las provincias descalzas, en todo y por todo, guarden la misma forma de gobierno que tenian ántes de la constitucion de su antecesor el indicado Pontífice. A consecuencia de lo cual, el Comisario general de España Fr. Bernardino de Sena despachó patente á cada una de las provincias con inclusion del breve, el que no tardó en llegar á Mallorca, donde se hallaba Fr. Gerónimo Planes, quien viéndose libre de su cargo, pensó en un principio volver á su provincia de San Juan Bautista; pero temiendo se le nombrase para nuevos cargos y oficios, á los que ya habia comenzado á mirar con temor y rezelo por los muchos trabajos que habia pasado en el último, comenzó á buscar un medio para huir del mundo, y escondido á los ojos humanos y á todas las ocupaciones terrenas, alzar el alma á las celestiales, pasando al oficio de la contemplacion en algun retiro pacífico y quieto, y le pareció que no habia ninguno más conveniente para su propósito que el de la Cartuja, y así, resolviéndose á ello, tomó el hábito en el monasterio de Nazaret de Mallorca, dia de la Anunciacion de nuestra Señora del año 1625,

con singular admiracion y edificacion de toda la isla, donde vivió todavía por espacio de diez años muriendo en 1635, á los setenta de edad y más de cuarenta y tres de religioso. La grande opinion que se tenia de su santidad hizo que se le cortase el hábito para reliquias cuando se hallaba depositado en el féretro, y que los religiosos tomasen diferentes precauciones para enterrarle; y en efecto este siervo de Dios, tan grande en la adversidad como en la fortuna, habia dado inequívocas pruebas de sus extraordinarias cualidades, y no se habia distinguido ménos por su saber que por sus virtudes y capacidad para los altos destinos en que le colocó y de que le derribó la Providencia. —S. B.

PLANO (Fr. Andrés de). Era italiano, sin que conste el punto ni época de su nacimiento, pero vivia por el año 1290 en el convento de Plano, provincia de Etruria y custodia de los PP. Conventuales de Clusi. Fué varon de perfecta vida y costumbres, desempeñó el cargo de maestro de la religion, sacando muchos y muy aventajados discípulos, siendo tan especial en las mortificaciones y en la continua oracion, que obtuvo muchas veces el singular favor de que se le apareciese Cristo en humana forma, descendiendo del cielo entre coros de serafines. Se ignora el año de su muerte, pues los cronistas de la Orden solo citan el dia, que fué el 20 de Marzo. —M. B.

PLANO (Fr. Bernardo), mercenario. Era francés, natural de la provincia de Gascuña, y tomó el hábito de la antedicha Orden en el convento de la ciudad de Tolosa á fines del siglo XIV, siguiendo en dicho convento su carrera literaria, llegando á obtener el grado de licenciado en derecho, pasando luego á Perpiñan con la dignidad de comendador de la Orden. Desde su entrada en la religion se advirtió en él lo aficionado que era á asistir á las horas canónicas y á permanecer fuera de ellas mucho tiempo orando, saliendo por esto tan aventajado en la virtud y logrando tantas victorias contra las tentaciones, que comunmente asaltan á todos los hombres, que preguntándole sus superiores en qué escuela habia aprendido tan pronto la práctica de la virtud, respondió: que en la escuela de la oracion, donde sin libros ni maestros se consigue alcanzar la más alta sabiduría. Fué por sus méritos elevado al cargo de general de la Orden, siendo el décimosexto de los que obtuvieron esta dignidad. Mereció esta eleccion los aplausos de toda la Orden por recaer en un sugeto tan apreciable, pues era un varon sin malicia ni doblez, de corazon sencillo, sin abrigar otro deseo que el aumento de la religion y el bien de sus prójimos. Fué de ánimo tan caritativo, que en sabiendo de alguna persona que se hallaba afligida ó necesitada, luego la hacia venir á su presencia, prodigándola toda clase de consuelos y partiendo con ella lo poco que tenia. Cuando se veia precisado á reprender ó castigar á sus súbditos, era grande el sentimiento que esto le causaba, y solia

decir, que las palabras de reprension ó las órdenes de castigo eran para él dolores de muerte, porque siendo hombre flaco y sujeto á error y culpa como los mismos á quienes reprendia, no acertaba á pronunciar un severo fallo; y así cuando ocurria algun caso de esta naturaleza, encomendaba á los vicarios el desempeño de la pena, diciendo que le llamasen á él para aplaudir y premiar al bueno, pero no para castigar al malo. Aunque nunca fué muy versado en las letras humanas, ni se preciaba de usar aventajado lenguaje y florido estilo retórico, con sus vivas palabras y elocuente sencillez convencia al ánimo más endurecido, porque, como decian todos, parecia que el mismo Dios colocaba en su boca las palabras que eran necesarias para obrar el convencimiento. Antes de ser elevado al generalato, como habia logrado granjearse la voluntad de todos, así religiosos como seculares, obtuvo varios cargos en la Orden, desempeñando visitas y encomiendas, en cuyos destinos y á favor de las abundantes limosnas que se procuraba, edificó algunos conventos y reparó muchos, entre los que deben contarse los de Tolosa, Mompeller, Perpiñan y Burdeos. Siendo ya general de la Orden y llevado de su aficion á procurar el mayor lustre de ella, reparó el convento de Sta. Lucía de Elche y el de Ntra. Sra. del Puche, en Valencia. Como una de las causas de su eleccion habia sido el deseo de acabar las diferencias suscitadas en la Orden por los que anhelaban el cargo que le fué conferido, y principalmente por Fr. Antonio Dulham, que con su ciega ambicion y obstinada codicia habia causado algunos apuros y conflictos, convocó Fr. Bartolomé, apénas fué elegido, un capítulo general, que tuvo lugar en España, en el convento de la Magdalena de la villa de Berga, el dia de la Pascua de 1417, deseando poner término á las mencionadas diferencias y consolidar la paz alterada. En esta ocasion se echó de ver cuánta y cuán grande era la virtud persuasiva que este justo varon atesoraba, á pesar de carecer, como hemos dicho, de mundana instruccion y de no explicarse echando mano de los recursos de la oratoria. Conociendo cuán conveniente es que el superior constituido en dignidad muestre firmeza de carácter, pero haciéndose cargo al mismo tiempo, de que si el rigor aterra, la afabilidad gana los corazones, despues de reprender á los que por ambiciosas miras y deseos de mando turban ó procuran turbar la quietud de los claustros, y despues de verlos confusos y arrepentidos, los contentó á todos haciéndoles prelados de varios conventos, y áun al mismo P. Dulham, causa de todas aquellas desazones, le agració con la encomienda del monasterio de Perpiñan, que habia dejado vacante por su elevacion al generalato. De este modo cortó hábilmente el curso de la lamentable discordia que se habia introducido en la Orden, y cuyos detalles pueden verse en las historias particulares de la misma. Habiéndose formado por aquel tiempo una expedicion de va-

lencianos y aragoneses, que fué puesta á las órdenes del valeroso D. Pedro de Moncada y que tenia por objeto atacar la morisma de Argel y destruir aquella guarida de piratas, que eran el terror de la cristiandad, deseó con grande ansia el P. Plano formar parte de ella con la mira de si se ganaba la ciudad, fundar un monasterio de la Orden, y si se perdia la jornada, morir en aquellas enemigas playas como un mártir de la fe. Las consideraciones de su clase y estado le hicieron, aunque con gran pena de su alma, desistir del propósito, pero no del celo que le animaba por el mayor lustre de la religion y por el bien espiritual de sus prójimos, y así mandó en lugar suyo á un religioso de ejemplar virtud y santa vida, llamado Fr. Juan de España. La expedicion se hizo á la vela con grande ánimo y entusiasmo par parte de los que la componian, llegando por fin muy en breve á dar vista á las playas de Argel: mas por los secretos é incomprensibles juicios de Dios, esta vez como otras muchas el ejército cristiano halló en aquel clima tantos y tales inconvenientes, que se hubieron de reembarcar y volver á Cataluña despues de una reñida escaramuza en que perecieron bastantes personas, entre ellas el P. España, que herido de un flechazo murió abrazado con el santo crucifijo que llevaba en la mano para animar á los fieles al combate, predicando las excelencias de la fa católica interin le duraron los alientos. Cuando llegó la noticia al convento donde residia el P. General Plano, éste, como todos los demás religiosos, se alegró por una parte al ver que la Orden contaba con un esclarecido mártir más y que estaba ya gozando de las eternas venturas, y sintió amargamente no haber marchado conforme lo deseaba, pareciéndole que aquel martirio estaba reservado para él. Deseando, pues, aventajar en la penitencia lo que creia haber desmerecido en no derramar su sangre por Cristo, empezó á mortificarse el cuerpo con los más cruentos rigores, tales como el uso de asperísimos silicios, aplicacion de sangrientas disciplinas y un ayuno tan austero como continuado. Todo el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones de su cargo, le pasaba en oracion, puesto de rodillas, recreando su alma en divinas contemplaciones; y cuando ya el rigor de la penitencia vino á hacer de su cuerpo un ambulante cadáver, postrábase muchas veces enteramente en el suelo, y así le encontraban sus religiosos ensayando, como él decia, su cuerpo para la tumba, y su alma, llena de fervor y de santa alegría, para el gozo de la vida perdurable. Reprendíanle amorosamente sus hijos, y rogábanle que detuviese algun tanto la fuerza de aquellos rigores, pero él les pedia que le dejáran practicarlos, pues aunque eran dolor para el cuerpo, su alma encontraba en ellos dulces remedios y saludables medicinas. Sin embargo, al cabo le fué preciso ceder, porque las enfermedades que sus abstinencias le causaban, iban á redundar en perjuicio de los grandes intereses de

la Orden, paralizándose los importantes negocios que le estaban encomendados. No disminuyendo en nada el ánsia y deseo que tenia de servir á Dios, luego que hubo terminado una visita girada á los conventos de la Orden que más necesidad tenian de esta diligencia, trató de hacer una redencion de cautivos en Africa y otra en Granada, para las cuales allegó con sus cuidados y paternal solicitud grandes cantidades de limosna por parte de Aragon, Cataluña, Castilla y hasta de Francia; pues alcanzando los beneficios de la redencion á todos los cristianos de cualquier nacion que fuesen, todas se hallaban interesadas en el mejor éxito de la empresa. Deseó de todas veras el P. Plano acudir en persona á la redencion de Africa, pero no pudiendo conseguirlo por atender á las razones que le expusieron sus religiosos, determinó hacer la de Granada, y al efecto asistió á ella llevando por compañeros á Fr. Guillermo de Tandi y á Fr. Pedro Tornamira, religiosos de vida ejemplar y virtuosa, pero muy poco versados en los negocios y en las letras. Estando ya en Granada ocupándose en los asuntos de la redencion, vinieron un dia estos religiosos al alojamiento del General muy afligidos, y preguntándoles la causa, le contestaron que un judío rabino, ó sea doctor de su ley, que se preciaba de gran sabiduría, los habia desafiado delante de muchos moros á sostener una pública disputa en que les demostraria la falsedad de la venida del Mesías en la persona de Cristo, á cuya provocacion, como ellos no eran teólogos ni instruidos, no se habian atrevido á responder, temiendo quedar vencidos; y que la causa de su afliccion era no poder tomar la defensa de la religion con esperanza de buen éxito. Reprendióles el P. Plano su falta de fe, y mostrándoles el crucifijo ante el que se hallaba orando cuando vinieron, les dijo que encomendándose de todas veras á aquel Divino Señor, él les daria valor y ciencia para salir triunfantes de la lucha. Mandóles que aceptasen el certámen, y señalando dia y hora, y puestos en presencia de algunos alfaquíes, ó sean sacerdotes moriscos, tuvo lugar la disputa entre Fr. Bernardo y el judío. Citó éste muchos pasajes de la Escritura, que á su parecer corroboraban las proposiciones que habia sentado; pero todos sus argumentos fueron rebatidos victoriosamente por el fervoroso mercenario, quien para acabar de confundir la ceguedad judáica, sacó de su seno el crucifijo, y empezó á predicar las verdades eternas con tanto fervor y persuasiva elocuencia, que el judío no sabiendo que responder, huyó avergonzado del sitio en que tenia lugar la disputa, quedando triunfante el Padre segun declaracion de los mismos moros. Mas despues de su glorioso triunfo le ocurrió un inesperado contratiempo, y fué que las autoridades quisieron castigarle por haberse atrevido á predicar sin tener permiso para ello, pues las leyes del país vedaban terminantemente anunciar en público doctrinas que se opusieran á las del falso profeta Mahoma, quien en su Alcoran prohibe toda clase de controversias

acerca de su secta, mandando que se crea sin discusion, y que se propague y se defienda con la fuerza de las armas en vez de emplear razones. Pero la Divina Providencia, que velaba por los intereses de la fe y por la inocencia de aquel santo varon, permitió que se apaciguáran los ánimos de los infieles, volviendo el General sano y salvo á su posada. Hecha la redencion, salieron de Granada los religiosos con los cautivos ya libres, visitando Fray Bernardo los conventos de Huete y de Toledo, y pasando luego á Segovia, donde presentó al rey D. Juan de Castilla los cautivos que traia. Marchó despues á Zaragoza, y reuniendo los rescatados de Africa á los suyos, que en todos ascendian á ochocientos, se hizo la solemne procesion acostumbrada en tales casos. De Zaragoza pasó Fr. Bernardo á Barcelona, donde empezó á enfermar gravemente á causa de sus muchas penitencias y grandes austeridades. Pareciéndole que los aires del país natal contribuirian á restablecerle, pasó al convento de Perpiñan, y no hallando tampoco mejoría en este punto, puesto que la enfermedad se le agravó en unos términos, que ya los médicos desconfiaban de su vida, determinó pasar á Tolosa, á cuya casa tenia mucha predileccion por haber tomado el hábito en ella. Hallándose ya en esta ciudad y no sintiendo mejoría alguna, conoció que Dios le llamaba para sí, y dispúsose al eterno tránsito con tanta uncion y tan fervorosa alegría, que todos los circunstantes conocieron harto bien la gloria que le esperaba. Despues de recibir los santos sacramentos con toda la ternura que le era peculiar cuando recibia la sagrada Eucaristía, aumentada ahora con la seguridad que su inculpable vida le daba de ir á gozar la divina presencia del Criador, se despidió de sus hermanos pidiendo á Dios con particular y tierna oracion la conservacion y aumento de la Orden y la buena y acertada eleccion del general que debia sucederle. Quedándose luego en una especie de éxtasis parecido á un dulce sueño, exhaló su último suspiro el dia 17 de Enero de 1419, habiendo desempeñado el generalato solamente por dos años, aunque ejecutando en ellos más acertados trabajos y más utiles reformas que ejecutáran otros en mayor espacio de tiempo. —M. B.

PLANO (P. Domingo). Fué misionero en la América, y uno de los padres que más se distinguieron en aquel país por su celo en la salvacion de las almas y buenos deseos por llevar la civilizacion á tan remotas regiones, alumbrándolas con la clara antorcha del Evangelio. Por desgracia se ignoran las principales circunstancias de su vida, pues todos los historiadores se han contentado solamente con citar su nombre.— S. B.

PLANO (B. Raimundo), religioso dominico, natural probablemente de Tolosa de Francia, donde se distinguió mucho por sus predicaciones, en que se consagró principalmente á la conversion de los herejes. El *Diario* de su Orden hace mencion de él en la forma siguiente: «Ensoberbeciéndose

con gran furor la impiedad de los calvinistas en Tolosa, se opuso á ella con intrépido celo el B. Raimundo de Plano, de la órden de Predicadores, predicando con zelo verdaderamente apostólico contra sus errores. Y llevando mal aquellos pérfidos herejes que este zeloso predicador impidiese sus malvados designios, le pusieron muchas asechanzas para perderle; y habiéndolo finalmente conseguido, le sacaron primero los ojos, despues con crueldad inaudita se los hicieron comer por fuerza, y por último, le quitaron á puñaladas la vida; dando entre estos tormentos gracias á la Divina Providencia de que le hubiese hecho digno de derramar su sangre en defensa de su santa fe. Sucedió su glorioso triunfo el año 1570, al cual acompañaron muchos prodigios y la conversion de no pocos herejes.» Con tan escasas noticias apénas puede formarse una idea completa de este esclarecido varon, honor de su Orden y de la religion católica, porque combatió con tan buenos resultados, pues consiguió numerosas conversiones, trocando además la palma que por sus triunfos le correspondia por la gloriosa é imperecedera del martirio. Su Orden celebra su memoria en 21 de Julio.— S. B.

PLANO Y FRANCO (Fr. Diego). Nació en la villa de Un-Castillo, en Aragon, á principios del siglo XVII, y sintiéndose con vocacion al claustro, profesó en la órden de la Merced el año 1634. Solo nos dice D. Félix de Latasa y Ortiz, en su *Biblioteca de autores aragoneses*, que fué presentado de cátedra y secretario de provincia, y que leyó teología en el Real convento de S. Lázaro de Zaragoza, que fué donde profesó. Escribió este religioso la obra siguiente: *Sermon fúnebre, que predicó en este convento, de las honras del Reverendísimo General de la Merced el P. Mtro. Fr. Antonio Garuz*; Zaragoza, 1651, en 4.° Dice Latasa, que se cree deudo suyo el Dr. D. José Plano y Frago, abogado y diputado de Aragon en 1670, que con el abogado D. José Fernandez de Moros publicó un *Discurso sobre las generalidades del mismo reino y sus derechos*, que se imprimió en Zaragoza en 1668 en fólio.— C.

PLANSTRON, dos hermanas de este nombre nacidas en Suecia, hicieron abjuracion del protestantismo en Paris el 15 de Mayo de 1740. Esta abjuracion se halla firmada no solo por Winslow, sino tambien por d'Aguesseau, de Foncemagne, de Maupertuis, por el abate de la Bletterie, el P. de Charleroix y la duquesa de Aiguillon, etc. — S. B.

PLANTA (Tomás). Bucellim, en la historia que hace de la ilustre familia de los barones de Planta de Wildenberg en los Grisones, coloca entre estos señores á este prelado como obispo de Coire, sin que nos dé más noticias de él que la de que murió en 1565. — C.

PLANTAVIT MARGON (Guillermo). Nació en el castillo de Margon, cerca de Beziers, en el año 1686, de la antigua familia de aquel nombre. Dotado de un ingenio vivo y ardiente, recibió una brillante educacion. Sus parientes le

destinaron al estado eclesiástico, porque el talento que demostraba, unido á su elevado nacimiento, le daban esperanzas de ascender al obispado en que uno de sus parientes, el obispo de Lodeve, habia dejado muy agradables recuerdos. Mas la ligereza de su carácter le hizo mudar de parecer. Enviado bastante jóven á París, donde no viendo más que ejemplos de disipacion, y deseando hacer fortuna, determinó hacerse conocer por medio de sus escritos. Al terminar sus estudios habia obtenido un beneficio eclesiástico, y para principiar su carrera no halló otro medio que declararse defensor de los jesuitas, que en aquella época se hallaban en Francia en su mayor apogeo, y en su consecuencia publicó en 1715 un folleto que contenia la refutacion completa del libro recien publicado con el título de *la Accion de Dios*, obra que él creyó agradaria mucho sin considerar lo expuesto que era el asunto. Con efecto, el mismo P. Tournemine censuró ágriamente aquella produccion, á pesar de que parecia sostener las ideas que él profesaba; rehusó un auxiliar semejante, y manifestó la discordancia de ideas, pues Plantavit habia querido persuadir que el pensamiento de los jansenistas era autorizar el ateismo y molinismo. El solo mérito que se reconoció en el autor es su estilo florido y su espíritu animoso. En vista de la acogida que su obra mereciera, tan contraria de lo que habia esperado, el autor varió de parecer; y aunque habia ofrecido dar á luz una segunda parte de su refutacion, en lugar de ella dió al público una diatriba titulada: *Respuesta á las cartas del P. Tournemine, en la que se encontrará una idea de la política é intrigas de los jesuitas;* París, 1716. Esta mudanza de ideas y la publicacion del dicho escrito fué apreciada en su justo valor, sin que los diaristas de Trevoux se dignáran responder á los ataques de que eran objeto. Despues de la muerte de Luis XIV, Plantavit procuró captarse la voluntad del Regente, que le admitió en el número de los predicadores del Rey; pero jamás pudo cumplir los deberes que su posicion le imponia. Dejándose llevar de su genio vivo y turbulento, y reunido con otros escritores que se hallaban resentidos de la corte, inauguró aquella série de escritos, que bajo el aparente proyecto de atacar las viciosas costumbres del siglo, tendia á mofarse de todas las personas y de todos los sucesos de la corte. Colocado en este terreno peligroso y resbaladizo, y sin poder contener los impulsos de su genio, no perdonaron sus sátiras ni áun al mismo Regente, su protector, á quien insultó en tales términos en el libelo que tituló *Aventuras de Pomponio*, que el gobierno se vió precisado á desterrarle á las islas de Lerins, trasportándole despues al castillo de If. Al cabo de algun tiempo de cautividad le fué permitido volver á las islas de Lerins, de donde logró fugarse, refugiándose en un buque de la armada de la reina de Suecia. Desde allí reclamó su libertad al gobierno, que se la concedió (1746) á condicion de que se retirase á una casa religiosa. Cansado sin duda de su vida

aventurera, ó arrepentido de los anteriores desaciertos, admitió lo que le proponian y eligió un convento del órden de S. Bernardo, donde finalizó sus dias en 28 de Mayo de 1762. Las obras de Plantavit son las siguientes : *Carta de M..... al autor del libro titulado la Accion de Dios sobre las criaturas;* París, 1714, en 8.° En esta obrita da á conocer el intento que tiene de refutar el libro de *la Accion de Dios*, é indica el plan que se propone seguir. — *Cartas de Fitz Morel sobre los negocios del dia*, escritas en 1716 y 17, traducidas del inglés. Mr. Barbier dice que estas cartas fueron escritas por el mismo Plantavit de órden del duque de Orleans. En ellas se suponen varias conferencias entre Fitz Morel y otras personas sobre la sucesion á la corona de Francia en caso de morir Luis XV. En estas disputas un jesuita defiende el derecho del rey Felipe de España ; pero la discusion termina declarando que todas las ventajas estan de parte del duque de Orleans, y que á éste corresponde el trono si llega á quedar vacante.— *Memorias del duque de Villars, Mariscal general del ejército de S. M. C.* Esta historia no tiene más que un pasaje tomado del manuscrito original, y todo lo demás de ella es una mezcla de trozos de Gacetas y anécdotas recogidas sin órden ni discernimiento, lo que constituye un libro desprovisto de todo interés.—*Memorias del Mariscal de Berwik.* Tiene los mismos defectos que la anterior, y las frecuentes digresiones que ocupan casi toda la obra tambien estan sacadas de las Gacetas del tiempo, sin que la verdad se halle muy estrictamente observada. Resaltan mucho más estos defectos, porque las verdaderas *Memorias del Mariscal*, sacadas del original escrito de su mano, se publicaron en 1778 por su nieto el duque Fitz James con adiciones del abate Hook, que fué conservador de la Biblioteca Mazarina.— *Memorias de Tourville, Vicealmirante de la armada del rey de Francia;* 1742. Desfontaines, al anunciarse esta obra, habia prometido hacer su crítica, pero luego varió de parecer, porque siendo muy amigo del autor hubiera publicado un juicio muy favorable, y varios críticos ántes que él la censuraron ágriamente. Chaudon ha hecho observar que las memorias publicadas bajo el nombre de Tourville ni son de él ni dignas de él, y las califica de novela informe y disparatada.— M. B.

PLANTAVIT DE LA PAUSE (Juan). Nació en un pueblo, cuyo nombre se ignora, perteneciente á la diócesis de Nimes, de una familia noble y antigua, y fué educado por sus parientes en los errores de la secta calvinista. Siguiendo la carrera eclesiástica fué ministro protestante en la ciudad de Beziers. Pero al cabo de algun tiempo, habiendo tocado la gracia su corazon é iluminado su espíritu, abjuró solemnemente sus errores en 1704, consagrándose por completo al estudio de la Sagrada Escritura y de la teología, deseoso de penetrarse á fondo de los principios de la verdadera religion. Ordenado de sacerdote católico, fué nombrado gran vicario del cardenal de la Rochefoucault, y des-

pues la reina de España Isabel de Borbon, mujer de Felipe IV, le eligió por su limosnero, proporcionándole en recompensa de sus servicios el obispado de Lodeve, del cual tomó posesion en 1625, gobernando su diócesis con la mayor prudencia y con verdadero celo apostólico. Sus continuas enfermedades le obligaron á hacer dimision de su cargo, y se retiró en 1648 al castillo de Margon, donde murió tres años despues en 1651. Este prelado tenia mucho ardor de carácter, lo cual fué causa de complicarse en la conspiracion de Montmorenci, que tan cara fué para este jefe, pudiéndose evadir Plantavit de un severo castigo, merced á sus muchas y buenas relaciones. Sus conocimientos eran muy vastos, sobre todo, en las lenguas orientales. Dejó escritas las obras siguientes: *Chronologia præsulum lodovensium*, publicada en 1634, y un *Diccionario hebreo* en 1645. — M. B.

PLANTAVIT DE LA PAUSE (Teófilo Francisco), sobrino del obispo de Lodeve; despues de haber servido en el ejército en su juventud, se retiró en casa de su tio que le convirtió, y pasó los últimos años de su vida en el ejercicio de todas las virtudes cristianas. — S. B.

PLANTIN (Juan Bautista), apreciable historiador, aunque poco conocido. Nació en Lausana (Suiza) hácia el año 1623. Despues de haber terminado sus estudios en la Academia de esta ciudad, recibió las órdenes sagradas y fué nombrado cura ecónomo del castillo de Oyes. Aprovechando los ratos de ocio, que le permitia el desempeño de sus funciones, se aplicó al estudio y al cultivo de la historia. Murió por el año de 1678, dejando las siguientes obras: *Helvetia antiqua et nova;* Berna, 1656 en 8.° Esta obra, que Haller la encuentra excelente, se insertó por Fuesli en el *Thesaurus historicus Helvetiæ* y se reimprimió en Zurich en 1752. El autor se aprovechó en gran parte de los trabajos de Simler, Tschudi y de las memorias de Herman, excelente anticuario. — *Historia abreviada de los Suizos con una descripcion particular del país*; Génova, 1666, en 8.° Esta no es, como lo creen muchos bibliógrafos, una traduccion de la obra precedente: es la primera historia de la Suiza, que se ha publicado en francés y no se estima tanto como debiera. La primera parte contiene la historia hasta el año 1634, y está sacada de las obras de Simler, Munster, Guillelman, Stettler y otros varios autores, de los que Plantin interpretó bastante mal las palabras latinas, sobre todo los nombres propios. En la segunda parte, que trata principalmente de la topografía, se insertan varias inscripciones que no han existido jamás, segun dice Haller en su Biblioteca histórica de Suiza. — *Lausana restituta sive brevis oratio de reformatione Lausanæ*; *A. D.* 1536. Esta oracion fué pronunciada por Nicolás Tscharner cuando solo tenia quince años y Plantin hizo una edicion de ella en un cuaderno en 12.° — *Diccionario francés y latin;* Lausana, 1667 en 8.° — *Pequeña crónica de la ciudad de Berna y Lausa-*

na; 1678 en 8.° Este libro es muy apreciable pero se ha hecho bastante raro. Escribió tambien una crónica más extensa de Lausana y otra del país de Vaud, que se conservan manuscritas en una de las bibliotecas de la Suiza. — M. B.

PLANUDES (Máximo). Nació en Nicomedia, y segun él mismo dice en uno de sus opúsculos, era monje en Constantinopla á mediados del siglo XIV, reinando el emperador Andrónico el *Viejo*, quien le encargó de una comision en Venecia por los años de 1327, en cuya fecha no estan los biógrafos conformes. Durante su permanencia en dicha ciudad se declaró en favor de la Iglesia latina, lo cual le ocasionó á su vuelta á Constantinopla muchas persecuciones, siendo encarcelado y sufriendo varios tormentos; no consiguiendo su libertad hasta que escribió en contra de la Iglesia latina, cuyos dogmas habia abrazado. El cardenal Bessarion disculpa esta apostasía, diciendo que hubo de ceder á la fuerza, y que su corazon desmentia lo que su boca afirmaba. Ignórase el año de su muerte; pues acaso no se hubiera nombrado jamás á este monje, cuya vida fué tan oscura, á no ser por las disputas que varios críticos han sostenido en diversas épocas sobre su existencia y sobre la autenticidad de sus obras, atribuyéndole las siguientes. La famosa *Vida de Esopo*, que se dice formada en vista de auténticos documentos griegos, y que no es más que un tejido de cuentos absurdos y de groseros anacronismos. Unió á esta *Vida* muchas fábulas, que quiso hacer pasar como originales del filósofo frigio, mas que se conoce por la conformidad de su estilo ser producto de su pluma. Tambien formó una *Coleccion de epigramas de los poetas griegos antiguos*, quitando los que le parecieron estar poco conformes con la decencia y buenas costumbres, cuya coleccion conocida con el nombre de la *Antología*, fué impresa en Florencia en 1494 y en Francfort en 1600. Igualmente tradujo las *Metamorfosis de Ovidio* del original latino, y se ocupó en la version de los *Comentarios de César*, en la de varias obras de S. Agustin y de Macrobio; en la del *Sueño de Scipion*, y en la de otras varias del mismo idioma. — M. B.

PLAON (Pedro), doctor en teología en París en el siglo XIV. Se dió á conocer por haber asistido en representacion de la Universidad al concilio de Pisa, celebrado en 1409. En la sesion 13, con motivo de la discusion empeñada para declarar á quién correspondia legítimamente el derecho al pontificado, declaró Plaon y probó cumplidamente que la legitimidad era del Pontífice elegido en Roma, y que Pedro de Luna, antipapa bajo el nombre de Benedicto XIII, debia ser privado de la dignidad pontificia, considerándole como intruso; y aseguró que, al emitir aquella opinion, era fiel intérprete de los sentimientos de las universidades de París, Tolosa, Angers y Orleans. Este doctor fué empleado en otros negocios y comisiones importan-

tes durante el cisma de Occidente, sin que consten más noticias de él, que las pocas que dejamos indicadas. — M. B.

PLASDEN (Polidoro), sacerdote inglés. Fué natural de la ciudad de Lóndres y nació á mediados del siglo XVI. Hijo de padres católicos y educado en la religion apostólica romana le dedicaron al estado eclesiástico, al que demostraba inclinacion. Pero hallándose en aquella época más encendida que nunca en la Gran Bretaña la persecucion contra los adoradores de la religion verdadera, no fué posible que estudiára Plasden en el suelo natal, por lo cual á merced de algunas poderosas recomendaciones, pasó á Roma donde hizo sus estudios, y se ordenó de sacerdote en el Colegio Anglicano. Habiéndole cabido la suerte de volver á su patria como misionero á predicar contra los errores de la herejía, cuando esto se consideraba como un crímen de estado, tuvo la gloria de sellar con su sangre el divino pacto, que el sacerdote forma entre Dios y los hombres, y de morir testificando la verdad de la religion católica. Preso y encausado, sin otro motivo que oponerse al protestantismo, se le sentenció á la pena de muerte en el infamante suplicio de la horca, y hallándose aún con alientos vitales fué su cuerpo dividido en cuartos. El martirio de este sacerdote tuvo lugar el dia 10 de Diciembre de 1591. — M. B.

PLASENCIA (Catalina de). Esta distinguida religiosa, cuya patria no se sabe á punto fijo, aunque se cree por el sobrenombre que tomó, que lo fuera la ciudad de Plasencia en España, fué la primera abadesa del monasterio de Clarisas de Belvis en la provincia de los Angeles, cuyo monasterio gobernó por espacio de diez y siete años, dando ejemplos admirables de santidad y virtud. Su vida fué ilustrada con muchas revelaciones de Dios y de la Santísima Virgen, y se hizo notable por su caridad, su continua oracion y su absoluto silencio. Era tan devota de la sacratísima pasion de nuestro Señor Jesucristo, que cuando meditaba sobre ella, sus ojos eran dos caudalosos rios de lágrimas. Murió en 14 de Julio del año 1600, con tan claras señales de predestinacion, que en el momento de espirar vieron sus religiosas ascender al cielo la bienaventurada alma de su abadesa en figura de una cándida paloma. — M. B.

PLASENCIA (Fr. Juan). Este religioso, cuya naturaleza se ignora, tomó el hábito de la órden de S. Gerónimo en el convento de Guadalupe, situado en las montañas del mismo nombre en la provincia de Extremadura. Profesó en esta santa casa el dia 22 de Febrero de 1557, y falleció á los ochenta años de su edad, en 16 de Junio de 1620. En tan dilatada carrera no tuvo otro afan ni otra mira que seguir las prescripciones de la más acrisolada virtud, y entre sus merecimientos resaltó más que ninguno la paciencia, pues la tuvo muy grande en las varias persecuciones que sufrió por la justicia. Despues

de haber sido prior de algunas casas de la Orden, le nombraron para el mismo cargo en el Real monasterio de Guadalupe, donde habia tomado el hábito, y cuyo destino desempeñó con la mayor prudencia, sobre todo para hacer que sus subordinados cumplieran con sus deberes y obligaciones. No faltó, sin embargo, alguno que sentido de sus paternales reprensiones, con que solia conminar á los que encontraba tibios en la observancia de la regla, le levantase un falso testimonio, imputándole un crímen de tal naturaleza que todo el convento se llenó de horror y de indignacion. La gravedad del caso obligó á la autoridad superior á tomar parte en la averiguacion del suceso, y envió visitadores al convento, los cuales fueron hasta el número de cinco, invirtiendo más de seis meses en la práctica de las diligencias, sin que en todo este tiempo le viesen al P. Plasencia triste ni turbado, ni mostrando indignacion contra los enemigos que tantos disgustos le daban; ántes por el contrario, en todas sus acciones y palabras demostraba la mayor conformidad, esperando en la misericordia divina, que no podria ménos de volver por su inocencia. Concluida la averiguacion, triunfó la luz de las tinieblas, y dejando proclamada su inculpabilidad y castigada la infame calumnia, partieron los visitadores, confirmándole ántes en el puesto de prior y dejándole más honrado que al principiarse las indagaciones, puesto que el oro de la virtud fué más acrisolado con el fuego de la tribulacion. Concluida su prelacía y desengañado de lo que podia esperarse del mundo, se condenó á perpétuo retiro, viviendo catorce años encerrado en su celda, sin salir de ella más que para ir al coro y al refectorio. Consagrado en la soledad de su retiro á la oracion y contemplacion, era un cadáver vivo que anhelaba el dichoso instante de que su alma desatára los lazos que al cuerpo la unian para volar al seno de su Dios. Desnudándose anticipadamente de todo cuanto tenia para volver desnudo á la tierra, fué enviando á los pobres todos los objetos de su uso por medio del camarero, y con permiso del superior invirtió en limosnas el depósito que tenia en la comunidad, y dió para la sacristía láminas de mucho valor, dejando sus libros, que eran muchos y muy bien elegidos, para la biblioteca del convento. Poseyó entre otros conocimientos el de la historia con grande extension, y tanto que Antonio de Herrera, cronista del rey Felipe II, le trató con mucha veneracion, enviándole sus obras para que las censurase, y dedicándole algunos libros en prueba de su estimacion. Era tan generoso con cuantos le asistian en su voluntario destierro, que les daba en pago de sus servicios lo primero que hallaba á mano, y así llegó el caso de venirse á quedar sin cosa alguna. Dos años ántes que muriese fué atacado de una perlesía, y aunque quedó completamente baldado de un brazo, no dejó de acudir al servicio del coro y á cuantos actos religiosos le era posible. Mandábale el

médico que no asistiese al refectorio los dias de vigilia, porque le perjudicaba el pescado, á lo que él respondia, que iria con doble motivo, puesto que solo pensaba tomar un poco de pan y agua. Esta abstinencia guardó hasta poco ántes de ser atacado de la última enfermedad, la cual fué muy breve, volando su alma á la patria celeste, á cuyo viaje se habia tan acertadamente preparado con sus catorce años de retiro, dejando edificados á todos sus hermanos, tanto con su ejemplar vida como con su bienaventurada muerte.—M. B.

PLASENCIA (V. Fr. Juan), religioso franciscano, natural de la ciudad que indica su apellido en Extremadura. Ignórase el convento y época en que tomó el hábito, sabiéndose únicamente que lo hizo, siendo todavía muy niño, entre los Padres conventuales ó claustrales, y cuando los reformaron y redujeron á la observancia, se trasladó á los descalzos «porque buscando mayor aspereza de vida y más estrecha observancia de la Seráfica regla en la reforma que florecia entónces en España, se incorporó á la descalcez, ignorándose completamente el tiempo de su tránsito. Los autores dicen que tomó el hábito en la provincia de Santiago, y despues pasó á la de S. José de Castilla, donde se distinguió mucho por sus predicaciones, por ser sugeto muy versado en las ciencias, y no ménos práctico en todo género de virtudes, pues no contento con los actos interiores, procuraba glorificar con los exteriores al Padre divino, sin que fuese suficiente á impedírselo ningun género de fatiga ni trabajo. Hacia continuamente oracion en lo secreto de su alma, sin faltar por esto al coro ni demás ejercicios de la vida religiosa, como tampoco á la frecuente práctica de sermones en plazas y púlpitos, que hacia como verdadero misionero apostólico, sembrando con su celoso espíritu y cogiendo con alegría en el confesonario los más sazonados frutos. En esto se empleó por un número de años, que no fijan unánimemente los autores, el V. Plasencia, quien, añade la crónica «que fué de espíritu tan privilegiado, que sin darle ventajas en lo fervoroso respecto de tantos varones extáticos de su tiempo, le excedieron muy pocos en su natural aliento, con que daba más virtud á sus voces, sobre lo comun de los otros. Siempre se le vió magnánimo en todo acto virtuoso, dando muestras de la fortaleza de su ingenio, no solo en domar sus apetitos, con insignes triunfos de todos sus altivos movimientos, sino en emprender lo árduo, siendo la gloria del Altísimo contra batallones de respetos humanos. Era una fuerte torre, un incontrastable muro, cuando hacia oficios de piadosa madre para todos; siendo tanta la valentía incansable de sus voces y de sus ejemplos, que fué el que se puede decir que pacificó á estos indios (los de Filipinas), pues fué el que mereció en estas islas los renombres gloriosos de *el Incansable*, columna firme de la cristiandad de Filipinas, padre de las conversiones, y autor de las reducciones

de estas islas.» Pero no creyendo el cronista suficiente esta descripcion para pintar el celo del V. Plasencia, añade además, al referir su entrada en la mision y marcha á los países en que tan célebre debia hacerse poco despues: « Cuando más enardecido su celo en la caridad de los prójimos, deseaba llevar la salud á los bárbaros, pareciéndole todo el mundo corta esfera para sus vuelos, y cuando más empeñado estaba en pedir á Dios con oracion y mortificacion la conversion de todos, pues para ir personalmente á visitarlos no se ofrecia medio oportuno, le envió Dios el consuelo en nuestro fundador Fr. Antonio de S. Gregorio, que por la santa provincia de S. José andaba reclutando evangélicos soldados que coadyuvasen en lo espiritual á la conquista. Vió el cielo abierto cuando sus deseos vieron abierto el camino. Ardió más su celo con la santa emulacion de un lego tan fervoroso en el negocio de la salvacion del mundo, y no se desdeñó de ser su súbdito para tal empeño; reconociéndose muy inferior en el espíritu, avergonzóse su aliento al ver cuántos y cuán eminentes varones iban sentando plaza de soldados, sin que sirviesen de rémora á sus santos impulsos la gravedad de sus dignidades y el peso de sus largos años. Y sin reparar en los suyos ni en más de cuarenta años de habito y cerca de sesenta de edad, segun diferentes cómputos, impelido del interior antiguo llamamiento, entró nuestro V. Plasencia en el año de 1576 á hacer número entre los primeros misioneros apostólicos que nuestro V. Fr. Antonio de S. Gregorio iba congregando, y empezó á respirar su celo con las esperanzas que ya concebia de los triunfos fundados en los divinos auxilios, en los poderosos ejemplos y en sus propios trabajos. « En Sevilla, donde sin duda se embarcarian estos religiosos para Filipinas, eligieron por superior al P. Alfaro, quedando muy contento el V. Plasencia con verse libre de una dignidad que se le habia ofrecido en un principio, y que no tardó en desempeñar. Estos religiosos parece que perdieron en Sevilla las letras y patentes, que no sin graves dificultades habian obtenido en Roma y en Madrid, y en este último punto, teniendo que variar la direccion de un viaje que ellos encaminaban á las islas de Salomon y Nueva Guinea, y por órden del Rey fué á Filipinas. Llegados á este país comenzó nuestro V. Padre á ejercer su apostólico cargo, ganándose de tal manera el afecto de los naturales con su mansedumbre evangélica, que le revelaron todos los secretos de sus antiguas costumbres, ritos y ceremonias, y hasta le enseñaron su lengua, por lo que, apoderándose de sus almas, fueron innumerables las que convirtió á la ley de Jesucristo. Dice la crónica, que « todo el partido de la lengua tagala fué su primer distrito por la obediencia, con los compañeros que por tiempos le ayudaban; en que se vió bien el pundonor de su religiosa honra, pues fué este un empleo de por vida, en que áun las precisiones de sus prelacías ocasionaban pocas treguas, corriendo desde Manila por

la laguna de Bai y sus serranías hasta la de Tayabas.» Buscaba á los indios por las playas, por los montes y serranías, y acordándose de que Jesucristo dió gustoso su vida por congregar en su iglesia á los hijos de Dios, despreciaba las fatigas y peligros, sin temor al hambre, la sed y el cansancio en una edad tan avanzada, á pié y descalzo, pero fortalecido con la esperanza de la Divina Providencia, buscaba á aquellos indios que vivian en chozas como irracionales, los reunia con trabajo, trataba con ellos, con ellos comia, de manera que todos le buscaban para vivir con él. Pero áun cuando en los indios se encontraba grande adhesion á los misioneros, no por eso dejaban estos de tener que vencer ménos dificultades, debiendo para buscarlos de vencer los mayores peligros, pues estando aquellas islas cercadas por los mares y llenas de rios, lagunas, pantanos y lodazales, tenian que fabricar puentes, hacer calzadas y abrir los fragosos montes, estableciendo caminos y sendas para no hallar tantas dificultades en ir en busca de los indios, y para que la natural pereza de éstos no tuviese excusa para acudir á la enseñanza, facilitándose además los religiosos los medios para administrar los santos sacramentos. Trabajaron mucho en esto los Padres, ayudándoles legos, siendo los que más se distinguieron en este punto los VV. Fr. Alonso Valverde ó de Sta. María y Fr. Francisco de Gata, quien pasaba además en hombros á los tímidos por los grandes rios cuyas avenidas impedian los viajes, ó por atolladeros que sólo él podia pasar por ser de agigantada estatura. Pero si grande fué en este punto la gloria de todos los religiosos que fundaron la mision de Filipinas, no lo fué ménos la del venerable Plasencia, á quien el territorio que le tocó, que comprendia desde la provincia de Bucalan á Manila y desde esta ciudad hasta Tayabas, se hallaban muchos montes y serranías pobladas entónces de naciones bárbaras, siendo lo ménos peligroso los lodazales, pantanos y esteros de aguas saladas de las playas, con espesos nipales, manglares y enmarañados bosques de las llanuras, cuya penetracion y comunicacion no miraron, dice la crónica, que fuera imposible sin especial asistencia divina en un religioso de edad avanzada y de observancia regular, pues como añade y debemos repetir con el cronista: «En poniendo la consideracion fija en estos santos arrestos de aquellos venerables ancianos, fundadores de nuestra custodia, se confunde mi tibieza, siendo cierto que mi consideracion queda corta, y es nada lo que pondera mi pluma, como conocerá bien quien conozca esta tierra.» Todas estas dificultades que entónces las vencia la virtud con la asistencia divina, las vencia el P. Plasencia con su discrecion que á todo atendia, en todo se mezclaba y todo lo arreglaba y disponia. La reduccion de los indios á vivir en poblado era el primer medio para vencer estas dificultades, y aunque de esto se trató desde luego por todos los religiosos de la custodia, dice la crónica, que debe atri-

buirse principalmente al V. Plasencia, pues los títulos que adquirió de padre de las conversiones y autor de las reducciones de aquellas islas, prueba la superioridad de sus esfuerzos sobre sus compañeros, en que fué incansable, ya con palabras, ya con obras, hasta conseguir su objeto. En su consecuencia fué formando en todo su partido rancherías y pueblos con pobres iglesias, donde acudian los indios á oir la doctrina y en las que los animaba con la comunicacion á abrir caminos, formar sendas y remover obstáculos para la más pronta administracion del país; de manera que la mayor parte de las iglesias fundadas en un principio en Filipinas, lo fueron por las diligencias ó á influjo del V. Plasencia. La prudencia de este religioso le hacia ser tan venerado de todos, que le consultaban en cualquier caso árduo de administracion ó reduccion, no solo las religiones sino tambien el gobierno y audiencia, porque por lo enterado que se hallaba de las costumbres é idiomas de aquellos habitantes eran sus resoluciones las más acertadas y hasta las más convenientes para una nacion á que amaba con la mayor ternura. Sus consejos y ejemplos fueron principalmente los que consiguieron despoblar las montañas y poblar las llanuras, haciendo transitables estas; lo que continuaron despues los religiosos con incansable vigilancia, hasta convertir en un paraíso unas islas anteriormente incultas y habitadas por gente feroz y salvaje. Estas continuas ocupaciones y otras que hemos indicado ya no le impidieron, apénas estuvo versado en el idioma del país, en escribir en él el *Texto y explicacion de la doctrina cristiana, con un arte y vocabulario de la misma lengua*, y otro *Tratado de especiales frases tagalas*. Estas obras fueron miradas como maravillosas en el primer sínodo de Manila, quedando aprobadas por los insignes varones que componian aquella gravísima junta, mandándose extender por todo el partido de la lengua tagala para utilidad de los indios y de los ministros de la doctrina que se aprovecharon de estos libros, y han servido despues para norma y pauta de posteriores obras, lo que jamás sintió el P. Plasencia, que deseoso de ser útil á sus compañeros, apénas compuso sus primeros libros dedicaba á copiarlos los ratos de ocio y en particular las noches, por no existir todavía entónces la imprenta, y los repartia entre los demás religiosos de la mision, que habian llegado á aquellas islas, exhortándoles con fervorosas oraciones á un estudio que era sin duda el que más les importaba. No contento con este libro, que estaba dirigido principalmente á los indios y á los que debian enseñarles, compuso otro mucho más profundo consagrado á los predicadores evangélicos y ministros de doctrina, en que les daba saludables consejos para el bien de sus almas, y otros no ménos notables para la conversion de las ajenas, con exhortaciones muy fervorosas para el exacto cumplimiento del ministerio apostólico en que se ocupaban y á que los habia destinado la Divi-

na Providencia, y con resoluciones muy acertadas y eruditas para varios casos y dificultades que pudieran ocurrirles en el ejercicio de su ministerio en un país tan recientemente convertido al cristianismo. Aún se extendió más su doctrina dando á ruego y por encargo de la Real Audiencia de Filipinas unas *Relaciones de las costumbres, ritos y ceremonias*, que tenian en la antigüedad aquellos indios, las que fueron tan apreciadas como aplaudidas, mereciendo que la Real Audiencia mandase se repartiesen copias de ellas á los ministros de justicia para que las tuviesen presentes en sus juicios en todo lo que no fuese contra la ley natural y divina, con las que se evitaron muchas vejaciones que se hacian á los indígenas por falta de inteligencia de su carácter y usos. Estas obras y todos los hechos del V. Plasencia en aquel país han merecido los mayores elogios á los cronistas, que dicen al llegar á este punto, «que el querer ponderar cuántos trabajos le costaron estos empeños de su caridad fina, en trece años de tierra en una edad tan avanzada, como de sesenta años hasta los setenta, predicando, enseñando la doctrina, bautizando y administrando los demás sacramentos de su incumbencia, visitando pueblos y rancherías y con la pluma en la mano á todas horas, ya para apuntar curiosas frases del idioma, ya escribiendo las obras dichas, y ya respondiendo á consultas graves y continuadas; el querer individualmente ponderar sus penosas fatigas, fuera agraviar á una prudente consideracion séria, ó causar una precisa universal molestia, si se hubiese de instruir de todo á la ignorancia. Tome el más ignorante el pulso á sus fuerzas, aunque sean muy robustas, y vea si naturalmente alcanzan á tantas y tales obras: que yo confieso que ni el V. Plasencia pudiera haberlas conseguido sin la asistencia especial de la virtud divina; pero tambien confieso que estuvo tan liberal y magnífico, que le movieron las prodigiosas virtudes de nuestro V. Plasencia. No tardaron estos méritos en valerle la sucesion en el gobierno del P. Fr. Pedro Alfaro, á quien entró á suplir en sus ausencias, enfermedades y áun en su muerte por comision que le dejó éste por escrito al partir á la China en Mayo de 1579, siendo esta eleccion en premio de que el V. Plasencia habia sido el ministro más fiel y más obediente al primer custodio. Recibió la comision de su superior con la reverencia debida, y aunque la eleccion fué entónces solamente de éste, no tardaron en reunirse todos los votos para admitirle con unánime complacencia y no ménos aplauso por parte de los religiosos que de los naturales. Mas su nueva dignidad de ninguna manera engrió á este humilde religioso, que continuó siguiendo entre sus hermanos el instituto de sus mayores, apeteciendo más los trabajos de estos que todo el descanso de los honores. Asistia puntualmente á los actos de la comunidad en la de Manila, sin que le embarazasen las continuas y graves consultas, ni sus celosas y frecuentes fatigas de confesiones y predicaciones. No perdonaba nada para la

observancia de su instituto, procurando que la rígida estrechez de la reforma no decayese con ningun género de omisiones. Visitaba con frecuencia el noviciado, dando en él máximas muy importantes, y como los novicios no eran niños, sino hombres desengañados de las vanidades mundanas, aunque era preciso domar sus antiguas pasiones, encargaba mucho al maestro que emplease con prudencia las austeridades de la regla. Era inexorable en la observancia de estas en el noviciado, para que los novicios quedasen habilitados con los comunes rigores, y saliesen bien instruidos cuando los distribuyese la obediencia para volver á vivir entre seglares. Para instruirlos más perfectamente, encargaba á los religiosos de la comunidad el buen ejemplo de sus costumbres para que aprendiesen con los ojos lo que no se les dictase en el noviciado, viendo que eran iguales las doctrinas y las operaciones, y no habia que temer que se entibiasen por esta falta los novicios, porque bastaba mirar al superior para que procurasen todos imitar su ejemplo. Visitaba con frecuencia á los enfermos de los hospitales, á quienes miraba como hijos ó como hermanos, sirviéndoles por sí mismo, arreglando sus camas con sus manos, administrándoles las comidas en las refecciones, y sirviéndoles en las curas, con lo que desahogaba su ardiente caridad, animaba y consolaba á los enfermos y alentaba á los hermanos para que se consagrasen á su servicio con el mayor cuidado. De esta manera acrisolaba el V. Plasencia su virtud, logrando en la práctica de la enseñanza y educacion comun el glorioso renombre de *columna firme en aquella nueva cristiandad, y de sus conversiones y de sus reducciones padre y autor*. Porque en efecto, cuando el venerable custodio Fr. Pedro de Alfaro tomó la resolucion de ir con su mision á la China para predicar el Evangelio en aquel imperio donde se podia esperar gran fruto de bendicion, sometió el custodiato al V. Plasencia al tiempo de partir, porque arreglado por este el asunto de la reduccion, él y no otros, aunque muy á propósito para el gobierno monástico, era quien podia desempeñarle más dignamente. Además que por ser este un negocio que se consideró esencial para aquella cristiandad pedia la mayor actividad, autoridad é inteligencia, cualidades que se hallaban reunidas en el V. Plasencia, en particular hallándose al frente del gobierno; siendo este el principal motivo por que le eligió el V. Alfaro, creyéndole el más apropósito para lograr tan indispensable fin. « Ya dije en otro lugar, añade al tratar de este punto el biógrafo del V. Plasencia, que el reducir á poblaciones á la dispersa multitud de unos indios criados sin política y aun sin racionalidad, fué proposicion que hicieron al V. custodio Alfaro los religiosos, que andaban empleados en la conversion de aquella gentilidad, en vista de la multitud de los que admitian sin resistencia la divina fe. Pero el V. Plasencia fué el primero y principal motor, el que acaloró á los demás

para que se hiciese al prelado en nombre de todos la proposicion, y el que en todo el discurso de su vida no dejó piedra sin mover por dar á tan gloriosa empresa la mayor actividad; á no ser así, no se hubiera levantado con el título de *autor de las reducciones*. «Debe añadirse á esta verdad la grande comprension que á costa de trabajosos estudios consiguió este gran siervo de Dios del idioma y costumbres del país, del genio de aquellos naturales, de sus inclinaciones y de todos los errores de su religion gentílica. En estas investigaciones fué incansable hasta morir, creyendo que le eligió Dios para vencer dificultades tan insuperables, y que le asistió con su divina luz, mereciendo por premio de su virtud y de su infatigable celo la exaltacion de la fe. Conforme estaban los indios cuando comenzaron los primeros religiosos á sembrar la luz del Evangelio, necesitaban estos someterse á todo género de trabajos y padecimientos para buscar á un indio á quien querian convertir, y apénas les bastaban todos sus esfuerzos para sacar al indio de su choza y llevarle á otra donde le conducia el religioso para instruirle con más descanso y quietud. Era muy difícil este procedimiento, y en él se admiraba contínuamente la maravillosa misericordia de Dios, porque era un milagro que hubiere sacerdotes que quisiesen trabajar en medio de tantas dificultades, y no era menor maravilla que se sometiesen los religiosos á tántos trabajos venciendo su natural inclinacion á la ociosidad y la pereza; y como un estado de cosas tan violento no podia subsistir, comprendió el V. Plasencia la poca duracion de la conversion en aquellos países, si no se ideaba un medio más natural para el establecimiento de las misiones, como era el de reunir desde luego los indios en poblaciones para dar á la luz del Evangelio con la comunicacion la mayor perpetuidad posible, facilitando más su propagacion y administracion á los futuros ministros. La eficacia con que lo consideró su caritativo celo, le hizo buscar todos los medios proporcionados para este fin, como el trabajo y el estudio que pedia un asunto en que no se empeñaba tanto su propia opinion, cuanto el bien comun de la cristiandad. Conferenció, pues, trató y consultó, defendiendo la cuestion con resolucion magistral no solo entre los ministros de su Orden, sino entre otros de igual ciencia, esperiencia y santidad, como eran los religiosos calzados de S. Agustin que, como más antiguos en Filipinas, entendian muy bien el punto de las reducciones, y por ser muy pocos y solos no habian podido conseguirlo hasta entónces. Parecióles á todos bien este proyecto, y todos le dejaron en manos del V. Plasencia por su autor y su más eficaz ejecutor. Propuso el pensamiento al gobernador, sin cuyo auxilio no podia proceder, presentándole las Reales cédulas en que se manifestaba la soberana voluntad para llevar á cabo las reducciones; dió aviso al obispo de la diócesis, no obstante hallarse ya tratada esta materia con el provisor y vicario general, y haberse acordado en el con-

cilio de Lima. Despues se llevó este asunto al sínodo celebrado en Manila, cuando se hacian ya las reducciones, porque siendo uno de los venerables varones que compusieron aquella asamblea el V. Plasencia, habló con tanta energía en punto al gobierno y reduccion de los indios, que acabó de acreditar tan beneficioso proyecto, y por último en los años que vivió no levantó nunca mano de esta dificultad, costándole no poco trabajo el conseguirla. Pero como la voluntad del V. Plasencia era tan enérgica como eficaz, y todo su anhelo llevar á cabo este proyecto, no tardó en ponerle en práctica valiéndose de los medios más naturales. El gobierno de los indios era por barangayes, cada uno de los cuales tenia un manguinoo ó dato por principal, á quien prestaban los demás vasallaje. Cada barangay tenia su territorio, en el que no podian entrar los de otro sin exponerse á que les declarasen la guerra. Tomando, pues, esta forma de gobierno por base fundamental, se formaron encomiendas, que al mismo tiempo que fuesen premios de la conquista militar, sirviesen de medios para la reduccion y arbitrios para el buen gobierno y fomento del cristianismo; porque hallándose al cuidado de cada encomendero el oficio de padre y director para enseñar la doctrina á los indios de su agregacion, estos formaban ó debian formar pueblos en los distritos de su jurisdiccion para el buen gobierno que se les encargaba en las Reales provisiones. Pero como no tardó en manifestar la experiencia que el comportamiento de los encomenderos no era el más á propósito para reunir poblaciones de las que solo se encontraba alguna formada, hallándose dispersos no solo los barangayes, sino los indios de cada barangay, por haber huido aterrados del imprudente rigor ú hostigados de la avaricia con que los encomenderos buscaban solamente su propio interés, con lo que se veian frustrados los santos fines y áun injuriados los celosos ministros de Dios. Se valió el V. Plasencia de los mismos indios para remediar tamaño mal, aprovechándose de la experiencia que adquirió, de su prudencia y sagacidad y de su paciencia y virtud; encargó del gobierno á los más ancianos, á quienes ellos miran con un respeto que se equivoca con la adoracion debida á la Divinidad. Fuélos así obligando á que siguiesen sus antiguas costumbres, que eran en ellos como leyes, y observasen lo que observaron sus mayores, pues les tenian tanta veneracion. Determinó que se formase de nuevo cada barangay con su cabeza ó superior, y que eligiesen sitio donde poder vivir; no en un barangay solo, sino en dos ó más, procurando este siervo de Dios vencer la mayor dificultad, que era el que se uniesen muchos barangayes, en atencion á la poca gente que componia cada barangay, que eran por lo general solo cien personas. Como el V. Padre, dice la crónica, se habia hecho todo para todos los indios, y todo para cada uno en particular, acomodando á su genio y condicion toda su ciencia y superioridad, no habia in-

dio que fuese esquivo para él, ántes bien todos á porfía le querian obsequiar. Pero aunque le obedecieron en la formacion de los barangayes y en unirse en un solo sitio, no estuvieron muy decididos en hacerlo en lo demás, manifestándose muchos de ellos rebeldes contra esta union, no dejando de altercar sobre el interés de sus tierras y su posesion, recordando las contínuas guerras que por ellas habian sostenido. Pero como el V. Plasencia estaba ya acostumbrado á meterse entre sus armas y reducirlos á la paz, le daba poco cuidado cualquiera motin, porque con la santa libertad con que habia vivido entre los indios, los reducia á la paz con la amabilidad y la razon. Con esta union de barangayes en un mismo lugar aumentó el número de rancherías, formándose de ellas poblaciones con la mayor facilidad. Inútil es decir los grandes trabajos que tuvo que sufrir este siervo de Dios para poner en planta, fomentar y llevar á cabo tan difícil proyecto, teniendo que vencer la opinion de españoles é indios, todo lo cual consiguió con su fortaleza y la gracia de Dios, que llenó su alma de las fuerzas de la virtud para que las emplease despues en allanar tan insuperables obstáculos. Dice, pues, con razon el cronista, que un pobre fraile descalzo y desnudo, descarnado, pobre, en el aspecto vil y merecedor del mayor desprecio, por su crecida edad y la flaqueza de su penitencia y mortificacion, sin temer á tan indómita multitud ni á los maguinoes de su superioridad, tuvo fortaleza para sujetarlos con el azote de la razon, y áun al yugo suave de la santa ley, ya metiéndose intrépido en lo más encendido de una guerra campal, ya derribando y destruyendo ídolos de su falsa adoracion, ya haciendo casas de oracion á las cavernas de su maldad, ya arrojándolos de ellas para que, congregándose en un lugar, adorasen al verdadero Dios y oyesen su doctrina celestial, y que todos los indios se le sujetasen sin la menor oposicion ó descompostura de su bárbara brutalidad, reduciéndolos al estado de corderos llenos de mansedumbre y docilidad; si reflexionamos en tan inusitado modo de proceder, no hay otra cosa á que podamos recurrir sino á la virtud de Dios, que infundiendo en su alma esta fortaleza y valor para tal obra, se refundia en su rostro para la obediencia y veneracion, y le revestia de divino fervor para aterrar á la más soberbia potestad. Lo grande y árduo de la empresa de nuestro venerable siervo de Dios, no lo consiguió en un dia ni en dos su fuerte y sabia actividad; sucesion de años fué menester, y en ella trabajo sobre trabajo, y penalidad sobre penalidad, y como estos contínuos trabajos engendran tristeza y temor, necesitó de la perseverancia para quedar victorioso, áun de las molestias de la duracion, y acreditar el cabal triunfo de su fortaleza y magnanimidad; obrando con facilidad, con gusto y con prontitud, y haciendo deleitables las penosas tareas de la retardacion con la virtuosa cualidad del perseverar. Ni le asustó la barbarie, ni le acobardó la contradiccion; dió

á sus celosos pasos la debida continuacion, poniendo la vista en Dios y en la equidad, tolerando inmensas molestias como S. Pablo hasta conseguir tan glorioso fin, y haciéndose así digno de la divina gracia especial con que le fortalecia Dios. Así se acreditó de autor de la reduccion, obrando como vigilante custodio de esta grey. Y siendo consiguiente el conservar lo que una perseverante fortaleza le dió, en la misma conservacion se graduó de defensor, con los repetidos actos públicos del magisterio de su doctrina. Visitaba como vigilante y celoso custodio á los pastores de aquel rebaño de Dios para informarse de su cuidado y solicitud, y á las ovejas para saber su estado y prosperidad, y todos quedaban prendados de su autoridad y solicitud, de sus beneficios y afabilidad, como si en su rostro resplandeciera la gracia de Dios. Mas no tardó en presentarse una ocasion en que vió peligrar todo el edificio que á tanta costa habia construido. Dió esta el obispo de la diócesis, siendo inútil decir lo mucho que trabajaron los religiosos de la órden de S. Agustin, y lo que se esforzó el V. Plasencia con las armas de la pluma y en continuadas conferencias, sin que se acobardase su virtud por toda la elevacion de la dignidad. Debe por lo tanto concedérsele este triunfo, pues le obtuvo no solo con su virtud, sino con la fortaleza de su prudente resolucion en retirar á sus religiosos á los conventos de la comunidad, de que resultó que dispersos los indios, el obispo y el gobernador acudieron á atajar tanto mal temiendo lo que no debia tardar en seguirse. En esta ocasion obró como celoso custodio, defendiendo con su ciencia los privilegios de la religion, y como vigilante custodio en defensa de aquella nueva grey cristiana, á que todos querian atacar, de que todos querian aprovecharse con perjuicio de los intereses generales. Tuvo así que sostener grandes encuentros en las continuas visitas que hacia á su rebaño, ya como súbdito ó bien como superior; pero como ya hemos visto era muy grande su valor, y aunque no lo pudiese remediar todo, no se escondia, ni huia, ni callaba cuando debia salir á la defensa de los suyos. Así vigiló, así quiso que se vigilasen todos los que tenian que defender el rebaño de Dios, y para conseguirlo mejor y poner á sus ovejas á cubierto de mercenarios ataques, dispuso establecer escuelas de niños, en que se enseñase la doctrina cristiana en el idioma vulgar del país. Esta medida, más propia de la prudencia que de la vigilancia, indica las muchas que tomó, en que campea en primer lugar aquella grande cualidad. Estableció con el obispo de la diócesis tan buena concordia y armonía, que le debió aquella custodia gran número de limosnas y otras atentas demostraciones de distincion. Aquel prelado fué quien cedió á los franciscanos los solares para fundar el hospital de S. Lázaro destinado á los naturales del país, dándoles además las correspondientes rentas para el sostenimiento de esta fundacion. En las contiendas de los religiosos de aquella custodia sobre su

ereccion en provincia, que fueron tomando incremento á medida de aumentarse su reputacion, fama y autoridad, fué sin duda donde más se manifestó su prudencia, evitando todas las diferencias con enviar á Europa á Fray Gerónimo de Burgos para consultar á la provincia madre, cortando por entónces todas las disensiones. ¿Pues qué diremos, continua la crónica, de sus diferencias entre portugueses y castellanos en Macao y en Malaca? No pudo tomar parte en ellas más que con sus providencias, extendiendo sus sabias disposiciones hasta los pies del general Gonzaga, en Lisboa; y llevándolas por otra parte hasta el Consejo de Indias en Madrid por medio de los comisionados, los PP. Gerónimo de Burgos y Martin Ignacio de Loyola, no pudo hacer más en defensa de la justicia, ni pudieron ser más prontos y prudentes sus recursos para obtener la paz que ambas naciones esperaban. Pero el poder le hizo inclinar la cabeza, sirviéndole solo su paciencia para moderar su tristeza. Aquella, lo mismo que su caridad, nacian de una misma fuente, que era el fuego del divino espíritu que le animaba, y supo su paciencia ser no solo decidida en la obediencia de sus superiores, sino tambien en la caridad, pues por no perderla cedió todos los derechos de la custodia á favor de quien no contaba ciertamente en su ayuda con la justicia. Pero estos continuos trabajos no le hicieron perder el aliento que en sí sentia para mayores empresas, porque despues de la partida de los religiosos que habian llegado de Nueva España con el comisario S. Pedro Bautista, redobló su celo nuestro V. Plasencia para sus gloriosas expediciones, y á consecuencia de la guerra comenzada con la Cochinchina, envió dos religiosos á aquel país, uno de ellos el V. Fr. Bartolomé Ruiz, que no tardó en ganarse el título de apóstol de la Cochinchina, pero arrojado de aquel país por los portugueses, aquella mision tuvo la suerte que otras muchas iniciadas por los españoles y que por la desgraciada competencia suscitada entre ambas naciones, no llegaron á producir los resultados que de ellas se esperaban. El V. Plasencia continuó en tanto dando diferentes pruebas de todas las virtudes, haciéndose acreedor al glorioso renombre de civilizador de Filipinas y columna y sosten del cristianismo en aquel país. Pero cuando se hallaba más ocupado en sus tareas evangélicas murió de repente en Lilio en 1590, recibiendo honorífica sepultura en la iglesia de aquel convento con asistencia de todos los religiosos de aquella comarca y gran número de indios que acudieron á regar con sus lágrimas el sepulcro de su bienhechor y padre. Llegó brevemente á Manila la noticia, causando la mayor tristeza á sus habitantes, que le veneraban como el apóstol de aquellas islas, y comprendian la grande pérdida que habian de sufrir con su muerte en sus intereses así espirituales como temporales.—S. B.

PLASENCIA (Fr. Juan de). Nació este esclarecido varon y sabio maestro de la órden de S. Gerónimo, en la villa de Cuacos, pequeña poblacion de la

Vera de Plasencia, en Extremadura, y pertenecia á una honrada familia que contaba en su seno algunos santos religiosos. Cuando tuvo edad competente fué enviado á Salamanca á estudiar gramática, y allí por recomendacion de un tio suyo, religioso en el convento de S. Leonardo de Alba, se acomodó en el de la Victoria de la mencionada ciudad de Salamanca, donde empezó sus estudios. Habiendo terminado con gran aprovechamiento la gramática latina, pasó á la universidad á oir facultad mayor; pero allí, inspirado del divino aliento que hizo abandonar á los apóstoles todos los negocios mundanos para seguir al Señor, y conociendo que el camino más recto para salvarse era acogerse al sagrado de la religion, sin dar parte á nadie de su intento, partió al monasterio de S. Lorenzo del Escorial, octava maravilla del mundo, en el cual tomó el hábito el dia 1.º de Junio del año 1620. Procedió en la vida monástica con gran edificacion, siendo el más observante en todos los actos de la comunidad, y el más humilde y obediente. Aunque habia entrado ya muy adelantado en los estudios, despues de profeso le enviaron al colegio, no como estudiante, sino como administrador de la cocina, humilde empleo que él admitió con tanto gusto como si le hubieran dado una cátedra. En ella sirvió con extremado celo y caridad, dividiendo su tiempo de modo que aquel empleo no le estorbaba para continuar los estudios, ni la asistencia del aula le impedia acudir á la cocina. Habiendo vacado una plaza de teología, se la dieron á él, conociendo su aficion á las letras con notable gusto de todos que deseaban tenerle por compañero de sus lucimientos. Libre ya de su primera obligacion, dedicóse con tanto afan al estudio, que muy en breve aventajó á todos sus condiscípulos, y acabados los cursos llegó á ser pasante. Vistos sus adelantos, le nombraron poco despues catedrático de artes, y en este cargo se hizo notable por la siguiente circunstancia. Cuando entró á explicar, no servia de texto el tratado que él estudiára, sino el que por entónces habian compuesto y publicado los PP. Carmelitas complutenses, conforme á la doctrina de Sto. Tomás; y sin embargo, viendo á pesar de ser nuevo y desconocido para él la claridad con que le explicaba, parecia no solo que hubiese estudiado en él, sino que él mismo le habia producido. Continuó despues explicando las demás cátedras de teología hasta ser jubilado en la de prima, y fué sin género de duda uno de los más profundos teólogos que tuvo la órden de S. Gerónimo en el siglo XVII, por la extension con que poseyó aquella sagrada ciencia y lo mucho que estuvo identificado con ella. Descolló igualmente en la teología moral y en la expositiva, y juntando á ellas el adorno de las demás ciencias que poseia, llegó á adquirir tal grado de perfeccion, que fué tan á propósito para la cátedra como para el púlpito. Ocupado en los ejercicios de la enseñanza y de la predicacion, invirtió veinticuatro años con grande aprobacion de todos los que sa-

bian estimar la ciencia y la virtud, contribuyendo á aumentar el general aprecio la arreglada vida y ejemplar conducta que seguia, pues en el dicho largo espacio observó sin alterarle el siguiente método. Levantábase en todo tiempo ántes de la Misa de alba, y dirigiéndose á la iglesia, donde se prevenia con la oracion para celebrar el santo sacrificio y recibir la luz del acierto que deseaba, y despues oia otras misas, á fin de que se aumentase en su alma el esplendor de la luz divina. Ibase luego á su celda, en la cual no admitia á nadie á conversacion, ni respondia á cosa alguna, como no fuese para satisfacer las dudas y dificultades que ocurrian á sus discípulos, las cuales explicaba con la mayor claridad. Consagrábase en seguida al estudio, en el que fué tan constante y asiduo, que siempre se hallaba engolfado en sus libros, estudiando, observando, meditando y escribiendo. Fué, por lo tanto, excelente en el argüir y admirable en el presidir, y sus conclusiones eran tan abundantes, claras y profundas, que labraron su buena opinion, colocándole al nivel de los mejores y más principales escolásticos de España, concediéndole Dios aquella celeste sabiduría, que segun el *Eclesiastés*, *alabarán muchos, y nunca será borrada ni perdida de la memoria*. Como fué catedrático tan dilatado espacio de tiempo, sacó muchos y muy aventajados discípulos, que brillando en las cátedras y en los púlpitos de la religion, llenaron su alma de gozo por ver los ópimos frutos que habian producido sus ejemplos y sus desvelos. Apénas dejó las cátedras por haber sido jubilado, se apresuraron á emplearle en gobiernos y prelacías, con harto sentimiento y repugnancia suya, pues solo deseaba ser gobernado y obedecer, pareciéndole esto más seguro que el mando. Hiciéronle prior del convento de S. Leonardo de Alba, cuya fábrica habia destruido un incendio poco ántes de su eleccion, y aunque su antecesor restauró el edificio lo mejor que pudo, á él le cupo la gloria de ver terminada la obra y de volver tambien las costumbres de los monjes á la perfeccion de la observancia, de la que algun tanto se habian desviado. Asistió con mucho cuidado y esmero no solo á los negocios espirituales, sino tambien al remedio de las necesidades del dia, que eran muchas y muy grandes en aquella casa, y cuando volvia al convento despues de practicar muchas diligencias para atender á los precisos gastos de la comunidad, dirigíase al coro, donde pasaba en oracion largas horas, pues decia que solo en él hallaba descanso y consuelo, y que fuera todo eran angustias, aflicciones y trabajos. Fué rara la vez que se acostaba ántes de los maitines, y despues de asistir á ellos era el que primero acudia al romper el alba á orar, decir la Misa y dar gracias á su Criador, causando admiracion á todos, porque no sabian cuándo dormia ni cómo pasaba la vida durmiendo tan poco; lo cual unido á su completa y extremada abstinencia, fué causa de quedar tan flaco y macilento, que apénas le conocian los que en otro

tiempo le vieron. Terminado el desempeño de su cargo de prior, volvió á la Real casa del Escorial, resuelto á no admitir más las cargas de las prelacias, y se retiró al convento de Parraces, donde pasó un año dedicado á la observancia sin usar de las exenciones que la jubilacion le concedia para no hacer lo que los demás. Habiendo quedado vacante la cátedra de prima en el Real colegio, le obligó el prelado á que por segunda vez viniese á regentarla, mandato que obedeció como todos los de la autoridad, con mucho gozo y diligencia. En esta ocasion fué elegido por sus hermanos procurador de un capítulo general, en el que se le nombró definidor de la Orden. Regentó la cátedra esta segunda vez como anteriormente, sin variar en nada las explicaciones, ni ménos las horas de levantarse, las de oracion y las de estudio. Viéndole ya anciano y achacoso dijéronle muchas veces que porqué no se levantaba más tarde y se atareaba ménos, á lo que él únicamente contestaba: *Yo por mi gusto bien lo hiciera.* De donde coligieron lo hacia por mortificacion. Fué tan enemigo de perder el tiempo como de adquirir vana honra; y por lo tanto casi nunca admitia seglares á su conversacion, y cuando los reyes y sus cortesanos se hallaban en el convento, mandaba que le cerrasen la celda por fuera, pues no queria ser conocido de nadie ni ménos comunicarse con quien por necesidad le tributaria elogios y alabanzas. Durante su segunda permanencia en el Real Monasterio le ofreció el general de la Orden el priorato de Sigüenza, el de Zaragoza y el de S. Isidoro de Sevilla, pues en todas estas casas deseaban tenerle por la buena fama que merecia; pero excusóse con humildad de admitir ninguno de ellos, rogando al General tuviese á bien eximirle de aquellos graves cargos, porque estaba muy bien hallado con la tranquilidad y el sosiego de su celda, lo cual le fué concedido, pues conociendo su genio sabia demasiado bien el prelado que no se negaba como otros muchos para que le hiciesen más instancias. Despues que se cumplieron cuatro años de su segunda regencia en la cátedra, el dia que explicó la última leccion se postró de rodillas en medio del aula, y dándose golpes de pecho pidió perdon á sus discípulos de las faltas y defectos en que pudiera haber incurrido en la enseñanza. Ejemplo admirable de humildad y caridad cristiana, que á todos los dejó confusos y enternecidos. Resuelto á volverse á su retiro de Parraces, dióse á buscar libros devotos y espirituales, medallas, cuentas y oraciones que tuviesen concedidas algunas indulgencias, pues decia que el tesoro de las indulgencias es el socorro más grande que podemos hallar para la satisfaccion de nuestros pecados, pues por muy poco que se ponga de nuestra parte se satisface mucho por los méritos de nuestro Redentor y de su santísima Madre. Entre otras cosas le dió un religioso amigo suyo un devoto crucifijo enriquecido con muchos dones espirituales. Era la efigie algo grande, pero no queriendo separarse de ella para llevarla á su paraiso de

Parraces como llamaba á aquel desierto. Se la colgó al cuello y así emprendió su camino, teniendo durante él amorosos coloquios con su Dios. Segun escribió despues al religioso que le habia dado la efigie, al subir el puerto lo asaltó una gran tormenta de lluvia, piedra y viento, y milagrosamente salió de aquella borrasca sin lesion alguna, atribuyéndolo á la proteccion de la sagrada imágen que le acompañaba, pues es de advertir, que contra lo que generalmente ocurre en aquellos sitios la tempestad tuvo lugar por la mañana, debiendo creerse por lo tanto que fué alguna de las maquinaciones con que el enemigo mortal de los hombres trató de impedirle el paso, temeroso de la guerra que le iba á dar en el retiro adonde partia; aunque si tal fué su intento, quedó vencido y avergonzado ánte la imágen de Jesus. A poco tiempo de haber llegado Fr. Juan á Parraces se celebró capítulo general en la Orden y fué nombrado visitador de la Andalucía, cuyo cargo renunció ante el capítulo privado, haciendo lo mismo con el priorato del colegio de Avila para el que tambien fué nombrado. Véase de que manera se expresaba al saber que le habian elegido para algun cargo honorífico, bien al contrario de los demás hombres, que por todas las vias los buscan y los solicitan. Escribiendo al religioso que le donó el crucifijo y que, como hemos dicho, era muy amigo suyo, le decia: «Unas nuevas tristes me han dado y son el haberme hecho prior de Avila, pero lo renunciaré de todas veras y haria lo mismo si me ofreciesen el arzobispado de Toledo.» El General de la Orden, que era varon muy sabio é iluminado del Santo Espíritu, conocia todo el valor de estas renuncias y que con aquellos ejemplos de humildad y desinterés servia mejor á la religion que con todos los cargos y prelacias que pudieran encomendarle. Pero como nunca faltan críticos por do quiera ó envidiosos, mejor dicho, de todo mérito, áun aquella virtud le ocasionó pesadumbres; pues viendo que no aceptaba nada de lo que le proponian, dieron en decir que hacia alarde de tener propia voluntad y de desobedecer á los superiores, sin tener en cuenta los que tal afirmaban cuánto celebra la Iglesia las hazañas que algunos santos y varones eminentes practicaron, huyendo de admitir cargos y distinciones, y aunque algunos los desempeñaron, es más grande el número de los que se ocultaron por no hacerlo. El siervo de Dios, sin embargo, despreciando las hablillas y las críticas siguió adelante, renunciando todos los cargos que le ofrecian ínterin que por la fuerza de la obediencia no le precisasen á aceptar. En dos vacantes que ocurrieron del priorato del Real Monasterio de San Lorenzo fueron muchas las súplicas, ruegos y empeños que sus amigos y apasionados hicieron para que le admitiese, y áun algunos llegaron hasta solicitar del Rey el nombramiento aunque sin darle parte, pues conociendo su firmeza de carácter temian las anteriores negativas. A fin de acercarle más al priorato, intentaron hacerle otra vez

procurador del capítulo, y eligiéronle al efecto esperando aceptaria; pero conociendo la idea, renunció segun costumbre, por lo cual se persuadieron de que tantas y tan repetidas muestras de desprecio al mando solo nacian de su profunda humildad, y dejaron de molestarle. Libre, pues, de estas importunidades continuó su evangélica vida en el destierro de Parraces tan ejemplarmente como la vez anterior, añadiendo nuevos méritos á los ya contraidos y dando nuevos ejemplos de virtud tan edificantes como los que en otro tiempo practicára. Pidió al vicario le hiciese el favor de tratarle como al último monje de la comunidad y que le destinára á los oficios más humildes y mecánicos, porque desde aquel momento renunciaba todas las exenciones que por su carácter y su clase pudieran corresponderle. Despues de haber hecho muy despacio una confesion general, entregóse completamente á la oracion, sin faltar ninguna hora al coro, y despues de haber dicho su misa, ayudaba cuantas podia, pues era tanta la delectacion que sentia diciendo y ayudando el santo sacrificio, que le parecian minutos las horas empleadas en tan sagrada ocupacion. Hacia todos los oficios de tabla con mucha puntualidad, subiendo repetidas veces al púlpito del refectorio para leer la leccion, lo cual hacia con sumo gusto, pues no temia, como cuando predicaba en público, recibir elogios que desvanecieran su espíritu. En varias ocasiones servia á la mesa á los religiosos y en el coro volvia las hojas, decia los versículos y era cantor, desempeñando él solo lo que generalmente ejecutaban los novicios. Por espacio de algunos años tuvo el empleo de sacristan, el cual le costó mucho trabajo obtener de su prelado, pues éste no se lo queria conceder á un hombre de su carácter y de sus servicios. Cosa admirable era en verdad ver un varon de sus canas y de su gran autoridad desempeñando las mecánicas tareas de la limpieza de la iglesia, adorno de los altares y cuidado de las luces. No se desdeñó tampoco de ser refitolero, hospedero y campanero; aunque este último cargo siempre le tuvo, pues él era el que en todo tiempo tocaba la campana para llamar á coro y á los demás piadosos ejercicios. Conocíasele cuán gozoso se hallaba en el desempeño de este humilde cargo, y así cuando alguno en la sacristía le llamaba P. Maestro, respondia con mucho gracejo que solo era sacristan. Unió á la virtud de la humildad la de la penitencia, como lo probaban sus continuas disciplinas y un áspero silicio que siempre llevaba ceñido y la de la abstinencia, pues acostumbrado á beber un poco de vino con agua, le dejó para beber agua sola, y en los dias de ayuno no echaba aceite ni vinagre al pescado, y comia muy poca cantidad. Su caritativo celo por la salud de las almas de los prójimos era tambien extremado. A más de predicar en el convento salia con mucha frecuencia por las aldeas inmediatas á la abadía, deseoso de ganar almas para el Señor, recogiendo notable fruto, pues como

todos le tenian por varon apostólico, oíanle con notable atencion y ejecutaban lo que les advertia, teniendo él el gran don de la persuasion, porque siendo tan instruido usaba en sus discursos el lenguaje que convenia y que se adaptaba más á la capacidad de sus oyentes. Si habia algun otro sacerdote que deseaba predicar, le instaba para que lo hiciese, creyendo en su profunda humildad que cualquiera lo hacia mejor que él, y procuraba aprovechar las ocasiones de aumentar los obreros en la viña del Señor. En el confesonario era el consuelo de cuantos llegaban á sus piés, ora fuesen seglares ora religiosos, y si habia enfermos ó huéspedes en el convento esmerábase en asistirlos y regalarlos, socorriendo tambien con cuanto podia á los pobres necesitados que llegaban á pedirle. Teniendo noticia de que unos sobrinos suyos se hallaban en suma necesidad, y no poseyendo ya cosa alguna con que ampararlos, vendió mediante la licencia del superior las pobres alhajas que tenia para sus viajes, que consistian en la maleta, sombrero y arreos para la mula, remitiéndoles su importe. A pesar de la justificacion y arreglo de su santa vida, no le faltaron disgustos y tribulaciones, las unas causadas por los que dieron en criticarle, diciendo que su humildad era hipocresía y su desinterés ambicion solapada, pues renunciándolo todo lo queria todo; y los otros fueron nacidos por la ingratitud de algunos á quienes habia favorecido, pues tal suele presentarse la correspondencia de los hombres. A las suposiciones maliciosas contestaba el siervo de Dios, que el tiempo demostraria si su retiro era hipocresía y sus renuncias ambicion disfrazada, como en efecto se vió, pues cuando sus detractores advirtieron su constancia no le volvieron á motejar. Más hirió su alma sensible el comportamiento de los ingratos, pero hacia por sufrir con resignacion, advirtiendo imitaba en esto á Jesucristo, que de nadie sufrió más disgustos, ultrajes é improperios que de la ingratitud de los mismos á quienes más protegiera. A estas desazones se agregaron las que le ocasionaban sus dolencias, porque además de las abstinencias, que le tenian débil y extenuado, padecia mucho tiempo una hernia ó quebradura, que le ocasionaba violentos dolores. Su única mira y toda su atencion hallábase fija en la eternidad, y así estaba continuamente dispuesto á responder á su Criador cuando le llamase. Habiendo entrado cierto dia un religioso en su celda, le halló registrando en su manual la recomendacion del alma que acababa de leer. — ¿Qué es esto? le preguntó: ¿Quiere vuestra Paternidad morirse, que registra la recomendacion del alma? — A lo cual respondió el siervo de Dios: ¿Qué sabemos cuándo será? Por esto es conveniente tenerla siempre registrada. — Hácia el fin de sus dias llegó á estar casi ciego y sordo, y cuando se cumplieron quince años de su segundo retiro en Parraces, quiso Dios llamarle á sí para darle el premio de tantas virtudes. Declaráronsele unas violentas calenturas

que él resistió con su acostumbrada paciencia, pero conociendo que se acercaba su fin, pidió los santos sacramentos, recibiéndolos con notable edificacion de los circunstantes, con tiernos actos de fervoroso amor hácia el divino Jesus y recitando una fervorosa profesion de fe, que tenia escrita hacia ya muchísimo tiempo para cuando llegase aquel funesto trance. Algunas horas ántes de espirar perdió totalmente la vista, por lo cual suplicó á sus hermanos le leyesen aquella recomendacion del alma, que tan registrada tenia de antemano, y estándosela leyendo entregó con el mayor sosiego el alma á su Redentor, el dia 7 de Agosto de 1668, entre las dos festividades de las Nieves y de la Asuncion de la Santísima Vírgen, de quien fué tan devoto y apasionado, como lo demostró en el convento de Parraces, resignando con tanto gusto el título de maestro para tomar el de sacristan de tan augusta Señora y cuidar del aseo y adorno de sus altares. Tenia cuando murió sesenta y nueve años de edad y cuarenta y ocho de religion. Enterráronle en la abadía, con muchas lágrimas de sus hermanos y notable sentimiento de los vecinos de las inmediatas aldeas, que haciendo el elogio del difunto, mejor con sus sencillas voces que con pomposos y estudiados discursos, decian: *Ya ha muerto el santo y el consuelo de todos.* Hallóse su celda tan desnuda y desprovista de toda clase de alhajas, que esto solo hubiera bastado para demostrar la santidad y humildad de su vida; pues no dejó otra cosa que sus libros místicos y una coleccion de sentencias escritas de su mano y sacadas de los Santos Padres y doctores de la Iglesia, las cuales habia extractado para que le sirvieran de gobierno y de guia cuando se determinó á vivir retirado de las vanidades y pompa del mundo, atento solo á conseguir la salvacion. Los escritos que dejó además de las materias teológicas, fueron muchos sermones de apostólica doctrina y un libro que contenia varios panegíricos de S. Juan Evangelista, santo de quien era muy devoto y afecto por la ternura y sublimidad de las obras que dejó escritas y que causan la admiracion del mundo.—M. B.

PLASENCIA (Fr. Manuel de), franciscano. Fué natural de la ciudad que en España lleva el mismo título de su sobrenombre, y pertenecia á la provincia de S. Gabriel por la religion. Fué varon justo, de condicion humilde y muy instruido en la sagrada teología, la cual explicó en varios conventos de la Orden. Por su instruccion y arregladas costumbres mereció que le honrasen con los cargos de definidor de la provincia, custodio y vicario provincial. Dedicóse muy particularmente á la formacion de algunos trabajos históricos sobre la religion á que pertenecia, y dejó escritas aunque no publicadas las siguientes obras: *Tercera parte de la crónica de la provincia de S. Gabriel.—Apologeticum pro vera filiatione B. Mariæ á Christo Tertiariæ Franciscanæ.* Estas obras se conservaban manuscritas en el archivo de la ci-

tada provincia. —*De calculo ecclesiastico*; un tomo en 4.°, que tambien se conservaba manuscrito en el convento de S. Onofre de Lalupa. Este religioso debió morir á mediados del siglo XVII. — M. B.

PLAT (Fr. Gonzalo), religioso dominico de la provincia de Aragon. Hallábase en cama con una calentura aguda, pero sin peligro alguno segun el parecer de los médicos. Un dia pidió que enviasen á buscar á su prelado, y le suplicó con vivas instancias que le hiciese administrar sin dilacion los santos sacramentos, porque conocia que se iba acabando por momentos. Dudaba el prior, pues no notaba en el enfermo más señales de muerte que sus propias palabras, y continuó el enfermo: «Yo no me engaño, padre Prior, y si V. R. hubiera venido un poco ántes, hallára en este lugar á mi madre y hermana, las que hace mucho que murieron, y me han dicho que me preparase, que sin duda alguna moriria pronto y me iria con ellas al cielo. Yo me sobresalté mucho cuando las ví y conocí, y quedé suspenso y perplejo imaginando seria alguna ilusion del enemigo. Viéndome ellas dudar, me aseguraron diciendo que no tuviese duda de que eran ellas mismas, y supiese que por la intercesion de la Vírgen Madre alcanzaron licencia para venir á verme y consolarme. Y V. R. sabe muy bien que ambas eran mujeres de muy buena vida y devotas de nuestra Orden. Tambien me avisaron que áun cuando tuviese alguna mala aparicion que viniese para turbarme, no temiese nada, que ellas se hallarian aquí conmigo con otros muchos frailes de nuestro hábito, y que estuviese así advertido de que cuando llegase aquí mi señor Jesucristo, me postrase á sus pies, pusiese en él todos mis pensamientos y le encomendase mi alma.» Oidas estas razones no le contradijo ya el prior, porque la virtud y el buen ejemplo de Fr. Gonzalo le habian ganado la suficiente reputacion para ser creido áun en cosas más grandes. Y aunque los médicos no creian muriese con tanta brevedad, se hizo la voluntad, del enfermo, administrándole los santos sacramentos, que recibió él, como quien estaba seguro de que moriria, con devocion y consuelo. Y luego, al dia siguiente por la mañana temprano, voló su alma al cielo dejando á los religiosos que le asistieron grandes pruebas de su salvacion. — M. B.

PLAT DE BEAUPRÉ. Este eclesiástico, cuya naturaleza y antecedentes se ignoran, se ha hecho notable por su adhesion á los principios revolucionarios que dominaban en Francia á fines del último siglo. Despues de haber desempeñado varios cargos administrativos, fué nombrado en 1792 diputado en la Convencion Nacional. Votó con la mayoría por la muerte de Luis XVI en el funesto proceso instaurado contra aquel monarca, pero acompañando su voto con las siguientes palabras: «Convencido de que la salud de la república »y la esperanza de la paz estan íntimamente enlazadas á la persona de Luis,

»yo opino por la reclusion durante la guerra y por el extrañamiento del »territorio francés despues de hecha la paz y de la consolidacion del go- »bierno republicano, que debe ser reconocido por todas las potencias de »Europa. Pero, si á pesar de estas medidas, alguna de dichas potencias in- »vade nuestro territorio, yo opino desde ahora por la muerte de Luis, que »será ejecutada en el momento que la ocupacion de cualquiera de las ciuda- »des de nuestras fronteras sea un hecho consumado y oficialmente conocido »de los representantes de la nacion.» Despues de aquella sesion tan célebre como funesta, Plat tuvo entrada en el Consejo de los Quinientos, de donde salió en 21 de Mayo de 1798, sin que se volviera á hablar de él hasta el año 1816 en que fué incluido en la lista formada de las personas á quienes comprendia la ley que se publicó contra los regicidas, y se cree que se le incluyó en ella, no tanto por el voto que pronunciára contra el infortunado Luis XVI, como por haber desempeñado un cargo municipal durante los *cien dias*. Mas una Real órden de 1818 le exceptuó nominalmente de aquella lista, y se le permitió volver á su patria, donde murió al poco tiempo de su regreso. M. B.

PLAT ó PLAEL (José), sabio canonista, nació en Malinas en 1733. Principió los estudios en su villa natal y los terminó en la universidad de Lovaina, donde recibió el grado de doctor en derecho civil y canónico en 1766, y abrazando la carrera eclesiástica se dedicó con el más grande afan al estudio de las antigüedades de la Iglesia. La universidad de Lovaina le nombró en 1768 para desempeñar una cátedra de derecho civil, y en 1744 pasó á la de derecho canónico. En el año de 1770 se habia dado á conocer por una tésis, donde sostenia la indisolubilidad del matrimonio entre infieles contra la opinion general admitida por los teólogos; tésis, que fué combatida por el padre Mougin, agustino de Lovaina, á quien Plat respondió por medio de una *Disertacion histórico-canónica*, que publicó, añadiéndola, para darle más fuerza, otra disertacion sobre el mismo asunto y escrita en igual sentido, que habia publicado en Viena en 1766. En esta disertacion se apartaba de la senda ordinaria, dejando entrever que participaba de las opiniones de varios teólogos, que han sostenido que las decisiones de la Santa Sede, aunque esten apoyadas con el asentimiento de la mayoría de los obispos, no siempre tienen la suficiente autoridad para obligar. Seguia en esto las opiniones de Sebronius, Van Espen, Reggier y otros varios, que profesaban iguales ideas acerca de lo que llamaban las libertades de la Iglesia. El emperador José II, que trataba de introducir varias reformas en los Paises Bajos, halló á Plat muy inclinado á secundar sus miras; y para introducirlas en el seminario general de Lovaina, de nueve profesores seis fueron arbitrariamente depuestos quedando únicamente dos, Plat y Ma-

rant, á los que fueron agregados otros dos que pensaban como ellos. Pero la nueva enseñanza, que no estaba en armonía ni era conforme con las opiniones generales del clero, no obtuvo el éxito deseado. Los estudiantes rehusaron escuchar á tales maestros, viéndose Plat obligado á salir de Lovaina, temeroso de que lo maltratasen, y á retirarse á Maestrich en 1787. Al año siguiente quiso volver á empezar su curso, pero fué públicamente insultado. Entónces el gobierno austriaco le señaló una pension; pero dejándosela de pagar al poco tiempo, tomó el partido de retirarse á Holanda en compañía del abate Mouton, con quien redactó *Las Novedades eclesiásticas*. En 1806 fué nombrado profesor de derecho romano en Coblentza y director de la escuela de esta ciudad; plaza que conservó hasta su muerte ocurrida en 6 de Agosto de 1810. Además de su *Disertacion histórico-canónica*, de 1771, se tienen de él las obras siguientes: una edicion del *Comentario de Van Espen, sobre el nuevo derecho canónico, con un prefacio bastante extenso;* Lovaina, 1777 en 8.° —Una edicion latina de los *Cánones del Concilio de Trento, con prefacio y notas;* 1779, en 4.°—*Vindiciæ assertorum in prælatione codicis Concilii Tridentini præmissa;* Lovaina, 1780, en 4.° Este libro es una respuesta á los ataques dirigidos á su prefacio de los Cánones del Concilio de Trento. Una *Coleccion de actas y documentos relativas á este Concilio*; 1784, siete volúmenes en 4.°, donde se hallan muchos documentos interesantes, que no habian sido publicados y que él sacó de los archivos de Bélgica.— Una edicion de las *Instituciones de Jurisprudencia de Reggier*, de la que dió en el mismo año un compendio. —Una *Disertacion latina acerca de los discursos de Fleury sobre la historia eclesiástica.*—Otra *Disertacion contra la autoridad de las reglas del Indice*, dos tomos en 4.° —Otra *Disertacion contra lo que habia sostenido en sus lecciones el doctor Van der Velde;* respecto á la regla 4.ª del Concilio de Trento sobre la lectura de la *Biblia* en lengua vulgar. —Otra *Disertacion sobre el poder de establecer los impedimentos dirimentes del matrimonio y del orígen de los impedimentos existentes.* El autor se declaró en esta obra á favor de la autoridad civil. Van der Velde atacó esta disertacion en una tésis publica sostenida el dia 18 de Junio de 1783. Plat le respondió en el mismo año con su *Vindiciæ dissertationis canonicæ de sponsalibus et matrimoniorum impedimentis, adversus thesim die 18 Junii in schola theologica propugnatam.* —*Carta de un teólogo canonista á nuestro Santísimo Padre Pio VI, con motivo de la bula* Auctorem fidei, *que lleva la condenacion de un gran número de proposiciones sacadas del sínodo de Pistoya en* 1786, publicada sin fecha. Léjos de manifestar todo el respeto debido al jefe de la Iglesia, Plat olvida hasta la cortesía y usa de varias expresiones injuriosas al Pontífice y á toda la corte romana.— *Observaciones sobre la declaracion del cardenal arzobispo de Malinas, tocante á la enseñanza del Se-*

minario general de Lovaina; 1789, en 8.° Este prelado despues de un detenido exámen en que habia propuesto diferentes cuestiones á los profesores, declaró que la enseñanza, segun el plan adoptado, no era ortodoxa ni conveniente. Suplemento al *Catecismo de Malinas;* Saint-Trou, imprenta arzobispal, en 8.° Es una crítica muy fuerte de este catecismo. — M. B.

PLATA (Fr. Juan de la). Fué natural de la ciudad de Sevilla, y perteneció á la órden de los Carmelitas, desempeñando el cargo de cronista de esta religion y de las iglesias de ella. Publicó: *Defensorio de la antigüedad, legisladores y santos de la sagrada religion de nuestra Señora del Cármen de la antigua observancia;* Sevilla, 1639, en 4.° — *Defensivo contra el frenesí de Portugal.* Este escrito, publicado con motivo de la revolucion y emancipacion de aquel reino, se imprimió sin dar su nombre en Alcalá en 1641. Despues de esta época pasó á América, y no se vuelve á hacer mencion de él. — M. B.

PLATANO (S.), mártir. Fué hijo de Sta. Rosa, mártir, natural de Sulci, y hermano de S. Antiogo, segun lo atestiguan la tradicion, las leyendas y pinturas antiguas y el oficio del mismo S. Antiogo, donde se hace conmemoracion de S. Platano, diciendo que estando aquel para morir le pidió que le hiciese la gracia de recibirle por mártir como lo habia él sido. Si quieren decir esto las palabras de la crónica, de donde tomamos estos apuntes, cuyo sentido es harto equívoco. Quedó huérfano Platano de muy tierna edad, pero le habia criado su madre con tan buenas máximas, instruyéndole de tal manera en las verdades de la fe, que siguiendo sus huellas, no vaciló en dar su vida por Jesucristo entre los más crueles tormentos, cuyos pormenores se ignoran, lo mismo que las demás circunstancias y lugar donde fué enterrado este Santo, que es citado entre los que por sus virtudes y méritos ilustraron la iglesia de Cerdeña. — S. B.

PLATEA (Cornelio). Era religioso del órden de los Menores de S. Francisco en la ciudad de Almarik, en la Batavia. Habiendo sido tomada esta poblacion el año 1572 despues de un largo sitio por los herejes luteranos, deseosos de saciar su cólera se apoderaron de cuantos religiosos hubieron á las manos, siendo uno de ellos Cornelio, que cayó prisionero con otros seis de su misma Orden. Despues de haber estado algunos dias encerrados en un estrecho y oscuro calabozo, fueron trasladados maniatados como unos salteadores á Anchusia, ciudad marítima, donde debian ser juzgados. En el camino sufrieron multitud de trabajos y de fatigas, pues á más de las injurias y denuestos que les prodigaban, á fin de adelantar en la marcha, los trataban como á bestias de carga, sacudiéndoles con varas y látigos. Todo lo sufrieron con evangélica paciencia, animados por el P. Daniel Arendok, guardian del convento, el cual bien persuadido de que caminaban al martirio, se preparaba á recibirle y exhortaba á sus compañeros á dar su vida

por la fe, poniéndoles de manifiesto la perpétua gloria que les esperaba por unos breves momentos de dolor: con tales exhortaciones caminaban todos tan animosos como el que marcha camino del cielo, pasando los dias y las noches en cantar himnos de alabanza al Señor y en otros santos ejercicios con notable asombro de sus tiránicos opresores. Al otro dia de la llegada al punto de su destino les hicieron saber que estaban condenados á muerte; pero como la herejía anhelaba el triunfo de sus perversos dogmas, aumentando el número de sus prosélitos, les ofrecieron la vida si adoptaban su profesion de fe. Esto es, si públicamente negaban la existencia de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía y la autoridad apostólica del Sumo Pontífice; pero ellos prefirieron la defensa de tan sagrados principios al goce de una vida infeliz y transitoria, y optaban por el ignominioso patíbulo. La ferocidad de los herejes llevó á cabo la cruda sentencia con horribles circunstancias, pues sea para hacer que sufriesen más los mártires de Jesucristo, sea que juzgasen poder vencerlos por medio del terror, á vista del lamentable espectáculo que pensaban ofrecerles, les fueron quitando la vida de dos en dos en diferentes dias y á presencia de los demás, teniendo lugar el sacrificio en 23, 24 y 25 de Junio de 1572. La muerte de estos heróicos defensores de la religion fué tan acepta al Altísimo, que se vieron señales tan admirables como claras de la gloria que en union de tantos otros héroes del cristianismo disfrutaban sus benditísimas almas. — M. B.

PLATEA (Fr. Cristóbal). Fué natural de la ciudad de Valencia, en la cual tomó el hábito de la órden de S. Francisco en la familia observante, donde hizo sus estudios, llegando á ser lector de teología y elocuente predicador. Pasóse luego á los PP. Descalzos de la provincia de San Juan Bautista, entónces custodia de la Orden. Fué humilde, afable, distinguido por su silencio y su amor á la pobreza evangélica. Desempeñó varios cargos en los conventos de su Orden en España, siendo primer guardian del de S. Sebastian en Castilla y luego del de nuestra Señora de Loreto en Monforte. En 1575 fué electo ministro provincial para la ya citada provincia de S. Juan Bautista, y en este cargo desplegó tanto celo y prudencia, tanta inteligencia y caridad sin desmayar ni un punto en su fervorosa ánsia por el esplendor de la religion que causó la admiracion de todos. Aunque era muy anciano, no abandonó sus habituales ocupaciones tanto en la oracion como en el régimen del convento. Además de observar los ayunos prescriptos por la regla de la Orden guardaba completa abstinencia en los dias de la Santísima Vírgen, santos Apóstoles, Arcángeles y otras solemnes festividades. Llamado por el padre general de la Orden para ventilar ciertos graves asuntos, hizo un viaje á Roma, y terminados que fueron regresó á su patria, donde al poco tiempo ocurrió su muerte segun le fuera revelada. Falleció en el con-

vento de S. Juan Bautista de la ciudad de Valencia, descansando en paz el dia 15 de Octubre de 1585. — M. B.

PLATEA (Fr. Francisco). Fué natural de la ciudad de Bolonia, en Italia, donde tomó el hábito de los menores observantes de la órden de S. Francisco á principios del siglo XVI; cursó los estudios con mucho aprovechamiento llegando á graduarse de doctor en ambos derechos y en sagrada teología. Dedicóse con fruto á la predicacion, haciéndose notable por la santidad de su vida y costumbres. Escribió un libro de usuras, restituciones y censuras, que citan con elogio los bibliógrafos de la Orden. No consta el año de su fallecimiento. — M. B.

PLATEL (P. Norberto), capuchino. Su verdadero nombre era Pedro Parisot, y nació en Bar-le-Duc el año de 1697 y era hijo de un tejedor, por lo cual dice Chebrier que se le aplicó en su juventud un refran ó dicho picante, que traducido literalmente dice: *Parisot deja la lanzadera por el rudimento*, aludiendo á no querer seguir el oficio de su padre y dedicarse al estudio. Cuando tuvo la edad suficiente hizo su profesion en el convento de capuchinos de S. Miguel en 1716. Debiendo partir á Roma el padre provincial para asistir á la eleccion de un general de la Orden en 1734, llevó consigo al P. Norberto en calidad de secretario. El capuchino lorenés bajo un aspecto tímido tenia un carácter intrigante. Los cardenales, de quienes procuró captarse la benevolencia, hicieron que le concediesen la plaza de procurador general de las misiones extranjeras. En 1736 pasó á Pondicheri, donde fué bien acogido y donde se le nombró cura. Los jesuitas encontraron el medio de hacerle destituir y de que pasára á las islas de la América. Despues de haber ejercido por dos ó tres años las funciones de su ministerio, volvió á Roma en 1744 y se ocupó en arreglar su obra acerca de los ritos malabares, con objeto de publicarla. Pero temiendo la oposicion de los jesuitas se retiró á Luca, donde apareció su libro en dos volúmenes en 4.° bajo el título de *Memorias históricas sobre las misiones de las Indias*. Esta obra mal escrita, pero llena de datos curiosos, causó una notable sensacion, porque en ella pretendia manifestar los medios de que se valian para hacerse neófitos los misioneros de la Compañía de Jesus, y para conservarlos sin embargo en las supersticiones y preocupaciones de la infancia. Muchos religiosos, y entre ellos varios cohermanos del P. Norberto, desaprobaron su atrevimiento, y él por el temor de verse expuesto á las críticas claustrales y movido por su natural inconstancia, pasó sucesivamente á Venecia, Holanda, Inglaterra, Prusia y al ducado de Brunswick. En este último punto fué donde recibió un breve del Pontífice, por el que se le permitia usar el hábito de sacerdote secular. Entónces tomó el nombre de Platel y volvió á Francia. De allí pasó á Portugal, donde su oposicion á los jesuitas le procuró una pension consi-

derable. Por fin regresó otra vez á Francia para hacer reimprimir su gran obra contra la Compañía de Jesús, en seis volúmenes en 4.° Murió en 1770 despues de haber vuelto á entrar en la órden de los Capuchinos. Los que le conocieron en sus últimos tiempos aseguran que era un hombre de bien, sin hiel y sin malicia, aunque los jesuitas le habian pintado bajo otro aspecto. Lo cierto es, sin embargo, que cuando oia nombrar á aquellos, su bilis se exaltaba, porque las persecuciones que decia haber sufrido por su causa no le permitian oir con tranquilidad pronunciar su nombre. Chebrier publicó en 1762 su vida; pero no se le debe dar ningun crédito, porque es un tejido de embustes escritos con muchísima malicia. — M. B.

PLATEL (Santiago), jesuita. Nació en Artois en 1608 y murió en Douai en 1681 despues de haber enseñado filosofía y teología en dicha universidad y publicado muchas obras, entre otras una *Synopsis cursus theologici*.— S. B.

PLATEN (Enrique de). Este consejero íntimo del rey de Prusia, dean de la santa iglesia catedral de Magdeburgo, preboste y tesorero de las iglesias de San Esteban, San Nicolás y San Gandolfo, señor hereditario de Dommertin, Frideburgo y Bænnickembektic, etc., fué hijo de Nicolás Ernesto de Platen y de Ana Ehrentran de Klitzing. Nació el 8 de Noviembre de 1654, y progresó tanto en sus estudios en la universidad de Leipsick y de Altorf, que fué muy sobresaliente en historia, filosofía, matemáticas, derecho civil y público, en medicina y en teología. En el viaje que hizo por Alemania, Irlanda, Francia, Inglaterra é Italia, perfeccionó sus conocimientos. El 25 de Febrero de 1681 fué nombrado gentilhombre de cámara del rey Federico Guillermo, apellidado *el Grande*. En 1682 se le concedió la plaza de canónigo de Havelberg. En 1684 fué elevado á consejero del Tribunal de Hacienda pública y de Justicia de cuyo empleo tomó posesion el 18 de Febrero. El 13 de Enero de 1691 se le hizo canónigo de la iglesia catedral de Magdeburgo, y en 1692 se le dió el nombramiento de director de Contribuciones, primer comisario de guerra, y primer comisario del condado de Mansfeld. Federico III le nombró su consejero íntimo el 19 de Febrero de 1696, y el 28 de Setiembre de 1701 fué elegido por unanimidad dean de los canónigos de Havelberg; pero como no podia ir á servir personalmente este destino, dió las gracias á los electores el 16 de Octubre del mismo año. No obstante esto, el 3 de Junio de 1706 el capítulo de Magdeburgo le ofreció tambien la plaza de dean de su capítulo. Estableciendo el primer año de su reinado Federico Guillermo, rey de Prusia, una comisaría en el ducado de Magdeburgo, nombró á Platen su director, cargo que desempeñó en nombre del rey, todo el tiempo que duró el comisariato. Siendo ya de bastanto edad, resolvió dejar todos sus empleos y pasar el resto de sus dias en el deanato de la iglesia catedral de Magdeburgo, y habiéndolo hecho así

murió en este deanato el 18 de Diciembre de 1734, á la edad de ochenta años, un mes y doce dias, siendo enterrado en la iglesia de los canónigos de Magdeburgo el 29 de Marzo de 1735. — C.

PLATENSE (Fr. Miguel), franciscano. Era natural de Sicilia y pertenecia á la regular observancia de S. Francisco. Floreció por los años de 1577, y dejó escrita una obra titulada: *Historia de Sicilia desde Federico II de este nombre hasta el año* 1361; la cual corrió mucho tiempo manuscrita sin que llegára á imprimirse, y es por lo tanto completamente desconocida en el dia. — M. B.

PLATESIO (Fr. Eustaquio). Nació en la ciudad de Bolonia, sin que conste el año, de la noble familia de aquel apellido; y lleno del espíritu divino, y con una vocacion decidida, entró siendo áun adolescente, en la sagrada religion de Sto. Domingo, consagrándose con ardor y sin la menor negligencia al desempeño de las obligaciones de la religion y al estudio, dando con su ejemplar conducta claras señales de lo que llegó á ser un dia; siendo, al terminar sus estudios, colocado entre el número de los doctores de su patria. Habiendo muerto el P. Domingo Mortariense en el año 1504, el maestro superior de la Orden Fr. Vicente Bandello, queriendo emplear dignamente los hombres más hábiles de la religion, le eligió por compañero de sus trabajos. No pudo haber hecho eleccion más acertada, pues encontró en Platesio el socio más activo y más inteligente para todos cuantos negocios de la Orden se suscitaron, tanto dentro como fuera de Italia. Desempeñó Platesio todos los encargos que se le hicieron con la mayor prontitud, mansedumbre y alegría, complaciendo no solo á las personas elevadas por su posicion y sabiduría, sino tambien á los pobres, humildes é ignorantes, procurando conciliar los ánimos, componer las desavenencias, cortar pleitos y obtener todo el fruto posible de sus trabajos para honra y lustre de la religion. Muerto Bandello el dia 24 de Agosto de 1506 en Montealto de Sicilia, y nombrado superior interino el P. Fr. Juan Gallo, Platesio volvió al convento de Bolonia, donde fué nombrado prefecto del mismo por acuerdo unánime de todos sus cohermanos. En el sínodo celebrado en Bolonia en 1510 fué confirmado con general aplauso y sin divergencia de votos para toda la Lombardía en el desempeño de este mismo cargo. Fué despues prior de varios conventos en Pavía, Ferrara, y Bolonia, dirigiendo estas casas con la mayor prudencia y dulzura, como correspondia á un varon tan humilde y piadoso, segun él lo era. Por renuncia de Fr. Nicolás Schomberg fué nombrado procurador de la Orden, cuyo cargo desempeñó con grande celo é inteligencia hasta su muerte, ocurrida en el año 1519. Fué varon muy arreglado y exacto en todos sus negocios, muy estudioso y elegante escritor. Publicó varias obras, que demuestran su profundo al par que cultivado ingenio, de las que las más notables son las si-

guientes : *Super libros sententiarum.—Tractatus de Incarnatione Verbi.—De beata Virgine; de Angelis ; de Trinitate.*—Dió á luz además otros varios escritos con tan elegante estilo , tan persuasiva elocuencia y argumentos tan convincentes contra el error, que algunos críticos le denominaron el nuevo Lactancio. Entre sus producciones merecen citarse una multitud de oraciones y discursos pronunciados delante de los Sumos Pontífices y de toda la Curia romana , y con mucha frecuencia á la vista de un numeroso y escogido auditorio , en cuyas oraciones se advierte una diccion latina tan pura y castiza, que , segun dicen muchos sabios contemporáneos suyos , no habia autor que le superase , sin exceptuar al mismo Ciceron.— M. B.

PLATI (Flaminio) , cardenal de la Santa Iglesia Romana. Fué natural de Milan , y habiéndose dedicado á la carrera eclesiástica , brilló tanto en ella, que obtuvo la púrpura cardenalicia , con la cual le agració el papa Gregorio XIV en el año 1591 , creándole cardenal del órden de los diáconos bajo el título de Santa Maria *in Dominica.* Obtuvo despues el título de S. Cosme y S. Damian; y últimamente , pasó á la clase de los presbíteros con el de San Clemente , S. Onofre y Sta. María de la Paz. Murió en el año 1611. — M. B.

PLATINA (Bartolomé). Nació en 1421 en un lugarcito llamado Piadena, en latin *Platina* , situado entre Cremona y Mántua , de donde tomó el sobrenombre , porque su verdadero apellido era Sacchi. De jóven siguió la carrera de las armas ; pero despues se aplicó al estudio de las ciencias , distinguiéndose muy pronto por su talento. Deseoso de hacer fortuna , fué á Roma provisto de una recomendacion para el cardenal Bessarion , quien le protegió hasta el extremo de darle habitacion en su palacio , y de solicitar para él algunos destinos del pontífice Pio II , quien le dió entre otros una de las plazas de abreviador apostólico. Paulo II , sucesor de Pio , suprimió todos los destinos de esta clase , sin devolver á los interesados las sumas que habian depositado como fianza para el buen desempeño de su cargo. Platina se quejó amargamente y escribió una carta al Pontífice , quien por toda contestacion le hizo encerrar en una prision cargándole de cadenas; de la cual salió al cabo de algunos meses á instancias del cardenal Francisco de Gonzaga , pero con la precisa condicion de abandonar inmediatamente á Roma. Habiéndose detenido algun tiempo en la ciudad , y ocurriendo la conspiracion de Calímaco Experiens , fué acusado Platina , por una parte , de estar complicado en ella , y por otra , de profesar doctrinas heréticas ; siendo por esta razon vuelto á encarcelar , y estando un año en la prision , donde fué atormentado varias veces para que declarase los delitos de que le acusaban. El Pontífice no pudo ménos de conocer , por último , que habia tratado muy cruelmente á un hombre de mérito , sin más fundamento que mal fundadas sospechas , y le mandó poner en libertad , y le ofreció que le procuraria algu-

na buena colocacion ; pero este Papa murió ántes de efectuar sus promesas. Sixto IV, su sucesor, reparó los agravios, le restableció en su antiguo destino, y le dió además el de bibliotecario del Vaticano. Colmado de gracias y púesto en su elemento en medio de las artes, de los sabios y de los libros, él vivió bastante tranquilo hasta su muerte ocurrida en 1481, á los sesenta años de edad. Ha dejado un gran número de obras, la principal es la *Historia de los Papas* desde S. Pedro hasta Sixto IV, á quien se la dedicó, y por cuya órden la habia principiado. En esta obra pudo muy bien haber manifestado más discernimiento y exactitud en los hechos, más pureza y elegancia en el estilo, pero se le deben perdonar estas pequeñas tachas en obsequio de su amor á la verdad; acusa en muchas ocasiones sin razon á varios soberanos pontífices, y no les tributa en otras los elogios que merecen. Los críticos desconfian de la exactitud con que escribió la vida de Paulo II, pues dicen que resentido de este Papa trasmitió á la historia gran parte de la prevencion que le tenia. Se hicieron varias ediciones de su obra, siendo la primera la publicada en Venecia en 1479, en fólio. En las que se hicieron despues se suprimieron algunos trozos de los más atrevidos. Coulon la tradujo en francés en 1651. Sus otras obras son: *Diálogos sobre el verdadero y el falso bien*; obra llena de pesada moralidad.—*El Remedio del amor*; pequeño libro, impreso en Leyden en 1646, en 16.°, y que se tradujo en francés. *Diálogo del buen ciudadano.* —*Diálogo de la verdadera nobleza.*—*El Panegírico del cardenal Bessarion.* — Un tratado en latin, titulado: *De pace Italiæ componenda, et de bello Tuscis inferendo.*—Escribió otros varios tratados, que pueden verse en la coleccion de sus obras. *Historia de Mántua y de la familia de los Gonzagas*, en latin, publicada por Lambecius en 1676, obra que se halla escrita con ménos libertad que la *Historia de los Papas.*— *La Vida curiosa de Nerio Capponi*, la cual fué inserta por Muratori en el tomo XXII de sus *Escritores de Italia.*— *Un tratado sobre los medios de conservar la salud*, y que trata además de la *naturaleza de las cosas y del arte de cocina*; obra dedicada al cardenal de la Rovere, y que por su índole especial, tan diversa de las primeras obras de Platina, le originó un picante epígrama del famoso poeta Sannazaro, y que se imprimió en Bolonia en 1498, y en Leon en 1541, siendo traducida al francés y reimpresa multitud de veces durante el siglo XVI. Todas las obras de Platina estan escritas en latin, y fueron impresas reunidas en Colonia en los años 1529 y 1574, y en Lovaina en 1572, en tomos en fólio. — M. B.

PLATON (S.), abad. Nobleza y talento tenia este Santo, que nació el año de 754 en la corte de Constantinopla; pero cuantas ventajas le ofrecia su posicion y la fortuna, todo lo despreció por consagrarse al servicio de Dios. El retiro y la oracion fueron en su niñez sus mayores delicias, y así es que fre-

cuentemente visitaba las iglesias y monasterios, envidiando la suerte de los monjes y de cuantos se dedicaban al cuidado de los templos. Desengañado del mundo áun sin haber entrado en él, por decirlo así, vendió cuanto poseia, y distribuyendo su importe á los pobres, se dirigió al monasterio del monte Olimpo, en donde fué muy bien recibido de los monjes, que vieron desde luego en este jóven de veinticuatro años de edad un atleta que habia de dar mucho honor á la religion. Considerando que la humildad es el deber y la principal virtud de un religioso, puso tanto empeño en perfeccionarse en ella, que ningun monje fué más obediente y más exacto en el cumplimiento de sus deberes. Entusiasmados los monjes de la santidad del P. Platon, y de la bondad, celo por la religion y afabilidad con que los trataba, le eligieron el año 770 abad de aquel monasterio. Resistióse mucho á admitir un cargo para el que se juzgaba indigno; pero obligado á ello por la obediencia, léjos de que esta dignidad le proporcionase algun goce, redobló por el contrario sus penitencias y privaciones, no comiendo hasta el punto de no tomar más que pan y yerbas sin aceite, y economizando hasta el beber agua todo lo que podia; jamás comia hasta que pasaba la hora de nona, áun cuando fuese domingo. Las yerbas de que hacia su comida las cultivaba por su propia mano, sintiendo mucho cuando se veia obligado por la necesidad ó por el mandato á gustar otros manjares. Libróse Platon en su retiro de las persecuciones que lanzó contra la Iglesia el emperador Constantino Coprónimo, pero á la muerte de este tirano, ocurrida el año 775, fué á Constantinopla, adonde promovió con su celo la piedad de sus habitantes y mejoró sus costumbres. Prendado del Santo el patriarca de Constantinopla, trató de nombrarle obispo de Nicomedia, dignidad que rehusó Platon; y temiendo que se le propusiese para nuevos cargos, abandonó la corte y se volvió á su querido retiro. Las persecuciones que sufrió de los herejes y de los sarracenos ejercitaron su virtud y santidad. Murió el dia 19 de Marzo del año 813, á la edad de setenta y nueve años, y la Iglesia le recuerda el 4 de Abril, siendo su memoria celebrada tanto por los latinos como por los griegos.—B. C.

PLATON (S.), mártir. Segun el *Martirologio*, este Santo nació en Ancira de Galacia, en cuya ciudad padeció el martirio, preso por órden del juez Ágripino, en tiempo del emperador Maximiano, se le quiso hacer abjurar de su creencia é incensar á los ídolos; y como léjos de esto confesase cada vez con más fervor á Jesucristo, el juez mandó á doce soldados le azotasen hasta que cayesen sus carnes á pedazos. Como á pesar de este terrible tormento aumentasen las bendiciones que dirigia á Dios el Santo y su fervor religioso, el tirano mandó le tendiesen sobre unas parrillas y le quemasen á fuego lento. Amarrándole despues á unos troncos, le desollaron completamente, y fatigados ya los verdugos concluyeron por cortarle la cabeza, en

cuyo caso voló su dichosa alma á la region celestial, en donde Dios recompensó con un trono de gloria al que tan valerosamente habia combatido y muerto por su causa. En el concilio de Nicea se dió cuenta de los milagros que obró este Santo al tiempo de su martirio y despues de su muerte. La Iglesia le recuerda el dia 22 de Julio.— B. C.

PLATONIDES (Sta), mártir. La ferocidad de los gentiles no perdonó clase de suplicio alguno que no pusiese en ejecucion para atormentar á los cristianos que se resistieron á renegar de su fe y de su creencia; pero esto no hizo más que aumentar el número de los prosélitos de la verdadera religion, que contando con una vida eterna y deliciosa, les importa poco perder la que media entre ésta y la muerte eterna, ántes bien desean que llegue el feliz momento de acreditar con sus sufrimientos y con su sangre lo que desprecian el mundo, y en lo mucho que tienen los goces de la gloria. Entre las muchas mujeres cristianas que profesaron esta doctrina, cuenta la historia de la Iglesia, que la recuerda el dia 6 de Abril, á la gloriosa mártir Santa Platónides, de la que solo se sabe que padeció el martirio con otras fieles cristianas en Ascalon de Palestina, enterrada viva hasta la cintura, en cuya posicion murió bendiciendo al Señor y muy gozosa de padecer por su santa causa.— C.

PLATUS (Gerónimo). Segun Alegambe en su *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesus*, nació este jesuita en Milan en el siglo XVI. Fué secretario del P. Aquaviva, general de la Compañía, y murió en 1591 á la edad de cuarenta y seis años, despues de haber escrito una obra titulada : *De bono statu religiosi et de cardinalis dignitate*, la cual dedicó á su hermano Flaminio Platus, que era cardenal de la Santa Iglesia Romana. Tuvo otro hermano llamado Domicio Platus, que murió el año 1641 á la edad de ochenta años, y que fué autor de algunos libros de devocion.— C.

PLATUS (Guillermo). Nació en Mondaino, en la Romanía, y desde muy jóven entró religioso conventual de S. Francisco. Se le cita como un ejemplo de precoz sabiduría, pues á los diez y siete años de su edad daba lecciones de filosofía en el convento de su Orden, cargo que desempeñó por mucho tiempo. Escribió una obra en dos tomos titulada : *De suprema auctoritate Petri*, y varios tratados de devocion en idioma italiano. Se ignora el año de su muerte.— M. B.

PLAUTILA (Sta.). No obstante el cuidado que ponia la gentílica nobleza romana para que no se contaminase su privilegiada clase con las máximas del cristianismo, como todo conato humano sea inútil cuando se opone á los designios del Altísimo, no pudieron conseguirlo los ciegos adoradores de los falsos dioses del paganismo, los cuales hubieron de sufrir que la ley del Crucificado les fuese arrancando diariamente sus más ilustres varones y sus ma-

tronas más distinguidas, sin que pudieran evitarlo sus atroces castigos ni sus promesas más halagüeñas. Entre las primeras matronas romanas que recibieron la ley de gracia, cuenta la santa Iglesia católica á la gloriosa Santa Plautila, natural de esta ciudad y de la clase consular. Habiendo conocido las verdades del Evangelio por boca del apóstol S. Pedro, se postró á sus pies pidiéndole de todas veras ser admitida en el gremio de los fieles y tuvo la dicha de ser bautizada por el príncipe de los Apóstoles. Tan santa mujer no podia dejar en las tinieblas á sus hijos despues de haber alcanzado ella la claridad de los cielos: y dedicándose con afan á educar á su familia en el santo temor de Dios, tuvo la felicidad de ser madre de la vírgen y mártir Sta. Flavia Domitila, á la que celebra la Iglesia el dia 12 de Mayo. Sumamente afecta al apóstol S. Pablo, recibió de él saludable doctrina para fortificar su fe, y cuando fué condenado á morir el Apóstol de las gentes, le acompañó en su martirio, envidiando su dichoso fin, por cuyo obsequio le entregó el Santo como prenda de cariño una especie de sudario empapado en su sangre. No pudo conseguir Sta. Plautila, por más que hizo, la corona del martirio; pues respetada por su categoría, los verdugos se resistieron á ensañarse con ella; pero vivió siempre con el fervor que habia aprendido de sus santos maestros, y practicando la caridad, y casi siempre dedicada á la oracion, murió pacíficamente y admirada por sus virtudes de los cristianos y áun de los gentiles, en la ciudad de Roma, el año 66 de nuestra salud, dia 20 de Mayo, en que la recuerda nuestra santa madre la Iglesia. —B. S. C.

PLAUTO (S.), mártir. Cuenta la Iglesia entre los santos de que hace mencion el dia 29 de Setiembre á S. Plauto, mártir, sin decirnos más de él que padeció el martirio en Tracia, en union de los santos Eutiquio y Heracleas, en las primeras persecuciones que experimentó la Iglesia. — C.

PLAZA (D. Bartolomé), obispo de Tuy. Nació en la villa de Medinaceli é hizo sus estudios en el colegio de Sigüenza y en el Real de la universidad de Granada. Despues de haber recibido las sagradas órdenes, obtuvo la magistral de la colegiata de Baza, y poco despues la de la catedral de Granada, portándose con tanta inteligencia é integridad, que llegando su buena fama á noticia del rey Felipe II, le conceptuó digno de ocupar la silla episcopal de Tuy, que se hallaba vacante. Tomó posesion de ella el dia 17 de Octubre de 1589 por medio del canónigo Dr. D. Pedro Martinez, siendo su provisor el de igual clase D. Pedro Bracandi. Uno de los primeros cuidados del nuevo obispo fué reunir un sínodo provincial en el que se ventilaron tantas y tan importantes cuestiones, que volando en alas de la fama, la sabiduría y evangélica virtud del obispo Plaza, el Rey le eligió para más honorífico cargo. Deseoso Felipe II de honrar á su patria (Valladolid) cuya poblacion iba te-

niendo un notable aumento, quiso erigirla en obispado, puesto que ántes solo era abadía; y al efecto solicitó y obtuvo del p pa Clemente VIII la competente bula para erigirla catedral, y como para esto era preciso que el pueblo obtuviera honores de ciudad, el Rey se los concedió en 9 de Enero de 1596. Creado el obispado, faltaba solo persona digna que lo desempeñase, y el Rey puso los ojos en el virtuoso obispo de Tuy, el cual aceptó aunque con alguna repugnancia, y despachadas las bulas, tomó posesion de la nueva silla el dia de S. Pedro apóstol, 29 de Junio de 1592. No disfrutó mucho tiempo esta dignidad, pues murió á fines del mismo año, habiendo padecido muchos disgustos á causa de los pleitos, que como en toda nueva fundacion se movieron en la diócesis, lo cual le hizo sentir mucho haber abandonado su primitiva silla, aunque solamente lo hizo por complacer al Rey su bienhechor.—M. B.

PLAZA (Benito). Nació en Siracusa hácia fines del siglo XVII. Enseñó muchos años la teología en Palermo. Fué prefecto de aquellos estudios y censor y consultor de la Inquisicion de Sicilia, donde murió por los años de 1765 á los setenta de su edad. Escribió un gran número de obras de las que citarémos las principales que son: *El Purgatorio*; en la cual explica esta parte de los dogmas cristianos, enumera los medios de aliviar las penas de las benditas almas y explica las obras que pueden hacerse en esta vida con objeto de adquirir méritos para la otra. Este libro, escrito en italiano, se publicó en Palermo en 1754.—*Christianorum in Sancta Sanctorumque Reginam, eorumque festa, imagines, reliquias, propensa devotio à præpostera cujusdam scriptoris reformatione sacræ potissimum antiquitatis monumentis de documentis vindicata, simul et illustrata, etc.; acceserunt Jesu Christi monita maxime salutaria de culto dilectissimæ matri Mariæ debito exhibendo à duacensi doctore* (1), *olim proposita;* Palermo, 1751. Esta obra se publicó contra la *Regolata devozione de christiano*, publicada por Muratori bajo el nombre de Lamindo Pritanio.—*Causa Immaculatæ Conceptionis Beatæ Mariæ Virginis sacris testimoniis utrinque allegatis et ad examen theologico-criticum revocatis, agitata et conclusa. Accedit Sancti Petri Argorum episcopi in conceptione Sanctæ Annæ ex Græcis Mss. edita;* Palermo, 1747, y Colonia, 1751, en fólio.—*Lettera al Daniello Concina in risposta a due impugnazioni da lui fatta nell' opera contra gli ateisti*; Palermo, 1751, en 4.° Esta carta es una respuesta á la obra del P. Concina, que atacó la que Plaza habia escrito contra Lamindo Pritanio.—*Dissertatio anagogica-theologica-parænetica de paradiso, opus posthumum, etc., accedit Josæ Mariæ Gravinæ, caput V et ultimum de electorum hominum numero respecto hominum reprobatorum*; Palermo, 1770.

(1) Este doctor de Douay es Adan Windelfett.

Esta adicion á la obra de Gravina fué prohibida por un decreto de la Congregacion del Index, fechado en Roma á 22 de Mayo de 1772. El P. Plaza dejó varias obras inéditas, así de teología como de oratoria y controversia, obras que, segun dicen los que las han visto, son otras tantas muestras de su profundo saber y de su piedad acrisolada, sintiendo todos que no se hayan publicado.—M. B.

PLAZA (Fr. Cristóbal de), religioso franciscano, primer provincial de la de S. Juan Bautista. Era natural de Castilla, sin que se sepa el lugar de su nacimiento, ni nada más que tomó el hábito en la religion observante del Seráfico P. S. Francisco, en la que fué enseñado con santas costumbres, estudiando teología hasta ser nombrado predicador. Sus muchas virtudes y no escasa ciencia hicieron concebir de él grandes esperanzas, pero no contento con la vida ordinaria de la comunidad y deseando otra de más rigor y severidad, pasó á la provincia de S. Juan Bautista, donde vistió el hábito descalzo para seguir descalzo, desnudo y pobre á Jesucristo. Cumplió con las obligaciones propias de su nuevo estado, siendo humilde, obediente, pobre, penitente, muy celoso de la reforma y amigo sobre todo de la oracion y meditacion. Su carácter era enemigo de la conversacion y de las palabras vanas y ociosas, y cuando hablaba con algunas personas á quienes no podia ménos de ir á visitar por exigirlo así los diferentes cargos que desempeñó en su Orden, solo les hablaba de las cosas santas con mucha gravedad y modestia y razones fuertes y á propósito para rendir los corazones, con lo cual y el amor y respeto que le tenian, hacia muchas amistades y arreglaba gran número de discordias. Por su singular virtud y ejemplo le eligieron guardian de los conventos de Castalla y de nuestra señora de Loreto, cargos que desempeñó con mucho acierto y aprobacion de todos, así religiosos como seglares. Acompañado de tan buena fama, fué al capítulo general de su Orden, y todos los vocales se pusieron desde luego á su favor, porque veian su mucha humildad, grandes conocimientos, no vulgar sinceridad, singular modestia y una condicion angélica, que en su avanzada edad era un verdadero don del cielo; por lo que aquellos religiosos le eligieron unánimes por su prelado y cabeza de toda la provincia, siendo su eleccion muy bien recibida, porque se sabia que habia de favorecer mucho la virtud, conservar lo bueno y reformar lo malo. Su elevacion no le hizo alterar en nada las costumbres de su vida, pues continuó en los mismos ejercicios, aumentando á los antiguos los que llevaba consigo su nuevo cargo; desempeñábale con tanto fervor y cuidado que no se perdonaba, á pesar de su mucha edad, nada que fuese de rigor y penitencia; ni le atemorizaban los trabajos de los caminos que andaba siempre á pie descalzo, sin descansar en los conventos, ni parar más de lo que era necesario para su visita. Cuando creian los religiosos que se halla-

ba al otro extremo de la provincia, le veian entrar muy alegre por sus puertas, abrazándolos á todos con mucho amor. Conversaba con los últimos y más humildes como si fueran sus iguales, y con tanta sencillez y llaneza, que á muchos les parecia excesiva, pero no carecia de severidad y rigor cuando era necesario, porque áun cuando era de por sí bondadoso y humilde, siendo muy afable con los buenos, era riguroso con los soberbios y negligentes; castigaba con celo del Señor á los desenvueltos y relajados, animaba á los tímidos y cobardes con sus santas amonestaciones y mucho más con su ejemplo. Aunque llegase muy cansado del camino, era el primero que entraba en el coro á maitines y el último que salia, no faltando nunca á la oracion y penitencias de la comunidad; siendo el coro su ordinaria morada, allí estaba de noche y allí le encontraban por la mañana preparándose para decir misa. Deciala con mucha devocion, en particular cuando era de María Santísima á quien tenia grande veneracion, rezando diariamente su oficio, la benedictina y otras devotas oraciones; tambien decia todos los dias los siete salmos penitenciales con sus letanías y tantas oraciones y conmemoraciones, que se cansaban sus compañeros de tanto rezar por los caminos. No obstante su avanzada ancianidad, no quebrantó un solo dia por débil ni cansado el ayuno de la Iglesia, ni los ordenados en su regla, no comiendo por lo comun más que pan, agua y yerbas, y no contento con estos ayunos de obligacion, ayunaba tambien por devocion la cuaresma de los benditos, la de los apóstoles y la de S. Miguel. No admitia obsequio ni agasajo alguno para castigar su cuerpo y tenerle sujeto y rendido, porque, como dice el Apóstol, en tanto que el hombre vive vida mortal y de Adan terreno, ha de comer su pan con el sudor de su rostro y ejercitarse en esta virtud penosa de la penitencia. Perseverando en este género de vida, dice la crónica que le fué revelada su muerte mucho tiempo ántes de que llegase la hora: hizo algunas prevenciones con particular fervor y devocion, y fué atacado de la última enfermedad en el convento de S. Juan de la Ribera, de descalzos de Valencia, donde falleció en 1581. Sintieron todos los religiosos su muerte por la mucha falta que les habia de hacer, aunque, como añade la crónica, con lo que sabian de su vida y por las muestras tan evidentes que en su muerte vieron de que iba á gozar de eterna gloria, se consolaron y trocaron la tristeza en alegría. — S. B.

PLAZA (Fr. Eleuterio), religioso mercenario; fué nombrado redentor por su Orden en 1257, desempeñando su cargo con tal celo y acierto, que mereció que la religion lo dejase consignado en su historia para estímulo de los que le sucediesen. Era por otra parte el P. Plaza un varon tan notable por su ciencia como por su virtud y habia sido siempre el modelo de todos los religiosos en cuantos conventos estuvo. Apreciábanle sus iguales y hon-

rábanle sus superiores. De manera, que estaba llamado á los más altos destinos si la Providencia no hubiese venido á cortar su carrera cuando ménos podia esperarse y cuando se encontraba todavía en estado de ser muy útil á la redencion de cautivos. Ignóranse los pormenores de la que llevó á cabo en 1257; sábese, sin embargo, que tuvo los más felices resultados y que el P. Plaza, lo mismo que sus compañeros, desempeñaron su comision de una manera satisfactoria, arrostrando toda clase de peligros y áun la misma muerte, por contribuir al rescate de los desgraciados cristianos que gemian víctimas de la barbarie musulmana en aquella época en que la civilizacion no podia aún impedir el comercio con la raza humana, y veia con dolor á millares de seres gemir aherrojados y sometidos á toda clase de padecimientos, solo porque el más fuerte ó más afortunado se habia apoderado de ellos en un instante de debilidad ó de descuido. El cristianismo, que desde los primeros siglos de la Iglesia habia luchado por suprimir la esclavitud, convirtiéndola primero en servidumbre y despues en vasallaje, se vió sorprendido en su carrera por los nuevos bárbaros, que no conociendo más ley ni principio fijo que su fuerza ó su astucia, retardaban su obra ó la retrasaban, por decirlo así, en seis ú ocho siglos. Entónces fué cuando nació la órden de la Merced, que no pudiendo luchar frente á frente con el poder del islamismo, ideó emplear la dulzura y áun favorecer sus miras á trueque de continuar la obra del cristianismo y abolir la esclavitud, atacándola en su última trinchera. El P. Plaza fué uno de los que tomaron parte en esta gloriosa empresa, y justo es por lo tanto que quede consignado á la posteridad. S. B

PLAZA (D. Joaquin de la). Fué natural de la villa de Oñate, en las Provincias Vascongadas, obispado de Calahorra, é hijo de D. Francisco Manuel y de Doña María Teresa de Ubilla. Su familia era muy notable por su reconocida nobleza y por la singular circunstancia de haber tenido su padre la dilatada sucesion de diez y ocho hijos de ambos sexos, lo que facilitó muchos entronques con las más distinguidas familias de dichas Provincias Vascongadas. El individuo que nos ocupa hizo sus estudios en la universidad de Salamanca con tanto aprovechamiento, que luego que los hubo terminado pasó á la de Valladolid, donde por muchos años desempeñó una cátedra de filosofía. En 1764 fué electo colegial del antiguo, distinguido y noble colegio titulado Viejo de S. Bartolomé en la ciudad de Salamanca, y en 1767 se ordenó de sacerdote y graduó de licenciado en cánones por la capilla de Santa Bárbara, desempeñando muchos importantes cargos eclesiásticos hasta su muerte, cuya fecha no se ha podido averiguar con exactitud. —M. B.

PLAZA (P. Juan). Nació en Medinaceli el año de 1527, de honrados y virtuosos padres, que le criaron y educaron cristianamente, conforme lo

permitia su desahogada posicion. Enviáronle á estudiar á la universidad de Alcalá, donde se hizo notable entre los demás estudiantes por su ingenio lúcido y estimada aplicacion. Desde allí pasó al colegio de Sigüenza, donde tuvo por maestro al doctor Bartolomé Torres, que despues fué obispo de Canarias, y con quien aprendió no solo teología sino tambien virtud. Acabados sus estudios no sabia qué determinacion tomar ni á qué carrera dedicarse; y habiendo salido un dia al campo con otros compañeros suyos por via de recreo, se quedó sumido en honda meditacion sobre el partido que tomaria, pidiendo á Dios que le iluminase y se dignára manifestarle su Divina voluntad para seguirla. Por resultado de esta meditacion se sintió con vehementes impulsos de entrar en la Compañía de Jesus, como en efecto lo hizo, siendo admitido por el P. Villanueva en 1553. Apénas notaron la buena disposicion y especial talento de que se hallaba dotado, le mandaron por obediencia que se ordenase de sacerdote y se graduára de doctor en teología, cosa que por su humildad no se habia atrevido á hacer. Recibió, pues, el grado de doctor, contando solamente veintiseis años de edad, y aunque novicio, le hicieron maestro de los de su clase para quienes escribió algunas reglas de que más adelante hablarémos y que aún se observan en muchas partes. Despues que hubo profesado partió á Roma, donde estuvo presente en las elecciones de los tres PP. generales Diego Lainez, S. Francisco de Borja y Everardo Mercuriano. Fué muchos años rector del colegio de Granada y provincial de la de Andalucía, en 1573 se le nombró visitador de la Compañía con destino al Perú, pasando luego á Nueva España con el mismo oficio, y concluidas sus visitas, que hizo con el mayor celo y exactitud, sin dejar de ver el más pequeño establecimiento que los misioneros de la Compañía tenian en aquellas apartadas regiones, no arredrándole trabajos, fatigas ni molestias, fué nombrado provincial de Nueva España, cargo que desempeñó hasta el año de 1585, en que resignó voluntariamente toda clase de empleos y asuntos del gobierno exterior de la Compañía para dedicarse tan solo á desempeñar el cargo de prefecto en los asuntos espirituales; siendo director y guia de los estudiantes, que le apreciaban sobremanera, en el colegio de Méjico. Fué siempre muy celoso del esplendor de la religion y de la estricta observancia de las reglas de la Compañía. En las visitas que hizo á los colegios y á los establecimientos de misioneros, cuidaba de escribir muy pocas instrucciones, porque decia era mejor se observasen las que ya habia, que ir acumulando otras nuevas, cuyo excesivo número imposibilita el cumplimiento. Así pues, su primer cuidado al llegar á un establecimiento era pedir el libro de instrucciones, y ver si se cumplian las que estaban consignadas, y cuando hacia algunas nuevas se detenia en los conventos hasta verlas puestas en práctica. Cuando llegó á Nueva España, en-

contró algunas divisiones entre los Padres á causa de que unos querian hacer una vida más austera y otros introducir varias novedades en las reglas. El P. Plaza concilió los ánimos discordantes, y lanzó de la Compañía todo espíritu de division, reduciendo la observancia de las constituciones al espíritu que presidiera á su formacion. Fué varon de mucha gravedad y compostura, y jamás dijo una palabra de burla ni una expresion ociosa. Cuando se trataba de alguna consulta, cuestion ó disputa, oia á los contrincantes, y jamás daba su parecer de repente, pues lo meditaba mucho, rogando á Dios que le iluminára para decidirse. Era muy observante de la obediencia, y así aunque por su sabiduría y gravedad se le tenia en el más alto concepto y se le guardaban las mayores consideraciones, no se desdeñó nunca de emplearse en los cargos mecánicos y humildes que se presentaban. Despues que dejó de ser superior, le envió á decir el rector si queria predicar en una fiesta, á lo que él contestó: «Yo no debo querer, sino obedecer lo que me manden.» Tenia muy bajo concepto de sí propio, y así en cualquier cuestion que ocurriera, cedia de su opinion al instante, inclinándose al parecer de los demás. Sin embargo de tan grande humildad, fué muchas veces consultado por varios graves personajes eclesiásticos, y en particular por el arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero, tan conocido por su virtud y sabiduría; el cual cuando se hablaba del P. Plaza y aludiendo á su ilustracion y buen consejo, solia decir con mucha gracia: «En esa plaza encuentro yo cuanto necesito para mi gasto.» En el concilio provincial celebrado en Méjico en 1574, asistió el mencionado P. Plaza, con otros varios obispos y algunas dignidades eclesiásticas, y todos asintieron á las ideas que emitió, encargándole por resulta principal de dicho concilio la composicion del célebre catecismo, que por espacio de muchos años se enseñó en la Nueva España. Fué tan observante de la penitencia y mortificacion, que á pesar de hallarse gravemente enfermo de la gota y aquejado de otras dolencias que contrajo en sus repetidos viajes por los ardientes y mal sanos climas de la América, no quiso dejar de comer de viernes cuando la Iglesia lo ordena, aunque la enfermedad le dispensaba y los médicos le decian que era contrario á su salud. Habiéndose apoderado de él una calentura lenta, unida al mal de gota, estuvo postrado más de tres años en la cama, viniendo á quedar reducido á un esqueleto y sin poder usar de sus miembros, á causa de las terribles contracciones que sufriera. Resistió con gran paciencia sus dolores, rogando á Dios los tomára en descuento de sus pecados. Murió gozando de su cabal juicio y haciendo fervorosos actos de contricion, el dia 21 de Diciembre de 1602, en la ciudad de Méjico, con notable fama de santidad, segun la voz pública; pues el pueblo, que conocia y apreciaba sus virtudes, acudió en tropel á procurarse reliquias en su cuer-

po y en sus pobres alhajas. Su cadáver fué expuesto al público cubierto de azucenas, símbolo de la pureza de su vida, pues su confesor dijo, que fuera del pecado original, no habia hallado culpa en aquel siervo de Dios. Notóse con santa alegria, que como signo cierto de su gloria, apénas hubo espirado, su cuerpo extenuado y contraido quedó flexible y con un aspecto juvenil. Fué honrado en muerte, conforme merecia su santa vida y su fama. Enterrósele separadamente dentro de un ataud, junto á la reja del comulgatorio. La catedral le celebró un solemne oficio de difuntos con oracion fúnebre, que dijo uno de los catedráticos, doctores en teología, y varios conventos significaron su estimacion doblando por su muerte y celebrándole sufragios. La suma modestia del P. Plaza le impidió publicar ninguno de sus escritos, ni de los muchos y elocuentes sermones que predicó: sin embargo, los avisos que anteriormente dijimos escribió para sus discípulos, los novicios de la Compañía de Jesus, y que han llegado hasta nosotros, merecen citarse por su sabiduría y laconismo y por ser un verdadero curso de moral cristiana, útil no solamente á los constituidos en religion, sino tambien en su mayor parte á las personas de otras condiciones; y en prueba de ello los espampamos á continuacion.—Nunca decir gracias vanas.—Decir bien de todos.—No porfiar mucho.—Entre muchos hablar poco.—No remedar á otros ni hacer burla de cosa que digan ó hagan.—Hacerse todo á todos.—Nunca hablar de cosa propia de que pueda sobrevenir loa.—No ser entrometido ni fácil en dar su parecer.—Descubrir todas las tentaciones al superior.—Andar siempre en la presencia de Dios.—Imaginarse siempre siervo de todos y en los otros considerar la persona de Cristo nuestro Señor.—Nunca dilatar cosa buena para el otro dia.—Nunca hacer cosa por vanagloria, sino solo por Dios.—Echar todas las cosas á buena parte.—M. B.

PLAZA (Luis Martinez de la), eclesiástico y poeta español del siglo de oro de nuestra literatura. Por desgracia se ignoran las principales noticias de este escritor, como de casi todos los que cultivaron la lengua patria en aquella dichosa edad, en que recorria con nuestras armas los dilatados espacios del nuevo y del antiguo mundo. Pero más afortunado que otros, Plaza cuyas obras apénas son conocidas, ha conseguido que de él hayan llegado hasta nosotros algunas escasas circunstancias de su vida. Nació en Antequera hácia 1585, y siguió la carrera de leyes, graduándose de licenciado en jurisprudencia. Quizá á esta época pertenecen las ligeras poesías que de este autor se leen en las *Flores de los poetas ilustres* de Espinosa, porque habiéndose dedicado despues al foro, pasó en esta difícil y penosa ocupacion lo mejor de su vida, hasta que cansado de una profesion, que no era entónces tan lucrativa como en la actualidad, la abandonó por seguir el estado eclesiástico. Influyó quizá tambien en esta resolucion la costumbre que te-

nian entónces todos nuestros poetas de pertenecer á la Iglesia, donde quizá con más lugar podian consagrarse á sus estudios favoritos. Obtuvo una canongía en Antequera, su patria, la que sirvió con esa fe, celo y ardor propio de los españoles de un siglo en que la religion era la primera necesidad de su vida, la atmósfera que respiraban, la luz con que veian. En este tiempo ó quizá en su juventud, que es la opinion que nos parece más aceptable, fué cuando escribió Plaza sus poesías, que en su mayor parte son composiciones ligeras, como epigramas, madrigales, sonetos y áun una sátira. Todos sus versos se distinguen, sin embargo, por la naturalidad, elegancia y pureza de su estilo. Ya hemos dicho que Espinosa las publicó por primera vez reunidas en sus *Flores de poetas ilustres*, de donde las tomó sin duda Sedano para darlas cabida en su coleccion titulada *Parnaso español*, tomos I y VIII. Nicolás Antonio atribuye á este autor una traduccion del célebre poema de las *Lágrimas de S. Pedro*, pero es muy probable se haya perdido, porque despues no han podido dar con ella los eruditos que han trabajado en buscarla. Plaza murió en 16 de Junio de 1635.—S. B.

PLAZA (B. Luisa), religiosa franciscana, cuya memoria celebra su Orden en 7 de Abril. Habiendo enviudado convirtió en un monasterio su propia casa, bajo la advocacion de Ntra. Sra. de los Angeles, donde vivió siendo la primera abadesa, hasta que fué trasladada despues en 1520 con doce religiosas á otro monasterio, donde se distinguió mucho por su rígida penitencia é increible humildad: su vida fué tan admirable por su piedad como por su santidad, llegando á una edad muy avanzada y muriendo en la mejor opinion, probablemente en el mismo dia en que la recuerda la Religion Seráfica.—S. B.

PLAZA (Fr. Melchor). Fué natural de Madrid, segun los más fundados indicios, aunque con entera claridad no consta, y tomó el hábito de la órden de la Santísima Trinidad en el convento del mismo título de la coronada Villa el año 1616, á 19 de Setiembre, siendo presidente del convento el bienaventurado P. Simon de Rojas. Cumplido el año del noviciado, y habiendo verificado su profesion, mandáronle por santa obediencia que estudiase artes y teología, y aprovechó tanto en una y otra ciencia, como no podia ménos de suceder, atendida su capacidad y su aplicacion. No le embargaron los estudios para ejercitarse en la penitencia, pues habiendo cursado esta otra ciencia ántes de su entrada en la religion, manifestóse sumamente práctico en ella, y tenia lugar para todo. En vista del talento que le adornaba y del fruto que habia sacado de los estudios, le encomendaron la enseñanza de artes á la juventud, y habiendo pasado despues á Salamanca enseñó la teología, sacando en una y otra facultad discípulos tan instruidos como piadosos. Dotó el Señor á Fr. Melchor de un ge-

nio tan dulce y de un natural tan apacible, que con su conversacion y finos modales cautivaba la atencion del que le oia, y con su irresistible elocuencia lograba cuantos objetos se propusiera, pues si rogaba, nadie sabia negarse á su persuasiva súplica, y si tal vez amonestaba ó reprendia, era con tan dulce tono y agradable manera, que el ánimo más indómito ó prevenido cedia sin discusion, lo que seguramente no hacen los genios fuertes cuando se les reprende con dureza y acritud. Resplandeció en este ejemplar religioso la virtud de la humildad, pues no obstante lo mucho que sabia y valia, considerábase como el último de todos y el más vil y despreciable. Los elogios que de él hacian causábanle notable mortificacion, y si alguna vez no podia pasar por ménos de oir que en su presencia aplaudieran alguna accion suya, contestaba que sus hechos no tenian mérito alguno, porque estaba obligado á hacer mucho más por un Dios que tan generoso se muestra con los mortales. Su abstinencia fué tambien muy notable, pues contentábase con la escasa racion del convento, y áun de ella no tomaba sino lo indispensable para sostenerse, y esto cuando estaba en cabal salud, porque, sea á causa de sus muchos trabajos, estudios y desvelos, sea á causa de que el Señor quisiera, como á todos sus santos, cargarle con una cruz para ejercitar su paciencia, se vió atacado muy repetidas veces de una espantosa jaqueca, que imposibilitándole para todo, le dejaba en una absoluta postracion, y entónces se le pasaban algunos dias sin tomar ningun alimento. Compadecidos los superiores de lo mucho que padecia, le instaron repetidas veces para que variase de alimentos; pero él á fin de no abandonar su mortificacion, excusábase diciendo que el cambio le perjudicaria, porque su cuerpo se hallaba ya acostumbrado á aquella frugal refaccion. Lo mismo contestaba á sus muchos amigos que le obsequiaban con exquisitos manjares, los que si alguna vez los recibia vencido por sus instancias, se los entregaba acto continuo á los pobres, gozando mucho en mortificar su apetito y en favorecer al mismo tiempo á los infelices necesitados. De estas virtudes y de la abstinencia sobre todo, se desprendia como consecuencia inmediata la de la castidad, pues segun dice S. Agustin, dánse las manos la abstinencia y la castidad, porque ambas son virtudes angélicas y espirituales. Brilló, pues, en Fr. Melchor la dicha virtud de la castidad doble más que en otros, porque fué más combatida. Hallábase desempeñando el ministerio de la penitencia en el convento de Madrid, para el cual era muy á propósito por su amabilidad é ilustracion, y una principal dama de la corte, ó prendada de la buena presencia del religioso, ó por el infernal empeño que forma el enemigo de hacer flaquear la virtud más acrisolada, para lo cual se vale de todo género de instrumentos, concibió una vehemente pasion por Fr. Melchor, y con máscara de penitente, encubriendo sus lascivos fuegos,

llegó á los pies del sacerdote, procurando introducir en su alma con halagüeñas palabras el mortal veneno del pecado. Pero el esperto religioso conoció el tiro y trató de esquivarle con toda la prudencia que su talento le sugeria, ponderando á aquella infeliz mujer la grave pena á que se exponia continuando en su mal propósito, y ponderándola al mismo tiempo la grandeza de la misericordia de Dios, siempre dispuesta á recibir á los que de veras se arrepienten. Nada bastó para convencer á aquella alma presa del demonio, ántes bien, más encendida, se atrevió á declarar su pensamiento sin disfraz de ninguna especie. Viendo su obstinacion no tuvo el siervo de Dios ánimo para seguir escuchándola, y abandonando el confesonario marchó á su celda, donde empezó á hacer asperísimas penitencias, á fin de que apiadándose Dios de aquella obcecada alma, ejercitára en ella sus misericordias. Nada arrepentida la dama, trató varias veces de aproximarse al sitio donde el santo varon administraba la penitencia; pero éste, conociendo con el auxilio de la divina luz la mala disposicion en que se hallaba, nunca la quiso escuchar. Porfió ella más y más, hasta que su misma porfia vino á desengañarla, apoderándose de ella por no lograr su idea una especie de desaliento, que fué causa de su trasformacion; pues reflexionando sobre su vida pasada y advirtiendo el poco fruto bueno que habia sacado de ella, trató de buscar el remedio, y arrepentida de veras y hecha un mar de lágrimas, acudió al comun alivio de los pecadores, que es la misericordia de Dios, y cierto dia, confundida entre las demás mujeres que iban á confesarse con el P. Plaza, llegó á sus pies, donde halló grata acogida, pues desde luego advirtió aquel lo mudada que se presentaba. Consolóla en su afliccion, la dió sanos consejos para que hiciese una confesion general, y tuvo el grato consuelo de ver en aquella pecadora un vivo traslado de la penitente Magdalena. Habiéndose purgado el alma de todo género de impurezas, volvió aquella señora al camino de la virtud, del que tanto se habia separado, y en adelante fué su conducta tan ejemplar como viciosa habia pretendido ser. Largo espacio necesitariamos para referir las conversiones que hizo este venerable religioso Fr. Melchor Plaza, pero en la imposibilidad de enumerarlas, haremos mérito de una, que se hizo muy notable en aquel tiempo por las circunstancias que á ella acompañaron. Otra señora de esta Corte vivia tan engolfada en el mar de los vicios, que daba ya público escándalo con sus acciones, teniendo como perdido el dia que no le empleaba en algun reprobado pasatiempo. Su único afan, su solo cuidado era sacar galas, prevenir adornos y variar de peinados, pues teniendo muy hermosos cabellos la alababan mucho los galanes, y ella procuraba atraerlos con sus vistosos rizos, en los que tenia puesta toda su vanidad, porque con las invenciones de lazos y prendidos enlazaba y prendia la

voluntad de los incautos. Habiendo llegado á su noticia las milagrosas conversiones que ejecutaba el P. Plaza, entráronla deseos de conocer á aquel varon, de cuya virtud y santidad tanto se decia, y se resolvió á hablarle en el confesonario, no para aprovecharse de su doctrina ni seguir sus consejos sino por mera curiosidad, y tal vez para ver si su constancia era tan grande que resistia á los atractivos de su hermosura. Pero salió errado su intento, porque Dios la infundió aquella idea para conducirla á la via de la salvacion. No tuvo necesidad la pecadora de manifestar al confesor el cúmulo de sus culpas. Su alta perspicacia conoció al punto la parte débil de aquella extraviada oveja, y principióla á dar tan buenos consejos para que apartándose de la vida libidinosa abandonára los lazos de Satanás, que la mujer quedó suspensa al ver tanta penetracion, y no determinada del todo al arrepentimiento, dijo al confesor si tendria ánimo para escucharla algunos otros dias; y habiéndola contestado afirmativamente, ella le dió las gracias y se volvió á su casa con idea de reflexionar todo lo que habia oido. Inclinándose poco á poco al arrepentimiento, vino por espacio de ocho dias á comunicar sus dudas con aquel sabio director de almas, y por fin, iluminada completamente con sus paternales consejos y brillantes demostraciones, conoció lo errada que habia vivido, y desnudándose de profanas galas al mismo tiempo que purificándose de envejecidas culpas, quiso dar satisfaccion pública de sus pecados, cortándose los cabellos, causa del anterior escándalo, en la capilla del Santo Cristo, delante de la multitud que allí estaba congregada. No permitió el siervo de Dios que ejecutase públicamente tan heróica determinacion temiendo los inconvenientes que pudieran sobrevenir, y la indicó el medio con que podia desagraviar, no al mundo que habia sido el teatro de sus culpas, sino á Dios á quien tanto ofendiera. La arrepentida señora, firme en su propósito de sacrificar lo que más habia estimado, despues de haber hecho una confesion general, de reconciliarse con Dios y de haber abrazado nuevo género de vida, se cortó los preciados cabellos y púsolos como trofeo de la victoria conseguida contra el demonio colgados en la capilla del Santo Cristo de la Fe, donde permanecieron muchos años, causando admiracion á todos los que se enteraban del caso maravilloso. Aunque el siervo de Dios solo anhelaba vivir en el retiro de su celda, la obediencia le precisó muchas veces á salir de ella y á desempeñar varios cargos de la comunidad. Pusieron bajo su direccion varios conventos de la Orden, y en todos ellos á más de conservar con gran teson la obediencia y de dar á sus hermanos clarísimos ejemplos de virtud y perfeccion, hizo grandes beneficios y mejoras. Despues de haber sido ministro en el convento de Medina del Campo, pasó á serlo en el de Arévalo, en el cual redimió dos censos que el convento tenia contra sí, compró el capital de otro situado sobre las alcabalas de Valladolid, y desempeñó la casa, que á

su ingreso halló cargada de deudas. Rescató una cruz de plata que sus antecesores habian empeñado y transigió un pleito dudoso con el conde de Alba de Liste, que se venia siguiendo de muchos años atrás. Tambien se trasladó á la provincia un curso de artes que Fr. Melchor se encargó de explicar con mucho gusto, tomando por su cuenta no solo que los estudiantes se aplicáran á tan útiles tareas, sino tambien que observáran puntualmente la regular disciplina. Cuando salió de ministro en el convento de Arévalo, y á pesar de haber experimentado dos bajas de moneda que le ocasionaron bastante pérdida, le dejó desempeñado y bien provisto de metálico y bastimentos. Fué tambien ministro del convento de Toledo, y acaso lo hubiera sido de la mayor parte de los conventos de España, segun lo deseaban, si su delicada salud se lo hubiera permitido. Trataron con mucho empeño de nombrarle provincial, pero el humilde religioso rogaba á Dios que no ocurriese tal cosa, y con notable penetracion llegó á entender que no ocurriria tal nombramiento, aunque muchos estaban empeñados en hacerle. Digno de mencion es cómo ocurrió este caso. El mismo dia que iba á verificarse la eleccion, algunos, que sabian que la mayoría de los votos estaban inclinados á favor suyo, entraron en su celda en ocasion que estaba barriéndola, y le dijeron que iban á nombrarle provincial. Él aparentó sorprenderse con la noticia, y contestó que no era posible. Repusiéronle que estaban seguros de que el nombramiento se haria, á lo que riéndose el P. Plaza les volvió á decir: «Por muy seguros que esteis, hermanos mios, el nombramiento no se hará en mi favor;» y escuchando indiferente las muchas protestas de seguridad que los religiosos hacian, continuó su humilde tarea. El éxito demostró con cuánta razon hablaba. A pesar de estar todos los electores convenidos, y no obstante que su nombre era el que todos ponian en su cédula, al hacerse el escrutinio salió electo provincial otro religioso, que aunque muy digno no contaba con las simpatías del P. Plaza. Mucho estimó el siervo de Dios este inmenso beneficio que su Divina Majestad le hacia, permitiéndole de tal modo dedicarse al ejercicio de la virtud con más descanso y perfeccionar su estado religioso, aumentando más cada dia el tesoro de sus virtudes y merecimientos. Siempre fué pobre evangélico, pero contemplando que se hallaba próximo al fin de su carrera, fué dando más realce á la pobreza, no usando cosa ninguna que pudiera desdecir de aquella santa virtud, y repartió cuanto tenia á los pobres indigentes. Mas no se crea por esto que fué pródigo en demasía, pues cuidaba mucho de huir todos los extremos, conociendo lo viciosos que son, y en prueba de ello citarémos este ejemplo. Hallándose un dia atacado del violento dolor de cabeza, que habitualmente padecia, llegó un devoto á pedirle unas estampas de la Santísima Virgen, de las que acostumbraba á repartir el B. Simon de Rojas, las

cuales gozaban de mucho crédito, porque se lograban por su mediacion milagrosos sucesos en curaciones de enfermedades, pérdidas y otros apuros. Hallábase el P. Plaza con muy corta cantidad de ellas, y por despachar pronto al devoto que se las pedia, á causa de la incomodidad que le causaba hablar, le dijo: «Pocas estampas quedan, tómelas y lléveselas todas.» Pero al acabar de proferir estas razones, y pareciéndole que habia cometido falta de impaciencia y prodigalidad, volvió á decir al devoto: «Perdone, hermano, y no se las lleve todas, pues se las dí sin saber lo que me hacia, y no estoy de ningun modo autorizado para darle tantas sin licencia de mis superiores.» Habiéndose empeorado el siervo de Dios de la grave dolencia que le aquejaba, llegó á postrarse en términos que se desesperó de su vida, noticia que él oyó con suma alegria, puesto que le llevaba al término de sus ansias, que era el eterno goce de su Criador. Despues de haberse prevenido con el pan de los ángeles para verificar el viaje postrero, entregó dulcemente el alma á su Redentor el dia 21 de Setiembre de 1647. Pronto corrió por Madrid la nueva de aquel suceso, y fueron infinitas las personas que apasionadas de él en vida, acudieron á contemplarle en muerte, ansiosas de venerarle y rendirle el tributo que merecen los bienaventurados. Mas por causas que se ignoran, los superiores acordaron que no se expusiera al público el bendito cadáver, temiendo acaso algun atropello de la piadosa devocion, pues quedó tan flexible y hermoso, que no se podia dudar era sino de los predestinados al goce de las eternas venturas. Consoláronse los fieles con la idea de que ya que no habian podido verle, al ménos al celebrarse sus honras tendrian el gran placer de oir el panegírico de sus virtudes, lo cual en efecto debiera haberse hecho, no tanto como merecido honor al difunto, cuanto para ejemplo público y estímulo para imitarle. Tampoco sucedió ésto y sus fúnebres honras fueron tan sencillas como las del último lego. Tal vez aquella falta de pompa fué permision divina y uno de los inescrutables juicios de Dios. El alma del santo varon, que en vida tanto huyera del vano elogio y de la mundana pompa, acaso no reposaria sosegada si despues de su muerte se le prodigáran aquellas distinciones, y el supremo árbitro quiso sin duda que su modestia fuera respetada, y que brillase esta gran cualidad de su siervo áun más allá del sepulcro. Lo único que permitieron los superiores á fuerza de instancias de algunas personas notables, fué que un diestro pincel hiciese el retrato del difunto en la misma forma y disposicion que se encontraba en el féretro. Este cuadro, que aún se conservaba en nuestros dias, se colocó en la entrada del panteon donde se enterraban los religiosos, siendo muy considerable la multitud de personas que por un largo espacio de tiempo acudian ansiosas de contemplarle.—M. B.

PLAZA (Fr. Miguel de la), franciscano. Ignórase la fecha y punto del

nacimiento de este religioso. Unicamente se sabe que tomó el hábito de la regular observancia en el convento de franciscos de S. Diego de la ciudad de Alcalá de Henares, llegando á ser lector de sagrada teología y regio predicador. Floreció á fines del siglo XVII, y es conocido por la oracion fúnebre que pronunció en las honras celebradas por la muerte de la reina María Luisa de Borbon, esposa de Cárlos II, la cual fué impresa, añadida con una relacion del suntuoso aparato con que se celebraron las exequias, en la oficina de la Universidad, año 1689, en un tomo en 4.° Tambien publicó el *Panegírico fúnebre del Eminentísimo cardenal Cisneros*, impreso en la mencionada ciudad de Alcalá el año 1690. —M. B.

PLAZA (Fr. Pascual de la), religioso franciscano descalzo, natural de Alcaraz. Ignórase la época en que tomó el hábito, lo que hizo en la provincia de S. Juan Bautista, debiendo ser ya adulto, pues habia sido mucho tiempo soldado y llegado á obtener el empleo de alférez; mas, dice la crónica, aunque anduvo en esta milicia tan arriesgada para perderse, procedió con tanto recato y modestia, que no solo no hizo ofensa á nadie, mas daba ejemplos de notable inocencia. Cuando se alojaba, lo primero que les prevenia á sus huéspedes, era que por respeto suyo no hiciesen más gasto que el ordinario, que para él cualquier cosa bastaba, y que con eso le tendrian contento, y de otra suerte muy disgustado, y en todo lo que les podia ayudar lo hacia con grande apacibilidad; y si era gente que tenia hacienda de campo, trababa amistad con los mozos y se iba con ellos, y tomando la azada ó el arado trabajaba como un jornalero; y queriéndoselo defender, decia, que se habia criado en aquello, y así tenia en ejercitarlo mucho consuelo, porque el intento con que lo hacia, como él despues dijo, era por no comer el pan de balde, y por huir de la ociosidad y tráfago del mundo, juegos y mujercillas que suelen seguir á los soldados; con lo cual y su condicion apacible ganaba de modo las voluntades, que cuando se despedia de su alojamiento, chicos y grandes lo sentian como si fuese un hijo ó hermano, enterneciéndose y llorando de pena. Quien de este modo se portaba miéntras siguió la milicia del mundo ¿qué haria vestido de la luz evangélica en la religion? Tratóse toda su vida con grande aspereza y rigor, haciendo toda clase de penitencias. No vistió nunca más que un hábito remendado y pobre; y así en invierno como en verano iba á pié y pierna descalzo por los pueblos y caminos fragosos á través de las nieves y los hielos. Era tal su costumbre de ir descalzo, que estando en Gandía y habiendo de hacer un viaje muy largo, preguntó al prelado si llevaba sandalias, y respondiéndole que no, le mandó buscarlas y que las llevase: hízolo así, y cuando volvió, yendo á recibir la bendicion, y viéndole descalzo le dijo: *Aquí estan, hermano*, pareciéndole que con solo llevarlas consigo, cumplia, por no haberle dicho que se las pusiese en los pies. Nun-

ca dejaba de hacer sus ejercicios por trabajo ó cansancio, en particular en los que eran de comunidad. Era muy abstinente, y además de los ayunos de obligacion, observaba otros muchos, preparándose para las fiestas de nuestro Señor Jesucristo, especialmente todos los sábados en honra suya por ser humilde esclavo suyo, y asimismo otros dias de santos, y á pan y agua todos los viernes de adviento y cuaresma. Era tal su paciencia, que ni en trabajos ni enfermedades, por graves que fuesen, se le oia una queja, ni se quejaba nunca del calor ni del frio ni de los rigores de las estaciones, teniendo que sufrir mucho por este concepto cuando salia á la postulacion, teniendo que llevar las limosnas á cuestas y algunas veces por un largo camino, con los pies descalzos y á veces abiertos y muy lastimados, y todo le parecia poco segun el valor que tenia y sus deseos de padecer por Jesucristo. Nunca estaba ocioso, ni se contentaba solamente con el oficio que se le encargaba por obediencia. Por la mañana tenia su mayor consuelo en ayudar á misa, y el resto del dia, cuando le quedaba algun rato de vagar, iba á ofrecerse al cocinero ó al hortelano para ayudarlos en su trabajo. Estando en el convento no faltaba nunca á ningun acto de la comunidad, procurando desembarazarse con tiempo de otras ocupaciones por aquella tan principal; asistia con tal devocion, gravedad y compostura religiosa, que edificaba á todos, lo que procedia de la continua presencia de Dios que sentia en sí, lo cual no le daba lugar ni á desvanecimiento de los sentidos ni á vaguedades de pensamiento, y si le ocurria alguno, si cabe, le alejaba de sí con gran presteza. Era tan casto y puro, que no cometió en toda su vida pecado alguno contra la honestidad, y huia las ocasiones, áun siendo ya religioso y viejo, con gran vigilancia. Y no solo en esta materia, pero ni en otra alguna, quebrantó jamás la divina ley, ofendiendo á Dios gravemente como lo afirmó su confesor, y que en el estado religioso nunca hallaba de que absolverle, y á pesar de esto era tan húmilde que se tenia por el más vil y miserable pecador del mundo, sin que tuviese vanidad ni presuncion alguna, atribuyendo todo el mal á sí mismo y todo el bien á la bondad divina. Era en extremo sencillo y tan pacífico, que jamás se notó en él movimiento alguno de ira. Jamás se descubrió malicia en su pecho, ni salió palabra de su boca contra su prójimo, de quien nunca profirió la murmuracion más leve, y si murmuraba alguno delante de él, procuraba impedirlo diciendo: *Hermano, deje eso y diga un Ave María por mí*; y aunque era muy afable con todos, no hacia confianzas con ninguno ni se burlaba de nadie, y siendo sacerdote, era singular el respeto y reverencia que les tenia. Su sencillez y candidez eran tan extraordinarias, que no sabia juzgar mal de nada, todo lo interpretaba á la mejor parte. Era tan piadoso para con los pobres, y de ánimo tan liberal, que si le pedian el hábito que llevaba encima, no dudaba en darlo, y muchas veces se dejaba

descoser pedazos de él y del manto para personas necesitadas; á los vergonzantes que acudian á la portería, además del socorro y limosna les daba muy santos consejos, consolando á los afligidos y animando á los débiles; nunca sabia cómo regalar suficientemente á los enfermos, y si eran religiosos, acudia á servirlos con notable afecto y á consolarlos con dulces y amorosas palabras. Tuvo un ardiente celo por la honra de Dios, y reprendia los pecados con libertad apostólica. Cuando se hicieron las informaciones de las virtudes del siervo de Dios por todos los lugares de la huerta de Gandía, al preguntarles si sabian alguna cosa, respondian todos á una voz, y muchos llorando: «Padre, era un santo; siempre iba descalzo y nos daba buenos consejos, y nos parecia que en verle veiamos un ángel del cielo; otra cosa particular no sabemos, salvo que en todos los lugares y pueblos de esta comarca no habia persona grande ni pequeña, á quien no le supiese el nombre, hasta á los niños que habia visto otra vez.» Cosa prodigiosa, y que no puede ménos de admirar á los que saben el gran número de mujeres y de muchachos que viven en aquel distrito. Teníanle en él y en Gandía tan gran devocion, que habiéndole sacado de allí y trasladado al convento de S. Juan de la Ribera de Valencia, lo sintieron tanto, que algunos dejaron de dar por muchos dias limosna á los religiosos, diciendo que no la darian hasta que volviese Fr. Pascual, y así tuvieron que volverle los prelados. Era este siervo de Dios muy dado á la oracion mental, y así además de la comunidad, en no teniendo ocupacion precisa, se iba al coro ó á la iglesia á hacer á solas sus devociones, y como era notorio á todos, así religiosos como seglares, cuán familiar y continuo era el trato que tenia con nuestro Señor, era notable la confianza que tenian en sus oraciones, encomendándose á ellas en sus necesidades, y consiguiéndose, segun un gran número de casos que refiere la crónica, lo que pedian por su intercesion. Parece que estuvo tambien dotado de la gracia de revelacion, concediéndosela el Señor para utilidad y consuelo de sus devotos y para esmalte de su gran virtud, á que acudian, como ya hemos dicho, muchas personas en sus desgracias, consiguiendo con frecuencia el objeto de sus deseos. Tenia gran celo por la conversion de los pecadores, y en una ocasion convirtió á uno que se hallaba muy endurecido en sus culpas, á quien confesó Fr. Juan Navao, pues no lo habia hecho en muchos años, derramando gran copia de lágrimas y con vivas muestras de contricion. Colmado de dias y merecimientos, le dió la última enfermedad, que fué muy larga y penosa, queriendo el Señor que resplandeciese más su paciencia y virtud en la grande resignacion con que la sufrió. Creyóse haberle revelado Dios el dia y hora de su muerte, porque habiendo recibido el viático, y pareciéndole al médico que no moriria tan presto y que no era necesario darle la santa uncion, pidió con mu-

chas instancias que se la diesen, y viendo que aún lo dilataban, llamó al guardian y le dijo: «Yo me muero, háganme dar luego la uncion;» hiciéronlo así, y por priesa que se dieron en llamar al médico, cuando llegó, ya habia espirado. Murió entre las nueve y las diez de la noche del 27 de Junio del año 1644. Luego que se sacó el cuerpo á la iglesia y se puso en el féretro, acudió tal concurso de gente de todos estados á venerarle, besarle los pies, tomar medidas y pedazos del hábito para reliquias, que seis religiosos que le estaban continuamente velando, no eran suficiente para defenderle, y crecia más la devocion, viendo que se hallaba en casi el mismo estado que cuando se encontraba vivo. Diósele sepultura á la hora de misa mayor, no dilatándolo más por temer de que si se divulgaba la muerte por los pueblos circunvecinos, hubiese una gran conmocion, corriendo peligro de que se llevasen gran parte de su cuerpo; y áun despues de enterrado y tenerle con la mayor vigilancia, una mujer le cortó con un cuchillo el dedo del pié, saliéndole tanta sangre como si estuviese vivo, la que se recogió en pañuelos con mucha devocion y piedad, y el mismo duque de Gandía pidió que le cortasen otro para ponerlo entre sus reliquias; y habiéndole cortado el pulgar, dice la crónica, que si del primero salió mucha sangre, salió mucha más de éste, y que los médicos certificaron ser cosa sobrenatural. No nos detendremos en la narracion de los hechos milagrosos que se atribuyen á este santo varon, cuyo número es demasiado grande y cada uno de por sí demasiado extenso, pues parece constan de las pruebas que se hicieron para su beatificacion, que no llegó á realizarse, contando por lo tanto con grande individualidad todas sus circunstancias. — S. B.

PLECHELMO (Beato), obispo, á quien cuenta la órden de S. Benito en el número de sus santos, haciendo memoria de él en 15 de Julio, en que falleció en la ciudad de Ondenseele, en Flandes. Fué compañero, segun la crónica Benedictina de S. Adelmo, monje en Mailduburgo, donde se distinguió tanto por sus virtudes y santidad, que deseoso el pueblo de premiarlas le sacó por fuerza de su monasterio, obligándole á aceptar el obispado de Casa Dei, que gobernó por espacio de catorce años, con grande utilidad de sus ovejas. Murió en 778, siendo tantos los milagros que tuvo á bien la Divina Providencia obrar sobre su sepulcro, que sus paisanos, los flamencos, le trasladaron á Ondenseele y le eligieron patron de la célebre iglesia de Ruremunda, donde es venerado por los fieles con grande piedad y devocion. — S. B.

PLEGAMANS (Ramon). Fué un noble caballero, natural de Barcelona y poseedor de la baronía del mismo título, que más tarde se refundió en la familia de los Clarianas, de donde descienden los condes de Munster. Fué muy afecto al bienaventurado Pedro Nolasco, fundador de la órden de nues-

tra Señora de la Merced, redencion de cautivos, y tan devoto de esta benéfica Orden, que habiendo llegado á entender el deseo que el santo fundador tenia de vivir retirado de la poblacion en sitio en que pudiera entregarse más cómodamente á la abstraccion y vida contemplativa, compró un gran terreno de arenal, junto á las orillas del mar, donde edificó á sus expensas un convento hospital, bajo la advocacion de Santa Eulalia, patrona de Barcelona, y conocido vulgarmente con el nombre de hospital de Plegamans. Este edificio, que constaba de convento con su buena iglesia, claustro espacioso, hospedería para albergar peregrinos y cautivos redimidos, y enfermería para asistirlos en sus dolencias, fué concluido en el año 1232, y Plegamans hizo generosa donacion de él á Fr. Pedro Nolasco, por solemne escritura pública, otorgada en Barcelona á 4 de Agosto del mencionado año ante el notario Pedro de Bages, y en cuyo instrumento se leen las palabras siguientes: *Dono é offero Domino Deo et eleemosinæ captivorum et vobis Petrus Nolascum procuratori eleemosina perdicta totum illud arenale quod ego emi*, etc. Este piadoso varon, como fundador del convento hospital, fué sepultado en la iglesia del mismo, donde por mucho tiempo se vió su tumba en la capilla de nuestra Señora de la Soledad á la parte del Evangelio, señalada con el blason de sus armas, que eran dos manos cruzadas, explicacion de su apellido. — M. B.

PLEGAT (Fr. Pablo), religioso dominico de la provincia de Aragon: floreció en el siglo XV y se hizo desde luego célebre por sus grandes virtudes, las que le merecieron ser elevado á los primeros cargos de su religion, y obtuvo igual aprecio en los palacios de los reyes que en la corte de Su Santidad, á quien debió favores particulares. Desde los primeros años de su vida manifestó Fr. Pablo Plegat con su grande capacidad y vastos conocimientos, que estaba llamado á figurar en los puntos culminantes y más distinguidos de la sociedad, cualquiera que fuese la carrera que eligiese, y en efecto desde el instante en que tomó el hábito de la órden de Santo Domingo, comenzó á manifestar las grandes virtudes de que se hallaba adornado, dando agigantados pasos en el camino de la perfeccion. No la obtuvo menor en sus estudios, siendo uno de los predicadores más notables de su época, por lo que los soberanos le llamaron á su corte una y otra vez, y el Rey de Aragon le dispensó la singular honra, vinculada en la órden de Santo Domingo desde su creacion, de nombrarle su confesor. Desempeñó Fr. Pablo este cargo con grande celo y acierto, manifestando una grandeza é igualdad de ánimo en medio de su elevada posicion, que sin alejarle mucho de su humilde celda y retiro, hacia que se adivinase en él más bien el cortesano del cielo, que al disfrazado palaciego; rehusó por lo tanto toda clase de honores, se negó á servir ajenas ambiciones, y supo captarse el aprecio y amistad de

todos los que veian en él un verdadero siervo de Dios, y de ningun modo un servidor de los intereses del monarca. La fama que de su probidad y rectitud llegó al soberano pontífice Pio II, hizo que Su Santidad le nombrase en Agosto de 1460 administrador del priorato de S. Pablo del Campo de la órden de S. Benito, comision que recibió en virtud de la santa obediencia, lo mismo que de la facultad de testar, que le fué concedida en 3 de Octubre de 1480 y que aprovechó para aumentar extraordinariamente las rentas del monasterio de Monte Sion de religiosas dominicas.—S. B.

PLEGMON, arzobispo de Cantorbery en 909, era de la nacion de los mercianos y es conocido por una carta que envió el solitario Grimlayo á Alfredo, rey de Inglaterra, por haberle promovido al episcopado, porque es, dice, un hombre muy virtuoso é instruido de las reglas de la Iglesia y á propósito para desarraigar por medio de sus discursos un antiguo error que procedia del paganismo, á saber, que los obispos y los sacerdotes podian tener mujeres en su casa, y que les era permitido casarse con sus parientas ó religiosas y tener con su mujer una concubina. Fulco demuestra, valiéndose de la autoridad de los Santos Padres, que estos abusos eran contrarios á la sana doctrina de la Iglesia.—S. B.

PLEGONIN, monje, conocido por una carta que le escribió Beda en que justifica su cronologia y manifiesta que la opinion vulgar de su tiempo, de que el mundo debia durar seis mil años, carecia de todo fundamento, y que era inútil buscar por medio de conjeturas la época del fin del mundo que no quiere Dios darnos á conocer.—S. B.

PLEQUELMO, apóstol de la Frisia. Este santo varon fué natural de Escocia y perteneció á la órden de S. Benito en la segunda centuria de su fundacion. No consta cuándo nació ni á qué familia perteneció, pero se sabe que vivia por el año 701 de Cristo. Tomó el hábito en un monasterio de su patria, que tampoco citan los cronistas, y en él trabó estrecha amistad con Wiro, otro justo varon á quien la Iglesia ha colocado en el número de los santos. Habiendo sido Wiro, electo obispo, y siendo costumbre que los nombrados para este cargo acudiesen á Roma á solicitar del Sumo Pontífice la confirmacion para desempeñarle, aprovechó Plequelmo esta coyuntura de satisfacer el deseo que tenia de visitar la capital del mundo cristiano y adorar las reliquias de tantos santos mártires como en aquella ciudad se guardan. Hicieron, pues, su viaje con bastante fatiga y mala proporcion, y llegando á Roma besaron los pies al sumo pontífice Juan VI, el cual con las noticias que ya tenia de Wiro le confirmó en el destino para que le eligiera el voto unánime de sus paisanos, y prendado del talento y relevantes prendas de Plequelmo, tambien le consagró obispo, no obstante la repugnancia que demostró, pues más deseaba vivir en el retiro de su celda ó peregrinar en

tierra de infieles para llevar la luz de la divina palabra, que encargarse del gobierno y cuidado de una diócesis. El Pontífice, enterado de sus deseos, los mandó bajo estrecha y santa obediencia que no emprendiesen ninguna mision apostólica hasta haber vuelto á su tierra y tomado posesion de sus obispados; despidiéndolos luego cariñosamente, colmándolos de favores y regalándoles algunas santas reliquias para consuelo de los fieles de sus diócesis. Vueltos á Escocia, Plequelmo sirvió de coadjutor á Wiro en el obispado, desempeñándole algun tiempo conforme les ordenára el Padre Santo, dando muy loables ejemplos con la santidad de sus costumbres, y sacando mucho fruto por medio de la predicacion. Mas Plequelmo, así como su amigo, deseaba partir á sembrar la evangélica semilla en las tierras incultas, y tenia puestos los ojos en las provincias de Alemania, que se hallaban oscurecidas aún con las densas tinieblas de la idolatría. En esta atencion él y Wiro renunciaron los obispados y partieron á Francia para ayudar en la predicacion á los misioneros ingleses que salian de su isla á llevar al continente la regla y el espíritu de la órden de S. Benito. Llegados á Francia, presentáronse á Pipino, que era mayordomo de la casa real y gobernador durante la menor edad del soberano, el cual los recibió con mucho gozo y les colmó de favores, mereciéndoles tan buen concepto que hizo su confesor á Wiro, quien logró apartarle de la mala vida que traia, haciéndole dejar á su manceba Alpaida. Dió Pipino á los misioneros terreno suficiente para edificar un monasterio, cuyo terreno se hallaba situado á la falda de un monte. En este sitio edificaron una iglesia en honor de la Vírgen María, y otra dedicada á San Pedro, llamando al monte por esta razon *Mons Sancti Petri*, que es hoy el monte Ofilia, cerca de Ruremunda en Flandes. Vivieron en este sitio algunos años pasando el tiempo en asperísimas penitencias, predicando en la Frisia y convirtiendo infinidad de gentiles á la santa fe católica, ayudando mucho á los doce monjes ingleses que iniciaron las misiones de Alemania. Asistió Plequelmo con su amigo al concilio celebrado en la ciudad de Utrech, en que se trataron muchos asuntos interesantes para la religion, y cargado de años y merecimientos descansó en el Señor, sin que conste á punto fijo, por el descuido y laconismo de los cronistas de su Orden, el año en que tuvo lugar su fallecimiento. Su cuerpo fué sepultado en Undence, pueblo de la provincia que hoy se denomina Holanda. — M. B.

PLESIUS, uno de los treinta y siete mártires egipcios, cuyas actas auténticas ha publicado Ruinart.

PLESSIEZ (Felipe de), gran maestre del Temple. Era hijo de una ilustre familia de Anjou, y estaba ya en posesion del maestrazgo, segun Ducange, en 1207. En el mismo año el rey de Armenia se apoderó del fuerte que se hallaba en poder de los templarios, y estaba situado en el principado de An-

tioquía. El gran Maestre mandó desplegar en 1202 el estandarte de la Orden para obligar á este príncipe á devolver la plaza. Se convino desde luego en una suspension de armas hasta la llegada de los legados. Este tratado era efecto de una mútua impotencia. El Rey, aprovechando la ocasion, arrojó á todos los templarios de su reino, y usurpó todos los bienes que estos poseian. Semejante estado de cosas terminó en el año 1213, no sin algunas ventajas para la Orden. Entre tanto se elevaron algunas quejas en la corte de Roma contra los templarios, y en 1208 escribió una carta muy severa el papa Inocencio al gran Maestre, sobre el mal comportamiento que aquellos observaban con los obispos y legados. Las grandes riquezas de que podia disponer la Orden, fueron la causa del espíritu de indocilidad que caracterizaba á los templarios: aquellas aumentaron cada vez más, y ciertamente no disminuyó su arrogancia y atrevimiento. En 1210 Pedro II, rey de Aragon, hizo donacion á estos caballeros del fuerte de la Azuda y de la ciudad de Tortosa. En 1213 se verificó la gloriosa batalla de Ubeda, que ganaron los cristianos á los moros de Andalucía. Entre los templarios que más se distinguieron en esta ocasion es digno de mencion especial Gomez Ramirez, preceptor de Castilla. El año 1217 es memorable en los fastos de nuestra historia por el triunfo que obtuvieron los cristianos contra los moros despues de la toma de Alcázar; esta victoria se debió en gran parte al valor de los caballeros templarios. Felipe de Plessiez murió en este año. Ducange pretende que le sucedió Deodato de Bersiac, pero es preciso decir que en ninguna parte se encuentra citado este gran maestre, ni áun en los mismos pasajes á que se refiere aquel autor. — S. B.

PLESSIS (Santos). Fué natural de París. Finalizados sus estudios entró muy jóven en el convento de los Padres del Oratorio, del que salió en breve para afiliarse en la congregacion de S. Mauro. Despues de haber tenido á su cargo el cuidado de la biblioteca pública de Bonne-Nouvelle en Orleans, pasó á S. German de los Prados, luego á Reims, y por fin á S. Dionisio, donde murió en 1764 á los setenta y cinco años de su edad. Su aficion á los estudios históricos fué extremada, como lo prueban las obras que publicó de este género, y que son las siguientes: *Historia de la ciudad y de los señores de Coucy*; París, 1728, en 4.°—*Historia de la iglesia de Meaux;* 1731, dos tomos en 4.°— *Descripcion de la ciudad de Orleans*; 1736, en 8.°— *Descripcion de la alta Normandía*; 1740, dos tomos en 4.°— *Historia de Jacobo II;* 1740, en 12.° — *Nuevos Anales de París*; 1753, en 4.° Publicó además varias cartas y disertaciones en el *Diario de Trevoux* y en el *Mercurio de Francia.* Habia sentado Plessis en su *Historia de la iglesia de Meaux* como un hecho cierto, que el arte de falsificar los títulos de los códices en el siglo XI llegó á su más alto grado de perfeccion, y que esta vi-

ciosa costumbre invadiera todas las abadías, las municipalidades, los conventos y las catedrales, asegurando que no solamente se suponian los títulos, sino hasta los códices mismos. Esta idea tan aventurada como falsa, y que tiene muchos puntos de contacto con las que el P. Hardouin habia adoptado respecto de toda clase de antigüedades, le valió á Plessis una multitud de justas censuras y de críticas severísimas, pues los sabios manifestaron que si se dejaba pasar como efectiva tan impremeditada asercion, la autenticidad de los documentos públicos de la edad media quedaba totalmente destruida, y la misma historia no podia ménos de ser leida con suma desconfianza. — M. B.

PLESSIS Heste (Guillermo). Nació en el Anjou en el año 1630, de una familia perteneciente á la noble casa de los duques de Richelieu. Hizo sus estudios en París, y recibió la borla de doctor en teología en el colegio de Navarra. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica, y en atencion á su vida ejemplar, ilustracion y virtudes, fué propuesto al rey Luis XIV en 1676 para el obispado vacante de Saintes. La solicitud se hizo sin conocimiento suyo, á instancia de uno de los personajes influyentes en la corte, que le estimaba sobremanera. El Rey verificó la eleccion, diciendo al expedir el Real despacho: *He dado un obispado á un hombre que jamás he visto, pero lo hago porque me han hablado muy bien de él.* Cuando el prelado le fué á dar las gracias por el favor recibido, Luis XIV, que poseia el don de leer en la fisonomía de los hombres lo que podian dar de sí, y que rara vez se equivocaba, le dijo: *Aunque yo no os concediera ese obispado por vuestro mérito, os le concederia por vuestra persona apénas os hubiera visto.* Al tomar Plessis posesion de su diócesis, la encontró en el estado más lamentable. Habia en ella muchas personas imbuidas en los errores del calvinismo, y otras que profesaban una religion anómala compuesta de una mezcla de las creencias católicas y de las doctrinas de la herejía, viviendo por consiguiente en una dolorosa ignorancia, y educando á sus hijos en aquellas viciosas doctrinas. El virtuoso obispo, deseoso de salvar las almas de sus feligreses, y dolido de la miseria material en que se hallaban por consecuencia de las pasadas guerras y trastornos, se dedicó á instruir por sí mismo á aquellos ciegos pecadores, y en particular á los niños, que debian ser el fundamento de una generacion más ilustrada. Conociendo que para convencer los ánimos no bastaba predicar la caridad, sino que tambien es forzoso practicarla, repartió abundantes limosnas á los necesitados, invirtiendo en ellas el producto de su renta y la mayor parte de lo que le producia su patrimonio particular, despojándose de todo brillo y renunciando á las comodidades por atender al auxilio de sus pobres. Los que vivian encenagados en el vicio y el error, conocieron la excelencia de la religion católica, y no pudiendo re-

sistir á los ejemplos que su prelado les daba de piedad y de virtud, se apresuraron á entrar en el gremio de la Iglesia verdadera, colmando de este modo de santa alegría el corazon del evangélico prelado. Fué tanto el número de los que anhelaban convertirse, que no pudo ya atenderlos por sí mismo, y tuvo necesidad de llamar á algunos misioneros para que le ayudasen en tan santa obra. Siempre solícito por facilitar á los que se hallaban bajo su cuidado todas las comodidades y ventajas, fundó casi á sus expensas, porque la corte le auxilió con muy poco, un hospital general en Saintes. Lleno de merecimientos, estimado de todo el mundo, y en particular de sus vasallos espirituales, murió en 1702 en su palacio de Saintes con fama de santidad, divulgada por sus favorecidos y merecida por sus virtudes poco comunes, arreglada vida y caridad inagotable. — M. B.

PLETTEMBERG (Gautier). Este general de la Orden Teutónica en Livonia y despues gran maestre de la misma en el propio país, hubiera sido, segun Enrique Leonardo Scharsfleich en su *Historia Ensiferorum*, uno de los héroes más célebres, si la poca firmeza que tuvo en los últimos años de su vida no hubiese desmentido en cierto modo sus demás bellas acciones. Habiendo nacido en el siglo XV de una noble familia de Westfalia, entró á servir en la Orden Teutónica en la que fué nombrado *Heérmeister*, ó sea general de Livonia, en 1495. Hacia en esta época trece años que los caballeros teutónicos, enemistados con los obispos del país, causaban grandes y frecuentes desórdenes. Llegaron á las manos ambos partidos, y á pesar de las pérdidas que unos y otros experimentaron no disminuyó, ántes aumentó su animosidad, por lo que Plettemberg tuvo que ejercitar en alto grado su prudencia para lograr reconciliarlos. Se ocupaba en restablecer el buen órden que habia alterado la guerra civil, cuando Basilio, Czar de Moscovia, invadió la Livonia en 1498, llevando delante de sí la desolacion y el espanto, pues que quemó y saqueó las cercanías de Nerva, Torpaso y Rega. Resolviendo el gran Maestre vengarse de este ultraje, reunió un pequeño ejército, que contaba con cuatro mil caballos de gente escogida. Entrando en Moscovia con este pequeño ejército, y encontrándose con otro de cuarenta mil hombres en su mayor parte de á caballo, los atacó; no solo los atacó y derrotó sino que los persiguió tres leguas de camino hasta que la noche le obligó á detenerse. En esta famosa batalla murieron muchos moscovitas y les tomó muchos bagajes con gran número de caballos y municiones. Internándose en el país, tomó varias fortalezas y venció de nuevo á sus enemigos cerca de Iwanograd, y hubiera hecho aún mayores proezas, si no le hubiera obligado á retirarse la gran mortandad que experimentó su pequeña division, á causa de una enfermedad epidémica de que él mismo fué tambien acometido y de la que se libró milagrosamente. Aprovechándose los rusos de su mal estado de salud y de la de los suyos, inva-

dieron la Libonia y arrasaron de la manera más inhumana muchas provincias, haciendo multitud de víctimas y llevándose prisioneras más de treinta mil personas. En cuanto Plettemberg recobró la salud, convocó á los grandes y poderosos del país, y resolvió volver á invadir la Moscovia. Reunió á este fin con la mayor diligencia un ejército compuesto de siete mil caballos alemanes y de seis mil infantes de Curlandia, y con tan pequeña division penetró en Rusia. Cogiendo dos prisioneros cerca de Plescou, le dijeron que los moscovitas venian á ellos con un formidable ejército, y que le habia ordenado el Czar á su jefe rodeasen á este pequeño rebaño de alemanes sus tropas, y los condujesen como si fueran carneros á Moscow. Este importante aviso dió tiempo al gran Maestre para marchar en buen órden y con todas las precauciones debidas hasta encontrar al formidable ejército ruso, que se habia dividido en doce divisiones. Animando Plettemberg á sus soldados con pocas pero enérgicas palabras, mandó descargar sus cañones, á los que los moscovitas estaban poco acostumbrados, y cargó sobre los rusos con arrojo extraordinario. Combatiéndose en un principio por unos y otros con mucho empeño, el gran Maestre fué fácilmente rodeado por los rusos, pero él traspasó por tres veces sus líneas, y obligándoles al fin á huir, en la retirada les mató mucha gente. Fatigados los vencedores, y no pudiendo ya sostenerles los caballos, dejaron de perseguir á los fugitivos; pero á pesar de esto, el gran Maestre se detuvo durante tres dias en el campo de batalla para ver si los moscovitas tenian valor de atacarle segunda vez. Aun cuando todos los autores estan acordes sobre esta gran victoria, disienten sobre el número de muertos que de ella resultaron, diciendo los más moderados que los moscovitas perdieron cuarenta mil hombres, al paso que los livonienses solo tuvieron un capitan, un teniente, un abanderado, un caballero de la Orden Teutónica y cuatrocientos soldados muertos. Ganada esta victoria en el mes de Octubre de 1501, obligó á los moscovitas á hacer la paz con los caballeros teutónicos, paz que fué contratada y jurada por cincuenta años, en cuyo espacio de tiempo no inquietaron los rusos á sus vecinos. Despues de que Plettemberg gobernó sábiamente, mostrándose grande en la paz y en la guerra, la herejía de Lutero, que hizo en la Livonia grandes progresos, vino á oscurecer por decirlo así las glorias de este héroe, por no haber tenido suficiente energía para combatirla como hubiera podido hacerlo y conseguirlo con más voluntad. Alberto de Brandemburgo, gran Maestre de la Orden Teutónica, fué el primero que en aquel país introdujo la herejía, y como muchos caballeros siguiesen su ejemplo en Alemania, Plettemberg para impedir entrase este contagio en la Livonia, contrató con Alberto en 1525 el pagarle una gran suma de dinero por el derecho de soberanía, y se hizo independiente. Aprobando este convenio el emperador Cárlos V, dió á Plet-

temberg, nuevo gran maestre, el título de príncipe del Imperio, con el derecho de asiento y voto en las dietas. Debia esperarse que este aumento de autoridad fuese útil á la religion; pero no fué así desgraciadamente, pues que no reprimió de modo alguno á los muchos caballeros que abrazaron la herejía. La impunidad de los primeros dió atrevimiento á los que les siguieron, y creciendo el desórden de dia en dia, cuando el gran Maestre quiso recordar, se encontró rodeado de protestantes y se acobardó, no faltando escritores que le calumnien acerca de sus ideas religiosas por este motivo. No puede con razon decirse más sobre este particular, sino que infestando en vida suya gran parte de la Livonia el luteranismo, tomó grandes proporciones despues de su muerte, que tuvo lugar el año 1535. Si Plettemberg hubiera conservado en sus últimos tiempos su valor y energía y se hubiese opuesto abiertamente contra la herejía, es bien seguro que estaria hoy reputado por uno de los héroes más distinguidos del catolicismo; pero su debilidad sobre este punto echó en cierto modo un tupido velo sobre sus glorias. — B. C.

PLEUS (Dr. D. José). Se ignora el pueblo de su naturaleza, y dónde hizo sus estudios. Unicamente se sabe que fué doctor en teología, cura-rector de S. Jaime de Morellusa y despues de Tárrega en la diócesis de Solsona. Escribió las obras siguientes: *Oracion panegírica en las fiestas de Ntra. Sra. del Claustro de Solsona;* 1712, un tomo en 4.°—*Sermon de los mártires de Solsona;* 1712, un cuaderno en 4.°—*Catecismo pastoral de prácticas doctrinales y espirituales para todos los domingos del año, útil y provechoso á los párrocos;* Barcelona, 1699, un tomo en 4.° Como segunda y tercera parte de esta obra publicó despues otros dos tomos de los que el uno contiene pláticas dominicales, espirituales para los dias de las festividades de algunos santos, y el otro pláticas y doctrinas espirituales duplicadas para todos los miércoles, viernes y domingos de cuaresma, y juntamente las de las festividades que se hacen por los difuntos, por plegarias de agua y otras necesidades. Estos tres tomos del Catecismo estan escritos en dialecto catalan para la mejor instruccion del pueblo. Los dos últimos se imprimieron en Barcelona el año 1735. — M. B.

PLEUVRI (Santiago). Nació en 30 de Diciembre de 1707 en el Havre de Grace, y abrazó el estado eclesiástico desde muy jóven, consagrándose al desempeño de su ministerio con el celo más grande y con la mayor exactitud. A la edad de cuarenta años fué á establecerse en Paris con objeto de entregarse tranquilamente á su aficion por el estudio, y cultivó las letras con mucho acierto, sin descuidar el cumplimiento de los sagrados deberes de su cargo. Murió en Paris en 1788, dejando escritas las siguientes obras: *Discurso sobre la gloria de los héroes;* Paris, 1747.—*Exámen de la siguiente cuestion: Nosotros nacemos poetas, nosotros nos formamos oradores;* Paris, 1747.—*Pa-*

negírico de S. Luis; 1757. —*Historia, antigüedades y descripcion de la ciudad y puerto del Havre de Grace*, de la cual se hicieron dos ediciones en 1765 y 1769. Esta historia es muy interesante, y fuera de algunos errores se encuentra perfectamente redactada.— *Sermones sobre los misterios y sobre la moral;* 1778.— *Sermones morales y panegíricos;* 1780.—*Tablas cronológicas de las principales épocas y de los más memorables sucesos de la historia universal;* 1787. — M. B.

PLINIO *el Jóven*, llamado tambien Cecilio Plinio II. Era sobrino é hijo adoptivo del filósofo y naturalista del mismo nombre y natural de Como, en Italia. Fué discípulo del sabio Quintiliano, y por su mérito y su talento consiguió elevarse á los primeros cargos públicos bajo el imperio de Trajano, siendo nombrado cónsul en el año 100 de Jesucristo. Durante su consulado fué cuando pronunció en el Senado el célebre panegírico del príncipe, su bienhechor, del cual fué encargado en nombre de todo el Imperio. Algun tiempo despues se le envió al Ponto y á la Bithinia en clase de procónsul, gobernando estos pueblos como un filósofo lleno de humanidad, disminuyendo los impuestos, restableciendo la justicia y haciendo reinar el buen órden. Habiéndose suscitado una violenta persecucion contra los cristianos, que Trajano miraba como peligrosos por su número, considerándolos además enemigos de toda religion, Plinio se atrevió á defender su causa, escribiendo al Emperador que el trato de los cristianos estaba exento de todo crímen, y que su principal culto consistia en adorar á Cristo como á un dios, y que sus costumbres eran la más bella leccion que podia darse al resto de los hombres. Movido Trajano por las razones que el humanitario filósofo le habia expuesto, desistió de hacer investigacion alguna acerca de los cristianos; pero ordenó que fuesen castigados con la muerte los que menospreciando las leyes del Imperio declarasen por sí mismos, sin ser denunciados, que profesaban el cristianismo. Vuelto Plinio á Roma, tuvo la satisfaccion de verse considerado como el digno varon que habia rendido un testimonio de justicia á la más verdadera y la más pura de todas las religiones. Manifestóse siempre grande sin orgullo; era de fácil acceso para todos, sin rebajarse con ninguno, y presentábase siempre con un noble continente exento de vanidad. Fué liberal y desinteresado, sin exigir nunca cosa alguna por las defensas que hacia, manifestándose siempre afable, bienhechor de los necesitados, casto, sobrio, modesto, buen esposo, buen hijo, excelente padre, amigo fiel y consecuente. Murió en Roma á los cincuenta años de su edad, en el 113 del nacimiento de Jesucristo. Dejó compuestas muchas obras, habiendo ejercido la abogacía desde la edad de diez y nueve años con una universal aceptacion, lo que fué muy notable en una ciudad donde no le faltaban ni émulos ni envidiosos. Seguia su carrera con tanto ardor como la habia

principiado, acostumbrando muchas veces á hablar siete horas seguidas sin demostrar fatiga ni cansancio. Sus defensas no han llegado hasta nosotros, como tampoco una historia de su tiempo, cuya pérdida lamentan los sabios. Solo se puede juzgar del estilo de Plinio por sus cartas á Trajano y por el panegírico de este príncipe, las cuales han sido traducidas á varios idiomas, debiendo citarse como una de las mejores versiones la hecha en Francia por Mr. de Sacy á principios del siglo pasado. El estilo del panegírico es florido, brillante y tal cual corresponde á un discurso de esta clase, donde es permitido hacer alarde de todo lo que encierra de más brillante la elocuencia. Abunda en gran número de bellas imágenes y de elevados pensamientos, que frecuentemente varian, aunque en la diccion se nota el defecto del gusto por las antítesis, del uso de pensamientos cortados y de los afectados giros que dominaban en la oratoria de su tiempo. La misma afectacion reina en sus cartas, las cuales algunas personas de gusto han colocado despues de las de Ciceron. Se han hecho varias ediciones de las *Cartas* y *Panegíricos* en París, Venecia, Oxford y Amsterdam.—M. B.

PLOERINES (Madama Luisa de), autora de una *Coleccion de poesías greco-flamencas*, se convirtió al catolicismo con los demás miembros de su familia en Julio de 1851.—S. B.

PLOMER (Jaime), agustino, maestro en artes, doctor teólogo y catedrático de filosofía en esta universidad. Publicó las obras siguientes: *Sermon fúnebre histórico en las honras que mandó celebrar la muy ilustre ciudad de Palma á la V. M. Sor Catalina de Santo Tomás de Villanueva, religiosa agustina*; Palma, imprenta de la viuda de Guasp, año 1736, en 4.°—*Apuntes para formar una crónica de los conventos de agustinos de Mallorca y de sus varones ilustres;* manuscrito. Los tenia D. Miguel Juan de Padrinas, notario.—J. B. de R.

PLOU Y ROMANCE (D. Bruno). Nació este eclesiástico en Ferreruela, distrito de Daroca, en el antiguo reino de Aragon, en la primera mitad del siglo XVIII. Habiendo estudiado artes y teología en la universidad de Zaragoza, obtuvo la rectoría ó curato del lugar de su nacimiento, de la que no salió hasta su muerte. Muy aficionado al estudio de las antigüedades, hizo grandes pesquisas en el partido de Daroca en busca de curiosidades, é ilustró muchos puntos dudosos para la historia de este término. Escribió una *Disertacion aritmética de la mensura fanega por analogías de números, ilustrada de algunas noticias del verso sacro, cronológicas y políticas*; y la *Clave de tiempos para sincronizar mensuras*, cuyas obras dedicó á la Junta de gobierno de la comunidad de Daroca y á S. Victorian Abad, y así las imprimió en Zaragoza en 8.° en 1775. Murió este erudito sacerdote en el lugar de su nacimiento y en su iglesia parroquial el año de 1781.—C.

PLOWDEN (Cárlos), jesuita. Nació en Inglaterra el año 1743, y murió en Jougne, en el Franco Condado, el dia 13 de Junio de 1821. Habiendo sido enviado á Roma á hacer sus estudios, entró en la Compañía de Jesus apénas los hubo terminado en 1759. En seguida volvió á su patria, donde fué algun tiempo director del seminario católico de Stonyshurst, en el condado de Lancaster, de donde pasó á dirigir la capilla de Bristol. Tomó una parte muy activa en las agitaciones, que suscitaron los católicos ingleses para tomar las medidas necesarias á fin de conseguir su emancipacion, y se mostró muy celoso defensor de la Santa Sede. En las disputas que ocurrieron en 1790 y 1791 se puso de parte de los obispos ingleses, declarándose abiertamente contra las disposiciones tomadas por el comité católico á causa de no creerlas convenientes para el triunfo de sus opiniones. Se tienen de él las obras siguientes: *Discurso pronunciado en la consagracion de Mr. Doublas*, 1791, *en* 8.° *Consideraciones sobre la opinion moderna de la infalibilidad de la Santa Sede en la decision de cuestiones dogmáticas*; Lóndres, 1790. *Observaciones sobre las cuestiones propuestas á los católicos ingleses*; 1691. *Respuesta al 2.° libro azul*, 1791. *Carta á los católicos*, 1791. Esta carta la publicó con objeto de justificar su conducta, cuando se puso de parte de los obispos ingleses, y en ella explicó las causas que le movieron, pero haciendo la salvedad de que no se creyese que por aquel hecho renunciaba á su ortodoxia. *Notas sobre los escritos de Mister José Berington*, 1794. *Notas sobre las Memorias de Gregorio Pauzani, con una carta á Mr. Berignton*, 1794. *Carta á Mr. C. Butler sobre la protesta de los católicos*, 1796. Todas estas obras son muy estimables y se hallan escritas en inglés. —M. B.

PLOWDEN (Francisco), eclesiástico inglés. Fué hijo de una dama de honor de la reina de Inglaterra, esposa de Jacobo II. Despues de la revolucion de 1688, que tuvo por término la expulsion de dicho rey y de toda su familia de la Gran Bretaña, la madre de Francisco acompañó á su regia señora á Francia y educó á su hijo en San German en Laye, residencia de los reyes destronados; pasando luego á continuar sus estudios en el colegio inglés de París. La situacion de sus señores no era aún tan crítica como despues llegó á serlo, pues altamente protegidos por Luis XIV, hallándose en tratos con las principales potencias de Europa, y abrigando fundadas esperanzas de volver á ocupar el usurpado trono, tenian su corte y dispensaban aún gracias y favores. La Reina sobre todo protegia mucho á la madre de Plowden, y ésta, con objeto de dar á su hijo una ventajosa colocacion, le hizo seguir la carrera eclesiástica, fiada en que la proteccion de sus amos le proporcionaria algun brillante destino en su clase. Pero el jóven Plowden destruyó estos pensamientos con su conducta ligera, que fué causa de que los Stuardos dejáran de protegerle. Unido muy estrechamente con Boursier,

sacerdote que pertenecia al partido denominado de los *apelantes*, rehusó firmar el nuevo formulario y prestar su adhesion á la bula *Unigenitus*, lo que le privó no solo de recibir el capelo, como le habian prometido, sino tambien de ser empleado en las misiones católicas de Inglaterra, á cuyo país habia vuelto con este designio. De regreso á Francia se agregó á los doctrinarios de la casa de S. Cárlos de París, y quiso volver á ejercer las funciones de catequista, que ántes desempeñára en S. Esteban del Monte; pero el cura de esta parroquia le obligó á dejar aquel empleo, hasta tanto que estuviera competentemente autorizado por el arzobispo de París. Mas Plowden no quiso nunca solicitar las licencias necesarias para ejercer el ministerio sacerdotal y se ocupó en dar lecciones en varias casas particulares para atender á su subsistencia. Murió en la casa de los doctrinarios en 1788 á una edad muy avanzada, siendo de notar la extraña coincidencia de que su muerte ocurriese el mismo año que la de Cárlos Eduardo, el pretendiente á la corona de Inglaterra y el último representante de la familia, que tanto protegiera á Plowden los primeros años de su vida. Ha dejado una obra titulada: *Tratado del sacrificio de Jesucristo;* París, 1778, tres volúmenes en 12.°, en la cual pretende enseñar que la realidad de este sacrificio consiste, no en la inmolacion sino en la ofrenda que se hace á Dios de la víctima inmolada, y que el sacrificio de la misa no es más que una simple ofrenda de la inmolacion de la cruz. Este libro excitó muchas dudas y fué causa de varias divisiones, aunque solo entre los sacerdotes *apelantes*, dando lugar á diversos escritos en pro y en contra de las opiniones emitidas en él. Tambien escribió Plowden otra obra titulada: *Consideraciones sobre la vida y los misterios de Jesucristo*, la cual dejó manuscrita, no publicándose hasta 1804, que se imprimió en Paris en cuatro tomos en 12.°—M. B.

PLOWDEN (Roberto). Fué el segundo hermano del jesuita Cárlos Plowden, cuyos apuntes biográficos hemos consignado. Nació tambien en Inglaterra é hizo sus estudios al mismo tiempo que su hermano en Roma. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica volvió á su patria, donde ejerció su ministerio con vario éxito pasando despues á Francia. Es conocido por una carta al sacerdote Francisco Plowden, perteneciente á su familia y de quien tambien nos ocupamos, en la cual demuestra y señala varios errores teológicos que aquel habia cometido en sus obras, y cuya carta no fué publicada hasta despues de su muerte, viendo la luz en el año 1794. Tambien se dice que Roberto trabajó en compañía de otro hermano suyo en la formacion de una *Historia de Irlanda*, que se publicó en nombre del último y que le obligó á abandonar su patria á causa de las persecuciones que se le suscitaron por parte del gobierno inglés.—M. B.

PLOZZINIO (Blas). Fué natural del reino de Polonia, y nació en un

pequeño lugar llamado Lovicu. A la edad de diez y nueve años ingresó en la Compañía de Jesus, donde hizo tan rápidos progresos en el estudio, que muy pronto se vió en disposicion de desempeñar las cátedras de filosofía y teología, sin que por esto desatendiera los empleos de la caridad y humildad; pues en los ratos que tenia vacantes en las escuelas, en vez de entregarse al descanso, acudia á prestar sus consuelos á las cárceles y hospitales, y además en el convento desempeñaba los oficios de los más humildes coadjutores. Hablaba muy poco, y sus conversaciones todas eran de Dios, haciendo que cuantos trataban con él, hablasen siempre de lo mismo. Sus palabras y su conducta respiraban santidad, y así se vió muy favorecido del Señor áun ántes de ser religioso, teniendo por esto fama anticipada de ser un predilecto siervo de Dios, segun lo prueba el siguiente caso. Como era de nacimiento humilde y de corta fortuna, se vió en la precision de ponerse á servir á un rico labrador, y en una gran falta de agua que hubo en Polonia, causando una notable afliccion en todo el pais, le rogó su amo en vista de la buena fama que gozaba, pidiese á Dios la lluvia deseada. Apartóse el santo mancebo á hacer oracion, y con notable asombro de los circunstantes, se advirtió que estando el cielo muy sereno, empezó á llover en abundancia. Luego que fué religioso puso todo su conato en imitar á Jesucristo, y al efecto pedia á Dios que le diese una muerte muy dolorosa, pero muy breve, á fin de no causar molestias ni gravámen á los que debian asistirle; lo cual le fué concedido y tuvo revelacion del dia y hora en que habia de morir, como lo manifestó algunas horas ántes de espirar. Ocurrió su fallecimiento en el Colegio de los Padres de la Compañía, de la ciudad de Kalisk, en Polonia, el dia 22 de Octubre de 1634, siendo él tambien de treinta y cuatro años de edad. Conocióse por experiencia cuán agradable habia sido á Dios aquel esclarecido siervo suyo, pues á poco de haber muerto se empezaron á alcanzar por su intercesion muchos favores. Fué devotísimo de la Santísima Vírgen María á quien dedicó, entre otros que escribiera, un libro con los siguientes títulos: *Mariæ magnæ magni Dei Matri ac Virgini augustissimæ cœlorum, terræ, maris, Reginæ Pientissimæ Ecclesiæ ortodoxæ, profectricæ singulari suarum, sodalitatum Matri Dominæ et Patronæ munificentissimæ divinarum opum, Thesaurariæ serenissimæ consiliorum divinorum, Secretariæ eminentissimæ post Deum majestati orbis miraculo et miraculorum hæc omnia suorum clientum cum ipsis clientibus æternum mancipata officia. Libellus autem ipsæ est.*—M. B.

PLUCHART (Fr. Cárlos). Fué natural de la ciudad de Henao en los Países Bajos, y tomó el hábito del órden de Predicadores en el convento de San Pablo de Valenciennes, donde hizo sus estudios y de cuyo convento llegó á ser cuarto prior. Fué igualmente maestro de sagrada teología y prior

provincial en la Baja Alemania, para cuyo cargo se le nombró en el mes de Mayo de 1631. Murió en 20 de Noviembre de 1653 en su convento de Valenciennes, donde fué honoríficamente sepultado. Escribió y publicó la obra titulada: *Officium festi compassionis beatæ Virginis*, que lleva este segundo título: *Recollectionis dolorum Deiparæ semper Virginis*, y al pié del libro dice: *Directorii officii divini ad usum ordinis Prædicatorum et provinciæ Germaniæ Inferioris*, 1633. Segun parece, este oficio no llegó á tener uso en la Orden: porque el autor, sobre todo en los himnos, prescindió de observar las reglas y números de la prosodia, separándose bastante de la marcha generalmente seguida por los escritores eclesiásticos que han tributado alabanzas á la Santísima Vírgen. — M. B.

PLUCHE (Antonio). Nació en Reims en 1688, y se hizo notable por la dulzura de sus costumbres y por sus progresos en las bellas letras, lo que le valió el ser nombrado profesor de humanidades en la universidad de aquella ciudad. Dos años despues pasó á la cátedra de retórica y recibió las órdenes sagradas. El obispo de Laon (Clermont) instruido de su talento, le ofreció la direccion del colegio de su villa episcopal: sus cuidados y sus luces habian conseguido restablecer el órden en dicho colegio; pero sus sentimientos particulares sobre los negocios del tiempo turbaron su tranquilidad y le obligaron á dejar su destino. El intendente de Ruan (Gasville) le confió la educacion de su hijo á instancias del célebre Rollin. El abate Pluche desempeñó este cargo con brillante éxito, y terminada la educacion del jóven dejó á Ruan para volver á París, donde luego dió lecciones de geografía y de historia. Introducido en la sociedad de varios autores distinguidos, su nombre se hizo bien pronto célebre, y él procuró sostener esta celebridad por medio de sus obras. Dió sucesivamente al público el *Espectáculo de la naturaleza*, en nueve volúmenes en 12.° Esta obra, igualmente instructiva que agradable, se halla escrita con tanta claridad como elegancia. El autor dice mucho en pocas palabras; mas la forma de diálogo en que desenvuelve sus ideas es su principal defecto. Tambien publicó la *Historia del cielo* en dos tomos en 12.° Se encuentran en esta obra dos tratados, independientes el uno del otro. El 1.° contiene las investigaciones de los sabios sobre el orígen del cielo poético, que no es más que una mitología completa fundada sobre ideas nuevas, sencillas é ingeniosas; y el 2.° es destinado á la historia del cielo, siguiendo las ideas de los principales filósofos que han procurado investigar las causas de la formacion del mundo. Pluche combatiendo y demostrando los errores de casi todos los sistemas, concluye declarándose por la sencilla cosmogonía de Moisés. Entre su estilo elegante y su diccion escogida, se encuentra una erudicion que no cansa un momento, y áun cuando en el fondo de su sistema no es muy afortunado por la certeza, lo es

al ménos por la claridad. Otra de sus obras es la titulada: *De linguarum artificio*, que tradujo luego bajo el título del *Mecanismo de las lenguas*, donde propone un medio más breve para aprender los idiomas, y muy á propósito para facilitar las traducciones, sosteniendo su pensamiento con reflexiones tan juiciosas como bien expresadas. En 1764 se publicó la *Concordia* ó sea la *Armonía de la geografía de diversos tiempos*, obra póstuma muy superficial, mas cuyo plan da á conocer un hombre de genio en su autor, y en el mismo año se publicó tambien la obra que habia dejado escrita con el título de *Armonía de los Salmos y del Evangelio*, ó traduccion de los salmos y de los cánticos de la iglesia, con notas relativas á la vulgata y al texto hebreo que hacen más interesante esta traduccion, muy estimada por su reconocida exactitud. En 1749 se retiró á la Varenne St-Maur, donde se consagró enteramente á la oracion y al estudio. Su sordera llegó á tal extremo, que no podia entender una palabra sin la ayuda de una trompetilla, por lo cual su permanencia en la capital le agradaba muy poco. En este retiro murió de un ataque de apoplejía el año 1761 á los setenta y tres de su edad. Poseyó las cualidades que constituyen al sabio, al hombre honrado y al cristiano. Buen pariente, amigo fiel y filósofo humano, dió lecciones de las virtudes más puras tanto con su conducta y sus palabras como con sus explicaciones y escritos. Su sumision á todos los dogmas de la religion era extremada. Algunos notables talentos se sorprendian de que en las materias de la fe pensase y hablase como la gente humilde y de poca instruccion. «En eso fundo mi gloria, respondia él, más razonable es creer la palabra del Ser Supremo, que discurrir con las sombrías luces de una inteligencia limitada y sujeta á extraviarse.» — M. B.

PLUMER (Juan Julio), maestro en artes del colegio de Balliol en Oxford, vicario durante algun tiempo en Swallowfield, en el Berksire, el menor de los hijos del difunto sir Tomás Plumer, archivero principal de la Universidad, abjuró el anglicanismo y fué recibido en el seno de la Iglesia en Oscott el 31 de Agosto de 1846. — S. B.

PLUMER (Sor Violante), religiosa dominica tan devota de las ánimas del purgatorio, que las rezaba todos los dias un salterio, pidiendo á cada una que cuando se hallase libre de la cárcel y en la mesa del Rey de la gloria, se acordase de su prision, como los criados de Faraon, alcanzándola una suave salida de las miserias de la vida y viniendo á ayudarla y acompañarla en la hora de la libertad. Aumentaba esta devocion para que fuese más meritoria con mucha abstinencia, disciplinas y silicios, esmerándose sobre todo con grande cuidado en guardar silencio y no quebrantarle nunca en los tiempos que lo recomienda la regla. Vivió esta religiosa muchos años sin cometer falta alguna en sus santos ejercicios, y continuando así con mucho ejemplo,

una noche la encontraron muerta, lo que refiere la crónica de la siguiente manera: Dormia la sacristana en su lecho, cansada del trabajo del dia, cuando á la alta hora de la noche sintió llamarla por su nombre, y abriendo los ojos vió un bulto de monja con luz en las manos, mas una luz, segun dijo despues, oscura y ciega, y como de una luz que se va apagando, y oyó que la decia con voz distinta y clara, pero desconocida, palabras muy graves: «Levantaos, é id á ver á Sor Violante que ha muerto.» La novedad del aviso y la falta de luz bastante y de conocimiento de quien la hablaba retrajo á la sacristana de preguntarla quién era, y oyó por segunda vez que la dijo: «Yo soy Juliana.» Habia en efecto en el convento una religiosa de este nombre amiga de la sacristana, y con quien solia tener frecuentes conversaciones. Despidióla ásperamente y como merecia su inoportuna oficiosidad á aquellas horas, y procuró quedarse dormida. Sin embargo, reflexionando en lo que habia oido y en la clase de suceso, llamó á una compañera para ir juntas. Fué tambien una circunstancia que dió mucho cuidado, que procurando llevar luz consigo no hallaron en toda la casa lámpara encendida, y hubo necesidad de valerse de pedernal y yesca. Llegando ambas al lecho de Sor Violante, hallaron verdadero el aviso de la voz, y despertaron á toda priesa á la comunidad para la recomendacion del alma. Quedaron meditando entre sí las religiosas que se habia servido Dios darla un tránsito abreviado y sin trabajos por los ruegos de las almas santas, y por los mismos habia permitido que fuese avisada la sacristana por medio tan extraordinario para que no se la retardasen los sufragios ni las oraciones de la comunidad, ó en satisfaccion de alguna leve culpa ó en aumento de gloria, y que el enemigo habia trabajado por dilatarlo y estorbarlo todo con la falta de luz y apagando las lámparas, y creyeron que la mensajera era una discípula de Sor Violante que llevaba aquel nombre y hacia poco que habia fallecido. —S. B.

PLUMIER (Cárlos), religioso mínimo. Nació en Marsella en 1646 y aprendió las matemáticas en Tolosa con el P. Mainan, su ilustre cohermano. El maestro, prendado del ingenio de su discípulo, le enseñó no solamente las ciencias exactas, sino que tambien le impuso en el arte de fabricar los anteojos, los espejos ustorios y otras obras no ménos curiosas. Pasó luego á Roma á continuar sus estudios, siendo tanta su aplicacion y el afan con que se dedicaba á aprender, que se temió llegase á perder el juicio, por lo cual abandonó las matemáticas para entregarse al estudio de la botánica, ciencia que pide ménos aplicacion. De vuelta á la Provenza se abandonó enteramente al placer que le causaban sus nuevos estudios, dándose muy pronto á conocer entre las personas instruidas. Enterado Luis XIV de su mérito, le envió á la América por cuenta del estado, con objeto de introducir y aclimatar en Francia las plantas de donde pudiera sacarse mayor utilidad en la

medicina. Encargado de una comision tan agradable para él por la armonía en que estaba con sus gustos é inclinaciones, hizo tres viajes volviendo de todos ellos cargado de nuevas riquezas botánicas. El Rey pagó sus desvelos con el título de su botánico y con una pension que fué aumentada á proporcion de sus servicios. Habiendo fijado su residencia en París, el célebre Fagon, primer médico del Rey, le indujo á hacer un cuarto viaje para descubrir la causa, si le era posible, de porqué la quinina, que á la sazon se traia á Francia, era ménos activa que la que se trajo al principiar á conocerse. El sabio mínimo continuó con gran valor su peligrosa carrera; mas la muerte le detuvo en el Puerto de Santa María, cerca de Cádiz, donde espiró en 1706 á los sesenta años de edad. El estudio de la naturaleza le habia inspirado un amor infinito por su Autor y así es que su piedad era tan tierna como sincera. Enriqueció la ciencia con varias obras de historia natural y de botánica entre las que merecen citarse las siguientes: *Nova plantarum americanarum genera;* París, 1703 en 4.° — *Descripcion de las plantas de América;* 1693, un tomo en fólio con ciento ocho láminas. —Un *Tratado de los helechos de América* en latin y en francés: París, 1705, en fólio, con ciento setenta y dos láminas.— Una obra curiosa y adornada con multitud de figuras, titulada el *Arte del tornero,* que dejó manuscrita y fué publicada en 1749 en fólio y donde el autor enseña el modo de hacer toda clase de obras á torno. —*Dos disertaciones sobre la cochinilla*, publicadas en el *Diario de los Sabios* de 1694 y en el de Treboux en 1703. Se encontraron además en su gabinete muchas obras escritas de su mano, que hubieran podido formar doce volúmenes, y en las cuales trata de todos los pájaros, de todos los peces y de todas las plantas de la América. Estas obras estaban embellecidas por una multitud de dibujos que el autor, hábil dibujante y grabador, habia dejado grabados por él mismo en su mayor parte, pues tenia ánimo de dar á luz el fruto de sus últimas observaciones con toda la brillantez posible. M. B.

PLUNKETT (Olivier), primado de Irlanda, su patria. Pasó á Italia en su juventud. Despues de haber hecho sus estudios en Roma en el colegio de Ibernia y profesado en el de la Propaganda, fué nombrado arzobispo de Armach, en 1669. Vuelto á Irlanda á desempeñar su cargo, desplegó tanto celo en el desempeño de su ministerio apostólico, y defendió tan bien la causa de los oprimidos católicos, que se concitó la rabia de los herejes, los cuales le acusaron de haber querido sublevar dichos católicos contra el rey de Inglaterra, y de atentar á la vida de este soberano. La acusacion era tan fuerte y estaba apoyada con tantos testimonios falsos, que el desgraciado arzobispo fué sentenciado á morir en la horca y á ser dividido en cuartos. La sentencia fué ejecutada el dia 10 de Julio de 1681, teniendo Plunkett setenta y cinco

años de edad. Hasta el último momento afirmó no estar manchado con el crímen que le imputaban, y pidió que se le enterrase entre los jesuitas que habian sido ejecutados por la misma supuesta conjuracion. Poco despues de su muerte se reconoció la inocencia del virtuoso prelado, y sus indignos acusadores fueron castigados con el último suplicio. — M. B.

PLUQUET (Francisco Andrés). Nació este sabio eclesiástico en Bayeux el año 1716, y murió en el de 1790. Se dedicó especialmente á la instruccion de la juventud en las casas particulares, y desde el año 1776 al 1782 desempeñó la cátedra de moral en el colegio de Francia. Estuvo unido por la amistad más íntima con los sabios Fontenelle, Montesquieu y Helvetius. Sus obras son: *Ensayos sobre el fatalismo*; París, 1757, tres volúmenes. — *Diccionario de las herejías*; 1762, un tomo en 8.° — *Tratado de la sociabilidad*; París, 1767, en 12.° — *Silva clásica de la China, traducida de la que escribió en latin el P. Noel*; París, 1784, en 8.° — *Ensayo sobre el lujo*; 1786, en 12.° Despues de su muerte se publicó el *Tratado sobre la supersticion*. Todas estas obras son sumamente estimadas, sobre todo su *Diccionario de las herejías* pues este libro es uno de los mejores que se han escrito sobre tal asunto. En el extenso discurso que le precede, indaga el autor cuál era la religion primitiva de los hombres y cuáles son los cambios que ha experimentado hasta el establecimiento del cristianismo, procurando investigar las causas de estos cambios y exponiendo los efectos que han producido. El resto de la obra es propiamente un *Diccionario*, donde todas las herejías se hallan descritas con los detalles más minuciosos y al mismo tiempo sólidamente refutadas. — M. B.

PLUTARCO (S.), mártir. El célebre Orígenes enseñaba en la ciudad de Alejandría la doctrina de Jesucristo con tal elocuencia y con razones tan fuertes, que muchos de los cristianos que iban á oir sus lecciones, inflamados de amor divino, se presentaron voluntariamente al martirio, deseosos de dar su sangre por la fe de Jesucristo, en la feroz persecucion que el emperador Severo hizo á la Iglesia desde el año 202 al 211 de nuestra era. Plutarco, hermano de S. Heradas, que despues fué obispo de Alejandría, cuyos hermanos se habian convertido al oir explicar al sabio Orígenes la verdad, fué de los discípulos el que más se distinguió por el valor en confesarse á la faz de los gentiles por cristiano defensor de la ley de gracia. Creyéndose insultados los gentiles, le pusieron en una oscura cárcel, en la que le visitaba á menudo Orígenes para mantener su fe. Viendo los gentiles la perseverancia de Plutarco, le sentenciaron á muerte; y habiéndole acompañado Orígenes al suplicio, exhortándole á mantenerse en Jesucristo, entregó su cuello á los verdugos el dia 28 de Junio, en que se le recuerda, con la mayor constancia y alegría, volando su bendita alma al seno del Eterno. — C.

POBAR (Isabel), venerable sierva de Dios. Al tomar la pluma para escribir la vida de la venerable sierva de Dios Isabel Pobar, y narrar las admirables virtudes con que la enriqueció el Señor, y singulares favores que la hizo, y tambien las operaciones de milagrosa especie con que la aventajó en un natural tan inusitado de la naturaleza, y sobremanera sencillo y cándido. Lo primero que se agolpa á nuestra imaginacion es aquel dicho del apóstol S. Pedro: *In veritate comperi, quia non est personarum aceptor Deus:* que Dios para las sendas de sus favores y grandes maravillas de su gracia no es aceptador de personas. Deja ganarse de las más sencillas, y donde la doblez del vicio no resiste por más que las prendas de naturaleza desasistan, tiene pronta la mayor asistencia de sus gracias. Gusta Dios llevar fiada la comunicacion de sus favores de unos naturales en que no pueda ni ose la naturaleza gritar que son suyos. De las mismas sombras de una naturaleza más desfavorecida, quiere muchas veces hacer campear las más favorecidas luces de su gracia, para hacernos enmudecer á las comunes excusas en seguimiento de la virtud. Sobre la ténue arena sabe cimentar y levantar seguramente la máquina más sólida y elevada de perfeccion para alentar nuestras desconfiadas poquedades, y para sonrojo y confusion de toda la estimacion mundana, desestimando lo que ella estima por más poderoso y fuerte, suele elegir lo más desvalido y flaco, para demostrar de una manera clara y evidente lo que en una alma resuelta de todas veras á servirle llega á valer el poder de Dios. Estos medios de que se vale la Divina Providencia estan suficientemente comprobados en las historias eclesiásticas y en las correspondientes vidas de los Santos Padres y Santas Escrituras, siempre dignas de admiracion y crédito. ¡Quiera el Señor dirigir y encaminar nuestra inteligencia por la senda del mismo espíritu que guió la inocentísima vida de esta su sierva, y llevándonos la pluma, siempre teñida de aquella sencillez de que tantos y tan repetidos testimonios tiene dados para gloria suya y edificacion de cuantos llegaren á leer ú oir esta historia, podamos dar á conocer en esta venerable sierva de Dios las maravillas de su gracia! En la comunidad de Calatayud, ilustre porcion del reino de Aragon, una de sus más numerosas y principales poblaciones es la de Villaroya, ventajosa respecto de todas las demás por la dicha de tener en su distrito, á distancia de solo una legua, la santa casa y hospital de nuestra Señora de la Sierra, santuario célebre en Aragon. En esta villa nació Isabel Pobar á 7 de Abril del año 1610, miércoles santo, entre una y dos de la tarde, comenzando á vivir al mismo tiempo que en ese año comenzaba la santa Iglesia á celebrar los sacrosantos misterios de la pasion de nuestro Redentor. Tan temprano quiso la Providencia significarnos los altos fines de haber puesto en el mundo á Isabel Pobar, pues habiendo de ser su vida, como podrá colegirse de su discurso, un ejer-

cicio continuado hácia los misterios de la pasion y cruz del Señor, él dispuso que los primeros alientos de su vida en esta criatura fuesen al tiempo mismo que se despierta en todos los fieles la memoria de estos misterios. La hora de su nacimiento pudo tomarse por pronóstico de su vida, dándosenos á entender desde entónces que nacia Isabel para que en fin hallase Cristo crucificado descanso á sus penas en su inocente corazon; pensamiento que saca de la línea de pura conjetura lo que Dios descubrió despues á una alma muy suya, pues dejándole penetrar y registrar un dia con los ojos del espíritu el corazon de nuestra Isabel, le mostró estampado en él á Cristo Señor nuestro crucificado. Sus padres fueron Juan Pobar é Isabel Maestro, ésta natural del lugar de Baltorres, aquel de Villaroya, ambos cristianos viejos, de limpia y esclarecida alcurnia y de costumbres muy cristianas. Se desvelaron á porfía ambos esposos en dar una buena educacion á su hija, conociendo que la buena educacion en los hijos es la llave del buen vivir, es la flor de la vida, es, en fin, la basa donde carga con seguridad, para no torcer ni hacer vicio en lo porvenir, todo el peso de las costumbres. La madre fué la que teniendo más de cerca á su hija, y por esta misma razon previendo, ó mejor dicho, anteviendo más pronto la sinceridad de su natural, puso mayor cuidado en irla labrando en aquella cultura y enseñanza de que es capaz una edad infantil. La desveló con la idea de la existencia de la Santísima Vírgen María, interesándola en la más profunda devocion hácia tan ilustre Señora, enseñándola á formar las voces con estas significativas y edificantes palabras: *Vírgen Santísima, no permitais que yo caiga ni muera en pecado mortal.* Palabras que desde aquellos tiernos años le quedaron tan vivamente impresas en la memoria y tan fácilmente en los labios, que sin sentir las pronunciaba á todas horas, teniendo en ello la mayor complacencia. Esta oracion fué en sus primeros años todo el recurso de esta niña en sus devociones; y sus pueriles empleos y diversiones se reducian á buscar imágenes de algunos santos, formándoles capillas y altaritos, ante los cuales sin saber entónces lo que hacia, manifestaba bien á las claras lo que habia de hacer despues. Como á los primeros pasos de la niñez ni anda aún despierta la razon, ni tiene aún su vez la precaucion y reserva, se procede siempre á impulsos del natural; por lo que aquellos ejercicios y empleos hácia que se singulariza la inclinacion, no tanto han de mirarse como entretenimientos de la edad, cuanto tomarse por indicios de la misma naturaleza, ó para pronto registro de lo que en adelante debe temerse ó esperarse, ó para pronto aviso de adonde debe encaminarse la educacion. A nuestra Isabel su buena madre, sin curiosidad ni áun advertencia para entrar en la conjetura de estos fines, dejábala correr por el ejercicio de estas piedades, y la alentaba en ellas con sola la significacion de no desconcertarla en ellas, que de semejantes niñeces solo el

semblante de los padres, malo ó bueno, suele ser en los de esta edad, ó aprobacion que las fomenta y adelanta sin querer, ó reprension que sin sentirse las ataja. No vacilamos en manifestarlo así, por lo que comunmente suele decirse, que para seguir la estrecha y recta senda de la perfeccion, no es la menor prenda el natural. El natural es como la primera tierra que ha de roturar la educacion para sembrar las esperanzas y ópimos frutos de la virtud; y como de la fortaleza ó blandura de los genios y complexiones nace inevitablemente la felicidad ó resistencia del cultivo, no parece haberse descaminado de la razon la persuasion comun, que prefiere unos naturales á otros, respecto del último fin de nuestra salvacion. Hay unos naturales comparables con la cera que, á poco calor é impulso, se deja impresa cualquiera especie de virtud. Hay otros, como un bronce, en que ni áun á mucho golpe llega á lograrse una buena forma de proceder. En unos la misma escabrosidad de su astucia, pone embarazo al camino de su enseñanza; en otros, la misma disposicion de su sencillez, se lleva ya anticipada la mitad de su mejor educacion; y por eso, sin duda, daba á Dios tan cumplidamente las gracias el sabio Salomon por haberle privilegiado con la buena suerte de un blando natural. Y si esto fuera así, mucho tenia en este particular por que singularizarse Isabel Pobar en el agradecimiento, pues Dios se singularizó en prevenirla de una inocentísima sencillez. Pero yo me acuerdo de haber esforzado alguna vez con pluma más severa, que de sola la diversidad de los genios, complexiones y naturales, respecto del último fin, nunca puede argüirse bien ventajosa desigualdad en una alma, que si eso fuera, del genio, de la complexion y del natural podria en algunas tomarse razonable excusa para no ser mejores; la cual por ningun lado puede ser razonable. Verdad es que en las personas de fácil y blando natural tiene más pronta cabida la buena educacion, y tiene más que vencer en las de natural dificultoso y fuerte. Mas aquella blandura y facilidad es en ellas igual hácia la virtud y hácia el vicio, y con igual prontitud se deja la virtud y se pasa al vicio, con que se aborrecia el vicio y se abrazaba la virtud. En las almas de fuerte natural no pasa así. Cuesta la educacion; pero la misma fortaleza, que se resistió en abrazar una buena enseñanza, se resiste con más viveza y energía á dejarla despues; además de que en estas personas de más brioso y fuerte natural, se despiertan más pronto las aspiraciones á mayores empresas, á la virtud que una vez abrazan, que en aquellas de fácil y blando natural que áun en la virtud se contentan de proceder segun la lentitud de su complexion. De las anteriores reflexiones se deduce, que bien consideradas las cosas, lo que por una parte les gana la blandura del natural, por otra se les pierde; y lo que por una parte pierde la fortaleza del natural, complexiones y genios, respecto del último fin de nuestra salvacion, mal puede fundarse

nuestra excusa, pues no puede fundarse ventajosa desigualdad. Nos hemos separado, aunque ligeramente, al hacer la historia de la venerable sierva de Dios, Isabel Pobar, queriendo desarmar de un golpe las comunes excusas que nuestro natural suele oponer contra el abrazo de la virtud, cuando nos fué preciso representar el sencillísimo natural de esta sierva de Dios. La sencillez de su natural es la primera piedra que se debe sentar para el discurso de su vida; así porque esa sencillez hace resaltar más los favores y prodigios con que nuestro Señor la honró; como porque esa sencillez continuada por el largo discurso de su vida es el mayor crédito de su espíritu; pues en tan conocida y experimentada sencillez no cabia la menor habilidad para el artificio. Además, la ingenua candidez de su natural en algunos casos debe ser la mejor regla para interpretar algunas de sus acciones, que en personas cautelosas y de astuto natural pudieran haber ocasionado algun cuerdo reparo. En Isabel Pobar toda su larga vida se descubrió un natural tan ajeno de artificio, que á poco trato se le traslucia aquella amable sencillez que pretende Cristo Señor nuestro en los suyos. Ni áun acertaba á pensar en mal; y cuando oia el desconcierto de costumbres que suele precipitar hácia algunos escándalos, no podia creer que hubiese en criatura alguna aliento para pecar. Si por su espíritu pasaba alguna cosa de favor extraordinario, vivia persuadida que no era cosa extraordinaria, y que tambien pasaba por los demás. Con esta ingenuidad conversaba con Dios y de Dios; y solo cuando se ponia á conversar de las cosas de espíritu, mostraba ser cuanto decia emanacion de aquella su natural sencillez; pues en estas conversaciones le sobraban expresiones y voces; para todo lo demás le faltaban; y solo para hablar de Dios parecia que tenia despierto el entendimiento. Con esta sencillez se fué criando, con ella creció y acabó con ella. Y no fué jamás afectada ni supuesta esta sencillez en Isabel Pobar, sino muy natural y arreglada á los principios de la más estricta moral; y despues de retocada de su virtud, pasó ya á pureza de su conciencia. Estas tres especies de sencillez se deben distinguir muy bien en una alma. La natural, que nace con la persona; la afectada, que se ayuda del arte; y la virtuosa, que es el afecto de un buen espíritu. La natural estorba ó ayuda á la perfeccion, segun la educacion que la rige. La afectada es una solapada hipocresía, bajo la cual disimula y esconde el mal espíritu sus designios. La virtuosa es aquella que, como dice S. Agustin, en el nido de una sincera fe, le saca al alma las alas de paloma para el vuelo del amor de Dios. La afectada, ni es continua ni es durable, y á buenos ojos, en uno ú otro afecto no puede disimularse el artificio. La natural, si llega á recibir el esmalte de la virtuosa, pone al alma en aquel camino que deseaba Cristo en los suyos cuando dijo, que la virtud los habia de volver á niños, esto es, al inocentísimo trato de aquella edad,

ajeno de toda doblez, si querian llegar á verse adultos en la perfeccion. Comenzó esta sierva de Dios con aquella natural sencillez; y desde que emprendió la virtud, se dieron en su alma las manos la natural y la virtuosa; y á esas dos manos fué siempre ejercitándose, como veremos, en el estudio de la perfeccion. Iba criando Dios á su sierva para hija muy querida de San Ignacio de Loyola, y para mucho crédito de su sagrada religion, á cuya direccion tenia dispuesto su Providencia gobernarle el espíritu por la segura senda de la virtud. Estos secretísimos fines tuvieron apariencia de frustrarse, por el que amenazó claramente á la vida de nuestra Isabel entre los diez y once años de su edad. Pero como Dios es tan profundo en sus consejos hácia los fines de su Providencia, por aquello mismo que parecia habia de ser el último término de su vida, dispuso dar principio á la devocion del patriarca S. Ignacio, con que pretendia asegurársela mejor. Se le abrió una llaga en un pie, que bien fuere por sobrado descuido á los principios, ó por sobrada malignidad del humor, se canceró con tanta rebeldía, que puso al arte en desesperacion de remedio. Cundia el mal, y á su violenta malignidad vino á quedarle muerta gran parte de la pierna. Esta parecia ya preciso cortarse, para cortar los pasos á la violencia del humor. Los padres de Isabel, aunque con gran dolor, hubieron de resignarse á tan sangriento medio para asegurar lo más principal, y la doncellita, sin prevenir las consecuencias de aquel remedio, accedió á su experiencia. Para mayor acierto se buscó el más aventajado cirujano de aquella tierra, y entónces la fama daba por ventajoso al que residia en Ateca, poblacion de la misma comunidad. Este fué el elegido, y llegó el momento de tan costosa curacion. Volaba á ese tiempo por todo el reino la fama de los milagros con que daba Dios á conocer la célebre imágen de S. Ignacio de Loyola, venerada en la iglesia parroquial de Munebrega. Heríanse los ecos de unos y otros milagros prodigiosos con tanta frecuencia, que solos los con que Dios ilustró á S. Ignacio en pocos meses, venerado como queda dicho en aquella imágen, apénas han podido caber despues en aquello que permite un gran volúmen. Por la poca distancia de ambos lugares llegaron presto á Villaroya los ecos de la prodigiosa novedad que se habia despertado en Munebrega. Y como cuando la Providencia del Señor quiere una cosa, tan sin sentirse la rodea, dispuso que unas piadosas mujeres mezclasen en su conversacion estos nuevos prodigios de S. Ignacio á la puerta de la casa de los padres de la doliente, de tal manera que la conversacion pudiera ser oida por ellos. Preguntó nuestra Isabel de qué se hablaba, y quién era el Santo que obraba tantas y tan admirables maravillas, é informada de ser S. Ignacio de Munebrega, rogó con instancia á su madre que ántes de que llegára el caso de cortarla la pierna, la mandase llevar ante la imágen de S. Ignacio. Accedieron los padres á su

instancia, despidieron al cirujano, y acomodando como mejor pudieron á la paciente para el viaje, partieron á Munebrega con la intencion de ofrecer una novena al Santo. La comenzaron, y para que la pudiera proseguir con ménos trabajo, dejaron á la devota paciente en un lugar cercano, llamado Baltorres, al cuidado de una tia suya que se ofreció á tenerla en su casa, y llevarla todos los dias ante la milagrosa imágen. Llevaba seis dias en su devocion, cuando en la misma capilla del Santo la sobrevino tal sueño que la rindió, teniéndola algun tiempo dormida. La despertó un sacerdote reprendiendo su poca reverencia. Volvió nuestra Isabel en sí, y reparando que podia ya mover y extender la pierna sin dolor, que ántes como muerta á duras penas arrastraba, naturalmente se puso en pie, y como advirtiese que ni el pie, poco ántes inútil, le flaqueaba ya, arrojando las dos muletas en que se sostenia, sin poder contener de gozo la voz, exclamó á gritos: *¡S. Ignacio me ha curado, S. Ignacio me ha curado!* Este milagro fué tan patente, como lo era poco ántes la enfermedad. Por él la que se adormeció con el pie inútil, despertó ya con el pie curado, y la que poco ántes apénas pudo salir de Baltorres en ajenos pies, poco despues, con admiracion de todos, se la vió entrar en el lugar por su mismo pie. Este favor dió principio á los muchos con que S. Ignacio de Loyola habia de ir entretejiendo la larga série de los que se proponia dispensar á la sierva de Dios durante su vida; y ella, viéndose como renacida entre los diez y once años de su edad, en que recibió por intercesion del Santo Patriarca el beneficio de tan milagrosa salud, ya comenzaba á mirarse como persona que vivia de milagro, y á respetar con filial afecto su poderoso bienhechor. No debemos omitir que S. Ignacio de Loyola con el milagro de haberla curado á Isabel de su cancerado pie, la quiso poner en camino de devocion por los mismos pasos que el Santo en sus principios habia emprendido la carrera de la virtud. Mal herido en un pie, dejó S. Ignacio de correr la milicia del mundo, y prodigiosamente curado, á largos pasos emprendió la del cielo: nuestra Isabel, sin saber los fines que Dios se llevaba en su llaga ni en su corazon, se fué á buscar el remedio en un Santo, que como la habia de tratar y gobernar despues con atenciones y amor de padre, desde luego la quiso poner en camino de que le imitase. Desde este suceso quedó Isabel Pobar con tiernísima devocion á S. Ignacio de Loyola, y con la milagrosa salud de la hija se quedó en casa de sus padres la devocion. No fué sola la hija la que participó estos favores, participó tambien de ellos la madre y en lance de más precisa necesidad. Llegó su última hora al rigor de su última enfermedad. Asistia á su buena madre nuestra Isabel en aquel terrible trance. Era tarde, y toda la familia de la casa se habia retirado á descansar, cuando al espirar su madre se halló sola Isabel; pero ni á la madre ni á la hija las dejó solas

en aquellos momentos S. Ignacio. Habia en el aposento un retrato del Santo, y pareció á Isabel verle rodear la cama de su moribunda madre. Se asustó con la novedad, y llena de pavor se tapó el rostro, y al descubrirse vió ya el cuadro colgado en la pared donde estaba ántes. Refirió sencillamente el caso á una hermana suya, rogándola encarecidamente no lo refiriese á nadie, á fin de que no lo atribuyesen á simplicidad de su imaginacion. El confesor de Isabel Pobar, al oir la narracion de este suceso, vió en él una marcada proteccion por parte de S. Ignacio hácia la madre y la hija. — Casó Isabel con un labrador de Baltorres, llamado Juan Herrer, hombre muy entrado en edad, cuando Isabel Pobar apénas contaba trece años. La condicion y el genio díscolo y desconsiderado de Juan Herrer hicieron padecer mucho á Isabel en su estado, y más tarde los zelos de su marido la pusieron en la terrible necesidad de atentar contra su propia vida. No lo puso en ejecucion á consecuencia de los saludables consejos y exhortaciones evangélicas que la dió el humildísimo vicario de Villaroya, el licenciado Juan Martinez, á cuyo pueblo pasó á vivir con su marido desde aquel en que, como queda dicho, se casó. En dicho sitio renovó su amistad con sus contemporáneas Agustina Sevilla y Eugenia Soria, personas ambas de una virtud sin igual. Con la direccion del santo vicario, y con el ejemplo de sus dos santas compañeras, fué un modelo de paciencia, y proseguia con empeño su vuelo hácia la cumbre de la perfeccion el espíritu de Isabel. Sus principales ejercicios en este tiempo eran seis: oracion, penitencia, devocion, caridad, obediencia y desvelo hácia las obligaciones de su estado. Estas eran las seis alas de este serafin. Volaba hácia Dios con la de la oracion; con la de la penitencia se alejaba de sí misma; acercábase á sus semejantes con la de la caridad; con la de la devocion á los santos; con la de la obediencia á su confesor; y con la del desvelo hácia las obligaciones de su estado daba vuelta á lo preciso de su casa y familia. Estas seis alas iba moviendo á un mismo tiempo, y con ellas llegó á la más completa altura de perfeccion. Reuníanse todos los dias Agustina, Eugenia é Isabel, bajo la direccion del Vicario, para decir la oracion del *Via Crucis*. Para repasar sus misterios tenian una hora fija, y recorriendo los misterios de la pasion y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, este Señor las levantó á las tres á un grado altísimo de oracion. Las mortificaciones y penitencias eran extraordinarias. Dejábala á este tiempo á Isabel su confesor andar vestida de rallos y cadenas, la permitia tambien sangrientas disciplinas con otras mortificaciones exteriores, con que entretejia el ejercicio de la cruz, ya cargándose pesadas cruces á los hombros, ya maltratando con otro género de tormentos su cuerpo; y no era la menor mortificacion la falta del preciso sustento; y era preciso que juntase á todas estas mortificaciones voluntarias la del ayuno, haciendo de

la necesidad virtud. Todo se endulza conla devocion. Esta la entretenia largas horas en el Calvario. Esta la movia á visitar á nuestra Señora de la Sierra, y con estas devociones se iba alentando y adelantando en perfeccion; porque en el modo con que en unas y otras le guiaba la direccion del santo Vicario, iba animada de especialísimo espíritu, y Dios se daba por tan bien servido de estas piadosas peregrinaciones, como lo dirán los favores con que en ellas regaló varias veces el sencillo y buen espíritu de Isabel. No por esto la dejaba su santo confesor explayar hácia estas piedades, de manera que hubieran de perjudicar á la caridad con sus projimos. Si en el lugar habia algun necesitado de consuelo, ó por enfermedad que le aquejase, ó por otra especie de trabajo que le afligiese, en ese caso revolvia hácia el alivio de su prójimo las atenciones de su hija espiritual; precisábala á su asistencia, cuanto podia caber en la línea de sus primeras obligaciones. Cuando la asistencia no podia ser personal, la mandaba la supliese con oraciones y penitencias; y desempeñaba Dios el buen afecto de su sierva con tan ventajosos excesos de favor, que muchas veces dió á entender la fuerza de su gran caridad, ó haciendola árbitra de la salud de sus prójimos, ó milagrosamente trasladándola muchas leguas, para alargarla y acercarla las manos, adonde la extendia la caridad ardiente de sus afectos. La esfera de todos estos piadosos ejercicios era la voluntad del maestro de su espíritu. A su direccion y obediencia iba todo al compás de las operaciones en Isabel, sin dejarla en ninguna cosa de estas que tocaban á su interior gobierno, ni al antojo de su devocion, ni al impulso de su fervor, con rigor tan preciso, que porque alguna vez dió muestras Isabel de no avenirse con el dictámen de su confesor, temerosa de que siguiéndole se habian de aplazar algunos ejercicios de su virtud, el santo vicario Martinez, mal contento de su aparente resistencia, áun protestada de tan buen fin, la amenazó, despues de reprension bien ágria, de no consentirla jamás á sus pies si otra vez mostraba tener el menor movimiento hacia su inclinacion en oposicion á lo que él mandaba. Pero ni esta ciega obediencia á su confesor, ni aquel estudio en los devotos ejercicios descaminaban á Isabel, ni ménos la arredraban en el cumplimiento de las obligaciones de su estado. La asistencia y atencion á su marido era en Isabel más loable y meritoria, por la aspereza de condicion, tan á costa de su paciencia. Pero de la necesidad sabia hacer esta sierva de Dios virtud. Le servia en todas las ocasiones con afecto de mujer y con afecto de esclava, ayudándose de todos aquellos ejercicios de su piedad para dar más exacto cumplimiento á las obligaciones de su familia. En la buena educacion de sus hijos, áun en esta vida la premió Dios, dejándola ver en los tres, que del matrimonio le quedaron, el buen logro de su deseo y cuidado, en los cuales parece haber echado Dios

su bendicion, queriendo premiar en el buen crédito de los hijos las grandes virtudes de su buena madre. Oia la sierva de Dios encarecer los milagros que obraba el divino poder por medio de aquella venerabilísima imágen del Santo Cristo de Calatorao, lugar en el reino de Aragon, celebrado por la milagrosa imágen del Señor crucificado, que se venera en él, tan conforme á su original, y tan sobre todo en el esfuerzo del arte, que sola su vista hace persuadir la tradicion de haberse formado aquella venerable hechura por manos de ángeles. Esta comun tradicion, puesta en lenguas de niños y grandes, heria el oido piadoso de Isabel, y manifestaba ardientes deseos de visitar este santuario y venerar en él la milagrosa imágen del Santo Cristo. Se lo manifestó á su marido con repetida aunque humilde instancia. Este se negó obstinadamente á sus deseos, manifestándola que no le cansase con semejantes devociones. Pero como aquellos deseos se los habia despertado en el alma el Señor, no por eso se entibiaban, ántes crecian, creciendo con la desconfianza del cumplimiento el desconsuelo de no poder ver á diligencia humana lograda su piedad. Acudió á S. Ignacio de Loyola, su protector en todos sus desconsuelos; le representa sencillamente su deseo y la imposibilidad de verle cumplido por la resistencia y oposicion de su marido, añadiéndole que la hiciese la gracia de descubrir algun medio para visitar, como deseaba, el Santo Cristo de Calatorao. Presto desempeñó el Santo la buena confianza de Isabel: apareciósele S. Ignacio, la consoló y valiéndose del poder que Dios le daba para cumplir los deseos de su sierva, la trasladó desde Villaroya á Calatorao. Se halló de repente con S. Ignacio en la capilla del Santo Cristo, y lo que es más, se halló la boca pegada á la llaga del costado del santo crucifijo, el cual refrescó en su imágen de Calatorao la llaga del costado; y brotando por ella milagrosísima sangre, regaló los labios sedientos de su amante sierva. Duró este favor por espacio de media hora, y los efectos que dejó en el alma de Isabel fueron del todo maravillosos. No sabemos individualmente los secretos que en este paso tan tierno la comunicó el Señor, bien que despues cuando oia decir que al Santo Cristo de Calatorao le crecian las uñas, se enternecia la sierva de Dios, añadiendo: *Más presto le hacen sudar sangre los pecados del mundo.* Argumento de lo que el Señor la descubrió en este regalado favor todo el tiempo que S. Ignacio detuvo á la venerable sierva de Dios en la milagrosa capilla de Calatorao, de donde continuando los prodigios, la restituyó á su lugar de Villaroya. En él, haciendo la sierva de Dios el ejercicio de la cruz con una bien pesada á los hombros, pero sin corona en la cabeza, se la apareció el Señor reprendiéndola el descuido de no coronarse de espinas, llevando en los hombros la cruz, pues su Majestad no la habia llevado sin penetrantes espinas en la cabeza. Desde aquel momento nunca se ejercitó en los pasos de la cruz sin co-

ronarse de espinas la cabeza. Formó una corona de espinos secos para cuando se ejercitase en esta utilísima devocion; y como la quedaron altamente impresas en el alma las palabras con que el Señor la habia reprendido el descuido y exhortádola á llevar esta insignia tan propia de su ejercicio, la llevaba con tanto espíritu, que le quiso manifestar el Señor con un patente milagro cuánto se agradaba del fervoroso anhelo de imitarle. Llevaba Isabel la cruz al hombro y la corona de espinas en su cabeza, siguiendo los pasos del *Via-Crucis* en su oratorio con su fidelísima amiga la venerable señora Eugenia de Soría. Volvió los ojos Eugenia hácia Isabel, y reparó alguna novedad sobre su cabeza. Se paró con alguna más atencion, y la pareció haber reverdecido en la cabeza de Isabel la corona con que se ejercitaba. Quiso satisfacerse de si era mera ilusion de su imaginacion, echó la mano á la cabeza, la quitó la corona, y halló que no se habia engañado, y que los secos espinos se habian repentinamente vestido de verdes hojas, como si entónces se acabáran de cortar de su mata los que de muchos dias enjutos de toda humedad apénas podian tocarse sin horror. El misterio que Dios queria significar con tan prodigiosa demostracion no es tan fácil de conjeturar; quizá el haber reverdecido las secas espinas en la cabeza de Isabel fué para significarnos de cuánta gala y hermosura sirve á las almas la memoria de lo que nuestro Redentor padeció; si no es que por aquella exterioridad con que se dejaron ver en la cabeza de Isabel con tan fresca hermosura las espinas que la servian de despertador á la memoria de las penas de su amado Jesus, quisiera decírsenos cuán fresca se conservaba siempre en lo interior de esta sierva de Dios la memoria de su pasion. Esta corona reservó y guardó como reliquia Eugenia, para memoria del suceso y aliento de su fervor, señalándole lugar en el altar de su mismo oratorio, donde personas á cuya noticia pudo llegar este memorable suceso declaran haberla visto con pasmo y veneracion. Otro dia, continuando el ejercicio de la cruz en su oratorio, empezó á suplicar al Señor sobre cierto trabajo, instando ardientemente por el remedio. Vió de improviso iluminado todo el oratorio de resplandor, y en medio de él se le descubrió el Señor Jesucristo Redentor nuestro con la cruz á cuestas, y la dijo precisamente estas palabras: *Yo llevé la cruz por tus pecados y por todos los del mundo.* Se pasó como un relámpago la vision, y las palabras del Señor, aunque tan breves, tranquilizaron el espíritu de Isabel. Aún se muestran los ladrillos en que puso el Señor sus santísimos piés, y del contacto les quedó tan celestial fragancia, que rociándolos, al golpe de las gotas de agua que les tocan respiran un suavísimo olor, que de bien larga distancia se percibe. Trasladó Isabel más tarde su residencia ó morada; y todos los dias iba á orar á la ermita de Santa María de la Sierra, situada en una cordillera de montes, que levantándose sin desórden, en

desigual altura, cruzan el término de Villaroya, ofreciéndose pintoresco y agradable á la vista de los viajeros. A esta sagrada sierra subia con alentados pasos de devocion nuestra Isabel cuantas veces la daban lugar las obligaciones de su casa, y subia sembrándola de heróicos pasos de mortificacion, y recogiendo por manos de María Santísima á manos llenas copiosa cosecha de favores. Lo ménos era el vencer la fragosidad de la cuesta á pie descalzo, les buscaba nuevos tropiezos y tormentos, arrojándolos sobre aliagas de que sembraba á veces la senda para dejarla regada de su sangre. Con esta disposicion bien se deja entender cuán propicia hallaria en la cumbre á aquella celestial serrana. Manifestábala Isabel sus afectos, y la Vírgen la devolvia tan tiernos favores, que descubren bastantemente el grande valimiento que con esta gran Señora habia merecido su devocion. Durante la permanencia de Isabel en Villaroya, fueron varios y muy señalados los favores y milagros que la Santísima Vírgen obró con esta sierva de Dios. La sierva de Dios pasó á vivir á Calatayud, á cuidar la casa de un caballero principal de aquella ciudad, llamado Don Martin Zapata, con el beneplácito y permiso de su marido Juan Herrer. Como todo se habia ejecutado á gusto de todos, y sin el menor vestigio de sinsabor ni violencia, venia algunas veces á ver su marido á la sierva de Dios desde Villaroya, con franca licencia de D. Martin y con mucho gusto de Isabel: pero Dios que por este medio, tan á gusto de los dos, queria poner en mayor perfeccion á su sierva, cambió de tal suerte el ánimo de Juan Herrer, su marido, que pasando su afecto á estimacion y á veneracion su trato, desde que se despidieron en Villaroya, jamás quiso despues valerse de la licencia del santo matrimonio, ni de la comunicacion de un mismo lecho las muchas veces que venia á Calatayud, contento de hallarla con salud y con estimacion. En casa de D. Martin estuvo la sierva de Dios cerca de veinte años, dos en la ciudad de Huesca, y los demás en la de Calatayud: en todos ellos continuando y aumentando su crédito de gran virtud, y continuándole y aumentándole Dios los favores, ya hácia su espiritual aprovechamiento, ya hácia la asistencia de sus prójimos, ya hácia la puntualidad de lo que pedia la obligacion de su nuevo estado, con tan repetidas demostraciones de su singular amable providencia, en concertar en esta su sierva la solicitud de lo activo, á que la llamaba la obligacion de servir, y la quietud de lo contemplativo, á que le reconcentraba la devocion de su espíritu, bien pronto se extendió por Calatayud la noticia de que D. Martin Zapata tenia en su casa una santa. No fué menester más para despertar en muchos los deseos de ver á Isabel. Y como su trato era tan sencillo, y no vislumbraba la curiosidad de algunos genios entrometidos y joviales que acudian lo que bajo aquella sencillez se escondia, vino á convertirse en asunto de risa la primera opinion de Isabel. Avisá-

ronselo, y ella dijo á la persona que la previno: «No le dé á usted cuidado, que yo le pediré á nuestro Señor, que no permita se burlen más de mí, si es en perjuicio de la virtud. Bien pronto se dejaron ver los efectos de su oracion, porque poco despues, encontrándola quien se solia singularizar en la chanza, moviendo y suscitando conversaciones contra Isabel, al querer ir á dirigirla una burla, la vió el rostro todo bañado de resplandor. Deslumbráronsele los ojos al golpe de la luz, y al interior golpe de su súbita inspiracion, quedó tan desengañado y arrepentido, que ni entónces, ni jamás, desplegó sus labios sino en singular estimacion de la sierva de Dios. El mismo efecto se reconoció en los demás: que aunque permite Dios que los suyos padezcan para adelantarlos en perfeccion, lleva á mal que se llegue á profanar con burlescas indiscreciones el sagrado de la virtud. En Huesca prosiguió Isabel sus ejercicios de virtud, como si entónces comenzase. Halló en el Colegio de la Compañía un confesor bien experimentado, á quien ya conocia desde Calatayud. Este tomó con tanto interés el adelantamiento espiritual de la sierva de Dios, que aunque fué de los últimos le veneraba siempre como á principal confesor. Ejercitábala en muchos actos de propia abnegacion, mandándola unas veces ir á comer con los pobres en traje despreciado á las puertas de los conventos; otras acarrear agua al hombro por las calles de la ciudad; otras servir á los pobres enfermos del hospital, barriéndoles las cuadras, cortándoles las uñas y cuidando de su limpieza; todo lo cual ejecutaba la sierva de Dios con tales indicios de abatimiento propio, y tales muestras del grande espíritu con que procedia en aquellas exterioridades, en que la probaba la obediencia de su confesor, que á toda la ciudad tenia edificada con su virtud y llena del grande crédito de su santidad. Este buen crédito hacia á muchos observar las acciones de la sierva de Dios con mayor cuidado; y declaran algunos, que llevados de su curiosidad algunas veces al cuarto de Isabel, cuando salia del ejercicio de su oracion, percibian tan celestial fragancia en su pobre rinconcillo, que participaban sin duda alguna de los favores, que se decia recibir Isabel á manos llenas de las de Dios en el retiro de su oracion. Así lo quiso acreditar su Magestad Divina con algunos sucesos bien singulares. Curó en Huesca á una niña desahuciada de cuantos médicos la habian visitado; y pronosticó la muerte á su Sra. Doña Victoria de Oña un año ántes de que acaeciese. Al poco tiempo de este fatal acontecimiento para Isabel, salió ésta de casa de su amo y señor D. Martin Zapata, quedando desamparada, aunque sin faltarle por eso la proteccion de Dios, que más de una vez hizo manifiesta, por mediacion de personas piadosas y caritativas, que con mano generosa y pródiga atendian á sus perentorias aunque escasas necesidades. Una grave y agudísima enfermedad obligó á la venerable Isabel Pobar á trasladar su

residencia á la ciudad de Zaragoza, habiéndose restablecido ántes en Calatayud, donde estuvo cerca de un año desde que salió de Huesca, adonde volvió despues por instancias y súplicas de los marqueses de Coscojuela, que con cristiandad igual á su gran nobleza, se obligaron á favorecerla, como favorecian á un hijo y capellan de la casa. La nueva residencia en esta ciudad solo duró dos años, pues estaba decretado por la Divina Providencia, que habia de hacer su tránsito feliz en la muy noble y leal ciudad de Zaragoza. Venida á esta ciudad, corrió muchos meses su asistencia al cuidado de una persona de alta graduacion, en sangre, puesto y dignidad, que la obligó á venir, sustentándola y manteniéndola en su misma casa. Y aunque en ésta le sobraba todo por la mucha piedad de su bienhechor, una cosa echaba ménos la sierva de Dios, para mayor consuelo de su espíritu, que fué la cercanía al colegio de la Compañía de Jesus, adonde le tiraba la devocion á su santo fundador, y el deseo de no desgobernarse en sus últimos años de la direccion de sus hijos, á cuyo cuidado reconocia deber cuanto bueno llegaba á reconocer en su espíritu. Esta direccion no podia lograrse fácilmente, continuando la sierva de Dios en casa de la persona que la asistia, y desechando y despreciando todas las comodidades de la casa en que estaba, se resolvió á abandonarla para consagrarse con más libertad al servicio de la Compañía. Por otra parte, en medio de sus temores, visto lo que perdia y la incertidumbre á que quedaba expuesta en medio de su avanzada edad, no cesaba de implorar dia y noche la proteccion de San Ignacio de Loyola. Con la intercesion de este Santo y la asistencia de su confesor, gobernador á esta sazon del colegio de la Compañía de Jesus, se animó á buscar cerca del mismo colegio una pobre casa en que pudiera pasar lo que le restaba de vida, como pobre, pero desembarazada de todas las criaturas y en gran quietud. En este estado fueron muchas las dádivas que recibia por la intercesion de Dios nuestro Señor y de S. Ignacio; tanto de personas caritativas como de su mismo hijo, capellan en el priorato de Huerto. Pasaba dias enteros en la iglesia de la Compañía pidiendo por los pecadores y por los pobres que en la cárcel pública estaban padeciendo las molestias de la prision. Se despertaba todos los dias entre dos y tres de la mañana, empleando las horas en hacer oracion, confesar y comulgar. Por la tarde visitaba algunos enfermos, recorria algunos santuarios de su devocion, y practicaba los santos ejercicios de piedad, sin dejar de la mano jamás el rosario de la Santísima Vírgen. Este era su recurso en cuanto tiempo le dejaban libre otras ocupaciones. Entre estos empleos, en que llevaba distribuidas las horas del dia, venia á hallarse entre cinco y seis de la tarde, hora indipensablemente reservada para el santo ejercicio de la cruz. Con él concluia el dia, y se hallaba en la noche con precisa necesidad de atender

á algun alivio de su cansado cuerpo. Practicaba el ejercicio de la cruz de la manera siguiente: tenia un lugar en lo más retirado de la casa, pobremente adornado en forma de oratorio, distribuidas por las paredes quince cruces pequeñas, entre las cuales daba puesto más eminente á la que representaba la del Señor. Al lado de estas quince que formaban las estaciones del *Via Crucis*, estaba prevenida otra grande, que pesaba treinta y tres libras, adornada con dos cadenas de hierro pendientes de sus brazos, que llegaban á pesar tres arrobas; una soga de esparto y una corona de espinas sobre la misma cruz. Esta cruz era para el hombro, la soga para el cuello, para la cabeza la corona; y de las dos cadenas, se ataba la una al pie, la otra á la cintura, dejando pender el cabo para grillo del otro pie. Supuestas estas prevenciones para armadura del ejercicio, postrada en tierra le comenzaba así: « Dadme licencia, Señor, para estar en vuestra presencia con la atencion, reverencia y humildad que conviene para sacar los frutos que Vos quereis, y que salga bien aprovechada de ellos. Reconozco, Señor, que sois señor de majestad y gloria infinita, é infinito poder y saber, en cuya presencia tiemblan los serafines del cielo. Confio en vuestra misericordia, que me perdonareis mis culpas.» Despues de esta breve oracion hacia el siguiente ofrecimiento de sus ejercicios: «Señor, este santo ejercicio os ofrezco primeramente por los que estan en pecado mortal, para que vengan á verdadero conocimiento. Tambien lo ofrezco por los que estan agonizando, por los pobres cautivos cristianos, por los infieles, por las almas del purgatorio, de mis padres, deudos, personas de obligacion, y por todas las almas que estan desamparadas; por los pobres enfermos, afligidos y encarcelados, por todos los que se encomiendan á mis pobres oraciones, y por todos aquellos que Vos quereis que os pidiera y no llegan á mi conocimiento. Ultimamente, Señor, os lo ofrezco postrada á vuestras plantas, á mayor gloria y honra vuestra, y para que en todo se haga vuestra santísima voluntad.» Hecho así el ofrecimiento, postrada en el suelo, rezaba seis veces el *Pater noster*, el *Ave-María* y el *Gloria Patri*, en memoria de la pasion y muerte de nuestro Redentor. Siete veces la *Salve* en memoria de los siete mayores dolores de la Vírgen Santísima, y de las tres mayores necesidades que tuvo, viéndose sin tener quien bajára de la cruz á su Hijo, sin sábana en que envolverlo y sin sepulcro en que enterrarlo, hasta que Dios la socorrió. Aquí se echaba la soga al cuello; se ponia la corona de espinas en la cabeza; armábase con las dos cadenas de hierro, y en este traje de penitencia tomaba despues en los brazos la cruz grande que tenia prevenida, y dobladas las rodillas, la saludaba así: «¡Oh altísima cruz! ¡Oh inocente y piadosa sangre! ¡Oh pena grave y cruel! ¡Oh soberana cabeza coronada de espinas! ¡Oh pobreza de Cristo mi Redentor! ¡Oh llagas muy lastimadas! ¡Oh pecho traspasado con aguda lanza! ¡Oh sangre de

Cristo derramada por mí! ¡Oh bello y hermoso rostro abofeteado, escupido, escarnecido y burlado por mí! ¡Oh carne sacratísima maltratada por mí con cinco mil azotes! ¡Oh manos sacratísimas con cetro de caña como á rey de burlas! ¡Oh pies y manos de mi Dios y Señor, agujereados con duros clavos! ¡Oh muerte de mi Señor amarga! ¡Oh divinidad y humanidad de mi Redentor, dignísima de ser reverenciada y adorada! Ayudadnos, Señor, con vuestra divina gracia, para alcanzar la vida eterna por vuestra santísima misericordia, pasion y muerte. *Amen.* » Dicha á continuacion una breve oracion que la sierva del Señor decia habérsela enseñado su gran patron S. Antonio de Pádua, se cargaba sobre el hombro izquierdo la cruz, y de rodillas llegaba á cada cruz, rezando en cada una de ellas un Padre nuestro, un Ave-María, y la oracion del santo Sudario. Dada ya la vuelta por todas las quince cruces, llegaba á su altarito, formado de las últimas tres. Esta fué puntualmente la práctica con que siempre se gobernó la sierva de Dios en el ejercicio de la cruz; y en este inocentísimo tenor de vida, enriquecido de admirables virtudes, é ilustrado de grandes favores celestiales, la halló finalmente la muerte, traspasándola al premio de sus largos trabajos el año de 1679. Quedó tan sin horror el cadáver, que causaba respeto y veneracion; su pobre casa se inundó de gente al saber que habia espirado, solicitando cada cual alguna parte de su limitado ajuar para venerable memoria de la difunta. Compúsose el cuerpo para la sepultura, acordando no colocarle ni encerrarle en caja hasta el momento de darle tierra, por no entristecer y burlar los deseos de la mucha gente que le venia á ver. Todo aquel dia estuvo en su pobre casa, y por la noche se trasladó al colegio de la Compañía de Jesus, donde se le tuvo dispuesto el entierro. Expúsose cara á cierzo en una capilla baja, cerca de la portería, donde estuvo toda aquella noche, estando más de treinta horas insepulto. Al dia siguiente se la dijo misa de cuerpo presente, y procediendo á las demás ceremonias de la Iglesia, entre lágrimas de los buenos, y alabanzas y admiracion de todos, se le dió tierra dentro de la capilla de S. Ignacio, á cuyos pies esperará el dichoso dia de su gloriosa resurreccion. — J. G. A.

POBES (Fr. Diego), monje catalan, profeso del monasterio de Monserrat, santuario máximo de María Santísima, y por su venerable imágen, fuente de copiosas gracias del cielo. Desde sus más infantiles años fué educado en dicha casa religiosa, respirando ya en tan tierna edad las suaves auras de la vida monástica con el contacto de los respetables monjes del citado santuario, donde resonaban armónicos los ecos del salterio de David en las silenciosas vigilias de la noche. Con la continua y asidua asistencia al coro donde los religiosos de su Orden se empleaban más principalmente en alabar á Dios y á sus santos, en la celebracion de la Misa, y en el rezo del ofi-

cio divino, notó algunos deslices ó descuidos en las palabras cantadas, los cuales, aunque apáticos é indiferentes eran de algun modo notables y completamente dignos de correccion, pues cuando se trata de rendir el debido culto al Dios de las misericordias, debemos hacer abstraccion completa de cuantos objetos nos rodean, y consagrarnos en un todo de palabra, de obra y de pensamiento á reconocer y acatar su infinita excelencia, á llamarle en nuestro auxilio y favor para que mitigue nuestras aflicciones, miserias y peligros, á darle gracias por los muchos beneficios que nos dispensa, manifestando por estos medios y dando un testimonio público de que reconocemos y confesamos su infinito poder y su ilimitada beneficencia, y las demas perfecciones que por do quiera y en todas partes le distinguen. Deseoso el P. Pobes de corregir los defectos indicados, y de perfeccionar la austera vida de su comunidad, escribió tres obras intituladas: la 1.ª *Manuale ecclesiasticum*, en que trató del oficio y ceremonias majestuosas y graves de las Misas solemnes, pontificales y privadas, manuscrita; la 2.ª *Dominicale*, especie de Ritual en pequeño volúmen, tambien manuscrita; y la 3.ª *Ordo perpetuus in dies divini Officii recitandi, Missamque celebrandi juxta Breviarium et Missale Romanum denuo à Sanctissimo Domino nostro Urbano VIII recognitum et auctum; Gerundæ*, 1640. Las dos primeras obras mencionadas se conservan manuscritas en la biblioteca de dicho monasterio, segun refiere Fr. Gregorio Argaiz en su obra titulada la *Perla de Cataluña*, pág. 461, y otros autores. Con estas obras, leidas con avidez y meditacion por sus compañeros de hábito, logró el autor el objeto que se propuso al escribirlas, á lo que contribuyó no poco tambien su propio ejemplo, pues era un claro espejo de santidad donde todos hallaban excelentes virtudes que imitar. Fuera de los actos y rezos de la comunidad, pasaba de ordinario las noches en el coro en oracion, á lo que añadia otras penitencias. Ocupado en tan santos ejercicios, le sobrevino una enfermedad de resultas de la que falleció dejando saludables recuerdos de virtud y santidad en aquel monasterio, donde desde niño se habia criado, siendo su muerte sentida de todos cuantos le conocieron y habian tenido ocasion de tratarle.—J. G. A.

POBLADURA y Lopez (Juan de), canónigo de Toledo. Fué natural de Tiedra, del obispado de Zamora, bachiller canonista, y elegido colegial alumno en el Colegio viejo de San Bartolomé de Salamanca en 2 de Diciembre del año 1523, de donde salió por oidor del Real Consejo de Navarra. Despues el Sr. Emperador en el año 1550 le hizo merced de la abadía de la Oliva en aquel reino, que por ser de monjes Bernardos se la dió en encomienda, y algunas personas doctas dieron á entender á la majestad del Sr. Emperador, que conforme á derecho no la podia tener, si no tomaba la cogulla y hacia profesion, con que la hubo de dejar. Despues, en el año 1559 el Sr. Rey Don

Felipe II le mandó visitase el Hospital Real de Burgos; y en el año 1563 le dió un canonicato de Toledo, y le mandó visitase la Audiencia y casa de Contratacion de Sevilla. Volvió á Toledo á residir su canongía, donde murió año de 1569. Esta eleccion y la próxima antecedente de Lázaro de Sotomayor se hicieron de consentimiento de todos los colegiales del colegio, y luego se publicó la bula que llaman del *Secreto*, que se guarda inviolablemente hasta en la eleccion de cocinero y despensero; sobre que se hicieron acuerdos, de que se envió relacion á Roma, y lo juraron los colegiales, y de ello se expidió bula por la santidad de Julio II, año 1505, y Adriano VI en el año 1523, en que pone pena de privacion de beca y de excomunion, y la absolucion reservada al Pontífice, si no es *in artículo mortis*, cosa digna de reparo, en que deben los colegiales mirar mucho no incurran en semejante peligro. Cuyos papeles, instrumentos y bula se guardan en el archivo del Colegio, cajon 1.°, legajo 2, números 22, 23 y 24. Las constituciones del mencionado Colegio le llaman Juan Perez de Pobladura en diferentes partes; en las ordenanzas del Consejo de Navarra se hace mucha memoria de este señor colegial; y en las de la Audiencia de Sevilla, lib. II, fólio 426, y la ley 43, tít. II, lib. III de la Recopilacion dice: «La cual visita acabó el Licenciado Pobladura, canónigo de la santa iglesia de Toledo. — En 22, 24 y 26 de Noviembre de 1569 otorgó su testamento y dos codicilos por ante Gonzalo de Herrera y Aguilar, escribano del número de dicha ciudad, y habiéndose principiado el inventario judicial que se hizo por su muerte en 1.° de Diciembre de dicho año, se deduce que murió en alguno de los pocos dias que median desde 26 de Noviembre en que otorgó y pudo firmar el segundo codicilo y el 1.° de Diciembre en que se empezó el inventario referido. La segunda cláusula del testamento dice asi: «Item, mando que cuando Dios nuestro Señor fuere servido de me llevar de esta presente vida, mi »cuerpo sea llevado á la iglesia de S. Pedro de la villa de Tiedra, de la dió»cesis de Zamora, donde estan enterrados mis pasados, y para ello mis alba»ceas, que de yuso irán nombrados, den la órden cómo mi cuerpo se lleve »á la dicha villa en un coche, que yo tengo.» En otra cláusula dice así: «Item, quiero y es mi voluntad que en la dicha villa, en la Iglesia donde »tengo de ser enterrado, se compre sitio donde se haga una capilla pequeña »dentro del coro, á la mano derecha, á parecer de mis albaceas, é de mis »bienes se pague lo que costare, é allí sea sepultado mi cuerpo; é la capi»lla sea del nacimiento.» — Tambien dispuso la ereccion de una capellanía con la carga de tres misas cada semana en dicha capilla, por sus difuntos. Por lo que es natural que si ejecutó puntualmente la voluntad del testador, se llevase su cuerpo á Tiedra, y que allí se fundase la capilla y memoria de que se hace mencion en estos instrumentos que pudo descubrir en el oficio

de dicho escribano la singular aplicacion de nuestro colegial el Sr. D. Joaquin de la Quintana, canónigo magistral de dicha santa iglesia, que ha facilitado estas y otras muchas noticias de los indivíduos de aquel cabildo, mediante lo cual se conservan, habiendo pasado escritas á la posteridad á la que de seguro serán muy útiles.—G. A.

POBOA (V. Fr. Juan de), religioso de la órden del glorioso P. S. Francisco, portugués de nacion, y sugeto de gran virtud y literatura; gobernó con celestial prudencia por muchos años su provincia de Portugal, de la regular observancia, esparciendo siempre como antorcha sobre el candelero las luces de sus santos ejemplos con que eficazmente persuadia la imitacion en los súbditos. En el discurso de sus prelacías asistió á nueve capítulos y congregaciones generales de la citada Orden Seráfica, celebradas en diferentes reinos: habiendo hecho sus viajes á pie enteramente descalzo, sin el uso de las sandalias. Por su gran virtud, zelo, prudencia y literatura le hizo su confesor el rey D. Juan el II de Portugal, en cuyo ministerio se portó el siervo de Dios tan abstraido y desinteresado, que solo hablaba al Rey en lo tocante á la direccion de su conciencia, y solo estaba en palacio aquel tiempo que necesitaba para oirle en confesion, práctica que cerró la boca á la maledicencia con que suele andar cargado por lo comun este tan escabroso como honorífico ministerio. Finalmente, habiendo llegado á una ancianidad venerable en esta altura de perfeccion y virtudes, cerró la plana de su vida con la dorada rúbrica de una preciosa muerte en el año 1506, y fué sepultado en el convento de la Concepcion de Matociños, en Portugal, junto á la sala del capítulo, donde en una lápida de mármol está grabado el epitafio que conserva su santa memoria. Murió en opinion de santidad heróica en el año referido, con otros cuatro religiosos de su mismo convento y comunidad. — G. A.

POBRE (Ana la), conocida tambien por la *Pobre sevillana*, y con el nombre de Ana de Jesus, nació en Sevilla, de padres honrados castellanos, naturales de las montañas, quienes á consecuencia de algunas fianzas y deudas que contrajeron en su patria vinieron á una gran pobreza, y por huir del ceño con que los miraba la fortuna en su tierra, pasaron su domicilio á la ciudad de Sevilla referida, adonde como queda dicho vió por primera vez la luz la venerable sierva del Señor, cuya santa y ejemplar vida vamos en relieve y sucintamente á bosquejar. A los pocos meses de su nacimiento murió su madre dejándola huérfana, y con ella otros cuatro hijos muy pequeños. En la misma ciudad habia un mercader casado, que tambien era montañés, y no tenia herederos forzosos para su hacienda, la cual era muy considerable. De tiempos antecedentes eran amigos los dos montañeses, y el mercader, sabiendo que el de su tierra tenia más hijos que caudal, le pi-

dió uno para criarlo en su casa. Ganada esta licencia y facultad para elegirle entre los cinco que habian quedado, le dió parte á su mujer, la cual se aficionó mucho á la niña Ana, y quiso que fuese la escogida entre los demás. En esta ocasion se quedó con sus hermanos, pero el sustentarla y vestirla corria á cuenta de los mercaderes, los cuales en cuanto supo andar se la llevaron á su casa, y presto les ganó todo el caudal de sus voluntades, y era regalada y servida como hija, y ella los llamaba padres; pero se ignoran sus nombres, y tambien los que tuvieron los que en fueros de naturaleza la recibieron por fruto de bendicion. En esta casa perseveró hasta los trece años de su edad en que faltaron sus padres, que damos este nombre á los que llamándola hija la tenian en el trono de estimacion, en que podia estar si lo fuera. Criáronla en loables costumbres, y parece que el brazo del Señor la previno con bendiciones de dulzura. Con grande facilidad se imprimieron en el papel de su memoria las oraciones de la doctrina cristiana, y las decia con singular gracia. Primero supo hablar con Dios que con los hombres, y parece tenia oracion mental ántes que su lengua se desatase en palabras bien formadas, porque se apartaba de la gente, y retirada en partes ocultas, estaba con gusto en soledad y silencio. Las doncellas de su casa empleaban algun tiempo en santos ejercicios, y la niña cuando tenia tres años y medio se iba con ellas para acompañarlas y azotarse. Como no se lo permitiesen, hurtó en secreto á una de sus compañeras el instrumento con que se azotaba, y buscando un lugar retirado y oculto, descargaba en su delicado cuerpo muchos azotes con aquellas disciplinas, y rezaba las oraciones, y todo lo ofrecia por las ánimas del purgatorio, y en este ejercicio perseveró con gran teson todo el tiempo de su niñez y todo el resto de su vida. Siendo de cuatro años, para que su penitencia estuviese en más clausura, se retiraba con especial desvelo, y en una ocasion halló en el suelo una cruz pintada en papel, que tenia por orla y adorno todos los instrumentos de la pasion. La tomó en sus manos, y regalándose mucho con ella, la besaba muchas veces con grande ternura, y llevándola consigo al retiro de su soledad, con un alfiler la clavó en la pared, y allí tuvo el ejercicio de su disciplina, y luego hincada de rodillas se estuvo considerable tiempo en oracion, puestos los ojos en la santa cruz, en la cual ya tenia puesta su alma. Cuando le pareció que era tiempo volvió á tomar su cruz, y doblándola con gran reverencia y respeto, buscó otro papel blanco en que ponerla, y en esta forma la guardó en el pecho como tesoro de inestimable valor, y siempre era este el altar para los ejercicios de su retiro. Cuando tenia cuatro años y medio era ya tanto el gusto de su alma en hablar con Dios, que vivia descontenta entre las criaturas, y muchas veces se desaparecia para estar sola, y en su retiro gastaba el tiempo en disciplinarse, en rezar y en estar de ro-

dillas con Dios. Tantas veces sucedia esto, que se movió la curiosidad á que se examinasen sus entretenimientos para saber sus empleos, y la hallaron muchas veces tan recogida y quieta como si tuviera alta oracion. Una de las doncellas de la casa tenia á su cargo el cuidarla, y ésta un dia halló las disciplinas con que se azotaba y las llevó á su madre, la cual dió gracias á Dios por las buenas inclinaciones que su Majestad habia puesto en aquella niña, á quien ella habia adoptado por hija. Como Ana se halló sin este instrumento, su ingeniosa devocion le dió reglas para que formase otro, y para esto tomó muchos alfileres de las almohadillas de las doncellas, y atándolos con hilos por las cabezas, formó un manojo y con él se azotaba para suplir la falta de las disciplinas. Como perseveraba en desaparecerse, volvieron á examinar con curioso desvelo los empleos de su retiro, y hallando los alfileres con que se azotaba se los quitaron, y lloró tanto, que para acallarla la dieron las disciplinas primeras, y con ellas quedó muy contenta y alegre. Del amor que en esta edad tenia ya á Dios, la resultaba grande caridad con los pobres, y guardaba lo que habia de comer en casa, y cuando iba á la maestra lo daba á los pobres en la calle, procurando siempre el no ser vista en esta obra de caridad. Todos los dias que salia de casa, ejecutaba estas limosnas, y por esta frecuencia no pudo esconderse su mortificacion y su devocion, y la reñian mucho porque no comia lo que la daban; pero sus entrañas eran tan compasivas, que parece no podian reprimir los ímpetus del amor para con sus prójimos, y para que ejercitase la caridad con ellos, la concedió el Señor el don de caridad, como en adelante se demostrará. Cuando llegó á los cinco años de su edad, ya sabia leer, y todo el tiempo que podia se aplicaba á libros devotos, y hallaba gran suavidad en las vidas de los santos, sin poder apartar su consideracion y su admiracion de los ejemplos y santas doctrinas que leia. En esto y en rezar se embebecia tanto, que muchas veces su madre y las criadas la daban voces y la mandaban que saliese á jugar y á divertirse un rato, y para que lo hiciese la quitaban los libros de las manos, y otras veces el rosario y la almohadilla de la labor, y nada bastaba, porque ya sus gustos eran en Dios, que habia tomado posesion temprana de aquellas potencias. No sentaron bien al demonio estos felices principios, y temiendo su astucia los medios y los fines, para borrar de ella el amor á la soledad, estando un dia retirada se la apareció el dragon infernal en figura de difunto con muy grande estatura, y por un grande rato se estuvo paseando por la pieza en que ella estaba. Esta vision la causó tanto horror y espanto, que cuando la buscaron fué hallada como muerta, y desde entónces la quedó mal de corazon que la daba muchas veces y la duró algunos años. Otra borrasca mayor se levantó de estos vapores, porque la celaban con nuevo cuidado, y quitándola los libros, no la dejaban sola ni po-

dia desahogar su devocion con devotos ejercicios, aunque no los perdia en cuanto le era posible, guardando siempre recato para que no le hurtasen la joya que tanto amaba. El mal de corazon crecia por dias, y se puso muy enferma y flaca en el cuerpo, pero en el alma siempre estaba robusta y vigorosa. Eran continuos cuando velaba sus amorosos afectos á Jesus Niño y á María Vírgen, y cuando dormia de noche, se le presentaba la Reina del cielo con su hijo en los brazos, y ella le besaba los pies al tierno Infante, el cual la daba su bendicion. En despertando se hallaba llena de gusto por lo que entre sueños se la habia representado, y aquel soberano Niño y su Madre purísima eran para todo el dia el objeto de su meditacion y el regalo de sus potencias. El sobrado desvelo que tenian las de su casa para no dejarla sola, detuvo un poco en sus ejercicios de penitencia el flujo de sus fervores, pero no el de la Divina Providencia, que la guardaba en todos sus caminos. Un dia cayó por una ventana como seis tapias en alto, y cuando llegó al suelo se quedó en pie sin daño alguno. Otras dos veces estuvo en tan grande peligro de caer en un pozo, que se juzgó milagro el no haber caido, y por lo que en ella registraban los ojos de los que la trataban, todos la miraban con respeto, y juzgaban ser escogida de Dios para singular sierva suya. Siempre resplandeció en su rostro la modestia, y sus acciones y movimientos tenian cabalmente los números de la prudencia, sin ademanes de afectacion ni estudio. Usaba de unas razones tan maduras, de tanta consideracion y peso, como si fueran de persona muy sabia y llena de años y experiencias. Siempre hablaba de Dios y de cosas espirituales, y por grandes conjeturas se conocia que la gracia del Señor era quien la gobernaba en sus palabras, obras y pensamientos. Cada dia se experimentaban cosas nuevas que confirmaban esta opinion, y siempre la hallaban rezando, y su más frecuente oracion era el Padre nuestro, el Ave-María, y el Credo, y decia á las de su casa que rezasen lo mismo para alcanzar de Dios las mercedes que deseaban conseguir de Su Majestad. El mercader á quien ella tenia por padre partió á las Indias, dejándola como de cinco años, y desde allí envió para su casa una pintura de Cristo crucificado, que inspiraba devocion y era igualmente preciosa y hermosa. Despues de esto pasaron muchos meses sin haber recibido carta suya ni otra noticia para saber si era muerto ó vivo. Una noche, despues de cenar, se habló largamente de este, y todas las personas de la casa mostraron grande sentimiento por lo que ignoraban. Rezaron luego con lágrimas sus acostumbradas devociones, pidiendo á Dios que guardase al que estaba ausente, y les diese á los de su casa alguna noticia de él. Con esto se fueron á recoger, y la niña Ana, de rodillas en presencia de aquel Señor que vino de Indias, rezó tres Credos, pidiendo con sencillo corazon á Su Majestad que le diese el ver á su padre, y

durmióse como habitualmente con esta peticion. Aquella noche se halló en tierras extrañas, y registraba con sus ojos una casa no conocida, y en aquellas regiones era de dia, y vió á su padre que estaba comiendo con otros, pero muy triste. Por la mañana contó á su madre lo que habia visto, y aunque se tuvo por sueño, dejó sospechas de que podia ser vision verdadera, y por tal se creyó, cuando poco tiempo despues llegaron cartas de Indias, y en estas daba cuenta el marido á su mujer, cómo por desgracia de la fortuna habia perdido grande cantidad de hacienda, y este contratiempo habia sucedido poco ántes que sucediese la vision. A los siete años de su edad ya tenia grande gusto en asistir á la iglesia, y comunicaba á los confesores de su madre, y hallándola ellos muy adelantada en la razon y en el conocimiento de los cosas divinas, importunaban á la expresada señora para que la dejase comulgar. La niña tambien lo pedia con grandes instancias, y por dar gusto á todos, con maduro consejo determinó enviarla á un gran letrado del convento de S. Pablo, que se llamaba Fr. Miguel de Santa María, el cual la examinó muy de propósito, y quedó no solo satisfecho sino tambien admirado de sus respuestas y de la grande inteligencia que tenia de los divinos misterios, y formó dictámen de que en aquel pequeño cuerpo se encerraba un grande tesoro de la divina gracia, y la mandó que comulgase, y la recibió por hija espiritual. El pan eucarístico parece fué medicina para el mal de corazon que padecia, porque desde que comulgaba fué mejorando en él, hasta que estuvo buena de esta dolencia. Dábase mucho á la oracion y á ejercicios espirituales y penitencias, y el jardin de sus delicias estaba puesto en el trato con Dios, y para darse á este Señor, se hurtaba á la compañía de su madre y de las criadas. El demonio no dormia para inquietar á la que tanto celaba, y una noche, despues de haber tenido Ana larga oracion, se le apareció en figura de hombre de buena edad, y la dijo que fuera por el camino que andaban los demás, y que era errado el que ella llevaba y convenia dejarle. A esta propuesta respondió Ana, que no queria apartarse de Dios, y pronunciadas estas palabras desapareció el infernal dragon, y ella quedó con gran miedo, y aquí comenzaron sus escrúpulos sobre el acierto en sus ejercicios, y estas dudas la atormentaron muchos años, y la dieron motivo á que consultase á hombres de singular fama, para hallar luz en las oscuridades de su conciencia. Cuando llegó á los diez años de su edad, crecieron mucho en su corazon las luces del desengaño, y se derramaban en ejemplos muy vivos de todas las virtudes. Tenia unos cabellos como hebras de oro, y estos eran el ídolo de su madre, la cual todos los dias tenia grande gusto y especial placer en peinarla y componerla. Como ya Ana tenia en bajo precio las cosas de esta vida, le pareció tiempo perdido el que gastaba en adornar el cuerpo, y le parecia mejor que se gastase en hermosear el alma.

Por esta consideracion y otras semejantes y análogas, un dia en su retiro con unas tijeras se echó al suelo la hermosa madeja de sus cabellos, y los arrojó detrás de un cofre para llevarlos despues al muladar. Apénas habia acabado su sacrificio cuando la llamó su madre para peinarla, y cuando la vió en la forma que estaba, se quedó como muerta de sentimiento, y vuelta en sí, preguntó por la causa de aquella novedad, y Ana respondió la verdad, dando razon de sí con palabras muy maduras y llenas de desengaño. Su madre la examinó para saber adonde habia echado los cabellos; buscados y encontrados que fueron los guardó en el cofre de sus tocas, y los tenia en tanta estimacion y aprecio, como si fueran una preciosa reliquia, y como alhaja de singular precio y cuantía los mostraba á las personas que venian á visitarla. De este hecho cogió Ana dos frutos muy gustosos al paladar de su espíritu, y el uno fué que en adelante no volvió su madre á tocarla con las manos en la cabeza, desengañada en que no eran para su hija, ni las galas supérfluas ni los extremados aliños, y que estaba contenta con aquella decencia que se debe por tributo á la honestidad. La otra ganancia fué, que como este hecho se celebrase mucho en su casa, algunas mujeres de ella hicieron lo mismo, se aplicaron con nuevos desvelos á despreciar la vanidad y á tratar de oracion, y las que ántes impedian sus ejercicios, desde ahora fueron en ellos sus compañeras, para recibir aliento de la que siendo entre todas la menor en edad, era como ninguna en los fervores de la devocion. Siempre anduvieron juntos en su corazon la caridad para con Dios, y el amor para con los prójimos, y sus desvelos eran para hacer el bien que pudiese. Daban en su casa cotidiana limosna á una pobre mujer que tenia cuatro hijos; pero lo que recibia no era bastante para sustentarlos, y siempre el corazon de Ana quedaba atravesado con clavos de compasion, porque no podia darla todo lo necesario. Todas sus ánsias eran de servir á Dios y de alcanzar en perfecto grado su dulce amor, rompiendo siempre las dificultades que se ofrecian. Toda su vida guardó inviolable una santa costumbre, y era que de noche, en estando recogida la gente de su casa, buscaba modo para tomar disciplina, y para esto abria la sala con mucho tiento por salir de ella sin que la sintiesen, y se apartaba á los lugares más retirados, y eran comunmente los sótanos ó las azoteas de la casa, y allí gastaba lo más de la noche en santos ejercicios, y el principal de todos era la oracion, la cual desde sus tiernos años era en ella como habitual, y porque no la estorbasen, repugnaba el tratar con las criaturas, empleada siempre en coloquios dulces á su Señor, que ya tenia el depósito cabal de todos sus afectos. Siendo Ana de trece á catorce años, enviudó la señora á quien tenia por madre, y habiendo estado algunos dias viuda la visitó el Señor con una larga enfermedad, que duró desde mitad de Agosto hasta 5 de Noviembre. De resultas de esta dolencia murió dicha se-

ñora, la cual era muy devota y limosnera, y tambien bastante rica, y aunque tenia hermanos, fué su voluntad que Ana entrase con ellos al reparto y distribucion de lo que dejaba. Lo que la dieron por esta causa era suficiente para que pasase honestamente la vida; pero luego comenzaron á llover trabajos sobre las espaldas de su paciencia, y no cesó la tempestad hasta que dejó esta vida para subir á la eterna. Unas penas se las daba Dios, y estas eran dulces por las manos de quien se las daba. Otras tenian orígen y eran fruto de aquel árbol que el mundo llama mala fortuna. Las terceras venian de las personas con quienes trataba, y el demonio tambien la perseguia de muerte. En todo padeció tanto, que no es fácil que lo pintemos, ni la retórica tiene liberalidades para dar frases suficientes con que se pueda explicar. Se halló Ana ántes de cumplir los catorce años de su edad sola y desamparada, porque su padre natural tambien habia muerto, y los parientes de los que la habian criado la miraban con ceño, porque en la herencia habia tenido parte, y se juzgaban dueños de todo, y tenian por agravio de su interés lo que Ana habia recibido. Luego la dieron tutor, y la pusieron á que viviese con una mujer, cuyas costumbres no eran tan ajustadas y aplicadas á la devocion como deseaba la virtuosa doncella, y así padeció mucho en cuatro ó cinco años que vivió en esta casa. Esta mujer no la dejaba sosegar en sus ejercicios espirituales, y sus continuas amonestaciones eran á persuadirla que se divirtiese y aderezase para ser bien vista á los ojos de los hombres. Estas palabras eran clavos que penetraban con grande dolor el corazon de Ana, que, como estaba tan enamorada de las cosas del cielo, no la podian dar gusto las de la tierra. Para librarse de aquella tentacion doméstica se daba mucho á la oracion, aunque por este tiempo lo comun era tenerla en pie, para cautelar el que no la hallasen de rodillas, pues sola esa ocasion era bastante para un grande alboroto en la casa, y para que la mortificasen, riñesen y maltratasen mucho. Lo más crecido de sus penas no estaba en tenerlas, sino en que la quitasen la oracion, en que hallaba el remedio de todos sus males. Muchas veces la tenian dos y tres dias sin comer, y la devota doncella todo lo llevaba con gran paciencia, y padeció tanto, que la tenian lástima las personas de la vecindad; y el rato que estaba en el templo era el único para su alivio. Habia heredado un rostro del Salvador, y tenia gran devocion á esta sagrada imágen, y todos los dias la visitaba muchas veces, y con el regalo de su vista olvidaba los trabajos pasados y se vestia de fortaleza para los que estaban por venir. Uno de los que habian sido herederos en la hacienda de su madre, alegando pertenecerle, la quitó esta santa imágen, y ella lo sintió con igual pena al amor y regalo que sentia en la presencia de aquel Señor. Solo en esta ocasion la pareció haber quedado sola en el mundo, pues no hallaba con quien consolarse. Con esta nueva afliccion pi-

dió á Dios con nuevas ánsias que la remediase, y sus clamores llegaron al cielo, y los ojos de la divina clemencia atendieron á las lágrimas de su deseo, porque entrando á una pieza secreta, adonde cuando le era posible solia retirarse un poco, halló encima de una mesa otra pintura y rostro del Salvador, tan hermoso que parecia pintado por los ángeles, y en su circunferencia todos los instrumentos de la pasion y las espinas de la corona muy penetradas en el cerebro. Estaba Su Majestad tan doloroso y benigno, que producia pena y amor en el pecho de quien le miraba. Este retrato le recibió Ana como don de lo alto, y dando gracias á Dios le guardó consigo, y era el alivio para sus trabajos. Cuando se levantaba alguna tempestad, que era muchas veces, pedia á este Señor el remedio, y solo con mirar á este sol se deshacian en lágrimas las nubes de su corazon, y luego tambien cesaban las borrascas exteriores. Como en este tiempo no la dejaban sosegar, cautelaba mucho las horas de su retiro, eligiendo las ocasiones en que no fuese registrada. Una noche miéntras cenaban los de su casa se fué á tener un poco de oracion para llorar sus trabajos con Dios, y Su Majestad la consoló notablemente. De este consuelo la resultó un grande deseo de padecer, y pidió al Todopoderoso que la diese nuevos trabajos y fortaleza para llevarlos en amor suyo. Parece fueron oidas sus plegarias, porque luego la desacreditaron con falsos testimonios de diferentes clases. Cuando estaba en estas aflicciones murió su confesor, que era religioso de grande virtud y sabiduría, y con esta falta los trabajos de esta ejemplar y devota doncella tomaron alas para volar más altos y para cogerla de lleno, como quien los padecia á solas. Entónces crecieron los malos tratamientos de la mujer con quien estaba, y la cumbre de su pena estaba en carecer de persona espiritual de quien tomar consejo, y á quien rendirle perfecta obediencia para el acierto de sus acciones. Afligíase notablemente y lloraba delante de Dios, pidiendo el remedio de sus males, y el que mucho la tocaba en lo más vivo de su corazon era que no la dejasen en su quietud y oracion. Cada dia la trataban de casamientos, y la decian no estaba bien en el mundo una mujer sola, de poca edad y de buen parecer, y que convenia tomase estado. Estas pláticas la daban pena, porque tocaban muy léjos de su pensamiento, y no sabia qué consejo tomar, ni de su parte habia persona que algo pudiese, ni tenia confesor determinado, y era el suyo el primero con quien encontraba. Todos sus aciertos los buscaba en Dios, á quien pedia humilde que manifestase su voluntad y luz verdadera para elegir el estado en que más habia de servirle. En esta pretension eligió por intercesora á María Santísima y á otros muchos santos á quienes tenia especial devocion, y gastaba los dias y las noches en estas plegarias, y parece que el Señor inclinó su misericordia á las justas peticiones de su sierva. En soledad y penas llegó ésta á los diez

y ocho años de su edad, y por este tiempo muchos la pretendian por mujer, porque era muy notoria su virtud, y las prendas de su hermosura, que eran muy sobresalientes, recibieron nuevo precio con su modestia, aplicacion y recogimiento, y aunque sus deseos fueron siempre de consagrarse á Dios en el estado religioso, contrajo, no obstante, por disposicion divina, matrimonio con un hombre bien acomodado, que se llamaba Santillana de apellido, que tenia cuatro hijos varones ya grandes y una hija de menor edad. A los tres años de casada quebró la fortuna con su marido, y fué puesto en la cárcel por deudas; y apénas se habia pagado una cuando salia otra, y en esta forma por ejecucion de la justicia fueron despojados de todos sus bienes, así los que Ana habia traido al matrimonio como los que tenia su marido, y quedaron á la providencia de Dios, que nunca apartó de ellos los ojos de su divina misericordia. Mucho duró este torbellino hasta que solo la dejaron la casa y pocas alhajas con que se adornaba; pero duraban algunas deudas, y una tarde, estando Ana envolviendo una hija de dos que tenia, llegó la justicia y la mandaron que dejase la casa, y á la puerta de ella los ministros vendieron en almoneda, ó repartieron entre sí, los muebles que habian quedado, y á ella por fuerza la echaron á la calle con sus hijas. Este golpe le sintió notablemente la flaca naturaleza, porque Ana tenia pocos que la favoreciesen, y deshecha en lágrimas estaba en la calle llorando su desventura, y sin discurrir por la turbacion el consejo que debia tomar. Entónces una piadosa mujer, que por casualidad pasó por la calle, con la noticia del suceso comenzó á llorar con ella y á consolarla, y la llevó á su casa, adonde estuvieron algunos dias hasta que halló un aposento adonde recogerse. Su marido permanecia en la cárcel; pero con el tiempo sus dependencias se pusieron en términos de que le darian libertad si diese tres mil reales. Nada habia quedado de que hacerlos ni camino por donde buscarlos; y estando así las cosas, un dia otras vecinas la llamaron de su aposento para que bajase á la puerta de la calle á ver una pintura muy hermosa de S. Juan. En llegando se hincó de rodillas, y con ánsias de su corazon y con lágrimas de sus ojos comenzó á pedir al Santo que intercediese con el Señor para que su marido fuese libre de las prisiones. Entónces todos los que allí estaban oyeron de léjos una voz que decia: *No tengas pena, que de donde no piensas darán el dinero, y tu marido tendrá mejor fortuna en Lisboa y enviará por ti.* A los quince dias una persona á quien nunca habia tratado, á influjos de su piedad les prestó los tres mil reales, y con ellos Santillana salió de la cárcel y se fué á Lisboa, dejando á su mujer y á sus hijos á la sombra de la Divina Providencia. Como Ana quedó pobre en Sevilla y su hermosura sobresaliese en peregrinos quilates, necesitó mucho de los auxilios divinos para librarse de las asechanzas de Satanás, el cual la puso grandes lazos para que cayese; pero de todos la

libró el Señor, dándola un eficaz y claro conocimiento de que con Dios todos los trabajos son fortuna, y sin Dios las fortunas son trabajos. Para sustentar á los de su casa con la labor de sus manos se desvelaba de dia y de noche, y no hallando otra cosa en que trabajar, pidió á unas vecinas que la enseñasen á labrar randas ó encajes, y en este empleo ganaba dos ó tres reales por dia, y con ellos se sustentaban seis personas, aunque algunas veces se quedaban sin comer; pero siempre con grande resignacion á los decretos divinos. En esta forma habia pasado muchos meses sin tener noticia de su marido, y un dia estaba muy afligida y llorando, porque habiendo contraido en la tienda algunas deudillas, pedian el dinero en ocasion tan importuna, que por no tenerle, hacia tres dias que no entraba bocado de pan en su casa. Esta necesidad la remedió el Señor por medio de unas piadosas mujeres que la dieron una limosna suficiente para que cenase aquella noche con su familia. No podia olvidar la pena que le daba el no saber de su marido, y para consolarse manifestó su afliccion á otra persona, la cual la dijo que ella conocia ó presumia al ménos que nada le habria sucedido, porque de haber sido así, ya hubiera llegado la mala noticia, y por lo tanto que estaria sano y bueno. Así era en verdad, porque al quinto dia de este coloquio el indicado esposo la mandó una carta con una letra de cuatrocientos reales para que se socorriera, y con ellos pagó algunas deudillas que tenia, y pudo respirar un poco en los ahogos de su mucha necesidad. Entre los trabajos que padecia por la ausencia de su marido, tenia por grande alivio el ser más dueña de sus acciones, y se daba mucho á la oracion y á ejercicios espirituales, y en ellos gastaba la mayor parte de la noche, y nunca se apartaba de la presencia de Dios, y sus amores eran en Cristo crucificado, cuyas penas endulzaban las que ella padecia. Aunque estuviese trabajando, no apartaba sus potencias de este soberano objeto, y le tenia en la memoria y en el entendimiento para atenderle y en la voluntad para amarle. Sin embargo de su pobreza, dába algunas limosnas á los mendigos, y nunca tuvo aliento para decir que perdonasen, y enviar sin socorro á los que le pedian por amor de Dios. Sus comuniones en este tiempo eran las fiestas y domingos, y con el regalo de aquel divino manjar tomaba fortaleza para los trabajos de la semana. Pasado un año se mejoró en Portugal la fortuna de su marido, y luego dispuso el llevar á su mujer, que entónces tenia como veintiseis años, y con esta ocasion ó motivo pasó con sus hijos á Lisboa, y tuvieron su domicilio en un castillo de la ciudad. Luego se levantaron guerras en aquel reino, y el ejército enemigo se componia en gran parte de herejes luteranos. De aquí le vinieron grandes ánsias del martirio, y daba á entender se tendria por muy afortunada en morir por la fe católica, á manos de los que la persiguen. Las señoras portuguesas, que la estimaban mu-

cho, la aseguraban para que no temiese los peligros, y esto la daba pena, juzgando sería gloria suya el morir en aquella ocasion, en que le parecia que la guerra de los intereses políticos se habia pasado á puntos de religion. Las tropas de una y otra parte se llegaron á dar vista en los contornos de Lisboa, y se dió órden para que saliesen del castillo todas las mujeres y niños, porque se temia que la noche siguiente le tomasen los enemigos. Muchas señoras portuguesas se pasaron á otra parte, y la rogaban que se fuese con ellas; pero Ana no quiso oirlas, porque sentia una habla interior, en que se la mandaba se estuviese quieta. Algunos encuentros reñidos tuvieron entre sí los soldados de una y otra parte, y Ana los estaba mirando desde una ventana del castillo, pidiendo á Dios que ayudase á los católicos; y allí se despedian de ella las señoras, y con violencia la querian llevar consigo. Los enemigos esperaban gente de refuerzo que les venia ya cerca, y en su llegada estaba la total ruina; pero Ana perseveró constante y siempre resignada á la voluntad de Dios, el cual habló á su corazon y la dijo estas palabras: *No te vayas, que la gente que viene á los enemigos muere de hambre y sed, y esta noche volverán las espaldas, y á la mañana estarán tres leguas de la ciudad.* Toda la noche en el castillo no se oyeron más que suspiros y lágrimas, y algunas mujeres que habian quedado en él clamaban al cielo, como si ya tuvieran á la garganta el cuchillo, y el mismo pavor infundieron á los hombres, que estaban sin aliento para manejar las armas. A todos consolaba Ana asegurando el buen suceso, y dándoles cuantos comestibles tenia, hizo que cenasen algunos y recobrasen las fuerzas perdidas, lo que, y los consejos de su buena fe, les sirvió de grande alivio en aquella tribulacion. Antes que amaneciese vino la noticia de que el enemigo habia vuelto las espaldas, y se retiraba apresuradamente; y luego se supo que los que venian para engrosar las tropas morian de hambre y sed, y por esta causa desistieron los suyos de la empresa. Pasados algunos meses de esta tribulacion determinó Santillana pasar de nuevo con su casa á la ciudad de Sevilla, pero á su mujer le daban al corazon los trabajos que allí amenazaban, y aconsejaba á su marido que fuesen á Madrid; pero él no hizo caso de aquel consejo. Tomaron su camino para Sevilla, y cuando llegaron á la embarcacion estaba el mar por las nubes; pero los arrieros que llevaban la ropa la dejaron en el muelle, y esta circunstancia los determinó á que se embarcasen, y quiso la Divina Providencia, que al punto que entraron en la nave se refrenaron las olas, y en breve tiempo llegaron á tomar tierra, y luego que salieron del navío volvió á bramar la tormenta, como si se hubiera suspendido solo para que hiciesen su viaje aquellos pasajeros. Despues los libró el Señor de otros muchos peligros, porque caminando á la márgen de Guadiana entraban por un paso muy angosto, y ántes de llegar al mayor

peligro se detuvieron, y registrando el camino conocieron que entraban á un despeñadero, y tomando otra senda se libraron de él. El dia siguiente comenzó á llover, y tantas fueron las aguas, que se formó arroyo en el camino que llevaban, y tomando una senda excusada se perdieron por ella, y venia la noche. Los arrieros determinaron quedarse en el campo, arrimando las cargas al pié de un árbol. Era esto de grande pena en el corazon de Ana, porque llevaba consigo los hijos que ya tenia, que eran tres y todos pequeños, y la noche cerraba con truenos, aire y agua. Fluctuaba su corazon entre las olas de esta pena, y levantando los ojos al cielo con fervorosas ánsias, imitando al Sto. Tobías, hizo á Dios esta oracion: «Señor Dios mio, abre los ojos de tu misericordia sobre nosotros pecadores, por los merecimientos de la gloriosa Vírgen madre tuya, y envíanos tu santo Angel que nos guie y nos ponga en puerto de claridad: Padre eterno, por el amor con que nos diste á tu unigénito Hijo, que nos libres, y nos des persona que nos saque de esta angustia.» Así sucedió, pues á los pocos pasos se encontraron en buen camino, y cerca de unas casas donde se recogieron, continuando al dia siguiente su marcha hasta llegar con felicidad al puerto adonde se dirigian. Ya que Ana se halló de nuevo en Sevilla, volvió á entablar sus santos ejercicios, y gastaba en oracion y penitencia hasta las dos de la mañana, y fué ganando á su marido para que tambien orase, y rezaban con toda la familia muchas oraciones vocales y tenian sus horas de recogimiento. Criaba á sus hijos con singular cuidado, para que en aquellas potencias tiernas no se imprimiesen torcidas inclinaciones; y para que soltasen la lengua, les enseñaba palabras devotas, y ántes sabian las oraciones para rezarlas que para entenderlas, y ántes para la memoria que para la pronunciacion, y les daba razones con que invocasen á Dios y á su Madre santísima. A poco tiempo de estar en Sevilla los volvió á mirar con ceño la fortuna, y su marido fué puesto en la cárcel de nuevo, por dependencias de hacienda, y estuvo en prisiones otro año entero, y acabado el caudal que trajeron de Lisboa, volvieron á los trabajos primeros. Santillana estaba triste y pensativo y se quejaba de su mala suerte; pero su devota mujer le consolaba diciendo: «Hermano, mejor es que olvidemos las cosas de la tierra, y debemos estar alegres en el Señor, pues mereciendo grandes castigos por nuestros pecados, nos trata benignamente y nos da vida y tiempo para ganar la bienaventuranza. Dejemos de pensar lo que fuimos, que ya pasaron esos tiempos, y se pasarán tambien estos, y nos veremos en dia sereno y claro.» En esta forma le consolaba muchas veces, y le daba aliento para que recibiese resignado lo que disponia la Divina Providencia. Vinieron segunda vez á suma pobreza, y se sustentaban casi de milagro, cuando tenia ya cuatro hijos, sin otros que lo eran del primer matrimonio de su marido.

Un dia tenia solo medio pan, y todos los de la casa en cifras de silencio y tristeza manifestaban su necesidad, pero la santa matrona, llena de esperanza en Dios, tomó aquel pan en las manos, y levantando los ojos á una pintura de Cristo nuestro bien crucificado, pidió á su Majestad que extendiese su bendicion sobre aquel pan para que se sustentasen los que eran hechura de su omnipotencia. Luego comenzó á partir el pan, y despues que todos quedaron satisfechos, sobró un poco con que pudieron desayunarse sus niños el dia siguiente. Siempre las oraciones fueron el remedio de su casa, y nunca faltaba de su corazon la esperanza en Dios, y sus peticiones eran más fervorosas cuando miraba al cielo. Con la hija que tenia su marido del primer matrimonio tambien padeció mucho, porque escondia, arrojaba y despedazaba todos los trastos caseros, y la desacreditaba con falsos testimonios y con palabras indecentes y descompuestas. Con el tiempo se conoció que nacia de locura la furia de aquella mujer, porque algunas veces estaba tan fuera de sí, que ponia las manos en su mismo padre. Como no siempre estaba frenética, la dejaban andar por la casa, y en ausencias de su padre dormia en la misma pieza que Ana, la cual estaba con grande temor de que alguna noche, dándole la furia, hiciese con ella ó con sus hijas algun destrozo. Esto la tenia desvelada y ántes de recogerse un poco, rezaba á la cruz de Cristo para que Dios la librase de aquel peligro. La misma, que tenia algunos lúcidos intervalos, estando en su juicio contaba que se levantó una noche con ánimo de matar á su madrastra, y que llegando cerca vió una cruz llena de resplandor, que parecia abrasarse el aposento, y esto la detuvo, sin atreverse entónces ni en otra ocasion á llegar á los que dormian en aquella pieza. Siendo como de treinta años, para que se aumentasen sus penas y sus merecimientos, permitió el Señor enfermase su marido y estuvo en la cama muchos meses. Entónces todo su caudal era la Divina Providencia, que daba lugar á que padeciesen, pero no á que pereciesen. Un dia que se hallaba sin remedio, salió á pedir una limosna por amor de Dios, y una piadosa mujer la dió medio celemin de habas y medio pan. Recibió Ana esta limosna dando gracias á Dios por ella, y cada dia cocia unas pocas de aquellas habas, y tomando el pan en las manos levantaba los ojos al cielo pidiendo á Dios su bendicion para aquella comida, y luego comenzaba su repartimiento, y parece que Dios lo multiplicaba, porque siendo ocho personas en su casa, sin contar á su marido que estaba enfermo, quedaban satisfechos y pan sobrado, y en esta forma repitió lo mismo por diez dias, hasta que el Señor remedió su necesidad por otro camino. Los rigores de la enfermedad apretaban mucho á su marido y se le formó una grande hinchazon en la cabeza, y todos los que le visitaban le daban por mortal. Viéndole Ana en tan peligroso estado, hurtando una noche á su alivio el poco tiempo que tenia para

descansar, comenzó á rezar un rosario por la salud del enfermo, y en acabando oyó una voz como de mujer que decia: *No temas, que no morirá de esta enfermedad.* Tuvo este aviso por sueño y rezó segundo rosario, y la repitieron las mismas palabras, y tercera vez le sucedió lo mismo. No daba cabal crédito á que estas voces fuesen de lo alto, y ménos cuando por la mañana le halló tan postrado que parecia imposible que pudiese vivir, y así decia: *El se muere*, y sería el engañador el que me dijo que no moriria de esta enfermedad. Aquel dia, como mal incurable, le desahuciaron los cirujanos y médicos; pero no obstante esto se mejoró despues á los tres dias de una manera tal que á los cinco dejó la cama, y desde luego pudo atender á las obligaciones de su casa. No por esto cesaron sus penas, porque su marido no tenia empleo ni caudal alguno, y ella no hallaba en qué trabajar, y el dia que hilaba ganaba seis cuartos, y estos eran la renta de su casa. Un verano entero pasaron sus niños con uvas, y éstas se traian fiadas, porque los seis cuartos se gastaban en pan, y alcanzaba muy poco á cada uno. Despues de lo referido, quiso el Señor fuesen en aumento los trabajos de su sierva, y llegó á tanto su pobreza que muchos dias pasaban sus hijos con un cuarto de garbanzos verdes, y mejor podremos decir que el sustento de ellos eran las oraciones de la madre, porque con mucha frecuencia levantaba los ojos al cielo, pidiendo á Dios con entera confianza que sustentase su providencia á los que habia criado su poder, y el Señor los sustentaba unas veces sin que comiesen, y disponiendo otras que tuviesen que comer. Diéronla á una de sus hijas muchas viruelas, y decian los médicos que quedaria ciega. No podia mover los brazos, y su madre clamaba á Dios, que era el único remedio de sus males. El Señor la consoló en la oracion, dándole cierta seguridad de que sanaria, y la mandó que pusiese á la enferma dos vendas en los hombros para sustentar los brazos que estaban sin fuerzas. Cada dia subia un poco las vendas, y la formaba la cruz en los ojos, y estuvo buena, con admiracion de los médicos que la curaban. Uno de los hijos que del primer matrimonio tenia su marido se embarcó para Indias. Luego entendió Ana en su interior, y dijo á su padre que no sabrian más de él, y sucedió en la forma que lo habia profetizado. Algun tiempo tuvo consigo una mujer, que aunque era honesta gastaba muchas horas en conversacion, y Ana padeció mucho para que dejase esta costumbre; y por fin la dijo, que no admitiese visitas, ó que se fuese á otra casa. Tanto pudieron sus amonestaciones que la llevó á que se recogiese á vida devota para tratar con más cuidado de la salud de su alma. En otra ocasion vivian en su misma casa otros vecinos, marido y mujer, que siempre estaban riñendo. Ella se estaba en su aposento oyendo lo que pasaba, pero despues de tres meses con impulso interior salió á ponerlos en paz, y la miraban con tanta veneracion,

que á su vista callaban el uno y el otro; y así siempre que habia pendencia, salia de su aposento para que cesase la tempestad, y vinieron á ser tan apacibles que parecian ángeles los que ántes eran leones, y en esta paz se conservaron toda la vida. Llegó á su puerta una mujer que era públicamente mala, y llamándola, dijo: *Señora Ana, yo no merezco hablar á vuesa merced.* Ella respondió: *Verdad es, que no quiero amistad con persona que no la tiene con Cristo nuestro bien, que nos redimió con su sangre;* y tantas cosas añadió de lo que debemos á Dios, y de la fealdad del pecado, que la mujer se deshacia en lágrimas, y prometió para desde entónces la enmienda de la vida pasada. Ayudóla mucho la madre Ana para que cumpliese aquella palabra, y la daba de comer todos los dias, aunque faltase para los de su casa. Despues la compró un telar para tejer listones, y buscó quien la diese lo que era menester para comenzar á trabajar. Vino esta mujer con el tiempo á ser muy perfecta, y de grande penitencia, y vivió muy recogida con singular edificacion de los que ántes supieron su liviandad. Siempre tejió el Señor la corona de esta su sierva con rosas y espinas. Nunca le faltaban trabajos, y pocas veces se detenian mucho los consuelos. La pobreza no se ausentó de su casa, y en una ocasion no hallaba en qué ganar un cuarto, y padecian sus hijos grande necesidad. Entónces entró una mujer y la llamó para que viese un poco de paño que habia comprado para ropillas á los de su casa. Ana con los ojos del cuerpo miraba al paño, pero con los del alma miraba á Dios, y hablando con Su Majestad decia: «Señor y bien de mi alma, si tu misericordia quisiera darme gracia en coser ropillas para el remedio de estas criaturas que son más tuyas que mias.» Luego oyó en su interior que la decia el Señor estas palabras: *Sí daré, pídelas, que yo seré en tu ayuda.* En la fe y confianza de esta promesa, pidió á la mujer que le diese las ropillas para coserlas. Estas fueron las primeras que cortó y que cosió en su vida, y no tuvieron cosa alguna que reprender ni enmendar, ántes bien viéndolas un sastre, alabó mucho el primor con que estaban ajustadas, y desde entónces Ana supo todo el oficio de sastre perfectamente, y en él trabajaba para dar un bocado de pan á sus hijos. Un viernes venia por la calle, y no podia menearse por un dolor grande que padecia en los pies, la encontró el maestro que la daba que trabajar, y la dió tanta ropa para que la cosiese, que sin intolerable trabajo no podia llevarla. Cuando sintió el peso, venia por la calle diciendo al Señor estas palabras: « Amores de mi alma, y alivio de todos mis trabajos, bien vé vuestra Majestad, que no puedo con esta labor, ayudadme á llevarla, porque mis fuerzas son flacas. » Luego la pareció que otro se la llevaba, y como no sentia el peso daba gracias al Señor con cierta inteligencia de que Dios ayuda á sus criaturas, y como padre piadoso favorece á los que le llaman en las cosas jus-

tas. Caminaba tan ligera, que los de la calle le decian: «*Válgate Dios por mujer, parece que vas volando;* y con estas mercedes crecia en ella para con Dios el amor y la esperanza, y tambien el deseo de trabajos por aquel Señor que tan liberal y misericordioso se le mostraba. Mucho tuvo que sufrir con las vecindades, porque no tenian casa propia, y como pobres necesitaban de mudarse muchas veces y á menudo, y siempre andaban conociendo nuevas personas, que no todas eran aplicadas á la virtud. En una ocasion tenia en la cama cuatro enfermos, todos en una sala, y estaban muy tristes por la soledad con que padecian. Aquí se movieron las piedades del Señor y entraron en la sala de los enfermos los vecinos de la casa y de las inmediatas, y de tal modo se compadecieron de ellos, que unos les dieron lo que necesitaban, y otros los asistieron y cuidaron con tanta caridad y esmero, que lograron al fin la mejoría y completo alivio de todos en un tiempo muy breve, comparado con la inmensidad de sus dolencias. Pasada esta tormenta, salió su marido á cobrar unos dineros de una señora. Eran las once de la noche y no venia, y en viendo el cielo, comenzó á clamar á Dios pidiendo clemencia. En esta oracion entendió, que su marido estaba en grande peligro, y bajó á su cuarto con gran pena, y delante de una imágen de Cristo puso de rodillas á sus hijos, y les dijo que rezasen á Dios por su padre. Así estuvieron en humilde oracion, hasta que llegó Santillana, que venia sin capa, y entró diciendo que le habian robado, quitándole todo lo que traia, y que le quisieron matar, y se libró, porque la crueldad de uno de los agresores no era igual con las de sus compañeros, y les rogó que no le matasen por ser viejo. En esta forma le libró el Señor de tan grande peligro. Siendo Ana de treinta y siete años, tomó el Señor para sí á dos de sus hijos; y ántes que muriese el primero, que no sabia bien hablar, se le representó la muerte con grande viveza, y la dejó llena de temor y miedo, y Su Majestad la dijo en la oracion: *¿Qué temes? que ese niño le quiero yo*; y ella respondió: *Vuestro es, Señor, todo lo que hay en mi casa.* El dia siguiente dió al niño el mal de la muerte, y á poco tiempo voló á las eternidades. Tenia otra niña de su nombre y de doce años, y desde los tres de su edad rezaba el rosario con tanta gravedad y quietud, como si fuera mayor, y se ejercitaba en otras devociones. Desde los cinco, ayunaba los viernes y sábados, y era muy compuesta, callada, apacible y honesta, y daba muestras de grande virtud. Por esto era muy querida de su madre, la cual mes y medio ántes que sucediese, entendió que Dios se la queria llevar. No podia disimular su tristeza, y cuando miraba á su hija lloraba, y la niña reparó en ello y decia: *¡Madre mia, no llore ni piense que me tengo de morir, que buena estoy!* No puede faltar el que se cumplan los decretos divinos, y así le dió á la hija una dolencia que sirvió de escalera para que subiera al cielo. Luego se consoló tanto con la

muerte de sus hijos, que en lugar de sentirla, tenia gran gusto en su interior, porque su alma participaba de la gloria que gozaban ellos. Estaba un dia en oracion meditando en la hermosura y grandeza del cielo y en la felicidad eterna de que ya sus hijos, segun su fe, habian tomado posesion. Aquí fué arrebatada en espíritu, y se halló con ellos elevada á una grande altura. Era una region sin tierra, ciudad con muros, pero sin casas, y el suelo clarísimo más que cien veces la luz, y aquel lugar pasaba de lo que pudo registrar con los ojos del alma. Allí vió á sus hijos como arrebatados en Dios, y luego volvió en sí y dió gracias al Señor por las obras de su infinita misericordia. Despues que volaron al cielo los dos hijos de Ana, le vinieron á ella grandes deseos y nuevos impulsos de ser perfecta; y para agradar al Señor, aunque nunca dejó la disciplina de la noche y las otras penitencias y vigilias de su niñez, queria aumentar sus ejercicios y frecuentar más los ayunos, sin reparar en que ayunaba mucho comiendo mal. El confesor que entónces la gobernaba ponia freno á sus deseos, diciendo que se contentase con la penitencia de las obligaciones de su estado, y este consejo era su mayor penitencia. Tambien la mandó que no tuviese oracion, y ella le obedecia en cuanto á no estar para este ejercicio en parte retirada; pero no en cuanto á faltar á la presencia de Dios, porque Su Majestad no la dejaba, y toda la noche, aunque por obedecer estaba acostada, no dejaba la oracion, sin entender ella que la tenia. En este tiempo eran las lágrimas su pan de dia y de noche, y estaba tan llena de escrúpulos y temores, y tan fuera de sí, que no se acordaba de comer ni de dormir, y solo podia formar á su parecer un grande deseo de que siempre y en todo se cumpliese la voluntad del Señor. La necesidad de su casa era en estos tiempos tan encubierta, que todos la ignoraban, pero ya la parecian tesoro celestial los trabajos, y tenia grande avaricia de estas riquezas. El gusto de la oracion convirtió al padecer en gozar, y las cruces en glorias; y era de suerte que ya casi no tenia los movimientos de criatura para el sentimiento de las penas. Aunque faltase para los de casa, no le faltaba para dar limosna; porque la misericordia y largueza del Señor, que eran las hipotecas de su caudal, nunca le faltaron á su esperanza. Un maestro de sastre que la daba que coser, partió á Indias, quedando ella sin este socorro, y así padecieron mucho, y en ocasion pasaron ocho dias con solo pescado cocido, sin bocado de pan, porque valia muy caro. Un dia pudo ganar para un panecillo de media libra, y al tiempo de comer vino un pobre, y sentándole á la mesa con otras cinco personas que habia en su casa, todos comieron á satisfaccion de aquel panecillo y del pescado, que fué la única vianda de aquel convite. Las ánsias de tratar con Dios nunca dijeron basta, ni la dejaban sosegar, y continuando su antigua costumbre, acostados los de casa, se retiraba á tener oracion.

El celo de su alma, no cabiendo en su pecho, se derramaba afuera, y criaba á sus hijas con el mismo espíritu de oracion, y las que llegaron á edad perfecta se ejercitaron mucho en ella. Tambien su marido se abrasó en el mismo fuego, y se convirtió en varon devoto y dado muy de veras al trato con Dios. Todos los de su casa tenian horas determinadas para retirarse, y gastaban mucho tiempo en divinas meditaciones, y rezaban juntos el rosario y otras muchas devociones. Todo se ejecutaba con tanta puntualidad y órden, que su familia más parecia casa de religion que domicilio de seglares; y en cuanto podia, aconsejaba lo mismo á las personas con quienes trataba, y bebiendo ella de las fuentes del Salvador, queria que todos bebiesen y gozasen de los frutos del amor divino. Aunque estudiaba tanto en las escuelas de la virtud, no la faltaban imperfecciones, que en esta vida mortal pocas veces se limpia de todas las espinas el campo de nuestra flaca naturaleza, viciado tanto por la culpa original. Ella misma conocia estas faltas, y buscaba el remedio de ellas en el Señor de las virtudes, á quien pedia gracia para enmendarlas. Un dia sintió en sí como desmayos de muerte, y la dejaron tan desfigurada, que sus hijas la preguntaban si estaba enferma, pues el color la publicaba difunta. Dióle temor la muerte, y cuidadosa se recogió á la oracion, y con grandes ánsias preguntaba al Señor, ¿si queria sacarla de este miserable mundo? Y Su Majestad la respondió estas palabras: *Quiero que mueras á todas las cosas visibles y temporales*. Desde entónces siempre que cometia alguna falta, luego se la castigaba Dios con pena sensible, y era comunmente en las manos, que se le abrasaban como si las tuviera en vivas llamas. Unas veces era toda la mano, otras no toda sino la palma, ó un dedo, ó dos, ó tres ó más. Este fuego solia durar ocho dias y diez, y quince, y cuatro, y dos, y tambien un dia y una hora, y algunas veces media, conforme era la falta que habia cometido. En sintiendo el castigo examinaba su conciencia para saber su falta, y luego Dios se la manifestaba, y ella proponia muy de veras y procuraba enmendarla, y por esta escalera bajaba á profundizarse mucho en el valle de su humildad. El cuerpo de estas faltas era el estar algo tibia en la oracion, y el hablar entre las demás palabras alguna que no era menester y otras semejantes, y todas la llenaron mucho de escrúpulos, y por este tiempo cada dia se confesaba tres y cuatro veces. Andaba de confesor en confesor sin hallar sosiego, y juzgando que no acertaba ni sabia confesarse, y llorando buscaba doctrina y luz para enmendar las faltas que conocia y para conocer las que no alcanzaba. Sucedia algunas veces que el confesor, por aquietar sus ahogos, en lugar de reprensiones, daba alabanzas á sus ejercicios, diciendo fuese agradecida á Dios por los bienes espirituales que la comunicaba. Esto aumentaba su desconsuelo, porque conociendo ella sus faltas, juzgaba que no las manifestaba

bien ni acababan de entenderlas los confesores, y así no descansaba en buscar luz para sus tinieblas, y quietud para sus dudas y escrúpulos. Poco alivio hallaba en las criaturas, y apelando al Criador, le buscaba en la oracion, y de allí salia consolada. En una ocasion, estando muy solícita en adquirir pureza cabal en el alma para sentar en ella las virtudes, la manifestó el Señor las cuatro postrimerías del hombre, que son la muerte, el juicio, el infierno y la gloria, y la dijo: *Piensa en cualquiera cosa de estas y no pecarás.* Así lo ejecutó en adelante, cogiendo de estos árboles el fruto de la propia confusion, y las flores de otras muchas virtudes que se defendian con el santo temor de Dios. Verdad es que en el infierno nunca pudo meditar mucho; pero con la memoria del juicio arrancaba las imperfecciones, y en la consideracion de la gloria tomaba vigorosas fuerzas su esperanza, y se mitigaban las punzadas de sus escrúpulos. En la muerte tambien solia meditar con frecuencia; pero una noche subiendo á la cumbre de esta consideracion se turbó tanto en el alma, que fueron menester alientos de arriba para que volviese á gozar de sus sentidos. En esta ocasion se le puso levantado el pecho, los ojos quebrados y sin vista, las manos encrucijadas, los pies juntos y tendidos, los dientes traspillados, sin espíritus vitales el cuerpo, y la respiracion tan débil, que parecia solo faltaba que espirase. Estando así se le apareció Cristo, que es nuestra vida, y á su vista fué recobrando la que ya casi tenia perdida. Desde que sucedió esto nunca más volvió de propósito á contemplar en la muerte, aunque siempre la tenia en la memoria, pero con reflexion á no aplicar todos los sentidos para que no entrasen á las salas más interiores de esta meditacion. Ordenándolo Dios para los fines de su oculta providencia, la pidieron una de sus hijas que se llamaba Juana, para que sirviese en casa de un título de Castilla, y ella la dió contra toda su voluntad por obedecer al consejo de su confesor, que la decia no fuese pobre soberbia. Despues de cuatro meses conoció el confesor, y tambien lo conocieron otras personas, que no estaba bien en aquella casa, y decian á su madre que la volviese á sacar de ella porque así convenia. Entró en esta nueva pretension, pero no se la quisieron dar, porque la señora de la casa la queria mucho; pero la buena madre no desistió de su empresa con ruegos importunos hasta que la volvió consigo. Lo que queda referido sucedió á esta sierva del Altísimo en el tiempo de su matrimonio, en el cual vivió en paz con su marido, y como buenos casados se ayudaban en caridad para llevar con paciencia los trabajos de su casa, que fueron muchos, pero los miraban como escalera para subir al cielo, y llevados entre los dos era menor en cada uno la carga. Su marido desde luego la conoció por mujer virtuosa y la estimaba como á tal, y procuró vestirse con el traje de sus costumbres. Al fin de sus años se dió mucho á la oracion, á ejerci-

cios devotos y á ganar virtudes; y de los que le trataban era tenido por varon perfecto y por verdadero cristiano, sin las falacias y sin los dobleces del mundo. Llegó Santillana á edad muy anciana, porque le faltaba poco para ser viejo cuando contrajo matrimonio con Ana de Jesus, á la cual estando un dia en oracion se le dió á entender corria á cortos plazos la vida de su marido. Conformóse con la voluntad de Dios, ofreciéndole aquella pena y á sí misma para las otras que la viniesen á impulsos de la Divina Providencia. Con la luz de aquella noticia miraba muchas veces á su marido, considerando los cortos plazos de aquella vida y la flaqueza de nuestro barro, que se desvanece como humo. El marido, ó por tener la misma inteligencia, ó porque entendió el idioma de mirarle tanto, decia á su mujer estas palabras: *Presto no me mirarás, Ana, porque ya me llama la sepultura.* Pasaron tres semanas sin que tuviese accidente nuevo, y una noche la llamó muy de propósito, y la dijo que era llegado el tiempo de que se despidiesen, y pidiendo oraciones encargó á la madre el cuidado de las hijas que tenian, y esta vez quedaron como despedidos para siempre. Al dia siguiente se levantó bueno el marido y salió de su casa para oir misa, y cuando volvió traia el mal de la muerte, y subiéndose á la cama dijo al paso á su mujer: *Ana, ya llegó el tiempo de nuestro apartamiento.* Dijo tambien la hora en que habia de morir, y llamando á sus hijas las amonestaba á que fuesen humildes y obedientes á su madre. Llegada la noche de aquel mismo dia le acometieron las agonías de la muerte, y los que asistian no permitieron que Ana de Jesus ni sus hijas estuviesen presentes, y por esta causa se retiraron á rogar á Dios por él. En la oracion, por representacion intelectual, vió la madre las angustias que padecia el alma de su marido, y cómo muchos demonios la combatian, y era con tanto furor, que la causó espanto y compasion, porque se le representaron en grande soledad y estrechura aquellas pobres potencias. Con esta inteligencia clamaba su espíritu al Padre de las misericordias y decia: *Remedio de afligidos y Señor mio, qué soledad es esta que veo en medio de tantos enemigos? Ten misericordia de su alma.* A estos clamores oyó que la respondian: «Este es el paso peligroso de los que mueren, y pocos ó ninguno lo dejan de pasar conforme á sus pecados, pues segun los que tiene cometidos es el número de los acusadores y perseguidores. Contra este desamparo y soledad que miras, hay legiones de ángeles y los santos á quien tuvieron devocion, y más que todo los méritos del Salvador, que fortifican á los predestinados.» Esta inteligencia tuvo con luz muy clara, y estando en ella murió su marido, y descansó felizmente á juicio de los que le asistian. En cuanto recibió Ana esta noticia procuró formar actos de resignacion, y pasó luego á ofrecer á Dios tres hijas que la quedaban, y la primera ofreció al Padre, la segunda al Hijo, y la tercera al Espíritu

Santo, pidiendo á Su Majestad que fuese padre de todas y les comunicase tantas virtudes y perfeccion, que en ellas se conociese la gran santidad de aquel Señor que liberalmente se las comunicaba, redimiéndolas por hijas. Luego se aplicó á pedir con grandes lágrimas por el ánima de su marido, el cual se le representó en figura triste y como ceniciento, y entónces no se le dió inteligencia del estado que tenia. Esta vision produjo en ella un grande espanto, que la dejó como sin sentidos, y toda aquella noche estuvo como espantada y como fuera de sí. Despues de enterrado su marido, sintió nueva pena por el temor que tenia del estado de su alma, y no cesaba de rogar por él, clamando al Padre de las misericordias. Cuando tenia á su desvelo este cuidado, tomó en las manos un *Agnus Dei*, que habia sido del difunto, y tenia un Niño Jesus en carnes, abrazado con una cruz, y por trono un corazon con todos los instrumentos de la pasion. A la vista de este Niño pedia muchas veces por el alma de su marido, y en una ocasion se le representó con gran viveza, que estaba de rodillas y las manos juntas mirando al mismo Niño como quien pedia limosna, y esperaba enriquecerse con los tesoros del que le habia comprado con su sangre. Representaba sus mismas facciones, pero el cuerpo se cubria de llamas hasta los pechos, y le bañaba una fuente de sangre que manaba del Niño, y con este baño se deshacian las llamas en que era atormentado. Por aquí entendió que su marido estaba en el purgatorio, y como á siervo de Jesucristo, le alcanzaba para la gloria la redencion de su sangre. Al poco tiempo del fallecimiento de su marido, se recogió con sus hijas á una casa muy pequeña, y como pobre, estaba desconocida del mundo, pero muy asistida con afluencias de la divina gracia. Entabló de nuevo sus ejercicios, y estos eran acudir á la iglesia por la mañana, y luego recogerse á trabajar, y compraban el alimento con la labor de sus manos. Puso nuevo desvelo para que sus hijas se aplicasen al trato interior, y gastaban la mayor parte de la noche en oracion, y en otros ejercicios de penitencia y mortificacion. Llamábanse las hijas Paula, Juana y Baltasara, y llegaron á tanta perfeccion que eran el ejemplo de la vecindad, y siempre se conoció que habian heredado las virtudes de su santa madre. Pedia en una ocasion Ana de Jesus por sus hijas, para que Dios las llenase de virtudes, y entónces la mostraron en espíritu un prado muy grande, lleno de muchas flores y árboles colmados de frutos que su hermosura recreaba la vista, y causaba admiracion. En esta metáfora se le dió á entender la diferencia de los justos, y que unos tienen las virtudes en flor, y otros producen abundantes frutos de buenas obras. En este prado se vió á sí misma como raiz, de la cual nacian tres árboles. El menor apénas salia de la tierra, y sus ramas solo se adornaban con flores; pero los otros dos estaban muy descollados, y con

abundancia no solo de flores sino tambien de frutos. Aquí la dió á entender el Señor que aquellos tres árboles eran sus tres hijas, de las cuales Baltasara estaba muy en los principios de la perfeccion, si se comparaba con las otras dos, que estaban más altas en virtudes y más ricas de los tesoros de la gracia. Puesta ya en el nuevo estado de viudez esta venerable sierva del Señor, parecia su vida más del cielo que de la tierra. Todo su trato era con Dios huyendo de las criaturas, y solo comunicaba poco con algunas personas virtuosas, y Su Majestad la regalaba con tantos dolores y trabajos, que ellos bastaban para quitarle el gusto y el apetito á todas las cosas de esta miserable vida. Otro fuego la purificaba mucho más de estos afectos, y este era el amor encendido que tenia á Dios en Cristo nuestro bien. Este amor ocupaba todas sus potencias y sentidos, sin que dejase facultad para atender á otras cosas, y reputando por basura todos los bienes de la tierra. Las cadenas de este amor eran penas y dolores, que los padeció muy intensos, especialmente en los últimos años de su peregrinacion. Casi toda la vida fué atormentada con intenso dolor en las manos, pies y costado, y estos eran continuos, pero los viernes se aumentaban mucho, y como fué creciendo en la edad crecia tambien el dolor. Algunas veces en lo exterior de las manos y tambien en las palmas con la fuerza del dolor se le formaban señales coloradas y redondas, de medida como un cuarto. En los pies algunas veces se le encogian los dedos, y se arqueaban tanto, que casi llegaban á juntarse con la planta, y quedaban desencajados y descoyuntados con un tormento tan grande, que afirma su confesor perdiera muchas veces la vida á rigores de aquella pena, si no la fortaleciese el mismo que se la daba. En estos dolores, aunque tan intensos, se recreaba su espíritu, y con el gozo por imitar á su divino Maestro deseaba padecer más, y el Señor tambien parece se recreaba en verla padecer, y nunca la dejaba descansar, y para que tuviese fuerzas la previno con muchos favores. Desde que quedó viuda, pobre, y con tres hijas imitadoras de su madre en sus costumbres segun queda indicado y se deja comprender, crecieron más sus trabajos interiores y exteriores, pero á todo resistia con varonil constancia. Premióla el Señor con soberanos favores y distinciones especiales estas tribulaciones que por su amor padecia, ya con dulces coloquios, ya con darle la comunion de su mano, ya con otros dones sobrenaturales. Por consejo del Bto. Miguel de los Santos tomó el hábito de beata trinitaria descalza, y cumpliendo el año, hizo los votos simples para la profesion. Desde entónces empezó á sentir agudos dolores en las manos, pies y costado, creciendo más esta molestia los viernes. Entre otras revelaciones que tuvo, una fué la de la fundacion del convento de los Reyes de Sevilla, en ocasion que este proyecto padecia las mayores contradicciones. Las estimaciones que de su virtud hicieron en Sevilla, fueron

grandes; pero esto mismo la hacia vivir más temerosa y retirada, huyendo así los asaltos del amor propio. No se valió del mucho favor que le hacian varias personas ricas y piadosas para manifestarles las muchas escaseces que padecia en su persona y familia, y conseguir así el remedio de ellas. Fiaba solo á la Divina Providencia y trabajo de sus manos los medios para poder subsistir. Advirtióse en las bestias cierta especie de veneracion y respeto á la sierva de Dios, parándose en la calle hasta que pasase, sin que la vara ó la espuela las pudiese mover, y hubo ocasion en que un brioso caballo se arrodillase al estar junto á él esta virtuosa mujer, sin que las muchas diligencias que hizo el ginete fuesen bastantes á que se levantase por entónces. El genio natural de la madre Ana era encogido y humilde, y siempre estudió mucho en buscar el retiro y abstraccion de criaturas. Era esto en tanto grado, que algunas veces la mandaba el Señor que visitase algunos enfermos, y si eran personas que tuviesen algun resplandor en el mundo no lo ejecutaba, temiendo no ser engañado del demonio, y así esperaba la órden de su confesor, ó en circunstancias que no podia consultarle, se gobernaba por otras reglas exteriores, que la manifestaban ser obra de caridad y no de vanidad el visitar á las personas que necesitaban de su asistencia. Estuvo léjos de ser de aquellas beatas, que parece que lo son para tener entrada á los estrados y á las casas ricas y opulentas del mundo. Con esto siempre vivió desconocida, y como pobre tenia siempre casa muy humilde y pequeña, y comunmente retirada á los arrabales como si fuera el oprobio de los hombres y el desecho de las gentes. En medio de esta oscuridad resplandecia cierta luz maravillosa, que la percibian muy bien los pocos que la trataban. Entre sus gracias fué singular la de ser agradable, y lo era para sus confesores, que la atendian con respeto y veneracion, y para algunas mujeres devotas que familiarmente la comunicaban y gozaban más de su dulce conversacion, y la miraban como á ejemplo raro de santidad y se tenian por dichosas en recibir sus doctrinas y buenos consejos. Las personas que una vez la hablaban, luego formaban buen concepto de ella, y sin repugnancia les sentaba en el corazon que aquella mujer era santa, porque no tenia ademanes mujeriles y todas sus acciones se vestian de sinceridad virtuosa, de prudencia humilde y de gravedad devota y afable. Cuando iba por la calle causaba veneracion su modestia y compostura, y todos los que la encontraban, así eclesiásticos como seglares, aunque fuesen caballeros y señores de título, y no supiesen quién era, la hacian gran honra y reverencia, como movidos de impulso interior para venerar á la que solo en su modo y en su compostura como sobrescrito de su interior, mostraba la virtud sólida y verdadera de que se adornaba su alma. Fuera de esto, que era general, la veneraron mucho algunas personas y casas particulares de grande nombradía, viso y

hacienda en Sevilla, y para las necesidades de su casa y las enfermedades de los de su familia fiaban más de las oraciones de la venerable Madre, que de todos los aforismos de Galeno, y que de todos los remedios de su medicina. No se engañaron en esta esperanza, porque obró el Señor grandes maravillas con estos que tanto la veneraban, unas viviendo la V. Madre y otras despues de difunta. Una comercianta, solo de verla pasar por su calle, la cobró tanta aficion y respeto, que la llamaba y con grandes ponderaciones la pedia que la encomendase á Dios, y no con ménos afecto la ofrecia todo lo que habia en su casa, no solo prestado sino es dado; pero ella en esto fué recatadísima, y aunque estaba pobre, nunca abrió la mano para recibir lo que la ofrecian, y tenia por desórden insufrible hacer ganancias temporales de la virtud, porque no ignoraba que esto es hipocresía abominable. Con esta máxima componia el pedir limosna cuando se hallaba en extrema necesidad, aunque su natural encogimiento la detenia mucho en esto, hasta que no hallaba otro remedio, y entendia ser aquel el medio por donde Dios queria se sustentase: aunque esto le sucedió pocas veces, porque con el trabajo de sus manos y con la providencia de Dios y gastando poco excusaba de dar molestia á los demás. Algunas personas la solian llamar á sus casas, y la tenian en ella los dias enteros por el provecho que sacaban de su compañía y conversacion, pero ella no consentia en esto sin órden de su confesor, y solo lo ejecutaba por obediencia: y áun con esta circunstancia no estaba sosegado su ánimo, amigo siempre de soledad y silencio para atender á Dios de cuya presencia nunca se apartaba su interior, y con tan buena compañía le daban molestia las criaturas, y el tratar de las cosas del mundo: cuando se volvia á su casa, sabiendo su pobreza, la daban algunas cosas que llevase, y despues de grandes instancias tomaba algo por limosna, y por no ser pobre soberbia; y en todo estaba medido su desinterés y despego con la virtud que profesaba. Ya estaba la madre Ana llena de merecimientos que la llamaban al premio; y para que su muerte fuese preciosa, dispuso el Señor que se aumentasen sus penas y dolores en los últimos dias de su vida. El viernes santo comenzó la Divina Providencia á subir de punto las penas con que la habia ejercitado en el discurso de su vida, y eran tan continuas y repetidas que no daban un punto de descanso, y tan terribles que la postraron en la cama, y en ella como en un potro padeció muchos dias, hasta que murió. Tantos eran sus dolores que cada dia juzgaban los médicos que aquel era el último de su vida, pero el dia de la Ascension la apretaron con exceso las fatigas, y apresuradamente se le administraron los sacramentos de la penitencia, viático y extremauncion, los cuales recibió con singular gozo de su alma. Estaba su confesor ausente de Sevilla, y juzgando los devotos de la V. Madre que se movia, la pedian sus oraciones como despi-

diéndose, pero les dijo que no se fatigasen, que no habia de morir hasta que viniese su confesor, porque él la habia de hacer los oficios. Esto no se creyó entónces, porque estaba el V. P. Fr. Antonio del Espíritu Santo en un sitio ó lugar bastanto lejano de aquel punto y muy ocupado en negocios graves de la religion para los cuales necesitaba de mucho tiempo, y sabiendo esto los religiosos que la asistian, la dijeron que no podia venir en muchos meses; pero respondió estas palabras: *Sí vendrá, y presto, porque esta es la voluntad del Señor.* Miéntras esto pasaba le eligieron en Madrid por ministro de Sevilla, y tuvo necesidad de dejar los otros negocios que tenia á su cargo, y partir á su convento, y luego brevemente murió la madre Ana, y el Ministro sin saber lo que habia pasado celebró en su entierro el oficio de la sepultura y la Misa el dia siguiente. Desde que cayó en la cama guardó inviolable silencio, y aunque algunas personas se estaban con ella toda la mañana ó toda la tarde, no hablaba palabra sino es para responder, y entónces decia *sí* ó *no*, y algunas veces añadia algunas más palabras cuando eran menester para que la dejasen. Preguntáronla sus hijas qué harian despues de su muerte acerca de algunas cosas domésticas y dijo: *En eso hagan lo que nuestro Señor les inspirare, que yo no puedo atender á cosas de esta vida.* Todos entendieron que aquella suspension era de lo alto, y un religioso docto y espiritual viendo que duraba casi cuatro meses aquella abstraccion de sentidos, la preguntó en esta forma: «Madre, dígame, ¿qué suspension es ésta? ¿qué hace su alma, y en qué se ocupa su espíritu?» A lo cual respondió la enferma: «Mi deseo es amar insaciablemente á mi Señor, pues no estorba la enfermedad aunque me aflige tanto y no me deja respirar.» Estaba con tanta quietud exterior que algunos pensaron que dormia, pero en la verdad no era sueño del cuerpo sino del alma, y esta la deleitaba en el Señor, hurtándola los sentidos para que con ellos no pudiese atender á las cosas interiores y exteriores, y aunque el alma gozaba, el cuerpo padecia. Nunca se quejó ni de los dolores ni de las medicinas que fueron muy penosas las que la aplicaron. No pidió alivio alguno para su enfermedad, ni repugnó cosa que la ordenasen, aunque aumentase sus males, y así procuraba comer cuando se lo mandaban, aunque el comer era riguroso tormento; y si habia faltas en su asistencia las sufria con tanto disimulo como si fuera de bronce. Lo que más admiracion puso en los que la asistieron fué que no arrancaron á su corazon ni un suspiro los continuos dolores que padecia, que eran tan furiosos, que parecia imposible poderlos sufrir un cuerpo humano, y se juzgó que Dios con alta providencia la conservaba la vida para que padeciese. Para formar concepto de lo que padeció, debemos suponer, por testimonio de su confesor, que en esta enfermedad se le amontonaron y aumentaron todos los dolores que en diversas ocasiones habia padecido en el

discurso de su vida. Aquellos que la tenian abiertas las coyunturas, desconcertados los pulsos y arterias, y trémulas las canillas y huesos. Aquellos con que en memoria de sus sagradas llagas, el Señor la regalaba todos los viernes en las manos, pies y costado; y cuán acerbos fuesen, ella, aunque sabia sufrirlos, nunca supo explicarlos, y se puede conjeturar algo por sus efectos. Eran continuos, pero los viernes subian de punto, y no la dejaban andar, sin que pusiese los ojos donde ponia los pies, porque el dolor era intensísimo, y para moverse necesitaba de arrimarse á las paredes, y algunos viernes la vehemencia del dolor encogia los nervios de tal suerte, que los dedos tocaban con la planta del pie, y algunas veces con el carcañal. Esto padeció todos los viernes de su enfermedad, pero con más intension que los otros viernes del discurso de su vida. Sufrió tambien aquellas penas que, á emulacion de las del purgatorio, ella misma habia pedido á nuestro Señor por penitencia de sus faltas, y Su Majestad se las daba en cometiendo alguna, y la ponia dolorosos incendios en las manos ó en otras partes, y le duraban más ó ménos, segun el cuerpo de la imperfeccion; y como el Señor la quiso purificar y acrisolar en esta última enfermedad, que fué tan larga, la apretó más con estos dolores, dándoselos más generales y más intensos. Vino á tal flaqueza que solo le quedaba el pellejo sobre los huesos; y como era tan notorio su trabajo y pena, decia á los que hablaban en aquella materia, que Su Majestad la castigaba entónces sus faltas en toda su persona, porque ya no podia hacer penitencia de ellas. Estos incendios los padeció toda su vida, y mayores en el último año de ella, y más que siempre en esta última enfermedad, en la cual parece emularon los del purgatorio, que se vistieron de sus propiedades, porque abrasaban y no consumian, conservando al sugeto para que padeciese más. Parecia este fuego de superior providencia, y ningun remedio natural le templaba, y aunque el arte le administró unciones refrigerantes y otras medicinas frigidísimas, todo era en vano y sin utilidad alguna, pues las unciones tan presto estaban secas como aplicadas; y á la mujer que hacia oficio de enfermera, cuando aplicaba las unturas, la quedaba la mano tan ardiendo, que necesitaba de buscar con diligencia, ó que se la tuviesen preparada, agua fria para templarla; y lo que más es, que para experiencia y crédito de este fuego, no era menester tocar con la mano á la enferma, y bastaba ponerlas delante de ella en proporcionada distancia, y se calentaban de la misma suerte que si estuvieran aplicadas á la lumbre de un brasero. Este calor, estos incendios y estas penas pusieron su cuerpo tan consumido y exhausto, que sin perder lo venerable de su semblante, parecian sus carnes pergamino, que despues de mojado le secaron al fuego, y así estaba arrugado y áspero el cutis que servia de manto á sus huesos. Con increible paciencia, tranquilidad y gusto

padecia la madre Ana de Jesus todos los dolores, trabajos y tormentos que quedan referidos y muchos más; y se tuvo por singular maravilla que viviese tanto tiempo, á pesar de tanto tropel de penas; aunque por otra parte nos podemos admirar de que en aquella ocasion muriese la que vivia de penar. La fuente perenne de sus ardores era, á lo que parece, el fuego de amor divino, que ardia en su pecho, porque este incendio, como saben los místicos, no solo abrasa el alma, sino tambien el cuerpo; porque trae á su modo el obrar de las otras potencias y sentidos, y todas arden porque las mueve el amor, y agitadas con espíritus amorosos secan el cuerpo y abrasan el alma, y todo el hombre es trasformado en el mismo fuego que le abrasa, y este parece fué por fin el que quitó la vida á la madre Ana de Jesus. Asistianla dos religiosos descalzos de la Santísima Trinidad, y á ruegos de la enferma, que lo pidió con humilde y fervorosa devocion, referian los tormentos y penas que Cristo nuestro bien habia padecido en el discurso de su pasion; y llegando á la consideracion de cuando clavado en la cruz levantaron aquella bandera de nuestra redencion para que en ella se alistasen los que quieren conquistar el cielo; y hablando los religiosos de las agonías del Redentor, ella que lo escuchaba con todos sus sentidos, se enterneció de manera que de pura compasion, deshecha en lágrimas, destilaba el corazon por los ojos, y diciendo dos veces *Jesus*, *Jesus*, inclinó la cabèza, y al pronunciar la tercera vez *Jesus*, le entregó el alma, sin otro movimiento ni exterioridad en su cuerpo. Esta fué la pena que pudo matarla, la compasion en los dolores de Cristo, que puestos en su meditacion, pudieron más que todos los que en tropel la atormentaban el cuerpo, para que enfermase de amor como la Esposa; y además de esto muriese de amor como otras algunas personas santas perdieron la vida felizmente, á dulzuras apetecibles de la misma dolencia. Fué su dichoso tránsito á las doce del dia, un viernes de Julio, dia 21 de este mes, del año de 1617. Desamparado aquel venerable cuerpo del alma, se mudaron los fueros de la naturaleza, pues cuando la tenia estaba seco, marchito y macilento; y en las ausencias del alma, se puso el cuerpo tan blando y tratable como una madeja de seda; y el rostro más agradable, venerable y hermoso que cuando gozaba de alientos vitales; y muchas señoras y matronas honestas, que la tocaron las manos en el féretro, dijeron que tal blancura y suavidad en cuerpo difunto, nunca se habia visto, ni podia ser naturalmente. Apénas habia muerto cuando Su Majestad comenzó á publicar sus virtudes con evidentes milagros y con infinito concurso de toda la ciudad de Sevilla; pero ántes de dar lugar á esto, se vistió el sagrado cuerpo con su mismo hábito, que como era blanco y la cruz en el pecho, decia bien con las virtudes que publicaban su rostro y su fama. Fué puesto en caja forrada por dentro en raso blanco, y por lo exterior con ter-

ciopelo carmesí y franjas anchas de oro, que así lo dispuso el fervor de los fieles sus devotos. En pocas horas corrió la voz por toda la ciudad de Sevilla de que habia muerto la santa madre Ana de Jesus, y aunque era poco conocida, concurrió tanta multitud, que unos á otros se atropellaban, y siendo la casa en que habia muerto muy pequeña, pasaron el cuerpo á la inmediata, que tenia y tiene un patio de los mayores que hay en la ciudad de Sevilla. Por horas crecia la multitud, porque se conmovió toda la ciudad, y no cabian los que llegaban ni en el patio ni en las calles vecinas, y venian muchos desalados á conocer difunta á la que nunca habian visto viva, y todos á una voz la aclamaban la santa, y el cielo aumentaba esta voz con milagros, y de los que Su Majestad obró por ella estando en el féretro como tendremos ocasion de referir despues. Asistieron sin apartarse del cuerpo cuatro religiosos trinitarios y algunos piadosos caballeros, y fué menester el desvelo y la autoridad de todos para que la imprudente devocion no la desnudára de sus hábitos, que con solicitud y ansiedad querian llevárselos para reliquias. Todos se empleaban con gran fatiga en tocar á las manos y al rostro de la difunta los rosarios y medallas que ofrecian las personas que llegaban cerca. Así estuvo hasta el dia siguiente por la noche, y á pesar de ser los calores excesivos, despedia de sí un olor suavísimo que en su fragancia manifestaba provenir de una esfera superior á toda comparacion, porque no habia en la tierra flores ni confecciones que le pudieran igualar. Este mismo olor se percibió en las calles por donde fué llevado el sagrado cuerpo, y con más intensidad en la iglesia aquella noche despues de enterrado, y algunos dias despues le percibieron muchas personas, acercándose á su sepulcro. Llegada la hora del entierro, que fué al ponerse el sol, se formó una grande y muy reñida competencia, porque los caballeros piadosamente devotos, pretendieron con toda instancia llevarse el sagrado cuerpo, y despues estos deseos con la competencia se trasformaron en empeño, y dijeron con la mayoría que ellos se la habian de llevar. Los reverendos Padres de la Orden Tercera de S. Francisco, que asistieron con su comunidad, alegaban el grande afecto que siempre la habian tenido, y que siendo en el hábito religiosa, pareceria más bien que fuese llevada en hombros de sacerdotes. Los nuestros tambien sentian no ser preferidos, pues era de nuestro hábito y religion, y se enterraba en nuestra iglesia. Estas desavenencias fueron transigidas en virtud del más prudente acuerdo, y se determinó que en la primera estacion llevasen el sagrado cuerpo los caballeros de la primera gradacion de aquella nobilísima ciudad, que con la mayor solicitud, puntualidad y sin excepcion alguna, habian asistido á la fúnebre ceremonia; en la segunda los reverendos Padres de la Tercera Orden; y en la tercera y última nuestros religiosos, todo segun y como se habia convenido. Al emprender la

marcha se halló no poca dificultad, pues era tan numerosa la multitud de espectadores, que se determinó llevar el sagrado cuerpo por calles anchas y principales, y nada bastó, porque el concurso llenaba las plazas, las calles, los balcones, las ventanas y puertas, y en algunas partes hasta los mismos tejados y azoteas. Llegaron al convento ya de noche, y habiéndose hecho el entierro, costó no poco trabajo en desalojar de la iglesia á la multitud, que no sabia apartarse de aquel iman virtuoso que con oculta violencia los habia llamado y los tenia presos, digámoslo así, con los grillos de la veneracion. El sagrado cuerpo se colocó primero en una bóveda, que de intento y para este efecto se formó debajo de un altar dedicado á Jesucristo nuestro bien y única esperanza eterna, y despues de algun tiempo se trasladaron sus venerables reliquias poniéndolas en una caja, con otra que guarda las del venerable P. Fr. Cipriano de la Madre de Dios, y estan en la iglesia en sitio decente. Despues de haber hecho el convento de Trinitarios descalzos los oficios por la venerable Madre Ana de Jesus, se publicaron honras fúnebres para el dia 5 de Agosto; pero los muy reverendos Padres de la Orden Tercera de S. Francisco, por el grande afecto y devocion que tenian á la sierva de Dios, pidieron con instancias se les permitiese hacer estas honras, y el expresado convento no pudo negar lo que debió agradecer, pues siempre en materias de honor debe accederse á las súplicas y ofrecimientos. Tuvieron en nuestra iglesia púlpito, altar y coro, y predicó el reverendísimo Padre Maestro Chacon, su provincial entónces, y siempre célebre predicador; y cantó la misa el reverendo Padre definidor Arjona; y fué solemnidad tan grave, que su pintura ocuparia mucho lienzo y vivos colores. Sin embargo, aunque con brevedad diremos que despues de muerta, y áun mientras estuvo de cuerpo presente sanó á varios enfermos que acudieron á ella á tocarla sus manos y ropas, volviéndolos sin más medicina que esta á la vida y completa salud que ya tenian casi enteramente perdida, haciendo además otros milagros tan palpables y públicos que llenaron de admiracion y sorpresa á los espectadores y demás que tuvieron noticia de ellos. Esta fué en vida y en muerte la humilde y devota Ana de Jesus, llena de trabajos en el cuerpo y más llena de tesoros celestiales en el alma. Pobre sevillana, que sin oro ni plata ni piedras preciosas, fué dueña de riquezas inestimables, poseyendo en heróico grado todas las virtudes que valen más que los tesoros del Potosí. Con sus obras, segun creemos piadosamente, se granjeó felicidades eternas, y descansa cogiendo en gozo lo que sembró en lágrimas. Sus penas y dolores ya pasaron, y los gozos eternos que por ellas tiene nunca pasarán. Ya se desvanecieron las sombras y las escarchas del invierno duro, y en verano florido goza de aquel *dia eterno que no tiene noche ni fin*. A su grande pobreza correspondió el reino de los cielos, á su paciencia la quietud, á sus ayunos la hartura, á su espe-

ranza la posesion y á su fe oscura la vision clara. Por el camino de la humildad subió al trono de la honra, por el sudor al descanso, por la mortificacion de sus gustos á la posesion de ellos, y por el amor de Dios y del prójimo, á tener por suyo al mismo Dios, el cual, por los merecimientos de su sierva, nos conceda el único bien de nuestras almas, que es Jesucristo, en quien tenemos á Dios y á todas las virtudes. —G. A.

POBRE (Fr. Juan). La Imperial ciudad de Toledo dió al mundo y á la religion este gran siervo de Dios, adonde nació el año de 1590. Fueron sus padres Juan de César y María de la Paz. Eran mercaderes, y estaban muy bien acomodados. Le criaron con santa educacion, y habiendo llegado á cumplir veinte años de edad, dispusieron buscarle medios para que pasase á las Indias, con ánimo de que adelantase con mayores conveniencias de dinero, que es á lo que anhelan todos los del mundo para poder vivir con comodidad. Hallaron éstos, y provisto de algun dinero se puso en camino para Cádiz. Llegó á la ciudad de Jerez, y teniendo aviso de que no partia tan aprisa la flota, estuvo esperando el pasaje muchos dias en esta ciudad. Fué desde muy niño aficionado á los pobres, y toda su diversion consistia en visitar todos los dias los del hospital del santo Fr. Juan Pecador. Continuando estas santas obras de misericordia, le tocó el Señor en el corazon para que mudase de la empresa comenzada, dejase el mundo y se entrase en la religion. Discurrió sobre su jornada á las Indias á buscar tesoros con mejor peso de juicio que en lo que sus padres le habian introducido, y fué de que no habia ganancia más segura y sin riesgo que buscar los tesoros en el cielo, adonde las influencias terrenas no alcanzan á destruir ni aniquilar, y así determinó servir á los pobres del Señor para servir á Dios con más verdad, desnudo y pobre, y pidió con grande rendimiento el hábito en la hospitalaria y sagrada religion del glorioso patriarca S. Juan de Dios. Se le dió el prior, y profesó el año siguiente en manos del que fué despues general de la religion, el P. Fray Francisco Fidel. Fué varon de singular virtud y modestia, y tuvo la dicha de ser, como otro Moisés, querido de Dios y de los hombres. Amó tiernamente á la pobreza, y para no perder de vista virtud tan santa, la quiso tener hasta en el nombre, pues gustó de llamarse Fr. Juan Pobre. Entre los servicios grandes que la religion ha hecho y hace continuamente á los reyes, es enviar religiosos nuestros en las armadas, para que sirvan y curen á los pobres; empleo digno y santo, y de grande aprovechamiento á las repúblicas. El año 1620 se ofreció enviar religiosos para este ministerio con la armada que pasaba á Nueva España, que comunmente llamamos flota, y fué señaladamente el siervo de Dios, con impulso más de la Divina Providencia que de la humana, porque se quedó allá y fué prior de muchas casas, y las dejó edificadas tanto con su ejemplo como en las fábricas. Le hicieron comi-

sario general de las Indias, y pasó al Perú á visitar aquellos hospitales, y fué el segundo comisario general de aquellas provincias. En las visitas de ellas bajó al Panamá, y erigió la provincia de San Bernardo, que hoy se llama de Tierra Firme. Con la misma comision pasó á la Nueva España, y fué el primer Comisario general que aquel reino tuvo. Puso en ejecucion los breves del pontífice Paulo V, que solo el crédito que de santo tenia lo pudo conseguir, porque en aquellas partes los dominios son absolutos, y obran como si no tuvieran superiores. Redujo á muchos religiosos que sentian el peso de la obediencia de los prelados, y se querian quedar con la de los ordinarios, que es ménos prolija y más dilatada. En este punto trabajó de manera que algunos, dejados de la mano de Dios, le dieron veneno; pero Su Majestad le guardó la vida, quitándole la fuerza y violencia, y lo que le habia de quitar la vida le sirvió para conservarla, porque le dieron vómitos con que echó el veneno y limpió el estómago, bien que para que tuviera memoria del beneficio grande que Dios le hizo le quedó siempre dolorido, y no solo hizo este milagro el Señor por su siervo para conservar su vida, sino otros muchos por su intercesion, de que tuvo testigos vivos en esta Corte el año de 1637. Se vino á España y (con veneracion y ponderacion de su virtud y pobreza santa) admiraron todos que no trajese dinero alguno, habiendo disfrutado de lo mejor de aquel nuevo mundo, estando en su mayor prosperidad, así de riquezas como de ánimos generosos que las daban, y habiendo hecho tres comisarios generales, que estos puestos y los de haberlo sido así en el Perú como en la Nueva España, podian haberle servido de alguna conveniencia, no admitió ni quiso alguna, obrando siempre como celoso y santo solo por Dios y por la Religion, y por su mayor crédito. Hiciéronle procurador general de la Religion de España para que fuese á Roma, y fuéle necesario pedir limosna para hacer el viaje. Este es el último sello de su singular pobreza y de su mucha santidad. Fué á aquella ciudad santa, y á los sesenta años de su edad, habiendo servido á Dios y autorizado la Religion treinta y siete, murió en el de 1650 en nuestro hospital y convento de S. Juan Colabita, dejando grande opinion de varon santo.—G. A.

POBRE (María la). Entre los muchos trofeos de la gracia, que como despojos del desengaño penden en el magnífico templo de la santidad, se hace distinguir admirablemente la santa y excelentísima Señora Doña María Suarez de Toledo, que ocultando los resplandores de este brillante nombre en el humilde y bajo de *María la Pobre*, quiso ser con este el desecho de la casa del Señor ántes que con el otro habitar los tabernáculos ó soberbios palacios del mundo: resolucion heróica, con que dió gloria y honor á Dios, gozo á la iglesia, quebranto al demonio, confusion á la soberbia, aliento á la humildad, valor á la pobreza, y una santa emulacion á todas las seño-

ras de su ilustre categoría. Trajo su orígen esta gran señora con su nacimiento en el año de 1457 de las altas casas de Alba y Oropesa, habiendo sido su padre D. Pedro Suarez de Toledo, y su madre Doña María de Guzman, señores de Pinto; ambos no ménos ilustres por su piedad cristiana, que por los esplendores de su nobleza. Desde su infancia parece que el temor de Dios fué su principal maestro, pues adelantándose en la práctica de las virtudes sobre cuanto se podia esperar de su edad, quedaba excedido el magisterio de los padres. A consecuencia de esto, conociendo que el primero y legítimo acreedor de su corazon era Dios por el título de Criador, y el de su bondad y perfecciones infinitas; se consagró víctima en sus aras, haciendo la total entrega de sus potencias y sentidos, para no darles otro empleo, ni á su pureza otro dueño que su divino amor. A este noble sacrificio correspondian las operaciones de aquellos primeros años. El socorro de los pobres era toda su delicia, y cuando no tenia con que aliviar sus miserias, les alargaba su alimento, reservándole cautelosamente á este fin, ó los consolaba con las lágrimas de sus ojos. Las galas y joyas, con que segun su calidad hacian sus padres que se adornase, eran un perpétuo silicio á su desengaño, convirtiendo este las flores de aquella vanidad en molestísimas espinas de mortificacion. Solo descansaba en el oratorio de su casa, donde hurtándose á la ociosidad del estrado, gastaba en oracion largas horas, en que Dios nuestro Señor para más aficionarla á este trato celestial, la iba engolosinando como á párvula en la virtud con la dulce suavidad de las divinas consolaciones. En este mar en leche pasó la santa niña sus primeros años, hasta cumplir los catorce; y queriendo ya la Providencia Divina despegarla de los pechos de la consolacion, para habituarla al sólido alimento de los robustos; comenzó á ponerla el acíbar de los trabajos con la proposicion de un casamiento que su padre tuvo por conveniente. Díjola que habiendo llegado á la edad de poder colocarse en estado, y teniendo inmediata la ocasion de tomarle por el matrimonio de D. García Mendez de Sotomayor, caballero andaluz, señor del Carpio, y sugeto en quien concurria todo aquel lleno de prendas que podia buscar el deseo para las conveniencias de su casa y de su persona, se dispusiera á darle la mano de esposa, sin pensar en la menor resistencia, como lo suponia de su filial rendimiento, y que no querria experimentar su justo rigor apartándose de su voluntad en aquella resolucion, que como tan interesado, tenia bien premeditada. A tan inopinada y resuelta proposicion, quedó pasmada la santa doncella, porque aunque no habia consagrado á Dios por voto su virginidad, se la tenia ofrecida en sacrificio libre desde sus primeros años, suponiendo discretamente que sus padres, como cristianos, no la atarian la voluntad para ofrecer á Dios la hostia inmaculada de su pureza en las aras del estado religioso. Por esta razon las

palabras de su padre fueron en este caso un agudo cuchillo, que traspasándola toda el alma, penetró hasta la division del espíritu. Pero al fin, reconcentrándose toda en Dios por un profundísimo acto de resignacion en sus manos, con que le empeñó en su proteccion y auxilio, trocó el sacrificio de virginidad en el de obediencia; y hablando á su padre, primero con las lágrimas, y despues con unas desmayadas voces que perdian el aliento en la repugnancia al matrimonio, le dijo: «Padre y Señor, desde mis primeros años, llevada del amor á la virginidad, no he pensado en otra cosa que en consagrársela á Jesucristo; pero si vuestra excelencia (en quien debo suponer el deseo y el conocimiento de lo que me esté más bien), tiene por más conveniente el matrimonio, no pienso resistirle, aunque violente toda mi inclinacion: conozco que soy hija, y mirando á Dios en vuestra excelencia, quiero absolutamente obedecerle como á padre.» Tenia éste preocupado el corazon con las razones de estado; con que no hallando lugar en él las palabras de la hija, se efectuó por último el matrimonio. Los trabajos que se siguieron de él á la sierva de Dios, fueron como necesaria consecuencia de la violencia antecedente, y no sé si despues de ellos abriria los ojos el padre para conocer el error de su conducta, que verdaderamente fué errada así en lo político como en lo cristiano. En lo cristiano, por el abuso de su dominio en la hija, siendo principio elemental de la doctrina cristiana que no tienen arbitrio los padres para violentar á los hijos en la eleccion de estado; mayormente cuando el que eligen es decente á su calidad. En lo político, porque de la patente oposicion de su hija al estado del matrimonio, debia prevenir las malas consecuencias que de tales principios se originan á las familias. Cuáles y cuántas fueron las malas consecuencias de este matrimonio, no nos dicen con expresion nuestros cronistas; pero puede y debe suponerse que fueron muchas y graves: afirmando todos que la venerable señora, despues de siete años de casada, llenos de continuas tribulaciones y trabajos, se vió precisada á retirarse á la casa de sus padres, sin haber tenido fruto de bendicion. Mas Dios nuestro Señor, en cuyas manos se habia arrojado esta su sierva con entera confianza, cortó el corriente de estos trabajos con la muerte del marido á muy poco de haberse retirado Doña María á la casa de sus padres. Puesta ya en libertad, como por una parte se hallase hostigada del mundo y sus vanidades, y por otra llamada de Dios al desprecio de todas ellas, con una vocacion extraordinariamente fuerte; despues de consultada, y aprobada de varones doctos y graves, puso en práctica la ruidosa y ejemplarísima resolucion que ya digo. Apartada casa, y despedida de sus padres, para solo seguir á Dios en menosprecio del mundo y de sí misma, dejando aquel decente ornato, que aunque modesto, todavía daba señales de la ilustre calidad de su sangre, se vistió un grosero

hábito de sayal de S. Francisco, con túnica interior de muy grosero paño, y del color del mismo hábito, negada totalmente á todo el uso de lienzo, salvo el que reservó para tocas, que eran de cáñamo muy áspero. Desnudóse tambien los pies, usando solo de sandalias, que por la decencia se tuvieron entónces por convenientes. Finalmente, ceñida de una grosera cuerda de esparto, salió públicamente por las calles de Toledo al templo del convento de nuestro P. S. Francisco, donde quedó escrita y recibida por hija suya en la Venerable Orden Tercera de Penitencia. Y para protestar, no solo con el hábito sino tambien con el nombre, el desprecio de las riquezas y vanidades mundanas, se llamó desde aquel dia, por afecto de pobreza y humildad, *María la Pobre*. Los religiosos que gobernaron esta accion, no juzgaron por conveniente por entónces que se desposeyese de su patrimonio ni de su familia: no del patrimonio, para que pudiese ejercitar por las limosnas la misericordia con los pobres, ni tampoco de la familia, para que no faltase quien la siguiese en el referido ejemplar del menosprecio del mundo. A consecuencia de esto, todas las criadas que admitió desde este dia se vistieron el mismo hábito; por cuyo medio hallaron abrigo los grandes deseos de algunas doncellas pobres y virtuosas, que anhelaban consagrarse á Dios con igual espíritu. Vencido con este público y heróico avance, para explicarme así, el formidable escuadron que se le opuso, y que se deja discurrir, en la contradiccion de sus padres é ilustrísimos parientes, y quedando al fin dueña del campo á esfuerzos de su humildad y paciencia, se entregó toda á Dios para seguirle resueltamente por aquellos rumbos por donde se dignase dirigirla segun su divino beneplácito. Todo su empleo, sin embarazarse ya en juicios ni dichos de los mundanos, eran obras de misericordia y piedad. Visitaba los enfermos, auxiliaba los moribundos, consolaba los encarcelados, socorria á los pobres, amparaba los huérfanos, protegia las viudas, y como si de todos fuera verdadera madre, así solicitaba el alivio y consuelo de cada uno. Frecuentaba mucho los hospitales, en cuyo anchuroso campo se extendian muy esparcidamente su humildad y misericordia, porque á más de servir á los enfermos la comida muchas veces, y más de una vez con la lengua limpiaba la podre y materia á los llagados. Todas las noches, miéntras estuvo en este estado, asistió indefectiblemente á los maitines de la iglesia catedral (que no se cerraba en aquel tiempo), acompañada de su íntima amiga la V. Juana Rodriguez, de cuyas admirables virtudes daremos noticia en el lugar que corresponde. Miéntras los maitines, rezaba en voz baja varias oraciones, y despues daba al ejercicio de la oracion y contemplacion todas aquellas horas que restaban hasta la de prima, en que se preparaba fervorosísimamente para los santos sacramentos de penitencia y eucaristía, y empleada la mayor parte de la mañana en la asis-

tencia al santo sacrificio de la Misa, volvia á su casa para gastar el resto del dia en los empleos que quedan referidos de su misericordia. Su ayuno era de todo el año con alimento muy escaso, y de tercer á tercer dia solo de pan y agua; y á esta proporcion sus silicios y disciplinas. En este género de vida, que duró por algunos años, regulada por la direccion de su confesor el santo y docto varon Fr. Pedro Perez, religioso de nuestra regular observancia, á quien totalmente se entregó para la direccion de su espíritu, hizo en él tales progresos, que llegó á estado de contemplacion infusa, en la que Dios nuestro Señor se dignó de revelarla varios y muy importantes secretos. Entre estos se señalan la restauracion de Granada del tirano dominio de los moros, y la reforma de las religiones en España, que todo lo predijo á los Reyes Católicos ántes que sucediese. Hízole Dios manifiestas tambien las ocultas maquinaciones de los judíos tolerados en estos reinos, y simulando, su aparente conversion á nuestra fe, meditaban astutamente muchos males para cuyo remedio tuvo órden de Dios de que lo participase á los mismos Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, esforzando eficacísimamente con este motivo el establecimiento del Santo Tribunal en todos sus dominios. Para tratar de tan árduas materias con el reposo que su gravedad pedia, la llevaron los Reyes á Segovia, donde la tuvieron consigo en su palacio por espacio de seis meses, y si no se hubiera desprendido de ellos á esfuerzos de su humildad, la hubieran tenido siempre en su compañía; tal estimacion hacian de su virtud, y tanto debe la fe de España al católico espíritu de esta gran mujer. El buen cobro que daba la V. María á los divinos favores é inspiraciones santas con el fiel y fervoroso cumplimiento de ellas, la disponia para que el amor divino se las aumentase, llamándola cada dia á más elevados grados de perfeccion y virtudes. Por esta razon, como la venerable sierva de Dios se hallase movida de un fuerte llamamiento á vida más perfecta, desposeyéndose del todo de los bienes que habia reservado para el ejercicio de la misericordia en el socorro de los pobres, y fijándose más apretadamente en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la abnegacion, odio y desprecio de sí misma, y la mortificacion de su cuerpo en mayor austeridad y penitencia, cedió todos sus bienes y riquezas en beneficio del grande hospital de la Misericordia para curacion de los pobres enfermos. Desechó tambien las sandalias de que hasta entónces habia usado por dictámen de la obediencia; dejó la casa en que vivia y despidió las criadas, habiendo dado primero providencia para su decente acomodo, reservando solo para su compañía á la V. Juana Rodriguez, de quien ya dejo hecha mencion arriba. Y habiendo negociado que en el mismo hospital de la Misericordia se le diese por via de limosna y caridad un estrecho y vil aposentillo para ella y su compañera, quedó consagrada al hospital, á fin de asistir perso-

nalmente de dia y de noche á los enfermos. En este ejercicio se vieron en ella primores de vîrtudes, teniendo en la curacion de los enfermos dilatadisimo campo en que poder lucir principalmente su humildad, su pobreza, su mortificacion, su caridad y su misericordia. Si tal vez, ó para la medicina, ó para el regalo de los mismos pobres enfermos, faltaba en el hospital alguna cosa, salia enteramente descalza por la ciudad á mendigarlo de puerta en puerta. Este fervorosísimo ejemplo fructificó de tal suerte en los piadosos corazones de los toledanos, que no contentos con asistir al hospital con largas limosnas, establecieron una piadosísima cofradía de la gente principal, cuyos cofrades debian vivir por semanas en el mismo hospital para el más puntual y próvido socorro de los pobres de él. Mas sin embargo de que este nuevo modo de vida de la sierva de Dios, mirado con los ojos del desengaño, era tan elevado y celestial, despertó en sus parientes, y principalmente en su madre Doña María de Guzman, un furiosísimo encono, que desfogó en molestísimas calumnias, afrentas y áun malos tratamientos de la Pobre V. María, porque mirando ellos con los ojos de la carne la forma de cualquier vivir, la reputaban por indignidad y afrenta de su familia. La sierva de Dios, empero, firme en el espíritu de su vocacion, caminaba adelante, haciendo de los trabajos y persecuciones usuras de gracia y gloria para la eternidad, hasta que finalmente, quebradas en la roca de su constancia las ondas de las contradicciones, quedó en la posesion de sí misma, adelantándose cada dia más y más en el camino de la perfeccion cristiana. Nunca entraba en las enfermerías que no dejase alegres áun á los que la enfermedad no permite tener momento bueno; traia de ordinario una cesta pequeña en la mano, llena de dulces y frutas acomodadas al apetito de los enfermos, y de provecho para las enfermedades; á éste daba el azúcar, á aquel la manzana y al otro la granada, acudiendo á todos con poder de rica y con amor de madre, y siendo los enfermos de ambos sexos más de setenta, ninguno la echaba ménos por tenerla cada uno y ser ella de todos. Llenaban estas ocupaciones el dia, y la noche su acostumbrada oracion y penitencia, si el peligro cercano de algun enfermo no la detenia, de quien no se apartaba, cuidando tanto del regalo para la vida, como de su buena preparacion para su muerte. Dejaba en ocasiones tales de muy buena gana á Dios por Dios. ¡Tal era su fervor! Corria ya el año del Señor de 1477, cuarenta de la edad de la venerable señora Doña María la Pobre, y casi veinte de su humilde y penitente vida, cuando la sabia Providencia de Dios determinó consolarla con el cumplimiento de aquella antigua vocacion que tuvo en su primera edad al estado religioso, y que despues de su matrimonio parece se adormeció, arredrada quizá de su humildad, con la persuasion de que la que habia celebrado casamiento con un hombre terreno y mortal, no era ya digna de hacer pú-

blica y solemne profesion de esposa de Jesucristo. Como quiera que fuese en la edad de los cuarenta años, despertó el Señor en la V. María aquellos primeros deseos con el golpe de una tan aguda y terrible enfermedad, que despues de haber padecido en ella acerbísimos dolores, y recibidos los sacramentos de la Iglesia, para prevenirse á la eternidad, la puso á las puertas de la muerte. Esto tuvo lugar en el hospital de la Misericordia referido, á los tres años de la residencia en él de la enferma indicada, á cuyo sitio acudieron su madre y deudos, no valiendo ya contra la piedad natural los enojos pasados y pretendiendo cada uno enriquecer su casa con aquel que la tenian por tesoro del cielo, poco ántes desestimado de su vanidad. Mas nunca consintió que la habitacion que habia sido testigo de las mercedes que Dios se habia dignado de hacerla en la vida, lo dejase de ser de las que pensaba recibir en la muerte: procurando cuanto era de su parte morir como habia vivido, pobre conforme al nombre de que siempre se preció, y á que antepuso el ilustrísimo de su casa, gustando más de ser pobre que Toledo, y alegrándose más de oirse llamar *venerable María la Pobre*, que de los blasones que el nombre de Toledo por tantos títulos ilustre la podia ofrecer: que la pobreza consiste más en la voluntad que en la naturaleza, y es más verdaderamente pobre el que echa de sí las riquezas que el que nació despojado de ellas. Fué la enfermedad apretándola más, y como halló disposicion en el sugeto, extenuado con ayunos continuos y penitencias ásperas, apoderándose tan imperiosamente de él que ya los médicos humanos, desconfiados de los remedios de la naturaleza, acudieron al Señor de ella, proponiendo lo que ella tanto acostumbraba. Recibió los santos sacramentos de la comunion y extremauncion, segun queda indicado, y en presencia de sus religiosas compañeras y devota madre quedó como algunos creian difunta. Fué grande el sentimiento no solo de su madre y compañeras sino de innumerable gente, que se habia recogido al ver aquel milagro de mujeres, deseosa de participar de alguna partícula ó pequeña porcion de los miembros que ella habia consagrado al servicio de Dios, de las vestiduras con que se habia burlado del mundo. Sacáronla de la estrechura de su celda á la capilla de Lope Gaitan, que era del Hospital, para cuyo regalo eran en otro tiempo las señoras que hoy tienen nombre de beatas cerca de él, y en cuya compañía estaban las devotas compañeras de la V. María. Tratábase ya de restituirla á la tierra; abriendo la sepultura que habia de ser la habitacion de su cuerpo hasta la resurreccion universal. Pero su madre, impaciente de la ausencia de su hija por el amor que entrañablemente la tenia, acudió al árbitro de la muerte y de la vida, Cristo, á quien por intercesion de su clementísima Madre suplicó la volviese la hija, que lo era más suya que de ella misma. Volviase á la imágen que hoy se venera en la iglesia de estas señoras, y la decia: «Perdonad, Señora,

»el atrevimiento de mis manos por el sentimiento de mi corazon. Madre sois »del mejor Hijo, hija era vuestra la que yo parí, ó quitaros hé el vuestro, ó »dadme la que, aunque mia, quiero para vos. Vos no podeis vivir sin el »vuestro, ¿yo sin la mia para qué tengo de vivir? Os le quito miéntras me »la dais.» Agradó á la piadosísima Señora la sinceridad de la piadosa madre, y dió de repente (cosa maravillosa), movimiento á los miembros, de que ya estaba apoderado el cielo, abrió los ojos la que pareció ya difunta, y como si despertára de un sosegadísimo sueño alegró con su vista á los que tenian sus luces encubiertas en tinieblas de amarga lástima. Hallóse Doña Juana en un instante la vida de su hija, y ella la mejoría, y aunque deseosa de acabarla de cobrar en su apacible estrechura, obedeció al mandato de los médicos que desesperaban otra vez de su vida si quedaba en el hospital, pasóla su madre á sus casas con gran consuelo de todos los que habian llorado la falta que su ejemplo habia de hacer á todo género de estados y alegría de su madre, que estimaba ya á su hija como mejorada con la vida, que no ella sino la Madre del mismo Dios la habia dado de nuevo. A esto contribuyó sobre manera el que en el discurso de su mal hizo la enferma repetidos sacrificios de su vida al Dios nuestro Señor, ó para dejarla con toda voluntad, si Su Majestad se servia sacarla de este mundo, ó para continuarla en él, haciendo más cruda penitencia de sus pecados y solicitando con sus ejemplos almas que le sirviesen en aumento de su culto y de su mayor honra y gloria. El efecto de este sacrificio fué, como queda insinuado, el recobro repentino de su salud, y deseando que el Señor con más claridad la manifestase su divino beneplácito pidió á su amada compañera Juana Rodriguez, que á este fin hiciese oracion con ella. Habiendo, por último, perseverado las dos por algun tiempo en esta devota súplica, les fué revelado que edificasen un monasterio de monjas, donde tomando ambas el hábito asegurasen la salvacion de sus almas y trajesen á los piés del Rey celestial muchas vírgenes con el buen olor de sus ejemplos y virtudes. Certificada de la divina voluntad por este medio la V. María, y aprobada la revelacion por su confesor y otros doctos varones, despues de un circunspecto exámen, pasó á ponerlo en planta, dando el primer paso para ello con la relacion que hizo de todo este caso y de su santo designio á su madre, que aún vivia, y á los demás sus parientes que ilustrados y vencidos ya de las luces del desengaño, veneraban á su parienta como á santa: tanta fuerza tiene en ánimos racionales la práctica constante de la virtud verdadera. Agradados, pues, del intento, se comprometieron todos en ayudarla, especialmente su hermana Doña Juana de Toledo, quien alargó la mano para la fundacion con expensas muy crecidas. Por este mismo tiempo vinieron á Toledo los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, y conociendo la V. María que los caudales ofreci-

dos de sus parientes no bastaban para situar los fondos necesarios á la manutencion del monasterio, habiéndose de mantener no de limosnas sino de rentas, y que si se consumia parte de ellos en la compra de sitio para la fundacion y en los gastos de la fábrica, no quedaba lo necesario á la dotacion de las plazas, pidió á la Reina Católica la cediese unas grandes casas, que en el mismo Toledo pertenecian al Real patrimonio. Tenia la Reina largas noticias del relevante espíritu de la V. María, y áun la trataba con intimidad de amiga y veneracion de santa, con que apénas hizo la sierva de Dios su proposicion cuando fué oida con agrado y con efecto; porque inmediatamente la liberalidad magnánima de la Reina y su distinguida piedad y devocion no solo la cedió las casas, sino que dió calor á la fábrica y el fomento necesario ofreciendo del Real erario cuanto se necesitára para que con la mayor brevedad se pusiesen en forma de monasterio. Estaban las casas que los Reyes la dieron en la parroquia de S. Antonino ó Antolin (como vulgarmente se llama) y habian sido de los señores de Casarubios. Era esta parroquia una de las latinas de Toledo; pero el papa Inocencio VIII, á instancia de los Reyes, la incorporó en el monasterio á 3 de Octubre del año de 1488. Hiciéronle relacion que ellos habian dado para el convento unas casas suyas, y que en la parroquia estaban sepultados algunos de sus predecesores, que era muy estrecho el monasterio, que convenia incorporar en él la parroquia suprimiendo su nombre, beneficios y parroquianos, aplicándolos á la Muzárabe de San Márcos, ó á la de San Bartolomé, vecinas. Cometióse el negocio al gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, y verificada la narrativa hizo la incorporacion: los beneficios y todo lo que tocaba á la parroquia de San Antolin se trasladó á la de San Marcos, donde hoy está; como más largamente consta de las bulas de Su Santidad y diligencias que para acto tal se hicieron, las que existen originales. Concluido al fin con toda suntuosidad y magnificencia el monasterio dicho, tomó la sierva de Dios el hábito con su amada compañera Juana Rodriguez, y otras dos honestas señoras, y todas á su tiempo celebraron la profesion en el instituto de Terceras reglares de nuestro Seráfico P. San Francisco, aunque pocos años despues con bula de Inocencio VIII, profesaron la regla de nuestra seráfica madre Sta. Clara, en que se conservan hoy. Diósele el título de Sta. Isabel á devocion de la venerable fundadora, que desde su tierna edad puso en su corazon la imitacion de las virtudes y ejemplos de la gran reina de Hungría Sta. Isabel. El buen olor de las virtudes de las santas fundadoras, esparcido por la ciudad de Toledo y su comarca, trajo en breve tiempo tanto número de doncellas para consagrarse á Dios en él, que llegaron á sesenta, y hubiera crecido á mucho más, á dar mayor lugar la habitacion. Pero no solo creció en número, sino

lo que es más apreciable, en santidad, y buena opinion: con cuyo motivo los prelados sacaron de allí monjas venerables para dar norma de vida regular y religiosa á otros conventos que se fundaron poco despues. Fueron estos el de Santa Clara de Ocaña, el de las Misericordias de Oropesa, el de Santa Isabel de Medinaceli, el de la Piedad de Guadalajara; y (mucho más de un siglo despues) el de la Concepcion de nuestra Señora, de monjas descalzas de Santa Clara, en la ciudad de Manila, fundado por la venerable madre Sor Geroma de la Asuncion (cuya causa de beatificacion se prosigue con felicidad en la Curia romana) que en la crecida edad de más de setenta años salió del convento de Sta. Isabel de Toledo para las Filipinas á la fundacion del referido convento en la ciudad de Manila. Dejando á los cronistas provinciales la prosecucion de otras grandezas y regalías del real y ejemplarísimo convento de Sta. Isabel de Toledo; y volviendo á su santa fundadora la V. María, colocada ya en el altísimo estado de religion, y esposa de Jesucristo, extendió su corazon con noble empeño á proporcionarse con la más elevada práctica de virtudes, que la intimaban el estado de religiosa, y el título de esposa de Jesucristo. A consecuencia de esto, como si en el camino de la virtud no hubiese dado paso, comenzó á correr por él con el ánsia de quien intenta recuperar en pocas horas lo que ha perdido en largos años. Oraba con más fervor; vestia con más aspereza; comia con más parsimonia, y descansaba con ménos alivio. Era su lecho una desnuda tabla, su almohada una dura piedra, su sueño no más que dos horas, su sustento un continuado ayuno con solo pan y agua, sus disciplinas un destrozo sangriento de su carne, su silicio un rallo de asperísimas puntas sobrevistiéndole, en lugar de túnica, otro silicio tejido de pelos de cabra y de las cerdas de un animal inmundo. No obstante que para consigo siempre tuvo la sierva de Dios un asperísimo espíritu con odio irreconciliable de sí misma; para con sus súbditas era toda suavidad, dulzura y misericordia. ¿Cómo empero no habia de serlo, si estaba toda bañada y penetrada de la caridad, que es toda benignidad, paciencia, mansedumbre y discrecion? Regulada por estas virtudes, cuando la obligacion del oficio la estrechaba á la reprension de algun defecto en sus súbditas, mezclaba con tan dulce temperamento la justicia y misericordia, que dejaba igualmente corregida y consolada á la delincuente. Y si tal vez esta, arredrada en el conocimiento de su culpa, manifestaba turbado el semblante con la tristeza, no descansaba la venerable madre, ni tomaba el ligero alivio de su sueño, hasta que la dejaba en serenidad y alegría. A esta proporcion procedia en la práctica de las demás virtudes especialmente en la de la humildad, siendo la primera en todas las funciones humildes y penosas, con lo que abria el camino para que las demás la siguiesen en las mismas funciones, con aquel alentado es-

píritu que infunde siempre en el corazon del súbdito el ejemplo del prelado. A vista de la puntual fidelidad con que la venerable madre María servia á su divino y celestial Esposo, no podia este, á nuestro modo de entender, contener en su seno sus finas y misericordiosas correspondencias; y así la favorecia en la oracion con varias é íntimas comunicaciones de sí mismo, y dulcísimos destellos de su divinidad. Unas veces se unia con su alma penetrándola toda con el fuego de su espíritu, nada diferente del fuego material cuando inflama al hierro en la fragua: de que resultaba, que le salia al rostro el incendio en hermosos resplandores, segun que muchas veces lo vieron las religiosas. Habiéndola sucedido este celestial accidente en un dia de la Transfiguracion del Señor con más redundancias de resplandores y rayos de luz que otras veces, como humildemente y con santa importunidad la pidiesen sus hijas que para edificacion de ellas y gloria y alabanza de Dios, les manifestase la causa de tan extraordinario prodigio, respondió llena de humildad y de modestia: que meditando en el misterio de la divina Transfiguracion se dignó el dulcísimo Jesus de abrasar su alma tan íntimamente que la comunicó todos los candores y luces con que resplandeció su divino rostro en el Tabor á vista de los tres apóstoles. En otra ocasion un viernes de cuaresma, tomando disciplina con la comunidad, despidió de su rostro un golpe de resplandores tan brillantes que aterraron á algunas de las religiosas; y rogada de ellas despues que para su edificacion les declarase el orígen de tan estupenda maravilla, respondió: que el celestial Esposo la participó en aquel punto la inmensa caridad, con que por nuestro amor se dejó atar á la columna, y ser cubierto de aquella tan desapiadada tempestad de azotes que casi le anegó. Las visiones y revelaciones con que fué ilustrado su entendimiento y regalado su espíritu eran frecuentísimas, dejándola llena el alma de admirables efectos, con que crecian más y más cada dia las llamas de su amor, y las ánsias de unirse á su divino dueño por la participacion de su cruz, y llena de imitacion de sus virtudes. En los progresos del amor santo llegan á tal punto las almas, que no pueden vivir sin padecer: (ó por decirlo ménos mal) absolutamente no pueden vivir; porque como con el fuego de la caridad convierten en gusto las penas y en delicias los trabajos, nada de cuanto padecen llena el deseo de sus amorosas ansias con que siempre quedan con hambre de padecer más. Así pues, ni con penas ni sin penas pueden vivir: sin penas no; porque falta el alimento al hambre de su amor: con penas tampoco, porque el gusto de padecerlas les desaparece la penalidad. A este punto de caridad verdaderamente imperceptible de la rudeza del amor propio, habia ya llegado la venerable madre María en los últimos años de su vida, y para irla manteniendo, suplicaba fervorosísimamente al Señor se dignase de derramar en su cuerpo y en su

alma todo el cáliz de sus penas, sin que para este favor fuesen óbice sus culpas. Oyóla el crucificado Esposo, y herido su corazon del ardiente gemido de su amada, la envió unos acerbísimos dolores, que penetrándose en todo su cuerpo de pies á cabeza la atormentaban, al modo que pudiera hacerlo un fuego muy activo ardiendo en las medulas de los huesos y en todas las entrañas. Un año entero sin intermision estuvo padeciendo este martirio; pero como el fuego de su amor era más fuerte que el de estos extraordinarios dolores, los padecia no solo con resignacion y sufrimiento sino tambien con gozo y alegria, dando en vez de suspiros y gemidos, gracias y alabanzas á Dios nuestro Señor, porque sin mirar al demérito de sus ingratitudes, la regalaba con tan singular fineza. *Integro anno his cruciatibus afflicta* (dice nuestro grande analista nada ponderativo) *neque gemitus, neque suspiria, aut impatientiæ protulit indicium: se in gravioribus puncturis gratias agens Deo, læta, et hilaris videbatur potius in deliciis gaudere, quam pœnis cruciari.* Cumplido el año de tan terrible martirio se le encendió una agudísima y malignísima calentura, que la sirvió de aviso de su cercana muerte: con cuya noticia concibió tal gozo, que sus redundancias originaron un santo delirio por espacio de tres continuos dias, en que no se le oyó palabra que no fuese suspiro y aspiracion por la vida eterna con la repeticion de estos versos:

In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum:
Vias tuas, Domine, demonstra mihi:
In pace in idipsum dormiam et requiescam:
Hæc requies mea in sæculum sæculi:
Hic habitabo quoniam elegi eam.

Al fin de los tres dias, vuelta en sí la que nunca estuvo fuera de sí por haber estado siempre en Dios, y prevenida con los santos sacramentos hizo una fervorosísima plática á sus hijas, encargándoles la recíproca paz y caridad entre sí mismas, como base firme sobre que se conservaria siempre constante la disciplina regular y buen ejemplo del monasterio; mayormente si se señalasen en la devocion y culto de la inmaculada Madre de Dios y del sagrado precursor de Cristo S. Juan Bautista, de quien ella habia sido cordialísima devota. Al terminar la plática oyeron la voz del Esposo, que sensiblemente la llamó con las palabras siguientes para sí: *Veni, sponsa Christi*; á que ella, toda rebosando alegria, respondió y correspondió diciendo: *In te, Domine, dormiam, et in æternum requiescam*: En ti, Señor, dormiré y descansaré por toda la eternidad. Despues convertida á las hijas, levantando más la voz y diciendo: «Amadas hijas, quedaos en paz, puso su feliz espíritu en las manos del Criador, y

se desnudó de la mortalidad del cuerpo, volando el alma á la gloria el dia 3 de Julio del año de 1507, en los setenta de su edad y treinta de la fundacion de su convento. De su eterna felicidad, además de lo que dejamos dicho en la série de su prodigiosa vida, quedaron despues de su muerte muchos y grandes argumentos. Apénas espiró, cuando se llenó la celda de suavísima fragancia; y se oyó una dulcísima música, que con su celestial armonía bastó á atajar el corriente de las lágrimas que derramaban las hijas por la falta de tal madre. Esta música se repitió dos veces, una cuando se empezó la misa de cuerpo presente, y otra cuando fué llevado el bendito cuerpo á la sepultura. Además de esto, el venerable P. Fr. Jordan, de la esclarecida órden de Predicadores, varon de singular virtud, y confesor entónces del monasterio de la Madre de Dios de Toledo, como estuviese en oracion en la misma hora é instante que la sierva de Dios espiró, vió una solemne y gloriosa procesion de monjas bienaventuradas, que cerraban las gloriosas Sta. Clara á la derecha y Sta. Isabel de Hungría á la izquierda, llevando en medio á la venerable María, adornada de un riquísimo manto y una corona preciosísima, en significacion de la que acababa de recibir en la gloria en premio de su heróica santidad. Todo esto manifestó el venerable Fr. Jordan á las religiosas, para que el gozo de esta noticia templase en parte la pena de la pérdida de tal Madre, que con justa razon sentian. A las honras funerales concurrió en la iglesia toda la ciudad, desahogando su devocion con las públicas aclamaciones de santa, que daban á la venerable difunta; en cuyo concepto se afirmaron más con los manifiestos milagros que tocaron por sus ojos en muchos de los que se encomendaron á la sierva de Dios. Entre estos cobraron repentinamente vista una ciega, pies dos tullidos, salud muchos enfermos, y fruto de bendicion muchas casadas estériles. El venerable cuerpo quedó flexible y hermoso, y se conserva hoy en el mismo convento de Sta. Isabel de Toledo, con tan maravillosa incorrupcion, que se deja ver entero y blando. De esta prodigiosa heroina, ilustre por multiplicados títulos, escriben todos los cronistas de la Orden, y con más extension que otro alguno el doctor D. Tomás Tamayo de Vargas, en la vida que dió á luz de esta santa prelada en un tomo en 4.°, año de 1616. — G. A.

POCCIANTI (Miguel), natural de Florencia. Este entendido biógrafo se sintió desde sus primeros años con vocacion religiosa, y así es que se le ve aún muy jóven inscrito en la Congregacion de los Servitas, cuya vida religiosa abrazó. Como sus superiores descubrieron en él un genio á propósito para la enseñanza, le encargaron de enseñar filosofía y teología á los novicios, y lo hizo con tal aplauso, sacando brillantes discípulos, que se le agregó al doctorado y á la facultad de teología de Florencia, tan pronto como recibió la borla de doctor. No obstante á su asídua enseñanza y á sus trabajos en

el púlpito, pues que tuvo fama de excelente predicador, se dedicaba todos los ratos que se lo permitian sus deberes, con mucho gusto, pues que esta era su única diversion, á investigaciones históricas, tratando de reanimar el gusto de este estudio entre sus compañeros. Para facilitarles más el trabajo y aficionarles á él, estableció en su monasterio de la Anunciata una *Biblioteca*, que enriqueció con obras selectas, y como su estudio era tan asíduo y metodizado convenientemente, todos los que le conocian concibieron grandes esperanzas de su capacidad y constancia en el trabajo. La muerte vino á parar estas ilusiones, pues que segun Negri, en sus *Escritores florentinos*, murió en 1576, no teniendo, como dice Ghilini en su *Teatro de los literatos*, más que cuarenta años. Además de sus *Comentarios sobre las Santas Escrituras y algunos opúsculos ascéticos*, se conocen de este autor las obras siguientes: *Historia seu chronicon ordinis Servorum B. M. V. ab an.* 1222; Florencia, 1566, en 2.° — Apareció esta obra poco tiempo ántes de la muerte de Poccianti, y así es que las siguientes fueron publicadas por su aventajado discípulo Lucas Ferrini, que fué su amigo y editor. *Misticæ coronæ B. Mariæ Virginis, numero sexaginta tria miraculorum*; Florencia, 1569. Niceron reprocha á Negri esta fecha, diciendo que no fué impresa esta obra hasta 1596, en 8.° — *Le vite de Sette beati Fiorentini, fundatori del sacro ordine d' Servi*; Florencia, 1569, en 8.° — *Cathalogus scriptorum florentinorum omnis generis, quorum et memoria exstat, atque lucubrationes in litteras relatæ sunt:* idem, 1589, en 4.° — Este catálogo es ya muy raro, y segun Weis en la *Biografía* que tenemos á la vista, áun cuando fué corregido y aumentado con doscientos artículos por el P. Ferrini, es incompleto y no carece de inexactitudes, por lo cual se prefiere á él la *Historia de los escritores florentinos del P. Negri*, á pesar de no haber evitado todos los defectos de su predecesor. El que desee más noticias puede consultar el tomo XVIII de las *Memorias de Niceron*.—C.

POCH (Bernardo). Solo hemos encontrado de este sacerdote genovés las noticias que de él da Mr. Labourderie, que á la verdad en cuanto á su persona son bien escasas, pues que se concreta á decirnos que cultivó con mucho éxito las lenguas orientales, y en especial el hebreo, y que murió en Roma en 1785. Sin embargo, á la vista de sus obras, no puede ménos de confirmársele en su buena opinion de excelente orientalista, y bueno será repetir aquí lo que acerca de ellas dijo aquel biógrafo: Su primera obra fué: *Del Pentateuco stampato in Napoli l' anno* 1491, *è saggio di alcune varianti lezioni estratte da esso e da libri antichi della Sinagoga*; Roma, 1780, en 4.° *Chizzonh Emonnah* (escudo de la fe), en hebreo y en italiano. Compuso este libro Rabbi Isaac, que murió en 1594, con el título de *Un libro contra la religion cristiana*. Esta obra es una de las más perniciosas que han podido es-

cribirse por los judíos, segun la opinion de cuantos la conocen, porque el autor es sumamente sutil, y porque con gran talento y bien combinado plan, presenta toda clase de sofismas imaginables para rebatir á los cristianos las pruebas que es comun aducir del *Antiguo Testamento*, para confirmar la venida del Mesías. Tradujo este libro en latin Wagenseil, y le insertó con su texto hebreo, en su coleccion titulada *Tela ignea Satanæ*, acompañado de algunas notas críticas, pero demasiado débiles para tan grave asunto. Descubrió Wolf muchas adiciones y variantes de este pernicioso escrito en su *Biblioteca hebráica*, dándolas publicidad en hebreo y en latin, sin refutacion alguna, y solo indicando los nombres de los escritores que habian combatido el *Munimen fidei*. Conocedor el abate Poch de los trabajos que sobre este particular habian hecho el duque de Orleans, Juan Muller, Santiago Gousset, de Brandan, y Enrique Gebhard, creyó deber refutar con más vigor la perversa doctrina del Rabbi, lo que ejecutó á satisfaccion suya y de los sabios de su época. El P. Fabricy, admirador y entusiasta de la erudicion rabínica del P. Poch, puso empeño en que se imprimiese este trabajo; pero á pesar de lo que dice algun autor, no se sabe se verificase. *Pugio fidei*, de Raimundo Martin, enriquecido este libro con notas de la Pausa, de Mausac, de Voisin, de Carpzov y de Esdras-Edzar, célebre hebraizante de Alemania, fué corregido por el P. Poch, verificando en las obras impresas de los doctores de la misma nacion algunos otros pasajes citados por Martin, que se habian escapado al estudioso Edzard. — C.

POCH (Fr. Guillen). Pertenecia á una familia catalana del condado de Rosellon, habiendo prestado juramento de fidelidad al rey D. Alfonso I de Aragon, conde de Barcelona, en la villa de Perpiñan, por los años de 1173, por los caballeros vasallos de aquel condado, y entre ellos, Pedro Poch, á cuyos descendientes perteneció Fr. Guillen, que en el año de 1304 era comendador de Sta. María del Prats, en la órden de la Merced; consta en escritura de 5 de las Calendas de Mayo de este año; y el año de 1319 era comendador de Montblanch. Así se lee en instrumento de este año dado en 15 de las Calendas de Marzo. — A. L.

POCH (Fr. Reginaldo), dominico, natural de Planolas, fué doctor y catedrático de teología en la antiquísima universidad de Perpiñan, donde explicó dicha ciencia por espacio de algunos años con tal acierto y suficiencia, que llegó á adquirir con el tiempo la reputacion de un teólogo profundo. Tambien desempeñó en su Orden de predicadores, á la que pertenecia, como queda indicado, varios cargos de distincion y mando. Escribió varias obras, y entre ellas, *Vida de S. Galderico*, labrador de Canigó; y la de *S. Isidro de Madrid*; Perpiñan, 1627, un tomo en 8.° por Luis Boure.—*Historia de la vida y milagros de S. Magin;* Barcelona, por Sebastian Cornellas,

año de 1630, en 8.°—*Vida de S. Madi*, N. A. pág. 208.—B. Esp. Serra y Postins: *Historia de Monserrate*, fólio 13.—C.

POCHARD (José). Nació este piadoso eclesiástico el año 1715, en la Cluse, bailía de Pontarlier. Matriculado en la universidad de Besanzon, hizo brillantes ejercicios, y luego que terminó sus estudios, recibió las órdenes sagradas con verdadera vocacion religiosa. Habiendo presenciado su exámen el arzobispo de la citada ciudad, Antonio Pedro II de Gramont, le ofreció plaza en su seminario, y aceptándola cuando apénas contaba veinte años, comprendió desde luego los deberes que le imponia su destino y puso empeño en cumplirlos. Encargado de la enseñanza de la teología, compuso un curso completo, que su modestia se abstuvo de publicar, pero por el que explicó durante treinta años á los numerosos discípulos que de todos los lados de Francia, de la Suiza y de Borgoña venian á su cátedra, atraidos por su reputacion. Además de su celo por la enseñanza, presidia los ejercicios del seminario, predicaba, y encontraba siempre placer en el estudio de la historia, de la jurisprudencia y áun en el de las ciencias exactas, en las cuales hizo grandes progresos. No obstante sus muchas ocupaciones, su modesta habitacion se encontraba siempre con la puerta abierta á los que le habian elegido por padre espiritual, á los que venian á consultarle casos de difícil solucion, y aún más á sus discípulos, con los que pasaba todo el tiempo de que podia disponer, habiéndoles acostumbrado á considerarle como su mejor amigo, por lo que le pedian leccion y consejo en todo con gran complacencia suya. El profundo saber, la dulzura y eminente piedad de Pochard, le hicieron objeto de veneracion en toda la diócesis; cuando fué elevado á la dignidad de superior del seminario. Debilitado por la edad y por una fiebre lenta que le consumia hacia mucho tiempo, se resistió á ser superior, pero tuvo que aceptar el cargo para no disgustar á sus superiores y apasionados. Seis años le sirvió con grandes trabajos; pero al fin de ellos la gravedad de su enfermedad le obligó á dimitirle con sentimiento de todos. No pudiendo andar sino con el auxilio de dos bastones y debilitada en extremo su voz, tuvo que renunciar al placer de asistir á explicar su cátedra. Soportó los dolores de su cuerpo con admirable resignacion, y léjos de afligirse, procuraba consolar y áun divertir á las muchas personas que le rodeaban y visitaban, contándoles anécdotas que les divirtiesen. No pudiendo más la naturaleza contener en su debilitado cuerpo aquella alma grande, que no cabia, en él ya porque la engrandecia el deseo de mayor espacio, acabó por destruirle, y Pochard murió físicamente el 25 de Agosto de 1786. Fué enterrado su cuerpo en la bóveda del seminario que habia ilustrado con sus virtudes y talento, y por mucho tiempo duró en el país el sentimiento de su pérdida. Débese á Pochard la revision del *Misal* y del *Breviario* de la diócesis

de Besanzon que se imprimieron por órden del cardenal Choiseul, que son modelos en su género. Suya es tambien la mayor parte de la obra titulada: *Méthode pour la direction des ames dans le tribunal de la penitence et pour le gouvernement des paroisses*, por Urbano Guissot. Esta obra se imprimió en Neufchatel, en 1772, por órden del obispo de Toul, y de ella se han hecho infinidad de ediciones. La publicada en Besanzon, en 1817, en dos volúmenes, está precedida del elogio histórico de Pochard con un retrato de este virtuoso eclesiástico, grabado al agua fuerte por Mr. Bonel, director de la escuela de dibujo de Besanzon, cuyo elogio se habia publicado en el *Journal ecclesiastique* del abate Barrusel, en 1788, segun lo manifiesta Weis en la *Biografía del virtuoso Pochard*. —C.

POCHOLES (Pedro Pomponio Amadeo). Nació este revolucionario convencional eclesiástico, el año 1760 en Dieppe, en donde era juez subdelegado su padre. Aficionado cuando jóven á la carrera de la Iglesia, entró muy pronto en religion, tomando el hábito en la congregacion del Oratorio, en donde enseñó la retórica y aún no habia cantado misa cuando estalló la revolucion. Habiéndose manifestado desde luego partidario ardiente de la revolucion, el gobierno de ésta le nombró en 1790 juez de Dieppe, y despues diputado suplente á la Asamblea Legislativa, en la que no llegó á sentarse. Mandado á la Convencion Nacional en 1792 por el departamento del Sena inferior, habló por primera vez en el proceso formado al desgraciado rey Luis XVI, cuya muerte votó del modo siguiente: «Las medidas débiles y los paliativos son peligrosísimos en las crísis revolucionarias. Si el rey Luis vive entre nosotros, temo que el espectáculo del infortunio borre á lo largo la más justa indignacion. Desterrarle no me parece mejor que esto, pues que si los desterrados Tarquinos no llegaron á ser peligrosos, ni pudieron volver á Roma, fué porque no tuvieron como Luis numerosos amigos en el interior y millares de brazos armados contra el estandarte revolucionario. Se teme que despues de su muerte pretenda reemplazarle algun ambicioso; pero yo pregunto: ¿Será posible que se aliente un ambicioso á vista del castigo de un tirano? ¿Podrá creerse que los franceses tiemblen á la vista de un tirano, cuando aún les atormenta la idea y la memoria de las cadenas que les han aprisionado y que acaban de romper? Voto por la muerte de Luis y que su sepulcro encierre todas nuestras divisiones y discordias;» y en seguida se pronunció acérrimo enemigo del infortunado Rey. En 1793 fué enviado á la Gran Bretaña, en donde de la misma manera que sus colegas exageró en un principio las pérdidas de los realistas; pero parece, segun sus mismos detractores, que no cometió crueldad alguna. Enviado á Lyon, despues de la muerte de Robespierre para que pusiese fin en aquel país al sistema del terror que imperaba, llamó á muchos desterrados, dió libertad á muchos

presos políticos y provocó el decreto que hizo desaparecer el nombre innoble que se habia dado á aquella ciudad. Pasando desde allí á Turena, se le confirió la comision de desarmar á los terroristas, pero fué tan débil en esto, que se decia que solo habia desarmado al verdugo. Acusóle Prudhomme de haber violado la tumba de Ines Sarel y dispersado sus cenizas, hecho que parece se consignó en los registros de la municipalidad de Loches; pero acusado por esto y otras cosas á la Convencion, le defendió en ella Pontecaulant y fué absuelto. Libre de este proceso, fué nombrado por el departamento de Mayenne diputado al Consejo de los Quinientos, pero no tomó asiento por los muchos que se opusieron á ello. Volvió á Italia en el 1797, en donde fué nombrado por el general en jefe Bonaparte, comisario del gobierno en las islas Jónicas, y vivio en Cefalania hasta que los turcos y los rusos, aliados á este fin, se apoderaron de estas islas. Retirándose á Corfú, salió de esta ciudad, quince dias ántes de la rendicion de esta plaza, á bordo del navío *Generoso*, que atravesó las escuadras enemigas para ir á Ancona. Volviendo á París, se halló en la jornada del 18 Brumario, y tomó parte tan activa en esta revolucion contra Napoleon, que fué privado de todo empleo en los primeros tiempos del gobierno consular. En 1802 logró se le nombrase secretario general del departamento de la Rouer, desde donde pasó á la subprefectura de Neufchatel, en el Sena inferior, en la que se sostuvo hasta la vuelta de los Borbones en 1814. Volvió á tomar posesion del expresado destino en los cien dias de la vuelta de Napoleon, en 1815, pero teniendo que abandonarle al finalizar estos, fué comprendido en la ley que condenó al destierro á los regicidas en 1816. Refugiándose entónces Pocholes en Bélgica, se dedicó á trabajos literarios, siendo uno de los redactores de la *Galería histórica*, en donde se cree escribió su propio artículo en el VII volúmen. Volviendo á Francia despues de la revolucion de 1830, disfrutó muy poco de esta gracia, pues que murió en este mismo año. Triste es á la verdad que un eclesiástico que empezó su carrera con vocacion y en tan santa casa, haya sido despues un terrorista y un terrible revolucionario. — C.

POCOCK (Eduardo). Era hijo de un bachiller en teología del colegio de la Magdalena en Oxford. Nació en esta ciudad en 8 de Noviembre de 1604, y entró en el mismo colegio el de 1618. Dos años despues obtuvo una plaza en el colegio de Corpus Christi, donde se graduó de filosofía y fué en adelante miembro de este colegio. Como era inclinado á las lenguas, pasó á Levante, donde se mantuvo algunos años, y á su vuelta recibió el grado de bachiller en teología. Poco despues le hicieron primer lector en lengua, árabe, cuando fundó el arzobispo Laud este empleo el año de 1636. Este prelado le envió en 1637 á Constantinopla para que allí comprára manuscritos orientales, y

á su regreso se le confirió el curato de Childrey en el condado de Bercks. En el año de 1648 fué nombrado catedrático de hebreo y canónigo de la iglesia de Oxford, á solicitud del Rey, quien por entónces estaba preso en la isla de Wight. Cuando se formó este colegio habló Selden en su favor, y le confirmaron en su puesto; pero le privaron del mismo en el año de 1650, porque rehusó prestar el juramento de independencia que se le propuso. Entónces se retiró á su parroquia de Childrey, volviendo la primavera siguiente á Oxford, donde ejerció las funciones de lector en el colegio de Baliol, que él habia escogido para su mansion, lo cual se le toleró por no encontrarse entónces persona alguna en el colegio que fuese capaz de ejercer tal funcion. Poco despues se trató de privarle del curato, pretextando incapacidad en él para obtenerlo; pero estaba radicada entre los suyos su suficiencia de una manera tan manifiesta y exenta de duda, que en su vista fué preciso desistir de aquel intento. Al restablecerse Cárlos II el año de 1660, fué repuesto en la posesion de su canonicato y creado doctor en teología. Era dotado de buenas prendas y cualidades, enemigo de disputas, y hablaba siempre bien de todos, hasta de sus enemigos. Tradujo no en hebreo, como algunos suponen, sino en árabe, el tratado de Hugo Grocio acerca de la verdad de la religion cristiana y la liturgia de la Iglesia anglicana, y los más de los ejemplares de esta traduccion se enviaron á Turquía. Tambien habia recopilado tres mil proverbios árabes de los mejores, los cuales tenia designio de publicar con su version; pero esta obra ha permanecido manuscrita ó sin darla á la prensa. Tambien tradujo del árabe los *Annales de Eutychio, patriarca de Alejandría;* Oxford, 1659, dos volúmenes en 4.°—La *Historia de las dinastías de Abul-Paraji con un suplemento;* Oxford, 1672, dos volúmenes en 4.°—El *Prefacio de Moisés Maimonides sobre la Misna.*—Además publicó una version de las cuatro epístolas siriacas de S. Pedro, S. Juan y S. Judas, tomadas de un manuscrito, con notas; 1630, en 4.°—El libro intitulado: *Porta-Mosis*, en árabe y en latin, con diversas notas sobre muchos textos de la Escritura; 1655, en 4.°— Un tratado *De ratione variantium in Pentateucho arabico lectionum.—Versio ac notæ ad Tograi, carmen arabicum.*—Un *Comentario latino sobre los profetas Micheas, Malachías, Oseas y Joel;* tres volúmenes en fólio.—Una recoleccion de cartas y una obra intitulada: *Massecuth Beracoth para el uso de los estudiantes del colegio de Cristo.* — Además publicó otras muchas obras, que imprimió en Lóndres en 1740 en dos volúmenes en fólio. Este hombre, recomendable no solo por sus conocimientos literarios, sino tambien por la integridad de sus costumbres, por su decoro, por su moderacion y por todas las demás cualidades que le hacian apreciable en la sociedad, murió en Oxford en 10 de Setiembre de 1691, á los ochenta y siete años de su edad.— G. A.

POCOK (Ricardo). Nació en Soutampton en el año de 1704. Hizo sus estudios en la universidad de Oxford hasta que llegó á tomar la borla de doctor en teología. En 1737 emprendió un viaje á Levante con el fin de proveerse y traer á su gabinete de estudio, como hombre curioso y sabio, todos cuantos objetos pudieran proporcionarle conocimientos útiles y agradables, que estuvieran á la vez al alcance de su fortuna ó caudal. A la vuelta á su patria en 1742, obtuvo varios y diferentes beneficios hasta llegar sucesivamente á ser obispo de Ossory, de Elfen y de Meath en Irlanda. Murió de una apoplejía en Setiembre de 1765. De este célebre y distinguido prelado tenemos las obras siguientes: 1.ª *Relacion de sus viajes con la descripcion del Oriente y del Egipto desde Alejandría hasta los manantiales del Nilo*, etc., Lóndres, 1743 y 1748, tres volúmenes en fólio, en inglés. Esta obra ha sido y es muy estimada, particularmente de los sabios que quieran conocer la topografía de aquel país. Las inscripciones y los monumentos antiguos estan grabados con la más grande fidelidad; las cartas estan tambien grabadas sobre los dibujos del autor. El tercer volúmen, en forma de pequeño atlas, comprende las cartas muy detalladas de todo el curso del Nilo, desde su nacimiento hasta su desembocadura. Una gran parte de esta obra está traducida en francés, París, 1772 y 1773, siete volúmenes en 12.°—2.ª *Descripcion del Oriente;* Lóndres, 1758, en fólio, en inglés; obra adornada con más de 300 planchas y cartas geográficas.—3.ª Una *Carta del Egipto*, en cuatro hojas. Todas estas obras son de un mérito singular y escogido en su clase, y dignas además de leerse por el buen lenguaje y estilo con que estan escritas y redactadas.— G. A.

POCQUELIN (Fr. Alejandro), religioso franciscano, exprovincial de la provincia de Recoletos de San Dionisio en Francia, cuyos anales le llaman varon santísimo, haciendo además mencion de él el *Martirologio franciscano* en 18 de Octubre. Publicó: *Libro de oracion y meditacion de S. Pedro de Alcántara;* Ruan, 1626, y París, 1622.— S. B.

POCULIS (Fr. Nicolás), religioso franciscano de la provincia de Flandes. Fué guardian del convento de Brabante, y se distinguió principalmente por su práctica en la poesía, escribiendo en francés para los hermanos de la cofradía del Angel Custodio, erigida en el convento de Menores de Gante, una obra á que tituló: *Escudo angélico, ó tratado de la proteccion del Angel Custodio;* Leodio, por los herederos de Sauvar, año de 1633, en 12.° Reconoció y corrigió en muchos lugares el *Oficio de la Orden de los Menores*, y puso en piadoso y puro metro los himnos, que aumentó con algunas notas y advertencias por mandado de Urbano VIII, segun Wadingo en su *Catálogo de Escritores.*— S. B.

POCURULL Y VILLAGRASA (Fr. José de). Nació este religioso en Lérida

en el siglo XVIII, y entrando de monje en el monasterio de Poblet, en Cataluña, llegó por su virtud y saber á ser prior del mismo. Fué célebre orador en su tiempo y de una gran erudicion, si bien, como dice Amat en sus *Escritores catalanes*, cayó en los defectos de crítica comunes en su tiempo. Escribió las obras siguientes: *Ramillete de mil flores en sermones panegíricos y morales*; un tomo en fólio, Barcelona, 1745.—*Recopilacion histórica de los sucesos de la Europa desde* 1640 *hasta* 1755; nueve tomos en fólio. Esta obra quedó manuscrita y se conservaba en la biblioteca del Cister.—C.

POCZOBUT (Martin Olaniski). Nació el 20 de Octubre de 1728 de una antigua y noble familia de Lituania, entrando en la casa de los Jesuitas en 1745. Las bellas disposiciones que observaron en él sus superiores y su aplicacion á las ciencias, decidieron á los mismos el que las cultivase con los más hábiles maestros. Se perfeccionó en las lenguas sabias en Bohemia, de allí se marchó á Marsella al lado del célebre P. Pezenas, que volvió á entrar en su familia. Para conocer todo esto basta solo ver el cargo de director, que tenia en la villa ó ciudad de Marsella, de su observatorio, lo que data de la época de la expulsion de los jesuitas de Francia, y siguió á Aviñon al Padre Pezenas, que retuvo con él y su familia. Para imponerse en los conocimientos que habia adquirido desde la escuela de un gran maestro, viajó por Francia y sucesivamente por Alemania é Italia, y tuvo ocasion de conocer y estudiar á todos los astrónomos más nombrados de aquel tiempo, observándolos entre ellos los PP. Hell, Ricati, Boscuwich y Lalande. Incorporado en la universidad de Wilna, llegó á poseer la astronomía y la lengua griega con la mayor perfeccion. Al mismo tiempo desempeñó las plazas de director de la Tipografía, como asimismo la del Observatorio. El rey de Polonia Estanislao Augusto, donde él desempeñaba la plaza de astrónomo, le hizo caballero del Aguila blanca, haciendo fundir en su honor una medalla de plata. Este soberano le envió á Inglaterra y solicitó para él la incorporacion y admision en la Sociedad Real de Lóndres. El ilustre académico tuvo tanta suerte por la buena recomendacion que tenia y por la instruccion y mérito que se le reconoció, que no habiendo por entónces plaza vacante en la clase de miembros extranjeros, se le ofreció, por una excepcion y sin ejemplo, en calidad de miembro interino. El P. Poczobut no quiso nada de los favores de su soberano, tuvo la modestia y la delicadeza de rehusar su puesto hasta que ocurrió la primer vacante. Enriqueció de un gran número de instrumentos el observatorio de Wilna, donde adquirió su gran celebridad por su celo y sus trabajos. En 1769 se fué á Revel, para observar el famoso pasaje de Venus sobre el sol, y hacerse cargo de este planeta. Precedentemente y ántes habia calculado con la más rigurosa exactitud la teoría más nueva de un eclipse de luna, y determinó con toda preci-

sion el curso de este planeta y sus fases y en el momento que se cumplirian, no solamente por el meridiano de Wilna, sino tambien por el de Varsovia, de Cracovia y de Danzick. Más tarde publicó las observaciones astronómicas, que hizo en el Observatorio Real de Wilna en 1773, cuyas observaciones son en gran número, segun dice Lalande, y en las que habla de haber encontrado la nueva constelacion del Thoro Real de Poniatowski, adoptado despues por la Academia de las Ciencias. (*Bibliografía astronómica*, página 555.) Esta constelacion fué dedicada por el P. Poczobut en honor de Estanislao Augusto, rey de Polonia, su favorecedor. Despues de la supresion de los jesuitas llevó á su lado el mayor número de sus cohermanos que pudo, y se consagró con ellos á sostener, propagar y hacer extender la cultura de las ciencias á su patria. La universidad de Wilna se vanagloriaba de haberle tenido por rector por espacio de diez y ocho años, y puede decirse que ha sido el alma de los trabajos de este ilustre cuerpo y el hacedor principal de su gloria. Se tiene de él: 1.° varias *Disertaciones astronómicas*, impresas.—2.° las *Notas sobre la antigüedad del Zodiaco de Denderah*, dedicadas al papa Pio VII, y ha demostrado que este Zodiaco no pasa de quinientos cuarenta y seis años de la era cristiana, quitando de esta manera á los incrédulos la esperanza que habian concebido para servirse de ella para atacar la cronología de Moisés. 3.° Un gran número de sabias observaciones, todavia inéditas, que se conservan en el archivo de la Universidad. Despues de haber continuado sus útiles trabajos hasta la edad mas avanzada, deseó concluir su carrera como la habia empezado en el seno de la Compañía de Jesus, conservada en Rusia por la emperatriz Catalina II, y protegida igualmente por sus sucesores Pablo I y Alejandro I. En esta vida, despues de haberse sustraido á la ternura y á las miras de sus colaboradores y admiradores, y despues he haber depositado como muestra de su reconocimiento en la capilla del Noviciado de los Jesuitas de Dunabourg las señales honrosas de sus ilustres y prolongados trabajos, volvió á renovar sus votos religiosos. Despues de diez y ocho meses de permanencia en este asilo de recogimiento, terminó apaciblemente en el ejercicio de las virtudes religiosas una vida muy activa y verdaderamente cristiana, el 8 de Febrero de 1810, á los ochenta y dos años de su edad. G. A.

PODERA (Fr. Leonardo), religioso franciscano observante, natural de la ciudad de Valencia, hijo de hábito del convento de S. Juan de la Ribera, donde despues de sus estudios leyó filosofía y teología, hasta jubilarse. Varias veces obtuvo los cargos de guardian, custodio de su provincia, secretario general, comisario visitador y padre de las provincias de Valencia y Cartagena, calificador de la Suprema, teólogo de S. M. Católica, por la Junta de la Inmaculada Concepcion. Así consta de varias relaciones y oraciones

impresas, en que hablando de la dicha y felicidad que le cupo á Valencia cuando obtuvo el decreto del papa Alejandro por la Inmaculada Concepcion, fué el uno nuestro Podera, y el otro el Ilmo. Crespi los que lo solicitaron, y este sacó el decreto para que se rezase de octava. Hablan de nuestro autor el tomo III de las *Crónicas de la provincia de Cartagena*, cap. 19, pág. 40; y la *Biblioteca Seráfica*, pág. 281, col. 2.ª, donde pone la obra que escribió y es: *Sacra arbor à doctore seraphico et Bonaventura divini ardoris flamma succenso excogitata subtilissimi doctoris Duns. Schoti fructibus fecundata universuque sacra Scriptura de Christo D. intellecta et liberalium mechanicarumque artium Thesibus, Deumque redactis ornata. Ad Philippum quart. Hispaniarum Regem; Romæ, typis Angeli Bernabó, anno* 1664, en fólio.—G. A.

PODIO (San), obispo. Si la santidad es un don de Dios que no reconoce categorías, que las más veces se ostenta en los humildes y pocas veces en los soberbios, y esto en lo general por arrepentimiento; cuando se vé colocada sobre el trono ó próxima á él, es un don que tiene aún mayores fulgores, si se permite esta expresion; porque viniendo de más alto, refleja sobre mayor espacio, y puede producir muchos más beneficios. No puede negarse que los príncipes son espejos en que se miran sus súbditos, que se afanan en imitarlos para hacérselos propicios; y asi es, que un buen príncipe tiene mucho adelantado con esta cualidad para hacer la felicidad de sus pueblos. Con un príncipe justo, los que le rodean no pueden ménos de serlo; porque de lo contrario, conocida que sea su maldad, perderán su gracia indudablemente; y si alguna vez puede el vicio y la perfidia disfrazarse ante sí con la máscara de la hipocresía, pocas veces puede sostenerse por largo tiempo; y una vez caida, la deformidad del crímen se presenta, y el castigo es tan justo como inevitable. Felices los pueblos que tienen un buen príncipe, porque no podrán ménos de ver brotar de tan saludable árbol, retoños benéficos, que imitando sus virtudes, les proporcionen la felicidad temporal y eterna. Nació S. Podio el año 930 de nuestra era, tan cerca del trono de Etruria, que fué hijo de su rey. Excusado parece decir que fué educado con el esmero que exigia su elevada categoría, y con la delicadeza propia del que habia de sostener una corona; pero habiendo nacido para ser vaso de eleccion, no tardó en disgustarse de las pompas y vanidades del mundo, y de la nada de las ciencias humanas; y abandonándolas, se dedicó con anhelo al estudio de las sagradas letras, y empezó á vivir en medio del fausto y la grandeza, como si fuera el más humilde y pobre de los vasallos del Rey su padre. No permitiendo despues que acabó su instruccion, aparecer en ningun cargo mundano, y huyendo siempre del bullicio y etiquetas de la corte, se encerraba en su cuarto á estudiar los Santos Padres, y á inspirarse con la lectura del Evangelio; y cuando ya le pareció que podia

aspirar al sacerdocio, sintiéndose arrastrado por una vocacion que no conocia obstáculos, manifestó al Rey su padre su firme propósito de dedicarse á la Iglesia en servicio de Dios. En vano se intentó apartarle de esta idea halagándole con el mando y con los grandes honores que tanto halagan á la pobre humanidad; firme persistió en su propósito, y cuando recibió las sagradas órdenes, obtuvo una felicidad por la que suspiró desde niño. No aspiraba Podio tampoco á las dignidades eclesiásticas, á las que solo con su indicacion le hubieran elevado desde un principio; ántes, por el contrario, rechazaba con energía cuantas proposiciones se le hacian sobre este particular, y solo admitió una plaza de canónigo en la abadía de S. Andrés, canongía que sirvió con celo y en la que fué ejemplo de exactitud en los deberes y de fervorosa devocion á sus compañeros. Vacando la silla episcopal de Florencia, se presentó á S. Podio para ella, y áun cuando hizo cuanto pudo para no aceptar la propuesta, no pudiéndose resistir más, fué consagrado obispo con gran contentamiento de su Real familia y de todo el reino. Esta elevacion del príncipe, que ya era muy adecuada á la categoría en que naciera, léjos de engrandecerle en su ánimo, lo hizo mucho más humilde y más empeñado en la mortificacion de su cuerpo; de suerte que su vida como prelado fué la de un santo mendicante. Recorriendo los pueblos de su diócesis, aumentó entre sus ovejas la gloria de Dios, y repartió los beneficios de su ardiente caridad á manos llenas entre los pobres y desvalidos; y despues de tan santa vida, murió bendecido y llorado de sus compatriotas el 28 de Mayo de 1002, en que le celebra la Iglesia, habiendo sido sepultado en la catedral de Florencia, en la que se veneran sus santas reliquias.—C.

PODIO (Fr. Antonio de), religioso dominico lector de la iglesia catedral de Tortosa en 1357. Ejercian este cargo por donacion ó convenio con el cabildo de esta catedral los PP. Predicadores desde época muy antigua, no siendo elevados á él sino los religiosos que por su ciencia y saber contaban con mejor reputacion en la Orden. Inútil es decir se hallaba en tal estado el que nos ocupa en estas líneas, puesto que le encontramos desempeñándole á últimos del siglo XIV, una de las épocas de más esplendor y renombre para la Religion Dominicana. Nació el P. Podio á principios de este siglo; desde sus primeros pasos en la senda de la vida, dió muestras de lo que estaba llamado á ser en lo sucesivo. Humilde, obediente, religioso y caritativo, sus virtudes indicaban que algun dia ocuparia un puesto distinguido en alguna religion, siendo la de Sto. Domingo en la que estaba llamado á brillar; y en efecto, apénas tomó el hábito, en ella fué un modelo de observancia regular, de celo y caridad. No fueron menores sus adelantos en los estudios, pues adornado de una buena capacidad y de no ménos aplicacion, nada más rápido que sus adelantos y los buenos resultados de las máximas que maes-

tros tan piadosos como prácticos, imponian á este su predilecto discípulo. Correspondió Podio á sus atenciones y desvelos, y muy en breve se halló en posicion de llenar los altos fines de la vida, y en ocupar uno de los puestos más insignes que entónces habia en ella. En su cargo manifestó sus grandes virtudes y conocimientos, y la catedral de Tortosa, admitió en el buen religioso el tipo del saber de su siglo, un modelo de erudicion en las ciencias eclesiásticas, y el ejemplo de las cualidades religiosas. Ignórase el tiempo que ejerció este cargo, aunque segun todas las probabilidades murió desempeñándole, siendo sepultado en aquella iglesia catedral; sus hermanos han conservado la memoria de su nombre, y le citan con el respeto debido á uno de los primeros religiosos que con sus trabajos y esfuerzos influyeron mucho en el esplendor y apogeo á que no tardó en llegar en toda España. —S. B.

PODIO (Fr, Arnaldo de), religioso dominico de la provincia de Aragon, y lector de la catedral de Tortosa en 1391. Habia nacido en este reino en 1340, y educádose en las santas máximas de la piedad y la religion, de manera que al tomar el hábito, nada tuvo que emprender, ántes bien hubo de contener el grande celo en que ardia su amor á la observancia religiosa. Procuraron sus superiores que adelantase en los estudios, y á sus desvelos se debió el que el P. Podio fuese uno de los primeros predicadores de su época, uno de los varones más celosos por los adelantos y progresos de su religion. Elevado á diferentes cargos, los desempeñó todos con celo y acierto, y sus súbditos vieron en él un modelo de pastores, un ejemplo de superiores y un prelado en fin dotado de todas las cualidades cristianas. Era el primero en la observancia de todas las prácticas religiosas, en la asistencia á todos los actos de la comunidad, y el que más se desvelaba por sus aumentos; era por lo tanto amado y respetado, é inferiores y prelados deseaban verle colocado en un puesto correspondiente á sus virtudes y merecimientos. No tardó en presentarse esta ocasion, pues habiendo vacado varios cargos, y no queriendo aceptarlos el P. Podio por su excesiva modestia, le obligaron á que desempeñase el de lector de la catedral de Tortosa, que habia vacado recientemente y correspondia á la órden de Predicadores. Difícil era en verdad su desempeño, más el P. Podio, que ya de antiguo venia dando las mejores muestras de sí, supo en esta ocasion corresponder á sus buenos antecedentes, y la Orden no tuvo que arrepentirse de su nombramiento ni de la confianza que en este fiel súbdito habia puesto. Poco tiempo desempeñó este cargo el ilustre dominico; pues cuatro años despues encontramos ocupándole á su sucesor, lo cual es prueba de su muerte, aunque la crónica no nos dé cuenta de ella, ni de la fecha en que se verificó, ocupada exclusivamente en elogiar sus méritos y las buenas cualidades de que se hallaba adornado.—S. B.

PODIO (Fr. Clemente), religioso capuchino de la provincia de Roma, en cuyo convento falleció, habiéndose distinguido mucho por sus grandes virtudes, en particular por su abstinencia, asiduidad en la oracion y pureza, cualidades por las que mereció ser favorecido con diferentes gracias divinas. Murió santamente, como habia vivido, el año 1600. — S. B.

PODIO (Felipe del). Este glorioso mártir era francés de nacion, su familia de noble estirpe, siendo Auvernia su patria, habiendo S. Antonio de Pádua anunciado á su madre, ántes de darle á luz, que sería uno de los gloriosos mártires que alcanzarian la palma del martirio y la gracia y predileccion del Señor, cuyo dichoso pronóstico refiere el historiador Antonino del modo siguiente: «Hallándose en cinta esta señora de Anocio ó de Podio, y como se encomendase al glorioso Antonio, el Santo, hecha oracion, la reveló el destino que habia determinado el Señor para la criatura que tenia en sus entrañas, diciéndole: Alégrate, oh señora, y ten toda tu confianza en Dios, porque el hijo que has de dar á luz será fraile menor al mismo tiempo que mártir, y no solamente eso, sino que tambien animará y consolará á otros muchos á sufrir glorioso martirio. Todo lo cual se verificó como lo tenia anunciado, pues habiendo llegado el tiempo del nacimiento de aquel dichoso niño, á quien se impuso el nombre de Felipe, ingresando á su tiempo en la órden de religiosos Menores, profesando en virtudes, y caminando y aventajando en ellas á todos sus hermanos, mostrando desde luego una grande inclinacion y un irresistible deseo de peregrinar y de embarcarse para pasar á remotos países á difundir el Evangelio y el conocimiento de la religion del Crucificado, á tantas almas como permanecian en la ignorancia y en la supersticion. Así fué como lo deseaba, empezando sus trabajos entre los sarracenos, y consiguiendo la conversion y bautizando á muchísimos; pero desgraciadamente se dió órden de prender y exterminar á los nuevos cristianos; siendo encarcelados más de mil convertidos por aquellos bárbaros, siendo todos condenados á muerte. Entre ellos se hallaba el bienaventurado Felipe, disponiendo Dios que este su siervo predilecto corroborase á aquellos inocentes, animándolos á la constancia y á la confesion de la fe cristiana, habiendo sido el último sobre quien se fulminó la inicua sentencia. Preguntados aquellos nuevos y fieles cristianos si querian renegar de las doctrinas que habian admitido, ó que si no en otro caso preferirian sufrir el suplicio á que se habian hecho acreedores; sin detenerse respondieron todos unánimemente que preferian á todo conservarse en la verdadera fe que Felipe les habia predicado. Este les exhortaba con todo el calor que su grande fe le excitaba, diciéndoles: Permaneced firmes en la fe cristiana, hijos queridos, pues que Dios me ha revelado que esta noche, despues del martirio de tantas almas, entrareis conmigo en el reino de los

cielos. Confortados todos con esta promesa y grata esperanza, sufrieron valerosos el martirio, volando en seguida al cielo con la palma de su fe y perseverancia. El soldan, conservando toda su animosidad contra el P. Felipe, considerándole como la causa más poderosa que habia influido para que todas aquellas víctimas permaneciesen en la fe, mandó se le crucificase con la mayor crueldad y los tormentos más exquisitos. Primero mandó desconcertarle y cortarle las manos, y como continuase en sus voces y manifestaciones confesando y publicando la verdadera fe, continuaron desollándole hasta el ombligo, pero viendo que aún no podian hacerle callar predicando la verdadera religion, le cortaron la lengua. Mas no le sirvió esta crueldad para que continuase en su predicacion, pues Dios milagrosamente le conservaba la facultad de la palabra, por lo que determinaron separarle y cortarle la cabeza del tronco, consumándose de este modo el martirio. Todos aquellos cuerpos estuvieron insepultos muchos dias, pero permanecieron incorruptos, cumpliéndose completamente la profecía del santo Antonio. Marcos Uliponense refiere del mismo modo estos sucesos en la parte I de su *Crónica de Menores*, añadiendo en la parte II, libro V, que este glorioso martirio se verificó en el año de Cristo de 1289. —A. L.

PODIO (Pedro de), venerable hermano de la Orden Tercera de nuestro P. S. Francisco; hizo vida eremítica y solitaria sepultado en una gruta cerca del castillo de Podio Bonate, en la soledad de un monte, y de cuyas admirables virtudes dieron fiel testimonio las maravillas que se vieron en su muerte. Vivió el más tiempo de su vida tan negado al comercio de los hombres, y tan abstraido de las vanidades del mundo, que no pudiera haber noticia alguna de sus hazañosas obras, si el cielo no las hubiera publicado con voces de repetidos milagros. Lo que ocultaron la muda soledad de los montes y el silencio de su humildad, publicaron las campanas de los lugares circunvecinos, las cuales al punto de su dichoso tránsito se tocaron por sí mismas al parecer, siendo sus lenguas pregoneras de sus virtudes. Esta extraña novedad movió á los moradores de aquellos pueblos para que buscasen la causa de tan portentoso efecto. Dieron con la gruta donde estaba difunto, y vieron el cadáver en todas sus circunstancias *venerable*. Yacia con devota compostura, con hábito muy grosero y cordon de S. Francisco, los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos claros puestos en elevacion, en todas sus coyunturas estaba tratable y flexible, y despedia de sí suavísima fragancia. Los que concurrieron de las vecinas poblaciones deseaban para sí tener en su poder las reliquias de un varon cuyas virtudes habia publicado Dios con infinitos milagros, y cada cual de las partes alegaba sus razones de congruencia para lograr su pretension, pero con tal porfía, que hubiera pasado la piedad á ser escándalo si Dios no tomára un medio milagroso para ajustar

á las partes contendientes, que obstinadamente porfiaban y disputaban sin querer ceder ninguna de ellas. Los pretendientes eran los moradores de la abadía de Podio, los feligreses de la parroquial de Plano, los de Castro Bonate, y los religiosos Menores, que tenian convento inmediato al castillo de Trabe Bonate. Estos últimos tenian más razon, pero ménos fuerza, y el caso estaba puesto ya al arbitrio de las armas, para que decidiese el poder de la ira y controversia. Sucedió, pues, que viniese un enjambre de mariposas de rara hermosura y extraordinaria grandeza, las cuales vagaban al rededor del cadáver, como lo hacen al rededor de las luces. Despues de dos en dos, con admirable órden y compostura, unas despues de otras, sin mezclarse ni confundirse, enderezaron el vuelo al castillo ó pueblo de Bonate, como señalando el camino. Diéronse por entendidos de este prodigio los pretendientes, y tomaron la resolucion de hacer el entierro siguiendo á las mariposas, que en bien ordenada y vistosa procesion se entraron en el templo de aquel lugar, donde le dieron sepultura con más festivas que funerales demostraciones. Con las alhajas que se hallaron en su gruta, que eran solo instrumentos de mortificacion, obró el Señor muchos milagros. La piadosa devocion creció tanto, que mejoró su sepulcro con suntuosidad, y todos los años en el domingo de la Santísima Trinidad se celebraba su fiesta con gran concurso de los pueblos comarcanos. Por tradicion se han venido frecuentando estas fiestas sin interrupcion alguna por mucho tiempo, dando de este modo un premio á la virtud y santidad de un varon tan esclarecido y venerable como lo fué Podio, el ermitaño de la gruta indicada. — G. A.

PODIO (Fr. Silverio), religioso franciscano de la provincia reformada de Roma, donde tomó el hábito y se distinguió por sus conocimientos en la música, en que llegó á publicar una obra muy notable en aquella época en que este arte no habia decaido en los templos, y se presentaba en toda su noble y sencilla majestad. Poco conocida la obra del P. Podio, no es este el lugar de hacer su exámen, para el que por otra parte nos juzgamos incompetentes, mayormente cuando en esta obra nos hemos propuesto examinar los hechos más bien que referir los principios; mereceria sin duda que se sacase á la luz pública para contribuir á la reforma ya iniciada, pero á nuestro ver un poco larga y difícil de hacerse, de la música sagrada. En cuanto al P. Podio, consta que fué un excelente religioso, y trabajó con mucho ardor y celo en el esplendor del culto, objeto principal de su profesion. Llevó á cabo su cometido, y así recorrió como maestro de capilla los principales conventos de Italia, yendo al fin al de su Orden en Roma, donde sus méritos le obtuvieron el digno premio con la direccion de una de las mejores capillas de música que habia entónces en la capital del orbe cristiano. Pero el mérito del músico se eclipsa ante el del religioso, cuya ciencia toda se

dirige á amar á Dios y hacerse digno del premio de su amor eterno. Solo los artistas, solo las almas delicadas y sensibles, que en alas de su entusiasmo se lanzan á todos los peligros y dificultades de la vida por conseguir el objeto de sus deseos, solo esos séres privilegiados pueden comprender toda la grandeza, toda la extension del amor; pues bien, el P. Podio, que pertenecia á esta clase, que sentia en sí todas las armonías y que sabia expresarlas, amó con esa ternura, con esa tension, con ese fanatismo, suponiendo la parte equívoca de esta expresion, que es dado á pocos sobre la tierra. Ponderar, pues, su asiduidad en la oracion, sus multiplicadas penitencias, sus vigilias, sería excusado cuando éstas eran comunes á otros muchos religiosos y en ellas solo consiguió excederlos; por lo que debe elogiársele es porque en medio de esta vida áspera, ruda y penosa, léjos de decaer, se engrandeció su ánimo, y sus himnos, que revelan la severidad de su espíritu, abundan en esa grave majestad que hoy no se comprende ni se puede revelar, porque no se siente, porque desde las ocupaciones mundanas se quiere pasar á las que solo adivinan y explican los seres á ellas enteramente consagrados. Tal fué el mérito del P. Podio, porque siempre será citada con encomio su obra titulada: *Speculum musicæ.*— S. B.

PODOCATOR (Luis), cardenal. Nació de familia ilustre en Nicosia, en la isla de Chipre; pasó á fines del siglo XV á Italia, donde fué rector de la universidad de Pádua y creado cardenal por el papa Alejandro VI el año 1500. Era excelente filósofo y hombre de bien, y murió en 25 de Julio de 1506 en Milan, viniendo á España. Su cuerpo fué llevado á Roma y sepultado en la iglesia de Sta. María del Pópolo, donde se ve su epitafio. (Garimberto, *libro II;* Guichardino, *lib. XV;* Bzovio, Aubery, etc.)— G. A.

POEMEN ó Pastor (S.), abad. Esta gran luminaria de los antiguos padres del desierto abandonó el mundo por los años de 385 y se retiró al gran desierto de Sceté en Egipto. Pasaba muchas veces varios dias y otras semanas enteras sin comer; pero aconsejando constantemente á otros que sus ayunos fuesen moderados, aunque seguidos y constantes, y que no pasase dia sin tomar algun alimento. Era máxima suya que ningun monje debia beber ni áun probar el vino, ó buscar cualquiera otra satisfaccion, aunque leve, de sus sentidos. «Porque la sensualidad, decia, expele la compuncion y el santo temor de Dios del corazon del hombre, como el humo á las abejas; su fetor destierra aquella gracia, y priva al alma de las sensibles consolaciones y de la presencia del Espíritu Santo.» Miéntras jóven visitaba á los ancianos, y sacaba grandes utilidades de su ejemplo y sus instrucciones. Admiró mucho aquella leccion del abad Moisés, que un siervo de Dios debe conservar siempre un corazon quebrantado de tristeza y compuncion, y sumamente humillado con la consideracion de sus pecados, que debe tener siempre á la vista sin

apartarles un instante de su idea, que no debe pensar en los del prójimo, ni juzgar de otro cuando no le obligue á ello motivo de caridad ó de justicia. Habiendo arrasado á Sceté los bárbaros en el año de 395, él y sus hermanos tuvieron que retirarse á Terenuthi, cerca de un antiguo templo de ídolos, y vivieron en aquel territorio varios años. Anubis *el Mayor* y Poemen gobernaban por turno esta pequeña comunidad con una constante deferencia el uno al otro. De las doce horas de la noche, cuatro empleaban en labor, cuatro en cantar juntos los salmos y cuatro para el descanso. De dia trabajaban hasta la hora de sexta, desde ésta leian hasta la nona, ó á las tres de la tarde, y despues se juntaban á comer algunas yerbas, que eran su único alimento. S. Poemen temia cuanto pudiera interrumpir su soledad, ó traerle distracciones mundanas. Miéntras vivió en el Egipto inferior fué á verle muchas veces su madre; pero él, sin abrirla la puerta, la decia: «¿Qué quereis más, verme ahora un corto momento ó gozar de mi compañía por una eternidad? Pues vos tendreis esta felicidad si sujetais el primer deseo.» Oyendo esto salia aquella diciendo alegremente: «Por asegurar más la felicidad de veros en el cielo os prometo olvidar el gusto de veros en la tierra.» De igual rigor usó Poemen con el gobernador de aquella provincia, quien jamás pudo sacarle del desierto á que le hiciesen una sola visita. El Santo volvió á Sceté, pero fué desterrado otra vez de él con S. Arsenio por una nueva irrupcion de bárbaros en el año de 430. Entre los notables dichos de este santo Abad se cuenta que habiéndole dicho uno que habia cometido una falta, que queria hacer penitencia por ella por tres años, dudando el Santo de su perseverancia en tan dilatado tiempo, le dijo que la hiciese por tres dias no más, y que fuese fervorosa. Habiéndose dirigido otro á él con una tentacion obstinada, le mandó el superior dejar el lugar en que vivia, y que caminase tan léjos como pudiese conducirle un viaje de tres dias y tres noches, y que ayunase hasta la tarde todos los dias de un año entero. Un monje que se sentia molestado de pensamientos blasfemos habia ido muchas veces en busca suya, pero no se habia atrevido á manifestarle su pensamiento. Conociendo el Santo su cortedad y embarazo, le animó á manifestarse con franqueza, y apénas lo ejecutó, cuando se sintió libre de aquella turbacion. Consolóle el Santo dulcemente, y le mandó que dijese en su interior al demonio con toda confianza siempre que le asaltase con tan abominables pensamientos: «Sobre ti caiga tu blasfemia; no es mia, pues que mi corazon la detesta.» Salió una persona de Siria solo por consultarle de qué modo se curaria con más facilidad un abatimiento de ánimo y cierta esterilidad espiritual que la afligia, y el Santo le respondió: «Con la perseverancia en la oracion. La agua es blanda y la piedra es dura; con todo eso una gota de agua que cae sobre la piedra continuamente la agujerea y pone hueca; del mismo modo con la con-

tinua meditacion de la divina palabra que caiga en nuestro corazon, aunque él fuera como un diamante, no podria ménos de ceder á su impresion. La práctica de penitencia y la fervorosa oracion tienen la más admirable eficacia para disolver la dureza y convertir en alegría el abatimiento del ánimo.» Acostumbraba S. Poemen exhortar muy de continuo á los fieles á la frecuencia de comunion, y á una continua y vehemente sed por aquel banquete celestial, como suspira el corzo por la fresca fuente. «Algunos dicen, proseguia el Santo, que el corazon siente un ardor interior y una sed vehementísima, porque en el desierto come serpientes, cuya ponzoña infesta sus entrañas. Así las almas en el desierto del mundo suelen alimentarse de algunas de sus ponzoñas, y por lo mismo es necesario suspirar por el cuerpo y sangre de Cristo, que fortifica poderosamente contra ellas, y expele todo aquel veneno.» El mismo santo Abad daba la siguiente regla á sus monjes: «No pretendais hacer jamás vuestra voluntad, ántes bien regocijaos en vencerla y en humillaros á hacer la voluntad ajena. Los que son amantes de su propia voluntad no necesitan de otro demonio que los tiente, pues ellos mismos son sus propios tentadores.» Añadia á esto: «El mal no puede curarse con otro mal: por tanto, si alguno os hace algun mal, volvedle un bien para que venzais el mal primero con el mismo beneficio.» Decíales tambien: «El que sea propenso á riñas, á murmuraciones ó á quejas injustas, no sea monje; porque el hombre apasionado ¿cómo ha de ser religioso?» Era dicho comun tambien de este santo Abad «que nada da tanto gusto á nuestro enemigo como el que uno resista descubrir sus pensamientos á su superior ó director.» San Poemen murió por los años de 451, y se hace conmemoracion de él en este dia 27 de Agosto en el *Martirologio Romano* y en la *Menea de los griegos*, quienes en su *Oficio Magno* le llaman *lámpara del universo y modelo de monjes*. Véanse las *Historias de los Padres del desierto*, publicadas por Rosweide, d'Andilly y Cotelier; la *Coleccion de los Bolandistas*, tomo VI; *August.*, página 25; *Tillemont*, tomo XV, pág. 147; y *F. Marin*, tomo III, pág. 150.—A. L.

POGGI (José de). Vamos á bosquejar ligeramente la vida del excelente literato y distinguido anticuario italiano Poggi, tratándole en su parte científica y en la política, en que tambien representó un papel que le dió bastante á conocer. Nació este entendido arqueólogo en 29 de Agosto de 1761, en Piozzano, cerca de Plasencia, de una noble familia del país. Empezando sus estudios á la vista de su padre, le enviaron al colegio de Parma, porque se le destinaba al servicio del altar. Mandándole á Roma á continuar sus estudios, allí tomó sucesivamente los grados de teología en derecho civil y canónico, y á poco de esto le recibió en su seno la Academia de la Sapienza. Consagrado de sacerdote, fué á Pistoya á las órdenes del obispo Ricci, y desde entónces manifestó ese espíritu de independencia religiosa que le caracterizó siem-

pre y que llevó hasta el extremo. Cuando estalló la Revolucion francesa, adoptó Poggi los principios revolucionarios con entusiasmo, y trabajó activamente para propagar aquel movimiento en Italia. Llamado á Milan por Napoleon Bonaparte en 1796, para que organizase la sociedad de instruccion pública, cuyo fin fué esparcir, especialmente entre el pueblo, las ideas revolucionarias, fué encargado de dirigir muchos periódicos y manifiestos, á lo que debe particularmente su facilidad de escribir. Durante el corto triunfo de los ejércitos austro-rusos en 1799, Poggi se refugió á Francia con otros muchos sabios italianos, fijándose definitivamente en París; poco tiempo ántes habia solicitado y obtenido, segun Albi René, uno de sus biógrafos, del papa Pio VI la anulacion de sus votos sacerdotales, demanda que no fué efecto de una deferencia sincera, sino más bien de un temor momentáneo como lo prueba su conducta ántes y despues de esta época, pues que escribió con su propia mano sobre el breve pontifical: «Esto era inútil, porque yo debia reconocerme libre por el derecho natural y por las leyes de la República de esta época; libertad que no me podian quitar disposiciones eclesiásticas que no tenian autoridad alguna sobre el estado de los ciudadanos.» Dejamos reflexionar á nuestros lectores acerca de la validez de semejantes razones. Disfrutaba Poggi de una fortuna considerable, y por lo tanto pudo entregarse completamente á su sabor, á su pasion favorita, la literatura, la arqueología y las ciencias naturales, publicando trabajos en estos géneros, que acreditan su profundo estudio y grandes conocimientos, en los periódicos de su epoca: los *Anales de Química*, *El Domingo*, *El Correo de Europa*, y *El Monitor Universal*. En 1811 fué nombrado Poggi miembro del Cuerpo legislativo francés por el departamento del Toró. Cuatro años despues, la emperatriz María Luisa, que acababa de cambiar la entónces más bella y poderosa corona del mundo por la del pequeño ducado de Parma, Plasencia y Guastala, le eligió para que liquidase con el gobierno francés los créditos y deudas de sus nuevos estados. El celo, inteligencia y desinteres que acreditó Poggi en el desempeño de esta mision, le valieron las más lisonjeras distinciones. Creado caballero de la órden de Constantino y consejero de Estado, fué nombrado encargado de negocios de la archiduquesa de Parma cerca de la corte de las Tullerías, funciones que á pesar de no tener en sí mismas más que una débil importancia diplomática, no eran por esto ménos honrosas. Aun cuando Poggi no habia estado en su país desde 1799; le conservaba un tierno afecto, y buscaba siempre la sociedad de los italianos distinguidos por sus escritos, cualesquiera que fueran sus opiniones; y su bolsillo estaba siempre abierto para ellos, habiendo dado hasta cien mil francos á Cárlos Botta para la primera edicion de la *Historia de Italia*; París, Didot, 1824, extrañándose hallar tanta generosidad en un

hombre que tan en alto grado profesaba el materialismo. Habiendo llegado á una edad muy avanzada, se fué á vivir á una bellísima casa de campo que habia comprado en el valle de Montmorency, y en ella murió el dia 19 de Febrero de 1842, á la edad de más de ochenta años. Reposan los restos mortales de Poggi en un suntuoso mausoleo que él mismo se hizo levantar en medio de su jardin. Veinticinco obras ha dejado este escritor, que acreditan su aplicacion y su capacidad científica y literaria, las cuales citarémos de la manera que lo hace en su biografía el expresado biógrafo René Albi: *De ecclesia tractatus;* 1788, en 8.° — El autor desarrolla en esta obra los principios de las libertades galicanas, apoyándose en las autoridades de Febronio, Pereira, Giannone y otros. *Saggio sulla libertá dell'uomo*; 1789. Las opiniones que sostiene Poggi en esta obra no son ortodoxas, pero está, sin embargo, léjos de la negacion de todo principio religioso á que llegó despues. — *In æneum fragmentum in Velejatæ legis romanæ pro Gallia Cisalpina commentarium*; 1790. Es la explicacion de una antigua inscripcion que existia en el museo de Parma, que fué llevada á París, la cual ha sido reproducida por el abate Marini, en su obra titulada: *Fratres Arbales; Origine della sovranità;* 1791, en 8.°, opúsculo de que se trata en el *Contrato social* de J. J. Rousseau.—*Delle emende sincere*; Florencia, 1791, en tres volúmenes en 8.° Sostiene el autor en esta obra que los príncipes tienen derecho de intervenir en los negocios eclesiásticos, y elogia extraordinariamente las reformas introducidas en Toscana por el gran duque Leopoldo y por el obispo Ricci. *Lettere di Fra Colombano;* Pavía, 1792, en 8.°, es una especie de *Suplemento* á la obra anterior. *Inscriptionum veterum placentinarum*; 1793, en 8.°; coleccion apreciable de antiguas inscripciones romanas encontradas en el distrito de Plasencia y en la antigua Veleja. —*Inscriptiones placentinæ medii ævi*; 1793, en 8.° — *Dissertazione storico-critica sulla bataglia di Annibale à Trebia*; 1794, en 8.° Se dirige á fijar la posicion topográfica de los ejércitos romanos y cartagineses. — *Tratato storico-ecconomico-critico della zecca e della moneta piacentina*; inserta en la obra del caballero Zannetti — *Delle Zecche d'Italia*; Bolonia, 1794, en fólio.— *Discorso filantropico ai popoli delle Italia*; Milan, 1796, en 8.°—*Il Republicano evangelista*; Milan, 1796, cuatro volúmenes en 8.°, publicacion periódica, cuyo fin era hacer afectos á los eclesiásticos á las ideas republicanas.—*La concordanza della democrazia col Vangelo*; memoria dirigida al arzobispo de Milan, 1796, en 4.° — *Giornale della publica instruzione*; Milan, 1796 y 1797, en fólio. — *L'Estensore cisalpino*, periódico oficial de la misma época. —*Instruzione ai cattolici sul giuramento civico della Republica Cisalpina*; Ferrara, año VI, en 8.°—*Cenni politici pel recivimento solenne del primo ambasciatore della Republica Francese* impreso de órden del *Directorio cisalpino*; Milan, 1798, en 8.° — *Al popolo*

cisalpino, deliberatoria ; opúsculo en que combate Poggi los manejos del embajador francés para derribar la primera Constitucion de la República Cisalpina, traducido al francés por Luciano Bonaparte. — *Manuel pour extraire le sucre des raisins*; París, 1808. — Una traduccion italiana del *Tratado de Mineralogía elemental de Bronguiart, publicado á expensas del gobierno;* Milan, 1810, en dos volúmenes en 8.° — *Notes historico-numismatiques de la Napoleonide, ou Fastes de Napoleon* ; París, 1811, en 4.° — *Inscriptions latines pour la fête de Saint Napoleon célèbres à Plaisance*; 1812, en fólio. — *Médailles pour servir à l'histoire de Napoleon-le-Grand*; París, 1811, en 4.° Una traduccion en versos italianos de la *Guerra de los Dioses de* Parny; París, 1830, en 8.° — *Della nature delle cose ;* poema en cinco cantos que recuerda el de Lucrecio; París, 1843, en 8.° — Habia Poggi confiado por medio de su testamento este libro al doctor Benito Mojon, el cual no le publicó hasta que corrigió el estilo y le purgó cuidadosamente de algunos puntos que tenia ofensivos á la religion cristiana; por lo demás estos fragmentos, bastante medianos en cuanto á la versificacion, respiran el más pronunciado materialismo. Dejó tambien Poggi un gran número de manuscritos, de los que unos pasaron á la *Biblioteca Real* de París, y otros á la de Parma; lástima es que Poggi, dejándose de la política, no se hubiera dedicado más al estudio arqueológico para el que tenia tanta disposicion; pero aún es más lamentable, que olvidado de la buena doctrina de la Iglesia, se entregase á ideas irreligiosas y á escribir contra los principios que forman la base de la verdadera doctrina que debe seguir el católico en todos sus actos. — B. C.

POGGI (Simon María), jesuita. Nació en el territorio de Bolonia en 1685: ingresó en la Compañía en el colegio de Faenza, donde profesó, y murió en 1749. Fué un poeta bastante distinguido en su época, y entre las muchas obras que compuso se citan como las principales las siguientes: 1.ª *Idomeneo*, tragedia; Roma, 1722. — 2.ª *Antenor*. — 3.ª *Agrícola*. — 4.ª *Saul*. — 5.ª *Bayaceto*, y otras que fueron representadas en diferentes colegios de su instituto. — 6.ª *Rime di Nemeso Ergatico in morte del Ser. Francesco I, duca di Parma, etc.*; Parma, 1727. — Se le atribuyen además muchos dramas, comedias y églogas. — S. B.

POGGIBONZI (Beato Benito), confesor, religioso franciscano, muy notable por su piedad y erudicion. Se halla sepultado en Bulcanio, donde murió hácia 1270. El Martirologio Franciscano hace mencion de él con las siguientes palabras: «Fr. Benito fué condenado en juicio á consecuencia de un pecado de envidia; pero fué libertado y devuelto á la vida corporal por los ruegos del beato Francisco y del beato Antonio; abandonada entónces la filosofía, se cambió en un nuevo varon y tuvo ciencia infusa, y fué de una vida santísima.» — S. B.

POGGIO (Juan), cardenal, obispo de Propea, era de Bolonia, y le casaron muy jóven sus padres; pero habiendo enviudado poco despues, se hizo eclesiástico y pasó á Roma. El papa Paulo III lo envió por nuncio á España y á Alemania; Julio III le volvió á enviar á España el año de 1551; habiendo regresado á Italia, hizo un viaje á Bolonia, donde murió en 12 de Febrero de 1556. Su cuerpo fué enterrado en la capilla de S. Juan Bautista, que él habia fundado en la iglesia de los Agustinos. Aubery, *Historia de los Cardenales*. Cabrera, Petramellario, etc.—G. A.

POGGIO (Juan Francisco). Fué este canónigo dignidad de la santa iglesia de Florencia en el siglo XV, hijo del célebre Poggio de Vaggia. Nombrado secretario del pontífice Leon X, y á pesar de lo mucho que le ocupaba este destino, no cesó de estudiar el derecho canónico, en cuya facultad se hizo una especialidad. Como canonista profundo compuso, segun la doctrina de los intereses de la corte de Roma, un tratado acerca de los poderes del Papa y del Concilio. En la iglesia de S. Gregorio se ve sobre su sepulcro un epitafio que da á conocer que murió el 22 de Junio de 1522, á la edad de setenta y nueve años.—C.

POGGIO (Juan Bautista), hermano del anterior, fué doctor en derecho canónico de Florencia, y autor de las *Vidas de Nicolás Paccinini y del cardenal Capranica*, todas escritas en italiano.

POGGIO (Pedro Pablo), tambien hermano de los anteriores, que fué prior de Santa María de Minerva y murió en Roma á los veintiseis años. Este y los anteriores tuvieron otro hermano llamado Felipe, el cual despues de haber sido canónigo de Florencia, abandonó el estado eclesiástico para casarse.—A. C.

POGGIO Bracciolini (Juan Francisco), muy conocido bajo el nombre de *Poggio Florentino*, nació el año 1380 en Terranova, territorio de Florencia, de Guicio Bracciolini, y tomó el nombre de *Poggio* que tenia su abuelo, escribano que era de Lanciolina. En el año 1398 pasó á Florencia, y allí estudió la lengua latina con Juan de Rávena, y la griega con Manuel Crysoloras, despues aprendió el hebreo, é instruido con tan buenos maestros pasó á Roma en tiempo de Bonifacio IX y entró á servir al cardenal de Bari llamado Ludolfo Marramoro ó Marramuldo, napolitano. Más adelante obtuvo el empleo de escribiente de las letras apostólicas, que sirvió muchos años desde Bonifacio IX hasta Alejandro V, despues de los cuales fué secretario de los papas Juan XXII, Martino V, Eugenio IV, Nicolao V y Calixto III. Durante la celebracion del Concilio general que se congregó en Constanza, algunos cardenales y señores de Roma lo enviaron allí el año 1414 con Bartolomé de Montepulciano, para que buscára libros antiguos, donde efectivamente encontró muchos manuscritos de esta clase. Desde dicha ciudad escribió á

Leonardo Aretino una carta apologética del hereje Gerónimo de Praga, por causa del suplicio que se le hizo padecer á este apóstata. Esta carta corre impresa en diversas colecciones, como es en las actas del Concilio de Constanza que coleccionó Vonderhardt, en las *Icones* de Teodoro de Beza, que se imprimieron el año 1580, etc. Poggio, pues, de vuelta ya del Concilio de Constanza hizo un viaje á Inglaterra, se mantuvo en Lóndres, visitó los más de los monasterios, y buscó en esta ciudad manuscritos, si bien encontró pocos. El año de 1435 volvió á Florencia, despues de todas sus indicadas correrías, teniendo entónces cincuenta y cuatro años de edad. Posteriormente volvió á Roma, en cuya capital del imperio continuó su empleo de secretario, salió de ella casi al cabo de cincuenta años de mansion, y volvió á Florencia, donde se le confirió el empleo de secretario de la república despues de la muerte de Carlos Aretino, que sucedió el año de 1453. A pesar de esto, no dejó de continuar en parte en ser secretario de Calixto III, y lo fué tambien de Pio II durante algun tiempo. Hizo edificar cerca de Val de Arno, en las inmediaciones de Florencia, una casa de campo á la cual se retiraba ordinariamente; pero no la gozó tanto tiempo como lo deseaba, pues falleció en Florencia el dia 30 de Octubre de 1459, á los setenta y nueve años y tres meses de su edad. Poggio Bracciolini era de genio mordaz y satírico y un poco libre ó descompuesto en sus costumbres; pero por otra parte era buen amigo y desinteresado. Además de su carta relativa al suplicio de Gerónimo de Praga, y el hallazgo que hizo de las obras de Quintiliano, que encontró en una torre vieja del monasterio de San Gal, de una parte del Asconio Pedanio, de los tres primeros libros de los ocho de Valerio Flacco, y de una parte del cuarto de los libros de Ciceron *De finibus et de legibus*, que él descubrió en un viaje que hizo á Alemania, y que no se habian visto todavía en Italia; de Ammiano Marcelino todo entero, de Lucrecio, Manilio, Silio Itálico, del *Tratado de los Acueductos* por Frontino, etc., compuso de propio número muchas obras, entre ellas: 1.ª *Oraciones fúnebres* que pronunció en el Concilio de Constanza y que se encuentran en la coleccion de las actas de este Concilio. —2.ª Una *Historia de Florencia*. —3.ª Un *Tratado de varietate fortunæ*. — 4.ª Dos libros de epístolas. —5.ª Uno de cuentos puercos é impíos.—6.ª Una traduccion latina de Diodoro Sículo, que pareció separadamente en la hermosa edicion de Colines del año 1531 en caractéres itálicos y con el resto de Diodoro en la edicion de Grypho, en 16.°, año de 1552. Por lo que mira á la *Historia de Florencia*, Poggio la habia compuesto en latin; pero hasta el año 1715 no se habia impreso sino la traduccion italiana que habia hecho otro autor. No fué sino en el año 1715 cuando Juan Bautista Recanati, noble veneciano, hizo imprimir el original en Venecia, Luis Antonio Muratori la insertó en el vigésimo tomo de su *Gran co-*

leccion de los escritores de la historia de Italia, y esta nueva edicion la revisó y aumentó Recanati, quien le añadió una *Vida de Poggio*. El tratado *De varietate fortunæ* en cuatro libros, con cincuenta y siete cartas del mismo, que aún no habian salido á luz, no se imprimió hasta el año 1723, en París, en 4.°, á solicitud de Juan Oliva, bibliotecario del cardenal de Ruan. Poggio fué uno de los mejores ingenios y hombres más doctos del siglo XV, segun opinion de algunos historiadores.—G. A.

POHL (P. José), jesuita. Nació en Praga en 1709, y desde su primera juventud manifestó los sentimientos de piedad y virtud que debian merecerle un distinguido lugar entre los miembros de la Compañía de Jesus. Siguió sus estudios con aprovechamiento, distinguiéndose en las ciencias físico-matemáticas, que en el siglo pasado comenzaban á desarrollarse para ocupar el privilegiado puesto que en la actualidad ocupan en el mundo científico é industrial. Pero por muchos que fuesen los encantos que tuvieran las ciencias para el P. Pohl, teníalos mayores todavía la religion, en la que no tardó en figurar como uno de los primeros adalides contra las inmensas sectas que poblaban su patria. Desde el instante en que ingresó en la Compañía demostró aquella sabida y nunca vulgar máxima de que la mucha ciencia acerca á Dios, miéntras la superficial y escasa lanza en la indiferencia y el ateismo. Así este religioso, que por sus conocimientos podia figurar entre los sabios más avanzados de su época, por sus virtudes se hallaba colocado entre los miembros más ilustres de su instituto. Dedicado á la enseñanza, la ejerció por largo tiempo con extraordinario celo, mereciendo los elogios de sus superiores y una justa fama en cuantos colegios desempeñó su cargo de catedrático. Sus discípulos, que le amaban como á un padre, le veneraban tambien como un modelo de todas las prácticas que se acostumbran en el instituto de San Ignacio de Loyola, en que igualó si no excedió á los más aventajados de su tiempo. Además de consagrarse á la enseñanza, empleaba el espacio que le dejaban libre esta y sus tareas religiosas en el púlpito y confesonario, siendo uno de los oradores á quienes se escuchaba con más gusto en su país. Sus elocuentes discursos consiguieron más de una conversion, que supo ocultar con modestia el P. Pohl refiriendo solo á Dios los frutos de sus predicaciones en la tierra. Despues de haber pasado muchos años en los santos objetos á que le dedicó la Compañía, con fama creciente siempre, falleció en 1778, dejando un libro á que debe su principal celebridad, y en que manifiesta sus no vulgares conocimientos en las ciencias físicas, no muy adelantadas en la época de su publicacion. Titúlase: *Tentamen phisico-experimentale in principiis peripateticis super phænomenis electricitatis;* Praga, 1747-1750, en 8.°—S. B.

POIARES (Fray Pedro de), de nacion portugués, religioso de la órden

de San Francisco de la provincia de la Piedad, profesor de teología en el convento de Elvas. Fué un sacerdote ejemplarísimo, muy estudioso, constantemente entregado á tareas literarias, de grande ingenio, muy laborioso, observantísimo, y muy querido por todos los que le trataron, principalmente por los religiosos de su Orden. Entre otras muchas obras que escribió, se conserva la siguiente en idioma portugués: *Diccionario lusitano-latino de los nombres propios de las regiones, provincias, ciudades, villas, castillos ó lugares, rios, mares, etc.*, Lisboa, 1667, en 4.°, por Juan da Costa.—A. L.

POIDEBARD (Juan Bautista). Nació en Saint Etienne en 1760, recibió las órdenes sagradas y se hizo sacerdote, no obstante que por sus conocimientos en matemáticas tenia un ancho campo que recorrer en la carrera de las ciencias. Despues de haber enseñado las exactas en el colegio de San Ireneo y desempeñado el cargo de párroco en Myons en el Delfinado, pasó á Rusia al estallar la revolucion con su amigo Lamberto Colomes, y fué admitido al servicio del Czar como ingeniero mecánico, puesto en que se distinguió mucho inventando ó perfeccionando una multitud de máquinas é instrumentos. Mas no pararon en esto sus buenos servicios al país que tan benévolamente le habia acogido, sino que estableció muchas fábricas nuevas y perfeccionó algunas de las antiguas, mejorando tambien las manufacturas, en que llegó á formar un gran número de profesores y discípulos, á que instruyó con el mayor esmero pudiendo sustituirle dignamente. Entre sus inventos se cita todavía como uno de los más útiles y que está en uso en Francia, el ingenioso que ideó para el remolque de las góndolas del Volga, por cuyo medio se ahorra anualmente el servicio de ciento sesenta mil hombres. La suerte no fué más favorable á este que á otros muchos sabios, cuyo nombre se halla consignado en la historia para demostrar que no siempre la virtud y la laboriosidad obtienen el merecido premio, y que las mejores cualidades no se hallan por lo comun unidas con la mejor fortuna. Así Poidebard, despues de haber prestado los mayores servicios, de haber ideado grandes economías para los gobiernos y de haber favorecido el desarrollo del comercio y de la industria en un país como Rusia, donde es fama que lo mismo entónces que ahora no se hallaba muy adelantada, no consiguió recompensa alguna, y murió en la mayor indigencia en San Petersburgo en 1824. No consta escrita ninguna obra de este autor, pero sus conocimientos y sufrimientos le han proporcionado en cambio la estéril gloria de que se imprimiese una noticia suya en los *Archivos históricos y estadísticos del departamento del Ródano*; tomo IV, página 291 y siguientes.—S. B.

POIG (Fray Juan). A pesar de las más exquisitas diligencias practicadas, no ha podido saberse á que órden religiosa perteneció Fray Juan Poig. Unicamente ha podido inquirirse que fué un religioso muy entendido, y escritor

erudito como lo da á entender la obra que aún se conserva escrita de su puño, titulada: *Del Mayor del Cielo*; Zaragoza, año de 1615.—A. L.

POINCOT (P. Fr. Vincencio), religioso de la órden hospitalaria del glorioso patriarca San Juan de Dios, natural de Langrés, resplandeció en conversacion santa y docta. Era suavísima y dulce su elocuencia; porque á su noble espíritu le adornaban estudios mayores y menores, siendo agudo filósofo, y sapientísimo médico, de un juicio claro y sólido, un brio penetrante y una memoria más que feliz. Estas prendas que pudieran ensoberbecerle, le abatian más á la humildad, á la penitencia, á la oracion, y contemplacion y á todas las demás virtudes. Fué grande hospitalario, y llevaba en sus manos la salud á los enfermos, curando con su virtud y santidad lo que la medicina no alcanzaba. Fué superior del hospital de París, y fué norma de superiores, teniendo tal virtud y fuerza en las palabras, que solo con ellas obraba milagros en la observancia de la regla. Trabajó mucho por el bien de los prójimos y por el de sí propio, que no fuera buena su caridad, si no comenzára por sí mismo. Castigaba su cuerpo con ayunos, silicios y penitencias como queda indicado, para de este modo tenerle en servidumbre al imperio del espíritu y de la razon. Se empleaba tambien en la oracion solo por la noche, porque los ejercicios de su caridad le tenian ocupado por el dia. Fatigada, por último, su vida con estos trabajos y con otras muchas mortificaciones, la rindió á que pagase el feudo á la muerte en el hospital de Niort á 22 de Enero del año 1662.—G. A.

POINSIGNON (D. Esteban), religioso benedictino de Saint Vannes, nació en el año de 1703 en Duns, en el ducado de Var; pronunció sus votos en el año de 1722 en la abadía de Beaulieu, diócesis de Verdun, y toda su vida la compartió entre el estudio, la devocion y la direccion de las parroquias vacantes de su congregacion. Murió en la abadía de Moiremont, diócesis de Chalons-sur-Marne el 27 de Diciembre de 1782. Se conserva de este ejemplar religioso la obra titulada: *El Sacerdote instruido de sus obligaciones*, ó la *Institucion de los párrocos*; París, 1765, tres volúmenes en 12.° — A. L.

POIRET (Juan Luis María). Nació este eclesiástico, célebre naturalista é infatigable viajero, en la ciudad de S. Quintin el año 1755. Deseoso de servir á Dios y de dedicarse con desahogo al estudio, abrazó el estado eclesiástico, pero arrastrado por su aficion apasionada á la botánica, viajó á pie y casi sin recursos por las provincias meridionales de la Francia, los Alpes y una parte de Italia. Obligándole el cansancio y la falta de medios á detenerse en medio de sus viajes, se fijó en Marsella por algun tiempo encargándose de la instruccion de dos jóvenes. Haciendo allí amistad con oficiales de marina, estos le procuraron los medios de pasar á Berbería, en donde con las recomendaciones que le proporcionó el mariscal Castries, ministro de Marina,

recorrió la antigua Numidia. En Bona encontró al sabio Desfontaines y con él visitó las fértiles llanuras de la Hippona hacia el rio Seybouse. Recorriendo ambos el país herborizaron en el Cabo de Rosas, antigua posesion francesa, y despues de atravesar vastas selvas, visitó el Masula y el país de los Zalmis, y de aquí se volvieron á la Caille, cuyas agrestes cercanías son muy fecundas en bellas plantas, por lo que se detuvieron allí algunos dias, volviéndose despues á Bona, en donde se embarcó Desfontaines para Marsella. Un año pasó aún Poiret en este país del que sacó muchos objetos, quedándole otros muchos que reconocer, particularmente en el reino de Argel. Volviendo á Francia, se ocupó sin descanso en la publicacion de sus preciosos descubrimientos, trabajando al propio tiempo en el Diccionario de Botánica para la *Enciclopedia metódica*, que habia empezado en 1789 Lamarck, autor de los cuatro primeros volúmenes, y el cual se terminó en 1808 en ocho tomos. Se encargó tambien de la mayor parte de las ilustraciones de las láminas, en todo lo cual trabajó hasta 1823. La relacion de su viaje se considera una de las mejores que se han escrito sobre el Africa. Fué publicada en francés con el título: *Viaje á Berbería, ó cartas escritas de la antigua Numidia en los años* 1785 *y* 1786, *sobre la religion, usos y costumbres de los Moros y de los Arabes, con un ensayo acerca de la historia natural del país*; por el abate Poiret, 1789, dos volúmenes en 8.° Tradújose este viaje en aleman, y se publicó en Strasburgo en 8.° en 1789; en inglés, en Lóndres en 1791, en 8.° Por esta obra se ve que Poiret solo habia visitado la porcion del reino de Argel conocida con el nombre de provincia de Levante, que forma parte de la antigua Numidia. En veintisiete cartas escritas desde Bona, llamada Hippona en lo antiguo, y de la Caille en donde estaba la estacion francesa, ha descrito los usos y costumbres de los moros y de los árabes beduinos, que unos y otros reconocian la autoridad del dey de Argel ó de su representante el bey de Levante. Debe observarse, que los moros se someten á este poder como bajos esclavos; pero que los árabes no le reconocen, viviendo en el país con la mayor independencia. Tan marcada diferencia en el carácter de ambos pueblos, la estableció tambien en sus costumbres, y así es que al paso que se nota la doblez y la más sórdida avaricia de los moros, que imprimen este carácter á todas sus operaciones comerciales, se ve la franqueza y la hospitalidad más sincera bajo las groseras tiendas de los errantes árabes. Las observaciones de Poiret sobre este país no se limitan al carácter moral de sus habitantes, ha descrito tambien con mayores detalles que Shaw, los animales domésticos y feroces del país, los pájaros y hasta los insectos, pero su más rica parte es la multitud de plantas que ha descrito, sujetándolas metódicamente al sistema de Linneo. Este viaje es muy útil á los amantes de la historia natural y en especial de la botánica. La revolucion

con sus frecuentes y sangrientas alarmas no separó ni un dia á Poiret de sus estudios favoritos; pero se aprovechó de este estado de agitacion para casarse á pesar de las órdenes sagradas que habia recibido. Por lo demás fué un hombre estimable y de extremada bondad. En 1795 fué nombrado profesor de historia natural en la escuela central del Aisne, por lo que habitó algun tiempo en Soissons. Perdiendo esta plaza cuando se creó la universidad, volvió á París en donde se asoció á muchas empresas literarias y científicas, viviendo con extraordinaria sencillez y procurando siempre que la atencion pública no se fijase sobre él, lo cual le impidió llegar á ser recibido en la Academia, á la que tantos títulos podia presentar. Murió este sabio naturalista en París el dia 7 de Abril de 1834, dejándonos su buena memoria como hombre de ciencia y laborioso escritor en las siguientes obras, escritas y publicadas en francés: *Conchas fluviátiles y terrestres, observadas en el departamento del Aisne y en las cercanías de París*; 1801, en 12.°—*Lecciones de Flora, curso de botánica, explicacion de los principales sistemas, introduccion al estudio de las plantas, seguida de una iconografía vegetal en sesenta y ocho láminas iluminadas, en las que se presentan más de mil objetos*; tres volúmenes en 8.°, París, 1819, 1821 y otra edicion clásica en 1823. *Historia filosófica, literaria y económica de las plantas usuales de Europa*; París, 1825 y 1829, siete volúmenes en 8.° — *Memoire sur la tourbe pyreteuse du departement de l' Aisne*. Fué Poiret uno de los autores del *Diccionario de Ciencias naturales*, en ocho volúmenes en 8.°; del *Diario de Física*; de la reimpresion del *Curso de Agricultura* de Rozier, y dejó muchos manuscritos sobre botánica á su hijo, que ha sido grabador de historia natural.—A. C.

POIRET (Pedro), escritor místico. Nació en Metz en 1646, de un protestante que ejercia el oficio de bruñidor: fué puesto en su juventud en casa de un escultor, pero le dejó para aplicarse al latin, al griego, al hebreo, á la filosofía y á la teología, y en 1668 marchó á Heidelberg, en donde se hizo ministro, y en 1674 á Anwein en donde obtuvo el mismo destino. Durante su permanencia en esta ciudad, las obras de los místicos y sobre todo las de Boriñon, exaltaron de una manera tal su imaginacion, que resolvió vivir y escribir como ellos. El devoto estóico era admirado por todos con entusiasmo. Poiret se fué á Rhinsburgo y despues á Leyden en Holanda, donde murió á la edad de setenta y tres años. Para pensar mejor en las cosas espirituales se habia separado enteramente del mundo. La soledad no hizo más que exaltar su imaginacion en vez de calmarla: se tiene de este ministro varias obras llenas de entusiasmo, y en donde nunca es dable comprender alguna cosa. Como parece que fué hecho de espiritualidad, la verdadera fe es la primera luz, el manantial y fundamento de todas las otras, es natural de creer que no tenia nada de esto. Poiret no ha sido extraordinariamente favo-

recido de los otros, alguna vez parece que haya sido dirigida á los místicos católicos. Sus principales obras son: *Reflexiones racionales de Dios.* — *Alma y malo.*—*La economía divina*; 1687, en siete volúmenes en 8.°—*La paz de las buenas almas*; 1687, en 12.° —*Los principios sólidos de la Religion cristiana*; en 12.°—*La Teología del corazon*; dos volúmenes en 12.°—Una edicion de las obras de la Buriñon, en veintiun volúmenes en 8.°, con una vida de esta hija singular, mirada ordinariamente como una fanática, aunque algunos atribuyen los defectos de sus escritos más bien al empeño de sujetarse á la exactitud teológica que á la perversion del espíritu: su conducta y varias de sus máximas, sobre todo sus ligaduras, no vienen al objeto de esta explicacion favorable, que tiene más bien lugar para Madama Guyon, de la cual Poiret ha insertado varios tratados en esta coleccion, así como tambien otras obras del mismo género (mírese á Buriñon y á Guyon). Poiret no se contentó con estudiar los místicos, sino que tambien escribió sobre la física, habiéndose atrevido á atacar á Descartes, en su *Tratado de erudicion triple*; dos volúmenes en 4.°, impresos en Amsterdan en 1707. — G. A.

POIREY (Francisco). Este ilustrado jesuita fué natural de Vesoul, en donde nació el año 1584. Abrazó la regla de S. Ignacio á la edad de diez y siete años, y fué destinado por sus superiores á la carrera de la enseñanza. Despues de haber enseñado las humanidades, la retórica, la filosofía, la teología y la santa Escritura, se le nombró director de la casa profesa de Nanci, con el título de rector del colegio de Lyon, desde donde pasó al de Dole, en donde murió el dia 25 de Noviembre de 1657, en la buena opinion que merecia religioso tan piadoso como instruido. Dejó escritas las siguientes obras: *Ignis holocausti sive affectus ex divinis litteris quibus animas sacerdotis ad jure celebrandum disponitur*; Pont-à-Mousson, 1629, en 12.°—Esta obra se imprimió despues en Colonia y en Lyon.— *Medio de disponerse á la muerte*, escrita en francés, en 16.°—*Le Bon Pasteur*, en 12.°—*La Triple Corona de la Virgen María*; París, 1630, en 4.° y reimpresa en la misma forma en 1633 y en 1645 en fólio, pues que fué obra de un éxito grande en su tiempo, y quedó mejorada con las correcciones que la hizo Rouelte de Blemur, religioso del Santísimo Sacramento, que la publicó con el título de *Grandezas de la Madre de Dios.*—*La Ciencia de los Santos*; París, 1758, en 4.° Dejó el P. Poirey inédita una coleccion de meditaciones, que sus cofrades publicaron en 4.° en Tournon el año 1641. —C.

POIRIER (Domingo German), sabio benedictino de la congregacion de S. Mauro, nació en París en 1724, habiendo terminado sus estudios á los catorce años, y no habia todavía cumplido los quince, cuando entró en el monasterio de S. Faron de Meus, en donde hizo profesion el 10 de Marzo de 1740. Despues de haber enseñado la filosofía y la teología en diferentes

casas de su Orden, llegó á ser secretario del visitador de la provincia de Francia. Este destino, léjos de distraerle de sus trabajos de erudicion, le dió por el contrario ocasion de entregarse á ellos. Era el uso que desde este puesto se pasase á ser superior de algun monasterio, pero prefirió el ser catedrático, que le ofrecia más medios de instruirse, y obtuvo el cuidado de los archivos de S. Dionisio, que puso en mejor órden con su feliz memoria. Se encargó de una gran cantidad, y de una tan variada de conocimientos, que para dar actividad al gran compromiso de recoger la coleccion de los historiadores de Francia, que se hallaba decaida despues de la muerte de Domingo Bouquetd, se le asoció en 1762. En efecto, desde que puso mano en esto, el trabajo tomó una marcha más pronta. El volúmen XI salió á luz en 1767, con sabias notas, suplementos interesantes, observaciones y un excelente prefacio. Un acontecimiento imprevisto interrumpió esta cooperacion. En 1765 Domingo Poirier dejó su congregacion por las cuestiones que en ella se ventilaban, marchando á la provincia de Alxaza: pero habiéndose arrepentido, obtuvo dos bulas del abad *in partibus*, diez años despues de su salida solicitó volver á entrar en S. German de los Prados, en calidad de guarda de los archivos, miembro de una comision establecida por Mr. el guardasellos, para preparar una coleccion general de los diplomas y cartas del reino, fué nombrado por el Rey socio de la Academia de las Inscripciones. La revolucion vino á arrancarle de su puesto, y despues del incendio de la biblioteca de S. German, en 1794, estuvo al cuidado de los manuscritos que las llamas habian perdonado. Fué dos años despues enviado á la Biblioteca del Arsenal, y en 1800 á la reorganizacion del Instituto, formando parte de la clase de historia. Estos dos destinos le hicieron algun favor, no dejando por eso de vivir con ménos pobreza. Sus gastos anuales no llegaban á cuatrocientos ó quinientos francos: el resto de su dinero lo apartaba para socorrer la indigencia y la amistad, y particularmente á los antiguos religiosos de su Orden. Su simpleza exterior anunciaba cuál era su alma; su sobriedad y temperancia no eran ménos notables, su muerte fué imprevista, habiendo ocurrido el 2 de Febrero de 1803, á los setenta y nueve años de su edad. Encuéntrase en el undécimo volúmen de los *Historiadores de Francia*, con Domingo Precioso y Domingo Hausseau, 1767, y ha contribuido á la edicion del *Arte de comprobar las datas ó las fechas*, tres volúmenes en fólio, 1783 á 1787. (Vide á Domingo Clemencet II, 1648.) Tuvo la mayor parte en el trabajo hecho hácia 1780, bajo la direccion del guardasellos, para preparar una coleccion general de los diplomas y cartas del reino, á imitacion de la de Rimer, para la Inglaterra, Baequique, y de la *Porte du Theil*. Leyó en la Academia varias memorias relativas á la historia de Francia, entre otras un exámen histórico y crítico

de la historia de Cárlos VI, por el anónimo de S. Denis, lleno de notas. En fin, tiene publicado con Vik d'Azir: *Instruccion sobre la manera de inventariar y conservar todos los objetos que pueden servir á las artes, á las ciencias y á la enseñanza*, Paris año dos (1794), en 4.° D'Acierd tiene dada una *Noticia histórica* sobre Domingo Pourier, en la coleccion de la Academia de Inscripciones, segunda série, tomo primero. — G. A.

POISSENOT (Filiberto), nació este docto filólogo en Johne, cerca de Dole, á principios del siglo XVI. Abrazó la vida religiosa en la congregacion de Cluni, y despues de haber acabado sus estudios en el colegio de S. Gerónimo, que fué fundado en Dole por Antonio de Roche, gran prior de Cluni, en 1494, se recibió de doctor en derecho canónico: obteniendo de sus superiores licencia para viajar por Alemania, recogió una multitud de manuscritos preciosos, con los que enriqueció la biblioteca de S. Gerónimo. El talento y zelo de Poissenot para propagar el gusto de las letras en el condado de Borgoña, le merecieron el aprecio del emperador Cárlos V, que le confió muchas honrosas comisiones y recompensó sus servicios con ricos dones y beneficios. Empleó sus rentas en sostener á los jóvenes que anunciaban buenas disposiciones para el estudio, facilitándoles la entrada á la carrera á que se dedicaban. Nombrado jefe del colegio, á cuya reputacion habia contribuido tanto, recibió al propio tiempo el título de vicecanciller de la universidad de Dole, y murió en esta ciudad el 12 de Agosto de 1556. Débese á Poissenot la publicacion de la *Historia de Guillermo de Tyro*, que se imprimió en fólio en Basilea, en 1549, cuya obra dedicó á Cristo-Coquille, gran prior de Cluni, en una carta que contiene curiosos detalles para la *Historia literaria del siglo XVI*. — C.

POISSON (Nicolás José). Nació en París, y entró en la Congregacion del Oratorio el año de 1660: algunos años despues hizo un viaje á Italia, donde permaneció mucho tiempo, siendo admirado por su elocuencia y erudicion, y bien acogido siempre por los doctores de las ciudades por donde pasó y vivió. Principalmente visitó á los que en su tiempo habia en Roma, en Venecia y en Pádua, y tuvo el cuidado de poner por escrito lo que pudo conocer de las operaciones de ellos y de sus obras, y asimismo de las conversaciones que con ellos tuvo. De todo lo dicho hizo una relacion circunstanciada el año 1676, y habiéndola retocado el de 1678, la envió de Roma á uno de sus amigos; esta obra jamás se imprimió. El P. Poisson distinguió en ella en cinco clases á aquellos de quienes habla; la primera de los teólogos y doctos en el derecho, la segunda de los filósofos y de los matemáticos; la tercera de los médicos; la cuarta de los poetas y de los doctos en las bellas letras, y la quinta de los historiadores y hombres de erudicion. El estilo de esta obra es poco correcto, pero contiene muchas particularidades que

hacen desear su impresion. El P. Poisson es mucho más conocido por su *Suma de Concilios*, que hizo imprimir en Leon el año de 1705 en dos volúmenes en fólio, con este título: *Delectus actorum Ecclesiæ universalis seu nova Summa Conciliorum, Epistolarum, Decretorum SS. Pontificum Capitularum et quibus Ecclesiæ fides et disciplina niti solent.* Casi la mitad del segundo volúmen se compone de notas sobre los Concilios. Para conocer el gran mérito de esta obra, debe consultarse el dictámen que acerca de la misma dió M. Salmon en su excelente *Tratado del estudio de los Concilios.* El Padre Poisson era tambien matemático, y habia estudiado mucho las obras de Descartes, su amigo. En el año de 1670 hizo imprimir en Vandoma una obra titulada: *Reparos*, muy estimados, *acerca del Discurso del Método* de este gran filósofo. Dos años ántes hizo imprimir en París su *Tratado de la Mecánica y el de la Música, con un comentario.* La reina Cristina de Suecia y M. Clerselier, discípulo de Descartes, quisieron empeñarle tambien en que compusiera la vida de este gran hombre; pero Poisson se excusó pretextando sus ocupaciones religiosas. Tenia escritas además dos obras que no se han publicado, á saber: un *Tratado de los beneficios*, y otro *acerca de los usos y ceremonias de la Iglesia.* Poseia muchos escritos de Clemengis y de Theofilato, que no se encuentran en las obras impresas de estos autores. El P. Poisson, al poco tiempo de haber regresado á París, su patria, fué nombrado superior de la casa de su Congregacion en Vandoma, cuyo cargo desempeñó con una actividad y un celo religioso dignos de imitacion. Murió en Leon de Francia el dia 5 de Mayo de 1710, siendo de una avanzada edad. Estaba dotado de una imaginacion viva, penetrante y en extremo privilegiada, era grande observador de todo cuanto le rodeaba, sirviéndole sus observaciones, su trato sencillo, natural y elocuente para hacerse un lugar distinguido entre todos aquellos que habian tenido el gusto de conocerle y conversar con él sobre algun asunto, bien fuesen indivíduos de la alta y suprema gerarquia, ó bien perteneciesen á la clase modesta ó ménos elevada de la sociedad. Estas cualidades personales y otras muchas que asímismo le adornaban y distinguian por do quiera, le granjearon numerosos amigos, que por mucho tiempo lloraron su muerte. — G. A.

POISSON (Pedro), religioso franciscano, natural de Saint Lo, en Normandía. Sus padres, más ricos en virtudes que en bienes de fortuna, procuraron darle una distinguida educacion, á que procuró corresponder Pedro, haciendo en cortos años grandes progresos en las ciencias. Estudió latin y humanidades, filosofía y teología, y mereció por sus estudios el afecto de sus discípulos y maestros, y la consideracion de cuantos le conocian. La Orden Seráfica, en que habia entrado siendo muy jóven todavía, le nombró lector de sagrada teología, facultad en que adelantó mucho, pasando por

uno de los más profundos de su época. Al mismo tiempo que en los estudios adelantaba en la virtud, de manera que fué un modelo de piedad y religion: amante de la observancia de su regla, sus compañeros le miraban con grande respeto, y procuraban arreglar á las suyas sus acciones. Su inculpable vida y buenas cualidades le merecieron grande reputacion como predicador, fama que mereció por otra parte por su notable elocuencia y vasto saber. Recorrió casi toda la Francia, manifestando siempre en el púlpito su erudicion y doctrina, su piedad y zelo por la salvacion de las almas. Fruto de sus predicaciones fueron más de una conversion célebre en su época, y el afecto y fervor con que hizo mirar la religion por algunos en extremo tibios é indiferentes. Su Orden no pudo ménos de premiar tantos servicios con los más elevados cargos, y despues de haberle concedido el gobierno de diferentes conventos, le nombró provincial de Francia, elevado destino que desempeñó con tanto acierto como zelo, haciéndose acreedor á la consideracion de sus superiores y de sus súbditos. En la corte, donde residió por este motivo durante un largo período, supo conservar su bien adquirida reputacion, frecuentando el púlpito, en que se sostuvo á la altura de los más eminentes predicadores franceses. Hizo diferentes discursos sagrados en presencia del Rey, de los príncipes de la sangre real y de los prelados más distinguidos, y todos á una declararon á Poisson como uno de los primeros oradores de su siglo. Su avanzada edad le obligó al fin á retirarse á la vida privada, donde preparándose á la muerte en que debia recoger el fruto de tantos trabajos, falleció en 1744, hallándose en Tenilay, despues de haber impreso algunos panegíricos y oraciones fúnebres. — S. B.

POITEVIN (Hervé le). Nació de una familia noble de la diócesis de Coutances, en Damerville, parroquia cercana de Valognes, en 1665, en donde hizo sus primeros estudios, y en donde se distinguió por su piedad. Inclinado á la vida contemplativa, entró en los eudistas en 1690, en donde sirvió con zelo diversos cargos. Sus superiores le enviaron á Senlis en 1720, en donde sirvió un canonicato de la catedral agregado al seminario con mucha edificacion, y habiéndose sabido granjear la estimacion y confianza del obispo, éste, que conocia su gran capacidad, le encargó de las misiones de las aldeas, en las que se le consideraba hasta con veneracion. Despues de haber pasado más de treinta años en tan piadosos ejercicios, murió Poitevin en olor de santidad en el seminario de Senlis el dia 7 de Noviembre de 1750, á los ochenta y cinco años de su edad. Tuvo siempre este celoso religioso una particular devocion en instruir y catequizar á los campesinos, enseñándole la experiencia que entre ellos sacan más fruto los ministros del Evangelio que entre los habitantes de las grandes ciudades. A fin de que se

perpetuase el bien que habia hecho, compuso muchas obras propias para recordarles las instrucciones de viva voz que les habia enseñado; las principales fueron las siguientes, que se publicaron en lengua francesa: *Conducta cristiana sacada de las máximas del Evangelio.* — *Catecismo para instruir á los niños que se preparan para hacer su primera comunion.* — *Método para hacer una buena confesion y comunion.*—*Método para enseñar bien el catecismo á los niños.* — *Instruccion sobre los Mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia.* — *Método para que las familias vivan en paz y cristianamente.* — *Catecismo para aprender á pasar santamente los domingos y demás fiestas de la Iglesia.* — *Manera de santificar el dia del aniversario de su bautismo.* Todas estas obras, segun Boudier, abad de S. Martin de Seez, en sus *Memorias manuscritas*, estan en su mayor parte escritas en diálogo y en un estilo sumamente sencillo, y de ellas se formaron nueve volúmenes en 16.°, habiéndose impreso muchas veces. — C.

POITIERS (Pedro Luis). Nació este escritor religioso en el Havre de Grace el dia 26 de Diciembre de 1745. Su gran piedad y su gusto por el estudio de la teología, y sobre todo su aficion á la congregacion de los Eudistas, le obligaron á tomar el estado eclesiástico. Luego que fué consagrado sacerdote, el cardenal Rochefoucauld, arzobispo de Ruan, le nombró superior del seminario de esta ciudad. Formó sus delicias en el estudio de la Santa Escritura, y así fué que llegó á tenerla toda en su feliz memoria. En los negocios contenciosos, que ya con respecto al dogma, ya sobre la disciplina de la Iglesia se ocurrian en la diócesis, no se decidia nada sin consultarle. En un principio aprobó las innovaciones que hizo la revolucion, y en 1790 prestó el juramento constitucional; pero arrepentido de ello, creyó necesario retractarse, y se retiró al seminario de S. Fermin en Paris, en donde fué asesinado el 3 de Setiembre de 1792. Sus obras, llenas de las más felices aplicaciones á la Santa Escritura, son: *Avis aux vierges chrétiennes;* en 8.°, *Avis aux fideles*, en 8.°, cuya preciosa obra ha merecido se hagan de ella tres ediciones, que se han buscado siempre con mucha estimacion. Ignoramos si Adriano Poitier, que publicó un *Compendio de Geografía y de Gramática francesa*, en 12.°, en 1809, y una *Aritmética práctica*, en 8.°, fué pariente del anterior.— A. C.

POITIERS (Pedro de), religioso de la órden de Cluni. Pedro de Poitiers, del cual nos vamos á ocupar, tiene de comun con otros muchos escritores el no saberse ni el nombre de su familia, ni el año determinado de su nacimiento ni el de su muerte. Su sobrenombre, añaden los que se sirven de nuestro término, hablando del célebre Fortunato, parece atestiguar que era de Poitiers. Vosio se engaña evidentemente cuando le hace florecer en el siglo XIII. Es suficiente el echar una ojeada sobre sus escritos para conocer

que los escribió á mediados del siglo XII. Entró muy jóven en la órden de Cluni bajo el mando del abad Ponce, y pocos meses ántes de su abdicacion. No fué en Cluni mismo en donde él se educó para este efecto, sino en algun monasterio de Aquitania (quizá fuese el de Moutier-Nuevo de Poitiers); mas Pedro *el Venerable* en el curso de sus visitas le recibió en su profesion. Esta última circunstancia no se halla manifestada formalmente en ningun monumento; pero á nuestro entender debemos suponerlo así, no pudiendo de otra manera conciliar lo que nuestro autor dijo, de una parte, que este abad le dominó la Religion, y de otra, que habiendo empezado á conocerle la primera vez que fué á Aquitania, miró con celo el efecto de la promesa que le habia hecho entónces para llevárselo á Cluni. Pedro *el Venerable* le dirigió la palabra en el viaje que hizo á dicha provincia doce años despues que el primero, es decir hácia el año 1134: y atrayéndoselo, lo unió á su persona, haciéndolo su secretario. Esta fué la dignidad en la cual Pedro de Poitiers le acompañó á España en el año de 1141. Añadiendo con Possevin, y con Ducange que él concluyó siendo gran prior de Cluni, cuando esto no es más que una conjetura que no tiene más que un término equívoco, cuyo verdadero sentido, como veremos despues, no favorece nada. Es verdad que su mérito le hizo digno de este destino, y para hablar de sus talentos diremos que era buen literato, que sabia la antigüedad profana y eclesiástica, y sobre todo en su tiempo sobresalia en poesía. Pedro *el Venerable* hacia tanto caso de sus versos, que no dudó en ponerle al paralelo de los Virgilios, de los Horacios y de los Boecios. No hay duda que haya exageracion en este juicio, en donde las luces del abad de Cluni parecian tener ménos influencia que el recuerdo de los elogios iguales que su autor le habia dado. Mas no obstante, le daba al ménos la justicia de decir que habia sido él uno de los poetas de su siglo que habian hecho versos con más elegancia y facilidad. El primer fruto de su vena fué un poema que compuso sobre la promocion de Pedro *el Venerable* á la abadía de Cluni. La obra fué muy agradable; pero el Abad, encontrando algunas cosas que se resentian de la extremada juventud del autor (que á la sazon era novicio), le mandó al momento que la retocase. Pedro de Poitiers obedeció, y puso sus versos á la cabeza de una coleccion que tenia hecha de las cartas de su héroe. Esto es lo que atestigua sobre lo que escribió, enviándole dicho elogio corregido. De lo restante no tiene cosa de particular para que se admirase un hombre tan modesto, como lo era Pedro *el Venerable*, para que no le agradasen las alabanzas que su panegirista le prodigó, no creyendo deber elogiar los talentos de un religioso que se hallaba consagrado á las primicias y responder á las señales de su adhesion. Nuestro poeta, despues de haber felicitado á los religiosos de Cluni sobre el jefe que tenian, lo compara con todo lo que la an-

tigüedad habia producido de más grande, sea ya por el nacimiento, ó sea ya por las cualidades del corazon y del espíritu. Hé aquí por ejemplo como se explica cuando habla de su saber:

In prosa Cicero novus est, in carmine Maro:
Sicut Aristoteles disputat aut Socrates.
Vix Augustinus subtilius abdita cernit.
Vix hunc Hieronymus ulla docere potest.
Nil huic Gregorius clare blandeque docendo,
Nil huic Ambrosius rethoricando tulit.
Musicus, astrologus, arithmeticus et geometra,
Grammaticus, rhetor et dialecticus est, etc.

Sus alabanzas no fueron tan universalmente aplaudidas, que por eso no dejaron de encontrar sus contrarios, y parecian llenas de hipérboles dictadas por el espíritu de la adulacion. Un aleman, que residia en Francia, fué el que habló más alto sobre este asunto contra la pieza y su autor, el que picado de los asertos del autor se expresó de la manera indicada, y Pedro de Poitiers escribió una carta apologética á su adversario, tratando sobre el mismo caso para evitarle que hablase y cerrarle en un todo la boca. El justifica su proceder con un estilo enérgico y de una manera imponente, y aduciendo el ejemplo del Salvador, que elogia á S. Juan Bautista y á Nathanael de los vivientes, como asimismo de S. Pablo, que hizo lo mismo con algunos de sus colegas en el apostolado; los de S. Ambrosio, de S. Agustin, de S. Gerónimo, de S. Paulino, etc. que todos eran enemigos de la adulacion y no tuvieron dificultad de tributarse recíprocamente los más grandes elogios, así como á otras personas ilustres de sus tiempos. Esta carta concluye con un epígrama del Padre, reprochando á su adversario su rudeza y su barbarismo en los términos, que no son más que dos puntos bien pulidos. El abad de Cluni encontró tan justa la causa del acusado, que él mismo tomó la pluma para defenderle. Nosotros tenemos una sátira que él compuso sobre este mismo sugeto, y procurarémos darla á á conocer en su respectivo lugar. La victoria que Pedro *el Venerable* consiguió el año de 1126 en el tribunal del Papa sobre la faccion de su antecesor, que era donde estaba su competidor, dió valor y fuerzas á nuestro poeta para tener una nueva ocasion de cumplimentarle. Su verbosidad se perdió admirablemente á la primer noticia de este suceso, que él produjo sobre el mismo sitio, pero que hizo un largo poema en que salió victorioso cuando se verificó su vuelta á Italia. Ved aquí como él dice y se expresa:

Jam tibi, Petre, novi celebrantur ubique triumphi,
Jam tibi sub pedibus gens inimica jacet.
Ora proterva, canum rabidos posuere latratus,
Sensibus amissis corda maligna stupent.
Non ita sacrilegi contingere posse putabant,
Cum vomerent rigidas ore tumente minas.

Francisco Duchesne en el texto de su *Historia de los Cardenales franceses* nos da las cuatro reglas siguientes de la misma obra en una composicion separada, que contiene solo el epitafio del abad Ponce, el cual á la letra dice así: *Petrus Pictaviensis, audito Pontii obitu, sic cecinit:*

Grande lucrum facimus, quia causa schismatis hujus,
Corruit ex toto perfidus ille draco.
Cumque caput lubricum sustollere nititur anguis,
Rumpitur, et mœrens atravenena vomit.
Interiere nigri præstigia sæva colubri,
Nec patitur monstrum vivere Roma diù;
Sed mox ancipiti gladio fera colla trucidans,
Defendit Petrum Petrus ab hoste suum.

Se deja desde luego comprender que todo este estilo es figurado, y que no debemos tomarlo al pie de la letra, como si hablasemos de la muerte real y positiva del abad Ponce, siendo así que Ponce no murió hasta despues de la vuelta de su sucesor á Cluni, y en dicho poema el autor hace algunas observaciones sobre que Pedro *el Venerable* dirigió su ruta ó marcha hácia Aquitania cuando regresó de Roma; no siendo esto así, puesto que algunos años despues, al rededor ó aproximado al de 1134, el abad de Cluni anunció su segundo viaje á Aquitania. Pedro de Poitiers le presentó algunos versos como manifiesta anteriormente, siendo uno de ellos el elogio que hace á la provincia sobre la suerte que tiene en ver á tan grande hombre. El autor describe el júbilo universal que produjo su primer viaje en toda la Aquitania, el gusto que las personas de todas edades, de todos estados y de todos sexos tuvieron al verle; la admiracion que su noble fisonomía causaba, la gracia de su porte, y la elocuencia de sus discursos que se grabaron en todos los corazones conservando un grato recuerdo hácia su persona. Entónces conoció lo que su renombre le habia proporcionado, más que su mérito, más que su presencia, correspondiente siempre á la idea que él se habia propuesto, y por último, para concluir, acudió á Pedro *el Venerable*, haciéndole presente la promesa que le habia hecho de ir á Cluni.

Attamen abscedens hæc ultima verba dedisti,
Quæ quasi patris adhuc pignora certa gero:
Petre, recepturus te desero, desine flere,
Transacto modico tempore noster eris.
Ast ego jam multos transegi flebilis annos,
Et promisa patris dulcia non video;
Sic memor ergo mei, precor, ó dulcissime rerum,
Respiciat lacrymas cura paterna meas.

Las otras poesías de Pedro de Poitiers son: 1.° *Catorce versos* de elogios por la heróica navegacion de su abad, que visitó una isla del Océano, con objeto de hacer lo mismo con los monasterios que allí habia: 2.° dos epitafios, el uno del papa Gelasio II, donde se manifiesta su vida y se describe claramente: el otro es el de Ildefonso, obispo de Salamanca, en cinco versos heróicos. El P. Pagi pretende que el epitafio de Gelasio no es obra de nuestro autor, sino de alguno más moderno que no conocia tan bien á nuestro Pontifice. Sería casi imposible que Pedro escribiese en Aquitania, y que se hubiese equivocado en algunas circunstancias de la vida de Gelasio, á quien jamás vió, ni ménos estuvo en el caso de verle, siendo muy diferente lo que consta en la biblioteca de Cluni, donde el citado epitafio atribuido á nuestro autor se cita como una de sus mejores producciones, y se encuentra del mismo modo sobre su epígrafe en el antiguo libro de Papyre Masson que trata de los obispos de Roma, y en lo que dice Baronio, y en la coleccion de las historias de Italia de Muratori. Semejantes á esta prosa, hay dos piezas de que ya hemos hablado y dicho su contenido, á saber, su Apología y la carta que está á la cabeza ó principio del panegírico de Pedro *el Venerable*, y da cuenta al propio tiempo de otras cuatro cartas que son atribuidas al mismo Abad, siendo el contenido de la primera una felicitacion sobre sus obras que él le habia remitido. «Cuando yo comparo (le dice él) mis producciones con las vuestras, me parece ver un mal metal al lado del oro mejor y más puro.» La segunda fué escrita despues de su retirada á Cluni, y en tiempo en que el Abad se ocupaba en echar los cimientos y construir un nuevo monasterio en un desierto, y en cuyo paraje se encontraba por entónces en persona para dirigir los trabajos, y con el propio objeto se puede asegurar que se puso á transcribir sus escritos y obras obedeciendo la órden que le habia dado ántes de marchar Pedro *el Venerable*. Dice nuestro autor que tenia malo un pie, lo que le incomodaba y le imposibilitó de servirse de él hasta que el mal fué disminuyendo insensiblemente. Rogó, pues, al prior del cláustro que le abasteciese de pergaminos, ó papel, y que se lo preparase, y tambien tenia un cuaderno que representaba á Cluni. Su carta acababa

así: *Valeant coheremitæ vestri et socii omnes qui vobiscum sylvas incolunt.* Estas palabras suministraron materia á muchos críticos. Pedro *el Venerable*, aludiendo á ellas en su respuesta, dice que abrumado de su permanencia en las ciudades, conocia que el campo era todas sus delicias, y que habiendo llegado ya al elevado rango, dejaba á los jóvenes, tales como nuestro autor, el cuidado de hacer la guerra: *Juvenibus tibi tuisque similibus bella relinquimus.* Sin embargo, añade que no juzga por conveniente ó á propósito pasar en la ociosidad los momentos tranquilos, de los cuales hablo aquí: *Ego tamen otium quod imputas, non prorsus otiosum esse volui;* y para prueba de sus ocupaciones le envió los himnos que habia compuesto en loor de S. Benito. Visto este discurso del Abad de Cluni, varios de los religiosos del nuevo monasterio escribieron á Pedro de Poitiers para ganar el título de ermitaños que les tenia dado. Tenemos las cartas de tres de ellos, el primero, llamado Arnoul, puso esta inscripcion á la suya: *Carissimo seni, societatis nostræ priori, Frater Arnulfus eremita novicius coeremitarum suorum minimus.* Hay que recordar que estos términos *seni et priori*, no deben entenderse literalmente como si nuestro autor hubiese ya llegado á una edad avanzada ejerciendo las funciones de gran prior de Cluni. Porque se deja de ver que por la edad Pedro *el Venerable* le contaba todavía entre los jóvenes, y que por su categoría estaba subordinado al prior claustral. El segundo, llamado Roberto, le califica de venerable hermano y caro compañero. Gilberto, que es el tercero, le llama Pedro de San Juan, denominacion que viene aparentemente del lugar de su profesion. Estas tres cartas, que se asemejan entre sí, nos parecen escritas con dignidad. Nuestro autor juzga de sí mismo, puesto que en la tercer carta asegura que Pedro *el Venerable* no trata solamente en este escrito de los ermitaños como él tenia entendido, sino que tambien de los filósofos y los poetas: *Silvæ non solùm eremitas, verùm etiam philosophos et poëtas copiosè redolent.* Estandose el abad de Cluni preparando para hacer un gran viaje (parece que es el que hizo á Inglaterra sobre el año de 1145) escribió á Pedro de Poitiers para pedirle los capítulos que debian servir de base á la gran obra que preparaba, y tenia por objeto impugnar el Alcoran. Esto es necesario explicarlo. Habiendo ido á España con nuestro autor Pedro *el Venerable* el año de 1141, empleó los más hábiles hombres del país para poner el Alcoran en latin. Pero como por entónces estaban poco versados en esta lengua, dió este encargo á Pedro de Poitiers á fin de hacer su traduccion más perfecta. Empeñado á su vuelta de revisar la obra que habia hecho traducir, asoció á nuestro autor á su trabajo, dándole la órden de poner el plan por libros y por capítulos. Pedro de Poitiers habiendo ejecutado este trabajo, envió el resultado al Abad, que por entónces estaba

prosiguiendo el curso de sus visitas. Esta es una nueva copia de la pedida por su carta, habiendo dado la órden á Juan, su secretario, de guardar la primera. Esta carta, que ya no existe, no ha sido conocida por nosotros sino por la respuesta de nuestro autor, publicada en el volúmen XII de la gran coleccion de Domingo Martenne y Domingo Durand. Despues de un cumplimiento al abad de Cluni y de los votos por la prosperidad de su viaje, Pedro de Poitiers dijo que le enviaba de nuevo los capítulos que deseaba, pero puestos en mejor forma. Las palabras siguientes son notables: *Capitulum etiam quod est ibi de uxoribus turpiter abutendis, non vos ullo modo scandalicet, quia vere ita est in Alchorano; et sicut ego in Hispania pro certo à Petro Toletano cujus in transferendo socius eram, et à Roberto Pampilonensi nunc Archidiacono audivi omnes sarraceni hoc licenter, quasi ex præcepto Mahometh, faciunt.* Yo espero, añade, que vuestra pluma conseguirá atraer á estos infieles con la misma fortuna que ha atraido á los judíos y á los herejes de Provenza, la cual ha confundido los errores que no tienen fundamento. Por ello os cubrireis de una gloria en que nadie podrá competir con vos, de haber hecho pedazos con el cuchillo de la palabra divina los tres más grandes enemigos del nombre cristiano, es decir, los judíos, los herejes y los sarracenos. Siguiendo los capítulos ó sumarios de las materias que debian entrar en la obra publicada, Pedro *el Venerable* no hace uso de esta distribucion, aunque está hecha con bastante inteligencia y capacidad. Usa de ella únicamente como un hombre esclarecido, que sabe aprovecharse de las luces ajenas y suplir lo que en ellas falta añadiendo las suyas. Baronio y Muratori nos aseguran que se conservan hoy dia, sin notas en ninguna hoja, una oracion fúnebre en alabanza del papa Gelasio II compuesta por Pedro de Poitiers, y diferente de su epitafio, del cual ya hemos hablado ántes. Nosotros no diremos, como el P. Pagio, que esta composicion es tan quimérica como el epitafio es apócrifo. Lo más prudente es suspender nuestro juicio hasta que nosotros hallamos indicado el depósito en donde se encuentra. Sentenciarémos con más seguridad respecto de un *Compendio de la Historia de la Biblia* que el padre Bernardo Pez, siguiendo á Zuinglio el jóven, atribuye á Pedro de Poitiers. Es cierto, como se ha hecho ver en su lugar, que esta produccion es debida á otro Pedro de Poitiers, canciller de la iglesia de París, y que murió hácia el fin del siglo XII. Nuestros predecesores han hablado de un Pedro de Poitiers, que era monje de Cluni siendo abad Ponce y Pedro *el Venerable* hácia mediados del siglo XII. Han indicado las poesías, las cartas y los opúsculos en prosa, quién era su autor, y despues de haber elogiado sus dotes en algunos otros artículos, han sentenciado con más seguridad que un *Tratado en compendio de la historia de la Biblia* que el padre Bernardo Pez, siguiendo á Zuinglio el jóven, atribuia á Pedro de Poi-

tiers, monje de Cluni, no le pertenecia. Es cierto, como se ha probado en su lugar tratando de nuestros predecesores, que esta produccion es de otro Pedro de Poitiers, canciller de la iglesia de París, que murió al fin del siglo XII. Antes de llenar el deber que estas palabras parecen imponernos, debemos distinguir al canciller de nuestra Señora de París llamado Pedro y por sobrenombre *Poitevin*, no solamente de Pedro de Poitiers, religioso un poco más ántiguo de Cluni y secretario de Pedro *el Venerable*, sino tambien de un teólogo que hubo del mismo nombre, *Petrus Pictavinus*, que floreció al principio del siglo XIII y religioso de San Victor de París. Esto es lo que dice el autor en un *Penitencial*, cuyo fragmento ha sido impreso en la continuacion de la obra de S. Teodoro de Cantorbery sobre el mismo asunto. Este fragmento es de poco interés, en donde puede notarse solamente que Beleth Pedro el Cantor, *Præpositivus*, son citados en el tercer Concilio de Letran, pero no hace mencion de los decretos de Gregorio IX, de donde es permitido concluir diciendo que este *Penitencial* ha sido compuesto por los años de 1180 á 1230. Existia manuscrito en la biblioteca de S. Victor, y el P. Petavio ha poseido una copia que concluia con estas palabras: *Explicit Pœnitentiale magistri Petri de Sancto Victore, emendatus à Jacobo ejusdem Sancti Victoris canonico.* No tenemos otra noticia que dar sobre este canónigo regular, que no es conocido sino por esta produccion, y á quien frecuentemente se ha confundido con Pedro de Poitiers el Canciller. Du Cange ha sido uno de los primeros que han evitado este error. No se sabe en qué año nació Poitiers; si en Poitou, dicho teólogo, del cual tenemos que hablar aquí. Alberic des trois Fontaines dice que sucedió en 1169 á Pedro Comestor en la cátedra de teología, cuya ciencia enseñó treinta y ocho años. Sin embargo, Alberico fija en el año 1205 la muerte de Pedro de Poitiers, siendo preciso que este doctor principiase á dar lecciones á los monjes en 1167, suponiendo él mismo que continuó hasta su muerte esta tarea laboriosa. Nos parece muy verosimil, que habiendo él sucedido á Pedro Comestor, habria desempeñado alguna otra cátedra. Sus cinco libros de sentencias, que pueden considerarse como un resúmen de sus lecciones, estaban corregidos ántes del año de 1175, porque habian sido dedicados á Guillermo, arzobispo de Sens, y habiendo marchado Guillermo en 1175 á ocupar la silla de Reims, habia dejado la de Sens. Pedro de Poitiers llegó á ser tan memorable en 1180, que su nombre figuraba con los de Gilberto de la Poirée, de Abelardo y de Pedro Lombardo en la obra de Gautier, prior de San Victor, en donde son llamados los cuatro laberintos de la Francia. La época en la cual Gautier escribió esta censura está poco determinada por la mencion que ha hecho del Concilio de Letran como de una asamblea indiferente, además de poco unida. Todo el mundo sabe que este Concilio

tuvo lugar el año de 1179. En este tiempo los teólogos parecian estar divididos en tres escuelas: la primera se atenia en la enseñanza al lenguaje de la Santa Escritura y de los Padres de la Iglesia; la segunda aplicaba á la teología la dialéctica de Aristóteles, acumulaba los silogismos, y deducia consecuencias expuestas al ménos por su novedad; la tercera buscaba una salida mejor, aplicando la filosofía con sobriedad, admitiendo los argumentos y las formas de la época, pero procurando que en las conclusiones se viniese á los dogmas recibidos en la Iglesia universal, Pedro de Poitiers es mirado como partidario de la segunda de estas clases, y es particularmente censurado con Pedro Lombardo, su maestro, en el tercero y ántes del último libro de la obra de Gautier de S. Victor. Nosotros tenemos el medio de apreciar estas críticas, porque los cinco libros de Pedro de Poitiers que tratan de las sentencias teológicas, han sido publicados por Dom Matouf, en un manuscrito trasmitido á Dom Dacheri por Nicolás Camusato; en donde se encuentran muchas sutilezas escolásticas, varias distinciones de argumentos frivolos, pero ninguna herejía propiamente dicha, es decir, ninguna proposicion condenable como expresamente contraria al dogma. Solamente Pedro de Poitiers, en su cualidad de dialéctico, se deja arrastrar hasta decir que las proposiciones son, como las cosas, susceptibles de una infinidad de conversiones, y que una misma asercion es á la vez verdadera y falsa, y que á fuerza de distinciones y de diferencias llegan á probarlo todo y á negarlo todo: *Sicut enim rerum, ita propositionum infinita conversio est. Unum idemque verum est et falsum, etc.* Estas ideas no son de un espíritu muy exacto; pero las disputas usadas, y con frecuencia suscitadas en las escuelas, como Pedro de Poitiers tenia atestiguado, la equidad desde luego quiere que se callen por las consecuencias perniciosas que podrian deducirse. Nosotros examinarémos lo que decia equivocadamente, que la carne del Verbo fué formada de la sangre: *De sanguinibus formata.* Esta expresion puede parecer inexacta sin merecer un rigoroso anatema. De cualquier manera, nosotros confesamos que los cinco libros de Pedro de Poitiers no presentan ninguna sólida instruccion, y no serían buenos hoy en dia sino para el uso que de ellos hacemos aquí, considerándolos como un monumento del deplorable estado de la enseñanza escolástica en esta época á que nos referimos. Llevan en ciertos manuscritos el título de distinciones; y esto es probablemente la misma obra, que se tituló: *Petri Pictaviensis, Summa quæstionum*, en un manuscrito indicado por el P. Hugo, como conservado en la abadía de Floreffes, en la diócesis de Namur. El P. Matouf cree tambien que los cinco libros no difieren en nada de un *Comentario sobre el Maestro de las sentencias*, que existia manuscrito en S. Victor. La autoridad de la sagrada Biblia es invocada con ménos frecuencia en el Curso de Teología de Pedro de

Poitiers, que en los cuatro libros de Pedro Lombardo; pero lo más razonable, es que el doctor Poitevin ha dejado varios escritos destinados á explicar los sagrados libros; el *Exodo*, el *Levítico*, los *Números*, los *Salmos* y varios otros del *Nuevo Testamento*. El P. Lelong no se cansa en atribuirle los *Comentarios* titulados: *Alegoría sobre la prohibicion y el Nuevo Testamento; Alegoría ordinaria en el Exodo, Levítico y Números; Distinciones entre los Salmos, ú obras cuyos manuscritos subsisten en las bibliotecas de San Victor, de la Sorbona y de MM. Vigot*; estos son los últimos que lo han visto, y esto indican en el número 425, en el *Catálogo de la Biblioteca del Rey*; y es un escrito del siglo XII, no conteniendo otra cosa que las Distinciones sobre los *Salmos*. Pero los mismos títulos de distinciones y alegorías anuncian bastante en qué manera han sido enmendados estos *Comentarios*, y que no debe buscarse ninguna interpretacion positiva del sentido literal de los textos. El autor, faltando á los conocimientos gramaticales y filosóficos necesarios para explicar los libros santos, se lanza con plena libertad en el campo de las alegorías y de los argumentos escolásticos. Consérvanse otros manuscritos de este mismo género en las bibliotecas de Inglaterra, en donde se vé que tienen títulos particulares de maestro Pedro Pictaviense, tratados sobre el tabernáculo de Moisés; *Crítica sobre el Nuevo Testamento*; *Crítica contra Divo Paulo y Jacobo sobre sus epístolas*. Los manuscritos de Inglaterra, contienen las *Alegorías sobre la prohibicion y el Nuevo Testamento, el Exodo, etc.* Despues de las palabras de Pedro Pictaviense se lee: *Esto es de Pedro Berchorii*. Esta atribucion es probablemente un error del copista ó quizá de los redactores del *Catálogo*. De todas maneras, Berchorius ó Bertorius ha trabajado tambien sobre la Biblia; era un benedictino del siglo XIV, que llevaba el sobrenombre de Pedro, y tambien habia nacido en Poitiers, y murió en el año 1352. Se ve que el trabajo de Pedro de Poitiers sobre la Biblia abraza el uno y el otro Testamento, y que puede retocar los *Tratados* y completarlos asimismo; este libro es el que nuestros predecesores han designado con el nombre de *Historia abreviada de la Biblia*. Los manuscritos la llaman tan pronto *Genealogía y Cronología desde Adan hasta Cristo*, como *Compendio histórico de las prohibiciones y del Nuevo Testamento*. Es un opúsculo de muy pequeño tamaño, que no ocupa sino trece páginas en el volúmen donde Orric Zuinglio ha publicado una larga continuacion. Despues de haberlo comenzado por las palabras sagradas, para evitar que la historia sea prolija, Pedro de Poitiers se dedica á poner en el menor espacio posible los *Anales sacros*, y no deja de hacer entrar en este árido sumario muchas inexactitudes cronológicas. El P. Pez la ha impreso sobre un manuscrito de Mezsen, en la diócesis de Passau, en Baviera, y es como Zuinglio, *el jóven*, habia creido de Pedro de Poitiers, monje de Cluni, en

tiempo de Pedro *el Venerable*. Ciertamente que la obra no vale casi la pena que se han tomado para descubrir el verdadero autor. Parece ser que los manuscritos llevan solamente el nombre de Pedro Pictaviense, sin añadir la palabra canciller. Aunque nuestros predecesores hayan sentenciado con tanta seguridad que este opúsculo no pertenecia al canciller de Nuestra Señora, nosotros no encontramos acertada esta opinion por las dos consideraciones siguientes: de una parte, que el *Breviario* ha sido formado sin el argumento ni las formas que llevan los versos y las demás producciones auténticas del monje de Cluni; de la otra parte, agrada más como introduccion ó como apéndice con los tratados bíblicos del teólogo que nos ocupa en este momento. Pero no debemos atribuir al clunista otro escrito citado por Francisco Duchesne con el nombre de Pedro de Poitiers, en el cual el cardenal Guistmont es defendido contra S. Bernardo. Nosotros vemos en efecto á Pedro de Cluni, ó *el Venerable*, declararse tambien partidario de Guismont. Los catálogos de manuscritos son los que han caido en estos errores, pero nosotros no hemos hecho la lista de las obras del canciller de la iglesia de París, Pedro de Poitiers. Montfaucon cita bajo el nombre de este doctor un *Manual de misterios eclesiásticos* á quien algunos llaman espejo de la Iglesia. (Manuscritos de las abadías de Lira y de Clermont.) Sander ha hecho un tratado de la fidelidad y de las instrucciones sobre el Oficio divino. (Instrucciones acerca del Oficio divino, manuscritos de la abadía de Cluni.) El P. Echard ha conservado los sermones bajo el número 824 en la abadía de San Victor. Pero estos sermones podian bien ser del canónigo Victorino, tercer personaje que tambien hemos designado, y que hemos visto con el nombre de Pedro Poitiers: nosotros nos atrevemos casi á decir otro tanto sobre los libros del Oficio divino, y sobre los Misterios de la Iglesia, que no tienen ninguna relacion con el sujeto tratado por este Victorino en su Penitencial. Es bueno observar desde luego que poseian en San Victor un manuscrito titulado: *Resúmen de los misterios de la Encarnacion de Cristo*, que parece ser del siglo XIV, y que el nombre de Pedro de Poitiers le ha sido puesto sino por una mano más moderna. El cronista Alverico hace el honor á Pedro de Poitiers de un invento que podia en este tiempo facilitar la instruccion elemental, y que el abad Lebœuf explica en estos términos: como costaba mucho escribir los libros, y la imprenta no se usaba como ahora, tenia sobre las paredes de las aulas pieles extendidas sobre las cuales estaban representadas, en forma de árboles, las historias y genealogías del Antiguo Testamento; y sobre otras el catálogo de las virtudes y de los vicios. Pedro de Poitiers, canciller de nuestra Señora de París, es alabado en una necrología por haber inventado esta especie de estampas, proveyendo de ellas las clases; y de esto debemos inferir que se

hallaba particularmente ocupado de las historias y genealogías sagradas, y añadir esta observacion á las que se tienen para declararle autor de la genealogía y cronología de los Santos Padres. Como habia llegado á la dignidad de canciller de una catedral, tenia el derecho de visitar las escuelas de la diócesis el teólogo de que hemos hablado, por lo que se la llama indistintamente Academia ó Iglesia Parisiense del canciller, ya en los manuscritos de sus libros, ó ya por los escritores que han hecho mencion de él. Ha escrito varias actas en esta cualidad; por ejemplo, una carta al arzobispo de París Mauricio, en 1184. Celestino III, despues de 1191, le dió juntamente con el cargo de la iglesia de París el de arreglar una diferencia entre los monjes de S. Eloy y los de la abadía de S. Victor: la confusion de su nombre con Pedro Pictavini, canciller parisiense, le hicieron atribuir esto que está tomado de un acta que contiene este error. En 1196 entregó una copia auténtica del permiso acordado por Felipe Augusto á la iglesia de Paris de edificar una casa cerca del pequeño puente. Despues Inocencio III le envió una epístola tratando de una contienda entre la condesa de Bloix y el capítulo de Chartres. Estos son los solos negocios contenciosos de su tiempo en donde él figura, cuyos negocios tienen poca importancia por sí mismos, siendo demasiado extraños á la historia de las letras para que nos detengamos en ellos. Los hermanos de Santa Marta, en su *Gallia cristiana* prohibida han supuesto, y Casimiro Oudin ha repetido despues de ellos, que Pedro de Poitiers habia ocupado en su ancianidad desde el año 1200 la silla arzobispal de Embrun, habiendo muerto en 1205. Este error, que ha sido ratificado en la nueva *Galia cristiana*, provenia de la irreflexion con la cual habia leido algunas líneas de la crónica de Alverico. La muerte de Pedro de Poitiers, como nosotros acabamos de decir, tuvo lugar el año de 1205, ó á lo sumo el de 1206; es decir, cuando Bertran, que habia llegado á ser canciller de la iglesia de París despues de Pictavinus, fué nombrado arzobispo de Embrun y reemplazado como canciller por Prepositivo. Bertran era canciller parisiense despues que Pictavino fué hecho arzobispo Ebrodunse y maestro Prepositivo. Por una distraccion singular se lee aparentemente: Pictavino fué hecho arzobispo Ebrodunse, siendo al revés: depuesto Pictavino fué nombrado arzobispo Bertran, segun lo dice Alverico. Es de notar que Dominico Manso habia dejado subsistir este descuido en la edicion de la *Biblioteca latina de la edad media*, de Fabricio, que habia sido publicada en 1754, y veinte y nueve años despues de la impresion del tomo tercero de la nueva *Galia cristiana*, en donde este punto se encuentra perfectamente aclarado. Pedro de Poitiers hubiera sido realmente como teólogo escolástico casi desconocido el dia de hoy, si Gautier de San Victor no le hubiese asociado tres personajes mucho más celebres, Gilberto de la Poirée, Abelardo y Pedro Lombardo. — G. A.

POITIERS (Ricardo), monje de Cluni. Ricardo de Poitiers es citado en la crónica de Cluni por uno de los hombres de mérito que contribuyeron á la más alta ilustracion de este monasterio, bajo el gobierno de Pedro *el Venerable*. No debe confundirsele, como lo han hecho hasta aquí todos los biógrafos, con Ricardo de Cluni, autor de una Crónica universal, que acabó en el año 1216, y la cual contiene los fragmentos conservados en la historia manuscrita del prior de la Charité-sur-Loire. El intervalo de tiempo que los separa debe bastar para asegurarse de esta distincion. Lo que ha sido suficiente para identificarlos, es que Ricardo de Poitiers ha dado tambien una Crónica universal. No obstante, esta última se dice que fué hecha en 1155, siendo muy diferente de la otra por la forma y el fondo de las cosas. Se encuentra manuscrita en la biblioteca del Vaticano, y se ve una parte que empieza en el año 754 de Jesucristo. Martenne y Durand han dado esta parte al público en el tomo V de su gran coleccion. Lo que encierra en sí de particular se reduce á bien poca cosa. El autor no toca, por decirlo así, sino la flor de los principales sucesos. En un manuscrito de la Biblioteca Sluisiemme en Roma se halla seguida esta Crónica de otra del mismo autor, que vuelve á hacer mencion de la historia de los Papas hasta Adriano IV. Así lo cree Herman Wetequinde, profesor de Heidelberg, que nombra una porcion de soberanos pontífices, y á este le distingue por la pretendida fábula de la papisa Juana, poco más ó ménos en los mismos términos de los cuales se habia servido Martin Polonés ciento cincuenta años ántes. Lo que puede ser cierto, pues que tiene cierta apariencia, atendiendo á que Martin Polonés cita la Crónica de Ricardo en el prefacio de la suya, resultando que esta fábula data de más tiempo de lo que se habia imaginado. La buena fe de estos dos escritores del siglo XII puede contrabalancear los monumentos del IX, á que se atribuye la papisa Juana. No es lugar este de tratar de un punto de crítica. Son conocidos los escritos compuestos por los Pagios, los Alejandros, los Garampios para sostener á sus partidarios en la firmeza y la probidad, con que se esforzaba en sostenerlos la Santa Sede. Para volver á continuar la obra que nos ocupa, los ejemplares han sido otras veces más comunes, á juzgar por el gran número de historiadores antiguos que atestiguan haber hecho uso de ellos. Nombraremos especialmente á Barthelemi Redi, obispo de Chichester, autor de una Crónica pontifical hasta Gregorio XI; Sibourg en su *Vida de los Papas*; Platina sobre *Adriano IV*; Rafael Bolaterrano, en el libro XXXII de su *Antropología;* Felipe de Bergamo, en el libro XII de su *Suplemento de las Crónicas*, y en el año 849. Entre todos los tratados reputados como de este autor Ricardo, no se ve ninguno que favorezca la idea de la identidad de su Crónica, con la cual estan reunidos los extractos alegóricos entre las obras de Hugo de S. Victor.

Nosotros estamos ya convencidos con esta bibliografía, que los extractos ni son de Hugo ni de Ricardo de S. Victor. Pero algunos los ponen en la historia de Ricardo de Poitiers, y esto es una consecuencia desmentida por solo el silencio que se nota sobre el hecho de la papisa Juana. Ricardo desde el fondo de su retiro tenia correspondencia con diferentes personas de mérito esparcidas por la Francia y otras partes. En tiempo de Trithemio se conservaba un volúmen de cartas que le habian escrito, pero hoy en dia ya no queda ninguna. Se atribuyen al mismo versos que no habia compuesto: Balée le atribuye un gran número, á saber: un poema en alabanza del abad de Cluni, otro sobre la Inglaterra y sus ventajas, otro tocante á la belleza de la ciudad de Lóndres, otro sobre la transfiguracion de los elogios versificados, el uno de la Magdalena y el otro de Sta. Catalina, y juntamente con los epígramas. Todo esto es debido á errores de los tiempos, y nosotros no tenemos otro fruto de la vena poética de nuestro autor, que un epitafio de Abelardo, que empieza con el verso siguiente: *Uno mata á otros con el exceso de su dolor*. Sixto de Sienna hace más honor á Ricardo en otra obra, de la cual ya hemos hablado cuando hicimos mencion de Salviano, á quien otros críticos le dan el mismo tratado. Estos son dos libros sobre las contradicciones aparentes que se suelen encontrar en el Antiguo y Nuevo Testamento. Se atiene á lo que ha dicho, y como el autor de esta produccion no ha querido darse á conocer, ha rehusado probar quien sea. Algunos le han atribuido esta historia por lo dicho sobre los escritos de Ricardo de Poitiers, y nosotros no nos creemos obligados de volver á hablar sobre este punto, puesto que él lo hizo bastante, y con inexactitud, pues parece no combinó las diferentes ediciones de su principal obra, que es su Crónica. Nuestros predecesores no han conocido la edicion que ha sido dada por Muratori en el tomo IV de las *Antigüedades de Italia de la edad media*, y no diremos nada sobre el particular. Sin embargo, este escritor es el que ha hablado mejor de Ricardo y de sus obras, revelando todos los errores en los cuales habian caido los biógrafos hablando de Ricardo; pero se engaña cuando dice que no teniendo original para imprimir esta Crónica, Martenne la habia publicado, ó á lo ménos extractado, doce años despues sobre el manuscrito de Colvert, que hoy en dia es el libro 5014 de la Biblioteca Imperial, siendo diferente al del Vaticano, del cual entónces se sirvió Muratori. Es bien sorprendente despues de lo que nos dicen varias bibliografías, como asimismo otros muchos escritos posteriores sobre Ricardo de Poitiers, que todavía este autor no sea conocido, ni se sepa el año en que nació, ni el en que murió, los unos le hacen parisiense, lo que es una opinion de Sixto de Siena y la que ha sido copiada por otros, y varios la han confundido con

Ricardo de S. Victor de París. Ricardo de Cluni era de Poitiers, él lo dijo en el principio de su Crónica, aunque no lo ha consignado en su escrito referente á su vida. Vivia en tiempo de Pedro *el Venerable*, segun la crónica de Cluni, que habla de él en los mejores términos. Pero nada prueba que dedicase su obra ni sus escritos á Pedro *el Venerable*, como lo han dicho los que nos precedieron. Es extraño que en el contenido de la edicion de Martenne, el expresado escrito se termina en el año de 1153, y que en esta época fuese presentado á Pedro *el Venerable*; pero en la edicion de Muratori, conforme á diferentes escritos de Francia son calculados hácia el año 1161, cinco años despues de la muerte del abad de Cluni, y solo Mabillon habia descubierto un manuscrito, que alcanzaba hasta el año 1174 y se terminaba por un suceso de Irlanda. Esto es tan cierto, que nosotros no sabemos qué pensar de un manuscrito citado por el abad Lebœuf, en el cual se dice que la crónica de Ricardo, monje de Cluni, desciende hasta el año de 1216: del mismo modo el sabio académico se ha olvidado de indicar el número del manuscrito de cierto Rey que cita, y á nosotros nos es imposible de verificarlo así. Creyendo con más cordura, podemos decir que necesariamente hay que admitir dos monjes Ricardos de Cluni, que ambos á dos compusieron una crónica, ó mejor dicho, que el autor del décimocuarto siglo, que la cita como concluida el año de 1216, teniendo delante de la vista un ejemplar la continuó, por lo que se saca en consecuencia la época. Despues de estas aclaraciones y esclarecimientos, que nosotros hemos creido necesarios para fijar la época en que Ricardo de Poitiers dejó de escribir; nosotros habremos creido dar una idea de su Crónica. Nosotros no solo tenemos tres ediciones, mas tambien tres redacciones diferentes, las cuales estan copiadas y las que conocemos son las mismas en el fondo. La primera fué publicada por Martenne y no es más que un croquis, y si queremos se le puede dar el nombre de extracto, de donde se han recogido los hechos despojados de las circunstancias que los acompañaron, como lo hemos practicado, para arreglar el órden de las materias indicadas. La segunda edicion es la del manuscrito, que habla de la relacion y redaccion del *Vaticano*, que publicó Muratori. La tercera es la que es representada por el manuscrito de que el P. Mabillon sacó una copia y que perteneció á Alejandro Petavio. Esta es todavía más extensa que la del manuscrito de Muratori. Los continuadores de la Coleccion de los historiadores de Francia han puesto los dos como iguales ó semejantes, y afirmado en los croquis la exactitud del manuscrito de Mabillon del que hizo una copia, y que no se encuentra en la edicion de Muratori, á fin de que nosotros le podamos distinguir. Estos mismos fueron impresos sin saberlo, la misma obra en el mismo volúmen, sobre el manuscrito 4334 de la Biblioteca Imperial, en todo conforme á la edicion

de Muratori, pero que á pesar de esto no lleva el nombre del autor. Aún nos resta tratar de esta crónica, donde se hallarán dos cosas que deben tenerse muy presentes sobre las cruzadas y cruzados, pero los continuadores de Mr. Bouquet no han hecho uso de ello, porque parece que estos fragmentos históricos debian hacer parte de una coleccion separada. El autor en un razonamiento particular se explica sobre el flujo y reflujo del mar, y nosotros no podemos juzgar á qué punto habia llegado en aquel tiempo el estudio y conocimiento de este fenómeno. «No conocemos todavía bien por ahora, dice él, las causas que hacen subir las aguas del Océano y las que en seguida las hacen bajar y mantenerse en su nivel y estado normal. Los físicos dicen que el mundo es como un animal, compuesto de los elementos de todos los cuerpos, y puesto en movimiento por un espíritu que le gobierna: este espíritu, obedecido por todas partes, se agita sobre las masas que estan á su alrededor y que giran continuamente segun se observa, siendo Dios el espíritu vivificador de tan grande obra, que continuamente nos llama la atencion y nos hace reflexionar, formando cálculos que nunca pasan de aproximados, y que solo es dado conocer con certeza al Hacedor infinito. Así como nuestros cuerpos aspiran y respiran, los escritores han supuesto que hay en el fondo del Océano como dos claraboyas inmensas, ó agujeros de nariz, que soplando y resoplando, ó bien absorviendo, parece dicen que por allí se escapa el espíritu, y por el mismo punto vuelve, y que esto es lo que creen es el flujo y el reflujo. Además se dice que los que consideran los cuerpos de los astros, pretenden que estos movimientos son ocasionados por la influencia de la luna, de suerte que la elevacion ó la proximidad más baja de las aguas corresponde á las diferentes fases de ese astro, puesto que se ajustan á él los expresados movimientos, y no llegan por eso siempre á verificarse al mismo tiempo, y no hay una fijeza exacta, pero sí es positivo que ellos se levantan y bajan sin el estado de la luna.» Como nosotros no nos jactamos de haber comprendido y traducido perfectamente al autor, como tampoco haber puesto exactamente su idea, nos contentamos con las palabras que dejamos expresadas. Hemos visto que sobre la verdad y exactitud de este fenómeno estamos lo mismo que el siglo XII, que nada se ha adelantado sobre él hasta el actual siglo XIX. Sobre la geografía, hemos leido con bastante placer lo que dice el autor tocante á las costas del mar Mediterráneo, de la manera que pudo formarse el mar Mediterráneo ya citado, y el estrecho de Gibraltar. En otra historia hace la descripcion de la India, y su particular mérito es como el de un geógrafo, que nos da luces para comprender aquellas nociones que habia en el siglo XII sobre los acontecimientos lejanos. El mismo autor cita los sabios que aparecieron en Francia en su tiempo, uno S. Anselmo, Guillermo de Champeaux, Hildeberto

de Mans, Gilberto, llamado *el universal*, Hugo de S. Victor, Pedro Abelardo etc. y el mismo es citado con honor por los historiadores de los papas, Martin Polonés, Bartolomé Redi, Alberto de Sibourg, Platina, Rafael Volaterrano, Felipe de Bérgamo, y además todos los bibliógrafos. Los continuadores de la Coleccion de los historiadores de Francia han impreso de la crónica de Ricardo, y despues del manuscrito de Mabillon, un complemento en estilo imitado al de los profetas que cita el Antiguo Testamento, relativamente á la rebelion de los hijos de Enrique II, rey de Inglaterra, contra su padre: rebelion que estalló en 1173, y que la fomentó la reina Leonor su madre. Como en el manuscrito de Mr. Mabillon la Crónica de Ricardo se extendia tratando del año citado, no es extraña su semejanza y que sea produccion de Ricardo para darnos una idea como nosotros lo hacemos tambien transcribiendo aquí los capítulos ya mencionados, y recordando otra vez la obra que trata de la revolucion de los hijos de Enrique II, rey de Inglaterra. Muratori ha publicado despues de la Crónica de Ricardo un catálogo de los soberanos pontífices desde S. Pedro hasta Alejandro II, donde el autor no solo anuncia las causas que se atravesaron por los partidarios del cardenal Octaviano, de Victor IV y por el emperador Federico *Barbaroja*, sino que manifiesta fué aprobado en 1160 por los reyes de Francia y de Inglaterra; y no es dudoso que esta obra no pertenece á Ricardo de Cluni: él ha hecho al mismo tiempo que la obra de los abades de Cluni, las de los Papas. Lo mismo ha creido Herman Witequinde, profesor en Heidelberg, quien dice que Ricardo pone en las crónicas de los papas á la papisa Juana, contándola en el número de ellos, y usa casi los mismos términos con que escribió Martin Polonés por aquellos años la indicada historia. Nosotros podemos asegurar que jamás habló de la pretendida y tan nombrada papisa Juana en el contenido de la edicion de Muratori, ni ménos en el manuscrito de la Biblioteca Imperial del número 4934. Ricardo terminó su catálogo por una corta noticia sobre la gerarquia de los cardenales y sobre sus funciones y derechos atacados por muchos contra el verdadero de sus títulos. El abad Lebœuf ha publicado como extractos de la crónica de Ricardo tres fragmentos concernientes á la fundacion del monasterio de la Charité-sur-Loire, con la dedicacion de esta iglesia hecha en 1107 por el papa Pascual II, habiendo nosotros dejado dicho lo que él pensó sobre esta Crónica, y que algunos de sus fragmentos no se encuentran en la misma historia ni sus manuscritos y que fueron impresos y que contienen al mismo tiempo varias relaciones diferentes. Es claro que estos fragmentos existieron en alguno de los manuscritos de Ricardo, y que él no se creyó con derecho á concluir su obra segun se ve. Estas son las relaciones particulares que un recopilador se ha podido apropiar, y que algun otro cronista habrá intercalado, aten-

dido que el monasterio de la Caridad tenia un segundo rango en la congregacion de Cluni, siendo así que estos fragmentos se reimprimieron en parte en la *Coleccion de los historiadores de Francia*, donde merecieron encontrar puesto. Casimiro Oudin no está mejor fundado al atribuir á nuestro autor una gran recopilacion de extractos alegóricos impresos en las obras de Hugo de S. Victor, sobre el título citado de excepciones de los priores, etc. en el libro X. Oudin prueba bien que estos estractos no pueden ser de Hugo de S. Victor, ni tampoco de Ricardo, su cofrade, por la razon que en el libro X, último capítulo, se habla de Felipe Augusto, como habia sucedido á su padre, y Ricardo de S. Victor murió sobre el año 1173, pero la misma razon prueba que no se pueden atribuir á Ricardo de Cluni; esto es lo que se ha dicho sobre los indicados extractos, y en el tomo XII de su historia, página 67, Sixto de Siena hace el más grande elogio de Ricardo por otra obra, de la cual nuestros predecesores han hablado ya en el artículo de Salvien ó Salvador de Marsella á quien otros críticos la atribuyen. Estos son dos libros sobre las concordancias que se encuentran en las obras que tratan del Nuevo y Viejo Testamento, y de las sentencias que contienen. Nosotros diremos que esta obra ha sido atribuida por otros á S. Julian de Toledo, y por algunos otros, tambien á Berthaire, abad de Monte Casino; pero no vemos ninguna razon para atribuirla á Ricardo de Cluni. Si hubiésemos de decidirlo, diriamos que parece se remonta á Tritemio, y aunque Ricardo de Poitiers escribió un volúmen de estas *cartas*, no le hemos visto nunca ni las conocemos. Balee le atribuye un gran número de piezas en verso, un poema en alabanza del abad de Cluni, otro sobre la Inglaterra y sus costumbres, otro tercero que habla sobre la belleza de Inglaterra, particularmente de la capital de Lóndres, un cuarto sobre la transfiguracion en verso, el de la Magdalena y otro de Sta. Catalina y de los epígramas. Todos estos versos jamás han existido, están perdidos para nosotros. Encontramos en dicha Crónica dos epitafios, que manifiestan ser él el autor, el de Guillermo, último duque de Aquitania, muerto en 1137, y el del padre Abelardo, como asimismo un *Canto fúnebre* en prosa, que versa sobre la muerte de Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía, que murió en 1149, cuando estaba combatiendo contra los infieles. Como no ha sido designado el sitio donde fué impresa, no hemos podido averiguar el contenido de la prosa; pero si lo logramos en el curso de nuestras investigaciones, tendremos el mayor gusto en ampliar el presente trabajo, en el *Apéndice de la Biografía Eclesiástica*, con esta noticia y cualesquiera otra que creamos interesante acerca del hasta ahora poco conocido Ricardo de Poitiers, monje de Cluni. —G. A.

POIX (P. Luis), capuchino. Nació en 1714 en la diócesis de Amiens, en-

tregándose con mucho ardor al estudio de las lenguas orientales, adquiriendo este gusto entre sus cohermanos, y fué el jefe de la sociedad de los capuchinos hebreos en la casa de S. Honorato de París, que segun su plan, publicado en 1768, se proponian dar una nueva Biblia políglota más perfecta que todas las que existian. Este religioso murió en París en 1782. Tiene publicado, en union con los PP. Serafin de París, Gerónimo de Arrás, etc. las oraciones que Nersés, patriarca de los armenios, hizo á la gloria de Dios para toda alma fiel á Jesucristo, en latin y francés. — *Principios discutidos para facilitar la inteligencia de los libros proféticos;* 1775-64, diez y seis volúmenes, lo cual es el fruto de veinte años de trabajos; *las traducciones del Eclesiástico*; 1771. Idem. doce de las *Profecías de Habacuc y de las de Jeremías*; París, 1788, seis volúmenes en 12.°, que es una de las mejores obras de los capuchinos; las *Profecías de Baruch, sacadas del texto hebreo*, como igualmente las precedentes, van acompañadas de una *Disertacion sobre la vida de Josué, é historias críticas dirigidas al abate Coutan de la Molette*, etc., y que versan sobre el libro de Job; París, 1768, dos volúmenes en 12.°; habiendo la sociedad hebráica dado un escrito, que es un *Diccionario armenio-latino, italiano y francés*, como asimismo bastantes obras que la revolucion impidió se publicasen, y que no tenemos reconocidas ni vistas, por lo que nos abstenemos de emitir nuestro juicio acerca de las mismas. — G. A.

POLACO (Fr. Anselmo), religioso franciscano, natural de Cracovia, donde vivia hácia 1505 con grande reputacion debida á sus virtudes, más quizá que á su saber, aunque de este tengamos una pequeña muestra en una obra que legó á la posteridad, y debió ser muy útil en la época en que salió de su pluma. Fué Fr. Anselmo uno de aquellos piadosos padres, que consagrados enteramente á Dios, no se ocuparon apénas de las cosas de la tierra, y solo se distinguieron por su fervor en seguir los designios de la Providencia. Amaestrado en los principios de la más severa piedad desde el instante en que tomó el hábito procuró acudir á sus santos llamamientos, empleando toda clase de oraciones y penitencias para purificar su cuerpo y santificar su alma. No contento con esto, emprendió una peregrinacion á Jerusalen, gloriosa jornada que hacian entónces muchas personas de Europa, unas por devocion, otras para obtener la remision de sus pecados. Ignórase el concepto en que la emprendió este Padre, pues no faltan autores que suponen tomó una parte activa en las cruzadas, y que se distinguió mucho por los grandes servicios que prestó á los conquistadores del Santo Sepulcro de Jerusalen. A falta de datos positivos, nada podemos nosotros sostener en este punto, contentándonos con hacernos eco de opiniones ajenas. En cuanto á Fr. Anselmo, refieren las crónicas de su Orden que siempre se distinguió

por su fe y religiosidad, y fué hasta los últimos momentos de su vida un modelo de virtuosos monjes. Atribúyensele algunos milagros y apariciones, mas por regla general nos hemos propuesto omitir tan delicadas relaciones en esta obra, excepto en el caso que esten públicamente reconocidos y declarados por la Iglesia, pues aunque nos merecen el mayor crédito los autores que cuentan estas maravillas, tan naturales en las épocas que escribieron, hoy no se escuchan de la misma manera, y acaso un exceso de celo por nuestra parte pudiera dar armas á la descreida impiedad, que desde el siglo pasado viene atacando las tradiciones más santas y piadosas, y hasta poniendo en ridículo lo que nuestros abuelos creian con la mayor candidez. Los siglos se suceden á los siglos, y las noticias que hoy desaparecen en el polvo del olvido por temor á la excesiva y áun desapiadada crítica, se desenterrarán algun dia, y entónces aparecerá el Padre que ha dado orígen á este artículo en todo su esplendor y grandeza, pues grande fué por sus virtudes y santidad, aún más que por la obra que escribió con el título de *Descripcion é Itinerario de la Tierra Santa;* Cracovia, 1514; Ingolstadt, 1604.—S. B.

POLACCO (B. Angelo), confesor, religioso franciscano, de quien hace mencion Gonzaga, en la tercera parte de los *Orígenes de la Religion Seráfica* con estas palabras: «Es público y notorio entre todos los antiguos ciudadanos de Perona, que en un célebre convento arruinado que existe en los alrededores de aquella ciudad, vivió piadosa y santamente uno de los discípulos del patriarca S. Francisco, cuya muerte fué ilustrada con muchos milagros, por lo que á peticion de los canónigos obtuvo una distinguida sepultura en aquella iglesia catedral. Lo mismo refiere Wadingo en el tomo I de los *Anales de los Menores*, año 1246.—S. B.

POLACCO (B. Evangelista), religioso franciscano, descendiente de una noble familia de Perusa, que se distinguió tanto por sus virtudes, que al morir, en 1494, se vieron algunos ángeles que durante sus exequias incensaban su cuerpo. Fué sepultado en el claustro del convento de S. Francisco de Ragusa, poniéndose sobre su túmulo el siguiente epitafio, del que constan sus virtudes, religiosidad, celo y erudicion. Hé aquí los versos en que se contiene:

Rationum soboles, Perusinaque quem penè omnis,
Regula lustrandæ Religionis erat,
Qui docuit populos Evangelista Beatus,
Ragusinam moriens consecrat hospes humum.
Cùmque piis precibus passim miracula præstitit;
Dat quoque reliquias uberiora suas.

El *Martirologio Franciscano* hace memoria de este religioso en 5 de Agosto.—S. B.

POLACCO (Leonardo), confesor. Fué varon notable por su gran devocion y santidad, al mismo tiempo que por su grande inteligencia y sabiduría, adornado de todo género de virtudes. Sus relevantes méritos le llevaron á ser guardian del convento de S. Bernardo, que existe en Cracovia, donde una hermana tercera de las Menores de S. Francisco se hallaba completamente ciega, recobrando la vista por las oraciones, súplicas y ruegos del bienaventurado Leonardo, suceso de que hace relacion Gonzaga en la obra que existe en en el convento que se halla en la provincia de Polonia. Floreció por los años 1480. Así lo sienta Daza en la cuarta parte de la *Crónica de Menores*, libro I, cap. XXXI.—A. L.

POLACCO (B. Pablo), confesor, religioso franciscano que murió hácia el año 1303, despues de haberse distinguido mucho por sus milagros y santidad, en un lugar llamado Arquata ó Arguata en la Umbría. El Martirologio Franciscano le menciona en 22 de Octubre.—S. B.

POLAILLON (María Lumaque, viuda de Francisco) residente en Ragusa de Francia, señora virtuosa que en el siglo XVII se aplicó en París á establecer muchas comunidades de jóvenes. Desde el año 1630, estando todavía bajo el dominio de su marido, ayudada de Juan Antonio Vachet, sacerdote y director de las Hermanas hospitalarias de San Gervasio, comenzó á retirarse del mundo y á proveer á la subsistencia de doncellas pobres, cuya castidad tenia gran peligro. No sostuvo el ejercicio de esta obra de caridad, sino venciendo muchas contradicciones y sujetándose á humillaciones grandes. Despues de haber enviudado se encontró que tenia á su cargo más de ciento de aquellas doncellas, las cuales no la hubiera sido posible mantener sin el socorro de la Providencia. La reina Ana de Austria le dió una casa para que albergára á estas jóvenes, y se llamaron entónces las *Doncellas de la Providencia*; y Mr. Chatelain, yerno de la señora Polaillon, le dió una cantidad considerable para que comenzára su fundacion. El primer establecimiento de dichas jóvenes fué en Fontenay, cerca de París, de donde fueron trasladadas á Charonna y luego al arrabal de S. Marcelo. De este establecimiento salió el de las doncellas que se llamaron las *Nuevas Convertidas*, que esta piadosa señora estableció en París en la calle de Santa Avoya cerca de la puerta de Richeliu, y tuvo el consuelo de ver establecida en Metz una casa semejante á la de sus Hijas de la Providencia. Esta señora meditaba tambien fundar con Vachet otro instituto de viudas y de doncellas virtuosas para buscar en todas las provincias sugetos capaces de contribuir á convertir é instruir mujeres é hijas recien convertidas; pero murió el año de 1657, ántes de poner en práctica tal proyecto. Durante su vida, y particularmente despues que

enviudó, se dedicó á la lectura de libros santos, prefiriendo entre estos los de la sagrada Biblia. En ellos aprendió que para conseguir la bienaventuranza es preciso ocuparse en el ejercicio de la santa oracion, que tanto á Dios agrada, y en hacer al prójimo todo el bien que se pueda, teniendo en esto muy presente el dicho de San Pablo, apoyado en el espíritu del Evangelio y en la práctica de los primeros siglos del cristianismo, de que uno de los medios más eficaces que pueden emplearse para merecer el cielo es hacer bien en la tierra. Firme y constante en la religion de tan saludables máximas, fundó las casas de caridad referidas, dedicándose como madre cuidadosa y solícita á instruir en los santos preceptos de la religion á las doncellas pobres y desvalidas que habia recogido bajo su amparo y proteccion, llevando á su fallecimiento el consuelo de que si no habia concluido del todo su piadosa y caritativa obra, habia señalado el camino para que otras capacidades la terminárán.—G. A.

POLAN (Amando), teólogo de la religion pretendida reformada. Nació en Oppaw en Silesia el año 1560, habiendo llegado á ser profesor de teología de Basle, en donde murió el 17 de Julio de 1611, á los cuarenta y nueve años de edad. Se tiene de él: 1.° los *Comentarios latinos sobre Ezequiel, Daniel y Oseas.*—2.° Las *Disertaciones.*—3.° Las *Tésis.*—4.° Los *Escritos de controversia contra Belarmino*, etc.—G. A.

POLASTRON (Margarita de), fundadora y segunda religiosa de la Congregacion de nuestra Señora de las Feuillantinas; era viuda de Anno de Izalquier de Clermont de Dieupantala, señor de Magestand; y en el año de 1588 tomó el hábito de religiosa en Montesquieu, siendo de cincuenta y cuatro años de edad, despues de Jacobina de Dieupantala, su hija, á la cual cedió la primera plaza en atencion á su doncellez. Margarita murió en reputacion de una grande piedad. Siempre hizo una vida ejemplar y cristiana, y en especial desde que tomó el hábito de religiosa, en cuyo estado era en extremo recogida, y tanto, que fuera de los actos propios de comunidad, jamás salia de su celda, si la obediencia no la mandaba alguna cosa. En la humildad fué la primera y más excelente de las religiosas, pues siempre se ocupaba en los ejercicios más humildes del convento; en la caridad tampoco tuvo ejemplo, pues en este punto excedia á todo cuanto pueda imaginarse. Las religiosas enfermas hallaban en ella alivio y consuelo en sus dolencias por la continua y cariñosa asistencia que les dispensaba. Cuando no estaba ocupada en estas santas obras, pasaba el dia en su celda, como queda dicho, entregada á la oracion y meditacion de la pasion y muerte de nuestro Redentor. Llegado el término de sus dias, despues de haber recibido los santos sacramentos con singular devocion, y diciendo palabras tiernas y amorosas á un santo crucifijo que tenia en sus manos, falleció con maravi-

llosa quietud, siendo la admiracion de aquella santa casa.— G. A.

POLEMAR (Juan), canónigo, arcediano y vicario general del obispado de Barcelona, natural de esta ciudad y doctor de Viena. A veces se halla citado con el nombre de *Juan, arcediano de Barcelona*. Tambien es conocido por Juan Palomar. Desde sus más tiernos años dió ya muestras de la grande erudicion y saber con que se habia de distinguir entre los sabios de Europa. Dedicóse especialmente al estudio del derecho civil y canónico, y en ambos llegó á ser la notabilidad de su época. Hecho arcediano de la catedral de Barcelona, fué enviado á Roma y nombrado capellan del Pontífice, y asesor del Sacro Palacio, y despues enviado por Su Santidad al concilio de Basilea. Allí, hallándose en Alemania para asuntos de la Iglesia el cardenal Juliano, á quien Eugenio IV habia nombrado presidente del Concilio, encargó Su Santidad á nuestro Juan Polemar que abriese el Concilio y le presidiese en su nombre, como se ve en la carta que escribió desde Nuremberg, con fecha 3 de Julio de 1432, y puede verse en Martenne (*Collect. Vet. Script.*, tomo VII). Llegó á Basilea el dia 19 del mismo mes, y el dia 23 celebró ya la primera congregacion en la iglesia catedral. Al año siguiente los Padres del Concilio le enviaron á Bohemia con algunos socios para tratar de la reunion con aquellas iglesias. Partió de Basilea el dia 14 de Abril, y es admirable el ver las dificultades y obstáculos que tuvo que vencer, y lo que trabajó para restablecer la paz en las iglesias indicadas. En tres dias consecutivos rebatió cuatro artículos propuestos por los bohemos sobre el dominio civil de los clérigos. Supo ganarse el afecto de los bohemos de tal manera, que estaba ya para concluirse una perfecta reconciliacion con la Iglesia Romana, cuando la ligereza y veleidad de algunos eclesiásticos suspendió este negocio. Procurando despues el Papa la disolucion del Concilio, instó Polemar su continuacion con un celo extraordinario, lo cual le acarreó la indignacion del Pontífice, que le acusó de infidelidad y le formó una causa, como refirió el cardenal Juliano en una controversia pública, tenida en el Concilio el dia 15 de Octubre de 1433, la cual puede verse en Martenne (*Collect. Vet. Script.*, tomo VIII, fólio 643). Pronunció Polemar en el Concilio una eruditísima oracion *pro dominio civili clericorum*, impugnando la que habia pronunciado en el mismo Concilio el inglés Pedro Reyner. Fué enviado por los Padres del Concilio para reformar la universidad de Viena, y es muy digno de leerse el célebre panegírico que escribió de Polemar el sabio y erudito Nicolás Avencino, lustre de aquella universidad. De las cartas del rey D. Alonso de Aragon, que vamos á copiar, resulta que Polemar era uno de sus embajadores al Concilio de Basilea de 1437. «Memorial de les coses que per ordinació é ma»nament del Senyor Rey Mos. Berenguer Dolms, governador del regne de »Mallorques, ha de reportar é explicar á la Senyora Reyna. Primeram...

»Item dira con la intenció del dit Senyor es segons per altres memorials ha »notificat á la dita Reyna, é specialment per Mos. Matheu Pujades é Mos. »Ramon Gilabert que tots los prelats de sos regnes é terres si pertits no se»ran, pertesquen de continent é vaien al Concili de Basilea, al qual Concili »lo dit Senyor ha in tramesa la sua solemne embaxada, co es, lo archebisbe »de Palerm, lo bisbe de Cathania, Mic. Ludovico de Roma, Mic. Jhoan de »Palomar, é mestre Bernat Serra. E que per ço es necessari en tot cas los »dits prelats vaien al di Concili é speciament lo cardenal de Tarragona bis»bes de Valencia, de Barchna Dosca, de Vich... Dat en Castellamar destabia »á sus dies de Janer del any de la nativit. de nostre Senyor Mil CCCCXXXVII. »Rex Alfonsus. Arch. de Arag. Secret. 5. Alfon. IV fol. XI y sig. Littera »missa embaxiatoribus Concilii Basileensis.—Lo Rey. Reverent et venera»bles Pares en Xst. amats consellers é embaxadors nostres. Rebuda havem »vostra letra é aquella lesta havem aut gran plaet de la opposició é contra»dictió per vosaltres feta sobre la mutació del Concili declarants vos com es »nostra intenció que per res no permetats ne donets loch sin mudat en Avinyó »ó Florença ó altra part exceptat en Pavía ó terra del duch de Milá, é so»breaço tendreu totes aquelles practiques é maneres que pus utills é hones»tes vos parran. Quant á la vostra incorporació é loch havedor en lo dit »Concili havem haut per ho que no haiats acceptat lo segon loch á la sinestra »part apres lo rey de Castella, ans vos manam que per res en lo mon no »consentats ni ffixets res en aquesta part. mas procurets queus pertany lo »pus honorable ó axi com á Rey Daragó, ó axi com á Rey de aquest realme »de Sicilia, é sobre aço no doneu comport algu en cas que haguesseu adeba »tre ab nostre propri pare... Dada en la ciutat de Nola á XXX dies de Ja»ner del any Mil CCCCXXXVII. Rex Alfonsus. Ibid. fol. LII.»—Además de estas cartas hay otras en el fólio CXIV.—La una se dirige: *Reverendis ac venerabilibus in Xpo. patribus consiliariis et fidelibus oratoribus nostris dilectis apud sacrum Concilium Basilien. residentibus*, su data *Gayetæ III Novemb. primæ indictionis;* y la otra, *Egregio viro Johanni de Palomario juris utriusque professore eximio consiliario et oratori nostro dilecto*, con la misma data, *an. á Nat. Dom. M.CCCC.XXXVII.* Se han perdido muchos de sus escritos; Pero quedan su *Oracion* (ó por mejor decir los libros) *De dominio civili clericorum*, que imprimió Enrique Cano y puso Vinnio en la Coleccion de Concilios. Una relacion de la comision que le hicieron los Padres del Concilio, pronunciada en la ciudad de Praga el dia 3 de Julio de 1433. Carta á los Padres del Concilio de Victoria, *super laboritas reportata*, que se halla en Martenne, tomo VIII. *Collect. Vet. Script.* Bosch dice que escribió: *Sermones quæstiones, et tractatus de abstinentia carnium*, y las dirigió á Juan, abad del monasterio de Escotos del órden de S. Benito, en Viena de Austria, en cuya

universidad fué catedrático. Tritemio, fólio 104 p. dice: *Joannes de Palomar Barcinon. eccles. archidiaconus, Doctor decretorum insignis, et tam in divinis scripturis, quam in secularibus litteris nobiliter doctus ingenio subtilis, sermone scholasticus, vita et conversatione præclarus, edidit non spernendæ lectionis opuscula, etc.* — G. A.

POLEVIT (Alberto), polaco, natural de Cracovia, y religioso carmelita, fué uno de los predicadores más hábiles de su tiempo, y compuso diversos volúmenes de sermones, y algunos otros tratados. Murió el año de 1627 en Cracovia, siendo pontífice Urbano VIII. Fué un varon religioso de extraordinaria piedad, y muy constante investigador de las letras sagradas. Marco-Antonio Alegre de Casanate, *in Parad. Carmeliticæ decoris*; página 493.— G. A.

POLIANO (San), confesor. (Véase NEMESIANO.) Este y los demás confesores de la fe que se citan al dar razon de San Nemesiano, fueron confortados en Numidia por una carta que les escribió San Cipriano exhortándolos á perseverar en la fe y á sufrir con paciencia sus desdichas, pues que Dios queria ejercitarlos en la desgracia para probarlos. Pasó S. Poliano desde su destierro á gozar en la gloria el premio de sus merecimientos, y la Iglesia celebra su memoria el dia 10 de Setiembre. — C.

POLICARPO (San), obispo y mártir. San Gerónimo en su obra sobre los escritores eclesiásticos, S. Ireneo, mártir y obispo de Leon que le conoció, las actas del clero de Esmirna que presenció su martirio, y Eusebio Cesariense en su Historia y otros muchos autores antiguos, nos dan razon del glorioso San Policarpo, obispo de Esmirna, al que celebra la santa Iglesia católica el dia 26 de Enero, aniversario de su martirio. Nació este Santo á principios del siglo II de nuestra era, y llegó aún á conocer á algunos de los discípulos de Jesucristo, de los que aprendió la doctrina evangélica, gloriándose de haber tenido por su primer y principal maestro en tan sublime enseñanza á San Juan Evangelista, padre y príncipe de todas las iglesias del Asia. Habiendo sido consagrado San Policarpo obispo de Esmirna por el mismo santo Evangelista, en premio de su virtud y santidad, edificó con su ejemplo la diócesis desde el primer dia de su gobierno en lo espiritual. Deseoso de ilustrarse sobre ciertas materias de disciplina y de fijar el tiempo en que habia de celebrarse la Pascua de Resurreccion, cuestion en que andaban discordes los cristianos, fué á consultar al papa S. Aniceto á Roma, con el que conferenció sobre las materias que allí le llevaban, manifestándole al propio tiempo lo que él habia aprendido del santo Evangelista. Con licencia del Papa predicó en Roma contra la herejía que capitaneaban Valentino y Marcion, exhortando á los fieles á huir de ellos como de serpientes venenosas y enemigos declarados de Jesucristo, así como el mismo Evangelista habia huido de unos

baños en que estaba lavándose el hereje Cerinto. Encontrando un dia en una calle de Roma San Policarpo al hereje Marcion, volvió la cara á otro lado y se apartó del camino para no saludarle, y notado esto por Marcion se llegó á él descaradamente y le dijo: ¿No me conoces? — Sí te conozco, replicó el Santo. — ¿Pues quién soy yo? — Tú eres el hijo primogénito de Satanás, — esforzándose en esta calificacion para dar á entender que los herejes excedian en categoría cerca del demonio á los demás hijos del infierno, porque son sus más allegados, puesto que pretenden heredarle el mayorazgo del poder que se le permite de atormentar á los hombres. Puede concebirse lo disgustado que con tal respuesta quedaría el hereje y lo prevenido que contra él quedaría. Despues de haber convertido en Roma San Policarpo á muchos herejes se volvió á su iglesia, y como pasase por Esmirna San Ignacio mártir, cuando le conducian á Roma para que fuese devorado por los leones, le acogió y obsequió en su casa San Policarpo, envidiándole por la suerte del martirio que iba á sufrir, obsequio que le pagó San Ignacio con una admirable carta que le escribió desde Roma, dándole cuenta de su viaje, y rogándole le encomendase á Dios en sus oraciones. Subiendo al trono de los Césares los emperadores Marco Aurelio, Antonino y Lucio Vero, empezó una espantosa persecucion contra los cristianos, pues que llegó á premiarse á los jueces perseguidores, segun el mayor número de víctimas que sacrificaban, de suerte que corrió á torrentes la sangre de los fieles en la tierra y se pobló el cielo con las preciosas almas de innumerables mártires. Llegada al Asia la persecucion, no tardó en invadir á Esmirna con su fiera segur. En tal conflicto, solo el venerable pastor conservaba serenidad, y corriendo por todas partes alentaba á los unos, fortificaba á los débiles, auxiliaba á los que lo habian menester y fervorizaba á todos con su austera virtud, su acendrada piedad y su ardiente caridad. Habiendo sabido los impíos idólatras que S. Policarpo era el jefe de los cristianos del Asia y el que fortificaba su fe, dieron contra él y se propusieron prenderle para hacerle atormentar. Léjos de intimidarse S. Policarpo, se hubiera presentado desde el primer dia á los verdugos, si no lo impidiesen las lágrimas y súplicas de muchos de sus feligreses que le obligaron á salir de la ciudad y á ocultarse en una casa de campo, en la que constantemente estuvo en oracion pidiendo á Dios la paz de la Iglesia y la conversion de los infieles. Durmiéndose siempre bajo una impresion religiosa, una noche tuvo en sueños una revelacion de Dios, por la que supo que seria sacrificado y la clase de su martirio, y luego que despertó dijo lleno de gozo á sus amigos: «Tengo de ser quemado vivo, y esto será dentro de pocos dias: bendito sea mi dulcísimo Señor Jesucristo, que me quiere hacer digno de la corona del martirio. Las pesquisas de los sayones que buscaban á S. Policarpo no fueron al fin infructuosas, pues que azo-

tando á un muchacho, que sospecharon debia saber en donde se decia por algunos se escondia el Santo, descubrieron la casa y la allanaron. Al ver entrar el Santo á los que le buscaban con tanto ahinco, dijo: *Señor, hágase en mí tu santa voluntad*; y bajando al zaguan recibió y obsequió á estos enemigos mandando les diesen de comer y rogándoles que comiesen, y que le concediesen una hora para encomendarse á Dios. En tanto que ellos comieron materialmente, el Santo comió tambien de aquel manjar divino que habia de fortificar su fe y su alma para la vida eterna, y vigorizar su cuerpo para sufrir con heroismo cristiano los mayores tormentos y ver llegar la muerte con la alegría que la espera el justo, y mucho más el que sacrificándose por su Dios, espera por el tormento de pocos momentos y pasadero, una dicha y una gloria sin fin al lado de su Dios. Los sayones, maravillados de la serenidad de aquel venerable anciano y de la afabilidad con que les trataba, vacilaron en llevarle preso, pesándoles llevar tal comision; pero decidiéndose á cumplir su mision, porque así lo queria Dios, le montaron sobre un jumento y le condujeron á la ciudad. Encontraron en el camino á Herodes, prefecto de la Paz, y á su padre Niceta, que gozaban de mucha autoridad en Smirna, los que haciendo subir en su coche á S. Policarpo, y tratándole con el mayor cariño, procuraron persuadirle á que abandonase su designio; pero viendo que ninguna razon le convencia, y que persistia en despreciar á sus dioses, le desnudaron y arrojaron de su coche con tal violencia, que al caer se lastimó una pierna. Hallábase el procónsul de la ciudad en el teatro, y presentándole al Santo en ocasion que acababa de oir del cielo una voz que le animó y llenó de consuelo, éste le quiso obligar á que blasfemase de Cristo: el Santo horrorizado de la propuesta, le manifestó lo firme de su fe y el poco poder que él ni el pueblo que gritaba tenian para hacerle blasfemar del verdadero Dios, despues de ochenta y seis años que hacia le servia. Quiso obligarle el procónsul á que dijese al pueblo lo que le decia á él; pero el Santo le respondió con entereza: «A ti daré razon de cuanto quieras, porque estamos obligados á honrar á los magistrados y obedecerlos en todo lo que no sea contra Dios; pero el pueblo es bestia de muchas cabezas, y ahora ni es capaz ni está dispuesto á oir los divinos misterios. Como el Santo al amenazarle el juez que le mandaria quemar, respondiese que no temia el fuego corporal que mata el cuerpo y se acaba en un momento, y sí el que duraba para siempre y se sustentaba con la muerte de los que viven en él, mandó al pregonero dijese que Policarpo habia confesado ser cristiano. Irritado el pueblo, empezó á pedir su muerte en gran gritería, y deseando que fuese quemado vivo, trajeron mucha leña, lo que visto por el Santo, como para ahorrarles el trabajo de hacerlo y satisfacer lo ántes posible su impaciencia, se desnudó y descalzó con presteza. Como en-

cendida que fué la hoguera, tratasen de clavarle á un poste para que no se moviese con los dolores que habia de sufrir, el Santo les prometió que con el auxilio de Dios se quemaria sin moverse, y no le clavaron. Echaron al Santo en la leña, y apénas encomendó á Dios su alma con una fervorosísima oracion, cuando el verdugo puso fuego, y empezó á arder la madera por todos lados. Por un milagro que quiso Dios obrar para confundir á aquellos impíos, las llamas formaron una especie de bóveda, en la que quedaba á salvo el Santo, y visto esto por los sayones, le pasaron el cuerpo con espadas. Salió tanta sangre de aquel santo cuerpo, que apagó todo el fuego. Voló cual lo deseaba el alma del Santo al cielo, llevando consigo para presentarlas á Dios las de otros cristianos llegados de Filadelfia que le acompañaron en el suplicio. Como se advirtiese deseos de ocultar el cuerpo del Santo, la autoridad de Smirna le mandó quemar; pero recogidas sus cenizas por los fieles, las colocaron en un digno lugar, haciéndose desde entónces fiesta todos los años el 26 de Enero en que fué el martirio de San Policarpo, por el clero de Smirna que le presenció, el cual, segun S. Onufrio, fué el año 168, y el 169 segun el cardenal Baronio. Se conocen dos epístolas de S. Policarpo: la una á los filipenses, que segun S. Gregorio, se leia en las iglesias á los fieles, en la que les exhorta á estar bien fundados en la fe, esperanza y caridad, á criar sus hijos segun en este documento se enseña, y á ser obedientes á los sacerdotes; y otra, que segun Suidas, escribió á S. Dionisio Areopagita. Fueron discípulos de este santo prelado, Ireneo, obispo de Leon y mártir, el presbítero Andoquio, el diácono Tirso, y Félix, todos los que recibieron en Francia la corona del martirio, en la que tambien alcanzó igual palma su otro discípulo S. Benigno, presbítero, pero éste fué sacrificado en la ciudad de Dijon de la Borgoña. — C.

POLICARPO (S.), presbítero. Al empezar el siglo IV de nuestra era subió al cielo el 23 de Febrero el alma del virtuoso S. Policarpo, al que recuerda la Iglesia en ese dia. Acompañado de S. Sebastian predicaba por las casas la doctrina del Evangelio, exhortando á los fieles á padecer el martirio con valor, confiando en la corona de gloria que les esperaba, y fué tal la elocuencia fervorosa con que predicaba la verdad, que logró convertir muchos infieles al Señor; empero por más que hizo para adquirir la gloria del martirio, no quiso Dios concederle esta gracia, y murió tranquilamente y con la paz del justo el dia que acabamos de expresar. — C.

POLICARPO (San), mártir. A consecuencia de la terrible persecucion del emperador Decio, muchos fieles huyeron de unos países en otros, hasta que conociendo que Dios los llamaba á sí por el camino del Calvario, no quisieron hacerse sordos á su llamamiento y fueron á ofrecerse al sacrificio con el mayor placer y la más decidida voluntad. Entre estos podemos contar á los peni-

tentes Policarpo y Teodoro, de quienes solo nos dicen las Actas que murieron degollados en Antioquía, en tiempo de aquel tirano, por haber confesado la fe de Jesucristo y despreciado los falsos dioses á que quiso obligárseles adorasen, por lo que la Iglesia los recuerda el dia 7 de Diciembre. — C.

POLICARPO DE FAY (Beato), religioso franciscano de la provincia de los Recoletos de San Dionisio, se distinguió tanto por sus virtudes que ha merecido ser citado en el *Martirologio Franciscano*, dia 5 de Febrero. Murió hácia 1630 dejando escritas las obras siguientes: 1.ª *Exposicion de la regla de los Hermanos Menores*, citada por Dupin, siglo XVII.— 2.ª *Panegírico de los Stos. Mártires del Japon.* — S. B.

POLICI (Fr. Antonio de). En el año de 1550 dió la religion de los frailes menores capuchinos de N. P. S. Francisco al Señor otros muchos varones que murieron en ella, ilustres en virtudes y santidad. Entre ellos el primero fué Fr. Antonio Polici, religioso lego, de quien se sabe que para entregarse á la oracion con mayor quietud, y levantar más fácilmente el espíritu á Dios, atenuaba el cuerpo con tal abstinencia, que ayunaba siempre á pan y agua, jamás comiendo hasta satisfacerse, sino una cantidad limitada con grande moderacion. Aborrecia de tal suerte su cuerpo, que traia puesto y arrimado á él un silicio de aspereza notable, hecho de cerdas de caballo y de jabalí, y entretejido de unos alambres dispuestos de modo, que remataban en unas puntas tan penosas y agudas, que habiendo querido un fraile devoto usar de él despues de su muerte, apénas le pudo sufrir una hora.— Con estas austeridades y aflicciones de su cuerpo adquirió tantos ornamentos de virtud para el alma, que el demonio, impaciente de su perfeccion, y de la gloria que conjeturaba que le habia de corresponder, le perseguia de diversas maneras, apareciéndosele en varias figuras de animales y monstruos horribles, ya maltratándole reciamente, y ya haciendo ademan de luchar con él. Mas de todas las tentaciones y luchas salió vencido por la merced de Dios el espíritu infernal, y Fr. Antonio, despues de haberle ganado infinitos trofeos, descansó últimamente en paz, muriendo en Polici, y habiendo obrado nuestro Señor por él gran número de milagros en vida y en muerte, de que la humildad de la Orden religiosa que profesaba no quiso quedase memoria particular, dejando solamente en la fama las noticias comunes de ellos. — G. A.

POLICIANO (Fr. Francisco), célebre y bienaventurado religioso minorista capuchino de N. P. S. Francisco, fué uno de los que anunciaron la reforma de su Orden, añadiendo á sus excelencias una nueva alabanza, y confirmándola con un testimonio ilustre en el pronóstico que hizo de ella. Floreció este sabio y singular varon entre los años de 1400 y 1500, llegando á ser en éste último religioso insigne de los menores conventuales, y tan señalado en

santidad, y en el don del espíritu profético, que Rodulfo Tosinianense, en la Historia de la Religion Seráfica, le coloca en el número de las columnas más ilustres de aquella familia. Vivió en gran perfeccion, y adornado de claras y excelentes virtudes, siendo lo más admirable y digno de llamar la atencion en él, el vaticinio que hizo acerca de la reforma ántes indicada, pues caminando una vez, y habiendo llegado á Asís, ciudad de la provincia de la Umbría, un dia que estaba predicando en la plaza, por la innumerable copia de gente que se habia juntado á oirle, en el discurso de su sermon repitió muchas veces estas palabras. *Oye, ciudad mia; oye, ciudad, patria de mi gran padre Francisco. Admirables cosas te anuncio, pero verdaderas. De aquí á poco tiempo has de ver con tus mismos ojos á San Francisco nuevamente resucitado. Resucitado, digo, no en el cuerpo, sino en el hábito y el espíritu;* y volviéndose á unos muchachos que asistian allí entre los demás: *Vosotros,* les dijo, *¡oh muchachos! vosotros vereis á San Francisco segunda vez vivo, porque ya está cerca, y á la puerta.* Lo cual despues de salida la reforma, se comprobó con un argumento ciertísimo y digno de crédito, porque un anciano venerable, que habia sido de los que se hallaron presentes á aquel sermon, yendo una vez al monasterio de los capuchinos, que se llama de Carcerellas, no muy léjos de Asís, les refirió á los religiosos de aquel santo recinto las palabras proféticas que entónces habia oido, y hablando con ellos y mirándolos, era tal la alegría interior que sentia en su ánimo, que derramando copiosísimas y abundantes lágrimas, con la fuerza del gozo prorumpia en esta exclamacion ordinariamente: *Basta, oh buen Jesus, basta. Ya miro á San Francisco resucitado y puesto otra vez entre nosotros.* Pero no fué esta sola la profecía del siervo de Dios acerca de la reforma de los capuchinos, porque predicando tambien en Florencia, le oyeron muchos repetir frecuentísimamente las mismas palabras; entre los cuales conmovido uno de su predicacion, y en particular del vaticinio, juzgando que habia de entenderse de la reforma de los observantes, tomó luego el hábito de aquella Orden, y vivió en ella algunos años con gran alabanza de virtudes. Pero como viese en los capuchinos, cuya reforma salió despues, restituida la antigua forma del hábito del glorioso Padre San Francisco, y junto con el de su pobreza y simplicidad, la observancia de la regla seráfica, y toda su vida renovada otra vez en el orbe, considerando más altamente las palabras del varon apostólico, y entendiéndolas ya de los capuchinos, sin dilatarlo se pasó á la reforma, y llamándose Fr. Bartolomé, y perseverando en su virtud, vivió entre los religiosos de dicha Orden hasta la muerte. El P. Policiano tambien pasó de la vida terrena á la celestial en el año de 1513, doce años ántes que saliese la reforma por él anunciada. — G. A.

POLICINA (Sor Jacoba), religiosa franciscana del monasterio de Mesina,

de que fué abadesa. Habia sido compañera de la V. Eustoquia, una de las fundadores de su Orden, y escribió: *Acta V. Eustochiæ Clarisæ signis, ac virtutis conspicue;* manuscrito que se custodió por mucho tiempo en el archivo del convento de Santa María de Fulquier. — S. B.

POLICIO (Fr. Felipe), religioso franciscano, natural de Trápani en Sicilia, maestro de sagrada teología de los Menores conventuales, se distinguió mucho por su elocuencia y aptitud para la poesía. Murió en 1610 despues de haber publicado: 1.ª *Sermones de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora*; Palermo, por Pedro de Isola, 1655, en 4.° — 2.ª *Discursos morales.* —3.ª *Certámen teológico en toda clase de metros.* — S. B.

POLICIO (Fr. Gerónimo de), religioso franciscano, de la congregacion de PP. Capuchinos, en la provincia de Palermo en Sicilia. Obtuvo en toda la Orden un distinguido nombre por su grande ingenio, probidad de vida y puras costumbres. Su acierto y prudencia en la gestion de los negocios le hicieron digno del cargo de general, á que fué elevado por unánime eleccion de su religion, en Roma en 1547. Escribió para utilidad de los religiosos y en particular de los hermanos menores: *Expositionem in regulam S. P. N. Francisci*, en la que se examinan y resuelven con solidez y claridad muchas dificultades y cuestiones. Se imprimió por primera vez en Roma, en 1587, en 4.°, y despues en 1593. Luego en París, por Nicolás Buon, 1616; en Colonia, por Juan Rinduiun en el mismo año; en Nápoles, por Juan Carlino, en 1626 en 8.° y en la misma ciudad, por último, en 1605. —S. B.

POLICIO (Fr. Serafin), religioso de los frailes menores capuchinos de N. P. S. Francisco, predicador y natural de Sicilia, vistió el seráfico sayal en la provincia de Palermo. La naturaleza le adornó con tantos dones de prudencia, discrecion y ejemplares virtudes, que habiendo venido en conocimiento de ellas el general ministro Fr. Clemente Noto, le dedicó á la expedicion de árduos é importantes negocios. Uno de ellos fué la fnndacion de la provincia de Valencia, á que fué enviado con otros religiosos de la de Cataluña; y siendo guardian del convento de Valencia, dió en aquella ciudad tales muestras de discrecion y espíritu, que prendados de él los condes de Benavente, vireyes entónces de aquel reino, le eligieron por su confesor y le llevaron consigo á Nápoles, á cuyo vireinato habian sido ya promovidos. Este acontecimiento le sintió mucho la provincia por perder un caudillo tan acertado, y no ménos lo sintió él mismo tambien, por cuanto á consecuencia de tal eleccion se veia introducido y empeñado en ocupaciones contrarias á su quietud y retiro; pero no siéndole posible excusarse al superior imperio de que se valieron los condes, hubo de rendir la cerviz al yugo y obedecer. Admitido por lo tanto dicho cargo, asistió algunos años al virey, quien conociendo la capacidad y aptitud de su confesor para el

manejo de los negocios, y distribucion de los puestos ó empleos, la deferia á él totalmente; y aunque Fr. Serafin procuraba portarse en este particular sin atender más que á la justicia y á la equidad, á cuyo uso se prevenia con los más ciertos y desinteresados informes, no obstante, como es malcontentadizo el espíritu de los pretendientes, y no siempre es posible complacer á todos los que solicitan, se le ocasionaron de aquí grandes mortificaciones y no pequeños disgustos, por las injustas quejas de los seglares y por el indiscreto zelo de los religiosos, que sentian que sucediese lo que á Fr. Serafin no era posible remediar. Mal avenido con este género de vida, clamaba á Dios el varon paciente, pidiéndole con grande y continua instancia que le abriese camino por donde se librase de las calumnias que padecia, ó en ellas le diese la necesaria fortaleza y resignacion. En este estado de reiterada y ferviente súplica, oyó y consoló Dios á su siervo por un medio no imaginado, que fué, el que la provincia de Valencia eligiese ministro suyo á Fr. Serafin, con lo que, siéndole ya forzoso asistir á la obligacion en que por el nuevo puesto se hallaba, pudo apartarse de aquel ya tan enfadoso empleo, sin queja, aunque no sin sentimiento del virey y de toda su familia, que juzgaba seguro en este grande religioso el acierto de las ocurrentes disposiciones, que se fiaban á su dictámen. Antes de volver á España, marchó á Roma á concurrir al capítulo general, que por entónces se celebró. Consiguió en esta asamblea eclesiástica suma estimacion, así de los padres que se hallaron presentes, como de muchos señores que en Nápoles le habian conocido y comunicado, ó por sola su fama y opinion habian hecho de él el concepto que sus elevadas prendas merecian. Con esta comun aceptacion, que él supo muy bien aumentar, consiguió en el capítulo bien árduas pretensiones, por la contradiccion que padecian; de las cuales fué una que se volviesen á intentar en Castilla fundaciones de la Orden de los frailes menores Capuchinos de N. P. S. Francisco; y aunque en otra acasion no habia podido tener efecto, y estaban por esto acobardados los ánimos y perdidas las esperanzas, briosa la del P. Fr. Serafin sacó nueva licencia, y se encomendó del cuidado de ponerla en ejecucion, luego que se hallase en España libre del cargo y mision que le habia llevado á Roma. Llegó, pues, á Valencia, donde fué recibido con gozo muy igual al deseo con que habia sido esperado. Gobernó aquella santa provincia como un ángel en la prudencia, afabilidad y demás virtudes que debe ejercitar un prelado. Llegado el tiempo de nueva eleccion, partió luego á Castilla á tratar de las fundaciones de que queda hecha mencion. ¿Pero qué otro aliento que el suyo bastára á vencer las inmensas dificultades que se le ofrecieron? Opúsose, no solo desmedida sino porfiada, la contradiccion de muchos y muy poderosos sugetos al ánimo de Fr. Serafin; pero estuvo éste siempre tan firme en la paciencia y la toleran-

cia, que no se permitió palabra ni accion que desdijese de la modestia religiosa. A la luz de ella, áun los más ciegos y pertinaces, no pudieron dejar de conocer las sólidas virtudes del varon insigne, ni negarse á su estimacion. Grande la consiguió con todos los que le trataban, en particular con los ministros del Real Consejo de Castilla, como se vió en algunos lances, cuando se trató de la fundacion en Madrid, quedando esta y las demás de la provincia de Castilla afianzadas en el cimiento sólido, que les labró Fray Serafin con el ejemplo de sus virtudes. Con estos méritos y los demás que le adornaban, quedó por comisario general para el gobierno de los conventos que se iban edificando, no tanto con las muertas como con las vivas piedras de sugetos insignes que tomaban el hábito, labradas al cuidado, vigilancia y ejemplo del siervo de Dios. Dábale este prelado muy admirable y continuo en su austeridad, porque su lecho se componia únicamente de dos desnudas y toscas tablas. Andaba sin sandalias, áun en el rigor del invierno: ayunaba casi todo el año, y á solo pan y agua muchas veces, y en algunas de las semanas santas pasaba muchos dias sin comida: no usaba de la túnica que concede la regla de la Orden, por más que los hielos le atormentasen. Un silicio tejido de puntas de acero era su inmediata y continua cruz, á que añadia, sin compasion alguna de su débil y macerado cuerpo, sangrientas y dilatadísimas disciplinas. Con tan penosa y angustiada vida llegó á enfermar en Madrid, y viéndose ya anciano é impedido de la gota, que era la dolencia que más le atormentaba, se sustrajo del cuidado de gobernar, así en Valencia como en Castilla; pero no pudo librarse de la frecuencia con que los mayores personajes y príncipes de la corte le venian á visitar: y lo que más debe notarse es, que el católico rey D. Felipe III gastaba dos y tres horas sentado en el pobre lecho del varon santo, confiriendo y consultando con él todos los negocios que le ocurrian, tanto los que tocaban á materias espirituales como á políticas, venerando aquel gran monarca los dictámenes de este vasallo suyo, como oráculos respondidos del cielo. Deseando, pues, Fr. Serafin el descanso consiguiente y que convenia á su quebrantada salud, con pretexto de tomar unos baños, dejó la corte, y se volvió á la provincia de Valencia, en cuya fundacion predijo habia de ser depósito de sus cenizas; y así, estando en el convento de Alora, acabó su mortal carrera, y como piadosos debemos creer consiguió el premio que sus virtudes y demás prendas morales y religiosas le merecieron. —G. A.

POLICRATO (Policrates), obispo de Efeso, vivia á fines del segundo siglo, y consiguió de los obispos de Asia en una asamblea se celebrára la fiesta de Pascua el dia 14 de la luna de Marzo en cualquier dia que cayese, sin aguardar al domingo, como lo ejecutaba la Iglesia romana. Dió aviso de ello al papa Victor por medio de una carta que le escribió. Esta contestacion excitó

alguna division entre las iglesias. Victor separó los asiáticos de su comunion. Los obispos de Palestina, Ponto y del Ofroeno tomaron el partido de Policrato, y S. Ireneo exhortó á unos y á otros á la paz. Bajo el nombre de Policrato se tiene una *Pasion de S. Timoteo*, que es una obra supuesta.—Eusebio, lib. V, c. XXIII; S. Gerónimo, *De Script. Eccles.*; Du Pin, *Biblioteca de los autores eclesiásticos de los tres primeros siglos.*—G. A.

POLICRONIO (S.), monje. Muy cerca de la ciudad de Giro vivia un santo varon llamado Policronio, á quien habia instruido en el santo temor y amor de Dios el célebre Zebena, á quien se puso por modelo imitándole en la oracion con tal exactitud, que pareció una impronta sacada del mismo tipo. Habiendo escrito la vida de este Santo Teodoro en su *Filoteo*, que tradujo Alberico Longo, y citándole Sanctoro y otros autores, de todos ellos tomaremos las noticias que hagan más á nuestro propósito. Constantemente ceñido de áspero silicio S. Policronio, castigaba su cuerpo con todas las penalidades que le sugeria el amor de Dios, que devoraba su alma y tenia siempre encendido su piadosísimo corazon. Ocupado siempre en santas contemplaciones, su alma vivia más en el cielo que en la tierra, de cuyas cosas huia de tal modo, que áun cuando le hablasen los hombres su alma estaba en la presencia de Dios, que era el goce que más le satisfacia y divertia. Sabiendo Teodoreto, obispo de Giro, la santa vida de Policronio, y que todas las noches las pasaba de pie para más mortificar su cuerpo, sin cuidarse de lo mucho que esto podia perjudicar su salud, compadecido de su vejez y de la debilidad en que iba cayendo, con constantes ruegos logró persuadirle á que recibiese en su compañía dos compañeros penitentes, virtuosos y acostumbrados á la vida del desierto, condicion que puso al obispo. Moisés y Damian, jóvenes de ejemplar vida, fueron los dos compañeros que le mandó el Obispo para que le asistiesen en sus piadosos ejercicios y en su soledad; pero no pudiendo sufrir el estar orando en pie toda la noche, determinaron dejarle; y como al manifestarle su decision le suplicasen tuviese en cuenta su delicado estado y su avanzada edad para dar alguna tregua á la constante mortificacion que daba á su debilitado cuerpo, les respondió: «Que de él no habia que tener piedad alguna, pero que él la tenia de ellos, y por lo tanto que les permitia sentarse y que viviesen con descanso.» En vista de esto solo Moisés se quedó y le imitó en todo, pero Damian se fué á Niara, en donde se encerró en una reducidísima celda, en la que amaestrado por la doctrina de tan sabio maestro, imitó su humildad, su constante oracion y demás virtudes, si bien no pudo hacerlo en pasar su vida siempre en pie y sin dormir la mayor parte del tiempo. Pidió Policronio se le trajese un gran tronco de encina, y orando toda la noche lo sostenia sobre sus hombros hasta por la mañana. Sabido por el prelado este nuevo género de

penitencia procuró en vano disuadirle de ella, pues que quiso perseverar en ella, porque en esto creia tan santo varon consistia el mérito de la mortificacion una vez emprendida. En medio de tan austera penitencia se vió San Policronio sorprendido un dia por el gobernador de Antioquía y porcion de sacerdotes, que noticiosos de su ejemplar vida y virtud fueron á visitarle para rogarle pidiese á Dios agua en la gran sequía que se experimentaba en aquella tierra. El gobernador puso delante del Santo un vaso para que lo bendijese, y hecho así, el vaso se llenó de aceite, y de lo que rebosaba se fueron llenando muchas vasijas, con lo que se volvieron remediados dando gracias á Dios por el milagro, y bendiciendo al santo varon que gracias tan especiales alcanzaba de Dios. Su humildad quedó en proverbio, pues que nadie podia aventajarle en esto, tanto cuando trataba con los poderosos, cuanto cuando se le acercaban los pobres. Ninguna de sus enfermedades le pudo impedir ejercitarse diariamente en sus acostumbrados ejercicios espirituales y en sus ordinarias penitencias. Al cabo de bastante tiempo y de muchos ruegos pudo conseguir el obispo Teodoredo le dejase edificarle una celda cercana á la ciudad y que fuese á habitarla. Mas conocida su virtud, acudian de todas partes á verle y consultarle, llevándole ricos presentes; pero jamás quiso admitir nada, contento con poseer solo su miserable vestido, pues que encontrando que el silicio que le habia regalado Santiago Monje estaba bien tejido, se le devolvió. Su abstinencia fué extraordinaria, diciendo Teodoreto que en las muchas veces que le visitó jamás le vió tomar otro alimento que dos dátiles. Sin el auxilio de la divina gracia ¿cómo hubiera podido vivir tanto tiempo Policronio sin comer, sin dormir, orando siempre, flagelando y mortificando su cuerpo, y permaneciendo siempre en pie, á pesar de su ancianidad, y cargado tantas horas con un enorme tronco de encina? Admirables son las maravillas obradas por Dios en sus santos, y muy especialmente en éste, cuya virtud debemos imitar ya que nos asuste, para no seguirla, su austera penitencia y su dura mortificacion. Satisfecho tal vez Dios de la virtud de esta su distinguida criatura, la llamó á sí el 17 de Febrero, en que la Iglesia festeja al bendito S. Policronio. — B. S. C.

POLICRONIO (S.), presbítero y mártir. La Iglesia celebra el 6 de Diciembre á S. Policronio, que floreció en el siglo IV en Constantinopla. Dícese que fué tal el celo y energía que desplegó contra los herejes arrianos en defensa de la pureza de la religion católica, que sabiendo aquellos la hora en que decia Misa, entraron un dia en la iglesia, y sorprendiéndole en el santo sacrificio le maltrataron con mucha crueldad, acabando por degollarle.—C.

POLIDORO (Fr.), religioso de la seráfica órden de N. P. S. Francisco.

Son muchos los ilustres hijos que esta Religion Seráfica ha producido á la Iglesia en todo género de santidad y virtud desde el momento mismo de su fundacion, y más particularmente en el siglo XV de nuestra universal redencion. Entre estos últimos ocupa un lugar distinguido y notable el héroe cuyas cristianas hazañas vamos á describir. En el convento Escarlino de la provincia de Tuscia permanece viva la fama de Fr. Polidoro, varon insigne en todo género de virtudes, y en especial en la de la santa humildad, y desprecio de sí mismo. Fué de una nobilísima familia romana, y uno de sus senadores; y de tan corpulenta, hermosa y majestuosa presencia, que sola ella, cuando no tuviera otras prendas mucho más estimables, le hiciera digno de un imperio. Fué doctísimo y graduado de doctor en derecho civil; señor de muchas villas, y gobernador de las principales ciudades de Italia. Siéndolo en la de Sena, fué tendida sobre él la mano del Señor, llamándole á nuestra Seráfica Religion por medio de los ejemplos, virtudes y milagros del Bto. Fr. Tomás de Florencia, ó de Escarlino, que entónces florecia en aquellas provincias. En la religion para abatirse más, profesó Fray Polidoro el humilde estado de lego; eligiendo ser ántes el desecho de la casa de Dios entre los frailes, que vivir honrado con estimaciones, y conveniencias temporales en los tabernáculos de los pecadores. El Bto. Fr. Tomás, á cuya total direccion se entregó el venerable Polidoro, habiendo tanteado todo el valor de su vocacion, empezó á fundarle desde luego muy particularmente en el desprecio propio, para que sobre este sólido fundamento se levantase de un modo maravilloso, permanente y estable el edificio de su virtud. A este fin le puso en la cocina, con órden de que aprendiese á guisar; y valiéndose del pretexto de su poca maña y habilidad, le reprendia y castigaba severamente, llenándole de oprobios, y descargando con severidad sobre él fuertes azotes. Así estuvo probándole por espacio de algunos dias en la cocina, despues de los cuales para probar más su virtud y paciencia, le quitó de allí, como á inútil, y le puso en la huerta con mandato de que sirviese solo en el empleo abatido de conducir el estiercol á las eras del plantío, segun y como se lo dispusiese y ordenase el religioso hortelano. Era este un varon extático, muy ejercitado en todos los pasos de la vida mística, llamado Fr. Antonio de Sena, y para que el humilde Polidoro lograse la dicha de tan grande magisterio, se le encargó con mucha especialidad el Bto. Tomás. Con este encargo, habiendo sondeado bien el santo Fr. Antonio el fondo del espíritu de su nuevo discípulo Polidoro, se aplicó con todo esmero á su cultivo. Y como aquella bendita alma era ya terreno bien dispuesto con la perfecta mortificacion de las pasiones para recibir la semilla de la doctrina celestial, crecieron en breves dias todas sus virtudes hasta el punto de llegar á ser la admiracion del mundo. Atraidos de la fragancia de ellas, vi-

nieron á visitarle muchos de los personajes más ilustres de Italia: los cuales viendo y contemplando á este nobilísimo y sapientísimo varon enteramente descalzo; vestido de un saco lleno de remiendos, que más bien que para abrigo le servia para confusion, rendido sin respiro á la voluntad absoluta de un fraile lego y rudo, esporteando estiercol casi todo el dia para el cultivo de la huerta, y todo esto lo practicaba manifestando en el semblante la apacible sonrisa y gozo interior del corazon; se pasmaban de admiracion, y se volvian hiriéndose los pechos de dolor, y confesando al mismo tiempo la verdad con que Polidoro, como fiel siervo de Dios, habia despreciado las vanidades del mundo. No se afrentaba de ser visto de todas las gentes en tal abatimiento, ántes por el contrario ejecutaba con interior y exterior alegría, cuanto le mandaban despreciable delante de las personas seculares de mayor autoridad; como si ejecutára los oficios que en la estimacion de los mundanos son de más alta reputacion. A proporcion de esta humildad creció la gracia que halló en los divinos ojos, para ser participante de los celestiales favores. Logró mucho en las dulzuras de la soberana contemplacion en que vivia de un modo absoluto; y eran á veces en ella tan vehementes los vuelos de su espíritu, que arrebataban al cuerpo en el aire. Hablábale Dios como suele un amigo con otro; y concedióle la vista y la visita de muchos de sus celestiales cortesanos, principalmente del seráfico P. S. Francisco y de Sta. María Magdalena, á quien amaba con especial ternura. Finalmente llamado del Padre celestial á su reino, le envió para que le acompañasen en él tránsito y hora de su muerte, al P. S. Francisco, á S. Antonio de Pádua, y al Bto. Tomás de Florencia, á cuyo magisterio, virtudes y ejemplos debió el venerable Polidoro la dicha de su desengaño. Acompañado pues, de los tres referidos santos, y habiendo ántes dado noticia de esta dicha á los frailes, voló su alma á la gloria, quedándose en el mundo el buen olor de su santa fama.—G. A.

POLIDORO (Virgilio). Nació por el año 1470 en Urbino de Italia, pasando despues á Inglaterra para recibir el dinero ó limosna que se hacia en aquel tiempo á San Pedro, si bien como una especie de tributo á la Santa Sede. Enrique VIII, prendado de su carácter y santo espíritu, le protegió y proporcionó el que fuese arcediano de Wels. El clima frio de Inglaterra le era contrario á su salud, y más por haber respirado un aire más templado en Italia. Murió en 1555 despues de haber publicado varias obras puramente escritas en latin, las principales son: una *Historia de Inglaterra* que dedicó á Enrique VIII y que se ve casi al fin de la *Historia del reinado de Enrique VII*, siendo una edicion publicada en Basilea en 1534 y en fólio. El historiador narra perfectamente la misma, pero es con frecuencia poco exacto y sus ideas bastante superficiales: estando bajo una influencia extraña,

sus trabajos son muy poco conocidos, ni las ideas de su vena y entendimiento. Entre sus varias obras citarémos la *De inventoribus rerum* en ocho libros; Amsterdan, 1671, en 12.°, y en la que hay bastantes recuerdos de poca exactitud, lo que ha dado márgen al siguiente dicho latino:

Virgilii duo sunt, alter Maro, tu Polidory
Alter; tu mendax, ille poëta fuit.

Un *Tratado de los prodigios*; Basilea, 1531, en 8.°, poco juicioso y exacto: otro de las *Correcciones sobre Gildas.*—Una *Coleccion de adagios y de proverbios*, que son citados á la vez con los tres opúsculos: *De patientia et ejus fructu, libri duo: de vita perfecta, liber unus: de veritate et mendacio; liber unus:* impresos con el *Tratado de los prodigios* en Basilea, año 1545. Fué muy célebre y distinguido en el estudio de las bellas letras, y su *Coleccion de proverbios* manifiesta desde luego su especialidad y mérito, pues ninguno todavía entre los literatos de aquella época habia suministrado libro alguno de este género, de modo que con justicia se le puede conceder haber sido el primero que concibió el pensamiento indicado y que le puso en ejecucion. Viéndose muy enfermo, manifestó deseos de salir de Inglaterra para buscar un clima más cálido, como más conveniente á su quebrantada salud: obtuvo lo que deseaba y se le dejó gozára de toda la renta de sus beneficios durante su ausencia, hasta que por fin sucumbió víctima de sus padecimientos y dolencias del modo anteriormente dicho y año citado. V. Paulo Jovio, *in elog.*, *c.* 145. Enrique Saville, *in edit. Script. Anglorum.* Vossio, *lib. III de Hist. lat. etc.* — G. A.

POLIENO (San), mártir. Este Santo padeció el martirio en Prusa, ciudad de la Bitinia, con su obispo S. Patricio el dia 18 de Abril en que los recuerda la Iglesia, por no haber querido obedecer la órden que les diera el procónsul Julio de sacrificar á Esculapio y otros falsos dioses, que en su ceguedad creia le habian salvado la vida en una grave enfermedad que padeció. Véase S. Patricio.—C.

POLIENO (San), mártir. Reinando en Roma el emperador Aureliano, fueron acusados ante él como cristianos Hermas, Serapion y Polieno, hijos de la ciudad. Y como al presentárselos al prefecto, confesasen con valentía la fe de Jesucristo, fueron encerrados en oscuras mazmorras. Vueltos á llamar para que adorasen á los ídolos, los despreciaron con doble vigor, lo que irritando á los jueces, los condenaron á morir arrastrados, como así se verificó, el dia 18 de Agosto en que los recuerda la Iglesia porque en él se coronaron de gloria. —C.

POLIENTO (San), mártir. Solo se sabe de este Santo que padeció el mar-

tirio en su patria Cesaréa de Capadocia, en compañía de sus compañeros San Victorio y San Donato en los años 250 de nuestra era, por lo que le recuerda la Iglesia el dia 21 de Mayo.—C.

POLIENTO. Célebre mártir de Mitilene en Armenia, en el siglo III: su amigo Neardo ha escrito las actas de su martirio. Como su historia es célebre entre nosotros, es preciso decir alguna cosa sobre las principales circunstancias que encierra. Poliento fué convertido á la fe por su amigo Nearco, habiendo mostrado el más grande ardor hácia el martirio. Sobrepujó todos los obstáculos que le opusieron su mujer, su hijo y su suegro. Despues de esta primer victoria le fué fácil vencer todo género de suplicios; siendo martirizado el año 257, cuando mandaba el emperador Valeriano. Las opinion que se estableció en Constantinopla, fué que S. Poliento era el vengador de los perjuros, lo cual hizo que su culto fuese muy célebre. Las personas sospechosas de robo eran llevadas á la iglesia, donde confesaban su crímen por el temor del poder que el Santo tenia de castigarlas si faltaban á la verdad. En la misma Francia los monarcas de la primera raza confirmaban sus tratados en su nombre, y le tomaban juntamente con S. Hilario y S. Martin por juez y por vengador del primero que quebrantase el tratado. S. Poliento sirve de argumento á una de las más bellas tragedias de Pedro Corneille. — G. A.

POLIGNAC (Melchor de), cardenal, vió su primer dia ó nació en el Puig, en Velay, el 11 de Octubre de 1661, siendo de una de las más ilustres casas de Langüedoc. Seis meses despues que él vino al mundo se encontró expuesto á una gran desgracia. Él habia sido criado en el campo. Su nodriza, que habia cometido una primera falta, con ella no se habia hecho más prudente ó moderada, haciendo otra segunda. En este estado, el cual no pudo disimular por más tiempo, despreciando todo lo que tenia que temer, se marchó hácia el último del dia, desapareciendo despues de haber puesto al niño sobre un monton de estiercol en donde pasó toda la noche. Dichosamente era una bella estacion, por lo cual se le encontró al otro dia sin que le hubiese acaecido ningun accidente desagradable. El jóven Polignac, que fué llevado en buena hora á París por su padre, que le destinó al estado eclesiástico, hizo sus estudios de humanidades en el colegio de Luis *el Grande*, y la filosofía en el de Arcourt. Aristóteles era el que reinaba entónces en las escuelas. Polignac lo estudió por deferencia hácia sus profesores, entregándose al propio tiempo á la lectura de Descartes. Instruido con estas dos filosofías tan diferentes, completó la una con la otra, sosteniendo dos tesis públicas, y en dos dias consecutivos reunió los sufragios de los partidarios de las antiguas investiduras y los de las ideas modernas. Las tesis que sostuvo en la Sorbona, hácia el año de 1683 no le hicieron ménos honor. El cardenal de Bouillon,

encantado con las dotes de su espíritu y de su carácter, le rogó que marchase á Roma despues de la muerte de Inocencio XI. Le empleó no tan solamente en la eleccion del nuevo papa Alejandro VIII, sino que tambien en el acomodamiento que se trataba entre Francia y la corte de Roma. El abate de Polignac tuvo varias veces la ocasion de hablar al Pontífice, diciéndole en una de sus últimas conferencias: *Parece que siempre os dirigis hácia mí sobre lo que teneis que hacer.* Las diferencias entre la Santa Sede y Francia se terminaron dichosamente: habiendo ido el jóven negociador á dar cuenta á Luis XIV, este monarca tuvo la ocasion de decir de él: *Acabo de oir á un hombre de pocos años, y aunque á todo se me ha opuesto, en todo me ha dado gusto.* Sus talentos parecian á propósito para las negociaciones. El Rey le envió de embajador á Polonia el año de 1693. El procuraba impedir que á la muerte de Juan Sobieski, que acababa de bajar á la tumba, un príncipe vendido á los enemigos de la Francia no obtuviese la corona de Polonia, siendo preciso que se la diesen á uno de la casa de Francia. El príncipe de Conti fué elegido por sus cuidados en 1696; pero varias circunstancias habiendo retrasado el arribo de este príncipe á Polonia, encontró todo diferente de lo que esperaba, viéndose obligado á reembarcarse en Dantzik. El abad de Polignac, resistiéndose á retirarse, fué desterrado á su abadía de Buen Puerto. Despues de haber permanecido tres años únicamente ocupado en las bellas letras, las ciencias y la historia, volvió á aparecer en la corte con más brillo que nunca (1702). Fué enviado á Roma en calidad de auditor de la Rota en 1706, no siendo ménos querido de Clemente XI que lo habia sido de Alejandro VIII. De vuelta á Francia en 1703, fué nombrado plenipotenciario, juntamente con el mariscal Uselles, para las conferencias de la paz abiertas en Gertruidemberg, 1710. Estos dos negociadores habrian obtenido ventajas si hubiesen sido posibles. La franqueza del mariscal era atemperada por la dulzura y buen exterior del abate, el primer hombre de su siglo en la manera de negociar y de hacerlo bien. Todo el artificio de los negociadores fué inútil; los aliados, y sobre todo los holandeses, se acordaban de las pretensiones exorbitantes de Luis XIV, ellos usaron de represalias, y prescribieron al monarca vencido las condiciones más severas. El abate de Polignac fué más dichoso en el Congreso de Utrecht en el año de 1712; pero los plenipotenciarios de Holanda, apercibiéndose de que se les ocultaba algunas de las condiciones del tratado de la paz, dijeron á los ministros del Rey que se podian preparar para marcharse de su país. El abate, que no habia olvidado el tono con que le habian hablado en las conferencias de Getruidemberg, les dijo: *No, señores, nosotros no saldremos de aquí y trataremos de vuestras cosas, sin consultar vuestros pareceres.* Esto sucedió en el año mismo de 1712, en cuyo año ob-

tuvo el capelo de cardenal que en el año despues fué acompañado con el cargo de jefe de la capilla del Rey. Despues de la muerte de Luis XIV, él se coligó con los enemigos del duque de Orleans, y estas coaliciones le valieron una desgracia ostensible. Fué desterrado en 1718 á su abadía de Auchin, de donde no fué llamado hasta el año de 1721. Inocencio XIII, habiendo muerto en el año de 1724 el cardenal de Polignac, marchó á Roma para la eleccion de Benedicto XIII, y permaneció allí ocho años encargado de los negocios de la Francia. Nombró al arzobispo de Auch en 1726 para una plaza de comendador del Santo Espíritu; volvió á aparecer en Francia en el año de 1732, siendo recibido como un gran hombre. Murió en París el 20 de Noviembre de 1741, á los ochenta años de su edad, con una reputacion inmortal. El cardenal Polignac era uno de esos espíritus vastos y luminosos que todo lo abrazan y todo lo emprenden. Las ciencias y las artes, los sabios y los artistas le eran muy queridos. Su conversacion era dulce, amena é infinitamente instructiva, como se puede juzgar por todo lo que él habia visto en el mundo y en las diferentes córtes de Europa. El timbre de su voz y la gracia con la cual hablaba y pronunciaba, acababan de poner una especie de encanto que parecia aproximarse á la seduccion. La generalidad de su talento se conocia á primera vista, no obstante que él no queria, decian, que brillasen sus conocimientos y su superioridad. Era muy atento y político para los que le escuchaban, gustándole más que le escuchasen que oir. Su memoria no se cansó jamás en recordar una palabra, un nombre propio, ó un dato sobre el pasaje de un autor, ó sobre un hecho, aunque estuviese alejado ó al revés de lo que pudiese ser, conservándole constantemente y con todo el órden que la meditacion puede poner en el discurso. Aunque el cardenal de Polignac amó siempre las buenas palabras, decia frecuentemente que él no podia sufrir las malas Un señor extranjero, al servicio de la Inglaterra, y que vivia en Roma bajo la proteccion de la Francia, tuvo un dia la imprudencia de decir en su mesa palabras poco mesuradas sobre la religion y sobre la persona del rey Jacobo: el Cardenal le dijo con una séria y dulce reprension: *Yo tengo órden, señor, de proteger vuestra persona, pero no vuestro discurso.* Nosotros tenemos de él un poema, titulado: *Antilucretius, seu de Deo et natura libros novem*; publicado en 1747, en 8.° y en 12.°, por Monsieur el abate de Rothelin, traducido al italiano por el P. Rice, benedictino; Verona, 1767, y elegantemente traducido al francés, por Bougainville; dos volúmenes en 8.° Obra, para hablar con este último, que ha fijado todos los sufragios y vencido todos los obstáculos que le oponia un siglo en donde la lengua de la antigua Roma está poco cultivada, y que la irreligion triunfa de los abusos del espíritu, llama á la razon, en donde las buenas palabras son interpretadas

por las decisiones y las paradojas de los príncipes. El objeto de esta obra es el de refutar á Lucrecio, y de determinar contra el preceptor del crímen y el destructor de la Divinidad, que es donde consiste el soberano bien, la cual es la naturaleza del alma, ínterin ella tiene dos átomos de pensamiento y de vida unidos al movimiento. El autor concibió el plan en Holanda, y le decidió á su vuelta de Polonia. El famoso Bayle era entónces amigo del abate Polignac, y admirando su espíritu, trató de refutar sus ideas y errores. Él empezó á trabajar en su primera idea, y éste no dejó de proporcionar nuevos ornamentos al nuevo y vasto edificio de que hemos hablado. Aún no podremos todavía convenir que en medio de las disipaciones del mundo y de las desazones de los sucesos, pusieron ellos la última mano á esta larga obra, escrita en una lengua extranjera, lo que ocasionó que apénas se pudiesen hacer cuatro versos buenos en la propia lengua. Es notable que él haya podido expresar de una manera tan clara y natural, asímismo los fenómenos como los sistemas heróicos, cuyos detalles áun en prosa no pueden quedar sin alguna oscuridad. Los que han encontrado estos detalles poco agradables, por haber creido al uno maestro, y al autor contrario á Lucrecio, nos podrian haber probado á todos lo que han hablado de sus propiedades, que era demasiado admisible y áun armonioso á todo lo de su adversario; con solo aplicar la regla de Kleper lo tendrian probado así, particularmente en su *Tratado de las progresiones, estaciones, retrogradaciones de los planetas*, etc., etc. Si han querido conocer en parte el perjuicio que se hacia á los antiguos, tambien conocerán que á pesar del tiempo, del estilo y de la facilidad de Lucrecio, no tiene ni la negligencia misma, ni su incorreccion (véase el mismo Lucrecio), y que no debemos atribuir más que á su modestia lo que él dice de su obra, lo mismo que de la física de su poema añade Voltaire: «Me parece que su autor ha perdido bastante tiempo y versos en refutarle en las declinaciones de los átomos y en otros absurdos en que el poema de Lucrecio se funda, que es lo mismo que emplear la artillería para destruir un camino. Voltaire no pensó en estos objetos, sino solamente en los versos de Lucrecio, que tenian varios defensores, testigo el *Sistema de la Naturaleza* que no es sino una paráfrasis del de Lucrecio, no siendo del todo difícil el destruir estas extravagancias, pudiendo decir que Polignac lo ha hecho superiormente. Sin herir la modestia canta él mismo su triunfo, es decir, el de la religion y el de la razon. Nosotros citamos aquí una parte, siendo ella sola capaz de confundir en general, á los que se atrevan á preferir el poema de Lucrecio, las expresiones, las ideas y las imágenes.

Numine calcato sed enim spoliusque superbus

Quam plenis cantabat ovans sua semina Boecis :
Quam tumide magni celebrabat Inanis honorem
Jamque immortales Epicuri ad templa ferebat ,
Exuvia, viridi redimitus tempora lauro,
Victor ob ereptum Superis et Manibus orbem
Atque in cantatas præclaro carmine gentes
Mœsta sequebatur Manibus post terga revinctis.
Religio stipata choro lugente priorum;
Victima sacrilegum cultro mactanda, profano,
Tum saltu atque jocis pubes insana micare,
Spargere purpureas flores myrtumque virentem:
Nec deerant , veneris lectisima turba, pullæ,
Quæ calathis ferrent uvas et Adonidis hortos.
Jam duce tu gradiens ratione , quid ille creparet,
Vidisti ; fragiles nugas et vana trophæa ,
Non sine despectu quodam tacitoque pudore ,
Miratus tenues dilabi prorsus in auras;
Nec personatæ steterunt Mendacia Musæ.

Tambien se le censura al autor de haber combatido la idea de Newton para poner en su lugar las máximas de Descartes ; es verdad tuvo más aficion á nociones seguras y reputadas por verdaderas , no adoptando ningun sistema sino el de Descartes , no sosteniendo en ninguna parte , á lo ménos en su totalidad , el de Newton , que recibia todos los dias muchas enmiendas. Pero es tan dificil el que no se tenga alguna predileccion por las opiniones verdaderas que la fama y el espíritu de nacionalismo han consagrado en cierto modo , que no debe juzgarse severamente al ilustre autor por esta inadvertencia. Desde luego su reflexion principal y en alguna manera general , es cuando él se opone á la hipótesis de Newton , diciendo : que una cosa no está demostrada por exacto cálculo, que puede ser suplantada, miéntras la verdad es siempre incontestable , independientemente de todo lo que el autor raciocina sobre los sistemas. Su vida fué publicada por el P. Faucher ; Paris , 1777 , dos volúmenes en 8.° , es prolija y escrita con bastante sencillez , pero exacta , llena de hechos interesantes y de buenas observaciones. El mismo Voltaire ha prodigado sus elogios á Polignac en el templo del gusto , apellidándole , *el cardenal oráculo de la Francia , que reuniendo á Virgilio con Platon , ha sido el vengador del cielo y el vencedor de Lucrecio.* Poliguac amaba las antigüedades, y á él se le debe principalmente el descubrimiento de la casa de campo de Marios entre Frascati y Gotaferrara, encontrándose alli un magnífico salon adornado con bellas estátuas. Este fué

tambien bajo el punto de vista que se hizo el descubrimiento del palacio de los Césares en la viña de Farnesio en el monte Palatino. Tambien deseó hacer cambiar el curso del Tíber en diferente brazos para poder sacar las estatuas y los trofeos que se habian echado allí en los tiempos de las facciones, de las guerras civiles y durante las incursiones de los bárbaros. Los honores literarios se habian acumulado sobre su cabeza; despues de haber reemplazado á Bossuet en la Academia Francesa en 1704, fué nombrado miembro de la Academia de las Ciencias en 1715, y de la de las Bellas Letras en 1717. Su elogio ha sido compuesto por Mr. de Boze y añadido á la Coleccion de la Academia de Inscripciones. Mairan leyó tambien otro en la Academia de las Ciencias el 4 de Abril de 1742, é insertó otro del P. Charlerois en las *Memorias de Trevoux*, en Junio de 1745, en las páginas 1053 á la 1091.—G. A.

POLIGLANUS (Francisco), franciscano aleman, fervoroso predicador de la palabra divina contra los enemigos de la fe que infestaban la Alemania. Hacen de él grandes elogios Fr. Enrique Nelnet, de la provincia de Sajonia, y principalmente Fr. Reynerio Pagingio Denti, en el prólogo de sus *Sermones de Santos*, escribiendo que fué varon de grande y divino ingenio, no ménos virtuoso que erudito, segun consta del ameno estilo de sus sermones. Fué tan cursado en las letras divinas como en las humanas, como fácilmente se deduce de sus doctísimos discursos en que no se sabe qué elogiar más, si la pureza de la expresion ó la gravedad de sus sentencias. En sus homilías abunda de tal modo la gravedad de la doctrina, la amenidad y la piedad que no pueden exigir nada á su modo de predicar los amantes de la divina filosofía. Publicó: 1.° *Postillæ in Evangelia ab Adventu usque ad Pentecostem;* Colonia, por los herederos de Arnoldo Berkman, 1580, en 8.° —2.° *Postillæ in Evangelia à Pentecoste usque ad Adventum. Ibid. eisdem typis,* 1560. 3.° *Postillæ in Evangelia juxta Ritum S. Ecclesiæ per singulas anni totius Sanctorum ferias distributa. Ibid. apud eumdem,* 1559.—4.° *Postillæ Epistolarum omnium; quæ Dominicis diebus per anni circulum recitari solent; Ibid, eisdem typis,* 1560, 8.° —5.° *In epistolas Pauli librum unum;* Colonia, 1570. 6.° *In Passionem Domini eruditos et elegantes commentarios. Ibid.* 1560—7.° *Assertiones quorumdam Ecclesiæ dogmatum, ab aliis quondam, à Lutheranis denuo in dubium revocatorum*; Colonia, por Juan Birchmann, 1571, en 8.° S. B.

POLINIANO (Fr. Guillermo de). El P. Fr. Guillermo de Poliniano, segundo prior del convento del P. S. Agustin de Alcira, fué varon de admirables y eminentes virtudes, sumamente religioso y de singular sabiduría, prendas todas que movieron á los superiores de la Orden para constituirle prelado en la fundacion de aquel convento, para que en lo espiritual le fundase

con su grande ejemplo y observancia religiosa, juntamente con su fundador el V. P. Fr. Raimundo de Canal, los cuales con su industria y afabilidad pudieron tanto con los de Alcira, que robándoles los afectos, los socorrieron en tanta manera y con tan grande eficacia en la fundacion de aquel convento, que pudieron muy á los principios sustentar ocho religiosos, y empezar la suntuosa fábrica del convento. Finalmente, lleno de virtudes y merecimientos, murió santamente el P. Fr. Guillermo de Poliniano, sumamente sentido y llorado por todos cuantos tuvieron la dicha de conocerle, en el año de 1299.— A. L.

POLINIER (Fr.), eclesiástico francés. Nació en Pezenas en 1646, distinguiéndose desde luego por su grande aptitud en los estudios y su aprovechamiento en la virtud. Su familia le consagró al estado eclesiástico, y Polinier supo corresponder de tal manera á sus sacrificios, que cuando fué ordenado de sacerdote pasaba por uno de los más ilustrados de su diócesis, no ménos que de los más piadosos. Su vida fué destinada desde luego al ejercicio de sus deberes sacerdotales y al cultivo de las ciencias propias de su estado. Rara vez salia de su casa sino para llenar su mision de caridad, hallándosele siempre pronto á llevar á los desgraciados los consuelos de la religion, socorriéndolos moral y materialmente en su peregrinacion sobre la tierra. Nunca se alejaba del lecho del dolor cuando comprendia que podia ser útil á los enfermos, y los pobres y los encarcelados le encontraban pronto á acudir en su auxilio cuando lo demandaban sus necesidades. Pasó así Polinier la mayor parte de su vida dedicado á la ejecucion de tan caritativas y benéficas obras, empleando sus ratos de descanso en actos de devocion y en la composicion de diferentes obras, pues su grande laboriosidad no se veia satisfecha sino cuando despues de haber pasado de aldea en aldea, ó llevado al seno de las populosas y corrompidas ciudades los auxilios que sus deberes le imponian, se entregaba como descanso á la lectura de obras profundas y sólidas, y á la composicion de otras, que, aunque no tan notables, debian conquistarle un distinguido lugar en el seno de la ciencia. Despues de haber trabajado con el mejor éxito, consagró los últimos años de su vida única y exclusivamente á la piedad, y murió en 1727 dejando no vulgar fama por sus méritos y virtudes. Sus obras, aunque escasas en número, habian contribuido mucho á aumentar su celebridad, y fueron leidas con interés durante un largo período, no obstante existir otras del mismo género de autores muy aplaudidos Las más conocidas entre las de Polinier son las dos siguientes: 1.ª *Explicacion literal y moral de los Evangelios de S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan*, 1699-1702, dos volúmenes en 8.°—2.ª *Breve paráfrasis ó traduccion de los Salmos de David con argumentos y reflexiones;* París, 1696, tres volúmenes en 12.°— S. B.

POLIO (San), mártir. Dedicado al servicio del altar, fué nombrado diácono, y mandado por su prelado á predicar el Evangelio al reino de Tremecen, con Timoteo y Eutiquio, diáconos como él, su predicacion convirtió á muchos infieles; pero llegando esto á noticia de los jueces y sacerdotes del paganismo, que de órden del impío Decio buscaban víctimas que inmolar á sus dioses, los aprisionaron y degollaron juntos, luego que se convencieron de que no habia nada capaz de intimidarlos: la Iglesia les recuerda el 21 de Agosto. —C.

POLION (San), mártir. Empezó el siglo IV de nuestra era con una gran persecucion contra los cristianos, pues los furiosos gentiles, que veian irse amenguando el número de los creyentes del paganismo, idearon acabar con todos los que profesasen la religion que el Galileo, como llamaban muchas veces á Jesucristo, habia enseñado á sus discípulos para trastornar las antiguas creencias. Nombrado Polion ó Pollion, segun algunos autores, primer lector de la iglesia de Cibales, en la Pannonia, fué á tomar posesion de su destino, y en el mismo dia que llegó á su iglesia, fué preso por los infieles sectarios de Satanás. Presentado al gobernador y calificado como el cristiano más perturbador del órden por sus predicaciones, y como un seductor que atraia á la Iglesia de Dios á multitud de gentiles, sin hacerles más fuerza que la que les daba su virtud y la persuasion, esta autoridad procuró averiguar lo que hubiese de cierto en aquella delacion; y como el Santo confirmase de presente cuanto dijeron sus acusadores, irritó con las respuestas que dió de tal modo á este magistrado, que le condenó á ser quemado vivo. Llegado que fué el 28 de Abril del año 304, se encendió una grande hoguera á una milla de la ciudad; y arrojado á ella con otros tres amigos suyos que profesaban la misma religion, su bendita alma voló á las regiones celestes, á recibir el galardon á que le dieron derecho en el modo místico sus virtudas por mano del mismo Dios. —C.

POLITI (Alejandro). Nació en Florencia el 10 de Julio de 1679, y con inclinacion á la vida religiosa, tomó el hábito en 1695 en la congregacion de Clérigos regulares de las Escuelas Pias, en la que fué uno de sus más eruditos miembros. Las tesis que sostuvo en el capítulo general de su Orden en Roma, en 1700, le dieron una gran reputacion, y despues de haber enseñado la filosofía, la retórica y teología en Génova, sucedió en la cátedra de elocuencia de la universidad de Pisa al sabio Benito Averani. Un ataque de apoplejía le arrebató la vida el 23 de Julio de 1752. Además del gran número de arengas, epístolas, discursos académicos y otras obras de esta clase, se le conocen las siguientes, que acreditan suficientemente su capacidad: *Philosophia peripatetica ex mente sancti Thomæ Aquinatis*; Florencia, 1708, en 12.° *Selecta christianæ theologiæ capita*; Florencia, 1708, en 4.°

De patria in condendis testamentis potestate, libri IV, Florencia, 1712, en 8.° Esta obra obtuvo los sufragios de los jurisconsultos. *Orationes ad Academiam Pisanam, et animadversiones in Eustathium ad Dionysium Periegetam, libri II*; Roma, 1742, en 4.° Politi habia ya publicado una traduccion latina del *Comentario de Eustatio sobre Dionisio Periegetas*, el año 1741, en 8.° Débesele tambien una edicion muy estimada de los *Comentarios de Eustatio*, sobre la Iliada de Homero, con una traducion latina y numerosas notas, publicada en tres volúmenes, en Florencia, en 1730, 1732 y 1735. El primero está dedicado á Juan Gaston de Medicis, gran duque de Toscana; el segundo al papa Clemente XII, y el tercero á Luis XV, rey de Francia. Este importante trabajo hizo grande honor al P. Politi, pues que le acredita de un profundo filólogo y de un helenista consumado, y es de sentir que el autor no haya podido darle la última mano, pues que murió cuando se estaba imprimiendo el cuarto volúmen de esta obra, la cual no se continuó. La muerte le impidió tambien terminar una edicion del Martirologio Romano, de la que solo publicó el tomo primero con este título: *Martyrologium romanum, commentariis castigatum ac illustratum*; Florencia, 1751, en fólio. — C.

POLITI (Juan) sabio canonista. Nació en 1736, en Pinzano cerca de Concordia, en el ducado de Módena; recibió las primeras lecciones de gramática de uno de sus parientes y despues pasó un año en el seminario de Udina, habiendo terminado sus estudios en el seminario de Pádua, una de las primeras escuelas de Italia. (Véase *Ferrari*, 3.°, 521.) Abrazó el estado eclesiástico y se hizo doctor en la doble facultad de derecho canónico, y en cuyo tiempo el estudio estaba bien poco cultivado y bastante atrasado. Su vida ha sido juzgada como la de un hombre de gabinete, constando que fué obligado en 1771 por su mismo obispo á que aceptase un modesto curato del campo, acompañado de los títulos de arcipreste y vicario foráneo, títulos muy honrosos y que no eran muy comunes en aquellos tiempos en que no se daban más que al verdadero mérito. En el transcurso de treinta años que él administró dicha parroquia, hizo todo el bien que pudo, velando sin cesar por la instruccion y los intereses de sus feligreses y partiendo con los pobres no solamente lo que le sobraba de su renta, sino que tambien lo que le enviaban de su casa. Lo delicado de su salud no le permitia llenar sus deberes como él habia hecho hasta entónces, y aceptó en 1800 una canongía del capítulo de concordia, y un poco tiempo despues fué nombrado vicario general de la diócesis, y murió en 1804 á los sesenta y ocho años de edad. Entre las varias obras que escribió y los discursos que pronunció en las varias ceremonias religiosas como igualmente otras, se cita el de *Oratione per la solennita del preciossimo sangue de nostro signor Jesuchristo*; Udina, 1777,

en 8.° y de las *Oraciones fúnebres del papa Pio VI*, que fueron impresas en 1799, teniendo á la vista el de *Orationes ad instauranda Juris Ecclesiastici studia;* Pádua, 1781, en 8.° Estos discursos, en número de cinco, estan precedidos de un largo y sabio prefacio en donde combate el modo de enseñar el derecho canónico, adoptado en los seminarios indicando la marcha para lo sucesivo con objeto de formar con más prontitud el núcleo de nuevos discípulos. La obra más importante es la que hizo sobre la *Jurisprudencia eclesiástica universal*; Venecia, nueve volúmenes en 4.°: dicha publicacion le valió un breve honroso del papa Pio VI, y un testimonio de estimacion de dicho gran Pontífice, donde consuela al autor de los ataques en que se vió envuelto por parte de los enemigos de la Iglesia, y de los innovadores que formaban entónces un gran partido en Italia. — G. A.

POLITIEN ó Policiano (Angel). Nació en Monte Policiano en Toscana, el año de 1454, siendo el nombre de esta poblacion en latin el de *Mons Politianus*, que es el que forma el suyo, más adelante se llamó Cino ó Cini, abreviacion de Ambrogini. Fué su maestro Adriano de Thesalónica, y el discípulo con el tiempo le aventajó. Habiendo escrito un poema en el que celebraba un hecho de Lorenzo, cuando Julian de Médicis daba espectáculos al pueblo, tuvo ocasion de conocer á estos ilustres protectores de las letras. Por ellos obtuvo una canongía en Florencia y Lorenzo le encargó en seguida de la educacion de sus hijos, entre otros de la de Juan de Médicis, posteriormente Papa con el nombre de Leon X; Pico de la Mirándula, que estaba entónces en Florencia, le concedió su amistad íntima de corazon, y le asoció á los trabajos de su ingenio. Los talentos de Politien le merecieron la gracia y título de profesor de las lenguas latina y griega, reuniendo discípulos de todas las partes de Europa. Estos triunfos le hicieron altanero y orgulloso, y fué uno de los más ardientes controversistas con los sabios, entre los que citaremos á Merula, á quien atacó con poco éxito, y tuvo la generosidad de no publicar una sátira bien acre que habia escrito en su contra. Politien murió en 1494 y su muerte es contada de diferentes modos, diciendo unos que se estrelló contra un muro ó pared, desesperado de no haber podido rendir el corazon de una señora, á que amaba y hacia el amor. Pablo Jovio Scalígero es de los que piensan de este modo. Varillas en sus Anécdotas de Florencia, se expresa respecto á él no más favorablemente, y da á su muerte una causa más mala. No se guardaba de atacar cualquier obra ó escrito, alabándose con frecuencia, de que no habia leido más que una vez la Escritura Sagrada, y que se arrepentia de haber gastado ó empleado mal aquel tiempo. Era un hombre que se fastidiaba de la literatura y de las ciencias, no teniendo ni gusto ni sentimiento, pero es cierto que sus obras contienen grandes bellezas con magníficas ideas, independientemente de

su inspiracion. Estas diversas imputaciones han sido negadas por los diferentes defensores de su memoria, como asímismo en su vida pública dada por Menke, en 1736, en 4.° Si son falsas no prueban otra cosa que Politien tenia muchos enemigos, y no debemos dudar que los debia, no solo á su talento sino tambien á su carácter violento. Entre sus obras se cuenta la *Historia latina de la conspiracion de París*, escrita con bastante elegancia y verdad; una traduccion latina de Heliodoro, que emprendió por órden del Papa, siendo tan pura como fiel; un libro de epígramas griegos; la traduccion latina de muchos poetas é historiadores griegos; dos libros de epístolas latinas; algunos pequeños tratados de filosofía bastante superficiales; un tratado de la cólera; cuatro poemas bucólicos, y otras obras latinas. Su diccion está llena de dulzura y de facilidad. *Canzoni á Balla con quelle di Lorenzo Medici*; Florencia, 1568, en 4.°; 1537, en 12.°, 1759, en 8.°, y otras varias obras en italiano. *La Coleccion de las obras de Politien*; Venecia, 1498, en fólio, lo mismo que en Florencia en 1499, ha llegado con el tiempo á ser bastante rara la segunda edicion que nos dió Griphe en 1550, en tres volúmenes en 8.° Dicha coleccion fué reimpresa en Basilea, en 1553, en fólio con algunos aumentos.—G. A.

POLITIENSIS (Fr. Urbano), religioso franciscano de la provincia de Sicilia, profesor de sagrada teología, definidor muchas veces de los Menores Capuchinos y consultor del Tribunal de la Inquisicion en todo el reino de Sicilia. Fué hijo de la provincia de Palermo, cuya gloria y honor aumentó extraordinariamente, ejerció el cargo de predicador ordinario del emperador Fernando II, y se distinguió mucho, por último, por el esplendor de todas las virtudes, siendo tan insigne su caridad como su modestia y humildad. Rehusó constantemente la dignidad episcopal á que quiso elevarle el mismo Fernando, y falleció en Policio, despues de haber predicho el dia de su muerte, el 19 de Marzo de 1654. Publicó: *Oracion fúnebre en la muerte del supremo consejero del augustísimo emperador Fernando II;* Viena.— *Oracion fúnebre en la muerte de un varon preclarísimo;* Ibidem.—*Varios epígramas acrósticos y anagramas sagrados;* Venecia, 1649; Palermo, 1652.—S. B.

POLIUS (Fr. Jacobo), religioso franciscano de la provincia de Colonia, historiador de Alemania, guardian del convento de Oppenhein, definidor de su provincia, comisario visitador de la de Turingia, en la que hizo grandes investigaciones y estudios, que fueron muy útiles al analista de la Orden Seráfica. Escribió y publicó las obras siguientes: 1.ª *Crónica de la provincia de Colonia*, formada sobre los documentos reunidos en Alemania y en las provincias belgas, etc.—2.ª *Epítome cronológico de la fundacion, progreso y estado de la provincia de Colonia;* ibidem, por Pedro Brachel, 1628.—3.ª *Descripcion histórica de Sta. María Beuricense en Tréveris;* Colonia, por

Gisberto Clemente, 1640, en 8.°— 4.ª *Descripcion histórica del sacro monte del Calvario, cerca de Arcocilesa;* en el mismo año y lugar.— 5.ª *Descripcion histórica del sacro monte de Peruli, junto al Rhodano, y del convento de Terciarios de S. Francisco establecido en el mismo lugar;* Maguncia, por Nicolás Neyle, 1646.— 6.ª *Exegeticon historicum S. Annæ aviæ Jesu Christi, magnæ Matris Deiparæ, necnon sacri capiti, ejusdem Marcoduram translati;* Colonia, por Gisberto Clemente, 1640, en 4.°—7.ª *Vida de Nicolás Vigerio, ministro de la misma provincia;* Colonia, por la viuda de Valentin Clemente, 1646, en 12.°—8.ª *Compendium speculi disciplinæ ad novitios S. Bonaventuræ editi, addito speculo status Religioni, et mundani ex S. Bernardo atque schemate manus religiosorum ænea lamina;* Colonia, por Juan Rinckium, 1610.—9.ª *Regulam Fratrum Minorum cum spiritualibus exercitiis pro tyronibus;* ibidem, idem, 1621.— 10. *Formulario aureo de los grados de las virtudes, segun San Buenaventura,* traducido al aleman; Paderborn, por Teodorico Pontani, 1621.— 11. *Manual de la hermandad del V. Sacramento del convento de las Olivas;* Colonia, por Esteban Hemmaden, 1611. — S. B.

POLIXENA (Sta.). Con mucha razon ruega la santa Iglesia católica por el devoto sexo, pues que las mujeres agradecidas de la emancipacion de la vil esclavitud que las acordó el cristianismo, tienen una piedad que las ennoblece, y su entusiasmo por la religion del Crucificado ha hecho entre ellas multitud de heroinas. En todos los países cristianos se ve á las mujeres en mayor número que los hombres al pie de los altares, y en menor número tambien entre los réprobos. Este fondo de piedad que adquieren desde la infancia es un bien incalculable para la religion, puesto que poniendo la sociedad la educacion de los niños en sus manos en los primeros años, procuran inculcar en sus hijos desde que empiezan á comprender las buenas máximas religiosas, y echan en sus tiernos corazones tan saludable semilla, que por más que la impiedad procure ahogarla en el trascurso de la edad, como la primera semilla arraigó fuertemente, siempre queda en disposicion de retoñar, áun cuando haya segado su verdor, apénas nacida la cortante segur de las pasiones. Desde que la predicacion de Jesucristo arrastró en su séquito á la mujer, concediéndola la gracia de servir á su Dios á la par del hombre, jamás han faltado al bello sexo ejércitos de matronas, que sigan cual dóciles ovejas al divino pastor, y lleno está el catálogo de los héroes del cristianismo de imitadoras de las santas Marías y Magdalenas, que acompañaron al Salvador del mundo en su gloriosa peregrinacion sobre la tierra. Entre las primeras mujeres que nos recuerda la Iglesia católica en el primer siglo de nuestra era, se cuentan Sta. Polixena y Sta. Xantipa, hermanas, gloria de España, y en especial de la ciudad de Córdoba, su patria. Vivian estas virtuosas hermanas en la expresada ciudad de Córdoba durante

el reinado del emperador Neron. Xantipa estaba casada con Probo, una de las notabilidades romanas del país que más relaciones mantenia con el emperador, y vivia con ella en estado honesto Polixena. Como en Córdoba estaba la basílica y el pretorio romano de la España ulterior, residia en ella el pretor, que en aquella época lo era Filoteo. Viajando S. Pablo por España rogó Xantipa á su esposo hospedase en su casa á tan virtuoso varon, lo que consiguió. Y como su corazon y el de Probo fuesen dóciles á la voz del santo Apóstol, amaestrados por él en las santas máximas del Evangelio, ambos se hicieron bautizar y abrazaron con ardiente fe el cristianismo. Habiendo recibido tambien el espíritu de la gracia Polixena, entusiasmada por la doctrina de Jesucristo y deseosa de amaestrarse bien en ella, partió con S. Pablo á Acaya, provincia griega que es hoy la Morea, y encontrando predicando allí al apóstol S. Andrés, á quien fué presentada, tuvo la dicha de ser bautizada por su mano. Volvió la Santa á Córdoba en compañía de su virtuosa hermana; y nuevos apóstoles del Señor, emprendieron la empresa de catequizar á sus conciudadanos, persuadiéndoles de la falsedad de los dioses que adoraban y de las verdades del Evangelio; y se dieron tan buena maña en este camino, que lograron, ayudadas de la divina gracia, que los cordobeses se convirtiesen en gran número á la fe de Jesucristo, y que siguiesen su ejemplo algunos romanos moradores de la ciudad, entre los que se contó al pretor Filoteo. Cumplida la santa mision que Dios les concediera, llenas de fe, esperanza y caridad, murieron ambas hermanas con la paz de los justos el 23 de Setiembre del año 70 de nuestra era, en que les recuerda la Iglesia, y muy especialmente la católica España, manteniéndose su memoria en el *Año cristiano español* de Villanueva, en el *Menologio de los griegos* y en el *Martirologio Romano*.— B. S. C.

POLIZIANO ó DE POLUCHS (Juan María). Perteneciente á la noble familia de los Poluzzi de Bolonia, donde nació en el siglo XV, fué este carmelita, y no de Novellara de Módena, cuya poblacion se ignora haya existido como le pone el *Diccionario histórico, crítico y bibliográfico*. Sábese solo de este religioso que floreció como sabio teólogo en 1490, é ignorándose otros pormenores de su vida, consta que fué autor de las cuatro obras siguientes: *Vita del B. Alberto da Trapani e i suoi miracoli*, la cual publicó Surio en sus vidas de los Santos con relacion al 16 de Agosto. —*Constitutiones Carmelitarum*; Venecia, 1499.—*Vexillum et mare magnum ordinis Carmeliti*.—*Orationes, epistolæ, sermones quadragessimales*, etc., y otros escritos de ménos interés. — C.

POLIZO (Fr. Martin de la Concepcion), religioso descalzo de la órden de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos cristianos, fué natural de Moratilla, lugar que está distante cinco leguas hácia la parte de Oriente

de la ciudad de Guadalajara. Sus padres se llamaron Francisco Polizo y María de Cifuentes, naturales y vecinos del lugar indicado. Recibió el santo hábito de religioso lego en la casa-convento del santo desierto de la Almoraynia, de mano del venerable y reverendo P. Fr. Miguel de las Llagas, su segundo comendador, á fines de Febrero del año 1606, siendo entónces de más de cuarenta años, y despues de hacer algunos que servia al sétimo duque de Medinasidonia D. Alonso Perez de Guzman *el Bueno*. Profesó allí pasado el año de noviciado ó de aprobacion, y habiendo vivido en aquella casa con gran crédito y fama de santo hasta el año de 1612, fué traido á la de Huelva á instancia del conde de Niebla D. Alonso, nuestro patrono, que por la fama que de él corria, y por haberle conocido algunos años en servicio de su padre, gustó mucho de tenerle consigo. Fué despues nombrado por uno de los primeros conventuales del convento de Sanlúcar de Barrameda en el arzobispado de Sevilla, provincia de Andalucía, donde se ejercitó en tantas y tan heróicas virtudes, que mereció por ellas los aplausos que en vida y muerte se le prodigaron. Pasó en esta citada casa los últimos años de su existencia, y en ella dejando de sí fama y opinion de varon santo, pasó asimismo á los goces eternos, teniendo casi setenta años de edad, y su cuerpo fué sepultado, y descansa en la bóveda de la iglesia de dicho convento de Sanlúcar, al lado del de D. Manuel Alonso Perez de Guzman *el Bueno*, octavo duque de Medinasidonia, y el de su esposa la Excelentísima Sra. Doña Juana de Sandoval y la Cerda, ambos fundadores y patronos del expresado convento. —G. A.

POLLINI (Gerónimo), religioso de la órden de Santo Domingo, nació, segun l'Ecuy, en Florencia, ignorándose la fecha, y tomó el hábito en el convento de Sta. María Novella de esta ciudad. No hemos podido averiguar más de este dominico que en 1596 era prior del convento de S. Geminiano de su Orden, sino que por espacio de muchos años fué profesor de teología, pero es conocido en la república de las letras por las dos obras siguientes: *Istoria ecclesiastica della rivoluzione d'Inghilterra, in quatro libri, ne quali si tratta di quello ch's avvenuto in quell' isola da che Arrigo ottavo comminciò á pensare di repudiar Caterina sua legitima moglie, infino a quelli ultimi anni di Lizabeta ultima sua figliola; raccolta da gravissimi scrittori, nemeno di quella nazione che d'altre*, Roma, 1594 un volúmen en 4.° Esta obra fué mandada quemar por la reina Isabel, por lo mucho que la ofendian las verdades consignadas en ella; pero se hizo otra edicion en Bolonia en 4.° tambien. *Vita della B. Margherita di Castello, suora del tercio ordine di San Domenico*, Perusa, 1601, en 8.°, vida que compuso el P. Pollini en vista de documentos que se conservaban en los archivos de su convento, y la cual tradujeron al latin los editores del *Acta Sanctorum*, insertándola en el segundo tomo de Abril

á 13 de este mes. Se sabe tambien que el P. Pollini murió en 1601 muy apreciado de su comunidad y de sus compatriotas. — C.

POLO (Mtro. Alonso), canónigo de Cuenca. Fué colegial en el colegio viejo de San Bartolomé de Salamanca, bachiller en artes, natural de Fromista, villa con ayuntamiento en la provincia y obispado de Palencia, y elegido en 12 de Abril del año de 1512. Estando en el colegio leyó la cátedra de filosofía, donde se leia el texto de Aristóteles, y se graduó de maestro en sagrada teología. Llamóse el maestro Polo. Salió por canónigo magistral de Cuenca como queda indicado. Despues el cardenal D. Fr. Francisco Jimenez dispuso que se imprimiesen á su costa las obras del santo Tostado, y de órden del señor emperador Cárlos V eligió al maestro Polo para que asistiese á la impresion en Venecia, donde habia de hacerse, y en el viaje le sucedió el milagro de que naufragando el bajel en las costas de Francia se salvó la gente, y á otro dia parecieron las obras llevadas de las aguas á la ribera, no habiéndose salvado otra cosa alguna de cuantas llevaba el bajel, como consta escrito en la *Vida del Abulense*, sobre que se sacó bula de la santidad de Clemente VII, despachada á 5 de Mayo de 1525, á istancia de este colegial. Refieren este suceso el doctor D. Miguel Erce Jimenez, folio 111. *Historia del cardenal D. Fr. Francisco Jimenez*, lib. III, cap. X, folio 140, §. Las obras. Vuelto á España le hizo el señor emperador Cárlos V su predicador, y le llevó consigo á Italia, y le hizo de su Consejo. Murió en Génova año de 1541. Mandó su librería, que era numerosa y escogida, al colegio. Fundó una capilla en la Santa Iglesia de Cuenca, de que tomó posesion el colegio, cuyos papeles guarda en su archivo, cajon III, leg. II, núm. 3. Rizo, en su *Historia de Cuenca*, le llama hombre grave y doctísimo, y dice murió á 18 de Setiembre de dicho año de 1541. — G. A.

POLO (Antonio), teólogo y doctor, canónigo de Cuenca. Escribió entre otras obras: *Contra sacerdotes concubinarios*; impresa en Venecia por Pedro Liechtenstein, año de 1529, en fólio; así se lee en el *Supplemento epitomes Bibliothecæ Gesnerianæ*. — A. L.

POLO (Fr. Jaime), religioso lego de la provincia de San Juan Bautista de Menores descalzos de la regular observancia del seráfico P. S. Francisco. Fué la vida del siervo de Dios Fr. Jaime Polo un espejo de la perfeccion religiosa. Nació en un lugar del reino de Valencia llamado Titaguas, de gente muy honrada y limpia aunque no hacendada. Suplió el cielo con los que son verdaderos bienes los que le habia negado la fortuna, dándole un natural muy apto ó á propósito para las ocupaciones de la divina gracia. Las noticias que se han alcanzado de su niñez, de su educacion y crianza, son solamente los frutos que despues se vieron en la madura edad, y por ellos se infiere haber sido muy honesto y cristiano. Tomó el hábito de religioso de veintiun

años, corriendo el de 1602, y en el siguiente hizo profesion para lego en el convento de Villa Real de la Orden ya citada, el dia de la Purísima Concepcion de nuestra Señora. Apénas empezó la obediencia á ocuparle en los oficios de su estado humilde, se vió cuán de corazon lo era, desempeñándolos con gran prontitud; y se acostumbró de tal manera á los trabajos de la religion, que despues, cuando ya era viejo, no sabia estar un solo instante ocioso. Vivia con tan gran desprecio de las cosas terrenas mirándolo todo como caduco; lo que tenia tan impreso en su ánimo, que no podia ocultar su amor á la pobreza, cuyo ejercicio observó siempre en excelente grado, usando apénas de lo preciso para poder vivir. Era hijo, era esposo, era padre de la pobreza: hijo, siendo reengendrado por Cristo en la vida evangélica, el cual quiso por su clemencia suma hacerse pobre para enriquecernos: esposo, por el tierno afecto con que miéntras vivió abrazó esta virtud: padre, por la piedad tan grande con que amó los pobres y solicitó su remedio, como de dulces y regalados hijos. ¿Qué oficios no hacia con ellos, propios de un padre amoroso? Lo ménos era la solicitud con que andaba para haberles de dar de comer, siendo así que en esto se ocupaba continuamente. No tanto por sus obras, como por las grandes virtudes de que la gracia le habia dotado, era tenido y reverenciado, así de seglares como de religiosos, por varon santo y de elevado espíritu, lleno de sabiduría del cielo: lo cual se manifestaba muy bien en su conversacion y trato; porque aunque era muy callado, las pocas palabras que hablaba cuando se ofrecia para consuelo ó edificacion de los prójimos, eran tan discretas, sentenciosas y llenas de divina luz, que admiraban á los que le oian. Fuera de estas ocasiones en que hablando de Dios ó de cosas divinas podia romper el silencio, le observaba de tal manera que cuando entraba en las casas, si el compañero se detenia en pláticas luego él se apartaba á un lado y se ponia á rezar, no queriendo perder un instante de tiempo, ni condescender á la prudencia humana con riesgo de una palabra ociosa. Habiendo finalmente pasado el largo curso de su santa vida en gran pobreza, humildad y mortificacion, llegó al término deseado de abrazarse con Cristo, su único bien, suelto de la carne mortal. Le dió una enfermedad rigurosa, en que mostró no solo su resignacion y paciencia, mas tanto deseo de padecer, y celo de observar hasta el fin su austeridad, rigor y aspereza, que no permitió le quitasen su hábito ordinario, remendado y grosero, ni pusiesen camisa. Lo que pidió con muy grandes veras fué que cuando enterrasen su cuerpo no le pusiesen sobre el de un corista que ántes habia muerto, porque le tenia por muy siervo de Dios y él era muy gran pecador. Con este acto de tan singular humildad puso la última piedra á la corona de sus grandes virtudes, y pasó á la eternidad el dia 1.° del mes de Diciembre de 1648, cerca de las cuatro de la tarde, te-

niendo sesenta y siete años, los cuarenta y seis de ellos de religioso, y los últimos en el convento de nuestra Señora del Monte Sion de Torrente, donde falleció. — G. A.

POLO (Juan de), Arzobispo de Pisa y despues de Nicosia. Juan de Polo, noble pisano, de la órden de los Hermanos Predicadores, no era arzobispo de Gnesne, como lo cree Fontana; Mr. Fleury dice siguiendo á Oderico Raynaldo, que sucedió hácia la mitad del siglo XIII al cardenal Tieri Reinier en el arzobispado de Pisa. Bonifacio VIII, que le habia elevado á esta dignidad, lo hizo consagrar por el cardenal Mateo de Aqua-Esparta, obispo de Porto, y le dió el palio por medio del cardenal diácono Mateo de los Ursinos. El mismo Papa dirigió el año 1299 una bula á este Obispo para permitir al clero de la ciudad y de la diócesis de Pisa el dar una subvencion á los vecinos de la república. Todo esto pasó algunos años despues de la muerte de Juan de Colonia, que algunos modernos han confundido sin duda con Juan de Polo, y parece que el uno y el otro son nombrados algunas veces por los antiguos, dándoles el nombre de Juan Roman; el primero parece que era natural de Roma, y el segundo pertenecia tambien á la provincia Romana. Este prelado, no ménos recomendable por sus talentos y virtudes que por su nacimiento, fué trasladado de la silla de Pisa á la de Nicosia por el papa Clemente V el año de 1312, manifestando su solicitud pastoral en esta nueva iglesia, y en sus desvelos por arreglar el clero y los fieles. Creyóse necesario esto, porque despues de algun tiempo tuvo tambien que reformar las cosas santas y arreglar las costumbres con reglamentos por ser perversas las de los cipriotas. Los griegos cismáticos, repartidos entónces en abundancia por toda la isla, no seguian su buen ejemplo, como tampoco los latinos que se habian refugiado en ella despues que los sarracenos los habian echado de todas las plazas que ocupaban en Siria. Este fué el motivo porque se encargó el arzobispo de corregir á unos y otros, y para lo cual reunió cuatro veces el Concilio provincial. Quedan monumentos de su celo, como asímismo de su prudencia, en los cánones que hizo publicar en diferentes sínodos, que se han conservado manuscritos largo tiempo juntos con las demás constituciones de la iglesia de Nicosia. Se han impreso en el tomo XI de los Concilios generales. No podemos dar grandes detalles de todo lo que hizo por la gloria y utilidad de la iglesia de Pisa durante los trece años que la rigió. El abate Ughel, en su tomo XIII de la *Italia sagrada*, no habla más que de la firmeza de este prelado ó de su vigilancia en conservar íntegros todos los derechos de que los arzobispos de Pisa estaban entónces en posesion, hallándose toda la Cerdeña sumisa á su jurisdiccion espiritual. El mismo escritor hace mencion despues de otros dos grandes personajes, Odon de de la Sale y Simon Saltarelli, ambos de la órden de Sto. Domingo, que le su-

cedieron en la misma silla y de los que se hablará en su debido lugar.—G. A.

POLO (Fr. Juan Bautista), religioso dominico, natural de la ciudad de Valencia, hijo del doctor Juan Bautista Polo, oidor de la Real Audiencia de la misma ciudad, y nieto del doctor Gerónimo Polo, médico, ambos escritores, correspondientes á la época de los años 1594 y 1615. Tomó el hábito en el Real convento de la citada ciudad á 23 de Setiembre de 1611, y profesó en manos del venerable obispo D. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza, á 28 de Diciembre de 1612. Fué maestro y catedrático de artes en la misma universidad, doctor, examinador y catedrático de teología en la de Valencia hasta llegar á jubilarse. Obtuvo en su religion el grado de maestro, y en el año de 1650 fué definidor general por su provincia en el capítulo de Roma. Murió en Valencia de edad de setenta y un años, dia 25 de Noviembre de 1667. Dió á luz la siguiente obra: *Aparicion y milagros de la prodigiosa imágen del Patriarca Sto. Domingo en Soriano*; en Valencia, por Silvestre Esparza, 1646; por Bernardo Nogués, 1649, y otra vez por el mismo Esparza, 1654, siempre en 8.°—A. L.

POLO ó Pool (Mateo), inglés muy celebrado por el gran trabajo que emprendió sobre la Escritura sagrada; era natural de la ciudad de Yorck (el P. Niceron dice que era natural de Lóndres), é hijo de Francisco Pool. Ricardo, su abuelo, descendiente de una antigua familia de la provincia de Derby, se habia retirado á Yorck perseguido por los calvinistas, y allí nació en 1624 su referido nieto Mateo. Hizo sus primeros estudios en el colegio de Cambridge, bajo la direccion del doctor J. Worthington, y se graduó de maestro en artes. Habiéndose dedicado despues al estudio de la teología, obtuvo en 1648 el curato de S. Miguel de Quesne en Lóndres, el cual se vió precisado á abandonar el año de 1662 como no conformista, y se consagró luego á la composicion de diversas obras. Es célebre en la república de las letras por su *Synopsis criticorum*, en cinco volúmenes en fólio, obra en la cual trabajó con un cuidado infatigable por espacio de diez años, y en la que hace no solamente el análisis de los Grandes Críticos, impresos en Lóndres, sino tambien refiere lo que otros autores han escrito para la explicacion de la Escritura Santa. El título de esta obra es: *Synopsis criticorum aliorumque Sacræ Scripturæ interpretum accommentatorum, adornata à Mathæo Polo Londinensi.* Dió á luz otras muchas obras cuyos títulos pueden verse en Niceron: *Memorias para servir á la historia de los hombres ilustres*, etc. Se alaba mucho su piedad y caridad. Habia presentado un proyecto para educar en las universidades á las personas jóvenes que manifestaban buenos talentos. Su proyecto fué tan bien recibido de las personas más distinguidas, que al poco tiempo le concedieron una renta anual de novecientas libras esterlinas; no obstante esto, el proyecto no tuvo resultados. Murió en Ams-

terdam en 1670, á los cincuenta y cinco años, con la reputacion de un buen comentador, de un buen casuista y de un hombre piadoso. — G. A.

POLO (Fr. Pedro), religioso franciscano recoleto, natural de la villa de Aras de Alpuente. Fué lector jubilado de teología, definidor y custodio de las provincias de Mallorca y Cataluña, provincial y padre de la de Valencia y definidor general de la Orden. Murió en su convento de S. Francisco de Valencia el dia 4 de Enero de 1746, de edad de ochenta y un años. Las obras que escribió son las siguientes: 1.ª *Mansiones festaque hebræorum litteraliter descripta, moraliter, mysticæ, et encomiastice exposita, cum diario duplici, alter sacro, in quo gesta ex Sacra Scriptura per anni dies adducentur, loca sacra describuntur, exponuntur, et interpretantur, alter sacro prophano, in quo et per anni dies fasti festaque gentilium adducuntur, vertuntur ad sacra christianæ religionis proponuntur fasti.* En Barcelona, por Juan Piferrer, 1725, dos tomos en fólio. En el primero pone un diario sagrado por los dias del año, segun las santas Escrituras; y en el segundo, otro sagrado profano con los fastos de los gentiles, acomodados á las cosas sagradas, y despues añade los fastos de nuestra santa religion cristiana. — 2.ª *Mansiones morales, sive quadragessima continua per Mansiones hebræorum, ideata et mystice ad fratres et moniales pro commoditate prælatorum, et confessorum, tum pro visitatione, tum pro exhortationibus aliisque exercitiis, et functionibus regularibus, tum et cum aliquibus collationibus pro vestitione habitus, et professione.* En Madrid, en la imprenta de la causa de la V. M. Agreda, 1737. Son dos partes, divididas en cuatro tomos en fólio, impresos en dicho año. — G. A.

POLONES (Enrique de), obispo de Culma y legado apostólico. Los historiadores polacos y alemanes han hablado frecuentemente y con elogio del P. Enrique, y le llaman hombre poderoso en obras y en palabras, y uno de los más celosos predicadores de la fe en el Norte, y de los más ilustres prelados de su tiempo. Referiremos sus hechos tomándolos de las bulas de los Pontífices, único documento sobre que podemos escribir su vida con alguna autenticidad. Lleno del espíritu de Sto. Domingo, formado por los ejemplos todavía más que por las instrucciones de S. Jacinto, el P. Enrique principió desde su juventud á unir á las prácticas del claustro el ministerio de la palabra, siendo ésta la más principal y continuada de sus ocupaciones. El zelo por la religion y la salvacion de las almas, no le permitió mirar con indiferencia lo que pasaba al principio del siglo XIII, en que todas las naciones del Norte, donde dominaba la ignorancia más grosera y el desórden de las costumbres, las criminales prácticas y las vanas supersticiones de la mayor parte de los que se vanagloriaban de ser cristianos. Pero el valor que le inspiraban las bendiciones que el cielo derramaba sobre sus trabajos, le animó

á esperar que la ruina dal paganismo, todavía dominante en aquellos países, seguiria á la conversion de tantos cristianos, despues de haber reformado sus costumbres. Pero vió nacer un nuevo escándalo, que hizo vacilar á los más débiles, y encumbró á los más fuertes, dando á conocer la hipocresía de muchos. Suantopoulc, duque de Pomerania, sacrificó la religion á su política, y á sus deseos ambiciosos de acabar con la órden de caballeros teutónicos en la Prusia, trató desde luego secretamente con los gentiles y los nuevos cristianos del país, todavía mal seguros en la fe. Bajo el pretexto de hacerles gozar de su antigua libertad, les hizo tomar las armas; y con este socorro empezó á atacar á los caballeros, llevando el fuego y el hierro á todas las plazas, los persiguió y pasó á cuchillo, y no cesó de saquear y de quemar ó de matar, deseando que no quedase ningun caballero teutónico, ni ningun antiguo cristiano en toda la Prusia. Este príncipe apóstata, más malvado que los mismos paganos que le seguian en sus correrías, hizo además sublevar á los súbditos de la órden militar contra sus maestres, los sostuvo con su apostasía é hizo así nuevas heridas á la Iglesia. Despues de haber faltado á la obediencia que habia jurado á la Santa Sede, menospreció sus advertencias, sus amenazas y sus censuras. Esta revolucion, la primera ocurrida contra los caballeros teutónicos, tuvo lugar el año de 1242, despues de la muerte del papa Gregorio IX y ántes de la exaltacion de su sucesor. Enrique Polonés fué de los primeros que acudieron al socorro de los antiguos cristianos de Prusia. Pronto á dar su vida para confirmar á sus hermanos en la fe, despreciando los peligros con la intrepidez que el espíritu de Dios inspira á los hombres apostólicos. Sin embargo, el papa Inocencio IV desde que fué elevado á la cátedra de S. Pedro volvió sus miradas hácia la desolada Iglesia de Prusia: envió en calidad de legado al célebre Guillermo, obispo de Módena, que habia predicado otras veces el Evangelio en aquel país. Este grande hombre, testigo del zelo y de la firmeza de nuestro santo predicador, le honró con su confianza y le asoció á sus trabajos. Cuando el legado escribió á Su Santidad para informarle del estado de los negocios del Norte, y de la ostinacion de Suantopoulc, que continuaba todavía haciendo más apóstatas con sus artificios, que mártires con su crueldad, no faltó quien dió á conocer los méritos del P. Enrique y los frutos de sus predicaciones. El Papa concibió desde entónces una fiel y alta idea de los talentos y de las virtudes del siervo de Dios, encargándole varias é importantes comisiones. Esto es lo que aparece en los breves que han llegado hasta nosotros. Inocencio IV escribió al mismo tiempo al duque de Pomerania, á quien reprendia sus horribles impiedades, su crueldad y el menosprecio que hacia de la Iglesia; y al arzobispo de Gnesne, y á sus sufragáneos, para excitar su zelo contra este príncipe perseguidor, y finalmente,

á los provinciales de los PP. Predicadores de Polonia y de Alemania con el mismo objeto. Estos tenian órden de escoger religiosos en las provincias de Magdeburgo y de Brema, en la diócesis de Ratisbona, de Passau, de Halberstat y de Verdun, y de hacerles predicar la cruzada contra los paganos de Prusia y de los alrededores; particularmente contra el impío Suantopoulc, á fin de hacer que este enemigo de Dios, que habia abusado de la dignidad del nombre cristiano, no se pudiese gloriar de haber atacado impunemente á los fieles. Los PP. Predicadores de las provincias indujeron á varios nobles alemanes á tomar la cruz y las armas en favor de los caballeros teutónicos y de los fieles de Prusia. El número y el valor de los cruzados atemorizaron pronto al duque de Pomerania y le hicieron perder la esperanza de poder continuar sus usurpaciones, ya con la fuerza, ya con sus ordinarios artificios. En fin, despues de muchos tratados violados, y despues de muchas batallas perdidas, se vió reducido á pedir la paz. El Papa envió á Opizon, abad de Messina, para concluirla, y Su Santidad escribió al mismo tiempo al P. Enrique, que suspendiese la predicacion de la cruzada, supuesto que al arribo de este abad examinaria lo que conviniese hacer por los intereses de la religion y la tranquilidad de los fieles de la Prusia. Mr. Fleury dice que Opizon fué enviado para este efecto en el mes de Octubre de 1243. Sin embargo, el breve por el cual Inocencio IV advirtió al P. Enrique lo acordado para marchar á la Prusia, no es sino de 7 de Octubre de 1245, y segun la declaracion de Mr. Fleury, la paz no se concluyó por la mediacion del abad de Messina hasta que en 1246 Suantopoulc renunció á la alianza de los paganos, y fué absuelto de las censuras en que habia incurrido. En el mes de Febrero del año precedente, el Papa envió dos breves al P. Enrique. En el segundo, dado en 16 de Febrero, el Santo Padre, despues de haber felicitado á nuestro predicador por sus trabajos, y por la propagacion de la fe, le dió diversos poderes: 1.° Para conceder veinte dias de indulgencia á los fieles de Prusia y de Culma, que fuesen á oir sus predicaciones, ó que contribuyesen de cualquier manera á la seguridad de sus hermanos contra las violencias de los gentiles. 2.° De absolver de las censuras á los cruzados que las habian merecido por los desórdenes de la guerra: de usar con los sacerdotes que habian sido absueltos la dispensa. En fin, el Papa quiso que el ministro de Jesucristo reconciliase con la Iglesia á los pomeranios que habian sido excomulgados por el legado, por haber invadido la Prusia y el pais de Culma. Le permitió ejercer la misma indulgencia con los apóstatas penitentes, que prometian dar una satisfaccion por los males que habian causado á los fieles, particularmente á los caballeros de la Orden Teutónica. Autorizado con estos poderes, el celoso predicador trabajó con nuevo fervor para atraer al seno de la Iglesia á todos los

que habian tenido la desgracia de separarse de ella, sea por su propia malicia ó por la persuasion y por las intrigas de Suantopoulc. Supo discernir entre esta multitud de culpables, para no negarse con excesivo rigor, á los que volvian sinceramente á su deber, y no exponer tampoco la indulgencia de la Iglesia al menosprecio de los hipócritas, ó de los libertinos impenitentes. Hizo comprender que su arrepentimiento debia ir acompañado de humildad y de reconocimiento, y de una fidelidad observada en adelante y no desesperando de la conversion de los últimos, animó mas y más su zelo para inspirarles sentimientos de temor hácia Dios y un verdadero deseo de su salvacion. El escándalo que acababan de dar los neófitos de Prusia por su criminal conspiracion con los idólatras contra los fieles, debia sin duda obligar á los ministros del Evangelio á redoblar sus precauciones hácia los infieles, que pedian el sacramento del bautismo, y no descuidar á los apóstatas, que querian ser admitidos al sacramento de la penitencia. Miéntras el siervo de Dios se ocupaba de hacer olvidar los males pasados y alejar ó prevenir á los que podian temerse de la inconstancia de los septentrionales, el Papa le nombró obispo de Culma, villa de Polonia en la Prusia, diócesis del arzobispo de Gnesne. Esta iglesia tenia necesidad de un pastor, tal como Enrique Polonés, lleno de sagacidad, de zelo y caridad: firme, prudente activo, laborioso, incapaz de negarse á ninguna dificultad, ni de temer los peligros en que se encontraban continuamente los ministros de Jesucristo, en medio de los infieles y de los más malos cristianos, careciendo la mayor parte del conocimiento del Evangelio, de buenas costumbres y de probidad. Tales eran hácia la mitad del siglo XIII los que llamaban neófitos ó nuevos cristianos en la diócesis de Culma y en el resto de la Prusia. Mezclados siempre con los gentiles, los neófitos, aunque habian recibido el bautismo, no dejaban de seguir las más groseras supersticiones de los idólatras. Quemaban como ellos sus cadáveres, y con sus cenizas enterraban á los hombres, á los caballos, á sus vestidos y á los muebles preciosos. A fin de aumentar la pompa de sus funerales asistian unos impostores llamados *talissones*, los cuales alababan públicamente los latrocinios, los homicidios, las impurezas y otros crímenes, estando su vida manchada con todas estas maldades; y cuando los impostores miraban al cielo creian ver al difunto volando en el aire, á caballo y revestido con sus más brillantes armas, y pasando al otro mundo con un gran séquito. Todos los años, despues de la recoleccion de los frutos, los neófitos, lo mismo que los gentiles, ofrecian libaciones á un ídolo, que adoraban bajo el nombre de Curcho. No es necesario decir nada más para dar una idea de la religion, de las costumbres y de los usos de estos pueblos, ó para hacer conocer desde luego cuál fué el objeto del celo de nuestro Obispo. Esta nueva dignidad no cambió en nada su vida penitente y apostólica,

y continuó llenando las funciones del santo ministerio. La palabra de Dios, que no cesaba de pronunciar, fué casi el único medio de que quiso servirse para abolir tantos vicios y tantas supersticiones. Con la paciencia y el trabajo consiguió probar la verdad de lo que dice S. Pablo, que toda escritura inspirada por Dios es útil para instruir, para reprender, para corregir, y finalmente para conducir á la piedad y á la justicia. La iglesia de Culma recogió los primeros frutos de su solicitud pastoral; pero las provincias vecinas, los pueblos y los soberanos probaron en más de una ocasion que la caridad del piadoso prelado no tenia límites. Asistió con el legado del Papa, el arzobispo de Gnesne, y los otros obispos de Polonia al Concilio de Breslau, en Silesia, en el año de 1248, pudiéndose ver en las actas de este Concilio los sabios reglamentos que se hicieron para el mantenimiento ó el restablecimiento de la disciplina eclesiástica; y los socorros que los prelados acordaron dar generosamente al Papa para las necesidades de la Santa Sede. Desde el principio del año siguiente, el obispo de Culma trabajó con el legado apostólico para arreglar las diferencias entre los caballeros teutónicos y los neófitos de Prusia. Los que prometieron renunciar sinceramente á la adoracion de los ídolos, á la poligamia, al homicidio, á la venta de sus hijos, al uso de quemar sus cadáveres y á todas las otras prácticas paganas, ofrecieron tambien edificar varias iglesias y proveerlas de cálices, libros, ornamentos y otros efectos necesarios. Los caballeros prometieron tambien dotar las iglesias, y poner en ellas sacerdotes hasta que los neófitos estuviesen en estado de pagar los diezmos. Este mismo reglamento, que fué firmado el dia 7 de Febrero de 1249, contenia otros varios artículos, los cuales aseguraban á los neófitos que no tuviesen temor de perder su libertad, haciendo la paz para que no se rebelasen de nuevo. El obispo de Culma no dejaba ni un solo momento de procurar beneficios á este pueblo que le era tan querido. Le habia instruido con sus predicaciones; se habia atraido su afecto por sus buenas obras; y le edificaba con su santidad y con sus ejemplos. Longino, en su libro VII *de la Historia de Polonia*, nos dice que se alaba mucho á este prelado por el celo y la prudencia que manifestó para reformar las costumbres de sus diocesanos, principiando por su catedral, regularizando las prácticas de los canónigos. Pero esta reforma no tuvo lugar hasta el año de 1250. Poco despues Mendog ó Mindof, príncipe de Lituania, renunció al culto de los ídolos para profesar la ley de Jesucristo y atrajo á la fe gran número de sus súbditos. A fin de procurar más fácilmente la conversion de todos, suplicó al Papa que estableciese un obispo en el país que cuidase que los ministros de la Iglesia vigilasen á los lituanios, para que no tuviesen ocasion de arrepentirse de haber cambiado de religion y no pusiesen obstáculos á la voluntad de los ministros de la Iglesia. Para manifestar la sinceridad de

los lituanios, quiso este príncipe poner tanto su persona como su reino bajo la proteccion de la Santa Sede. Estaba en Milan Inocencio IV, cuando recibió sus embajadores y sus cartas, y le respondió desde el mismo lugar. El breve es del 16 de Julio de 1251. El Soberano Pontífice creyó que era necesario aprovechar esta ocasion para introducir el cristianismo en el Norte. El Santo Padre escogió con esto objeto al obispo de Culma, á quien nombró en calidad de legado para coronar á aquel príncipe, y eligiendo al mismo tiempo un obispo para dirigir á sus súbditos. Tenemos tres breves de Inocencio IV, el uno del 15 de Julio, y los otros dos del 17 del mismo mes del año 1251, todos tres dirigidos á nuestro prelado. En el segundo el Papa da comision al obispo de Culma de reunir cierto número de prelados y otras personas eclesiásticas ó religiosas para coronar con solemnidad al príncipe Mendog, declarándole rey de Lituania, soberano de todos los paganos que se hallaban ya libres ó que podian librarse de las manos de los infieles, á condicion, sin embargo, de que el nuevo Rey reconociese á la Santa Sede, etc. Por otro breve Inocencio IV mandó á nuestro Obispo escoger un súbdito digno para la nueva iglesia de Lituania, y consagrarla con las ceremonias ordinarias, despues de que el Rey fundase y dotase suficientemente una catedral. Segun la intencion bien expresa de Su Santidad, el obispo de Lituania no debia estar sumiso más que á la Santa Sede. El de Culma tenia comision de recibir de él el juramento ordinario de fidelidad, pero solamente en nombre del Papa y de la Iglesia romana. Todo esto se habia mandado en las cartas apostólicas, siendo ejecutado en su tiempo. El obispo de Culma, celoso siempre por la conversion de los infieles, no limitó su viaje á hacer una simple ceremonia, aprovechándose sábiamente de la ocasion para dar á conocer á Jesucristo y su Evangelio á los grandes que estaban al rededor del Rey, y á sus pueblos, pues que la multitud continuaba viviendo en el paganismo. Muchos se aprovecharon de sus predicaciones, y el dichoso mortal á quien los poloneses dan el nombre de S. Vitus, discípulo tambien de S. Jacinto, quedó establecido como primer obispo de Lituania continuando lo que Enrique de Culma habia empezado. La santidad de sus ejemplos y sus instrucciones convirtieron á un gran número de lituanios, los cuales renunciaron á sus falsas divinidades para abrazar la religion cristiana. Pero no se convirtió toda la nacion, y el paganismo fué durante largo tiempo la religion dominante en este país. Algunos de los que habian reconocido la falsedad de los ídolos, los adoraron de nuevo, y Mendog dió el ejemplo con su apostasía tres años despues de haber pedido el bautismo. La inconstancia natural de este príncipe, quizá tambien el temor de los grandes de su reino, ó los malos consejos de los que abusaban de su confianza, le obligaron á seguir las huellas del duque de Pomerania. En el año de 1255, miéntras que la Santa Sede con-

tinuaba prodigándoles sus favores, volvió sus armas contra los cristianos. No contento con haber tratado inhumanamente al santo obispo que se le habia enviado y á sus súbditos, que querian permanecer firmes en la profesion de la fe, marchando con un poderoso ejército á las tierras del rey de Polonia, incendió la ciudad de Lublin, capital del palatinado de este nombre; asoló toda la provincia de Mazovia, entregó al pillaje á muchos pueblos y aldeas, llevándose lo que estos contenian, hizo un gran número de esclavos y se volvió á la Lituania cargado con el botin. Los paganos de Prusia, animados con su ejemplo y quizá por sus solicitaciones, volvieron á comenzar en el mismo tiempo sus hostilidades contra los fieles, con los cuales se hallaban confundidos. Todo lo que puede hacer el celo de un buen pastor, que expone su vida por defender su rebaño, lo hizo en esta ocasion el piadoso obispo de Culma. Con sus vivas exhortaciones consiguió atraer á los unos, envalentonando á los otros para morir como cristianos. Cuando vió que el brutal furor de los paganos aumentaba de dia en dia, juzgando que era llegado el tiempo de repeler la violencia con la fuerza, imploró el socorro de Premislas ú Ottacar, rey de Bohemia: este príncipe, rodeado de varios señores alemanes, no dudó marchar con un ejército de cruzados contra los idólatras agresores. Despues de un rudo combate en donde los infieles fueron vencidos y hechos muchos prisioneros, el rey Ottacar concedió la vida á todos los que se bautizáran ó volvieran al seno de la Iglesia, de la cual estaban separados. Todos los demás que no lo hicieron asi, fueron pasados á cuchillo. Esta severidad pareció necesaria para contener por el temor de las mismas penas á los otros infieles, que sin autoridad como sin razon mostraban su odio contra los cristianos en todas las ocasiones que creian poderlo hacer impunemente. Los dos jefes de los prusianos, despues de la derrota de su ejército, se vieron precisados á encerrarse en una ciudad, y viendo no se hallaba en estado de sufrir un sitio por falta de provisiones y de recursos, hablaron á los habitantes, los cuales respondieron: « Nuestra resolucion está ya tomada, queremos abrazar la religion cristiana.» « Nuestra resolucion, dijeron los capitanes, es la misma que la vuestra, porque vemos claramente que el cielo pelea contra nosotros, y que en vano combatiriamos contra Dios.» Así enviaron sus diputados al rey de Bohemia, ofreciendo rendirse á discrecion al otro dia. Ottocar los recibió con amabilidad; los dos jefes pidieron el bautismo, y los otros paganos, no tan solamente de aquella ciudad sino tambien de toda la Prusia, siguieron su ejemplo. Los prelados alemanes que se encontraron en la expedicion del Rey convirtieron á muchos. El obispo de Culma se encargó de instruir con el tiempo á los demás, y de tomar las precauciones convenientes. Bzovio en su *Historia de Polonia* dice: Que varios prusianos aprendieron de él las santas máximas del Evan-

gelio, y recibieron de sus manos el sacramento de salvacion. La religion cristiana, añade Oderico Rainaldo, siguiendo á algunos antiguos autores polacos, empezó desde entónces á estar muy floreciente en la Livonia y en la Prusia, particularmente por los cuidados y el celo infatigable del obispo de Culma, Enrique, de la órden de los PP. Predicadores, y por otro ilustre prelado del mismo nombre, religioso de S. Francisco. Es verdad que estas nuevas iglesias, rodeadas de naciones infieles eran objeto frecuentemente de las mismas persecuciones que habian afligido á la Iglesia naciente en tiempo de los apóstoles. Los gentiles no tenian aún depuestas las armas, y aunque reprimidos por el poder de los príncipes cristianos, atacaban á sus vecinos, que no hacian sacrificios á sus ídolos, destruyendo bárbaramente á todos aquellos que podian sorprender, y pidiendo la paz cuando fuerzas superiores los vencian y les hacian retroceder, poniéndolos en precision de sucumbir recibiendo la ley. Es indudable que no se debe establecer ni imponer una religion por medio de las armas, sino predicarla con dulzura, humildad y paz; pero los príncipes cristianos no se sirven de la espada sino cuando hay necesidad de defender la religion y á sus súbditos, y repeler la violencia de los enemigos. Esto es lo que envió el papa Alejandro IV á decir á los dos obispos, de que ya hemos hablado, en sus cartas apostólicas del 21 de Agosto de 1256, para exhortarlos á predicar la cruzada y que lo verificasen los religiosos de su Orden, á fin de poner á salvo de los insultos de los idólatras á los cristianos de Prusia y de Livonia. El obispo de Culma siguió exactamente las instrucciones del Papa, comunicando el breve de Su Santidad á los PP. Predicadores de Lieja, habiendo añadido estas palabras: «Esta es la órden del vicario de Jesucristo, el cual nos hace saber la comision á que estamos destinados. Debemos predicar para animar más y más vuestro celo por la gloria de Dios y la propagacion y la defensa de la fe. Haced todas las diligencias que podais para el dichoso éxito de este gran negocio.» Comprendia mejor que nadie la importancia de esto, pues que veia el peligro inminente que amenazaba á su rebaño y las pérdidas que le causaban todos los dias las frecuentes invasiones de los bárbaros. Los deseos del piadoso prelado se realizaron; y él mismo unió todos los corazones y las fuerzas del pueblo de Dios en Prusia, contra los que no pretendian otra cosa que destruirle; sus hermanos le ayudaron en la Pomerania, en la Polonia, en la Dinamarca, en Suecia, en Noruega, en Gosthian y en las regiones más septentrionales de la Alemania. En todos estos países los fieles, movidos por las predicaciones de los ministros de Jesucristo, tomaron generosamente las armas y marcharon con confianza al socorro de sus hermanos, los más expuestos al furor de los enemigos del nombre cristiano. La ardiente caridad del obispo de Culma, su solicitud pastoral y su continuo cuidado para sos-

tener á los siervos de la fe, instruirlos y procurarles socorros, así espirituales como temporales, no le permitia descansar un momento. Santamente alarmado por el temor de la pérdida de los que llevaba siempre á su lado, los cuales le estaban unidos en Jesucristo, podia decir, á ejemplo de S. Pablo, ¿quién es el débil sin que yo lo sea con él? ¿Quién se ha escandalizado sin haberme yo escandalizado? Así tambien toda su vida no fué otra cosa que un ejercicio perpetuo de caridad apostólica. Tales son los gloriosos trabajos que le ocuparon toda la vida. Los autores no concuerdan en el año de su muerte; no obstante, el breve que el papa Alejandro IV le envió en el mes de Agosto de 1256 y la carta que él mismo escribió á los Dominicos de Lieja, fecha de 12 de Junio de 1257, son una prueba sin réplica de que falleció despues de esta época, habiéndose engañado Mr. Fleury, porque en el libro LXXXVII de su *Historia eclesiástica* dice que nuestro Obispo murió el dia 1.° de Julio de 1254. En las *Cartas del papa Inocencio IV* y en los *Anales de la Iglesia* se habla con frecuencia de otro prelado del mismo nombre y de la misma Orden, hombre bastante célebre en el siglo XIII por sus grandes talentos y por los empleos con que fué honrado. Su mérito le elevó á la dignidad de arzobispo de Armach, primado de Irlanda. Las necesidades de la Iglesia en los reinos del Norte obligaron al soberano Pontífice, al principio del año 1246, á hacerle arzobispo de Prusia, de Livonia y de Estonia. No se sabe si se encontró al siguiente año en el primer Concilio general de Lyon. Oderico Reinaldo nos dice que habia estado algun tiempo en la corte del Papa, que queriendo honrar su mérito le concedió el uso del palio y el derecho de hacer llevar delante de él la cruz en todas las provincias que estuviesen debajo de su jurisdiccion. No bien hubo llegado á su nueva iglesia este Arzobispo, el Papa le hizo su legado cerca de Daniel, rey de Rusia; y en el breve enviado á este príncipe Su Santidad elogia al legado en estos términos: «Nos os enviamos á nuestro venerable hermano el arzobispo de Prusia y de Estonia, á quien Nos podemos llamar hombre, segun nuestro corazon, lleno de virtudes, de ciencia, de sagacidad en sus consejos, por lo cual nos es muy querido.» La gran negligencia de nuestros escritores antiguos hace que ignoremos hoy en dia el lugar y el año del nacimiento de este prelado, el nombre de su familia, sus virtudes, sus buenas acciones y el tiempo de su muerte. Esta falta de memorias no nos permite dar á conocer su vida. Por la misma razon omitimos otros varios y santos personajes, á los cuales los autores han alabado algunas veces con ocasion de sus virtudes y talentos. Tales son en particular los tres ilustres discípulos de S. Jacinto, el B. Vital, primer obispo de los lituanios, cuya sepultura, ilustrada con sus milagros, es objeto todavía de veneracion en Cracovia, siendo su nombre invocado por los polacos. El B. Gerardo, primer obispo en Rusia, á quien el

papa Gregorio IX habia dado sus breves, honrándole con su confianza en importantes comisiones, encargándole el gobierno y el buen órden de las iglesias del Norte, y el P. Alexis, á quien el príncipe Daniel honró tan particularmente. Oderico Reinaldo le cita elogiando á este excelente religioso, á quien llama hombre célebre y digno de toda alabanza.— G. A.

POLONES (Martin), penitenciario del Papa, arzobispo de Gnesne y primado de Polonia. Martin, polaco de nacion, hombre sabio y virtuoso muy distinguido por los empleos que desempeñó al lado de seis papas, y célebre en la república de las letras por los escritos que nos ha legado, pertenecia á la órden de los PP. Predicadores en vida de S. Jacinto, fundador de la provincia de Polonia. Los historiadores, que frecuentemente le han confundido con otro escritor, arzobispo de Cosenza en el reino de Nápoles, no nos dicen el lugar de su nacimiento, y los hechos su vida estan completamente oscurecidos. El plan que nosotros nos hemos propuesto es el de no avanzar nada sin pruebas, pues no nos es permitido adoptar lo que los escritores dicen bajo equivocadas suposiciones ni de confiar en conjeturas arriesgadas y quizás poco conformes con la verdad histórica. Simon Starovolsky dice que Martin Polaco descendia de padres muy nobles, y que no dió ménos lustre á su familia con sus grandes virtudes, é ilustrando á la Polonia con sus sabias obras. Sin embargo, este autor no nos dice nada acerca de la ciudad ó de la provincia donde el ilustre Polonés habia nacido. Otro escritor, siguiendo al P. Echard, dice que recibió el hábito de religioso en Troppau ciudad de Bohemia en la Alta Silesia, entónces unida al reino de Polonia. Habiendo sido enviado por sus superiores á la Italia, ya para continuar sus estudios ó para perfeccionarse con el trato de los sabios ó por cualquier otra razon que nosotros ignoramos, sus talentos le adquirieron gran reputacion en la corte romana. Era capellan y penitenciario del Papa desde el tiempo de Clemente IV, y ejerció los mismos destinos bajo los pontificados de Gregorio X, Inocencio V, Adriano V, Juan XXI y Nicolao III. Desempeñó este alto destino por espacio de muchos años en una corte tan esclarecida, lo que es una gran prueba del mérito superior de este religioso. La regularidad de su vida, sus fervorosas predicaciones, y las obras con que enriqueció al público, todo corresponde á la idea aventajada que los romanos habian concebido de él; pero su nombre era aún más célebre entre los extranjeros y la nacion polaca, la cual le honraba tanto que quiso ser la única en aprovecharse de sus talentos. El primado de Polonia habia muerto el año 1272, y la iglesia de Gnesne estaba hacia seis años sin pastor, viéndose expuesta á una infinidad de males que el papa Nicolao III lamentaba despues en una de sus bulas. La falta de instruccion, la ignorancia, los malos ejemplos y la impunidad parecian autorizar el libertinaje de los pueblos, el relajamiento de las cos-

tumbres del clero y las usurpaciones de los que no pensaban en otra cosa más que en enriquecerse con los bienes de la Iglesia. Los más poderosos y al mismo tiempo los más ambiciosos, formaban cábalas para hacerse elevar á la dignidad de primado, ó para procurar este destino á cualquiera de sus parientes. Atentos todos los dias á suplantarse los unos á los otros, fomentando de esta manera la division en la catedral de Gnesne, porque además los infieles, sin temor ni respeto por los que habian de reprimirlos, degollaban un crecido número de cristianos á la vista de sus hermanos, y haciendo apostatar á los jóvenes. Despues de algun tiempo se reunieron los canónigos para dar á su iglesia un pastor, capaz no solamente de gobernarla espiritualmente, sino que tambien de defenderla de la misma manera contra los que la despojasen de su poder temporal. Creyeron haber encontrado al hombre que buscaban en la persona del penitenciario del Papa. Los grandes del reino unieron sus súplicas á las del clero, para implorar á Su Santidad que les diese al P. Martin Polaco por arzobispo de Gnesne y primado de la iglesia de Polonia. Nicolao III recibió con amabilidad á los comisionados que se presentaron, mostrándose sensible á todos los males de que se quejaban. El Soberano Pontífice consagró por su misma mano á su penitenciario el 21 de Mayo de 1278, diciéndole que trabajase constantemente en su iglesia con los talentos que habia recibido de Dios, y consolase á un pueblo afligido, le edificase é instruyese como padre y como pastor. El nuevo prelado, siguiendo las órdenes que le habian dado, se puso en camino acompañado de la diputacion de su país, pero apénas llegó á Bolonia le atacó una enfermedad de la cual murió pocos dias despues. Quiso que se le enterrase con sus hermanos en la iglesia de Santo Domingo, y todavía se ve su tumba y su epitafio. Mr. Fleury siguiendo á Bzovio, dice que este Arzobispo habia sido llamado á Polonia por los grandes del reino; y no habla nada de la eleccion hecha por el cabildo de Gnesne. Parece decir que esto dimanaba únicamente del Papa, que habia desechado á los otros súbditos que se le habian presentado. Cualquiera que sea esta circunstancia particular, la opinion de los escritores tocante al nacimiento y á la profesion de nuestro Arzobispo, es conforme al texto de una bula de Nicolao III, insertada por Oderico Raynaldo, como tambien por Tolomeo Lucas, autor exacto y amigo particular de Martin Polaco, y al cual habia tratado familiarmente. Martin Polaco, dice Mr. Fleury, es famoso por sus escritos que son los siguientes: 1.° Habia publicado *varios sermones sobre el Evangelio y sobre las Epístolas y en alabanza de los santos*, impresos en Estrasburgo en el año 1486, al 1488. — 2.° Tenemos de él una tabla muy ampliada del *Decreto de gracia* en donde todas las materias estan puestas por órden alfabético. Algunas veces se le llama el habla del decreto ó la cumbre del derecho canónico y más

comunmente la cumbre Martiniana. Parece por las propias palabras del autor que no habia hecho este trabajo nada más que para su uso particular. 3.° Entre sus obras se conoce la crónica, que se dice haber sido compuesta principalmente para el uso de los teólogos y de los jurisconsultos, porque trata de averiguar la cronología de los papas y de los emperadores. Se divide en dos partes, la una trata de los papas desde Jesucristo, primer pontífice de la nueva ley, jefe perpetuo de su Iglesia, hasta Clemente IV; en la otra parte se hallan los emperadores desde Augusto hasta Federico II con los años en que reinaron. Despues de la muerte de Clemente IV, el autor continuó su crónica para añadir los sucesores de este Papa hasta el año 1277 bajo el pontificado de Nicolao III, durante el cual concluyó su obra y su vida. La continuacion, que no se encuentra en todos sus manuscritos, ha dado lugar á que algunos escritores le atribuyan dos diferentes crónicas. La crónica Martiniana no carece de utilidad, y segun la opinion del Abad Fleury la fábula de la papisa Juana que han atribuido injustamente varios modernos á Martin Polaco, no se encuentra en los mejores ejemplares de la crónica. Mr. Dupin ha hecho la misma reflexion de que se han añadido varias cosas á esta crónica, y entre otras la historia de la papisa Juana; las adiciones se han suprimido en la edicion que Juan Fabricio, canónigo regular premostratense, hizo por un manuscrito de su tiempo. El sabio P. Page habia hecho lo mismo en el año 853. Por lo que los tres escritores más equitativos ó más exactos que Posevino, se han contentado con atenerse á la exactitud del autor de la crónica, y el Padre Echard ha demostrado claramente y con pruebas que no pueden rebatirse, cuál era la primera disposicion de la misma obra, en la cual una mala interpretacion ha dado orígen al cuento ridículo de la fabulosa papisa. Un lector atento se apercibe sin costarle trabajo y sin dificultad adonde se dirige el golpe. La segunda prueba se ha tomado de la confrontacion de los manuscritos, que se encuentran en gran número en las principales bibliotecas de Italia, de Francia y de Alemania. Bajo este supuesto, si dividimos los manuscritos en tres clases, segun la antigüedad de los caractéres, viendo los más correctos y los más antiguos de los que han sido publicados en vida del autor, ninguno de ellos hace mencion de la citada Papisa. Entre los que muestran ménos caractéres de antigüedad se encuentran algunos á cuya márgen está esta fábula, refiriéndola ya de una manera ó de otra. Esto es finalmente lo que se halla en algunos manuscritos de los más modernos y que se han puesto en la edicion hecha entre el pontificado de Leon IV, llamado comunmente Leon V, y de Benedicto III. Habiendo muerto el primero de estos dos papas el 17 de Julio del año 855, le sucedió el segundo inmediatamente, y murió el 10 de Marzo del año 858, habiendo gobernado la Santa Sede por espacio de dos años y medio. El deseo que nos hemos propuesto llenar no nos permite in-

sistir por más tiempo en un desvarío que solamente los enemigos de la Iglesia han podido inventar, pero contra lo cual tenemos algunos argumentos invencibles en la historia y en la cronología. Nos basta haber manifestado que no hubo jamás autor ni escritor tan hábil y tan constantemente honrado con la confianza de los papas, como lo fué nuestro arzobispo de Gnesne. Sin duda alguna que el impostor que se ha atrevido á mancillar su reputacion y su obra, no lo hizo sino con la esperanza de dar algun crédito á una antigua fábula, que queria que pasase en un pueblo crédulo como si fuese una historia verdadera. — G. A.

POLONIA (Santa). Véase APOLONIA en el tomo primero de esta obra. Su fiesta se celebra el 9 de Febrero con la de otros santos mártires que sufrieron el martirio en Alejandría en el reinado del emperador Filipo. Los Santos Padres alabaron el valor de Santa Apolonia de arrojarse ella misma á las llamas en la hoguera que la prepararon para quemarla si no prestaba adoracion á los ídolos, porque presumieron que lo habia hecho así por inspiracion divina, y porque esta arrogante resolucion fué el efecto de una piadosa sencillez, que reconocia por principio el fervor y celo por la religion del Crucificado y la caridad, puesto que es un crímen horrible darse ningun fiel la muerte por sí propio. La vida es un bien de que nos ha hecho Dios depositarios y debemos conservarla cuidadosamente hasta que nos la pida, pues que dejarla sin su mandato expreso es un atentado contra sus más sagrados derechos. A vos solo, Señor, exclama un autor, somos deudores de la vida, á vos la consagramos todos los instantes, á fin de que despues de haber practicado en este valle de miserias toda clase de buenas obras, terminemos nuestra carrera como verdaderos discípulos de Jesucristo y en la esperanza de tener parte en la herencia del cielo.—C.

POLONIA (Fr. Juan Bautista), religioso de los padres menores capuchinos del Seráfico P. S. Francisco, predicador de la provincia de los Esguizaros, varon de vida perfecta y ejemplar, que así de dia como de noche gastaba muchas horas en el empleo de la oracion, y casi todo el año en los ayunos más rigurosos con que afligia su cuerpo para sujetarle al espíritu. Aunque en dicha provincia es singular la intension del frio, nunca le opuso otra defensa el austero varon que la de un hábito el más débil y despreciable, y por esto el ménos apto para el abrigo; en la última enfermedad, que le fué muy molesta, se manifestó viva imágen de todo género de virtudes. Porque habiéndosele formado y abierto muchas y dolorosas llagas, quedó de manera que ni recostado ni sentado podia tolerar los dolores, por lo que en los diez dias últimos de su vida estuvo siempre arrodillado sin sueño alguno; pero en continuas alabanzas de Dios, previniendo con indecible júbilo la angélica música y compañía á que ya le llamaba el cielo. Falleció en el convento de

su órden de Constanza, y concurrieron á sus exequias el arzobispo que es príncipe del Sacro Imperio, el clero, los nobles y pueblo, siendo muchos los que de cada una de estas clases solicitaban alguna reliquia de este santo varon. La cuerda con que se ceñia tocó á Ursula de Bodman, matrona ilustre, y fué despues medio eficaz de que algunos enfermos recobráran la salud. G. A.

POLONIA (B. Ladislao de), natural de Gielnovix, en el Palatinado de Sandomira del obispado de Gnegnesia, que bien instruido en las artes liberales y en santas costumbres en el siglo, tomó el hábito de la religion Seráfica del P. S. Francisco en lo más florido de su juventud. Era de entendimiento claro y despejado, y de una bellísima índole para el ejercicio de las virtudes, en las que con estas disposiciones y los extraordinarios auxilios de la gracia, hizo en breves años tales progresos, que del ejemplo pasó á la admiracion de los religiosos. Era tan devoto de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, que nunca se le borraba de la memoria, y la traia sellada en su corazon; de lo que resultaba que en todas sus obras, palabras y acciones se percibia y notaba el buen olor de Cristo crucificado. Todos sus sermones empezaban con estas palabras: *Jesus Nazarenus Rex Judæorum;* y proseguia formando de ellas tan oportunos conceptos para disuadir los vicios y persuadir las virtudes, que los doctos lo admiraban, los simples lo sentian, y en todos hacia maravillosos efectos. Fué tambien en alto grado devoto de la Reina de los Angeles, y para promover su culto y fijar en los corazones de los fieles la compasion de sus dolores en la pasion y muerte de su dulcísimo Hijo, compuso un pequeño pero notable tratado, que dió al público con mucha utilidad de las almas. Despues de haber gobernado su provincia por espacio de muchos años con igual discrecion y celo, hasta ancianidad muy avanzada; viéndole en ella los padres de la misma provincia, y que era justo que para el descanso de sus fatigas eligiese convento donde vivir con todo consuelo suyo, y con un compañero á su eleccion que le sirviese y cuidase, respondió con incomparable humildad: *Yo prometí obediencia hasta la muerte en la cruz, y penalidad de mi estado pobre y humilde; y no pienso apartarme de este propósito hasta morir crucificado con Cristo. En esta suposicion, disponga de mí la obediencia lo que mejor le parezca, sin respeto alguno á mi voluntad, que yo preparado estoy para obedecer en todo; porque en Cristo que me conforta todo lo puedo.* En esta perfeccion de vida puso glorioso fin á su carrera con una preciosa muerte. Luego que se publicó, concurrió á venerar su cuerpo toda la ciudad de Varsovia, en cuyo convento de la observancia tiene suntuoso y honorífico sepulcro, adornado de exvotos que han ofrecido los muchos interesados en el milagroso remedio de varios males y dolencias, obtenido por la intercesion de este siervo del Altísimo. Estos milagros

póstumos fueron tales y tantos, que juzgó el ordinario debia calificarlos con su aprobacion, como en efecto se hizo, formando de ellos procesos en toda forma jurídica para el efecto de su beatificacion en la Romana Curia.—G. A.

POLONIA DE JESUS, beata profesa de la órden de S. Agustin, y recoleta en el afecto; nació en Medina del Campo, de padres pobres pero honrados, que fueron naturales de la Nava de Rey, villa poco distante de la poblacion antedicha. En el siglo se llamó Polonia Perez, y despues ya religiosa, Polonia de Jesus. Apénas abrió en ella los ojos la razon, cuando Dios abrió liberal la mano, dándola ardientes deseos de consagrarse á su Divina Majestad en la religion agustiniana. Dispuso el Señor la fundacion de las Recoletas de Medina del Campo, á tiempo que ya Polonia habia tomado el hábito de beata de dicha religion. Aumentáronse las ánsias con que desde el principio se habia inclinado á los tesoros que Dios tiene escondidos en la clausura, y pidió á las madres el hábito. Fuéles de consuelo la inclinacion de persona tan á propósito para el rigor de su observancia, pero la pobreza, de que ningun convento se halla exento en su primera fundacion, las obligó á decirla: «que como buscase medios, la darian el hábito.» Hizo cuantas diligencias estuvieron á su alcance, y viéndolas todas frustradas, como le habia hecho grande impresion la recoleccion en el *alma*, y tenia noticia de un convento de recoleccion, que la religion tenia en Talavera de la Reina, adonde algunos de los recoletos se reformaron y dieron principio á la descalcez que profesaban los PP. Agustinos con grande reputacion y lustre de su religion; movida de impulso soberano, partió sola, aunque no de la asistencia del Señor, para Talavera, y aunque los incendios del sol, los afanes del camino y el mucho polvo que en la jornada le cubrió el rostro se le habian atezado grandemente, le aplicó en Talavera cierto zumo que se le denegrió de suerte, que ni sombra quedó en él de la belleza con que le habia hermoseado la naturaleza. Con este artificioso disfraz, y vestida de labrador, se fué al convento, que ya no tenia más del nombre de Recoleto, y pidió el hábito al prior, que lo era uno de los recoletos que se habia descalzado, y se llamaba Fr. Alonso de Castro, el cual, como prudente, le aconsejó que se quedase algun tiempo en el convento ejercitándose en obras, no solo humildes sino penosas, para que por la experiencia se hiciese capaz de si sus fuerzas podrian llevar el peso que le esperaba en la religion. A este tiempo la echó de ménos en Medina un hermano suyo, que salió á buscarla luego; y encaminado de Dios, como habia de ir á otra parte, se fué derecho á Talavera, y muy acaso fué á visitar á uno de los religiosos descalzos que habia conocido de la Observancia en Medina, y sabia que vivia á la sazon en el convento. Hizo esta visita el mismo dia en que tenian determinado darle el hábito á Polonia. Halló en casa al religioso que buscaba, y estándole refiriendo la

novedad que le habia sacado de su patria, llegó Polonia con una grande y pesada espuerta de tierra al hombro, y aunque tan demudada la conoció su hermano, y deshizo el engaño. Despues de este descubrimiento, inmediatamente la sacó del convento y la volvió á su patria y casa, adonde se restituyó al hábito de beata en que habia profesado, y se dedicó al servicio de Dios tan de veras, que afligió su cuerpo con rigorosísimas disciplinas, con tan severos ayunos, que de lo que la daban de racion, sustentó una pobre todo el tiempo que vivió. Pasaba de ordinario las noches en vela, y si daba al cuerpo un breve alivio, era echándose sobre lo desabrido de unos sarmientos. Duró su teson en este rigor de penitencia hasta que la dió la enfermedad de la muerte, que la fué labrando hasta el jueves santo de 1605, que recibió los sacramentos de la Iglesia con grande amor y reverencia. Al pasar la procesion aquella noche, como era de costumbre, por la puerta de su casa, se halló ya muy cercana al último aliento, y conociendo que pasaba en la procesion una imágen devotísima de nuestro Redentor Jesucristo, arrebatada de su amor, sin ayuda de nadie, se levantó de la cama y se fué á una ventana á darle adoracion, adonde arrodillada, puestas las manos y clavados en su Esposo los ojos, con grande alegría y llena de gozo abrió los brazos y le entregó el alma. El cuerpo de esta venerable y virtuosa beata tocaba á los padres descalzos referidos que tenian allí convento, mas el empeño que los de la Nava hicieron, los obligaron á ceder, y la enterraron en su parroquial, adonde hoy yace con grande veneracion de todos los habitantes de dicha villa y de los moradores de aquellos pueblos circunvecinos. —G. A.

POLONO (Fr. Benedicto), franciscano italiano, que vivió durante el pontificado de Inocencio X, y es elogiado en la Biblioteca Dominicana como autor de una obra latina, titulada *Acta Tartarorum*.—S. B.

POLONO (Fr. Estanislao), religioso franciscano, se distinguió mucho como orador, predicando con grande fruto en la Lithuania. Escribió: *Vida de S. Estanislao*, obispo y mártir, dividida en doce capítulos. —S. B.

POLOU (D. Damian), arzobispo de Rijoles, natural de Gandía. Estudió en la universidad de Valencia, en la cual fué discípulo de filosofía del doctor Felix Gaston; recibió el grado de maestro en artes; hizo oposicion á la cátedra de matemáticas con mucho lucimiento; y habiendo sido promovido al grado de doctor en ambos derechos, obtuvo cátedra de jurisprudencia civil y pavordía, en la santa metropolitana Iglesia de la expresada ciudad. Por los años de 1707 se trasladó al principado de Cataluña, y fué promovido á la dignidad de arcipreste de Altamura. En el año 1727 le propuso el emperador Cárlos VI para el arzobispado de Rijoles en Calabria, el cual tiene anexo el condado de Bova y la baronía de Castellace. Se consagró en Roma á 30 de Junio del referido año, y en 1749 estaba gobernando todavía

su iglesia con universal aplauso, por su erudicion y sabiduría, fervoroso zelo y compasiva piedad con los pobres. Las obras que ha publicado son estas: 1.ª *Carta latina circular á toda su diócesis, dada en Roma el mismo dia de su consagracion*, 30 *de Junio* de 1727. Se imprimió allí mismo por Bernabó, dicho año. 2.ª *Prima Synodus Diœcesana in Sancta Metropolitana Ecclesia Rhegina, celebrata feria sexta, Sabbato, Dominica XII, XIII et XIV, mensis Augusti MDCCXXIX.* En Nápoles por Nicolás Migliaccio, 1730, en 4.° mayor. 3.ª *Antiloquium ad Pastores in synodo congregatos habitum.* Esta oracion es un testimonio manifiesto de su abrasado zelo y altísima doctrina: al principio de la sínodo sobredicha, y á lo último de ella, se halla la obra siguiente: 4.ª *Appendix ad primam Synodum Diœcesanam, celebratam anno Domini MDCCXXIX.* Tambien en Nápoles dicho año, y por el mismo impresor. Despues de varios decretos, contiene unas constituciones santísimas para el gobierno espíritual y temporal de un seminario de clérigos, que hay en la ciudad de Rijoles, de quien es protector el arzobispo. A ellas se siguen dos títulos de decretos para el gobierno de las monjas, y concluye con un doctísimo diálogo entre el confesor y penitente, dirigido á los curas de su diócesis, siguiendo el ejemplo del grande arzobispo de Milan, S. Cárlos Borromeo, para que así ellos como los demás confesores, tomen aquel método para instruir á los niños y niñas, de cinco á seis años arriba, en el modo de confesarse y recibir la sagrada comunion. Casi todo está escrito en italiano.—G. A.

POLUS (Renaud Pole ó Pool más conocido con el nombre de). Así se llamó un cardenal y arzobispo de Cantorbery, que fué legado apostólico de Inglaterra. Nació en Marzo de 1500, en Stowenton-Castle, condado de Stafford. Por su madre Margarita, condesa de Salisbury, hija del duque de Clarence, hermano de Eduardo IV, perteneció á la casa real de Inglaterra. Despues de haber hecho sus estudios en Oxford, fué nombrado á la edad de diez y nueve años canónigo de Salisbury, dean de Exter, y otros beneficios, con cuyas cualidades fué á viajar por Italia, para lo cual le concedió Enrique VIII una pension de tres mil libras tornesas sobre la renta que le producian sus beneficios. Polus pasó cinco años en la universidad de Padua, en la que trabó íntima amistad con Bembo, Sadolet y otros distinguidos literatos. Visitó á Venecia, Roma y Florencia, y volvió á Inglaterra, en donde vivió por algun tiempo retirado de la corte, en la que solo aparecia por necesidad de su categoría algunas veces. Temiendo le obligasen á tomar parte en el famoso asunto del divorcio, se fué á refugiar á París en 1529, y Enrique VIII intentó en vano obligarle á emplearse con los doctores de la corte de Francia para que le diesen un dictámen favorable á su causa. Daba este príncipe grande importancia al sufragio de un hombre, que gozaba de tal

reputacion en ciencia y en virtud, y quiso obligarle á volver á su país, y á que se explicase con respecto á su matrimonio con Ana Boleya ó Bolena, como la llamamos los españoles, pero Polus no resistiéndose á volver á Inglaterra, declaró francamente al Rey en su presencia, que creia injusto su designio, y le predijo mil desastres, sin que pudieran seducirle de modo alguno, ni las ofertas que se le hicieron del obispado de Winchester ó el arzobispado de Yorck, ni intimidarle las amenazas del monarca, que encolerizado un dia al ver su obstinada resistencia, quiso darle de puñaladas. Habiendo obtenido Polus licencia para salir del reino, se dirigió á Italia, despues de haber vivido un poco de tiempo en Aviñon. Durante su permanencia en Pádua, el rey Enrique le mandó reconocer su supremacía espiritual, y como Polus se negase á ello, le privó de todos sus beneficios y de la pension que le pasaba; pero el Pontífice romano, deseando premir tanta virtud y abnegacion y tanto afecto á la Santa Sede, le consoló de aquellas pérdidas, elevándole á la púrpura romana, y nombrándole su legado en Francia y en Flandes, á fin de que tuviese que ir á Inglaterra, si la negociacion en que se hallaban el emperador Cárlos V y Francisco I, rey de Francia, se llevaba á cabo, la cual tenia por objeto, reconciliar á la corte de Roma con la Inglaterra. Rehusando el rey Enrique todo acomodo, no puso ya límite alguno á su resentimiento contra el cardenal Polus. Hízole declarar por el Parlamento reo de alta traicion, condenándole á una multa de cien mil escudos; obligó á la corte de Francia á expulsarle del reino, le rodeó de emisarios encargados de asesinarle, y ofreció cuatro mil hombres mantenidos á su costa á los estados de Flandes, en que se hallaba, si se le entregaban. Viendo esta tenaz persecucion el cardenal, se retiró á Viterbo, en donde el Papa le dió guardias que le librasen de las manos de sus asesinos. No pudiendo vengarse Enrique VIII en la persona de Polus, hizo condenar y ajusticiar como traidores á la condesa de Salisbury, su madre, al lord Montaigu, su hermano mayor y á muchos de sus amigos. El Pontífice le distrajo en cierto modo de la pena que le causaron estas desgracias de familia, valiéndose de él para arreglar sus asuntos con diversas cortes extranjeras, encargándole escribir contra el *Interim*, eligiéndole al propio tiempo por uno de los tres presidentes del Concilio de Trento. A la muerte de Paulo III, ocurrida en 1549, todos los votos designaban á Polus para su sucesor. Reunidos imperiales y españoles en un solo grupo, á las órdenes de Alejandro Farnesio, sobrino del último Papa, acordaron nombrarle; pero la Francia, que le creia afecto al Emperador, se opuso con mucho empeño á ello. El cardenal Caraffa, su antiguo amigo, vino á ser su rival, y se dice que empleó toda clase de intrigas para evitar que fuese elegido. A pesar de esto la mayoría del cónclave estaba por Polus, y cuando una noche fueron á cum-

plimentarle, respondió modestamente, que negocio de tanta importancia no debia ser una obra de tinieblas, y que era preciso para hacerla, esperar á la claridad del dia. Sus adversarios achacaron á indiferencia esta respuesta, y nuevas intrigas elevaron á la Santa Sede, segun la opinion de Mr. Tabarand, al cardenal del Monte, que tomó el nombre de Julio III. Abrazando el nuevo Papa á Polus, le dijo que debia á su humildad la preferencia; y obligó al cardenal Caraffa á que le pidiese públicamente perdon de cuanto habia dicho y hecho contra él. Retiróse despues Polus á un monasterio de la órden de S. Benito, cerca de Berna, en el que se entregó á la oracion y al estudio hasta el advenimiento de la reina María á la corona de Inglaterra el año 1553. Nombróle entónces Julio III su legado en Inglaterra, á fin de que trabajase cuanto le fuese posible para el restablecimiento de la religion católica. Su mision fué contrariada por Cárlos V, que le obligó á detenerse en Dillingen de Suabia, porque habiendo ideado casar á su hijo el príncipe de Asturias D. Felipe con la reina María, preveia que esta alianza por sí sola muy desagradable á los ingleses, seria más difícil de llevar á cabo si la proponia al propio tiempo que la reconciliacion de aquel país con la Iglesia católica. Por otra parte no ignoraba el emperador Cárlos la inclinacion que tenia la reina María al Cardenal, que solo era diácono, y que ella misma habia sondeado la voluntad del Pontífice, segun dice Mr. Tabarand, para que le dispensase las órdenes á fin de casarse con él. Ganó el emperador Cárlos á su partido al gran canciller Gardiner, que temia ser sustituido por el Cardenal, y nuevas órdenes le retuvieron en Bruselas hasta que se terminó el contrato de matrimonio de la Reina con D. Felipe. Como en este intervalo fuese á Francia para tratar de la paz entre Cárlos V y Francisco I, edificó á la corte con su virtud. Luego que le conoció bien Francisco I, se arrepintió mucho de haberse opuesto á su elevacion al pontificado. Removidos todos los obstáculos que se habian opuesto á su viaje, llegó á Inglaterra en Noviembre de 1554, é hizo su solemne entrada en Lóndres el dia 24 del mismo mes, y el 30 se presento al Parlamento con toda la ostentacion que exigia su dignidad. Despues de manifestar su apostólica mision, los miembros de ambas cámaras abjuraron de su error y recibieron de rodillas la absolucion general de su cisma. Marchóse despues de esto procesionalmente á la capilla Real, en donde se celebró este grande acontecimiento con un solemne *Te Deum*. Pocos dias despues fué el Cardenal ordenado de sacerdote y consagrado arzobispo de Cantorbery, desde entónces no se ocupó en otra cosa más que en reparar los desórdenes del cisma. En el Consejo privado tuvo que combatir á los partidos extremos, y por lo tanto violentos, que proponian al gran canciller Gardiner y al obispo Bonner, á los que debiera hacer más indulgentes su pasada conducta; pero su resentimiento contra

Cammer y sus partidarios les hacia pugnar para llevar con todo rigor las leyes antiguas contra las herejías. Polus se esforzó en hacer ver que el rigor llevado al extremo exaspera y aumenta el mal que se pretende evitar, y que debia hacerse diferencia entre un país que se extravia durante un corto período y aquel en que el error habia echado profundas raíces en todas las clases de la sociedad, razon por la que era preciso dar al pueblo el tiempo necesario y los medios suficientes para reconocerse y enmendarse. Si bien no tuvo la dicha de que prevaleciesen estas buenas máximas, logró al ménos preservar á su diócesis de las ejecuciones sangrientas que esparcian el terror en otras muchas. El mismo carácter conservó en todos los actos de su legacion, en la que jamás empleó más que medidas conciliadoras. Aquellos obispos y sacerdotes que, aunque afectos al cisma de Enrique VIII, no se habian prestado á los cambios introducidos en la religion bajo el reinado de Eduardo VI, fueron mantenidos en sus beneficios y funciones, y los demás fueron tambien reintegrados en ellas tan pronto como se probó su capacidad y conducta. Se repararon los defectos de las ordenaciones hechas segun el nuevo ritual; se obligó á los sacerdotes casados á separarse de sus mujeres y abstenerse de las funciones sacerdotales, sin destituirles por esto de sus plazas; y en fin, el Cardenal ratificó la propiedad de los bienes del clero en favor de los nuevos poseedores. Alarmado el pontífice Paulo IV cuando vió que Polus no fué á darle cuenta en persona del resultado de su legacion y que al efecto le mandó un secretario, le reprendió severamente por haber traspasado sus poderes sobre el último punto y revocó su comision; y no deberá extrañarse esto, sabiéndose que el cardenal Caraffa, que tanta guerra le hizo en el cónclave, era el mismo Paulo IV que no parece haber olvidado de pontífice, segun la opinion de Tabarand, sus resentimientos de cardenal con aquel que sin sus manejos y la voluntad de Dios se hubiera sentado en la silla de S. Pedro ántes que él. Desembarazado Polus de su cargo de legado, se entregó enteramente al restablecimiento de la disciplina eclesiástica, ya en asambleas del clero de su metrópoli, ya en un concilio nacional que celebró á este fin, en el que hizo discutir y formar reglamentos tan útiles como los necesitaban las circunstancias en que se encontraba el país. En medio de estos excesivos trabajos le acometieron unas cuartanas, que acabaron con su vida el 18 de Noviembre de 1558, al siguiente dia de la muerte de la Reina madre. En las últimas palabras que abrazado á un crucifijo pronunció, manifestó que preveia la série funesta de acontecimientos para la religion que habia de suceder despues de ambas muertes : *Domine, salva nos, perimus! Salvator mundi, salva Ecclesiam tuam!* Su cuerpo fué llevado á Cantorbery y sepultado en la capilla de Santo Tomás, que él habia hecho construir, con este sencillo epitafio: *Depositum car*

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

nalis Poli. Poseyó este célebre Cardenal, segun su biógrafo expresado, los talentos de un hombre de estado y las virtudes de un gran prelado. Su elevado nacimiento y sus cualidades personales, dice Colliers, le hubieran abierto el camino de la fortuna y la carrera de la ambicion, si la delicadeza de su conciencia le hubiera permitido prestarse á los cambios religiosos y políticos que tuvieron lugar bajo los reinados de Enrique VIII y de Eduardo IV. Tuvo adversarios, pero no enemigos. Fué de una conversacion agradable é instructiva, de un carácter franco y amable, que le granjeaba la confianza hasta de los mismos que combatian sus opiniones. El cruel suplicio de su madre, á la que amaba con frenesí y el de su jóven hermano, sacrificados á los resentimientos de Enrique VIII, le afligieron extraordinariamente, pero ni la menor expresion de venganza se le escapó contra el cruel tirano que los habia sacrificado. Si no obtuvo la gracia que pidió por completo, para los sicarios que el rey Enrique mandó á Viterbo para que le asesinasen, consiguió al ménos con sus ruegos que se dulcificase su castigo. Burnet atribuye el suplicio de Cranmer á la impaciencia de Polus para ocupar la silla de Cantorbery; pero Colliers, tambien historiador protestante, le justifica plenamente. Prueba que el legado habia escrito dos cartas muy delicadas y razonadas para obligar á este heresiarca en su prision á retractarse de sus errores á fin de que se librase del suplicio, y que Cranmer habia sido ya declarado reo de alta traicion en el asunto de Juana Grey ántes de la llegada del cardenal á Inglaterra, lo que le incapacitaba para seguir ocupando una silla que habia sido conferida á Polus por una bula de 11 de Diciembre del año anterior. Por otro lado, ya hemos dicho y se sabe por la historia inglesa, que las vias de rigor repugnaban extraordinariamente á su carácter, y que siempre opinó en el Consejo privado por las de la indulgencia. ¿Sería posible, dice Tabarand, que su moderacion natural fuese desmentida en esta sola circunstancia por la ambicion, él que bajo los anteriores reinados habia sacrificado todos los propósitos de este género á su delicada conciencia? Fuera de esta gratuita suposicion, Burnet le hace justicia diciendo que fué ilustre no solo por su saber, sino tambien por su modestia, su humildad y su excelente carácter. Conviene en que si los demás obispos hubiesen seguido sus máximas y guardado igual moderacion, la reconciliacion de Inglaterra con la Santa Sede se hubiera consumado á perpetuidad. No obstante de su modestia personal, Polus vivia en cierto modo con boato, y se presentaba con magnificencia siempre que aparecer debia con todo el esplendor de su elevada dignidad. Generoso, liberal y hospitalario, habia sabido establecer un órden admirable en su familia doméstica; y por medio de una prudente economía, logró los medios de ejercer su inmensa caridad con los pobres, de los que fué un verdadero padre espiritual y temporalmente. Los beneficios y gracias que dependian de su legacion, se daban

gratuitamente, y no permitia que sus criados y dependientes recibiesen regalos bajo pretexto alguno. Como escritor, se nota que trató de imitar á Ciceron, pero en esto fué inferior á Bembo y á Sadolet con los que tenia íntima amistad. Sus *Tratados dogmáticos* estan escritos con método y sencillez y con cierta elocuencia. Hay en sus escritos pensamientos brillantes, si bien algunas veces poco justificados en sus razonamientos, teniendo el defecto de mezclar con frecuencia alegorías poco convenientes á su objeto. Las obras que se conocen principalmente de este Cardenal son las siguientes: *Pro unitate Ecclesiæ ad Henricum VIII*; en fólio, Roma, sin fecha: esta edicion es sumamente rara, porque el autor procuró hacerla desaparecer con exquisita diligencia. En esta obra atacó Polus con suma energía al cisma de este Rey.—*Unitatis Ecclesiæ deffensio*; en fólio, inserta en el tomo XVIII de la *Biblioteca máxima pontificia*. Esta obra es la misma dicha anteriormente, edicion de Strasburgo, 1555, aumentada con un prefacio de Pablo Vergerio. —*Orazione de la pace a Carlo Quinto*; Roma, 1558, en 4.°, la cual escribió seguida á un discurso sobre la guerra. —*De Concilio*; compuesto despues de su legacion al Concilio de Trento y publicado en Roma, en 4.° en 1562, y en Lovaina, en fólio, en 1567.—*De Summi Pontificis officio et potestate*; Lovaina, 1569, en 8.° En estos dos últimos tratados sostiene que los Concilios generales reciben su autoridad del Pontífice romano, que era la opinion de su época y que lo es de muchos ortodoxos, por más que haya otros muchos de contraria opinion. — *Reformatio Angliæ*; Roma, en 4.°, años 1556 y 1562; Lovaina, 1569, en 8.°: esta es una coleccion de los estatutos que hizo durante su legacion en Inglaterra. — *Tractatus de Justificatione*; Lovaina, 1569, en 4.° —*De baptismo Constantini imperatoris*; Roma, 1562; Lovaina, 1569. —*Diversos Discursos*, pronunciados ya en el Parlamento, ya delante del Emperador ó dirigidos al papa Julio III. —El *Misal*, el *Breviario* y el *Ritual* de *Sarum* (Salisbury), revisado y publicado por él en 1554 y 1555.— Una *Coleccion* de muchos trozos de Ciceron. —*La vida de Cristóbal Longueil*, impresa al frente de las obras de este sabio. La Biblioteca del colegio inglés de Douai conservaba muchos manuscritos de Polus, que consistian en una coleccion de diversas actas de su legacion en Inglaterra.—*Epístolas varias* y otros escritos más ó menos imperfectos.—Beccadelli escribió en italiano la vida de este Cardenal, cuya obra, tradujo al latin Dudith, la que se tiene por la más fiel, pues que ambos fueron secretarios suyos; tambien existe una traduccion francesa. El cardenal Querini publicó tambien otra vida de Polus con muchas de sus cartas, en Brescia el año 1744 y 1757, en cinco volúmenes en 4.°, siendo en el quinto volúmen donde se halla la expresada vida por Beccadelli; pero segun Tabarand, todas estas vidas son muy inferiores á la que escribió Tomás Phillips en inglés,

de la que se han hecho dos ediciones, siendo la mejor la de dos volúmenes en 8.°, publicada en Lóndres en 1769. —B. C.

POLYCHRONIO, obispo de Apamea, hermano de Teodoro de Mopsuesto y discípulo de Diodoro de Tarso; vivia á fines del siglo IV y á principios del V. Compuso algunos comentarios sobre Job y Ezequiel, cuyos fragmentos se encontraron en las *Catenas griegas de S. Juan Damasceno*. Hay falsas actas de S. Sixto con Polychronio, que tienen las fechas posteriores á su muerte. (Du Pin, *Biblioth. de los Autores ecles. del siglo V.*) — G. A.

POLYDORO (Fr. Valerio), religioso franciscano, natural de Pádua, doctor en sagrada teología y artes entre los menores conventuales. Escribió: 1.° *Practicam Exorcistarum ad dæmones, et maleficia de Christi fidelibus expellendum;* Venecia, por Roberto Moreto, 1606; Colonia, 1626, en 8.°— Hay otra tercera edicion aumentada y corregida. — 2.° *Religiosas Memorias de la iglesia de S. Antonio de Pádua*, en italiano; Venecia, 1590, en 4.°— S. B.

POLYEUCTO, patriarca de Constantinopla, se habia hecho venerable miéntras era religioso por su sencillez, amabilidad y dulzura en su trato. Sucedió á Theophylacto el año de 956, y tuvo que tolerar disgustos por causa de que no le habia consagrado el obispo de Heraclea. No obstante, se opuso con gran denuedo á los injustos designios de Constantino Porphyrogenito; repelió de la iglesia á Nicéphoro Phocas, que ántes que muriera su primera mujer habia casado con otra segunda, y trató del mismo modo á Juan Zymisces, asesino de Nicéphoro. Este patriarca murió el año de 970. — G. A.

POMAR (Fr. José de). Fué hijo del maestre de campo D. Felipe, y de Doña Victoria de Foncillas, marqueses de Ariño, señores de Salillas, Burjaman y Armalech, etc., cuya divisa de las tres pomas rojas en oro es muy antigua y distinguida en Aragon. Recibió el hábito de S. Agustin en el convento mayor de esta Orden en Zaragoza, su patria, el 2 de Febrero de 1680, y en él profesó. En ella obtuvo el grado de maestro, lo fué tambien en artes y catedrático en la universidad de dicha ciudad desde 6 de Junio de 1692 y 26 de Abril de 1695. En 1697 desempeñó la cátedra de teología de Sto. Tomás, y despues el 11 de Abril de 1701, y luego el 13 de 1705. En 27 de Octubre de dicho año obtuvo la de Durando, de la que ascendió en 1711 á la de Biblia y la de vísperas, y en 24 de Setiembre de 1720 á la de prima de teología, en que se jubiló en 13 de Agosto de 1722, siendo del mismo modo ascendido en los empleos de gobierno. En 9 de Mayo de 1699 fué electo prior del referido convento, cargo que ejerció varias veces en beneficio de esta casa por su religiosidad y renta del pingüe violario que gozaba, como primogénito que fué de su casa. Fué tambien secretario de su provincia y ge-

neral provincial de Aragon, examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza y de otras diócesis, y predicador evangélico muy aceptable. Murió en dicho convento el 16 de Enero de 1735, habiendo dejado en él muchas memorias de su celo y beneficencia. Escribió: 1.° *Sermon de la conversion de S. Agustin, que dijo en el capítulo provincial celebrado en Zaragoza el 4 de Mayo de* 1705: en esta ciudad en dicho año.—2.° *Sermon en accion de gracias por el nacimiento del príncipe de España el Sermo. Sr. D. Luis de Borbon, que predicó en la villa de Epila;* en Zaragoza, 1707, en 4.°—3.° *Sermon que predicó en las honras que celebró la universidad de Zaragoza á la reina Doña María Luisa Gabriela de Saboya;* en Zaragoza, por los herederos de Manuel Roman, 1714, en 4.°— 4.° Otros *Sermones* que quedaron en el referido convento. Hace memoria de este escritor el cronista Jordan, tomo III de la *Hist. Augusta de Arag.*, omitiendo el tercer sermon, pág. 484, col. 2, núm. 29, págs. 105 y 106, col. 2, núm. 90. El Dr. D. Blas Antonio Nassarre, en la *Relacion de dichas exequias*, pág. 9, acordando sus méritos y nobleza de su casa, y uno y otro con extension. El P. Dr. Andosilla, provincial jesuita, en el sermon de exequias que predicó en 1735 cuando las celebró en su fallecimiento la referida universidad, el cual se imprimió en Zaragoza en aquel mismo año. — G. A.

POMAR (Fr. Martin de), religioso de la órden de la Merced calzada. En el año de 1317 era comendador de la casa de Calatayud, como consta en escritura de 6 de los idus de Julio del mismo. Fué muy notable religioso por su vasta ciencia, su respetable carácter y virtud solida. — A. L.

POMAR (Fr. Pedro), religioso mercenario á quien mencionan las crónicas por la activa parte que tomó en algunos acontecimientos de su Orden, siendo sin duda uno de los sugetos más útiles que en ella florecieron á principios del siglo XIV, en que la redencion de cautivos por el objeto especial de su instituto, se hallaba en estado de prestar mayores servicios á la patria en que habian nacido sus fundadores, y á la humanidad de que llegó á ser uno de los más gloriosos blasones. El P. Pomar, religioso mercenario, fué uno de aquellos ilustres varones, que dotado de la suficiente piedad para arrostrar toda clase de peligros y áun la misma muerte por salvar la vida de sus semejantes y volver al seno de sus familias á los desgraciados á quienes el furor de los musulmanes habia reducido á la esclavitud, atravesó los mares, recorrió extraños países y sufrió todo género de privaciones y áun insultos por conseguir los venerandos objetos de su sagrado instituto. Tomó parte en diferentes redenciones, siendo en todas ellas un modelo de humildad, paciencia y perseverancia religiosa, salvando millares de víctimas del furor agareno y consiguiendo volver á sus hogares y al seno de sus familias á los desgraciados que de ellas habian sido tan injusta como inhu-

manamente arrancados. En su país contribuyó tambien mucho al esplendor, trabajando por su fomento y procurando que en ella entrasen sugetos dotados de virtud y letras y de las demás cualidades que debian hacerlos dignos de figurar en los puestos á que por su carácter y circunstancias estaban llamados. Desempeñó diferentes cargos, y en todos mostró su capacidad y prudencia y los buenos deseos de que se hallaba adornado; tal vez hubiera llegado á más elevadas prelacías si sorprendiéndole la muerte cuando ménos lo esperaba, no hubiera dejado el que ocupaba por pasar á mejor patria á obtener el puesto debido á sus virtudes y merecimientos. Su órden cita su nombre con respeto, y nosotros hemos creido deber hacer de él esta mencion tan honrosa como ligera. —S. B.

POMARÉS (Dr. Ginés), valenciano: presbítero y beneficiado en la parroquia de Santa María de la villa de Elche. De este autor hace mencion D. José Vicente Ortí en el siglo V de la *Conquista de Valencia*, pág. 464, diciendo que en un teatro formado en la plaza del Mercado se representó con muy justas aclamaciones, la tarde del 12 de Octubre de 1738, una comedia compuesta por Pomares intitulada: *Las siete estrellas* del *Puche* y *Conquista de Valencia por el rey D. Jaime*. Se ignora si se imprimió. — A. L.

POMARICO (B. Andrés), confesor, religioso franciscano cuyo elogio hace Gonzaga con las palabras siguientes: «En la iglesia de este monasterio de Santa María de los Angeles yace sepultado Fr. Andrés, lego de profesion y muy distinguido por su santidad. Perteneció á una ilustre cuna y fué mayordomo de Carlos V, emperador de Alemania; pero fué todavía más ilustre por sus virtudes. Desde su entrada en la religion hasta el último dia de su vida ayunó á pan y agua, excepto cuando se lo impedia alguna grave enfermedad. Se distinguió además por su grande paciencia en los trabajos, brillando no ménos por su caridad á la que iban unidas todo genero de virtudes, por lo cual mereció se le hiciera sabedor del dia de su muerte, y de un incendio que no tardó en verificarse en aquella casa, partiendo al fin de esta vida con grande opinion de santidad. Su cabeza, que se halla escondida allí, es tenida en gran veneracion tanto por los religiosos como por los seglares. —S. B.

POMELLUS (Fr. Alejandro), religioso franciscano natural de Bolonia en Italia. Publicó: *Methodum syllogisticam, una cum tractatu de ratione affirmandi consequentias*; Venecia, por Cristobal Zanneti, 1572.— S. B.

POMERAYA (D. Juan Francisco), religioso benedictino de la congregacion de S. Mauro, célebre por su ciencia, nació en Ruan el año 1617, y á los veinte años de su edad entró en la congregacion de S. Mauro, atraido á ella por una verdadera vocacion de Dios, así como lo manifestó el modo

virtuoso y santo con que vivió en la clausura, donde observó siempre la regularidad más exacta, alejándose en todas ocasiones de admitir los empleos con que le brindaban, para de esta manera poder emplear todo su tiempo en el estudio, en el coro y en los demás ejercicios de piedad. Toda su vida se ocupó en componer obras útiles. El fué quien dió al público el año 1662 la *Historia de la abadía de S. Oüen de Ruan; y la de las abadías de Sta. Catalina y de S. Amando de la misma ciudad; la de los arzobispos de Ruan* el año de 1667, y en el de 1669 una *Coleccion de los Sínodos de esta diócesis*, y por fin en el de 1686 la *Historia de la iglesia catedral de Ruan*. Tambien hizo imprimir en el de 1682 un libro intitulado *Práctica diaria de la limosna*, para exhortar á los fieles á que diesen linosnas á los que la piden para los pobres. Además de las obras que hemos referido prometia asimismo otras, de las cuales se vió privado el público por su muerte, que sucedió en 28 de Octubre de 1687, casi á los setenta años de su edad. Habia dicho misa aquel dia segun costumbre, y habia ido despues de comer con el P. Prior de San Oüen á casa del docto M. Bulteau, en donde acometido de una apoplejía falleció á las diez de la noche.—G. A.

POMERIO (Fr. Alberto). Este venerable é ilustrísimo minorita, aunque no vistió el seráfico hábito de la santa casa convento de Santa María de Jesus, vulgo S. Diego de Alcalá, figura entre los hijos que la ilustraron. Era de nacion flamenco, y coronaban sus méritos y sus sienes la ilustrísima mitra de Trípoli. Vino este ilustrísimo varon desde Flandes á tratar graves negocios de aquellos estados con el monarca D. Felipe II. Concluidas las audiencias que sobre su comision tuvo con el Rey, renunció su obispado y se quedó en la santa provincia de Castilla; y para incorporarse en ella eligió el noviciado en el expresado convento de Santa María de Jesús, donde tuvo el año de la aprobacion, precisa circunstancia que piden los estatutos de dicha religion. Despues de este año preciso para la incorporacion, habiendo llenado de admirables virtudes el resto de sus dias, le llevó su espíritu á los retiros del convento de nuestra Señora de la Esperanza de Ocaña, recoleccion de la regular observancia de la provincia; donde murió santamente en el año 1574, dejando muy extendida fama de austeridad religiosa, é igual sentimiento de su pérdida en todos los que conocian sus elevados talentos de virtud, prudencia y sabiduría.—G. A,

POMET (Fr. Francisco). Solo sabemos de este religioso por el Sr. Torres Amat, en sus *Eseritores catalanes*, que fué monje en el célebre convento de la Murta del órden de San Gerónimo, y que fué predicador de mucha fama en el monasterio de San Lorenzo de su órden, en el Real sitio del Escorial, fundado por Felipe II en memoria de la célebre batalla de San Quintin, cuyo suntuoso monasterio se tuvo desde su construccion como la octava

maravilla del mundo, siendo hoy una de las principales joyas arquitectónicas de España, y un verdadero museo artístico por las bellezas y obras maestras del arte que encierra, razon por la que es visitado por multitud de extranjeros, que hallándose ya en Madrid, no quieren volver á su país sin andar las ocho leguas que dista de esta capital para admirar una obra que disfruta con justicia de fama europea. Escribió este P. Gerónimo la obra titulada *Commentaria in libros phisic. Aristotelis*; y una *Coleccion de sermones predicados en el Escorial*, cuyas obras dejó manuscritas y deben conservarse en la famosa biblioteca de este Monasterio, que pertenece al Real Patrimonio de nuestros reyes de España, y el cual está hoy al cuidado de una comunidad de sacerdotes, algunos de ellos antiguos monjes, bajo la obediencia del Ilmo. Sr. Claret, arzobispo de Trajanópolis y confesor de S. M. la reina Doña Isabel II. — B. C.

POMEY (Francisco), jesuita de quien habla M. Baillet en estos términos en el tomo II de sus *Juicios sobre los sabios*, etc. El P. Pomey pasaba por un gran recopilador, que reunia las cosas sin juicio y sin discernimiento. Se tienen de él entre otras obras un *Diccionario*, que llamó *Real*, francés y latino, y una compilacion de palabras bajo el título de *Indiculus universalis*: *el Universo abreviado*. Además de los dos libros de que hace mencion M. Baillet, el P. Pomey dió tambien al publico un tratado de las partículas, cuya última edicion se intitula las *Partículas reformadas*, para enseñar á los muchachos á traducir de francés en latin. *Pantheum mythicum seu fabulosa Deorum historia. Candidatus rethorices. Hermes grammaticus. Amaltheum poeticum. Amaltheum prosodicum. Pomarium latinitatis. Gradus ad Parnasum. Libitina ó tratado de los funerales de los antiguos en latin. Instruccion cristiana, ó Catecismo teológico. Flos Latinitatis. Coloquios escolásticos y morales.* El P. Pomey, murió en Leon el año de 1673 en el colegio de la Trinidad, donde fué mucho tiempo prefecto de las clases inferiores. —G. A.

POMIER, sacerdote protestante de San Maixaut, diócesis de Poitiers, se convirtió hácia el año de 1675. —A. L.

POMPADOUR (Godofredo de). La familia de Pompadour fué una de las más nobles é ilustres de la provincia de Limosin en donde se distinguia con el sobrenombre de Helie. A esta antigua casa perteneció nuestro Godofredo, el que sintiéndose con vocacion, abrazó el estado eclesiástico. Fué nombrado canónigo y conde de Lyon, abad de Cancelada y primer presidente del Tribunal de Cuentas de París. Se acreditó tanto en estos cargos, que mereció que en 1480 se le elevase á la silla episcopal de Perigueux. Desempeñando esta alta dignidad, fué acusado de haber tomado parte en el complot del duque de Orleans contra el rey Cárlos VIII de Francia, razon por la que fué reducido á prision con otras muchas personas; pero habiéndose justificado

á satisfaccion de la corte, fué trasladado al obispado de Pui, en el que murió en 1514. Tuvo esta familia algunos otros eclesiásticos como Ranulfo, que fué canónigo y chantre de la santa iglesia de Limoges y de Narbona en 1361; seguia, tambien canónigo de Limoges; La Finé Hélie, religiosa de la abadía de la regla en Limoges; Geofroi, obispo de Carcasona, que murió el 1.° de Enero de 1445; Antonio, obispo de Condam, muerto en 11 de Octubre de 1496; Roberto, dean de Angulema y abad de Terrason; Francisco, abad de Userche; Juan abad de Peyruze, Margarita, religiosa, Haberto, abad de San Manzin; otra religiosa llamada Margarita, y Ether, priora perpetua de las religiosas Bernardas de Tulles.—B. C.

POMPEYANO, obispo de Huesca, fué el segundo prelado que gobernó esta iglesia ántes de la conquista de los moros, sucedió á Vicente, primer obispo, en 770, sin que los historiadores hagan más que citar su nombre en el catálogo cronológico de los prelados de esta iglesia.—S. B.

POMPEYO (S.), mártir. Celebra la Iglesia á este Santo el dia 7 de Julio, con sus compañeros de suplicio Esiquio, German, Luciano, Papio, Peregrino y Saturnino, los que huyendo de Italia, su patria, en la persecucion del reinado del emperador Trajano, se fueron á Dura de Macedonia; pero al ver un dia crucificado en medio de la ciudad al obispo San Astio, se fervorizaron sus almas con tal entusiasmo, que empezaron á dar voces diciendo que ellos eran tambien cristianos, lo que les valió la corona del martirio que buscaron al hacer esta confesion, porque apoderándose de ellos los verdugos, los arrojaron al mar con pesadas piedras al cuello.—C.

POMPEYO, mártir. Tambien hace la Iglesia mencion el 14 de Diciembre de otro San Pompeyo, que sufrió martirio, el cual dice que fué obispo en el siglo II, asociándosele en el mismo dia con San Viator, obispo de Pavia en Francia en el mismo siglo.—C.

POMPONIO (San), obispo. Sin que los autores hayan podido averiguar la patria de este Santo, ni la fecha de su nacimiento, solo ha podido saberse que fué consagrado obispo de Nápoles en los primeros años del siglo VI de nuestra era. Denominóse á San Pomponio el obispo de las Abejas, porque habiendo infestado un terrible enjambre de estos insectos la ciudad de Nápoles, causando la muerte á la mayor parte de los que picaban, el Santo teniéndolas por una estratagema del demonio, las conjuró y desapareció tan funesta plaga en el momento. En su episcopado se crearon en Nápoles y en los pueblos de su diócesis una porcion de establecimientos piadosos y benéficos, pues San Pomponio estaba dotado de un corazon que ardia constantemente con el más vivo fuego de caridad y de amor á Dios, lo que le obligaba á cuidar con el mayor celo del bien de sus feligreses, aliviar por todos los medios posibles sus penas, y á ensalzar la religion del Crucificado. Murió

este santo Obispo en el año 536 de Jesucristo, el dia 14 de Mayo en que le celebra la Iglesia.—C.

POMPOSA (Santa), mártir. ¡ Dichosas vírgenes las que sacrificando á un esposo vírgen como ellas en la humana naturaleza, imitaron la virtud de tan celestial consorte, ofreciéndose en holocausto al Señor de los señores en desprecio de los efímeros goces de la tierra, y feliz país el que tuvo la dicha de producir séres privilegiados, que sabiendo subir por la escala de Jacob á las moradas celestiales, pudiesen ser eficaces procuradores de sus conciudadanos ante el trono de la divina justicia para alcanzarles gracia de salvacion! Entre los gloriosos procuradores que la católica ciudad de Córdoba tiene en el cielo, cuentan sus naturales á Sta. Pomposa, vírgen. Hija de nobles padres, aprendió desde su más tierna edad á conocer á Dios; y cuando ya se fortificó en la creencia católica y pudo su razon conocer lo que más le convenia para lograr su salvacion y participar de los goces de la vida eterna, entró á practicar la virtud en el monasterio de San Salvador de Peña Melaria, en el que adquirió con el ejercicio de la oracion y de las demás prácticas religiosas tal fortaleza de alma, que llegó á ser modelo de religiosa austeridad y de heróico sufrimiento entre las mismas religiosas sus compañeras. San Eulogio ensalza su humildad, y se siente fervorizado al hacer mencion de sus virtudes. Sabiendo la Santa el martirio de santa Colomba, se encendió de tal modo su religiosísimo corazon en amor de Dios, que ambiciosa de padecer y dar su vida por su Criador, se escapó secretamente del convento y se dirigió al palacio del gobernador musulman de Córdoba. Presentándose á éste, le manifestó con el mayor entusiasmo que era una cristiana consagrada al verdadero Dios, que Mahoma era un sectario del demonio y un impostor miserable, que arderia en los infiernos como todos los que habian seguido su maldita doctrina. La Santa que en esta provocacion no buscaba más que la corona del martirio que ambicionaba como la mayor felicidad á que podia aspirar, logró su intento, pues enfurecido el fanático Musulman al ver tratar tan malamente á su profeta, sin procurar disuadirla de modo alguno, mandó á los verdugos de que disponia que degollasen inmediatamente á aquella mujer. Alegre Pomposa al oir la sentencia y al ver que se preparaban los sayones á ejecutarla, léjos de insultar al inhumano juez, echó sobre él una mirada de compasion; rogó á Dios pidiéndole su conversion, y llena de gozo, levantó sus manos al cielo, dando gracias al Dios de las misericordias por haberla concedido cuanto deseaba. Arrodillada la Santa á la puerta del alcázar el 18 de Setiembre de 853, fué degollada, y su bendita alma voló á los brazos de su divino Esposo que la recibió con el cariño de un verdadero amante que conocia su puro y ardiente amor. Los verdugos arrojaron al Guadalquivir el cuerpo de la Santa

vírgen, pero unos pobres braceros cristianos, que lo advirtieron, le sacaron del rio y le dieron sepultura en un lugar conveniente recordado por los fieles.—C.

PONCE (Don), obispo de Oviedo y de Palencia, primero de este nombre. Unos quieren que sea de nacion francés, otros griego; lo cierto es haber sido el primero, que despues de la pérdida de España gobernó la Iglesia de Palencia, y á quien el rey Don Sancho y la reina Doña Elvira donaron el señorío de la ciudad con todas sus pertenencias, como consta de su privilegio, su data en el año 1037 del nacimiento de Cristo. La Historia Palentina dice que fué varon de señalada virtud, que era obispo de Oviedo cuando fué llamado para gobernar la diócesis de Palencia, y que las retuvo juntas; y considerando despues que no podia administrar dos iglesias, dejó la de Palencia y volvió á Oviedo. A esta ciudad se trasladaron en tiempo de este prelado desde la de Leon, el cuerpo de San Pelayo mártir, y muchas reliquias de santos, cuerpos de reyes, libros sagrados y otros pertenecientes á la enseñanza cristiana, porque Almanzor, rey de Córdoba, habia jurado por el Alcoran de Mahoma asolar la ciudad de Leon. Por este temor se llevó á Oviedo todo este sacro tesoro. El cuerpo de San Pelayo está en suma veneracion en el convento de su nombre, de religiosas Benitas. Tambien fué trasladado el de San Vicente mártir, abad del convento de San Claudio de Leon de religiosos de la misma Orden. En el año 1036, dice Fray Prudencio de Sandobal, en la *Fundacion del convento de San Pedro de Arlanza*, era obispo de Palencia Don Ponce, y que estuvo en este convento en 28 de Marzo con el rey Don Fernando y la reina Doña Sancha, que se habian retirado á tener en él la semana santa.—G. A.

PONCE (P. Fr. Alfonso), religioso del convento de Santa María de Jesus, vulgo S. Diego de Alcalá; tomó el hábito en dicho convento, provincia de Castilla, donde estudió y salió muy aprovechado en las sagradas letras. Fué religioso muy observante de su regla y puntual en la disciplina regular y ceremonias santas de la religion. Por tan relevantes prendas y excelentes cualidades, fué electo guardian del observantísimo convento del Castañar, donde gobernó con mucha virtud y discrecion. Estando empleado en este ministerio, atendiendo los prelados superiores á su gran zelo, prudencia y sabiduría, le enviaron por comisario general de la Nueva España. Padeció mucho en aquellas regiones, y mostró de una manera visible su virtud y paciencia en tolerar destierros y otras persecuciones injustas con ánimo invencible. Volvió á España, y fué guardian de dicho convento de Sta. María de Jesus de Alcalá, desde el año de 1594 hasta el de 1597, y fué su sucesor el M. Rdo. P. Fr. Cristóbal de Bobadilla, hijo de los condes de Chinchon. Permaneció nuestro venerable en este convento despues de esta guardianía,

como discreto más antiguo, que así lo manifiestan sus firmas en instrumentos de este convento hasta el año de 1600. Fué religioso de mucha autoridad para con todos por su santa conversacion, ejemplar vida y doctrina. Este siervo de Dios pasó á mejor vida por los años del Señor de 1600, muriendo santamente y con opinion de muy virtuoso. — G. A.

PONCE (Fr. Francisco). Se ignora absolutamente la Orden religiosa á que perteneció. Se le atribuye la siguiente obra: *Descripcion del reino de Chile*, en 4.° — A. L.

PONCE (Fr. Juan), religioso de la órden de la Santísima Trinidad. Fué prefecto en los conventos de Cuenca, Burgos, Salamanca y en otros puntos, maestro en sagrada teología, de costumbres irreprensibles, de vida santa y muy ejemplar, muy considerado en la religion por su ciencia, afabilidad y existencia laboriosa. Escribió con aplauso y grande utilidad para la enseñanza de los religiosos y religiosas de su Orden, las siguientes obras: *Jardin de monjas.* — *Del santuario insigne de nuestra Sra. de Tejeda*, y otros muchos opúsculos piadosos de gran mérito. — A. L.

PONCE (P. Miguel), jesuita español, fué natural de Peñarroya, pueblo del reino de Aragon, arzobispado de Zaragoza, hijo de padres pobres de los bienes terrenos, pero muy ricos de los celestiales, pues por su virtud merecieron tener por hijo un mártir de Jesucristo. A pesar de los pocos bienes de fortuna con que contaban, le instruyeron en las máximas cristianas de la religion del Crucificado, y viendo su buena disposicion y natural despejo, le enseñaron á leer y escribir y le dieron estudios. Despues de haber aprendido la lengua latina pasó á la universidad de Alcalá, en donde con suma pobreza estudió las artes y dos cursos de teología. Con estos estudios, viendo la imposibilidad de continuarlos, deseó entrañablemente entrar en la Compañía de Jesus, pero como era desconocido y no tenia mucho nombre como estudiante, fueron inútiles cuantas gestiones hizo, pues no pudo conseguir su intento. Andando con estos deseos en lo fervoroso de su pretension, llegó á Madrid el P. Procurador de la provincia de Filipinas para llevar personas á ella con el fin de propagar la religion en aquel país, y como estas escaseasen en aquellos tiempos, escribió al colegio de Alcalá que le avisasen si habia personas aptas que gustasen ir á las Indias á servir á Dios en la conversion de los infieles, porque las recibiria y llevaria á su provincia. Sabedor de esta nueva nuestro jóven Miguel Ponce, y viendo en ella la ocasion favorable de lograr muy pronto sus deseos de entrar en la religion de S. Ignacio de Loyola, se empeñó con los Padres del Colegio de la Compañía de Jesus de Alcalá, para que le dieran cartas de recomendacion para el P. Procurador de Filipinas ya indicado, á fin de que le admitiera entre los sugetos de la mision expedicionaria de que queda hecho mérito.

Obtenidas dichas cartas, partió á Madrid en busca de aquel á quien iban dirigidas, y como no le hallase por haber marchado ya á Sevilla, se dirigió á dicho punto á pie y mendigando, con sumo trabajo y pobreza, durmiendo en los campos y comiendo pan de lágrimas hasta que logró alcanzar á dicho P. Procurador y á sus compañeros de expedicion en Carmona, ciudad distante ocho leguas de la capital de Andalucía. Allí entregó sus cartas al venerable prelado, le expuso sus deseos y le refirió las penalidades y trabajos experimentados en el viaje á causa de la falta de recursos, el cual, si bien se compadeció de él y procuró regalarle caritativamente y tambien todos sus compañeros, no se atrevieron á recibirle viéndole tan estropeado, en tan mal estado y tan ennegrecido por los rigores de un sol abrasador. Grande fué su sorpresa y la aflicion de su corazon al ver frustrados sus deseos, elevando á Dios ardientes y fervorosas súplicas á fin de que por medio de su infinita misericordia le admitiese en su servicio, y fué oido de su Divina Majestad, porque el hermano que iba por compañero de los Padres, hizo grandes instancias para que no le despidiesen, sino que le recibieran por ayudante suyo, porque era absolutamente necesario en atencion á que por sí solo no podia atender ni desempeñar con la debida puntualidad todas las obligaciones que tenia á su cargo. Tomada en consideracion tan justa y acertada peticion, el bueno y humilde Miguel Ponce fué recibido por ayudante en los términos que lo habia solicitado, dándole esperanza de que si procedia bien le recibirian en la Compañía. Este medio tomó Dios para honrar la religion con la sangre de este mártir, el cual caminó con los Padres, sirviéndoles en todo cuanto le mandaban con la mayor prontitud, escrupuloso esmero, afabilidad y suma alegría. Se embarcó con ellos, y durante la navegacion hasta Méjico, hizo oficio de cocinero con tan singular acierto, que en breve logró captarse la voluntad de todos los de la nave, y en particular de los de la Compañía, estimando mucho su devocion y humildad y la aplicacion y solicitud en el desempeño de su oficio, el cual le ejercia tan bien, que parecia que siempre le habia desempeñado, pues cuando hay voluntad todo se encuentra fácil y asequible, y por el contrario, cuando esta falta en los oficios todo se dificulta. Agradecidos, pues, los Padres de su buen servicio y pagados de su virtud, le recibieron en la religion. Así que llegaron á la ciudad de Méjico le enviaron al noviciado, adonde estuvo cuatro meses haciendo una vida ejemplar hasta que llegó el tiempo de embarcarse en Acapulco, y en esta navegacion prosiguió su oficio de cocinero con la misma humildad y agrado que ántes. Llegado que hubo á Manila, acabó sus estudios y se ordenó de sacerdote, dedicándose á la conversion de los indios; y como era tan fervoroso y alentado, diéronle los superiores la residencia de Palapag en la isla de Ibabao, la más remota y trabajosa de todas, adonde estuvo once años enseñando y predi-

cando, catequizando y bautizando los indios de aquellos pueblos á costa de inmensos trabajos y con peligro inminente de su vida. Aprendió luego su lengua con tanta perfeccion, que la sabia como ellos, imitando su tonillo y modo de pronunciarla, con que los ganó de manera que le amaban y querian todos como á su propio padre; y ganadas las voluntades, le obedecian y seguian, y tomaban su doctrina y santos consejos con sumo gusto, apartándose de vicios y haciendo obras de caridad, practicando la virtud, logrando trocar aquella selva inculta, habitada hasta entónces de indios agrestes y bárbaros, en un celestial paraíso de hombres racionales y cristianos virtuosos, que guardaban con vigilancia la ley santa de Cristo. Pero sobre todo, lo que más los cautivó fué el ejemplo de su vida, porque fué un hijo verdadero de S. Ignacio, santo, humilde, modesto, afable, caritativo, penitente, mortificado y obediente, y un dechado de virtudes. Todos los dias se disciplinaba hasta derramar sangre. Andaba continuamente vestido de silicio. Su comida fué siempre muy parca y muy frugal, y nunca bebió vino ni leche, porque decia que le causaban sueño, del cual fué siempre capital enemigo, pasando las más de las noches en oracion, leccion y ejercicios espirituales, y los dias en practicar obras de caridad, así espirituales como corporales, con los prójimos. Fué extremada su humildad, teniéndose siempre por el menor de todos y por indigno de estar en la Compañía. Le dieron el grado de coadjutor espiritual, y juntamente el rectorado de aquella residencia, y respondió con mucho rendimiento que no tenian necesidad los superiores de consolarle con el rectorado por el grado que le daban, porque él le recibia con mucho agradecimiento, reconociendo que le hacian muchísima merced en darle lo que no tenia merecido; y no quiso admitirlo por juzgarse indigno de él, y deseando ser súbdito de todos ántes que superior de alguno; pero los superiores de la provincia le ordenaron y aconsejaron que aceptase el expresado cargo, porque así convenia á la mayor honra y gloria de Dios y bien de la Compañía; y el obediente y siempre humilde religioso admitió el cargo que hasta entónces con tanto empeño rehusára, y se dedicó á servir á todos como si fuera su esclavo, lo cual notaron hasta los mismos indios, viéndole tan sumiso y complaciente, pues porque descansáran los demás se ocupaba con gran gusto y alegría en el trabajo que ellos tenian que hacer, y algunas veces lo verificaba hasta con exceso. Finalmente, habiendo cumplido los cuarenta y cuatro años de su edad y diez y ocho de religion, le dió nuestro Señor la corona de sus merecimientos con el laurel del martirio en la forma siguiente. Habia en su pueblo un indio anciano, que se llamaba Agustin Somoroy, de mucha autoridad entre ellos, porque el Padre le habia hecho caudillo y capitan de los demás y le habia libertado de tributos, que es cosa de mucha estimacion entre los indios; y aunque sus principios fueron humildes y pe-

queños, habia subido á la suprema dignidad. Este era hijo de un indio hechicero y sacerdote de los ídolos que adoraba aquella gentilidad, y con la sangre habia heredado sus costumbres y abrigaba las falsas creencias de sus padres, haciendo alarde y uso á la vez de sus hechicerías, con las que se hacia temer de todos. Era dado asímismo á toda clase de vicios, y en especial á las borracheras y lascivias de los indios, y esto último en tanto grado, que dejada su propia y legítima mujer, estaba amancebado con otra de quien tenia algunos hijos; pero era tan sagaz y tan disimulado, que supo con fingimiento y apariencias de buen cristiano encubrir al P. Miguel Ponce estas maldades. Como era consiguiente y de esperar, se hizo pública la conducta del indio en cuestion; y llegando á oidos del P. Ponce sus defectos, le reprendió con santo celo, amonestándole para que dejase la vida de amancebado y cumpliera con las obligaciones que el matrimonio le imponia. No bastando las paternales amonestaciones á conseguir tan laudable objeto, el expresado Padre le amenazó con castigos, y de hecho le quitó la manceba y la envió á lejanas tierras para excusar el pecado y cortar de raíz tan criminal proceder. Esta medida tan acertada y digna de elogio indignó sobre manera al malvado hechicero, quien juntando sus parientes y amigos, y los indios poderosos que andaban malcontentos con la sujecion de los españoles y el yugo de la ley de Cristo, que les vedaba sus vicios, concertó con ellos el infame proyecto de renegar de la fe de Cristo y volver á sus idolatrías y á los vicios que las acompañan, matando al efecto al P. Miguel y á todos los religiosos de la Compañía que en aquella residencia predicaban y defendian la fe de Jesucristo. El indio mencionado tenia un hijo que se llamaba Somoroy, á quien persuadió que como mozo y valiente se encargase de la proyectada empresa, ofreciéndose los demás á acompañarle, y el hechicero á darles á todos libertad con el favor de los holandeses, enemigos de los españoles. Dos meses gastaron los conjurados en apercibir armas y alistar gente para su apostasía y levantamiento, el cual no pudo ser tan secreto, que no le supiesen algunos indios más fieles á Dios y á los Padres. Entre los que tuvieron noticia de semejante atentado fué una devota india, maestra de las niñas del pueblo, y de las más principales, quien dió parte de todo lo que pasaba al P. Miguel, rogándole encarecidamente con lágrimas en los ojos que guardase su vida y se pusiese en salvo con tiempo, pues trataban de matarle y corria riesgo su existencia. Lo mismo avisaron á un hermano donado español, que servia en el colegio, quien dió inmediatamente cuenta al padre rector, Miguel Ponce, de la conjuracion que tan de cerca les amenazaba, advirtiéndole asimismo el inminente peligro en que se hallaban si no se ponian á cubierto de las asechanzas de sus perseguidores. Enterado de todo el siervo de Dios, de que nos venimos ocupando, se encomendó muy

de veras el Supremo Hacedor de todo lo criado, y poniéndose en sus manos se resolvió á no desamparar su ganado ni huir como pastor mercenario, dejando las ovejas de Cristo en las bocas de los lobos, sino como verdadero y buen pastor, apacentarlas y guardarlas hasta dar la vida por su rebaño. Con esta resolucion esperó á los enemigos, los cuales vinieron armados como los verdugos y sayones cuando prendieron á Cristo, y á cosa de medio dia entraron con violencia en la casa convento, que servia de morada á aquellos santos y religiosos varones, que con tanto celo habian cultivado la viña del Señor en aquella Isla, siendo el resultado de sus vigilias y afanes la conversion al cristianismo de muchos de los infieles que allí nacieron. Subiendo el P. Miguel por la escalera del convento, fué visto por el indio Somoroy, caudillo y cabeza de motin, como queda dicho, y saliéndole al encuentro é interceptándole el paso, le atravesó el corazon con su lanza, de cuyas resultas cayó muerto instantáneamente á los pies del inhumano y cruel asesino. El hermano donado, cuando sintió el estruendo fatal, se retiró lo mejor que pudo con otros dos padres sacerdotes que habia en el colegio, y en compañia de algunos indios católicos huyeron á otros pueblos apartados, mas la rabia y desesperacion de los enemigos de Cristo, no paró en quitar la vida al inocente P. Miguel Ponce, sino que como toda su ojeriza la tenian con Cristo y con su santa fe, y tambien con los que la predicaban, muerto ya el indicado prelado, y no encontrando otros sacerdotes que sacrificar, emplearon sus armas en destruir las imágenes y profanar su santo templo. Dominados por esta idea de barbarie, entraron en la iglesia, se apoderaron del colegio, acuchillaron, hirieron, pisaron y ultrajaron cuantas imágenes hallaron dentro de aquel recinto, tomaron los cálices y vasos sagrados para sus borracheras y cínicas orgías, hicieron turbantes y bandas de los ornamentos y colgaduras, y por último, pusieron fuego á la iglesia y la abrasaron, reduciéndola á cenizas para que no quedase memoria del nombre de Cristo. En medio de tan atroz y sacrílego proceder, sucedió una cosa admirable, y fué que viendo un indio devoto abrasarse el templo de Dios, dolorido su corazon de que pereciese en el incendio una imágen de nuestra Señora, que era la devocion y consuelo de aquella cristiandad, entró por medio de las llamas y la sacó sin lesion, y la llevó á su casa, adonde la puso con la mayor veneracion que pudo, convocando á los indios católicos para adorarla y darla el culto correspondiente y debido. Los bárbaros prosiguieron su levantamiento, acometiendo á los demás pueblos de la Isla, abrasando los templos y ultrajando las imágenes, y profanando los vasos y ornamentos sagrados, y haciendo gran carnicería y mortandad en los fieles, pero no se fueron sin castigo, porque vinieron los gobernadores españoles, con ejército formado, los cercaron y vencieron, y sujetaron con

muerte de muchos. El malvado Somoroy, que mató al santo mártir, fué degollado por un indio, y puesta su cabeza para escarmiento de todos en parte pública con oprobio eterno. Este dichoso fin tuvo el bendito P. Miguel Ponce, muriendo como valeroso capitan de la milicia de Cristo por su santa fe, firmando con su propia sangre la doctrina evangélica que predicaba, á la temprana edad de cuarenta y cuatro años, segun queda dicho, y en el de 1648, cuyo dia cierto no se sabe.—G. A.

PONCE (Pedro de), monje benedictino de Oña. Nació hacia el año 1520 en Valladolid, y es tenido por el primer inventor conocido del arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos. Tuvo ocasion de ocuparse de este cuidado con motivo de un tal Gaspar Burgos, que no habiendo podido entrar en un convento en calidad de hermano lego, por ser sordo-mudo, Pedro Ponce se encargó de instruirle, encontrando el secreto de hacerle hablar, de modo que el hermano pudo confesarse, y segun Ambrosio Morales llegó á ser hábil para las letras componiendo varias obras. El mismo historiador Morales dice que Ponce habia instruido á dos hermanos y una hermana del condestable, como tambien á un hijo del Justicia mayor de Aragon, los cuatro sordo-mudos de nacimiento, y añade que no solamente sus discípulos escribian muy bien una carta con toda perfeccion, sino que tambien respondian de viva voz á los asuntos que su instructor les preguntaba por signos ó por escrito. Tambien dice Morales que fué testigo del hecho, añadiendo que este cenobita llevó á su perfeccion el arte de enseñar á los sordo-mudos. Por último, nosotros no tenemos ningun detalle sobre su método, sino el que Vallés ó Valesio ha trazado acerca de las letras del alfabeto, enseñando la pronunciacion por el movimiento de los labios y de la lengua, y despues de haber formado las palabras, hacia ver á sus discípulos los objetos que designaban. Sus sucesores no le son deudores de la certidumbre de que pueden aprender los sordo-mudos las lenguas, las letras y las ciencias; porque segun dice, todo se lo enseñaba á sus discípulos. Este religioso murió en 1584, sin haber escrito nada sobre el método de instruir á los sordo-mudos. Juan Pablo Bonet es el primero que ha publicado una obra sobre este asunto, titulada: *Reduccion de las letras, y arte para enseñar á hablar los mudos*; 1620, en 4.°—G. A.

PONCE (Fr. Pedro), natural de la ciudad de Utiel, que corresponde al territorio privilegiado de la provincia de Cuenca, religioso de la órden de la Santísima Trinidad, maestro en sagrada teología, llegando á ser por sus recomendables circunstancias, ciencia, laboriosidad, carácter respetable y suma observancia, ministro en el convento de Madrid en varias ocasiones. Escribió: *Historia y milagros de Ntra. Sra. de Tejeda. Tratado de la oracion mental y de las tres vias;* Valencia. Esta obra, de gran mérito, sábese de ella

por noticias comunicadas desde Roma por el Padre Maestro Fr. Francisco de Arcos, religioso de la misma Orden de la Santísima Trinidad. — A. L.

PONCE ó PONCIO CARBONELL, religioso de la sagrada Orden de los Menores. El bienaventurado Fr. Ponce Carbonell, segun algunas conjeturas, fué de nacion catalan y natural de la insigne é ilustre ciudad de Barcelona, en donde nació por los años del Señor de 1260, gobernando la Iglesia el sumo pontífice Alejandro IV, y reinando en Castilla el rey D. Alonso *el Sábio*, y en Aragon D. Jaime *el Conquistador*. Siendo todavía de corta edad, y viendo á lo que se cree el peligro grande en que estan los del mundo, quiso dejarle con todas sus pompas y entrar en la religion. Florecia entónces la seráfica órden del gloriosísimo patriarca y padre de los pobres S. Francisco, gran seminario de santos y cortesanos del cielo, y pareciéndole al bendito Ponce aquel estado conveniente para recogerse en él y dar de mano á las cosas mundanas, tomó su santo hábito é instituto, á lo que podemos entender, por los años 1278 ó poco ántes, en cuya nueva vida hizo tantos progresos en los ejercicios de virtud, y se aplicó tanto al estudio de las letras, que logró en poco tiempo créditos de docto y religioso, y por sus singulares prendas mereció ser asignado, junto con otros minoritas del convento de Barcelona, para maestro y director de S. Luis, obispo de Tolosa, que desde el año de 1288 hasta el de 1295 estuvo preso en Barcelona en rehenes de su padre el príncipe de Salerno, segun afirman Zurita al año 1288, capítulo 104 de sus Anales, Mariana, tomo I, libro XIV, cap. II, y Wadingo al año 1288, núm. 26, y 1295, número 4. Los eruditísimos autores de la *Biblioteca Dominicana* dudan de este magisterio del P. Poncio, fundados en la conjetura de que no es creible que el rey de Aragon, enemigo capital del rey de Nápoles por las pretensiones al reino de Sicilia, diese á S. Luis por maestro en su prision á un vasallo suyo como lo era el P. Poncio. Pero si las cosas se miran con equidad, se verá claramente que estos sabios escritores, empeñados en impugnar al Padre Alba más de lo justo, llevaron la crítica hasta el extremo en la ocasion presente, pues por sola una leve conjetura quieren debilitar el testimonio de los autores antiguos, y la constante tradicion de más de trescientos años. Primeramente, que en aquellos siete años que estuvo S. Luis preso en Cataluña, tuviese por maestros en las letras humanas y divinas, y por directores de espíritu á los religiosos minoritas, lo afirman con toda expresion el anónimo autor de la vida del Santo, que fué su familiar y doméstico, y el papa Juan XXII, uno de los maestros de S. Luis, y testigo en vida y muerte de sus prodigiosas virtudes, en la bula de la canonizacion del Santo, expedida el año de 1317 y primero de su pontificado, y que uno de estos minoritas fuese el P. Poncio Carbonell es comun sentir de los escritores así nacionales como extraños. El primero, segun se cree, que nos dejó escrita esta noticia,

fué el célebre Bartolomé de Pisa, que floreció en el mismo siglo que el Padre Poncio, y ántes de escribir la relacion de la vida de S. Luis habló con los que conocieron al Santo, por cuyas circunstancias en todo rigor de crítica se le debe reputar por autor contemporáneo, aunque sea para los negocios más graves y delicados de la Iglesia. Este venerable varon, que siendo ya de edad avanzada escribió su preciosa obra de las *Conformidades* por los años de 1385, y mereció que fuese solemnemente aprobada por todo el capítulo general de Asís de 1399, trata del P. Poncio en varios lugares de ella, y siempre con la expresion de haber sido maestro de S. Luis en compañía de otros muchos minoritas, que no nombra ó porque ignoraba sus nombres, ó porque quiso hacer este particular honor á la venerable memoria del Padre Carbonell, que se habia hecho célebre en aquel siglo por sus admirables virtudes y prodigiosa sabiduría. Al venerable Pisa siguen comunmente todos los escritores: Lisboa, Gonzaga, Rodulfo, Sedubio, Wadingo, Leguile Cornejo, Hebrera, Antonio Vicente Dominicano, D. Nicolás Antonio, los Bolandos, y otros que se omiten por evitar prolijidad y pueden verse en los citados, sin que sepamos se halle autor que dispute esta gloria á la nacion catalana, que entre los mayores timbres que la ilustran, cuenta este de haber sido maestro en las letras y en el espíritu de un San Luis, obispo de Tolosa. La razon de los ilustres escritores dominicanos se funda en una equivocacion y supuesto falso. Ningun autor franciscano ha escrito que el rey de Aragon señalase por maestro de San Luis al P. Poncio, ni para esto era necesario el nombramiento del Rey; bastaba su licencia, su permision, su tolerancia. Con esta sola pudo muy bien el Santo comunicar con los religiosos minoritas del convento de Barcelona, á cuyo instituto fué desde sus primeros años sumamente aficionado y devoto; y á peticion suya señalar el prelado franciscano al P. Poncio, junto con otros religiosos doctos, para su maestro y director, en lo que no hallamos dificultad alguna; á no decirse que al Santo preso se le prohibió con tanto rigor el tratar con los religiosos catalanes, que ni para desahogo de su conciencia se le permitiese comunicar con ellos: pero esto además de no parecer creible á un rey católico y piadoso como lo era el de Aragon, es manifiestamente contrario á la verdad: porque de la historia del anónimo y de la bula de la canonizacion del Santo de que se hizo arriba mencion, sabemos que en el tiempo en que San Luis estuvo preso, tuvo siempre en su compañía religiosos minoritas con los cuales comunicaba las cosas de su conciencia, y ellos le acompañaban en sus devotos ejercicios. No hay pues fundamento alguno para disputar al V. P. Poncio esta gloria de haber sido maestro de San Luis, hallándose contestado por otra parte del comun de los escritores, y lo que es más, de autor vecino á aquellos tiempos, y tan grave como el P. Pisa, de cuya autoridad no es lícito dudar, como tam-

poco dudan los grandes críticos continuadores de Bolando; que ántes bien con la relacion de este gravísimo escritor ilustran la *Historia de San Luis*, que escribió el citado anónimo. Ocioso parecerá á algunos el habernos detenido tanto á vindicar un punto tan notorio, pero la gran reputacion que justamente se han adquirido para todos los doctos los ilustres autores de la *Biblioteca Dominicana* por su exquisita erudicion y acendrada crítica, nos obligó á esta detencion, para dar satisfaccion á su duda, y dejar afianzada la noticia del magisterio del P. Poncio. Sigamos ya la cronología. A los principios del siglo XIV hallamos otro discípulo insigne de nuestro sabio catalan. Este es el infante Don Juan, hijo tercero del rey Don Jaime II de Aragon, príncipe celebrado en la pluma de todos los escritores por su gran piedad y literatura, segun refiere el segundo analista de Aragon, Zurita, en los *Indices latinos* el año de 1334. Parece que la Divina Providencia tenia destinado al V. P. Poncio para maestro de príncipes y santos; pues no bien satisfecha la actividad de su celo con haber sacado en S. Luis un perfecto modelo de santidad, quiso ahora ejercitarla de nuevo en la instruccion de este príncipe, que con las luces de tan gran maestro supo copiar en su alma á esfuerzos de la gracia las virtudes de su santo tio. No faltará acaso quien tenga por fábula este magisterio del P. Poncio, por no hallarse noticia de él en los escritores de la nacion; pero nosotros, que tenemos presentes las obras de Carbonell, no podemos negarle esta gloria en vista de las dedicatorias de sus comentarios. Por ellas consta que con el infante D. Juan tuvo el V. Poncio larga y frecuente comunicacion, y que la instruccion de este príncipe jóven fué la ocasion de dedicarse á escribir tantas y tan interesantes obras como las que nos dejó escritas. La primera de estas fué la *Exposicion sobre el libro de Job*, compilada de los Morales de S. Gregorio, que ofreció al infante cerca de los años de 1318, la cual volvió á remitirle segunda vez por los años de 1330, siendo ya el infante patriarca, ilustrada con un breve comentario literal sacado de las obras del célebre Nicolás de Lyra, que ya habia por aquel tiempo concluido su *Postilla*, de la cual se aprovechó el P. Poncio para ilustrar sus escritos. Desde el año de 1319 hasta el de 1329 gobernó el infante D. Juan la iglesia de Toledo, como su arzobispo; y en este tiempo le dedicó el P. Poncio su *Exposicion sobre los Salmos* que se halla en el tomo III de sus obras. Asimismo le ofreció los *Comentarios del Apocalipsis, cánticos de Salomon y profecías de Daniel*, todos tres juntamente, como el mismo autor lo expresa en la dedicatoria del citado libro del Apocalipsis, que se halla en el tomo VI y este códice escrito en pergamino en un tomo fólio, que contiene las tres referidas exposiciones, estaba en Barcelona á los principios del siglo anterior en la librería de D. Raimundo Dalmases, donde le vió y examinó el P. Fr. Pedro de S. Buenaventura, hermano del reverendo P. Fr. Juan de San Antonio,

como lo escribe este en su tomo II de la *Biblioteca Franciscana*, y Petrus N., pág. 463; bien que erraron uno y otro en pensar que se llamaba Pedro el autor de aquellos comentarios, porque las mismas señas que dan del códice de Barcelona, manifiestan claramente que su legítimo y verdadero autor es el P. Poncio Carbonell; y parece copia del original que presentó al infante arzobispo, aumentada despues por su autor con el tratado de las edades del mundo y el Antecristo, y el catálogo de los emperadores y pontífices romanos hasta Benedicto XII. Desde el año de 1329 hasta el de 1334, en que gobernó el infante la Iglesia de Tarragona con el título de Patriarca de Alejandría, le ofreció el P. Poncio segunda vez ilustrada, la *Exposicion sobre Job*, de que hablamos arriba, y el famoso *Comentario sobre los Evangelios*; y desde este tiempo hasta el año de 1350 escribió los *Comentarios sobre el Pentateuco*; *Libros historiales y sapienciales sobre los Profetas mayores y menores*, *Epístolas de San Pablo y canónicas*, *y sobre los Hechos apostólicos*, los cuales se hallan en los tomos 1.°, 4.°, 5.°, 6.° y 8.° de sus obras. Esto consta así del *Tratado de las Edades del mundo y del Antecristo*, escrito el año de 1333, como tambien de que en muchos de estos Comentarios cita en el mismo texto á Nicolás de Lyra y á Guillermo Brito, que florecieron por este tiempo, como ántes dejamos observado. Garibay, en el libro XIV de su *Compendio historial*, cap. III, y el P. Hebrera en el lugar citado arriba, escriben que el infante D. Juan fué creado patriarca de Alejandría el año de 1326, y Zurita en el tomo II, libro VI, cap. LXXV, afirma que esto sucedió en el de 1327, á 1.° de Setiembre; pero ni uno ni otro pudo ser, porque como observó el ilustrado Wadingo al año 1328, núm. 21, consta de las cartas del papa Juan XXII, que en el de 1328 aún era arzobispo de Toledo el Infante. Esto mismo confirma el epitafio de su sepulcro, en el cual se dice que murió el año de 1334, á los treinta y tres de su edad, y habiendo sido nombrado patriarca á los veintiocho, se infiere que fué en el de 1329. Por este mismo tiempo fué nombrado el venerable Poncio ministro provincial de Aragon, cuya provincia se extendia entónces por los reinos de Aragon, Valencia, Navarra, Cataluña y las islas de Mallorca, Menorca, Córcega y Cerdeña; y en esta forma concurrió á la junta, que tuvo en Aviñon, año de 1336, el sumo pontífice Benedicto XII, y al capítulo general de Cahors en el siguiente de 1337, que tambien queda referido. Concluido el capítulo, y vuelto, como es verosímil á España el P. Poncio, prosiguió escribiendo sus obras y haciendo correcciones y adiciones á algunos de sus comentarios hasta el año de 1342, como se colige del *Catálogo de los Sumos Pontífices*, que se halla en el tomo IV de sus obras al fin del *Libro II de los Macabeos*, y concluye en Clemente VI, que fué electo en 7 de Mayo del año citado de 1342. Y despues de tan señalados servicios hechos á la Igle-

sia, á su patria y á su religion, lleno ya de dias y merecimientos, falleció en su convento de Barcelona por los años de 1350 á los noventa de su edad, dejando por sus virtudes y doctrina fama inmortal á los siglos venideros. Esta es la série cronológica de la vida de este insigne varon y la fecha de sus obras que hemos juzgado la más exacta y más conforme á la verdad, despues de haber examinado con toda diligencia y atencion sus mismos escritos, las actas públicas de la Religion Franciscana, y las memorias que nos han quedado de aquellos tiempos en los Anales de la nacion. El doctísimo Wadingo, á quien siguen otros muchos, como testifica el P. Hebrera, parte primera, libro II, cap. LIV, escribe que el venerable P. Poncio murió en la cárcel del convento de Narbona consumido de trabajos y penalidades, por no haber querido entregar los libros que tenia de Fr. Pedro Juan de Oliva, notados de sospechosos en la fe, como lo habia mandado el Rmo. general Fr. Juan de Muro; y que despues de su muerte calificó Dios nuestro Señor su inocencia con milagros, y su cuerpo fué trasladado al convento de Barcelona, donde tiene su sepulcro. Pero con licencia del ilustrísimo Analista y de los otros autores que le siguen, esta relacion parece del todo inverosímil por muchos conceptos. Lo primero, porque se funda en el sistema vulgar de la muerte del P. Poncio el año de 1297, cuya falsedad queda ya demostrada. ¿Y á la verdad, cómo pudo morir en Narbona este año de 1297 en que hubo grandes disturbios, cuando consta que cuarenta años despues estaba escribiendo sus comentarios y era provincial de Aragon? Lo segundo, porque habiendo registrado muchos antiguos escritores de la religion, en ninguno se ha encontrado esta noticia de haber muerto en Narbona el P. Poncio. El autor de las *Conformidades*, Gonzaga, Rodulfo y Arturo, tratan del P. Poncio en varias partes de sus obras. Todos señalan su sepulcro en Barcelona; pero acerca de su muerte en Narbona y de su traslacion guardan un profundo silencio; lo que nos obliga á creer que estos autores tuvieron por cierto habia fallecido en Barcelona, pues de otro modo sería muy culpable este descuido, no siendo para omitida en las historias una circunstancia tan notable y de tanto honor para el P. Poncio. Lo tercero que nos mueve á desconfiar de esta noticia es el ver que se conforma poco con la constante fama de santidad, en que murió dicho autor, testificada por todos los historiadores por espacio de casi cuatrocientos años. Porque si falleció en la prision por no querer entregar los libros como lo mandaba el general, siendo cierto que la mayor parte de la religion estaba contra ellos, sin duda murió con la infame nota de inobediente á su prelado. Ni para libertar de esta nota al P. Poncio sirve decir que la persecucion contra la doctrina del difunto Oliva fué movida de la emulacion de algunos frailes. Porque admitido que en aquella controversia tuviese parte la envidia, es cierto que los libros en vida de su autor habian sido

delatados al general como sospechosos en la fe; y habiendo el prelado remitido el exámen de ellos á una junta de hombres doctos de la religion y graduados en la universidad de París, entre quienes se cuentan el célebre teólogo Ricardo de Mediavilla y los Rdos. Arloto de Prato y Juan de Muro, generales que fueron de toda la Orden; despues de un maduro exámen, censuraron estos algunas proposiciones que se hallaban en los referidos libros, y obligaron al P. Oliva á someterse y consentir en la censura, que por estar sellada y ser siete los jueces que la pronunciaron, se llamó en la Religion la *censura de los siete sellos*. Supuesta la verdad de este hecho, que refieren todos los cronistas, ¿quién no tendrá por acertada la conducta del prelado general en mandar recoger aquellos libros, y que se entregasen á los jueces señalados para el exámen de aquella causa? ¿Este procedimiento no es el mismo que observó el seráfico doctor S. Buenaventura en la causa del beato Fr. Juan de Parma? No era este varon santo inferior al P. Oliva, ni en santidad, ni en doctrina, y fuera de esto habia sido prelado general de toda la Orden; sin embargo, acusado de sus émulos ante S. Buenaventura, general entónces de la Religion, de que defendia al abad Joaquin contra Pedro Lombardo, tuvo por conveniente el doctor seráfico admitir la acusacion, y que se procediese al exámen de esta causa en términos judiciales; y habiendo salido triunfante de sus émulos el beato Parma, le dió el santo prelado los parabienes de su inocencia y juntamente satisfaccion del rigor con que habia procedido en la causa; porque tocando ésta en punto tan delicado como de fe, no habia podido como juez negarse á las instancias de la acusacion, ni se podia obrar con ménos actividad estando á las instrucciones de la regla y testamento de S. Francisco. Este reciente ejemplar de S. Buenaventura tuvieron sin duda presente los prelados de la Religion en la causa del P. Oliva. Fué tambien conveniente en las circunstancias el rigor de aquella providencia para refrenar los espíritus sediciosos de algunos, que se decian discípulos del P. Oliva, los cuales abusando de la autoridad y virtud de su maestro, con más celo que prudencia se oponian á la comunidad de la Orden, y por su indiscrecion y terquedad ocasionaron muchos escándalos; lo que obligó á los prelados de la Religion, juntos en el capitulo general de Leon de Francia, año de 1299, á que prohibiesen enteramente la doctrina del P. Oliva, la cual prohibicion duró hasta Sixto IV, que habiendo mandado examinar algunos de sus libros, los declaró por sanos y libres de toda censura. Estos poderosos motivos asistieron al reverendísimo general Fr. Juan de Muro, para despachar patente muy aprestada, en que bajo de graves penas mandaba que todos los que tuviesen papeles del P. Oliva, los exhibiesen á los jueces señalados para su exámen; en cuya consecuencia no se nos ofrece medio alguno para justificar el proceder de aquellos frailes,

que no quisieron entregarlos con el vano pretexto de que era injusta la persecucion del autor. Y ciertamente que si una vez se abre la puerta á este género de acusaciones, no queda segura la más respetable autoridad de los prelados de la Iglesia, pues no faltarán razones aparentes para eludir los más justificados preceptos, siempre que no sean conformes al dictámen y antojo de los súbditos: ¿y podrá alguno persuadirse á que Dios calificaria con milagros estas inobediencias, protestando por otra parte el Señor que sin el rendimiento de la propia voluntad no le agradan los sacrificios? Convencido de la fuerza de esta razon el ilustrísimo Cornejo, y deseando salvar al Padre Poncio, dice: Que se persuade á que no padeció la prision por no entregar los libros; sino que debió ser la causa el hablar con alguna libertad á favor del difunto Oliva, y sentir mal del rigor con que se infamaba á un hombre aclamado por santo; lo cual, dice, cabe en la valentía de su celo. Pero esta conjetura no tiene más fundamento que la piedad de este elocuente escritor; y por otra parte tiene contra sí el testimonio de los cronistas antiguos, que no asignan otra causa á la persecucion del P. Poncio Carbonell, que el no haber querido entregar los papeles del P. Oliva; por lo cual, ó se ha de negar enteramente la noticia, ó no se halla medio para librar de esta nota al P. Poncio. A estas angustias se ven reducidos los hombres doctos, por no haberse dedicado alguno hasta ahora á examinar atentamente las obras de este escritor, en las cuales se hallan noticias ciertas de la época en que se escribieron. No obstante todo lo dicho, venerando, como es razon, la autoridad de las antiguas crónicas, admitimos desde luego que acaso el padre Poncio, llevado del afecto que profesaba al P. Oliva y á su doctrina, se dejase arrebatar de un celo ménos prudente, y pareciendole injusta la persecucion del difunto, resistiese al mandato del general que le ordenaba entregar los libros, y que por esta causa padeciese molestias y trabajos con otros hombres doctos de la Religion, como lo escriben los citados Lisboa y Wadingo; pero negamos constantemente por contrario á la verdad de la historia, y nada favorable á la buena fama de nuestro autor, que muriese en la cárcel de Narbona por la causa referida. Antes por el contrario, estamos firmemente persuadidos á que si tuvo algun desliz como hombre en esta causa, le corrigió como religioso, rindiéndose á la disposicion de los prelados, y reconciliándose perfectamente con ellos: lo que nos mueve á creer así la virtud y santidad del venerable P. Poncio, como tambien el verle en los años siguientes en grande estimacion para con los príncipes del siglo y superiores de la Religion, que despues de haberle encomendado el gobierno de la provincia de Aragon, le nombraron como á uno de los principales sugetos de la Orden que florecian por aquel tiempo en virtud y literatura, para que asistiese con algunos otros á la famosa asamblea de Aviñon. Estos son

los motivos que nos obligan á disentir en este punto de nuestro doctísimo analista y los que le siguen, y á colocar la muerte del venerable P. Poncio en Barcelona, en nuestra série cronológica de la vida y escritos de este insigne minorita; protestando al mismo tiempo no ser nuestra intencion defraudar en lo más mínimo el singular mérito de los autores que impugnamos, los cuales, como tan amantes de la verdad, opinarian de otro modo, si hubieran tenido noticia de los monumentos que ahora citamos. Con la misma sinceridad ofrecemos estas cortas líneas y reflexiones á la censura de nuestros lectores, estando dispuestos á corregir cualquiera proposicion ó frase que se hallare ménos conforme á la verdad, que es la que únicamente hemos procurado investigar en esta biografía. Mucho más de cuanto queda expuesto pudiéramos decir en elogio de la buena memoria de este sabio catalan y de sus escritos; pero omitimos hacerlo por ahora, remitiendo á aquellos que deseen tener más extensas noticias sobre el particular á la obra que en la materia escribió el no ménos inteligente y docto P. Fr. Vicente Manuel Castaño, minorita observante y ex-lector de artes y bibliotecario en el convento de S. Juan de los Reyes de Toledo, publicado en Alcalá por los años de 1790, en la que se encuentra consignado todo cuanto hay que apetecer en el asunto con una claridad y elocuencia difíciles de imitar. Tambien se ocupan de los méritos del P. Ponce los autores siguientes: Fr. Bartolomé de Pisa, en el libro I de sus *Conformidades*, fruto 8.°, fólio 78, pág. 2.ª Fr. Sixto Senense, en su *Biblioteca santa*; Trithemio, en el libro de *Escritores eclesiásticos*, y otros. — G. A.

PONCE VACA (Mtro Fr. Ignacio), natural de Madrid, religioso observante de nuestra Señora del Cármen, que tomó el hábito en el convento de la ciudad de Salamanca en 23 de Junio de 1667, fué doctor y maestro de sagrada teología por aquella universidad, catedrático de artes y teología, de propiedad, de lógica parva y lógica magna, de teología de S. Anselmo y de teología moral; prior dos veces del convento de la misma ciudad, definidor y elector general, con cuyo empleo pasó á Roma. Allí en el insigne colegio de Santa Teresa y universidad pontificia para los religiosos carmelitas españoles regentó la cátedra de prima de teología. El año 1706 se hallaba en Salamanca cuando la invadieron los portugueses; pero su buena maña supo defender el colegio de S. Andrés de su Orden, juntando sus religiosos y otros vecinos. Despues de haber prestado este interesante servicio, y otros muchos más á la religion y á su patria, murió en la expresada ciudad de Salamanca á 9 de Julio de 1707 en edad de cincuenta y seis años. Escribió varias obras, siendo las principales: 1.ª *Deffensorium veritatis Bullæ Sabatinæ*; Salamanca, 1697, en 4.° — 2.ª *Celo imitado de Elías por la ley y por el honor de Dios y de su antiguo pueblo*; Salamanca, 1702, en 4.°—Un *Curso*

de Filosofía, en siete tomos, impreso despues de su muerte en Madrid, año de 1748. — 4.° *Privilegium Mariano Cœlestæ Carmelitis singulare*, y otros opúsculos de teología y filosofía, etc. — G. A.

PONCE DE LARRAC (Venerable). Pertenecia á una familia distinguida de la diócesis de Lodeve, despues de haber pasado su juventud disoluta y borrascosa, por lo que hubo necesidad de encerrarle y castigarle por sus demasías y por sus violencias; pero desde aquel momento se sintió tocado por la gracia de Dios, que cambió y mudó enteramente sus costumbres pareciendo otro hombre. Su conversion fué tan sincera como repentina, y sus penitencias duraron tanto como el resto de su vida. Despues de deshacer y vender todos sus bienes, resolvió retirarse del mundo. Comunicó su proyecto á su esposa, suplicándola é instándola á que hiciese lo mismo; y esta señora, cuyo corazon era tan noble como su nacimiento, consintió con la mejor voluntad. Con sus predicaciones convirtió á seis personas; al mismo tiempo por medio de los viajeros y mercaderes hizo publicar, como tambien en todas las iglesias, que todos aquellos á quienes Ponce de Larrac debiese alguna cosa ó estuviesen quejosos por algun daño que les hubiese hecho, se hallasen en la villa de Pegueroles el lunes de la semana santa y los dos dias siguientes, y que todos serian satisfechos. El domingo de ramos, en Lodeve, despues de la procesion y de la lectura del Evangelio, permaneciendo en el ingreso el obispo y su clerecia dirigiendo expresamente su vista hácia la plaza en medio del pueblo, se presentó Ponce con sus seis compañeros, vestido con una simple túnica, y completamente descalzo, llevando un dogal al cuello, con el cual le conducia un hombre como á un criminal, castigándole frecuentemente con fieros azotes, como él mismo lo habia ordenado. Habiendo llegado de esta manera á la presencia del obispo, y compungido le pidió perdon de rodillas, y dándole un papel que llevaba en la mano, suplicó que inmediatamente se leyese delante de todo el pueblo. El prelado quiso evitarle aquella vergüenza y sonrojo, prohibiéndoselo; pero Ponce le suplicó tanto y tan encarecidamente, que por fin obtuvo el permiso, y le concedió la licencia para su lectura. Durante esta y que se leia su confesion, se hizo castigar sin tregua con los azotes, pidiendo con las mayores instancias que se los aplicasen con mayor fuerza, confesándose culpable de todos sus crímenes, y regando el suelo con sus lágrimas que promovian el llanto de todo el pueblo. Todos le admiraban, le respetaban, y suplicaban á Dios le concediese su gracia y fuese constante en la perseverancia. Su confesion fué igualmente útil á muchos que por una falsa ó mal entendida vergüenza habian callado y ocultado sus pecados, los que animados con su ejemplo, corrieron en seguida al tribunal de la penitencia. Al otro dia y los dos siguientes, muchas personas vinieron á Pegueroles para recobrar lo que tenian

perdido. Ponce, juzgándose á sí mismo, principió por arrojarse á los pies de todos ellos pidiéndoles perdon, en seguida les devolvió todo lo que habia recibido de ellos, bien en efectos, bien en metálico ó en otras cosas necesarias á la vida de que habia hecho buena provision, de modo que parecia poner el mayor cuidado en devolverles los mismos efectos que ellos consideraban como perdidos. Volvieron contentos y satisfechos á sus casas, colmándole de bendiciones en lugar de las maldiciones de que ántes le habian cargado. Finalmente, viendo á un paisano de sus vecinos, le preguntó: «¿Qué esperas, por qué no manifiestas tambien tus quejas?—Señor, le contestó el paisano, yo no tengo ninguna queja que dar contra vos, ántes bien yo os alabo y os bendigo, porque muchas veces me habeis protegido contra mis enemigos, y no me habeis hecho nunca ningun daño.—Puede ser que no lo recuerdes, le contestó Ponce, ¿no fuiste tú el que perdiste una noche tu rebaño en tal tiempo? Pues yo fui quien le hizo robar por mis gentes. Te suplico me perdones y que te lleves estas reses que aún quedan.» El paisano le creyó como venido del cielo y se volvió con alegría á su pueblo, bendiciendo á Ponce, á quien llamaba su bienhechor. Despues de estas restituciones, Ponce distribuyó entre los pobres los bienes que le restaban, partiendo en seguida con sus seis compañeros en la noche del jueves á viernes santo, y despues de muchas peregrinaciones, fundó en 1136 la abadía de Salvanés. Ponce murió hácia mediados del siglo XII.—A. L.

PONCE DE LAZARO, caballero de la diócesis de Lodeve, en el siglo XII, fué largo tiempo el azote de su provincia por sus salteamientos y violencias. Tocado de la gracia, tomó la resolucion de hacer una penitencia tan grande cuanto que sus crímenes habian sido públicos. Su mujer admirada de su deseo le facilitó la ejecucion de este proyecto, entrando en un monasterio. Despues de haber vendido todos sus bienes y sus muebles, pagó á sus acreedores y á todos los que habia hecho algun mal, dando ejemplos singulares de humildad y de penitencia, fué desde S. Jacinto á Galicia, con seis compañeros de sus desórdenes, á los cuales habia ganado para con Dios, haciendo segun la costumbre de aquel tiempo la peregrinacion indicada y otras varias. Luego se paró con sus compañeros en un lugar llamado Salvanés, que le dió Arnaldo del Puente, señor de dicho lugar. Allí edificaron cabañas y el número de los discípulos de Ponce se iba aumentando abrazando la regla del Cister en 1136. Pedro, abad de Mazan, le dió el hábito, habiendo escogido tanto él como sus compañeros á este abad por superior. Ponce no quiso otro destino sino el de hermano lego, habiendo muerto algun tiempo despues en fama de santo. —G. A.

PONCE DE LEON (M. Ana de la Cruz), religiosa de la órden de Sto. Domingo, del monasterio de la Madre de Dios, de Baena. Fué hija de los mar-

queses de Priego D. Alonso Fernandez de Córdoba y Doña Catalina Pacheco, los que la pusieron para que se educase en el monasterio de Sta. Clara de Montilla, donde permaneció hasta llegar á la juventud, en que la sacó para que le acompañase en su casa su hermano D. Pedro Fernandez de Cordoba. Era muda, mas la habia dotado en cambio la naturaleza de tan vivo ingenio que causaba admiracion á cuantos la rodeaban. Acostumbrada á vivir en el claustro, sintió mucho el cambio á que se la obligaba, y suplicó á su hermano la llevase al convento de Baena, lo que dilató éste por algunas consideraciones particulares aunque muy á disgusto de su hermana. En una visita que hizo al marques el maestro Romero, provincial de la órden de Sto. Domingo, en Andalucía, le enseñó éste á su hermana, manifestándole los deseos que tenia de ser monja de su Orden. En cuanto vió al religioso, le dió á entender las quejas que tenia de su hermano, que retardaba el cumplimiento de sus promesas, y le suplicó, puesta de rodillas, le hablase para que sin dilacion la llevase al convento. Hízolo así el P. Provincial, y no tardó en ser conducida al monasterio, donde comenzó desde luego su nueva vida con tan grande humildad y ejemplo, que era la admiracion de todas las religiosas. Nunca consintió que se hiciese con ella distincion alguna, procurando se la tratase como á sus demás compañeras. Educada en un monasterio tan observante como el de Montilla, inútil es decir sabia perfectamente todos los deberes de una religiosa, y así apénas vistió el hábito puso á los pies de la prelada las llaves de unos escritorios que habia llevado al entrar en el convento. Permaneció en el noviciado dos años y tres meses por hallarse enfermo su hermano, estando sujeta á la maestra de novicias, y empleándose en todos los oficios del convento que hacia con gusto y dando ejemplo á las demás religiosas. Ayunaba á pan y agua con grande disimulo las vigilias de nuestra Señora, y con no ménos secreto se encerraba en su celda á hacer otras penitencias. Era muy caritativa con las enfermas y las visitaba frecuentemente, manifestando grande compasion y no menores deseos de su alivio y consuelo. Sintió mucho la dilacion de sus votos, y cuando la examinaron para hacer profesion, se alegró mucho de que hubiesen llegado sus cosas á tan buen estado. Suplicaba á todas las religiosas, pidiesen al Señor se verificase pronto su profesion, peticion con que acudia diariamente delante del Santísimo Sacramento, donde pasaba muchos ratos con grande devocion. Antes que llegase el dia que tanto deseaba, fué servido Dios de darla una enfermedad de que murió. Viéndose en aquel trance y que la mandaban dar los santos sacramentos, suplicó se la admitiese á profesion, la que hizo con mucho fervor, recibiendo despues los santos sacramentos con grande edificacion de los Padres que se hallaban presentes. Cuando la dieron la extremauncion, levantó las manos al cielo, manifestando el consuelo con que moria, y conti-

nuó así dándose muchos golpes de pecho y abrazándose con un crucifijo hasta que voló su alma á la mansion eterna. Murió á 30 de Marzo del año 1604, quedando su rostro tan hermoso como cuando se hallaba vivo. Permaneció tres dias sin enterrarse, sin que en ellos se percibiese alteracion alguna en su cuerpo. —S. B.

PONCE DE LEON (P. Fr. D. Bartolomé), monje cisterciense de la Real casa de nuestra Señora de Santa Fe, dos leguas distante de Zaragoza, de cuya ciudad fué quizá natural. La madre del famoso é inmortal poeta Berzosa, hijo de la misma, llevó el dicho apellido. Ciertamente fué aragonés, como lo afirma él mismo en el prólogo de su *Diana* con estas palabras: *Conozco el verso ser tosco y no pulido segun agora se usa, y la prosa saber á tan natural aragonés, como yo.* Recibió la cogulla en dicho monasterio por mano de Don Fr. Juan Cuevas la vigilia de S. Juan Bautista de 1551, y fué varon piadoso y docto. Se sabe que fué confesor de las religiosas de Fuencaliente por una carta dirigida á los colegiales de Santa Catalina del Burgo de Osma, inserta en la obra de que luego se tratará. Y en una dedicatoria á Doña María de Menchaca, abadesa de dicho monasterio, puesta al frente de la misma obra, dice que pasó á Cerdeña en compañía de D. Fr. Miguel Rubio, obispo de Ampurias, el año que se conquistó á Portugal, que fué en 1580. Su eleccion de abad del dicho monasterio aconteció en el de 1591, y en él se conserva su memoria con la de una tapicería y un terno que le donó con sus armas de los Ponce de Leon en estas alhajas. Escribió las obras siguientes: 1.ª *Puerta real de la inexcusable muerte.* Dirigió este libro al rey D. Felipe II, y lo imprimió en Zaragoza en 1577, y en Caller en 1584, en 4.° En Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, en 1596. Esta última edicion en 8.° es sumamente rara, y de ella existia un ejemplar en la librería del convento de Sta. María de Jesus del órden de S. Francisco de Zaragoza; núm. 265. Divídese este libro en siete diálogos, y en ellos trata alguna historia de Aragon. El asunto del autor es historiar las acciones virtuosas de D. Pedro de Acosta, obispo de Osma, prelado de ejemplar vida. En el diálogo primero describe el monasterio de Sta. Fe, que sustituyó al antiguo de Fuenclara, villa no léjos de Monzon, y aquí hace un catálogo de los abades de Fuenclara y de Sta. Fe. 2.ª *La clara Diana á lo divino, ó alabanza de la Santísima Virgen María, Madre de Dios.* Es un asunto en oposicion al del libro de la Diana de Jorge de Montemayor, obra poética mista de prosa y verso, que se publicó en Zaragoza en 1581, en 8.° segun D. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova.* De esta obra rara habia un ejemplar en la librería del Real convento de Predicadores de Zaragoza, al cual le falta la portada. Tiene las licencias para imprimirse de D. Antonio Olivan, vicario general de la diócesis de Huesca, con fecha de 25 de Octubre de 1577. Entre varias poesías en alabanza

del autor, hay un soneto del canónigo Leonardo; un *Epígrama* de Juan Marco y otro de Matías Fernandez, natural de Tarazona. En el prólogo dice que su objeto es pintar el amor divino á semejanza del estilo que siguió el referido Montemayor en su *Diana*, desaprobando el que un hombre de su entendimiento se ocupase en este género de escribir. Este libro es el mismo que cita el cronista Andrés en su *Museo Aragonés*, con la observacion de ser contra la *Diana* de Montemayor, y de hallarse impreso en la villa de Epila sin señalar el año. Refieren la memoria de este autor el maestro Vaquero, monje cisterciense de Beruela, en su Apología en alabanza de la regla de S. Benito, página 584. El P. Fr. Bernabé Montalvo en la primera parte de la *Crónica del Cister*, lib. II, cap. XXXIII, pág. 336. D. Nicolás Antonio, en la *Bibliotheca Hispana*, extendiéndose poco en sus noticias como el P. Muñiz en su *Biblioteca Cisterciense*, pág. 265, edicion de 1793: la fecha de su muerte, que pone cerca del año de 1582, la convencen de falsa las fechas ya citadas. — G. A.

PONCE DE LEON (Mtro. Fr. Basilio), religioso agustino. Son muchos los escritores propios y extraños que con sus elogios perpetuaron la memoria de este varon ilustre. Entre todos se extendieron más el erudito D. Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca Hispana*, y el docto cronista de la órden de Agustinos de Salamanca, en la que escribió sobre el año de 1627. De estos autores y algunos otros que á la vez se citarán, consta lo siguiente. Fué hijo de Don Pedro de Alarcon y de Doña Elvira Ponce de Leon, y no de D. Rodrigo Ponce de Leon, tercer conde de Bailen y de Doña Mencia Varela, como algunos pretenden. Nació en la muy noble ciudad de Granada, pero oriundo de la ilustre y nobilísima familia de los Ponces de Leon de Belmonte, en la Mancha. Pasada su infancia, é instruido en la latinidad con la perfeccion que manifiestan sus escritos, fué á continuar sus estudios á la célebre universidad de Salamanca, en la que logró la educacion y doctrina de su tio, el insigne Mtro. Fr. Luis de Leon. Perseveró en sus estudios y hábito seglar, hasta que muerto su venerable tio, le inspiró Dios siguiese sus virtuosos pasos en el mismo convento en que habia pasado sus dias, siendo admirado de todos, tanto por su erudicion y ciencia como por las demás cualidades que le adornaron y que tan conocidas son áun de los que estan poco versados en la historia. Parece que la divina bondad con la inspiracion referida quiso favorecer al convento citado, ordenando que cuando le faltaba un tan insigne maestro, recibiese otro que tanto le ilustró despues. Con efecto, fué recibido y contado en el número de sus religiosos; y pasado el año de su noviciado ó probacion, profesó á 10 de Setiembre de 1592, en manos del célebre y santo superior Fr. Domingo Serrano. Su edad cuando recibió el hábito era de treinta y un años. Su literatura tanta y tan vasta, que en la

literaria arena fueron tantos sus triunfos, cuantos las academias á que asistió: bien que su pronto, eficaz y agudo ingenio, de tal suerte penetraba los entendimientos de los concertantes, que á ninguno heria con ofensas. Se señoreó de las buenas y floridas letras, que suelen llamarse humanas; y con ellas, con su rara elocuencia y gracia en el decir, y lo que es más con sus religiosísimas costumbres, se llevó la atencion y admiracion de todos, hasta el punto de que áun siendo novicio, esto es, á 18 de Junio del año de su profesion, se concluyó en una consulta habida entre los superiores de la Orden, de comun consentimiento de todos los Padres que á ella asistieron, que Fr. Basilio de Leon pueda imprimir el libro sobre Job, del Mtro. Fray Luis, el cual habia puesto en órden dicho Fr. Basilio. Y al año inmediato siguiente de 1593, en 29 de Noviembre, se acordó suplicar al provincial *diese licencia* á Fr. Basilio Ponce de Leon para que fuese al convento de Agustinos de Salamanca á concertar los papeles del Mtro. Fr. Luis. Estaba, pues, en otra parte y lo excusára, si le hubieran destinado á estudios, pues, por entónces eran célebres en dicha casa ó convento. Hicieron juicio (segun las señas) los superiores que no los necesitaba, por estar tan adelantado. En vista de este concepto, parecia como forzosa consecuencia que la provincia le decretase una de las más afamadas lecturas. Pero llegado el tiempo correspondiente, le nombraron los prelados por lector de gramática de su convento de Sta. Catalina de Badaya; máxima importante de las religiones, que les ha dado tantos y tan distinguidos varones como de ellas han salido. Era Fr. Basilio de un excelente ingenio, grandemente cultivado, no solo en filosofia y teología, sino en una buena parte de toda erudicion. Enviado por la religion cuyo hábito vestia, á un convento tan observante y riguroso como el de Badaya, estuvo enseñando en él los primeros rudimentos, y al mismo tiempo aprendió á arraigarse bien en los primeros de la religion, que son humildad y obediencia, llegando en pocos años á adquirir tal copia de conocimientos, que con posterioridad, y muy en breve, se le vió brillar de una manera notable, llevándose la admiracion de las más célebres universidades de Salamanca y Alcalá, donde como despues veremos, enseñó la ciencia del derecho canónico con mucha reputacion y nombradía. Cuánto tiempo perseverase en la enseñanza ó lectura del mencionado convento de Badaya, no se sabe á punto fijo, pero lo que sí es cierto é innegable es, que ya en el año de 1602 y diez despues de su profesion, se hallaba en Alcalá desempeñando una lectura de teología. En este año, dice el P. Fr. Benito de Aste, en la Vida del venerable Alaviano (capítulo XVI), leia teología en esta universidad y colegio de S. Agustin, el admirable y nunca bien alabado Fray Basilio Ponce de Leon. Admiró la universidad de Alcalá con su ingenio, donde estuvo muchos años leyendo teología. Despues fué á Salamanca. Su

tránsito á esta célebre universidad fué el año de 1605; y ántes de cumplir tres años de graduado, llevó en 21 de Marzo de 1608 la cátedra de Escoto, y al año inmediato siguiente, la de sustitucion de prima, vacante por muerte del Mtro. Curiel, con singular estimacion y aplauso, porque habiendo concurrido á esta oposicion los más doctos teólogos excedió en setenta y un votos al opositor que más tuvo. En el año de 1612 leyó la de Sto. Tomás. Estando en esta cátedra, vacó por muerte del doctor D. Juan de Pareja la insigne cátedra de decreto. Se opuso á ella nuestro Fr. Basilio, como tan gran legista y canonista que era. Se opuso tambien el doctor D. Juan Balboa y Mogobrejo, y otros cuatro de la facultad. Tuvo Fr. Basilio ciento treinta y nueve votos, excediendo á los cuatro opositores en treinta. Y aunque fué excedido en votos por el doctor Balboa, quien llevó la cátedra, perdió Fr. Basilio con grande honra. El P. Aste en el lugar poco ha citado, afirma: «Que el Excelentísimo Sr. D. Diego de Arce y Reinoso, obispo de Plasencia, del Consejo de Estado de S. M., é inquisidor general, le dijo á él mismo, hablando de esta oposicion: Yo voté por el doctísimo Fr. Basilio, porque hice juicio que en justicia la cátedra de cánones era suya.» Esto el P. Aste, y lo de la oposicion, tal y como se refiere, consta de los registros auténticos de la Universidad. Despues de esta época llevó las cátedras de Durando; la sustitucion de prima segunda vez, y esta misma en propiedad el año de 1626. En este mismo año la universidad le eligió su cancelario. Tambien se valia para sus importantes negocios de su zelo, prestigio, autoridad é inteligencia. En las primeras fojas de su tomo *De Confirmatione*, hablando con los doctores y maestros que componian el claustro, dice que les ofrece lo que ha podido dictar en dos meses á sus discípulos, respecto á que casi todo el curso le ocupó en la corte la Universidad. Para todo era este grande hombre. En su convento ya ántes mencionado fué dos veces prior, y compuso los litigios que por espacio de ochenta años se habian seguido contra las casas de Béjar, Villa-Manrique y Ayamonte. Con la Excma. de Béjar celebró una solemne concordia, y obtuvo ó logró se concluyese la grande y hermosa fábrica de la capilla mayor de la iglesia del convento de que venimos hablando. En medio de todas estas ocupaciones y religiosas faenas, los ratos que tenia de descanso los dedicó á escribir, y así es que imprimió diversas obras dignas todas ellas de su ingenio y erudicion. Entre estas es la primera el tratado *De Agni typico, sive de legitima immolatione Agni typici;* Matriti, 1604, en 8.° En él defiende la sentencia de su venerable tio Fr. Luis de Leon, satisface con erudicion y nervio á cuantos argumentos le habian puesto los hombres más doctos y empeñados por el contrario sentir. — 2.ª *Quodlibeta, sive variæ disputationes scholasticæ, et positivæ:* Salmanticæ, 1611, fólio. Item Salmanticæ, 1612 folio. Son, dice D. Nicolás Antonio, utilísimas, dignas de tal

ingenio y muy eruditas. — 3.ª *De impedimentis Matrimonii*; Salmanticæ, 1613. — 4.ª *De sacramento Matrimonii*; Salmanticæ, 1624, fólio; Bruxelis, 1627; Lugduni, 1640. A este tomo añadió despues de la primera impresion el tratado *De Matrimonio catholico cum hæretico*. Es obra muy apreciada áun hoy dia de teólogos y canonistas. Sube de punto la estimacion con solo saber que la escribió despues que el doctísimo P. Tomás Sanchez dió á luz aquella su grande y completa obra del mismo argumento, despues de la cual parece (y áun se decia) no habia que escribir sobre la materia. —5.ª *De sacramento Confirmationis*; Salmanticæ, 1630, en 4.° — 6.ª *Juramentum Universitatis Salmanticensis detenenda doctrina SS. August. et Thomæ*; Salmanticæ, Romæ, Duaci, y la cuarta vez en Paris, 1657, en 8.° Tambien le hay impreso en fólio en lengua vulgar. Es obra muy erudita y contiene razones muy fuertes y convincentes. De ella se conserva un ejemplar en que puso notas manuscritas el mismo Mtro. Basilio, y su sucesor en la cátedra de prima el Mtro. Fr. Manuel Duque. — 7.ª *Primera parte de discursos pora todos los Evangelios de cuaresma*; Salamanca, 1608, fólio; Barcelona, 1610, 4.°, dos tomos; en Venecia, 1614, en 4.°, dos tomos traducidos en italiano. — 8.ª Tambien escribió: *Commentaria in Apocalypsim*. — 9.ª Item otro *Tratado sobre el mismo sagrado libro*. — 10. *Librum de insidiis licitis*. Además escribió otras muchas obras que quedaron inéditas, y perecieron en su mayor parte, como otros muchos manuscritos, en el grande incendio del año de 1744. Afortunadamente se libró de las llamas, quedando indemne el *Tratado de Auxiliis* de este doctísimo maestro, que se conservó por tenerle el Mtro. Manso. Despues de lo que queda dicho, murió este docto y virtuoso varon en no avanzada edad el dia 28 de Agosto de 1629. Cuál fuese el universal sentimiento de esta muerte, lo comprueba bien la desusada solemnidad con que los mayores ingenios explicaron en excelentes escritos la pena que concibieron en la falta de este héroe, cosa que no se ha visto practicada sino en las exequias de personas reales. Francisco de Montes Doca recopiló en un volúmen en 4.°, que se publicó el año 1630, los elogios fúnebres en prosa y en verso que se habian compuesto á la muerte de este docto teólogo, é intituló esta coleccion: *Fama póstuma del doctísimo R. P. Mtro. Fr. Basilio Ponce de Leon, honor de España, lustre de la inclita Salmanticense Academia, catedrático de prima de teología y cancelario que fué suyo, príncipe de los ingenios, fénix de las ciencias, fausto gérmen á la familia de Agustino*. Este volúmen ó cuaderno es muy raro ya, pues apénas se encuentra en las librerías, y asimismo es de algun mérito literario, especialmente por los epígramas, elegías, décimas y endechas que contiene. En obsequio de los lectores quisiera referirlas aquí todas, pero me limitaré á relatar, por las razones que desde luego se dejan conocer, solo una discreta

décima del Dr. D. Juan de Zamora, natural de Salamanca, hecha á la elocuencia de nuestro maestro, la cual dice así:

Más dulce, Ponce, elocuencia
Que la de Ambrosio teneis,
Pues mejorada la veis
Hoy en vos con excelencia.
Por celeste providencia
Trajo una fiera cruel
A Ambrosio un panal de miel,
Mas porque hubiera en los dos
Diferencia, él os dió á vos
Lo que un animal á él.

Al cuerpo de este grande héroe se le dió sepultura en el claustro interior del citado convento debajo de su venerable tio el insigne Mtro. Fr. Luis de Leon, y sobre su sepulcro se lee en latin el siguiente epitafio, que traducido á nuestro idioma castellano dice así:

Aquí yace un varon de nombre esclarecido, el Mtro. Fr. Basilio Ponce de Leon, prior de esta casa dos veces, cancelario de la escuela de Salamanca, catedrático de prima de sagrada teología, rico de toda doctrina, vivo y eficaz predicador de la palabra divina, dichoso prodigio de su tiempo, el año de 1629, *y de su edad cincuenta y nueve, en el dia consagrado al Santo Padre Augustino, arrebatado al mundo se fué al cielo.*

En el citado cuaderno se hallan tambien cinco ó seis epitafios en verso, y de los cuales es uno el siguiente;

Deten el paso, deten,
O tú, veloz caminante,
Que calzas del Dios volante
El presuroso desden.
Mira este túmulo bien,
Que hoy en él funesto mora
El orbe, pues atesora
Al gran Basilio. Su nombre
Basta para que te asombre.
Vete, caminante, y llora.

No se sepultó con su cuerpo su memoria, ántes vivió y vive clara. Al año inmediato al de su muerte, esto es, el de 1630, en el tomo *De Confir-*

matione, que dejó en parte impreso y se dedicó al Sermo. Sr. D. Fernando, cardenal infante de Austria, se le puso este título en latin: *Relacion póstuma sobre el sacramento de la Confirmacion del gran Basilio Ponce de Leon, Augustiniano, doctor en derechos, teólogo primario y cancelario Salmanticense.* Cuarenta y tres años despues, en el de 1672, escribiendo de nuestro maestro el célebre D. Nicolás Antonio, dice entre otras cosas las siguientes: Fr. Basilio Ponce de Leon, si se atiende á su erudicion y al lleno de su saber en todo lo que es sagrada doctrina, á ninguno concedió ventaja. Si se consideran la agudeza de su ingenio, su amenidad, su juicio en el uso, su elocuencia nada femenil, tendria pocos que le igualen. Tanta aplicacion y por tantos años á la teologia escolástica, no le estorbó ser elocuentísimo orador y predicador. Ni el haberse hecho dueño de una ciencia tan vasta y dilatada como es la teologia, y comprendídola en toda su amplitud y en cada una de sus partes, le impidió entregarse al estudio de los sagrados cánones con tal conato, que pudo solicitar y obtener el doctorado en esta facultad. Bien muestran sus escritos que en todo fué grande. Alaban mucho á Basilio los hombres más doctos, y Antonio Diana le llama eminentísimo teólogo. Otros muchos autores han elogiado tambien á este ilustre y religioso varon, y la ciudad de Granada puede con razon envanecerse por haber tenido la dicha de contar en el número de sus esclarecidos hijos al héroe en virtudes y santidad de la religion Agustiniana, y al más sabio teólogo-canonista del siglo XVII. Riccioli, *Chron. reform.*, tomo I.—Diana, *in ind. aut. Summæ.*—Nicolas Antonio, *Bibliotheca Scrip. Hisp.*, tomo I, pág. 160. —G. A.

PONCE de Leon (Francisca), fundadora en union de su madre Isabel Ponce de Leon y de su hermana María Sanchez Baeza, del convento de monjas de Sta. Ana de la ciudad de Lorca, á fines del siglo XV ó principios del XVI. Era la hija mayor de la referida Isabel Ponce y muy digna de su madre en la imitacion de todo lo santo y bueno. Tuvo particular compasion á las llagas de Cristo nuestro Señor, y mucha devocion á las de S. Francisco por ser vivo retrato de ellas. Gastaba no pequeña parte del tiempo en la meditacion de estas cosas, deseando juntamente la imitacion en el sentimiento del dolor que Cristo padeció en recibirlas, y del que causó en Francisco en la impresion de ellas. Un dia, instando mucho en este pensamiento y deseo, yendo á Misa con otras compañeras á Sta. María de las Huertas, se adelantó algunos pasos, y dió un grito como si la hubieran dado una lanzada. Cayó en tierra, y acudiendo las religiosas compañeras halláronle en la planta del pié una herida, con la cual vivió y murió con ella, dándole Dios aquel recuerdo y memoria, aunque en el pié, para que mayor la tuviese de las llagas de nuestro Señor Jesucristo y de su humilde siervo S. Francisco.— G. A.

PONCE de Leon y Marin (D. Gonzalo), natural de Sevilla, fué canónigo

de la catedral de dicha ciudad, varon recomendable por su singular erudicion, pericia de la lengua griega y excelencia en la poesía; con estas bellas cualidades se presentó en Roma y obtuvo el empleo de camarero del Papa, llevándose al mismo tiempo los afectos y atenciones de los sabios de aquella corte. Singularizóse en su amistad el doctísimo jesuita Francisco de Torres, honra y esplendor de la religion de Loyola. Antes de salir de Roma obtuvo una canongía y el arcedianato de Talavera en la catedral de Toledo. De su númen poético dejó monumentos en dos epígramas, que estan impresos al principio del tomo III de los *Anales eclesiásticos* del cardenal Baronio. De su instruccion en el idioma griego son pruebas las siguientes obras: *Theophanis, archiepiscopi Nicæni, quæ exstant opera ex Bibliotheca Vaticana græce et latine edita*, con interpretaciones que hizo y notas que formó este literato. Se imprimió en Roma el año de 1590 en la imprenta de Francisco Zanneto.—*Physiologicum S. Epiphanii*, traducido del griego al latin é ilustrado con notas. Se ha impreso en Roma, Amberes y Paris. En elogio de este traductor dijo Pedro Daniel Huet en el libro *De claris interpretibus: Rationi illi non defuit Gonsalvus Ponce Leonus, quem præstantissimis ferè interpretibus conserendum censeo. Sermo non vitiosus, stylus accuratus et ad auctorem accommodatus.* De su erudicion latina y de su piedad son argumentos estas obras: *Responsio ad librum Leonharti Uvaramundi, hæretici calviniani.* Se dió á la prensa en Roma el año de 1585.— *Sanctissimi nominis Dei sodalitas, adversus perjuria et blasphemias.* En este escrito se halla un elegante tratado *De sodalitiis veterum.* Imprimióse en Roma el año de 1599.— *Ecclesiastica assertio pro disciplina ecclesiastica.* Se dió á luz en la misma ciudad el año de 1595.—G. A.

PONCE DE LEON (Isabel), una de las fundadoras del convento de monjas de Sta. Ana, de la ciudad de Lorca. En esta ciudad, por tantos títulos distinguida, situada en la provincia de Murcia, obispado de Cartagena, hubo dos conventos de religiosas de la tercera órden de S. Francisco. El uno de la advocacion de Sta. Ana, y el otro de la Magdalena. Estos dos fueron reducidos á uno el año de 1602, viniendo las monjas de la Magdalena á Sta. Ana, bajo cuyo título continuan ahora. En ambos conventos ha habido religiosas de mucha perfeccion. Particularmente lo fueron y en sumo grado las fundoras de uno y otro, cuyas fundaciones son anteriores al año de 1517, segun la opinion de los más acreditados cronistas é historiadores. Las fundadoras de Sta. Ana fueron Isabel Ponce de Leon, viuda de un caballero de Granada, y dos hijas suyas; la una llamada Francisca Ponce de Leon, y la otra María Sanchez de Baeza, siguiendo al padre en el apellido, porque se llamaba así. Todas tres, tanto la madre como las hijas, fueron muy penitentes y abstinentes en gran manera, por cuanto su comer estaba reducido

por lo regular á pan y agua, y esto con mucha escasez y límite. En comparacion con esto, su cama era una estera de esparto; su vestido pobre, y debajo de él siempre silicio; y su calzado el pie descalzo y desnudo por el suelo. Murió Isabel Ponce de Leon, y fué sepultada en Sta María de las Huertas, uno de los conventos de la Orden, en el cuerpo de la iglesia, porque todavía no estaba acabada la capilla mayor, donde despues tuvieron las religiosas su entierro. A este sitio fué trasladada la dicha Isabel Ponce de Leon veinte años despues de haberla enterrado, y con hacer tanto tiempo, cuando la desenterraron tenia lo interior de la cabeza tan fresco como si fuera enterrada aquel mismo dia, y la lengua fresca y colorada, como se lee de S. Buenaventura ciento sesenta años despues de su felicísimo tránsito. Esto mereció muy bien la bendita religiosa, por no haber jamás hablado palabra ociosa ni impertinente, y por haber enseñado á sus hijas esta misma religion. Tenia los huesos limpios y blancos. Ayudó mucho al olor santo de su vida la muy grande fragancia de que fué lleno el templo todo en aquella traslacion. — G. A.

PONCE DE LEON (Fr. Juan). Entre los muchos varones preclaros en santidad, eruditos en letras, y en todo buen gobierno insignes que ha criado la sagrada religion que plantó y cultivó en la santa Iglesia de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, su grande imitador y siervo S. Francisco de Paula, ocupa un lugar distinguido y preferente el P. Fr. Juan Ponce de Leon, cuyas singulares virtudes y prendas evangélicas y cristianas muy en compendio vamos á referir. Este cándido y sencillo religioso fué natural de Madrid, hijo del oidor Andrés Ponce de Leon, del Consejo Supremo de Castilla, visitador de Milan en tiempo del rey D. Felipe II. Recibió en la citada religion de S. Francisco de Paula el hábito, siendo todavía muy niño, y la honró muchos años con notable recogimiento y vida inculpable, sin que jamás diese ocasion á que se hablase ni se sintiese mal de sus costumbres. Gastó la juventud en los estudios de artes y teología, en que salió sumamente aventajado, si bien en cuanto al ejercicio fué naturalmente tímido. Agregóse á esto su siempre conocida devocion y modestia, acompañada de notable gravedad. Fué hombre agraciado de rostro, severo en la apariencia; mas tratado, tenia singular afabilidad; era tambien sobremanera recogido, y tan prudente que jamás apeteció oficios, ni los quiso algunas veces que se los ofreció la religion á que pertenecia. El rey D. Felipe II, por la confianza que le mereció, segun las favorables noticias que tuvo de su persona, la recomendó con carta suya al capítulo general quinto de Valencia, que se celebró el año de 1593, significando que seria muy á propósito el P. Fr. Juan Ponce de Leon para el generalato. Constante cosa fué que el arzobispo de Toledo, D. García de Loaisa, hizo no pocos oficios y gestiones cerca de la Majestad católica, diciéndole, que era uno de los religiosos de mayores prendas y merecimientos de Castilla, y

en quien estaria bien cualquiera dignidad ó distincion honorífica ; y no ménos es cierto, que lo que más deseó siempre el P. Fr. Juan Ponce fué la quietud de su celda, y el vivir retirado del bullicio de la corte, enteramente ajeno á las intrigas de toda clase que en ella á veces se alimentan y preparan, ocupándose diaria y frecuentemente en el santo y laudable ejercicio de la oracion y en otros análogos y propios de su carácter religioso y sacerdotal. Era tan amante de la soledad y retiro, que cuando dentro del mismo convento ó claustro se le proporcionaba alguna distraccion laudable para ocuparse despues con más teson y constancia en los sagrados deberes de su instituto, por pequeña é insignificante que ella fuese, se negaba á concurrir, diciendo en muchas y repetidas ocasiones, que nadie penetra bien lo que es distraerse los hombres, sino cuando se sabe mucho de recogimiento. Este sabio y virtuoso religioso vivió cerca de setenta años, y de ellos más de los cuarenta en la religion, que con tan ardiente y extraordinario deseo habia abrazado. Con este género de vida, con los ayunos y penitencias frecuentes que él mismo voluntariamente se imponia, llegó á enfermar, y despues de largos padecimientos, dejó esta vida miserable con suma alegría de su espíritu y comunes lágrimas de todos, en el convento de la Victoria de Madrid, el año del Señor de 1605. —G. A.

PONCE DE LEON (D. Pedro), obispo de Plasencia, cuarto de este nombre, hijo de D. Bernardino de Cordoba, marqués de Priego, y de Doña María Ponce de Leon. Fué natural de la ciudad de Cordoba, donde se crió en compañía de D. Pedro Ponce su tio, chantre y canónigo en la santa iglesia de aquella ciudad. Segun el cronista Ambrosio de Morales era hombre de vida religiosa; aprendió en Córdoba las primeras letras y la gramática, luego pasó á Salamanca, estudió en ella la doctrina de los sagrados cánones, aprovechando en ellos felizmente, hasta que se graduó de licenciado en aquella universidad tan célebre como distinguida. El Emperador estando en Madrid en 2 de Abril de 1546 le dió, porque la vida y letras lo pedian aunque la edad no era mucha, una plaza de inquisidor en el Consejo supremo de este Santo Tribunal, tomando posesion de ella en 6 del mismo mes. Al poco tiempo le presentó para el obispado de Ciudad-Rodrigo, y siendo ya obispo de dicha ciudad por los años 1554 se fundó en ella el convento de religiosos de la órden de la Santísima Trinidad, de redencion de cautivos, que estaba ántes en un lugar de este obispado, que se llama la Barquilla, y le edificó un hombre rico y devoto llamado Juan Mangas. Era casado, y como Dios no le diese hijos, acordaron él y su consorte por inspiracion divina (ofreciendo á Dios lo que habian recibido de su mano) edificar un convento de religiosos, sin determinar para qué Orden, y como Dios se lo habia puesto en el alma, daba al edificio aliento, y pareciéndole al dueño, que ya estaba cerca el fin,

acordó de partir á Salamanca á pedir consejo de lo que haria en este caso, y en el camino le puso Dios en el alma que llevase á su convento religiosos de la órden de la Santísima Trinidad, hábito que no habia visto en su vida, y tan de veras se le asentó en el corazon, que sin pasar adelante resolvió que serían ellos; dió cuenta al ordinario, le concedió este lo que pretendia, vinieron los religiosos, les dió toda su hacienda, y Dios á los fundadores una buena y santa muerte. Pasáronse á consecuencia de esto los religiosos de la aldea á la ciudad, con celo de aprovechar á las almas; fueron los primeros moradores excelentes en buen ejemplo de vida, y entre otros el venerable P. Fr. Antonio Vazquez, varon eminente en oracion y vida contemplativa. Nuestro obispo Ponce se halló tambien en el Concilio Tridentino; visitó por órden y mandato del Rey la chancillería de Valladolid, y tuvo parte en los mayores negocios que en su tiempo se trataron, pertenecientes á la salud de estos reinos. Estando Felipe II en la ciudad de Magdeburg en Flandes, en 20 de Agosto de 1559, conociendo la grandeza de la vida y talento de D. Pedro Ponce, le dió el obispado de Plasencia que habia vacado por muerte de D. Gutierre de Carvajal, y la santidad de Pio IV pasó la gracia en el primer año de su pontificado, año 1560, á consecuencia de lo cual tomó posesion inmediatamente en aquel mismo año de su silla episcopal el elegido, entrando en su iglesia en 6 de Diciembre del año 1564. En el 1565 celebró sínodo, y se admitieron los decretos del Concilio de Trento. Asistió al Concilio Compostelano, que se celebró en Salamanca en 8 de Setiembre del año de 1565. Volvió á su iglesia y á ella y á su obispado les llenó de dádivas y limosnas. Fué amador de las letras, y aficionado á la buena y venerable antigüedad de ellas, y más de las cosas eclesiásticas, recogió muchos libros llegando á formar para su laboriosidad y recreo una librería de obras excelentes y escogidas, que por esta cualidad y por ser muy curiosa mandó el rey Felipe II, despues de la muerte de dicho prelado, se trajese é incorporase á la biblioteca del Escorial como así se ejecutó. El expresado monarca le apreciaba y distinguia en tanto grado, por sus méritos literios y personales, no ménos que por su virtud, erudicion y ciencia, que casi siempre y por lo regular le consultaba en los casos más árduos y de más difícil solucion, pidiéndole su dictámen; entre ellos merece mencionarse el siguiente. En el año 1567 en virtud de un breve que la Sede Apostólica le habia concedido para que pudiese extinguir algunas religiones incorporándolas con otras, para que sus coronas quedasen con lo bastante y no con lo que se tiene por carga, porque no lo han menester, una de ellas fué la religion de los Premostratenses, antiquísima en la Iglesia y en España, que la queria unir con la del glorioso doctor y P. S. Gerónimo haciendo de las dos una, y consultando con nuestro Obispo este caso, le mandó dijese su parecer

por escrito como persona tan deseosa y celosa del mejor acierto de su Rey en asunto tan complicado. El obispo obedeció, y escribió al secretario Zayas la carta siguientemu, y digna de ser leida. «Muy magnífico Sr.: Recibí el pliego de S. M. de 28 del pasado, y en cumplimiento de lo que S. M. me mandó por su cédula, envio esos recaudos y escribo lo que Vmd. verá por mi carta, remitiéndome á la relacion que Vmd. dará á S. M. de los inconvenientes y dificultades que me ha parecido que se pueden seguir de que los monasterios y frailes de la órden de Premostratenses se extingan y reduzcan conforme al breve de Su Santidad concedido á instancia de S. M. á la órden de S. Gerónimo, teniéndoles por tan grandes que yo no cumpliera con las obligaciones que tengo al servicio y autoridad de S. M. si dejára de apuntarlos, porque si esto no me obligára, no me pasára por el pensamiento hacer este oficio, entendiendo, como entiendo, que nunca se ha de dar parecer sino cuando se pide, mayormente á los reyes; y para que mejor se pueda entender se ha de presuponer, que há cuatrocientos años y más que la Orden de Premostratenses fué instituida por un santo varon que se llamó Norberto, y aprobada, confirmada y favorecida por los pontífices Alejandro, Lucio, Urbano y Clemente, y despues por el papa Inocencio III, el cual en especie pone toda la regla y fundacion y confirmacion de la referida Orden en una epístola que escribió á Pedro, abad premostratense: *Et cæteris abbatibus et canonicis Præmostratensis Ordinis, tam præsentibus quam futuris, regularem vitam professis in perpetuum.* Cuya copia envio á Vmd. sacada de un original de epístolas de este Sumo Pontífice impreso en Roma en el año de 1542, en tiempo del papa Paulo III, en el cual hay tambien otras epístolas escritas á abades de esta Orden, por las cuales les concede muchos privilegios, que por excusar proligidad no envio la copia de ellos; y presupuesto que Inocencio III fué uno de los más excelentes pontífices que la Iglesia católica ha tenido desde los primeros sumos pontífices mártires, y de S. Leon y de San Gregorio. Tengo por muy grande inconveniente que Orden instituida por un santo varon, y confirmada y favorecida por tantos sumos pontífices, y especialmente por el papa Inocencio III, se extinga y reduzca á Orden de otro instituto y hábito, mayormente siendo ménos antigua que la Orden Premostratense, como consta de la fundacion de ambas Ordenes, y creo que siendo informado Su Santidad y S. M. C., no consentirian que el dicho Orden se extinga en estos reinos, pues es muy propio de pontífices y reyes católicos, imitando á sus predecesores, procurar la conservacion de las Ordenes y Religiones y no extinguirlas aunque las personas de las dichas Ordenes se hayan desviado de su vida y costumbres de su primer instituto y regla, porque en tal caso solamente han tratado de reformar los religiosos, reduciéndolos á la observancia de su regla sin extinguir la Orden, pues la vida y costumbres

de los religiosos no han de resultar en extincion de la Orden y de la memoria del fundador de ella, mayormente siendo santo, como lo fué el de la Religion Premostratense, ni en desautoridad de los sumos pontífices que las confirmaron y aprobaron en lo temporal y espiritual; y así los reyes de España, mayormente los Sres. Reyes D. Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, hallando que los religiosos de la órden de S. Benito y de S. Bernardo, de Sto. Domingo y de S. Francisco vivian claustralmente en estos reinos, hicieron grande instancia con los sumos pontífices que los dichos religiosos fuesen reformados y reducidos á la observancia de las reglas de sus Ordenes; y los sumos pontífices en razon de esto concedieron sus breves, por virtud de los cuales, y con el favor de los reyes, se hizo la expresada reformacion y se restituyeron muchos bienes á los monasterios de las referidas Ordenes, que en comun eran capaces de tenerlos y se habian enajenado; y S. Antonio, arzobispo de Florencia, que fué fraile dominico, en una de sus partes historiales, refiriendo fundaciones de muchas religiones, y cómo despues los religiosos de ellas se desviaron de su regla, dicen cómo levantó nuestro Señor personas que las reformasen y redujesen á la observancia de ellas; y tambien este Santo y otros historiadores refieren que habiendo sido extinguida la Religion militar de los Templarios por Clemente V, á instancia de un rey de Francia llamado Felipe IV, la extinguió por vicios de muchos religiosos, y no alaban á este Pontífice ni al Rey, dando á entender que injustamente se hizo aquello y por respetos particulares; y tanto más corre en los papas y reyes esta obligacion de favorecer y conservar las Religiones en estos tiempos, cuanto más procuran los luteranos extinguirlas y burlarse de ellas, y esta consideracion sé yo que se tuvo por los prelados que se hallaron en la primera congregacion del Concilio universal de Trento para no reducir todas las órdenes á cuatro ó seis, extinguiendo todas las otras, y allende de esto tengo por muy grande dificultad para las conciencias de los religiosos premostratenses reducirlos contra su voluntad al hábito y regla de la vida eremítica de S. Gerónimo, siendo más estrecha que la suya, y esto cada uno en su estado lo puede considerar cuán pesada cosa le sería reducirle contra su voluntad á otro estado de mayor obligacion, aparte de que sería grande inconveniente para las pias voluntades de los fundadores y dotadores de estos monasterios, que la devocion que en la fundacion y dotacion tuvieron al Orden Premostratense en estos reinos, se extinga y mude á otro Orden. Yo puedo al hacer estas indicaciones, estar muy engañado, pero yo sé que no lo estoy en desear como estoy obligado al servicio y autoridad de S. M., para que pareciéndole que estas consideraciones son de importancia, sea servido de advertir á S. M. no extinga esta Religion Premostratense en estos reinos, sino que la reforme y la

reduzca á la observancia de su regla; porque siendo S. M. el más principal miembro de la Iglesia católica, tiene mayor obligacion de avisar á la cabeza de ella, que es el Papa, de lo que conviene al bien y conservacion de las religiones, mayormente en tiempos tan peligrosos como estos, en que tantos enemigos hay contra ellas. S. M. ordenará lo que fuere servido, que como siempre será lo más acertado. Nuestro Señor, etc. De Plasencia á 9 de Diciembre de 1567.» Se consiguió la reforma y no la extincion de la Orden. En tiempo de este prelado en el año 1570 ganaron la palma del martirio en el lugar de Berga, de las Alpujarras del reino de Granada, Luis de Carvajal y una hermana suya naturales de Plasencia. Otra de las consultas que le hizo el expresado monarca, escribiéndole por medio de su secretario Gracian, fué le dijese si era conveniente ó no imprimir las obras de San Isidoro, y la carta que con tal motivo le dirigió dice así: «Muy ilustrísimo y reverendísimo Señor: Por lo que S. M. manda entenderá de lo que quiere ser informado de V. S. en lo tocante á las reliquias, y librería y además de este deseo universal, le tiene S. M. muy particular de sacar á luz las obras de San Isidoro: habiéndome mandado hacer algunas diligencias para que se busquen los más ejemplos antiguos que se pudieren hallar, me mandó escribir á V. R. de su parte, para que avise y envie relacion de todo lo que acerca de esto le parece y entiende V. S. y qué se podria hacer para la edicion é impresion de estos libros, de que S. M. ha sido informado de que tendrá V. S. noticia por via del Maestro Alvar Gomez, que reside en Toledo y ha sido el primer movedor de esta plática, y con esta ocasion suplico á V. S. me tenga y conozca por su servidor, y para ello me mande V. S. en que le sirva á su muy ilustre y reverendísima persona, que guarde nuestro Señor como puede. Madrid á 17 de Abril del año de 1572.» El Obispo fué de parecer se imprimiesen las obras de San Isidoro y que se comenzase por las etimologías, y que este estudio se cometiese á Alvar Gomez, y es la data en 16 de Julio del año 1572. Por su industria parecieron las obras del arzobispo y mártir S. Eulogio, y las comenzó á imprimir por órden suya Ambrosio de Morales, y se acabaron despues de muerto á costa de la hacienda del difunto, mostrando que con acabar la vida no fenecia el amor que habia tenido á las letras. Despues de haber principiado á imprimir las obras indicadas, la Majestad de Felipe II le nombró y dió el título de inquisidor general, y estándose previniendo para partir y cumplir con la obligacion de tan señalado cargo, pasó á mejor vida á coger y gozar de la buena que habia tenido en esta de lágrimas y miserias. Murió en Zaraycejo, villa de su obispado, en 17 de Enero del año 1573, y sesenta y tres de su edad. Vive su memoria en la Iglesia de Plasencia, por haber sido el mayor bienhechor que ha tenido. Dejó á su cabildo para la pia memoria de su alma fundado un aniversario, que se dice por él cada semana, sin otros

cinco más que se dicen en la fiesta de la Anunciacion de nuestra Señora, dominica de Ramos, dominica de Resurreccion, Ascension y Trinidad. Fundó una capellanía que sirve al coro de esta santa iglesia dejando para todo renta muy suficiente: dejó en la misma iglesia cuatro mil ducados de renta para casar huérfanas, ó entrarse religiosas de esta ciudad y obispado. Está enterrado en ella, y se dió sepultura á su cuerpo en su iglesia catedral, en la capilla mayor, al lado del Evangelio que tiene un busto bien labrado de alabastro y el epitafio siguiente que dice: *Dominum Petrum Ponticum à Leone, S. hujus Ecclesiæ Præsulem pientissimum et meritissimum: omni virtute et nobilitate præclarum: Inquisitorem generalem, sancta functum vita. Post instituta sibi aniversaria, et capellaniam et episcopatus, pauperes testamento hæredes relictos et virgenes orphanas in perpetuum honestissima dote juvatas. Hoc brevis capit urna. Vixit annos LXXIII, obiit XV Januarii MDLXXIII. R. I. P.* — G. A.

PONCE DE PLANEDIS, religioso de la órden de Predicadores é inquisidor de Urgel. El bienaventurado Fr. Ponce de Planedis, ó como otros dicen de Planis, segun afirma un autor muy grave y digno de crédito, fué catalan. Desde su infancia dió muestras positivas é inequívocas de su virtud é inclinacion particular á las cosas de la Iglesia. Con el tiempo, léjos de resfriarse en él dichas ideas religiosas, se fueron aumentando más y más de dia en dia, hasta llegar el caso de renunciar por completo á las pompas y vanidades del mundo, retirándose al silencio y recogimiento del claustro. Habíase en aquellos tiempos instituido la sagrada órden de Predicadores, y confirmádola Honorio III, pontífice romano, la cual estaba fundada en grandísima aspereza y santidad, y así pareciéndole bien al bendito Ponce, tomó el hábito é hizo en ella profesion, despues de haber pasado por todas las pruebas reglamentarias establecidas en la comunidad para tales casos. Siendo ya religioso, procuró atesorar no riquezas temporales, porque esas ya las dejó en el mundo, sino del cielo, y de tal manera se hizo rico de ellas, que quedó gran siervo de Dios. Se entregó de una manera notable y extraordinaria á los ejercicios espirituales, pero no por eso dejó las letras, ántes por el contrario fué tan diligente en los estudios, que salió célebre predicador, y en este oficio ó ministerio se ocupó mucho tiempo. Eran tan conocidas de todos sus relevantes prendas, que no habiendo prelado en el convento de Predicadores de Lérida, le hicieron prior de él, y como era buen religioso le gobernó santa y perfectamente, sin que hubiera durante su cargo desavenencia alguna entre sus subalternos ó gobernados. Cuenta un autor muy célebre y conocido en una historia que compuso de *S. Ramon de Peñafort*, que habiendo los herejes de Gascuña pasado los montes Pirineos y entrado en Aragon y Cataluña, haciendo en las dichas tierras grandes daños, el

bienaventurado S. Ramon de Peñafort, que partia entónces para la corte romana, con el fin y objeto de tratar negocios muy graves, persuadió al rey D. Jaime, primero de este nombre, cuyo confesor era, que impetrase de la Sede Apostólica para sus reinos el oficio de la Santa Inquisicion. El Rey dió á él mismo el cargo de tratarlo con grande instancia de su parte con el Sumo Pontífice, que era entónces Gregorio IX. Hízolo el Santo, y el Papa lo concedió liberalmente, en Espoleto, en el año sexto de su pontificado, que fué el de 1233, á 26 de Mayo. Escribió para esto Gregorio IX á D. Aspargo, arzobispo de Tarragona, en sus letras apostólicas, que comienzan: *Declinante jam mundi vespere*: las cuales se hallan hoy dia en el archivo arzobispal: y no solamente este santo Pontífice concedió el oficio de la Santa Inquisicion, como pedia el rey de Aragon, sino que él mismo, como muy celoso del bien de su Iglesia, señaló inquisidores, y así nombró á nuestro bendito Fr. Ponce de Planedis inquisidor de Urgel. Conocia sin duda Su Santidad la mucha necesidad y urgencia que habia en aquel territorio de un hombre de grandes prendas, como era este siervo de Dios, por ser suyo Castellbo, nido de herejes. Ejercitó, pues, Fr. Ponce el oficio de la Santa Inquisicion tal y como de él se esperaba, haciendo que muchos de los extraviados de la religion del Crucificado volvieran al buen camino y se reconociesen. Entre otros muchos de esta clase lo fué un caballero principal de la comarca de la Seo de Urgel, llamado Raimundo, hereje que habia sido reconciliado por D. Pedro Benavente, cardenal legado del Papa, y despues él y su mujer llamada Timbors, y su hijo Guillen Ramon, abjuraron todas las herejías delante del obispo de Urgel D. Ponce, y prometieron no recibir en su tierra hereje alguno, y descubrirlos y denunciarlos siempre que llegáran á conocerlos ó saber que profesaban otra doctrina que la admitida y seguida en la Iglesia católica. Del suceso indicado se hizo ó recibió instrumento público, y la confesion del citado caballero se hizo igualmente delante del ya ántes citado bendito inquisidor Fr. Ponce de Planedis, y de otras personas buenas que le asistian. Se lee en el libro segundo de las *Dotaciones de la catedral de Urgel*, fólio setenta y uno, que este devoto inquisidor fué perseguidor valerosísimo y acérrimo de los herejes, y varon sin miedo alguno de la impugnacion de ellos. Era tan extremado y completo en este punto, que no solamente perseguia las herejías, castigando á los culpables en ellas, sino tambien les hacia mucha guerra con sus santas predicaciones. Fué un dia á Castellbo para predicar contra los herejes y sus errores, donde le quitaron con veneno cruelísimamente la vida, y así quedó verdadero mártir de Jesucristo. Murió, segun escriben Esteban de Solento y Fr. Bernardo Guidon, inquisidor de Tolosa, cerca del año del Señor 1242, reinando en Aragon y en el principado de Cataluña el rey D. Jaime, pri-

mero de este nombre, llamado el *Gran Conquistador*. Algunos escriben que fué su martirio el año 1272. Pero no puede ser así, pues ya muerto no podia ser inquisidor, y ya no lo era en el año 1255, cuando se dió una sentencia contra el nombrado caballero llamado Ramon, ya muerto, mandando desenterrar sus huesos, y echarlos fuera del cementerio como hereje relapso: la cual se dió delante del rey D. Jaime y D. Arnaldo, obispo de Barcelona, y del bienaventurado Fr. Pedro Cadireta. Se dice por tradicion y como muy seguro, que honró la Majestad de Dios á su mártir Fr. Ponce en el dia de su sepultura y entierro con un insigne milagro. Fué su cuerpo sepultado honradamente y con una pompa más que regular, asistiendo al acto las personas distinguidas de la ciudad y áun algunas de los pueblos inmediatos, que en vida se habian honrado con la amistad del siervo de Dios, en la iglesia catedral, porque todavía no habia en aquella poblacion convento de la Orden, ni lo hubo en más de veinte años despues. D. Guillen de Monge, despues de haber renunciado el arzobispado de Tarragona, vengó muy bien la muerte de este santo mártir, yendo á Castellbo, llamado entónces comunmente nido de herejes, conquistándolo. Y rendido el lugar, castigó á los herejes muy bien; porque unos fueron quemados por la perfidia de la herejía, otros condenados á cárcel perpétua, como tenian muy bien merecido. Pasado algun tiempo fué desenterrado su bendito cuerpo, y puesto en lugar alto y eminente en la sacristía. De algunos años á esta parte está fuera de dicho sitio, hallándose ocupando la superficie ó parte alta de un altar colocado en el cuerpo de la iglesia á espaldas de la silla de la mano izquierda del coro, en una arca muy hermosa dorada y pintada de varios santos. Ha hecho este gran siervo de Dios muchos milagros, y aún segun refiere el *Calendario de Predicadores*, los hace hasta nuestros tiempos. — G. A.

PONCEAN (Pedro Amys de). Fué este jesuita hizo de Poncean del mismo nombre, que habiéndose distinguido en la carrera de las armas fué secretario de embajada en la paz de Munster en 1648, diciéndonos solo Noel en la *Biografía Universal francesa* que continuó los dogmas teológicos del P. Petau y que pasó por ser uno de los primeros autores de las *Memorias de Trevoux*, que empezaron á publicarse en 1701. — C.

PONCELET (Policarpo). Este célebre religioso recoleto y entendido agrónomo, nació segun Mr. l' Ecuy, en Verdum, y floreció en la segunda mitad del siglo XVIII, y el gran estudio que hizo de los cereales le granjeó una gran fama agrícola. Escribió este religioso una curiosísima obra titulada: *Chymie du goût et de l' odorat, ou principes pour composer, á peu de frais, les liqueurs à boire et les eaux de senteur;* Paris, 1755, en 8.° Dió una segunda edicion de esta obra con el título: *Nouvelle Chymie du goût et de l'odorat, etc.* Paris, 1774, en 8.° con muchas mejoras y cambios considerables, cuya edicion

fué seguida de otras. Tambien publicó la obra *Principes generaux*, para la educacion de los niños de la nobleza francesa; en tres volúmenes en 12.°—*La nature dans la formation du tonnerre et la reproduction des êtres vivants;* introduccion á los verdaderos principios de agricultura; Paris, 1766, en 8.°, obra llena de noticias y de observaciones muy curiosas.—*Memoire sur les parties constituantes et les combinaissons particulieres de la farine*; Paris, 1776, en 8.°—*Histoire naturelle du froment*; Paris, 1779, en 8.° A las dos últimas obras debe especialmente Poncelet su reputacion, pues que ofrecen el resultado de una série de observaciones que exigen tanta inteligencia como paciencia. Trata en ellas el autor del principio de la fecundidad de las tierras, del desarrollo del gérmen, del crecimiento, florescencia, y enfermedades del trigo; de las partes constitutivas de la harina, de los molinos, del pan, del uso de la harina en las artes y oficios, y por último de la nutricion. Veamos lo que el mismo Poncelet dice sobre sus descubrimientos en esta materia: «En la imposibilidad de procurarme las obras buenas de agricultura y de las artes que de esta se originan, no tuve otro recurso que leer en el gran libro de la naturaleza. A este fin renuncié por algun tiempo al comercio de los hombres, y para poder leer mejor en el magnífico libro expresado, me retiré á una apacible soledad. Allí, desconocido é ignorado de todo el mundo, solo absolutamente, sin compañeros, sin criados y sin testigos, he labrado la tierra, sembrado y segado la mies, molido el trigo y hecho el pan sin molino, sin horno y sin ninguno de los instrumentos necesarios á este fin, ni más enseres y utensilios que los que una imaginacion industriosa, excitada por la necesidad de las circunstancias y guiada por la razon, me hizo inventar. Sin embargo, tuve en mi favor algunos vasos químicos, un lápiz, pinceles, tinta de china y especialmente un excelente microscopio de que me habia provisto, porque preveí la indispensable necesidad que tendria de él á cada paso.» Segun manifiesta el abate Rocier, ningun autor hasta entónces habia desarrollado con tan esmerado cuidado é inteligencia el mecanismo de la vegetacion. A fin de conocer si por la desgenerescencia podria conducirse el grano á su estado primitivo, despues de sembrarle Poncelet, cortó los primeros tallos aún poco crecidos, los cortó de nuevo, y vió que no obstante esto no cesaron de crecer, y repitiendo frecuentemente esta operacion, vió que los tallos extraordinariamente multiplicados no eran más gruesos que los de la graminea, de que procedian ordinariamente. Conservó durante dos años el grano degenerado, sin que conociese que habia llegado á serlo. Trató despues de esta desgenerescencia bien confirmada, volver el mismo grano á su estado de perfeccion; pero circunstancias particulares no le permitieron continuar sus experiencias. Al consignar el abate Rocier estos detalles en su *Diccionario de Agricultura*,

hace el mayor elogio de los servicios hechos á esta por Poncelet, hablando de él con la más grande estimacion. Nada más se ha podido averiguar, dice Mr. l'Ecuy sobre este ilustrado autor y su vida; tan pronto le llaman los autores el P. Poncelet ó el P. Policarpo, como el abate Poncelet, á pesar de que cuando l'Ecuy escribió habia personas que le habian conocido y áun consultado, las cuales decian que vestia traje eclesiástico y que jamás le habian visto en otro traje. Puede explicarse esta diferencia de nombre y de traje dice l'Ecuy, suponiendo que Poncelet, en un principio fraile recoleto, habia salido del claustro por un breve de traslacion ó de secularizacion, dispensado en sus primeros votos, de cuyo cambio hubo muchos ejemplos en su época. Tampoco ha podido averiguarse nada acerca de las épocas del nacimiento y muerte de este hombre tan laborioso como modesto, tal vez haya acabado sus dias en la soledad á que se habia condenado para entregarse á sus útiles trabajos y en donde vivió desconocido. Puede consultar el curioso cuanto dice sobre Poncelet Rocier en su *Diccionario*, en el tomo II, páginas 285 y 286, y el *Suplemento á la correspondencia literaria de Diderot* por Mr. Barbier, pág. 344. De todos modos es preciso considerarle entre los ilustrados agrónomos. — A. C.

PONCELIN DE LA ROCHE-TILLAC (Juan Cárlos). Nació este eclesiástico el 19 de Mayo de 1746 en Dissay, poblacion de Poitou. Estudió bajo la direccion de los Padres de la Compañía de Jesus, y aún muy jóven se dedicó á seguir la carrera de la Iglesia. Tan luego como recibió las órdenes sagradas, se le concedió un canonicato en la iglesia de nuestra Sra. de Montreuil-Bellay, en Anjou; despues fué consejero de los llamados de la Mesa de Mármol, y abogado del Rey, de modo que no pudo empezar más brillantemente su carrera. Abandonó todo esto por ir á vivir á la capital, en donde se entregó á sus aficiones algun tanto mundanas, y se hallaba en París hacia ya algunos años, cuando estalló la revolucion, de la que se mostró partidario desde el principio. Su primera intencion fué aprovecharse de cuantas libertades se concedieron para publicar periódicos y folletos patrióticos. Puso una imprenta y una librería, y de ella salieron muchos escritos apasionados en política, la mayor parte escritos por él mismo. Empezó por publicar un periódico titulado: *Courrier d'Assamblée nationale*, que tomó despues el de *Courrier française*, cuya tendencia fué en un principio ardientemente revolucionaria; pero despues de la jornada de 10 de Agosto de 1792 que derribó definitivamente el trono de Luis XVI, varió mucho de tono. Poncelin no era un hombre malvado ni cruel, pero sí muy perezoso y egoista, y los crímenes que se cometieron entónces, le hicieron retroceder espantado, y de tal modo le amedrantaron, que cambió el título de su periódico por el de *Courrier republicain*, conformándole en su doctrina á las necesidades de esta

horrible época. No obstante esto, su moderacion le distinguió siempre, y esto le atrajo persecuciones y peligros, pues que teniendo por colaboradores á Dourand-Molard y á Michaud, autor de las Cruzadas, á los que se consideraba enemigos de la revolucion, se le empezó á vigilar y á mirar con desconfianza por los revolucionarios. Despues de la revolucion del 9 de Thermidor en que sucumbió Robespierre, aquellos dos colaboradores se lanzaron sin reserva á defender la reaccion, y Poncelin estuvo á pique de sufrir graves males. Fué Poncelin uno de los primeros eclesiásticos que renunciaron al celibato, y á pesar de lo mal parado que le tenia esta posicion, no le impidió atacar con energía y valor á todas las instituciones revolucionarias. Deseando un periódico más extenso que su *Correo*, fundó la *Gaceta francesa*, cuya redaccion confió á Fievée, y como ambos se mezclasen con los que en 1795 lucharon con algun valor contra la Convencion Nacional, fueron envueltos en las proscripciones de Setiembre de 1795. Poncelin fué á ocultarse á Chartres, donde poseia una casa de campo, llevándose consigo á Michaud, que tuvo que huir por la propia causa. Descubriendo el retiro de ambos Bourdan y Oise, que vigilaba el país, mandó una fuerza de gendarmes para que los prendiese, pero solo cayó en sus manos Michaud, pues que Poncelin se pudo escapar felizmente áun cuando con gran peligro. Volvió Poncelin á París, en donde se escondió, no saliendo más que de noche bien disfrazado para dar un paseo y cambiar de asilo, pues el temor que tenia de que le cogiesen sus enemigos le hacian variarle á cada momento. Volviendo por fin á París cuando se les permitió á todos los proscriptos de esta época, continuó dirigiendo su periódico, que no se suspendió ni un dia, y en él publicó terribles anatemas contra el Directorio. Dirigido su *Correo francés* por Mr. Jardin, jóven realista muy animoso, atacó con tanta audacia al director Barras, que no encontrando éste mejor medio de matar aquel periódico, hizo prender á Poncelin que le firmaba como editor responsable. Llevado por agentes secretos de policía á las prisiones de Luxemburgo, le hizo azotar desnudo con tanta inhumanidad que quedó su cuerpo todo magullado y ensangrentado. Sabido esto por los periodistas del partido de Poncelin, tomaron su defensa con el mayor calor, y no tardaron en unirse á esta querella todos los que dirigian la prensa política en París, no obstante de que algunos de la opinion contraria se alegrasen, al paso que otros del mismo partido deploraban secretamente aquella funesta aventura cometida con un respetable padre de familia. Tuvo lugar este suceso pocos dias ántes de la jornada de 18 Fructidor, y puede persuadirse fácilmente el lector que no se olvidaria en aquellas famosas proscripciones á Poncelin. En efecto, los periódicos de este publicista y todos los de la oposicion realista fueron suprimidos y condenados sus redactores á la deportacion. Huyó Poncelin de esta persecucion; pero su imprenta

fué destrozada y arrojados todos sus enseres á la calle á merced del que quiso acabarlos de destrozar ó llevárselos. Tan furiosa persecucion no tuvo fin hasta el advenimiento de Napoleon Bonaparte, el 18 Brumario. Empero desde entónces vinieron á ser imposibles los periódicos independientes, porque en un solo dia suprimió cuarenta y dos el gobierno consular, no permitiéndose despues crear periódicos más que á los amigos del gobierno ó á sus agentes de policía. Dedicóse Poncelin desde esta época al comercio de libros al por menor, con lo que pudo reparar en parte las pérdidas que le habia causado la revolucion. Abandonando á París en 1811, se fué á vivir á su casa de campo de Chartres, y allí pasó los últimos años de su vida, sin más ocupaciones ni otra diversion que la lectura de autores griegos, de cuyos libros estaba siempre rodeado. Murió Poncelin el dia 1.° de Noviembre de 1828, y se conocen de él las siguientes obras escritas en lengua francesa: *Biblioteca política, física, eclesiástica y literaria de Francia*; 1781, un tomo en 4.° —*Descripcion histórica de París y de sus más bellos monumentos*; París, 1781, tres volúmenes en 4.° — *Conferencia sobre los edictos*; París, 1781, en 12.° —*Arte de nadar, con instrucciones para bañarse con utilidad*; Paris, 1781, en 8.° —*Suplemento á las leyes forestales de Francia, precedido de la ordenanza de* 1683; Paris, 1781, en 4.° — *Cuadro comercial y de las posesiones de los europeos en Africa, segun las condiciones de los preliminares de la paz firmada el* 20 *de Enero de* 1783; París, 1783, en 4.° —*Historia filosófica del nacimiento, progreso y decadencia de un gran reino, ó sea la revolucion de Taiti*; París, 1781, dos volúmenes en 12.° —*Historia de las banderas y estandartes de las naciones antiguas*; 1782, en 12.° —*Ceremonias y costumbres religiosas de todos los pueblos del mundo*; 1783, cuatro volúmenes en fólio. —*Supersticiones orientales*; 1785, en fólio. —*Obra maestra de la antigüedad sobre las bellas artes, los monumentos preciosos de la religion de los griegos y de los romanos y sus ciencias*; dos volúmenes en fólio, 1784. —*Obras de Ovidio, traducidas por diversos autores*; siete volúmenes en 8.° 1798. *Almanak americano, asiático y africano*, 1785 y otros años, en 12.° —*Código de comercio de mar y tierra, ó Conferencias sobre las leyes antiguas y modernas*; cuarta edicion, 1803, cinco volúmenes en 18.° La mayor parte de estas obras, dice M. Michaud, el jóven, son compilaciones hechas muy deprisa por especulacion comercial, razon por la que en muchas de ellas no puso Poncelin su nombre. Fué tambien Poncelin editor de otras importantes obras, como el *Pamanías de Gedoin*, para el que tradujo el *Viaje por el mundo*, de Scilax. — C.

PONCET (Pedro ó Mauricio). Era llamado vulgarmente el Santo Padre; fué uno de los predicadores sediciosos en tiempo de la liga. Nació en Melun, y abrazó la vida monástica en la abadía de S. Pedro de dicha villa, y siguió

su curso de teología en la universidad de París, donde recibió el bonete ó la borla de doctor. Declamaba con fuerza y vehemencia contra la corte de Enrique III, habiendo hecho un fogoso discurso á consecuencia de la Cofradía de los Penitentes, instituida por dicho príncipe, y de la procesion de esta cofradía el 25 de Marzo de 1583, dia de la Anunciacion. Mas el Rey, sin querer le hablase en aquel sitio, dijo que era un viejo demente, y lo hizo conducir en su coche por el caballero capitan de guardias á su abadía de S. Pedro de Melun, sin hacerle otro daño que el miedo que tuvo de dicho modo de tratarlo, y cuando llegó á las inmediaciones del mencionado paraje, y con motivo del indicado sermon de Poncet, el duque de Epernon quiso verle, y verificado, le dijo: «Mi señor y maestro, han dicho que habeis hecho reir las gentes con vuestro sermon.—Señor, respondió Poncet sin alterarse lo más mínimo y con calma, yo veo bien que vos conoceis que yo no predico más que la palabra de Dios, y que no viene nadie á oir mi sermon para reirse, á no ser que sean metodistas ó ateistas, siendo así que yo no he hecho reir en mi vida tanto como vos habeis hecho llorar.» Despues de habitar algun tiempo retirado en dicho monasterio, le hicieron cura de S. Pedro de Arcis, y no por eso dejó de ser más moderado ni ménos satírico, y al que le contradecia respondia con prontitud y acrimonia. Murió de miedo el 23 de Noviembre de 1586, habiendo recordado el suplicio de un abogado nombrado Francisco el Breton, condenado á muerte por haber compuesto una sátira contra el Rey y el Parlamento. Tenemos de este mismo autor las obras siguientes: *Libro de la oracion eclesiástica, con una explicacion de la Oracion Dominical*; París, 1586, en 8.°—*Amonestacion á la nobleza de Francia, y la utilidad y reposo que el Rey ha dado á su pueblo, y de la instruccion que conserva para gobernar bien*; París, 1572, en 8.°—*Oracion fúnebre pronunciada en los funerales de Eustaquio de Conflans, vizconde de Auchy*; París, 1574, en 8.°—*Discurso de aviso dado á Pedro de Gondi, obispo de París, sobre la proposicion que hace á los teólogos, tocante á la traduccion de la primera Biblia en lengua vulgar*; París, 1578, en 8.°—*Meditaciones familiares sobre la historia de la Encarnacion del Hijo de Dios*; Reims, en 8.° En fin, *Instrucciones para amar á Dios*; París, 1584, en 8.°—G. A.

PONCET DE LA RIVIERE (Matías). Fué probablemente hijo de Pedro Poncet, miembro del Parlamento de París, y se le tiene por sobrino del obispo de Angers Miguel Poncet. Solo se sabe de este Poncet, segun Hipólito de la Porte, en la *Biografía universal de Michaud*, que fué obispo de Troyes, y que murió en París el año 1780.—C.

PONCET DE LA RIVIERE (Miguel), hermano de Vicente Matías, conde de Ablys y señor de la Rivière y de Bonsinghen, en el Bolañés, é hijo de Pedro Poncet de la Rivière, baron de Presle y consejero de Estado; fué nombrado

obispo de Uzés en 1677. Obtuvo las abadías de S. Eloy, Fontaine y nuestra Señora de Bruæil. Se calificaba y firmaba, segun costumbre de sus predecesores, *obispo conde de Uzés*; pero poniéndole pleito sobre este título el verdadero conde de Uzés, que se le ganó, tuvo que renunciar á él, y desde entónces solo se firmó *Obispo C. de Uzés*, diciendo á los que le interrogaban sobre esto, que la inicial C queria decir Co-señor, pues que efectivamente tenia derecho de justicia en la capital de su diócesi. Fué nombrado para dirigir la palabra al Rey en nombre de los estados del Langüedoc el 22 de Agosto de 1705, lo que hizo á satisfaccion de sus feligreses. Murió Poncet en París el año 1728, y fué sepultado en la iglesia de S. Gervasio, habiendo gobernado su obispado cincuenta y un años. — C.

PONCET DE LA RIVIERE (Miguel), otro del mismo nombre, sobrino del anterior, ha merecido ser citado por el biógrafo Hipólito de la Porte por la primera vez en la *Biografía universal de Michaud*. Nació este prelado en 1672, y abrazando la carrera eclesiástica, y nombrándole su tio su vicario mayor general, ejerció con celo y dulzura su ministerio en los Cevennes, y predicó á los calvinistas; medio preferible á los medios empleados por otros para apartarles de su error. Puso todo su conato en establecer la paz entre los partidos que se agitaban en su época, y logró cuanto podia en tiempos tan borrascosos. Nombrado obispo de Angers el 4 de Abril de 1766, fué consagrado en la iglesia de los Jesuitas de París, el 1.° de Agosto, por el cardenal Noailles, y tomó personalmente y con gran ostentacion posesion de su silla el 15 de Octubre. Fundada una mision por M. Subleau, que debia ejercitar cada diez años, mision que ha durado hasta 1790, y que fué restablecida despues de la restauracion, si bien duró poco tiempo, la inauguró Poncet con un buen sermon. Como celoso ortodoxo, no pudo ménos de mandar en su diócesis la publicacion de la famosa bula *Unigenitus* de Clemente XI, la cual condenaba ciento y una proposiciones extraidas del Nuevo Testamento en francés, con reflexiones morales sobre cada versículo, publicado en París en 1699; obra del célebre P. Quesnel, cuyo mandato se hizo en 10 de Abril de 1714. En 1715 predicó la cuaresma ante el Rey y su corte, y á consecuencia de esto le encargó en el mismo año del sermon de apertura de la asamblea general de la clerecia, y tambien fué designado para predicar en la ceremonia de la coronacion de Luis XV el 5 de Octubre de 1722, y su discurso fué muy aplaudido. El 7 de Febrero de 1724 pronunció la oracion fúnebre de Felipe, duque de Orleans, al que Poncet habia sido el primero que le habia cumplimentado á la cabeza de la clerecía el 5 de Setiembre de 1715 sobre su elevacion á la regencia del reino. Con este motivo dice el secretario filósofo de la Academia, que la sinceridad cristiana del predicador no desagradó ménos que su reserva, de lo que resultó un disgusto

momentáneo al prelado. Cita, y despues de él lo ha repetido Bodia en sus *Recherches sur l'Anjou*, un trozo sublime de este discurso. « Penetrado de un terror religioso á la vista del juicio de Dios que habia sufrido su héroe, exclama Poncet con una elocuencia digna de Bossuet y de Massillon : *Desde el pie del más alto trono del mundo ha caido... en la eternidad. Pero ¿por qué, Dios mio, despues de haber hecho un prodigio de talentos, no hariais otro de misericordia? Yo temo, pero espero.* A consecuencia de las contradicciones, y sobre todo de la infiel relacion que de esta oracion hizo un periódico holandés, del que no pudo conseguir justicia Poncet, d'Alembert nos manifiesta el mal que hacen los escritores cuando atacan ciertos escritos y no dan la satisfaccion conveniente cuando se les convence ó llama á juicio para poner en claro la verdad de los hechos. Sería demasiado largo enumerar los sermones y discursos que pronunció el obispo de Angers en altas regiones, desde 1704 hasta el fin de su vida. Los periodistas de Trevoux insertan en muchas partes de su coleccion bajo el nombre de Massillon trozos que Poncet habia dicho en la cátedra cristiana, circunstancia que acredita el talento del prelado de Angers; él los revindicó, y se encuentran en efecto en los manuscritos del célebre obispo de Clermont. Poncet fué recibido en la Real Academia de esta ciudad, y en ella se distinguió muchas veces pronunciando bellos discursos. Cítase de él una carta al Rey, en que le pinta las desgracias d'Anjou en la inundacion de 1711. Poncet fué llamado de una manera muy honrosa en 1728 á la Academia Francesa para ocupar la silla vacante por fallecimiento de La Monnoye. Su recepcion no se verificó hasta el 10 de Enero de 1729, diez y ocho meses ántes del fin de su vida agitada. Murió este sabio prelado el 2 de Agosto de 1730 en el palacio de Campo de Evertad, cerca de Angers, que era la quinta de recreo de los prelados de esta diócesis, y de la cual no existen ya más que algunas ruinas. Durante su juventud, Poncet habia hecho muy buenos versos, y d'Alembert citó unos de una galantería muy inocente y digna de perdon á la edad en que los habia escrito. « Una hermosa dama, parienta suya, al pasar por delante de una iglesia, oyó á un ciego que pedia limosna en nombre de S. Miguel, cuya fiesta se celebraba aquel dia. Acuérdase ella que es el nombre de pila de su sobrino, y le escribió un billete muy lisonjero con un ramo de flores, y Poncet encantado de aquella galantería la respondió :

Un aveugle en passant vous remet en memoire
Qu'aujourd'hui de mon Saint on celebre la gloire :
Il me fait recevoir le present le plus doux.
Que mon bonheur serait extréme
Si cet aveugle etait le méme
Qui me fait tant penser à vous!

Despues el santo pastor reservó su talento poético para componer himnos sagrados. El obispo que habia compuesto con tanto acierto oraciones fúnebres en la muerte de altos personajes, inspiró á su vez dos oraciones que fueron pronunciadas en la iglesia de Angers, las cuales se publicaron. Un bello sepulcro, levantado en honor suyo en la catedral, que se adornó con un bien pensado epitafio latino, fué destruido por los revolucionarios, empleándose el mármol en una construccion profana. Entre las publicaciones del obispo Poncet citaremos las siguientes: *Avis instructifs aux curés*; con motivo de un libelo titulado: *Reponse à un memoire présenté par plusieurs cardinaux, archêveques, et evêques à Monsieur le Regent*; Angers, 1717, en 4.°, libro ya muy raro; se refiere á las famosas querellas de los jansenistas. *Mandement portant condamnation d'une thèse soutenue dans la maison de N. D. des Artillières de Saumur*; 1718. — *Oraison funebre pour le cardinal de Bonzi, archêveque de Narbonne*; Montpeller, 1704. — *Oraison funebre du Dauphin*; París, 1711. Hipólito de la Porte, que fué el primero que escribió la biografía de este prelado, confiesa que tomó las noticias de una carta impresa, muy rara por el corto número de ejemplares que se tiraron, escrita por M. Francisco Grille, bibliotecario de la ciudad de Angers, dirigida á M. Queral, y de uno y otro nos hemos valido tambien nosotros en este escrito. — B. C.

PONCHER (Antonio Esteban). Fué hijo este prelado de Juan Poncher, señor de Chanfreau, Limours, Châteaufort, que obtuvo altos destinos del estado, y de Catalina Hurault, hija de Santiago, señor de la Grange y de Chiverni, y de María Garaudeau. Fué nuestro prelado señor de Esclimaut, de Tremblai-le-Vicomte, la Housaye, Villeneuve y Champigni. Dedicado á la carrera de la Iglesia fué canónigo de Chartres, abad de S. Pedro-le-Vif-de-Sens, prior de S. Julian de Sesana, miembro del Gran Consejo, obispo de Bayona, y por último, arzobispo de Tours en 1550, en cuya alta dignidad murió el 15 de Marzo de 1552, habiendo sido enterrado en la iglesia de los Celestinos de Esclimont, cuyo convento habia fundado. — C.

PONCHER (Esteban), obispo de París, luego arzobispo de Sens y guardasellos de Francia, hijo de Martin Poncher, regidor de Tours, y de Catalina Belin: era canónigo de S. Gatiano y de S. Martin de Tours, cuando se recibió de consejero clérigo en el Parlamento el año de 1485. Fué electo obispo de París el año de 1503, y nombrado con el obispo de Nantes para el contrato matrimonial del rey Francisco I, no siendo más que duque de Valois, con la hija mayor del rey Luis XII. En el año de 1507 acompañó á este príncipe en su viaje á Italia, y fué hecho canciller de Milan y de la órden de S. Miguel, y guardasellos de Francia. El año de 1516 le enviaron de diputado con el gran maestre de Francia para el tratado de paz de Noyon, y

aquel año mismo lo nombró el Papa con los obispos de Aucera y Grenoble, para informar sobre la vida y milagros de S. Francisco de Paula, tocante á su canonizacion. Pasó con el carácter de embajador á España el año 1517, y con el mismo fué á Inglaterra el de 1518 con el almirante Bonniver. Fué provisto en el arzobispado de Sens el año de 1519, y murió en Leon en 24 de Febrero de 1524, á los setenta y ocho años de su edad. Su cuerpo fué llevado á su iglesia de Sens, cuyo palacio arzobispal habia comenzado á reedificar. Hablan de este prelado Santa Marta en su *Gallia cristiana* y otros autores. — G. A.

PONCHER (Francisco), sobrino de Esteban Poncher. Sucedió á este en el obispado de Paris en 1519. Habiéndose enemistado con la duquesa de Angulema, madre del rey Francisco I, maquinó para vengarse una conspiracion, queriendo hacerse elevar á la regencia, y trabajó secretamente con España en 1525 para prolongar la prision del Rey. Esta traicion hizo que se le encerrase en Vincennes, en donde acabó su vida en 1532. Ha compuesto los *Comentarios sobre el derecho civil*, que han dado á conocer más y más su perfidia. Claudio Francisco Poncher murió sin hijos en 1770, á la edad de ochenta y dos años, siendo el último vástago de esta familia. — G. A.

PONCIANO (S.), mártir. En el reinado del emperador Antonino vivia en Espoleto un santo varon llamado Ponciano, predicando el Evangelio, exhortando á los gentiles á que se convirtiesen á la fe cristiana y se apartasen de los ídolos, que eran hechuras del demonio. Preso como sedicioso y blasfemo, le atormentaron de mil maneras, y como persistiese en su predicacion, le condenó Fabiano, juez gentílico, á andar sobre brasas muy encendidas, de las que salió sin detrimento alguno por la misericordia del Señor. Visto esto, le colgaron en el potro con garfios de hierro enclavados en sus carnes, y como tampoco esto le causase la muerte, le encerraron en un hediondo y lóbrego calabozo, en el que tuvo el consuelo, segun las actas, de que le visitasen y consolasen los ángeles. Sacándole de este encierro le arrojaron á los leones, pero como estos tambien le respetasen, le bañaron con plomo derretido, y por último le degollaron, y el dia 19 de Enero le recuerda el catolicismo como á uno de sus heróicos mártires. — C.

PONCIANO (S.), papa. El siglo III de nuestra era fué fecundo en mártires para la Iglesia católica, y no ménos fecundo en desastres políticos que se sucedieron, manchando cada vez más la historia de la civilizacion con horribles borrones que denigran y envilecen á la sociedad. Hallábanse las legiones romanas ocupando militarmente la Persia, que se habia propuesto subyugar el pueblo rey, cuando los germanos conocieron ser esta la mejor ocasion que podia presentárseles para emanciparse del yugo romano, que se les habia hecho insoportable por las vejaciones que les causaban con sus

continuas y despóticas exigencias. Alzándose la Germania en masa contra los romanos y amenazando á la Iliria con su furor devastador, corrió á las riberas del Rhim el emperador Alejandro Severo, con un poderoso ejército, pero á pesar de la bravura de los soldados romanos, no pudo alcanzar derrotarlas como se propuso, lo que le valió el encono de los soldados, que le trataron de cobarde y de poco entendido en el arte de la guerra. Aprovechándose del espíritu sedicioso de los soldados romanos un centurion llamado Maximino, hombre brutal natural de Tracia y descendiente de los alanos, que tenia una estatura colosal y una fuerza hercúlea, sedujo á unos cuantos díscolos tan osados y temerarios como él, y presentándose de improviso en la tienda del emperador Severo, le acometieron á cuchilladas, diciendo Le Bas en su *Historia de Roma*, que el desgraciado Severo se cubrió con su manto por no ver á sus asesinos. Muerto este Emperador, los soldados, instigados por los cómplices del asesino Maximino, le proclamaron soberano del Imperio, en cuyo caso se entronizó la barbarie en el Imperio, y la Iglesia católica experimentó una terrible persecucion. Como á este tiempo se hallase vacante la Santa Sede, por haber fallecido bajo la tiranía de los procónsules el papa S. Urbano, fué preciso elegir quien librase la navecilla de S. Pedro del embate de las olas de aquel proceloso y alborotado mar. Luego que se reunieron los electores, todos pusieron la vista en el presbítero Ponciano, sacerdote que por su reconocida virtud y privilegiado talento, habia sabido cautivarse el amor de los romanos y el aprecio de todos los ministros del santuario. Una voz universal publicó su nombre al empezarse la votacion, y ya no fué necesario más para que fuese preconizado, como así sucedió con alegría del pueblo y del clero, el dia 24 de Junio del año 233 de nuestra era. Natural de Roma este santo Pontífice, fué hijo de Calfurnio, persona respetada entre sus conciudadanos. Su inclinacion al servicio de Dios le hizo hacer rápidos progresos en las sagradas letras, que estudió con verdadero deseo de conocer en ellas cuánto puede alcanzar la limitadísima inteligencia humana, y fortificándose su piadosa alma en la fe conforme fué adelantando en instruccion, acabó por dedicarse al servicio del altar, distinguiéndose notablemente por su asiduidad á las prácticas religiosas, por su constante y fervorosa oracion y por su acendrada caridad, dotes que se pusieron más de relieve desde que obtuvo la investidura de presbítero. Los apóstoles y los primeros que les sucedieron en el cuidado de la Iglesia, dejaron establecidas ciertas prácticas religiosas, cuyo ejercicio fué caducando con el tiempo, razon por la que se notan en la historia de la Iglesia no pocas disposiciones tomadas por los Papas sobre este particular, que parecen nuevas á unos y que recuerdan otros ser solo renovaciones de cosas establecidas por aquellos, y no falta algun autor que con este pretexto pretenda

quitar á S. Ponciano alguna gloria con respecto á sus piadosas disposiciones. Sea de esto lo que quiera, lo que nadie ha puesto en duda es, que tan pronto como S. Ponciano subió á la silla del príncipe de los Apóstoles, que ocupó con dignidad, mandó que en todas las iglesias se cantasen de dia y de noche los salmos de David, y que al principiar los sacerdotes el santo sacrificio de la Misa rezasen el salmo *Judica me, Deus*, al que se siguiese la confesion general, costumbre seguida desde entónces que ha llegado hasta nosotros, que lo practicamos así diariamente. Predicó y enseñó constantemente á su pueblo la sublime dignidad en que se halla el sacerdote por la facultad que le está conferida de consagrar el cuerpo de Jesucristo, y que por lo tanto debia tenérseles en gran consideracion y respeto, encargando á estos que, persuadidos de su propia dignidad, procurasen no faltar á ella rebajándose con vicios que la menoscabasen y desacreditasen su ministerio. Y no contento con exhortar á los fieles y á los ministros del santuario sobre este particular, escribió una notabilísima carta sobre la veneracion y respeto que se debe á los sacerdotes, que fué tan alabada y bien recibida como la que escribió sobre la caridad con que deben amarse los que se tengan por cristianos los unos á los otros, en lo cual no harian más que cumplir el nuevo mandamiento que dió Jesucristo á los apóstoles, y en ellos á todos los fieles, al tiempo de despedirse de ellos para redimirnos con su preciosísima sangre del poder del demonio. De mal grado veian los sacerdotes gentílicos la popularidad que se granjeaba en Roma S. Ponciano y los muchos que, convencidos de las máximas que predicaba, desertaban del paganismo para abrazarse á la cruz; y queriendo vengarse, por un lado, de quien con tan contundentes razones los vencia en doctrina, y deseando cortar de raíz la propaganda cristiana, que iba amenguando su poder y autoridad, le presentaron al emperador Julio Maximino como un sedicioso que podia exponer al imperio á grandes males con su predicacion y destruir la religion de los dioses, contra quienes lanzaba terribles anatemas, así como contra todos los que profesaban la religion del estado. Tomando consejo el Emperador de sus jurisperitos, éstos, que veian con dolor que el paganismo iba destruyéndose á la par que crecia en consideracion el cristianismo, se declararon en contra del santo Pontífice, al que por su consejo desterró Maximino á Cerdeña con su presbítero diácono, como dice el *Martirologio Romano*, ó con Hipólito, como sienta el Breviario antiguo. Antes de esto habia este Pontífice consagrado seis obispos, y ordenado seis presbíteros y cinco diáconos, y dado muy acertadas disposiciones para el buen cultivo de la viña del Señor. Apoderados los infames verdugos de Maximino de S. Ponciano en la isla de Cerdeña, empezaron á atormentarle cruelmente, aumentando su furor la paciencia con que el santo Pontífice sufria sus malos tratamientos, y las ex-

hortaciones que constantemente les hacia para que se separasen del camino de perdicion eterna por que marchaban, enseñándoles el que más les convenia para salvarse y llegar á alcanzar la gloria que el Dios de los cristianos, único verdadero, tenia reservada para los que arrepentidos de sus pecados imploraban y obtenian su misericordia. Cansados ya los verdugos de que ningun tormento le hiciese renegar de su Dios y prestar adoracion á sus falsos dioses, le mataron á palos el dia 19 de Noviembre del año 237 de Jesucristo, por cuya fe murió en la tierra para renacer en el cielo en una vida gloriosa que jamás tendrá fin. El *Pontifical de S. Dámaso y Platino* dice que este santo Papa reinó nueve años, cinco meses y dos dias; el *Breviario Romano* le señala cinco años, cinco meses y dos dias; Baronio solo le concede cinco años; y otros autores le dan en este concepto cuatro años, cuatro meses y veinticinco dias, que es lo que más concuerda con la *Historia de los pontificados* anteriores y posteriores. Este santo mártir fué sepultado en Cerdeña, de donde el papa S. Fabian hizo despues trasladar su cuerpo al cementerio de Calixto en Roma, en donde se le colocó entre los de otros mártires que han merecido, como él, ser venerados en los altares, para ser paladiones de los fieles, que les recomiendan sean sus medianeros para con Dios, en cuya gloria sirven, á fin que los mire con misericordia y les conceda un lugar en que poder gozar de las verdaderas delicias por una eternidad.—B. S. C.

PONCIANO (S.), mártir. Reinaba el emperador Cómmodo en Roma cuando fueron presos por confesar la religion de Jesucristo S. Ponciano, Eusebio, Vicente y Pelegrin, y como se negasen á abjurar de su fe se les puso en el tormento, en donde se les estiraron los miembros, descoyuntándoles los huesos, despues se los azotó con varillas de hierro, se les quemó con planchas encendidas y se les volvió á azotar con varas emplomadas, en cuyo último suplicio no cesaron sus verdugos hasta que sus benditas almas volaron á recibir la corona de su sufrimiento de manos de Dios. La Iglesia los recuerda el 25 de Agosto.— C.

PONCIANO (S.), mártir. Vivia en Roma un hombre llamado Ponciano, que tuvo la suerte de que en una parálisis que le acometió, segun el cardenal Baronio, fuese curado milagrosamente por S. Eusebio, á pesar de hacer muchos años que se hallaba en aquel triste estado. Al ver Ponciano tan maravillosa cura, puso atencion á las palabras de consuelo que le dirigió S. Eusebio, y convenciéndole la verdad de su doctrina y la falsedad que reconoció en los dioses que adoraba, abjuró de la idolatria y se convirtió á la fe de Jesucristo. No se contentó Ponciano con haber conocido la verdad del Evangelio, sino que se dedicó á predicarla á todos sus amigos y parientes para que alcanzasen igual dicha de la que él habia alcanzado; y como esto lo ostentase públicamente, y confesase á todo el mundo que era cristiano, llamó la aten-

cion de los gentiles, que le prendieron como á perturbador del órden público. Presentado ante los jueces, confesó ser cristiano tan pronto como fué preguntado, y negándose á adorar á los ídolos, fué degollado con otros compañeros que alcanzaron la gloriosa palma del martirio. La Iglesia católica le recuerda el dia 2 de Diciembre.— C.

PONCIANO (San), mártir. Los gentiles, tratando á los cristianos que no sacrificaban en los tormentos inmediatamente á su confesion, como viles esclavos, los hacian presidiarios como nosotros á los criminales, y cargados de cadenas, los hacian trabajar en las obras públicas y en los baños, hasta que ó los asesinaban cuando veian agotadas sus fuerzas ó que persistian en su creencia, ó los abandonaban al furor de la ignorante y frenética plebe que en medio de su fanatismo los trataba como bestias dañinas. Entre los que sufrieron la humillacion y penalidades de trabajos forzados en Roma durante el reinado del emperador Maximiano, cuenta el Martirologio á un S. Ponciano, que resistiéndose á adorar á los ídolos, ántes bien insultándolos á todas horas, fué martirizado muriendo en un mismo suplicio con San Trason y Pretestato, á los que reverencia la Iglesia católica el 11 de Diciembre. — C.

PONCIANO (San), mártir. Entre los santos mártires de que hace mencion la Iglesia católica el 31 de Diciembre encontramos á un S. Ponciano, que padeció el martirio en Sicilia por profesar la religion cristiana, teniendo por compañeros de suplicio á los santos Atalo, Cornelio, Esteban, Fabiano, Floro, Minervino, Sexto y Simpliciano, que todos alcanzaron la gloriosa corona con que Dios premia á los que saben sacrificar la vida por su santa causa.—C.

PONCIANO. En el siglo VI aparece en la *Biblioteca de Autores eclesiásticos* de Dupin un obispo de este nombre, que escribió al emperador Justiniano una carta contra la condenacion de tres capítulos, cuya carta se encuentra en el tomo V de la *Coleccion de los Concilios*.—C.

PONCIO (San), mártir. Uno de los primeros mártires de la fe de Jesucristo fué el glorioso S. Poncio, y no es extraño no hayan llegado á nuestra época noticias sobre las particularidades de su vida. Sábese únicamente que por los años 258 de nuestra era, en la terrible persecucion que hizo á los cristianos el emperador Valeriano, fué martirizado de su órden este Santo en Cimelea, ciudad situada en los Alpes. Destruida esta ciudad por los lombardos, se levantó sobre sus ruinas la de Nicea, perteneciente hoy al estado de Saboya, al rededor de la abadía de San Pons, único edificio que habia quedado cuando Cimelea fué asolada. Trasladadas las reliquias de este Santo mártir al monasterio de Tomiens en el Langüedoc, el pontífice Juan XXII creo en él una silla episcopal. La abadía fué secularizada el año 1625, y siempre en ella se veneró al Santo por cuya intercesion, segun lo acredi-

ta S. Valeriano, obispo que fué de Cimelea en el siglo V de Jesucristo, obró Dios muchos milagros con los fieles devotos observantes de la santa ley del Evangelio.—C.

PONCIO (San), diácono. La iglesia de Africa tiene la gloria de haber sido una de las más fecundas en santos en la cristiandad. Nació Poncio de familia acomodada, y tuvo tan esmerada educacion, que á los veinte años no solo era un doctor científico y literario en las materias de instruccion que entónces se enseñaban, si que tambien habia adquirido el conocimiento de muchas lenguas con cuyo auxilio habia podido conocer la doctrina y costumbres de muchos países. Pasaba la cristiandad por su segundo siglo, época en que la persecucion y la muerte amenazaba por do quier á los fieles defensores de la fe de Jesucristo, y en la que por esta razon era necesaria una creencia muy arraigada para no huir de los peligros que corria el que aparecia como afiliado á la bandera de la cruz. Como la fe de Poncio no podia ser más completa, léjos de retraerse del camino que tantos peligros en lo humano le presentaba, como viese con los ojos del alma al fin de él abiertas las puertas de la gloria, emprendió hácia ellas su marcha con la mayor decision; y conociendo que la carrera de la Iglesia podria acortarle más que otra el camino, la abrazó con el mayor entusiasmo. Hecho diácono, su gran talento y su extraordinaria erudicion le dieron á conocer bien pronto en toda la iglesia de Africa como una capacidad muy recomendable, y su acrisolada piedad, unida á su ardiente caridad y á la dulzura de su carácter, le granjearon el cariño y consideracion de los fieles. Al servicio de su amigo y prelado S. Cipriano, obispo de Cartago, al que jamás abandonó en la persecucion y destierro que sufrió, le acompañó con el amor de hijo hasta su muerte, despues de la cual escribió un libro de la vida de este santo, cuyo escrito elogia S. Gerónimo. Deseoso de alcanzar la corona del martirio, la buscó de todos modos pero se ignora si consiguió su deseo, sabiéndose solo que murió en el año 260 de nuestra era: la Iglesia católica le recuerda el 8 de Marzo.—C.

PONCIO (S.), abad de Claraval y luego obispo de Claramonte. Despues de S. Roberto, sucesor de S. Bernardo, fundador del célebre monasterio de Claraval, fué abad de esta santísima casa Frastrado, y despues de él Gaufrido, secretario del mismo Dr. Bernardo, que fué el que escribió parte de la vida del Santo su maestro; y el quinto que por muerte de Gaufrido sucedió en su lugar fué Poncio. Este santo varon fué primero abad del monasterio de Grandeselve, una de las casas que son hijas de Claraval, la cual está en la provincia de Tolosa, y en ella ha habido grandísimos santos. Siendo novicio este santo varon Poncio, nunca trataba sino con la gente de mejor opinion y fama de santidad, y aunque fuesen viejos trataba amistosa y familiarmen-

te con ellos, dejando de tratar á los mozos sus contemporáneos y algunos de ellos amigos. Tuvo amistad íntima con su maestro de novicios, que le enseñaba el modo con que habia de servir á Dios y de él adquirió Poncio el espíritu admirable con que despues ilustró su Orden, y aprovechó en la Iglesia católica, puesto en el lugar eminente de la dignidad episcopal. Y para que se vea y conozca la santidad de Poncio en sus primeros años de religion, pone el exordio del Cister en la vida de este santo Pontífice, la preciosa muerte de su maestro, á quien en vida no solo trataba como queda dicho, sino que obedecia é imitaba en toda su conversacion; el cual un dia de jueves santo, juntándose los hermanos á comulgar, hecha primero oracion con mucho fervor; deseando ser desatado de los vínculos de la carne y verse con Cristo, decia con el Profeta con inefable deseo: «¡Oh quien fuese ya y apareciese ante la cara de mi Dios.» Llegada la hora de comulgar, se acercó al altar con los demás religiosos, y teniendo la forma en la boca quedó su alma como fuera de sí y trasportada en Dios, sintiendo una suavidad y dulzura del cielo con aquel divino maná del cuerpo de Jesucristo, y vuelto en sí dijo al Señor: «Suplícoos humildemente, benignísimo »Dios mio, que no permitais entre ya otro manjar de los viles y groseros de »la tierra por el lugar donde ha entrado el pan de los ángeles y mantenimiento del cielo.» Hecha esta oracion, al punto comenzó á desfallecer faltándole las fuerzas del cuerpo, y conociendo que su oracion habia sido oida, rogó á su novicio y amigo Poncio, con mucha alegría, que le llevase á la enfermería, porque ya era llegada la hora tan deseada para él en que habia de ver al Rey de la gloria. Así lo hizo Poncio, y preguntándole si sentia alguna molestia, respondió que no, sino solamente en la garganta donde habia puesto los dedos cuando fué arrebatado en éxtasis. Salió de esta vida el sábado santo. Ejercitándose, pues, Poncio en todas las virtudes, pasó algunos años en la religion, dando tan buenos ejemplos, que aun siendo jóven fué elegido abad del monasterio de Grandeselve, una de las filiaciones de Claraval; y despues por muerte de Gaufrido, como se dijo al principio de este capítulo, fué trasladado á Santa María de Claraval. Allí suplió muy bien la falta de los cuatro santos que habian presidido en aquella casa, conviene á saber, S. Bernardo, S. Roberto, S. Frastrado y S. Gaufrido, de los cuales se mostró dignísimo sucesor en todo. Y con ser su diligencia y cuidado no menor para con la guarda de sus ovejas y del rebaño que le habia sido encomendado, con todo eso, por cierto juicio de Dios, envió su Divina Majestad una peste á los monjes de aquella casa santísima, descargando el azote de su ira sobre los justos y santos, para sacarlos de esta miserable vida y premiarlos con la eterna; y por otra parte embotar la espada de su justa indignacion en las muertes de estos sus siervos, para no herir de lleno en los pecadores.

Consoló mucho al siervo de Dios, al ver las muertes tan felices de sus súbditos, que á muchos de ellos era revelada la bienaventuranza y gloria que iban á gozar. Estos y otros discípulos tuvo el santo abad Poncio, cuya vida admirable y ejemplo raro era una de las más principales causas de que debajo de su disciplina y magisterio se criasen tantos santos y amigos de Dios; el cual para en parte de premio de la virtud y méritos del santo abad Poncio, y para mayor utilidad de la Iglesia católica, quiso ponerle en lugar más eminente, donde siendo visto de muchos, aprovechase á muchos con su vida, doctrina y ejemplo. Hiciéronle obispo de la ciudad de Claramonte, en cuya dignidad se condujo prudentísimamente, guardando sobre todo en el palacio y en medio del pueblo, la modestia y gravedad del estado monástico que habia profesado, sin desnudarse jamás ni del hábito exterior de la cogulla blanca, ni del interior, adquiriendo en la religion muchas virtudes y buenas costumbres, con las cuales vino á alcanzar la bienaventuranza eterna, de lo cual dan suficiente testimonio los innumerables milagros que ha hecho el Señor por los méritos de este siervo.—G. A.

PONCIO. Fué abad de Cluni despues de S. Hugo, que murió el dia 29 de Abril de 1109. Hasta entónces no habia tenido este monasterio sino abades santos de una piedad y sabiduría singular. Poncio no siguió tales pisadas. Era un hombre de calidad, dotado de gran talento, pero que olvidando la santidad y humildad tan convenientes á su estado, incurrió en el dispendio, enteramente contrario á la profesion monástica. Pero como la regularidad se hallaba bien establecida en aquella santa comunidad, el ejemplo del abad, en vez de alterarla, empeñó á los monjes á dirigirse al Papa, á fin de que corrigiera á su abad. Es verdad que defendia Poncio vigorosamente los derechos y bienes de su monasterio; y Humbaldo, arzobispo de Leon, habiéndose quejado al concilio de Reims del año 1119, de que le quitaba Poncio sus diezmos y le rehusaba la sumision y respetos á él debidos, habló con tanta modestia como actividad en defensa suya, é impidió que las quejas de este obispo y de otros muchos prelados produjesen algun mal efecto contra su comunidad, pero él cuidaba poco de lo interior de su monasterio. Estaba casi siempre fuera de él, y andaba con un equipaje tan soberbio, que se asegura que pasando á visitar el monasterio de S. Bertin llevaba hasta cien mulos para conducir su equipaje. Los monjes se quejaron de tales excesos, y habiéndose prevalido del tiempo que estaba en Roma, se lo advirtieron al papa Honorio II. Poncio, pues, habiendo pasado á despedirse de Su Santidad, recibió de Honorio consejos tan conformes á su conducta, y entró con él en la discusion de cosas tan minuciosas, que desde luego conoció el abad de dónde procedia aquella acusacion; pero éste, en lugar de meditar consigo mismo, respondió que más queria desistir de su empleo que gobernar

monjes disgustados con su administracion. Honorio, despues de algunas dificultades, admitió su dimision, y Poncio se retiró á la Pulla el año de 1124. Más adelante pasó á Jerusalen, donde decia queria acabar de pasar el resto de su vida; pero arrepintiéndose presto de no ser abad, volvió á pasar á Francia y entró en Cluni de mano armada, á fin de reasumir el gobierno que se habia conferido á Hugo, prior de Marcigni, y despues de su muerte, que habia acaecido al cabo de cinco meses, á Pedro Mauricio, llamado *el Venerable*. Habiendo Poncio entrado por fuerza en el monasterio, se mantuvo en él por violencia durante algunos meses del año 1125. Honorio, á quien afligian tales desórdenes, envió á Francia al diácono cardenal Pedro, acompañado de Humbaldo, arzobispo de Leon, excomulgó á Poncio y á sus partidarios, y habiendo sido citadas las partes á Roma, Poncio y Pedro Mauricio pasaron á esta ciudad. Oidos que fueron ambos, y despues de un serio y detenido exámen, sentenció el Papa en favor de Pedro, y mandó encerrar á Poncio en una torre, donde murió poco despues. Fué enterrado en S. Andrés sin aparato alguno, y hay apariencias de que despues fué trasladado á Cluni. A lo ménos allí se ve su sepulcro, y en él representado con los pies atados, porque habia muerto excomulgado. Es cosa de admirar que el Martirologio de los monjes benedictinos lo incluya en el número de los santos de su Orden. En el año de 1119 habia sido uno de los diputados que el papa Calixto II envió al emperador Enrique para que terminára el negocio árduo de las investiduras, que causó entónces tanto ruido. *Acta Concilii Rheinens.* Mabillon, tomo V. *Annal. Ord. S. Bened.* — Pedro *el Venerable*, lib. II, *de Miraculis. Historia de la iglesia Galicana* por el P. Longueval, jesuita, tomo VIII. — G. A.

PONCIO, obispo de Valencia, en el Delfinado, poco ántes del siglo XI, fué célebre por su regularidad y muy estimado del papa Leon IX. Este prelado asistió al concilio de Vercelis, que se celebró durante su episcopado, cuya duracion se fija desde el año 1037 hasta el de 1044, y acaso más allá, lo que con especial cuidado se especificó en esta asamblea, á fin de que en todo tiempo apareciera consignado. Puso en manos de Leon IX la dimision de una abadía que tenia en Valencia, llamada de S. Victor, en cuya virtud el expresado Papa la unió para siempre á la abadía de S. Victor de Marsella. Se cree haber encontrado poco tiempo hace una casa y tierras que tienen el nombre de S. Victor. Tambien se cree haber hallado los cimientos de una iglesia antigua, que era sin duda la de esta abadía. El obispo Poncio, varon santo y dotado de una ejemplar virtud digna de imitacion, habia donado ya esta abadía á otra de la diócesis del Puy, llamada en aquel tiempo Calmaliacum, por otro nombre de S. Theofredo; pero esta donacion no subsistió, como subsistió respetada siempre la que se hizo á

S. Victor de Marsella. Véase acerca de estos hechos *Thesaur. nov. anecdotor.*, tomo I, pág. 171. — *Antigüedades de la iglesia de Valencia*, por Juan Castellan, obispo y conde de Valencia, libro IV, pág. 216 y siguientes. — G. A.

PONCIO, cuadragésimo obispo de Barcelona, gobernó esta iglesia por un corto período, muriendo en 7 de Febrero de 1302. Apénas se halla mencion de este Obispo en las escrituras contemporáneas, lo que no es extraño, atendido el poco tiempo que permaneció en el episcopado. Pertenecia á la familia de Desvilar, cuyo apellido llevó hasta su consagracion. Diago dice que fué elegido por el clero superior de la iglesia de Barcelona, y que fué primero sacristan y despues arcediano mayor. Parece que consagró personalmente una capilla de su familia en la ciudad de Montebovim, á ruego de su hermano Raimundo Desvilar y de su sobrino Simon de Leuro; lo cual consta por una carta en que se refiere ser este el orígen de la expresada familia, y edificó una capilla, que pasó despues á ser iglesia parroquial de S. Felices de Codines, y que asistió allí personalmente el Obispo el dia de la dedicacion y que concedió ó confirmó todos los privilegios que tenia entónces ó poseia de antiguo la referida capilla. Sobre la existencia de este Obispo andan un tanto discordes los autores, negándose por algunos su existencia y áun alterándose sus circunstancias y nombre. Puede sin embargo aducirse en favor suyo la tradicion de la familia Desvilar, establecida en la ciudad de S. Felices de Codines, y la opinion general de toda la ciudad, lo mismo que el testimonio de todos los historiadores y catálogos en que se hace mencion desde época muy antigua de Poncio Desvilar, obispo de Barcelona. — S. B.

PONCIO DE GUALBA, cuadragésimo nono obispo de Barcelona, fué consagrado en Marzo de 1302. En 1314 se fundó el monasterio de religiosos Agustinos en el término de la parroquia de Sta. María del Mar, cerca del puerto, concediéndose la licencia por el arcediano Hugo de Moncada, vicario general del obispado. Despues de celebrado un pacto entre el vicario general y Bonanato Zaguals, primer prior del monasterio de S. Agustin. En 1316, año primero del pontificado de Juan XXI ó XXII, se expidió un breve ó rescripto por el referido Pontífice en favor de Jaime II, rey de Aragon, á ruego de Poncio, obispo de Barcelona, que fué enviado con este objeto á la corte Pontificia, trasladada poco ántes por Clemente V á Aviñon. En Octubre de 1324 se instituyeron por Poncio y el cabildo de la iglesia de Barcelona los arcedianatos de Sta. María del Mar, de Sta. María del Valle y otras iglesias anejas á Sta. María del Mar, concediendo otras dignidades á Sta. María de la ciudad de Caldes y á Sta. María de Villafranca. En Mayo de 1325 declaró parroquia la iglesia de Molins del Rey. En 1327 fundó la reina Doña Elisenda de Moncada, viuda del rey D. Jaime II, que se habia casado con ella en terceras nupcias, el monasterio de Pedralbes, donde murió entre

catorce religiosas, trasladada desde el monasterio de Sta. Clara de Barcelona, que seguia entónces la regla de S. Francisco y despues adoptó la de S. Benito. El monasterio de Sta. Clara se hallaba situado á la sazon cerca de la iglesia de Sta. María del Mar. En Marzo de 1329 asistió representado por un vicario al concilio celebrado en Tarragona por Juan, patriarca de Alejandría y administrador espiritual y temporal de la iglesia de Tarragona. Al fin de este año no se hallaba todavía concluido el edificio del templo primado de Barcelona, segun consta de las inscripciones que se leen en este templo, una de las cuales dice: *In nomine Domini nostri Jesuchristi Kal. Novembris, an. Domini* 1329, *regnante Domino Alphonso Rege Aragonum, Valentiæ, Sardiniæ, Corsicæ, et Comite Barcinone, opus hujus sedis operabatur ad laudem Dei, et Beatæ Virginis Mariæ, Sanctæ Crucis, Sanctæque Eulaliæ.* De este mismo documento se deduce que el edificio que existe en la actualidad es diferente del que fué dedicado y concluido en tiempo de Guislaberto, año de 1058, reinando el conde Raimundo y la condesa Almodia. Poncio vivia aún en 1331 y gobernaba la iglesia de Barcelona, segun consta de una escritura hecha en Julio, que contiene el privilegio y gracia concedida por el rey Alfonso IV á la ciudad de Cagliari, en Sicilia, en que la permite extender sus límites hasta la ciudad de Bonaire. Durante este episcopado se comenzó el magnífico edificio de la basílica de Sta. María del Mar, donde existia entónces un pequeño templo, llamado Sta. María de las Arenas, que era iglesia parroquial. Diago cree que fué comenzado el año del Señor de 1329, y añade que Poncio aumentó las dignidades y canónigos de la iglesia catedral, y que consta por un testamento que fundó y dotó en la referida iglesia un beneficio presbiterial, bajo la invocacion de S. Bernardo. Poncio murió, segun el autor tantas veces citado, á quien sigue el P. Mateo Aymerich en sus *Hechos y nombres de los obispos de Barcelona*, el dia 17 de Julio de 1334. S. B.

PONCIO (Fr. Juan), religioso franciscano de la provincia de Irlanda. Siguió los estudios en el colegio de Lovaina, de que fué lector, y catedrático decano en el de S. Isidoro de Roma, se distinguió mucho por su piedad y virtud y no ménos por su erudicion y vastos conocimientos. Murió en París, hácia 1660, despues de haber publicado las obras siguientes: 1.ª *Integrum Philosophiæ Cursum, in tres partes divisum.* Roma, por Luis Grignan á expensas de Herman Scheus, 1643, 4.° París, por Antonio Bertier, 1648 y 56, edicion aumentada y corregida, en un tomo en folio, y Lyon, 1672. 2.ª *Appendicem apologeticam ad prædictum Cursum*, Roma, á expensas de Juan Bautista Smeraldi, 1645, 4.°—3.ª *Cursum theologicum ad mentem Schoti*, París, edicion costeada por Bertier, 1652, fólio; Lyon, por Amand, 1671, —4.ª *Commentarios theologicos, in quibus Subt. doctoris Quæstiones in libros*

Sententiarum elucidantur et illustrantur, París, por Simeon Pigat, 1661 en fólio. Tambien escribió muchos suplementos para una edicion de las obras de Scoto é hizo una apología intitulada: —5.ª *Schotus Hyberniæ restitutus*, París, 1660, en 8.°—6.ª *Richardi Bellingi vindiciæ eversæ;* Paris, por Francisco Piot, 1653, en 8.°—7.ª *Judicium doctrinæ SS. Agust. et Thomæ*, París, 1657, en 8.°—S. B.

PONCOL (Enrique), jesuita. Nació en Quimper, Corentino, en el año de 1730, y murió en el castillo de Bardy, en el Orleanesado, en 1783, y habiendo publicado obras muy bien acogidas del público. La primera es el *Análisis de los tratados de las obras y de la clemencia de Séneca, precedida de la vida de este filósofo;* París, 1776, en 12.° Dicha vida sobre todo está muy bien hecha, llena de observaciones juiciosas y de discusiones profundas Diderot ha dicho lo mismo con bastante elogio en su *Ensayo sobre los reinados de Claudio y de Neron.* Conviene al propio tiempo en que lo último de la vida de Séneca ya indicada está llena de lisonja y es bastante exagerada. La otra obra tiene por título *Código de la Razon*; Paris, 1778, siendo un recuerdo de sentencias y de hechos propios para hacer amar las costumbres y dar la rectitud al espíritu, habiendo al mismo tiempo el autor admitido cosas de interés, sin poderse ménos de conceder que ha puesto bastante órden en el contenido de las materias. Tenemos todavía del abate de Poncol diversas composiciones intercaladas en las historias, como asimismo manuscritos notables entre otros una traduccion de Marcial, digna de ser impresa.—G. A.

PONS (P. D.). Solo se sabe de este religioso por Amat, que fué prior de la cartuja de Montalegre, y que escribió una obra titulada: *Sentencia de Santo Tomás sobre la Inmaculada Concepcion*, la cual dejó manuscrita en un tomo, con la licencia para que pudiera imprimirse.—C.

PONS (Fray Agustin). El maestro Fr. Agustin Pons, hijo de la ciudad y convento de S. Agustin de Valencia, doctor teólogo y observante religioso, fué electo prior en 29 de Abril del año de 1645. Prosiguió la obra de la iglesia, é hizo la media naranja. Despues le nombraron prior de S. Agustin de Valencia, donde murió á 24 de Noviembre de 1651.— A. L.

PONS (D. Antonio). Nació este eclesiástico en el siglo XVII, constándonos que fué natural de Cataluña pues que le coloca Amat entre los ilustrados hijos de este país. Fué capellan de honor del pretendiente á la corona de España D. Cárlos III de Austria, llamado así por los suyos en la guerra de sucesion que á principios del siglo XVIII sostuvo contra el rey legítimo D. Felipe V de Borbon, apellidado el *Animoso*, contra el que se pronunciaron los catalanes que defendieron la causa del archiduque expresado D. Cárlos, hasta que fueron vencidos y sometidos á la dinastía de Borbon. Pons fué vicario general de los reales ejércitos del expresado pretendiente, á quien acompañó en la guer-

ra predicando contra los borbónicos y ensalzando las virtudes y legitimidad al trono de España de su señor. No faltando talento á este eclesiástico, arrastró con su doctrina á los catalanes á su partido, alentándoles poderosamente á sostener aquella sangrienta lucha; pero siendo hombre de sana conciencia, no puede acusársele por maldad, sino más bien de fanatismo, puesto que en aquella época era muy opinable el derecho á la corona de España entre las casas de Austria y de Borbon, entre los diversos partidos que á la muerte de Cárlos II el *Hechizado*, último rey de la dinastía austriaca, se levantaron en España. Escribió este eclesiástico una obra titulada: *Método moral y sacramental para direccion y uso de los confesores y capellanes militares de los reales ejércitos de la católica majestad del señor D. Cárlos III de Austria, monarca de ambos mundos*; Barcelona, por Bartolomé Giralt, 1711, en 8.°— *Maravillas del Santísimo Sacramento*, un tomo en 4.° Ambas obras acreditan la piedad de este eclesiástico y son dignas de que se tengan presentes por los sacerdotes castrenses por la buena doctrina que encierran. — B. S. C.

PONS (Fr. Arnaldo). Hace mencion de este religioso Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana* dudando si fué catalan ó valenciano. Fué fraile de la órden de nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos de los infieles, y floreció en la época del cuarto general de esta venerable Orden el reverendo P. Fr. Pedro Amer. Han quedado de la pluma de este ilustrado religioso las obras siguientes: *De bono meditationis libellus*: explica en esta obra lo que escribió S. Bernardo en el libro *De modo orandi.—De meditatione mortis*, libro importante por lo piadoso. — *Super illa verba Gen. XXIV*: Egressus fuerat Issac ad meditandum in agrum inclinata jam die. — Se ignoran las fechas de la muerte de este religioso.— C.

PONS (Fr. Buenaventura). Nada más dice Amat al hacer mencion de este religioso, que perteneció á la órden de Santo Domingo, y que escribió la obra titulada: *Difficultates Sacræ Scripturæ inter SS. PP. controversæ*; Lugduni. Nicolás Antonio trata de esta obra á la página 180 de su *Biblioteca Hispana*. — C.

PONS Y DE PALLAS (Doña Eleonora), vizcondesa de Chelva y señora de Paiporta, fué notable por su gran religiosidad y relevantes virtudes, como tambien por deberse á esta ilustre señora la fundacion del convento de San Joaquin de Paiporta, distante una legua de la ciudad de Valencia á la parte de Poniente. Realizó sus fervorosos deseos en 1.° de Agosto del año de 1595 en una ermita de S. Joaquin, situada cerca del dicho lugar de Paiporta. Deseaba esta señora fundar el convento para consuelo así de sus vasallos como de los lugares comarcanos, y tantas alquerías como hay en aquella parte de la huerta de Valencia; y habiendo comunicado sus intentos con personas santas y doctas, viendo el grande provecho que se habia de seguir á las almas de aquella

fundacion, la aconsejaron todos la hiciera; con este consejo pidió al provincial, que lo era entónces el V. P. Mtro. Fr. Gerónimo Moliner, que le diera religiosos para la dicha fundacion, ofreciendo darles alguna renta para su sustento. Oyendo el Provincial tan santa peticion, proporcionó seis religiosos de virtud y letras del convento de S. Agustin de Valencia, todos sacerdotes y los más famosos predicadores. Tomaron posesion de la dicha ermita de S. Joaquin dicho dia, mes y año, y la fundadora les dió todas las alhajas necesarias para el nuevo convento. Con esto y con las limosnas que los fieles de los lugares circunvecinos les hacian, pasaban en el desierto aquellos devotos religiosos fundadores, sacando grande fruto con su santa predicacion y administracion de los sacramentos. Su ilustre fundadora murió á principios del siglo XVII en olor de santidad.—A. L.

PONS (Francisco), religioso observante del convento de Mahon, llamado por excelencia *el Muntaner menorquin*, con quien seguimos una correspondencia literaria de algunos años á esta parte. Nació en S. Cristóbal, pequeño lugarejo de la isla de Menorca, el dia 13 de Diciembre de 1768, y á los diez y seis años de edad vistió el sayal de S. Francisco en el convento de Mahon. Provecto ya en los estudios de filosofía, teología escolástica, y contando únicamente la edad de veinte años, fué instituido maestro de gramática latina, ocupándose en las horas de su preciso descanso en aprender varios idiomas extranjeros y en instruirse en la historia sagrada y profana, en la geografía y en los derechos canónico y civil. A la de veintiseis se le honró con el título de predicador, sin que el exacto desempeño de este delicado cargo le privase de enseñar la gramática latina; posteriormente fué declarado en su Orden predicador general *de jure*. Sirvió diez y nueve años de capellan del hospital de Caridad de Mahon, en cuyo tiempo tuvo escuela de retórica, ciencia que cultiva con felicidad, y por último, le condecoró su Religion con el título de definidor. Ha escrito: 1.° *Nuevo método para aprender por principios fáciles la lengua latina;* dos tomos en 4.°, impresos en Mahon en casa de la viuda de Fabregues, el primero en 1812 y el segundo en 1814. Hay una segunda edicion del año 1831, corregida y aumentada en dos tomos en 8.°—2.° *Compendio de las excelencias del puerto de Mahon*, en versos latinos, obra que divide en tres cantos, con un discurso preliminar y eruditas notas; Mahon, imprenta de Serra, año 1819, en 8.°, con un mapa fino del expresado puerto.— 3.° *Compendio de la Poesía latina y castellana y de la Retórica en latin y castellano;* Mahon, imprenta de la viuda de Serra, año 1837, un tomo en 8.°, muy voluminoso. Ha publicado muchas poesías latinas y castellanas, ya en varios periódicos y ya en hojas sueltas, como igualmente un resúmen de los empleos y ejercicios literarios del Dr. D. Juan Ramis y Ramis al frente de la *Historia de Menorca*, escrita por este último y publicada por su

hermano D. Antonio en 1819. Tiene una multitud de excelentes manuscritos sobre varias materias, y un sin número de sermones morales y panegíricos.— J. B. de R.

PONS (Fr. Jacinto). Perteneció este religioso á la venerable órden de Predicadores, sin que podamos decir otra cosa sino que fué natural de Cataluña y que escribió un libro titulado: *Tres modos de dir lo Rosari*, el cual se imprimió en Barcelona en 1693.— C.

PONS (José Hernandez y), minorita mahonés. Fué lector jubilado, definidor, calificador del Santo Oficio y postulador de la causa del Bto. Lulio, en cuya defensa se dice que escribió algunas obras. Son suyos dos memoriales que sobre la misma causa presentó personalmente al Pontífice, y uno á la sagrada Congregacion del Santo Oficio, que creemos se dieron á la prensa. Murió en su convento de Palma á 23 de Abril de 1714.— J. B. de R.

PONS (D. José de), de familia muy ilustre, natural de Barcelona, vicario general del ilustrísimo señor obispo de Vich Marimon; muerto éste, se volvió á su casa, y se dedicó enteramente á los libros. Pasaba la mayor parte del dia en la preciosa biblioteca del convento de Sta. Catalina, estudiando los *Escritores antiguos*, y muy particularmente los de materias históricas y eclesiásticas. Visitó muchas iglesias antiguas de Cataluña, extractando de sus archivos todo lo que hallaba de más selecto, precioso y digno de atencion y mérito. Detúvose mucho tiempo en el monasterio de S. Cugat del Vallés. Murió ciego y sordo, á los ochenta años de edad, á 3 de Junio de 1761. Escribió varias obras: *Historia del monasterio de S. Cugat del Vallés*. Ms. en dos volúmenes, que se conserva en dicho monasterio. —*De primatu Eccles. Tarrac.*; Ms. que se conserva en la biblioteca de Sta. Catalina. —*De origine ordinum religiosorum*; Ms. que el autor dió al P. Caresmar. —*Stromatum*; libro que contiene varios opúsculos, y quedó manuscrito en poder de su hermano.— G. A.

PONS (P. José), jesuita. Nació en Barcelona el dia 19 de Diciembre de 1730. En 1766 enseñaba con aplauso el quinto año de filosofía en la universidad de Cervera. En Córcega enseñó elocuencia á los estudiantes jesuitas aragoneses, y la teología en Ferrara. Extinguida la Compañía, no dió fin á la enseñanza, ni dejó de escribir, como lo publican muy bien con los premios y con los debidos testimonios de aprecio que le dieron, las ciudades de Nuceria, de Fulginio, de Trevia, de Camerino, de Spoleto y de Sinigaglia, en las que explicó públicamente con grande aprovechamiento de sus oyentes, ya la filosofía, ya la historia, ó bien ambos derechos, ó la teología. Vivia todavía en 1815; anciano muy digno de respeto por su candor de alma, y por su admirable esfuerzo en enseñar y escribir para la instruccion de la juventud. *Specimen philosophiæ jesuiticæ cum dissertatione de optimo genere*

tradendi philosophiam; Cervariæ Lacetanorum, 1795, in 4.° : typis academicis, Lo dedicó al ilustrísimo señor obispo de Solsona, D. José de Mezquía, del órden de la Merced. *Dissertatio historico-dogmatica de materia, et forma sacræ ordinationis et singillatim presbyteratus; Bononiæ ex typografia S. Thomæ Aquinatis;* 1775, en 4.°— *Dissertationes binæ de intima et naturali humanarum actionum ante omnem legem honestate atque inhonestate: necnon de inhonestarum actionum merito et imputabilitate adponam*; ibid., 1780, en 8.° Confuta bella y elegantemente á Samuel Pufendorf y á Cristiano Wolfio. *Episcopus sive de munere episcopatus libri tres;* en verso heróico, los que dedica á Cayetano de los condes de Ginnano, obispo de Fulgino. Fulginiæ, 1784, typ. Joan. Tomassini. — *Della salute dei litteratti ó sia discorso contro il ragionamento sul medesimo assunto del Sig. Tissot,* etc., ibid., por Jesualdo Fossi, 1789. Impugna con muy buenos argumentos al médico que enseñaba que la atencion del entendimiento al estudio de las letras daña á la salud de los literatos.—*Jus canonicum... sive de ratione discendi et docendi jus canonicum*; dos tomos, ibid., por Juan Tomassino, 1794.—*De vita et honestate clericorum... ex universo juris corpore et Concilio Tridentino selecti canones criticis notis et observationibus illustrati*; Spoleti, 1800.—*Del regolamento de Collegy; Senogalliæ per Lazzarini*, 1801. El autor dedica la obra al cardenal Bernardino Honorati, obispo de Senogalia. Parece que ya ántes habia tratado del mismo asunto. — *Ristabilimento delle universitá, e di altri studii generalii;* Spoleto, en la imprenta de Simon Saccocia, 1805. La dedica el autor al cardenal César Brancadoro, arzobispo de Firman. —*Studio degli ecclesiastici;* en la misma imprenta, en 1806, en 8.° Está dedicada al cardenal Francisco María Locatelli, obispo de Spoleto. — *De antiquitatibus juris canonici secundum titulos decretalium*; en la misma imprenta, 1807; y se dedica al mismo cardenal, á quien promete el autor que además de este primer volúmen, publicará otros cuatro para abrazar todos los cinco libros de las decretales.—*Il perfetto Scolaro;* Spoleto, 1808, por José Bassoni; opúsculo excelente y útil para ir formando á los jóvenes en la enseñanza y en la piedad.—*Discorso sull' utilitá del metodo scolastico per comparazione col geometrico;* en la misma imprenta, 1809. Prefiere el autor en algunas cosas el método escolástico al método geométrico.—*De reddítu Pii VII P. O. M. oratio*; está en la obra intitulada: *Pio VII P. M. Professores, alumnique Gimnasii Spoletini ob felicem in suam sedem reditum his poeticis floribus plaudunt*; en la misma imprenta, 1814. A estas obras de Pons, añade el P. José Font de Valle, en el *Indice* de escritores jesuitas aragoneses, las siguientes: *Historia studiorum J. C. ab. edictione VII. tabularum usque ad seculum XVIII. Reflessioni in torno l'asistenza da prestarsi a moribondi. Ignis. Poema didascalicum, a P. Josepho Pons in seminario nobilium de Cordolles publico rhe-*

torices et poetices professores; Barcinon., 1760, apud Franc. Suria. *De societate civili. Philocentrica sive de corporum gravitate*, lib. II. Es un poema filosófico sobre las fuerzas centrípetas, etc. — G. A.

PONS (Juan), trinitario, obispo de Elva, en Portugal. El P. Cervera en la pág. 85 de su Crónica manuscrita del convento de *Sancti Spiritus* de Palma, dice que nació en esta ciudad cerca del año 1445, y que aficionándose desde la más tierna edad á la lectura de los libros buenos, llegó á ser uno de los sabios más escogidos de su tiempo. Entrado en la Religion Trinitaria pasó á Valencia, donde hizo los estudios de artes y teología; ordenóse allí de sacerdote, se aplicó de un modo admirable á la teología moral, á la expositiva y escolástica, sobresaliendo en estas facultades, y dedicado al ministerio del púlpito, sus elocuentes sermones eran oidos con pasmo de todos los doctos de aquel reino. Regresado á su patria para leer un curso de filosofía, y como dice el P. Cervera, para sembrar la doctrina en el campo de donde la habia cogido, desempeñó su lectura con utilidad de sus discípulos, y se le confirió despues una cátedra de teología, que regentó por espacio de quince años. En 1490 fué creado ministro de este convento, asistió á los enfermos contagiados de la peste que desoló esta isla, y noticioso el pontífice Julio II de su virtud y talento, le llamó á la corte romana, donde desempeñó varias comisiones de la mayor importancia, que le valieron el ser elevado al obispado de Elva, en Portugal, en el año de 1504, como escribe Figueras en sus *Anales*. En 1499 asistió al capítulo provincial de Teruel, donde formó con el P. Antonio Lopez los *Estatutos para el buen gobierno de la provincia y observancia de la regla*, que merecieron la aprobacion del sabio general Fr. Roberto Gagunio, segun escribe Jacobo Burguesio *in append. Generalium Ord. Trinit.* Los cronistas Trinitarios elogian altamente la sabiduría del obispo Pons, pero ninguno de ellos da noticia de la época de su muerte. — J. B. de R.

PONS (Juan Francisco), canónigo, y descendiente de una antigua y noble familia de Champaña, nació en 1683 en Marli, cerca de París. Habiendo llegado á esta ciudad en 1699, estudió la teología en la Sorbona, pero lo delicado de su salud le determinó á renunciar la borla de doctor. El abate de Pons fué nombrado poco tiempo despues para desempeñar un canonicato en la colegiata de Chaumont. Este beneficio fué disputado, componiendo una memoria ingeniosa, sólida y bien escrita, que le hizo ganar su proceso en 1709. Estos sucesos fueron seguidos poco tiempo despues de la dimision voluntaria de su canonicato, que lo dejó para fijar su residencia en París. Las simpatías de la amistad y los placeres de la literatura le retenian en la capital. Entre los amigos que adquirió se unió sobre todo con Holidart de la Motte, al cual defendió contra madama Dacier. Trató á esta sabia con la

misma acritud que lo habia hecho con la Motte. Se apellida el Jorobado de la Motte, cuyo apodo no sirve más que para hacer reir. Su temperamento era muy vivo y muy débil, lo que le hizo debilitarse bien pronto. Sintiéndose decaido se retiró á Chaumont al seno de su familia, y allí murió en el año de 1733. A un espíritu elocuente unia un corazon excelente y de grandes sentimientos religiosos. Se han impreso en París en 1728 las obras del abate de Pons en 12.° Se encuentra en esta coleccion una llamada el *Hecho*, de la cual ya hemos hablado; *un nuevo sistema de educacion y cuatro disertaciones sobre las lenguas, y principalmente sobre la lengua francesa.* Hay ingenio y brillantez en los escritos del abate de Pons, á pesar de ser un estilo afectado. —G. A.

PONS ó Poncio (Fr. Pedro), monje catalan, que vivia á fines del sigle XVI, y fué el inventor del arte de enseñar á los sordo-mudos, arte perfeccionado despues por los dos sabios franceses el abate L'Epee y Mr. Sicard. Véase la *Enciclopedia.* La obrita de Sicard la ha traducido y aumentado D. José Miguel Alea, un tomo en 8.°, edicion de 1807, en la imprenta Real. — A. C.

PONS (Fr. Pedro). Este religioso pertenece á fines del siglo XVII y principios del XVIII. Se ignoran los detalles de su vida, y solo sabemos por el Sr. Amat que fué natural de Cataluña, pues que le coloca entre sus escritores; religioso de la órden de S. Francisco, profesor de sagrada teología y de los textos hebráico, caldáico y latino. Dejó manuscrita una *Gramática hebrea* y otra *caldea*, en un tomo en 4.° con la fecha de 1705, que se conservaba en tiempo de Amat en la biblioteca de S. Francisco de Barcelona, y que hoy debe hallarse en la provincial, formada de Real órden de los libros de los conventos de las comunidades suprimidas en España en 1835. La portada de esta obra dice: *Tomus unicus continens linguas hebraicam et caldaicam à Fr. Petro Pontio, ordinis Sancti Francisci, sacræ theologiæ necnon Scripturæ textus hebraici, caldaici et latini professore an.* 1705, *quod apud judæos* 6904 *à creatione mundi.* Escrita esta obra en una época en que con tanto esmero se hacia el estudio de las lenguas de que trata, como descuidadas estan hoy, no puede ménos de ser interesante. —A. C.

PONS (Fr. Salvador), del órden de Santo Domingo, natural de Barcelona, doctor y catedrático en teología dogmática y sagrada en aquella universidad. Predicó con gran fruto diez y siete cuaresmas continuas en la iglesia del Pi, parroquia de dicha ciudad. Era llamado vulgarmente el *Apóstol.* Murió en 1620 en Barcelona, de edad de setenta y tres años; dijo su oracion fúnebre Fr. Tomás Pascual. Escribió las *Vidas de los Stos. Hemeterio y Celedonio;* Serra, pág. 1530.—*Vida de Santa Eulalia de Barcelona.* — *Vida de S. Raimundo Peñafort.*— *Vida y martirio y traslacion á Cataluña de Santa Madrona vírgen*

y mártir. Imprimióse en Barcelona en 1594.— *Vida de S. Fructuoso.* La tenia el Sr. Foguet canónigo de Tarragona.—Dos sermones de la *Soledad de la Reina de los Angeles y de S. Raimundo de Peñafort.*— *Exposicio del Psalm.* Miserere mei Deus *de David, ab un tratat del sagrament de la penitencia dirigit el Molt ilustre Sr. D. Juan Dimas Boris, bisbe de Barcelona;* Marcillo, pág. 365. —Echard, tomo II, pág. 45.—A. C.

PONS (Fr. Sebastian), religioso dominico, valenciano. Fué hijo del convento de S. Onofre de la órden de Predicadores, que estaba cerca de Valencia; y obtuvo el grado de maestro en sagrada teología, á principios del siglo XVII, la que enseñó á los religiosos de su Orden en España y tambien á los de Francia, donde mereció la mejor reputacion. Explicó esta sagrada ciencia en el convento de Predicadores de Santa Magdalena en S. Maximino. Vivia en tiempo de Alonso Fernandez en 1618. Escribió dos libros *adversus hæreses hugonotorum et calvinistarum*; pero no se sabe donde se imprimieron ó se conservan, ni lo indica el citado Fernandez en su *Notitia Scriptorum prædicatoriæ familiæ*, ni Nicolás Antonio que le cita en su *Bibliotheca nova.* Era hombre de grande sabiduría y virtud, y se ignora la época de su muerte.—G. A.

PONS (Fr. Tomás). Nació este ilustrado jesuita en Manresa, ciudad de Cataluña el dia 12 de Enero de 1748, y dedicándose al claustro entró á servir á Dios en la Compañía de Jesus el 21 de Noviembre de 1763. Luego que salió del noviciado estudiaba las humanas letras, cuando fué desterrado á Italia con sus compañeros. Establecido en Córcega, empezó á cursar filosofia y la concluyó en Ferrara. Cursó tambien en esta ciudad tres años de teología hasta la extincion de la Orden. Trasladándose á Bolonia, padeció en esta ciudad una larga y fuerte enfermedad de ojos, de la que haciéndose incurable le provino una debilidad de entendimiento que le acarreó al fin la muerte en el hospital Faventino el año 1797. Pocos años ántes de su mortal enfermedad escribió y publicó un precioso poema en elogio del célebre orador Scarelli, en el que se manifiesta lo brillante de su fecunda imaginacion, lo elegante de su estilo, y lo mucho que se hubiera distinguido como poeta si la muerte no atajase sus pasos. —A. C.

PONS (Vicente), religioso dominico en el convento de Palma, hombre doctísimo y benemérito, y uno de los testigos que en 1672 declararon en el proceso de beatificacion de la V. Sor Catalina Tomás, en cuya época contaba setenta y cinco años de edad. Murió segun el necrologio manuscrito que se guardaba en el convento de esta ciudad, el dia 22 de Diciembre de 1681. Escribió: 1.ª *Historia del Real convento de Santo Domingo de Mallorca*; un tomo en fólio, empezado á escribir en 1672, cuya obra dice Jovellanos en su *Memoria sobre las fábricas de los conventos de Santo Domingo y S. Francisco*

de Palma, que perecerá si no se dan prisa á copiarla, porque su tinta, cargada de caparrosa, la va corroyendo por instantes.—2.ª *Vida y milagros del venerable P. Fr. Julian Font y Roig, dominico.* Ms. Esta obra la escribió el P. Vicente Pons de órden del Rdo. P. general Fr. Nicolás Rodulfo en carta dada en Palermo á 6 de Noviembre de 1639, y lo mandó ejecutar el Excelentísimo Sr. D. Fr. Juan Tomás de Rocaberti y Zaforteza, arzobispo de Valencia é inquisidor general del reino de Mallorca en 4 de Noviembre de 1663. Para escribirla se valió su autor de la relacion de dicho siervo de Dios, que dejó inédita en el archivo de Santo Domingo el prelado Fr. Onofre Ferragut, que vivió en la religion desde 9 de Febrero de 1568 hasta 1623, en que murió de setenta y un años, habiendo sido contemporáneo del venerable y hombre muy distinguido, pues predicó más de cuarenta cuaresmas, fué superior del convento de Palma, prior del de Manacor, primer prelado del de Pollenza en 1588, y uno de los testigos que declararon en la informacion del P. Font y Roig. Esta relacion del P. Ferragut la publicó despues el Ilmo. P. Fr. Juan Lopez, obispo de Monópoli, en su cuarta centuria de su *Historia general de la Orden.* Sirvióse tambien el P. Pons de lo que dice del santo varon la vida del mismo Font y Roig, escrita por el Mtro. Fr. Juan Jemenia, que existia en cinco cuadernos manuscritos en el archivo de Santo Domingo, obra que escribió como testigo de vista y con la autoridad que merece un catedrático de la universidad de Huesca, un grande escriturario, un célebre orador y un famoso retórico, que fué el P. Jemenia, quien murió siendo prior de Santo Domingo de Palma el año 1620. De los expresados escritos, de la vida que compuso el P. Pons, y de lo que dicen varios autores del V. Font y Roig formó la vida de este santo varon el Dr. Antonio Gonzalez, de quien hemos hablado en su artículo, teniendo el placer de contar entre sus panegiristas á su sobrino D. Vicente Gonzalez Fiol y Moragues, de quien tambien se trató en su lugar, pues elogia la obra de su tio con unos versos latinos de un mérito regular.— J. B. de R.

PONS y Mora (Antonio). Hizo sus estudios en Palma, y habiendo entrado en el seminario conciliar, se distinguió entre sus condiscípulos por su aplicacion é inteligencia en las sagradas letras. Doctorado en teología y ordenado de sacerdote, se dedicó al estudio de la mecánica, á que tenia aficion, sin dejar de aplicarse al mismo tiempo á otros ramos de literatura, particularmente á la crítica, procurándose para ello una de las más selectas librerías. La triste circunstancia de vivir en una isla donde las más veces faltan ocasiones y estímulos para emplear su talento y luces los hombres eminentes, ha sido tal vez el motivo de que solo nos queden de su pluma algunos artículos relativos á Menorca, que comunicó á los PP. Giraud y Richard, religiosos dominicos, para servir de suplemento al tomo V de su *Diccionario ecle-*

siástico, impreso en París el año 1760. Con este motivo, los citados autores dijeron de él en el tomo VI de la referida obra: *Nous devons dire à la louange de ce docteur de l' ile de Minorche qu' il meriteroit d'occuper un poste plus distingué que la petite roche sur laquelle il reside. Malgré le defaut des livres et de secours dont il se plaint, il a des connoissances fort etendues, comme le prouvent les Mémoires qu' il a bien voulu nous faire passer.* Su continua aplicacion al estudio, segun el doctor Ramis, le acarreó los accidentes que le precipitaron al sepulcro en el año 1783. —J. B. de R.

PONS Y DE SQUERRER (D. Fr. Luis). Nació en Montclar, diócesis de Urgel, á principios del siglo XVII ó últimos del anterior. Entró en la órden de Benedictinos Claustrales Tarraconenses, y llegó á la dignidad de abad del monasterio de Arlés. Nombrado obispo de Solsona, tomó posesion de la silla episcopal el 4 de Noviembre de 1664. Dice Amat que celebró seis sínodos, cuyos trabajos dirigió áun cuando negando fuesen obra suya. En el tercero de estos sínodos se decretó la impresion de las constituciones de sus predecesores los Ilmos. Sres. D. Miguel Santos y Fr. Pedro de Santiago, las que se imprimieron en Barcelona en la imprenta de Mathevat en 1665. Reimprimió el *Manual de Paulo V*, que acomodó al uso de aquella diócesis su antecesor el obispo Puigmari. Murió Pons en Solsona el 4 de Enero de 1685. Dícese acerca de su muerte, que quiso tomar un purgante preparado con clara de huevo, y lo que la receta decia: *albumin. ov.*, leyó el boticario *alumin. ust.*, de modo que le puso alumbre calcinado en lugar de clara de huevo; cosa semejante se lee segun Amat en las apuntaciones de Pedro Simon Abril.—A. C.

PONS Y TALVAVULL (Gabriel), nacido en Mahon; tomó el hábito de carmelita en el convento de Pádua el dia 3 de Julio de 1714. Fué profesor de filosofía y teología, dos veces prior, y segun escribe el cronista de Menorca, varon muy recomendable por sus virtudes y habilidad en las divinas y humanas letras. Condecorado con el título de maestro, pasó á Roma por asuntos de religion, donde se le propuso para una mitra. Corren de él varios sermones de buen gusto y con mucho fondo de erudicion, impresos en 1753 y un curso filosófico manuscrito de bastante mérito, que se conservaba en el convento de Mahon, donde murió á 5 de Octubre de 1754. Su hermano el Padre Antonio, habiendo abrazado el mismo instituto, le comisionó la comunidad para pasar á Roma, á agenciar la fundacion del convento de su patria, que consiguió; y tuvo el honor de ser nombrado su presidente, como escribe nuestro buen amigo el P. Saturnino Cardona. Durante su residencia en la corte pontificia, desplegó su talento y raras luces en términos que se hizo merecedor de una lectura que se le confirió en Julio de 1723, y del delicado cargo de cura del convento de Traspontina, que obtuvo el 1.° de Junio de 1728. Posteriormente el gobernador y jurados de su patria solicitaron de Su Santidad

que le consagrase obispo y le enviase á Menorca con patente de vicario general apostólico, independiente de otro prelado superior; pero el Pontífice no accedió en esto á los ruegos de los menorquines. — J. B. de R.

PONSGRANS (Fr. Pedro). Nació Ponsgran en Sampedor de Cataluña, en fines del siglo XVII ó principios del XVIII. Tomó el hábito de religioso en la órden de Predicadores, convento de Sto. Domingo de Barcelona, el año 1730. Deseoso de sacrificarse por el servicio de Dios, solicitó y obtuvo de sus superiores ser incorporado en las misiones de la Orden, y fué destinado á las de las Islas Filipinas, adonde estuvo diez y ocho años. Pasando de este país á Tunckin, en la China, sufrió en aquella comarca muchas persecuciones de sus idólatras moradores. A fin de que sirviesen de edificacion á los fieles, escribió la vida del Beato Gil y compañeros mártires en la China, y otras muchas obritas; é ilustró varias otras de diferentes autores, segun lo manifiesta Collantes en el capítulo II, página 4, del libro II de su *Historia de Filipinas*. Ignoramos la fecha y punto de la muerte de este religioso. — A. C.

PONT (Antonio), arzobispo de Oristan en la isla de Cerdeña, hijo de una familia solariega de la villa de Selva, conocida con el nombre de *Pont y Vich*. Nació en el año 1500, segun apunta el cronista de los Trinitarios de Palma, y en su más tierna edad ya mostró una inclinacion congénita á la virtud y al saber. Hizo sus primeros estudios en el colegio del Monte de Inca, y con motivo de haber pasado á Palma para cursar retórica y otras facultades, tuvo ocasion de visitar el convento de Trinitarios de esta ciudad; y cobrando un amor ciego á aquella Religion, se determinó á entrar en ella el dia 6 de Enero de 1518. Apénas hubo profesado, los Padres de este convento, que admiraban en él una sabiduría de ingenio y un talento profundo, determinaron enviarle al de Lérida, famoso entónces por enseñarse en él los estudios mayores; y admitido de colegial, fué mucho lo que aprovechó en la filosofía y teología. Concluido este curso, le mandó la provincia leyese artes en aquella universidad; ganó en ella una cátedra, y con su fecunda y sólida doctrina sacó discípulos muy eminentes. El obispo de Lérida, que á su juicio era el P. Pons en lo escolástico un Scoto y en lo predicable un Demóstenes, le nombró su teólogo consultor. Divulgóse entónces la fama de nuestro mallorquin, mayormente habiendo recibido el grado de doctor en los derechos civil y canónico, que llegó á conocer y á explicar con al misma felicidad con que en los teatros y púlpitos explicaba la teología escolástica y expositiva; y los elocuentes sermones con que predicó en la catedral de Lérida y en varios pueblos del principado le acarrearon el nombre de *Apóstol de Cataluña*, con que era comunmente conocido. Despues de haber regentado la cátedra de aquella célebre universidad por espacio de veintidos años, fué nombrado ministro del convento de Palma en el de 1553.

Aquí permaneció hasta 1559, consagrado al ejercicio del púlpito, y habiendo sido promovido al ministerio del convento de Murviedro, en el reino de Valencia, asistió al capítulo general de Daroca, donde propuso varias materias y fué nombrado ministro de Vingaña. En 1567, siendo ya definidor, pasó con igual destino al convento de Lérida, y en el capítulo de 1577 volvió á ser creado ministro del de su patria, como así lo escribe el P. Rodriguez. Noticioso Felipe II de las letras y excelente virtud de nuestro ilustre paisano, le nombró en 16 de Enero de 1578 canciller de competencias de este reino, y por este mismo tiempo le eligió Su Santidad juez conservador de los Padres Agustinos de Mallorca. No sabemos el año en que S. M. le condecoró con la mitra arzobispal de Oristan en Cerdeña, pero el P. Ossorio, en sus *Varones ilustres de la órden de la Santísima Trinidad*, pág. 255, asegura que no admitió la prelacía. Con igual confusion nos tiene la época de su fallecimiento, pues D. Vicente Mut escribe que aconteció en 17 de Enero de 1582, siendo así que en 13 de Agosto de 1580 confirió Felipe II la cancillería de Mallorca al P. Gerónimo García por muerte del Ilmo. Pont. A más de los muchos tratados de teología, eruditos sermones, consultas de conciencia y de república que dejó escritas de su mano, segun las *Memorias del P. Gabriel Pujol*, citadas por el cronista de Trinitarios, compuso las obras siguientes, que quedaron inéditas en cinco tomos en 4.° : 1.ª *De origine, dominio et præjudiciis Cancellariæ Majoricensis.*—2.ª *Sintagma de phisica et metaphisica cum sinopsi de immortalitate animæ.*—3.ª *Fragmenta de artibus et facultatibus compilata ex arbore scientiæ B. M. Raymundi Lullii Majoricensis.*—4.ª *Quæstiones quodlibeticæ de principio sacri cultus circa verum Deum in insulas Majoricarum.*—5.ª *De arrianis religionis catholicæ contra pseudo-christianos Baleares.* En el *Reformatorio de la Provincia* se publicaron en 1562 los epígramas siguientes que escribió nuestro Arzobispo en versos exámetros y pentámetros en elogio del obispo Fr. Gerónimo García :

Si miramur opes fallaces divitis Hebri
Pastoli, Gangis fluminis atque Tagi;
Si miramur opes, que clausa cubilia Crœsi,
Atque Mide totis continuere locis.
Si miramur opes Arabum, quos Pluto beavit,
Imo quidquid opum mundus avarus habet.
Cur non miremur cœleste volumen, et inter
Magnas divitias connumeremus idem?
Cur non miremur, veneremur, amœnus et hujus
Egregium auctorem, nonne veremur ero?

Al Ilmo. Pont se debe la estrecha observancia que guardan en los con-

ventos de religiosas de estas islas, pues él fué quien reformó y estableció las reglas y capítulos que rigen en los mismos, cuando Gregorio XIII, penetrado de su sabiduría y virtud, le nombró visitador de todos ellos. El fué quien dispuso la traslacion á esta ciudad de las monjas de Inca y Pollenza, y dió hábito, regla, profesion y clausura á las mujeres de la Misericordia, mereciendo todas sus laudables operaciones la aprobacion del Pontífice; y dejando muchas memorias de su virtud y de su celo por el bien de las almas, murió en el Señor en el convento de esta ciudad á 17 de Enero de 1583, como escribe el P. Cervera. Elogian altamente su mérito: Mut, en su *Historia de Mallorca*, pág. 531; Cárlos de Tapia, *De rebus religiosis*, impreso en Nápoles en 1594. Gil Gonzalez, *Compendio histórico de la Religion Trinitaria*, pág. 31; el P. Vicente Gomez, dominico, *Defensa de las lágrimas de los justos y de las sagradas religiones*, pág. 343; el libro primero de las *Actas de la provincia de Trinitarios*; el P. Altuna en su *Crónica*, lib. IV, cap. IV, pág. 619; el P. Figueras en sus manuscritos *ad annum* 1582 y en su *Cronicon*, pág. 249; el P. Pablo Aznar, *Ejercicios espirituales*, pág. 254; el P. José Rodriguez, *Novenario Sacro*, pág. 93; y el P. Ignacio de San Antonio en su *Necrologio*, *die* 17 *Januarii*.— J. B. de R.

PONT (Sor Josefa). La hermana Sor Josefa ó Jusepa Pont fué natural de Játiva, hija de Francisco Pont y de María Llazer, persona de gran cristiandad y mucha virtud, que con su ejemplo tenian edificada toda la ciudad, en especial la madre, á quien favoreció el Señor con celestiales regalos, que le hizo en la oracion, como deponen personas fidedignas. Criaron los dos buenos casados á su hija Josefa en santas costumbres, y muy en particular en el santo amor y temor de Dios; y ella, desde sus primeros años, dió muestras de las muchas y grandes virtudes en que despues habia de resplandecer; porque despreciando los juegos y entretenimientos pueriles, procuraba imitar en todo á su buena madre; acompañándola en la oracion, mortificaciones continuas, frecuencia de sacramentos y demás actos de virtud. Siendo aún de pocos años, oyó un sermon en la parroquia de Sta. Tecla de Játiva al venerable P. Mtro. Fr. Pascual acerca del desprecio del mundo, del que quedó tan inflamada, que luego se fué á su casa, y con lágrimas y suspiros se cortó ella misma los cabellos, y le dió palabra al Señor de ser en adelante toda suya; señal evidente que Dios la queria para sí y la iba disponiendo con estas santas resoluciones. Eran tan grandes los deseos que en esta edad primera tenia de agradar á Dios, que buscaba personas espirituales con quienes poder tratar, y les pedia consejo, manifestándola en qué podia agradar más al Señor; y al paso que fué creciendo en la edad, crecieron tambien estos santos deseos en su alma. Eligió para guia y padre espiritual al venerable P. Pascual, y con las instrucciones de este admirable varon, fué creciendo la niña

Josefa en todo género de virtud y perfeccion. Desde que empezó á tener oracion mental, enseñada por aquel venerable Padre, siempre perseveró en ella, sin dejarla jamás, siempre con aquellos deseos de agradar más á Dios, y pasar adelante en la virtud. Resolvióse, pues, á tomar el hábito de la tercera órden de S. Agustin, y recibióle de mano del P. Pascual; cumplido el año de su aprobacion, profesó en manos del mismo venerable Padre, en el año de 1665. Siendo principiante en la oracion, cuatro ó cinco años la regaló el Señor con extraordinarios consuelos, de tal manera que fué necesario que aflojase algo, por que no le causasen algun daño en la cabeza ó corazon. Pero despues, como el Señor la queria perfeccionar, le quitó todos estos regolos, y la dejó en tan gran sequedad y desconsuelo, que le era mayor pena que un martirio, y le duró tres ó cuatro años, los que pasó con gran paciencia y resignacion en la divina voluntad, sin quejarse ni dejar por esto la oracion. En este tiempo perdió la salud de tal modo, que ni arrodillada podia estar. Despues de esta borrasca, empezó á meditar y contemplar en los divinos misterios, con gran claridad y quietud de su alma, recibiendo grandes mercedes de la liberal mano del Señor; y estas no solo se las hacia Su Majestad en la oracion, sino tambien en la comunion, pues depone su padre espiritual el P. Mtro. Fr. Francisco Truyol, hijo de la ciudad y convento de Mallorca, que á la sazon estaba de conventual en Játiva, que despues de haber comulgado se volvia muy hermosa, poniéndosele el rostro como el de un abrasado serafin, siendo así que le tenia muy macilento con las continuas enfermedades que padecia; señal evidente de lo mucho que el Señor obraba en su alma. Desde sus tiernos años fué muy aficionada á hacer penitencia; dormia sobre las tablas, y tenia por cabecera una grande piedra; tomaba rigurosas y crueles disciplinas; llevaba ásperos silicios en la cintura y brazos; buscaba medios para padecer en los pies, y se ponia garbanzos ó piedrecitas dentro de los zapatos. Deseaba tanto padecer por su dulce esposo Jesus, que habiéndole dado en cierta ocasion el P. Pascual un silicio muy grande y rigoroso, que causaba horror solo el mirarle, ella recibió tanto contento, como si la hubieran dado una preciosa joya; y aunque tan acosada de dolores, luego se le puso y le llevó hasta que se le mandó quitar el confesor. Era muy humilde, tanto, que á todos tenia por santos, y ella por grande pecadora; siendo así que murió en la gracia bautismal, como depuso su confesor. Tenia á todos los religiosos del convento de Játiva por santos; y decia con santa envidia: «Bueno está, ¿no serán santos los Padres, que áun comiendo oyen la palabra divina y tratan de Dios?» Entre los favores que el Señor la hizo, uno fué revelarle la salud de su padre espiritual el P. Maestro Truyol. Estaba éste enfermo, siendo prior de Mallorca, y de tan manifiesto peligro, que todos juzgaban se moriria; súpolo la sierva de Dios, y estando

en la iglesia del dicho convento de Játiva pidiendo por su salud al Señor, delante de una imágen de la Vírgen del Rosario, oyó en su interior una voz que le dijo: *Hija, no temas, que no morirá de ésta, y le volverás á ver otra vez;* y así fué, porque el dicho Padre curó de su enfermedad; volvió á Játiva, y la sierva del Señor le contó lo referido. Finalmente, llegada la hora de ver á su amado esposo Jesus en el monte santo de su gloria, crecieron los accidentes que la fatigaron toda su vida, recibió los sacramentos, y dió su alma á su criador á 21 de Enero del año 1679. Despues de muerta se apareció á la madre Sor Isabel Vendrell, religiosa de la misma Orden en Mallorca, muy amiga de Sor Josefa Pont, las cuales por medio del P. Mtro. Truyol contrajeron grande amistad espiritual de encomendarse á Dios una á otra. Habiendo, pues, tenido la madre Sor Vendrell noticia de la muerte de Sor Josefa, le mandó el P. Truyol, su confesor, rogase por su alma, por si acaso estaba en el purgatorio, el Señor usase de misericordia con ella. Obedeció la madre Vendrell, y estando en oracion vió á Sor Josefa muy hermosa, toda rodeada de resplandores delante de la Santísima Trinidad, hecha un serafin; abrazáronse las dos estrechamente con gran gozo y alegría. De esta suerte la vió muchas veces unida con ella delante de Dios. Fué la madre Vendrell religiosa de grande virtud, que resplandeció en milagros en vida y en muerte. A. L.

PONT (Luis), jesuita español, célebre entre los maestros de la vida espiritual; nació en Valladolid el 11 de Noviembre de 1554, de una familia noble, entró en la Compañía en 1575, á la edad de veintiun años, despues de haber cursado la filosofía y parte de la teología. Vaciló largo tiempo entre el instituto de Sto. Domingo y el de los Jesuitas, creyendo que Dios le destinaba para este último. Hizo su noviciado en Medina del Campo, y estudió despues humanidades por órden de sus superiores, en que hizo grandes progresos. No permitiéndole su débil salud que continuase en el ejercicio de la enseñanza, se dedicó á la composicion de obras piadosas. Afligida España por una desoladora peste, afectado del desamparo en que estaban los que habian sido invadidos, solicitó vivamente de sus superiores y obtuvo el permiso de ir á su socorro, y los cuidó con mucho celo y caridad. Despues de una vida dedicada á buenas obras y penitencias, murió en Valladolid el 16 de Febrero de 1624, á la edad de setenta años, despues de haber pasado cincuenta en la Compañía. Su vida ha sido escrita en español por el P. Cachupin, jesuita. Se tiene de él: *Exposicion moral del Cántico de los Cánticos;* en latin, dos volúmenes en fólio, reimpresa en Sevilla en castellano, 1625, en 8.° — *Meditaciones sobre los misterios*; Colonia, 1612, en 8.°, libro lleno de uncion.—*El Director espiritual*; Colonia, 1613, en 8.° El autor trata detalladamente de todo lo concerniente á la vida ascética. La mayor parte de

estas obras han sido traducidas en latin por el P. Treviño, jesuita. —*De la perfeccion cristiana*; Colonia, cuatro volúmenes, los dos primeros en 1616, y los dos segundos en 1617. — *Vida del P. Baltasar Alvarez, jesuita*; ibid., 1614, en 8.° — *Director espiritual para la confesion, la comunion y la celebracion del sacrificio de la Misa.—Tratado del sacerdocio y del episcopado*; esta obra y las *Meditaciones* fueron traducidas en árabe por el P. Fromage, de la misma Compañia. El P. Juan Briñon, tambien jesuita, ha traducido las obras ascéticas en francés. Esta traduccion ha sido publicada en París, 1689, 1700, 1703, en 8.° —G. A.

PONT (Martin), religioso agustino en el convento de Palma. Escribió varios tratados ascéticos en honor y alabanza de la Vírgen María, de los novísimos y de la pasion, con algunas poesías en lemosin de un mérito poco comun.

Oh taula regalada!
Oh divino menjar molt suavisim:
Vianda apreciada;
Enfani de los cels molt gustosisim,
No se trova amargura
Per que il' reb dignament tot es dulsura!

El original de estas producciones del P. Pont es un tomo en 4.° de letra propia, concluido en 18 de Mayo de 1766.—J. B. de R.

PONT (Pedro), religioso trinitario, obispo de Cluni, conde Palatino, é inquisidor de Mallorca, á quien el P. Francisco de la Vega, en su *Crónica Trinitaria*, da por patria la villa de Aranda en Castilla la Vieja, usurpando á esta Isla la gloria de su nacimiento, como así lo siente el P. Cervera en su *Historia*, citando los autores que con más verdad le hacen mallorquin, particularmente el P. Lopez en la *Vida del V. P. Sebastian Robes, trinitario*. Dicen los PP. Altuna, Figueras y otros escritores de su Orden, que vistió el hábito en el convento de Valladolid, que desde muy niño acostumbró su cuerpo á la penitencia y mortificacion, y que despues de haber leido filosofía y teología en varios conventos de Castilla, vino al de esta su patria, ocupando en él el cargo de ministro. Otros autores afirman que en esta ocasion la comunidad le prohijó, y los cronistas baleares, sin indagar si Mallorca fué su verdadera patria, se contentan con referir minuciosamente lo mucho que en 1522 obró y padeció por haber empleado su celo en la reduccion de los comuneros, comó diremos luego. Condecorado por Julio II con la mitra episcopal de Cluni, de que le hizo gracia en 1.° de Enero de 1511; teniendo únicamente cuarenta y cinco años de edad, asistió el siguiente año al Concilio general Lateranense convocado para reprimir el furor de varios herejes

que intentaban sofocar la semilla evangélica, refrenar las costumbres de los malos católicos, y proceder contra los cismáticos, que acaudillados por el cardenal Bernardino Carvajal, habian levantado una rebelion contra el Pontífice. En este concilio se determinó la formacion de un nuevo breviario general para toda la Orden de la Santísima Trinidad, pues cada provincia lo usaba diferente con solo la aprobacion de los ordinarios, en los que se notaba mucha variedad en las misas, rezos, ritos y ceremonias, y conociendo las provincias de España que nadie mejor que el obispo Pont podria desempeñar este espinoso encargo, se confirió tan delicada comision á su profunda inteligencia. Formó el breviario con el acierto que era de esperar, y presentado al pontífice Leon X, cometió su revista al Rmo. P. Silvestre Priorio, maestro del sacro palacio, quien habiéndolo examinado y dado dictámen, acerca de su mérito, lo devolvió á Su Santidad, y fué aprobado con breve de 18 de Setiembre de 1517, dándose despues á luz en Valencia, año 1519, en Coimbra 1528, en Salamanca 1537, y en Sevilla en 1545, con este título: *Breviarium ad usum fratrum sacri Ordinis Sanctissimæ Trinitatis de redemptione captivorum*. El citado pontífice Leon X, que tanto amaba las virtudes de Pont, deseoso de tenerle á su lado, le hizo vicegerente de la ciudad de Roma, y le condecoró con el título de conde Palatino; pero muy en breve solicitó al Pontífice el venir á Mallorca para que su convento disfrutase de las muchas indulgencias, prerogativas y privilegios que habia alcanzado para el mismo, y en particular para la capilla de los Dolores, cuya fábrica se debia á su piedad. Llegó á esta isla á tiempo que se habia levantado en ella la *Germanía de Comuneros*, ó sea conspiracion contra la aristocracia mallorquina, y como insinuamos ántes, fué mucho lo que obró para restituir la tranquilidad á los mallorquines: entónces los inquisidores se ausentaron de Mallorca, encargando el peso del tribunal á nuestro Pont, quien se posesionó del mismo en 12 de Febrero de 1522, y lo defendió en los continuos asaltos de los *agermanados*, como así lo escribe el cronista Borrel. Reducidos los comuneros, obtuvo varias mercedes del emperador Cárlos V, y entre las gracias que le concedió el Papa, fué una la de poder ordenar seculares y regulares *etiam extra tempora*, en virtud de breve apostólico del año 1530. Murio en el convento del Remedio de Valencia, como escribe el P. Cervera, el dia 3 de Mayo de 1545, dejando en el de Mallorca, y en varios del principado de Cataluña, muchas memorias que inmortalizan su nombre. — J. B. de R.

PONT (V. P. Fr. Pedro). Fué natural del reino de Mallorca, é hijo de hábito de aquella santa provincia á principios del siglo XVIII. En el año de 1711 pasó de aquel reino á Cataluña para vivir en el seminario de Escornalbou. En este colegio se instruyó competentemente en todo lo necesario á

su sagrado ministerio preparándose para ir á predicar el Evangelio santo á regiones remotas y desconocidas, saliendo en las misiones como uno de los más respetables y autorizados de ellas, en cuyo ejercicio continuó muchos años con fruto correspondiente al celo y fervor de su ardiente espíritu de ganar almas para Dios. Era singular en la modestia, compostura y mortificacion de los sentidos. En el año 1723, dia 23 de Noviembre, fué electo guardian del seminario; y llenó las esperanzas que de él se tenian, pues cumplió con el cargo de buen prelado, siendo muy blando y suave en el trato, y siempre observantísimo de la regla seráfica. Deseoso de estudiar la doctrina del Bto. Raimundo Lulio, con licencia de los prelados pasó á Maguncia, donde habia catedrático que explicaba el arte del iluminado doctor; pero pasados pocos años se volvió al mismo seminario, donde le hicieron maestro de novicios, á los cuales estimulaba á ser perfectos con su ejemplo, sirviéndoles de claro espejo para la práctica de todas las virtudes. Como en el espíritu de este venerable Padre ardia tanto el celo de la gloria de Dios y conversion de las almas, decidió pasar á las misiones del Nuevo Mundo en el reino del Perú y Amazonas en el año 1735, en cuyo ejercicio cogió gran fruto especialmente en la ciudad de Lima, capital de aquel vasto imperio, en que cuarenta dias continuos predicó mision con tan maravillosas conversiones de pecadores, que ganó el blason de singular misionario; pero sin embargo de esto fué humildísimo, publicándose él mismo algunas veces por el más vil instrumento de misiones. Por una carta que desde allí escribió á los Padres del seminario de Escornalbou, y se guarda en su archivo, consta su grande humildad, pues empieza así: «Fr. Pedro Pont, arrodillado á las plantas del M. Rdo. P. Guardian, y demás reverendos Padres y Hermanos, de mi amabilísimo colegio seminario de S. Miguel de Escornalbou, suplico al Altísimo Señor toda paz, etc.» Y al final de la carta dice: «Postrado á las plantas de todos muy rendido, beso la mano y pie de cada uno. Fr. Pedro Pont, vilísimo pecador.» Todo esto manifiesta la grande humildad de ese siervo de Dios. En órden á lo demás de su vida no se tiene especial noticia, sí solo que siendo morador en el seminario, era muy dado á la oracion mental, viviendo abstraido y apartado del trato de seglares. Trasladado al Nuevo Mundo, fué electo algunas veces para las misiones en que por el amor que tenia á Jesucristo, deseaba derramar la sangre, y rubricar con ella las verdades católicas: mas disponiendo Dios otra cosa, se quedó con el deseo, y muy contento con las fatigas y cansancios indispensables por los caminos en países extraños y fragosos. Finalmente, ocupado en las misiones de los fieles, dia 20 de Junio de 1746, murió en una casa ó granja llamada Mutocache, posesion de los Padres de la Compañía, dejándoles un singular ejemplo de feliz muerte, con cuyo motivo se dió sepultura

al venerable cuerpo, dentro de la capilla de dicha granja, donde lo tienen con grande veneracion, conservándose incorrupto, por lo que le mudan algunas veces el hábito. Esto lo testifica con una carta que se guarda en el archivo de Escornalbou el Rdo. P. Fr. Isidro Calo y Ortega, predicador apostólico en aquel reino del Perú. —G. A.

PONT (Verónica), natural de Palma, beata de la tercera regla de San Agustin, murió santamente en 2 de Noviembre de 1747, dejando escrita su *Vida* de su propio puño, en un tomo en 4.° de 600 páginas, que hemos visto original, con algunas anotaciones de su confesor el P. Bartolomé Rivas, puestas al fin de cada año. —J. B. de R.

PONTAC (Armando), obispo de Bazas. Nació en Burdeos, en donde su familia, que era muy ilustre, habia dado algunos primeros presidentes al parlamento de Guienna; tenia una ardiente y fervorosa inclinacion á las ciencias y algun conocimiento de las lenguas, entre ellas de la hebrea y la griega. Este hombre docto fué nombrado obispo de Bazas, despues de la muerte de Francisco Balaguier, hácia el año de 1572. Despues se halló en la Asamblea del Clero en 1479, y le eligió la de Melun para hacer al rey Enrique III ciertas advertencias que se leen en las Memorias del Clero. Habia publicado ya sus *Comentarios sobre Abdías, Jonás y Sophonías, con la paráfrasis Chaldaica*, y suministró en adelante notas para la *Crónica de Eusebio*, y una obra de controversia contra Plessis-Mornai. Murió en el castillo de Jouberthes en 4 de Febrero de 1605; y legó por testamento doce mil escudos para reparar su catedral. Possevino; *In Apparat sacr.* Santa Marta, *Gall. Christ.* —G. A.

PONTAMION (San), obispo y mártir. Habiendo dejado escritas las únicas noticias que se tienen de este santo mártir el glorioso S. Atanasio, que le califica mártir de los paganos y mártir de los arrianos á la vez, nos parece que debemos atenernos, sin más comentarios, á lo que dejó consignado tan verídico como santificado escritor. «En la persecucion que contra la Iglesia excitó Maximino, en el año 310 de nuestra era, Pontamion confesó gloriosamente la fe de Jesucristo, por lo que le sacaron cruelmente un ojo, y el nervio de una pierna. Como obispo que fué de Heraclea, en Egipto, asistió al Concilio que se celebró en Tiro el año 325, en donde las señales de la tortura que se manifestaban en su cuerpo le hicieron muy notable. Distinguiéndose extraordinariamente por su predicacion contra el arrianismo, fué apaleado con varas, hasta dejarle por muerto, de órden de Gregorio el *Tirano*, usurpador de la silla patriarcal de S. Atanasio, cuando aquel recorrió el Egipto en persecucion de los cristianos católicos, acompañado de Filagrio, prefecto del país. Curó Pontamion de las contusiones y heridas que recibió en aquel tormento; pero como no cesase en su predicacion,

murió por fin, mártir en defensa de la divinidad del Verbo encarnado, á manos de los arrianos, el año 341 de Jesucristo, tal vez el dia 18 de Mayo, en que le recuerda la Iglesia católica. — C.

PONTANO (P. Eleuterio). Entre los insignes y verdaderos discípulos que tuvo el inmortal S. Ignacio de Loyola fué uno de ellos el P. Eleuterio Pontano, varon de grande ejemplo y virtud, sirviendo mucho á la Compañía con el singular y raro talento con que Dios le dotó. Desde sus más tiernos y juveniles años, se dedicó con afan al estudio de las ciencias, y en especial al de la filosofía y teología, llegando á ser eminente en ambas facultades. Fué maestro de la primera en París, y se graduó en Roma de doctor en teología. Tambien se distinguió de una manera notable y digna de elogio y de imitacion en el gobierno y administracion de los cargos en que le ocuparon los generales de su religion, quienes por esta circunstancia y las demás buenas cualidades que le adornaban, le nombraron rector del colegio de Bibona, lugar de Sicilia. Al encargarse del rectorado, que por cierto fué el primero que ejerció tal cargo en el expresado colegio, habia en este solo dos religiosos de la Compañía, y luego llegaron otros nueve compañeros, que fueron recibidos de los bibonenses con grandes muestras de alegría y contento, y tenidos como verdaderos padres, y como unos hombres del cielo, enviados de Dios para restituir á su antigua pureza la piedad y religion que habia resplandecido en aquel lugar. Desde un principio los habitantes de dicho país comenzaron á acudir á la casa de la religion citada, como á refugio de sus dificultades y trabajos, no dudando encontrar remedio y consuelo en los sabios varones que moraban en ella. La virtud de estos y de su rector, el P. Pontano, era tan ejemplar y tan notoria, que conociéndola los bibonenses no pudieron ménos de admirarla y acatarla, respetando en todo tanto al rector mencionado como á sus súbditos, quienes con sus milagros y actos de caridad se hacian dignos de aprecio y estimacion. Ganada ya la voluntad y el afecto de los expresados bibonenses, los PP. de la Compañía de Jesus y su rector el P. Eleuterio Pontano, comenzaron á cultivar aquella viña del Señor, arrancando de ella todas las espinas y malezas de vicios que habia, quitando las casas públicas de juego, que se habian extendido tanto, que todas las del pueblo en los dias más festivos parecian unos conventículos y teatros universales de depravadas costumbres. Desterraron tambien la licencia que se tomaban de embriagarse ciertos dias del año; y cuando algunos eran llevados de este exorbitante desórden, en viendo á los Padres, luego se moderaban. Destruyeron de todo punto estos evangélicos ministros otras supersticiones y encantos de algunas mujeres, que se dedicaban por su voluntad á llorar y lamentarse algunos dias del año con grande supersticion. Compusieron enemistades antiguas, y arreglaron

ó cortaron odios muy enconados y envejecidos. Atendian al hospital, y acudian á las cárceles públicas, ayudando á los enfermos y á los presos con nuevos socorros. Acompañaban á los ajusticiados al suplicio con grande caridad y ejemplo. Corrió por el vulgo una opinion, cual fué que eran infames los que acompañaban á estos hombres en este trance, y que las almas de los ajusticiados despues de muertos se apoderaban de los que los acompañaban; mas los Padres, y en especial el rector P. Eleuterio Pontano con su perseverancia y ejemplo, vencieron esta falsa imaginacion, y lograron desapareciese del todo esta idea supersticiosa y otras semejantes ó parecidas. De las escuelas de latinidad que habia en este colegio se sacaban muy copiosos frutos y ventajas inmensas, á las cuales iba á aprender la juventud en gran número de todos los demás lugares circunvecinos. El P. Eleuterio Pontano, por su humildad, se encargó de enseñar á los niños de la primera aula, los cuales cantaban en verso por el lugar y los campos la doctrina cristiana, principalmente cuando les afligia alguna enfermedad ó trabajo. De todos estos actos de heróicas virtudes, que se obraban en Bibona, tenia la mayor parte este insigne varon, como rector y cabeza de los demás, que los alentaba con la obra y ejemplos que les daba; pero con la mudanza del nuevo edificio que este colegio tuvo y mal temple del clima, sucedió que en poco tiempo de doce compañeros que eran de religion murieron cinco, entre los cuales fué el primero uno de los maestros, el P. Guido Antonio, el cual toda una noche estuvo luchando con la muerte: mas en la misma hora en que espiró el P. S. Ignacio en Roma, volvió en sí este padre y dijo: ¡Oh qué maravillas me ha enseñado el Señor, y cómo si me sobrára la vida me habia de acordar siempre de ellas! Y aunque él por su humildad no declaró nada, pero hízose el cómputo y se echó de ver que habia sido la misma hora en que el referido santo padre habia pasado de esta presente vida á la eterna. Despues fué el P. Eleuterio superior de otras muchas casas. En Tournon, donde tambien fué el primer rector, consiguió admirable fruto en las almas. Luego lo fué del colegio Cameracense, en Alemania, y en una cuaresma redujo de la herejía á la fe católica un lugar entero cerca de su colegio, y á su imitacion otros circunvecinos, por estar en los confines de Francia contaminados de herejes. Estaba siempre este insigne varon en continua oracion y presencia de Dios, que con frecuencia lo veian absorto en ella, y prorumpia aquel divino incendio, que su alma padecia, en tiernas jaculatorias y fervorosos actos de amor de Dios. Tenia de ordinario seis horas de oracion de rodillas en medio de su aposento, de la cual quedaba tan enajenado, que apénas le podian hacer la dejase, y se inflamaba tanto su corazon en aquel suavísimo coloquio, que le vieron muchas veces el rostro resplandeciente, y que despedia de sí lucidísimos rayos, y sin poder hablar

sino dar algunos suspiros profundos, y llenos de ternura y amor. Casi todos los dias iba á pedir limosna para el sustento del colegio, y una vez le salió al encuentro un hombre, que sin conocerle se llegó al Padre, y sin hablar palabra le dió cien escudos y luego desapareció, sin poderse saber jamás quien fuese. Fué su caridad grande y admirable, la cual resplandecia entre las demás virtudes de que estaba adornado, como el oro entre los otros inferiores metales, y como la luna entre las estrellas. Siempre dejaba la mejor parte de su racion de superior, áun cuando era rector, para dar á los pobres, reservando para sí las cosas de ménos sustancia y regalo. Si habia en casa algun enfermo, ó se sangraba á alguno, iba á todas las horas del dia y de la noche para ver cómo estaba, y si tenia necesidad de algo. Siendo rector acertó á estar enfermo un novicio de muy pocos años, y en una noche le visitó cinco ó seis veces, para ver cómo estaba, hasta que el novicio, deseando se sosegase y no tomase tanto trabajo, fingió que dormia, y viéndole así el devoto Padre, se hincó de rodillas delante de la cama y estuvo un poco en oracion rogando á Dios sanase al enfermo. Mas la piedad y regalo que con los otros tenia, la convertia para sí en aspereza y rigor, usando todos los dias de ásperos silicios, y tomando cruelísimas disciplinas, aunque era ya viejo y tan flaco que, como vulgarmente suele decirse, no tenia más que el espíritu y los huesos. Era tan penitente, que estando en París llevó puesto por espacio de un año entero el silicio, sin quitárselo un momento tan solo; y en los últimos dias de su vida, anduvo en uno catorce leguas á pie descalzo, en ayunas y en medio del calor del estío, y lo que es más, sin quitarse el silicio del cuerpo. A nadie era molesto ni enfadoso, á todos estimaba con extremo, solo á sí se menospreciaba, procurando abatirse y anonadarse, y tenia mucho cuidado con que los demás le tratasen como él se conocia y trataba. Y en los últimos años de su vida se ponia á conversar con los pobres y mendigos, y con los rústicos labradores; pero esto que él hacia para su humillacion, le daba más realce y acreditaba con todos los más ilustres de más santo. En su última enfermedad vinieron á pedirle su bendicion el abad Vedastino, presidente del Concilio Altesiense, y el guardian de Capuchinos: y con ellos tambien se la pidieron todos sus súbditos; porque todos tenian gran concepto de su virtud, venerándole como á santo. Refiere esto el P. Fr. Elías de Sta. Teresa, *in legatione Ecclesiæ Triumphantis*. Y hacen de él célebre mencion Orlandino y Sachino, en la primera y segunda parte de la *Historia de la Compañía*, diciendo que era singular su destreza en establecer coloquios familiares de cosas espirituales, áun con los seglares, tomando ocasion de cualquier asunto para traerles á su intento. Siempre hablaba sériamente, nunca de burlas, si bien tal vez sabia alternar en la conversacion con gracia y donaire santo, y dar algun

ensanche al rigor del espíritu, y no hacerse pesado ni fastidioso con los que conversaba, sino por el contrario, muy afable con todos, á fin de ganarlos para Dios; añadiendo, que sus palabras eran fuego que derretian al tibio y al helado, y abrasaban al fervoroso. Trabajó mucho continuamente y con gloria en la Compañía, dejando en todas partes donde vivió grande nombre y fama de virtud y santidad, siendo su muerte llorada por todos cuantos tuvieron la dicha de conocerle y tratarle. — G. A.

PONTANO (Jacobo), jesuita. Nació en Hermalde, aldea en la Meuse, entre Lieja y Maestricht, murió en 1668, siendo censor de los libros de Lovaina y le dió muchos elogios al agustino de Jansenio. Lo cual le suscitó algunas dificultades; pero declaró que no habia aprobado esta obra sino á causa de la reputacion del autor y á instancia de los editores, estando distante de los sentimientos que contenia. Dió luego que sospechar el que su declaracion no hubiese sido sincera, puesto que aprobó despues diferentes libros en defensa de Jansenio y la famosa version del Nuevo Testamento de Mons; lo que hizo que el archiduque Leopoldo, gobernador de los Países Bajos, y el Nuncio del Papa le suspendieran del ejercicio de sus funciones. Se tiene de él: *Alabanza fúnebre de Juan Mafi, Abad de los monasterios Parcencios*; Lovaina, 1648.— G. A.

PONTANO (Juan Joviano). Nació en Cerreto en 1426, habiéndose retirado á Nápoles en donde su mérito le adquirió ilustres amigos. Llegó á ser preceptor de Alfonso *el Jóven*, rey de Aragon, del que más tarde fué secretario y consejero de Estado. Habiéndose rebelado este príncipe contra su padre, los reconcilió Joviano. Fernando le colmó de honores, haciéndole que heredase una gran fortuna, y le confirió dos cargos muy lucrativos siendo uno de ellos el de que ántes le habia revestido. En 1482 pacificó la Italia terminando las diferencias del duque de Ferrara con su buen padre el rey Fernando. Marchó en 1482 al lado del papa Inocencio VIII y terminó las disensiones que existian entre la Santa Sede y el rey de Nápoles. A su vuelta fué nombrado primer ministro, cargo que desempeñó cerca de Alfonso sucesor de Fernando. En su vejez se retiró de los negocios; y cuando Luis XII hubo conquistado de nuevo el reino de Nápoles (el que perdió poco tiempo despues) ofreció á Pontano restablecerle en sus dignidades, más prefirió su estudiosa tranquilidad. Pontano murió en 1503. Adquirió gran reputacion por sus poesías y cinco diálogos contra los eclesiásticos. Las demás obras son: *De obediencia; de fortaleza; de liberalidad; de esplendor; de aspiracion; sermones*, etc. *La historia de las guerras de Fernando I y Juan de Anjou*, y un crecido número de obras, tanto en verso como en prosa, todas escritas en latin puro y publicadas en Basilea en 1556, forman cuatro volúmenes en 8.° Las historias de Pontano carecen de exactitud y son poco apreciables. El

estilo aunque elegante es frecuentemente oscuro é hinchado. Roberto de Sarno, ha publicado la *Vida de Pontano* en latin; Nápoles, 1761, en 4.°, cuya obra ha sido compendiada por Suarst en sus *Variedades literarias*, tomo I. G. A.

PONTANO (Luis), jurisconsulto excelente en el siglo XV. Habia nacido en Spoleto, ó por mejor decir en Cerreto, lugar de Umbría, en donde se habia establecido su familia. Lo llamaron *Romano*, porque casi siempre habia vivido en Roma, y fué protonotario de la Santa Sede. Eneas Silvio, que despues fué Papa llamándose Pio II, y todos los autores de aquel tiempo hablan de la memoria y ciencia de Pontano como cosa asombrosa. En efecto, jamás se le habia olvidado cosa que hubiese una vez leido ú oido referir, y no se contentaba con citar el principio de la ley, como hacen los demás jurisconsultos, sino referia todo el texto por extenso. Escribió: *Comentarios sobre el derecho*; *consilia singularia et repetitiones*; y murió de peste en Basilea durante el Concilio en 9 de Julio de 1439; fué sepultado en la Cartuja. Se dice tenia entónces solo treinta años de edad, y que si hubiera vivido más tiempo, habria sido infaliblemente cardenal. Diversos autores hablan de él con elogio: Marco Mantina, *De Vir. illus.*; Eneas Silvio, *Hist. Concil. Basil.*; Guido Pancirolo, *De clar. interpret. Jurisconsult.*; Jacobilli., *Bibliotheca script. Umbr.*; Forster, lib. II. *Histor. Juris civilis*, cap. 33.—G. A.

PONTANO (Octavio). Natural de Cerreto, jurisconsulto y teólogo, vivia en el siglo XV durante el pontificado de Pio II, quien le envió el año de 1459 con carácter de nuncio apostólico para que arreglára las diferencias de Fernando, rey de Nápoles, y de Pandolfo Malatesta, señor de Rímini. Poco despues le envió el mismo Papa á Basilea, y lo creó cardenal, pero murió en este viaje sin poder disfrutar tal honor. Escribió un volúmen de *Epístolas* y otro de *Respuestas á consultas de derecho*.—Segismundo Philogenio Paolucio, *Descrip. Cerret.*; Vicente Baronio, *Hist. de Cerret.*; Jacobilli, *Biblioth. Script. Umbr.* etc.—G. A.

PONTANO (Rovero), religioso del Cármen, murió en 1567, es autor de una historia en forma de anales, con el título de *Rerum memorabilium libri quinque*; Colonia, 1550, en fólio. Dicho libro abraza los sucesos desde 1500, hasta 1559, y contiene algunas falsedades de la historia de Sleidan, y de la de otros autores heréticos. Varios escritores han creido que es una version de Gaspar Geneé de Colonia.—G. A.

PONTANUS (Santiago). Filólogo y distinguido humanista presenta Mr. Weis á este jesuita, que nació en 1542 en Brugg de Bohemia. Su apellido de familia era Spanmuller, el que cambió por el latino Pontanus, á fin de expresar el lugar de su nacimiento, costumbre seguida por otros muchos escritores de todos los paises: Brugg ó Bruck, que en el lenguaje bohemio sig-

nifica puente. Educado en Alemania se aficionó á los jesuitas, y entró en esta religion en cuanto pudo ser recibido. Destinado por sus superiores á la enseñanza de las bellas letras, profesó con el mayor éxito las lenguas antiguas y la retórica: publicó muchas obras elementales, que por más de un siglo se han seguido como texto en la mayoría de los colegios de Europa, y por su medio sacó muchos y aventajados discípulos. Obligándole el mal estado de su salud á abandonar la enseñanza, que ejercia con tanto gusto, continuó entregado con empeño en sus estudios é hizo versiones latinas de muchas obras que solo eran hasta allí conocidas por los sabios, y más atareado en estos trabajos de lo que permitian sus fuerzas, agravó sus males y murió en Augsburgo el 25 de Noviembre de 1622 á la edad de ochenta y cuatro años. Tradujo Pontanus en latin la *Historia de Juan Cantacuceno*, la de *Teofilato Simmocatta*; la *Crónica de Jorge Phranza*, que forma parte de la Bizantina; la *Regla cristiana de Felipe* el Solitario; la *Vida de Jesucristo*, por Nicolás Cabasilas; las *Instrucciones espirituales de Juan Carpathius;* los *Elogios de S. Basilio*, de *S. Gregorio Nacianceno* y de *S. Juan Crisóstomo*, por Philotea, patriarca de Constantinopla; las *Discusiones teológicas de Miguel Glycas*, y las *Arengas de Simeon* el Jóven: estas diferentes versiones han sido publicadas en la *Biblioteca magna Patrum*. Publicó además este infatigable traductor otras varias versiones de opúsculos griegos, la mayor parte ascéticos, y tradujo del aleman la *Historia de la guerra de los Ilusitas*, por Zacarías Theobaldus, en francés, 1621, en fólio. Además de sus extensos *Comentarios* sobre Ovidio, y una *Coleccion de Sentencias* extractadas de sus obras, se citan las siguientes de Pontanus: *Progymnasmata latinitatis seu dialogi selecti*, cuatro tomos en 8.°, de los que los dos primeros fueron publicados en Venecia por los Aldos en 1590 en 8.° Contiene esta obra, muchas veces impresa, reglas de conducta y preceptos del arte de escribir, presentados en un estilo claro, sencillo y elegante, y de ella sacó el autor un compendio para sus discípulos. — *Institutiones poeticæ*, en 8.° — *Tyrocinium poetices*, en 8.°—*Floridorum, libri octo; hoc est, carmina sacra*, cuarta edicion; Ingolsdtad, 1602, en 8.°: esta coleccion está poco estimada, pues que Pontanus en cuanto á la poesía fué muy mediano. — *Symbolorum libri XVII ex quibus Virgilii opera illustrantur*; Lyon, 1604; Augsburgo, 1609, en fólio. En la linda edicion de Virgilio, publicada en Sedan por J. Jannon en 1625, en 32.°, impresa con los caractéres llamados sedanosos, se hizo uso de las correcciones de Pontanus. — *Colloquiorum sacrorum libri quatuor cum notis;* Augsburgo, 1609, en 8.° — *Attica bellaria sive litteratorum secundæ mensæ ad animas ex studiorum contentione relaxandos;* id. 1615-1620, tres partes en 8.° Otra edicion de la misma forma en Francfort, 1644. — *Philocalia sive excerpta è sacris et profanis auctoribus*; id. 1626, en fólio. Además publica

como de Pontanus la *Biblioteca de los PP. Alegambe y Sotwet*, otras varias obras y opúsculos inéditos. — C.

PONTARLIENSIS (Fr. Alberto), religioso franciscano de la Congregacion de Francia. Murió en Roma en 13 de Setiembre de 1629, dejando las *Vidas de los Santos*, *Santas y Beatos de la Tercera Orden de S. Francisco*. — S. B.

PONTAS (Juan). En la diócesis de Avranches pueblo de Saint-Hilaire del Harconet, nació en 31 de Diciembre de 1638 este célebre casuista, que tan habilmente ha descrito en la Biografía universal de Mr. Michaut Mr. L'Ecuy, al que seguiremos en esta biografía. Perdió Pontas á sus padres en la menor edad, y su tio Mr. de Arqueville le recogió y se encargó de darle educacion. Aprendiendo las primeras letras en la casa de su tio, continuó sus estudios despues con los Jesuitas en Rennes, y despues fué á proseguirlos al colegio de Navarra en París. Terminados que fueron, y decidido por vocacion á tomar plaza en la carrera de la Iglesia, recibió la tonsura clerical de manos del obispo de Toul, cuyo prelado en 1663 por dimisoria de Monseñor Boyleve, obispo de Avranches, y con su permiso confirió en el término de diez dias á Pontas todas las órdenes hasta la sacerdotal inclusive, sin que se sepa la causa de esta precipitacion, pues que apénas tenia entónces veinticuatro años. Dedicado por aficion al estudio del derecho, se aplicó á él de tal modo, que en 1666 recibió la borla de doctor en derecho canónico y civil. Arzobispo en aquella sazon de París el famoso Perefixé, le nombró vicario de la parroquia de Sta. Genoveva, empleo muy inferior á su mérito, pero en lo que no hizo cuenta Pontas, que le sirvió con celo por espacio de veinticinco años. Despues de cumplir como pastor de aquel pequeño rebaño con los deberes parroquiales, se dedicaba asiduamente á la composicion de diversas obras. A poco de morir el arzobispo Perefixé, solicitó Pontas su retiro, y Monseñor de Harlay, que habia sucedido á aquel en el arzobispado, le nombró subpenitenciario de la catedral de Ntra. Sra. de París. En los últimos dias de su vida se alojó Pontas en una casa cercana al convento de los Agustinos del arrabal de S. German, desde la que podia comunicarse con los religiosos, á los que tenia grande aficion, y como estos le visitaban continuamente, murió en sus brazos el 27 de Abril de 1728, á los noventa años de edad. Fué enterrado en este convento en el que los religiosos pusieron sobre su sepultura una inscripcion muy honorífica. Dejó este virtuoso sacerdote las siguientes obras, que ponen de manifiesto la capacidad de que Dios le habia dotado. *Exhortations aux malades, sur les atributs de Jesu-Christ dans l'Eucharistie*; Paris, 1690; dos volúmenes en 12.°— *Exhortations sur le baptême, les fiançailles, le mariage et la bénédiction du lit nuptial*; Paris, 1691 un volúmen en 12.° — *Exhortations sur les Evangiles du dimanche, pour*

la reception du Saint-Viatique et de l'Extrême-onction; París, 1691, dos volúmenes en 12.° Obra que dedicó á Bossuet, por cuyo consejo la habia escrito. *Entretiens spirituels pour instruire, exhorter et consoler les malades, dans les differents etats de leurs maladies*; París, 1693, dos volúmenes en 12.° traducidos despues en flamenco por Dierxsen en Amberes, el año de 1763, en 12.° *Sacra Scriptura ubique sive constans*; París, 1698, un volúmen en 4.° dedicado á Mr. Noailles. Concilia el autor en esta obrita los pasajes de la Santa Escritura en donde parece contradecirse, y demuestra que esta contradiccion es aparente. Proponíase Pontas hacer este trabajo en todas las Santas Escrituras, y es de sentir que solo lo hiciese en el Pentateuco.—*Dictionnaire des cas de conscience*. Esta es la principal y más importante obra de Pontas; apareció por la primera vez en 1715, en dos volúmenes en fólio; publicóse un suplemento en 1718, y en 1724 volvió á publicarse todo reunido con varias adiciones y tres tablas cronológicas é históricas, una de concilios, otra de papas y otra de los autores que se citan en la obra. Despues se han hecho otras ediciones en 1728, en 1730 y 1741; esta es la mejor de todas en tres volúmenes en fólio. Hubiera debido (dice un escritor con mucha razon al citarla) escribirse en latin, á causa de lo delicado de ciertas materias de que trata, más bien que en lengua vulgar, y conociéndolo así se tradujo á la lengua del Lacio por juiciosos autores, en Génova, en los años 1731 y 1732, en tres volúmenes en fólio, con notas del traductor en que se explican ó rectifican algunas decisiones del autor; la otra traduccion latina apareció en Augsburgo en 1733, y fué reimpresa en Venecia en 1758 bajo la sabia direccion del P. Concina, que la puso un prefacio y un exámen crítico de las notas de la edicion de Augsburgo. En lo general, dice Mr. L' Ecuy, las decisiones de Pontas son sabias y apoyadas con autoridades importantes, y guardan un justo medio entre el desesperado rigorismo y las complacencias de una moral relajada. Lamet y Fromagean, doctores de la sociedad de Sorbona, publicaron un *Suplemento al Diccionario de los casos de conciencia*: en París, 1733, en dos volúmenes en fólio, el cual fué ordenado y revisado por Simon Miguel Trenvé, teólogo de Meaux, bajo la direccion de Bossuet, y publicado por el abate Gouget. Mr. Collet, sacerdote de la Mision, publicó un *Compendio* de este Diccionario, 1764 y 1770, en dos volúmenes en 8.° *Des pechés qui se commettent en chaque etat*; París, 1728, un volúmen en 12.° Por solo los títulos de las obras citadas puede venirse en conocimiento del fondo de piedad que animaba al virtuoso Pontas, su caridad ardiente por los pobres pecadores, á los que proporcionaba los medios espirituales de salir de su miserable estado, vigorizando sus almas con la verdadera doctrina en la que les daba un alimento nutritivo para el alma, capaz de engrandecerla y elevarla hasta su Dios. — C.

PONTBRIAND (Enrique Guillermo María du Breuil de). Este canónigo y primer chantre de la catedral de Rennes, emprendió una historia de los Estados de Bretaña, cuyo prospecto, hoy ya muy difícil de encontrar, fué sumamente curioso. El título de este libro es: *Projet d'une histoire des Etats de Bretagne, en IV livres*, desde 1567 hasta 1754; Rennes, 1754, en fólio, con cuarenta y cinco páginas. No habiendo aprobado los Estados su proyecto, renunció á escribir la historia expresada, á pesar de haber reunido inmensos materiales al efecto, que se conservan, unos en los archivos de la prefectura de Rennes y otros en la biblioteca de esta ciudad, que al número 181, posee un manuscrito de Pontbriand, titulado: *De l' assistence du Tiers aux Etats de Bretagne, avec une notice sur les quarante-deux villes ou communautés qui deputaient aux Etats.* Este manuscrito en fólio termina con una lista, á tres columnas, de los presidentes de las Ordenes desde el 25 de Setiembre de 1576 al 11 de Octubre de 1754. Los trabajos de Mr. Pontbriand, segun Prosper Levot, pueden ser muy útiles para ilustrar la historia del tercer Estado.—C.

PONTBRIANT (René Francisco du Breuil de). Si como pudiera creerse, no fué este piadoso varon el fundador de la Obra pia de los Pequeños Saboyardos, fué al ménos, segun L'Ecuy, uno de sus más celosos promovedores. Pontbriant fué abad comendador de S. Mariano de Auxerre, y si bien la expresada Obra pia fué creada ántes de él, no la encontró tan bien organizada y extendida como la puso con su actividad y esmerado celo. Esteban Joli, natural de Dijon, en donde vió la luz en 1644, vivió en París los años 1665 y 1666 haciendo sus estudios. Dotado de gran piedad y de una extraordinaria caridad por los pobres, reunió un número considerable de artesanos, la mayor parte saboyardos, á los que dió instruccion, manteniéndoles en ella con abundantes limosnas. Buscaba á los pobres por las calles, protegia y distribuia pan y dinero á los más necesitados, y se interesaba con los maestros de talleres y con los directores de obras públicas para que les diesen de trabajar. Pocos años, á pesar de su utilidad, duró este piadoso establecimiento. Dándose al abate Joli un canonicato en Dijon, el deber de residencia le obligó á ir á vivir en 1672 á esta ciudad; pero al propio tiempo otro personaje tan celoso y caritativo como Joli siguió la obra que aquel se vió obligado á abandonar. Este fué Claudio Hélyot, consejero en París hácia el año 1670, y de una piedad á toda prueba. Venian á su casa, segun Goujet, porcion de jóvenes, de los que se ocupan en París en deshollinar las chimeneas y en otros oficios mecánicos de poca monta, y despues de alimentarles convenientemente les enseñaba la doctrina cristiana. Murió este celoso observante de las obras de misericordia en 1686, y el establecimiento de caridad que habia sostenido á sus expensas con tanto celo murió con él, á falta de una alma tan grande y

generosa como la suya. Viendo con el mayor dolor el abate Pontbriant el abandono en que se encontraban los niños pobres, proveyó á su socorro en 1737. Desde esta época hasta el año 1743 publicó varios escritos, llamando la atencion de las personas caritativas, á fin de que tomasen en consideracion su miseria y abandono. Consagró desde luego su tiempo y su fortuna á instruirles por sí mismo, inculcando en sus tiernas almas principios religiosos, y buscaba á todos ocupacion, segun su edad y capacidad lo requeria, proveyendo á sus necesidades, ya en metálico, ya en especie, valiéndose para ello no solo de su peculio propio, si que tambien del producto de la limosna que pedia para ellos á las personas de posicion, y áun públicamente, buena obra que siguió con constancia hasta su muerte. Llamábanle con mucha razon los saboyardos su padre, porque lo era en efecto tierno y cariñoso. No dejó huérfanos á sus hijos Pontbriant á su fallecimiento, pues que los dejó encomendados á la infortunada ilustre víctima de la revolucion francesa, el virtuoso y justamente célebre abate Fenelon, que pereció en 1794 por el cuchillo revolucionario, al que no pudieron salvar ni las lágrimas ni las súplicas de las personas que se interesaron por su perdon ante la sanguinaria Convencion de París. Despues de la revolucion el gobierno francés, que subsanó algunos de los males causados por aquella, permitió la continuacion de establecimiento tan benéfico, que ha sido un asilo del desgraciado y el patrimonio de los pobres. Acreditan la capacidad del piadoso y caritativo Pontbriant las obras siguientes : *Projet d'un etablissement pour elever dans la piété les saboyards qui sont dans Paris*, en 8.°; París, 1751 y siguientes.—*Perelinage du Calvaire sur le mont Valerien*; 1751, en 18.°—*L'incredule détrompé et le chrétien affermi dans la foi*; 1752, en 8.° El abate Pontbriant tuvo dos hermanos, ambos eclesiásticos. El uno fué consagrado obispo de Quebec en 1741, y murió en Montreal de la América Septentrional el 20 de Junio de 1760 durante el sitio de esta ciudad. El otro, canónigo y chantre de la catedral de Rennes, fué tambien abad comendador de Laban y escribió las obras siguientes : un *Poema sobre el abuso de la poesía*, que fué coronado en los juegos florales de 1722.—*Sermon sur la sacre du Roi*; 1722, en 4.°—*Essai de Grammaire française*; 1754, en 8.° Murió este eclesiástico en 1767. Antes de terminar esta biografía debemos advertir que Mr. L'Ecuy dice que el *Diccionario histórico, crítico y bibliográfico* confunde al canónico de Rennes con el abad de Saint-Marien, atribuyéndole la obra publicada en 8.° en París en 1751, titulada : *Nouvelles vues sur le système de l'univers*. Con la mayor satisfaccion damos lugar en esta *Biografía universal Eclesiástica* al glorioso nombre de Pontbriant, modelo de caridad cristiana, que si fuera imitado siquiera por una docena de ciudadanos en cada provincia, bastaria solo esto para hacer el país en que esto sucediera el más feliz, el más santo y áun el más poderoso del

universo, puesto que haria una utilísima y benéfica revolucion en el mundo, que moralizaria á poco tiempo de tal modo la sociedad, que se mantendria sin necesidad de leyes represivas algunas en la paz y prosperidad, tras que camina equivocando siempre los medios de llegar con felicidad al punto que desea. El cielo envie hombre como Pontbriant y sus antecesores Joli y Heliot, y su sucesor Fenelon, para moralizar nuestra actual sociedad, si es que no nos tiene abandonados de su gracia.—B. S. C.

PONCHASTO (Sebastian José de Canvoúd, baron de). Nació en 1634 de una familia antigua; era pariente del cardenal Richelieu, siendo educado de una manera conforme á su nacimiento. Desde su juventud tuvo tres abadías: poseyendo el espíritu, los talentos, los conocimientos y el arte de agradar, podia aspirar á los más grandes destinos; pero Singlin, director de las religiosas de Puerto Real, le inspiró el deseo de consagrarse á la penitencia. Este primer fervor no fué de larga duracion. Por último, despues de varios viajes á Alemania, á Italia y á diferentes partes de la Francia, y despues de largas aventuras, habiendo combatido largo tiempo contra sus pensamientos, tomó una resolucion eficaz de renunciar á las brillantes quimeras que habian seducido su corazon. Los cardenales Richelieu y de Lion, instrumentos de su fortuna, habian muerto: y sus expresiones frecuentemente eran: Dios ha enviado la muerte á estos dos hombres para salvarme á mí. Se despojó de sus beneficios, dispuso de su patrimonio, y no se reservó más que doscientos escudos en el Ayuntamiento para poder viajar. Fué recibido de nuevo en Puerto Real despues de muchas instancias, y se encargó allí en 1668 del oficio de jardinero, ejerciendo por espacio de seis años todos los cargos más humildes. Obligado á salir de su retiro en 1679, el obispo de Alet le encargó que fuese á Roma, en donde trabajó con celo en favor de sus amigos de Puerto Real. Permaneció allí bajo un nombre supuesto, y entónces el obispo de Orleans, Coiclin, despues cardenal, se trasladó á dicha soledad para procurar descubrirle. La primer persona que encontró fué al baron de Ponchastó, al cual dijo sin conocerle: «Buen hombre, ¿no podriais decirme si está aquí un caballero llamado Mr. de Ponchastó?—Aquí está, dijo Ponchastó, hace un momento que estaba en el jardin; llamad, y os le mostrarán.» Al momento partió el baron de Ponchastó. Entónces se retiró á la abadía de la Alta Fontaine, en la Champaña; despues á la de Orbal, en donde pasó por espacio de cinco años en la penitencia más austera. Algunos asuntos de caridad le llamaron á París, donde cayó enfermo, habiendo muerto allí el 27 de Junio de 1699, á los cincuenta y siete años de su edad, siendo mirado como un hombre de una piedad tierna, pero de un espíritu ardiente é inflexible. Su muerte fué muy sentida, puesto que los duques y los pares con sus cordones azules asistieron á los funerales de un hombre que se creia no era otra cosa que un honrado

pobre: tanto cuidado habia puesto en evitar la ostentacion. Se tiene de él: 1.° *La manera de cultivar los árboles frutales*; París, 1652, en 12.°—2.° Los dos primeros volúmenes de la *Moral práctica de los jesuitas*, de la cual ha hecho Arnauld los otros seis. Se pretende que Pontaschó hizo expresamente y á pie el viaje á España para poder acabar el *Teatro Jesuítico*. — 3.° Una *Carta de Perefixé*, en 1666 á favor de Mr. de Safi, que habia sido puesto en la Bastilla.— 4.° Ha traducido en francés los *Soliloquios de Hamon sobre el salmo CXVIII*.— G. A.

PONTE (Fr. Hipólito de), religioso franciscano, natural de Pádua, se halla citado en el *Martirologio Franciscano*. Escribió en italiano un *Compendio de la vida y milagros de S. Antonio de Pádua y otras cosas pertenecientes al culto y veneracion del mismo Santo*; Venecia, por Guillermo de Fontanesso, 1532, en 12.°—S. B.

PONTE (Lorenzo), de la órden de los Clérigos Menores. Nació en Nápoles el 24 de Setiembre de 1575, fué el autor de los *Comentarios del libro de la Sabiduría*, y de una *Explicacion del Evangelio de S. Mateo*, que debia haberse compuesto de cuatro volúmenes; pero como hubiese muerto despues de haber acabado dos, los últimos quedaron incompletos. Ha dejado un gran número de obras que hubiesen sido célebres, siendo honradas con la estimacion de los sabios. Cítase sobre todo una *Vida de David*, que fué muy bien acogida por parte del público. El P. Ponte murió en el colegio de Alcalá el 26 de Octubre de 1639. — G. A.

PONTE (Luis de). Este escritor ascético, cuya biografía se encuentra duplicada en el *Diccionario crítico y bibliográfico francés*, una vez con el nombre de Pont y otra con el de Ponte, cosa muy fácil de acontecer en esta clase de obras por mucho cuidado que se ponga para evitarlo, fué hijo de una noble familia castellana avecindada en Valladolid, en cuya capital nació en 1554. Desde muy niño manifestó un fondo de piedad poco comun en niños de su edad, y los primeros pasos de su enseñanza acreditaron que habia de distinguirse en la república de las letras. Con vocacion firme é inspirada se consagró á Dios, dedicando á su servicio la mayor parte del dia, y conociendo que en el siglo no podria librarse tan fácilmente de las asechanzas del mundo, le abandonó por el claustro y tomó el hábito en la Compañía de Jesus, en donde pronunció sus votos á la edad de doce años, haciéndose hijo del gloriosísimo español S. Ignacio de Loyola. Sus instintos y su ya sólida instruccion le presentaban el púlpito como el sitio que más le convenia, y en donde podia alcanzar mayores frutos; pero sus superiores le destinaron á la enseñanza, é hijo humildísimo de obediencia, tuvo que aplicarse por su mandato al estudio de la filosofía y de la teología, que profesó despues en dos colegios distintos. Su salud débil y naturalmente

delicada por complexion, le obligó á abandonar las funciones que se le habian confiado, y desde entónces se dedicó á escribir libros de tan sólidas como piadosas ideas, para cuyo medio se extendió su reputacion por toda la Europa. Su pasion á escribir no le impedia, sin embargo, de ocuparse en la oracion, en el estudio y en la práctica de buenas obras, cosas entre las que con la escritura dividia el tiempo, cuando no se entregaba á las austeridades de una penitencia rigorosa. Murió este sabio y piadoso jesuita en olor de santidad el 17 de Febrero de 1624, muy sentido de sus compañeros y de cuantos le conocieron. Sus obras, citadas en la *Biblioteca de la Compañía de Jesus*, y de las que la mayor parte fueron traducidas en latin por el P. Melch. Trevinnia, su compañero, han merecido todas la mayor aceptacion, y muy especialmente las siguientes: *Expositio moralis et mystica in Canticum Canticorum*; Colonia, 1622, dos volúmenes en fólio. Esta es una de las obras que el autor habia escrito en latin, lengua que poseia perfectamente; pero á la cual preferia la española en la persuasion de que escribiendo en ella, podrian sus escritos ser más útiles á sus compatriotas. — *Tratado de la perfeccion cristiana.* — *El Director espiritual.* — *La Guia espiritual*; esta obra fué traducida al francés por el P. Brignon, y publicada en París en 2 volúmenes en 8.° el año 1685. — *Meditaciones sobre los misterios de la fe.* Esta fué la mejor de todas las obras de Ponte, y la que tuvo mejor éxito, y la que le ha dado á conocer más fuera de España; fué traducida en francés por Du Rosses de Gauthier, mejorando el estilo J. Brignon en su edicion en 3 volúmenes en 4.°, en París, año 1683, reimpresa despues muchas veces en esta forma y en 12.° Las *Meditaciones de Ponte*, así como su *Tratado sobre el Sacerdocio* y el del *Episcopado*, han sido traducidas al árabe por el P. Fromage, como se ve por la biografía de este escritor en el *Diccionario de Moreri*; pero no puede afirmarse se haya impreso esta traduccion. El jesuita P. Cachupin publicó la vida de su compañero Ponte, pero son ya raros, y por lo mismo apreciados, los ejemplares que se encuentran de esta obra. —C.

PONTE (Nicéforo de), capuchino francés de la provincia de París. Se distinguió mucho como predicador, y publicó en su idioma un opúsculo con el título de *Método y arte fácil de la oracion mental*, en 8.° — S. B.

PONTE (Fr. Raimundo de). Fué natural de la villa de Fraga, en el reino de Aragon. Decidido desde su juventud por los estudios, á que sentia grande inclinacion, siguió los de cánones y leyes, siendo uno de los doctores más célebres que habia á la sazon en ambos derechos. Llegada su fama á noticia del Soberano Pontífice, le llamó á su corte y le nombró auditor del Sacro Palacio, empleo sumamente honorífico, y al que unió despues como sueldo ó por gracia especial, atendida su grande capacidad en el despacho de los

negocios, el señorío de la Marca de Ancona, de que le hizo donacion. No le distinguió ménos su monarca, nombrándole canciller suyo, y presentándole para el obispado de Valencia, que le concedió el Papa atendida la eleccion real y la del cabildo, que unánimemente habian deseado verle en este cargo. No se engañaron en su eleccion, pues fué uno de los discípulos más notables que hubo en España, porque, como dice la Crónica, en los veinticuatro años que lo fué no tuvo cosa propia, empleando en limosnas todas las rentas de su obispado, de manera que apénas se quedaba con lo necesario para su sustento. Pues por una parte daba y repartia entre los pobres anualmente casi todas sus rentas, y por otra dotaba competentemente cierto número de doncellas pobres, y hacia además todos los años una cosa de que hay pocos ejemplos y merece referirse con las mismas palabras del cronista. «Habia á la sazon en Valencia muchos hospitales, por no tener entónces la ciudad el general que ahora tiene, tan grande, tan capaz y tan bien proveido como los pobres experimentan, que lo fundó la ciudad por la predicacion del santo Fr. Gilaberto, de la órden de nuestra Señora de la Merced, discípulo de S. Vicente Ferrer, y el santo prelado los visitaba todos cada semana dos veces, no á caballo, sino á pie y muy de mañana ántes de romper el alba, así por poder emplear el dia en negocios, como por no ser visto, y siempre con las manos muy llenas, pues visitando los enfermos de uno en uno, dejaba á la cabecera de la cama de cualquiera de ellos cierta cantidad de dinero para su regalo. Mas no paró aquí la grande caridad de este prelado para con los pobres, porque fundó además una limosna perpétua para sustentar cierto número de ellos, dándoles cada dia una racion buena y abundante. Despues como acreciese el número de pobres, la dotó con la tercera parte del señorío del lugar de Puzol, comprándola con este objeto de la familia de Roncesvalles, á quienes se le habia concedido el rey D. Jaime *el Conquistador*. Fundó tambien cuatro capellanías en la de Todos los Santos de la Seo de Valencia, á cuyos capellanes impuso la obligacion de vivir en la casa de la limosna y de consagrarse al servicio de los pobres, dejando al mayor de los cuatro encargado del cuidado y administracion de las rentas designadas para este objeto. El primero de ellos, llamado Mateo Conesa, fué el que dió su nombre á esta limosna, conocida desde entónces con el nombre de limosna Conesa. Para que esta tradicion no hiciese perder la memoria del primer fundador, mandaron pintar los canónigos un cuadro que colocaron encima de la puerta de la casa de la limosna, en el que se veia una mesa con muchos pobres comiendo en ella, y en un extremo á Jesucristo echando la bendicion á D. Fr. Raimundo, vestido del hábito de la órden de Sto. Domingo, arrodillado á sus pies y teniendo á su lado el escudo de sus armas, que son dos arcos del puente de un rio, y encima un letrero que dice así: *Rai-*

mundo de Ponte, obispo de Valencia, y primer instituidor de esta limosna. Al rededor del cuadro se hallan pintados muchos escudos de armas de caballeros y personas principales de Valencia, tanto eclesiásticas como seglares, que á imitacion del santo Obispo, aumentaron la limosna de que él fué fundador, de la cual dotó tambien otra perpetua en su patria la villa de Fraga. No puede ménos de suponerse que obispo tan caritativo y limosnero fué muy favorecido del Señor en el gobierno de sus ovejas, siendo efecto de su divino fervor el aprecio con que le miraban todos sus súbditos así eclesiásticos como seglares. Ordenó para todos cosas de grande importancia en el sínodo que celebró el año 1296, al que presentó para su aprobacion un tratado que habia compuesto sobre los Santos Sacramentos, segun consta de su título, que es el siguiente: «Año 1296, á los catorce de las Calendas de Octubre, Nos Raimundo, por la divina miseracion, obispo de Valencia, de consejo y consentimiento del cabildo, y aprobándolo la sagrada sínodo, habemos compuesto un tratado de Sacramentos con las constituciones que se siguen, etc.» En este tiempo aún no habia tomado el hábito de la Orden, porque en este caso se hubiere dado el nombre de fraile, como se le dió siempre despues que le tomó, por el singular amor que tenia á los dominicos, y la santa vida que hacian los del convento de Valencia, entre los que vivia el Bto. Juan de Podio Ventoso, que murió un año ántes que se hiciese religioso el obispo D. Raimundo, segun escribe el inquisidor de Tolosa Bernardo Guidon, quien asegura tomó el hábito ántes de la Navidad del año 1302 ó del siguiente. Pero los cronistas españoles sostienen que fué en este último, porque cuando en Mayo del mismo fundó el oficio de subsacristía de la Seo de Valencia no se dió aún el nombre de fraile, como tampoco en la primera fundacion de la limosna que hizo á 24 del mismo mes y año. Pero sí se lo dió en la segunda, que hizo á 18 de Marzo de 1305, y tambien en la tercera que fundó á 10 de Mayo de 1308, segun consta en el archivo del cabildo de la Seo de Valencia, D. Fr. Raimundo tomó, pues, el hábito de la órden de Sto. Domingo cuando hacia ya catorce años que gobernaba la sede de Valencia, que no renunció por esto, pues obtuvo dispensa del Pontífice para continuar á su frente. Despues de profesar tuvo á su cargo algunos negocios de importancia, en particular el de la extincion de los templarios, en que parece tomó parte muy activa, que referiremos para que se sepa los trámites que llevó este asunto en nuestro país. Sabido es que su principal instigador fué Felipe *el Hermoso* rey de Francia, quien escribió á todos los príncipes cristianos contra los templarios, acusándolos de delitos que no son de este lugar, y sobre los que ya ha fallado la historia. Hallábase en Valencia Jaime II, rey de Aragon, cuando recibió en 1.° de Diciembre la carta del rey de Francia, escrita á 16 de Octubre de 1308, y con

ella otra de Fr. Romero de Burgaria, religioso de la provincia de Aragon, maestro de teología en la universidad de París, quien animaba á su monarca á seguir el ejemplo de su vecino el de Francia. El aragonés hizo leer las cartas en presencia de D. Jaime Perez, señor de Segorbe y de D. Juan de Aragon, ambos hermanos suyos, de su confesor que se llamaba Fr. Raimundo de Aragon, religioso de la órden de Santo Domingo, y de otras personas de su consejo. Despues de su lectura requirió á D. Fr. Raimundo de Ponte y al obispo de Zaragoza D. Pedro de Luna, que se hallaba tambien en Valencia, para que procediesen en sus diócesis contra los templarios, y encargó á Fr. Juan Lotgerio, dominico del convento de Santa Catalina mártir de Barcelona, para que como inquisidor general de toda la Corona de Aragon procediese á la extirpacion de la supuesta herejía, ofreciendo al Santo Oficio todo su favor y amparo. Obedecieron al Rey los obispos y el inquisidor general; advirtiéndole que habiendo fundado temor de que se querian ausentar muchos templarios y de que se hacian otros fuertes en los castillos de su Orden, mandase prender á todos los de sus reinos como sospechosos para que se pudiese inquirir mejor contra ellos. Decretó entónces el Rey su prision y el secuestro de todos sus bienes á 3 de aquel mes de Diciembre, y el inquisidor general hizo publicar sus edictos mandando á los consejos de Monzon, Villet, Alhambra, Cantavieja, Orta, Lezinacorva, Ambel, Noveles, Corvius, Torres, Grañen, Buchrey, Aquaviva, Jumosa, Celma, Bárbara, Azcon, Miravete y Peñíscola, que no diesen favor ni ayuda á los comendadores y caballeros de aquella Orden, y despachó al mismo tiempo sus cartas citatorias por las que les mandaba comparecer en Valencia en el convento de Predicadores dentro de ciertos términos para que respondiesen á las acusaciones que se habian hecho contra ellos. El Rey para proceder con más acierto mandó reunirse el dia de la Epifanía á todos sus prelados en Valencia, para que deliberasen con el inquisidor general y otras personas de conocida virtud y ciencia, sobre lo que se deberia hacer y manera de proceder en tan árduo negocio. Determinando se celebrase esta junta en aquella ciudad, porque además de que se hallaba el Rey en ella, el papa Clemente V habia encargado este negocio á D. Fr. Raimundo, no solo en cuanto á su obispado, sino tambien en toda la corona de Aragon, á consecuencia de sus grandes conocimientos en cánones y leyes. Mas estas causas, que debian juzgarse en concilios provinciales, tomaron despues otro aspecto por haber mandado el mismo Pontífice en 8 de Agosto de 1308 que se citase con brevedad y en general á toda la Orden para que enviase sus síndicos á la ciudad de Viena, donde mandaba congregar un concilio general para 1.° de Octubre siguiente. Terminó este negocio con la extincion de la Orden de los templarios, sin que en Aragon hubiese que deplorar las grandes persecucio-

nes que hubo en Francia, pues áun sus mismos bienes los aplicó el generoso monarca á la órden de S. Juan, dando así un ejemplo digno de imitacion al ávido rey de Francia. Llegó en tanto el tiempo designado para el concilio de Viena, y D. Fr. Raimundo se puso en camino para aquella ciudad; mas al llegar á Barcelona hubo de detenerse algunos dias para componer un pleito muy reñido que tenia el clero con el pueblo sobre lo que debian pagar los seglares á los eclesiásticos en las ventas, pretendiendo estos que debia ser la tercera parte y aquellos la décima. Tomó parte en este asunto el Pontífice Clemente V, y el brazo eclesiástico y el clero de Barcelona se opusieron por último á la decision del rey D. Jaime II de Aragon y el obispo D. Fr. Raimundo, que se hallaban á esta sazon en la capital del principado. Verificóse este compromiso en 28 de Octubre de 1310. El Obispo como era tan práctico en estos asuntos, y por otra parte iba tan deprisa á Viena, terminó en breve este pleito, aunque tan dificultoso y reñido, y dió sentencia en union con el Rey en su propio palacio á 3 del mismo mes de Octubre, ordenando que ni se diese la décima ni la tercera parte, sino la sétima. Prosiguió luego su camino y llegó á Viena, donde se habian reunido en concilio más de trescientos obispos y otros muchos prelados y embajadores de todos los reyes de Europa, siendo este Concilio general uno de los más célebres que hasta hoy se han verificado, así por las personas que á él asistieron, como porque el papa Clemente V presentó á su aprobacion casi todas las decisiones que se hallan contenidas en los cinco libros de las Clementinas, que son muchas en número y todas ellas de la mayor importancia, pues se refieren á la usura, herejía, bautismo y sus efectos, penas, penitencias, fuero competente, juicios, apelaciones y otras mil materias. Aumentándose en el Concilio otras muchas á ellas, á pesar de ser tantas y tan notables como el decidir que Bonifacio VIII habia sido verdadero pontífice contra las pretensiones de Felipe rey de Francia, que instaba porque fuese declarado hereje y cismático. Para dar más fuerza á esta resolucion decidió el Concilio elegir cinco personas, de reconocido saber y virtud, para que examinando detenidamente el asunto determinasen lo que se habia de sentir y creer, y lo sintiese así y se atuviese á ello toda la Iglesia. Una de estas cinco personas fué D. Fr. Raimundo, lo cual es una inequívoca prueba de la buena reputacion en que le tenian el Concilio y el Pontífice. Terminóse el Concilio en 1312 y en el mismo año asistió el obispo Ponte al sínodo provincial que se celebró en Tarragona, donde se sintió enfermo y hubo de hacer testamento comprendiendo que se acercaba su última hora. Firman como testigos este documento, hecho á 31 de Octubre del año últimamente citado, el arzobispo de Tarragona y los obispos de Zaragoza, Huesca y Tortosa, que habian asistido tambien al sínodo; constan por él las donaciones del Obispo, todas las cuales son en extremo

honrosas para su persona é inequívocas muestras de su grande caridad. Dice en una de ellas que debiéndosele de las rentas de su obispado desde el año de 1307 hasta entónces más de ochenta y cuatro mil sueldos, se repartiesen los cuarenta mil al arbitrio de tres personas allí designadas, entre aquellos pobres que sin culpa suya por caso fortuito perdieron algo en las compras que hicieron de las rentas de su obispado, mandando que de los otros cuarenta y tres mil ducados se hiciesen varias limosnas particularmente al convento de Predicadores de la ciudad de Valencia, mandando darle además seis sueldos para hacerse una renta con que vestir á los frailes: mandó además hacer ocho aposentos en el mismo convento, y le dejó tambien algunos libros, repartiendo los otros que tenia entre los conventos de Lérida y de Játiva; cuyos libros consistian, segun consta del mismo testamento, en la Suma teológica de Santo Tomás, un Tratado contra Gentiles, una Biblia y el Salterio de la glosa de Lira. Hizo otros donativos, por último, á todos los conventos que tenia la órden de Santo Domingo en la corona de Aragon, y murió á 12 de Noviembre de 1312, trece dias despues de haber hecho el testamento. Su cuerpo fué trasladado á la ciudad de Valencia, donde llegó ocho dias despues de su muerte, siendo enterrado con grande pompa delante del altar de la capilla de Todos los Santos en la Seo, de donde se trasladaron algunos años despues sus restos á un sepulcro de piedra que se colocó en la pared izquierda al lado del de su predecesor D. Gisberto. — S. B.

PONTE Beauvais (Fr. Marcelino de), religioso capuchino de la provincia de Lyon. Fué un predicador distinguido, y tanto en sus palabras como en sus obras atacó constantemente á los herejes. Murió en 1623, dejando grande fama por sus virtudes, despues de haber publicado las obras siguientes: 1.ª *La piperie des ministres*, etc.; Lyon, por Luis Muguet, 1620. — 2.ª *Doctissimam responsionum adversus narrationem quandam ministri Græ-tianopolitano calvinistæ circa collationem inter eos habitam 19 Novemb. 1614. De sacramento Eucharistiæ, et aliis fidei controversiis*; ibid., por Guillermo Verdier, 1615. — 3.ª *Ocho sermones sobre el santísimo sacramento de la Eucaristía, pronunciados por él en Lyon*; ibid., por Juan Santel, 1620; en 8.° S. B.

PONTELONGO (Fr. Francisco de), religioso franciscano, natural de Favencia, citado por el autor de los *Anales de los Menores* como uno de los personajes notables de su época, aunque despues solo menciona una obra de filosofía debida á su bien cortada pluma. Dedicado desde jóven al estudio de las ciencias, manifestó desde luego este franciscano una no vulgar capacidad, sobresaliendo entre los más aventajados discípulos de la Orden Seráfica. Apénas terminada su carrera, comenzó la de la enseñanza, en que continuó por largos años, siendo un verdadero modelo de profesores, una de las ver-

daderas lumbreras de las ciencias en aquellos siglos, no atrasados como general y equivocadamente se dice, sino arrastrados al escolasticismo por el deseo de lucir cierta novedad, que no puede avenirse bien con la verdad que es eterna, constante y siempre una. Criticar por esto al P. Pontelongo nos parece demasiado ridículo, pues son pocos los hombres que se hacen superiores á su siglo, y éste tampoco los comprenderia si no hablasen el lenguaje vulgar, corriente y por todos recibido. Desgracia grande fué que se perdiesen entónces tantos buenos talentos, que conducidos por otros caminos hubiesen podido dar un grande impulso á la ciencia, contribuir á su adelanto y desarrollo. Pero entónces como ahora y más que ahora, quizá se creia haber llegado al *desiderandum* del saber, y solo se pensaba lucirse partiendo de puntos conocidos para investigar lo poco que desconocido se creia. Si esto sucedia con la ciencia en general, inútil es decir lo que sucederia con los particulares que la cultivaban; y así este religioso en su obra se dejó arrastrar del escolasticismo, no dando un paso más allá y creyendo haberlo hecho todo, con referir en unos cuantos juegos de palabras lo que recordaba haber oido ó leido en antiguos y acreditados maestros. Ignórase si además del cargo de lector obtuvo otros en su Orden, generalmente se está por la afirmativa; mas ignorando cuáles fueron estos, nos parece inútil el detenernos en el asunto. Consta, sin embargo, que fué muy virtuoso, y esta cualidad, que no se concede tan fácilmente como generalmente se supone en las crónicas de las órdenes religiosas, indica que vivió y murió en opinion de santidad. En prueba de ello podiamos citar algunos de los casos que se refieren como acaecidos en su muerte; mas prescindimos de ellos como acostumbramos á hacerlo en casos semejantes. En cuanto á la obra por que es conocido, se intitula: *Commentaria in logicam Aristotelis.* —S. B.

PONTI (Fr. Jaime). Sin que nos diga Amat nada acerca del nacimiento de este religioso, mas que fué catalan, pasa á manifestar que fué rector del colegio de Dominicos de Solsona. Tradujo al idioma catalan la obra titulada *Demostracion del Evangelio*, que escribió en francés el abate Du-Voisin, añadiéndola varias notas de mucho interés, la que publicó en un tomo en 8.° de 403 páginas, en Cervera, el año 1827. En el prólogo de esta traduccion se dice: *La corro libre y en tota la obra especialment en el capitol segon, me he pres la llibertad de traurer, anyadir, aclarir, extendrer y corroborar las reflexions y doctrinas del autor, etc.* A fin de probar que continuan los milagros en estos tiempos hace relacion de dos; uno de ellos es la aparicion del alma de una mujer que hacia pocos años habia muerto en Montbuy, cerca de Igualada, y que despues se descubrió ser todo una ficcion. El otro se decia haber sucedido en S. Martin Sercorts, cerca de Vich. En la reimpresion que hizo el P. Ponti de su obra no los insertó ya. —A. C.

PONTI (Fr. José Domingo), natural de la ciudad de Valencia, donde nació en el año de 1229. Tomó el hábito de la órden de Predicadores en el Real convento de Sto. Domingo, de la misma ciudad, el dia 3 de Agosto del año 1645. Hizo bastantes progresos en los estudios de artes y teología. Despues le nombraron lector de la santa iglesia de Vich, en Cataluña, y obtuvo en la Orden los grados de presentado y maestro. Fué calificador del Santo Oficio, examinador sinodal del arzobispado de Valencia y prior de los conventos de nuestra Señora del Pilar y Sto. Domingo de aquella ciudad. Era hombre muy laborioso, como lo demuestran las muchas obras que dejó manuscritas, así predicables, como de matemáticas, historia y otros asuntos curiosos. Fué muy instruido en la lengua latina, como lo manifiesta la carta que en el año 1659, siendo secretario del obispo de Vich D. Francisco Crespi de Valdaura, escribió en nombre de éste á Su Santidad, suplicando la canonizacion de Sto. Toribio, arzobispo de Lima. Tambien era excelente poeta latino, como lo prueban los diez y ocho dísticos que hizo á la fiesta de la traslacion de los santos mártires Luciano y Marciano, celebrada en Vich el dia 24 de Agosto de 1664; y se llevó el premio del certámen poético. Escribió dichos versos en la pág. 503 de sus manuscritos, y en la 479 se lee: «Síguese un elogio en oracion panegírica, que se recitó en el convento de Sta. Catalina mártir, de la órden de Predicadores, al ángel Sto. Tomás de Aquino, en su dia del año 1657, la cual dispuso en exámetros, y la tomó de memoria un licenciado artista, que para imprimirla se añadió.» Síguense despues muchas poesías castellanas en el volúmen de sus memorias; y aunque no se expresa que sea autor el maestro Ponti, es muy natural que fueran suyas. Las que no cabe duda alguna que escribió, fueron las obras siguientes: 1.ª *Discursos sobre las epístolas y evangelios de tempore, desde la dominica primera de adviento hasta el dia de Pentecostés.* — 2.ª *Matemáticas noticias de geometría, astronomía y aritmética, para entender la geografía y delineacion de los mapas, relojes solares, cartas de navegar en todos los mares y dimensiones del orbe en sus cuatro partes, sacadas de varios autores antiguos y modernos, singularmente de los más experimentados en estas últimas edades.* 3.ª *Del magisterio del arte grande ó ciencia espagírica de Hermes, Marieno, Fabro, Millio, y otros antiguos y modernos.* — 4.ª *Reglas de fisonomía.* — 5.ª *Fragmentos históricos y noticias de los tiempos. Resoluciones cronológicas que sirven para la contextura historial.* — 6.ª *Memorias diversas.* — 7.ª *Guitarra española de cinco órdenes.* — 8.ª *Poesías entretenidas.* En el volúmen de Memorias diversas ántes citado, que es el tomo XIV de sus obras de papeles varios en fólio, que se conservaban en el convento de Predicadores de Valencia, se hallan otras obras manuscritas de nuestro autor, á saber: 1.ª *Las Moscas de S. Narcis de Gerona.*—2.ª *Noticias curiosas.*—3.ª *Noticias*

necesarias así á los que leen como á los que escriben historias, cómputos y cronologías, que son primeros principios para este fin. —4.ª *Historia verdadera de los santos mártires Abbon y Senen, reyes de Persia, martirizados en Roma y traidos á Arlés del Rosellon.* —5.ª *Noticias matemáticas diferentes de las citadas ántes.* —6.ª *De la aplicacion de las misas.* —7.ª *Camino llano para religiosos y religiosas.* —8.ª *Tratado de oracion para principiantes y novicios, que concluye con estas palabras:* « Este breve raudalico le ofrece para que refresque el novicio principiante con obsecuente voluntad el M. Fr. José Ponti, calificador del Santo Oficio en Predicadores de Valencia.» Y luego añade: « Mas prosigamos algo de santos ejercicios. » Y seguidamente pone este título: Qué empleos se podrán hacer despues de la oracion mental. Este sabio y virtuoso religioso murió en su nativa casa el dia 13 de Julio del año 1698, á los sesenta y nueve de su edad. —G. A.

PONTICH (D. Ignacio). Fué natural de Bula en el obispado de Elna, y cartujo del monasterio de Montalegre, siendo sobrino del Sr. Pontich, digno obispo de Gerona. Vivia este padre el año 1726 y escribió las obras siguientes: *Revelaciones y gracias que recibió de Dios el venerable D. Juan Fort cartujo de Scala Dei;* para cuya obra se valió de las notas latinas que le remitieron sobre el venerable Fort de *Scala Dei.*—*Anzuelo de oro.* Ms. que tuvo en su poder y extractó Serra y Postius, segun dice Amat, del que tomamos estas noticias. —A. C.

PONTICH (Don Fr. Miguel), obispo de Gerona. Si el principio del siglo XVII fué feliz para el obispado de Gerona por haber tenido un prelado como el Sr. Arévalo y Zuazo, no lo fué ménos el fin en ser gobernado por un Sr. Pontich, cuyo nombre será eterno en los fastos de la Santa Iglesia de Gerona, y á cuya eternidad contribuyó, y áun tendrá en ella buena parte el nunca bien ponderado sobrino del señor Obispo, D. Sulpicio Pontich. Como tal dejó correr la pluma movida del afecto, pero sin faltar á la verdad, pues lo que dice consta de documentos, y de muchas cosas fué testigo de vista. Aunque hay muy pocos que no tengan interés abreviaremos su elogio, refiriendo solamente aquellos hechos y dichos que puedan servir de modelo á otros obispos, y de edificacion é ilustracion á los fieles. Nació Miguel en la villa de Bula en los confines de Conflent, condado de Rosellon, de padres honrados y muy estimados. Fueron estos Francisco Pontich y Ana de Izern, la cual dió á luz este hijo en 30 de Noviembre de 1632. Le bautizaron el dia 3 de Diciembre; y el Sr. Parcero, obispo entónces de Elna ó Perpiñan, le confirmó en 16 de Enero de 1633. Le enviaron sus padres á Perpiñan para que aprendiese la filosofía, luego que estuvo bien instruido en la gramática latina, y allí tomó el hábito de S. Francisco y profesó al tiempo prefijado por la regla. Dió pruebas de su destreza en la lengua latina, y le enviaron á

enseñarla á otro convento inmediato al pueblo de su nacimiento. Vino luego al convento de Gerona, de donde estaba ausente el Sr. Parcero, obispo ya de aquella ciudad, por las alteraciones de Cataluña. Recibió allí la primera tonsura en 5 de Marzo de 1652, y las órdenes menores y el subdiaconado el dia 10, de mano del Ilmo. Sr. D. Jacinto Serroni, obispo de Orange, quien dió órdenes en el monasterio de S. Pedro de Galligans. Vino despues á explicar gramática al convento de Reus, desde donde regresó á Vich á estudiar la filosofía escolástica, y segun se cree la teología. En una y otra sobresalió sobre sus condiscípulos, ya por su talento y aplicacion, ya por el hábito adquirido de explicarse con elegancia y propiedad. En el año de 1654 se ordenó de diácono, y en 10 de Diciembre de sacerdote, siendo su ordenante el señor obispo de aquella ciudad D. Ramon de Semmanat. Dió luego principio á la carrera de maestro explicando filosofía en Vich, donde tambien predicó por la primera vez, con la particularidad de haber sido improvisado su discurso, pues le encargaron el sermon cuando estaba ya la funcion empezada. Leyó teología en Gerona, Tarragona y Barcelona, adquiriendo en todas partes crédito de sabio teólogo, y con razon, pues dictaba á sus discípulos sin escribir ántes lo que iba á explicar, y sus argumentos eran temibles por la agudeza de su ingenio. Desempeñó por su nacion el acto de teología en el capítulo general celebrado en Valladolid, y tanto allí como en la Corte ganó amigos por su ciencia y amable trato. Le condecoró su Orden con todos los honores, haciéndole guardian, custodio y visitador de la provincia de Cantabria y del reino de Cerdeña; y últimamente le hicieron provincial de Cataluña, y calificador de la Inquisicion, cuando por promocion del Sr. Auther quedó vacante la silla de Gerona; y propuesto para ocuparla Pontich por el marqués de Leganés, Cárlos II le destinó á administrarla. Comunicó la noticia al cabildo en 7 de Agosto de 1685, y es fácil conocer cuánto se alegrarian los de Gerona, sabiendo por experiencia que su virtud y literatura produciria ahora mejores y más abundantes frutos que ántes. Habia recibido comisionados del cabildo estando en Barcelona, é insinuándole que necesitaba algun pontifical, se le concedió sin limitacion alguna. Tambien habia pensado consagrarse en el convento de S. Francisco de Barcelona, pero sabiendo que el señor obispo Salazar trataba de poner dosel, se retiró á Arenys sin consagrarse. A este pueblo vino D. Juan Bautista Despach, obispo de Urgel, que le consagró en 25 de Julio de 1686, siendo asistentes D. Antonio Pascual, obispo de Vich, y D. José Moronea, auxiliar de Tarragona; y el de Vich, que era natural de la villa, la consagró el dia siguiente. El dia 8 de Octubre hizo su primera entrada, y observando en ella la incomodidad y mala disposicion de la escalera, que sube á la puerta principal de la catedral, donde se ponia un altar para hacer el juramento, se volvió al señor ca-

nónigo y arcediano de la Selva D. José Camps, y le dijo: «Queriéndolo Dios, no jurarán mis sucesores con tanta incomodidad.» Y entónces formó la idea de construir nuevamente la magnífica escalera que hoy existe, y demuestra el espíritu grande del Sr. Pontich. Al entrar en la iglesia, y verla tan adornada, se le oyó decir en voz baja: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini suo da gloriam.* No eran muy favorables las disposiciones de los ánimos cuando entró el Sr. Pontich. El cabildo se creia perjudicado en la concordia hecha con el Sr. Ninot; y en el año de 85 habia enviado un canónigo á Barcelona, siendo ya electo el Sr. Pontich, el cual con el patrocinio del señor Auther hizo cuanto pudo en favor de su cabildo. Extrañando Pontich que su antecesor no hubiese arreglado los puntos controvertidos, supo los motivos, y consultando á un ministro, respondió éste que no se hiciese novedad sin consultar á la corte. El cabildo estaba dispuesto á ponerlo en tela de juicio pretextando la concordia. En efecto, hizo la protesta en 2 de Julio de 1686, y aun se continuó haciendo en los actos de posesion. Tenia que temer además el Obispo las consecuencias de las reyertas de la Sede vacante, y se veia en la alternativa de temer perjudicar á la dignidad si cedia, y de entrar en pleitos si no cedia. Escribió al presidente del Consejo diciendo que no queria gastar en pleitos la hacienda de los pobres. Dióse parte al Rey, y se resolvió que nada se innovase. Sin embargo de que se practicaron algunas diligencias más sobre esto, y se nombró una junta para ventilarlo, nada se hizo, y quedaron en buena armonía Obispo y cabildo. Se estimaban y obsequiaban á porfia. Tenia el Obispo su placer en tratar con los canónigos, y ellos en acompañarle cuando salia de casa. En esta les hacia mil obsequios, y lo mismo todos sus domésticos y familiares. Por otra parte, no quedaban sus obsequios en vanas palabras y frias formalidades. Su primera propuesta fué la de hacer de nueva planta la obra de la escalera que sube á la iglesia; y esto á costa suya. En 14 de Abril de 1690 excitó al cabildo á unir el coro con el presbiterio, ofreciendo por su parte costear las rejas y la silla episcopal; lo que á lo ménos sirvió para que se hiciese esta obra á devocion del canónigo Agustin Prats. En 1698 ofreció hacer la gran vidriera que llaman de la O, que se habia hecho pedazos en el bombardeo del año de 1694, dando para ello doscientas doblas, la que se hizo despues en 1706, y costó mil libras, y en memoria del señor Obispo se pintó en ella á S. Miguel su patrono. Juntó tambien las distribuciones que se dan en los invitatorios de los clásicos á los canónigos y capiscoles. Aplicó á la obra de la catedral los productos de penas, los ingresos de promesas, y confirmó la aplicacion del vestuario hecha por su antecesor para lo mismo. Estaban pendientes todavía las disputas con los jurados sobre sillas, almohadas y otras cosas; y aunque se le quiso sorprender en Barcelona en 1686, poniendo en sus manos dos memo-

rias sobre ello, dió parte al cabildo, el cual le informó de todo, y no partió hasta ver por sí y de más cerca este asunto. Este se ventiló y decidió en Roma en favor del cabildo en 1690, y el Obispo contribuyó con la mitad del gasto que se hizo en la defensa. Con motivo de pretender los jurados, reconocer los pesos y medidas, se puso el cabildo en defensa jurídica á solicitud del Obispo; y con motivo de algunas vejaciones y excesos, tomó conocimiento de ellos y puso entredicho. A consecuencia de esto, cuando el señor Obispo se interesó con el ayuntamiento para que no concediese á los beneficiados la capilla de S. Lucas, se le hizo el desaire de no acceder á su suplica: mas no por eso se incomodó mucho. Observaba puntualmente las costumbres establecidas; y así en el año de noviciado pidió licencia cuatro veces para salir á visita. Si queria hacerla en la catedral, publicar jubileos, breves, indulgencias, etc., lo pasaba todo al cabildo para proceder de acuerdo. Era muy aficionado á la residencia, y miéntras pudo por su salud y falta de asuntos muy importantes, asistia ordinariamente á todos los dobles en hábitos de coro del color de su Orden. El cabildo le correspondia agradecido, y se interesó en todas sus cosas. En el año de 1694, considerando la grande obra de la escalera, hizo obligacion de celebrar todos los años dos aniversarios; y en 4 de Mayo de 1699 señaló los dias, que son el 26 de Enero, en que pasó á mejor vida, y el primero no impedido despues de San Francisco. Cuando con motivo de la guerra fué arrojado de su casa, el cabildo le asistió con cien doblas, y no se prestó á recibir otras demostraciones de afecto. El resto del clero le favoreció tambien. Mandándosele por órden superior que pasase á Barcelona en Abril de 1699, á sosegar un movimiento popular, llamado vulgarmente de las barratinas, el cabildo le dió cuatro canónigos que le acompañasen y contribuyesen con él al deseado fin. Continuando las pruebas de estimacion que le dió el cabildo (para no interrumpir la materia), luego que en la última enfermedad recibió el viático, no solamente mandó hacer rogativas, y asistirle sus individuos, sino que sabiendo que los ministros de la Cámara apostólica habian ocupado el palacio, envió alla cuatro comisionados con el encargo de que no dejasen á los ministros pasar adelante, pues el cabildo salia fiador de todo lo que habia; obsequio que no se verificó, porque se hizo un convenio. Despues de su muerte se vió en el testamento la confianza que el señor Obispo hacia del cabildo. Este resolvió asistir gratis á su funeral, y hacer caridad al P. Francisco Pontich, franciscano, tio del señor Obispo, dándole la mitad de la racion de pan canonical durante su vida. Tambien dejó á los testamentarios la eleccion de sepultura, que fué delante del presbiterio á la derecha del señor Zuazo, que fué buena eleccion reunir el primero y último obispos del siglo, tan conformes los dos y tan unidos con el cabildo. Era mucha su virtud para

no merecerse estos respetos de un cabildo tan atento; y así es que á pesar de que en las etiquetas entre la ciudad y cabildo favorecia á éste, y era inexorable en punto á inmunidades, le veneraba aquella con cordial afecto; y aunque no asistia á las funciones de la catedral, concurrieron á dar el viático al señor Obispo, y llevaron el palio; y él se aprovechó de aquella ocasion para exhortar á los dos cuerpos á la union y á la paz con estilo patético, que causó profunda impresion. Cuando los jurados volvieron á despedirse, repitió con más vehemencia lo que habia dicho, concluyendo que no se olvidaria de ellos delante de Dios. Cuando despues de la guerra volvió á Gerona, compitió la ciudad con el cabildo en demostraciones de alegría y en obsequios, recibiéndole como en su primera entrada. Motivos tenian seguramente para obrar así, pues el Obispo era todo para todos. Además de tener vicarios generales y oficiales de mérito, queria ver por sí mismo cuanto ocurria tocante al gobierno de su obispado. Conocia su responsabilidad delante del que le habia encomendado el rebaño, y no podia ignorar que no vale ante su tribunal la respuesta: «Eso estaba á cargo de mi vicario, ó de mi oficial, ó de mi párroco; preguntadle y reconvenidle á él.» Visitó por esto mismo todas las iglesias, á pesar de montes, peligros y enfermedades. Sostenido á veces por sus familiares, confirmaba y ordenaba. Predicaba muy á menudo en la catedral y demás iglesias, y luego se sentaba en el confesonario. Era el bienhechor de todas las iglesias, comunidades y pobres; pero el hospital principalmente le contaba siempre en el número de sus más generosos bienhechores. Levantó la iglesia de Castellfollit, arruinada en el año de 1695, y dió ropas y vasos sagrados á las del Ampurdan, saqueadas por los franceses. Socorria á los pobres, dándoles trabajo, que es seguramente una limosna de las más santas. Tenia lista de las familias necesitadas para socorrerlas de cierto en cierto tiempo, y él por sí mismo lo hacia con las personas de calidad, extendiendo su beneficencia más allá de los límites de su obispado. No olvidaba á los soldados, para quienes ponia comida en su casa cuando iban de guardia á la puerta de S. Cristóbal. Las cárceles llevaban tambien su atencion, y en una palabra, parecia que visiblemente multiplicaba el Señor los bienes que repartia, pues de lo contrario era imposible hacer tanto en tiempos tan calamitosos. Nacia todo esto de sus sanos y sólidos principios sobre el uso de las rentas eclesiásticas. Sabia que los pobres tienen un derecho á lo que los piadosos fundadores habian dejado á las iglesias, suponiendo y áun expresando á veces los santos fines para que lo dejaban, haciendo á los eclesiásticos instrumentos de caridad. Les llamaba sus acreedores, y casi le parecia un hurto lo que gastaba en otra cosa que ellos. Véase aquí la prueba. D. Sulpicio Pontich, su sobrino, y autor del mejor Episcopologio, que habrá acaso en ninguna otra iglesia, y á quien seguimos, tenia sobre la

mitra una pension de trescientas libras, la que no habia cobrado en muchos años, como tampoco algunas otras rentas beneficiales que poseia. Pidió al sobrino que se lo perdonase, como lo hizo, para poder darlo á los pobres, ó como él decia al mismo, para poder restituirles lo gastado con él en educacion, estudios y grados; y para no tener motivo de variar su disposicion, mandó que no avisasen al dicho del peligro de muerte en que se hallaba; pero lo supo y asistió á su lado hasta recibir su último aliento, respetando la santa voluntad de su tio. Una conducta tan apostólica era la admiracion de todos. El Rey tenia de él un alto concepto, y sus ministros le escribieron á su nombre dándole gracias por los servicios que habia hecho á los soldados sanos y enfermos, á los que asistia en todo. Ocasion hubo en que alojó en su palacio una compañía de caballería, y abrió sus graneros para ellos. Si observaba descuidos en el servicio del Rey, sabia avisarle derechamente, y si esperaba remedio del virey acudia á éste. Estaba en lo económico, en lo político y áun en lo militar. El hizo que se fortificase el paso de S. Pol, en la marina: y con esto se logró que no pasase el ejército francés, miéntras el español estaba en Hostalrich, el año de 1686. Cuando en el de 1694 se rindió la plaza de Gerona, no quiso entrar en capitulaciones, y se retiró á Arenys, último pueblo de su obispado. En el de 1697, que llegaron los franceses á Barcelona, él pasó á Reus, en el campo de Tarragona. Defendió con teson las jurisdicciones y prerogativas de la mitra, y sostuvo por esto algunos pleitos contra los abades y claustrales de su obispado; pero siempre lo hizo obligado de la necesidad, y únicamente por amor de la justicia. De lo dicho hasta aquí podrá inferirse la buena disposicion en que le hallaria la muerte. En Setiembre de 1698 habia dicho á su sobrino que le dejaria dentro de tres ó cuatro meses. Delante de él mismo dijo, que la iglesia de Sta. Clara sería el último escalon de su escala, aludiendo á su primera obra de la escalera de la catedral. Llevándole un religioso en dicho año un hábito nuevo, dijo que serviria para enterrarle. Habia compuesto entónces unas oraciones jaculatorias al dulce nombre de Jesus para la hora de la muerte, que ya presentia cercana. Cayó enfermo poco ántes de Navidad del mismo año, y no pudo asistir á los maitines; mas no se creyó que su mal fuese grave, á pesar de que él pidió varias veces el viático. En 24 de Enero de 1699, ya se le mandaron dar los médicos, lo que se hizo como ya queda dicho. En la mañana del 26 entró en agonía, pero con tanta entereza y tranquilidad, que no quiso que le interrumpiesen los actos interiores que él estaba haciendo, y de cuando en cuando se le oia alguna que otra palabra. A la una de la tarde dijo: *Ya es hora*: y habiendo respondido á todas las oraciones miéntras se le dió la extremauncion, estuvo sentado en la cama el tiempo en que se dijeron las letanías, respondiendo y pidiendo pausas para poder seguir.

Al corto rato perdió el habla, y entónces se le leyeron sus jaculatorias, y la recomendacion del alma por cuatro canónigos que no le dejaron, y muchos otros sacerdotes seglares y regulares, y murió á las cuatro menos cuarto con ta muerte de los justos. Tenia entónces sesenta y ocho años, un mes y veinliseis dias de edad. Fué universal el sentimiento, y en especial el de los pobres. Se embalsamó su cuerpo, y colocado en la sala grande, se hicieron los oficios el 29, y se le enterró el 30, porque el dia ántes no estaba dispuesta la sepultura. Ocupó la silla desde su consagracion hasta su muerte, por espacio de doce años y medio y un dia; y con motivo de las guerras estuvo ausente tres años y medio, desde 10 de Julio de 1694 hasta fines de Enero de 1698. El dia 29 estaban flexibles las articulaciones de su cuerpo, y permanecieron lo mismo hasta que se le dió sepultura. Al año fué reconocido, y hallado como el dia en que se le sepultó. Gobernó la sede vacante el arcediano mayor D. Isidro Bertran. Aunque no hay más que dos constituciones sinodales suyas, se puede decir que las hizo todas, pues las dió á luz con un prólogo ó carta á sus párrocos y demás eclesiásticos, en donde se ve su bella alma y celo pastoral y grande sabiduría. La primera de sus constituciones es prohibitiva de las representaciones al vivo de la pasion y descendimiento dentro ó fuera de la iglesia, prohibidas ya por su antecesor. La segunda ordena un dia de sufragio por las almas de los difuntos, como lo estableció el Concilio Tarraconense á súplica de Cárlos II.—G. A.

PONTICH (D. Sulpicio), canónigo de Gerona y hermano del cartujo Don Ignacio, natural de Bula, en el Conflent, condado de Rosellon. Escritor infatigable, se cree fué sorprendido por la muerte con la pluma en la mano, y por decirlo así, entre el polvo de los archivos. Era sobrino del Ilustrísimo Sr. Fr. Miguel Pontich, obispo de Gerona. Tenia una pension de trescientos ducados sobre la mitra de Gerona, que dejó de cobrar en muchos años, como tambien otras rentas beneficiales. A los quince años concluyó la teología, y á los diez y ocho se graduó de doctor en filosofía, teología y leyes. Escribió la *Vida del Sr. D. Miguel Pontich*, obispo que fué de Gerona, su tio, la cual se conserva manuscrita en el monasterio de Montalegre. Escribió cuatro tomos en fólio, los tres primeros con el título y órden de *Diccionario alfabético sobre todo lo perteneciente á la iglesia de Gerona*; y el cuarto es un *Episcopologio*, que empieza por los tiempos de la conquista por las armas de Carlomagno, y acaba en la entrada del Sr. Bastero, en 1729. Es decir, que registró los documentos de diez siglos, y los extractó exactamente y con la mayor concision. Se descubre su alma justa, é imparcial espíritu y corazon en cuanto escribe; y su nombre sería celebrado en los fastos de la literatura, si se publicasen sus cuatro tomos en fólio. Para formar idea del trabajo que costaria á Pontich la coordinacion de este Diccionario,

es necesario haber experimentado lo que es un archivo, y cuánto cuesta extractar la esencia de miles de pergaminos y otros documentos; qué memoria es preciso tener; qué método en el trabajo; qué crítica tan fina para saber admitir y desechar documentos; en una palabra, qué conocimientos tan vastos de la cronología, geografía, historia y demás ciencias, porque todas son bien necesarias al que tiene que recorrer siglos, referir y combinar hechos y escribir historias. El Sr. Pontich lo tuvo todo. Es bien sensible que no haya habido un curioso que escribiese su vida, que preciosamente se dividió entre el coro y los archivos, segun el inmenso tesoro que dejó á la catedral, más apreciable que todos los que posee. — G. A.

PONTICO (S.), mártir de Lyon en Francia. La primera persecucion de los cristianos en Lyon tuvo lugar el año 166 de nuestra era, bajo el reinado del emperador Marco Aurelio, y se describe en la carta de la santa Iglesia de esta ciudad á las iglesias del Asia, carta de la que dice Escaligero, que no podian leerla sin transportes de admiracion. Cuantos elogios se han hecho por los autores de Lyon, dice el autor de los Hombres ilustres de este país, los merece con justicia, pues que no solo es la primera iglesia de las Galias que recibió la luz del Evangelio, sino que fué la madre de casi todas las demás. De cuarenta y ocho mártires que padecieron en la expresada persecucion con su obispo S. Pothin, seis fueron naturales de Lyon, y estos fueron Blandino, Epargato, Pontico, los dos Alejandros y Eppípodo. Póntico, al que dedicamos esta memoria, era un jóven de quince á diez y seis años; pero fué tan constante en la fe de Jesucristo, á pesar de su corta edad, que igualó en su fuerza religiosa á los hombres más vigorosos y en sabiduría á los sabios en su martirio, con lo que logró la gloria eterna para honra de su país y ejemplo que imitar por los fieles, sintiendo no poder dar ni las fechas de su nacimiento y muerte, ni más noticias de su vida. — A. C.

PONTICO. Véase Fotino (S.).

PONTIER (Gedeon). Segun Benchoc, que es el único que hemos encontrado que nos dé noticias de este eclesiástico, fué educado en el protestantismo, el que abandonado por haberse convencido de las verdades de la religion católica, le hizo abrazar con fe esta doctrina. Haciéndose eclesiástico, llegó á ser protonotario de la Santa Sede. Mantuvo una íntima amistad con el presidente Cousin, y murió de una edad muy avanzada en 1709. Las cuatro obras siguientes acreditan su capacidad: *Le Cabinet des grands*; tres volúmenes en 12.° cuyas dos primeras partes se publicaron en 1680, y la tercera en 1689 con este título: *Continuation du Cabinet des Grands*, seguido en 1690 de una adicion titulada: *Choses remarquables*. Con motivo de esta obra, La Bruyere hizo el retrato de Dioscórides, nombre bajo el cual pintó á Pontier. A fin de probar el poco mérito de las obras de este autor, el

Theophraste moderno, dijo escribia que el Sena pasaba por París y que llovia siete veces á la semana. — *Questions de la princesse Henriette de la Quiche, duchesse d'Angoulême et Comtesse d' Alais, sur toutes sortes de sujets avec les responses;* 1687 — *Lettre á François chevalier de Saulx, premier evéque d'Alais,* 1696, en 12.° Otras diez cartas y arengas publicadas en diversas ocasiones cuyo análisis puede verse en el *Diario de los Sabios*, desde 1693 á 1701, ó en el índice de esta coleccion por Mr. Declaustre que los cita. — C.

PONTION DEL TREMBLAY (Padre). Fué este religioso, segun el abate Peretti que le coloca entre sus ilustres lioneses, natural de la ciudad de Lyon, y habiendo tomado el hábito de religioso en el convento de Recoletos de esta ciudad, llegó á ser tan acreditado teólogo, que fué nombrado como tal al concilio de Embrum, en el que se distinguió por su saber y elocuencia. Murió Pontion, á la edad de cuarenta y nueve años, en el de 1738 de nuestra era. — A. C.

PONTIUS DE VALLIBUS. Solo se sabe de este eclesiástico lionés, que fué custodio de la iglesia de Santa Cruz de Lyon, por su sepulcro. Consiste este en una lápida de tres pies de longitud sobre cinco de alto, y sobre ella se representa en estátua á Pontius, vestido de sacerdote, castigando con las varas que tiene en la mano á un penitente que está de rodillas, y á su lado un ángel incensándole. Este eclesiástico, al que llaman otros Ponce de Vans, murió el año 1307 de nuestra era. — A. C.

PONTO ó PUENTE (Perrin de el ó del). Cuadragésimo cuarto gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen, cuya residencia estaba en Malta, sucedió por Agosto de 1534 á Felipe Villers de l' Isle Adam, fué electo estando ausente, y siendo por entónces bailío de Santa Eufemia, de la lengua de Italia. No pudiendo Muley-Assem, rey de Túnez, resistir las fuerzas de Barbaroja, envió un embajador al gran maestre, rogándole obrára de suerte que el emperador Cárlos V le recibiese bajo su proteccion, lo que le concedió el Emperador, con la condicion de que uniria la religion sus galeras á la armada que él llevaria á Berbería. El gran maestre le envió á la Carraca mayor de Malta, acompañado de las galeras, y los caballeros tuvieron la honra de haber sido los primeros que ganaron la torre de la Goleta, en la cual enarbolaron el estandarte de la religion. No demostraron ménos su valor en la toma de Túnez, que entregó el Emperador á Muley-Assem. El gran maestre de la Puente, fué severo observador de los estatutos de la Orden y de la modestia religiosa. Prohibió las máscaras en tiempo de carnestolendas, permitiendo solamente las justas y torneos, como cosas propias y bien parecidas en la nobleza. Tambien fué hombre firme y constante, hasta negarse á las solicitaciones del papa Paulo III en favor del caballero Fernando de Heredia, que se hallaba privado del hábito, mandando decir á Su Santidad, no podia con-

travenir al juramento que habia hecho cuando le concedieron la dignidad de que disfrutaba. No obstante, el Papa le envió un breve imperativo, para que devolviese al expresado caballero el hábito y un priorato, del cual habia sido desposeido. Este breve era tan vivo en las amenazas, que el gran maestre, ya de setenta años de edad, lo sintió mucho, y murió de pesadumbre el dia 17 de Noviembre de 1535, no habiendo reinado más que catorce meses cabales, y tuvo por sucesor á Desiderio de Santa Jailla. Todavía hay en el Piamonte diversas ramas de la casa de este gran Maestre; de una de ellas era Antonio Ponto, ó Puente, conde de Scarnasis, de Montendre, etc., gran cruz de lo órden de los santos Mauricio y Lázaro, mayordomo mayor de Madama Real, y creado que fué caballero de la Anunciada el año de 1637, y Francisco de Ponto, conde de Scarnasis etc., gran cruz y canciller de la órden de los santos Mauricio y Lázaro, caballero de la Anunciada el año de 1648, embajador ordinario en Venecia, y luego embajador extraordinario en Lorena, Flandes, Francia é Inglaterra. De otra rama habia provenido Esteban de Ponto, conde de Albaredt, el cual despues de haber sido primer presidente en el consejo soberano de Piñarol, se retiró á Francia cuando entregó aquel monarca esta plaza el año de 1696. En adelante se le proveyó el empleo de presidente de Mortier en el parlamento de Ruan, y despues se le confirió el de primer presidente del consejo soberano de Perpiñan, é intendente del Rosellon, Constans, etc. Habia casado con Margarita de Biragua, de los condes de Viseo, de la cual tuvo entre otros hijos á Juan Manuel, conde de Albaret, coronel de un regimiento italiano de su apellido, al cual mataron en Hochster el año de 1704, á Antonio Maria, y á N. que casó el año de 1716 con N., conde de Graveres, hijo y nieto del primer presidente de la Contaduría de Hacienda de Turin. Antonio María de Ponto, conde de Albaret, se recibió el año de 1710 por abogado general del Consejo soberano del Rosellon, y por presidente del mismo Consejo en supervivencia de su padre el año de 1718, y por desistimiento de su mismo padre el de 1722. —Bossio, *Historia de la Orden de S. Juan de Jerusalen*. Naberat, *Privilegios de la Orden*. —G. A.

PONTONES (Fr. Antonio de San José), religioso gerónimo y uno de los arquitectos de los buenos tiempos del arte en España. Nació en Lierganés, montañas de Santander, en 1717; y su padre, maestro cantero, le enseñó su profesion en Palencia y Escalona, donde dirigia diferentes obras y en particular la construccion de un puente, que no terminó por haberle sorprendido la muerte ántes de haber podido dar cima á su empresa. Antonio pasó desde Escalona á Valladolid para estudiar arquitectura, en la que fué examinado y aprobado, dedicándose desde entónces á ejecutar por sí mismo varias obras, que le adquirieron grande renombre y crédito. Reedificó las bóvedas de la igle-

sia del monasterio de Sahagun y construyó la capilla de Ntra. Señora del Pilar en la catedral de Ciudad Rodrigo. El buen resultado que obtuvo en estos trabajos, al mismo tiempo que el aprecio del público, le atrajeron la envidia y ódio de los profesores de Valladolid, que no tardaron en comenzar á perseguirle, porque con una lealtad de que hay pocos ejemplos representó el Consejo de Castilla sobre la mala conducta y fraudes de sus compañeros. Pero más poderosos ó más astutos, no tardaron en hacerle arrepentir de su procedimiento, y tal llegó á ser el estado del infeliz Pontones, que se vio reducido á retirarse al monasterio de Gerónimos de Mejorada, donde tomó el hábito en 1744 y siendo todavía novicio reedificó la nave principal de la iglesia. Despues de haber profesado continuó haciendo otras obras en aquel monasterio, donde levantó dos lienzos que faltaban en el cláustro, en los que erigió celdas, librería, sala de capítulo, trojes y otras dependencias. Despues se ocupó en la construccion del camarin y en la conduccion de agua al monasterio, de que tenia grande escasez en el verano, estableciendo una fuente en la huerta, que surte á tres estanques de pesca y riego. Mejoró, por último, la granja é hizo con no ménos éxito que economía otras obras utilísimas, como molinos, presas, etc. Pero quizá las ménos notables de las obras de Pontones son las que llevó á cabo en su monasterio de Mejorada, pues ejecutó otras mucho más difíciles y notables en otros de su Orden, como fueron la mina de comunicacion subterránea entre el monasterio del Escorial y las casas de oficio para pasar en los dias de lluvia y viento, obra que le dió una extraordinaria fama, y le valió el título y sueldo de arquitecto de S. M. Construyó, por último, el pórtico de S. Vicente de Avila y algunos otros edificios, donde dejó consignado su nombre con caractéres de piedra para memoria de la posteridad. Murió en el monasterio de Mejorada en 1774, dejando escritas las obras siguientes: *Arte de molineros, ó tesoro económico para la Mejorada*; libro muy bueno y útil segun los entendidos en la materia; tambien compuso otro sobre *Arquitectura hidráulica*; de cuyo manuscrito se ignora en la actualidad el paradero.—S. B.

PONTOPIDAN (Erio), obispo de Bergen en Noruega. Unos autores le consideran católico y otros protestante, y como nosotros le tenemos en la opinion de los segundos, haremos mencion de él en la parte heterodoxa de esta obra.—C.

PONTOPIDAN (Juan Luis). Fué este eclesiástico hermano de Eric, obispo de Bergen en Noruega, y como este prelado, nació en Lille-Netswed el dia 12 de Octubre de 1735. Fué profesor de historia y de elocuencia en la academia de Soroe, despues profesor de teología, y por último preboste del obispado de Aalborg en Jutland, en cuyo destino murió en 1799. Se han conservado de este autor *Sermones* y diversos *Discursos*, que se imprimieron

en Soroe en 1764, 1767 y 1774, y *Oraciones fúnebres* publicadas en Aalborg el año 1789.—A. C.

PONZ (Fr. Antonino), religioso dominico de la provincia de Aragon, que gobernó hácia 1590 con grande celo y acierto, manifestando en su difícil cargo las buenas cualidades de que se hallaba adornado. Habia, en efecto, desde sus primeros años dado pruebas de su grande capacidad, por lo que mereció se le nombrase para diferentes cargos de la Orden, en todos los cuales dió las mejores muestras, siendo un modelo de súbditos y prelados. Era asiduo en la oracion, en la observancia religiosa y en todas las prácticas de la comunidad, de manera que los demás padres hallaban en él un buen modelo que imitar y un ejemplo de lo que debian hacer para observar estrictamente la difícil vida monástica. Ponz asistió á diferentes capítulos, y en todos promovió el fomento de su Religion, siendo uno de los que en ella consiguieron mejores resultados, siendo muchas las fundaciones que se debieron á sus esfuerzos. Una larga práctica habia puesto á este religioso en estado de llegar á ser uno de los padres, por decirlo así, de su provincia, y no es por lo tanto extraño lo fuese cuando en 1590 fué colocado á su frente para gobernarla. Entónces no hizo más que lo que hasta la sazon habia estado preludiando, y sus religiosos pudieron continuar la grande obra iniciada por el gran patriarca Sto. Domingo, seguros de encontrar el conveniente auxilio por el que habian nombrado para su maestro. El gobierno, por lo tanto, del P. Ponz fué uno de los que mejores resultados dieron á la provincia, y siempre ha sido citado en las crónicas con el respeto debido á un buen ministro, que se desveló por llevar á cabo y mejores efectos las prescripciones de la regla; empero, sin traspasar los límites impuestos por la regla, de manera que por quedarse un poco atrás no se supiese que habia avanzado en demasía. Su muerte, ocurrida á principios del siglo XVII, fué muy sentida en toda España, y la religion de Sto. Domingo manifestó el sentimiento que debia tener por el fallecimiento de uno de sus mejores prelados, y al que sin duda debia todo el grado de esplendor y prestigio á que por entónces habia llegado á colocarse. Manifestóse así en sus exequias, y se dejó su memoria cimentada con las claves del respeto y veneracion que son debidos á tan bien reputado nombre.— S. B.

PONZ (D. Antonio), pintor y literato español. Nació en 1725 en Vesis, en el reino de Valencia. Despues de haber acabado sus estudios clásicos con éxito, se dedicó, á disgusto de sus padres, á la pintura. Pasó á Madrid para perfeccionarse en su arte, y marchó á Roma para poder estudiar allí las mejores obras de los grandes maestros. La vista de las antigüedades que á cada paso encontraba le hizo arqueólogo, y sin abandonar la pintura, adquirió conocimientos muy extensos sobre los monumentos de los antiguos.

De vuelta á Madrid se le encargó recorrer la España para recoger entre los cuadros que habian pertenecido á los jesuitas, los que le pareciese que eran dignos de colocarse en el Museo de S. Fernando. Este fué el orígen de su *Viaje por España*, Madrid, 1772 á 1794, diez y ocho volúmenes en 8.°; obra cuyos primeros volúmenes han sido traducidos en aleman y en italiano, y que ha servido de gran socorro á La Borde para su Itinerario. Ponz murió en Madrid el 4 de Diciembre de 1792, ántes de haber concluido esta obra, en la cual el último volúmen, publicado por su sobrino, se encuentra precedido de una vida del autor. Débese aún á Ponz: *Viaje fuera de España;* Madrid, 1785, dos volúmenes en 8.° Este es el fruto de sus observaciones en sus excursiones á Roma y á Nápoles; haciendo notar allí miras justas de imparcialidad y una sana crítica. Ponz era miembro de la mayor parte de las academias de Bellas Artes. Se estiman algunos cuadros suyos conservados en el Escorial.— G. A.

PONZ (Fr. Francisco), religioso dominico. Tomó el hábito en el convento de Barcelona, en que fué desde luego un modelo de virtud, mereciendo ser elevado á diferentes cargos de su Orden, y en particular al de provincial, para que le eligió el capítulo celebrado en Calatayud el dia de S. Martin de 1414, siendo confirmado en Valencia por el Maestro de la Orden, Fray Juan de Podionuás, con aprobacion y beneplácito de Benedicto XIII, que se hallaba á la sazon en aquella ciudad. El provincial Ponz celebró capítulo en Perpiñan en 1415, cuando se hallaba allí reunido tambien el capítulo general de la Orden, cosa que se miró como muy extraordinaria, atendiendo además á que aquel convento no pertenecia á su provincia sino á la de Provenza. Los otros capítulos que presidió fueron los de la Seo de Urgel, convocado para 1416, y el de Pamplona, que lo fué para el año siguiente.— S. B.

PONZ (Fr. José Buenaventura). Nació en la villa de Maella á principios del siglo XVII. Tomó el hábito de la órden de Predicadores en el Real convento de Sto. Domingo de Zaragoza el 17 de Setiembre de 1631, y profesó en él el 22 de Marzo de 1633. Desde el de 1637 fué colegial del de Tortosa; y en este tiempo manifestó la excelencia de su ingenio, sus progresos en las ciencias, y aquella pureza y elegancia en el idioma latino, que tanto ilustró sus obras literarias, como se vió en la congratulacion que compuso á nombre de la ciudad de Zaragoza, para la entrada que hizo en ella el serenísimo señor D. Juan de Austria con el cargo de su virey y vicario general de los reinos de la corona de Aragon, y en otras composiciones eruditas. En su provincia enseñó artes y teología, y obtuvo el grado de maestro. Lo fué tambien de teología en la universidad de Zaragoza, y su catedrático en la de Escoto; y desde 1660 de la de la Biblia, en la que se jubiló. A la sabiduría y

amenidad de su ingenio juntó una gran dulzura y suavidad de costumbres, y dió tanto esplendor á varios cargos que tuvo, que su muerte, acaecida el 1.° de Junio de 1672 en el convento de Zaragoza, se hizo muy sensible, no solo á los domésticos, sino á todos cuantos le conocian y trataban. A sus exequias asistió la referida universidad, y dijo la oracion fúnebre el maestro Fr. Andrés de Maya, ponderando la religiosidad, discrecion y méritos del difunto. Las obras que escribió son: 1.ª *Serenis. Principi Joanni Austriaco Philippi IV Magni F., Caroli II Fratri, Cæsaraugustam felicissimis auspiciis ingredienti Fr. Joannes Bonaventura Ponz, Ord. Prædicatorum Sacr. Script. interpret., fortunatum adventum fausta omnia precatur.* Se conservaba en la librería del referido convento de Sto. Domingo de Zaragoza, en 4.° de 24 páginas. — 2.ª *Disertacion sobre la vida de la V. M. Francisca del Santísimo Sacramento*, que publicó D. Miguel Bautista de Lanuza, en 1659; y va despues de ella con foliacion separada en la edicion de Pamplona de 1727, en 21 páginas en 4.° Su fecha en Madrid, 22 de Octubre de 1658.— 3.ª *Institutio concionatoria æstivis feriis discipulis excepta, publici juris facta à Sebastiano Onuphrio Pontenova. Religioss. Priori, et PP. Sancti Ildefonsi, Ord. Prædicatorum Cæsaraug. dicat.*; en Zaragoza, por Juan de Ibar, año 1666, en 8.° — 4.ª *Sermon de la bula de la Santa Cruzada, predicado en el santo templo metropolitano del Salvador de Zaragoza;* en esta ciudad, por Juan de Ibar, 1667, en 4.° — 5.ª *Sermon en la canonizacion de S. Pedro de Alcántara*; en Zaragoza, por Juan de Ibar, 1670, en 4.° — 6.ª *Difficultates Sacræ Scripturæ inter Sanctos Patres agitatæ, et controversæ;* en Lyon, 1672, en 8.° mayor. — 7.ª *Supplex libellus ad sanctissimum D. Clem. XI, pro Aragonum regno in causa ecclesiarum civit. Cæsaraugustanæ*; cita este escrito el marqués del Risco, en la *Disertacion histórico-jurídico-política*, en la defensa de la jurisdiccion real, pág. 18, núm. 33, y lo alaba. — 8.ª *Por el ilustrísimo reino de Aragon, defendiéndole sobre algunas expresiones del canónigo Centina, Ms. en fólio*, que existe en la librería de D. Tomás Fermin de Lezaun, hoy sus herederos. — 9.ª *Dos ingeniosos anágramas*, en alabanza del poema de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen María, que compuso el cronista Pellicer, con solo el nombre de José Pellicer, de que hace mencion este autor en su Biblioteca, pág. 54, edicion de Valencia, 1671, en 4.° — 10. *Comentarios al primer Concilio Cesaraugustano y demás celebrados en Zaragoza, de que trata el justicia de Aragon D. Luis de Ejea en una carta latina*, fecha en Madrid el 5 de Agosto de 1666, dirigida al mismo maestro Ponz, de la que hay copia en un tomo en fólio rotulado: *Ejea*, tomo VII, donde recomienda la utilidad de este escrito, y el honor que hará á Aragon en darlo á luz.—11. Cuatro tomos de obras diferentes que tenia para imprimir, como asegura el maestro Magdalena en su *Allegatio historica*

Scriptorum Ordinis Prædicatorum, pág. 13, núm. 30, donde elogia al autor, como la *Biblioteca doméstica*, y la de D. Nicolás Antonio en el *Apéndice*, pág. 331; estando ambas nada extensas en sus noticias, y las del *Catálogo* de sus obras. El marqués del Risco le llama varon doctísimo; y D. Luis Ejea dice que era honor y ornamento de la Religion Dominicana. — G. A.

PONZ (Lic. D. Juan Luis). Nació en Zaragoza en 1560, y en su universidad hizo todos sus estudios. Salió en ellos muy aventajado. Varon docto y de muy conocidas virtudes, lo llamó D. Miguel Bautista de Lanuza en la *Historia de la venerable madre Isabel de Sto. Domingo*, tratando de la amistad que tuvo con la venerable madre Isabel de San Francisco. En 17 de Agosto de 1622 tomó posesion de una racion de Mensa de la Santa Iglesia Metropolitana de la Seo de dicha ciudad, en la vacante causada por el licenciado D. Diego de Gurrea. Fué eclesiástico de mucha ilustracion, piedad, gravedad y celo, que murió el año de 1631. Son suyas las obras siguientes: 1.ª *Reloj divino del Ave María, que para despertar los ánimos de los fieles á granjear la devocion y la gracia de la emperatriz del Cielo, María Santísima, adorando la grandeza de su inefable Majestad le dedica y consagra.* En Zaragoza por Juan de Lanaja y Quartanet, 1631. Para que se lograse la utilidad espiritual que promueve este piadoso escrito, lo estampó en pliego tendido que pudiera tenerse á la vista. Consta de cinco capítulos. En el primero trata de la excelencia de la salutacion angélica del Ave María. En el segundo persuade á que se reze el Ave María todas las horas del dia. En el tercero declara las indulgencias que se ganan en la práctica de esta santa devocion. En el cuarto explica el modo de hacerla con fruto, y en el quinto amonesta el fervor con que se debe decir el Ave María. Adornó este escrito de mucha y escogida doctrina, y de las expresiones más tiernas y enérgicas. Son pequeños los caractéres de esta edicion, y ya rara merecia reimprimirse. 2.ª *Los siete mayores gozos que la Reina de las Angeles María Santísima posee en el Cielo, revelados á Santo Tomás, arzobispo Cantuariense.* Escrito dedicado á la misma Santísima Vírgen. En Zaragoza por Juan de Lanaja y Quartanet, sin año de edicion, que fué en 1631. Es un escrito conforme al antecedente, dividido en cinco capítulos en que trata de dichos siete gozos de María Santísima, de sus siete Dolores, de su Corona, y rezado segun el estilo del órden de San Francisco y del Rosario de cincuenta misterios. 3.ª *Relacion y memoria del Elogio que mereció la venerable madre Isabel de Sto. Domingo, Priora del observantísimo convento de San José de Carmelitas Descalzos de Zaragoza.* El citado D. Miguel dió noticia de este escrito, estampando un período de él en la referida historia, desde la pág. 528 hasta la 531. Trata asímismo de nuestro escritor el P. Fr. Cosme de Villiers, en la *Biblioteca general del Cármen*, tomo II, páginas 22 y 199. — G. A.

PONZ DE FENOLLET (D. Guillen) obispo de Huesca, cuya iglesia comenzó á gobernar en 1460. Cedió parte de sus rentas para la construccion del claustro que pone á la catedral en comunicacion con la casa episcopal, por lo que coronó esta obra con el escudo de sus armas. Sancionó la fundacion de la cofradía de Santa Ana, que se halla en el convento de nuestra Señora del Cármen, en Huesca, y murió en 24 de Diciembre de 1465. Fué enterrado en el presbiterio de la capilla mayor de la catedral al lado de la epistola, donde se hallan sus armas y una inscripcion que indica ser aquel el lugar de su sepultura.—S. B.

PONZETA (Fernando), cardenal, obispo de Groseto, era natural de Florencia, y dimanaba de una familia noble y originaria de Nápoles. Una gran parte de su vida la pasó en servicio de la Santa Sede, y llegó á ejercer el oficio de tesorero del papa Leon X, quien le confirió el obispado de Melfi, luego el de Groseto, y por fin lo creó cardenal por Julio de 1517. Garimberto escribe que Ponzeta era médico, que era rico, y que dió sesenta mil escudos por llegar á ser cardenal; pero no es dable creer absolutamente á un autor malévolo y poco sincero. Ponzeta, honró su dignidad, y se dió á estimar de todos los que tuvieron ocasion de conocerle y tratarle, tanto por su prudencia y buenas costumbres, como por su talento y acierto en el régimen, y gobierno de la Iglesia. Los alemanes que tomaron á Roma, le trataron indignamente, dirigiéndole primero toda clase de insultos y amenazas y despues maltratándole de obra en sumo grado hasta llegar á arrastrarle por las calles de la ciudad con una barbarie indecible. Este acontecimiento, que como desde luego se deja conocer, presentaba un horroroso espectáculo, y hacia estremecer á todos cuantos le miraban, no pudieron evitarle las autoridades de la ciudad santa, porque en aquellas azarosas circunstancias no imperaba más ley que la fuerza de los invasores, y como estos entraron orgullosos con la victoria, de aquí el no ceder ni escuchar las fervientes súplicas de los vencidos. Tales violencias fueron causa de su muerte, que tuvo lugar en 2 de Setiembre de 1527, á los noventa de su edad. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de la Paz, donde se ve su epitafio, que le hizo poner Jacome Ponzeta, obispo de Melfi, sobrino suyo.—G. A.

FIN DEL TOMO XVIII.

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º 1

1

BIOGRAFÍA

ECLESIÁSTICA

18

13.526

P